

þo pēþ þe þo bānōp cēþ dōm wānōwēþ þo wēþōp nō wēþōþ iþnō
þō þo ēþō wēþō wēþō þōn lōþ bānō þo wēþōwēþ þe 6ēwēþōþ

J. R. R. TOLKIEN

QUENTA SILMARILLION

(La historia de los Silmarils)

junto con

AINULINDALĒ

(La Música de los Ainur)

y

VALAQUENTA

(Historia de los Valar)

Además de

AKALLABĒTH

(La caída de Númenor)

y

DE LOS ANILLOS DEL PODER

Y LA TERCERA EDAD

þe dēþ þe þōwōwōþ þo þōwōwōþ þe wēþōwēþ þō þo lōþwēþ þe
wēþō þe wēþō þō þo wēþō cēþ nō dēþ þōþ pēþ wēþō þe hānō wēþō

þa pēþ þa þa hánþa cēþ dón wánþeþ þa pōþþa n̄ wēþþe i n̄h
n̄ þa tēþ wēþ n̄ þa l̄w hán þa p̄þeþþe þe 6c wēþþe:

J. R. R. TOLKIEN

El Silmarillion

edición de

CHRISTOPHER TOLKIEN

MINOTAURO

þa dēþ n̄ þe n̄þaþa þa p̄n̄þeþþe þa n̄þeþþe n̄ þa l̄wþeþþe þe
þeþþe þa p̄n̄þeþþe þa hánþa cēþ n̄ dēþ h̄þ pēþ þeþþe þe hánþe n̄þeþþe

Título original:

The Silmarillion

Traducción de Rubén Masera y Luis Doménech

Primera edición: marzo de 1984

Primera reimpresión: mayo de 1984

Segunda reimpresión: diciembre del 1984

Tercera reimpresión: diciembre de 1984

Cuarta reimpresión y primera en Ediciones Minotauro: febrero de 1986

George Alien & Unwin (Publishers) Ltd., 1977

© Ediciones Minotauro, 1984

Avda. Diagonal, 519—521. 08029 Barcelona

Telf. 239 51 05*

Impreso por Romanyá/Valls

Verdaguer, 1. Capellades (Barcelona)

ISBN: 84—45—7038—X

Depósito legal: B. 2.200—1986

Impreso en España

Printed in Spain

PROLOGO

El Silmarillion, que se publica ahora cuatro años después de la muerte de su autor, es una crónica de los Días Antiguos, o la Primera Edad del Mundo. En El Señor de los Anillos se narraban los grandes acontecimientos del final de la Tercera Edad, pero los cuentos de El Silmarillion son leyendas que proceden de un pasado mucho más remoto, cuando Morgoth, el primer Señor Oscuro, moraba en la Tierra Media, y los Altos Elfos combatían contra él por la recuperación de los Silmarils.

Sin embargo, El Silmarillion no sólo relata acontecimientos muy anteriores a los de El Señor de los Anillos; es también, en lo esencial de su concepción, un trabajo muy anterior. A decir verdad, aunque no se llamaba entonces El Silmarillion, ya estaba componiéndose hace medio siglo; y en las deterioradas libretas de notas que se remontan a 1917 aún pueden leerse las primeras versiones, a menudo garrapateadas de prisa con lápiz, de las principales historias de la mitología. Pero no llegó a publicarse (aunque ciertos indicios de su contenido podían entresacarse de El Señor de los Anillos), y durante toda su larga vida mi padre nunca lo abandonó, y trabajó en él aun en sus últimos años. En todo ese tiempo El Silmarillion considerado sólo como una gran estructura narrativa, tuvo relativamente pocos cambios fundamentales; se había convertido hacía mucho en una tradición fija y un marco para escritos posteriores. Pero por cierto estaba muy lejos de ser un texto fijo, y ni siquiera permaneció inalterado en relación con ciertas ideas fundamentales acerca de la naturaleza del mundo que describe, mientras que las mismas leyendas volvían a ser narradas en formas más largas y más breves, y en diferentes estilos. En el transcurso de los años los cambios y variantes, tanto de detalles como de perspectiva, se hicieron tan complejos, tan numerosos y de tan múltiples estratos, que la obtención de una versión final y definitiva parecía imposible. Además las viejas leyendas («viejas» aquí no sólo por provenir de la remota Primera Edad, sino también en relación con la edad de mi padre) se convirtieron en vehículo y depositario de sus más profundas reflexiones. En escritos posteriores las preocupaciones teológicas y filosóficas fueron desplazando a las preocupaciones mitológicas y poéticas, de lo que surgieron incompatibilidades de tono.

Al morir mi padre, fue mía la responsabilidad de dar a la obra forma publicable. Se me hizo evidente que presentar dentro de las cubiertas de un libro único materiales muy diversos —mostrar El Silmarillion como si fuera en verdad una creación ininterrumpida que se había desarrollado a lo largo de más de medio siglo —conduciría necesariamente a la confusión y a la subordinación de lo esencial. Por lo tanto me puse a trabajar en un texto único, coleccionando y disponiendo el material del modo que me pareció más adecuado para obtener una narración con un máximo de coherencia y de continuidad interna. En este trabajo, los últimos capítulos (a partir de la muerte de Túrin Turambar) planteaban dificultades especiales por haber permanecido inalterados durante muchos años, y en ciertos aspectos había una grave falta de armonía entre estos capítulos y las concepciones más desarrolladas de otras partes de la obra.

No ha de esperarse una coherencia completa (sea dentro de los límites de El Silmarillion o entre El Silmarillion y otros escritos de mi padre); y aun en el caso de que fuera posible encontrarla, el precio sería muy alto e innecesario. Además, mi padre llegó a concebir El Silmarillion como una compilación, una narración compuesta a partir de fuentes muy diversas (poemas, crónicas y cuentos orales) que habrían sobrevivido en una antiquísima tradición; y esta concepción, por cierto, tiene un paralelo en la historia de la composición del libro, pues en buena parte se apoya en prosas y poemas tempranos, y es de algún modo un verdadero compendio, y no sólo en teoría. A esto ha de atribuirse el ritmo variable de la narración y la abundancia de detalles en algunas partes, el contraste (por ejemplo)

entre la evocación precisa de lugares y motivos en la leyenda de Túrin Turambar y la elevada y remota narración del fin de la Primera Edad, cuando Thangorodrim fue destruida y Morgoth derrocado, y también algunas diferencias de tono y descripción, algunas oscuridades, y, aquí y allí, ciertas inconsistencias. En el caso de Valaquenta, por ejemplo, hemos de suponer que si bien contiene mucho que se remonta sin duda a los primeros días de los Eldar en Valinor, ha sido remodelado en tiempos posteriores; de ese modo se explica que los tiempos de los verbos y la perspectiva cambien continuamente, al punto que los poderes divinos parecen ahora presentes y activos en el mundo, y en seguida remotos, un orden desvanecido que sólo la memoria conoce.

El libro, aunque titulado por fuerza *El Silmarillion*, contiene no sólo el *Quenta Silmarillion* o *Silmarillion* propiamente dicho, sino también otras cuatro obras breves. *Ainulindalë* y *Valaquenta*, presentadas al principio, se relacionan por cierto estrechamente con *El Silmarillion*; pero *Akallabêath* y *De los Anillos de Poder*, que aparecen al final, son obras (es necesario subrayarlo) enteramente separadas e independientes. Se las incluye de acuerdo con la intención explícita de mi padre; y de este modo la historia se desarrolla desde la Música de los Ainur con que comenzó el mundo hasta el tránsito de los Portadores de los Anillos en los Puertos de Mithlond al fin de la Tercera Edad.

Son muchos los nombres que aparecen en el libro y de ellos doy un índice completo; pero el número de personas (Elfos y Hombres) que desempeñan un papel importante en la crónica de la Primera Edad es mucho menor, y se los encontrará a todos en los cuadros genealógicos. Además he diseñado un cuadro en el que se presentan las denominaciones bastante complejas de los diversos pueblos élficos y una lista de algunos de los elementos principales que se encuentran en estos nombres; y un mapa. Es posible observar que la gran cadena de montañas del este, *Ered Luin* o *Ered Lindon*, las Montañas Azules, aparece en el extremo oeste del mapa de *El Señor de los Anillos*. En el cuerpo del libro se incluye un mapa más pequeño que muestra claramente dónde se sitúan los reinos de los Elfos después del regreso de los *Noldor* a la Tierra Media. No he querido sobrecargar el libro todavía más con cualquier clase de comentarios o notas.

En la difícil y dudosa tarea de preparar el texto del libro, tuve la decidida ayuda de *Guy Kay*, quien trabajó conmigo en 1974—1975.

Christopher Tolkien, 1977

AINULINDALĚ

La Música de los Ainur

En el principio estaba Eru, el Único, que en Arda es llamado Ilúvatar; y primero hizo a los Ainur, los Sagrados, que eran vástagos de su pensamiento, y estuvieron con él antes que se hiciera alguna otra cosa. y les habló y les propuso temas de música; y cantaron ante él y él se sintió complacido. Pero por mucho tiempo cada uno de ellos cantó solo, o junto con unos pocos, mientras el resto escuchaba; porque cada uno sólo entendía aquella parte de la mente de Ilúvatar de la que provenía él mismo, y eran muy lentos en comprender el canto de sus hermanos. Pero cada vez que escuchaban, alcanzaban una comprensión más profunda, y crecían en unisonancia y armonía.

Y sucedió que Ilúvatar convocó a todos los Ainur, y les comunicó un tema poderoso, descubriendo para ellos cosas todavía más grandes y más maravillosas que las reveladas hasta entonces; y la gloria del principio y el esplendor del final asombraron a los Ainur, de modo que se inclinaron ante Ilúvatar y guardaron silencio.

Entonces les dijo Ilúvatar: —Del tema que os he comunicado, quiero ahora que hagáis, juntos y en armonía, una Gran Música. y como os he inflamado con la Llama Imperecedera, mostraréis vuestros poderes en el adorno de este tema mismo, cada cual con sus propios pensamientos y recursos, si así le place. Pero yo me sentaré y escucharé, y será de mi agrado que por medio de vosotros una gran belleza despierte en canción.

Entonces las voces de los Ainur, como de arpas y laúdes, pífanos y trompetas, violas y órganos, y como de coros incontables que cantan con palabras, empezaron a convertir el tema de Ilúvatar en una gran música; y un sonido se elevó de innumerables melodías alternadas, entretajadas en una armonía que iba más allá del oído hasta las profundidades y las alturas, rebosando los espacios de la morada de Ilúvatar; y al fin la música y el eco de la música desbordaron volcándose en el Vacío, y ya no hubo vacío. Nunca desde entonces hicieron los Ainur una música como ésta aunque se ha dicho que los coros de los Ainur y los Hijos de Ilúvatar harán ante él una música todavía más grande, después del fin de los días. Entonces los temas de Ilúvatar se tocarán correctamente y tendrán ser en el momento en que aparezcan, pues todos entenderán entonces plenamente la intención del Único para cada una de las partes, y conocerán la comprensión de los demás, e Ilúvatar pondrá en los pensamientos de ellos el fuego secreto.

Pero ahora Ilúvatar escuchaba sentado, y durante un largo rato le pareció bien, pues no había fallas en la música. Pero a medida que el tema prosperaba, nació un deseo en el corazón de Melkor: entretajar asuntos de su propia imaginación que no se acordaban con el tema de Ilúvatar, porque intentaba así acrecentar el poder y la gloria de la parte que le había sido asignada. A Melkor, entre los Ainur, le habían sido dados los más grandes dones de poder y conocimiento, y tenía parte en todos los dones de sus hermanos. Con frecuencia había ido solo a los sitios vacíos en busca de la Llama Imperecedera; porque grande era el deseo que ardía en él de dar ser a cosas propias, y le parecía que Ilúvatar no se ocupaba del Vacío, cuya desnudez le impacientaba. No obstante, no encontró el Fuego, porque el Fuego está con Ilúvatar. Pero hallándose solo, había empezado a tener pensamientos propios, distintos de los de sus hermanos.

Melkor entretajó algunos de estos pensamientos en la música, e inmediatamente una discordancia se alzó en torno, y muchos de los que estaban cerca se desalentaron, se les confundió el pensamiento, y la música vaciló; pero

algunos empezaron a concertar su música con la de Melkor más que con el pensamiento que habían tenido en un principio. Entonces la discordancia de Melkor se extendió todavía más, y las melodías escuchadas antes naufragaron en un mar de sonido turbulento. Pero Ilúvatar continuaba sentado y escuchaba, hasta que pareció que alrededor del trono había estallado una furiosa tormenta, como de aguas oscuras que batallaran entre sí con una cólera infinita que nunca sería apaciguada.

Entonces Ilúvatar se puso de pie y los Ainur vieron que sonreía; y levantó la mano izquierda y un nuevo tema nació en medio de la tormenta, parecido y sin embargo distinto al anterior, y que cobró fuerzas y tenía una nueva belleza. Pero la discordancia de Melkor se elevó rugiendo y luchó con él, y una vez más hubo una guerra de sonidos más violenta que antes, hasta que muchos de los Ainur se desanimaron y no cantaron más, y Melkor predominó. Otra vez se incorporó entonces Ilúvatar, y los Ainur vieron que estaba serio; e Ilúvatar levantó la mano derecha, y he aquí que un tercer tema brotó de la confusión, y era distinto de los otros. Porque pareció al principio dulce y suave, un mero murmullo de sonidos leves en delicadas melodías; pero no pudo ser apagado y adquirió poder y profundidad. y pareció por último que dos músicas se desenvolvían a un tiempo ante el asiento de Ilúvatar, por completo discordantes. La una era profunda, vasta y hermosa, pero lenta y mezclada con un dolor sin medida que era la fuente principal de su belleza. La música de Melkor había alcanzado ahora una unidad propia; pero era estridente, vana e infinitamente repetida, y poco armónica, pues sonaba como un clamor de múltiples trompetas que bramaban unas pocas notas, todas al unísono. E intentó ahogar a la otra música con una voz violenta, pero pareció que la música de Ilúvatar se apoderaba de algún modo de las notas más triunfantes y las entretejía en su propia solemne estructura.

En medio de esta batalla que sacudía las estancias de Ilúvatar y estremecía unos silencios hasta entonces inmutables, Ilúvatar se puso de pie por tercera vez, y era terrible mirarlo a la cara. Levantó entonces ambas manos y en un acorde más profundo que el Abismo, más alto que el Firmamento, penetrante como la luz de los ojos de Ilúvatar, la Música cesó.

Entonces Ilúvatar habló, y dijo: —Poderosos son los Ainur, y entre ellos el más poderoso es Melkor; pero sepan él y todos los Ainur que yo soy Ilúvatar; os mostraré las cosas que habéis cantado y así veréis qué habéis hecho. y tú, Melkor, verás que ningún tema puede tocarse que no tenga en mí su fuente más profunda, y que nadie puede alterar la música a mi pesar. Porque aquel que lo intente probará que es sólo mi instrumento para la creación de cosas más maravillosas todavía, que él no ha imaginado.

Entonces los Ainur tuvieron miedo aunque aún no habían comprendido qué les decía Ilúvatar; y llenose Melkor de vergüenza, de la que nació un rencor secreto. Pero Ilúvatar se irguió resplandeciente, y se alejó de las hermosas regiones que había hecho para los Ainur; y los Ainur lo siguieron.

Pero cuando llegaron al Vacío, Ilúvatar les dijo: —¡Contemplad vuestra música!—. y les mostró una escena, dándoles vista donde antes había habido sólo oído; y los Ainur vieron un nuevo Mundo hecho visible para ellos, y era un globo en el Vacío, y en él se sostenía, aunque no pertenecía al Vacío. y mientras lo miraban y se admiraban, este mundo empezó a desplegar su historia y les pareció que vivía y crecía. y cuando los Ainur hubieron mirado un rato en silencio, volvió a hablar Ilúvatar: —¡Contemplad vuestra música! Este es vuestro canto y cada uno de vosotros encontrará en él, entre lo que os he propuesto, todas las cosas que en apariencia habéis inventado o añadido. y tú, Melkor, descubrirás los pensamientos secretos de tu propia mente y entenderás que son sólo una parte del todo y tributarios de su gloria.

Y muchas otras cosas dijo Ilúvatar a los Ainur en aquella ocasión, y por causa del recuerdo de sus palabras y por el conocimiento que cada uno tenía de la música que él mismo había compuesto, los Ainur saben mucho de lo que era, lo que es y lo que será, y pocas cosas no ven. Sin embargo, algunas cosas hay que no pueden ver, ni a solas ni aun consultándose entre ellos; porque a nadie más que a sí mismo ha revelado Ilúvatar todo lo que tiene él en reserva y en cada edad aparecen cosas nuevas e imprevistas, pues no proceden del pasado. y así fue que mientras esta visión del Mundo se desplegaba ante ellos, los Ainur vieron que contenía cosas que no habían pensado antes. y vieron con asombro la llegada de los Hijos de Ilúvatar y las estancias preparadas para ellos, y advirtieron que ellos mismos durante la labor de la música habían estado ocupados en la preparación de esta morada, pero ignorando que tuviese algún otro propósito que su propia belleza. Porque sólo él había concebido a los Hijos de Ilúvatar; que llegaron con el tercer tema, y no estaban en aquel que Ilúvatar había propuesto en un principio, y ninguno de los Ainur había intervenido en esta creación. Por tanto, mientras más los contemplaban, más los amaban, pues eran criaturas distintas de ellos mismos, extrañas y libres, en las que veían reflejada de nuevo la mente de Ilúvatar; y conocieron aun entonces algo más de la sabiduría de Ilúvatar, que de otro modo habría permanecido oculta aun para los Ainur.

Ahora bien, los Hijos de Ilúvatar son Elfos y Hombres, los Primeros Nacidos y los Seguidores. Y entre todos los esplendores del Mundo, las vastas salas y los espacios, y los carros de fuego, Ilúvatar escogió como morada un sitio en los Abismos del Tiempo y en medio de las estrellas innumerables. Y puede que esta morada parezca algo pequeña a aquellos que sólo consideran la majestad de los Ainur y no su terrible sutileza; como quien tomara toda la anchura de Arda para levantar allí una columna y la elevara hasta que el cono de la cima fuera más punzante que una aguja; o quien considerara sólo la vastedad inconmensurable del Mundo, que los Ainur aún están modelando, y no la minuciosa precisión con que dan forma a todas las cosas que en él se encuentran. Pero cuando los Ainur hubieron contemplado esa morada en una visión y luego de ver a los Hijos de Ilúvatar que allí aparecían, muchos de los más poderosos de entre ellos se volcaron en pensamiento y deseo sobre ese sitio. y de éstos Melkor era el principal, como también había sido al comienzo el más grande de los Ainur que participaran en la Música. y fingió, aun ante sí mismo al comienzo, dominando los torbellinos de calor y de frío que lo habían invadido, que deseaba ir allí y ordenarlo todo para beneficio de los Hijos de Ilúvatar. Pero lo que en verdad deseaba era someter tanto a Elfos como a Hombres, pues envidiaba los dones que Ilúvatar les había prometido; y él mismo deseaba tener súbditos y sirvientes, y ser llamado Señor, y gobernar otras voluntades.

Pero los otros Ainur contemplaron esa habitación puesta en los vastos espacios del Mundo; que los Elfos llaman Arda, la Tierra, y los corazones de todos se regocijaron en la luz, y los ojos se les alegraron en la contemplación de tantos colores, aunque el ruido del mar los inquietó sobremanera. y observaron los vientos y el aire y las materias de que estaba hecha Arda, el hierro y la piedra, la plata y el oro, y muchas otras sustancias, pero de todas ellas el agua fue la que más alabaron. y dicen los Eldar que el eco de la Música de los Ainur vive aún en el agua, más que en ninguna otra sustancia de la Tierra; y muchos de los Hijos de Ilúvatar escuchan aún insaciables las voces del Mar, aunque todavía no saben lo que oyen.

Ahora bien, aquel Ainur a quien los Elfos llaman Olmo, volvió sus pensamientos al agua y de todos fue a él a quien Ilúvatar dio más instrucción en música. Pero sobre aires y vientos quien más había reflexionado era Manwe, noble de nobles entre los Ainur. En la materia de la Tierra había pensado Aule, a quien Ilúvatar había concedido una capacidad y un conocimiento apenas menores que los de Melkor; aunque lo que deleita y enorgullece a Aule es la tarea de hacer y las cosas hechas, y no la posesión ni su propia maestría; por tanto da y nos atesora, y está libre de cuidados, emprendiendo siempre nuevas tareas.

E Ilúvatar habló a Olmo, y dijo: —¿No ves cómo aquí, en este pequeño reino de los Abismos del Tiempo, Melkor ha declarado la guerra contra tu provincia? Ha concebido un frío crudo e inmoderado, y sin embargo no ha destruido la belleza de tus fuentes, ni la de tus claros estanques. ¡Contempla la nieve y la astuta obra de la escarcha! Melkor ha concebido calores y fuegos sin restricción, y no ha podido marchitar tu deseo ni apoyar por completo la música del mar. ¡Contempla más bien la altura y la gloria de las nubes, y las nieblas siempre cambiantes! ¡Y escucha la caída de la lluvia sobre la Tierra! Y en estas nubes eres llevado cerca de Manwe, tu amigo, a quien amas.

Respondió entonces Olmo: —En verdad, mi corazón no había imaginado que el agua llegara a ser tan hermosa, ni mis pensamientos secretos habían concebido el copo de nieve, ni había nada en mi música que contuviese la caída de la lluvia. Iré en busca de Manwe; ¡y juntos haremos melodías que serán tu eterno deleite!— Y Manwe y Olmo fueron desde el principio aliados, y en todo cumplieron con fidelidad los propósitos de Ilúvatar.

Pero mientras Olmo hablaba todavía y los Ainur miraban absortos, la visión se apagó y se ocultó a los ojos de todos, y les pareció que en ese momento percibían algo distinto, la Oscuridad, que no habían conocido antes excepto en pensamiento. Pero se habían enamorado de la belleza de la visión que allí cobraba ser, y les colmaba la mente; porque la historia no estaba todavía completa ni los ciclos del tiempo del todo cumplidos cuando la visión les fue arrebatada. y han dicho algunos que la visión cesó antes de que culminara el Dominio de los Hombres y la desaparición de los Primeros Nacidos, por tanto, aunque la Música lo ocupaba todo, los Valar no vieron con los ojos las Eras Posteriores ni el fin del Mundo.

Entonces hubo inquietud entre los Ainur; pero Ilúvatar los llamó y dijo: —Sé lo que vuestras mentes desean: que aquello que habéis visto sea en verdad, no sólo en vuestro pensamiento, sino como vosotros sois, y aun otros. Por tanto, digo: *¡Ea!* ¡Que sean estas cosas! Y enviaré al Vacío la Llama Imperecedera, y se convertirá en el corazón del Mundo, y el Mundo Será; y aquellos de entre vosotros que lo deseen, podrán descender a él.

Y de pronto vieron los Ainur una luz a lo lejos como si fuera una nube con un viviente corazón de llamas; y supieron que no era sólo una visión, sino que Ilúvatar había hecho algo nuevo: Ea, el Mundo que Es.

Así sucedió pues que de los Ainur algunos siguen morando con Ilúvatar más allá de los confines del Mundo; pero otros, y entre ellos muchos de los más grandes y más hermosos, se despidieron de Ilúvatar y descendieron al Mundo. Ilúvatar les impuso esta condición, quizá también necesaria para el amor de ellos: que desde entonces en adelante los poderes que él les había concedido se limitaran y sujetaran al Mundo, por siempre, hasta que el Mundo quedase completado, de modo tal que ellos fuesen la vida del Mundo y el Mundo la vida de ellos. Y por esto mismo se los llama los Valar, los Poderes del Mundo.

Pero al principio, cuando los Valar entraron en Ea, se sintieron desconcertados, y perdidos, pues les pareció que nada de lo que hablan visto en su visión estaba hecho todavía, y que todo estaba a punto de empezar y aún informe y a oscuras. Porque la Gran Música no había sido sino el desarrollo y la floración del pensamiento en los Palacios Intemporales, y lo que habían visto, sólo una prefiguración; pero ahora habían entrado en el principio del Tiempo, y advertían que el Mundo había sido sólo precantado y predicho, y que ellos tenían que completarlo. De modo que empezaron sus grandes trabajos en desiertos inconmensurables e inexplorados, y en edades incontables y olvidadas, hasta que en los Abismos del Tiempo y en medio de las vastas estancias de Ea, hubo una hora y un lugar en los que fue hecha la habitación de los Hijos de Ilúvatar.

Y en estos trabajos Manwe y Aule y Ulmo se empeñaron más que otros; pero Melkor estuvo también allí desde el principio, y se mezclaba en todo lo que se

hacía, cambiándolo si le era posible según sus propios deseos y propósitos; y animó grandes fuegos. Por tanto, mientras la Tierra era todavía joven y estaba toda en llamas, Melkor la codició y dijo a los otros Valar: —Este será mi reino, y para mí lo designo.

Pero Manwe era el hermano de Melkor en la mente de Ilúvatar y el primer instrumento en el Segundo tema que Ilúvatar había levantado contra la discordancia de Melkor; y convocó a muchos espíritus, tanto mayores como menores, que bajaran a los campos de Arda a ayudar a Manwe, temiendo que Melkor pudiera impedir para siempre la culminación de los trabajos, y que la tierra se marchitara antes de florecer. Y Manwe dijo a Melkor: —Este reino no lo tomarás para ti injustamente, pues muchos otros han trabajado en él no menos que tú.

Y hubo lucha entre Melkor y los otros Valar; y por esa vez Melkor se retiró y partió a otras regiones donde hizo lo que quiso; pero no se quitó del corazón el deseo de dominar e Reino de Arda.

Ahora bien, los Valar tomaron para sí mismos forma y color; y porque habían sido atraídos al Mundo por el amor de los Hijos de Ilúvatar, en quienes habían puesto tantas esperanzas, tomaron formas que se asemejaban a lo que habían contemplado en la Visión de Ilúvatar, excepto en majestad y en esplendor. Además esas formas proceden del conocimiento que ellos tenían del Mundo visible más que del Mundo en sí; y no las necesitan, salvo como necesitamos nosotros el vestido, pues podríamos ir desnudos sin desmedro de nuestro ser. Por tanto los Valar pueden andar, si así les place, sin atuendo, y entonces ni siquiera los Eldar los perciben con claridad, aunque estén presentes. Pero cuando deciden vestirse, algunos Valar toman forma de hombre y otros de mujer; porque esa diferencia de temperamento la tenían desde el principio, y se encarna en la elección de cada uno, no porque la elección haga de ellos varones o mujeres, sino como el vestido entre nosotros, que puede mostrar al varón o a la mujer pero no los hace. Mas las formas con que los Grandes se invisten no son en todo momento como las formas de los reyes y de las reinas de los Hijos de Ilúvatar; porque a veces se visten de acuerdo con sus propios pensamientos, hechos visibles en formas de majestad y temor.

Y los Valar convocaron a muchos compañeros, algunos menores, otros tan poderosos como ellos, y juntos trabajaron en el ordenamiento de la Tierra y en el apaciguamiento de sus tumultos. Entonces Melkor vio lo que se había hecho, y que los Valar andaban por la Tierra como poderes Visibles, vestidos con las galas del Mundo, y eran agradables y gloriosos de ver, y bienaventurados, y la Tierra estaba convirtiéndose en un jardín de deleite, pues ya no había torbellinos en ella. La envidia de Melkor fue entonces todavía mayor y él también tomó forma visible, pero a causa del temple de Melkor y de la malicia que ardía en él, esa forma era terrible y oscura. y descendió sobre Arda con poder y majestad más grandes que los de ningún otro Valar, como una montaña que vadea el mar y tiene la cabeza por encima de las nubes, vestida de hielo y coronada de fuego y humo; y la luz de los ojos de Melkor era como una llama que marchita con su calor y traspasa con un frío mortal.

Así empezó la primera batalla de los Valar con Melkor por el dominio de Arda; y de esos tumultos los Elfos conocen muy poco. Porque lo que aquí se ha declarado procede de los Valar mismos, con quienes los Eldar hablaron en la tierra de Valinor y de quienes recibieron instrucción; pero poco contaron los Valar de las guerras anteriores al advenimiento de los Elfos. Se dice no obstante entre los Eldar que los Valar se esforzaron siempre, a pesar de Melkor, por gobernar la Tierra y prepararla para la llegada de los Primeros Nacidos; y construyeron tierras y Melkor las destruyó; cavaron valles y Melkor los levantó; tallaron montañas y Melkor las derribó; ahondaron mares y Melkor los derramó; y nada podía conservarse en paz ni desarrollarse, pues no bien empezaban los Valar una obra, Melkor la deshacía o corrompía. Y, sin embargo, no todo era en vano; y aunque la voluntad y el

propósito de los Valar no se cumplían nunca, y todas las cosas tenían un color y una forma distintos de como ellos los habían pensado, no obstante la Tierra iba cobrando forma y haciéndose más firme. Y así la habitación de los Hijos de Ilúvatar fue establecida al fin en los Abismos del Tiempo y entre las estrellas innumerables.

Valaquenta

Historia de los Valar y los Maiar según el saber de los Eldar

En el principio Eru, el Único, que en la lengua élfica es llamado Ilúvatar, hizo a los Ainur de su pensamiento; y ellos hicieron una Gran Música delante de él. En esta música empezó el Mundo; porque Ilúvatar hizo visible el canto de los Ainur, y ellos lo contemplaron como una luz en la oscuridad. Y muchos de entre ellos se enamoraron de la belleza y la historia del mundo, que vieron comenzar y desarrollarse como en una visión. Por tanto Ilúvatar dio Ser a esta visión, y la puso en medio del Vacío, y el Fuego Secreto fue enviado para que ardiera en el corazón del Mundo; y se lo llamó Eä.

Entonces aquellos de entre los Ainur que así lo deseaban, se levantaron y entraron en el mundo en el principio del Tiempo; y era su misión acabarlo, y trabajar para que la visión se cumpliera. Largo tiempo trabajaron en las regiones de Eä, de una vastedad inconcebible para los Elfos y los Hombres, hasta que en el tiempo señalado se hizo Arda, el Reino de la Tierra. Entonces se vistieron con las galas de la Tierra, y allí descendieron y moraron.

De los Valar

A los Grandes de entre estos espíritus los Elfos llaman Valar, los Poderes de Arda, y los hombres con frecuencia los han llamado dioses. Los Señores de Valar son siete; y las Valier, las Reinas de los Valar, son siete también. Estos eran sus nombres en la lengua élfica tal como se la hablaba en Valinor, aunque tienen otros nombres en el habla de los Elfos de la Tierra Media, y muchos y variados entre los hombres. Los nombres de los Señores son éstos, en debido orden: Manwë, Ulmo, Aulë, Oröme, Mandos, Lorien, y Tulkas; y los nombres de las Reinas son: Varda, Yavanna, Nienna, Estë, Vairë, Vana y Nessa. Melkor ya no se cuenta entre los Valar, y su nombre no se pronuncia en la Tierra.

Manwë y Melkor eran hermanos en el pensamiento de Ilúvatar. El más poderoso de los Ainur que descendieron al Mundo era en un principio Melkor; pero Manwë es el más caro al corazón de Ilúvatar y el que comprende mejor sus propósitos. Se lo designó para ser, en la plenitud de los tiempos, el primero de todos los reyes: señor del Reino de Arda y regidor de todo lo que allí habita. En Arda su deleite son los vientos y las nubes y todas las regiones del aire, desde las alturas hasta los abismos, desde los confines superiores del Velo de Arda hasta las brisas que soplan en la hierba. Lo llaman Súlimo, Señor del Aliento de Arda. Ama a todas las aves veloces de alas vigorosas, y ellas vienen y van de acuerdo con lo que él ordene.

Con Manwë habita Varda, la Dama de las Estrellas, que conoce todas las regiones de Eä. Demasiado grande es la belleza de Varda para que se la declare en palabras de los Hombres o de los Elfos; pues la luz de Ilúvatar vive aún en su rostro. En la luz están el poder y la alegría de Varda. Desde las profundidades de Eä, acudió en ayuda de Manwë; porque a Melkor lo conoció antes de la ejecución de la Música lo rechazó, y él la odió y la temió más que a todos Los otros hechos por Eru. Manwë y Varda rara vez se separan y permanecen en Valinor. Los palacios se alzan sobre las nieves eternas, en Oiolossë, la más alta torre de Taniquetil, la más elevada de todas las montañas de la Tierra. Cuando Manwë asciende allí a su trono y mira enfrente, si Varda está a su lado ve más lejos que otra mirada alguna, a través de la niebla y a través de la oscuridad y por sobre las leguas del mar. Y si

Manwë está junto a ella, Varda oye más claramente que todos los otros oídos el sonido de las voces que claman de este a oeste, desde las colinas y los valles, y desde los sitios oscuros que Melkor ha hecho en la Tierra. De todos los Grandes que moran en este mundo a Varda es a quien más reverencian y aman los Elfos. La llaman Eibereth, e invocan su nombre desde las sombras de la Tierra Media y la ensalzan en cantos cuando las estrellas aparecen.

Ulmo es el Señor de las Aguas. Está solo. No habita mucho tiempo en parte alguna, sino que se traslada a su antojo por las aguas profundas alrededor de la Tierra o debajo de la Tierra. Sigue en poder a Manwë, y antes de que Valinor fuera hecha, era el más próximo a él en amistad; pero después, raras veces asistía a los consejos de los Valar, a menos que se debatieran muy grandes asuntos. Porque tiene siempre presente a toda Arda y no necesita lugar de descanso. Además no le agrada andar sobre la Tierra y rara vez viste un cuerpo, a la manera de sus pares. Cuando los Hijos de Eru llegaban a verlo, sentían un gran terror, pues la aparición del Rey del Mar era terrible, como una ola gigantesca que avanza hacia la tierra, con un yelmo oscuro de cresta espumosa y una cota de malla que resplandece pasando del color plata a unas sombras verdes. Altas son las trompetas de Manwë, pero la voz de Ulmo es profunda como los abismos del océano que sólo él ha visto.

No obstante Ulmo ama tanto a los Elfos como a los Hombres y nunca los abandona, ni aun cuando soportan la ira de los Valar. A veces llega invisible a las costas de la Tierra Media o sube tierra adentro por los brazos de mar, y allí hace música con los grandes cuernos, los Ulumúri, de conchas blancas labradas; y aquellos a quienes llega esa música, la escuchan desde entonces y para siempre en el corazón, y la nostalgia del mar ya nunca los abandona. Pero

Ulmo habla sobre todo a los que moran en la Tierra Media con voces que se oyen sólo como música del agua. Porque todos los mares, los ríos y las fuentes le están sometidos; de modo que los Elfos dicen que el espíritu de Ulmo corre por todas las venas del mundo. Así le llegan a Ulmo las nuevas, aun en las profundidades abismales, de todas las necesidades y los dolores de Arda, que de otro modo permanecerían ocultos para Manwë.

Poco menos poder que Ulmo tiene Aulë. Domina todas las sustancias de que Arda está hecha. En un principio trabajó mucho en compañía de Manwë y Ulmo; y fue él quien dio forma a las tierras. Es herrero y maestro de todos los oficios, y los trabajos que requieren habilidad, aun los muy pequeños, tanto como de las poderosas construcciones de antaño. Suyas son las gemas que yacen profundas en la Tierra y el oro que luce en la mano, y también los muros de las montañas y las cuencas del mar. Los Noldor fueron quienes más aprendieron de Aulë, quien fue siempre amigo de ellos. Melkor estaba celoso, pues Aulë era el que más se le parecía en pensamiento y en poderes; y hubo entre los dos una prolongada lucha en la que Melkor siempre estropeaba o deshacía las obras de Aulë, y Aulë se cansaba de reparar los tumultos y los desórdenes provocados por Melkor. Ambos, también, deseaban hacer cosas propias que fueran nuevas y que los otros no hubieran pensado, y se complacían en las alabanzas de los demás. Pero Aulë fue siempre leal y sometía todo lo que hacía a la voluntad de Eru; y no envidiaba la obra de los otros, sino que buscaba y daba consejo. Mientras Melkor se consumía en envidias y en odios, hasta que por último nada pudo hacer, salvo mofarse del pensamiento de los demás, y destruir todas sus obras, si le era posible.

La esposa de Aulë es Yavanna, la Dadora de Frutos. Es amante de todas las cosas que crecen en la tierra, y conserva en la mente todas las innumerables formas, desde los árboles como torres en los bosques antiguos hasta el musgo de las piedras o las criaturas pequeñas y secretas del moho. Entre las Reinas de los Valar, Yavanna es la más venerable después de Varda. En forma de mujer es alta y viste de verde; pero a veces asume otras formas. Hay quienes la han visto erguida como un árbol bajo el cielo, coronada por el sol; y de todas las ramas se derramaba un rocío dorado sobre la tierra estéril que de pronto verdeaba con el trigo; pero las

raíces del árbol llegaban a las aguas de Ulmo y los vientos de Manwë Hablaban en sus hojas. En la lengua Eldarin la llaman Kementári, Reina de la Tierra.

Los Fëanturi, los Amos de los Espíritus, son hermanos, y con mucha frecuencia responden a los nombres de Mandos y Lorien. Sin embargo éstos son los nombres de los sitios en que habitan, y ellos en verdad se llaman Námo e Irmo.

Námo, el mayor, habita en Mandos, en el oeste de Valinor. Es el guardián de las Casas de los Muertos, y convoca a los espíritus de quienes tuvieron una muerte violenta. No olvida nada; y conoce todas las cosas que serán, excepto aquellas que aún dependen de la libertad de Ilúvatar. Es el Juez de los Valar; pero condena y enjuicia sólo por orden de Manwë. Vairë la Tejedora es su esposa, que teje todas las cosas que han sido alguna vez en el Tiempo en tramas de historias, y las estancias de Mandos, más amplias a medida que transcurren las edades, se adornan con ellas.

Irmo, el menor, es el patrono de las visiones y los sueños. Los jardines de Irmo se encuentran en Lorien, en la tierra de los Valar, y es el más hermoso de todos los lugares del mundo, habitado por muchos espíritus. Estë la Gentil, curadora de las heridas y las tangas, es su esposa. Gris es su vestido, y reposo es su don. No camina durante el día, pero duerme en una isla en el lago de Lórellin, sombreado de árboles. Las fuentes de Irmo y Estë calman la sed de todos los que moran en Valinor; y a menudo los mismos Valar acuden a Lorien y encuentran allí reposo y alivio de la carga de Arda.

Más poderosa que Estë es Nienna, hermana de los Féanturi; vive sola. Está familiarizada con el dolor y llora todas las heridas que ha sufrido Arda por obra de Melkor. Tan grande era su pena, mientras la Música se desplegaba, que su canto se convirtió en lamento mucho antes del fin, y los sonidos de duelo se confundieron con los temas del Mundo antes que éste empezase. Pero ella no llora por sí misma; y quienes la escuchan aprenden a tener piedad, y firmeza en la esperanza. Los palacios de Nienna se alzan al oeste del Oeste en los límites del Mundo; y ella rara vez viene a la ciudad de Valimar, donde todo es regocijo. Visita sobre todo los palacios de Mandos, que están cerca de los suyos; y todos los que la esperan en Mandos claman por ella, pues fortalece los espíritus y convierte el dolor en sabiduría. Las ventanas de su casa miran hacia afuera desde los muros del mundo.

El más grande en fuerza y en proezas es Tulkas, a quien llaman Astaldo el Valiente. Fue el último en llegar a Arda para ayudar a los Valar en las primeras batallas contra Melkor. Ama la lucha y los torneos de fuerza; y no monta a caballo, pues corre más rápidamente que todas las criaturas que andan a pie, y no conoce la fatiga. Tiene el pelo y la barba dorados y la piel rojiza; sus armas son las manos. Poco caso hace del pasado o del futuro, y no es buen consejero pero sí un amigo intrépido. Su esposa es Nessa, hermana de Oromë, y también ella es ágil y ligera de pies. Ama a los ciervos, y ellos van detrás de su séquito toda vez que ella se interna en las tierras salvajes, pero los vence en la carrera, veloz como una flecha con el viento en los cabellos. La danza la deleita, y danza en Valinor en los prados siempre verdes.

Oromë es un poderoso señor. Aunque no tan fuerte como Tulkas, es más terrible en cólera; mientras que Tulkas ríe siempre, en el juego como en la guerra, y llegó a reírse en la cara de Melkor en las alalias de antes que los Elfos nacieran. Oromë amaba la Tierra Media, la dejó de mala gana y fue el último en llegar a Valinor; y en otro tiempo volvía a menudo al este por las montañas y regresaba con su ejército a las colinas y las llanuras. Es cazador de monstruos y de bestias feroces, y encuentra deleite en los caballos y los perros; y ama a todos los árboles, por lo que recibe el nombre de Aldaron, y los Sindar lo llaman Tauron, el Señor de los Bosques. Nahar es el nombre de su caballo, blanco al sol y de plata refulgente por la noche. El gran cuerno que lleva consigo se llama Valaróma, y el sonido de este cuerno es como el ascenso del sol envuelto en una luz escarlata o el rayo que

atraviesa las nubes. Por sobre todos los cuernos de su ejército se oyó a Valaróma en los bosques que Yavanna hizo crecer en Valinor; pues allí preparaba Oromë a gente y a bestias para perseguir a las criaturas malignas de Melkor. La esposa de Oromë es Vana, la Siempre Joven, hermana menor de Yavanna. Las flores brotan cuando ella pasa, y se abren cuando ella las mira; y todos los pájaros cantan cuando ella se acerca.

Estos son los nombres de los Valar y las Valier y aquí se cuenta brevemente qué aspecto tenían, tal como los Eldar los contemplaron en Aman. Pero aunque las formas en que se manifestaron a los Hijos de Ilúvatar parecieran hermosas y nobles, no eran sino un velo que ocultaba su hermosura y su poder. Y si poco se dice aquí de todo lo que una vez supieron los Eldar, no es nada en comparación con lo que ellos son en verdad, pues se remontan a regiones y edades que nuestro pensamiento no alcanza. Entre ellos, Nueve eran los más poderosos y venerables, pero uno fue eliminado y quedaron Ocho, los Aratar, los Principales de Arda: Manwë y Varda, Ulmo, Yavanna y Aulë, Mandos, Nienna y Oromë. Aunque Manwë es el Rey y responsable de la lealtad de todos a Eru, son pares en majestad y sobrepasan sin comparación a todos los demás, Valar o Maiar, o a cualquier otro enviado por Ilúvatar a Eä.

De los Maiar

Con los Valar vinieron otros espíritus que fueron también antes que el Mundo, del mismo orden de los Valar, pero de menor jerarquía. Son éstos los Maiar, el pueblo sometido a los Valar, y sus servidores y asistentes. El número de estos espíritus no es conocido de los Elfos y pocos tienen nombre en las lenguas de los Hijos de Ilúvatar; porque aunque no ha sido así en Aman, en la Tierra Media los Maiar rara vez se han aparecido en forma visible a los Elfos y los Hombres.

Principales entre los Maiar de Valinor cuyos nombres se recuerdan en las historias de los Días Antiguos son limaré, doncella de Varda, y Eönwë, el portador del estandarte y el heraldo de Manwë, con un poder en el manejo de las armas que nadie sobrepasa en Arda. Pero de todos los Maiar, Ossë y Uinen son los más conocidos de los Hijos de Ilúvatar.

Ossë es vasallo de Ulmo y amo de los mares que bañan las costas de la Tierra Media. No desciende a las profundidades, pero ama las costas y las islas y se regocija con los vientos de Manwë; se deleita en las tormentas y se ríe en medio del rugir de las olas. Su esposa es Uinen, la Señora de los Mares, cuyos cabellos se esparcen por todas las aguas bajo el cielo. Ama a todas las criaturas que habitan en las corrientes salinas y todas las algas que crecen allí; a ella claman los marineros, porque puede tender la calma sobre las olas, restringiendo el frenesí salvaje de Ossë. Los Númenóreanos vivieron largo tiempo bajo la protección de Uinen, y la tuvieron en igual reverencia que a los Valar.

Melkor odiaba al mar, pues no podía someterlo. Se dice que mientras hacían a Arda, intentó ganarse la lealtad de Ossë, prometiéndole todo el reino y el poder de Ulmo, si lo servía. Así fue que mucho tiempo atrás hubo grandes tumultos en el mar que llevaron ruina a las tierras. Pero Uinen, por ruego de Aulë, disuadió a Ossë y lo condujo ante Ulmo; y fue perdonado y volvió a su servicio y le fue fiel, la mayoría de las veces; porque nunca perdió del todo el gusto por la violencia, y a veces mostraba una furiosa terquedad aun sin el consentimiento de Ulmo, su señor. Por tanto, los que habitan junto al mar o se trasladan en embarcaciones suelen amarlo, pero no confían en él.

Melian era el nombre de una Maia que servía a Vana y a Esté; vivió largo tiempo en Lorien, donde cuidaba de los árboles que florecen en los jardines de Irmo, antes de que ella se trasladara a la Tierra Media. Los ruiseñores cantaban a su alrededor dondequiera que ella fuese.

El más sabio de entre los Maiar era Olórin. También él vivía en Lorien, pero sus caminos lo llevaban a menudo a casa de Nienna, y de ella aprendió la piedad y la paciencia.

De Melian mucho se dice en el *Quenta Silmarillion*. Pero de Olórin nada cuenta ese relato; porque aunque amaba a los Elfos, andaba entre ellos invisible o con la forma de un Elfo, y ellos desconocían el porqué de aquellas hermosas visiones o la impronta de sabiduría que él les ponía en el corazón. Más tarde fue amigo de todos los Hijos de Ilúvatar y compadeció sus sufrimientos, y quienes lo escuchaban despertaban de la desesperación y apartaban las aprensiones sombrías.

De los Enemigos

Ultimo de todos se inscribe el nombre de Melkor, el que se Alza en Poder. Pero ha perdido ese nombre, a causa de sus propias faltas, y los Noldor, que de entre los Elfos son los que más han sufrido su malicia, nunca lo pronuncian, y lo llaman en cambio Morgoth, el Enemigo Oscuro del Mundo. Gran poder le concedió Ilúvatar, y fue coevo de Manwë. De los poderes y el conocimiento de todos los otros Valar, tenía él una parte, pero los volcó a propósitos malvados, y prodigó su fuerza en violencia y tiranía. Porque codiciaba a Arda y a todo lo que había en ella, deseando el reinado de Manwë y tener dominio sobre los reinos de sus pares.

Desde los días de esplendor llegó por arrogancia a despreciar a todos los seres con excepción de él mismo, espíritu estéril e implacable. Cambió el conocimiento en artes sutiles, para acomodar torcidamente a su propia voluntad todo lo que deseaba, hasta convertirse en un embustero que no conocía la vergüenza. Empezó con el deseo de la luz, pero cuando no pudo tenerla sólo para él, descendió por el fuego y la ira a una gran hoguera que ardía allá abajo, en la Oscuridad. Y fue la oscuridad lo que él más utilizó para obrar maldades en Arda, e hizo que la gente de Arda tuviese miedo de todas las criaturas vivientes.

Sin embargo, tan grande era el poder de su levantamiento, que en edades olvidadas contendía con Manwë y todos los Valar, y por largos años tuvo a Arda sometida en la mayor parte de las regiones de la Tierra. Pero no estaba solo. Porque de entre los Maiar, muchos se sintieron atraídos por el esplendor de Melkor en los días de su grandeza, y permanecieron junto a él hasta el descenso a la oscuridad; y después corrompió a otros y los atrajo con mentiras y regalos traicioneros. Terribles entre ellos eran los Valaraukar, los azotes de fuego que en la Tierra Media recibían el nombre de Balrogs, demonios de terror.

Entre sus servidores con nombre, el más grande fue ese espíritu a quien los Eldar llamaron Sauron o Gorthaur el Cruel. Se lo contó al principio entre los Maiar de Aulë, y fue siempre una figura poderosa en las tradiciones de ese pueblo. En toaos los hechos de Melkor el Morgoth en el Reino de Arda, en las vastas obras que el edificó y en las trampas que tendía, Sauron tuvo parte, y era menor en maldad que su amo sólo porque durante mucho tiempo sirvió a otro y no a sí mismo. Pero en años posteriores se levantó como una sombra de Morgoth y como un fantasma de su malicia, y anduvo tras él por el mismo ruinoso sendero que descendía al Vacío.

AQUÍ CONCLUYE EL VALAQUENTA

Quenta Silmarillion

La historia de los Silmarils

1.— DEL PRINCIPIO DE LOS DÍAS

Se dice entre los sabios que la Primera Guerra estalló antes de que Arda estuviera del todo acabada, y antes de que nada creciera o anduviera sobre la Tierra; y durante mucho tiempo Melkor tuvo la mejor parte. Pero en medio de la guerra, un espíritu de gran fuerza y osadía acudió en ayuda de los Valar habiendo oído en el cielo lejano que se libraba una batalla en el Pequeño Reino; y el sonido de su risa llenó toda Arda. Así llegó Tulkas el Fuerte, cuya furia pasa como un viento poderoso, esparciendo nubes y oscuridad por delante; y la risa y la cólera de Tulkas ahuyentaron a Melkor, que abandonó Arda, y durante mucho tiempo hubo paz. Y Tulkas se quedó y se convirtió en uno de los Valar del Reino de Arda; pero Melkor meditaba en las tinieblas exteriores y desde entonces odió para siempre a Tulkas.

En ese entonces los Valar trajeron orden a los mares y las tierras y las montañas, y Yavanna plantó por fin las semillas que tenía preparadas tiempo atrás. Y desde entonces, cuando los fuegos fueron sometidos o sepultados bajo las colinas primigenias, hubo necesidad de luz, y Aulë, por ruego de Yavanna, construyó dos lámparas poderosas para iluminar la Tierra Media que él había puesto entre los mares circundantes. Entonces Varda llenó las lámparas y Manwë las consagró, y los Valar las colocaron sobre altos pilares, más altos que cualquiera de las montañas de días posteriores. Levantaron una de las lámparas cerca del norte de la Tierra Media y le dieron el nombre de Illuin; y la otra la levantaron en el sur, y le dieron el nombre de Ormal; y la luz de las Lámparas de los Valar fluyó sobre la Tierra, de manera que todo quedó iluminado como si estuviera en un día inmutable.

Entonces las semillas que Yavanna había sembrado empezaron a brotar y a germinar con prontitud, y apareció una multitud de cosas que crecían, grandes y pequeñas, musgos y hierbas y grandes heléchos, y árboles con copas coronadas de nubes, como montañas vivientes, pero con los pies envueltos en un crepúsculo verde. Y acudieron bestias y moraron en las llanuras herbosas, o en los ríos y los lagos, o se internaron en las sombras de los bosques. Y sin embargo aún no había florecido ninguna flor, no había cantado ningún pájaro porque estas cosas aguardaban aún en el seno de Yavanna a que les llegara el momento; pero había gran riqueza en lo que ella concibiera, y en ningún sitio más abundante que en las partes centrales del mundo, donde las luces de ambas lámparas se encontraban y se mezclaban. Y allí, en la Isla de Almaren, en el Gran Lago, tuvieron su primera morada los Valar, cuando todas las cosas eran jóvenes y el verde reciente maravillaba aún a los hacedores; y durante mucho tiempo se sintieron complacidos.

Sucedió entonces que mientras los Valar descansaban de sus trabajos y contemplaban el crecimiento y el desarrollo de las cosas que habían concebido e iniciado, Manwë ordenó que hubiese una gran fiesta; y los Valar y todas sus huestes acudieron a la llamada. Pero Aulë y Tulkas se sentían cansados, pues la habilidad de uno y la fuerza del otro habían estado sin cesar al servicio de todos mientras trabajaban. Y Melkor conocía todo lo que se había hecho, ya que aún entonces tenía amigos y espías secretos entre los Maiar a quienes había convertido a su propia causa; y lejos, en la oscuridad, lo consumía el odio, pues tenía celos de la obra de sus pares, a quienes deseaba someter. Por tanto convocó a los espíritus de los palacios de Eä que él había pervertido para que le sirvieran, y se creyó fuerte. Y viendo que le llegaba la hora, volvió a acercarse a Arda, y la contempló, y ante la belleza de la Tierra en Primavera sintió todavía más odio.

Pues bien, los Valar estaban reunidos en Almaren sin sospechar mal alguno, y por causa de la luz de Illuin no percibieron la sombra en el norte que desde lejos arrojaba Melkor; porque se había vuelto oscuro como la Noche del Vacío. Y se canta que en la fiesta de la Primavera de Arda, Tulkas desposó a Nessa, la hermana de Oromë, y ella bailó ante los Valar sobre la hierba verde de Almaren.

Luego Tulkas se echó a dormir, pues estaba cansado y satisfecho, y Melkor creyó que la ocasión le era propicia. Y pasó con su ejército por sobre los Muros de la Noche y llegó a la Tierra Media, lejos, al norte; y los Valar no lo advirtieron.

Entonces Melkor empezó a cavar, y construyó una vasta fortaleza muy hondo bajo la Tierra, por debajo de las montañas oscuras donde los rayos de Illuin eran fríos y débiles. Esa ciudadela recibió el nombre de Utumno. Y aunque los Valar aún no sabían nada de ella, la maldad de Melkor y el daño de su odio brotaron desde allí alrededor y marchitaron la Primavera de Arda. Las criaturas verdes enfermaron y se corrompieron, las malezas y el cieno estrangulaban los ríos; los helechos, rancios y ponzoñosos, se convirtieron en sitios donde pululaban las moscas; y los bosques se hicieron peligrosos y oscuros, moradas del miedo, y las bestias se transformaron en monstruos de cuerno y marfil, y tiñeron la tierra con sangre. Entonces supieron los Valar, sin ninguna duda, que Melkor estaba actuando otra vez, y buscaron su escondrijo. Pero Melkor, confiado en la fuerza de Utumno y en el poderío de sus sirvientes, acudió de repente a la lucha, y asestó el primer golpe, antes de que los Valar estuvieran preparados; y atacó las luces de Illuin y Ormal, derribó los pilares y quebró las lámparas. En el derrumbe de los poderosos pilares, las tierras se abrieron y los mares se levantaron en tumulto; y cuando las lámparas se derramaron unas llamas destructoras avanzaron por la Tierra. Y la forma de Arda y la simetría de las aguas y tierras quedaron entonces dañadas, de modo que los primeros proyectos de los Valar nunca fueron restaurados.

En la confusión y la oscuridad Melkor huyó, aunque tuvo miedo, pues por encima del bramido de los mares oyó la voz de Manwë como un viento huracanado; y la tierra temblaba bajo los pies de Tulkas. Pero llegó a Utumno antes de que Tulkas pudiera alcanzarlo; y allí se quedó escondido. Y los Valar no pudieron someterlo en aquella ocasión, porque necesitaban de casi todas sus fuerzas para apaciguar los tumultos de la Tierra y salvar de la ruina todo lo que pudiera ser salvado de lo que habían hecho; y después temieron desgarrar otra vez la Tierra en tanto no supieran dónde moraban los Hijos de Ilúvatar, que aún habrían de venir en un tiempo que a los Valar les estaba oculto.

Así llegó a su fin la Primavera de Arda. La morada de los Valar en Almaren quedó por completo destruida, y no tuvieron sitio donde vivir sobre la faz de la Tierra. Por tanto abandonaron la Tierra Media y fueron a la Tierra de Aman, el más occidental de todos los territorios sobre el filo del mundo; pues las costas occidentales miraban al Mar Exterior, que los Elfos llamaban Ekkaia, y que circunda el Reino de Arda. Cuan ancho es ese mar, sólo los Valar lo saben; y más allá de él se encuentran los Muros de la Noche. Pero las costas orientales de Aman eran el extremo de Belegaer, el Gran Mar del Occidente; y como Melkor había vuelto a la Tierra Media y aún no podían someterlo, los Valar fortificaron sus propias moradas, y en las costas del mar levantaron las Pelóri, las Montañas de Aman, las más altas de la Tierra. Y sobre todas las montañas de Pelóri, se alzaba la altura en cuya cima puso Manwë su trono. Taniquetil llaman los Elfos a esa montaña sagrada, y Oiolossë de Blancura Sempiterna, y Elerrína Coronada de Estrellas, y con muchos otros nombres; pero en la lengua tardía de los Sindar se la llamaba Amon Uiíos. Desde los palacios de Taniquetil,

Manwë y Varda podían ver a través de la Tierra hasta los confines más extremos del Este.

Detrás de los muros de las Pelóri, los Valar se establecieron en esa región que llamaban Valinor; y allí tenían casas, jardines y torres. En aquella tierra protegida acumularon grandes caudales de luz y las cosas más bellas que se salvaron de la ruina; y muchas otras aún más bellas las hicieron de nuevo, y Valinor fue todavía más hermosa que la Tierra Media en la Primavera de Arda; y fue bendecida, porque los Inmortales vivían allí, y allí nada se deterioraba ni marchitaba, ni había mácula en las flores o en las hojas de esa tierra, ni corrupción o enfermedad en nada de lo que allí vivía; porque aun las mismas piedras y las aguas estaban consagradas.

Y cuando Valinor estuvo acabada y establecidas las mansiones de los Valar, en medio de la llanura de más allá de los montes edificaron su ciudad, Valmar, la de muchas campanas. Ante el portal occidental había un montículo verde, Ezellohar, llamado también Corollairë; y Yavanna lo consagró, y se sentó allí largo tiempo sobre la hierba verde y entonó un canto de poder en el que puso todo lo que pensaba de las cosas que crecen en la tierra. Pero Nienna reflexionó en silencio y regó el montículo con lágrimas. En esa ocasión los Valar estaban todos reunidos para escuchar el canto de Yavanna, sentados en los tronos del consejo en el Máhanaxar, en el Anillo del Juicio, cerca de los portones dorados de Valmar; y Yavanna Kementári cantó delante de ellos, que la observaban.

Y mientras observaban, en el montículo nacieron dos esbeltos brotes; y el silencio cubría el mundo entero a esa hora y no se oía ningún otro sonido que la voz de Yavanna. Bajo su canto los brotes crecieron y se hicieron hermosos y altos, y florecieron; y de este modo despertaron en el mundo los Dos Árboles de Valinor, la más renombrada de todas las creaciones de Yavanna. En torno al destino de estos árboles se entretejen todos los relatos de los Días Antiguos.

Uno de ellos tenía hojas de color verde oscuro que por debajo eran como plata resplandeciente, y de cada una de las innumerables flores caía un rocío continuo de luz plateada, y la tierra de abajo se moteaba con la sombra de las hojas temblorosas. El otro tenía hojas de color verde tierno, como el haya recién brotada, con bordes de oro refulgente. Las flores se mecían en las ramas en racimos de ruegos amarillos, y cada una era como un cuerno encendido que derramaba una lluvia dorada sobre el suelo; y de los capullos de este árbol brotaba calor, y una gran luz. Telperion se llamó el uno en Valinor, y Silpion, y Ninquelótë y tuvo muchos otros nombres; pero Laurelin fue el otro, y también Malinalda, y Culúrien, y le dieron además muchos nombres en los cantos.

En siete horas la gloria de cada árbol alcanzaba su plenitud y menguaba otra vez en nada; y cada cual despertaba una vez más a la vida una hora antes de que el otro dejara de brillar. Así en Valinor dos veces al día había una hora dulce de luz más suave, cuando los dos árboles eran más débiles y los rayos de oro y de plata se mezclaban. Telperion era el mayor de los árboles y el primero en desarrollarse y florecer; y esa primera hora en que resplandecía —el fulgor blanco de un amanecer de plata— los Valar no la incluyeron en el compuesto de las horas, pero le dieron el nombre de Hora de Apertura, y a partir de ella contaron las edades del reino de Valinor. Por tanto a la sexta hora en ese Primer Día, y en todos los días gozosos que siguieron, hasta el Oscurecí; miento de Valinor, concluía el tiempo de floración de Telperion; y a la hora duodécima dejaba de florecer Laurelin. Y cada día de los Valar en Aman tenía doce horas, y terminaba con la segunda mezcla de las luces, en la que Laurelin menguaba, pero Telperion crecía. Sin embargo, la luz que los árboles esparcían duraba un tiempo antes de que fuera arrebatada en el aire o se hundiera en la tierra; y Varda atesoraba los rocíos de Telperion y la lluvia que caía de Laurelin en grandes tinas como lagos resplandecientes, que eran para toda la tierra de los Valar como fuentes de agua y de luz. Así empezaron los Días de la Bendición de Valinor; y así empezó también la Cuenta del Tiempo.

Pero mientras las edades avanzaban hacia la hora señalada por Ilúvatar para la venida de los Primeros Nacidos, la Tierra Media yacía en una luz crepuscular bajo las estrellas que Varda había forjado en edades olvidadas cuando trabajaba en Eä. Y en las tinieblas vivía Melkor y aún andaba con frecuencia por el mundo, en múltiples formas poderosas y aterradoras, y esgrimía el frío y el fuego, desde las cumbres de las montañas a los profundos hornos que están debajo; y cualquier cosa que fuese cruel o violenta o mortal era en esos días obra de Melkor.

Pocas veces venían los Valar por encima de las montañas a la Tierra Media, dejando atrás la belleza y la beatitud de Valinor, pero cuidaban y amaban los territorios de más allá de las Pelóri. Y en medio del Reino Bendecido se levantaban las mansiones de Aulë, y allí trabajó él largo tiempo. Porque en la hechura de todas las cosas de esa tierra Aulë tuvo parte principal e hizo allí muchas obras hermosas y esbeltas, tanto abiertamente como en secreto. De él provienen la ciencia y el conocimiento de todas las cosas terrestres: sea la ciencia de los que no hacen, pero intentan comprender lo que es, o la ciencia de los artesanos: el tejedor, el que da forma a la madera y el que trabaja los metales; y también el labrador y el granjero, aunque éstos y todos los que tratan con cosas que crecen y dan fruto se deben también a la esposa de Aulë, Yavanna Kementári. Es a Aulë a quien se da el nombre de Amigo de los Noldor, porque de él aprendieron mucho en días posteriores, y son ellos los más hábiles de entre los Elfos; y a su Propio modo, de acuerdo con los dones que Ilúvatar les concedió, añadieron mucho a sus enseñanzas, deleitándose en las lenguas y en los escritos, y en las figuras del bordado, el dibujo y el tallado. Los Noldor fueron también los primeros que consiguieron hacer gemas; y las más bellas de todas las gemas fueron los Silmarils, que se han perdido.

Pero Manwë Súlmo, el más alto y sagrado de los Valar, instalado en los lindes de Aman, no dejaba de pensar en las Tierras Exteriores. Porque el trono de Manwë se levantaba majestuoso sobre el pináculo de Taniquetil, la más alta montaña del mundo, a orillas del mar. Espíritus que tenían forma de halcones y águilas revoloteaban por las estancias del palacio; y los ojos de Manwë podían ver hasta las profundidades del mar y horadar las cavernas ocultas bajo la tierra. De este modo le traían noticias de casi todo cuanto ocurría en Arda; no obstante había cosas ocultas aun para Manwë y los servidores de Manwë, porque donde Melkor se ensimismaba en negros pensamientos, las sombras eran impenetrables. Manwë no concibe ningún pensamiento que sirva a su propio honor y no tiene celos del poder de Melkor, sino que lo gobierna todo en paz. De entre todos los Elfos, amaba más a los Vanyar, y de él recibieron la poesía y el canto; pues la poesía es el deleite de Manwë, y el canto con palabras es la música que prefiere. El vestido de Manwë es azul, y azul el fuego de sus ojos, y su cetro es de zafiro, que los Noldor labraron para él; y fue designado para ser el vice—regente de Ilúvatar, Rey del mundo de los Valar y los Elfos y los Hombres, y principal defensa contra el mal de Melkor. Con Manwë moraba Varda, quien en lengua Sindarin es llamada Elbereth, Reina de los Valar, hacedora de las estrellas; y con ellos había una vasta hueste de espíritus bienaventurados.

Pero Ulmo se encontraba solo, y no moraba en Valinor, y ni siquiera iba allí excepto cuando se celebraba un gran consejo; vivió desde el principio de Arda en el Océano Exterior, y allí vive todavía. Desde allí gobierna el flujo de todas las aguas, y las mareas, el curso de los ríos y la renovación de las fuentes, y la destilación de todos los rocíos y lluvias en las tierras que se extienden bajo el cielo. En los sitios profundos concibe una música grande y terrible, y el eco de esa música corre por todas las venas del mundo en dolor y alegría; porque si alegre es la fuente que se alza al sol, el agua nace en pozos de dolor insondable en los cimientos de la Tierra. Los Teleri aprendieron mucho de Ulmo, y por esta razón su música tiene a la vez tristeza y encantamiento. Junto con él llegó Salmar a Arda, el que hizo los cuernos

de Ulmo, aquellos que nadie puede olvidar si los ha oído una vez; también Ossë y Uinen, a los que dio el gobierno de las olas y los movimientos de los Mares Interiores, y además muchos otros espíritus. Y así fue por el poder de Ulmo que aun bajo las tinieblas de Melkor fluyó la vida por muchas vías secretas, y la Tierra no murió; y para aquellos que andaban perdidos en esas tinieblas o lejos de la luz de los Valar, estaban siempre abiertos los oídos de Ulmo; y tampoco ha olvidado la Tierra Media; y no ha dejado de pensar en cualquier ruina o cambio que haya sobrevenido desde entonces, y así lo hará hasta el fin de los días.

Y en ese tiempo de oscuridad tampoco Yavanna estaba dispuesta a abandonar por completo las Tierras Exteriores; pues todas las cosas que crecen le son caras, y se lamentaba por las obras que había iniciado en la Tierra Media, y que Melkor había dañado. Por tanto, abandonando la casa de Aulë y los prados floridos de Valinor, iba a veces a curar las heridas abiertas por Melkor; y al volver instaba siempre a los Valar a enfrentar el maligno dominio de Melkor, en una guerra que tendrían que librar sin duda antes del advenimiento de los Primeros Nacidos. Y Oromë, domador de bestias, también cabalgaba de vez en cuando por la oscuridad de los bosques; llegaba como poderoso cazador, con el arco y las Hechas, persiguiendo a muerte a los monstruos y criaturas salvajes del reino de Melkor, y su caballo blanco Nahar, brillaba como plata en las sombras.

Entonces la tierra adormecida temblaba con el repiqueteo de los cascos dorados, y en el crepúsculo matinal del mundo Oromë hacía sonar el gran cuerno, el Valaróma, sobre los llanos de Arda; las montañas le respondían con ecos prolongados, y las sombras del mal huían, y el mismo Melkor se encogía en Utumno anticipando la cólera por venir. Pero Oromë no había acabado de pasar y ya los sirvientes de Melkor se reagrupaban; y las tierras se cubrían de sombras y engaños.

Ahora bien, todo se ha dicho de cómo fueron la Tierra y sus gobernantes en el comienzo de los días, antes de que el mundo apareciese como los Hijos de Ilúvatar lo conocieron. Porque los Elfos y los Hombres son Hijos de Ilúvatar; y como no habían entendido enteramente ese tema por el que los Hijos entraron en la Música, ninguno de los Ainur se atrevió a agregarle nada. Por esa razón los Valar son los mayores y los cabecillas de ese linaje antes que sus amos; y si en el trato con los Elfos y los Hombres, los Ainur han intentado forzarlos en alguna ocasión, cuando ellos no tenían guía, rara vez ha resultado nada bueno, por buena que fuera la intención. En verdad los Ainur tuvieron trato sobre todo con los Elfos, porque Ilúvatar los hizo más semejantes en naturaleza a los Ainur, aunque menores en fuerza y estatura; mientras que a los Hombres les dio extraños dones.

Pues se dice que después de la partida de los Valar, hubo silencio, y durante toda una edad Ilúvatar estuvo solo, pensando. Luego habló y dijo: —¡He aquí que amo a la Tierra, que será la mansión de los Quendi y los Atani! Pero los Quendi serán los más hermosos de todas las criaturas terrenas, y tendrán y concebirán y producirán más belleza que todos mis Hijos; y de ellos será la mayor buena ventura en este mundo. Pero a los Atani les daré un nuevo don.

Por tanto quiso que los corazones de los Hombres buscaran siempre más allá y no encontraran reposo en el mundo; pero tendrían en cambio el poder de modelar sus propias vidas, entre las fuerzas y los azares mundanos, más allá de la Música de los Ainur, que es como el destino para toda otra criatura; y por obra de los Hombres todo habría de completarse, en forma y acto, hasta en lo último y lo más pequeño.

Pero Ilúvatar sabía que los Hombres, arrojados al torbellino de los poderes del mundo, se extraviarían a menudo y no utilizarían sus dones en armonía; y dijo: —También ellos sabrán, llegado el momento, que todo cuanto hagan contribuirá al fin sólo a la gloria de mi obra.

Creen los Elfos, sin embargo, que los Hombres son a menudo motivo de dolor para Manwë, que conoce mejor que otros la mente de Ilúvatar; pues les parece a los Elfos que los Hombres se asemejan a Melkor más que a ningún otro Ainu, aunque él los ha temido y los ha odiado siempre, aun a aquellos que le servían.

Uno y el mismo es este don de la libertad concedido a los hijos de los Hombres: que sólo estén vivos en el mundo un breve lapso, y que no estén atados a él, y que partan pronto; a donde, los Elfos no lo saben. Mientras que los Elfos permanecerán en el mundo hasta el fin de los días, y su amor por la Tierra y por todo es así más singular y profundo, y más desconsolado a medida que los años se alargan. Porque los Elfos no mueren hasta que no muere el mundo, a no ser que los maten o los consuma la pena (y a estas dos muertes aparentes están sometidos); tampoco la edad les quita fuerzas, a no ser que uno se canse de diez mil centurias; y al morir se reúnen en las estancias de Mandos, en Valinor, de donde pueden retornar llegado el momento. Pero los hijos de los Hombres mueren en verdad, y abandonan el mundo; por lo que se los llama los Huéspedes o los Forasteros. La Muerte es su destino, el don de Ilúvatar, que hasta los mismos Poderes envidiarán con el paso del Tiempo. Pero Melkor ha arrojado su sombra sobre ella, y la ha confundido con las tinieblas, y ha hecho brotar el mal del bien, y el miedo de la esperanza. No obstante, ya desde hace mucho los Valar declararon a los Elfos que los Hombres se unirán a la Segunda Música de los Ainur; mientras que Ilúvatar no ha revelado qué les reserva a los Elfos después de que el Mundo acabe, y Melkor no lo ha descubierto.

2.— DE AULË Y YAVANNA

Se dice que al principio los Enanos fueron hechos por Aulë en la oscuridad de la Tierra Media; porque tanto deseaba Aulë la llegada de los Hijos, tener discípulos a quienes enseñarles su ciencia y artesanía, que no estuvo dispuesto a aguardar el cumplimiento de los designios de Ilúvatar. Y Aulë hizo a los Enanos como son todavía, porque aún no tenía clara en la mente la forma de los Hijos que estaban por venir y porque el poder de Melkor aún obraba en la Tierra; y por tanto deseó que fueran fuertes e inquebrantables. Pero temiendo que los otros Valar lo culparan, trabajó en secreto; e hizo primero a los Siete Padres de los Enanos en un palacio bajo las montañas de la Tierra Media.

Ahora bien, Ilúvatar sabía lo que se estaba haciendo, y a la hora misma en que Aulë completó su obra, y sintiéndose complacido, empezó a instruir a los Enanos en la lengua que había inventado para ellos, Ilúvatar le habló: —¿Por qué has hecho esto? ¿Por qué intentas algo que está más allá de tu poder y tu autoridad, como bien lo sabes? Pues has recibido de mí como don sólo tu propio ser, y ninguna otra cosa, y por tanto las criaturas de tu mano y tu mente sólo pueden vivir. de ese ser, moviéndose cuando tú lo piensas, y si tu pensamiento está en otro sitio, quedándose quietos. ¿Es ése tu deseo?

Entonces Aulë contestó: —Yo no deseé semejante dominio. Deseé criaturas que no fueran como yo, para amarlas y enseñarles, de modo que ellas también pudieran percibir la belleza de Eä, que tú mismo hiciste. Porque me pareció que había grandes espacios en Arda como para que muchas criaturas pudieran regocijarse en ella, y sin embargo aún se encuentra casi toda muda y vacía. Y en mi impaciencia he dado en la locura. No obstante llevo en el corazón la hechura de cosas nuevas a causa de la hechura que tú mismo me diste; y el niño de escaso entendimiento que convierte en juego los trabajos del pudre puede no hacerlo por burla, sino porque es el hijo del padre. Pero ¿qué haré ahora para que no estés siempre enfadado conmigo? Como un niño a su padre te ofrezco yo estas criaturas,

obra de las manos que tú mismo has hecho. Dispón de ellas como más te plazca. Pero ¿no tendría que destruir yo mismo la obra de mi presunción?

Alzó entonces Aulë un gran martillo para golpear a los Enanos; y lloró. Pero Ilúvatar vio la humildad de Aulë, y tuvo compasión de él y de su deseo; y los Enanos se sobrecogieron ante el martillo y se asustaron, e inclinaron la cabeza y suplicaron clemencia. Y la voz de Ilúvatar le dijo a Aulë: —Acepto tu ofrenda tal como era al principio. ¿No ves que estas criaturas tienen ahora una vida propia y hablan con sus propias voces? De otro modo no habrían esquivado tu golpe, ni orden alguna de tu voluntad—. Entonces Aulë soltó el martillo y se sintió complacido, y dio las gracias a Ilúvatar diciendo: —Quiera Eru bendecir mi obra y enderezarla.

Pero Ilúvatar habló otra vez y dijo: —En el principio del Mundo di ser a los pensamientos de los Ainur y del mismo modo he tomado ahora tu deseo y le he dado sitio en el Mundo; pero no enderezaré de ningún otro modo la obra de tus manos, y tal como la hiciste, así será. Pero esto no toleraré: que estas criaturas lleguen antes que los Primeros Nacidos de mi hechura, ni que tu impaciencia sea recompensada. Dormirán bajo la piedra en la oscuridad y no saldrán de ella hasta que los Primeros Nacidos no hayan despertado sobre la Tierra; y hasta ese momento tú y ellos esperaréis, aunque la espera os parezca larga. Pero cuando llegue la hora, yo mismo los despertaré y serán para ti como hijos; y a menudo habrá disputas entre los tuyos y los míos, los hijos de mi adopción y los hijos de mi elección.

Entonces Aulë tomó a los Siete Padres de los Enanos y los puso a descansar en sitios distintos y apartados; y regresó a Valinor, y esperó mientras los largos años se prolongaban.

Como habrían de aparecer en los días del poder de Melkor, Aulë hizo a los Enanos fuertes y resistentes. Por tanto, son duros como la piedra, empeñosos, rápidos en la amistad y en la enemistad, y soportan el trabajo y el hambre y los dolores del cuerpo más que ninguna otra criatura que tenga el don de la palabra; viven largo tiempo, mucho más que los días de los Hombres, pero no para siempre. Se sostuvo en otro tiempo entre los Elfos de la Tierra Media que al morir los Enanos volvían a la tierra y a la piedra de que estaban hechos; sin embargo, no es eso lo que ellos mismos creen. Porque dicen que Aulë el Hacedor, a quien llaman Mahal, cuida de ellos y los reúne en Mandos, en estancias apartadas; y que Aulë declaró a los primeros Padres que Ilúvatar los consagrará y que les dará un lugar entre los Hijos cuando llegue el fin. Tendrán entonces la misión de servir a Aulë y ayudarlo a rehacer a Arda después de la Última Batalla. Dicen también que los Siete Padres de los Enanos retornan para vivir entre los suyos y para ponerse una vez más los nombres antiguos de los que Durin fue el más notable en tiempos posteriores, padre del pueblo que más amistad tuvo con los Elfos, y cuyas mansiones se encontraban en Khazad-dûm.

Ahora bien, mientras Aulë trabajaba en la hechura de los Enanos, ocultó su obra a los demás Valar; pero al fin confió en Yavanna y le contó todo lo que había sucedido. Entonces Yavanna le dijo: —Eru es Piadoso. Veo ahora que tu corazón se regocija, como bien cabe; porque no sólo has recibido perdón, sino también munificencia. No obstante, y porque me ocultaste este pensamiento hasta que estuvo consumado, tus hijos no sentirán mucho amor por los objetos de mi amor. Amarán primero las cosas que sean obra de sus propias manos, al igual que su padre. Cavarán en la tierra y no estimarán las cosas que crecen y viven sobre la tierra. Muchos árboles sentirán la mordedura del hierro despiadado.

Pero Aulë respondió: —También será eso cierto de los Hijos de Ilúvatar; porque ellos comerán y construirán. Y aunque las cosas de tu reino tienen valor en sí mismas, y seguirían teniéndolo aun si los Hijos no llegaran, no obstante Eru les

concederá poder, y utilizarán todo cuanto encuentren en Arda; pero no, según es propósito de Eru, sin respeto o sin gratitud.

—No, a no ser que Melkor les ennegrezca el corazón —dijo Yavanna. Y no se sintió apaciguada, pues el temor de lo que pudiera hacerse en la Tierra Media en los días por venir le afligía el ánimo. Por tanto, fue al encuentro de Manwë y no traicionó el secreto de Aulë, pero preguntó: —Rey de Arda ¿es cierto, como me dijo Aulë, que los Hijos, cuando lleguen, tendrán dominio sobre mis obras y harán de ellas lo que les plazca?

—Es cierto —dijo Manwë—. Pero ¿por qué preguntas? No necesitas de las enseñanzas de Aulë.

Entonces Yavanna calló y contempló sus propios pensamientos. Y al fin respondió: —Porque hay ansiedad en mi corazón al pensar en los días por venir. Todas mis obras me son caras. ¿No basta que Melkor haya dañado tanto? ¿Nada que yo haya hecho estará libre del dominio de otros?

—Si tu voluntad se cumpliera ¿qué preservarías? —dijo Manwë— De todo tu reino ¿qué te es más caro?

—Todo tiene su valor —le respondió Yavanna— y cada cosa contribuye al valor de las otras. Pero los *kelvar* pueden volar o defenderse, lo que no es posible entre las cosas que crecen como las *olvar*. Y de todas éstas, me son caros los árboles. Lentos en crecer, rápidos en la caída, y a menos que paguen el tributo del fruto en las ramas, apenas llorados en su tránsito. Esto veo en mi pensamiento. ¡Quisiera que los árboles pudieran hablar en nombre de todas las cosas que tienen raíz y castigar a quien les hiciese daño!

—Es ése un raro pensamiento —dijo Manwë.

—Sin embargo estaba— en la Canción —dijo Yavanna—. Porque mientras tú andabas por los cielos y con Ulmo hacíais las nubes y derramabais las lluvias, levanté yo las ramas de los grandes árboles para recibirlas, y algunas cantaron a Ilúvatar entre el viento y la lluvia.

Entonces Manwë guardó silencio y el pensamiento de Yavanna, que ella le había puesto en el corazón, creció y se desarrolló, e Ilúvatar llegó a verlo. Entonces le pareció a Manwë que la Canción se levantaba una vez más alrededor, y descubrió ahora muchas cosas que había oído antes, pero que no había advertido. Y por último se renovó la Visión, pero era ahora remota, porque él mismo estaba en ella, y vio sin embargo que la mano de Ilúvatar sostenía todo; y la mano entró en la Visión, y de ella extrajo muchas maravillas que hasta entonces habían estado escondidas en el corazón de los Ainur.

Y entonces Manwë despertó y fue al encuentro de Yavanna en Ezellohar, y se sentó junto a ella bajo los Dos Árboles. Y Manwë dijo: —Oh, Kementári, Eru ha hablado diciendo: "¿Supone, pues, alguno de los Valar que no escuché toda la Canción, aun el mínimo sonido de la mínima voz? ¡Oíd! Cuando los Hijos despierten, el pensamiento de Yavanna despertará también, y convocará espíritus venidos de lejos, e irán entre los *kelvar* y las *olvar*, y algunos se albergarán en ellos, y serán tenidos en reverencia, y su justa cólera será temida. Por un tiempo: mientras los Primeros Nacidos tengan dominio y los Segundos sean jóvenes." Pero ¿no recuerdas, Kementári, que tu canto no siempre estuvo solo? ¿No se encontraron tu pensamiento y el mío y remontamos vuelo juntos como los grandes pájaros que se elevan sobre las nubes? Eso también advendrá por obra de la atenta mirada de Ilúvatar, y antes que los Hijos despierten, aparecerán las Águilas de los Señores del Occidente, con alas parecidas al viento.

Se complació entonces Yavanna y se puso de pie tendiendo los brazos a los cielos, y dijo: —Altos crecerán los árboles de Kementári: ¡que las Águilas del Rey moren en ellos!

Pero también Manwë se puso de pie y pareció que se erguía, tan alto que su voz descendió a Yavanna como desde los caminos de los vientos.

—No —dijo—, sólo los árboles de Aulë serán lo bastante altos. Las águilas morarán en las montañas, y desde allí oirán las voces de los que nos reclamen. Pero los Pastores de Árboles andarán por los bosques.

Luego Manwë y Yavanna se separaron, y Yavanna volvió a Aulë, y él estaba en la herrería vertiendo metal fundido en un molde. —Eru es generoso —dijo ella—. ¡Que se cuiden tus hijos ahora! Porque despertarán la cólera de un poder que habrá en los bosques y correrán peligro.

—No obstante, necesitarán madera —dijo Aulë, y prosiguió con el trabajo de herrero.

3.— DE LA LLEGADA DE LOS ELFOS Y EL CAUTIVERIO DE MELKOR

Durante largos años los Valar vivieron en beatitud a la luz de los Árboles más allá de las Montañas de Aman, pero un crepúsculo estelar cubría toda la Tierra Media. Mientras las Lámparas habían brillado, surgió allí una vegetación que luego fue estorbada, porque todo se hizo otra vez oscuro. Pero las más antiguas criaturas vivientes habían aparecido ya: en los mares las grandes algas, y en la tierra la sombra de grandes árboles; y en los valles que la noche vestía había oscuras criaturas, antiguas y vigorosas. A esas tierras y bosques, los Valar iban rara vez, salvo Yavanna y Oromë; y Yavanna andaba allí por las sombras, lamentando que el nacimiento y la promesa de la Primavera de Arda se hubiesen diferido. Y puso a dormir a muchas criaturas nacidas en la Primavera, para que no envejecieran, y aguardaran el momento de despertar, que no había llegado aún.

Pero en el norte Melkor cobraba fuerzas, y no dormía, pero vigilaba, y trabajaba; y las criaturas malignas que él había pervertido andaban por las tierras vecinas, y los bosques oscuros y adormilados eran frecuentados por monstruos y formas espantosas. Y en Utumno reunió a sus demonios, los espíritus que se le unieron desde un principio en los días de esplendor y que más se le asemejaban en corrupción: sus corazones eran de fuego; pero un manto de tinieblas los cubría, y el terror iba delante de ellos; tenían látigos de llamas. Balrogs se los llamó en la Tierra Media en días posteriores. Y en ese tiempo oscuro Melkor creó muchos otros monstruos de distintas formas y especies que durante mucho tiempo Perturbaron el mundo; y el reino fue extendiéndose hacia el sur por sobre la Tierra Media.

Y Melkor levantó también una fortaleza y armería no lejos de las costas noroccidentales del mar para resistir a cualquier ataque que viniera de Aman. La fortaleza era mandada por Sauron, teniente de Melkor; y se le daba el nombre de Angband.

Sucedió que los Valar se reunieron en consejo, turbados por las nuevas que Yavanna y Oromë traían de las Tierras Exteriores; y Yavanna habló ante los Valar diciendo: —Oh, vosotros, poderosos de Arda, la Visión de Ilúvatar fue breve y nos la quitaron pronto, de modo que quizá no podamos sospechar, dentro de un estrecho margen de días, la hora señalada. Esto, sin embargo, tened por seguro: se aproxima la hora, nuestra esperanza tendrá respuesta antes que esta edad termine, y los hijos despertarán. ¿Dejaremos, pues, las tierras que serán su morada, desoladas e invadidas por poderes malignos? ¿Darán a Melkor el nombre de «señor» mientras Manwë está sentado en Taniquetil?

Y Tulkas grito: —¡No! ¡Hagamos la guerra sin demora! ¿Acaso no hace mucho que descansamos de la lucha y no se ha renovado ya nuestra fuerza? ¿Se nos opondrá uno solo para siempre?

Pero por mandato de Manwë habló Mandos, y dijo: —Los Hijos de Ilúvatar vendrán en esta edad por cierto, pero no todavía. Se ha proclamado además que los Primeros Nacidos llegarán en la oscuridad y primero contemplarán las estrellas. Verán la gran luz cuando empiecen a menguar, y acudirán a Varda cada vez que lo necesiten.

Entonces Varda abandonó el consejo y desde las alturas de Taniquetil contempló la oscuridad de la Tierra Media bajo las estrellas innumerables, débiles y distantes, e inició entonces un gran trabajo, la mayor de las labores de los Valar desde que llegaron a Arda. Recogió el rocío plateado de las tinajas de Telperion, y con él hizo estrellas nuevas y más brillantes preparando la llegada de los Primeros Nacidos; por eso, a quien desde la profundidad de los tiempos y los trabajos de Eä se llamó Tintallë, la Iluminadora, los Elfos le dieron más tarde el nombre de Elentári, Reina de las Estrellas. También entonces hizo ella Carnil y Luinil, Nénar y Lumbar, Alcarinquë y Elemmirë, y reunió muchas otras de las antiguas estrellas y las puso como signos en los cielos de Arda: Wilwarin, Telumendil, Soronúmë y Anarríma; y Menelmacar, con un cinturón resplandeciente que presagia que la Última Batalla se librará al final de los días. Y alta *en* el norte, como reto a Melkor, echó a girar la corona de siete poderosas estrellas: Valacirca, la Hoz de los Valar y signo de los hados.

Se dice que al poner fin Varda a estos trabajos, y muy largos que fueron, cuando Menelmacar entró en el cielo por primera vez y el fuego azul de Helluin flameó en las nieblas por sobre los confines del mundo, a esa misma hora despertaron los Hijos de la Tierra, los Primeros Nacidos de Ilúvatar. Junto a la laguna de Cuiviénen, el Agua del Despertar, iluminada de estrellas, se levantaron del sueño de Ilúvatar; y mientras permanecían aún en silencio junto a Cuiviénen, miraron y contemplaron antes que ninguna otra cosa las estrellas del cielo. Por tanto, han amado siempre la luz de las estrellas, y veneran a Varda Elentári por sobre todos los Valar.

En los cambios del mundo, las formas de las tierras y de los mares se han destruido y reconstruido; los nos no han conservado su curso, ni las montañas se han mantenido firmes; y no hay retorno a Cuiviénen. Pero se dice entre los Elfos que Cuiviénen estaba muy lejos al este de la Tierra Media y hacia el norte, y que era una bahía del Mar Interior de Helcar; y ese mar se encontraba donde habían estado las raíces de la montaña de Illuin antes de que Melkor la derribara. Muchas aguas fluían hacia allí desde las alturas del este, y lo primero que oyeron los Elfos fue el sonido de una corriente de agua, y el sonido del agua al caer sobre las piedras.

Mucho tiempo habitaron en esta primera morada junto al agua bajo las estrellas, y recorrían la tierra maravillados; y empezaron a hablar y a dar nombre a todas las cosas que percibían. A sí mismos se llamaron los Quendi, que significa «los que hablan con voces»; porque hasta entonces no habían descubierto criatura alguna que hablara o cantara.

Y una vez sucedió que Oromë cabalgó hacia el este en el curso de una cacería, y se volvió al norte junto a las costas del Helcar y pasó bajo las sombras de las Orocarni, las Montañas del Este. Entonces, de pronto, Nahar lanzó un gran relincho y se mantuvo inmóvil. Y Oromë, intrigado, permaneció en silencio, y le pareció que en la quietud de la tierra bajo las estrellas oía a lo lejos el sonido de muchas voces que cantaban.

Así fue que los Valar encontraron al fin, casi por azar, a aquellos que durante tanto tiempo habían esperado. Y Oromë se asombró al contemplar a los Elfos, como si fueran seres repentinos, maravillosos e imprevistos; porque así les

sucedirá siempre a los Valar. Desde fuera del Mundo, aunque todas las cosas puedan preconcebirse en la Música o preverse en una visión lejana, a los que en verdad penetran en Eä las criaturas siempre los sorprenderán, como algo novedoso que nunca fue anunciado.

En el principio los Hijos Menores de Ilúvatar eran más fuertes y más grandes de lo que fueron luego; pero no más hermosos, porque aunque la belleza de los jóvenes Quendi sobrepasaba a todo lo creado por Ilúvatar, no se ha desvanecido, sino que vive en el Occidente, y el dolor y la sabiduría la han acrecentado. Y Oromë amó a los Quendi, y los llamó en la lengua de ellos Eldar, el Pueblo de las Estrellas; pero ese nombre sólo lo llevaron después los que siguieron a Oromë por el camino del oeste.

Pero muchos Quendi se aterraron con la llegada de Oromë, y la causa era Melkor. Porque de acuerdo con las conclusiones de los sabios, Melkor, siempre vigilante, fue el primero en conocer el despertar de los Quendi, y envió sombras y espíritus malignos para que los espieran y los acecharan. De modo que algunos años antes de la llegada de Oromë, no era infrecuente que si alguno de los Elfos se aventuraba lejos, solo o con escasa compañía, desapareciese y no volviese nunca; y los Quendi dijeron que el Cazador los había atrapado, y tuvieron miedo. Y, por cierto, los más antiguos cantos de los Elfos, cuyos ecos se recuerdan todavía en el Occidente, hablan de formas sombrías que recorrían las colinas por sobre Cuiviénen y ocultaban súbitamente las estrellas; y del Jinete Oscuro que montaba un caballo salvaje y perseguía a los extraviados para atraparlos y comérselos. Ahora bien, Melkor sentía gran odio y temor por las cabalgatas de Oromë, y no se sabe si mandó en efecto a sus oscuros servidores a guisa de jinetes, o si envió a lo lejos engañosos rumores, con el fin de que los Quendi se apartaran de Oromë si alguna vez lo encontraban.

Así fue que cuando Nahar relinchó y Oromë estuvo realmente entre los Quendi, algunos de ellos se escondieron, y otros huyeron y se extraviaron. Pero los que tenían más coraje y se quedaron, comprendieron en seguida que el Gran Jinete no era una forma llegada de la oscuridad; porque en el rostro de Oromë estaba la luz de Aman, y los más nobles de entre los Elfos se sintieron atraídos por esa luz.

Pero de los desdichados que cayeron en la trampa de Melkor, poco se sabe con certidumbre. Porque ¿quién de entre los vivos ha descendido a los abismos de Utumno o ha explorado las tinieblas de los consejos de Melkor? Dicen los sabios de Eressëa que todos los Quendi que cayeron en manos de Melkor, antes de la caída de Utumno, fueron puestos en prisión, y por las lentas artes de la crueldad, corrompidos y esclavizados; y así crió Melkor la raza de los Orcos, por envidia y en mofa de los Elfos, de los que fueron después los más fieros enemigos. Porque los Orcos tenían vida y se multiplicaban de igual manera que los Hijos de Ilúvatar; y Melkor, desde que se rebelara en la Ainulindalë antes del Principio, nada podía hacer que tuviera vida propia ni apariencia de vida, así dicen los sabios. Y en lo profundo del oscuro corazón, los Orcos abominaban del Amo a quien servían con miedo, el hacedor que sólo les había dado desdicha. Quizá sea ésta la más vil de las acciones de Melkor, y la más detestada por Ilúvatar.

Oromë se demoró un tanto entre los Quendi, y luego volvió cabalgando de prisa por tierra y mar a Valinor y le llevó la nueva a Valmar; y habló de las sombras que perturbaban a Cuiviénen. Entonces los Valar se regocijaron, aunque todavía tenían alguna duda, y durante un tiempo discutieron qué consejo adoptar para proteger a los Quendi de la sombra de Melkor. Pero Oromë volvió en seguida a la Tierra Media y habitó con los Elfos.

Manwë estuvo pensando largo tiempo en Taniquetil, y buscó el consejo de Ilúvatar. Y descendiendo luego a Valmar, convocó a los Valar al Anillo del Juicio y aun Ulmo acudió desde el Mar Exterior.

Entonces Manwë dijo a los Valar: —Este es el consejo de Ilúvatar en mi corazón: que recobremos otra vez el dominio de Arda a cualquier precio y libremos a los Quendi de la sombra de Melkor—. Tulkas se alegró entonces; pero Aulë se sintió dolido pensando en las heridas que esa lucha abriría en el mundo. Pero los Valar se prepararon y partieron de Aman en pie de guerra, resueltos a atacar la fortaleza de Melkor y ponerle fin. Nunca olvidó Melkor que esta guerra se libró para salvación de los Elfos y que ellos fueron la causa de que él cayera. No obstante, los Elfos no tuvieron parte en esos hechos, y poco saben de la cabalgata del poder del Oeste contra el Norte al principio de los días élficos.

Melkor salió al encuentro de la arremetida de los Valar en el noroeste de la Tierra Media, y toda esa región quedó muy destruida. Pero la primera victoria de los ejércitos del Occidente fue rápida, y los servidores de Melkor huyeron ante ellos a Utumno. Entonces los Valar cruzaron la Tierra Media y montaron guardia en Cuiviénen; y desde entonces los Quendi nada supieron de la gran Batalla de los Poderes, salvo que la Tierra se sacudía y rugía por debajo de ellos y que las aguas se levantaban y que en el norte brillaban luces como de fuegos poderosos. Largo y penoso fue el sitio, y muchas batallas se libraron delante de las puertas de Utumno, que los Elfos sólo conocieron de oídas. En ese tiempo cambió la forma de la Tierra Media, y el Gran Mar que la separaba de Aman se volvió más ancho y profundo; e irrumpió en las costas y abrió un golfo en el sur. Muchas bahías menores aparecieron entonces entre el Gran Golfo y Helcaraxë, lejos, al norte, donde la Tierra Media y Aman casi se unían. De éstas la Bahía de Balar era la principal; y en ella desembocaba el poderoso Río Sirion que descendía de las altas tierras recién levantadas en el norte: Dorthonion y las montañas en torno a Hithlum. La desolación se extendió por las tierras del norte lejano en esos días; pues allí fue excavada la profunda Utumno y en esos abismos ardían muchos fuegos y se ocultaban las huestes que servían a Melkor.

Pero al fin las puertas de Utumno fueron derribadas y los techos se hundieron, y Melkor se refugió en el más profundo de los abismos. Entonces Tulkas se adelantó como campeón de los Valar y luchó con él y lo tendió de bruces; y lo sujetó con la cadena Angainor que Aulë había forjado, y lo llevó cautivo; y de este modo hubo paz en el mundo durante un largo tiempo.

Pero los Valar no descubrieron todas las poderosas bóvedas y cavernas ocultas con malicioso artificio bajo las fortalezas de Angband y Utumno. Muchas cosas malignas había aún allí, y otras se dispersaron o volaron en la oscuridad, y erraron por los sitios baldíos del mundo, a la espera de una hora más maligna; y a Sauron no lo encontraron.

Pero cuando la Batalla hubo terminado, y de las ruinas del norte se levantaban grandes nubes que ocultaban las estrellas, los Valar condujeron a Melkor de regreso a Valinor amarrado de pies y manos y con los ojos vendados; y fue llevado al Anillo del Juicio. Allí yació boca abajo ante los pies de Manwë y pidió perdón; pero esta súplica fue denegada, y lo encerraron en la fortaleza de Mandos, de donde nadie puede huir, ni Vala, ni Elfo, ni Hombre mortal. Vastas y poderosas son esas estancias, y fueron construidas en el oeste de la tierra de Aman. Allí fue condenado Melkor a permanecer por tres edades, antes de que fuera juzgado de nuevo o pidiera otra vez perdón.

Entonces una vez más los Valar se reunieron en consejo y quedaron divididos en el debate. Porque algunos, y de ellos era Ulmo el principal, sostenían que los Quendi tendrían que tener la libertad de andar como quisiesen por la Tierra Media, y con la capacidad de que estaban dotados ordenar todas las tierras y curar sus propias heridas. Pero la mayor parte temía por los Quendi abandonados a los peligros del mundo en el engañoso crepúsculo estelar; y se sentían además enamorados de la belleza de los Elfos y deseaban su compañía. Por último, los Valar convocaron a los Quendi a Valinor, para reunirse allí a las rodillas de los Poderes bajo la luz de los Árboles sempiternos; y Mandos quebró el silencio y dijo:

—Y así ha sido juzgado—. Esta decisión fue causa de muchos daños que vinieron después.

Pero los Elfos en un principio no estuvieron dispuestos a escuchar este llamamiento, porque hasta entonces sólo habían visto a los Valar encolerizados, cuando marchaban a la guerra, excepto a Oromë, y tenían miedo. Por tanto, una vez más les fue enviado Oromë, y éste escogió entre ellos a los embajadores que irían a Valinor y hablarían en nombre de los Quendi, y éstos fueron Ingwë, Finwë y Elwë, que más tarde llegaron a reyes. Y cuando estuvieron allí y vieron la gloria y la majestad de los Valar, se sintieron sobrecogidos y tuvieron grandes deseos de la luz y el esplendor de los Árboles. Luego Oromë los llevó de vuelta a Cuiviénen, y ellos hablaron al pueblo y aconsejaron escuchar el llamamiento de los Valar y trasladarse al oeste.

Sucedió entonces la primera división de los Elfos. Porque la gente de Ingwë y la mayor parte de la gente de Finwë y Elwë escucharon las palabras de los señores y de buen grado estaban dispuestos a partir y a seguir a Oromë, y a éstos se les conoció luego como los Eldar, el nombre élfico que les dio Oromë en un principio. Pero muchos rechazaron el llamamiento, prefiriendo la luz de las estrellas y los amplios espacios de la Tierra Media al rumor de los Árboles; y éstos son los Avari, los Renuentes, y en esa ocasión se separaron de los Eldar, y nunca más volvieron a encontrarlos hasta pasadas muchas edades.

Los Eldar se aprontaron a emprender una gran marcha desde el primitivo hogar oriental y se dispusieron en tres huestes. La más reducida y la primera en ponerse en marcha era conducida por Ingwë, el más grande de los señores de la raza élfica. Entró en Valinor y se sienta a los pies de los Poderes; y todos los Elfos reverencian el nombre de Ingwë; pero nunca volvió a la Tierra Media, ni siquiera a mirarla. Los Vanyar fueron su gente; son los Hermosos Elfos, los bienamados de Manwë y Varda, y pocos de entre los Hombres han hablado con ellos alguna vez.

Luego llegaron los Noldor, un nombre de sabiduría, el pueblo de Finwë. Son los Elfos Profundos, los amigos de Aulë; y alcanzaron un gran renombre en las canciones, pues mucho lucharon y se afanaron en las tierras septentrionales de antaño.

La hueste más crecida fue la última en llegar, y éstos recibieron el nombre de los Teleri, porque se demoraron en el camino y no fueron unánimes en la decisión de abandonar la penumbra y dirigirse a la luz de Valinor. Encontraban gran deleite en el agua, y los que llegaron por fin a las costas occidentales se enamoraron del mar. Por tanto se les conoció en la tierra de Aman con el nombre de Elfos del Mar, los Falmari, porque hacían música junto a la rompiente de las olas. Tenían dos señores, pues eran muy numerosos: Elwë Singollo (que significa Mantogrís) y Olwë, su hermano.

Estos eran los tres clanes de los Eldalië, que llegaron por fin al extremo occidental en los días de los Árboles y reciben el nombre de Calaquendi, Elfos de la Luz. Pero hubo otros Eldar que emprendieron también la marcha hacia el oeste, pero que se perdieron en el largo camino, o se desviaron o se demoraron en las costas de la Tierra Media; y éstos pertenecían en su mayoría a la gente de los Teleri, como se indica más adelante. Vivieron junto al mar o erraron por los bosques y las montañas del mundo, aunque en lo más íntimo del corazón añoraban el Occidente. A estos Elfos los Calaquendi llaman los Umanyar, pues nunca llegaron a la tierra de Aman y al Reino Bendecido; pero a los Umanyar y a los Avari los llaman por igual los Moriquendi, los Elfos de la Oscuridad, pues nunca contemplaron la Luz que había antes del Sol y de la Luna.

Se dice que cuando las huestes de los Eldalië partieron de Cuiviénen, Oromë cabalgó al frente en Nahar, el caballo blanco con herraduras de oro; y al dirigirse al

norte bordeando el Mar de Helcar, se volvieron hacia el oeste. Unas grandes nubes negras flotaban todavía en el norte por sobre las ruinas de la guerra, y las estrellas estacan ocultas en esa región. Entonces no pocos se asustaron y se arrepintieron, y se volvieron atrás, y han sido olvidados.

Larga y lenta fue la marcha de los Eldar hacia el oeste, porque las leguas de la Tierra Media no estaban contadas, y eran fatigosas y sin sendas. Tampoco tenían prisa los Eldar, pues todo lo que veían los maravillaba, y deseaban morar junto a tierras y ríos; y aunque todos estaban dispuestos a seguir adelante, el final del viaje era para muchos más temido que esperado. Por tanto, toda vez que Oromë se alejaba, por tener que cuidar de otros asuntos, se detenían y ya no avanzaban más hasta que él regresaba para guiarlos. Y sucedió al cabo de muchos años de viajar de este modo, que los Eldar se internaron en un bosque y llegaron a un gran río, más ancho que ninguno que hubieran visto antes; y más allá había montañas de cuernos afilados que parecían horadar el reino de las estrellas. Este río, se dice, era el que más tarde se llamó Anduin el Grande, y sirvió siempre de frontera occidental de la Tierra Media. Pero las montañas eran las Hithaegllir, las Torres de la Niebla en los límites de Eriador, más altas y más terribles en aquellos días, y que habían sido levantadas por Melkor para entorpecer las cabalgatas de Oromë. Ahora bien, los Teleri habitaron a lo largo de la orilla oriental del río y quisieron quedarse allí, pero los Vanyar y los Noldor lo cruzaron y Oromë los condujo por los desfiladeros de las montañas. Y cuando Oromë hubo partido, los Teleri miraron las sombrías alturas y tuvieron miedo.

Entonces uno se adelantó de entre el grupo de Olwë, que era siempre el último en el camino; y se llamaba Lenwë. Abandonó la marcha hacia el oeste y arrastró consigo a muchos que avanzaron hacia el sur junto al gran río, y los otros no supieron nada de ellos hasta después de muchos años. Ellos fueron los Nandor; y se convirtieron en un pueblo aparte, que no se parecía a la gente de Olwë, excepto en el amor que sentían por el agua, y vivieron casi siempre junto a las cascadas y las corrientes. Mayor conocimiento tenían de las criaturas vivientes, de árboles y hierbas, aves y bestias, que todos los otros Elfos. En años posteriores Denethor hijo de Lenwë se volvió nuevamente hacia el oeste, y condujo parte de ese pueblo por sobre las montañas hacia Beleriand, antes de levantarse la Luna.

Por fin los Vanyar y los Noldor llegaron a Ered Luin, las Montañas Azules, entre Eriador y el extremo oeste de la Tierra Media, que los Elfos llamaron más tarde Beleriand; y los primeros grupos pasaron por el Valle del Sirion y llegaron a las costas del Gran Mar, entre Drengist y la Bahía de Balar. Pero cuando lo contemplaron, tuvieron un gran temor, y muchos retrocedieron a los bosques y a las tierras altas de Beleriand. Entonces Oromë partió y volvió a Valinor en busca del consejo de Manwë.

Y el grupo de los Teleri pasó por las Montañas Nubladas, y cruzó las extensas tierras de Eriador, conducido por Elwë Singollo, que sólo quería volver a Valinor y a la Luz que había contemplado; y deseaba no separarse de los Noldor, porque sentía gran amistad por Finwë, su señor. Así, al cabo de muchos años, los Teleri llegaron por fin a Ered Luin, en las regiones orientales de Beleriand. Allí se detuvieron y habitaron un tiempo más allá del Río Gelion.

4.- DE THINGOL Y MELIAN

Melian era una Maia, de la raza de los Valar. Moraba en los jardines de Lorien, y no había allí nadie más hermosa que Melian, ni más sabia, ni que conociese mejor las canciones de encantamiento. Se dice que los Valar abandonaban el trabajo y que el bullicio de los pájaros de Valinor se interrumpía,

que las campanas de Valmar callaban y que las fuentes dejaban de fluir, cuando al mezclarse las luces Melian cantaba en Lorien. Los ruiseñores iban siempre con ella y ella era quien les enseñaba a cantar; y amaba las sombras profundas de los grandes árboles. Antes de que el Mundo fuera hecho, Melian se parecía a la mismísima Yavanna; y en el tiempo en que los Quendi despertaron junto a las aguas de Cuiviénen, partió de Valinor y llegó a las Tierras de Aquende, y allí poco antes del alba la voz de Melian y las voces de los pájaros llenaron el silencio de la Tierra Media. Pues bien, cuando el viaje estaba por concluir, como ya se dijo, el pueblo de los Teleri descansó largo tiempo en Beleriand Oriental, más allá del Río Gelion; y en ese entonces muchos de los Noldor estaban todavía al oeste, en esos bosques que luego se llamaron Neldoreth y Región. Elwë, señor de los Teleri, atravesó a menudo los grandes bosques en busca de Finwë, su amigo, en las moradas de los Noldor; y sucedió una vez que llegó solo al bosque de Nan Elmoth, iluminado por las estrellas, y allí escuchó de pronto el canto de los ruiseñores. Entonces cayó sobre él un encantamiento y se quedó inmóvil; y a lo lejos, más allá de las voces de los *lómelindi*, oyó la voz de Melian, y el corazón se le colmó de maravilla y de deseo. Olvidó entonces por completo a su gente y los propósitos que lo guiaban, y siguiendo a los pájaros bajo la sombra de los árboles, penetró profundamente en Nan Elmoth y se extravió. Pero llegó por fin a un claro abierto a las estrellas, y allí se encontraba Melian; y desde la oscuridad él la contempló, y vio en el rostro de ella la luz de Aman.

No dijo Melian ni una palabra; pero anegado de amor, Elwë se le acercó y le tomó la mano, y en seguida un hechizo operó en él, de modo que así permanecieron los dos mientras las estrellas que giraban por encima de ellos medían los largos años, y los árboles de Nan Elmoth se volvieron altos y oscuros antes de que ninguno pronunciara una palabra.

Así, pues, el pueblo de Elwë, que lo buscó, no pudo encontrarlo, y Olwë fue rey de los Teleri y se pusieron en marcha, como se cuenta más adelante. Elwë Singollo no volvió nunca a través del mar a Valinor, y Melian no volvió allí mientras los dos reinaron juntos; pero de ella tuvieron, tanto los Elfos como los Hombres, un aire de los Ainur que estaban con Ilúvatar antes de Eä. En años posteriores él se convirtió en un rey renombrado, que mandaba a todos los Eldar de Beleriand; se llamaron los Sindar, los Elfos Grises, los Elfos del Crepúsculo; y él era el Rey Mantogrís, como se lo llamó, Elu Thingol en la lengua de esa tierra. Y Melian fue la Reina, más sabia que hijo alguno de la Tierra Media; y habitaban en las estancias ocultas de Menegroth, las Mil Cavernas, en Doriath. Gran poder le dio Melian a Thingol, que fue grande entre los Eldar; porque sólo él entre todos los Sindar había visto con sus propios ojos a los Árboles en el día del florecimiento, y aunque era rey de los Umanyar, no se lo contó entre los Moriquendi, sino entre los Elfos de la Luz, poderoso en la Tierra Media. Y del amor de Thingol y Melian, vinieron al mundo los más hermosos de todos los Hijos de Ilúvatar que fueron o serán.

5

DE ELDAMAR Y LOS PRÍNCIPES DE LOS ELDALIÉ

En su momento los grupos de los Vanyar y los Noldor llegaron a las últimas costas occidentales de las Tierras de Aquende. En el norte estas costas, en los antiguos días que siguieron a la Batalla de los Poderes, se curvaban hacia el oeste, hasta que en el extremo norte de Arda, sólo un mar estrecho dividía Aman, donde se levantaba Valinor, de las Tierras de Aquende; pero este mar estrecho estaba lleno de hielos crujientes por causa de la violencia de las heladas de Melkor. Por tanto Oromë no condujo a las huestes de los Eldalië hacia el norte lejano, sino que las llevó a las dulces tierras en torno al Río Sirion, que se llamaron más tarde Beleriand; y a partir de estas costas, desde las que al principio los Eldar

contemplaron el Mar, con temor y maravilla, se extendía un océano ancho y oscuro y profundo, entre ellos y las Montañas de Aman.

Pues bien, Ulmo, por consejo de los Valar, acudió a las costas de la Tierra Media y habló con los Eldar que aguardaban allí, contemplando las olas oscuras; y por causa de sus palabras y de la música que hizo para ellos con cuernos de madreperla, el temor que les despertaba el mar se convirtió de algún modo en deseo. Por tanto, Ulmo arrancó una isla que durante mucho tiempo se había levantado solitaria en medio del mar, lejos de ambas costas, desde los tumultos de la caída de Illuin; y con ayuda de sus servidores la arrastró como si fuera un poderoso navío, y la ancló en la Bahía de Balar, en la que se volcaban las aguas del Sirion. Entonces los Vanyar y los Noldor embarcaron en la isla y fueron llevados por el mar, y llegaron por fin a las largas costas bajo las Montañas de Aman; y entraron en la dichosa Valinor y allí fueron bienvenidos. Pero el cuerno oriental de la isla, que estaba profundamente encallado en los bajíos de las Desembocaduras del Sirion, se quebró y quedó atrás; y ésa, se dice, fue la Isla de Balar, que más adelante visitó Ossë con frecuencia.

Pero los Teleri permanecían todavía en la Tierra Media, porque habitaban en Beleriand Oriental, lejos del mar, y no oyeron la convocatoria de Ulmo hasta que fue demasiado tarde; y muchos buscaban todavía a Elwë, su señor, y no estaban dispuestos a partir sin él. Pero cuando supieron que Ingwë y Finwë y sus pueblos habían partido, muchos de los Teleri se precipitaron a las costas de Beleriand y habitaron en adelante cerca de las Desembocaduras del Sirion, añorando a los amigos que habían partido; y escogieron a Olwë, hermano de Elwë, como rey. Largo tiempo se quedaron en las costas del Mar Occidental, y Ossë y Uinen fueron a visitarlos y los ayudaron; y Ossë los instruyó sentado sobre una roca cerca de la orilla de la tierra, y de él aprendieron todas las ciencias del mar y de la música del mar. Así fue que los Teleri, que desde un principio amaron el agua, y los mejores cantantes de entre todos los Elfos, se enamoraron luego de los mares, y en sus cantos se oyó con frecuencia y desde entonces el sonido de las olas en la costa.

Transcurrieron muchos años y Ulmo escuchó las plegarias de los Noldor y de Finwë, el rey, quienes lamentaban la larga separación de los Teleri, y le rogaban que los llevara a Aman, si ellos venían a buscarlos. Y la mayor parte de ellos estaban ahora por cierto dispuestos a partir; pero grande fue el dolor de Ossë cuando Ulmo volvió a las costas de Beleriand para llevárselos a Valinor; pues él cuidaba de los mares de la Tierra Media y de las costas de las Tierras de Aquende, y le entristecía que las voces de los Teleri ya no se escucharan en ese dominio. A algunos los persuadió de que se quedaran; y fueron ellos los Falathrim, los Elfos de las Falas, quienes en días posteriores moraron en los puertos de Brithombar y Eelarest, los primeros marineros de la Tierra Media y los primeros constructores de navíos. Círdan, el Carpintero de Barcos, fue señor de todos ellos.

Los parientes y amigos de Elwë Singollo también se quedaron en las Tierras de Aquende, pues lo buscaban todavía, aunque de buena gana hubieran partido a Valinor y a la luz de los Árboles, si Ulmo y Olwë hubieran estado dispuestos a demorarse un tanto. Pero Olwë quería irse; y por fin el grupo principal de los Teleri se embarcó en la isla y Ulmo se los llevó lejos. Entonces los amigos de Elwë quedaron atrás; y se dieron a sí mismos el nombre de Eglath, el Pueblo Abandonado. Vivieron en los bosques y las colinas de Beleriand en lugar de hacerlo junto al mar, que los ponía nostálgicos; pero llevaban siempre en los corazones el deseo de Aman.

Pero cuando Elwë despertó de aquel prolongado trance, acudió desde Nan Elmoth en compañía de Melian, y desde entonces vivieron en los bosques interiores. Aunque mucho había deseado volver a ver la luz de los Árboles, en la cara de Melian contemplaba la luz de Aman como en un espejo sin nubes, y en esa luz encontraba contento. Las gentes se reunieron alrededor de él, regocijadas, y asombradas; porque aunque había sido hermoso y noble, parecía ahora un señor

de los Maiar: los cabellos de plata gris, y de talla más elevada que ninguno de los Hijos de Ilúvatar; y un muy alto destino tenía por delante.

Ossë siguió a la hueste de Olwë, y cuando hubieron llegado a la Bahía de Eldamar (que es el Hogar de los Elfos), los convocó a todos; y ellos reconocieron la voz y rogaron a Ulmo que detuviera el viaje. Y Ulmo accedió, y llamó a Ossë, que amarró la isla y la arraigó en los cimientos marinos. Lo hizo Ulmo de buen grado, pues comprendía el corazón de los Teleri, y en el consejo de los Valar había hablado en contra del llamamiento, pues creía mejor para los Quendi que se quedaran en la Tierra Media. Los Valar se alegraron muy poco al enterarse de lo que había hecho; y Finwë se lamentó ante la ausencia de los Teleri y más todavía cuando supo que habían abandonado a Elwë, y que ya no volvería a verlo excepto en los salones de Mandos. Pero la isla no volvió a ser trasladada y quedó allí sola en la Bahía de Eldamar; y recibió el nombre de Tol Eressëa, la Isla Solitaria. Allí habitaron los Teleri como lo desearon bajo las estrellas del cielo, y sin embargo a la vista de Aman *f* de las costas inmortales; y por esa larga estadía en la Isla Solitaria la lengua de ellos fue separándose de la de los Vanyar y los Noldor.

A éstos les habían dado los Valdar una tierra y una morada. Aun entre las flores radiantes de los jardines, iluminados por los Árboles de Valinor, deseaban a veces contemplar las estrellas; y por tanto se abrió un hueco en los grandes muros de las Pelóri, y allí, en un valle profundo que descendía hasta el mar, los Eldar levantaron una elevada colina verde: Tuna se la llamó. La *luz* de los Árboles se derramaba sobre ella desde el oeste, y la sombra apuntaba siempre al este, a la Bahía del Hogar de los Elfos y la Isla Solitaria y los Mares Sombríos. Entonces a través del Calaciryá, el Paso de la Luz, el resplandor del Reino Bendecido fluía encendiendo las ondas oscuras de plata y de oro, y rozaba la Isla Solitaria, y la costa occidental se extendía verde y hermosa. Allí se abrieron las primeras flores que hubo al este de las Montañas de Aman.

En lo alto de Tuna se levantó la ciudad de los Elfos, los blancos muros y terrazas de Tirion; y la más alta torre de esa ciudad fue la Torre de Ingwë, Mindon Eldaliéva, cuya lámpara de plata brillaba a lo lejos entre las nieblas del mar. Pocos son los barcos de los Hombres mortales que hayan visto ese esbelto rayo de luz. En Tirion, sobre Tuna, los Vanyar y los Noldor vivieron largo tiempo como amigos. Y de cuanto había en Valinor amaban sobre todo al Árbol Blanco, de modo que Yavanna hizo para ellos un árbol a imagen del Telperion, aunque no daba luz propia; Galathilion se llamó en lengua Sindarin. Este árbol se plantó en el patio bajo la Mindon, y allí floreció, y los hijos de sus semillas fueron muchos en Eldamar. De entre éstos se plantó uno más tarde en Tol Eressëa, y prosperó allí y recibió el nombre de Celeborn; de él nació en la plenitud del tiempo, como se cuenta en otra parte, Nimloth, el Árbol Blanco de Númenor.

Manwë y Varda amaban sobre todo a los Vanyar, los Hermosos Elfos; pero los Noldor eran los amados de Aulë, y él y los suyos los visitaban con frecuencia. Grandes fueron los conocimientos y habilidades que mostraron, pero más grande aún era la necesidad que tenían de más conocimientos, y en muchas cosas pronto sobrepasaron a los maestros. Hablaban un lenguaje que no dejaba de cambiar, porque sentían un gran amor por las palabras y siempre querían encontrar nombres más precisos para las cosas que conocían o imaginaban. Y sucedió que los albañiles de la casa de Finwë, que excavaban en las colinas en busca de piedra (pues se deleitaban en la construcción de altas torres), descubrieron por primera vez las gemas de la tierra, y las extrajeron en incontables miríadas; e inventaron herramientas para cortar las gemas y darles forma y las tallaron de múltiples maneras. No las atesoraron, sino que las repartieron libremente, y con este trabajo enriquecieron a toda Valinor.

Los Noldor volvieron más adelante a la Tierra Media, y esta historia cuenta principalmente lo que hicieron, por tanto los nombres y parentescos de los príncipes pueden señalarse aquí en la forma que esos nombres tuvieron más tarde en la lengua élfica de Beleriand.

Finwë era Rey de los Noldor. Los hijos de Finwë fueron Fëanor y Fingolfin y Finarfin; pero la madre de Fëanor fue Míriel Serindë, mientras que Indis, de los Vanyar, fue la madre de Fingolfin y Finarfin.

Fëanor era el más poderoso en habilidades de manos y de palabra, y más instruido que sus hermanos; su espíritu ardía como una llama. Fingolfin era el más fuerte, el más firme y el más valiente. Finar —fin era el más hermoso y el más sabio de corazón; y más tarde fue amigo de los hijos de Olwë, Señor de los Teleri, y tuvo por esposa a Eärwen, la doncella—cisne de Alqualondë, hija de Olwë.

Los siete hijos de Fëanor fueron Maedhros el Alto; Maglor el poderoso cantor, cuya voz se escuchaba desde lejos por sobre las tierras y el mar; Celegorm el Hermoso, y Caranthir el Oscuro; Curufin el Hábil, que del padre heredó sobre todo la habilidad manual; y los más jóvenes, Amrod y Amras, que eran gemelos, iguales de temple y rostro. En días posteriores fueron grandes cazadores en los bosques de la Tierra Media; y también fue cazador Celegorm, quien en Valinor fue amigo de Oromë y siguió a menudo, el cuerno del Vala.

Los hijos de Fingolfin fueron Fingon, que fue luego Rey de los Noldor en el norte del mundo, y Turgon señor de Gondolin; su hermana era Areahel la Blanca, más joven en los años de los Eldar que sus hermanos; y cuando alcanzó la plenitud en estatura y belleza, fue alta y fuerte, y amaba cabalgar y cazar en los bosques. Allí estaba con frecuencia en compañía de los hijos de Fëanor, sus parientes; pero a ninguno de ellos dio el amor de su corazón. Ar-Feiniel se llamaba, la Blanca Señora de los Noldor, porque era pálida, aunque de cabellos oscuros, y nunca vestía sino de plata y blanco.

Los hijos de Finarfin fueron Finrod el Fiel (que recibió más adelante el nombre de Felagund, Señor de las Cavernas), Orodreth, Angrod y Aegnor; los cuatro tan amigos de los hijos de Fingolfin como si todos hubieran sido hermanos. La hermana de ellos, Galadriel, era la más hermosa de la casa de Finwë; tenía los cabellos iluminados de oro, como si hubiera atrapado en una red el resplandor de Laurelin.

Ha de referirse aquí cómo los Teleri llegaron por fin a la tierra de Aman. Durante toda una larga edad habitaron en Tol Eressëa; pero poco a poco hubo un cambio en ellos y fueron atraídos por la luz que fluía sobre el mar hacia la Isla Solitaria. Se sentían desgarrados entre el amor a la música de las olas sobre las costas y el deseo de ver otra vez a las gentes de su linaje, y contemplar el esplendor de Valinor; pero al final el deseo de la luz fue el más poderoso. Por tanto, Ulmo, sometido a la voluntad de los Valar, les envió a Ossë, amigo de ellos, y éste, aunque entristecido, les enseñó ciarte de construir naves, y cuando las naves estuvieron construidas, les llevó como regalo de despedida muchos cisnes de alas vigorosas. Entonces los cisnes arrastraron las blancas naves de los Teleri por sobre el mar sin vientos; y así, por último y los últimos, llegaron a Aman y a las costas de Eldamar.

Allí vivieron, y si lo deseaban podían ver la luz de los Árboles, e ir por las calles doradas de Valmar y las escaleras de cristal de Tirion, en Tuna, la colina verde; pero sobre todo navegaban en las rápidas naves por las aguas de la Bahía del Hogar de los Elfos o andaban por entre las olas en la costa con los cabellos resplandecientes a la luz de más allá de la colina. Muchas joyas les dieron los Noldor, ópalos y diamantes y cristales pálidos, que ellos esparcieron sobre las costas y arrojaron a los estanques; maravillosas eran las playas de Elendë en

aquellos días. Y extrajeron muchas perlas del mar, y sus estancias eran de perlas y de perlas las mansiones de Olwë en Alqualondë, el Puerto de los Cisnes, iluminado por muchas lámparas. Porque ésa era la ciudad de los Teleri, y el puerto de sus navíos; y éstos tenían forma de cisnes, con picos de oro y ojos de oro y azabache. El portal del puerto era un arco abierto en la roca viva tallada por las aguas; y se alzaba en los confines de Eldamar, al norte del Calacirya, donde la luz de las estrellas era clara y brillante.

Con el paso de las edades los Vanyar llegaron a amar la tierra de los Valar y la plena luz de los Árboles, y abandonaron la ciudad de Tirion, sobre Tuna, y habitaron en adelante en la montaña de Manwë o en los alrededores de las llanuras y los bosques de Valinor, y se separaron de los Noldor. Pero el recuerdo de la Tierra Media bajo las estrellas no se borró en el corazón de los Noldor, y moraron en el Calacirya, y en las colinas y los valles a donde llegaba el sonido del mar occidental; y aunque muchos de entre ellos iban a menudo a la tierra de los Valar, emprendiendo viajes distantes y explorando los secretos de la tierra y del agua y de todos los seres vivientes, sin embargo los pueblos de Tuna y de Alqualondë estaban unidos en aquellos días. Finwë remaba en Tirion y Olwë en Alqualondë; pero Ingwë fue siempre tenido por el Rey Supremo de todos los Elfos. Moró en adelante a los pies de Manwë, en Taniquetil. Fëanor y sus hijos rara vez vivían en un mismo lugar mucho tiempo, y viajaban muy lejos por los confines de Valinor, llegando aun hasta los bordes de la Oscuridad y las frías costas del Mar Exterior en busca de lo desconocido. Con frecuencia eran huéspedes en los salones de Aulë; pero Celegorm iba sobre todo a la morada de Oromë, y allí adquirió un gran conocimiento de los pájaros y las bestias, y entendía todas sus lenguas. Porque todos los seres vivientes que están o han estado en el Reino de Arda, salvo sólo las criaturas salvajes y malignas de Melkor, vivían entonces en la tierra de Aman; y había también muchas criaturas nunca vistas en la Tierra Media y que quizá tampoco se verán ahora, pues la hechura del mundo había cambiado.

6.- DE FËANOR Y EL DESENCADENAMIENTO DE MELKOR

Ahora los Tres Pueblos de los Eldar estaban reunidos por fin en Valinor, y Melkor había sido encadenado. Era éste el Mediodía del Reino Bendecido, en la plenitud de su gloria y bienaventuranza, larga en cómputo de años, pero demasiado breve en el recuerdo. En esos días los Eldar alcanzaron la plena madurez de cuerpo y mente, y los Noldor continuaron progresando en habilidades y conocimientos; y pasaban los largos años entretenidos en gozosos trabajos de los que nacieron muchas cosas nuevas, hermosas y maravillosas. Ocurrió en ese entonces que los Noldor concibieron por vez primera las letras, y el maestro Rúmil de Tirion fue el primero en idear unos signos adecuados para el registro del discurso y las canciones; algunos para ser grabados en metal o en piedra, otros para ser dibujados con pluma o pincel.

En ese tiempo nació en Eldamar, en la morada del Rey de Tirion, en la cima de Tuna, el mayor de los hijos de Finwë, y el más amado. Curufinwë fue su nombre, pero su madre lo llamó Fëanor, Espíritu de Fuego; y así se lo recuerda en todos los cuentos de los Noldor.

Míriel fue el nombre de su madre, a quien llamaban Serindë, por su suprema habilidad en el tejido y el bordado; pues no había manos más diestras que las de ella entre todos los Noldor. El amor entre Finwë y Míriel era grande y dichoso, porque empezó en el Reino Bendecido en los Días de Bienaventuranza. Pero el alumbramiento del hijo consumió el espíritu Y el cuerpo de Míriel; que deseó entonces librarse de los cuidados de la vida. Y después de darle nombre,

le dijo a Finwë: —Nunca volveré a concebir un hijo; porque la fuerza que habría nutrido a muchos se ha agotado toda en Fëanor.

Se apenó entonces Finwë, porque los Noldor estaban en la juventud de sus días y él deseaba traer muchos hijos a la beatitud de Aman; y dijo: —Sin duda hay cura en Aman. Aquí toda fatiga encuentra reposo—. Pero como Míriel continuaba languideciendo, Finwë buscó el consejo de Manwë, y Manwë la entregó a los cuidados de Irmo, en Lorien. Cuando se despidieron (por corto tiempo, creyó él), Finwë estaba triste, porque le parecía una desdicha que la madre tuviera que partir y no acompañara a su hijo al menos en los primeros días de infancia.

—Es por cierto una desdicha —dijo Míriel—, y lloraría si no estuviera tan cansada. Pero considérame inocente en esto y en todo lo que pueda acaecer en adelante.

Fue entonces a los jardines de Lorien y se tendió a dormir; pero aunque parecía dormida, en verdad el espíritu se le separó del cuerpo, y se trasladó en silencio a las estancias de Mandos. Las doncellas de Esté cuidaron del cuerpo de Míriel, que permaneció incorrupto; pero ella ya no volvió. Entonces Finwë vivió atormentado; y fue a menudo a los jardines de Lorien, y sentado bajo los sauces de plata junto al cuerpo de Míriel, la llamaba por todos los nombres que ella tenía, pero siempre en vano; y en todo el Reino Bendecido sólo Finwë no tenía alegría alguna. Al cabo de un tiempo, ya no volvió a Lorien.

Y desde entonces se dedicó por entero a su hijo; y Fëanor creció de prisa, como si un fuego secreto lo animara desde dentro. Era alto, y hermoso de rostro, y de gran destreza, de ojos de brillo penetrante y cabellos negros como plumas de cuervo; decidido e inquebrantable en la persecución de todos sus propósitos. Pocos lo desviaron de su camino por persuasión, ninguno por la fuerza. Fue entre todos los Noldor, entonces o después, el más sutil de mente y el de manos más hábiles. En su juventud, superando la obra de Rúmil, inventó las letras que llevan su nombre y que luego los Eldar utilizaron siempre; y fue él el primero entre los Noldor en descubrir que con habilidad podían hacerse gemas más grandes y brillantes que las de la Tierra. Las primeras gemas que hizo Fëanor eran blancas e incoloras, pero expuestas a la luz de las estrellas resplandecían con fuegos azules y plateados más brillantes que Helluin; y otros cristales hizo además en los que las cosas distantes podían verse pequeñas pero claras, como con los ojos de las Águilas de Manwë. Rara vez estaban ociosas las manos y la mente de Fëanor.

Cuando estaba todavía en su primera juventud, desposó a Nerdanel, la hija de un gran herrero llamado Mahtan, entre los Noldor el más amado de Aulë; y de Mahtan aprendió mucho sobre la hechura de las cosas de metal y piedra. Nerdanel era también de firme voluntad, pero más paciente que Fëanor, deseando antes comprender las mentes que dominarlas, y al principio ella lo retenía cuando el fuego del corazón de Fëanor ardía demasiado; pero las cosas que él hizo luego la entristecieron, y dejaron de sentirse unidos. Siete hijos le dio a Fëanor; y el temple de ella fue transmitido a algunos de ellos, pero no a todos.

Sucedió entonces que Finwë tomó como segunda esposa a Indis la Bella. Era una Vanya, pariente próxima de Ingwë el Rey Supremo; alta y de cabellos dorados, en nada parecida a Míriel. Finwë la amó mucho y fue otra vez dichoso. Pero la sombra de Míriel no abandonó la casa de Finwë, ni tampoco su corazón; y de todos los que él amaba, Fëanor siempre ocupó la mayor parte de sus pensamientos.

El casamiento de su padre no fue del agrado de Fëanor; y no tuvo gran estima por Indis, ni tampoco por Fingolfin ni por Finarfin, los hijos de ella. Vivió apartado explorando la tierra de Aman y ocupándose del conocimiento y las artes en que se deleitaba. En las cosas desdichadas que luego sucedieron y que Fëanor acaudilló, muchos vieron el resultado de esta ruptura habida en la casa de Finwë,

juzgando que si Finwë hubiera soportado la pérdida de Míriel, y se hubiera contentado con tener un único y poderoso hijo, otros habrían sido los caminos de Fëanor y muchos males podrían haberse evitado; porque el dolor y la disputa en la casa de Finwë han quedado grabados en la memoria de los Elfos Noldorin. Pero los hijos de Indis fueron grandes y gloriosos, y también los hijos de los hijos; y si no hubieran vivido, la historia de los Eldar no habría tenido nunca la misma grandeza.

Ahora bien, aun mientras Fëanor y los artesanos de los Noldor trabajaban con deleite, sin pensar que esas labores pudieran tener fin, y los hijos de Indis crecían y alcanzaban la plenitud, el Mediodía de Valinor estaba ya concluyendo. Porque sucedió que Melkor, como lo habían decretado los Valar, completó el término de su confinamiento, después de haber pasado tres edades en la prisión de Mandos. Por fin, como Manwë lo había prometido, fue llevado nuevamente ante los tronos de los Valar. Los vio entonces en toda su gloria y beatitud, y la envidia le ganó el corazón; miró a los Hijos de Ilúvatar que estaban sentados a los pies de los Poderosos, y el odio lo dominó; miró la riqueza de brillantes gemas y sintió codicia; pero ocultó sus pensamientos y postergó su venganza.

Ante las puertas de Valmar, Melkor se rebajó a los pies de Manwë y pidió perdón, prometiendo que si lo convertían sólo en el menor de los habitantes libres de Valinor, ayudaría a los Valar en todas sus tareas, principalmente en la curación de las muchas heridas que él mismo había abierto en el mundo. Y Nienna apoyó este alegato; pero Mandos no dijo una palabra.

Entonces Manwë le concedió el perdón; pero los Valar no permitieron que se apartara en seguida de la vista y la vigilancia de ellos, y tuvo que habitar dentro de los confines de Valmar. Pero de hermosa apariencia eran todas las palabras y los hechos de Melkor en este tiempo, y tanto los Valar como los Eldar sacaban provecho de la ayuda y los consejos de él, si los buscaban; y por tanto al cabo de un tiempo se le permitió circular libremente por la tierra, y le pareció a Manwë que Melkor estaba curado de todo mal. Porque no había mal en Manwë y no podía comprenderlo, y sabía que en el principio, en el pensamiento de Ilúvatar, Melkor había sido como él; y no veía las profundidades del corazón de Melkor y no advertía que el amor lo había abandonado para siempre. Pero Ulmo no se engañó, y Tulkas cerraba los puños cada vez que veía pasar a Melkor, el enemigo; porque si Tulkas es lento para la cólera, lo es también para olvidar. Pero obedecían el juicio de Manwë; pues quienes defienden la autoridad contra la rebelión, no nan de rebelarse ellos mismos.

Ahora bien, en su corazón era a los Eldar a quienes más odiaba Melkor, tanto porque eran hermosos y felices, como porque en ellos veía la causa de la elevación de los Valar y la de su propia caída. Por ese motivo, tanto más fingía amarlos y buscaba la amistad de los Eldar, y les ofrecía el servicio de su ciencia y de su trabajo en toda gran empresa que ellos emprendiesen. Los Vanyar, por cierto, sospechaban de él, pues habitaban a la luz de los Árboles y eran dichosos; y Melkor ponía poca atención en los Teleri, pues los consideraba de escaso valor, instrumentos en exceso débiles para sus designios. Pero los Noldor se complacían en el conocimiento oculto que podía revelarles; y algunos escuchaban palabras que mejor les hubiera valido no haber oído nunca. Melkor en verdad declaró después que Fëanor había aprendido mucho de él en secreto, y que él lo había instruido en la más grande de todas sus obras; Pero mentía por envidia y codicia, pues ninguno de los Eldalië odió nunca tanto a Melkor como Fëanor hijo de Finwë, quien por primera vez le dio el nombre de Morgoth; y aunque atrapado en las redes de la malicia de Melkor contra los Valar, no habló con él, ni buscó su consejo. Porque sólo el fuego de su propio corazón impulsaba a Fëanor, que trabajaba siempre de prisa y solo; y nunca pidió la ayuda ni buscó el consejo de nadie que habitara en Aman, fuera grande o pequeño, excepto sólo y por un corto tiempo los de su esposa, Nerdanel la Sabia.

7.- DE LOS SILMARILS Y LA INQUIETUD DE LOS NOLDOR

En ese tiempo se hizo la que luego tuvo más renombre entre las obras de los Elfos. Porque Fëanor, llegado a la plenitud de su capacidad, había concebido un nuevo pensamiento, o quizás ocurrió que una sombra de presciencia le había llegado del destino que se acercaba; y se preguntaba cómo la luz de los Árboles, la gloria del Reino Bendecido, podría preservarse de un modo imperecedero. Entonces inició una faena larga y secreta, recurriendo a toda la ciencia y el poder que poseía y sus sutiles habilidades; y al cabo hizo los Silmarils.

Los Silmarils tenían la forma de tres grandes joyas. Pero no hasta el Fin, cuando regrese Fëanor, que pereció antes de que el Sol apareciese, y que se sienta ahora en las Estancias de Espera y no vuelve entre los suyos; no hasta que el Sol transcurra y caiga la Luna, se conocerá la sustancia de que fueron hechos. Tenía la apariencia del cristal de diamante, y sin embargo era más inquebrantable todavía, de modo que ninguna violencia podía dañarla o romperla en el Reino de Arda. No obstante, ese cristal era a los Silmarils lo que es el cuerpo a los Hijos de Ilúvatar: la casa del fuego interior, que está dentro de él y sin embargo también en todas sus partes, y que le da vida. Y el fuego interior de los Silmarils lo hizo Fëanor con la luz mezclada de los Árboles de Valinor, que vive todavía en ellos, aunque los Árboles hace ya mucho que se han marchitado y ya no brillan. Por tanto, aun en la oscuridad de las más profundas arcas los Silmarils resplandecían con luz propia, como las estrellas de Varda; y sin embargo, como si fueran en verdad criaturas vivientes, se regocijaban en la luz y la recibían y la devolvían con matices aún más maravillosos.

Todos los que vivían en Aman sintieron asombro deleite ante la obra de Fëanor. Y Varda consagró los Silmarils, de modo que en adelante ninguna carne mortal, ni manos maculadas, ni nada maligno podría tocarlos sin quemarse y marchitarse; y Mandos predijo que ellos guardaban dentro los destinos de Arda, la tierra, el mar y el aire. El corazón de Fëanor estaba estrechamente apegado a esas cosas que él mismo había hecho.

Entonces Melkor codició los Silmarils, y le bastaba recordar cómo brillaban para que un fuego le royese el corazón. De allí en adelante, inflamado por este deseo, buscó ansiosamente y aún más que antes la manera de destruir a Fëanor y de poner fin a la amistad entre los Valar y los Elfos; pero ocultó estos propósitos con astucia, y ninguna malicia podía verse en el semblante que mostraba. Mucho tiempo trabajó, y lentos al principio y baldíos fueron sus afanes. Pero al que siembra mentiras le llega a la larga el tiempo de la cosecha, y pronto puede echarse a descansar mientras otros recogen y siembran en vez de él. Aun Melkor encontró oídos que lo escucharan, y algunas lenguas que agrandaran lo que habían oído; y sus mentiras pasaron de amigo a amigo como secretos cuyo conocimiento prueba la inteligencia de quien los revela. Amargamente pagaron los Noldor la locura de haberle prestado oídos en los días que siguieron después.

Cuando vio que muchos lo aceptaban, Melkor anduvo con frecuencia entre ellos, y junto con las palabras dulces entretejía otras, con tanta sutileza que muchos de los que las escuchaban creían al recordarlas que eran pensamientos propios. Conjuraba visiones en sus corazones de los poderosos reinos del este que podrían haber gobernado a voluntad; y cundió el rumor de que los Valar habían llevado a los Eldar a Aman por causa de los celos, temiendo que la belleza de los Quendi y la capacidad de creación con que Ilúvatar los había dotado se volvieran excesivas, y que los Valar no fueran capaces de gobernarlos, mientras los Elfos medraban y se extendían por las anchas tierras del mundo.

En esos días, aunque los Valar tenían conocimiento de la próxima llegada de los Hombres, los Elfos nada sabían aún, pues Manwë no la había revelado. Pero Melkor les habló en secreto de los Hombres Mortales, viendo cómo el silencio de los Valar podría torcerse para mal. Poco sabía él de los Hombres, pues inmerso en sus

propios pensamientos musicales, apenas había prestado atención al Tercer Tema de Ilúvatar; pero se decía ahora entre los Elfos que Manwë mantenía cautivos a los Hombres, para que al fin llegaran a suplantar a los Elfos en los reinos de la Tierra Media. Porque advertían los Valar que no les sería tan difícil someter a esta raza de corta vida y más débil, arrebatando así a los Elfos el legado que Ilúvatar les reservaba. Poca verdad había en esto y jamás lograron los Valar tener gran dominio de la voluntad de los Hombres; pero muchos de los Noldor creyeron, o creyeron a medias, estas palabras malignas.

Así, pues, antes de que los Valar se dieran cuenta, la paz de Valinor fue envenenada. Los Noldor empezaron a murmurar contra ellos y el orgullo dominó a muchos, que olvidaron cuánto de lo que tenían y conocían era don de los Valar. Fiera ardía la nueva llama del deseo de libertad y de anchos reinos en el corazón ansioso de Fëanor; y Melkor se reía en secreto, porque ese blanco habían tenido sus mentiras por destino: era a Fëanor a quien odiaba sobre todo, codiciando siempre los Silmarils. Pero a éstos no le estaba permitido acercarse, porque aunque Fëanor los llevaba en las grandes fiestas, brillantes sobre la frente, en toda otra ocasión estaban celosamente guardados en las cámaras profundas del tesoro de Tirion. Porque Fëanor empezó a amar los Silmarils con amor codicioso, y los ocultaba a todos excepto a padre y a sus siete hijos; rara vez recordaba ahora é la luz que guardaban no era la luz de él.

Ilustres príncipes fueron Fëanor y Fingolfin, los hijos mayores de Finwë, honrados por todos en Aman; pero ahora se habían vuelto orgullosos y celosos de los derechos y los bienes de cada uno. Entonces Melkor diseminó nuevas mentiras en Eldamar, y a Fëanor le llegó el rumor de que Fingolfin y sus hijos planeaban usurpar el trono de Finwë y el mayorazgo de Fëanor, y suplantarlos con anuencia de los Valar; porque disgustara a los Valar que los Silmarils estuvieran en Tirion y no hubieran sido confiados a ellos. Pero a Fingolfin y a Finarfin les dijo: —¡Cuidaos! Poco amor ha sentido hasta hoy el orgulloso hijo de Míriel por los hijos de Indis. Ahora se ha engrandecido y tiene al padre en un puño. ¡No pasará mucho tiempo antes de que os arroje de Tuna!

Y cuando Melkor vio que estas mentiras ardían como brasas, y que habían despertado el orgullo y la cólera entre los Noldor, les habló de las armas; y en ese tiempo los Noldor empezaron a forjar espadas y hachas y lanzas. También hicieron escudos con los signos de muchas casas y clanes que rivalizaban entre sí; y a éstos sólo los llevaban fuera del reino, y de otras armas no hablaban porque cada cual creía que sólo él había recibido la advertencia. Y Fëanor hizo una fragua secreta de la que ni siquiera Melkor sabía; y allí templó feroces espadas para él y para sus hijos, e hizo altos yelmos con penachos rojos. Amargamente lamentó Mahtan el día en que le enseñó al marido de Nerdanel toda la ciencia de la metalurgia que él había aprendido de Aulë.

Así, con mentiras y malignos rumores y falsos consejos, Melkor incitó a los Noldor a que lucharan; y de esas disputas llegó con el tiempo el fin de los días ilustres de Valinor y la declinación de su antigua gloria. Porque Fëanor empezó ahora a pronunciarse abiertamente contra los Valar, clamando a voces que abandonaría Valinor para volver al mundo de fuera, y que libraría a los Noldor del sojuzgamiento, si ellos estaban dispuestos a seguirlo.

Entonces hubo gran inquietud en Tirion, y Finwë se sintió perturbado; y convocó a todos sus señores a celebrar consejo. Pero Fingolfin corrió al palacio de Finwë y se le puso delante diciendo: —Rey y padre, ¿no refrenarás el orgullo de nuestro hermano, Curufinwë, demasiado bien llamado Espíritu de Fuego? ¿Con qué derecho habla en nombre de todo nuestro pueblo como si fuera el rey? Tú fuiste quien ya hace mucho aconsejó a los Quendi que aceptaran el llamamiento de los Valar a Aman. Tú fuiste quien condujo a los Noldor por el largo camino a través de los peligros de la Tierra Media a la luz de Eldamar. Si no te arrepientes ahora, tienes cuando menos dos hijos que honran tus palabras.

Pero mientras todavía hablaba Fingolfin, entró Fëanor en la cámara, armado de arriba abajo: un alto yelmo en la cabeza, y al costado una poderosa espada. — De modo que es como lo había adivinado —dijo—. Mi medio hermano se me adelanta al encuentro de mi padre en este como en todo otro asunto.— Luego, volviéndose hacia Fingolfin, desenvainó la espada y gritó: —¡Fuera de aquí y ocupa el lugar que te cuadra!

Fingolfin se inclinó ante Finwë y sin decir una palabra, y evitando mirar a Fëanor, abandonó el aposento. Pero Fëanor lo siguió, y lo detuvo a las puertas de la casa del rey; y apoyó la punta de la brillante espada contra el pecho de Fingolfin. — ¡Mira, medio hermano! —dijo—. Esto es más afilado que tu lengua. Trata solo una vez más de usurpar mi sitio y el amor de mi padre y quizá libraré a los Noldor del que ambiciona convertirse en conductor de esclavos.

Muchos escucharon estas palabras, porque la casa de Finwë estaba en la gran plaza bajo la Mindon; pero tampoco esta vez Fingolfin respondió, y avanzando en silencio entre la multitud fue en busca de Finarfin, su hermano.

Ahora bien, a los Valar no se les había escapado por cierto la inquietud de los Noldor, pero la semilla de esta inquietud había sido sembrada en la oscuridad; y, como Fëanor fue quien primero habló en contra de los Valar, éstos creyeron que él era el promotor del descontento, pues tenía reputación de obstinado y arrogante, aunque todos los Noldor eran ahora orgullosos. Y Manwë estaba apenado, pero observó y no dijo palabra alguna. Los Valar habían traído a los Eldar a aquellas tierras sin quitarles la libertad, y eran dueños de morar en ella o de partir; y aunque juzgaran que la partida era una locura, no la impedirían. Pero ahora la conducta de Fëanor no podía pasarse en silencio, y los Valar estaban enfadados y afligidos; y Fëanor fue llamado a comparecer ante ellos a las puertas de Valmar, para que respondiera de todas sus palabras y actos. También fueron convocados todos los otros que habían tenido parte en este asunto o algún conocimiento de él; y a Fëanor, de pie ante Mandos en el Anillo del Juicio, se le ordenó que respondiese a todo lo que se le preguntara. Entonces, por fin, la raíz quedó al desnudo, y revelada la malicia de Melkor; y sin demora Tulkas abandonó el consejo para echarle mano y llevarlo de nuevo a juicio. Pero no se consideró que Fëanor no tuviera culpa, porque él había sido el que quebrantara la paz en Valinor y desenvainara la espada contra su pariente; y Mandos le dijo: —Tú hablas de esclavitud. Si esclavitud es en verdad, no puedes escaparte; porque Manwë es Rey de Arda y no sólo de Aman. Y esa acción fue contra la ley, fuera en Aman o no. Por tanto, este juicio se dicta ahora: por doce años abandonarás Tirion, donde se habló de esta amenaza. En ese tiempo reflexiona y recuerda quién y qué eres. Pero al cabo de ese tiempo, este asunto quedará saldado y enderezado, si hay gente que esté dispuesta a liberarte.

Entonces Fingolfin dijo: —Yo liberaré a mi hermano—. Pero Fëanor no dio respuesta alguna allí ante los Valar. En seguida se volvió y abandonó el consejo y partió de Valmar.

Junto con él partieron al destierro sus siete hijos, y al norte de Valinor construyeron una plaza fuerte y cámaras de tesoros; y allí, en Fórmenos, se atesoró un gran número de gemas, y también armas, y los

Silmarils fueron guardados en una cámara de hierro. Allí fue también Finwë, el rey, por causa del amor que profesaba a Fëanor; y Fingolfin gobernó a los Noldor en Tirion. Así, las mentiras de Melkor se hicieron verdad en apariencia, aunque Fëanor, con su propia conducta, había sido causa de que esto ocurriese; y la amargura que Melkor había sembrado subsistió, y sobrevivió todavía mucho tiempo entre los hijos de Fingolfin y Fëanor.

Al saber Melkor que sus maquinaciones habían sido descubiertas, se escondió y se trasladó de sitio en sitio como una nube en las colinas, y Tulkas lo buscó en vano. Entonces le pareció al pueblo de Valinor que la luz de los Árboles había menguado, y que la sombra de todas las cosas erguidas se alargaba y se oscurecía.

Se dice que por un tiempo no volvió a verse a Melkor en Valinor ni tampoco se oían rumores acerca de él, hasta que un buen día apareció y habló con Fëanor ante las puertas de Fórmenos. Fingió amistad con argumentos astutos e insistió en que volviera a pensar en librarse del estorbo de los Valar; y dijo: —Considera la verdad de todo cuanto he dicho y cómo has sido desterrado injustamente. Pero si el corazón de Fëanor es todavía libre y audaz como lo fueron sus palabras en Tirion, lo ayudaré entonces y lo llevaré lejos de la estrechez de esta tierra. Pues ¿no soy yo también un Vala acaso? Sí, y más todavía que los que moran orgullosos en Valimar; y he sido siempre amigo de los Noldor, el más valiente y capaz de los pueblos de Arda.

Todavía había amargura en el corazón de Fëanor por la humillación sufrida ante Mandos, y miró a Melkor en silencio, preguntándose si aún podía confiar en él y si lo ayudaría a huir. Y Melkor, viendo que Fëanor vacilaba y sabiendo que los Silmarils lo tenían dominado, dijo por último: —He aquí una plaza fuerte y bien guardada; pero no creas que los Silmarils estarán seguros en cualquier cámara que se encuentre en el reino de los Valar.

Pero la astucia de Melkor sobrepasó el blanco; sus palabras llegaron demasiado hondo, y alentaron un ruego más fiero que el que se proponía; y Fëanor miró a Melkor con ojos que ardían a través de una dulce apariencia, y horadaron las nieblas de la mente de Melkor, advirtiendo en ella la feroz codicia que despertaban los Silmarils. Entonces el odio pudo más que el miedo en Fëanor, y maldijo a Melkor y lo arrojó de su lado diciéndole: —¡Vete de mis portales, carne del presidio de Mandos!— Y cerró las puertas de su casa en la cara del más poderoso de los moradores de Eä.

Melkor partió entonces avergonzado, porque él mismo estaba en peligro y no veía llegado aún el momento de la venganza; pero la cólera le había ennegrecido el corazón, y Finwë tuvo mucho miedo y envió de prisa mensajeros a Manwë, en Valmar.

Ahora bien, cuando los mensajeros llegaron de Fórmenos, los Valar estaban reunidos en consejo a las puertas, asustados por la prolongación de las sombras. En seguida Oromë y Tulkas se pusieron en pie de un salto, pero cuando ya se disponían a lanzarse a la carrera, llegaron mensajeros de Eldamar con la nueva de que Melkor había huido a través del Calaciryra y que desde la colina de Tuna los Elfos lo habían visto pasar, furioso como una nube de tormenta. Y dijeron que desde allí se había vuelto hacia el norte, porque los Teleri habían visto la sombra de Melkor sobre el puerto, hacia Araman.

Así Melkor abandonó Valinor y por un tiempo los Dos Árboles volvieron a brillar sin sombra, y la tierra se colmó de luz. Pero los Valar quisieron en vano tener nuevas de su enemigo; y como una nube alejada y cada vez más alta, llevada por un lento viento helado, una duda empañaba ahora la alegría de los habitantes de Aman, pues tenían miedo de un daño desconocido que aún podía acaecerles.

8.- DEL OSCURECIMIENTO DE VALINOR

Cuando Manwë oyó qué camino había seguido Melkor, le pareció evidente que se proponía escapar a sus viejas fortalezas al norte de la Tierra Media; y Oromë y Tulkas marcharon de prisa hacia el norte con intención de alcanzarlo si era posible, pero no encontraron de él ni rastros ni rumores más allá de las costas de

los Teleri, en los baldíos despoblados que llegaban casi hasta el Hielo. En adelante se redobló la vigilancia a lo largo de los cercados septentrionales de Aman; pero en vano, porque aun antes de que se hubiera iniciado la persecución, Melkor había regresado y había pasado en secreto alejándose hacia el sur. Porque era aún como uno de los Valar, y podía cambiar de forma, o andar desnudo al igual que sus hermanos; aunque pronto habría de perder para siempre ese poder.

Así, sin ser visto, llegó por fin a la región oscura de Avathar. Esa tierra angosta se encontraba al sur de la Bahía de Eldamar, al pie oriental de las Pelóri, y sus prolongadas y lúgubres costas se extendían hacia el sur, sombrías e inexploradas. Allí, bajo los muros despojados de las montañas y el frío y oscuro mar, las sombras eran más profundas y espesas que en ningún otro sitio del mundo; y allí, en Avathar, secreta y desconocida, Ungoliant había construido su morada. Los Eldar no sabían de dónde venía ella; pero han dicho algunos que hace ya muchas edades descendió desde la oscuridad que está más allá de Arda, cuando Melkor miró por primera vez con envidia el Reino de Manwë, y que en el principio ella fue uno de aquellos que él corrompió para que lo sirvieran. Pero ella había renegado de su Amo en el deseo de convertirse en dueña de su propia codicia, apoderándose de todas las cosas para así alimentar su propio vacío; y huyó hacia el sur, escapando de los ataques de los Valar y de los cazadores de Oromë, pues éstos siempre habían vigilado el norte, y por mucho tiempo el sur fue descuidado. Desde allí se había arrastrado hacia la luz del Reino Bendecido; porque tenía hambre de luz y a la vez la odiaba.

Vivía en una hondonada y había tomado la forma de una araña monstruosa, tejiendo sus negras telas en una hendidura de las montañas. Allí absorbía toda la luz y la devolvía como una red oscura de asfixiante lobreguez, hasta que ya no le llegaba ninguna luz; y estaba Hambrienta.

Entonces vino Melkor a Avathar y la buscó hasta encontrarla; y adoptó nuevamente la forma que había tenido como tirano de Utumno: un oscuro Señor, alto y terrible. Esta forma la conservó para siempre. Allí, en las sombras negras, más allá aun de lo que Manwë alcanzaba a ver desde sus más elevadas estancias, Melkor y Ungoliant discutieron la venganza que él había planeado. Pero cuando Ungoliant comprendió los propósitos de Melkor, quedó desgarrada entre la codicia y el miedo; porque temía desafiar los peligros de Aman y el poder de los espantables Señores, y de ningún modo quería moverse de su escondite. Por tanto, Melkor le dijo: —Haz lo que pido; si aún estás hambrienta cuando todo esté consumado, te daré entonces lo que tu codicia exija. Sí, con ambas manos— Hizo esta promesa a la ligera, como siempre; y se reía en secreto. De esta manera el ladrón mayor le tendió una trampa al ladrón menor.

Una capa de oscuridad tejió Ungoliant alrededor de los dos cuando se pusieron en marcha: una No—luz en la que las cosas ya no parecían ser y que los ojos no podían penetrar, porque estaba vacía. Entonces, lentamente, tendió Ungoliant las telas: hilado tras hilado, de grieta a grieta, de roca protuberante a pináculo rocoso, siempre en ascenso, trepando, arrastrándose y adhiriéndose, hasta que por último alcanzaron la cima misma de Hyarmentir, la más alta montaña de esa región del mundo, muy lejos al sur de la gran Taniquetil. Allí los Valar no montaban vigilancia; porque al oeste de las Pelóri había una tierra vacía y penumbrosa, y al este, salvo la olvidada Avathar, las montañas sólo miraban a las oscuras aguas del mar sin senderos.

Pero ahora, la oscura Ungoliant se encontraba sobre la cima de la montaña; e hizo una escala de cuerdas tejidas y la dejó caer, y Melkor trepó y llegó a aquel elevado sitio, y se irguió junto a ella mirando alfa abajo el Reino Guardado. Por debajo se extendían los bosques de Oromë y hacia el oeste brillaban tenues los campos y los pastizales de Yavanna, dorados bajo el alto trigo de los dioses. Pero Melkor miraba hacia el norte y vio a lo lejos la llanura resplandeciente y las cúpulas plateadas de Valmar que refulgían a la luz mezclada de Telperion y Laurelin.

Entonces Melkor rió muy alto y se echó a correr saltando por las largas pendientes occidentales; y Ungoliant iba con él y la oscuridad los cubría.

Era entonces tiempo de festividad, como Melkor sabía bien. Aunque todas las mareas y las estaciones seguían la voluntad de los Valar, y no había en Valinor invierno de muerte, ellos moraban en el Reino de Arda, que no era más que un reino minúsculo en las estancias de Eä, cuya vida es el Tiempo, que fluye siempre desde la primera nota hasta el último acorde de Eru. Y aunque entonces el deleite de los Valar (como se cuenta en la *Ainulindalë*) era ponerse como una vestidura las formas de los Hijos de Ilúvatar, también comían y bebían, y recogían los frutos de Yavanna, sacados de la Tierra, que habían hecho por voluntad de Eru.

Por tanto Yavanna había ordenado las épocas de floración y madurez de todo lo que crecía en Valinor; y con cada primera cosecha Manwë convocaba una gran fiesta en alabanza de Eru, y todos los pueblos de Valinor vertían su alegría en música y canciones sobre el Taniquetil. Esta era la hora, y Manwë había decretado una fiesta más gloriosa que ninguna celebrada antes desde la llegada de los Eldar a Aman. Porque aunque la huida de Melkor hacía presagiar afanes y dolores, y nadie podía conocer los daños que aún sobrevendrían, antes de que pudieran volver a someterlo, en esta ocasión Manwë decidió poner remedio al mal surgido entre los Noldor; y todos fueron invitados a ir a los palacios de Taniquetil, para dejar allí de lado las querellas que separaban a los príncipes y olvidar por completo las mentiras del Enemigo.

Asistieron los Vanyar, y asistieron los Noldor de Tirion, y acudieron juntos los Maiar, y los Valar lucían toda su belleza y majestad; y cantaron ante Manwë y Varda en las altas estancias o danzaron en las verdes pendientes de la Montaña que miraba al oeste hacia los Árboles. Ese día las calles de Valmar quedaron desiertas y las escaleras de Tirion estuvieron en silencio; y toda la tierra dormía en paz. Sólo los Teleri, más allá de las montañas, cantaban todavía a orillas del océano; pues poco caso hacían del tiempo o las estaciones, o de los cuidados de los Regidores de Arda, o de la sombra que había caído sobre Valinor, pues no los había afectado hasta entonces.

Sólo una cosa estropeaba el propósito de Manwë. Fëanor había venido por cierto, porque sólo a él Manwë le había ordenado asistencia; pero Finwë no se presentó, ni ningún otro de los Noldor de Fórmegos. Porque, dijo Finwë: —En tanto dure el destierro impuesto a mi hijo, y no pueda presentarse en Tirion, me privo a mí mismo de la corona y no he de reunirme con mi pueblo.— Y Fëanor llegó vestido de fiesta y no llevaba ornamento alguno, ni plata, ni oro, ni gemas; y se negó a que los Valar y los Eldar contemplaran los Silmarils, y los dejó guardados en Fórmegos en la cámara de hierro. No obstante, se encontró con Fingolfin ante el trono de Manwë y se reconcilió con el, de palabra; y Fingolfin no intentó desenvainar la espada. Tendió la mano a Fingolfin diciendo: —Tal como lo prometí, lo hago ahora. Saleo en tu descargo y no recuerdo ya ofensa alguna

Entonces Fëanor le tomó la mano en silencio; pero Fingolfin dijo: —Medio hermano por la sangre, hermano entero seré por el corazón. Tú conducirás y yo te seguiré. Que ninguna querella nos divida.

—Te oigo —dijo Fëanor—. Así sea.— Pero nadie sabía el posible significado de esas palabras.

Se dice que cuando Fëanor y Fingolfin estaban ante Manwë, las luces de los Árboles se mezclaron, y en la silenciosa ciudad de Valmar hubo un fulgor de plata y oro. Y a esa misma hora precisa Melkor y Ungoliant llegaron precipitados a los campos de Valinor como la sombra de una nube oscura que pasa sobre la tierra iluminada por el sol; y llegaron ante el verde montículo de Ezellohar. Entonces la No—luz de Ungoliant subió hasta las raíces de los Árboles, y Melkor saltó sobre el montículo; y con su lanza negra hirió a cada Árbol hasta la médula, los hirió profundamente, y la savia manaba como si fuese sangre y se derramó por el suelo.

Pero Ungoliant la absorbía y yendo de Árbol a Árbol aplicaba el pico negro a las heridas hasta que quedaron desecadas; y el veneno de Muerte que había en ella penetró en los tejidos y los marchitó: raíz, ramas y hojas; y murieron. Y ella aún tenía sed, y yendo a las Fuentes de Varda, bebió de ellas hasta dejarlas secas; pero eructaba vapores negros mientras bebía, y se hinchó hasta tener una forma tan grande y espantosa que Melkor sintió mucho miedo.

Así la gran oscuridad descendió sobre Valinor. De los hechos de ese día se habla en el *Aldudénië*, que compuso Elemmírë He los Vanyar y es conocido de todos los Eldar. Pero no existe canto ni libro que pueda contener toda la aflicción y el terror que hubo entonces. La Luz menguó; pero la Oscuridad que sobrevino no fue tan sólo pérdida de luz. Fue una Oscuridad que no parecía una ausencia, sino una cosa con sustancia: pues en verdad había sido hecha maliciosamente con la materia de la Luz, y tenía poder de herir el ojo y de penetrar el corazón y la mente y de estrangular la voluntad misma.

Varda miró hacia abajo desde Taniquetil y vio la Sombra que se elevaba en súbitas torres de lobreguez; Valmar había naufragado en un profundo mar nocturno. Pronto la Montaña Sagrada se erguía sola, una última isla en un mundo anegado. Todo canto cesó. Había silencio en Valinor y no se oía ningún sonido, sólo a lo lejos el lamento de los Teleri, como el grito frío de las grullas. Venía entre las montañas con el viento que a esa hora soplabla helado desde el este, y las vastas sombras del mar rompían contra los muros de la costa.

Pero Manwë miraba desde el alto trono, y sólo él alcanzó a horadar la noche hasta que tropezó con una Oscuridad más allá de lo oscuro; y supo que Melkor había venido y había partido.

Entonces empezó la persecución; y la tierra tembló bajo los caballos del ejército de Oromë, y el fuego que relumbró bajo los cascos de Nahar fue la primera luz que volvió a Valinor. Pero no bien llegaron los jinetes a la Nube de Ungoliant, quedaron enceguecidos y desanimados y no sabían por dónde iban; y el sonido del Valaróma vaciló y se perdió. Y Tulkas parecía atrapado en una red negra por la noche, y nada podía hacer y batía el aire en vano. Pero cuando la Oscuridad hubo pasado, ya era tarde: Melkor se había ido, y la venganza estaba consumada.

9.- DE LA HUIDA DE LOS NOLDOR

Al cabo de un tiempo una gran concurrencia se reunió en el Anillo del Juicio; y los Valar se sentaron en la sombra, porque era de noche. Pero las estrellas de Varda brillaban en lo alto y el aire estaba claro; pues los vientos de Manwë habían barrido los vapores de muerte y habían devuelto las sombras al mar. Entonces Yavanna se incorporó y se irguió sobre Ezellohar, el Montículo Verde, pero estaba desnudo ahora, y negro; y puso las manos sobre los árboles, pero éstos estaban muertos y oscuros, y cada rama que tocaba se quebraba y caía marchita a sus pies. Entonces muchas voces se alzaron en lamentaciones; y les pareció a los que se apesadumbraban que habían bebido hasta las heces la copa de dolor que Melkor había escanciado para ellos. Pero no era así.

Yavanna habló ante los Valar, diciendo: —La Luz de los Árboles se ha ido, y ahora vive sólo en los Silmarils de Fëanor. ¡Previsor ha sido! Aun para los más poderosos bajo la égida de Ilúvatar hay una obra que sólo pueden llevar a cabo una única vez. Di ser a la Luz de los Árboles, y en los confines de Eä nunca más podré hacerlo. Sin embargo, si yo dispusiese de un poco de esa luz, podría devolver la vida a los Árboles antes de que las raíces se corrompieran; y entonces nuestras heridas tendrían remedio, y la malicia de Melkor quedaría confundida.

Entonces intervino Manwë y dijo: —¿Oyes, Fëanor hijo de Finwë, las palabras de Yavanna? ¿Concederás lo que pide?

Hubo un largo silencio, pero Fëanor no respondió. Tulkas gritó entonces: — ¡Di, oh, Noldo, sí o no! Pero ¿quién ha de negarse a Yavanna? Y ¿no vino de su obra en un principio la luz de los Silmarils?

Pero Aulë el Hacedor dijo: — ¡No tengas prisa! Pedimos algo más grande que nada que tú conozcas. Concédele paz por un instante.

Pero Fëanor habló entonces y gritó amargamente: — Para los pequeños, como para los mayores, hay siempre algo que sólo pueden hacer una vez; y luego el corazón ha de reposar. Puede que sea posible abrir mis joyas, pero nunca otra vez haré otras parecidas; y si he de romperlas, se me romperá el corazón y moriré; el primero de entre todos los El—dar en Aman.

—No el primero —dijo Mandos, pero nadie entendió estas palabras; y una vez más hubo silencio mientras Fëanor meditaba en la oscuridad. Le parecía estar engarzado en un anillo de enemigos, y le volvieron a Ya memoria las palabras de Melkor: los Silmarils no estarían seguros en manos de los Valar. "¿Y no es él Vala como ellos?" le decía el corazón. "¿Y no entiende acaso lo que ellos sienten? ¡Sí, es un ladrón el que delata a los ladrones!" Entonces vociferó: —No lo haré de propia voluntad. Pero si los Valar me obligan, sabré entonces con seguridad que Melkor es como ellos.

Entonces Mandos dijo: —Has hablado—. Y Nienna se puso en pie y fue a Ezellohar, y echó atrás la capucha gris y lavó con lágrimas las inmundicias de Úngoliant; y cantó doliéndose de la amargura del mundo y la Injuria de Arda.

Pero mientras Nienna aún se lamentaba, llegaron mensajeros de Fórmenos, y eran gente de los Noldor que traían nuevas de infortunio. Porque contaron cómo una ciega Oscuridad había avanzado hacia el norte, y en medio de ella se movía cierto poder para el que no había nombre, y la Oscuridad salía de él mismo. Pero Melkor también estaba allí, y fue a la casa de Fëanor, y mató a Finwë, Rey de los Noldor, delante de las puertas, y derramó la primera sangre en el Reino Bendecido; porque sólo Finwë no había huido del horror de lo Oscuro. Y contaron que Melkor había quebrantado la fortaleza de Fórmenos y se había apoderado de todas las joyas de los Noldor que allí estaban guardadas; y los Silmarils habían desaparecido.

Entonces Fëanor se levantó, y alzando la mano ante Manwë, maldijo a Melkor llamándolo *Morgoth*, Negro Enemigo del Mundo; y desde entonces y para siempre los Eldar sólo lo conocieron por ese nombre. Y maldijo también el llamamiento de Manwë y la hora en que había acudido a Taniquetil, pensando en medio de la locura a que lo habían llevado la rabia y la pena que si se hubiera encontrado en Fórmenos, la fuerza le hubiera valido al menos para que no lo mataran a él también, como Melkor se había propuesto. Entonces Fëanor abandonó a la carrera el Anillo del Juicio y se internó en la noche; porque Finwë le era más querido que las obras incomparables de sus manos o que la luz de Valmar; y ¿quiénes entre los hijos, sean de Elfos o de Hombres, han tenido a sus padres en más alta estima?

Muchos allí se afligieron por el dolor de Fëanor, pero la pérdida por él sufrida no era suya solamente; y Yavanna lloró junto al montículo, temiendo que la Oscuridad devorara para siempre los últimos rayos de la Luz de Valinor. Porque aunque los Valar aún no entendían del todo qué pasaba, advertían que Melkor había pedido ayuda a algo que procedía de más allá de Arda. Los Silmarils habían desaparecido y no importaba en apariencia que Fëanor le hubiera dicho sí o no a Yavanna; sin embargo, si hubiera consentido desde un principio, antes de que las nuevas llegaran desde Fórmenos, quizá no hubiese podido acometer lo que hizo después. Pero el destino de los Noldor estaba ahora cada vez más cerca.

Entretanto Morgoth, al huir de la persecución de los Valar, llegó a los baldíos de Araman. Esta tierra se extendía hacia el norte, entre las Montañas de las Pelóri y el Gran Mar, como Avathar se extendía hacia el sur; pero Araman era una región más vasta, y entre las costas y las montañas había tierras yermas, cada vez más frías a medida que se aproximaban al Hielo. Por esta región Morgoth y Ungoliant pasaron de prisa, y así llegaron a través de las grandes nieblas de Oiomúre al Helcaraxë, el estrecho entre Araman y la Tierra Media, todo de hielo crujiente; y él lo cruzó, y regresó por fin al norte de las Tierras Exteriores. Juntos siguieron avanzando, porque Morgoth no podía eludir a Ungoliant, y la nube de Ungoliant todavía lo envolvía y todos los ojos de ella estaban fijos en Morgoth; y llegaron a esas tierras que se extienden al norte del Estuario de Drengist. Se acercaba ahora Morgoth a las ruinas de Angband, donde se había levantado una gran fortaleza occidental; y Ungoliant cayó en la cuenta de cuál era la esperanza de Morgoth y supo que allí intentaría huir, y lo detuvo exigiéndole que cumpliera lo que había prometido.

—¡Negro corazón! —dijo—. He hecho lo que me pediste. Pero todavía estoy hambrienta.

—¿Qué más quieres? —dijo Morgoth—. ¿Deseas meterte el mundo entero en la barriga? No prometí darte eso. Soy el Señor.

—No pretendo tanto —dijo Ungoliant—. Pero obtuviste un gran tesoro en Fórmenos; eso quiero. Sí, con ambas manos me lo darás.

Entonces por fuerza cedió Morgoth las gemas que llevaba consigo, una por una y a regañadientes; y ella las devoró y la belleza de las piedras murió para el mundo. Más grande y oscura se volvió Ungoliant, pero su codicia no estaba satisfecha todavía. —Con una mano das —dijo—; sólo con la izquierda. Abre la otra mano.

En la mano derecha llevaba Morgoth apretados los Silmarils, y aunque estaban encerrados en un cofrecillo de cristal, habían empezado a quemarlo y el dolor le agarrotaba la mano, pero no la abría. —¡No! —dijo—. Has recibido lo que te adeudaba. Porque con el poder que puse en ti consumaste tu obra. Ya no te necesito. No tendrás estas cosas, ni las verás. Las nombro mías para siempre.

Pero Ungoliant había crecido y Morgoth era ahora más pequeño a causa del poder que había salido de él; y ella se irguió enfrentándolo, y lo encerró en su nube y lo atrapó en una red de cuerdas pegajosas para estrangularlo. Entonces Morgoth lanzó un grito terrible cuyos ecos resonaron en las montañas. Fue así que esa región se llamó Lammoth; porque esos ecos la habitaron después para siempre, y despertaban cada vez que alguien gritaba allí, y todas las tierras yermas entre las colinas y el mar se llenaban de un clamor de voces angustiadas. El grito de Morgoth a esa hora fue el más grande y terrible de los que se habían oído en el mundo del norte; las montañas se sacudieron y la tierra tembló y las rocas se partieron. En abismos olvidados se oyó ese grito. Muy por debajo de las estancias en ruinas de Angband, en cuevas que los Valar habían olvidado en la prisa del ataque, los Balrogs, que aún acechaban esperando el regreso del Señor, se levantaron ahora con rapidez, y precipitándose por Hithlum llegaron a Lammoth como una tempestad de fuego. Con los látigos de llamas rompieron las telas de Ungoliant, y ella se amedrentó y se volvió eructando vapores negros para ocultarse y escapar, y huyendo del norte descendió a Beleriand y vivió bajo Ered Gorgoroth, en el valle oscuro que se llamó después Nan Dungortheb, el Valle de la Muerte Terrible, por causa del horror que ella crió en ese sitio; porque otras inmundas criaturas arácnidas habían morado allí desde los días de la excavación de Angband, y Ungoliant se acopló con ellas y las devoró; y aun después que ella se fue, internándose en el olvidado sur del mundo, los vástagos continuaron allí y tejieron unas telas horribles. Ningún libro cuenta qué fue de Ungoliant. Sin embargo han

dicho algunos que el fin Fe llegó hace ya mucho tiempo, cuando acuciada por el hambre, terminó por devorarse a sí misma.

Y así, pues, lo que Yavanna temía, que Ungoliant devorara los Silmarils y éstos se desvanecieran en nada, no llegó a ocurrir, pero las piedras quedaron en poder de Morgoth. Y Morgoth, libre otra vez, reunió a todos los sirvientes que pudo encontrar y se encaminó a las ruinas de Angband. Allí cavó de nuevo unas vastas cavernas y mazmorras, y por encima de las puertas levantó las cumbres triples de Thangorodrim, y enroscó para siempre alrededor una espesa emanación de humo oscuro. Las huestes de bestias y demonios llegaron a ser allí innumerables, y la raza de los Orcos, criada muchos años atrás, creció y se multiplicó en la entrañas de la tierra. Oscura era ahora la sombra sobre Beleriand, como se cuenta más tarde; pero Morgoth forjó en Angband una gran corona de hierro, y se llamó a sí mismo Rey del Mundo. Como señal de esto, engarzó en la corona los Silmarils. Las manos se le ennegrecieron quemadas por el contacto con esas joyas sagradas, y desde entonces fueron siempre negras; nunca se alivió tampoco del dolor de la quemadura, ni de la ira del dolor. En ningún momento se quitaba la corona, aunque el peso lo abrumaba mortalmente. Sólo una vez dejó en secreto los dominios del norte; y a decir verdad en raras ocasiones abandonaba los lugares profundos de la fortaleza, y mandaba a sus ejércitos desde el trono septentrional. Y también sólo una vez esgrimió un arma, mientras gobernó el reino.

Porque ahora, más que en los días de Utumno, antes de que su orgullo fuera humillado, lo devoraba el odio, y se consumía en la tarea de dominar a sus sirvientes e inculcarles el deseo del mal. No obstante, conservó largo tiempo la majestad de los Valar, aunque cambiada en terror, y al encontrarse con él frente a frente, todos, excepto los más poderosos, se hundían en un oscuro precipicio de miedo.

Ahora bien, cuando se supo que Morgoth había escapado de Valinor y que de nada servía perseguirlo, los Valar permanecieron largo tiempo sentados en la oscuridad, en el Anillo del Juicio, y los Maiar y los Vanyar lloraban de pie junto a ellos; pero la mayoría de los Noldor volvieron a Tirion y se lamentaron por el oscurecimiento de la bella ciudad. A través de la barranca oscura del Calacirya venían flotando unas nieblas desde los mares sombríos y cubrían las torres como mantos, y la lámpara de la Mindon ardía pálida en la lobreguez.

Entonces, de pronto, apareció Fëanor en la ciudad y convocó a todos a la ilustre corte del rey en la cima de Tuna; pero la condena al destierro que le había sido impuesta no estaba levantada todavía, y él se rebeló contra los Valar. Una gran multitud se reunió rápidamente para escuchar lo que tuviera que decir; y la luz de las muchas antorchas que cada cual llevaba en la mano iluminaba las colinas y todas las escaleras y calles que subían por ella. Fëanor era un maestro de las palabras y tenía gran poder sobre los corazones cada vez que hablaba, y esa noche pronunció un discurso ante los Noldor que éstos siempre recordaron. Fieras y salvajes fueron las palabras de Fëanor, y colmadas de cólera y de orgullo; y al escucharlas los Noldor se sintieron movidos a la locura. Fëanor habló sobre todo de Morgoth, con odio y cólera, y sin embargo, casi todo cuanto dijo procedía de las mentiras de Morgoth mismo; pero Fëanor, transido de dolor por el asesinato de su padre y de angustia por el robo de los Silmarils, reclamó el reinado sobre todos los Noldor, desde que Finwë estaba muerto, y despreció los decretos de los Valar.

—¿Por qué, oh, pueblo de los Noldor —exclamó—, por qué habremos de servir a los celosos Valar, que no pueden protegernos ni protegerse del Enemigo? Y aunque sea ahora un adversario ¿no pertenecen ellos y él a un mismo linaje? La venganza me llama desde aquí, pero aun cuando así no fuese, no querría yo vivir más tiempo en la misma tierra con el linaje del asesino de mi padre y del ladrón de mi tesoro. Pero no soy el único valiente en este pueblo de valientes. ¿Y no habéis

perdido todos a vuestro rey? ¿Y qué más no habéis perdido, aquí encerrados en una tierra estrecha entre las montañas y el mar?

Aquí una vez hubo luz, que los Valar mezquinaron a la Tierra Media, pero ahora la oscuridad lo nivela todo. ¿Nos lamentaremos aquí siempre inactivos, pueblo de sombras, moradores de la niebla, vertiendo lágrimas vanas en el mar indiferente? ¿O volveremos a nuestra patria? En Cuiviénen fluían dulces las aguas bajo las estrellas de un cielo sin nubes, y vastas eran las tierras, por las que podía andar un pueblo libre. Allí se extienden todavía y nos aguardan, a nosotros que las abandonamos en un momento de locura. ¡Venid! ¡Que los cobardes guarden la ciudad!

Largamente habló, instando siempre a los Noldor a que lo siguieran, y a ganar ellos mismos la libertad y grandes reinos en las tierras del este, antes de que fuera demasiado tarde; porque repetía las mentiras de Melkor, que los Valar los habían engañado y pretendían mantenerlos cautivos para que los Hombres pudieran regir en la Tierra Media. Muchos de los El—dar oyeron hablar por primera vez de los Segundos Nacidos. —Hermoso será el fin —exclamó Fëanor—, aunque largo y áspero el camino! ¡Decid adiós al sometimiento! ¡Pero decid adiós también a la holgura! ¡Decid adiós a los débiles! ¡Decid adiós a vuestros tesoros! Porque iremos más lejos que Oromë, soportaremos más durezas que Tulkas: nunca dejaremos de intentarlo. ¡Tras Morgoth hasta el fin de la Tierra! Combatiremos contra él y nuestro odio será imperecedero. Pero cuando lo hayamos conquistado y recuperemos los Silmarils, nosotros y sólo nosotros seremos los señores de la Luz inmaculada y amos de la beatitud y la belleza de Arda. ¡Ninguna otra raza nos despojará!

Entonces pronunció Fëanor un terrible juramento. Los siete hijos se acercaron a él de un salto y juntos hicieron el mismo voto, y rojas como la sangre brillaron las espadas al resplandor de las antorchas. Era un juramento que nadie puede quebrantar ni nadie ha de pronunciar, aun en nombre de Ilúvatar, y pidieron para ellos la Oscuridad Sempiterna si no lo cumplían; y a Manwë nombraron como testigo, y a Varda, y a la montaña sagrada de Taniquetil, prometiendo perseguir con odio y venganza hasta el fin del Mundo a Vala, Demonio, Elfo u Hombre aún no nacidos, o a cualquier otra criatura, grande o pequeña, buena o mala, a la que el tiempo diese origen desde ahora hasta la consumación de los días, que guardara, tomara o arrebatara uno de los Silmarils de Fëanor.

Así hablaron Maedhros y Maglor y Celegorm, Curufin y Caranthir, Amrod y Amras, príncipes de los Noldor; y muchos se descorazonaron al oír las terribles palabras. Porque así dicho, un juramento, malo o bueno, no puede quebrantarse, y perseguirá tanto al que lo cumple como al que lo quebranta hasta el fin del mundo. Fingolfin y su hijo Turgon hablaron por tanto en contra de Fëanor, y despertaron palabras fieras, de modo que una vez más la ira estuvo cerca del filo de las espadas. Pero Finarfin habló dulcemente, como le era habitual, e intentó apaciguar a los Noldor, pidiéndoles que se detuvieran y meditaran antes que se hiciera algo que no pudiera deshacerse; y Orodreth, solo entre sus hijos, habló de igual manera; pero Galadriel, la única mujer de los Noldor que se mantuvo erguida y valerosa entre los príncipes contendientes, estaba ansiosa por partir. No pronunció ningún juramento, pero las palabras de Fëanor sobre la Tierra Media le habían ardido en el corazón, y anhelaba ver las amplias tierras sin custodia y gobernar allí un reino a su propia voluntad. Lo mismo que Galadriel pensaba Fingon hijo de Fingolfin, también movido por las palabras de Fëanor, aunque poco lo amaba; y con Fingon estuvieron, como siempre, Angrod y Aegnor, hijos de Finarfin. Pero éstos mantuvieron la calma y no hablaron contra sus padres.

Por fin, después de un prolongado debate, prevaleció Fëanor, y a la mayor parte de los Noldor allí reunidos inflamó con el deseo de nuevas cosas y países extraños. Por tanto, cuando Finarfin habló aún otra vez pidiendo reflexión y tiempo,

un gran grito se alzó: —¡No, partamos!—. Y sin dilación Fëanor y sus hijos se prepararon para emprender la marcha.

Poca previsión podía haber entre los que se atrevían a tomar una senda tan oscura. No obstante, todo se hizo con excesiva prisa; porque Fëanor los impulsaba temiendo que al enfriárseles el corazón las palabras que él había dicho se marchitaran, y prevalecieran otros consejos; y a pesar de todo el orgullo que había mostrado no olvidaba el poder de los Valar. Pero de Valmar no llegó mensaje alguno, y Manwë se mantenía en silencio. No estaba dispuesto a prohibir o estorbar el propósito de Fëanor; porque a los Valar les ofendía que se los hubiese acusado de malas intenciones para con los Eldar, o de que retuvieran a alguien por la fuerza. Ahora observaban y esperaban, porque no creían todavía que Fëanor pudiera someter a los Noldor.

Y en verdad cuando Fëanor empezó a dar órdenes a los Noldor para ponerse en camino, las discusiones comenzaron. Porque aunque había persuadido a la asamblea de que era necesario partir, no todos pensaban que Fëanor tuviese que ser el Rey. Fingolfin y sus hijos eran los más amados, y los de su casa y la mayor parte de los habitantes de Tirion se negaron a abandonar a Fingolfin, si él los acompañaba; y así por fin, como dos huestes separadas, emprendieron los Noldor el amargo camino. Fëanor y sus seguidores iban a la vanguardia, pero la hueste mayor iba detrás, fiel a Fingolfin; y éste marchaba de mala gana y sólo porque se lo pedía Fingon, su hijo, y porque no quería separarse de su pueblo que ansiaba partir, ni dejarlos librados a los precipitados consejos de Fëanor. Tampoco olvidaba lo que había dicho ante el trono de Manwë. Con Fingolfin iba también Finarfin, y por razones parecidas; pero era él a quien más le repugnaba partir. Y de todos los Noldor de Valinor, ahora ya un gran pueblo, sólo una décima parte rehusó ponerse en camino: algunos por el amor que tenían a los Valar (y de todos ellos no era Aulë el menos amado), otros por el amor de Tirion y las muchas cosas que allí habían hecho; ninguno por temor a los peligros del camino.

Pero mientras resonaba la trompeta y salía Fëanor por las puertas de Tirion, llegó por fin un mensajero de Manwë diciendo: —A la locura de Fëanor se opone sólo mi consejo. ¡No partáis! Porque es mala hora, y vuestro camino os conduce a una pesadumbre que no prevéis. Ninguna ayuda os prestarán los Valar en esta empresa; pero tampoco os la entorpecerán; porque esto os digo: como vinisteis aquí libremente, libremente partiréis. Pero tú, Fëanor, hijo de Finwë, por tu juramento estás exiliado. Aprenderás en la amargura que Melkor ha mentido. Vala es, dices. Pues entonces has jurado en vano, porque a ninguno de los Valar puedes vencer ahora ni nunca dentro de las estancias de Eä, ni aunque Eru, a quien nombras, te hubiera hecho tres veces más grande de lo que eres.

Pero Fëanor se rió, y habló no al heraldo, sino a los Noldor: —¡Vaya! ¿Entonces este pueblo valiente ha de enviar a destierro al rey, acompañado sólo por sus hijos, para luego volver a someterse? Pero a aquellos que vengan conmigo, les preguntaré: ¿Se os dice que habrá dolor? Pero en Aman *lo* hemos visto. En Aman hemos llegado por la beatitud a la pesadumbre. Intentaremos ahora el camino opuesto: por el dolor busquemos la alegría; o al menos la libertad.

Entonces, volviéndose al heraldo, gritó: —Di esto a Manwë Súlimo, Ilustre Rey de Arda: si Fëanor no puede destruir a Morgoth, cuando menos no vacila en atacarlo, ni se queda sentado y lamentándose. Y quizá haya puesto Eru en mí un fuego mayor que el que tú sospechas. Al menos abriré tal herida al Enemigo de los Valar que aun los poderosos reunidos en el Anillo del Juicio se asombrarán al oírlo. Sí, al fin me seguirán. ¡Adiós!

En ese momento la voz de Fëanor se le hizo tan tuerte y tan poderosa, que aun el heraldo de los Valar se inclinó ante él, como quien ha recibido una respuesta cabal, y partió; y los Noldor nada pudieron hacer. Por tanto, continuaron la marcha; y la de Fëanor se apresuró a lo largo de las costas de Elendë; y ni una vez volvieron

la cabeza para mirar a Tirion, en la verde colina de Tuna. Detrás de ellos, más lentamente y con menor ansiedad iban las huestes de Fingolfin. De éstos Fingon era el primero; pero a la retaguardia marchaban Finarfin y Finrod, y muchos de los más nobles y más sabios de los Noldor; y con frecuencia miraban atrás para ver la hermosa ciudad en que habían vivido, hasta que la lámpara de la Mindon Eldaliéva se perdió en la noche. Más que ninguno de los demás Exiliados tenían recuerdos de la beatitud que habían abandonado y algunos hasta llevaban consigo las cosas que allí habían hecho: solaz y carga para el camino.

Conducía ahora Fëanor a los Noldor hacia el norte, pues ante todo quería seguir a Morgoth. Además, Tuna bajo Taniquetil estaba cerca de la Cintura de Arda, y allí el Gran Mar era de una anchura inconmensurable, mientras que al norte los mares divisorios se hacían más estrechos a medida que se aproximaban a la tierra yerma de Araman y las costas de la Tierra Media. Pero al irse enfriando la mente de Fëanor y cobrando tino, entendió demasiado tarde que esas grandes huestes nunca sobrepasarían las largas leguas hacia el norte, ni cruzarían los mares, excepto con la ayuda de una flota, pero exigiría largo tiempo y esfuerzo construir tantas embarcaciones, aun cuando alguno de los Noldor tuviera habilidad para ese arte. Por tanto, resolvió persuadir a los Teleri, siempre amigos de los Noldor, de que se les unieran; e inflamado por su propia rebeldía pensó que de ese modo la beatitud de Valinor disminuiría todavía más, y él podría hacerle la guerra a Morgoth con mayor fuerza. Se encaminó pues de prisa a Alqualondë y les habló a los Teleri como había hablado antes en Tirion. Pero de cuanto pudo decir nada movió a los Teleri. Estaban en verdad apenados por la partida de parientes y viejos amigos, y parecían más dispuestos a disuadirlos que a prestarles ayuda; y no quisieron prestar ningún barco, ni ayudar a construirlo contra

la voluntad de los Valar. En cuanto a ellos, no deseaban otra patria que las playas de Eldamar y ningún otro señor que Olwë, príncipe de Alqualondë. Y él nunca había prestado oídos a Morgoth, ni le había recibido de buen grado en su tierra, y confiaba todavía en —que Ulmo y los otros grandes entre los Valar pondrían remedio a las heridas abiertas por Morgoth, y que la noche pasaría, y que luego habría un nuevo amanecer.

Entonces Fëanor se encolerizó, porque aún temía retrasarse, y le dijo airado a Olwë: —Renunciáis a los amigos en la hora de necesidad. Sin embargo, aceptasteis agradecidos nuestra ayuda cuando llegasteis los últimos a estas costas, perezosos de corazón flaco, casi con las manos vacías. Todavía viviríais en chozas sobre la playa si los Noldor no hubieran cavado vuestro puerto y trabajado en vuestros muros.

Pero Olwë respondió: —De ningún modo renunciarnos a los amigos. Pero sólo un amigo ha de censurar la locura del amigo. Y cuando los Noldor nos dieron la bienvenida y nos prestaron ayuda, hablaste de modo bien distinto: íbamos a vivir para siempre en la tierra de Aman, como hermanos en casas contiguas. Pero en cuanto a nuestros blancos navíos, no proceden de vosotros. No aprendimos ese arte de los Noldor, sino de los Señores del Mar; y los blancos maderos los trabajamos con nuestras propias manos, las blancas velas fueron tejidas por nuestras esposas e hijas. Por tanto, no las daremos ni las venderemos ni por alianza ni por amistad. Porque te digo, Fëanor hijo de Finwë, éstas son para nosotros como las gemas de los Noldor: la obra de nuestros corazones, que nunca podremos repetir.

Fëanor se alejó entonces, y ya fuera de los muros de Alqualondë se sintió acosado por negros pensamientos, hasta que sus huestes estuvieron reunidas. Cuando juzgó que contaba con tropas suficientes marchó hacia el Puerto de los Cisnes y se puso a dar ordenes a los barcos allí anclados y a apoderarse de ellos por la fuerza. Pero los Teleri se le resistieron y arrojaron a muchos Noldor al mar.

Entonces se desenvainaron las espadas y se desencadenó una amarga batalla en los barcos y en los muelles y malecones iluminados por lámparas, y hasta sobre el gran arco de las puertas. Tres veces la gente de Fëanor fue rechazada y muchos murieron de ambos bandos; pero la vanguardia de los Noldor recibió el socorro de Fingon con los primeros de la hueste de Fingolfin, que al llegar y descubrir que se libraba una batalla en la que moría gente de su propio linaje, se unieron a ella sin conocer bien el motivo de la lucha; algunos creyeron que los Teleri intentaban impedir la marcha de los Noldor por orden de los Valar.

Así por último los Teleri fueron vencidos, y gran parte de los marineros que vivían en Alqualondë fueron muertos vilmente. Porque la desesperación había vuelto feroces a los Noldor, y los Teleri contaban con menos gente y casi no tenían otras armas que unos arcos delgados. Entonces los Noldor se apoderaron de los navíos blancos y cada remo fue manejado por el mejor tripulante con que pudieron contar, y se alejaron hacia el norte a lo largo de la costa. Y Olwë llamó a Ossë, pero éste no acudió, porque no permitían los Valar que la huida de los Noldor fuera impedida por la fuerza. Pero Uinen lloró por los marineros de los Teleri; y el mar se levantó airado en contra de los asesinos, de modo que muchos barcos naufragaron y quienes iban en ellos murieron ahogados. De la Matanza de los Hermanos de Alqualondë se dice algo más en el lamento llamado *Noldolante*, la Caída de los Noldor, que Maglor compuso antes de perderse.

No obstante, la mayor parte de los Noldor logró escapar, y cuando cesó la tormenta, mantuvieron el rumbo, algunos en barco y otros por tierra; pero el camino era largo y a medida que avanzaban sobrevenían nuevos males. Después de haber marchado largo tiempo en la inmensa noche, llegaron por fin a los confines septentrionales del Reino Guardado, en los bordes del desierto baldío de Araman, que eran montañosos y fríos. Allí vieron de pronto una figura oscura, de pie sobre una roca, que contemplaba la costa desde lo alto. Dicen algunos que era el mismo Mandos, y no un heraldo de Manwë de menor cuantía. Y oyeron una voz alta, solemne y terrible que les ordenó detenerse y prestar oídos. Todos se detuvieron entonces y permanecieron inmóviles, y de extremo a extremo de las huestes de los Noldor se escuchó la voz que pronunciaba la maldición y la profecía denominada la Profecía del Norte y el Hado de los Noldor. Mucho se predijo en palabras oscuras que los Noldor sólo comprendieron cuando sobrevinieron los males; pero todos oyeron la maldición pronunciada contra los que no quisieran quedarse ni solicitar el juicio y el perdón de los Valar.

—Lágrimas innumerables derramaréis; y los Valar cercaran Valinor contra vosotros, y os dejarán fuera, de modo que ni siquiera el eco de vuestro lamento pasará por sobre las montañas. Sobre la Casa de Fëanor la cólera de los Valar cae desde el Occidente hasta el extremo Oriente, y sobre todos los que los sigan caerá del mismo modo. El juramento los impulsará, pero también los traicionará, y aun llegará a arrebatarles los mismos tesoros que han jurado perseguir. A mal fin llegará todo lo que empiecen bien; y esto acontecerá por la traición del hermano al hermano, y por el temor a la traición. Serán para siempre los Desposeídos.

"Habéis vertido la sangre de vuestros parientes con injusticia y habéis manchado la tierra de Aman. Por la sangre devolveréis sangre y más allá de Aman moraréis a la sombra de la Muerte. Porque aunque Eru os destinó a no morir en Eä, y ninguna enfermedad puede alcanzaros, podéis ser asesinados, y asesinados seréis: por espada y por tormento y por dolor; 7 vuestro espíritu sin morada se presentará entonces ante Mandos. Allí moraréis durante un tiempo muy largo, y añoraréis vuestro cuerpo, y encontraréis escasa piedad, aunque todos los que habéis asesinado

nieguen por vosotros. Y a aquellos que resistan en la Tierra Media y no comparezcan ante Mandos, el mundo los fatigará como si los agobiara un gran peso, y serán como sombras de arrepentimiento antes que aparezca la raza más joven. Los Valar han hablado.

Entonces muchos se lamentaron; pero Fëanor endureció su corazón y dijo: —Hemos hecho un juramento y no a la ligera. Lo mantendremos. Se nos amenaza con muchos males y no es el menor de ellos la cobardía: pero hay algo que no se dijo: que padezcamos hoy de cobardía, de pusilanimidad o de miedo a la pusilanimidad. Por tanto os digo que seguiremos adelante, y este destino pronostico: que los hechos que hagamos serán temas de muchas canciones hasta los últimos días de Arda.

Pero a esa hora Finarfin abandonó la marcha, y se volvió con pena y amargura contra la Casa de Fëanor, y esto por causa del parentesco que lo unía a Olwë de Alqualondë; y muchos de los suyos fueron con él entristecidos, y tomaron el camino de vuelta, hasta que contemplaron una vez más el rayo distante de la Mindon sobre Tuna, que aún brillaba en la noche; y así llegaron por último a Valinor. Allí recibieron el perdón de los Valar y se le dio a Finarfin el gobierno del resto de los Noldor en el Reino Bendecido. Pero los hijos de Finarfin no estaban con él, pues no quisieron abandonar a los hijos de Fingolfin; y todo el pueblo de Fingolfin siguió adelante, aun sintiéndose empujado por la gente de su propio linaje y por la voluntad de Fëanor, y temiendo enfrentar el juicio de los Valar, pues no todos eran inocentes de la Matanza de Alqualondë. Además Fingon y Turgon eran audaces y de fiero corazón y detestaban 'abandonar cualquier tarea iniciada por ellos mismos antes del amargo final, si amargo había de ser. De modo que la mayor parte de la hueste siguió adelante, y pronto el mal que había sido predicho empezó a operar.

Los Noldor llegaron por fin al norte de Arda; y vieron los primeros dientes del hielo que flotaba en el mar, y supieron que estaban acercándose al Helcaraxë. Porque entre la Tierra de Aman que en el norte se curvaba hacia el este, y las costas orientales de Endor (la Tierra Media) que llevan hacia el oeste, había un estrecho angosto por el que fluían juntas las aguas heladas del Mar Circundante y las olas del Belegaer, y había vastas nieblas y vapores de frío mortal, y en las corrientes marinas navegaban colinas estruendosas de hielo, y el hielo crujía bajo el agua. Así era el Helcaraxë, y nadie había osado hollarlo todavía, salvo los Valar y Ungoliant.

Por tanto Fëanor hizo alto y los Noldor discutieron qué camino seguir. Pero el frío y la niebla viscosa que el fulgor de las estrellas no podía horadar, empezaron muy pronto a atormentarlos, y muchos lamentaron haber tomado ese camino, y empezaron a murmurar, especialmente los que seguían a Fingolfin, maldiciendo a Fëanor y acusándolo de ser la causa de todos los males de los Eldar. Pero Fëanor, enterado de todo lo que se decía, se reunió en consejo con sus hijos; y les pareció que sólo dos caminos podían llevarlos lejos de Araman, y llegar así a Endor: por los estrechos o por barco. Pero al Helcaraxë lo consideraron infranqueable, y los barcos no eran suficientes. Muchos se habían perdido en el largo camino, y no quedaban ahora bastantes como para transportar a la numerosa hueste; pero nadie estaba dispuesto a quedarse en la costa occidental mientras otros eran llevados primero: ya el miedo de la traición había despertado entre los Noldor. Por tanto, Fëanor y sus hijos tomaron la decisión de apoderarse de todos los barcos y de partir sin demora; porque habían retenido el dominio de la flota desde la batalla del Puerto, y ésta estaba tripulada sólo por aquellos que habían luchado en ella, y que estaban sometidos a Fëanor. Y como si hubiera acudido a una llamada, un viento sopló del noroeste, y Fëanor se deslizó en secreto con todos los que consideraba heles, y se embarcó con ellos y se hizo a la mar dejando a Fingolfin en Araman. Y como el mar era allí estrecho, navegando hacia el este y algo hacia el sur, avanzó sin pausa, y fue el primero entre los Noldor en poner pie una vez más en las costas de la Tierra Media; y el desembarco de Fëanor ocurrió en la desembocadura del estuario llamado Drengrist que se adelantaba hacia Dorlóminh.

Pero cuando hubieron desembarcado, Maedhros, el mayor de los hijos de Fëanor, y en un tiempo amigo de Fingon antes de que se interpusieran entre ellos

las mentiras de Morgoth, le habló a Fëanor diciendo: —Ahora ¿de qué barcos y remeros dispondrás para la vuelta, y a quién traerán de allí primero? ¿A Fingon el Valiente?

Entonces Fëanor rió con malignidad y replicó gritando: —¡Ningún barco y ningún remero! Lo que he dejado atrás no lo considero una pérdida; ha sido una carga innecesaria en el camino. ¡Que quienes han maldecido mi nombre lo maldigan aún, y que sus plañidos les abran el camino de vuelta a las jaulas de los Valar! ¡Que se quemen las naves!— Entonces Maedhros se apartó, pero Fëanor hizo que se prendiera fuego a las blancas naves de los Telen. Así pues, en ese lugar que se llamó Losgar, en la desembocadura del Estuario de Drengist, acabaron los navíos más hermosos que nunca hayan surcado el mar, en una gran hoguera, fulgurante y terrible. Y Fingolfin y su pueblo vieron la luz desde lejos, roja bajo las nubes; y supieron que habían sido traicionados. Estos fueron los primeros frutos de la Matanza de Alqualondë y del Hado de los Noldor.

Entonces Fingolfin, al ver que Fëanor lo abandonaba, para que pereciese en Araman o regresara avergonzado a Valinor, se llenó de amargura; pero ahora deseaba como nunca llegar de algún modo a la Tierra Media y volver a encontrarse con Fëanor. Y él y sus huestes erraron afligidos mucho tiempo, pero sintiendo que el valor y la resistencia se les acrecentaban con las penurias; porque eran un pueblo poderoso, los primeros hijos inmortales de Eru.

Ilúvatar, aunque recién llegados del Reino Bendecido y no sujetos todavía a las fatigas de la Tierra. El fuego de la juventud ardía en ellos, y conducidos por Fingolfin y sus hijos, y por Finrod y Galadriel, se atrevieron a penetrar en lo más crudo del norte; y al no hallar otro camino enfrentaron por fin el terror del Helcaraxë y las crueles montañas de hielo. Pocas de las hazañas que con posterioridad llevaron a cabo los Noldor superaron en penuria o dolor esa desesperada travesía. Allí se perdió Elenwë la esposa de Turgon, y muchos otros también perecieron; y fue con huestes disminuidas que Fingolfin pisó por último las Tierras Exteriores. Poco amor por Fëanor y sus hijos sentían los que marcharon detrás de él, y soplaron sus trompetas en la Tierra Media cuando por primera vez se elevó la Luna.

10.- DE LOS SINDAR

Ahora bien, como ya se dijo, el poder de Elwë y Melian aumentó en la Tierra Media, y todos los Elfos de Beleriand, desde los marineros de Círdan hasta los cazadores errantes de las Montañas Azules más allá del Río Gelion, reconocían a Elwë como señor; Elu Thingol, Rey Mantrogrís, era llamado en la lengua de su pueblo. A los Elfos Grises de Beleriand, iluminada por las estrellas, se los llamaba también los Sin—dar; y aunque eran Moriquendi, bajo la égida de Thingol y por mediación de las enseñanzas de Melian se convirtieron en los más hermosos, los más sabios y los más hábiles de todos los Elfos de la Tierra Media. Y al cabo de la primera edad del Encadenamiento de Melkor, cuando en toda la Tierra había paz y la gloria de Valinor había alcanzado su cénit, vino al mundo Lúthien, la única hija de Thingol y Melian. Aunque casi toda la Tierra Media estaba sumida en el Sueño de Yavanna, en Beleriand, bajo el poder de Melian, había vida y alegría, y las estrellas brillantes resplandecían como fuegos de plata; y allí, en el bosque de Neldoreth, nació Lúthien, y las blancas flores de *niphredil* se adelantaron para saludarla como estrellas de la tierra.

Sucedió durante la segunda edad del cautiverio de Melkor que los Enanos llegaron por sobre las Montañas Azules de Ered Luin a Beleriand. A sí mismos se llamaban Khazád, pero los Sindar los llamaban los Naugrim, el Pueblo Menguado, y

Gonnhirrim, Maestros de la Piedra. Lejos, hacia el este, estaban las más antiguas viviendas de los Naugrim, pero habían excavado para ellos grandes estancias y mansiones, de acuerdo con el estilo de los Enanos, en las laderas orientales de Ered Luin; y a esas ciudades las

llamaban Gabilgathol y Tumunzahar. Al norte de la gran altura del Monte Dolrned se levantaba Gabil eathol, que los Elfos traducían como Belegost, vale decir, Grandeburgo; y al sur había sido excavada Tumunzahar, llamada por los Elfos Nogrod, Morada Hueca. La mayor de las mansiones de los Enanos era Khazad—düm, la Caverna de los Enanos, Hadhodrond en lengua élfica, que luego en los días de oscuridad se llamó Moria; pero se encontraba lejos en las Montañas Nubladas, más allá de las vastas leguas de Eriador, y a los Elfos les llegó sólo como un nombre y un rumor de las palabras de los Enanos de las Montañas Azules.

Desde Nogrod y Belegost, los Naugrim llegaron a Beleriand; y los Elfos se llenaron de asombro, porque se creían las únicas criaturas vivientes de la Tierra Media que hablaban con palabras o trabajaban con las manos, y pensaban que todas las demás no eran sino pájaros y bestias. Pero no alcanzaban a entender una palabra de la lengua de los Naugrim, que les sonaba engorrosa y desagradable; y pocos eran los Eldar que lograron dominarla. Pero los Enanos aprendían de prisa, y en verdad estaban más dispuestos a aprender la lengua élfica que a enseñar la suya a los de otra estirpe. Pocos de entre los Eldar fueron nunca a Nogrod o Belegost, salvo Eöl de Nan Elmoth y Maeglin, su hijo; pero los Enanos traficaban con Beleriand y construyeron un gran camino que pasaba bajo las salientes del Monte Dolmed y seguía el curso del Río Asear, cruzando el Gelion en Sarn Athrad, el Vado de Piedras, donde aconteció luego una batalla. Siempre fue fría la amistad entre los Naugrim y los Eldar, aunque el beneficio recíproco era considerable, pero en aquel tiempo las querellas que los separaron no habían ocurrido aún, y el Rey Thingol les dio la bienvenida. Pero en días posteriores los Naugrim se mostraron más amigos de los Noldor que de cualesquiera de entre los demás Elfos u Hombres, a causa del amor y la reverencia que sentían por Aulë; y estimaban las gemas de los Noldor por sobre toda otra riqueza. Ya en la oscuridad de Arda habían llevado a cabo los Enanos grandes obras, porque aun en los primeros días de los Padres habían tenido una maravillosa habilidad con los metales y las piedras; pero en aquellos tiempos antiguos preferían trabajar el hierro y el cobre antes que la plata y el oro.

Ahora bien, Melian tenía mucha capacidad de previsión, como era propio de los Maiar; y cuando hubo transcurrido la segunda edad del cautiverio de Melkor le comunicó a Thingol que la Paz de Arda no duraría para siempre. Pensó él, por lo tanto, cómo se construiría una morada real y un sitio resistente, si el mal había de despertar otra vez en la Tierra Media; y buscó la ayuda y el consejo de los Enanos de Belegost. Ellos los dieron, voluntariamente, pues no estaban fatigados en ese entonces, y se sentían ansiosos por realizar nuevas obras; y aunque los Enanos siempre pedían un precio por todo cuanto hacían, fuera con deleite o con esfuerzo, en esa ocasión se dieron por pagados. Porque Melian les enseñó mucho de lo que ellos querían aprender, y Thingol los recompensó con muchas bellas perlas. Estas se las había dado Círdan, pues se recogían en abundancia en los vados de la Isla de Balar; pero los Naugrim nunca habían visto nada semejante y las tuvieron en alta estima. Había una tan grande como un huevo de paloma, y que brillaba como la luz de las estrellas en la espuma del mar; Nymphelos se la llamó, y el cabecilla de los Enanos de Belegost la consideró más valiosa que una montaña de riqueza.

Por lo tanto los Naugrim trabajaron mucho y de buen grado para Thingol, y le hicieron mansiones parecidas a las de ellos, profundamente excavadas en la tierra. Donde corría el Esgalduin y dividía Neldoreth de Región, se levantaba en el medio del bosque una colina rocosa, y el río fluía debajo. Allí construyeron las puertas del Palacio de Thingol y levantaron sobre el río un puente de piedra que era el único camino de acceso. Más allá de las puertas unos pasajes anchos descendían

a estancias y cámaras talladas en la roca viva, tantas y tan grandes que la morada fue llamada Menegroth, las Mil Cavernas.

Pero los Elfos también ayudaron en los trabajos, y Elfos y Enanos juntos, cada cual con su propia actividad, llevaron allí a cabo las visiones de Melian, imágenes de la maravilla y la belleza de Valinor, más allá del Mar. Los pilares de Menegroth habían sido tallados a semejanza de las hayas de Oromë, tronco, rama y hoja, y estaban iluminados por linternas de oro. Los ruiseñores cantaban allí como en los jardines de Lorien; y había fuentes de plata y cuencos de mármol y suelos de piedras de múltiples colores. Figuras talladas de bestias y de pájaros corrían sobre los muros, o trepaban por los pilares o atisbaban entre las ramas entrelazadas con muchas flores. Y mientras los años transcurrían, Melian y sus doncellas llenaron los recintos de cortinados tejidos en los que podían leerse los hechos de los Valar y muchas de las cosas sucedidas en Arda desde un comienzo, y la sombra de las cosas que todavía habrían de ser. Esa fue la mansión más hermosa que haya tenido rey alguno al este del Mar.

Y cuando la construcción de Menegroth estuvo acabada, y hubo paz en el reino de Thingol y Melian, los Naugrim siguieron viniendo de cuando en cuando desde las montañas, y traficaban en el país; pero rara vez iban a las Falas, pues detestaban el sonido del mar y temían mirarlo. A Beleriand no llegaban otros rumores o noticias del mundo de fuera.

Pero mientras la tercera edad del cautiverio de Melkor se acercaba, los Enanos se sintieron perturbados y acudieron al Rey Thingol diciendo que los Jalar no habían desarraigado por completo el mal del Norte, y que ahora el resto, multiplicado en la oscuridad, volvía nuevamente, y merodeaba por todas partes. — Son bestias salvajes —dijeron— en la tierra del este de las montañas, y vuestros antiguos parientes, que habitan allí, huyen de las llanuras a las colinas.

Y antes de que mucho tiempo transcurriera, las malvadas criaturas llegaron aun a Beleriand, por pasajes abiertos en las montañas o desde el sur a través de los bosques oscuros. Eran lobos, o criaturas que tenían formas de lobos y otros seres salvajes de la sombra; y entre ellos estaban los Orcos, que luego llevaron la ruina a Beleriand: pero eran todavía pocos y precavidos, y se contentaban con olfatear los caminos de la tierra, esperando a que el señor regresara. De dónde venían o qué eran, los Elfos no lo sabían entonces, y pensaban que quizá eran Avari, que se habían vuelto malvados y salvajes en el descampado; conjetura no demasiado errada, según se dice.

Por lo tanto, Thingol pensó en hacerse de armas, que antes no había necesitado, y al principio los Naugrim las forjaron para él; porque eran muy hábiles en estas labores, aunque ninguno de ellos sobrepasaba a los artesanos de Nogrod, de quienes Telchar el herrero era el de mayor renombre. Raza guerrera desde antaño, los Naugrim luchaban con fiereza contra quienquiera los dañara: servidores de Melkor, Eldar, Avari o bestias salvajes, y también, y no pocas veces, contra los Enanos de otras mansiones o señoríos. Los Sindar, por cierto, no tardaron en aprender de ellos el arte de la herrería; pero en el arte de templar el acero los Naugrim nunca fueron igualados, ni siquiera por los Noldor, y en la fabricación de cotas de malla de anillos eslabonados, que los herreros de Belegost hicieron por vez primera, la artesanía de los Enanos no tenía rival.

En este tiempo, por tanto, los Sindar estaban bien armados, y espantaron a todas las criaturas malignas y tuvieron paz otra vez; pero las armerías de Thingol estaban repletas de hachas, lanzas y espadas, y altos yelmos y largas cotas de malla resplandeciente; porque las cotas de los Enanos no se herrumbraban nunca, y siempre brillaban como recién pulidas. Y eso fue bueno para Thingol en el tiempo que estaba por venir.

Ahora bien, como ha sido contado, un tal Lenwë, de las huestes de Olwë, abandonó la marcha de los Eldar en el tiempo en que los Teleri se detuvieron a

orillas del Río Grande al borde de las tierras yermas de la Tierra Media. Poco se sabe de los caminos que siguieron los Nandor, a quienes él condujo por el Anduin abajo: algunos, se dice, habitaron por largo tiempo en los bosques del Valle del Río Grande, y algunos llegaron por fin a la desembocadura y allí habitaron junto al Mar, y otros, abriéndose camino por Ered Nimrais, las Montañas Blancas, llegaron de nuevo al norte y penetraron en el páramo de Eriador, entre Ered Luin y las distantes Montañas Nubladas. Pues bien, éste era un pueblo de los bosques y no tenían armas de acero, y la llegada de las bestias salvajes del norte los llenó de espanto, como lo declararon los Naugrim al Rey Thingol en Menegroth. Por tanto Denethor, el hijo de Lenwë, al tener noticias del poderío y la majestad de Thingol, y de la paz que había en ese reino, reunió en una hueste a las gentes dispersas, y las condujo por sobre las montañas a Beleriand. Allí Thingol les dio la bienvenida, como a parientes perdidos que regresan después de un largo tiempo, y ellos habitaron en Ossiriand, la Tierra de los Siete Ríos.

De los largos años de paz que siguieron a la llegada de Denethor, poco es lo que se cuenta. En esos días, se dice, Daeron el Bardo, maestro de sabiduría en el reino de Thingol, inventó sus Runas; y los Naugrim que se acercaron a Thingol las aprendieron, y se alegraron, teniendo el arte de Daeron en más alta estima que los Sindar, el propio pueblo de Thingol. Los Naugrim llevaron las *Cirth* hacia el este por sobre las montañas, y así llegaron al conocimiento de muchos pueblos; aunque los Sindar apenas las utilizaron en los registros de las crónicas hasta los días de la Guerra, y gran parte de lo que se guardaba en la memoria pereció en las ruinas de Doriath. Pero poco hay que decir de la beatitud y de la vida placentera antes de que concluyan; pues las obras bellas y maravillosas, mientras duran todavía y es posible contemplarlas, son su propio testimonio, y sólo cuando están en peligro o se quebrantan para siempre pasan a las canciones.

En Beleriand, en aquellos días, los Elfos andaban, y los ríos fluían, y las estrellas brillaban y las flores nocturnas esparcían una dulce fragancia; y la belleza de Melian era como el mediodía, y la belleza de Lúthien era como el alba en primavera. En Beleriand, el Rey Thingol en su trono era como los señores de los Maiar, cuyo poder está en reposo, cuya alegría es como un aire que respira cada día, cuyo pensamiento fluye en una onda imperturbada desde las alturas a las profundidades. En Beleriand todavía a veces cabalgaba Oromë el Grande, que pasaba como un viento por las montañas, y el sonido del cuerno descendía desde la luz distante de las estrellas; y los Elfos temían el esplendor del rostro de Oromë, y el estrépito de la carrera de Nahar; pero cuando el eco del Valaróma resonaba en las colmas, sabían que no había criatura maligna que no huyera lejos.

Pero ocurrió al fin que el término de la beatitud se aproximaba, y el mediodía de Valinor declinaba hacia el ocaso. Porque como se dijo y es conocido de todos, pues está escrito en los libros y ha sido cantado en múltiples canciones, Melkor hirió a los Árboles de los Valar con ayuda de Ungoliant, y huyó, y volvió a la Tierra Media. Lejos al norte ocurrió la disputa entre Morgoth y Ungoliant; pero el eco del gran grito de Morgoth resonó en todo Belerian, y el pueblo se sobrecogió de miedo; porque aunque no sabían lo que presagiaba, creyeron oír al heraldo de la muerte. Poco después Ungoliant abandonó el norte y llegó al reino del Rey Thingol, envuelta en un terror de oscuridad; pero fue detenida por el poder de Melian, y no entró en Neldoreth, y moró largo tiempo a la sombra de los precipicios, donde Dorthonion descendía hacia el sur. Y esas cimas fueron conocidas con el nombre de Ered Gorgoroth, las Montañas del Terror, y nadie osaba ir por allí, ni pasar cerca de ellas; allí la vida y la luz perecían, allí todas las aguas estaban envenenadas. Pero Morgoth, como ya se dijo, volvió a Angband y la reconstruyó, y por encima de las puertas levantó las torres pestilentes de Thangorodrim; y entre los portales de Morgoth y el puente de Menegroth había ciento cincuenta leguas: una distancia larga, pero aún demasiado corta.

Ahora bien, los Orcos que se multiplicaban en la oscuridad de la tierra crecieron en fuerza y en ferocidad, y el oscuro señor de todos ellos los inflamaba con deseos de ruina y muerte; y salían por los portales de Angband bajo las nubes que Morgoth enviaba por delante, y marchaban en silencio a las tierras altas del norte. De allí un gran ejército avanzó de pronto sobre Beleriand y atacó al Rey Thingol. Ahora bien, en aquel vasto reino muchos Elfos erraban libres por el descampado o vivían en paz en pequeños clanes apartados entre sí; y sólo en torno a Menegroth, en medio de la tierra, y en el país de los marineros a lo largo de las Palas, había numerosos pueblos. Pero los Orcos descendieron sobre ambos lados de Menegroth, y desde los campamentos del este entre el Celon y el Gelion, y saquearon a lo largo y a lo ancho vastas extensiones de las llanuras occidentales, entre el Sirion y el Narog; y Thingol quedó separado de Círdan en Eglarest. Por tanto convocó a Denethor; y los Elfos vinieron en gran número de Región, más allá del Aros, y de Ossiriand, y libraron la primera batalla de las Guerras de Beleriand. Y el ala oriental del ejército de los Orcos quedó atrapada entre las huestes de los Eldar, al norte de la Andram y a mitad de camino entre el Aros y el Gelion, y allí fueron completamente derrotados, y los que corrieron hacia el norte huyendo de la gran matanza fueron recibidos por las hachas de los Naugrim que salieron del Monte Dolmed: pocos en verdad volvieron a Angband.

Pero la victoria les costó cara a los Elfos. Pues los de Ossiriand tenían armas livianas y no eran rivales para los Orcos, que iban calzados de hierro y con escudos también de hierro y espadas de hoja ancha; y Denethor quedó aislado y rodeado en la colina de Amon Ereb. Allí cayó él junto a los suyos, antes de que el ejército de Thingol pudiera acudir a ayudarlo. Aunque fue duramente vengado cuando Thingol llegó a la retaguardia de los Orcos y sembró el campo de pilas de cadáveres, el pueblo de Denedior lo lloró siempre y no volvió a tener rey. Después de la batalla, algunos regresaron a Ossinand, y las nuevas que allí llevaron llenaron de temor al resto del pueblo, de modo que ya no guerrearon abiertamente, sino que se atuvieron a la cautela y el secreto; y fueron llamados los Laiquendi, los Elfos Verdes, pues llevaban vestiduras del color de las hojas. Pero muchos se encaminaron al norte y entraron en el reino guardado de Thingol, donde se mezclaron con el pueblo.

Y cuando Thingol volvió a Menegroth, se enteró de que el ejército de los Orcos había ganado la batalla del oeste, y que había empujado a Círdan hasta el borde del mar. Por tanto reunió a toda la gente de las fortalezas de Neldoreth y Región, y Melian desplegó su poder y cercó todo aquel dominio con un muro invisible de sombra y desconcierto: la Cintura de Melian, que nadie en adelante pudo atravesar contra la voluntad de Melian, o la voluntad del Rey Thingol, a no ser que tuviera un poder más grande que el de Melian, la Maia. Y esta tierra interior, que durante mucho tiempo se llamó Eglador, recibió después el nombre de Doriath, el reino guardado, la Tierra de la Cintura. Dentro de ella había aún una paz vigilante; pero fuera de allí había peligro y mucho miedo, y los sirvientes de Morgoth merodeaban a su antojo, salvo en los puertos amurallados de las Palas.

Pero acechaban nuevas noticias, que nadie en la Tierra Media había previsto, ni Morgoth en los abismos ni Melian en Menegroth; pues ninguna nueva llegaba de Aman, ni por medio de un mensajero, ni por medio de un espíritu, ni por una visión en un sueño, desde la muerte de los Árboles. En este mismo tiempo Fëanor vino por el Mar en las naves blancas de los Teleri, y desembarcó en el Estuario de Drengist, y allí en Losgar quemó las naves.

11.- DEL SOL Y LA LUNA Y EL OCULTAMIENTO DE VALINOR

Se cuenta que después de la huida de Melkor, los Valar se quedaron largo tiempo inmóviles, sentados en los troncos del Anillo del Juicio; pero no estuvieron ociosos, como declaró Fëanor en la locura de su corazón. Porque los Valar pueden obrar muchas cosas con el pensamiento antes que con las manos, y hablar en silencio entre ellos. Así se mantuvieron en vela en la noche de Valinor, y fueron con el pensamiento más allá de Eä y llegaron hasta el Fin; no obstante, ni el poder ni la sabiduría amortiguaron el dolor y el conocimiento del mal que se manifestaría más tarde. Y no lamentaron más la muerte de los Árboles que la enajenación de Fëanor: de las obras de Melkor, una de las peores. Porque Fëanor, entre todos los Hijos de Ilúvatar, era el más poderoso, en cuerpo y mente, en valor, resistencia, belleza, comprensión, habilidad, fuerza y sutileza, y una llama resplandeciente ardía en él. Sólo Manwë alcanzaba a concebir en alguna medida las obras maravillosas que para gloria de Arda podría haber llevado a cabo en otras circunstancias. Y dijeron los Vanyar, que vigilaron junto con los Valar, que cuando los mensajeros comunicaron las respuestas de Fëanor a los heraldos, Manwë lloró y agachó la cabeza. Pero ante las últimas palabras de Fëanor: que cuando menos las proezas de los Noldor vivirían por siempre en canciones, levantó la cabeza como quien escucha una voz lejana y dijo: —¡Así sea! Caras se pagarán esas canciones, pero buena será la compra. Pues no. hay otro precio. Así, pues, como Eru dijo, no antes de concebida llegará a Eä la belleza, y bueno será que haya habido mal.

Sin embargo, Mandos dijo: —Con todo, seguirá siendo el mal. Fëanor no tardará mucho en comparecer ante mí

Pero cuando por fin los Valar se enteraron de que los Noldor habían abandonado realmente Aman y habían vuelto a la Tierra Media, se incorporaron y trabajaron en los remedios que habían pensado y que enderezarían los males de Melkor. Entonces Manwë les pidió a Yavanna y a Nienna que manifestaran todos sus poderes de crecimiento y curación, y ellas aplicaron esos poderes a los Árboles. Pero las lágrimas de Nienna de nada le valieron para curar sus propias y mortales heridas; y por un largo tiempo cantó Yavanna sola en las sombras. No obstante, aun cuando vacilara la esperanza y se quebrara la canción, Telperion dio por fin en una rama sin hojas una gran flor de plata, y Laurelin una fruta de oro.

A éstas recogió Yavanna; y entonces los Árboles murieron, y los troncos sin vida se levantan todavía en Valinor, como en memoria de las alegrías de antaño. Pero la flor y la fruta las dio Yavanna a Aulë, y Manwë las consagró, y el pueblo de Aulë construyó las naves que las llevarían y preservarían el esplendor de aquellos dones, como se cuenta en la *Narsilion*, la Canción del Sol y la Luna. Los Valar dieron estas naves a Varda para que se convirtieran en lámparas del cielo, con un fulgor mayor que el de las estrellas por estar más cerca de Arda; y ella les otorgó el poder de trasladarse por las regiones inferiores de limen, y las hizo viajar en cursos establecidos sobre el cinturón de la Tierra, desde el oeste hacia el este y de vuelta.

Estas cosas hicieron los Valar, recordando en el crepúsculo la oscuridad de las tierras de Arda; y resolvieron entonces iluminar la Tierra Media, y estorbar con luz las acciones de Melkor. Porque se acordaron de los Avari que habían permanecido junto a las aguas en que despertaron, y no querían abandonar por completo a los Noldor en exilio; y Manwë sabía también que se acercaba la hora de los Hombres. Y se dice que así como los Valar le hicieron la guerra a Melkor por el bien de los Quendi, así ahora la evitaban por el bien de los Hildor, los Nacidos Después, los Hijos Menores de Ilúvatar. Porque tan graves habían sido las heridas abiertas en la Tierra Media durante la guerra contra Utumno, que los Valar temían que aún ocurriera algo peor; por cuanto los Hildor serían gente mortal, y menos

aptos que los Quendi para enfrentar el temor y los tumultos. Además, no le estaba revelado a Manwë dónde aparecerían los Hombres: al norte, al sur o al este. Por tanto, los Valar lanzaron la luz, pero fortalecieron la tierra en que morarían los Hombres.

Isil la Refulgente llamaron los Vanyar de antaño a la Luna, flor de Telperion en Valinor; y Anar el Fuego de Oro, fruta de Laurelin, llamaron al Sol. Pero los Noldor los llamaron también Rana la Errante, y Vasa el Corazón de Fuego, el que despierta y consume; porque el Sol se erigió como signo del despertar de los Hombres y la declinación de los Elfos, pero la Luna alimenta la memoria de los Hijos de Ilúvatar.

La doncella a quien los Valar escogieron para gobernar la barca del Sol se llamaba Arien, y quien gobernaba la isla de la Luna era Tilion. En los días de los Árboles, Arien había cuidado las flores de oro de los jardines de Vana, y las había regado con el refulgente rocío de Laureun; pero Tilion era un cazador de las huestes de Oromë, y tenía un arco de plata. Era un enamorado de la plata, y en los días de descanso abandonaba los bosques de Oromë, entraba en Lorien, y se tendía a soñar junto a los estanques de Esté, entre los estremecidos rayos de Telperion; y Tilion rogó que se le encomendara la tarea de cuidar por siempre la última Flor de Plata. Arien, la doncella, era mas poderosa que él, y fue escogida porque no había tenido miedo del calor de Laurelin, que no la había dañado, pues ella era desde un principio un espíritu de fuego a quien Melkor no había podido engañar ni atraer. Demasiado brillantes eran los ojos de Arien para que ni siquiera los Eldar pudiesen mirarlos, y abandonando Valinor se había despojado de la forma y los vestidos que como todos los Valar había llevado allí hasta entonces, y se convirtió en una llama desnuda, de terrible esplendor.

Isil fue la primera luz que hicieron y prepararon y la primera en levantarse en el reino de las estrellas, y la primogénita de las nuevas luces, como lo había sido Telperion entre los Árboles. Entonces, por un tiempo, el mundo tuvo luz lunar, y muchas cosas se agitaron y despertaron que habían estado aguardando largamente en el sueño de Yavanna. Los siervos de Morgoth estaban muy asombrados, pero los Elfos de las Tierras Exteriores miraron arriba con deleite; y mientras la Luna se alzaba por sobre la oscuridad occidental, Fingolfin ordenó que soplaran las trompetas de plata, e inició su marcha hacia la Tierra Media, y las sombras de las huestes avanzaban delante, negras y largas.

Tilion había atravesado el cielo siete veces y se encontraba en el extremo oriental, cuando la barca de Arien estuvo dispuesta. Entonces Anar se levantó en toda su gloria, y el primer amanecer del Sol fue como una gran llamarada en las torres de las Pelóri: las nubes de la Tierra Media resplandecieron, y se oyó el sonido de muchas cataratas. Entonces en verdad se afligió Morgoth, y descendió a las más hondas profundidades de Angband, e hizo que los siervos se retirasen, despidiendo una gran emanación y una nube oscura para ocultar sus dominios de la luz de la Estrella del Día.

Decidió entonces Varda que las dos barcas viajaran por limen siempre en las alturas, pero no juntas; irían de Valinor hacia el este, y luego regresarían partiendo una del oeste mientras la otra volvía desde el este. Así, pues, los primeros nuevos días se midieron de acuerdo con el modo de los Árboles, desde la mezcla de las luces cuando Arien y Tilion recorrían el cielo, por encima del cinturón de la Tierra. Pero Tilion era inconstante y de marcha incierta y no se atenía al curso designado; e intentaba aproximarse a Arien atraído por aquel esplendor, aunque la llama de Anar lo quemara, y la isla de la Luna quedara oscurecida.

En consecuencia, por causa de la inconstancia de Tilion y más todavía por los ruegos de Lorien y Esté, que dijeron que el sueño y el descanso habían quedado eliminados de la Tierra, y que las estrellas estaban ocultas, Varda cambió de decisión y reservó un tiempo para que en el mundo hubiera todavía luz y sombra.

Anar descansó por tanto un rato en Vali—nor, yaciendo sobre el seno fresco del Mar Exterior; y el Atardecer, la hora de la caída y el descanso del Sol, fue la de más luz y alegría en Aman. Pero el Sol no tardó en ser arrastrado hacia abajo por los siervos de Ulmo, y se precipitó entonces de prisa por debajo de la Tierra y se volvió de ese modo invisible en el este, y allí se elevó otra vez, por temor de que la noche fuera larga en exceso y el mal echara a andar bajo la Luna. Pero por obra de Anar las aguas del Mar Exterior se hicieron cálidas y resplandecieron como fuego, y Valinor tuvo luz por un rato después de que Arien partiese. Pero mientras viajaba bajo la Tierra y hacia el este, el resplandor menguaba y Valinor se oscurecía, y los Valar se lamentaban entonces como nunca por la muerte de Laurelin. Al amanecer, las sombras de las Montañas de la Defensa se extendían pesadas sobre el Reino Bendecido.

Varda ordenó a la Luna que viajara de igual manera, y luego de avanzar bajo la Tierra que se levantara en el este, aunque sólo después de que el Sol hubiera descendido. Pero Tilion avanzaba con paso incierto, como lo hace todavía, y aún se sentía atraído por Arien, como siempre le ocurrirá, de modo que con frecuencia puede vérselos juntos por sobre la Tierra, y acaece a veces que él se le acerca tanto, que su sombra rebana el brillo del Sol y hay oscuridad en medio del día.

Por lo tanto y desde entonces los Valar contaron los días por la llegada y la partida de Anar, hasta el Cambio del Mundo. Porque Tilion rara vez se demoraba en Valinor, y en cambio iba de prisa y a menudo por la tierra occidental, por Avathar o Araman o Valinor, y se sumergía en el abismo de más allá del Mar Exterior, marchando solo en medio de las grutas y cavernas que se abren en las raíces de Arda. Allí a menudo erraba largo tiempo y se demoraba en volver.

Además, al cabo de la Larga Noche, la luz de Valinor era aún más abundante y hermosa que en la Tierra Media; ya que el Sol descansaba allí, y en esa región las luces del cielo se acercaban a la Tierra. Pero ni el Sol ni la Luna son capaces de resucitar la luz de antaño, que venía de los Árboles antes que los tocara el veneno de Ungoliant. Esa luz vive ahora sólo en los Silmarils.

Pero Morgoth detestaba a las nuevas luces, y quedó por un tiempo confundido ante este golpe tan inesperado que le asestaron los Valar. Entonces atacó a Tilion, enviando contra él espíritus de sombra, y hubo lucha en limen bajo el curso de las estrellas; pero Tilion resultó victorioso. Y Morgoth temía a Arien con un gran temor, y no se atrevía a acercársele, porque le faltaba poder, ya que mientras crecía en malicia y daba al mal que él mismo concebía forma de engaños y criaturas malignas, el poder pasaba a ellas, y se dispersaba, y él estaba cada vez más encadenado a la tierra, y ya no deseaba abandonar las fortalezas oscuras. Se escondía junto con los siervos, pues no soportaba el resplandor de los ojos de Arien; y sobre las tierras próximas a su morada había una mortaja de vapores y grandes nubes.

Pero al ver a Tilion atacado, los Valar tuvieron una duda, pues no sabían de lo que eran capaces aún la malicia y la astucia de Morgoth. Resistiéndose a hacerle la guerra en la Tierra Media, recordaron no obstante la ruina de Armaren; y resolvieron que no le sucedería lo mismo a Valinor. Por tanto, en ese tiempo, fortificaron de nuevo las tierras y levantaron los muros montañosos de las Pelóri, que alcanzaron una altura desnuda y terrible, al este, al norte y al sur. Las laderas exteriores eran oscuras y lisas, sin asidero para el pie ni saliente, y descendían en profundos precipicios de piedra dura como vidrio, y se alzaban como torres coronadas de hielo blanco. Se las sometió a una vigilancia insomne y no había paso que las atravesara, salvo sólo el Calacirya: pero ese paso no lo cerraron los Valar, pues los Eldar les eran todavía fieles, y en la ciudad de Tirion, sobre la colina verde, Finarfin gobernaba aún al resto de los Noldor en la profunda hendidura de las

montañas. Porque la gente de raza élfica, aun los Vanyar e Ingwë, señor de todos ellos, han de respirar a veces el aire exterior y el viento que viene por encima del mar desde las tierras en que nacieron; y los Valar no estaban dispuestos a apartarse por completo de los Teleri. Pero en el Calaciryá levantaron torres fortificadas y pusieron muchos centinelas, y a sus puertas, en las llanuras de Valmar, acampó un ejército, de modo que ni pájaro ni bestia, ni Elfo ni Hombre, ni ninguna otra criatura que viviera en la Tierra Media, podía romper esa alianza.

Y también en esos tiempos, que los cantos llaman *Nurtale Valinóreva*, el Ocultamiento de Valinor, se levantaron las Islas Encantadas, y en todos los mares de alrededor hubo sombras y desconcierto. Y estas islas se extendieron como una red por los Mares Sombríos desde el norte hasta el sur, antes de que quien navegue hacia el oeste llegue a Tol Eressëa, la Isla Solitaria. Difícilmente puede pasar un barco entre ellas, pues las olas rompen de continuo con un suspiro ominoso sobre rocas oscuras amortajadas en nieblas. Y en el crepúsculo un gran cansancio ganaba a los marineros, y abominaban el mar; pero todo el que alguna vez puso pie en las islas quedó allí atrapado y durmió hasta el Cambio del Mundo. Así fue que, como predijo Mandos en Araman, el Reino Bendecido quedó cerrado para los Noldor; y de los muchos mensajeros que en días posteriores navegaron hacia el oeste, ninguno llegó nunca a Valinor; excepto uno, el más poderoso marinero de los cantos.

12.- DE LOS HOMBRES

Los Valar estaban ahora en paz detrás de sus montañas; y habiendo dado luz a la Tierra Media, la desatendieron durante mucho tiempo, y el señorío de Morgoth no era discutido, excepto por el valor de los Noldor. Quien más tenía en cuenta a los exiliados era Ulmo, que recogía nuevas de la Tierra desde todas las aguas.

Desde este tiempo en adelante se contaron los Años del Sol. Más rápidos son y más breves que los largos Años de los Árboles de Valinor. En ese tiempo el aire de la Tierra Media se espesó con el aliento del crecimiento y la mortalidad, y el cambio y el envejecimiento de todas las cosas se apresuró con exceso; la vida rebotaba en las tierras y aguas en la Segunda Primavera de Arda, y los Eldar se incrementaron, y bajo el nuevo Sol, Beleriand lució verde y hermosa.

Cuando por primera vez se elevó el Sol, los Hijos Menores de Ilúvatar despertaron en la tierra de Hildórien, en las regiones orientales de la Tierra Media; pero el primer Sol se elevó en el oeste, y los ojos de los hombres se abrieron vueltos hacia allí, y cuando anduvieron por la Tierra, hacia allí fueron casi siempre. Los Eldar llamaron a los Atani el Segundo Pueblo, pero también Hildor, los Seguidores, y muchos otros nombres: Apanónar los Nacidos Después, Engwar los Enfermizos, y Fírimar los Mortales; y además los llamaron los Usurpadores, los Forasteros y los Inescrutables, los Malditos, los de Mano Torpe, los Temerosos de la Noche y los Hijos del Sol. Poco se dice de los Hombres en estos cuentos, que se refieren a los Días Antiguos, antes del medro de los mortales y la mengua de los Elfos, salvo de esos Padres de los Hombres, los Atanatári, que en los primeros años del Sol y la Luna se mudaron al norte del mundo. Ningún Vala fue a Hildórien para guiar a los Hombres o llamarlos a Valinor; y los Hombres les han tenido siempre a los Valar más miedo que afecto, y no han comprendido los propósitos de los Poderes, pues les parecen ajenos y contrarios a la naturaleza del mundo. Ulmo, no obstante, pensó en ellos y apoyó el consejo y la voluntad de Manwë; y sus mensajeros a menudo llegaron a ellos por corrientes e inundaciones. Pero los Hombres no eran capaces entonces de manejar tales asuntos, y menos en esos

días, antes de que se mezclaran con los Elfos. Por tanto, amaban las aguas y se les estrujaba el corazón, pero no comprendían los mensajes. No obstante, se dice que antes que transcurriera mucho tiempo, se toparon con los Elfos Oscuros en diversos sitios, y tuvieron amistad con ellos; y los Hombres, aún en la niñez, se convirtieron en los compañeros y los discípulos de este pueblo antiguo, vagabundos de la raza élfica que nunca tomaron el camino de Valinor, y que sólo habían oído noticias vagas de los Valar y no los conocían más que como un nombre distante.

No hacía mucho por entonces que Morgoth había vuelto a la Tierra Media; su poder no llegaba lejos, y además estaba estorbado por la súbita aparición de la gran luz. Había poco peligro en las tierras y las colinas; y allí nuevas criaturas, concebidas edades atrás por el pensamiento de Yavanna, y sembradas como semillas en la oscuridad, llegaron por fin a ser capullo y flor. Por el oeste, el norte y el sur los hijos de los Hombres se extendieron y erraron, y tenían la alegría de la mañana antes de que el rocío se seque, cuando el verde brilla en todas las hojas.

Pero el alba es breve y a menudo el pleno día desmiente la promesa de la primera luz; y se acercaba el tiempo de las grandes guerras de los poderes del norte, cuando Noldor, Sindar y Hombres luchaban contra las huestes de Morgoth Bauglir, y así se arruinaron. Todo esto se alimentaba sin cesar de las astutas mentiras de Morgoth, que había sembrado antaño y siempre volvió a sembrar entre sus enemigos, y de la maldición nacida de la Matanza de Alqualondë y del Juramento de Fëanor. Sólo una parte se cuenta aquí de los hechos de aquellos días y se habla sobre todo de los Noldor y los Silmarils y los mortales cuyos destinos quedaron confundidos. En aquellos días Elfos y Hombres tenían parecida fuerza y estatura, pero era mayor la sabiduría, la habilidad y la belleza de los Elfos; y los que habían morado en Valinor, y contemplaran a los Poderes, sobrepasaban a los Elfos Oscuros en estas cosas, tanto como ellos sobrepasaban a su vez al pueblo de la raza mortal. Sólo en el reino de Doriath, cuya reina Melian era del linaje de los Valar, pudieron los Sindar igualar en cierta medida a los Calaquendi del Reino Bendecido. Los Elfos eran inmortales, y de una sabiduría que medraba con los años, y no había enfermedad ni pestilencia que les diera muerte. Tenían por cierto cuerpos hechos de la materia de la Tierra y podían ser destruidos; y en aquellos días se asemejaban más a los Hombres, pues aún no habían habitado mucho tiempo el fuego del espíritu, que los consume desde dentro con el paso de los años. Pero los Hombres eran más frágiles, más vulnerables a las armas o la desdicha, y de curación más difícil; vivían sujetos a la enfermedad y a múltiples males, y envejecían y morían. Qué es de ellos después de la muerte, los Elfos no lo saben. Algunos dicen que también los Hombres van a las estancias de Mandos; pero no esperan en el mismo sitio que los Elfos, y solo Mandos bajo la égida de Ilúvatar (y también Manwë) saben a dónde van después del tiempo de la memoria por las estancias silenciosas junto al Mar Exterior. Ninguno ha regresado nunca de las mansiones de los muertos, con la única excepción de Beren hijo de Barahir, cuya mano había rozado un Silmaril; pero nunca volvió a hablar con los Hombres mortales. Quizás el hado póstumo de los Hombres no esté en manos de los Valar, así como no todo estuvo previsto en la Música de los Ainur.

En los días que siguieron, cuando por causa del triunfo de Morgoth los Elfos se separaron de los Hombres, como él tanto deseaba, los miembros de la raza élfica que aún habitaban en la Tierra Media declinaron y menguaron, y los Hombres usurparon la luz del Sol. Entonces los Quendi erraron por los sitios solitarios de las grandes tierras y las islas, y se aficionaron a la luz de la Luna y de las estrellas, y a los bosques y las cavernas, volviéndose como sombras y recuerdos, salvo los que de vez en cuando se hadan a la vela hacia el oeste y desaparecían de la Tierra Media. Pero en el alba de los años, Elfos y Hombres eran aliados y decían pertenecer al mismo linaje, y hubo algunos de entre los Hombres que aprendieron la sabiduría de los Eldar, y llegaron a ser grandes y valientes entre los capitanes de los Noldor. Y en la gloria y la belleza de los Elfos, y en su destino, participaron también los vástagos de Elfos y mortales: Eärendil, y Elwing, y su hijo Elrond.

13.- DEL RETORNO DE LOS NOLDOR

Se ha dicho que Fëanor y sus hijos fueron los primeros de los Exiliados en llegar a la Tierra Media, y desembarcaron en el yermo de Lammoth, el Gran Eco, en las costas extremas del Estuario de Drengist. Y al poner pie los Noldor en la playa, sus gritos chocaron con las colinas y se multiplicaron, de modo que un clamor de incontables voces poderosas llegó a todas las costas del norte; y el ruido del incendio de las naves en Losgar se trasladó por los vientos del mar como el tumulto de una cólera terrible, y a lo lejos, todos los que oyeron el sonido, quedaron azorados.

Ahora bien, no sólo Fingolfin, a quien Fëanor había abandonado en Araman, vio las llamas de ese incendio, sino también los Orcos y los vigías de Morgoth. No hay cuento que diga lo que pensó Morgoth en lo íntimo de su corazón ante la nueva de que Fëanor, su más amargo enemigo, había traído consigo un ejército del oeste. Puede que no le temiera demasiado, porque no había probado todavía las espadas de los Noldor; y pronto se vio que intentaría rechazarlos y devolverlos al mar.

Bajo las frías estrellas, antes de que se levantara la Luna, las huestes de Fëanor avanzaron a lo largo del prolongado Estuario de Drengist, que horadaba las Colinas del Eco de Ered Lórmn, y pasaron así de las costas a la gran tierra de Hithlum; y llegaron por fin al gran lago de Mithrim, y acamparon en el lugar que tiene este mismo nombre, alzando las tiendas en la orilla septentrional. Pero el ejército de Morgoth, alborotado por el tumulto de Lammoth y la luz del incendio de Losgar, avanzó por los pasos de Ered Wethrin, las Montañas de la Sombra, y atacó de súbito a Fëanor, antes de que el campamento estuviese del todo levantado y defendido; y allí, en los campos grises de Mithrim, se libró la Segunda Batalla de las Guerras de Beleriand. Dagor—nuin—Giliath se la llamó, la Batalla bajo las Estrellas, porque la Luna no se había elevado todavía; y fue muy afamada en los cantos. Los Noldor, aunque excedidos en número y sorprendidos de improviso, no tardaron en imponerse, pues la luz de Aman no se les había nublado todavía en los ojos, y eran fuertes y rápidos, furiosos si los arrebataba la cólera, y de espadas largas y terribles. Los Orcos huyeron delante de ellos, y fueron expulsados de Mithrim en medio de una gran matanza y perseguidos por sobre las Montañas de la Sombra hasta la gran llanura de Ard-galen, al norte de Dorthonion. Allí los ejércitos de Morgoth, que habían avanzado hacia el sur al Valle del Sirion y sitiado a Círdan en los Puertos de las Falas, acudieron a ayudarlos, y quedaron atrapados en la ruina de los Orcos. Porque Celegorm hijo de Fëanor, advirtiendo que habían llegado, los atacó de flanco con una parte de las huestes élficas, y bajando sobre ellos desde las colinas próximas a Eithel Sirion, los empujó hasta el Marjal de Serech. Malas por cierto fueron las nuevas que por fin llegaron a Angband, y Morgoth se sintió consternado. Diez días duró esa batalla, y de todas las huestes que había destinado a la conquista de Beleriand sólo regresó un puñado de sobrevivientes.

No obstante, había razones para que sintiera una gran alegría, pero él no las conoció hasta después de un tiempo. Porque Fëanor, arrastrado por la fuña, no quiso detenerse, y se precipitó detrás del resto de los Orcos, pensando así llegar hasta el mismo Morgoth; y rió fuerte mientras esgrimía la espada, contento por haber desafiado la cólera de los Valar y los males del camino y por ver llegada al fin la hora de la venganza. Nada sabía de Angband ni de la gran fuerza defensiva que tan de prisa había preparado Morgoth; pero aun cuando lo hubiera sabido, no habría cambiado de planes, pues estaba predestinado, consumido por la llama de su propia cólera. Así fue que se adelantó demasiado a la vanguardia

Ahora bien, llegó el rumor al campamento en Hithlum de la marcha de Fingolfin y de sus seguidores, que habían cruzado el Hielo Crujiente; y todo el mundo estaba entonces asombrado por la llegada de la Luna. Pero cuando las huestes de Fingolfin entraron en Mithrim, el Sol se levantó flameante en el oeste; y Fingolfin desplegó los estandartes azules y plateados, e hizo sonar los cuernos, y

las flores se abrieron delante de él mientras marchaba, y las edades de las estrellas habían concluido. Ante la elevación de la gran luz, los siervos de Morgoth huyeron a Angband, y Fingolfin avanzó libremente a través de la fortaleza de Dor Daedeloth mientras el enemigo se escondía bajo tierra. Entonces los Elfos golpearon las puertas de Angband y el reto de las trompetas sacudió las torres de Thangorodrim; y Maedhros las oyó en medio de su tormento y gritó con fuerza, pero la voz se le perdió entre los ecos de la montaña. Pero Fingolfin, de otro temperamento que Fëanor, y cansado de los engaños de Morgoth, se retiró de Dor Daedeloth y volvió hacia Mithrim, porque había oído nuevas de que allí encontraría a los hijos de Fëanor, y deseaba también tener por escudo las Montañas de la Sombra mientras sus gentes descansaban y se fortalecían; porque había comprobado el poder de Angband, y pensaba que no caería sólo con el sonido de las trompetas. Por lo tanto, al llegar al fin a Hithlum, levantó su primer campamento y morada junto a las orillas septentrionales del Lago Mithrim. No había amor por la Casa de Fëanor en el corazón de los que seguían a Fingolfin, pues grande había sido la agonía de los que soportaron el cruce del Hielo, y Fingolfin consideraba a los hijos cómplices del padre. Era posible entonces que las huestes se enfrentaran; pero aunque habían tenido graves pérdidas a lo largo del camino, el pueblo de Fingolfin y de Finrod hijo de Finarfin, era aún más numeroso que los seguidores de Fëanor, y éstos ahora se retiraron mudándose a las orillas australes; y el lago se extendía entre ellos. Mucha de la gente de Fëanor se había arrepentido en verdad del incendio de Losgar, y estaban asombrados por el valor con que los amigos abandonados habían cruzado el Hielo del Norte; y les habrían dado la bienvenida, pero callaron por vergüenza.

Así, a causa de la maldición que pesaba sobre ellos, los Noldor nada hicieron mientras Morgoth vacilaba, y el miedo a la luz era nuevo y fuerte entre los Orcos. Pero Morgoth salió al fin de su ensimismamiento, y rió al descubrir que sus enemigos estaban divididos. Y en los abismos de Angband ordenó que se hiciesen grandes humos y vapores, y éstos salieron por los picos hediondos de las Montañas de Hierro, y alcanzaron a verse en Mithrim, manchando los aires brillantes de las primeras mañanas del mundo. Un viento vino del este y los llevó sobre Mithrim oscureciendo el nuevo Sol; y descendieron, y serpentearon por los campos y las hondonadas, y se tendieron sobre las aguas de Mithrim, lóbregos y ponzoñosos.

Entonces Fingon el Valiente, hijo de Fingolfin, resolvió poner remedio a la querella que dividía a los Noldor antes de que el Enemigo estuviera pronto para la guerra; porque la tierra temblaba en el norte con el trueno de las herrerías subterráneas de Morgoth. Tiempo atrás, en la beatitud de Valinor, antes de que Melkor fuera desencadenado, o las mentiras los separaran, Fingon había tenido una estrecha amistad con Maedhros; y aunque no sabía aún que Maedhros no había olvidado el incendio de las naves, el recuerdo de la vieja amistad le atormentaba el corazón. Entonces hizo algo que siempre se recordaría entre las hazañas de los príncipes de los Noldor: solo y sin pedirle consejo a nadie se lanzó al encuentro de Maedhros; y ayudado por la oscuridad que el mismo Morgoth había extendido alrededor, llegó invisible a la fortaleza del Enemigo. Trepó muy arriba hasta las salientes de Thangorodrim, y con templó desesperado la desolación de la tierra; pero no encontró paso ni hendidura por la que pudiera entrar en la fortaleza de Morgoth. Entonces, desafiando a los Orcos, que acobardados todavía se ocultaban en las oscuras bóvedas subterráneas, tomó el arpa y cantó un canto de Valinor compuesto antaño por los Noldor, antes de que hubiera rencor entre los hijos de Finwë; y la voz de Fingon resonó en las hondonadas luctuosas que hasta ese momento nada habían escuchado, excepto gritos de miedo y de dolor.

Así encontró Fingon lo que buscaba. Porque de pronto, por encima de él, lejana y débil, una voz se unió a la canción, y respondió con una llamada. Era Maedhros que cantaba en medio del tormento. Pero Fingon trepó hasta el pie del precipicio desde el que colgaba el hijo de Fëanor y no pudo seguir adelante; y lloró cuando vio la crueldad del ardid de Morgoth. Entonces Maedhros, sumido en una angustia sin esperanza, rogó a Fingon que le disparara con el arco; y Fingon sacó

una flecha y tendió el arco. Y al ver que no había esperanza mejor, clamó a Manwë diciendo: —¡Oh, Rey, a quien todos los pájaros son caros, apresura ahora esta lanza emplumada y muestra alguna piedad por los Noldor!

El ruego de Fingon obtuvo pronta respuesta. Porque Manwë, para quien todas las aves son caras y a quien éstas traen nuevas hasta Taniquetil desde la Tierra Media, había enviado a la raza de las Águilas con la orden de habitar en los riscos del norte y vigilar a Morgoth; pues Manwë aún sentía piedad por los Elfos exiliados. Y las águilas llevaban nuevas de gran parte de lo que acontecía entonces a los tristes oídos de Manwë. Ahora, mientras Fingon tendía todavía el arco, desde los aires altos descendió Thorondor, Rey de las Águilas, la más poderosa de cuantas aves haya habido, con alas de una envergadura de treinta brazas; y deteniendo la mano de Fingon, subió volando con él y lo transportó hasta el muro de piedra donde colgaba Maedhros. Pero Fingon no pudo aflojar la banda forjada en el infierno que sujetaba la muñeca, ni romperla, ni desprenderla de la roca. Por tanto, una vez más, adolorido, Maedhros le rogó que le diera muerte; pero Fingon le cortó la mano por sobre la muñeca, y Thorondor los llevó a ambos de regreso a Mithrim.

Allí Maedhros curó con el tiempo, pues fuerte ardía en él el fuego de la vida, y conservaba el vigor del mundo antiguo, como todos los que se habían criado en Valinor. El cuerpo se le recuperó del tormento y cobró nuevas fuerzas, pero en el corazón le quedaba la sombra de un dolor; y vivió para esgrimir la espada con la mano izquierda más mortal—mente todavía que antes con la mano derecha. Por esta hazaña Fingon ganó gran renombre, y todos los Noldor lo alabaron; y el odio entre las casas de Fingolfin y Fëanor se mitigó. Porque Maedhros pidió que lo perdonasen por la deserción en Araman; y abandonó sus pretensiones al trono de los Noldor diciendo a Fingolfin: —Si ya no hay ofensa entre nosotros, el reinado te corresponde con justicia a ti, ahora el mayor de la casa de Finwë, y en modo alguno el menos sabio—. Pero con esto no todos los hermanos estuvieron realmente de acuerdo.

Por tanto, como predijo Mandos, la Casa de Fëanor recibió el nombre de los Desposeídos, porque el dominio soberano pasó de ella, la del mayorazgo, a la casa de Fingolfin, tanto en Elendë como en Beleriand, y también por causa de la pérdida de los Silmarils. Pero los Noldor, unidos otra vez, pusieron unos centinelas en los confines de Dor Daedeloth, y Angband fue bloqueada desde el oeste, el sur y el este; y enviaron mensajeros lejos y alrededor a explorar los países de Beleriand, y a tratar con los pueblos que allí vivían.

Ahora bien, el Rey Thingol no dio la bienvenida de todo corazón a tantos poderosos príncipes llegados del oeste, que buscaban nuevos dominios; ni abrió el reino ni quitó la cerca encantada, pues iluminado por la sabiduría de Melian, no confiaba en que la quietud de Morgoth durase mucho. De todos los príncipes de los Noldor, sólo a los de la casa de Finarfin admitió dentro de los confines de Doriath; pues podían proclamar un estrecho parentesco con el mismo Rey Thingol; la madre era Eärwen de Alqualondë, hija de Olwë.

Angrod hijo de Finarfin fue el primero de los Exiliados en llegar a Menegroth como mensajero de su hermano Finrod, y habló largo tiempo con el rey de los hechos de los Noldor en el norte, y de su número, y del ordenamiento de sus fuerzas; pero por ser veraz y de sabio corazón y por creer perdonadas ahora todas las ofensas, no dijo una palabra de la Matanza de los Hermanos, ni de cómo se habían exiliado los Noldor, ni del Juramento de Fëanor. El Rey Thingol escuchó las palabras de Angrod; y antes de que partiera, le dijo: —Así dirás por mí a los que te enviaron. Se permite a los Noldor morar en Hithlum, y en las tierras altas de Dorthonion, y en las tierras al este de Doriath desiertas y silvestres; pero en otras partes hay muchos de los míos y no quiero que se les quite la libertad, y aún menos que se los expulse de sus hogares. Mirad, pues, cómo os conducís los príncipes del oeste; porque yo soy el Señor de Beleriand y todos los que intenten

morar allí oirán de mí. A Doriath nadie entrará, ni habitará en ella, salvo los que yo llame como huéspedes o los que recurran a mí en extrema necesidad.

Entonces los señores de los Noldor se reunieron en consejo en Mithrim, y Angrod vino de Doriath con el mensaje del Rey Thingol. A los Noldor les pareció un frío saludo de bienvenida, y los hijos de Fëanor se enfadaron al escucharlo; pero Maedhros rió, diciendo: —Rey es quien puede cuidar de lo suyo; de otro modo vano resulta el título. Thingol sólo nos cede las tierras donde no tiene ningún poder. En verdad hoy sólo remaría en Doriath, si no fuera por la llegada de los Noldor. Que reine en Doriath entonces, y se contente con tener a los hijos de Finwë por vecinos y no los Orcos de Morgoth. En otra parte será como a nosotros nos parezca bien.

Pero Caranthir, que no amaba a los hijos de Finarfin y era el más duro de los hermanos y el que se enojaba más pronto, vociferó: —¡Y aún más! ¡Que los hijos de Finarfin no corran de aquí para allá con sus cuentos ante ese Elfo Oscuro de las cavernas! ¿Quién los nombró nuestros portavoces para tratar con él? Y aunque de hecho lleguen a Beleriand, que no olviden tan de prisa que tienen como padre a un señor de los Noldor, aunque la madre sea de otra estirpe.

Entonces Angrod montó en cólera y abandonó el consejo. Maedhros reprendió por cierto a Caranthir; pero la mayor parte de los Noldor de ambas facciones sintieron que estas palabras les perturbaban el corazón, pues tenían el ánimo salvaje de los hijos de Fëanor, siempre dispuestos a estallar en palabras duras o en violencia. Pero Maedhros apaciguó a sus hermanos y éstos abandonaron el consejo, y poco después se marcharon de Mithrim y marcharon hacia el este más allá del Aros, a las extensas tierras en torno a la Colina de Himring. Esa región fue llamada en adelante la Frontera de Maedhros; porque al norte había escasas defensas de río o colina contra los ataques de Angband. Allí Maedhros y sus hermanos montaron guardia con todos los que quisieran unirse a ellos, y tuvieron poco trato con la gente de su propio linaje en el oeste, salvo en caso de necesidad. Se dice que en verdad fue el mismo Maedhros quien concibió este plan con el fin de disminuir las oportunidades de disputa y porque deseaba con fervor que el principal riesgo de ataque recayera sobre él mismo; y por su parte se mantuvo en términos amistosos con las casas de Fingolfin y Finarfin, e iba a ellos en ocasiones para discutir algún asunto común. No obstante, también estaba obligado por el juramento, aunque durante un tiempo éste pareció dormido.

Por ese entonces la gente de Caranthir había penetrado profundamente hacia el este, más allá de las aguas superiores del Gelion en torno al Lago Helevorn bajo el Monte Rerir, y hacia el sur; y treparon a las alturas de Ered Luin y miraron hacia el este con asombro, porque amplios y salvajes les parecieron los terrenos de la Tierra Media. Y así fue cómo la gente de Caranthir llegó a encontrarse con los Enanos, que después de la matanza de Morgoth y la llegada de los Noldor habían dejado de traficar con Beleriand. Pero aunque ambos pueblos amaban la habilidad manual y todos deseaban aprender, no hubo gran amor entre ellos; porque los Enanos eran reservados y rápidos para la ofensa, y Caranthir era altivo, y apenas ocultaba su desprecio por la fealdad de los Naugrim, y la gente imitaba al señor. No obstante, como ambos pueblos temían y odiaban a Morgoth, celebraron una alianza, y se beneficiaron sobremanera con ella; porque los Naugrim conocían muchos secretos de artesanía por entonces, de modo que los herreros y los albañiles de Nogrod y Belegost alcanzaron gran renombre entre los suyos, y cuando los Enanos empezaron a viajar otra vez a Beleriand, todo el tráfico de las minas pasaba primero por las manos de Caranthir, y grandes fueron las riquezas que así obtuvo.

Cuando veinte años del Sol hubieron pasado, Fingolfin, Rey de los Noldor, celebró una gran fiesta; y fue en primavera cerca de los Estanques de Ivrin, donde nacía el Río Narog, pues allí las tierras eran verdes y hermosas al pie de las

Montañas de la Sombra que los escudaban del norte. La alegría de esa fiesta se recordó mucho tiempo en los posteriores días de dolor; y se la llamó Mereth Aderthad, la Fiesta de la Reunión. A ella asistieron muchos capitanes y gente de Fingolfin y Finrod; y los hijos de Fëanor Maedhros y Maglor con guerreros de la Frontera Oriental; y también asistieron muchos Elfos Grises, gente errante de los bosques de Beleriand y de los Puertos, con Círdan, su señor. Hasta asistieron Elfos Verdes de Ossiriand, la Tierra de los Siete Ríos, que se extendía muy lejos, bajo los muros de las Montañas Azules; pero de Doriath sólo vinieron dos mensajeros, Mablung y Daeron, portadores de los saludos del rey.

En Mereth Aderthad se celebraron de buen grado múltiples consejos, y se oyeron juramentos de alianza y amistad; y se dice que en esta fiesta la gente habló sobre todo la lengua de los Elfos Grises, aun los mismos Noldor, pues aprendieron de prisa el idioma de Beleriand; en cambio los Sindar eran lentos en dominar la lengua de Valinor. El corazón de los Noldor estaba henchido y lleno de esperanzas, y a muchos de entre ellos les pareció que las palabras de Fëanor tenían ahora justificación, cuando les aconsejó buscar libertad y hermosos reinos en la Tierra Media; y en verdad siguieron luego largos años de paz, mientras un cerco de espadas defendía Beleriand de la maldad de Morgoth, que ya no tenía poder sino dentro de sus propias estancias. En aquellos días había alegría bajo el nuevo Sol y la nueva Luna, y toda la tierra estaba complacida; pero la Sombra aún meditaba en el norte.

Y cuando otra vez hubieron transcurrido treinta años, Turgon hijo de Fingolfin abandonó Nevrast donde moraba y fue a la isla de Tol Sirion en busca de Finrod, su amigo, y juntos viajaron hacia el sur a lo largo del río, cansados de las montañas septentrionales; y mientras viajaban, la noche descendió sobre ellos más allá de las Lagunas del Crepúsculo cerca de las aguas del Sirion, y descansaron a sus orillas bajo las estrellas del verano. Pero Ulmo llegó hasta ellos río arriba y los sumió en un sueño profundo y en pesados ensueños; y la perturbación de los ensueños continuó después que despertaron, pero ninguno le dijo nada al otro, porque el recuerdo era confuso, y cada cual creía que Ulmo le había enviado un mensaje sólo a él. Pero la inquietud los ganó en adelante, y la duda de lo que pudiera acaecer, y con frecuencia erraron solos por tierras nunca holladas, buscando a lo lejos y a lo ancho sitios de escondida fortaleza; porque los dos se sentían llamados a prepararse para un día aciago, y a planear una retirada, temiendo que Morgoth irrumpiera desde Angband y destruyera los ejércitos del norte.

Ahora bien, en una ocasión Finrod y Galadriel, su hermana, eran huéspedes de Thingol, del mismo linaje, y rey en Doriath. Estaba entonces Finrod colmado de asombro ante la fuerza y la majestad de Menegroth: los tesoros y los armamentos y los recintos de piedra de múltiples pilares; y quiso en su corazón construir amplios recintos con portales siempre guardados, en algún sitio profundo y secreto bajo las colinas. Por tanto, le abrió su corazón a Thingol, confiándole sus sueños; y Thingol le habló de la profunda garganta del Río Narog, y de las cavernas bajo el Alto Narog en la empinada orilla occidental, y cuando Finrod partió, le procuró unos guías que lo conducirían hasta el sitio que pocos conocían aún. Así llegó Finrod a las Cavernas del Narog, y empezó a construir allí profundos recintos y armerías de acuerdo con el modelo de las mansiones de Menegroth. En esa tarea Finrod tuvo la ayuda de los Enanos de las Montañas Azules; y éstos recibieron una buena recompensa, pues Finrod había traído consigo más tesoros de Tirion que ninguno de los príncipes de los Noldor. Y en ese tiempo se labró para él el Nauglamír, el Collar de los Enanos, la obra más renombrada de las que hicieron en los Días Antiguos. Era una cadena de oro con un engarce de innumerables gemas de Valinor; pero tenía un poder que la volvía tan ligera como una hebra de lino, para quien la llevaba encima, y cualquier cuello sobre el que se cerrara tenía siempre gracia y encanto.

Allí, en Nargothrond, Finrod hizo su morada junto con muchos de los suyos, y recibió en la lengua de los Enanos el nombre de Felagund, Desbastador de Cavernas; y ese nombre llevó en adelante hasta el fin. Pero Finrod Felagund no fue el primero en habitar en las cavernas junto al Río Narog.

Galadriel, su hermana, no fue con él a Nargothrond, porque en Doriath vivía Celeborn, pariente de Thingol, y un gran amor los unía. Fue así que permaneció en el Reino Escondido y vivió con Metan, y de ella aprendió la ciencia y la sabiduría de la Tierra Media.

Pero Turgon recordó la ciudad levantada sobre una colina, Tirion la bella con su torre y su árbol, y no encontró lo que buscaba, de modo que regresó a Nevrast y se quedó en paz en Vinyamar junto a las orillas del mar. Y al año siguiente Ulmo mismo se le apareció y le ordenó que fuera otra vez solo al Valle del Sirion; y Turgon fue, y con la guía de Ulmo descubrió el valle escondido de Tumladen en las Montañas Circundantes, en medio de lo que era una colina de piedra. De esto no habló con nadie entonces, y regresó una vez más a Nevrast, y allí en reuniones secretas empezó a planear la ciudad de acuerdo con el modelo de Tirion sobre Tuna, por la que su corazón sentía nostalgia en el exilio.

Ahora bien, Morgoth, al que sus espías comunicaron que los señores de los Noldor andaban errantes sin pensar en la guerra, decidió poner a prueba la fortaleza y la vigilancia del enemigo. Una vez más, sin advertencia previa, recurrió a sus poderes, y de pronto hubo terremotos en el norte, y salió fuego de fisuras abiertas en la tierra, y las Montañas de Hierro vomitaron llamaradas; y los Orcos pulularon en la llanura de Ard-galen. Desde allí descendieron por el Paso del Sirion al oeste, y al este irrumpieron en la tierra de Maglor, por la hondonada que corre entre las colinas de Maedhros y los macizos de las Montañas Azules. Pero Fingolfin y Maedhros no dormían, y mientras otros perseguían a los Orcos dispersos que erraban por Beleriand haciendo gran daño, ellos se precipitaron desde ambos flancos sobre el ejército principal que atacaba entonces a Dorthonion; y derrotaron a los siervos de Morgoth, y yendo tras ellos por Ard-galen los destruyeron por completo, hasta el último y el menor, a la vista de los portales de Angband. Esa fue la tercera gran batalla de las Guerras de Beleriand, y se la llamó Dagor Aglareb, la Batalla Gloriosa.

Fue una victoria, pero también una advertencia; y los príncipes la tuvieron en cuenta, y fortalecieron la alianza y pusieron más centinelas, e iniciaron el Sitio de Angband, que duró casi cuatrocientos años del Sol. Por largo tiempo, después de la Dagor Aglareb, ninguno de los siervos de Morgoth se aventuró fuera de los portales, pues temían a los señores de los Noldor; y Fingolfin se jactó de que si no mediaba traición entre ellos mismos, Morgoth nunca quebrantaría otra vez la alianza de los Eldar ni los sorprendería inadvertidos. Pero los Noldor no pudieron apoderarse de Angband, ni recuperar los Silmarils; y la guerra nunca cesó por completo en todos esos años del Sitio, pues Morgoth concebía nuevos males, y de vez en cuando poma a prueba a los sitiadores. Tampoco era posible mantener la fortaleza de Morgoth rodeada por completo; porque las Montañas de Hierro, en cuyas enormes laderas curvas se alzaban las torres de Thangorodrim, la defendían por ambos lados y eran impenetrables para los Noldor a causa del hielo y la nieve. Por tanto, en la retaguardia y en el norte Morgoth no tenía enemigos, y por ese camino los espías salían a veces y llegaban por múltiples desvíos a Beleriand. Y deseando por sobre todo sembrar el miedo y la desunión entre los Eldar, ordenaba a los Orcos que atraparan vivo a cualquiera de ellos y lo llevaran encadenado a Angband; y a algunos el terror de los ojos de Morgoth les intimidaba de tal manera que no necesitaban cadenas, y andaban siempre atemorizados y dóciles. De este modo se enteró Morgoth de mucho de lo sucedido a partir de la rebelión de Fëanor, y se regocijó viendo allí la semilla de muchas disensiones entre los Eldar.

Cuando casi cien años habían transcurrido desde la Dagor Aglareb, Morgoth intentó sorprender a Fingolfin (porque tenía conocimiento de la vigilancia de Maedhros); y envió un ejército al norte blanco, y las tropas se volvieron hacia el oeste, y luego hacia el sur, y llegaron a las costas del Estuario de Drengist por la ruta que Fingolfin había seguido desde el Hielo Crujiente. De ese modo penetrarían en el reino de Hithlum desde el oeste; pero fueron descubiertos a tiempo y Fingon cayó sobre ellos entre las colinas, en el nacimiento del Estuario, y la mayor parte de los Orcos fueron arrojados al mar. No se la llamó una gran batalla, pues la tropa de los Orcos había sido poco numerosa, y sólo una parte del pueblo de Hithlum luchó allí. Pero luego hubo paz durante muchos años, y Angband no atacó nunca abiertamente, porque advertía Morgoth que los Orcos no eran rivales para los Noldor; y buscó en su corazón nuevo consejo.

Una vez más, al cabo de cien años, Glaurung, el primero de entre los Urulóki, los dragones de fuego del norte, salió una noche por las puertas de Angband. Era joven y aún no se había desarrollado del todo, porque larga y lenta es la vida de los dragones, pero los Elfos huyeron acobardados hacia Ered Wethrin y Dorthonion, y él corrompió los campos de Ard-galen. Entonces, Fingon, príncipe de Hithlum, cabalgó hasta el dragón junto con arqueros montados y lo rodeó con un anillo de rápidos jinetes; y Glaurung no pudo soportar los dardos, pues era aún débil de armadura, y huyó de vuelta a Angband y no volvió a salir de allí en mucho tiempo. Fingon ganó grandes alabanzas y los Noldor se regocijaron; porque pocos entendieron el significado y la amenaza de esta nueva criatura. Pero a Morgoth le disgustaba que Glaurung se hubiera manifestado—demasiado pronto; y a su derrota siguió la Larga Paz de casi doscientos años. En todo ese tiempo sólo hubo refriegas en las fronteras, y toda Beleriand prosperó y se enriqueció. Detrás de la guardia de los ejércitos los Noldor levantaron torres y edificios, y muchas otras cosas hermosas hicieron en aquel entonces, y poemas e historias y libros de sabiduría. En muchos sitios de la tierra los Noldor y los Sindar se fundieron en un solo pueblo y hablaron la misma lengua; pero esta diferencia siguió habiendo entre ellos: los Noldor eran más poderosos de mente y cuerpo, y más grandes guerreros y más sabios, y edificaban con piedra y amaban las pendientes de las colinas y las tierras abiertas, pero los Sindar tenían una voz más hermosa, y eran más hábiles en la música, exceptuando a Maglor hijo de Fëanor; y amaban los bosques y las orillas de los ríos; y algunos de los Elfos Grises erraban aún sin morada fija por sitios remotos, e iban siempre cantando.

14.- DE BELERIAND Y SUS REINOS

Esta es la hechura de las tierras a que llegaron los Noldor, al norte de las regiones occidentales de la Tierra Media, en los días antiguos; también se cuenta aquí cómo los jefes de los Eldar conservaron las tierras y de la alianza contra Morgoth después de la Dagor Aglareb, la tercera batalla de las Guerras de Beleriand.

En el norte del mundo, Melkor había levantado tiempo atrás Ered Engrin, las Montañas de Hierro, como cerca defensiva de la ciudadela de Utumno; y se erguían sobre los límites de esas regiones de frío sempiterno, en una gran curva desde el este al oeste. Tras los muros de Ered Engrin al oeste, donde retroceden hacia el norte, Melkor edificó otra fortaleza contra posibles ataques desde Valinor; y cuando regresó a la Tierra Media, como se ha dicho, habitó en las infinitas mazmorras de Angband, los Infiernos de Hierro, porque en la Guerra de los Poderes, los Valar, en

su prisa por aniquilarlo en la gran fortaleza de Utumno, no destruyeron totalmente Angband ni registraron los más profundos recovecos. Bajo Ered Engrin, Morgoth cavó un gran túnel que salía al sur de las montañas; y allí levantó unas puertas poderosas. Pero por sobre estas puertas y aun detrás de ellas hasta las montañas, apiló las torres tonantes de Thangorodrim, hechas con las cenizas y la lava de los hornos subterráneos, y las vastas escorias de la apertura de los túneles. Eran negras y desoladas y sumamente altas; y de sus cimas salía un humo oscuro y hediondo, que manchaba el cielo septentrional. Ante las puertas de Angband, una desolación de inmundicias se extendía hacia el sur por muchas millas hasta la ancha planicie de Ard-galen; pero luego de la llegada del sol, creció allí una abundante hierba, y mientras duró el sitio de Angband y las puertas permanecieron cerradas, asomaron allí unas cosas verdes, aun entre los pozos y las rocas quebradas de las puertas del infierno.

Al oeste de Thangorodrim se encontraba Hísilómë, la Tierra de la Niebla, pues así se la llamó en la lengua de los Noldor a causa de las nubes que Morgoth había enviado allí cuando acamparon por vez primera; en la lengua de los Sindar, que moraban en aquellas regiones, se la llamó Hithlum. Fue una tierra hermosa mientras duró el Sitio de Angband, aunque el aire era frío y el invierno muy crudo. El límite oeste era Ered Lómin, las Montañas del Eco, no lejos del mar; en el este y el sur, en la gran curva de Ered Wethrin, se alzaban las Montañas de la Sombra, frente a Ard-galen y el Valle del Sirion.

Fingolfin y su hijo Fingon dominaban Hithlum, y la mayor parte del pueblo de Fingolfin moraba en Mithrim, a orillas del gran lago; a Fingon se le asignó Durlómin, que estaba al oeste de las Montañas de Mithrim. Pero la fortaleza principal se levantaba en Eithel Sirion, al este de Ered Weuirin, desde donde vigilaban Ard-galen; y la caballería de Fingolfin cabalgaba por esa llanura aun hasta la sombra de Thangorodrim; pues los caballos se habían multiplicado con rapidez, y las hierbas de Ard-galen eran ricas y verdes. Muchos de los progenitores de esos caballos provenían de Valinor, y eran un regalo de Maedhros como compensación por las pérdidas de Fingolfin, y habían sido transportados en barco a Losgar.

Al oeste de Durlómin, más allá de las Montañas del Eco, que al sur del Estuario de Drengist se adentran en la tierra, se encontraba Nevrast, que en lengua Sindarin significa Costa de Aquende. Ese nombre se dio en un principio a todas las costas al sur del Estuario, pero luego sólo a aquellas que se extendían entre Drengist y el Monte Taras. Allí, por mucho tiempo, medró el reino de Turgon el Sabio, hijo de Fingolfin, rodeado por el mar y por Ered Lómin, y por las colinas que continuaban los muros de Ered Wethrin hacia el oeste, desde Ivrin al Monte Taras, que se levantaba sobre un promontorio. Sostuvieron algunos que Nevrast pertenecía más bien a Beleriand que a Hithlum, pues era una tierra más amena, regada por los aires húmedos del mar y protegida de los vientos fríos del norte que soplaban sobre Hithlum. Nevrast se alzaba en una hondonada, entre los grandes acantilados de las costas, más elevados que las llanuras de detrás, y no fluía allí río alguno; y había una gran laguna en medio de Nevrast, sin orillas precisas, pues estaba rodeada de anchos marjales. Linaewen era el nombre de esa laguna, por causa de la gran abundancia de aves que allí vivían, especies que amaban los juncos altos y los vados. A la llegada de los Noldor, muchos de los Elfos Grises moraban en Nevrast, cerca de las costas, y en especial en torno al Monte Taras, al suroeste; pues a ese sitio Ulmo y Ossë solían ir en días de antaño. Todo ese pueblo tenía a Turgon por su señor, y la mezcla entre los Noldor y los Sindar se dio allí antes que en ningún sitio; y Turgon habitó largo tiempo en esos recintos que él llamó Vinyamar, bajo el Monte Taras, a orillas del océano.

Al sur de Ard-galen, las grandes tierras elevadas llamadas Dorthonion abarcaban sesenta leguas de oeste a este; y había en ellas grandes bosques de pinos, especialmente al oeste y al norte. Levantándose poco a poco desde la llanura, llegaba a convertirse en una tierra lóbrega y alta, donde había muchos

lagos pequeños entre peñascos, al pie de montañas desnudas cuyas cumbres eran más elevadas que las de Ered Wethrin; pero al sur, hacia Doriath, se precipitaba de pronto en abismos terribles. Desde las cuestas septentrionales de Dorthonion, Angrod y Aegnor, hijos de Finarfin, dominaban los campos de Ard-galen, y eran vasallos de su hermano Finrod, señor de Nargothrond; vivía allí poca gente, pues la tierra era yerma, y las altas tierras de detrás eran consideradas un baluarte que Morgoth no intentaría cruzar a la ligera.

Entre Dorthonion y las Montañas Sombrías había un valle angosto con laderas abruptas vestidas de pinos; pero el valle mismo era verde, pues por él corría el Río Sirion, que se apresuraba hacia Beleriand. Finrod dominaba el Paso del Sirion, y en la isla de Tol Sirion levantó en medio del río una poderosa torre de vigilancia, Minas Tirith; pero después de construida Nargothrond entregó esa fortaleza al cuidado de Orodreth, su hermano.

Ahora bien, las vastas y hermosas tierras de Beleriand se extendían a ambos lados del poderoso Río Sirion, de gran renombre en las canciones, que nacía en Eithel Sirion y bordeaba el filo de Ard-galen antes de precipitarse por el paso, cada vez más caudaloso con las aguas de las montañas. Desde allí fluía hacia el sur durante ciento treinta leguas, recogiendo las aguas de muchos afluentes, hasta que la corriente poderosa desembocaba en un delta arenoso de la Bahía de Balar. Y siguiendo el Sirion de norte a sur, a orilla derecha, en Beleriand Occidental, se encontraba el Bosque de Brethil entre el Sirion y el Teiglin, y luego el reino de Nargothrond, entre el Teiglin y el Narog. Y el Río Narog nacía en las Cataratas de Ivrin al sur de Durlómin, y fluía unas ochenta leguas antes de unirse al Sirion en Nantathren, la Tierra de los Sauces. Al sur de Nantathren había una región de prados floridos donde los habitantes eran escasos; y más allá se extendían los marjales y las islas de juncos en torno a las Desembocaduras del Sirion, y en las arenas del delta no vivía ninguna criatura, excepto los pájaros del mar.

Pero el reino de Nargothrond llegaba también al oeste del Narog hasta el Río Nening, que desembocaba en el mar en Eglarest; y Finrod fue con el tiempo el señor supremo de todos los Elfos de Beleriand entre el Sirion y el mar, salvo sólo las Palas. Allí vivían los Sindar que aún amaban los barcos, y Círdan, el Carpintero de Barcos, era el señor de todos ellos; pero entre Círdan y Finrod había amistad y alianza, y con ayuda de los Noldor se reconstruyeron los puertos de Brithombar y Eglarest. Detrás de los amplios muros se edificaron hermosas ciudades y desembarcaderos con muelles y malecones de piedra. Sobre el cabo oeste de Eglarest, Finrod levantó la torre de Barad Nimras para vigilar el Mar Occidental, aunque innecesariamente, como se vio luego; porque en ningún momento intentó Morgoth construir barcos o hacer la guerra por mar. El agua intimidaba mucho a sus sirvientes, y ninguno se acercaba a ella de buen grado, salvo que una dura necesidad lo exigiera. Con ayuda de los Elfos de los Puertos, algunos de los habitantes de Nargothrond construyeron nuevos barcos, y emprendieron largos viajes y exploraron la gran Isla de Balar, con intención de edificar allí un último refugio, si algún mal sobrevenía; pero el destino no los llevó a vivir allí.

Así, pues, no había reino mayor que el de Finrod, aunque él fuera el más joven de los grandes señores de los Noldor, Fingolfin, Fingon y Maedhros, y Finrod Felagund. Pero se tuvo a Fingolfin como señor supremo de todos los Noldor, y Fingon tras él, aunque no tenían en verdad otro reino que la tierra septentrional de Hithlum; no obstante, estos pueblos eran los más osados y valientes, los que más temían los Orcos y más odiaba Morgoth.

A mano izquierda del Sirion se extendía Beleriand Oriental; tenía una anchura de cien leguas desde el Sirion hasta el Gelion y los límites de Ossiriand; y antes, entre el Sirion y el Mindeb, se encontraba la tierra baldía de Dimbar bajo los picos de las Crissaegrim, morada de las águilas. La tierra de nadie de Nan Dungortheb separaba el Mindeb de las aguas superiores del Esgaldum; y había terror en esa región, porque a uno de sus lados el poder de Melian guardaba la

frontera norte de Doriath, pero al otro los desnudos precipicios de Ered Gorgoroth, las Montañas del Terror, caían a pico desde lo alto de Dorthonion. Allí, como ya se dijo, había huido Ungoliant de los látigos de los Balrogs, y allí moró por un tiempo ocupando los barrancos con su mortal lobreguez, y allí todavía, después de que ella partiera, la prole inmunda acechaba y tejía grandes redes malignas; y las finas aguas vertidas desde Ered Gorgoroth se contaminaban y era peligroso beberías, pues las sombras de la locura y la desesperación invadían el corazón de aquellos que las probaban. Toda criatura viviente evitaba esa tierra, y los Noldor sólo atravesaban Nan Dungortheb si los acuciaba una gran necesidad, por pasajes cercanos a los límites de Doriath, lo más lejos posible de las montañas malignas. Ese camino había sido hecho mucho antes de que Morgoth hubiera vuelto a la Tierra Media; y el que viajara por él llegaría hacia el este al Esgalduin, donde en los días del Sitio todavía se levantaba el puente de piedra de Iantaur. De allí avanzaría por Dor-Diñen, la Tierra Silenciosa, y cruzando los Arossiach (que significa los Vados del Aros), llegaría a las fronteras septentrionales de Beleriand, donde moraban los hijos de Fëanor. Hacia el sur se extendían los bosques guardados de Doriath, morada de Thingol, el Rey Escondido, a cuyo reino nadie entraba, salvo que él lo quisiera. La parte septentrional, la menor, el Bosque de Neldoreth, estaba limitada al este y al sur por el oscuro Río Esgalduin, que se curvaba hacia el oeste internándose en la tierra; y entre el Aros y el Esgalduin se alzaban los bosques más densos y mayores de Refion. En la orilla austral del Esgalduin, donde éste se desviaba al oeste hacia el Sirion, se encontraban las Cavernas de Menegroth; y toda Doriath estaba al este del Sirion, salvo una estrecha región boscosa entre el encuentro del Teiglin y del Sirion y las Lagunas del Crepúsculo. Los habitantes de Doriath llamaban a este bosque Nivrim, la Frontera Occidental; grandes robles crecían allí, y también dentro de la Cintura de Melian, de modo que cierta parte del Sirion, que ella amaba por reverencia a Ulmo, estaba enteramente bajo el poder de Thingol.

Al sureste de Doriath, en donde el Aros une sus aguas con el Sirion, había grandes marjales y lagunas a ambos lados del río, que detenía allí su curso y se perdía en múltiples canales. Esa región se llamaba Aelinuial, las Lagunas del Crepúsculo, porque estaba envuelta en neblinas, y el encantamiento de Doriath pendía sobre ella. Ahora bien, toda la parte septentrional de Beleriand descendía hacia el sur hasta este punto y luego era plana, durante un trecho, y el flujo del Sirion se demoraba. Pero al sur de Aelinuial la tierra descendía de súbito en una pronunciada pendiente; y todos los campos bajos del Sirion quedaban separados de los más altos por esta caída; y quien mirara desde el sur hacia el norte, creería ver una interminable cadena de colinas que venía desde el Eglarest, más allá del Narog al oeste, hacia Amon Erebor al este, que se alcanzaba a ver desde el Gelion. El Narog avanzaba entre estas colinas por una profunda garganta y fluía en rápidos, pero sin cascadas, y en la orilla oeste se alzaban las altas tierras boscosas de Taur-en-Faroth. En el lado occidental de esta garganta, donde la pequeña corriente espumosa del Ringwill se precipitaba en el Narog desde el Alto Narog, Finrod estableció Nargothrond. Pero a unas veinticinco leguas al este de la garganta de Nargothrond, el Sirion caía desde el norte en una poderosa catarata bajo las Lagunas, y luego se hundía súbitamente en múltiples canales subterráneos excavados por el paso de las aguas; y surgía otra vez a tres leguas hacia el sur con gran estrépito y vapores, y atravesaba los arcos rocosos al pie de las colinas llamadas las Puertas del Sirion.

Esta catarata divisoria recibió el nombre de Andram, la Muralla Larga, desde Nargothrond hasta Ramdal, el Fin de la Muralla, en Beleriand Oriental. Pero al este se iba haciendo cada vez menos abrupta, pues el Valle del Gelion descendía poco a poco hacia el sur, y en todo el curso del Gelion no había corrientes impetuosas ni cascadas, pero era siempre más rápido que el Sirion. Entre Ramdal y el n se levantaba una única colina de gran extensión y pendientes suaves, y aparentaba mayor poderío del que en realidad tenía, pues se encontraba sola; y esa colina se

llamó Amon Ereb. En Amon Ereb murió Denethor, señor de los Nandor que habitaban en Ossiriand; ellos fueron los que acudieron en ayuda de Thingol contra Morgoth cuando los Orcos descendieron por primera vez en gran número y quebraron la paz iluminada de estrellas de Beleriand; y en esa colina habitó Maedhros después de la gran derrota. Pero al sur de la Andram, entre el Sirion y el Gelion, la tierra era salvaje, y estaba cubierta de enmarañados bosques, en los que nadie vivía, salvo aquí y allí algunos de los errantes Elfos Oscuros; Taur-im-Duinath se la llamó, el Bosque entre los Ríos.

El Gelion era un gran río; y nacía en dos fuentes y tuvo en un principio dos brazos: el Gelion Menor, que venía de la Colina de Himring, y el Gelion Mayor, que venía del Monte Rerir. A partir del encuentro de los dos brazos, fluía hacia el sur por cuarenta leguas antes de toparse con sus afluentes; y ya cerca del mar era dos veces más largo que el Sirion, aunque menos ancho y caudaloso, pues llovía menos en el este que en Hithlum y Dorthonion, de donde recibía el Sirion sus aguas. Desde Ered Luin fluían los seis afluentes del Gelion: Asear (que se llamó después Rathlóriel), Thalos, Legolin, Brilthor, Duilwen y Adurant, rápidas corrientes turbulentas que se precipitan desde empinadas montañas; y entre el Asear al norte y el Adurant al sur, y entre el Gelion y Ered Luin, se extendía amplia la verde tierra de Ossiriand, la Tierra de los Siete Ríos. Ahora bien, en el curso medio del Adurant, la corriente se dividía para luego volver a unirse; y la isla que las aguas cercaban se llamó Tol Galen, la Isla Verde. Allí moraron Beren y Lúthien después de su retorno.

En Ossiriand moraban los Elfos Verdes, protegidos por sus ríos; porque después del Sirion, Ulmo | amaba al Gelion por sobre todas las aguas del mundo occidental. Tal era la capacidad de los Elfos de

Ossiriand para vivir en los bosques, que un forastero podría atravesar estas tierras de extremo a extremo sin haber visto a uno solo. Vestían de verde en primavera y verano, y el sonido de sus cantos alcanzaba a oírse aun a través de las aguas del Gelion; fue así que los Noldor llamaron a esa tierra Lindon, la tierra de la música, y a las montañas de más allá las llamaron Ered Lindon, porque las vieron por primera vez desde Ossiriand.

Al este de Dorthonion las fronteras de Beleriand estaban más expuestas al ataque, y sólo unas colinas de poca altura guardaban el Valle del Gelion desde el norte. En esa región, en la Frontera de Maedhros y en las tierras de más atrás, vivían los hijos de Fëanor con mucha gente; y sus jinetes cabalgaban a menudo por la planicie septentrional, Lothlann, vasta y desierta, al este de Ard-galen, por temor de que Morgoth intentara atacar Beleriand Oriental. La principal ciudadela de Maedhros se levantaba en la Colina de Himring, la Siempre Fría; y era ancha, desprovista de árboles y plana en la cumbre, rodeada de múltiples colinas menores. Entre Himring y Dorthonion había un paso, excesivamente empinado hacia el oeste, y era ese el Paso de Aglon, una puerta que llevaba a Doriath; y un viento crudo soplaba por él desde el norte. Pero Celegorm y Curufin fortificaron Aglon y lo sostuvieron con gran vigor, y también las tierras de Himlad al sur, entre el Río Aros que nacía en Dorthonion y su afluente el Celon, que venía de Himring.

Entre los brazos del Gelion se encontraba el fuerte de Maglor, y aquí las colinas desaparecían por completo; por allí entraron los Orcos en Beleriand Oriental antes de la Tercera Batalla. Por tanto los Noldor guardaban con grandes fuerzas de caballería las llanuras de ese sitio; y el pueblo de Caranthir fortificó las montañas al este de la Hondonada de Maglor. Allí el Monte Rerir, y muchas montañas menores alrededor, se destacaban de la cadena principal de Ered Lindon hacia el oeste; y en el ángulo de Rerir con Ered Lindon había un lago sombreado por montañas desde todos los lados, salvo el sur. Era ése el Lago Helevorn, profundo y oscuro, y junto a él moraba Caranthir; pero a todas las vastas tierras entre el Gelion y las montañas,

y entre Rerir y el Río Asear, los Noldor las llamaron Thargelion, que significa la Tierra de más allá del Gelion, o Dor Caranthir, la Tierra de Caranthir; y allí fue donde los Noldor encontraron por primera vez a los Enanos. Pero Thargelion fue llamada antes por los Elfos Grises Talath Rhúnen, el Valle Oriental.

Así pues, los hijos de Fëanor bajo la égida de Maedhros eran los señores de Beleriand Oriental, pero su pueblo en ese tiempo se encontraba sobre todo al norte de la tierra, y hacia el sur sólo cabalgaban para cazar en los bosques verdes. Pero allí moraban Amrod y Amras, y no fueron mucho al norte mientras duró el Sitio; y también por allí cabalgaban a veces otros señores de los Elfos, aun recorriendo largas distancias, porque la tierra era salvaje, pero muy hermosa. De ellos Finrod Felagund era quien lo hacía con mayor frecuencia, pues amaba ir de un lado a otro, y llegaba aun a Ossiriand, y se ganó la amistad de los Elfos Verdes. Pero ninguno de los Noldor fue nunca a Ered Lindon mientras el reino se sostuvo, y las noticias de lo que pasaba en las regiones del este eran escasas y llegaban tarde a Beleriand.

15.- DE LOS NOLDOR EN BELERIAND

Se dijo que con la guía de Ulmo, Turgon de Nevrast descubrió el valle escondido de Tumladen, que se extendía al este de las aguas superiores del Sirion (como se supo luego), en un anillo de montañas altas y escarpadas, y ninguna criatura llegaba allí salvo las águilas de Thorondor. Pero había un camino profundo bajo las montañas, excavado en la oscuridad del mundo por las aguas que iban a unirse a las corrientes del Sirion; y este camino encontró Turgon, y así llegó a la llanura verde en medio de las montañas, y vio la colina— isla que se levantaba allí de piedra lisa y dura; pues el valle había sido un gran lago en días antiguos. Entonces Turgon supo que había encontrado el lugar que deseaba, y decidió edificar allí una hermosa ciudad en memoria de Tirion sobre Tuna; pero regresó a Nevrast, y permaneció allí en paz, aunque siempre meditaba en cómo podría llevar a cabo lo que se había propuesto.

Ahora bien, después de la Dagor Aglareb, a Turgon le volvió la inquietud que Ulmo le había puesto en el corazón, y convocó a muchos de los más osados y hábiles de los suyos, y los condujo en secreto al valle escondido, y allí empezaron la construcción de la ciudad que había concebido Turgon; y montaron guardia alrededor para que nadie los sorprendiese desde fuera, y el poder de Ulmo en el Sirion los protegía. Pero Turgon continuó residiendo en Nevrast, hasta que por fin la ciudad estuvo por completo edificada, al cabo de cincuenta y dos años de trabajos ocultos. Se dice que Turgon había decidido llamarla Ondolindë en la lengua de los Elfos de Valinor, la Roca de la Música de las Aguas, pues había fuentes en la colina; pero en la lengua Sindarin el nombre cambió, y se convirtió en Gondolin, la Roca Escondida. Entonces Turgon se preparó a partir de Nevrast y abandonar los recintos de Vinyamar junto al mar; y allí Ulmo se le presentó otra vez, y fe habló, y dijo: — Irás ahora por fin a Gondolin, Turgon; y mantendré yo mi poder en el Valle del Sirion, y en todas las aguas que allí hay, de modo tal que nadie advierta tu marcha, ni nadie encuentre la entrada escondida si tú no lo quieres. Más que todos los reinos de los Eldalië soportará Gondolin contra Melkor. Pero no ames con exceso la obra de tus manos y las concepciones de tu corazón; y recuerda que la verdadera esperanza de los Noldor está en el Occidente y viene del Mar.

Y Ulmo le advirtió a Turgon que también él estaba sometido a la Maldición de Mandos, y que no tenía poder para anularla. Dijo: —Puede que el Hado de los Noldor te alcance también a ti antes del fin, y que la traición despierte dentro de tus muros. Habrá entonces peligro de fuego. Pero si este peligro acecha en verdad entonces vendrá a alertarte uno de Nevrast, y de él, más allá de la ruina y del fuego, recibiréis esperanzas los Elfos y los Hombres. Por tanto, deja en esta casa

unas armas y una espada para que él las encuentre, y de ese modo lo conocerás y no serás engañado—. Y Ulmo le declaró a Turgon de qué especie y tamaño tenían que ser el yelmo y la cota de malla y la espada que dejaría en la ciudad.

Entonces Ulmo volvió al mar, y Turgon reunió a todos los suyos, aun a una tercera parte de los Noldor de Fingolfin, y a una hueste todavía mayor de los Sindar; y compañía tras compañía se alejaron en secreto bajo las sombras de Ered Wethrin, y llegaron sin ser vistos a Gondolin, y nadie supo a dónde habían ido. Y por último Turgon se puso también en camino, y fue con los de su casa en silencio por entre las colinas, y pasó por las puertas de las montañas, que se cerraron tras él.

Por muchos largos años nadie entró por allí salvo sólo Húrin y Huor; y las huestes de Turgon no volvieron a aparecer hasta el Año de la Lamentación, después de transcurridos trescientos cincuenta años y más todavía. Pero detrás del círculo de las montañas el pueblo de Turgon creció y medró, y trabajó sin descanso, de modo que Gondolin de Amon Gwareth llegó a ser realmente hermosa y digna de compararse aun con Elven Tirion, más allá del mar. Elevados y blancos eran los muros, y pulidas las escaleras, y alta y poderosa la Torre del Rey. Allí refulgían las fuentes y en los patios de Turgon se alzaban imágenes de los Árboles de antaño, que el mismo Turgon talló con élfica artesanía; y el Árbol que hizo de oro se llamó Glingal, y el Árbol cuyas flores hizo de plata se llamó Belthil. Pero más hermosa que todas las maravillas de Gondolin era Idril, la hija de Turgon, que fue llamada Celebrindal, la de los Pies de Plata, y sus cabellos eran como el oro de Laurelin antes de la llegada de Melkor. Así vivió largo tiempo Turgon en serena felicidad, pero en la desolada Nevrast nadie habitó hasta la ruina de Beleriand. Ahora bien, mientras la ciudad de Gondolin se construía en secreto, Finrod Felagund trabajaba en los sitios profundos de Nargothrond; pero Galadriel, su hermana, moraba como se dijo en el reino de Thingol en Doriath. Y a veces Melian y Galadriel hablaban juntas de Valinor y de la dicha de antaño; pero los relatos de Galadriel no iban nunca más allá de la hora oscura de la muerte de los Árboles. Y Melian dijo en una ocasión: —Hay una pena secreta en ù y en los tuyos. Eso puedo verlo, pero todo lo demás está oculto para mi; porque ni con los ojos ni con el pensamiento veo nada de lo que sucedió o sucede en el Occidente: una sombra pende sobre toda la tierra de Aman, que se extiende hasta el océano. ¿Por qué no me dices más?

—Porque esa pena pertenece al pasado —dijo Galadriel y acepto de buen grado cualquier alegría que haya aquí, sin recuerdos que me perturben. Y quizá nos aguardan otras pesadumbres, aunque parezca que aún brilla la esperanza.

Entonces Melian la miró a los ojos y le dijo: —No creo que los Noldor vinieran como mensajeros de los Valar, como se dijo al principio: no, aunque llegaran a la hora precisa de nuestra necesidad! Porque no hablan nunca de los Valar, ni ninguno de esos altos señores han traído mensaje alguno a Thingol, ni de Manwë ni de Ulmo, ni siquiera de Olwë, el hermano del rey, y de su propio pueblo que se hizo a la mar. ¿Por qué motivo, Galadriel, las altas gentes de los Noldor fueron expulsadas de Aman como exiliados? O ¿qué mal pesa sobre los hijos de Fëanor, para que se muestren tan altivos y feroces? ¿No me acerco a la verdad?

—Te acercas —dijo Galadriel—, pero no fuimos expulsados, y partimos porque así lo quisimos nosotros, y en contra de la voluntad de los Valar. Y aunque con gran peligro y a despecho de los Valar, con este propósito vinimos: para vengarnos de Morgoth y recuperar lo que se robó.

Entonces le habló Galadriel a Melian de los Silmarils, y del asesinato del Rey Finwë en Fórmenos; aunque no dijo una palabra acerca del Juramento, ni de la Matanza de los Hermanos, ni del incendio de las naves en Losgar. Pero Melian dijo: —Mucho me dices ahora y, sin embargo, adivino más todavía. Una sombra arrojas sobre el largo camino desde Tirion, pero veo allí un mal del que Thingol tendría que estar enterado.

—Quizá —dijo Galadriel—, pero no por mí.

Y Melian ya no siguió hablando de estas cosas con Galadriel; pero le contó al Rey Thingol lo que había oído acerca de los Silmarils. —Este es asunto de gran importancia —dijo—, más todavía de lo que sospechan los Noldor; pues la Luz de Aman y el destino de Arda están encerrados ahora en esos artificios de Fëanor, que se ha ido. Y digo ahora que no serán recuperados por poder alguno de los Eldar; y las batallas devastarán el mundo antes de que le sean arrebatados a Morgoth. ¡Tenlo en cuenta! Han matado a Fëanor y a muchos otros, sospecho; pero antes que ninguna otra muerte provocada por Morgoth, ahora o en el futuro, ocurrió la de Finwë, tu amigo. Morgoth lo mató antes que partiera de Aman.

Entonces Thingol guardó silencio, lleno de dolor y malos presagios; pero luego dijo: —Entiendo al fin ahora *lo* que tanto me había intrigado: por qué vinieron los Noldor desde Occidente. No acudieron en nuestra ayuda (salvo por azar); porque a aquellos que permanecen en la Tierra Media, los Valar dejarán librados a sus propios recursos, hasta que conozcan la necesidad mas extrema. Para vengarse y recuperar lo robado han venido los Noldor. Y sin embargo, y por la misma razón, tendrían que ser nuestros aliados más seguros, pues a nadie se le ocurriría que lleguen a pactar con Morgoth.

Pero Melian dijo: —En verdad, por esas causas han venido; pero también por otras. ¡Cuidate de los hijos de Fëanor! La sombra de la ira de los Valar pende sobre ellos; y han hecho daño, según entiendo, tanto en Aman como contra los de su propio linaje. Hay un dolor, aunque ahora esté adormecido, entre todos los príncipes de los Noldor.

Y Thingol respondió: —No sé si eso me concierne. De Fëanor sólo me han llegado noticias, y todas lo engrandecen por cierto. Y de los hijos de Fëanor poco oigo que me complazca; no obstante, es probable que sean los más mortales enemigos de nuestro común enemigo.

—Las espadas y los consejos de los Noldor serán siempre de doble filo —dijo Melian; y ya no hablaron más de este asunto.

No transcurrió mucho antes de que los Sindar empezaran a hablar en voz baja entre ellos de los hechos de los Noldor antes que llegaran a Beleriand. Sobre el origen de estos rumores no cabe ninguna duda, y la triste verdad fue disfrazada y envenenada con engaños, pero los Sindar eran todavía inocentes y confiaban en las palabras, y (como bien puede entenderse) la malicia de Morgoth los escogió como víctimas propiciatorias, pues no lo conocían. Y Círdan, al escuchar estos relatos sombríos, se sintió perturbado; pues era de buen juicio, y comprendió en seguida que verdaderos o falsos, era la malicia quien los difundía en aquel momento, y la atribuyó a los celos que separaban a las distintas casas de los Noldor. Por tanto envió mensajeros a Thingol para comunicarle lo que había oído.

Ocurrió que por ese entonces los hijos de Finarfin eran otra vez huéspedes de Thingol, pues deseaban ver a la hermana de ellos, Galadriel. Entonces Thingol, muy conmovido, le habló con enfado a Finrod diciendo: —Has obrado mal conmigo, hermano, al ocultarme asuntos de tanta importancia. Pues acabo de enterarme de todas las malas acciones de los Noldor.

Pero Finrod respondió: —¿De qué modo he obrado mal contigo? ¿Y qué daño te han hecho los Noldor que tanto te apena? Nunca pensaron o hicieron nada malo, ni contra ti ni contra nadie de tu pueblo.

—Me maravilla, hijo de Eärwen —replicó Thingol—, que te hayas acercado así a la mesa de un hombre de tu linaje, con manos enrojecidas por la sangre de tus hermanos maternos, sin adelantar alguna defensa o buscar el perdón.

Entonces Finrod se sintió grandemente perturbado, pero guardó silencio, pues no podía defenderse, excepto acusando a otros príncipes de los Noldor; y detestaba hacer algo semejante delante de Thingol. Pero en el corazón de Angrod el recuerdo de las palabras de Caranthir creció en amargura, y exclamó: —Señor, no sé qué mentiras habrás escuchado, ni por boca de quién; pero no hemos venido con las manos enrojecidas. Sin culpa hemos venido, salvo quizá de locura, a escuchar las palabras del feroz Fëanor, que nos aletargaron, como si un vino nos hubiera embriagado, y también sólo por un momento. Ningún mal cometimos en el camino, pero en cambio lo sufrimos nosotros; perdónanos. Por esto se nos acusa de que venimos aquí con cuentos, y de que hemos traicionado

a los Noldor: falsamente como lo sabes, porque de nuestra lealtad no te hemos hablado, y de ese modo nos hemos ganado tu enojo. Pero ahora ya no es posible soportar estas acusaciones y sabrás la verdad.

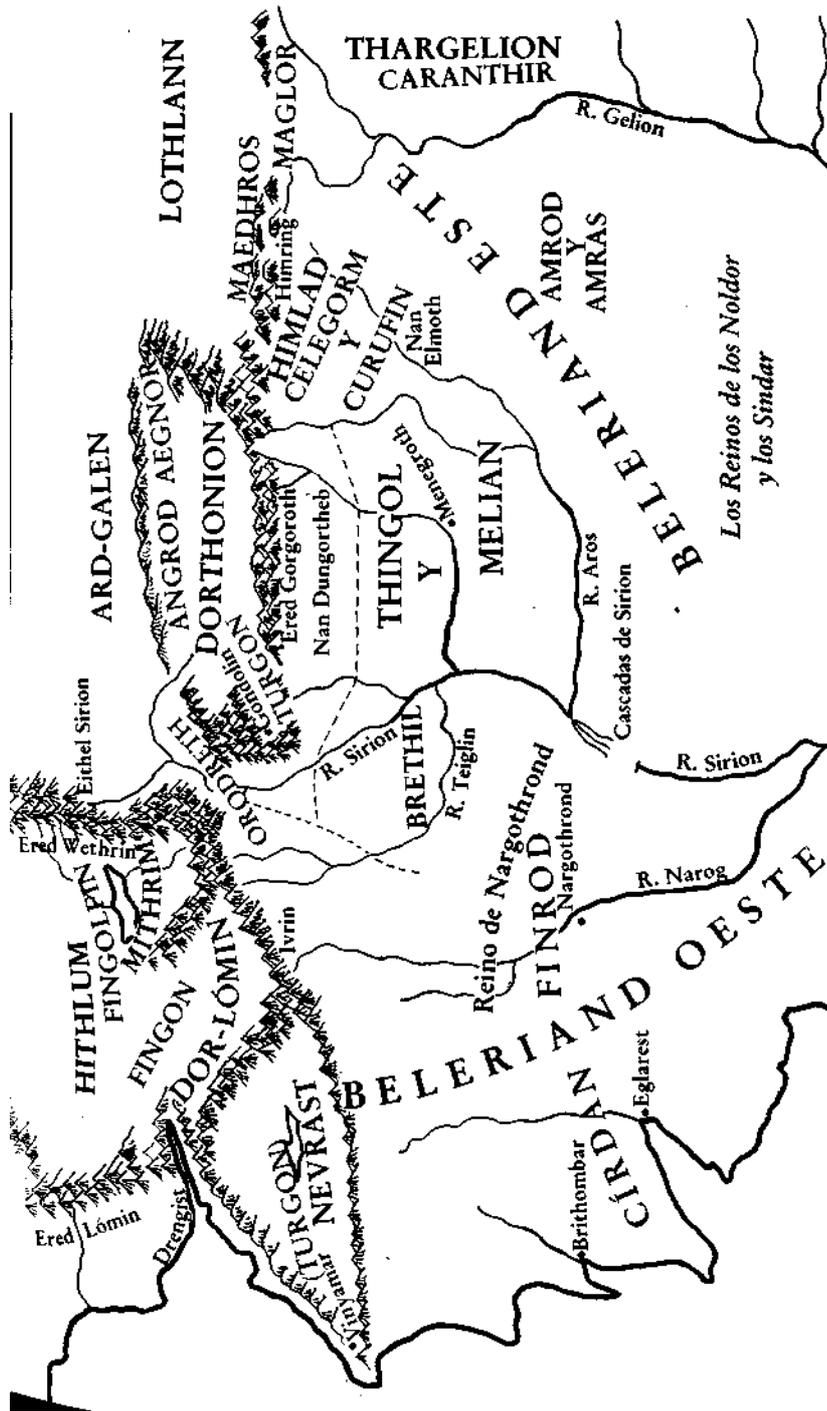
Entonces Angrod habló con amargura contra los hijos de Fëanor, de la sangre derramada en Alqua—londé, y de la Maldición de Mandos, y del incendio de las naves en Losgar. Y exclamó: —¿Por qué a nosotros, que soportamos el Hielo Crujiente, han de llamarnos traidores y asesinos de hermanos?

—No obstante, la sombra de Mandos pesa también sobre vosotros —dijo Melian. Pero Thingol calló largo tiempo antes de nablár: —¡Idos ahora! —dijo—. Pues tengo un peso en el corazón. Más tarde podréis regresar si queréis; porque no os cerraré mis puertas para siempre, ya que fuisteis atraídos a la trampa de un mal que no buscasteis. No me apartaré tampoco del pueblo de Fingolfin, pues han expiado con amargura el mal que cometieron. Y nuestro odio al Poder que provocó toda esta aflicción apagará todas las quejas. Pero ¡escuchad mis palabras! ¡Nunca otra vez quiero oír la lengua de los que mataron a mi gente en Alqualondë! Ni nadie la hablará abiertamente en el reino, mientras dure mi Poder. Esta orden alcanzará a todos los Sindar: no hablarán la lengua de los Noldor, ni responderán a ella cuando la oigan. Y todos los que la empleen serán considerados asesinos de hermanos y traidores incontritos.

Entonces los hijos de Finarfin se alejaron de Menegroth con el corazón apesadumbrado, pues entendieron que las palabras de Mandos serían siempre ciertas, y que los Noldor que habían seguido a Fëanor no podían escapar de la sombra que pendía sobre ellos. Y así ocurrió tan pronto como hubo hablado Thingol; pues los Sindar que lo oyeron rechazaron desde entonces en todo Beleriand la lengua de los Noldor, y evitaban a quienes la hablaban en alta voz; pero los Exiliados adoptaron la lengua Sindarin en la vida cotidiana, y la Alta Lengua del Occidente solo fue hablada por los Señores de los Noldor y entre ellos. No obstante, esa lengua sobrevivió siempre como el lenguaje del conocimiento, en cualquier lugar en que habitara algún Noldor.

Sucedió al fin que Nargothrond estuvo del todo edificada (y Turgon vivía aún en los recintos de Vinyamar), y los hijos de Finarfin se reunieron allí para celebrar una fiesta; y Galadriel vino de Doriath y permaneció un tiempo en Nargothrond. Ahora bien, el Rey Finrod Felagund no tenía esposa, y Galadriel le preguntó por qué; pero Finrod creyó tener una visión mientras ella hablaba y respondió: —También yo haré un juramento, y he de ser libre para cumplirlo y adentrarme en las tinieblas. Nada perdurará en mi reino que un hijo pueda heredar.

Pero se dice que esos pensamientos helados no lo habían dominado hasta entonces, pues en verdad él había amado a Amarië de los Vanyar, quien no lo acompañó al exilio.



16.- DE MAEGLIN

Aredhel Ar—Feiniel, la Blanca Señora de los Noldor, hija de Fingolfin, vivía en Nevrast con su hermano Turgon, y me con él al Reino Escondido. Pero se cansó de la ciudad guardada de Gondolin, deseando más que nunca volver a cabalgar en las vastas tierras y andar por los bosques, como había sido su costumbre en Valinor; y cuando hubieron transcurrido doscientos años después de concluida la construcción de Gondolin, habló con Turgon y le pidió autorización para marcharse. Turgon se resistía a que se fuera, y durante mucho tiempo no lo consintió, pero por fin cedió, diciendo: —Ve, si ésa es tu voluntad, aunque se oponga a lo que me dicta mi buen juicio, y preveo que será para mal de los dos. Pero irás sólo en busca de Fingon, nuestro hermano; y los que envió contigo volverán a Gondolin tan de prisa como les sea posible.

Pero Aredhel dijo: —Soy tu hermana y no tu sirvienta, y más allá de tus confines iré tal como me parezca conveniente. Y si me escatimas una escolta, iré sola.

Entonces Turgon le respondió: —No te escatimo nada de lo que tengo. Empero, no deseo que nadie que viva fuera de mis muros conozca el camino hacia aquí; confío en ti, hermana mía, pero no en que otros mantengan la boca cerrada.

Y Turgon designó a tres señores de su casa para que cabalgaran junto con Aredhel, y les pidió que la llevaran al encuentro de Fingon, en Hithlum, si podían convencerla. —Y sed precavidos —les dijo—, porque aunque Morgoth esté aún confinado en el Norte, hay peligros en la Tierra Media que la Señora no conoce.— Entonces Aredhel abandonó Gondolin y el corazón de Turgon quedó apesadumbrado.

Pero cuando ella llegó al Vado de Brithiach en el Río Sirion, les dijo a sus compañeros: —Doblad ahora hacia el sur, no hacia el norte, porque no iré a Hithlum; mi corazón prefiere ir al encuentro de los hijos de Fëanor, mis amigos de antaño—. Y como no pudieron disuadirla, doblaron hacia el sur, como ella) ordenaba, e intentaron ser admitidos en Doriath. Pero los guardianes de la frontera se opusieron; porque Thingol no quería que ninguno de los Noldor cruzara la Cintura (salvo las gentes de la casa de Finarfin) y menos aún algún amigo de los hijos de Fëanor. Por este motivo los guardianes de la frontera le dijeron a Aredhel: —Para llegar a la tierra de Celegorm, a la que ahora vais, Señora, no podéis de ninguna manera atravesar el reino del Rey Thingol; tenéis que cabalgar más allá de la Cintura de Melian, hacia el sur o hacia el norte. El camino más rápido es por los senderos que conducen al este desde Brithiach a través de Dimbar y a lo largo de la frontera septentrional de este remo, y que después de cruzar el Puente de Esgalduin y los Vados del Aros entran en las tierras de más allá de la Colina de Himring. Allí viven, según lo creemos, Celegorm y Curufin, y puede que los encontréis; pero el camino es difícil.

Entonces Aredhel se volvió y buscó el peligroso camino entre los valles encantados de Ered Gorgoroth y los cercados septentrionales de Doriath; y mientras se acercaban a la región maligna de Nan Dungortheb, unas sombras envolvieron a los jinetes, y Aredhel perdió a sus compañeros y se extravió. Durante mucho tiempo la buscaron en vano, temiendo que hubiera caído en una trampa o hubiera bebido de las corrientes envenenadas de esa región; pero las criaturas salvajes de Ungoliant que moraban en los barrancos los persiguieron y apenas pudieron escapar con vida. Cuando por fin regresaron y contaron su historia, hubo gran dolor en Gondolin; y Turgon pasó largo tiempo solo, soportando en silencio la congoja y la cólera.

Pero Aredhel, después de haber buscado en vano a sus compañeros, siguió adelante, pues no tenía miedo y era de corazón animoso, como todos los hijos de

Finwë; y sin desviarse del camino cruzó el Esgalduin y el Aros, y llegó a la tierra de Himlad entre el Aros y el Celon, donde vivían Celegorm y Curufin en aquellos días, antes de romperse el Sitio de Angband. No estaban allí en ese momento y cabalgaban con Caranthir hacia el este, en Thargelion; pero las gentes de Celegorm la recibieron con grandes honores y la invitaron a habitar entre ellos hasta el regreso del señor. Por un tiempo estuvo allí contenta, y disfrutaba paseando libremente por los bosques; pero como el año se prolongaba y Celegorm no regresaba, se sintió inquieta otra vez, y tomó como costumbre cabalgar sola, siempre más lejos, en busca de nuevos senderos y claros umbrosos y vírgenes. Así fue que al menguar el año, Aredhel llegó al sur de Himlad y cruzó el Celon; y antes de que se diera cuenta estaba atrapada en Nan Elmoth.

En ese bosque, en edades atrás, Melian iba de un lado a otro por el crepúsculo de la Tierra Media, cuando los árboles eran jóvenes y todo parecía envuelto en un sereno encantamiento. Pero ahora los árboles de Nan Elmoth eran los más altos y los más oscuros de toda Beleriand, y allí nunca llegaba el sol; y allí moraba Eöl, a quien llamaban el Elfo Oscuro. Era pariente de Thingol, pero se había sentido inquieto e incómodo en Doriath, y cuando la Cintura de Melian rodeó el Bosque de Región, donde él vivía, escapó a Nan Elmoth. Allí habitó en la sombra Profunda, enamorado de la noche y del crepúsculo bajo las estrellas. Evitaba a los Noldor, pues los tenía por culpables del regreso de Morgoth, que había Perturbado la quietud de Beleriand; pero fe agradaban los Enanos, más que a ningún otro de los Elfos de antaño. Por él se enteraron los Enanos de lo que había ocurrido en las tierras de los Eldar.

Ahora bien, el tráfico de los Enanos que bajaban de las Montañas Azules seguía dos caminos a través de Beleriand Oriental, y el camino septentrional, que conducía a los Vados del Aros, pasaba cerca de Nan Elmoth; y allí Eöl solía encontrarse con los Naugrim; y cuando la amistad creció entre ellos, iba a veces invitado como huésped a las profundas mansiones de Nogrod o Belegost. Allí aprendió mucho sobre los trabajos en metal, en los que llegó a ser hábil en extremo, e inventó un metal tan duro como el acero de los Enanos, pero tan maleable que podía hacerlo delgado y flexible; y sin embargo seguía siendo resistente a todas las espadas y dardos. Lo llamó *galvorn*, porque era negro y brillante como el azabache, y se vestía con él cada vez que salía. Pero Eöl, aunque encorvado por sus trabajos de herrero, de ningún modo era un Enano, sino un Elfo de elevada estatura, dé la alta estirpe de los Teleri, noble aunque ceñudo de cara; y con ojos capaces de traspasar las honduras de las sombras y los lugares oscuros. Y sucedió que vio a Aredhel Ar—Feiniel extraviada entre los árboles altos cerca de los bordes de Nan Elmoth, un resplandor blanco en la tierra en penumbra. Muy bella le pareció, y la deseó; y le echó un encantamiento para que no le fuera posible encontrar el camino de salida y se acercara cada vez más a donde él moraba, en las profundidades del bosque. Allí tenía su herrería y sus estancias oscuras y sus sirvientes, silenciosos y callados como él. Y cuando Aredhel, fatigada de errar, llegó por fin a las puertas de la casa de Eöl, él se le apareció y le dio la bienvenida y la hizo entrar en la casa. Y allí se quedó; porque Eöl la tomó como esposa; y transcurrió mucho tiempo antes de que algún pariente de Aredhel volviera a saber de ella.

No se dijo que Aredhel no estuviera del todo descontenta, ni que durante muchos años la vida en Nan Elmoth le fuera odiosa. Porque, aunque por orden de Eöl tuviera que evitar la luz del sol, erraban juntos muy lejos bajo las estrellas o a la luz de la luna menguante; también podía pasearse sola por donde quisiera, aunque Eöl le había prohibido que buscara a los hijos de Fëanor o a ningún otro de los

Noldor. Y Aredhel tuvo un hijo de Eöl en las sombras de Nan Elmoth, y le puso un nombre secreto en la lengua prohibida de los Noldor, Lómion, que significa Hijo del Crepúsculo; pero el padre no le dio ningún nombre hasta que tuvo doce

años. Lo llamó entonces Maeglin, que significa Mirada Aguda, pues advirtió que los ojos de su hijo eran más penetrantes que los de él, y que era capaz de leer los secretos de los corazones mas allá de la niebla de las palabras.

A medida que Maeglin crecía, tenía cada vez más la cara y talla de los Noldor, pero en temple y mente era el hijo de su padre. Parco en palabras, hablaba sólo cuando los asuntos le incumbían de cerca, y entonces su voz tenía el poder de convocar a quienes lo escuchaban y de derribar a quienes se le oponían. Era alto y de cabellos negros, y de ojos oscuros, brillantes y profundos como los ojos de los Noldor, y de piel blanca. A menudo iba con Eöl a las ciudades de los Enanos al este de Ered Lindon, y allí aprendía lo que estuvieran dispuestos a enseñarle, y sobre todo el arte de descubrir las vetas de los metales en las montañas.

Sin embargo, se cuenta que Maeglin amaba más a su madre, y que si Eöl salía, se quedaba sentado largo tiempo junto a ella, y escuchaba todo cuanto pudiera contarle de las gentes de su casa, y de las hazañas que habían llevado a cabo en Eldamar, y del poderío y el valor de los príncipes de la Casa de Fingolfin. Todas estas cosas guardaba celosamente en el corazón, pero sobre todo lo que oía de Turgon, y de que no había heredero; pues su esposa, Elenwë, había muerto en el cruce del Helcaraxë, y no le quedaba otro hijo que la joven Idril Celebrindal.

Mientras contaba estas historias, se despertó en Aredhel el deseo de volver a ver a los suyos; y se maravilló de que se hubiera cansado de la luz de Gondolin, y de las fuentes al sol y las verdes hierbas de Tumladen bajo los cielos ventosos de la primavera; además, a menudo se sentía sola en las sombras cuando el hijo y el marido se ausentaban. De esas historias nacieron también las primeras disputas entre Maeglin y Eol. Porque de ningún modo quiso Aredhel revelar a Maeglin dónde habitaba Turgon, ni de qué manera se podía llegar allí, y él decidió esperar, confiando en que algún día le sonsacaría el secreto, o quizá pudiera leerle la mente desprevenida; pero antes que nada deseaba ver a los Noldor y conversar con los hijos de Fëanor, sus parientes, que no vivían lejos. Pero cuando declaró sus propósitos, Eöl entró en cólera. —Tú perteneces a la casa de Eöl, Maeglin, hijo mío —le dijo—, y no a la de Golodhrim. Toda esta tierra es la tierra de los Teleri, y no tendré trato ni permitiré que mi hijo tenga trato con los asesinos de nuestros hermanos, los invasores y los usurpadores de nuestros hogares. En esto me obedecerás o te pondré en prisión—. Y Maeglin no le contestó, pero se mantuvo frío y silencioso, y ya no salió con Eöl; y Eöl desconfiaba de él.

Sucedió que en pleno estío, los Enanos, como era su costumbre, invitaron a Eöl a una fiesta que se celebraría en Nogrod; y él se ausentó. Maeglin y su madre fueron libres por un tiempo de ir a donde se les antojara, y a menudo cabalgaron hasta los extremos del bosque en busca de la luz del sol; y en el corazón de Maeglin se encendió el deseo de abandonar Nan Elmoth para siempre. Por tanto le dijo a Aredhel: —Señora, partamos mientras podamos. ¿Qué esperanza hay en el bosque para vos y para mí? Estamos aquí prisioneros, y no encontraré en este sitio beneficio alguno; porque he aprendido todo lo que sabe mi padre, o lo que pueden revelarme los Enanos. ¿No iremos a Gondolin? ¡Vos seréis mi guía, y yo vuestro guardián!

Entonces Aredhel se sintió complacida y contempló con orgullo a su hijo; y diciendo a los sirvientes de Eöl que iban en busca de los hijos de Fëanor, partieron y cabalgaron hacia el confín septentrional de Nan Elmoth. Allí cruzaron la estrecha corriente del Celon a la tierra de Himlad y cabalgaron hacia los Vados de Aros, y luego hacia el oeste a lo largo de los cercados de Doriath.

Ahora bien, Eöl volvió del este más pronto de lo previsto por Maeglin, y descubrió que su esposa y su hijo habían partido solo dos días atrás; y tan grande fue su cólera, que corrió tras ellos aun a la luz del día. Al entrar en Himlad, se dominó y fue más cauteloso, recordando el peligro que corría, pues Celegorm y Curufin eran poderosos señores que no amaban a Eöl, y Curufin, además, era de

peligroso temple; pero los exploradores de Aglon habían descubierto la cabalgata de Maeglin y Aredhel hacia los Vados del Aros, y Curufin, advirtiendo que días extraños se avecinaban, marchó hacia el sur desde el Paso y acampó cerca de los Vados. Y antes de que Eöl se hubiera internado mucho en Himlad fue abordado por unos jinetes, y llevado luego ante el Señor Curufin.

Entonces le dijo Curufin a Eöl: —¿Qué os trae a mis tierras, Elfo Oscuro? Un asunto urgente, quizá, que expone a la luz del día a alguien que tanto esquiva el sol.

Y Eöl, conociendo el peligro en que se encontraba, retuvo las amargas palabras que le nacían en la mente. —He sabido, Señor Curufin —dijo—, que mi hijo y mi esposa, la Blanca Señora de Gondolin, han ido a visitaros mientras yo me encontraba ausente de mi casa; y me pareció adecuado unirme a ellos en este cometido.

Entonces Curufin se rió de Eöl y dijo: —Quizás habrían encontrado la bienvenida menos cálida de lo esperado si vos los hubierais acompañado; pero no tiene importancia, porque no venían aquí. Hace dos oías que han cruzado los Arossiach, y de allí cabalgaron rápidamente hacia el oeste. Parece que queréis engañarme; a no ser en verdad que vos mismo seáis el engañado.

Y Eöl respondió: —Entonces, Señor, quizá me deis permiso para partir, y descubrir la verdad en este asunto.

—Tenéis mi permiso, pero no mi amor —dijo Curufin— Cuanto antes abandonéis esta tierra, tanto más estaré complacido.

Entonces Eöl montó su caballo diciendo: —Es afortunado, Señor Curufin, encontrar a un pariente tan amable en momentos de necesidad. Lo recordaré cuando regrese—. Entonces Curufin miró sombrío a Eöl. —No ostentéis el título de vuestra esposa ante mí —dijo—. Porque los que roban a las hijas de los Noldor y las desposan sin dote o autorización no ganan parentesco con los Noldor. Os doy permiso para partir. Aprovechadlo e idos. De acuerdo con las leyes de los Eldar, no puedo mataros en esta ocasión. Y este consejo añadido: volved a vuestra morada en la oscuridad de Nan Elmoth; pues me advierte el corazón que si perseguís ahora a los que ya no os aman, nunca volveréis.

Entonces Eöl se alejó cabalgando de prisa, y lleno de odio por todos los Noldor, pues comprendía ahora que Maeglin y Aredhel huían a Gondolin. Y llevado por la ira y la vergüenza de su humillación, cruzó los Vados del Aros y se precipitó por el camino que ellos habían recorrido antes; pero aunque no sabían que él los seguía, montado en el corcel más rápido, Eöl no consiguió verlos antes que llegaran al Brithiach y dejaran allí los caballos. Los traicionó entonces la mala suerte, porque los caballos relincharon con fuerza, y el corcel de Eöl los oyó, y se apresuró hacia ellos; y Eöl vio desde lejos el blanco vestido de Aredhel y observó que iba en busca del sendero secreto en las montañas.

Ahora bien, Aredhel y Maeglin llegaron al Portal Exterior de Gondolin y la Guardia Oscura bajo las montañas; y allí ella fue recibida con alegría, y pasando por las Siete Puertas llegó con Maeglin ante Turgon sobre Amon Gwareth. Entonces el rey escuchó maravillado todo lo que Aredhel tenía que contar; y miró con agrado a Maeglin, el hijo de su hermana, viendo en él a un príncipe digno de contarse entre los Noldor.

—Me alegro, en verdad, de que Ar—Feiniel haya regresado a Gondolin —dijo—, y ahora mi ciudad parecerá otra vez más hermosa que en los días en que daba a mi hermana por perdida. Y Maeglin tendrá los más grandes honores de mi reino.

Entonces Maeglin le hizo una profunda reverencia y tuvo a Turgon por rey y señor, y se le sometió; pero se mantuvo silencioso y alerta, porque la dicha y el

esplendor de Gondolin sobrepasaban todo lo que había imaginado por las historias de su madre, y estaba asombrado ante la fortaleza de la ciudad y de los ejércitos, y las muchas cosas extrañas y hermosas" que contemplaba. Sin embargo, nada atraía tanto su mirada como Idril, la hija del rey, que estaba sentada junto a él; porque era dorada como los Vanyar, el linaje de su madre, y se parecía al sol, del que el palacio entero del rey recibía la luz.

Pero Eöl, siguiendo los pasos de Aredhel, encontró el Río Seco y el sendero secreto y así, arrastrándose sigiloso, llegó a la Guardia, y fue atrapado e interrogado. Y cuando la Guardia oyó que redamaba a Aredhel como esposa, se sorprendió y envió un rápido mensajero a la Ciudad; y fue a la estancia del rey.

—Señor —exclamó—, la Guardia ha hecho prisionero a uno que ha llegado encubierto ante el Portal Oscuro. Dice llamarse Eöl, y es un Elfo de alta talla, oscuro y ceñudo, de la parentela de los Sindar; no obstante, reclama a la Señora Aredhel como esposa, y pide que lo traigan ante vos. Es mucha su cólera, y cuesta contenerlo; pero no lo hemos matado, tai como vuestra ley lo exige.

Entonces Aredhel dijo: —¡Ay! Eöl nos ha seguido, como lo temía. Pero lo ha hecho con gran cuidado, pues no vimos ni oímos nada al entrar en el Camino Escondido—. Luego le dijo al mensajero: —No ha dicho sino la verdad. El es Eöl y yo soy su esposa, y él es el padre de mi hijo. No lo matéis, sino traedlo ante el juicio del rey, si éste así lo dispone.

Y así se hizo; y Eöl fue llevado al palacio, y se Mantuvo en pie ante el alto trono de Turgon, con una expresión torva y orgullosa. Aunque no estaba menos asombrado que su hijo ante todo cuanto veía, más le pesaban en el corazón la ira y el odio que sentía por los Noldor. Pero Turgon lo trató con honores y se puso de pie y quiso tomarle la mano; y le dijo:

—Bienvenido, mi pariente, pues por tal os tengo. Aquí moraréis a vuestro gusto, pero no abandonaréis mi reino; porque es mi ley que quien encuentre el camino a mi morada ya no podrá irse.

Pero Eöl retiró la mano. —No reconozco yo tu ley —dijo—. Ni vos ni ninguno de vuestro linaje tenéis derecho en esta tierra a apoderaros de reinos o poner límites en sitio alguno. Esta es la tierra de los Telen, a quienes traéis guerra e inquietud, y a los que tratáis siempre con orgullo e injusticia. Nada me importa de vuestros secretos y no vine a espiaros, sino a reclamar lo mío: mi esposa y mi hijo. No obstante, si cierto derecho tenéis a Aredhel, vuestra hermana, que ella se quede; que el pájaro vuelva a la jaula, donde pronto volverá a enfermar, como ya enfermó antes. Pero no Maeglin. A mi hijo no lo retendréis. ¡Ven, Maeglin, hijo de Eöl! Tu padre te lo ordena. ¡Abandona la casa de los enemigos y los asesinos de mis gentes, o seas maldito! —Pero Maeglin no respondió.

Entonces Turgon se sentó en su alto trono sosteniendo el cetro del juicio y habló con voz severa: —No discutiré con vos, Elfo Oscuro. Sólo las espadas de los Noldor defienden vuestros bosques sin sol. La libertad que allí tenéis de errar libremente se la debéis a mi gente; si no fuera por ellos, hace ya tiempo que trabajaríais esclavizado en las mazmorras de Angband. Y aquí yo soy el rey; y lo queráis o no, mi juicio es inapelable. Sólo tenéis esta alternativa: vivir aquí o morir aquí; y lo mismo en lo que se refiere a tu hijo.'

Entonces Eöl miró al Rey Turgon a los ojos y no se intimidó, y permaneció erguido largo rato sin decir una palabra, y completamente inmóvil, mientras un profundo silencio se había en la estancia; y Aredhel sintió miedo, pues sabía que Eöl era peligroso. De pronto, rápido como una víbora, Eöl sacó una jabalina que llevaba oculta bajo la capa y se la arrojó a Maeglin exclamando: —¡Elijo la segunda opción y también para mi hijo! ¡No retendréis aquello que me pertenece!

Pero Aredhel saltó delante del dardo, que la hirió en el hombro; y Eöl fue sometido por muchos, y encadenado, y llevado afuera, mientras otros asistían a Aredhel. Pero Maeglin observaba a su padre en silencio.

Se decidió que Eöl fuera llevado al día siguiente ante el rey para ser juzgado; y Aredhel e Idril inclinaron a Turgon a que se mostrara clemente. Pero al caer la tarde, Aredhel enfermó, aunque la herida no había parecido grave, y se hundió en la oscuridad, y a la noche murió; porque la punta de la jabalina estaba envenenada, aunque nadie lo supo hasta que fue demasiado tarde.

Por tanto, cuando Eöl fue llevado ante Turgon, no encontró clemencia; y lo condujeron al Caragdûr, un precipicio de piedra negra sobre la ladera norte de la colina de Gondolin, para arrojarlo desde los muros escarpados de la ciudad. Y Maeglin se encontraba allí y no decía nada; pero por fin Eöl gritó: —¡Así, pues, abandonas a tu padre y a tu gente, hijo mal nacido! Aquí fracasarán todas tus esperanzas, y que aquí tengas la misma muerte que yo.

Entonces arrojaron a Eöl por el Caragdûr, y así él perdió la vida, y a todos en Gondolin les pareció justo; pero Idril se sintió perturbada y desde ese día desconfió de Maeglin. Pero Maeglin prosperó y se engrandeció entre los Gondolindrim, alabado por todos y alto en la estima de Turgon; porque si bien aprendía con ansiedad y rapidez todo cuanto estaba a su alcance, también tenía mucho que enseñar. Y reunió a su alrededor a todos los que se interesaban por la herrería y la minería; y exploró las Echoriath (que son las Montañas Circundantes) y encontró ricos filones de metales diversos. Sobre todo apreció el duro hierro de la mina de Anghabar al norte de las Echoriath, y de allí obtuvo gran riqueza en acero y metal forjado, de modo que las armas de los Gondolindrim se hacían cada vez más fuertes y afiladas; y eso les valió de mucho en los días por venir. Maeglin era de buen juicio, y precavido; y sin embargo también osado y valiente en la hora de la necesidad. Y eso se vio en días posteriores: porque cuando en el año terrible de las Nirnaeth Arnoediad, Turgon fue en ayuda de Fingon al norte, Maeglin no quiso quedarse en Gondolin como regente del rey, y marchó a la guerra y luchó junto a Turgon y se mostró feroz y temerario en la batalla.

De manera que todo parecía favorecer la fortuna de Maeglin, que había llegado a ser poderoso entre los príncipes de los Noldor, y el más grande, excepto uno solo, entre los de mayor renombre en los reinos. Sin embargo, no revelaba lo que tenía en el corazón; y aunque no todo iba como él lo había querido, lo soportaba en silencio, ocultando su mente de manera que pocos podían leer en ella, excepto Idril Celebrindal. Porque desde que llegara a Gondolin, Maeglin tenía una pena que se le hacía cada vez más dura y lo privaba de toda alegría: amaba la belleza de Idril y la deseaba sin esperanzas. Los Eldar no se desposaban con parientes tan cercanos, ni tampoco nadie lo había deseado antes. Pero sea como fuere, Idril no quería a Maeglin; y conociendo cómo pensaba él en ella, lo quería todavía menos. Porque le parecía una cosa extraña y perversa en él, como en verdad siempre en adelante les pareció a los Eldar: un fruto maligno de la Matanza de los Hermanos, por la que la sombra de la Maldición de Mandos cayó sobre la última esperanza de los Noldor. Pero al paso de los años Maeglin continuaba observando a Idril, y aguardaba, y el amor se le ennegreció en el corazón. Y tanto más intentaba imponerse en otros asuntos, sin esquivar faena ni peso, si de ese modo ganaba en poder.

Así sucedía en Gondolin; y en medio de toda la dicha de ese reino, en días todavía de gloria, se había sembrado allí una oscura semilla maligna.

17.- DE LA LLEGADA DE LOS HOMBRES AL OCCIDENTE

Cuando trescientos años y aún más hubieron transcurrido desde la llegada de los Noldor a Beleriand, en los días de la Larga Paz, Finrod Felagund, señor de Nargothrond, viajó al este del Sirion y fue de caza con Maglor y Maedhros, hijos de Fëanor. Pero se fatigó de la caza y se encaminó solo a las montañas de Ered Lindon, que vio resplandecer a lo lejos, y tomando el Camino de los Enanos, cruzó el Gelion por el vado de Sarn Athrad, se volvió hacia el sur por encima de las corrientes superiores del Asear, y llegó al norte de Ossiriand.

En un valle al pie de las montañas, bajo las fuentes del Tríalos, vio luces en la noche, y oyó a la distancia el sonido de una canción. Esto le sorprendió, pues los Elfos Verdes de esa tierra no hacían fogatas ni cantaban en la oscuridad. En un principio temió que una incursión de Orcos hubiera llegado desde el norte, pero al acercarse vio que no era así; porque aquellas gentes cantaban en una lengua que nunca había escuchado antes y no era la de los Enanos ni la de los Orcos. Entonces Felagund, silencioso en la sombra nocturna de la floresta, miró hacia abajo donde estaba el campamento y vio un pueblo extraño.

Ahora bien, era éste parte del linaje y de los seguidores de Bëor el Viejo, como se lo llamó después, un cacique de Hombres. Al cabo de muchas vidas de errar desde el Este, los había conducido por fin por sobre las Montañas Azules, los primeros de la raza de los Hombres en penetrar en Beleriand; y cantaban porque estaban alegres y creían haber escapado a todos los peligros y llegado a una tierra donde no había por qué tener miedo.

Durante mucho tiempo los observó Felagund, y un amor por ellos se le encendió en el corazón; pero permaneció oculto entre los árboles hasta que todos se quedaron dormidos. Entonces fue entre ellos y se sentó junto al fuego mortecino donde nadie vigilaba; y tomó un arpa rústica que Bëor había dejado a un lado, y tocó en ella una música tal como nunca la habían escuchado los oídos de los Hombres; porque en este arte no habían tenido hasta entonces maestros, salvo sólo los Elfos Oscuros en las tierras salvajes.

Entonces los Hombres despertaron y escucharon a Felagund que tocaba el arpa y cantaba, y cada cual creyó que estaba en un hermoso sueño, hasta que vio que los demás estaban también despiertos junto a Felagund; pero no hablaron ni se movieron mientras él siguió tocando, a causa de la belleza de la música y la maravilla de la canción. Había sabiduría *en* las palabras del Rey Elfo, y los corazones que lo escuchaban se volvían a su vez más sabios; porque las cosas que cantaba, la hechura de Arda y la beatitud de Aman más allá del mar, aparecían como claras visiones delante de los ojos de los Hombres, y cada uno de ellos interpretaba el lenguaje élfico de acuerdo con su propia medida.

Así fue que los Hombres llamaron al Rey Felagund, el primero que conocieron de todos los Eldar, Nóm, esto es, Sabiduría en la lengua de ese pueblo, y a las gentes del rey les dieron el nombre de Nómin, los Sabios. En verdad, creyeron en un principio que Felagund era uno de los Valar, de quienes habían oído decir que vivían lejos en el Occidente; y que esto (decían algunos) era la causa de que hicieran tantos viajes. Pero Felagund se quedó a vivir con los Hombres y les enseñó verdaderos conocimientos, y ellos lo amaron, y lo tomaron por señor, y fueron siempre fieles a la casa de Finaran.

Ahora bien, los Eldar, más que ningún otro pueblo, eran hábiles para las lenguas; y Felagund descubrió también que podía leer en las mentes de los Hombres los pensamientos que deseaban revelar en el discurso, de modo que

interpretaba fácilmente todo lo que ellos decían. También se cuenta que estos Hombres tenían trato desde hacía ya mucho con los Elfos Oscuros, al este de las montañas, y que de ellos habían aprendido gran parte de la lengua élfica; y como todas las lenguas de los Quendi tenían un único origen, la lengua de Bëor y de su gente se asemejaba a la élfica en muchas palabras y modos. No pasó mucho tiempo sin que Felagund pudiera conversar sin dificultad con Bëor; y mientras habitó con él hablaron mucho juntos. Pero cuando lo interrogó acerca del despertar de los Hombres y de los viajes que habían hecho, Bëor dijo muy poco; y en verdad poco era lo que sabía, porque los más viejos de entre ellos nunca habían contado historias del pasado, y un silencio había caído sobre la memoria de los Hombres. — Hay una oscuridad detrás de nosotros —dijo Bëor—, y le hemos dado la espalda, y no deseamos volver allí ni siquiera con el pensamiento. Al Occidente se han vuelto nuestros corazones, y creemos que allí encontraremos la Luz.

Pero se dijo después entre los Eldar que cuando los Hombres despertaron en Hildórien al levantarse el Sol, los espías de Morgoth vigilaban, y él pronto se enteró, y esto le pareció asunto de tanta importancia, que abandonó en secreto Angband al abrigo de las sombras y se dirigió a la Tierra Media, dejando a Sauron el mando de la Guerra. De los tratos de él con los Hombres, nada sabían por ese entonces los Eldar, y de poco se enteraron después; pero que había una oscuridad en el corazón de los Hombres (como la sombra de la Matanza de los Hermanos y la Maldición de Mandos que pesaba entre los Nolóor) lo advirtieron claramente aun en el pueblo de los Amigos de los Elfos, a quienes vieron por primera vez. Corromper o destruir todo lo que pareciese nuevo y hermoso fue siempre el principal deseo de Morgoth; y sin duda esto era lo que se proponía: por el miedo y la mentira hacer de los Hombres los enemigos de los Eldar, y llevarlos desde el Este contra Beleriand. Pero este plan maduró lentamente, y nunca

fue llevado a cabo por entero, pues los Hombres (se dice) eran al principio muy escasos en número, mientras que Morgoth temía el creciente poder y la unión de los Eldar y volvió a Angband, dejando atrás en esa ocasión unos pocos servidores, y los de menos poder y astucia.

Por Bëor supo Felagund que había otros muchos Hombres de mente parecida que también viajaban hacia el oeste. —Otros de mi propio linaje han cruzado las Montañas —dijo— y yerran no muy lejos; y los Haladin, un pueblo del que estamos divididos por la lengua, están todavía en los valles de las laderas orientales, a la espera de nuevas antes de aventurarse más. Hay todavía otros Hombres cuya lengua se parece más a la nuestra, con los que mantenemos trato en ocasiones. Se nos habían adelantado en la marcha hacia el oeste, pero al fin los dejamos atrás; porque son un pueblo numeroso, pero se mantienen unidos y avanzan lentamente, y a todos los rige un único cacique, al que llaman Marach.

Ahora bien, la llegada de los Hombres perturbó a los Elfos Verdes de Ossiriand, y cuando oyeron que un señor de los Eldar de más allá del Mar se encontraba con ellos, enviaron mensajeros a Felagund. —Señor —le dijeron—, si tenéis poder sobre estos recién llegados, decidles que vuelvan por el camino que los trajo aquí, o de lo contrario que sigan adelante. Porque en esta tierra no queremos forasteros que quebranten la paz en que vivimos. Y esa gente son taladores de árboles y cazadores de bestias; por tanto, no somos amigos, y si no parten, les haremos todo el daño que podamos.

Entonces, por consejo de Felagund, Bëor reunió a todas las familias errantes del mismo linaje, y cruzaron el Gelion, y eligieron por morada las tierras de Amrod y Amras, en las orillas orientales del Celon, al sur de Nan Elmoth, cerca de los confines de Doriath; y el nombre de esa tierra fue en adelante Estolad, el Campamento. Pero cuando hubo transcurrido un año, Felagund deseó volver a su propio país y Bëor le pidió permiso para acompañarle; y estuvo al servicio del Rey

de Nargothrond mientras vivió. De este modo obtuvo el nombre de Bëor, aunque antes lo habían llamado Balan; porque Bëor significa «Vasallo» en su propia lengua. El gobierno de su pueblo lo encomendó a su hijo mayor, Baran; y no regresó nunca a Estolad.

Poco después de la partida de Felagund, los otros Hombres de los que había hablado Bëor también llegaron a Beleriand. Primero vinieron los Haladin; pero al tropezar con la hostilidad de los Elfos Verdes, se dirigieron al norte y vivieron en Thargelion, en el país de Caranthir hijo de Fëanor; allí tuvieron paz por un tiempo, y el pueblo de Caranthir les prestaba escasa atención. Al año siguiente Marach condujo a su pueblo por sobre las montañas; eran gente de alta talla y aspecto guerrero, que marchaba en compañías ordenadas, y los Elfos de Ossiriand se escondieron de ellos. Pero Marach, al oír que el pueblo de Bëor moraba en una tierra verde y fértil, descendió por el Camino de los Enanos, y se asentó en el país al sur y al este de la morada de Baran hijo de Bëor; y hubo una gran amistad entre esos pueblos.

Frelagund, por su parte, volvió con frecuencia a visitar a los Hombres; y muchos otros Elfos de las tierras occidentales, tanto Noldor como Sihdar, viajaron a Estolad, pues querían ver a los Edain, cuya llegada se había predicho hacía ya mucho tiempo. Ahora bien, Atañí, el Segundo Pueblo, era el nombre que habían dado a los Hombres en Valinor, en las historias que hablaban de su llegada; pero en la lengua de Beleriand se los llamó Edain, y allí se lo empleó sólo para designar a los tres linajes de los Amigos de los Elfos.

Fingolfin, como rey de todos los Noldor, les envió mensajeros de bienvenida; y entonces muchos de los nombres de los Edain, jóvenes y ansiosos, fueron y se pusieron al servicio de los reyes y los señores de los Eldar. Entre ellos estaba Malach hijo de Marach, y vivió en Hithlum durante catorce años; y aprendió la lengua élfica y se le dio el nombre de Aradan.

Los Edain no vivieron mucho tiempo contentos en Estolad, pues muchos deseaban continuar avanzando hacia el oeste; aunque no conocían el camino. Ante ellos se extendía la cerca de Doriath, y hacia el sur estaba el Sirion, de marjales impenetrables. Por tanto, los reyes de las tres casas de los Noldor, viendo esperanzas de fuerza en los hijos de los Hombres, enviaron a decir que cualquiera de los Edain que lo deseara podía ir a vivir con los Noldor. Así empezó la migración de los Edain: en un principio, poco a poco, pero luego en familias y casas se pusieron en camino y abandonaron Estolad, hasta que al cabo de unos cincuenta años muchos millares habían penetrado en las tierras de los reyes. Algunos de ellos tomaron el largo camino hacia el norte, hasta que conocieron bien todas las sendas. El pueblo de Bëor llegó a Dorthonion y vivió en las tierras regidas por la casa de Finarfin. El pueblo de Aradan (pues Marach, el padre, se quedó en Estolad hasta su muerte) marchó casi todo hacia el oeste; y algunos llegaron a Hithlum, pero Magor hijo de Aradan, y muchos del pueblo fueron por el Sirion abajo hasta Beleriand y vivieron un tiempo en los valles de las laderas australes de Ered Wethrin.

Se dice que en relación con todos estos asuntos, nadie, excepto Finrod Felagund, consultó con el Rey Thingol, y éste se sintió insatisfecho por esta razón también porque tenía malos sueños acerca del advenimiento de los Hombres, aun antes de que se supiera algo de ellos. Por tanto, ordenó que los Hombres nunca dispusiesen de tierras en las que vivir, excepto en el norte, y que los príncipes a los que servían serían responsables de todo lo que los Hombres hicieran; y dijo: —En Doriath no entrará Hombre alguno mientras dure mi reino, ni siquiera aquellos de la casa de Bëor que sirven a Finrod, el bienamado.— Melian no dijo nada en esa ocasión, pero más tarde le habló a Galadriel: —Ahora el mundo gira rápidamente al encuentro de grandes nuevas. Y uno de los Hombres, y de la casa de Bëor, vendrá por cierto, y la Cintura de Melian no lo estorbará, pues lo enviará un hado más eran

de que mi poder; y los cantos que nazcan de esa venida sobrevivirán aún cuando la Tierra Media haya cambiado.

Pero muchos Hombres permanecieron en Estolad, y había un pueblo de distintas gentes viviendo allí al cabo de muchos años, hasta que fueron aplastados en la ruina de Beleriand o huyeron de nuevo hacia el este. Porque además de los viejos que creían haber dejado atrás los años de migración, había no pocos que deseaban seguir su propio camino, y temían a los Eldar de ojos fulgurantes; y hubo entonces disensiones entre los Edain, en las que se advierte la sombra de Morgoth, porque por cierto ya estaba enterado de la llegada de los Hombres a Beleriand y de la creciente amistad que tenían con los Elfos.

Los que encabezaban el descontento eran Bereg de la casa de Bëor, y Amlach, nieto de Marach; y decían abiertamente: —Emprendimos largos caminos deseando escapar de los peligros de la Tierra Media y las oscuras criaturas que allí habitan; porque habíamos oído que había Luz en el Oeste. Pero nos dicen ahora que la Luz está más allá del Mar. No nos es posible llegar allí, donde moran dichosos los Dioses. Salvo uno; porque el Señor de la Oscuridad está aquí delante de nosotros; y los Eldar, sabios aunque fieros, libran contra él una guerra infinita. Mora en el Norte, dicen; y allí encontraríamos otra vez el dolor Y la muerte de los que hemos huido. No iremos en esa dirección.

Entonces se convocó un consejo y una asamblea de Hombres que acudieron en gran número. Y los Amigos de los Elfos respondieron a Bereg diciendo: —En verdad, del Rey Oscuro vienen los males de los que huimos; pero él pretende dominar toda la Tierra Media y ¿no ha de perseguirnos cuando nos marchemos? La alternativa es vencerlo aquí mismo, o al menos mantenerlo sitiado. Sólo el valor de los Eldar lo retiene, y quizá fue con este propósito, para ayudarlos en esta necesidad, que fuimos traídos aquí.

A esto respondió Bereg: —¡Dejemos ese cuidado a los Eldar! Ya bastante cortas son nuestras vidas—. Pero entonces se puso de pie uno que a todos pareció Amlach hijo de Imlach, pronunciando palabras coléricas que conmovieron a cuantos lo escuchaban: —Todo esto son sólo historias de los Elfos, cuentos para seducir a quienes llegan aquí desprevenidos. El Mar no tiene costa alguna. No hay Luz en el Occidente. ¡Habéis seguido el fuego engañoso de los Elfos hasta el fin del mundo! ¿Quién de entre vosotros ha visto al menor de los Dioses? ¿Quién ha contemplado al Rey Oscuro en el Norte? Los que intentan dominar la Tierra Media son los Eldar. Codiciosos de riqueza han cavado la tierra en busca de secretos y han despertado la cólera de las criaturas que viven debajo, como siempre lo han hecho y siempre lo harán. Que los Orcos dispongan del reino que les pertenece y nosotros tendremos el nuestro. ¡Hay sitio en el mundo si los Eldar nos dejan en paz!

Entonces quienes lo escucharon se quedaron inmóviles y desconcertados, y una sombra de miedo les ganó el corazón; y decidieron alejarse de las tierras de los Eldar. Pero luego Amlach volvió entre ellos y negó haber estado presente en el debate o haber pronunciado las palabras que le atribuían. Entonces los Amigos de los Elfos dijeron: —Esto creerán cuando menos: hay por cierto un Señor Oscuro, y sus espías y emisarios están entre nosotros; porque nos teme; teme la fuerza con que podamos apoyar a sus enemigos.

Pero otros replicaron: —En verdad nos odia, y nos odiará más si nos demoramos aquí, mezclándonos en sus querellas con los Reyes de los Eldar, sin beneficio alguno para nosotros—. Muchos de los que permanecían todavía en Estolad se prepararon entonces para la partida; y Bereg condujo hacia el sur a un millar de los hombres de Bëor, y desaparecieron de las canciones de aquellos días. Pero Amlach se arrepintió diciendo: —Tengo ahora mi propia querella con el Amo de las Mentiras, que durará hasta el día de mi muerte— Y marchó hacia el Norte y entró al servicio de Maedhros. Pero aquellos de los de su pueblo que pensaban

como Bereg, eligieron un nuevo conductor, y volvieron por sobre las montañas a Eriador, y han quedado olvidados.

Durante este tiempo los Haladin permanecieron en Thargelion y estuvieron contentos. Pero Morgoth, al ver que con mentiras y engaños no podía apartar a los Elfos de los Hombres, tuvo un arrebatado de furia e intentó dañar a los Hombres tanto como pudiera. Envió por tanto una incursión de Orcos, y dirigiéndose hacia el este, evitó el cerco y volvió sigiloso por sobre Ered Lindon por los pasos del Camino de los Enanos, y cayó sobre los Haladin en los bosques australes de la tierra de Caranthir.

Ahora bien, los Haladin no vivían bajo la égida de señores, ni en grupos numerosos, sino que cada casa estaba situada aparte y gobernaba sus propios asuntos, y demoraban mucho en unirse. Pero había entre ellos un hombre de muchos recursos llamado Haldad, que no conocía el miedo; y él reunió a todos los hombres valientes que encontró, y retrocedió al rincón de tierra formado por el Asear y el Gelion, y en el ángulo extremo levantó una empalizada que iba de corriente a corriente; y atrás de ella llevaron a todas las mujeres y los niños que pudieron salvar. Allí fueron sitiados, hasta que se les acabaron los alimentos.

Haldad tenía hijos mellizos: Haleth, su hija, y Haldar su hijo; y ambos eran valientes en la defensa, porque Haleth era mujer de gran fuerza y corazón.

Pero por fin Haldad fue muerto en una salida contra los Orcos; y Haldar, que se precipitó para salvar a su padre de la carnicería, murió junto a él. Entonces Haleth mantuvo unido al pueblo, aunque no tenían esperanzas; y algunos se arrojaron a los ríos y se ahogaron. Pero siete días más tarde, cuando los Orcos se habían lanzado al último ataque y ya habían roto la empalizada, se oyó de súbito una música de trompetas, y el ejército de Caranthir llegó desde el norte y empujó a los Orcos hacia los ríos.

Entonces Caranthir miró con bondad a los Hombres; y ofreció compensar de algún modo las muertes del padre y del hermano de Haleth, y le rindió grandes honores. Y descubriendo demasiado tarde el valor con que contaban los Edain, le dijo: —Si queréis partir y marchar hacia el norte, allí tendréis la amistad y la protección de los Eldar, y tierras de las que podréis disponer con libertad.

Pero Haleth era orgullosa y no quería que se la guiara o se la gobernara, y la mayor parte de los Haladin eran de temple semejante. Por tanto agradeció a Caranthir, pero le dijo: —Estoy decidida, señor, a abandonar la sombra de las montañas e ir hacia el oeste, a donde han ido ya algunos de los nuestros— Así fue que cuando los Haladin hubieron reunido a todos los que quedaban con vida, y que habían huido a los bosques delante de los Orcos, juntaron lo que quedaba de sus pertenencias en las casas quemadas, y escogieron a Haleth como jefa; y ella los condujo por fin a Estolad y allí permanecieron por un tiempo.

Pero fueron un pueblo aparte, y desde entonces los Elfos y los Hombres lo conocieron como el Pueblo de Haleth. Haleth siguió conduciéndolo hasta el fin de sus días, pero no se casó, y el mando pasó luego a Haldan hijo de Haldar, su hermano. Pronto, sin embargo, Haleth deseó marchar otra vez hacia el oeste; y aunque la mayor parte del pueblo era contrario a esta medida, allí los llevó ella una vez más; y avanzaron sin ayuda ni guía de los Eldar, y cruzando el Celon y el Aros viajaron por las peligrosas tierras que se extienden entre las Montañas del Terror y 1ª Cintura de Melian. En esa tierra no había entonces tanta malignidad como se conoció después, pero no era camino que Hombres mortales pudiesen tornar sin ayuda, y Haleth los condujo por ella a costa de muchas penurias y pérdidas, obligándolos con obstinación a seguir adelante. Por fin cruzaron el Brithiach, y muchos se arrepintieron amargamente de haber emprendido el viaje; pero no había ahora modo de regresar. Por lo tanto en las nuevas tierras volvieron a ía vida de

antes lo mejor que pudieron; y allí habitaron en viviendas que levantaron en los bosques de Talath Dirnen más allá del Teiglin, y algunos se internaron profundamente en el Reino de Nargothrond. Pero había muchos que amaban a la Señora Haleth y deseaban ir a donde ella fuese, y someterse a su égida; y a éstos ella los condujo al Bosque de Brethil, entre el Teiglin y el Sirion. Allí, en los luctuosos días que siguieron, regresaron muchas de las gentes de Haleth, que se habían desperdigado.

Ahora bien, Brethil era considerado por el Rey Thingol parte de su propio reino, aunque no se encontraba dentro de la Cintura de Melian, y se lo habría negado a Haleth; pero Felagund, que contaba con la amistad de Thingol, al oír lo que le había sucedido al Pueblo de Haleth, obtuvo esta gracia para ella: que pudiera vivir libremente en Brethil, con la sola condición de montar guardia en los Cruces del Teiglin contra todos los enemigos de los Eldar, y no permitiera que los Orcos entraran en los bosques. A esto Haleth contestó: —¿Dónde están Haldad, mi padre, y Haldar, mi hermano? Si el Rey de Doriath teme una amistad entre Haleth y quienes han devorado a Haldad y Haldar, entonces los Hombres no entienden los pensamientos de los Eldar— Y Haleth habitó en Brethil hasta que murió; y su pueblo levanto un montículo verde en las alturas del bosque, Tur Haretha, el Túmulo de la Señora, Haudh—en—Arwen en lengua Sindarin.

Así los Edain habitaron en las tierras de los Eldar, algunos aquí, otros allá, algunos errantes, otros asentados en tribus o poblados pequeños; y la mayor parte de ellos no tardó en aprender la lengua de los Elfos Verdes, como habla común, y también porque

había muchos que deseaban sobre todo aprender la ciencia de los Elfos. Pero al cabo de un tiempo, los reyes de los Elfos, advirtiendo que no era bueno que los Elfos y los Hombres vivieran entremezclados, y que los Hombres necesitaban señores de su propia especie, buscaron regiones apartadas donde los Hombres pudieran vivir su propia vida, y designaron caciques que rigieran libremente estas tierras. Eran aliados de los Elfos en la guerra, pero obedecían a sus propios jefes. No obstante, muchos de los Edain disfrutaban de la amistad de los Elfos, y vivieron entre ellos tanto como les fue permitido; muchos hombres jóvenes llegaban a servir en los ejércitos de los reyes.

Ahora bien, Hador Lórindol, hijo de Hathol, hijo de Magor, hijo de Malach Aradan, se unió a la casa de Fingomn cuando aún era joven, y fue amado por el rey. Fingolfin, por tanto, le concedió el señorío de Durlómm, y en esa tierra reunió a la mayor parte de los suyos, y se convirtió en el cacique más poderoso de los Edain. En la casa de Hador sólo se hablaba la lengua élfica; pero no olvidaron la lengua que les era propia, y de ella provino el habla común de Númenor. Pero en Dorthonion, el señorío del pueblo de Bëor y el país de Ladros le fueron concedidos a Boromir hijo de Boron, que era el nieto de Bëor el Viejo.

Los hijos de Hador fueron Galdor y Gundor; y los hijos de Galdor fueron Húrin y Huor; y el hijo de Hurin fue Túrin, la Ruina de Glaurung; y el hijo de Huor fue Tuor, padre de Eärendil el Bendito. El hijo de Boromir fue Bregor, cuyos hijos fueron Brególas y Barahir; y los hijos de Brególas fueron Baragund y Belegund. La hija de Baragund fue Morwen, la madre de Túrin, y la hija de Belegund fue Rían, la madre de Tuor. Pero el hijo de Barahir fue Beren el Manco, que ganó el amor de Lúthien hija de Thingol, y regresó de entre los muertos; de ellos descendieron Elwing, la esposa de Eärendil, y todos los Reyes de Númenor.

Todos ellos vivieron atrapados en la red de la Maldición de los Noldor; e hicieron grandes hazañas que los Eldar recuerdan todavía en las historias de los reyes de antaño. Y en aquellos días la fuerza de los Hombres se sumó al poder de los Noldor y todos ellos tenían grandes esperanzas; y Morgoth estaba estrechamente cercado, porque el pueblo de Hador, capaz de soportar el frío y los largos viajes, no temía en ocasiones avanzar lejos hacia el norte, para allí vigilar

estrechamente los movimientos del Enemigo. Los Hombres de las Tres Casas medraron y se multiplicaron, pero la más grande entre ellas fue la casa de Hador Cabeza de Oro, par de los Señores Elfos. La gente de Hador era fuerte y de gran estatura, listos de mente, resistentes y audaces, rápidos para el enfado y la risa, poderosos entre los Hijos de Ilúvatar en la juventud de la Humanidad. Eran casi todos de cabellos amarillos, y de ojos azules; pero no así Túrin, cuya madre era Morwen, de la casa de Bëor. Los hombres de esa casa tenían cabellos oscuros o castaños y ojos grises; y de todos los Hombres eran los más parecidos a los Noldor y los más amados por ellos; porque tenían mentes inquisitivas, manos hábiles, entendimiento rápido, memoria larga, y estaban más indinados a la piedad que a la risa. Semejante a ellos era el Pueblo de Haleth, que habitaba en los bosques, aunque más bajos de talla, y menos curiosos. Utilizaban pocas palabras y no se sentían atraídos por las grandes aglomeraciones de hombres; y muchos de entre ellos se deleitaban en la soledad y erraban libres por los bosques verdes mientras la maravilla de la tierra de los Eldar era todavía una novedad para ellos. Pero en los reinos del Occidente las gentes de Haleth estuvieron poco tiempo, y fueron desdichadas.

Los años de los Edain se prolongaron, de acuerdo con las cuentas de los Hombres, después de que llegaron a Beleriand; pero por último Bëor el Viejo murió; había vivido noventa y tres años, y cuarenta y cuatro de ellos al servicio del Rey Felagund. Y cuando yació muerto, no de herida ni de pena, sino vencido por la edad, los Eldar vieron por primera vez

la rápida mengua de la vida de los Hombres, y la muerte de cansancio, que ellos no conocían; y lloraron mucho la pérdida de sus amigos. Pero Bëor había abandonado la vida de buen grado, y falleció en paz; y los Eldar se asombraron grandemente del extraño destino de los Hombres, del que nada se decía en las canciones e historias, y que les estaba oculto.

No obstante, los Edain de antaño aprendieron de prisa de los Eldar todos los conocimientos y artes que estuvieran al alcance de ellos, y sus hijos crecieron en habilidad y sabiduría, hasta dejar muy atrás a todos los otros miembros de la Humanidad, que moraban todavía al este de las montañas y no habían visto a los Eldar ni mirado las caras de los que habían contemplado la Luz de Valinor.

18.- DE LA RUINA DE BELERIAND Y LA CAÍDA DE FINGOLFIN

Ahora bien, Fingolfin, Rey del Norte y Rey Supremo de los Noldor, al ver que su pueblo se había hecho numeroso y fuerte y que los Hombres aliados suyos eran muchos y valerosos, pensó una vez más en atacar Angband; porque sabía que vivían en peligro mientras no completaran el círculo del Sitio, y Morgoth pudiera trabajar libremente en las minas profundas, inventando males que nadie era capaz de adivinar antes de que él los revelara. Este propósito era pertinente de acuerdo con lo que él sabía; porque los Noldor no comprendían todavía la fuerza del poder de Morgoth, ni entendían que si libraban solos una guerra contra él no había la menor esperanza de triunfo, fuera que la apresuraran o la demoraran. Pero porque la tierra era hermosa y sus reinos vastos, la mayor parte de los Noldor estaban satisfechos con las cosas tal como eran, confiando en que durarían, y retrasaban un ataque en el que sin duda morirían muchos, fuera en la victoria o en la derrota. Por tanto, estaban poco dispuestos a escuchar a Fingolfin, y los hijos cíc Fëanor, por aquel tiempo, menos que nadie. Entre los jefes de los Noldor, sólo Angrod y Aegnor pensaban como el rey; porque vivían en regiones desde donde podía verse Thangorodrim, y nunca olvidaban la amenaza de Morgoth. De este modo, los planes de Fingolfin no llegaron a nada, y la tierra aun tuvo paz por un tiempo.

Pero cuando la sexta generación de Hombres después de Bëor y Marach no había alcanzado aún la Plenitud de la madurez, habiendo transcurrido por entonces cuatrocientos cincuenta y cinco años desde la llegada de Fingolfin, sucedió el mal que por tanto tiempo habían temido, pero más terrible y repentino todavía que en sus miedos más oscuros. Porque Morgoth había preparado su fuerza en secreto y durante largo tiempo, mientras la malicia de su corazón no dejaba de aumentar y su odio por los Noldor se hacía más amargo; y deseaba no sólo acabar con sus enemigos, sino también destruir y mancillar las tierras que habían tomado y embellecido. Y se dice que su odio pudo más que su prudencia, de modo que si sólo hubiera aguardado un tiempo más, hasta estar bien preparado, los Noldor habrían sido aniquilados por completo. Pero tomó demasiado a la ligera el valor de los Elfos, y a los Hombres no daba todavía ninguna importancia.

Llegó el tiempo del invierno, cuando la noche era oscura y sin luna; y la amplia llanura de Ard-galen se extendía en la sombra bajo las frías estrellas, desde los fuertes en las colinas de los Noldor hasta el pie de Thangorodrim. Las hogueras ardían débilmente y los guardianes eran escasos; pocos velaban en los campamentos de los jinetes de Hithlum. Entonces, de pronto, Morgoth envió desde Thangorodrim caudalosos ríos de llamas que más rápidos que Balrogs se esparcieron por toda la llanura; y las Montañas de Hierro eructaban fuegos venenosos de muchos colores y el humo descendía por el aire, y era mortal. Así pereció Ard-galen, y el fuego devoró sus hierbas, convirtiéndola en un baldío quemado y desolado, de aire polvoriento y sofocante, yermo y sin vida. Desde entonces cambió de nombre y se llamó Anfauglith, el Polvo Asfixiante. Allí tuvieron tumba sin techo montones de huesos chamuscados; porque en ese incendio perecieron muchos de los Noldor que no pudieron llegar a las colinas y fueron atrapados por la precipitación de las llamas. Las alturas de Dorthonion y Ered Wethrin detuvieron los fogosos torrentes, pero los bosques sobre las laderas que daban a Aneband ardieron todos, y el humo confundió a los defensores. Así empezó la cuarta de las grandes batallas, Dagor Bragollach, la Batalla de la Llama Súbita.

Al frente de ese fuego avanzó Glaurung el dorado, Padre de los Dragones, ya entonces en la plenitud de su poder, y con un séquito de Balrogs; y detrás de ellos venían los ejércitos negros de los Orcos, en multitudes que los Noldor no habían visto ni imaginado jamás. Y atacaron las fortalezas de los Noldor y quebrantaron el sitio en torno a Angband y mataban a los Noldor y a sus aliados, los Elfos Grises y los Hombres, en cualquier sitio que los encontraran. Muchos de los más vigorosos de los enemigos de Morgoth fueron destruidos en los primeros días de combate, sorprendidos y dispersos e imposibilitados de unir sus fuerzas. Desde entonces la guerra nunca cesó del todo en Beleriand; pero la Batalla de la Llama Súbita se dio por concluida con la llegada de la primavera, cuando disminuyó la feroz embestida de Morgoth.

De este modo terminó el Sitio de Angband; y los enemigos de Morgoth fueron dispersados y separados los unos de los otros. La mayor parte de los Elfos Grises huyó hacia el sur y abandonó la guerra del norte; muchos fueron recibidos en Doriath, y el reino y la fuerza de Thingol se hicieron más grandes en ese tiempo, pues el poder de la Reina Melian se había extendido más allá de las fronteras y el mal no podía penetrar aún en ese reino escondido. Otros se refugiaron en las fortalezas junto al mar, y en Nargpithron; y algunos huyeron y se ocultaron en Ossiriand, o atravesaron las montañas, errando sin casa en la intemperie. Y el rumor de la guerra y del quebrantamiento del Sitio llegó a oídos de los Hombres en el este de la Tierra Media.

Los hijos de Finarfin fueron los que más sintieron la pujanza del ataque, y Angrod y Aegnor murieron allí y junto a ellos cayeron Brególas, señor de la casa de Bëor, y gran parte de los guerreros de ese pueblo. Pero Barahir, el hermano de Brególas, estaba en una batalla que se libraba más hacia el oeste, cerca del Paso

del Sirion. Allí el Rey Finrod Felagund, que se apresuraba desde el sur, quedó aislado con unos pocos de los suyos y fue rodeado en el Marjal de Serech; y habría sido muerto o tomado prisionero, pero acudió Barahir con los más valientes de sus nombres y lo rescató levantando un muro de lanzas alrededor; y se abrieron paso entre las tropas enemigas, y abandonaron el campo de batalla aunque con grandes pérdidas. Así escapó Felagund, y volvió a su profunda fortaleza de Nargothrond; pero hizo un juramento de amistad eterna y de ayuda en toda necesidad a Barahir y a su gente, y como prenda del juramento le dio su anillo. Barahir era ahora por derecho señor de la casa de Bëor, y regresó a Dorthonion; pero la mayor parte del pueblo escapó y se refugió, abandonando sus hogares, en la fortaleza de Hithlum.

Tan grande fue la embestida de Morgoth, que Fingolfin y Fingon no pudieron acudir en ayuda de los hijos de Finarfin; y los ejércitos de Hithlum fueron rechazados con grandes pérdidas hasta las fortalezas de Ered Wethnn, y apenas consiguieron defenderlas de los ataques de los Orcos. Ante los muros de Eithel Sirion cayó Hador, el de Cabellos Dorados, en la defensa de la retaguardia del señor Fingolfin, a la edad de sesenta y seis años; y con él cayó Gundor, su hijo menor, atravesado por muchas flechas; y fueron llorados por los Elfos. Entonces Galdor el Alto sucedió como señor a su padre. Y por causa de la fortaleza y la altura de las Montañas Sombrías, que resistieron el torrente de fuego, y el valor de los Elfos y de los Hombres del Norte, que ni Orcos ni Balrogs pudieron vencer, Hithlum no fue conquistada y amenazó el flanco del ataque de Morgoth; pero un mar de enemigos separó a Fingolfin de su gente.

Porque dura había sido la guerra para los hijos de Fëanor, y casi todas las fronteras orientales habían sido tomadas por asalto. El Paso de Aglon fue forzado, aunque los ejércitos de Morgoth pagaron por ello un alto precio; y Celegorm y Curufin huyeron derrotados hacia el sur y el oeste por las fronteras de Doriath, y cuando por fin llegaron a Nargothrond, buscaron refugio con Finrod Felagund. De este modo acrecentaron la fuerza de Nargothrond; pero habría sido mejor, como se vio después, que se hubieran quedado en el este junto con los de su propio linaje. Maedhros llevó a cabo hazañas de insuperable valor, y los Orcos huían delante de su cara; porque desde el tormento padecido en Thangorodrim, ardía por dentro como una llama blanca, y era como uno que regresa de entre los muertos. Así, la gran fortaleza sobre la Colina de Himring no pudo ser tomada, y muchos de los más valientes que quedaban aún, tanto del pueblo de Dorthonion como de las fronteras orientales, se juntaron allí para ir al encuentro de Maedhros; y durante un tiempo él cerró una vez más el Paso de Aglon, de modo que los Orcos no pudieron penetrar en Beleriand por ese camino. Pero abrumaron a los jinetes del pueblo de Fëanor en Lothlann, pues hacia allí marchó Glaurung, y pasó por la Hondonada de Maglor, y destruyó todas las tierras entre los brazos del Gelion. Y los Orcos tomaron la fortaleza de las laderas occidentales del Monte Rerir y devastaron toda Thargelion, la tierra de Caranthir; y contaminaron el Lago Helevorn. De allí cruzaron el Gelion con fuego y terror y penetraron profundamente en Beleriand Oriental. Maglor se unió a Maedhros en Himring; pero Caranthir huyó y sumó el resto de su gente al pueblo disperso de los cazadores, Amrod y Amras, y se retiraron y pasaron Ramdal en el sur. En Amon Ereb mantuvieron una guardia y algunas fuerzas de combate, y recibieron la ayuda de los Elfos Verdes; y los Orcos no entraron en Ossiriand, ni tampoco en Taur—im—Duinath y las tierras salvajes del sur.

Llegó entonces a Hithlum la nueva de la caída de Dorthonion y la derrota de los hijos de Finarfin y el exilio de los hijos de Fëanor, expulsados de sus tierras. Entonces vio Fingolfin lo que era para él la ruina total de los Noldor, y la derrota de sus casas más allá de toda recuperación; y lleno de desesperación y de furia, montó a Rochallor, su gran caballo, y cabalgó solo sin que nadie pudiera impedirselo. Atravesó Dor—nu—Fauglith como un viento entre el polvo, y aquellos que alcanzaban a verlo pasar huían azorados, creyendo que había llegado el mismo Oromë; porque corría dominado por una cólera enloquecida, y los ojos le brillaban como los ojos de los Valar. Así pues, llegó solo a las puertas de Angband, e hizo

sonar su cuerno, y golpeó una vez más las puertas de bronce, y desafió a Morgoth a un combate singular. Y Morgoth salió.

Esa fue la última vez durante esas guerras que Morgoth cruzó las puertas de su fortaleza, y se dice que no aceptó el desafío de buen grado; porque aunque su poder era mayor que todas las cosas de este mundo, sólo él entre los Valar conocía el miedo. Pero no podía negarse a aceptar el desafío delante de sus propios capitanes; pues la aguda música del cuerno de Fingolfin resonaba en las rocas, y su voz llegaba penetrante y clara hasta las profundidades de Angband; y Fingolfin llamó a Morgoth cobarde y señor de esclavos. Por lo tanto Morgoth salió, subiendo lentamente desde el trono profundo, y el sonido de sus pisadas era como un trueno bajo tierra. Y salió vestido con una armadura negra; y se erguía ante el Rey como una torre coronada de hierro y el vasto escudo, negro y sin blasón, arrojaba una sombra de nubes tormentosas. Pero Fingolfin brillaba debajo como una estrella; porque la cota de malla era de hilos de plata entretejidos, y en el escudo azul llevaba cristales incrustados; y desenvainó la espada, Ringil, que relució como el hielo.

Entonces Morgoth esgrimió el Martillo de los Mundos Subterráneos, llamado Grond, lo alzó bruscamente, y lo hizo caer como un rayo de tormenta. Pero Fingolfin saltó a un lado, y Grond abrió un gran boquete en la tierra, de donde salían humo y fuego. Muchas veces intentó Morgoth herirlo y otras tantas Fingolfin esquivó los golpes, como relámpagos lanzados desde una nube oscura; e hirió a Morgoth con siete heridas, y siete veces lanzó Morgoth un grito de angustia, mientras los ejércitos de Angband caían de bruces consternados, y el eco de los gritos resonaba en las Tierras Septentrionales.

Pero por fin el Rey se fatigó, y Morgoth lo abatió con el escudo. Tres veces cayó el Rey de rodillas y tres veces se volvió a levantar con el escudo roto y el yelmo mellado. Pero la tierra estaba desgarrada en boquetes todo alrededor, y el Rey tropezó y cayó de espaldas ante los pies de Morgoth; y le puso Morgoth el pie izquierdo sobre el cuello, y el peso era como el de una montaña derrumbada. No obstante, en un último y desesperado intento, Fingolfin golpeó con Ringil y rebanó el pie, y la sangre manó negra y humeante y llenó los boquetes abiertos por Grond.

De este modo pereció Fingolfin, Rey Supremo de los Noldor, el mas orgullosos y valiente de los reyes Elfos de antaño. Los Orcos no se jactaron de ese duelo ante las puertas; ni tampoco lo cantan los Elfos, pues tienen una pena demasiado profunda. No obstante, la historia se recuerda todavía, porque Thorondor, Rey de las Águilas, llevó la nueva a Gondolin y a Hithlum, a lo lejos. Y Morgoth levantó el cuerpo del Rey Elfo y lo quebró, y se lo habría arrojado a los lobos; pero Thorondor se precipitó desde su nido en las cumbres de Crissaegrim, se lanzó sobre Morgoth y le desfiguró la cara. La embestida de las alas de Thorondor era como el ruido de los vientos de Manwë, y aferró el cuerpo con sus garras poderosas y elevándose de súbito por sobre los dardos de los Orcos, se llevó al Rey consigo. Y lo puso sobre ja cima de una montaña que daba desde el norte so—ore el valle escondido de Gondolin; y Turgon construyó un alto túmulo de piedras sobre su padre. Ningún Orco se aventuró luego a pasar por el monte de Fingolfin ni se atrevió a acercarse a la tumba, hasta que el destino de Gondolin se hubo cumplido, y la traición apareció entre los suyos. Morgoth renqueó siempre de un pie desde ese día, y el dolor de las heridas no se le curó nunca y en la cara llevaba la cicatriz que Thorondor le había hecho.

Grande fue el duelo en Hithlum cuando se supo la caída de Fingolfin, y Fingon, lleno de aflicción, se convirtió en señor de la casa de Fingolfin y el reino de los Noldor; pero a su joven hijo Ereinion (que se llamó luego Gil-galad) lo envió a los Puertos.

Ahora el poder de Morgoth ensombrecía las Tierras Septentrionales; pero Barahir no huía de Dorthonion y se quedó allí disputando al enemigo cada palmo de tierra. Entonces Morgoth persiguió a muerte a las gentes de Barahir, hasta que sólo quedaron muy pocos; y todo el bosque de las laderas septentrionales de esa tierra fue convirtiéndose día a día en una región de tal lóbreguez y oscuros encantamientos que ni siquiera los Orcos entraban en ella, si no era por una extrema necesidad, y se la llamó Deldúwath y Taur—nu—Fuin, el Bosque bajo la Sombra de la Noche. Los árboles que crecieron allí después del incendio eran negros y tétricos, de raíces embrolladas y que amenazaban como garras en la oscuridad; y los que caminaban entre ellos se extraviaban y enceguecían, y eran estrangulados o perseguidos hasta la locura por fantasmas de terror. Por fin la situación de Barahir se hizo tan desesperada, que su esposa Emeldir, la de Corazón Viril (que antes prefería luchar junto a su hijo y su marido que huir y abandonarlos), convocó a todas las mujeres y los niños que estaban todavía con vida y dio armas a los que pudieran cargarlas; y los condujo a las montañas que se levantaban detrás, y lo hizo por caminos peligrosos, hasta que al fin llegaron con pérdida y desdicha a Brethil. Algunos fueron recibidos allí por los Haladin, pero otros cruzaron las montañas y fueron a Durlómin y se unieron al pueblo de Galdor, el hijo de Hador; y entre ellos estaban Rían, hija de Belegund, y Morwen, que era llamada Eledhwen, que significa Resplandor Élfico, hija de Baragund. Pero ninguna volvió a ver a los hombres que habían dejado. Porque todos ellos fueron muertos uno por uno, hasta que sólo doce hombres le quedaron a Barahir: Beren, su hijo, y Baragund y Belegund, sus sobrinos, hijos de Brególas, y nueve fieles servidores de su casa, cuyos nombres se recordaron largo tiempo en los cantos de los Noldor: Radhruin y Dairuin eran ellos, Dagnir y Ragnor, Gildor y Gorlim el Desdichado, Arthad y Urthel, y Hathaldir el Joven. Al fin se convirtieron en proscritos sin mañana, una banda desesperada que no podía huir, pero que se negaba a ceder, porque sus viviendas habían sido destruidas, y sus mujeres e hijos habían sido capturados o muertos, o habían escapado. Desde Hithlum no llegaban nuevas ni ayuda, y Barahir y sus hombres eran perseguidos como bestias salvajes; y se retiraron a las altas tierras yermas por sobre los bosques y erraron entre los pequeños lagos y los páramos rocosos de esa región, lo más lejos posible de los espías y los hechizos de Morgoth. Tenían como cama los brezales y como techo el cielo nuboso.

Durante casi dos años después de la Dagor Bragollach siguieron los Noldor defendiendo el paso occidental en torno a las Fuentes del Sirion, porque el poder de Ulmo estaba en esas aguas, y Minas Tirith resistió a los Orcos. Pero por fin, después de la caída de Fingolfin, Sauron, el más grande y terrible de los servidores de Morgoth, que en lengua Sindarin se llama Gorthaur, fue al encuentro de Orodireth, el guardián de la torre en Tol Sirion. Sauron se había convertido por ese entonces en un hechicero de espantoso poder, amo de sombras y de fantasmas, de inmunda sabiduría, de fuerza cruel, que retorció todo cuanto tocaba, y deformaba todo cuanto regía, señor de licántropos; su dominio era el tormento. Tornó Minas Tirith por asalto, pues una oscura nube de miedo cayó sobre los defensores; y Orodreth fue expulsado y huyó a Nargothrond. Entonces Sauron la convirtió en una atalaya para Morgoth, en una fortaleza del mal y en una amenaza; y la hermosa isla de Tol Sirion quedó maldecida y se llamó Tol—in—Gaurhoth, la Isla de los Licántropos. No había criatura viviente que pudiera pasar por el valle sin que Sauron la viera desde la torre. Y Morgoth dominaba ahora el paso del oeste, y había terror en los campos y los bosques de Beleriand. Implacable, perseguía a sus enemigos más allá de Hithlum, y registraba sus escondrijos y tomaba sus fortalezas una por una. Los Orcos, cada vez más audaces, recorrían a su antojo las vastas lejanías, llegando hasta el Sirion por el oeste, y hasta el Celon por el este, y rodeaban Doriath; y asolaban las tierras de modo que bestias y aves huían delante de ellos, y el silencio y la desolación se extendían desde el Norte. A muchos de los

Noldor y los Sindar tomaron cautivos y llevaron a Angband, y los esclavizaron, obligándolos a poner su capacidad y sus conocimientos al servicio de Morgoth. Y Morgoth envió espías vestidos con falsedad, y había engaño en lo que decían; mintieron prometiendo recompensas, y con palabras astutas intentaron provocar miedo y celos entre los pueblos, acusando a los reyes y capitanes de codicia y traición mutua. Y por causa de la maldición de la Matanza de los Hermanos de Alqualondë, estas mentiras a menudo se creyeron; y por cierto, a medida que el tiempo se oscurecía, llegaron a tener un cierto viso de verdad, pues en Beleriand la desesperación y el miedo nublaban los corazones y las mentes de los Elfos. Pero los Noldor temían sobre todo la traición de aquellos parientes que habían servido en Angband; porque Morgoth había utilizado algunos para sus malvados propósitos, y fingiendo darles libertad, los dejaba partir, pero les había encadenado la voluntad, y sólo se alejaban para volver de nuevo a él. Por lo tanto, cuando alguno de estos cautivos conseguía escapar realmente, y volvía con su propio pueblo, no eran bien recibidos, y erraban solos, proscritos y desesperados.

De los Hombres, Morgoth fingía tener piedad, si alguien oía sus mensajes, y les decía que las aflicciones que habían caído sobre ellos provenían sólo de que estaban sometidos a los rebeldes Noldor, pero que de manos del verdadero Señor de la Tierra Media recibirían en cambio honores, y el valor tendría una justa recompensa. Pero pocos eran los Hombres de las Tres Casas de los Edain que le prestaban oído, ni siquiera cuando se los atormentaba en Angband. Por tanto, Morgoth los persiguió con odio; y envió a sus mensajeros por encima de las montañas.

Se dice que en este tiempo llegaron por primera vez a Belenand los Hombres Cetrinos. Algunos estaban ya sojuzgados por Morgoth en secreto, y acudieron a su llamada; pero no todos, pues los rumores acerca de Beleriand, de sus tierras y sus aguas, de sus guerras y sus riquezas, habían llegado lejos, y los pies errantes de los Hombres se dirigían siempre hacia el oeste en aquellos días. Estos hombres eran de escasa talla y corpulentos, de brazos largos y fuertes, de piel cetrina o amarillenta, y de cabellos oscuros al igual que los ojos. Eran de muchas casas, y algunos preferían los Enanos de las montañas a los Elfos. Pero Maedhros, conociendo la debilidad de los Noldor y de los Edain, mientras que los abismos de Angband parecían inagotables, colmados siempre de pertrechos renovados, celebró una alianza con estos Hombres recién venidos, y dio su amistad a los más grandes de los caciques, Bór y Ulfang. Y Morgoth se sintió complacido, pues esto era lo que había planeado. Los hijos de Bór —Borlad, Borlach y Borthand—siguieron a Maedhros y a Maglor, y frustraron las esperanzas de Morgoth, y permanecieron fieles. Los hijos de Ulfang el Negro —Ulfast y Ulwarth y Uldor el Maldecido— siguieron a Caranthir y juraron mantener una alianza con él, pero no fueron leales.

No había mucha amistad entre los Edain y los Orientales y se reunían rara vez; porque los recién llegados moraron por largo tiempo en Beleriand Oriental, y el pueblo de Hador estaba encerrado en Hithlum, y poco quedaba de la casa de Bëor. El Pueblo de Haleth apenas fue afectado en un principio por la guerra, ya que vivía al sur en el Bosque de Brethil, aunque ahora libraba una batalla con los Orcos invasores, pues eran hombres de corazón valeroso y no estaban dispuestos a abandonar a la ligera los bosques que tanto amaban. Y entre las historias de las derrotas de entonces, los hechos de los Haladin se recuerdan con honor: porque luego de tomar Minas Tirith, los Orcos avanzaron por el paso occidental, y quizás habrían desolado aun las Desembocaduras del Sirion; pero Halmir, señor de los Haladin, envió sin demora un mensaje a Thingol, pues tenía amistad con los Elfos que guardaban las fronteras de Doriath. Entonces Beleg Arcofirme, jefe de los centinelas de Thingol, condujo a Brethil una gran fuerza de Sindar, armada con hachas; y saliendo de las profundidades del bosque, Halmir y Beleg sorprendieron a la legión de los Orcos y la destruyeron. En adelante la ola oscura que venía del norte fue contenida en esa región, y los Orcos ya no se atrevieron a cruzar el

Teiglin durante muchos años. El Pueblo de Haleth vivió en una paz cautelosa en el Bosque de Brethil, y detrás de la guardia que ellos montaban, el Reino de Nargothrond tuvo sosiego, y le fue posible recuperar fuerzas.

En este tiempo Húrin y Huor, los hijos de Galdor de Durlómin, vivían con los Haladin, pues eran del mismo linaje. En los días anteriores a la Dagor Bragollach, estas dos casas de los Edain celebraron juntas una gran fiesta, cuando Galdor y Glóredhel, hijos de Hador Cabeza de Oro, se casaron con Hareth y Haldir, hijos de Halmir, señor de los Haladin. Así fue que Haldir, tío de ellos, agasajó en Brethil a los hijos de Galdor, de acuerdo con las costumbres de los Hombres en aquel tiempo; y ambos fueron a la guerra contra los Orcos, aun Huor, pues no fue posible impedirsele aunque sólo tenía trece años. Pero eran parte de una compañía que fue separada del resto, y fueron perseguidos hasta el Vado de Brithiach, y allí habrían caído prisioneros o habrían muerto si no hubiera intervenido el poder de Ulmo, que era aún fuerte en el Sirion. Una niebla se levantó del río y los ocultó de sus enemigos, y escaparon de Brithiach a Dimbar, y erraron entre las colinas y los muros escarpados de las Crissaegrim, hasta que los confundieron los engaños de la tierra y ya no distinguieron el camino que iba del que venía. Allí los vio Thorondor y envió a dos de las águilas en su ayuda; y las águilas los cargaron y los llevaron más allá de las Montañas Circundantes al valle secreto de Tumladen y la ciudad escondida de Gondolin, que ningún Hombre había visto todavía.

Allí Turgon el Rey les dio la bienvenida, cuando supo de qué linaje eran; porque mensajes y sueños le habían llegado por el Sirion desde el mar, enviados por Ulmo, Señor de las Aguas, advirtiéndole sobre penas futuras, y aconsejándole tratar con bondad a los hijos de la casa de Hador, quienes lo ayudarían en momentos de necesidad. Húrin y Huor vivieron como huéspedes en casa del rey casi por un año; y se dice que en este tiempo Húrin aprendió mucho de la ciencia de los Elfos, y algo entendió también de los juicios y los propósitos del rey. Porque Turgon llegó a tener afecto a los hijos de Galdor y conversaban mucho juntos; y en verdad deseaba retenerlos en Gondolin por amor a ellos, y no sólo por la ley que exigía que ningún forastero, fuera éste Elfo u Hombre, que encontrara el camino al reino secreto y viera la ciudad, nunca pudiera volver a irse, en tanto el rey no abriera el cerco, y el pueblo oculto saliera.

Pero Húrin y Huor deseaban regresar, compartir con su pueblo guerras y dolores. Y Húrin le dijo a Turgon: —Señor, sólo somos Hombres mortales, muy distintos de los Eldar. Ellos pueden aguardar muchos años la guerra contra el Enemigo, en algún día distante; pero para nosotros la vida es corta, y nuestra esperanza y nuestra fuerza pronto se marchitan. Además, nosotros no encontramos el camino a Gondolin, y no sabemos de cierto dónde está esta ciudad; pues fuimos traídos con miedo y asombro a través de los altos caminos del aire, y por misericordia nos velaron los ojos—. Entonces Turgon accedió y dijo: —Por el camino que vinisteis, tenéis permiso para partir, si Thorondor está dispuesto. Me apena esta separación; sin embargo, en un corto tiempo, de acuerdo con las cuentas de los Eldar, puede que volvamos a encontrarnos.

Pero Maeglin, el hijo de la hermana del rey, que era poderoso en Gondolin, no lamentó para nada que partiesen, aunque les reprochaba el favor del rey, y no sentía amor alguno por el linaje de los Hombres; y le dijo a Húrin: —La gracia del rey es mayor de lo que sospechas, y la ley se ha vuelto menos severa que antaño; de lo contrario no tendrías otra opción que vivir aquí hasta el final de tus días.

Entonces Húrin le respondió: —Grande es en verdad la gracia del rey; pero si nuestra palabra no basta, te haremos a ti un juramento—. Y los hermanos juraron no revelar nunca los designios de Turgon y mantener en secreto todo lo que habían visto en el reino. Entonces se despidieron, y las águilas se los llevaron por la noche, y los depositaron en Durlómin antes del amanecer. Las gentes se regocijaron al verlos, pues los mensajes llegados de Brethil los daban por perdidos; pero ellos no quisieron revelar ni siquiera al padre dónde habían estado, salvo que

habían sido rescatados en el páramo por las águilas, que los habían transportado de vuelta. Pero Galdor preguntó: —¿Habéis vivido un año entonces a la intemperie? ¿Acaso las águilas os albergaron en sus nidos? Pero encontrasteis alimento y vestidos hermosos, y volvéis como jóvenes príncipes, no como abandonados en el bosque—. Y Húrin contestó: —Conténtate con que hayamos regresado; pues sólo por un voto de silencio se nos permitió hacerlo—. Entonces Galdor no les hizo más preguntas, pero él y muchos otros adivinaron la verdad; y con el tiempo la extraña fortuna de Húrin y Huor llegó a oídos de los servidores de Morgoth.

Ahora bien, cuando Turgon supo del quebrantamiento del Sitio de Angband, no permitió que nadie partiera a la guerra; porque pensaba que Gondolin era fuerte, y el tiempo no estaba aún maduro para que él se mostrara abiertamente. Pero creía también que el fin del Sitio era también el principio de la caída de los Noldor, a no ser que llegara ayuda; y envió compañías de los Gondolindrim en secreto a las Desembocaduras del Sirion y a la Isla de Balar. Allí construyeron embarcaciones y navegaron al extremo Occidente en cumplimiento del cometido de Turgon, en busca de Valinor, para pedir el perdón y la ayuda de los Valar; y rogaron a las aves del mar que los guiasen. Pero los mares eran bravos y vastos, y la sombra y el hechizo flotaban sobre ellos; y Valinor estaba oculta. Por tanto, ninguno de los mensajeros de Turgon llegó al Occidente, y muchos se perdieron y pocos regresaron; pero la condenación de Gondolin se aproximaba.

Le llegó a Morgoth el rumor de estos hechos, y se sintió inquieto en medio de sus victorias; y deseó sobremanera tener nuevas de Felagund y de Turgon. Porque nada se sabía de ellos, y sin embargo no habían muerto; y él temía aún lo que pudieran hacer. De Nargothrond conocía por cierto el nombre, pero no su situación ni su fortaleza; y de Gondolin nada sabía, y sobre todo lo perturbaba pensar en Turgon. Por tanto envió todavía más espías a Beleriand; pero a las principales huestes de los Orcos las llamó a Angband, pues advertía que no podía emprender aún una batalla final en tanto no reuniera nuevas fuerzas, y que no había medido con exactitud el valor de los Noldor ni el poder de los brazos de los Hombres que luchaban junto a ellos. Aunque grande había sido la victoria en la Bragollach en años anteriores, y lamentable el daño que había hecho a sus enemigos, no menores habían sido sus pérdidas; y aunque tenía en su poder a Dorüionion y el Paso del Sirion, los Eldar, que se recuperaban de su primer desconcierto, empezaban a recobrar lo que habían Perdido. Así, pues, hubo en el sur de Beleriand una apariencia de paz por unos pocos breves años; pero abundante era la faena en las herrerías de Angband.

Cuando hubieron pasado siete años después de la Cuarta Batalla, Morgoth volvió al ataque, y envió una gran fuerza contra Hithlum. Duro fue el ataque contra los pasos de las Montañas Sombrías, y en el sitio de Eithel Sirion, Galdor el Alto, Señor de Durlómin, fue muerto por una flecha. Ocupaba esa fortaleza en nombre de Fingon, el Rey Supremo; y en el mismo sitio y poco tiempo antes había muerto su padre, Hador Lóringol. Húrin, su hijo, apenas alcanzaba la virilidad en ese entonces, pero era muy fuerte, tanto de mente como de cuerpo; y arrojó a los Orcos de Ered Wethrin en medio de una gran matanza, y los persiguió por las arenas de Anfauglith.

Pero al Rey Fingon no le fue fácil detener al ejército de Angband que descendía desde el norte; y la batalla se libró en las llanuras mismas de Hithlum. Allí Fingon fue superado en número; pero los barcos de Círdan navegaban con denuedo por el Estuario de Drengist, y en el momento de necesidad los Elfos de las Falas cayeron sobre las huestes de Morgoth desde el oeste. Entonces los Orcos cedieron y huyeron, y los Eldar obtuvieron la victoria, y sus arqueros montados los persiguieron aun hasta las Montañas de Hierro.

En adelante, Húrin hijo de Galdor gobernó la casa de Hador en Durlómin, y sirvió a Fingon. Húrin, de menor talla que sus padres, o que su hijo mayor, era sin embargo infatigable y resistente de cuerpo, ágil y rápido como los del linaje de su

madre, Hareth de los Haladin. Tenía como esposa a Morwen Eledhwen hija de Baragund, de la casa de Bëor, la que huyó de Dorthonion con Rían hija de Belegund, y Emeldir, la madre de Beren.

En ese tiempo también los proscritos de Dorthonion fueron destruidos, como se cuenta más tarde; y Beren hijo de Barahir, el único que logró escapar, llegó con mucha dificultad a Doriath.

19.- DE BEREN Y LÚTHIEN

Entre las historias de dolor y de ruina que nos llegaron de la oscuridad de aquel entonces, hay sin embargo algunas en las que en medio del llanto resplandece la alegría, y a la sombra de la muerte hay una luz que resiste. Y de estas historias la más hermosa a los oídos de los Elfos es la de Beren y Lúthien. De sus vidas se hizo la Balada de Leithian, La Liberación del Cautiverio, que es la más extensa, salvo una de las canciones dedicadas al mundo antiguo; pero aquí se cuenta la historia con menos palabras y sin canto.

Se ha dicho que Barahir se negó a abandonar Dorthonion y que allí Morgoth lo persiguió a muerte, hasta que por fin sólo quedaron con él doce compañeros. Ahora bien, el bosque de Dorthonion se extendía hacia el sur hasta los páramos montañosos; y al este de esas altas tierras había un lago, Aeluin, con brezales silvestres alrededor, y esa tierra no tenía ningún sendero y era indómita, pues ni siquiera en los días de la Larga Paz había vivido alguien allí. Sin embargo, las aguas del Tarn Aeluin eran veneradas; claras y azules durante el día, parecían de noche un espejo para las estrellas; y se decía que la misma Melian había consagrado esas aguas en días de antaño. Allí se retiraron Barahir y sus compañeros proscritos, e hicieron de ese lugar su guarida, y Morgoth no pudo descubrirlo. Pero el rumor de los hechos de Barahir y sus compañeros se extendió hasta muy lejos; y Morgoth ordenó a Sauron que los encontrara y los destruyera.

Ahora bien, entre los compañeros de Barahir estaba Gorlim hijo de Angrim. Su esposa se llamaba Eilinel, y grande era el amor que se tenían, antes de que llegara el mal. Pero Gorhm, al volver de la guerra, encontró su casa saqueada y abandonada; su esposa había desaparecido; si muerta o raptada, él no lo sabía. Entonces acudió a Barahir, y de toda la compañía fue el más feroz y desesperado; pero la duda le roía el corazón, pensando que quizás Eilinel no estuviera muerta. A veces partía solo y en secreto y visitaba su casa que todavía estaba en pie en medio de los campos y los bosques que otrora fueran suyos; y esto llegaron a saberlo los servidores de Morgoth.

En un día de otoño, llegó a la casa a la caída del sol, y al acercarse le pareció ver una luz en la ventana; y avanzando con cautela miró dentro. Allí vio a Eilinel, y la cara de ella estaba devastada por el dolor y el hambre, y le pareció oír que se lamentaba de que él la hubiera abandonado. Pero cuando la llamó a grandes voces, la luz se apagó en el viento, aullaron los lobos, y de súbito sintió en los hombros las pesadas manos de los cazadores de Sauron. De este modo se le tendió la trampa a Gorlim; y llevándolo al campamento, lo atormentaron con el propósito de averiguar el escondite de Barahir y todas sus andanzas. Pero Gorlim nada dijo. Entonces le prometieron que sería puesto en libertad y devuelto a Eilinel si cedía; y por fin, abrumado por el dolor y añorando estar con su mujer, vaciló. Entonces, sin más, lo condujeron a la espantosa presencia de Sauron; y Sauron dijo: —Me entero ahora de que estás dispuesto a hacer trato conmigo. ¿Cuál es tu precio?

Y Gorlim respondió que quería volver a ver a Eilinel y con ella ser puesto en libertad; porque creía que también Eilinel estaba cautiva.

Entonces Sauron sonrió diciendo: —Pequeño precio en verdad por tan gran traición. Así será entonces sin duda. ¡Habla!

Gorlim habría callado entonces, pero intimidado por los ojos de Sauron dijo por fin todo lo que este quería saber. Entonces Sauron rió; y se burló de Gorlim, y le reveló que sólo había visto a un fantasma inventado por hechicería, para atraparlo; porque Eilinel estaba muerta. —No obstante, accederé a tu ruego —dijo Sauron—, e irás al encuentro de Eilinel y te libraré de mi servicio—. Entonces hizo que le diesen una muerte cruel.

De este modo se reveló el escondite de Barahir, y Morgoth tendió su red sobre él; y los Orcos, acercándose en las horas silenciosas de antes del alba, sorprendieron a los Hombres de Dorthonion y los mataron a todos, salvo a uno. Porque Beren, hijo de Barahir, había sido enviado por su padre en una misión peligrosa, a espiar los pasos del Enemigo, y se encontraba muy lejos cuando la guarida fue tomada. Pero mientras dormía en la noche del bosque, soñó que unas aves alimentadas de carroña se apretaban como hojas en las ramas desnudas de los árboles que crecían junto a una ciénaga, y que la sangre goteaba de sus picos. Entonces Beren vio en el sueño que una forma se le acercaba por encima del agua, y era el espectro de Gorlim; y el espectro le habló confesando su traición y su muerte, y le pidió que se diera prisa para advertírselo a su padre.

Entonces Beren despertó y se apresuró en la noche, y regresó a la guarida de los proscritos en la segunda mañana. Pero al acercarse, las aves carroñeras levantaron vuelo y se posaron en los alisos junto a Tarn Aeluin, y graznaron burlonas.

Allí sepultó Beren los huesos de su padre y levantó sobre él un túmulo de piedras, y prometió que lo vengaría. Por tanto persiguió primero a quienes habían matado a su padre y a los suyos, y encontró de noche el campamento de los Orcos junto a la Fuente del Rivil sobre el Marjal de Serech, y hábil como era para trasladarse en los bosques, pudo acercarse sin ser visto al fuego del campamento. Allí se jactaba el capitán de sus hazañas, y levantó la mano de Barahir que había tronchado para mostrársela a Sauron como señal de que la misión había sido cumplida; y el anillo de Felagund estaba en esa mano. Entonces Beren saltó de detrás de una roca y mató al capitán, y tomando la mano y el anillo, escapó defendido por los hados; y los Orcos desconcertados lanzaron en desorden sus flechas.

Desde entonces, durante cuatro años más erró Beren por Dorthonion, como proscrito solitario; pero se hizo amigo de los pájaros y las bestias, y éstos lo ayudaron y no lo traicionaron, y en adelante no comió carne ni mató a ninguna criatura que no estuviera al servicio de Morgoth. No temía la muerte, sino sólo el cautiverio, y como era audaz y estaba desesperado, escapó no sólo de la muerte, sino también de las prisiones; y las hazañas de su solitario atrevimiento tuvieron renombre en toda Beleriand, y las historias de esas hazañas llegaron aun a Doriath. Por fin Morgoth puso a su cabeza un precio no menor al precio de la cabeza de Fingon, Rey Supremo de los Noldor; pero los Orcos no iban detrás de él, y huían cuando se decía que andaba cerca. Por tanto se envió contra él un ejército al mando de Sauron; y Sauron llevó consigo licántropos, bestias salvajes habitadas por espíritus espantosos que él les había puesto.

Toda esa tierra rebosaba ahora de mal, y todas las criaturas limpias la evitaban; y tanto se presionó a Beren, que por último se vio forzado a huir de Dorthonion. En tiempos de invierno y de nieve abandonó la tierra y la tumba de su padre, y subiendo a las altas regiones de Gorgoroth, las Montañas del Terror, divisó a lo lejos la tierra de Doriath. Allí le dijo el corazón que descendería al Reino Escondido, no hollado todavía por pie mortal.

Terrible fue su viaje hacia el sur. Los precipicios de Ered Gorgoroth eran escarpados, y debajo había sombras poco antes que se levantara la Luna. Más allá se encontraba el descampado de Dungortheb, donde la hechicería de Sauron y el poder de Melian estaban juntos, y el horror y la locura andaban sueltos. Allí habitaban las arañas de la raza feroz de Ungoliant, tejiendo las telas invisibles en las que quedaban atrapadas todas las criaturas; y allí erraban monstruos nacidos durante la larga oscuridad, antes del nacimiento del Sol, que iban de caza en silencio mirando alrededor con múltiples ojos. No había alimento para Elfos ni Hombres en esa tierra maldita, sino sólo muerte. Ese viaje no fue la menor de las grandes hazañas de Beren, pero luego nunca se refirió a él, temiendo que el horror lo dominara otra vez; y nadie sabe cómo pudo orientarse y encontrar senderos que ningún Hombre o Elfo se había atrevido a hollar hasta entonces, y llegar a las fronteras de Doriath. Y atravesó los laberintos que Melian había tejido en torno al reino de Thingol, como ella lo había previsto; porque una gran maldición pesaba sobre él.

Se dice en la Balada de Leithian que Beren llegó tambaleándose a Doriath, con cabeza cana y como agobiado por muchos años de pesadumbre, tanto había sido el tormento del camino. Pero errando en el verano por los bosques de Neldoreth, se encontró con Lúthien, hija de Thingol y Melian, a la hora del atardecer, al elevarse la Luna, mientras ella bailaba sobre las hierbas inmarcesibles del claro umbroso junto al Esgalduin. Entonces todo recuerdo de su pasado dolor lo abandonó, y cayó en un encantamiento; porque Lúthien era la más hermosa de todos los Hijos de Ilúvatar. Llevaba un vestido azul como el cielo sin nubes, pero sus ojos eran grises como la noche iluminada por las estrellas; estaba el manto bordado con flores de oro, pero sus cabellos eran oscuros como las sombras del crepúsculo. Como la luz sobre las hojas de los árboles, como la voz de las aguas claras, como las estrellas sobre las nieblas del mundo, así eran la gloria y la belleza de Lúthien; y tenía en la cara una luz resplandeciente.

Pero ella desapareció de súbito; y él se quedó sin voz, como presa de un hechizo, y durante mucho tiempo erró por los bosques, impetuoso y precavido como una bestia, buscándola. La llamó en su corazón Tinúviel, que significa Ruiseñor, hija del crepúsculo, en la lengua de los Elfos Grises, pues no conocía otro nombre para ella. Y la vio a lo lejos como las hojas en los vientos de otoño, y en invierno como una estrella sobre una colina, pero una cadena le aprisionaba los miembros.

En la víspera de la primavera, poco antes del alba, Lúthien bailó en una colina verde; y de pronto se puso a cantar. Era un canto vehemente que traspasaba el corazón como el canto de la alondra que se alza desde los portones de la noche y se vierte entre las estrellas agonizantes, cuando el sol asoma tras las murallas del mundo; y el canto de Lúthien aflojó las ataduras del invierno, y las aguas congeladas hablaron, y las flores brotaron desde la tierra fría por la que ella había pasado.

En ese momento el hechizo de silencio cesó de repente, y Beren la llamó, gritando Tinúviel; y los bosques devolvieron el eco del nombre. Entonces ella se detuvo maravillada y no huyó más, y Beren se le aproximó. Pero cuando Tinúviel lo miró, la mano del destino cayó sobre ella, y lo amó; no obstante, se deslizó de entre los brazos de Beren y desapareció en el momento en que rompía el día. Entonces Beren cayó desmayado en tierra como quien ha sido herido a la vez por el dolor y la felicidad, y se hundió en el sueño como en un abismo de sombra; y al despertar estaba frío como la piedra, y sentía el corazón árido y desamparado. Y con la mente errante andaba a tientas como quien ha sido atacado de súbita ceguera y trata de atrapar con las manos la luz desvanecida. Y así empezó a pagar el precio de la angustia, por el destino que le había sido impuesto; y en este destino estaba atrapada Lúthien, y siendo inmortal compartió la mortalidad de

Beren, y siendo libre se ató con las cadenas de Beren; y ninguna Eldalië había conocido una angustia mayor.

Sin que Beren lo esperara, ella regresó al sitio donde el estaba sentado en la oscuridad, y hace ya mucho en el Reino Escondido puso su mano en la de él. En adelante vino a verlo con frecuencia, y se paseaban secretamente por los bosques desde la primavera hasta el verano; y ningún otro de los Hijos de Ilúvatar tuvo alegría tan grande, aunque el tiempo fue breve.

Pero Daeron el Bardo también amaba a Lúthien y espió sus encuentros con Beren, y los denunció a Thingol. Entonces el rey se llenó de enojo, porque amaba a Lúthien más que a ninguna otra cosa, poniéndola por encima de todos los príncipes de los Elfos; mientras que a los Hombres mortales ni siquiera los tomaba como sirvientes. Por tanto, le habló a Lúthien con pena y asombro, pero ella no quiso revelar nada, hasta que él le juró que no haría morir a Beren ni lo tomaría prisionero. Pero envió a unos sirvientes a que se apoderaran de él y lo condujeran a Menegroth como a un malhechor; y Lúthien se anticipó, y llevó ella misma a Beren ante el trono de Thingol como si fuera un huésped honorable.

Entonces Thingol miró a Beren con desprecio y enfado; pero Melian guardaba silencio. —¿Quién eres —preguntó el rey—, que llegas aquí como un ladrón y te aproximas a mi trono sin ser invitado?

Pero Beren, atemorizado, porque el esplendor de Menegroth y la majestad de Thingol eran muy grandes, nada respondió. Por tanto, Lúthien habló y dijo:

—El es Beren hijo de Barahir, señor de los Hombres, poderoso enemigo de Morgoth; la historia de sus hazañas se canta aun entre los Elfos.

—¡Que sea Beren quien hable! —exclamó Thingol—. ¿Qué quieres, desdichado mortal, y por qué motivo has abandonado tu tierra para entrar aquí, lo que está prohibido a tus iguales? ¿Puedes dar una razón por la que no deba imponerte un severo castigo por tu insolencia y tu locura?

Entonces Beren, levantando la cabeza, contempló los ojos de Lúthien y luego miró también a Melian; y le pareció que le ponían palabras en la boca. Perdió el miedo y recuperó el orgullo de la más antigua casa de los Hombres; y dijo: —Mi destino, oh rey, me condujo aquí, a través de peligros que aun pocos de entre los Elfos se atreverían a afrontar. Y he encontrado aquí lo que en verdad no buscaba, pero que ahora quiero tener para siempre. Porque está por encima de la plata y el oro, y ninguna joya se le iguala. Ni la roca, ni el acero, ni los ruegos de Morgoth, ni todos los poderes de los reinos de los Elfos me separarán del tesoro de mis deseos. Porque Lúthien, tu hija, es la más bella de todas las Criaturas del Mundo.

Entonces un grave silencio pesó en el recinto, porque los que allí se encontraban estaban asombrados y asustados, y creyeron que Beren sería muerto. Pero Thingol habló con lentitud diciendo: —Con esas palabras te has ganado la muerte; y la muerte encontrarías en seguida, si yo no hubiera hecho un juramento apresurado; de lo que estoy arrepentido, mortal de bajo nacimiento que has aprendido a arrastrarte secretamente como los espías y esclavos de Morgoth.

Entonces le respondió Beren: —La muerte podéis darme, la haya yo ganado o no; pero no soportaré que me llaméis de bajo nacimiento, ni espía, ni esclavo. Por el anillo de Felagund, que él mismo dio a Barahir, mi padre, en el campo de batalla del Norte, mi casa no se ha ganado epítetos tales de Elfo alguno, sea él rey o no.

Las palabras de Beren eran orgullosas y todas las miradas se fijaron en el anillo; porque lo sostenía en alto, y en él resplandecían las joyas verdes que los Noldor habían inventado en Valinor. Porque este anillo era como dos serpientes gemelas con ojos de esmeralda, y encima de las cabezas había una corona de flores de oro, que una de ellas sostenía y la otra devoraba; ésa era la insignia de la casa

del Finarfin. Entonces Melian se inclinó hacia Thingol, y en un susurro le aconsejó que se tranquilizara. —Porque no serás tú —le dijo— quien dé muerte a Beren; y lejos y libre irá guiado por el destino antes de que le llegue el final; no obstante, ese destino está unido al tuyo. ¡Haz caso!

Pero Thingol miró en silencio a Lúthien, y pensó en su corazón: "Hombres desdichados, hijos de pequeños señores y reyes de corta vida, ¿ha de poner alguien semejante las manos en ti, y sin embargo seguir con vida?" Entonces, rompiendo el silencio, dijo: —Veo el anillo, hijo de Barahir, y entiendo que eres orgulloso y crees tener mucho poder. Pero las hazañas de un padre, aun cuando estuviera a mi servicio, no bastan para ganar a la hija de Thingol y Melian. ¡Escucha ahora! También yo deseo un tesoro al que no tengo acceso. Porque roca y acero y los fuegos de Morgoth me apartan de la joya que querría poseer en oposición a todos los poderes de los reinos de los Elfos. No obstante dices que tales impedimentos no te amilanan. ¡Haz pues como lo propones! Tráeme en la mano uno de los Silmarils de la corona de Morgoth; y entonces, si así ella lo quiere, Lúthien podrá poner su mano en la tuya. De ese modo tendrás mi joya; y aunque el destino de Arda esté ligado a los Silmarils, me tendrás por generoso.

De esta manera forjó el destino de Doriath y quedó atrapado en la Maldición de Mandos. Y quienes lo escucharon, advirtieron que Thingol, aunque renunciaba al juramento, lo mismo mandaba a Beren a la muerte; pues sabían que todo el poder de los Noldor, antes de que se quebrantara el Sitio, no había valido ni siquiera para ver desde lejos los relumbrantes Silmarils de Fëanor. Pues habían sido engarzados en la Corona de Hierro, y en Angband se estimaban por encima de toda riqueza; y en torno estaban los Balrogs, e innumerables espadas, y fuertes rejas, y muros inexpugnables, y la oscura majestad de Morgoth.

Pero Beren rió. —Por bajo precio —dijo— venden a sus hijas los reyes de los Elfos; por gemas y por cosas de artesanía. Pero si ésta es vuestra voluntad, Thingol, la cumpliré. Y cuando volvamos a encontrarnos, mi mano sostendrá un Silmaril de la Corona de Hierro; porque no veis por última vez a Beren hijo de Barahir.

Entonces miró los ojos de Melian, que nada dijo; y se despidió de Lúthien Tinúviel, e inclinándose ante Thingol y Melian, apartó a los guardianes que lo rodeaban y partió solo de Menegroth.

— Entonces, por fin habló Melian, y dijo a Thingol:

—Oh, rey, has concebido un plan astuto. Pero si mis ojos no han perdido la vista, será para tu mal, no importa que Beren fracase en su cometido o lo lleve a cabo. Porque has condenado a tu hija o te has condenado a ti mismo. Y ahora Doriath está sometida a los hados de un reino más poderoso.

Pero Thingol contestó: —No vendo a Hombres o Elfos lo que amo y estimo por sobre todos los tesoros. Y si hubiera esperanza o temor de que Beren volviera vivo a Menegroth, no contemplaría otra vez la luz del cielo, aunque yo lo haya jurado.

Pero Lúthien calló, y desde esa hora no volvió a cantar en Doriath. Un silencio profundo se hizo en los bosques, y las sombras se alargaron en el reino de Thingol.

Se dice en la Balada de Leithian que Beren pasó por Doriath sin ser molestado, y llegó al fin a la región de las Lagunas del Crepúsculo y los Marjales del Sirion; y dejando atrás la tierra de Thingol, trepó a las montañas sobre las Cataratas del Sirion, donde las aguas se precipitan bajo tierra con gran estrépito. Desde allí miró hacia el oeste, y a través de la niebla y las lluvias que bañaban esas colinas vio Talath Dirnen, la Planicie Guardada, que se extendía entre el Sirion y el Narog; y, más allá, divisó a lo lejos las altas tierras de Taur—en—Faroth que se levantan sobre Nargothrond. Y sin esperanza ni designio, volvió hacia allí sus pasos.

En toda aquella planicie, los Elfos de Nargothrond mantenían una vigilancia incesante; y en todas las colinas de los bordes había torres ocultas, y en todos los bosques y campos vecinos deambulaban en secreto arqueros de gran habilidad. Las flechas llegaban seguras a destino y eran mortales, y nada entraba allí furtivamente si ellos no lo deseaban. Por tanto, antes de que Beren hubiera avanzado mucho, supieron que andaba por el bosque, y que su muerte estaba próxima. Pero conociendo el peligro en que se encontraba, Beren llevaba siempre en alto el anillo de Felagund; y aunque no veía a nadie a causa de la cautela de los cazadores, se sentía vigilado y a menudo exclamaba en voz alta: —Soy Beren hijo de Barahir, amigo de Felagund. ¡Llebadme al rey!

Así fue que los cazadores no lo mataron, y le salieron juntos al paso y le ordenaron que se detuviera. Pero al ver el anillo, se inclinaron ante él, aunque Beren pareciera un hombre salvaje y abandonado; y lo condujeron hacia el norte y hacia el oeste, avanzando de noche por temor de que alguien descubriera el camino que seguían. Porque por ese tiempo no había vado ni puente sobre el torrente del Narog ante las puertas de Nargothrond; pero más hacia el norte, donde el Ginglith se unía al Narog, el caudal disminuía, y cruzando por allí y volviéndose otra vez hacia el sur, los Elfos llevaron a Beren bajo la luz de la luna hacia los portones oscuros de unos recintos escondidos.

De ese modo Beren llegó ante el Rey Finrod Felagund; y Felagund supo quién era, pues no necesitaba el anillo para reconocer a la gente de Bëor y de Barahir. Se reunieron a puertas cerradas, y Beren habló de la muerte de Barahir, y de todo lo que le había ocurrido en Doriath; y lloró recordando a Lúthien y la alegría que habían sentido juntos. Pero Felagund escuchó la historia con asombro e inquietud; y supo que el juramento que había hecho era su propia sentencia de muerte, como mucho antes se lo había predicho a Galadriel. Le habló entonces a Beren con pesadumbre en el corazón. —Es claro que Thingol desea tu muerte; pero parece que esta condena va más allá de sus designios, y que el Juramento de Fëanor obra de nuevo. Porque los Silmarils están malditos, por un juramento de odio; y quien los nombra con algún deseo despierta un gran poder del sopor en que están sumidos; y los hijos de Fëanor llevarían a todos los reinos de los Elfos a la ruina antes que consentir que algún otro gane o posea un Silmaril, porque los impulsa el Juramento. Y ahora Celegorm y Curufin habitan en mis estancias; y aunque yo, hijo de Finarfin, soy rey, ellos han ganado gran poder y rigen a muchos. Me han demostrado amistad en un apuro, pero me temo que no te mostrarían amor ni clemencia si tu cometido se supiera. No obstante, mi propio juramento se mantiene; y de ese modo todos estamos atrapados.

Entonces el Rey Felagund habló ante el pueblo recordando las hazañas de Barahir, y su voto: y declaró que pesaba sobre sus espaldas la obligación de ayudar al hijo de Barahir en esta necesidad, y buscó el apoyo de los capitanes. Entonces Celegorm se alzó de entre la multitud, y desenvainando la espada gritó: —Sea amigo o enemigo, demonio de Morgoth, Elfo o hijo de los Hombres o cualquier otra criatura viviente de Arda, no habrá ley, ni amor, ni alianza del infierno, ni poder de los Valar, ni capacidad de hechicería que lo defienda del odio sempiterno de los hijos de Fëanor si toma o encuentra un Silmaril y lo guarda. Porque a los Silmarils sólo nosotros tenemos derecho hasta que termine el mundo.

Muchas otras palabras pronunció, tan poderosas como lo habían sido mucho antes en Tirion las palabras de su padre, que por primera vez inflamaron la rebelión de los Noldor. Y después de Celegorm, habló Curufin, con mayor gentileza, pero no con menor poder, conjurando en la mente de los Elfos una visión de guerra y la ruina de Nargothrond. Tan grande fue el miedo que puso en los corazones, que desde entonces y hasta el tiempo de Túrin, ningún Elfo de ese reino quiso ir a una batalla campal; sino que con cautela y emboscadas, con hechicería y dardos emponzoñados, persiguieron a todos los forasteros olvidando los vínculos de linaje.

De este modo perdieron el valor y la libertad de los Elfos de antaño, y hubo oscuridad en aquellas tierras.

Y murmuraron entonces que el hijo de Finarfin no era un Vala como para darles órdenes, y apartaron de él los ojos. Pero la Maldición de Mandos cayó sobre los hermanos, y en ellos brotaron oscuros pensamientos, y pensaron enviar a Felagund solo a la muerte, y usurpar, si era posible, el trono de Nargothrond; porque eran del linaje más antiguo de los príncipes de los Noldor.

Y Felagund, viendo que lo abandonaban, se quitó de la cabeza la corona de plata de Nargothrond y la arrojó a los pies de los hermanos diciendo: —Podéis romper vuestros juramentos de fidelidad pero yo he de cumplir con mi obligación. No obstante, si hay alguien sobre el que no ha caído aún la sombra de nuestra maldición, no me sería difícil encontrar al menos unos pocos seguidores, y no tendría que irme de aquí como un mendigo que ha sido echado de las puertas— Hubo diez que se mantuvieron a su lado; y el jefe de ellos, que se llamaba Edrahil, inclinándose, recogió la corona y preguntó si tenía que dársela a un senescal, en tanto Felagund no regresara. —Porque vos seguís siendo mi rey y el de ellos — dijo—, no importa lo que ocurra.

Entonces Felagund dio la corona de Nargothrond a Orodreth, su hermano, para que gobernara en su lugar; y Celegorm y Curufin nada dijeron, pero sonrieron y abandonaron la estancia.

Una tarde de otoño Felagund y Beren abandonaron Nargothrond con sus diez compañeros; y viajaron juntos a orillas del Narog hasta su fuente en las Cataratas de Ivrin. Bajo las Montañas de la Sombra descubrieron un campamento de Orcos y los mataron a todos por la noche; y se llevaron los pertrechos y las armas. Por las artes de Felagund cambiaron de forma y de rostro hasta que parecieron Orcos; y así disfrazados llegaron al camino del norte y se aventuraron por el paso hacia el oeste, entre Ered Wethrin y las tierras altas de Taur—nu—Fuin. Pero Sauron los vio desde la torre, y dudó; porque iban de prisa y no se detuvieron a dar cuenta de sus actos, como estaban obligados a hacer los sirvientes de Morgoth que fueran por ese camino. Por tanto mandó detenerlos y conducirlos ante él.

De este modo se libró la contienda entre Sauron y Felagund que alcanzó tanto renombre. Porque Felagund luchó contra Sauron con cantos de poder, y el rey era muy poderoso; pero fue Sauron quien se impuso, como se dice en la Balada de Leithian:

*Entonó un canto de hechicería, de ocultaciones
y revelaciones, de falsedades y traiciones.
Allí Felagund respondió de pronto con un canto
de obstinada firmeza, de guerra contra el poder
y resistencia, de secretos guardados,
de una fuerza de torre, de confianza, de libertad,
de huida; de formas cambiantes y móviles,
de emboscadas fallidas, trampas destruidas,
de prisiones abiertas, y de cadenas rotas.*

*Los cantos se adelantaban y retrocedían,
flaqueando, zozobrando, y cuanto más crecía
la fuerza de ese canto, más Felagund luchaba,
y puso en sus palabras el poder y la magia
que había traído de Elvenesse.
Suavemente en la sombra oyeron a los pájaros
que a lo lejos cantaban en Nargothrond, y*

*el suspiro del Mar mucho más lejos,
más allá del mundo del oeste, en la arena,
en la arena de perlas del País de los Elfos.*

*Se espesó entonces la sombra; creció la noche
en Valinor, manaba la sangre roja
junto al mar, donde los Noldor mataron
a los jinetes de la espuma, donde robaron
las naves blancas de velamen blanco
de los puertos claros de lámparas. El viento
se lamenta, el lobo aúllo. Los cuervos vuelan.
El hielo murmura en las bocas del Mar.
Los cautivos lloran tristes en Angband
Retumba el trueno, los Juegos arden...
Y Finrod cae a los pies del trono.*

Entonces Sauron los despojó de los disfraces, y ellos aparecieron allí ante él desnudos y asustados. Pero aunque así se reveló lo que eran, no pudo descubrir Sauron cómo se llamaban ni qué se proponían.

Los arrojó por tanto a un foso profundo, oscuro y silencioso, y los amenazó con una muerte atroz a menos que uno de ellos le confesara la verdad. De vez en cuando veían dos ojos que ardían en la negrura; y un licántropo devoró a uno de los compañeros; pero ninguno traicionó al Señor.

En el momento en que Sauron arrojó a Beren al foso, un abismo de horror se abrió en el corazón de Lúthien; y al ir a Melian en busca de consejo, se enteró de que Beren estaba en las mazmorras de Tol—in—Gaurhoth sin esperanza de salvación. Entonces Lúthien, al ver que no tendría ayuda de nadie sobre la tierra, resolvió escapar de Doriath y ayudar ella misma a Beren; pero buscó la asistencia de Daeron, quien delató al rey lo que ella pretendía. Entonces Thingol sintió miedo y asombro; y porque no quiso privar a Lúthien de las luces del cielo por temor de que desmejorara y menguara, aunque quería impedir que partiese, hizo construir una casa de la que no podría escapar. No lejos de las puertas de Menegroth se erguía el más alto de todos los árboles del Bosque de Neldoreth, un bosque de hayas en la mitad septentrional del reino. Esta haya poderosa se llamaba Hírilorn, y tenía tres troncos, iguales de dimensión, de corteza tersa y extremadamente altos; las ramas se extendían muy por encima del suelo. Bien arriba, entre los tallos de Hírilorn, se construyó una casa de madera, y ahí se hizo morar a Lúthien; y las escaleras se retiraron y se guardaron, excepto sólo cuando los sirvientes de Thingol le traían lo que ella necesitaba.

Se cuenta en la Balada de Leithian cómo ella escapó de la casa de Hírilorn; porque recurrió a sus artes de encantamiento e hizo que los cabellos le crecieran muy largos, y con ellos tejó un vestido oscuro que la cubría como una sombra, y que estaba cargado con un hechizo de sueño. Con las hebras que quedaban trenzó una cuerda y la dejó caer desde la ventana; y cuando el extremo se meció sobre los guardianes que estaban sentados bajo el árbol, éstos cayeron en un profundo sopor. Entonces Lúthien abandonó aquella cárcel, y envuelta en la capa de sombras escapó a todas las miradas y desapareció de Doriath.

Dio la casualidad que Celegorm y Curufin habían ido de caza a la Planicie Guardada; y esto hicieron porque Sauron, entrado en sospechas, envió muchos lobos a las tierras de los Elfos. Por tanto los Elfos montaron los caballos y echaron, a correr junto con sus propios perros, y creían que antes de regresar tendrían nuevas del Rey Felagund. Ahora bien, el principal de los perros lobos que seguían a Celegorm se llamaba Huan. No había nacido en la Tierra Media, sino que venía del

Reino Bendecido; pues Oromë se lo había dado a Celegorm en Valinor hacía mucho tiempo, y allí había seguido el cuerno de Celegorm, antes de la llegada del mal. Huan siguió a Celegorm en el exilio y le era fiel; y de ese modo también él quedó sometido a la maldición de dolor que pesaba sobre los Noldor; y se decretó que se toparía con la muerte, aunque no antes de encontrarse con el lobo más poderoso que hubiera andado por el mundo.

Fue entonces que Huan halló a Lúthien, que huía como una sombra sorprendida por la luz bajo los árboles, cuando Celegorm y Curufin descansaban por un momento cerca de los confines occidentales de Doriath; porque nada escapaba a la vista y el olfato de Huan, ni lo detenía ningún encantamiento, y no dormía ni de noche ni de día. La llevó a Celegorm, y Lúthien, al enterarse de que él era un príncipe de los Noldor y enemigo de Morgoth, se alegró; y declaró quién era dejando caer la capa. Tan grande fue la súbita belleza revelada bajo el sol, que Celegorm se enamoró de ella; pero le habló con tino, y le prometió que encontraría ayuda, si volvía con él a Nargothrond. No mostró en ningún momento que ya sabía de Beren y de su cometido, a los que ella se refirió, ni tampoco que el asunto le interesaba de cerca.

Así, pues, interrumpieron la cacería y volvieron a Nargothrond, y Lúthien fue traicionada; porque la retuvieron y le quitaron la capa y no se le permitió atravesar las puertas ni hablar con nadie, salvo con los hermanos, Celegorm y Curufin. Porque ahora, creyendo que Beren y Felagund habían caído prisioneros y nada ni nadie podía rescatarlos, se propusieron dejar morir al rey y retener a Lúthien y obligar a Thingol a conceder la mano de ella a Celegorm. De este modo crecerían en poder y se convertirían en los más poderosos príncipes de los Noldor. Y no tenían intención de recuperar los Silmarils por arte o por guerra, ni permitir que nadie más lo hiciese, en tanto no dominaran todos los reinos élficos. Orodreth no tenía poder para resistírseles, pues ellos gobernaban los corazones del pueblo de Nargothrond; y Celegorm envió mensajeros a Thingol con su apremiante petición.

Pero Huan, el perro, era de corazón fiel, y amaba a Lúthien desde el momento en que la había encontrado, y el cautiverio de ella lo apenaba. Por tanto, iba a menudo a la cámara de Lúthien, y a la noche yacía delante de su puerta; pues sentía que el mal había llegado a Nargothrond. Lúthien se sentía sola y hablaba a menudo con Huan, y le contaba de Beren, que era amigo de todos los pájaros y las bestias que no servían a Morgoth; y Huan la escuchaba. Porque comprendía el lenguaje de todas las criaturas dotadas de voz; pero sólo le estaba permitido hablar con palabras tres veces antes de morir.

Ahora bien, Huan concibió un plan de ayuda para Lúthien; y llegada la noche, le llevó la capa y por primera vez le habló dándole consejo. Entonces, por caminos secretos, la condujo fuera de Nargothrond, y huyeron juntos hacia el norte; y él se humilló y permitió que ella lo cabalgara a modo de corcel, como hacían a veces los Orcos sobre los grandes lobos. Y así avanzaron muy de prisa, pues Huan era rápido e infatigable.

En los fosos de Sauron yacían Beren y Felagund, y todos sus compañeros habían muerto ya; pero Sauron se proponía conservar a Felagund hasta el final, porque entendía que era un Noldor de gran poder y sabiduría, y creía que era él quien guardaba el secreto de la misión de los Elfos. Pero cuando el lobo vino en busca de Beren, Felagund recurrió a todo su poderío y rompió las ligaduras; y luchó con el licántropo y lo mató con dientes y manos; no obstante, él mismo estaba herido de muerte. Entonces le habló a Beren diciendo: —Me voy ahora a mi largo descanso en los recintos intemporales de más allá de las aguas y las Montañas de Aman. Transcurrirá mucho antes de que vuelva a ser visto entre los Noldor; y puede que no nos encontremos una segunda vez en la vida o en la muerte, porque los destinos de nuestras gentes se apartan. ¡Adiós!— Así murió Felagund en la

oscuridad de Tol—in—Gaurhoth, cuya gran torre él mismo había construido. De esta manera el Rey Finrod Felagund, el más hermoso y el más amado de la casa de Finwë, cumplió su juramento; pero Beren se lamentó desesperado junto a él.

A esa hora llegó Lúthien, y erguida sobre el puente que conducía a la isla de Sauron, cantó un canto que ningún muro de piedra podía detener. Beren la oyó y pensó que soñaba; pues arriba brillaban las estrellas y en los árboles cantaban los ruiseñores. Y como respuesta cantó un canto de desafío que él había compuesto en alabanza de las Siete Estrellas, la Hoz de los Valar que Varda había colgado sobre el Norte como signo de la caída de Morgoth. Luego las fuerzas le faltaron y se desmoronó en la oscuridad.

Pero Lúthien oyó la voz que le había contestado y entonó entonces un canto de gran poder. Los lobos aullaron y la isla tembló. Sauron se encontraba en la alta torre envuelto en negros pensamientos; pero se sonrió al oír la voz, porque sabía que era la de la hija de Melian. La fama de la belleza de Lúthien y de la maravilla de su canción hada ya mucho que había traspasado los muros de Doriath; y Sauron pensó que podía capturar a Lúthien y entregarla al poder de Morgoth, pues la recompensa sería grande.

Por tanto, envió a un lobo al puente. Pero Huan le dio muerte en silencio. Sauron continuó enviando lobos, uno a uno; y uno a uno Huan los aferraba por el pescuezo y los mataba. Entonces Sauron envió a Draugluin, una bestia espantosa, ya vieja en el mal, señor y ancestro de los licántropos de Angband. Tenía mucha fuerza; y la batalla entre Huan y Draugluin fue larga y feroz. No obstante, por fin Draugluin escapó y volviendo a la torre murió a los pies de Sauron; y al morir le dijo: —¡Huan está allí!— Ahora bien, Sauron conocía perfectamente, como todos en esa tierra, el hado que le estaba decretado al perro de Valinor; y se le ocurrió que él mismo lo cumpliría. Por tanto tomó la forma de un licántropo, la del más poderoso que hubiera andado por el mundo, y corrió a ganar el paso del puente.

Tan grande fue el espanto de la llegada de Sauron, que Huan saltó a un lado. Entonces Sauron se abalanzó sobre Lúthien; y ella se desvaneció ante la amenaza del espíritu maligno que miraba por los ojos del lobo y los inmundos vapores que le salían por la boca. Pero antes de caer, ella le arrojó a los ojos un pliegue de la capa oscura, y él se tambaleó, dominado por una súbita somnolencia. En ese momento saltó Huan, y así empezó la contienda entre Huan y Sauron el Lobo, y los aullidos y bramidos resonaron en las colinas, y más allá del valle, y los guardianes de los muros de Ered Wethrin los oyeron a la distancia y se turbaron.

Pero ni la brujería ni el hechizo, ni el colmillo ni el veneno, ni la habilidad demoníaca ni la fuerza bestial podían superar a Huan de Valinor; y apresó a su enemigo por el cuello y dio con él por tierra. Entonces Sauron mudó de aspecto: de lobo se convirtió en serpiente, y de monstruo volvió a la forma de costumbre; pero no podía deshacerse de los dientes de Huan sin abandonar el cuerpo por completo. Antes de que el espíritu horrible de Sauron dejara su oscura morada, Lúthien se le acercó y anunció que le quitarían las investiduras de carne, y que el fantasma tembloroso sería devuelto a Morgoth; y le dijo: —Allí por siempre jamás, así desnudado, soportarás el desprecio de Morgoth, que te traspasara con la mirada a menos que me cedas ahora la posesión de tu torre.

Entonces Sauron se rindió, y Lúthien tomó posesión de la isla y de todo cuanto allí se encontraba; y Huan lo soltó. Y en seguida Sauron tomó la forma de un vampiro, grande como una nube oscura sobre la luna, y huyó, goteando sangre del cuello sobre los árboles, y fue a Taur—nu—Fuin, y vivió allí, llenando el sitio de horror.

Entonces Lúthien se irguió sobre, el puente y declaró su poder: y el encantamiento que unía piedra con piedra se deshizo, y los portones se derrumbaron, y los muros se abrieron, y los fosos quedaron vados; y muchos esclavos y cautivos salieron con asombro y turbación, protegiéndose los ojos de la

pálida luz de la luna, pues habían pasado mucho tiempo sumidos en la oscuridad de Sauron. Pero Beren no salió. Por tanto, Huan y Lúthien lo buscaron en la isla; y Lúthien lo encontró doliéndose junto a Felagund. Beren estaba tan angustiado que no se movió y no oyó los pasos de ella. Entonces, creyéndolo ya muerto, Lúthien lo abrazó y cayó en un negro olvido. Pero Beren, saliendo a la luz desde los abismos de la desesperación, la levantó, y volvieron a mirarse; y el día que se elevaba sobre las colinas oscuras brilló sobre ellos.

Sepultaron el cuerpo de Felagund en la colina de su propia isla, que estuvo limpia otra vez; y la tumba verde de Finrod hijo de Finarfin, el más hermoso de todos los príncipes de los Elfos, permaneció inviolada, hasta que la tierra cambió y se quebró y se hundió bajo mares destructores. Pero Finrod pasea con su padre Finarfin bajo los árboles de Eldamar.

Ahora bien, Beren y Lúthien Tinúviel estaban otra vez libres y juntos recorrían los bosques, recobrada por un tiempo la alegría; y aunque llegó el invierno, a ellos no los dañó, porque las flores no se marchitaban por donde andaba Lúthien, y los pájaros cantaban al pie de las colinas vestidas de nieve. Pero Huan, que era fiel, volvió a la casa de Celegorm; sin embargo, el amor que los unía ya no fue tan grande.

Hubo un tumulto en Nargothrond. Porque allí se reunieron muchos Elfos que habían sido prisioneros en la isla de Sauron; y se levantó un clamor que las palabras de Celegorm no lograron apaciguar. Lamentaban amargamente la caída del Rey Felagund, y decían que una doncella se había atrevido a lo que no se habían atrevido los hijos de Fëanor; pero muchos advirtieron que era la traición antes que el miedo lo que había guiado a Celegorm y Curufin. Así ocurrió que los habitantes de Nargothrond ya no se sintieron obligados a obedecerles, y volvieron otra vez a la casa de Finarfin; y sirvieron a Orodreth. Pero él no permitió que dieran muerte a otros hermanos, como deseaban algunos, porque el derramamiento de la sangre de parientes por parientes haría que la Maldición de Mandos pesara aún más sobre todos ellos. No obstante, ni pan ni descanso concedió a Celegorm y a Curufin dentro del reino, y juró que en adelante habría poco amor entre Nargothrond y los hijos de Fëanor.

—¡Así sea! —dijo Celegorm, y hubo una luz de amenaza en sus ojos; pero Curufin sonrió. Entonces montaron a caballo y se alejaron de prisa como el fuego, al encuentro, si les era posible, de los hermanos del este. Pero nadie quiso acompañarlos, ni siquiera los que eran de su propio linaje; porque todos advirtieron que la Maldición pesaba sobre los hermanos, y que el mal los seguía. En ese tiempo Celebrimbor, el hijo de Curufin, repudió las acciones de su padre, y se quedó en Nargothrond; pero Huan iba siempre detrás del caballo de Celegorm.

Cabalgaron hacia el norte, pues estaban impacientes e intentaban pasar a través de Dimbar y a lo largo de las fronteras septentrionales de Doriath, en busca del camino más rápido a Himring, donde vivía Maedhros, el hermano de ellos; y tenían aún la esperanza de ir por ese camino, pues estaba cerca de las fronteras de Doriath, evitando Nan Dungortheb y la lejana amenaza de las Montañas del Terror.

Ahora bien, se dice que Beren y Lúthien fueron de un lado a otro hasta que llegaron al Bosque de Brethil, y se acercaron por fin a los confines de Doriadi. Entonces Beren recordó el juramento; en contra de él mismo resolvió que cuando Lúthien llegara otra vez a la seguridad de su propia tierra, él se pondría de nuevo en camino. Pero ella no estaba dispuesta a volver a separarse, y dijo: —Tienes que elegir, Beren, entre dos cosas: abandonar la misión y tu juramento y llevar una vida errante sobre la faz de la tierra; o mantener tu palabra y desafiar el poder entronizado de la oscuridad. Pero por cualquiera de esos caminos yo te seguiré, y nuestra suerte será la misma.

Mientras conversaban juntos de estas cosas, andando sin hacer caso de nada más, Celegorm y Curufin llegaron de prisa cabalgando por el bosque; y los hermanos los vieron y los reconocieron desde lejos. Entonces Celegorm dio media vuelta y espoleó el caballo hacia Beren, con la intención de atropellarlo; pero Curufin se volvió de pronto, e inclinándose alzó a Lúthien sobre la montura, pues era un jinete fuerte y hábil. Entonces Beren saltó de delante de Celegorm al caballo de Curufin que pasaba rápido junto a él; y el Salto de Beren alcanzó renombre entre Hombres y Elfos. Aferró a Curufin por la garganta desde atrás, y echándose de espaldas cayeron juntos al suelo. El caballo se encabritó y rodó, pero Lúthien fue arrojada a un lado sobre la hierba.

Entonces Beren empezó a estrangular a Curufin, pero la muerte se le acercaba, pues Celegorm cabalgaba hacia él con una espada en alto. En ese momento Huan olvidó que servía a Celegorm y le saltó encima, de modo que el caballo se volvió y no quiso acercarse a Beren por miedo al gran perro de caza. Celegorm maldijo al perro y al caballo, pero Huan no se alteró. Entonces Lúthien se incorporó e impidió la muerte de Curufin; Beren sin embargo, lo despojó de pertrechos y armas y le sacó el cuchillo Angrist, que le colgaba sin vaina a un costado. Ese cuchillo había sido hecho por Telchar de Nogrod, y atravesaba el hierro como si fuera madera verde. Entonces Beren, alzando a Curufin, lo empujó lejos, y le ordenó que volviera a reunirse con su noble parentela, y quizás allí le enseñarían a dedicarse a empresas de mayor valor. —Me quedo con tu caballo —le dijo— para servicio de Lúthien, y puede considerarse dichoso de librarse de amo semejante.

Entonces Curufin maldijo a Beren bajo las nubes y el cielo. —Vete de aquí —le dijo— y que encuentres una muerte pronta y amarga. —Celegorm lo puso junto a él sobre la montura, y los hermanos se prepararon para alejarse; y Beren se volvió y no les prestó atención. Pero Curufin, lleno de vergüenza y malicia, tomó el arco de Celegorm y disparó mientras avanzaban; y la flecha estaba destinada a Lúthien. Huan saltó y la atrapó con la boca; pero Curufin disparó otra vez, y Beren saltó delante de Lúthien, y el dardo lo hirió en el pecho.

Se cuenta que Huan persiguió a los hijos de Fëanor y que ellos huyeron atemorizados; y al volver le trajo a Lúthien una hierba del bosque. Y con esa hoja ella restañó la herida de Beren y por medio de sus artes y de su amor lo curó; y así, por fin, volvieron a Doriath. Allí Beren, desgarrado entre el juramento y su amor y sabiendo que ahora Lúthien estaba a salvo, se levantó una mañana antes que el sol asomara, y la encomendó al cuidado de Huan; luego partió con gran angustia mientras ella aún dormía sobre la hierba.

Cabalgó rápido otra vez hacia el norte, hacia el Paso del Sirion, y al llegar a los bordes de Taur—nu—Fuin, miró a través del yermo de Anfauglith y vio a lo lejos los picos de Thangorodrim. Allí soltó al caballo de Curufin y le dijo que abandonara miedo y servidumbre y que corriera libre por la hierba verde en las tierras del Sirion. Entonces, encontrándose solo y en el umbral del último peligro, compuso la Canción de la Partida en alabanza de Lúthien y de las luces del cielo; porque creía que había llegado el momento de despedirse del amor y de la luz. De esa canción forman parte estas palabras:

*Adiós dulce tierra y cielo del norte,
benditos para siempre, pues aquí yació
y aquí corrió con miembros ligeros
bajo la Luna, bajo el Sol,
Lúthien Tinúviel,
tan bella que ninguna lengua mortal
puede decirlo.
Aunque cayese en ruinas todo el mundo,
y se deshiciera, arrojado de vuelta,*

*desvanecido en el viejo abismo,
aun así fue bueno que se hiciese
—el crepúsculo, el alba, la tierra, el mar—
para que Lúthien fuera por un tiempo.*

Y cantó en alta voz, sin cuidarse de que alguien pudiera oírlo, pues estaba desesperado y no encontraba modo de escapar.

Pero Lúthien escuchó la canción, y respondió cantando mientras avanzaba inadvertida por los bosques. Porque Huan, consintiendo una vez más en que ella lo cabalgase, la había llevado tras el rastro de Beren. Mucho había reflexionado Huan en algún recurso que alejara del peligro a esos dos a quienes amaba. Se desvió por tanto ante la isla de Sauron, mientras corrían otra vez hacia el norte, y tomó desde entonces la forma del espantoso licántropo Draugluin, y ella la del horrendo murciélago Thuringwethil. Thuringwethil era el mensajero de Sauron, y acostumbraba volar a Angband con forma de vampiro; y los dedos que sostenían las grandes alas membranosas terminaban en una garra de hierro. Vestidos con estos horribles atavíos, Huan y Lúthien atravesaron Taur—nu—Fuin a la carrera, y no había criatura que no huyera ante ellos.

Cuando Beren vio que se aproximaban, se sintió consternado; y se asombró, pues había oído la voz de Tinúviel, y pensó que era un espectro, y que le estaban tendiendo una trampa. Pero ellos se detuvieron y se quitaron los disfraces, y Lúthien corrió hacia él. Fue así que Beren y Lúthien volvieron a encontrarse entre el desierto y el bosque. Por un momento él calló, y se sintió contento; pero al cabo de un rato le rogó una vez más a Lúthien que interrumpiera el viaje.

—Tres veces maldigo ahora lo que le juré a Thingol —dijo—, y preferiría que me hubiera dado muerte en Menegroth antes que conducirte a la sombra de Morgoth.

Entonces, por segunda vez, Huan habló con palabras; y aconsejó a Beren diciendo: —Ya no puedes salvar a Lúthien de la sombra de la muerte, porque por amor se ha sometido a ella. Quizá quieras apartarte de tu destino y llevarla al exilio, buscando en vano la paz mientras te dure la vida. Pero si no reniegas de tu destino, entonces por fuerza Lúthien habrá de morir sola; y desafiará contigo el destino que te aguarda, desesperanzado pero no seguro. No tengo más consejos para ti, ni tampoco he de seguir tu camino. Pero mi corazón predice que encontrarás algo ante las Puertas, y que yo lo veré. Todo lo demás me es oscuro; no obstante puede que nuestros tres caminos lleven de vuelta a Doriath, y que volvamos a vernos antes del fin.

Entonces Beren advirtió que Lúthien no podía ser apartada del destino que se les había impuesto, y ya no trató de disuadirla. Por consejo de Huan y las artes de Lúthien tomó entonces la forma de Draugluin, y ella la del horror alado de Thuringwethil. Beren tenía todo el aspecto de un licántropo, excepto los ojos en los que brillaba un espíritu sombrío pero limpio; y hubo horror en su mirada cuando vio junto a él a una criatura semejante a un murciélago que se le aferraba al lomo con unas alas arrugadas. Entonces aullando bajo la luna descendió a saltos por la colina, y el murciélago giraba y revoloteaba sobre él.

Pasaron por todos los peligros hasta que luego del largo y fatigoso camino llegaron cubiertos de polvo al valle terrible que se extiende ante las Puertas de Angband; junto al camino se abrían unas grietas negras por donde asomaban unas serpientes ondulantes. Los acantilados se levantaban a un lado y a otro como muros fortificados. Ante ellos estaba el Portal inexpugnable, un arco ancho y oscuro al pie de la montaña; por encima de él se alzaba un risco de mil pies de altura.

Allí los ganó el desánimo, pues ante las puertas había un guardián, del que no habían tenido hasta entonces ninguna noticia. A Morgoth le habían llegado

rumores sobre no sabía qué designios de los príncipes de los Elfos, y siempre se oían en las veredas del bosque los aullidos de Huan, el gran perro de guerra, que hacía mucho habían soltado los Valar. Entonces Morgoth recordó el Hado de Huan, y escogió a uno de los cachorros de la raza de Draugluin; y lo alimentó de su propia mano con carne viviente, y puso en él su poder. El lobo creció de prisa, hasta que no pudo arrastrarse dentro de ningún cubil, y yacía enorme y hambriento a los pies de Morgoth. Allí el fuego y la angustia del infierno entraron en él, y desarrolló un espíritu devorador, atormentado, terrible, y fuerte. Carcharoth, Fauces Rojas, se lo llamó en las historias de aquellos días, y Anfauglir, las Quijadas de la Sed. Y Morgoth lo tenía despierto a las Puertas de Angband por temor de que Huan viniera.

Ahora bien, Carcharoth los vio a lo lejos y titubeó, porque la noticia de la muerte de Draugluin había

llegado a Angband hada ya mucho tiempo. Por tanto cuando se acercaron les cerró el paso, y les ordenó que se detuvieran; y se les acercó con aire amenazante, oliendo algo extraño en el aire de alrededor. Pero de pronto, algún poder ancestral, heredado de la raza divina, poseyó a Lúthien, y despojándose del inmundo disfraz, avanzó, pequeña ante el poderoso Carcharoth, pero radiante y terrible. Levantó la mano, y le ordenó que durmiera diciendo: —Oh, espíritu engendrado del dolor, cae ahora en la oscuridad y olvida por un momento el espantoso destino de la vida.— Y Carcharoth cayó como herido por el rayo.

Entonces Beren y Lúthien atravesaron el Portal y descendieron las escaleras laberínticas; y juntos lleva—ron a cabo la más grande de las hazañas jamás intentada por Hombre o por Elfo alguno. Porque llegaron hasta el trono de Morgoth en el más profundo de los recintos, un palacio sostenido por el horror, iluminado por el fuego, y repleto de armas de tormento y muerte. Allí Beren se escabulló en forma de lobo bajo el trono; pero Lúthien perdió el disfraz por voluntad de Morgoth, que le clavó la mirada. Y ella no se amilanó, dijo cómo se llamaba, y ofreció cantar ante él a la manera de un trovador. Entonces Morgoth, al ver la belleza de Lúthien, concibió pensamientos de una malvada lujuria, y un designio más oscuro que ninguno que hubiese albergado en el corazón desde que huyera de Valinor. Así fue burlado por su propia malicia, porque la observaba, dejándola libre por un rato, complaciéndose secretamente en sus propios pensamientos. Entonces de súbito ella escapó a los ojos de Morgoth, y empezó a cantar desde las sombras una canción de tan sobrecogedora belleza y de un poder tan enegador que él no pudo dejar de escucharla, y se quedó ciego, y volvía los ojos a un lado y a otro buscando a Lúthien.

Toda la corte yacía ahora adormilada y todos los fuegos vacilaron y se extinguieron; pero los Silmarils en la corona de Morgoth refulgieron de pronto como llamas blancas; y el peso de la corona y de las

joyas le dobló la cabeza, corno si sobre ella llevara el mundo, cargado con un peso de inquietud, de dolor y de deseo que ni siquiera la voluntad de Morgoth podía soportar. Entonces Lúthien, sosteniéndose el vestido alado, saltó al aire y su voz descendió como la lluvia sobre los lagos, profunda y oscura. Echó la capa ante los ojos de Morgoth y lo sumió en un sueño, tenebroso como el Vado Exterior por el que una vez él había andado solo. De pronto Morgoth cayó, como un monte que se derrumba, y arrojado como el rayo fuera del trono quedó postrado boca abajo sobre los suelos del infierno. La corona se le soltó de la cabeza y rodó retumbando. Todo estaba quieto alrededor.

Como una bestia muerta Beren yacía en el suelo; pero Lúthien lo despertó tocándolo con la mano, y él se sacó el disfraz de lobo; y esgrimió el cuchillo Angrist; y de las garras de hierro que lo sostenían, quitó uno de los Silmarils.

Cuando lo tuvo en la mano cerrada, el resplandor le atravesó la carne, y la mano se le convirtió en una lámpara encendida, pero la joya no se resistió y no le

hizo daño. A Beren se le ocurrió entonces que iría más allá de lo exigido por el juramento, y que se llevaría de Angband las tres Toyas de Fëanor; pero no era ése el destino de los Siímarils. El cuchillo Angrist se partió, y un fragmento de la hoja hirió a Morgoth en la mejilla. Morgoth gruñó y se agitó, y todas las huestes de Angband se movieron en sueños.

Entonces el terror ganó a Beren y a Lúthien, y huyeron, despavoridos y sin disfraces, sólo deseando ver la luz una vez más. No fueron estorbados ni perseguidos, pero las Puertas cerraban la salida; porque Carcharoth había despertado y estaba ahora erguido de cólera sobre el umbral de Angband. Antes de que se dieran cuenta, él los vio y les saltó encima mientras corrían.

Lúthien estaba agotada, y no tuvo tiempo ni fuerza para rechazar al Tobo. Pero Beren la cubrió con el cuerpo, y en la mano derecha sostuvo en alto el Silmaril. Carcharoth se detuvo y por un instante tuvo miedo. —¡Vete, y corre! — gritó Beren— porque he aquí un fuego que te consumiré, y junto contigo a todas las criaturas malvadas.— Y puso el Silmaril ante los ojos del lobo.

Pero Carcharoth miró la joya sagrada y no se acobardó, y el espíritu devorador que tenía dentro despertó en un fuego súbito; y abriendo las fauces mordió de pronto la mano de Beren y la arrancó de la muñeca. En ese momento una llama de angustia le ardió en las entrañas, y el Silmaril le quemó la carne maldita. Aullando huyó de delante de ellos, y los muros del valle de las Puertas retumbaron con el clamor atormentado de Carcharoth. Tan terrible se volvió en su locura, que todas las criaturas de Morgoth que moraban en ese valle, o que andaban por los caminos que allí conducen, huyeron lejos; porque mataba a toda criatura viviente con que tropezara, e irrumpió desde el Norte llevando la ruina sobre el mundo. De todos los terrores llegados a Beleriand antes de la caída de Angband, la locura de Carcharoth fue el más espantoso; porque el poder del Silmaril estaba escondido en él.

Ahora bien, Beren yacía desmayado junto a las peligrosas Puertas, y la muerte se le acercaba, porque había veneno en los colmillos del lobo. Lúthien extrajo con los labios el veneno, y aun desfalleciente intentó restañar la espantosa herida. Pero detrás y en los abismos de Angband crecía el rumor de una gran cólera. La huestes de Morgoth habían despertado.

Fue así que la búsqueda del Silmaril pudo haber terminado en ruina y desesperación; pero en ese momento aparecieron sobre los muros del valle tres aves poderosas; volaban hacia el norte, con alas más rápidas que el viento. Todas las bestias y aves tenían ya noticia del viaje y del apuro de Beren, y el mismo Huan les había pedido que lo ayudaran vigilando. Altas por sobre el reino de Morgoth, volaron Thorondor y las otras águilas, y al ver la locura del lobo y la caída de Beren bajaron de prisa, al tiempo que

los poderes de Angband despertaban de las faenas del sueño.

Entonces alzaron a Lúthien y a Beren de la tierra y los llevaron allá arriba entre las nubes. Bajo ellos de pronto retumbó el trueno, rebotaron los rayos, y temblaron las montañas. Thangorodrim echó fuego y humo, y unas centellas llameantes fueron arrojadas muy lejos, y cayeron arruinando los campos; y los Noldor en Hithlum se estremecieron. Pero Thorondor seguía un camino muy alto sobre la tierra en busca de los senderos celestes, donde el sol brilla todo el día sin velos, y la luna se mueve en medio de estrellas sin nubes. De este modo pasaron rápidos sobre Dor—nu—Fauglith y sobre Taur—nu—Fuin, y llegaron al valle escondido de Tumladen. No había allí nubes ni niebla, y mirando hacia abajo, Lúthien vio a lo lejos, como una luz blanca difundida por una joya verde, el resplandor de Gondolin la celia, donde moraba Turgon. Pero lloró, porque pensó que Beren moriría sin duda, pues no hablaba, ni abría los ojos, y nada sabía de este vuelo. Y por fin las águilas los depositaron en las fronteras de Doriath; y

llegaron al mismo valle pequeño del que Beren había partido a escondidas y desesperado, mientras Lúthien dormía.

Allí las águilas la dejaron al lado de Beren, y volvieron a los altos nidos de Crissaegrim; pero Huan vino en ayuda de Lúthien, y juntos asistieron a Beren, como antes le curara ella la herida abierta por Curufin. Pero esta herida era terrible y emponzoñada. Durante mucho tiempo yació Beren, y su espíritu erraba por los oscuros límites de la muerte, conociendo siempre una angustia que lo perseguía de sueño en sueño. Entonces, de pronto, cuando la esperanza de ella casi se había agotado, Beren despertó, y al mirar hacia arriba, vio hojas contra el cielo; y oyó bajo las hojas a Lúthien junto a él, que cantaba con una voz suave y lenta. Y era primavera otra vez.

En adelante Beren fue llamado Erchamion, que significa el Manco; y llevaba el sufrimiento grabado en la cara. Pero por fin fue devuelto a la vida por el amor de Lúthien, y se puso en pie, y juntos caminaron por los bosques una vez más. Y no se apresuraron a abandonar ese sitio, porque les parecía bello. Lúthien en verdad deseaba errar al aire libre y no regresar nunca, olvidada de la casa y la gente, y de toda la gloria de los reinos de los Elfos, y entonces Beren se sintió feliz; pero durante mucho tiempo no pudo olvidar el juramento de que volvería a Menegroth, y que no siempre tendría apartada a Lúthien de Thingol. Porque se atenía a la ley de los Hombres, creyendo peligroso hacer caso omiso de la voluntad del padre, salvo en extrema necesidad; y le parecía también inadecuado que alguien de tan real linaje y tan hermosa como Lúthien viviera siempre en los bosques, como los rudos cazadores entre los Hombres, sin casa, ni honor, ni las cosas bellas que deleitan a las reinas de los Eldalië. Por tanto, al cabo de un tiempo la persuadió, y abandonó aquellas tierras sin moradas, y llegó a Doriath conduciendo a Lúthien de vuelta al hogar. Así lo quería el destino.

En Doriath habían transcurrido días de pesadumbre. La congoja y el silencio habían ganado a todos cuando Lúthien se perdió. Mucho tiempo la buscaron en vano. Y se dice que por entonces Daeron, el bardo de Thingol, desapareció de la ciudad y no fue visto nunca más. Él era el que hacía la música de la danza y el canto de Lúthien antes de que Beren viniera a Doriath; y él la había amado y había puesto todos sus pensamientos de amor en la música. Así llegó a ser el más grande de los bardos de los Elfos al este del Mar, aun de mayor renombre que Maglor hijo de Fëanor. Pero en busca de Lúthien, desesperado, erró por caminos extraños, y pasando sobre las montañas bajó al este de la Tierra Media, donde por muchas edades lamentó junto a las aguas oscuras la suerte de Lúthien hija de Thingol, la más bella de todas las criaturas vivientes.

En esa ocasión Thingol recurrió a Melian; pero ella no quiso aconsejarle más, y dijo que el destino que él había concebido tenía que obrar hasta el fin, y que por ahora no podía hacer otra cosa que esperar el tiempo oportuno. Pero Thingol se enteró de que Lúthien se había ido muy lejos de Doriath, porque llegaron en secreto mensajeros de Celegorm, como ya se ha dicho, diciendo que Felagund había muerto, y que Beren había muerto, pero que Lúthien estaba en Nargothrond, y que Celegorm la desposaría. Entonces Thingol montó en cólera y envió espías con intención de combatir contra Nargothrond; y así se enteró de que Lúthien había huido otra vez, y que Celegorm y Curufin habían sido expulsados de Nargothrond. Entonces dudó de sus propios propósitos, pues no tenía fuerzas suficientes para atacar a los siete hijos de Fëanor; pero envió mensajeros a Himring solicitando ayuda en la busca de Lúthien, ya que Celegorm no la había enviado a la casa de su padre ni había logrado retenerla en sitio seguro.

Pero en el norte del reino los mensajeros se toparon con un peligro súbito e insospechado: la embestida de Carcharoth, el lobo de Angband. En su locura había venido furioso desde el norte, y pasando por el lado oriental de Taur-nu-Fuin descendió desde las Fuentes del Esgalduin como un fuego destructor. Nada lo estorbaba, y el poder de Melian en los límites de la tierra no lo detuvo; porque lo

empujaba el destino, y el poder del Silmaril que lo atormentaba dentro. Así irrumpió en los bosques inviolados de Doriath, y todos huyeron aterrados. De los mensajeros sólo escapó Mablung, principal capitán del rey, y fue él quien nevó las terribles nuevas a Thingol.

A esa hora oscura volvían Beren y Lúthien, apresurados desde el oeste, y la noticia de que se acercaban iba delante de ellos como el sonido de una música que el viento arrastra hacia las casas sombrías, donde los hombres están acongojados. Llegaron por fin a las puertas de Menegroth y una gran multitud los seguía. Entonces Beren condujo a Lúthien ante el trono de Thingol, su padre; y Thingol miró asombrado a Beren, a quien creía muerto; pero no lo amaba, a causa de los dolores que había traído sobre Doriath. Pero Beren se arrodilló ante él y dijo: — Vuelvo según la palabra dada. Vengo a reclamar lo mío.

Y Thingol respondió: —¿Qué es de tu cometido, y de tu voto?

Pero Beren dijo: —He cumplido con él. Tengo en este mismo momento un Silmaril en la mano.

Entonces Thingol dijo: —¡Muéstramelo!

Y Beren tendió la mano izquierda abriendo lentamente los dedos; pero estaba vacía. Luego levantó el brazo derecho; y desde ese momento él mismo se dio el nombre de Camlost, la Mano Vacía.

Entonces se dulcificó el ánimo de Thingol; y Beren se sentó ante el trono a la izquierda, y Lúthien a la derecha, y contaron la historia de la Misión mientras todos escuchaban y estaban asombrados. Y le pareció a Thingol que este Hombre no se parecía a ningún otro Hombre mortal, y que se contaba entre los grandes de Arda, y que el amor de Lúthien era algo nuevo y extraño; y entendió que el destino de ambos no podría ser estorbado por ningún poder en el mundo. Por lo tanto cedió, y Beren tomó la mano de Lúthien ante el trono de su padre.

Pero entonces una sombra cayó sobre la alegría de Doriath, que celebraba el regreso de Lúthien la bella; porque al enterarse de la causa de la locura de Carcharoth, la gente tuvo todavía más miedo, advirtiendo que el peligro estaba cargado de terrible poder por causa de la joya sagrada, y que difícilmente podría ser evitado. Y Beren, al enterarse de la embestida del lobo, comprendió que no había cumplido aún su cometido.

Por tanto, como Carcharoth se acercaba cada día más a Menegroth, se prepararon para la Caza del Lobo; de todas las persecuciones de bestias que aparecen en los cuentos, la más peligrosa. A esa cacería fueron Huan, el Perro de Valinor, y Mablung, el de la Mano Pesada, y Beleg Arcofirme, y Beren Erchamion, y Thingol, Rey de Doriath. Cabalgaron en la mañana y cruzaron el Río Esgalduin; pero Lúthien se quedó atrás a las puertas de Menegroth. Una sombra oscura la cubrió, y le pareció que el sol había enfermado y se había vuelto negro.

Los cazadores giraron hacia el este y luego hacia el norte, y siguiendo el curso del río encontraron por fin a Carcharoth el Lobo en un valle oscuro, bajo el lado norte de la empinada cascada del Esgalduin. Carcharoth bebía al pie de la cascada apaciguando una sed devoradora, y aulló, y así lo descubrieron. Pero él, aunque vio que se acercaban, no se dio prisa en atacarlos. Quizás una astucia demoníaca había despertado en él, cuando las dulces aguas del Esgalduin le quitaron el dolor de momento; y mientras los cazadores venían cabalgando, se escabulló en un profundo matorral, y allí se quedó escondido. Pero ellos montaron guardia todo alrededor, y esperaron, y las sombras se alargaron en el bosque.

Beren esperaba junto al Rey Thingol, y de pronto advirtieron que Huan ya no estaba con ellos. Entonces un gran bramido se oyó en la espesura; porque Huan, impaciente y con deseos de ver al lobo, se había adelantado a buscarlo. Pero Carcharoth lo evitó, e irrumpiendo de entre los espinos se abalanzó de súbito sobre

Thingol. Rápidamente Beren avanzó ante él con una lanza, pero Carcharoth lo hizo a un lado y lo derribó mordiéndolo en el pecho. En ese instante Huan saltó desde la espesura sobre el lomo del lobo, y cayeron juntos luchando ferozmente; y nunca hubo batalla entre perro y lobo que igualara a ésta, porque en los ladridos de Huan se oía la voz de los cuernos de Oromë y la ira de los Valar, y en los aullidos de Carcharoth estaban el odio de Morgoth y una malicia más cruel que dientes de acero; y las rocas se partieron por el clamor y cayeron desde lo alto e interceptaron las cascadas del Esgalduin. Allí lucharon a muerte; pero Thingol no haría ningún caso, porque se había arrodillado junto a Beren al ver que estaba malherido.

En ese momento Huan mató a Carcharoth; pero allí, en los bosques entrelazados de Doriath, su propio destino desde tanto atrás pronunciado, tuvo cumplimiento, y estaba herido mortalmente, y el veneno de Morgoth entró en él. Entonces se acercó, y cayendo junto a Beren habló por tercera vez con palabras; y le dijo adiós a Beren antes de morir. Beren no habló, pero puso su mano sobre la cabeza del perro, y así se despidieron.

Mablung y Beleg acudieron de prisa en ayuda del rey, pero cuando vieron lo sucedido, arrojaron a un lado las lanzas y lloraron. Luego Mablung sacó un cuchillo y abrió el vientre del lobo; y por dentro parecía todo consumido, como si hubiera sido abrasado con fuego; aunque la mano de Beren que sostenía la joya estaba todavía intacta. Pero cuando Mablung iba a tocarla, la mano desapareció, y el Silmaril estaba allí desnudo, y las sombras del bosque retrocedían con la luz. Entonces Mablung, rápido y con miedo, la tomó, y la puso en la mano viva de Beren; y Beren se reanimó con el contacto del Silmaril, y lo sostuvo en alto, y le pidió a Thingol que lo recibiera. —Ahora mi misión está cumplida —dijo—, y mi destino ha sido forjado.— Y ya no habló nada más.

Cargaron a Beren Camlost hijo de Barahir sobre una litera de ramas con Huan el perro lobo a su lado; y cayó la noche antes de que hubieran regresado a Menegroth. A los pies de Hírilorn, la gran haya, Lúthien les salió al encuentro andando lentamente, y algunos llevaban antorchas junto a la litera. Allí abrazó a Beren, y lo besó, pidiéndole que la esperara más allá del Mar Occidental; y él la miró a los ojos antes de que el espíritu lo abandonara. Pero la luz de las estrellas desapareció, y la oscuridad cayó aun sobre Lúthien Tinúviel. Así terminó la Búsqueda del Silmaril; mas la Balada de Leithian, Liberación del Cautiverio, no termina.

Porque el espíritu de Beren, a requerimiento de Lúthien, se demoró en las Estancias de Mandos, resistiéndose a abandonar el mundo mientras ella no fuera a decir un último adiós a las lóbregas costas del Mar Exterior, en el que se internan los Hombres que mueren para no volver nunca más. Pero el espíritu de Lúthien se oscureció, y por último huyó volando, y su cuerpo quedó tendido sobre la hierba como una flor tronchada de súbito, y que por un tiempo no se marchita.

Entonces el invierno, como si fuera la edad cana de los Hombres mortales, descendió sobre Thingol. Pero Lúthien llegó a las Estancias de Mandos, donde están los sitios designados para los Eldalië, más allá de las mansiones del Occidente en los confines del mundo. Allí los que esperan se sientan a la sombra del pensamiento de los Eldalië. Pero la belleza de Lúthien era mayor que la de ellos, y tenía un dolor más profundo; y se arrodilló ante Mandos y le cantó.

La canción de Lúthien ante Mandos fue la más hermosa de las compuestas con palabras, y la más triste que nadie haya escuchado jamás. Inalterada, imperecedera, se la canta todavía en Valinor más allá de los oídos del mundo, y al escucharla los Valar se entristecen. Porque Lúthien compuso dos temas: el dolor de los Elfos y la congoja de los Hombres, los Dos Linajes que hizo Ilúvatar para que morasen en Arda, el Reino de la Tierra, en medio de las estrellas innumerables. Y cuando Lúthien se arrodilló a los pies de Mandos, sus lágrimas cayeron como la

llovía sobre la piedra, y Mandos se conmovió, él que nunca así se conmoviera antes, y que nunca así se conmovió después.

Por tanto, convocó a Beren, y como Lúthien se lo había dicho a la hora de la muerte, volvieron a encontrarse más allá del Mar Occidental. Pero Mandos no tenía poder para retener a los espíritus de los Hombres muertos dentro de los confines del mundo, después de que esperaran un tiempo; ni podía cambiar el destino de los Hijos de Ilúvatar. Por tanto fue ante Manwë, Señor de los Valar, que gobernaba el mundo bajo la égida de Ilúvatar; y Manwë buscó consejo en lo más íntimo de su propio pensamiento, donde se revelaba la voluntad de Ilúvatar.

Esta es la alternativa que ofreció a Lúthien. Por causa de sus fatigas y sus dolores, podría abandonar a Mandos, e ir a Valinor, para morar allí hasta el fin del mundo entre los Valar, y olvidar todas las penas. Allí no la seguiría Beren. Porque no les estaba permitido a los Valar evitarle la Muerte, que es el don de Ilúvatar a los Hombres. Pero la otra elección posible era la que sigue: regresar a la Tierra Media y llevar consigo a Beren para morar allí otra vez, mas sin ninguna seguridad de vida o de alegría. Ella se volvería entonces mortal, y estaría sometida a una segunda muerte, lo mismo que él; y antes de no mucho abandonaría el mundo para siempre, y su belleza no sería más que un recuerdo en el canto.

Este destino eligió Lúthien, abandonando el Reino Bendecido, y olvidando todo parentesco con los que allí moran; así, cualquiera fuera el dolor que tuvieran por delante, el nado de Beren y Lúthien sería siempre el mismo, y los dos senderos irían juntos más allá de los confines del mundo. Así fue que sólo ella entre todos los Eldalië murió realmente, y dejó el mundo mucho tiempo atrás. No obstante, con su elección los Dos Linajes se unieron; y aunque el mundo haya cambiado, ella fue la precursora de muchos en quienes los Eldar ven todavía la imagen de Lúthien, la amada, a quien han perdido.

20.- DE LA QUINTA BATALLA: NIRNAETH ARNOEDIAD

Se dice que Beren y Lúthien volvieron a las tierras septentrionales de la Tierra Media y moraron allí juntos por un tiempo, como hombre y mujer, y adoptaron nuevamente la forma mortal que habían tenido en Doriath. Quienes los vieron sintieron a la vez alegría y miedo; y Lúthien fue a Menegroth y curó el invierno de Thingol tocándolo con la mano. Pero Melian le miró los ojos y leyó el destino que tenía allí escrito; porque sabía que una separación más allá del fin del mundo se interponía entre ellas, y no hubo dolor de pérdida más hondo que el dolor de Melian la Maia en aquel momento. Entonces Beren y Lúthien se marcharon solos sin temor a pasar hambre o sed; y fueron más allá del Río Gelion a Ossiriand, y vivieron allí en Tol Galen, la isla verde, en medio del Adurant, hasta que no hubo más noticias acerca de ellos. Los Eldar llamaron luego a ese país Dor Firn—i—Guinar, la Tierra de los Muertos que Viven; y allí nació Dior Aranel el Hermoso, que fue luego conocido como Dior Eluchíl, el Heredero de Thingol. Ningún Hombre mortal volvió a hablar con Beren hijo de Barahir; y nadie vio a Beren o a Lúthien abandonar el mundo, ni supo dónde reposaron por última vez.

En aquellos días se animó el corazón de Maedhros hijo de Fëanor al advertir que Morgoth no era inatacable; porque los hechos de Beren y Lúthien se cantaron en muchos cantos por toda Beleriand. Sin embargo, Morgoth los destruiría a todos, uno por uno, si no llegaban a unirse otra vez en una nueva alianza y un consejo común; y Maedhros puso en marcha los planes con que se acrecentaría la fortuna de los Eldar, y que hoy se conocen como la Unión de Maedhros.

Pero el Juramento de Fëanor y las malas acciones que había obrado dañaron los designios de Maedhros, y no tuvo toda la ayuda esperada. Orodreth no se marcharía por indicación de hijo alguno de Fëanor, a causa de la conducta de

Celegorm y Curufin; y los Elfos de Nargothrond confiaban todavía en poder defender la fortaleza oculta por medio del secreto y el ocultamiento. Desde allí acudió tan sólo una pequeña compañía que seguía a Gwindor hijo de Guihn, un príncipe muy valiente; y en contra de la voluntad de Orodreth fue a la guerra del norte, porque lamentaba la pérdida de su hermano Gelmir en la Dagor Bragollach. Adoptaron la insignia de la casa de Fingon y marcharon tras los estandartes de Fingon; y nunca regresaron, salvo uno.

De Doriath tuvieron escasa ayuda. Porque Maedhros y sus hermanos, obligados por el juramento, habían enviado mensajeros con altivas palabras, exigiendo a Thingol la entrega del Silmaril, o la enemistad. Melian aconsejó ceder; pero las palabras de los hijos de Fëanor eran orgullosas y amenazantes, y Thingol se enfadó mucho pensando en la angustia de Lúthien, y en la sangre de Beren con que la joya había sido ganada, a pesar de la malicia de Celegorm y Curufin. Y toda vez que contemplaba el Silmaril, mayor deseo tenía de guardarlo para siempre; porque tal era el poder de la joya. Por tanto despidió a los mensajeros con palabras de desprecio. Maedhros no dio respuesta, porque por entonces había empezado a concebir la alianza y la unión de los Elfos; pero Celegorm y Curufin juraron abiertamente dar muerte a Thingol y destruir a su pueblo, si volvían victoriosos de la guerra, y la joya no les era devuelta de buen grado. Entonces Thingol fortificó las fronteras del reino y no acudió a la guerra, como tampoco ningún otro de Doriath, salvo Mablung y Beleg, que no estaban dispuestos a no participar en estos grandes hechos. A ellos Thingol los autorizó a ir, con tal de que no sirvieran a los hijos de Fëanor; y ellos se unieron a la hueste de Fingon.

Pero Maedhros tuvo la ayuda de los Naugrim, tanto en huestes como en el suministro de armamentos; y las herrerías de Nogrod y de Belegost estuvieron muy ocupadas en esos días. Y él reunió otra vez a todos los hermanos y a todas las gentes dispuestas a seguirlo; y a los Hombres de Bór y de Ulfang se les dio instrucción militar, y éstos convocaron aún a más miembros de los hermanos del Este. Además, en el oeste, Fingon, siempre amigo de Maedhros, pidió consejo en Himring, y en Hithlum los Noldor y los Hombres de la casa de Hador se prepararon para la guerra. En el Bosque de Brethil, Halmir, señor del Pueblo de Haleth, reunió a sus hombres y les ordenó que afilaran las hachas; pero Halmir murió antes de que la guerra comenzase, y su hijo Haldir gobernó a esa gente. Y también a Gondolin llegaron las nuevas, a Turgon, el rey escondido.

Pero Maedhros se arriesgó demasiado pronto, antes de que los planes estuvieran completos, y aunque los Orcos fueron expulsados de todas las regiones septentrionales de Beleriand, y Dorthonion fue liberada por un tiempo, Morgoth quedó advertido del levantamiento de los Eldar y de los Amigos de los Elfos, y se preparó; y envió entre ellos a muchos espías y traidores, cosa que le era más fácil ahora, pues los Hombres desleales que le servían en secreto estaban aún bien enterados de lo que pensaban los hijos de Fëanor.

Por fin Maedhros, después de haber reunido todas las fuerzas de Elfos y Hombres y Enanos que le fue posible, decidió atacar Angband desde el este y el oeste; y se propuso marchar con estandartes desplegados sobre Anfauglith. Pero cuando consiguiera hacer salir, como esperaba, a los ejércitos de Morgoth, Fingon avanzaría por los pasos de Hithlum; de este modo pensaban atrapar a la fuerza de Morgoth entre el yunque y el martillo, y aniquilarla. Y la señal para hacerlo sería la luz de un fanal en Dorthonion.

El día señalado, una mañana de pleno verano, las trompetas de los Eldar saludaron la salida del sol; y en el este se izó el estandarte de los hijos de Fëanor, y en el oeste el estandarte de Fingon, Rey Supremo de los Noldor. Entonces Fingon miró desde los muros de Eithel Sirion, y el ejército estaba en orden de batalla en los valles y los bosques al este de Ered Wethrin, perfectamente oculto a los ojos del

Enemigo; aunque él sabía que era muy numeroso. Porque allí se habían reunido todos los Noldor de Hithlum, junto con los Elfos de las Palas y la compañía de Gwindor venida de Nargothrond, y había también una gran fuerza de Hombres; a la derecha estaban las huestes de Durlómin, y todo el valor de Húrin y de su hermano Huor, y a ellos se había sumado Haldir de Brethil con muchos hombres de los bosques.

Entonces Fingon miró hacia Thangorodrim y había una nube oscura alrededor, y un humo negro ascendía; y supo que la ira de Morgoth había despertado, y que él había aceptado el reto. Una sombra de duda cubrió el corazón de Fingon; y miró hacia el este, intentando ver con vista élfica el polvo de Anfauglith, que se levantaba bajo las huestes de Maedhros. No sabía que la marcha de Maedhros había sido impedida por la astucia de Uldor el Maldecido, que lo engañó con falsas advertencias de ataque desde Angband.

Pero cundió entonces un grito que avanzó por el viento desde el sur de valle en valle, y los Elfos y los Hombres alzaron sus voces con asombro y alegría. Porque aunque nadie lo había llamado y nadie lo esperaba, Turgon había abierto el cerco de Gondolin, y avanzaba con un ejército de diez mil soldados, con brillantes cotas de malla y largas espadas y lanzas como un bosque. Entonces, cuando Fingon oyó desde lejos la gran trompeta de su hermano Turgon, la sombra se fue, y a Fingon se le reanimó el corazón, y gritó con voz fuerte: —*Utúlie'n aure! Aiya Eldalie ar Atanatári, utúlie'n auré!* ¡El día ha llegado! ¡Mirad, Pueblo de los Elfos y Padres de los Hombres, el día ha llegado!— Y todos los que oyeron el eco de su poderosa voz en las colinas respondieron gritando: —*Auta i lome!* ¡Ya la noche ha pasado!

Ahora bien, Morgoth, que sabía mucho de lo que hacía y se proponía el enemigo, escogió esta hora, y confiando en que los sirvientes traidores podrían detener a Maedhros e impedir que los atacantes se uniesen, envió a Hithlum una fuerza grande en apariencia (y, sin embargo, nada más que una parte de la que tenía aprontada); y estaban vestidos con ropas pardas, y no mostraban ningún acero desnudo, y de este modo ya habían avanzado mucho por las arenas de Anfauglith antes de que fueran vistos.

Entonces los corazones de los Noldor se enardecieron, y sus capitanes desearon atacar al enemigo en la llanura; pero Húrin se opuso, y les pidió que se cuidaran de la astucia de Morgoth, que siempre aparentaba tener pocas fuerzas, y un propósito que no era el verdadero. Y aunque no llegaba la señal de que Maedhros se acercaba, y las huestes se ponían impacientes, Húrin les instó todavía a esperar, y a dejar que los Orcos se despedazaran entre ellos en el ataque a las colinas.

Pero al capitán de Morgoth en el oeste se le había ordenado que hiciese salir prontamente a Fingon de las colmas, por cualquier medio. Fue así que continuó avanzando hasta que el frente del ejército estuvo apostado delante de las corrientes del Sirion, desde los muros de la fortaleza de Eithel Sirion hasta las bocas del Rivil en el Marjal de Serech; y las avanzadas de Fingon podían ver los ojos de los enemigos. Pero no hubo respuesta al desafío del capitán, y la provocación de los Orcos perdió firmeza cuando vieron los muros silenciosos y la amenaza oculta de las colinas. Entonces el capitán de Morgoth envió jinetes con señales de parlamento y cabalgaron hasta la obra exterior de la Barad Eithel. Con ellos llevaban a Gelmir hijo de Guilin, el señor de Nargothrond a quien habían capturado en la Bragollach, y al que habían cegado. Entonces los heraldos de Angband lo mostraron dando gritos: —Tenemos a otros como éste en nuestra morada, pero tenéis que daros prisa si queréis encontrarlos; porque cuando regresemos haremos con ellos de este modo—. Y rebanaron las manos y los pies de Gelmir, y por último la cabeza, a la vista de los Elfos, y lo dejaron allí.

La mala fortuna quiso que allí en los baluartes estuviese Gwindor de Nargothrond, el hermano de Gelmir. Y la ira se le encendió en locura, y montó a

caballo de un salto y muchos jinetes lo acompañaron; y persiguieron a los heraldos y los mataron y se internaron profundamente en el cuerpo principal del ejército. Y al ver esto, todas las huestes de los Noldor se inflamaron, y Fingon se puso el yelmo blanco y ordenó que sonaran las trompetas, y las huestes de Hithlum saltaron todas desde las colinas en súbita embestida. La luz de las espadas desenvainadas de los Noldor era como un fuego en un campo de juncos; y tan fiera y rápida fue la arremetida, que los designios de Morgoth casi fracasaron. Antes de que pudiera fortalecerse, el ejército que había enviado al oeste fue barrido en el combate, y los estandartes de Fingon pasaron por Anfauglith y fueron izados ante los muros de Angband. Siempre al frente de la batalla iban Gwindor y los Elfos de Nargothrond, y ni siquiera ahora pudieron ser contenidos; e irrumpieron a través de los Portales, y mataron a los guardianes en las mismas escaleras de Angband, y Morgoth tembló en su trono profundo cuando oyó los golpes en las puertas. Pero estaban atrapados allí y los mataron a todos, salvo a Gwindor, que fue capturado vivo; porque Fingon no pudo ir a ayudarlo. Por muchas puertas secretas en Thangorodrim, Morgoth había hecho salir al grueso de sus ejércitos que Mantenía ocultos, y Fingon fue rechazado de los muros con grandes pérdidas.

Entonces, en la llanura de Anfauglith, el cuarto día de la guerra, empezaron las Nirnaeth Arnoediad, las Lágrimas Innumerables, pues no hay canto ni historia que pueda contener tanto dolor. El ejército de Fingon se retiró por las arenas, y Haldir señor de los Haladin fue muerto en la retaguardia; con él cayó la mayor parte de los Hombres de Brethil, y nunca volvieron a los bosques. Pero en el anochecer del quinto día, y estando todavía lejos de Ered Wethrin, los Orcos rodearon a las huestes de Hithlum, y lucharon hasta llegar el día, acosándolas y cada vez más cerca. Con la mañana llegó la esperanza, cuando se oyeron las trompetas de Turgon, que avanzaba con el principal ejército de Gondolin; porque habían estado apostados en el sur, montando guardia en el Paso del Sirion, y Turgon evitó que la mayor parte de los suyos intervinieran en la frenética embestida. Ahora se apresuraba a ir en ayuda de su hermano; y los Gondolindrim eran fuertes y estaban vestidos de cota de malla, y avanzaban en columnas resplandecientes como ríos de acero al sol.

Entonces la falange de la guardia del rey irrumpió en las filas de Orcos, y Turgon se abrió paso con la espada para llegar junto a su hermano; y se dice que el encuentro entre Turgon y Húrin, que estaba al lado de Fingon, fue dichoso en medio de la batalla. Entonces la esperanza renació en el corazón de los Elfos; y en ese preciso instante, a la tercera hora de la mañana, se oyeron las trompetas de Maedhros que venía por fin desde el este, y los estandartes de los hijos de Fëanor atacaron al enemigo por la retaguardia. Han dicho algunos que aún entonces los Eldar habrían podido salir victoriosos, si todas sus huestes se hubieran mantenido fieles; porque los Orcos vacilaron y fueron contenidos, y algunos ya se volvían para huir. Pero cuando la vanguardia de Maedhros llegó junto a los Orcos, Morgoth llamó a sus últimas fuerzas, y Angband quedó vacía. Llegaron lobos y jinetes de lobos, y llegaron Balrogs y dragones y Glaurung, Padre de los Dragones. La fuerza y el terror del Gran Gusano eran ahora grandes por cierto, y los Elfos y los Hombres se amilanaron delante de él; y Glaurung se interpuso entre las huestes de Maedhros y de Fingon y las separó.

Sin embargo, ni por lobo, ni por Balrog, ni por dragón alguno alcanzaría Morgoth su propósito, sino por la traición de los Hombres. En ese momento se revelaron los planes de Ulfang. Muchos de los Orientales se volvieron y huyeron, llenos de miedo y de mentiras; pero los hijos de Ulfang se volvieron de pronto hacia Morgoth y atacaron la retaguardia de los hijos de Fëanor, y en medio de la confusión llegaron cerca del estandarte de Maedhros. No cosecharon la recompensa que Morgoth les prometiera, porque Maglor mató a Uldor el Maldecido, la cabeza de la traición, y los hijos de Bór mataron a Ulfast y a Ulwarth antes de morir ellos mismos. Pero como nuevas fuerzas del mal llegaron Hombres que Uldor había convocado y escondido en las colmas del este, y el ejército de Maedhros, atacado

por tres lados, se deshizo y se dispersó aquí y allí. Empero, el destino salvó a los hijos de Fëanor, pues aunque todos fueron heridos, no murió ninguno, porque se unieron, y rodeados del resto de los Noldor y los Naugrim se abrieron paso fuera de la batalla y escaparon lejos, hacia el Monte Dolmed, en el este.

La última de las fuerzas orientales que se mantuvo firme fue el ejército de Enanos de Belegost, y así ganaron renombre. Porque los Naugrim resistían el fuego con más osadía que los Hombres o los Elfos, y además tenían por costumbre en las batallas llevar grandes máscaras de espantosa apariencia; y les fueron de provecho frente a los dragones. Y si no hubiera sido por ellos, Glaurung y su prole habrían quemado a todos los que quedaban de los Noldor. Pero los Naugrim hicieron un círculo alrededor del dragón cuando se les echó encima, y ni siquiera la poderosa armadura le sirvió contra los golpes de las grandes hachas; y cuando se volvió y furioso derribó a Azaghál Señor de Belegost, y se precipitó sobre él, Azaghál hizo un último esfuerzo y le hundió un cuchillo en el vientre, infligiéndole tal herida que Glaurung escapó del campo, y las bestias de Angband lo siguieron turbadas. Entonces los Enanos levantaron el cuerpo de Azaghál y se lo llevaron; y con pasos cortos iban detrás, y las voces profundas entonaban un canto fúnebre, como si fuera un funeral en su propio país; y ya no hicieron caso de sus enemigos; y ninguno se atrevió a molestarlos.

Pero entonces, en la batalla occidental, Fingon y Turgon fueron atacados por una ola de enemigos tres veces mayor que todas las fuerzas que les quedaban. Había llegado Gothmog Señor de los Balrogs, alto capitán de Angband; y metió una oscura cuña en medio de las huestes de los Elfos, rodeando al Rey Fingon, y rechazando a Turgon y a Húrin hacia el Marjal de Serech. Luego se volvió hacia Fingon. Fue ése un amargo encuentro. Por fin Fingon quedó solo con los guardias muertos a sus pies; y luchó contra Gothmog, hasta que otro Balrog vino por detrás y arrojó un cinturón de fuego alrededor. Entonces Gothmog lo golpeó con el hacha negra, y una llama blanca brotó del yelmo hendido de Fingon. Así cayó el Rey Supremo de los Noldor; y lo golpearon contra el polvo con las mazas; y pisotearon el estandarte azul y plata en el barro ensangrentado.

El campo estaba perdido; pero todavía Húrin y Huor y el resto de la casa de Hador se mantenían firmes junto a Turgon de Gondolin, y las huestes de Morgoth aún no habían ganado el Paso del Sirion. Entonces Húrin le habló a Turgon, diciendo: —Idos ahora, señor, mientras todavía es posible. Porque en vos vive la última esperanza de los Eldar, y si Gondolin se mantiene erguida, en el corazón de Morgoth habrá siempre miedo.

Pero Turgon le respondió: —No por mucho tiempo puede Gondolin permanecer oculta; y cuando sea descubierta, por fuerza ha de caer.

Entonces Huor habló y le dijo: —Pero si resiste un corto tiempo, de allí vendrá la esperanza de los Elfos y de los Hombres. Esto os digo, señor, con la mirada de la muerte: aunque nos separemos aquí para siempre y yo no vuelva a ver vuestros muros blancos, de vos y de mí se levantará una nueva estrella. ¡Adiós!

Y Maeglin, el hijo de la hermana de Turgon, que estaba allí presente, escuchó estas palabras y no las olvidó; pero no dijo nada.

Entonces Turgon siguió el consejo de Húrin y de Huor, y convocó lo que quedaba de las huestes de Gondolin y lo que pudo reunir del pueblo de Fingon, y se retiró hacia el Paso del Sirion; y sus capitanes Ecthelion y Glorfindel guardaban los flancos de la derecha y la izquierda, para que el enemigo no se acercase. Pero los Hombres de Dorlómin protegían la retaguardia, como lo deseaban Húrin y Huor; porque no querían en verdad abandonar las Tierras del Norte, y si no podían volver a sus hogares, allí resistirían hasta el fin. Así se enderezó la traición de Uldor; y de todas las hazañas de guerra que los Padres de los Hombres llevaron a cabo en beneficio de los Eldar, la última resistencia de los Hombres de Dorlómin es la que obtuvo más renombre.

De este modo Turgon se abrió camino hacia el sur luchando, hasta que protegido por la guardia de Húrin y Huor cruzó el Sirion y escapó; y desapareció en las montañas y quedó oculto a los ojos de Morgoth. Pero los hermanos reunieron al resto de los Hombres, y palmo a palmo se retiraron hasta ponerse detrás del Marjal de Serech y delante de las costas del Rivil. Allí resistieron, y ya no cedieron.

Entonces todas las huestes de Angband los rodearon como un enjambre, e hicieron con los muertos un puente sobre el río, y trazaron un círculo en derredor del resto de Hithlum como la marea que crece sobre una roca. Allí, al ponerse el sol el sexto día y oscurecerse la sombra de Ered Wethrin, Huor cayó con el ojo horadado por una flecha envenenada, y todos los Hombres valientes de Hador fueron muertos alrededor en un montón; y los Orcos les cortaron las cabezas y las apilaron como un montículo de oro en el crepúsculo.

Ultimo de todos resistió Húrin. Al fin arrojó el escudo y esgrimió con ambas manos el hacha; y se canta que el hacha humeó con la sangre negra de los trasgos de Gothmog hasta aniquilarlos a todos, y cada vez que asestaba un golpe, Húrin gritaba: —*Aure enhiluva!* ¡Ya se hará de nuevo el día!— Siete veces lanzó ese grito, pero al cabo lo atraparon vivo, por orden de Morgoth, pues los Orcos se aferraban a él aunque les cortara los brazos; y siempre el caudal de enemigos se renovaba, hasta que por último cayó sepultado debajo de ellos. Entonces Gothmog lo encadenó y lo arrastró a Angband, burlándose.

Así terminó la Nirnaeth Arnoediad, al descender el sol más allá del mar. Se hizo la noche en Hithlum, y del Occidente vino una gran tormenta de viento.

Grande fue el triunfo de Morgoth, y cumplió su propósito de modo grato a su corazón; porque los Hombres quitaron la vida a los Hombres, y traicionaron a los Eldar, y el miedo y el odio despertaron entre aquellos que tendrían que haber estado unidos. Desde ese día los Elfos se mantuvieron apartados de los Hombres, excepto las Tres Casas de los Edain.

El reino de Fingon ya no existía; y los hijos de Fëanor erraron como hojas al viento. Habían perdido las armas y la alianza estaba rota; y vivieron una existencia salvaje en los bosques al pie de Ered Lindon, mezclándose con los Elfos Verdes de Ossiriand, despojados del poder y la gloria de antaño. En Brethil unos pocos de los Haladin vivían todavía en la protección de los bosques, y Handir hijo de Haldir era el Señor; pero de las huestes de Fingon nadie volvió nunca a Hithlum, ni tampoco ninguno de los Hombres de la casa de Hador, ni hubo nuevas de la batalla ni de la suerte corrida por sus señores. Pero Morgoth envió allí a los Orientales que lo habían servido, negándoles las ricas tierras que ellos codiciaban; y los encerró en Hithlum y les prohibió abandonarla. Esa fue la recompensa que les dio por haber traicionado a Maedhros: saquear y vejar a los ancianos y las mujeres y los niños del pueblo de Hador. El resto de los Eldar de Hithlum fue trasladado a las minas del norte y trabajaron allí como esclavos, salvo los que pudieron evitarlo y escaparon a las tierras salvajes y las montañas.

Los Orcos y los lobos erraban sin traba por todo el norte y avanzaban cada vez más hacia el sur, hacia Belenand, aun hasta Nantathren, la Tierra de los Sauces y los límites de Ossiriand, y nadie estaba a salvo en los campos ni en las tierras salvajes. Doriath no había caído por cierto, y los recintos de Nargothrond estaban escondidos; pero Morgoth les prestaba poca atención, fuera porque supiera poco de ellos, o porque aún no les había llegado la hora en los oscuros designios de su propia malicia. Muchos huyeron a los Puertos y buscaron refugio tras los muros de Círdan, y los marineros recorrían las costas de arriba abajo y acosaban al enemigo en rápidos desembarcos. Pero al año siguiente, antes de que llegara el invierno, Morgoth envió grandes fuerzas sobre Hithlum y Nevrast, y descendieron por los ríos Brithon y Nenning, y asolaron todas las Falas, y sitiaron los muros de Brithombar y Eglarest. Llevaban consigo herreros y mineros y hacedores de fuego, e instalaron

grandes maquinarias, y con bravura, aunque se les opuso resistencia, quebrantaron por fin los muros. Entonces los Puertos quedaron en ruinas y la torre de Barad Nimras fue derribada; y la mayor parte del pueblo de Círdan fue muerta o sometida a esclavitud. Pero algunos escaparon por mar en barcos; y entre ellos estaba Ereimon Gil-galad, el hijo de Fingon, a quien su padre había enviado a los Puertos después de la Dagor Bragollach. Este resto navegó con Círdan hacia el sur, a la Isla de Balar, y construyeron un refugio para todo aquel que pudiera llegar hasta allí; porque se establecieron también en las Desembocaduras del Sirion, y allí muchas naves livianas y rápidas estaban escondidas en arroyos y aguas donde los juncos eran densos como un bosque.

Y cuando Turgon supo de esto, envió de nuevo mensajeros a las Desembocaduras del Sirion, y pidió la ayuda de Círdan el Carpintero de Barcos. A pedido de Turgon, Círdan construyó siete rápidos barcos, y navegaron hacia el Occidente; pero no hubo nunca noticias de ellos en Balar, salvo de uno, y fue la última. Los marineros de ese barco se esforzaron largo tiempo en el mar, y por último, al volver desesperados, naufragaron en una gran tormenta a la vista de las costas de la Tierra Media; pero uno de ellos fue salvado por Ulmo de la ira de Ossë, y las olas lo sostuvieron y lo arrojaron a las costas de Nevrast. Se llamaba Voronwë; y era uno de los mensajeros que Turgon había enviado desde Gondolin.

Ahora el pensamiento de Morgoth estaba clavado en Turgon; porque Turgon se le había escapado, y de todos sus enemigos era el que más deseaba atrapar o destruir. Y ese pensamiento lo perturbaba y le estropeaba la victoria, porque Turgon, de la poderosa casa de Fingolfin, era ahora por derecho el Rey de todos los Noldor; y Morgoth temía y odiaba a la casa de Fingolfin, porque ésta tenía la amistad de Ulmo, el enemigo de Angband, y por las heridas que Fingolfin le había abierto con la espada. Y al que más temía Morgoth de todos ellos era a Turgon; porque hacía ya mucho, en Valinor, la mirada de Turgon se había fijado en él, y cada vez que se le acercaba una sombra le oscurecía la mente, y tenía el presagio de que en un tiempo todavía recóndito, la ruina le vendría de Turgon.

Fue así que Húrin fue conducido ante Morgoth, pues Morgoth sabía que era amigo del Rey de Gondolin; pero Húrin lo desafió y se burló de él. Entonces Morgoth maldijo a Húrin y a Morwen y a su prole, y les impuso una condena de oscuridad y dolor; y sacando a Húrin de la prisión lo hizo sentar en una silla de piedra en un sitio elevado de Thangorodrim. Allí estaba confinado por el poder de Morgoth, y Morgoth volvió a maldecirlo; y le dijo: —Estáte aquí sentado; y contempla las guerras donde el mal y la desesperación desolarán a los que amas. Te has atrevido a burlarte de mí y a cuestionar el poder de Melkor, Amo de los destinos de Arda. Por lo tanto, con mis ojos verás, y con mis oídos oirás; y nunca te moverás de este sitio hasta que todo sea consumado en amargura.

Y así sucedió; pero no se dice que Húrin le pidiera nunca a Morgoth clemencia ni muerte, ni para él ni para nadie de los suyos.

Por orden de Morgoth, los Orcos recogieron con gran trabajo los cuerpos de todos los caídos en la gran batalla, y todos sus pertrechos y armas, y los apilaron en un montículo en medio de Anfauglith; y era como una colina que podía verse desde lejos. Haudh—en—Ndengin la llamaron los Elfos, la Colina de los Muertos, y Haudh—en—Nirnaeth, la Colina de las Lágrimas. Pero la hierba volvió allí, y creció de nuevo alta y verde sobre esa colina, única en el desierto que Morgoth había provocado; y ninguna criatura de Morgoth holló jamás ese suelo, donde las espadas enterradas de los Eldar y los Edain se desmenuzaban en herrumbre.

21.- DE TÚRIN TURAMBAR

Rían hija de Belegund era la esposa de Huor hijo de Galdor; y se casó con Huor dos meses antes de que él fuera con su hermano Húrin a la Nirnaeth Arnoediad. Cuando no le llegaron nuevas del señor, huyó al descampado; pero recibió la ayuda de los Elfos Grises de Mithrim, y cuando nació su hijo Tuor, ellos lo cuidaron. Entonces Rían partió de Hithlum, y yendo a la Haudh—en—Ndengin, se tendió sobre ella y murió.

Morwen hija de Baragund era la esposa de Húrin, Señor de Dorlómin; y su hijo era Túrin, que nació el año en que Beren Erchamion encontró a Lúthien en el Bosque de Neldoreth. Tuvieron también una hija llamada Lalaith, lo que significa Risa, que fue amada de Túrin, su hermano; pero cuando tenía ella tres años, hubo una peste en Hithlum, traída por un viento maligno desde Angband, y murió.

Ahora bien, luego de la Nirnaeth Arnoediad, Morwen continuó viviendo en Dorlómin, pues Túrin sólo tenía ocho años, y ella estaba de nuevo encinta. Fueron aquellos malos días, porque los Orientales que llegaron a Hithlum despreciaron al resto del pueblo de Hador, y los oprimieron, y les tomaron las tierras y los bienes y esclavizaron a sus hijos. Pero tan grandes eran la belleza y la majestad de la Señora de Dorlómin, que los Orientales tuvieron miedo, y no osaron poner las manos en ella ni en sus posesiones; y murmuraron entre ellos llamándola bruja peligrosa, diestra en hechizos, y aliada de los Elfos. Pero ella era ahora pobre y nadie la asistía, aunque en secreto recibía el socorro de una pariente de Húrin, llamada Aerin, a quien Brodda, un Oriental, había tomado por esposa; y Morwen tenía mucho miedo de que le quitaran a Túrin y lo hicieran esclavo. Por tanto, se le encendió en el corazón el deseo de enviarlo lejos en secreto, y pedirle al Rey Thingol que le diera protección, porque Beren hijo de Barahir era pariente del padre de ella, y además había sido amigo de Húrin antes de que adviniera el mal. Por tanto en el otoño del Año de la Lamentación, Morwen envió a Túrin por sobre las montañas con dos viejos sirvientes que tenían que encontrar la entrada del reino de Doriath. De este modo se tejió el hado de Túrin, que se cuenta por entero en la balada *Nar i Hin Húrin*, la Historia de los Hijos de Húrin, y es la más larga de todas las baladas que hablan de aquellos días. Aquí esa historia se cuenta brevemente, porque está entretejida con el destino de los Silmarils y de los Elfos; y se la llama la Historia de la Congoja, porque es dolorosa, y en ella se revelan las más malvadas obras de Morgoth Bauglir.

Al empezar el año Morwen dio a luz a una niña, hija de Húrin; y la llamó Nienor, que significa Luto; pero Túrin y sus compañeros, después de haber superado muchos peligros, llegaron por fin a los límites de Doriath; y allí fueron encontrados por Beleg Arcofirme, jefe de los guardianes de frontera del Rey Thingol, que los condujo a Menegroth. Entonces Thingol recibió a Túrin y aun lo tomó a su cuidado en honor a Húrin el Inquebrantable; porque el ánimo de Thingol ya no era el mismo en relación con las casas de los Amigos de los Elfos. Luego fueron enviados mensajeros hacia el norte, a Hithlum, pidiéndole a Morwen que abandonara Dorlómin y volviera con ellos a Doriath; pero ella aún no quería dejar la casa en la que había vivido con Húrin. Y cuando los Elfos partieron, mandó con ellos el Yelmo—Dragón de Dorlómin, la más grande de las reliquias heredadas de la casa de Hador.

Túrin creció hermoso y fuerte en Doriath, pero estaba ya señalado por la desgracia. Durante nueve años vivió en los recintos de Thingol, y en ese tiempo estuvo menos apenado; porque iban a veces mensajeros a Hithlum, y al volver traían nuevas no tan malas de Morwen y Nienor. Pero hubo un día en que los mensajeros no volvieron del norte, y Thingol ya no quiso enviar otros. Entonces Túrin tuvo mucho temor por su madre y su hermana, y con lobreguez en el corazón fue ante el rey y le pidió una cota de malla y una espada; y se puso el Yelmo—

Dragón de Durlómin, y fue a la guerra en las fronteras de Doriath, y se convirtió en compañero de armas de Beleg Cúthalion.

Y tres años después, Túrin volvió de nuevo a las estancias de Menegroth; pero venía de las tierras salvajes, y con aspecto de desaliño, y tenía los pertrechos y vestidos gastados y rotos. Ahora bien, había uno en Doriath, del pueblo de los Nandor, alto en la estima del rey; Sacros se llamaba. Desde hacía mucho le tenía rencor a Túrin por el honor que le habían concedido como hijo adoptivo de Thingol; y sentado frente a él a la mesa, lo provocó diciendo: —Si los Hombres de Hithlum son tan salvajes y feroces ¿de qué clase son allí las mujeres? ¿Corren como los ciervos en cueros?— Entonces Túrin, con una gran cólera, tomó un vaso y se lo arrojó a Sacros, y lo hirió de gravedad.

Al día siguiente Sacros se enfrentó a Túrin, que se disponía a regresar a las fronteras; pero Túrin pudo más, y Sacros escapó por los bosques desnudo como una bestia perseguida, corriendo aterrado delante de él hasta que cayó en un arroyo, y el cuerpo se le quebró al dar contra una roca en el agua. Pero otros que llegaban vieron lo sucedido, y Mablung estaba entre ellos; y le pidió a Túrin que regresara con él a Menegroth para someterse al juicio del rey y pedir perdón. Pero Túrin, creyéndose ahora un proscrito y temiendo que lo guardaran en cautiverio, rechazó el pedido de Mablung y se alejó de prisa; y abandonando la Cintura de Melian, llegó a los bosques al oeste del Sirion. Allí se unió a una banda de hombres sin hogar, tan desesperados como era posible en esos desdichados días, que acechaban en el descampado, y echaban mano a todos los que se les pusieran en el camino, fueran Elfos, Hombres u Orcos.

Pero cuando el rey supo lo que en realidad había pasado, perdonó a Túrin, considerando que se lo había ofendido. En ese tiempo Beleg Arcofirme volvió de las fronteras septentrionales y fue a buscarlo a Menegroth; y Thingol le habló a Beleg, diciendo: —Estoy apenado, Cúthalion; porque cuidé del hijo de Húrin como hijo mío, y seguirá siéndolo si Húrin no vuelve de las sombras a reclamar lo suyo. No quiero que nadie diga que Túrin fue expulsado injustamente, y con agrado le daría la bienvenida; porque lo quiero bien.

Y Beleg respondió: —Buscaré a Túrin hasta que lo encuentre y lo traeré de nuevo a Menegroth, si es posible; porque yo también lo quiero.

Entonces Beleg partió de Menegroth e internándose lejos en Beleriand buscó en vano nuevas de Túrin pasando por muchos peligros.

Pero Túrin habitó largo tiempo entre los proscritos, y llegó a ser capitán de todos ellos; y se dio a sí mismo el nombre de Neithan el Ofendido. Muy cautelosos vivían en las tierras boscosas al sur del Teiglin; pero cuando hubo pasado un año desde que Túrin huyera de Doriath, Beleg llegó una noche a la guarida de los proscritos. Quiso el azar que a esa hora Túrin no se encontrara en el campamento; y los proscritos sorprendieron a Beleg y lo ataron, y lo trataron con crueldad; porque temían que fuera un espía del Rey de Doriath. Pero al volver Túrin y ver lo que habían hecho, tuvo remordimiento por todas las acciones malvadas e ilegales que había llevado a cabo; y puso en libertad a Beleg, y otra vez fueron amigos; y Túrin abjuró en adelante de toda guerra o saqueo, salvo contra los sirvientes de Angband.

Entonces Beleg le contó a Túrin que el Rey Thingol ya lo había perdonado, e intentó persuadirlo por todos los medios de que regresara con él a Doriath, diciendo que había gran necesidad de su fuerza y su valor en las fronteras septentrionales del rey: no. —No hace mucho los Orcos descubrieron un camino por Taur—nu—Fuin—dijo— y abrieron un sendero a través del Paso de Anach.

—No lo recuerdo —dijo Túrin.

—Nosotros nunca nos alejamos tanto de las fronteras —dijo Beleg—. Pero tú has visto los picos de las Crissaegrim a la distancia, y los oscuros muros de

Gorgoroth hacia el este. Anach está en el medio, por sobre las altas fuentes del Mindeth, y el camino es áspero y peligroso; no obstante, muchos vienen por él, y Dimbar, que solía vivir en paz, cae ahora bajo la Mano Negra, y los Hombres de Brethil están perturbados. Nos necesitan allí.

Pero en el orgullo de su corazón Túrin rechazó el perdón del rey, y las palabras de Beleg no consiguieron convencerlo. Y Túrin por su parte instó a Beleg a que se quedara con él en las tierras al oeste del Sirion; pero Beleg se negó, y dijo: —Eres duro, Túrin, y terco. A mí me toca ahora. Si en verdad deseas tener contigo al Arcofirme, búscame en Dimbar; porque allí regreso.

Al día siguiente Beleg se puso en camino, y Túrin lo acompañó hasta que estuvieron a tiro de flecha del campamento; pero no dijo nada. —Esto es el adiós, entonces, hijo de Húrin —dijo Beleg. Túrin miró hacia el oeste y vio a la distancia la gran altura de Amon Rûdh; y sin saber lo que le esperaba, respondió: —Me has dicho, búscame en Dimbar. Pero yo digo ibúscame en Amon Rûdh! De lo contrario, éste será nuestro último adiós.— Entonces se separaron, amigos, pero tristes.

Ahora bien, Beleg volvió a las Mil Cavernas, y presentándose ante Thingol y Melian, les contó todo lo ocurrido, excepto el maltrato que recibiera de los compañeros de Túrin. Entonces Thingol suspiró y dijo: —¿Qué más quiere Túrin que haga?

—Dadme permiso, señor —dijo Beleg—, y yo lo protegeré y lo guiaré en la medida de mis posibilidades; ningún Hombre dirá entonces que los Elfos hablan a la ligera. No quisiera yo que un bien tan grande se perdiera en el desierto.

Entonces Thingol dio a Beleg permiso de hacer como quisiera; y dijo: — ¡Beleg Cúthalion! Por muchas acciones te has ganado mi agradecimiento; pero no es la menor de ellas haber encontrado a mi hijo adoptivo. En esta despedida, pide el don que quieras y no te lo negaré.

—Pido entonces una espada de valor —dijo Beleg—porque los Orcos vienen en un caudal demasiado denso y apretado para que baste sólo un arco, y la hoja de que dispongo nada puede contra esas armaduras.

—Elige entre todas las que tengo —le dijo Thingol—, salvo sólo Aranrúth, la mía.

Entonces Beleg eligió Anglachel; y era una espada de gran valor, y se le dio ese nombre porque fue forjada con hierro que cayó del cielo como una estrella ardiente; era capaz de penetrar el hierro excavado de la tierra. En la Tierra Media sólo otra espada podía comparársele. Esa espada no interviene en esta historia, aunque fue forjada de la misma vena por el mismo herrero; y ese herrero era Eöl, el Elfo Oscuro, que desposara a Aredhel la hermana de Turgon. Le había dado Anglachel a Thingol como pago, que lamentó, a cambio de que se le permitiera vivir en Nan Elmoth; pero guardó la otra espada, Anguirel, hasta que se la robó su hijo Maeglin.

Pero cuando Thingol tendió la empuñadura de Anglachel a Beleg, Melian miró la hoja; y dijo: —Hay malicia en esta espada. El corazón oscuro del herrero todavía habita en ella. No amaré la mano a la que sirva; ni tampoco estará contigo mucho tiempo.

—No obstante la esgrimiré mientras pueda —dijo Beleg.

—Otro don te daré, Cúthalion —dijo Melian—, que te será de ayuda en el desierto, y también ayudará a quienes tú escojas.— Y le dio una ración de *lembas*, el pan del camino de los Elfos, envuelto en hojas de plata, y las hebras que lo ataban estaban selladas en los nudos con el sello de la Reina, una oblea de cera blanca moldeada como la flor del Telperion; porque de acuerdo con las costumbres de los Eldalië, sólo a la reina cabía guardar o dar *lembas*. En nada mostró Melian un más grande favor a Túrin que en este regalo; porque los Eldar nunca antes habían

permitido que los Hombres consumieran este pan del camino, y rara vez volvieron a hacerlo.

Entonces Beleg partió con estos regalos de Menegroth, y volvió alas fronteras septentrionales, donde tenía su casa y numerosos amigos. Poco después, los Orcos fueron rechazados en Dimbar, y Anglachel se alegró de que la desenvainaran; pero cuando llegó el invierno y se apaciguó la guerra, los compañeros de Beleg notaron de pronto que no estaba con ellos, y no lo vieron nunca más.

Ahora bien, cuando Beleg se alejó de los proscritos y volvió a Doriath, Túrin los llevó hacia el oeste del Valle del Sirion; pues les fatigaba esta vida sin descanso, siempre alertas y temiendo que los persiguieran, y buscaron una guarida más segura. Y quiso el azar que una noche se toparan con tres Enanos que huyeron delante de ellos; pero uno que quedó rezagado fue atrapado y derribado, y un hombre de la banda sacó el arco y disparó una flecha a los otros mientras desaparecían en la penumbra. Pues bien, el Enano que habían atrapado se llamaba Mim; y pidió a Túrin que le perdonara la vida y le ofreció como rescate conducirlos a los recintos ocultos que nadie podría encontrar nunca sin ayuda. Entonces Túrin tuvo clemencia y no lo mató; y dijo: —¿Dónde está tu morada?

Entonces Mim le respondió: —Alta por sobre las tierras está la morada de Mim, sobre la gran colina; Amon Rüdth se llama ahora, pues los Elfos cambiaron todos los nombres.

Entonces Túrin guardó silencio y se quedó largo tiempo mirando al Enano; y por último dijo: —Nos llevarás a ese lugar.

Al día siguiente se pusieron en marcha, siguiendo a Mim hacia Amon Rüdth. Ahora bien, esa colina se levantaba a las orillas de los páramos que separan los valles del Sirion y el Narog, y la cima se alzaba muy alta por sobre el brezal pedregoso; pero la empinada cabeza gris estaba desnuda, salvo por el rojo *seregon* que cubría la piedra. Y mientras los hombres de Túrin se acercaban, el sol poniente irrumpió entre las nubes e iluminó la cumbre; y el *seregon* estaba enteramente florecido. Entonces uno de ellos dijo: —Hay sangre en la cumbre de la colina.

Pero Mim los condujo por unos senderos secretos y así treparon las empinadas cuestas de Amon Rüdth; y ante la boca de una caverna hizo una reverencia a Túrin, diciendo: —Entra en Bar—en—Danwedh, la Casa del Rescate, porque así se llamará ahora.

Y entonces se acercó otro Enano que portaba una luz para saludarlo, y hablaron juntos y desaparecieron rápido en la oscuridad de la caverna; pero Túrin los siguió, y llegó por fin a una cámara profunda, iluminada por pálidas lámparas que colgaban de cadenas. Allí encontró a Mim arrodillado ante un lecho de piedra junto al muro, y se arrancaba la barba y gemía y pronunciaba un nombre incesantemente; y sobre el lecho yacía un tercero. Pero Túrin, al entrar, se acercó a Mim y le ofreció ayuda. Entonces Mim lo miró y le dijo: —No puedes ayudarme. Porque este es Khim, mi hijo; y está muerto, atravesado por una flecha. Murió al ponerse el sol. Mi hijo Ibun me lo contó.

Entonces la piedad despertó en el corazón de Túrin, y le dijo a Mim: —¡Ay! Haría volver esa flecha si pudiera. Ahora esta casa se llamará en verdad Bar—en—Danwedh; y si alguna vez hago fortuna, te daré una recompensa en oro por tu hijo, en señal de dolor, aunque tu corazón ya no se alegre.

Entonces Mim se puso de pie y miró largo tiempo a Túrin. —Te oigo —dijo—. Hablas como un Señor Enano de antaño; y eso me maravilla. Ahora mi corazón está sereno, aunque no complacido; y en esta

casa puedes morar, si lo deseas; porque pagaré mi rescate.

Así empezó a vivir Túrin en la casa escondida de Mim en Amon Rûdh; y andaba por el prado delante de la boca de la caverna, y miraba hacia el este, y el oeste, y el norte. Miraba hacia el norte cuando divisó el verde Bosque de Brethil, que trepaba alrededor de Amon Obel en la niebla; y hacia allí volvió los ojos una y otra vez y no sabía por qué; pues el corazón se le inclinaba al noroeste, donde al cabo de muchas leguas, sobre los bordes del cielo, creía atisbar las Montañas de la Sombra, los muros de su hogar. Pero al atardecer Túrin miraba en el oeste la puesta de sol, y el sol descendía rojo entre las brumas de las costas distantes, y el Valle del Narog yacía profundo entre las sombras de uno y otro lado.

En los tiempos que siguieron Túrin habló mucho con Mim, y se sentaban a solas, y Mim le contaba de la sabiduría de los Enanos y la historia de su vida. Porque Mim provenía de los Enanos desterrados en días de antaño, y que habían vivido en las grandes ciudades de Enanos del este; y mucho antes del regreso de Morgoth erraron hacia el oeste hasta llegar a Beleriand; pero luego disminuyeron en estatura y en capacidad para la herrería, e hicieron una vida furtiva, encogidos de hombros, y de andar cauteloso. Antes de que los Enanos de Nogrod y Belegost llegaran al oeste por sobre las montañas, los Elfos de Beleriand no sabían quiénes eran éstos, y les daban caza y los mataban; pero luego los dejaron en paz, y recibieron el nombre de Noegyth Nibin, los Enanos Mezquinos en lengua Sindarin. No tenían otro amor que ellos mismos, y si temían y odiaban a los Orcos, no menos odiaban a los Eldar, y a los Exiliados más que a nadie; porque los Noldor, decían, les habían quitado tierras y casas. Mucho antes de que el Rey Finrod Felagund viniera del Mar, ellos habían descubierto las cavernas de Nargothrond, y allí habían empezado a excavar la piedra, y bajo la corona de Amon Rûdh, la Colina Calva, las lentas manos de los

Enanos Mezquinos habían horadado y ahondado las cavernas durante los largos años que allí vivieron, sin que los Elfos Grises de los bosques los molestaran. Pero ahora, por último, habían menguado y desaparecido de la Tierra Media, todos salvo Mim y sus dos hijos; y Mim era viejo aun para un Enano, viejo y olvidado. Y en todas sus estancias las herrerías permanecían ociosas, y las hachas herrumbradas, y su nombre se recordaba tan sólo en los viejos cuentos de Doriath y Nargothrond.

Pero cuando transcurrió el año y llegó el pleno invierno, la nieve vino del norte más espesa aún que en los valles que ellos conocían, por donde corrían los ríos; y Amon Rûdh quedó cubierta bajo una profunda capa; y decían que el invierno se hacía más riguroso en Beleriand a medida que crecía el poder de Angband. Entonces sólo los más osados se atrevían a salir; y algunos enfermaron, y el hambre atormentaba a todos. Pero en el sombrío crepúsculo de un día de invierno, una figura apareció de súbito entre ellos, y parecía un hombre, de gran talla y corpulencia, de capa y capucha blancas; y en silencio avanzó hasta el fuego. Y cuando los hombres asustados se incorporaron de un salto, él se echó a reír y echó atrás la capucha, y bajo la amplia capa llevaba un gran fardo; y a la luz del fuego Túrin volvió a contemplar la cara de Beleg Cúthalion.

Así Beleg volvió a Túrin una vez más, y el encuentro fue dichoso; y Beleg traía de Dimbar el Yelmo—Dragón de Dorlómin, convencido de que podría elevar los pensamientos de Túrin por encima de esa vida en el desierto como jefe de una banda mezquina. Pero Túrin no estaba todavía dispuesto a regresar a Doriath; y Beleg, cediendo por amor y en contra de lo que indicaba el tino, se quedó con él, y no partió, y trabajó mucho en ese tiempo por el bien de la banda de Túrin. A los que estaban heridos o enfermos los cuidaba, y les daba el *lembas* de Metan; y se curaban pronto, porque aunque los Elfos Grises eran inferiores en habilidad y sabiduría a los

Exiliados de Valinor, de los modos de la vida en la Tierra Media tenían un conocimiento que estaba más allá del alcance de los Hombres. Y como Beleg era fuerte y resistente, y tan penetrante de mente como de mirada, fue muy honrado

entre los proscritos; pero el odio de Mim por el Elfo que había llegado a Bar—en—Danwedh era cada vez mayor; y se pasaba los días escondido con su hijo Ibum en las más profundas sombras de la caverna sin hablar con nadie. Pero Túrin hacía ahora poco caso del Enano; y cuando el invierno pasó y llegó la primavera, el trabajo que tuvieron por delante fue mucho más serio.

Ahora bien, ¿quién conoce en verdad los designios de Morgoth? ¿Quién puede medir los pensamientos de aquel a quien llamaran Melkor, poderoso entre los Ainur de la Gran Canción, y sentado ahora como un señor oscuro en un trono oscuro del Norte, estudiando con malicia todas las nuevas que recibía, y conociendo las acciones y los propósitos de los enemigos mucho mejor que los más sabios de entre ellos, excepto sólo Melian la Reina? Hacia ella iba con frecuencia el pensamiento de Morgoth, pero nunca la alcanzaba.

Y ahora una vez más el poder de Angband se ponía en movimiento; y como los largos dedos de una mano que tantea, las avanzadas de Morgoth exploraban los caminos a Beleriand. Por Anach llegaron, y Dimbar fue tomada, y todas las fronteras septentrionales de Doriath. Vinieron por el antiguo pasaje que atraviesa el largo desfiladero del Sirion, más allá de la isla donde se había levantado Minas Tirith de Fin—rod, y por la tierra que se extiende entre el Malduin y el Sirion y las orillas de Brethil hasta los Cruces del Teiglin. Desde allí el camino conduce a la Planicie Guardada, pero los Orcos no avanzaron mucho por el momento, pues en ese sitio habitaba ahora un terror oculto, y sobre la colina roja había ojos vigilantes de los que nada se les había advertido. Porque Túrin se puso otra vez el Yelmo de Hador; y a lo largo y a lo ancho cundió el rumor en Beleriand, bajo los bosques y por sobre las corrientes y a través de los desfiladeros de las colinas, de que el Yelmo y el Arco caídos en Dimbar se habían levantado de nuevo contra toda esperanza. Entonces, muchos que habían quedado sin guía y desposeídos, pero no acobardados, cobraron nuevo ánimo, y fueron en busca de los Dos Capitanes. Dor—Cúarthol, la Tierra del Arco y el Yelmo, se llamaba en aquel tiempo la región que se extiende entre el Teiglin y la frontera occidental de Doriath; y Túrin se dio a sí mismo un nuevo nombre: Gorthol, el Yelmo Terrible, y tenía otra vez el corazón animoso. En Menegroth y en los profundos recintos de Nargothrond y aun en el reino escondido de Gondolin se oyó hablar de las grandes hazañas de los Dos Capitanes; y en Angband también se conocieron. Entonces Morgoth rió, porque por el Yelmo—Dragón volvió a revelársele el hijo de Húrin; y antes de que transcurriera mucho tiempo, Amon Rûdh estaba rodeada de espías.

Al menguar el año, Mim el Enano y su hijo Ibum abandonaron Bar—en—Danwedh, y fueron a recoger raíces para las reservas del invierno; y cayeron en manos de los Orcos. Entonces, por segunda vez, Mim prometió al enemigo que lo guiaría por pasajes secretos hasta Amon Rûdh; pero no obstante intentó demorar el cumplimiento de esta promesa y pidió que no mataran a Gorthol. Entonces el capitán de los Orcos se echó a reír y le dijo a Mim: —Por cierto, no mataremos a Túrin hijo de Húrin.

Así fue Bar—en—Danwedh traicionada; pues los Orcos llegaron inadvertidos de noche, y guiados por Mim. Allí muchos de la gente de Túrin fueron muertos mientras dormían; pero otros, huyendo por una escalera interior, salieron a la cima de Amon Rûdh, y allí lucharon hasta caer, y bañaron en sangre el *seregon* que cubría la piedra. Pero a Túrin, mientras luchaba, lo atraparon echándole una red, y lo sometieron, y se lo llevaron.

Y por fin, cuando todo estuvo en silencio otra vez, Mim salió arrastrándose; y cuando el sol se elevó sobre las nieblas del Sirion, se puso de pie junto a los muertos en la colina. Pero advirtió que no todos los que allí yacían estaban muertos; porque uno de ellos le devolvió la mirada, y eran los ojos de Beleg el Elfo. Entonces, con un odio acumulado durante mucho tiempo, Mim se acercó a Beleg y recogió la espada Anglachel que estaba a un lado, bajo un cuerpo caído; pero Beleg consiguió incorporarse, y le arrebató la espada al Enano y se la arrojó; y Mim,

aterrado huyó chillando de la cima de la colina. Y Beleg gritó tras él: —¡Ya te alcanzará la venganza de la casa de Hador!

Ahora bien, Beleg estaba malherido, pero era vigoroso entre los Elfos de la Tierra Media, y además un maestro de la curación. No murió, por tanto, y poco a poco recuperó las fuerzas; y en vano buscó entre los muertos a Túrin para darle sepultura. Pero no lo encontró; y entonces supo que el hijo de Húrin todavía estaba vivo, y que lo habían llevado a Angband.

Beleg tenía escasas esperanzas cuando partió de Amon Rûdh y fue hacia el norte, a los Cruces del Teiglin, siguiendo las huellas de los Orcos; y cruzó el Britniach y viajó a través de Dimbar hacia el Paso de Anach. Y ahora ya no estaba muy lejos, porque avanzaba sin descanso, mientras que elfos se habían detenido en el camino, cazando en las cercanías, y sin miedo de que alguien los siguiera hacia el norte; y ni siquiera en los espantosos bosques de Taur—nu—Fuin se desvió del rastro, pues no había nadie en toda la Tierra Media que tuviese la habilidad de Beleg. Pero al pasar en la noche por aquellos sitios malignos, encontró a alguien que yacía dormido al pie de un gran árbol muerto, y Beleg se detuvo y vio que era un Elfo. Entonces le habló y le dio *lembas*, y le preguntó qué hado lo había llevado a ese terrible lugar; y él dijo que se llamaba Gwindor hijo de Guilin.

Apenado, Beleg lo contempló; porque Gwindor no era ahora sino una macilenta sombra de la forma y el ánimo de antes, cuando en la Nirnaeth Arnoediad ese señor de Nargothrond había cabalgado con audacia y coraje hasta las mismas puertas de Angband, donde había sido atrapado. Porque pocos eran los Noldor capturados por Morgoth a los que éste daba muerte, y esto a causa de la habilidad de muchos de ellos para la herrería y la extracción de metales y gemas; y Gwindor no fue muerto, sino puesto a trabajar en las minas del Norte. Por túneles secretos que sólo ellos conocían, los Elfos de las minas conseguían escapar de vez en cuando; y así fue que Beleg lo encontró, agotado y perplejo en los laberintos de Taur—nu—Fuin.

Y Gwindor le dijo que mientras él yacía y atisbaba entre los árboles, había visto a una gran compañía de Orcos que marchaban hacia el norte, y con ellos iban lobos; y llevaban a un Hombre con las manos encadenadas, y lo hadan andar a latigazos. —Era muy alto —dijo Gwindor—, tan alto como son los Hombres de las colinas nubladas de Hithlum—. Entonces Beleg le habló de la misión que pensaba llevar a cabo en Taur—nu—Fuin; y Gwindor trató de disuadirlo, diciéndole que sólo lograría sumarse a Túrin en la desdicha que lo aguardaba. Pero Beleg de modo alguno abandonaría a Túrin, y aun desesperado despertó otra vez esperanzas en el corazón de Gwindor; y juntos fueron detrás de los Orcos hasta que salieron del bosque a las altas pendientes, sobre las dunas estériles de Anfauglith. Allí, a la vista de los picos de Thangorodrim, los Orcos habían acampado en un valle baldío cuando ya la luz del día declinaba, y poniendo a lobos de centinelas todo en derredor, estaban ahora de fiesta. Una gran tormenta venía desde el oeste, y a lo lejos los relámpagos resplandecían sobre las Montañas de la Sombra, y Beleg y Gwindor se arrastraron hacia el valle.

Cuando todo el campamento estuvo dormido, Beleg tomó el arco, y disparó en la oscuridad sobre los lobos centinelas, matándolos uno a uno y en silencio. Luego, se adelantaron con gran peligro, y encontra—

ron a Túrin engrillado de pies y manos y atado a un árbol seco; y todo a su alrededor, los cuchillos que le habían sido arrojados estaban clavados en el tronco, y él estaba sin sentido, sumido en un sueño de eran cansancio. Pero Beleg y Gwindor rompieron las ligaduras que lo sujetaban, y levantándolo se lo llevaron del valle; pero no pudieron cargarlo sino hasta una maleza de espinos algo más arriba. Allí lo depositaron; y ahora la tormenta estaba muy cerca. Beleg desenvainó la espada Anglachel, y con ella cortó los grillos que sujetaban a Túrin; pero ese día mandaba el desuno, porque una vez la hoja resbaló sobre los grillos e hirió a Túrin

en el pie. Entonces Túrin despertó, en una súbita vigilia de rabia y miedo, y al ver a alguien inclinado sobre él con una hoja desnuda, dio un gran brinco y gritó, creyendo que los Orcos habían venido otra vez a atormentarlo; y se debatió en plena oscuridad, y blandió Anglachel, y mató con ella a Beleg Cúthalion tomándolo por un enemigo.

Pero al incorporarse, encontrándose libre, y dispuesto a vender cara la vida contra enemigos imaginarios, estalló el gran fulgor de un relámpago; y Túrin vio un momento la cara de Beleg. Entonces se quedó inmóvil como una piedra, y silencioso, contemplando esa muerte espantosa, y se dio cuenta de lo que había hecho; y tan terrible era la cara de Túrin a la luz vacilante de los relámpagos, que Gwindor se echó por tierra y no se atrevió a alzar la vista.

Pero ahora abajo en el valle los Orcos habían despertado, y todo el campamento era un tumulto; porque temían el trueno que venía del oeste, creyéndolo dirigido contra ellos por los grandes Enemigos de más allá del Mar. Entonces se levantó un viento y cayeron grandes lluvias y desde las alturas de Taur—nu—Fuin el agua descendió en torrentes; y aunque Gwindor le gritó a Túrin avisándole del extremo peligro en que se encontraban, éste no respondió, y permaneció sentado en medio de la tempestad, inmóvil y con los ojos secos junto al cuerpo de Beleg Cúthalion.

Cuando llegó la mañana, la tormenta había seguido moviéndose hacia el este sobre Lothlann, y el sol de otoño se alzaba cálido y brillante; pero creyendo que Túrin habría escapado lejos de ese sitio, y que todo rastro posible estaría borrado, los Orcos partieron de prisa sin buscar más, y a la distancia los vio Gwindor mientras se alejaban por las arenas humeantes de Anfauglith. Así fue que volvieron ante Morgoth con las manos vacías y dejaron atrás al hijo de Húrin, que estaba sentado enloquecido y aturdido en las laderas de Taur—nu—Fuin, soportando una carga más pesada que sus cadenas.

Entonces Gwindor llamó a Túrin para que lo ayudara a dar sepultura a Beleg, y él se incorporó como quien anda en sueños; y juntos tendieron a Beleg en una tumba poco profunda, y pusieron junto a él a Belthronding, el gran arco, que estaba hecho de madera de tejo negro. Pero Gwindor tomó la terrible espada Anglachel, diciendo que sería mejor vengarse con ella de los sirvientes de Morgoth antes que abandonarla inactiva bajo tierra; y tomó también el *lambas* de Melian para poder fortalecerse en las tierras salvajes.

Así llegó a su fin Beleg Arcofirme, el más fiel de los amigos, el más hábil de todos cuantos se albergaron en los bosques de Beleriand en los Días Antiguos, y murió a manos de aquel a quien él más amaba; y ese dolor se grabó en la cara de Túrin y nunca más se le borró. Pero el coraje y la fuerza se renovaron en el Elfo de Nargothrond, y dejando Taur—nu—Fuin, se llevó lejos a Túrin. Ni una vez habló Túrin mientras erraron juntos por caminos penosos y largos, y caminaba como quien no tiene deseos ni propósitos, y el año menguaba y el invierno se acercaba a las tierras del norte. Pero Gwindor estaba siempre con él para protegerlo y guiarlo; y así se dirigieron hacia el oeste cruzando el Sirion, y llegaron por fin a Eithel Ivrin, las fuentes en que el Narog nacía bajo las Montañas de la Sombra. Allí Gwindor le habló a Túrin diciendo: —¡Despierta, Túrin hijo de

Húrin Thalion! En el lago de Ivrin hay una risa continua. Se alimenta de fuentes cristalinas que nunca dejan de manar, y Ulmo, el Señor de las Aguas, que labró su belleza en días antiguos, cuida de que nada las manche—. Entonces Túrin se arrodilló y bebió de esas aguas; y súbitamente se echó de bruces, y sus lágrimas corrieron por fin, y se le quitó la locura.

Allí compuso un canto para Beleg, y lo llamó *Laer Cu Beleg*, el Canto del Gran Arquero, cantándolo en alta voz, sin impórtale que alguien pudiese oírlo. Y Gwindor le puso la espada Anglachel en las manos, y Túrin supo que era pesada y fuerte y que tenía

Eran poder; pero la hoja era negra y opaca y desanida. Entonces Gwindor dijo: —Esta es una hoja extraña y no se asemeja a ninguna otra de la Tierra Media. Guarda luto por Beleg lo mismo que tú. Pero consuélate; porque regreso a Nargothrond, de la casa de Finarfin, y tú vendrás conmigo, y te curarás y recuperarás.

—¿Quién eres tú? —preguntó Túrin.

—Un Elfo errante, un esclavo fugado, a quien Beleg encontró y consoló — dijo Gwindor— Pero otrora fui Gwindor hijo de Guilin, señor de Nargothrond, hasta que llegué a la Nirnaeth Arnoediad, y me esclavizaron en Angband.

—¿Has visto a Húrin hijo de Galdor, el guerrero de Dorlómin? —preguntó Túrin.

—No lo he visto —dijo Gwindor—. Pero corre el rumor en Angband de que aún desafía a Morgoth; y Morgoth lo ha maldecido, a él y a toda su parentela.

—Eso por cierto lo creo —dijo Túrin.

Y entonces se pusieron de pie y abandonando Eithel Ivryn viajaron hacia el sur a lo largo de las orillas del Narog, hasta que fueron atrapados por exploradores de los Elfos y llevados a la fortaleza escondida. Así fue cómo Túrin llegó a Nargothrond.

Al principio su propio pueblo no reconoció a Gwindor, que había partido joven y fuerte, y ahora parecía un Hombre mortal envejecido en tormentos y trabajos; pero Finduilas, hija del Rey Orodreth, lo reconoció y le dio la bienvenida, pues lo había amado antes de la Nirnaeth, y muy grande fue el amor que la belleza de Finduilas despertó en Gwindor, y la llamó Faelivrin: la luz del sol sobre los Estanques de Ivryn. Por consideración a Gwindor, Túrin fue admitido en Nargothrond, y vivió allí muy honrado. Pero cuando Gwindor iba a proclamar el nombre de Túrin, él se lo impidió diciendo: —Yo soy Agarwaen, el hijo de Umath (lo que significa Manchado de Sangre, hijo del Hado Desdichado), un cazador de los bosques—. Y los Elfos de Nargothrond no preguntaron más.

En el tiempo que siguió, la estima de Orodreth por Túrin continuó creciendo, y casi todos los corazones se volcaron a él en Nargothrond. Porque apenas había alcanzado la edad viril; y era. en verdad a los ojos de todos el hijo de Morwen Eledhwen: de cabellos oscuros y piel clara, con ojos grises y de rostro más bello que el de ningún Hombre mortal de los Días Antiguos. Por el hábito y el porte parecía del antiguo reino de Doriath, y aun entre los Elfos podría haber sido tomado por un grande de los Noldor. Así fue que muchos lo llamaron Adanedhel, el Hombre—Elfo. La espada Anglachel fue forjada de nuevo por hábiles herreros de Nargothrond, y aunque continuó siendo negra, un fuego pálido brillaba ahora en el filo de la hoja; y él la llamó Gurthang, Hierro de la Muerte..Tan grandes fueron en verdad las proezas y la habilidad de Túrin combatiendo en los confines de la Planicie Guardada, que él mismo llegó a ser conocido como Mormegil, la Espada Negra; y los Elfos decían; —No es posible dar muerte a Mormegil, salvo que así lo quiera la suerte adversa, o una flecha maligna disparada desde lejos— Por tanto le dieron una cota de malla —de los Enanos—, para protegerlo; y buscó con ánimo sombrío en los arsenales y encontró también una máscara de los Enanos, enteramente dorada, y se la ponía antes de la batalla, y el enemigo huía ante el rostro de Túrin.

Fue así que el corazón de Finduilas se apartó de Gwindor, y a pesar de ella misma amó a Túrin; pero Túrin no advirtió lo que había sucedido. Y como tenía el corazón desgarrado, Finduilas fue desdichada; y se volvió lánguida y silenciosa. Pero Gwindor tenía ahora pensamientos sombríos; y en una ocasión le habló a Finduilas diciendo: —Hija de la casa de Finar—fin, que no haya sombra entre

nosotros; porque aunque Morgoth ha hecho una ruina de mi vida, yo todavía te amo. Ve a donde el amor te conduce; pero ¡cuidado! No es conveniente que los Hijos Mayores de Ilúvatar amemos a los Menores; ni es tampoco de buen tino, pues tienen vidas cortas, y pronto pasan dejándonos en duelo mientras dure el mundo. Ni lo aceptarán los hados, salvo una o dos veces solamente, por alguna gran causa que nosotros no entendemos. Pero este Hombre no es Beren. Un destino en verdad pesa sobre él, como puede verlo cualquiera que lo mire, pero un destino sombrío. ¡No te metas en ese destino! Y si ésta es tu voluntad, tu amor te llevará a la amargura y a la muerte. Porque ¡escúchame! Aunque es por cierto *agarwaen* hijo de *úmarth* su verdadero nombre es Túrin hijo de Húrin, a quien retienen en Angband y cuyo linaje Morgoth ha maldecido. ¡No pongas en duda el poder de Morgoth Bauglir! ¿No está escrito en mí acaso?

Entonces Finduilas quedó largo rato pensativa, y por fin dijo tan sólo: — Túrin hijo de Húrin no me ama; ni tampoco me amaré.

Añora bien, cuando Túrin supo esto por Finduilas se encolerizó y dijo a Gwindor: —Te tengo amor por haberme rescatado y mantenerme a salvo. Pero añora me perjudicas, amigo, por haber delatado mi verdadero nombre, y has echado sobre mí el destino del que quería ocultarme.

Pero Gwindor le contestó: —Tu destino está en ti mismo, no en tu nombre.

Cuando supo Orodreth que Mormegil era en verdad el hijo de Húrin Thalion, le rindió grandes honores, y Túrin llegó a ser poderoso entre los habitantes de Nargothrond. Pero a él no le gustaba el estilo guerrero de emboscada furtiva y flecha secreta, y anhelaba el golpe valiente y la batalla a campo abierto; y sus continuos consejos pesaban en el rey cada vez más. En esos días los Elfos de Nargothrond dejaron de ocultarse y acudieron a la batalla abierta, y almacenaron muchas armas; y por consejo de Túrin los Noldor construyeron un puente poderoso sobre el Narog y desde las Puertas de Felagund, para el transporte más rápido de las armas. Entonces los sirvientes de Angband fueron expulsados de toda la tierra entre el Narog y el Sirion al este, y hasta el Nenning y las desoladas Falas al oeste; y aunque Gwindor hablaba siempre contra Túrin en el consejo del Rey, considerando que patrocinaba una mala política, cayó en deshonra y nadie hizo caso de él, pues tenía poca fuerza y ya no era audaz en el uso de las armas. De este modo Nargothrond fue revelada a la ira y el odio de Morgoth; pero Túrin mismo pidió que su verdadero nombre no fuera pronunciado, y aunque la fama de sus hechos llegó a Doriath y a los oídos de Thingol, el rumor hablaba tan sólo de la Espada Negra de Nargothrond.

En ese tiempo de respiro y esperanza, cuando las hazañas de Mormegil detuvieron el poder de Morgoth al oeste del Sirion, Morwen huyó por fin de Dorlómin con su hija Nienor, y se aventuró en el largo viaje a los recintos de Thingol. Allí una nueva pena la aguardaba, pues descubrió que Túrin se había ido, y a Doriath no había llegado nueva alguna desde que el Yelmo—Dragón desapareciera de las tierras al oeste del Sirion; pero Morwen se quedó en Doriath con Nienor, como huéspedes de Thingol y Melian, y fueron tratadas con honores.

Ahora bien, sucedió que cuando hubieron transcurrido cuatrocientos noventa y cinco años desde el nacimiento de la Luna, en la primavera del año, llegaron a Nargothrond dos Elfos llamados Gelmir y Arminas; pertenecían al pueblo de Angrod, pero desde la Dagor Bragollach vivían al sur con Círdan el Carpintero de Barcos. De sus largos viajes traían la noticia de una gran multitud de Orcos y criaturas malignas bajo los picos de Ered Wethrin y en el Paso del Sirion; y contaron también que Ulmo se había presentado ante Círdan y le había advertido que un gran peligro se cernía sobre Nargothrond.

—¡Escuchad las palabras del Señor de las Aguas! —le dijeron al rey— Así le habló a Círdan el Carpintero de Barcos: "El Mal del Norte ha manchado las Fuentes del Sirion, y mi poder se retira de los dedos de las aguas que fluyen. Pero algo peor ha de suceder todavía. Decid por tanto al Señor de Nargothrond: Cerrad las puertas de la fortaleza y no salgáis. Arrojad las piedras de vuestro orgullo al río sonoro, que el mal reptante no encuentre las puertas".

A Orodreth lo perturbaron las sombrías palabras de los mensajeros, pero Túrin no quiso de ningún modo dar oídos a estos consejos, y estaba aún menos dispuesto a soportar que derrumbaran el puente; porque se había vuelto orgulloso e inflexible, y ordenaba todo a su antojo.

Poco después cayó muerto Handir Señor de Brethil, pues los Orcos invadieron sus tierras y Handir les presentó batalla; pero los Hombres de Brethil fueron derrotados y rechazados hacia los bosques. Y en el otoño del año, Morgoth, que esperaba el momento apropiado, lanzó sobre el pueblo del Narog las grandes huestes que tanto tiempo había preparado; y Glaurung el Urulóki atravesó Anfauglith y desde allí fue a los valles septentrionales del Sirion e hizo mucho daño. Bajo las sombras de Ered Wethrin contaminó la Eithel Ivrin y desde allí pasó al reino de Nargothrond, y quemó la Talath Dirnen, la Planicie Guardada, entre el Narog y el Teiglin.

Entonces salieron los guerreros de Nargothrond, y alto y terrible lucía aquel día Túrin, y los corazones de todos se inflamaron cuando él avanzó cabalgando a la derecha de Orodreth. Pero ningún explorador había dicho que las huestes de Morgoth fueran tan numerosas, y nadie excepto Túrin, defendido por la máscara de los Enanos, podía resistir el avance de Glaurung; y los Elfos fueron rechazados por los Orcos y expulsados hasta el campo de Tumhalad, y fueron acorralados entre el Ginglith y el Narog. Ese día todo el orgullo y el ejército de Nargothrond se marchitaron; y Orodreth fue muerto en el frente de batalla, y Gwindor hijo de Guilin fue herido de muerte. Pero Túrin acudió a ayudarlo, y todos huyeron delante de él; y llevó a Gwindor fuera del combate, y escapando a un bosque lo depositó sobre la hierba.

Entonces Gwindor dijo a Túrin: —¡Que el servicio sea el precio del servicio! Pero desventurado fue el mío y vano el tuyo; porque mi cuerpo está dañado más allá de la cura, y he de abandonar la Tierra Media. Y aunque te amo, hijo de Húrin, lamento el día en que te arrebaté a los Orcos. Si no fuera por tu bravura y tu orgullo, aún gozaría de la vida y el amor, y Nargothrond aún se mantendría un tiempo en pie. Ahora, si me amas idéjame! Ve de prisa a Nargothrond y salva a Finduilas. Y esto último te digo: sólo ella se interpone entre ti y tu destino. Aunque le falles, él no fallará en encontrarte. ¡Adiós!

Entonces Túrin volvió de prisa a Nargothrond, llamando a su lado a tantos de los que huían en desorden como encontró en el camino; y mientras avanzaba, las hojas de los árboles caían con el viento, porque el otoño cedía ante un invierno implacable. Pero el ejército de los Orcos y Glaurung el Dragón estuvieron allí antes que él, y llegaron de repente, cuando los que habían quedado de guardia no sabían aún lo que había ocurrido en el campo de Tumhalad. Ese día se probó que el puente sobre el Narog era un mal; de enorme tamaño y poderosamente construido, no podían destruirlo con rapidez, y el enemigo avanzó fácilmente por sobre el río profundo, y Glaurung lanzó todo su fuego contra las Puertas de Felagund, y las derribó y pasó adentro.

Y cuando Túrin llegó, el espantoso saqueo de Nargothrond estaba casi terminado. Los Orcos habían dado muerte o habían expulsado a todos los que todavía portaban armas, y aun estaban saqueando todas las grandes cámaras y recintos, pillando y destruyendo; pero las mujeres y doncellas a quienes no habían matado o quemado, habían sido nevasdas como un rebaño a las terrazas ante las puertas, para ser sometidas al vasallaje de Morgoth. A esta ruina y pesadumbre

llegó Túrin, y nadie pudo resistírsele; o no estuvo dispuesto a hacerlo, porque derribaba a todos los que se le ponían por delante, y se abría camino con la espada hacia las cautivas.

Y ahora estaba solo, porque los pocos que le seguían habían escapado. Pero en ese momento salió Glaurung por las puertas abiertas y se interpuso entre Túrin y el puente. Entonces por el mal espíritu que lo habitaba habló de pronto y dijo: — Salve, hijo de Húrin. ¡Feliz encuentro!

Entonces saltó Túrin y avanzó sobre él, y los filos de Gurthang brillaban como una llama; pero Glaurung paró el golpe, y abrió muy grandes los ojos de serpiente y los clavó en Túrin. Sin temor los miró Túrin mientras alzaba la espada, y en seguida cayó bajo el hechizo de atadura que venía de los ojos sin párpados del dragón, y se detuvo inmobilizado. Por largo tiempo permaneció como esculpido en piedra; y los dos estaban solos, silenciosos ante las puertas de Nargothrond. Pero Glaurung habló otra vez, provocando a Túrin, y dijo: —Malas han sido todas tus acciones, hijo de Húrin. Hijo adoptivo desagradecido, proscrito, matador de tu amigo, ladrón de amor, usurpador de Nargothrond, capitán imprudente y desertor de tus hermanos. Sometidas viven tu madre y tu hermana en Dorlómin, sufriendo miseria y necesidades. Tú llevas las galas de un príncipe, pero ellas están en harapos; y penan por ti, pero a ti eso no te importa. Feliz estará tu padre al enterarse de que tiene semejante hijo. ¡Y se enterará!— Y Túrin, bajo el hechizo de Glaurung, escuchó estas palabras, y se vio como en un espejo deformado por la malicia, y aborreció lo que veía.

Y mientras los ojos del dragón le ataban la mente atormentada y no le era posible moverse, los Orcos se llevaban el hato de cautivas, y pasaron cerca de Túrin y cruzaron el puente. Entre ellas estaba Finduilas, y llamó a Túrin al pasar; pero Glaurung no lo dejó libre hasta que los gritos y los lamentos de las cautivas se perdieron por el camino del norte, y Túrin no podía taparse los oídos para apagar esa voz que lo perseguía.

Entonces de pronto apartó Glaurung la mirada y esperó; y Túrin se movió lentamente como quien despierta de un sueño espantoso. De pronto volvió en sí, y saltó sobre el dragón lanzando un grito. Pero Glaurung rió diciendo: —Si quieres morir, de buen grado te mataré. Pero poco le servirá eso a Morwen y a Nienor. No hiciste caso de los gritos de la mujer Elfo. ¿Negarás también los vínculos de la sangre?

Pero Túrin, desenvainando la espada intentó herir al dragón en los ojos; y Glaurung retrocedió y se alzó sobre él como una torre y dijo: —¡Vaya! Al menos eres valiente; más que cualquiera con quien me haya topado. Y mienten quienes dicen que nosotros no honramos el valor de los enemigos. Pues imira! Te ofrezco la libertad. Ve al encuentro de tus parientes, si puedes. ¡Vete! Y si queda Elfo u Hombre para contar la historia de estos días, por cierto te nombrarán con desprecio, si desdeñas este regalo.

Entonces Túrin, todavía aturdido por los ojos del dragón, como si tratara con un enemigo capaz de piedad, creyó las palabras de Glaurung; y volviéndose se precipitó a la carrera por el puente. Pero mientras se iba, Glaurung habló detrás de él diciendo con fiera voz: —¡Ve ahora de prisa, hijo de Húrin, a Dorlómin! O quizás los Orcos lleguen otra vez antes que tú. Y si te demoras por causa de Finduilas, nunca volverás a ver a Morwen, ni nunca volverás a ver a Nienor, tu hermana; y ellas te maldecirán.

Pero Túrin se alejó por el camino del norte, y Glaurung rió una vez más, pues había cumplido la misión que le encomendaran. Entonces atendió a su propio placer, y descargó fuego alrededor, y lo quemó todo. Pero echó a los Orcos que continuaban el saqueo, y les negó hasta el último objeto de valor de su botín. Luego destruyó el puente y lo arrojó a las espumas del Narog; y estando de ese

modo seguro, reunió todo el tesoro y las riquezas de Felagund y las amontonó, y se tendió sobre ellas en el recinto más recóndito, y descansó por un tiempo.

Y Túrin se apresuraba por los senderos que llevan al norte, a través de las tierras ahora desoladas entre el Narog y el Teiglin, y el Fiero Invierno le salió al encuentro; porque ese año nevó antes de que terminara el otoño, y la primavera llegó tardía y fría. Siempre le parecía al avanzar que escuchaba los gritos de Finduilas, que lo llamaba en bosques y colinas, y su angustia era grande; pero tenía el corazón inflamado por las mentiras de Glaurung, e imaginando que los Orcos quemaban la casa de Húrin o que daban tormento a Morwen y a Nienor, seguía adelante sin apartarse nunca del camino.

Por fin, agotado por la prisa y el largo camino (pues había andado sin descanso cuarenta leguas y más) llegó con las primeras heladas del invierno a los Estanques de Ivrin, donde antes había sido curado. Pero ahora no eran más que lodo encharcado, y no le fue posible beber allí.

Así llegó con penuria por los pasos de Dorlómin, a través de las amargas nieves del norte, a la tierra de su infancia. Desnuda y lóbrega la encontró; y Morwen se había ido. La casa estaba vacía, desmoronada y fría; y no había nada viviente por allí cerca. De modo que Túrin partió y fue a la casa de Brodda el Oriental, el que había desposado a Aerin, pariente de Húrin; y supo allí por un viejo sirviente que Morwen se había ido hacia ya mucho tiempo, pues había escapado con Nienor de Dorlómin; sólo Aerin sabía adonde.

Entonces Túrin se acercó a la mesa de Brodda, y aferrándolo desenvainó la espada y le exigió que le dijera dónde había ido Morwen; y Aerin declaró que había ido a Doriath en busca de su hijo. —Pues las tierras habían sido libradas del mal en ese entonces —dijo— por la Espada Negra del sur, caída ahora, según dicen.— Entonces Túrin entendió, y las últimas hebras del hechizo de Glaurung se le desprendieron de los ojos, y por angustia y furia ante las mentiras que lo habían engañado, y por odio a los opresores de Morwen, una cólera negra lo dominó, y mató a Brodda en su estancia y a otros Orientales que eran sus huéspedes. Luego, hombre perseguido, se lanzó al encuentro del invierno; pero recibió la ayuda de algunos sobrevivientes del pueblo de Hador y conoció la vida en las tierras salvajes, y con ellos escapó bajo la nieve y llegó a un refugio de proscritos en las montañas australes de Dorlómin. Desde allí Túrin abandonó otra vez la tierra de su infancia, y regresó al Valle del Sirion. Había amargura en su corazón porque a Dorlómin sólo había llevado más pesadumbre, y a la gente que se quedaba le alegró que partiese; y sólo tenía este consuelo: que por las proezas de la Espada Negra, el camino a Doriath le había sido abierto a Morwen. Y dijo en sus pensamientos: —Pues entonces esos hechos no a todos llevaron el mal. Y ¿dónde mejor habría yo albergado a mis hermanos, aun cuando hubiera llegado antes? Porque si la Cintura de Melian se quebrara, desaparecería entonces la última esperanza. No, en verdad es mejor así, ya que arrojé una sombra dondequiera que voy. ¡Que Melian las guarde! Y por un tiempo las dejaré en paz sin sombra que las oscurezca.

Ahora bien, Túrin, que descendía de Ered Wethrin, buscó en vano a Finduilas, rondando por los bosques bajo las montañas, salvaje y cauteloso como una bestia; y siguió todos los caminos que conducían al norte hacia el Paso del Sirion. Pero llegó demasiado tarde; porque todos los rastros habían envejecido, o los había borrado el invierno. Pero sucedió que yendo hacia el sur por el Teiglin abajo, se topó con algunos de los Hombres de Brethil rodeados de Orcos; y los liberó; y los Orcos huyeron de Gurthang. Se presentó a sí mismo como el Salvaje de los Bosques, y le rogaron que fuera a vivir con ellos; pero él dijo que aún tenía que cumplir un cometido: buscar a Finduilas, la hija de Orodreth de Nargothrond. Entonces Dorias, el jefe de esos habitantes del bosque, le dio la penosa noticia de que ella había muerto. Porque los Hombres de Brethil habían acechado en los

Cruces del Teiglin a las huestes de los Orcos que llevaban a las cautivas de Nargothrond, con la esperanza de rescatarlas; pero los Orcos en seguida mataron cruelmente a las prisioneras, y a Finduilas la clavaron a un árbol con una lanza. Así murió ella, y dijo al final: —Decid a Mormegil que Finduilas está aquí—. Por tanto la pusieron sobre un montículo cerca de ese sitio, y lo llamaron Haudh—en—Elleth, el Túmulo de la Doncella Elfo.

Túrin les pidió que le mostraran el sitio, y allí cayó en una oscuridad de dolor que estaba cerca de la muerte. Entonces Dorias, al ver la espada negra, cuya fama había llegado aun a las profundidades de Brethil, y porque buscaba a la hija del rey, supo que este Salvaje era en verdad Mormegil de Nargothrond, hijo de Húrin de Dorlómin según se decía. Entonces los habitantes del bosque lo alzaron y lo llevaron a sus moradas. Ahora bien, éstas se encontraban en el interior de una empalizada sobre una altura del bosque, Ephel Brandir sobre Amon Obel; porque el Pueblo de Haleth había menguado por causa de la guerra, y el hombre que los gobernaba, Brandir hijo de Handir, era de dulce temple, y también tullido desde la infancia, y más confiaba en el secreto que en las hazañas de guerra para salvarse del poder del Norte. Por tanto las nuevas que Dorias le llevaba le dieron miedo, y cuando contempló la cara de Túrin, que yacía en la parihuela, una nube de presagios agoreros le ensombreció el corazón. Empero, conmovido por la desgracia de Túrin, lo condujo a su propia casa y cuidó de él, pues tenía

habilidad para curar. Y con el comienzo de la primavera Túrin salió de la oscuridad, y sanó nuevamente; y se levantó, y pensó que se quedaría en Brethil escondido, y dejaría atrás su sombra abandonando el pasado. Fue así que adoptó un nuevo nombre, Turambar, que en Alto Élfico significa Amo del Destino; y rogó a los habitantes del bosque que olvidaran que era un forastero y que había nevado otro nombre. No obstante, nunca abandonó por completo las acciones de guerra; porque no podía soportar que los Orcos fueran a los Cruces del Teiglin o se acercaran a Haudh—en—Elleth, y lo convirtió en un sitio temible para ellos, de modo que lo evitaron. Pero abandonó la espada negra, y utilizó el arco y la lanza.

Ahora bien, nuevas noticias llegaron a Doriath sobre Nargothrond, porque algunos que habían escapado de la derrota y el saqueo, y que habían sobrevivido al Fiero Invierno en la intemperie, acudieron por fin a Thingol en busca de refugio; y los guardianes de la frontera los llevaron ante el rey. Y algunos dijeron que todos los enemigos se habían retirado hacia el norte, y otros que Glaurung moraba todavía en las estancias de Felagund; y algunos dijeron que Mormegil había muerto y otros que había sido hechizado por el dragón y se encontraba allí todavía, como convertido en piedra. Pero todos declararon lo que muchos sabían en Nargothrond antes del fin, que Mormegil no era otro que Túrin hijo de Húrin de Dorlómin.

Entonces Morwen, enloquecida y rechazando los consejos de Melian, cabalga sola por los campos en busca de su hijo o de alguna noticia valedera. Por tanto Thingol envió a Mablung en pos de Morwen, con muchos escuderos valientes, para que la encontraran y la protegieran, y para enterarse de las nuevas que pudieran oír; pero a Nienor se le ordenó que se quedara. Pero Nienor era tan intrépida como todos los suyos, y en muy mala hora, esperando que Morwen volviese cuando viera a su hija dispuesta a acompañarla al peligro, Nienor se disfrazó con las ropas de un soldado de Thingol, y se sumó a la malhadada cabalgata.

Alcanzaron a Morwen a orillas del Sirion, y Mablung le rogó que volviera a Menegroth, pero ella parecía enajenada, y no se dejó persuadir. Entonces se reveló también que Nienor era de la compañía, y a pesar de que Morwen se lo ordenó, se negó a volver atrás; y Mablung, por fuerza, tuvo que conducirlos a los embarcaderos escondidos en las Lagunas del Crepúsculo, y cruzaron el Sirion. Y al cabo de tres jornadas llegaron a Amon Ethir, la Colina de los Espías, que mucho tiempo atrás Felagund había hecho levantar con gran trabajo, a una legua de las

puertas de Nargothrond. Allí Mablung puso una guardia de jinetes en torno de Morwen y su hija, y les prohibió seguir adelante. Pero él, al ver desde la colina que no había señales de enemigo alguno, descendió con sus exploradores al Narog, con tanta cautela como pudieron.

Pero Glaurung tenía conocimiento de todo cuanto hacían, y salió con el calor de la rabia, y se tendió en el río; y se alzaron entonces unos vastos vapores y unas inmundas emanaciones en las que Mablung y su compañía quedaron enceguecidos y se perdieron. Entonces Glaurung cruzó al este por el Narog.

Al ver la arremetida del dragón, los guardias que estaban en Amon Ethir intentaron alejar a Morwen y Nienor, y huir con ellas rápidamente hacia el este; pero el viento trajo más nieblas blanquecinas, y los caballos enloquecieron con el hedor del dragón, y no fue posible gobernarlos, y corrieron de aquí para allá, de modo que algunos jinetes fueron lanzados contra los árboles y se mataron y otros fueron transportados muy lejos. De este modo las señoras se perdieron, y de Morwen, en verdad, ninguna noticia segura llegó nunca a Doriath. Pero Nienor, desmontada por el corcel aunque sin daño, encontró el camino de regreso a Amon Ethir para esperar allí a Mablung, y de ese modo subió a la luz del sol fuera del alcance de las emanaciones; y al mirar hacia el oeste, clavó los ojos en los de Glaurung, cuya cabeza se apoyaba en lo alto de la colina.

La voluntad de Nienor luchó por un rato con el dragón, pero él mostró el poder que tenía, y enterado de quién era ella la obligó a que fijara los ojos en los suyos, y le impuso un hechizo de completa oscuridad y olvido, de modo que no pudiera recordar nada de lo que le pasara, ni su propio nombre, ni el nombre de cosa alguna; y por muchos días no le fue posible oír, ni ver, ni moverse libremente. Entonces Glaurung la dejó de pie y sola en Amon Ethir, y regresó a Nargothrond.

Ahora bien, Mablung, que con extrema temeridad había explorado los recintos de Felagund cuando Glaurung los abandonara, huyó de ellos al aproximarse el dragón, y volvió a Amon Ethir. El sol se ponía y caía la noche cuando trepó por la colina, y no encontró a nadie allí, salvo a Nienor, de pie y sola bajo las estrellas como una figura de piedra. No hablaba ni oía, pero echaba a andar si él la tomaba de la mano. Por tanto y con enorme pena se la llevó de allí, aunque en vano según le parecía; pues era probable que ambos perecieran sin asistencia en las tierras desiertas.

Pero fueron encontrados por tres de los compañeros de Mablung, y lentamente viajaron hacia el norte y hacia el este a los cercados de la tierra de Doriath, más allá del Sirion, y al puente guardado cerca de las bocas del Esgalduin. Lentamente se recuperaba Nienor a medida que se aproximaban a Doriath, pero todavía no podía hablar ni oír, y caminaba a ciegas por donde la llevaban. Pero al acercarse a los cercos, cerró por fin los ojos fijos y quiso dormir; y ellos la pusieron en el suelo y descansaron también, sin ninguna precaución, pues estaban agotados. Allí fueron atacados por una banda de Orcos, que solían acercarse por entonces a los cercos de Doriath, tanto como se atrevían. Pero Nienor en ese momento recobró la vista y el oído, y los gritos de los Orcos la despertaron, y saltó horrorizada, y huyó antes de que pudieran acercársele.

Entonces los Orcos la persiguieron y los Elfos corrieron detrás; y los alcanzaron y les dieron muerte antes de que pudieran hacerle daño, pero Nienor escapó. Porque huía aterrorizada más rápida que un ciervo, y se desgarró los vestidos mientras corría, hasta quedar desnuda; y se perdió de vista huyendo hacia el norte, y aunque la buscaron largo tiempo no pudieron encontrarla, ni tampoco descubrieron ningún rastro. Y por último Mablung regresó desesperado a Menegroth y comunicó las nuevas. Entonces Thingol y Melian sintieron una profunda tristeza; pero Mablung partió y durante mucho tiempo buscó en vano noticias de Morwen y Nienor.

Pero Nienor se internó corriendo en los bosques hasta quedar agotada, y entonces cayó, y se durmió, y despertó; y era una mañana de sol, y ella se regocijó con la luz como si fuera algo nuevo, y todas las cosas que veía le parecían recientes y extrañas, porque no tenían nombres. De nada se acordaba, salvo de una oscuridad que la seguía, una sombra de miedo; por tanto iba con cuidado como una bestia perseguida, y pasó hambre, pues no tenía alimentos y no sabía como procurárselos. Pero llegada por fin a los Cruces del Teiglin, siguió adelante buscando la protección de los grandes árboles de Brethil, porque estaba asustada, y le parecía que la oscuridad de la que había escapado la ganaba otra vez.

Pero hubo una gran tormenta de truenos venida del sur, y Nienor se arrojó aterrada sobre el túmulo de Haudh—en—Elleth, tapándose los oídos para detener el trueno; pero la lluvia la hería y la empapaba, y yació como una bestia salvaje que agoniza. Allí la encontró Turambar mientras iba a los Cruces del Teiglin, pues había oído el rumor de que los Orcos merodeaban cerca; y al ver en el resplandor de un relámpago el cuerpo de lo que parecía una doncella muerta sobre el túmulo de Finduilas, se le sobrecogió el corazón. Pero los habitantes del bosque la alzaron y Turambar la cubrió con su capa, y la llevaron a un pabellón de caza que había en las cercanías, y le dieron calor, y le dieron comida. Y no bien vio ella a Turambar, se sintió consolada, porque le pareció que por fin había encontrado algo que antes buscara en la oscuridad; y no quiso separarse de él. Pero cuando él le preguntó por su nombre y su parentela y su infortunio, se perturbó como un niño que entiende que algo se le exige, pero no qué pueda ser; y se echó a llorar. Por tanto, Turambar le dijo: —No te alteres. La historia puede esperar. Pero te daré un nombre, y te llamare Níniel, la Doncella de las Lágrimas— Y al oír ese nombre sacudió ella la cabeza, pero dijo: —Níniel— Esa fue la primera palabra que pronunció después de la oscuridad, y ése siguió siendo para siempre su nombre entre los habitantes del bosque.

Al día siguiente la llevaron a Ephel Brandir, pero cuando llegaron a Dimrost, la Escalera Lluviosa, donde la corriente del Celebros se vierte sobre el Teiglin, un estremecimiento la sacudió, por lo que ese lugar se llamó después Nen Girith, el Agua Estremecida. Antes de llegar a la morada de los habitantes del bosque, enfermó de fiebre; y mucho tiempo yació atendida por las mujeres de Brethil, que le enseñaron la lengua como a un niño. Pero antes de que llegara el otoño, la habilidad de Brandir le curó la enfermedad, y era capaz de hablar; pero nada recordaba del tiempo transcurrido antes de que Turambar la encontrara en el túmulo de Haudh—en—Elleth. Y Brandir la amó; pero ella ya había dado su corazón a Turambar.

En ese tiempo los Orcos no molestaban a los habitantes del bosque, y Turambar no iba a la guerra, y había paz en Brethil. Y el corazón de él se volvió hacia Níniel, y la pidió en matrimonio; pero por ese tiempo demoró ella la respuesta, a pesar del amor que le tenía. Porque Brandir presagiaba no sabía qué, y trató de disuadirla, por ella antes que por él mismo o por rivalidad con Turambar; y le reveló que Turambar era Túrin hijo de Húrin, y aunque ella no reconoció el nombre, una sombra le oscureció el corazón.

Pero cuando habían transcurrido tres años desde el saqueo de Nargothrond, volvió Turambar a pedir a Níniel en matrimonio, jurando esta vez que se casaría con ella, o volvería a la guerra. Y Níniel lo aceptó con alegría, y se casaron en mitad del verano, y los habitantes de Brethil hicieron una gran fiesta. Pero antes de que terminara el año, Glaurung envió Orcos de su dominio a Brethil; y Turambar se quedó en su casa inactivo, porque le había prometido a Níniel que iría a la guerra sólo si sus hogares eran atacados. Pero los habitantes de los bosques fueron derrotados, y Dorias le reprochó que no ayudara al pueblo que había hecho suyo. Entonces Turambar se puso de pie y tomó de nuevo la espada negra, y reunió una gran compañía de Hombres de Brethil, y derrotaron a los Orcos por completo. Pero

Glaurung oyó la nueva de que la Espada Negra se encontraba en Brethil, y proyectó nuevos males.

En la primavera del año siguiente Níniel concibió; y se volvió macilenta y triste; y por ese mismo tiempo llegaron a Ephel Brandir los primeros rumores de que Glaurung había salido de Nargothrond. Entonces Turambar envió exploradores a lo lejos, porque ahora era él quien mandaba, y pocos hacían caso de Brandir. Y al aproximarse el verano, Glaurung arribó a los confines de Brethil, y se tendió cerca de las orillas occidentales del Teiglin; y entonces hubo un gran temor entre los habitantes del bosque, porque era ahora evidente que el Gran Gusano los atacaría y asolaría la tierra, y no seguiría de largo camino de Angband, como habían esperado. Por lo tanto pidieron el consejo de Turambar; y él les dijo que era inútil ir en contra de Glaurung con todas las fuerzas de que disponían, pues sólo la astucia y la buena suerte podían ayudarlos. En consecuencia se ofreció a ir él mismo en busca del dragón a los confines de la tierra, y ordenó que el resto se quedara en

Ephel Brandir, aunque preparados para huir. Porque si Glaurung triunfaba, sena el primero en llegar a las casas del bosque para destruirlas, y era inútil que pensarán en resistirse; pero si se diseminaban a lo largo y a lo ancho, muchos podrían escapar, porque Glaurung no moraría en Brethil, y ellos pronto volverían a Nargothrond.

Entonces Turambar pidió que algunos lo acompañaran dispuestos a asistirlo en el peligro; y Dorias se ofreció, pero ningún otro. Por tanto Dorias riñó a la gente, y habló con desprecio de Brandir, que no podía desempeñar el papel de heredero de la casa de Haleth; y Brandir se avergonzó ante el pueblo y hubo amargura en su corazón. Pero Hunthor, pariente de Brandir, le pidió permiso para ir él en su lugar. Entonces Turambar dijo adiós a Níniel, y ella tuvo miedo y tétricos presagios, y la separación fue dolorosa; pero Turambar se puso en camino con sus dos compañeros y fue a Nen Girith.

Entonces Níniel, incapaz de soportar el miedo y no queriendo esperar en el Ephel la nueva de la fortuna de Turambar, se puso en camino tras él, y una gran compañía iba con ella. Sintió entonces Brandir más temor que nunca, e intentó persuadir a Níniel y a los que estaban dispuestos a acompañarla de que no cometieran esa imprudencia, pero no le hicieron caso. Por tanto renunció él a su señorío y a todo el amor por el pueblo que lo había desdeñado, y no quedándole nada, salvo el amor que sentía por Níniel, él mismo se ciñó una espada y fue tras ella, pero como era cojo quedó muy atrás.

Ahora bien, Turambar llegó a Nen Girith al ponerse el sol, y allí se enteró de que Glaurung estaba posado en el borde de las altas orillas del Teiglin, y que era probable que se trasladara al caer la noche. Estas noticias le parecieron buenas entonces; porque el dragón yacía en Cabed—en—Aras, donde el río corría por una profunda y estrecha garganta que un ciervo perseguido podrá cruzar de un salto, y Turambar pensó que ya no buscaría más soluciones, sino que intentaría cruzar la garganta. Por tanto se propuso ponerse en camino en el crepúsculo y descender al desfiladero protegido por la noche, y cruzar las aguas turbulentas; y trepar luego a la otra orilla y llegar así al dragón desprevenido.

Este designio adoptó, pero el corazón le flaqueó a Dorias cuando llegaron en la oscuridad a las aguas precipitadas del Teiglin, y no se atrevió a cruzar, y retrocedió, y erró por los bosques bajo el peso de la vergüenza. Turambar y Hunthor, empero, lograron cruzar sin daño, pues los altos bramidos de las aguas apagaban todo otro sonido, y Glaurung dormía. Pero antes de la media noche el dragón despertó, y con gran ruido y arrojando fuego echó la parte anterior del cuerpo por sobre el precipicio, y luego empezó a arrastrar el tronco. Turambar y Hunthor casi sucumbieron con el calor y el hedor mientras buscaban de prisa un camino para llegar a Glaurung; y Hunthor Fue muerto por una gran piedra

desprendida de lo alto por el paso del dragón; la piedra le golpeó la cabeza, y él cayó al río. Así terminó el no menos valiente de la casa de Haleth.

Entonces Turambar se decidió y cobró coraje, y trepó solo por el acantilado y llegó bajo el dragón. Desenvainó a Gurthane, y con todo el poder de su brazo y de su odio la hundió en el blando vientre del Gusano hasta la empuñadura. Pero cuando Glaurung sintió la angustia mortal, gritó, y en su espantoso dolor extremo, levantó el bulto del cuerpo y se arrojó por el precipicio, y allí quedó revolcándose y retorciéndose en agonía. Y lo abrasó todo alrededor, y lo aplastó dejándolo en ruinas, hasta que sus últimos fuegos se apagaron, y murió, y yació inmóvil.

Ahora bien, Gurthang había sido arrebatada de la mano de Turambar en la agonía de Glaurung, y quedó clavada en el vientre del dragón. Por tanto, Turambar cruzó las aguas una vez más, deseando recuperar la espada y ver a su enemigo; y le encontró extendido todo a lo largo, y vuelto de lado, y la empuñadura de Gurthang le asomaba en el vientre. Entonces Turambar aferró la empuñadura y puso el pie sobre el vientre, y exclamó burlándose del dragón y de sus palabras en Nargothrond: —¡Salve, Gusano de Morgoth! ¡Feliz encuentro de nuevo! ¡Muere ahora y que la oscuridad te reciba! Así queda vengado Túrin hijo de Húrin.

Entonces arrancó la espada, pero un chorro de sangre negra la siguió, y le bañó la mano, y el veneno se la quemó. Y entonces Glaurung abrió los ojos y miró a Turambar con tal malicia que lo hirió como una estocada; y por causa de esa estocada y de la angustia del veneno, Turambar cayó en un oscuro desmayo, y yació como muerto, y la espada quedó debajo de él.

Los gritos de Glaurung resonaron en los bosques y llegaron a oídos de la gente que esperaba en Nen Girith; y cuando los que estaban atentos los oyeron, y vieron a lo lejos la ruina y los despojos del incendio provocados por el dragón, creyeron que éste había triunfado y que estaba destruyendo a quienes lo atacaban. Y Nímel se sentó y se estremeció junto a las aguas que caían, y al oír la voz de Glaurung, la oscuridad la invadió otra vez, de modo que no podía moverse sola.

Así la encontró Brandir, pues por fin llegó a Nen Girith cojeando y fatigado; y cuando oyó que el dragón había cruzado las aguas y había aplastado a sus enemigos, sintió pena y nostalgia por Níniel. No obstante, también pensó: "Turambar ha muerto, pero Níniel vive. Puede que por fin venga a mí, y yo la llevaré lejos y así escaparemos juntos del dragón". Al cabo de un rato, por tanto, se acercó a Níniel y dijo: ~¡Ven! Es tiempo de partir. Si quieres, yo te llevaré—. Y le tomó la mano, y ella se incorporó en silencio y lo siguió, y nadie los vio alejarse en la oscuridad.

Pero al descender por el sendero hacia los Cruces, se elevó la luna, y arrojó una luz gris sobre la tierra, y Níniel dijo: —¿Es éste el camino?— Y Brandir respondió que él no conocía camino alguno, salvo el que les permitiera huir como les fuera posible de Glaurung y escapar al campo. Pero Níniel dijo: —La

Espada Negra era mi amado y mi marido. Sólo en su busca voy. ¿Qué otra cosa pretendes?— Y se apresuró dejándolo atrás. Así llegó a los Cruces del Teielin y vio Haudh—en—Elleth a la blanca luz de la luna y la sobrecogió un gran temor. Entonces lanzó un grito y se volvió dejando caer la capa, y huyó hacia el sur a lo largo del río, y el vestido manco le relucía a la luz de la luna.

Así la vio Brandir desde la ladera de la colina, y se volvió para salirle al encuentro, pero estaba todavía muy atrás cuando ella, llegó a, la ruina de Glaurung cerca del borde de Cabed—en—Aras. Allí vio tendido al dragón, pero no hizo caso de él, porque un hombre yacía a su lado; y corrió hacia Turambar y en vano lo llamó. Entonces, al verle la mano quemada, la bañó con lágrimas y la vendó con un trozo de su vestido, y lo besó y le gritó que despertara. En ese momento Glaurung se agito por ultima vez antes de morir, y habló con un último aliento diciendo: — ¡Salve, Nienor hija de Húrin! Juntos otra vez antes de terminar. Te ofrezco la

alegría de que por fin hayas encontrado a tu hermano. Y lo conocerás ahora: ¡el que apuñala en la oscuridad, traidor de sus enemigos, infiel a sus amigos» y maldición de sus hermanos, Túrin hijo de Húrin! Pero la peor de todas sus acciones la sentirás en ti misma.

Entonces Glaurung murió, y el velo de su malicia le fue quitado a Níniel, y recordó los días del pasado. Mirando a Túrin gritó: —¡Adiós, amado dos veces! ¡/! , *Túrin Turambar turum ambartanen*: ¡amo del destino por el destino dominado! ¡Feliz de ti, que estás muerto!— Entonces Brandir, que lo había oído todo, paralizado al borde de la ruina, se le acercó de prisa; pero ella escapó de él, enloquecida de horror y de angustia, y al llegar al borde de Cabed—en—Aras, se arrojó a él y desapareció en las aguas tumultuosas.

Entonces Brandir se acercó y miró y se alejó horrorizado; y aunque ya no deseaba seguir viviendo, no le fue posible buscar la muerte en las aguas que rugían. Y en adelante nadie volvió a mirar Cabed—en—Aras, ni ave ni bestia se le acercó, ni árbol alguno le creció al lado; y se la llamó Cabed Naeramarth, el Salto del Destino Espantoso.

Pero Brandir volvía a Nen Girith para llevarles las nuevas a la gente, y se encontró con Dorias en los bosques, y le dio muerte: la primera sangre que derramaba, y la última. Y entró en Nen Girith, y los hombres le gritaron: —¿La has visto? Porque Níniel se ha ido.

Y él respondió: —Níniel se ha ido para siempre. El dragón está muerto, y Turambar está muerto; y esas son buenas nuevas—. La gente se puso a murmurar al oír esas palabras, diciendo que se había vuelto loco; pero Brandir dijo: — ¡Escuchadme hasta el final! Níniel la bienamada también ha muerto. Se arrojó al Teiglin, pues ya no deseaba seguir con vida; porque se enteró que no era otra que Nienor hija de Húrin de Dorlómm antes de que el olvido la ganara, y que Turambar era su hermano, Túrin hijo de Húrin.

Pero cuando dejó de hablar y la gente lloraba, Túrin mismo apareció ante ellos. Porque cuando el dragón murió, salió del desmayo, y cayó en un profundo sueño de fatiga. Pero el frío de la noche lo perturbó, la empuñadura de Gurthang se movió junto a él, y despertó. Entonces vio que alguien le había curado la mano, y se asombró mucho de que lo hubiese dejado tendido sobre el suelo frío; y dio voces, y al no oír respuesta fue en busca de ayuda, porque se sentía cansado y enfermo.

Pero cuando la gente lo vio, retrocedió amedrentada, creyendo que era un espíritu desasosegado; y él dijo: —No, alegraos; porque el dragón está muerto y yo vivo. Pero ¿por qué habéis desdeñado mi consejo y os habéis acercado? ¿Y dónde está Níniel? Porque a ella quisiera verla. ¿Seguramente la habréis traído con vosotros?

Entonces Brandir le dijo que así era en verdad, y que Níniel había muerto. Pero la esposa de Dorias exclamó: —No, señor, se ha vuelto loco. Porque vino aquí diciendo que estabais muerto y llamó a eso una buena nueva. Pero vos vivís.

Entonces Turambar montó en cólera y creyó que todo lo que Brandir decía o hacía era dictado por malicia hacia él y hacia Níniel, despechado por el amor que había entre ellos, y le habló con malignidad a Brandir, llamándolo pata de palo. Entonces Brandir le contó todo lo que había oído, y a Níniel la llamó Nienor hija de Húrin, y le gritó a Turambar, con las últimas palabras de Glaurung, que era una maldición para todo el linaje y para aquellos que lo cobijaban.

Entonces Turambar se enfureció, porque en esas palabras oyó los pasos del destino que lo alcanzaban; y acusó a Brandir de haber conducido a Níniel a la muerte, y de deleitarse en repetir las mentiras de Glaurung, si en verdad él mismo no las había inventado. Luego maldijo a Brandir y le *dió* muerte; y huyó y se internó en los bosques. Pero al cabo de un tiempo se le pasó la locura, y llegó a

Haudh—en—Elletn, y allí se sentó y meditó sobre todos sus actos. Y le pidió a voces a Finduilas que le aconsejase; porque no sabía si no haría más daño yendo a Donath en busca de los suyos, o abandonándolos para siempre y buscando la muerte en la batalla.

Y mientras aún estaba allí sentado llegó Mablung con una compañía de Elfos Grises a los Cruces del Teiglin, y reconoció a Túrin, y lo saludó, y se alegró realmente de encontrarlo todavía con vida; porque se había enterado de la salida de Glaurung y de que iba hacia Brethil, y había oído también que la Espada Negra de Nargothrond vivía ahora allí. Por tanto iba a advertir a Túrin, y a ayudarlo de ser necesario; pero Túrin dijo: —Venís demasiado tarde. El dragón está muerto.

Entonces todos se maravillaron y le hicieron grandes alabanzas; pero nada de eso le interesaba a Túrin, y dijo: —Esto pregunto solamente: dadme noticias de mis hermanos, pues en Durlómin supe que habían ido al Reino Escondido.

Entonces Mablung se afligió, pero por fuerza tuvo que decirle a Túrin que Morwen se había perdido, y que Nienor estaba hechizada, y que vivía en un olvido de sombras profundas, y se les había escapado en las fronteras de Doriath y había huido hacia el norte. Entonces supo Túrin por fin que el destino le había dado alcance, y que había matado a Brandir injustamente, de modo que las palabras de Glaurung se habían confirmado. Y se echó a reír como un loco, gritando: —¡Es ésta una broma amarga, en verdad!— Pero le pidió a Mablung que se fuera y volviera a Doriath con una maldición sobre ella. —¡Y una maldición también sobre tu cometido! —gritó—. Sólo esto faltaba. Ahora llega la noche.

Entonces escapó como el viento, y ellos se quedaron asombrados, preguntándose qué locura le habría dado; y lo siguieron. Pero Túrin corrió dejándolos muy atrás; y llegó a Cabed—en—Aras, y oyó el rugido de las aguas, y vio que todas las hojas caían marchitas de los árboles como si hubiera llegado el invierno. Desenvainó allí la espada, lo único que le quedaba de todas sus posesiones, y dijo: —¡Salve, Gurthang! No otro señor ni lealtad conoces, sino la mano que te esgrime. No retrocedes ante la sangre de nadie. Por tanto ¿no quieres la de Túrin Turambar? ¿No me matarás de prisa?

Y en la hoja resonó una voz fría que le respondió: —Sí, de buen grado beberé tu sangre, para olvidar así la sangre de Beleg, mi amo, y la sangre de Brandir, muerto injustamente. De prisa te daré muerte.

Entonces Túrin aseguró la empuñadura en el suelo y se arrojó sobre la punta de Gurthang, y la hoja negra le quitó la vida. Pero Mablung y los Elfos llegaron y contemplaron la figura de Glaurung, que yacía muerto, y el cadáver de Túrin, y se afligieron; y cuando vinieron los Hombres de Brethil y se enteraron de la razón de la locura de Túrin y de su muerte, quedaron espantados; y Mablung dijo con amargura: —También yo he quedado enredado en el destino de los Hijos de Húrin, y así con mis nuevas ha muerto uno al que yo amaba.

Entonces alzaron a Túrin y vieron que Gurthang se había partido. Pero los Elfos y los Hombres recogieron allí abundante leña e hicieron una gran hoguera, y el dragón se consumió hasta quedar convertido en cenizas. A Túrin lo depositaron sobre un gran túmulo levantado en el sitio donde había caído, y le pusieron al lado los pedazos de Gurthang. Y cuando todo estuvo hecho, los Elfos cantaron un lamento por los Hijos de Húrin, y sobre el túmulo colocaron una gran piedra gris en la que estaban grabadas las runas de Doriath:

TURIN TURAMBAR DAGNIR GLAURUNGA

y debajo escribieron también:

NIENOR NINIEL

Pero ella no estaba allí, y nunca se supo dónde se la habían llevado las frías aguas del Teiglin.

22.- DE LA RUINA DE DORIATH

Así concluyó la historia de Túrin Turambar; sin embargo Morgoth no dormía ni descansaba del mal, y aún tenía tratos con la casa de Hador, impulsado contra ellos por una malicia insaciable, aunque nunca perdía de vista a Húrin, y Morwen erraba enloquecida por las tierras salvajes.

Desdichada era la suerte de Húrin; porque todo lo que sabía Morgoth de los resultados de su propia malicia, también lo sabía Húrin, pero las mentiras se confundían con la verdad, y todo lo bueno se ocultaba o se tergiversaba. Morgoth intentaba echar de cualquier modo una luz maligna sobre las cosas que Thingol y Melian habían hecho, porque los odiaba y los temía. Por tanto, cuando creyó que el momento era oportuno, dejó en libertad a Húrin, diciéndole que fuera donde quisiera, como si compadeciera a un enemigo por completo derrotado. Pero mentía, y sólo deseaba que Húrin sintiera todavía más odio por Elfos y Hombres antes de morir.

Entonces, aunque poco confiaba en las palabras de Morgoth, pues sabía que no conocía la piedad, Húrin se alejó dolorido, amargado por las palabras del Señor Oscuro; y había transcurrido un año desde la muerte de su hijo Túrin. Durante veintiocho años había permanecido cautivo en Angband, y tenía un aspecto tétrico. Llevaba los cabellos y la barba largos y encanecidos, pero caminaba erguido, apoyándose en un gran cayado negro; y ceñía una espada. Así llegó a Hithlum, y los cabecillas de los Orientales se enteraron de que había un gran movimiento de capitanes y de soldados negros de Angband por las arenas de Anfauglith, y de que con ellos venía un anciano tratado con altos honores. Así ocurrió que no levantaron la mano contra Húrin y lo dejaron andar libremente por aquellas tierras; en lo que se mostraron prudentes, y el resto del pueblo de Húrin lo evitó, pues llegaba de Angband como quien tiene alianza con Morgoth y es por él honrado.

Así, pues, la libertad acrecentaba todavía más la amargura del corazón de Húrin; y abandonó la tierra de Hithlum y subió a las montañas. Desde allí divisó a lo lejos en medio de las nubes los picos de las Crissaegrim, y se acordó de Turgon; y deseó volver al reino escondido de Gondolin. Descendió por tanto, de Ered Wethrin, y no sabía que las criaturas de Morgoth lo vigilaban; y cruzando el Brithiach, entró en Dimbar, y llegó al oscuro pie de las Echoriath. Toda la tierra estaba desolada y fría, y miró alrededor con pocas esperanzas, erguido al pie de una pendiente de piedras bajo un muro escarpado, y no sabía que eso era todo lo que podía verse del antiguo Camino de Huida: habían bloqueado el Río Seco y el portal arqueado estaba bajo tierra. Entonces Húrin miró el cielo gris, creyendo que quizá viera nuevamente a las águilas, como hacía ya mucho, en su juventud; pero sólo vio las sombras venidas del este, y las nubes que rodeaban los picos inaccesibles, y sólo oyó el silbido del viento sobre las piedras.

Pero la vigilancia de las grandes águilas había sido redoblada, y pronto descubrieron a Húrin, allá abajo, abandonado a la luz declinante; y en seguida el mismo Thorondor, pues la noticia parecía de importancia, le llevó el mensaje a Turgon. Pero Turgon le dijo: —¿Acaso Morgoth duerme? Te equivocas.

—No es así —le dijo Thorondor— Si las Águilas de Manwë acostumbraran a errar de esta manera, hace ya tiempo, señor, que vuestro escondite habría sido inútil.

—Entonces no hay duda de que tus palabras auguran el mal —dijo Turgon—, pues sólo pueden tener un significado. Aun Húrin Thalion se ha sometido a la voluntad de Morgoth. Mi corazón se ha cerrado para siempre.

Pero cuando Thorondor hubo partido, Turgon se quedó largo tiempo meditando, y recordó perturbado los hechos de Húrin de Durlómin; y abrió su

corazón, y pidió a las águilas que buscaran a Húrin, e intentaran traerlo a Gondolin. Pero era demasiado tarde, y no lo vieron más, ni a la luz ni a la sombra.

Porque Húrin estaba entonces desesperado mirando los riscos silenciosos de las Echoriath; y el sol poniente horadó las nubes y le tino de rojo los cabellos blancos. Entonces gritó en el desierto, sin importarle que nadie lo escuchara, y maldijo la tierra implacable; y de pie sobre una roca elevada miró por último hacia Gondolin y llamó en alta voz: —iTurgon, Turgon, recuerda el Marjal de Serech! ¡Oh, Turgon! ¿No me oyes en tus estancias ocultas?—. Pero no había otro sonido que el del viento en las hierbas secas. —Así silbaban en Serech al ponerse el sol —dijo; y mientras hablaba el sol se puso tras las Montañas de la Sombra, y una oscuridad cayó alrededor, y el viento cesó, y hubo silencio en el yermo.

Pero quienes vigilaban a Húrin alcanzaron a oír lo que decía, y el mensaje llegó sin demora ante el Trono Oscuro del norte; y Morgoth sonrió, porque ahora sabía claramente en qué región moraba Turgon, aunque por causa de las águilas no había podido mandar ningún espía a que observara aquellas tierras, detrás de las Montañas Circundantes. Este fue el primer mal que la libertad de Húrin trajo al mundo.

Cuando se hizo la oscuridad, Húrin resbaló de la roca y cayó en un pesado sueño de dolor. Pero en el sueño oyó la voz de Morwen que se lamentaba y que lo llamaba una y otra vez; y le pareció que la voz venía de Brethil. Por tanto, cuando despertó, junto con la venida del día, se puso de pie y regresó al Brithiach; y avanzando a lo largo de Brethil llegó en la noche a los Cruces del Teiglin. Los centinelas nocturnos lo vieron, pero se sintieron atemorizados, pues creían ver a un fantasma salido de un viejo túmulo de guerra, y que ahora andaba en la oscuridad; y por eso Húrin no fue detenido, y al fin llegó al sitio en que Glaurung había sido quemado, y vio la piedra alta, erguida a orillas de Cabed Naeramarth. Pero Húrin no miró la piedra, pues sabía lo que allí estaba escrito; y además había descubierto que no se encontraba solo. Sentada a la sombra de la piedra había una mujer, inclinada y de rodillas; y mientras Húrin la miraba en silencio, ella echó atrás la destrozada capucha y levantó la cara; tenía el pelo cano y era vieja; pero de pronto las miradas de los dos se encontraron, y él la reconoció porque aunque había espanto y frenesí en los ojos de ella, aún conservaban la luz que mucho tiempo atrás le había ganado el nombre de Eledhwen, la más orgullosa y bella entre las mujeres mortales de antaño.

—Has venido por fin —dijo ella— He esperado demasiado.

El camino era oscuro. Vine como me fue posible —respondió él.

—Pero has llegado demasiado tarde —le dijo Morwen—. Se han perdido.

—Lo sé —dijo él— Pero tú no.

Pero Morwen dijo: —Casi. Estoy agotada. Me iré con el sol. Queda poco tiempo ahora: si lo sabes idi—meló! ¿Cómo llegó ella a encontrarlo?

Pero Húrin no respondió, y se sentaron junto a la piedra y no volvieron a hablar; y cuando el sol se puso, Morwen suspiró y le tomó la mano, y se quedó quieta; y Húrin supo que había muerto. La miró en el crepúsculo, y le pareció que las líneas trazadas por el dolor y las crueles penurias se habían borrado en el rostro de Eledhwen. —Nunca fue vencida

—dijo; y le cerró los ojos y permaneció sentado e inmóvil junto a ella mientras la noche continuaba avanzando. Las aguas de Cabed Naeramarth rugían cerca, pero él no oía nada, y no veía nada, y no sentía nada, porque el corazón se le había vuelto de piedra. Pero sopló un viento frío, y una lluvia le golpeó la cara, y lo despertó, y la ira se levantó en él como un humo que le oscurecía el juicio, de modo que ahora no deseaba otra cosa que vengarse por los daños que habían sufrido él y los suyos, acusando en su angustia a todos los que habían tenido algún

trato con ellos. Entonces se incorporó e hizo una tumba para Morwen sobre Cabed Naeramarth al lado oeste de la piedra; y sobre ella grabó estas palabras: *Aquí yace también Morwen Eledhwen.*

Se dice que un vidente y arpista de Brethil llamado Glirhuin compuso un canto en el que decía que la Piedra de los Desventurados nunca sería mancillada por Morgoth, ni nunca caería, aun cuando el mar anegara la tierra, como en verdad más tarde acaeció; y todavía Tol Morwen se yergue sola en el agua más allá de las costas que fueron hechas en los días de la cólera de los Valar. Pero Húrin no yace allí, pues el destino lo llevó a otro sitio, y la Sombra aún iba detrás de él.

Ahora bien, Húrin cruzó el Teiglin y fue hacia el sur por el antiguo camino que conducía a Nargothrond; y vio a lo lejos hacia el este la elevación solitaria de Amon Rûdh, y supo lo que allí había sucedido. Por fin llegó a las orillas del Narog, y se aventuró a cruzar las aguas precipitadas pisando las piedras caídas del puente, como lo había hecho Mablung de Doriath antes que él; y se encontró ante las quebradas Puertas de Felagund, apoyado en su vara.

Es necesario contar aquí que después de la partida de Glaurung, Mim el Enano Mezquino había encontrado el camino a Nargothrond y se había deslizado dentro de los recintos en ruinas; y había tomado posesión de ellos, y estaba allí acariciando de continuo el oro y las gemas, pues nadie venía nunca a despojarlo, por miedo al espíritu de Glaurung y su solo recuerdo. Pero ahora alguien había venido y estaba en el umbral; y Mim salió y quiso saber qué propósitos lo traían. Pero Húrin le dijo: —¿Quién eres tú, que pretendes impedirme la entrada a la casa de Finrod Felagund?

Entonces el Enano respondió: —Soy Mim; y antes que los orgullosos llegaran desde el Mar, los Enanos excavaron los recintos de Nulukkidín. No he venido sino a tomar lo que es mío; porque soy el último de mi pueblo.

—Pues entonces ya no seguirás gozando de tu herencia —dijo Húrin—; porque yo soy Húrin hijo de Galdor vuelto de Angband, y mi hijo era Túrin Turambar, a quien no has olvidado; y él fue quien dio muerte a Glaurung el Dragón, el que arrumó los recintos en que estás ahora; y aquel que traicionó el Yelmo—Dragón de Dorlómin no me es desconocido.

Entonces Mim, atemorizado, le rogó a Húrin que tomara lo que quisiera, y que le perdonara la vida; pero Húrin no le hizo caso, y lo mató allí ante las puertas de Nargothrond. Luego entró y se demoró un rato en aquel espantoso lugar, donde los tesoros de Valinor estaban esparcidos por los suelos en oscuridad y deterioro; pero se dice que cuando Húrin salió de las ruinas de Nargothrond y estuvo de nuevo bajo el cielo, de todo ese tesoro había tomado tan sólo una cosa.

Luego Húrin se encaminó hacia el este y llegó a las Lagunas del Crepúsculo sobre las Cataratas del *Si-non*; y allí fue detenido por los Elfos que vigilaban las fronteras occidentales de Doriath, y llevado ante el Rey Thingol en las Mil Cavernas. Entonces Thingol sintió gran dolor y pena cuando lo miró y reconoció en ese hombre lóbrego y envejecido a Húrin Thalion, el cautivo de Morgoth; pero lo saludó amablemente y le rindió honores. Húrin no respondió al rey, y sacó de debajo de la capa la única cosa que había traído de Nargothrond; y era nada menos que el Nauglamír, el Collar de los Enanos, hecho para Finrod Felagund hacía ya mucho tiempo por los artesanos de Nogrod y Belegost, la más afamada de todas las obras de los Días Antiguos, y la más apreciada por Finrod entre todos los tesoros de Nargothrond. Y Húrin lo arrojó a los pies de Thingol con furiosas y amargas palabras.

—¡Recibe la paga —exclamó— por lo bien que has cuidado de mis hijos y mi esposa! Porque éste es el Nauglamír, cuyo nombre es conocido de muchos entre los Elfos y los Hombres; y te lo traigo desde la oscuridad de Nargothrond, donde

Finrod, tu pariente, lo dejó cuando partió con Beren hijo de Barahir, para cumplir el cometido de Thingol de Doriath.

Entonces Thingol miró el gran tesoro, y reconoció el Nauglamír, y comprendió en seguida las intenciones de Húrin; pero movido por la compasión, se contuvo, y soportó el desprecio de Húrin. Y por último Melian habló, y dijo: —Húrin Thalion, Morgoth te ha embrujado; porque quien ve por los ojos de Morgoth, quiéralo o no, ve las cosas torcidas. Mucho tiempo tu hijo Túrin fue cuidado en las estancias de Menegroth, y recibió amor y honores como hijo del rey; y no fue por voluntad del rey ni por la mía que no volvió nunca a Doriath. Y después tu esposa y tu hija fueron albergadas aquí con honor y buena voluntad; e hicimos todo lo que pudimos por apartarlas del camino a Nargothrond. Con la voz de Morgoth reprochas ahora a tus amigos.

Y al escuchar estas palabras de Melian, Húrin se quedó inmóvil y miró largamente a la reina en los ojos; y allí, en Menegroth, defendida todavía por la Cintura de Melian de la oscuridad del Enemigo, leyó la verdad de todo cuanto había sido hecho, y conoció por fin la plenitud del daño que para él había concebido Morgoth Bauglir. Y no habló más del pasado, e inclinándose levantó el Nauglamír de donde estaba delante del trono de Thingol, y se lo entregó diciendo: —Recibid, señor, el Collar de los Enanos como regalo de uno que no tiene nada y como recuerdo de Húrin de Dorlómin. Porque ahora mi destino está cumplido, y también el propósito de Morgoth, pero ya no soy esclavo de él.

Entonces se volvió y abandonó las Mil Cavernas, y todos los que lo veían caían hacia atrás al verle la cara; y nadie intentó impedir que partiese, ni nadie supo entonces a dónde iba. Pero se dice que Húrin ya no quiso seguir viviendo; despojado de todo deseo y de todo propósito se arrojó por fin al Mar Occidental; y así terminó el más poderoso de los guerreros de los Hombres mortales.

Pero cuando Húrin se hubo marchado de Menegroth, Thingol permaneció largo tiempo en silencio mirando el gran tesoro que tenía sobre las rodillas; y pensó que tenía que ser rehecho, y que en él había que engarzar el Silmaril. Porque al paso de los años el pensamiento de Thingol había vuelto una y otra vez a la joya de Fëanor, y al fin se apegó a ella, y no le gustaba dejarla, ni siquiera tras las puertas de su cámara más profunda, y ahora estaba decidido a llevarla siempre consigo, despierto y dormido.

En aquellos días los Enanos viajaban todavía a Beleriand desde las mansiones de Ered Lindon, y cruzando el Gelion en Sarn Athrad, el Vado de Piedras, tomaban el viejo camino a Doriath; pues eran muy hábiles para el trabajo de los metales y las piedras, y se los necesitaba a menudo en las estancias de Menegroth. Pero ya no venían en grupos reducidos como antes, sino en grandes compañías bien armadas para protegerse en las peligrosas tierras que se extienden entre el Aros y el Gelion; y en esas ocasiones se alojaban en Menegroth en cámaras y herrerías reservadas para ellos. Y precisamente en ese tiempo habían llegado a Doriath grandes artífices de Nogrod; y por tanto el rey los convocó y les dijo qué deseaba, y que si no les faltaba habilidad tenían que rehacer el Nauglamír y engarzar el Silmaril. Entonces los Enanos miraron la obra de sus padres, y contemplaron maravillados la joya refulgente de Fëanor; y sintieron un gran deseo de apoderarse de los dos tesoros y llevarlos a las montañas. Pero disimularon estos pensamientos y aceptaron la tarea.

Larga fue la tarea; y Thingol bajaba solo a las profundas herrerías y se sentaba entre ellos mientras trabajaban. Con el tiempo el deseo de Thingol quedó cumplido, y las obras más grandes de los Elfos y los Enanos se unieron y se hicieron una; y era de una extremada belleza; porque ahora las incontables joyas del Nauglamír reflejaban y expandían alrededor con maravillosos matices la luz del Silmaril. Entonces Thingol, solo entre ellos, hizo además de levantarlo y de

ponérselo al cuello; pero en ese momento los Enanos lo retuvieron y exigieron que se los cediera preguntando: —¿Con qué derecho reclama el rey Elfo el Nauglamír, hecho por nuestros padres para Finrod Felagund, que ya ha muerto? Sólo lo tiene de manos de Húrin, el Hombre de Durlómin, que lo tomó como un ladrón de la oscuridad de Nargothrond— Pero Thingol leyó en los corazones de los Enanos y vio que el deseo del Silmaril no era sino un pretexto y un manto bordado que ocultaba otras intenciones; e iracundo y orgulloso no hizo caso del peligro en que se encontraba, y les habló con desprecio diciendo: —¿Cómo os atrevéis, torpe raza, a exigir nada de mí, Elu Thingol, Señor de Beleriand, cuya vida empezó junto a las aguas de Cuiviénen incontables años antes que despertaran los padres del pueblo reducido?— E irguiéndose alto y orgulloso entre ellos les ordenó con palabras humillantes que abandonaran Doriath sin ser recompensados.

Entonces la codicia de los Enanos se convirtió en rabia por las palabras del rey; y lo rodearon, y le pusieron las manos encima, y lo mataron. De este modo Elwë Singollo, el Rey de Doriath, el único de los Hijos de Ilúvatar que desposara a una de las Ainur, y el único de los Elfos Abandonados que había visto la luz de los Árboles de Valinor, murió en las profundidades de Menegroth, con una última mirada posada en el Silmaril.

Entonces los Enanos recogieron el Nauglamír y abandonaron Menegroth, y huyeron hacia el este a través de Región. Pero la noticia corrió rápidamente por el bosque, y pocos de esa compañía llegaron al Aros, pues fueron perseguidos a muerte mientras buscaban el camino del este; y el Nauglamír fue recuperado y llevado con amarga pena a Melian la Reina. No obstante, dos fueron los asesinos de Thingol que escaparon a la persecución por las fronteras del este, y volvieron por fin a la ciudad lejana de las Montañas Azules; y allí en Nogrod contaron en parte lo sucedido, diciendo que los Enanos habían sido muertos en Doriath por orden del rey Elfo para no darles así la prometida recompensa.

Entonces muy grandes fueron la ira y las lamentaciones de los Enanos de Nogrod por la muerte de sus hermanos y de sus grandes artífices, y se mesaron las barbas y gimieron; y durante mucho tiempo meditaron vengarse. Se dice que pidieron la ayuda de Belegost, que les fue negada, y que los Enanos de Belegost intentaron disuadirlos; pero de nada les valió este consejo, y no tardaron en preparar un gran ejército que partió de Nogrod, y cruzando el Gelion marchó hacia el oeste a través de Beleriand.

Una gran pesadumbre había descendido sobre Doriath. Melian se quedaba largo rato sentada en silencio junto a Thingol el Rey, recordando los años iluminados por las estrellas y la primera vez que se encontraran entre los ruiseñores de Nan Elmoth en edades anteriores; y sabía que la despedida de Thingol anunciaba una despedida todavía mayor, y que el destino de Doriath estaba próximo a cumplirse. Porque Melian era de la raza divina de los Valar, una Maia de gran poder y sabiduría; aunque por amor a Elwë Singollo había adoptado la forma de los Hijos Mayores de Ilúvatar; y con esa unión quedó atada por las cadenas y trabas de la carne de Arda. En esa forma concibió para él a Lúthien Tinúviel; y en esa forma ganó poder sobre la sustancia de Arda,

La Cintura de Melian defendió a Doriath durante largas edades de los males exteriores. Pero ahora Thingol yacía muerto, y su espíritu había entrado en los recintos de Mandos; y esta muerte había traído un cambio también a Melian. Fue así que el poder de ella se retiró por ese tiempo de los bosques de Neldoreth y Región; y el Esgalduin, el río encantado, habló con una voz diferente, y Doriath quedó abierta a los enemigos.

En adelante Melian habló sólo con Mablung, pidiéndole que cuidara del Silmaril, y transmitiera sin demora la nueva a Beren y Lúthien en Ossiriand; y desapareció de la Tierra Media y pasó a la tierra de los Valar, más allá del Mar

Occidental, para llorar su dolor en los jardines de Lorien, de donde había venido, y en esta historia nada más se dice de ella.

Así fue que el ejército de los Naugrim, cruzando el Aros, penetró sin ser estorbado en los bosques de Doriath; y nadie les opuso resistencia, pues eran muchos y feroces, y los capitanes de los Elfos Grises titubearon y se desesperaron, y fueron de aquí para allá sin objeto alguno. Pero los Enanos siguieron adelante, y cruzaron el gran puente y penetraron en Menegroth; y allí ocurrió uno de los hechos más dolorosos de los Días Antiguos. Porque se libró una batalla en las Mil Cavernas, y muchos Enanos y Elfos murieron; y esto no se olvidó. Pero vencieron los Enanos, que saquearon y vaciaron las estancias de Thingol. Allí cayó Mablung el de la Mano Pesada, ante las puertas del tesoro donde estaba el Nauglamír; y el Silmaril fue tomado.

En ese tiempo Beren y Lúthien vivían todavía en Tol Galen, la Isla Verde, en el Río Adurant, la más austral de las corrientes que descendiendo de Ered Lindon iban a parar al Gelion; y su hijo Dior Eluchíl tenía por esposa a Nimloth, pariente de Celeborn, príncipe de Doriath, que estaba desposado con la Dama Galadriel. Los hijos de Dior y Nimloth fueron Eluréd y Elurín; y también tuvieron una hija, y se llamaba Elwing, que significa Rocío de Estrellas, porque nació en una noche estrellada cuya luz resplandecía en el rocío de la cascada de Lantnir Lamath junto a la casa de su padre.

Ahora bien, pronto se supo entre los Elfos de Ossiriand que una gran hueste de Enanos con pertrechos de guerra había descendido de las montañas y había cruzado el Gelion por el Vado de Piedras. Estas nuevas no tardaron en llegar a Beren y Lúthien; y en ese tiempo arribó también un mensajero de Doriath que les contó lo que allí había ocurrido. Entonces Beren se puso de pie y abandonó Tol Galen; y llamó a Dior, su hijo, y se encaminaron al norte hacia el Río Asear; y junto con ellos fueron muchos Elfos Verdes de Ossiriand.

Así ocurrió que cuando los Enanos de Nogrod, que volvían de Menegroth con huestes disminuidas, llegaron nuevamente a Sarn Aturad, fueron atacados por enemigos invisibles; porque mientras subían por las orillas del Gelion cargados del botín de Doriath, las trompetas de los Elfos resonaron de pronto en los bosques de alrededor y de todos lados llovieron lanzas sobre los Enanos. Allí muchos de ellos murieron en el primer ataque; pero algunos consiguieron escapar y se mantuvieron unidos, y huyeron hacia el este a las montañas. Y mientras escalaban las pendientes del Monte Dolmed, los Pastores de Árboles cayeron sobre los Enanos y los expulsaron hasta los bosques sombríos de Ered Lindon; desde allí, según se dice, ninguno volvió a escalar los altos pasos que conducían alas cavernas.

En esa batalla junto a Sarn Athrad, Beren luchó por última vez, y él fue quien mató al Señor de Nogrod, y le arrancó el Collar de los Enanos; pero el Señor de Nogrod murió maldiciendo el tesoro. Entonces Beren miró con asombro la joya de Fëanor que él había cortado de la corona de hierro de Morgoth, y que ahora refulgía en medio de oro y gemas, engarzada por la destreza de los Enanos; y le quitó la sangre en las aguas del río. Y cuando todo hubo terminado, el tesoro de Doriath se hundió en el Río Asear, y desde ese momento el río tuvo nuevo nombre: Rathlóriel, el Lecho de Oro; pero Beren tomó el Nauglamír y volvió a Tol Galen. Poco alivió la pena de Lúthien enterarse de que el Señor de Nogrod había muerto y con él muchos Enanos; pero se dice, j y se canta que Lúthien, engalanada con el collar y la joya inmortal era la visión más bella y gloriosa que se hubiera contemplado alguna vez fuera del reino de Valinor; y por un breve tiempo la Tierra de los Muertos que Viven pareció una visión de la tierra de los Valar, y desde entonces ningún sitio fue tan hermoso, tan fértil y tan lleno de luz.

Ahora bien, Dior, el heredero de Thingol, se despidió de Beren y de Lúthien, y abandonando Lanthir Lamath con su esposa Nimloth fue a Menegroth e hizo allí

su morada; y con ellos fueron sus jóvenes hijos Eluréd y Elurín, y su hija Elwing. Entonces los Sindar les recibieron con alegría, y salieron de la oscuridad de su pena por el rey y pariente caído y por la partida de Melian; y Dior Eluchíl se propuso devolver la gloria al reino de Doriath.

Una noche de otoño, ya tarde, alguien llegó y llamó a las puertas de Menegroth pidiendo ser admitido ante el rey. Era un señor de los Elfos Verdes que venía apresurado de Ossiriand, y los guardianes lo condujeron a la cámara donde Dior se encontraba solo; y allí, en silencio, el Elfo le dio al rey un cofre y se despidió. Pero ese cofre guardaba el Collar de los Enanos en que estaba engarzado el Silmaril; y al verlo Dior reconoció el signo de que Beren Erchamion y Lúthien Tinúviel habían muerto en verdad, y habían ido a donde va la raza de los Hombres, a un destino más allá del mundo.

Durante mucho tiempo contempló Dior el Silmaril, que más allá de toda esperanza su padre y su madre habían traído del terror de Morgoth; y mucho se dolió de que la muerte los hubiera sorprendido tan temprano. Pero dicen los sabios que el Silmaril apresuró su fin; porque la llama de la belleza de Lúthien era demasiado brillante para tierras mortales.

Entonces Dior se puso en pie y se prendió el Nauglamír en torno al cuello; y era ahora el más hermoso de todos los hijos del mundo de las tres razas: la de los Edain, y la de los Eldar, y la de los Maiar del Reino Bendecido.

Pero cundió el rumor entre los Elfos dispersos de Beleriand de que Dior, el heredero de Thingol, llevaba el Nauglamír, y dijeron: —Un Silmaril de Fëanor arde de nuevo en los bosques de Doriath—. Y el juramento de los hijos de Fëanor despertó otra vez. Porque mientras Lúthien llevaba el Collar de los Enanos, ningún Elfo se habría atrevido a atacarla; pero ahora, al enterarse de la renovación de Doriath y del orgullo de Dior, los siete Elfos abandonaron la vida errante y volvieron a reunirse; y le enviaron mensajeros a Dior reclamando la posesión del Silmaril.

Pero Dior no dio respuesta a los hijos de Fëanor, y Celegorm instó a sus hermanos a que atacaran a Doriath. Llegaron inadvertidos en pleno invierno, y lucharon con Dior en las Mil Cavernas; y así ocurrió la segunda matanza de Elfos por Elfos. Allí cayó Celegorm a manos de Dior, y allí cayeron Curufin y el oscuro Caranthir, pero Dior fue también muerto, y Nimloth su esposa; y los crueles sirvientes de Celegorm se apoderaron de los jóvenes hijos y los dejaron abandonados en el bosque para que murieran de hambre. De esto, en verdad, se arrepintió Maedhros, y los buscó largo tiempo en los bosques de Doriath; pero de nada le valió la busca; y del hado de Eluréd y de Elurín no se cuenta ninguna historia.

Así fue destruida Doriath y nunca volvió a levantarse. Pero los hijos de Fëanor no obtuvieron lo que buscaban; porque un resto del pueblo huyó ante ellos, y con él iba Elwing hija de Dior, y escaparon, y llevando consigo el Silmaril llegaron con el tiempo a las Desembocaduras del Sirion, junto al mar.

23.- DE TUOR Y LA CAÍDA DE GONDOLIN

Se dijo que Huor, el hermano de Húrin, fue muerto en la Batalla de las Lágrimas Innumerables; y en el invierno de ese año su esposa Rían parió un niño en el descampado de Mithrim, y lo llamaron Tuor, y fue criado por Annael, de los Elfos Grises, que vivía aún en esas colinas. Ahora bien, cuando Tuor contaba dieciséis años, los Elfos decidieron abandonar las cavernas de Androth donde

moraban entonces e ir en secreto a los Puertos del Sirion en el lejano sur; pero fueron atacados por Orcos y Orientales antes de que consiguieran ponerse a salvo, y Tuor fue hecho prisionero y esclavizado por Lorgan, jefe de los Orientales de Hithlum. Durante tres años soportó esa servidumbre, pero por último escapó; y regresando a las cavernas de Androth, vivió allí solo, e hizo tanto daño a los Orientales que Lorgan puso precio a la cabeza de Tuor.

Pero cuando Tuor llevaba cuatro años viviendo así en la soledad del proscrito, Ulmo le puso en el corazón el deseo de abandonar la tierra paterna, pues había escogido a Tuor como instrumento de sus designios; y dejando una vez más las cavernas de Androth, Tuor se dirigió hacia el oeste a través de Durlómin, y encontró Annon—in—Gelydh, el Portal de los Noldor, que el pueblo de Turgon había construido cuando habitaban en Nevrast muchos años atrás. Desde allí un túnel oscuro avanzaba por debajo de las montañas y salía a Cirith Ninniach, la Grieta del Arco Iris, por la que unas aguas turbulentas se precipitaban hacia el Mar Occidental. Así, pues, la huida de Tuor de Hithlum no fue advertida por Hombre ni Orco alguno, y nada de todo esto llegó a oídos de Morgoth.

Y Tuor llegó a Nevrast, y al contemplar el Belegaer, el Gran Mar, se enamoró de él, y llevó siempre en el corazón y en el oído el sonido y la nostalgia del mar, y una inquietud despertó en él que lo arrastró por fin a las profundidades de los remos de Ulmo. Entonces vivió solo en Nevrast, y el verano de ese año pasó, y el destino de Nargothrond estaba cumpliéndose; pero cuando llegó el otoño, vio a siete cisnes que iban volando hacia el sur, y le parecieron un signo de que se había demorado demasiado, y los siguió a lo largo de las costas del mar. Así llegó por fin a las estancias desiertas de Vinyamar bajo el Monte Taras, y entró en ellas y encontró allí el escudo y la cota y la espada y el yelmo que Turgon había dejado por orden de Ulmo hada ya mucho tiempo; tomó esas armas y se aproximó a la costa. Pero vino del oeste una gran tormenta, y de esa tormenta, Ulmo, Señor de las Aguas, se alzó majestuosamente, y le habló a Tuor que estaba a orillas del mar. Y le ordenó que abandonara ese sitio y buscara el reino escondido de Gondolin; y le dio a Tuor una gran capa, para ocultarlo con una sombra a los ojos del enemigo.

Pero por la mañana, cuando hubo pasado la tormenta, Tuor se topó con un Elfo junto a los muros de Vinyamar; y era Voronwë hijo de Aranwë de Gondolin, que había navegado en el último barco que Turgon enviara a Occidente. Pero cuando, al volver por fin de alta mar, el barco naufragó a la vista de las costas de la Tierra Media, Ulmo lo recogió, sólo a él de entre todos los marineros, y lo arrojó a tierra cerca de Vinyamar; y al enterarse de la orden impuesta a Tuor por el Señor de las Aguas, Voronwë se asombró mucho, y aceptó guiarlo a las puertas escondidas de Gondolin. Por tanto se pusieron juntos en marcha, y cuando el Fiero Invierno de ese año descendió sobre ellos desde el norte, se encaminaban fatigosamente hacia el este bajo los picos de, las Montañas de la Sombra.

Por fin alcanzaron los Estanques de Ivrin, y miraron allí con pena la devastación provocada por el paso de Glaurung el Dragón; pero mientras estaban mirando vieron a uno que iba de prisa hacia el norte; un Hombre alto, vestido de negro, que llevaba una espada negra. Pero no sabían quién era, ni qué había ocurrido en el sur, y no dijeron una palabra.

Y por último, mediante el poder que Ulmo había puesto en ellos, llegaron a las puertas escondidas de Gondolin, y pasando por el túnel subterráneo, alcanzaron el portón interior, y la guardia los hizo prisioneros. Fueron conducidos entonces por el poderoso desfiladero de Orfalch Echor, cerrado por siete puertas, y llevados ante Ecthelion de la Fuente, el guardián de la gran puerta al final del camino empinado, y allí Tuor dejó caer la capa, y por las armas que llevaba de Vinyamar reconocieron que era en verdad el enviado de Ulmo. Entonces Tuor contempló el hermoso valle de Tumladen, engarzado como una joya verde entre las colinas de alrededor; y a lo lejos, sobre la altura rocosa de Amon Gwareth, vio a Gondolin la grande, ciudad de siete nombres, cuya fama y gloria es alta en el canto de todos los Elfos de las

Tierras de Aquende. Por orden de Ecthelion las trompetas sonaron en las torres de la gran puerta, y las colinas devolvieron el eco; y lejano, pero claro, llegó el sonido de otras trompetas, que respondían desde los muros blancos de la ciudad, arrebolados con el alba que se extendía por la llanura.

Así fue como el hijo de Huor cabalgó a través de Tumladen y llegó a la puerta de Gondolin; y después de ascender las amplias escalinatas de la ciudad, fue por fin conducido a la Torre del Rey, y contempló las imágenes de los Árboles de Valinor. Entonces Tuor se encontró de pie ante Turgon hijo de Fingolfin, Rey Supremo de los Noldor, y a la derecha del rey estaba de pie Maeglin, hijo de su hermana, y a la izquierda tenía sentada a su hija Idril Celebrindal; y todos los que escucharon la voz de Tuor se maravillaron, preguntándose si sería en verdad un Hombre de raza mortal, porque hablaba con las palabras del Señor de las Aguas que le venían en ese instante. Y le advirtió a Turgon que la Maldición de Mandos se precipitaba ahora e iba a cumplirse, y que todas las obras de los Noldor perecerían; y le dijo que partiera y abandonara la poderosa ciudad que había construido y bajara por el Sirion al mar.

Entonces Turgon meditó largo tiempo el consejo de Ulmo, y le vinieron a la mente las palabras que oyera en Vinyamar: "No ames demasiado la obra de tus manos y las invenciones de tu corazón; y recuerda que la verdadera esperanza de los Noldor está en el Occidente y viene del Mar." Pero Turgon se había vuelto orgulloso, y Gondolin era tan bella como un recuerdo de Elven Tirion, y él confiaba todavía en el secreto y en la fuerza inexpugnable de estas tierras, aun cuando un Vala lo negara; y después de la Nirnaeth Arnoediad, el pueblo de esa ciudad no deseaba volver a mezclarse en los males de los Elfos y los Hombres de fuera, ni regresar a Occidente por el camino del miedo y del peligro. Encerrados tras sus colinas encantadas y sus sendas, no toleraban que nadie entrase, aunque estuviera huyendo del odio de Morgoth; y las nuevas de las tierras de más allá les llegaban débiles y lejanas, y muy poco caso hacían de ellas. Los espías de Morgoth los buscaban en vano; y Gondolin era como un rumor y un secreto que nadie podía descubrir. Maeglin hablaba siempre en contra de Tuor en los consejos del rey, con palabras que parecían convincentes, en tanto respondían a los deseos de Turgon, y por fin el rey se negó al mandato de Ulmo y rechazó la advertencia. Sin embargo, en ese consejo del Vala escuchó otra vez las palabras que fueran pronunciadas en la costa de Araman mucho tiempo atrás, antes que los Noldor partieran; y el miedo a la traición despertó en el corazón de Turgon. Cerraron por tanto las puertas escondidas de las Montañas Circundantes; y desde entonces nadie salió nunca de Gondolin en misión de paz o de guerra mientras la ciudad estuvo allí. Thorondor, el Señor de las Águilas, les anunció la caída de Nargothrond y luego trajo la noticia de la muerte de Thingol y la de Dior, el heredero, y de la ruina de Doriath; pero Turgon cerró los oídos a los males de fuera, e hizo voto de no marchar nunca al lado de ningún hijo de Fëanor; y prohibió a su pueblo que atravesara el cerco de las colinas.

Y Tuor permaneció en Gondolin, subyugado por la beatitud y la belleza de esas tierras y ía sabiduría de la gente; y se hizo poderoso de mente y estatura, y aprendió a fondo la ciencia de los Elfos exiliados. Entonces el corazón de Idril se volvió hacia él, y el de Tuor hacia el de ella; y el odio secreto de Maeglin fue cada vez mayor, porque deseaba poseer a Idril por sobre todas las cosas, heredera única del Rey de Gondolin. Pero tan alto estaba Tuor en la estima del rey después de haber vivido allí siete años, que Turgon no le rehusó ni siquiera la mano de su hija, porque aunque no quería hacer caso del mandato de Ulmo, entendía que el destino de los Noldor estaba atado a aquel a quien Ulmo había enviado; y no olvidó las palabras que Huor le había dicho antes de que el ejército de Gondolin abandonara la Batalla de las Lágrimas Innumerables.

Entonces se celebró una gran fiesta, porque Tuor se había ganado todos los corazones, excepto los de Maeglin y sus secuaces secretos; y así ocurrió la segunda unión entre Elfos y Hombres.

En la primavera del año siguiente nació en Gondolin Eärendil Medio Elfo, el hijo de Tuor e Idril Celebrindal; y habían transcurrido quinientos tres años desde la llegada de los Noldor a la Tierra Media. De sobre—cogedora belleza era Eärendil, pues llevaba en la cara una luz que parecía la luz del cielo, y tenía la belleza y la sabiduría de los Eldar, y la fuerza y la audacia de los Hombres de antaño; y el mar le hablaba siempre al oído y al corazón, como a su padre Tuor. En ese entonces los días de Gondolin eran felices y pacíficos; y nadie sabía que la región en donde estaba el Reino Escondido había sido revelada al fin a Morgoth por los gritos de Húrin, cuando en las Tierras de más allá de las Montañas Circundantes, y no pudiendo encontrar la entrada, había llamado desesperado a Turgon. En adelante los pensamientos de Morgoth se volvieron incesantemente hacia la tierra que se extendía entre Anach y el curso superior de las aguas del Sirion, a donde no habían ido nunca sus sirvientes; aunque es cierto que ningún espía o criatura de Angband podía entrar allí, a causa de la vigilancia de las águilas, lo que impedía la consumación de los designios de Morgoth. Pero Idril Celebrindal era sabia y previsor, y tenía una inquietud en el corazón, y la sombra de un mal presagio descendió sobre ella como una nube. Por este motivo hizo preparar un camino subterráneo y secreto, que iría desde la ciudad y bajo el llano hasta más allá de los muros, al norte de Amon Gwareth; y dispuso que sólo muy pocos supieran de él, y que ni siquiera un rumor sobre estas obras llegara a oídos de Maeglin.

Ahora bien, una vez, y cuando Eärendil era todavía joven, Maeglin se perdió. Porque como ya se dijo amaba la minería y la extracción de metales por sobre toda otra tarea; y era amo y conductor de los Elfos que trabajaban en las montañas distantes, buscando metales con que forjarían luego instrumentos de guerra y de paz. Pero Maeglin a menudo iba con algunos de los suyos más allá del cerco de las colinas, y el rey no sabía de esta desobediencia; y así ocurrió, como lo quiso el destino, que Maeglin cayera en manos de los Orcos y fuera llevado a Angband. Maeglin no era ni débil ni cobarde, pero el tormento con que fue amenazado le amilanó el espíritu, y compró su vida y su libertad revelándole a Morgoth el sitio preciso de Gondolin y los caminos por los que se podía llegar a ella y atacarla. Grande por cierto fue la alegría de Morgoth, y a Maeglin le prometió el señorío de Gondolin en calidad de vasallo, y la posesión de Idril Celebrindal cuando la ciudad hubiera sido tomada; y en verdad el deseo de Maeglin por Idril y el odio que le tenía a Tuor lo ayudaron en esta traición, la más infame de todas en la historia de los Días Antiguos. Pero Morgoth lo envió de regreso a Gondolin, por miedo de que alguien sospechara, y para que Maeglin ayudara en el ataque desde dentro cuando fuese la hora; y Maeglin vivió en los recintos del rey con cara sonriente y maldad en el corazón mientras la oscuridad se hacía cada vez más espesa en torno de Idril.

Por último, en el año que Eärendil cumplió siete años, Morgoth estuvo preparado, y lanzó sobre Gondolin a Balrogs y Orcos y Lobos; y con ellos iban dragones de la estirpe de Glaurung, numerosos y terribles. El ejército de Morgoth vino por las montañas septentrionales donde era mayor la altura y menos atenta la vigilancia, y llegó por la noche en tiempo festivo, cuando todo el pueblo de Gondolin estaba sobre los muros esperando el amanecer, para cantar cuando el sol se elevara en el cielo; porque al día siguiente era la gran fiesta que ellos llamaban las Puertas del Verano. Pero la luz roja tino las colinas del norte y no las del este; y nada detuvo a los enemigos hasta que estuvieron bajo los muros mismos de Gondolin, y ya no hubo modo de impedir el sitio de la ciudad. De todos los hechos de valor desesperado que allí llevaron a cabo los capitanes de las casas nobles y sus guerreros, y no fue Tuor el menos valiente, mucho se cuenta en *La caída de Gondolin*: la lucha de Ecthelion de la Fuente con Gothmog Señor de los Balrogs,

librada en la misma plaza del rey, en la que se dieron muerte el uno al otro; y la defensa de la torre de Turgon, hasta que fue derribada; y grandes fueron la caída y ruina de la torre, y la caída de Turgon.

Tuor intentó rescatar a Idril del pillaje de la ciudad, pero Maeglin se había apoderado de ella, y de Eärendil; y Tuor luchó con Maeglin sobre los muros, y lo arrojó lejos, y el cuerpo de Maeglin cayó y dio tres veces contra las rocosas pendientes de Amon Gwareth antes de hundirse en las llamas que ardían abajo. Entonces Tuor e Idril condujeron a los pocos del pueblo de Gondolin que pudieron reunir en la confusión del incendio por el camino secreto que Idril había preparado; y de ese pasaje los capitanes de Angband nada sabían, y no pensaron que ningún fugitivo tomara un camino hacia el norte y las cimas de las montañas, y el más próximo a Angband. El humo del incendio y el vapor de las hermosas fuentes de Gondolin, que se marchitaban en las llamas de los dragones del norte, descendieron sobre el valle de Tumladen en luctuosas tinieblas; y así fue favorecida la huida de Tuor y los suyos, porque aún tenían que recorrer un camino largo y descubierto desde la boca del túnel hasta el pie de las montañas. No obstante llegaron allí, y más allá de toda esperanza treparon con dolor y desconsuelo, porque esas altas cimas eran frías y espantosas, y tenían entre ellos muchos heridos, y mujeres y niños.

Había un pasaje terrible, Cirith Thoronath se llamaba, la Grieta de las Águilas, donde a la sombra de los picos más altos serpeaba un estrecho sendero; a la derecha se abría un precipicio abismal, y a la izquierda una pendiente tremenda descendía al vado. A lo largo de ese estrecho sendero marchaban en línea, cuando cayeron en una emboscada de Orcos, pues Morgoth había montado guardia en las colinas de alrededor, y un Balrog estaba con ellos. La situación fue entonces espantosa, y difícilmente podría haberlos salvado el valor de Glorfindel, el de cabellos amarillos, jefe de la Casa de la Flor Dorada de Gondolin, si Thorondor no hubiera llegado en el momento oportuno.

Muchos son los cantos que han cantado el duelo de Glorfindel con el Balrog sobre el pináculo de una roca; y ambos cayeron perdiéndose en el abismo. Pero las águilas se lanzaron sobre los Orcos, que retrocedieron chillando; y todos fueron muertos o arrojados a las profundidades, de modo que Morgoth nada supo de la huida desde Gondolin hasta mucho después. Entonces Thorondor rescató el cuerpo de Glorfindel del abismo, y lo sepultaron bajo un montículo de piedras junto al pasaje; y allí crecieron hierbas verdes, y de la esterilidad de la piedra nacieron flores amarillas, hasta que el mundo cambió.

Así, conducidos por Tuor hijo de Huor, el resto de los habitantes de Gondolin pasó por encima de las montañas, y descendió al Valle del Sirion; y huyendo hacia el sur por fatigosas y peligrosas sendas, arribó por fin a Nan-tathren, la Tierra de los Sauces, porque el poder de Ulmo estaba aún en el gran río y alrededor. Allí descansaron un tiempo y se curaron de las heridas y el cansancio; pero del dolor no pudieron curarse. Y celebraron la memoria de Gondolin y de los Elfos que habían perecido allí, las doncellas, y las esposas, y los guerreros del rey; y por el amado Glorfindel muchos fueron los cantos que se oyeron bajo los sauces de Nan—tathren en la declinación del año. Allí compuso Tuor una canción para su hijo Eärendil, en la que contaba la llegada de Ulmo, el Señor de las Aguas, a las costas de Nevrast en tiempo pasado; y la nostalgia por el mar despertó en el corazón de Tuor y también en el de su hijo. Por tanto Idril y Tuor partieron de Nan—tathren, y se dirigieron hacia el sur, río abajo, al encuentro del mar; y vivieron allí junto a las Desembocaduras del Sirion; y se unieron a las gentes de Elwing hija de Dior que habían huido allí sólo un tiempo antes. Y cuando llegó a Balar la noticia de la caída de Gondolin y la muerte de Turgon, Ereinion Gil-galad, hijo de Fingon, fue designado Rey Supremo de los Noldor en la Tierra Media.

Pero Morgoth pensó que este triunfo era irreversible, y poco se cuidó de los hijos de Fëanor, y de su juramento, que a él nunca lo había dañado y le había sido

siempre de gran ayuda; y rió en la negrura de su mente, sin lamentar haber perdido uno de los Silmarils, pues le parecía que por el los últimos jirones del pueblo de los Eldar se desvanecerían de la Tierra Media y ya no la perturbarían. Si estaba enterado de los moradores a orillas del Sirion, no dio la menor señal, esperando su oportunidad y aguardando la obra del aborrecimiento y la mentira. Pero junto al Sirion y el mar creció un pueblo de Elfos, espigas de Doriath y Gondolin; y de Balar llegaron los marineros de Círdan y se sumaron a ellos y se dedicaron a la navegación y a la fabricación de barcos, habitando siempre cerca de las costas de Arvernien bajo la sombra de la mano de Ulmo.

Y se dice que por ese tiempo Ulmo fue a Valinor desde las aguas profundas y les habló allí a los Valar del apuro de los Elfos y les pidió que los perdonaran y los rescataran del abrumador poder de Morgoth y recobrarán los Silmarils, pues sólo en ellos florecía ahora la luz de los Días de Bienaventuranza, cuando los Dos Árboles brillaban todavía en Valinor. Pero Manwë no se dejó conmovir; y de los designios de su corazón ¿qué historia puede hablarnos? Han dicho los sabios que la hora no había llegado todavía, y que sólo si alguien se pronunciara en favor de la causa de los Elfos y también de la de los Hombres y pidiera perdón por sus malandanzas y piedad por sus infortunios, podría alterarse el designio de los Poderes; y quizá ni siquiera Manwë alcanzaría a desatar el Juramento de Fëanor antes que se cumpliera, y los hijos de Fëanor renunciaran a los Silmarils, que pretendían con encono. Porque la luz que brillaba en los Silmarils era obra de los mismos Valar.

En esos días Tuor sintió que la vejez lo invadía, y que el deseo de la alta mar le crecía con fuerza en el corazón. Por tanto construyó un gran navío y lo llamó Eärrámé, que significa Ala del Mar; y junto con Idril Celebrindal navegó hacia el poniente, y no apareció nunca más en historias o canciones. Pero en días posteriores se cantó que sólo Tuor, entre los Hombres mortales, llegó a ser miembro de la raza mayor, y se unió con los Noldor, a quienes amaba; y su desuno quedó separado del destino de los Hombres.

24.- DEL VIAJE DE EÄRENDIL Y LA GUERRA DE LA COLERA

El resplandeciente Eärendil era entonces el señor del pueblo que vivía cerca de las Desembocaduras del Sirion; y tomó por esposa a Elwing la Bella, y ella le dio a Elrond y Elros, que fueron llamados Medio Elfos. Pero a Eärendil no le era posible descansar, y los viajes por las costas de las Tierras de Aquende no lo apaciguaban. Dos propósitos le crecieron en el corazón, unidos en la nostalgia del anchuroso mar; y se propuso navegar en busca de Tuor e Idril, que no volvían; y pensó que quizá encontraría la última costa, y que antes de morir llevaría el mensaje de los Elfos y de los Hombres a los Valar de Occidente, a quienes los dolores de la Tierra Media moverían a piedad.

Ahora bien, Eärendil tenía gran amistad con Círdan el Carpintero de Barcos, que vivía en la Isla de Balar con quienes habían escapado del saqueo de los Puertos de Brithombar y Eglarest. Con ayuda de Círdan, Eärendil construyó Vingilot, la Flor de Espuma, el más bello de los navíos en todas las canciones, de remos dorados y maderos blancos, cortados en los bosques de abedules de Nimbrethil; y de velas como la luna de plata. En la *Balada de Eärendil* muchas cosas se cantan de las aventuras de Eärendil en alta mar, y en tierras nunca antes pisadas, y en múltiples mares e islas; pero Elwing no estaba con él, y esperaba tristemente junto a las Desembocaduras del Sirion.

Eärendil no encontró a Tuor ni a Idril, ni llegó nunca en ese viaje a las costas de Valinor, derrotado por las sombras y el encantamiento, arrastrado por vientos contrarios hasta que el recuerdo de Elwing lo llevó hacia la costa de

Belieriand, de vuelta al hogar. Y el corazón le ordenó que se diera prisa, pues lo había asaltado un súbito temor, venido de un sueño; y los vientos con los que antes había luchado no lo llevaban ahora de regreso tan de prisa como él hubiera querido.

Ahora bien, cuando le llegó a Maedhros la nueva de que Elwing todavía vivía, y que en posesión del Silmaril moraba junto a las Desembocaduras del Sirion, decidió no intervenir, arrepentido de los hechos de Doriath. Pero con el tiempo, el recuerdo del juramento sin consumación lo atormentó otra vez, y también a sus hermanos, y abandonando los errantes senderos de la cacería, se reunieron y enviaron a los Puertos mensajes de amistad, pero también de severa exigencia. Entonces Elwing y el pueblo del Sirion no quisieron ceder la joya que Beren había ganado, y que Lúthien había llevado consigo, y por la que Dior el Hermoso había sido muerto; y menos todavía mientras el Señor Eärendil estaba de viaje por el mar, porque les parecía que la curación y la bendición descendidas sobre casas y barcos les venían del Silmaril. Y así ocurrió la última y la más cruenta de las matanzas de Elfos por Elfos; y fue ése el tercero de los grandes males causados por el juramento maldito.

Porque los hijos de Fëanor que todavía vivían atacaron de improviso a los exiliados de Gondolin y a los restos de Doriath y los aniquilaron. Durante esa batalla hubo gente de los dos pueblos que se mantuvo aparte, y unos pocos se rebelaron y fueron muertos por ayudar a Elwing contra sus propios señores (tan grandes eran el dolor y la confusión que había en el corazón de los Eldar en aquellos días); pero Maedhros y Maglor ganaron entonces, aunque sólo ellos quedaron de los hijos de Fëanor, pues tanto Anrod como Amras fueron muertos. Demasiado tarde acudieron los barcos de Círdan y Gil-galad el Rey Supremo en ayuda de los Elfos del Sirion; y Elwing había desaparecido, y también sus hijos. Entonces los

pocos del pueblo que no habían perecido en el ataque se unieron a Gil-galad, y fueron con él a Balar; y dijeron que Elros y Elrond habían sido hechos prisioneros, pero que Elwing se había arrojado al mar con el Silmaril al pecho.

Así fue que Maedhros y Maglor no obtuvieron la joya; pero ésta no se había perdido. Porque Ulmo sacó a Elwing de las aguas y le dio la forma de una gran ave blanca, y en el pecho le brillaba el Silmaril como una estrella; y ella flotó sobre las ondas en busca de Eärendil, su bien amado. Una noche, mientras Eärendil estaba al timón de la nave, la vio venir hacia él como una nube blanca en exceso veloz bajo la luna, como una estrella sobre el mar que se moviera en un curso extraño, una pálida llama en alas de la tormenta. Y se canta ahora que cayó ella del aire sobre los maderos de Vingilot, en una suerte de desmayo, no lejos de la muerte por la urgencia del apremio que la había impulsado, y Eärendil la acogió en su regazo; pero por la mañana, con ojos maravillados, contempló junto a él a su esposa, que recobraba la forma de antes, y cubría con sus cabellos el rostro de Eärendil, y ella dormía.

Grande fue el dolor de Eärendil y Elwing por la ruina de los Puertos del Sirion y el cautiverio de sus hijos, y temían que les dieran muerte; pero no ocurrió así. Porque Maglor tuvo piedad de Elros y Elrond, y los estimó, y el amor creció luego entre ellos, aunque pocos lo hubieran imaginado antes, pero Maglor tenía el corazón enfermo y cansado por la carga del terrible juramento.

Pero Eärendil no veía ahora ninguna esperanza en la Tierra Media, y no sabiendo otra vez qué hacer, no regresó a su casa, sino que trató de ir de nuevo hacia Valinor, junto con Elwing. Se pasaba las horas de pie erguido en la proa de Vingilot, y sujeto en la frente llevaba el Silmaril, y la luz de la joya se iba haciendo cada vez más intensa a medida que avanzaban hacia Occidente. Y han dicho los sabios que fue por el poder de esa joya sagrada que llegaron con el tiempo a aguas

que ningún navío había conocido excepto los barcos de los Teleri, y arribaron a las Islas Encantadas y escaparon al encantamiento; y entraron en los Mares Sombríos y atravesaron las sombras, y miraron Tol Eressëa, la Isla Solitaria, y no se demoraron; y por fin echaron anclas en la Bahía de Eldamar, y los Teleri vieron la llegada del barco en el Oriente y quedaron asombrados al contemplar desde lejos la luz del Silmaril, y era muy intensa. Entonces Eärendil, el primero entre los Hombres vivientes, pisó las costas inmortales; y habló allí a Elwing y a los que estaban con él, los tres marineros que habían navegado por todos los mares en su compañía: Falathar, Erellont y Aerandir. Y les dijo Eärendil: —Aquí no otro que yo ha de poner pie, no sea que la cólera de los Valar se desate contra vosotros. Pues yo solo correré ese peligro, en nombre de los Dos Linajes.

Pero Elwing respondió: —Entonces nuestros caminos se separarían; pero yo correré contigo ese peligro. Y saltó a la espuma blanca y corrió hacia él; pero Eärendil se sintió apenado, pues temía el enojo de los Señores del Occidente contra cualquiera de la Tierra Media que osara atravesar el cerco de Aman. Y allí se despidieron de los compañeros de viaje y se separaron de ellos para siempre.

Entonces Eärendil le habló a Elwing: —Espérame aquí; porque sólo uno puede llevar el mensaje, y tal es mi destino—. Y avanzó solo por la tierra y llegó al Calaciryra, y le pareció desierto y silencioso; porque como Morgoth y Ungoliant en edades pasadas, llegaba Eärendil ahora en tiempos de festividad, y casi todo el pueblo de los Elfos había ido a Valimar o estaba reunido en las estancias de Manwë sobre Taniquetil, y pocos eran los que habían quedado de guardia sobre los muros de Tirion.

Pero algunos había allí que vieron venir de lejos a Eärendil, y la gran luz que transportaba; y fueron de prisa a Valimar. Pero Eärendil subió a la verde colina de Tuna y la encontró desierta; y sintió una pesadumbre en el corazón, pues temía que el mal hubiera llegado aun al Reino Bendecido. Anduvo por los caminos desiertos de Tirion, y el polvo que se le posaba sobre los vestidos y zapatos era un polvo de diamantes, y él brillaba y resplandecía mientras subía por la larga escalinata blanca. Y llamó en alta voz en muchas lenguas, tanto élficas como humanas, pero no había nadie que le respondiese. Por fin se volvió hacia el mar; pero al tomar el camino de la costa, alguien le habló desde la colina gritando:

—¡Salve, Eärendil, de los marineros el más afamado, el buscado que llega de improviso, el añorado que viene cuando ya no queda ninguna esperanza! ¡Salve, Eärendil, portador de la luz de antes del Sol y de la Luna! ¡Esplendor de los Hijos de la Tierra, estrella en la oscuridad, joya en el crepúsculo, radiante en la mañana!

Esa voz era la voz de Eönwë, Herald de Manwë, y venía de Valimar, y pidió a Eärendil que se presentara ante los Poderes de Arda. Y Eärendil fue a Valinor y a las estancias de Valimar, y nunca volvió a poner pie en las tierras de los Hombres. Entonces los Valar se reunieron en consejo, y convocaron a Ulmo desde las profundidades del mar; y Eärendil compareció ante ellos y comunicó el recado de los Dos Linajes. Pidió perdón para los Noldor y piedad por los que habían soportado penurias, y clemencia para los Hombres y los Elfos y que los socorrieran en sus necesidades. Y este ruego fue escuchado.

Se dice entre los Elfos que después de que Eärendil hubo partido, en busca de su esposa Elwing, Mandos habló sobre el destino del Medio Elfo; y dijo: —¿Ha de pisar Hombre mortal las tierras inmortales y continuar con vida?— Pero Ulmo dijo: —Para esto nació en el mundo. Y respóndeme: ¿es Eärendil hijo de Tuor del linaje de Hador, o el hijo de Idril hija de Turgon, de la casa élfica de Finwë?— Y Mandos respondió: —Los Noldor que se exiliaron voluntariamente tampoco pueden retornar aquí.

Pero cuando todo quedó dicho, Manwë pronunció su sentencia: —El poder del destino depende de mí en este asunto. El peligro en que se aventuró por amor de los Dos Linajes no caerá sobre Eärendil, ni tampoco sobre Elwing, que se

aventuró en el peligro por amor a Eärendil; pero nunca volverán a andar entre Elfos u Hombres en las Tierras Exteriores. Y esto es lo que decreto en relación con ellos: a Eärendil y a Elwing y a sus hijos se les permitirá elegir libremente a cuál de los linajes unirán su destino y bajo qué linaje serán juzgados.

Ahora bien, después de haber transcurrido mucho tiempo desde la partida de Eärendil, Elwing se sintió sola y tuvo miedo; y errando a orillas del mar llegó cerca de Alqualondë, donde estaban las flotas Tele—rin. Allí los Telen hicieron amistad con ella, y escucharon lo que contó de Doriath y Gondolin y las penurias de Beleriand, y mostraron piedad y asombro; y cuando Eärendil regresó la encontró allí, en el Puerto de los Cisnes. Pero antes de no mucho tiempo fueron convocados a Valimar; y allí se les anunció el decreto del Rey Mayor.

Entonces Eärendil le dijo a Elwing: —Elige tú, porque ahora estoy cansado del mundo.— Y Elwing eligió ser juzgada entre los Primeros Hijos de Ilúvatar a causa de Lúthien; y por ella Eärendil eligió de igual modo, aunque se sentía más unido al linaje de los Hombres y el pueblo de su padre. Entonces, por orden de los Valar, Eönwë fue a la costa de Aman, donde los compañeros de Eärendil todavía esperaban noticias; y soltó un bote, y los tres marineros fueron embarcados en él, y los Valar los transportaron hacia el Oriente en un gran viento. Pero tomaron el Vingilot, y lo consagraron, y lo cargaron a través de Valinor hasta la margen extrema del mundo; y allí pasó por la Puerta de la Noche y fue levantado hasta los océanos del cielo.

Ahora bien, bella y maravillosa era la hechura de ese navío, envuelto en una llama estremecida, pura y brillante; y Eärendil el Marinero estaba al timón, y relucía con el polvo de las gemas élficas, y llevaba el Silmaril sujeto a la frente. Lejos viajaba en ese navío, aun hasta el vacío sin estrellas; pero con más frecuencia se lo veía por la mañana o el atardecer, resplandeciente al alba o al ponerse el sol, cuando volvía a Valinor de viajes hasta más allá de los confines del mundo.

En esos viajes Elwing no lo acompañaba, porque no podía soportar el frío y el vacío sin senderos, y antes prefería la tierra y los dulces vientos que soplan en el mar o las colmas. Por tanto construyeron para ella una blanca torre en el norte, a orillas de los Mares Divisorios; y allí a veces buscaban reparo todas las aves marinas de la tierra. Y se cuenta que Elwing aprendió las lenguas de los pájaros, ella que una vez había tenido forma de ave; y le enseñaron el arte del vuelo, y tuvo alas blancas y grises como de plata. Y a veces, cuando Eärendil se acercaba de regreso a Arda, ella solía volar a su encuentro, como lo había hecho mucho tiempo atrás cuando la rescataron del mar. Entonces aquellos de vista penetrante entre los Elfos que vivían en la Isla Solitaria alcanzaban a verla como un pájaro blanco, resplandeciente, teñido de rosa por el crepúsculo, cuando se elevaba dichosa para saludar el regreso a puerto de Vingilot.

Ahora bien, cuando por primera vez Vingilot se hizo a la mar del cielo, se elevó de pronto, refulgente y brillante; y la gente de la Tierra Media lo vio desde lejos y se asombró, y lo tomaron por un signo, y lo llamaron Gil-Estel, la Estrella de la Gran Esperanza. Y cuando esta nueva estrella fue vista en el crepúsculo, Maedhros le habló a su hermano Maglor y le dijo: —¿No es acaso un Silmaril, que brilla ahora en el Occidente?

Y Maglor respondió: —Si es en verdad el Silmaril que vimos hundirse en el mar y que se eleva otra vez por el poder de los Valar, regocijémonos entonces; porque su gloria es vista ahora por muchos, y no obstante está más allá de todo mal.— Entonces los Elfos miraron hacia arriba y ya no desesperaron; pero Morgoth se llenó de duda.

Sin embargo, se dice que Morgoth no esperaba el ataque que le llegó desde Occidente; porque había crecido mucho en orgullo, y le parecía que nadie más se atrevería a librar una guerra abierta contra él. Además, imaginaba que había malquistado para siempre a los Noldor con los Señores del Occidente, y que

contentos en su propio reino, los Valar ya nunca harían caso del mundo exterior; porque para aquel que no conoce la piedad, los hechos piadosos son extraños e incomprensibles. Pero el ejército de los Valar se preparaba para la batalla; y tras sus estandartes blancos marchaban los Vanyar, el pueblo de Ingwë, y aquellos de los Noldor que nunca habían abandonado Valinor, y cuyo conductor era Finarfin, el hijo de Finwë. Pocos de entre los Teleri estaban dispuestos a ir a la guerra, porque recordaban la matanza en el Puerto de los Cisnes y la captura de los navíos; pero escucharon a Elwing, que era la hija de Dior Eluchíl y del linaje de ellos, y enviaron marineros para las naves que transportaban el ejército de Valinor por el mar hacia el este. No obstante, permanecieron a bordo, y ninguno de ellos puso pie en las Tierras de Aquende.

De la marcha del ejército de los Valar hacia el norte de la Tierra Media poco se dice en historia alguna; porque entre ellos no iba ninguno de los Elfos que habían vivido y sufrido en las Tierras de Aquende, y que compusieron las historias de aquel tiempo que aún se conocen; y sólo se enteraron de esos hechos mucho después, por sus hermanos de Aman. Pero al fin el poder de Valinor apareció en el Occidente, y las trompetas de Eönwë clamaron desafiantes en el cielo; y Beleriand se encendió con la gloria de las armas, pues el ejército de los Valar se componía de figuras jóvenes y hermosas y terribles, y las montañas resonaban bajo sus pies.

El encuentro de los ejércitos del Occidente y del Norte se llamó la Gran Batalla y la Guerra de la Cólera. Allí se concentró todo el poder del Trono de Morgoth, que había crecido sin medida, de modo que Anfauglith no podía ya contenerlo; y todo el Norte ardía con la guerra.

Pero de nada le valió. Los Balrogs fueron destruidos, salvo unos pocos que huyeron y se escondieron en cuevas inaccesibles en las raíces de la tierra; y las incontables legiones de los Orcos perecieron como paja en un incendio, o fueron barridas como hojas marchitas delante de un viento ardiente. Durante largos años, pocos quedaron para perturbar el mundo. Y los sobrevivientes de las tres casas de los Amigos de los Elfos, los Padres de los Hombres, lucharon de parte de los Valar; y fueron vengados en esos días por la muerte de Baragund y Barahir, de Galdor y Gundor, de Huor y Húrin, y muchos otros de sus señores. Pero la mayoría de los hijos de los Hombres del pueblo de Uldor, y otros recién llegados del este, marcharon junto con el Enemigo; y los Elfos no lo olvidan.

Entonces, al ver que sus huestes eran aniquiladas y su poder dispersado, Morgoth se amilanó, y no se atrevió él mismo a salir a la batalla. Pero lanzó sobre el enemigo el último ataque desesperado que había previsto, y de los abismos de Angband salieron los dragones alados que habían estado ocultos hasta entonces; y tan súbita y ruinoso fue la embestida de la terrible flota, que el ejército de los Valar retrocedió, porque los dragones venían junto con grandes truenos, y relámpagos, y una tormenta de fuego.

Pero llegó Eärendil, brillando con una llama blanca, y alrededor de Vingilot estaban reunidas todas las grandes aves del cielo, y las capitaneaba Thorondor, y hubo una batalla en el aire todo el día y a lo largo de una noche de duda. Antes de salir el sol, Eärendil mató a Ancalagon el Negro, el más poderoso del ejército de los dragones, y lo arrojó del cielo; y cayó sobre las torres de Thangorodrim, que se quebraron junto con él. Entonces salió el sol, y el ejército de los Valar prevaleció, y casi todos los dragones fueron destruidos; y todos los fosos de Morgoth quedaron desmoronados y sin techo, y el poder de los Valar descendió a las profundidades de la tierra. Allí por fin quedó Morgoth acorralado y acobardado. Huyó a la más profunda de sus minas y pidió la paz y el perdón; pero los pies le fueron rebanados desde abajo, y fue arrojado al suelo de bruces. Luego fue atado con la cadena Angainor, que él había llevado en otro tiempo, y de la corona de hierro le hicieron un collar, y le hundieron la cabeza entre las rodillas. Y los dos Silmarils que

Morgoth conservaba los quitaron de la corona, y brillaron inmaculados bajo el cielo; y Eönwë los recogió y los guardó.

Así se puso fin al poder de Angband en el Norte, y el reino maldito fue reducido a nada; y de las profundas prisiones una multitud desesperanzada de esclavos emergió a la luz del día, y contemplaron un mundo que había cambiado. Porque tan grande era la furia de esos adversarios, que las regiones septentrionales del mundo occidental se habían partido, y el mar entraba rugiendo por múltiples grietas, y había mucho ruido y confusión; y los ríos perecieron o buscaron nuevos cursos, y los valles se levantaron y las colinas se derrumbaron; y ya no había Sirion.

Entonces Eönwë, como heraldo del Rey Mayor, convocó a los Elfos de Beleriand para abandonar la Tierra Media. Pero Maedhros y Maglor no lo escucharon, y se prepararon, aunque ahora con fatiga y aversión, para un intento desesperado: cumplir con el juramento; porque combatirían por los Silmarils, si se los estorbaba, aun contra el ejército victorioso de Valinor, aunque estuvieran solos contra todo el mundo. Y por tanto enviaron mensaje a Eönwë, exigiendo que se les cedieran esas joyas que antaño había hecho Fëanor, el padre de ellos, y que Morgoth le había robado.

Pero Eönwë respondió que los hijos de Fëanor no tenían ya ningún derecho a redamar los Silmarils, y esto a causa de las muchas e impías acciones que ellos habían llevado a cabo, enceguecidos por el juramento y por el asesinato de Dior y el ataque a los puertos. La luz de los Silmarils iría ahora hacia el Occidente, donde había tenido principio; Maedhros y Maglor regresarían a Valinor, y se someterían al juicio de los Valar; y sólo si ellos así lo decretasen cedería Eönwë las joyas que él guardaba ahora. Entonces Maglor deseó en verdad someterse, pues sentía una congoja en el corazón, y dijo: —El juramento no exige que no aprovechemos el momento oportuno, y puede que en Valinor todo quede perdonado y olvidado, y que así al fin tengamos paz.

Pero Maedhros respondió que si volvían a Aman, y el favor de los Valar no les era concedido, el juramento continuaría siendo válido, aunque ya nadie esperaría que se cumpliera alguna vez, y preguntó: —¿Quién puede saber a qué condena espantosa no seremos sometidos si desobedecemos a los Poderes en su propia tierra o nos proponemos llevar la guerra otra vez a su reino sagrado?

Pero Maglor aún insistió diciendo: —¿No queda invalidado el juramento si los mismos a quienes nombramos como testigos, Manwë y Varda, se oponen a que se cumpla?

Y Maedhros le respondió: —Pero ¿cómo llegarán nuestras voces a Ilúvatar más allá de los Círculos del Mundo? Y por Ilúvatar juramos en nuestra locura, y pedimos que la Oscuridad Sempiterna descendiera sobre nosotros si no manteníamos nuestra palabra. ¿Quién nos liberará?

—Si nadie puede liberarnos —dijo Maglor—, la Oscuridad Sempiterna será en verdad nuestra suerte, mantengamos nuestro juramento o lo quebrantemos; pero menos daño haremos quebrantándolo.

No obstante, cedió por fin a la voluntad de Maedhros, y planearon juntos cómo se adueñarían de los Silmarils. Y se disfrazaron y fueron por la noche al campamento de Eönwë, y se deslizaron al lugar donde se guardaban los Silmarils; y mataron a los guardianes, y se apoderaron de las joyas. Entonces todo el campamento se levantó contra ellos, y ellos se prepararon para defenderse y morir. Pero Eönwë no permitió la matanza de los hijos de Fëanor; y sin que nadie los molestase huyeron lejos. Cada uno de ellos llevó uno de los Silmarils, porque dijeron: —Puesto que uno se nos ha perdido, y sólo quedan dos, y sólo tú y yo de nuestros hermanos, la voluntad del destino es clara: quiere que compartamos la reliquia de nuestro padre.

Pero la joya quemaba la mano de Maedhros con un dolor insoportable; y entendió que era como había dicho Eönwë, y que no tenía derecho al Silmaril, y que el juramento no servía de nada. Y lleno de angustia y desesperación, se arrojó a una grieta de grandes fauces que despedían fuego, y así llegó a su fin; y el Silmaril que llevaba quedó sepultado en las entrañas de la Tierra.

Y se dice que Maglor no pudo resistir el dolor con el que el Silmaril lo atormentaba; y lo arrojó por fin al Mar, y que desde entonces anduvo sin rumbo por las costas cantando junto a las olas con dolor y remordimiento. Porque Maglor era grande entre los cantores de antaño, y sólo a Daeron de Doriath se nombra antes que él. Y así fue que los Silmarils encontraron su prolongado hogar: uno en los aires del cielo, y uno en los ruegos del corazón del mundo, y uno en las aguas profundas.

En esos días construyeron muchos barcos en las costas del Mar Occidental; y desde allí numerosas flotas de los Eldar navegaron hacia el Occidente, y no regresaron nunca a las tierras del llanto y de la guerra. Y los Vanyar volvieron bajo los blancos estandartes y fueron llevados en triunfo a Valinor; pero el regocijo de la victoria estaba disminuido, pues volvían sin los Silmarils de la corona de Morgoth, y sabían que esas joyas ya nunca podrían encontrarse y reunirse de nuevo, a no ser que el mundo se rompiera y se rehiciera.

Y cuando llegaron al Oeste, los Elfos de Beleriand vivían en Tol Eressëa, la Isla Solitaria, que mira al oeste y al este; desde donde podrían llegar aun a Valinor. Fueron admitidos nuevamente en el amor de Manwë y en el perdón de los Valar; y los Teleri olvidaron la antigua aflicción, y la maldición descansó un tiempo.

No obstante, no todos los Eldalië estaban dispuestos a abandonar las Tierras de Aquende, donde habían sufrido mucho y habían vivido mucho tiempo; y algunos permanecieron durante muchas edades en la Tierra Media. Entre ellos se contaban Círdan el Carpintero de Barcos, y Celeborn de Doriath, con su esposa Galadriel, única que quedaba de los que condujeron a los Noldor al exilio en Belerianu. En la Tierra Media vivía también Gil-galad el Rey Supremo, y con él estaba Elrond Medio Elfo, que eligió, como le fue permitido, ser contado entre los Eldar; pero Elros, su hermano, eligió vivir con los Hombres. Y de estos hermanos solamente ha llegado a los Hombres la sangre de los Primeros Nacidos, y una traza de los espíritus divinos que fueron antes de Arda; porque eran los hijos de Eiwing, hija de Dior, hijo de Lúthien, hija de Thingol y Mehan; y Eärendil, su padre, era el hijo de Idril Celebrindal, hija de Turgon de Gondolin.

Pero a Morgoth los Valar lo arrojaron por la Puerta de la Noche, más allá de los Muros del Mundo, al Vacío Intemporal; y sobre esos muros hay siempre una guardia, y Eärendil vigila desde los bastiones del cielo. No obstante, las mentiras que Melkor el poderoso y maldito, Morgoth Bauglir, el Poder del Terror y del Odio, sembró en el corazón de los Elfos y de los Hombres, son una semilla que no muere y no puede destruirse; y de vez en cuando germina de nuevo; y dará negro fruto aun hasta los últimos días.

Aquí concluye el SILMARILLION. Si ha pasado desde la altura y la belleza a la oscuridad y la ruina, ése era desde hace mucho el destino de Arda Maculada: y si un cambio sobreviene y la maculación se remedia, Manwë y Varda lo saben; pero no lo han revelado, y no está declarado en los juicios de Mandos.

Akallabêth

La caída de Númenor

Dicen los Eldar que los Hombres vinieron al mundo en el tiempo de la Sombra de Morgoth, y que no tardaron en caer bajo su dominio; porque él les envió emisarios, y ellos escucharon las malvadas y astutas palabras de Morgoth, y veneraron la Oscuridad, aunque la temían, y erraron siempre hacia el oeste; porque habían oído el rumor de que en el oeste había una luz que la Sombra no podía oscurecer. Los sirvientes de Morgoth los perseguían con odio, y los caminos que recorrían eran penosos y largos; no obstante llegaron por fin a las tierras que dan al Mar, y penetraron en Beleriand en los días de la Guerra de las Joyas. Se los llamó Edain en la lengua Sindarin; y se hicieron amigos y aliados de los Eldar, y cumplieron hazañas de gran valor en la guerra contra Morgoth.

De los Edain nació el Brillante Eärendil por el lado del padre; y en la *Balada de Eärendil* se cuenta cómo al fin, cuando la victoria de Morgoth era casi completa, construyó el navío Vingilot, que los Hombres llaman Rothinzil, y viajó por mares nunca navegados, siempre en busca de Valinor; porque deseaba Rabiarse ante los Poderes en nombre de los Dos Linajes, para que los Valar los compadecieran y les enviaran ayuda en aquella extrema necesidad. Por tanto, Elfos y Hombres lo llaman Eärendil el Bendito, porque cumplió su misión después de grandes trabajos y muchos peligros, y de Valinor llegó el ejército de los Señores del Occidente. Pero Eärendil no volvió nunca a las tierras que había amado.

En la Gran Batalla, cuando por fin Morgoth fue derrocado y Thangorodrim derribada, sólo los Edain de entre las tribus de los Hombres lucharon al lado de los Valar, mientras que muchas otras lucharon al lado de Morgoth. Y después de la victoria de los Señores del Occidente, los Hombres malvados que no fueron destruidos escaparon de vuelta al este, donde muchos de esa raza erraban todavía en las tierras baldías, salvajes y proscritos, sin atender a las convocatorias de los Valar, ni tampoco a las de Morgoth. Y los Hombres malvados se mezclaron con ellos y les echaron encima una sombra de miedo, y ellos los escogieron como reyes. Entonces los Valar abandonaron por un tiempo a los Hombres de la Tierra Media que no habían hecho caso de las convocatorias y que habían elegido a los amigos de Morgoth como amos; y los Hombres habitaron en la oscuridad y fueron perturbados por muchas criaturas malignas que Morgoth había concebido en los tiempos de su dominio: demonios, y dragones, y bestias deformes, y los Orcos impuros, que son una penosa imagen de los Hijos de Ilúvatar. Y la suerte de los Hombres fue desdichada.

Pero Manwë derrocó a Morgoth y lo expulsó del Mundo al Vacío que hay fuera de él; y no puede volver al Mundo como forma visible mientras los Señores del Occidente ocupen todavía el trono. Pero las semillas que había plantado germinaban, y crecían dando malos frutos, si alguien cuidaba de ellas. Porque la voluntad de Morgoth duraba aún y guiaba a los sirvientes, impulsándolos a estorbar la voluntad de los Valar y a destruir a aquellos que la obedecían. Esto los Señores del Occidente lo sabían muy bien. Por tanto, cuando Morgoth hubo sido expulsado, se reunieron en consejo acerca de las edades que se sucederían luego. A los Eldar les permitieron volver al Occidente, y los que habían escuchado las convocatorias vivieron en la Isla de Eressëa; y hay en esa tierra un puerto que se llama Avallónë, porque de todas las ciudades es la que está más próxima a Valinor, y la torre de Avallónë es lo primero que divisa el marinero cuando por fin se acerca a las Tierras

Imperecederas por sobre las leguas del Mar. A los Padres de los Hombres de las tres casas fieles también se les concedieron ricas recompensas. Eönwë fue entre ellos y los instruyó; y se les dio sabiduría y poder y una vida más larga que la de

ningún otro mortal. Se hizo una tierra para que los Edain vivieran en ella, y que no era parte de la Tierra Media ni de Valinor, ni tampoco estaba separada de ellas por el ancho mar; pero estaba más cerca de Valinor. Fue levantada por Ossë de las profundidades del Agua Inmensa, y fue fortalecida por Aulë y enriquecida por Yavanna; y los Eldar llevaron allí flores y fuentes de Tol Eressëa. A esa tierra los Valar llamaron Andor, la Tierra del Don; y la Estrella de Eärendil brilló en el Occidente como señal de que todo estaba pronto, y como guía en el mar; y los Hombres se maravillaron al ver la llama plateada en los caminos del Sol.

Entonces los Edain se hicieron a la vela sobre las aguas profundas, detrás de la Estrella; y los Valar pusieron paz en el mar por muchos días, y mandaron que el Sol brillara, y enviaron vientos favorables, de modo que las aguas resplandecieron ante los ojos de los Edain como ondas cristalinas, y la espuma volaba como la nieve entre los mástiles de los barcos. Pero tanto brillaba Rothinzil, que aun por la mañana los Hombres podían ver cómo resplandecía en el Occidente, y brillaba solitario en las noches sin nubes, porque nada podían las estrellas a su lado. Y navegando hacia él, al cabo de múltiples leguas de mar los Edain llegaron a la vista de la tierra que les estaba preparada, Andor, la Tierra del Don, que resplandecía en vapores dorados. Entonces abandonaron el mar, y se encontraron en un campo hermoso y fructífero, y se alegraron. Y llamaron a esa tierra Elenna, que significa Hacia las Estrellas; pero también Anadûnë, que significa Promontorio del Occidente, Númenóre en Alto Eldarin.

Este fue el principio del pueblo que en la lengua de los Elfos Grises se llama Dúnedain: los Númenóreanos, Reyes entre los Hombres. Pero no escaparon

por ello al destino de muerte que Ilúvatar había impuesto a toda la Humanidad, y todavía eran mortales, aunque de años más prolongados, y no conocían la enfermedad hasta que la sombra caía sobre ellos. Por tanto se volvieron sabios y gloriosos, y en todo más semejantes a los Primeros Nacidos que ninguna otra de las tribus de los Hombres; y eran altos, más altos que el más alto de los hijos de la Tierra Media; y la luz que tenían en los ojos recordaba la luz de las estrellas refulgentes. Pero crecieron lentamente en número, porque aunque les nacían hijas e hijos, más bellos que sus progenitores, los vástagos eran escasos.

Antaño la ciudad principal y puerto de Númenor estaba en la costa occidental, y se llamaba Andúnië, porque miraba al sol poniente. Pero en medio de la tierra había una montaña alta y escarpada, y se llamaba Meneltarma, el Pilar del Cielo, y sobre ella había una plaza elevada y abierta, que estaba consagrada a Eru Ilúvatar, y en la tierra de los Númenóreanos no había ningún otro templo ni santuario. Al pie de la montaña se levantaban las tumbas de los reyes, y muy cerca, sobre una colina, estaba Armenelos, la más hermosa de las ciudades, y allí había una torre y una ciudadela construidas por Elros hijo de Eärendil, a quien los Valar designaron como primer Rey de los Dúnedain.

Ahora bien, Elros y su hermano Elrond descendían de las Tres Casas de los Edain, pero en parte también de los Eldar y los Maiar; porque Idril de Gondolin y Lúthien hija de Melian fueron sus antepasadas. Los Valar, por cierto, no podían quitar el don de la muerte, que les ha sido dado a los Hombres por Ilúvatar, pero en la cuestión de los Medio Elfos, Ilúvatar decidió que los Valar juzgaran; y ellos juzgaron que a los hijos de Eärendil había que darles la libertad de que eligieran su propia suerte. Y Elrond eligió permanecer con los Primeros Nacidos, y a él se le concedió la vida de los Primeros Nacidos. Pero a Elros, que eligió ser un rey de Hombres, se le otorgó una vida muy prolongada, mucho más que la de los Hombres de la Tierra Media; y el linaje entero, los reyes y los señores de la casa real, tuvieron una larga vida, aun en relación con lo que era la norma para los Númenóreanos. Pero Elros vivió quinientos años y gobernó a los Númenóreanos durante cuatrocientos cuatro años.

Así transcurrieron los años, y mientras la Tierra Media retrocedía y la luz y la sabiduría menguaban, los Dúnedain vivían bajo la protección de los Valar y unidos en amistad con los Eldar, y crecían en altura, tanto de mente como de cuerpo. Porque aunque este pueblo todavía hablaba su propio idioma, los reyes y señores conocían y hablaban también la lengua élfica, que habían aprendido en los días de la alianza, y por tanto aún conversaban con los Eldar, fuera con los de Eressëa o con los del oeste de la Tierra Media. Y los maestros de la ciencia aprendieron también la lengua Alto Eldarin del Reino Bendecido, en la que muchas historias y cantos se preservaron desde el principio del mundo, e hicieron cartas y pergaminos y libros, y en ellos escribieron muchas cosas de sabiduría y de maravilla durante el apogeo del reino, todo lo cual está ahora olvidado. Así fue que además de sus propios nombres todos los señores de los Númenóreanos tenían también nombres Eldarin; y lo mismo sucedía con las ciudades y hermosos sitios que fundaron en Númenor y en las costas de las Tierras de Aquende.

Porque los Dúnedain se convirtieron en maestros artífices, de modo que si lo hubieran querido podrían haber sobrepasado con facilidad a los malvados reyes de la Tierra Media en estrategia de guerra y en la forja de armas; pero ahora eran hombres de paz. Por sobre todas las artes prefirieron la fabricación de barcos y la marinería, y se convirtieron en marineros como no volverán a verse desde que el mundo quedó menguado; y viajar por el ancho mar fue la hazaña y la aventura principal de esos nombres atrevidos en los galanos días en que aún eran jóvenes.

Pero los Señores de Valinor les ordenaron que no perdiesen de vista las costas de Númenor si viajaban hacia el oeste, y durante mucho tiempo los Dúnedain estuvieron contentos, aunque no comprendían del todo la finalidad de esta prohibición. Pero el designio de Manwë era que los Númenóreanos no tuvieran la tentación de buscar el Reino Bendecido, ni intentaran sobrepasar los límites de su propia beatitud, y se enamoraran de la inmortalidad de los Valar y de los Eldar y las tierras en las que todo perdura.

Porque en aquellos días Valinor estaba aún en el mundo visible, e Ilúvatar permitía que los Valar tuvieran en la Tierra una residencia segura, un monumento a lo que podría haber sido si Morgoth no hubiera arrojado una sombra sobre el mundo. Esto lo sabían perfectamente los Númenóreanos; y en ocasiones, cuando el aire estaba claro y el sol en el este, miraban y avistaban allá lejos al oeste el blanco resplandor de una ciudad en una costa distante, y un gran puerto y una torre. Porque en aquellos días los Númenóreanos tenían la vista aguda; aun así sólo los de ojos más penetrantes podían contemplar esta visión, desde el Meneltarma, o desde algún barco de alta arboladura que hubiera ido tan lejos hacia el oeste como les estaba permitido. Porque no se atrevían a desobedecer la Prohibición de los Señores del Occidente. Pero los más sabios de ellos sabían que esa tierra distante no era en verdad el Reino Bendecido de Valinor, sino Avallónë, el puerto de los Eldar en Eressëa, el extremo oriental de las Tierras Imperecederas. Y desde allí venían a veces los Primeros Nacidos a Númenor en barcas sin remos, tan blancas como aves que volaran desde el sol poniente. Y llevaban a Númenor muchos regalos: aves canoras, y flores fragantes, y hierbas de gran virtud. Y transportaron un vástago de Celeborn, el Árbol Blanco que crecía en medio de Eressëa, y era a su vez vástago de Galathilion, el Árbol de Tuna, la imagen de Telperion que Yavanna dio a los Eldar en el Reino Bendecido. Y el árbol creció y floreció en los patios del Rey en Armenelos; Nimloth se llamó, y las flores se abrían al atardecer, y una fragancia llenaba las sombras de la noche.

Fue así que a causa de la Prohibición de los Valar los Dúnedain de aquellos días navegaban siempre hacia el este y no hacia el oeste, desde la oscuridad del norte hacia los calores del sur, y más allá del sur hasta las Oscuridades Bajas; y se internaban aun en el mar interior y viajaban alrededor de la Tierra Media, y atisbaban desde las elevadas proas las Puertas de la Mañana en el Este. Y los Dúnedain llegaban a veces a las costas de las Grandes Tierras, y se compadecían

del mundo abandonado de la Tierra Media; y los Señores de Númenor pusieron pie otra vez en las costas occidentales en los Años Oscuros de los Hombres, y sin embargo ninguno se atrevía a resistirse. Porque la mayor parte de los Hombres de esa época se habían vuelto débiles y temerosos. Y estando entre ellos, los Númenóreanos les enseñaron muchas cosas. Grano y vino les llevaron, e instruyeron a los Hombres en la siembra y molienda de la semilla, en el corte de la leña y la talla de la piedra, y en el ordenamiento de la vida tal como tenía que ser en tierras de muerte rápida y dicha escasa.

Entonces los Hombres de la Tierra Media encontraron consuelo, y aquí y allí, en las costas occidentales, los bosques deshabitados retrocedieron, y los Hombres se sacudieron el yugo de los vástagos de Morgoth y olvidaron el terror a las tinieblas. Y reverenciaron la memoria de los altos Reyes del Mar, y cuando hubieron partido, los llamaron dioses con la esperanza de que regresaran; porque por aquel tiempo los Númenóreanos nunca se demoraban mucho en la Tierra Media, ni edificaban allí habitación propia. Por fuerza tenían que navegar hacia el este, pero sus corazones se volvían siempre hacia el oeste.

Ahora bien, este anhelo crecía con los años; y los Númenóreanos empezaron a mirar con deseo la ciudad inmortal que asomaba a la distancia; y el sueño de una vida perdurable, para escapar de la muerte y del fin de las delicias, se fortaleció en ellos; y a medida que crecían en poder y en gloria, estaban más intranquilos. Porque aunque los Valar habían recompensado a los Dúnedain con una larga vida, no podían quitarles la fatiga del mundo que sobreviene al fin, y morían, aun los reyes de la simiente de Eärendil; y tenían una vida breve ante los ojos de los Eldar. Así fue que una sombra cayó sobre ellos: en la que tal vez obrara la voluntad de Morgoth que todavía se movía en el mundo. Y los Númenóreanos empezaron a murmurar, en secreto al principio, y luego con palabras manifiestas, en contra del destino de los Hombres, y sobre todo contra la Prohibición que les impedía navegar hacia el Occidente.

Y decían entre sí: —¿Por qué los Señores del Occidente disfrutan de una paz imperecedera, mientras que nosotros tenemos que morir e ir a no sabemos dónde, abandonando nuestros hogares y todo cuanto hemos hecho? Y los Eldar no mueren, aun los que se rebelaron contra los Señores. Y puesto que hemos dominado todos los mares, y no hay aguas demasiado salvajes o extensas para nuestras naves, ¿por qué no podemos ir a Avallónë y saludar allí a nuestros amigos?

Y había otros que decían: —¿Por qué no podemos ir a Aman y gustar allí siquiera un día la beatitud de los Poderes? ¿Acaso no somos importantes entre los pueblos de Arda?

Los Eldar transmitieron estas palabras a los Valar, y Manwë se entristeció, pues veía que una nube se cernía ahora sobre el mediodía de Númenor. Y envió mensajeros a los Dúnedain, que hablaron severamente con el rey, y a todos cuantos estaban dispuestos a escucharlos, acerca del destino y los modos del mundo.

—El Destino del Mundo —dijeron— sólo uno puede cambiarlo, el que lo hizo. Y si navegarais de tal manera que burlando todos los engaños y las trampas llegaseis en verdad a Aman, el Reino Bendecido, de escaso provecho os sería. Porque no es la tierra de Manwë lo que hace inmortal a la gente sino que la Inmortalidad que allí habita ha santificado la tierra; y allí os marchitaríais y os fatigaríais más pronto, como las polillas en una luz demasiado fuerte y constante.

Pero el rey le preguntó: —¿Y no vive acaso Eärendil, mi antepasado? ¿O no está en la Tierra de Aman?

A lo cual ellos respondieron: —Sabéis que tiene un destino aparte, y fue adjudicado a los Primeros Nacidos, que no mueren; pero también se ha ordenado que nunca pueda volver a las tierras mortales. Mientras que vos y vuestro pueblo

no sois de los Primeros Nacidos, sino Hombres mortales, como os hizo Ilúvatar. Parece sin embargo que deseáis los bienes de ambos linajes, navegar a Valinor cuando se os antoje y volver a vuestras casas cuando os plazca. Eso no puede ser. Ni pueden los Valar quitar los dones de Ilúvatar. Los Eldar, decís, no son castigados, y ni siquiera los que se rebelaron mueren. Pero eso no es para ellos recompensa ni castigo, sino el cumplimiento de lo que son. No pueden escapar, y están sujetos a este mundo para no abandonarlo jamás mientras dure, pues tienen su propia vida. Y vosotros sois castigados por la rebelión de los Hombres, decís, en la que poco participasteis. Pero en un principio no se pensó que eso fuera un castigo. De modo que vosotros escapáis y abandonáis el mundo y no estáis sujetos a él, con esperanza o con fatiga. ¿Quién por lo tanto tiene que envidiar a quién?

Y los Númenóreanos respondieron: —¿Por qué no hemos de envidiar a los Valar o aun al último de los Inmortales? Pues a nosotros se nos exige una confianza ciega y una esperanza sin garantía, y no sabemos lo que nos aguarda en el próximo instante. Pero también nosotros amamos la Tierra y no quisiéramos perderla.

Entonces los mensajeros dijeron: —En verdad los Valar no conocen qué ha decidido Ilúvatar sobre vosotros, y él no ha revelado todas las cosas que están por venir. Pero esto sabemos de cierto: que vuestro hogar no está aquí, ni en la Tierra de Aman, ni en ningún otro sitio dentro de los Círculos del Mundo. Y el Destino de los Hombres, que han de abandonar el Mundo, fue en un principio un don de Ilúvatar. Se les convirtió en sufrimiento sólo porque los cubrió la sombra de Morgoth y les pareció que estaban rodeados por una gran oscuridad; de la que tuvieron miedo; y algunos se volvieron obstinados y orgullosos, y no estaban dispuestos a ceder, hasta que les arrancasen la vida. Nosotros, que soportamos la carga siempre creciente de los años, no lo comprendemos claramente; pero si ese dolor ha vuelto a perturbaros, como decís, tememos que la Sombra se levante una vez más y crezca de nuevo en vuestros corazones. Por tanto, aunque seáis los Dúnedain, los más hermosos de los Hombres, que escapasteis de la Sombra de antaño y luchasteis valientemente contra ella, os decimos: ¡Cuidado! No es posible oponerse a la voluntad de Eru; y los Valar os ordenan severamente mantener la confianza en aquello a que estáis llamados, no sea que pronto se convierta otra vez en una atadura y os sintáis constreñidos. Tened más bien esperanzas de que el menor de vuestros deseos dará su fruto. Ilúvatar puso en vuestros corazones el amor de Arda, y él no siembra sin propósito. No obstante, muchas edades de Hombres no nacidos pueden transcurrir antes de que ese propósito sea dado a conocer; y a vosotros os será revelado y no a los Valar.

Estas cosas sucedieron en los días de Tar-Ciryatan el Constructor de Barcos, y de Tar-Atanamir, su hijo; y eran hombres de mucho orgullo, y codiciosos, e impusieron tributo a los hombres de la Tierra Media, tomando ahora, antes que dando. Fue a Tar-Atanamir al que hablaron los mensajeros; y era el decimotercer rey, y en sus días el Reino de Númenor tenía más de dos mil años y había alcanzado el cénit de la bienaventuranza, si no todavía el del poder. Pero a Atanamir le disgustó el consejo de los

Mensajeros y le hizo poco caso, y la mayor parte del pueblo lo imitó porque deseaban escapar a la muerte mientras aún estaban con vida, sin dejar nada a la esperanza. Y Atanamir vivió hasta muy avanzada edad, aferrándose a la existencia más allá del fin de toda alegría; y fue en esto el primero de los Númenóreanos, rehusándose a partir hasta que perdió el juicio y la virilidad, y negando a su hijo la corona del reino en el tiempo adecuado. Porque los Señores de Númenor acostumbraban a casarse tarde, y partían y dejaban el mandato a sus hijos cuando éstos alcanzaban la edad de la plenitud, de cuerpo y de mente.

Entonces Tar—Ancalimon, hijo de Atanamir, fue el rey, y era de igual temple; y en sus días el pueblo de Númenor se dividió. La mayor de las dos partes fue llamada los Hombres del Rey, y eran gente orgullosa, y se apartaban de los Eldar y los Valar. Y la parte menor se llamó los Elendili, los Amigos de los Elfos;

porque aunque en verdad se mantenían fieles al rey y a la Casa de Elros, deseaban conservar la amistad de los Eldar, y escucharon el consejo de los Señores del Occidente. No obstante, ni siquiera ellos, que se daban a sí mismos el nombre de los Fieles, escaparon por entero a la aflicción común, y la idea de la muerte los perturbaba.

De este modo la beatitud de Oesternessë menguó; aunque continuó aumentando en poder y esplendor. Porque los reyes y el pueblo no habían perdido aún el buen juicio, y si ya no amaban a los Valar, al menos aún los temían; y no se atrevían a quebrantar abiertamente la Prohibición ni a navegar más allá de los límites que habían sido designados. Los altos navíos iban todavía hacia el este. Pero el miedo que tenían a la muerte era cada vez mayor, y la retrasaban por cualquier medio que estuviera a su alcance; y empezaron a construir grandes casas para los muertos, mientras que los hombres sabios trabajaban incesantemente tratando de descubrir el secreto de la recuperación de la vida, o al menos la prolongación de los días de los Hombres. No obstante, sólo alcanzaron el arte de preservar incorrupta la carne muerta de los Hombres, y llenaron toda la tierra de tumbas silenciosas en las que la idea de la muerte se confundía con la oscuridad. Pero los que vivían se volcaban con mayor ansia al placer y a las fiestas, siempre codiciando más riquezas y bienes; y después de los días de Tar—Ancalimon, la ofrenda de las primicias a Eru fue desatendida, y los hombres iban rara vez al Santuario en las alturas de Meneltarma, en medio de la tierra.

En aquel tiempo los Númenóreanos instalaron sus primeras colonias en las costas occidentales de las tierras antiguas; porque su propia tierra les parecía ahora más estrecha, y no tenían allí reposo ni contento, puesto que les era negado el Occidente. Construyeron grandes puertos, y fuertes torres, y muchos moraron en ellas, pero eran ahora señores y amos y recolectores de tributos antes que aprendices y maestros. Los grandes barcos de los Númenóreanos navegaban hacia el este en el viento y volvían siempre cargados, y el poder y la majestad de los reyes se acrecentaban día a día, y bebían y celebraban fiestas y se vestían de plata y oro.

De todo esto los Amigos de los Elfos participaron muy poco. Sólo ellos iban ahora al norte y a la tierra de Gil-galad, conservando la amistad con los Elfos y ayudando en contra de Sauron; y su puerto era Pelargir, sobre las desembocaduras de Anduin el Grande. Pero los Hombres del Rey avanzaban muy lejos hacia el sur; y los señoríos y las fortalezas que construyeron dejaron muchas huellas en las leyendas de los Hombres.

En esta Edad, como se dice en otra parte, Sauron se levantó de nuevo en la Tierra Media, y creció y regresó al mal en que Morgoth lo había criado, ganando en poder mientras lo servía. Ya en los días de Tar-Minastir, el decimoprimer rey de Númenor, había fortificado la tierra de Mordor y había construido la Torre de Barad-dûr, y en adelante luchó siempre por el dominio de la Tierra Media, para convertirse en rey por encima de todos los otros reyes y en un dios para los Hombres. Y Sauron odiaba a los Númenóreanos a causa de los hechos de sus padres y de su antigua alianza con los Elfos y su fidelidad a los Valar; tampoco olvidaba la ayuda que Tar—Minastir había prestado a Gil-galad tiempo atrás, cuando el Anillo Único fue forjado y hubo guerra entre Sauron y los Elfos en Eriador. Ahora se enteró de que el poder y el esplendor de los Reyes de Númenor habían aumentado; y los odió todavía más; y tuvo miedo de que invadieran sus territorios y le arrebataran el dominio del Este. Pero por largo tiempo no se atrevió a desafiar a los Señores del Mar, y se retiró de las costas.

Sin embargo, Sauron fue siempre engañoso, y se dice que entre los que sedujo con los Nueve Anillos, tres eran grandes señores de raza Númenóreana. Y cuando se levantaron los Ulairi, que eran los Espectros del Anillo, sus sirvientes, y

cuando consiguió acrecentar en exceso la fuerza del terror y el dominio que tenía sobre los Hombres, emprendió el asalto de las fortalezas de los Númenóreanos en las costas del mar.

En aquellos días la Sombra se hizo más densa sobre Númenor; y las vidas de los Reyes de la Casa de Elros empezaron a menguar, pero tanto más se les endureció el corazón en contra de los Valar. Y el decimonoveno rey recibió el cetro de sus padres y ascendió al trono con el nombre de Adünakhor, Señor del Occidente, y abandonó las lenguas élficas y prohibió que se emplearan delante de él. No obstante, en el Pergamino de los Reyes el nombre Herunúmen se inscribió en Alto Élfico, por causa de una antigua costumbre que los reyes nunca quebrantaban del todo, temiendo que ocurriera algún daño. Ahora bien, este título les pareció a los Fieles demasiado orgulloso, pues era el título de los Valar; y sus corazones fueron duramente puestos a prueba entre la lealtad a la casa de Elros y la reverencia debida a los Poderes. Pero pasaría algo peor aún. Porque Ar—Gimilzór, el vigesimosegundo rey, fue el más grande enemigo de los Fieles. En sus días el Árbol Blanco fue desatendido y empezó a declinar; y Ar—Gimilzór prohibió por completo el empleo de las lenguas élficas, y castigaba a quienes daban la bienvenida a los barcos de Eressëa, que aún llegaban en secreto a las costas occidentales.

Ahora bien, los Elendili vivían principalmente en las regiones occidentales de Númenor; pero Ar—Gimilzór ordenó a todos los que pudo descubrir de esa partida que abandonaran el oeste y fueran al este de la tierra; y allí eran vigilados. Y de este modo la principal morada de los Fieles en días posteriores estaba cerca de Rómenna; desde allí muchos navegaron a la Tierra Media en busca de las costas septentrionales donde aún podían hablar con los Eldar en el reino de Gil-galad. Esto fue sabido por los reyes, pero no lo estorbaron, en tanto los Elendili partieran de aquellas tierras y no regresaran; porque no deseaban tener amistad con los Eldar de Eressëa, a quienes llamaban los Espías de los Valar, esperando así poder ocultar a los Señores del Occidente todas sus empresas y designios. Pero Manwë se enteraba siempre de lo que hacían, y los Valar estaban enojados con los Reyes de Númenor, y ya no les dieron consejo ni protección; y los barcos de Eressëa no volvieron nunca del poniente, y los puertos de Andúnië quedaron abandonados.

Los de más alto honor después de la casa de los reyes eran los Señores de Andúnië; porque pertenecían a la estirpe de Elros, y descendían de Sumarien, hija de Tar-Elendil el cuarto Rey de Númenor. Y estos señores eran leales a los reyes, y los reverenciaban; y el Señor de Andúnië se contaba siempre entre los principales consejeros del Cetro. No obstante, también desde un principio tuvieron un amor especial por los Eldar y reverencia por los Valar; y cuando la Sombra creció, ayudaron a los Fieles como les fue posible. Pero por mucho tiempo no se manifestaron abiertamente, sino que antes intentaron rectificar el corazón de los Señores del Cetro con más atinados consejos.

Había una señora, Inzilbéth, de renombrada belleza, hija de Lindórië, hermana de Eärendur, el Señor de Andúnië en los días de Ar—Sakalthór, padre de Ar—Gimilzór. Gimilzór la tomó por esposa, aunque esto fue poco del agrado de ella, porque en verdad era uno de los Fieles, como su madre fe había enseñado; pero los reyes y sus hijos se habían vuelto orgullosos y nadie podía oponerse a lo que ellos deseaban. No había amor entre Ar—Gimilzór y su reina, o entre sus hijos. Inziladün, el mayor, era como su madre en mente y cuerpo; pero Gimilkhád, el menor, imitó a su padre, aunque era aún más obstinado y orgulloso. A él Ar—Gimilzór le hubiera cedido el cetro y no al hijo mayor, si las leyes se lo hubieran permitido.

Pero cuando Inziladün accedió al cetro, se dio un título en lengua élfica como antaño, y se llamó Tar-Palantir, pues veía lejos, tanto con los ojos como con la mente, y aun aquellos que lo odiaban temían sus palabras como las de quien conoce la verdad. Dio paz por un tiempo a los Fieles; y ascendió una vez más en

días señalados al Santuario de Eru en el Meneltarma, que Ar—Gimilzór había abandonado. Al Árbol Blanco cuidó otra vez con reverencia; y profetizó diciendo que cuando el Árbol pereciese, también concluiría la estirpe de los Reyes. Pero este arrepentimiento llegó demasiado tarde para que los Valar perdonaran la insolencia de los padres de Inziladün, de la que no se arrepentía la mayor parte del pueblo. Y Gimilkhád era fuerte y malévolos, y tomó el liderazgo de los que habían sido llamados los Hombres del Rey, y a veces se atrevió a oponerse a la voluntad de su hermano abiertamente y aun más todavía en secreto. La pena oscureció pues los días de Tar—Palantir; y solía pasar eran parte del tiempo en el oeste, y allí a menudo subía a la antigua Torre del Rey Minastir sobre las colinas de Oromet, cerca de Andúnië, desde donde miraba hacia el oeste con nostalgia, quizás esperando ver alguna vela sobre el mar. Pero ningún barco vino ya nunca desde el Occidente a Númenor, y las nubes velaban Avellónë.

Ahora bien, Gimilkhád murió dos años antes de cumplir los doscientos (muerte temprana para alguien del linaje de Elros, aun en su decadencia), pero esto no trajo paz al rey. Porque Pharazón hijo de Gimilkhád era ahora un hombre aún más inquieto y más codicioso de riquezas y poder que su propio padre. Había estado fuera a menudo, como jefe de las guerras que los Númenóreanos libraban en las costas de la Tierra Media con la intención de extender su dominio sobre los Hombres; y de ese modo había ganado gran renombre como capitán, tanto en el mar como en la tierra. Fue así que cuando regresó a Númenor, y la gente se enteró de la muerte de su padre, los corazones de todos se volcaron a Tar—Palantir; porque traía consigo grandes riquezas, y era por ese entonces pródigo en dádivas.

Y sucedió que los pesares fatigaron a Tar—Palantir, que al fin murió. No tenía hijos, sino sólo una hija, a la que había llamado Míriel en lengua élfica; y por derecho propio y por las leyes de los Númenóreanos a ella le correspondió el cetro. Pero Pharazón la tomó por esposa contra la voluntad de ella, e hizo mal en esto, e hizo mal también porque las leyes de Númenor no permitían el matrimonio, ni siquiera en la casa real, entre parientes más cercanos que primos en segundo grado. Y cuando se celebró la boda, él puso la mano en el cetro y adoptó el título de Ar-Pharazón (Tar—Calion en lengua élfica); y el nombre de la reina lo cambió por el de Ar—Zimraphel.

De todos cuantos tuvieron el cetro de los Reyes del Mar desde la fundación de Númenor, el más poderoso y el más orgulloso fue Ar-Pharazón el Dorado, y veintitrés reyes y reinas habían regido a los Númenóreanos en tiempos anteriores, y dormían ahora en sus tumbas profundas bajo el monte de Meneltarma, tendidos en lechos de oro.

Y sentado en el trono tallado de la ciudad de Armenelos, en el apogeo de su poder, Ar-Pharazón se hacía sombrías reflexiones pensando en la guerra. Porque se había enterado en la Tierra Media de la fuerza del reino de Sauron y de cómo odiaba a Oesternessë. Y acudieron a él capitanes del mar y de la tierra que regresaban del Este y le informaron que Sauron había puesto en marcha un ejército y que ya acosaba las ciudades de las costas; y había adoptado ahora el título de Rey de los Hombres, y se disponía arrojar a los Númenóreanos al mar, y aun destruir Númenor, si le era posible.

Grande fue la ira de Ar-Pharazón al oír estas nuevas, y mientras meditaba largamente en secreto, se le encendió en el corazón un deseo ilimitado de poder, y de que no hubiera otra voluntad que la suya. Y decidió sin pedir consejo a los Valar, ni recurrir a la ayuda de otra sabiduría que la propia, que él mismo reclamaría el título de Rey del Mundo, y que a Sauron lo convertiría en vasallo y sirviente; porque movido por el orgullo, Ar-Pharazón pensaba que ningún rey había de ser tan poderoso como para rivalizar con el Heredero de Eärendil. Por tanto empezó en ese tiempo a forjar una gran cantidad de armas, y construyó muchos barcos de guerra y los guardó junto con las armas; y cuando todo estuvo dispuesto, él mismo se hizo a la mar hacia el Este.

Y los Hombres vieron las velas que asomaban en el poniente, teñidas de escarlata, resplandecientes de rojo y de oro, y los habitantes de las costas se amedrentaron, y huyeron lejos. Pero la flota llegó por último a ese sitio llamado Umbar, donde los Númenóreanos tenían un puerto poderoso, que no era obra de ninguna mano. Desiertas y en silencio estaban todas las tierras en derredor cuando el Rey del Mar avanzó sobre la Tierra Media. Durante siete días marchó con trompetas y estandartes, y llegó a una colina y subió a ella, y levantó allí su pabellón y su trono; y se sentó en medio, y las tiendas de las huestes se ordenaron alrededor, doradas y blancas, y azules como un prado de flores altas. Entonces envió heraldos, y ordenó a Sauron que se presentara ante él y le jurara fidelidad.

Y Sauron acudió. Desde su poderosa torre de Barad-dûr acudió, pero no a combatir. Porque advirtió que el poder y la majestad de los Reyes del Mar sobrepasaban todos los rumores, y que ni siquiera los más grandes de los vasallos de Angband podrían hacerles frente; y entendió que no había llegado el momento de que se impusiese a los Dúnedain. Y era taimado, hábil para salirse sutilmente con la suya, cuando la fuerza no le valía. Por tanto se humilló ante Ar-Pharazón y pronunció dulces palabras, y los hombres se asombraron, pues todo cuanto decía parecía justo y sabio.

Pero Ar-Pharazón no se dejó engañar, y se le ocurrió que para asegurarse mejor la fidelidad de Sauron tenía que llevarlo a Númenor, y que allí viviera como rehén de sí mismo y de todos sus sirvientes en la Tierra Media. A esto consintió Sauron como quien está obligado, pero en secreto sintiéndose complacido, pues era en verdad lo que deseaba. Y Sauron cruzó el mar y contempló la tierra de Númenor y la ciudad de Armenelos en sus días de gloria y quedó perplejo; pero en lo íntimo del corazón la envidia y el odio le crecieron todavía más.

Sin embargo, tan astuto era de mente y de palabra, tan firmes sus propósitos ocultos, que antes de que hubieran pasado tres días ya compartía con el rey designios secretos; pues tenía siempre en la lengua palabras dulces como la miel, y conocía muchas cosas que aún no habían sido reveladas a los Hombres. Y al advertir el trato que el rey le dispensaba todos los consejeros empezaron a lisonjearlo, excepto uno, Amandil, Señor de Andúnië. Entonces, lentamente un cambio sobrevino en la tierra, y en el corazón de los Amigos de los Elfos hubo una gran perturbación, y muchos huyeron de miedo; y aunque quienes se quedaron se daban todavía el nombre de Fieles, sus enemigos los llamaron rebeldes. Porque

ahora que Sauron tenía cerca los oídos de los Hombres, contradecía con muchos argumentos todo lo que habían enseñado los Valar; e Rizo que los Hombres pensaran que en el mundo, en el este y aun también en el oeste, había muchos mares y muchas tierras no conquistadas aún, en las que abundaban las riquezas. Y si llegaban por fin al extremo de esas tierras, encontrarían más allá la Antigua Oscuridad. —Y de ella se hizo el mundo. Porque sólo la Oscuridad es digna de veneración, y el Señor Oscuro puede hacer otros mundos todavía, como dones para aquellos que lo sirven, de modo que el acrecentamiento de su poder no tendrá fin.

Ar-Pharazón preguntó: —¿Quién es el Señor Oscuro?

Entonces, tras las puertas cerradas Sauron le habló al rey, y mintió diciendo: —Es aquel cuyo nombre no se pronuncia; porque los Valar os han engañado, proponiendo el nombre de Eru, un fantasma concebido en la locura de sus corazones con el fin de encadenar a los Hombres y obligarlos a que los sirvan. Porque ellos mismos son el oráculo de Eru, que sólo habla cuando ellos quieren. Pero el verdadero Señor prevalecerá, y os liberará de este fantasma; y su nombre es Melkor, Señor de Todos, Dador de la Libertad, y él os hará más fuertes todavía que ellos.

Entonces Ar-Pharazón se volcó a la veneración de la Oscuridad, y de Melkor, el Señor Oscuro, en secreto al principio, pero abiertamente y delante de todos poco después; y la mayoría del pueblo lo siguió. No obstante, quedaba aún un resto de

Fieles, como se dijo, en Rómenna y en el país cercano, y otros había aquí y allá en la tierra. El principal de ellos, al que acudieron en busca de conducción y coraje en los malos días, era Amandil, consejero del rey; y también su hijo Elendil, padre de Isiúdur y Anárion, jóvenes por entonces de acuerdo con las cuentas de Númenor. Amandil y Elendil eran grandes capitanes de navío; y pertenecían al linaje de Elros Tar—Minyatur, pero no a la casa regente que heredaba la corona y el trono en la ciudad de Armenelos. En los días en que ambos eran jóvenes, Amandil le había sido caro a Pharazón, y aunque se contaba entre los Amigos de los Elfos, permaneció en el consejo del rey asta la llegada de Sauron. Entonces fue destituido, pues Sauron lo odiaba más que a ningún otro en Númenor. Pero era tan noble y había sido un capitán de mar tan poderoso, que todavía lo honraban muchos del pueblo, y ni el rey ni Sauron se atrevían a ponerle las manos encima.

Por tanto Amandil se retiró a Rómenna, y a todos aquellos que parecían mantenerse fieles los convocó junto a él en secreto; porque temía que el mal creciera ahora de prisa, y que los Amigos de los Elfos estuviesen en peligro. Y así sucedió muy pronto. Porque el Meneltarma estaba totalmente desierto en aquellos días; y aunque ni siquiera Sauron se atrevía a mancillar el elevado sitio, el rey no permitía que hombre alguno, bajo pena de muerte, ascendiera a él, ni siquiera aquellos de entre los Fieles que aún veneraban a Ilúvatar. Y Sauron instó al rey a que cortara el Árbol Blanco, Nimloth el Bello, que crecía en el patio de la corte, porque estaba allí en recuerdo de los Eldar y de la Luz de Valinor.

En un principio el rey no consintió, pues creía que la fortuna de la casa estaba ligada al Árbol, como lo i había dicho Tar—Palantir. Así se daba la locura de que quien odiaba a los Eldar y a los Valar se apegara en vano a la vieja lealtad de Númenor. Pero cuando Amandil se enteró de los malos propósitos de Sauron, el corazón se le apenó, pues sabía que al final Sauron se saldría con la suya. Entonces habló con Elendil y con los hijos de Elendil, recordándoles la historia de los Árboles de Valinor; e Isildur no dijo palabra, pero salió por la noche y llevó a cabo la hazaña por la que más tarde tuvo renombre. Porque fue disfrazado a Armenelos y a los patios del rey, que estaban ahora prohibidos a los Fieles; y se acercó al sitio del Árbol, que estaba prohibido a todos por orden de Sauron, y unos guardias vigilaban el Árbol de noche y de día. En ese tiempo Nimloth se había oscurecido y no lucía flores, pues el invierno se acercaba; e Isildur pasó entre los guardianes y tomó un fruto del Árbol, y se volvió para marcharse. Pero los guardianes despertaron, y se le echaron encima, e Isildur se abrió camino luchando, y fue herido muchas veces, y escapó, y como estaba disfrazado no llegó a saberse quién había puesto las manos en el Árbol. Pero Isildur llegó por fin a duras penas a Rómenna, y dejó el fruto en manos de Amandil antes de que las fuerzas le faltaran. Luego el fruto se plantó en secreto, y fue bendecido por Amandil; y un vástago salió de él y brotó en la primavera. Pero cuando se abrió la primera hoja, Isildur, que había yacido mucho tiempo próximo a la muerte, se incorporó, y las heridas no lo atormentaron más.

No se hizo esto demasiado pronto; porque después del ataque, el rey cedió ante Sauron y derribó el Árbol Blanco, y se apartó entonces por entero de la fidelidad de sus padres. Pero Sauron logró que se levantara un poderoso templo en la colina en medio de la ciudad de los Númenóreanos, Armenelos la Dorada; y tenía forma de círculo en la base con un diámetro de quinientos pies, y allí las paredes eran de cincuenta pies de espesor, y se alzaban del suelo quinientos pies, y estaban coronadas por una gran cúpula, y esa cúpula estaba techada de plata y resplandecía al sol, de modo que la luz se divisaba desde lejos; pero pronto la luz se oscureció y la plata se ennegreció. Porque había un altar de fuego en medio del templo, y con una espesa humareda. Y el primer fuego sobre el altar lo encendió Sauron con leños de Nimloth, y éstos crepitaron y se consumieron; pero el humo que salió asombró a los hombres, y una nube cubrió la tierra durante siete días, hasta que lentamente se trasladó hacia el oeste.

En adelante el fuego y el humo subieron de continuo; porque el poder de Sauron crecía diariamente, y en ese templo, con derramamiento de sangre y tormentos y gran maldad, los hombres hacían sacrificios a Melkor para que los librara de la Muerte. Y con frecuencia escogían a sus víctimas de entre los Fieles; aunque nunca se los acusaba abiertamente de que no veneraran a Melkor, sino de que odiaban al rey y de que eran rebeldes, o de que conspiraban contra el pueblo inventando venenos y mentiras. Estos cargos eran casi siempre falsos; no obstante fueron días amargos aquellos, y el odio engendraba más odio.

Pero sin embargo la Muerte no abandonaba la tierra; por el contrario: llegaba más pronto y con mayor Frecuencia, y en múltiples y espantosos atuendos. Porque antes los Hombres envejecían lentamente, y por último se acostaban como para dormir, cansados del trajín de los días; pero ahora en cambio eran asaltados por la enfermedad y la locura; y no obstante tenían miedo de morir y de salir a la oscuridad, el reino del señor que habían adoptado; y en su agonía se maldecían a sí mismos. Y entonces los Hombres se alzaban en armas, y se daban muerte unos a otros por una nadería; porque se habían vuelto más rápidos para la cólera, y Sauron y los que él había sometido iban por la tierra oponiendo a los Hombres entre ellos, de modo que el pueblo empezó a murmurar contra el rey y los señores, o contra cualquiera que tuviera algo que ellos no tuvieran; y la venganza de los poderosos era cruel.

No obstante, les pareció a los Númenóreanos durante mucho tiempo que prosperaban, y si no tenían más felicidad eran al menos más fuertes, y los ricos todavía más ricos. Porque con la ayuda y el consejo de Sauron, multiplicaron sus posesiones e inventaron máquinas y construyeron barcos cada vez más grandes. Y navegaban ahora con fuerzas y pertrechos de guerra a la Tierra Media, y ya no iban llevando regalos, sino como feroces guerreros. Y perseguían a los Hombres de la Tierra Media y les arrebataban los bienes y los esclavizaban, y a muchos los mataban cruelmente en sus altares. Porque levantaban fortalezas, templos y grandes tumbas en aquellos días; y los Hombres los temían, y el recuerdo de los bondadosos reyes de antaño se borró y fue oscurecido por no pocas historias de espanto.

De este modo Ar-Pharazón, Rey de la Tierra de la Estrella, se convirtió en el tirano más poderoso del mundo, desde el reinado de Morgoth, aunque Sauron era en verdad quien gobernaba todas las cosas escondido detrás del trono. Pero los años pasaron y el rey sintió que la sombra de la muerte se aproximaba a medida que se alargaban los días; y el miedo y la cólera lo ganaron. Llegaba ahora la hora que Sauron había dispuesto y que aguardaba desde tiempo atrás. Y Sauron habló al rey diciendo que era muy fuerte, y que ya nada podía impedirle que hiciese su voluntad en todas las cosas, sin estar sometido a prohibiciones o mandatos.

Y le dijo: —Los Valar se han apoderado de la tierra donde no hay muerte; y te mienten sobre ella, ocultándola todo lo posible, por avaricia, y porque temen que los Reyes de los Hombres les arrebaten el reino inmortal y gobiernen el mundo. Y aunque no cabe duda de que el don de la vida interminable no es para todos, sino sólo para quienes son dignos, como nombres de poder y de orgullo y de alto linaje, este don se le ha quitado contra toda justicia al Rey de Reyes, Ar-Pharazón, el más poderoso de los hijos de la Tierra, con quien sólo Manwë puede ser comparado, y quizá ni siquiera él. Pero los grandes reyes no toleran negativas y toman lo que se les debe.

Entonces Ar-Pharazón, infatuado, y ya a la sombra de la muerte, pues el curso de sus días estaba acercándose al fin, escuchó a Sauron; y se puso a pensar en cómo hacer la guerra a los Valar. Pasó mucho tiempo en la preparación de este designio, y aún no habló de él abiertamente; no obstante, no podía ocultárselo a todos. Y Amandil, al advertir las intenciones del rey, sintió tristeza y miedo, pues sabía que los Hombres no podían vencer a los Valar, y la ruma caería sobre el

mundo si esta guerra no se impedía. Por tanto llamó a su hijo Elendil y le dijo: — Los días se han oscurecido y ya no hay esperanzas para los

Hombres, pues los Fieles son pocos. En consecuencia estoy decidido a emprender la misión que nuestro antepasado Eärendil emprendió otrora, y navegaré hacia el Oeste, esté prohibido o no, y hablaré con los Valar, aun con el mismo Manwë si es posible, y le rogaré que nos ayude antes de que todo esté perdido.

—¿Traicionarías entonces al rey? —preguntó Elendil—. Porque sabes que se nos acusa de traidores y espías; falso cargo hasta el día de hoy.

—Si creyera que Manwë está necesitado de un mensajero semejante —dijo Amandil—, por cierto traicionaría al rey. Porque hay una lealtad a la que ningún hombre ha de renunciar, por causa alguna. Pero clemencia para los Hombres y que se los libere de los engaños de Sauron es lo que pediré, pues al menos algunos se han mantenido fieles. En cuanto a la prohibición, yo mismo pediré mi castigo, no sea que la culpa recaiga en todo mi pueblo.

—Pero ¿qué crees, padre mío, que les ocurrirá a los de tu casa cuando se sepa lo que has hecho?

—No ha de saberse —dijo Amandil— Prepararé mi partida en secreto, y me haré a la mar hacia el este, a donde los barcos parten todos los días desde nuestros puertos; y ya allí, cuando el viento y la suerte lo permitan, volveré por el norte o por el sur hacia el oeste, y buscaré lo que pueda encontrar. Pero a ti y a los tuyos, hijo mío, os aconsejo que preparéis otros barcos, y pongáis a bordo todas aquellas cosas de las que vuestros corazones no puedan apartarse; y cuando los barcos estén prontos, os reuniréis en el puerto de Rómenna y diréis a los hombres, en el momento oportuno, que os proponéis seguirme hacia el este. Amandil ya no es tan caro a nuestro pariente en el trono como para lamentarse si intentamos partir, por una temporada o para siempre. Pero que no advierta que intentas llevar contigo un número crecido de hombres, o empezará a preocuparse a causa de la guerra que está planeando, para la que necesitará todas las fuerzas de que pueda disponer. Busca a los Fieles que son todavía sinceros y que se unan a ti en secreto si están dispuestos a partir contigo y a compartir tu misión.

—¿Y cuál será esa misión? —preguntó Elendil.

—No os mezcléis en la guerra y vigilad —respondió Amandil—. No diré más hasta que regrese. Pero es muy probable que huyáis de la Tierra de la Estrella sin estrella que os guíe; porque esa tierra está mancillada. Entonces perderéis todo lo que habéis amado, y conoceréis la muerte en vida, mientras buscáis una tierra de exilio en otro sitio. Si en el este o en el oeste, sólo los Valar lo saben.

Entonces Amandil se despidió de todos los de su casa como quien va a morir. —Porque —dijo— es muy posible que no volváis a verme; y que no os envíe una señal como la que Eärendil nos envió hace mucho tiempo. Pero manteneos alertas, pues el fin del mundo conocido se aproxima.

Se dice que Amandil se hizo a la mar por la noche, en una pequeña embarcación, y fue hacia el este, y luego dio media vuelta y navegó hacia el oeste. Y llevó consigo a tres sirvientes muy queridos, y nunca hubo noticia ni señal de ellos en este mundo, ni cuento ni conjetura sobre la suerte que corrieron. Los Hombres no podían ser salvados una segunda vez por una embajada semejante, y era difícil que hubiera absolución para la traición de Númenor.

Pero Elendil hizo lo que su padre le había mandado, y sus barcos ocuparon la costa oriental de la tierra; y los Fieles embarcaron a las esposas y a los hijos, y una gran cantidad de bienes. Y había entre ellos objetos bellos y poderosos, obra de los Númenóreanos en tiempos de sabiduría: vasijas y joyas, y rollos de ciencia escrita en escarlata y negro. Y también Siete Piedras, regalo de los Eldar; pero en

el barco de Isildur se guardaba el árbol joven, el retoño de Nimloth el Bello. Y Elendil estuvo siempre alerta, y no se mezcló en las malas acciones de aquellos días; y sin cesar aguardaba una señal que no llegaba. Entonces navegó en secreto a las costas occidentales, y escrutaba el mar, dominado por el dolor y la nostalgia, pues tenía gran amor por su padre. Pero nada veía salvo las flotas de Ar-Pharazón que se agrupaban en los puertos del oeste.

Ahora bien, antaño, en la isla de Númenor, el tiempo cambiaba de acuerdo siempre con las necesidades y el agrado de los Hombres: llovía en la estación oportuna y en la medida justa; y un sol resplandeciente, ora cálido, ora no tanto, y vientos desde el mar. Y cuando el viento venía del oeste, a muchos les parecía que traía una fragancia, efímera pero dulce, que estremecía el corazón, como la de las flores que lucen para siempre en prados imperecederos y que no tienen nombre en las costas mortales. Pero todo esto había cambiado; porque el cielo mismo se había oscurecido y había tormentas de lluvia y granizo en aquellos días, y vientos huracanados; y de vez en cuando una gran nave de los Númenóreanos naufragaba y no volvía a puerto, aunque semejante desgracia no les había ocurrido hasta entonces desde el levantamiento de la Estrella. Y al atardecer venía a veces del oeste una gran nube que parecía un águila, con los extremos de las alas extendidas hacia el norte y el sur; y asomaba lentamente ocultando la puesta de sol, y entonces Númenor se sumía en la más negra de las noches. Y algunas de las águilas llevaban relámpagos bajo las alas, y el trueno resonaba entre el mar y las nubes.

Entonces los Hombres sentían miedo. —¡Mirad las Águilas de los Señores del Occidente! —exclamaban—. ¡Las Águilas de Manwë vuelan sobre Númenor!— Y caían de bruces.

Entonces algunos se arrepentían por una temporada, pero a otros se les endurecía el corazón, y alzaban los puños al cielo diciendo: —Los Señores del Occidente nos desafían. Son ellos los que dan el primer golpe. ¡El próximo lo daremos nosotros!— Estas palabras las pronunciaba el rey, pero habían sido concebidas por Sauron.

Pues bien, los relámpagos se hicieron cada vez más frecuentes, y mataban a los Hombres en las colinas, y en los campos, y en las calles de la ciudad; y un rayo ardiente cayó sobre la cúpula del Templo y la partió, y la coronó de llamas. Pero el Templo mismo quedó intacto; y erguido sobre la cúpula Sauron desafió al rayo y el rayo no lo hirió; y entonces los Hombres lo llamaron dios e hicieron todo lo que él quería. Fue así que apenas prestaron atención al último portentoso. Porque la tierra se estremeció, y un rugido como de trueno subterráneo se mezcló con los bramidos del mar, y salió humo de la cima del Meneltarma. Y Ar-Pharazón se apresuró a preparar sus armamentos.

En ese tiempo las flotas de los Númenóreanos oscurecieron el mar hacia el occidente de la tierra y parecían un archipiélago de mil islas; los mástiles eran como un bosque sobre las montañas, y las velas como una nube amenazadora, y los estandartes eran negros y dorados. Y todas las cosas aguardaban en el mundo de Ar-Pharazón; y Sauron se retiró al círculo central del Templo, y los hombres le llevaban víctimas para ser quemadas.

Entonces las Águilas de los Señores del Occidente llegaron desde donde muere el día, en formación de combate, avanzando en una línea cuyo extremo disminuía hasta borrarse a lo lejos; y al acercarse dominaban el cielo extendiendo las alas cada vez más amplias. Pero el Occidente ardía rojo detrás, y ellas resplandecían por debajo, como si estuvieran inflamadas por una llama de ira, que iluminaba toda Númenor como si fuera un incendio; y los Hombres miraban las caras de alrededor, y les parecía que estaban rojas de cólera.

Entonces Ar-Pharazón se hizo a la mar con su poderosa barca, Alcarondas, Castillo del Mar. Tenía muchos remos, y muchos mástiles dorados y amarillos; y

sobre ella estaba montado el trono. Y Ar-Pharazón se puso el traje de ceremonia y la corona, y mandó que izaran el estandarte y dio la señal de levar anclas; y en ese momento las trompetas de Númenor cubrieron el sonido del trueno.

Las flotas de los Númenóreanos avanzaron entonces contra la amenaza del Occidente; y había escaso viento, pero tenían muchos remos, y muchos esclavos que remaban bajo el látigo. El sol se puso, y un gran silencio sobrevino. La oscuridad descendió sobre la tierra, y el mar estaba inmóvil mientras el mundo aguardaba lo que había de acaecer. Lentamente los que vigilaban los puertos fueron perdiendo de vista a las flotas, y las luces de las naves se debilitaron, y se las tragó la noche; y por la mañana habían desaparecido; y quebrantaron la Prohibición de los Valar, y navegaron por mares vedados, avanzando con intención de guerra contra los Inmortales, para arrancarles una vida perdurable en los Círculos del Mundo.

Pero las flotas de Ar-Pharazón llegaron de alta mar y rodearon Avallónë y toda la isla de Eressëa, y los Eldar se lamentaron, porque la nube de los Númenóreanos cubrió la luz del sol poniente. Y por último Ar-Pharazón llegó al Reino Bendecido de Aman, y las costas de Valinor; y todo estaba todavía en silencio, y el hado pendía de un hilo. Porque Ar-Pharazón titubeó en ese momento y estuvo a punto de volverse. Contempló receloso las costas silenciosas y vio resplandecer el Taniquetil, más blanco que la nieve, más frío que la muerte, tranquilo, inmutable, terrible como la sombra de la luz de Ilúvatar. Pero el orgullo pudo más, y Ar-Pharazón abandonó por fin el barco, y puso pie en la costa y reclamó esa tierra como suya si nadie se oponía con la fuerza de las armas. Y una hueste de Númenóreanos acampó cerca de Tuna, de donde todos los Eldar habían huido.

Entonces Manwë invocó a Ilúvatar, y durante ese tiempo los Valar ya no gobernaron Arda. Pero Ilúvatar mostró su poder, y cambió la forma del mundo; y un enorme abismo se abrió en el mar entre Númenor y las Tierras Inmortales, y las aguas se precipitaron por él, y el ruido y los vapores de las cataratas subieron al cielo, y el mundo se sacudió. Y todas las flotas de los Númenóreanos se hundieron en la sima, y se ahogaron, y fueron tragadas para siempre. Pero Ar-Pharazón el Rey y los guerreros mortales que habían desembarcado en la Tierra de Aman quedaron sepultados bajo un derrumbe de colinas: se dice que allí yacen, en las Cavernas de los Olvidados, y que allí estarán hasta la Última Batalla del Día del Juicio.

Pero las tierras de Aman y Eressëa de los Eldar fueron retiradas y llevadas para siempre más allá del alcance de los Hombres. Y Andor, la Tierra del Don, Númenor de los Reyes, Elessa de la Estrella de Eärendil, fue destruida por completo. Porque estaba al este, junto a la enorme grieta, y los cimientos se derrumbaron, y cayó y se hundió en las sombras, y ya no existe. Y no hay ahora sobre la Tierra lugar alguno donde se preserve la memoria de un tiempo en el que no había mal. Porque Ilúvatar hizo retroceder a los Grandes Mares al oeste de la Tierra Media, y las Tierras Vacías al este, y se hicieron nuevas tierras y nuevos mares, y el mundo quedó disminuido, pues Valinor y Eressëa fueron transportadas al reino de las cosas escondidas.

En una hora que los Hombres no previeron, se consumió este destino, el trigesimonoveno día después de la desaparición de las flotas. Entonces, un fuego súbito irrumpió desde el Meneltarma, y sopló un viento poderoso, y hubo un tumulto en la tierra, y el cielo giró, y las colinas se deslizaron, y Númenor se hundió en el mar, junto con niños y mujeres y orgullosas señoras; y los jardines y recintos y torres, y las tumbas y los tesoros, y las joyas y telas y cosas pintadas y talladas, y la risa y la alegría y la música, y la sabiduría y la ciencia de Númenor se desvanecieron para siempre. Y por último la ola creciente, verde, y iría y coronada

de espuma, arrastrándose por la tierra, arrebató a la Reina Tar—Míriel, más hermosa que las perlas, la plata o el marfil. Demasiado tarde trató de subir por los senderos empinados del Meneltarma hasta el sitio sagrado, pues las aguas la alcanzaron, y el grito de ella se perdió en los bramidos del viento.

Pero sea o no verdad que Amandil llegara a Valinor, y que Manwë escuchara su ruego, la ruina de aquel día no alcanzó por gracia de los Valar a Elendil y a sus hijos. Porque Elendil se había quedado en Rómenna sin responder a la convocatoria del rey que partía para la guerra; y esquivando a los soldados de Sauron cuando quisieron prenderlo y arrastrarlo a los fuegos del Templo, subió a bordo del barco y se apartó de la costa esperando a que el tiempo decidiese. Allí la tierra lo protegió de la gran corriente del mar que se precipitaba arrastrando a todos al abismo, y luego de la primera furia de la tormenta. Mas cuando la ola devoradora avanzó rodando sobre la tierra y Númenor se derrumbó, la aniquilación hubiera sido una pena menor para Elendil, pues el arrebató de la muerte no le parecía más amargo que la pérdida y la agonía de aquel día; pero el viento huracanado lo alcanzó, más fuerte que ningún otro conocido por los Hombres, y avanzó bramando desde el oeste, y empujó muy lejos a los barcos, y desgarró velas y quebró mástiles, arrastrando a los Hombres como briznas de hierba en el agua.

Eran nueve los barcos: cuatro para Elendil, y tres para Isildur, y dos para Anárion; y huyeron de la negra tempestad, desde el crepúsculo de la condenación a la oscuridad del mundo. Y las aguas profundas se levantaban debajo en una furia gigantesca, y olas como montañas avanzaron coronadas de nieve desgarrada, y cargaron a los Hombres entre jirones de nubes, y al cabo de muchos días los arrojaron a las costas de la Tierra Media. Y en aquel tiempo todas las costas y las regiones marinas del mundo occidental cambiaron y se arrumaron; porque los mares invadieron las tierras, y las costas se derrumbaron, y las antiguas islas fueron anegadas, y otras islas se alzaron en el mar; y las montañas cayeron y los ríos se desviaron en extraños cursos.

Más tarde Elendil y sus hijos fundaron reinos en la Tierra Media; y aunque en ciencia y habilidad no eran sino un eco de lo que habían sido antes de que Sauron llegara a Númenor, no obstante les parecieron muy grandes a los Hombres salvajes del mundo. Y mucho se dice en otras historias de los hechos de los herederos de Elendil en la edad que vino después, y de la lucha que libraron con Sauron, que aún no estaba terminada.

Porque el mismo Sauron sintió gran temor ante la ira de los Valar, y el hado que Eru había impuesto a la tierra y al mar. No había imaginado nada semejante, pues sólo había esperado la muerte de los Númenóreanos y la derrota del orgulloso rey. Y Sauron, sentado en la silla negra en medio del Templo, había reído cuando oyó las trompetas de Ar-Pharazón que llamaban al combate, y otra vez había reído cuando oyó el trueno de la tormenta; y una tercera vez, mientras reía pensando en lo que haría en el mundo, ahora que se había desembarazado de los Edain para siempre, fue sorprendido bruscamente, y el asiento y el Templo cayeron al abismo. Pero Sauron no era de carne mortal, y aunque había sido despojado de la forma en que hiciera tanto daño, de modo que ya nunca podría lucir una hermosa figura ante los ojos de los Hombres, su espíritu se alzó desde las profundidades, y pasó como una sombra y un viento negro sobre el mar, y llegó de vuelta a la Tierra Media y a Mordor, que era su morada. Se instaló de nuevo en Barad-dûr, se puso el Gran Anillo, y vivió allí, oscuro y silencioso, hasta que se dio a sí mismo una nueva forma, una imagen visible de malicia y odio; y el ojo de Sauron el Terrible pocos podían soportarlo.

Pero estas cosas no pertenecen a la historia de la Anegación de Númenor, de la cual todo se ha dicho ahora. Y aun el nombre de esa tierra pereció, y desde entonces los Hombres ya no hablaron de Elenna, ni de Andor, el Don que había sido

arrebatado, ni de Númenóre en los confines del mundo; pero los exiliados en las costas del hacia el anhelado Occidente, hablaban de Mar-nu-Falmar, que se hundió bajo las olas, Akallabêth, la Sepultada, Atalanté en lengua Eldarin.

Entre los Exiliados, muchos creían que la Cima del Meneltarma, el Pilar del Cielo, no fue anegada para siempre, sino que se levantó otra vez por encima de las olas, una isla perdida en las grandes aguas; porque había sido un sitio consagrado y nadie lo había mancillado nunca, aun en días de Sauron. Y algunos hubo de la simiente de Eärendil que después lo buscaron, porque se decía entre los sabios que en otro tiempo los Hombres de vista penetrante alcanzaban a atisbar desde el Meneltarma las Tierras Inmortales. Porque aún después de la ruina el corazón de los Dúnedain se volcaba hacia el oeste; y aunque en verdad sabían que el mundo había cambiado, decían: "Avallónë ha desaparecido de la faz de la Tierra y la Tierra de Aman ha sido arrebatada, y nadie puede encontrarlas en este mundo de oscuridad. No obstante, una vez fueron, y por tanto todavía son, plenamente, y en la forma cabal del mundo tal como fue concebido por vez primera".

Porque los Dúnedain sostenían que aun los Hombres mortales, si se los bendecía, podrían ver otros tiempos que el de la vida de los cuerpos; y anhelaban siempre escapar de las sombras del exilio y contemplar de algún modo la luz que no muere; porque el dolor del pensamiento de la muerte los había perseguido por sobre los abismos del mar. Por ese motivo, los grandes marineros que había entre ellos exploraban todavía los mares vacíos, con la esperanza de llegar a la Isla del Meneltarma, y tener allí una visión de las cosas que fueron. Pero no la encontraban. Y los que viajaban hasta muy lejos, sólo llegaban a tierras nuevas, y las encontraban semejantes a las tierras viejas, y también sometidas a la muerte. Y los que viajaban más lejos todavía sólo trazaban un círculo alrededor de la Tierra para volver fatigados por fin al lugar de partida; y decían: —Todos los caminos son curvos ahora.

De este modo, en parte por los viajes de los barcos, en parte por la ciencia y la lectura de las estrellas, los reyes de los Hombres supieron que el mundo era en verdad redondo, y sin embargo aún se permitía que los Eldar partieran y navegaran hacia el Antiguo Occidente y a Avallónë, si así lo querían. Por tanto, los sabios de entre los Hombres decían que tenía que haber un Camino Recto, para aquellos a quienes se les permitiese descubrirlo. Y enseñaban que aunque el nuevo mundo estuviese torcido, el viejo camino y el sendero del recuerdo del Occidente todavía estaban allí, como si fueran un poderoso puente invisible que atravesara el aire del aliento y del vuelo (que eran curvos ahora, como el mundo), y cruzara el limen, que ninguna carne puede soportar sin asistencia, hasta llegar a Tol Eressëa, la Isla Solitaria, y quizás aún más allá, hasta Valinor, donde habitan todavía los Valar y observan el desarrollo de la historia del mundo. Y cuentos y rumores nacieron a lo largo de las costas del mar acerca de marineros y Hombres abandonados en las aguas, que por algún destino o gracia o favor de los Valar habían encontrado el Camino Recto y habían visto cómo se hundía por debajo de ellos la faz del mundo, y de ese modo habían llegado al puerto de Avallónë, con lámparas que iluminaban los muelles, o en verdad a las últimas playas de Aman; y allí habían contemplado la Montaña Blanca, terrible y hermosa, antes de morir.

De los anillos del poder y la Tercera Edad

con lo que estos relatos llegan a su fin

Desde tiempos remotos fue Sauron el Maia, a quien los Sindar en Beleriand llamaron Gorthaur. En el principio de Arda, Melkor lo sedujo ganándolo como aliado, y llegó a convertirse en el más grande y el más seguro de los servidores del Enemigo, y en el más peligroso, porque podía asumir distintas formas, y durante mucho tiempo, si así lo quería, podía parecer hermoso y noble, de modo que era capaz de engañar a todos, salvo a los más precavidos.

Cuando Thangorodrim fue destruida y Morgoth vencido, Sauron se atavió otra vez con lucidos colores, prometió obediencia a Eönwë, el Herald de Manwë, y abjuró de todo el mal que había hecho. Y dicen algunos que en un principio no lo hizo con falsedad, y que en verdad estaba arrepentido, aunque sólo por miedo, perturbado por la caída de Morgoth y la gran cólera de los Señores del Occidente. Pero Eönwë no tenía poder para perdonar a quienes eran sus pares, y mandó a Sauron que volviera a Aman para ser allí juzgado por Manwë. Entonces Sauron se avergonzó, y no quería regresar humillado, y aceptar quizá de los Valar una sentencia de larga servidumbre, como prueba de buena fe; porque había tenido mucho poder bajo Morgoth. Por tanto, cuando Eönwë partió, él se escondió en la Tierra Media; y recayó en el mal, porque las ligaduras con que Morgoth lo había atado eran muy fuertes.

Durante la Gran Batalla y los tumultos de la caída de Thangorodrim hubo en la tierra fuertes convulsiones, y Beleriand quedó quebrantada y yerma; y en el norte y en el oeste muchas tierras se hundieron bajo las aguas del Gran Mar. En el este, en Ossiriand, los muros de Ered Luin se quebraron, y una gran hendidura se abrió hacia el sur, y el mar penetró y formó un golfo. Sobre ese golfo se precipitaba el río Lhún por un nuevo curso, y por tanto se lo llamó el Golfo de Lhún. Tiempo atrás ese país había sido llamado Lindon por los Noldor, y este nombre tuvo en adelante; y muchos de los Eldar vivían allí todavía, demorándose, sin deseos de abandonar Beleriand, donde durante tanto tiempo habían luchado y trabajado. Gilgalad hijo de Fingon, era el rey, y con él estaba Elrond el Medio Elfo, hijo de Eärendil el Marinero y hermano de Elros, primer Rey de Númenor.

En las costas del Golfo de Lhún los Elfos construyeron puertos, y los llamaron Mithlond; y eran muy protegidos, y allí había muchos barcos. Desde los Puertos Grises los Eldar se hacían de vez en cuando a la mar, huyendo de la oscuridad de los días de la Tierra; porque por gracia de los Valar, los Primeros Nacidos aun podían seguir el Camino Recto y regresar, si así lo querían, junto con los hermanos de Eressëa y Valinor más allá de los mares circundantes.

Otros Eldar hubo que por aquel tiempo cruzaron las montañas de Ered Luin y penetraron en las tierras interiores. Muchos de ellos eran Teleri, sobrevivientes de Doriath y Ossiriand; y establecieron reinos entre los Elfos de la Floresta en bosques y montañas, lejos del mar, por el que no obstante siempre sintieron mucha nostalgia. Sólo en Eregion, que los Hombres llamaron Hoílin, tuvieron los Elfos de raza Noldorin un reino perdurable, más allá de las Ered Luin. Eregion estaba cerca de las grandes mansiones de los Enanos, que se llamaban Khazad—dúm, pero los Elfos las llamaron Hadhodrond, y después Moría. Desde Ost—in—Edhil, la ciudad de los Elfos, la ruta iba hacia el portal occidental de Khazad—düm, porque hubo amistad entre Elfos y Enanos, tal como no se conoció otra igual, para enriquecimiento de ambos pueblos. En Eregion, los artífices de los Gwaith—i—Míroain, el Pueblo de los Orfebres, sobrepasaban en habilidad a todos cuantos

hubiera habido, excepto a Fëanor; y en verdad el más hábil era Celebrimbor hijo de Curufin, que se separó de su padre y se quedó en Nargothrond cuando Celegorm y Curufin fueron expulsados, como se narra en el *Quenta Silmarillion*.

En otros lugares de la Tierra Media hubo paz por muchos años; no obstante, las tierras eran casi todas salvajes y desoladas, salvo el sitio al que llegó el pueblo de Beleriand. Numerosos Elfos moraron allí por cierto, como habían morado durante incontables años, errando libremente por las vastas tierras lejos del mar; pero eran Avari, que conocían los hechos de Beleriand sólo como rumores, y Valinor sólo como un nombre distante. Y en el sur y en el este lejano los Hombres se multiplicaron; y la mayor parte de ellos se inclinó al mal, pues Sauron trabajaba ahora.

Al ver la desolación del mundo, Sauron se dijo que los Valar, después de haber derrocado a Morgoth, habían olvidado otra vez la Tierra Media; y su orgullo creció de prisa. Miraba con odio a los Eldar, y temía a los hombres de Númenor que volvían a veces en sus barcos a las costas de la Tierra Media; pero por mucho tiempo disimuló sus pensamientos y ocultó los oscuros designios que estaba tramando.

De todos los pueblos de la Tierra, el más fácil de gobernar le pareció el de los Hombres; pero durante mucho tiempo trató de persuadir a los Elfos para que lo sirviesen, pues sabía que los Primeros Nacidos eran los que tenían mayor poder; y fue de un lado a otro entre ellos, y tenía el aspecto de alguien que es a la vez hermoso y sabio. Sólo a Lindon no fue, porque Gil-galad y Elrond dudaban de él y de su hermoso aspecto, y aunque no sabían bien quién era, no quisieron admitirlo en el país. Pero en otros sitios los Elfos lo recibieron de buen grado, y pocos de entre ellos escucharon a los mensajeros que llegaban de Lindon y les aconsejaban precaución; porque Sauron se dio a sí mismo el nombre de Annatar, el Señor de los Dones, y ellos recibieron en un principio múltiples beneficios de su amistad. Y él les decía: —¡Ay de la debilidad de los grandes! Porque poderoso rey es Gil-galad, y sabio en toda ciencia es el joven Elrond, y no obstante no me ayudan en mis trabajos. ¿Es posible que no quieran ver que otras tierras sean tan benditas como las tuyas? Pero ¿por qué la Tierra Media ha de seguir siendo desolada y oscura cuando los Elfos podrían volverla tan hermosa como Eressëa, más aún, como Valinor? Y como no habéis vuelto allí, como podríais haberlo hecho, veo que amáis a la Tierra Media como yo la amo. ¿No es pues nuestra misión trabajar juntos para enriquecerla, y para elevar a todos los linajes élficos que yerran aquí ignorantes a esa cima de poder y conocimiento a que han llegado los de más allá del Mar? ,

Era en Eregion donde los consejos de Sauron se recibían con mayor complacencia, porque en esa tierra los Noldor deseaban acrecentar cada vez más la ingeniosidad y la sutileza de sus obras. Además no tenían paz en el corazón desde que se negaran a volver al Occidente, y a la vez querían permanecer en la Tierra Media, a la que amaban en verdad, y gozar de la beatitud de los que habían partido. Por tanto escucharon a Sauron, y aprendieron de él muchas cosas, pues tenía grandes conocimientos. En aquellos días los herreros de Ost-in-Edhil superaron todo cuanto habían hecho antes; y al cabo de un tiempo hicieron los Anillos del Poder. Pero Sauron guiaba estos trabajos, y estaba enterado de todo cuanto hacían; porque lo que deseaba era someter a los Elfos y tenerlos bajo vigilancia.

Ahora bien, los Elfos hicieron muchos anillos, pero Sauron hizo en secreto un Anillo Único, para gobernar a todos los otros, cuyos poderes estarían atados a él, sujetos por completo a él, y durarían mientras él durase. Y gran parte de la fuerza y la voluntad de Sauron pasó a ese Anillo Único; porque el

poder de los anillos élficos era muy grande, y el del que habría de gobernarlos tendría por fuerza que ser aún más poderoso; y Sauron lo forjó en la

Montaña de Fuego en la Tierra de la Sombra. Y mientras llevaba el Anillo Único, era capaz de ver todo lo que se hacía por medio de los anillos menores, y podía leer y gobernar los pensamientos mismos de quienes los llevaban.

Pero no era tan fácil atrapar a los Elfos. No bien Sauron se puso el Anillo Único en el dedo, se dieron cuenta; y supieron quién era, y que quería adueñarse de todos ellos y de todo cuanto hiciesen. Entonces, con enfado y temor, se quitaron los anillos. Pero él, al ver que lo habían descubierto, y que los Elfos no habían sido engañados, sintió gran cólera, y los enfrentó exigiéndoles que le entregaran todos los anillos, pues los herreros Elfos no podrían haberlos forjado sin la ciencia y el consejo con que él los había asistido. Pero los Elfos huyeron de él; así salvaron tres de los anillos, y se los llevaron, y los ocultaron.

Ahora bien, eran esos Tres los últimos que se habían hecho, y los que tenían más grande poder. Narya, Nenya y Vilya se llamaban, los Anillos del Fuego, y del Agua, y del Aire, que tenían engarzados un rubí y un diamante y un zafiro; y eran de todos los anillos élficos los que Sauron más deseaba, pues quienes los poseyeran podrían evitar el deterioro y demorar la fatiga del mundo. Pero Sauron nunca los encontró porque fueron dados a los Sabios, que los ocultaron y nunca más se los pusieron a la luz, en tanto Sauron tuviera el Anillo Regente. De ese modo los Tres permanecieron incólumes, pues habían sido forjados por Celebrimbor tan sólo, y la mano de Sauron no los había tocado; no obstante también estaban sometidos al Único.

Desde esos días siempre hubo guerra entre Sauron y los Elfos; y Eregion fue arruinada, y Celebrimbor muerto, y las puertas de Moría se cerraron. En ese tiempo la fortaleza y refugio de Imladris, que los Hombres llamaron Rivendel, fue encontrado por Elrond Medio Elfo; y resistió largo tiempo. Pero Sauron recogió todos los Anillos del Poder que quedaban, y los repartió entre los otros pueblos de la Tierra Media, con la esperanza de tener así sometidos a todos los que desearan contar con un poder secreto, fuera de los alcances de su propia especie. Siete anillos dio a los Enanos; pero a los Hombres les dio nueve; porque los Hombres en esto, como en otros asuntos, demostraron ser los más dispuestos a someterse. Y todos los anillos que Sauron gobernaba, los pervertía, con bastante facilidad pues él mismo había contribuido a hacerlos, y estaban malditos, y traicionaron al final a todos quienes los llevaban. Los Enanos demostraron ser firmes y nada dóciles; no soportan de buen grado el dominio de los demás, y es difícil saber lo que en verdad piensan, y tampoco es fácil inclinarlos a las sombras. Sólo llevaban los anillos para la adquisición de riquezas; pero la ira y una abrumadora codicia de oro les encendió los corazones, mal del que luego Sauron obtuvo gran beneficio. Se dice que el principio de cada uno de los Siete Tesoros de los reyes Enanos de antaño fue un anillo de oro; pero todos esos tesoros hace ya mucho que fueron saqueados, y los dragones los devoraron, y de los Siete Anillos algunos fueron consumidos por el fuego y otros recuperados por Sauron.

Fue más fácil engañar a los Hombres. Los que llevaron los Nueve Anillos alcanzaron gran poder en su época: reyes, hechiceros y guerreros de antaño. Ganaron riqueza y gloria, aunque sólo daño resultó. Parecía que para ellos la vida no tenía término, pero se les hacía insoportable. Podían andar, si así lo querían, sin que nadie de este mundo bajo el sol llegara a descubrirlos, y podían ver cosas en mundos invisibles para los Hombres mortales; pero con no poca frecuencia veían sólo los fantasmas y las ilusiones que Sauron les imponía. Y tarde o temprano, de acuerdo con la fortaleza original de cada uno y con la buena o mala voluntad que habían tenido desde un principio, iban cayendo bajo el dominio del anillo que llevaban, y bajo la servidumbre del Único, que era propiedad de Sauron. Y se volvieron para siempre invisibles, salvo para el que llevaba el Anillo Regente, y entraron en el reino de las sombras. Eran ellos los Nazgúl, los Espectros del Anillo, los más terribles servidores del Enemigo; la oscuridad andaba con ellos, y clamaban con las voces de la muerte. Ahora bien, la codicia y el orgullo de Sauron crecieron,

hasta que no tuvieron límites, y decidió convertirse en el amo de todas las cosas de la Tierra Media, y destruir a los Elfos, y maquinando, si le era posible, el derrumbe de Númenor. No toleraba libertad ni rivalidad alguna, y se designó a sí mismo Señor de la Tierra. Una máscara podía llevar todavía, con el fin de engañar los ojos de los Hombres, si así lo deseaba, que lo hacía parecer sabio y hermoso. Pero prefería dominar por la fuerza y el miedo, si se lo permitían, y los que advirtieron cómo su sombra se extendía sobre el mundo lo llamaron el Señor Oscuro, y le dieron el nombre de Enemigo; y Sauron dominó otra vez a todas las criaturas malignas de los días de Morgoth que aún quedaban sobre la tierra o debajo de ella, y los Orcos le obedecían, y se multiplicaron como moscas. Así empezaron los Años Oscuros, que los Elfos llaman los Días de la Huida. En ese tiempo muchos Elfos de la Tierra Media huyeron a Lindon, y desde allí se fueron por el mar para no volver más; y muchos fueron destruidos por Sauron y sus servidores. Pero en Lindon, Gil-galad se mantenía firme, y Sauron no se atrevía aún a cruzar las Montañas de Ered Luin y atacar los Puertos; y Gil-galad recibía ayuda de los Númenóreanos. En todo otro sitio reinaba Sauron, y los que querían librarse de él se refugiaban en la fortaleza de bosques y montañas, y el miedo los perseguía de continuo. En el este y el sur Sauron dominaba a casi todos los Hombres, que se volvieron fuertes por aquellos días y levantaron muchas ciudades y muros de piedra, y eran numerosos y feroces en la guerra y estaban armados de hierro. Para ellos Sauron era rey y dios; y le tenían mucho miedo, porque él ponía a su casa un cerco de llamas.

No obstante, la arremetida de Sauron contra las tierras del oeste conoció por fin un impedimento. Porque como se cuenta en la *Akallabêth*, fue desafiado por el poder de Númenor. Tan grandes eran el poderío y el esplendor de los Númenóreanos en el mediodía del reino, que los sirvientes de Sauron no podían resistírseles, y con la esperanza de ganar por la astucia lo que no podía ganar por la fuerza, abandonó un tiempo la Tierra Media, y fue a Númenor como rehén de Tar—Calion el Rey. Y allí habitó, hasta que por fin corrompió mediante argucias los corazones de la mayor parte del pueblo, y los hizo librar una guerra contra los Valar, y así maquinó la ruina que durante tanto tiempo había deseado. Pero esa ruina fue más terrible de lo previsto por Sauron, porque había olvidado el poder de los Señores del Occidente cuando montaban en cólera. El mundo fue destruido y tragada la tierra, y los mares se alzaron, y el mismo Sauron se hundió en el abismo. Pero luego su espíritu subió y volvió volando a la Tierra Media, como un viento negro en busca de morada. Allí descubrió que el poder de Gil-galad había crecido en los años de ausencia, y se había extendido ahora por vastas regiones del norte y el oeste, y llegaba más allá de las Montañas Nubladas y el Gran Río, aun hasta los bordes del Gran Bosque Verde, y se acercaba a los sitios en los que otrora se había sentido seguro. Entonces Sauron se retiró a la fortaleza en la Tierra Negra, y pensó en la guerra.

En aquel tiempo los Númenóreanos que se salvaron de la destrucción huyeron hacia el este, como se cuenta en la *Akallabêth*. Los principales de ellos eran Elendil el Alto y sus hijos, Isildur y Anárion. Aunque parientes del rey, como descendientes de Elros, no quisieron escuchar a Sauron, y se habían negado a combatir contra los Señores del Oeste. Tripulando los barcos con todos los que se habían mantenido fieles, abandonaron la tierra de Númenor antes de

que la ganara la ruina. Eran hombres poderosos, y las naves resistentes y altas, pero las tempestades los alcanzaron y unas montañas de agua los levantaron hasta las mismas nubes, y descendieron sobre la Tierra Media como pájaros de tormenta.

Elendil fue arrojado por las olas a la tierra de Lindon, y tuvo la amistad de Gil-galad. Desde allí cruzó el Río Lhûn, y más allá de Ered Luin estableció el reino, y el pueblo habitó en distintos lugares de Eriador en torno a los cursos del Lhûn y el Baranduin; pero la ciudad principal se encontraba en Annúminas, junto a las aguas del Lago Nenuial. En Fornost, en los Bajos Septentrionales, también vivían los

Númenóreanos, y en Cardolan, y en las colinas de Rhudaur; y levantaron torres sobre Emyrn Beraid y sobre Amon Súl; y en esos sitios quedan muchos montículos y obras en ruinas, pero las torres de Emyrn Beraid todavía miran al mar.

Isildur y Anárion fueron transportados hacia el sur, y por último navegaron río arriba por el Gran Anduin, que fluye desde Rhovanion hacia el Mar Occidental y desemboca en la Bahía de Belfalas, y establecieron un reino en esas tierras que se llamaron después Gondor, mientras que el Reino Septentrional se llamó Arnor. Mucho antes, en los días de poder, los marineros de Númenor habían establecido un puerto y fortalezas a los lados de las desembocaduras del Anduin, a pesar de que la Tierra Negra de Sauron no estaba lejos hacia el este. En días posteriores, sólo llegaban a ese puerto los Fieles de Númenor, y por tanto muchos de los habitantes de las costas de esa región eran parientes directos o indirectos de los Amigos de los Elfos y del pueblo de Elendil, y dieron la Bienvenida a sus hijos. La principal ciudad del reino austral era Osgiliath, a través de la cual fluía el Río Grande; y los Númenóreanos levantaron allí un gran puente sobre el que había torres y casas de piedra de admirable aspecto, y altas naves venían del mar a los muelles de la ciudad. Otras fortalezas construyeron también sobre ambas márgenes: Minas Ithil, la Torre de la Luna Naciente, al este, sobre un risco de las Montañas de la Sombra, como amenaza a Mordor; y hacia el oeste, Minas Anor, la Torre del Sol Poniente, al pie del Monte Mindolluin, como escudo contra los nombres salvajes de los valles. En Minas Ithil se alzaba la casa de Isildur, y en Minas Anor la casa de Anárion, pero compartían entre ambos el reino, y sus tronos estaban juntos en el Gran Recinto de Osgiliath. Esas eran las principales moradas de los Númenóreanos en Córdor, pero otras obras maravillosas y fuertes construyeron en la tierra durante los días de poder, en las Argonath, y en Aglarond, y en Erech; y en el círculo de Angrenost, que los Hombres llamaron Isengard, levantaron el Pináculo de Orthanc de piedra inquebrantable.

Muchos tesoros y reliquias de gran virtud y maravilla trajeron los Exiliados de Númenor; y de éstos los más renombrados eran las Siete Piedras y el Árbol Blanco. El Árbol Blanco había nacido de un fruto de Nimloth el Bello que crecía en los patios del Rey de Armenelos, en Númenor, antes de que Sauron lo abrasara; y Nimloth a su vez descendía del Árbol de Tirion, que parecía una imagen del Mayor de los Árboles, el Blanco Telperion, que hizo crecer Yavanna en la tierra de los Valar. El Árbol, recuerdo de los Eldar y de la luz de Valinor, se plantó en Minas Ithil ante la casa de Isildur, pues él había sido quien salvara el fruto de la destrucción; pero las Piedras se dividieron.

Tres tomó Elendil, y dos cada uno de sus hijos. Las de Elendil fueron guardadas en torres sobre Emyrn Beraid, y sobre Amon Súl y en la ciudad de Annúminas. Pero las de los hijos estaban en Minas Ithil y Minas Anor, y en Orthanc y en Osgiliath. Ahora bien, estas piedras tenían una virtud: quien las mirara vería en ellas la imagen de cosas distantes, fuera en el espacio o en el tiempo. Casi siempre revelaban sólo cosas afines a otra Piedra emparentada, porque las Piedras se llamaban entre sí; pero quienes eran fuertes de voluntad y de mente podían aprender a mirar a dónde quisieran. De este modo los Númenóreanos llegaban a conocer muchas cosas que el Enemigo pretendía ocultar, y poco escapó a esta vigilancia durante el tiempo en que tuvieron gran poder.

Se dice que las torres de Emyrn Beraid no fueron construidas en verdad por los Exiliados de Númenor, sino que las levantó Gil-galad para su amigo Elendil; y la Piedra Vidente de Emyrn Beraid estaba guardada en Elostirion, la más alta de las torres. Allí se recuperaba Elendil, y desde allí solía contemplar los mares que separaban las tierras cuando lo asaltaba la nostalgia del exilio; y se cree que de este modo a veces alcanzaba a ver la Torre de Avallónë sobre Eressëa, donde el Maestro de la Piedra habitaba y habita todavía. Estas piedras eran un regalo de los Eldar a Amandil, padre de Elendil, para consuelo de los Fieles de Númenor en los días de oscuridad, cuando los Elfos no podían ir ya a esa tierra bajo la sombra de

Sauron. Se llamaban las Palantiri, las que vigilan desde lejos; pero todas las que habían sido llevadas a la Tierra Media hacía ya mucho que estaban perdidas.

De este modo los Exiliados de Númenor establecieron sus reinos en Arnor y en Córdor; pero antes de que hubieran transcurrido muchos años se hizo evidente que el Enemigo, Sauron, también había regresado. Había venido en secreto, como se dijo, a su viejo reino de Mordor, más allá de Ephel Dúath, las Montañas de la Sombra, y ese país limitaba con Córdor al este. Allí, sobre el valle de Gorgoroth se levantó su fortaleza, vasta y resistente, Barad-dûr, la Torre Oscura; y había una montaña llameante en esa tierra que los Elfos llamaban Orodruin. En verdad, por esa razón Sauron había instalado allí su morada desde hacía mucho tiempo; porque el fuego que manaba allí desde el corazón de la tierra lo utilizaba para brujerías y forjas; y en medio de la Tierra de Mordor había hecho el Anillo Regente. Allí meditó en la oscuridad, hasta que se hubo dado a sí mismo una forma nueva; ya que había perdido para siempre el hermoso semblante, cuando fuera arrojado al abismo en el hundimiento de Númenor. Tomó otra vez el Gran Anillo y se hizo más poderoso; y pocos había aún entre los grandes de los Elfos y de los Hombres que pudieran soportar la Mirada de Sauron.

Ahora bien, Sauron preparaba la guerra contra los Eldar y los Hombres de Oestesse y los fuegos de la Montaña despertaron otra vez. Fue así que al ver el humo de Orodruin desde lejos y entender que Sauron había regresado, los Númenóreanos le pusieron a la Montaña un nuevo nombre, Amon Amarth, el Monte del Destino. Y Sauron reunió una gran fuerza de servidores venidos del este y del sur; y entre ellos no pocos eran de la raza de Númenor. Porque en los días de la estadía de Sauron en esa tierra, el corazón de casi todo ese pueblo se volcó a la oscuridad. Así ocurría que muchos de los que navegaron hacia el este en ese tiempo y levantaron fortalezas y viviendas en las costas estaban ya sometidos a la voluntad de Sauron, y lo servían de buen grado en la Tierra Media. Pero por causa del poder de Gil-galad, estos renegados, señores a la vez poderosos y malignos, moraron casi todos lejos al sur; dos había, sin embargo, Herumor y Fuinur, que crecieron en poder entre los Haradrim, un pueblo grande y cruel que habitó en las amplias tierras al sur de Mordor más allá de las desembocaduras del Anduin.

Por lo tanto, cuando Sauron vio la oportunidad, avanzó con una gran fuerza contra el nuevo Reino de Córdor, y tomó Minas Ithil, y destruyó el Árbol Blanco de Isildur que allí crecía. Pero Isildur escapó, y llevando consigo un vástago del Árbol fue por barco río abajo, con su esposa y sus hijos, y navegaron desde las desembocaduras del Anduin en busca de Elendil. Entretanto, Anárion resistió en Osgiliath contra el Enemigo y lo rechazó hacia las montañas; pero Sauron volvió a reunir sus fuerzas, y Anárion supo que al menos que le llegara ayuda, el reino no podría resistir mucho tiempo.

Ahora bien, Elendil y Gil-galad buscaron mutuo consejo, porque percibían que Sauron se volvería demasiado fuerte, y que vencería a todos sus enemigos uno por uno si no se unían todos contra él. De este modo se hizo la Liga que se llamó la Última Alianza, y marcharon hacia el este a la Tierra Media reuniendo una gran hueste de Elfos y de Hombres; e hicieron alto por un tiempo en Imladris. Se dice que el ejército allí reunido era más gallardo y más espléndido en armas que ningún otro visto desde entonces en la Tierra Media, y el más numeroso desde que el ejército de los Valar avanzara sobre Thangorodrim.

Desde Imladris cruzaron los pasos de las Montañas Nubladas, y fueron río abajo por el Anduin, y así llegaron al fin sobre las huestes de Sauron en Dagor-lad, la Llanura de la Batalla, que se extiende por delante de las puertas de la Tierra Negra. Todas las criaturas vivientes se dividieron ese día, y algunas de la misma especie, aun bestias y aves, estaban en uno y en otro bando; excepto los Elfos. Sólo ellos no estaba divididos y seguían a Gil-galad. De los Enanos, pocos eran los

que luchaban también en los dos bandos; pero el clan de Durin de Moría luchaba contra Sauron.

El ejército de Gil-galad y Elendil obtuvo la victoria, porque el poder de los Elfos era grande todavía en ese entonces, y los Númenóreanos eran fuertes y altos, y terribles en la cólera. A Aeglos, la espada de Gil-galad, nadie podía resistirse; y la espada de Elendil estremecía de miedo a Orcos y Hombres, porque resplandecía a la luz del sol y de la luna, y se llamaba Narsil.

Entonces Gil-galad y Elendil entraron en Mordor y rodearon la fortaleza de Sauron; y la sitiaron durante siete años, y sufrieron dolorosas pérdidas por el fuego, los dardos y las saetas del Enemigo; y Sauron se resistía acosándolos. Allí, en el valle de Gorgoroth, Anárion hijo de Elendil fue muerto, y también otros muchos. Pero por último el sitio fue tan riguroso, que el mismo Sauron salió; y luchó con Gil-galad y Elendil, y los mató a ambos, y cuando Elendil cayó la espada se le quebró bajo el cuerpo. Pero Sauron también fue derribado, y con la empuñadura desprendida de Narsil, Isildur cortó el Anillo de la mano de Sauron, y lo tomó. Entonces Sauron quedó vencido por el momento; y abandonó el cuerpo, y su espíritu huyó a espacios distantes y se escondió en sitios baldíos; y durante largos años no volvió a tener forma visible.

Así empezó la Tercera Edad del Mundo, después de los Días Antiguos y los Años Oscuros; y había todavía esperanza en aquel tiempo y el recuerdo de la alegría, y el Árbol Blanco de los Eldar floreció muchos años en los patios de los Reyes de los Hombres, porque el vástago que había salvado, Isildur lo plantó en la ciudadela de Anor en memoria de su hermano antes de abandonar Gondor. Los servidores de Sauron fueron derrotados y dispersados, pero no del todo destruidos; y aunque muchos Hombres se apartaron del mal y se convirtieron en súbditos de los herederos de Elendil, muchos más recordaban a Sauron en sus corazones y odiaban los reinos del Occidente. La Torre Oscura fue derrumbada, pero sus cimientos perduraron, y no se olvidó. Los Númenóreanos montaron guardia por cierto, junto a la tierra de Mordor, pero nadie se atrevió a morar allí por causa del terror del recuerdo de Sauron, y de la Montaña de Fuego que se levantaba cerca de Barad-dûr; y las cenizas cubrían el valle de Gorgoroth. Muchos de los Elfos y muchos de los Númenóreanos y de los Hombres que eran aliados habían perecido en la Batalla y en el Sitio; y Elendil el Alto y Gil-galad el Rey Supremo ya no existían. Nunca otra vez se reunió un ejército semejante, ni hubo alianza semejante entre Elfos y Hombres; porque después de los días de Elendil ambos linajes se separaron.

Nadie supo más del Anillo Regente en esa época, ni siquiera los Sabios; no obstante no fue deshecho. Porque Isildur no lo cedió a Elrond ni a Círdan que estaban junto a él. Le aconsejaron arrojarlo al fuego de Orodruin en las cercanías, donde había sido forjado, para que pereciera y el poder de Sauron quedara disminuido por siempre, y no fuera sino una sombra de malicia en el desierto. Pero Isildur rechazó este consejo diciendo: —Esto lo conservaré como indemnización por la muerte de mi padre y por la de mi hermano. ¿No fui yo el que asestó al Enemigo el golpe de muerte?— Y contemplando el Anillo que tenía en la mano le pareció sumamente hermoso, y no toleró que se lo destruyera. Por tanto, con él volvió primero a Minas Anor, y allí plantó el Árbol Blanco en memoria de su hermano Anárion. Pero no tardó en partir, y después de haberle dado consejo a Meneldil, el hijo de su hermano, y encomendarle el Reino del Sur, se llevó el Anillo para que fuera heredad de su casa, y se marchó de Gondor hacia el norte por el camino por donde Elendil había venido; y abandonó el Remo del Sur, porque se proponía hacerse cargo del reino de su padre en Eriador, lejos de la sombra de la Tierra Negra.

Pero Isildur fue abrumado por una hueste de Orcos que acechaba en las Montañas Nubladas; y sin que el lo notara, descendieron sobre el campamento entre el Bosque Verde y el Río Grande, cerca de Loeg Ningloron, los Campos Glaudos, porque era descuidado y no había montado guardia alguna creyendo derrotados a todos los enemigos. Allí casi todos los suyos recibieron muerte, y entre ellos sus tres hijos mayores, Elendur, Aratan y Ciryon; pero cuando partiera para la guerra había dejado en Imladris a su esposa y a su hijo menor, Valandil. Isildur escapó en cambio por mediación del Anillo, porque cuando se lo ponía se volvía invisible a todas las miradas; pero los Orcos le dieron caza por el olfato y el rastro hasta que llegó al río y se zambulló en él. Allí el Anillo lo traicionó y vengó a su hacedor, porque se le deslizó del dedo mientras nadaba, y se perdió en el agua. Entonces los Orcos lo vieron mientras se esforzaba en la corriente, y le dispararon muchas flechas y ése fue el fin. Sólo tres de los suyos volvieron por encima de las montañas después de mucho errar de un lado a otro; y de ellos uno era Ohtar, el escudero, a cuyo cuidado había puesto Isildur los fragmentos de la espada de Elendil.

De este modo llegó Narsil a manos de Valandil, heredero de Isildur, en Imladris; pero la hoja estaba quebrada y su brillo se había extinguido, y no se la volvió a forjar. Y el Señor Elrond anunció que no se lo haría en tanto no se reencontrara el Anillo Regente y Sauron volviera; pero la esperanza de Elfos y Hombres era que estas cosas no ocurrieran nunca.

Valandil habitó en Annúminas, pero su pueblo había disminuido, y de los Númenóreanos y de los Hombres quedaban muy pocos como para poblar la tierra o mantener todos los lugares que Elendil había edificado; muchos habían caído en Dargolad, y en Mordor, y en los Campos Glaudos. Y sucedió al cabo de los días de Eärendur, el séptimo rey que siguió a Valandil, que los Hombres del Occidente, los Dúnedain del Norte, se dividieron en mezquinos reinos y señoríos, y sus enemigos los devoraron uno por uno. Siguieron menguando con los años, hasta que pasó su gloria dejando tan sólo montículos verdes en la hierba. Por fin nada quedó de ellos salvo un pueblo extraño que erraba secretamente por tierras deshabitadas, y los demás Hombres nada sabían de dónde moraban ni del propósito de esas idas y venidas, y salvo en Imladris, en la casa de Elrond, el linaje quedó olvidado. Pero los herederos de Isildur, durante muchas vidas de Hombres, siguieron atesorando los fragmentos de la espada; y la línea de padre a hijo nunca se quebró.

En el sur, Gondor perduró, y durante un tiempo creció en esplendor, hasta que la riqueza y majestad del reino hizo recordar a Númenor antes de la caída. Altas torres levantó el pueblo de Córdor, y fortalezas, y puertos de muchos barcos; y la Corona Alada de los Reyes de los Hombres fue reverenciada por gentes de muchas tierras, y de muchas lenguas. Porque durante largos años creció el Árbol Blanco ante la casa del rey en Minas Anor, descendiente de aquel árbol que Isildur rescatara de las profundidades del mar, de Númenor; y la simiente anterior provenía de Avallónë, y la más anterior de Valinor, en el Día que precedió a los días, cuando el mundo era joven.

Sin embargo, al final, con el desgaste de los rápidos años de la Tierra Media, Córdor decayó, y el linaje de Meneldil hijo de Anárion se interrumpió. Porque la sangre de los Númenóreanos se mezcló demasiado con la de otros hombres, y perdieron poder y sabiduría, y tuvieron una vida más breve, y no vigilaron a Mordor como antes. Y en los días de Telemnar, el vigesimotercero del linaje de Meneldil, una peste llegó desde el oriente en vientos oscuros, y atacó al rey y a sus hijos, y perecieron muchos del pueblo de Córdor. Entonces los fuertes de las fronteras de Mordor quedaron abandonados, y Minas Ithil se vació de gente; y el mal penetró otra vez en secreto en la Tierra Negra, y las cenizas de Gorgoroth se movieron como si soplara un viento frío, pues allí se agolpaban unas formas oscuras. Se dice que éstas eran en verdad los Ulairi, que Sauron llamaba los Nazgúl, los Nueve Espectros del Anillo que durante mucho tiempo habían permanecido ocultos, pero

que retornaban ahora para preparar el camino del Amo, que había empezado a crecer otra vez.

Y en días de Eärnil asestaron el primer golpe, y vinieron durante la noche de Mordor por los pasos de las Montañas de la Sombra, y moraron en Minas Ithil; y lo convirtieron en un lugar tan espantoso, que nadie se atrevía a mirarlo. En adelante se llamó Minas Morgul, la Torre de la Hechicería; y Minas estaba siempre en guerra con Minas Anor, en el oeste. Entonces Osgiliath, que con la decadencia de su gente hada ya mucho que estaba desierta, se convirtió en lugar de ruinas y fantasmas. Pero Minas Anor resistió, y recibió un nuevo nombre: Minas Tirith, la Torre de la Guardia; porque allí los reyes hicieron construir en la ciudadela una torre blanca, muy alta y muy hermosa, cuya mirada abarcaba muchas tierras. Era orgullosa aún y fuerte esa ciudad, y en ella el Árbol Blanco floreció todavía un tiempo ante la casa de los reyes; y allí el resto de los Númenóreanos aún defendía el pasaje del Río contra los Terrores de Minas Morgul, y contra todos los Enemigos del Oeste, Orcos y monstruos, y Hombres malvados; y de ese modo las tierras a espaldas de ellos, al oeste del Anduin, quedaron protegidas de la guerra y la destrucción.

Al cabo de los días de Eärnur hijo de Eärnil, y último Rey de Córdor, Minas Tirith aún se mantenía en pie. Eärnur fue quien cabalgó solo hasta las puertas de Minas Morgul para contestar al desafío del Señor de Morgul; y se enfrentó con él en singular combate, pero fue traicionado por los Nazgúl y llevado vivo a la ciudad del tormento, y ningún hombre lo vio otra vez. Ahora bien, Eärnur no dejó heredero, pero cuando la línea de los reyes se extinguió, los Mayordomos de la casa de Mardil el Fiel gobernaron la ciudad y el reino, cada vez más menguado; y los Rohirrim, los Jinetes del Norte, llegaron y moraron en la verde tierra de Rohan que se llamó antes Calenardhon y fue parte del Reino de Córdor; y los Rohirrim ayudaron a los Señores de la Ciudad en la guerra. Y al norte, más allá de los Saltos del Rauros y las Puertas de Argonath, había todavía otras defensas, poderes más antiguos de los que poco sabían los Hombres, y que las criaturas malignas no se atrevían a molestar, mientras el Señor Oscuro, Sauron, no volviera, madurado el momento. Y hasta que ese momento no llegó, los Nazgúl nunca cruzaron otra vez el Río en los días de Eärnil, ni salieron de la ciudad como Hombres visibles.

Durante todos los días de la Tercera Edad, después de la caída de Gil-galad, el Señor Elrond vivió en Imladris, y reunió allí a muchos Elfos, y otras criaturas sabias y poderosas entre todos los linajes de la Tierra Media, y preservó al cabo de muchas vidas de Hombres el recuerdo de todo lo que había sido hermoso; y la casa de Elrond fue refugio para fatigados y oprimidos, y tesoro de preciosos consejos y sabiduría. En esa casa se albergaron los Herederos de Isildur, en la infancia y la vejez, pues estaban emparentados por la sangre con el mismo Elrond, y también porque él sabía que a uno de su linaje le estaba asignado una parte principal en los últimos hechos de esa Edad. Y en tanto ese momento no llegara, los fragmentos de la espada de Elendil se encomendaron al cuidado de Elrond, cuando en días oscuros los Dúnedain se convirtieron en un pueblo errante.

En Eriador, Imladris era la más importante morada de los Altos Elfos; pero en los Puertos Grises de Lindon moraba también un resto del pueblo de Gil-galad el Rey de los Elfos. A veces erraban por tierras de Eriador, pero la mayoría vivía cerca de las costas del mar, y construían y cuidaban las naves élficas en que los Primeros Nacidos se hadan a la mar rumbo al más extremo Occidente, fatigados del mundo. Círdan el Carpintero de Barcos era el Señor de los Puertos y muy poderoso entre los Sabios.

De los Tres Anillos que los Elfos habían preservado sin mancha nada se decía por cierto entre los Sabios, y aun pocos de los Eldar conocían el sitio en que se guardaban ocultos. No obstante, después de la caída de Sauron, el poder de los Tres Anillos continuaba obrando, y donde ellos estaban, estaba también la alegría, y los dolores del tiempo no mancillaban ninguna cosa. Así ocurrió que antes de que la Tercera Edad concluyera, los Elfos advirtieron que el Anillo de Zafiro estaba con

Elrond, en el hermoso valle de Rivendel, pues sobre su casa las estrellas del cielo eran más brillantes; mientras que el Anillo de Diamante estaba en la Tierra de Lorien, donde vivía la Dama Galadriel. Aunque Reina de los Elfos del Bosque, y esposa de Celeborn de Doriath, Galadriel pertenecía a los Noldor, y recordaba al Día anterior a los días en Valinor, y era la más poderosa y la más bella de los Elfos que habían quedado en la Tierra Media. Pero el Anillo Rojo permaneció oculto hasta el final, y nadie, salvo Elrond y Galadriel y Círdan, sabía a quién había sido encomendado.

Fue así que en dos dominios la beatitud y la belleza de los Elfos permanecieron intactas mientras duró esa Edad: en Imladris y en Lothlórien, la tierra escondida entre el Celebrant y el Anduin, donde los árboles daban flores de oro, y adonde no se atrevían a entrar los Orcos y las criaturas malignas. No obstante muchas voces de entre los Elfos predecían que si Sauron volviera, o bien encontraría el Anillo Regente perdido, o bien sus enemigos lo descubrirían y lo destruirían; pero en ambos casos terminaría el poder de los Tres, y todas las cosas mantenidas por él tendrían que marchitarse: de ese modo llegaría el crepúsculo de los Elfos y empezaría el Dominio de los Hombres.

Y así en verdad ha sucedido: el Único y los Siete y los Nueve fueron destruidos; y los Tres desaparecieron, y con ellos terminó la Tercera Edad, y concluyen las Historias de los Eldar en la Tierra Media. Esos fueron los Años que se Apagaban, y el invierno del último florecimiento de los Elfos al este del Mar. En ese tiempo los Noldor andaban todavía en las Tierras de Aquende, los más aguerridos y hermosos de entre los hijos del mundo, y los oídos mortales todavía escuchaban lo que decían. Muchas cosas bellas y maravillosas había aún en la tierra en aquel tiempo, y también muchas cosas malignas y horribles: Orcos, y trasgos, y dragones, y bestias salvajes, y extrañas criaturas de los bosques, viejas y sabias, cuyos nombres se han olvidado; los Enanos trabajaban aún en las montañas, y labraban con paciente artesanía obras de metal y de piedra que hoy nadie puede igualar. Pero el Dominio de los Hombres se preparaba, y todas las cosas estaban cambiando, hasta que el Señor Oscuro despertó otra vez en el Bosque Negro.

Ahora bien, antaño el nombre del bosque era el Gran Bosque Verde, y sus amplios espacios y senderos eran frecuentados por bestias y pájaros de espléndido canto; y allí estaba el reino del Rey Thranduil bajo el roble y la haya. Pero al cabo de muchos años, cuando hubo transcurrido casi un tercio de esa edad, una oscuridad invadió lentamente el bosque desde el sur, y el miedo echó a andar por claros umbríos; las bestias salvajes cazaron allí y unas criaturas malignas y crueles tendieron sus trampas.

Entonces el nombre del bosque cambió y se llamó Bosque Negro, pues la noche era allí profunda, y pocos osaban atravesarlo, salvo sólo por el norte, donde el pueblo de Thranduil aún mantenía el mal a raya. De dónde venía pocos podían decirlo, y pasó mucho tiempo antes que los Sabios lo descubrieran. Era la sombra de Sauron y el signo de su retorno. Porque al venir de los yermos del Este, escogió corno morada el sur del bosque, y lentamente creció y cobró forma otra vez; en una colina oscura levantó su vivienda, y allí obró su hechicería, y todos temieron al Hechicero de Dol Guldur, y sin embargo no sabían todavía al principio cuan grande era el peligro.

Mientras aún las primeras sombras empezaban a invadir el Bosque Negro, en el oeste de la Tierra Media aparecieron los Istari, a quienes los Hombres llamaron los Magos. Nadie sabía en aquel tiempo de dónde eran, salvo Círdan de los Puertos, y sólo a Elrond y a Galadriel se les reveló que venían de allende el Mar. Pero luego se dijo entre los Elfos que eran mensajeros enviados por los Señores del Occidente para contrarrestar el poder de Sauron, si éste despertaba de nuevo, y para incitar a los Elfos y a los Hombres y a todas las criaturas vivientes de buena voluntad a que emprendiesen valerosas hazañas. Tenían aspecto de Hombres, viejos pero vigorosos, y cambiaban poco con los años, y sólo envejecían

lentamente, aunque llevaban la carga de muchas preocupaciones; y eran de gran sabiduría y poderosos de mente y manos. Durante mucho tiempo viajaron a lo largo y a lo ancho entre los Elfos y los Hombres, y conversaban también con las bestias y los pájaros; y los pueblos de la Tierra Media les dieron muchos nombres, pues ellos no revelaron cómo se llamaban en verdad. Los principales de ellos fueron los que los Elfos llamaron Mithrandir y Curunír, pero los Hombres del Norte los llamaron Gandalf y Saruman. De éstos Curunír era el mayor y el que llegó primero, y después de él llegaron Mithrandir y Radagast, y otros de los Istari que fueron al este de la Tierra Media, y no están incluidos en estas historias. Radagast fue amigo de todas las bestias y todos los pájaros; pero Curunír anduvo sobre todo entre los Hombres, y era sutil de palabra, y hábil en obras de herrería. Mithrandir era quien tenía más íntimo trato con Elrond y los Elfos. Erraba muy lejos por el norte y por el oeste, y nunca en tierra alguna tuvo morada duradera; pero Curunír viajó hacia el este, y cuando regresó vivió en Orthanc en el Anillo de Isengard, que construyeron los Númenóreanos en los días de poder.

Siempre el más vigilante fue Mithrandir, y él era quien más sospechaba de la oscuridad del Bosque Negro, porque aunque muchos creían que era obra de los Espectros del Anillo, él temía en verdad que fuera el primer atisbo de la sombra de Sauron que regresaba; y marchó a Dol Guldur, y el Hechicero huyó de él; y hubo una paz cautelosa durante un largo tiempo. Pero al fin regresó la Sombra, creciendo en poder; y en ese tiempo se celebró por primera vez el Concilio de los Sabios, llamado luego el Concilio Blanco, y en él estaban Elrond, y Galadriel, y Círdan, y otros señores de los Eldar, y también Mithrandir y Curunír. Y Curunír (que era Saruman el Blanco) fue escogido como jefe, pues era quien más había estudiado las estratagemas de Sauron en otros tiempos. Galadriel había deseado en verdad que Mithrandir fuera la cabeza del Concilio, y Saruman se lo reprochó, pues su orgullo y su deseo de dominio eran ahora grandes; pero Mithrandir rehusó el careo, pues no quería pactos ni trabas excepto con aquellos que lo habían enviado, y no habitaba en sitio alguno ni se sometía a convocatorias. Y Saruman se puso a estudiar la ciencia de los Anillos del Poder, cómo habían sido hechos, y qué les había ocurrido.

Ahora bien, la Sombra se hacía cada vez más grande, y los corazones de Elrond y Mithrandir se oscurecieron. Por tanto, en una ocasión, Mithrandir fue de nuevo con gran peligro a Dol Guldur y a los abismos del Hechicero, y descubrió la verdad y escapó. Y volviendo ante Elrond. dijo:

—Ciertas, ay, son nuestras sospechas. Este no es uno de los Ulairi, como muchos lo creyeron largo tiempo. Es el mismo Sauron que otra vez ha cobrado forma y crece ahora de prisa; y está juntando otra vez todos los Anillos; y busca siempre noticias acerca del Único y de los Herederos de Isildur, si viven aún sobre la tierra.

Y Elrond contestó: —En la hora en que Isildur tomó el Anillo y no quiso cederlo, se obró este hado, que Sauron volvería.

—No obstante, el Único se perdió —dijo Mithrandir—, y mientras no se encuentre, podemos dominar al Enemigo, si unimos nuestras fuerzas y no nos demoramos demasiado.

Entonces se convocó el Concilio Blanco; y allí Mithrandir los instó a rápidos procederes, pero Curunír se opuso, y aconsejó esperar y vigilar.

—Porque no creo —dijo— que volvamos a encontrar el Único en la Tierra Media. Cayó en el Anduin, y pienso que habrá sido arrastrado al Mar hace ya tiempo. Allí quedará hasta el fin, cuando todo este mundo se haya roto y los abismos se vacíen.

Por tanto nada se hizo en esa ocasión, aunque había recelo en el corazón de Elrond, quien le dijo a Mithrandir: —No obstante presagio que el Único llegará a

encontrarse, y habrá guerra otra vez, y en esa guerra esta Edad llegará a término. Concluirá, por cierto, en una segunda oscuridad, a menos que una extraña ocasión nos libere, que mis ojos no pueden ver.

—Muchas son las extrañas ocasiones del mundo —dijo Mithrandir— y el socorro a menudo llega de manos de los débiles, cuando los Sabios fracasan.

Ocurrió entonces que los Sabios se sintieron perturbados, pero ninguno leyó entonces en los negros pensamientos de Curunír, ni nadie supo que era ya un traidor: pues deseaba que él y no otro fuese quien encontrara el Anillo, y así podría ponérselo y doblegar a todo el mundo a voluntad. Durante demasiado tiempo había estudiado los pasos de Sauron con la esperanza de derrotarlo, y ahora le tenía más envidia como rival que odio por lo que había hecho. Y creía que el Anillo, que pertenecía a Sauron, buscaría a su amo cuando éste reapareciese; pero si volvían a expulsarlo, entonces el Anillo permanecería oculto. Por tanto estaba dispuesto a jugar con el peligro y dejar tranquilo a Sauron por un tiempo, pues esperaba prevalecer mediante artilugios, tanto sobre la gente amiga como sobre el Enemigo, cuando el Anillo apareciera.

Montó una guardia en los Campos Glaudos, pero pronto descubrió que los sirvientes de Dol Guldur registraban todos los caminos del Río en esa región. Entonces advirtió que también Sauron estaba enterado de cómo había muerto Isildur, y tuvo miedo, y se retiró a Isengard y la fortificó; y se enfrascó cada vez más profundamente en la ciencia de los Anillos del Poder y en el arte de la forja. Pero no dijo nada de esto en el Concilio, esperando ser el primero en oír nuevas del Anillo. Reunió a todo un ejército de espías, y muchos de entre ellos eran pájaros; porque Radagast no adivinó la traición de Curunír, y lo ayudó creyendo que estaban vigilando al Enemigo.

Pero la sombra del Bosque Negro era cada día más profunda, y unas criaturas malignas concurrieron a Dol Guldur desde todos los lugares oscuros del mundo; y se unieron nuevamente bajo una sola voluntad, y volvieron su malicia contra los Elfos y los sobrevivientes de Númenor. Pero al fin el Concilio fue de nuevo convocado, y se debatió mucho la ciencia de los Anillos; pero Mithrandir le habló al Concilio diciendo:

—No es necesario que encontremos el Anillo, porque mientras permanezca en la tierra y no se deshaga, tendrá siempre poder; y Sauron crecerá y confiará. El poder de los Elfos y de los Amigos de los Elfos es menor ahora de lo que fue. Sauron será pronto demasiado fuerte para nosotros, aun sin el Gran Anillo; porque gobierna los Nueve, y de los Siete ya ha recuperado tres. Tenemos que atacar.

A esto asintió ahora Curunír, deseando que Sauron fuera arrojado de Dol Guldur, que estaba cerca del Río, y no tuviera oportunidad de continuar la busca. Así dio por última vez ayuda al Concilio, y las fuerzas se unieron; y atacaron Dol Guldur, y expulsaron a Sauron de su baluarte, y durante un corto tiempo el Bosque Negro volvió a ser como antaño.

Pero el golpe que asestaron llegó demasiado tarde. Porque el Señor Oscuro lo había previsto, y él estaba esperándolo desde hacía mucho, y los Ulairi, los Nueve Sirvientes, habían ido delante de él para prepararle el camino. Por tanto la huida fue sólo un engaño, y Sauron pronto volvió, y antes de que los Sabios pudieran prevenirlo, se instaló en su reino de Mordor, y levantó una vez más las torres oscuras de Barad-dûr. Y en ese año se convocó el Concilio Blanco una última vez, y Curunír se retiró a Isengard, y no recibió otro consejo que el suyo propio.

Los Orcos estaban reuniéndose; y lejos al este y al sur los pueblos salvajes se armaban. Entonces en medio del miedo creciente y los rumores de guerra, el presagio de Elrond se cumplió, y el Anillo Único fue encontrado en verdad, en una ocasión más extraña todavía que la prevista por Mithrandir; y permaneció oculto de Curunír y de Sauron. Porque había sido recogido del Anduin mucho antes que ellos

los buscaran; y lo había encontrado un pequeño pescador que vivía en una aldea junto al Río, antes de la caída de los Reyes de Córdor; y quien lo encontró lo llevó fuera a un oscuro escondrijo bajo las raíces de las montañas, a donde nadie podía ir a buscarlo. Allí quedó hasta que en el año del ataque a Dol Guldur fue nuevamente encontrado por un viajero que huía perseguido por los Orcos a las profundidades de la tierra, y pasó a un país distante, a la tierra de los Periannath, la Gente Pequeña, los Medianos, que habitaban al oeste de Eriador. Y antes de ese día poco habían interesado a los Elfos y a los Hombres, y en los consejos de Sauron o de los Sabios nadie excepto Mithrandir los había tenido en cuenta.

Ahora bien, por fortuna y porque él estaba atento, Mithrandir fue el primero en tener noticias del Anillo, antes que Sauron se enterase; no obstante, se sintió afligido e inquieto. Porque muy grande era el poder maligno de esa cosa como para que la tuviera alguno de los Sabios, a no ser que como Curunír deseara convertirse en un tirano y en otro señor oscuro; pero no era posible ocultárselo por siempre a Sauron, ni deshacerlo mediante las artes de los Elfos. De modo que con ayuda de los Dúnedain del Norte Mithrandir hizo vigilar la tierra de los Periannath, y aguardó la ocasión oportuna. Pero Sauron tenía muchas orejas, y no tardó en oír el rumor del Anillo Único, que deseaba por encima de todas las cosas, y envió a los Nazgúl a que lo buscaran. Entonces estalló la guerra, y en la batalla con Sauron la Tercera Edad acabó como había empezado.

Pero quienes vieron lo que se hizo en aquel tiempo, hazañas heroicas y asombrosas, han contado en otro sitio la historia de la Guerra del Anillo, y cómo terminó no sólo con una victoria imprevista, sino también con dolor, desde mucho antes presagiado. Dígase aquí que en aquellos días el Heredero de Isildur se levantó en el Norte, y tomó los fragmentos de la espada de Elendil, y en Imladris volvieron a forjarse; y el Heredero fue a la guerra, un gran capitán de Hombres. Era Aragorn hijo de Arathorn, el trigesimonoveno heredero en línea directa de Isildur, y sin embargo más semejante a Elendil que ninguno antes de él. Hubo batalla en Rohan, y Curunír el traidor fue derribado, e Isengard quebrantada; y delante de la Ciudad de Córdor se libró una gran contienda, y el Señor de Morgul, Capitán de Sauron, entró allí en la oscuridad; y el Heredero de Isildur condujo al ejército del Oeste hasta las Puertas Negras de Morder.

En esa última batalla estaban Mithrandir, y los hijos de Elrond, y el Rey de Rohan, y los señores de Córdor, y el Heredero de Isildur con los Dúnedain del Norte. Allí por fin enfrentaron la muerte y la derrota, y todo valor resultó vano; porque Sauron era demasiado fuerte. No obstante, en esa hora se puso a prueba lo que Mithrandir había dicho, y la ayuda llegó de manos de los débiles cuando los Sabios fracasaron. Porque, como se oyó en muchos cantos desde entonces, fueron los Periannath, la Gente Pequeña, los habitantes de las laderas y los prados, quienes trajeron la liberación.

Porque Frodo el Mediano, se dice, portó la carga a pedido de Mithrandir, y con un solo sirviente atravesó peligros y oscuridad, y a pesar de Sauron llegó por último al Monte del Destino; y allí arrojó el Gran Anillo de Poder al Fuego en que había sido forjado, y así por fin fue deshecho, y el mal que tenía se consumió.

Entonces cayó Sauron, y fue derrotado por completo, y se desvaneció como una sombra de malicia; y las torres de Barad-dûr se derrumbaron en escombros, y al rumor de esta caída muchas tierras temblaron. Así llegó otra vez la paz, y una nueva Primavera despertó en el mundo; y el Heredero de Isildur fue coronado Rey de Córdor y de Arnor, y el poder de los Dúnedain fue acrecentado y su gloria renovada. En los patios de Minas Anor el Árbol Blanco floreció otra vez, pues Mithrandir encontró un vástago en las nieves del Mindolluin, que se alzaba alto y blanco por sobre la Ciudad de Córdor; y mientras creció allí los Días Antiguos no fueron del todo olvidados en el corazón de los reyes.

Ahora bien, casi todas estas cosas se lograron por el consejo y la vigilancia de Mithrandir, y en los últimos pocos días se reveló como señor de gran veneración, y vestido de blanco cabalgó a la batalla; pero hasta que el momento de partir llegó también para él, nadie supo que durante mucho tiempo había guardado el Anillo Rojo del Fuego. En un principio ese Anillo había sido confiado a Círdan, Señor de los Puertos; pero lo cedió a Mithrandir, porque sabía de dónde venía, y a dónde retornaría.

—Toma ahora este Anillo —le dijo—, porque trabajos y cuidados te pasarán, pero él te apoyará en todo y te defenderá de la fatiga. Porque éste es el Anillo del Fuego, y quizá con él puedas reanimar los corazones, y procurarles el valor de antaño en un mundo que se enfría. En cuanto a mí, mi corazón está con el Mar, y viviré junto a las costas grises guardando los Puertos hasta que parta el último barco. Entonces te esperaré.

Blanco era ese barco, y mucho tardaron en construirlo, y mucho esperó el fin del que Círdan había hablado. Pero cuando todas estas cosas fueron hechas, y el Heredero de Isildur recibió el señorío de los Hombres y el dominio del Oeste, fue obvio entonces que el poder de los Tres Anillos también había terminado, y el mundo se volvió viejo y gris para los Primeros Nacidos. En ese tiempo los últimos Noldor se hicieron a la mar desde los Puertos y abandonaron la Tierra Media para siempre. Y últimos de todos, los Guardianes de los Tres Anillos partieron también, y el Señor Elrond tomó el barco que Círdan había preparado. En el crepúsculo del otoño partió de Mithlond, hasta que los mares del Mundo curvo cayeron por debajo de él, y los vientos del cielo redondo no lo perturbaron más, y llevado sobre los altos aires por encima de las nieblas del mundo fue hacia el Antiguo Occidente, y el fin llegó para los Eldar de la historia y de los cantos.

ÍNDICE

PROLOGO.....	4
AINULINDALĚ	6
VALAQUENTA.....	12
QUENTA SILMARILLION	17
1.- DEL PRINCIPIO DE LOS DÍAS.....	17
2.- DE AULĚ Y YAVANNA	22
3.- DE LA LLEGADA DE LOS ELFOS Y EL CAUTIVERIO DE MELKOR.....	25
4.- DE THINGOL Y MELIAN	30
5.- DE ELDAMAR Y LOS PRÍNCIPES DE LOS ELDALIĚ.....	31
6.- DE FEANOR Y EL DESENCADENAMIENTO DE MELKOR	35
7.- DE LOS SILMARILS Y LA INQUIETUD DE LOS NOLDOR	38
8.- DEL OSCURECIMIENTO DE VALINOR	41
9.- DE LA HUIDA DE LOS NOLDOR	44
10.- DE LOS SINDAR.....	53
11.- DEL SOL Y LA LUNA Y EL OCULTAMIENTO DE VALINOR	58
12.- DE LOS HOMBRES.....	61
13.- DEL RETORNO DE LOS NOLDOR	63
14.- DE BELERIAND Y SUS REINOS	69
15.- DE LOS NOLDOR EN BELERIAND	74
16.- DE MAEGLIN	79
17.- DE LA LLEGADA DE LOS HOMBRES AL OCCIDENTE	85
18.- DE LA RUINA DE BELERIAND Y LA CAÍDA DE FINGOLFIN	91
19.- DE BEREN Y LÚTHIEN	99
20.- DE LA QUINTA BATALLA: NIRNAETH ARNOEDIAD	117
21.- DE TÚRIN TURAMBAR.....	124
22.- DE LA RUINA DE DORIATH	144
23.- DE TUOR Y LA CAÍDA DE GONDOLIN	150
24.- DEL VIAJE DE EÄRENDIL Y LA GUERRA DE LA COLERA	155
AKALLABĚTH	162
DE LOS ANILLOS DEL PODER Y LA TERCERA EDAD.....	178

EL HOBBIT

J.R.R. TOLKIEN

ÞM·HFBBIT
FR
ÞMRM·FtW·BFkH·FXFIH

Esta es una historia de hace mucho tiempo. En esa época los lenguajes eran bastante distintos de los de hoy... Las runas eran letras que en un principio se escribían mediante cortes o incisiones en madera, piedra, o metal. En los días de este relato los Enanos las utilizaban con regularidad, especialmente en registros privados o secretos. Si las runas del Mapa de Thror son comparadas con las transcripciones en letras modernas, no será difícil reconstruir el alfabeto (adaptado al inglés actual), y será posible leer el título rúnico de esta página. Desde un margen del mapa una mano apunta a la puerta secreta, y debajo está escrito:

VIND·PQT·NIXH·ÞM·MFR·FtW·ÞRQ·MFR·PFRH·FRMFRHT·Þ·Þ·

Las dos últimas runas son las iniciales de Thror y Thrain. Las runas lunares leídas por Elrond eran:

VtFtW·Bh·ÞM·XRMA·VtFtM·ÞMMt·ÞM·ÞRDN·HtFkH·Ft
N·ÞM·VMTT·X·VtH·Pv·ÞM·FRHT·FXHT·FR·NDRH·MFR
PIT·V·NHtM·HCFt·ÞM·hMhFRtM·

En el Mapa los puntos cardinales están señalados con runas, con el Este arriba, como es común en los mapas de enanos y han de leerse en el sentido de las manecillas de reloj: Este, Sur, Oeste, Norte.

UNA TERTULIA INESPERADA

En un agujero en el suelo, vivía un hobbit. No un agujero húmedo, sucio, repugnante, con restos de gusanos y olor a fango, ni tampoco un agujero seco, desnudo y arenoso, sin nada en que sentarse o que comer: era un agujero-hobbit, y eso significa comodidad.

Tenía una puerta redonda, perfecta como un ojo de buey, pintada de verde, con una manilla de bronce dorada y brillante, justo en el medio. La puerta se abría a un vestíbulo cilíndrico, como un túnel: un túnel muy cómodo, sin humos, con paredes revestidas de madera y suelos enlosados y alfombrados, provisto de sillas barnizadas, y montones y montones de perchas para sombreros y abrigos; el hobbit era aficionado a las visitas. El túnel se extendía serpeando, y penetraba bastante, pero no directamente, en la ladera de la colina —La Colina, como la llamaba toda la gente de muchas millas alrededor—, y muchas puertecitas redondas se abrían en él, primero a un lado y luego al otro. Nada de subir escaleras para el hobbit: dormitorios, cuartos de baño, bodegas, despensas (muchas), armarios (habitaciones enteras dedicadas a ropa), cocinas. Comedores, se encontraban en la misma planta, y en verdad en el mismo pasillo. Las mejores habitaciones estaban todas a la izquierda de la puerta principal, pues eran las únicas que tenían ventanas, ventanas redondas, profundamente excavadas, que miraban al jardín y los prados de más allá, camino del río.

Este hobbit era un hobbit acomodado, y se apellidaba Bolsón. Los Bolsón habían vivido en las cercanías de La Colina desde hacía muchísimo tiempo, y la gente los consideraba muy respetables, no sólo porque casi todos eran ricos, sino también porque nunca tenían ninguna aventura ni hacían algo inesperado: uno podía saber lo que diría un Bolsón acerca de cualquier asunto sin necesidad de preguntárselo. Esta es la historia de cómo un Bolsón tuvo una aventura, y se encontró a sí mismo haciendo y diciendo cosas por completo inesperadas. Podría haber perdido el respeto de los vecinos, pero ganó... Bueno, ya veréis si al final ganó algo.

La madre de nuestro hobbit particular... pero, ¿qué es un hobbit? Supongo que los hobbits necesitan hoy que se los describa de algún modo, ya que se volvieron bastante raros y tímidos con la Gente Grande, como nos llaman. Son (o fueron) gente menuda de la mitad de nuestra talla, y más pequeños que los enanos barbados. Los hobbits no tienen barba. Hay poca o ninguna magia en ellos, excepto esa común y cotidiana que los ayuda a desaparecer en silencio y rápidamente, cuando gente grande y estúpida como vosotros o yo se acerca sin mirar por dónde va, con un ruido de elefantes que puede oírse a una milla de distancia. Tienden a ser gruesos de vientre; visten de colores brillantes (sobre todo verde y amarillo); no usan zapatos, porque en los pies tienen suelas naturales de piel y un pelo espeso y tibio de color castaño, como el que les crece en las cabezas (que es rizado); los dedos son largos, mañosos y morenos, los rostros afables, y se ríen con profundas y jugosas risas (especialmente después de cenar, lo que hacen dos veces al día, cuando pueden). Ahora sabéis lo suficiente como para continuar el relato. Como iba diciendo, la madre de este hobbit —o sea, Bilbo Bolsón — era la famosa Belladonna Tuk, una de las tres extraordinarias hijas del Viejo Tuk, patriarca de los hobbits que vivían al otro lado de Delagua, el riachuelo

que corría al pie de La Colina. Se decía a menudo (en otras familias) que tiempo atrás un antepasado de los Tuk se había casado sin duda con un hada. Eso era, desde luego, absurdo, pero por cierto había todavía algo no del todo hobbit en ellos, y de cuando en cuando miembros del clan Tuk salían a correr aventuras.

Desaparecían con discreción, y la familia echaba tierra sobre el asunto; pero los Tuk no eran tan respetables como los Bolsón, aunque indudablemente más ricos.

Al menos Belladonna Tuk no había tenido ninguna aventura después de convertirse en la señora de Bungo Bolsón. Bungo, el padre de Bilbo, le construyó el agujero—hobbit más lujoso (en parte con el dinero de ella), que pudiera encontrarse bajo La Colina o sobre La Colina o al otro lado de Delagua, y allí se quedaron hasta el fin. No obstante, es probable que Bilbo, hijo único, aunque se parecía y se comportaba exactamente como una segunda edición de su padre, firme y comodón, tuviese alguna rareza de carácter del lado de los Tuk, algo que sólo esperaba una ocasión para salir a la luz. La ocasión no llegó a presentarse nunca, hasta que Bilbo Bolsón fue un adulto que rondaba los cincuenta años y vivía en el hermoso agujero-hobbit que acabo de describiros, y cuando en verdad ya parecía que se había asentado allí para siempre.

Por alguna curiosa coincidencia, una mañana de hace tiempo en la quietud del mundo, cuando había menos ruido y más verdor, y los hobbits eran todavía numerosos y prósperos, y Bilbo Bolsón estaba de pie en la puerta del agujero, después del desayuno, fumando una enorme y larga pipa de madera que casi le llegaba a los dedos lanudos de los pies (bien cepillados), Gandalf apareció de pronto. ¡Gandalf! Si sólo hubieseis oído un cuarto de lo que yo he oído de él, y he oído sólo muy poco de todo lo que hay que oír, estaríais preparados para cualquier especie de cuento notable— Cuentos y aventuras brotaban por donde quiera que pasara, de la forma más extraordinaria. No había bajado a aquel camina al pie de La Colina desde hacía años y años, desde la muerte de su amigo el Viejo Tuk, y los hobbits casi habían olvidado cómo era. Había estado lejos, más allá de La Colina y del otro lado de Delagua por asuntos particulares, desde el tiempo en que todos ellos eran pequeños niños hobbits y niñas hobbits.

Todo lo que el confiado Bilbo vio aquella mañana fue un anciano con un bastón. Tenía un sombrero azul, alto y puntiagudo, una larga capa gris, una bufanda de plata sobre la que colgaba una barba larga y blanca hasta más abajo de la cintura, y botas negras.

—¡Buenos días! — dijo Bilbo, y esto era exactamente lo que quería decir. El sol brillaba y la hierba estaba muy verde. Pero Gandalf lo miró desde debajo de las cejas largas y espesas, más sobresalientes que el ala del sombrero, que le ensombrecía la cara.

—¿Qué quieres decir? — pregunto — ¿Me deseas un buen día, o quieres decir que es un buen día, lo quiera yo o no; o que hoy te sientes bien; o que es un día en que conviene ser bueno? —Todo eso a la vez —dijo Bilbo—. Y un día estupendo para una pipa de tabaco a la puerta de casa, además. ¡Si lleváis una pipa encima, sentaos y tomad un poco de mi tabaco! ¡No hay prisa, tenemos todo el día por delante! —entonces Bilbo se sentó en una silla junto a la puerta, cruzo

las piernas, y lanzó un hermoso anillo de humo gris que navegó en el aire sin romperse, y se alejó flotando sobre La Colina.

—¡Muy bonito! —dijo Gandalf— Pero esta mañana no tengo tiempo para anillos de humo. Busco a alguien con quien compartir una aventura que estoy planeando, y es difícil dar con él.

—Pienso lo mismo... En estos lugares somos gente sencilla y tranquila y no estamos acostumbrados a las aventuras. ¡Cosas desagradables, molestas e incómodas que retrasan la cena! No me explico por qué atraen a la gente —dijo nuestro señor Bolsón, y metiendo un pulgar detrás del tirante lanzó otro anillo de humo más grande aun. Luego sacó el correo matutino y se puso a leer, fingiendo ignorar al viejo, Pero el viejo no se movió. Permaneció apoyado en el bastón observando al hobbit sin decir nada, hasta que Bilbo se sintió bastante incómodo y aun un poco enfadado.

—¡Buenos días! —dijo al fin—. ¡No queremos aventuras aquí, gracias! ¿Por qué no probáis más allá de La Colina o al otro lado de Delagua? —Con esto daba a entender que la conversación había terminado.

—¡Para cuántas cosas empleas el Buenas días!, —dijo Gandalf—. Ahora quieres decir que intentas deshacerte de mí y que no serán buenos hasta que me vaya.

—¡De ningún modo, de ningún modo, mi querido señor!—. Veamos, no creo conocer vuestro nombre...

—¡Sí, sí, mi querido señor, y yo sí que conozco tu nombre, señor Bilbo Bolsón! Y tú también sabes el mío, aunque no me unas a él. ¡Yo soy Gandalf, y Gandalf soy yo! ¡Quién iba a pensar que un hijo de Belladonna Tuk me daría los buenos días como si yo fuese vendiendo botones de puerta en puerta!

—¡Gandalf Gandalf! ¡Válgame el cielo! ¿No sois vos el mago errante que dio al Viejo Tuk un par de botones mágicos de diamante que se abrochaban solos y no se desabrochaban hasta que les dabas una orden? ¿No sois vos quien contaba en las reuniones aquellas historias maravillosas de dragones y trasgos y gigantes y rescates de princesas y la inesperada fortuna de los hijos de madre viuda? ¿No el hombre que acostumbraba a fabricar aquellos fuegos de artificio tan excelentes? ¡Los recuerdo! El Viejo Tuk los preparaba en los solsticios de verano. ¡Espléndidos! Subían como grandes lirios, cabezas de dragón y árboles de fuego que quedaban suspendidos en el aire durante todo el crepúsculo. —Ya os habréis dado cuenta de que el señor Bolsón no era tan prosaico como él mismo creía, y también de que era muy aficionado a las flores. —¡Diantre! —continuó—. ¿No sois vos el Gandalf responsable de que tantos y tantos jóvenes apacibles partiesen hacia el Azul en busca de locas aventuras? Cualquier cosa desde trepar árboles a visitar elfos... o zarpar en barcos, ¡y navegar hacia otras costas! ¡Caramba!, la vida era bastante apacible entonces Quiero decir, en un tiempo tuvisteis la costumbre de perturbarlo todo en estos sitios. Os pido perdón, pero no tenía ni idea de que todavía estuviéseis en actividad.

—¿Dónde si no iba a estar? —dijo el mago—. De cualquier modo me complace descubrir que aún recuerdas algo de mí. Al menos, parece que recuerdas con

cariño mis fuegos artificiales, y eso es reconfortante. Y en verdad, por la memoria de tu viejo abuelo Tuk y por la memoria de la pobre Belladonna, te concederé lo que has pedido.

—Perdón, ¡yo no he pedido nada!

—¡Sí, sí, lo has hecho! Dos veces ya. Mi perdón. Te lo doy. De hecho iré tan lejos como para embarcarte en esa aventura. Muy divertida para mi, muy buena para ti... y quizá también muy provechosa, si sales de ella sano y salvo.

—¡Disculpad! No quiero ninguna aventura, gracias, Hoy no. ¡Buenos días! Pero venid a tomar el té... ¡cuando gustéis! ¿Por qué no mañana? ¡Sí, venid mañana! ¡Adiós! —Con esto el hobbit retrocedió escabulléndose por la redonda puerta verde, y la cerró lo más rápido que pudo sin llegar a parecer grosero. Al fin y al cabo, un mago es un mago.

"¡Para qué diablos lo habré invitado al té!" se dijo Bilbo cuando iba hacia la despensa. Acababa de desayunar hacia muy poco, pero pensó que un pastelillo o dos y un trago de algo le sentarían bien después del sobresalto.

Gandalf, mientras tanto, seguía a la puerta, riéndose larga y apaciblemente. Al cabo de un rato subió, y con la punta del bastón dibujó un signo extraño en la hermosa puerta verde del hobbit. Luego se alejó a grandes zancadas, justo en el momento en que Bilbo ya estaba terminando el segundo pastel y empezando a pensar que había conseguido librarse al fin de cualquier posible aventura.

Al día siguiente casi se había olvidado de Gandalf. No recordaba muy bien las cosas, a menos que las escribiese en la Libreta de Compromisos; de este modo:

Gandalf Té Miércoles. El día anterior había estado demasiado aturdido como para ponerse a anotar.

Un momento antes de la hora del té se oyó un tremendo campanillazo en la puerta principal, ¡y entonces se acordó! Se apresuró y puso la marmita, sacó otra taza y un platillo y un pastel o dos más, y corrió a la puerta.

—¡Siento de veras haberle hecho esperar! —iba a decir, cuando vio que en realidad no era Gandalf. Era un enano de barba azul, recogida en un cinturón dorado, y ojos muy brillantes bajo el capuchón verde oscuro. Tan pronto como la puerta se abrió, entró deprisa como si le estuviesen esperando.

Colgó la capa encapuchada en la percha más cercana, y —¡Dwalin a vuestro servicio! —dijo saludando con una reverencia.

—¡Bilbo Bolsón al vuestro! —dijo el hobbit, demasiado sorprendido como para hacer cualquier pregunta por el momento. Cuando el silencio que siguió empezó a hacerse incómodo, añadió—: Estoy a punto de tomar el té; por favor acercaos y tomad algo conmigo. —Un tanto tieso, tal vez, pero habló con amabilidad. ¿Y qué haríais Vosotros, si un enano llegara de súbito y colgara sus cosas en vuestro vestíbulo sin dar explicaciones?

Llevaban apenas un rato a la mesa, en verdad estaban empezando el tercer pastelillo, cuando resonó otro campanillazo todavía más estridente.

—¡Disculpad! —dijo el hobbit, y fue hacia la puerta.

—¡Así que al fin habéis venido! —Esto era lo que iba a decirle ahora a Gandalf. Pero no era Gandalf. En cambio vio en el umbral un enano que parecía muy viejo, de barba blanca y capuchón escarlata, y éste también entró de un salto tan pronto como la puerta se abrió, como si fuera un invitado.

—Veo que ya han empezado a llegar —dijo cuando vio en la percha el capuchón verde de Dwalin. Colocó el suyo rojo junto al otro y —¡Balin a vuestro servicio! —dijo con la mano en el pecho.

—¡Gracias! —dijo Bilbo casi sin voz. No era la respuesta más apropiada, pero el han empezado a llegar lo había dejado perplejo. Le gustaban las visitas, aunque prefería conocerlas antes de que llegasen, e invitarlas él mismo. Tenía el terrible presentimiento de que los pasteles no serían suficientes, y como conocía las obligaciones de un anfitrión y las cumplía con puntualidad aunque le parecieran penosas, quizá él se quedara sin ninguno.

—¡Entre, y sírvase una taza de té! —consiguió decir luego de tomar aliento.

—Un poco de cerveza me iría mejor, si a vos no os importa, mi buen señor —dijo Balin, el de la barba blanca— Pero no me incomodaría un pastelillo, un pastelillo de semillas, si tenéis alguno.

—¡Muchos! —se encontró Bilbo respondiendo, sorprendido, y se encontró, también, corriendo a la bodega para echar en una jarra una pinta de cerveza, y después a la despensa a recoger dos sabrosos pastelillos de semillas que había hecho esa tarde para el refrigerio de después de la cena.

Cuando regresó, Balin y Dwalin estaban charlando a la mesa como viejos amigos (en realidad eran hermanos). Bilbo depositó la cerveza y el pastel delante de ellos, cuando de nuevo se oyó un fuerte campanillazo, y después otro.

"¡Gandalf de seguro esta vez!" pensó mientras resoplaba por el pasillo. Pero no; eran dos enanos más, ambos con capuchones azules, cinturones de plata y barbas amarillas; y cada uno de ellos llevaba una bolsa de herramientas y una pala. Saltaron adentro, tan pronto la puerta empezó a abrirse. Bilbo ya apenas se sorprendió.

—¿En qué puedo yo servirlos, mis queridos enanos? —dijo.

—¡Kili a vuestro servicio! —dijo uno—. ¡Y Fili! —añadió el otro; y ambos se sacaron a toda prisa los capuchones azules e hicieron una reverencia.

—¡Al vuestro y al de vuestra familia! —replicó Bilbo, recordando esta vez sus buenos modales.

—Veo que Dwalin y Balin están ya aquí —dijo Kili— ¡Unámonos al tropel!

"¡Tropel!" pensó el señor Bolsón. "No me gusta el sonido de esa palabra. Necesito sentarme un minuto y recapacitar, y echar un trago. "Sólo había alcanzado a mojarse los labios, en un rincón, mientras los cuatro enanos se sentaban en torno a la mesa, y charlaban sobre minas y oro y problemas con los trasgos, y las depredaciones de los dragones, y un montón de otras cosas que él no entendía, y

no quería entender, pues parecían demasiado aventureras, cuando, din—don—dan, la campana sonó de nuevo, como si algún travieso niño hobbit intentase arrancar el llamador.

—¡Alguien más a la puerta! —dijo, parpadeando.

—Por el sonido yo diría que unos cuatro —dijo Fíli—. Además, los vimos venir detrás de nosotros a lo lejos.

El pobrecito hobbit se sentó en el vestíbulo y apoyando la cabeza en las manos, se preguntó qué había pasado, y qué pasaría ahora, y si todos se quedarían a cenar. En ese momento la campana sonó de nuevo más fuerte que nunca, y tuvo que correr hacia la puerta. Y no eran cuatro, sino cinco. Otro enano se les había acercado mientras él seguía en el vestíbulo preguntándose qué ocurría. Apenas habíagirado la manija y ya todos estaban dentro, haciendo reverencias y diciendo uno tras otro "a vuestro servicio". Dori, Nori, Ori, Óin, y Glóin eran sus nombres, y al momento dos capuchones de color púrpura, uno gris, uno castaño y uno blanco, colgaban de las perchas, y allá fueron los enanos con las manos anchas metidas en los cinturones de oro y plata a reunirse con los otros. Ya casi eran un tropel. Unos pedían cerveza del país, otros cerveza negra, uno café, y todos ellos pastelillos; así que tuvieron al hobbit muy ocupado durante un rato.

Una gran cafetera había sido puesta a la lumbre, los pastelillos de semillas ya se habían acabado, y los enanos empezaban una ronda de bollos con mantequilla, cuando de pronto... un fuerte golpe. No un campanillazo, sino un fuerte toc—toc en la preciosa puerta verde del hobbit. ¡Alguien estaba llamando a bastonazos!

Bilbo corrió por el pasillo, muy enfadado, y por completo atribulado y compungido; éste era el miércoles más desagradable que pudiera recordar. Abrió la puerta de un bandazo, y todos rodaron dentro, uno sobre otro. Más enanos, ¡cuatro más! Y detrás Gandalf, apoyado en su vara y riendo. Había hecho una muesca bastante grande en la hermosa puerta; por cierto, también había borrado la marca secreta que pusiera allí la mañana anterior.

—¡Tranquilidad, tranquilidad! —dijo—. ¡No es propio de ti, Bilbo, tener a los amigos esperando en el felpudo y luego abrir la puerta de sopetón! ¡Déjame presentarte a Bifur, Bofur, Bombur, y sobre todo a Thorin!

—¡A vuestro servicio! —dijeron Bifur, Bofur y Bombur los tres en hilera. En seguida colgaron dos capuchones amarillos y uno verde pálido; y también uno celeste con una gran borla de plata. Este último pertenecía a Thorin, un enorme e importante enano, de hecho nada más y nada menos que el propio Thorin Escudo de Roble, a quien no le gustó nada caer de bruces sobre el felpudo de Bilbo con Bifur, Bofur y Bombur sobre él. Ante todo, Bombur era enormemente gordo y pesado. Thorin era muy arrogante, y no dijo nada sobre servicio; pero el pobre señor Bolsón le repitió tantas veces que lo sentía, que el enano gruñó al fin: —Le ruego no lo mencione más — y dejó de fruncir el ceño.

—¡Vaya, ya estamos todos aquí! —dijo Gandalf, mirando la hilera de trece capuchones, una muy vistosa colección de capuchones, y su propio sombrero colgados en las perchas—. ¡Qué alegre reunión! ¡Espero que quede algo de

comer y beber para los rezagados! ¿Qué es eso? ¡Té! ¡No, gracias! Para mí un poco de vino tinto.

—Y también yo —dijo Thorin.

—Y mermelada de frambuesa y tarta de manzana—dijo Bifur.

—Y pastelillos de carne y queso —dijo Bofur.

—Y pastel de carne de cerdo y también ensalada—dijo Bombur.

—Y más pasteles, y cerveza, y café, si no os importa—gritaron los otros enanos al otro lado de la puerta.

—Prepara unos pocos huevos. ¡Qué gran amigo!—gritó Gandalf mientras el hobbit corría a las despensas. ¡Y saca el pollo frío y unos encurtidos!

"¡Parece conocer el interior de mi despensa tanto como yo!" pensó el señor Bolsón, que se sentía del todo desconcertado y empezaba a preguntarse si la más lamentable aventura no había ido a caer justo a su propia casa. Cuando terminó de apilar las botellas y los platos y los cuchillos y los tenedores y los vasos y las fuentes y las cucharas y demás cosas en grandes bandejas, estaba acalorado, rojo como la grana y muy fastidiado.

—¡Malditos y condenados enanos! —dijo en voz alta— ¿Por qué no vienen y me echan una mano?—Y he aquí que allí estaban Balin y Dwalin en la puerta de la cocina, y Fíli y Kili tras ellos, y antes de que pudiese decir cuchillo, ya se habían llevado a toda prisa las bandejas y un par de mesas pequeñas al salón, y allí colocaron todo otra vez.

Gandalf se puso a la cabecera, con los trece enanos alrededor, y Bilbo se sentó en un taburete junto al fuego, mordisqueando una galleta (había perdido el apetito) e intentando aparentar que todo era normal y de ningún modo una aventura. Los enanos comieron y comieron, charlaron y charlaron, y el tiempo pasó. Por último echaron atrás las sillas, y Bilbo se puso en movimiento, recogiendo platos y vasos.

—Supongo que os quedaréis todos a cenar —dijo en uno de sus más educados y reposados tonos.

—¡Claro que sí! —dijo Thorin— y después también. No nos meteremos en el asunto hasta más tarde, y antes podemos hacer un poco de música. ¡Ahora a levantar las mesas!

En seguida los doce enanos —no Thorin, él era demasiado importante, y se quedó charlando con Gandalf— se incorporaron de un salto, e hicieron enormes pilas con todas las cosas. Allá se fueron, sin esperar por las bandejas, llevando en equilibrio en una mano las columnas de platos, cada una de ellas con una botella encima, mientras el hobbit corría detrás casi dando chillidos de miedo: —¡Por favor, cuidado! —y— ¡Por favor, no se molesten! Yo me las arreglo —. Pero los enanos no le hicieron caso y se pusieron a cantar:

¡Desportillad los vasos y destrozad los platos!

¡Embotad los cuchillos, doblad los tenedores!

¡Esto es lo que Bilbo Bolsón detesta tanto!
¡Estrellad las botellas y quemad los tapones!

¡Desgarrad el mantel, pisotead la manteca,
y derramad la leche en la despensa!
¡Echad los huesos en la alfombra del cuarto!
¡Salpicad de vino todas las puertas!

¡Vaciad los cacharros en un caldero hirviente;
hacedlos trizas, a barrotazos;
y cuando terminéis, si aún algo queda entero,
echadlo a rodar pasillo abajo!

¡Esto es lo que Bilbo Bolsón detesta tanto!
¡De modo que cuidado! ¡Cuidado con los platos!

Y desde luego no hicieron ninguna de estas cosas terribles, y todo se limpió y se guardó a la velocidad del rayo, mientras el hobbit daba vueltas y más vueltas en medio de la cocina intentando ver qué hacían. Al fin regresaron, y encontraron a Thorin con los pies en el guardafuego fumándose una pipa. Estaba haciendo unos enormes anillos de humo, y dondequiera que le dijera a uno que fuese, allí iba —chimenea arriba, o detrás del reloj sobre la repisa, o bajo la mesa, o girando y girando en el techo—, pero dondequiera que fuesen no eran bastante rápidos para escapar a Gandalf. ¡Pop! De la pipa de barro de Gandalf subía en seguida un anillo más pequeño que atravesaba el último anillo de Thorin. Luego el anillo de Gandalf tomaba un color verde, y bajaba a flotar sobre la cabeza del mago. Tenía ya toda una nube alrededor, y a la luz indistinta parecía una figura extraña y fantasmagórica. Bilbo permanecía inmóvil y observaba —le encantaban los anillos de humo— y se sonrojó al recordar qué orgulloso había estado de los anillos que en la mañana anterior lanzara al viento sobre La Colina.

—¡Ahora un poco de música! —dijo Thorin—. ¡Sacad los instrumentos!

Kili y Fili se apresuraron a buscar las bolsas y trajeron unos pequeños violines; Dori, Nori y Ori sacaron unas flautas de algún bolsillo de los capotes; Bombur tamborileó desde el vestíbulo; Bifur y Bofur salieron también, y volvieron con unos clarinetes que habían dejado entre los bastones. Dwalin y Balin dijeron:

—¡Disculpadme, dejé el mío en el porche! —Y Thorin dijo: —¡Trae el mío también!
—Regresaron con unas violas tan grandes como ellos mismos, y con el arpa de Thorin envuelta en una tela verde. Era una hermosa arpa dorada, y cuando Thorin

la rasgó, los otros enanos empezaron juntos a tocar una música, tan súbita y dulcemente que Bilbo olvidó todo lo demás, y fue transportado a unas tierras distantes y oscuras, bajo lunas extrañas, lejos de Delagua y muy lejos del agujero—hobbit bajo La Colina.

La oscuridad penetró en la habitación por el ventanuco que se abría en la ladera de La Colina; el fuego parpadeaba —era abril— y aún seguían tocando, mientras la sombra de la barba de Gandalf danzaba contra la pared.

La oscuridad invadió toda la habitación, y el fuego se extinguió y las sombras se borraron; y todavía seguían tocando. Y de pronto, uno primero y luego otro, mientras tocaban, entonaron el canto grave que antaño cantaran los enanos, en lo más hondo de las viejas moradas, y estas líneas son como un fragmento de esa canción, aunque no hay comparación posible sin la música.

Más allá de las frías y brumosas montañas,
a mazmorras profundas y cavernas antiguas,
en busca del metal amarillo encantado,
hemos de ir, antes que el día nazca.

Los enanos echaban hechizos poderosos
mientras las mazas tañían como campanas,
en simas donde duermen criaturas sombrías,
en salas huecas bajo las montañas.

Para el antiguo rey y el señor de los Elfos
los enanos labraban martilleando
un tesoro dorado, y la luz atrapaban
y en gemas la escondían en la espada.

En collares de plata ponían y engarzaban
estrellas florecientes, el fuego del dragón
colgaban en coronas, en metal retorcido
entretejían la luz de la luna y del sol.

Más allá de las frías y brumosas montañas,
a mazmorras profundas y cavernas antiguas

a reclamar el oro hace tiempo olvidado,
hemos de ir, antes que el día nazca.

Allí para ellos mismos labraban las vasijas
y las arpas de oro; pasaban mucho tiempo
donde otros no cavaban; y allí muchas canciones
cantaron que los hombres o los Elfos no oyeron.

Los vientos ululaban en medio de la noche,
y los pinos rugían en la cima.
El fuego era rojo, y llameaba extendiéndose,
los árboles como antorchas de luz resplandecían.

Las campanas tocaban en el valle,
y hombres de cara pálida observaban el cielo,
la ira del dragón, más violenta que el fuego,
derribaba las torres y las casas.

La montaña humeaba a la luz de la luna;
los enanos oyeron los pasos del destino,
huyeron y cayeron y fueron a morir
a los pies del palacio, a la luz de la luna.

Más allá de las hoscas y brumosas montañas,
a mazmorras profundas y cavernas antiguas
a quitarle nuestro oro y las arpas,
¡hemos de ir, antes que el día nazca!

Mientras cantaban, el hobbit sintió dentro de él el amor de las cosas hermosas hechas a mano con ingenio y magia; un amor fiero y celoso, el deseo de los corazones de los enanos. Entonces algo de los Tuk renació en él: deseó salir y ver las montañas enormes, y oír los pinos y las cascadas, y explorar las cavernas, y llevar una espada en vez de un bastón. Miró por la ventana. Las estrellas asomaban fuera en el cielo oscuro, sobre los árboles. Pensó en las joyas de los

enanos que brillaban en las cavernas tenebrosas. De repente, en el bosque de más allá de Delagua se alzó un fuego, —quizá alguien encendía una hoguera— y pensó en dragones devastadores que invadían la pacífica Colina envolviendo todo en llamas. Se estremeció; y en seguida volvió a ser el sencillo señor Bolsón, de Bolsón Cerrado, Sotomonte otra vez.

Se incorporó temblando. Tenía muy pocas ganas de traer la lámpara, y apenas un poco más de pretender que iba a buscarla y marcharse y esconderse luego en la bodega detrás de los barriles de cerveza y no salir más hasta que los enanos se fueran. De pronto advirtió que la música y el canto habían cesado y que todos lo miraban con ojos brillantes en la oscuridad.

—¿Adónde vas? —le preguntó Thorin, en un tono que parecía querer mostrar que adivinaba los pensamientos contradictorios del hobbit.

—¿Qué os parece un poco de luz? —dijo Bilbo disculpándose.

—Nos gusta la oscuridad —dijeron todos los enanos—. ¡Oscuridad para asuntos oscuros! Faltan aún muchas horas hasta el alba.

—¡Por supuesto! —dijo Bilbo, y volvió a sentarse a toda prisa. No le acertó al taburete y se sentó en cambio en el guardafuegos, derribando con estrépito el atizador y la pala.

—¡Silencio! —dijo Gandalf—. ¡Que hable Thorin! —Y así fue como Thorin empezó.

—¡Gandalf, enanos y señor Bolsón! Nos hemos reunido en casa de nuestro amigo y compañero conspirador, este hobbit de lo más excelente y audaz. ¡Que nunca se le caiga el pelo de los pies! ¡Toda nuestra alabanza al vino y la cerveza de la región! —Se detuvo a tomar un respiro y a esperar una cortés observación del hobbit, pero al pobre Bilbo se le habían agotado las cortesías, y movía la boca tratando de protestar porque lo habían llamado audaz, y peor que eso, compañero conspirador aunque no emitió ningún sonido; se sentía de veras estupefacto. De modo que Thorin continuó:

—Nos hemos reunido aquí para discutir nuestros planes, medios, política y recursos. Empezaremos ese largo viaje poco antes que rompa el día, un viaje que para algunos de nosotros, o quizá para todos (excepto para nuestro amigo y consejero, el ingenioso mago Gandalf) quizá sea un viaje sin retorno. Este es un momento solemne. Nuestro objetivo, supongo, todos lo conocemos bien. Para el estimable señor Bolsón, y quizá para uno o dos de los enanos más jóvenes (creo que acertaría si nombrara a Kili y a Fíli, por. Ejemplo), la situación exacta y actual podría necesitar de una breve explicación...

Esté era el estilo de Thorin. Era un enano importante. Si se lo hubieran permitido, quizá habría seguido así hasta quedarse sin aliento, sin dejar de decir a cada uno algo ya sabido. Pero lo interrumpieron de mal modo. El pobre Bilbo no pudo soportarlo más. Cuando oyó quizá sea un viaje sin retorno empezó a sentir que un chillido le subía desde dentro, y muy pronto estalló como el silbido de una locomotora a la salida de un túnel. Todos los enanos se pusieron en pie de un salto derribando la mesa. Gandalf golpeó el extremo de la vara mágica que emitió una luz azul, y en el resplandor se pudo ver al pobre hobbit de rodillas sobre la

alfombra junto al hogar, temblando como una gelatina que se derrite. En seguida cayó de bruces al suelo, y se puso a gritar: —¡Alcanzado por un rayo, alcanzado por un rayo! —una y otra vez, y eso fue todo lo que pudieron sacarle durante largo tiempo. Así que lo levantaron y lo tumbaron en un sofá de la sala, con un trago a mano, y volvieron a sus oscuros asuntos.

—Excitable el compañerito —dijo Gandalf, mientras se sentaban de nuevo—. Tiene extraños y graciosos ataques, pero es uno de los mejores: tan fiero como un dragón en apuros.

Si habéis visto alguna vez un dragón en apuros, comprenderéis que esto sólo podía ser una exageración poética aplicada a cualquier, hobbit, aun a Toro Bramador, el tío bisabuelo del Viejo Tuk, tan enorme (como hobbit) que hasta podía montar a caballo. En la batalla de los Campos Verdes había cargado contra las filas de trasgos del Monte Gram, y blandiendo una porra de madera le arrancó de cuajo la cabeza al rey Golfimbul. La cabeza salió disparada unas cien yardas por el aire y fue a dar a la madriguera de un conejo, y de esta forma, y a la vez, se ganó la batalla y se inventó el juego de golf.

Mientras tanto, sin embargo, el más gentil descendiente de Toro Bramador volvía a la vida en la sala de estar. Al cabo de un rato y luego de un trago se arrastró nervioso hacia la puerta. Esto fue lo que oyó; hablaba Glóin: —¡Hum! —o un bufido semejante—. ¿Creéis que servirá? Está muy bien que Gandalf diga que este hobbit es fiero, pero un chillido como ése en un momento de excitación bastaría para despertar al dragón y al resto de la parentela, y matamos a todos. ¡Creo que sonaba más a miedo que a excitación! En verdad, si no fuese por la señal en la puerta, juraría que habíamos venido a una casa equivocada. Tan pronto como eché una ojeada a ese pequeñajo que se sacudía y resoplaba sobre el felpudo, tuve mis dudas. ¡Más parece un tendero que un saqueador!

En ese momento el señor Bolsón abrió la puerta y entró. La vena Tuk había ganado. De pronto sintió que si se quedaba sin cama ni desayuno podría parecer realmente fiero. En cuanto al pequeñajo que se sacudía sobre el felpudo casi le hizo perder la cabeza. Más tarde, y a menudo, la parte Bolsón se lamentaría de lo que hizo entonces, y se diría: —Bilbo, fuiste un tonto; te decidiste a entrar y metiste la pata.

—Perdonadme —dijo—, si por casualidad he oído lo que estabais diciendo. No pretendo entender lo que habláis, ni esa referencia a saqueadores, pero no creo equivocarme si digo que sospecháis que no sirvo —esto es lo que él llamaba no perder la dignidad—. Lo demostraré. No hay señal alguna en mi puerta, se pintó la semana anterior, y estoy seguro de que habéis venido a la casa equivocada. Desde el momento en que vi vuestras extrañas caras en el umbral tuve mis dudas. Pero considerad que es la casa correcta. Decidme lo que queréis que haga y lo intentaré, aunque tuviera que ir desde aquí hasta el Este del Este y luchar con los hombres gusanos del Ultimo Desierto. Tuve, una vez, un tío architatarabuelo, Toro Bramador Tuk, y...

—Sí, sí, pero eso fue hace mucho —dijo Glóin— Estaba hablando de vos. Y os aseguro que hay una marca en esta puerta: la normal en el negocio, o la que

hasta hace poco era normal. Saqueador nocturno busca un buen trabajo, con mucha Excitación y Remuneración razonable, así es como todo el mundo la entiende. Podéis decir Buscador Experto de Tesoros en vez de saqueador si lo preferís. Algunos lo hacen. Para nosotros es lo mismo. Gandalf nos dijo que había un hombre de esas características por estos lugares, que buscaba un trabajo inmediato, y que habían concertado una cita este miércoles, aquí y a la hora del té.

—Claro que hay una marca —dijo Gandalf—. La puse yo mismo. Por muy buenas razones. Me pedisteis que encontrara al hombre catorceavo para vuestra expedición, y elegí al señor Bilbo. Basta que alguien diga que elegí al hombre o la casa equivocada y podéis quedaros en trece y tener toda la mala suerte que queráis, o volver a picar carbón.

Clavó la mirada con tal ira en Glóin que el enano se acurrucó en la silla; y cuando Bilbo intentó abrir la boca para hacer una pregunta, se volvió hacia él con el ceño fruncido, adelantando las cejas espesas, hasta que el hobbit cerró la boca de golpe. —Está bien —dijo Gandalf—. No discutamos más. He elegido al señor Bolsón y eso tendría que bastar a todos. Si digo que es un saqueador nocturno, lo es de veras, o lo será llegado el momento. Hay mucho más en él de lo que imagináis y mucho más de lo que él mismo se imagina. Tal vez (posiblemente) aun viváis todos para agradecérmelo. Ahora Bilbo, muchacho, ¡vete a buscar la lámpara y pongamos un poco de luz a todo esto!

Sobre la mesa, a la luz de una gran lámpara de pantalla roja, Gandalf extendió un trozo de pergamino bastante parecido a un mapa *.

—Esto lo hizo Thrór, tu abuelo, Thorin —dijo respondiendo a las excitadas preguntas de los enanos— Es un plano de la Montaña.

—No creo que nos sea de gran ayuda —dijo Thorin desilusionado, tras echar un vistazo—. Recuerdo la Montaña muy bien, así como las tierras que hay por allí. Y sé dónde está el Bosque Negro, y el Brezal Marchito, donde se crían los grandes dragones.

—Hay un dragón señalado en rojo sobre la Montana

—dijo Balin—, pero será bastante fácil encontrarlo sin eso, si alguna vez llegamos allí.

—Hay también un punto que no habéis advertido

—dijo el mago—, y es la entrada secreta ¿Veis esa runa en el lado oeste, y la mano que apunta hacia ella desde las otras runas? Eso indica un pasadizo oculto a los Salones

Inferiores. —Mirad el mapa al principio de este libro, y allí veréis las runas.

—Puede que en otra época fuese secreto —dijo Thorin—, pero ¿cómo sabremos si todavía lo es? El Viejo Smaug ha vivido allí mucho tiempo y ha de conocer bien esas cuevas.

—Tal ver... pero no pudo haberlo utilizado desde hace años y años.

—¿Por qué?

—Porque es demasiado pequeño. Cinco pies de altura y tres pasan con holgura, dicen las runas, pero Smaug no podría arrastrarse por un agujero de ese tamaño, ni siquiera cuando era un dragón joven, y menos después de haber devorado tantos enanos y hombres de Valle.

—Pues a mí me parece un agujero bastante grande— chilló Bilbo que nada sabía de dragones, y en cuanto a agujeros sólo conocía los de los hobbits. Se sentía otra vez excitado e interesado, y olvidó mantener la boca cerrada. Le encantaban los mapas, y en el vestíbulo colgaba uno enorme del País Redondo con todos sus caminos favoritos marcados en tinta roja—, ¿Cómo una puerta tan grande pudo haber sido un secreto para todo el mundo, aun sin contar al dragón? —preguntó. Recordad que era sólo un pequeño hobbit.

—De muchos modos —dijo Gandalf—. Pero cómo ha quedado oculta, no lo sabremos sin antes ir a mirar. Por lo que dice el mapa me imagino que hay una puerta cerrada que no se distingue del resto de la ladera. El método común entre los enanos, ¿no es cierto?

—Muy cierto —dijo Thorin.

—Además —prosiguió Gandalf—, olvidé mencionar que con el mapa venía una llave, una llave pequeña y rara. ¡Hela aquí! —dijo, y dio a Thorin una llave de plata, larga, de dientes intrincados—. ¡Guárdala bien!

—Así lo haré —dijo Thorin, y la enganchó en una cadenilla que le colgaba del cuello bajo la chaqueta—. Ahora las cosas parecen más prometedoras. Estas noticias les dan mejor aspecto. Hasta hoy no teníamos una idea demasiado clara de lo que podíamos hacer. Pensábamos marchar hacia el Este en silencio y con toda la cautela posible, hasta llegar a Lago Largo. Las dificultades empezarán después...

—Mucho antes, si algo sé de los caminos del Este—interrumpió Gandalf.

—Podríamos subir desde allí bordeando el Río Rápido —dijo Thorin sin prestar atención—, y luego hasta las ruinas de Valle, la vieja ciudad a la sombra de la Montaña. Pero a ninguno nos gustaba mucho la idea de la Puerta Principal. El río sale justo ahí atravesando el gran risco al sur de la Montaña, y de ahí sale también el dragón, muy a menudo desde hace tiempo, a menos que haya cambiado de costumbres.

—Eso no sería bueno —dijo el mago—, no sin un guerrero poderoso, o aun un héroe. Intenté conseguir uno; pero los guerreros están todos ocupados luchando entre ellos en tierras lejanas, y en esta vecindad los héroes son escasos, o al menos no se los encuentra. Las espadas están aquí casi todas embotadas, las hachas se utilizan para cortar árboles y los escudos como cunas o cubrefuentes; y para comodidad de todos, los dragones están muy lejos (y de ahí que sean legendarios). Por este motivo me dediqué a merodear de noche, sobre todo desde que recordé la existencia de una puerta lateral. Y aquí tenemos a nuestro pequeño Bilbo Bolsón, el saqueador, electo y selecto. Así que continuemos y hagamos planes.

—Muy bien —dijo Thorin—, supongamos entonces que el experto mismo nos da alguna idea o sugerencia. —Se volvió con una cortesía burlona hacia Bilbo.

—En primer lugar me gustaría saber un poco más del asunto —dijo Bilbo sintiéndose confuso y un poco agitado por dentro, pero bastante Tuk todavía y decidido a seguir adelante— Me refiero al oro y al dragón, y todo eso, y cómo llegar allí y a quién pertenece, etcétera, etcétera.

—¡Bendita sea! —dijo Thorin—, ¿no tienes un mapa? ¿Y no has oído nuestro canto? ¿Y acaso no hemos estado hablando de esto durante horas?

—Aun así, me gustaría saberlo todo clara y llanamente —dijo Bilbo con obstinación, adoptando un aire de negocios (por lo común reservado para gente que trataba de pedirle dinero), y tratando por todos los me dios de parecer sabio, prudente, profesional, y estar a la altura de la recomendación de Gandalf— También me gustaría conocer los riesgos, los gastos, el tiempo requerido y la remuneración, etcétera. —Lo que quería decir: "¿Qué sacaré de esto? ¿Y regresaré con vida?".

—Oh, muy bien —dijo Thorin— Hace mucho, en tiempos de mi abuelo Thror, nuestra familia fue expulsada del lejano Norte y vino con todos sus bienes y herramientas a esta Montaña del mapa. La había descubierto mi lejano antepasado, Thrain el Viejo, pero entonces abrieron minas, excavaron túneles y construyeron galerías y talleres más grandes... y creo además que encontraron gran cantidad de oro y también piedras preciosas. De cualquier modo se hicieron inmensamente ricos, y mi abuelo fue de nuevo Rey bajo la Montaña y tratado con gran respeto por los mortales, que vivían al Sur y poco a poco se extendieron río arriba hasta el valle al pie de la Montaña. Allá, en aquellos días, levantaron la alegre ciudad de Valle. Los reyes mandaban buscar a nuestros herreros y recompensar con largueza aun a los menos hábiles. Los padres nos rogaban que tomásemos a sus hijos como aprendices y nos pagaban bien, sobre todo con provisiones, pues nosotros nunca sembrábamos, ni buscábamos comida. Aquellos días sí que eran buenos, y aun el más pobre tenía dinero para gastar y prestar, y ocio para fabricar objetos hermosos sólo por diversión, para no mencionar los más maravillosos juguetes mágicos, que hoy ya no se encuentran en el mundo. Así los salones de mi abuelo se llenaron de armaduras, joyas, grabados y copas, y el mercado de juguetes de Valle fue el asombro de todo el Norte.

"Sin duda eso fue lo que atrajo al dragón. Los dragones, sabéis, roban oro y joyas a hombres, elfos y enanos dondequiera que puedan encontrarlos, y guardan el botín mientras viven (lo que en la práctica es para siempre, a menos que los maten), y ni siquiera disfrutan de un anillo de hojalata. En realidad apenas distinguen una pieza buena de una mala, aunque en general conocen bien el valor que tienen en el mercado; y no son capaces de hacer nada por sí mismos, ni siquiera arreglarse una escamita suelta en la armadura que llevan. Por aquellos días había muchos dragones en el Norte, y es posible que el oro empezara a escasear allá arriba, con enanos que huían al Sur o eran asesinados, y la devastación general y la destrucción que los dragones provocaban y que iba en aumento. Había un gusano que era muy ambicioso, fuerte y malvado, llamado

Smaug. Un día echó a volar y llegó al Sur. Lo primero que oímos fue un ruido como de un huracán que venía del norte, y los pinos en la Montaña crujían y rechinaban con el viento. Algunos de los enanos que en ese momento estábamos fuera (yo era por fortuna uno de ellos, un muchacho apuesto y aventurero en aquellos días, siempre vagando por los alrededores, y eso me salvó entonces), bien, vimos desde bastante lejos al dragón que se posaba en nuestra montaña en un remolino de fuego. Luego bajó por las laderas, y los bosques empezaron a arder. Ya para entonces todas las campanas repicaban en Valle y los guerreros se armaban. Los enanos salieron corriendo por la puerta grande; pero allí estaba el dragón esperándolos. Nadie escapó por ese lado. El río se transformó en vapor y una niebla cayó sobre ellos y acabó con la mayoría de los guerreros: la triste historia de siempre, sólo que en aquellos días era demasiado común. Luego retrocedió, arrastrándose a través de la Puerta Principal, y destrozó todos los salones, aceras, túneles, callejuelas, bodegas, mansiones y pasadizos. Después de eso no quedó enano vivo dentro, y el dragón se apoderó de todas las riquezas.

Quizá, pues es costumbre entre los dragones, haya apilado todo en un gran montón muy adentro y duerma sobre el tesoro utilizándolo como cama. Más tarde empezó a salir de vez en cuando arrastrándose por la puerta grande y llegaba a Valle de noche, y se llevaba gente, especialmente doncellas, para comerlas en la cueva, hasta que Valle quedó arruinada y toda la gente murió o huyó. Lo que pasa allí ahora no lo sé con certeza, pero no creo que nadie viva hoy entre la Montaña y la orilla opuesta del Lago Largo.

Los pocos de nosotros que estábamos fuera, y así nos salvamos, llorábamos a escondidas y maldecíamos a Smaug, y allí nos encontramos inesperadamente con mi padre y mi abuelo, que tenían las barbas chamuscadas. Parecían muy preocupados, pero hablaban muy poco. Cuando les pregunté cómo habían huido me dijeron que callase, que algún día a su debido tiempo ya me enteraría. Luego escapamos, y tuvimos que ganarnos la vida lo mejor que pudimos en todas aquellas tierras, y muy a menudo llegamos a trabajar en herrerías o aun en minas de carbón. Pero nunca olvidamos el tesoro robado. E incluso ahora, en que he de admitir que hemos acumulado alguna riqueza y no estamos tan mal —en este momento Thorin acarició la cadena de oro que le colgaba del cuello— todavía pretendemos recuperarlo y hacer que nuestras maldiciones caigan sobre Smaug... si podemos.

Con frecuencia me pregunté sobre la fuga de mi padre y mi abuelo. Pienso ahora que tenía que haber una puerta lateral secreta que sólo ellos conocían. Pero por lo visto hicieron un mapa, y me gustaría saber cómo Gandalf se apoderó de él, y por qué no llegó a mí, el legítimo heredero.

—Yo no me apoderé de él, me lo dieron —dijo el mago—. Quizá recuerdes que tu abuelo Thrór fue asesinado en las minas de Moria por Azog el Trasgo,

—Maldito sea su nombre, sí —dijo Thorin.

—Y Thrain, tu padre, se marchó un veintiuno de abril, se cumplieron cien años el jueves pasado; y desde entonces nunca se lo ha vuelto a ver...

—Cierto, cierto —dijo Thorin.

—Bien, tu padre me dio esto para que te lo diera; y si elegí el momento y el modo de entregarlo, no puedes culparme, teniendo en cuenta las dificultades que tuve para dar contigo. Tu padre no recordaba ni su propio nombre cuando me pasó el papel, y nunca me dijo el tuyo; de modo que en última instancia tendrías que alabarme y agradecermelo. Toma, aquí está —dijo entregando el mapa a Thorin.

—No lo entiendo —dijo Thorin, y Bilbo sintió que le gustaría decir lo mismo. La explicación no parecía explicar nada.

—Tu abuelo —dijo el mago pausada y seriamente— le dio el mapa a su hijo para mayor seguridad antes de marcharse a las minas de Moria. Cuando mataron a tu abuelo, tu padre salió a probar fortuna con el mapa; y tuvo muchas desagradables aventuras, pero nunca se acercó a la Montaña. Cómo llegó allí, no lo sé, pero lo encontré prisionero en las mazmorras del Nigromante.

—¿Qué demonios estabas haciendo allí? —preguntó Thorin con un escalofrío, y todos los enanos se estremecieron.

—No te importa. Estaba averiguando cosas, como siempre; y resultó ser un asunto sórdido y peligroso. Hasta yo, Gandalf, apenas conseguí escapar. Intenté salvar a tu padre, pero o era demasiado tarde. Había perdido el juicio e iba de un lado para otro, y había olvidado casi todo excepto el mapa y la llave.

—Hace tiempo que dimos su merecido a los trasgos de Moria —dijo Thorin—. Ahora tendremos que ocuparnos del Nigromante.

—¡No seas absurdo! El Nigromante es un enemigo a quien no alcanzan los poderes de todos los enanos juntos, si desde las cuatro esquinas del mundo se reuniesen otra vez. Lo único que deseaba tu padre era que tú leyeras el mapa y usaras la llave. ¡El dragón y la Montaña son empresas más que grandes para ti!

—¡Oíd, oíd! —dijo Bilbo, y sin querer habló en voz alta.

—¡Oíd, oíd! —dijeron todos mirándolo, y Bilbo se puso tan nervioso que respondió:

—¡Oíd lo que he de decir!

—¿Qué es? —preguntaron.

—Bien, os diré que tendríais que ir hacía el Este y echar allí un vistazo. Al fin y al cabo allí está la Puerta lateral, y los dragones han de dormir alguna vez, supongo. Si os sentáis a la entrada durante un tiempo, creo que algo se os ocurrirá. Y bien, ¿no os parece que hemos charlado bastante para una noche, eh? ¿Qué opináis de irse a la cama, para empezar mañana temprano y todo eso? Os daré un buen desayuno antes de que os vayáis.

—Antes de que nos vayamos, supongo que querrás decir —dijo Thorin—. ¿No eres tú el saqueador? ¿Y tu oficio no es esperar a la entrada, y aun cruzar la puerta? Pero estoy de acuerdo en lo de la cama y el desayuno— Me gusta tomar seis huevos con jamón cuando empiezo un viaje: fritos, no escalfados, y cuida de no romperlos,

Luego de que los otros hubieran pedido sus desayunos sin ningún por favor (lo que molestó sobremanera a Bilbo), todos se levantaron. El hobbit tuvo que

buscarles sitio, y preparó los cuartos vacíos, e hizo camas en sillas y sofás antes de instalarlos e irse a su propia camita muy cansado y nada feliz. Lo que sí decidió fue no molestarse en madrugar y preparar el maldito desayuno para lodo el mundo. La vena Tuk empezaba a desaparecer, y ahora ya no estaba tan seguro de que fuese a hacer algún viaje por la mañana.

Mientras yacía en cama pudo oír a Thorin en la habitación de al lado, la mejor de todas, todavía tarareando entre dientes:

Más alta de las frías y brumosas montanas,
a mazmorras profundas y cavernas antiguas
a reclamar el oro hace tiempo olvidado,
hemos de ir, antes que el día nazca.

Bilbo se durmió con ese canto en los oídos, y tuvo unos sueños intranquilos. Despertó mucho después de que naciera el día.

CARNERO ASADO

Bilbo se levantó de un salto, y poniéndose la bata entró en el comedor. Allí no vio a nadie, pero sí las huellas de un enorme y apresurado desayuno. Había un horrendo revoltijo en la habitación, y pilas de cacharros sucios en la cocina. Parecía que no hubiera quedado ninguna olla ni tartera sin usar. La tarea de fregarlo todo fue tan tristemente real que Bilbo se vio obligado a creer que la reunión de la noche anterior no había sido parte de una pesadilla, como casi había esperado. La idea de que habían partido sin él y sin molestarse en despertarlo, aunque nadie le hubiera dado las gracias, pensó, lo había aliviado de veras. Sin embargo, no pudo dejar de sentir una cierta decepción. Este sentimiento lo sorprendió.

—No seas tonto, Bilbo Bolsón —se dijo—, ¡pensando a tu edad en dragones y en tonterías estrafalarias! —De modo que se puso el delantal, encendió unos fuegos, calentó agua y fregó. Luego se tomó un pequeño y apetitoso desayuno en la cocina, antes de arreglar el comedor. El sol ya brillaba entonces, y por la puerta delantera entraba una cálida brisa de primavera. Bilbo se puso a silbar y a olvidar lo de la noche. Ya estaba sentándose para zamparse un segundo apetitoso desayuno en el comedor, junto a la ventana abierta, cuando de pronto entró Gandalf.

—Mi querido amigo —dijo—, ¿Cuándo vas a partir? ¿Qué hay de aquello de empezar temprano? Y aquí estás tomando el desayuno, o como quiera que llames a eso, a las diez y media. Te dejaron un mensaje, pues no podían esperar.

—¿Qué mensaje? —dijo el pobre Bilbo sonrojado.

—¡Por los Grandes Elefantes! —respondió Gandalf— Estás desconocido esta mañana; ¡aún no le has quitado el polvo a la repisa de la chimenea!

—¿Y eso qué tiene que ver? ¡Ya tengo bastante con fregar los platos y ollas de catorce desayunos!

—Si hubieses limpiado la repisa, habrías encontrado esto debajo del reloj —dijo Gandalf alargándose una nota (por supuesto, escrita en unas cuartillas del propio Bilbo).

Esto fue lo que el hobbit leyó:

"Thorin y Compañía al Saqueador Bilbo, ¡salud! Nuestras más sinceras gracias por vuestra hospitalidad y nuestra agradecida aceptación por habernos ofrecido asistencia profesional. Condiciones: pago al contado y al finalizar el trabajo, hasta un máximo de catorceavas partes de los beneficios totales (si los hay); todos los gastos de viaje garantizados en cualquier circunstancia; los gastos de posibles funerales los pagaremos nosotros o nuestros representantes, si hay ocasión y el asunto no se arregla de otra manera.

Creando innecesario perturbar vuestro muy estimable reposo, nos hemos adelantado a hacer los preparativos adecuados; esperaremos a vuestra respetable persona en la posada del Dragón Verde, junto a Delagua, exactamente a las 11 a.m. Confiando en que sea puntual.

tenemos el honor de permanecer

sinceramente vuestros

Thorin y Cía."

—Esto te da diez minutos. Tendrás que correr —dijo Gandalf.

—Pero... —dijo Bilbo.

—No hay tiempo para eso —dijo el mago.

—Pero... —dijo otra vez Bilbo.

—Y tampoco para eso otro ¡Vamos, adelante!

Hasta el final de sus días Bilbo no alcanzó a recordar cómo se encontró fuera, sin sombrero, bastón, o dinero, o cualquiera de las cosas que acostumbraba llevar cuando salía, dejando el segundo desayuno a medio terminar, casi sin lavarse la cara, y poniendo las llaves en manos de Gandalf, corriendo callejón abajo tanto como se lo permitían los pies peludos, dejando atrás el Gran Molino, cruzando el río, y continuando así durante una milla o más.

Resoplando llegó a Delagua cuando empezaban a sonar las once, ¡y descubrió que se había venido sin pañuelo!

—¡Bravo! —dijo Balin, que estaba de pie a la puerta de la posada, esperándolo,

Y entonces aparecieron todos los demás doblando la curva del camino que venía de la villa. Montaban en poney, y de cada uno de los caballos colgaba toda clase de equipajes, bultos, paquetes y chismes. Había un poney pequeño, aparentemente para Bilbo.

—Arriba vosotros dos, y adelante —dijo Thorin.

—Lo siento terriblemente —dijo Bilbo—, pero me he venido sin mi sombrero, me he olvidado el pañuelo de bolsillo, y no tengo dinero. No vi vuestra nota hasta después de las 10.45, para ser precisos.

—No seas preciso —dijo Dwalin—, y no te preocupes. Tendrás que arreglártelas sin pañuelos y sin buena parte de otras cosas antes de que lleguemos al final del viaje. En lo que respecta al sombrero, yo tengo un capuchón y una capa de sobra en mi equipaje.

Y así fue como se pusieron en marcha, alejándose de la posada en una hermosa mañana poco antes del mes de mayo, montados en poney cargados de bultos; y Bilbo llevaba un capuchón de color verde oscuro (un poco ajado por el tiempo) y una capa del mismo color que Dwalin le había prestado. Le quedaban muy grandes, y tenía un aspecto bastante cómico. No me atrevo a aventurar lo que su padre Bungo hubiese dicho de él.

Sólo le consolaba pensar que no lo confundirían con un enano, pues no tenía barba.

Aún no habían cabalgado mucho tiempo cuando apareció Gandalf, espléndido, montando un caballo blanco. Traía un montón de pañuelos y la pipa y el tabaco de Bilbo. Así que desde entonces cabalgaron felices, contando historias o cantando canciones durante toda la jornada, excepto, naturalmente, cuando paraban a comer. Esto no ocurrió con la frecuencia que Bilbo hubiese deseado, pero ya empezaba a sentir que las aventuras no eran en verdad tan malas.

Cruzaron primero las tierras de los hobbits, un extenso país habitado por gente simpática, con buenos caminos, una posada o dos, y aquí y allá un enano o un granjero que trabajaba en paz.

Llegaron luego a tierras donde la gente hablaba de un modo extraño y cantaba canciones que Bilbo no había oído nunca. Se internaron en las Tierras Solitarias, donde no había gente ni posadas y los caminos eran cada vez peores. No mucho más adelante se alzaron unas colinas melancólicas, oscurecidas por árboles. En algunas había viejos castillos, torvos de aspecto, como si hubiesen sido contruidos por gente maldita. Todo parecía lúgubre, pues el tiempo se había estropeado. Hasta entonces el día había sido tan bueno como pudiera esperarse en mayo, aun en las historias felices, pero ahora era frío y húmedo. En las Tierras Solitarias se habían visto obligados a acampar en un lugar desapacible, pero seco al menos.

—Pensar que pronto llegará junio —mascullaba Bilbo, mientras avanzaba chapoteando detrás de los otros por un sendero enlodado. La hora del té ya había quedado atrás; la lluvia caía a cántaros, y así había sido todo el día; el capuchón

le goteaba en los ojos; tenía la capa empapada; el poney cansado tropezaba con las piedras; los otros estaban demasiado enfurruñados para charlar.

—Estoy seguro que la lluvia se ha colado hasta las ropas secas y las bolsas de comida —gruñó Bilbo—. ¡Malditos sean los saqueadores y todo lo que se relacione con ellos! Cómo quisiera estar en mi confortable agujero, al amor de la lumbre, y con la marmita que ha empezado a silbar. —¡No fue la última vez que tuvo este deseo!

Sin embargo, los enanos seguían al paso, sin volverse ni prestar atención al hobbit. Pareció que el sol se había puesto ya en algún lugar detrás de las nubes grises, pues cuando descendían hacia un valle profundo con un río en el fondo, empezó a oscurecer. Se levantó viento, y los sauces se mecían y susurraban a lo largo de las orillas. Por fortuna el camino atravesaba un antiguo puente de piedra, pues el río crecido por las lluvias bajaba precipitado de las colinas y montañas del norte.

Era casi de noche cuando lo cruzaron. El viento desgajó las nubes grises y una luna errante apareció entre los jirones flotantes. Entonces se detuvieron, y Thorin murmuró algo acerca de la cena y —¿Dónde encontraremos un lugar seco para dormir?

En ese momento cayeron en la cuenta de que faltaba Gandalf. Hasta entonces había hecho todo el camino con ellos, sin decir si participaba de la aventura o simplemente los acompañaba un rato. Había hablado, comido y reído como el que más... Pero ahora simplemente ¡no estaba allí!

—¡Vaya, justo en el momento en que un mago nos sería más útil! —suspiraron Dori y Nori (que compartían los puntos de vista del hobbit sobre la regularidad, cantidad y frecuencia de las comidas).

Por fin decidieron que acamparían allí mismo. Se acercaron a una arboleda, y aunque el terreno estaba más seco, el viento hacía caer las gotas de las hojas y el plip—plip molestaba bastante. El mal parecía haberse metido en el fuego mismo. Los enanos saben hacer fuego en cualquier parte, casi con cualquier cosa, con o sin viento, pero no pudieron encenderlo esa noche, ni siquiera Óin y Glóin, que en esto eran especialmente mañosos.

Entonces uno de los poneys se asustó de nada y escapó corriendo. Se metió en el río antes de que pudieran detenerlo; y antes de que pudiesen llevarlo de vuelta, Fíli y Kili casi murieron ahogados; y el agua había arrastrado el equipaje del poney. Naturalmente, era casi todo comida, y quedaba muy poco para la cena, y menos para el desayuno.

Todos se sentaron, taciturnos, empapados y rezongando, mientras Óin y Glóin seguían intentando encender el fuego y discutiendo el asunto. Bilbo reflexionaba tristemente que las aventuras no eran sólo cabalgatas en poney al sol de mayo, cuando Balin, el oteador del grupo, exclamó de pronto: —¡Allá hay una luz! —Un poco apartada asomaba una colina con árboles, bastante espesos en algunos sitios. Fuera de la masa oscura de la arboleda, todos pudieron ver entonces el

brillo de una luz, una luz rojiza, confortadora, como una fogata o antorchas parpadeantes.

Luego de observarla un rato, se enredaron en una discusión. Unos decían que "sí" y otros decían que "no". Algunos opinaron que lo único que se podía hacer era ir y mirar, y que cualquier cosa sería mejor que poca cena, menos desayuno, y ropas mojadas toda la noche.

Otros dijeron: —Ninguno de estos parajes es bien conocido, y las montañas están demasiado cerca. Rara vez algún viajero se aventura ahora por estos lados. Los mapas antiguos ya no sirven, las cosas han empeorado mucho. Los caminos no están custodiados, y aquí además han oído hablar del rey en contadas ocasiones, y cuanto menos preguntas hagas menos dificultades encontrarás. —Alguno dijo: —Al fin y al cabo somos catorce. —Otros: —¿Dónde está Gandalf? —pregunta que fue repetida por todos.

En ese momento la lluvia empezó a caer más fuerte que nunca, y Óin y Glóin iniciaron una pelea.

Esto puso las cosas en su sitio: —Al fin y al cabo, tenemos un saqueador entre nosotros —dijeron; y así echaron a andar, guiando a los poneyes (con toda la precaución debida y apropiada) hacia la luz. Llegaron a la colina y pronto estuvieron en el bosque. Subieron la pendiente, pero no se veía ningún sendero adecuado que pudiera llevar a una casa o una granja. Continuaron como pudieron, entre chasquidos, crujidos y susurros (y una buena cantidad de maldiciones y refunfuños) mientras avanzaban por la oscuridad cerrada ¿el bosque.

De súbito la luz roja brilló muy clara entre los árboles no mucho más allá, —Ahora le toca al saqueador —dijeron refiriéndose a Bilbo—. Tienes que ir y averiguarlo todo de esa luz, para qué es, y si las cosas parecen normales y en orden —dijo Thorin al hobbit—. Ahora corre, y vuelve rápido si todo está bien. Si no, ¡vuelve como puedas! Si no puedes, grita dos veces como lechuza de granero y una como lechuza de campo, y haremos lo que podamos.

Y allá tuvo que partir Bilbo, antes de poder explicarles que era tan incapaz de gritar como una lechuza como de volar como un murciélago.

Pero, de todos modos, los hobbits saben moverse en silencio por el bosque, en completo silencio. Era una habilidad de la que se sentían orgullosos, y Bilbo más de una vez había torcido la cara mientras cabalgaban, criticando ese "estrépito propio de enanos"; pero me imagino que ni vosotros ni yo hubiéramos advertido nada en una noche de ventisca, aunque la cabalgata hubiese pasado casi rozándonos. En cuanto a la sigilosa marcha de Bilbo hacia la luz roja, creo que no hubiera perturbado ni el bigote de una comadreja, de modo que llegó directamente al fuego —pues era un fuego— sin alarmar a nadie. Y esto fue lo que vio.

Había tres criaturas muy grandes sentadas alrededor de una hoguera de troncos de haya, y estaban asando un carnero espetado en largos asadores de madera y chupándose la salsa de los dedos. Había un olor delicioso en el aire. También había un barril de buena bebida a mano, y bebían de unas jarras. Pero eran trolls. Trolls sin ninguna duda. Aun Bilbo, a pesar de su vida retirada, podía darse

cuenta: las grandes caras toscas, la estatura, el perfil de las piernas, por no hablar del lenguaje, que no era precisamente el que se escucha en un salón de invitados.

—Carnerro ayer, carnerro hoy y maldición si no carnerro mañana —dijo uno de los trolls.

—Ni una mala pizca de carne humana probamos desde hace mucho, mucho tiempo —dijo otro troll—. Por qué demonios Guille nos habrá traído aquí; y además la bebida está escaseando —añadió, tocando el codo de Guille, que en ese momento bebía un sorbo.

Guille se atragantó: —¡Cierra la boca! —dijo tan pronto como pudo—. No puedes esperar que la gente se quede por aquí sólo para que tú y Berto se la zampen. Habéis comido un pueblo y medio entre los dos desde que bajamos de las montañas. ¿Qué más queréis? Y esos tiempos han pasado. Y tendrías que haber dicho 'Grracias, Guille', por este buen bocado de carnerro gordo del valle. — Arrancó un pedazo de la pierna del cordero que estaba asando y se limpió la boca con la manga.

En efecto, me temo que los trolls se comportan siempre así, aun aquellos que sólo tienen una cabeza. Luego de haber oído todo esto, Bilbo tendría que haber hecho algo sin demora. O bien haber regresado en silencio. Y avisar a los demás que había tres trolls de buena talla y malhumorados, bastante grandes como para comerse un enano asado o aun un pony, como novedad; o bien tendría que haber hecho una buena y rápida demostración de merodeo nocturno. Un saqueador legendario y realmente de primera clase, en esta situación habría metido mano a los bolsillos de los trolls (algo que casi siempre vale la pena, si consigues hacerlo), habría sacado el carnero de los espetones, habría arrebatado la cerveza y se hubiera ido sin que nadie se enterase. Otros más prácticos, pero con menos orgullo profesional, quizá habrían clavado una daga a cada uno de ellos antes de que se dieran cuenta. Luego él y los enanos hubieran podido tener una noche feliz.

Bilbo lo sabía. Había leído de muchas buenas cosas que nunca había visto o nunca había hecho. Estaba muy asustado, y disgustado también; hubiera querido encontrarse a cien millas de distancia, y sin embargo... sin embargo no podía volver directamente a donde estaban Thorin y Compañía con las manos vacías. Así que se quedó, titubeando en las sombras. De los muchos procedimientos de saqueo de que había oído, hurgonear en los bolsillos de los trolls le pareció el menos difícil, así que se arrastró hasta un árbol, justo detrás de Guille.

Berto y Tom iban ahora hacia el barril. Guille estaba echando otro trago. Bilbo se armó de coraje e introdujo la manita en el enorme bolsillo de Guille. Había un saquito dentro, para Bilbo tan grande como un zurrón. "¡Ja!" pensó, entusiasmándose con el nuevo trabajo, mientras extraía la mano poco a poco, "¡y esto es sólo un principio!"

¡Fue un principio! Los sacos de los trolls son engañosos, y este no era una excepción. —¡Eh!, ¿quién eres tú? —chilló el saco en el momento en que dejaba el bolsillo, y Guille dio una rápida vuelta y tomó a Bilbo por el cuello antes de que el hobbit pudiera refugiarse detrás del árbol.

—¡Maldición, Berto, mira lo que he cazado!

—¿Qué es? —dijeron los otros acercándose.

—¡Que un rayo me parta si lo sé! ¿Tú, qué eres?

—Bilbo Bolsón, un saque... un hobbit —dijo el pobre Bilbo temblando de pies a cabeza, y preguntándose cómo podría gritar como una lechuza antes que le degollasen.

—¿Un saquehobbit? —dijeron los otros un poco alarmados. Los trolls son cortos de entendimiento, y bastante suspicaces con cualquier cosa que les parezca una novedad.

—De todos modos, ¿qué tiene que hacer un saquehobbit en mis bolsillos? —dijo Guille.

—Y ¿podremos cocinarlo? —dijo Tom.

—Se puede intentar —propuso Berto blandiendo un asador.

—No alcanzaría más que para un bocado —dijo Guille, que había cenado bien—, una vez que le saquemos la piel y los huesos.

—Quizá haya otros como él alrededor y podamos hacer un pastel —dijo Berto—. Eh, tú, ¿hay otros ladronzuelos por estos bosques, pequeño conejo asqueroso? —dijo mirando las extremidades peludas del hobbit; y tomándolo por los dedos de los pies lo levantó y sacudió.

—Sí, muchos —dijo Bilbo antes de darse cuenta de que traicionaba a sus compañeros—. No, nadie, ni uno —dijo inmediatamente después.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Berto, levantándolo en vilo, esta vez por el pelo.

—Lo que digo —respondió Bilbo jadeando—. Y por favor, ¡no me cocinen, amables señores! Yo mismo cocino bien, y soy mejor cocinero que cocinado, si entienden lo que quiero decir. Les prepararé un hermoso desayuno, un desayuno perfecto si no me comen en la cena.

—Pobrecito bribón —dijo Guille. Había comido ya hasta hartarse, y también había bebido mucha cerveza—. Pobrecito bribón. ¡Dejadlo ir!

—No hasta que diga qué quiso decir con muchos y ninguno —replicó Berto—, no quiero que me rebanen el cuello mientras duermo.

—¡Ponedle los pies al fuego hasta que hable!

—No lo haré —dijo Guille—, al fin y al cabo yo lo he atrapado.

—Eres un gordo estúpido, Guille —dijo Berto—, ya te lo dije antes, por la tarde.

—Y tú, un patán.

—Y yo no lo permitiré, Guille Estrujónez —dijo Berto, y descargó el puño contra el ojo de Guille,

La pelea que siguió fue espléndida. Bilbo no perdió del todo el juicio, y cuando Berto lo dejó caer, gateó apartándose antes que los trolls estuviesen peleando como perros y llamándose a grandes voces con distintos apelativos, verdaderos y perfectamente adecuados. Pronto estuvieron enredados en un abrazo feroz, casi rodando hasta el fuego, dándose puntapiés y aporreándose, mientras Tom los golpeaba con una rama para que recobraran el juicio, y por supuesto enfureciéndolos todavía más.

Bilbo hubiera podido escapar en ese mismo instante. Pero las grandes garras de Berto le habían estrujado los desdichados pies, había perdido el aliento, y la cabeza le daba vueltas; así que allí se quedó resollando, justo fuera del círculo de luz.

De pronto, en plena pelea, apareció Balin. Los enanos habían oído ruidos a lo lejos, y luego de esperar un rato a que Bilbo volviera o que gritara como una lechuza, empezaron a arrastrarse hacia la luz tratando de no hacer ruido. Tan pronto como Tom vio aparecer a Balin a la luz, dio un horrible aullido. Ocurre que los trolls no soportan la vista de un enano (crudo). Berto y Guille dejaron en seguida de pelear, y —Un saco, rápido, Tom —dijeron.

Antes de que Balin, quien se preguntaba dónde estaba Bilbo en aquella conmoción, se diera cuenta de lo que ocurría, le habían echado un saco sobre la cabeza, y lo habían derribado.

—Aún vendrán más, o me equivoco bastante. Muchos y ninguno, eso es —dijo—. No más saquehobbits, pero muchos enanos. ¡Eso es lo que quería decir!

—Pienso que tienes razón —dijo Berto—, y convendría que saliésemos de la luz.

Y así hicieron. Teniendo en la mano unos sacos que usaban para llevar carneros y otras presas, esperaron en las sombras. Cuando aparecía algún enano, y miraba sorprendido el fuego, las jarras desbordadas y el carnero roído, ¡pop!, un saco maloliente le caía sobre la cabeza, y el enano rodaba por el suelo. Pronto Dwalin yacía al lado de Balin, y Fíli y Kili juntos, y Dori y Nori y Ori en un montón, y Óin, Glóin, Bifur, Bofur y Bombur incómodamente apilados cerca del fuego.

—Eso les enseñaré —dijo Tom, ya que Bifur y Bombur habían causado muchos problemas y habían peleado como locos, tal como hacen los enanos cuando se ven acorralados.

Thorin llegó último, y no lo tomaron desprevenido. Llegó esperando encontrar algo malo, y no necesitó ver las piernas de sus amigos sobresaliendo de los sacos para darse cuenta de que las cosas no iban del todo bien. Se quedó fuera, algo aparte, en las sombras, y dijo: —¿Qué es todo este jaleo? ¿Quién está aporreando a mi gente?

—Son trolls —respondió Bilbo desde atrás del árbol. Lo habían olvidado por completo—. Están escondidos entre los arbustos, con sacos.

—Oh, ¿son trolls? —dijo Thorin, y saltó hacia el fuego cuando los trolls se precipitaban sobre él. Alzó una rama gruesa que ardía en un extremo y Berto la tuvo en un ojo antes de que pudiera esquivarla. Eso lo puso fuera de combate

durante un rato. Bilbo hizo todo lo que pudo. Se aferró de algún modo a una pierna de Tom —era gruesa como el tronco de un árbol joven—, pero lo enviaron dando vueltas hasta la copa de unos arbustos, mientras Tom pateaba las chispas hacia la cara de Thorin. La rama golpeó los dientes de Tom, que perdió un incisivo. Esto lo hizo aullar, o lo aseguro. Pero justo en ese momento. Guille apareció detrás y le echó a Thorin un saco a la cabeza y se lo bajó hasta los pies. Y así acabó la lucha. Un bonito escabeche eran todos ellos ahora, primorosamente atados en sacos, con tres trolls enfadados (dos con quemaduras y golpes que recordar) sentados cerca, discutiendo si los asarían a fuego lento, si los picarían fino y luego los cocerían, o bien si se sentarían sobre ellos, haciéndolos papilla; y Bilbo en lo alto de un arbusto, con la piel y las vestiduras rasgadas, no atreviéndose a intentar un movimiento, por miedo de que lo oyeran.

Fue entonces cuando volvió Gandalf, pero nadie lo vio. Los trolls acababan de decidir que meterían a los enanos en el asador y se los comerían más tarde; había sido idea de Berto, y tras una larga discusión todos estuvieron de acuerdo.

—No es buena idea asarlos ahora, nos llevaría toda la noche —dijo una voz. Berto creyó que era la voz de Guille.

—No empecemos de nuevo la discusión, Guille —dijo el otro—, o sí que nos llevaría toda la noche.

—¿Quién está discutiendo? —dijo Guille, creyendo que había sido Berto el que había hablado.

—¡Tú! —dijo Berto.

—Eres un mentiroso —dijo Guille, y así empezó otra vez la discusión. Por fin decidieron picarlos y cocerlos, así que trajeron una gran cacerola negra y sacaron los cuchillos.

—¡No está bien cocerlos! No tenemos agua y hay todo un buen trecho hasta el pozo —dijo una voz. Berto y Guille creyeron que era la de Tom.

—¡Calla o nunca acabaremos! Y tú mismo traerás él agua si dices una palabra más.

—¡Cállate tú! —dijo Tom, quién creyó que era la voz de Guille—. ¿Quién discute, sino tú?

—Eres bobito —dijo Guille.

—¡Bobito tú! —respondió Tom.

Y así comenzó otra vez toda la discusión, y continuó más enconada que nunca, hasta que por fin decidieron sentarse sobre los sacos uno a uno, aplastarlos y cocerlos más tarde.

—¿Sobre cuál nos sentaremos primero? —dijo la voz.

—Mejor sentarnos primero sobre el último tipo —dijo Berto cuyo ojo había sido lastimado por Thorin, creyendo que era Tom el que hablaba.

—No hables solo —dijo Tom—, pero si quieres sentarte sobre el último, hazlo. ¿Cuál es?

—El de las medias amarillas —dijo Berto.

—Tonterías, el de las medias grises —dijo una voz que parecía la de Guille.

—Me aseguré de que eran amarillas —dijo Berto.

—Amarillas eran —corroboró Guille.

—Entonces ¿por qué dijiste que eran medias grises?—preguntó Berto.

—Nunca dije eso. Fue Tom.

—Yo no lo dije. Fuiste tú —dijo Tom.

—Apuesto dos contra uno, ¡así que cierra la bocal—dijo Berto,

—¿A quién le estás hablando? —preguntó Guille.

—¡Basta ya! —dijeron Tom y Berto al mismo tiempo— ¡ La noche avanza y amanece temprano. ¡Sigamos!

—¡Qué el amanecer caiga sobre todos y que sea piedra para vosotros! —dijo una voz que sonó como la de Guille. Pero no lo era. En ese preciso instante, la aurora apareció sobre la colina y hubo un bullicioso gorjeo en la enramada. Guille ya no dijo nada más, pues se convirtió en piedra mientras se encorbaba, y Berto y Tom se quedaron inmóviles como rocas cuando lo miraron. Y allí están hasta nuestros días, solos, a menos que los pájaros se posen sobre ellos; pues los trolls, como seguramente sabéis, tienen que estar bajo tierra antes del alba, o vuelven a la materia montañosa de la que están hechos, y nunca más se mueven. Esto fue lo que les ocurrió a Berto, Tom y Guille.

—¡Excelente! —dijo Gandalf, mientras aparecía desde atrás de un árbol y ayudaba a Bilbo a descender de un arbusto espinoso. Entonces Bilbo entendió. Había sido la voz del brujo la que había tenido a los ogros discutiendo y peleando por naderías hasta que la luz asomó y acabó con ellos.

Lo siguiente fue desatar los sacos y liberar a los enanos. Estaban casi asfixiados y muy fastidiados: no les había divertido nada estar allí tendidos, oyendo a los ogros que hacían planes para asarlos, picarlos y cocerlos. Tuvieron que escuchar más de dos veces el relato de lo que le había ocurrido a Bilbo antes de quedar satisfechos.

—¡Tiempo tonto para andar practicando el arte de birlar y desvalijar bolsillos! —dijo Bombur—, Todo lo que queríamos era comida y lumbre.

—Y eso es justamente lo que no hubierais conseguido de esa gente sin lucha, en cualquier caso —dijo Gandalf—. De todos modos, ahora estáis perdiendo el tiempo. ¿No os dais cuenta de que los trolls han de tener alguna cueva o agujero excavado aquí cerca para esconderse del sol? Tenemos que investigarlo,

Buscaron alrededor y pronto encontraron las marcas de las botas de piedra entre los árboles. Siguieron las huellas colina arriba hasta que descubrieron una puerta de piedra, escondida detrás de unos arbustos, y que llevaba a una caverna. Pero

no pudieron abrirla, ni aun cuando todos empujaron mientras Gandalf probaba varios encantamientos.

—¿Será esto de alguna utilidad? —preguntó Bilbo cuando ya se estaban cansando y enfadando—. Lo encontré en el suelo donde los trolls tuvieron la discusión. —Y extrajo una llave bastante grande, aunque Guille la hubiese considerado pequeña y secreta. Por fortuna se le había caído del bolsillo antes de quedar convertido e piedra.

—Pero, ¿por qué no lo dijiste antes? —le gritaron Gandalf arrebató la llave y la introdujo en la cerradura.

Entonces la puerta se abrió hacia atrás con un solo empujón, y todos entraron. Había huesos esparcidos por el suelo, y un olor nauseabundo en el aire, pero había también una buena cantidad de comida mezclada al descuido en estantes y sobre el suelo, entre un cúmulo de cosas tiradas en desorden, producto de muchos botines, desde botones de estaño a ollas colmadas de monedas de oro apiladas en un rincón. Había también montones de vestidos que colgaban de las paredes —demasiado pequeños para los trolls; me temo que pertenecían a las víctimas—, y entre ellos muchas espadas de diversa factura, forma y tamaño. Dos les llamaron particularmente la atención, por las hermosas vainas y las empuñaduras enjovadas. Gandalf y Thorin tomaron una cada uno, y Bilbo un cuchillo con vaina de cuero. Para un troll no hubiera sido más que un pequeño cortaplumas, pero al hobbit le servía como espada corta.

—Las hojas parecen buenas —dijo el mago desenvainando una a medias y observándola con curiosidad —No han sido forjadas por ningún troll ni herrero humano de estos lugares y días, pero cuando podamos leer las runas que hay en ellas, sabremos más.

—Salgamos de este hedor horrible —dijo Fíli. Y así sacaron las ollas de monedas y todos los alimentos que parecían limpios y adecuados para comer, así como un barril de cerveza del país todavía lleno. Sintieron ganas de desayunar, y hambrientos como estaban no hicieron ascos a lo que habían sacado de las despensas de los trolls. De las provisiones que habían traído quedaba ya poco, pero ahora tenían pan, queso, gran cantidad de cerveza y panceta para asar a las brasas.

Luego se durmieron, pues la noche no había sido tranquila, y no hicieron nada hasta la tarde. Entonces trajeron los poneyes y se llevaron las ollas del oro y las enterraron con mucho secreto no lejos del sendero que bordea el río, echándoles numerosos encantamientos, por sí alguna vez tenían oportunidad de regresar y recobrarlas. En seguida, volvieron a montar, y trotaron otra vez por el camino hacia el Este.

—¿Dónde has ido, si puedo preguntártelo? —dijo Thorin a Gandalf mientras cabalgaban.

—A mirar adelante —respondió Gandalf.

—¿Y qué te hizo volver en el momento preciso?

—Mirar hacia atrás.

—De acuerdo, pero ¿no podrías ser más explícito?

—Me adelanté a explorar el camino. Pronto se hará peligroso y difícil. Deseaba también acrecentar nuestras pequeñas reservas de alimentos. Sin embargo no había ido muy lejos cuando me encontré con un par de amigos de Rivendel.

—¿Dónde queda eso? —preguntó Bilbo.

—No interrumpas —dijo Gandalf—. Llegarás allí en pocos días, si tenemos suerte, y lo sabrás todo. Como estaba diciendo, encontré dos de los hombres de Elrond. Huían asustados de los trolls. Por ellos supe que tres trolls habían bajado de las montañas y se habían asentado en el bosque, no lejos del camino. Habían espantado a toda la gente del distrito y tendían celadas a los extraños. En seguida tuve el presentimiento de que yo hacía falta. Mirando atrás, vi fuego a lo lejos y me vine. Así que ya lo sabes ahora. Por favor, ten más cuidado la próxima vez; ¡o no llegaremos a ninguna parte!

—¡Gracias! —dijo Thorin.

UN BREVE DESCANSO

No cantaron ni contaron historias aquel día, aunque el tiempo mejoró; ni al día siguiente, ni al otro. Habían empezado a sentir que el peligro estaba bastante cerca y a ambos lados. Acamparon bajo las estrellas, y los caballos comieron mejor que ellos mismos, pues la hierba abundaba, pero no quedaba mucho en los zurrones, aun contando con lo que habían sacado a los trolls. Una mañana vadearon un río por un lugar ancho y poco profundo, resonante de piedras y espuma. La orilla opuesta era escarpada y resbaladiza. Cuando llegaron a la cresta, guiando los poneys, vieron que las grandes montañas descendían ya muy cerca hacia ellos. Parecían alzarse a sólo un día de cómodo viaje desde la falda más cercana. Tenían un aspecto tenebroso y lóbrego, aunque había manchas de sol en las laderas oscuras, y más allá centelleaban las cumbres nevadas.

—¿Es aquella la Montaña? —preguntó Bilbo con voz solemne, mirándola con asombro. Nunca había visto antes algo que pareciese tan enorme.

—¡Desde luego que no! —dijo Balin—. Esto es sólo el principio de las Montañas Nubladas, tenemos que cruzarlas de algún modo, por encima o por debajo, antes de que podamos internarnos en las Tierras Ásperas de más allá. Y aún queda un largo camino desde el otro lado hasta la Montaña Solitaria de Oriente en la que Smaug yace tendido sobre el tesoro.

—¡Oh! —dijo Bilbo, y en aquel mismo instante se sintió cansado como nunca hasta entonces. Añoraba una vez más la silla confortable delante del fuego y la salita preferida en el agujero—hobbit, y el canto de la marmita. ¡No por última vez!

Gandalf encabezaba ahora la marcha. —No nos salgamos del camino, o ya nada podrá salvarnos —dijo—, Necesitamos comida, en primer lugar, y descanso con una seguridad razonable; además es muy importante internarse en las Montañas

Nubladas por el sendero apropiado, o de lo contrario os perderéis y tendréis que volver y empezar de— nuevo por el principio (si llegáis a volver).

Le preguntaron hacia dónde estaba conduciéndolos, y él respondió: —Habéis llegado a los límites mismos de las tierras salvajes, como algunos sabéis sin duda. Oculto en algún lugar delante de nosotros está el hermoso valle de Rivendel, donde vive Elrond en la Última Morada. Le envié un mensaje por mis amigos y nos está esperando.

Aquello sonaba agradable y reconfortante pero no habían llegado aún, y no era tan fácil como parecía encontrar la Última Morada al oeste de las Montañas. No había árboles, valles o colinas que quebrasen el terreno delante de ellos: la vasta pendiente ascendía poco a poco hasta el pie de la montaña más próxima, una ancha tierra descolorida de brezo y piedra rota, con manchas de latigazos de verde de hierbas y verde de musgos que señalaban dónde podía haber agua.

Pasó la mañana, llegó la tarde; pero no había señales de que alguien habitara en ese yermo silencioso. La inquietud de todos iba en aumento, pues veían ahora que la casa podía estar oculta casi en cualquier lugar entre ellos y las montañas. Se encontraban de pronto con valles inesperados, estrechos, de paredes escarpadas, que se abrían de súbito, y ellos miraban hacia abajo y se sorprendían, pues había árboles y una corriente de agua en el fondo. Algunos desfiladeros casi hubieran podido cruzarlos de un salto, pero eran en cambio muy profundos, y el agua corría por ellos en cascadas. Había gargantas oscuras que no podían cruzarse sin trepar.

Había ciénagas; algunas eran lugares verdes de aspecto agradable, donde crecían flores altas y luminosas; pero un poney que caminase por allí llevando una carga nunca volvería a salir.

Por cierto, era una tierra que se extendía desde el vado a las montañas, de una vastedad que nunca hubieseis llegado a imaginar. Bilbo estaba asombrado. Unas piedras blancas, algunas pequeñas y otras medio cubiertas de musgo o brezo, señalaban el único sendero. En verdad era una tarea muy lenta la de seguir el rastro, aun guiados por Gandalf, que parecía conocer bastante bien el camino.

La cabeza y la barba de Gandalf se movían de aquí para allá cuando buscaba las piedras y ellos lo seguían; pero cuando el día empezó a declinar no parecían haberse acercado mucho al término de la busca. La hora del té había pasado hacia tiempo y parecía que la de la cena pronto iría por el mismo camino. Había mariposas nocturnas que revoloteaban alrededor y la luz era ahora muy débil, pues aún no había salido la luna. El poney de Bilbo comenzó a tropezar en raíces y piedras. Llegaron tan de repente al borde mismo de un declive abrupto, que el caballo de Gandalf casi resbaló pendiente abajo.

—¡Aquí está, por fin! —anunció el mago, y los otros se agruparon en torno y miraron por encima del borde. Vieron un valle allá abajo.

Podían oír el murmullo del agua que se apresuraba en el fondo, sobre un lecho de piedras; en el aire había un aroma de árboles, y en la vertiente del otro lado brillaba una luz. Bilbo nunca olvidó cómo rodaron y resbalaron en el crepúsculo,

bajando por el sendero empinado y zigzagueante hasta entrar en el valle secreto de Rivendel. El aire era más cálido a medida que descendían, y el olor de los pinos amodorraba a Bilbo, quien de vez en cuando cabeceaba y casi se caía, o daba con la nariz en el pescuezo del poney. Todos parecían cada vez más animados mientras bajaban.

Las hayas y robles sustituyeron a los pinos, y el crepúsculo era como una atmósfera de serenidad y bienestar. El último verde casi había desaparecido de la hierba, cuando llegaron al fin a un claro despejado, no muy por encima de las riberas del arroyo.

"¡Hummm! ¡Huele como a elfos!" pensó Bilbo, y levantó los ojos hacia las estrellas. Ardían brillantes y azules. Justo entonces una canción brotó de pronto, como una risa entre los árboles:

¡Oh! ¿Qué hacéis,
y a dan de vais?
¡Hay que herrar esos poneys!
¡El rio corre!
¡Oh! ¡Tra—la—la—lalle,
aquí abajo en el valle!

¡Oh! ¿Qué buscáis,
y a dónde vais?
¡Los leños humean,
las tartas se doran!
¡Oh! ¡Tral—lel—lel—lelle,
el valle es alegre? ¡Ja! ¡Ja!

¡Oh! ¿Hacia dónde vais
meneando las barbas?
No, no, no sabemos
que trae a Bolsón
y a Balín, y. Dwalin
abajo hacia el valle
en junio, ¡Ja! Ja!

¡Oh! ¿Aquí os quedareis,
o en seguida os iréis?
¡Se extravían los poneyes!
¡La luz del día muere!

Sería malo irse;
mucho mejor quedarse,
y escuchar y atender
hasta el fin de la noche
nuestro canto. Ja! ¡Ja!

De esta manera reían y cantaban entre los árboles, y vaya desatino, pensaréis vosotros, supongo. Pero no les importaría nada si se lo dijeseis; se reirían todavía más. Eran elfos desde luego. Pronto Bilbo empezó a distinguirlos, a medida que aumentaba la oscuridad. Le gustaban los elfos, aunque rara vez tropezaba con ellos, pero al mismo tiempo lo asustaban un poco. Los enanos no se llevaban bien con aquellas criaturas. Aun enanos bastante simpáticos, como Thorin y sus amigos, pensaban que los elfos eran tontos (un pensamiento muy tonto, por cierto), o se enfadaban con ellos. Pues algunos elfos les tomaban el pelo y se reían de los enanos, y sobre todo de sus barbas.

—¡Bueno, bueno! —dijo una voz— ¡Miren qué cosa! ¡Bilbo el hobbit en un poney, cielos! ¿No es delicioso?

—¡Maravilla de maravillas!

En seguida se pusieron a corear otra canción, tan ridícula como la que he copiado entera. Al fin uno, un joven alto, salió de los árboles y se inclinó ante Gandalf y Thorin.

—¡Bienvenidos al valle! —dijo.

—¡Gracias! —dijo Thorin con alguna brusquedad, pero Gandalf había bajado ya del caballo y charlaba alegre entre los elfos.

—Te has desviado un poco del camino —dijo el elfo—. Es decir, si quieres ir por el único sendero que cruza el río hacia la casa de más allá. Nosotros te guiaremos, pero sería mejor que fueseis a pie hasta pasar al puente. ¿Te quedarás un rato y cantarás con nosotros, o te marcharás en seguida? Allá se está preparando la cena —dijo—. Puedo oler el fuego de leña de la cocina.

Cansado como estaba, a Bilbo le hubiese gustado quedarse un rato. El canto de los elfos no es para perderselo, en junio bajo las estrellas, si te interesan esas cosas. También le hubiese gustado tener unas pocas palabras aparte con estas gentes, que parecían saber cómo se llamaba y todo acerca de él, aunque nunca los hubiese visto. Pensaba que la opinión de los elfos sobre la aventura podría ser

interesante. Los elfos saben mucho y es asombroso cómo están enterados de lo que ocurre entre las gentes de la tierra, pues las noticias corren entre ellos tan rápidas como el agua de un río, o tal vez más.

Pero los enanos estaban todos de acuerdo en cenar cuanto antes y no quedarse mucho tiempo. Siguieron adelante, guiando a los poneyes, hasta que llegaron a una buena senda, y así por fin al borde del mismo río. Corría rápido y ruidoso, como un arroyo de la montaña en un atardecer de verano, cuando el sol ha estado iluminando todo el día la nieve de las cumbres. Sólo había un puente estrecho de piedra, sin parapeto, tan estrecho que apenas si cabía un poney, y tuvieron que cruzarlo despacio y con cuidado, en fila, llevando cada uno un poney por las riendas. Los elfos habían traído faroles brillantes a la orilla y cantaron una animada canción mientras el grupo iba pasando.

—¡No mojes tu barba con la espuma, padre! —le gritaron a Thorin, que de tan encorvado iba casi a gatas—, Ya es bastante larga sin necesidad de que la mojes.

—¡Cuidado con Bilbo, no se vaya a comer todos los bizcochos! —dijeron—. ¡Todavía está demasiado gordo para colarse por el agujero de la cerradura!

—¡Silencio, silencio, Buena Gente! ¡Y buenas noches! —dijo Gandalf, que había llegado último—. Los valles tienen oídos, y algunos elfos tienen lenguas demasiado sueltas. ¡Buenas noches!

Y así llegaron por fin a la Última Morada y encontraron las puertas abiertas de par en par.

Ahora bien, parece extraño, pero las cosas que es bueno tener y los días que se pasan de un modo agradable se cuentan muy pronto y no se les presta demasiada atención; en cambio, las cosas que son incómodas, estremecedoras, y aun horribles, pueden hacer un buen relato, y además lleva tiempo contarlas. Se quedaron muchos días en aquella casa agradable, catorce al menos, y les costó irse. Bilbo se hubiese quedado allí con gusto para siempre, incluso suponiendo que un deseo hubiera podido transportarlo sin problemas directa mente de vuelta al agujero—hobbit. No obstante, algo hay que contar sobre esta estancia,

El dueño de casa era amigo de los elfos, una de esas gentes cuyos padres aparecen en cuentos extraños, anteriores al principio de la historia misma, las guerras de los tragos malvados y los elfos, y los primeros hombres del Norte. En los días de nuestro relato, había aún algunas gentes que descendían de los elfos y los héroes del Norte; y Elrond, el dueño de casa, era el jefe de todos ellos.

Era tan noble y de facciones tan hermosas como un señor de los elfos, fuerte como un guerrero, sabio como un mago, venerable como un rey de los enanos, y benévolo como el estío. Aparece en muchos relatos, pero la parte que desempeña en la historia de la aventura de Bilbo es pequeña, aunque importante, como veréis, si alguna vez llegamos a acabarla. La casa era perfecta tanto para comer o dormir como para trabajar, o contar historias, o cantar, o simplemente sentarse y pensar mejor, o una agradable mezcla de todo esto. La perversidad no tenía cabida en aquel valle.

Desearía tener tiempo para contaros sólo unas pocas de las historias o una o dos de las canciones que se oyeron entonces en aquella casa. Todos los viajeros, incluyendo los poneys, se sintieron refrescados y fortalecidos luego de pasar allí unos pocos días. Les compusieron los vestidos, tanto como las magulladuras, el humor, y las esperanzas. Les llenaron las alforjas con comida y provisiones de poco peso, pero fortificantes, buenas para cruzar los desfiladeros. Les aconsejaron bien y corrigieron los planes de la expedición. Así llegó el solsticio de verano y se dispusieron a partir otra vez con los primeros rayos del sol estival.

Elrond lo sabía todo sobre runas de cualquier tipo. Aquel día observó las espadas que habían tomado en la guarida de los trolls y comentó: —Esto no es obra de los trolls. Son espadas antiguas, muy antiguas, de los Altos Elfos del Oeste, mis parientes. Están hechas en Gondolin para las guerras de los trasgos. Tienen que haber sido parte del tesoro escondido de un dragón, o de un botín de los trasgos, pues los dragones y los trasgos destruyeron esa ciudad hace muchos siglos. En esta, Thorin, las runas dicen Orcrist, la Hiende Trasgos en la ancestral lengua de Gondolin; fue una hoja famosa. Esta, Gandalf, fue Glamdrin, la Martilla Enemigos, que una vez llevó el rey de Gondolin. ¡Guardadlas bien!

—¿De dónde las habrán sacado los trolls, me pregunto? —murmuró Thorin mirando su espada con renovado interés.

—No sabría decirlo —dijo Elrond—, pero puede suponerse que vuestros trolls habrán saqueado otros botines, o habrán descubierto los restos de viejos robos en alguna cueva de las montañas. He oído que hay quizá todavía tesoros ignotos en las cavernas desiertas de las minas de Moria, desde la guerra de los enanos y los trasgos.

Thorin meditó estas palabras. —Llevaré esta espada con honor —dijo—. ¡Ojalá pronto hienda trasgos otra vez!

—¡Un deseo que quizá se cumpla muy pronto en los montes! —dijo Elrond—. ¡Pero mostradme ahora vuestro mapa!

Lo tomó y lo miró largo rato, y meneó la cabeza; pues si no aprobaba del todo a los enanos y el amor que le tenían al oro, odiaba a los dragones y la cruel perversidad de estas bestias, y se afligió al recordar la ruina de la ciudad de Valle y aquellas campanas alegres, y las riberas incendiadas del centelleante Río Rápido. La luna resplandecía en un amplio cuarto creciente de plata. Elrond alzó el mapa y la luz blanca lo atravesó. —¿Qué es esto? —dijo—. Hay letras lunares aquí junto a las runas y que dicen "cinco pies de altura y tres pasan con holgura".

—¿Qué son las letras lunares? —preguntó el hobbit muy excitado. Le encantaban los mapas, como ya os he dicho antes; y también le gustaban las runas, y las letras, y las escrituras ingeniosas, aunque él escribía con letras delgadas y como patas de araña.

—Las letras lunares son letras rúnicas, pero que no se pueden ver —dijo Elrond—, no al menos directamente. Sólo se las ve cuando la luna brilla por detrás, y en los ejemplos más ingeniosos la fase de la luna y la estación tienen que ser las mismas que en el día en que fueron escritas. Los enanos las inventaron y las escribían con

plumas de plata, como tus amigos te pueden contar. Estas tienen que haber sido escritas en una noche del solsticio de verano con luna creciente, hace ya largo tiempo.

—¿Qué es lo que dicen? —preguntaron Gandalf y Thorin a la vez, un poco fastidiados quizá de que Elrond las hubiese descubierto primero, aunque es cierto que hasta entonces no habían tenido la oportunidad, y no volverían a tenerla quién sabe por cuánto tiempo.

—Estad cerca de la piedra gris cuando llame el zorzal —leyó Elrond— y el sol poniente brillará sobre el ojo de la cerradura con las últimas luces del Día de Durin.

—¡Durin, Durin! —exclamó Thorin.—. Era el padre de los padres de la más antigua raza de Enanos, los Barbiluengos, y mi primer antepasado: yo soy el heredero de Durin.

—Pero ¿cuándo es el Día de Durin? —preguntó Elrond.

—El primer día del Año Nuevo de los enanos —dijo Thorin—. Como todos sabéis sin duda, el primer día de la última luna otoñal, en los umbrales del invierno. Todavía llamamos Día de Durin a aquel en que el sol y la última luna de otoño están juntos en el cielo. Pero me temo que esto no ayudará, pues nadie sabe hoy cuándo este tiempo se presentará otra vez.

—Eso está por verse —dijo Gandalf— ¿Hay algo más escrito?

—Nada que se revele con esta luna —dijo Elrond, y le devolvió el mapa a Thorin; y luego bajaron al agua para ver a los elfos que bailaban y cantaban en la noche del solsticio.

La mañana siguiente, la mañana del solsticio, fue tan hermosa y fresca como hubiera podido soñarse: un cielo azul sin nubes, y el sol que brillaba en el agua. Partieron entonces entre cantos de despedida y buen viaje, con los corazones dispuestos a nuevas aventuras, y sabiendo por dónde tenían que ir para cruzar las Montañas Nubladas hacia la tierra de más allá.

SOBRE LA COLINA Y BAJO LA COLINA

Había muchas sendas que subían internándose en aquellas montañas, y sobre ellas muchos desfiladeros. Pero la mayoría de estas sendas eran engañosas y decepcionantes, o no llevaban a ningún lado, o acababan mal; y la mayoría de estos desfiladeros estaba infestada de criaturas malvadas y de peligros horribles. Los enanos y el hobbit, ayudados por el sabio consejo de Elrond y los conocimientos y la memoria de Gandalf, tomaron el camino que llegaba al desfiladero apropiado.

Muchos días después de haber remontado el valle y de dejar millas atrás la Última Morada, todavía seguían subiendo y subiendo. Era una senda escabrosa y peligrosa, un camino tortuoso, desierto y largo. Al fin pudieron volverse a mirar las

tierras que habían dejado, allá abajo en la distancia. Lejos, muy lejos en el poniente, donde las cosas eran azules y tenues, Bilbo sabía que estaba su propio país, con casas seguras y cómodas, y el pequeño agujero—hobbit. Se estremeció. Empezaba a sentirse un frío cortante allí arriba, y el viento silbaba entre las rocas. También, a veces, unos cantos rodados bajaban a saltos por las laderas de la montaña —los había soltado el sol de mediodía sobre la nieve— y pasaban entre ellos (lo que era afortunado) o sobre sus cabezas (lo que era alarmante). Las noches se sucedían incómodas y muy frías, y no se atrevían a cantar ni a hablar demasiado alto, pues los ecos eran extraños y parecía que al silencio le molestaba que lo quebrasen, excepto con el ruido del agua, el quejido del viento y el crujido de la piedra.

"El verano está llegando allá abajo" pensó Bilbo. "Y ya empiezan la siega del heno y las meriendas. A este paso estarán recolectando y recogiendo moras aun antes de que empecemos a bajar del otro lado." Y los de más tenían también pensamientos lúgubres de este tipo, aunque cuando se habían despedido de Elrond alentados por la mañana de verano, habían hablado alegremente del cruce de las montañas y de cabalgar al galope por las tierras que se extendían más allá. Habían pensado llegar a la puerta secreta de la Montaña Solitaria tal vez en esa misma primera luna de otoño. —Y quizá sea el Día de Durin —habían dicho. Sólo Gandalf había meneado en silencio la cabeza. Ningún enano había atravesado ese paso desde hacía muchos años, pero Gandalf sí, y conocía el mal y el peligro que habían crecido y aumentado en las tierras salvajes desde que los dragones habían expulsado de allí a los hombres, y desde que los trasgos habían ocupado la región en secreto después de la batalla de las Minas de Moria. Aun los buenos planes de magos sabios como Gandalf, y de buenos amigos como Elrond, se olvidan a veces, cuando uno está lejos en peligrosas aventuras al borde del Yermo; y Gandalf era un mago bastante sabio como para tenerlo en cuenta.

Sabía que algo inesperado podía ocurrir, y apenas se atrevía a desear que no tuvieran alguna aventura horrible en aquellas grandes y altas montañas de picos y valles solitarios, donde no gobernaba ningún rey. Nada ocurrió. Todo marchó bien, hasta que un día se encontraron con una tormenta de truenos; más que una tormenta era una batalla de truenos. Sabéis que terrible puede llegar a ser una verdadera tormenta de truenos allá abajo en el valle del río; sobre todo cuando dos grandes tormentas se encuentran y se baten. Más terribles todavía son los truenos y los relámpagos en las montañas por la noche, cuando las tormentas vienen del este y del oeste y luchan entre ellas. El relámpago se hace trizas sobre los picos, y las rocas tiemblan, y unos enormes estruendos parten el aire, y entran rodando a los tumbos en todas las cuevas y agujeros y un ruido abrumador y una claridad súbita invaden la oscuridad.

Bilbo nunca había visto o imaginado nada semejante. Estaban muy arriba en un lugar estrecho, y a un lado un precipicio espantoso caía sobre un valle sombrío. Allí pasaron la noche, al abrigo de una roca; Bilbo tendido bajo una manta y temblando de pies a cabeza. Cuando miró fuera, vio a la luz de los relámpagos los gigantes de piedra abajo en el valle; habían salido y ahora jugaban tirándose piedras unos a otros; las recogían y las arrojaban en la oscuridad, y allá abajo

se rompían o desmenuzaban entre los árboles. Luego llegaron el viento y la lluvia, y el viento azotaba la lluvia y el granizo en todas direcciones, por lo que el refugio de la roca no los protegía mucho. Al rato estaban empapados hasta los huesos y los poneys se encogían, bajaban la cabeza, y metían la cola entre las patas, y algunos re linchaban de miedo. Las risotadas y los gritos de los gigantes podían oírse por encima de todas las laderas.

—¡Esto no irá bien! —dijo Thorin—, Si no salimos despedidos, o nos ahogamos, o nos alcanza un rayo, nos atraparé alguno de esos gigantes y de una patada nos mandará al cielo como una pelota de fútbol.

—Bien, si sabes de un sitio mejor, ¡llévanos allí! —dijo Gandalf, quien se sentía muy malhumorado, y no estaba nada contento con los gigantes.

El final de la discusión fue enviar a Fíli y Kili en busca de un refugio mejor. Tenían ojos muy penetrantes, y siendo los enanos más jóvenes (unos cincuenta años menos que los otros), se ocupaban por lo común de este tipo de tareas (cuando todos comprendían que sería inútil enviar a Bilbo). No hay nada como mirar, si queréis encontrar algo (al menos eso decía Thorin a los enanos jóvenes).

Cierto que casi siempre, se encuentra algo, si se mira, pero no siempre es lo que uno busca. Así ocurrió en esta ocasión.

Fíli y Kili pronto estuvieron de vuelta, arrastrándose, doblados por el viento, aferrándose a las rocas. —Hemos encontrado una cueva seca —dijeron—, doblando el próximo recodo no muy lejos de aquí; y caben poneys y todo.

—¿La habéis explorado afondo? —dijo el mago, que sabía que las cuevas de las montañas raras veces están sin ocupar.

—¡Sí, sí! —dijeron Fíli y Kili, aunque todos sabían qué no podían haber estado allí mucho tiempo; habían regresado casi en seguida—. No es demasiado grande y tampoco muy profunda.

Naturalmente, esto es lo peligroso de las cuevas; a veces uno no sabe lo profundas que son, o a dónde puede llevar un pasadizo, o lo que te espera dentro. Pero en aquel momento las noticias de Fíli y Kili parecieron bastante buenas. Así que todos se levantaron y se prepararon para trasladarse. El viento aullaba y el trueno retumbaba aún, y era difícil moverse con los poneys. De todos modos, la cueva no estaba muy lejos. Al poco tiempo llegaron a una gran roca que sobresalía en la senda. Detrás, en la ladera de la montaña, se abría un arco bajo.

Había espacio suficiente para que pasaran los poneys apretujados, una vez que les quitaran las sillas. Debajo del arco era agradable oír el viento y la lluvia fuera y no cayendo sobre ellos, y sentirse a salvo de los gigantes y sus rocas. Pero el mago no quería correr riesgos. Encendió su vara —como aquel día en el comedor de Bilbo que ahora parecía tan lejano, si lo recordáis— y con la luz exploraron la cueva de extremo a extremo.

Parecía de buen tamaño, pero no era demasiado grande ni misteriosa. Tenía el suelo seco y algunos rincones cómodos. En uno de ellos había lugar para los poneys, y allí permanecieron las bestias muy contentas del cambio, humeando y

mascando en los morrales. Óin y Glóin querían encender una hoguera en la entrada para secarse la ropa, pero Gandalf no quiso ni oírlo. Así que tendieron las cosas húmedas en el suelo y sacaron otras secas; luego ahuecaron las mantas, sacaron las pipas e hicieron anillos de humo que Gandalf volvía de diferentes colores y hacía bailar en el techo para entretenerlos. Charlaron y charlaron, y olvidaron la tormenta, y discutieron lo que cada uno haría con su parte del tesoro (cuando lo tuviesen, lo que de momento no parecía tan imposible); y así fueron quedándose dormidos uno tras otro. Y ésa fue la última vez que usaron los poneys, los paquetes, equipajes, herramientas y todo lo que habían traído con ellos.

No obstante, fue una suerte esa noche que hubiesen traído al pequeño Bilbo. Porque, por alguna razón, Bilbo no pudo dormirse hasta muy tarde; y luego tuvo unos sueños horribles. Soñó que una grieta en la pared del fondo de la cueva se agrandaba y se agrandaba, abriéndose más y más; y él estaba muy asustado pero no podía gritar, ni hacer otra cosa que seguir acostado, mirando. Después soñó que el suelo de la cueva cedía, y que se deslizaba, y que él empezaba a caer, a caer, quién sabe a dónde.

En ese momento despertó con un horrible sobresalto y se encontró con que parte del sueño era verdad. Una grieta se había abierto al fondo de la cueva y era ya un pasadizo ancho. Apenas si tuvo tiempo de ver la última de las colas de los poneys, que desaparecía en la sombra. Por supuesto, lanzó un chillido estridente, tanto como puede llegar a serlo un chillido de hobbit, bastante asombroso si tenemos en cuenta el tamaño de estas criaturas.

Afuera saltaron los trasgos, trasgos grandes, trasgos enormes de cara fea, montones de trasgos, antes que nadie pudiera decir "peñas y breñas". Había por lo menos seis para cada enano, y dos más para Bilbo; y los apresaron a todos y los llevaron por la hendedura, antes que nadie pudiera decir "madera y hoguera". Pero no a Gandalf. Eso fue lo bueno del grito de Bilbo. Lo había despertado por completo en una décima de segundo y cuando los trasgos iban a ponerle las manos encima, hubo un destello terrorífico como un relámpago en la cueva, un olor como de pólvora, y varios cayeron muertos.

La grieta se cerró de golpe ¡y Bilbo y los enanos estaban en el lado equivocado! ¿Dónde se encontraba Gandalf? De eso ni ellos ni los trasgos tenían la menor idea, y los trasgos no esperaron a averiguarlo. Tomaron a Bilbo y a los enanos, y los hicieron andar a toda prisa. El sitio era profundo, profundo y oscuro, tanto que sólo los trasgos que habían tenido la ocurrencia de vivir en el corazón de las montañas podían distinguir algo. Los pasadizos se cruzaban y confundían en todas direcciones, pero los trasgos conocían el camino tan bien como vosotros el de la oficina de correos más próxima; y el camino descendía y descendía y la atmósfera era cada vez más enrarecida y horrorosa. Los trasgos eran muy brutos, pellizcaban sin compasión, y reían entre dientes o a carcajadas, con voces horribles y pétreas; y Bilbo se sentía más desgraciado aún que cuando el troll lo había levantado tirándole de los dedos de los pies. Una y otra vez se encontraba añorando el agradable y reluciente agujero hobbit. No sería ésta la última ocasión.

De pronto apareció ante ellos el resplandor de una luz roja. Los trasgos empezaron a cantar, a croar, golpeteando los pies planos sobre la piedra, y sacudiendo también a los prisioneros.

¡Azota! ¡Voltea! ¡La negra abertura!
¡Atrapa, arrebatata! ¡Pellizca, apañusca!
¡Bajando, bajando, al pueblo de trasgos,
vas tú, muchacho!

¡Embute, golpea! ¡Estruja, revienta!
Martillo y tenaza! ¡Batintín y maza!
¡Machaca, machaca, a los subterráneos!
¡jo, jo, muchacho!

¡Lacera, apachurra! ¡Chasquea los látigos!
¡Aúlla y solloza! ¡Sacude, aporrea!
¡Trabaja, trabaja! ¡A huir no te atrevas,
mientras los trasgos beben y carcajean!
¡Rondando, rodando, por el subterráneo!
¡Abajo, muchacho!

El canto era realmente terrorífico, las paredes resonaban con el ¡azota, volean! y con el ¡estruja, revienta! y con la inquietante carcajada de los ¡jo, jo, muchacho! El significado de la canción era demasiado evidente; pues ahora los trasgos sacaron los látigos y los azotaron con gritos de ¡lacera, apachurra!, haciéndolos correr delante tan rápido como les era posible; y más de uno de los enanos estaba ya desgañitándose con aullidos incomparables, cuando entraron todos a los trompicones en una enorme caverna.

Estaba iluminada por una gran hoguera roja en el centro y por antorchas a lo largo de las paredes, y había allí muchos trasgos. Todos se reían, pateaban y batían palmas, cuando los enanos (con el pobrecito Bilbo detrás y más al alcance de los látigos) llegaron corriendo, mientras los trasgos que los arreaban daban gritos y chasqueaban los látigos detrás. Los poneyes estaban ya agrupados en un rincón; y allí tirados estaban todos los sacos y paquetes, rotos y abiertos, revueltos por trasgos, y olidos por trasgos, y manoseados por trasgos, y disputados por trasgos.

Me temo que fue lo último que vieron de aquellos excelentes poneyes, incluyendo un magnífico ejemplar blanco, pequeño y vigoroso, que Elrond había prestado a

Gandalf, ya que el caballo no era apropiado para los senderos de la montaña. Porque los trasgos comen caballos y poneys y burros (y otras cosas mucho más espantosas), y siempre tienen hambre. Sin embargo, los prisioneros sólo pensaban ahora en sí mismos. Los trasgos les encadenaron las manos a la espalda y los unieron a todos en línea, y los arrastraron hasta el rincón más lejano de la caverna con el pequeño Bilbo remolcado al extremo de la hilera.

Allá, entre las sombras, sobre una gran piedra lisa, estaba sentado un trasgo terrible de cabeza enorme, y unos trasgos armados permanecían de pie alrededor blandiendo las hachas y las espadas curvas que ellos usan. Ahora bien, los trasgos son crueles, malvados y de mal corazón. No hacen nada bonito, pero sí muchas cosas ingeniosas. Pueden excavar túneles y minas tan bien como cualquier enano no demasiado diestro, cuando se toman la molestia, aunque comúnmente son desaseados y sucios. Martillos, hachas, espadas, puñales, picos y pinzas, y también instrumentos de tortura, los hacen muy bien, o consiguen que otra gente los haga, prisioneros o esclavos obligados a trabajar hasta que mueren por falta de aire y luz. Es probable que ellos hayan inventado algunas de las máquinas que desde entonces preocupan al mundo, en especial ingeniosos aparatos que matan enormes cantidades de gente de una vez, pues las ruedas y los motores y las explosiones siempre les encantaron, como también no trabajar con sus propias manos más de lo indispensable; pero en aquellos días, y en aquellos parajes agrestes, no habían ido (como se dice) todavía tan lejos. No odiaban especialmente a los enanos, no más de lo que odiaban a todos y todo, y particularmente lo metódico y próspero; en ciertos lugares unos enanos malvados han llegado a pactar con ellos. Pero tenían particular aversión por la gente de Thorin a causa de la guerra que habéis oído mencionar, pero que no viene a cuento en esta historia; y de todos modos a los trasgos no les preocupa a quién capturan, en tanto puedan dar el golpe en secreto y de un modo ingenioso, y los prisioneros no sean capaces de defenderse.

—¿Quiénes son esas miserables personas? —dijo el Gran Trasgo.

—¡Enanos, y esto! —dijo uno de los captores, tirando de la cadena de Bilbo de tal modo que el hobbit cayó delante de rodillas—. Los encontramos refugiados en nuestro Porche Principal,

—¿Qué pretendíais? —dijo el Gran Trasgo volviéndose hacia Thorin—. ¡Nada bueno, podría asegurarlo! ¡Espiar los asuntos privados de mis gentes, supongo! ¡Ladrones, no me sorprendería saber que lo sois! ¡Asesinos y amigos de los elfos, sin duda alguna! ¡Ven! ¿Qué tienes que decir?

—¡Thorin el enano a vuestro servicio! —replicó Thorin: una mera nadería cortés—. De las cosas que sospechas e imaginas no tenemos la menor idea. Nos resguardamos de una tormenta en lo que parecía una cueva cómoda y no usada; nada más lejos de nuestro pensamiento que molestar de algún modo a los trasgos. —¡Esto era bastante cierto!

—¡Hum! —gruñó el Gran Trasgo—. ¡Eso es lo que dices! ¿Podría preguntarte qué hacíais allá arriba en las montañas, y de dónde venís y adonde vais? En realidad me gustaría saber todo sobre vosotros. No digo que pueda servir de algo,

Thorin Escudo de Roble, ya sé demasiado de tu gente; pero conozcamos de una vez la verdad. ¡De lo contrario prepararé para vosotros algo particularmente incómodo!

—Íbamos de viaje a visitar a nuestros parientes, nuestros sobrinos y sobrinas, y primeros, segundos y terceros primos, y otros descendientes de nuestros abuelos, que viven del lado oriental de estas realmente hospitalarias montañas —respondió Thorin, no sabiendo muy bien qué decir así de repente, pues era obvio que la verdad exacta no vendría a cuento.

—¡Es un mentiroso, oh tú en verdad el Terrible!

—dijo uno de los captores—. Varios de los nuestros fueron fulminados por un rayo en la cueva cuando invitamos a estas criaturas a que bajaran, y están tan muertos como piedras. ¡Tampoco nos ha explicado esto!

—Sostuvo en alto la espada que Thorin había llevado, la espada que procedía del cubil de los trolls.

El Gran Trasgo dio un aullido de rabia realmente horrible cuando vio la espada, y todos los soldados crujieron los dientes, batieron los escudos, y patearon. Reconocieron la espada al momento. En otro tiempo había dado muerte a cientos de trasgos, cuando los elfos rubios de Gondolin los cazaron en las colinas o combatieron al pie de las murallas. La habían denominado Orcrist, Hiente Trasgos, pero los trasgos la llamaban simplemente Mordedora. La odiaban, y odiaban todavía más a cualquiera que la llevase.

—¡Asesinos y amigos de los elfos! —gritó el Gran Trasgo—. ¡Acuchilladlos! ¡Golpeadlos! ¡Mordedlos! ¡Que les rechinen los dientes! ¡Llevadlos a agujeros oscuros repletos de víboras y que nunca vuelvan a ver la luz!

—Tenía tanta rabia que saltó del asiento y se lanzó con la boca abierta hacia Thorin.

Justo en ese momento todas las luces de la caverna se apagaron, y la gran hoguera se convirtió, ¡puf!, en una torre de resplandeciente humo azul que subía hasta el techo, esparciendo penetrantes chispas blancas entre todos los trasgos.

Los gritos y lamentos, gruñidos, farfulleos y chapurreos, aullidos, alaridos y maldiciones, chillidos y graznidos que siguieron entonces, eran indescriptibles. Varios cientos de gatos salvajes y lobos asados vivos, todos juntos y despacio, no hubieran hecho tanto alboroto. Las chispas ardían abriendo agujeros en los trasgos, y el humo que ahora caía del techo oscurecía tanto el aire, que ni siquiera ellos mismos podían ver. Pronto empezaron a caer unos sobre otros y a rodar en montones por el suelo, mordiendo, pateando y peleando, como si todos se hubieran vuelto locos.

De repente una espada destelló con luz propia. Bilbo vio que atravesaba de lado a lado al Gran Trasgo, mudo de asombro y furioso a la vez. Cayó muerto, y los soldados trasgos, huyendo y gritando delante de la espada, desaparecieron en la oscuridad.

La espada volvió a la vaina. —¡Seguidme a prisa! —dijo una voz fiera y queda. Y antes que Bilbo comprendiese lo que había ocurrido, estaba ya trotando de nuevo, tan rápido como podía, al final de la columna, bajando por más pasadizos oscuros mientras los alaridos del salón de los trasgos quedaban atrás, cada vez más débiles. Una luz pálida los guiaba.

—¡Más rápido, más rápido! —decía la voz—. Pronto volverán a encender las antorchas.

—¡Espera un momento! —dijo Dori, que estaba detrás, al lado de Bilbo, y era un excelente compañero. Como mejor pudo, con las manos atadas, consiguió que el hobbit se le subiera a los hombros, y luego echaron todos a correr, con un tintineo de cadenas y más de un tropezón, ya que no tenían manos para sostenerse. No se detuvieron por un largo rato, cuando ya estaban sin duda en el corazón mismo de la montaña.

Entonces Gandalf encendió la vara. Por supuesto, era Gandalf; pero en ese momento todos estaban demasiado ocupados para preguntar cómo había llegado allí. Volvió a sacar la espada, y una vez más la hoja destelló en la oscuridad; ardía con una furia centelleante si había trasgos alrededor, y ahora brillaba como una llama azul por el deleite de haber matado al gran señor de la cueva. No le costó nada cortar las cadenas de los trasgos y liberar lo más rápido posible a todos los prisioneros. El nombre de esta espada, recordaréis, era Glamdrin, Martilla Enemigos. Los trasgos la llamaban simplemente Demoledora, y la odiaban, si eso es posible, todavía más que a Mordedora. También Orcrist había sido salvada, pues Gandalf se la había arrebatado a uno de los guardias aterrorizados. Gandalf pensaba en todo; y aunque no podía hacer cualquier cosa, ayudaba siempre a los amigos en aprietos,

—¿Estamos todos aquí? —dijo, entregando la espada a Thorin con una reverencia—. Veamos: uno, Thorin; dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once. ¿Dónde están Fíli y Kili? ¡Aquí! Doce, trece... y he ahí al señor Bolsón: ¡catorce! ¡Bien, bien! Podría ser peor, y sin embargo podría ser mucho mejor. Sin poneys, y sin comida, y sin saber muy bien dónde estamos, ¡y unas hordas de trasgos furiosos justo detrás! ¡Sigamos adelante!

Siguieron adelante. Gandalf estaba en lo cierto: se oyeron ruidos de trasgos y unos gritos horribles allá detrás a lo lejos, en los pasadizos que habían atravesado. Se apresuraron entonces todavía más, y como el pobre Bilbo no podía seguirles el paso —pues los enanos son capaces de correr más deprisa, os lo aseguro, cuando tienen que hacerlo— se turnaron llevándolo a hombros.

Sin embargo los trasgos corren más que los enanos, y estos trasgos conocían mejor el camino (ellos mismos habían abierto los túneles), y estaban locos de furia; así que hiciesen lo que hiciesen, los enanos oían los gritos y aullidos que se acercaban cada vez más. Muy pronto alcanzaron a oír el ruido de los pies de los trasgos, muchos, muchos pies que parecían estar a la vuelta del último recodo. El destello de las antorchas rojas podía verse detrás de ellos en el túnel; y ya empezaban a sentirse muertos de cansancio.

—¡Por qué, oh por qué habré dejado mi agujero—hobbit! —decía el pobre señor Bolsón, mientras se sacudía hacia arriba y abajo sobre el pobre señor Bolsón, mientras se sacudía hacia arriba y abajo sobre la espalda de Bombur.

—¡Por qué, oh por qué habré traído a este pobrecito hobbit, a buscar el tesoro! —decía el desdichado Bombur que era gordo, y se bamboleaba mientras el sudor le caía en gotas de la nariz a causa del calor y el terror,

En aquel momento Gandalf se retrasó, y Thorin con él. Doblaron un recodo cerrado. —¡Están a la vuelta! —gritó el mago—. ¡Desenvaina tu espada, Thorin!

No había mas que hacer, y a los trasgos no les gustó. Venían corriendo a toda prisa y dando gritos, y al llegar al recodo tropezaron atónitos con la Hiende Trasgos y la Martilla Enemigos que brillaban frías y luminosas. Los que iban delante arrojaron las antorchas y dieron un alarido antes de morir. Los de atrás aullaban siguiéndolos. —¡Mordedora y Demoledora! —chillaron; y pronto todos estuvieron envueltos en una completa confusión, y la mayoría se apresuró a regresar por donde había venido.

Pasó bastante tiempo antes que cualquiera de ellos se atreviese a doblar aquel recodo. Mientras, los enanos se habían puesto otra vez en marcha, siguiendo un largo camino que los llevaba a los túneles oscuros del país de los trasgos. Cuando los trasgos se dieron cuenta, apagaron las antorchas y se deslizaron pisando con cuidado, y eligieron a los corredores más veloces, aquellos que tenían oídos como comadreas en la oscuridad, y eran casi tan silenciosos como murciélagos.

Así ocurrió que ni Bilbo, ni los enanos, ni siquiera Gandalf, los oyeron llegar, ni tampoco los vieron. Pero los trasgos los vieron a ellos, pues la vara de Gandalf emitía una luz débil que ayudaba a los enanos a encontrar el camino.

De repente Dori, que ahora otra vez corría a la cola llevando a Bilbo, fue aferrado por detrás en la oscuridad. Gritó y cayó; y el hobbit rodó de los hombros de Dori a la negrura, se golpeó la cabeza contra una piedra, y no recordó nada más.

ACERTIJOS EN LAS TINIEBLAS

Cuando Bilbo abrió los ojos, se preguntó si en verdad los habría abierto; pues todo estaba tan oscuro como si los tuviese cerrados. No había nadie cerca, de él. ¡Imaginaos qué terror! No podía ver nada, ni oír nada, ni sentir nada, excepto la piedra del suelo.

Se incorporó muy lentamente y anduvo a tientas hasta tropezar con la pared del túnel; pero ni hacia arriba ni hacia abajo pudo encontrar nada, nada en absoluto, ni rastro de trasgos o enanos. La cabeza le daba vueltas y ni siquiera podía decir en qué dirección habrían ido los otros cuando cayó de bruces. Trató de orientarse de algún modo, y se arrastró largo trecho hasta que de pronto tocó con la mano algo que parecía un anillo pequeño, trío y metálico, en el suelo del túnel. Este iba a ser un momento decisivo en la carrera de Bilbo, pero él no lo sabía. Casi sin darse cuenta se metió la sortija en el bolsillo. Por cierto, no parecía tener ninguna utilidad por ahora. No avanzó mucho más; se sentó en el suelo helado, abandonándose a

un completo abatimiento. Se imaginaba friendo huevos y panceta en la cocina de su propia casa —pues alcanzaba a sentir, dentro de él, que era la hora de alguna comida—, pero esto solo lo hacía más miserable.

No sabía a dónde ir, ni qué había ocurrido, ni por qué lo habían dejado atrás, o por qué, si lo habían dejado atrás, los trasgos no lo habían capturado; no sabía ni siquiera por qué tenía la cabeza tan dolorida. La verdad es que había estado mucho tiempo tendido y quieto, invisible y olvidado en un rincón muy oscuro.

Al cabo de un rato se palpó las ropas buscando la pipa. No estaba rota, y eso era algo. Buscó luego la petaca, y había algún tabaco, lo que ya era algo más, y luego buscó las cerillas y no encontró ninguna, y esto lo desanimó por completo. Sólo el cielo sabe qué cosa hubiera podido caer sobre él atraída por el roce de las cerillas y el olor del tabaco. Pero por ahora se sentía muy abatido. No obstante, rebuscando en los bolsillos y palpándose de arriba a abajo en busca de cerillas, topó con la empuñadura de la pequeña espada, la daga que había obtenido de los trolls y que casi había olvidado; por fortuna, tampoco los trasgos la habían descubierto, pues la llevaba dentro de los calzones.

Entonces la desenvainó. La espada brilló pálida y débil ante los ojos de Bilbo. "Así que es una hoja de los elfos, también" pensó, "y los trasgos no están muy cerca, aunque tampoco bastante lejos."

Pero de alguna manera se sintió reconfortado. Era bastante bueno llevar una hoja forjada en Gondolin para las guerras de los trasgos de las que había cantado tantas canciones; y también había notado que esas armas causaban gran impresión entre los trasgos que tropezaban con ellas de improviso.

"¿Volver?" pensó. "No sirve de nada. ¿Ir por algún camino lateral? ¡Imposible! ¿Ir hacia adelante? ¡No hay alternativa! ¡Adelante pues!" Y se incorporó y trotó llevando la espada alzada frente a él, una mano en la pared y el corazón palpitando.

Era evidente que Bilbo se encontraba en lo que puede llamarse un sitio estrecho. Pero recordad que no era tan estrecho para él como lo habría sido para vosotros o para mí. Los hobbits no se parecen mucho a la gente ordinaria, y aunque sus agujeros son unas viviendas muy agradables y acogedoras, adecuadamente ventiladas, muy distintas de los túneles de los trasgos, están más acostumbrados que nosotros a andar por galerías, y no pierden fácilmente el sentido de la orientación bajo tierra, no cuando ya se han recobrado de un golpe en el cráneo. También pueden moverse muy en silencio y esconderse con rapidez; se recuperan de un modo maravilloso de caídas y magulladuras, y tienen un fondo de prudencia y unos dichos juiciosos que la mayoría de los hombres no ha oído nunca o ha olvidado hace tiempo,

De cualquier modo no me hubiera sentido a gusto en el sitio donde estaba el señor Bilbo. La galería parecía no tener fin. Todo lo que él sabía era que seguía bajando, siempre en la misma dirección, a pesar de un recodo y una o dos vueltas. Había pasadizos que partían de los lados aquí y allá, como podía saber por el brillo de la espada, o podía sentir con la mano en la pared. No les prestó atención, pero apresuraba el paso por temor a los trasgos o a cosas oscuras imaginadas a

medias que asomaban en las bocas de los pasadizos. Adelante y adelante siguió, bajando y bajando; y toda vía no se oía nada, excepto el zumbido ocasional de un murciélago que se le acercaba, asustándolo en un principio, pero que luego se repitió tanto que él dejó de preocuparse. No sé cuánto tiempo continuó así, odiando seguir adelante, no atreviéndose a parar, adelante y adelante, hasta que estuvo más cansado que cansado. Parecía que el camino continuaría así al día siguiente y más allá, perdiéndose en los días que vendrían después.

De pronto, sin ningún aviso, se encontró trotando en un agua fría como hielo. ¡Uf! Esto lo reanimó, rápida y bruscamente. No sabía si el agua era sólo un estanque en medio del camino, la orilla de un arroyo que cruzaba el túnel bajo tierra, o el borde del lago subterráneo, oscuro y profundo. La espada apenas brillaba. Se detuvo, y escuchando con atención alcanzó a oír unas gotas que caían desde un techo invisible en el agua de abajo; pero no parecía haber ningún otro tipo de ruido.

"De modo que es un lago o un pozo, y no un río subterráneo" pensó. Aun así no se atrevió a meterse en el agua a oscuras. No sabía nadar, y además pensaba en las criaturas barrosas y repugnantes, de ojos saltones y ciegos, que culebreaban sin duda en el agua. Hay extraños seres que viven en pozos y lagos en el corazón de los montes; pero cuyos antepasados llegaron nadando, sólo el cielo sabe hace cuánto tiempo, y nunca volvieron a salir, y los ojos les crecían, crecían y crecían mientras trataban de ver en la oscuridad; y allí hay también criaturas más viscosas que peces. Aun en los túneles y cuevas que los trasgos habían excavado para sí mismos, hay otras cosas vivas que ellos desconocen, cosas que han venido arrastrándose desde fuera para descansar en la oscuridad. Además, los orígenes de algunos de estos túneles se remontan a épocas anteriores a los trasgos, quienes sólo los ampliaron y unieron con pasadizos, y los primeros propietarios están todavía allí, en raros rincones, deslizándose y olfateando todo alrededor.

Aquí abajo junto al agua lóbrega vivía el viejo Gollum, una pequeña y viscosa criatura. No sé de dónde había venido, ni quién o qué era. Era Gollum: tan oscuro como la oscuridad, excepto dos grandes ojos redondos y pálidos en la cara flaca. Tenía un pequeño bote y remaba muy en silencio por el lago, pues lago era, ancho, profundo y mortalmente frío. Remaba con los grandes pies colgando sobre la borda, pero nunca agitaba el agua. No él. Los ojos pálidos e inexpresivos buscaban peces ciegos alrededor, y los atrapaba con los dedos largos, rápidos como el pensamiento. Le gustaba también la carne. Los trasgos le parecían buenos, cuando podía echarles mano; pero trataba de que nunca lo encontraran desprevenido. Los estrangulaba por la espalda si alguna vez bajaba uno de ellos hasta la orilla del agua, mientras él rondaba en busca de una presa. Rara vez lo hacían, pues tenían el presentimiento de que algo desagradable acechaba en las profundidades, debajo de la raíz misma de la montaña. Cuando excavaban los túneles, tiempo atrás, habían llegado hasta el lago y descubrieron que no podían ir más lejos. De modo que para ellos el camino terminaba en esa dirección, y de nada les valía merodear por allí, a menos que el Gran Trasgo los enviase. A veces tenían la ocurrencia de buscar peces en el lago, y a veces ni el trasgo ni el pescado volvían.

Gollum vivía en verdad en una isla de roca barrosa en medio del lago. Observaba a Bilbo desde lejos con los ojos pálidos como telescopios. Bilbo no podía verlo, mientras Gollum lo miraba, perplejo; parecía evidente que no era un trasgo.

Gollum se metió en el bote y se alejó de la isla. Bilbo, sentado a orillas del agua, se sentía desconcertado, como si hubiese perdido el camino y el juicio. De pronto asomó Gollum, que cuchicheó y siseó:

—¡Bendícenos y salpícanos, preciosso mío! Me huelo un banquete selecto; por lo menos nos daría para un sabroso bocado ¡Gollum! —Y cuando dijo Gollum hizo con la garganta un ruido horrible como si engullera. Y así fue como le dieron ese nombre, aunque él siempre se llamaba a sí mismo "preciosso mío".

El hobbit dio un brinco cuando oyó el siseó, y de repente vio los ojos pálidos clavados en él.

—¿Quién eres? —preguntó, adelantando la espada.

—¿Qué ess él, preciosso mío? —susurró Gollum (que siempre se hablaba a sí mismo, porque no tenía a ningún otro con quien hablar). Eso era lo que quería descubrir, pues en verdad no tenía mucha hambre, sólo curiosidad; de otro modo hubiese estrangulado primero y susurrado después.

—Soy el señor Bilbo Bolsón. He perdido a los enanos y al mago y no sé donde estoy, y tampoco quiero saberlo, si pudiera salir.

—¿Qué tiene él en las manoss? —dijo Gollum mirando la espada, que no le gustaba mucho.

—¡Una espada, una hoja nacida en Gondolin!

—Sss —dijo Gollum, y en un tono más cortés: —Quizá se siente aquí y charle conmigo un rato, preciosso mío. ¿Le gustan los acertijos? Quizá sí, ¿no? —Estaba ansioso por parecer amable, al menos por un rato, y hasta que supiese algo más sobre la espada y el hobbit: si realmente estaba solo, si era bueno para comer, y si Gollum mismo tenía mucha hambre.

Acertijos era todo en lo que podía pensar. Proponerlos y alguna vez encontrar la solución había sido el único entretenimiento que había compartido con otras alegres criaturas, sentadas en sus agujeros, hacía muchos, muchos años, antes de quedarse sin amigos y de que lo echasen, solo, y se arrastrara descendiendo y descendiendo, a la oscuridad bajo las montañas.

—Muy bien —dijo Bilbo, muy dispuesto a mostrarse de acuerdo hasta descubrir algo más acerca de la criatura: si había venido sola, si estaba furiosa o hambrienta, y si era amiga de los trasgos.

—Tú preguntas primero —dijo, pues no había tenido tiempo de pensar en un acertijo. Así que Gollum siseó:

Las raíces no se ven,
y es más alta que un árbol,

Arriba y arriba sube,
y sin embargo no crece.

—¡Fácil! —dijo Bilbo—. Una montaña, supongo.

—¿Lo adivinó fácilmente? ¡Tendría que competir con nosotros, preciosso mío! Si preciosso pregunta y él no responde, nos lo comemos, preciosso mío. Si él pregunta y no contestamos, haremos lo que él quiera, ¿eh? ¡Le enseñamos el camino de la salida, sí!

—De acuerdo —dijo Bilbo, no atreviéndose a discrepar y con el cerebro casi estallándole mientras pensaba en un acertijo que pudiese cerebro casi estallándole mientras pensaba en un acertijo que pudiese salvarlo de la olla.

Treinta caballos blancos
en una sierra colorada.
Primero mordisquean,
y luego machacan,
y luego descansan.

Eso era todo lo que se le ocurría preguntar; la idea de comer le daba vueltas en la cabeza. Era además un acertijo bastante viejo, y Gollum conocía la respuesta tan bien como vosotros.

—Chiste viejo, chiste viejo —susurró—. ¡Los dientes, los dientes, preciosso mío! ¡Pero sólo tenemos seis! —En seguida propuso una segunda adivinanza.

Canta sin voz,
vuela sin alas,
sin dientes muerde,
sin boca habla.

—¡Un momento! —gritó Bilbo, incómodo, pensando aún en cosas que se comían. Por fortuna una vez había oído algo semejante, y recobrando el ingenio, pensó en la respuesta—. El viento, el viento, naturalmente —dijo, y quedó tan complacido que inventó en el acto otro acertijo. "Esto confundirá a esta asquerosa criaturita subterránea", pensó,

Un ojo en la cara azul

vio un ojo en la cara verde.
"Ese ojo es como este. ojo",
dijo el ojo primero,
"pero en lugares bajos,
y no en lugares altos".

—Ss, ss, ss —dijo Gollum. Había estado bajo tierra mucho tiempo, y estaba olvidando esa clase de cosas. Pero cuando Bilbo ya esperaba que el desdichado no podría responder, Gollum sacó a relucir recuerdos de tiempos y tiempos y tiempos atrás, cuando vivía con su abuela en un agujero a orillas de un río—. Ss, ss, ss, preciosos mío —dijo—. Quiere decir el sol sobre las margaritas, eso quiere decir.

Pero estos acertijos sobre las cosas cotidianas al aire libre lo fatigaban. Le recordaban también los días en que aún no era una criatura tan solitaria y furtiva y repugnante, y lo sacaban de quicio. Más aún, le daban hambre, así que esta vez pensó en algo un poco más desagradable y difícil.

No puedes verla ni sentirla,
y ocupa todos los huecos:
no puedes olerla ni oírla,
está detrás de los astros,
y está al pie de las colinas,
llega primero, y se queda;
mala risas y acaba vidas.

Para desgracia de Gollum, Bilbo había oído algo parecido antes, y de cualquier modo la respuesta fue rotunda. —¡La oscuridad! —dijo, sin ni siquiera rascarse la cabeza o ponerse la gorra de pensar.

Caja sin llave,
tapa o bisagras,
pero dentro un tesoro
dorado guarda.

Bilbo preguntó para ganar tiempo, hasta que pudiese pensar algo más difícil. Creyó que era un acertijo asombrosamente viejo y fácil, aunque no con estas

mismas palabras, pero resultó ser un horrible problema para Gollum. Siseaba entre dientes, sin encontrar la respuesta, murmurando y farfullando.

Al cabo de un rato Bilbo empezó a impacientarse.

—Bueno, ¿qué es? —preguntó. La respuesta no es una marmita hirviendo, como parece creer, por el ruido que haces.

—Una oportunidad, que nos de una oportunidad, precioso mío... ss... ss...

—¡Bien! —dijo Bilbo tras esperar largo rato— ¿Qué hay de tu respuesta?

Pero de súbito Gollum se vio robando en los nidos, hacía mucho tiempo, y sentado en el barranco del río enseñando a su abuela, enseñando a su abuela a sorber... —¡Huevoss! —siseó— ¡Huevoss, eso es! —y en seguida preguntó:

Todos viven sin aliento;
y fríos como los muertos,
nunca con sed, siempre bebiendo,
todos en malla, siempre en silencio.

El propio Gollum se dijo que la adivinanza era asombrosamente fácil, pues él pensaba día y noche en la respuesta. Pero por el momento no se le ocurrió nada mejor, tan aturdido estaba aún por la cuestión del huevo. De cualquier modo fue todo un problema para Bilbo, quien nunca había tenido nada que ver con el agua si podía evitarlo. Imagino que ya sabéis la respuesta, no lo dudo, o que podéis adivinarla en un abrir y cerrar de ojos, ya que estáis cómodamente sentados en casa, y el peligro de ser comidos no turba vuestros pensamientos. Bilbo se sentó y carraspeó una o dos veces, pero la respuesta no llegó.

Al cabo Gollum se puso a sisear entre dientes, complacido. —¿Es agradable, precioso mío? ¿Es jugoso? ¿Cruje de rechupete? —Espió a Bilbo en la oscuridad.

—Un momento —dijo Bilbo temblando de miedo— Yo te he dado una buena oportunidad hace poco.

—¡Tiene que darse prisa, darse prisa! —dijo Gollum, comenzando a pasar del bote a la orilla para acercarse a Bilbo. Pero cuando puso en el agua las patas grandes y membranosas, un pez saltó espantado y cayó sobre los pies de Bilbo.

—¡Uf! —dijo— ¡que frío y pegajoso! —y así acertó—. ¡Un pez, un pez! —gritó—. ¡Es un pez!

Gollum quedó horriblemente desilusionado; pero Bilbo preguntó otro acertijo tan rápido como pudo, y Gollum tuvo que volver al bote y pensar.

Sin-piernas se apoya en una pierna;

Dos-piernas se sienta cerca de tres piernas,
y cuatro-piernas consiguió algo.

No era realmente el momento apropiado para este acertijo pero Bilbo estaba en un apuro. A Gollum le habría costado bastante acertar si Bilbo lo hubiera preguntado en otra ocasión. Tal como ocurrió, hablando de peces, "sin piernas" no parecía muy difícil, y el resto fue obvio. "Un pez sobre una mesa pequeña, un hombre a la mesa, y el gato qué consigue las espinas." Esa era la respuesta por supuesto, y Gollum la encontró pronto. Entonces pensó que ya era momento de preguntar algo horrible y difícil. Esto fue lo que dijo:

Devora todas las cosas:
aves, bestias, plantas y. flores;
roe el hierro, muerde el acero,
y pulveriza la peña compacta;
mata reyes, arruina ciudades
y derriba las altas montañas.

El pobre Bilbo sentado en la oscuridad pensó en todos los horribles nombres de gigantes y ogros que alguna vez había oído en los cuentos, pero ninguno hacía todas esas cosas. Tenía el presentimiento de que la respuesta era muy diferente y que la sabía de algún modo, pero no era capaz de ponerse a pensar. Empezó a sentir miedo, y esto es malo para pensar. Gollum salió entonces del bote. Saltó al agua y avanzó hacia la orilla. Bilbo alcanzaba a ver los ojos que se acercaban. La lengua parecía habersele pegado al paladar; quería gritar:

¡Dame tiempo! Pero todo lo que salió en un súbito chillido fue:
—¡Tiempo! ¡Tiempo!

Bilbo se salvó por pura suerte. Pues naturalmente ésta era la respuesta.

Gollum quedó otra vez desilusionado; ahora estaba enojándose y cansándose del juego. Le había dado mucha hambre en verdad, y no volvió al bote. Se sentó en la oscuridad junto a Bilbo. Esto incomodó todavía más al hobbit y le nubló el ingenio.

—Ahora él tiene que hacernos una pregunta, preciososo mío, si, ssí, ssí. Una pregunta máss para acertar, sí, ssí —dijo Gollum.

Pero Bilbo no podía pensar en ningún acertijo con aquella cosa asquerosamente fría y húmeda al lado, sobándolo y empujándolo. Se rascaba, se pellizcaba; y seguía sin poder pensar.

—¡Pregúntenos! ¡Pregúntenos! —decía Gollum. Bilbo se pellizcaba y se palmoteaba; aferró la espada con una mano y tanteó el bolsillo con la otra. Allí encontró el anillo que había recogido en el túnel, y que había olvidado.

—¿Qué tengo en el bolsillo? —dijo, en voz alta. Hablaba consigo mismo, pero Gollum creyó que era un acertijo y se sintió terriblemente desconcertado.

—¡No vale! ¡No vale! —siseó—. ¿No es cierto que no vale, precioso mío, preguntarnos qué tiene en los asquerosos bolsillitos?

Bilbo, viendo lo que había pasado y no teniendo nada mejor que decir, repitió la pregunta en voz más alta; —¿Qué hay en mis bolsillos?

—Sss —siseó Gollum— Tiene que darnos tres Oportunidades, precioso mío, tress oportunidadess.

—¡De acuerdo! ¡Adivina! —dijo Bilbo.

—¡Las manoss! —dijo Gollum.

—Falso —dijo Bilbo, quien por fortuna había retirado la mano otra vez—. ¡Prueba de nuevo!

—Sss —dijo Gollum más desconcertado que nunca. Pensó en todas las cosas que él llevaba en los bolsillos; espinas de pescado, dientes de trasgos, conchas mojadas, un trozo de ala de murciélago, una piedra aguzada para afilarse los colmillos, y otras cosas repugnantes, Intentó pensar en lo que otra gente podía llevar en los bolsillos.

—¡Un cuchillo! —dijo al fin.

—¡Falso! —dijo Bilbo, que había perdido el suyo hacía tiempo—. ¡Ultima oportunidad!

Ahora Gollum se sentía mucho peor que cuando Bilbo le había planteado el acertijo del huevo. Siseó, farfulló y se balanceó adelante y atrás, golpeteando el suelo con los pies, y se meneó y retorció; sin embargo no se decidía, no quería echar a perder esa última oportunidad.

—¡Vamos! —dijo Bilbo—. ¡Estoy esperando! —Trató de parecer valiente y jovial, pero no estaba muy seguro de cómo terminaría el juego, ya Gollum acertase o no.

—¡Se acabó el tiempo! —dijo.

—¡Una cuerda o nada! —chilló Gollum, quien no respetaba del todo las reglas, respondiendo dos cosas a la vez,

—¡Las dos mal! —gritó Bilbo, mucho más aliviado; e incorporándose de un salto, se apoyó de espaldas en la pared más próxima y desenvainó la pequeña espada. Naturalmente, sabía que el torneo de las adivinanzas era sagrado y de una antigüedad inmensa, y que aun las criaturas malvadas tenían hacer trampas mientras jugaban. Pero sentía también que no podía confiar en que aquella criatura viscosa mantuviera una promesa.

Cualquier excusa le parecería apropiada para eludirla. Y al fin y al cabo la última pregunta no había sido un acertijo genuino de acuerdo con las leyes ancestrales.

Pero sin embargo Gollum no lo atacó en seguida. Miraba la espada que Bilbo tenía en la mano. Se quedó sentado, susurrando y estremeciéndose. Al fin, Bilbo no pudo esperar más.

—Y bien —dijo—, ¿qué hay de tu promesa? Me quiero ir; tienes que enseñarme el camino.

—¿Dijimos eso, precioso? Mostrarle la salida al pequeño y asqueroso Bolsón, sí, sí. Pero, ¿qué tiene él en los bolsillos? ¡Ni cuerda, precioso, ni nada! ¡Oh, no! ¡Gollum!

—No te importa —dijo Bilbo—, una promesa es una promesa.

—Vaya, ¡qué prisa! ¡Impaciente, precioso! —siseó Gollum—, pero tiene que esperar, sí. No podemos subir por los pasadizos tan de prisa; primero tenemos que recoger algunas cosas antes, sí, cosas que nos ayuden.

—¡Bien, apresúrate! —dijo Bilbo, aliviado al pensar que Gollum se marchaba. Creía que sólo se estaba excusando, y que no pensaba volver. ¿De qué hablaba Gollum? ¿Qué cosa útil podía guardar en el lago oscuro? Pero se equivocaba. Gollum pensaba volver. Estaba enfadado ahora y hambriento. Y era una miserable y malvada criatura y ya tenía un plan.

No muy lejos estaba su isla, de la que Bilbo nada sabía; y allí, en un escondrijo, guardaba algunas sobras miserables y una cosa muy hermosa, muy maravillosa. Tenía un anillo, un anillo de oro, un anillo precioso.

—¡Mi regalo de cumpleaños! —murmuraba, como había hecho a menudo en los oscuros días interminables—. Eso es lo que ahora queremos, sí, ¡lo queremos!

Lo quería porque era un anillo de poder, y si os lo poníais en el dedo, erais invisibles. Sólo a la plena luz del sol podrían veros, y sólo por la sombra, temblorosa y tenue.

—¡Mi regalo de cumpleaños! ¡Llegó a mí el día de mi cumpleaños, precioso mío! —Así monologaba Gollum. Pero nadie sabe cómo Gollum había conseguido aquel regalo, hacía siglos, en los viejos días, cuando tales anillos abundaban en el mundo. Quizá ni el propio Amo que los gobernaba a todos podía decirlo. Al principio Gollum solía llevarlo puesto hasta que le cansó, y desde entonces lo guardó en una bolsa pegada al cuerpo, hasta que le lastimó la piel, y desde entonces lo tuvo escondido en una roca de la isla, y siempre volvía a mirarlo. Y aún a veces se lo ponía, cuando no aguantaba estar lejos de él ni un momento más, o cuando estaba muy, muy hambriento, y harto de pescado. Entonces se arrastraba por pasadizos oscuros, en busca de trasgos extraviados. Se aventuraba incluso en sitios donde había antorchas encendidas que lo hacían parpadear y le irritaban los ojos. Estaba seguro, oh, sí, muy seguro. Nadie lo veía, nadie notaba que estaba allí hasta que les apretaba la garganta con las manos. Lo había llevado puesto, hacía sólo unas pocas horas y había capturado un pequeño trasgo. ¡Cómo había chillado! Aún le quedaban uno o dos huesos por roer, pero deseaba algo más tierno.

—Muy seguro, sí —se decía—. No nos verá, ¿verdad, preciosso mío? No, y la asquerosa espadita será inútil, ¡sí, bastante inútil!

Eso es lo que escondía en su pequeña mollera malvada mientras se apartaba bruscamente de Bilbo y chapoteaba hacia el bote, perdiéndose en la oscuridad. Bilbo creyó que nunca lo volvería a oír; aun así, esperó un rato, pues no tenía idea de cómo encontrar solo el camino de salida.

De pronto, oyó un chillido. Un escalofrío le bajó por la espalda. Gollum maldecía y se lamentaba en las tinieblas, no muy lejos. Estaba en su isla, revolviendo aquí y allá, buscando y rebuscando en vano.

—¿Dónde está? ¿Dónde está? —sollozaba—. Sse ha perdido, preciosso mío, ¡perdido, perdido! ¡Maldíganos y aplástenos, mi preciosso, se ha perdido!

—¿Qué pasa? —preguntó Bilbo—. ¿Qué has perdida?

—No tiene que preguntarnos, no es asunto ssuyo, ¡no, Gollum! —chilló Gollum—, perdido, perdido, Gollum, Gollum, Gollum.

—Bueno, yo también me he perdido y quiero saber dónde estoy. Gané la pugna y tú hiciste una promesa. Así que ¡adelante! ¡Ven y condúceme fuera, y luego, sigue buscando! —Aunque Gollum parecía inconsolable, Bilbo no lo compadecía demasiado, tenía la impresión de que una cosa que Gollum quería tanto no podía ser nada bueno. —¡Vamos! —gritó.

—¡No, aún no, preciosso! —respondió Gollum—. Tenemos que buscarlo pues se ha perdido, ¡Gollum!

—Pero no acertaste mi última pregunta e hiciste una promesa, —dijo Bilbo.

—¡Nunca lo —imaginé! —dijo Gollum. De repente un agudo siseo brotó de la oscuridad—. ¿Qué tiene en los bolsillos? Que nos lo diga. Primero tiene que decirlo.

Hasta donde Bilbo sabía, no había ninguna razón particular para no decírselo. Más rápida que la suya, la mente de Gollum había cazado en el aire un presentimiento; pues durante siglos había estado preocupada por esa sola cosa, temiendo siempre que se la quitaran. Pero la demora impacientaba a Bilbo. Al fin y al cabo, había ganado el juego, con bastante limpieza, y corriendo un riesgo terrible. —Las preguntas eran para acertar, no para decirlas —dijo.

—Pero no fue juego limpio —dijo Gollum—, No era un acertijo, preciosso, no.

—¡Oh, bien!, si se trata de preguntas corrientes yo he hecho una antes —respondió Bilbo—. ¿Qué has perdido, quieres decirme?

—¿Qué tiene en los bolsillos? —El sonido llegó siseando más agudo y fuerte, y como Gollum estaba mirándolo, Bilbo vio alarmado dos pequeños puntos de luz que lo observaban. A medida que la sospecha crecía en la mente de Gollum, la luz le ardía en los ojos con una llama descolorida.

—¿Qué has perdido? —insistió Bilbo.

Pero la luz en los ojos de Gollum era ahora un fuego verde y se acercaba con rapidez. Gollum estaba de nuevo en el bote, remando como desesperado de vuelta a la orilla; y tal era la rabia por la pérdida y la sospecha que tenía en el corazón, que ya no le atemorizaba ninguna espada.

Bilbo no podía adivinar qué había maquinado la malvada criatura, pero vio que todo estaba descubierto, y que Gollum pretendía terminar con él, sea como fuere. Justo a tiempo se volvió y corrió a ciegas, subiendo el pasadizo que había bajado antes, manteniéndose pegado a la pared y tocándola con la mano izquierda.

—¿Qué tiene en los bolsillos? —Bilbo oyó el siseo fuerte detrás de él, y el chapoteo cuando Gollum saltó del bote. "¿Qué tengo yo, me pregunto" se dijo, mientras avanzaba jadeando y tropezando. Se metió la mano izquierda en el bolsillo. El anillo estaba muy frío cuando se le deslizó de pronto en el dedo índice, con el que tanteaba buscando.

El siseo estaba detrás, muy cerca. Bilbo se volvió y vio los ojos de Gollum como pequeñas lámparas verdes que subían la pendiente. Aterrorizado, intentó correr más rápido y cayó cuan largo era, con la pequeña espada debajo del cuerpo.

En un momento Gollum estuvo sobre él. Pero antes que Bilbo pudiese hacer algo, recuperar el aliento, levantarse o esgrimir la espada, Gollum pasó de largo sin prestarle atención, maldiciendo y murmurando mientras corría.

¿Qué podía significar esto? Gollum veía en la oscuridad. Bilbo alcanzaba a distinguir la luz pálida de los ojos, aun desde atrás. Se levantó, dolorido, envainó la espada, que ahora brillaba débilmente otra vez, y con mucha cautela siguió andando. Parecía que no se podía hacer otra cosa. No convenía volver arrastrándose a las aguas de Gollum. Quizá si lo seguía, Gollum lo conduciría sin querer hasta alguna vía de escape.

—¡Maldito sea! ¡Maldito sea! ¡Maldito sea! —siseaba Gollum—. ¡Maldito Bolsón! ¡Se ha ido! ¿Qué tiene en los bolsillos? ¡Oh, lo suponemos, lo adivinamos! Precioso mío. Lo ha encontrado, sí, tiene que tenerlo. Mi regalo de cumpleaños.

Bilbo aguzó el oído. Por fin estaba empezando a adivinar. Apresuró el paso, acercándose a Gollum por detrás hasta donde se atrevió. Gollum corría aún de prisa, sin mirar atrás, pero volviendo la cabeza a los lados, como Bilbo podía ver por el pálido reflejo de luz en las paredes.

—¡Mi regalo de cumpleaños! ¡Maldito! ¿Cómo lo perdimos, precioso mío? Sí, eso es. ¡Maldito! Cuando vinimos por aquí la última vez, cuando estrujamos a aquel asqueroso jovencito chillón. Eso es. ¡Maldito sea! Se nos cayó, ¡después de tantos siglos y siglos! No está, ¡Gollum!

De pronto Gollum se sentó y se puso a sollozar, con un ruido silbante y gorgoteante, horrible al oído. Bilbo se detuvo, pegándose a la pared de la galería. Pasado un rato, Gollum dejó de lloriquear y comenzó a hablar. Parecía tener una discusión consigo mismo.

—No vale la pena volver a buscarlo, no. No recordamos todos los lugares que hemos visitado. Y no serviría de nada. El Bolsón lo tiene en sus bolsillos; el asqueroso fisgón lo ha encontrado, lo decimos nosotros.

"Lo suponemos, precioso, sólo lo suponemos. No podemos estar seguros hasta encontrar a la asquerosa criatura y estrujarla. Pero no conoce las virtudes que tiene, ¿verdad? Sólo lo guarda en los bolsillos. No lo sabe y no puede ir muy lejos. Se ha perdido el puerco fisgón. No conoce la salida. Eso fue lo que dijo.

"Así dijo, sí, pero es un tramposo. ¡No dice lo que piensa! No dirá lo que tiene en los bolsillos. Lo sabe.

Conoce el camino de entrada; tiene que conocer el de salida, sí. Está más allá de la puerta trasera. Hacia la puerta trasera, eso es.

"Los trasgos lo capturarán entonces. No puede salir por ahí, precioso.

"Sss, sss, ¡Gollum! ¡Trasgoss! Sí, pero si tiene el regalo, nuestro regalo de cumpleaños, entonces los trasgos lo tomarán, ¡Gollum! Descubrirán, descubrirán sus propiedades. ¡Nunca más estaremos seguros, Gollum! Uno de los trasgos se lo pondrá y no lo verá nadie. Estará allí, pero nadie podrá verlo. Ni siquiera nuestros más agudos ojos, y se acercará escurriéndose y engañando y nos capturará, ¡Gollum! ¡Gollum!

"¡Dejemos la charla, precioso, y vayamos de prisa! Si el Bolsón se ha ido por ahí, tenemos que apresurarnos y verlo. ¡Vamos! No puede estar muy lejos. ¡De prisa!

Gollum se levantó de un brinco y se alejó bamboleándose, a grandes zancadas. Bilbo corrió tras él, todavía cauteloso, aunque ahora lo que más temía era tropezar de nuevo y caer haciendo ruido. Tenía en la cabeza un torbellino de asombro y esperanza. Parecía que el anillo que llevaba era un anillo mágico: ¡te hacía invisible! Había oído de tales cosas, por supuesto, en antiguos relatos; pero le costaba creer que en realidad él, por accidente, había encontrado uno. Sin embargo, así era: Gollum había pasado de largo sólo a una yarda.

Siguieron adelante, Gollum avanzando a los tropicónes, siseando y maldiciendo; Bilbo detrás, tan silenciosamente

como puede marchar un hobbit. Pronto llegaron

a unos lugares donde, como había notado Bilbo al bajar, se abrían pasadizos a los lados, uno acá, Otro allá. Gollum comenzó en seguida a contarlos.

—Uno a la izquierda, sí. Uno a la derecha, sí. Dos a la derecha, sí, sí; dos a la izquierda, eso es. —Y así una vez y otra.

A medida que la cuenta, crecía, aflojó el paso sollozando y temblando. Pues cada vez se alejaba más del agua, y tenía miedo. Los trasgos acechaban quizá, y él había perdido el anillo. Por fin se detuvo ante una abertura baja, a la izquierda.

—Siete a la derecha, sí. Seis a la izquierda, ¡bien! —susurró—. Este es. Este es el camino de la puerta trasera. ¡Aquí está el pasadizo!

Miró hacia adentro y se retiró, vacilando. —Pero no nos atreveremos a entrar, precioso, no nos atreveremos. Hay trasgos allá abajo. Montones de trasgoss. Los olemos. ¡Sss!

"¿Qué podemos hacer? ¡Malditos y aplastados sean! Tenemos que esperar aquí, precioso, esperar un momento y observar.

Y así se detuvieron. Al fin y al cabo, Gollum había traído a Bilbo hasta la salida, ¡pero Bilbo no podía cruzarla! Allí estaba Gollum, acurrucado justamente en la abertura, y los ojos le brillaban fríos mientras movía la cabeza a un lado y a otro entre las rodillas.

Bilbo se arrastró, apartándose de la pared, más callado que un ratón; pero Gollum se enderezó en seguida y venteó en torno y los ojos se le pusieron verdes. Siseó, en un tono bajo aunque amenazador. No podía ver al hobbit, pero ahora estaba atento, y tenía otros sentidos que la oscuridad había aguzado: olfato y oído. Parecía que se había agachado, con las palmas de las manos extendidas sobre el suelo, la cabeza estirada hacia adelante y la nariz casi tocando la piedra. Aunque era sólo una sombra negra en el brillo de sus propios ojos, Bilbo alcanzaba a verlo o sentirlo: tenso como la cuerda de un arco, dispuesto a saltar.

Bilbo casi dejó de respirar y también se quedó quieto. Estaba desesperado. Tenía que escapar, salir de aquella horrible oscuridad mientras le quedara alguna fuerza. Tenía que luchar. Tenía que apuñalar a la asquerosa criatura, sacarle los ojos, matarla. Quería matarlo a él. No, no sería una lucha limpia. El era invisible ahora. Gollum no tenía espada. No había amenazado matarlo, o no lo había intentado aún. Y era un ser miserable, solitario, perdido. Una súbita comprensión, una piedad mezclada con horror asomó en el corazón de Bilbo: un destello de interminables días iguales, sin luz ni esperanza de algo mejor, dura piedra, frío pescado, pasos furtivos, y susurros. Todos estos pensamientos se le cruzaron como un relámpago. Se estremeció. Y entonces, de pronto, en otro relámpago, como animado por una energía y una resolución nuevas, saltó hacia adelante.

No un gran salto para un hombre, pero un salto a ciegas. Saltó directamente sobre la cabeza de Gollum, a una distancia de siete pies y tres de altura; por cierto, y no lo sabía, apenas evitó que se le destrozara el cráneo contra el arco del túnel.

Gollum se lanzó hacia, atrás e intentó atrapar al hobbit cuando volaba sobre él, pero demasiado tarde: las manos golpearon el aire tenue, y Bilbo, cayendo limpiamente sobre los pies vigorosos, se precipitó a bajar por el nuevo pasadizo, No se volvió a mirar qué hacía Gollum. Al principio oyó siseos y maldiciones detrás de él, muy cerca; luego cesaron. Casi en seguida sonó un aullido que helaba la sangre, un grito de odio y desesperación. Gollum estaba derrotado. No se atrevía a ir más lejos, había perdido: había perdido su presa, y había perdido también la única cosa que había cuidado alguna vez, su precioso. El aullido dejó a Bilbo con el corazón en la boca. Ya débil como un eco, pero amenazadora, la voz venía desde atrás.

—¡Ladrón, ladrón, ladrón! ¡Bolsón! ¡Lo odiamos, lo odiamos, lo odiamos para siempre!

No se oyó nada más. Pero el silencio también le parecía amenazador a Bilbo. "Si los trasgos están tan cerca que él puede olerlos" pensó, "tienen que haber oído las maldiciones y chillidos. Cuidado ahora, o esto te llevará a cosas peores."

El pasadizo era bajo y de paredes toscas. No parecía muy difícil para el hobbit, excepto Cuando, a pesar de andar con mucho cuidado, tropezaba de nuevo, y así muchas veces, golpeándose los dedos de los pies contra las piedras del suelo, molestas y afiladas. "Un poco bajo para los trasgos, al menos para los grandes", pensaba Bilbo, no sabiendo que aun los más grandes, los orcos de las montañas, avanzan encorvados a gran velocidad, con las manos casi en el suelo.

Pronto el pasadizo, que había estado bajando, comenzó a subir otra vez, y de pronto ascendió abruptamente. Bilbo tuvo que aflojar la marcha, pero por fin la cuesta acabó; luego de un recodo, el pasadizo descendió de nuevo, y allá, al pie de una corta pendiente, vio que del costado de otro recodo venía un reflejo de luz. No una luz roja, como de linterna o de fuego, sino una luz pálida de aire libre. Bilbo echó a correr.

Corriendo tanto como le aguantaban las piernas, dobló el último recodo y se encontró en medio de un espacio abierto, donde la luz, luego de todo aquel tiempo a oscuras, parecía deslumbrante. En verdad, era sólo la luz del sol que se filtraba por el hueco de una puerta grande, una puerta de piedra, que habían dejado entornada.

Bilbo parpadeó, y de pronto vio a los trasgos; trasgos armados de pies a cabeza, con las espadas desenvainadas, sentados a la vera de la puerta y observándolo con los ojos abiertos, observando el pasadizo por donde había aparecido. Estaban preparados, atentos, dispuestos a cualquier cosa.

Lo vieron antes que él pudiese verlos. Sí, lo vieron, Fuese un accidente o el último truco del anillo antes de tomar nuevo amo, no lo tenía en el dedo. Con aullidos de entusiasmo, los trasgos se abalanzaron sobre él.

Una punzada de miedo y pérdida, como un eco de la miseria de Gollum, hirió a Bilbo, y olvidando desenvainar la espada, metió las manos en los bolsillos. Y allí en el bolsillo izquierdo estaba el anillo, y él mismo se le deslizó en el dedo índice. Los trasgos se detuvieron bruscamente. No podían ver nada del hobbit. Había desaparecido.

Había desaparecido. Chillaron dos veces, tan alto como antes, pero no con tanto entusiasmo.

—¿Dónde está? —gritaron.

—¡Se volvió pasadizo arriba! —dijeron algunos.

—¡Fue por aquí! —aullaron unos—, ¡Fue por allá! —aullaron otros.

—¡Cuidad la puerta! —ordenó el capitán. Sonaron silbatos, las armaduras se entrechocaron, las espadas golpetearon, los trasgos maldijeron y juraron, corriendo acá y acullá, cayendo unos sobre otros y enojándose mucho. Hubo un terrible clamoreo, una conmoción y un alboroto.

Bilbo estaba de veras aterrorizado, pero tenía aún bastante juicio para entender qué había ocurrido, y para esconderse detrás de un barril que guardaba la bebida de los trasgos centinelas, y salir así del apuro y evitar que lo golpearan y patearan hasta darle muerte, a que lo capturasen por el tacto.

—¡He de alcanzar la puerta, he de alcanzar la puerta! —seguía diciéndose, pero pasó largo rato antes de que se atreviera a intentarlo. Lo que siguió entonces fue horrible, como si jugaran a una especie de gallina ciega. El lugar estaba abarrotado de trasgos que corrían de un lado a otro, y el pobrecito hobbit se escurrió aquí y allá, fue derribado por un trasgo que no pudo entender con qué había tropezado, escapó a gatas, se deslizó entre las piernas del capitán, se puso de pie, y corrió hacia la puerta.

La puerta estaba abierta, pero un trasgo la había entornado todavía más. Bilbo empujó, y no consiguió moverla. Trató de escurrirse por la abertura y quedó atrapado. ¡Era horrible! Los botones se le habían encajado entre el canto y la jamba de la puerta. Allí fuera alcanzaba a ver el aire libre: había unos pocos escalones que descendían a un valle estrecho con montañas altas alrededor: el sol apareció detrás de una nube y resplandeció más allá de la puerta; pero él no podía cruzarla.

De pronto, uno de los trasgos que estaban dentro gritó: —¡Hay una sombra al lado de la puerta! ¡Algo está ahí fuera! —

A Bilbo el corazón se le subió a la boca. Se retorció, aterrorizado. Los botones saltaron en todas direcciones. Atravesó la puerta, con la chaqueta y el chaleco rasgados, y brincó escalones abajo como una cabra, mientras los trasgos desconcertados recogían aún los preciosos botones de latón, caídos en el umbral.

Por supuesto, en seguida bajaron tras él, persiguiéndolo, gritando y ululando por entre los árboles. Pero el sol no les gusta: les afloja las piernas, y la cabeza les da vueltas. No consiguieron encontrar a Bilbo, que llevaba el anillo puesto, y se escabullía entre las sombras de los árboles, corriendo rápido y en silencio y manteniéndose apartado del sol; pronto volvieron gruñendo y maldiciendo a guardar la puerta. Bilbo había escapado.

DE LA SARTÉN AL FUEGO

Bilbo había escapado de los trasgos, pero no sabía dónde estaba. Había perdido el capuchón, la capa, la comida, el poney, sus botones y sus amigos. Siguió adelante, hasta que el sol empezó a hundirse en el poniente, detrás de las montañas. Las sombras cruzaban el sendero, y Bilbo miró hacia atrás, luego miró hacia adelante, y no pudo ver más que crestas y vertientes que descendían hacia las tierras bajas, y llanuras que asomaban de vez en cuando entre los árboles.

—¡Cielos! —exclamó—. ¡Parece que estoy justo al otro lado de las Montañas Nubladas, al borde de las Tierras de Más Allá! ¿Dónde y adónde habrán tenido que ir los enanos y Gandalf? ¡Sólo espero que por ventura no estén todavía allá atrás en poder de los trasgos!

Continuó caminando, fuera del pequeño y elevado valle, por el borde, y bajando luego las pendientes; mas en todo este tiempo un pensamiento muy incómodo iba creciendo dentro de él. Se preguntaba si no estaba obligado, ahora que tenía el anillo mágico, a regresar a los horribles, horribles túneles y buscar a sus amigos, Acababa de decidir que no podía escapar a ese deber, que tenía que volver atrás —y esto hacía que se sintiera muy desdichado— cuando oyó voces.

Se detuvo y escuchó. No parecían trasgos; de modo que se arrastró con mucho cuidado hacia adelante. Estaba en un sendero pedregoso que serpenteaba hacia abajo, con una pared rocosa a la izquierda; al otro lado el terreno descendía en pendiente, y bajo el nivel del sendero había unas cañadas donde crecían matorrales y arbustos. En una de estas cañadas, bajo los arbustos, había gente hablando

Se arrastró todavía más cerca, y de súbito vio, asomado entre dos grandes peñascos, una cabeza con capuchón rojo: era Balin que oteaba alrededor. Bilbo tenía ganas de palmotear y gritar de alegría, pero no lo hizo. Todavía llevaba puesto el anillo, por miedo de encontrar algo inesperado y desagradable, y vio que Balin estaba mirando directamente hacia él sin verlo.

"Les daré a todos una sorpresa", pensó mientras se metía a gatas entre los arbustos del borde de la cañada. Gandalf estaba deliberando con los enanos. Hablaban de todo lo que había ocurrido en los túneles, preguntándose y discutiendo qué irían a hacer ahora. Los enanos refunfuñaban, y Gandalf decía que de ninguna manera podían continuar el viaje dejando al señor Bolsón en manos de los trasgos, sin tratar de saber si estaba vivo o muerto, y sin tratar de rescatarlo.

—Al fin y al cabo es mi amigo —dijo Gandalf—, y una buena persona. Me siento responsable. Ojalá no lo hubieseis perdido.

Los enanos querían saber ante todo por qué razones lo habían traído con ellos, por qué no había podido mantenerse cerca y venir también, y por qué el mago no había elegido a alguien más sensato. —Hasta ahora ha sido una carga de poco provecho —dijo uno—, Si tenemos que regresar a esos túneles abominables a, buscarlo, entonces maldito sea, digo yo.

Gandalf contestó enfadado: —Lo traje, y no traigo cosas que no sean de provecho. O me ayudáis a buscar lo, o me voy y os dejo aquí para que salgáis de este embrollo como mejor podáis. Si al menos lo encontráramos, me lo agradeceríais antes de que haya pasado todo. ¿Por qué tuviste que dejarlo caer, Dori?

—¡Tú mismo lo hubieses dejado caer —dijo Dori—, si de pronto un trasgo te hubiese aferrado las piernas por detrás en la oscuridad, te hiciese tropezar, y te patease la espalda!

—En ese caso, ¿por qué no lo recogiste de nuevo?

—¡Cielos! ¡Y aún me lo preguntas! ¡Los trasgos luchando y mordiendo en la oscuridad, todos cayendo sobre otros cuerpos y golpeándose! Tú casi me tronchas la cabeza con Glamdrin, y Thorin daba tajos a diestra y siniestra con

Orcrist. De pronto echaste una de esas luces que enceguecen y vimos que los trasgos retrocedían aullando. Gritaste: '¡Seguidme todos!' y todos tenían que haberte seguido. Creímos que todos lo hacían. No hubo tiempo para contar, como tú sabes muy bien, hasta que nos abrimos paso entre los centinelas, salimos por la puerta más baja, y descendimos hasta aquí atropellándonos. Y aquí estamos, sin el saqueador, ¡que el cielo lo confunda!

—¡Y aquí está el saqueador! —dijo Bilbo adelantándose y metiéndose entre ellos, y quitándose el anillo.

¡Señor, cómo saltaron! Luego hubo gritos de sorpresa y alegría. Gandalf estaba tan atónito como cualquiera de ellos, pero quizá más complacido que los demás. Llamó a Balín y le preguntó qué pensaba de un centinela que permitía que la gente llegara así sin previo aviso. Por supuesto, la reputación de Bilbo creció mucho entre los enanos a partir de ese momento. Si, a pesar de las palabras de Gandalf, dudaban aún de que era un saqueador de primera clase, no lo dudaron más. Balín era el más desconcertado; pero todos decían que había sido un trabajo muy bien hecho.

Bilbo estaba en verdad tan complacido con estos elogios, que se rió entre dientes, pero nada dijo acerca del anillo; y cuando le preguntaron cómo se las había arreglado, comentó: —Oh, simplemente me deslicé, ya sabéis... con mucho cuidado y en silencio.

—Bien, ni siquiera un ratón se ha deslizado nunca con cuidado y en silencio bajo mis mismísimas narices sin que yo lo descubriera —dijo Balín—, y me saco el sombrero ante ti. —Cosa que hizo.

—Balín a vuestro servicio —dijo.

—Vuestro servidor, el señor Bolsón —dijo Bilbo.

Luego quisieron conocer las aventuras de Bilbo desde el momento en que lo habían perdido, y él se sentó y les contó todo, excepto lo que se refería al hallazgo del anillo ("no por ahora" pensó). Se interesaron en particular en la pugna de las adivinanzas y se estremecieron como correspondía cuando les describió el aspecto de Gollum.

—Y luego no se me ocurría ninguna otra pregunta con él sentado junto a mí —concluyó Bilbo—, de modo que dije: '¿Qué hay en mi bolsillo?' Y no pudo adivinarlo por tres veces. De modo que dije: '¿Qué hay de tu promesa? ¡Enséñame el camino de salida!' Pero él saltó sobre mí para matarme, y yo corrí, caí, y me perdí en la oscuridad. Luego lo seguí, pues oí que se hablaba a sí mismo. Pensaba que yo conocía realmente el camino de salida, y estaba yendo hacia él. Al fin se sentó en la entrada y yo no podía pasar. De modo que salté sobre el y escapé corriendo hacia la puerta.

—¿Qué pasó con los centinelas? —preguntaron los enanos—. ¿No había ninguno?

—¡Oh, sí! Muchísimos, pero los esquivé. Me quedé trabado en la puerta, que sólo estaba abierta una rendija, y perdí muchos botones —dijo mirándose con tristeza las ropas desgarradas—. Pero conseguí escabullirme... y aquí estoy.

Los enanos lo miraron con un respeto completamente nuevo, mientras hablaba sobre burlar centinelas, saltar sobre Gollum y abrirse paso, como si no fuese muy difícil o muy inquietante.

—¿Qué os dije? —exclamó Gandalf riendo—, El señor Bolsón esconde cosas que no alcanzabais a imaginar. —Le echó una mirada rara a Bilbo por debajo de las cejas pobladas mientras lo decía, y el hobbit se preguntó si el mago no estaría pensando en el episodio que él había omitido.

Tenía sus propias preguntas que hacer ahora, pues si Gandalf ya había explicado todo a los enanos, Bilbo no lo había oído aún. Quería saber cómo Gandalf había vuelto a aparecer, y qué habían convenido hasta ese momento.

El mago, a decir verdad, nunca se molestaba por tener que explicar de nuevo sus habilidades, de modo que ahora le dijo a Bilbo que tanto Elrond como él estaban bien enterados de la presencia de tragos malvados en esa parte de las montañas. Pero la entrada principal miraba antes a un desfiladero distinto, más fácil de cruzar, y a menudo apresaban a gente ignorante cerca de las puertas. Era evidente que los viajeros ya no tomaban ese camino, y los tragos habían abierto hacía poco una nueva entrada en lo alto de la senda que habían tomado los enanos, pues hasta entonces había sido un paso seguro.

—Tendría que salir a buscar un gigante más o menos decente para que bloquee otra vez la puerta —dijo el mago—, o pronto no habrá modo de cruzar las montañas.

Tan pronto como Gandalf había oído el aullido de Bilbo, comprendió lo que había pasado. Luego del relámpago que había fulminado a los tragos que se le echaban encima, se había metido corriendo en la grieta, justo cuando iba a cerrarse. Siguió detrás de los tragos y prisioneros hasta el borde de la gran sala, y allí se sentó, preparando la mejor magia posible entre las sombras.

—Fue un asunto muy delicado —dijo— Francamente difícil.

Pero Gandalf, por supuesto, había hecho un estudio especial de los encantamientos con fuego y luces (hasta el mismo hobbit, como recordaréis, no había olvidado aquellos mágicos fuegos de artificio en las fiestas del Viejo Tuk, las noches de San Juan). El resto ya lo sabemos, excepto que Gandalf conocía perfectamente la puerta trasera, como los tragos denominaban a la entrada inferior, donde Bilbo había perdido sus botones.

En realidad, cualquiera que conociese aquella parte de las montañas conocía también la entrada inferior, pero había que ser un mago para no perder la cabeza en los túneles y seguir la dirección correcta.

—Construyeron esa entrada hace siglos —dijo—, en parte como una vía de escape, si necesitaban una, en parte como un camino de salida hacia las tierras de más allá, donde todavía merodean en la noche y causan gran daño. La vigilan

siempre, y nadie jamás ha conseguido bloquearla. La vigilarán doblemente a partir de ahora. —Gandalf se rió.

Los demás rieron con él. Al fin y al cabo, habían perdido bastantes cosas, pero habían matado al Gran Trasgo y a otros muchos, y habían escapado todos, y en verdad podía decirse que hasta ahora habían llevado la mejor parte.

Pero el mago hizo que volvieran a la realidad.

—Tenemos que marchar en seguida, ahora que hemos descansado un poco —dijo—. Saldrán a centenares detrás de nosotros cuando caiga la noche; y ya las sombras se están alargando. Pueden oler nuestras huellas horas después de que hayamos pasado por algún sitio. Tenemos que estar a muchas millas de aquí antes del anochecer. Habrá algo de luna, si el cielo se mantiene despejado. lo que es una suerte. No es que a ellos les importe demasiado la luna, pero un poco de luz ayudará a que no nos extraviemos.

"¡Oh, sí! —dijo en respuesta a más preguntas del hobbit— Perdiste la noción del tiempo en los túneles de los trasgos. Hoy es jueves, y fuimos capturados la noche del lunes o la mañana del martes. Hemos recorrido millas y millas, bajamos atravesando el corazón mismo de las montañas, y ahora estamos al otro lado; todo un atajo. Mas no estamos en el punto al que nos hubiese llevado el desfiladero; estamos demasiado al norte, y tenemos por delante una región algo desagradable. Y nos encontramos aún a bastante altura. ¡De modo que en marcha!

—Estoy tan terriblemente hambriento —gimió Bilbo, quien de pronto advirtió que no había probado bocado desde la noche anterior a la última noche. ¡Quién lo hubiera pensado de un hobbit! Sentía el estómago flojo y vacío, y las piernas muy inseguras, ahora que la excitación había concluido.

—No puedo remediarlo —dijo Gandalf—, a menos que quieras volver y pedir amablemente a los trasgos que te devuelvan el poney y los bultos.

—¡No, gracias! —respondió Bilbo.

—Muy bien entonces, no nos queda más que apretarnos los cinturones y marchar sin descanso... o nos convertiremos en cena, y eso sería mucho peor que no tenerla nosotros.

Mientras marchaban, Bilbo buscaba por todos lados algo para comer; pero las moras estaban todavía en flor, y por supuesto no había nueces, ni tan siquiera bayas de espino, Mordisqueó un poco de acedera, bebió de un pequeño arroyo de la montaña que cruzaba el sendero, y comió tres fresas silvestres que encontró en la orilla, pero no le sirvió de mucho.

Caminaron y caminaron. El accidentado sendero desapareció. Los arbustos y las largas hierbas entre los cantos rodados, las briznas de hierba recortadas por los conejos, el tomillo, la salvia, el orégano y los heliantemos amarillos se desvanecieron por completo, y los viajeros se encontraron en la cima de una pendiente ancha y abrupta, de piedras desprendidas, restos de un deslizamiento

de tierras. Empezaron a bajar, y cada vez que apoyaban un pie en el suelo, escorias y pequeños guijarros rodaban cuesta abajo; pronto trozos más grandes de roca bajaron ruidosamente y provocaron que otras piedras de más abajo se deslizaran y rodaran también; luego se desprendieron unos peñascos que rebotaron, reventando con fragor en pedazos envueltos en polvo. Al rato, por encima y por debajo de ellos, la pendiente entera pareció ponerse en movimiento, y el grupo descendió en montón, en medio de una confusión pavorosa de bloques y piedras que se deslizaban golpeando y rompiéndose.

Fueron los árboles del fondo los que los salvaron. Se deslizaron hacia el bosque de pinos que trepaba desde el más oscuro e impenetrable de los bosques del valle hasta la falda misma de la montaña. Algunos se aferraron a los troncos y se balancearon en las ramas más bajas, otros (como el pequeño hobbit) se escondieron detrás de un árbol para evitar las embestidas furiosas de las rocas. Pronto, el peligro pasó; el deslizamiento se había detenido, y alcanzaron a oír los últimos estruendos mientras los peñascos más voluminosos rebotaban y daban vueltas entre los helechos y las raíces de pino allá abajo.

—¡Bueno! Nos ha costado un poco —dijo Gandalf—, y aun a los trasgos que nos rastreen les costará bastante descender hasta aquí en silencio.

—Quizás —gruñó Bombur—, pero no les será difícil tirarnos piedras a la cabeza. —Los enanos (y Bilbo) estaban lejos de sentirse contentos, y se restregaban las piernas y los pies lastimados y magullados.

—¡Tonterías! Aquí dejaremos el sendero de la pendiente. ¡Tenemos que apresurarnos! ¡Mirad la luz!

Hacia largo rato que el sol se había ocultado tras la montaría. Ya las sombras eran más negras alrededor, aunque allá lejos, entre los árboles y sobre las copas negras de los que crecían más abajo, podían ver todavía las luces de la tarde en las llanuras distantes. Bajaban cojeando ahora, tan rápido como podían, por la pendiente menos abrupta de un pinar, por un inclinado sendero que los conducía directamente hacia el sur. En ocasiones se abrían paso entre un mar de helechos de altas frondas que se levantaban por encima de la cabeza del hobbit; otras veces marchaban con la quietud del silencio, sobre un suelo de agujas de pino; y durante todo ese tiempo la lóbreguez se iba haciendo más pesada y la calma del bosque más profunda. No había viento aquel atardecer que moviera al menos con un susurro de mar las ramas de los árboles.

—¿Tenemos que seguir todavía más? —preguntó Bilbo cuando en la oscuridad del bosque apenas alcanzaba a distinguir la barba de Thorin que ondeaba junto a él y la respiración de los enanos sonaba en el silencio como un fuerte ruido—. Tengo los dedos de los pies torcidos y magullados, me duelen las piernas, y mi estómago se balancea como una bolsa vacía.

—Un poco más —dijo Gandalf.

Luego de lo que pareció siglos más, salieron de pronto a un espacio abierto sin árboles. La luna estaba alta y brillaba en el claro. De algún modo todos tuvieron la

impresión de que no era precisamente un lugar agradable, aunque no se veía nada sospechoso.

De súbito oyeron un aullido, lejos, colina abajo, un aullido largo y estremecedor. Le contestó otro, lejos, a la derecha, y muchos más, más cerca de ellos; luego otro, no muy lejano, a la izquierda. ¡Eran lobos aullando a la luna, lobos que llamaban a la manada!

No había lobos que vivieran cerca del agujero del señor Bolsón, pero conocía el sonido. Se lo habían descrito a menudo en cuentos y relatos. Uno de sus primos mayores (por la rama Tuk), que había sido un gran viajero, los imitaba a menudo para asustarlo. Oírlos ahora en el bosque bajo la luna era demasiado para Bilbo. Ni siquiera los anillos mágicos son muy útiles contra los lobos, en especial contra las manadas diabólicas que vivían a la sombra de las montañas infestadas de trasgos, más allá de los límites de las tierras salvajes, en las fronteras de lo desconocido. ¡Los lobos de esta clase tienen un olfato más fino que los trasgos! ¡Y no necesitan verte para atraparte!

—¡Qué haremos, qué haremos! —gritó—. ¡Salir de trasgos para caer en lobos! —dijo, y esto llegó a ser un proverbio, aunque ahora decimos "de la sartén al fuego" en las situaciones incómodas de este tipo.

~¡A los árboles, rápido! —gritó Gandalf; y corrieron hacia los árboles del borde del claro, buscando aquellos de ramas bajas o bastante delgados para escapar trepando por los troncos. Los encontraron con una rapidez insólita, como podéis imaginar; y subieron muy alto confiando como nunca en la firmeza de las ramas. Habríaís reído (desde una distancia segura) si hubieseis visto a los enanos sentados arriba, en los árboles, las barbas colgando, como viejos caballeros chiflados que jugaban a ser niños. Fíli y Kili habían subido a la copa de un alerce alto que parecía un enorme árbol de Navidad. Dori, Nori, Ori, Óin y Glóin estaban más cómodos en un pino elevado con ramas regulares que crecían a intervalos, como los radios de una rueda. Bifur, Bofur, Bombur y Thorin estaban en otro pino próximo. Dwalin y Balin habían trepado con rapidez a un abeto delgado, escaso de ramas, y estaban intentando encontrar un lugar para sentarse entre el follaje de la copa. Gandalf, que era bastante más alto que el resto, había encontrado un árbol inaccesible para los otros, un pino grande que se levantaba en el mismísimo borde del claro. Estaba bastante oculto entre las ramas pero, cuando asomaba la luna, se le podía ver el brillo de los ojos.

¿Y Bilbo? No pudo subir a ningún árbol, y corría de un tronco a otro, como un conejo que no encuentra su madriguera mientras un perro lo persigue mordiéndole los talones.

—¡Otra vez has dejado atrás al saqueador! —dijo Nori a Dori mirando abajo.

—No me puedo pasar la vida cargando saqueadores —dijo Dori—, ¡túneles abajo y árboles arriba! ¿Qué te crees que soy? ¿Un mozo de cuerda?

—Se lo comerán si no hacemos algo —dijo Thorin, pues ahora había aullidos todo alrededor, acercándose más y más— ¡Dori! —llamó, pues Dori era el que estaba

más abajo, en el árbol más fácil de escalar—, ¡Ve rápido, y dale una mano al señor Bolsón!

Dori era en realidad un buen muchacho a pesar de que protestara gruñendo. El pobre Bilbo no consiguió alcanzar la mano que le tendían aunque el enano descendió a la rama más baja y estiró el brazo todo lo que pudo. De modo que Dori bajó realmente del árbol y ayudó a que Bilbo se le trepase a la espalda.

En ese preciso momento los lobos irrumpieron aullando en el claro. De pronto hubo cientos de ojos observándolos desde las sombras. Pero Dori no soltó a Bilbo. Esperó a que trepara de los hombros a las ramas, y luego saltó. ¡Justo a tiempo! Un lobo le echó una dentellada a la capa cuando aún se columpiaba en la rama de abajo y casi lo alcanzó. Un minuto después una manada entera gruñía alrededor del árbol y saltaba hacia el tronco, los ojos encendidos y las lenguas fuera.

Pero ni siquiera los salvajes wargos (pues así se llamaban los lobos malvados de más allá del Yermo) pueden trepar a los árboles. Por el momento los expedicionarios estaban a salvo. Afortunadamente hacía calor y no había viento. Los árboles no son muy cómodos para estar sentados en ellos un largo rato, cualquiera que sea la circunstancia, pero al frío y al viento, con lobos que te esperan abajo y alrededor, pueden ser sitios hartos desagradables.

Este claro en el anillo de árboles era evidentemente un lugar de reunión de los lobos. Más y más continuaban llegando. Unos pocos se quedaron al pie del árbol en que estaban Dori y Bilbo, y los otros fueron venteando alrededor hasta descubrir todos los árboles en los que había alguien. Vigilaron estos también, mientras el resto (parecían cientos y cientos) fue a sentarse en un gran círculo en el claro; y en el centro del círculo había un enorme lobo gris. Les habló en la espantosa lengua de los wargos. Gandalf la entendía. Bilbo no, pero el sonido era terrible, y parecía que sólo hablara de cosas malvadas y crueles, como así era. De vez en cuando todos los wargos del círculo respondían en coro al jefe gris, y el espantoso clamor sacudía al hobbit, que casi se caía del pino.

Os diré lo que Gandalf oyó, aunque Bilbo no lo comprendiese. Los wargos y los tragos colaboraban a menudo en acciones perversas. Por lo común, los tragos no se alejan de las montañas, a menos que se los persiga y estén buscando nuevos lugares, o marchen a la guerra (y me alegra decir que esto no ha sucedido desde hace largo tiempo). Pero en aquellos días, a veces hacían incursiones, en especial para conseguir comida o esclavos que trabajasen para ellos. En esos casos, conseguían a menudo que los wargos los ayudasen, y se repartían el botín. A veces cabalgaban en lobos, así como los hombres montan en caballos. Ahora parecía que una gran incursión de tragos había sido planeada para aquella misma noche. Los wargos habían acudido para reunirse con los tragos, y los tragos llegaban tarde. La razón, sin duda, era la muerte del Gran Trago y toda la agitación causada por los enanos, Bilbo y Gandalf, a quienes quizá todavía buscaban.

A pesar de los peligros de estas tierras lejanas, unos hombres audaces habían venido allí desde el Sur, derribando árboles, y levantando moradas entre los bosques más placenteros de los valles y a lo largo de las riberas de los ríos. Eran

muchos, y bravos y bien armados, y ni siquiera los wargos se atrevían a atacarlos cuando los veían juntos, o a la luz del día. Pero ahora habían planeado caer de noche con la ayuda de los trasgos sobre algunas de las aldeas más próximas a las montañas. Si este plan se hubiese llevado a cabo, no habría quedado nadie allí al día siguiente; todos hubiesen sido asesinados, excepto los pocos que los trasgos preservasen de los lobos y llevasen de vuelta a las cavernas, como prisioneros.

Era espantoso escuchar esa conversación, no sólo por los bravos leñadores, las mujeres y los niños, sino también por el peligro que ahora amenazaba a Gandalf y a sus compañeros. Los wargos estaban furiosos y se preguntaban desconcertados qué hacía esa gente en el mismísimo lugar de reunión. Pensaba que eran amigos de los leñadores y habían venido a espiarlos, y advertirían a los valles, con lo cual trasgos y lobos tendrían que librar una terrible batalla en vez de capturar prisioneros y devorar gentes arrancadas bruscamente del sueño. De modo que los wargos no tenían intención de alejarse y permitir que la gente de los árboles escapase; de ninguna manera, no hasta la mañana. Y mucho antes, dijeron, los soldados trasgos vendrán, bajando de las montañas; y los trasgos pueden trepar a los árboles, o derribarlos.

Ahora podéis comprender por qué Gandalf, escuchando esos gruñidos y aullidos, empezó a tener un miedo espantoso, mago como era, y a sentir que estaban en un pésimo lugar y todavía no habían escapado del todo. Sin embargo, no les dejaría el camino libre, aunque mucho no podía hacer aferrado a un gran árbol con lobos por doquier allá en el suelo. Arrancó unas piñas enormes de las ramas y en seguida prendió fuego a una de ellas con una brillante llama azul, y la arrojó zumbando hacia el círculo de lobos. Alcanzó a, uno en el lomo, y la piel velluda empezó a arder, con lo cual la bestia saltó de un lado a otro aullando horriblemente. Luego cayó otra piña y otra, con llamas azules, rojas o verdes. Estallaban en el suelo, en medio del círculo, y se esparcían en chispas coloreadas y humo. Una especialmente grande golpeó el hocico del lobo jefe, que saltó diez pies en el aire, y se lanzó dando vueltas y vueltas alrededor del círculo, con tanta cólera y tanto miedo que mordía y lanzaba dentelladas aun a, los otros lobos.

Los enanos y Bilbo gritaron y vitorearon. Era terrible ver la rabia de los lobos, y el tumulto que hacían llenaba toda la floresta. Los lobos tienen miedo del fuego en cualquier circunstancia, pero éste era un fuego muy extraño y horroroso. Si una chispa les tocaba la piel, se pegaba y les quemaba los pelos, y a menos que se revolcasen rápido, pronto estaban envueltos en llamas. Muy pronto los lobos estaban revolcándose por todo el claro una y otra vez para quitarse las chispas de los lomos, mientras aquellos que ya ardían, corrían aullando y pegando fuego a los demás, hasta que eran ahuyentados por sus propios compañeros, y huían pendiente abajo, chillando y gimoteando y buscando agua.

—¿Qué es todo ese tumulto en el bosque? —dijo el Señor de las Águilas. Estaba posado, negro a la, luz de la luna, en la cima de una solitaria cumbre rocosa del borde oriental de las montañas—. ¡Oigo voces de lobos! ¿Andarán los trasgos de fechorías en los bosques?

Se elevó en el aire, e inmediatamente dos de los guardianes del Señor lo siguieron saltando desde las rocas de los lados. Volaron en círculos arriba en el cielo, y observaron el anillo de los wargos, un minúsculo punto muy, muy abajo. Pero las águilas tienen ojos penetrantes y pueden ver cosas pequeñas desde una gran distancia. El Señor de las Águilas de las Montañas Nubladas tenía ojos capaces de mirar al sol sin un parpadeo y de ver un conejo que se movía allá abajo a una milla a la luz pálida de la luna. De modo que aunque no alcanzaba a ver a la gente en los árboles, podía distinguir los movimientos de los lobos y los minúsculos destellos de fuego, y oía los aullidos y gañidos que se elevaban tenues desde allá abajo. También pudo ver el destello de la luna en las lanzas y yelmos de los tragos, cuando unas largas hileras de esta gente malvada se arrastraron con cautela, bajando las laderas de la calina desde la entrada a los túneles, y serpenteando en el bosque. Las águilas no son aves bondadosas. Algunas son cobardes y crueles. Pero la raza ancestral de las montañas del norte era la más grande entre todas. Altivas y fuertes, y de noble corazón, no querían a los tragos, ni los temían. Cuando les prestaban alguna atención (lo que era raro, pues no se alimentaban de tales criaturas), se precipitaban sobre ellos y los obligaban a retirarse chillando a las cuevas, y detenían cualquier maldad en que estuviesen empeñados. Los tragos odiaban a las águilas y les tenían miedo, pero no podían alcanzar aquellos encumbrados sitios, ni sacarlas de las montañas.

Esa noche el Señor de las Águilas tenía mucha curiosidad por saber qué se estaba tramando; de modo que convocó a otras águilas, y juntas volaron desde las cimas, y trazando círculos lentamente, siempre girando y girando, bajaron y bajaron y bajaron hacia el anillo de los lobos y el sitio en que se reunían los tragos.

¡Algo muy bueno, por cierto! Cosas espantosas habían estado sucediendo allí abajo. Los lobos alcanzados por las llamas habían huido al bosque, y habían prendido fuego en varios sitios. Era pleno verano, y en este lado oriental de las montañas había llovido poco en los últimos tiempos. Helechos amarillentos, ramas caídas, espesas capas de agujas de pino, y aquí y allá árboles secos, pronto empezaron a arder. Todo alrededor del claro de los wargos el fuego se elevaba en llamaradas. Pero los lobos guardianes no abandonaban los árboles. Enloquecidos y coléricos saltaban y aullaban al pie de los troncos, y maldecían a los enanos en aquel horrible lenguaje, con las lenguas fuera y los ojos brillantes tan rojos y fieros como las llamas.

Entonces, de súbito, los tragos llegaron corriendo y aullando. Pensaban que se estaba librando una batalla contra los hombres de los bosques, pero pronto advirtieron lo que ocurría. Unos pocos llegaron a sentarse y rieron. Otros blandieron las lanzas y golpearon los mangos contra los escudos. Los tragos no temen al fuego, y pronto tuvieron un plan que les pareció de lo más divertido.

Algunos reunieron a todos los lobos en una manada. Otros apilaron helechos y brezos alrededor de los troncos, y se precipitaron en torno, y pisotearon y golpearon, golpearon y pisotearon, hasta que apagaron casi todos los fuegos, pero no los más próximos a los árboles donde estaban los enanos. Estos fuegos los alimentaron con hojas, ramas secas y helechos. Pronto un anillo de humo y llamas

rodeó a los enanos, un anillo que no crecía hacia fuera, pero que se iba cerrando lentamente, hasta que el fuego lamió la leña apilada bajo los árboles. El humo llegaba a los ojos de Bilbo, podía sentir el calor de las llamas; y a través de la humareda alcanzaba a ver a los trasgos que danzaban, girando y girando, en un círculo, como gente que celebraba alrededor de una hoguera la llegada del verano. Fuera del círculo de guerreros danzantes, armados con lanzas y hachas, los lobos se mantenían apartados, observando y aguardando.

Bilbo pudo oír a los trasgos que entonaban ahora una horrible canción:

¡Quince pájaros en cinco abetos
las plumas aventadas por una brisa ardiente!

Pero, que extraños pájaros, ¡ninguno tiene alas!
¡Oh! ¿Qué haremos con estas raras gentes?
¿Asarlas vivas, o hervirlas en la olla;
o freírlas, cocerlas y comerlas calientes?

Luego se detuvieron y gritaron: —¡Volad, pajaritos! ¡Volad si podéis! ¡Bajad, pajaritos; os asaréis en vuestros nidos! ¡Cantad, cantad, pajaritos! ¿Por qué no cantáis?

—¡Alejaos, chiquillos! —gritó Gandalf por respuesta—, No es época de buscar nidos. Y los chiquillos traviesos que juegan con fuego reciben lo que se merecen. —Lo dijo para enfadarlos, y para mostrarles que no tenía miedo, aunque en verdad lo tenía, mago y todo como era. Pero los trasgos no le prestaron atención, y siguieron cantando.

¡Que ardan, que ardan, árboles y helechos?
¡Marchitos y abrasados! Que la antorcha siseante
ilumine la noche para nuestro contento.
¡Ea ya!
¡Que los cuezan, tos frían y achicharren,
hasta que ardan las barbas, y los ojos se nublen,
y hiedan los cabellos y estallen los pellejos,
se disuelvan las grasas, y los huesos renegros
descansen en cenizas bajo el cielo!
Así los enanos morirán,

la noche iluminando para nuestro contento.

¡Ea ya!

¡Ea pronto ya!

¡Ea que va!

Y con ése ¡éa que va! las llamas llegaron bajo el árbol de Gandalf. En un momento se extendieron a los otros. La corteza ardió, las ramas más bajas crujieron.

Entonces Gandalf trepó a la copa del árbol. El súbito resplandor estalló en su vara como un relámpago cuando se aprestaba a saltar y a caer, justo entre las lanzas enemigas. Aquello hubiese sido el fin de Gandalf, aunque probablemente hubiese matado a muchos, al precipitarse entre ellos como un rayo. Pero no llegó a saltar.

En aquel preciso momento el Señor de las Águilas se abalanzó desde lo alto, abrió las garras, se apoderó de Gandalf, y desapareció.

Hubo un clamor de cólera y sorpresa entre los trasgos. Fuerte chilló el Señor de las Águilas, a quien Gandalf había ahora hablado. De vuelta se abalanzaron las grandes aves que estaban con él, y descendieron como enormes sombras negras. Los lobos gimotearon rechinando los dientes; los trasgos aullaron y patearon el suelo con rabia, y arrojaron las pesadas lanzas al aire. Sobre ellos se lanzaron las águilas; la acometida oscura de las alas que batían los golpeó contra el Suelo o los arrojó lejos; las garras les laceraron las caras. Otras veces volaron a las copas de los árboles y se llevaron a los enanos, que ahora subían trepando a unas alturas a las que nunca se habían atrevido a llegar.

¡El pobre pequeño Bilbo estuvo muy cerca de que le dejaran de nuevo atrás! Alcanzó justo a aferrarse de las piernas de Dori cuando ya se lo llevaban, el último de todos; y arriba fueron juntos, sobre el tumulto y el incendio, Bilbo columpiándose en el aire, sintiendo que se le romperían los brazos en cualquier momento.

Mientras, allá abajo, los trasgos y los lobos se habían dispersado en los bosques. Unas cuantas águilas estaban todavía trazando círculos y cerniéndose sobre el campo de batalla. De pronto las llamas de los árboles se alzaron por encima de las ramas más altas. Subieron con un fuego crepitante, y hubo un estallido de chispas y humo. ¡Bilbo había escapado justo a tiempo!

Pronto las luces del incendio fueron tenues allá abajo; un parpadeo rojo en el suelo negro; y las águilas volaban muy alto, elevándose todo el tiempo en círculos amplios y majestuosos. Bilbo nunca olvidó aquel vuelo, abrazado a los tobillos de Dori. Gemía: —¡Mis brazos, mis brazos! —mientras Dori plañía: —¡Mis pobres piernas, mis pobres piernas!

En el mejor de los casos las alturas le daban vértigo a Bilbo. Bastaba que mirase desde el borde de un risco pequeño para que se sintiera mareado. Nunca le habían gustado las escaleras, y mucho menos los árboles (antes nunca había tenido que escapar de los lobos). De manera que podéis imaginar cómo le daba

vueltas ahora la cabeza, cuando miraba hacia abajo entre los colgantes dedos de los pies y veía las tierras oscuras que se ensanchaban debajo, tocadas aquí y allá por la luz de la luna en la roca de una ladera o en un arroyo de los llanos.

Los picos de las montañas se estaban acercando; puntas rocosas iluminadas por la luna asomaban entre las sombras negras. Verano o no, el aire parecía muy frío. Cerró los ojos y se preguntó si sería capaz de seguir sosteniéndose así mucho más. Luego imaginó qué sucedería si no aguantaba. Se sintió enfermo.

El vuelo terminó justo a tiempo para Bilbo, justo antes de que aflojara las manos. Se soltó de los tobillos de Dori con un grito sofocado y cayó sobre la tosca plata forma de un aguilero. Allí quedó un rato tendido sin decir una palabra, con pensamientos que eran una mezcla de sorpresa por haberse salvado del fuego y de miedo a caer de aquel sitio estrecho a las espesas sombras de ambos lados. Sentía la cabeza verdaderamente muy rara en aquel momento, después de las espantosas aventuras de los tres últimos días, casi sin nada para comer, y de pronto se encontró diciendo en voz alta:

—¡Ahora sé cómo se siente un trozo de panceta cuando la sacan de pronto de la sartén con un tenedor y la ponen de vuelta en la alacena!

—¡No, no lo sabes! —oyó que Dori respondía—, pues la panceta sabe que volverá, tarde o temprano, a la sartén: y es de esperar que nosotros no. ¡Además las águilas no son tenedores!

—¡Oh no! No se parecen nada a pájaros ponedores, tenedores, quiero decir —contestó Bilbo incorporándose y observando con ansiedad al águila que estaba posada cerca. Se preguntó qué otras tonterías habría estado diciendo, y si el águila lo consideraría ofensivo. ¡Uno no ha de ser grosero con un águila si sólo tiene el tamaño de un hobbit y está de noche en el aguilero!

El águila se afiló el pico en una roca y se alisó las plumas, sin prestar atención.

Pronto llegó volando otra águila. —El Señor de las Águilas te ordena traer a tus prisioneros a la Gran Repisa —chilló, y se fue. La Otra tomó a Dori en sus garras y partió volando con él hacia la noche, dejando a Bilbo completamente solo. Las pocas fuerzas que le quedaban le alcanzaban apenas para preguntarse qué habría querido decir el águila con "prisioneros", y ya empezaba a pensar que lo abrirían en dos como un conejo para la cena, cuando le llegó el turno.

El águila regresó, lo agarró por el dorso de la chaqueta, y se lanzó fuera. Esta vez el vuelo fue corto. Muy pronto Bilbo estuvo tumbado, temblando de miedo, en una amplia repisa en la ladera de la montaña. No había manera de descender hasta allí, sino volando; y no había sendero para bajar excepto saltando a un precipicio. Allí encontró a todos los otros, sentados de espaldas a la pared montañosa. El Señor de las Águilas estaba también allí y hablaba con Gandalf.

Quizá a Bilbo no se lo iban a comer, después de todo. El mago y el águila parecían conocerse de alguna manera, y aun estar en buenas relaciones. En realidad Gandalf, que había visitado a menudo las montañas, había ayudado una vez a las águilas y había curado al Señor de una herida de flecha. Así que como veis, "prisioneros quería decir "prisioneros rescatados de los trasgos" solamente, y

no cautivos de las águilas. Cuando Bilbo escuchó la conversación de Gandalf comprendió que por fin iban a escapar real y verdaderamente de aquellas cimas espantosas. Estaba discutiendo planes con el Gran Águila para transportar lejos a los enanos, a él y a Bilbo, y dejarlos justo en el camino que cruzaba los llanos de abajo.

El Señor de las Águilas no los llevaría a ningún lugar próximo a las moradas de los hombres. —Nos dispararían con esos grandes arcos de tejo —dijo—, pensando que vamos a robarles las ovejas. Y en otras ocasiones estarían en lo cierto. ¡No! Nos satisface burlar a los tragos, y pagarte así nuestra deuda de gratitud, pero no nos arriesgaremos por los enanos en los llanos del sur.

—Muy bien —dijo Gandalf— ¡Llevarnos a cualquier sitio y tan lejos como queráis! Ya habéis hecho mucho por nosotros. Pero mientras tanto, estamos famélicos.

—Yo casi estoy muerto de hambre —dijo Bilbo con una débil vocecita que nadie oyó.

—Eso tal vez pueda tener remedio— dijo el Señor de las Águilas.

Más tarde podríais haber visto un brillante fuego en la repisa de piedra, y las figuras de los enanos alrededor, cocinando y envueltos en un exquisito olor a asado. Las águilas habían traído unos arbustos secos para el fuego, y conejos, liebres y una pequeña oveja. Los enanos se encargaron de todos los preparativos. Bilbo se sentía demasiado débil para ayudar, y de cualquier modo no era muy bueno desollando conejos o picando carne, pues estaba acostumbrado a que el carnicero se la entregase lista ya para cocinar. Gandalf estaba echado también, luego de haberse ocupado de encender el fuego, ya que Óin y Glóin habían perdido sus yescas. (Los enanos nunca fueron aficionados a las cerillas, ni siquiera entonces.)

Así concluyeron las aventuras de las Montañas Nubladas. Pronto el estómago de Bilbo estuvo lleno y confortado de nuevo, y sintió que podía dormir sin preocupaciones, aunque en realidad le habría gustado más una hogaza con mantequilla que aquellos trozos de carne costada en varas. Durmió hecho un ovillo en la piedra dura, más profundamente de lo que había dormido nunca en el lecho de plumas de su propio pequeño agujero. Pero soñó toda la noche con su casa, y recorrió en sueños todas las habitaciones buscando algo que no podía encontrar, y que no sabía qué era.

EXTRAÑOS APOSENTOS

A la mañana siguiente Bilbo despertó con el sol temprano en los ojos. Se levantó de un salto para mirar la hora y poner la marmita al fuego... y descubrió que no estaba en casa, de ningún modo. Así que se sentó, deseando en vano un baño y un cepillo. No los consiguió, ni té, ni tostadas, ni panceta para el desayuno, sólo cordero frío y conejo. Y en seguida tuvo que prepararse para la inminente partida.

Esta vez se le permitió montar en el lomo de un águila y sostenerse entre las alas. El aire golpeaba y Bilbo cerraba los ojos. Los enanos gritaban despidiéndose y

prometiendo devolver el favor al Señor de las Águilas si alguna vez era posible, mientras quince grandes aves partían de la ladera de la montaña. El sol estaba todavía cerca de los lindes orientales. La mañana era fría, y había nieblas en los valles y hondonadas, y sobre los picos y crestas de las colinas. Bilbo abrió un ojo y vio que las aves estaban ya muy arriba y el mundo muy lejos, y que las montañas se empequeñecían atrás. Cerró otra vez los ojos y se aferró con más fuerza.

—¡No pellizques! —dijo el águila—. No tienes por qué asustarte como un conejo, aunque te parezcas bastante a uno. Hace una bonita mañana y el viento sopla apenas. ¿Hay algo más agradable que volar?

A Bilbo le hubiese gustado decir: "Un baño caliente y después, más tarde, un desayuno sobre la hierba"; pero le pareció mejor no decir nada y aflojó un poquito las manos.

Al cabo de un buen rato, las águilas divisaron sin duda el punto al que se dirigían, aun desde aquellas alturas, pues empezaron a volar en círculos, descendiendo en amplias espirales. Bajaron así un tiempo, y al final él hobbit abrió de nuevo los ojos. La tierra estaba mucho más cerca, y debajo había árboles que parecían olmos y robles, y amplias praderas, y un río que lo atravesaba todo. Pero sobresaliendo del terreno, justo en el curso del río que allí serpenteaba, había una gran roca, casi una colina de piedra, como una última avanzada de las montañas distantes, o un enorme peñasco arrojado millas adentro en la llanura por algún gigante entre gigantes.

Las águilas descendían ahora con rapidez una a una sobre la cima de la roca, y dejaban allí a los pasajeros.

—¡Buen viaje! —gritaron—. ¡Donde quiera que vayáis, hasta que los nidos os reciban al final de la jornada! —una fórmula de cortesía común entre estas aves.

—Que el viento bajo las alas os sostenga allá donde el sol navega y la luna camina —respondió Gandalf, que conocía la respuesta correcta.

Y de este modo partieron. Y aunque el Señor de las Águilas llegó a ser Rey de Todos los Pájaros, y tuvo una corona de oro, y los quince lugartenientes llevaron collares de oro (fabricados con el oro de los enanos), Bilbo nunca volvió a verlos, excepto en la batalla de los Cinco Ejércitos, lejos y arriba. Pero como esto ocurre al final de la historia, por ahora no diremos más.

Había un espacio liso en la cima de la colina de piedra y un sendero de gastados escalones que descendían hasta el río; y un vado de piedras grandes y chatas llevaba a la pradera del otro lado. Allí había una cueva pequeña (acogedora y con suelo de guijarros), al pie de los escalones, casi al final del vado pedregoso. El grupo se reunió en la cueva y discutió lo que se iba a hacer.

—Siempre quise veros a todos a salvo (si era posible) del otro lado de las montañas —dijo el mago—, y ahora, gracias al buen gobierno y a la buena suerte, lo he conseguido. En realidad hemos avanzado hacia el este más de lo que yo deseaba, pues al fin y al cabo ésta no es mi aventura. Puedo venir a veros antes que todo concluya, pero mientras tanto he de atender otro asunto urgente.

Los enanos gemían y parecían desolados, y Bilbo lloraba. Habían empezado a Creer que Gandalf los acompañaría durante todo el trayecto y estaría siempre allí para sacarlos de cualquier dificultad. —No desapareceré en este mismo instante —dijo el mago— Puedo daros un día o dos más. Quizá llegue a echaros una mano en este apuro, y yo también necesito una pequeña ayuda. No tenemos comida, ni equipaje, ni poneyes que montar; y no sabéis dónde estáis ahora. Yo puedo decíroslo. Estáis todavía algunas millas al norte del sendero que tendríamos que haber tomado, si no hubiésemos cruzado la montaña con tanta prisa. Muy poca gente vive en estos parajes, a menos que hayan venido desde la última vez que estuve aquí abajo, años atrás. Pero conozco a alguien que vive no muy lejos. Ese Alguien talló los escalones en la gran roca, la Carroca creo que la llama. No viene a menudo por aquí, desde luego no durante el día, y no vale la pena esperarlo. A decir verdad, sería muy peligroso. Tenemos que salir y encontrarlo; y si todo va bien en dicho encuentro, creo que partiré y os desearé como las águilas "buen viaje a donde quiera que vayáis".

Le pidieron que no los dejase. Le ofrecieron oro del dragón y plata y joyas, pero el mago no se inmutó. —¡Nos veremos, nos veremos! —dijo—, y creo que ya me he ganado algo de ese oro del dragón, cuando le echéis mano.

Los enanos dejaron entonces de suplicar. Se sacaron la ropa y se bañaron en el río, que en el vado era poco profundo, claro y pedregoso. Luego de secarse al sol, que ahora caía con fuerza, se sintieron refrescados, aunque todavía doloridos y un poco hambrientos. Pronto cruzaron el vado (cargando con el hobbit), y luego marcharon entre la abundante hierba verde y bajo la hilera, de robles anchos de brazos y los olmos altos.

—¿Y por qué se le llama la Carroca? —preguntó Bilbo cuando caminaba junto al mago.

—La llamó la Carroca, porque carroca es la palabra para ella. Llama carrocas a cosas así, y ésta es la Carroca, pues es la única cerca de su casa y la conoce bien.

—¿Quién la llama? ¿Quién la conoce?

—Ese Alguien de quien hablé... una gran persona. Tenéis que ser todos muy corteses cuando os presente. Os presentaré muy poco a poco, de dos en dos, creo; y cuidaréis de no molestarlo, o sólo los cielos saben lo que ocurriría. Cuando se enfada puede resultar desagradable, aunque es muy amable si está de buen humor. Sin embargo, os advierto que se enfada con bastante facilidad.

Todos los enanos se juntaron alrededor cuando oyeron que el mago hablaba así con Bilbo. —¿Es a él a quien nos llevas ahora? —inquirieron— ¿No podrías encontrar a alguien de mejor carácter? ¿No sería mejor que lo explicases un poco más? —y así una pregunta tras otra.

—¡Sí, sí, por supuesto! ¡No, no podría! Y lo he explicado muy bien —respondió el mago, enojado— Si necesitáis saber algo más, se llama Beorn.. Es muy fuerte, y un cambia pieles además.

—¡Qué! ¿Un peletero? ¿Un hombre que llama a los conejos roedores, cuando no puede hacer pasar las pieles de conejo por pieles de ardilla? —preguntó Bilbo.

—¡Cielos, no, no, no, no! —dijo Gandalf—. No seas estúpido, señor Bolsón, si puedes evitarlo, y en nombre de toda maravilla haz el favor de no mencionar la palabra peletero mientras te encuentras en un área de cien millas a la redonda de su casa, ¡ni alfombra, ni capa, ni estola, ni manguito, ni cualquier otra palabra tan funesta! El es un cambia pieles, cambia de piel: unas veces es un enorme oso negro, otras un hombre vigoroso y corpulento de pelo oscuro, con grandes brazos y lengua barba. No puedo decirlos mucho más, aunque eso tendría que bastaros. Algunos dicen que es un oso descendiente de los grandes y antiguos osos de las montañas, que vivían allí antes que llegasen los gigantes. Otros dicen que descende de los primeros hombres que vivieron antes que Smaug o los otros dragones dominasen esta parte del mundo, y antes que los trasgos del Norte viniesen a las colinas. No puedo asegurarlo, pero creo que la última versión es la verdadera. A él no le gustan los interrogatorios.

"De todos modos no está bajo ningún encantamiento que no sea el propio. Vive en un robledal y tiene una gran casa de madera, y como hombre cría ganado y caballos casi tan maravillosos como él mismo. Trabajan para él y le hablan. No se los come; no caza ni come animales salvajes. Cría también colmenas, colmenas de abejas enormes y fieras, y se alimenta principalmente de crema y miel. Como oso viaja a todo lo largo y ancho. Una vez, de noche, lo vi sentado solo sobre la Carroca mirando cómo la luna se hundía detrás de las Montañas Nubladas, y lo oí gruñir en la lengua de los osos: '¡Llegará el día en que perecerán, y entonces volveré!'. Por eso se me ocurre que vino de las montañas.

Bilbo y los enanos tenían ahora bastante en qué pensar y no hicieron más preguntas. Todavía les quedaba mucho camino por delante. Ladera arriba, valle abajo, avanzaban afanosamente. Hacía cada vez más calor. Algunas veces descansaban bajo los árboles, y entonces Bilbo se sentía tan hambriento que no hubiera desdeñado las bellotas, si estuviesen bastante maduras como para haber caído al suelo.

Ya mediaba la tarde cuando entraron en unas extensas zonas de flores, todas de la misma especie, y que crecían juntas, como plantadas. Abundaba el trébol, unas ondulantes parcelas de tréboles rosados y purpúreos, y amplias extensiones de trébol dulce, blanco y pequeño, con olor a miel. Había un zumbido, y un murmullo y un runrún en el aire. Las abejas andaban atareadas de un lado para otro. ¡Y vaya abejas! Bilbo nunca había visto nada parecido.

—Si una llegase a picarme —se dijo— me hincharía hasta el doble de mi tamaño.

Eran más corpulentas que avispones Los zánganos, bastante más grandes que vuestros pulgares, llevaban bandas amarillas que brillaban como oro ardiente en el negro intenso de los cuerpos.

—Nos acercamos —dijo Gandalf— Estamos en los lindes de los campos de abejas.

Al cabo de un rato llegaron a un terreno de robles altos y muy viejos, y luego a un crecido seto de espinos, que no dejaba ver nada, ni era posible atravesar.

—Es mejor que esperéis aquí —dijo el mago a los enanos—, y cuando grite o silbe, seguidme, pues ya veréis el camino que tomo, pero venid sólo en parejas, tenedlo en cuenta, unos cinco minutos entre cada pareja. Bombur es mas grueso y valdrá por dos mejor que venga solo y último. ¡Vamos, señor Bolsón! Hay una cancela por aquí cerca en alguna parte. —Y con eso se fue caminando a lo largo del seto, llevando consigo al hobbit aterrorizado.

Pronto llegaron a una cancela de madera, alta y ancha, y desde allí, a lo lejos, podían ver jardines y un grupo de edificios de madera, algunos con techo de paja y paredes de leños informes: graneros, establos y una casa grande y de techo bajo, todo de madera. Dentro, al fondo del gran seto, había hileras e hileras de colmenas con cubiertas acampanadas de paja. El ruido de las abejas gigantes que volaban de un lado a otro y pululaban dentro y fuera, colmaba el aire.

El mago y el hobbit empujaron la cancela pesada y crujiente, y descendieron por un sendero ancho hacia la casa. Algunos caballos muy lustrosos y bien almohazados trotaban pradera arriba y los observaban con expresión inteligente; después fueron al galope hacia los edificios.

—Han ido a comunicarle la llegada de forasteros —dijo Gandalf.

Pronto entraron en un patio, tres de cuyas paredes estaban formadas por la casa de madera y las dos largas alas. En medio había un grueso tronco de roble, con muchas ramas desmochadas al lado. Cerca, de pie, los esperaba un hombre enorme de barba espesa y pelinegro, con brazos y piernas desnudos, de músculos abultados. Vestía una túnica de lana que le caía hasta las rodillas, y se apoyaba en una gran hacha. Los caballos pegaban los morros al hombro del gigante.

—¡Uf! ¡Aquí están! —dijo a los caballos—. No parecen peligrosos. ¡Podéis iros! —Rió con una risa atronadora, bajó el hacha, y se adelantó. —¿Quiénes sois y qué queréis? —preguntó malhumorado, de pie delante de ellos y encumbrándose por encima de Gandalf. En cuanto a Bilbo, bien podía haber trotado por entre las piernas del hombre sin necesitar agachar la cabeza para no rozar el borde de la túnica marrón.

—Soy Gandalf —dijo el mago.

—Nunca he oído hablar de él —gruñó el hombre—, Y ¿qué es este pequeñajo? —dijo, y se inclinó y miró al hobbit frunciendo las cejas negras y espesas.

—Este es el señor Bolsón, un hobbit de buena familia y reputación impecable —dijo Gandalf. Bilbo hizo una reverencia. No tenía sombrero que quitarse y se sentía molesto pensando que le faltaban algunos botones— Yo soy un mago —continuó Gandalf— He oído hablar de ti, aunque tú no de mí; pero quizá algo sepas de mi buen primo Radagast que vive cerca de la frontera meridional del Bosque Negro.

—Sí; no es un mal hombre, tal como andan hoy los magos, creo. Solía verlo con bastante frecuencia —dijo Beorn— Bien, ahora sé quién eres, o quién dices que eres. ¿Qué deseas?

—Para serte sincero, hemos perdido el equipaje y casi el camino, y necesitamos ayuda, o al menos consejo. Diría que hemos pasado un rato bastante malo con los trasgos, allá en las montañas.

—¿Trasgos? —dijo el hombrón menos malhumorado— Ajá, ¿así que habéis tenido problemas con ellos? ¿Para qué os acercasteis a esos trasgos?

—No pretendíamos hacerlo. Nos sorprendieron de noche en un paso por el que teníamos que cruzar. Estábamos saliendo de los territorios del Oeste, y llegando aquí., es una larga historia.

—Entonces será mejor que entréis y me contéis algo de eso, si no os lleva todo el día —dijo el hombre, volviéndose hacia una puerta oscura que daba al patio y al interior de la casa.

Siguiéndolo, se encontraron en una sala espaciosa con una chimenea en el medio. Aunque era verano había troncos quemándose, y el humo se elevaba hasta las vigas ennegrecidas y salía a través de una abertura en el techo. Cruzaron esta sala mortecina, sólo iluminada por el fuego y el orificio de arriba, y entraron por Otra puerta más pequeña en una especie de veranda sostenida por unos postes de madera que eran simples troncos de árbol. Estaba orientada al sur, y todavía se sentía el calor y la luz del sol poniente que se deslizaba dentro y caía en destellos dorados sobre el jardín florecido, que llegaba al pie de los escalones.

Allí se sentaron en bancos de madera mientras Gandalf comenzaba la historia. Bilbo balanceaba las piernas colgantes y contemplaba las flores del jardín, preguntándose qué nombres tendrían; nunca había visto antes ni la mitad de ellas.

—Venía yo por las montañas con un amigo o dos... —dijo el mago.

—¿O dos? Sólo puedo ver uno, y en verdad bastante pequeño —dijo Beorn.

—Bien, para serte sincero, no quería molestarte con todos nosotros hasta averiguar si estabas ocupado. Haré una llamada, si me permites.

—¡Vamos, llama!

De modo que Gandalf dio un largo y penetrante silbido, y al momento aparecieron Thorin y Dori rodeando la casa por el sendero del jardín. Al llegar saludaron con una reverencia.

—¡uno o tres querías decir, ya veo! —dijo Beorn—, pero estos no son hobbits, ¡son enanos!

—¡Thorin Escudo de Roble a vuestro servicio! ¡Dori a vuestro servicio! —dijeron los dos enanos volviendo a hacer grandes reverencias.

—No necesito vuestro servicio, gracias —dijo Beorn—, pero espero que vosotros necesitéis el mío. No soy muy aficionado a los enanos; pero si en verdad eres Thorin (hijo de Thrain, hijo de Thrór, creo), y que tu compañero es respetable, y

que sois enemigos de los trasgos y que no habéis venido a mis tierras con fines malvados... por cierto, ¿a qué habéis venido?

—Están en camino para visitar la tierra de sus padres, allá al Este, cruzando el Bosque Negro —explico Gandalf—, y sólo por mero accidente nos encontramos aquí, en tus tierras. Atravesábamos el Desfiladero Alto que podría habernos llevado al camino del sur, cuando fuimos atacados por unos trasgos malvados... como estaba a punto de decirte.

—¡Sigue contando entonces! —dijo Beorn, que nunca era muy cortés.

—Hubo una terrible tormenta; los gigantes de piedra estaban fuera lanzando rocas, y al final del desfiladero nos refugiamos en una cueva, el hobbit, yo y varios de nuestros compañeros...

—¿Llamas varios a dos?

—Bien, no. En realidad había más de dos,

—¿Dónde están? ¿Muertos, devorados, de vuelta en casa?

—Bien, no. Parece que no vinieron todos cuando silbé. Tímidos, supongo. Ves, me temo que seamos demasiados para hacerte perder el tiempo.

—Vamos, ¡silba otra vez! Parece que reuniré aquí todo un grupo, y uno o dos no hacen mucha diferencia — refunfuñó Beorn.

Gandalf silbó de nuevo; pero Nori y Ori estaban allí antes de que hubiese dejado de llamar, porque, si lo recordáis, Gandalf les había dicho que viniesen por parejas de cinco en cinco minutos.

—Hola —dijo Beorn—. Vinisteis muy rápidos. ¿Dónde estabais escondidos? Acercaos, muñecos de resorte.

—Nori a vuestro servicio, Ori a... —empezaron a decir los enanos, pero Beorn los interrumpió.

—¡Gracias! Cuando necesite vuestra ayuda, os la pediré. Sentaos, y sigamos con la historia o será hora de cenar antes que acabe.

—Tan pronto como estuvimos dormidos —continuó Gandalf—, una grieta se abrió en el fondo de la caverna; unos trasgos saltaron y capturaron al hobbit, a los enanos y nuestra recua de poneys...

—¿Recua de poneys? ¿Qué erais... un circo ambulante? ¿O transportabais montones de mercancías? ¿O siempre llamáis recua a seis?

—¡Oh, no! En realidad había más de seis poneys, pues éramos más de seis... y bien ¡aquí hay dos más!

—Justo en ese momento aparecieron Balin y Dwalin, y se inclinaron tanto que barrieron con las barbas el piso de piedra. El hombrón frunció el ceño al principio, pero los enanos se esforzaron en parecer terriblemente corteses, y siguieron moviendo la cabeza, inclinándose, haciendo reverencias y agitando los capuchones delante de las rodillas (al auténtico estilo enano) hasta que Beorn no pudo más y estalló en una risa sofocada: ¡parecían tan cómicos!

—Recua, era lo correcto —dijo— Una fabulosa recua de cómicos. Entrad mis alegres hombrecitos, ¿y cuáles son vuestros nombres? No necesito que me serváis ahora mismo, sólo vuestros nombres. ¡Sentaos de una vez y dejad de menearos!

—Balin y Dwalin —dijeron, no atreviéndose a mostrarse ofendidos, y se sentaron dejándose caer pesadamente al suelo, un tanto estupefactos.

—¡Ahora continuemos! —dijo Beorn a Gandalf.

—¿Dónde estaba? Ah sí... A mí no me atraparon, Maté un trasgo o dos con un relámpago...

—¡Bien! —gruñó Beorn— De algo vale ser mago entonces.

—..y me deslicé por la grieta antes que se cerrase. Seguí bajando hasta la sala principal, que estaba atestada de trasgos. El Gran Trasgo se encontraba allí con treinta o cuarenta guardias. Pensé para mí que aunque no estuviesen encadenados todos juntos, ¿qué podía hacer una docena contra toda una multitud?

—¡Una docena! Nunca había oído que ocho es una docena. ¿O es que todavía tienes más muñecos de resorte que no han salido de sus cajas?

—Bien, sí, me parece que hay una pareja más por aquí cerca... Fíli y Kili, creo —dijo Gandalf cuando estos aparecieron sonriendo y haciendo reverencias.

—¡Es suficiente! —dijo Beorn— ¡Sentaos y estaos quietos! ¡Prosigue, Gandalf!

Gandalf siguió con su historia, hasta que llegó a la pelea en la oscuridad, el descubrimiento de la puerta más baja y el pánico que sintieron todos al advertir que el señor Bilbo Bolsón no estaba con ellos. —Nos contamos y vimos que no había allí ningún hobbit. ¡Sólo quedábamos catorce!

—¡Catorce! Esta es la primera vez que si a diez le quitas uno quedan catorce. Quieres decir nueve, o aún no me has dicho todos los nombres de tu grupo.

—Bien, desde luego todavía no has visto a Óin y a

Glóin. ¡Y mira! Aquí están. Espero que los perdonarás por molestarte.

—¡Oh, deja que vengan todos! ¡Daos prisa! Acercaos vosotros dos y sentaos. Pero mira, Gandalf, aun ahora estáis sólo tú y los enanos y el hobbit que se había perdido. Eso suma sólo once (más uno perdido), no catorce, a menos que los magos no cuenten como los demás. Pero ahora, por favor, sigue con la historia. — Beorn trató de disimularlo, pero en verdad la historia había empezado a interesarle, pues en otros tiempos había conocido esa parte de las montañas que Gandalf describía ahora. Movió la cabeza y gruñó cuando oyó hablar de la reaparición del hobbit, de cómo tuvieron que gatear por el sendero de piedra y del círculo de lobos entre los árboles.

Cuando Gandalf contó cómo treparon a los árboles con todos los lobos debajo, Beorn se levantó, dio unas zancadas y murmuró: —¡Ojalá hubiese estado allí! ¡Les hubiese dado algo más que fuegos artificiales!

—Bien —dijo Gandalf, muy contento al ver que su historia estaba causando buena impresión—, hice todo lo que pude. Allí estábamos, con los lobos volviéndose locos debajo de nosotros, y el bosque empezando a arder por todas partes, cuando bajaron los trasgos de las colinas y nos descubrieron. Daban alaridos de placer y cantaban canciones burlándose de nosotros. Quince pájaros en cinco abetos...

—¡Cielos! —gruñó Beorn— No me vengáis ahora con que los trasgos no pueden contar. Pueden. Doce no son quince, y ellos lo saben.

—Y yo también. Estaban además Bifur y Bofur. No me he aventurado a presentarlos antes, pero aquí los tienes.

Adentro pasaron Bifur y Bofur. —¡Y yo! —gritó el gordo Bombur jadeando detrás, enfadado por haber quedado último. Se negó a esperar cinco minutos, y había venido detrás de los otros dos.

—Bien, ahora aquí están, los quince; y ya que los trasgos saben contar, imagino que eso es todo lo que había allí arriba en los árboles. Ahora quizá podamos acabar la historia sin más interrupciones. —El señor Bolsón comprendió entonces qué astuto había sido Gandalf. Las interrupciones habían conseguido que Beorn se interesase más en la historia, y esto había impedido que expulsase en seguida a los enanos como mendigos sospechosos. Nunca invitaba gente a su casa, si podía evitarlo. Tenía muy pocos amigos y vivían bastante lejos; y nunca invitaba a más de dos a la vez. ¡Y ahora tenía quince extraños sentados en el porche!

Cuando el mago concluía su relato, y mientras contaba el rescate de las águilas y de cómo los habían llevado a la Carroca, el sol ya se ocultaba detrás de las Montañas Nubladas y las sombras se alargaban en el jardín de Beorn.

—Un relato muy bueno —dijo— El mejor que he oído desde hace mucho tiempo. Si todos los pordioseros pudiesen contar uno tan bueno, llegaría a parecerles más amable. Es posible, claro, que lo hayáis inventado todo, pero aun así merecéis una cena por la historia. ¡Vamos a comer algo!

—¡Sí, por favor! —exclamaron todos juntos— ¡Muchas gracias!

La sala era (ahora) bastante oscura. Beorn batió las manos, y entraron trotando cuatro hermosos poneys blancos y varios perros grandes de cuerpo largo y pelambre gris. Beorn les dijo algo en una lengua extraña, que parecía sonidos de animales transformados en conversación. Volvieron a salir y pronto regresaron con antorchas en la boca, y en seguida las encendieron en el fuego y las colgaron en los soportes de los pilares, cerca de la chimenea central. Los perros podían sostenerse a voluntad sobre los cuartos traseros, y transportaban cosas con las patas delanteras. Con gran diligencia sacaban tablas y caballetes de las paredes laterales y las amontonaban cerca del fuego.

Luego se oyó un ¡beee!, y entraron unas ovejas blancas como la nieve precedidas por un carnero negro como el carbón. Una llevaba un paño bordado en los bordes con figuras de animales; otras sostenían sobre los lomos bandejas con cuencos, fuentes, cuchillos y cucharas de madera, que los perros cogían y dejaban rápidamente sobre las mesas de caballete. Estas eran muy bajas, tanto que Bilbo

podía sentarse con comodidad. Junto a él, un poney empujaba dos bancos de asientos bajos y corredizos, con patas pequeñas, gruesas y cortas, para Gandalf y Thorin, mientras que al otro extremo ponían la gran silla negra de Beorn, del mismo estilo (en la que se sentaba con las enormes piernas estiradas bajo la mesa). Estas eran todas las sillas que tenía en la sala, y quizá tan bajas como las mesas para conveniencia de los maravillosos animales que le servían. ¿En dónde se sentaban los demás? No los había olvidado. Los otros poneys entraron haciendo rodar unas secciones cónicas de troncos alisadas y pulidas, y bajas aun para Bilbo; y muy pronto todos estuvieron sentados a la mesa de Beorn. La sala no había visto una reunión semejante desde hacía muchos años.

Allí merendaron, o cenaron, como no lo habían hecho desde que dejaron la Última Morada en el Oeste y dijeron adiós a Elrond. La luz de las antorchas y el fuego titilaban alrededor, y sobre la mesa había dos velas altas de cera roja de abeja. Todo el tiempo mientras comían, Beorn, con una voz profunda y atronadora, contaba historias de las tierras salvajes de aquel lado de la montaña, y especialmente del oscuro y peligroso

bosque que se extendía ante ellos de norte a sur, a un día de cabalgata. Por no hablar del Este, el terrible bosque denominado el Bosque Negro.

Los enanos escuchaban y se mesaban las barbas, pues pronto tendrían que aventurarse en ese bosque, y después de las montañas el bosque era el peor de los peligros, antes de llegar a la fortaleza del dragón. Cuando la cena terminó, se pusieron a contar historias de su propia cosecha, pero Beorn parecía bastante amodorrado y no ponía mucha atención. Hablaban sobre todo de oro, plata y joyas, y de trabajos de orfebrería, y a Beorn no le interesaban esas cosas: no había nada ni de oro ni de plata en la sala, y pocos objetos, excepto los cuchillos, eran de metal.

Estuvieron largo rato de sobremesa bebiendo hidromiel en cuencos de madera. Fuera se extendía la noche oscura. Los fuegos en medio de la sala eran alimentados con nuevos leños; las antorchas se apagaron, y se sentaron tranquilos a la luz de las llamas danzantes, con los pilares de la casa altos a sus espaldas, y oscuros, como copas de árboles, en la parte superior. Fuese magia o no, a Bilbo le pareció oír un sonido como de viento sobre las ramas, que golpeaban el techo, y el ulular de unos búhos. Al poco rato empezó a cabecear, y las voces parecían venir de muy lejos, hasta que despertó con un sobresalto.

La gran puerta había rechinado y en seguida se cerró de golpe. Beorn había salido. Los enanos estaban aún sentados en el suelo, alrededor del fuego, con las piernas cruzadas. De pronto se pusieron a cantar. Algunos de los versos eran como estos, aunque hubo muchos y el canto siguió durante largo rato.

El viento soplaba en el brezal agostado,
pero no se movía una hoja en el bosque;
criaturas oscuras reptaban en silencio,

y allí estaban las sombras día y noche.

El viento bajaba, de las montañas frías,
y como una marea rugía y rodaba,
la rama crujía, el bosque gemía
y allí se amontonaba la hojarasca..

El viento resoplaba viniendo del oeste,
y todo movimiento termino en la floresta,
pero ásperas y roncadas cruzando los pantanos,
las voces sibilantes al fin se liberaron.

Las hierbas sisearon con las flores dobladas;
los juncos golpetearon. Los vientos avanzaban
sobre un estanque trémulo bajo cielos helados,
rasgando y dispersando las nubes rápidas.

Pasando por encima del cubil del Dragón,
dejó atrás la Montaña solitaria y desnuda;
había allí unas piedras oscuras y compactas,
y en el aire flotaba una bruma.

El mundo abandonó y se elevo volando
sobre una noche amplia de mareas.
La luna navego sobre los vientos
y avivó el resplandor de las estrellas.

Bilbo cabeceó de nuevo. De pronto, Gandalf se puso de pie.

—Es hora de dormir —dijo—, para nosotros, aunque no creo que para Beorn. En esta sala podemos descansar seguros, pero os aconsejo que no olvidéis lo que Beorn dijo antes de irse: no os paseéis por afuera hasta que el sol esté alto, pues sería peligroso.

Bilbo descubrió que habían puesto unas camas a un lado de la sala, sobre una especie de plataforma entre los pilares y la pared exterior. Para él había un

pequeño edredón de paja y unas mantas de lana. Se metió entre las mantas muy complacido, como si se tratara de un día de verano. El fuego ardía bajo cuando al fin se durmió. Sin embargo, despertó por la noche: el fuego era ahora sólo unas pocas ascuas; los enanos y Gandalf respiraban tranquilos, y parecía que dormían; la luna alta proyectaba en el suelo una luz blanquecina. que entraba por el agujero del tejado. Se oyó un gruñido fuera, y el ruido de un animal que se restregaba contra la puerta. Bilbo se preguntaba qué sería, y si podría ser Beorn en forma encantada, y si entraría como un oso para matarlos. Se hundió bajo las mantas y escondió la cabeza, y de nuevo se quedó dormido, aun a pesar de todos sus miedos.

Era ya avanzada la mañana cuando despertó. Uno de los enanos se había caído encima de él en las sombras, y había rodado desde la plataforma al suelo con un fuerte topetazo. Era Bofur, quien se quejaba cuando Bilbo abrió los ojos.

—Levántate, gandul —le dijo Bofur—, o no habrá ningún desayuno para ti. —Bilbo se puso en pie de un salto.

—¡Desayuno! —gritó— ¿Dónde está el desayuno?

—La mayor parte dentro de nosotros —respondieron los otros enanos que se paseaban por la sala—, y el resto en la veranda. Hemos estado buscando a Beorn desde que amaneció, pero no hay señales de él por ninguna parte, aunque encontramos el desayuno servido tan pronto como salimos.

—¿Dónde está Gandalf? —preguntó Bilbo partiendo a toda prisa en busca de algo que comer.

—Bien —le dijeron—, fuera quizá, por algún lado.

—Pero Bilbo no vio rastro del mago en todo el día hasta entrada la tarde. Poco antes de la puesta del sol, Gandalf entró en la sala, donde el hobbit y los enanos, atendidos por los magníficos animales de Beorn, se encontraban cenando, como habían estado haciendo a lo largo del día. De Beorn no habían visto ni sabido nada desde la noche anterior, y empezaban a inquietarse.

—¿Dónde esta nuestro anfitrión, y dónde has pasado el día? —gritaron todos.

—¡Una pregunta por vez, y no hasta después de haber comido! No he probado bocado desde el desayuno.

Al fin Gandalf apartó el plato y la jarra (se había comido dos hogazas de pan enteras, con abundancia de mantequilla, miel y crema cuajada, y había bebido por lo menos un cuarto de galón de hidromiel) y sacó la pipa. —Primero responderé a la segunda pregunta —dijo—: pero ¡caramba! ¡Este es un sitio estupendo para echar anillos de humo! —Y durante un buen rato no pudieron sacarle nada más, ocupado como estaba en lanzar anillos de humo, que desaparecían entre los pilares de la sala, cambiando las formas y los colores, y haciéndolos salir por el agujero del tejado. Desde fuera estos anillos tenían que parecer muy extraños, deslizándose en el aire uno tras otro, verdes, azules, rojos, plateados, amarillos, blancos, grandes, pequeños, los pequeños metiéndose entre los grandes y

formando así figuras en forma de ocho, y perdiéndose en la distancia como bandadas de pájaros.

—Estuve siguiendo huellas de oso —dijo por fin— Una reunión regular de osos tiene que haberse celebrado ahí fuera durante la noche. Pronto me di cuenta de que las huellas no podía ser todas de Beorn; había demasiadas, y de diferentes tamaños. Me atrevería a decir que eran osos pequeños, osos grandes, osos normales y enormes osos gigantes, todos danzando fuera, desde el anochecer hasta casi el amanecer. Vinieron de todas direcciones, excepto del lado oeste, más allá del río, de las Montañas. Hacia allí sólo iba un rastro de pisadas... ninguna venía, todas se alejaban desde aquí. Las seguí hasta la Carroca. Luego desaparecieron en el río, que era demasiado profundo y caudaloso para intentar cruzarlo. Es bastante fácil, como recordaréis, ir desde esta orilla hasta la Carroca por el vado, pero al otro lado hay un precipicio donde el agua desciende en remolinos. Tuve que andar millas antes de encontrar un lugar donde el río fuese bastante ancho y poco profundo como para poder vadearlo y nadar, y después millas atrás, otra vez buscando las huellas. Para cuando llegué, era ya demasiado tarde para seguirlas. Iban directa mente hacia los pinares al este de las Montañas Nubladas, donde anteanoche tuvimos un grato encuentro con los wargos. Y ahora creo que he respondido además a vuestra primera pregunta —concluyó Gandalf, y se sentó largo rato en silencio.

Bilbo pensó que sabía lo que el mago quería decir.

—¿Qué haremos —gritó— si atrae hasta aquí a todos los wargos y trasgos? ¡Nos atraparán a todos y nos matarán! Creí que habías dicho que no era amigo de ellos.

—Sí, lo dije, ¡Y no seas estúpido! Sería mejor que te fueses a la cama. Se te ha embotado el juicio.

El hobbit se quedó bastante aplastado, y como no parecía haber otra cosa que hacer, se fue realmente a la cama; mientras los enanos seguían cantando se durmió otra vez, devanándose todavía la cabecita a propósito de Beorn, hasta que soñó con cientos de osos negros que danzaban en círculos lentos y graves, fuera en el patio a la luz de la luna. Entonces despertó, cuando todo el mundo estaba dormido, y oyó los mismos rasguños, gangueos, pisadas y gruñidos de antes.

A la mañana siguiente, el propio Beorn los despertó a todos. —Así que todavía seguís aquí —dijo. Alzó al hobbit y se rió—. Por lo que veo aún no te han devorado los wargos y los trasgos o los malvados osos —y apretó el dedo contra el chaleco del señor Bolsón sin ninguna cortesía—. El conejito se está poniendo otra vez de lo más relleno y saludable con la ayuda de pan y miel.

—Rió entre dientes. —¡Ven y toma algo más!

Así que todos se fueron a desayunar. Beorn parecía cambiado y bien dispuesto; y en verdad estaba de muy buen humor e hizo que todos se rieran con sus divertidas historias; no tuvieron que preguntarse por mucho tiempo dónde había estado o por qué era tan amable con ellos, pues él mismo lo explicó. Había ido al otro lado del río adentrándose en las montañas —de lo cual podéis deducir que

podía trasladarse a gran velocidad, en forma de oso, desde luego—. Al fin llega al claro quemado de los lobos, y así descubrió que esa parte de la historia era cierta; pero aún encontró algo más: había capturado a un wargo y a un trasgo que vagaban por el bosque, y les había sacado algunas noticias: las patrullas de los wargos buscaban aún a los enanos junto con los trasgos horriblemente enfadados a causa de la muerte del Gran Trasgo, y porque le habían quemado la nariz al jefe lobo y el fuego del mago había dado muerte a muchos de los principales sirvientes. Todo esto se lo dijeron cuando los obligó a hablar, pero adivinó que se tramaba algo todavía peor, y que el grueso del ejército de los trasgos y los lobos podía irrumpir pronto en las tierras ensombrecidas por las montañas, en busca de los enanos, o tomar venganza sobre los hombres y criaturas que allí vivían y que quizá estaban encubriéndolos.

—Era una buena historia la vuestra —dijo Beorn—, pero ahora que sé que es cierta, me gusta todavía más, Tenéis que perdonarme por no haberos creído. Si vivieseis cerca de los lindes del Bosque Negro, no creeríais a nadie que no conocieseis tan bien como vuestro propio hermano, o mejor. Como veis sólo puedo deciros que me he dado prisa en regresar para ver si estabais a salvo y ofreceros mi ayuda. Tendré en mejor opinión a los enanos después de este asunto. ¡Dieron muerte al Gran Trasgo, dieron muerte al Gran Trasgo! —se rió ferozmente entre dientes.

—¿Qué habéis hecho con el trasgo y con el wargo? —preguntó Bilbo de repente.

—¡Venid y lo veréis! —dijo Beorn y dieron la vuelta a la casa. Una cabeza de trasgo asomaba empalada detrás de la cancela, y un poco más allá se veía una piel de wargo clavada en un árbol. Beorn era un enemigo feroz. Pero ahora era amigo de ellos, y Gandalf creyó conveniente contarle la historia completa y la razón del viaje, para obtener así toda la ayuda posible.

Esto fue lo que Beorn les prometió. Les conseguiría poneys, para cada uno, y a Gandalf un caballo, para el viaje hasta el bosque, y les daría comida suficiente para varias semanas si la administraban con cuidado; y luego puso todo en paquetes fáciles de llevar: nueces, harina, tarros de frutos secos herméticamente cerrados y potes de barro rojo llenos de miel, y bizcochos horneados dos veces para que se conservasen bien mucho tiempo; un poco de estos bizcochos bastaba para una larga jornada. La receta era uno de sus secretos, pero tenían miel, como casi todas las comidas de Beorn, y un sabor agradable, aunque dejaban la boca bastante seca. Dijo que necesitarían llevar agua por aquel lado del bosque, pues había arroyos y manantiales a todo lo largo del camino. —Pero el camino que cruza el Bosque Negro es oscuro, peligroso y arduo —dijo—. No es fácil encontrar agua allá, ni comida. No es todavía tiempo de nueces (aunque en realidad quizá ya haya pasado cuando lleguéis al otro extremo), y las nueces son lo único que se puede comer en esos sitios; las cosas silvestres son allí oscuras, extrañas y salvajes. Os daré odres para el agua, y algunos arcos y flechas. Pero no creo que haya nada en el Bosque Negro que sea bueno para comer o beber. Sé que hay un arroyo, negro y caudaloso, que cruza el sendero. No bebáis ni os bañéis en él, pues he oído decir que produce encantamientos, somnolencia y pérdida de la memoria. Y entre las tenebrosas sombras del lugar no me parece que podáis

cazar algo que sea comestible o no comestible, sin extraviaros. Esto tenéis que evitarlo en cualquier circunstancia.

"No tengo otro consejo para vosotros. Más allá del linde del bosque, no puedo ayudaros mucho; tendréis que depender de la suerte, de vuestro valor y de la comida que os doy. He de pedir os que en la cancela del bosque me mandéis de vuelta al caballo y los poneyes. Pero os deseo que podáis marchar de prisa, y mi casa estará abierta siempre para vosotros si alguna vez volvéis por este camino.

Le dieron las gracias, por supuesto, con muchas reverencias y movimientos de los capuchones, y con muchos;—A vuestro servicio, ¡oh amo de los amplios salones de madera! —Pero las graves palabras de Beorn los habían desanimado, y todos sintieron que la aventura era mucho más peligrosa de lo que habían pensado antes, ya que de cualquier modo, aunque pasasen todos los peligros del camino, el dragón estaría esperando al final.

Toda la mañana estuvieron ocupados con los preparativos. Poco antes del mediodía comieron con Beorn por última vez, y después del almuerzo montaron en los caballos que él les prestó, y despidiéndose una y mil veces, cabalgaron a buen trote dejando atrás la cancela,

Tan pronto como se alejaron de los setos altos al este de las tierras cercadas, se encaminaron al norte y luego al noroeste. Siguiendo el consejo de Beorn no marcharon hacia el camino principal del bosque, al sur de aquellas tierras. Si hubiesen ido por el desfiladero, una senda los habría llevado hasta un arroyo que bajaba de las montañas y se unía al Río Grande, algunas millas al sur de la Carroca. En ese lugar había un vado profundo que podrían haber cruzado, si hubiesen tenido los poneyes, y más allá otra senda llevaba a los bordes del bosque y a la entrada del antiguo camino de la floresta. Pero Beorn les había advertido que aquel camino era ahora frecuentado por los trasgos, mientras que el verdadero camino del bosque, según había oído decir, estaba cubierto de maleza y abandonado por el extremo oriental, y llevaba además a pantanos impenetrables, donde los senderos se habían perdido hacia tiempo. El paso por el este siempre había quedado demasiado al sur de la Montaña Solitaria, y desde allí, cuando alcanzaran el otro lado, les hubiera esperado aún una marcha larga y dificultosa hacia el norte. Al norte de la Carroca, los lindes del Bosque Negro estaban más cerca de las orillas del Río Grande, y aunque las montañas se alzaban no muy lejos, Beorn les aconsejó tomar este camino, pues a unos pocos días de cabalgata al norte de la Carroca había un sendero poco conocido que atravesaba el Bosque Negro y llevaba casi directamente a la Montaña Solitaria.

—Los trasgos —había dicho Beorn—, no se atreverán a cruzar el Río Grande en unas cien millas al norte de la Carroca, ni tampoco a acercarse a mi casa; ¡está bien protegida por las noches! Pero yo cabalgaría de prisa, porque si ellos emprenden esa aventura, pronto cruzarán el río por el sur y recorrerán todo el linde del bosque con el fin de cortaros el paso, y los wargos corren más que los poneyes. En verdad estaríais a salvo yendo hacia el norte, aunque parezca que así volvéis a las fortalezas; pues eso sería lo que ellos menos esperarían, y tendrían que cabalgar mucho más para alcanzaros. ¡Partid ahora tan rápido como podáis!

Eso era por lo que cabalgaban en silencio, galopando por donde el terreno estaba cubierto de hierba y era llano, con las tenebrosas montañas a la izquierda, y a lo lejos la línea del río con árboles cada vez más próximos. El sol acababa de girar hacia el oeste cuando partieron, y hasta el atardecer cayó en rayos dorados sobre la tierra de alrededor. Era difícil pensar que unos trasgos los perseguían, y cuando hubo muchas millas entre ellos y la casa de Beorn, se pusieron a charlar y a cantar otra vez, y así olvidaron el oscuro sendero del bosque que tenían delante. Pero al atardecer, cuando cayeron las sombras y los picos de las montañas resplandecieron a la luz del sol poniente, acamparon y montaron guardia, y la mayoría durmió inquieta, con sueños en los que se oían aullidos de lobos que cazaban y alaridos de trasgos.

Con todo, la mañana siguiente amaneció otra vez clara y hermosa. Había una neblina blanca y otoñal sobre el suelo, y el aire era helado, pero pronto el sol rojizo se levantó por el este y las neblinas desaparecieron, y cuando las sombras eran todavía largas, reemprendieron la marcha. Así que cabalgaron durante dos días más, y en todo este tiempo no vieron nada excepto hierba, flores, pájaros, y árboles diseminados, y de vez en cuando pequeñas manadas de venados rojos que pacían o estaban echados a la sombra. Alguna vez Bilbo vio cuernos de ciervos que asomaban por entre la larga hierba, y al principio creyó que eran ramas de árboles muertas. En la tercera tarde estaban decididos a marchar durante horas, pues Beorn les había dicho que tenían que alcanzar la entrada del bosque temprano al cuarto día, y cabalgaron bastante tiempo después del anochecer, bajo la luna. Cuando la luz iba desvaneciéndose, Bilbo pensó que a lo lejos, a la derecha o a la izquierda, veía la ensombrecida figura de un gran oso que marchaba en la misma dirección. Pero si se atrevía a mencionárselo a Gandalf, el mago sólo decía: —¡Silencio! Haz como si no lo vieses.

Al día siguiente partieron antes del amanecer, aunque la noche había sido corta. Tan pronto como se hizo de día pudieron ver el bosque, y parecía que viniese a reunirse con ellos, o que los esperara como un muro negro y amenazador. El terreno empezó a ascender, y el hobbit se dijo que un silencio distinto pesaba ahora sobre ellos. Los pájaros apenas cantaban. No había venados, ni siquiera los conejos se dejaban ver. Por la tarde habían alcanzado los límites del Bosque Negro, y descansaron casi bajo las ramas enormes que colgaban de los primeros árboles. Los troncos eran nudosos, las ramas retorcidas, las hojas oscuras y largas. La hiedra crecía sobre ellos y se arrastraba por el suelo.

—¡Bien, aquí tenemos el Bosque Negro! —dijo Gandalf—. El bosque más grande del mundo septentrional.

Espero que os agrade. Ahora tenéis que enviar de vuelta estos poneys excelentes que os han prestado.

Los enanos quisieron quejarse, pero el mago les dijo que eran unos tontos. — Beorn no está tan lejos como vosotros pensáis, y de cualquier modo será mucho mejor que mantengáis vuestras promesas, pues él es un mal enemigo. Los ojos del señor Bolsón son más penetrantes que los vuestros, si no habéis visto de noche en la oscuridad un gran oso que caminaba a la par con nosotros, o se

sentaba lejos a la luz de la luna, observando nuestro campamento. No sólo para guiarnos y protegeros, sino también para vigilar los poneyes. Beorn puede ser amigo vuestro, pero ama a sus animales como si fueran sus propios hijos. No tenéis idea de la amabilidad que ha demostrado permitiendo que unos enanos los monten, sobre todo en un trayecto tan largo y fatigoso, ni de lo que sucedería si intentaseis meterlos en el bosque.

—¿Y qué hay del caballo? —dijo Thorin—. No dices nada sobre devolverlo.

—No digo nada porque no voy a devolverlo.

—¿Y qué pasa con tú promesa?

—Déjala de mi cuenta. No devolveré el caballo, cabalgaré en él. —Entonces supieron que Gandalf iba a dejarlos en los mismísimos lindes del Bosque Negro, y se sintieron desesperados, Pero nada de lo que dijese lo haría cambiar de idea.

—Todo esto lo hemos tratado ya antes, cuando hicimos un alto en la Carroca —dijo—. No vale la pena discutir. Como ya he dicho, tengo un asunto que resolver, lejos al sur; y no puedo perder tiempo con todos vosotros. Quizá volvamos a encontrarnos antes de que esto se acabe, y puede que no. Eso sólo depende de vuestra suerte, coraje, y buen juicio; envío al señor Bolsón con vosotros, ya os he dicho que vale más de lo que creéis y pronto tendréis la prueba. De modo que alegra esa cara, Bilbo, y no te muestres tan taciturno. ¡Alegraos Thorin y compañía! Al fin y al cabo, es vuestra expedición. ¡Pensad en el tesoro que os espera al final, y olvidaos del bosque y del dragón, por lo menos hasta mañana por la mañana!

Cuando el mañana por la mañana llegó, Gandalf seguía diciendo lo mismo. Así que ahora nada quedaba por hacer excepto llenar los odres en un arroyo claro que encontraron a la entrada del bosque, y descargar los poneyes. Distribuyeron los bultos con la mayor equidad posible, aunque Bilbo pensó que su lote era demasiado pesado, y no le hacía ninguna gracia la idea de recorrer a pie millas y millas con todo aquello a sus espaldas.

—¡No te preocupes! —le dijo Thorin—. Todo se aligerará muy pronto. Antes de que nos demos cuenta, estaremos deseando que nuestros fardos sean más pesados, cuando la comida empiece a escasear.

Entonces por fin dijeron adiós a los poneyes y les pusieron las cabezas apuntando a la casa de Beorn. Los animales se marcharon trotando, y parecían muy contentos de volver las colas hacia las sombras del Bosque Negro. Mientras se alejaban, Bilbo hubiera jurado haber visto algo parecido a un oso que salía de entre las sombras de los árboles e iba tras ellos arrastrando los pies.

Gandalf se despidió también. Bilbo se sentó en el suelo sintiéndose muy desgraciado y deseando quedarse con el mago, montado a la grupa de la alta cabalgadura. Acababa de adentrarse en el bosque justo después del desayuno (por cierto bastante frugal), y todo estaba allí tan oscuro en plena mañana como durante la noche, y muy en secreto se dijo a sí mismo: "Parece como si algo esperara y vigilara".

—Adiós —dijo Gandalf a Thorin— ¡Y adiós a todos vosotros, adiós! Ahora seguid todo recto a través del bosque. ¡No abandonéis el sendero! Si lo hacéis, hay una posibilidad entre mil de que volváis a encontrarlo, y nunca saldréis del Bosque Negro, y entonces es seguro que ni yo ni nadie volverá a veros jamás.

—¿Pero es realmente necesario que lo atravesemos?

—gimoteó el hobbit.

—¡Sí, así es! —dijo el mago— Si queréis llegar al otro lado. Tenéis que cruzarlo o abandonar toda búsqueda. Y no permitiré que retrocedas ahora, señor Bolsón. Me avergüenza que se te haya ocurrido. Eres tú quien desde ahora tendrá que cuidar a estos enanos en mi lugar. —Gandalf rió.

—¡No! ¡No! —dijo Bilbo— Yo no quería decir eso. Pregunto si no hay algún otro camino bordeándolo.

—Hay, si lo que deseas es desviarte doscientas millas o más al norte, y cuatrocientas al sur. Pero ni siquiera entonces encontrarías un sendero seguro. No hay senderos seguros en esta parte del mundo. Recuerda que estás ahora en las fronteras de las tierras salvajes, expuesto a todo, donde quiera que vayas. Antes de que pudieras bordear el Bosque Negro por el norte, te encontrarías justo entre las laderas de las Montañas Grises, plagadas de trasgos, bobotrasgos y orcos de la peor especie. Antes que pudieras bordearlo por el sur, te encontrarías en el país del Nigromante; y ni siquiera tú, Bilbo, necesitas que te cuente historias del hechicero negro. ¡No os aconsejo que os acerquéis a los lugares dominados por esa torre sombría! Manteneos en el sendero del bosque, conservad vuestro ánimo, esperad siempre lo mejor y con una tremenda porción de suerte puede que un día salgáis y encontréis los Pantanos Largos justo debajo; y más allá, elevándose en el este, la Montaña Solitaria donde habita el querido viejo Smaug, aunque confío que no os esté esperando.

—Muy consolador de tu parte, puedes estar seguro —gruñó Thorin—. ¡Adiós! ¡Si no vienes con nosotros es mejor que te largues sin una palabra más!

—¡Adiós entonces, esta vez de verdad adiós! —dijo Gandalf, y dando media vuelta, cabalgó hacia el oeste.

Pero no pudo resistir la tentación de ser el último en decir algo, y cuando aún podían oírlo, se volvió y llamó poniendo las manos a los lados de la boca. Oyeron la voz débilmente: —¡Adiós! Sed buenos, cuidaros, ¡y no abandonéis el sendero!

Luego se alejó al galope y pronto se perdió en la distancia. —¡Oh, adiós y vete de una vez! —farfullaron los enanos, todos de lo más enfadados, realmente abrumados de consternación. Ahora empezaba la parte más peligrosa del viaje. Cada uno cargaba con un fardo pesado y el odre de agua que le correspondía, y dejando detrás la luz que se extendía sobre los campos, penetraron en la floresta.

MOSCAS Y ARAÑAS

Caminaban en fila. La entrada del sendero era una suerte de arco que llevaba a un túnel lóbrego formado por dos árboles inclinados, demasiado viejos y ahogados por la hiedra y los líquenes colgantes para tener más que unas pocas hojas ennegrecidas. El sendero mismo era estrecho y serpenteaba por entre los troncos. Pronto la luz de la entrada fue un pequeño agujero brillante allá atrás, y en el silencio profundo los pies parecían golpear pesadamente mientras todos los árboles se doblaban sobre ellos y escuchaban.

Cuando se acostumbraron a la oscuridad, pudieron ver un poco a los lados, a una trémula luz de color verde oscuro. En ocasiones, un rayo de sol que alcanzaba a deslizarse por una abertura entre las hojas de allá arriba, y escapar a los enmarañados arbustos y ramas entretejidas de abajo, caía tenue y brillante ante ellos. Pero esto ocurría raras veces, y cesó pronto.

Había ardillas negras en el bosque. Los ojos penetrantes e inquisitivos de Bilbo empezaron a vislumbrar las fugazmente mientras cruzaban rápidas el sendero y se escabullían escondiéndose detrás de los árboles. Había también extraños ruidos, gruñidos, susurros, correteos en la maleza y entre las hojas que se amontonaban en algunos sitios del bosque; pero no conseguían ver qué causaba estos ruidos. Entre las cosas visibles lo más horrible eran las telarañas: espesas telarañas oscuras, con hilos extraordinariamente gruesos; tendidas casi siempre de árbol a árbol, o enmarañadas en las ramas más bajas, a los lados. No había ninguna que cruzara el sendero, y no pudieron adivinar si esto era por encantamiento o por alguna otra razón.

No transcurrió mucho tiempo antes que empezaran a odiar el bosque tanto como habían odiado los túneles de los trasgos, e incluso tenían menos esperanzas de llegar a la salida. Pero no había otro remedio que seguir y seguir, aun después de sentir que no podrían dar un paso más si no veían el sol y el cielo, y de desear que el viento les soplara en las caras. El aire no se movía bajo el techo del bosque, eternamente quieto, sofocante y oscuro. Hasta los mismos enanos lo sentían así, ellos que estaban acostumbrados a excavar túneles y a pasar largas temporadas apartados de la luz del sol; pero el hobbit, a quien le gustaban los agujeros para hacer casas, y no para pasar los días de verano, sentía que se asfixiaba poco a poco.

Las noches eran lo peor: entonces se ponía oscuro como el carbón, no lo que vosotros llamáis negro carbón, sino realmente oscuro, tan negro que de verdad no se podía ver nada. Bilbo movía la mano delante de la nariz, intentando en vano distinguir algo. Bueno, quizá no es totalmente cierto decir que no veían nada; veían ojos. Dormían todos muy juntos, y se turnaban en la vigilia; cuando le tocaba a Bilbo, veía destellos alrededor, y a veces, pares de ojos verdes, rojos o amarillos se clavaban en él desde muy cerca, y luego se desvanecían y desaparecían lentamente, y empezaban a brillar en otra parte. De vez en cuando destellaban en las ramas bajas que estaban justamente sobre él, y eso era lo más terrorífico. Pero los ojos que menos le agradaban eran unos que parecían pálidos y bulbosos. "Ojos de insecto" pensaba, "no ojos de animales, pero demasiado grandes."

Aunque no hacía aún mucho frío, trataron de encender unos fuegos pero desistieron pronto. Parecían atraer cientos y cientos de ojos alrededor; pero esas criaturas, fuesen las que fuesen, tenían cuidado de no mostrar sus cuerpos a la luz trémula de las brasas. Peor aún, atraían a miles y miles de falenas grises oscuras y negras, algunas casi tan grandes como vuestras manos, que revoloteaban y les zumbaban en los oídos. No fueron capaces de soportarlo, ni a los grandes murciélagos, negros como sombreros de copa; así que pronto dejaron de encender fuegos y dormitaban envueltos en una enorme y extraña oscuridad.

Todo esto duró lo que al hobbit parecieron siglos y siglos; siempre tenía hambre, pues cuidaban sobremanera las provisiones. Aun así, a medida que los días seguían a los días y el bosque parecía siempre el mismo, empezaron a sentirse ansiosos. La comida no duraría siempre: de hecho, empezaba a escasear. Intentaron cazar alguna ardilla, y desperdiciaron muchas flechas antes de derribar una en el sendero. Cuando la asaron, tenía un gusto horrible, y no cazaron más.

Estaban sedientos también; ninguno llevaba mucha agua, y en todo el trayecto no habían visto manantiales ni arroyos. Así estaban cuando un día descubrieron que una corriente de agua interrumpía el sendero. Rápida y alborotada, pero no demasiado ancha, fluía cruzando el camino; y era negra, o así parecía en la oscuridad. Fue bueno que Beorn les hubiese prevenido contra ella, o hubieran bebido y llenado alguno de los odres vacíos en la orilla, sin preocuparse por el color. Así que sólo pensaron en cómo atravesarla sin mojarse. Allí había habido un puente de madera, pero se había podrido con el tiempo y había caído al agua dejando sólo los postes quebrados cerca de la orilla.

Bilbo, arrodillándose en la ribera, miró adelante con atención y gritó: —¡Hay un bote en la otra orilla! ¿Por qué no pudo haber estado aquí?

—¿A qué distancia crees que está? —preguntó Thorin, pues por entonces ya sabían que entre todos ellos Bilbo tenía la vista más penetrante.

—No muy lejos. No me parece que mucho más de doce yardas.

—¡Doce yardas! Yo hubiera pensado que eran treinta por lo menos, pero mis ojos ya no ven tan bien como hace cien años. Aun así, doce yardas es tanto como una milla. No podemos saltar por encima del río y no nos atrevemos a vadearlo o nadar.

—¿Alguno de vosotros puede lanzar una cuerda?

—¿Y de qué serviría? Seguro que el bote está atado, aun contando con que pudiéramos engancharlo, cosa que dudo.

—No creo que esté atado —dijo Bilbo—. Aunque, naturalmente, con esta luz no puedo estar seguro; pero me parece como si sólo estuviese varado en la orilla, que es bastante baja ahí donde el sendero se mete en el río.

—Dori es el más fuerte, pero Fíli es el más joven y tiene mejor vista —dijo Thorin—. Ven acá, Fíli, y mira si puedes ver el bote de que habla el señor Bolsón.

Fíli creyó verlo; así que luego de mirar un largo rato para tener una idea de la dirección, los otros le trajeron una cuerda. Llevaban muchas con ellos, y en el

extremo de la más larga ataron uno de los ganchos de hierro que usaban para sujetar las mochilas a las correas de los hombros. Fíli lo tomó, lo balanceó un momento, y lo arrojó por encima de la corriente.

Cayó salpicando en el agua. —¡No lo bastante lejos!

—dijo Bilbo, que observaba la otra orilla—. Un par de pies más y hubieras alcanzado el bote. Inténtalo otra vez. No creo que el encantamiento sea tan poderoso para hacerte daño si tocas un trozo de cuerda mojada.

Recogieron el gancho y Fíli lo alzó en el aire, aunque dudando aún. Esta vez tiró con más fuerza.

—¡Calma! —dijo Bilbo—. Lo has metido entre los árboles del otro lado. Retíralo lentamente. —Fíli retiró la cuerda poco a poco, y un momento después Bilbo dijo:

—¡Cuidado!, ahora estás sobre el bote; esperemos que el hierro se enganche.

Y se enganchó. La cuerda se puso tensa y Fíli tiró en vano. Kili fue en su ayuda, y después Óin y Glóin. Tiraron, y de pronto cayeron todos de espaldas. Bilbo que estaba atento alcanzó a tomar la cuerda y con un trozo de palo retuvo al pequeño bote negro que se acercaba arrastrado por la corriente. —¡Socorro! —gritó, y Balin aferró el bote antes de que se deslizase aguas abajo.

—Estaba atado, después de todo —dijo, mirando la amarra rota que aún colgaba del bote—. Fue un buen tirón, muchachos; y suerte que nuestra cuerda era la más resistente.

—¿Quién cruzará primero? —preguntó Bilbo.

—Yo —dijo Thorin—, y tú vendrás conmigo, y Fíli y Balin. No cabemos más en el bote. Luego, Kili, Óin, Glóin y Dori. Seguirán Ori y Nori, Bifur y Bofur, y por último Dwalin y Bombur.

—Soy siempre el último, y no me gusta —dijo Bombur—. Hoy le toca a otro.

—No tendrías que estar tan gordo. Tal como eres, tienes que cruzar el último y con la carga más ligera. No empieces a quejarte de las órdenes, o lo pasarás mal.

—No hay remos. ¿Cómo impulsaremos el bote hasta la otra orilla? —preguntó Bilbo.

—Dadme otro trozo de cuerda y otro gancho —dijo Fíli, y cuando se los trajeron, arrojó el gancho hacia la oscuridad, tan alto como pudo. Como no cayó, supusieron que se había enganchado en las ramas—. Ahora subid —dijo Fíli—. Que uno de vosotros tire de la cuerda sujeta al árbol. Otro tendrá que sujetar el gancho que utilizamos al principio, y cuando estemos seguros en la Otra orilla, puede engancharlo y traer el bote de vuelta.

De este modo pronto estuvieron todos a salvo en la orilla opuesta, al borde del arroyo encantado. Dwalin acababa de salir aprisa, con la cuerda enrollada en el brazo, y Bombur (refunfuñando aún) se aprestaba a seguirlo cuando algo malo ocurrió. Sendero adelante hubo un ruido como de pezuñas raudas. De repente, de la lobretez, salió un ciervo volador. Cargó sobre los enanos y los derribó, y en seguida se encogió para

saltar. Pasó por encima del agua con un poderoso brinco, pero no llegó indemne a la orilla. Thorin había sido el único que aún se mantenía en pie y alerta. Tan pronto como llegaron a tierra había preparado el arco y había puesto una flecha, por si de pronto aparecía el guardián del bote. Disparó rápido contra la bestia, que se derrumbó al llegar a la otra orilla. Las sombras la devoraron, pero oyeron un sonido entrecortado de pezuñas que al fin se extinguió.

Antes que pudieran alabar este tiro certero, un horrible gemido de Bilbo hizo que todos olvidaran la carne de venado. —¡Bombur ha caído! ¡Bombur se ahoga! —gritó. No era más que la verdad. Bombur sólo tenía un pie en tierra cuando el ciervo se adelantó y saltó sobre él. Había tropezado, impulsando el bote hacia atrás y perdiendo el equilibrio, y las manos le resbalaron por las raíces limosas de la orilla, mientras el bote desaparecía girando lentamente.

Aún alcanzaron a ver el capuchón de Bombur sobre el agua, cuando llegaron corriendo a la orilla. Le echaron rápidamente una cuerda con un gancho. La mano de Bombur aferró la cuerda y los Otros tiraron. Por supuesto, el enano estaba empapado de pies a cabeza, pero eso no era lo peor. Cuando lo depositaron en tierra seca ya estaba profundamente dormido, la mano tan apretada a la cuerda que no la pudieron soltar; y profundamente dormido quedó, a pesar de todo lo que le hicieron.

Aún estaban de pie y mirándolo, maldiciendo el desgraciado incidente y la torpeza de Bombur, lamentando la pérdida del bote, que les impedía volver y buscar el ciervo, cuando advirtieron un débil sonido: como de trompas y de perros que ladrasen lejos en el bosque.

Todos se quedaron en silencio, y cuando se sentaron les pareció que oían el estrépito de una gran cacería al norte del sendero, aunque no vieron nada.

Estuvieron sentados durante largo rato, no atreviéndose a moverse. Bombur seguía durmiendo con una sonrisa en la cara redonda, como si todos aquellos problemas ya no le preocuparan. De repente, sendero adelante, aparecieron unos ciervos blancos, un cervato y unas ciervas, tan níveos como oscuro había sido el ciervo anterior. Refulgían en las sombras. Antes de que Thorin pudiera decir nada, tres de los enanos se habían puesto en pie de un brinco y habían disparado las flechas. Ninguna pareció dar en el blanco. Los ciervos se volvieron y desaparecieron entre los árboles tan en silencio como habían venido y los enanos dispararon en vano otras flechas.

—¡Deteneos! ¡Deteneos! —gritó Thorin, pero demasiado tarde; los excitados enanos habían desperdiciado las últimas flechas, y ahora los arcos que Beorn les había dado eran inútiles.

Esa noche fueron una triste partida, y esta tristeza pesó aún más sobre ellos en los días siguientes. Habían cruzado el arroyo encantado, pero más allá el sendero parecía serpear igual que antes, y en el bosque río advirtieron cambio alguno. Si sólo hubiesen sabido un poco más de él, y hubiesen considerado el significado de la cacería y del ciervo blanco que se les había aparecido en el camino, hubieran podido reconocer que iban al fin hacia el linde este, y que si hubiesen conservado

el valor y las esperanzas, pronto habrían llegado a sitios donde la luz del sol brillaba de nuevo y los árboles eran más ralos.

Pero no lo sabían, y estaban cargados con el pesado cuerpo de Bombur, al que transportaban como mejor podían, turnándose de cuatro en cuatro en la fatigosa tarea, mientras los demás se repartían los bultos. Si estos no se hubieran aligerado en las últimas jornadas, nunca lo hubieran conseguido, pero el sonriente y sonador Bombur era un pobre sustituto de las mochilas cargadas de comida, pesasen lo que pesasen. Pocos días más y no les quedó prácticamente nada que comer o beber. Nada apetitoso parecía crecer en el bosque; sólo hongos y hierbas de hojas pálidas y olor desagradable.

Cuatro días después del arroyo encantado, llegaron a un sitio del bosque poblado de hayas. En un primer momento les alegró el cambio, pues aquí no crecían malezas y las sombras no eran tan profundas. Había una luz verdosa a ambos lados del sendero, pero el resplandor sólo revelaba unas hileras interminables de troncos rectos y grises, como pilares de un vasto salón crepuscular. Había un soplo de aire y se oía un viento, pero el sonido era triste. Unas hojas secas cayeron recordándoles que fuera llegaba el otoño. Arrastraban los pies por entre las hojas muertas de otros otoños incontables, que en montones llegaban al sendero desde la alfombra granate del bosque.

Bombur dormía aún, y ellos estaban muy cansados. A veces oían una risa inquietante, y a veces también un Canto a lo lejos. La risa era risa de voces armoniosas, no de trasgos, y el canto era hermoso, pero sonaba misterioso y extraño, y en vez de sentirse reconfortados, se dieron prisa por dejar aquellos parajes con las fuerzas que les restaban.

Dos días más tarde descubrieron que el sendero descendía, y antes de mucho tiempo salieron a un valle en el que crecían unos grandes robles.

—¿Es que nunca ha de terminar este bosque maldito? —dijo Thorin— Alguien tiene que trepar a un árbol y ver si puede sacar la cabeza por el tejado y echar un vistazo alrededor. Hay que escoger el árbol más alto que se incline sobre el sendero.

Por supuesto, "alguien" quería decir Bilbo. Lo eligieron porque para que el intento sirviera de algo, quien trepase necesitaría sacar la cabeza por entre las hojas más altas, y por tanto tenía que ser liviano para que las ramas delgadas pudieran sostenerlo. El pobre señor Bolsón nunca había tenido mucha práctica en trepar a las árboles, pero los otros lo alzaron hasta las ramas más bajas de un roble enorme que crecía justo al lado del sendero y allá tuvo que subir, lo mejor que pudo; se abrió camino por entre las pequeñas ramas enmarañadas, con más de un golpe en los ojos. Se manchó de verde y se ensució con la corteza vieja de las ramas más grandes; más de una vez resbaló y consiguió

sostenerse en el último momento; por fin, tras un terrible esfuerzo en un sitio difícil, donde no parecía haber ninguna rama adecuada, llegó cerca de la cima. Todo el tiempo se estuvo preguntando si habría arañas en el árbol, y cómo iba a bajar (excepto cayendo).

Al fin sacó la cabeza por encima del techo de hojas, y en efecto, encontró arañas. Pero eran pequeñas, de tamaño corriente, y sólo les interesaban las mariposas. Los ojos de Bilbo casi se enneguercieron con la luz. Oía a los enanos que le gritaban desde abajo, pero no podía responderles, sólo aferrarse a las ramas y parpadear. El sol brillaba resplandeciente y pasó largo rato antes que pudiera soportarlo. Cuando lo consiguió, vio a su alrededor un mar verde oscuro, rizado aquí y allá por la brisa; y por todas partes, cientos de mariposas. Supongo que eran una especie de "emperador púrpura", una mariposa aficionada a las alturas de las robledas, pero no eran nada purpúreas, sino muy oscuras, de un negro aterciopelado, sin que se les pudiese ver ninguna marca.

Observó a la "emperador negra" durante largo rato, y disfrutó sintiendo la brisa en el cabello y la cara, pero los gritos de los enanos, que ahora estaban impacientes y pateaban el suelo allá abajo, le recordaron al fin a qué había venido. De nada le sirvió. Miró con atención alrededor, tanto como pudo, y no vio que los árboles o las hojas terminasen en alguna parte. El corazón, que se le había aligerado viendo el sol y sintiendo el soplo del viento, le pesaba en el pecho; no había comida que llevar allá abajo.

Realmente, como os he dicho, no estaban muy lejos del linde del bosque; y si Bilbo hubiera sido más perspicaz habría entendido que el árbol al que había trepado, aunque alto, estaba casi en lo más hondo de un valle extenso; mirando desde la copa, los otros árboles parecían crecer todo alrededor, como los bordes de un gran tazón, y Bilbo no podía ver hasta dónde se extendía el bosque. Sin embargo, no se dio cuenta de esto, y descendió al fin desesperado, cubierto de arañazos, sofocado, y miserable, y no vio nada en la oscuridad de abajo, cuando llegó allí. Las malas nuevas pronto pusieron a los otros tan tristes como él.

—¡El bosque sigue, sigue y sigue en todas direcciones! ¿Qué haremos? ¿Y qué sentido tiene enviar a un hobbit? —gritaban como si Bilbo fuese el culpable. Les importaban un rábano las mariposas, y cuando les habló de la hermosa brisa se enfadaron más aún, pues eran demasiado pesados para trepar y sentirla.

Aquella noche tomaron las últimas sobras y migajas de comida, y cuando a la mañana siguiente despertaron, advirtieron ante todo que estaban rabiosamente hambrientos, y luego que llovía, y que las gotas caían pesadamente aquí y allá sobre el suelo del bosque. Eso sólo les recordó que también estaban muertos de sed, y que la lluvia no los aliviaba: no se puede apagar una sed terrible sólo quedándose al pie de unos robles gigantescos, esperando a que una gota ocasional te caiga en la lengua. La única pizca de consuelo llegó, inesperadamente, de Bombur.

Bombur despertó de súbito y se sentó rascándose la cabeza. No había modo de que pudiera entender dónde estaba ni por qué tenía tanta hambre. Había olvidado todo lo que ocurriera desde el principio del viaje, aquella mañana de mayo, hacía tanto tiempo. Lo último que recordaba era la tertulia en la casa del hobbit, y fue difícil convencerlo de la verdad de las muchas aventuras que habían tenido desde entonces.

Cuando oyó que no había nada que comer, se sentó y se echó a llorar; se sentía muy débil y le temblaban las piernas.

—¿Por qué habré despertado? —sollozaba—. Tenía unos sueños tan maravillosos. Soné que caminaba por un bosque bastante parecido a éste, alumbrado sólo por antorchas en los árboles, lámparas que se balanceaban en las ramas, y hogueras en el suelo; y se celebraba una gran fiesta, que no terminaría nunca. Un rey del bosque estaba allí coronado de hojas; y se oían alegres canciones, y no podría contar o describir todo lo que había para comer y beber.

—Y no tienes por qué intentarlo —dijo Thorin—. En verdad, si no puedes hablar de otra cosa, mejor te callas. Ya estamos bastante molestos contigo por lo que pasó. Si no hubieras despertado, te habríamos dejado en el bosque con tus sueños idiotas; no es ninguna broma andar cargando contigo ni aun después de semanas de escasez.

No podían hacer otra cosa que apretarse los cinturones sobre los estómagos vacíos, cargar con los sacos y mochilas también vacíos, y marchar sin descanso camino adelante, sin muchas esperanzas de llegar al final antes de caer y morir de inanición. Esto fue lo que hicieron todo ese día, avanzando cansada y lentamente, mientras Bombur seguía quejándose de que las piernas no podían sostenerlo y que quería echarse y dormir.

—No, no lo harás —decían—. Que tus piernas cumplan la parte que les toca; nosotros ya te hemos cargado bastante tiempo.

A pesar de todo, Bombur se negó de pronto a dar un paso más y se dejó caer en el suelo. —Seguid si es vuestro deber —dijo—, yo me echaré aquí a dormir y a soñar con comida, ya que no puedo tenerla de otro modo. Espero no despertar nunca más.

En ese momento, Balin, que iba un poco más adelante, gritó: —¿Qué es eso? Creí ver un destello de luz entre los árboles.

Todos miraron, y parecía que allá a lo lejos se veía un parpadeo rojizo en la oscuridad, y después otro y otro a un lado. Hasta Bombur mismo se puso de pie, y luego todos caminaron de prisa, sin detenerse a pensar si las luces serían de ogros o de trasgos. La luz brillaba delante de ellos y a la izquierda, y al fin fue evidente que unas antorchas y hogueras ardían bajo los árboles, pero a buena distancia del sendero.

—Parece como si mis sueños se hiciesen realidad —dijo Bombur desde atrás con voz entrecortada, y quiso correr directamente bosque adentro hacia las luces. Pero los Otros recordaban demasiado bien las advertencias de Beorn y el mago.

—Un banquete no servirá de nada si no salimos vivos —dijo Thorin.

—Pero de cualquier modo, sin un banquete no seguiremos vivos mucho tiempo —dijo Bombur, y Bilbo asintió de todo corazón. Lo discutieron largo rato del derecho y del revés, hasta que por fin convinieron en mandar un par de espías, para que se acercaran arrastrándose a las luces y averiguaran más sobre ellas. Pero luego, cuando se preguntaron a quién enviarían, no pudieron ponerse de acuerdo: nadie

parecía tener ganas de extraviarse y no encontrar más a sus amigos. Por último, y a pesar de las advertencias, el hambre los decidió, ya que Bombur continuó describiendo todas las buenas cosas que se estaban comiendo en el banquete del bosque, de acuerdo con lo que él había soñado, de (nodo que dejaron la senda y juntos se precipitaron bosque adentro.

Luego de mucho arrastrarse y gatear miraron escondidos detrás de unos troncos y vieron un claro con algunos árboles caídos y un terreno llano. Había mucha gente allí, de aspecto élfico, vestidos todos de castaño y verde y sentados en círculo sobre cepos de árboles talados. Una hoguera ardía en el centro y había antorchas encendidas sujetas a los árboles de alrededor; pero la visión más espléndida era la gente que comía, bebía y reía alborozada.

El olor de las carnes asadas era tan atractivo que sin consultarse entre ellos todos se pusieron de pie y corrieron hacia el círculo con la única idea de pedir un poco de comida. Tan pronto como el primero dio un paso dentro del claro, todas las luces se apagaron como por arte de magia. Alguien pisoteó la hoguera que desapareció en cohetes de chispas rutilantes. Estaban perdidos ahora en la oscuridad más negra, y ni siquiera consiguieron agruparse, al menos durante un buen rato. Por fin, luego de haber corrido frenética mente a ciegas, golpeando con estrépito los árboles, tropezando en los troncos caídos, gritando y llamando hasta haber despertado sin duda a todo el bosque en millas a la redonda, consiguieron juntarse en montón y se contaron unos a otros. Por supuesto, en ese entonces habían olvidado por completo en qué dirección quedaba el sendero, y estaban irremisiblemente extraviados, por lo menos hasta la mañana.

No podían hacer otra cosa que instalarse para pasar la noche allí donde estaban; ni siquiera se atrevieron a buscar en el suelo unos restos de comida por temor a separarse otra vez. Pero no llevaban mucho tiempo echados, y Bilbo sólo estaba adormecido, cuando Dori, a quien le había tocado el primer turno de guardia, dijo con un fuerte susurro:

—Las luces aparecen de nuevo allá, y ahora sea más numerosas.

Todos se incorporaron de un salto. Allá, sin ninguna duda, parpadeaban no muy lejos unas luces y se oían claramente voces y risas. Se arrastraron hacia ellas, en fila, cada uno tocando la espalda del que iba delante. Cuando se acercaron, Thorin dijo: —¡Que nadie se apresure ahora! ¡Que ninguno se deje ver hasta que yo lo diga! Enviaré primero al señor Bolsón para que les hable. No los asustará. — "¿Y qué me pasará a mí?" pensó Bilbo—. Y de todos modos, no creo que le hagan nada malo.

Cuando llegaron al borde del círculo de luz, empujaron de repente a Bilbo por detrás. Antes que tuviera tiempo de ponerse el anillo, Bilbo avanzó tambaleándose a la luz del fuego y las antorchas. De nada sirvió, Otra vez se apagaron las luces y cayó la oscuridad.

Si había sido difícil reunirse antes, ahora fue mucho peor. Y no podían dar con el hobbit. Todas las veces que contaron, eran siempre trece. Gritaron y llamaron:

—¡Bilbo Bolsón! ¡Hobbit! ¡Tú, maldito hobbit! ¡Eh, hobbit malhadado! ¿Dónde estás?

Iban a abandonar toda esperanza cuando Dori dio con él por casualidad. Cayó sobre lo que creyó un tronco y se encontró con que era el hobbit acurrucado y profundamente dormido. Después de mucho zarandearlo, consiguieron que despertase, y Bilbo no pareció muy contento.

—Tenía un sueño tan maravilloso —gruñó—, todos participando de la más espléndida cena.

—¡Cielos!, está como Bombur —dijeron—. No nos hables de cenas. Las cenas soñadas de nada sirven y no podemos compartirlas.

—No hay nada mejor a mi alcance en este desagradable lugar —murmuró Bilbo, mientras se echaba otra vez al lado de los enanos e intentaba volver a dormir y tener de nuevo aquel sueño.

Pero no fue la última vez que vieron luces en el bosque. Más tarde, cuando ya la noche tenía que haber envejecido, Kili, que estaba entonces de guardia, vino y los despertó a todos.

—Ha aparecido un gran resplandor, no muy lejos —dijo—. Cientos de antorchas y muchas hogueras han sido encendidas de repente y por arte de magia. ¡Escuchad el canto y las arpas!

Luego de quedarse un rato echados y escuchando, descubrieron que no podían resistir el deseo de acercarse y tratar, una vez más, de conseguir ayuda. Todos se incorporaron, y esta vez el resultado fue desastroso. El banquete que vieron entonces era más grande y magnífico que antes: a la cabecera de una larga hilera de comensales estaba sentado un rey del bosque, con una corona de hojas sobre los cabellos dorados, muy parecido a la figura que Bombur había visto en sueños. La gente élfica se pasaba cuencos de mano en mano por encima de las hogueras; algunos tocaban el arpa y muchos estaban cantando. Las cabelleras resplandecían ceñidas con flores; gemas verdes y blancas destellaban en cinturones y collares, y las caras y las canciones eran de regocijo. Altas, claras y hermosas sonaban las canciones, y fuera salió Thorin, apareciendo entre ellos.

Un silencio mortal cayó a mitad de una frase. Todas las luces se extinguieron. Las hogueras se transformaron en humaredas negras. Brasas y cenizas cayeron sobre los ojos de los enanos, y en el bosque se oyeron otra vez clamores y gritos.

Bilbo se encontró corriendo en círculos (así lo creía) y llamando y llamando: —Dori, Nori, Ori, Óin, Glóin, Fíli, Kili, Bombur, Bifur, Balin, Dwalin, Thorin Escudo de Roble —mientras gentes que ni podía ver ni sentir hacían lo mismo alrededor, lanzando algún ocasional —¡Bilbo! —Pero los gritos de los otros fueron haciéndose más lejanos y débiles, y aunque al cabo de un rato le pareció que se habían transformado en aullidos y distantes llamadas de socorro, todos los sonidos murieron al fin, y Bilbo se quedó sólo en una oscuridad y un silencio completos.

Aquel fue uno de los momentos más tristes de la vida de Bilbo. Pero pronto decidió que era inútil intentar nada hasta que el día trajese alguna luz y que de nada servía andar a ciegas cansándose, sin esperanzas de desayuno que lo reviviese. Así que se sentó con la espalda contra un árbol, y no por última vez se

encontró pensando en el distante agujero—hobbit y las hermosas despensas. Estaba sumido en pensamientos de pancetas, huevos, tostadas y mantequilla, cuando sintió que algo lo tocaba. Algo como una cuerda pegajosa y fuerte se le había pegado a la mano izquierda; trató de moverse y descubrió que tenía las piernas ya sujetas por aquella misma especie de cuerda, y cuando trató de levantarse, cayó al suelo.

Entonces la gran araña, que había estado ocupada en atarlo mientras dormitaba, apareció por detrás y se precipitó sobre él. Bilbo sólo veía los ojos de la criatura, pero podía sentir el contacto de las patas peludas mientras la araña trataba de paralizarlo con vueltas y más vueltas de aquel hilo abominable. Fue una suerte que volviese en sí a tiempo. Pronto no hubiera podido moverse. Pero antes de liberarse, tuvo que sostener una lucha desesperada. Rechazó a la criatura con las manos —estaba intentando envenenarlo para mantenerlo quieto, como las arañas pequeñas hacen con las moscas— hasta que recordó la espada y la desenvainó. La araña dio un salto atrás y Bilbo tuvo tiempo para cortar las ataduras de las piernas. Ahora le tocaba a él atacar. Era evidente que la araña no estaba acostumbrada a cosas que tuviesen a los lados tales agujones, o hubiese escapado mucho más aprisa. Bilbo se precipitó sobre ella antes que desapareciese y blandiendo la espada la golpeó en los ojos. Entonces la araña enloqueció y saltó y danzó y estiró las patas en horribles espasmos, hasta que dando otro golpe Bilbo acabó con ella. Luego se dejó caer, y durante largo rato no recordó nada más.

Cuando volvió en sí, vio alrededor la habitual luz gris y mortecina de los días del bosque. La araña yacía muerta a un lado y la espada estaba manchada de negro. Por alguna razón, matar a la araña gigante, él, totalmente solo, en la oscuridad, sin la ayuda del mago o de los enanos o de cualquier otra criatura, fue muy importante para el señor Bolsón. Se sentía una persona diferente, mucho más audaz y fiera a pesar del estómago vacío, mientras limpiaba la espada en la hierba y la devolvía a la vaina.

—Te daré un nombre —le dijo a la espada—. ¡Te llamaré Aguijón!

Luego se dispuso a explorar. El bosque estaba oscuro y silencioso, pero antes que nada tenía que buscar a sus amigos, como era obvio. Quizá no estuviesen lejos, a menos que unos trasgos (o algo peor) los hubieran capturado. A Bilbo no le parecía sensato ponerse a gritar, y durante un rato estuvo preguntándose de qué lado correría el sendero y en qué dirección tendría que ir para buscar a los enanos.

—¡Oh!, ¿por qué no habremos tenido en cuenta los consejos de Beorn y Gandalf? —se lamentaba— ¡En qué enredo nos hemos metido todos nosotros! ¡Nosotros! Lo único que deseo es que fuésemos nosotros: es horrible estar completamente solo.

Por último trató de recordar la dirección de donde habían venido los gritos de auxilio la noche anterior, y por suerte (había nacido con una buena provisión de suerte) lo recordó bastante bien, como veréis en seguida. Habiéndose decidido, avanzó muy despacio, tan hábilmente como pudo. Los hobbits saben moverse en

silencio, especialmente en los bosques, como ya os he dicho; además Bilbo se había puesto el anillo antes de ponerse en marcha, y fue por eso que las arañas no lo vieron ni oyeron cómo se acercaba. Se abrió paso sigilosamente durante un trecho, cuando vio delante una espesa sombra negra, negra aun para aquel bosque, como la sombra de una medianoche inmutable. Cuando se acercó, vio que la sombra era en realidad una confusión de telarañas superpuestas. Vio también, de repente, que unas arañas grandes y horribles estaban sentadas por encima de él en las ramas, y con anillo o sin anillo, tembló de miedo al pensar que quizá lo descubrieran. Se quedó detrás de un árbol, observó a un grupo de arañas durante un tiempo, y al fin comprendió que aquellas repugnantes criaturas se hablaban unas a otras en la quietud y el silencio del bosque. Las voces eran como leves crujidos y siseos, pero Bilbo pudo entender muchas de las palabras. ¡Estaban hablando de los enanos!

—Fue una lucha dura, pero valió la pena —dijo una—. En efecto, qué pieles asquerosas y gruesas tienen, pero apuesto a que dentro hay buenos jugos.

—Sí, serán un buen bocado cuando hayan colgado un poco en la tela —dijo otra.

—No los colguéis demasiado tiempo —dijo una tercera—. No están muy gordos. Yo diría que no se alimentaron muy bien últimamente.

—Matadlos, os digo yo —siseó una cuarta—. Matadlos ahora y colgadlos muertos durante un rato.

—Apostaría a que ya están muertos —dijo la primera.

—No, no lo están. Acabo de ver a uno forcejeando. Justo despertando de un hermoso sueño, diría yo. Os lo mostraré.

Una de las arañas gordas corrió luego a lo largo de una cuerda, hasta llegar a una docena de bultos que colgaban en hilera de las ramas altas. Bilbo los vio entonces por primera vez suspendidos en las sombras, y descubrió horrorizado que el pie de un enano sobresalía del fondo de algunos de los bultos, y aquí y allá la punta de una nariz, o un trozo de barba o de capuchón.

La araña se acercó al más gordo de los bultos. "Es el pobre viejo Bombur, apostaría", pensó Bilbo; y la araña pellizcó la nariz que asomaba. Dentro sonó un débil gañido, y un pie salió disparado y golpeó fuerte y directamente a la araña. Aún quedaba vida en Bombur.

Se oyó un ruido, como si hubieran pateado una pelota desinflada, y la araña enfurecida cayó del árbol, aferrándose a su propia cuerda en el último instante.

Las otras rieron. —Tenías bastante razón. ¡La carne aún está viva y coleando!

—¡Pronto acabaré con eso! —siseó la araña colérica, volviendo a trepar a la rama.

Bilbo vio que había llegado el momento de hacer algo. No podía llegar hasta donde estaban las bestias, ni tenía nada que tirarles; pero mirando alrededor vio que en lo que parecía el lecho de un arroyo, seco ahora, había muchas piedras. Bilbo era un tirador de piedras bastante bueno y no tardó mucho en encontrar una lisa y de forma de huevo que le cabía perfectamente en la mano. De niño había

tirado piedras a todo, hasta que las ardillas, los conejos y aun los pájaros se apartaban rápidos como el rayo en cuanto lo veían aparecer; y de mayor se había pasado también bastante tiempo arrojando tejos, dardos, bochas, boliches, bolos y practicando otros juegos tranquilos de puntería y tiro; aunque también podía hacer muchas otras cosas —aparte de anillos de humo, preguntar acertijos y cocinar— que no he tenido tiempo de contaros. Tampoco lo hay ahora. Mientras recogía piedras, la araña había llegado hasta Bombur, que pronto estaría muerto. En ese momento Bilbo disparó. La piedra dio en la cabeza de la araña con un golpe seco y la bestia se desprendió del árbol y cayó pesadamente al suelo con todas las patas encogidas.

La piedra siguiente atravesó zumbando una telaraña, y rompiendo las cuerdas, derribó a la araña que estaba allí sentada. A esto siguió una gran conmoción en la colonia, y por un momento olvidaron a los enanos, os lo aseguro. No podían ver a Bilbo, pero no les costó mucho descubrir de qué dirección venían las piedras. Rápidas como el rayo, se acercaron corriendo y balanceándose hacia el hobbit, tendiendo largas cuerdas alrededor, hasta que el aire pareció todo ocupado por trampas flotantes.

Bilbo, de cualquier modo, se deslizó pronto hasta otro sitio. Se le ocurrió la idea de alejar más y más a las arañas de los enanos, si podía, y hacer que se sintieran perplejas, excitadas y enojadas, todo a la vez. Cuando medio centenar de arañas llegó al lugar donde él había estado antes, les tiró unas cuantas piedras más, y también a las otras que habían quedado a retaguardia; luego, danzando por entre los árboles, se puso a cantar una canción, para enfurecerlas y atraerlas, y también para que lo oyeran los enanos.

Esto fue lo que cantó;

¿Araña gorda y vieja que hilas en un árbol!

¡Arana gorda y vieja que no alcanzas a verme!

¡Venenososa! ¡Venenososa!

¡No pararás?

¿No pararás tu hilado y vendrás a buscarme?

Viga Tontona, toda cuerpo grande,

¡Vieja Tontona, no puedes espiarme!

¡Venenososa! ¡Venenososa!

¡Déjate caer!

¡Nunca me atraparás en los árboles!

No muy buena quizá, pero no olvidéis que había tenido que componerla él mismo, en el apuro de un difícil momento. De todos modos tuvo el efecto que él había esperado. Mientras cantaba, tiró algunas piedras más y pateó el suelo. Prácticamente todas las arañas del lugar fueron tras él: unas saltaban abajo, otras corrían por las ramas, pasando de árbol en árbol o tendían nuevos hilos en sitios oscuros. Estaban terriblemente enojadas. Aun olvidando las piedras, ninguna araña había sido llamada Venenosa, y desde luego, Tontona es para cualquiera un insulto inadmisibles.

Bilbo se escabulló a otro sitio, pero por entonces muchas de las arañas habían corrido a diferentes puntos del claro donde vivían, y estaban tejiendo telarañas entre los troncos de todos los árboles. Muy pronto Bilbo estaría rodeado de una espesa barrera de cuerdas, al menos esa era la idea de las arañas. En medio de todos aquellos insectos que cazaban y tejían, Bilbo hizo de tripas corazón y cantó otra vez:

La Lob perezosa y la loca Cob
tejen telas para cazarme;
más dulce soy que muchas carnes,
¡pero no pueden encontrarme!
Aquí estoy yo, mosca traviesa;
y ahí vosotras, gordas y hurañas.
Jamás podréis atraparne
en vuestras locas telarañas.

Con eso se volvió y descubrió que el último espacio entre dos grandes árboles había sido cerrado con una telaraña, pero por fortuna no una verdadera telaraña, sino grandes hebras de cuerdas de doble ancho, tendidas rápidamente de acá para allá de tronco a tronco. Desenvainó la pequeña espada, hizo pedazos las hebras, y se fue cantando.

Las arañas vieron la espada, aunque no creo que supieran lo que era, y todas se pusieron a correr persiguiendo al hobbit, por el suelo y por las ramas, agitando las piernas peludas, chasqueando las pinzas, los ojos desorbitados, rabiosas, echando espuma. Lo siguieron bosque adentro, hasta que Bilbo no se atrevió a alejarse más. Luego se escabulló de vuelta, más callado que un ratón.

Tenía un tiempo corto y precioso, lo sabía, antes que las arañas perdieran la paciencia y volviesen a los árboles, donde colgaban los enanos. Mientras tanto, tenía que rescatarlos. Lo más difícil era subir hasta la rama larga donde pendían los bultos. No me imagino cómo se las hubiese arreglado si, por fortuna, una araña no hubiera dejado un cabo colgando; con ayuda de la cuerda, aunque se le pegaba a las manos y le lastimaba la piel, trepó, y allá arriba se encontró con una araña malvada, vieja, lenta y gruesa, que había quedado atrás y guardaba a los

prisioneros, y que había estado entretenida pinchándolos, para averiguar cuál era el más jugoso. Había pensado comenzar el banquete mientras las otras estaban fuera, pero el señor Bolsón tenía prisa, y antes que la araña supiera lo que estaba sucediendo, sintió el agujijón de la espada y rodó muerta cayendo de la rama.

El siguiente trabajo de Bilbo era soltar un enano. ¿Cómo lo haría? Si cortaba la cuerda, el enano maltrecho caería golpeándose contra el suelo, que estaba bien abajo. Serpenteando rama adelante (lo que hizo que los pobres enanos se balancearan y danzaran como fruta madura), llegó al primer bulto.

"Fíli o Kili" se dijo viendo la punta de un capuchón azul que sobresalía de un extremo. "Más posiblemente Fíli", pensó al descubrir la punta de una nariz larga que asomaba entre las cuerdas enmarañadas. Inclinandose, Consiguió cortar la mayor parte de las cuerdas pegajosas y fuertes, y entonces, en efecto, con un puntapié y algunas sacudidas, apareció la mayor parte de Fíli. Me temo que Bilbo se rió viendo cómo agitaba las piernas y brazos rígidos mientras danzaba con la cuerda de la telaraña en las axilas, como uno de esos juguetes divertidos que se menean en un alambre.

De algún modo, Fíli se encaramó en la rama, y ahí ayudó todo lo posible al hobbit, aunque se sentía mareado y enfermo a causa del veneno de las arañas, y por haber estado colgado la mayor parte de la noche y el día siguiente, envuelto y envuelto en cuerdas, sólo con la nariz fuera para respirar. Tardó mucho tiempo en quitarse aquellas hebras bestiales de los ojos y las cejas, y en cuanto a la barba, tuvo que cortarse la mayor parte. Bien, Bilbo y Fíli, juntos, alzaron primero a un enano y luego a otro y cortaron las ataduras. Ninguno se encontraba mejor que Fíli y algunos bastante peor, pues apenas habían podido respirar (ya veis, a veces las narices largas son útiles), y algunos parecían más envenenados.

De este modo rescataron a Kili. Bifur, Bofur, Dori y Nori. El pobre viejo Bombur estaba tan exhausto —era el más gordo y lo habían pinchado y pellizcado constantemente— que rodó de la rama y ¡plaf!, cayó al suelo, por fortuna sobre unas hojas, y quedó allí tendido. Pero aún había cinco enanos que colgaban del extremo de la rama, cuando las arañas comenzaron a volver, más rabiosas que nunca.

Bilbo fue inmediatamente hasta el sitio en que la rama nacía del tronco, y mantuvo a raya a las arañas que subían trepando. Se había quitado el anillo cuando rescató a Fíli y había olvidado ponérselo de nuevo, y ahora todas ellas farfullaban y siseaban:

—¡Ya te vemos, asquerosa criatura! ¡Te comeremos y sólo te dejaremos la piel y los huesos colgando de un árbol! ¡Ah! Tiene un agujijón, ¿verdad? Bueno, de todas maneras lo atraparemos y colgaremos cabeza abajo durante un día o dos.

Mientras, los enanos trabajaban en el resto de los cautivos y cortaban los hilos. Pronto liberarían a todos, aunque no estaba claro qué ocurriría después. Las arañas los habían capturado sin muchas dificultades la noche anterior, pero sorprendiéndolos en la oscuridad. Esta vez, parecía que iba a librarse una terrible batalla.

De repente Bilbo cayó en la cuenta de que algunas arañas se habían reunido alrededor del viejo Bombur, sobre el suelo, lo habían atado otra vez y se lo estaban llevando a la rastra. Dio un grito y acuchilló a las bestias que tenía delante. Las arañas retrocedieron en seguida, y Bilbo trepó y saltó desde el árbol, justo en medio de las que estaban en el suelo. La pequeña espada era un tipo de agujijón que no conocían. ¡Cómo se movía de acá para allá! La hoja brillaba triunfante cuando traspasaba a las arañas. Seis de ellas murieron antes que el resto huyese y dejase a Bombur en manos de Bilbo.

—¡Bajad! ¡Bajad! —gritó a los enanos que estaban en la rama—. No os quedéis ahí; os echarán las redes encima —pues veía que unas pocas arañas trepaban a los árboles vecinos, arrastrándose por las ramas sobre la cabeza de los enanos.

Los enanos bajaron gateando, o saltaron o se dejaron caer, los once en montón, la mayoría muy temblorosos y torpes de piernas. Allí se encontraron al fin los doce, contando al pobre Bombur, a quien sostenían por ambos lados el primo Bifur y el hermano Bofur; y Bilbo se movía alrededor y blandía el Agujijón; y cientos de arañas los miraban con los ojos desorbitados, desde arriba, desde un lado, desde otro. La situación parecía bastante desesperada.

Entonces comenzó la batalla. Algunos enanos tenían cuchillos; otros, palos, y había piedras para todos; y Bilbo blandía la daga élfica. Una y otra vez las arañas fueron rechazadas, y muchas murieron. Pero esto no podía prolongarse. Bilbo estaba casi exhausto; sólo cuatro de los enanos se mantenían aún en pie, y pronto las arañas caerían sobre ellos como sobre moscas cansadas. Ya tejían de nuevo alrededor, de árbol en árbol.

Bilbo al fin no pudo pensar en otro plan que comunicar a los enanos el secreto del anillo. Lo lamentaba bastante, pero no había otro remedio.

—Voy a desaparecer —dijo—. Alejaré a las arañas de aquí, si puedo; vosotros tenéis que manteneros juntos y escapar en la dirección opuesta. Por allí a la izquierda quizá se podría llegar al sitio donde vimos por última vez el fuego de los elfos.

Tardaron en entender, pues las cabezas les daban vueltas en medio de una confusión de gritos, y palos y piedras que golpeaban, pero al fin Bilbo sintió que no podía esperar más: las arañas estaban cerrando el círculo. De súbito se deslizó el anillo en el dedo, y desapareció dejando estupefactos a los enanos.

Pronto se oyeron gritos: —¡Perezosa Lob! ¡Venenosa! —entre los árboles de la derecha. Esto enfureció mucho a las arañas. Dejaron de acercarse a los enanos y unas cuantas se volvieron hacia la voz. "Venenosa" las enojó tanto que perdieron el juicio. Entonces Balin, quien había entendido el plan de Bilbo mejor que los demás, se lanzó al ataque. Los enanos se unieron en un pelotón y descargando una lluvia de piedras corrieron hacia la izquierda y atravesaron el círculo. Lejos, detrás de ellos, los cantos y gritos cesaron de pronto.

Esperando contra toda esperanza que no hubiesen capturado a Bilbo, los enanos siguieron adelante. No bastante de prisa, sin embargo. Se sentían enfermos y débiles y arrastraban las piernas y cojeaban, perseguidos por arañas que les

pisaban los talones. Una y otra vez tenían que volverse y enfrentar a las criaturas que estaban casi encima de ellos; y ya algunas de las arañas corrían por los árboles y dejaban caer unos largos hilos pegajosos.

Las cosas parecían haber empeorado otra vez, cuando de pronto Bilbo reapareció e inesperadamente atacó desde un lado a las asombradas arañas.

—¡Seguid! ¡Seguid! —gritó—. ¡Yo seré quien clave el agujón!

Y así ocurrió. Se movía adelante y atrás, rasgando los hilos de las arañas, cortándoles las patas y acuchillándoles los cuerpos gordos si se acercaban demasiado. Las arañas se hinchaban de rabia y farfullaban y espumajeaban y siseaban horribles maldiciones; pero ahora tenían un miedo mortal al Aguijón y no se atrevían a acercarse. Así, mientras maldecían, la presa se les escapaba lenta e inexorablemente. Era una situación horrible y parecía durar horas. Pero al fin, cuando Bilbo sentía que ya no tenía fuerzas para levantar la mano y asestar otro golpe, de pronto abandonaron la persecución, y no los siguieron más y volvieron decepcionadas a la tenebrosa colonia.

Entonces los enanos se dieron cuenta de que habían llegado al círculo en que habían ardido los fuegos de los elfos. No podían saber si era uno de los fuegos que habían visto la noche anterior; pero parecía que algún encantamiento bienhechor persistía en estos sitios, que a las arañas no les gustaban. De cualquier modo, la luz era más verde, los arbustos menos espesos y amenazadores, y ahora podían descansar y recobrar el aliento.

Allí se quedaron un rato resollando y jadeando. Pero muy pronto los enanos empezaron a hacer preguntas. Querían que Bilbo les explicase bien el asunto de las desapariciones; tanto les interesó la historia del anillo que por un momento olvidaron sus propios problemas. Balin en particular insistió en oír otra vez la historia de Gollum con acertijos y todo lo demás, y con el anillo en el lugar que correspondía. Pero al cabo de un tiempo la luz comenzó a declinar, y se hicieron otras preguntas. ¿Dónde estaban y por dónde corría el camino? ¿Dónde habría comida y qué harían ahora? Estas preguntas fueron hechas una y otra vez, y esperaban que el pequeño Bilbo conociese las respuestas. Por lo que podéis ver, habían cambiado mucho de opinión con respecto al señor Bolsón, y ahora lo respetaban de veras (tal y como había dicho Gandalf). Ya no refunfuñaban, y esperaban realmente que a Bilbo se le ocurriría algún plan maravilloso. Sabían demasiado bien que si no hubiese sido por el hobbit todos estarían ya muertos; y se lo agradecieron muchas veces. Algunos de ellos incluso se pusieron en pie y lo saludaron inclinándose hasta el suelo, aunque el esfuerzo los hizo caer, y durante un rato no pudieron incorporarse. Saber la verdad sobre las desapariciones no disminuyó de ningún modo la opinión que Bilbo les merecía, pues entendieron que tenía ingenio, y también suerte y un anillo mágico, y las tres cosas eran bienes muy útiles. En verdad lo elogiaron tanto que Bilbo llegó a sentir que había algo en él de aventurero audaz, al fin y al cabo, aunque se hubiese sentido aún mucho más audaz si hubiera tenido algo que comer.

Pero no había nada, nada de nada, y ninguno estaba en disposición de ir a buscar algo o encontrar el sendero perdido. ¡El sendero perdido! En la fatigada cabeza de

Bilbo no había otra cosa. Se sentó y clavó los ojos en los árboles que se sucedían en interminables hileras, y al cabo de un rato todos callaron otra vez. Todos excepto Balin. Mucho tiempo después que los otros hubieran dejado de hablar y cuando ya habían cerrado los ojos, Balin seguía aún murmurando y riendo entre dientes.

—¡Gollum! ¡Caramba! Así fue como se escabulló delante de mí, ¿no? ¡Ahora me lo explico! Arrastrándose en silencio, nada más, ¿no, señor Bolsón? ¡Los botones todos sobre el umbral! El bueno de Bilbo... Bilbo... Bil bo... bo... bo... bo... —Y entonces se quedó dormido, y durante un largo rato no se oyó nada.

De pronto, Dwalin abrió un ojo y miró alrededor, —¿Dónde está Thorin? — preguntó.

Fue un golpe terrible. Desde luego, sólo eran trece, doce enanos y el hobbit. ¿Dónde, pues, estaba Thorin? Se preguntaron qué desgracia habría caído sobre él: un encantamiento, o quizá unos monstruos oscuros, y todos se estremecieron mientras yacían perdidos allí en el bosque. Y así, cuando la tarde se hizo noche negra, cayeron uno tras otro en un sueño incómodo, de horribles pesadillas; y ahí cenemos qué dejarlos por ahora, demasiado enfermos y débiles como para ponerse a vigilar o turnarse como centinelas.

Thorin había sido capturado mucho antes que ellos. ¿Recordáis que Bilbo cayó dormido como un tronco cuando entró en el círculo de luz? La vez siguiente fue Thorin quien dio un paso adelante, y cuando la luz desapareció, cayó al suelo como una piedra encantada. Las voces de los enanos perdidos en la noche, los gritos cuando las arañas se precipitaron sobre ellos y los ataron, y todos los ruidos de la batalla del día siguiente, habían pasado inadvertidos para Thorin. Luego los Elfos del Bosque se le echaron encima, y lo ataron, y se lo llevaron.

Por supuesto, las gentes de los banquetes eran Elfos del Bosque. Los elfos no son malos, pero desconfían de los desconocidos: esto puede ser un defecto. Aunque dominaban la magia, andaban siempre con cuidado, aun en aquellos días. Distintos de los Altos Elfos del Poniente, eran más peligrosos y menos cautos, pues muchos de ellos (así como los parientes dispersos de las colinas y montañas) descendían de las tribus antiguas que nunca habían ido a la Tierra Occidental de las Hadas. Allí los Elfos de la Luz, los Elfos del Abismo y los Elfos del Mar vivieron durante siglos y se hicieron más justos, prudentes y sabios, y desarrollaron artes mágicas, y la habilidad de crear objetos hermosos y maravillosos, antes que algunos volvieran al Ancho Mundo. En el Ancho Mundo los Elfos del Bosque disfrutaban de los crepúsculos del Sol y la Luna, pero preferían las estrellas; e iban de un lado a otro por los bosques enormes que crecían en tierras ahora perdidas. Habitaban la mayor parte del tiempo en los límites de las florestas, de donde salían a veces para cazar o cabalgar y correr por los espacios abiertos a la luz de la luna o de los astros; y luego de la llegada de los Hombres, se aficionaron más y más al crepúsculo y a la noche. Sin embargo, eran y siguen siendo elfos, y esto significa Buena Gente.

En una gran cueva, algunas millas dentro del Bosque Negro, en el lado este, vivía en este tiempo el más grande rey de los elfos. Por delante de unas puertas de

piedra corría un río que venía de las cimas de los bosques y desembocaba dentro y fuera de los pantanos, al pie de las altas tierras boscosas. Esta gran cueva, en la que se abrían a un lado y a otro otras cuevas más reducidas, se hundía mucho bajo tierra y tenía numerosos pasadizos y amplios salones; pero era más luminosa y saludable que cualquier morada de trasgos, y no tan profunda ni tan peligrosa. De hecho, los súbditos del rey vivían y cazaban en su mayor parte en los bosques abiertos y tenían casas o cabañas en el suelo o sobre las ramas. Las hayas eran sus árboles favoritos. La cueva del rey era el palacio, un sitio seguro para guardar los tesoros y una fortaleza contra el enemigo.

Era también la mazmorra de los prisioneros. Así que a la cueva arrastraron a Thorin, no con excesiva gentileza, pues no querían a los enanos y pensaban que Thorin era un enemigo. En otros tiempos habían librado guerras con algunos enanos, a quienes acusaban de haberles robado un tesoro. Sería al menos justo decir que los enanos dieron otra versión y explicaban que sólo habían tomado lo que era de ellos, pues el rey elfo les había encargado que le tallasen la plata y el oro en bruto, y más tarde había rehusado pagarles. Si el rey elfo tenía una debilidad, ésa eran los tesoros, en especial la plata y las gemas blancas; y aunque guardaba muchas riquezas, siempre quería más, pensando que aún no eran tantas como las de otros señores elfos de antaño. La gente élfica nunca cavaba túneles ni trabajaba los metales o las joyas; ni tampoco se preocupaba mucho por comerciar o cultivar la tierra. Todo esto era bien conocido por los enanos, aunque la familia de Thorin no había tenido nada que ver con la disputa de la que hablamos antes. En consecuencia, Thorin se enojó por el trato que había recibido cuando le quitaron el hechizo y recobró el conocimiento, y estaba decidido también a que no le arrancasen ni una palabra sobre oro o joyas.

El rey miró severamente a Thorin cuando lo llevaron al palacio y le hizo muchas preguntas. Pero Thorin sólo dijo que se estaba muriendo de hambre.

—¿Por qué tú y los tuyos intentasteis atacarnos tres veces durante la fiesta? —preguntó el rey.

—Nosotros no los atacamos —respondió Thorin—, nos acercamos a pedir porque nos moríamos de hambre.

—¿Dónde están tus amigos y qué hacen ahora?

—No lo sé, pero supongo que muriéndose de hambre en el bosque.

—¿Qué hacíais en el bosque?

—Buscábamos comida y bebida, pues nos moríamos de hambre.

—Pero, en definitiva, ¿qué asunto os trajo al bosque? —preguntó el rey, enojado.

Thorin cerró entonces la boca y no dijo nada más.

—¡Muy bien! —exclamó el rey—. Que se lo lleven y lo pongan a buen recaudo hasta que tenga ganas de decir la verdad, aunque tarde cien años.

Entonces los elfos lo ataron con correas y lo encerraron en una de las cuevas más interiores, de sólidas puertas de madera, y lo dejaron allí. Le dieron buena comida

y bebida en abundancia, pues los elfos no eran trasgos, y se comportaban de modo razonable con los enemigos que capturaban, aun con los peores. Las arañas gigantes eran las únicas cosas vivientes con las que no tenían misericordia,

Allí, en la mazmorra del rey, quedó el pobre Thorin, y luego de haber dado gracias por el pan, la carne y el agua, empezó a preguntarse qué habría sido de sus infortunados amigos. No tardó mucho en saberlo; pero esto es parte del capítulo siguiente y el comienzo de una nueva aventura en la que el hobbit muestra otra vez su utilidad.

BARRILES DE CONTRABANDO

El día que siguió a la batalla con las arañas, Bilbo y los enanos hicieron un último y desesperado esfuerzo por encontrar un camino de salida antes de morir de hambre y sed. Se incorporaron y fueron tambaleándose hacia el sitio en que corría el sendero, según decían ocho de los trece; pero nunca descubrieron si habían acertado. Un día como todos los del bosque se desvanecía una vez más en una noche negra, cuando las luces de muchas antorchas aparecieron de súbito todo alrededor, como cientos de estrellas rojas. Los Elfos del Bosque se acercaron cantando, armados con arcos y lanzas, y dieron el alto a los enanos.

Nadie pensó en luchar. Aun si los enanos no se hubiesen encontrado en una situación tal que les alegraba realmente ser capturados, los pequeños cuchillos, las—únicas armas que tenían, hubieran sido inútiles contra las flechas de los elfos, que podían golpear el ojo de un pájaro en la oscuridad. De modo que se contentaron con detenerse, y se sentaron, y aguardaron, todos excepto Bilbo, que se puso rápido el anillo y se deslizó a un lado. Así se explica que cuando los elfos ataron a los enanos en una larga hilera, uno tras otro, y los contaron, nunca encontraron ni contaron al hobbit.

No lo oyeron ni lo sintieron mientras corría al trote bastante atrás de la luz de las antorchas, mientras ellos llevaban a los prisioneros por el bosque. Les habían vendado los ojos a todos, pero esto no cambiaba mucho las cosas, pues aun Bilbo, que podía utilizar bien los ojos, no podía ver a dónde iban, y de todos modos ni él ni los otros sabían de dónde habían partido.

Bilbo trataba por todos los medios de no quedarse demasiado atrás, pues los elfos hacían marchar a los enanos con una rapidez que nunca habían conocido, sobre todo enfermos y fatigados como estaban. El rey había ordenado que se dieran prisa. De pronto, las antorchas se detuvieron, y el hobbit tuvo el tiempo justo para alcanzarlos antes que comenzasen a cruzar el puente. Este era el puente que cruzaba el río y llevaba a las puertas del rey. El agua se precipitaba oscura y violenta por debajo; y en el otro extremo había portones que cerraban una enorme caverna en la ladera de una pendiente abrupta cubierta de árboles. Allí las grandes hayas descendían hasta la misma ribera, y hundían los pies en el río.

Los elfos empujaron a los prisioneros a través del puente, pero Bilbo vaciló en la retaguardia. No le gustaba nada el aspecto de la caverna, y sólo a último momento

se decidió a no abandonar a sus amigos, y se deslizó casi pisándole los talones al último de los elfos, antes de que los grandes portones del rey se cerrasen detrás con un golpe sordo.

Dentro los pasadizos estaban iluminados con antorchas de luz roja, y los guardias elfos cantaban marchando por corredores retorcidos, entrecruzados y resonantes. No se parecían a los túneles de los trasgos: eran más pequeños, menos profundos, y de un aire más puro. En un gran salón con pilares tallados en la roca viva, estaba sentado el rey elfo en una silla de madera labrada. Llevaba en la cabeza una corona de bayas y hojas rojizas, pues el otoño había llegado de nuevo. En la primavera se ceñía una corona de flores de los bosques. Sostenía en la mano un cetro de roble tallado.

Los prisioneros fueron llevados al rey, y aunque él los miró con severidad, ordenó que los desataran, pues estaban andrajosos y fatigados. —Además, no necesitan cuerdas —dijo—. No hay escapatoria de mis puertas mágicas para aquellos que alguna vez son traídos aquí.

Larga e inquisitivamente preguntó a los enanos sobre lo que hadan, y a dónde iban, y de dónde venían; pero no consiguió sacarles más noticias que a Thorin. Se sentían desanimados y enfadados, y ni siquiera intentaron parecer corteses.

—¿Qué hemos hecho, oh rey? —dijo Balin, el más viejo de los que quedaban— ¿Es un crimen perderse en el bosque, tener hambre y sed, ser atrapado por las arañas? ¿Son acaso las arañas vuestras bestias domesticadas o vuestros animales falderos, y por eso os enojáis si las matamos?

Esta pregunta, desde luego, enojó aún más al rey, quien contestó: —Es un crimen andar por mi país sin mi permiso. ¿Olvidas que estabas en mi reino, utilizando el camino que mi pueblo abrió una vez? ¿Acaso por tres veces no acosasteis e importunasteis a mi gente en el bosque, y despertasteis a las arañas con vuestros gritos y tumultos? ¡Después de todo el disturbio que habéis provocado tengo derecho a saber qué os trae por aquí, y si no me lo contáis ahora, os encerraré a todos hasta que hayáis aprendido a ser sensatos y a tener buenas maneras!

Luego ordenó que pusieran a cada uno de los enanos en celdas separadas y les dieran comida y bebida, pero que no se les permitiese dejar el calabozo, hasta que al menos uno de ellos se decidiera a decir todo lo que él quería saber. Pero no les dijo que Thorin había sido hecho prisionero. Bilbo mismo lo descubrió.

¡Pobre señor Bolsón!... Fue una larga y aburrida temporada la que pasó en aquel sitio, a solas, y siempre oculto, nunca atreviéndose a sacarse el anillo, y apenas atreviéndose a dormir, aun escondido en los rincones más oscuros y remotos que podía encontrar, Por hacer algo se dedicó a recorrer el palacio del rey elfo. Unas puertas mágicas cerraban la entrada, pero a veces podía salir, si era rápido. Compañías de los Elfos del Bosque, algunas veces con el rey a la cabeza, salían de cuando en cuando de cacería, o a otros asuntos, a los bosques y a las tierras del Este. Entonces, si Bilbo se apresuraba, podía deslizarse fuera detrás de ellos; aunque era un riesgo muy peligroso. Más de una vez estuvo a punto de ser alcanzado por las puertas, cuando batían juntas al pasar el último elfo; todavía no se atrevía a marchar entre ellos a causa de la sombra que echaba (tenue y

vacilante a la luz de las antorchas), o por miedo a que tropezasen con él y lo descubriesen. Y cuando salía, lo que no era muy frecuente, no servía de mucho. No deseaba abandonar a los enanos, y en verdad sin ellos no hubiera sabido a dónde ir. No podía marchar al paso de los elfos cazadores durante el tiempo que estaban fuera, así que nunca descubría los caminos de salida del bosque y se quedaba errando tristemente por la floresta, aterrorizado de perderse, hasta que aparecía una oportunidad de regresar. Además pasaba hambre fuera, pues no era cazador, mientras que en el interior de las cavernas podía ganarse la vida de alguna forma, robando comida del almacén o la mesa cuando no había nadie a la vista.

"Soy como un saqueador que no puede escapar, y ha de seguir saqueando miserablemente la misma casa, día tras día" pensaba. "¡Esta es la parte más monótona y gris de una desdichada, fatigosa, e incómoda aventura! ¡Desearía estar de vuelta en mi agujero—hobbit junto a mi propio fuego, y a la luz de la lámpara!" A menudo deseaba también enviar un mensaje de socorro al mago, pero aquello, desde luego, era del todo imposible; y pronto comprendió que si algo podía hacerse, tendría que hacerlo él mismo, solo y sin ayuda.

Por fin, luego de una o dos semanas de esta vida furtiva, observando y siguiendo a los guardias y aprovechando todas las oportunidades, se las arregló para descubrir dónde estaban encerrados los enanos. Encontró las doce celdas en sitios distintos del palacio, y al cabo de un tiempo consiguió conocer el camino bastante bien. Cuál no sería su sorpresa cuando oyó por casualidad una conversación de los guardianes y se enteró de que había otro enano en prisión, en un lugar especialmente profundo y oscuro. Adivinó en seguida, por supuesto, que se trataba de Thorin; y descubrió al poco tiempo que la suposición era correcta. Después de muchas dificultades consiguió encontrar el lugar cuando nadie rondaba y tener unas pocas palabras con el jefe de los enanos.

Thorin se sentía demasiado desdichado para que sus propios infortunios continuaran enfadándolo mucho tiempo, y ya estaba pensando en contarle al rey todo lo del tesoro y la búsqueda (lo que prueba qué deprimido se sentía), cuando oyó la vocecita de Bilbo en el agujero de la cerradura. No podía creerlo. Pronto, sin embargo, entendió que no podía estar equivocado y se acercó a la puerta; y sostuvo una larga y susurrante charla con el hobbit al otro lado.

Así fue como Bilbo fue capaz de llevar en secreto un mensaje de Thorin a cada uno de los otros enanos prisioneros, diciéndoles que Thorin, el jefe, estaba también en prisión, muy cerca, y que nadie revelara al rey el objeto de la misión, no todavía, no antes que Thorin lo ordenase. Pues Thorin se sintió otra vez animado al oír cómo el hobbit había salvado a los enanos de las arañas, y resolvió de nuevo no pagar un rescate (prometiéndole al rey una parte del tesoro) hasta que toda Otra esperanza de salir de allí se hubiese desvanecido; en realidad hasta que el extraordinario señor Bolsón Invisible (de quien empezaba a tener en verdad una opinión muy alta) hubiese fracasado por completo en encontrar una solución más ingeniosa.

Los otros enanos estuvieron por completo de acuerdo cuando recibieron el mensaje. Todos pensaron que las partes del tesoro que les tocaban (y de las que se consideraban los verdaderos dueños, a pesar de la situación en que se encontraban ahora y del todavía invicto dragón) se verían seriamente disminuidas si los Elfos del Bosque reclamaban una porción; y todos confiaban en Bilbo. Exactamente lo que Gandalf había anunciado, como veis. Tal vez ésa era parte de la razón por la que sé marchó y los dejó.

Bilbo, sin embargo, no se sentía tan optimista. No le gustaba que alguien dependiera de él, y deseaba que el mago estuviese al alcance. Pero era inútil; quizá estaban separados por toda la oscura extensión del Bosque Negro. Se sentó y pensó y pensó, hasta que casi le estalló la cabeza, pero no se le ocurrió ninguna idea brillante. Un anillo invisible era algo de veras valioso, aunque no de mucha utilidad entre catorce. Pero desde luego, como habréis adivinado, al final rescató a sus amigos, y así es como sucedió:

Un día mientras curioseaba y deambulaba, Bilbo descubrió algo muy interesante: los grandes portones no eran la única entrada a las cavernas. Un arroyo corría por debajo del palacio, y se unía al Río del Bosque un poco al este, más allá de la cuesta empinada en la que se abría la boca principal. En la ladera de la colina donde nacía este curso subterráneo había una compuerta. La bóveda rocosa descendía a la superficie del agua, y desde allí podía dejarse caer un portalón hasta el mismo lecho del río, para impedir que alguien entrase o saliese. Pero el portalón estaba abierto a menudo, pues mucha gente iba y venía por la compuerta. Si alguien hubiese llegado por ese camino, se habría encontrado en un túnel oscuro y tosco que se adentraba en el corazón de la colina; pero debajo de las cavernas, en cierto sitio, el techo había sido horadado y tapado con grandes escotillas de roble, que comunicaban con las bodegas del rey. Allí se amontonaban barriles y barriles y barriles; pues los Elfos del Bosque, y sobre todo el rey, eran muy aficionados al vino, aunque no había viñas en aquellos parajes. El vino, y otras mercancías eran traídos desde lejos, de la tierras que habitaban los parientes del Sur, o de los viñedos de los Hombres en tierras distantes.

Escondido detrás de uno de los barriles más grandes, Bilbo descubrió las escotillas y para qué servían, y escuchando la charla de los sirvientes del rey, se enteró de cómo el vino y otras mercancías remontaban los ríos, o cruzaban la tierra, hasta el Lago Largo. Parecía que una ciudad de Hombres aún prosperaba allí, construida sobre puentes, lejos, aguas adentro, como una protección contra enemigos de toda suerte, y especialmente contra el dragón de la Montaña. Traían los barriles desde la Ciudad del Lago, remontando el Río del Bosque. A menudo los ataban juntos como grandes almadías y los empujaban aguas arriba con pértigas o remos; algunas veces los cargaban en botes planos.

Cuando los barriles estaban vacíos, los elfos los arrojaban a través de las escotillas, abrían la compuerta, y los barriles flotaban fuera en el arroyo, hasta que eran arrastrados por la corriente a un sitio lejano río abajo, donde la ribera sobresalía, cerca de los lindes orientales del Bosque Negro. Allí eran recogidos y atados juntos, y flotaban de vuelta a la ciudad, que se alzaba cerca del punto donde el Río del Bosque desembocaba en el Lago Largo.

Bilbo estuvo sentado un tiempo meditando sobre esta compuerta, y preguntándose si los enanos podrían escapar por allí, y al fin tuvo el desesperado esbozo de un plan.

Habían servido la comida de la noche a los prisioneros. Los guardias se alejaron con pasos pesados bajando los pasadizos, llevando la luz de las antorchas con ellos y dejando todo a oscuras. Entonces Bilbo oyó la voz del mayordomo del rey que daba las buenas noches al jefe de los guardias.

—Ahora ven conmigo —dijo—, y prueba el nuevo vino que acaba de llegar. Estaré trabajando duro esta noche, limpiando las bodegas de barriles vacíos, de modo que tomemos primero un trago, para que me ayude a trabajar.

—Muy bien —rió el jefe de los guardias— Lo probaré contigo, y veré si es digno de la mesa del rey. ¡Hay un banquete esta noche y no habría que mandar nada malo!

Cuando Bilbo oyó esto, se excitó sobremanera, pues entendió que la suerte lo acompañaba, y que pronto tendría ocasión de intentar aquel plan desesperado. Siguió a los dos elfos, hasta que entraron en una pequeña bodega y se sentaron a una mesa en la que había dos jarros grandes. Los elfos empezaron a beber y a reír alegremente. Una suerte desusada acompañó entonces a Bilbo. Tiene que ser un vino muy poderoso el que ponga somnoliento a un elfo del bosque; pero este vino, parecía, era la embriagadora cosecha de los grandes jardines de Dorwinion, no destinado a soldados o sirvientes, sino sólo a los banquetes del rey, y para ser servido en cuencos más pequeños, no en los grandes jarros del mayordomo.

Muy pronto el guardia jefe inclinó la cabeza; luego la apoyó sobre la mesa y se quedó profundamente dormido. El mayordomo continuó riendo y charlando consigo mismo durante un rato, distraído al parecer, pero luego él también inclinó la cabeza, y cayó dormido y roncando al lado del guardia. El hobbit se escurrió entonces en la bodega, y un momento después el guardia jefe ya no tenía las llaves, mientras Bilbo trotaba tan rápido como le era posible, a lo largo de los pasadizos, hacia las celdas. El manojito de llaves le parecía muy pesado, y a veces se le encogía el corazón, a pesar del anillo, pues no podía evitar que las llaves tintineasen de cuando en cuando, estremeciéndolo de pies a cabeza.

Primero abrió la puerta de Balin, y la cerró de nuevo con cuidado tan pronto como el enano estuvo fuera.

Balin parecía muy sorprendido, como podéis imaginar; pero en cuanto dejó aquella habitación de piedra agobiante y minúscula, se sintió muy contento y quiso detenerse y hacer preguntas, y conocer sintió muy contento y quiso detenerse y hacer preguntas, y conocer los planes de Bilbo, y todo lo demás.

—¡No hay tiempo ahora! —dijo el hobbit—. Simplemente sígueme. Tenemos que mantenernos juntos y no arriesgarnos a que nos separen. Tenemos que escapar todos o ninguno, y esta es la última oportunidad. Si se descubre, quién sabe dónde os pondrá el rey entonces, con cadenas en las manos y los pies, supongo. ¡No discutas, sé un buen muchacho!

Luego fueron de puerta en puerta, hasta que los siguieron los otros doce, ninguno de ellos demasiado ágil, a causa de la oscuridad y el largo encierro. El corazón de

Bilbo latía con violencia cada vez que uno de ellos tropezaba, gruñía, o susurraba en las tinieblas, —¡Maldita sea este jaleo de enanos! —se dijo. Pero no ocurrió nada desagradable, y no tropezaron con ningún guardia. En realidad, había un gran banquete otoñal aquella noche en los bosques y en los salones de arriba. Casi toda la gente del rey estaba de fiesta.

Al fin, luego de extraviarse varias veces, llegaron a la mazmorra de Thorin, bien abajo, en un sitio profundo, y por fortuna no lejos de las bodegas.

—¡Qué te parece! —dijo Thorin, cuando Bilbo le susurró que saliera y se uniera a los otros—. ¡Gandalf dijo la verdad, como de costumbre! Eres un buen saqueador, parece, cuando llega el momento. Estoy seguro de que estaremos siempre a tu servicio, ocurra lo que ocurra. Pero, ¿qué viene ahora?

Bilbo entendió que había llegado el momento de explicar el plan, dentro de lo posible; aunque no sabía muy bien cómo reaccionarían los enanos. Estos temores estaban bastante justificados, pues lo que él les dijo no les gustó y se pusieron a refunfuñar y a gritar a pesar del peligro.

—¡Nos magullaremos y nos haremos pedazos, y nos ahogaremos también, seguro! —dijeron—. Creímos que habías ideado algo sensato cuando te apoderaste de las llaves. ¡Esto es una locura!

—¡Muy bien! —dijo Bilbo desanimado, y también bastante molesto—. Regresad a vuestras agradables celdas, os encerraré otra vez, y allí podréis sentaros cómodamente y pensar en un plan mejor... aunque supongo que no conseguiré de nuevo las llaves, aun cuando me sintiese con ganas de intentarlo.

Aquello fue demasiado para ellos, y se calmaron. Al final, desde luego, tuvieron que hacer exactamente lo que Bilbo había sugerido, pues era obviamente imposible buscar y encontrar el camino en los salones de arriba, o luchar y salir cruzando unas puertas que se cerraban por arte de magia; y no era bueno refunfuñar en los pasadizos y esperar a que los capturasen otra vez. De modo que siguiendo con cautela al hobbit, fueron a las bodegas de abajo. Pasaron ante la puerta de la bodega donde el jefe de los guardias y el mayordomo todavía roncaban felices con rostros sonrientes. El vino de Dorwinion produce sueños profundos y agradables. Habría una expresión diferente en la cara del jefe de los guardias al otro día, aun cuando Bilbo, antes de continuar, se deslizó sigiloso y amablemente le puso las llaves de vuelta en el cinturón.

—Eso le ahorrará alguno de los problemas en qué está metido —se dijo—. No era un mal muchacho, y trató con decencia a los prisioneros. Quedarán muy desconcertados. Pensarán que teníamos una magia muy poderosa para traspasar las puertas cerradas y desaparecer. ¡Desaparecer! ¡Tenemos que darnos prisa, si queremos que así sea!

Se encargó a Balin que vigilase al guardia y al mayordomo, y avisara si hacían algún movimiento. El resto entró en la bodega aledaña, donde estaban las escotillas. Había poco tiempo que perder. En breve, como sabía Bilbo, algunos elfos bajarían a ayudar al mayordomo en la tarea de pasar los barriles vacíos por las puertas y echarlos al río. Los barriles estaban ya dispuestos en hileras en

medio del suelo, aguardando a que los empujasen. Algunos eran barriles de vino, y no muy útiles, pues no podían abrirse por el fondo sin hacer ruido, ni cerrarse de nuevo con facilidad. Pero había algunos que habían servido para traer otras mercancías, mantequilla, manzanas y toda suerte de cosas, al palacio del rey.

Pronto encontraron trece cubas con espacio suficiente para un enano en cada una. En verdad, algunas eran demasiado grandes, y los enanos pensaron con angustia en las sacudidas y topetazos que soportarían dentro, aunque Bilbo buscó paja y otros materiales para empacarlos lo mejor que pudo, en tan corto tiempo. Por último, doce enanos estuvieron dentro de los barriles. Thorin había causado muchas dificultades, y daba vueltas y se retorció en la cuba, y gruñía como perro grande en perrera pequeña; mientras que Balin, que fue el último, levantó un gran alboroto a propósito de los agujeros para respirar, y dijo que se estaba ahogando aun antes de que taparan el barril. Bilbo había tratado de cerrar los agujeros en los costados de los barriles y sujetar bien todas las tapaderas, y ahora se encontraba de nuevo solo, corriendo alrededor, dando los últimos toques al embalaje, y aguardando contra toda esperanza que el plan no fracasara.

Había concluido con el tiempo justo. Sólo uno ó dos minutos después de encajar la tapadera de Balin, llegó un sonido de voces y un parpadeo de luces. Algunos elfos venían riendo y charlando y cantando a las bodegas. Habían dejado un alegre festín en uno de los salones y estaban resueltos a retornar tan pronto como les fuese posible.

—¿Dónde está el viejo Galion, el mayordomo? —dijo uno—. No lo he visto a la mesa esta noche. Tendría que encontrarse aquí ahora, para mostrarnos lo que hay que hacer.

—Me enfadaré si el viejo perezoso se retrasa —dijo Otro— ¡No tengo ganas de perder el tiempo aquí abajo mientras se canta allá arriba!

—¡Ja, ja! —llegó una carcajada— ¡Aquí está el viejo tunante con la cabeza metida en un jarro! Ha estado montando un pequeño banquete para él y su amigo el capitán.

—¡Sacúdelo! ¡Despiértalo! —gritaron los otros, impacientes.

A Galion no le gustó nada que lo sacudieran y despertaran, y mucho menos que se rieran de él. —Estáis retrasados —gruñó—. Aquí estoy yo, esperando y esperando, mientras vosotros bebéis y festejáis y olvidáis vuestras tareas. ¡No os maraville que caiga dormido de aburrimiento!

—No nos maravilla —dijeron ellos—, ¡cuando la explicación está tan cerca en un jarro! ¡Vamos, déjanos probar tu soporífero antes de que comencemos la tarea! No es necesario despertar al joven de las llaves. Por lo que parece, ha tenido su ración.

Bebieron entonces una ronda, y de repente todos se pusieron muy contentos. Pero no perdieron por completo la cabeza. —¡Sálvanos, Galion! —gritó alguien—. ¡Empezaste la fiesta temprano y se te embotó el juicio! Has apilado aquí algunos toneles llenos en lugar de los vacíos, a juzgar por lo que pesan.

—¡Continuad con el trabajo! —gruñó el mayordomo— Los brazos ociosos de un levantacopas nada saben de pesos. Estos son los que hay que llevar y no otros. ¡Haced lo que digo!

—¡Está bien, está bien! —le respondieron haciendo rodar los barriles hasta la abertura—. ¡Tú serás el responsable si las cubas de mantequilla del rey y el vino mejor son empujados al río para que los hombres del lago se regalen gratis!

¡Rueda—rueda—rueda—rueda,
rueda—rueda—rueda bajando a la cueva!
¡Levantad, arriba, que caigan a plomo!
Allá abajo van, chocando en el fondo.

Así cantaban, mientras primero uno, y luego otro, los barriles bajaban retumbando a la oscura abertura y eran empujados hacia las aguas frías que corrían unos pies más abajo. Algunos eran barriles realmente vacíos; algunos eran cubas bien cerradas con un enano dentro; todos cayeron, uno tras otro, golpeando y entrechocándose, precipitándose en el agua, sacudiéndose contra las paredes del túnel, y flotando lejos corriente abajo.

Fue entonces precisamente cuando Bilbo descubrió de pronto el punto débil del plan. Seguro que ya os disteis cuenta hace tiempo, y os habéis reído de él; pero no creo que hubierais conseguido ni la mitad de lo que él consiguió. ¡Por supuesto, él no estaba en ningún barril, ni había nadie allí para empacarlo, aun si se hubiera presentado la oportunidad! Parecía como si esta vez fuese a perder de veras a sus amigos (ya habían desaparecido casi todos a través de la escotilla oscura), que lo dejarían atrás para siempre, de modo que él tendría que quedarse allí escondido, como un saqueador sempiterno de las cuevas de los elfos. Pues aun si hubiera podido escapar en seguida por los portones superiores, no tenía muchas posibilidades de reencontrarse con los enanos. No sabía cómo llegar al sitio donde recogían los barriles. Se preguntó qué demonios les ocurriría sin él; pues no había tenido tiempo de contar a los enanos todo lo que había averiguado, o lo que se había; propuesto hacer, una vez fuera del bosque.

Mientras todos estos pensamientos le cruzaban por la mente, los elfos, que parecían ahora muy animados, comenzaron a entonar una canción junto a la puerta del río. Algunos habían ido ya a tirar de las cuerdas que alzaban la compuerta para dejar salir a los barriles tan pronto como todos flotaran abajo.

¡Bajas la rápida corriente oscura
de vuelta a tierras que antaño conociste!
Deja las salas y cavernas profundas.
las escarpadas montañas del norte,

en donde el bosque tenebroso y ancho
en sombras grises y hoscas se inclina.
Más allá de este mundo de árboles
flota saliendo hacia la brisa,
más allá de las cañadas y los juncos,
más allá de las hierbas del pantano,
en la neblina blanca que asciende
del lago nocturno y de los charcos.
¡Sigue, sigue a las estrellas que asoman
arriba en cielos fríos y empinados,
gira con el alba sobre la tierra,
sobre la arena, sobre los rápidos!
¡Lejos al Sur, y más lejos al Sur!
¡Busca la luz del sol y la del día,
de vuelta a los pastos, y a los prados,
que vacas y bueyes apacentan!
¡De vuelta a los jardines de las lomas
donde las bayas crecen y maduran
bajo la luz del sol y bajo el día!
¡Lejos al Sur, más lejos al Sur!
¡Bajas la rápida corriente oscura
de vuelta, a tierras que antaño conociste!

¡Ya el último de los barriles iba rodando hacia las puertas! Desesperado, y no sabiendo qué hacer, el pobre pequeño Bilbo se aferró al barril y fue empujado con él sobre el borde. Cayó abajo en el agua fría y oscura, con el barril encima, y subió otra vez balbuceando y arañando la madera como una rata, pero a pesar de todos sus esfuerzos no pudo trepar. Cada vez que lo intentaba, el barril daba una media vuelta y lo sumergía otra vez. El barril estaba realmente vacío, y flotaba como un corcho. Aunque Bilbo tenía las orejas llenas de agua, aún podía oír a los elfos, cantando arriba en la bodega. Entonces, de súbito, las escotillas cayeron y las voces se desvanecieron a lo lejos. Bilbo estaba ahora en un túnel oscuro, flotando en el agua helada, completamente solo... pues no puedes contar con amigos que flotan encerrados en barriles.

Muy pronto una mancha gris apareció delante, en la oscuridad. Oyó el chirrido de la compuerta que se levantaba, y se encontró en medio de una fluctuante y

entrechocante masa de toneles y cubas, todos empujando juntos para pasar por debajo del arco y salir a las aguas del río. Trató por todos los medios de impedir que lo golpearan y machacaran; pero al fin, los barriles apiñados comenzaron a dispersarse y a balancearse, uno por uno, bajo la arcada de piedra y más allá. Entonces Bilbo vio que no le habría servido de mucho si hubiese subido a horcajadas sobre el barril, pues apenas había espacio, ni siquiera para un hobbit, entre el barril y el techo ahora inclinado de la compuerta.

Fuera salieron, bajo las lamas que colgaban desde las dos orillas. Bilbo se preguntaba qué sentirían en ese momento los enanos, y si no estaría entrando agua en las cubas. Algunas de las que pasaban flotando en la oscuridad, junto a él, parecían bastante hundidas en el agua, y supuso que llevarían enanos dentro.

"¡Espero haber ajustado bastante las tapas!" pensó, pero en seguida estuvo demasiado preocupado por sí mismo para acordarse de los enanos. Conseguía mantener la cabeza sobre el agua de algún modo, la suerte cambiase, cuanto tiempo sería capaz de resistir, y si podía correr el riesgo de soltarse e intentar nadar hasta la orilla.

La suerte cambió de pronto: la corriente arremolinada arrastró varios barriles a un punto de la ribera, y allí se quedaron un rato, varados contra alguna raíz oculta. Bilbo aprovechó entonces la ocasión para trepar por el costado del barril apoyado firmemente contra otro. Subió arrastrándose como una rata ahogada, y se tendió arriba, tratando de mantener el equilibrio. La brisa era fría, pero mejor que el agua, y esperaba no caer rodando de repente.

Los barriles pronto quedaron libres otra vez y giraron y dieron vueltas río abajo, saliendo a la corriente principal. Bilbo descubrió entonces que era muy difícil mantenerse sobre el barril, tal como había temido, y además se sentía bastante incómodo. Por fortuna, Bilbo era muy liviano, y el barril grande, y bastante deteriorado, de modo que había embarcado una pequeña cantidad de agua. Aun así, era como cabalgar sin brida ni estribos un poney panzudo que no pensara en otra cosa que en revolcarse sobre la hierba.

De este modo el señor Bolsón llegó por fin a un lugar donde los árboles raleaban a ambos lados. Alcanzaba a ver el cielo pálido entre ellos. El río oscuro se ensanchó de pronto, y se unió al curso principal del Río del Bosque, que fluía precipitadamente desde los grandes portones del rey. En la móvil superficie de una extensión de agua que las sombras ya no cubrían, se reflejaban las nubes y las estrellas en luces danzantes y rotas. Las rápidas aguas del Río del Bosque llevaron toda la compañía de toneles y cubas a la ribera norte, donde habían abierto una ancha bahía. Esta tenía una playa de gujarros al pie del barranco, y estaba cerrada en el extremo oriental por un pequeño cabo sobresaliente de roca dura. Muchos de los barriles encallaron en los bajíos arenosos, aunque unos pocos fueron a golpear contra el dique de roca.

Había gente vigilando las riberas. Empujaron rápidamente y movieron con pértigas todos los barriles hacia los bajíos, y los contaron y ataron juntos y los dejaron allí hasta la mañana. ¡Pobres enanos! Bilbo no estaba tan mal ahora. Bajó deslizándose del barril, y vadeó el río hasta la orilla, y luego se escurrió hacia

algunas cabañas que alcanzaba a ver cerca del río. Si tenía la Oportunidad de tomar una cena sin invitación, esta vez no lo pensaría mucho; se había visto obligado a hacerlo durante mucho tiempo, y ahora sabía demasiado bien lo que era tener verdadera hambre, y no sólo un amable interés por las delicadezas de una despensa bien provista. Había llegado a ver la luz de un fuego entre los árboles, y era una luz atractiva; las ropas caladas y andrajosas se le pegaban frías y húmedas al cuerpo.

No es necesario contaros mucho de las aventuras de Bilbo aquella noche, pues nos estamos acercando ya al término del viaje hacia el este, y llegando a la última y mayor aventura, de modo que hemos de darnos prisa. Ayudado, como es natural, por el anillo mágico, a Bilbo le fue muy bien al principio, pero al cabo fue traicionado por sus pisadas húmedas y el rastro de gotas que iba dejando dondequiera que fuese o se sentase; y luego se puso a lagrimear, y cuando intentaba ocultarse era descubierto por las terribles explosiones de unos estornudos contenidos. Muy pronto hubo una gran conmoción en la villa ribereña; mas Bilbo escapó hacia los bosques llevando una hogaza y un pellejo de vino y un pastel que no le pertenecían. El resto de la noche tuvo que pasarla mojado como estaba y sin fuego, pero el pellejo de vino lo ayudó, y hasta alcanzó a dormitar un rato sobre unas hojas secas, aunque el año estaba avanzado y el aire era cortante.

Despertó de nuevo con un estornudo especialmente ruidoso. La mañana era gris, y había un alegre alboroto río abajo. Estaban construyendo una almadía de barriles, y los elfos de la almadía la llevarían pronto aguas abajo hacia la Ciudad del Lago. Bilbo estornudó otra vez. Las ropas ya no le chorreaban, pero tenía el cuerpo helado. Descendió gateando tan rápido como se lo permitían las piernas entumecidas, y logró alcanzar justo a tiempo el grupo de toneles sin que nadie se diera cuenta en la confusión general. Por suerte, no había sol entonces que proyectase una sombra reveladora, y por misericordia no estornudó otra vez durante un buen rato.

Hubo un poderoso movimiento de pértigas. Los elfos que estaban en los bajíos impelían y empujaban. Los barriles, ahora amarrados entre sí, se rozaban y crujían.

—¡Es una carga pesada! —gruñían algunos—. Flotan muy bajos... algunos no están del todo vacíos. Si hubiesen llegado a la luz del día podríamos haberles echado una ojeada —dijeron.

—¡Ya no hay tiempo! —gritó el elfo de la almadía—. ¡Empujad!

Y allá fueron por fin, lentamente al principio, hasta que dejaron atrás el cabo rocoso, donde otros elfos esperaban para apartarlos con pértigas, y luego más y más rápido cuando entraron en la corriente principal, y navegaron y fueron alejándose, aguas abajo, hacia el Lago.

Habían escapado de las mazmorras del rey y habían atravesado el bosque, pero si vivos o muertos, todavía estaba por verse.

UNA CÁLIDA BIENVENIDA

El día crecía más claro y caluroso a medida que avanzaban flotando. Luego de un corto trecho, el río rodeaba a la izquierda un repecho de tierra escarpada. Al pie de la pared rocosa que se alzaba como un risco en una llanura, la corriente más profunda fluía lamiendo y borboteando. De repente el risco se estrechó. Las orillas se hundieron. Los árboles desaparecieron. Bilbo miró.

Las tierras se abrían amplias alrededor, cubiertas por las aguas del río que se perdía y se bifurcaba en un centenar de cursos zigzagueantes, o se estancaba en remansos y pantanos con islotes a los lados; pero aun así, una fuerte corriente seguía su curso regular.

¡Y allá, a lo lejos, mostrando la cima oscura entre retazos de nubes, allá amenazadora, asomaba la Montaña! Los picos más próximos de la zona noroeste y el hundido valle que los unía no alcanzaban a distinguirse. Sola y adusta, la Montaña contemplaba el bosque por encima de los pantanos. ¡La Montaña Solitaria! Bilbo había viajado mucho y había pasado muchas aventuras para verla, y ahora no le gustaba nada.

Mientras escuchaba la conversación de los elfos en la almadía, e hilaba los pedazos de información que dejaban caer, pronto comprendió que era muy afortunado por haberla visto, aun desde lejos. Había sufrido mucho cuando cayó prisionero, y ahora no encontraba una postura cómoda (por no mencionar a los pobres enanos debajo de él), y sin embargo no se había dado cuenta de la suerte que había tenido. La conversación se refería sólo al comercio que iba y venía por los canales y al incremento del tráfico en el río, pues las carreteras del este que conducían al Bosque Negro habían desaparecido o dejaron de utilizarse; y además los Hombres del Lago y los Elfos del Bosque se habían disputado el dominio del Río del Bosque y el cuidado de las riberas. Estos territorios habían cambiado mucho desde los días en que los enanos moraran en la Montaña, días que para la mayoría de la gente sólo eran ahora una vaga tradición. Habían cambiado aun en años recientes y desde las últimas noticias que Gandalf tenía de ellos. Inundaciones y lluvias habían aumentado el caudal de las aguas en el Este; y había habido uno o dos terremotos (que algunos se inclinaron a atribuir al dragón, mientras señalaban la Montaña con una maldición y un ominoso movimiento de cabeza). Los pantanos y ciénagas se habían extendido más y más a ambos lados. Los senderos habían desaparecido, y los jinetes o caminantes hubieran tenido un destino similar si hubiesen intentado encontrar los viejos caminos. El sendero elfo que cruzaba el bosque y que los enanos habían tomado siguiendo el consejo de Beorn, ahora llegaba a un dudoso e insólito final en el borde oriental del bosque; sólo el río era aún un trayecto seguro desde el lindero norte del Bosque Negro hasta las lejanas planicies sombreadas por la Montaña; y el río estaba vigilado por el rey de los Elfos del Bosque.

Así que como veis, Bilbo había tomado al final el único camino que era en realidad bueno. El señor Bolsón hubiera podido sentirse reconfortado, mientras temblaba sobre los barriles, si hubiese sabido que noticias de todo esto habían llegado a Gandalf allá lejos, preocupándolo de veras, y que estaba a punto de acabar otro

asunto (que no viene a cuento mencionar en este relato) y se disponía a regresar en busca de la gente de Thorin. Pero Bilbo no lo sabía.

Todo cuanto sabía era que el río parecía seguir y seguir y seguir, y que él tenía hambre, y un horroroso resfriado de nariz, y que no le gustaba cómo la Montaña parecía fruncir el ceno y amenazarlo a medida que se acercaban. Sin embargo, al cabo de un rato, el río tomó un curso más meridional y la Montaña retrocedió de nuevo, y al fin, ya caída la tarde, entre orillas ahora de rocas, el río reunió todas sus aguas errantes en un profundo y rápido flujo, y descendió precipitadamente.

El sol ya se había puesto cuando luego de un recodo y de bajar otra vez hacia el este, el Río del Bosque se precipitó en el Lago Largo. Las puertas del río se alzaban como altos acantilados, a un lado y a otro, con guijarros apilados en las orillas. ¡El Lago Largo! Bilbo nunca había imaginado que pudiera haber una extensión de agua tan enorme, excepto el mar. Era tan ancho que las márgenes opuestas asomaban apenas a lo lejos, y tan largo que no se veía el extremo norte, que apuntaba a la Montaña. Sólo por el mapa supo Bilbo que allá arriba, donde las estrellas del Carro ya titilaban, el Río Rápido descendía desde el valle desembocando en el Lago, y junto con el Río del Bosque colmaba con aguas profundas lo que una vez tenía que haber sido un valle de piedra grande y hondo. En el extremo meridional las dobles aguas se vertían de nuevo en al tas cascadas y corrían de prisa hacia tierras desconocidas, En el aire tranquilo del anochecer el ruido de las cascadas resonaba como un bramido distante.

No lejos de la boca del Río del Bosque se alzaba la extraña ciudad de la que hablaran los elfos, en las bodegas del rey. No estaba emplazada en la orilla, aunque había allí unas cuantas cabañas y construcciones, sino sobre la superficie misma del Lago, en una apacible bahía protegida de los remolinos del río por un promontorio de roca.

Un gran puente de madera se extendía hasta unos enormes troncos que sostenían una bulliciosa ciudad también de madera, no una ciudad de Elfos sino de Hombres, que aún se atrevían a vivir a la sombra de la distante Montaña del dragón. Sacaban aún algún provecho del tráfico que venía desde él Sur, río arriba, y que en el trayecto de las cascadas era transportado por tierra hasta la ciudad; pero en los grandes días de antaño, cuando el Valle Norte era rico y próspero, ellos habían sido poderosos hombres de fortuna; vastas flotas de barcos habían poblado aquellas aguas, y algunos llevaban oro y otros guerreros con armaduras, y allí se habían conocido guerras y hazañas que ahora eran sólo una leyenda. A lo largo de las orillas podían verse aún los pilotes carcomidos de una ciudad más grande, cuando bajaban las aguas, durante las sequías.

Pero los hombres poco recordaban de todo aquello, aunque algunos todavía cantaban viejas canciones sobre los reyes enanos de la Montaña, Thrór y Thrain de la raza de Durin, y sobre la llegada del Dragón y la caída de los Señores de Valle. Algunos cantaban también que Thrór y Thrain volverían un día, y que el oro correría en ríos por las compuertas de la Montaña, y que en todo aquel país se oirían canciones nuevas y risas nuevas. Pero esta agradable leyenda no afectaba mucho los asuntos cotidianos de los hombres.

Tan pronto como la almadía de barriles apareció a la vista, unos botes salieron remando desde los pilotes de la ciudad, y unas voces saludaron a los timoneles. Los elfos arrojaron cuerdas y retiraron los remos, y pronto la balsa fue arrastrada fuera de la corriente del Río del Bosque, y luego remolcada, bajo el alto repecho rocoso hasta la pequeña bahía de la Ciudad del Lago. Allí la amarraron no lejos de la cabecera del puente. Pronto vendrían hombres del Sur y se llevarían algunos de los barriles, y otros los cargarían con mercancías que habían traído consigo para devolverlas río arriba a la morada de los Elfos del Bosque. Mientras tanto los barriles quedaron en el agua, y los elfos de la almadía y los barqueros fueron a celebrarlo en la Ciudad del Lago.

Se hubieran sorprendido si hubiesen visto lo que ocurrió allá abajo en la orilla después de que se fueran, ya caída la noche. Bilbo soltó ante todo un barril y lo empujó hasta la orilla, donde lo abrió. Se oyeron unos quejidos y un enano de aspecto lastimoso salió arrastrándose. Unas pajas húmedas se le habían enredado en la barba enmarañada; estaba tan dolorido y entumecido, con tantas magulladuras y cardenales, que apenas pudo sostenerse en pie y atravesar a tumbos el agua poco profunda; y siguió lamentándose tendido en la orilla. Tenía una mirada famélica y salvaje, como la de un perro encadenado y olvidado en la perrera toda una semana. Era Thorin, aunque sólo podríais reconocerlo por la cadena de oro y por el color del capuchón celeste, ahora sucio y andrajoso, con la borla de plata deslustrada. Tuvo que pasar algún tiempo antes de que volviese a ser amable con el hobbit.

—Bien, estas vivo o muerto? —preguntó Bilbo un tanto malhumorado. Quizá había olvidado que él por lo menos había tenido una buena comida más que los enanos, y también los brazos y piernas libres, y no hablemos de la mayor ración de aire—. ¿Estás todavía preso, o libre? Si quieres comida, y si quieres continuar con esta estúpida aventura (es tuya al fin y al cabo, y no mía), mejor será que sacudas los brazos, te frotes las piernas e intentes ayudarme a sacar a los demás, mientras sea posible.

Por supuesto, Thorin entendió la sensatez de estas palabras, y luego de unos cuantos quejidos más, se incorporó y ayudó al hobbit lo mejor que pudo. En la oscuridad, chapoteando en el agua fría, tuvieron una difícil y muy desagradable tarea tratando de dar con los barriles de los enanos. Dando golpes fuera y llamándolos, sólo descubrieron a unos seis enanos capaces de contestar. A estos los desembalaron y ayudaron a alcanzar la orilla, y allí los dejaron, sentados o tumbados, quejándose y gruñendo. Estaban tan doloridos, entumecidos y empapados que apenas si alcanzaban a darse cuenta de que los habían liberado o de que había, razones para que se mostraran agradecidos.

Dwalin y Balin eran dos de los más desafortunados, y no valía la pena pedirles ayuda. Bifur y Bofur estaban menos magullados y más secos, pero permanecían tumbados y no hacían nada. Fili y Kili, sin embargo, que eran jóvenes (para un enano) y que además habían sido mejor embalados, con paja abundante y en toneles más pequeños, emergieron casi sonrientes, con alguna que otra magulladura y un entumecimiento que pronto les desapareció.

—¡Espero no oler nunca más una manzana! —dijo Fíli—. Mi cuba estaba toda impregnada de ese aroma. No oler ninguna otra cosa que manzanas cuando apenas puedes moverte y estás helado y enfermo de hambre, es enloquecedor. Me comería hoy cualquier cosa de todo el ancho mundo durante horas y horas... ¡pero nunca una manzana!

Con la voluntariosa ayuda de Fíli y Kili, Thorin y Bilbo descubrieron al fin al resto de la compañía y los sacaron de los barriles. El pobre gordo Bombur parecía dormido o inconsciente; Dori, Nori, Ori, Óin y Glóin habían tragado mucha agua y estaban medio muertos. Tuvieron que transportarlos uno a uno y depositarlos en la orilla.

—¡Bien! ¡Aquí estamos! —dijo Thorin—. Y supongo que tenemos que agradecerlo a nuestras estrellas y al señor Bolsón. Estoy seguro de que tiene derecho a esperarlo, aunque desearía que hubiese organizado un viaje más cómodo. No obstante... todos a vuestro servicio una vez más, señor Bolsón. Sin duda alguna nos sentiremos debidamente agradecidos cuando hayamos comido y nos recuperemos. ¿Qué hacemos mientras tanto?

—"Yo propondría la Ciudad del Lago —dijo Bilbo—. ¿Qué otra cosa se puede hacer?

Nadie, desde luego, pudo proponer algo distinto; así que dejando a los otros, Thorin y Fíli y Kili y el hobbit siguieron la orilla hasta el puente. A la cabecera había guardias, aunque la vigilancia no parecía muy estricta, y no era realmente necesaria desde hacía mucho tiempo. Excepto por ocasionales riñas a causa de los peajes del río, eran amigos de los Elfos del Bosque. Otros pueblos estaban muy lejos, y algunos de los más jóvenes de la ciudad ponían abiertamente en duda la existencia de cualquier dragón en la Montaña, y se burlaban de los barbigrises y vejetes que decían haberlo visto volar por el cielo en sus arios mozos. Por todo esto, no es de extrañar que los guardias estuviesen bebiendo y riendo junto al fuego dentro de la cabaña, y no oyesen el ruido de los enanos que eran desembalados, ó los pasos de los cuatro exploradores. El asombro de los guardias fue enorme cuando Thorin Escudo de Roble cruzó la puerta.

—¿Quién eres y qué quieres? —gritaron poniéndose en pie de un salto y buscando a tientas las armas.

—¡Thorin hijo de Thrain hijo de Thrór, Rey bajo la Montaña! —dijo el enano con voz recia, y realmente pa—parecía un rey, aun con aquellas rasgadas vestiduras y el mugriento capuchón. El oro le brillaba en el cuello y en la cintura; y tenía ojos oscuros y profundos—. He regresado. ¡Deseo ver al gobernador de la ciudad!

Hubo entonces un tremendo alboroto. Algunos de los más necios salieron corriendo como si esperasen que la Montaña se convirtiese en oro por la noche y todas las aguas del Lago se pusiesen amarillas de un momento a otro. El capitán de la guardia se adelantó.

—¿Y quiénes son éstos? —preguntó señalando a Fíli, Kili y Bilbo.

—Los hijos de la hija de mi padre —respondió Thorin—. Fíli y Kili de la raza de Durin, y el señor Bolsón que ha viajado con nosotros desde el Oeste.

—¡Si venís en paz arrojad las armas! —dijo el capitán.

—No tenemos armas —dijo Thorin, y era bastante cierto: los cuchillos se los habían sacado los Elfos del Bosque, y también la gran espada Orcrist. Bilbo tenía su daga, oculta como siempre, pero no habló— No necesitamos armas, volvemos por fin a nuestros dominios, como se decía en otro tiempo. No podríamos luchar contra tantos. ¡Llévanos al gobernador!

—Está en una fiesta —dijo el capitán.

—Más motivo entonces para que nos lleves a él —estalló Fili, ya impaciente con tanta solemnidad— Estamos agotados y hambrientos después de un largo viaje y tenemos camaradas enfermos. Ahora date prisa y no charlemos más, o tu señor tendrá algo que decirte.

—Seguidme entonces —dijo el capitán, y rodeándolos con seis de sus hombres los condujo por el puente, a través de las puertas, hasta el mercado de la ciudad. Este era un amplio círculo de agua tranquila rodeada por altos pilotes sobre los que se levantaban las casas más grandes, y por largos muelles de madera con escalones y escalerillas que descendían a la superficie del lago. De una de las casas llegaba el resplandor de muchas luces y el sonido de muchas voces. Cruzaron las puertas y se quedaron parpadeando a la luz, mirando las largas mesas en las que se apretaba la gente.

—¡Soy Thorin hijo de Thrain hijo de Thrór, Rey bajo la Montaña! ¡He regresado! —gritó Thorin con voz recia desde la puerta, antes de que el capitán pudiese hablar.

Todos se pusieron en pie de un salto. El gobernador de la ciudad se movió nervioso en la gran silla. Pero nadie se levantó con mayor sorpresa que los elfos, sentados al fondo de la sala. Precipitándose hacia la mesa del gobernador gritaron juntos;

—¡Estos son prisioneros de nuestro rey que han escapado, enanos errantes y vagabundos que ni siquiera pudieron decir nada bueno de sí mismos y que merodean por los bosques y molestan a nuestra gente!

—¿Es eso cierto? —preguntó el gobernador. En realidad esto le parecía más probable que el regreso del Rey bajo la Montaña, si semejante persona había existido alguna vez.

—Es cierto que el Rey Elfo nos hizo prisioneros por error y nos encarceló sin causa alguna, cuando regresábamos a nuestro país —respondió Thorin—. Mas ni canchales ni barrotes pueden impedir el retorno anunciado antaño, y no estamos en los dominios de los Elfos del Bosque. Hablo al gobernador de la ciudad de los Hombres del Lago, no a los almadieros del rey.

El gobernador titubeó entonces, mirando a unos y otros. El Rey Elfo era muy poderoso en aquellas tierras y el gobernador no deseaba enemistarse con él; además no prestaba mucha atención a canciones antiguas, entregado como estaba al comercio y a los peajes, a los cargamentos y al oro, hábitos a los que debía su posición. Otros, sin embargo, pensaban de un modo muy distinto, y el asunto se solucionó rápidamente sin que el gobernador interviniera. Las noticias

se habían difundido desde las puertas del palacio por toda la ciudad, como si se tratase de un incendio. La gente gritaba dentro y fuera de la sala. Unos pasos apresurados recorrían los muelles. Alguien empezó a cantar trozos de viejas canciones que hablaban del regreso del Rey bajo la Montaña; que fuese el nieto de Thror y no Thror en persona quien estaba allí, no parecía molestarles. Otros entonaron la canción que rodó alta y fuerte sobre el lago.

¡El Rey bajo la Montaña,
el Rey de piedra tallada,
el señor de fuentes de plata,
¡regresará a sus tierras!
Sostendrán alta la corona,
tañerán otra vez el arpa,
cantarán otra vez las canciones,
habrá ecos de oro en las salas.

Los bosques ondularán en montañas,
y las hierbas, a la luz del sol;
y las riquezas manarán en fuentes,
y los ríos en corrientes doradas.
¡Alborozados correrán los ríos,
los lagos brillarán como llamas,
cesarán los dolores y las penas,
cuando regrese el Rey de la Montaña!

Así cantaban, o algo parecido, aunque la canción era mucho más larga, y fue acompañada con gritos y música de arpas y violines. Y en verdad, ni el más viejo de los abuelos recordaba semejante algarabía en la Ciudad del Lago. Los propios Elfos del Bosque empezaron a titubear y aun a tener miedo. No sabían, por supuesto, cómo Thorin había escapado, y se decían quizá que el Rey había cometido un grave error. En cuanto al gobernador de la ciudad, comprendió que no podía hacer otra cosa que sumarse a aquel clamor tumultuoso, al menos por el momento, y fingir que aceptaba lo que Thorin decía que era. De modo que lo invitó a sentarse en la silla grande, y puso a Fíli y a Kili junto a él en sitios de honor. Aun a Bilbo se le dio un lugar en la mesa alta, y nadie explicó de dónde venía (ninguna canción se refería a él, ni siquiera de un modo oscuro), ni nadie lo preguntó en el bullicio general.

Poco después trajeron a los demás enanos a la ciudad entre escenas de asombroso entusiasmo. Todos fueron curados y alimentados, alojados y agasajados del modo más amable y satisfactorio. Una casa enorme fue cedida a Thorin y a los suyos; y luego les proporcionaron barcos y remeros, y una multitud se sentó a las puertas de la casa y cantaba canciones durante todo el día, o daba hurras si cualquier enano asomaba la punta de la nariz.

Algunas de las canciones eran antiguas; pero otras eran muy nuevas y hablaban con confianza de la repentina muerte del dragón y de los cargamentos de fastuosos presentes que bajaban por el río a la Ciudad del Lago. Estos últimos cantos estaban inspirados en su mayor parte por el gobernador, y no agradaban mucho a los enanos; pero entretanto los trataban muy bien, y pronto se pusieron de nuevo fuertes y gordos. En una semana estaban ya casi repuestos, con ropa fina de color apropiado, las barbas peinadas y recortadas, y el paso orgulloso. Thorin caminaba y miraba a todo el mundo como si el reino estuviese ya reconquistado y Smaug cortado en trozos pequeños.

Por entonces, como Thorin había dicho, los buenos sentimientos de los enanos hacia el pequeño hobbit se acrecentaban día a día. No hubo más gruñidos o lamentos. Bebían a la salud de Bilbo, le daban golpecitos en la espalda, y alborotaban alrededor, lo que no estaba mal, pues el hobbit no se sentía demasiado feliz. No había olvidado el aspecto de la Montaña, ni lo que pensaba del dragón, y tenía además un fastidioso resfriado. Durante tres días estornudó y tosió, y no pudo salir, y aun días después, cuando hablaba en los banquetes, se limitaba a decir: —Buchísimas bracias.

Mientras tanto los elfos habían regresado al Río del Bosque con los cargamentos, y hubo una gran excitación en el palacio del rey. Nunca he sabido qué les ocurrió al jefe de la guardia y al mayordomo. Por supuesto, nada se dijo sobre llaves o barriles mientras los enanos permanecieron en la Ciudad del Lago, y Bilbo cuidó de no volverse nunca invisible. No obstante, me atrevería a decir que se suponía más de lo que se sabía, y sin duda el señor Bolsón era uno de los puntos misteriosos. De todos modos el rey conocía ahora la misión de los enanos o creía conocerla, y se dijo a sí mismo:

"Muy bien! ¡Ya veremos! Ningún tesoro saldrá por el Bosque Negro sin que yo haya dicho la última palabra.

Pero espero que todos tengan un mal fin, ¡y les estará bien empleado!" De todos modos él no creía en enanos que lucharan y mataran dragones como Smaug, y sospechaba un intento de saqueo o algo parecido, lo que demuestra que era un elfo sabio y más sabio que los hombres de la ciudad, aunque no acertaba del todo, como veremos más adelante. Envió espías a las orillas del Lago y a la Montaña, lejos hacia el norte, hasta donde pudieran llegar, y aguardó.

A los quince días, Thorin empezó a pensar en la partida. Mientras durase el entusiasmo en la ciudad, sería tiempo de pedir ayuda. No convenía dejar enfriar las cosas con dilaciones. Así que habló con el gobernador y los consejeros de la ciudad, y les dijo que pronto él y su compañía marcharían Otra vez a la Montaña.

Entonces, por vez primera, el gobernador se sorprendió y aun llegó a asustarse, y se preguntó si Thorin no sería en verdad descendiente de los reyes antiguos. Nunca había pensado que los enanos se atreverían a acercarse a Smaug, y para él no eran más que un fraude que tarde o temprano saldría a la luz. Estaba equivocado. Thorin, por supuesto, era el verdadero nieto del Rey bajo la Montaña, y nadie sabe de lo que es capaz un enano, por venganza o por recobrar lo que le pertenece.

Pero el gobernador no sintió pena alguna cuando los dejó partir. La manutención de los enanos estaba arruinándolo, y desde que habían llegado la vida en la ciudad era como unas largas vacaciones, con los negocios en punto muerto, "Dejemos que se vayan y que le den la lata a Smaug. ¡Ya veremos cómo los recibe!", pensó. —¡Ciertamente, oh Thorin hijo de Thrain hijo de Thrór! —fue lo que dijo—. Tenéis que reclamar lo que es vuestro. Ha llegado la hora que se anunció tiempo atrás. Tendréis toda la ayuda que podamos daros, y confiamos en vuestra gratitud cuando reconquistéis el reino.

De modo que un buen día, aunque el Otoño estaba, ya bastante avanzado, y los vientos eran fríos y las hojas caían rápidas, tres grandes embarcaciones dejaron la Ciudad del Lago, cargadas con remeros, enanos, el Señor Bolsón, y muchas provisiones. Habían enviado caballos y poneys que llegarían al apeadero señalado dando un rodeo por senderos tortuosos. El gobernador y los consejeros de la ciudad los despidieron desde los grandes escalones del ayuntamiento, que bajaban hasta el Lago. La gente cantaba en las ventanas y en los muelles. Los remos blancos golpearon y se hundieron en el agua; y la compañía partió hacia el norte, río arriba, en la última etapa de un largo viaje. La única persona completamente desdichada era Bilbo.

EN EL UMBRAL

Durante dos días enteros remaron aguas arriba, y se metieron en el Río Rápido, y todos pudieron ver entonces la Montaña Solitaria, que se alzaba imponente y amenazadora ante ellos. La corriente era turbulenta e iban despacio. Al término del día tercero, unas millas no arriba, se acercaron a la orilla oeste o izquierda y desembarcaron. Aquí se les unieron los caballos con otras provisiones y útiles y los poneys y el resto fue almacenado en una tienda, pero ninguno de los hombres de la ciudad se quedaría con ellos tan cerca de la sombra de la Montaña, ni siquiera por esa noche.

—No al menos hasta que las canciones sean ciertas —dijeron. Era más fácil creer en el dragón y menos fácil creer en Thorin en marcha por esas tierras salvajes. En verdad los almacenes no necesitaban guardias, pues aquellas tierras eran desoladas y desiertas. Así, aunque ya caía la noche, la escolta los abandonó, escapando rápidamente río abajo y por los caminos de la orilla.

Pasaron una noche fría y solitaria, y se sintieron desanimados. Al día siguiente partieron de nuevo. Balin y Bilbo cabalgaban detrás, cada uno llevando un poney con una carga pesada; los otros iban delante, marchando lentamente pues no había ninguna senda. Fueron hacia el noroeste, desviándose del Río Rápido y

acercándose más y más a la gran estribación de la Montaña que avanzaba sobre ellos desde el sur.

Fue una jornada agotadora, silenciosa y furtiva. No hubo risas, ni canciones, ni sonidos de arpa, y el orgullo y las esperanzas que habían reavivado los corazones mientras entonaban los viejos cantos junto al lago, murieron pronto en un fatigado abatimiento. Sabían que estaban aproximándose al final del viaje, y que podía ser un final muy espantoso. La tierra alrededor era pelada y árida, aunque en otra época, decía Thorin, había sido hermosa y verde. Había poca hierba, y al cabo de un rato desaparecieron los árboles y los arbustos, y de los que habían muerto mucho tiempo atrás sólo quedaban unos tocones rotos y ennegrecidos. Habían llegado a la Desolación del Dragón y a los últimos días del año.

A pesar de todo, alcanzaron la falda de la Montaña sin tropezar con ningún peligro ni con otro rastro del dragón que aquel desierto alrededor de la guarida. La Montaña se alzaba oscura y silenciosa ante ellos, y siempre más alta. Acamparon por primera vez en el lado oeste de la gran estribación sur, que terminaba en la llamada Colina del Cuervo, La colina había sido un antiguo puesto de observación; pero no se atrevieron a escalarla aún; estaba demasiado expuesta.

Antes de partir hacia las estribaciones del oeste en busca de la puerta oculta, en la que habían puesto todas sus esperanzas, Thorin envió una partida de exploración para reconocer las tierras del sur, donde estaba la Puerta Principal. Para este propósito escogió a Balin, Fili y Kili, y con ellos fue Bilbo. Marcharon bajo los riscos grises y silenciosos hacia el pie de la Colina del Cuervo. El río, luego de un amplio recodo sobre Valle, se apartaba de la Montaña e iba hacia el Lago, fluyendo rápida y ruidosamente. Las orillas eran allí desnudas y rocosas, altas y escarpadas sobre la corriente; y mirando con atención por encima del estrecho curso de agua, que saltaba espumosa entre peñascos, pudieron ver en el amplio valle, ensombrecidas por los brazos de la Montaña, las ruinas grises de casas, torreones y muros antiguos.

—Ahí yace todo lo que queda de Valle —dijo Balin—, Las laderas de la montaña estaban verdes de bosques y los terrenos resguardados eran ricos y agradables en el tiempo en que las campanas repicaban en la ciudad. —Parecía triste y furioso a la vez cuando lo dijo; el mismo había sido compañero de Thorin el día que llegó el dragón.

No se atrevieron a seguir el río mucho más lejos hacia la Puerta; pero dejaron atrás el extremo de la estribación sur, y ocultándose detrás de una roca, buscaron y vieron la sombría abertura cavernosa en la pared de un risco elevado, entre los brazos de la Montaña. Las aguas del Río Rápido se precipitaban fuera, junto con un vapor y un humo negro. Nada se movía en el yermo aparte del vapor y el agua, y de cuando en cuando un grajo negro y ominoso. El único sonido era el del agua entre las rocas, y a veces el áspero graznido de un pájaro. Balin se estremeció.

—¡Volvamos! —dijo—. ¡Aquí no hacemos nada bueno! Y no me gustan esos pájaros negros, parecen espías del mal.

—El dragón vive todavía, y está ahora en los salones bajo la Montaña, o eso supongo por el humo —dijo el hobbit.

—No es una prueba —dijo Balin—, aunque no dudo que estés en lo cierto. Pero pudo haber salido por un rato, o encontrarse de guardia en la ladera de la montaña, y aun así no me sorprendería que humos y vapores salieran por las puertas; ese vaho fétido llena sin duda todas las salas interiores,

Con estos pensamientos tenebrosos, seguidos siempre por grajos que graznaban encima de ellos, volvieron fatigados al campamento. En el mes de junio habían sido huéspedes de la hermosa casa de Elrond, y aunque el otoño ya caminaba hacia el invierno, parecía que habían pasado años desde aquellos días agradables. Estaban solos en el yermo peligroso, sin esperanza de más ayuda. Habían llegado al término del viaje, pero se encontraban más lejos que nunca, o así parecía, del final de la misión. A ninguno de ellos le quedaba mucho ánimo.

Quizá os sorprenda, pero el señor Bolsón parecía más animado que los otros. Muy a menudo le pedía a Thorin el mapa y lo miraba con atención, meditando sobre las runas y el mensaje de letras lunares que El—rond había leído. Fue Bilbo quien incitó a los enanos a que buscaran la puerta secreta de la vertiente oeste. Trasladaron entonces el campamento a un valle largo, más estrecho que el valle del sur donde se levantaban las Puertas del Río, y protegido por las estribaciones más bajas de la Montana. Dos de las estribaciones se adelantaban aquí desde el macizo principal hacia el oeste, en largas crestas de faldas abruptas, que sin interrupción caían hacia el llano. En este lado se veían menos señales de los merodeantes pies del dragón, y había alguna hierba para los poneys. Desde el campamento oeste, siempre ensombrecido por el risco y el muro, hasta que el sol empezaba a hundirse en el bosque, salieron día tras día a buscar unos senderos que subiesen por la ladera de la montaña. Si el mapa decía la verdad, en alguna parte de la cima del risco, en la cabeza del valle, tenía que estar la puerta secreta. Día tras día volvían sin éxito al campamento.

Pero, por fin, de modo inesperado, encontraron lo que buscaban. Fíli, Kili y el hobbit volvieron un día valle abajo y gatearon entre las rocas caídas del extremo sur. Cerca del mediodía, arrastrándose detrás de una piedra solitaria que se alzaba como un pilar, Bilbo descubrió unos toscos escalones. El y los enanos treparon excitados, y encontraron el rastro de una senda estrecha, a veces oculta, a veces visible, que llevaba a la cresta sur, y luego hasta una saliente todavía más estrecha, que bordeaba hacia el norte la cara de la Montana. Mirando hacia abajo, vieron que estaban en la punta del risco a la entrada del valle, y contemplaron su propio campamento allá abajo. En silencio, pegándose a la pared rocosa de la derecha, fueron en fila por el repecho hasta que la pared se abrió, y entraron entonces en una pequeña nave de paredes abruptas y suelo cubierto de hierbas, tranquila y callada. La entrada no podía ser vista desde abajo, pues el risco sobresalía, ni desde lejos, pues era tan pequeña que parecía sólo una grieta oscura. No era una cueva y se abría hacia el cielo; pero en el extremo más interior se elevaba una pared desnuda, y la parte inferior, cerca del suelo, era tan lisa y vertical como obra de albañil, pero no se veían ensambladuras ni rendijas. Ni rastros había allí de postes, dinteles o umbrales, ni seña alguna de tranca, pestillo o cerradura; y sin embargo no dudaron de que al fin habían encontrado la puerta.

La golpearon, la empujaron de mil modos, le imploraron que se moviese, recitaron trozos de encantamientos que abrían entradas secretas, y nada se movió. Por último, se tendieron exhaustos a descansar sobre la hierba, y luego, por la tarde, emprendieron el largo descenso.

Esa noche hubo excitación en el campamento del valle. Por la mañana se prepararon a marchar otra vez. Sólo Bofur y Bombur quedaron atrás para que guardaran los poneys y las provisiones que habían traído desde el río. Los otros bajaron al valle y subieron por el sendero descubierto el día anterior, y así hasta el estrecho borde. Allí no llevaron bultos ni paquetes, pues la saliente era angosta y peligrosa, con una caída al lado de ciento cincuenta pies sobre las rocas afiladas del fondo; pero todos llevaban un buen rollo de cuerda bien atado a la cintura y así, sin ningún accidente, llegaron a la pequeña nave de hierbas.

Allí acamparon por tercera vez, subiendo con las cuerdas lo que necesitaban. Algunos de los enanos más vigorosos, como Kili, descendieron a veces del mismo modo, para intercambiar noticias o para relevar a la guardia de abajo, mientras Bofur era izado al campamento. Bombur no subiría ni por la cuerda ni por el sendero.

—Soy demasiado gordo para esos paseos de mosca —dijo—. Me marearía, me pisaría la barba, y seríais trece otra vez. Y las cuerdas son demasiado delgadas y no aguantarían mi peso. —Por fortuna para él, esto no era cierto, como veréis.

Mientras tanto algunos de los enanos exploraron el antepecho más allá de la abertura, y descubrieron un sendero que conducía montaña arriba; pero no se atrevieron a aventurarse muy lejos por ese camino, ni tampoco servía de mucho. Fuera, allá arriba, reinaba el silencio, interrumpido sólo por el ruido del viento entre las grietas rocosas. Hablaban bajo y nunca gritaban o cantaban, pues el peligro acechaba en cada piedra. Los otros, que trataban de descubrir el secreto de la puerta, no tuvieron más éxito. Estaban demasiado ansiosos como para romperse la cabeza con las runas o las letras lunares, pero trabajaron sin descanso buscando la puerta escondida en la superficie lisa de la roca. Habían traído de la Ciudad del Lago picos y herramientas de muchas clases y al principio trataron de utilizarlos. Pero cuando golpearon la piedra, los mangos se hicieron astillas, y les sacudieron cruelmente los brazos, y las cabezas de acero se rompieron o doblaron como plomo. La minería, como vieron claramente, no era útil contra el encantamiento que había cerrado la puerta; y el ruido resonante los aterrorizó.

Bilbo se encontró sentado en el umbral, solo y aburrido. Por supuesto, en realidad no había umbral, pero llamaban así en broma al espacio con hierba entre el muro y la abertura, recordando las palabras de Bilbo en el agujero—hobbit durante la tertulia inesperada, hacía tanto tiempo, cuando dijo que él podría sentarse en el umbral hasta que ellos pensasen algo. Y sentarse y pensar fue lo que hicieron, o divagar más y más a la buenaventura, y ponerse cada vez más huraños.

Los ánimos se habían levantado un poco con el descubrimiento del sendero, pero ahora los tenían ya por los pies; pero ni aun así iban a rendirse y marcharse. El hobbit no estaba mucho más contento que los enanos. No hacía nada, y sentado de espaldas a la pared de piedra, miraba fijamente por la abertura hacia el

poniente, por encima del risco y las amplias llanuras, hacia la pared del Bosque Negro y las tierras de más allá, en las que a veces creía ver reflejos de las Montañas Nubladas, lejanas y pequeñas. Si los enanos le preguntaban qué estaba haciendo, contestaba:

—Dijisteis que sentarme en el umbral y pensar sería mi trabajo, aparte de entrar; así que estoy sentado y pensando. —Pero me temo que no pensaba mucho en su tarea, sino en lo que había más allá de la lejanía azul, la tranquila Tierra del Poniente, y el agujero—hobbit bajo La Colina.

Una piedra gris yacía en medio de la hierba y él la observaba melancólico o miraba los grandes caracoles. Parecía que les gustaba la nave cerrada con muros de piedra fría, y había muchos de gran tamaño que se arrastraban lenta y obstinadamente por los lados.

—Mañana empieza la última semana de otoño —dijo un día Thorin.

—Y el invierno viene detrás —dijo Bifur.

—Y luego otro año —dijo Dwalin—, y nos crecerán las barbas y colgarán riscos abajo hasta el valle antes que aquí haya novedades. ¿Qué hace por nosotros el saqueador? Como tiene el anillo, y ya tendría que saber manejarlo muy bien, estoy empezando a pensar que podría cruzar la Puerta Principal y reconocer un poco el terreno.

Bilbo oyó esto (los enanos estaban en las rocas justo sobre el recinto dónde él se sentaba) y "¡Vaya!" se dijo.

"De modo que eso es lo que están pensando, ¿no? Siempre soy yo el pobrecito que tiene que sacarlos de dificultades, al menos desde que el mago nos dejó. ¿Qué voy a hacer? ¡Podía haber adivinado que algo espantoso me pasaría al final! No creo que soporte ver otra vez el desgraciado país de Valle y menos esa puerta que echa vapor."

Esa noche se sintió muy triste y apenas durmió. Al día siguiente los enanos se dispersaron en varias direcciones; algunos estaban entrenando a los poneys allá abajo, otros erraban por la ladera de la montaña. Bilbo pasó todo el día abatido, sentado en la nave de hierba, clavando los ojos en la piedra gris, o mirando hacia afuera al oeste, a través de la estrecha abertura. Tenía la rara impresión de que estaba esperando algo. "Quizá el mago aparezca hoy de repente", pensaba.

Si levantaba la cabeza alcanzaba a ver el bosque lejano. Cuando el sol se inclinó hacia el oeste, hubo un destello amarillo sobre las copas de los árboles, como si la luz se hubiese enredado en las últimas hojas claras. Pronto vio el disco anaranjado del sol que bajaba a la altura de sus ojos. Fue hacia la abertura y allí, sobre el borde de la Tierra, había una delgada luna nueva, pálida y tenue.

En ese mismo momento oyó un graznido áspero. Detrás, sobre la piedra gris en la hierba, había un zorzal enorme, negro casi como el carbón, el pecho amarillo claro, salpicado de manchas oscuras. ¡Crac! Había capturado un caracol y lo golpeaba contra la piedra. ¡Crac! ¡Crac!

De repente Bilbo entendió. Olvidando todo peligro, se incorporó y llamó a los enanos, gritando y moviéndose. Aquellos que estaban más próximos se acercaron tropezando sobre las rocas y tan rápido como podían a lo largo del antepecho, preguntándose qué demonios pasaba; los otros gritaron que los izaran con las cuerdas (excepto Bombur, que por supuesto estaba dormido).

Bilbo se explicó rápidamente. Todos guardaron silencio: el hobbit de pie junto a la piedra gris, y los enanos observando impacientes, meneando las barbas. El sol bajó y bajó, y las esperanzas menguaron. El sol se hundió en un anillo de nubes enrojadas y desapareció. Los enanos gruñeron, pero Bilbo siguió allí de pie, casi sin moverse. La pequeña luna estaba tocando el horizonte. Llegaba el anochecer.

Entonces, de modo inesperado, cuando ya casi no les quedaban esperanzas, un rayo rojo de sol escapó como un dedo por el rasgón de una nube. El destello de luz llegó directamente a la nave atravesando la abertura y cayó sobre la lisa superficie de roca. El viejo zorzal, que había estado mirando desde lo alto con ojos pequeños y brillantes, inclinando la cabeza, soltó un sonoro gorjeo. Se oyó un crujido. Un trozo de roca se desprendió de la pared y cayó. De repente apareció un orificio, a unos tres pies del suelo.

En seguida, temiendo que la oportunidad se esfumase, los enanos corrieron hacia la roca y la empujaron, en vano.

—¡La llave! ¡La llave! — gritó Bilbo entonces— ¿Dónde está Thorin?

Thorin se acercó de prisa.

—¡La llave! — gritó Bilbo—. ¡La llave que estaba con el mapa! ¡Prueba ahora, mientras todavía hay tiempo!

Entonces Thorin se adelantó, quitó la llave de la cadena que le colgaba del cuello, y la metió en el orificio. ¡Entraba y giraba! ¡Zas! El rayo desapareció, el sol se ocultó, la luna se fue, y el anochecer se extendió por el cielo.

Entonces todos empujaron a la vez, y una parte de la pared rocosa cedió lentamente. Unas grietas largas y rectas aparecieron y se ensancharon. Una puerta de tres pies de ancho y cinco de alto asomó poco a poco, y sin un sonido se movió hacia adentro. Parecía como si la oscuridad fluyese como un vapor del agujero de la montaña, y una densa negrura, en la que nada podía verse, se extendió ante la compañía: una boca que bostezaba y llevaba adentro y abajo.

Durante un largo rato los enanos permanecieron inmóviles en la oscuridad ante la puerta, y discutieron, hasta que al final Thorin habló:

—Ha llegado el momento de que nuestro estimado señor Bolsón, que ha probado ser un buen compañero en nuestro largo camino, y un hobbit de coraje y recursos muy superiores a su talla, y si se me permite decirlo, con una buena suerte que excede en mucho la ración común, ha llegado el momento, digo, de que lleve a cabo el servicio para el que fue incluido en la compañía; ha llegado el momento de que el señor Bolsón gane su recompensa.

Estáis familiarizados con el estilo de Thorin en las ocasiones importantes, de modo que no os daré otras muestras, aunque continuó así durante un tiempo. Por

cierto, la ocasión era importante, pero Bilbo se impacientó. Por entonces ya conocía bastante bien a Thorin, y sabía a dónde iba a parar.

—Si quieres decir que mi trabajo es introducirme primero en el pasadizo secreto, oh Thorin Escudo de Roble, hijo de Thrain, que tu barba sea todavía más larga —dijo malhumorado—. ¡Dilo así de una vez y se acabó! Podría rehusarme. Ya os he sacado de dos aprietos que no creo que estuviesen en él convenio original, y me parece que ya me he ganado alguna recompensa. Pero 'a la tercera va la vencida', como mi padre solía decir, y en cierto modo no pienso rehusarme. Tal vez esté aprendiendo a confiar en mi buena suerte, más que en los viejos tiempos. — Quería decir en la última primavera, antes de dejar la casa de la colina, pero parecía, que hubiesen pasado siglos,— Sin embargo creo que iré y echaré un vistazo en seguida, para terminar de una vez. Bien, ¿quién viene conmigo?

No esperaba un coro de voluntarios, de modo que no se decepcionó. Fíli y Kili parecían incómodos y vacilaban con un pie en el aire, pero los otros no se inmutaron, excepto el viejo Balin, el vigía, quien se había encariñado con el hobbit. Dijo que al menos entraría, y tal vez recorriera también un trecho, dispuesto a gritar socorro si era necesario.

Lo mejor que se puede decir de los enanos es lo siguiente: se proponían pagar con generosidad los servicios de Bilbo; lo habían traído para hacer un trabajo que les desagradaba, y no les importaba cómo se las arreglaría aquel pobre y pequeño compañero, siempre que llevara a cabo la tarea. Hubieran hecho todo lo posible por sacarlo de apuros, si se metía con ellos, como en el caso de los ogros, al principio de la aventura, antes de que tuviesen una verdadera razón para sentirse agradecidos. Así es: los enanos no son héroes, sino gente calculadora, con una idea precisa del valor del dinero; algunos son ladinos y falsos; y bastante malos tipos; y otros en cambio son bastante decentes, como Thorin y compañía, si no se les pide demasiado.

Las estrellas aparecían detrás de él en un cielo pálido cruzado por nubes negras, cuando el hobbit se deslizó por el portón encantado y entró sigiloso en la Montaña. Avanzaba con una facilidad que no había esperado. Esta no era una entrada de trasgos, ni una tosca cueva de elfos. Era un pasadizo construido por enanos, en el tiempo en que habían sido muy ricos y hábiles: recto como una regla, de suelo y paredes pulidas, descendía poco a poco y llevaba directamente a algún destino distante en la oscuridad de abajo.

Al cabo de un rato Balin deseó —¡Buena suerte! —y Bilbo se detuvo donde todavía podía ver el tenue contorno de la puerta, y por alguna peculiaridad acústica del túnel, oír el sonido de las voces que murmuraban afuera. Entonces el hobbit se puso el anillo, y enterado por los ecos de que necesitaría ser más precavido que un hobbit, si no quería hacer ruido, se arrastró en silencio hacia abajo, abajo, abajo en la oscuridad. Iba temblando de miedo, pero con una expresión firme y ceñuda en la cara menuda. Ya era un hobbit muy distinto del que había escapado corriendo de Bolsón Cerrado sin un pañuelo de bolsillo. No tenía un pañuelo de bolsillo desde hacía siglos. Aflojó la daga en la vaina, se apretó el cinturón y prosiguió.

"Ahora ya estás dentro y allá vas, Bilbo Bolsón", se dijo, "Tú mismo metiste la pata justo a tiempo aquella noche, ¡y ahora tienes que sacarla y pagar! ¡Cielos, qué tonto fui y qué tonto soy!", añadió la parte menos Tuk del hobbit. "No tengo ningún interés en tesoros guardados por dragones, y no me molestaría que todo el montón se quedara aquí para siempre, si yo pudiese despertar y descubrir que este túnel condenado es el zaguán de mi propia casa!"

Desde luego no despertó, sino que continuó adelante, hasta que toda señal de la puerta se hubo desvanecido detrás y a lo lejos. Estaba completamente solo. Pronto pensó que empezaba a hacer calor. "¿Es alguna especie de luz, lo que creo ver acercándose justo enfrente, allá abajo?" se dijo.

Lo era. A medida que avanzaba crecía y crecía, hasta que no hubo ninguna duda. Era una luz rojiza de color cada vez más vivo. Ahora era también indudable que hacía calor en el túnel. Jirones de vapor flotaron y pasaron encima del hobbit que empezó a sudar. Algo, además, comenzó a resonarle en los oídos, una especie de burbujeo, como el ruido de una gran olla que galopa sobre las llamas, mezclado con un retumbe como el ronroneo de un gato gigantesco. El ruido creció hasta convertirse en el inconfundible gorgoteo de algún animal enorme que roncaba en sueños allá abajo en la tenue luz rojiza frente a él.

En este mismo momento Bilbo se detuvo. Seguir adelante fue la mayor de sus hazañas. Las cosas tremendas que después ocurrieron no pueden compararse. Libró la verdadera batalla en el túnel, a solas, antes de llegar a ver el enorme y acechante peligro. De todos modos, luego de una breve pausa, se adelantó otra vez; y podéis imaginaros cómo llegó al final del túnel, una abertura muy parecida a la puerta de arriba, por la forma y el tamaño: El hobbit asoma la cabecita. Ante él yace el inmenso y más profundo sótano o mazmorra de los antiguos enanos, en la raíz misma de la Montaña. La vastedad del sótano en penumbras sólo puede ser una vaga suposición, pero un gran resplandor se alza en la parte cercana del piso de piedra. ¡El resplandor de Smaug!

Allí yacía, un enorme dragón aureorrojizo, que dormía profundamente; de las fauces y narices le salía un ronquido, e hilachas de humo, pero los fuegos eran apenas unas brasas llameantes. Debajo del cuerpo y las patas y la larga cola enroscada, y todo alrededor, extendiéndose lejos por los suelos invisibles, había incontables pilas de preciosos objetos, oro labrado y sin labrar, gemas y joyas, y plata que la luz teñía de rojo.

Smaug yacía, con las alas plegadas como un inmenso murciélago, medio vuelto de costado, de modo que el hobbit alcanzaba a verle la parte inferior, y el vientre largo y pálido incrustado con gemas y fragmentos de oro de tanto estar acostado en ese lecho valioso. Detrás, en las paredes más próximas, podían verse confusamente cotas de malla, y hachas, espadas, lanzas y yelmos colgados; y allí, en hileras, había grandes jarrones y vasijas, rebosantes de una riqueza inestimable.

INFORMACIÓN SECRETA

Decir que Bilbo se quedó sin aliento no es suficiente. No hay palabras que alcancen a expresar ese asombro abrumador desde que los Hombres cambiaron el lenguaje que aprendieron de los Elfos, en los días en que el mundo entero era maravilloso. Bilbo había oído antes relatos y cantos sobre tesoros ocultos de dragones, pero el esplendor, la magnificencia, la gloria de un tesoro semejante, no había llegado nunca a imaginarlos. El encantamiento lo traspasó y le colmó el corazón, y entendió el deseo de los enanos; y absorto e inmóvil, casi olvidando al espantoso guardián, se quedó mirando el oro, que sobrepasaba toda cuenta y medida.

Contempló el oro durante un largo tiempo, hasta que arrastrado casi contra su voluntad avanzó sigiloso desde las sombras del umbral, cruzando el salón hasta el borde más cercano de los montículos del tesoro. El dragón dormía encima, una horrenda amenaza aun ahora. Bilbo tomó un copón de doble asa, de los más pesados que podía cargar, y echó una temerosa mirada hacia arriba. Smaug sacudió un ala, desplegó una garra, y el retumbe de los ronquidos cambió de tono.

Entonces Bilbo escapó corriendo. Aunque el dragón no despertó —no todavía—, pero tumbado allí, en el salón robado, tuvo sueños de avaricia y violencia, mientras el pequeño hobbit regresaba penosamente por el largo túnel. El corazón le saltaba en el pecho, y un temblor más febril que el del descenso le atacaba las piernas, pero no soltaba el copón, y su principal pensamiento era: "¡Lo hice! y esto les demostrará quién soy. ¡Un tendero más que un saqueador, que se creen ellos eso! Bien, no volverán a mencionarlo."

Y tampoco lo mencionó él. Balín estaba encantado de volver a ver al hobbit, y sentía una alegría que era también asombro. Abrazó a Bilbo y lo llevó fuera, al aire libre. Era medianoche y las nubes habían cubierto las estrellas, pero Bilbo continuaba con los ojos cerrados, boqueando y reanimándose con el aire fresco, casi sin darse cuenta de la excitación de los enanos, y de cómo lo alababan y lo palmeaban, y se ponían a su servicio, ellos y todas las familias de los enanos, y las generaciones venideras.

Los enanos aún se pasaban el copón de mano en mano y charlaban animados de la recuperación del tesoro, cuando de repente algo retumbó en el interior de la montaña, como si un antiguo volcán se hubiese decidido a entrar otra vez en erupción. Detrás de ellos la puerta se movió acercándose, y una piedra la bloqueó impidiendo que se cerrara, pero desde las lejanas profundidades y por el largo túnel subían unos horribles ecos de bramidos y de un andar pesado, que estremecía el suelo.

Ante eso los enanos olvidaron su dicha y las seguras jactancias de momentos antes, y se encogieron aterrorizados. Smaug era todavía alguien que convenía recordar. No es nada bueno no tener en cuenta a un dragón vivo, sobre todo si habita cerca. Es posible que los dragones no saquen provecho a todas las riquezas que guardan, pero en general las conocen hasta la última onza, sobre todo después de una larga posesión; y Smaug no era diferente. Había pasado de un sueño intranquilo (en el que un guerrero, insignificante del todo en tamaño, pero provisto de una afilada espada y de gran valor, actuaba de un modo muy

poco agradable) a uno ligero, y al fin se espabiló por completo. Había un hálito extraño en la cueva. ¿Podría ser una corriente que venía del pequeño agujero? Nunca se había sentido muy contento con él, aunque era tan reducido, y ahora lo miraba feroz y receloso, preguntándose por qué no lo habría tapado. En los últimos días creía haber oído los ecos indistintos de unos golpes allá arriba. Se movió y estiró el cuello hacia adelante, husmeando.

¡Entonces notó que faltaba el copón!

¡Ladrones! ¡Fuego! ¡Muerte! ¡Nada semejante le había ocurrido desde que llegara por primera vez a la Montaña! La ira del dragón era indescriptible, esa ira que sólo se ve en la gente rica que no alcanza a disfrutar de todo lo que tiene, y que de pronto pierde algo que ha guardado durante mucho tiempo, pero que nunca ha utilizado o necesitado. Smaug vomitaba fuego, el Salón humeaba, las raíces de la Montaña se estremecían. Golpeó en vano la cabeza contra el pequeño agujero, y enroscando el cuerpo, rugiendo como un trueno subterráneo, se precipitó fuera de la guarida profunda, cruzó las grandes puertas, y entró en los vastos pasadizos de la montaña—palacio, y fue arriba, hacia la Puerta Principal.

Buscar por toda la montaña hasta atrapar al ladrón y despedazarlo y pisotearlo era el único pensamiento de Smaug. Salió por la Puerta, las aguas se alzaron en un vapor siseante y fiero, y él se elevó ardiendo en el aire, y se posó en la cima de la montaña envuelto en un fuego rojo y verde. Los enanos oyeron el sonido terrible de las alas del dragón, y se acurrucaron contra los muros de la terraza cubierta de hierba, ocultándose detrás de los peñascos, esperando de alguna manera escapar a aquellos ojos terroríficos.

Habrían muerto todos si no fuese por Bilbo, una vez más. —¡Rápido! ¡Rápido! —jadeó—. ¡La puerta! ¡El túnel! Aquí no estamos seguros.

Los enanos reaccionaron, y ya estaban a punto de arrastrarse al interior del túnel, cuando Bifur dio un grito: —¡Mis primos! Bombur y Bofur. Los hemos olvidado. ¡Están allá abajo en el valle!

—Los matará, y también a nuestros poneys, y lo perderemos todo —se lamentaron los demás—. Nada podemos hacer.

—¡Tonterías! —dijo Thorin, recobrando su dignidad—, No podemos abandonarlos. Entrad, señor Bolsón y Balín, y vosotros dos, Fíli y Kili; el dragón no nos atrapará a todos. Ahora vosotros, los demás, ¿dónde están las cuerdas? ¡De prisa!

Estos fueron tal vez los momentos más difíciles por los que habían tenido que pasar. Los horribles estruendos de la cólera de Smaug resonaban arriba en las distantes cavidades de piedra; en cualquier momento podría bajar envuelto en llamas o volar girando en círculos y descubrirlos allí, al borde del despeñadero, tirando desaforados de las cuerdas. Arriba llegó Bofur, y aún todo seguía en calma. Arriba llegó Bombur resoplando y sin aliento mientras las cuerdas crujían, y aún todo seguía en calma. Arriba llegaron herramientas y fardos con provisiones, y entonces una amenaza se cernió sobre ellos.

Se oyó un zumbido chirriante. Una luz rojiza tocó las crestas de las rocas. El dragón se acercaba.

Apenas tuvieron tiempo para correr de vuelta al túnel, arrastrando y tirando de los fardos, cuando Smaug apareció como un rayo desde el norte, lamiendo con fuego las laderas de la montaña, batiendo las grandes alas en el aire que rugía como un huracán. El aliento arrasó la hierba ante la puerta y alcanzó la grieta por donde habían entrado a esconderse, y los chamuscó, Unos fuegos crepitantes se elevaban saltando, y las sombras de las piedras negras danzaban en torno, Entonces, mientras el dragón pasaba otra vez volando, cayó la oscuridad. Los poneyes chillaron de terror, rompieron las cuerdas y escaparon al galope. El dragón dio media vuelta, corrió tras ellos, y desapareció.

—¡Este será el final de nuestras pobres bestias! —dijo Thorin— Nada que Smaug haya visto puede escapársele. ¡Aquí estamos y aquí tendremos que estar, a menos que a alguien se le ocurra volver a pie hasta el río, y con Smaug al acecho!

¡No era un pensamiento agradable! Se arrastraron túnel abajo estremeciéndose, aunque hacía calor y el aire era pesado, y allí esperaron hasta que el alba pálida se coló por la rendija de la puerta. Durante toda la noche pudieron oír una y otra vez el creciente fragor del dragón, que volaba y pasaba junto a ellos, y se perdía dando vueltas y vueltas a la montaña, buscándolos en las laderas.

Los poneyes y los restos del campamento le hicieron suponer que unos hombres habían venido del río y el lago, escalando la ladera de la montaña desde el valle. Pero la puerta resistió la inquisitiva mirada, y la pequeña nave de paredes altas contuvo las llamas más feroces. Largo tiempo llevaba ya al acecho sin ningún resultado cuando el alba enfrió la cólera de Smaug, que regresó al lecho dorado para dormir y reponer fuerzas. No olvidaría ni perdonaría el robo, ni aunque mil años lo convirtiesen en una piedra humeante; él seguiría esperando. Despacio y en silencio se arrastró de vuelta a la guarida, y cerró a medias los ojos.

Cuando llegó la mañana, el terror de los enanos disminuyó. Entendieron que peligros de esta índole eran inevitables con semejante guardián, y que por ahora no servía de nada abandonar la búsqueda. Pero tampoco podían escapar, como Thorin había apuntado. Los poneyes estaban muertos o perdidos, y Bilbo y los enanos tendrían que esperar a que Smaug dejara de vigilarlos, antes de que se atrevieran a recorrer a pie el largo camino. Por fortuna conservaban buena parte de las provisiones, que aún podían durarles un tiempo. Discutieron largamente sobre el próximo paso, pero no encontraron modo de deshacerse de Smaug, que siempre había sido el punto débil de todos los planes, como Bilbo se adelantó a señalar. Luego, como ocurre con las gentes que no saben qué hacer ni qué decir, empezaron a quejarse del hobbit, culpándolo por lo que en un principio tanto les había agradado: apoderarse de una copa y despertar tan pronto la cólera de Smaug.

—¿Qué otra cosa se supone que ha de hacer un Saqueador? —les preguntó Bilbo enfadado—. A mi no me encomendaron matar dragones, lo que es trabajo de guerreros, sino robar el tesoro. Hice hasta ahora lo que creía mejor. ¿Acaso pensabais que regresaría trotando, con todo el botín de Thrór a mis espaldas? Si vais a quejaros, creo que tengo derecho a dar mi opinión. Tendríais que haber traído quinientos saqueadores y no uno. Estoy seguro de que esto honra a vuestro

abuelo, pero recordad que nunca me hablasteis con claridad de las dimensiones del tesoro. Necesitaría centenares de años para subirlo todo hasta aquí, aunque yo fuese cincuenta veces más grande, y Smaug tan inofensivo cómo un conejo.

Por supuesto, los enanos se disculparon. —¿Entonces qué nos propones, señor Bolsón? —preguntó Thorin cortésmente.

-Por el momento no se me ocurre nada, si te refieres a trasladar el tesoro. Para eso, como es obvio, necesitamos que la suerte cambie, y que podamos deshacernos de Smaug. Deshacerse de dragones es algo que no está para nada en mi línea, pero trataré de pensarlo lo mejor que pueda. Personalmente no tengo ninguna esperanza, y desearía estar de vuelta en casa y a salvo.

—¡Deja eso por el momento! ¿Qué haremos ahora?

—Bien, si realmente quieres mi consejo, te diré que no tenemos nada que hacer excepto quedarnos donde estamos. Seguro que durante el día podremos arrastrarnos fuera y tomar aire fresco sin ningún peligro. Quizá pronto sea posible elegir a uno o dos para que regresen al depósito junto al río y traigan más víveres. Pero entretanto, y por la noche, todos tienen que quedarse bien metidos en el túnel.

"Bien, os haré una proposición. Tengo aquí mi anillo, y descenderé este mismo mediodía, pues a esa hora Smaug estará echando una siesta, y quizá algo ocurra. 'Todo gusano tiene su punto débil', como solía decir mi padre, aunque estoy seguro de que nunca llegó a comprobarlo él mismo.

Por supuesto, los enanos aceptaron en seguida la proposición. Ya habían llegado a respetar al pequeño Bilbo. Ahora se había convertido en el verdadero líder de la aventura. Empezaba a tener ideas y planes propios. Cuando llegó el mediodía, se preparó para otra expedición al interior de la Montaña. No le gustaba nada, clara está, pero no era tan malo ahora que sabía de algún modo lo que le esperaba delante. Si hubiese estado más enterado de las mañas astutas de los dragones, podría haberse sentido más asustado y menos seguro de sorprenderlo mientras dormía.

El sol brillaba cuando partió, pero el túnel estaba tan oscuro como la noche. A medida que descendía, la luz de la puerta entornada iba desvaneciéndose. Tan silenciosa era la marcha de Bilbo que el humo arrastrado por una brisa apenas hubiera podido aventajarlo, y empezaba a sentirse un poco orgulloso de sí mismo mientras se acercaba a la puerta inferior. Lo único que se veía era un resplandor muy tenue.

"El viejo Smaug está cansado y dormido", pensó. "No puede verme y no me oirá. ¡Animo, Bilbo!" Había olvidado el sentido del olfato de los dragones, o quizá nadie se lo había dicho antes. Un detalle que también conviene tener en cuenta es que pueden dormir con un ojo entornado, si tiene algún recelo.

En realidad, Smaug parecía profundamente dormido, casi muerto y apagado, con un ronquido que era apenas unas bocanadas de vapor invisible, cuando Bilbo se asomó otra vez desde la entrada. Estaba a punto de dar un paso hacia el salón cuando alcanzó a ver un repentino rayo rojo, débil y penetrante, que venía de la

caída ceja izquierda de Smaug. ¡Sólo se hacía el dormido! ¡Vigilaba la entrada del túnel! Bilbo dio un rápido paso atrás y bendijo la suerte de haberse puesto el anillo. Entonces Smaug habló:

—¡Bien, ladrón! Te huelo y te siento. Oigo cómo respiras. ¡Vamos! ¡Sírrete de nuevo, hay mucho y de sobra!

Pero Bilbo no era tan ignorante en materia de dragones como para acercarse, y si Smaug esperaba conseguirlo con tanta facilidad, quedó decepcionado. —¡No gracias, oh Smaug el Tremendo! —replicó el hobbit— No vine a buscar presentes. Sólo deseaba echarte un vistazo y ver si eras tan grande como en los cuentos. Yo no lo creía.

—¿Lo crees ahora? —dijo el dragón un tanto halagado, pero escéptico.

—En verdad canciones y relatos quedan del todo cortos frente a la realidad, ¡oh Smaug, la Más Importante, la Más Grande de las Calamidades! —replicó Bilbo.

—Tienes buenos modales para un ladrón y un mentiroso —dijo el dragón—. Pareces familiarizado con mi nombre, pero no creo haberte oído antes. ¿Quién eres y de dónde vienes, si puedo preguntar?

—¡Puedes, ya lo creo! Vengo de debajo de la colina, y por debajo de las colinas y sobre las colinas me condujeron los senderos. Y por el aire. Yo soy el que camina sin ser visto.

—Eso puedo creerlo —dijo Smaug—, pero no me parece que te llamen así comúnmente.

—Yo soy el descubre—indicios, el corta—telarañas, la, mosca de aguijón. Fui elegido por el número de la suerte.

—¡Hermosos títulos! —se mofó el dragón—, Pero los números de la suerte no siempre la traen.

—Yo soy el que entierra a sus amigos vivos, y los ahoga y los saca vivos otra vez de las aguas. Yo vengo de una bolsa cerrada, pero no he estado dentro de ninguna bolsa.

—Estos últimos ya no me suenan tan verosímiles —se burló Smaug.

—Yo soy el amigo de los osos y el invitado de las águilas. Yo soy el Ganador del Anillo y el Porta Fortuna; y yo soy el Jinete de Barril —prosiguió Bilbo comenzando a entusiasmarse con sus acertijos.

—¡Eso está mejor! —dijo Smaug—, ¡Pero no dejes que tu imaginación se desboque junto contigo!

Esta es, por supuesto, la manera de dialogar con los dragones, si no queréis revelarles vuestro nombre verdadero (lo que es juicioso), y tampoco queréis enfurecerlos con una negativa categórica (lo que es también muy juicioso). Ningún dragón se resiste a una fascinante charla de acertijos, y a perder el tiempo intentando comprenderla. Había muchas cosas aquí que Smaug no comprendía del todo (aunque espero que sí vosotros, ya que conocéis bien las aventuras de

que hablaba Bilbo); sin embargo, pensó que comprendía bastante y ahogó una risa en su malévolo interior.

"Así pensé anoche", se dijo sonriendo. "Hombres del Lago, algún plan asqueroso de esos miserables comerciantes de cubas, los Hombres del Lago, o yo soy una lagartija. No he bajado por ese camino durante siglos y siglos; ¡pero pronto remediaré ese error!"

—¡Muy bien, oh Jinete del Barril! —dijo en voz alta—, Tal vez tu poney se llamaba Barril, y tal vez no, aunque era bastante grueso. Puedes caminar sin que te vean, mas no caminaste todo el camino. Permíteme decirte que anoche me comí seis poneys, y que pronto atraparé y me comeré a todos los demás. A cambio de esa excelente comida, te daré un pequeño consejo, sólo por tu bien: ¡No hagas más tratos con enanos mientras puedas evitarlo!

—¡Enanos! —dijo Bilbo fingiendo sorpresa.

—¡No me hables! —dijo Smaug—. Conozco el olor (y el sabor) de los enanos mejor que nadie. ¡No me digas que me puedo comer un poney cabalgado por un enano y no darme cuenta! Irás de mal en peor con semejantes amigos, Ladrón Jinete de Barril. No me importa si vuelves y se lo dices a todos ellos de mi parte, —Pero no le dijo a Bilbo que había un olor desconcertante que no podía reconocer, el olor de hobbit.

—Supongo que conseguiste un buen precio por aquella copa anoche, ¿no? —continuó—. Vamos, ¿lo conseguiste? ¡Nada de nada! Bien, así son ellos. Y supongo que se quedaron afuera escondidos, y que tu tarea es hacer los trabajos peligrosos y llevarte lo que puedas mientras yo no miro... y todo para ellos. ¿Y tendrás una parte equitativa? ¡No lo creas! Considérate afortunado si sales con vida.

Bilbo empezaba ahora a sentirse realmente incómodo. Cada vez que el ojo errante de Smaug, que lo buscaba en las sombras, relampagueaba atravesándolo, se estremecía de pies a cabeza, y sentía el inexplicable deseo de echar a correr y mostrarse tal cual era, y decir toda la verdad a Smaug. En realidad corría el grave peligro de caer bajo el hechizo del dragón. Juntó coraje, y habló otra vez.

—No lo sabes todo, oh Smaug el Poderoso —dijo—, No sólo el oro nos trajo aquí.

—¡Ja, ja! Admites el "nos" —rió Smaug—. ¿Por qué no dices "nos los catorce" y asunto concluido, señor Número de la Suerte? Me complace oír que tenías otros asuntos aquí, además de mi oro. En ese caso, quizá no pierdas del todo el tiempo.

"No sé si pensaste que aunque pudieses robar el oro poco a poco, en unos cien años o algo así, no podrías llevarlo muy lejos. Y que no te sería de mucha utilidad en la ladera de la montaña. Ni de mucha utilidad en el bosque. ¡Bendita sea! ¿Nunca has pensado en el botín? Una catorceava parte, o algo parecido, fueron los términos, ¿eh? ¿Pero qué hay acerca de la entrega? ¿Qué acerca del acarreo? ¿Qué acerca de guardias armados y peajes? —Y Smaug rió con fuerza. Tenía un corazón astuto y malvado, y sabía que estas conjeturas no iban mal encaminadas, aunque sospechaba que los Hombres del Lago estaban detrás de

todos los planes, y que la mayor parte del botín iría a parar a la ciudad junto a la ribera, que cuando él era joven se había llamado Esgaroth.

Apenas me creeréis, pero el pobre Bilbo estaba de veras muy desconcertado. Hasta entonces todos sus pensamientos y energías se habían concentrado en alcanzar la Montaña y encontrar la puerta. Nunca se había molestado en preguntarse cómo trasladarían el tesoro, y menos cómo llevaría la parte que pudiera corresponderle por todo el camino de vuelta a Bolsón Cerrado, bajo la Colina.

Una fea sospecha se le apareció ahora en la mente:

¿habían olvidado los enanos también este punto importante, o habían estado riéndose de él con disimulo todo el tiempo? La charla de un dragón causa este efecto en la gente de poca experiencia. Bilbo, desde luego, no tenía que haber bajado la guardia; pero la personalidad de Smaug era en verdad irresistible.

—Puedo asegurarte —dijo, tratando de mantenerse firme y leal a sus amigos— que el oro fue sólo una ocurrencia tardía. Vinimos sobre la colina y bajo la colina, en la ola y el viento, por venganza, seguro que entiendes, oh Smaug el acaudalado invalorable, que con tu éxito te has ganado encarnizados enemigos.

Entonces sí que Smaug rió de veras: un devastador sonido que arrojó a Bilbo al suelo, mientras allá arriba en el túnel los enanos se acurrucaron agrupándose y se imaginaron que el hobbit había tenido un súbito y desagradable fin.

—¡Venganza! —bufó, y la luz de sus ojos iluminó el salón desde el suelo hasta el techo como un relámpago escarlata—. ¡Venganza! El Rey bajo la Montaña ha muerto, ¿y dónde están los descendientes que se atreven a buscar venganza? Girion, Señor de Valle, ha muerto, y yo me he comido a su gente como un lobo entre ovejas, ¿y dónde están los hijos de sus hijos que se atreven a acercarse? Yo mato donde quiero y nadie se atreve a resistir. Yo derribé a los guerreros de antaño y hoy no hay nadie en el mundo como yo. Entonces era joven y tierno. ¡Ahora soy viejo y fuerte, fuerte, fuerte, Ladrón de las Sombras! —gritó, y echó a Bilbo una mirada satisfecha y maligna— ¡Mí armadura es como diez escudos, mis dientes son espadas, mis garras lanzas, mi cola un rayo, mis alas un huracán, y mi aliento muerte!

—Siempre entendí —dijo Bilbo en un asustado chillido— que los dragones son más blandos por debajo, especialmente en esa región del... pecho; pero sin duda alguien tan fortificado ya lo habrá tenido en cuenta.

El dragón interrumpió bruscamente éstas jactancias. —Tu información es anticuada —espetó—. Estoy acorazado por arriba y por abajo con escamas de hierro y gemas duras. Ninguna hoja puede penetrarme.

—Tendría que haberlo adivinado —dijo Bilbo—. En verdad no conozco a nadie que pueda compararse con el Impenetrable Señor Smaug. ¡Qué magnificencia, un chaleco de diamantes!

—Sí, es realmente raro y maravilloso —dijo Smaug, complacido sin ninguna razón. No sabía que el hobbit había llegado a verle brevemente la peculiar cobertura del

pecho, en la visita anterior, y esperaba impaciente la oportunidad de mirar de más cerca, por razones particulares. El dragón se revolcó. —¡Mira! —dijo—. ¿Qué te parece?

—¡Deslumbrante y maravilloso! ¡Perfecto! ¡Impecable! ¡Asombroso! —exclamó Bilbo en voz alta, pero lo que pensaba en su interior era: "¡Viejo tonto! ¡Ahí, en el hueco del pecho izquierdo hay una parte tan desnuda como un caracol fuera de casa!"

Habiendo visto lo que quería ver, la única idea del señor Bolsón era marcharse. —Bien, no he de detener a Vuestra Magnificencia por más tiempo —dijo—, ni robarle un muy necesitado reposo. Capturar poneys da algún trabajo, creo, si parten con ventaja. Lo mismo ocurre con los saqueadores —añadió como observación de despedida mientras se precipitaba hacia atrás y huía subiendo por el túnel.

Fue un desafortunado comentario, pues el dragón escupió unas llamas terribles detrás de Bilbo, y aunque él corría pendiente arriba, no se había alejado tanto como para sentirse a salvo antes que Smaug lanzara el cráneo horroroso contra la entrada del túnel. Por fortuna no pudo meter toda la cabeza y las mandíbulas, pero las narices echaron fuego y vapor detrás del hobbit, que casi fue vencido, y avanzó a ciegas tropezando, y con gran dolor y miedo. Se había sentido bastante complacido consigo mismo luego de la astuta conversación con Smaug, pero el error del final le había devuelto bruscamente la sensatez.

"¡Nunca te rías de dragones vivos, Bilbo imbécil!" se dijo, y esto se convertiría en uno de sus dichos favoritos en el futuro, y se transformaría en un proverbio. "Todavía no terminaste esta aventura" agregó, y esto fue bastante cierto también.

La tarde se cambiaba en noche cuando salió otra vez y trastabilló y cayó desmayado en el "umbral". Los enanos lo reanimaron y le curaron las quemaduras lo mejor que pudieron; pero pasó mucho tiempo antes de que los pelos de la nuca y los talones le creciesen de nuevo; pues el fuego del dragón los había rizado y chamuscado hasta dejarle la piel completamente desnuda. Entretanto, los enanos trataron de levantarle el ánimo; querían que Bilbo les contara en seguida lo que había ocurrido, y en especial querían saber por qué el dragón había hecho aquel ruido tan espantoso, y cómo Bilbo había escapado.

Pero el hobbit estaba preocupado e incómodo, y les costó sacarle unas pocas palabras. Pensándolo ahora, lamentaba haberle dicho al dragón algunas cosas, y no tenía ganas de repetir las. El viejo zorzal estaba posado en una roca próxima, inclinando la cabeza, escuchando todo lo que hablaban. Lo que pasó entonces muestra el malhumor de Bilbo: recogió una piedra y se la arrojó al zorzal. El pájaro aleteó haciéndose a un lado y volvió a posarse.

—¡Maldito pájaro! —dijo Bilbo enojado— Creo que está escuchando, y no me gusta nada ese aspecto que tiene.

—¡Déjalo en paz! —dijo Thorin—. Los zorzales son buenos y amistosos: éste es un pájaro realmente muy viejo, y tal vez el último de la antigua estirpe que acostumbraba a vivir en esta región, dóciles a las manos de mi padre y mi abuelo. Era una longeva y mágica raza, y quizá éste sea uno de los que vivían aquí

entonces, hace un par de cientos de años o más. Algunos hombres de Valle entendían el lenguaje de estos pájaros, y los mandaban como mensajeros a los hombres del lago y a otras partes.

—Bien, tendrá nuevas que llevar a la Ciudad del Lago entonces, si es eso lo que pretende —dijo Bilbo—. Aunque supongo que allí no queda nadie que se preocupe por el lenguaje de los zorzales.

—Pero ¿qué ha sucedido? —gritaron los enanos— ¡Vamos, no interrumpas la historia!

De modo que Bilbo les contó lo que pudo recordar, y confesó que tenía la desagradable impresión de que el dragón había adivinado demasiado bien todos los acertijos sobre los campamentos y los poneys. —Estoy seguro de que sabe de dónde venimos, y que nos ayudaron en Ciudad del Lago; y tengo el hondo presentimiento de que podría ir muy pronto en esa dirección. Desearía no haber hablado nunca del Jinete del Barril; en estos lugares aun un conejo ciego pensaría en los hombres del Lago.

—¡Bueno, bueno! Ya no puede enmendarse, y es difícil no cometer un desliz cuando hablas con un dragón, o así he oído decir —lo consoló Balin— Yo pienso que lo hiciste muy bien, y de todos modos has descubierto algo muy útil, y has vuelto vivo, y esto es más de lo que puede contar la mayoría de quienes hablaron con gentes como Smaug. Puede ser una suerte, y aun una bendición, saber que ese viejo gusano tiene un sitio desnudo en el chaleco de diamantes.

Aquello cambió la conversación, y todos empezaron a hablar de matanzas de dragones, históricas, dudosas y míticas; y de las distintas puñaladas, mandobles, estocadas al vientre, y las diferentes artes, trampas y estratagemas por las que tales hazañas habían sido llevadas a cabo. De acuerdo con la opinión general, sorprender a un dragón que echaba una siesta no era tan fácil como parecía, y el intento de golpear o pinchar a uno dormido podía ser más desastroso que un audaz ataque frontal. Mientras ellos hablaban, el zorzal no dejaba de escuchar, hasta que por último, cuando asomaron las primeras estrellas, abrió en silencio las alas y se alejó volando. Y mientras hablaban y las sombras crecían, Bilbo se sentía cada vez más desdichado e inquieto por lo que podía ocurrir.

Por fin los interrumpió. —Sé que aquí no estamos seguros —dijo—. Y no veo razón para quedarnos. El dragón ha marchitado todo lo que era verde y agradable, y además ha llegado la noche y hace frío. Pero siento en los huesos que este sitio será atacado otra vez. Smaug sabe cómo bajé hasta el salón, y descubrirá dónde termina el túnel. Destruirá toda esta ladera, si es necesario, para impedir que entremos, y si las piedras nos aplastan, más le gustará.

—¡Estás muy siniestro señor Bolsón! —dijo Thorin—. ¿Por qué Smaug no ha bloqueado entonces el extremo de abajo, si tanto quiere tenernos fuera? No lo ha hecho, o lo habríamos oído.

—No sé, no sé... porque al principio quiso probar a atraerme de nuevo, supongo, y ahora quizá espera porque antes quiere concluir la cacería de la noche, o porque

no quiere estropear el dormitorio, si puede evitarlo... pero preferiría que no discutiéramos. Smaug puede aparecer ahora en cualquier momento, y nuestra única esperanza es meternos en el tonel y luego cerrar bien la puerta.

Parecía tan serio que los enanos hicieron al fin lo que decía, aunque se demoraron en cerrar la puerta. Les parecía un plan desesperado, pues nadie sabía si podrían abrirla desde dentro, o cómo, y la idea de quedar encerrados en un sitio cuya única salida cruzaba la guarida del dragón, no les gustaba mucho. Además todo parecía en calma, tanto fuera como abajo en el túnel. De modo que se quedaron sentados dentro un largo rato, no muy lejos de la puerta entornada, y continuaron hablando.

La conversación pasó entonces a comentar las malvadas palabras del dragón acerca de los enanos. Bilbo deseaba no haberlas escuchado jamás, o al menos estar seguro de que los enanos eran en verdad honestos, cuando decían que no habían pensado nunca en lo que ocurriría luego de haber obtenido el tesoro. — Sabíamos que sería una aventura desesperada —dijo Thorin—, y lo sabemos todavía; y pienso todavía que cuando hayamos ganado habrá tiempo de resolver el problema. En cuanto a lo que es tuyo, señor Bolsón, te aseguro que te estamos más que agradecidos, y que escogerás tu propia catorceava parte tan pronto como haya algo que dividir. Lo lamento si estás preocupado acerca del transporte, y admito que las dificultades son grandes (las tierras no se han vuelto menos salvajes con el paso del tiempo, más bien lo contrario), pero haremos lo que podamos por ti, y cargaremos con nuestra parte del costo cuando llegue el momento. ¡Créeme o no, como quieras!

De esto la conversación pasó al gran tesoro escondido, y a las cosas que Thorin y Balin recordaban. Se preguntaron si estarían todavía intactas allí abajo en el salón: las lanzas que habían sido hechas para los ejércitos del Rey Blador el Flaco (muerto tiempo atrás), cada una con una moharra forjada tres veces y astas con ingeniosas incrustaciones de oro, y que nunca habían sido entregadas o pagadas; escudos hechos para guerreros fallecidos hacía tiempo; la gran copa de oro de Thror, de dos asas, martillada y labrada con pájaros y flores de ojos y pétalos enjorjados; cotas impenetrables de malla, de oro y plata; el collar de Girion, Señor de Valle, de quinientas esmeraldas verdes como la hierba que hizo engarzar para la investidura del hijo mayor en una cota de anillos eslabonados que nunca se había hecho antes, pues estaba trabajada en plata pura con el poder y la fuerza del triple acero. Pero lo más hermoso era la gran gema blanca, encontrada por los enanos bajo las raíces de la Montaña, el Corazón de la Montaña, la Piedra del Arca de Thrain.

—¡La Piedra del Arca! ¡La piedra del Arca! —susurró Thorin en la oscuridad, medio soñando con el mentón sobre las rodillas—. ¡Era como un globo de mil facetas; brillaba como la plata al resplandor del fuego, como el agua al sol, como la nieve bajo las estrellas, como la lluvia sobre la Luna!

Pero el deseo encantado del tesoro ya no animaba a Bilbo. A lo largo de la charla, apenas había prestado atención. Era el que estaba más cerca de la puerta, con un oído vuelto a cualquier comienzo de sonido fuera, y el otro atento a los ecos que

podieran resonar por encima del murmullo de los enanos, a cualquier rumor de un movimiento en los abismos.

La oscuridad se hizo más profunda y Bilbo se sentía cada vez más intranquilo. — ¡Cerrad la puerta! —les rogó— El miedo al dragón me estremece hasta los tuétanos. Me gusta mucho menos este silencio que el tumulto de la noche pasada. ¡Cerrad la puerta antes que sea demasiado tarde!

Algo en la voz de Bilbo hizo que los enanos se sintieran incómodos. Lentamente, Thorin se sacudió los sueños de encima, y luego se incorporó y apartó de un puntapié la piedra que calzaba la puerta. En seguida todos la empujaron, y la puerta se cerró con un crujido y un golpe. Ninguna traza de cerradura era visible ahora en el costado de la piedra. ¡Estaban encerrados en la Montaña!

¡Y ni un instante demasiado pronto! Apenas habían marchado un trecho túnel abajo, cuando un impacto sacudió la ladera de la Montaña con un estruendo de arietes de roble enarbolados por gigantes. La roca retumbó, las paredes se rajaron, y unas piedras cayeron sobre ellos desde el techo. Lo que habría ocurrido si la puerta hubiese estado todavía abierta, no quiero ni pensarlo. Huyeron más allá, túnel abajo, contemos de estar todavía con vida, mientras detrás y fuera oían los rugidos y truenos de la furia de Smaug. Estaba quebrando rocas, aplastando paredes y precipicios con los azotes de la cola enorme, hasta que el terreno encumbrado del campamento, la hierba quemada, la piedra del zorzal, las paredes cubiertas de caracoles, la repisa estrecha desaparecieron con todo lo demás en un revoltijo de pedazos rotos, y una avalancha de piedras astilladas cayó del acantilado al valle.

Smaug había dejado su guarida pisando con cuidado, remontando vuelo en silencio, y luego había flotado pesado y lento en la oscuridad como un grajo monstruoso, bajando con el viento hacia el oeste de la Montaña, esperando atrapar desprevenida a cualquier cosa que estuviera por allí, y espiar además la salida del pasadizo que el ladrón había utilizado. En ese mismo momento estalló en cólera, pues no pudo encontrar a nadie ni vio nada, ni siquiera donde sospechaba que tenía que estar la salida.

Después de haberse desahogado, se sintió mejor y pensó convencido que no sería molestado de nuevo desde ese lugar. Mientras tanto tenía que tomarse otra venganza. —¡Jinete del Barril! —bufó—. Tus pies vinieron de la orilla del agua, y sin ninguna duda viajaste río arriba. No conozco tu olor, mas si no eres uno de esos Hombres del Lago, ellos te ayudaron al menos. ¡Me verán y recordarán entonces quién es el verdadero Rey bajo la Montaña!

Se elevó en llamas y partió lejos al sur, hacia el Río Rápido.

NADIE EN CASA

Mientras tanto, los enanos se quedaron sentados en la oscuridad, y un completo silencio cayó alrededor. Hablaron poco y comieron poco. No se daban mucha

cuenta del paso del tiempo, y casi no se atrevían a moverse, pues el susurro de las voces resonaba y se repetía en el túnel. A veces dormitaban, y cuando abrían los ojos descubrían que la oscuridad y el silencio no habían cambiado. Al cabo de muchos días de espera, cuando empezaban a sentirse asfixiados y embotados por la falta de aire, no pudieron soportarlo más. Hasta casi hubieran dado la bienvenida a cualquier sonido de abajo que indicase la vuelta del dragón. En medio de aquella quietud temían alguna diabólica astucia de Smaug, y no podían estar allí sentados para siempre.

Thorin habló: —¡Probemos la puerta! —dijo—. Necesito sentir el viento en la cara o pronto moriré. ¡Creo que preferiría ser aplastado por Smaug al aire libre que asfixiarme aquí dentro! —Así que varios enanos se levantaron y fueron a tientas hacia la puerta. Pero allí descubrieron que el extremo superior del túnel había sido destruido y bloqueado por pedazos de rocas. Ni la llave ni la magia a la que había obedecido alguna vez, volverían a abrir aquella puerta.

—¡Estamos atrapados! —gimieron—. Esto es el fin, moriremos aquí.

Pero de algún modo, justo cuando los enanos estaban más desesperados, Bilbo sintió un raro alivio en el corazón, como si le hubieran quitado una pesada carga que llevaba bajo el chaleco.

—¡Venid, venid! —dijo—. '¡Mientras hay vida hay esperanza!', como decía mi padre, y 'A la tercera va la vencida'. Bajare por el túnel una vez más. Recorrí este camino dos veces cuando sabía que había un dragón al otro lado, así que arriesgaré una tercera visita ahora que no estoy seguro. De cualquier modo la única salida es hacia abajo y creo que esta vez convendrá que vengáis todos conmigo.

Desesperados, los enanos asintieron, y Thorin fue el primero en avanzar junto a Bilbo.

—¡Ahora tened cuidado! —susurró el hobbit—, y no hagáis ruido si es posible! Quizá no haya ningún Smaug en el fondo, pero también puede que lo haya. ¡No corramos riesgos innecesarios!

Bajaron, y siguieron bajando. La marcha de los enanos no podía compararse desde luego con los movimientos furtivos del hobbit, y lo seguían resoplando y arrastrando los pies, con ruidos que los ecos magnificaban de un modo alarmante; pero cuando Bilbo asustado se detenía a escuchar una y otra vez, no se oía nada que viniera de abajo. Cuando pensó que estaba cerca del extremo del túnel, se puso el anillo y marchó delante. Pero no lo necesitaba, pues la oscuridad era impenetrable, y todos parecían invisibles, con o sin anillo. Tan negro estaba todo, que el hobbit llegó a la abertura sin darse cuenta, extendió la mano en el aire, trastabilló, ¡y rodó de cabeza dentro de la sala!

Allí quedó tumbado de bruces contra el suelo, y no se atrevía a incorporarse, y casi ni siquiera a respirar. Pero nada se movió. No había ninguna luz, aunque cuando al fin alzó despacio la cabeza, creyó ver un pálido destello blanco encima de él y lejos en las sombras. En realidad no había ni una chispa de fuego de

dragón, pero un olor a gusano infectaba el sitio, y Bilbo sentía en la boca el sabor de los vapores.

Al cabo de un rato el señor Bolsón ya no pudo resistirlo más. —¡Maldito seas, Smaug; tú, gusano! —chilló—, ¡Deja de jugar al escondite! ¡Dame una luz y después cómeme si eres, capaz de atraparme!

Unos ecos débiles corrieron alrededor del salón invisible, pero no hubo respuesta.

Bilbo se incorporó y descubrió que estaba desorientado, y no sabía por dónde ir.

—Me pregunto a qué demonios está jugando Smaug —dijo—. Creo que no está en casa por el día (o por la noche, o lo que sea). Si Glóin y Óin no perdieron las yescas quizás podamos tener un poco de luz, y echar un vistazo antes de que cambie la suerte.

"¡Luz! —gritó—. ¿Puede alguien encender una luz?"

Los enanos, claro está, se habían asustado mucho cuando Bilbo tropezó con el escalón y con un fuerte topetazo entró de bruces en la sala, y se habían sentado acurrucándose en la boca del túnel, donde el hobbit los había dejado.

—¡Chist! —sisearon como respuesta, y aunque Bilbo supo así dónde estaban, pasó bastante tiempo antes de que pudiese sacarles algo más. Pero al fin, cuando Bilbo se puso a patear el suelo y a vociferar: —¡Luz! —con una voz aguda y penetrante, Thorin cedió, y Óin y Glóin fueron enviados de vuelta a la entrada del túnel, donde estaban los fardos.

Al poco rato un resplandor parpadeante indicó que regresaban; Óin sosteniendo una pequeña antorcha de pino, y Glóin con un montón bajo el brazo. Bilbo trotó rápido hasta la puerta y tomó la antorcha, pero no con siguió que encendieran las otras ó se unieran a él. Como Thorin explicó, el señor Bolsón era todavía oficialmente el experto saqueador e investigador al servicio de los enanos. Si se arriesgaba a encender una luz, allá él. Los enanos lo esperarían en el túnel. Así que se sentaron junto a la puerta y observaron.

Vieron la pequeña figura del hobbit que cruzaba el suelo alzando la antorcha diminuta. De cuando en cuando, mientras aun estaba cerca, y cada vez que Bilbo tropezaba, llegaban a ver un destello dorado y oían un tintineo. La luz se empequeñeció mientras se adentraba en el vasto salón, y luego subió danzando en el aire. Bilbo escalaba ahora el montículo del tesoro. Pronto llegó a la cima, pero no se detuvo. Luego vieron que se inclinaba, y no supieron por qué.

Era la Piedra del Arca, el Corazón de la Montaña. Así lo supuso Bilbo por la descripción de Thorin; no podía haber otra joya semejante, ni en ese maravilloso botín, ni en el mundo entero. Aun mientras subía, ese mismo resplandor blanco había brillado atrayéndolo. Luego creció poco a poco hasta convertirse en un globo de luz pálida. Cuando Bilbo se acercó, vio que la superficie titilaba con un centelleo de muchos colores, reflejos y destellos de la ondulante luz de la antorcha. Al fin pudo contemplarla a sus pies, y se quedó sin aliento. La gran joya brillaba con luz propia, y aun así, cortada y tallada por los enanos, que la habían extraído del corazón de la montaña hacía ya bastante tiempo, recogía toda la luz

que caía sobre ella y la transformaba en diez mil chispas de radiante blancura irisada.

De repente el brazo de Bilbo se adelantó, atraído por el hechizo de la joya— No podía tenerla en la manita, era tan grande y pesada, pero la levantó, cerró los ojos y se la metió en el bolsillo más profundo.

"¡Ahora soy realmente un saqueador!" pensó. "Pero supongo que tendré que decírselo a los enanos... algún día. Ellos me dijeron que podía elegir y tomar mi par te, y creo que elegiría esto, ¡si ellos se llevan todo lo demás!". De cualquier modo tenía la incómoda sospecha de que eso de 'elegir y tomar' no incluía esta maravillosa joya. y que un día le traería dificultades.

Siguió adelante y emprendió el descenso por el otro lado del gran montículo, y el resplandor de la antorcha desapareció de la vista de los enanos. Pero pronto volvieron a verlo a lo lejos. Bilbo estaba cruzando el salón.

Avanzó así hasta encontrarse con las grandes puertas en el extremo opuesto, y allí una corriente de aire lo refrescó, aunque casi le apagó la antorcha. Asomó tímidamente la cabeza, y desde la puerta vio Unos pasillos enormes y el sombrío comienzo de unas amplias escaleras que subían en la oscuridad. Pero tampoco allí había rastros de Smaug. Justo en el momento en que iba a dar media vuelta y regresar, una forma negra se precipitó sobre él y le rozó la cara. Bilbo se sobresaltó, chilló, se tambaleó y cayó hacia atrás. ¡La antorcha golpeó el suelo y se apagó!

—¡Sólo un murciélago, supongo y espero! —dijo con voz lastimosa—. ¿Pero ahora qué haré? ¿Dónde está el norte, el sur, el este, o el oeste?

—¡Thorin! ¡Balin! ¡Óin! ¡Glóin! ¡Fíli y Kili!

Débilmente los enanos oyeron estos gritos, pero la única palabra que pudieron entender fue "¡socorro!"

—¿Pero qué demonios pasa dentro o fuera? —dijo Thorin—. No puede ser el dragón, sino el hobbit no seguiría chillando.

Esperaron un rato, pero no se oía ningún ruido de dragón, en verdad ningún otro sonido que la distante voz de Bilbo. —¡Vamos, que uno de vosotros traiga una o dos antorchas! —ordenó Thorin— Parece que tendremos que ayudar a nuestro saqueador.

—Ahora nos toca a nosotros ayudar —dijo Balin—, y estoy dispuesto. Espero sin embargo que por el momento no haya peligro.

Glóin encendió varias antorchas más, y luego todos salieron arrastrándose, uno a uno, y fueron bordeando la pared lo más aprisa que pudieron. No pasó mucho tiempo antes de que se encontrasen con el propio Bilbo que venía de vuelta. Había recobrado todo su aplomo tan pronto como viera el parpadeo de luces.

—¡Sólo un murciélago y una antorcha que se cayó, nada peor! —dijo en respuesta a las preguntas de los enanos. Aunque se sentían muy aliviados, les enfadaba que los hubiese asustado sin motivo; pero cómo hubieran reaccionado si en ese

momento él hubiese dicho algo de la Piedra del Arca, no lo sé. Los meros destellos fugaces del tesoro que alcanzaron a ver mientras avanzaban, les había reavivado el fuego en los corazones, y cuando un enano, aun el más respetable, siente en el corazón el deseo de oro y joyas, puede transformarse de pronto en una criatura audaz, y llegar a ser violenta.

Los enanos no necesitaban ya que los apremiasen. Todos estaban ahora ansiosos por explorar el salón mientras fuera posible, y deseando creer que por ahora Smaug estaba fuera de casa. Todos llevaban antorchas encendidas; y mientras miraban a un lado y a otro olvidaron el miedo y aun la cautela. Hablaban en voz alta, y se llamaban unos a otros a gritos a medida que sacaban viejos tesoros del montículo o de la pared y les sostenían a la luz, tocándolos y acariciándolos.

Fíli y Kili estaban de bastante buen humor, y viendo que allí colgaban todavía muchas arpas de oro con cuerdas de plata, las tomaron y se pusieron a rasguear; y como eran instrumentos mágicos (y tampoco habían sido manejadas por el dragón, que tenía muy poco interés por la música), aún estaban afinadas. En el salón oscuro resonó ahora una melodía que no se oía desde hacía tiempo. Pero los enanos eran en general más prácticos: recogían joyas y se atiborraban los bolsillos, y lo que no podían llevar lo dejaban caer entre los dedos abiertos, suspirando. Thorin no era el menos activo, e iba de un lado a otro buscando algo que no podía encontrar. Era la Piedra del Arca; pero todavía no se lo había dicho a nadie.

En ese momento los enanos descolgaron de las paredes unas armas y unas cotas de malla, y se armaron ellos mismos. Un rey en verdad parecía Thorin, vestido con un abrigo de anillas doradas, y con un hacha de empuñadura de plata en el cinturón tachonado con piedras rojas.

—¡Señor Bolsón! —dijo— ¡Aquí tienes el primer pago de tu recompensa! ¡Tira tu viejo abrigo y toma éste!

En seguida le puso a Bilbo una pequeña cota de malla, forjada para algún joven príncipe elfo tiempo atrás. Era de esa plata que los elfos llamaban mithril, y con ella iba un cinturón de perlas y cristales. Un casco liviano que por fuera parecía de cuero, reforzado debajo por unas argollas de acero y con gemas blancas en el borde, fue colocado sobre la cabeza del hobbit,

"Me siento magnífico", pensó "pero supongo que he de parecer bastante ridículo. ¡Cómo se reirían allá en casa, en la Colina! ¡Con todo, me gustaría tener un espejo a mano!"

Pero aun así el hechizo del tesoro no pesaba tanto sobre el señor Bolsón como sobre los enanos. Bastante tiempo antes de que los enanos se cansaran de examinar el botín, él ya estaba aburrido y se sentó en el suelo; y empezó a preguntarse nervioso cómo terminaría todo. "Daría muchas de estas preciosas copas", pensó, "por un trago de algo reconfortante en un cuenco de madera de Beorn."

—¡Thorin! —gritó—, ¿Y ahora qué? Estamos armados, ¿pero de qué sirvieron antes las armaduras contra Smaug el Terrible? El tesoro no ha sido recobrado aún. No buscamos oro, sino una salida: ¡y hemos tentado demasiado la suerte!

—¡Estás en lo cierto! —respondió Thorin, saliendo de su aturdimiento—. ¡Vámonos! Yo os guiaré. Ni en mil años podría yo olvidar los laberintos de este palacio, —Luego llamó a los otros, que empezaron a agruparse, y sosteniendo altas las antorchas atravesaron las puertas, no sin echar atrás miradas ansiosas.

Habían vuelto a cubrir las mallas resplandecientes con las viejas capas, y los cascos brillantes con los capuchones harapientos, y uno tras otro seguían a Thorin.

Una hilera de lucecitas en la oscuridad que a menudo se detenían, cuando los enanos escuchaban temerosos, atentos a cualquier ruido que anunciara la llegada del dragón.

Aunque el tiempo había pulverizado o destruido los adornos antiguos y aunque todo estaba sucio y desordenado con las idas y venidas del monstruo, Thorin conocía cada pasadizo y cada recoveco. Subieron por largas escaleras, torcieron y bajaron por pasillos anchos y resonantes, volvieron a torcer y subieron aún más escaleras. y de nuevo aún más escaleras. Talladas en la roca viva, eran lisas, amplias y regulares; y los enanos subieron y subieron, y no encontraron ninguna señal de criatura viviente, sólo unas sombras furtivas que huían de la proximidad de las antorchas, estremecidas por las corrientes de aire,

De cualquier manera los escalones no estaban hechos para piernas de hobbit, y Bilbo empezaba a sentir que no podría seguir así mucho más, cuando de pronto el techo se elevó; las antorchas no alcanzaban ahora a iluminarlo. Lejos, allá arriba, se podía distinguir un resplandor blanco que atravesaba una abertura, y el aire tenía un olor más dulce. Delante de ellos una luz tenue asomaba por unas grandes puertas, medio quemadas, y que aún colgaban torcidas de los goznes.

—Esta es la gran cámara de Thrór —dijo Thorin—, el salón de fiestas y de reuniones. La Puerta Principal no queda muy lejos.

Cruzaron la cámara arruinada. Las mesas se estaban pudriendo allí; sillas y bancos yacían patas arriba, carbonizados y carcomidos. Cráneos y huesos estaban tirados por el suelo entre jarros, cuencos, cuernos de beber destrozadas y polvo. Luego de cruzar otras puertas en el fondo de la cámara, un rumor de agua llegó hasta ellos, y la luz grisácea de repente se aclaró.

—Ahí está el nacimiento del Río Rápido —dijo Thorin— Desde aquí corre hacia la Puerta. ¡Sigámoslo!

De una abertura oscura en una pared de roca, manaba un agua hirviendo, y fluía en remolinos por un estrecho canal que la habilidad de unas manos ancestrales había excavado, enderezado y encauzado. A un lado se extendía una calzada pavimentada, bastante ancha como para que varios hombres pudieran marchar de frente. Fueron de prisa por la calzada, y he aquí que luego de un recodo la clara

luz del día apareció ante ellos. Allí delante se levantaba un arco elevado, que aún guardaba los fragmentos de unas obras talladas, aunque deterioradas, ennegrecidas y rotas. Un sol neblinoso enviaba una pálida luz entre los brazos de la Montaña, y unos rayos de oro caían sobre el pavimento del umbral.

Un torbellino de murciélagos arrancados de su letargo por las antorchas humeantes, revoloteaba sobre ellos, que marchaban a saltos, deslizándose sobre piedras que el dragón había alisado y desgastado. Ahora el agua se precipitaba ruidosa, y descendía en espumas hasta el valle. Dejaron caer las antorchas pálidas y miraron asombrados. Habían llegado a la Puerta Principal, y Valle estaba ahí fuera.

—¡Bien! —dijo Bilbo—, nunca creí que llegaría a mirar desde esta puerta; y nunca creí estar tan contento de ver el sol de nuevo, y sentir el viento en la cara. Pero ¡uf! este viento es frío.

Lo era. Una brisa helada soplaba del este con la amenaza del invierno incipiente. Se arremolinaba sobre los brazos de la Montaña y alrededor bajando hasta el valle, y suspiraba por entre las rocas. Después de haber estado tanto tiempo en las sofocantes profundidades de aquellas cavernas encantadas, Bilbo y los enanos tiritaban al sol.

De pronto Bilbo cayó en la cuenta de que no sólo estaba cansado sino también muy hambriento. —La mañana ha de estar ya bastante avanzada —dijo—, y supongo que es la hora del desayuno... si hay algo para desayunar. Pero no creo que las puertas de Smaug sean el lugar más apropiado para ponerse a comer. ¡Vayamos a un sitio donde estemos un rato tranquilos!

—De acuerdo —dijo Balin—, creo que sé a dónde tenemos que ir: al viejo puesto de observación en el borde sudeste de la Montaña.

—¿Qué lejos está? —preguntó el hobbit.

—A unas cinco horas de marcha, yo diría. Será una marcha dura. La senda de la Puerta en la ladera izquierda del arroyo parece estar toda cortada. ¡Pero mira allá abajo! El río se tuerce de pronto al este de Valle, frente a la ciudad en ruinas. En ese punto hubo una vez un puente que llevaba a unas escaleras empinadas en la orilla derecha, y luego a un camino que corría hacia la Colina del Cuervo. Allí hay (o había) un sendero que dejaba el camino y subía hasta el puesto de observación. Una dura escalada también, aun si las viejas gradas están todavía allí.

—¡Señor! —gruñó el hobbit—. ¡Más caminatas y escaladas sin desayuno! Me pregunto cuántos desayunos y Otras comidas habremos perdido dentro de ese agujero inmundo, que no tiene relojes ni tiempo.

En realidad habían pasado dos noches y el día entre ellas (y no por completo sin comida) desde que el dragón destrozara la puerta mágica, pero Bilbo había perdido la cuenta del tiempo, y para él tanto podía haber pasado una noche como una semana de noches.

—¡Vamos, vamos! —dijo Thorin riéndose. Se sentía más animado y hacía sonar las piedras preciosas que tenía en los bolsillos—. ¡No llames a mi palacio un agujero inmundo! ¡Espera a que esté limpio y decorado!

—Eso no ocurrirá hasta que Smaug haya muerto —dijo Bilbo, sombrío—. Mientras tanto, ¿dónde está? Da ría un buen desayuno por saberlo. ¡Espero que no esté allá arriba en la Montaña, observándonos!

Esa idea inquietó mucho a los enanos, y decidieron en seguida que Bilbo y Balín tenían razón.

—Tenemos que alejarnos de aquí —dijo Dori—, siento como si me estuviesen clavando los ojos en la nuca.

—Es un lugar frío e inhóspito —dijo Bombur—, Puede que haya algo de beber pero no veo indicios de comida. En lugares así un dragón está siempre hambriento.

—¡Adelante, adelante! —gritaron los otros— Sigamos la senda de Balin.

A la derecha, bajo la muralla rocosa, no había ningún sendero, y marcharon penosamente entre las piedras por la ribera izquierda del río, y en la desolación y el vacío pronto se sintieron otra vez desanimados, aun el propio Thorin. Llegaron al puente del que Balin había hablado y descubrieron que había caído hacia tiempo, y muchas de las piedras eran ahora sólo unos cascajos en el arroyo ruidoso y poco profundo; pero vadearon el agua sin dificultad, y encontraron los antiguos escalones, y treparon por la alta ladera. Después de un corto trecho dieron con el viejo camino, y no tardaron en llegar a una carriada profunda resguardada entre las rocas; allí descansaron un rato y desayunaron como pudieron, sobre todo cram y agua. (Si queréis saber lo que es un cram, sólo puedo decir que no conozco la receta. pero parece un bizcocho, nunca se estropea, dicen que tiene tuerza nutricia, y en verdad no es muy entretenido, y muy poco interesante, excepto como ejercicio de las mandíbulas. Los preparaban los Hombres del Lago para los largos viajes.)

Luego de esto siguieron caminando y ahora la senda iba hacia el oeste, alejándose del río, y el lomo de la estribación montañosa que apuntaba al sur se acercaba cada vez más. Por fin alcanzaron el sendero de la colina. Subía en una pendiente abrupta, y avanzaron lentamente uno tras otro hasta que a la caída de la tarde llegaron al fin a la cima de la sierra y vieron el sol invernal que descendía en el oeste.

El sitio en que estaban ahora era llano y abierto, pero en la pared rocosa del norte había una abertura que parecía una puerta. Desde esta puerta se veía un extenso escenario, al sur, el este y el oeste.

—Aquí —dijo Balin— en los viejos tiempos teníamos casi siempre gente que vigilaba, y esa puerta de atrás lleva a una cámara excavada en la roca: un cuarto para el vigía. Había otros sitios semejantes alrededor de la Montaña. Pero en aquellos días prósperos, la vigilancia no parecía muy necesaria, y los guardias

estaban quizá demasiado cómodos... En fin. si nos hubieran advenido a tiempo de la llegada del dragón, todo habría sido diferente. No obstante, aquí podemos quedarnos escondidos y al resguardo por un rato, y ver mucho sin que nos vean,

—De poco servirá si nos han visto venir aquí —dijo Dori, que siempre estaba mirando hacia el pico de la Montaña, como si esperase ver allí a Smaug, posado como un pájaro sobre un campanario.

—Tenemos que arriesgarnos —dijo Thorin—. Hoy no podemos ir más lejos.

—¡Bien, bien! —gritó Bilbo, y se echó al suelo. En la cámara de roca habría lugar para cien, y más adentro había otra cámara más pequeña, más protegida del frío de fuera. No había nada en el interior, y parecía que ni siquiera los animales salvajes habían estado alguna vez allí en los días del dominio de Smaug. Todos dejaron las cargas; algunos se arrojaron al suelo y se quedaron dormidos, pero otros se sentaron cerca de la puerta y discutieron los planes posibles. Durante toda la conversación volvían una y otra vez a un mismo problema: ¿dónde estaba Smaug? Miraban al oeste y no había nada, al este y no había nada, al sur y no había ningún rastro del dragón, aunque allí revoloteaba una bandada de muchos pájaros— Se quedaron mirando, perplejos; pero aún no habían llegado a entenderlo, cuando asomaron las primeras estrellas frías.

EL ENCUENTRO DE LAS NUBES

Volvamos ahora con Bilbo y los enanos. Uno de ellos había vigilado toda la noche, pero cuando llegó la mañana, no había visto ni oído ninguna señal de peligro. Sin embargo, la congregación de los pájaros seguía creciendo. Las bandadas se acercaban volando desde el —Sur; y los grajos que todavía vivían en los alrededores de la Montaña, revoloteaban y chillaban incesantemente allá arriba.

—Algo extraño está ocurriendo —dijo Thorin—. Ya ha pasado el tiempo de los revoloteos otoñales; y estos pájaros siempre moran en tierra: hay estorninos y bandadas de pinzones, y a lo lejos pájaros carróñeros, como si se estuviese librando una batalla.

De repente Bilbo apuntó con el dedo: —¡Ahí está el viejo zorzal oír a vez! —gritó—. Parece haber escapado cuando Smaug aplastó la ladera, ¡aunque no creo que se hayan salvado también los caracoles!

Era en verdad el viejo zorzal, y mientras Bilbo señalaba. voló hacia ellos y se posó en una piedra próxima. Luego sacudió las alas y cantó; y torció la cabeza a un lado, como escuchando; y otra vez cantó, y otra vez escuchó.

—Creo que trata de decirnos algo —dijo Balin—, pero no puedo seguir esa garrulería, es muy rápida y difícil. ¿Puedes entenderla, Bolsón?

—No muy bien —dijo Bilbo, que no entendía ni jota—, pero parece muy excitado.

—¡ Si al menos fuese un cuervo! —dijo Balin.

—¡ Pensé que no te gustaban! Parecías recelar de ellos Cuando vinimos por aquí la última vez.

—¡Aquellos eran grajos! Criaturas desagradables de aspecto sospechoso, además de groseras. Tendrías qué haber oído los horribles nombres con que nos iban llamando. Pero los cuervos son diferentes. Hubo una gran amistad entre ellos y la gente de Thrór; a menudo nos traían noticias secretas y los recompensábamos con cosas brillantes que ellos escondían en sus moradas.

"Vivían muchos años, y tenían una memoria larga, y esta sabiduría pasaba de padres a hijos. Conocí a muchos de los cuervos de las rocas cuando era muchacho. Esta misma altura se llamó una vez Colina del Cuervo, pues una pareja sabia y famosa, el viejo Carc y su compañera, vivían aquí sobre el cuarto del guardia. Pero no creo que nadie de ese viejo linaje esté ahora en estos sitios.

Aún no había terminado de hablar, cuando él viejo zorzal dio un grito, y en seguida se fue volando.

—Quizá nosotros no lo entendamos, pero ese viejo pájaro nos entiende a nosotros, estoy seguro —dijo Balin—. Observemos y veamos qué pasa ahora.

Pronto hubo un batir de alas, y de vuelta apareció el zorzal; y con él vino otro pájaro muy viejo y decrepito. Era un cuervo enorme y centenario, casi ciego y de cabeza desplumada, que apenas podía volar. Se posó rígido en el suelo ante ellos, sacudió lentamente las alas, y saludó a Thorin bamboleando la cabeza.

—Oh Thorin hijo de Thrain, y Balin hijo de Fundin —graznó (y Bilbo entendió lo que dijo, pues el cuervo hablaba la lengua ordinaria y no la de los pájaros)—. Yo soy Roác hijo de Carc. Carc ha muerto, pero en un tiempo lo conocías bien. Dejé el cascarón hace ciento cincuenta y tres años, pero no olvido lo que mi padre me dijo. Ahora soy el jefe de los grandes cuervos de la Montaña. Somos pocos, pero recordamos todavía al rey de antaño. La mayor parte de mi gente está lejos, pues hay grandes noticias en el sur... algunas serán buenas nuevas para vosotros, y algunas no os parecerán tan buenas.

"! Mirad! Los pájaros se reúnen otra vez en la Montaña y en Valle desde el sur, el este y el oeste, ¡pues se ha corrido la voz de que Smaug ha muerto!

—¡Muerto! ¡Muerto! —gritaron los enanos—. ¡Muerto! Hemos estado atemorizados sin motivo entonces, ¡y el tesoro es nuestro otra vez! —Todos se pusieron en pie de un salto y vitorearon con los gorros en la mano.

—Sí, muerto —dijo Roác—. El zorzal, que nunca se le caigan las plumas, lo vio morir, y podemos confiar en lo que dice. Lo vio caer mientras luchaba con los hombres de Esgaroth, hará hoy tres noches, a la salida de la luna.

Paso algún tiempo antes de que Thorin pudiese calmar a los enanos y escuchar las nuevas del cuervo. Por fin, el pájaro acabó el relato de la batalla, y prosiguió:

—Hay mucho de que alegrarse, Thorin Escudo de Roble. Puedes volver seguro a tus salones; todo el tesoro es tuyo, por el momento. Pero muchos vendrán a reunirse aquí además de los pájaros. Las noticias de la muerte del guardián han volado ya a lo largo y ancho del país, y la leyenda de la riqueza de Thrór no ha dejado de aparecer en cuentos, durante años y años; muchos están ansiosos por compartir el botín. Ya una hueste de elfos está en camino, y los pájaros carroñeros

los acompañan, esperando la batalla y la carnicería. Junto al Lago los hombres murmuran que los enanos son los verdaderos culpables de tanta desgracia, pues se han quedado sin hogar, muchos han muerto, y Smaug ha destruido Esgaroth. También ellos esperan que vuestro tesoro repare los daños, estéis vivos o muertos.

"Vuestra decidirá, pero trece es un pequeño resto del gran pueblo de Durin que una vez habitó aquí, y que ahora está disperso y en tierras lejanas. Si queréis mi consejo, no confiéis en el gobernador de los Hombres del Lago, pero sí en aquél que mató al dragón con una flecha. Bardo se llama, y es de la raza de Valle, de la línea de Girión; un hombre sombrío, pero sincero. Una vez más buscará la paz entre los enanos, hombres y elfos, después de la gran desolación; pero ello puede costarte caro en oro. He dicho.

Entonces Thorin estalló de rabia: —Nuestro agradecimiento, Roác hijo de Carc. Tú y tu pueblo no seréis olvidados. Pero ni los ladrones ni los violentos se llevarán una pizca de nuestro oro, mientras sigamos con vida. Si quieres que te estemos aún más agradecidos, tráenos noticias de cualquiera que se acerque. También quisiera pedirte, si alguno de los tuyos es aún fuerte y joven de alas, que envíes mensajeros a nuestros parientes en las montañas del Norte, tanto al este como al oeste de aquí, y les hables de nuestra difícil situación. Pero ve especialmente a mi primo Dain en las Colinas de Hierro, pues tiene mucha gente bien armada y vive cerca. ¡Dile que se dé prisa!

—No diré si es bueno o malo ese consejo —graznó Roác—, pero haré lo que pueda —y se alejó volando lentamente.

—¡De vuelta ahora a la Montana! —gritó Thorin—, Tenemos poco tiempo que perder.

—¡Y también poco que comer! —chilló Bilbo, siempre práctico en tales cuestiones. En cualquier caso, sentía que la aventura, hablando con propiedad, había terminado con la muerte del dragón —en lo que estaba muy equivocado— y hubiese dado buena parte de lo que a él le tocaba por la pacífica conclusión de estos asuntos.

—¡De vuelta a la Montaña! —gritaron los enanos, como si no lo hubiesen oído; así que tuvo que ir de vuelta con ellos.

Como ya estáis enterados de algunos acontecimientos, sabréis que los enanos disponían aún de unos pocos días. Una vez más exploraron las cavernas, y encontraron como esperaban que sólo la Puerta Principal permanecía abierta; todas las demás entradas (excepto, claro, la pequeña puerta secreta) hacía mucho que habían sido destruidas y bloqueadas por Smaug, y no quedaba ni rastro de ellas. De modo que se pusieron a trabajar duro en las fortificaciones de la entrada principal, y en abrir un nuevo sendero que llevase hasta ella. Encontraron muchas de las herramientas de los mineros, canteros y constructores de antaño, y en tales trabajos los enanos eran aún habilidosos.

Entretanto, los cuervos no dejaban de traer noticias. De esta manera supieron que el Rey Elfo marchaba ahora hacia el Lago, y tenían unos días de respiro. Mejor

aún, oyeron que tres de los poneyes habían huido y se encontraban vagando salvajes allá abajo, en la ribera del Río Rápido, no lejos del resto de las provisiones. Así, mientras los otros continuaban trabajando, enviaron a Fili y Kili, guiados por un cuervo, a buscar los poneyes y traer todo lo que pudieran.

Estuvieron cuatro días fuera, y supieron entonces que los ejércitos unidos de los Hombres del Lago y los Elfos corrían hacia la Montaña. Pero ahora los enanos estaban más esperanzados, pues tenían comida para varias semanas, si se cuidaban —sobre todo cram, por supuesto, y muy cansados estaban de ese alimento, pero mejor es cram que nada— y ya la Puerta estaba bloqueada con un parapeto alto y ancho, de piedras regulares, puestas una sobre otra. Había agujeros en el parapeto por los que se podía mirar (o disparar), pero ninguna entrada. Entraban y salían con la ayuda de una escalera de mano, y subían con cuerdas las cosas. Para la salida del arroyo habían dispuesto un arco pequeño y bajo en el nuevo parapeto; pero cerca de la entrada habían cambiado tanto el lecho angosto que toda una laguna se extendía ahora desde la pared de la montaña hasta el principio de la cascada que llevaba el arroyo hacia Valle. Aproximarse a la Puerta sólo era posible a nado, o escurriéndose a lo largo de una repisa angosta, que corría a la derecha del risco, mirando desde la entrada. Habían traído los poneyes hasta el principio de las escaleras sobre el puente viejo, y luego de descargarlos los habían mandado de vuelta a sus dueños, enviándolos sin jinetes al Sur.

Llegó una noche en la que de pronto aparecieron muchas luces, como de fuegos y antorchas, lejos hacia el sur en Valle.

—¡Han llegado! —anunció Balin—. Y el campamento es grande de veras. Tienen que haber entrado en el valle a lo largo de las riberas del río, ocultándose en el crepúsculo.

Poco durmieron esa noche los enanos. La mañana era pálida aún cuando vieron que se aproximaba una compañía. Desde detrás del parapeto observaron cómo subían hasta la cabeza del valle y trepaban lentamente. Pronto pudieron ver que entre ellos venían hombres del lago armados como para la guerra y arqueros elfos. Por fin, la vanguardia escaló las rocas caídas y apareció en lo alto del torrente; mucho se sorprendieron cuando vieron la laguna y la Puerta Principal obstruida por un parapeto de piedra recién tallada.

Mientras estaban allí señalando y hablando entre ellos, Thorin los increpó: —¿Quiénes sois vosotros —dijo en voz muy alta— que venís como en guerra a las puertas de Thorin hijo de Thrain, Rey bajo la Montaña, y qué deseáis?

Pero no le respondieron. Algunos dieron una rápida media vuelta, y los otros, luego de observar con detenimiento la Puerta, y cómo estaba defendida, pronto fueron detrás de ellos. Ese mismo día el campamento se trasladó al este del río, justo entre los brazos de la Montaña. Voces y canciones resonaron entonces entre las rocas como no había ocurrido por muchísimo tiempo. Se oía también el sonido de las arpas élficas y de una música dulce; y mientras los ecos subían, parecía que el aire helado se entibiaba, y que la fragancia de las flores primaverales del bosque llegaba débilmente hasta ellos.

Entonces Bilbo deseó escapar de la fortaleza oscura y bajar y unirse a la alegría y las fiestas junto a las fogatas. Algunos de los enanos más jóvenes se sentían también conmovidos, y murmuraron que habría sido mejor que las cosas hubiesen ocurrido de otra manera y poder recibir a esas gentes como amigos. Sin embargo, Thorin fruncía el ceño.

Entonces también los enanos sacaron arpas e instrumentos recobrados del botín y tocaron para animar a Thorin; pero la canción no era una canción élfica y se parecía bastante a la que habían cantado hacía mucho en el pequeño agujero—hobbit de Bilbo:

¡Bajo la Montaña tenebrosa y alta

el Rey ha regresado al palacio!

El enemigo ha muerto, el Gusano Terrible,

y así una vez y otra caerá el adversario.

La espada es afilada, y es larga la lanza,

veloz la flecha, y fuerte la Puerta,

osado el cor aun que mira el oro;

y ya nadie hará daño a los enanos.

Los enanos echaban hechizos poderosos,
mientras las mazas tañían como campanas,
en simas donde duermen unos seres oscuros,
en salas huecas bajo las montañas.

En collares de plata entretejían

a luz de las estrellas, en coronas colgaban

el fuego del dragón; de alambres retorcidos

arrancaban música a las arpas.

¡El trono de la Montaña otra vez liberado!

¿Atended la llamada, oh pueblo aventurero!

El rey necesita amigos y parientes.

¡Marchad de prisa en el desierto!

Hoy llamamos en montañas heladas!

¡regresad a las viejas cavernas!

Aquí a las Puertas el rey espera,

las manos colmadas de oro y gemas.

¡Bajo la Montaña tenebrosa y alta,

el rey ha regresado al palacio!
¡El Gusano Terrible ha caído y ha muerto,
y así una vez y otra caerá el adversario!

Esta canción pareció apaciguar a Thorin, que sonrió de nuevo y se mostró más alegre; y se puso a estimar la distancia que los separaba de las Colinas de Hierro y cuánto tiempo pasaría antes de que Dain pudiese llegar a la Montaña Solitaria, si se había puesto en camino tan pronto como recibiera el mensaje. Pero el ánimo de Bilbo decayó, tanto por la canción como por la charla: sonaban demasiado belicosas.

A la mañana siguiente, temprano, una compañía de lanceros cruzó el río y marchó valle arriba. Llevaban con ellos el estandarte verde del Rey Elfo y el azul del Lago y avanzaron hasta que estuvieron Justo delante del parapeto de la Puerca.

De nuevo Thorin les habló en voz alta. —¿Quiénes sois que llegáis armados para la guerra a las puertas de Thorin hijo de Thrain, Rey bajo la Montaña? —Esta vez le respondieron.

Un hombre alto de cabellos oscuros y cara ceñuda se adelantó y grito: —¡Salud, Thorin! ¿Por qué te encierras como un ladrón en la guarida? Nosotros no somos enemigos y nos alegramos de que estés con vida, más allá de nuestra esperanza. Vinimos suponiendo que no habría aquí nadie vivo, pero ahora que nos hemos encontrado hay razones para hablar y parlamentar.

—¿Quién eres tú y de qué quieres hablar?

—Soy Bardo y por mi mano murió el dragón y fue liberado el tesoro. ¿No te importa? Más aún, soy, por derecho de descendencia, el heredero de Girion de Valle, y en tu botín está mezclada mucha de la riqueza de los salones y villas de Valle, que el viejo Smaug robó. ¿No es asunto del que podamos hablar? Además, en su última batalla Smaug destruyó las moradas de los Hombres de Esgaroth y yo soy aún siervo del gobernador. Por él hablaré, y pregunto si no has considerado la tristeza y la miseria de ese pueblo. Te ayudaron en tus penas, y en recompensa no has traído más que ruina; aunque sin duda involuntaria.

Bien, éstas eran palabras hermosas y verdaderas. aunque dichas con orgullo y expresión ceñuda; y Bilbo pensó que Thorin reconocería en seguida cuánta justicia había en ellas. Por supuesto, no esperaba que nadie recordara que había sido él quien descubriera el punto débil del dragón; y esto también era justo, pues nadie lo sabía. Pero no tuvo en cuenta el poder del oro que un dragón ha cuidado durante mucho tiempo, ni los corazones de los enanos. En los últimos días Thorin había pasado largas horas en la sala del tesoro, y la avaricia le endurecía ahora el corazón. Aunque buscaba sobre todo la Piedra del Arca, sabía apreciar las otras muchas cosas maravillosas que allí había, unidas por viejos recuerdos a los trabajos y penas de los enanos.

—Has puesto la peor de tus razones en el lugar último y más importante —respondió Thorin—. Al tesoro de mi pueblo, ningún hombre tiene derecho, pues

Smaug nos arrebató junto con él la vida o el hogar. El tesoro no era suyo, y los actos malvados de Smaug no han de ser reparados con una parte. El precio por las mercancías y la ayuda recibida de los Hombres del Lago la pagaremos con largueza... cuando llegue el momento. Pero no daremos nada, ni siquiera lo que vale una hogaza de pan, bajo amenaza o por la fuerza. Mientras una hueste armada esté acosándonos, os consideraremos enemigos y ladrones.

"Y te preguntaría además qué parte de nuestra herencia habrías dado a los enanos si hubieras encontrado el tesoro sin vigilancia y a nosotros muertos.

—Una pregunta justa —respondió Bardo— Pero vosotros no estáis muertos y nosotros no somos ladrones. Por otra parte, los ricos podrían compadecerse, y aun en exceso, de los menesterosos que les ofrecieron ayuda cuando ellos pasaban necesidad. Y aún no has respondido a mis otras demandas.

—No parlamentaré, como ya he dicho, con hombres armados a mi puerta. Y de ningún modo con la gente del Rey Elfo, a quien recuerdo con poca simpatía. En esta discusión, él no tiene parte. ¡Aléjate ahora, antes de que nuestras flechas vuelen! Y si has de volver a hablar conmigo, primero manda la hueste élfica a los bosques a que pertenecen, y regresa entonces, deponiendo las armas antes de acercarte al umbral.

—El Rey Elfo es mi amigo, y ha socorrido a la gente del Lago cuando era necesario, sólo obligado por la amistad —respondió Bardo— Te daremos tiempo para arrepentirte de tus palabras. ¡Recobra tu sabiduría antes que volvamos! — Luego Bardo partió y regresó al campamento.

Antes de que hubiesen pasado muchas horas, volvieron los portaestandartes, y los trompeteros se adelantaron y soplaron.

—En nombre de Esgaroth y el Bosque —gritó uno—, hablamos a Thorin hijo de Thrain, Escudo de Roble, que se dice Rey bajo la Montana, y le pedimos que reconsidere las reclamaciones que han sido presentadas o será declarado nuestro enemigo. Entregará, por lo menos, la doceava parte del tesoro a Bardo, por haber matado a Smaug y como heredero de Girion. Con esa parte, Bardo ayudará a Esgaroth; pero si Thorin quiere tener la amistad y el respeto de las tierras de alrededor, como los tuvieron sus antecesores, también él dará algo para alivio de los Hombres del Lago.

Entonces Thorin tomó un arco de cuerno y disparó una flecha al que hablaba. Golpeó con fuerza el escudo y allí se quedó clavada, temblando.

—Ya que ésta es tu respuesta —dijo el otro a su vez—, declaro la Montana sitiada. No saldréis de ella hasta que nos llaméis para acordar una tregua y parlamentar. No alzaremos armas contra vosotros, pero os abandonamos a vuestras riquezas. ¡Podéis comeros el oro, si queréis!

Los mensajeros partieron luego rápidamente y dejaron solos a los enanos. Thorin tenía ahora una expresión tan sombría, que nadie se hubiera atrevido a censurarlo, aunque la mayoría parecía estar de acuerdo con él, excepto quizá el

gordo Bombur, Fíli y Kili. Bilbo, por supuesto, desaprobaba del todo el cariz que habían tomado las cosas. Ya estaba bastante más que harto de la Montaña, y no le gustaba nada que lo sitiaran dentro de ella.

—Todo este lugar hiede aún a dragón —gruñó entre dientes—, y eso me pone enfermo. Y además empiezo a notar que el cram se me queda pegado a la garganta.

UN LADRÓN EN LA NOCHE

Ahora los días se sucedían lentos y aburridos. Muchos de los enanos pasaban el tiempo apilando y clasificando el tesoro; y ahora Thorin hablaba de la Piedra del Arca de Thrain, y mandaba ansiosamente que la buscasen por todos los rincones.

—Pues la Piedra del Arca de mi padre —decía— vale más que un río de oro, y para mí no tiene precio. De todo el tesoro esa piedra la reclamo para mí, y me vengaré de aquél que la encuentre y la retenga.

Bilbo oyó estas palabras y se asustó, preguntándose qué ocurriría si encontraban la piedra, envuelta en un viejo hatillo de trapos harapientos que le servía de almohada. De todos modos nada dijo, pues mientras el cansancio de los días se hacía cada vez mayor, los principios de un plan se le iban ordenando en la cabecita.

Las cosas siguieron así por algún tiempo hasta que los cuervos trajeron nuevas de que Dain y más de quinientos enanos, apresurándose desde las Colinas de Hierro, estaban a unos dos días de camino de Valle, viniendo del nordeste.

—Más no alcanzarán indemnes la Montaña —dijo Roác—, y mucho me temo que habrá batalla en el valle. No creo que convenga esa decisión. Aunque son gente ruda, no están preparados para vencer a la hueste que os acosa; y aunque así fuera, ¿qué ganaríais? El invierno y las nieves se dan prisa tras ellos. ¿Cómo os alimentaréis sin la amistad y hospitalidad de las tierras de alrededor? El tesoro puede ser vuestra perdición, ¡aunque el dragón ya no esté!

Pero Thorin no se inmutó. —La mordedura del invierno y las nieves la sentirán tanto los hombres como los elfos —dijo—, y es posible que no soporten quedarse en estas tierras baldías. Con mis amigos detrás y el invierno encima, quizá tengan una disposición de ánimo más flexible para parlamentar.

Esa noche Bilbo tomó una decisión. El cielo estaba negro y sin luna. Tan pronto como cayeron las tinieblas, fue hasta el rincón de una cámara interior junto a la entrada, y sacó una cuerda del hatillo, y también la Piedra del Arca envuelta en un harapo. Luego trepó al parapeto. Sólo Bombur estaba allí de guardia, pues los enanos vigilaban turnándose de uno en uno.

—¡Qué frío horrible! —dijo Bombur—. ¡Desearía tener una buena hoguera aquí arriba como la que ellos tienen en el campamento!

—Dentro hace bastante calor —dijo Bilbo.

—Lo creo; pero no puedo moverme de aquí hasta la medianoche —gruñó el enano gordo— Un verdadero fastidio. No es que me atreva a disentir de Thorin, cuya barba crezca muchos años; aunque siempre fue un enano bastante tieso.

—No tan tieso como mis piernas —dijo Bilbo—. Estoy cansado de escaleras y de pasadizos de piedra. Daría cualquier cosa por poner los pies en el pasto.

—Yo daría cualquier cosa por echarme un trago de algo fuerte a la garganta, ¡y por una cama blanda después de una buena cena!

—No puedo darte eso, mientras dure el sitio. Pero ya hace tiempo que fue mi turno de guardia, de modo que si quieres, puedo reemplazarte. No tengo sueño esta noche.

—Eres una buena persona, señor Bolsón, y aceptaré con gusto tu ofrecimiento. Si ocurre algo grave, llámame primero, ¡acuérdate! Dormiré en la cámara interior de la izquierda, no muy lejos.

—¡Lárgate! —dijo Bilbo—. Te despertaré a medianoche, para que puedas despertar al siguiente vigía.

Tan pronto como Bombur se hubo ido, Bilbo se puso el anillo, se ató la cuerda, se deslizó parapeto abajo, y desapareció. Tenía unas cinco horas por delante. Bombur dormiría (podía dormirse en cualquier momento, y desde la aventura en el bosque estaba siempre tratando de recuperar aquellos hermosos sueños); y todos los demás estaban ocupados con Thorin. Era poco probable que uno de ellos, aun Fíli o Kili, se acercase al parapeto hasta que les llegase el turno.

Estaba muy oscuro, y al cabo de un rato, cuando abandonó la senda nueva y descendió hacia el curso inferior del arroyo, ya no reconoció el camino. Al fin llegó al recodo, y si quería alcanzar el campamento tenía que cruzar el agua. El lecho del río era allí poco profundo pero bastante ancho, y vadearlo en la oscuridad no fue nada fácil para el pequeño hobbit. Cuando estaba casi a punto de cruzarlo, perdió pie sobre una piedra redonda y cayó chapoteando en el agua fría. Apenas había alcanzado la orilla opuesta, tiritando y farfullando, cuando en la oscuridad aparecieron unos elfos, llevando linternas resplandecientes, en busca de la causa del ruido.

—¡Eso no fue un pez! —dijo uno—. Hay un espía por aquí. ¡Ocultad vuestras luces! Le ayudarían más a él que a nosotros, si se trata de esa criatura pequeña y extraña que según se dice es el criado de los enanos.

—¡Criado, de veras! —bufó Bilbo; y en medio del bufido estornudó con fuerza, y los elfos se agruparon en seguida y fueron hacia el sonido.

—¡Encended una luz! —dijo Bilbo—. ¡Estoy aquí si me buscáis! —y se sacó el anillo, y asomó detrás de una roca.

Pronto se le echaron encima, a pesar de que estaban muy sorprendidos. —¿Quién eres? ¿Eres el hobbit de los enanos? ¿Qué haces? ¿Cómo pudiste llegar tan lejos con nuestros centinelas? —preguntaron uno tras otro, —Soy el señor

Bilbo Bolsón —respondió el hobbit—,compañero de Thorin, si deseáis saberlo. Conozco de vista a vuestro rey, aunque quizá él no me reconozca. Pero Bardo me recordará y es a Bardo en especial a quien quisiera ver.

—¡No digas! —exclamaron—, ¿y qué asunto te trae por aquí?

—Lo que sea, sólo a mí me incumbe, mis buenos elfos. Pero si deseáis salir de este lugar frío y sombrío y regresar a vuestros bosques —respondió estremeciéndose—, llevadme en seguida a un buen fuego donde pueda secarme, y luego dejadme hablar con vuestros jefes lo más pronto posible. Tengo sólo una o dos horas.

Fue así como unas dos horas después de cruzar la Puerta, Bilbo estaba sentado al calor de una hoguera delante de una tienda grande, y allí, también sentados, observándolo con curiosidad, estaban el Rey Elfo y Bardo. Un hobbit en armadura élfica, arropado en parte con una vieja manta, era algo nuevo para ellos.

—Sabéis realmente —decía Bilbo con sus mejores modales de negociador—, las cosas se están poniendo imposibles. Por mi parte estoy cansado de todo el asunto. Desearía estar de vuelta allá en el Oeste, en mi casa, donde la gente es más razonable. Pero tengo cierto interés en este asunto, un catorceavo del total, para ser precisos, de acuerdo con una carta que por fortuna creo haber conservado. —Sacó de un bolsillo de la vieja chaqueta (que llevaba aún sobre la malla) un papel arrugado y plegado: ¡la carta de Thorin que habían puesto en mayo debajo del reloj, sobre la repisa de la chimenea!

—Una parte de todos los beneficios, recordadlo —continuó—. Lo tengo muy bien en cuenta. Personalmente estoy dispuesto a considerar con atención vuestras proposiciones, y deducir del total lo que sea justo, antes de exponer la mía. Sin embargo, no conocéis a Thorin Escudo de Roble tan bien como yo. Os aseguro que está dispuesto a sentarse sobre un montón de oro y morirse de hambre, mientras vosotros estéis aquí.

—¡Bien, que se quede! —dijo Bardo—. Un tonto como él merece morirse de hambre.

—Tienes algo de razón —dijo Bilbo—. Entiendo tu punto de vista. A la vez ya viene el invierno. Pronto habrá nieve, y otras cosas, y el abastecimiento será difícil, aun para los elfos, creo. Habrá también otras dificultades. ¿No habéis oído hablar de Dain y de los enanos de las Colinas de Hierro?

—Sí, hace mucho tiempo; ¿pero en qué nos atañe? —preguntó el rey.

—En mucho, me parece. Veo que no estáis enterados. Dain, no lo dudéis, está ahora a menos de dos días de marcha, y trae consigo por lo menos unos

quinientos enanos, todos rudos, que en buena parte han participado en las encarnizadas batallas entre enanos y trasgos, de las que sin duda habréis oído hablar. Cuando lleguen, puede que haya dificultades serias.

—¿Por qué nos lo cuentas? ¿Estás traicionando a tus amigos, o nos amenazas? —preguntó Bardo seriamente.

—¡Mi querido Bardo! —chilló Bilbo— ¡No te apresures! ¡Nunca me había encontrado antes con gente tan suspicaz! Trato simplemente de evitar problemas a todos los implicados. ¡Ahora os haré una oferta!

—¡Oigámosla! —exclamaron los otros.

—¡Podéis verla! —dijo Bilbo—. ¡Aquí está! —y puso ante ellos la Piedra del Arca, y retiró la envoltura.

El propio Rey Elfo, cuyos ojos estaban acostumbrados a cosas bellas y maravillosas, se puso de pie, asombrado. Hasta el mismo Bardo se quedó mirándola maravillado y en silencio. Era como si hubiesen llenado un globo con la luz de la luna, y colgase ante ellos en una red centelleante de estrellas escarchadas.

—Esta es la Piedra del Arca de Thrain —dijo Bilbo—, el Corazón de la Montaña; y también el corazón de Thorin. Tiene, según él, más valor que un río de oro.

Yo os la entrego. Os ayudará en vuestra negociación,

—Luego Bilbo, no sin un estremecimiento, no sin una mirada ansiosa, entregó la maravillosa piedra a Bardo, y éste la sostuvo en la mano, como deslumbrado.

—Pero, ¿es tuya para que nos la des así? —preguntó al fin con un esfuerzo.

—¡Oh, bueno! —dijo el hobbit un poco incómodo— No exactamente; pero desearía dejarla como garantía de mi proposición, sabéis. Puede que sea un saqueador (al menos eso es lo que dicen: aunque nunca me he sentido tal cosa), pero soy honrado, espero, bastante honrado. De un modo o de otro regreso ahora, y los enanos pueden hacer conmigo lo que quieran. Espero que os sirva.

El Rey Elfo miró a Bilbo con renovado asombro.

—¡Bilbo Bolsón —dijo—. Eres más digno de llevar la armadura de los príncipes elfos que muchos que parecían vestirla con más gallardía. Pero me pregunto si Thorin Escudo de Roble lo verá así. En general conozco mejor que tú a los enanos. Te aconsejo que te quedes con nosotros, y aquí serás recibido con todos los honores y agasajado tres veces.

—Muchísimas gracias, no lo pongo en duda —dijo Bilbo con una reverencia— Pero no puedo abandonar a mis amigos de este modo, me parece, después de lo que hemos pasado juntos. ¡Y además prometí despertar al viejo Bombur a medianoche! ¡Realmente tengo que marcharme, y rápido!

Nada de lo que dijeran iba a detenerlo, de modo que se le proporcionó una escolta, y cuando se pusieron en marcha, el rey y Bardo lo saludaron con respeto. Cuando atravesaron el campamento, un anciano envuelto en una capa oscura se levantó de la puerta de la tienda donde estaba sentado y se les acercó.

—¡Bien hecho, señor Bolsón! —dijo, dando a Bilbo una palmada en la espalda— ¡Hay siempre en ti más de lo que uno espera! —Era Gandalf.

Por primera vez en muchos días Bilbo estaba de verdad encantado. Mas no había tiempo para todas las preguntas que deseaba hacer en seguida.

—¡Todo a su hora! —dijo Gandalf— Las cosas están llegando a feliz término, a menos que me equivoque. Quedan todavía momentos difíciles por delante, ¡pero no te desanimes! Tú puedes salir airoso. Pronto habrá nuevas que ni siquiera los cuervos han oído. ¡Buenas noches!

Asombrado pero contento, Bilbo se dio prisa. Lo llevaron hasta un vado seguro y lo dejaron seco en la orilla opuesta; luego se despidió de los elfos y subió con cuidado de regreso hacia el parapeto. Empezó a sentir un tremendo cansancio, pero era bastante antes de medianoche cuando trepó otra vez por la cuerda; aún estaba donde la había dejado. La desató y la ocultó, y luego se sentó en el parapeto preguntándose ansiosamente qué ocurriría ahora.

A medianoche despertó a Bombur; y después se encogió en un rincón, sin escuchar las gracias del viejo enano (que apenas merecía, pensó). Pronto se quedó dormido, olvidando toda preocupación hasta la mañana. En realidad se pasó la noche sonando con huevos y panceta.

LAS NUBES ESTALLAN

Al día siguiente las trompetas sonaron temprano en el campamento. Pronto se vio a un mensajero que corría por la senda estrecha. Se detuvo a cierta distancia, y les hizo señas, preguntando si Thorin escucharía a otra embajada, ya que había nuevas noticias y las cosas habían cambiado.

—¡Eso será por Dain! —dijo Thorin cuando oyó el mensaje—. Habrán oído que ya viene. Pensé que esto les cambiaría el ánimo. ¡Ordénales que vengan en número reducido y sin armas, y yo escucharé! —gritó al mensajero.

Alrededor de mediodía, los estandartes del Bosque y el Lago se adelantaron de nuevo. Una compañía de veinte se aproximaba. Cuando llegaron al sendero, dejaron a un lado espadas y lanzas y se acercaron a la Puerta. Admirados, los enanos vieron que entre ellos estaban tanto Bardo como el Rey Elfo, y delante un hombre viejo, envuelto en una capa y con un capuchón en la cabeza, portando un pesado cofre de madera remachado de hierro.

—¡Salud, Thorin! —dijo Bardo—. ¿Aún no has cambiado de idea?

—No cambian mis ideas con la salida y puesta de unos pocos soles —respondió Thorin—. ¿Has venido a hacerme preguntas ociosas? ¡Aún no se ha retirado el ejército elfo, como he ordenado! Hasta entonces, de nada servirá que vengas a negociar conmigo.

—¿No hay nada, entonces, por lo que cederías parte de tu oro?

—Nada que tú y tus amigos podáis ofrecerme.

—¿Qué hay de la Piedra del Arca de Thrain? —dijo Bardo, y en ese momento el hombre viejo abrió el cofre y mostró en alto la joya.

La luz brotó de la mano del viejo, brillante y blanca en la mañana.

Thorin se quedó entonces mudo de asombro y confusión. Nadie dijo nada por largo rato.

Luego Thorin habló, con una voz ronca de cólera. —Esa piedra fue de mi padre y es mía —dijo—. ¿Por qué habría de comprar lo que me pertenece? —Sin embargo, el asombro lo venció a fin y añadió: —Pero ¿cómo habéis obtenido la reliquia de mi casa, si es necesario hacer esa pregunta a unos ladrones?

—No somos ladrones —respondió Bardo— Lo tuyo re lo devolveremos a cambio de lo nuestro.

—¿Cómo la conseguisteis? —gritó Thorin cada vez más furioso.

—¡Yo se la di! —chilló Bilbo, que espiaba desde el parapeto, ahora con un horrible pavor.

—¡Tú! ¡Tú! —gritó Thorin volviéndose hacia él y aferrándolo con las dos manos—. ¡Tú, hobbit miserable! ¡Tú, pequeñajo... saqueador!

—¡Por la barba de Durin! Me gustaría que Gandalf estuviese aquí. ¡Maldito sea por haberte escogido! ¡Que la barba se le marchite! En cuanto a ti, ¡te estrellaré contra las rocas!

—¡Quieto! ¡Tu deseo se ha cumplido! —dijo una voz. El hombre viejo del cofre echó a un lado la capa y el capuchón—. ¡He aquí a Gandalf! Y parece que a tiempo. Si no te gusta mi saqueador, por favor no le hagas daño. Déjalo en el suelo y escucha primero lo que tiene que decir.

—¡Parecéis todos confabulados! —dijo Thorin dejando Caer a Bilbo en la cima del parapeto— Nunca más tendré tratos con brujos o amigos de brujos. ¿Qué tienes que decir, descendiente de ratas?

—¡Vaya! ¡Vaya! —dijo Bilbo—. Ya sé que todo esto es muy incómodo. ¿Recuerdas haber dicho que podría escoger mi propia catorceava parte? Quizá me lo tomé demasiado literalmente; me han dicho que los enanos son más corteses en palabras que en hechos. Hubo un tiempo, sin embargo, en el que parecías creer que yo había sido de alguna utilidad. ¡Y ahora me llamas descendiente de ratas! ¿Es ese el servicio que tú y tu familia me han prometido, Thorin? ¡Piensa que he dispuesto de mi parte como he querido, y olvídale ya!

—Lo haré —dijo Thorin ceñudo—. Te dejaré marchar, ¡y que nunca nos encontremos otra vez! —Luego se volvió y habló por encima del parapeto—. Me han traicionado —dijo— Todos saben que no podría dejar de redimir la Piedra del Arca, el tesoro de mi palacio. Daré por ella una catorceava parte del tesoro en oro y plata, sin incluir las piedras preciosas; más eso contará como la parte prometida a ese traidor, y con esa recompensa partirá, y vosotros la podréis dividir como queráis. Tendrá bien poco, no lo dudo. Tomadlo, si lo queréis vivo; nada de mi amistad irá con él.

—¡Ahora, baja con tus amigos! —dijo a Bilbo—, ¡o té arrojaré al abismo!

—¿Qué hay del oro y la plata? —preguntó Bilbo.

—Te seguirá más tarde, cuando esté disponible —dijo Thorin— ¡Baja!

—¡Guardaremos la piedra hasta entonces! —le gritó Bardo.

—No estás haciendo un papel muy espléndido como Rey bajo la Montaña —dijo Gandalf—, pero las cosas aún pueden cambiar.

—Cierto que pueden —dijo Thorin. Y ya cavilaba, tan aturdido estaba por el tesoro, si no podría recobrar la Piedra del Arca con la ayuda de Dain, y retener la parte de la recompensa.

Y así fue Bilbo expulsado del parapeto, y con nada a cambio de sus apuros, excepto la armadura que Thorin ya le había dado. Más de uno de los enanos sintió vergüenza y lástima cuando vio partir a Bilbo.

—¡Adiós! —les gritó—, ¡Quizá nos encontremos otra vez como amigos!

—¡Fuera! —gritó Thorin—. Llevas contigo una malla tejida por mi pueblo y es demasiado buena para ti. No se la puede atravesar con flechas; pero si no te das prisa, te pincharé esos pies miserables. ¡De modo que apresúrate!

—No tan rápido —dijo Bardo— Te damos tiempo hasta mañana. Regresaremos a la hora del mediodía y veremos si has traído la parte del tesoro que hemos de cambiar por la Piedra. Si en esto no nos engañas, entonces partiremos y el ejército elfo retomará al Bosque. Mientras tanto, ¡adiós!

Con eso, volvieron al campamento; pero Thorin envió por Roác correos a Dain, diciéndole lo que había sucedido e instándole a que viniese con una rapidez cautelosa.

Pasó aquel día y la noche. A la mañana siguiente, el viento cambió al oeste, y el aire estaba oscuro y tenebroso. Era aún temprano cuando se oyó un grito en el campamento. Llegaron mensajeros a informar que una hueste de enanos había aparecido en la estribación oriental de la Montana y que ahora se apresuraba hacia Valle. Dain había venido. Había corrido toda la noche, y de este modo había llegado sobre ellos más pronto de lo que había esperado. Todos los enanos de la tropa estaban ataviados con cotas de malla de acero que les llegaban a las rodillas; y unas calzas de metal fino y flexible, tejido con un procedimiento secreto que sólo la gente de Dain conocía, les cubrían las piernas. Los enanos son sumamente fuertes para su talla, pero la mayoría de estos eran fuertes aun entre los enanos. En las batallas empuñaban pesados azadones que se manejaban con las dos manos; además, todos tenían al costado una espada ancha y corta, y un escudo redondo les colgaba de las espaldas. Llevaban las barbas partidas y trenzadas, sujetas al cinturón. Las viseras eran de hierro, lo mismo que el calzado; y las caras eran todas sombrías.

Las trompetas llamaron a hombres y elfos a las armas. Pronto vieron a los enanos, que subían por el valle a buen paso. Se detuvieron entre el río y la estribación del este, pero unos pocos se adelantaron, cruzaron el río y se acercaron al

campamento; allí depusieron las armas y alzaron las manos en señal de paz. Bardo salió a encontrarlos y con él Bilbo.

—Nos envía Dain hijo de Nain —dijeron cuando se les preguntó— Corremos junto a nuestros parientes de la Montaña, pues hemos sabido que el reino de antaño se ha renovado. Pero ¿quiénes sois vosotros que acampáis en el llano como enemigos ante murallas defendidas? —Esto, naturalmente, en el lenguaje de entonces, cortés y bastante pasado de moda, significaba simplemente: "Aquí no tenéis nada que hacer. Vamos a seguir, o sea marchaos o peharemos con vosotros". Se proponían seguir adelante, entre la Montaña y el recodo del agua, pues allí el terreno estrecho no parecía muy protegido.

Por supuesto Bardo se negó a permitir que los enanos fueran directamente a la Montaña. Estaba decidido a esperar a que trajesen fuera la plata y el oro, para ser cambiados por la Piedra del Arca, pues no creía que esto pudiera ocurrir una vez que aquella numerosa y hosca compañía hubiera llegado a la fortaleza. Habían traído consigo gran cantidad de suministros, pues los enanos son capaces de soportar cargas muy pesadas, y casi toda la gente de Dain, a pesar de que habían marchado a paso vivo, llevaba a hombros unos fardos enormes, que se sumaban al peso de los azadones y los escudos. Hubieran podido resistir un sitio durante semanas, y en ese tiempo quizá vinieran más enanos, pues Thorin tenía muchos parientes. Quizá fueran capaces también de abrir de nuevo alguna otra puerta, y guardarla, de modo que los sitiadores tendrían que rodear la montaña, y no eran tantos en verdad.

Estos eran precisamente los planes de los enanos, (pues los cuervos mensajeros habían estado muy ocupados yendo de Thorin a Dain); pero por el momento el paso estaba obstruido, así que luego de unas duras palabras, los enanos mensajeros se retiraron murmurando, cabizbajos. Bardo había enviado en seguida unos mensajeros a la Puerta, pero no había allí oro ni pago alguno.

Tan pronto como estuvieron a tiro, les cayeron flechas, y se apresuraron a regresar. Por ese entonces, todo el campamento estaba en pie, como preparándose para una batalla, pues los enanos de Dain avanzaban por la orilla del este.

—¡Tontos! —rió Bardo—. ¡Acercarse así bajo el brazo de la Montaña! No entienden de guerra a campo abierto, aunque sepan guerrear en las minas. Muchos de nuestros arqueros y lanceros aguardan ahora escondidos entre las rocas del flanco derecho. Las mallas de los enanos pueden ser buenas, pero se las pondrá a prueba muy pronto. ¡Caigamos sobre ellos desde los flancos antes de que descansen!

Pero el Rey Elfo dijo: —Mucho esperaré antes de pelear por un botín de oro. Los enanos no pueden pasar, si no se lo permitimos, o hacer algo que no lleguemos a advertir. Esperaremos a ver si la reconciliación es posible. Nuestra ventaja en número bastará, si al fin hemos de librar un desgraciado combate.

Pero estas estimaciones no tenían en cuenta a los enanos. Saber que la Piedra del Arca estaba en manos de los sitiadores, les inflamaba los corazones;

sospecharon además que Bardo y sus amigos titubeaban, y decidieron atacar cuanto antes.

De pronto, sin aviso, los enanos se desplegaron en silencio. Los arcos chasquearon y las flechas silbaron. La batalla iba a comenzar.

¡Pero todavía más pronto, una sombra creció con terrible rapidez! Una nube negra cubrió el cielo. El trueno invernal rodó en un viento huracanado, rugió y retumbó en la Montana y relampagueó en la cima. Y por debajo del trueno se pudo ver otra oscuridad, que se adelantaba en un torbellino, pero esta oscuridad no llegó con el viento; llegó desde el Norte, como una inmensa nube de pájaros, tan densa que no había luz entre las alas.

—¡Deteneos! —gritó Gandalf, que apareció de repente y esperó de pie y solo, con los brazos levantados, entre los enanos que venían y las filas que los aguardaban—. ¡Deteneos! —dijo con voz de trueno, y la vara se le encendió con una luz súbita como el rayo— ¡El terror ha caído sobre vosotros! ¡Ay! Ha llegado más rápido de lo que yo había supuesto. ¡Los trasgos están sobre vosotros! Ahí llega Bolgo del Norte, cuyo padre, ¡oh, Dain!, mataste en Moria, hace tiempo. ¡Mirad! Los murciélagos se ciernen sobre el ejército como una nube de langostas. ¡Montan en lobos, y los wargos vienen detrás!

El asombro y la confusión cayó sobre todos ellos. Mientras Gandalf hablaba, la oscuridad no había dejado de crecer. Los enanos se detuvieron y contemplaron el cielo. Los elfos gritaron con muchas voces.

—¡Venid! —llamó Gandalf—. Hay tiempo de celebrar consejo. ¡Que Dain hijo de Nain se reúna en seguida con nosotros!

Así empezó una batalla que nadie había esperado; la llamaron la Batalla de los Cinco Ejércitos, y fue terrible. De una parte luchaban los trasgos y los lobos salvajes, y por la otra, los Elfos, los Hombres y los Enanos. Así fue como ocurrió. Desde que el Gran Trasgo de las Montañas Nubladas había caído, los trasgos odiaban más que nunca a los enanos. Habían mandado mensajeros de acá para allá entre las ciudades, colonias y plazas fuertes, pues habían decidido conquistar el dominio del Norte. Se habían informado en secreto, y prepararon y forjaron armas en todos los escondrijos de las montañas. Luego se pusieron en marcha, y se reunieron en valles y colinas, yendo siempre por túneles o en la oscuridad, hasta llegar a las cercanías de la gran Montaña Gunabad del Norte, donde tenían la capital. Allí juntaron un inmenso ejército, preparado para caer en tiempo tormentoso sobre los ejércitos desprevenidos del Sur. Estaban enterados de la muerte de Smaug y el júbilo les encendía el ánimo; y noche tras noche se apresuraron entre las montañas, y así llegaron al fin desde el norte casi pisándole los talones a Dain. Ni siquiera los cuervos supieron que llegaban, hasta que los vieron aparecer en las tierras abruptas, entre la Montaña Solitaria y las colinas. Cuánto sabía Gandalf, no se puede decir; pero está claro que no había esperado ese asalto repentino.

Este fue el plan que preparó junto con el Rey Elfo y Bardo; y con Dain, pues el señor enano ya se les había unido: los trasgos eran enemigos de todos, y cualquier otra disputa fue en seguida olvidada. No tenían más esperanza que la de

atraer a los tragos al valle entre los brazos de la Montaña; y ampararse en las grandes estribaciones del sur y el este. Aun de este modo correrían peligro, si los tragos alcanzaban a invadir la Montaña, atacándolos entonces desde atrás y arriba; pero no había tiempo para preparar otros planes o para pedir alguna ayuda.

Pronto pasó el trueno, rodando hacia el sureste; pero la nube de murciélagos se acercó, volando bajo por encima de la Montaña, y se agitó sobre ellos, tapándoles la luz y asustándolos.

—¡A la Montaña! —gritó Bardo—, ¡A la Montaña! ¡Tomemos posiciones mientras todavía hay tiempo!

En la estribación sur, en la parte más baja de la falda y entre las rocas, se situaron los Elfos; en la del este, los Hombres y los Enanos. Pero Bardo y algunos de los elfos y hombres más ágiles escalaron la cima de la loma occidental para echar un vistazo al norte. Pronto pudieron ver la tierra a los pies de la montaña, oscurecida por una apresurada multitud. Luego la vanguardia se arremolinó en el extremo de la estribación y entró atropelladamente en Valle. Estos eran los jinetes más rápidos, que cabalgaban en lobos, y ya los gritos y aullidos hendían el aire a lo lejos. Unos pocos valientes se les enfrentaron, con un amago de resistencia, y muchos cayeron allí antes que el resto se retirara y huyese a los lados. Como Gandalf esperara, el ejército trago se había reunido detrás de la vanguardia, a la que se habían resistido, y luego cayó furioso sobre el valle, extendiéndose aquí y allá entre los brazos de la Montaña, buscando al enemigo. Innumerables eran los estandartes, negros y rojos, y llegaban como una marea furiosa y en desorden.

Fue una batalla terrible. Bilbo no había pasado nunca por una experiencia tan espantosa, y que luego odiara tanto, y esto es como decir que por ninguna otra cosa se sintió tan orgulloso, hasta tal punto que fue para él durante mucho tiempo un tema de charla favorito, aunque no tuvo en ella un papel muy importante. En verdad puedo decir que muy pronto se puso el anillo y desapareció de la vista, aunque no de todo peligro. Un anillo mágico de esta clase no es una protección completa en una carga de tragos, ni detiene las flechas voladoras ni las lanzas salvajes; pero ayuda a apartarse del camino, e impide que escojan tu cabeza entre Otras para que un trago espadachín te la rebane de un tajo.

Los elfos fueron los primeros en cargar. Tenían por los tragos un odio amargo y frío. Las lanzas y espadas brillaban en la oscuridad con un helado reflejo, tan mortal era la rabia de las manos que las esgrimían. Tan pronto como la horda de los enemigos aumentó en el valle, les lanzaron una lluvia de flechas, y todas resplandecían como azuzadas por el fuego. Detrás de las flechas, un millar de lanceros bajó de un salto y embistió. Los chillidos eran ensordecedores. Las rocas se tiñeron de negro con la sangre de los tragos.

Y cuando los tragos se recobraron de la furiosa embestida, y detuvieron la carga de los elfos, todo el valle estalló en un rugido profundo. Con gritos de —¡Moria!— y —¡Dain, Dain!—, los enanos de las Colinas de Hierro se precipitaron sobre el otro flanco, empuñando los azadones, y junto con ellos llegaron los hombres del Lago armados con largas espadas.

El pánico dominó a los trasgos; y cuando se dieron vuelta para enfrentar este ataque, los elfos cargaron otra vez con bríos renovados. Ya muchos de los trasgos huían río abajo para escapar de la trampa; y muchos de los lobos se volvían contra ellos mismos, y destrozaban a muertos y heridos. La victoria parecía inmediata cuando un griterío sonó en las alturas.

Unos trasgos habían escalado la Montaña por la otra parte, y muchos ya estaban sobre la Puerta, en la ladera, y otros corrían temerariamente hacia abajo, sin hacer caso de los que caían chillando al precipicio, para atacar las estribaciones desde encima. A cada una de estas estribaciones se podía llegar por caminos que descendían de la masa central de la Montaña; los defensores eran pocos y no podrían cerrarles el paso durante mucho tiempo. La esperanza de victoria se había desvanecido. Sólo habían logrado contener la primera embestida de la marea negra.

El día avanzó. Otra vez los trasgos se reunieron en el valle. Luego vino una horda de wargos, brillantes y negros como cuervos, y con ellos la guardia personal de Bolgo, trasgos de enorme talla, con cimitarras de acero. Pronto llegaría la verdadera oscuridad, en un cielo tormentoso; mientras, los murciélagos revoloteaban aún alrededor de las cabezas y los oídos de hombres y elfos, o se precipitaban como vampiros sobre las gentes caídas. Bardo luchaba aún defendiendo la estribación del este, y sin embargo retrocedía poco a poco; los señores elfos estaban en la nave del brazo sur, alrededor del rey, cerca del puesto de observación de la Colina del Cuervo.

De súbito se oyó un clamor, y desde la Puerta llamó una trompeta.

¡Habían olvidado a Thorin! Parte del muro, movido por palancas, se desplomó hacia afuera cayendo con estrépito en la laguna. El Rey bajo la Montaña apareció en el umbral, y sus compañeros lo siguieron. Las capas y capuchones habían desaparecido; llevaban brillantes armaduras y una luz roja les brillaba en los ojos. El gran enano centelleaba en la oscuridad como oro en un fuego mortecino.

Los trasgos arrojaron rocas desde lo alto; pero los enanos siguieron adelante, saltaron hasta el pie de la cascada y corrieron a la batalla. Lobos y jinetes caían o huían ante ellos. Thorin manejaba el hacha con mandobles poderosos, y nada parecía lastimarlo.

—¡A mí! ¡A mí! ¡Elfos y hombres! ¡A mí! ¡Oh, pueblo mío! —gritaba, y la voz resonaba como una trompa en el valle.

Hacia abajo, en desorden, los enanos de Dain corrieron a ayudarlo. Hacia abajo fueron también muchos de los hombres del Lago, pues Bardo no pudo contenerlos; y desde la ladera opuesta, muchos de los lanceros elfos. Una vez más los trasgos fueron rechazados al valle, y allí se amontonaron hasta que Valle fue un sitio horrible y oscurecido por cadáveres. Los wargos se dispersaron y

Thorin se volvió a la derecha contra la guardia personal de Bolgo. Pero no alcanzó a atravesar las primeras filas.

Ya tras él yacían muchos hombres y muchos enanos, y muchos hermosos elfos que aún tendrían que haber vivido largos años, felices en el bosque. Y a medida que el valle se abría, la marcha de Thorin era cada vez más lenta. Los enanos eran pocos, y nadie guardaba los flancos. Pronto los atacantes fueron atacados y se vieron encerrados en un gran círculo, cercados todo alrededor por trasgos y lobos que volvían a la carga. La guardia personal de Bolgo cayó aullando sobre ellos, introduciéndose entre los enanos como olas que golpean acantilados de arena. Los otros enanos no podían ayudarlos, pues el asalto desde la Montaña se renovaba con redoblada fuerza, y hombres y elfos eran batidos lentamente a ambos lados.

A todo esto, Bilbo miraba con aflicción. Se había instalado en la Colina del Cuervo, entre los elfos, en parte porque quizá allí era posible escapar, y en parte (el lado Tuk de la mente de Bilbo) porque si iban a mantener una última posición desesperada, quería defender al Rey Elfo. También Gandalf estaba allí de algún modo, sentado en el suelo, como meditando, preparando quizá un último soplo de magia antes del fin.

Este no parecía muy lejano. "No tardará mucho ya", pensaba Bilbo. "Antes que los trasgos ganen la Puerta y todos nosotros caigamos muertos o nos obliguen a descender y nos capturen. Realmente, es como para echarse a llorar, después de todo lo que nos ha pasado. Casi habría preferido que el viejo Smaug se hubiese quedado con el maldito tesoro, antes de que lo consigan esas viles criaturas, y el pobrecito Bombur y Balin y Fili y Kili y el resto tengan mal fin; y también Bardo, y los hombres del Lago y los alegres elfos. ¡Ay mísero de mí! He oído canciones sobre muchas batallas, y siempre he entendido que la derrota puede ser gloriosa. Parece muy incómoda, por no decir desdichada. Me gustaría de veras estar fuera de todo esto.

Con el viento, se esparcieron las nubes, y una roja puesta de sol rasgó el oeste. Advirtiendo el brillo repentino en las tinieblas, Bilbo miró alrededor y chilló. Había visto algo que le sobresaltó el corazón, unas sombras oscuras, pequeñas aunque majestuosas, en el resplandor distante.

—¡Las Águilas! ¡Las Águilas! —vociferó—, ¡Vienen las Águilas!

Los ojos de Bilbo rara vez se equivocaban. Las Águilas venían con el viento, hilera tras hilera, en una hueste tan numerosa que todos los aguileros del norte parecían haberse reunido allí,

—¡Las Águilas! ¡Las Águilas! —gritaba Bilbo, saltando y moviendo los brazos. Si los elfos no podían verlo, al menos podían oírlo. Pronto ellos gritaron también, y los ecos corrieron por el valle. Muchos ojos expectantes miraron arriba, aunque aún nada se podía ver, excepto desde las estribaciones meridionales de la Montaña.

—¡Las Águilas! —gritó Bilbo otra vez, pero en ese momento una piedra cayó y le golpeó con fuerza el yelmo, y el hobbit se desplomó y no vio nada más.

EL VIAJE DE VUELTA

Cuando Bilbo se recobró, se recobró literalmente solo. Estaba tendido en las piedras planas de la Colina del Cuervo, y no había nadie cerca. Un día despejado, pero frío, se extendía allá arriba. Bilbo temblaba y se sentía tan helado como una piedra, pero en la cabeza le ardía un fuego.

"Me pregunto qué ha pasado" se dijo. "De todos modos no soy todavía uno de los héroes caídos; ¡pero supongo que todavía hay tiempo para eso!"

Se sentó, agarrotado. Mirando hacia el valle no alcanzó a ver ningún trasgo vivo. Al cabo de un rato la cabeza se le aclaró un poco, y creyó distinguir a unos elfos que se movían en las rocas de abajo. Se restregó los ojos. ¿Acaso había aún un campamento en la llanura, a cierta distancia, y un movimiento de idas y venidas alrededor de la Puerta? Los enanos parecían estar atareados removiendo el muro. Pero todo estaba como muerto. No se oían llamadas ni ecos de canciones. De algún modo, había una tristeza en el aire.

—¡Victoria después de todo, supongo! —dijo sintiendo el dolor de cabeza—. Bien, la situación parece bastante sombría.

De súbito, descubrió a un hombre que trepaba y venía hacia él.

—¡Hola ahí! —llamó con voz vacilante— ¡Hola ahí! ¿Qué ocurre?

—¿Qué voz es la que habla entre las rocas? —dijo el hombre, deteniéndose y atisbando alrededor, no lejos de donde Bilbo estaba sentado.

¡Entonces Bilbo recordó el anillo! —¡Que me aspen! —dijo—. Esta invisibilidad tiene también sus inconvenientes. De Otro modo hubiera podido pasar una noche abrigada y cómoda, en cama.

—¡Soy yo, Bilbo Bolsón, el compañero de Thorin! —gritó, quitándose de prisa el anillo.

—¡Es una suerte que te haya encontrado! —dijo el hombre adelantándose— Te necesitan, y estamos buscándote desde hace tiempo. Te hubieran contado entre los muertos, que son muchos, si Gandalf el mago no hubiese dicho que no hace mucho habían oído tu voz por estos sitios. Me han enviado a mirar aquí por última vez. ¿Estás muy herido?

—Un golpe feo en la cabeza, creo —dijo Bilbo—. Pero tengo un yelmo, y una cabeza dura. Así y todo me siento enfermo y las piernas se me doblan como paja.

—Te llevaré abajo, al campamento del valle —dijo el hombre, y lo alzó con facilidad.

El hombre era rápido y de paso seguro. No pasó mucho tiempo antes de que depositara a Bilbo ante una tienda en Valle; y allí estaba Gandalf, con un brazo en cabestrillo. Ni siquiera el mago había escapado indemne; y había pocos en toda la hueste que no tuvieran alguna herida.

Cuando Gandalf vio a Bilbo se alegró de veras.

—¡Bolsón! —exclamó—. ¡Bueno! ¡Nunca lo hubiera dicho! ¡Vivo, después de todo! ¡Estoy contento! ¡Empezaba a preguntarme si esa suerte que tienes te ayudaría a salir del paso! Fue algo terrible, y casi desastroso. Pero las otras nuevas pueden aguardar. ¡Ven! —dijo más gravemente— Alguien te reclama. —Y guiando al hobbit, lo llevo dentro de la tienda.

—¡Salud Thorin! —dijo Gandalf mientras entraba—. Lo he traído.

Allí efectivamente yacía Thorin Escudo de Roble, herido de muchas heridas, y la armadura abollada y el hacha mellada estaban junto a él en el suelo. Alzó los ojos cuando Bilbo se le acercó.

—Adiós, buen ladrón —dijo— Parto ahora hacia los salones de espera a sentarme al lado de mis padres, hasta que el mundo sea renovado. Ya que hoy dejo todo el oro y la plata, y voy a donde tienen poco valor, deseo partir en amistad contigo, y me retracto de mis palabras y hechos ante la Puerta.

Bilbo hincó una rodilla, ahogado por la pena. —¡Adiós, Rey bajo la Montaña! —dijo—. Es esta una amarga aventura, si ha de terminar así; y ni una montaña de oro podría enmendarla. Con todo, me alegro de haber compartido tus peligros: esto ha sido más de lo que cualquier Bolsón hubiera podido merecer.

—¡No! —dijo Thorin—. Hay en ti muchas virtudes que tú mismo ignoras, hijo del bondadoso Oeste. Algo de coraje y algo de sabiduría, mezclados con mesura. Si muchos de nosotros dieran más valor a la comida, la alegría y las canciones que al oro atesorado, este sería un mundo más feliz. Pero triste o alegre, ahora he de abandonarlo. ¡Adiós!

Entonces Bilbo se volvió, y se fue solo; y se sentó fuera arropado con una manta, y aunque quizá no lo creáis, lloró hasta que se le enrojecieron los ojos y se te enronqueció la voz. Era un alma bondadosa, y pasó largo tiempo antes de que tuviese ganas de volver a bromear. "Ha sido un acto de misericordia" se dijo al fin, "que haya despertado cuando lo hice. Desearía que Thorin estuviese vivo, pero me alegro de que partiese en paz. Eres un tonto, Bilbo Bolsón, y lo trastornaste todo con ese asunto de la piedra; y al fin hubo una batalla a pesar de que tanto te esforzaste en conseguir paz y tranquilidad, aunque supongo que nadie podrá acusarte por eso."

Todo lo que sucedió después de que lo dejaran sin sentido, Bilbo lo supo más tarde; pero sintió entonces más pena que alegría, y ya estaba cansado de la aventura. El deseo de viajar de vuelta al hogar lo consumía. Eso, sin embargo, se retrasó un poco, de modo que entretanto os relataré algo de lo que ocurrió. Las tropas de tragos habían despertado hacía tiempo la sospecha de las Águilas, a cuya atención no podía escapar nada que se moviera en las cimas. De modo que ellas también se reunieron en gran número alrededor del Águila de las Montañas Nubladas; y al fin, olfateando el combate, habían venido de prisa, bajando con la tormenta en el momento crítico. Fueron ellas quienes desalojaron de las laderas de la montaña a los tragos que chillaban desconcertados, arrojándolos a los precipicios, o empujándolos hacia los enemigos de abajo. No pasó mucho tiempo

antes de que hubiesen liberado la Montaña Solitaria, y los elfos y hombres de ambos lados del valle pudieron por fin bajar a ayudar en el combate.

Pero aun incluyendo a las Águilas, los trasgos los superaban en número. En aquella última hora el propio Beorn había aparecido; nadie sabía cómo o de dónde. Llegó solo, en forma de oso; y con la cólera parecía ahora más grande de talla, casi un gigante.

El rugir de la voz de Beorn era como tambores y cañones; y se abrió paso echando a los lados lobos y trasgos como si fueran pajas y plumas. Cayó sobre la retaguardia, y como un trueno irrumpió en el círculo. Los enanos se mantenían firmes en una colina baja y redonda. Entonces Beorn se agachó y recogió a Thorin, que había caído atravesado por las lanzas, y lo llevó fuera del combate.

Retornó en seguida, con una cólera redoblada, de modo que nada podía contenerlo y ningún arma parecía hacerle mella. Dispersó la guardia, arrojó al propio Bolgo al suelo, y lo aplastó. Entonces el desaliento cundió entre los trasgos, que se dispersaron en todas direcciones. Pero esta nueva esperanza alentó a los otros, que los persiguieron de cerca, y evitaron que la mayoría buscara cómo escapar. Empujaron a muchos hacia el Río Rápido, y así huyesen al sur o al oeste, fueron acosados en los pantanos próximos al Río del Bosque; y allí pereció la mayor parte de los últimos fugitivos, y quienes se acercaron a los dominios de los Elfos del Bosque fueron ultimados, o atraídos para que murieran en la oscuridad impenetrable del Bosque Negro. Las canciones relatan que en aquel día perecieron tres cuartas partes de los trasgos guerreros del Norte, y las montañas tuvieron paz durante muchos años.

La victoria era segura ya antes de la caída de la noche, pero la persecución continuaba aún cuando Bilbo regresó al campamento; y en el valle no quedaban muchos, excepto los heridos más graves.

—¿Dónde están las Águilas? —preguntó Bilbo a Gandalf aquel anochecer, mientras yacía abrigado con muchas mantas.

—Algunas están de cacería —dijo el mago—, pero la mayoría ha partido de vuelta a los aguileros. No quisieron quedarse aquí, y se fueron con las primeras luces del alba. Dain ha coronado al jefe con oro, y le ha jurado amistad para siempre.

—Lo lamento. Quiero decir, me hubiera gustado verlas otra vez —dijo Bilbo adormilado—, quizá las vea en el camino a casa. ¿Supongo que iré pronto?

—Tan pronto como quieras —dijo el mago. En verdad pasaron algunos días antes de que Bilbo partiera realmente. Enterraron a Thorin muy hondo bajo la Montaña, y Bardo le puso la Piedra del Arca sobre el pecho.

—¡Que yazga aquí hasta que la Montaña se desmorone!

—dijo— ¡Que traiga fortuna a todos los enanos que en adelante vivan aquí!

Sobre la tumba de Thorin, el Rey Elfo puso luego a Orcrist, la espada élfica que le habían arrebatado al enano cuando lo apresaron. Se dice en las canciones que brilla en la oscuridad, cada vez que se aproxima un enemigo, y la fortaleza de los enanos no puede ser tomada por sorpresa. Allí Dain hijo de Nain vivió desde entonces y se convirtió en Rey bajo la Montaña; y con el tiempo muchos otros enanos vinieron a reunirse alrededor del trono, en los antiguos salones. De los doce compañeros de Thorin, quedaban diez. Fíli y Kili habían caído defendiéndolo con el cuerpo y los escudos, pues era el hermano mayor de la madre de ellos, Los otros permanecieron con Dain, que administró el tesoro con justicia.

No hubo, desde luego, ninguna discusión sobre la división del tesoro en tantas partes como había sido planeado, para Balin y Dwalin, y Dori y Nori y Ori, y Óin y Glóin, y Bifur y Bofur y Bombur, o para Bilbo. Con todo, una catorceava parte de toda la plata y oro, labrada y sin labrar, se entregó a Bardo pues Dain comentó: —Haremos honor al acuerdo del muerto, y él custodia ahora la Piedra del Arca.

Aun una catorceava parte era una riqueza excesiva, más grande que la de muchos reyes mortales. De aquel tesoro. Bardo envió gran cantidad de oro al gobernador de la Ciudad del Lago; y recompensó con largueza a seguidores y amigos. Al Rey de los Elfos le dio las esmeraldas de Girion, las joyas que él más amaba, y que Dain le había devuelto.

A Bilbo le dijo: —Este tesoro es tanto tuyo como mío, aunque antiguos acuerdos no puedan mantenerse, ya que tantos intervinieron en ganarlo y defenderlo. Pero aun cuando dijiste que renunciarías a toda pretensión, desearía que las palabras de Thorin, de las cuales se arrepintió, no resultasen ciertas: que te daríamos poco. Te recompensaré más que a nadie.

—Muy bondadoso de tu parte —dijo Bilbo—. Pero realmente es un alivio para mí. Cómo demonios podría llevar ese tesoro a casa sin que hubiera peleas y crímenes

todo a lo largo del camino, no lo sé. Y no sé qué haría con ese tesoro una vez en casa. En tus manos estará mejor.

Por último accedió a tomar sólo dos pequeños cofres, uno lleno de plata y el otro lleno de oro, que un poney fuerte podría cargar. —Un poco más y no sabría qué hacer con él —dijo.

Por fin llegó el momento de despedirse. —¡Adiós Balin! —exclamó—. ¡Y adiós, Dwalin; y adiós Dori, Nori, Ori, Óin, Glóin, Bifur, Bofur, y Bombur! ¡Que vuestras barbas nunca crezcan ralas! —Y volviéndose hacia la Montaña añadió: —¡Adiós, Thorin Escudo de Roble! ¡Y Fili y Kili! ¡Que nunca se pierda vuestra memoria!

Entonces los enanos se inclinaron profundamente ante la Puerta, pero las palabras se les trabaron en las gargantas. —¡Adiós y buena suerte, dondequiera que vayas! —dijo Balin al fin—. Si alguna vez vuelves a visitarnos, cuando nuestros salones estén de nuevo embellecidos, entonces ¡el festín será realmente espléndido!

—¡Si alguna vez pasáis por mi camino —dijo Bilbo—, no dudéis en llamar! El té es a la cuatro; ¡pero cualquiera de vosotros será bienvenido, a cualquier hora!

Luego dio media vuelta y se alejó.

La hueste élfica estaba en marcha; y aunque tristemente disminuida, todavía muchos iban alegres, pues ahora el mundo septentrional sería más feliz durante largos años. El dragón estaba muerto y los trasgos derrotados, y los corazones élficos miraban adelante, más allá del invierno hacia una primavera de alegría.

Gandalf y Bilbo cabalgaban detrás del rey, y junto a ellos marchaba Beorn a grandes pasos, una vez más en forma humana, y reía y cantaba con una voz recia por el camino. Así fueron hasta aproximarse a los lindes del Bosque Negro, al norte del lugar donde nacía el Río del Bosque. Hicieron alto entonces, pues el mago y Bilbo no penetrarían en el bosque, aun cuando el rey les ofreció que se quedaran un tiempo. Se proponían marchar a lo largo del borde de la floresta, y circundar el extremo norte, internándose en el yermo que se extendía entre él y las Montañas Grises. Era un largo y triste camino, pero ahora que los trasgos habían sido aplastados, les parecía más seguro que los espantosos senderos bajo los árboles. Además Beorn iría con ellos.

—¡Adiós, oh Rey Elfo! —dijo Gandalf— ¡Que el bosque verde sea feliz mientras el mundo es todavía joven! ¡Y que sea feliz todo tu pueblo!

—¡Adiós, oh Gandalf! —dijo el rey—. ¡Que siempre aparezcas donde más te necesiten y menos te esperen! ¡Cuantas más veces vengas a mis salones, tanto más me sentiré complacido!

—¡Te ruego —dijo Bilbo tartamudeando, vacilante— que aceptes este presente! — y sacó un collar de plata y perlas que Dain le había dado al partir.

—¿Cómo me he ganado este presente, oh hobbit? —dijo el rey.

—Bueno... este... pensé —dijo Bilbo bastante confuso—, que... algo tendría que dar por tu... este... hospitalidad. Quiero decir que también un saqueador tiene sentimientos. He bebido mucho de tu vino y he comido mucho de tu pan—

—¡Aceptaré tu presente, oh Bilbo el Magnífico! —dijo el rey gravemente—. Y te nombro amigo del elfo y bienaventurado. ¡Que tu sombra nunca disminuya (o robarte sería demasiado fácil)! ¡Adiós!

Luego los elfos se volvieron hacia el Bosque, y Bilbo emprendió la larga marcha hacia el hogar.

Pasó muchos infortunios y aventuras antes de estar de vuelta. El Yermo era todavía el Yermo, y había allí Otras cosas en aquellos días, además de trasgos; pero iba bien guiado y custodiado —el mago estaba con él, y Beorn lo acompañó una buena parte del camino— y nunca volvió a encontrarse en un apuro grave. Con todo, hacia la mitad del invierno, Gandalf y Bilbo habían dejado atrás los lindes del Bosque, y volvieron a las puertas de la casa de Beorn; y allí se quedaron una temporada. El invierno pasó con días agradables y alegres; y hombres de todas partes vinieron a festejarlo invitados por Beorn. Los trasgos de las Montañas Nubladas eran pocos, y se escondían aterrorizados en los agujeros más profundos que podían encontrar; y los wargos habían desaparecido de los bosques, de modo que los hombres iban de un lado a otro sin temor. Beorn llegó a convertirse en el jefe de aquellas regiones y gobernó una extensa tierra entre el bosque y las montañas, y se dice que durante muchas generaciones los varones que él engendraba podían transformarse en osos, y algunos se mostraron inflexibles y perversos, pero la mayor parte fue como Beorn, aunque de menos tamaño y fuerza. En esos días, los últimos trasgos fueron expulsados de las Montañas Nubladas y hubo una nueva paz en los límites del Yermo.

Era primavera, y una hermosa primavera con aires tempranos y un sol brillante, cuando Bilbo y Gandalf se despidieron al fin de Beorn; y aunque anhelaba volver al hogar, Bilbo partió con pena, pues las flores de los jardines de Beorn eran en primavera no menos maravillosas que en pleno verano.

Al fin ascendieron por el largo camino y alcanzaron el paso donde los trasgos los habían capturado antes. Pero llegaron a aquel sitio elevado por la mañana, y mirando hacia atrás vieron un sol blanco que brillaba sobre la vastedad de la tierra. Allá atrás se extendía el Bosque Negro, azul en la distancia, y oscuramente verde en el límite más cercano, aun en los días primaverales. Allá, bien lejos, se alzaba la Montaña Solitaria, apenas visible. En el pico más alto todavía brillaba pálida la nieve.

—¡Así llega la nieve tras el fuego, y aun los dragones tienen su final! —dijo Bilbo, y volvió la espalda a su aventura. El lado Tuk estaba sintiéndose muy cansado, y el lado Bolsón se fortalecía día a día—. ¡Ahora sólo me falta estar sentado en mi propio sillón! —dijo

LA ULTIMA JORNADA

Era el primer día de mayo cuando los dos regresaron por fin al borde del valle de Rivendel, donde se alzaba la Última (o la Primera) Morada. De nuevo caía la tarde, los poneyes se estaban cansando, en especial el que transportaba los bultos, y todos necesitaban algún reposo. Mientras descendían el empinado sendero, Bilbo Oyó a los elfos que cantaban todavía entre los árboles, como si no hubieran callado desde que él estuviera allí hacía tiempo, y tan pronto como los jinetes bajaron a los claros, inferiores del bosque, las voces entonaron una canción muy parecida a la de aquel entonces. Era algo así:

¡El dragón se ha marchitado,
le han destrozado los huesos,
y le han roto la armadura,
y el brillo le han humillado!
Aunque la espada se oxide,
y la corona perezca,
con una fuerza inflexible
y bienes atesorados,
aún crecen aquí las hierbas,

y aún, el follaje se mece,
el agua blanca se mueve,
y cantan las voces élficas.
¡Venid! ¡Tra—la—la—lalle!
¡Venid de vuelta al valle!

Las estrellas brillan más
que las gemas incontables,
y la luna es aún más clara,
que los tesoros de plata,
el fuego es más reluciente
en el hogar a la noche,
que el oro hundido en las minas.
¿Por qué ir de un lado a otro?
¡Oh! ¡Tra—la—la—lalle!
¡Venid de vuelta al valle!

¿Adonde marcháis ahora
regresando ya tan tarde?
¡Las aguas del río fluyen,
y arden todas las estrellas!
¿Adonde marcháis cargados,
tan tristes y temerosos?
Los elfos y sus doncellas
saludan a los cansados
con un tra—la—la—lalle,
venid de vuelta al valle.
¡Tra—la—la.—lalle!
¡Fa—la—la—lalle!
¡Fa—la!

Luego los elfos del valle salieron y les dieron la bienvenida, conduciéndolos a través del agua hasta la casa de Elrond. Allí los recibieron con afecto, y esa misma

tarde hubo muchos oídos ansiosos que querían escuchar el relato de la aventura. Gandalf fue quien habló, ya que Bilbo se sentía fatigado y somnoliento. Bilbo conocía la mayor parte del relato, pues había participado en él, y además le había contado muchas cosas al mago en el camino, o en la casa de Beorn; pero algunas veces abría un ojo y escuchaba, cuando Gandalf contaba una parte de la historia, de la que él aún no estaba enterado.

Fue así como supo dónde había estado Gandalf; pues alcanzó a oír las palabras del mago a Elrond. Parecía que Gandalf había asistido a un gran concilio de los magos blancos, señores del saber tradicional y la magia buena; y que habían expulsado al fin al Nigromante de su oscuro dominio al sur del Bosque Negro.

—Dentro de no mucho tiempo —decía Gandalf—, el Bosque medrará de algún modo. El Norte estará a salvo de ese horror por muchos años, espero, ¡Aun así, desearía que ya no estuviese en este mundo!

—Sería bueno, en verdad —dijo Elrond—, pero temo que eso no ocurrirá en esta época del mundo, ni en muchas que vendrán después.

Cuando el relato de los viajes concluyó, hubo otros cuentos, y todavía más, cuentos de antaño, de hogaño y de ningún tiempo, hasta que Bilbo cabeceó y roncó cómodamente en un rincón.

Despertó en un lecho blanco, y la luna entraba por una ventana abierta. Debajo muchos elfos cantaban en voz alta y clara a orillas del arroyo.

¡Cantad regocijados, cantad ahora juntos!

El viento está en las copas, y ronda en el brezal,
los capullos de estrellas y la luna florecen,
las ventanas nocturnas refulgen en la torre.

¡Bailad regocijados, bailad ahora juntos!

¡Que la hierba sea blanda, y los pies como plumas!
El río es plateado, y las sombras se borran,
feliz el mes de maye, y feliz nuestro encuentro.

¡Cantemos dulcemente envolviéndolo en sueños!

¡Dejemos que repose y vamos afuera!

El vagabundo duerme; que la almohada sea blanda.

¡Arrullos! ¡Más arrullos! ¡De alisos y de sauces!

¡Pino, tú no suspieres, hasta el viento del alba!

¡Luna, escóndete! Que haya sombra en la tierra.

Silencio! ¡Silencio! ¡Roble, Fresno y Espino!

¡Que el agua calle hasta que apunte la mañana!

—¡Bien, Pueblo Festivo! —dijo Bilbo asomándose— ¿Qué hora es según la luna? ¡Vuestra nana podría despertar a un trago borracho! No obstante, os doy las gracias.

—Y tus ronquidos podrían despertar a un dragón de piedra. No obstante, te damos las gracias —contestaron los elfos con una risa— Está apuntando el alba, y has dormido desde el principio de la noche. Mañana, tal vez, habrás remediado tu cansancio.

—Un sueño breve es un gran remedio en la casa de Elrond —dijo Bilbo—, pero trataré de que el remedio no me falte. ¡Buenas noches por segunda vez, hermosos amigos! —Y con estas palabras volvió al lecho y durmió hasta bien entrada la mañana.

Pronto perdió toda huella de cansancio en aquella casa, y no tardó en bromear y bailar, tarde y temprano, con los elfos del valle. Sin embargo, aun este sitio no podía demorarlo por mucho tiempo más, y pensaba siempre en su propia casa. Al cabo pues de una semana, le dijo adiós a Elrond, y dándole unos pequeños regalos que el elfo no podía dejar de aceptar, se alejó cabalgando con Gandalf.

Dejaban el valle, cuando el cielo se oscureció al oeste y sopló el viento y empezó a llover.

—¡Alegres días de mayo! —dijo Bilbo cuando la lluvia le golpeó la cara—, Pero hemos vuelto la espalda a muchas leyendas y estamos llegando a casa. Supongo que esto es el primer sabor del hogar.

—Hay un largo camino —dijo Gandalf.

—Pero es el último camino —dijo Bilbo.

Llegaron al río que señalaba el límite del Yermo, y al vado bajo la orilla escarpada que quizá recordéis. El agua había crecido con el deshielo de las nieves (pues el verano estaba próximo) y con el largo día de lluvia; pero al fin lo cruzaron luego de algunas dificultades y continuaron marchando mientras caía la tarde; era la última jornada.

Esta fue parecida a la primera, pero ahora la compañía era más reducida, y más silenciosa; además esta vez no hubo trolls. En cada punto del camino Bilbo rememoraba los hechos y palabras de hacia un año —a él le parecían más de diez— y por supuesto, reconoció en seguida el lugar donde el poney había caído al río, y donde habían dejado atrás aquella desagradable aventura con Tom, Berto y Guille.

No lejos del camino encontraron el oro enterrado de los trolls, aún oculto e intacto. —Tengo bastante para toda la vida —dijo Bilbo cuando lo desenterraron—. Sería mejor que lo tomases tú, Gandalf. Quizá puedas encontrarle alguna utilidad.

—¡Desde luego que puedo! —dijo el mago— ¡Pero dividámoslo en partes iguales! Puedes encontrarte con necesidades inesperadas.

De modo que pusieron el oro en costales y lo cargaron en los poneyes, quienes no se mostraron muy complacidos. Desde entonces la marcha fue más lenta, pues la mayor parte del tiempo avanzaron a pie. Pero la tierra era verde y había mucha hierba por la que el hobbit paseaba contentó. Se enjugaba el rostro con un pañuelo de seda roja —¡no!, no había conservado uno sólo de los suyos, y éste se lo había prestado Elrond—, pues ahora junio había traído el verano, y el tiempo era otra vez cálido y luminoso.

Como todas las cosas llegan a término, aun esta historia, un día divisaron al fin el país donde Bilbo había nacido y crecido, donde conocía las formas de la tierra y los árboles tanto como sus propias manos y pies. Alcanzó a otear la Colina a lo lejos, y de repente se detuvo y dijo:

Los caminos siguen avanzando,
sobre rocas y bajo árboles,
por curvas donde el sol no brilla,
por arroyos que el mar no encuentran,
sobre las nieves que el invierno siembra,
y entre las flores alegres de junio,
sobre la hierba y sobre la piedra,
bajo los montes a la luz de la luna.

Los caminos siguen avanzando
bajo las nubes, y las estrellas,
pero los pies que han echado a andar
regresan por fin al hogar lejano.

Los ojos que fuegos y espadas han visto,
y horrores en salones de piedra,
miran al fin las praderas verdes,
colinas y árboles conocidos.

Gandalf lo miró. —¡Mi querido Bilbo! —dijo—. ¡Algo te ocurre! No eres el hobbit que eras antes.

Y así cruzaron el puente y pasaron el molino junto al río, y llegaron a la mismísima puerta de Bilbo.

—¡Bendita sea! ¿Qué pasa? —gritó el hobbit. Había una gran conmoción, y gente de toda clase, respetable, y no respetable, se apiñaba en la puerta, y muchos

entraban y salían, y ni siquiera se limpiaban los pies en el felpudo, como Bilbo observó disgustado.

Si él estaba sorprendido, ellos lo estuvieron más. ¡Había llegado de vuelta en medio de una subasta! Había una gran nota en blanco y rojo en la verja, manifestando que el veintidós de junio los señores Gorgo, Gorgo y Borgo sacarían a subasta los efectos del finado señor don Bilbo Bolsón, de Bolsón Cerrado, Hobbiton. La venta comenzaría a las diez en punto. Era casi la hora del almuerzo, y muchas de las cosas ya habían sido vendidas, a distintos precios, desde casi nada hasta viejas canciones (como no es raro en las subastas). Los primos de Bilbo, los Sacovilla Bolsón, estaban muy atareados midiendo las habitaciones para ver si podrían meter allí sus propios muebles. En síntesis: Bilbo había sido declarado "presuntamente muerto", y no todos lamentaron que la presunción fuera falsa.

La vuelta del señor Bilbo Bolsón creó todo un disturbio, tanto bajo la Colina como sobre la Colina, y al otro lado de Delagua; el asombro duró mucho más de nueve días. El problema se prolongó en verdad durante años. Pasó mucho tiempo antes de que el señor Bolsón fuese admitido otra vez en el mundo de los vivos. La gente que había conseguido unas buenas gangas en la subasta, fue dura de convencer; y al final, para ahorrar tiempo, Bilbo tuvo que comprar de nuevo muchos de sus propios muebles. Algunas cucharas de plata desaparecieron de modo misterioso, y nunca se supo de ellas, aunque Bilbo sospechaba de los Sacovilla Bolsón. Por su parte ellos nunca admitieron que el Bolsón que estaba de vuelta fuera el genuino, y las relaciones con Bilbo se estropearon para siempre. En realidad, habían pensado mucho tiempo en mudarse a aquel agradable agujero—hobbit.

Sin embargo, Bilbo había perdido más que cucharas; había perdido su reputación. Es cierto que tuvo desde entonces la amistad de los elfos y el respeto de los enanos, magos y todas esas gentes que alguna vez pasaban por aquel camino. Pero ya nunca fue del todo respetable. En realidad todos los hobbits próximos lo consideraron "raro", excepto los sobrinos y sobrinas de la rama Tuk; aunque los padres de estos jóvenes no los animaban a cultivar la amistad de Bilbo.

Lamento decir que no le importaba. Se sentía muy contento; y el sonido de la marmita sobre el hogar era mucho más musical de lo que había sido antes, incluso en aquellos días tranquilos anteriores a la Tertulia Inesperada. La espada la colgó sobre la repisa de la chimenea. La cota de malla fue colocada sobre una plataforma en el vestíbulo (hasta que la prestó a un museo). El oro y la plata los gastó en generosos presentes, tanto útiles como extravagantes, lo que explica hasta cierto punto el afecto de los sobrinos y sobrinas. El anillo mágico lo guardó muy en secreto, pues ahora lo usaba sobre todo cuando llegaban visitas desagradables.

Se dedicó a escribir poemas y a visitar a los elfos; y aunque muchos meneaban la cabeza y se tocaban la frente, y decían: —¡Pobre viejo Bolsón!—, y pocos creían en las historias que a veces contaba, se sintió muy feliz hasta el fin de sus días, que fueron extraordinariamente largos.

Una tarde otoñal, algunos años después, Bilbo estaba sentado en el estudio escribiendo sus memorias —pensaba llamarlas Historia de una ida y de una vuelta. Las vacaciones de un hobbit— cuando sonó la campanilla. Allí en la puerta estaban Gandalf y un enano, y el enano no era otro que Balin.

—¡Entrad! ¡Entrad! —dijo Bilbo, y pronto estuvieron sentados en sillas junto al fuego. Y —si Balin advirtió que el chaleco del señor Bolsón era más ancho (y tenía botones de oro autentico), Bilbo advirtió también que la barba de Balin era varias pulgadas más larga, y que el llevaba un magnífico cinturón enjoyado.

Se pusieron a hablar de los tiempos que habían pasado juntos, desde luego, y Bilbo preguntó cómo iban las cosas por las tierras de la Montana. Parecía que iban muy bien. Bardo había reconstruido la ciudad de Valle, y muchos hombres se le habían unido, hombres del Lago, y del Sur y el Oeste, y cultivaban el valle que era próspero otra vez, y en la desolación de Smaug había pájaros y flores en primavera, y fruta y festejos en otoño. Y la Ciudad del Lago había sido fundada de nuevo, y era más opulenta que nunca, y muchas riquezas subían y bajaban por el Río Rápido; y había amistad en aquellas regiones entre elfos y enanos y hombres.

El viejo gobernador había tenido un mal fin. Bardo le había dado mucho oro para que ayudara a la gente del Lago, pero era un hombre propenso a contagiarse de ciertas enfermedades, y había sido atacado por el mal del dragón, y apoderándose de la mayor parte del oro, había huido con él, y murió de hambre en el Yermo, abandonado por sus compañeros.

—El nuevo gobernador es más —sabio —dijo Balin—, y muy popular, pues a él se atribuye mucha de la prosperidad presente. Las nuevas canciones dicen que en estos días los ríos corren con oro.

—¡Entonces las profecías de las viejas canciones se han cumplido de alguna manera! —dijo Bilbo.

—¡Claro! —dijo Gandalf—. ¿Y por qué no tendrían que cumplirse? ¿No dejarás de creer en las profecías sólo porque ayudaste a que se cumplieran? No supondrás. ¿verdad?, que todas tus aventuras y escapadas fueron producto de la mera suerte, para tu beneficio exclusivo. Te considero una gran persona, señor Bolsón, y te aprecio mucho; pero en última instancia ¡eres sólo un simple individuo en un mundo enorme!

—¡Gracias al cielo! —dijo Bilbo riendo, y le pasó el pote de tabaco—

El señor de los anillos

(1ª parte)

La Comunidad del Anillo

J.R.R. Tolkien

PROLOGO

1

De los Hobbits

Este libro trata principalmente de los Hobbits, y el lector descubrirá en sus páginas mucho del carácter y algo de la historia de este pueblo. Podrá encontrarse más información en los extractos del *Libro Rojo de la Frontera del Oeste* que ya han sido publicados con el título de *El Hobbit*. El relato tuvo su origen en los primeros capítulos del *Libro Rojo*, compuesto por Bilbo Bolsón -el primer Hobbit que fue famoso en el mundo entero - y que él tituló *Historia de una ida y de una vuelta*, pues contaba el viaje de Bilbo hacia el Este y la vuelta, aventura que más tarde enredaría a todos los Hobbits en los importantes acontecimientos que aquí se relatan.

No obstante, muchos querrán saber desde un principio algo más de este pueblo notable y quizás algunos no tengan el libro anterior. Para esos lectores se han reunido aquí algunas notas sobre los puntos más importantes de la tradición hobbit, y se recuerda brevemente la primera aventura.

Los Hobbits son un pueblo sencillo y muy antiguo, más numeroso en tiempos remotos que en la actualidad. Amaban la paz, la tranquilidad y el cultivo de la buena tierra, y no había para ellos paraje mejor que un campo bien aprovechado y bien ordenado. No entienden ni entendían ni gustan de maquinarias más complicadas que una fragua, un molino de agua o un telar de mano, aunque fueron muy hábiles con toda clase de herramientas. En otros tiempos desconfiaban en general de la Gente Grande, como nos llaman y ahora nos eluden con terror y es difícil encontrarlos. Tienen el oído agudo y la mirada penetrante, y aunque engordan fácilmente y nunca se apresuran si no es necesario, se mueven con agilidad y destreza. Dominaron desde un principio el arte de desaparecer rápido y en silencio, cuando la Gente Grande con la que no querían tropezar se les acercaba casualmente, y han desarrollado este arte hasta el punto de que a los Hombres puede parecerles verdadera magia. Pero los Hobbits jamás han estudiado magia de ninguna índole y esas rápidas desapariciones se deben únicamente a una habilidad profesional, que la herencia, la práctica y una íntima amistad con la tierra han desarrollado tanto que es del todo inimitable para las razas más grandes y desmayadas.

Los Hobbits son gente diminuta, más pequeña que los Enanos; menos corpulenta y fornida, pero no mucho más baja. La estatura es variable, entre los dos y los cuatro pies de nuestra medida. Hoy pocas veces alcanzan los tres pies, pero se dice que en otros tiempos eran más altos. De acuerdo con el *Libro Rojo*, Bandobras Tuk, apodado el Toro *Bramador*, hijo de Isengrim Ñ, medía cuatro pies y medio y era capaz de montar a caballo. En los archivos de los Hobbits se cuenta que sólo fue superado por dos famosos personajes de la antigüedad, pero de este hecho curioso se habla en el presente libro.

En cuanto a los Hobbits de la Comarca, de quienes tratan estas relaciones, conocieron en un tiempo la paz y la prosperidad y fueron entonces un pueblo feliz. Vestían ropas de brillantes colores, y preferían el amarillo y el verde; muy rara vez usaban zapatos, pues las plantas de los pies eran en ellos duras como el cuero, fuertes y flexibles y los pies mismos estaban recubiertos de un espeso pelo rizado, muy parecido

al pelo de las cabezas, de color castaño casi siempre. Por esta razón el único oficio que practicaban poco era el de zapatero, pero tenían dedos largos y habilidosos que les permitían fabricar muchos otros objetos útiles y agradables. En general los rostros eran bonachones más que hermosos, anchos, de ojos vivos, mejillas rojizas y bocas dispuestas a la risa, a la comida y a la bebida. Reían, comían y bebían a menudo y de buena gana; les gustaban las bromas sencillas en todo momento y comer seis veces al día (cuando podían). Eran hospitalarios, aficionados a las fiestas, hacían regalos espontáneamente y los aceptaban con entusiasmo.

Es en verdad evidente que a pesar de un alejamiento posterior los Hobbits son parientes nuestros: están más cerca de nosotros que los Elfos y aun que los mismos Enanos. Antiguamente hablaban las lenguas de los Hombres, adaptadas a su propia modalidad, y tenían casi las mismas preferencias y aversiones que los Hombres. Mas ahora es imposible descubrir en qué consiste nuestra relación con ellos. El origen de los Hobbits viene de muy atrás, de los Días Antiguos, ya perdidos y olvidados. Sólo los Elfos conservan algún registro de esa época desaparecida y sus tradiciones se refieren casi únicamente a la historia élfica, historia donde los Hombres aparecen muy de cuando en cuando; a los Hobbits ni siquiera *se los* menciona. Sin embargo es obvio que los Hobbits vivían en paz en la Tierra Media muchos años antes que cualquier otro pueblo advirtiese siquiera que existían. Y como el mundo se pobló luego de extravías e incontables criaturas, esta Gente Pequeña pareció insignificante. Pero en los días de Bilbo y de Frodo, heredero de Bilbo, se transformaron de pronto a pesar de ellos mismos en importantes y famosos, y perturbaron los Concilios de los Grandes y de los Sabios.

Aquellos días -la Tercera Edad de la Tierra Media- han quedado muy atrás, y la conformación de las tierras en general ha cambiado mucho; pero las regiones en que vivían entonces los Hobbits eran sin duda las mismas de ahora: el Noroeste del Viejo Mundo, al este del Mar. Los Hobbits del tiempo de Bilbo no sabían de dónde venían. El deseo de conocimiento (fuera de las ciencias genealógicas) no era común entre ellos, pero había aún descendientes de antiguas familias que estudiaban sus propios libros y hasta recogían de los Elfos, los Enanos y los Hombres noticias de épocas pasadas y de tierras distantes. Los recuerdos propios comienzan luego de que se establecieron en la Comarca y las leyendas más antiguas apenas si se remontan poco más allá de los Días del Exodo.

Está perfectamente claro, no obstante, a través de estas leyendas y lo que puede descubrirse en el lenguaje y las costumbres de los Hobbits, que en un pasado muy lejano ellos también se desplazaron hacia el oeste, como muchos otros pueblos. En las historias primitivas hay referencias oscuras a los tiempos en que moraban en los altos valles del Anduin, entre los lindes -del Gran Bosque Verde y las Montañas Nubladas. No se sabe con certeza por qué emprendieron más tarde el arduo y peligroso cruce de las Montañas y entraron en Eriador. Los relatos hobbits hablan de la multiplicación de los Hombres en la tierra y de una sombra que cayó sobre la floresta y la oscureció, por lo que fue llamada desde entonces el Bosque Negro.

Antes de cruzar las Montañas, los Hobbits ya se habían dividido en tres ramas un tanto diferentes - los Pelosos, los Fuertes y los Albos. Los Pelosos eran de piel más oscura, cuerpo menudo, cara lampiña, y no llevaban botas; de manos y pies bien proporcionados y ágiles preferían las tierras altas y las laderas de las colinas. Los Fuertes eran más anchos, de constitución más sólida; tenían pies y manos más grandes;

preferían las llanuras y las orillas de los ríos. Los Albos, de piel y cabellos más claros, eran más altos y delgados que los otros: amaban los árboles y los bosques.

Los Pelosos tuvieron relación con los Enanos en tiempos remotos y vivieron durante mucho tiempo en las estribaciones montañosas. Fueron los primeros en desplazarse hacia el oeste y vagabundearon por Eriador hasta la Cima de los Vientos, mientras los otros permanecían en las Tierras Asperas. Eran la especie más normal, representativa y numerosa de los Hobbits y también la más sedentaria y la que conservó durante más tiempo el hábito ancestral de vivir en túneles y cuevas.

Los Fuertes vivieron muchos años a orillas del Río Grande, el Anduin y temían menos a los Hombres. Vinieron al oeste después de los Pelosos y siguieron el curso del Sonorona hacia el sur; muchos de ellos vivieron un tiempo entre Tharbad y los límites de las Tierras Brunas antes de volver al norte.

Los Albos, los menos numerosos, eran una rama nórdica, más amiga de los Elfos que el resto de los Hobbits y más hábil para el lenguaje y los cantos que para los trabajos manuales. Siempre habían preferido la caza a la agricultura. Cruzaron las montañas al norte de Rivendel y descendieron el Fontegrís. Muy pronto se mezclaron en Eriador con las ramas ya establecidas allí, pero como eran más valientes y más aventureros, se los encontraba a menudo como jefes o caudillos en los clanes de los Pelosos y los Fuertes. Todavía en tiempos de Bilbo, el fuerte carácter albo podía descubrirse aún en las grandes familias, tales como los Tuk y los Señores del País de Los Gamos.

En las tierras occidentales de Eriador, entre las Montañas Nubladas y las Montañas de Lun, los Hobbits encontraron Hombres y Elfos. En efecto, todavía moraba allí un resto de los Dúnedain, los reyes de los Hombres que vinieron por el Mar desde Oosternes; pero iban desapareciendo rápidamente y la ruina alcanzaba ya a todas las tierras del Reino del Norte. Había pues sitio y en abundancia para los inmigrantes, y en poco tiempo los Hobbits empezaron a establecerse en comunidades ordenadas. De la mayoría de las primitivas colonias no quedaba ya ni siquiera el recuerdo en tiempos de Bilbo, pero una de las más importantes se mantenía aún, aunque reducida de tamaño: estaba en Bree, en medio del bosque de Chet, a unas cuarenta millas al este de la Comarca.

Fue en aquellos tempranos días, sin duda, cuando los Hobbits aprendieron el alfabeto y comenzaron a escribir a la manera de los Dúnedain, quienes a su vez habían aprendido este arte de los Ellos. También en ese tiempo los Hobbits olvidaron todas las lenguas que habían usado antes, y desde entonces hablaron siempre la Lengua Común, que llamaban Oestron y que era corriente en todas las tierras de los reyes, desde Arnor hasta Gondor, y a lo largo de toda la costa del mar, desde Belfalas hasta Lun. Sin embargo, conservaron unos pocos vocablos de *su* propio idioma, así como las palabras que designaban los meses y los días y un gran caudal de nombres personales del pasado.

Alrededor de esta época la leyenda comenzó a ser historia entre los Hobbits, al iniciarse el cómputo de los años. Pues fue en el año mil seiscientos uno de la Tercera Edad cuando los hermanos albos Marcho y Blanco salieron de Bree y luego de haber obtenido permiso del gran rey de Fornost¹, cruzaron el Baranduin, el río pardo, con un gran séquito de Hobbits. Pasaron por el Puente de los Arbotantes, que había sido construido durante el apogeo del Reino del Norte y tomaron posesión de la tierra que se extendía más allá, donde se establecieron entre el río y las Quebradas Lejanas. Todo lo que se les pidió fue que mantuviesen en buen estado el Puente Grande y los demás puentes y caminos, que ayudaran a los mensajeros y que reconocieran la majestad del rey.

¹ Según las crónicas de Gondor se trataba de Argeleb Ñ, vigésimo rey de la dinastía del Norte que se extinguió con Arvedui trescientos años más tarde

Así comenzó la *Cronología de la Comarca*, pues el año del cruce del Brandivino - como los Hobbits rebautizaron al Baranduin- se transformó en el Año Uno de la Comarca y todas las fechas posteriores se calcularon a partir de entonces.¹ Los Hobbits occidentales se enamoraron en seguida de la nueva tierra, se quedaron allí y muy pronto desaparecieron de la historia de los Hombres y de los Elfos. Aunque aún había allí un rey del que eran súbditos formales, en realidad estaban gobernados por jefes propios y nunca intervenían en los hechos del mundo exterior. En la última batalla de Fornost con el Señor Mago de Angmar, enviaron algunos arqueros en ayuda del rey, o por lo menos así lo afirmaron, si bien esto no aparece en ningún relato de los Hombres. En esa guerra el Reino del Norte llegó a su fin y entonces los Hobbits se apropiaron de la tierra y eligieron de entre todos los jefes a un Thain, que asumió la autoridad del rey desaparecido. Desde entonces, por unos mil años, vivieron en una paz ininterrumpida. La tierra era rica y generosa y aunque había estado desierta durante mucho tiempo, en otras épocas había sido bien cultivada y allí el rey tuvo granjas, maizales, viñedos y bosques.

Desde las Fronteras del Oeste, al pie de las Colinas de la Torre, hasta el Puente del Brandivino había unas cuarenta leguas y casi cincuenta desde los páramos del norte hasta los pantanos del sur. Los Hobbits denominaron a estas tierras la Comarca. La región estaba bajo la autoridad del Thain y era un distrito de trabajos bien organizados; y allí, en ese placentero rincón del mundo, llevaron una vida ordenada y dieron cada vez menos importancia al mundo exterior, donde se movían unas cosas oscuras, hasta llegar a pensar que la paz y la abundancia eran la norma en la Tierra Media y el derecho de todo pueblo sensato. Olvidaron o ignoraron lo poco que habían sabido de los Guardianes y de los trabajos de quienes hicieron posible la larga paz de la Comarca. De hecho estaban protegidos, pero no lo recordaban.

En ningún momento los Hobbits fueron amantes de la guerra y jamás lucharon entre sí. Si bien en tiempos remotos se vieron obligados a luchar, para subsistir en un mundo difícil, en la época de Bilbo aquello era historia antigua. La última batalla antes del comienzo de este relato y por cierto la única que se libró dentro de los límites de la Comarca, ocurrió en una época inmemorial: fue la batalla de los Campos Verdes, en el año 1147 (CC) en la que Bandobras Tuk desbarató una invasión de Orcos. Hasta el mismo clima se hizo más apacible; y los lobos, que en otros tiempos habían llegado desde el norte devorándolo todo durante los rudos inviernos blancos, eran ahora cuentos de viejas. Aunque había algún pequeño arsenal en la Comarca, las armas se usaban generalmente como trofeos: se las colgaba sobre las chimeneas o en las paredes, o se las coleccionaba en el museo de Cavada Grande, conocido como el Hogar de los Mathoms; los Hobbits llamaban mathom a todo aquello que no tenía uso inmediato y que tampoco se decidían a desechar. En las moradas de los Hobbits había a menudo grandes cantidades de mathoms y muchos de los regalos que pasaban de mano en mano eran de esa índole.

No obstante, el ocio y la paz no habían alterado el raro vigor de esta gente. Llegado el momento, era difícil intimidarlos o matarlos; y esa afición incansable que mostraban por las cosas buenas tenía quizás una razón: podían renunciar del todo a ellas cuando era necesario y lograban sobrevivir así a los rigores de la adversidad, de los enemigos o del clima, asombrando a aquellos que no los conocían y que no veían más allá de aquellas barrigas y aquellas caras regordetas. Aunque se resistían a pelear y no mataban por deporte a ninguna criatura viviente, eran valientes cuando se los acosaba y hasta podían manejar las armas si se presentaba el caso. Tiraban bien con el arco, pues eran

² En el calendario de los Elfos y los Dúnedain los años de la Tercera Edad pueden determinarse sumando 1600 años a la cronología de la Comarca

de mirada certera y buena puntería, y si un Hobbit recogía una piedra, lo mejor era ponerse a resguardo inmediatamente, como bien lo sabían todas las bestias merodeadoras.

Los Hobbits habían vivido en un principio en cuevas subterráneas, o así lo creían y en esas moradas se sentían a gusto. Mas con el transcurso del tiempo *se* vieron obligados a adoptar otras viviendas. Lo cierto es que en tiempos de Bilbo sólo los Hobbits *más* ricos y los *más* pobres mantenían en la Comarca esa vieja costumbre. Los más pobres continuaron viviendo en las madrigueras primitivas, en realidad simples agujeros, con una sola ventana o bien ninguna, mientras que los ricos edificaban versiones más lujosas de las simples excavaciones antiguas. Pero los terrenos adecuados para estos grandes túneles ramificados (*smials*, como ellos los llamaban) no se encontraban en cualquier parte; y en las llanuras o en los distritos bajos, los Hobbits, a medida que se multiplicaban, comenzaron a edificar sobre el nivel del suelo. En efecto, hasta en las regiones montañosas y en las villas más antiguas, tales como Hobbiton o Alforzada, o en la vecindad principal de la Comarca, Cavada Grande, en Quebradas Blancas, había ahora muchas casas de madera, ladrillo o piedra. Por lo general eran las preferidas por molineros, herreros, cordeleros, carreteros y otros de su clase; porque aun cuando vivieran en cavernas, los Hobbits conservaban la vieja costumbre de construir cobertizos y talleres.

El hábito de edificar casas de campo y graneros dicen que comenzó entre los habitantes de Marjala, a orillas del Brandivino. Los Hobbits de esa región, llamada Cuaderna del Este, eran más bien grandes y de piernas fuertes y usaban botas de enano en los días de barro. Pero no se ignoraba que tenían gran proporción de sangre Fuerte, lo que se notaba en el vello que les crecía en las barbillas. Ni los Pelosos ni los Albos tenían rastro alguno de barba. Los habitantes de Marjala y Los Gamos, al este del río, donde ellos se instalaron más tarde, habían llegado a la Comarca en época reciente, en su mayoría desde el lejano sur. Conservaban todavía nombres peculiares y palabras extrañas que no se encontraban en ningún otro lugar de la Comarca.

Es posible que el arte de la edificación, como otros muchos oficios, proviniera de los Dúnedain. Pero los Hobbits pudieron haberlo aprendido de los Elfos, los maestros de los Hombres en su juventud. Los Elfos de Alto Linaje aún no habían abandonado la Tierra Media, y moraban entonces en los Puertos Grises del Oeste, y en otros lugares al alcance de la Comarca. Tres torres de los Elfos, de edad inmemorial, podían verse aún más allá de las fronteras occidentales. Brillaban en la lejanía a la luz sobre una colina verde. Los Hobbits de la Cuaderna del Oeste decían que podía verse el mar desde allá arriba, pero no se tiene noticia de que alguno de ellos escalara la torre. En realidad, muy pocos Hobbits habían navegado, o siquiera visto el mar, y menos aún habían regresado para contarlo. La mayoría de los Hobbits miraban con profundo recelo aún los ríos y los pequeños botes, y muy pocos podían nadar. A medida que el tiempo corría, hablaban menos y menos con los Elfos y llegaron a tenerles miedo y a desconfiar de quienes los trataban. El mar se transformó en una palabra pavorosa, y un signo de muerte, y los Hobbits volvieron la espalda a las colinas del oeste.

El arte de la edificación bien pudo provenir de los Elfos o de los Hombres, pero los Hobbits lo practicaban a su manera. No construían torres. Las casas eran generalmente imitaciones de *smials*, techadas con pasto seco, paja o turba y de paredes algo combadas. Este tipo de construcción venía sin embargo de los primeros días de la Comarca, y cambió y mejoró mucho desde entonces, incorporando procedimientos aprendidos de los Enanos o descubiertos por ellos mismos. La principal peculiaridad

que subsistió de la arquitectura hobbit fue la afición a las ventanas redondas, o aun a las puertas redondas.

Las casas y las cavernas de los Hobbits de la Comarca eran a menudo grandes y habitadas por familias numerosas. (Bilbo y Frodo eran solteros y por ello excepcionales, como en muchas otras cosas, entre ellas su amistad con los Elfos.) En ciertas oportunidades -como el caso de los Tuk de los Grandes Smials o de los Brandigamo de Casa Brandí-, muchas generaciones de parientes vivían en paz (relativa) en una mansión ancestral de numerosos túneles. Todos los Hobbits eran, de cualquier modo, gente aficionada a los clanes y llevaban cuidadosa cuenta de sus parientes. Dibujaban grandes y esmerados árboles genealógicos con innumerables ramas. Cuando se trata con los Hobbits es *importante* recordar quién está emparentado con quién y en qué grado. Sería imposible en este libro establecer un árbol de familia, aunque sólo incluyera a los miembros más importantes de las familias más destacadas en la época a que se refieren estos relatos. La colección de árboles genealógicos que se encuentra al final del *Libro Rojo de la Frontera del Oeste* es casi un pequeño libro y cualquiera, exceptuando a los Hobbits, la encontraría excesivamente pesada. Los Hobbits se deleitan con esas cosas, si son exactas; les encanta tener libros colmados de cosas que ya saben, expuestas sin contradicciones y honradamente.

2

De la hierba para pipa

Hay otra cosa entre los antiguos Hobbits que merece mencionarse; un hábito sorprendente: absorbían o inhalaban, a través de pipas de arcilla o madera, el humo de la combustión de una hierba llamada hoja o hierba para pipa, quizás una variedad de la *Nicotiana*. Hay mucho misterio en el origen de esta costumbre peculiar, o de este «arte», como los Hobbits preferían llamarlo. Todo lo que se descubrió en la antigüedad sobre el tema fue recopilado por Meriadoc Brandigamo (más tarde señor de Los Gamos) y puesto que él y el tabaco de la Cuaderna del Sur son parte de la historia que sigue, sus comentarios en la introducción al *Herbario de la Comarca* merecen ser citados aquí.

«Este arte, dice, es el único que podemos reclamar como de invención nuestra. En qué época empezaron a fumar los Hobbits es un enigma; todas las leyendas e historias familiares lo dan por sabido; durante años la gente de la Comarca fumó diversas hierbas, algunas malolientes, otras aromáticas. Pero todos los documentos concuerdan en un punto: Tobold Corneta de Valle Largo en la Cuaderna del Sur fue el primero que cultivó un verdadero tabaco de pipa en los días de Isengrim II, alrededor del año 1070 de la Cronología de la Comarca. Los mejores cultivos todavía provienen de ese distrito, especialmente las variedades que ahora se conocen como Hoja Valle Largo, Viejo Toby y Estrella Sureña.

»No está registrado cómo el viejo Toby obtuvo la planta, pues murió sin decírselo a nadie. Sabía mucho sobre hierbas, aunque no era viajero. Se cuenta que en su juventud iba a menudo a Bree; ciertamente nunca se alejó de la Comarca más allá de Bree. Por lo tanto es muy posible que haya conocido esta planta en Bree, donde hoy se da bien en la vertiente sur de la colina; los Hobbits de Bree pretenden haber sido los primeros fumadores de esta hierba. Aseguran, por supuesto, que se adelantaron en todo a la gente de la Comarca, a quienes llaman "colonos"; pero en este caso la pretensión es, a mi entender, probablemente cierta, pues todo indica que fue en Bree donde nació el arte de fumar la verdadera hierba, y desde allí se extendió en el curso de los últimos siglos entre

los Enanos y algunos otros pueblos, como los Montaraces, los Magos y los vagabundos que iban y venían aún por aquella antigua encrucijada de caminos. El centro y hogar de este arte se encuentra, pues, en la posada de Bree, *El Poney Pisador*, propiedad de la familia Mantecona desde épocas remotas.

»Al mismo tiempo, mis propias observaciones en los viajes que hice al sur me convencieron de que la hierba no es originaria de nuestra región, sino que vino del Anduin inferior hacia el norte, traída, creo yo, del otro lado del Mar por los Hombres de Oesternesse. Crece en abundancia en Gondor, y allí es más grande y exuberante que en el norte, donde nunca se la encuentra en estado salvaje; florece sólo en lugares cálidos y abrigados, como Valle Largo. Los Hombres de Gondor la llaman *galenas dulce*, y la aprecian por la fragancia de las flores. Desde esas tierras la habrían llevado al norte remontando el Camino Verde durante los largos siglos que median entre la llegada de Elendil y nuestros días. Pero hasta los Dúnedain de Gondor nos otorgan este crédito: los Hobbits fueron los primeros que la fumaron en pipa. Ni siquiera los Magos lo intentaron antes que nosotros. Aunque un mago que conocí adquirió este arte mucho tiempo atrás, mostrándose tan hábil como en todas las otras cosas a las que llegó a dedicarse.»

3

De la ordenación de la Comarca

La Comarca se dividía en cuatro distritos, las Cuadernas, denominadas del Norte, del Sur, del Este y del Oeste y éstas a su vez en regiones que aún llevaban los nombres de algunas de las viejas familias principales, aunque en la época de esta historia esos nombres no se encontraban sólo en las regiones respectivas. Casi todos los Tuk vivían aún en las Tierras de Tuk, lo que no ocurría con muchas otras familias, tales como los Bolsón o los Boffin.

La Comarca en ese entonces apenas tenía «gobierno». Las familias cuidaban en general de sus propios asuntos y dedicaban la mayor parte del día al cultivo y consumo de alimentos. En otras cuestiones eran por lo común gente generosa, tranquila y poco ambiciosa, de modo que las heredades, granjas, talleres y pequeñas industrias tendían a conservarse invariables durante generaciones.

La antigua tradición que hablaba de un rey de Fornost o Norburgo, como lo llamaban muy al norte de la Comarca, se conservaba aún, por supuesto. Pero no había habido rey durante casi mil años y las ruinas de Norburgo estaban cubiertas de hierba. Sin embargo, los Hobbits se acordaban aún de pueblos salvajes y criaturas malignas (como los trolls) que no habían oído hablar del rey. Atribuían al antiguo rey todas las leyes esenciales y por lo general las aceptaban de buen grado, ya que eran Los Preceptos (como ellos decían) a la vez antiguos y justos.

Es verdad que la familia Tuk ocupó una posición preeminente durante mucho tiempo; el cargo de Thain había pasado de los Gamoviejo a los Tuk algunos siglos antes y desde entonces el jefe Tuk había llevado siempre ese título. El Thain era jefe de la Asamblea de la Comarca y capitán del acantonamiento y la tropa. Pero como la tropa y la Asamblea eran convocadas sólo en casos de emergencia, que ya no ocurrían, la dignidad del Thain era apenas nominal. A la familia Tuk se la respetaba especialmente, pues seguía siendo numerosa y muy rica y tenía la capacidad de producir en cada generación personajes recios, de costumbres peculiares, y aun de temperamento aventurero. Estas últimas cualidades, sin embargo, eran más toleradas (en los ricos) que generalmente aprobadas. No obstante, se mantuvo la costumbre de llamar al jefe

de la familia, y se agregaba al nombre -si era necesario- un número, como por ejemplo Isengrim Ñ.

El único oficial verdadero en la Comarca era en esa época el Alcalde de Cavada Grande (o de la Comarca) y que era elegido cada siete años en la Feria Libre de las Quebradas Blancas, en Lithe, es decir, a mediados del verano. Como alcalde, su casi única obligación consistía en presidir los banquetes en las fiestas de la Comarca, que se celebraban con frecuencia. Pero a la alcaldía se agregaban los oficios de jefe de Correos y Primer Oficial, de modo que el alcalde ordenaba tanto los servicios de mensajeros como los policiales. Estos eran los únicos servicios de la Comarca, y los mensajeros, los más numerosos y los más atareados. Los Hobbits no eran todos instruidos, de ningún modo; pero los que lo eran escribían constantemente a todos los amigos y algunos parientes que vivían más allá de una tarde de marcha.

Oficiales era el nombre que los Hobbits daban a sus policías o al equivalente más cercano. Por supuesto, no llevaban uniforme (cosas así eran completamente desconocidas), sino una simple pluma en el sombrero, y en la práctica eran guardias campestres, más que policías y se ocupaban más de los animales extraviados que de las gentes. En toda la Comarca sólo había doce: tres en cada Cuaderna, para trabajos internos. Un cuerpo bastante mayor, que variaba de acuerdo con la necesidad, estaba dedicado a «batir las fronteras» e impedir que los Extraños de cualquier clase, grandes o pequeños, molestaran demasiado.

En la época en que empieza esta historia, los Fronteros, como se los llamaba, se habían multiplicado mucho. Había numerosos informes y quejas acerca de personas y criaturas extraviadas que merodeaban fuera o dentro de los lindes: primer signo de que todo no estaba completamente en orden, como lo había estado siempre, excepto en cuentos y leyendas de otro tiempo. Muy pocos prestaron atención a tales indicios y ni siquiera Bilbo tenía aún noción de lo que esto presagiaba. Habían pasado sesenta años desde que emprendiera el memorable viaje, y era viejo hasta para los Hobbits, quienes alcanzaban a veces los cien años, pero evidentemente conservaba mucho de la considerable fortuna que había traído de vuelta. Cuánto, o cuán poco, no lo había revelado a nadie, ni siquiera a Frodo, su sobrino favorito. Y todavía guardaba en secreto el Anillo que había encontrado.

4

Del descubrimiento del Anillo

Como se cuenta en *El Hobbit*, un día llegó a la puerta de Bilbo el gran Mago, Gandalf el Gris y con él trece Enanos: nada menos que Thorin Escudo-de-Roble, descendiente de reyes, y doce compañeros de exilio. Bilbo salió con ellos, del todo perplejo, en una mañana de abril del año 1341 de la Cronología de la Comarca, a la búsqueda del gran tesoro: el tesoro oculto de los Reyes Enanos de la Montaña, debajo de Erebor en el Valle, lejos al este. La búsqueda fue fructífera, y dieron muerte al Dragón que custodiaba el tesoro. Sin embargo, aunque antes del triunfo final se libró la batalla de los Cinco Ejércitos, en la que murió Thorin, y se realizaron muchas proezas, el asunto habría incumbido apenas a la historia posterior o sólo hubiera merecido algo más que un comentario en los largos anales de la Tercera Edad, de no haber mediado una causa fortuita: el grupo fue asaltado por Orcos en un alto paso de las Montañas Nubladas, en el camino hacia las Tierras Asperas, y sucedió que Bilbo se perdió un tiempo en las profundas y negras minas subterráneas de los Orcos, bajo la montaña, y allí, tanteando en vano en la oscuridad, posó la mano sobre un anillo, caído en el piso de

un túnel. Se lo guardó en el bolsillo. En ese momento sólo pensó que había tenido suerte.

Tratando de encontrar la salida, Bilbo siguió descendiendo a las profundidades de la montaña, hasta que no pudo continuar. En el fondo de la galería había un lago helado, lejos de toda luz, y en una isla rocosa, en medio de las aguas, vivía Gollum. Era una pequeña y aborrecible criatura; impulsaba un botecito con unos pies anchos y planos, acechando con ojos pálidos y luminosos; metía los dedos largos en el agua, sacaba un pez ciego, y se lo devoraba crudo. Se alimentaba de cualquier cosa viviente, aun Orcos, si podía apresarlos y estrangularlos sin lucha. Era dueño de un tesoro secreto que había llegado a él en pasadas edades, cuando todavía vivía a la luz: un Anillo de oro que hacía invisible a quien lo usaba. Era lo único que amaba, su «tesoro», y hablaba con él aunque no lo llevaba consigo. Lo mantenía oculto y a salvo en un agujero de la isla, excepto cuando cazaba o espiaba a los Orcos de las minas.

Quizás habría atacado a Bilbo inmediatamente, si cuando se encontraron hubiese llevado el Anillo; pero no fue así, y el hobbit tenía en la mano una daga de los Elfos, que le servía de espada. Para ganar tiempo, Gollum desafió a Bilbo al juego de los enigmas, diciéndole que propondría un enigma, y si Bilbo no podía resolverlo, lo mataría y se lo comería. Pero si Bilbo lo derrotaba, haría lo que él quisiera y le mostraría la salida a través de los túneles,

Perdido sin esperanza en las tinieblas y no pudiendo avanzar ni retroceder, Bilbo aceptó el desafío. Se plantearon mutuamente los enigmas. Por fin Bilbo ganó, quizá más por buena suerte que por inteligencia, pues al plantearle a Gollum otro enigma, encontró en el bolsillo el Anillo que había recogido y olvidado y exclamó: *¿Qué tengo en el bolsillo?* Gollum no pudo responder, aunque consiguió que Bilbo aceptara tres respuestas.

Las autoridades, es cierto, difieren acerca de si esta última era una simple pregunta o un verdadero enigma, de acuerdo con las reglas estrictas del juego; pero todos están de acuerdo en que después de aceptar y tratar de adivinar la respuesta, la promesa ataba a Gollum. Bilbo lo obligó a mantener su palabra, pues se le ocurrió la idea de que ese ser escurridizo podía ser falso, aunque tales promesas eran sagradas y aun las criaturas más malignas siempre habían temido romperlas. Pero después de pasar tantos años solo en la oscuridad, el corazón de Gollum era negro y abrigaba la traición. Se escabulló y retornó a su isla no muy lejana, en las aguas oscuras, de la que Bilbo nada sabía. «Allí, pensaba, estaba el Anillo.» Se sentía ahora hambriento y enojado; pero una vez que tuviese el «tesoro» con él, ya no temería ningún ataque.

Pero el Anillo no estaba en la isla; lo había perdido o había desaparecido. El grito penetrante de Gollum estremeció a Bilbo, quien todavía no entendía lo que había pasado. Gollum había encontrado por fin la respuesta al enigma, pero demasiado tarde. *¿Qué tiene en el bolsillo?*, gritó. Los ojos le brillaban como una llamarada verde cuando volvió rápidamente sobre sus pasos, decidido a asesinar al hobbit y recobrar el «tesoro». Justo a tiempo, Bilbo vio el peligro y huyó ciegamente por el pasaje, alejándose del agua; y una vez más la buena suerte lo salvó. Porque mientras corría metió la mano en el bolsillo, y el Anillo se le deslizó suavemente en el dedo; de modo que Gollum pasó a su lado sin verlo cuando iba a vigilar la puerta de salida para que el «ladrón» no escapase. Bilbo siguió cautelosamente a Gollum, que corría maldiciendo y hablando consigo mismo sobre su «tesoro». Por esta charla Bilbo entendió al fin y la esperanza acudió a él en las sombras; había encontrado el maravilloso Anillo y con él la probabilidad de escapar de los Orcos y de Gollum.

Por fin se detuvieron frente a una abertura oculta que llevaba a las puertas inferiores de las minas, en la ladera oriental de las montañas. Allí Gollum se agazapó, acechando,

husmeando, y escuchando. Bilbo estuvo tentado de atravesarlo con la espada, pero le dio lástima, pues aunque tenía el Anillo, que era su única esperanza, no lo utilizaría como ayuda para matar a la miserable criatura a traición. Por último, armándose de coraje, saltó por encima de Gollum en la oscuridad y huyó pasaje adelante perseguido por los gritos de odio y desesperación de su enemigo: *¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Bolsón! ¡Te odiaré siempre!*

Cosa curiosa, pero ésta no es la historia que Bilbo contó al principio a sus compañeros. Les dijo que Gollum le había prometido un regalo, si él, Bilbo, ganaba en el juego; pero cuando Gollum fue a la isla descubrió que el tesoro había desaparecido: era un Anillo mágico que le habían regalado en un cumpleaños mucho tiempo atrás. Bilbo sospechaba que ése era el Anillo que había encontrado y como había ganado el juego, le correspondía por derecho. Pero como en aquel momento se encontraba en un apuro, no había dicho nada y dejó que Gollum le mostrase la salida al exterior más como recompensa que como regalo. Bilbo asentó este informe en sus memorias, y parece que nunca lo alteró, ni siquiera después del Concilio de Elrond. Evidentemente sigue apareciendo así en el *Libro Rojo* y en varias copias y resúmenes. Pero muchos ejemplares contienen la verdadera versión (como una variante), derivada sin duda de notas de Frodo o Samsagaz, pues ambos conocieron la verdad, aunque parece que no desearon cambiar nada de lo que el viejo hobbit había escrito.

Gandalf, sin embargo, en seguida puso en duda la historia original de Bilbo y quiso saber algo más del Anillo. Al fin obtuvo la verdadera historia después de mucho preguntar a Bilbo, lo que por un tiempo enfrió las relaciones entre ellos; el mago entendía que la verdad era importante. Aunque no se lo dijo a Bilbo, pensó que era también importante y perturbador saber que el buen hobbit no había dicho la verdad desde el principio, cosa bastante contraria a su costumbre. La idea de un «regalo», sin embargo, no era mera invención del hobbit. Se la había sugerido a Bilbo y así lo confesó, lo que alcanzó a oír a Gollum, quien en efecto denominó al Anillo muchas veces «regalo de cumpleaños». También esto le pareció a Gandalf extraño y sospechoso, pero no descubrió la verdad al respecto hasta muchos años después, como se verá en este libro.

De las posteriores aventuras de Bilbo muy poco hay que decir aquí. Con ayuda del Anillo escapó de los Orcos que guardaban la puerta y se reunió con sus compañeros. Usó el Anillo muchas veces mientras iba de un lado a otro, principalmente para ayudar a sus amigos, pero guardó el secreto todo lo que pudo. Ya en su casa nunca habló de él con nadie, excepto con Gandalf y Frodo; y ningún hobbit de la Comarca supo de la existencia del Anillo, o por lo menos así lo creyó él. Sólo a Frodo mostró el informe de viaje que estaba escribiendo.

Colgó la espada, Dardo, sobre el hogar, y la maravillosa cota de malla, regalo de los Enanos, tomada del tesoro escondido del Dragón, la prestó a un museo: la Casa de los Mathoms de Cavada Grande. Pero en una gaveta, en Bolsón Cerrado, conservó el vicio manto y la caperuza que había llevado en sus viajes. En cuanto al Anillo, lo guardó siempre en un bolsillo sujeto a una hermosa cadena.

Volvió a su hogar en Bolsón Cerrado el 22 de junio de su quincuagésimo segundo año (1342 CC), y nada digno de mención sucedió en la Comarca hasta que el señor Bolsón comenzó a preparar la celebración de su cumpleaños centésimo decimoprimer (1401 CC). En ese punto comienza esta Historia.

NOTA SOBRE LOS ARCHIVOS DE LA COMARCA

Afines de la Tercera Edad el papel desempeñado por los Hobbits en los importantes acontecimientos que llevaron a la inclusión de la Comarca en el Reino Unido despertó en ellos una mayor curiosidad por la propia historia y numerosas tradiciones que hasta entonces habían sido sobre todo orales, fueron recogidas y consignadas por escrito. Las más grandes familias se interesaron también en los acontecimientos del Reino en general y muchos de sus miembros estudiaron las historias y leyendas antiguas. Al concluir la Cuarta Edad había ya en la Comarca numerosas bibliotecas que contenían muchos libros de historia y archivos.

Las más importantes de esas colecciones eran sin duda las de Torres de Abajo en Grandes Smials y en Casa Brandi. El presente relato del fin de la Tercera Edad fue sacado en su mayor parte del *Libro Rojo de la Frontera del Oeste*. Fuente principal para la historia de la Guerra del Anillo, se llama así por haber sido conservado mucho tiempo en las Torres de Abajo, residencia de los Belinfante, guardianes de la Frontera del Oeste. El libro fue en un principio el diario personal de Bilbo, que lo llevó a Rivendel. Frodo lo trajo luego a la Comarca junto con muchas hojas de notas y en los años 1420-21 (CC) completó casi del todo la historia de la guerra. Pero anexados a esas páginas y conservados con ellas, probablemente en una caja roja, había tres gruesos volúmenes encuadernados en cuero rojo que Bilbo le entregó como regalo de despedida. A estos cuatro volúmenes se le sumó en la Frontera del Oeste un quinto con comentarios, genealogías y otras referencias a propósito de los Hobbits de la Comunidad.

El *Libro Rojo* original no se conserva, pero se hicieron muchas copias, sobre todo del primer volumen, para uso de los descendientes de los hijos del señor Samsagaz. Sin embargo, la copia más importante fue conservada en Grandes Smials y se escribió en Gondor, sin duda a pedido del biznieto de Peregrin y completada en 1592 (CC). El escriba del Sur añadió la nota siguiente: «Findigal, escriba del rey, termina esta obra en IV 72. Es copia fiel del *Libro del Thain de Minas Tirith*, por orden del rey Elessar, del *Libro Rojo* de Periannath, que fue traído por el Thain Peregrin cuando se retiró a Gondor en IV 64.»

El *Libro del Thain* fue así la primera copia del *Libro Rojo* y contiene muchas cosas hasta entonces omitidas o perdidas. En *Minas Tirith* se le añadieron numerosas anotaciones y citas en lenguas élficas y se le agregó una versión abreviada de parte de la *Historia de Aragorn y de Arwen*, que no se refiere a la guerra. Se supone que la historia completa fue escrita por Barahir, nieto del senescal Faramir, poco después de la muerte del rey. Pero la copia de Findagil es importante porque sólo ella reproduce la totalidad de las traducciones del élfico que Bilbo llevara a cabo. Se ha comprobado que esos tres volúmenes son una obra de gran talento y erudición, y que entre los años 1403 y 1418 Bilbo se sirvió de todas las fuentes tanto orales como escritas de que disponía en Rivendel. Pero como Frodo aparece citado pocas veces, pues esas páginas se refieren casi exclusivamente a los Días Antiguos, no diremos más aquí.

Como Meriadoc y Peregrin llegaron a ser cabezas de grandes familias, manteniendo siempre alguna relación con las gentes de Rohan y Gondor, en las bibliotecas de Los Gamos y Alforzada se encuentran muchas cosas que no aparecen en el *Libro Rojo*. En Casa Brandi abundaban los libros que trataban de Eriador y la historia de Rohan. Algunos fueron compuestos o comenzados por el mismo Meriadoc, aunque en la Comarca se lo recuerda sobre todo por el *Herbario de la Comarca* y su *Cronología* donde estudió las relaciones de los calendarios de la Comarca y de Bree con los de

Rivendel, Gondor 3- Rohan. Meriadoc escribió también un breve tratado, *Palabras y Nombres Antiguos de la Comarca*, donde se interesa particularmente en descubrir el parentesco de la lengua de los Rohirrim con algunas palabras de la Comarca, como mathom y los elementos antiguos en los nombres topográficos.

Los libros de Grandes Smials tenían menos interés para las gentes de la Comarca, aunque son en verdad importantes para la historia más general. Ninguno de ellos era de mano de Peregrin, pero él y sus sucesores reunieron muchos manuscritos de los escribas de Gondor, principalmente copias y resúmenes de historias y leyendas relativas a Elendil y sus herederos. Sólo aquí en la Comarca es posible encontrar abundante material para la historia de Númenor y el ascenso de Sauron. *La Historia de los Años* fue compuesta sin duda en Grandes Smials a partir de unos textos reunidos por Meriadoc. Aunque las fechas son a menudo conjeturas, sobre todo para la Segunda Edad, merecen alguna atención. Es posible que Meriadoc haya obtenido información de Rivendel, que visitó muchas veces. Los hijos de Elrond, aunque él ya había muerto, permanecieron allí muchos años junto con algunos Altos Elfos. Se dice que Celeborn fue a vivir allí luego de la muerte de Galadriel, pero no hay ninguna noticia sobre el día en que partió al fin hacia los Puertos Grises, y con él desapareció el último testigo de los Días Antiguos en la Tierra Media.

LA COMUNIDAD DEL ANILLO

**Primera Parte de
El Señor de los Anillos**

LIBRO PRIMERO

UNA REUNION MUY ESPERADA

Cuando el señor Bilbo Bolsón de Bolsón Cerrado anunció que muy pronto celebraría su cumpleaños centésimo decimoprimeros con una fiesta de especial magnificencia, hubo muchos comentarios y excitación en Hobbiton. Bilbo era muy rico y muy peculiar y había sido el asombro de la Comarca durante sesenta años, desde su memorable desaparición e inesperado regreso. Las riquezas que había traído de aquellos viajes se habían convertido en leyenda local y era creencia común, contra todo lo que pudieran decir los viejos, que en la colina de Bolsón Cerrado había muchos túneles atiborrados de tesoros. Como si esto no fuera suficiente para darle fama, el prolongado vigor del señor Bolsón era la maravilla de la Comarca. El tiempo pasaba, pero parecía afectarlo muy poco. A los noventa años tenía el mismo aspecto que a los cincuenta. A los noventa y nueve comenzaron a considerarlo «bien conservado», pero «sin cambios» hubiese estado más cerca de la verdad. Había muchos que movían la cabeza pensando que eran demasiadas cosas buenas; parecía injusto que alguien tuviese (en apariencia) una juventud eterna y a la vez (se suponía) bienes inagotables.

-Tendrá que pagar -decían-. ¡No es natural, y traerá problemas!

Pero tales problemas no habían llegado y como el señor Bolsón era generoso con su dinero, la mayoría de la gente estaba dispuesta a perdonarle sus rarezas y su buena fortuna. Se visitaba con sus parientes (excepto, claro está, los Sacovilla-Bolsón) y contaba con muchos devotos admiradores entre los hobbits de familias pobres y poco importantes. Sin embargo, no tuvo amigos íntimos, hasta que algunos de sus primos más jóvenes fueron haciéndose adultos.

El primo mayor y el favorito de Bilbo, era el joven Frodo Bolsón. Cuando Bilbo cumplió noventa y nueve, adoptó a Frodo como heredero y lo llevó a vivir consigo a Bolsón Cerrado; las esperanzas de los Sacovilla-Bolsón se desvanecieron del todo. Ocurría que Bilbo y Frodo cumplían años el mismo día: el 22 de septiembre. «Mejor será que te vengas a vivir aquí, muchacho», dijo Bilbo un día, «y así podremos celebrar nuestros cumpleaños cómodamente juntos». En aquella época, Frodo estaba todavía en la «veintena», como los hobbits llamaban a los irresponsables veinte años que median entre los trece y los treinta y tres.

Pasaron doce años más. Los Bolsón habían dado siempre bulliciosas fiestas de cumpleaños en Bolsón Cerrado; pero ahora se tenía entendido que algo muy excepcional se planeaba para el otoño. Bilbo cumpliría ciento once años, un número bastante curioso y una edad muy respetable para un hobbit (el viejo Tuk había alcanzado sólo los ciento treinta; y Frodo cumpliría treinta y tres, un número importante: el de la mayoría de edad).

Las lenguas empezaron a moverse en Hobbiton y Delagua: el rumor del próximo acontecimiento corrió por todo el país. La historia y el carácter del señor Bilbo fueron de nuevo el tema principal de conversación y las gentes más viejas descubrieron que los cuentos del pasado eran de pronto bien recibidos por todos. Nadie tuvo auditorio más atento que el viejo Ham Gamyi conocido comúnmente como «el Tío». Contaba sus historias en *La Mata de Hiedra*, una pequeña posada en el camino de Delagua y hablaba

con cierta autoridad, pues había cuidado el jardín de Bolsón Cerrado durante cuarenta años y anteriormente había ayudado al viejo Cavada en esas mismas tareas. Ahora que envejecía y se le endurecían las articulaciones, el trabajo estaba a cargo generalmente de su hijo más joven, Sam Gamyi. Tanto el padre como el hijo tenían muy buenas relaciones con Bilbo y Frodo. Vivían en la Colina misma, en Bolsón de Tirada número 3, justo debajo de Bolsón Cerrado.

-El señor Bilbo es un caballero hobbit muy bien hablado, como he dicho siempre - declaró el Tío.

Decía la verdad, pues Bilbo era muy cortés con él y lo llamaba «maestro Hamfast» y lo consultaba constantemente sobre el crecimiento de las legumbres; en materia de tubérculos, especialmente de patatas, reconocía al Tío como autoridad máxima en las vecindades (incluyéndose él mismo).

-¿Quién es ese Frodo que vive con él? -preguntó el viejo Nogales de Delagua-. Se apellida Bolsón, pero dicen que es mitad Brandigamo. No entiendo por qué un Bolsón de Hobbiton ha de buscar esposa en Los Gamos, donde la gente es tan extraña.

-Claro que son extraños -intervino Papá Dospiés, el vecino del Tío- pues viven en la orilla mala del Brandivino y a la derecha de Bosque Viejo. Un lugar siniestro y tenebroso, si es cierto la mitad de lo que se cuenta.

-¡Tienes razón! -dijo el Tío-. No porque los Brandigamo de Los Gamos vivan en Bosque Viejo; pero son una familia rara, parece. Se divierten con botes en ese gran río y eso no es natural; no me asombra que no salga nada bueno; pero de cualquier modo el señor Frodo es un joven hobbit tan agradable como el que más. Muy parecido al señor Bilbo y no sólo en el aspecto. Al fin y al cabo, el padre era un Bolsón. Hobbit decente y respetable, el señor Drogo Bolsón, nunca dio mucho que hablar, hasta que se ahogó.

-¿Se ahogó? -dijeron varias voces. Habían oído antes este y otros rumores más sombríos, naturalmente; pero los hobbits tienen pasión por las historias de familia, y estaban dispuestos a oírlo todo de nuevo.

-Bien, así dicen -dijo el Tío-. Verán: el señor Drogo se casó con la pobre señorita Prímula Brandigamo; ella era prima hermana por parte de madre de nuestro señor Bilbo (la madre era la hija menor del viejo Tuk) y el señor Drogo era un primo segundo. Así el señor Frodo es primo hermano y segundo del señor Bilbo, o sobrino por ambas partes, si ustedes me siguen. El señor Drogo estaba viviendo en Casa Brandi con el suegro, el viejo señor Gorbado, cosa que hacía a menudo (pues era de muy buen comer, y la mesa del viejo Gorbado estaba siempre bien servida), y salió a navegar por el Brandivino; se ahogaron él y su mujer; el pobre señor Frodo era niño aún.

-He oído que se fueron al río después de la cena, a la luz de la luna -dijo el viejo Nogales-, y que fue el peso de Drogo lo que hizo zozobrar la embarcación.

-Y yo he oído que ella lo empujó y que él tiró de ella y la arrastró al agua -dijo Arenas, el molinero de Hobbiton.

-No prestes atención a todo lo que se dice, Arenas -dijo el Tío, que no estimaba mucho al molinero-. No es necesario hablar de empujones y tirones. Los botes son bastante traicioneros aun para los pasajeros más apacibles. No le busquemos cinco pies al gato. De cualquier manera el señor Frodo quedó huérfano, desamparado, como se dice, entre aquellos extraños gamunos, y fue educado de algún modo en Casa Brandi. Una simple conejera, según dicen. El viejo señor Gorbado nunca tenía menos de doscientos parientes en el lugar. El señor Bilbo se mostró de veras bondadoso cuando trajo al joven a vivir entre gente decente.

»Pero reconozco que fue un rudo golpe para los Sacovilla-Bolsón. Pensaban quedarse en Bolsón Cerrado, cuando Bilbo desapareció y se le dio por muerto. Y he aquí que vuelve, los echa y sigue viviendo y viviendo, manteniéndose siempre joven,

¡bendito sea! Y de pronto presenta un heredero con todos los papeles en regla. Los Sacovilla-Bolsón nunca volverán a ver Bolsón Cerrado por dentro, o al menos así lo esperamos.

-He oído decir que hay una considerable cantidad de dinero escondida allí -dijo un extranjero, viajante de comercio de Cavada Grande en la Cuaderna del Oeste-, y que todo lo alto de la colina de ustedes está plagado de túneles atestados de cofres con plata, oro y joyas, según he oído.

-Entonces ha oído más de lo que yo podría decir ahora -respondió el Tío-. No sé nada de joyas. El señor Bilbo es generoso con su dinero y parece no faltarle; pero no sé nada de túneles. Vi al señor Bilbo cuando volvió, unos sesenta años atrás, cuando yo era muchacho. A poco de emplearme como aprendiz, el viejo Cavada (primo de mi padre) me hizo subir a Bolsón Cerrado para ayudarlo a evitar que la gente pisoteara el jardín mientras duraba la subasta y he aquí que en medio de todo aparece el señor Bilbo subiendo la colina, montado en un poney y cargando unas valijas enormes y un par de cofres. No dudo de que esta carga fuera en su mayor parte ese tesoro que él trajo de sitios lejanos, donde hay montañas de oro, según dicen, pero no era tanto como para llenar túneles. Mi muchacho Sam sabrá más acerca de esto, pues allí entra y sale cuando quiere. Lo enloquecen las viejas historias y escucha todos los relatos del señor Bilbo. El señor Bilbo le ha enseñado a leer, sin que ello signifique un daño, noten ustedes, y espero de veras que no le traiga ningún daño.

»¡Ellos y dragones!, le digo yo. *Coles y patatas son más útiles para mí y para ti. No te mezcles en los asuntos de tus superiores o te encontrarás en dificultades demasiado grandes para ti*, le repito constantemente. Y he de decir lo mismo a otros -agregó, mientras miraba al extranjero y al molinero.

Pero el Tío no convenció a su auditorio. La leyenda de la riqueza de Bilbo estaba ya firmemente grabada en las mentes de las nuevas generaciones de hobbits.

-Ah, pero es muy probable que él haya seguido aumentando lo que trajo al principio -arguyó el molinero, haciéndose eco de la opinión general-. Se ausenta muy a menudo, y miren la gente extranjera que lo visita: Enanos que llegan de noche; ese viejo hechicero vagabundo, Gandalf y todos. Usted puede decir lo que quiera, Tío, pero Bolsón Cerrado es un lugar extraño, y su gente más extraña aún.

-Y usted también puede decir lo que quiera, aunque de esto sabe tan poco como de cuestiones de botes, señor Arenas -replicó el Tío, a quien el molinero le resultaba más antipático que de costumbre-. Si eso es ser extraño, entonces podemos encontrar cosas un poco más extrañas por estos lugares. Hay alguien, no muy lejos de aquí, que no ofrecería un vaso de cerveza a un amigo, aunque viviese en una cueva de paredes doradas. Pero en Bolsón Cerrado las cosas se hacen bien. Nuestro Sam dice que *todos* serán invitados a la fiesta y que habrá regalos, no lo dude. Regalos para todos y en este mismo mes.

El mes era septiembre; un septiembre tan hermoso como se pudiera pedir. Uno o dos días más tarde se extendió el rumor (probablemente iniciado por el mismo Sam) de que habría fuegos artificiales como no se habían visto en la Comarca durante casi un siglo, al menos desde la muerte del viejo Tuk.

Los días se sucedían y El Día se acercaba. Un vehículo de extraño aspecto, cargado con bultos de extraño aspecto, entró en Hobbiton una noche y subió la Colina de Bolsón Cerrado. Los Hobbits espiaban asombrados desde el umbral de las puertas, a la luz de las lámparas. La gente que manejaba el carro era extranjera: enanos encapuchados de largas barbas que entonaban raras canciones. Unos pocos se quedaron en Bolsón

Cerrado. Hacia fines de la segunda semana de septiembre un carro que parecía venir del Puente del Brandivino entró en Delagua en pleno día. Lo conducía un viejo. Llevaba un puntiagudo sombrero azul, un largo manto gris y una bufanda plateada. Tenía una larga barba blanca y cejas espesas que le asomaban por debajo del ala del sombrero. Unos niños hobbits corrieron detrás del carro, a través de todo Hobbiton, loma arriba. Llevaba una carga de fuegos de artificio, tal como lo imaginaban. Frente a la puerta principal de la casa de Bilbo, el viejo comenzó a descargar; eran grandes paquetes de fuegos de artificio de muchas clases y formas, todos marcados con una gran G  roja y la runa élfica, .

Era la marca de Gandalf, naturalmente, y el viejo era Gandalf el mago, de reconocida habilidad en el manejo de fuegos, humos y luces y famoso por esto en la Comarca. La verdadera ocupación de Gandalf era mucho más difícil y peligrosa, pero el pueblo de la Comarca no lo sabía. Para ellos Gandalf no era más que una de las «atracciones» de la fiesta. De aquí la excitación de los niños hobbits.

-¡La G es de Grande! -gritaban y el viejo sonreía. Lo conocían de vista, aunque sólo aparecía en Hobbiton ocasionalmente y nunca se detenía mucho tiempo. Pero ni ellos ni nadie, excepto los más viejos de los más viejos, habían visto sus fuegos de artificio, que ya pertenecían a un pasado legendario.

Cuando el viejo, ayudado por Bilbo y algunos enanos, terminó de descargar, Bilbo repartió unas monedas, pero ningún petardo ni ningún buscapié, ante la decepción de los espectadores.

-¡Y ahora, fuera! -dijo Gandalf-. Tendrán de sobra a su debido tiempo. -Luego desapareció en el interior de la casa junto con Bilbo, y la puerta se cerró. Los niños hobbits se quedaron un rato mirando la puerta, y se alejaron sintiendo que el día de la fiesta no llegaría nunca.

Bilbo y Gandalf estaban sentados en una pequeña habitación de Bolsón Cerrado, frente a una ventana abierta que miraba al oeste sobre el jardín. La tarde era clara y serena. Las flores brillaban, rojas y doradas; escrofularias, girasoles y capuchinas, matizaban el césped y se asomaban a las ventanas redondas -¡Qué hermoso luce tu jardín! -dijo Gandalf.

-Sí -respondió Bilbo-, le tengo mucho cariño, lo mismo que a toda la vieja Comarca, pero creo que necesito un descanso.

-¿Quieres decir que continuarás con tu plan?

-Así es. Me decidí hace meses, y no he cambiado de parecer.

-Muy bien. No es necesario decir nada más. Manténte en tu plan, en tu plan completo y creo que dará buenos resultados, para ti y para todos nosotros.

-Así lo espero. De cualquier modo, quiero divertirme el jueves y hacer mi pequeña broma.

-Yo me pregunto quién reirá -dijo Gandalf, sacudiendo la cabeza. -Veremos -respondió Bilbo.

Al día siguiente, más y más carros subieron por la Colina. Hubo sin duda alguna queja a propósito de este «comercio local», pero esa misma semana Bolsón Cerrado empezó a emitir órdenes reservando toda clase de provisiones, artículos de primera necesidad y costosos manjares que pudieran obtenerse en Hobbiton, Delagua o cualquier otro lugar de la vecindad. La gente se entusiasmó; comenzó a contar los días

en el calendario, mientras esperaba ansiosamente al cartero que les llevaría las invitaciones.

Muy pronto las invitaciones comenzaron a salir a raudales y la oficina de correos de Hobbiton quedó bloqueada y la de Delagua abrumada y hubo que contratar carteros voluntarios. Un río continuo de carteros trepó por la loma llevando cientos de cortesés variantes de: *Gracias, iré con mucho gusto*.

En la entrada de Bolsón Cerrado apareció un cartel que decía: *Prohibida la entrada excepto por asuntos de la fiesta*. Aun a aquellos que se ocupaban o pretendían ocuparse de asuntos de la fiesta raras veces se les permitió la entrada. Bilbo trabajaba escribiendo invitaciones, registrando respuestas, envolviendo regalos y haciendo algunos preparativos privados. Había permanecido oculto desde la llegada de Gandalf.

Una mañana, los hobbits despertaron y vieron que el prado del sur junto a la puerta principal de Bilbo estaba cubierto con cuerdas y estacas para tiendas y pabellones. Se había abierto una entrada especial en la barranca que daba al camino y se habían construido allí unos escalones anchos y una gran puerta blanca. Las tres familias hobbits de Bolsón de Tirada, el terreno lindero, estaban muy interesadas y eran envidiadas por todos. El Tío Gamyi hasta dejó de aparentar que trabajaba en el jardín.

Los pabellones comenzaron a elevarse. Había uno particularmente amplio, tan grande que el árbol que crecía en el terreno cabía dentro y se erguía orgullosamente a un lado, a la cabecera de la mesa principal. Se colgaron linternas de todas las ramas. Algo aún más promisorio para la mentalidad hobbit: se levantó una enorme cocina al aire libre, en la esquina norte del campo. Un ejército de cocineros procedentes de todas las posadas y casas de comidas de muchas millas a la redonda, llegó a ayudar a los enanos y a todos los curiosos personajes que estaban acuartelados en Bolsón Cerrado. La excitación llegó a su punto culminante.

De pronto el cielo se nubló. Esto ocurrió el miércoles, víspera de la fiesta. La ansiedad era intensa. Amaneció el esperado jueves 22 de septiembre. El sol se levantó, las nubes desaparecieron, se enarbolaron las banderas, y la diversión comenzó.

Bilbo Bolsón la llamaba una «fiesta», pero era en realidad una variedad de entretenimientos combinados. Prácticamente habían sido invitados todos los que vivían cerca. Muy pocos fueron omitidos por error, pero esto no tuvo importancia, pues lo mismo acudieron. Invitaron además a mucha gente de otras partes de la Comarca y hasta unos pocos de más allá de las fronteras. Bilbo mismo recibía a los invitados (y acompañantes) junto a la nueva puerta blanca. Repartió regalos a todos y muchos a algunos que salían por los fondos y volvían a entrar por la puerta principal. Los hobbits, cuando cumplían años, acostumbraban hacer regalos a los demás. Regalos no muy caros, generalmente, y no tan pródigos como en esta ocasión; pero no era un mal sistema. En verdad, en Hobbiton y en Delagua todos los días del año era el cumpleaños de alguien y por lo tanto todo hobbit tenía una oportunidad segura de recibir un regalo al menos una vez por semana. Nunca se cansaban de los regalos.

En esta ocasión los regalos fueron desacostumbradamente buenos. Los niños hobbits estaban tan excitados que por un rato se olvidaron de comer. Había juguetes nunca vistos, todos hermosos y algunos evidentemente mágicos. Muchos de ellos habían sido encargados un año antes y los habían traído de la Montaña y del Valle, y eran piezas auténticas, fabricadas por Enanos.

Cuando todos estuvieron dentro, y luego de dárseles la bienvenida, hubo canciones, danzas, música, juegos y como era de esperar, comida y bebida. Había tres comidas oficiales: almuerzo, merienda y cena, pero el almuerzo y la merienda se distinguieron principalmente por el hecho de que todos los invitados estaban sentados y comían juntos. En otros momentos había sólo grupos de gente que comían y bebían,

sucedíendose sin interrupción desde las once hasta las seis y media, hora en que comenzaron los fuegos de artificio.

Los fuegos de artificio eran de Gandalf; no sólo los había traído, sino que los había preparado y fabricado. El mismo disparó los más extraños, las piezas y los cohetes voladores. Hubo también una generosa distribución de buscapiés, petardos, bengalas, cohetes, antorchas, estrellitas, velas de enano, fuentes élficas, duendes ladradores y truenos; todos soberbios. El arte de Gandalf progresaba con los años.

Hubo cohetes como un vuelo de pájaros centelleantes, de dulces voces; hubo árboles verdes, con troncos de humo oscuro, y hojas que se abrían en una súbita primavera; de las ramas brillantes caían flores resplandecientes sobre los hobbits maravillados y des parecían dejando un suave aroma en el instante mismo en que ya iban a tocar los rostros vueltos hacia arriba. Hubo fuentes de mariposas que volaban entre los árboles, columnas de fuegos coloreados que se elevaban transformándose en águilas, o barcos de vela, o una bandada de *cisnes voladores*. Hubo un trueno y relámpago rojo, y luego una lluvia amarilla; un bosque de lanzas plateadas se alzó, de pronto con alaridos de batalla y cayó en el agua siseando como cien serpientes enardecidas. Y también hubo una última sorpresa dedicada a Bilbo, que dejó atónitos a los hobbits, como lo deseaba Gandalf. Las luces se apagaron; una gran humareda subió en el aire, tomando la forma de una montaña lejana, vomitando llamas escarlatas y verdes, Y de esas llamas salió volando n dragón rojo y dorado, no de tamaño natural, pero sí de terrible aspecto. Le brotaba fuego de la boca y le relampagueaban los ojos. Se oyó de pronto un rugido y el dragón pasó tres veces como una exhalación sobre las cabezas de la multitud. Todos se agacharon y muchos cayeron de bruces, El dragón se alejó como un tren expreso, dio un triple salto mortal y estalló sobre Delagua con un estruendo ensordecedor,

-¡La señal para la cena! -dijo Bilbo-, El susto y la alarma se disiparon inmediatamente y los postrados hobbits se incorporaron de un salto. Hubo una espléndida cena para todos, excepto los invitados a la cena especial de la familia que se sirvió en el pabellón, Se limitaron las invitaciones a doce docenas (número que los hobbits llamaban a esa, aunque el término no se considerara apropiado para contar gente) y los invitados fueron seleccionados entre todas las familias a las que Bilbo y Frodo estaban unidos por lazos de parentesco, con el agregado especial de unos pocos amigos, como Gandalf. Se incluyeron muchos niños hobbits, con el permiso de las familias, pues los hobbits no acostaban temprano a los niños y los sentaban a la mesa junto con los mayores, especialmente cuando se trataba de conseguir una comida gratis. La crianza de los niños hobbits demandaba una gran cantidad de cereales.

Había muchos de los Bolsón y de los Boffin, también de los Tuk y los Brandigamo; varios de los Cavada, parientes de la abuela de Bilbo Bolsón y varios Redondo, relacionados con el abuelo Tuk; y una selección de los Bolger, Cíñatiesa, Cometa, Ganapié, Madriguera, Tallabuena y Tejonera. Algunos sólo eran parientes lejanos de Bilbo y otros apenas habían estado alguna vez en Hobbiton, pues vivían en los remotos confines de la Comarca. No se olvidó a los Sacovilla-Bolsón. Estaban presentes Otho y su esposa Lobelia. Le tenían antipatía a Bilbo y detestaban a Frodo, pero les pareció que no era posible rechazar una invitación escrita con tinta dorada en una magnífica tarjeta. Además el primo Bilbo se había especializado en la buena cocina durante muchos años y su mesa era muy apreciada.

Los ciento cuarenta y cuatro invitados, sin excepción, esperaban un banquete agradable, aunque temían el discurso del anfitrión luego de la comida (inevitable ítem). Bilbo era aficionado a insertar fragmentos de algo que él llamaba poesía, aunque fueran traídos de los pelos; y algunas veces, después de un vaso o dos, aludía a las aventuras absurdas de su misterioso viaje. Los invitados no quedaron chasqueados; habían tenido

una fiesta *muy* agradable, en una palabra un verdadero placer: rica, abundante, variada y prolongada. La adquisición de provisiones en todo el distrito durante la semana siguiente fue casi nula, cosa sin importancia, pues Bilbo había agotado las reservas de la mayoría de las tiendas, bodegas y almacenes en muchas millas a la redonda.

El festín concluía (no del todo) y vino el discurso. La mayor parte de los invitados se encontraba de un humor apacible, en ese delicioso estado en que «se repletan los últimos rincones» como ellos decían. Estaban sorbiendo ahora sus bebidas favoritas y saboreando sus golosinas predilectas y ya no tenían nada que temer. Por lo tanto estaban preparados para escuchar cualquier cosa y aplaudir en todas las pausas.

Mi querido pueblo, comenzó Bilbo incorporándose.

-¡Atención, atención! -gritaron todos a coro, poco dispuestos a cumplir lo que ellos mismos aconsejaban. Bilbo dejó su lugar y se subió a una silla bajo el árbol iluminado. La luz de la linterna le caía sobre la cara radiante; en el chaleco de seda resplandecían unos botones dorados. Todos podían verlo de pie, agitando una mano en el aire y la otra metida en el bolsillo del pantalón.

Mis queridos Bolsón y Boffin, comenzó nuevamente y *mis queridos Tuk y Bolger y Brandigamo y Cavada y Redondo y Madriguera y Corneta y Ciñatiesa, Tallabuena, Tejonera y Ganapié*.

-¡Ganapié! -gritó un viejo hobbit desde el fondo del pabellón. Tenía en verdad el nombre que merecía. Los pies, que había puesto sobre la mesa, eran grandes y excepcionalmente velludos.

Ganapié, repitió Bilbo. *También mis buenos Sacovilla-Bolsón, a quienes doy por fin la bienvenida a Bolsón Cerrado. Hoy es mi cumpleaños centésimo decimoprimer: ¡tengo ciento once años!*

-¡Hurra! ¡Hurra! ¡Por muchos años! -gritaron los hobbits golpeando alegremente sobre las mesas. Bilbo estaba magnífico. Ese era el tipo de discurso que les gustaba: corto y obvio.

Deseo que lo estén pasando tan bien como yo.

Se oyeron aplausos ensordecedores y gritos de Sí (y No). Ruido de trompetas y cuernos, pitos y flautas y otros instrumentos musicales. Había muchos niños hobbits, como se ha dicho, e hicieron reventar cientos de petardos musicales; casi todos traían estampada la marca *Valle*, lo que no significaba mucho para la mayoría de los hobbits, aunque todos estaban de acuerdo en que eran petardos maravillosos. Dentro de los petardos venían unos instrumentos pequeños pero de fabricación perfecta y sonidos encantadores. En efecto, en un rincón, algunos de los jóvenes Tuk y Brandigamo, en la creencia de que el tío Bilbo había terminado (pues había dicho sencillamente todo lo que tenía que decir), improvisaron una orquesta y se pusieron a tocar una pieza bailable. El señor Everardo Tuk y la señorita Melilot Brandigamo se subieron a una mesa y llevando unas campanitas en las manos empezaron a bailar el «Repique de campanas», bonita danza aunque algo vigorosa.

Pero Bilbo no había terminado. Le pidió la corneta a un niño que estaba allí cerca, se la llevó a la boca y sopló tres veces fuertemente. El ruido se calmó.

¡No les distraeré mucho tiempos, gritó Bilbo entre aplausos. *Los he reunido a todos con un propósito*. Algo en el tono de Bilbo impresionó entonces a los hobbits; se hizo casi el silencio. Uno o dos Tuk alzaron las orejas.

En realidad, con tres propósitos. En primer lugar, para poder decirles lo mucho que los quiero y lo breves que son ciento once años entre hobbits tan maravillosos y admirables.

Tremendo estallido de aprobación.

No conozco a la mitad de ustedes, ni la mitad de lo que querría y lo que yo querría es menos de la mitad de lo que la mitad de ustedes merece.

Esto fue inesperado y bastante difícil. Se oyeron algunos aplausos aislados, pero la mayoría se quedó callada, tratando de descifrar las palabras de Bilbo y viendo si podía entenderlas como un cumplido.

En segundo lugar, para celebrar mi cumpleaños.

Aplausos nuevamente.

Tendría que decir: nuestro cumpleaños, pues es también el cumpleaños de mi sobrino y heredero Frodo. Hoy entra en la mayoría de edad y en posesión de la herencia.

Se volvieron a escuchar algunos aplausos superficiales de los mayores y algunos gritos de «¡Frodo! ¡Frodo! ¡Viva el viejo Frodo!» de los más jóvenes. Los Sacovilla-Bolsón fruncieron el ceño y se preguntaron qué habría querido decir Bilbo con las palabras «posesión de la herencia».

Juntos sumamos ciento cuarenta y cuatro años. El número de ustedes fue elegido para corresponder a este notable total, una gruesa, si se me permite la expresión. Ningún aplauso. Era ridículo. Muchos de los invitados, especialmente los Sacovilla-Bolsón se sintieron insultados, entendiendo que se los había invitado sólo para completar un número, como mercaderías en un paquete. Una gruesa, en efecto. ¡Qué expresión tan vulgar!

También es, si me permiten que me remonte a la historia antigua, el aniversario de mi llegada en tonel a Esgarot, en Lago Largo, aunque en aquella ocasión olvidé por completo mi cumpleaños. Sólo tenía cincuenta y uno entonces, y cumplir años no me parecía tan importante. El banquete fue espléndido, de todos modos, aunque recuerdo que yo estaba muy acatarrado y sólo pude decir «Mucha gracia». Ahora les digo más correctamente: Muchas gracias por asistir a mi pequeña fiesta. Silencio obstinado. Todos temían la inminencia de una canción o de una poesía y estaban empezando a aburrirse. ¿Acaso no podía terminar de hablar y dejarlos beber a sus anchas? Pero Bilbo ni cantó ni recitó. Hizo una breve pausa.

En tercer lugar y finalmente, ¡quiero hacer un anuncio! Pronunció esta última palabra en voz tan alta y tan repentinamente que quienes todavía podían se incorporaron en seguida. *Lamento anunciarles que aunque ciento once años es tiempo demasiado breve para vivir entre ustedes, como ya dije, esto es el fin. Me voy. Los dejo ahora. ¡Adiós!*

Bilbo bajó de la silla y desapareció: hubo un relámpago enceguedor y todos los invitados parpadearon; y cuando abrieron de nuevo los ojos, Bilbo ya no estaba. Ciento cuarenta y cuatro hobbits miraron boquiabiertos y sin habla; el viejo Odo Ganapié quitó los pies de encima de la mesa y pateó el suelo. Siguió un silencio mortal, hasta que de pronto, luego de unos profundos suspiros, todos los Bolsón, Boffin, Tuk, Brandigamo, Cavada, Redondo, Madriguera, Bolger, Ciñatiesa, Tejonera, Tallabuena, Corneta y Ganapié, comenzaron a hablar al mismo tiempo.

La mayoría estuvo de acuerdo: la broma había sido de muy mal gusto y necesitaban más comida y bebida para curarse de la impresión y el mal rato. «Está loco. Siempre lo dije» fue quizás el comentario más popular. Hasta los Tuk (excepto unos pocos) pensaron que la conducta de Bilbo había sido absurda y casi todos dieron por sentado que la desaparición no era más que una farsa ridícula.

Pero el viejo Rory Brandigamo no estaba tan seguro. Ni la edad ni la gran comilona le habían nublado la razón y le dijo a su nuera Esmeralda: -En todo esto hay algo

sospechoso, mi querida. Yo creo que el loco Bolsón ha vuelto a irse. Viejo tonto. Pero ¿por qué preocuparnos si no se ha llevado las vituallas?

Llamó a voces a Frodo para que ordenase servir más vino.

Frodo era el único de los presentes que no había dicho nada. Durante un tiempo permaneció en silencio, junto a la silla vacía de Bilbo, ignorando todas las preguntas y conjeturas. Se había divertido con la broma, por supuesto, aunque estaba prevenido. Le había costado contener la risa ante la sorpresa indignada de los invitados, pero al mismo tiempo se sentía perturbado de veras; descubría de pronto que amaba tiernamente al viejo hobbit. La mayor parte de los invitados continuó bebiendo, comiendo y discutiendo las rarezas presentes y pasadas de Bilbo Bolsón, pero los Sacovilla-Bolsón se fueron en seguida, furiosos. Frodo ya no quiso saber nada con la fiesta; ordenó servir más vino, se puso de pie, vació la copa en silencio, a la salud de Bilbo y se deslizó fuera del pabellón.

En cuanto a Bilbo Bolsón, mientras pronunciaba el discurso no dejaba de jugar con el Anillo de oro que tenía en el bolsillo, el Anillo mágico que había guardado en secreto tantos años. Cuando bajó de la silla se deslizó el Anillo en el dedo y ningún hobbit volvió a verlo en Hobbiton.

Regresó a su agujero a paso vivo y se quedó allí unos instantes, escuchando con una sonrisa la algarabía del pabellón y los alegres sonidos que venían de otros lugares del campo. Luego entró. Se quitó la ropa de fiesta, dobló y envolvió en papel de seda el chaleco de seda bordado y lo guardó. Se puso rápidamente algunas viejas vestiduras y se aseguró el chaleco con un gastado cinturón de cuero. De él colgó una espada corta, en una vaina deteriorada de cuero negro. De una gaveta cerrada con llave que olía a bolas de alcanfor tomó un viejo manto y un gorro. Habían estado guardados bajo llave como si fuesen un tesoro, pero estaban tan remendados y desteñidos por el tiempo que el color original apenas podía adivinarse (verde oscuro quizá); por otra parte eran demasiado grandes para él. Luego fue a su escritorio, tomó de una caja grande y pesada un atado envuelto en viejos trapos, un manuscrito encuadernado en cuero y un sobre abultado. Puso el libro y el atado dentro de una pesada maleta que ya estaba casi llena. Metió dentro del sobre el Anillo de oro y la cadena, selló el sobre y escribió el nombre de Frodo. En un principio lo puso sobre la repisa de la chimenea, pero de pronto cambió de idea y se lo guardó en el bolsillo. En ese momento se abrió la puerta y Gandalf entró apresuradamente.

-Hola -dijo Bilbo-, estaba pensando si vendrías.

-Me alegra encontrarte visible -repuso el mago, sentándose en una silla-. Quería decirte unas pocas palabras finales. Supongo que crees que todo ha salido espléndidamente y de acuerdo con lo planeado.

-Sí, lo creo -dijo Bilbo-. Aunque el relámpago me sorprendió. Me sobresalté de veras y no digamos nada de los otros. ¿Fue un pequeño agregado tuyo?

-Sí. Tuviste la prudencia de mantener en secreto el Anillo todos estos años y me pareció necesario dar a los invitados algo que explicase tu desaparición repentina.

-Y me arruinaste la broma. Eres un viejo entrometido -rió Bilbo-; pero tienes razón, como de costumbre.

-Así es, cuando sé algo. Pero no me siento demasiado seguro en todo este asunto, que ha llegado a su punto final. Has hecho tu broma, has alarmado y ofendido a la mayoría de tus parientes y has dado a toda la Comarca tema de que hablar durante nueve días, o mejor aún, noventa y nueve. ¿Piensas ir más lejos?

-Sí, lo haré. Tengo necesidad de un descanso; un descanso muy largo, como te he dicho; probablemente un descanso permanente; no creo que vuelva. En realidad no tengo la intención de volver y he hecho todos los arreglos necesarios. Estoy viejo, Gandalf; no lo parezco, pero estoy comenzando a sentirlo en las raíces del corazón. ¡*Bien conservado!* -resopló-. En verdad me siento adelgazado, *estirado*, ¿entiendes lo que quiero decir?, como un pedacito de manteca extendido sobre demasiado pan. Eso no puede ser. Necesito un cambio, o algo.

Gandalf lo miró curiosa y atentamente. -No, no me parece bien -dijo pensativo-. Aunque creo que tu plan es quizá lo mejor.

-De cualquier manera, me he decidido. Quiero ver nuevamente montañas, Gandalf, *montañas*; y luego encontrar algún lugar donde *pueda descansar*, en paz y tranquilo, sin un montón de parientes merodeando y una sarta de malditos visitantes colgados de la campanilla. He de encontrar un lugar donde pueda terminar mi libro. He pensado un hermoso final: «Vivió feliz aun después del fin de sus días. »

Gandalf rió. -Que así sea. Pero nadie leerá el libro, cualquiera sea el final.

-Oh, lo leerán, en años venideros. Frodo ha leído algo a medida que lo iba escribiendo. Pondrás un ojo en Frodo. ¿Lo harás?

-Sí, lo haré; pondré los dos ojos, mientras los conserve.

-Frodo hubiera venido conmigo, por supuesto, si se lo hubiese pedido. En realidad me lo ofreció una vez, precisamente antes de la fiesta, pero él aún no lo deseaba de veras. Quiero ver de nuevo el campo salvaje y las montañas, antes de morir. Frodo todavía ama la Comarca, los campos, bosques y arroyos. Se sentirá cómodo aquí. Le dejaré todo, naturalmente, excepto unas pocas menudencias. Creo que será feliz cuando se acostumbre a estar solo. Ya es hora de que sea su propio dueño.

-¿Todo? -dijo Gandalf-. ¿También el Anillo? Dijiste que se lo dejarías.

-Bueno... sí, supongo que sí -tartamudeó Bilbo-. ¿Dónde está?

-Ya que quieres saberlo, en un sobre -dijo Bilbo con impaciencia-. Allí, sobre la repisa de la chimenea. Bueno, ¡no! ¡Lo tengo aquí, en el bolsillo! -Titubeó y murmuró entre dientes- ¿No es una tontería ahora? Después de todo, sí, ¿por qué no? ¿Por qué no dejarlo aquí?

Gandalf volvió a mirar a Bilbo muy duramente, con un fulgor en los ojos. -Creo, Bilbo -dijo con calma-, que yo lo dejaría. ¿No es lo que deseas?

-Sí y no. Ahora que tocamos el tema, te diré que me disgusta separarme de él. Y no sé por qué habría de hacerlo. Pero ¿qué pretendes? -preguntó Bilbo y la voz le cambió de un modo extraño. Hablaba ahora en un tono áspero, suspicaz y molesto-. Tú estás siempre fastidiándome con el Anillo y nunca con las otras cosas que traje del viaje.

-Tuve que fastidiarte -dijo Gandalf-. Quería conocer la verdad. Era importante. Los anillos mágicos son... bueno, mágicos; raros y curiosos. Estaba profesionalmente interesado en tu Anillo, puedes decir, y todavía lo estoy. Me gustaría saber por dónde anda, si te marchas de nuevo. Y también pienso que lo has tenido bastante. Ya no lo necesitarás, Bilbo, a menos que yo me equivoque.

Bilbo enrojció y un resplandor colérico le encendió la mirada. El rostro bondadoso se le endureció de pronto. - ¿Por qué no? - gritó -. ¿Y qué te importa saber lo que hago con mis propias cosas? Es mío. Yo lo encontré. El vino a mí.

-Sí, sí -dijo Gandalf-; no hay por qué enojarse.

-Si me enojo es por tu culpa. Te vuelvo a repetir que es mío. Mío. Mi tesoro. Sí, mi tesoro.

La cara del mago seguía grave y atenta y sólo una luz vacilante en los ojos profundos mostraba que estaba asombrado, y aun alarmado.

-Alguien lo llamó así -dijo-, y no fuiste tú.

-Pero yo lo llamo así ahora. ¿Por qué no? Aunque una vez Gollum haya dicho lo mismo. Ya no es de él, sino mío y repito que lo conservaré.

Gandalf se puso de pie. Habló con severidad.

-Serás un tonto si lo haces, Bilbo - dijo -. Cada palabra que dices lo muestra más claramente. Tiene demasiado poder sobre ti. ¡Déjalo! Entonces podrás irte y serás libre.

-Iré adonde quiera y haré lo que me dé la gana -continuó Bilbo con obstinación.

-¡Ya, ya, mi querido hobbit! -dijo Gandalf -. Durante toda tu larga vida hemos sido amigos y algo me debes. ¡Vamos! Haz lo que prometiste, déjalo.

-¡Bueno, si tú quieres mi Anillo, dílo! -gritó Bilbo-. Pero no lo tendrás. No entregaré mi tesoro, te lo advierto.

La mano del hobbit se movió con rapidez hacia la empuñadura de la pequeña espada.

Los ojos de Gandalf relampaguearon. -Pronto me llegará el momento de enojarme - dijo-. Atrévete a repetirlo y verás al descubierto a Gandalf el Gris.

Gandalf dio un paso hacia el hobbit y pareció agrandarse, amenazante, y su sombra llenó la habitación.

Bilbo retrocedió hacia la pared, respirando agitadamente, la mano apretada sobre el bolsillo. Se enfrentaron un momento, observándose mutuamente y el aire vibró en el cuarto. Los ojos de Gandalf se quedaron clavados en el hobbit. Bilbo aflojó poco a poco las manos y se echó a temblar.

-No me lo explico, Gandalf -dijo-. Nunca te había visto así antes. ¿Qué ocurre? Es mío, ¿no es verdad? Yo lo encontré y Gollum me habría matado si no lo hubiera tenido conmigo. No soy un ladrón, diga lo que diga.

-Nunca te llamé ladrón -respondió Gandalf-, y yo tampoco lo soy. No estoy tratando de robarte, sino de ayudarte. Sería bueno que confiaras en mí, como hasta ahora.

Se volvió, y la sombra se esfumó en el aire. Gandalf pareció achicarse hasta ser de nuevo un viejo gris, encorvado e inquieto.

Bilbo se restregó los ojos. -Lo lamento, pero me siento muy raro y sin embargo sería un alivio, en cierto modo, no tener que preocuparme más. Me ha obsesionado en los últimos tiempos. A veces me parecía un ojo que me miraba. Siempre tenía ganas de ponérmelo y desaparecer, ¿sabes?, y luego quería sacármelo, temiendo que fuera peligroso. Traté de guardarlo bajo llave, pero me di cuenta de que no podía descansar si no lo tenía en el bolsillo. No sé por qué. Y no me siento capaz de decidirme.

-Entonces confía en mí -dijo Gandalf -. Ya está todo resuelto. Vete y déjalo. Renuncia a tenerlo y dáselo a Frodo, a quien yo cuidaré.

Bilbo se quedó un momento tenso e indeciso. Al fin suspiró y dijo con esfuerzo: - Bien, lo haré. -Se encogió de hombros y sonrió tristemente. - Al fin y al cabo, para esto se hizo la fiesta: para regalar muchas cosas y en cierto modo para que no me costara tanto dejar también el Anillo. No fue cosa fácil al final, pero sería una lástima desperdiciar tantos preparativos. Arruinar la broma.

-En efecto -respondió Gandalf-. Suprimiría el único motivo que siempre le vi al asunto.

-Muy bien -dijo Bilbo-, se lo dejaré a Frodo con todo lo demás. -Tomó aliento. - Y ahora tengo que partir, o alguien me pescará. Ya he dicho adiós y no podría empezar otra vez. -Recogió la maleta y fue hacia la puerta.

-Todavía tienes el Anillo -dijo el mago.

-¡Sí, lo tengo! -gritó Bilbo-. Y mi testamento y todos los otros documentos también. Es mejor que los tomes tú y los entregues en mi nombre. Será lo más seguro.

-No, no me des el Anillo -dijo Gandalf-. Ponlo sobre la repisa de la chimenea. Estará seguro allí hasta que llegue Frodo; yo lo esperaré.

Bilbo sacó el sobre y justo en el momento en que lo colocaba junto al reloj, le tembló la mano y el paquete cayó al suelo. Antes que pudiera levantarlo, el mago se agachó, lo recogió y lo puso en su lugar. Un espasmo de rabia cruzó fugazmente otra vez por la cara del hobbit y casi en seguida se transformó en un gesto de alivio y en una risa.

-Bien, ya está -comentó-. Ahora sí, ¡me voy!

Pasaron al vestíbulo. Bilbo tomó su bastón favorito y silbó. Tres enanos vinieron de tres distintas habitaciones.

-¿Está todo listo? -preguntó Bilbo-. ¿Todo embalado y rotulado?

-Todo -contestaron.

-¡Entonces, en marcha! -Y caminó hacia la puerta del frente. Era una noche magnífica y se veía el cielo oscuro salpicado de estrellas. Bilbo miró, olfateando el aire.

-¡Qué alegría! ¡Qué alegría estar nuevamente en camino con los enanos! ¡Años y años estuve esperando este momento! ¡Adiós! -dijo mirando a su viejo hogar e inclinándose delante de la puerta-. ¡Adiós, Gandalf!

-Adiós por ahora, Bilbo. ¡Ten cuidado! Eres bastante viejo y quizá bastante sabio.

-¡Tener cuidado! No me importa. ¡No te preocupes por mí! Me siento más feliz que nunca, lo que es mucho decir. Pero la hora ha llegado. Al fin me voy.

En seguida, en voz baja, como para sí mismo, se puso a cantar en la oscuridad:

*El camino sigue y sigue
desde la puerta.
El camino ha ido muy lejos,
y si es posible he de seguirlo
recorriéndole con pie decidido
hasta llegar a un camino más ancho
donde se encuentran senderos y cursos.
¿Y de ahí adónde iré? No podría decirlo.*

Bilbo se detuvo en silencio, un momento. Luego, sin pronunciar una palabra, se alejó de las luces y voces de los campos y tiendas, y seguido por sus tres compañeros dio una vuelta al jardín y bajó trotando la larga pendiente. Saltó un cerco bajo y fue hacia los prados, internándose en la noche como un susurro de viento entre las briznas.

Gandalf se quedó un momento mirando cómo desaparecía en la oscuridad. -Adiós, mi querido Bilbo, hasta nuestro próximo encuentro -dijo dulcemente, y entró en la casa,

Frodo llegó poco después y encontró a Gandalf sentado en la penumbra y absorto en sus pensamientos.

-¿Se fue? -le preguntó.

-Sí -respondió Gandalf-, al fin se fue.

-Deseaba, es decir, esperaba hasta esta tarde que todo fuese una broma -dijo Frodo-. Pero el corazón me decía que era verdad. Siempre bromeaba sobre cosas serias. Lamento no haber venido antes para verlo partir.

-Bueno, creo que al fin prefirió irse sin alboroto -dijo Gandalf No te preocupes tanto. Se encontrará bien, ahora. Dejó un paquete para ti. ¡Ahí está!

Frodo tomó el sobre de la repisa, le echó una mirada, pero no lo abrió. -Creo que adentro encontrarás el testamento y todos los otros papeles -dijo el mago-. Tú eres ahora el amo de Bolsón Cerrado. Supongo que encontrarás también un Anillo de oro.

-¡El Anillo! -exclamó Frodo-. ¿Me ha dejado el Anillo? Me pregunto por qué. Bueno, quizá me sirva de algo.

-Sí y no -dijo Gandalf -. En tu lugar, yo no lo usaría. Pero guárdalo en secreto ¡y en sitio seguro! Bien, me voy a la cama.

Como amo de Bolsón Cerrado, Frodo sintió que era su penoso deber despedir a los huéspedes. Rumores sobre extraños acontecimientos se habían diseminado por el campo. Frodo nada dijo, pero *sin duda todo se aclararía por la mañana*. Alrededor de medianoche comenzaron a llegar los carruajes de la gente importante y así fueron desapareciendo, uno a uno, cargados con hobbits hartos pero insatisfechos. Al fin se llamó a los jardineros, que trasladaron en carretillas a quienes habían quedado rezagados.

La noche pasó lentamente. Salió el sol. Los hobbits se levantaron bastante tarde y la mañana prosiguió. Se solicitó el concurso de gente, que recibió orden de despejar los pabellones y quitar mesas, sillas, cucharas, cuchillos, botellas, platos, linternas, macetas de arbustos en flor, migajas, papeles, carteras, pañuelos y guantes olvidados, y alimentos no consumidos, que eran muy pocos. Luego llegó una serie de personas no solicitadas, los Bolsón, Boffin, Bolger, Tuk y otros huéspedes que vivían o andaban cerca. Hacia el mediodía, cuando hasta los más comilones ya estaban de regreso, había en Bolsón Cerrado una gran multitud, no invitada, pero no inesperada.

Frodo los esperaba en la escalera, sonriendo, aunque con aire fatigado y preocupado. Saludó a todos, pero no les pudo dar más explicaciones que en la víspera. Respondía a todas las preguntas del mismo modo:

-El señor Bilbo Bolsón se ha ido; creo que para siempre.

Invitó a algunos de los visitantes a entrar en la casa, pues Bilbo había dejado «mensajes» para ellos.

Dentro del vestíbulo había apilada una gran cantidad de paquetes, bultos y mueblecitos. Cada uno de ellos tenía una etiqueta. Había varias de este tipo:

Para Adelardo Tuk, de veras para él, estaba escrito sobre una sombrilla. Adelardo se había llevado muchos paquetes sin etiqueta.

Para Dora Bolsón, en recuerdo de una larga correspondencia, con el cariño de Bilbo, en una gran canasta de papeles. Dora era la hermana de Drogo y la sobreviviente más anciana, emparentado con Bilbo y Frodo; tenía noventa y nueve años y había escrito resmas de buenos consejos durante más de medio siglo.

Para Milo Madriguera, deseando que le sea útil, de B. B., en una pluma de oro y una botella de tinta. Milo nunca contestaba las cartas.

Para uso de Angélica, del tío Bilbo, en un espejo convexo y redondo. Era una joven Bolsón que evidentemente se creía bonita.

Para la colección de Hugo Ciñatiesa, de un contribuyente, en una biblioteca (vacía). Hugo solía pedir libros prestados y la mayoría de las veces no los devolvía.

Para Lobelia Sacovilla-Bolsón, como regalo, en una caja de cucharas de plata. Bilbo creía que Lobelia se había apoderado de una buena cantidad de las cucharas de Bilbo mientras él estaba ausente, en el viaje anterior. Lobelia lo sabía muy bien. Entendió en seguida la ironía, pero aceptó las cucharas.

Esto es sólo una pequeña muestra del conjunto de regalos. Durante el curso de su larga vida, la residencia de Bilbo se había ido atestando de cosas. El desorden era bastante común en las cuevas de los hobbits y esto venía sobre todo de la costumbre de hacerse tantos regalos de cumpleaños. Por supuesto, los regalos no eran siempre nuevos; había uno o dos viejos *mathoms* de uso olvidado que habían circulado por todo el distrito, pero Bilbo tenía el hábito de obsequiar regalos nuevos y de guardar los que recibía. El viejo agujero estaba ahora desocupándose un poco.

Los regalos de despedida tenían todos la correspondiente etiqueta que el mismo Bilbo había escrito, y en varias aparecían agudezas o bromas. Pero, naturalmente, la mayoría de las cosas estaban destinadas a quienes las necesitaban y fueron recibidas con agrado. Tal fue el caso de los más pobres, especialmente los vecinos de Bolsón de Tirada. El Tío Gamyi recibió dos bolsas de patatas, una nueva azada, un chaleco de lana y una botella de unguento para sus crujientes articulaciones. El viejo Rory Brandigamo, como recompensa por tanta hospitalidad, recibió una docena de botellas de Viejos Viñedos, un fuerte vino rojo de la Cuaderna del Sur, bastante anejo, pues había sido puesto a estacionar por el padre de Bilbo. Rory perdonó a Bilbo y luego de la primera botella lo proclamó un gran hobbit.

A Frodo le dejó muchísimas cosas y, por supuesto, los tesoros principales. También libros, cuadros y cantidad de muebles. No hubo rastros ni mención de joyas o dinero; no se regaló ni una cuenta de vidrio, ni una moneda.

Frodo tuvo una tarde difícil; el falso rumor de que todos los bienes de la casa estaban distribuyéndose gratis se propaló como un relámpago; pronto el lugar se llenó de gente que no tenía nada que hacer allí, pero a la que no se podía mantener alejada. Las etiquetas se rompieron y mezclaron, y estallaron disputas; algunos intentaron hacer trueques y negocios en el salón y otros trataron de huir con objetos de menor cuantía, que no les correspondían, o con todo lo que no era solicitado o no estaba vigilado. El camino hacia la puerta se encontraba bloqueado por carros de mano y carretillas.

Los Sacovilla-Bolsón llegaron en mitad de la conmoción. Frodo se había retirado por un momento, dejando a su amigo Merry Brandigamo al cuidado de las cosas. Cuando Otho requirió en voz alta la presencia de Frodo, Merry se inclinó cortésmente. - Está indispuerto -dijo-. Está descansando.

-Escondiéndose, querrás decir -respondió Lobelia-. De cualquier modo queremos verlo y lo exigimos. ¡Ve y díselo!

Merry los dejó en el salón por un tiempo y los Sacovilla-Bolsón descubrieron entonces las cucharas. Esto no les mejoró el humor. Por último fueron conducidos al escritorio. Frodo estaba sentado a una mesa frente a un montón de papeles. Parecía indispuerto (de ver a *los* Sacovilla-Bolsón, en todo caso). Se levantó jugueteando con algo que tenía en el bolsillo y les habló con mucha cortesía.

Los Sacovilla-Bolsón estuvieron bastante ofensivos. Comenzaron por ofrecerle precios muy reducidos (como entre amigos) por varias cosas que no tenían etiqueta. Cuando Frodo replicó que sólo se darían aquellas cosas especialmente destinadas por Bilbo, respondieron que todo el asunto era muy sospechoso.

-Sólo una cosa me resulta clara -dijo Otho-, y es que tú eres el más beneficiado de todos. Insisto en ver el testamento.

Otho habría sido el heredero de Bilbo de no mediar la adopción de Frodo. Leyó el testamento cuidadosamente y bufó. Era, para su desgracia, muy claro y correcto (de acuerdo con las costumbres legales de los hobbits, quienes exigían, entre otras cosas, las firmas de siete testigos, estampadas con tinta roja).

-¡Burlado otra vez! -dijo a su mujer-. ¡Después de haber esperado *sesenta* años ¿Cucharas? ¡Qué disparate! -Chasqueó los dedos bajo la nariz de Frodo y salió corriendo.

No fue tan fácil deshacerse de Lobelia. Un poco más tarde Frodo salió del estudio para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos y la encontró revisando todos los escondrijos y rincones y dando golpecitos en el suelo. La acompañó con firmeza fuera de la casa, después de aligerarla de varios pequeños pero bastante valiosos artículos que le habían caído dentro del paraguas no se sabía cómo. La cara de Lobelia reflejaba la angustia con que buscaba una frase demoledora de despedida, pero esto fue lo único que dijo volviéndose airadamente:

-¡Vivirás para lamentarlo, jovencito! ¿Por qué no te fuiste tú también? Tú no eres de aquí, no eres un Bolsón, tú... ¡tú eres un Brandigamo!

-¿Has oído eso, Merry? Fue un insulto, ¿no? - dijo Frodo cerrando la puerta en las narices de Lobelia.

-Fue un cumplido -respondió Merry Brandigamo-, y por eso mismo falso.

Luego recorrieron el lugar y expulsaron a tres jóvenes hobbits (dos Boffin y un Bolger) que estaban agujereando la pared de una bodega. Frodo tuvo un forcejeo con el joven Sancho Ganapié (el nieto del viejo Odo Ganapié), quien había iniciado una excavación en la *despensa* mayor, donde le pareció que sonaba a hueco. La leyenda del oro de Bilbo movía a la curiosidad y a la esperanza: pues el oro legendario misteriosamente obtenido, si bien no positivamente mal habido, es, como todos saben, para aquel que lo encuentre, a menos que algún otro interrumpa la búsqueda.

Frodo echó a Sancho, y se desplomó en una silla de la sala. -Ya es hora de cerrar la tienda, Merry -dijo-. Echa llave a la puerta y no la abras a nadie hoy, aunque traigan un ariete.

Frodo fue a *reanimarse* con una tardía taza de té. Apenas se había sentado, cuando se oyó un golpe en la puerta principal. «Seguro que es Lobelia otra vez», pensó. «Se le habrá ocurrido algo realmente desagradable y ha vuelto para decírmelo. Puede esperar.»

Siguió tomando té. Se oyó otra vez el golpe, mucho más fuerte. Frodo no le dio importancia. De repente la cabeza del mago apareció en la ventana. -Si no me dejas entrar, Frodo, haré volar la puerta colina abajo -dijo.

-¡Mi querido Gandalf! ¡Medio minuto! -gritó Frodo, corriendo hacia la puerta-. ¡Entra! ¡Entra! Pensé que era Lobelia.

-Entonces te perdono. La vi hace un momento en un cochecito que iba hacia Delagua, con una cara que hubiese agriado la leche fresca.

-Casi me ha agriado a mí. Honestamente, estuve tentado de utilizar el Anillo de Bilbo. Tenía ganas de *desaparecer*.

-¡No lo hagas! -dijo Gandalf sentándose-. Ten mucho cuidado con ese Anillo, Frodo. En realidad, en parte he venido a decirte una última palabra al respecto.

-Bueno, ¿de qué se trata?

-¿Qué sabes tú del Anillo?

-Sólo lo que Bilbo me contó. He oído su historia; cómo lo encontró y cómo lo usó en el viaje, quiero decir.

-Estoy pensando qué historia -dijo Gandalf.

-Oh, no la que contó a los Enanos y escribió en el libro -dijo Frodo-. La verdadera historia. Me la contó tan pronto como vine a vivir aquí. Me dijo que tú lo habías importunado y al fin te la contó y que entonces era mejor que yo también la supiera.

«No tengamos secretos entre *nosotros*, Frodo», me dijo Bilbo. «Pero no la repitas. De cualquier modo, el Anillo me pertenece.»

-Interesante -dijo Gandalf-. ¿Qué pensaste?

-Si te refieres al invento ese del «regalo», bueno, te diré que la historia verdadera me parece mucho más probable y no pude entender por qué la alteró. Nada propio de Bilbo, al menos; el asunto me pareció raro.

-Lo mismo a mí, pero a la gente que tiene estos tesoros, y los utiliza, pueden ocurrirles cosas realmente raras. Permíteme aconsejarte que seas muy cuidadoso con el Anillo; puede tener quizás otros poderes además de hacerte desaparecer a voluntad.

-No entiendo -dijo Frodo.

-Yo tampoco -respondió el mago-. Sólo que anoche me puse a *pensar en* el Anillo. No tienes por qué preocuparse, pero sigue mi consejo y úsalo poco a nada. Al menos te ruego que no lo uses en casos que puedan provocar comentarios o sospechas. Te repito: guárdalo en secreto y en un sitio seguro.

-¡Cuánto misterio! ¿Qué temes?

-No lo sé muy bien, y por lo tanto no diré más. Hablaré quizá cuando vuelva. Me voy inmediatamente; así que me despido por ahora. -Se puso de pie.

-¡Así de pronto! - exclamó Frodo -. ¿Por qué? Creí que te quedarías por lo menos una semana. Gandalf, esperaba tu ayuda.

-Así lo deseaba, pero tuve que cambiar de idea. Quizá me aleje por mucho tiempo; volveré a verte tan pronto como me sea posible. ¡Cuenta conmigo! Vendré *sin* hacer ruido y no a menudo. Creo que me he vuelto bastante impopular en la Comarca. Dicen que soy un estorbo, un perturbador de la paz. Por si te interesa, te aviso que algunos hablan de una confabulación entre tú y yo para quedarnos con las riquezas de Bilbo.

-¡Algunos! -exclamó Frodo-. Quieres decir Otho y Lobelia. ¡Qué abominables! Les daría Bolsón Cerrado y todo lo demás si pudiera tener otra vez a Bilbo y salir con él a corretear por los campos. Amo la Comarca, pero comienzo a lamentar no haber partido con Bilbo. Me pregunto si lo veré otra vez.

-Lo mismo digo -respondió Gandalf-, y me pregunto muchas otras cosas. ¡Adiós, ahora! ¡Cúdate! Búscame sobre todo en los momentos difíciles. ¡Adiós!

Frodo lo acompañó hasta la puerta. Gandalf lo despidió agitando la mano y desapareció a paso sorprendentemente rápido, aunque Frodo pensó que el viejo mago estaba más agobiado que de costumbre, como si llevase un gran peso sobre los hombros. La tarde moría y la figura embozada se perdió en el crepúsculo. Frodo no volvería a verlo por largo tiempo.

LA SOMBRA DEL PASADO

La charla no decreció ni en nueve ni en noventa y nueve días. La segunda desaparición del señor Bilbo Bolsón se discutió en Hobbiton y en verdad en toda la Comarca durante un año y un día y se recordó todavía mucho más. Llegó a ser uno de esos cuentos que cuentan los abuelos para los niños hobbits. Y al fin, el loco Bolsón, que tenía la costumbre de desaparecer con una detonación y un relámpago para reaparecer con una detonación y un relámpago para reaparecer con sacos repletos de oro y alhajas, se convirtió en un personaje legendario que continuó viviendo cuando ya los hechos verdaderos se habían olvidado del todo.

Pero entretanto, la opinión general en la vecindad era que Bilbo (conocido ya como un poco chiflado) se había vuelto al fin completamente loco, y había escapado al mundo desconocido. Allí, sin duda habría caído en un estanque o en un río, encontrando un fin trágico, aunque nada prematuro. La culpa recayó casi toda sobre Gandalf.

«Si por lo menos ese maldito mago lo dejara tranquilo, quizás el joven Frodo se enderezara, llegando a tener un poco de buen sentido hobbit», decían. Y aparentemente el mago lo dejó tranquilo y el joven Frodo se enderezó, pero el desarrollo del sentido hobbit no era demasiado visible. En efecto, pronto se ganó fama de extravagante, como Bilbo. Rehusó guardar duelo y al año siguiente dio una fiesta en honor del centésimo decimosegundo cumpleaños de Bilbo, que llamó la fiesta de ciento doce libras de peso. Estuvieron lejos de ese número; sólo veinte invitados y varios banquetes, en los que llovió bebida y nevó comida, como dicen los hobbits.

Algunos se escandalizaron bastante, pero Frodo siguió celebrando el cumpleaños de Bilbo, año tras año, hasta que al fin todos se acostumbraron. Frodo decía que no creía que Bilbo hubiera muerto. Cuando le preguntaban: «¿Dónde está entonces?», se encogía de hombros.

Vivía solo, como había vivido Bilbo; pero tenía muchos buenos amigos, especialmente entre los hobbits más jóvenes (casi todos descendientes del viejo Tuk), que de niños habían simpatizado con Bilbo, dentro y fuera de Bolsón Cerrado. Entre ellos estaban Folco Boffin y Fredegar Bolger, pero sus amigos íntimos eran Peregrin Tuk (llamado comúnmente Pippin) y Merry Brandigamo, cuyo nombre verdadero, muy poco recordado, era Meriadoc. Frodo correteaba con ellos por la Comarca, pero más a menudo vagabundeaba solo, asombrando a la gente razonable, pues lo vieron muchas veces lejos de la casa, caminando por las lomas y los bosques, a la luz de las estrellas. Merry y Pippin sospechaban que visitaba de vez en cuando a los Elfos, continuando la costumbre de Bilbo.

A medida que el tiempo pasaba, la gente comenzó a notar que también Frodo se «conservaba» bien. Exteriormente tenía la apariencia de un hobbit robusto y enérgico que apenas había sobrepasado la «veintena». «Algunos tienen suerte en todo», decían; pero cuando Frodo se acercó a los cincuenta años, edad comúnmente más sobria, la cosa empezó a parecerles rara.

El mismo Frodo, pasada la primera conmoción, encontró bastante agradable ser su propio amo y el señor Bolsón de Bolsón Cerrado. Durante algunos años fue feliz y no se preocupó mucho por el futuro. Pero el remordimiento no del todo consciente de no haber seguido a Bilbo, continuaba creciendo en él. Se descubrió a veces, especialmente

en el otoño, pensando en tierras salvajes, y unas montañas extrañas que nunca había visto se le aparecieron en sueños.

«Quizás algún día cruzaré el río», comenzó a decirse; a lo que la otra mitad de la mente le respondía siempre: «Todavía no.»

Así continuó hasta que pasó los cuarenta y se acercó a su quincuagésimo cumpleaños. Cincuenta era un número algo significativo (o temible); en todo caso, a esa edad le había ocurrido a Bilbo aquella aventura. Frodo comenzó a sentirse intranquilo y los viejos caminos le parecían ahora demasiado trillados. Estudiaba los mapas y pensaba en lo que habría más allá; los mapas hechos en la Comarca mostraban en su mayoría espacios blancos fuera de las fronteras. Frodo se acostumbró a vagabundear por campos lejanos, casi siempre solo, por lo que Merry y otros amigos lo observaban con inquietud. A menudo se le veía paseando y hablando con extraños caminantes que en ese tiempo comenzaban a aparecer en la Comarca.

Había rumores de cosas extrañas que ocurrían en el mundo exterior y como Gandalf no había aparecido, ni había enviado ningún mensaje desde hacía años, Frodo andaba siempre en busca de noticias. Los Elfos, a quienes se veía muy raramente en la Comarca, cruzaban los bosques hacia el oeste, al atardecer; pasaban y no volvían; abandonaban la Tierra Media y ya no les interesaban aquellos problemas. Había, en cambio, un número insólito de enanos. El antiguo camino Este-Oeste atravesaba la Comarca hasta los Puertos Grises, y los enanos habían tomado siempre esa ruta para llegar a las minas de las Montañas Azules. Eran la principal fuente de noticias de los hobbits acerca de las regiones distantes, si querían tener alguna noticia; por lo general los viajeros decían poco y los hobbits no preguntaban mucho. Pero ahora Frodo se encontraba a menudo con enanos de distintas clases, que venían de las tierras del sur. Estaban preocupados, y algunos hablaban en voz baja del Enemigo y de la Tierra de Mordor.

Los hobbits sólo conocían ese nombre por leyendas del oscuro pasado, como una sombra recordada apenas, aunque ominosa e inquietante. Parecía que el poder maléfico había desaparecido del Bosque Negro gracias a la intervención del Concilio, pero sólo para reaparecer con poder todavía mayor en las viejas fortificaciones de Mordor. Se decía que la Torre Oscura había sido reedificada. Desde allí se extendía el poder, a lo largo y a lo ancho y en el lejano este y en el sur había guerras y crecía el temor. Los orcos se multiplicaban de nuevo en las montañas. Los trolls estaban en todas partes; ya no eran tontos, sino astutos y traían armas terribles. Y también se hablaba de criaturas todavía más espantosas, pero que no tenían nombre.

Poco de esto llegó a oídos de los hobbits comunes, como es natural, pero hasta los más sordos y los más sedentarios comenzaron a oír cuentos extraños y aquellos cuyas ocupaciones los llevaban a las fronteras del país veían cosas curiosas. Las conversaciones en *El Dragón Verde*, en Delagua, una tarde de primavera, en el quincuagésimo año de Frodo, demostraron que esos rumores habían llegado al corazón mismo de la Comarca, aunque la mayoría de los hobbits se los tomaran a risa.

Sam Gamyi estaba sentado en un rincón, cerca del fuego, de frente a Ted Arenas, el hijo del molinero, y varios rústicos jóvenes escuchaban la conversación.

-Se oyen cosas extrañas en estos días -dijo Sam.

-Ah -dijo Ted-, las oyes, si escuchas. Pero para escuchar cuentos de vieja y leyendas infantiles, me quedo en mi casa.

-Sin duda -replicó Sam-, y te diré que en algunos de esos cuentos hay más verdad de lo que crees. De cualquier modo, ¿quién inventó las historias? Toma el caso de los dragones.

-No, gracias -dijo Ted-. No lo haré. Oí hablar en otro tiempo cuando era más joven, pero no hay razón para creer en dragones ahora. Hay un solo dragón en Delagua y es *El Dragón Verde* -concluyó, y todos se rieron.

-Bien -dijo Sam riéndose con los demás-. ¿Pero qué me cuentas de esos hombres-árboles, esos gigantes, como quizá los llames? Dicen que vieron a uno mayor que un árbol más allá de los páramos del norte no hace mucho tiempo.

-¿Quiénes lo vieron?

-Mi primo Hal, por ejemplo. Trabajaba para el señor Boffin en Sobremonte y subió a la Cuaderna del Norte a cazar. Él vio uno.

-Dice que lo vio, quizá. Tu Hal siempre dice que ve cosas y quizá vea lo que no hay.

-Pero éste era del tamaño de un olmo y caminaba dando zancadas de siete yardas como si fuese una pulgada.

-Entonces te apuesto a que no era una pulgada. Lo que vio era un olmo, lo más probable.

-Pero éste caminaba y no hay olmos en los páramos del norte. -Entonces no vio ninguno -dijo Ted.

Se oyeron risas y aplausos; la audiencia parecía pensar que Ted se había apuntado un tanto.

-De cualquier modo -replicó Sam-, no puedes negar que otros además de Hal han visto a gentes extrañas cruzando la Comarca. Cruzando, sí, no lo olvides; hay muchos que fueron detenidos en la frontera. Los fronteros no estuvieron nunca tan activos.

-He oído decir que los elfos se mudan al oeste. Dicen que van hacia los puertos, más allá de Torres Blancas.

Sam hizo un vago ademán con el brazo; ni él ni ningún otro sabía a qué distancia se encontraba el mar, más allá de los límites occidentales de la Comarca, pasando las viejas torres, pero una antigua tradición decía que en esa dirección, muy lejos, estaban los Puertos Grises, donde a veces los barcos de los elfos se hacían a la mar, para no volver.

-Navegan, navegan, navegan por el Mar; se van al oeste y nos abandonan -dijo Sam, canturreando las palabras, sacudiendo la cabeza triste y solemnemente.

Pero Ted rió.

-Bueno, eso no es nuevo, si crees en las viejas fábulas. No veo qué pueda importarnos. ¡Déjalos que naveguen! Pero te aseguro que tú nunca los viste navegar, ni ningún otro de la Comarca.

-Bueno, no sé -dijo Sam pensativo. Creía haber visto una vez un elfo en los bosques y todavía esperaba que algún día vería más. De todas las leyendas que había oído en sus primeros años, algunos fragmentos de cuentos y relatos recordados a medias que contaban los hobbits sobre los Elfos siempre lo habían impresionado profundamente-. Hay algunos, aun en aquellos lugares, que conocen a la Hermosa Gente, de quienes obtienen noticias -dijo-. Además, ahí está el señor Bolsón, para quien yo trabajo. Me contó que los Elfos salían a navegar y él algo sabe sobre Elfos y el viejo señor Bilbo sabía más aún; son muchas las charlas que tuve con él cuando era chico.

-Oh, los dos están chiflados -dijo Ted-. Al menos el viejo Bilbo estaba chiflado y Frodo va en camino de estarlo. Si ésta es la fuente de tus noticias, no llegarás muy lejos. Bien, amigos, me voy a casa. ¡A vuestra salud! -Apuró el vaso y se fue ruidosamente.

Sam se quedó sentado y no dijo nada más. Tenía tantas cosas en que pensar. Por una parte, había muchísimo que hacer en el jardín de Bolsón Cerrado; al día siguiente tendría una jornada de mucho trabajo, si el tiempo mejoraba. La hierba crecía rápidamente. Pero no era el cuidado del jardín lo que preocupaba a Sam. Al cabo de un rato suspiró, se levantó y se fue.

Era a comienzos de abril y el cielo aclaraba ahora, luego de un copioso chaparrón. El sol se había puesto y la tarde fría y pálida desaparecía fundiéndose en la noche. Sam regresó bajo las primeras estrellas; cruzó Hobbiton y fue colina arriba, silbando suave y pensativamente.

Gandalf reapareció justamente entonces, al cabo de una larga ausencia. Había estado fuera tres años, luego del banquete; después visitó brevemente a Frodo y partió una vez más. Durante uno o dos años había vuelto bastante a menudo; llegaba inesperadamente de noche y partía sin aviso antes del alba. No hablaba de sus viajes y ocupaciones y le interesaban sobre todo los pequeños acontecimientos relacionados con la salud y las actividades de Frodo.

De pronto las visitas se interrumpieron y hacía ya casi nueve años que Frodo no veía ni oía a Gandalf. Comenzaba a pensar que el mago no volvería y que habría perdido todo interés por los hobbits. Pero aquella tarde, mientras Sam regresaba caminando y la luz del crepúsculo se apagaba poco a poco, Frodo oyó en la ventana del estudio un golpe familiar.

Sorprendido y encantado, dio la bienvenida al viejo amigo. Se observaron un instante.

-¿Todo bien, no? -preguntó Gandalf-. ¡Estás siempre igual, Frodo!

-Lo mismo que tú -replicó Frodo, aunque le parecía que Gandalf estaba más viejo y agobiado.

Le pidió noticias de él mismo y el ancho mundo y pronto estuvieron metidos en una conversación que se prolongó hasta altas horas de la noche.

A la mañana siguiente, luego de un desayuno tardío, el mago se sentó junto a la ventana abierta del estudio. Un fuego brillante ardía en el hogar, aunque el sol era cálido y el viento soplaba del sur. Todo parecía fresco: el verde nuevo de la primavera asomaba en los campos y en las yemas de los árboles.

Gandalf recordaba otra primavera, unos ochenta años atrás, cuando Bilbo había partido de Bolsón Cerrado sin llevarse ni siquiera un pañuelo. El mago tenía el cabello más blanco ahora y la barba y las cejas quizá más largas y la cara más marcada por las preocupaciones y la experiencia, pero los ojos le brillaban como siempre y fumaba haciendo anillos de humo con el vigor y el placer de antaño.

Fumaba ahora en silencio y Frodo estaba allí sentado y muy quieto, ensimismado. Aun a la luz de la mañana sentía la sombra oscura de las noticias que Gandalf había traído. Al fin quebró el silencio.

-Gandalf, anoche empezaste a contarme cosas extrañas sobre mi Anillo -dijo-, y en seguida callaste diciendo que tales asuntos era mejor ventilarlos a la luz del día. ¿No piensas que sería mejor terminar la conversación ahora? Me has dicho que el Anillo es peligroso; mucho más peligroso de lo que creo. ¿En qué sentido?

-En muchos sentidos -respondió el mago-. Es mucho más poderoso de lo que me atreví a pensar en un comienzo, tan poderoso que al fin puede llegar a dominar a cualquier mortal que lo posea. El Anillo lo poseería a él.

»En tiempos remotos fueron fabricados en Eregion muchos anillos de elfos, anillos mágicos como vosotros los llamáis; eran, por supuesto, de varias clases, algunos más poderosos y otros menos. Los menos poderosos fueron sólo ensayos, anteriores al perfeccionamiento de este arte: bagatelas para los herreros de los elfos, aunque a mi entender peligrosos para los mortales. Pero los realmente peligrosos eran los Grandes Anillos, los Anillos de Poder.

»Un mortal que conserve uno de los Grandes Anillos no muere, pero no crece ni adquiere más vida. Simplemente continúa hasta que al fin cada minuto es un agobio. Y si lo emplea a menudo para volverse invisible, *se desvanecerá*, se transformará al fin en un ser perpetuamente invisible que se paseará en el crepúsculo bajo la mirada del Poder Oscuro, que rige los Anillos. Sí, tarde o temprano (tarde, si es fuerte y honesto, pero ni la fortaleza ni los buenos propósitos duran siempre), tarde o temprano el Poder Oscuro lo devorará.

-¡Qué aterrador! -dijo Frodo.

Hubo otro largo silencio. Sam Gamyi cortaba el césped en el jardín y el sonido subía hasta el estudio.

-¿Cuánto tiempo hace que lo sabes? -preguntó Frodo por último-. ¿Cuánto sabía Bilbo?

-Bilbo no sabía más de lo que te dije; estoy seguro -respondió Gandalf -. Ciertamente, nunca te habría dejado algo si hubiera pensado que podía hacerte daño, aunque yo le prometiera cuidarte. Pensaba que el Anillo era muy hermoso y útil en caso de necesidad, y que si había allí algo raro o que andaba mal era él mismo. Dijo que el Anillo le ocupaba cada vez más la mente, cosa que lo inquietaba; pero no sospechaba que el Anillo fuera el único culpable, aunque había descubierto que necesitaba que lo vigilaran, pues no siempre parecía tener el mismo tamaño y el mismo peso; se encogía o crecía de manera curiosa y de pronto podía deslizarse fuera del dedo.

-Sí, me lo recomendó en su última carta -dijo Frodo-; por eso no lo saqué de la cadena.

-Muy prudente -dijo Gandalf -. Pero en cuanto a su larga vida, Bilbo nunca la relacionó con el Anillo; se atribuyó todo el mérito y estaba muy orgulloso, aunque cada vez más inquieto y molesto. *Delgado y estirado*, decía. Señal de que el Anillo lo estaba dominando. -¿Cuánto tiempo hace que lo sabes? -preguntó Frodo de nuevo.

- ¿Saber? He sabido muchas cosas que sólo saben los sabios, Frodo. Pero si te refieres a lo que sé de este Anillo en particular, bueno, todavía no sé, podría decir. Me falta una última prueba. Pero ya no pongo en duda mis sospechas.

»¿Cuándo empecé a sospechar? -musitó Gandalf, recordando-. Espera... fue el año en que el Concilio Blanco expulsó al Poder Oscuro del Bosque Negro, poco antes de la batalla de los Cinco Ejércitos, cuando Bilbo encontró el Anillo. El corazón se me ensombreció entonces, aunque sin saber todavía cuáles eran mis verdaderos temores. Me preguntaba a menudo cómo Gollum había obtenido un Gran Anillo, de un modo tan simple... Esto fue claro desde el principio. Después oí la extraña historia de Bilbo acerca de cómo lo había "ganado", y no pude creerlo. Cuando al fin le saqué la verdad, entendí en seguida que había estado defendiendo sus derechos al Anillo. Algo parecido a la explicación de Gollum: "un regalo de cumpleaños". Las mentiras eran demasiado semejantes, a mi juicio, y al fin entendí: el Anillo tenía un poder nocivo que actuaba inmediatamente sobre su dueño. Fue para mí el primer aviso de que las cosas no andaban bien. A menudo le dije a Bilbo que era mejor no usar esos Anillos. Pero se ofendió y no tardó en enojarse. No había muchas otras cosas que yo pudiera hacer. Era

imposible quitárselo sin causarle un daño mayor y yo tampoco tenía derecho a hacerlo, de todos modos. Sólo me restaba esperar y observar. Quizá debía haber consultado a Saruman el Blanco, pero algo me detenía siempre.

-¿Quién es? -preguntó Frodo-. Nunca lo oí nombrar.

-Quizá no -respondió Gandalf-. Nunca tuvo ninguna relación con los hobbits. Aunque es un grande entre los Sabios, el jefe de mi orden, el principal del Concilio. Tiene profundos conocimientos y un orgullo que ha crecido a la par y se toma a mal cualquier intrusión. Ha estudiado mucho la ciencia de los Anillos de los elfos y ha buscado largo tiempo los secretos perdidos de la fabricación de los Anillos; pero cuando se debatió el asunto en el Concilio lo que accedió a revelarnos casi borró del todo mis temores. Mis dudas se echaron a dormir, pero con un sueño intranquilo. Continué observando y esperando.

»Todo parecía desarrollarse normalmente con Bilbo; los años pasaron; sí, pasaron y parecía que no lo tocaban. Bilbo no mostraba signos de vejez; la sombra cayó sobre mí nuevamente, pero me dije: "Al fin y al cabo desciende por línea materna de una familia de longevos; hay tiempo aún. ¡Espera!"

»Y esperé hasta la noche en que Bilbo dejó esta casa. Bilbo dijo e hizo cosas entonces que me llenaron de un temor que ni las palabras de Saruman hubiesen podido calmar. Supe así que algo oscuro y mortal estaba operando y me he pasado la mayoría de estos años tratando de descubrir la verdad.

-No hubo ningún daño permanente, espero -inquirió Frodo con ansiedad-. Se pondrá bien con el tiempo, ¿no es así? Quiero decir, podrá descansar en paz, ¿no es cierto?

-Se sintió mejor inmediatamente -contestó Gandalf -. Pero hay un Poder en este mundo que lo sabe todo acerca de los Anillos y sus efectos y no hay poder conocido que lo sepa todo respecto de los hobbits. Entre los Sabios soy el único que estudia la ciencia hobbit: una oscura rama del conocimiento, pero colmada de raras sorpresas. Hay hobbits blandos como manteca, y otros resistentes como viejas raíces de árbol. Creo sinceramente que algunos podrían resistir a los Anillos mucho más de lo que la mayoría de los Sabios supone. No te preocupes por Bilbo.

»Por supuesto, tuvo el Anillo muchos años y lo usó; la influencia tardará entonces algún tiempo en desaparecer, antes que pueda verlo de nuevo sin que le haga daño, por ejemplo. Hubiera podido seguir viviendo así largos años y muy feliz; la influencia se detuvo cuando se libró del Anillo; y él mismo decidió dejarlo, no lo olvides. No, ya no me inquieto por el querido Bilbo, que resolvió terminar con el Anillo. Eres tú quien me hace sentir responsable. Desde la partida de Bilbo me he interesado profundamente en ti y en todos estos encantadores, absurdos y desvalidos hobbits. Si el Poder Oscuro se apodera de la Comarca, sería un doloroso golpe para el mundo; si vuestros amables, alegres, estúpidos Bolger, Corneta, Boffin, Cíñatiesa y los demás, sin mencionar a los ridículos Bolsón, fuesen esclavizados...

-¿Pero por qué nos esclavizaría? -preguntó Frodo estremeciéndose-. ¿Y para qué querría esos esclavos?

-Te diré la verdad -replicó Gandalf -; creo que hasta ahora, «hasta ahora», grábalo en tu mente, el Poder Oscuro ha pasado por alto la existencia de los hobbits. Tendríais que estar agradecidos, pero vuestra seguridad es ya cosa del pasado. El Poder no os necesita: tiene sirvientes mucho más útiles, pero ya no olvidará a los hobbits. Le agradecería más verlos como esclavos miserables, que felices y libres. ¡En todo esto hay maldad y venganza!

-¡Venganza! ¿Venganza de qué? Todavía no entiendo qué tiene que ver todo esto con Bilbo, conmigo y con nuestro Anillo.

-Todo tiene que ver -dijo Gandalf-. Todavía no sabes en qué peligro te encuentras. Yo tampoco estaba seguro la última vez que vine, pero ha llegado la hora de hablar. Dame el Anillo un momento.

Frodo lo sacó del bolsillo del pantalón, donde lo guardaba enganchado a una cadena que le colgaba del cinturón. Lo soltó y se lo alcanzó lentamente al mago. El Anillo se hizo de pronto muy pesado, como si él mismo o Frodo no quisiesen que Gandalf lo tocara.

Gandalf lo sostuvo. Parecía de oro puro y sólido.

-¿Puedes ver alguna inscripción? -preguntó a Frodo.

-No -dijo Frodo-, no hay ninguna. Es completamente liso y no tiene rayas ni señales de uso.

-Bien, ¡entonces mira!

Ante la sorpresa y zozobra de Frodo el mago arrojó el Anillo al fuego. Frodo gritó y buscó las tenazas, pero Gandalf lo retuvo.

-¡Espera! -le ordenó con voz autoritaria, echando a Frodo una rápida mirada desde debajo de unas erizadas cejas.

No hubo en el Anillo ningún cambio aparente. Un momento después Gandalf se levantó, cerró los postigos y corrió las cortinas. La habitación se oscureció, se hizo un silencio y se oyó el ruido de las tijeras de Sam, ahora cerca de la ventana. El mago se quedó unos minutos mirando el fuego; luego se inclinó, sacó el Anillo con las tenazas, poniéndolo sobre la chimenea y en seguida lo tomó con los dedos. Frodo ahogó un grito.

-Está completamente frío -dijo Gandalf-. ¡Tómalo!

Frodo lo recibió con mano temblorosa; parecía más pesado y macizo que nunca.

-¡Álzalo! -ordenó Gandalf-, y míralo muy de cerca.

Frodo lo alzó y miró y vio líneas finas, más finas que los más finos rasgos de pluma y que corrían a lo largo del Anillo, en el interior y el exterior: líneas de fuego, como los caracteres de una fluida escritura.

Brillaban con una penetrante intensidad, pero con una luz remota, que parecía venir de unas profundidades abismales.



-No puedo leer las letras ígneas -dijo Frodo con voz trémula.

-No -dijo Gandalf -, pero yo sí; son antiguos caracteres élficos. El idioma es el de Mordor, que no pronunciaré aquí. Esto es lo que dice en la lengua común, en una traducción bastante fiel.

*Un Anillo para gobernarlos a todos. Un Anillo para encontrarlos,
un Anillo para atraerlos a todos y atarlos en las tinieblas.*

»Sólo dos versos de una estrofa muy conocida en la tradición élfica:

Tres Anillos para los Reyes Elfos bajo el cielo

*Siete para los Señores Enanos en palacios de piedra.
Nueve para los Hombres Mortales condenados a morir.
Uno para el Señor Oscuro, sobre el trono oscuro
en la Tierra de Mordor donde se extienden las Sombras.
Un Anillo para gobernarlos a todos. Un Anillo para encontrarlos,
un Anillo para atraerlos a todos y atarlos en las tinieblas
en la Tierra de Mordor donde se extienden las Sombras.*

Gandalf hizo una pausa y luego dijo lentamente, con voz profunda:

-Este es el Dueño de los Anillos, el Anillo Unico que los gobierna. Este es el Anillo Unico que el Señor Oscuro perdió en tiempos remotos, junto con parte de su poder. Lo desea terriblemente, pero es necesario que no lo consiga.

Frodo se sentó en silencio, inmóvil: el miedo parecía extender una mano enorme, como una vasta nube oscura que se levantaba en oriente y que ya iba a devorarlo. - ¡Este anillo! - farfulló -. ¿Cómo rayos vino a mí?

-¡Ah! -dijo Gandalf-. Es una historia muy larga. Sólo los maestros de la tradición la recuerdan, pues comienza en los Años Negros. Si tuviera que contártelo todo, nos quedaríamos aquí sentados hasta que acabe el invierno y empiece la primavera.

»Ayer te hablé de Sauron el Grande, el Señor Oscuro. Los rumores que has oído son ciertos. En efecto, ha aparecido nuevamente y luego de abandonar sus dominios en el Bosque Negro, ha vuelto a la antigua fortaleza en la Torre Oscura de Mordor. Hasta vosotros, los hobbits, habéis oído el nombre, como una sombra que merodea en las viejas historias. Siempre después de una derrota y una tregua, la Sombra toma una nueva forma y crece otra vez.

-Espero que no suceda en mi época -dijo Frodo.

-También yo lo espero -dijo Gandalf -, lo mismo que todos los que viven en este tiempo. Pero no depende de nosotros. Todo lo que podemos decidir es qué haremos con el tiempo que nos dieron. Y ya, Frodo, nuestro tiempo ha comenzado a oscurecerse. El enemigo se fortalece rápidamente y hace planes todavía no maduros, pero que están madurando. Tenemos mucho que hacer. Tendremos mucho que hacer aun cuando no mediara ese riesgo espantoso.

»Al enemigo todavía le falta algo que le dé poder y conocimientos suficientes para vencer toda resistencia, derribar las últimas defensas y cubrir todas las tierras con una segunda oscuridad: la posesión del Anillo Unico.

»Los Señores elfos le ocultaron los Tres Anillos, los más perfectos de todos y él nunca los tocó o los mancilló. Los Reyes Enanos poseían siete, de los cuales pudo recuperar tres; los otros los devoraron los dragones. Les dio nueve a los Hombres Mortales, orgullosos y espléndidos: así los engañó. Hace tiempo fueron dominados por el Unico y se volvieron Espectros del Anillo, sombras bajo la gran Sombra, los sirvientes más terribles. Hace tiempo. Pasaron años desde que los Nueve se fueron lejos y sin embargo, ¿quién sabe? La Sombra crece otra vez y ellos pueden volver, y volverán. Pero no hablaremos de esas cosas ni siquiera en una mañana de la Comarca.

»En resumen: ha conseguido reunir los Nueve. También los Siete, a menos que hayan sido destruidos. Los Tres permanecen todavía ocultos, pero eso ya no le interesa. Sólo necesita el Unico, pues lo fabricó él mismo, es suyo y en él dejó gran parte del poder que tenía anteriormente, cuando gobernaba a todos los otros. Si lo recupera los

dominará otra vez, donde se encuentren y hasta los Tres y todo aquello que se haya hecho con estos Anillos desaparecerá del todo y él será más fuerte que nunca.

»Este es el terrible peligro, Frodo. Creyó que el Único había sido destruido, que los elfos lo habían destruido, como tendría que haber sucedido en realidad. Ahora sabe que no fue así y que lo encontraron hace un tiempo. Así que no hace otra cosa que buscarlo y buscarlo, incesantemente. Vive de esa esperanza y esa esperanza es nuestro temor.

-¿Por qué, por qué no lo destruyeron? -exclamó Frodo-. ¿Cómo el enemigo pudo perderlo, si era tan poderoso y tan valioso para él? -Apretó el Anillo en la mano, como si ya viera unos dedos oscuros que se alargaban para robárselo.

-Se lo quitaron -respondió Gandalf -. El poder de resistencia de los Elfos era mayor mucho tiempo atrás; y no todos los Hombres se habían apartado de ellos. Los Hombres de Oesternesse acudieron entonces a ayudarlos. Este es un capítulo de historia antigua que sería bueno recordar, pues en aquella época había también aflicción y oscuridad crecientes pero había asimismo mucho valor y grandes hazañas que no fueron totalmente vanas. Quizás algún día te contaré toda la historia o la oirás por boca de alguien que la conozca mejor.

»Por el momento, pues, necesitas saber sobre todo cómo el Anillo llegó aquí, lo que es bastante, no diré más. Fueron Gil-Galad, el Rey de los Elfos, y Elendil, de Oesternesse, quienes derrocaron a Sauron, aunque murieron en la lucha. El hijo de Elendil, Isildur, cortó el Anillo de la mano de Sauron y se quedó con él. Sauron fue vencido; el espíritu desapareció, ocultándose por muchos años, hasta que la Sombra tomó nueva forma en el Bosque Negro.

»Pero el Anillo se había perdido. Cayó a las aguas del Río Grande, el Anduin. Desapareció cuando Isildur, que iba hacia el norte siguiendo la margen este del río, fue asaltado por los Orcos de la Montaña, cerca de los Campos Gladios. Los Orcos de la Montaña mataron a casi toda su gente. Isildur se zambulló en las aguas, el Anillo se le salió del dedo mientras nadaba, y los enemigos lo vieron, y lo mataron a flechazos.

Gandalf hizo una pausa. -Allí, en los lagos oscuros, en medio de los Campos Gladios -continuó-, el Anillo murió para la tradición y la leyenda. Ahora sólo unos pocos conocen la historia, y el mismo Concilio de los Sabios no pudo descubrir más, pero al fin sé cómo continúa.

-Mucho después, pero aún en un pasado remoto, vivía junto a las márgenes del Río Grande, en los límites de las Tierras Asperas, una gente pequeña, sedentaria y diestra. Creo que eran de raza hobbit emparentados con los padres de los padres de los Fuertes, pues amaban el río y a menudo nadaban en él, o construían pequeños botes de juncos. Había entre ellos una familia de gran reputación, por ser más numerosa y más rica que la mayoría, encabezada por una abuela austera y docta en cuestiones tradicionales. El más preguntón y curioso de esa familia se llamaba Sméagol. Se interesaba en las raíces y orígenes subterráneos; se zambullía en lagos profundos, cavaba bajo los árboles y plantas y abría túneles en los montículos verdes. Un día dejó de mirar hacia arriba, a la cima de las montañas, las hojas de los árboles o las flores que se elevaban en el aire; llevaba la cabeza y los ojos vueltos siempre hacia abajo.

»Sméagol tenía un amigo, Déagol, muy parecido, aunque de mirada más aguda y no tan fuerte y rápido. En una ocasión tomaron un bote y fueron a los Campos Gladios donde crecían matorrales de lirios y junquillos. Una vez allí, Sméagol comenzó a curiosear por las márgenes, mientras Déagol permanecía sentado en el bote, pescando. De repente un pez grande picó el anzuelo y antes de darse cuenta de lo que ocurría, Déagol se vio arrastrado al agua, hasta el fondo. Se dejó llevar, porque creyó ver algo

brillante allá en el fondo del río y conteniendo la respiración extendió la mano y lo alcanzó. Luego salió a la superficie, chorreando, con hierbas en los cabellos y un puñado de barro y nadó hacia la orilla. Se quitó el barro de la mano y, oh qué era aquello, un hermoso anillo de oro que brillaba y centelleaba a la luz y le alegraba el corazón. Sméagol había estado observándolo desde detrás de un árbol y mientras Déagol se deleitaba mirando el anillo, se le acercó en silencio.

»"Dámelo, Déagol, mi querido", dijo Sméagol por sobre el hombro de su amigo.

»"¿Por qué?"

»"Porque es mi cumpleaños, querido, y lo quiero para mí", respondió Sméagol.

»"No me importa", contestó Déagol. "Ya te di un regalo; más de lo que estaba a mi alcance. El anillo lo encontré yo y me lo guardaré."

»"¿De veras, querido?", dijo Sméagol y tomó a Déagol por la garganta y lo estranguló, pues el oro era brillante y hermoso. Luego se puso el Anillo en el dedo.

»Nadie pudo descubrir qué había sido de Déagol. Había sido asesinado lejos de la casa y el cadáver estaba bien escondido. Sméagol volvió solo y descubrió que la familia no podía verlo, cuando tenía puesto el Anillo. El hallazgo lo entusiasmó y ocultó el Anillo empleándolo para descubrir secretos y poniendo este conocimiento al servicio de fines torcidos y maliciosos. Alcanzó a tener ojo avizor y oído alerta para todo lo que fuera dañino. El Anillo le había dado poder, de acuerdo con su talla moral. Se hizo muy impopular y los parientes se mantenían apartados (cuando él era visible). Lo pateaban y él les mordía los pies. Se acostumbró a robar y andar de aquí para allá, murmurando entre dientes y gorgoteando y por eso lo llamaron Gollum. Lo maldijeron y le ordenaron que se fuera lejos. La abuela, deseando tener paz, lo expulsó de la familia y lo echó de la cueva.

»Gollum anduvo vagabundo y a solas, lloriqueando por la crueldad del mundo; remontó el río hasta un arroyo que fluía de las montañas y siguió esa dirección. Pescó en lagos profundos con dedos invisibles y se comió los pescados crudos. Un día de mucho calor, estando agachado junto a un lago sintió que algo le quemaba la nuca y que una luz deslumbrante que venía del agua le lastimaba los ojos húmedos. Se preguntó qué sería eso, pues casi se había olvidado del sol. Por última vez miró hacia arriba y lo amenazó con el puño.

»Cuando bajó los ojos, vio en la lejanía las cimas de las Montañas Nubladas de donde nacía el arroyo, y pensó de pronto: "Bajo aquellas montañas habrá fresco y sombra. El sol no podrá mirarme allí. Las raíces de esas montañas tienen que ser verdaderas raíces. Hay allí sin duda grandes secretos enterrados que nadie ha descubierto todavía."

»Gollum viajó pues durante la noche hacia las Tierras Altas y allí encontró una pequeña caverna de la que salía el arroyo sombrío. Fue abriéndose paso como un gusano hacia el corazón de las colinas y desapareció para el mundo. El Anillo bajó con él a las sombras y ni siquiera aquel que lo había fabricado, cuando recobró de nuevo el poder, pudo averiguar qué había ocurrido.

-¡Gollum! - exclamó Frodo -; ¿Gollum? ¿Quieres decir que es el mismo Gollum que Bilbo encontró? ¡Qué espanto!

-Me parece que es una historia triste -dijo el mago-, que podría haberle sucedido a otros, aun a algunos hobbits que he conocido.

-No puedo creer que Gollum estuviera emparentado con los hobbits, ni de lejos -dijo Frodo acalorado-. ¡Qué abominable idea! -De todos modos es verdad -replicó Gandalf -. Sobre los orígenes de los hobbits, al menos, creo saber más que ellos mismos. Hasta la

historia de Bilbo sugiere de algún modo ese parentesco; en el fondo de los pensamientos y la memoria tenían muchas cosas parecidas y se entendían de modo notable; mucho mejor de lo que un hobbit podía entenderse, por ejemplo, con un enano, con un orco, o hasta con un elfo. Piensa para empezar en los enigmas que los dos conocían.

-Sí -dijo Frodo-, aunque otros pueblos además de los hobbits tienen enigmas semejantes y los hobbits no trampean. Gollum trampeaba siempre, trataba de sorprender descuidado al pobre Bilbo y no me cabe duda de que se regocijaba en su maldad proponiendo un juego que terminaría dejándole una víctima fácil y que en caso de derrota no le haría ningún daño.

-Me temo que sea demasiado cierto - dijo Gandalf -, pero pienso que en todo esto había algo más que tú todavía no ves y es que Gollum no estaba totalmente perdido. Había demostrado tener una resistencia que nadie hubiera adivinado, ni siquiera los sabios; como podía tenerla un hobbit. En la mente de Gollum había un rinconcito que aún le pertenecía y en el que penetraba la luz como por un resquicio en las tinieblas: la luz que venía del pasado. Era realmente agradable, me parece, escuchar de nuevo una verdadera voz, que despertaba recuerdos del viento, de los árboles, del sol sobre los pastos y otras cosas olvidadas.

»Claro está, todo esto irritaría todavía más en última instancia la parte malvada de Gollum; a menos que alguien pueda dominarla, a menos que alguien lo cure. -Gandalf suspiró: - ¡Ay! Le doy pocas esperanzas. Aunque no ninguna esperanza. No, aunque haya tenido el Anillo tanto tiempo que él mismo ya no recuerda desde cuándo. Pues no lo usaba desde hacía mucho; no lo necesitaba en la impenetrable oscuridad. Por cierto, no se ha "desvanecido". Es delgado y fuerte todavía, pero aquella cosa estaba carcomiéndose la mente y el tormento se había vuelto casi insoportable.

»Todos los "grandes secretos" escondidos en las montañas sólo habían sido noche vacía; no había nada más que descubrir, nada que valiera la pena, salvo sórdidas comidas furtivas y recuerdos de agravios. Se sentía completamente desdichado, odiaba la oscuridad y más aún la luz; odiaba todo, pero lo que más odiaba era el Anillo.

-¿Qué quieres decir? -dijo Frodo-. ¿No era su tesoro y lo único que le importaba de veras? Y si lo odiaba ¿por qué no se deshacía de él, O se iba, dejándolo allí?

-Tendrás que empezar a entender, Frodo, después de todo lo que has oído -respondió Gandalf -. Lo odiaba y lo amaba, como se odiaba y se amaba a sí mismo. No podía deshacerse de él, pues no era ya cuestión de voluntad.

»Un Anillo de Poder se cuida solo, Frodo. Puede deslizarse traidoramente fuera del dedo, pero el dueño no lo dejará nunca. Tendrá alguna vez la idea de pasárselo a otro, pero esto sólo al principio, cuando el poder comienza a manifestarse. Pero, que yo sepa, en toda la historia del Anillo sólo Bilbo fue capaz de ir más allá de la idea y llevarla a cabo. Necesitó de toda mi ayuda. Y aun así, nunca hubiese dejado el Anillo, nunca se hubiera librado de él. No fue Gollum, Frodo, sino el Anillo mismo el que decidió. El Anillo abandonó a Gollum.

-Justo para encontrarse con Bilbo -dijo Frodo-. ¿Un orco no le hubiera convenido más?

-No es asunto de risa -dijo Gandalf -. No para ti. Fue el acontecimiento más extraño en toda la historia del Anillo: la llegada de Bilbo en ese momento y que pusiera la mano sobre él, ciegamente, en la oscuridad.

»Había más de un poder actuando allí, Frodo. El Anillo trataba de volver a su dueño. Se había escapado de la mano de Isildur, traicionándolo; cuando tuvo la oportunidad se apoderó del pobre Déagol, que fue asesinado y después de Gollum, a quien devoró. Ya no podía utilizar más a Gollum, demasiado pequeño y vil, y mientras tuviera el Anillo no dejaría nunca aquellas aguas profundas. Ahora que el dueño

despertaba una vez más y transmitía oscuros pensamientos desde el Bosque Negro, el Anillo abandonó a Gollum; para caer en manos de la persona más inverosímil: Bilbo de la Comarca.

»Detrás de todo esto había algo más en juego, y que escapaba a los propósitos del hacedor del Anillo: no puedo explicarlo más claramente sino diciendo que Bilbo estaba *destinado* a encontrar el Anillo, y no por voluntad del hacedor. En tal caso, tú también estarías *destinado* a tenerlo. Quizá la idea te ayude un poco.

-No -dijo Frodo-, aunque no estoy seguro de entenderte. Pero ¿cómo has sabido todo esto sobre el Anillo y sobre Gollum? ¿Lo sabes realmente o te lo imaginas?

Gandalf miró a Frodo, y le brillaron los ojos. -Sabía mucho y he aprendido más, pero no te daré cuenta a ti de todo lo que hago. Los Sabios conocen bien la historia de Elendil, Isildur y el Anillo Único. Tu Anillo ha demostrado ser el Único por la inscripción en letras de fuego, aparte de toda otra evidencia.

-¿Cuándo lo descubriste? -interrumpió Frodo.

-Justo ahora, en esta habitación -respondió el mago con brusquedad-. Esperaba descubrirlo. He vuelto de viajes tenebrosos y largas búsquedas para hacer esta prueba final. Es la última y ahora todo está demasiado claro. Descifrar la parte de Gollum y meterla en la historia me exigió cierto esfuerzo. Puede, en un principio, haber comenzado con suposiciones sobre Gollum, pero ya no supongo más. Lo sé, pues lo he visto.

-¿Has visto a Gollum? -exclamó Frodo asombrado.

-Sí. No había otra cosa que hacer, evidentemente, y sólo faltaba saber si era posible. Lo busqué mucho y al fin lo encontré.

-Entonces ¿qué ocurrió después de la huida de Bilbo? ¿Lo sabes?

-No tan claramente. Lo que te he contado es lo que conseguí sacarle a Gollum, aunque no fueron las mismas palabras. Gollum es un mentiroso y hay que desbrozar lo que dice. Por ejemplo, llamó al Anillo «regalo de cumpleaños», una y otra vez. Dijo que se lo había dado su abuela, quien tenía montones de cosas hermosas parecidas: una historia absurda. No dudo de que la abuela de Sméagol fuese una matriarca, una gran persona, a su manera; pero es disparatado decir que tenía muchos Anillos de los elfos, y que los regalaba a los parientes. Sin embargo, en esta mentira había un grano de verdad.

»El asesinato de Déagol obsesionaba a Gollum, por lo que inventó una defensa y se la contaba a su "tesoro" una y otra vez, mientras roía huesos en la oscuridad, hasta que casi llegó a creerla. Era su cumpleaños; Déagol tenía que darle el Anillo; había aparecido para ser un regalo; era su regalo de cumpleaños, etcétera.

»Lo soporté tanto como pude, pero la verdad era desesperadamente importante y por fin tuve que mostrarme duro. Puse en él el miedo del fuego y le saqué la verdadera historia, poco a poco, muy a disgusto y entre lloriqueos y rezongos. Gollum se veía a sí mismo como una víctima incomprendida. Pero cuando por último me contó su historia, incluyendo el juego de los enigmas y la huida de Bilbo, no quiso decir nada más, fuera de unas vagas alusiones. Había en él otro temor, más grande que el que yo le inspiraba. Murmuró que recobraría lo que era suyo. Demostraría a la gente que no toleraba que lo trataran a empujones, lo arrastraran a un agujero y luego le robaran. Gollum tenía ahora buenos y poderosos amigos. Lo ayudarían y Bolsón pagaría su culpa. Esta era la obsesión de Gollum; odiaba a Bilbo y maldecía su nombre. Y además sabía de dónde era Bilbo.

-¿Cómo lo descubrió? -preguntó Frodo.

-En cuanto al nombre, se lo dijo Bilbo mismo, muy tontamente. Luego no le fue difícil averiguar de qué país venía Bilbo; una vez que salió a la luz. Pues se atrevió a

salir. El deseo de recobrar el Anillo era más fuerte que su temor a los orcos y a la luz. Pasó un año o dos y dejó las montañas. Como ves, aunque dominado por el deseo del Anillo, ya no pensaba que lo devoraban; comenzó a revivir un poco. Se sentía viejo, muy viejo, aunque menos tímido y con mucha hambre. Seguía y seguirá temiendo la luz del sol y de la luna; pero era astuto y supo esconderse de la luz del día y del fulgor de la luna y abrirse camino veloz y calladamente en lo profundo de la noche con pálidos ojos fríos para atrapar a pequeñas criaturas asustadizas o incautas. La nueva alimentación y el nuevo aire le dieron fuerza y audacia. Se encaminó hacia el Bosque Negro, como podía esperarse.

-¿Es allí donde lo encontraste? -preguntó Frodo.

-Sí, lo vi allí -respondió Gandalf-, pero antes Gollum había andado mucho, siguiendo el rastro de Bilbo. Era muy difícil enterarse de algo por boca de Gollum, pues se interrumpía constantemente con maldiciones y amenazas. "¿Qué tenía en los bolsillos?", repetía. "Yo no podía decírselo, no, mi tesoro. Fue un engaño y no una pregunta limpia. Sí, me engañó desde el principio. Quebrantó las reglas. Teníamos que haberle roto los huesos allí mismo. Sí, mi tesoro. ¡Y lo haremos, mi tesoro!"

»Esta es una muestra de su charla; supongo que no querrás más. Lo oí durante días enteros. Pero a través de ciertas alusiones que dejó escapar entre gruñidos, saqué en limpio que sus fatigados pies lo habían llevado por fin a Esgarot y hasta las calles del valle, donde observó y escuchó en secreto. La noticia de los grandes acontecimientos había corrido por todas las Tierras Asperas, donde muchos conocían el nombre de Bilbo y sabían de dónde había venido. No habían guardado en secreto nuestro viaje de regreso al oeste; los agudos oídos de Gollum pronto oyeron lo que querían oír.

-Entonces, ¿por qué no siguió persiguiendo a Bilbo? -preguntó Frodo-. ¿Por qué no llegó a la Comarca?

-Ah -respondió Gandalf -, ese es el punto. Creo que Gollum lo intentó; partió y volvió al oeste, hasta Río Grande, pero se desvió. Estoy seguro de que no lo acobardó la distancia. No, algo distinto lo llevó a otra parte. Así piensan los amigos a quienes les pedí que lo siguieran.

»Los elfos de los bosques fueron los primeros en rastrearlo; tarea fácil para ellos, pues las huellas de Gollum estaban todavía frescas. Atravesaron el Bosque Negro y volvieron, pero nunca lo alcanzaron. En el bosque corrían muchos rumores sobre él, historias terribles, aun entre los pájaros y las bestias. Los Hombres del Bosque hablaban de un nuevo terror, un fantasma que bebía sangre, que se subía a los árboles en busca de nidos, que se arrastraba por las cuevas en busca de niños, que se deslizaba por las ventanas en busca de cunas.

»En el límite occidental del Bosque Negro las huellas se desviaban. Iban hacia el sur y se perdían fuera del dominio de los elfos. Y entonces cometí un gran error. Sí, Frodo; y no el primero, aunque me temo que el peor de todos. Abandoné el asunto; lo dejé ir a Gollum, pues tenía otras cosas en que pensar y confiaba todavía en la sabiduría de Saruman.

»Bueno, esto sucedió hace muchos años. Desde entonces he pagado mi error con días oscuros y peligrosos. El rastro se había borrado hacía mucho cuando lo retomé, después de la partida de Bilbo. Y mi búsqueda habría sido en vano si no hubiese contado con la ayuda de un amigo, Aragorn, el más grande viajero y cazador del mundo en esta época. Buscamos juntos a Gollum por toda la extensión de las Tierras Asperas sin esperanza y sin éxito. Por último, cuando yo ya había abandonado la persecución y me había ido a otras regiones, encontramos a Gollum. Mi amigo regresó luego de haber pasado grandes peligros, trayendo consigo a la miserable criatura.

»Gollum no me dijo en qué había estado ocupado. No hacía más que llorar, llamándonos crueles, entre gorgoritos; y cuando lo presionábamos gemía y temblaba, restregándose las largas manos y lamiéndose los dedos, como si le dolieran o como si recordase alguna vieja tortura. Pero temo que no hay ninguna duda: Gollum había ido arrastrándose paso a paso, milla a milla, lentamente y al fin había llegado a la Tierra de Mordor.

Hubo un pesado silencio en el cuarto. Frodo alcanzaba a oír los latidos de su propio corazón. Hasta parecía que fuera todo estaba en silencio. Los tijeretazos de la podadora de Sam habían callado.

-Sí, a Mordor -repitió Gandalf-. ¡Ay! Mordor atrae a todos los seres perversos y el Poder Oscuro pone toda su voluntad en reunirlos allí. El Anillo del enemigo dejaría también su marca, preparando a Gollum para cualquier requerimiento. Todo el mundo hablaba de la nueva Sombra en el Sur y de cómo odiaba al Oeste. Allí estaban sus nuevos amigos, que lo ayudarían a vengarse.

» ¡Tonto infeliz! En aquella tierra aprendería mucho, demasiado para sentirse cómodo. Tarde o temprano, cuando estuviera atisbando y acechando en las fronteras, lo apresarían para interrogarlo. Creo que así fue. Cuando lo descubrieron, hacía tiempo que había estado allí y se preparaba para regresar en alguna misión malévola. Pero eso no nos interesa ahora; el daño principal ya estaba hecho.

» ¡Ay, sí! Por medio de Gollum, el enemigo supo que el Único había sido encontrado de nuevo. El enemigo sabe ahora dónde cayó Isildur. Sabe dónde encontró Gollum el Anillo. Sabe que es un Gran Anillo, pues confiere larga vida. Sabe que no es uno de los Tres, que nunca se perdieron y no soportan la maldad. Sabe que no es uno de los Siete, o de los Nueve, porque se conoce la suerte que tuvieron. Sabe que es el Único. Creo, por último, que ha oído algo acerca de los hobbits y de la Comarca.

»La Comarca, que estará buscando ahora, si ya no la encontró. En efecto, Frodo, temo que hasta el nombre Bolsón, durante mucho tiempo desconocido, se haya vuelto importante.

-¡Es terrible! -exclamó Frodo-. Mucho peor de lo que imaginé, luego de tus insinuaciones y advertencias. Gandalf, mi mejor amigo, ¿qué debo hacer? Porque ahora estoy realmente asustado. ¿Qué debo hacer? ¡Qué lástima que Bilbo no haya matado a esa vil criatura cuando tuvo la oportunidad!

-¿Lástima? Sí, fue lástima lo que detuvo la mano de Bilbo. Lástima y misericordia: no matar sin necesidad. Y ha sido bien recompensado, Frodo; puedes estar seguro: la maldad lo rozó apenas y al fin pudo escapar por el modo en que tomó posesión del Anillo, con lástima.

-Lo lamento -dijo Frodo-; estoy asustado y no siento ninguna lástima por Gollum.

-No lo has visto -interrumpió Gandalf.

-No, y no quiero verlo -replicó Frodo-. No puedo entenderte. ¿Quieres decir que tú y los elfos habéis dejado que siguiera viviendo después de todas esas horribles hazañas? Ahora, de cualquier modo, es tan malo como un orco y además un enemigo. Merece la muerte.

-La merece, sin duda. Muchos de los que viven merecen morir y algunos de los que mueren merecen la vida. ¿Puedes devolver la vida? Entonces no te apresures a dispensar la muerte, pues ni el más sabio conoce el fin de todos los caminos. No hay muchas esperanzas de que Gollum tenga cura antes de morir, pero creo que aún podría salvarse: está ligado al destino del Anillo. El corazón me dice que todavía tiene un papel que desempeñar, para bien o para mal, antes del fin y cuando éste llegue, la

misericordia de Bilbo puede determinar el destino de muchos, no menos que el tuyo. De cualquier modo no lo hemos matado; es muy anciano y muy infeliz. Los elfos de los bosques lo tienen prisionero, pero lo tratan con toda la benevolencia que es posible esperar de esos prudentes corazones.

-De todos modos -dijo Frodo-, aunque Bilbo no haya matado a Gollum, yo hubiese preferido que no se quedara con el Anillo. Desearía que nunca lo hubiese encontrado y querría no tenerlo ahora. ¿Por qué permites que lo conserve? ¿Por qué no me obligas a que lo tire o que lo destruya?

-¿Permitirte? ¿Obligarte? -respondió el mago-. ¿No has oído todo lo que te dije? No piensas lo que estás diciendo. Tirarlo sería una equivocación. Estos Anillos saben cómo hacerse encontrar. En malas manos podría hacer mucho daño. Y lo peor de todo es que podría caer en poder del enemigo. En efecto, podría, pues es el Único y el enemigo está ejerciendo todo su poder para encontrarlo o atraerlo.

»Por supuesto, mi querido Frodo, tú estabas en peligro, cosa que me trastornó profundamente. Pero había tanto en juego que tuve que arriesgarme, aunque durante mi ausencia no paso un día sin que ojos vigilantes cuidaran la Comarca. Mientras no lo uses, no creo que el Anillo tenga algún efecto negativo sobre ti, o en todo caso no durante un tiempo. Recuerda que hace nueve años, cuando te vi por última vez, yo no sabía mucho.

-Pero... ¿por qué no destruirlo? Tendría que haber sido destruido hace tiempo, dijiste -volvió a exclamar Frodo-. Si me hubieses advertido, o me hubieses enviado un mensaje, yo lo hubiera destruido.

-¿De veras? ¿Cómo? ¿Lo intentaste alguna vez?

-No. Pero supongo que podría deshacerlo a martillazos o fundirlo.

-¡Prueba! -dijo Gandalf-. ¡Prueba ahora!

Frodo sacó de nuevo el Anillo y lo miró. Parecía liso y suave, sin ninguna marca visible. El oro era brillante y puro y Frodo admiró la hermosura y vivacidad del color y la perfección de la forma. Era admirable, una verdadera joya. Cuando lo sacó del bolsillo había pensado en arrojarlo lejos, a la parte más caliente del fuego. Comprobó que no podía, que tenía que vencer una enorme resistencia. Sopesó el Anillo en la mano, titubeando y tratando de recordar lo que Gandalf le había dicho y entonces, recurriendo a toda su voluntad, hizo un movimiento para arrojarlo a las llamas, y en seguida advirtió que había vuelto a guardarlo en el bolsillo. Gandalf rió torvamente. - ¿Ves, Frodo? Tampoco tú puedes deshacerte de él ni dañarlo. Y yo no podría obligarte, sino por la fuerza, en cuyo caso te arruinaría la mente. Para acabar con el Anillo, de nada sirve la fuerza. No le harías daño aunque lo golpearas con un martillo pesado. Ni tus manos ni las mías podrían destruirlo.

»Tu pequeño fuego apenas podría fundir el oro común. Este Anillo ha pasado ya por ese fuego y ni siquiera se calentó. No hay forja en la Comarca que pueda cambiarlo en lo más mínimo; aun los hornos y yunques de los enanos no podrían hacerle nada. Se ha dicho que el fuego de los dragones podía fundir y consumir los Anillos de Poder, pero no hay ahora ningún dragón que tenga ese fuego: ni siquiera Ancalagon el Negro podría dañar el Anillo Único, el Anillo Soberano, pues fue fabricado por el mismo Sauron.

»Hay un solo camino: encontrar las Grietas del Destino, en las profundidades de Orodruin, la Montaña de Fuego, y arrojar allí el Anillo. Esto siempre que quieras destruirlo de veras, e impedir que caiga en manos enemigas.

-¡Quiero destruirlo de veras! -exclamó Frodo -. O que lo destruyan. No estoy hecho para empresas peligrosas. Hubiese preferido no haberlo visto nunca. ¿Por qué vino a mí? ¿Por qué fui elegido?

-Preguntas que nadie puede responder -dijo Gandalf -. De lo que puedes estar seguro es de que no fue por ningún mérito que otros no tengan. Ni por poder ni por sabiduría, a lo menos. Pero has sido elegido y necesitarás de todos tus recursos: fuerza, ánimo, inteligencia.

-¡Tengo tan poco de esas cosas! Tú eres sabio y poderoso. ¿No quieres el Anillo?

-¡No, no! -exclamó Gandalf, incorporándose-. Mi poder sería entonces demasiado grande y terrible. Conmigo el Anillo adquiriría un poder todavía mayor y más mortal. - Los ojos de Gandalf relampaguearon y la cara se le iluminó como con un fuego interior. - ¡No me tientes! Pues no quiero convertirme en algo semejante al Señor Oscuro. Todo mi interés por el Anillo se basa en la misericordia, misericordia por los débiles y deseo de poder hacer el bien. ¡No me tientes! No me atrevo a tomarlo, ni siquiera para esconderlo y que nadie lo use. La tentación de recurrir al Anillo sería para mí demasiado fuerte. ¡Tal vez lo necesitara! Me acechan grandes peligros.

Gandalf fue hacia la ventana, descorrió las cortinas y abrió los postigos. El sol entró nuevamente en la habitación; Sam pasaba silbando por el sendero.

-Y ahora -dijo el mago volviéndose hacia Frodo-, la decisión depende de ti. Pero no olvides que puedes contar siempre conmigo. -Puso una mano sobre el hombro de Frodo.- Te ayudaré a soportar esta carga todo el tiempo que sea necesario. Pero tenemos que hacer algo rápido. El enemigo no se está quieto.

Hubo un largo silencio. Gandalf volvió a sentarse; fumaba la pipa como perdido en sus pensamientos. Parecía tener los ojos cerrados, pero observaba a Frodo con atención, entornando los párpados. Frodo miraba fijamente las enrojadas ascuas del hogar, hasta que creyó estar hundiendo los ojos en unos pozos profundos y llameantes. Pensaba en las fabulosas Grietas del Destino y en el terror de la Montaña de Fuego.

-Bien -dijo Gandalf por último-. ¿En qué piensas? ¿Has tomado una decisión?

-No -respondió Frodo volviendo en sí desde las tinieblas, viendo por la ventana el jardín soleado, y sorprendiéndose de que no fuera todavía de noche-. O quizá sí. De acuerdo con lo que entendí de tus palabras supongo que he de conservar el Anillo, al menos por ahora, me haga lo que me haga.

-Cualquier cosa que te haga, será muy lentamente, si lo guardas con ese propósito -dijo Gandalf.

-Así lo espero -respondió Frodo-; pero también espero que encuentres un guardián mejor que yo y pronto. Por el momento parece que soy un peligro para mis vecinos. No puedo conservar el Anillo y quedarme aquí. Tengo que salir de Bolsón Cerrado, abandonar la Comarca, abandonarlo todo e irme. -Suspiró.- Me gustaría salvar la Comarca, si pudiera, aunque alguna vez pensé que los habitantes eran tan estúpidos que un terremoto o una invasión de dragones les vendría bien. No siento lo mismo ahora. Siento que mientras la Comarca continúe a salvo, en paz y tranquila, mis peregrinajes serán más soportables; sabré que en alguna parte hay suelo firme, aunque yo nunca vuelva a pisarlo.

»Por supuesto, muchas veces pensé en irme, pero lo imaginaba como una especie de vacaciones, como una serie de aventuras semejantes a las de Bilbo, o mejores, con un final feliz. Esto, en cambio, significa exiliarse, escapar de un peligro a otro y ellos siempre detrás, mordiéndome los talones. Supongo que he de partir solo si decido irme

y salvar la Comarca, pero me siento pequeño, y desarraigado... y desesperado. El enemigo es tan fuerte y terrible.

No se lo dijo a Gandalf, pero mientras hablaba se le había encendido en el corazón el deseo de seguir a Bilbo y de encontrarlo tal vez. Era tan fuerte que se sobrepuso al temor; podría casi haber salido corriendo camino abajo, sin sombrero, como lo había hecho Bilbo tiempo atrás, en una mañana muy similar.

-Mi querido Frodo -exclamó Gandalf-, los hobbits son criaturas realmente sorprendentes, como ya he dicho. Puedes aprender todo lo que se refiere a sus costumbres y modos en un mes y después de cien años aún te sorprenderán. Además no esperaba obtener esa respuesta, ni siquiera de ti; pero Bilbo no se equivocó al elegir el heredero, aunque no pensó demasiado en la importancia que tendría esa elección. Temo que estés en lo cierto. El Anillo no podrá permanecer mucho tiempo oculto en la Comarca; y para tu propio bien, tanto como para el de los demás, convendría que te fueras y dejaras de llamarte Bolsón. Ese nombre no te daría ninguna seguridad fuera de la Comarca ni en las tierras vírgenes. Te daré un seudónimo para tu viaje: serás el señor Sotomonte.

»No creo que necesites partir solo. No si conoces a alguien de confianza que quisiera acompañarte y a quien pudieras exponer a peligros desconocidos. Pero si buscas compañía, ten cuidado en cómo eliges. Y ten aún más cuidado con lo que dices, hasta a tus amigos más íntimos. El enemigo tiene muchos espías y muchas maneras de enterarse.

De pronto Gandalf se detuvo, como si escuchara. Frodo notó que había mucho silencio, adentro y afuera. Gandalf se deslizó hacia un costado de la ventana; en seguida, como una flecha, saltó al antepecho y con un rápido movimiento extendió el largo brazo afuera y abajo. Se oyó un graznido y la mano de Gandalf reapareció sosteniendo por una oreja la ensortijada cabeza de Sam Gamyi.

-Bien, bien, ¡bendita sea mi barba! -exclamó Gandalf-. ¿No se trata de Sam Gamyi? ¿Qué hacías por aquí?

-El cielo bendiga al señor Gandalf -respondió Sam-. ¡Nada! Recortaba el césped bajo la ventana, ¿no ve usted? -Tomó las tijeras y las mostró como una prueba.

-No, no veo -dijo Gandalf ásperamente-. Hace rato que no oigo tus tijeras. ¿Cuánto tiempo estuviste fisgoneando?

-¿Fisgoneando, señor? Perdón, no lo entiendo. No entiendo de qué me habla. No hay nada de eso en Bolsón Cerrado.

Los ojos de Gandalf relampaguearon y las cejas se le erizaron como cerdas. -No seas tonto. ¿Que has oído y por qué has escuchado?

-¡Señor Frodo! -gritó Sam, temblando-. No le permita que me haga daño, señor. No le permita que me transforme en un monstruo. Mi viejo padre me rechazaría. ¡No quise hacer nada malo! ¡Se lo juro, señor!

-No te hará daño -respondió Frodo sofocando la risa, aunque asombrado y algo confundido-. Él sabe tan bien como yo que no tenías malas intenciones. Pero levántate y contesta en seguida.

-Bien, señor -dijo Sam, tembloroso-. Oí un montón de cosas incomprensibles sobre un enemigo, anillos, el señor Bilbo, señor, dragones, una montaña de fuego y... elfos, señor. Escuché porque no pude evitarlo, usted me entiende; pero ¡el señor me perdone!, adoro esas historias y creo en ellas, contra todo lo que Ted diga. ¡Elfos, señor! Me encantaría verlos. ¿Podría llevarme con usted a ver a los elfos, señor, cuando usted vaya?

De repente Gandalf se echó a reír. -¡Entra! -gritó, y sacando los brazos fuera levantó al asombrado Sam junto con la azada, las tijeras de podar y demás y lo metió por la

ventana, depositándolo en el suelo-. Que te lleve a ver a los elfos, ¿eh? -dijo Gandalf, observando de cerca a Sam, mientras una sonrisa le bailaba en la cara-. ¿Entonces oíste que el señor Frodo se va?

-Lo oí, señor y por eso me atraganté y usted parece que me oyó. Traté de evitarlo, señor, pero no pude. ¡Estaba tan trastornado!

-No hay nada que hacer, Sam -respondió Frodo tristemente. Entendía de pronto que el dolor de abandonar la Comarca sería mucho mayor que el de despedirse de las comodidades de Bolsón Cerrado-. Tendré que irme, pero si tú me aprecias de verdad -y aquí observó a Sam fijamente-, guardarás absoluto secreto. ¿Entiendes? Si así no lo haces, o si repites una sola palabra de lo que aquí has oído, espero que Gandalf te transforme en un sapo y luego llene de culebras el jardín.

Sam se arrodilló temblando.

-Levántate, Sam -le ordenó Gandalf -. He estado pensando en algo mejor. Algo que te cierre la boca y te castigue por haber escuchado: irás con el señor Frodo.

-¿Yo, señor? -gritó Sam, saltando de alegría, como un perro al que invitan a un paseo -. ¿Yo veré a los elfos y todo? ¡Hurra! - gritó, y de pronto se echó a llorar.

TRES ES COMPAÑIA

-Tienes que irte en silencio, y pronto -dijo Gandalf.

Habían pasado dos o tres semanas y Frodo no daba señales de estar listo.

-Lo sé, pero es difícil hacerlas dos cosas -objetó-. Si desapareciese como Bilbo, la noticia se difundiría en seguida por toda la Comarca.

-No conviene que desaparezcas, por supuesto -dijo Gandalf -. He dicho pronto, no ahora. Si se te ocurre algún modo de dejar la Comarca sin despertar sospechas, creo que vale la pena esperar. Pero no lo postergues demasiado.

-¿Qué tal en el otoño o después de nuestro cumpleaños? -preguntó Frodo-. Creo que podré arreglar algo para entonces.

A decir verdad, se resistía a la idea de partir, ahora que se había decidido. Bolsón Cerrado le parecía una residencia agradable, mucho más que en el pasado reciente y quería saborear al máximo ese último verano en la Comarca. Sabía que cuando llegara el otoño una parte de su corazón aceptaría mejor la idea de un viaje, como le sucedía siempre en esa estación. Intimamente ya había decidido partir en su quincuagésimo cumpleaños; el centésimo vigesimotercero de Bilbo. Le parecía un día apropiado para partir y seguir a Bilbo. Seguir a Bilbo era el objetivo principal y lo único que hacía soportable la idea de la partida. Pensaba lo menos posible en el Anillo y en el fin al que éste podría llevarlo. Pero no le dijo a Gandalf todo lo que pensaba. Lo que el mago adivinaba era siempre difícil de saber.

Gandalf miró a Frodo y sonrió:

-Muy bien -dijo-. Estoy de acuerdo con la fecha, pero no te retrases más. Ya empiezo a inquietarme. En el ínterin, ten cuidado, ¡no dejes escapar ni palabra sobre adónde piensas ir! Y cuida de que Sam Gamyi no hable. Si habla, lo transformaré de veras en un sapo.

-En cuanto adónde iré -dijo Frodo-, será muy difícil decirlo, pues ni yo lo sé todavía.

-¡No seas absurdo! -exclamó Gandalf-. ¡No te advierto que no dejes tu dirección en la oficina de correos! Pero abandonas la Comarca y eso no ha de saberse hasta que estés muy lejos de aquí. Tienes que ir, o al menos partir, hacia el sur, el norte, el este, o el oeste; y nadie ha de conocer el rumbo.

-He estado tan ocupado con la idea de dejar Bolsón Cerrado y con la despedida que ni siquiera he pensado en el rumbo -dijo Frodo-. Porque, ¿a dónde iré? ¿Qué me guiará? ¿Cuál será mi tarea? Bilbo fue en busca de un tesoro y volvió, pero yo voy a perderlo y no volveré, según veo.

-Pero no ves muy lejos -dijo Gandalf -, ni yo tampoco. Tu tarea puede ser encontrar las Grietas del Destino, pero quizás ese trabajo esté reservado a otros. No lo sé. De cualquier modo, aún no estás preparado para un camino tan largo.

-En efecto, no - dijo Frodo -; pero mientras tanto, ¿qué ruta tengo, que tomar?

-Hacia el peligro, de modo no demasiado directo ni demasiado imprudente - respondió el mago-. Si quieres mi consejo: ve a Rivendel. El viaje no será tan peligroso, aunque el camino es más difícil de lo que era hace un tiempo y será todavía peor cuando el año llegue a su fin,

-¡Rivendel! -dijo Frodo-. Muy bien, iré al este, hacia Rivendel. Llevaré a Sam a ver a los elfos, cosa que le encantará. -Habla superficialmente, pero de pronto el corazón le dio un vuelco con el deseo de ver la casa de Elrond el Medio Elfo y respirar el aire de aquel valle profundo donde mucha Hermosa Gente vivía todavía en paz.

Una tarde de verano, una asombrosa noticia llegó a *La Mata de Hiedra* y *El Dragón Verde*. Los gigantes y los otros portentos de los límites de la Comarca quedaron relegados a segundo lugar. Había asuntos más importantes. ¡El señor Frodo vendía Bolsón Cerrado! ¡Ya lo había vendido a los Sacovilla-Bolsón! «Por una bagatela», decían algunos. «A precio de ocasión», decían otros, «y así será, si la señora Lobelia es la compradora». (Otho había muerto algunos años antes, a la madura aunque decepcionante edad de ciento dos años.)

La razón por la que el señor Frodo vendía su hermosa cueva se discutía todavía más que el precio. Unos pocos sostenían la teoría, apoyada por las indirectas e insinuaciones del mismo señor Bolsón, de que el dinero se le estaba agotando a Frodo. Abandonaría Hobbiton y viviría en Los Gamos de manera sencilla, entre sus parientes, los Brandigamo, con lo obtenido en la venta de Bolsón Cerrado. «Lo más lejos que pueda de los Sacovilla-Bolsón», agregaban algunos. Estaban tan convencidos de las riquezas inmensas de los Bolsón de Bolsón Cerrado que a la mayoría todo esto le parecía increíble. Mucho más difícil que cualquier otra razón o sinrazón que la imaginación pudiera inventar. Para muchos era un plan sombrío, inconfesable, de Gandalf, quien si bien se mantenía muy tranquilo, y no salía durante el día, era sabido que se «escondía en Bolsón Cerrado». Pero como quiera que el cambio se acomodase o no a los planes del hechicero, algo era indudable: Frodo volvía a Los Gamos.

-Sí, me mudaré este otoño -decía-. Merry Brandigamo me está buscando una pequeña pero hermosa cueva, o quizás una casita.

En realidad, Frodo había elegido y comprado con la ayuda de Merry una casita en Cricava más allá de Gamoburgo. Para todos, excepto Sam, Frodo simuló que se establecería allí permanentemente. La decisión de partir hacia el este le sugirió tal idea, pues Los Gamos se encontraba en el límite oriental de la Comarca y como había pasado allí la niñez, el regreso podía parecer verosímil.

Gandalf permaneció en la Comarca dos meses más. Luego, una tarde, a fines de junio, casi en seguida de que el plan de Frodo quedara establecido de modo definitivo, anunció que partía a la mañana siguiente.

-Sólo por un corto período, espero -dijo-. Iré más allá de la frontera sur para recoger algunas noticias, si es posible. He estado sin hacer nada demasiado tiempo.

Hablaba en un tono ligero, pero a Frodo le pareció que estaba preocupado. -¿Alguna novedad? -preguntó.

-No. Pero he oído algo que me inquieta y que es imprescindible investigar. Si creo necesario que partas inmediatamente, volveré en seguida, o al menos te enviaré un mensaje. Mientras tanto no te desvíes del plan, pero sé más cuidadoso que nunca, sobre todo con el Anillo. Permíteme que insista: *¡No lo uses!*

Gandalf partió al amanecer. -Volveré un día de éstos -dijo-. Como máximo estaré de vuelta para la fiesta de despedida. Después de todo, quizá necesites que te acompañe.

Al principio, Frodo estuvo muy preocupado y pensaba a menudo en lo que Gandalf podía haber oído; pero al fin se tranquilizó y cuando llegó el buen tiempo olvidó del todo el problema. Pocas veces se había visto en la Comarca un verano más hermoso y un otoño más opulento; los árboles estaban cargados con manzanas, la miel rebosaba en los panales y el grano estaba alto y henchido.

Muy entrado el otoño, la suerte de Gandalf comenzó a inquietar de nuevo a Frodo. Terminaba septiembre y no había noticias del mago. El cumpleaños y la mudanza se acercaban y no había aparecido ni había enviado ningún mensaje. Comenzó el ajetreo en Bolsón Cerrado. Algunos amigos de Frodo llegaron para ayudarlo a embalar: allí

estaban Fredegar Bolger, Folco Boffin y los más íntimos: Pippin Tuk y Merry Brandigamo. Entre todos dieron vuelta a la casa.

El veinte de septiembre, dos vehículos cubiertos partieron cargados hacia Los Gamos, a través del Puente del Brandivino, llevando al nuevo hogar los enseres y muebles que Frodo no había vendido. Al día siguiente Frodo estaba realmente inquieto y clavaba los ojos afuera esperando a Gandalf. La mañana del jueves, día de su cumpleaños, amaneció tan clara y brillante como aquella otra, de hacía mucho tiempo, en ocasión de la fiesta de Bilbo. Gandalf no había aparecido aún. En la tarde Frodo dio su fiesta de despedida: una cena muy pequeña, para él y sus cuatro ayudantes, pero estaba preocupado y con poco ánimo para esas cosas. El pensamiento de que pronto tendría que separarse de sus jóvenes amigos le pesaba en el corazón. Se preguntaba cómo lo diría.

Los cuatro jóvenes hobbits estaban muy animados, sin embargo, y la reunión pronto se hizo muy alegre, a pesar de la ausencia de Gandalf. El comedor parecía vacío; tenía sólo una mesa y sillas; pero la comida era buena y el vino excelente. El vino de Frodo no se había incluido en la venta a los Sacovilla-Bolsón.

-Suceda lo que suceda con el resto de mis cosas, cuando los Sacovilla-Bolsón las tomen entre sus garras yo ya habré encontrado un buen destino para esto -dijo Frodo mientras vaciaba el vaso. Era la última gota de los viejos viñedos. Luego de haber cantado muchas canciones y hablado de muchas cosas que habían hecho juntos, brindaron por el cumpleaños de Bilbo y bebieron junto con Frodo a la salud de todos, como era costumbre de Frodo. Luego salieron a respirar un poco de aire, echaron una mirada a las estrellas y se fueron a dormir. Con esto terminó la fiesta de Frodo, y Gandalf no había llegado.

A la mañana siguiente continuaron atareados cargando otro carro con el resto del equipaje. Merry se ocupó de todo esto, y junto con el Gordo (Fredegar Bolger) marcharon hacia el nuevo domicilio de Frodo.

-Alguien tiene que ir allí, Frodo, y entibiar la casa antes que llegues - dijo Merry-. Te veré luego, pasado mañana, si no te quedas dormido en el camino.

Folco volvió a su casa después del almuerzo, pero Pippin se quedó atrás. Frodo estaba inquieto, ansioso, aguardando en vano a Gandalf. Decidió esperar hasta la caída de la noche. Luego, si Gandalf lo necesitaba urgentemente, podría ir a Cricava y hasta quizá llegara antes que él. Frodo iría a pie; el plan, por placer, tanto como por cualquier otra razón, era caminar cómodamente desde Hobbiton hasta Balsadera en Gamoburgo y echar una última mirada a la Comarca.

-Tengo que entrenarme un poco -dijo, mirándose en un espejo polvoriento del vestíbulo casi vacío. No hacía caminatas largas desde mucho tiempo atrás y la imagen, opinó, no daba una impresión de vigor.

Después del almuerzo, aparecieron los Sacovilla-Bolsón, Lobelia y su hijo Lotho, el *pelirrojo*. Frodo se sintió bastante molesto.

-¡Nuestra al fin! -exclamó Lobelia, al tiempo que entraba.

No era ni cortés ni estrictamente verdadero, pues la venta de Bolsón Cerrado no se realizó hasta la medianoche. Pero se podía perdonar a Lobelia; se había visto obligada a esperar setenta y siete años a que Bolsón Cerrado fuese suyo y ahora tenía cien años. De cualquier modo, había vuelto para cuidar que no faltase nada de lo que había comprado y quería las llaves. Llevó largo rato satisfacerla, pues había traído un inventario completo que verificó punto por punto. Al fin partió con Lotho, la llave de repuesto y la promesa de que podría recoger la otra llave en la casa de Gamyi, en

Bolsón de Tirada. Resopló, mostrando claramente que suponía a los Gamyi capaces de meterse de noche en la cueva. Frodo ni siquiera le ofreció una taza de té.

Tomó su propio té en la cocina con Pippin y Sam Gamyi. Se había anunciado oficialmente que Sam iría a Los Gamos «a ayudar al señor Frodo y cuidar el jardincito». Un arreglo que el Tío apoyó, aunque no lo consoló de la perspectiva de tener a Lobelia como vecina.

-¡Nuestra última comida en Bolsón Cerrado! -exclamó Frodo, retirando la silla.

Dejaron a Lobelia el lavado de los platos. Pippin y Sam ataron los tres fardos y los apilaron en el vestíbulo; luego Pippin salió a dar una última vuelta por el jardín. Sam desapareció.

El sol se puso; Bolsón Cerrado parecía triste, melancólico, desmantelado. Frodo vagaba por las habitaciones familiares y vio la luz del crepúsculo que se borraba en las paredes y las sombras que trepaban por los rincones. Adentro oscureció lentamente. Salió de la habitación, descendió hacia la puerta que estaba en el extremo del sendero y anduvo un trecho por el camino de la colina. Tenía cierta esperanza de ver a Gandalf subiendo a grandes zancadas en el crepúsculo.

El cielo estaba claro y las estrellas brillaban cada vez más.

-Será una hermosa noche -dijo en voz alta-. Buen comienzo. Tengo ganas de echar a caminar. No puedo seguir esperando. Partiré y Gandalf tendrá que seguirme.

Volvió sobre sus pasos y se detuvo al oír voces que venían de Bolsón de Tirada. Una voz era sin duda la del Tío, la otra era extraña y en cierto modo desagradable. No pudo entender lo que decía, pero oyó las respuestas del Tío, que eran estridentes. El anciano parecía irritado.

-No, el señor Bolsón se ha ido esta mañana y Sam se fue con él. Al menos todo lo que tenía ha desaparecido. Sí, vendió y se fue, le digo. ¿Por qué? El porqué no es asunto suyo ni mío. ¿Hacia dónde? No es un secreto; se mudó a Gamoburgo o a algún otro lugar así, allá lejos. Sí, es un buen camino. Nunca he llegado tan lejos; es para la gente de Los Gamos. No, no puedo darle ningún mensaje. ¡Buenas noches!

Los pasos descendieron la colina. Frodo se preguntó vagamente por qué el hecho de que no hubiera subido lo había aliviado tanto. «Estoy harto de preguntas y de la curiosidad de la gente sobre mis asuntos», pensó. «¡Qué preguntones son todos ellos!» Tuvo la idea de alcanzar al Tío y averiguar quién había sido el interlocutor, pero pensándolo mejor (o peor) se volvió y fue rápidamente hacia Bolsón Cerrado.

Pippin esperaba sentado sobre su fardo en el vestíbulo. Frodo atravesó la puerta oscura y llamó: -¡Sam! ¡Sam! ¡Ya es hora!

-¡Voy, señor! -se oyó la respuesta desde adentro, seguida por el mismo Sam que salió secándose la boca.

Había estado despidiéndose del barril de cerveza, en la bodega. -¿Todo listo, Sam? -preguntó Frodo.

-Sí, señor, tardaré poco ya.

Frodo cerró la puerta con llave y se la dio a Sam.

-¡Corre con ella a tu casa, Sam! - le dijo -. Luego corta a través de Tirada y encuéntranos tan pronto como puedas en la entrada del sendero, más allá de la pradera. No cruzaremos la villa esta noche; hay demasiados oídos y ojos atisbándonos.

Sam partió a toda prisa.

-Bueno, al fin nos vamos -dijo Frodo.

Cargaron los bultos sobre los hombros, tomaron los bastones y doblaron hacia el oeste de Bolsón Cerrado.

-¡Adiós! -dijo Frodo mirando el hueco oscuro y vacío de las ventanas. Agitó la mano y luego se volvió; y (como siguiendo a Bilbo) corrió detrás de Peregrin, sendero abajo. Saltaron por la parte menos elevada del cerco y fueron hacia los campos, entrando en la oscuridad como un susurro en la hierba.

Al pie de la colina, por la ladera del oeste, llegaron a la entrada del estrecho sendero. Se detuvieron y ajustaron las correas de los bultos; en ese momento apareció Sam, trotando de prisa y resoplando; llevaba la carga al hombro y se había puesto en la cabeza un deformado saco de fieltro que llamaba sombrero. En las tinieblas se parecía mucho a un enano.

-Estoy seguro de que me han dado el bulto más pesado -dijo Frodo-. Siempre compadecí a los caracoles y a todo bicho que lleve la casa a cuestas.

-Yo podría cargar mucho más, señor, mi fardo es muy liviano -mintió Sam resueltamente.

-No, Sam -dijo Pippin-. Le hace bien. Sólo lleva lo que nos ordenó empacar. Ha estado flojo últimamente. Sentirá menos la carga cuando camine un rato y pierda un poco de su propio peso.

-¡Sean amables con un pobre y viejo hobbit! -rió Frodo-. Estaré tan delgado como una vara de sauce antes de llegar a Los Gamos. Pero hablaba tonterías. Sospecho que has cargado demasiado, Sam; echaré un vistazo la próxima vez que empaquemos. -Tomó de nuevo el bastón.- Bueno, a todos nos gusta caminar en la oscuridad -dijo-. Nos alejaremos unas millas antes de dormir.

Durante un rato siguieron el sendero hacia el oeste. Luego doblaron a la izquierda, volviendo sigilosamente a los campos. Continuaron en fila bordeando setos y malezas, mientras la noche los envolvía en sombras. Cubiertos con mantos oscuros, eran tan invisibles como si todos tuviesen anillos mágicos. Como eran hobbits, y trataban de andar en silencio, no hacían ningún ruido que alguien pudiera oír, ni aun otros hobbits. Hasta las criaturas salvajes de los campos y los bosques apenas se daban cuenta de que pasaban.

Momentos más tarde cruzaron El Agua, al oeste de Hobbiton, por un angosto puente de tablas. El arroyo no era allí más que una serpenteante cinta negra, bordeada por inclinados alisos. Se encontraban ahora en las Tierras de Tuk y continuaron hacia el sur para llegar, una milla o dos más lejos, al camino principal de Cavada Grande, que llevaba a Delagua y al Puente Brandivino. Torciendo al sudeste, comenzaron a trepar por el País de la Colina Verde, al sur de Hobbiton. Pudieron ver las luces de la villa parpadeando en el agradable Valle del Agua. La escena desapareció pronto entre los pliegues del suelo oscurecido y entonces vieron Delagua, a orillas del lago gris. Cuando la luz de la última granja quedó muy atrás, asomando entre los árboles, Frodo se volvió y agitó la mano en señal de despedida.

-Me pregunto si volveré a ver ese valle otra vez -dijo con calma.

Después de tres horas descansaron. La noche era clara, fresca y estrellada, pero unas nubes de bruma ascendían por las faldas de la loma desde los arroyos y las praderas profundas. Unos abedules de follaje escaso, que la brisa movía allá arriba, eran como una trama negra contra el cielo pálido. Devoraron una cena frugal (para los hobbits) y continuaron la marcha. Pronto encontraron un camino muy angosto, que ascendía y descendía y se perdía luego agrisándose en la oscuridad; era el camino a casa del Bosque y Balsadera de Gamoburgo. Subía desde el camino principal de Valle del Agua y zigzagueaba por las laderas de las Colinas Verdes hacia Bosque Cerrado, una región salvaje de la Cuaderna del Este.

Momentos después se hundían en una senda profunda, abierta entre árboles altos; las hojas secas susurraban en la noche. Al principio hablaban o entonaban una canción a media voz, pues estaban lejos ahora de oídos indiscretos. Luego continuaron en silencio y Pippin comenzó a rezagarse. Al fin, cuando empezaban a subir una cuesta se detuvo y se puso a bostezar.

-Tengo tanto sueño -dijo- que pronto me caeré en el camino. ¿Pensáis dormir de pie? Es casi medianoche.

-Creí que te gustaba caminar en la oscuridad -dijo Frodo-. Pero no corre tanta prisa; Merry nos espera pasado mañana, de modo que tenemos aún cerca de dos días. Nos detendremos en el primer lugar agradable.

-El viento sopla del oeste -dijo Sam-. Si vamos a la ladera opuesta encontraremos un lugar bastante resguardado y cómodo, señor. Más adelante hay un bosque seco de abetos, si mal no recuerdo.

Sam conocía bien la región en veinte millas a la redonda de Hobbiton.

En la cima misma de la loma estaba el sitio de los abetos. Dejando el camino, se metieron en la profunda oscuridad de los árboles que olían a resina y juntaron ramas secas y piñas para hacer fuego. Pronto las llamas crepitaron alegremente al pie de un gran abeto y se sentaron alrededor un rato, hasta que comenzaron a cabecear. Cada uno en un rincón de las raíces del árbol, envueltos en capas y mantas, cayeron en un sueño profundo. Nadie quedó de guardia; ni siquiera Frodo temía algún peligro, pues aún estaban en el corazón de la Comarca. Unas pocas criaturas se acercaron a observarlos luego que el fuego se apagó. Un zorro que pasaba por el bosque, ocupado en sus propios asuntos, se detuvo unos instantes, husmeando.

«¡Hobbits!», pensó. «Bien, ¿qué querrá decir? He oído cosas extrañas de esta tierra, pero rara vez de un hobbit que duerma a la intemperie bajo un árbol. ¡Tres hobbits! Hay algo muy extraordinario detrás de todo esto.»

Estaba en lo cierto, pero nunca descubrió nada más sobre el asunto.

Llegó la mañana, pálida y húmeda. Frodo despertó primero y descubrió que la raíz del árbol se le había incrustado en la espalda y que tenía el cuello tieso. «¡Caminar por placer! ¿Por qué no habré venido en carro?», pensó como lo hacía siempre al comienzo de una expedición. «¡Y todas mis hermosas camas de plumas vendidas a los Sacovilla-Bolsón! Las raíces de estos árboles les hubieran venido bien.» Se despezó.

-¡Arriba, hobbits! -gritó-. Hermosa mañana.

-¿Qué tiene de hermosa? -preguntó Pippin, asomando un ojo sobre el borde de la manta-. ¡Sam! ¡Prepara el desayuno para las nueve y media! ¿Tienes listo ya el baño caliente?

Sam dio un salto, amodorrado aún. -No, señor, ¡no todavía! -exclamó.

Frodo arrancó las mantas que envolvían a Pippin, lo hizo rodar y fue hacia el linde del bosque. En el lejano este, el sol se levantaba muy rojo entre las nieblas espesas que cubrían el mundo. Tocados con oro y rojo, los árboles otoñales parecían navegar a la deriva en un mar de sombras. Un poco más abajo, a la izquierda, el camino descendía bruscamente a una hondonada y desaparecía.

Cuando Frodo regresó, Sam y Pippin estaban haciendo un buen fuego.

-¡Agua! -gritó Pippin-. ¿Dónde está el agua?

-No llevo agua en los bolsillos -dijo Frodo.

-Pensamos que habrías ido a buscarla -dijo Pippin, muy ocupado en sacar los alimentos y las tazas-. Es mejor que vayas ahora.

-Tú también puedes venir -respondió Frodo-. Y trae todas las botellas.

Había un arroyo al pie de la loma. Llenaron las botellas y la pequeña marmita en un salto de agua que caía desde unas piedras grises, unos metros más arriba. Estaba helada y se lavaron la cara y las manos sacudiéndose y resoplando.

Cuando terminaron de desayunar y rehicieron los fardos, eran más de las diez de la mañana; el día estaba volviéndose hermoso y cálido. Bajaron la cuesta, cruzaron el arroyo, subieron la cuesta siguiente y subiendo y bajando franquearon otra cresta de las colinas. Entonces las capas, las mantas, el agua, los alimentos y todo el equipo empezaron a pesarles de veras.

La marcha de ese día prometía ser agobiante y la carga agotadora. Pocas millas después, sin embargo, no hubo más subidas y bajadas. El camino ascendía hasta la cima de una empinada colina por una senda zigzagueante y luego descendía una última vez. Vieron frente a ellos las tierras bajas, salpicadas con pequeños grupos de árboles que en la distancia se confundían en una parda bruma boscosa. Estaban mirando por encima del Bosque Cerrado hacia el río Brandivino. El camino se alargaba como una cinta.

-El camino no tiene fin -dijo Pippin-, pero yo necesito descansar. Es la hora del almuerzo.

Se sentó al borde del camino, mirando hacia el brumoso este: más allá estaba el río y el fin de la Comarca donde había pasado toda la vida. Sam permanecía de pie junto a él; los ojos redondos muy abiertos, pues veía tierras que nunca había visto, un nuevo horizonte.

-¿Hay elfos en esos bosques? -preguntó.

-Que yo sepa, no -respondió Pippin.

Frodo callaba. También él miraba hacia el este a lo largo del camino, como si no lo hubiese visto nunca. De pronto dijo pausadamente y en voz alta, pero como si se hablara a sí mismo:

*El Camino sigue y sigue
desde la puerta.
El Camino ha ido muy lejos,
y si es posible he de seguirlo
recorriéndole con pie fatigado
hasta llegar a un camino más ancho
donde se encuentran senderos y cursos.
¿Y de ahí adónde iré? No podría decirlo.*

-Me recuerda un poema del viejo Bilbo -dijo Pippin-. ¿Es una de tus imitaciones? No me parece muy alentadora.

-No lo sé -dijo Frodo-. Me llegó como si estuviese inventándola, pero debo de haberla oído hace mucho tiempo. En realidad, me recuerda mucho a Bilbo en los últimos años, antes que partiera. Decía a menudo que sólo había un camino y que era como un río caudaloso; nacía en el umbral de todas las puertas, y todos los senderos eran ríos tributarios. «Es muy peligroso, Frodo, cruzar la puerta», solía decirme. «Vas hacia el camino y si no cuidas tus pasos no sabes hacia dónde te arrastrarán. ¿No entiendes que este camino atraviesa el Bosque Negro, y que si no prestas atención puede llevarte a la Montaña Solitaria, y más lejos aún y a sitios peores?» Acostumbraba decirlo en el sendero que pasaba frente a la puerta principal de Bolsón Cerrado, especialmente después de haber hecho una larga caminata.

-Bien. El camino no me arrastrará a ningún lado, al menos durante una hora -dijo Pippin, descargando el fardo.

Los otros siguieron su ejemplo. Apoyaron los bultos contra el terraplén y extendieron las piernas sobre el camino. Descansaron, almorzaron bien y luego descansaron de nuevo.

El sol declinaba; la luz de la tarde se alargaba sobre la tierra cuando los tres hobbits bajaron por la loma. No habían encontrado ni un alma en el camino; no parecía una vía muy frecuentada, pues no era apta para carros y había poco tránsito hacia Bosque Cerrado. Iban caminando lentamente desde hacía una hora o más, cuando Sam se detuvo un momento como si escuchara. Estaban ahora en una planicie y el camino, después de mucho serpentear, se extendía en línea recta y cruzaba praderas verdes, salpicadas de árboles altos, como centinelas de los próximos bosques.

-Oigo una jaca o un caballo que viene por el camino detrás de nosotros -dijo Sam.

Miraron hacia atrás, pero había una curva en el camino y no podían ver muy lejos.

-Me pregunto si no será Gandalf que viene a reunirse con nosotros -dijo Frodo. Al mismo tiempo sintió que no era así y de pronto tuvo el deseo de esconderse, para que el jinete no lo viera-. No es que me importe mucho -dijo disculpándose-, pero preferiría que nadie me viese en el camino; estoy harto de que mis cosas se sepan y discutan. Y si es Gandalf -añadió, como si acabara de ocurrírsele-, le daremos una pequeña sorpresa como pago por su demora. ¡Escondámonos!

Los otros dos corrieron hacia la izquierda, metiéndose en un hoyo, no lejos del camino, y agazapándose. Frodo dudó un segundo; la curiosidad, o algún otro sentimiento, luchaba con el deseo de esconderse. El ruido de cascos se acercaba. Justo a tiempo se arrojó a un lugar de pastos altos, detrás de un árbol que sombreaba el camino. Luego alzó la cabeza y espió con precaución por encima de una de las grandes raíces. En el codo del camino apareció un caballo negro, no un poney hobbit sino un caballo de gran tamaño, y sobre él un hombre corpulento, que parecía echado sobre la montura, envuelto en un gran manto negro y tocado con un capuchón, por lo que sólo se le veían las botas en los altos estribos. La cara era invisible en la sombra.

Cuando llegó al árbol, frente a Frodo, el caballo se detuvo. El jinete permaneció sentado, inmóvil, con la cabeza inclinada, como escuchando. Del interior del capuchón vino un sonido, como si alguien olfateara para atrapar un olor fugaz; la cabeza se volvió hacia uno y otro lado del camino.

Un repentino miedo de ser descubierto se apoderó de Frodo y pensó en el Anillo. Apenas se atrevía a respirar, pero el deseo de sacar el Anillo del bolsillo se hizo tan fuerte que empezó a mover lentamente la mano. Sentía que sólo tenía que deslizárselo en el dedo para sentirse seguro; el consejo de Gandalf le parecía disparatado. Bilbo mismo había usado el Anillo. «Todavía estoy en la Comarca», pensó, al tiempo que tocaba la cadena del Anillo. En ese momento el jinete se enderezó y sacudió las riendas. El caballo echó a andar, lentamente primero y después con un rápido trote. Frodo se arrastró al borde del camino y siguió con la vista al jinete, hasta que desapareció a lo lejos. No podía asegurarlo, pero le pareció que súbitamente, antes de perderse de vista, el caballo había doblado hacia los árboles de la derecha.

-Creo que se trata de algo muy curioso, en realidad inquietante -se dijo Frodo, mientras iba al encuentro de sus compañeros.

Pippin y Sam habían permanecido todo este tiempo tendidos sobre la hierba y no habían visto nada; Frodo les describió el jinete y su extraña conducta.

-No puedo decir por qué, pero sentí que me buscaba o me *olfateaba*, y tuve la certeza de que yo no quería que me descubriera. Nunca en la Comarca sentí algo parecido.

-¿Pero qué tiene que ver con nosotros uno de la Gente Grande? -preguntó Pippin-. ¿Y qué está haciendo en esta parte del mundo?

-Hay hombres en los alrededores -dijo Frodo-. En la Cuaderna del Sur creo que tuvieron dificultades con la Gente Grande, pero nunca había oído de alguien como este jinete. Me pregunto de dónde viene.

-Perdón, señor -interrumpió Sam de improviso-. Yo sé de dónde viene. De Hobbiton. A menos que haya más de uno. Y sé adónde va.

-¿Qué quieres decir? -dijo Frodo severamente, mirándolo con asombro-. ¿Por qué no lo dijiste antes?

-Acabo de acordarme, señor. Ocurrió así: cuando ayer a la tarde volví a casa con la llave, mi padre me dijo: *¡Hola, Sam! Creí que habías Partido con el señor Frodo esta mañana. Vino un personaje extraño preguntando por el señor Bolsón, de Bolsón Cerrado. Se acaba de ir. Lo envié a Gamoburgo. No me gustó el aspecto que tenía. Pareció desconcertado cuando le dije que el señor Bolsón había dejado el viejo hogar para siempre. Silbó entre dientes, sí. Me estremecí.* Le pregunté al Tío qué clase de individuo era. *No lo sé, me respondió. Pero no era un hobbit. Alto, moreno y se inclinó sobre mí; creo que era uno de la Gente Grande, esos que viven en lugares remotos. Hablaba de modo raro.* »No pude quedarme a escuchar más, señor, pues usted me esperaba; no le hice mucho caso. El Tío está algo ciego y debe de haber sido casi de noche cuando el individuo subió a la colina y lo encontró tomando fresco como de costumbre. Espero que mi padre no le haya causado daño, señor, ni yo.

-No se puede culpar al Tío -dijo Frodo-. Te diré que lo oí hablar con un extranjero. Parecía preguntar por mí y tuve la tentación de acercarme y preguntarle quién era. Lamento no haberlo hecho, o que no me lo hubieses contado antes; me habría cuidado más en el camino.

-Quizá no haya relación entre este jinete y el extranjero del Tío -dijo Pippin-. Abandonamos Hobbiton bastante en secreto y no sé cómo hubiera podido seguimos.

-¿Qué me dice del olfateo, señor? -preguntó Sam-. El Tío dijo que era un tipo negro.

-Ojalá hubiese esperado a Gandalf -murmuró Frodo-. Pero quizás habría empeorado las cosas.

-¿Entonces sabes o sospechas algo de ese jinete? -dijo Pippin, que había captado el murmullo.

-No lo sé, y prefiero no sospecharlo -dijo Frodo.

-¡Muy bien, primo Frodo! Puedes guardar el secreto, si quieres pasar por misterioso. Mientras tanto, ¿qué haremos? Me gustaría un bocado y un trago, pero creo que sería mejor salir de aquí. Tu charla sobre Jinetes olfateadores de narices invisibles me ha turbado bastante.

-Sí, creo que nos iremos -dijo Frodo-. Pero no por el camino; pudiera ocurrir que el jinete volviera, o lo siguiese algún otro. Hoy tenemos que hacer un buen trecho. Los Gamos está todavía a muchas millas de aquí.

Cuando partieron, las sombras de los árboles eran largas y finas sobre el pasto. Caminaban ahora por la izquierda del camino, manteniéndose a distancia de tiro de piedra y ocultándose todo lo posible; pero la marcha era así difícil, pues la hierba crecía en matas espesas, el suelo era disparejo y los árboles comenzaban a apretarse en montecillos.

El sol enrojecido se había puesto detrás de las lomas, a espaldas de los viajeros y la noche iba cayendo antes que llegaran al final de la llanura, que el camino atravesaba en línea recta. De allí doblaba a la izquierda y descendía a las tierras bajas de Yale, en

dirección a Cepeda; pero un sendero que se abría a la derecha culebreaba entrando en un bosque de viejos robles hacia la casa del bosque.

- Este es nuestro camino -dijo Frodo.

No muy lejos del borde del camino tropezaron con el enorme esqueleto de un árbol; vivía todavía y tenía hojas en las pequeñas ramas que habían brotado alrededor de los muñones rotos; pero estaba hueco, y en el lado opuesto del camino había un agujero por donde se podía entrar. Los hobbits se arrastraron dentro del tronco y se sentaron sobre un piso de vieja hojarasca y madera carcomida. Descansaron y tomaron una ligera merienda, hablando en voz baja y escuchando de vez en cuando.

El crepúsculo los envolvió cuando salieron al camino. El viento del oeste suspiraba en las ramas. Las hojas murmuraban. Pronto el camino empezó a descender suavemente, pero sin pausa, en la oscuridad. Una estrella apareció sobre los árboles, ante ellos, en las crecientes tinieblas del oriente. Para mantener el ánimo marchaban juntos y a paso vivo. Después de un rato, cuando las estrellas se hicieron más brillantes y numerosas, recobraron la calma y ya no prestaron atención a un posible ruido de cascos. Comenzaron a tararear suavemente, como lo hacen los hobbits cuando caminan, sobre todo cuando vuelven a sus casas por la noche. La mayoría canta entonces una canción de cena o de cuna; pero estos hobbits tarareaban una canción de caminantes (aunque con algunas alusiones a la cena y a la cama, por supuesto). Bilbo Bolsón había puesto letra a una tonada tan vieja como las colinas mismas y se la había enseñado a Frodo mientras caminaban por los senderos del Valle del Agua y hablaban de la Aventura.

*En el hogar el fuego es rojo,
y bajo techo hay una cama;
pero los pies no están cansados todavía,
y quizás aún encontremos detrás del recodo
un árbol repentino o una roca empinada
que nadie ha visto sino nosotros.*

*Arbol y flor y brizna y pasto,
¡que pasen, que pasen!
Colina y agua bajo el cielo,
¡pasemos, pasemos!*

*Aun detrás del recodo quizá todavía esperen
un camino nuevo o una puerta secreta,
y aunque hoy pasemos de largo
y tomemos los senderos ocultos que corren
hacia la luna o hacia el sol
quizá mañana aquí volvamos.*

*Manzana, espino, nuez y ciruela
¡que se pierdan, se pierdan!
Arena y piedra y estanque y cañada,
¡adiós, adiós!*

*La casa atrás, delante el mundo,
y muchas sendas que recorrer,
hacia el filo sombrío del horizonte*

*y la noche estrellada.
Luego el mundo atrás y la casa delante;
volvemos a la casa y a la cama.*

*Niebla y crepúsculo, nubes y sombra,
se borrarán, se borrarán.
Lámpara y fuego, y pan y carne,
¡y luego a cama, y luego a cama!*

La canción terminó.

-¡Y ahora a cama! ¡Ahora a cama! -cantó Pippin en voz alta.

-¡Calla! -interrumpió Frodo-. Creo oír ruido de cascos otra vez.

Se detuvieron y se quedaron escuchando en silencio, como sombras de árboles. Había un ruido de cascos en el camino, detrás, bastante lejos, pero se acercaba lenta y claramente traído por el viento. Los hobbits se deslizaron fuera del camino rápida y quedamente, internándose en la espesura, bajo los robles.

-No nos alejemos demasiado -dijo Frodo-. No quiero que me vean, pero quiero ver si es otro Jinete Negro.

-Muy bien -dijo Pippin-. ¡Pero no olvides el olfateo!

El ruido se aproximó; no tuvieron tiempo de encontrar un escondrijo mejor que aquella oscuridad bajo los árboles.

Sam y Pippin se agacharon detrás de un tronco grueso, mientras que Frodo se arrastraba unas pocas yardas hacia el camino descolorido, una línea de luz agonizante, que atravesaba el bosque. Arriba, las estrellas se apretaban en el cielo oscuro, pero no había luna.

El sonido de cascos se interrumpió. Frodo vio algo oscuro que pasaba entre el claro luminoso de dos árboles y luego se detenía. Parecía la sombra negra de un caballo, llevado por una sombra más pequeña. La sombra se alzó junto al lugar en que habían dejado el camino y se balanceó de un lado a otro; Frodo creyó oír la respiración de alguien que olfateaba. La sombra se inclinó y luego empezó a arrastrarse hacia Frodo.

Una vez más Frodo sintió el deseo de ponerse el Anillo y el deseo era más fuerte que nunca. Tan fuerte era que antes de advertir lo que hacía, ya estaba tanteándose el bolsillo. En ese mismo momento se oyó un sonido de risas y cantos. Unas voces claras se alzaron y se apagaron en la noche estrellada. La sombra negra se enderezó, retirándose de prisa. Montó el caballo oscuro y pareció que se desvanecía en las sombras del otro lado del camino. Frodo recobró el aliento.

-¡Elfos! - exclamó Sam con un murmullo ronco -. ¡Elfos, señor!

Si no lo hubieran retenido, habría saltado fuera de los árboles, para unirse a las voces.

-Sí, son elfos -dijo Frodo-. Se los encuentra a veces en Bosque Cerrado. No viven en la Comarca, pero vagabundean por aquí en primavera y en otoño, lejos de sus propias tierras, más allá de las Colinas de la Torre. Y les agradezco la costumbre. No lo visteis, pero el jinete negro se detuvo justamente aquí y se arrastraba hacia nosotros cuando empezó el canto. Tan pronto oyó las voces, escapó.

-¿Y los elfos? -dijo Sam, demasiado excitado para preocuparse por el jinete-. ¿No podemos ir a verlos?

-Escucha, vienen hacia aquí -dijo Frodo-. Sólo tenemos que esperar junto al camino.

La canción se acercó. Una voz clara se elevaba sobre las otras. Cantaba en la bella lengua de los elfos, de la que Frodo conocía muy poco y los otros nada. Sin embargo, el

sonido, combinado con la melodía, parecía tomar forma en la mente de los hobbits con palabras que entendían sólo a medias. Esta era la canción, tal como la oyó Frodo:

*¡Blancanieves! ¡Blancanieves! ¡Oh, dama clara!
¡Reina de más allá de los mares del Oeste!
¡Oh Luz para nosotros, peregrinos
en un mundo de árboles entrelazados!*

*¡Gilthoniel! ¡Oh Elbereth!
Es clara tu mirada y brillante tu aliento.
¡Blancanieves! ¡Blancanieves! Te cantamos
en una tierra lejana más allá del mar.*

*Oh estrellas que en un año sin sol
ella sembró con luminosa mano,
en campos borrascosos, ahora brillante y claro
vemos tu capullo de plata esparcido en el viento.*

*¡Oh Elbereth! ¡Gilthoniel!
Recordamos aún, nosotros que habitamos
en esta tierra lejana bajo los árboles,
tu luz estelar sobre los mares del Oeste.*

La canción terminó.

-¡Son Altos Elfos! ¡Han nombrado a Elbereth! -dijo Frodo sorprendido-. No sabía que estas gentes magníficas visitaran la Comarca. No hay muchos ahora en la Tierra Media, al este de las Grandes Aguas. Esta es de veras una muy rara ocasión.

Los hobbits se sentaron junto al camino, entre las sombras. Los elfos no tardaron en bajar por el camino hacia el valle. Pasaron lentamente y los hobbits alcanzaron a ver la luz de las estrellas que centelleaba en los cabellos y los ojos de los elfos. No llevaban luces, pero un resplandor semejante a la luz de la luna poco antes de asomar sobre la cresta de las lomas les envolvía los pies. Marchaban ahora en silencio y el último se volvió en el camino, miró a los hobbits y se rió.

-¡Salud, Frodo! -exclamó-. Es muy tarde para estar fuera. ¿O andas perdido?

Llamó en voz alta a los otros, que se detuvieron y se reunieron en círculo.

-Es realmente maravilloso -dijeron-. Tres hobbits en un bosque, de noche. No hemos visto nada semejante desde que Bilbo se fue. ¿Qué significa?

-Esto sólo significa, Hermosa Gente -dijo Frodo-, que seguimos el mismo camino que vosotros, parece. Me gusta caminar a la luz de las estrellas y quisiera acompañarnos.

-Pero no necesitamos ninguna compañía y además los hobbits son muy aburridos -rieron-. ¿Cómo sabes que vamos en la misma dirección, si no sabes a dónde vamos?

-¿Y cómo sabes tú mi nombre? -preguntó Frodo.

-Sabemos muchas cosas -dijeron los elfos-. Te vimos a menudo con Bilbo, aunque tú no nos vieras.

-¿Quiénes sois? ¿Quién es vuestro señor? -preguntó Frodo.

-Me llamo Gildor -respondió el jefe, el primero que lo había saludado-. Gildor Inglorion de la Casa de Finrod. Somos desterrados; la mayoría de nosotros ha partido hace tiempo y ahora no hacemos otra cosa que demorarnos un poco antes de cruzar las

Grandes Aguas. Pero algunos viven aún en paz en Rivendel. Vamos, Frodo, dinos qué haces, pues vemos sobre ti una sombra de miedo.

-¡Oh, gente sabia -interrumpió ansiosamente Pippin-, decidnos algo de los Jinetes Negros!

-¿Jinetes Negros? -murmuraron los elfos-. ¿Por qué esa pregunta?

-Porque dos Jinetes Negros nos dieron alcance hoy mismo, o uno lo hizo dos veces -respondió Pippin- Desapareció minutos antes que vosotros llegarais.

Los elfos no respondieron en seguida; hablaron entre ellos en voz baja, en su propia lengua, y al fin Gildor se volvió hacia los hobbits.

-No hablaremos de eso aquí -dijo-. Será mejor que vengáis con nosotros; no es nuestra costumbre, pero por esta vez os llevaremos por nuestra ruta y esta noche os alojareis con nosotros, si así lo deseáis.

-¡Oh, Hermosa Gente! Esto es más de lo que esperábamos -dijo Pippin.

Sam se había quedado sin habla.

-Te lo agradezco, Gildor Inglorion -dijo Frodo inclinándose-. *Elen sila lúmenn' omentielmo*, una estrella brilla en la hora de nuestro encuentro -agregó en la lengua alta de los elfos.

-¡Cuidado, amigos! -rió Gildor-. ¡No habléis de cosas secretas! He aquí un conocedor de la lengua antigua. Bilbo era un buen maestro. ¡Salud, amigo de los elfos! -dijo inclinándose ante Frodo-. ¡Ven con *tus* amigos y únete a nosotros! Es mejor que caminéis en el medio, para que nadie se extravíe. Pienso que os sentiréis cansados antes que hagamos un alto.

-¿Por qué? ¿Hacia dónde vais? -preguntó Frodo.

-Esta noche vamos hacia los bosques de las colinas que dominan la casa del Bosque. Quedan a algunas millas de aquí, pero podéis descansar cuando llegemos y acortareis el camino de mañana.

Marcharon todos juntos en silencio, como sombras y luces mortecinas; pues los elfos (aun más que los hobbits) podían caminar sin hacer ruido, si así lo deseaban. Pippin pronto sintió sueño y se tambaleó en una o dos ocasiones, pero cada vez un elfo que marchaba a su lado extendía el brazo, sosteniéndolo. Sam caminaba junto a Frodo como en un sueño y con una expresión mitad de miedo y mitad de maravillada alegría.

Los bosques de ambos lados comenzaron a hacerse más densos; los árboles eran más nuevos y frondosos y a medida que el camino descendía siguiendo un pliegue de las lomas, unos sotos profundos de avellanos se sucedían sobre las dos laderas. Por último los elfos dejaron el camino, internándose por un sendero verde casi oculto en la espesura a la derecha y subieron por unas laderas *boscosas* hasta llegar a la cima de una loma que se adelantaba hacía las tierras más bajas del valle del río. De pronto, salieron de las sombras de los árboles y se abrió ante ellos un vasto espacio de hierba gris bajo el cielo nocturno; los bosques lo encerraban por tres lados, pero hacia el este el terreno caía a pique y las copas de *los árboles* sombríos que crecían al pie de *las laderas* no llegaban a la altura del claro. Más allá, las tierras bajas se extendían oscuras y planas bajo las estrellas. Como al alcance de la mano, unas pocas luces parpadeaban en Casa del Bosque.

Los elfos se sentaron en la hierba hablando juntos en voz baja; parecían haberse olvidado de los hobbits. Frodo y sus amigos se envolvieron en capas y mantas y una pesada somnolencia cayó sobre ellos. La noche avanzó y las luces del valle se apagaron. Pippin se durmió, la cabeza apoyada en un montículo verde.

A lo lejos, alta en oriente, parpadeaba Remirath, la red de estrellas, y lento entre la niebla asomó el rojo Borgil, brillando como una joya de fuego. Luego algún movimiento del aire descorrió el velo de bruma y trepando sobre las crestas del mundo apareció el Espada del Cielo, Menelvagor, y su brillante cinturón. Los elfos rompieron a cantar. De súbito, bajo los árboles, un fuego se alzó difundiendo una luz roja.

-¡Venid! -llamaron los elfos a los hobbits-. ¡Venid! ¡Llegó el momento de la palabra y la alegría!

Pippin se sentó restregándose los ojos y de pronto tuvo frío y se estremeció.

-Hay fuego en la sala y comida para los invitados hambrientos -dijo un elfo, de pie ante él.

En el extremo sur del claro había una abertura. Allí el suelo verde penetraba en el bosque formando un espacio amplio, como una sala techada con ramas de árboles; los grandes troncos se alineaban como pilares a los lados. En el centro había una hoguera y sobre los árboles-pilares ardían las antorchas con luces de oro y plata. Los elfos se sentaron en el pasto o sobre los viejos troncos serruchados, alrededor del fuego. Algunos iban y venían llevando copas y sirviendo bebidas; otros traían alimentos apilados en platos y fuentes.

-Es una comida pobre -dijeron los elfos a los hobbits-, pues estamos acampando en los bosques, lejos de nuestras casas. Allá en nuestros hogares os hubiésemos tratado mejor.

-A mí me parece un banquete de cumpleaños -dijo Frodo.

Pippin apenas recordó después lo que había comido y bebido, pues se pasó la noche mirando la luz que irradiaban las caras de los elfos y escuchando aquellas voces tan variadas y hermosas; todo había sido como un sueño. Pero recordaba que había habido pan, más sabroso que una buena hogaza blanca para un muerto de hambre, y frutas tan dulces como bayas silvestres y más perfumadas que las frutas cultivadas de las huertas y había tomado una bebida fragante, fresca como una fuente clara, dorada como una tarde de verano.

Sam nunca pudo describir con palabras y ni siquiera volver a imaginar lo que había pensado y sentido aquella noche, aunque se le grabó en la memoria como uno de los episodios más importantes de su vida. Lo más que pudo decir fue: -Bien, señor, si pudiese cultivar esas manzanas, me consideraría entonces un jardinero. Pero lo que más profundamente me conmovió el corazón fueron las canciones, si usted me entiende.

Frodo comió, bebió y habló animadamente, pero prestó atención sobre todo a las palabras de los demás. Conocía algo de la lengua de los elfos y escuchaba ávidamente. De vez en cuando hablaba y agradecía en élfico. Los elfos sonreían y le decían riéndose: -¡Una joya entre los hobbits!

Al poco tiempo Pippin se durmió y lo alzaron y llevaron a una enramada bajo los árboles; allí durmió el resto de la noche en un lecho blando. Sam no quiso abandonar a su señor. Cuando Pippin se fue, se acercó y se acurrucó a los pies de Frodo y allí cabeceó un rato y al fin cerró los ojos. Frodo se quedó largo tiempo despierto, hablando con Gildor.

Hablaron de muchas cosas, viejas y nuevas y Frodo interrogó repetidamente a Gildor acerca de lo que ocurría en el ancho mundo, fuera de la Comarca. Las noticias eran en su mayoría tristes y ominosas: las tinieblas crecientes, las guerras de los hombres y la huida de los elfos. Al fin Frodo hizo la pregunta que más le tocaba el corazón:

-Dime, Gildor, ¿has visto a Bilbo después que se fue?

Gildor sonrió. -Sí -dijo-, dos veces. Se despidió de nosotros en este mismo sitio. Pero lo vi otra vez, lejos de aquí.

Gildor no quiso decir nada más acerca de Bilbo, y Frodo calló.

-No preguntas ni dices mucho de lo que a ti concierne, Frodo -dijo Gildor-. Pero sé ya un poco y puedo leer más en tu cara y en el pensamiento que dicta tus preguntas. Dejas la Comarca y todavía no sabes si encontrarás lo que buscas, si cumplirás tu cometido, o si un día volverás. ¿No es así?

-Así es -dijo Frodo-; pero pensaba que mi partida era un secreto que sólo Gandalf y mi fiel Sam conocían. -Miró a Sam que roncaba apaciblemente.

-En lo que toca a nosotros, el secreto no llegará al enemigo -dijo Gildor.

-¿El enemigo? -dijo Frodo-. ¿Entonces sabes por qué dejo la Comarca?

-No sé por qué te persigue el enemigo -respondió Gildor-, pero veo que es así... aunque me parezca muy extraño. Y te prevengo que el peligro está ahora delante y detrás de ti, y a cada lado.

-¿Te refieres a los Jinetes? Temí que fueran sirvientes del enemigo. ¿Quiénes son los Jinetes Negros?

-¿Gandalf no te ha dicho nada?

-Nada sobre tales criaturas.

-Entonces creo que no soy quien deba decirte más, pues el temor podría impedir tu viaje. Porque creo que has partido justo a tiempo, si todavía hay tiempo. Ahora tienes que apresurarte, no demorarte ni volver atrás, pues ya no hay protección para ti en la Comarca.

-No puedo imaginar una información más aterradora que tus insinuaciones y advertencias -exclamó Frodo-. Sabía que el peligro acechaba, por supuesto, pero no esperaba encontrarlo tan pronto, en nuestra propia Comarca. ¿Es que un hobbit no puede pasearse tranquilamente desde El Agua al Río?

-No es tu propia Comarca -dijo Gildor-. Otros moraron aquí antes que los hobbits existieran, y otros morarán cuando los hobbits ya no existan. Todo a vuestro alrededor se extiende el ancho mundo. Podéis encerraras, pero no lo mantendréis siempre afuera.

-Lo sé, y sin embargo nunca dejó de parecerme un sitio tan seguro y familiar. ¿Qué puedo hacer? Mi plan era abandonar la Comarca en secreto, camino de Rivendel, pero ya me siguen los pasos, aún antes de llegar a Los Gamos.

-Creo que tendrías que seguir ese plan -dijo Gildor-. No pienso que el camino sea muy difícil para tu coraje, pero si deseas consejos más claros tendrías que pedirselos a Gandalf. No conozco el motivo de tu huida y por eso mismo no sé de qué medios se valdrán tus perseguidores para atacarte. Gandalf lo sabrá, sin duda. Supongo que lo verás antes de dejar la Comarca.

-Así lo espero, pero esto es otra cosa que me inquieta. He esperado a Gandalf muchos días; tendría que haber llegado a Hobbiton hace dos noches cuando mucho, pero no apareció. Ahora me pregunto qué habrá ocurrido. ¿Crees necesario que lo espere?

Gildor guardó silencio un rato y al fin dijo:

-No me gustan estas noticias. El retraso de Gandalf no presagia nada bueno. Pero está dicho: «No te entremetas en asuntos de magos, pues son astutos y de cólera fácil.» Te corresponde a ti decidir: sigue o espéralo.

-Y también se ha dicho -respondió Frodo-: «No pidas consejo a los elfos, pues te dirán al mismo tiempo que sí y que no.»

-¿De veras? -rió Gildor-. Raras veces los elfos dan consejos indiscretos, pues un consejo es un regalo muy peligroso, aun del sabio al sabio, ya que todos los rumbos pueden terminar mal. ¿Qué pretendes? No me has dicho todo lo que a ti respecta;

entonces, ¿cómo podría elegir mejor que tú? Pero si me pides consejo te lo daré por amistad. Pienso que debieras partir inmediatamente, sin dilación y si Gandalf no aparece antes de tu partida, permíteme también aconsejarte que no vayas solo. Lleva contigo amigos de confianza y de buena voluntad. Tendrías que agradecermelo, pues no te doy este consejo de muy buena gana. Los elfos tienen sus propios trabajos y sus propias penas y no se entremeten en los asuntos de los hobbits o de cualquier otra criatura terrestre. Nuestros caminos rara vez se cruzan con los de ellos, por casualidad o a propósito; quizás este encuentro no sea del todo casual, pero el propósito no me parece claro y temo decir demasiado.

-Te estoy profundamente agradecido -dijo Frodo-. Pero me gustaría que me dijeras con claridad qué son los Jinetes Negros. Si sigo tu consejo, no he de ver a Gandalf durante mucho tiempo y tendría que conocer cuál es el peligro que me persigue.

-¿No es bastante saber que son siervos del enemigo? -respondió Gildor-. ¡Escapa de ellos! ¡No les hables! Son mortíferos. No me preguntes más. Mi corazón me anuncia que antes del fin, tú, Frodo, hijo de Drogo, sabrás más de estas cosas terribles que Gildor Inglorion. ¡Que Elbereth te proteja!

-¿Dónde encontraré coraje? -preguntó Frodo-. Es lo que más necesito.

-El coraje se encuentra en sitios insólitos -dijo Gildor-. Ten fe. ¡Duerme ahora! En la mañana nos habremos ido, pero te enviaremos nuestros mensajes a través de las tierras. Las Compañías Errantes sabrán de tu viaje y aquellos que tienen poder para el bien estarán atentos. ¡Te nombro amigo de los elfos y que las estrellas brillen para ti hasta el fin del camino! Pocas veces nos hemos sentido tan cómodos con gente extraña; es muy agradable oír palabras del idioma antiguo en labios de otros peregrinos del mundo.

Frodo sintió que el sueño se apoderaba de él, aún antes que Gildor terminara de hablar.

-Dormiré ahora -dijo y el elfo lo llevó junto a Pippin; y allí Frodo se echó sobre una cama y durmió sin sueños toda la noche.

UN ATAJO HACIA LOS HONGOS

A la mañana siguiente Frodo despertó renovado. Estaba acostado bajo una enramada; las ramas de un árbol bajaban entrelazadas hasta el suelo. La cama era de helecho y musgo, suave, profunda y extrañamente fragante. El sol refulgía entre las hojas temblorosas, todavía verdes. Frodo se levantó de un salto y salió.

Sam estaba sentado en la hierba, cerca del linde del bosque. Pippin, de pie, estudiaba el cielo y el tiempo. No había señales de los elfos.

-Nos han dejado fruta, bebidas y pan -dijo Pippin-. Ven a desayunar. El pan es casi tan bueno como anoche. Yo no quería dejarte nada, pero Sam insistió.

Frodo se sentó junto a Sam y empezó a comer.

-¿Cuál es el plan de hoy? -preguntó Pippin.

-Caminar hacia Los Gamos tan rápido como sea posible -respondió Frodo, volviendo su atención a la comida.

-¿Crees que volveremos a ver a alguno de los Jinetes? -preguntó Pippin alegremente.

Al sol de la mañana, la posibilidad de encontrarse con todo un escuadrón de Jinetes no le parecía muy alarmante.

-Sí, quizá -respondió Frodo, no muy a gusto con el recuerdo-. Espero cruzar el río sin que nos vean.

-¿Descubriste algo sobre ellos por lo que te dijo Gildor? -No mucho, sólo insinuaciones y adivinanzas -dijo Frodo evasivamente.

-¿Le preguntaste por el olfateo?

-No lo discutimos -dijo Frodo, con la boca llena.

-Tendrías que haberlo hecho; estoy seguro de que es muy importante.

-Y yo estoy seguro de que Gildor se hubiera negado a explicármelo -dijo Frodo, bruscamente ahora-. ¡Déjame en paz! No tengo ganas de responder a una sarta de preguntas mientras estoy comiendo. Quiero pensar.

-¡Cielos! -exclamó Pippin-. ¿Durante el desayuno?

Se alejó hacia el borde del prado. La mañana brillante, traidoramente brillante, según Frodo, no había desvanecido el temor de que lo persiguieran, y pensaba ahora en las palabras de Gildor. Oyó la alegre voz de Pippin, que corría por la hierba, cantando.

«No, no podría», se dijo. «Una cosa es llevar a mis jóvenes amigos a recorrer la Comarca hasta sentirnos muertos de hambre y cansancio y añorar la comida y la cama, y otra cosa es llevarlos al exilio donde el hambre y el cansancio no tienen remedio. La herencia es sólo mía. Ni siquiera creo que deba llevar a Sam.»

Miró a Sam Gamyi y descubrió que él estaba observándolo.

-Bien, Sam -le dijo-, ¿qué sucede? Abandonaré la Comarca tan pronto como pueda. He decidido no esperar ni siquiera un día en Cricava, si puedo evitarlo.

-¡Bien, señor!

-¿Todavía piensas venir conmigo?

-Sí.

-Será muy peligroso, Sam. Ya es peligroso. Quizá no volvamos, ninguno de nosotros.

-Si usted no vuelve, señor, es verdad que yo tampoco volveré -replicó Sam-. *¡No lo abandones!*, me dijeron. *¡Abandonarlo! Ni siquiera lo pienso. Iré con él, aunque suba a la luna; y si alguno de esos Jinetes Negros trata de detenerlo, tendrá que vérselas con Sam Gamyi*, dije. Ellos se echaron a reír.

-¿Quiénes son ellos? ¿Y de qué hablas?

-Los elfos, señor. Tuvimos una conversación anoche. Parecían saber que usted se iba y no vi la necesidad de negarlo. ¡Maravilloso pueblo los elfos, señor! ¡Maravilloso!

-Así es -dijo Frodo-. ¿Te siguen gustando, ahora que los viste más de cerca?

-A decir verdad, parecen estar por encima de mis simpatías o antipatías -respondió Sam lentamente-. Lo que yo pienso no importa mucho. Son bastante diferentes de lo que yo esperaba; tan jóvenes y viejos, tan alegres y tristes, si puede decirse así.

Frodo lo miró bastante confundido, como esperando ver algún signo exterior del extraño cambio que se había producido en Sam. La voz no era la del Sam Gamyi que él creía conocer. No obstante, seguía siendo el de antes, Sam Gamyi, allí sentado, pero tenía una expresión pensativa, lo que en él era insólito.

-¿Sientes aún la necesidad de abandonar la Comarca, ahora que cumpliste tu deseo de ver a los elfos? -le preguntó.

-Sí, señor; no sé cómo decirlo, pero después de anoche me siento diferente. Me parece ver el futuro, en cierto modo. Sé que recorreremos un largo camino hacia la oscuridad; pero también sé que no puedo volverme. No es que quiera ver elfos ahora, o dragones, o montañas... lo que quiero no lo sé exactamente, pero tengo que hacer algo antes del fin, y está ahí adelante, no en la Comarca. Tengo que buscarlo señor, si usted me entiende.

-No del todo, pero entiendo que Gandalf me eligió un buen compañero. Estoy contento. Iremos juntos.

Frodo terminó de desayunar en silencio. Poniéndose de pie, miró en derredor y llamó a Pippin.

-¿Todo listo? Hay que partir en seguida. Dormimos hasta tarde y todavía nos falta un buen trecho.

-Tú dormiste hasta tarde, querrás decir -replicó Pippin-. Me levanté mucho antes que tú y lo único que esperábamos era que terminaras de comer y de pensar.

-Ya he terminado ambas cosas y alcanzaré Balsadera de Gamoburgo tan rápido como sea posible. No haremos ningún rodeo, es decir, no volveré al camino que dejamos anoche; cortaré a través del campo.

-Entonces volarás -dijo Pippin-. No podrás cortar camino a pie por estos campos.

-De cualquier modo el trayecto será más corto -respondió Frodo-. Balsadera está al sudeste de Casa del Bosque, pero el camino tuerce hacia la izquierda; puedes ver allí una parte que va hacia el norte. Bordea a Marjala por el extremo norte y se une a la calzada del puente en Cepeda. Se desvía muchas millas. Podríamos ahorrarnos un cuarto de camino si trazásemos una línea recta de aquí a Balsadera.

-*Los atajos cortos traen retrasos largos* -arguyó Pippin-. El campo es escabroso por aquí y hay pantanos y toda clase de dificultades en Marjala. Conozco la región. Y si lo que te preocupa son los Jinetes Negros, no creo que sea mejor encontrarlos en un bosque o en el campo que en el camino.

-Es más difícil encontrar gente en bosques y campos -respondió Frodo-. Y si se supone que estás en el camino, es posible que te busquen allí y no fuera.

-Muy bien -dijo Pippin-, te seguiré por pantanos y zanjas. ¡Será muy duro! Había descontado que llegaríamos a *La Perca Dorada*, en Cepeda, antes de la caída del sol. La mejor cerveza de la Cuaderna del Este, o así era antes. Hace tiempo que no la pruebo.

-¡He aquí la razón! -dijo Frodo-. Los atajos cortos traen retrasos largos; pero las posadas los alargan todavía más. Te mantendremos alejado de *La Perca Dorada*, a toda costa. Tenemos que llegar a Balsadera antes que anochezca. ¿Qué te parece, Sam?

-Iré con usted, señor Frodo -dijo Sam, a pesar de sus dudas y de lamentar profundamente perder la mejor cerveza de la Cuaderna del Este.

-Bueno, si tenemos que luchar con pantanos y zarzas, partamos en seguida -dijo Pippin.

Hacía casi tanto calor como en la víspera, pero unas nubes comenzaron a levantarse en el oeste. Parecía que iba a llover. Los hobbits descendieron por una verde barranca empinada, ayudándose con pies y manos y se intemaron en la espesura de la arboleda. El itinerario que habían elegido dejaba Casa del Bosque a la izquierda y atravesaba oblicuamente los bosques en la falda oriental de la colina hasta las planicies del lado opuesto. Luego podrían seguir en línea recta hasta Balsadera, a campo abierto, aunque cruzando unos pocos alambradas y zanjas. Frodo estimó que tendrían que caminar dieciocho millas en línea recta.

No tardó en comprobar que el matorral era más espeso y enmarañado de lo que parecía. No había sendas en la maleza y no podrían ir muy rápido. Cuando llegaron al fin al pie de la barranca, se encontraron con un arroyo que bajaba de las colinas; el lecho era profundo, los bordes empinados y resbaladizos, cubiertos de zarzas y cortaba de modo muy inoportuno la línea que se habían trazado. No podían saltarlo, ni tampoco cruzarlo sin empaparse las ropas, cubrirse de arañazos y embarrarse de pies a cabeza. Se detuvieron buscando una solución.

-¡Primer inconveniente! -dijo Pippin con una sonrisa torva.

Sam Gamyi miró atrás. Entre un claro de los árboles alcanzó a ver la cima de la barranca verde por donde habían bajado.

-¡Mire! - dijo, tomando el brazo de Frodo. Todos miraron y vieron allá arriba, recortándose en la altura, contra el cielo, la silueta de un caballo. Junto a él se inclinaba una figura negra.

Abandonaron en seguida toda idea de volver atrás. Guiados por Frodo se escondieron rápidamente entre los arbustos espesos que crecían a orillas del agua.

-¡Cáspita! -le dijo Frodo a Pippin-. ¡Los dos teníamos razón! El atajo no es nada seguro, pero nos salvamos a tiempo. Tienes oídos finos, Sam, ¿oyes si viene algo?

Se quedaron muy quietos, reteniendo el aliento mientras escuchaban; pero no se oía ningún ruido de persecución.

-No creo que intente traer el caballo barranca abajo -dijo Sam-, pero quizá sepa que nosotros bajamos por ahí. Mejor es que sigamos.

Seguir no era nada fácil; tenían que cargar los fardos y los arbustos y las zarzas no los dejaban avanzar. La loma de atrás cerraba el paso al viento y el aire estaba quieto y pesado. Cuando llegaron al fin a un lugar más descubierto, estaban sofocados de calor, cansados, rasguñados y ya no muy seguros de la dirección que seguían. Las márgenes del arroyo se hacían más bajas en la llanura, se separaban y eran menos profundas, desviándose hacia Marjala y el río.

-¡Pero éste es el arroyo Cepeda! -dijo Pippin-. Si queremos retomar nuestro camino, tenemos que cruzarlo en seguida y doblar a la derecha.

Vadearon el arroyo y salieron de prisa a un amplio espacio abierto, cubierto de juncos y sin árboles. Poco más allá había otro cinturón de árboles, en su mayoría robles altos y algunos olmos y fresnos. El suelo era bastante llano, con poca maleza, pero los árboles estaban demasiado juntos y no permitían ver muy lejos. Unas ráfagas súbitas hacían volar las hojas y las primeras gotas comenzaron a caer del cielo plomizo. Luego el viento cesó y la lluvia torrencial se abatió sobre ellos. Caminaban ahora penosamente, tan a prisa como podían, sobre matas de pasto, atravesando montones espesos de hojas muertas y alrededor de ellos la lluvia crepitaba y empapaba el suelo. No hablaban, pero no dejaban de mirar atrás y a los costados.

Media hora más tarde Pippin dijo:

-Espero que no hayamos torcido demasiado hacia el sur y que no estemos cruzando el bosque de punta a punta. No es muy ancho, no más de una milla me parece, y ya tendríamos que estar del otro lado.

-No serviría de nada que comenzáramos a zigzaguear -dijo Frodo-. No arreglaría las cosas. Sigamos como hasta ahora. No estoy seguro de querer salir a campo abierto todavía.

Recorrieron otro par de millas. Luego el sol brilló de nuevo entre desgarrones de nubes y la lluvia decreció. Ya había pasado el mediodía y sintieron que era hora de almorzar. Se detuvieron bajo un olmo de follaje amarillo, pero todavía espeso. El suelo estaba allí seco y abrigado. Cuando empezaron a preparar la comida, advirtieron que los elfos les habían llenado las botellas con una bebida clara, de color dorado pálido; tenía la fragancia de una miel de muchas flores y era maravillosamente refrescante. Pronto comenzaron a reír, burlándose de la lluvia y de los Jinetes Negros. Sentían que pronto dejarían atrás las últimas millas.

Frodo se recostó en el tronco de un árbol y cerró los ojos. Sam y Pippin se sentaron cerca y se pusieron a tararear y luego a cantar suavemente:

*¡Ho! ¡Ho! ¡Ho! A la botella acudo
para curar el corazón y ahogar las penas.
La lluvia puede caer, el viento puede soplar
y aún tengo que recorrer muchas millas,
pero me acostaré al pie de un árbol alto
y dejaré que las nubes naveguen en el cielo.*

-¡Ho! ¡Ho! ¡Ho! -volvieron a cantar, esta vez más fuerte. De pronto se interrumpieron. Frodo se incorporó de un salto. El viento traía un lamento prolongado, como el llanto de una criatura solitaria y diabólica. El grito subió y bajó, terminando en una nota muy aguda. Se quedaron como estaban, sentados o de pie, paralizados de pronto y oyeron otro grito más apagado y lejano, pero no menos estremecedor. Luego hubo un silencio, sólo quebrado por el sonido del viento en las hojas.

-¿Qué crees que fue? -preguntó por fin Pippin, tratando de parecer despreocupado, pero temblando un poco-. Si era un pájaro, no lo oí nunca en la Comarca.

-No era pájaro ni bestia -dijo Frodo-. Era una llamada o una señal, pues en ese grito había palabras que no pude entender. Ningún hobbit tiene una voz semejante.

No dijeron nada más. Todos pensaban en los Jinetes Negros, aunque ninguno los mencionó. No sabían ahora si quedarse o continuar; pero, tarde o temprano, tendrían que cruzar el campo abierto hacia Balsadera. Era preferible hacerlo cuanto antes, a la luz del día. Instantes más tarde ya habían cargado otra vez los bultos y echaban a andar.

Poco después el bosque terminó de pronto. Unas tierras anchas y cubiertas de pastos se extendían ante ellos. Comprobaron entonces que se habían desviado, en efecto, demasiado hacia el sur. A lo lejos, dominando la llanura, podían entrever la colina baja de Gamoburgo, del otro lado del río, que ahora estaba a la izquierda. Se arrastraron con muchas precauciones fuera de la arboleda y atravesaron el claro lo más rápido posible.

Al principio estaban asustados, fuera del abrigo del bosque. Lejos, detrás de ellos, se alzaba el sitio donde habían desayunado. Frodo casi esperaba ver allá arriba la figura pequeña y distante de un jinete, recortada contra el cielo, pero no descubrió nada. El sol, escapando de las nubes desgarradas mientras descendía a las lomas que habían dejado atrás, brillaba de nuevo. Pronto perdieron el miedo, aunque todavía se sentían intranquilos. El paisaje era cada vez más ordenado y doméstico. Llegaron así a praderas y campos bien cuidados, en los que había cercos, portones y zanjas de desagüe. Todo parecía tranquilo y apacible, un rincón de la Comarca como tantos otros. A cada paso iban sintiéndose más animados. La línea del río se acercaba, y los Jinetes Negros comenzaban a parecerles fantasmas de los bosques, muy lejanos ahora.

Bordearon un enorme campo de nabos y llegaron a la puerta de un cercado; más allá, entre setos bien cuidados y de poca altura, corría una senda hacia un distante grupo de árboles. Pippin se detuvo.

-¡Conozco estos campos y esta puerta! - dijo -. Esto es el Habar, las tierras del viejo Maggot. Mirad la granja, allá entre los árboles.

-¡Dificultad tras dificultad! -dijo Frodo; parecía casi tan asustado como si Pippin le hubiese dicho que la senda llevaba a la guarida de un dragón. Los otros lo miraron con sorpresa.

-¿Qué ocurre con el viejo Maggot? -dijo Pippin-. Es un buen amigo de todos los Brandigamo. Por supuesto, es el terror de los intrusos, pues tiene perros feroces. Después de todo, la gente de aquí está muy cerca de la frontera y ha de estar prevenida.

-Lo sé -dijo Frodo y rió avergonzado-, pero lo mismo me aterrorizan él y sus perros. Evité esta granja durante años y años. Cuando yo era joven en Casa Brandi y venía aquí en busca de hongos, me pescó varias veces. La última me castigó, me mostró los perros y les dijo: «Miren, muchachos, la próxima vez que éste pise mis tierras, pueden comérselo; ahora, ¡échenlo!» Me persiguieron hasta Balsadera. Nunca me recobré del miedo, aunque he de decir que esas bestias conocían bien sus obligaciones y ni siquiera me tocaron.

Pippin rió diciendo:

-Bien, es tiempo de saldar cuentas. Especialmente si vas a vivir de nuevo en Los Gamos. El viejo Maggot es realmente un buen tipo, si dejas sus setas en paz. Sigamos la senda y no podrán decir que somos intrusos. Si lo encontramos, yo le hablaré. Es amigo de Merry y yo solía venir aquí con él muy a menudo en otro tiempo.

Siguieron la senda hasta que vieron los techos bardados de una casa grande y los edificios de la granja que asomaban entre los árboles al frente. Los Maggot y los Barroso de Cepeda y la mayoría de los habitantes de Marjala habitaban en casas. La granja estaba sólidamente construida con ladrillos, rodeada por un muro alto. Un portón ancho de madera se abría en el muro sobre el camino.

Se acercaron y unos aullidos y ladridos temibles estallaron de pronto y una voz gritó.

-¡Garra! ¡Colmillo! ¡Lobo! ¡A callar, muchachos!

Frodo y Sam se detuvieron en seco, pero Pippin se adelantó unos pasos. La puerta se abrió y tres perros enormes salieron al camino y se precipitaron sobre los viajeros ladrando fieramente. Pasaron por alto a Pippin; Sam se encogió contra la pared mientras dos perros con aspecto de lobos lo husmeaban con desconfianza y le mostraban los dientes cada vez que se movía. El mayor y más feroz de los tres se detuvo frente a Frodo, erizado y gruñendo. En la puerta apareció un hobbit macizo de cara redonda y roja.

-¡Hola! ¡Hola! ¿Quiénes pueden ser y qué pueden desear? -¡Buenas tardes, señor Maggot! -dijo Pippin.

El granjero lo miró detenidamente.

-¡Ah, si es el señor Pippin; mejor dicho, el señor Peregrin Tuk! -exclamó, trocando su mueca por una amplia sonrisa-. Hace mucho tiempo que no viene por aquí. Es una suerte para usted que lo conozca. Yo ya estaba a punto de azuzar a mis perros. Pasan cosas raras últimamente. Por supuesto, de vez en cuando hay gente extraña rondando. Demasiado cerca del río -dijo, moviendo la cabeza-. Pero ese sujeto era el más extraño que yo haya visto nunca. No volverá a cruzar mi tierra sin permiso, si puedo impedirlo.

-¿A qué sujeto se refiere? -preguntó Pippin.

-¿Entonces no lo vieron? -dijo el granjero-. Tomó el camino ala calzada no hace mucho. Era un parroquiano raro, que hacía preguntas raras. Entre y hablaremos de las últimas novedades. Tengo una pizca de buena cerveza de barril, si usted y sus amigos están de acuerdo, señor Tuk.

Era evidente que el granjero les diría algo más si le daban oportunidad y tiempo, de modo que todos aceptaron la invitación.

-¿Y los perros? -preguntó ansiosamente Frodo.

El granjero rió.

-No le harán daño, a menos que yo lo ordene. ¡Aquí, Garra! ¡Fuera, Colmillo! ¡Lobo! -gritó.

Los perros se alejaron, para alivio de Frodo y Sam.

Pippin presentó sus amigos al granjero.

-El señor Frodo Bolsón -dijo-. No lo recordará, pero vivió en Casa Brandi.

Al oír el nombre de Bolsón, el granjero se sobresaltó y echó a Frodo una mirada penetrante.

Durante un momento Frodo pensó que Maggot había recordado de pronto las setas robadas y que les diría a los perros que lo echasen fuera. Pero el granjero lo tomó por un brazo.

-Bien, ¿no es esto todavía más extraño? -exclamó-. El señor Bolsón, ¿eh? ¡Entren! Tenemos que hablar.

Entraron en la cocina de la granja y se sentaron junto a la amplia chimenea. La señora Maggot trajo cerveza en una enorme jarra y llenó cuatro picheles. Era una buena cerveza y Pippin se sintió más que compensado por no haber ido a *La Perca Dorada*. Sam sorbió su cerveza con recelo. Tenía una desconfianza natural hacia los habitantes de otras partes de la Comarca y no estaba dispuesto a hacer amistad rápidamente con nadie que hubiese golpeado a su señor, aunque fuera largo tiempo atrás.

Luego de breves observaciones sobre el tiempo y las perspectivas agrícolas, que no eran peores que otras veces, el granjero Maggot dejó su pichel y los miró a uno por uno.

-Ahora, señor Peregrin -dijo-, ¿de dónde vienen y hacia dónde van? ¿Vienen a visitarme? Pues si es así, podrían haber pasado por mi puerta sin que yo los viera.

-Bueno, no -respondió Pippin-. A decir verdad, puesto que lo ha adivinado, hemos llegado al sendero por la otra punta, atravesando los campos de usted, pero fue sólo por accidente. Perdimos el camino en el bosque, cerca de Casa del Bosque, tratando de encontrar un atajo hacia Balsadera.

-Si tienen prisa, les hubiera convenido más tomar el camino -dijo el granjero-. Pero no era esa mi preocupación. Pueden ustedes andar por todas mis tierras, si así lo desean, señor Peregrin. Y usted también, señor Bolsón, aunque supongo que todavía le gustan las setas. -Se rió. - Sí, reconocí el nombre. Recuerdo la época en que el joven Frodo Bolsón era uno de los peores pilluelos de Los Gamos. Pero no estaba pensando

en setas. Oí el nombre, Bolsón, poco tiempo antes que ustedes llegaran. ¿Qué creen que me preguntó el extraño parroquiano?

Los hobbits esperaron ansiosamente a que el granjero continuara hablando.

-Bien -dijo el granjero, paladeando la lentitud con que llegaba el asunto-. Vino cabalgando en un caballo negro y enorme, cruzó el portón que estaba abierto y llegó hasta mi puerta. Todo negro, él también y envuelto en una capa y encapuchado como si no quisiera que lo reconociesen. Pensé para mis adentros: « ¿Qué querrá en la Comarca?» No vemos mucha gente grande de este lado de la frontera y de todos modos nunca oí hablar de algo parecido a este individuo negro.

"Buen día", le dije acercándome. "Este sendero no lleva a ninguna parte y vaya a donde vaya lo más corto será que vuelva en seguida al camino." No me gustaba su aspecto y cuando Garra acudió, lo husmeó y soltó un aullido como si lo hubiesen atravesado con una aguja. Se escapó con la cola entre las patas, lloriqueando. El sujeto negro no se inmutó.

»"Vengo de más allá", dijo lentamente, muy tieso, señalando hacia el oeste, sobre mis campos. "¿Ha visto a Bolsón?", me preguntó con una voz rara, inclinándose hacia mí. No pude verle la cara, oculta bajo el capuchón y sentí que una especie de escalofrío me corría por la espalda. Pero no entendía cómo había atravesado mis tierras con tanta audacia, a caballo.

»"¡Váyase!", le ordené. "No hay aquí ningún Bolsón. Se ha equivocado de sitio. Es mejor que vuelva a Hobbiton, pero esta vez por la calzada."

»"Bolsón ha partido", murmuró. "Viene hacia aquí y no está lejos. Deseo encontrarlo. Si pasa, ¿me lo dirá? Volveré con oro."

»"No, no volverá aquí", repliqué. "Volverá al lugar que le corresponde y rápido. Le doy un minuto antes que llame a todos mis perros."

»El hombre lanzó una especie de silbido. Quizás era una risa, o no. Luego me echó encima el caballo y saltó a un lado justo a tiempo. Llamé a los perros, pero se volvió rápidamente y desapareció por el portón tomando el sendero hacia la calzada, como un relámpago.

»¿Qué piensan de todo esto? -concluyó el granjero.

Frodo se quedó mirando las llamas un rato; no pensaba en otra cosa que en cómo diablos llegaría a Balsadera.

-No sé qué pensar -dijo al fin.

-Entonces yo mismo voy a decírselo -continuó Maggot-. No tendría que haberse mezclado con la gente de Hobbiton, señor Frodo. Son gente rara allá. -Sam se revolvió en su silla y echó al granjero una mirada hostil. - Pero usted siempre ha sido un cabeza dura. Cuando supe que había dejado a los Brandigamo yéndose a vivir con el viejo señor Bilbo, dije que usted las pasaría mal. Oiga bien lo que le digo: todo esto viene de la rara conducta del señor Bilbo. Dicen que obtuvo su dinero de modo extraño, en lugares distantes. Quizás alguien desee saber qué ocurrió con el oro y las joyas que enterró en la colina de Hobbiton, según he oído.

Frodo no respondió; la perspicacia de las hipótesis del granjero era desconcertante.

-Bien, señor Frodo, me alegro de que haya tenido el buen tino de volver a Los Gamos -continuó Maggot-. Mi consejo es: ¡quédese ahí! Y no se mezcle con gente de otros lados. Se hará de amigos en estos lugares. Si algunos de esos sujetos negros vuelve a buscarlo, se las verá conmigo. Diré que usted ha muerto, o que ha abandonado la Comarca, o lo que usted quiera. Lo que será bastante cierto, pues lo más probable es que deseen saber del señor Bilbo y no de usted.

-Quizás esté en lo cierto -dijo Frodo, evitando los ojos del granjero y mirando las llamas.

Maggot lo observó pensativamente.

-Veo que tiene usted sus propias ideas -dijo-. Es claro como el agua que ni usted ni el jinete vinieron en la misma tarde por casualidad y quizá mis noticias no son muy nuevas para usted, después de todo. No le pido que me diga algo que quiera guardar en secreto, pero me doy cuenta de que está preocupado. Tal vez piensa que no le será muy fácil llegar a Balsadera sin que le pongan las manos encima.

-Así es -dijo Frodo-, pero tenemos que intentarlo y no lo conseguiremos si nos quedamos aquí sentados pensando en el asunto. Así pues, temo que debemos partir. ¡Muchas gracias por su amabilidad! Usted y sus perros me han aterrorizado durante casi treinta años, granjero Maggot, aunque se ría al oírlo. Lástima, pues he perdido un buen amigo y ahora lamento tener que partir tan pronto. Quizá vuelva un día, si me acompaña la suerte.

-Será bien recibido -dijo Maggot-. Pero tengo una idea. Ya está anocheciendo y cenaremos de un momento a otro, pues por lo general nos vamos a acostar poco después que el sol. Si usted y el señor Peregrin y todos quisiesen quedarse a tomar un bocado con nosotros, nos sentiríamos muy complacidos.

-¡Nosotros también! -dijo Frodo-. Pero tenemos que partir en seguida.

-¡Ah!, pero un minuto. Iba a decir que después de cenar sacaré una pequeña carreta y los llevaré a todos a Balsadera. Les evitaré una larga caminata y quizá también otras dificultades.

Frodo aceptó agradecido la invitación, para alivio de Pippin y Sam. El sol se había escondido ya tras las colinas del oeste y la luz declinaba. Aparecieron dos de los hijos de Maggot y las tres hijas y sirvieron una cena generosa en la mesa grande. La cocina fue iluminada con velas y reavivaron el fuego. La señora Maggot iba y venía. En seguida entraron uno o dos hobbits del personal de la granja; poco después eran catorce a la mesa. Había cerveza en abundancia y una fuente de setas y tocino, además de otras muchas suculentas viandas caseras. Los perros estaban sentados junto al fuego, royendo cortezas y triturando huesos.

Terminada la cena, el granjero y sus hijos llevaron fuera un farol y prepararon la carreta. Cuando salieron los invitados, ya había oscurecido. Cargaron bultos en la carreta y subieron. El granjero se sentó en el banco del conductor y azuzó con el látigo a los dos vigorosos poneys. La señora Maggot lo miraba de pie desde la puerta iluminada.

-¡Ten cuidado, Maggot! -exclamó-. ¡No discutas con extraños y vuelve aquí directamente!

-Eso haré -dijo Maggot, cruzando el portón.

La noche era apacible, silenciosa y fresca. Partieron sin luces, lentamente. Luego de una o dos millas llegaron al extremo del camino, cruzaron una fosa profunda y subieron una pequeña cuesta hasta la calzada.

Maggot descendió y miró a ambos lados, norte y sur, pero no se veía nada en la oscuridad y no se oía ningún sonido en el aire quieto. Unas delgadas columnas de niebla flotaban sobre las zanjas y se arrastraban por los campos.

-La niebla será espesa -dijo Maggot-, pero no encenderé mis faroles hasta dejarlos a ustedes. Oiremos cualquier cosa en el camino, antes de tropezamos con ella esta noche.

Balsadera estaba a unas cinco millas de la casa de Maggot. Los hobbits se arrojaron de pies a cabeza, pero con los oídos atentos a cualquier sonido que se elevase sobre el crujido de las ruedas y el espaciado *clop-clop* de los poneys. El carro le parecía

a Frodo más lento que un caracol. junto a él, Pippin cabeceaba soñoliento, pero Sam clavaba los ojos en la niebla que se alzaba delante.

Por fin llegaron a la entrada de Balsadera, señalada por dos postes blancos que asomaron de pronto a la derecha del camino. El granjero Maggot sujetó los poneyes y el carro se detuvo. Estaban comenzando a descargar cuando oyeron lo que tanto temían: unos cascos en el camino allá más adelante. El sonido venía hacia ellos.

Maggot bajó de un salto y sostuvo firmemente la cabeza de los poneyes, escudriñando la oscuridad. *Clip-clop, clip-clop*; el jinete se acercaba. El golpe de los cascos resonaba en el aire callado y neblinoso.

-Es mejor que se oculte, señor Frodo -dijo Sam ansiosamente-. Usted acuéstese en la cama y cúbrase con la manta. ¡Nosotros nos ocuparemos del jinete!

Bajó y se unió al granjero. Los Jinetes Negros tendrían que pasar por encima de él para acercarse a la carreta. *Clip-clop, clip-clop*.

El jinete estaba casi sobre ellos.

-¡Eh, ahí! -llamó el granjero Maggot.

El ruido de cascos se detuvo. Creyeron vislumbrar entre la bruma una sombra oscura y embozada, uno o dos metros más adelante.

-¡Cuidado! -dijo el granjero arrojándole las riendas a Sam y adelantándose-. ¡No dé ni un paso más! ¿Qué busca y a dónde va?

-Busco al señor Bolsón, ¿lo ha visto? -dijo una voz apagada: la voz de Merry Brandigamo. Se encendió una linterna y la luz cayó sobre la cara asombrada del granjero.

-¡Señor Merry! -gritó.

-¡Sí, por supuesto! ¿Quién creía que era? -exclamó Merry acercándose.

Cuando Merry salió de la bruma y los temores de los otros se apaciguaron, pareció que la figura se le empequeñecía hasta tener la talla común de un hobbit. Iba montado en un poney y una bufanda que le envolvía el cuello hasta la barbilla le protegía de la niebla.

Frodo saltó de la carreta para saludarlo.

-¡Así que aquí estás por fin! -dijo Merry -. Comenzaba a preguntarme si aparecerías hoy y ya me iba a cenar. Cuando se levantó la niebla fui a Cepeda a ver si habías caído en un pantano. Maldito si sé por dónde has venido. ¿Dónde los encontré, señor Maggot? ¿En la laguna de los patos?

-No. Los descubrí merodeando -dijo el granjero-, y casi les suelto los perros, pero sin duda ellos le contarán toda la historia. Ahora, si me permiten, señor Merry, señor Frodo y todos, lo mejor es que vuelva a casa. La señora Maggot estará preocupada, con esta cerrazón.

Hizo retroceder la carreta y dio media vuelta.

-Buenas noches a todos -dijo -. Ha sido un extraño día, sin ninguna duda. Pero todo está bien cuando termina bien. Aunque quizá nosotros no podamos decirlo hasta que cada uno llegue a su casa. No negaré que me sentiré feliz entonces.

Encendió los faroles y se levantó. De pronto sacó de debajo del asiento una canasta grande.

-Casi lo olvidaba -dijo-. La señora Maggot lo preparó para el señor Bolsón, con sus recuerdos.

Tendió la canasta y se alejó, seguido por un coro de gracias y buenas noches.

Los hobbits se quedaron mirando los pálidos halos de luz de los faroles, que se perdían en la noche brumosa. De repente, Frodo se echó a reír; de la canasta cubierta que tenía en las manos subía un olor a hongos.

CONSPIRACION DESENMASCARADA

-Lo mejor que podemos hacer es irnos también a casa -dijo Merry-. Hay algo raro en todo esto, me doy cuenta, pero habrá que esperar a que lleguemos.

Doblaron por el sendero de Balsadera, que era recto y bien cuidado, bordeado con grandes piedras blanqueadas a la cal. Unos cien metros más allá desembocaba en la orilla del río, donde había un ancho embarcadero de madera. Una balsa grande estaba amarrada a un lado. Los bolardos blancos brillaban a la luz de dos linternas instaladas sobre unos postes. Detrás, la bruma de los llanos se alzaba por encima de los matorrales; pero delante el agua era oscura y unas espirales como de vapor flotaban entre las cañas de la orilla. Parecía haber menos niebla del otro lado.

Merry llevó al poney a la balsa por una pasarela y los otros fueron detrás. Luego impulsó lentamente la balsa con un largo bichero. El Brandivino fluía ante ellos lento y ancho. Del otro lado la orilla era escarpada y un camino tortuoso ascendía desde el embarcadero. Allí unas linternas parpadeaban. Detrás, asomaba la colina de Los Gamos y en la falda de la colina, entre jirones de niebla, brillaban muchas ventanas redondas, rojas y amarillas. Eran las ventanas de Casa Brandi, antiguo hogar de los Brandigamo.

Mucho tiempo atrás, Gorhendam Gamoviejo, cabeza de familia de los Gamoviejo, uno de los más viejos en Marjala o en la Comarca, había cruzado el río, límite original de las tierras orientales. Edificó (y excavó) Casa Brandi, tomó el nombre de Brandigamo y se estableció allí hasta llegar a ser el señor de lo que podía llamarse un pequeño país independiente. La familia Brandigamo aumentó y aumentó y luego de la muerte de Gorhendam continuó creciendo, hasta que Casa Brandi ocupó todo el pie de la colina y tuvo tres amplias puertas principales, muchas laterales y cerca de cien ventanas. Los Brandigamo y las numerosas gentes que dependían de ellos comenzaron a excavar y más tarde a construir alrededor. Este fue el origen de Los Gamos, una faja de tierra densamente poblada, entre el río y el Bosque Viejo, una especie de colonia de la Comarca. La villa principal era Gamoburgo, que se apretaba en los terraplenes y lomas detrás de Casa Brandi.

La gente de Marjala era amiga de la de Los Gamos, y los granjeros entre Cepeda y junquera aún reconocían la autoridad del Señor de la Casa (como llamaban al jefe de familia de los Brandigamo), pero la mayoría de los habitantes de la vieja Comarca consideraba a la gente de Los Gamos como singular y algo extranjera, por así decirlo, aunque en realidad no se diferenciaba mucho de los hobbits de las Cuatro Cuadernas. Excepto en un punto: eran muy aficionados a los botes y algunos de ellos hasta sabían nadar.

El lado este de aquellas tierras no tenía en un principio ninguna defensa, pero los Brandigamo levantaron allí una empalizada que llamaron Cerca Alta. Había sido plantada muchas generaciones atrás y ahora era elevada y tupida pues la cuidaban constantemente. Corría a lo largo de la orilla desde el Puente del Brandivino siguiendo una amplia curva hasta el Fin de la Cerca (donde el Tornasauce salía de la floresta y se unía al Brandivino): unas veinte millas de extremo a extremo. Por supuesto, la protección no era completa, pues la floresta crecía junto a la cerca en muchos sitios. La gente de Los Gamos cerraba las puertas con llave al oscurecer y esto tampoco se acostumbraba en la Comarca.

La balsa se movía lentamente en el agua. La ribera de Los Gamos iba acercándose. Sam era el único que aún no había cruzado el río. Miraba las aguas lentas y gorgoteantes y tuvo una curiosa impresión: su vida anterior quedaba atrás entre las nieblas; delante lo esperaban oscuras aventuras. Se rascó la cabeza y durante un momento deseó que el señor Frodo hubiera continuado viviendo apaciblemente en Bolsón Cerrado.

Los cuatro hobbits dejaron la balsa. Merry estaba amarrándola y Pippin guiaba el poney sendero arriba, cuando Sam (quien había mirado atrás, como despidiéndose de la Comarca) dijo en un ronco murmullo:

-¡Mire atrás, señor Frodo! ¿No ve algo?

En el otro atracadero, bajo lámparas distantes, alcanzaron a vislumbrar apenas una figura; parecía un bulto negro abandonado allí. Pero mientras miraban les pareció que se movía de un lado a otro, como escudriñando el suelo. Luego se arrastró, o retrocedió agachándose, de vuelta a la oscuridad, más allá de las lámparas.

-¿Qué diantres es eso? -exclamó Merry.

-Algo que viene siguiéndonos -dijo Frodo- No preguntes más por ahora. Escapemos de aquí en seguida. -Subieron por el sendero hasta lo alto de la barranca, pero cuando miraron atrás la niebla cubría la Orilla, y no se veía nada.

-¡Por suerte no hay botes en la ribera oeste! -dijo Frodo-. ¿Pueden cruzar el río los caballos?

-Pueden ir veinte millas al norte hasta el Puente del Brandivino, o pueden nadar -respondió Merry-, aunque nunca oí de ningún caballo que cruzara a nado el Brandivino. ¿Pero qué importan los caballos?

-Te lo diré más tarde. Vayamos a tu casa y allí podremos hablar. -Bien. Conoces el camino, tú y Pippin. Yo me adelantaré a caballo para avisar a Gordo Bolger. Nos pondremos de acuerdo sobre la cena y otras cosas.

-Ya tuvimos una cena temprana, con el granjero Maggot -replicó Frodo-, pero podríamos tener otra.

-¡Así será! Dame esa canasta -dijo Merry y partió adelantándose en la oscuridad.

Entre la nueva casa de Frodo, en Cricava, y el Brandivino había alguna distancia. Dejaron la Colina de Los Gamos y Casa Brandi a la izquierda y en las afueras de Gamoburgo tomaron el camino principal de Los Gamos, que corría desde el puente hacia el sur. Media milla al norte, encontraron un sendero que se abría a la derecha. Lo siguieron un par de millas, subiendo y bajando por los campos.

Al fin llegaron a una puerta estrecha, en un seto. Nada podía verse de la casa en la oscuridad; se levantaba lejos del sendero en medio de un círculo de césped, rodeada por un cinturón de árboles bajos, dentro del cerco exterior. Frodo la había elegido porque el sitio era apartado y no tenía vecinos próximos. Se podía entrar y salir sin que nadie lo viera a uno. La habían construido los Brandigamo mucho tiempo atrás, para uso de invitados o miembros de la familia que desearan escapar por un tiempo a la tumultuosa vida de Casa Brandi. Era una antigua casa de campo, lo más parecida posible a la cueva de un hobbit. Larga y baja, de un solo piso, tenía techo de paja, ventanas redondas y una gran puerta redonda. Mientras subían por el sendero verde, desde la puerta en el cercado, no vieron ninguna luz. Las ventanas estaban oscuras y con las persianas cerradas. Frodo golpeó la puerta y Gordo Bolger vino a abrir. Una luz acogedora se derramó hacia afuera. Los hobbits se deslizaron rápidamente en la casa y se encerraron junto con las luces. Vieron que estaban en un vestíbulo amplio con puertas a los lados; delante de ellos corría un pasillo, hacia el centro de la casa.

-¿Qué te parece? -preguntó Merry, viniendo por el pasillo-. Hemos hecho lo imposible en este poco tiempo. Queríamos que te sintieras en casa. Al fin y al cabo, Tordo y yo no llegamos aquí hasta ayer con el último cargamento.

Frodo miró alrededor. Todo era allí hogareño, de veras. La mayoría de sus muebles preferidos, o mejor los de Bilbo (le recordaban vivamente a Bilbo en aquel nuevo ámbito) habían sido ordenados todo lo posible de acuerdo con la disposición de Bolsón Cerrado. Era un sitio agradable, cómodo, acogedor y se encontró deseando haber venido a instalarse realmente en ese retiro tranquilo. Le pareció injusto haber expuesto a sus amigos a todas estas molestias y se preguntó de nuevo cómo podría decirles que los abandonaría muy pronto, en seguida, en verdad. Ya no le quedaba otro remedio que hablarles esa misma noche, antes que todos se acostaran.

-Maravilloso -dijo con un esfuerzo-. Apenas noto que me he mudado.

Los viajeros colgaron las capas y apilaron los bultos sobre el piso. Merry los llevó por el pasillo y en el otro extremo abrió una puerta. El resplandor de un fuego salió al pasillo y una bocanada de vapor.

-¡Un baño! -gritó Pippin-. ¡Oh, bendito Meriadoc!

-¿En qué orden entraremos? -preguntó Frodo -. ¿Primero los más viejos o los más rápidos? De cualquier modo tú serás el último, señor Peregrin.

-Confíad en mí para arreglar mejor las cosas -dijo Merry-. No podemos comenzar nuestra vida en Cricava discutiendo por el baño. En esa habitación hay tres tinas y una caldera de agua hirviendo. Hay también toallas, esteras y jabón. ¡Entrad y de prisa!

Merry y Gordo fueron a la cocina, en el otro extremo del corredor, y se ocuparon de los preparativos finales para una cena tardía. Trozos de canciones que competían unas con otras venían desde el cuarto de baño, mezcladas con el chapoteo y el sonido del agua que desbordaba en las tinas. La voz de Pippin se elevó por encima de las otras en una de las canciones de baño favoritas de Bilbo:

*¡Oh, el baño a la caída de la tarde,
que quita el barro del cansancio!
Tonto es aquel que ahora no canta.
¡Oh, el agua caliente, qué bendición!*

*Oh, dulce es el sonido de la lluvia que cae
y del arroyo que baja de la colina al valle,
pero mejor que la lluvia y los arroyos rizados
es el agua caliente humeando en la tina.*

*Oh, el agua fresca, échala si quieres
en una garganta abrasada y complácele,
pero mejor es la cerveza si hay ganas de beber,
y el agua caliente que corre por la espalda.*

*¡Oh, es hermosa el agua que salta hacia arriba
en una fuente blanca bajo el cielo,
pero no ha habido nunca un sonido más dulce
que mis pies chapoteando en el agua caliente!*

Se oyó un terrible chapoteo y una interjección de Frodo. Parecía que una buena parte del baño de Pippin había imitado a la fuente, saltando hacia arriba.

Merry se acercó a la puerta.

-¿Qué os parece una cena y cerveza en las gargantas abrasadas? -llamó.

Frodo salió enjugándose los cabellos.

-Hay tanta agua en el aire, que terminaré de secarme en la cocina -dijo.

-¡Cielos! -exclamó Merry, echando una mirada al interior. El piso de piedra estaba inundado-. Tendrás que secarlo todo antes de probar un solo bocado, Peregrin -dijo-. ¡Date prisa, o no te esperaremos!

Cenaron en la cocina, sentados a una mesa próxima al fuego. -Supongo que vosotros tres no comeréis hongos de nuevo -dijo Fredegar, sin mucha esperanza.

-¡Sí, comeremos! -gritó Pippin.

-¡Son míos! - dijo Frodo -. Me los dio a mí la señora Maggot, la perla de las esposas de los granjeros. Quitá tus ávidas manos de ahí, que yo los serviré.

Los hobbits tienen pasión por las setas, una pasión que sobrepasa los gustos más voraces de la Gente Grande. Hecho que explica en parte las largas expediciones del joven Frodo a los renombrados campos de Marjala y la ira del perjudicado Maggot. En esta ocasión había en abundancia para todos, aun de acuerdo con las normas de los hobbits. Había también otras muchas cosas, que vendrían después, y cuando terminaron de cenar, Gordo Bolger exhaló un suspiro de satisfacción. Retiraron la mesa y pusieron sillas alrededor del fuego.

-Limpiaremos todo más tarde -dijo Merry-. Ahora, ¡cuéntame! Me imagino que habrás tenido aventuras, y sin mí, lo que no me parece justo. Quiero que lo cuentes todo; y lo que más deseo es saber qué ocurrió con el viejo Maggot y por qué me habló de ese modo. Parecía asustado, si eso es posible.

-Todos hemos estado asustados -dijo Pippin al cabo de un rato. Frodo clavaba los ojos en el fuego y no decía una palabra-. Tú también lo habrías estado si los Jinetes Negros te hubiesen perseguido durante dos días.

-¿Quiénes son?

-Figuras negras que cabalgan en caballos negros -respondió Pippin-. Si Frodo no quiere hablar, yo te contaré la historia desde el principio.

Pippin relató entonces todos los incidentes del viaje desde la partida de Hobbiton. Sam cooperó con gestos y exclamaciones de aprobación. Frodo permaneció silencioso.

-Podría pensar que todo es un invento -dijo Merry- si no hubiese visto aquella forma negra en Balsadera y si no hubiese oído el extraño tono de la voz de Maggot. ¿Qué sacas en conclusión, Frodo?

-El primo Frodo se ha mostrado muy cerrado -dijo Pippin-, pero es tiempo de que se abra. Hasta ahora no tenemos otra pista que las suposiciones del granjero Maggot, para quien se trataría de algo relacionado con el tesoro del viejo Bilbo.

-Es sólo una suposición -se apresuró a decir Frodo-. Maggot no sabe nada.

-El viejo Maggot es un sujeto perspicaz -dijo Merry-. Detrás de esa cara redonda pasan muchas cosas que no aparecen en la conversación. He oído decir que hace un tiempo acostumbraba internarse en el Bosque Viejo y que sabe bastante de cosas extrañas. Pero al menos tú podrías decirnos, Frodo, si es una buena o una mala suposición.

-Me parece -respondió Frodo lentamente- que es una buena suposición, hasta cierto punto. Hay en efecto alguna relación con las viejas aventuras de Bilbo y es cierto que los Jinetes andan detrás de él, o quizá debiera decir que andan buscándolo, o que andan

buscándome. Temo además que no sea cosa de broma, y que yo no esté seguro, ni aquí ni en ningún otro sitio.

Miró alrededor las ventanas y las paredes, como si temiese que desaparecieran de pronto. Los otros lo observaron en silencio, cambiando entre ellos miradas significativas.

-Ahora saldrá la verdad a luz -murmuró Pippin a Merry y Merry asintió.

-¡Bien! -dijo Frodo al fin, enderezándose en la silla, como si hubiese tomado una decisión-. No puedo mantenerlo en secreto por más tiempo. Tengo que deciros algo, a todos vosotros. Pero no sé cómo empezar.

-Creo que yo podría ayudarte contándote una parte de la historia -dijo Merry con calma.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Frodo, echándole una mirada inquieta.

-Sólo esto, mi viejo y querido Frodo: te sientes desdichado porque no sabes decir adiós. Querías dejar la Comarca, por supuesto; pero el peligro te alcanzó más pronto de lo que esperabas y ahora has decidido partir inmediatamente. Y no tienes ganas. Lo sentimos mucho por ti.

Frodo abrió la boca y la volvió a cerrar. La expresión de sorpresa era tan cómica que los otros se echaron a reír.

-¡Querido viejo Frodo! -dijo Pippin-. ¿Realmente pensaste que nos habías echado tierra a los ojos? ¡No tomaste las precauciones necesarias, ni fuiste bastante inteligente! Todo este año, desde el mes de abril, estuviste planeando la partida y despidiéndote de los sitios queridos. Te hemos oído murmurar constantemente: «No sé si volveré a ver el valle otra vez», y cosas parecidas. ¡Y pretender que se te había acabado el dinero, y venderles tu querido Bolsón Cerrado a los Sacovilla-Bolsón Y esos conciliábulos con Gandalf.

-¡Cielos! -dijo Frodo-. Y yo que creía haber sido tan cuidadoso y astuto. No sé qué diría Gandalf. ¿Entonces toda la Comarca discute mi partida?

-¡Oh, no! -dijo Merry-. ¡No te preocupes! El secreto no se mantendrá mucho tiempo, claro está, pero por ahora sólo lo conocemos nosotros, creo, los conspiradores. Al fin y al cabo no olvides que te conocemos bien y pasamos largas jornadas contigo. No nos cuesta mucho imaginar lo que piensas. Yo conocía a Bilbo también. A decir verdad, te he estado observando de cerca desde la partida de Bilbo. Pensé que lo seguirías, tarde o temprano, aunque esperaba que lo harías antes y en los últimos tiempos estuvimos muy preocupados. Nos aterrorizaba la idea de que nos dejaras de pronto y partieras bruscamente, solo, lo mismo que Bilbo. Desde esta primavera mantuvimos siempre los ojos bien abiertos y elaboramos nuestros propios planes. ¡No te escaparás con tanta facilidad!

-Pero es necesario que parta -dijo Frodo-. Nada puede hacerse, mis queridos amigos. Es una desdicha para todos nosotros, pero es inútil que tratéis de retenerme. Ya que habéis adivinado tantas cosas, ¡por favor, ayudadme y no me pongáis obstáculos!

-¡No entiendes! -dijo Pippin-. Tienes que partir y por lo tanto nosotros también. Merry y yo iremos contigo. Sam es un sujeto excelente. Saltaría a la boca de un dragón para salvarte si no tropezara con sus propios pies, pero necesitarás más de un compañero en tu peligrosa aventura.

-¡Mis queridos y bienamados hobbits! -dijo Frodo, profundamente conmovido-. No podría permitirlo. Lo decidí también hace tiempo. Habláis de peligro, pero no entendéis. No se trata de la búsqueda de un tesoro, ni de un viaje de ida y vuelta. Iré de peligro mortal en peligro mortal.

-Por supuesto que entendemos -afirmó Merry-. Por eso hemos decidido venir. Sabemos que el Anillo no es cosa de broma, pero haremos lo que podamos para ayudarte contra el enemigo.

-¡El Anillo! -exclamó Frodo, completamente atónito ahora.

-Sí, el Anillo -dijo Merry-. Mi viejo y querido hobbit, no has tenido en cuenta la curiosidad de los amigos. He sabido de la existencia del Anillo durante muchos años; en verdad desde antes de la partida de Bilbo; pero como él guardaba el secreto, me callé lo que sabía, hasta que armamos nuestra conspiración. No conocía a Bilbo tan bien como a ti; yo era demasiado joven y Bilbo más cuidadoso, aunque no lo suficiente. Si quieres saber cómo lo descubrí, voy a decírtelo.

-¡Continúa! -dijo Frodo débilmente.

-Los culpables fueron los Sacovilla-Bolsón, como podría esperarse. Un día, un año antes de la fiesta, yo andaba paseando por el camino cuando vi a Bilbo adelante. Casi en seguida, a lo lejos, aparecieron los Sacovilla-Bolsón, que venían hacia nosotros. Bilbo aminoró el paso y de pronto, ¡eh, presto!, desapareció. Me quedé tan estupefacto que casi no recordé que yo también podía esconderme, de un modo más ordinario. Me metí entre los setos del camino y anduve por el campo. Eché una mirada al camino, luego que pasaron los Sacovilla-Bolsón y observaba el lugar donde había estado Bilbo, cuando él reapareció de pronto. Alcancé a ver un brillo de oro en el momento en que él guardaba algo en el bolsillo del pantalón.

»Luego de ese incidente, mantuve los ojos bien abiertos. En pocas palabras, confieso que espíe. Pero admitirás que había motivos para sentirme intrigado. Y yo no tenía aún veinte años. Pienso que soy el único en la Comarca, excepto tú, Frodo, que ha visto el libro secreto del viejo Bilbo.

-¡Has leído el libro! -exclamó Frodo-. ¡Cielos! ¿No hay nada seguro?

-Yo diría que no demasiado -replicó Merry-. Pero sólo le eché una rápida ojeada y aun esto me costó bastante. Bilbo nunca abandonaba el libro. Me pregunto qué se hizo de él. Me gustaría echarle otro vistazo. ¿Lo tienes tú, Frodo?

-No, no estaba en Bolsón Cerrado. Bilbo se lo llevó, seguramente.

-Bueno, como iba diciendo -continuó Merry-, mantuve en secreto lo que yo sabía, hasta esta primavera, cuando las cosas se agravaron. Armamos entonces nuestra conspiración y como además éramos serios y el asunto no nos parecía cosa de risa, no fuimos demasiado escrupulosos. No eres una nuez fácil de pelar y Gandalf menos. Pero si quieres conocer a nuestro investigador principal, puedo presentártelo ahora mismo.

-¿Dónde está? -preguntó Frodo, mirando alrededor, como si esperase que una figura enmascarada y siniestra saliera de un armario.

-Adelántate, Sam -ordenó Merry. Sam se levantó, rojo hasta las orejas-. ¡He aquí a nuestro informante! Nos dijo muchas cosas, te lo aseguro, antes que lo atraparan. Después se consideró a sí mismo como juramentado y nuestra fuente se agotó.

-¡Sam! -exclamó Frodo, sintiendo que su asombro llegaba al máximo e incapaz de decidir si se sentía enojado, divertido, aliviado o simplemente aturdido.

-¡Sí, señor! -dijo Sam-. ¡Le pido perdón, señor! Pero no quise hacer daño, ni a usted ni al señor Gandalf. Él es persona de buen sentido, recuérdelo, pues cuando usted le habló de partir *solo*, él le respondió: ¡No! Lleva a alguien en quien puedas confiar.

-Pero parece que no puedo confiar en nadie -dijo Frodo.

Sam lo miró tristemente.

-Todo depende de lo que quieras -Intervino Merry-. Puedes confiar en que te seguiremos en las buenas y en las malas hasta el fin, por amargo que sea, y en que guardaremos cualquier secreto, mejor que tú. Pero no creas que te dejaremos afrontar

solo las dificultades, o partir sin una palabra. Somos tus amigos, Frodo. De cualquier modo, el caso es claro. Sabemos casi todo lo que te dijo Gandalf. Sabemos muchas cosas del Anillo. Estamos terriblemente asustados, pero iremos contigo, o te seguiremos como sabuesos.

-Y después de todo, señor -agregó Sam-, tendría que seguir el consejo de los elfos. Gildor le dijo que llevase voluntarios que lo acompañaran, no lo puede negar.

-No lo niego -dijo Frodo, mirando a Sam, que ahora sonreía satisfecho-. No lo niego, pero ya nunca creeré que duermes, ronques o no. Para asegurarme, te patearé con fuerza. ¡Sois un par de pillos solapados! -dijo, volviéndose a los otros-. ¡Pero que el cielo os bendiga! -rió levantándose y agitando los brazos-. Acepto; seguiré el consejo de Gildor. Si el peligro fuera menos sombrío, bailaríamos de alegría. Sin embargo, no puedo evitar sentirme feliz, más feliz de lo que me he sentido en mucho tiempo. La perspectiva de esta noche me aterraba.

-¡Bien! Decidido. ¡Tres hurras por el capitán Frodo y sus compañeros! -gritaron los otros mientras bailaban alrededor.

Merry y Pippin entonaron una canción que habían preparado aparentemente para esta oportunidad. La habían compuesto tomando como modelo la canción de los enanos que había acompañado la partida de Bilbo, tiempo atrás. Y la melodía era la misma:

*Adiós les decimos al hogar y a la sala,
Aunque sopla el viento y caiga la lluvia
hemos de partir antes que amanezca,
lejos, por el bosque y la montaña alta.*

*Rivendel, donde los ellos habitan aún,
en claros al pie de las nieblas del monte,
cruzando páramos y eriales iremos de prisa
y de allí no sabemos a dónde.*

*Delante el enemigo y detrás el terror,
dormiremos bajo el dosel del cielo,
hasta que al fin se acaben las penurias,
el viaje termine y la misión concluya.*

*¡Hay que partir, hay que partir!
¡Saldremos a caballo antes que amanezca!*

-¡Muy bien! - dijo Frodo -. En este caso hay mucho que hacer antes de irnos a la cama. Dormiremos bajo techo, aunque sólo sea esta noche.

-¡Oh! ¡Eso era poesía! -dijo Pippin-. ¿Realmente piensas partir antes que amanezca?

-No lo sé -respondió Frodo-. Temo a esos Jinetes Negros y estoy seguro de que es imprudente quedarse mucho tiempo en un mismo sitio, especialmente en un sitio adonde se sabe que yo iría. También Gildor me aconsejó no esperar. Pero me gustaría tanto ver a Gandalf. Me di cuenta de que el mismo Gildor se turbó cuando supo que Gandalf no había aparecido. La partida depende de dos cosas. ¿Cuánto tiempo necesitarían los Jinetes para llegar a Gamoburgo? ¿Y cuándo podremos partir? Tendremos que hacer muchos preparativos.

-Como respuesta a esa segunda pregunta -dijo Merry-, te diré que podemos partir dentro de una hora. Prácticamente he preparado todo. Hay seis poneyes en un establo al

otro lado del campo; las provisiones y los enseres están todos empacados, excepto unas pocas ropas de uso y los alimentos perecederos.

-Parece haber sido una conspiración muy eficiente -dijo Frodo-. Pero, ¿y los Jinetes Negros? ¿Habría peligro si esperamos a Gandalf un día más?

-Todo depende de lo que pienses que harán los Jinetes, si te encuentran aquí -respondió Merry -. Podrían haber llegado ya, por supuesto, si no los hubiesen detenido en la Puerta Norte, donde el seto desciende hasta el río, de este lado del puente. Los guardias no les habrían permitido cruzar de noche, aunque ellos hubiesen podido abrirse paso a la fuerza. Aun a la luz del día, tratarían de no dejarlos pasar, por lo menos hasta mandarle un mensaje al Señor de la Casa, pues no les agradaría el aspecto de los Jinetes y seguramente estarían asustados. Por supuesto, Los Gamos no podría resistir mucho tiempo un ataque decidido. Y es posible que en la mañana se permita pasar a un jinete Negro que llegue preguntando por el señor Bolsón. Es bastante conocida tu idea de regresar y establecerte en Cricava.

Frodo se quedó sentado, un rato, muy pensativo.

-Me he decidido -dijo al fin-. Partiré mañana, tan pronto amanezca; pero no iré por el camino, sería más seguro quedarse aquí. Si yo atravesase la Puerta Norte, mi partida se conocería en seguida, en vez de mantenerse en secreto, al menos unos pocos días más, como tendría que ser. Además, el puente y el Camino del Este cerca del límite estarán vigilados, entre o no en Los Gamos algún jinete. No sabemos cuántos son; por lo menos dos y quizá más. Lo único que nos queda es partir en una dirección del todo inesperada.

-¡Pero eso significa entrar en el Bosque Viejo! -dijo Fredegar horrorizado-. No puedes pensar en algo semejante. Es tan peligroso como los Jinetes Negros.

-No tanto -dijo Merry-. Es una solución desesperada, pero creo que Frodo tiene razón; sólo así podríamos evitar que nos siguieran en seguida. Con un poco de suerte podríamos ganar una considerable ventaja.

-Pero no tendrás ninguna suerte en el Bosque Viejo -objetó Fredegar-. Nadie ha tenido suerte ahí. Te perderás, La gente nunca entra en el bosque.

-¡Oh, sí! -dijo Merry-. Los Brandigamo van a veces, cuando les da por ahí. Tenemos una entrada particular. Frodo la conoció hace tiempo, Yo he estado varias veces; en general durante el día, por supuesto, cuando los árboles están quietos y adormecidos.

-¡Bueno, haced como mejor os parezca! -dijo Fredegar-, Tengo más miedo del Bosque Viejo que de cualquier otra cosa; las historias que he oído son verdaderas pesadillas. Pero mi voto apenas cuenta, pues no iré con vosotros. De todos modos, me alegra que alguien se quede para contarle todo a Gandalf, cuando vuelva, y estoy seguro de que no tardará.

El Gordo Bolger, aunque quería mucho a Frodo, no deseaba abandonar la Comarca ni ver lo que había más allá. Era de una familia de la Cuaderna del Este, de Bolgovado, los Campos del Puente, para ser más exactos; pero él nunca había ido más allá del Brandivino. De acuerdo con el plan original, la obligación de Bolger era quedarse allí y tratar con los preguntones y mantener así todo lo posible el engaño de que el señor Bolsón continuaba en Cricava. Hasta habían traído algunas ropas viejas de Frodo para ayudarlo a interpretar ese papel. Nadie *pensó* que ese papel pudiera llegar a ser de veras peligroso.

-¡Excelente! -dijo Frodo cuando comprendió el plan-. De otro modo no podríamos haber dejado un mensaje para Gandalf. No sé si esos Jinetes saben leer o no, pero no

me hubiese atrevido a correr el riesgo de un mensaje escrito, pensando que ellos podrían entrar y revisar la casa. Pero si Gordo está dispuesto a custodiar la fortaleza, lo que significa que Gandalf sabrá a dónde fuimos, eso me decide. Mañana temprano entraré en el Bosque Viejo.

-Está bien -dijo Pippin-, Total, prefiero nuestra tarea a la de Gordo, que aguardará aquí la llegada de los Jinetes Negros.

-Espera a encontrarte en medio del bosque -dijo Fredegar-. Mañana antes de esta hora desearás estar aquí conmigo,

-Basta de discusiones - dijo Merry -. Todavía tenemos que ordenar las cosas y dar los últimos toques al equipaje. Los despertaré antes que amanezca.

Cuando por fin se acostaron, Frodo tardó en dormirse. Le dolían las piernas, Le alegraba saber que partirían a caballo. Al fin cayó en un vago sueño; creía estar mirando a través de una ventana alta, sobre un mar oscuro de árboles enmarañados. De abajo, entre las raíces, venía el murmullo de unas criaturas que se arrastraban y bufaban. Estaba seguro de que tarde o temprano lo descubrirían por el olfato.

Luego oyó un ruido a lo lejos. Al principio creyó que era un viento huracanado, que soplaba sobre las hojas del bosque. En seguida comprendió que no eran las hojas sino el sonido del mar lejano, un sonido que nunca había oído en la vigilia, pero que a menudo había turbado sus sueños. De pronto se encontró fuera, al aire libre. No había árboles, después de todo. Estaba ahora entre unos matorrales oscuros y un extraño olor salobre flotaba en el aire. Alzando los ojos, vio delante una torre blanca y alta, que se erguía solitaria sobre un escarpado arrecife y tuvo *entonces deseos* de subir a la torre y ver el mar. Comenzó a trepar penosamente por el arrecife hacia la torre, pero de pronto una luz apareció en el cielo y el trueno retumbó.

EL BOSQUE VIEJO

Frodo despertó bruscamente. La habitación estaba todavía a oscuras. Merry estaba allí, de pie, con una vela en una mano y golpeando la puerta con la otra.

-Bien, bien, ¿qué ocurre? -dijo Frodo, todavía tembloroso y aturdido.

-¿Qué ocurre? -exclamó Merry-. Hora de levantarse. Son las cuatro y media y hay mucha niebla. ¡Arriba! Sam está preparando el desayuno. Hasta Pippin está levantado. Voy ahora a ensillar los poneys y elegir el que llevará el equipaje. ¡Despierta a ese Gordo haragán! Que se levante a despedirnos, por lo menos.

Poco después de las seis, los cinco hobbits estaban listos para partir. Gordo Bolger todavía bostezaba. Salieron de la casa en silencio. Merry iba al frente guiando un poney que llevaba el cargamento; tomó un sendero que atravesaba un bosquecillo detrás de la casa y luego cortó por el campo. Las hojas de los árboles centelleaban a la luz y las ramas goteaban; un rocío helado había agrisado las hierbas. Todo estaba tranquilo y los ruidos lejanos parecían lejanos y próximos: unas aves parloteaban en un corral; alguien cerraba una puerta en una casa distante.

Encontraron los poneys en el establo; bestias pequeñas y robustas de la clase que preferían los hobbits; no muy rápidas, pero buenas para una larga jornada. Los hobbits montaron y pronto se encontraron cabalgando en la niebla que parecía abrirse de mala gana y cerrar el paso detrás de ellos. Luego de cabalgar alrededor de una hora, lentamente y sin hablar, una cerca se levantó de pronto delante. Era alta y estaba envuelta en una red de plateadas telarañas.

-¿Cómo vas a atravesarla? -preguntó Fredegar.

-¡Sígueme! -dijo Merry- y ya verás.

Fue hacia la izquierda, a lo largo de la cerca y pronto llegaron a un sitio donde el vallado torcía hacia adentro, corriendo por el borde de una depresión. A cierta distancia de la cerca habían hecho una excavación en pendiente; las paredes de ladrillo se arqueaban hasta formar un túnel que pasaba por debajo de la cerca y desembocaba en la depresión del otro lado.

Aquí Gordo Bolger se detuvo. -¡Adiós, Frodo! -dijo-. Desearía de veras que no te internaras en el bosque. Espero sólo que no necesites auxilio antes de terminar el día. ¡Buena suerte, hoy y todos los días!

-¡Tendré suerte, si no nos aguarda nada peor que el Bosque Viejo! -dijo Frodo-. Dile a Gandalf que se apresure por el camino del este. Lo retomaremos pronto, e iremos de prisa.

-¡Adiós! -gritaron y corrieron cuesta abajo entrando en el túnel y desapareciendo de la vista de Fredegar.

El túnel era oscuro y húmedo; una puerta con barrotes de hierro cerraba el otro extremo. Merry desmontó y la abrió y cuando todos pasaron la empujó hacia atrás. La puerta se cerró con un golpe metálico y el cerrojo cayó otra vez. El sonido fue siniestro.

-¡Ya está! -exclamó Merry-. Hemos dejado la Comarca y estamos fuera en los linderos del Bosque Viejo.

-¿Son ciertas las historias que se cuentan? -preguntó Pippin.

-No sé a qué historias te refieres -respondió Merry-. Si es a esas historias de miedo, que las nodrizas le contaban a Gordo sobre duendes y lobos y cosas así, te diré que no. En todo caso yo no las creo. Pero el Bosque *es* raro. Todo ahí está más vivo y es más

atento a todo lo que ocurre, por así decir, que las cosas de la Comarca. A los árboles no les gustan los extraños te vigilan. Por lo general se contentan con esto, mientras hay luz, y no te molestan demasiado. A veces bs más hostiles dejan caer una rama, o levantan una raíz, o te atrapan con una liana. Pero de noche las cosas pueden ser muy alarmantes, según me han dicho. No he estado aquí después de oscurecer sino una o dos veces y sin alejarme del cercado. Me pareció entonces que todos los árboles murmuraban entre sí, contándose noticias y conspirando en un lenguaje ininteligible; y las ramas se balanceaban y rozaban sin ningún viento. Dicen que los árboles se mueven realmente y pueden rodear y envolver a los extravíos. En verdad, hace tiempo atacaron la cerca; vinieron y se plantaron al lado, inclinándose hasta cubrirla. Pero los hobbits acudieron y cortaron cientos de árboles e hicieron una gran hoguera en el bosque y quemaron el suelo en una larga franja al este de la cerca. Los árboles dejaron de atacar, pero se volvieron muy hostiles. Hay aún un ancho espacio despejado, no muy adentro, donde hicieron la hoguera.

-¿Sólo los árboles son peligrosos? -dijo Pippin.

-Hay criaturas extrañas que viven en lo profundo del bosque y al otro lado -dijo Merry-, o así me han dicho al menos; yo nunca las vi. Sea como sea, hay senderos entre los árboles. Cuando uno entra en el bosque encuentra sendas abiertas, pero que parecen moverse y cambiar de tanto en tanto de una manera extraña. No lejos de este túnel hay o hubo hace tiempo un camino que llega al Claro de la Hoguera y que continúa aproximadamente en nuestra dirección, hacia el oeste y un poco hacia el norte. Ese es el camino que trataré de encontrar.

Los hobbits dejaron la puerta del túnel y cabalgaron cruzando la ancha depresión. En el extremo opuesto un borroso sendero subía a los terrenos del bosque, unos cien metros más allá de la cerca; pero se desvaneció tan pronto como los llevó bajo los árboles. Mirando adelante sólo podían ver troncos de diferentes formas y tamaños: derechos o inclinados, rechonchos o finos, pulidos o nudosos; y todos eran verdes o grises, cubiertos de musgo y viscosas e hirsutas excrecencias.

Sólo Merry parecía todavía animado.

-Es mejor que vayas delante y encuentres esa senda -dijo Frodo-. ¡No nos perdamos los unos a los otros, y no olvidemos de qué lado queda la cerca!

Tomaron un camino entre los árboles y los poneyes avanzaron evitando cuidadosamente las raíces entrelazadas y retorcidas. No había maleza. El suelo se elevaba continuamente y a medida que avanzaban parecía que los árboles se hacían más altos, oscuros y espesos. No se oía nada, excepto alguna ocasional gota de humedad que caía entre las hojas inmóviles. Por el momento no había ni un murmullo ni un movimiento entre las ramas; pero todos tenían la incómoda impresión de que alguien estaba observándolos con una creciente desaprobación, que llegaba a ser disgusto y aun hostilidad. Esta impresión fue creciendo hasta que al fin se encontraron echando rápidas miradas hacia arriba o hacia atrás, o por encima del hombro, como si esperasen un golpe repentino.

No había ya indicios de senda y parecía que los árboles les cerraban el paso. Pippin sintió que no podía soportarlo más y gritó de pronto:

-¡Eh! ¡Eh! No haré nada, déjenme pasar, ¿quieren?

Los otros se detuvieron sobrecogidos; pero el grito volvió a ellos como apagado por una cortina espesa; no hubo ecos ni respuesta, aunque el bosque parecía ahora más poblado y atento que antes.

-Si yo fuese tú, no hubiera gritado - dijo Merry -. Nos hace más mal que bien.

Frodo comenzaba a preguntarse si sería posible encontrar un modo de pasar y si había hecho bien en arrastrar a los otros a este bosque abominable. Merry miraba a ambos lados y parecía indeciso acerca del camino que debían tomar. Pippin se dio cuenta.

-No te ha llevado mucho tiempo extraviarnos -dijo.

Pero en ese momento Merry silbó aliviado y señaló adelante.

-Bueno, bueno -dijo-. Estos árboles se mueven de veras. Tenemos ahí enfrente (o así lo espero) el Claro de la Hoguera, ¡pero parece que el sendero se ha ido!

La luz se hacía más clara a medida que avanzaban. De pronto salieron de entre los árboles y se encontraron en un vasto espacio circular. Había un cielo allá arriba, azul y claro, y se sorprendieron, pues bajo el techo del bosque no habían podido ver cómo se levantaba la mañana ni cómo se desvanecía la bruma. El sol no estaba sin embargo bastante alto como para llegar al claro, aunque la luz brillaba sobre los árboles. Al borde del claro las hojas parecían más verdes y espesas, rodeándolo con un muro casi sólido. No crecía allí ningún árbol; sólo pastos duros y muchas plantas altas: gruesos abetos marchitos, perejil silvestre, maleza reseca que se deshacía en ceniza blanca, ortigas y cardos exuberantes. Un lugar melancólico, aunque comparado con la espesura del bosque parecía un jardín encantador y alegre.

Los hobbits recobraron el ánimo y miraron con esperanza la luz creciente en el cielo. En el otro extremo del claro había una abertura en la pared de árboles y más allá se abría una senda. Alcanzaban a ver cómo entraba en el bosque, ancha en algunos sitios y abierta arriba, aunque de vez en cuando los árboles la ensombrecían cubriéndola con ramas oscuras. Siguieron ese camino. Ascendían aún, pero ahora más rápidamente y con mejor ánimo, pues les parecía que el bosque había cedido y que después de todo no se opondría a que pasaran.

Pero al cabo de un rato el aire se hizo pesado y caluroso. Los árboles se cerraron de nuevo a los lados y no podían ver adelante. La malignidad del bosque era ahora todavía más evidente. Había tanto silencio que el ruido de los cascotes que aplastaban las hojas secas y a veces golpeaban raíces ocultas les retumbaban de algún modo en los oídos. Frodo trató de cantar para animarlos, pero su voz fue sólo un murmullo:

*Oh, vagabundos de la tierra en sombras,
no desesperéis. Pues aunque oscuros se alcen
todos los bosques terminarán al fin
viendo pasar el sol descubierto:
el sol poniente, el sol naciente,
el fin del día y el principio del día.
Al este o al oeste, los bosques acabarán.*

Acabarán... en el momento en que Frodo decía esta palabra, se le apagó la voz. El aire parecía pesado, y hablar era fatigoso. Justo detrás de ellos una rama gruesa cayó ruidosamente en el sendero. Adelante los árboles parecían apretarse unos contra otros.

-No les gusta que hables de términos y acabamientos -dijo Merry-. Yo no cantaré más por ahora. Espera a llegar al límite del bosque; ¡y entonces nos volveremos y le cantaremos a coro!

Habló alegremente y si había en él alguna ansiedad, no la demostró. Los demás no respondieron. Se sentían agobiados. Una pesada carga oprimía el corazón de Frodo y a cada paso que daba más lamentaba haber desafiado la amenaza de los árboles. Estaba casi decidido a detenerse y proponerles que se volvieran (si esto era todavía posible) cuando las cosas tomaron un nuevo rumbo. La senda dejó de ascender y ahora corría

por un llano. Los árboles oscuros se hicieron a un lado y podían ver que más adelante el camino seguía casi en línea recta. Al frente, a alguna distancia, una colina verde, sin árboles, se alzaba como una cabeza calva por encima del bosque. La senda parecía llevar directamente a la colina.

Apresuraron la marcha, encantados con la idea de trepar por encima del techo de la floresta. El sendero descendió y luego comenzó a subir otra vez, conduciéndolos al pie de la ladera empinada. Allí abandonó los árboles y se internó en el pasto. El bosque rodeaba la colina como una cabellera espesa que terminaba de pronto en un círculo alrededor de una testa rasurada.

Los hobbits cabalgaron cuesta arriba, dando vueltas hasta llegar a la cima de la loma. Allí se detuvieron mirando en torno. El aire era fulgurante, iluminado por la luz del sol, aunque brumoso; no se veía muy lejos. Alrededor la niebla se había disipado casi del todo, aunque aquí y allá cubría las cavidades del bosque y hacia el sur, en un pliegue profundo que atravesaba el bosque de lado a lado, se alzaba aún como cintas de humo blanco o vapor.

-Aquella -dijo Merry, señalando- es la línea del Tornasauce. Desciende de las lomas y corre al sudeste, atravesando el centro del bosque para unirse al Brandivino más abajo de Fin de la Cerca. ¡No iremos en *esa* dirección! Dicen que el Valle del Tornasauce es la parte más extraña de todo el bosque, el centro de donde vienen todas las rarezas, por así decir.

Los otros miraron en la dirección que Merry indicaba, pero sólo vieron nieblas que se extendían sobre un valle húmedo y profundo; la mitad meridional de la floresta se perdía en la distancia.

El sol calentaba en la cima de la loma. Serían aproximadamente las once de la mañana, pero la bruma otoñal no dejaba ver mucho en otras direcciones. Hacia el oeste no alcanzaban a distinguir la línea de la cerca ni el valle del Brandivino. En el norte, hacia donde miraban más esperanzados, no veían nada que pudiera ser el gran Camino del Este, que se proponían seguir. Estaban en una isla perdida en un mar de árboles y de horizontes velados.

Al sudeste el suelo descendía abruptamente, como si las laderas de las colinas se internaran bajo los árboles, como playas de islas que en realidad son laderas de montaña elevándose desde aguas profundas. Se sentaron en la orilla verde, mirando por sobre los bosques, mientras almorzaban. A medida que el sol subía y pasaba el meridiano, comenzaron a vislumbrar en el este la línea verde-gris de las colinas que se extendían del otro lado del Bosque Viejo. Esto los animó de veras, pues era bueno ver algo más allá de los lindes del bosque, aunque no pensaban ir en esa dirección, si podían evitarlo. Las Quebradas de los Túmulos tenían entre los hobbits una reputación tan siniestra como el bosque mismo.

Al fin decidieron proseguir el viaje. El sendero que los había llevado a la colina reapareció en el lado norte; pero no lo habían seguido mucho tiempo cuando advirtieron que se desviaba a la derecha. Pronto empezó a descender abruptamente y sospecharon que llevaba al Valle del Tornasauce, que no era de ningún modo la dirección que pensaban tomar. Lo discutieron un rato y al fin resolvieron dejar el sendero y torcer al norte, pues aunque no habían podido verla desde la cima de la loma, la ruta tenía que estar en esa dirección y no muy lejos. También hacia el norte, a la izquierda del sendero, la tierra parecía más seca y abierta, alzándose en pendientes donde los árboles eran más delgados; pinos y abetos reemplazaban a los robles, los fresnos y los extraños árboles desconocidos del bosque más espeso.

Al comienzo la elección pareció buena; marchaban a paso vivo, aunque cada vez que divisaban el sol en un claro creían haber virado hacia el este, no sabían cómo. Luego los árboles comenzaron a cerrarse (en la distancia les habían parecido más delgados y menos enmarañados), y de pronto descubrieron unas fallas profundas e inesperadas en el terreno, como surcos de ruedas gigantescas o anchos fosos y caminos borrosos y en desuso, obstruidos por las zarzas. La mayoría de estos repliegues cruzaban perpendicularmente la dirección que seguían los hobbits y sólo podían franquearlos ayudándose con pies y manos, lo que era incómodo y difícil a causa de los poneys. Cada vez que descendían encontraban la cavidad cubierta por espesos matorrales y zarzas, que por alguna razón no cedían a la izquierda y sólo permitían el paso si los viajeros se volvían a la derecha; tenían que andar un rato por el fondo de la cavidad antes de encontrar el modo de trepar al otro lado. Cada vez que subían, la arboleda parecía más profunda y oscura; y siempre hacia la izquierda y hacia arriba era más difícil abrirse paso. Tenían que ir siempre hacia la derecha, bajando.

Al cabo de una hora o dos habían perdido todo sentido claro de la orientación, aunque sabían que desde hacía tiempo ya no iban hacia el norte. Marchaban sin rumbo, siguiendo un itinerario que otros habían elegido para ellos; al este y al sur, hacia el corazón del bosque y no hacia una salida.

La tarde declinaba cuando descendieron arrastrándose y tropezando a un repliegue más ancho y profundo que todos los anteriores. Era tan empinado y abrupto que no había modo de salir por un lado o por el otro sin abandonar los poneys y el equipaje. Todo lo que podían hacer era seguir el curso descendente de la falla. El suelo era más blando ahora, y a trechos pantanoso. En los terraplenes aparecieron manantiales y pronto se encontraron marchando a orillas de un arroyo que se escurría y murmuraba sobre un lecho de hierbas salvajes. Luego el suelo empezó a descender rápidamente y el arroyo se hizo más sonoro y caudaloso, bajando a saltos a lo largo de la pendiente. Estaban en una profunda y oscura hondonada, cubierta por una alta bóveda de árboles.

Marcharon un rato tropezando a lo largo del arroyo y de pronto salieron de las tinieblas como a través de una puerta y vieron delante la luz del sol. Saliendo al claro descubrieron que habían venido caminando por una hendidura en una barranca empinada, casi un acantilado. Allá abajo había un ancho espacio de hierba y cañas y a lo lejos se veía otra pared, también escarpada. El oro de un sol tardío se extendía cálido y pesado entre las dos paredes. En medio serpenteaba un río de aguas pardas y perezosas bordeado por viejos sauces caídos y moteado por miles de hojas de sauce marchitas. Las hojas espesaban el aire; caían revoloteando, amarillas; una brisa tibia y dulce soplaba en la hondonada; las cañas murmuraban y las ramas de los sauces crujían.

-¡Bueno, por lo menos ahora tengo una idea de donde estamos! -dijo Merry-. Hemos venido en dirección contraria a lo previsto. ¡Este es el río Tornasauce! Iré a explorarlo.

Salió a la luz y desapareció entre las hierbas altas. Poco después reapareció, informando que el suelo era bastante firme entre el pie del acantilado y el río; en algunos sitios una hierba apretada bajaba al borde del agua.

-Más aún -dijo-. Parece haber algo semejante a un sendero sinuoso a lo largo de esta orilla. Si doblamos hacia la izquierda y lo seguimos, creo que saldremos del bosque por el lado este.

-Pienso lo mismo -comentó Pippin-. Es decir.... si la huella llega hasta allí y no nos deja en algún pantano. ¿Quién puede haber trazado esta senda, decidme, y por qué? Estoy seguro de que no para nuestro beneficio. Comienzo a desconfiar de veras de este

bosque y de todo lo que hay en él y ya creo en todas las historias que se cuentan. ¿Tienes alguna idea de la distancia que debemos recorrer hacia el este?

-No -dijo Merry-, no la tengo. Ignoro del todo a qué altura del Tornasauce nos encontramos, ni quién pudo haber venido aquí con tanta frecuencia como para trazar una senda a lo largo del río. Pero no veo ni imagino otra salida.

No habiendo alternativa, partieron uno detrás de otro y Merry los llevó al sendero que había descubierto. Las hierbas y las cañas eran en todas partes lozanas y altas y en algunos lugares crecían muy por encima de la cabeza de los viajeros; pero una vez encontrado el sendero era fácil de seguir en sus vueltas y revueltas, siempre por terreno firme, evitando ciénagas y pantanos. Aquí y allá atravesaba otros arroyos que venían de las tierras boscosas y altas y descendían por hondonadas hasta el Tornasauce y en estos puntos y puestos allí con cuidado, había unos troncos de árboles o unos manojos de ramas que iban de orilla a orilla y ayudaban a cruzar.

Los hobbits comenzaron a sentir mucho calor. Ejércitos de moscas de toda especie les zumbaban en las orejas y el sol de la tarde les quemaba las espaldas. Inesperadamente entraron en una tenue sombra; grandes ramas grises se extendían por encima del sendero. Cada paso adelante les costaba un poco más que el anterior. Parecía que una somnolencia furtiva les subía por las piernas desde el suelo y les caía dulcemente desde el aire sobre la cabeza y los ojos.

Frodo sintió que cabeceaba. Justo delante de él, Pippin cayó de rodillas. Frodo se detuvo.

-Es inútil -oyó que Merry decía-. Imposible dar otro paso sin antes descansar un poco. Necesitamos una siesta. Está fresco bajo los sauces. ¡Hay menos moscas!

El tono de estas palabras no le gustó a Frodo.

-¡Adelante! -gritó-. No podemos dormir todavía. Primero tenemos que salir del bosque.

Pero los otros estaban ya demasiado adormilados para preocuparse. Junto a ellos Sam bostezaba y parpadeaba con aire estúpido.

De pronto Frodo mismo se sintió dominado por la modorra. La cabeza se le bamboleaba. Apenas se oía un sonido en el aire. Las moscas habían dejado de zumbar. Sólo un leve susurro apenas audible, como si alguien cantara entre dientes una canción, parecía revolotear allá arriba, en las ramas. Frodo alzó pesadamente los ojos y vio un sauce enorme, viejo y blanquecino, que se inclinaba sobre él. El árbol parecía inmenso; las largas ramas apuntaban como brazos tendidos, con muchas manos de dedos largos y el tronco nudoso y retorcido se abría en anchas hendiduras que crujían débilmente con el movimiento de las ramas. Las hojas que se estremecían bajo el cielo brillante deslumbraron a Frodo; se tambaleó y cayó allí sobre las hierbas.

Merry y Pippin se arrastraron hacia adelante y se tendieron apoyándose de espaldas contra el tronco del sauce. Detrás de ellos las grandes hendiduras se abrieron para recibirlos y el árbol se balanceó y crujió. Miraron hacia arriba y vieron las hojas grises y amarillas que se movían apenas contra la luz y cantaban. Cerraron los ojos y les pareció que casi oían palabras, palabras frescas que hablaban del agua y del sueño. Se abandonaron a aquel sortilegio y cayeron en un sueño profundo al pie del enorme sauce gris.

Frodo luchó un rato contra el sueño que lo aplastaba; al fin se incorporó de nuevo trabajosamente. Tenía unas ganas irresistibles de agua fresca.

-Espérame, Sam -balbució-. Tengo que mojarme los pies un instante.

Medio dormido fue hacia el lado del árbol que daba al río, donde unas grandes raíces nudosas entraban en el agua, como dragones retorcidos que estiraban los cuellos para beber. Montó a horcajadas sobre una de las ramas, hundió los pies en el agua parda y fresca y se durmió en seguida, recostado contra el árbol.

Sam se sentó y se rascó la cabeza, bostezando como una caverna. Estaba preocupado. La tarde declinaba y esta somnolencia repentina le parecía inquietante. «Hay otra cosa aquí además del sol y el aire cálido», se susurró a sí mismo. «Este árbol enorme no me gusta nada. No le tengo confianza. ¡Escucha cómo canta invitando al sueño! ¡No me vencerá!»

Se puso de pie con mucho trabajo y fue tambaleándose a ver cómo estaban los poneyes. Dos de ellos se habían alejado por el sendero; acababa de atraparlos y de traerlos junto a los otros cuando oyó dos ruidos: uno fuerte, el otro leve pero claro. Uno era el chapoteo de algo pesado que había caído al agua; el otro parecía el sonido de una cerradura en una puerta que se cierra despacio.

Sam se precipitó hacia la orilla. Frodo estaba en el agua, cerca del borde, bajo una enorme raíz que parecía mantenerlo sumergido, pero no se resistía. Sam lo tomó por la chaqueta y tironeó sacándolo de debajo de la raíz; luego lo arrastró como pudo hasta la orilla. Frodo se despertó casi inmediatamente, tosiendo y farfullando.

-¿Sabes tú, Sam -dijo al fin-, que ese árbol maldito me arrojó al agua? Lo sentí. ¡La raíz me envolvió el cuerpo y me hizo perder el equilibrio!

-Estaba usted soñando sin duda, señor Frodo -dijo Sam-. No debiera haberse sentado en un lugar semejante, si tenía ganas de dormir.

-¿Y los demás? -inquirió Frodo-. Me pregunto qué clase de sueños tendrán...

Fueron al otro lado del árbol y Sam entendió entonces por qué había creído oír el sonido de una cerradura. Pippin había desaparecido. La abertura junto a la cual se había acostado se había cerrado del todo y no se veía ni siquiera una grieta. Merry estaba atrapado; otra de las hendiduras del árbol se le había cerrado alrededor del cuerpo; tenía las piernas fuera, pero el resto estaba dentro de la abertura negra y los bordes lo apretaban como tenazas.

Frodo y Sam comenzaron por golpear el tronco en el lugar donde había estado Pippin. Luego lucharon frenéticamente tratando de separar las mandíbulas de la grieta que sujetaba al pobre Merry. Todo fue inútil.

-¡Qué cosa espantosa! - gritó Frodo -. ¿Por qué habremos venido a este bosque horrible? ¡Ojalá estuviéramos todos de vuelta en Cricava!

Pateó el árbol con todas sus fuerzas, sin prestar atención al dolor que sentía en el pie. Un estremecimiento apenas perceptible subió por el tronco hacia las ramas; las hojas se sacudieron y murmuraron, pero ahora con el sonido de una risa lejana y débil.

-¿No hemos traído un hacha en nuestro equipaje, señor Frodo? -preguntó Sam.

-Traje un hacha pequeña para cortar leña -dijo Frodo-. No nos serviría de mucho.

-¡Un momento! -gritó Sam, pues la mención de la leña le había dado una idea-. ¡Podríamos recurrir al fuego!

-Podríamos -dijo Frodo, titubeando-. Podríamos asar vivo a Pippin dentro del tronco.

-Podríamos también, para empezar, hacer daño al árbol o asustarlo -dijo Sam fieramente-. Si no los suelta lo echaré abajo, aunque sea a mordiscos.

Corrió hacia los poneyes y pronto volvió con dos yesqueros y un hacha.

Juntaron rápidamente hierbas y hojas secas y trozos de corteza; luego apilaron ramas rotas y astillas. Amontonaron todo contra el tronco en el lado opuesto al de los

prisioneros. Tan pronto como Sam consiguió encender la yesca, las hierbas secas comenzaron a arder y una columna de fuego y humo se alzó en el aire. Las ramitas crujieron. Unas lengüitas *de* fuego lamieron la corteza *seca y estriada del árbol*, chamuscándola. Un estremecimiento recorrió todo el sauce. Las hojas parecían sisear allá arriba con un sonido de dolor y rabia. Merry gritó y desde dentro del árbol llegó un aullido apagado de Pippin.

-¡Apáguenlo! ¡Apáguenlo! -gritó Merry-. ¡Me partirá en dos, si así no lo hacen! ¡Él lo dice!

-¿Quién? ¿Qué? -exclamó Frodo, corriendo al otro lado del árbol.

-¡Apáguenlo! ¡Apáguenlo! -suplicó Merry.

Las ramas del sauce comenzaron a balancearse con violencia. Se oyó un rumor como de viento que se alzaba y se extendía a las ramas de los otros árboles de alrededor, como si hubiesen arrojado una piedra a la quietud soñolienta del valle del río, desencadenando unas ondas coléricas que invadían todo el bosque. Sam pateó la pequeña hoguera y apagó las brasas. *Pero Frodo, sin tener una idea clara de por qué lo hacía*, o qué esperaba, corrió a lo largo del sendero gritando:

-¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro! -Tenía la impresión de que apenas alcanzaba a oír el sonido agudo de su propia voz, como si el viento del sauce se la llevara en seguida ahogándola en un clamor de hojas. Se sintió desesperado, perdido y al borde mismo de la locura.

De pronto se detuvo. Había una respuesta, o al menos así lo creyó, pero parecía venir de detrás de él, del sendero que atravesaba el bosque. Se volvió y escuchó y pronto no tuvo ninguna duda; alguien cantaba una canción; una voz profunda y alegre cantaba descuidada y feliz, pero las palabras no tenían ningún sentido.

*¡Hola, dol! ¡Feliz, dol! ¡Toca un don diló!
¡Toca un don! ¡Salta! ¡Sauce del fal lo!
¡Tom Bom, alegre Tom, Tom Bombadillo!*

Mitad esperanzados, mitad temerosos de un nuevo peligro, Frodo y Sam se quedaron muy quietos. De pronto, luego de una larga tirada de palabras sin sentido (o así parecía), la voz se oyó fuerte y clara.

*¡Hola, ven alegre dol, querida derry dol!
Ligeros son el viento y el alado estornino.
Allá abajo al pie de la colina, brillando al sol,
esperando a la puerta la luz de las estrellas,
está mi hermosa dama, hija de la dama del río,
delgada como vara de sauce, clara como el agua.
El viejo Tom Bombadil trayendo lirios de agua
vuelve saltando a casa. ¿Lo oyes cómo canta?
¡Hola, ven alegre dol, derry dol, alegre oh,
Baya de Oro, Baya de Oro, alegre baya amarilla.
Pobre viejo Hombre-Sauce, ¡retira tus raíces!
Tom tiene prisa ahora. La noche sucede al día.
Tom vuelve de nuevo trayendo lirios de agua.
¡Hola, ven derry dol! ¿Me oyes cómo canto?*

Frodo y Sam parecían como hechizados. El viento echó una última bocanada. Las hojas colgaron de nuevo silenciosas en las ramas tías. La canción estalló otra vez y

luego, de pronto, saltando y bailando a lo largo del sendero, por encima de las cañas, asomó un viejo y estropeado sombrero de copa alta y larga pluma azul sujeta a la cinta. Un nuevo brinco y un salto y un hombre apareció a la vista, o por lo menos algo semejante a un hombre; demasiado grande y pesado para ser un hobbit y no bastante alto como para pertenecer a la Gente Grande, aunque hacía bastante ruido, calzado con grandes botas amarillas, tranqueando entre las hierbas y los juncos como una vaca que baja a beber. Tenía una chaqueta azul y larga barba castaña; los ojos eran azules y brillantes y la cara roja como una manzana madura, pero plegada en cientos de arrugas de risa. En las manos, sobre una hoja grande, como en una bandeja, traía un montoncito de lirios de agua blancos.

-¡Socorro! -gritó Frodo y Sam corrió hacia el hombre adelantando las manos.

-¡Ho, ho! ¡Quietos! -gritó el personaje alzando una mano y los hobbits se detuvieron en seco como paralizados-. Bien, mis amiguitos, ¿a dónde vais, resoplando como fuelles? ¿Qué pasa aquí? ¿Sabéis quién soy? Soy Tom Bombadil. Decidme cuál es el problema. Tom tiene prisa. ¡No me aplastéis los lirios!

-Mis amigos están atrapados en el sauce -exclamó Frodo sin aliento. -¡Una hendidura está triturando al señor Merry! -gritó Sam.

-¿Cómo? -gritó Tom Bombadil dando un salto-. ¿El viejo Hombre-Sauce? Nada peor, ¿eh? Eso tiene fácil arreglo. Conozco la canción que le hace falta. ¡Viejo y griseo Hombre-Sauce! Le helaré la médula, si no se comporta bien. Le cantaré hasta sacarle afuera las raíces. Le cantaré un viento que le arrancará hojas y ramas. ¡Viejo Hombre-Sauce!

Depositando con cuidado los lirios de agua en el suelo, Tom Bombadil corrió hacia el árbol. Allí vio los pies de Merry que aún sobresalían. El resto ya había sido arrastrado al interior. Tom acercó la boca a la hendidura y se puso a cantar en voz baja. Los dos hobbits no alcanzaban a oír las palabras, pero la reanimación de Merry fue evidente. Las piernas patearon el aire. Tom se apartó de un salto y arrancando una rama que colgaba a un costado, azotó el flanco del sauce.

-¡Déjalo salir, viejo Hombre-Sauce! ¿Qué pretendes? No tendrías que estar despierto. ¡Come tierra! ¡Cava hondo! ¡Bebe agua! ¡Duerme! ¡Bombadil habla!

Tomó entonces los pies de Merry y lo sacó de la hendidura que se había ensanchado de pronto.

Se oyó el sonido de algo que se desgarró y la otra grieta se abrió también y Pippin saltó fuera, como si lo hubiesen pateado. En seguida, con un sonoro chasquido, las dos fisuras volvieron a cerrarse. Un estremecimiento recorrió el árbol de las raíces a la copa, y siguió un completo silencio.

-¡Gracias! -dijeron los hobbits, uno tras otro.

Tom Bombadil se echó a reír.

-¡Bueno, mis amiguitos! -dijo inclinándose para mirarles las caras-. Vendréis a casa conmigo. Hay en mi mesa un cargamento de crema amarilla, panal de miel, manteca y pan blanco. Baya de Oro nos espera. Ya habrá tiempo para preguntas mientras cenamos. ¡Seguidme tan rápido como podáis!

Luego de esto Tom Bombadil recogió los lirios y se fue saltando y bailando por el camino hacia el este, llamándolos con la mano, cantando otra vez en voz alta una canción que no tenía sentido.

Demasiado sorprendidos y demasiado aliviados para hablar, los hobbits lo siguieron tan rápidamente como podían. Pero esto no bastaba. Tom desapareció muy pronto delante de ellos y el sonido del canto se hizo más lejano y débil. Pero de súbito la voz volvió flotando como un poderoso llamado.

*¡Saltad, amiguitos, a lo largo del Tornasauce!
Tom va adelante a encender las velas.
El sol se oculta pronto marcharéis a ciegas.
Cuando caiga la noche, las puertas se abrirán,
y en las ventanas brillará una luz amarilla.
No tengáis miedo ni de alisos ni de sauces,
ni de raíces ni de ramas. Tom va adelante.
¡Hola, ahora, alegre dol! ¡Bien venidos a casa!*

Luego los hobbits no oyeron más. Casi en seguida pareció que el sol se hundía entre los árboles, detrás de ellos. Recordaron la luz oblicua de la tarde que brillaba sobre el río Brandivino y las ventanas de Gamoburgo que comenzaban a iluminarse con cientos de luces. Grandes sombras caían ahora alrededor; los troncos y las ramas, negros y amenazantes, se inclinaban sobre el sendero. Unas nieblas blancas comenzaban a alzarse ondulándose en la superficie del río, esparciéndose entre las raíces de los árboles, en las orillas. Del suelo a los pies de los hobbits, un vapor tenebroso subía confundiendo con el crepúsculo, que caía rápidamente.

Se hizo difícil seguir el sendero y todos estaban muy cansados. Las piernas les pesaban como plomo. Unos ruidos raros y furtivos corrían entre los matorrales y juncos a los lados del camino y si alzaban los ojos veían unas caras extrañas, retorcidas y nudosas, como sombras dibujadas en el cielo del crepúsculo, que los miraban asomándose a las barrancas y a los límites del bosque. Empezaban a tener la impresión de que todo aquel país era irreal y que avanzaban tropezando por un sueño ominoso que no llevaba a ninguna vigilia.

En el momento en que ya aminoraban el paso y parecía que iban a detenerse, advirtieron que el suelo se elevaba poco a poco. Las aguas murmuraban ahora. Alcanzaron a vislumbrar en la penumbra el resplandor blanco de la espuma del río que se precipitaba en una pequeña cascada. En seguida los árboles terminaron y la niebla quedó atrás. Salieron del bosque y se encontraron en una amplia extensión de hierbas. El río, estrecho y rápido, saltaba hacia ellos alegremente, reflejando aquí y allá la luz de las estrellas que ya brillaba en el cielo.

La hierba era allí corta y suave, como si la hubiesen segado. Detrás, los bordes del bosque parecían recortados como un cerco. El sendero era llano, estaba bien cuidado y bordeado de piedras y subía serpenteando a la cima de una loma herbosa, grisácea bajo el pálido cielo estrellado. Allí arriba en otra ladera parpadeaban las luces de una casa. El sendero bajó y subió de nuevo por una larga pendiente de césped hacia la luz. De pronto un rayo amarillo salió brillantemente de una puerta que acababa de abrirse. Era la casa de Tom Bombadil, sobre y bajo la colina. Detrás el terreno se elevaba gris y desnudo y más allá las sombras oscuras de las Quebradas se perdían en la noche del este.

Hobbits y poneys se precipitaron hacia adelante. Ya se habían quitado de encima la mitad de la fatiga y todo temor. *¡Hola, venid, alegre dol!* llegó a ellos la canción, como una bienvenida.

*¡Hola, venid, alegre dol! ¡Bravos míos, saltad!
¡Hobbits, poneys, y todos, a la fiesta!
¡Que la alegría empiece! ¡Cantemos todos juntos!*

Luego, otra voz, clara, joven y antigua como la primavera, como el canto de un agua gozosa que baja a la noche desde una mañana brillante en las colinas, cayó como plata hasta ellos:

*¡Que los cantos empiecen! Cantemos todos juntos,
el sol y las estrellas, la luna, las nubes y la lluvia,
la luz en los capullos, el rocío en la pluma,
el viento en la colina, la campana en los brezos,
las cañas en la orilla, los lirios en el agua,
¡el viejo Tom Bombadil y la Hija del Río!*

Y con esta canción los hobbits llegaron al umbral, envueltos todos en una luz dorada.

EN CASA DE TOM BOMBADIL

Los cuatro hobbits franquearon el ancho umbral de piedra y se detuvieron, parpadeando. La habitación era larga y baja, iluminada por unas lámparas que colgaban de las vigas del cielo raso y en la mesa de madera oscura y pulida había muchas velas altas y amarillas, de llama brillante.

En el extremo opuesto de la habitación, mirando a la puerta de entrada, estaba sentada una mujer. Los cabellos rubios le caían en largas ondas sobre los hombros; llevaba una túnica verde, verde como las cañas jóvenes, salpicada con cuentas de plata como gotas de rocío y el cinturón era de oro, labrado como una cadena de azucenas y adornado con ojos de nomeolvides, azules y claros. A sus pies, en vasijas de cerámica verde y castaña, flotaban unos lirios de agua, de modo que la mujer parecía entronizada en medio de un estanque.

-¡Adelante, mis buenos invitados! -dijo y los hobbits supieron que era aquella voz clara la que habían oído en el camino.

Se adelantaron tímidamente unos pasos, haciendo reverencias, sintiéndose de algún modo sorprendidos y torpes, como gentes que habiendo golpeado una puerta para pedir un poco de agua, se encuentran de pronto ante una reina élfica, joven y hermosa, vestida con flores frescas. Pero antes de que pudieran pronunciar una palabra, la joven saltó ágilmente por encima de las fuentes de lirios y corrió riendo hacia ellos; y mientras corría la túnica verde susurraba como el viento en las riberas floridas de un río.

-¡Venid, queridos amigos! -dijo ella tomando a Frodo por la mano-. ¡Reíd y alegraos! Soy Baya de Oro, Hija del Río. -En seguida pasó rápidamente ante ellos y habiendo cerrado la puerta se volvió otra vez, extendiendo los brazos blancos.- ¡Cerremos las puertas a la noche! -dijo-. Quizá todavía tenéis miedo de la niebla, la sombra de los árboles, el agua profunda, las criaturas del bosque. ¡No temáis! Pues esta noche estáis bajo techo en casa de Tom Bombadil.

Los hobbits la miraron asombrados y ella los observó a su vez, uno a uno, sonriendo.

-¡Hermosa dama Baya de Oro! -dijo Frodo al fin, sintiendo en el corazón una alegría que no alcanzaba a entender. Estaba allí, inmóvil, como había estado otras veces escuchando las hermosas voces de los elfos, pero ahora el encantamiento era diferente, menos punzante y menos sublime, pero más profundo y más próximo al corazón humano; maravilloso, pero no ajeno-. ¡Hermosa dama Baya de Oro! -repitió-. Ahora me explico la alegría de esas canciones que oímos.

¡Oh delgada como vara de sauce!

¡Oh más clara que el agua clara!

¡Oh junco a orillas del estanque! ¡Hermosa Hija del Río!

¡Oh tiempo de primavera y tiempo de verano, y otra vez primavera!

¡Oh viento en la cascada y risa entre las hojas!

Frodo calló de pronto, balbuciendo, sorprendido al oírse decir esas palabras. Pero Baya de Oro rió.

-¡Bien venido! - dijo -. No había oído que la gente de la Comarca fuera de lengua tan dulce. Pero entiendo que eres amigo de los elfos; así lo dicen la luz de tus ojos y el timbre de tu voz. ¡Un feliz encuentro! ¡Sentaos y esperemos al Señor de la casa! No tardará. Está atendiendo a vuestros animales cansados.

Los hobbits se sentaron complacidos en unas sillas bajas de mimbre, mientras Baya de Oro se ocupaba alrededor de la mesa; y los ojos de ellos seguían con deleite la fina gracia de los movimientos de la joven. De algún sitio detrás de la casa llegó el sonido de un canto. De cuando en cuando alcanzaban a oír, entre muchos *derry dol*, *alegre dol*, y *toca un don dilló*, unas palabras que se repetían:

*El viejo Tom Bombadil es un sujeto sencillo,
de chaqueta azul brillante y zapatos amarillos.*

Hermosa dama! -dijo Frodo al cabo de un rato -. Decidme, si mi pregunta no os parece tonta, ¿quién es Tom Bombadil?

-Es él -dijo Baya de Oro, dejando de moverse y sonriendo.

Frodo la miró inquisitivamente.

-Es como lo has visto -dijo ella respondiendo a la mirada de Frodo-. Es el Señor de la madera, el agua y las colinas.

-¿Entonces estas tierras extrañas le pertenecen?

-De ningún modo -dijo ella y la sonrisa se le apagó-. Eso sería en verdad una carga -susurró-. Los árboles y las hierbas y todas las cosas que crecen o viven en la región no tienen otro dueño que ellas mismas. Tom Bombadil es el Señor. Nadie ha atrapado nunca al viejo Tom caminando en el bosque, vadeando el río, saltando en lo alto de las colinas, a la luz o a la sombra. Tom Bombadil no tiene miedo. Es el Señor.

Se abrió una puerta y entró Tom Bombadil. Se había sacado el sombrero y unas hojas otoñales le coronaban los espesos cabellos castaños. Rió y yendo hacia Baya de Oro le tomó la mano.

-¡He aquí a mi hermosa señora! -dijo inclinándose hacia los hobbits-. ¡He aquí a mi Baya de Oro vestida de verde y plata con flores en la cintura! ¿Está la mesa puesta? Veo crema amarilla y panales, y pan blanco y manteca, leche, queso, hierbas verdes y cerezas maduras. ¿Alcanza para todos? ¿Está la cena lista?

-Está -respondió Baya de Oro-, pero quizá los huéspedes no lo estén.

Tom golpeó las manos y gritó: - ¡Tom, Tom! ¡Tus huéspedes están cansados y tú casi lo olvidaste! ¡Venid mis alegres amigos y Tom os refrescará! Os limpiaréis las manos sucias y os lavaréis las caras cansadas. Fuera esos abrigos embarcados. Peinad esas melenas enmarañadas.

Abrió la puerta y los hobbits lo siguieron por un corto pasadizo que doblaba a la derecha. Llegaron así a una habitación baja, de techo inclinado (un cobertizo, parecía, añadido al ala norte de la casa). Los muros eran de piedra, cubiertos en su mayor parte con esteras verdes y cortinas amarillas. El suelo era de losa, y encima habían puesto unos juncos verdes. A un lado, tendidos en el piso, había cuatro gruesos colchones recubiertos con mantas blancas. Contra el muro opuesto un banco largo sostenía unas cubetas de carro, y al lado se alineaban unas vasijas oscuras llenas de agua; algunas con agua fría y otras con agua caliente. Unas chinelas verdes esperaban junto a cada cama.

Al cabo de un rato, lavados y refrescados, los hobbits se sentaron a la mesa, dos a cada lado y en los extremos Baya de Oro y el Señor. Fue una comida larga y alegre. No faltó nada, aunque los hobbits comieron como sólo pueden comer unos hobbits

famélicos. La bebida que en los tazones parecía ser simple agua fresca, se les subió a los corazones como vino y les desató las lenguas. Los invitados advirtieron de pronto que estaban cantando alegremente, como si eso fuera más fácil y natural que hablar.

Luego, Tom y Baya de Oro se levantaron y limpiaron rápidamente la mesa. Les ordenaron a los huéspedes que se quedaran quietos y los sentaron en sillas, los pies apoyados en un escabel. Un fuego llameaba ante ellos en la vasta chimenea, con un olor dulce, como madera de manzano. Cuando todo estuvo en orden, apagaron las luces de la habitación excepto una lámpara y un par de velas en los extremos de la chimenea. Baya de Oro se les acercó entonces con una vela en la mano y les deseó a cada uno una buena noche y un sueño profundo.

-Tened paz ahora -dijo-, ¡hasta la mañana! No prestéis atención a ningún ruido nocturno. Pues nada entra aquí por puertas y ventanas salvo el claro de luna, la luz de las estrellas y el viento que viene de las cumbres. ¡Buenas noches!

Baya de Oro dejó la habitación con un centelleo y un susurro y sus pasos se alejaron como un arroyo que desciende dulcemente de una colina sobre piedras frescas en la quietud de la noche.

Tom se sentó en silencio mientras los hobbits titubeaban pensando en las preguntas que no se habían animado a hacer durante la cena. El sueño les pesaba en los párpados. Al fin Frodo habló:

-¿Oísteis mi llamada, Señor, o llegasteis a nosotros sólo por casualidad?

Tom se movió como un hombre al que sacan de un sueño agradable. -¿Eh? ¿Qué? -dijo-. ¿Si oí tu llamada? No, no oí nada, estaba ocupado cantando. Fue la casualidad lo que me llevó allí, si quieres llamarlo casualidad. No estaba en mis planes, aunque os estaba esperando. Habíamos oído hablar de vosotros y sabíamos que andabais por el bosque, y que no tardaríais en llegar a orillas del río. Todos los senderos vienen hacia aquí, hacia el Tornasauce. El viejo Hombre-Sauce gris es un cantor poderoso y la gente pequeña escapa difícilmente de sus arteros laberintos. Pero Tom tenía que cumplir allí una misión y él no se hubiera atrevido a oponerse.

Tom cabeceó como luchando contra el sueño, pero continuó con una dulce voz:

*Yo tenía allí una misión: recoger lirios de agua,
hojas verdes y lirios blancos para complacer a mi hermosa dama,
los últimos del año y preservarlos así del invierno,
para que florezcan a sus pies antes que las nieves se fundan.
Todos los años al fin del verano los busco para ella,
en una laguna profunda y clara, lejos bajando por el río;
allí se abren los primeros en primavera y allí duran más.
junto a esa laguna encontré hace tiempo a la Hija del Río,
la hermosa y joven Baya de Oro, sentada entre los juncos,
cantando dulcemente, y el corazón le golpeaba.*

Tom abrió los ojos y miró a los hobbits con un repentino centelleo azul.

*Y esto fue bueno para vosotros, pues ahora no volveré
a descender a lo largo de las aguas del bosque,
mientras el año sea viejo. Ni pasaré otra vez
junto a la casa del viejo Hombre-Sauce
antes de la gozosa primavera, cuando la Hija del Río
baje bailando entre los mimbres a bañarse en el agua.*

Tom calló de nuevo, pero Frodo no pudo dejar de hacer otra pregunta, aquella cuya respuesta más deseaba oír.

-Habladnos, Señor - dijo -, del Hombre-sauce. ¿Qué es? Nunca oí nada de él.

-¡No, no! -dijeron juntos Merry y Pippin, enderezándose bruscamente-. ¡No ahora! ¡No hasta la mañana!

-¡Tenéis razón! -dijo el viejo-. Es tiempo de descansar. No es bueno hablar de ciertas cosas cuando las sombras reinan en el mundo. Dormid hasta que amanezca, reposad la cabeza en las almohadas. ¡No prestéis atención a ningún ruido nocturno! ¡No temáis al sauce gris!

Y diciendo esto bajó la lámpara y la apagó con un soplido y tomando una vela en cada mano llevó a los hobbits fuera de la habitación.

Los colchones y las almohadas tenían la dulzura de la pluma y las coberturas eran de lana blanca. Acababan de tenderse en los lechos blandos y de acomodarse las mantas cuando se quedaron dormidos.

En la noche profunda, Frodo tuvo un sueño sin luz. Luego vio que se elevaba la luna nueva y a la tenue claridad apareció ante él un muro de piedra oscura, atravesado por un arco sombrío parecido a una gran puerta. Le pareció a Frodo que lo llevaban por el aire y vio entonces que la pared era un círculo de lomas que encerraban una planicie; en el centro se elevaba un pináculo de piedra, semejante a una torre, pero no obra de artífices. En la cima había una forma humana. La luna subió y durante un momento pareció estar suspendida sobre la cabeza de la figura, reflejándose en los cabellos blancos, movidos por el viento. De la planicie en tinieblas se levantó un clamor de voces feroces y el aullido de muchos lobos. De pronto una sombra, como grandes alas, pasó delante de la luna. La figura alzó los brazos y del bastón que tenía en la mano brotó una luz. Un águila enorme bajó entonces del cielo y se llevó a la figura. Las voces gimieron y los lobos aullaron. Hubo un ruido como si soplara un viento huracanado y con él llegó el sonido de unos cascos que galopaban, galopaban, galopaban desde el este. «¡Los Jinetes Negros!», pensó Frodo despertando y con el golpeteo de los cascos resonándole aún en la cabeza. Se preguntó si tendría alguna vez el coraje de dejar la seguridad de esos muros de piedra. Se quedó quieto, escuchando todavía, pero todo estaba en silencio ahora y al fin se volvió y se durmió otra vez, o se perdió en un sueño que no le dejó ningún recuerdo.

Al lado, Pippin dormía hundido en sueños agradables, pero algo cambió de pronto y se volvió en la cama gruñendo. En seguida despertó, o pensó que había despertado y sin embargo oía aún en la oscuridad el sonido que lo había perturbado mientras dormía: *tip-tap, cuic*; era como el susurro de unas ramas que se rozan con el viento, dedos de ramitas que rascaban la ventana y la pared: *cric, cric, cric*. Se preguntó si habría sauces cerca de la casa y de pronto tuvo la horrible impresión de que no estaba en una casa común sino dentro del sauce, oyendo aquella espantosa voz, seca y chirriante, que otra vez se reía de él. Se incorporó y sintió la almohada blanda en las manos y se acostó otra vez con alivio. Le pareció oír el eco de unas palabras: «¡Nada temas! ¡Duerme en paz hasta la mañana! ¡No prestes atención a los ruidos nocturnos!» Volvió a dormirse.

Era el murmullo de un agua que cae lo que Merry oía en su sueño tranquilo: agua que fluía dulcemente y luego se extendía y se extendía alrededor de la casa en un estanque oscuro y sin límites. Gorgoteaba bajo las paredes y subía lenta pero firmemente. «¡Me ahogaré!», pensó. «Entrará en la casa y entonces me ahogaré.» Sintió que estaba acostado en un pantano blando y viscoso, e incorporándose de un salto puso el pie en una losa dura y fría. Recordó entonces dónde estaba y se acostó de nuevo.

Creía oír o recordaba haber oído: «Nada entra aquí por puertas y ventanas salvo el claro de luna, la luz de las estrellas y el viento que viene de las cumbres.» Una brisa leve y dulce movió las cortinas. Respiró profundamente y se durmió otra vez.

Al día siguiente Sam sólo recordaba que había dormido toda la noche, muy satisfecho, si los troncos duermen satisfechos.

Despertaron los cuatro a la vez, con la luz de la mañana. Tom andaba por la habitación silbando como un estornino. Oyendo que los hobbits se movían, golpeó las manos y gritó: - ¡Hola! ¡Ven alegre dol, derry dol! ¡Mis bravos!

Descorrió las cortinas amarillas y aparecieron las ventanas, a ambos lados del aposento: una miraba al este y la otra al oeste.

Los hobbits se levantaron de un salto, renovados. Frodo corrió a la ventana oriental y se encontró mirando una huerta, gris de rocío. Casi había esperado ver una franja de césped entre la casa y los muros, césped marcado con huellas de cascos. En verdad, no podía ver muy lejos, a causa de una alta estacada de habas, pero por encima y a lo lejos la cresta gris de la colina se alzaba a la luz del amanecer. Era una mañana pálida; en el este, detrás de unas nubes largas como hilos de lana sucia, teñida de rojo en los bordes, centelleaban unos profundos piélagos amarillos. El cielo anunciaba lluvia, pero la luz se extendía rápidamente, y las flores rojas de las habas comenzaban a brillar entre las hojas verdes y húmedas.

Pippin miró por la ventana occidental y vio un estanque de bruma. Una niebla cubría el bosque. Era como mirar desde arriba un techo de nubes en pendiente. Había un pliegue o canal donde la bruma se quebraba en penachos y ondas: el Valle del Tornasauc. El arroyo descendía por la ladera izquierda y se desvanecía entre las sombras blancas. Junto a la casa había un jardín de flores y un cerco recortado, envuelto en una red de plata y más allá una hierba corta y gris, empalidecida por gotas de rocío. No se veía ningún sauc.

-¡Buenos días, alegres amigos! -gritó Tom abriendo de par en par la ventana del este. Un aire fresco entró en el cuarto, trayendo olor a lluvia-. Hoy el sol no mostrará mucho la cara, se me ocurre. He estado caminando, subiendo a las cumbres de las lomas, desde que empezó el alba gris, olfateando el viento y el tiempo: hierba húmeda a mis pies, cielo húmedo arriba. Desperté a Baya de Oro cantando bajo su ventana, pero nada despierta a los hobbits a la mañana temprano. Las personitas despiertan de noche en la oscuridad y se duermen cuando llega la luz. ¡Tocad un don diló! ¡Despertad, alegres amigos! ¡Olvidad los ruidos nocturnos! ¡Tocad un don diló del, mis bravos! Si os dais prisa, encontraréis el desayuno servido. ¡Si tardáis tendréis pasto y agua de lluvia!

Inútil decir que aunque la amenaza de Tom no parecía muy seria los hobbits se apresuraron y dejaron la mesa tarde, cuando ya empezaba a parecer vacía. Ni Tom ni Baya de Oro estaban allí. Podía oírse a Tom que se movía por la casa, afanándose en la cocina, subiendo y bajando las escaleras y cantando afuera, aquí y allá. La habitación daba al oeste sobre el valle neblinoso y la ventana estaba abierta. El agua goteaba desde los aleros de paja. Antes que terminaran de desayunar, las nubes se habían unido formando un techo uniforme y una lluvia gris cayó verticalmente con una dulce regularidad. La espesa cortina no dejaba ver el bosque.

Mientras miraban por la ventana, la voz clara de Baya de Oro descendió dulcemente, como si bajara con la lluvia, desde el cielo. No oían sino unas pocas palabras, pero les pareció evidente que la canción era una canción de lluvia, dulce como un chaparrón sobre las lomas secas y que contaba la historia de un río desde el

manantial en las tierras altas hasta el océano distante, allá abajo. Los hobbits escuchaban deleitados y Frodo sentía alegría en el corazón y bendecía la lluvia bienhechora que les demoraba la partida. La idea de que tenían que irse le estaba pesando desde que abrieran los ojos, pero sospechaba ahora que ese día no irían más lejos.

El viento alto se estableció en el oeste y unas nubes más densas y más húmedas se elevaron rodando para verter la carga de lluvia en las cimas desnudas de las Quebradas. No se veía nada alrededor de la casa, excepto agua que caía. Frodo estaba de pie junto a la puerta abierta observando el blanco sendero gredoso que descendía burbujeando al valle, transformado en un arroyo de leche. Tom Bombadil apareció trotando en una esquina de la casa, moviendo los brazos como para apartar la lluvia y en realidad cuando saltó al umbral parecía perfectamente seco, excepto las botas. Se las quitó y las puso en un rincón de la chimenea. Luego se sentó en la silla más grande y pidió a los hobbits que se le acercaran.

-Es el día de lavado de Baya de Oro -dijo-, y también de la limpieza de otoño. Llueve demasiado para los hobbits, ¡que descansen mientras les sea posible! Día bueno para cuentos largos, para preguntas y respuestas, de modo que Tom iniciará la charla.

Les contó entonces muchas historias notables, a veces como hablándose a sí mismo y a veces mirándolos de pronto con ojos azules y brillantes bajo las cejas tupidas. A menudo la voz se le cambiaba en canto y se levantaba entonces de la silla para bailar alrededor. Les habló de abejas y de flores, de las costumbres de los árboles y las extrañas criaturas del bosque, de cosas malignas y de cosas benignas, cosas amigas y cosas enemigas, cosas crueles y cosas amables y de secretos que se ocultaban bajo las zarzas.

A medida que escuchaban, los hobbits empezaron a entender las vidas del bosque, distintas de las suyas, sintiéndose en verdad extranjeros allí donde todas las cosas estaban en su sitio. El viejo Hombre-Sauce aparecía y desaparecía en la charla, una y otra vez y Frodo aprendió bastante como para sentirse satisfecho, en verdad más que bastante, pues las cosas de que se iba enterando no eran tranquilizadoras. Las palabras de Tom desnudaban los corazones y los pensamientos de los árboles, pensamientos que eran a menudo oscuros y extravíos, colmados de odio por todas las criaturas que se mueven libremente sobre la tierra, arañando, mordiendo, rompiendo, cortando, quemando: destructoras y usurpadoras. No se le llamaba el Bosque Viejo sin motivo, pues era antiguo de veras, sobreviviente de vastos bosques olvidados; y en él vivían aún, envejeciendo tan lentamente como las colinas, los padres de los padres de los árboles, recordando la época en que eran señores. Los años innumerables les habían dado orgullo y sabiduría enraizada en la tierra y malicia. Ninguno, sin embargo, era más peligroso que el Gran Sauce: tenía el corazón podrido, pero una fuerza todavía verde; y era astuto, y ordenaba los vientos, y su canto y su pensamiento corrían entre los árboles de ambos lados del río. El espíritu griseo y sediento del Sauce sacaba fuerzas de la tierra, extendiéndose como una red de raíces en el suelo y como dedos invisibles en el aire, hasta tener dominio sobre casi todos los árboles del bosque desde la Cerca a las Quebradas.

De pronto la charla de Tom dejó los árboles para remontar el joven arroyo, por encima de cascadas burbujeantes, guijarros y rocas erosionadas y entre florecitas que se abrían en la hierba apretada y en grietas húmedas, trepando así hasta las Quebradas. Los hobbits oyeron hablar de los Grandes Túmulos y de los montículos verdes y de los círculos de piedra sobre las colinas y en los bajos. Las ovejas balaban en rebaños. Se

levantaron muros blancos y verdes. Había fortalezas en las alturas. Reyes de pequeños reinos se batieron entre ellos y el joven sol brilló como el fuego sobre el rojo metal de las espadas codiciosas y nuevas. Hubo victorias y derrotas; y se derrumbaron torres, se quemaron fortalezas y las llamas subieron al cielo. El oro se apiló sobre los catafalcos de reyes y reinas, y unos montículos los cubrieron y las puertas de piedra se cerraron y la hierba creció encima. Las ovejas pacieron allí un tiempo, pero pronto las colinas estuvieron desnudas otra vez. De sitios lejanos y oscuros vino una sombra, los huesos se agitaron en las tumbas. Los Tumularios se paseaban por las oquedades con un tintineo de anillos en los dedos fríos y cadenas de oro al viento. Los círculos de piedra salieron a la superficie de la tierra como dientes rotos a la luz de la luna.

Los hobbits se estremecieron. Hasta en la misma Comarca se había oído hablar de los Tumularios, que frecuentaban las Quebradas de los Túmulos, más allá del bosque. Pero no era esta una historia que complaciese a los hobbits, ni siquiera junto a una lejana chimenea. La alegría de la casa los había distraído, pero ahora los cuatro recordaron de pronto: la casa de Tom Bombadil se apoyaba en el hombro mismo de las temibles Quebradas. Perdieron el hilo del relato y se movieron inquietos, mirándose a hurtadillas.

Cuando volvieron a prestar atención, descubrieron que Tom deambulaba ahora por regiones extrañas, más allá de la memoria y los pensamientos de los hobbits, en días en que el mundo era más ancho y los mares golpeaban la costa del oeste; y siempre yendo y viniendo Tom cantó la luz de las estrellas antiguas, cuando sólo los ancianos elfos estaban despiertos. De pronto hizo una pausa y vieron que cabeceaba como atacado por el sueño. Los hobbits se quedaron sentados, frente a él, como hechizados; y bajo el encantamiento de aquellas palabras les pareció que el viento se había ido y las nubes se habían secado y el día se había retirado y la oscuridad había venido del este y del oeste: en el cielo resplandecía una claridad de estrellas blancas.

Frodo no hubiese podido decir si había pasado la mañana y la noche de un solo día o de muchos días. No se sentía ni hambriento ni cansado, sólo colmado de asombro. Las estrellas brillaban del otro lado de la ventana y el silencio de los cielos parecía rodearlo. Al fin ese mismo asombro y un miedo repentino al silencio que había sobrevenido lo llevaron a preguntar:

-¿Quién sois, Señor?

-¿Eh? ¿Qué? - dijo Tom enderezándose y los ojos le brillaron en la oscuridad-. ¿Todavía no sabes cómo me llamo? Esa es la única respuesta. Dime, ¿quién eres tú, solo, tú mismo y sin nombre? Pero tú eres joven, y yo soy viejo. El Antiguo, eso es lo que soy. Prestad atención, amigos míos: Tom estaba aquí antes que el río y los árboles. Tom recuerda la primera gota de lluvia y la primera bellota. Abrió senderos antes que la Gente Grande y vio llegar a la Gente Pequeña. Estaba aquí antes que los Reyes y las tumbas y los Tumularios. Cuando los elfos fueron hacia el oeste, Tom ya estaba aquí, antes que los mares se replegaran. Conoció la oscuridad bajo las estrellas antes que apareciera el miedo, antes que el Señor Oscuro viniera de Afuera.

Pareció que una sombra pasaba por la ventana y los hobbits echaron una rápida mirada a través de los vidrios. Cuando se volvieron, Baya de Oro estaba en la puerta de atrás, enmarcada en luz. Traía una vela encendida que protegía del aire con la mano y la luz se filtraba a través de la mano como *el sol* a través de una concha blanca.

-La lluvia ha cesado -dijo- y las aguas nuevas corren por la falda de la colina, a la luz de las estrellas. ¡Riamos y alegrémonos!

-¡Y comamos y bebamos! -gritó Tom-. Las historias largas dan sed. Y escuchar mucho tiempo es una tarea que da hambre, ¡mañana, mediodía y noche!

Diciendo esto se incorporó de un salto, tomó una vela de la repisa de la chimenea y la encendió en la llama que traía Baya de Oro y se puso a bailar alrededor de la mesa. De súbito atravesó de un salto la puerta y desapareció.

Regresó pronto, trayendo una gran bandeja cargada. Luego él y Baya de Oro pusieron la mesa, y los hobbits se quedaron sentados, mirándolos, en parte maravillados y en parte riendo: tan hermosa era la gracia de Baya de Oro y tan alegres y estrafalarias las cabriolas de Tom. Sin embargo, de algún modo, los dos parecían tejer una sola danza, no molestándose entre sí, entrando y saliendo y alrededor de la mesa; y los alimentos, los recipientes y las luces fueron prontamente dispuestos. Las velas blancas y amarillas se reflejaron en los platos. Tom hizo una reverencia a los huéspedes.

-La cena está servida -dijo Baya de Oro y los hobbits vieron ahora que ella estaba vestida toda de plata y con un cinturón blanco y que los zapatos eran como escamas de pescado. Pero Tom tenía un traje de color azul puro, azul corno los nomeolvides lavados por la lluvia, y medias verdes.

La comida fue todavía mejor que la anterior. Quizá bajo el encanto de las palabras de Tom los hobbits hubieran podido saltarse una comida o dos, pero cuando tuvieron el alimento ante ellos pareció que no comían desde hacía una semana. No cantaron ni siquiera hablaron mucho durante un rato, del todo dedicados a la tarea. Pero al cabo de un tiempo el corazón y el espíritu se les animaron otra vez y las voces resonaron, en alegría y risas.

Luego de la cena, Baya de Oro cantó muchas canciones para ellos, canciones que comenzaban felizmente en las colinas y recaían dulcemente en el silencio y en los silencios vieron imágenes de estanques y aguas más vastos que todos los conocidos y observando esas aguas vieron el cielo abajo y las estrellas como joyas en los abismos. Luego, una vez más, Baya de Oro les dio a todos las buenas noches y los dejó junto a la chimenea. Pero Tom estaba ahora muy despierto y los acosó a preguntas.

Descubrieron entonces que ya sabía mucho de ellos y de sus familias y que conocía la historia y costumbres de la Comarca desde tiempos que los hobbits mismos recordaban apenas. Esto no los sorprendió, pero Tom no ocultó que una buena parte de sus conocimientos le venía del granjero Maggot, a quien parecía atribuir una importancia que los hobbits no habían imaginado.

-Hay tierra bajo los pies del viejo Maggot y tiene arcilla en las manos, sabiduría en los huesos y muy abiertos los dos ojos. -Fue también evidente que Tom había tenido tratos con los elfos y que de alguna manera se había enterado por Gildor de la huida de Frodo.

En verdad tanto sabía Tom y sus preguntas eran tan hábiles, que Frodo se encontró hablándole de Bilbo y de sus propias esperanzas y temores como no se había atrevido a hacerlo ni siquiera con Gandalf. Tom asentía con movimientos de cabeza y los ojos le brillaron cuando oyó nombrar a los Jinetes.

-¡Muéstrame ese precioso Anillo! -dijo de repente en medio de la historia: y Frodo, él mismo asombrado, sacó la cadena y desprendiendo el Anillo se lo alcanzó en seguida a Tom.

Pareció que el Anillo se hacía más grande un momento en la manaza morena de Tom. De pronto Toro alzó el Anillo y lo miró de cerca y se rió. Durante un segundo los hobbits tuvieron una visión a la vez cómica y alarmante: el ojo azul de Toro brillando a través de un círculo de oro. Luego Tom se puso el Anillo en el extremo del dedo meñique y lo acercó a la luz de la vela. Durante un momento los hobbits no

advirtieron nada extraño. En seguida se quedaron sin aliento. ¡Tom no había desaparecido!

Tom rió otra vez y echó el Anillo al aire y el Anillo se desvaneció con un resplandor. Frodo dio un grito y Tom se inclinó hacia adelante y le devolvió el Anillo con una sonrisa.

Frodo miró el Anillo de cerca y con cierta desconfianza (como quien ha prestado un dije a un prestidigitador). Era el mismo Anillo, o tenía el mismo aspecto y pesaba lo mismo; siempre le había parecido a Frodo que el Anillo era curiosamente pesado. Pero no estaba seguro y tenía que cerciorarse. Quizás estaba un poco molesto con Tom a causa de la ligereza con que había tratado algo que para el mismo Gandalf era de una importancia tan peligrosa. Esperó la oportunidad, ahora que la charla se había reanudado y Tom contaba una absurda historia de tejones y sus raras costumbres, y se deslizó el Anillo en el dedo.

Merry se volvió hacia él para decirle algo y tuvo un sobresalto, reprimiendo una exclamación. Frodo estaba contento (en cierto modo); era en verdad el mismo Anillo, pues Merry clavaba los ojos en la silla y obviamente no podía verlo. Frodo se puso de pie y se escurrió hacia la puerta exterior, alejándose de la chimenea.

-¡Eh, tú! -gritó Tom volviendo hacia él unos ojos brillantes que parecían verlo perfectamente-. ¡Eh! ¡Ven Frodo, ven aquí! ¿Adónde te ibas? El viejo Tom Bombadil todavía no está tan ciego. ¡Sácate ese Anillo dorado! Te queda mejor la mano desnuda. ¡Ven aquí! ¡Deja ese juego y siéntate a mi lado! Tenemos que hablar un poco más y pensar en la mañana. Tom *te enseñará el camino justo, ahorrándote extravíos.*

Frodo se rió (tratando de parecer complacido) y secándose el Anillo se acercó y se sentó de nuevo. Tom les dijo entonces que el sol brillaría al día siguiente y que sería una hermosa mañana y que la partida se presentaba bajo los mejores auspicios. Pero convendría que salieran temprano, pues el tiempo en aquellas regiones era algo de lo que ni siquiera Tom podía estar seguro y a veces cambiaba con más rapidez de lo que *él tardaba en cambiarse la chaqueta.*

-No soy dueño del clima -les dijo-, como ningún ser que camine en dos patas.

De acuerdo con el consejo de Tom decidieron ir hacia el norte desde la casa, por las laderas orientales y más bajas de las Quebradas. De ese modo era posible que llegaran al camino del este en una jornada, evitando los Túmulos. Les dijo que *no se* asustaran y que atendieran a sus propios asuntos.

-No dejéis la hierba verde. No os acerquéis a las piedras antiguas ni a los fríos Tumularios, ni espiéis los Túmulos, a menos que seáis gente fuerte y de ánimo firme.

Dijo esto una vez más y les aconsejó que pasaran los Túmulos por el lado oeste, si se extraviaban y se acercaban demasiado. Luego les enseñó *a* cantar una canción, para el caso de que tuvieran mala suerte y cayeran al día siguiente en alguna dificultad.

*¡Oh, Tom Bombadil, Tom Bombadilló!
Por el agua y el bosque y la colina, las cañas y el sauce,
por el fuego y el sol y la luna, ¡escucha ahora y óyenos!
¡Ven, Tom Bombadil, pues nuestro apuro está muy cerca!*

Los hobbits cantaron juntos la canción después de él, y Tom les palmeó las espaldas a todos y tomando unas velas los llevó de vuelta al dormitorio.

NIEBLA EN LAS QUEBRADAS DE LOS TUMULOS

Aquella noche no oyeron ruidos. Pero en sueños o fuera de los sueños, no hubiera podido decirlo, Frodo oyó un canto dulce que le rondaba en la mente: una canción que parecía venir como una luz pálida del otro lado de una cortina de lluvia gris y que creciendo cambiaba el velo en cristal y plata, hasta que al fin el velo se abrió y un país lejano y verde apareció ante él a la luz de un rápido amanecer.

La visión se fundió en el despertar; y allí estaba Tom silbando como un árbol colmado de pájaros; y el sol ya caía oblicuamente por la colina y a través de la ventana abierta. Afuera todo era verde y oro pálido.

Luego del desayuno, que tomaron de nuevo solos, se prepararon para despedirse, el corazón tan oprimido como era posible en una mañana semejante: fría, brillante y limpia bajo un lavado cielo otoñal de un ligero azul. El aire llegaba fresco del noroeste. Los pacíficos poneys estaban casi retozones, bufando y moviéndose inquietos. Tom salió de la casa, movió el sombrero y bailó en el umbral, invitando a los hobbits a ponerse de pie, a partir y a marchar a buen paso.

Cabalgaron a lo largo de un sendero que subía zigzagueando hacia el extremo norte de la loma en que se apoyaba la casa. Acababan de desmontar para ayudar a los poneys en la última pendiente empinada, cuando de pronto Frodo se detuvo.

-¡Baya de Oro! -gritó-. ¡Mi hermosa dama, toda vestida de verde plata! ¡No nos hemos despedido y no la hemos visto desde anoche!

Se sentía tan desolado que quiso volver atrás, pero en ese momento una llamada cristalina descendió hacia ellos como un rizo de agua. Allá en la cima de la loma Baya de Oro les hacía señas; los cabellos sueltos le flotaban en el aire, centelleando al sol. Una luz parecida al reflejo del agua en la hierba húmeda de rocío le brillaba bajo los pies, que bailaban.

Subieron de prisa la última pendiente y se detuvieron sin aliento junto a ella. La saludaron inclinándose, pero con un movimiento de la mano ella los invitó a mirar alrededor; y desde aquella cumbre ellos miraron las tierras a la luz de la mañana. El aire era ahora tan claro y transparente como había sido velado y brumoso cuando llegaron al cerro del bosque, que ahora se erguía pálido y verde entre los árboles oscuros del oeste. Allí la tierra se elevaba en repliegues boscosos, verdes, amarillos, rosados a la luz del sol, y más *allá se* escondía el Valle del Brandivino. Hacia el sur, sobre la línea del Tornasauce, había un resplandor lejano como un pálido espejo y el río Brandivino se torcía en un lazo sobre las tierras bajas y se alejaba hacia regiones desconocidas para los hobbits. Hacia el norte, más allá de las quebradas decrecientes, la tierra se extendía en llanos y protuberancias de pálidos colores terrosos y grises y verdes, hasta desvanecerse en una lejanía *oscura e* indistinta. Al este se elevaban las Quebradas de los Túmulos, en crestas sucesivas, perdiéndose de vista hasta no ser más que una conjetura azul y un esplendor remoto y blanco que se confundía con el borde del cielo, pero que evocaba para ellos, en recuerdos y viejas historias, unas montañas altas y distantes.

Aspiraron una profunda bocanada de aire y tuvieron la impresión de que un brinco y algunas pocas y firmes zancadas los llevarían a donde quisieran. Parecía propio de pusilánimes dar vueltas y vueltas a lo largo de las quebradas hasta llegar así al camino, cuando en cambio podían saltar tan limpiamente como Tom sobre las estribaciones y llegar directamente a las montañas.

Baya de Oro les habló, atrayendo de nuevo las miradas y pensamientos de los hobbits.

-¡Apresuraos ahora, mis buenos huéspedes! -dijo-. ¡Y mantened firme vuestro propósito! ¡El norte con el viento en el ojo izquierdo y benditos sean vuestros pasos! ¡De prisa, mientras brilla el sol! -Y a Frodo le dijo: - ¡Adiós, amigo de los elfos, fue un encuentro feliz!

Pero Frodo no supo qué responder. Hizo una profunda reverencia, montó en el poney y seguido por sus amigos partió trotando a lo largo de la suave pendiente que bajaba detrás de la loma. La casa de Tom Bombadil y el valle y el bosque desaparecieron de la vista de los hobbits. El aire se hizo más cálido entre los muros verdes de las lomas y el aroma del pasto era fuerte y dulce. Cuando llegaron al fondo de la hondonada verde se volvieron y miraron a Baya de Oro, ahora pequeña y delgada como una flor iluminada por el sol sobre un fondo de cielo; estaba de pie, todavía mirándolos, con las manos tendidas hacia *ellos*. *Mientras* la miraban, ella llamó con voz clara y levantando la mano se volvió y desapareció detrás de la colina.

El camino serpenteaba a lo largo de la hondonada, bordeando el pie verde de una colina escarpada hasta entrar en un valle más profundo y más ancho, y luego pasaba sobre otras cimas, descendiendo por las largas estribaciones y subiendo otra vez por las faldas lisas hasta otras cumbres, para bajar luego a otros valles. No había árboles ni ninguna agua visible: era un paisaje de hierbas y de pastos cortos y elásticos, donde no se oía otra cosa que el murmullo del aire en los montículos y los gritos agudos y solitarios de unas aves extrañas. A medida que caminaban, el sol iba subiendo en el cielo y hacía más calor. Cada vez que llegaban a una cumbre, la brisa parecía haber disminuido. Cuando vislumbraron al fin las regiones orientales, el bosque lejano parecía humear, como si la lluvia reciente estuviera subiendo en humo desde las hojas, las raíces y el suelo. Una sombra se extendía ahora a lo largo del horizonte, una niebla oscura sobre la que el cielo era como un casquete azul, caliente y pesado.

Alrededor del mediodía llegaron a una loma cuya cumbre era ancha y aplastada, como un plato plano de reborde elevado y verde. Dentro no corría aire y el cielo parecía al alcance de la mano. Atravesaron este espacio y miraron hacia el norte, y se sintieron animados, pues era evidente que ya estaban más lejos de lo que habían creído. La bruma, por cierto, no permitía apreciar las distancias, pero no había duda de que las Quebradas estaban llegando a su fin. Allá abajo se extendía un largo valle, torciendo hacia el norte hasta alcanzar una abertura entre dos salientes empinadas. Más allá, parecía, no había más lomas. En el norte alcanzaba a divisarse una larga línea oscura.

-Eso es una línea de árboles -dijo Merry-, y seguramente señala el camino. Los árboles crecen todo a lo largo, durante muchas leguas al este del Puente. Algunos dicen que los plantaron en los viejos días.

-Espléndido -dijo Frodo-. Si seguimos marchando como hasta ahora, habremos dejado las Quebradas antes que se ponga el sol y buscaremos un buen sitio para acampar.

Pero aún mientras hablaba se volvió para mirar hacia el este y vio que de aquel lado las lomas eran más altas y se alzaban por encima de ellos; y todas esas lomas estaban coronadas de montículos verdes y en algunas había piedras verticales que apuntaban al aire, como dientes mellados que asomaban en encías verdes.

De algún modo esta vista era inquietante; se volvieron y descendieron a la depresión circular. En el centro se erguía una única piedra, alta bajo el sol, y a esa hora no echaba ninguna sombra. Era una piedra informe y sin embargo significativa: como un mojón, o

un dedo guardián, o más aún una advertencia. Pero ellos tenían hambre y el sol estaba aún en el mediodía, donde no había nada que temer, de modo que se sentaron recostando las espaldas en el lado este de la piedra. Estaba fresca, como si el sol no hubiera sido capaz de calentarla, pero a esa hora les pareció agradable. Allí comieron y bebieron y fue aquel un almuerzo al aire libre que hubiese contentado a cualquiera, pues el alimento venía de «bajo la colina». Tom los había aprovisionado como para toda la jornada. Los poneys desensillados retozaban en el pasto.

La cabalgata por las lomas, la comida abundante, el sol tibio y el aroma de la hierba, un descanso algo prolongado con las piernas estiradas, de cara al cielo: estas cosas quizá bastan para explicar lo que ocurrió. De cualquier manera los hobbits despertaron de pronto, incómodos, de un sueño que no había sido voluntario. La piedra elevada estaba fría y arrojaba una larga sombra pálida que se extendía sobre ellos hacia el este. El sol, de un amarillo claro y acuoso, brillaba entre las nieblas justo por encima de la pared oeste de la depresión. Al norte, al sur y al este, más allá de la pared, la niebla era espesa, fría y blanca. El aire era silencioso, pesado y glacial. Los poneys se apretaban unos contra otros, las cabezas bajas.

Los hobbits se incorporaron de un salto, alarmados y corrieron hacia el reborde oriental. Descubrieron que estaban en una isla, rodeados de niebla. Miraban aún consternados la luz crepuscular, cuando el sol se puso ante ellos hundiéndose en un mar blanco y una sombra fría y gris subió detrás en el este. La niebla trepó por las paredes y se alzó sobre ellos y mientras subía se replegó hasta formar un techo: estaban encerrados en una sala de niebla cuya columna central era la piedra vertical. Tuvieron la impresión de que una trampa se cerraba sobre ellos, pero no se desanimaron del todo. Recordaban todavía la prometedora visión de la línea del camino y no habían olvidado la dirección en que se encontraba. De todos modos se sentían ahora tan a disgusto en aquella depresión alrededor de la piedra, que no tenían la menor intención de quedarse. Empacaron con toda la rapidez que les fue posible, los dedos entumecidos por el frío.

Pronto estuvieron conduciendo los poneys en fila por sobre el reborde y descendieron por la falda norte de la loma, hacia el mar de nieblas. A medida que bajaban la niebla se hacía más fría y más húmeda, y los cabellos les colgaban chorreando sobre la frente. Cuando llegaron abajo hacía tanto frío que se detuvieron para sacar mantas y capuchones que pronto se cubrieron de gotas grises. Luego, montando los poneys, continuaron marchando lentamente, siguiendo las subidas y bajadas del terreno. Se encaminaban, o así les parecía, hacia la abertura en forma de puerta que habían visto a la mañana en el extremo norte del largo valle. Una vez allí tenían que continuar en línea recta, tanto como les fuera posible y de un modo o de otro llegarían así al camino. No pensaban en lo que vendría luego, aunque esperaban quizá que más allá de las Quebradas no habría niebla.

La marcha era muy lenta. Para evitar separarse y extraviarse en direcciones diferentes iban todos en fila, con Frodo adelante. Sam marchaba detrás, y luego Pippin, y luego Merry. El valle parecía interminable. De pronto Frodo vio una señal de esperanza. A un lado y a otro una sombra comenzó a asomar en la niebla; y se le ocurrió que estaban acercándose al fin a la abertura entre las colinas, la puerta norte de las Quebradas de los Túmulos. Una vez del otro lado estarían libres. -¡Adelante! ¡Seguidme! -llamó por encima del hombro y corrió hacia adelante.

Pero la esperanza se convirtió pronto en alarma y confusión. Las manchas oscuras se oscurecieron todavía más, pero encogiéndose; y de pronto, alzándose ominosas ante él y algo inclinadas la una hacia la otra como pilares de una puerta descabezado, Frodo vio dos piedras enormes clavadas en tierra. No recordaba haber visto ningún signo parecido en el valle, cuando había mirado a la mañana desde lo alto de la loma. Ya había pasado casi entre ellas cuando se dio cuenta y en ese mismo momento la oscuridad pareció caer alrededor. El poney se encabritó relinchando y Frodo rodó por el suelo. Cuando miró atrás descubrió que estaba solo; los otros no lo habían seguido.

-¡Sam! -llamó-. ¡Pippin! ¡Merry! ¡Venid! ¿Por qué os quedáis atrás?

No hubo respuesta. Frodo sintió que el miedo lo dominaba y volvió corriendo entre las piedras, dando gritos: -¡Sam! ¡Sam! ¡Merry! ¡Pippin! -El poney desapareció brincando en la niebla. A lo lejos creyó oír un llamado: -¡Eh, Frodo, eh! -Venía del este, a la izquierda de las grandes piedras y Frodo clavó los ojos en la oscuridad, tratando de ver. Al fin echó a andar en la dirección de la llamada y se encontró subiendo una cuesta empinada.

Mientras se adelantaba trabajosamente, llamó de nuevo y continuó llamando cada vez más desesperado, pero durante un tiempo no oyó ninguna respuesta y luego le llegó débil y lejana, de adelante y por encima de él.

-¡Eh, Frodo! -decían las vocecitas que venían de la bruma: y luego un grito que sonaba como socorro, socorro, repetido muchas veces y teminando con un último *socorro* que se arrastró en un largo quejido interrumpido de súbito. Se precipitó tambaleándose hacia los gritos, pero ya no había luz y la noche se había cerrado alrededor, de modo que no era posible orientarse. Le parecía que estaba subiendo todo el tiempo, más y más.

Sólo el cambio en el nivel del suelo le indicó que había llegado a la cima de un cerro o de una loma. Estaba cansado, sudoroso y sin embargo helado. La oscuridad era completa.

-¿Dónde estáis? -gritó como en un lamento.

Nadie respondió. Frodo se detuvo, escuchando. De pronto cayó en la cuenta de que hacía mucho frío y que allí arriba se levantaba un viento, un viento helado. El tiempo estaba cambiando. La niebla se dispersaba en andrajos y jirones. El aliento le brotaba como un humo y las tinieblas parecían menos próximas y espesas. Alzó los ojos y vio con sorpresa que unas estrellas débiles aparecían entre hebras presurosas de niebla y nubes. El viento comenzó a sisear sobre la hierba.

Creó oír entonces un grito ahogado y fue hacia él y mientras avanzaba la niebla se replegó apartándose y descubriendo un cielo estrellado. Una mirada le mostró que estaba ahora cara al sur y sobre una colina redonda a la que había subido desde el norte. El viento penetrante soplaba del este. La sombra negra de un túmulo se destacaba a la derecha sobre el fondo de las estrellas orientales.

-¿Dónde estáis? -gritó de nuevo a la vez irritado y temeroso.

-¡Aquí! -dijo una voz, profunda y fría, que parecía salir del suelo-. ¡Estoy esperándote!

-¡No! - dijo Frodo, pero no echó a correr. Se le doblaron las rodillas y cayó por tierra. Nada ocurrió y no hubo ningún sonido. Alzó los ojos, temblando, a tiempo para ver una figura alta y oscura como una sombra que se recortaba contra las estrellas. La sombra se inclinó. Frodo creyó ver dos *ojos fríos*, aunque iluminados por una luz débil que parecía venir de muy lejos. En seguida sintió el apretón de una garra más fuerte y fría que el acero. El contacto glacial le heló los huesos y ya no supo más.

Cuando recobró el conocimiento, lo único que podía recordar era un sentimiento de pavor. De pronto entendió que estaba encerrado, preso sin remedio en el interior de un túmulo. Había caído en las garras de un Tumulario y sin duda ya estaba sometido a los terribles encantamientos de los Tumularios de que hablaban las leyendas. No se atrevió a moverse y se quedó como estaba, tendido de espaldas en una piedra fría con las manos sobre el pecho.

Aunque su miedo era tan enorme que parecía confundirse con las tinieblas mismas que lo rodeaban, descubrió así tendido que estaba pensando en Bilbo Bolsón y sus historias, en los paseos que habían hecho juntos por los prados de la Comarca, charlando de caminos y de aventuras. Hay una semilla de coraje oculta (a menudo profundamente, es cierto) en el corazón del más gordo y tímido de los hobbits, esperando a que algún peligro desesperado y último la haga germinar. Frodo no era ni muy gordo ni muy tímido; en verdad, aunque él *no lo* sabía, Bilbo (y Gandalf) habían opinado que era el mejor hobbit de toda la Comarca. Pensaba haber llegado al fin de su aventura, a un fin terrible, pero este pensamiento lo fortaleció. Sintió que se endurecía, como para un salto final; ya no era más una presa flácida y desvalida.

Tendido allí, pensando y recobrándose, advirtió en seguida que las tinieblas cedían lentamente: una clara luz verdosa crecía alrededor. No le mostró al principio en qué clase de sitio se encontraba, pues era como si la luz le saliera del cuerpo y viniera del suelo, y no había alcanzado aún el techo y las paredes. Se volvió y allí acostados junto a él, a la luz fría, vio a Sam, Pippin y Merry. Estaban de espaldas, vestidos de blanco y las caras tenían una palidez mortal. Alrededor había muchos tesoros, de oro quizás, aunque en aquella luz parecían fríos y poco atractivos. Llevaban diademas en las cabezas, cadenas de oro alrededor de la cintura y muchos anillos en los dedos. Había espadas junto a ellos y escudos a sus pies. Pero sobre los tres cuellos se veía una larga espada desnuda.

De pronto comenzó un canto: un murmullo frío, que subía y bajaba. La voz parecía distante e inconmensurablemente triste; a veces era tenue y flotaba en el aire; a veces venía del suelo como un gemido sordo. En la corriente informe de lastimosos pero horribles sonidos, de cuando en cuando tomaban forma algunas ristas de palabras: penosas, duras, frías, crueles, desdichadas palabras. La noche se quejaba de la mañana que le habían quitado y el frío maldecía el deseado calor. Frodo estaba helado hasta la médula. Al cabo de un rato el canto se hizo más claro y con espanto en el corazón Frodo advirtió que era ahora un encantamiento:

*Que se te enfríen las manos, el corazón y los huesos,
que se te enfríe el sueño bajo la piedra:
que no despiertes nunca en el lecho de piedra,
hasta que el Sol se apague y la Luna muera.*

*En el oscuro viento morirán las estrellas,
y que en el oro todavía descanses
hasta que el señor oscuro alce la mano
sobre el océano muerto y la tierra reseca.*

Frodo oyó detrás de su cabeza un rasguño y un crujido. Incorporándose sobre un brazo se volvió y vio a la luz pálida que estaban en una especie de pasaje, que detrás de ellos se doblaba en un codo. Allí un brazo largo caminaba a tientas apoyándose en los dedos y venía hacia Sam, que estaba más cerca, y hacia la empuñadura de la espada puesta sobre él.

Al principio Frodo tuvo la impresión de que el encantamiento lo había transformado de veras en piedra. En seguida sintió un deseo furioso de escapar. Se preguntó hasta qué punto, si se ponía el Anillo, el Tumulario dejaría de verlo y si encontraría entonces un modo de escapar. Se vio a sí mismo corriendo por la hierba, lamentándose por Merry y Sam y Pippin, pero libre y con vida. Gandalf mismo admitiría que no había otra cosa que hacer.

Pero el coraje que había despertado en él era ahora demasiado fuerte: no podía abandonar a sus amigos con tanta facilidad. Titubeó la mano tanteando el bolsillo y en seguida luchó de nuevo consigo mismo, mientras el brazo continuaba avanzando. De pronto ya no dudó y echando mano a una espada corta que había junto a él, se arrodilló inclinándose sobre los cuerpos de sus compañeros. Alzó la espada y la descargó con fuerza sobre el brazo, cerca de la muñeca; la mano se desprendió, pero el arma voló en pedazos hasta la empuñadura. Hubo un grito penetrante y la luz se apagó. Un gruñido resonó en la oscuridad.

Frodo cayó hacia adelante, sobre Merry, y la cara de Merry estaba fría. Luego recordó; lo había olvidado desde la primera aparición de la niebla, pero ahora recordaba de nuevo: la casa al pie de la loma y el canto de Tom. Recordó los versos que Tom les había enseñado. Con una vocecita desesperada se puso a cantar:

-¡Oh, Tom Bombadil! -y al pronunciar el nombre la voz se le hizo más fuerte y se alzó animada y plena y en el recinto oscuro se oyó como un eco de trompetas y tambores.

¡Oh, Tom Bombadil, Tom Bombadilló!

*Por el agua y el bosque y la colina, las cañas y el sauce,
por el fuego y el sol y la luna, ¡escucha ahora y óyenos!*

¡Ven, Tom Bombadil, pues nuestro apuro está muy cerca!

Hubo un repentino y profundo silencio y Frodo alcanzó a oír los latidos de su propio corazón. Al cabo de un rato largo y lento, le llegó claramente, pero de muy lejos, como a través de la tierra o unas gruesas paredes, una voz que respondía cantando.

El viejo Tom Bombadil es un sujeto sencillo,

de chaqueta azul brillante y zapatos amarillos.

Nadie lo ha atrapado nunca, Tom Bombadil es el amo:

sus canciones son más fuertes, y sus pasos son más rápidos.

Se oyó un ruido atronador, como de piedras que caen rodando y de pronto la luz entró a raudales, luz verdadera, la pura luz del día. Una abertura baja parecida a una puerta apareció en el extremo de la cámara, más allá de los pies de Frodo; y allí estaba la cabeza de Tom (con sombrero, pluma y el resto), recortada en la luz roja del sol que se alzaba detrás. La luz inundó el piso y las caras de los tres hobbits acostados junto a Frodo. No se movían aún, pero habían perdido aquel tinte enfermizo. Ahora sólo parecía que estuvieran sumidos en un sueño profundo.

Tom se agachó, se sacó el sombrero y entró en el recinto oscuro cantando:

*¡Fuera, viejo Tumulario! ¡Desaparece a la luz!
¡Encógete como la niebla fría, llora como el viento
en las tierras estériles, más allá de los montes!
¡No regreses aquí! ¡Deja vacío el túmulo!
Perdido y olvidado, más sombrío que la sombra,
quédate donde las puertas están cerradas para siempre,
hasta los tiempos de un mundo mejor.*

A estas palabras respondió un grito y una parte del extremo de la cámara se derrumbó con estrépito. Luego se oyó un largo chillido arrastrado que se perdió en una distancia inimaginable y en seguida silencio.

-¡Ven, amigo Frodo! -dijo Tom-. ¡Salgamos a la hierba limpia! Ayúdame a transportarlos.

Juntos llevaron afuera a Merry, Pippin y Sam. Frodo dejaba el túmulo por última vez cuando creyó ver una mano cortada que se retorció aún como una araña herida sobre un montón de tierra. Tom entró de nuevo y se oyeron muchos pisoteos y golpes sordos. Cuando salió traía en los brazos una carga de tesoros: objetos de oro, plata, cobre y bronce, y numerosas perlas y cadenas y ornamentos enjoyados. Trepó al túmulo verde y dejó todo arriba a la luz del sol.

Allí se quedó, de pie, inmóvil, con el sombrero en la mano y los cabellos al viento, mirando a los tres hobbits que habían sido depositados de espaldas sobre la hierba, en el lado oeste del montículo. Alzando al fin la mano derecha dijo en una voz clara y perentoria:

*¡Despertad ahora, mis felices muchachos! ¡Despertad y oíd mi llamada!
¡Que el calor de la vida vuelva a los corazones y a los miembros!
La puerta oscura no se cierra; la mano muerta se ha quebrado.
La noche huyó bajo la Noche, ¡y el Portal está abierto!*

Para gran alegría de Frodo, los hobbits se movieron, extendieron los brazos, se frotaron los ojos y se levantaron de un salto. Miraron alrededor asombrados, primero a Frodo y luego a Tom, de pie sobre el túmulo, por encima de ellos y al fin se miraron a sí mismos, vestidos con tenues andrajos blancos, coronas y cinturones de oro pálido y adornos tintineantes.

-¿Qué es esto, por todos los misterios? -comenzó Merry sintiendo la diadema dorada que le había caído sobre un ojo. En seguida se detuvo y una sombra le cruzó la cara y cerró los ojos-. ¡Claro, ya recuerdo! -dijo-. Los hombres de Carn Dûm cayeron sobre nosotros de noche y nos derrotaron. ¡Ah, esa espada en el corazón! -Se llevó las manos al pecho.- ¡No! ¡No! -dijo, abriendo los ojos-. ¿Qué digo? He estado soñando. ¿De dónde vienes, Frodo?

-Me creí perdido -dijo Frodo-, pero no quiero hablar de eso. ¡Pensemos en lo que haremos ahora! ¡En marcha otra vez!

-¿Vestido así, señor? -dijo Sam-. ¿Dónde están mis ropas?

Tiró la diadema, el cinturón y los anillos al pasto y miró impaciente alrededor, como si esperara encontrar el manto, la chaqueta, los pantalones y las otras ropas hobbits allí cerca, al alcance de la mano.

-No encontraréis vuestras ropas -dijo Tom bajando de un salto desde el montículo, y riendo y bailando alrededor a la luz del sol. Uno hubiera pensado que nada horrible ni peligroso había ocurrido y en verdad el horror se les borró de los corazones tan pronto como miraron a Tom y le vieron los ojos que centelleaban, felices.

-¿Qué queréis decir? -preguntó Pippin mirándolo, entre perplejo y divertido-. ¿Por qué no?

Pero Tom movió la cabeza diciendo: -Habéis vuelto a encontraros a vosotros mismos, saliendo de las aguas profundas. Las ropas son una pequeña pérdida, cuando uno se salva de morir ahogado. ¡Alegraos, mis alegres amigos y dejad que la luz del sol os caliente los corazones y los miembros! ¡Libraos de esos andrajos fríos! ¡Corred desnudos por el pasto, mientras Tom va de caza!

Bajó a saltos la pendiente de la loma, silbando y llamando. Frodo lo siguió con la mirada y lo vio correr hacia el sur a lo largo de la verde hondonada que los separaba de la loma siguiente, silbando siempre y gritando:

*¡Eh, ahora! ¡Ven, ahora! ¿Por dónde vas ahora?
¿Arriba, abajo, cerca, lejos, aquí, allí, o más allá?
¡Oreja-Fina, Nariz-Aguda, Cola-Viva y Rocino,
mi amigo Medias Blancas, mi Gordo Terronillo!*

Así cantaba, corriendo, echando el sombrero al aire y recogéndolo otra vez, hasta que desapareció detrás de una elevación del terreno; pero durante un tiempo los *¡eh, ahora! ¡ven, ahora!* les llegaron traídos por el viento, que soplaba del sur.

El aire era de nuevo muy caliente. Los hobbits corrieron un rato por la hierba, como Tom les había dicho. Luego se tendieron al sol con el deleite de quienes han pasado de pronto de un crudo invierno a un clima agradable, o de las gentes que luego de haber guardado cama mucho tiempo, despiertan una mañana descubriendo que se sienten inesperadamente bien y que el día está otra vez colmado de promesas.

Cuando Tom regresó se sentían ya fuertes (y hambrientos). Tom reapareció y lo primero que se vio fue el sombrero, sobre la cresta de la colina y detrás de él, y en fila obediente, *seis* poney: los cinco de ellos y uno más. El último, obviamente, era el viejo Gordo Terronillo: más grande, fuerte, gordo (y viejo) que los poney de los hobbits. Merry, a quien pertenecían los otros, no les había dado en verdad tales nombres, pero desde entonces respondieron siempre a los nombres que Tom les había asignado. Tom los llamó uno por uno y los poney treparon la cuesta y esperaron en fila. Luego Tom se inclinó ante los hobbits.

-¡Aquí están vuestros poney! -dijo-. Tienen más sentido (de algún modo) que vosotros mismos, hobbits vagabundos; más sentido del olfato. Pues husmean de lejos el peligro en que vosotros os metéis directamente; y si corren para salvarse, corren en la dirección correcta. Tenéis que perdonarlos, pues aunque fieles de corazón, no están hechos para enfrentar el terror de los Tumularios. ¡Mirad, aquí están de nuevo, la carga completa!

Merry, Sam y Pippin se vistieron con ropas de repuesto, que sacaron de los paquetes; y pronto sintieron demasiado calor, pues tuvieron que ponerse las cosas más gruesas y abrigadas, que habían traído para protegerse del invierno próximo.

-¿De dónde viene ese otro viejo animal, ese Gordo Terronillo? -preguntó Frodo.

-Es mío -dijo Tom-. Mi amigo cuadrúpedo; aunque lo monto poco y anda libre por las lomas y a veces se va lejos. Cuando vuestros poney estaban en mi casa, conocieron allí a mi Terronillo; lo olfatearon en la noche y corrieron rápidos a buscarlo. Pensé que él los buscaría y que les sacaría todo el miedo, con palabras sabias. Pero ahora, mi bravo Terronillo, el viejo Tom va a montarte. ¡Eh! Irá con vosotros sólo para ponerlos

en camino y necesita un poney. Pues no es fácil hablar con hobbits que van cabalgando, cuando uno tiene que trotar a pie junto a ellos.

Los hobbits se sintieron muy contentos oyendo esto, y le dieron las gracias a Tom muchas veces, pero él se rió y dijo que ellos tenían tanta habilidad para perderse que no se sentiría feliz hasta que los viera a salvo más allá de los límites de su dominio.

-Tengo cosas que hacer -les dijo-. Mis composiciones y mi canto, mis discursos y mis paseos y la vigilancia de mis tierras. Tom no puede estar siempre cerca para abrir puertas y hendiduras de sauces. Tom tiene que cuidar la casa y Baya de Oro espera.

Era todavía bastante temprano, entre las nueve y las diez de la mañana, y los hobbits empezaron a pensar en la comida. La última vez que habían probado alimento había sido el almuerzo del día anterior, junto a la piedra erecta. Desayunaron ahora el resto de las provisiones de Tom, destinadas a la cena, con agregados que Tom había traído consigo. No fue una comida abundante (considerando los hábitos de los hobbits y las circunstancias), pero se sintieron mucho mejor. Mientras comían, Tom subió al montículo y examinó los tesoros. Dispuso la mayor parte en una pila que brillaba y relumbraba sobre la hierba. Les pidió que los dejaran allí, «para cualquiera que los encontrara, pájaros, bestias, elfos y hombres y todas las criaturas bondadosas»; pues así se rompería el maleficio del túmulo y ningún Tumulario volvería a ese sitio. Eligió para sí mismo un broche adornado con piedras azules de muchos reflejos, como flores de lino o alas de mariposas azules. Lo miró largamente, como si le recordase algo, moviendo la cabeza, y al fin dijo:

-¡He aquí un hermoso juguete para Tom y su dama! Hermosa era quien lo llevó en el hombro, mucho tiempo atrás. Baya de Oro lo llevará ahora, ¡y no olvidaremos a la otra!

Para cada uno de los hobbits eligió una daga, larga y afilada como una brizna de hierba, de maravillosa orfebrería, tallada con figuras de serpientes doradas y rojas. Las dagas centellearon cuando las sacó de las vainas negras, de algún raro metal fuerte y liviano y con incrustaciones de piedras refulgentes. Ya fuese por alguna virtud de estas vainas o por el hechizo que pesaba en el túmulo, parecía que las hojas no hubiesen sido tocadas por el tiempo; sin manchas de herrumbre, afiladas, brillantes al sol.

-Los viejos puñales son bastante largos para los hobbits, y pueden llevarlos como espadas -dijo Tom-. Las hojas afiladas son convenientes si la gente de la Comarca camina hacia el este, el sur o lejos en la oscuridad y el peligro.

Luego les dijo que estas hojas habían sido forjadas mucho tiempo atrás por los hombres de Oesternesse; eran enemigos del Señor Oscuro, pero habían sido vencidos por el malvado rey de Carn Dûm en la Tierra de Angmar.

-Muy pocos los recuerdan -murmuró Tom-, pero algunos andan todavía por el mundo, hijos de reyes olvidados que marchan en soledad, protegiendo del mal a los incautos.

Los hobbits no entendieron estas palabras, pero mientras Tom hablaba tuvieron una visión, una vasta extensión de años que había quedado atrás, como una inmensa llanura sombría cruzada a grandes trancos por formas de hombres, altos y torvos, armados con espadas brillantes; y el último llevaba una estrella en la frente. Luego la visión se desvaneció y se encontraron de nuevo en el mundo soleado. Era hora de reiniciar la marcha. Se prepararon, empaquetando y cargando los poneys. Las nuevas armas las colgaron de los cinturones de cuero bajo las chaquetas, encontrándolas muy incómodas y preguntándose si servirían de algo. Ninguno de ellos había considerado hasta

entonces la posibilidad de un combate, entre las aventuras que les estaban destinadas en esta huida.

Partieron al fin. Llevaron los poneyes loma abajo, y pronto montaron y trotaron rápidamente a lo largo del valle. Dándose vuelta, vieron la cima del viejo túmulo sobre la loma y el reflejo del sol en el oro se alzaba como una llama amarilla. Luego bordearon una saliente de las Quebradas y ya no vieron más la loma.

Aunque Frodo miraba a un lado y a otro no vio en ninguna parte aquellas grandes piedras que se levantaban como una puerta, y poco tiempo después llegaban a la abertura del norte y la franqueaban rápidamente. El terreno descendía ahora. Era un buen viaje, con Tom Bombadil que trotaba alegremente al lado, o delante, montado en Gordo Terronillo, capaz de moverse con una rapidez que no se hubiera esperado de él, dado su volumen. Tom cantaba la mayor parte del tiempo, pero sobre todo cosas que no tenían sentido, o quizás en una lengua extranjera que los hobbits no conocían, una lengua antigua con palabras que eran casi todas de alegría y maravilla.

Avanzaban a paso firme, pero pronto advirtieron que el Camino estaba más lejos de lo que habían imaginado. Aun sin niebla, la siesta del mediodía les hubiera impedido llegar allí antes de la caída de la noche, el día anterior. La línea oscura que habían visto no era una línea de árboles, sino una línea de matorrales que crecían al borde de una fosa profunda con una pared escarpada del otro lado. Tom comentó que había sido la frontera de un reino, pero en tiempos muy lejanos. Pareció que le recordaba algo triste y no dijo mucho.

Bajaron a la fosa y subieron trabajosamente pasando por una abertura en la pared y luego Tom se volvió hacia el norte, pues habían estado desviándose un poco hacia el oeste. El terreno era abierto y bastante llano y apresuraron la marcha, aunque el sol ya estaba poniéndose cuando vieron delante una línea de árboles y supieron que habían llegado de vuelta al camino, luego de muchas inesperadas aventuras. Recorrieron al galope las últimas millas y se detuvieron a la sombra alargada de los árboles. Estaban en la cima de una pendiente y el camino, ahora borroso a la luz del atardecer, se alejaba zigzagueando allá abajo; corría casi del sudoeste al nordeste y a la derecha caía abruptamente hacia una ancha hondonada. Lo atravesaban numerosos surcos y aquí y allá había rastros de los últimos chaparrones: charcos y hoyos de agua.

Descendieron por la pendiente mirando arriba y abajo. No había nada que ver.

-¡Bueno, aquí estamos de vuelta al fin! - dijo Frodo -. ¡El atajo por el bosque nos demoró quizá dos días! Pero este atraso puede sernos útil. Quizá nos perdieron el rastro.

Los otros lo miraron. La sombra del miedo a los Jinetes Negros los alcanzó de pronto otra vez. Desde que entraran en el bosque casi no habían pensado otra cosa que en volver al camino; ahora que ya estaban en él, recordaban de nuevo el peligro que los perseguía y que muy probablemente estaría esperándolos en el camino mismo. Se volvieron inquietos hacia el sol poniente; el camino era pardo y estaba desierto.

-¿Creéis - preguntó Pippin con una voz titubeante -, creéis que nos perseguirán esta misma noche?

-No, no esta noche, espero -respondió Tom Bombadil-, ni quizá mañana. Pero no confíes en mi presentimiento, pues no podría afirmarlo. De lo que se extiende al este nada sé. Tom no es señor de los Jinetes de la Tierra Tenebrosa, más allá de los lindes de este país.

Los hobbits, de todos modos, hubieran querido que Tom los acompañara. Tenían la impresión de que nadie como él hubiese podido enfrentar a los Jinetes Negros. Pronto

iban a internarse en tierras que les eran totalmente extrañas y más allá de todo lo conocido excepto en leyendas vagas y distantes; y en la tarde que caía tuvieron nostalgias del hogar. Una profunda soledad y un sentimiento de pérdida los invadió a todos. Se quedaron allí de pie, en silencio, resistiéndose a la separación final y sólo lentamente fueron dándose cuenta de que Tom estaba despidiéndose, diciéndoles que no perdieran el ánimo y que cabalgaran *sin* detenerse hasta bien entrada la noche.

-Los consejos de Tom os serán útiles hasta que el día termine. Luego tendréis que fiaros de vuestra propia buena suerte. A cuatro millas del camino encontraréis una aldea: Bree, al pie de la colina de Bree, cuyas puertas miran al oeste. Allí encontraréis una vieja posada, *El Poney Pisador*; Cebadilla Mantecona es el afortunado propietario. Podréis pasar allí la noche y luego la mañana os pondrá otra vez en camino. ¡Valor, pero cuidado! ¡Animo en los corazones y no dejéis escapar la buena fortuna!

Los hobbits le rogaron que los acompañase al menos hasta la posada y que bebiera con ellos una vez más, pero Tom se rió y rehusó diciendo:

*Las tierras de Tom terminan aquí; no traspasará las fronteras.
Tiene que ocuparse de su casa, ¡y Baya de Oro está esperando!*

Luego se volvió, arrojó al aire el sombrero, saltó sobre el lomo de Terronillo y se fue barranca arriba cantando en el crepúsculo.

Los hobbits treparon detrás y lo observaron hasta que se perdió de vista.

-Lamento tener que dejar al señor Bombadil -dijo Sam-. Curioso ejemplar y no me equivoco. Digo que andaremos mucho todavía y no encontraremos nada mejor, ni más raro. Pero no niego que me gustará ver ese *Poney Pisador* de que habló. ¡Espero que se parezca al *Dragón Verde* de nuestra tierra! ¿Qué clase de gente vive en Bree?

-Hay hobbits en Bree -dijo Merry-, y también Gente Grande. Me atrevo a decir que estaremos casi como en casa. *El Poney* es una buena posada, desde todo punto de vista. Los míos van allí de cuando en cuando.

-Puede ser todo lo que deseamos -dijo Frodo-, pero de cualquier modo está fuera de la Comarca. ¡No os sintáis demasiado en casa! Recordad todos por favor que el nombre de Bolsón no ha de mencionarse. Si es necesario darme un nombre, soy el señor Sotomonte.

Montaron los poneys y fueron en silencio hacia la noche. La oscuridad cayó rápidamente mientras subían y bajaban las lomas, hasta que al fin vieron luces que resplandecían a lo lejos.

Delante, cerrándoles el paso, se levantó la colina de Bree, una masa oscura contra las estrellas neblinosas; bajo el flanco oeste anidaba una aldea grande. Fueron hacia allí de prisa, sólo deseando encontrar un fuego y una puerta que los separara de la noche.

BAJO LA ENSEÑA DEL PONEY PISADOR

Bree era la villa principal de las tierras de Bree, pequeña región habitada, semejante a una isla en medio de las tierras desiertas de alrededor. Las otras poblaciones eran Entibo, junto a Bree, del otro lado de la loma; Combe, en un valle profundo un poco más al este, y Archet, en los límites del Bosque de Chet. Alrededor de la loma de Bree y de las villas había una pequeña región de campos y bosques cultivados, de unas pocas millas de extensión.

Los hombres de Bree eran de cabellos castaños, morrudos y no muy altos, alegres e independientes; no servían a nadie, aunque se mostraban amables y hospitalarios con los hobbits, enanos, elfos y otros habitantes del mundo próximo, lo que no era (o es) habitual en la Gente Grande. De acuerdo con sus propias leyendas, descendían de los primeros hombres que se habían aventurado a alejarse hacia el oeste de la Tierra Media y eran los habitantes originales del lugar. Pocos habían sobrevivido a los conflictos de los Días Antiguos, pero cuando los Reyes volvieron cruzando de nuevo las Grandes Aguas, encontraron a los hombres de Bree todavía allí, donde continúan estando ahora, cuando el recuerdo de los viejos Reyes ya se ha borrado en la hierba.

En aquellos días ningún otro hombre se había afincado tan al oeste, ni a menos de cien leguas de la Comarca; pero en las tierras salvajes más allá de Bree había nómadas misteriosos. La gente de Bree los llamaba los Montaraces y no sabía de dónde venían. Eran más altos y morenos que los hombres de Bree y se los creía capaces de ver y oír cosas extrañas y de entender el lenguaje de las bestias y los pájaros. Iban de un lado a otro hacia el sur y el este, casi hasta las Montañas Nubladas, pero ahora eran pocos y rara vez se los veía. Cuando aparecían traían noticias de muy lejos y contaban extraviadas historias olvidadas que eran escuchadas con mucho interés; pero las gentes de Bree no hacían buenas migas con ellos.

Había también numerosas familias de hobbits en el país de Bree y pretendían ser el grupo de hobbits más antiguo del mundo, establecidos allí mucho antes del cruce del Brandivino y la colonización de la Comarca. La mayoría vivía en Entibo, aunque había algunos en Bree, especialmente en las laderas más altas de la colina, por encima de las casas de los hombres. La Gente Grande y la Gente Pequeña (como se llamaban unos a otros) estaban en buenas relaciones, ocupándose de sus propios asuntos y cada uno a su manera, pero considerándose todos parte necesaria de la población de Bree. En ninguna otra parte del mundo hubiera podido encontrarse este arreglo peculiar (aunque excelente).

La gente de Bree, Grande y Pequeña, no viajaba mucho y no había para ellos nada más importante que los asuntos de las cuatro villas. De cuando en cuando los hobbits de Bree iban hasta Los Gamos o la Cuaderna del Este, pero aunque esta pequeña región no estaba a más de una jornada a caballo desde el Puente del Brandivino, los hobbits de la Comarca la visitaban poco ahora. Algún habitante de Los Gamos o algún intrépido Tuk venía en ocasiones a pasar una noche o dos en la posada, pero aun esto era cada vez más raro. Los hobbits de la Comarca llamaban a los de Bree y a todos los que vivían más allá de las fronteras Gentes del Exterior y se interesaban poco en ellos, considerándolos rústicos y bárbaros. En esa época y al este del mundo había probablemente muchas Gentes del Exterior que los hobbits de la Comarca no conocían. Algunos, sin duda, no eran sino vagabundos, siempre dispuestos a cavar un agujero en cualquier barranca y quedarse allí mientras se sintieran cómodos. Pero en las tierras de

Bree, al menos, los hobbits eran decentes y prósperos y no más rústicos que la mayoría de los parientes lejanos del interior. No se había olvidado aún que en otro tiempo las idas y venidas entre la Comarca y Bree habían sido cosa frecuente. Era opinión común que había sangre de Bree en los Brandigamo.

La aldea de Bree comprendía un centenar de casas de piedra de Gentes Grandes, la mayoría sobre el camino en el flanco de la loma, con ventanas que daban al oeste. En este lado, describiendo algo más de medio círculo, desde la loma y de vuelta, había un foso profundo con un seto espeso sobre la pared interior. El camino franqueaba el seto por medio de una calzada, pero en el lugar donde atravesaba el seto una puerta de trancas cerraba el paso. Había otra en el extremo sur, donde el camino dejaba la villa. Las puertas se cerraban a la caída de la noche, pero en el lado de adentro había unos refugios pequeños para los guardianes.

Junto al camino, donde doblaba a la derecha bordeando la colina, se levantaba una posada grande. Había sido construida en tiempos remotos cuando el tránsito en los caminos era mucho mayor. Pues Bree estaba situada en una vieja encrucijada; otro antiguo camino cruzaba el Camino del Este junto al foso, en el extremo oeste de la villa; y muchos hombres y gentes de distintas clases habían pasado por allí en tiempos lejanos. *Extraño como noticias de Bree* era todavía una expresión corriente en la Cuaderna del Este y se remontaba a la época en que noticias del Norte, el Sur y el Este podían oírse aún en la posada, donde los hobbits de la Comarca iban más a menudo a oírlos. Pero las tierras del norte estaban desiertas desde hacía tiempo y el Camino del Norte se usaba poco ahora; estaba cubierto de hierba y la gente de Bree lo llamaba el Camino Verde.

La posada de Bree estaba todavía allí, sin embargo, y el posadero era una persona importante. La casa era lugar de reunión para los habitantes ociosos, charlatanes y curiosos, grandes y pequeños, de las cuatro aldeas y un refugio para los montaraces y otros trotamundos y para aquellos viajeros (en su mayoría enanos) que tomaban todavía el Camino del Este para ir a las montañas, o volver de las montañas.

La noche había caído y unas estrellas blancas brillaban en el cielo cuando Frodo y sus compañeros llegaron al fin al cruce del Camino Verde, ya cerca de la aldea. Avanzaron hacia la Puerta del Este y la encontraron cerrada, pero un hombre estaba sentado frente a la casita, del otro lado de la cerca. El hombre se incorporó de un salto, alcanzó una linterna y los miró por encima de la puerta de trancas, sorprendido.

-¿Qué quieren y de dónde vienen? -preguntó con tono áspero. -Buscamos la posada -respondió Frodo-. Vamos hacia el oeste y no podemos ir más lejos esta noche.

-¡Hobbits! ¡Cuatro hobbits! Y lo que es más, de la Comarca, según parece por el acento -dijo el guardián a media voz y como hablándose a sí mismo.

Los examinó un momento con aire sombrío y luego abrió lentamente la puerta y los dejó entrar.

-No vemos a menudo gente de la Comarca cabalgando por el camino de noche -prosiguió diciendo mientras los hobbits hacían un alto junto a la empalizada-. ¿Me excusarán si les pregunto qué los lleva al este de Bree? ¿Cómo se llaman, si me permiten?

-Nuestros nombres y asuntos son cosa nuestra y éste no parece un buen lugar para discutirlo -dijo Frodo a quien no le gustaba el aspecto del hombre ni el tono de su voz.

-De acuerdo -dijo el hombre-, pero mi obligación es preguntar, después de la caída de la noche.

-Somos hobbits de Los Gamos. Nos gusta viajar y queremos descansar en la posada de aquí -dijo Merry-. Soy el señor Brandigamo. ¿Le basta eso? En otro tiempo la gente de Bree trataba cortésmente a los viajeros, o así he oído.

-¡Muy bien! ¡Muy bien! -dijo el hombre-. No quise ofenderlos. Pronto sabrán quizá que no sólo el viejo Herry de la puerta es quien hace preguntas. Hay gente rara por aquí. Si van al *Poney* descubrirán que no son los únicos huéspedes.

Les deseó buenas noches y no dijo más; pero Frodo alcanzó a ver a la luz de la linterna que el hombre no dejaba de mirarlos. Le alegró oír el golpe de la puerta que se cerraba detrás de ellos, mientras avanzaban. Se preguntó por qué el hombre parecía tan suspicaz y si alguien no habría estado pidiendo noticias de un grupo de hobbits. ¿Gandalf quizá? Tenía tiempo de haber llegado, mientras ellos se demoraban en el bosque y las Quebradas. Pero había habido algo en la mirada y la voz del guardián que lo había inquietado.

El hombre se quedó observando a los hobbits un momento y luego entró en la casa. Tan pronto como volvió la espalda, una figura oscura saltó rápidamente la empalizada y se perdió en las sombras de la calle.

Los hobbits subieron por una pendiente suave, dejaron atrás unas pocas casas dispersas y se detuvieron a las puertas de la posada. Las casas les parecían grandes y extrañas. Sam miró asombrado los tres pisos y las numerosas ventanas del albergue y sintió un desmayo en el corazón. Había imaginado que se las vería con gigantes más altos que árboles y otras criaturas todavía más terribles en algún momento del viaje, pero descubría ahora que este primer encuentro con los hombres y las casas de los hombres le bastaba como prueba, y en verdad era demasiado como término oscuro de una jornada fatigosa. Imaginó caballos negros que esperaban ensillados en las sombras del patio de la posada y Jinetes Negros que espían desde las tenebrosas ventanas de arriba.

-No pasaremos aquí la noche, seguro, ¿no, señor? -exclamó-. Si hay gente hobbit por aquí, ¿por qué no buscamos a alguno que quiera recibirnos? Sería algo más hogareño.

-¿Qué tiene de malo la posada? -dijo Frodo-. Nos la recomendó Tom Bombadil. Quizás el interior sea bastante hogareño.

Aun desde afuera la casa tenía un aspecto agradable, para ojos familiarizados con estos edificios. La fachada miraba al camino y las dos alas iban hacia atrás apoyándose en parte en tierras socavadas en la falda de la loma, de modo que las ventanas del segundo piso de atrás se encontraban al nivel del suelo. Una amplia arcada conducía a un patio entre las dos alas y bajo esa arcada a la izquierda había una puerta grande sobre unos pocos y anchos escalones. La puerta estaba abierta y derramaba luz. Sobre la arcada había un farol y debajo se balanceaba un tablero con una figura: un poney blanco encabritado. Encima de la puerta se leía en letras blancas: *El Poney Pisador de Cebadilla Mantecona*. En las ventanas más bajas se veía luz detrás de espesas cortinas.

Mientras titubeaban allí en la oscuridad, alguien comenzó a entonar adentro una alegre canción y unas voces entusiastas se alzaron en coro. Los hobbits prestaron atención un momento a este sonido alentador y desmontaron. La canción terminó y hubo una explosión de aplausos y risas.

Llevaron los poneys bajo la arcada, los dejaron en el patio y subieron los escalones. Frodo abrió la marcha y casi se llevó por delante a un hombre bajo, gordo, calvo y de

cara roja. Tenía puesto un delantal blanco, e iba de una puerta a otra llevando una bandeja de jarros llenos hasta el borde.

-Podríamos... -comenzó Frodo.

-¡Medio minuto, por favor! -gritó el hombre volviendo la cabeza y desapareció en una babel de voces y nubes de humo. Un momento después estaba de vuelta secándose las manos en el delantal.

-¡Buenos días, pequeño señor! -dijo saludando con una reverencia-. ¿En qué podría servirlo?

-Necesitamos cama para cuatro y albergue para cinco poneys, si es posible. ¿Es usted el señor Mantecona?

-¡Sí, señor! Cebadilla es mi nombre. ¡Cebadilla Mantecona para servirlos! Vienen de la Comarca, ¿eh? - dijo, y de pronto se palmeó la frente, como tratando de recordar-. ¡Hobbits! -exclamó-. ¿Qué me recuerda esto? ¿Pueden decirme cómo se llaman ustedes, señor?

-El señor Tuk y el señor Brandigamo -dijo Frodo- y este es Sam Gamyi. Mi nombre es Sotomonte.

-¡Ya recuerdo! -dijo Mantecona chasqueando los dedos-. No, se me fue otra vez. Pero volverá, cuando tenga un rato para pensarlo. No me alcanzan las manos, pero veré qué puedo hacer por ustedes. La gente de la Comarca no viene aquí muy a menudo y lamentaría no poder atenderlos. Pero esta noche ya hay una multitud en la casa, como no la ha habido desde tiempo atrás. Nunca llueve pero diluvia, como decimos en Bree. ¡Eh! ¡Nob! -gritó-. ¿Dónde estás, camastrón de pies lanudos? ¡Nob!

-¡Voy, señor! ¡Voy!

Un hobbit de cara risueña emergió de una puerta, y viendo a los viajeros se detuvo y se quedó mirándolos con mucho interés.

-¿Dónde está Bob? -preguntó el posadero-. ¿No lo sabes? ¡Bueno, búscalos! ¡Rápido! ¡No tengo seis piernas, ni tampoco seis ojos! Dile a Bob que hay cinco poneys para llevar al establo. Que les encuentre sitio.

Nob se alejó al trote, mostrando los dientes y guiando los ojos.

-Bien, ¿qué iba a decirles? -dijo el señor Mantecona, golpeándose la frente con las puntas de los dedos-. Un clavo saca a otro, como se dice. Estoy tan ocupado esta noche que la cabeza me da vueltas. Hay un grupo que vino anoche del sur por el Camino Verde y esto es ya bastante raro. Luego una tropa de enanos que va al oeste y llegó esta tarde. Y ahora ustedes. Si no fueran hobbits dudo que pudiera alejarlos. Pero tenemos un cuarto o dos en el ala norte, hechos especialmente para hobbits cuando construyeron la casa. En la planta baja, como prefieren ellos, con ventanas redondas y todo lo que les gusta. Creo que estarán ustedes cómodos. Querrán cenar, sin duda. Tan pronto como sea posible. ¡Por aquí ahora!

Los llevó un trecho a lo largo del pasillo y abrió una puerta.

-He aquí una hermosa salita -dijo-. Espero que les convenga. Perdónenme ahora. Estoy tan ocupado. No me sobra tiempo ni para charla. Tengo que irme. Estoy siempre corriendo de un lado a otro, pero no adelgazo. Los veré más tarde. Si necesitan algo, toquen la campanilla y vendrá Nob. Si no viene, ¡toquen y griten!

El hombre se fue dejándolos casi sin aliento. Parecía capaz de derramar un torrente interminable de charla, por más ocupado que estuviera. Se encontraban a la sazón en un cuarto pequeño y agradable. Un fuego ardía en el hogar y enfrente habían dispuesto unas sillas bajas y cómodas. Había también una mesa redonda cubierta con un mantel blanco y encima una gran campanilla. Pero Nob, el sirviente hobbit, apareció antes que llamaran. Trajo velas y una bandeja colmada de platos.

-¿Desean algo para beber, señores? -preguntó-. ¿Quieren que les muestre los dormitorios mientras esperan la cena?

Se habían lavado ya y estaban rodeados de buenos jarros de cerveza cuando el señor Mantecona y Nob aparecieron de nuevo. En un abrir y cerrar de ojos tendieron la mesa. Había sopa caliente, carne fría, una tarta de moras, pan fresco, mantequilla y medio queso bien estacionado: una buena comida sencilla, tan buena como cualquiera de la Comarca y bastante familiar como para quitarle a Sam los últimos recelos (que la excelencia de la cerveza ya había aliviado bastante).

El posadero se entretuvo allí unos momentos y al fin anunció que se iba.

-No sé si querrán unirse a nosotros después de cenar -dijo desde la puerta-. Quizá prefieran acostarse. De cualquier modo nos agradecería mucho que nos acompañaran, si tienen ganas. No recibimos a menudo a Gente del Exterior... perdón, viajeros de la Comarca, quiero decir; y nos gusta enterarnos de las últimas noticias, o quizás oír una historia o una canción, como prefieran. ¡Decidan ustedes! Cualquier cosa que necesiten, ¡toquen la campanilla!

Luego de la cena (que había durado tres cuartos de hora, sin la interrupción de palabras inútiles) Frodo, Pippin y Sam se sintieron tan frescos y animados que decidieron unirse a los otros huéspedes. Merry dijo que el aire del salón debía de ser sofocante.

-Me quedaré aquí un rato sentado junto al fuego y luego quizá salga a tomar un poco de aire. Cuídense y no olviden que hemos escapado en secreto y que aún estamos en camino ¡y no muy lejos de la Comarca!

-¡Bueno, bueno! -dijo Pippin-. ¡Cuídate tú también! ¡No te pierdas y no olvides que adentro estarás más seguro!

Los huéspedes estaban reunidos en el salón común de la posada. La concurrencia era numerosa y heterogéneo, descubrió Frodo, cuando los ojos se le acostumbraron a la luz. Esta procedía sobre todo de un llameante fuego de leña, pues los tres faroles que pendían de las vigas eran débiles y estaban velados por el humo. Cebadilla Mantecona, de pie junto al fuego, hablaba con una pareja de enanos y con uno o dos hombres de extraño aspecto. En los bancos había gentes diversas: hombres de Bree, un grupo de hobbits locales sentados juntos, charlando, algunos enanos más y otras figuras difíciles de distinguir en las sombras y rincones.

Tan pronto como los hobbits de la Comarca entraron en el salón, se alzó un coro de voces: Bree les daba la bienvenida. Los extraños, especialmente los que habían venido por el Camino Verde, los miraron con curiosidad. El posadero presentó los recién llegados a la gente de Bree, tan rápidamente que aunque los hobbits entendían los nombres no estaban seguros de saber a quién pertenecía éste y a quién este otro. Todos los hombres de Bree parecían tener nombres botánicos (y bastante raros para la gente de la Comarca), tales como juncales, Madreselva, Matosos, Manzanero, Cardoso y Helechal (y Cebadilla Mantecona). Algunos hobbits tenían nombres similares. Los Artemisa, por ejemplo, parecían numerosos. Pero la mayoría llevaba nombres sacados de accidentes naturales como Bancos, Tejonera, Cuevas, Arenas y Tunelo, muchos de los cuales eran comunes en la Comarca. Había varios Sotomonte de Entibo y como no alcanzaban a imaginar que compartiesen un nombre y no fuesen parientes, tomaron cariñosamente a Frodo por un primo perdido hacía tiempo.

Los hobbits de Bree eran en verdad amables y curiosos y Frodo pronto se dio cuenta de que tendría que dar alguna explicación de lo que hacía. Dijo que le interesaban la geografía y la historia (y aquí hubo muchos cabeceos de asentimiento, aunque estas

palabras no eran muy comunes en el dialecto de Bree). Declaró que pensaba escribir un libro (lo que provocó un asombro mudo) y que él y sus amigos deseaban informarse acerca de los hobbits que vivían fuera de la Comarca, sobre todo en las tierras del oeste.

Junto con este anuncio estalló un coro de voces. Si Frodo hubiese querido realmente escribir un libro y hubiera tenido muchas orejas, habría reunido material para varios capítulos en unos pocos minutos. Y como si esto no fuera suficiente le dieron toda una lista de nombres, encabezada por «nuestro viejo Cebadilla», a quienes podía recurrir en busca de más información. Pero al cabo de un rato, como Frodo no diera ninguna señal de querer escribir un libro allí mismo y en seguida, los hobbits de Bree volvieron a hacer preguntas sobre lo que pasaba en la Comarca. Frodo no se mostró muy comunicativo y pronto se encontró solo, sentado en un rincón, escuchando y mirando alrededor.

Los hombres y los enanos hablaban sobre todo de acontecimientos distantes y daban noticias de una especie que era ya demasiado familiar. Había problemas allá en el Sur y parecía que los hombres que habían venido por el Camino Verde habían partido en busca de tierras donde pudieran encontrar un poco de paz. Las gentes de Bree los trataban con simpatía, pero no parecían muy dispuestos a recibir un gran número de extranjeros en aquellos reducidos territorios. Uno de los viajeros, bizco, poco agraciado, pronosticaba que en el futuro cercano más y más gente subiría al norte.

-Si no les encuentran lugar, lo encontrarán ellos mismos. Tienen derecho a vivir, tanto como otros -dijo con voz fuerte. Los habitantes del lugar no parecían muy complacidos con esta perspectiva.

Los hobbits no prestaron mucha atención a todo esto, que por el momento no parecía concernir a la Comarca. Era difícil que la Gente Grande pretendiera alojarse en los agujeros de los hobbits. Estaban aquí más interesados en Sam y Pippin, que ahora se sentían muy cómodos y charlaban animadamente sobre los acontecimientos de la Comarca. Pippin provocó una buena cantidad de carcajadas contando cómo se vino abajo el techo en la alcaldía de Cavada Grande. Will Pieblanco, el alcalde y el más gordo de los hobbits en la Cuaderna del Oeste, había emergido envuelto en yeso, como un pastel enharinado. Pero se hicieron también muchas preguntas, que inquietaron a Frodo. Uno de los habitantes de Bree, que parecía haber estado varias veces en la Comarca, quiso saber dónde habitaban los Sotomonte y con quién estaban emparentados.

De pronto Frodo notó que un hombre de rostro extraño, curtido por la intemperie, sentado en la sombra cerca de la pared, escuchaba también con atención la charla de los hobbits. Tenía un tazón delante de él y fumaba una pipa de caño largo, curiosamente esculpida. Las piernas extendidas mostraban unas botas de cuero blando, que le calzaban bien, pero que habían sido muy usadas y estaban ahora cubiertas de barro. Un manto pesado, de color verde oliva, manchado por muchos viajes, le envolvía ajustadamente el cuerpo y a pesar del calor que había en el cuarto llevaba una capucha que le ensombrecía la cara; sin embargo, se le alcanzaba a ver el brillo de los ojos, mientras observaba a los hobbits.

-¿Quién es? -susurró Frodo cuando tuvo cerca al señor Mantecona-. No recuerdo que usted nos haya presentado.

-¿El? -respondió el posadero en voz baja, apuntando con un ojo y sin volver la cabeza-. No lo sé muy bien. Es uno de esos que van de un lado a otro. Montaraces, los llamamos. Habla raras veces, aunque sabe contar una buena historia cuando tiene ganas. Desaparece durante un mes, o un año, y se presenta aquí de nuevo. Se fue y vino muchas veces en la primavera pasada, pero no lo veía desde hace tiempo. El nombre verdadero nunca lo oí, pero por aquí se le conoce como Trancos. Anda siempre

a grandes pasos, con esas largas zancas que tiene, aunque nadie sabe el porqué de tanta prisa. Pero no hay modo de entender a los del Este y tampoco a los del Oeste, como decimos en Bree, refiriéndonos a los montaraces y a las gentes de la Comarca, con el perdón de usted. Raro que me lo haya preguntado.

Pero en ese momento alguien llamó pidiendo más cerveza y el señor Mantecona se fue dejando en el aire su última frase.

Frodo notó que Trancos estaba ahora mirándolo, como si hubiera oído o adivinado todo lo que se había dicho. Casi en seguida, con un movimiento de la mano y un cabeceo, invitó a Frodo a que se sentara junto a él. Frodo se acercó y el hombre se sacó la capucha descubriendo una hirsuta cabellera oscura con mechones canosos y un par de ojos grises y perspicaces en una cara pálida y severa.

-Me llaman Trancos -dijo con una voz grave-. Me complace conocerlo, señor... Sotomonte, si el viejo Mantecona ha oído bien el nombre de usted.

-Ha oído bien -dijo Frodo tiesamente.

No se sentía nada cómodo bajo la mirada de aquellos ojos penetrantes.

-Bien, señor Sotomonte -dijo Trancos-, si yo fuera usted, trataría de que esos jóvenes amigos no hablaran demasiado. La bebida, el fuego y los conocidos casuales son bastante agradables, pero, bueno... esto no es la Comarca. Hay gente rara por aquí. Aunque usted pensará que no soy yo quien tiene que decirlo -añadió con una sonrisa torcida, viendo la mirada que le echaba Frodo-. Y otros viajeros todavía más extraños han pasado últimamente por Bree -continuó observando la cara del hobbit.

Frodo le devolvió la mirada, pero no replicó y Trancos calló también. Ahora parecía interesado en Pippin. Frodo, alarmado, se dio cuenta de que el ridículo joven Tuk, animado por el éxito que había tenido su historia sobre el alcalde de Cavada Grande, estaba dando una versión cómica de la fiesta de despedida de Bilbo. Imitaba ahora el discurso y se acercaba al momento de la asombrosa desaparición.

Frodo se sintió fastidiado. Era sin duda una historia bastante inofensiva para la mayoría de los hobbits locales; sólo una historia rara sobre esas gentes raras que vivían más allá del río; pero algunos (el viejo Mantecona, por ejemplo) no habían nacido ayer y era probable que hubiesen oído algo tiempo atrás acerca de la desaparición de Bilbo. Esto les traería a la memoria el nombre de Bolsón, principalmente si se había preguntado por este nombre en Bree.

Frodo se movió en el asiento, sin saber qué hacer. Pippin disfrutaba ahora de modo evidente del interés que despertaba en los demás y había olvidado el peligro en que se encontraban. Frodo temió de pronto que arrastrado por la historia Pippin llegara a mencionar el Anillo, lo que podía ser desastroso.

-¡Será mejor que haga algo y rápido! -le susurró Trancos al oído.

Frodo se subió de un salto a una mesa y empezó a hablar. Los oyentes de Pippin se volvieron a mirarlo. Algunos hobbits rieron y aplaudieron, pensando que el señor Sotomonte había tomado demasiada cerveza.

Frodo se sintió de pronto ridículo y se encontró (como era su costumbre cuando pronunciaba un discurso) jugueteando con las cosas que llevaba en el bolsillo. Tocó el Anillo y la cadena, e inesperadamente tuvo el deseo de ponérselo en el dedo y desaparecer, escapando así de aquella tonta situación. Le pareció, de algún modo, que la idea le había venido de afuera, de alguien o algo en el cuarto. Resistió firmemente la tentación y apretó el Anillo en la mano, como para asegurarlo e impedirle escapar o hacer algún disparate. De cualquier modo el Anillo no lo inspiró. Pronunció «unas pocas palabras de circunstancias», como hubiesen dicho en la Comarca: *Estamos todos*

muy agradecidos por tanta amabilidad y me atrevo a esperar que mi breve visita ayudará a renovar los viejos lazos de amistad entre la Comarca y Bree; y luego titubeó y tosió.

Todos en la sala estaban ahora mirándolo.

-¡Una canción! -gritó uno de los hobbits-. ¡Una canción! ¡Una canción! -gritaron todos los otros-. ¡Vamos, señor, cántenos algo que no hayamos oído antes!

Durante un rato Frodo se quedó allí, de pie sobre la mesa, boquiabierto. Luego, desesperado, se puso a cantar; era una canción ridícula que Bilbo había estimado bastante (y de la que en realidad se había sentido orgulloso, pues él mismo era el autor de la letra). Se hablaba en ella de una posada y fue esa quizá la razón por la que le vino a la memoria en ese momento. Hela aquí en su totalidad. Hoy, en general, sólo se recuerdan unas pocas palabras.

*Hay una posada, una vieja y alegre posada
al pie de una vieja colina gris,
y allí preparan una cerveza tan oscura
que una noche bajó a beberla
el Hombre de la Luna.*

*El palafrenero tiene un gato borracho
que toca un violín de cinco cuerdas;
y el arco se mueve bajando y subiendo,
arriba rechinando, abajo ronroneando,
y serruchando en el medio.*

*El posadero tiene un perrito
que es muy aficionado a las bromas;
y cuando en los huéspedes hay alegría,
levanta una oreja a todos los chistes
y se muere de risa.*

*Ellos tienen también una vaca cornuda
orgullosa como una reina;
la música la trastorna como una cerveza
y mueve la cola empenachada
y baila en la hierba.*

*¡Oh las pilas de fuentes de plata
y el cajón de cucharas de plata!
Hay un par especial de domingo
que ellos pulen con mucho cuidado
la tarde del sábado.*

*El Hombre de la Luna bebía largamente
y el gato se puso a llorar;
la fuente y la cuchara bailaban en la consola,
y la vaca brincaba en el jardín,
y el perrito se mordía la cola.*

El Hombre de la Luna empinó el codo

*y luego rodó bajo la silla,
y allí durmió soñando con cerveza;
hasta que el alba estuvo en el aire
y se borraron las estrellas.*

*Luego el palafrenero le dijo al gato ebrio:
-Los caballos blancos de la luna
tascan los frenos de plata y relinchan
pero el amo ha perdido la cabeza,
¡y ya viene el día!*

*El gato en el violín toca una jiga-jiga
que despertaría a los muertos,
Chillando, serruchando, apresurando la tonada,
y el posadero sacude al Hombre de la Luna,
diciendo: ¡Son las tres pasadas!*

*Llevan al hombre rodando loma arriba
y lo arrojan a la luna,
mientras que los caballos galopan de espaldas
y la vaca cabriola como un ciervo
y la fuente se va con la cuchara.*

*Más rápido el violín toca la jiga-jiga;
la vaca y los caballos están patas arriba,
y el perro lanza un rugido,
y los huéspedes ya saltan de la cama
y bailan en el piso.*

*¡Las cuerdas del violín estallan con un pum!
La vaca salta por encima de la luna,
y el perrito se ríe divertido,
y la fuente del sábado se escapa corriendo
con la cuchara del domingo.*

*La luna redonda rueda detrás de la colina,
mientras el sol levanta la cabeza,
y con ojos de fuego observa estupefacta ¹
que aunque es de día todos
volvieron a la cama.*

El aplauso fue prolongado y ruidoso. Frodo tenía una buena voz y la fantasía de la canción había agradado a todos.

-¿Por dónde anda el viejo Cebadilla? -exclamaron-. Tiene que oírlo. Bob podría enseñarle al gato a tocar el violín y tendríamos un baile. –Pidieron una nueva vuelta de cerveza y gritaron: - ¡Cántela otra vez, señor! ¡Vamos! ¡Otra vez!

Hicieron tomar un jarro más a Frodo, que recomenzó la canción y muchos se le unieron, pues la melodía era muy conocida y se les había pegado la letra. Le tocó a Frodo entonces sentirse satisfecho de sí mismo. Zapateaba sobre la mesa y cuando

¹ Para los elfos (y los hobbits) el sol es de género femenino.

llegó por segunda vez a *la vaca salta por encima de la luna*, dio un salto en el aire demasiado vigoroso. Frodo cayó, bum, sobre una bandeja repleta de jarros, resbaló y fue a parar bajo la mesa con un estruendo, un alboroto y un golpe sordo. Todos abrieron la boca preparados para reír y se quedaron petrificados en un silencio sin aliento, pues el cantor ya no estaba allí. ¡Había desaparecido como si hubiera pasado directamente a través del piso de la sala sin dejar ni la huella de un agujero!

Los hobbits locales se quedaron mirando mudos de asombro; en seguida se incorporaron de un salto y llamaron a gritos a Cebadilla. Todos se apartaron de Pippin y Sam, que se encontraron solos en un rincón, observados desde lejos con miradas sombrías y desconfiadas. Estaba claro que para la mayoría de la gente ellos eran los compañeros de un mago ambulante con poderes y propósitos desconocidos. Pero había un vecino de Bree, de tez oscura, que los miraba con la expresión de alguien que está sobre aviso y con una cierta ironía; Pippin y Sam se sentían de veras incómodos. Casi en seguida el hombre se escurrió fuera del salón, seguido por el sureño bizco; los dos habían pasado gran parte de la noche hablando juntos en voz baja. Herry, el guardián de la puerta, salió también detrás de ellos.

Frodo se daba cuenta de que había cometido una estupidez. No sabiendo qué hacer, se arrastró por debajo de las mesas hacia el rincón sombrío donde Trancos estaba todavía sentado, impasible. Se apoyó de espaldas contra la pared y se quitó el Anillo. Cómo le había llegado al dedo, no podía recordarlo. Era posible que hubiese estado jugueteando con él en el bolsillo, mientras cantaba y que en el momento de sacar bruscamente la mano para evitar la caída, se le hubiera deslizado de algún modo en el dedo. Durante un instante se preguntó si el Anillo mismo no le había jugado una mala pasada; quizás había tratado de hacerse notar en respuesta al deseo o la orden de alguno de los huéspedes. No le gustaba el aspecto de los hombres que habían dejado el salón.

-¿Bien? -dijo Trancos cuando Frodo reapareció-. ¿Por qué lo hizo? Cualquier indiscreción de los amigos de usted no hubiera sido peor. Ha metido usted la pata. ¿O tendría que decir el dedo?

-No sé a qué se refiere -dijo Frodo molesto y alarmado. -Oh, sí que lo sabe -respondió Trancos-, pero será mejor esperar a que pase el alboroto. Luego, si usted me permite, señor *Bolsón*, me agradecería que tuviésemos una charla tranquila.

-¿A propósito de qué? -preguntó Frodo aparentando no haber oído su verdadero nombre.

-A propósito de un asunto de cierta importancia, tanto para usted como para mí -respondió Trancos mirando a Frodo a los ojos-. Quizás oiga algo que le conviene.

-Muy bien -dijo Frodo tratando de mostrarse indiferente-. Hablaré con usted más tarde.

Mientras, junto a la chimenea se desarrollaba una discusión. El señor Mantecona había llegado al trote y ahora trataba de escuchar a la vez varios relatos contradictorios sobre lo que había ocurrido.

-Yo lo vi, señor Mantecona -dijo un hobbit-, por lo menos no lo vi más, si usted me entiende. Se desvaneció en el aire, como quien dice.

-¡No es posible, señor Artemisa! -dijo el posadero, perplejo. -Sí -replicó Artemisa-. Y además sé lo que digo. -Hay algún error en alguna parte -dijo Mantecona sacudiendo la cabeza-. Había demasiado de ese señor Sotomonte para que se desvaneciese así en el aire, o en el humo, lo que sería más exacto si ocurrió en esta habitación.

-Bueno, ¿dónde está ahora? -gritaron varias voces. -¿Cómo podría saberlo? Puede irse a donde quiera, siempre que pague por la mañana. Y aquí está el señor Tuk, que no ha desaparecido. -Bueno, vi lo que vi y vi lo que no vi -dijo Artemisa, obstinado. -Y yo

digo que hay aquí algún error -repitió Mantecona recogiendo la bandeja y los restos de los jarros.

-¡Claro que hay un error! -dijo Frodo-. No he desaparecido. ¡Aquí estoy! He tenido sólo una pequeña charla con el señor Trancos en el rincón.

Frodo se adelantó a la luz del fuego, pero la mayoría de los huéspedes dio un paso atrás, aún más perturbados que antes. No los satisfacía la explicación de Frodo, según la cual se había arrastrado rápidamente por debajo de las mesas luego de la caída. La mayoría de los hobbits y de las gentes de Bree se apresuraron a irse, sin ganas ya de seguir divirtiéndose esa noche. Unos pocos echaron a Frodo una mirada sombría y partieron murmurando entre ellos. Los enanos y dos o tres hombres extraños que todavía estaban allí se pusieron de pie y dieron las buenas noches al posadero pero no a Frodo y sus amigos. Poco después no quedaba nadie sino Trancos, todavía sentado en las sombras junto a la pared.

El señor Mantecona no parecía muy preocupado. Pensaba, probablemente, que el salón estaría repleto durante muchas noches, hasta que el misterio actual fuera discutido a fondo.

-Y ahora, ¿qué ha estado haciendo, señor Sotomonte? -preguntó-. ¿Asustando a mis clientes y haciendo trizas mis jarros con esas acrobacias?

-Lamento mucho haber causado alguna dificultad -dijo Frodo-. No tuve la menor intención, se lo aseguro. Fue un desgraciado accidente.

-Muy bien, señor Sotomonte. Pero si va usted a intentar otros juegos, o conjuros, o lo que sea, mejor que antes advierta a la gente y que me advierta a mí. Aquí somos un poco recelosos de todo lo que salga de lo común, de todo lo misterioso, si usted me entiende, y tardamos en acostumbrarnos.

-No haré nada parecido otra vez, señor Mantecona, se lo prometo. Y ahora creo que me iré a la cama. Partimos temprano. ¿Podría ordenar que nuestros poneys estén preparados para las ocho?

-¡Muy bien! Pero antes que se vaya quiero tener con usted unas palabras en privado, señor Sotomonte. Acabo de recordar algo que usted tiene que saber. Espero no molestarle. Cuando haya arreglado una o dos cositas, iré al cuarto de usted, si no le parece mal.

-¡Claro que no! -dijo Frodo, sintiendo que se le encogía el corazón.

Se preguntó cuántas charlas privadas tendría que sobrellevar antes de poder acostarse y qué revelarían. ¿Estaba toda esta gente ligada contra él? Empezaba a sospechar que aun la cara redonda del viejo Mantecona ocultaba unos negros designios.

TRANCOS

Frodo, Pippin y Sam volvieron a la salita. No había luz. Merry no estaba allí y el fuego había bajado. Sólo después de avivar un rato las llamas y de haberlas alimentado con un par de troncos, descubrieron que Trancos había venido con ellos. ¡Estaba tranquilamente sentado en una silla junto a la puerta!

-¡Hola! -dijo Pippin-. ¿Quién es usted y qué desea?

-Me llaman Trancos -dijo el hombre-, y aunque quizá lo haya olvidado, el amigo de usted me prometió tener conmigo una charla tranquila.

-Usted dijo que yo me enteraría de algo que quizá me fuera útil -dijo Frodo-. ¿Qué tiene que decir?

-Varias cosas -dijo Trancos-. Pero, por supuesto, tengo mi precio. -¿Qué quiere decir? -preguntó Frodo ásperamente.

-¡No se alarme! Sólo esto: le contaré lo que sé y le daré un buen consejo. Pero quiero una recompensa.

-¿Qué recompensa? -dijo Frodo, pensando ahora que había caído en manos de un pillo y recordando con disgusto que había traído poco dinero. El total no contentaría de ningún modo a un bribón y no podía distraer ni siquiera una parte.

-Nada que usted no pueda permitirse -respondió Trancos con una lenta sonrisa, como si adivinara los pensamientos de Frodo-. Sólo esto: tendrá que llevarme con usted hasta que yo decida dejarlo.

-Oh, ¿de veras? -replicó Frodo, sorprendido, pero no muy aliviado-. Aun en el caso de que yo deseara otro compañero, no consentiría hasta saber bastante más de usted y de sus asuntos.

-¡Excelente! -exclamó Trancos cruzando las piernas y acomodándose en la silla-. Parece que está usted recobrando el buen sentido; mejor así. Hasta ahora ha sido demasiado descuidado. ¡Muy bien! Le diré lo que sé y usted dirá si merezco la recompensa. Quizá me la conceda de buen grado, luego de haberme oído.

-¡Adelante entonces! -dijo Frodo-. ¿Qué sabe usted?

-Demasiado; demasiadas cosas sombrías -dijo Trancos torvamente-. Pero en cuanto a los asuntos de usted... -Se incorporó, fue hasta la puerta, la abrió rápidamente y miró fuera. Luego cerró en silencio y se sentó otra vez.- Tengo oído fino -continuó bajando la voz-, y aunque no puedo desaparecer, he seguido las huellas de muchas criaturas salvajes y cautelosas y comúnmente evito que me vean, si así lo deseo. Pues bien, yo estaba detrás de la empalizada esta tarde en el camino al oeste de Bree, cuando cuatro hobbits vinieron de las Quebradas. No necesito repetir todo lo que hablaron con el viejo Bombadil o entre ellos, pero una cosa me interesó. *Por favor, recordad todos, dijo uno de ellos, que el nombre de Bolsón no ha de mencionarse. Si es necesario darme un nombre soy el señor Sotomonte.* Esto me interesó tanto que los seguí hasta aquí. Me deslicé por encima de la cerca justo detrás de ellos. Quizás el señor Bolsón tiene un buen motivo para cambiar de nombre; pero si es así, les aconsejaré a él y a sus amigos que sean más cuidadosos.

-No veo por qué mi nombre ha de interesar a la gente de Bree -dijo Frodo, irritado - y todavía ignoro por qué le interesa a usted. El señor Trancos puede tener buenos motivos para espiar y escuchar indiscretamente; pero si es así, le aconsejaré que se explique.

-¡Bien respondido! - dijo Trancos riéndose -. Pero la explicación es simple: busco a un hobbit llamado Frodo Bolsón. Quiero encontrarlo en seguida. Supe que estaba

llevando fuera de la Comarca, bueno, un secreto que nos concierne, a mí y a mis amigos.

»¡Un momento, no me interpreten mal! -gritó al tiempo que Frodo se ponía de pie y Sam daba un salto con aire amenazador-. Cuidaré del secreto mejor que ustedes. ¡Y hay que cuidarse de veras! -Se inclinó hacia adelante y los miró. - ¡Vigilen todas las sombras! -dijo en voz baja-. Unos Jinetes Negros han pasado por Bree. Dicen que el lunes llegó uno por el Camino Verde y otro apareció más tarde, subiendo por el Camino Verde desde el sur.

Se hizo un silencio. Al fin Frodo les habló a Pippin y Sam.

-Tenía que haberlo sospechado por el modo en que nos recibió el guardián -dijo-. Y el posadero parece haber oído algo. ¿Por qué insistió en que nos uniéramos a los demás? ¿Y por qué razón nos comportamos como tontos? Teníamos que habernos quedado aquí tranquilamente.

-Hubiese sido mejor -dijo Trancos-. Yo hubiera impedido que fueran al salón, pero no me fue posible. El posadero no hubiese permitido que yo los viera, ni les hubiera traído un mensaje.

-Cree usted que... -comenzó Frodo.

-No, no pienso mal del viejo Mantecona. Pero los vagabundos misteriosos como yo no le gustan demasiado. -Frodo lo miró con perplejidad. - Bueno, tengo cierto aspecto de villano, ¿no es así? -dijo Trancos con una mueca de desdén y un brillo extraño en los ojos-. Pero espero que lleguemos a conocernos mejor. Cuando así sea, confío en que me explicará usted qué ocurrió al fin de la canción. Porque esa pirueta...

-¡Fue sólo un accidente! -interrumpió Frodo.

-Bueno -dijo Trancos-, accidente entonces. Ese accidente ha empeorado la situación de usted.

-No demasiado -dijo Frodo-. Yo ya sabía que esos Jinetes estaban persiguiéndome, pero de todos modos creo que me perdieron el rastro y se han ido.

-¡No cuente con eso! - dijo Trancos vivamente -. Volverán y vendrán más. Hay otros. Sé cuántos son. Conozco a esos Jinetes. -Hizo una pausa y sus ojos eran fríos y duros. - Y hay gente en Bree en la que no se puede confiar -continuó-. Bill Helechal, por ejemplo. Tiene mala reputación en el país de Bree, y gente extraña llama a su casa. Lo habrá visto usted entre los huéspedes: un sujeto moreno y burlón. Estaba muy cerca de uno de esos extranjeros del sur y salieron todos juntos en seguida del «accidente». No todos los sureños son buena gente y en cuanto a Helechal, le vendería cualquier cosa a cualquiera; o haría daño por el placer de hacerlo.

-¿Qué vendería Helechal y qué relación tiene con mi accidente? -dijo Frodo, decidido todavía a no entender las insinuaciones de Trancos.

-Noticias de usted, por supuesto -respondió Trancos-. Un relato de la hazaña de usted sería muy interesante para cierta gente. Luego de esto apenas necesitarían saber cómo se llama usted de veras. Me parece demasiado probable que se enteren antes que termine la noche. ¿No le es suficiente? En cuanto a mi recompensa, haga lo que le plazca: tómeme como guía o no. Pero le diré que conozco todas las tierras entre la Comarca y las Montañas Nubladas, pues las he recorrido en todos los sentidos durante muchos años. Soy más viejo de lo que parezco. Le puedo ser útil. Desde esta noche tendrá usted que dejar la carretera, pues los Jinetes la vigilarán día y noche. Podrá escapar de Bree, y nadie lo detendrá quizá mientras el sol esté alto, pero no irá muy lejos. Caerán sobre usted en algún sitio desierto y sombrío donde nadie podría auxiliarlo. ¿Permitirá que le den alcance? ¡Son terribles!

Los hobbits lo miraron y vieron con sorpresa que retorció la cara como si soportara algún dolor y que tenía las manos aferradas a los brazos de la silla. La habitación estaba muy tranquila y silenciosa y la luz parecía más pálida. Trancos se quedó un rato sentado, la mirada vacía, como atento a viejos recuerdos, o escuchando unos sonidos lejanos en la noche.

-¡Sí! -exclamó al fin pasándose la mano por la frente-. Quizá sé más que usted acerca de esos perseguidores. Les tiene miedo, pero no bastante todavía. Mañana tendrá que escapar, si puede. Trancos podría guiarlo por senderos poco transitados. ¿Lo llevará con usted?

Hubo un pesado silencio. Frodo no respondió, no sabía qué pensar; el miedo y la duda lo confundían. Sam frunció el ceño y miró a su amo. Al fin estalló:

-¡Con el permiso de usted, señor Frodo, yo diría no! Este señor Trancos, nos aconseja y dice que tengamos cuidado; y yo digo sí a eso y que comencemos por él. Viene de las tierras salvajes y nunca oí nada bueno de esa gente. Es evidente que sabe algo, demasiado para mi gusto. Pero eso no es razón para que dejemos que nos lleve a algún lugar sombrío lejos de cualquier ayuda, como él mismo dice.

Pippin se movió, incómodo. Trancos no replicó a Sam y volvió los ojos penetrantes a Frodo. Frodo notó la mirada y torció la cabeza.

-No -dijo lentamente-, no estoy de acuerdo. Pienso, pienso que usted no es realmente lo que quiere parecer. Empezó a hablarme como la gente de Bree, pero ahora tiene otra voz. De cualquier modo hay algo cierto en lo que dice Sam: no sé por qué nos aconseja usted que nos cuidemos y al mismo tiempo nos pide que confiemos en usted. ¿Por qué el disfraz? ¿Quién es usted? ¿Qué sabe realmente acerca de... acerca de mis asuntos y cómo lo sabe?

-La lección de prudencia ha sido bien aprendida -dijo Trancos con una sonrisa torcida-. Pero la prudencia es una cosa y la irresolución es otra. Nunca llegarán a Rivendel por sus propios medios y tenerme confianza es la única posibilidad que les queda. Tienen que decidirse. Contestaré cualquier pregunta, si eso los ayuda. ¿Pero por qué creerán en la verdad de mi historia, si no confían en mí? Aquí está, sin embargo...

En ese momento llamaron a la puerta. El señor Mantecona había traído velas y detrás venía Nob, con jarras de agua caliente. Trancos se retiró a un rincón oscuro.

-He venido a desearles buenas noches -dijo el posadero, poniendo las velas sobre la mesa-. ¡Nob! ¡Lleva el agua a los cuartos!

Entró y cerró la puerta.

-El asunto es así -comenzó a decir, titubeando, perturbado-. Si he causado algún mal, lo lamento de veras. Pero todo se encadena, como usted sabe, y soy un hombre ocupado. Esta semana, primero una cosa y luego otra me despertaron poco a poco la memoria, como se dice, y espero que no demasiado tarde. Pues verá usted, me pidieron que buscara a unos hobbits de la Comarca, a un tal Bolsón sobre todo.

-¿Y eso qué relación tiene conmigo? -preguntó Frodo.

-Ah, usted lo sabe sin duda mejor que nadie -dijo el posadero con aire de estar enterado-. No lo traicionaré a usted, pero me dijeron que ese Bolsón viajaría con el nombre de Sotomonte y me hicieron una descripción que se le ajusta a usted bastante, si me permite.

-¿De veras? Bien, ¡venga entonces esa descripción! -dijo Frodo interrumpiéndolo aturdidamente.

-*Un hombrecito rollizo de mejillas rojas* -dijo solemnemente el señor Mantecona.

Pippin rió entre dientes, pero Sam se mostró indignado.

-*Esto no te servirá de mucho, Cebadilla, pues conviene a casi todos los hobbits, me dijeron* -continuó el señor Mantecona echándole una ojeada a Pippin-, *pero éste es más alto que algunos y más rubio que todos y tiene un hoyuelo en la barbilla; un sujeto de cabeza erguida y ojos brillantes.* Perdón, pero él lo dijo, no yo.

-¿El lo dijo? ¿Y quién era él? -preguntó Frodo muy interesado. -¡Ah! Era Gandalf, si usted sabe a quién me refiero. Un mago dicen que es, pero buen amigo mío, cierto o no cierto. Pero ahora no sé qué me dirá, si lo veo de nuevo: me agriará toda la cerveza o me cambiará en un trozo de madera, no me sorprendería. Es de temperamento vivo. Sin embargo, lo que está hecho no puede deshacerse.

-Bueno, ¿qué ha hecho usted? - dijo Frodo impacientándose ante la lentitud con que se desarrollaban los pensamientos de Mantecona.

-¿Dónde estaba? -preguntó el posadero haciendo una pausa y castañeteando los dedos-. ¡Ah, sí! El viejo Gandalf. Hace tres meses entró directamente en mi cuarto sin llamar a la puerta. *Cebadilla, me dijo, salgo a la mañana. ¿Quieres hacerme un favor? Lo que tú quieras, dije. Tengo prisa, dijo él, y me falta tiempo pero quiero que lleven un mensaje a la Comarca. ¿Tienes a alguien a quien mandar y que sea seguro que llegue? Puedo encontrar a alguien, dije, mañana quizás, o pasado mañana. Que sea mañana, me dijo, y luego me dio una carta.*

»La dirección es bastante clara -dijo Mantecona sacando una carta del bolsillo y leyendo la dirección lenta y orgullosamente (tenía reputación de hombre de letras)-: *Señor Frodo Bolsón, Bolsón Cerrado, Hobbiton, en la Comarca.*

-¡Una carta para mí de Gandalf! -gritó Frodo.

-¡Ah! -dijo el señor Mantecona-. ¿Entonces el verdadero nombre de usted es Bolsón?

-Sí -dijo Frodo-, y será mejor que me dé esa carta en seguida y me explique por qué nunca la envió. Esto es lo que vino a decirme, supongo, aunque le llevó mucho tiempo.

El pobre señor Mantecona parecía turbado.

-Tiene razón, señor -dijo-, y le pido que me disculpe. Tengo un miedo mortal de lo que diría Gandalf, si he causado algún daño. Pero no la he retenido a propósito. La puse a buen recaudo, pero luego no encontré a nadie que quisiera ir a la Comarca al día siguiente, ni al otro día y mi gente no estaba disponible y luego vino una cosa detrás de la otra y me olvidé. Soy un hombre ocupado. Haré todo lo que pueda para enderezar el entuerto y si puedo ayudar en algo, dígamelo por favor.

»Aparte de la carta, a Gandalf le prometí lo mismo. *Cebadilla, me dijo, este amigo mío de la Comarca puede venir pronto por aquí, él y otro. Se hará llamar Sotomonte. ¡No lo olvides! Y no tienes nada que preguntarme. Si yo no estoy con él, quizás esté en dificultades y podrá necesitar ayuda. Haz lo que puedas por él y te lo agradecerá, me dijo. Y aquí está usted y las dificultades no están lejos, parece.*

-¿Qué quiere decir? -preguntó Frodo.

-Esos hombres negros -dijo el posadero bajando la voz-. Están buscando a *Bolsón*, y si tienen buenas intenciones, yo soy un hobbit. Era lunes y todos los perros aullaban y los gansos graznaban. Sobrenatural, diría yo. Nob vino y me dijo que dos hombres negros estaban a la puerta preguntando por un hobbit llamado Bolsón. Nob tenía los pelos de punta. Les dije a esos tipos negros que se fueran y les cerré la puerta en las narices; pero han estado haciendo la misma pregunta a lo largo de todo el camino hasta Archet, me han dicho. Y ese montaraz, Trancos, ha estado preguntando también. Traté de venir aquí a verlo, antes que usted probara un bocado, eso hizo.

-¡Eso hizo! -dijo Trancos de pronto, saliendo a la luz-. Y se habrían evitado muchas dificultades, si me hubieses dejado entrar, Cebadilla.

El posadero dio un salto, sorprendido.

-¡Tú! -gritó-. Siempre apareces de repente. ¿Qué quieres ahora? -Está aquí con mi consentimiento -dijo Frodo-. Vino a ofrecerme ayuda.

-Bien, usted sabe lo que hace, quizá -dijo el señor Mantecona mirando desconfiadamente a Trancos-. Pero si estuviera en la situación de usted no frecuentaría montaraces.

-¿Y a quién frecuentarías tú? -preguntó Trancos-. ¿A un posadero gordo que se acuerda de su propio nombre sólo porque la gente lo llama a gritos todo el día? No pueden quedarse en *El Poney* para siempre y no pueden regresar. Tienen un largo camino por delante. ¿Los acompañarás, manteniendo a los hombres negros a distancia?

-¿Yo? ¿Dejar Bree? No lo haría aunque me ofrecieran dinero -dijo el serio Mantecona que parecía realmente asustado -. ¿Pero por qué no se quedan aquí tranquilos un tiempo, señor Sotomonte? ¿Qué son esas cosas raras? Qué buscan esos hombres negros, y de dónde vienen, quisiera saber.

-Lamento no poder explicarlo todo -dijo Frodo-. Estoy cansado y muy preocupado y es una larga historia. Pero si quiere ayudarme, le advierto que usted correrá peligro mientras yo esté aquí. Esos Jinetes Negros: no estoy seguro, pero pienso... temo que vengan de...

-Vienen de Mordor -dijo Trancos en voz baja-. De Mordor, Cebadilla, si eso significa algo para ti.

-¡Misericordia! -gritó el señor Mantecona empalideciendo; el nombre evidentemente le era conocido-. Esta es la peor noticia que haya llegado a Bree en todos mis años.

-Lo es -dijo Frodo-. ¿Quiere todavía ayudarme?

-Sí, señor -dijo Mantecona-, más que nunca. Aunque no sé qué puedan hacer gentes como yo contra, contra...

Se le quebró la voz.

-Contra la Sombra del Este -dijo Trancos con calma-. No mucho, Cebadilla, pero las cosas pequeñas ayudan también. Puedes dejar que el señor Sotomonte pase aquí la noche y puedes olvidar el nombre de Bolsón hasta que se haya alejado.

-Así lo haré -dijo Mantecona-. Pero sabrán que está aquí sin que yo diga nada, me temo. Es lamentable que el señor Sotomonte haya llamado tanto la atención esta noche, para no decir más. La historia de la partida del señor Bilbo se ha oído aquí otras veces, ya antes. Aun el cabezota de Nob ha estado haciéndose algunas conjeturas y hay gente en Bree de entendimiento más rápido.

-Bueno, sólo resta esperar que los Jinetes no vuelvan aún -dijo Frodo.

-Ojalá -dijo Mantecona-. Pero fantasmas o no fantasmas, no entrarán tan fácilmente en *El Poney*. No se preocupe usted hasta la mañana. Nob no abrirá la boca. Ningún hombre negro cruzará mi puerta, mientras yo me tenga en pie. Yo y mi gente vigilaré esta noche, pero a usted le haría bien dormir, si puede.

-En todo caso, tienen que despertarnos al alba -dijo Frodo-. Partiremos lo antes posible. El desayuno a las seis y media, por favor.

-De acuerdo. Iré a dar las órdenes -dijo el posadero-. Buenas noches, señor Bolsón... ¡Sotomonte, quiero decir! Buenas noches... Pero, bendito sea, ¿dónde está el señor Brandigamo?

-No lo sé -dijo Frodo, inquieto de pronto. Habían olvidado por completo a Merry y estaba haciéndose tarde-. Temo que esté fuera. Hablé de salir a tomar un poco de aire.

-Bueno, de veras necesitan que los cuiden. ¡Se diría que están de vacaciones! -dijo Mantecona-. Iré en seguida a atrancar las puertas, pero avisaré que le abran al amigo de usted, cuando llegue. Será mejor que Nob vaya a buscarlo. ¡Buenas noches a todos!

El señor Mantecona salió al fin, echando otra desconfiada mirada a Trancos y moviendo la cabeza se alejó por el pasillo.

-¿Bien? -dijo Trancos-. ¿Cuándo va a abrir esa carta?

Frodo examinó cuidadosamente el sello antes de romperlo. Parecía ser el de Gandalf. Dentro, escrito con la vigorosa pero elegante letra del mago, había el siguiente mensaje:

El Poney Pisador, *Bree*. *Día del Año Medio 1418 de la Comarca.*

Querido Frodo:

Me han llegado malas noticias. He de partir inmediatamente. Harás bien en dejar la Comarca antes de fines de julio, como máximo. Regresaré tan pronto como pueda y te seguiré, si descubro que te has ido. Déjame aquí un mensaje, si pasas por Bree. Puedes confiar en el posadero (Mantecona). Quizás encuentres en el camino a un amigo mío: un hombre, delgado, oscuro, alto, que algunos llaman Trancos. Conoce nuestro asunto y te ayudará. Marcha hacia Rivendel. Espero que allí nos encontremos de nuevo. Si no voy, Elrond te avisará.

Tuyo, de prisa

Gandalf. ♪

PS. ¡No vuelvas a usarlo, por ninguna razón! ¡No viajes de noche! ♪

PPS. Asegúrate de que es el verdadero Trancos. Hay mucha gente extraña en los caminos. El verdadero nombre de Trancos es Aragorn. ♪

*No es oro todo lo que reluce,
ni toda la gente errante anda perdida;
a las raíces profundas no llega la escarcha;
el viejo vigoroso no se marchita.
De las cenizas subirá un fuego,
y una luz asomará en las sombras;
el descoronado será de nuevo rey,
forjarán otra vez la espada rota.*

PPPS. Espero que Mantecona envíe ésta rápidamente. Hombre de bien, pero con una memoria que es un baúl de trastos. Lo que necesitas está siempre en el fondo.

¡Adiós! 

Frodo leyó la carta en silencio y luego la pasó a Pippin y a Sam.

-¿El viejo Mantecona ha hecho de veras un desaguizado! -dijo-. Se merece que b asen. Si yo hubiera recibido ésta a tiempo, ya estaríamos quizás en Rivendel y a salvo. ¿Pero qué puede haberle ocurrido a Gandalf? Escribe como si fuese a enfrentar un gran peligro.

-Eso ha estado haciendo durante muchos años -dijo Trancos.

Frodo se volvió y lo miró con aire pensativo, recordando la segunda postdata de Gandalf.

-¿Por qué no me dijiste en seguida que eras amigo de Gandalf? -preguntó-. Eso nos hubiera ahorrado mucho tiempo.

-¿Lo crees así? ¿Quién de vosotros lo hubiera creído? -dijo Trancos-. Yo no sabía nada de ese mensaje. Si quería ayudaros, no podía hacer otra cosa que tratar de ganar vuestra confianza, sin ninguna prueba. De cualquier modo, no tenía la intención de contar en seguida todo lo que a mí se refiere. Primero tenía que estudiar y estar seguro. El enemigo me ha tendido trampas en el pasado. Tan pronto como decidí la cuestión, estuve dispuesto a contestar todas las preguntas. Pero he de admitir -añadió con una risa rara- que he esperado que me aceptaran por lo que soy. Un hombre perseguido se cansa a veces de desconfiar y desea tener amigos. Pero en esto yo diría que las apariencias están contra mí.

-Lo están... a primera vista por lo menos -rió Pippin, muy aliviado luego de leer la carta de Gandalf -. Pero luce bien quien hace bien, como dicen en la Comarca. Y todos tendremos el mismo semblante cuando hayamos dormido día tras día en setos y fosos.

-Necesitarías más que unos pocos días, o semanas, o años, de vida errabundo en las tierras salvajes para parecerte a Trancos -dijo el hombre-. Y antes morirás, a no ser que estés hecho de una materia más dura de lo que parece.

Pippin cerró la boca, pero Sam no se acobardaba y continuaba mirando a Trancos de mala manera.

-¿Cómo sabemos que es usted el Trancos de que habla Gandalf? -preguntó-. Nunca mencionó a Gandalf, hasta la aparición de la carta. Quizá sea un espía que interpreta un papel, por qué no, tratando de que lo acompañemos. Quizá se deshizo del verdadero Trancos y tomó sus ropas. ¿Qué me responde?

-Que eres un individuo audaz -dijo Trancos-, pero temo que mi única respuesta, Sam Gamyi, es ésta. Si yo hubiese matado al verdadero Trancos, podría matarte a ti. Y ya lo hubiera hecho, sin tanta charla. Si quisiera el Anillo, podría tenerlo... ¡ahora!

Trancos se incorporó y de pronto pareció más alto. Le brillaba una luz en los ojos, penetrante e imperatoria. Echando atrás la capa, apoyó la mano en el pomo de una espada que le colgaba a un costado. Los hobbits no se atrevieron a moverse. Sam se quedó mirándolo, boquiabierto.

-Pero soy por fortuna el verdadero Trancos -dijo, mirándolos, el rostro suavizado por una repentina sonrisa-. Soy Aragorn hijo de Arathorn y si por la vida o por la muerte puedo salvaros, así lo haré.

Hubo un largo silencio. Al fin Frodo habló titubeando: -Pensé que eras un amigo antes que llegara la carta -dijo-, o por lo menos así quise creerlo. Me asustaste varias veces esta noche, pero nunca como lo hubiera hecho un servidor del enemigo, o así me parece al menos. Pienso que un espía del enemigo... bueno, hubiese parecido más hermoso y al mismo tiempo más horrible, si tú me entiendes.

-Ya veo -rió Trancos-. Tengo mal aspecto, y las apariencias engañan, ¿no es así? *No es oro todo lo que reluce, ni toda la gente errante anda perdida.*

-¿Entonces los versos se referían a ti? -preguntó Frodo-. No comprendí de qué hablaban. ¿Pero cómo sabes que están en la carta de Gandalf, si nunca la leíste?

-No lo sabía -respondió Trancos-. Pero soy Aragorn y esos versos van con ese nombre. -Sacó la espada y vieron que la hoja estaba de veras quebrada a un pie del pomo. - No sirve de mucho, ¿eh, Sam? -continuó- Pero poco falta para que sea forjada de nuevo.

Sam no dijo nada.

-Bueno -dijo Trancos-, con el permiso de Sam, diremos que el trato está hecho. Trancos será vuestro guía. Tendremos un rudo trecho mañana. Aunque podamos dejar Bree sin mayores dificultades, ya no pasaremos inadvertidas. Pero trataré de que nos pierdan lo antes posible. Conozco uno o dos caminos para salir de Bree, además de la

ruta principal. Una vez que nos libremos de perseguidores, iremos hacia la Cima de los Vientos.

-¿La Cima de los Vientos? -dijo Sam-. ¿Qué es eso?

-Es una colina, justo al norte de la ruta, casi a medio camino entre Bree y Rivendel. Domina todas las tierras vecinas y tendremos la posibilidad de mirar alrededor. Gandalf irá allí, si nos sigue. Luego de la Cima de los Vientos el camino será más difícil y tendremos que elegir entre varios peligros.

-¿Cuándo viste a Gandalf por última vez? -preguntó Frodo-. ¿Sabes dónde está o qué hace ahora?

Trancos mostró un aire grave. -No lo sé -dijo-. Vine al oeste con él en la primavera. He vigilado a menudo las fronteras de la Comarca en los últimos años, cuando él andaba ocupado en alguna otra parte. Pocas veces las descuidaba. Nos encontramos por última vez el primero de mayo, en el Vado de Sarn, en el curso inferior del Brandivino. Me dijo que los asuntos contigo habían ido bien y que partirías para Rivendel en la última semana de septiembre. Sabiendo que él estaba a tu lado, me fui de viaje a atender mis propios asuntos. Y esto resultó un error, pues es evidente que le llegaron ciertas noticias y yo no estaba allí para ayudar.

»Estoy preocupado por primera vez desde que lo conozco. Tendríamos que haber recibido algún mensaje, más aún si no pudo venir él mismo. A mi regreso, ya hace días, me enteré de las malas nuevas. Se decía por todas partes que Gandalf había desaparecido y que se habían visto unos Jinetes. Fueron los elfos de Gildor quienes me lo dijeron; y más tarde me contaron que ya no estabas en tu casa, pero no se sabía que hubieras dejado Los Gamos. He estado observando el Camino del Este con impaciencia.

-¿Piensas que los Jinetes Negros tengan alguna relación con eso... quiero decir con la ausencia de Gandalf? -preguntó Frodo.

-No conozco ninguna otra cosa que hubiese podido detenerlo, excepto el enemigo mismo -dijo Trancos-. ¡Pero no te desanimes! Gandalf es más grande de lo que se supone en la Comarca; como regla general no veis de él otra cosa que bromas y juegos. Pero este asunto nuestro será la mayor de sus empresas.

Pippin bostezó. -Lo siento -dijo-, pero no me tengo en pie. A pesar de tantos peligros y preocupaciones he de irme a la cama, o me dormiré aquí sentado. ¿Dónde está ese tonto de Merry? Sería el colmo, si hay que salir a buscarlo a la oscuridad.

En ese momento oyeron un portazo. Luego unos pies vinieron corriendo por el pasillo. Merry entró precipitadamente, seguido por Nob. Cerró de prisa la puerta y se apoyó contra ella. Estaba sin aliento. Los otros lo observaron un momento alarmados, antes que él dijera, jadeando:

-¡Los he visto, Frodo! ¡Los he visto! ¡Jinetes Negros! -¡Jinetes Negros! -gritó Frodo-. ¿Dónde?

-Aquí. En la aldea. Estuve adentro una hora. Luego como no volvías, salí a dar un paseo. De regreso me detuve justo fuera de la luz de la lámpara, a mirar las estrellas. De pronto me estremecí y sentí que algo horrible se arrastraba cerca de mí, algo así como una sombra más espesa entre las sombras del camino, al borde del círculo de la luz. En seguida se deslizó a la oscuridad sin hacer ningún ruido. No vi ningún caballo.

-¿Hacia dónde fue? -preguntó Trancos bruscamente.

Merry se sobresaltó, advirtiendo por primera vez la presencia del extraño.

-¡Continúa! - dijo Frodo -. Es un amigo de Gandalf. Te explicaré más tarde.

-Me pareció que subía por el camino, hacia el este -prosiguió Merry-. Traté de seguirlo. Por supuesto, desapareció casi en seguida, pero yo doblé en la esquina y llegué casi hasta la última casa al borde del Camino.

Trancos miró asombrado a Merry. -Tienes un corazón a toda prueba -dijo-, pero fue una tontería.

-No lo sé -dijo Merry-. Ni coraje ni estupidez, me parece. No pude contenerme. Fue como si algo me arrastrara. De cualquier modo, allá fui y de pronto oí voces junto a la cerca. Una murmuraba; la otra susurraba, o siseaba. No pude oír una palabra de lo que decían. No me acerqué más porque empecé a temblar de pies a cabeza. Luego sentí pánico y me volví y ya estaba echando a correr de vuelta cuando algo vino por detrás y... caí al suelo.

-Yo lo encontré, señor -intervino Nob -. El señor Mantecona me mandó fuera con una linterna. Bajé a la Puerta del Oeste y luego retrocedí subiendo hasta la Puerta del Sur. Justo al lado de la casa de Bill Helechal alcancé a ver algo en el camino. No puedo jurarlo, pero me pareció que dos hombres se inclinaban sobre un bulto y lo alzaban. Lancé un grito, pero cuando llegué al lugar no vi a nadie; sólo al señor Brandigamo que estaba tendido junto a la ruta. Parecía estar dormido. «Pensé que había caído en un pozo profundo», me dijo cuando lo sacudí. Estaba raro y tan pronto como lo desperté se levantó y escapó hacia aquí como una liebre.

-Temo que así sea -dijo Merry-, aunque no sé qué dije. Tuve un mal sueño que no puedo recordar. Perdí todo dominio de mí mismo. No sé qué me pasó.

-Yo sí -dijo Trancos-. El Sopro Negro. Los Jinetes deben de haber dejado los caballos afuera y entraron en secreto por la Puerta del Sur. Ya estarán enterados de todas las novedades, pues han visitado a Bill Helechal; y es probable que ese sueño sea también un espía. Algo puede ocurrir esta noche, antes que dejemos Bree.

-¿Qué puede ocurrir? -dijo Merry-. ¿Atacarán la posada?

-No, creo que no -dijo Trancos-. No están todos aquí todavía. Y de cualquier manera, no es lo que acostumbran, pues son mucho más fuertes en las tinieblas y la soledad. No atacarán abiertamente una casa donde hay luces y mucha gente; no mientras no estén en una situación desesperada, no mientras tantas largas leguas nos separen de Eriador. Pero el poder de estos hombres se apoya en el miedo y ya dominan a muchos de Bree. Empujarán a estos desgraciados a alguna maldad: Helechal y algunos de los extranjeros y quizá también el guardián de la puerta. Tuvieron una discusión con Herry en la Puerta del Oeste, el lunes.

-Parece que estamos rodeados de enemigos -dijo Frodo-. ¿Qué vamos a hacer?

-¡Os quedaréis aquí y no iréis a vuestros cuartos! Sin duda ya descubrieron qué cuartos son. Los dormitorios de los hobbits tienen ventanas que miran al norte y están cerca del suelo. Nos quedaremos todos juntos y atrancaremos la ventana y la puerta. Pero primero Nob y yo traeremos vuestro equipaje.

Durante la ausencia de Trancos, Frodo hizo a Merry un rápido relato de todo lo que había ocurrido en las últimas horas. Merry estaba todavía metido en la lectura y el estudio de la carta de Gandalf cuando Trancos y Nob llegaron de vuelta.

-Bueno, señores -dijo Nob-; desarreglé las mantas y puse una almohada en medio de la cama. Hice también una bonita imitación de la cabeza de usted con un felpudo de lana de color castaño, señor Bol... Sotomonte, señor -añadió con una sonrisa que mostraba los dientes.

Pippin se rió.

-¡Gran parecido! -dijo-. ¿Pero qué harán cuando descubran el engaño?

-Ya se verá -dijo Trancos-. Esperemos poder resistir hasta la mañana.

-Buenas noches a todos -dijo Nob y salió a ocuparse de la vigilancia de las puertas.

Amontonaron los sacos y el equipo en el piso de la salita. Apoyaron un sillón bajo contra la puerta y cerraron la ventana. Frodo espío afuera y vio que la noche era clara todavía. La Hoz¹ brillaba sobre las estribaciones de la colina de Bree. Cerró luego atrancando las pesadas persianas interiores y corrió las cortinas. Trancos reanimó el fuego y apagó todas las velas.

Los hobbits se tendieron sobre las mantas con los pies apuntando al fuego, pero Trancos se instaló en el sillón que defendía la puerta. Hablaron un momento, pues Merry tenía pendientes algunas preguntas.

-¡Un salto por encima de la luna! -rió Merry entre dientes mientras se envolvía en la manta-. ¡Muy ridículo de tu parte, Frodo! Pero me hubiera gustado estar allí para verlo. Las gentes dignas de Bree seguirán discutiéndolo de aquí a cien años.

-Así lo espero -dijo Trancos. Luego todos callaron, y uno tras otro los hobbits cayeron dormidos.

¹ Nombre que dan los hobbits a la Osa Mayor o El Arado

UN CUCHILLO EN LA OSCURIDAD

Mientras en la posada de Bree se preparaban a dormir, las tinieblas se extendían en Los Gamos: una niebla se movía por las cañadas y las orillas del río. La casa de Cricava se alzaba envuelta en silencio. Gordo Bolger abrió la puerta con precaución y miró afuera. Una inquietud temerosa había estado creciendo en él a lo largo del día y ahora no tenía ganas de descansar ni de irse a la cama: había como una amenaza latente en el aire inmóvil de la noche. Mientras clavaba los ojos en la oscuridad, una sombra negra se escurrió bajo los árboles; la puerta pareció abrirse por sus propios medios y cerrarse sin ruido. Gordo Bolger sintió que el terror lo dominaba. Se encogió, retrocedió y se quedó un momento en el vestíbulo, temblando. Luego cerró la puerta y echó el cerrojo.

La noche se hizo más profunda. Se oyó entonces un sonido de cascos: traían un caballo furtivamente por la senda. Las pisadas se detuvieron a la puerta del jardín y tres formas negras entraron como sombras nocturnas arrastrándose por el suelo. Una de ellas fue a la puerta; las otras dos a los extremos de la casa y allí se quedaron, inmóviles como sombras de piedras, mientras proseguía la noche lentamente. La casa y los árboles silenciosos parecían esperar conteniendo el aliento.

Hubo una leve agitación en las hojas y a la distancia cantó un gallo. Era la hora fría que precede al alba. La figura que estaba junto a la puerta se movió de pronto y en la oscuridad sin luna y sin estrellas brilló una hoja de metal, como si hubiesen desenvainado una luz helada. Se oyó un golpe, sordo pero pesado, y la puerta se estremeció.

-¡Abre, en nombre de Mordor! -dijo una voz atiplada y amenazadora.

Otro golpe y las maderas estallaron y la cerradura saltó en pedazos y la puerta cedió y cayó hacia atrás. Las formas negras entraron precipitadamente.

En ese momento, entre los árboles cercanos, sonó un cuerno. Desgarró la noche como un fuego en lo alto de una loma.

¡DESPERTAD! ¡FUEGO! ¡PELIGRO! ¡ENEMIGOS! ¡DESPERTAD!

Gordo Bolger no había estado inactivo. Tan pronto como vio que las formas oscuras venían arrastrándose por el jardín, supo que tenía que correr, o morir. Y corrió, saliendo por la puerta de atrás, a través del jardín y por los campos. Cuando llegó a la casa más cercana, a más de una milla, se derrumbó en el umbral, gritando:

-¡No, no, no! ¡No, no yo! ¡No lo tengo! -Pasó un tiempo antes que alguien pudiera entender los balbuceos de Bolger. Al fin llegaron a la conclusión de que había enemigos en Los Gamos, una extraña invasión que venía del Bosque Viejo. Y no perdieron más tiempo.

¡PELIGRO! ¡FUEGO! ¡ENEMIGOS!

Los Brandigamo estaban tocando el cuerno de llamada de Los Gamos, que no había sonado desde hacía un siglo, desde el Invierno Cruel cuando habían aparecido los lobos blancos y las aguas del Brandivino estaban heladas.

¡DESPERTAD! ¡DESPERTAD!

Otros cuernos respondieron a lo lejos. La alarma cundía rápidamente.

Las figuras negras escaparon de la casa. Una de ellas, mientras corría, dejó caer en el umbral un manto de hobbit. Afuera en el sendero se oyó un ruido de cascos y en seguida un galope que se alejó martillando las tinieblas. Todo alrededor de Cricava resonaba la llamada de los cuernos, voces que gritaban y pies que corrían. Pero los Jinetes Negros galopaban como un viento hacia la Puerta del Norte. ¡Dejad que la Gente Pequeña toque los cuernos! Sauron se encargaría de ellos más tarde. Mientras tanto tenían otra misión que cumplir: ahora sabían que la casa estaba vacía y que el Anillo había desaparecido. Cargaron sobre los guardias de la puerta y desaparecieron de la Comarca.

En las primeras horas de la noche, Frodo despertó de pronto de un sueño profundo, como perturbado por algún ruido o alguna presencia. Vio que Trancos seguía sentado y alerta en el sillón, los ojos brillantes a la luz del fuego, que ardía vivamente. Pero Trancos no se movió ni le hizo ninguna señal.

Frodo no tardó en dormirse de nuevo y esta vez creyó oír un ruido de viento y de cascos que galopaban en la noche. El viento parecía rodear la casa y sacudirla y a lo lejos sonó un cuerno, que tocaba furiosamente. Abrió los ojos y oyó el canto vigoroso de un gallo en el corral. Trancos había descorrido las cortinas y ahora empujaba ruidosamente los postigos. Las primeras luces grises del alba iluminaban el cuarto y un viento frío entraba por la ventana abierta.

Luego de haberlos despertado a todos, Trancos los llevó a la alcoba. Cuando la vieron, se alegraron de haberle hecho caso; habían forzado los postigos, que batían al viento; las cortinas ondeaban; las camas estaban todas revueltas, las almohadas abiertas de arriba abajo y tiradas en el suelo y habían hecho pedazos el felpudo.

Trancos fue a buscar en seguida al posadero. El pobre señor Mantecona parecía soñoliento y asustado. Apenas había cerrado los ojos en toda la noche (así dijo), pero no había oído nada.

-¡Nunca me ocurrió una cosa semejante! -gritó alzando horrorizado las manos-. ¡Huéspedes que no pueden dormir en cama y buenas almohadas arruinadas y todo lo demás! ¿Qué tiempos son éstos?

-Tiempos oscuros -dijo Trancos-. Pero por el momento podrás vivir en paz, una vez que te libres de nosotros. Partiremos en seguida. No te preocupes por el desayuno: bastará una taza de algo y un bocado de pie. Empacaremos en unos minutos.

El señor Mantecona corrió a ordenar que tuvieran listos los poneyes y a prepararles un «bocadillo». Pero volvió muy pronto, aterrorizado. ¡Los poneyes no estaban! Habían abierto las puertas de los establos durante la noche y los animales habían desaparecido: no sólo los poneyes de Merry sino también todas las otras bestias que se encontraban allí.

Frodo se sintió aplastado por la noticia. ¿Cómo podrían llegar a Rivendel a pie, perseguidos por enemigos montados? Tanto valía que trataran de alcanzar la luna. Trancos los miró en silencio un rato, como sopesando la fuerza y el coraje de los hobbits.

-Los poneyes no nos ayudarán a escapar de hombres a caballo -dijo al fin con aire pensativo, como si adivinara lo que Frodo tenía en la cabeza-. No iremos más despacio a pie, no por los caminos que yo quisiera tomar. Yo iré caminando de todos modos. Lo que me preocupa son las provisiones y el equipo. No encontraremos nada que comer de aquí a Rivendel, fuera de lo que llevemos con nosotros, y sería necesario contar con

bastantes reservas, pues podríamos retrasarnos, obligados a hacer algún rodeo, apartándonos del camino principal. ¿Cuánto estáis dispuestos a cargar vosotros mismos?

-Tanto como sea necesario -dijo Pippin, sintiéndose desfallecer, pero tratando de mostrar que era más fuerte de lo que parecía (o sentía).

-Yo soportaría la carga de dos -dijo Sam con aire desafiante.

-¿No hay nada que hacer, señor Mantecona? -preguntó Frodo-. ¿No podríamos conseguir un par de poneys en la aldea, o por lo menos uno para el equipaje? No pienso que podamos alquilarlos, pero sí quizá comprarlos -añadió con un tono indeciso, preguntándose si podría permitirse ese gasto.

-Lo dudo -dijo el posadero tristemente-. Los dos o tres poneys de silla que había en Bree estaban aquí en mi establo y se han ido. En cuanto a otros animales, caballos, poneys de tiro, o lo que sea, hay pocos en Bree y no estarán en venta. Pero haré lo que pueda. Voy a sacar a Bob de la cama, que vaya a averiguar.

-Sí -dijo Trancos de mala gana-, será b mejor. Temo que sea menester llevar un poney por lo menos. ¡Pero aquí termina toda esperanza de salir temprano y de escurrirnos en silencio! Será casi como si hiciésemos sonar un cuerno anunciando la partida. Esto es parte del plan de ellos, sin duda.

-Queda una miga de consuelo -dijo Merry-, y espero que más de una miga; podemos desayunar mientras esperamos y sentados. Llamemos a Nob.

Al fin fueron más de tres horas de atraso. Bob volvió informando que no había ningún caballo o poney disponible en la vecindad, ni por dinero ni como regalo: excepto uno que Bill Helechal estaría quizá dispuesto a vender.

-Una pobre criatura vieja y famélica -dijo Bob-, pero no quiere separarse de ella por menos de tres veces su valor, teniendo en cuenta la situación en que se encuentran ustedes, lo que no me sorprende en Bill Helechal.

-¿Bill Helechal? -dijo Frodo-. ¿No habrá algún engaño? ¿No volverá el animal a él con todas nuestras cosas, o no ayudará a que nos persigan, o algo?

-Quizá -dijo Trancos-. Pero me cuesta imaginar que un animal vuelva a él, una vez que se ha ido. Pienso que es sólo una ocurrencia de último momento del amable señor Helechal, un modo de sacar más beneficio de este asunto. El peligro principal es que la pobre bestia esté a las puertas de la muerte. Pero no parece haber alternativa. ¿Qué nos pide?

El precio de Bill Helechal era de doce centavos de plata y esto representaba en verdad tres veces el valor de un poney en aquella región. El poney de Helechal resultó ser una bestia huesuda, mal alimentada y floja; pero no parecía que fuera a morir en seguida. El señor Mantecona lo pagó de su propio bolsillo y ofreció a Merry otras dieciocho monedas como compensación por los animales perdidos. Era un hombre honesto y de buena posición según se decía en Bree, pero treinta centavos de plata fueron para él un golpe duro y haber sido víctima de Bill Helechal aumentaba todavía más el dolor.

En verdad no salió tan mal parado al fin de cuentas. Como descubrió más tarde, sólo tendría que lamentar el robo de un caballo. Los otros habían sido ahuyentados, o habían huido, dominados por el miedo, y los encontraron vagando en diferentes lugares del País de Bree. Los poneys de Merry habían escapado juntos y en definitiva (pues eran animales sensatos) tomaron el camino de las Quebradas en busca de Gordo Terronillo. De modo que pasaron un tiempo al cuidado de Tom Bombadil y estuvieron bien. Pero cuando le llegaron las noticias de lo que había ocurrido en Bree, Tom se los envió en seguida de vuelta al señor Mantecona, que de este modo obtuvo cinco poneys

excelentes a muy buen precio. Tuvieron que trabajar mucho más en Bree, pero Bob los trató bien, de modo que en general fueron afortunados: escaparon a un viaje sombrío y peligroso. Pero no llegaron nunca a Rivendel.

Mientras, sin embargo, el señor Mantecona dio el dinero por perdido, para bien o para mal. Y ahora tenía nuevas dificultades. Pues cuando los otros despertaron y se enteraron del asalto a la posada, hubo una gran conmoción. Los viajeros sureños habían perdido varios caballos y culparon al posadero a gritos, hasta que se supo que uno de ellos había desaparecido también en la noche, nada menos que el compañero bizco de Bill Helechal. Las sospechas cayeron sobre él en seguida.

-Si andan en compañía de un ladrón de caballos y lo traen a mi casa -dijo Mantecona, furioso-, son ustedes los que tendrían que pagar todos los daños y no venir a gritarme. ¡Vayan y pregúntenle a Helechal dónde está ese guapo amigo de ustedes!

Pero parecía que el hombre no era amigo de nadie, y nadie podía recordar cuándo se había unido a ellos.

Luego del desayuno los hobbits tuvieron que empacar otra vez y hacer acopio de nuevas provisiones para el viaje más largo que los esperaba ahora. Eran ya cerca de las diez cuando al fin partieron. Por ese entonces ya todo Bree bullía de excitación. El truco de la desaparición de Frodo; la aparición de los Jinetes Negros; el robo en los establos; y no menos la noticia de que Trancos el montaraz se había unido a los misteriosos hobbits: había bastante para alimentar unos cuantos años poco movidos. La mayor parte de los habitantes de Bree y Entibo y aun muchos de Combe y de Archet se habían apretujado a lo largo del camino para ver partir a los viajeros. Los otros huéspedes de la posada estaban en las puertas o se asomaban a las ventanas.

Trancos había cambiado de idea y decidió dejar Bree por el camino principal. Todo intento de salir inmediatamente al campo sólo empeoraría las cosas: la mitad de los habitantes los seguiría para saber a dónde iban e impedir que cruzaran por terrenos privados.

Los hobbits se despidieron de Bob y Nob y agradecieron cordialmente al señor Mantecona.

-Espero que nos encontremos de nuevo un día, cuando haya otra vez felicidad - dijo Frodo -. Nada me gustaría más que pasar un tiempo en paz en la casa de usted.

Partieron a pie, inquietos y deprimidos, bajo las miradas de la multitud. No todas las caras eran amistosas, ni todas las palabras que les gritaban. Pero la mayoría de los habitantes de Bree parecían temer a Trancos y aquellos a quienes él miraba a los ojos cerraban la boca y se alejaban. Trancos marchaba a la cabeza con Frodo; luego venían Merry y Pippin y al fin Sam, que llevaba el poney, cargado con todo el equipaje que se habían animado a ponerle encima; pero el animal parecía ya menos abatido, como si aprobara este cambio de suerte. Sam masticaba una manzana con aire ensimismado. Tenía un bolsillo lleno, regalo de despedida de Bob y Nob. «Manzanas para caminar y una pipa para descansar», se dijo. «Pero tengo la impresión de que me faltarán las dos cosas dentro de poco.»

Los hobbits no prestaron atención a las cabezas inquisitivas que miraban desde el hueco de las puertas, o que asomaban por encima de cercas y muros, mientras pasaban. Pero cuando se aproximaban a la puerta de trancas, Frodo vio una casa sombría y mal cuidada escondida detrás de un seto espeso: la última casa de la villa. En una de las ventanas alcanzó a ver una cara cetrina de ojos oblicuos y taimados, que en seguida desapareció. «¡De modo que es aquí donde se esconde ese sureño!» pensó. «Se parece bastante a un trago.»

Por encima del seto, otro hombre los observaba descaradamente. Tenía espesas cejas negras y ojos oscuros y despreciativos y boca grande, torcida en una mueca de desdén. Fumaba una corta pipa negra. Cuando ellos se acercaron, se la sacó de la boca y escupió.

-¡Buen día, Patas Largas! - dijo -. ¿Partida matinal? ¿Al fin encontraste unos amigos?

Trancos asintió con un movimiento de cabeza, pero no dijo nada. -¡Buen día, mis pequeños amigos! -dijo el hombre a los otros-. Supongo que ya saben con quién se han juntado. ¡Don Trancos-sin-escrúpulos, ése es! Aunque he oído otros apodos no tan bonitos. ¡Tengan cuidado, esta noche! ¡Y tú, Sammy, no maltrates a mi pobre y viejo poney! ¡Puf!

El hombre escupió de nuevo. Sam se volvió. -Y tú, Helechal -dijo-, quita esa horrible facha de mi vista si no quieres que te la aplaste.

Con un movimiento repentino, rápido como un relámpago, una manzana salió de la mano de Sam y golpeó a Bill en plena nariz. Bill se echó a un lado demasiado tarde y detrás de la cerca se oyeron unos juramentos.

-Lástima de manzana -se lamentó Sam y siguió caminando a grandes pasos.

Por último dejaron atrás la aldea. La escolta de niños y vagabundos que venía siguiéndolos se cansó y dio media vuelta en la Puerta del Sur. Ellos continuaron por la calzada durante algunas millas. El camino torcía ahora a la izquierda, volviéndose hacia el este mientras rodeaba la Colina de Bree y descendiendo luego rápidamente hacia una zona boscosa. Alcanzaban a ver a la izquierda algunos agujeros de hobbits y casas de la villa de Entibo en las faldas más suaves del sudeste de la loma. Allá abajo, en lo profundo de un valle, al norte del camino, se elevaban unas cintas de humo; era la aldea de Combe. Archet se ocultaba entre los árboles, más lejos.

Camino abajo, luego de haber dejado atrás la Colina de Bree, alta y parda, llegaron a un sendero estrecho que llevaba al norte.

-Aquí es donde dejaremos el camino abierto y tomaremos el camino encubierto -dijo Trancos.

-Que no sea un atajo -dijo Pippin-. Nuestro último atajo por los bosques casi termina en un desastre.

-Ah, pero todavía no me teníais con vosotros -dijo Trancos riendo-. Mis atajos, largos o cortos, nunca terminan mal.

Echó una mirada al camino, de uno a otro extremo. No había nadie a la vista y los guió rápidamente hacia el valle boscoso.

El plan de Trancos, en la medida en que ellos podían entenderlo sin conocer la región, era encaminarse al principio hacia Archet, pero tomar en seguida a la derecha y dejar atrás la aldea por el este y luego marchar en línea recta todo lo posible por las tierras salvajes hacia la Cima de los Vientos. De este modo, si todo iba bien, podrían ahorrarse una gran vuelta del camino, que más adelante doblaba hacia el sur para evitar los pantanos de Moscagua. Pero por supuesto, tendría que cruzarlos al fin y la descripción que hacía Trancos no era alentadora.

Mientras, sin embargo, no les desagradaba caminar. En verdad, si no hubiese sido por los acontecimientos perturbadores de la noche anterior, habrían disfrutado de esta parte del viaje más que de ninguna otra hasta entonces. El sol brillaba en un cielo despejado, pero no hacía demasiado calor. Los árboles del valle estaban todavía cubiertos de hojas de colores vivos y parecían pacíficos y saludables. Trancos guiaba sin titubear entre los muchos senderos entrecruzados; era evidente que abandonados a

ellos mismos los hobbits se hubieran extraviado en seguida. El complicado itinerario tenía muchas vueltas y revueltas, para evitar cualquier persecución.

-Bill Helechal estaba espiándonos sin duda cuando dejamos la calzada -dijo Trancos-, pero no creo que nos haya seguido. Conoce bastante bien la región, pero sabe que no podría rivalizar conmigo en un bosque. Me importa más lo que Helechal podría decir a otros. Se me ocurre que no están muy lejos de aquí. Tanto mejor si piensan que nos encaminamos a Archet.

Ya fuese por la habilidad de Trancos o por alguna otra razón, ese día no vieron señales ni oyeron sonidos de cualquier otra criatura viviente; ni bípedos, excepto pájaros; ni cuadrúpedos, excepto un zorro y unas pocas ardillas. Al día siguiente marcharon en línea recta hacia el oeste y todo estuvo tranquilo y en paz. Al tercer día salieron del bosque de Chet. El terreno había estado descendiendo poco a poco desde que dejaron el camino y ahora entraban en un llano amplio, mucho más difícil de recorrer. Habían dejado muy atrás las fronteras del País de Bree y estaban en un desierto donde no había ningún sendero, ya cerca de los pantanos de Moscagua.

El suelo era cada vez más húmedo, barroso en algunos lugares, y de cuando en cuando tropezaban con charcos y anchas cañadas y juncos donde gorjeaban unos pajaritos escondidos. Tenían que cuidar dónde ponían los pies, para no mojarse y no salirse del curso adecuado. Al principio avanzaron rápidamente, pero luego la marcha se hizo más lenta y peligrosa. Los pantanos los confundían y eran traicioneros y ni siquiera los montaraces habían podido descubrir una senda permanente que cruzara los tembladerales. Las moscas empezaron a atormentarles y en el aire flotaban nubes de mosquitos minúsculos que se les metían por las mangas y pantalones y en el cabello.

-¡Me comen vivo! -gritó Pippin-. ¡Moscagua! ¡Hay más moscas que agua!

-¿De qué viven cuando no tienen un hobbit cerca? -preguntó Sam rascándose el cuello.

Pasaron un día desdichado en aquella región solitaria y desagradable. El sitio donde acamparon era húmedo, frío e incómodo y los insectos no los dejaron dormir. Había también unas criaturas abominables que merodeaban entre las cañas y las hierbas y que por el ruido que hacían parecían parientes endemoniados del grillo. Había miles de ellos, chillando todos alrededor, *nic-bric*, *bric-nic*, incesantemente, toda la noche, hasta poner frenéticos a los hobbits.

El día siguiente, el cuarto, fue poco mejor, y la noche casi tan incómoda. Aunque los nique-brique (como Sam los llamaba) habían quedado atrás, los mosquitos todavía los perseguían.

Frodo estaba tendido, cansado pero incapaz de cerrar los ojos, cuando creyó ver que en el cielo oriental, muy lejos, aparecía una luz; brillaba y se apagaba, una y otra vez. No era el alba, para la que faltaban todavía algunas horas.

-¿Qué es esa luz? -le preguntó a Trancos, que se había puesto de pie y ahora escrutaba la noche.

-No sé -respondió Trancos-. Está demasiado lejos. Parecerían relámpagos que estallan en las cimas de las colinas.

Frodo se acostó de nuevo, pero durante largo rato continuó viendo las luces blancas y recortándose contra ellas la figura alta y oscura de Trancos, erguida, silenciosa y vigilante. Al fin cayó en un sueño intranquilo.

No habían andado mucho en el quinto día cuando dejaron atrás los últimos charcos y las cañadas de los pantanos. El suelo comenzó a subir otra vez ante ellos. Al este, a

lo lejos, podían ver ahora una cadena de colinas. La más alta estaba a la derecha de la cadena y un poco separada de las otras. La cima era cónica, un poco aplastada.

-Aquella es la Cima de los Vientos -dijo Trancos-. El Viejo Camino que dejamos atrás a la derecha pasa no muy lejos por el lado sur. Llegaremos allí mañana al mediodía, si continuamos en línea recta. Supongo que es lo mejor que podemos hacer.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Frodo.

-Quiero decir que no sabemos a ciencia cierta qué encontraremos allí. Está cerca del camino.

-Pero al menos tenemos la esperanza de encontrar a Gandalf.

-Sí, pero la esperanza es débil. Si viene por este camino, quizá no pase por Bree y no sabría qué ha sido de nosotros. Y de cualquier modo, a menos que por alguna fortuna no llegemos casi al mismo tiempo, no coincidiremos; sería peligroso para él y para nosotros detenernos mucho. Si los Jinetes no nos encuentran en las tierras salvajes, es probable que ellos también vayan a la Cima de los Vientos. Desde allí se dominan los alrededores. En verdad hay muchos pájaros y bestias de esta región que podrían vernos aquí desde esa cima. No todos los pájaros son de fiar y hay otros espías todavía más malévolos.

Los hobbits miraron con inquietud las colinas distantes. Sam alzó los ojos al cielo pálido, temiendo ver allá arriba halcones o águilas de ojos brillantes y hostiles.

-¡No me inquiete usted, señor Trancos! -dijo.

-¿Qué nos aconsejas? -preguntó Frodo.

-Pienso -respondió Trancos lentamente, como si no estuviera del todo seguro-, pienso que lo mejor sería ir hacia el este en línea recta, todo lo posible y llegar así a las colinas evitando la Cima de los Vientos. Allí encontraremos un sendero que conozco y que corre al pie de la Cima y que nos acercará desde el norte de un modo más encubierto. Veremos entonces lo que podemos ver.

Marcharon toda la jornada hasta que cayó la noche, fría y temprana. La tierra se hizo más seca y más árida, pero detrás de ellos flotaban unas nieblas y vapores sobre los pantanos. Unos pocos pájaros melancólicos piaron y se lamentaron hasta que el redondo sol rojo se hundió lentamente en las sombras occidentales; luego siguió un silencio vacío. Los hobbits recordaron la luz dulce del sol poniente que entraba por las alegres ventanas de Bolsón Cerrado allá lejos.

Terminaba el día cuando llegaron a un arroyo que descendía serpenteando desde las lomas y se perdía en las aguas estancadas y lo siguieron aguas arriba mientras hubo luz. Ya era de noche cuando al fin se detuvieron acampando bajo unos alisos achaparrados a orillas del arroyo. Las márgenes desnudas de las colinas se alzaban ahora contra el cielo oscuro. Aquella noche montaron guardia y Trancos, pareció, no cerró los ojos. Había luna creciente y en las primeras horas de la noche una luz fría y gris se extendió sobre el campo.

A la mañana siguiente se pusieron en marcha poco antes de la salida del sol. Había una escarcha en el aire y el cielo era de un pálido color azul. Los hobbits se sentían renovados, como si hubieran dormido toda la noche. Estaban ya acostumbrándose a caminar mucho con la ayuda de raciones escasas, más escasas al menos de las que allá en la Comarca hubiesen considerado apenas suficientes para mantener a un hobbit en pie. Pippin declaró que Frodo parecía alto como dos hobbits.

-Muy raro -dijo Frodo, apretándose el cinturón-, teniendo en cuenta que hay bastante menos de mí. Espero que el proceso de adelgazamiento no continúe de modo indefinido, o me convertiré en un espectro.

-¡No hables de esas cosas! -dijo Trancos rápidamente y con una seriedad que sorprendió a todos.

Las colinas estaban más cerca. Eran una cadena ondulante, que se elevaba a menudo a más de trescientas yardas, cayendo aquí y allá en gargantas a pasos bajos que llevaban a las tierras del este. A lo largo de la cresta de la cadena los hobbits alcanzaron a ver los restos de unos muros y calzadas cubiertas de pastos y en las gargantas se alzaban aún las ruinas de unos edificios de piedra. A la noche habían alcanzado el pie de las pendientes del oeste y acamparon allí. Era la noche del cinco de octubre y estaban a seis días de Bree.

A la mañana siguiente y por vez primera desde que habían dejado el Bosque de Chet, descubrieron un sendero claramente trazado. Doblaron a la derecha y lo siguieron hacia el sur. El sendero corría de tal modo que parecía ocultarse a las miradas de cualquiera que se encontrara en las cimas vecinas o en las llanuras del oeste. Se hundía en los valles y bordeaba las estribaciones escarpadas y cuando cruzaba terrenos más llanos y descubiertos tenía a los lados hileras de peñascos y piedras cortadas que ocultaban a los viajeros casi como una cerca.

-Me pregunto quién hizo esta senda y para qué -dijo Merry, mientras marchaban por una de estas avenidas, bordeada de piedras de tamaño insólito, apretadas unas contra otras-. No estoy seguro de que me guste. Me recuerda demasiado la región de los Túmulos. ¿Hay túmulos en la Cima de los Vientos?

-No. No hay túmulos en la Cima de los Vientos, ni en ninguna de estas alturas -dijo Trancos-. Los Hombres del Oeste no vivían aquí, aunque en sus últimos días defendieron un tiempo estas colinas contra el mal que venía de Angmar. Este camino abastecía los fuertes a lo largo de los muros. Pero mucho antes, en los primeros tiempos del Reino del Norte, edificaron una torre de observación en lo más alto de la Cima de los Vientos y la llamaron Amon Sul. Fue incendiada y demolida y nada queda de ella excepto un círculo de piedras desparramadas, como una tosca corona en la cabeza de la vieja colina. Sin embargo, en un tiempo fue alta y hermosa. Se dice que Elendil subió allí a observar la llegada de Gil-galad que venía del Oeste, en los días de la Última Alianza.

Los hobbits observaron a Trancos. Parecía muy versado en tradiciones antiguas, tanto como en los modos de vida del desierto.

-¿Quién era Gil-galad? -preguntó Merry, pero Trancos no respondió, como perdido en sus propios pensamientos.

De pronto una voz baja murmuró:

*Gil-galad era un rey de los ellos;
los trovadores lamentaban la suerte
del último reino libre y hermoso
entre las montañas y el océano.*

*La espada del rey era larga y afilada la lanza,
y el casco brillante se veía de lejos;
y en el escudo de plata se reflejaban
los astros innumerables de los campos del cielo.*

*Pero hace mucho tiempo se alejó a caballo,
y nadie sabe dónde habita ahora;*

*la estrella de Gil-galad cayó en las tinieblas
de Mordor, el país de las sombras.*

Los otros se volvieron, estupefactos, pues la voz era la de Sam.

-¡No te detengas! -dijo Merry.

-Es todo lo que sé -balbució Sam, enrojeciendo-. La aprendí del señor Bilbo, cuando era muchacho. Acostumbraba contarme historias como esa, sabiendo cómo me gustaba oír cosas de los elfos. Fue el señor Bilbo quien me enseñó a leer y escribir. Era muy sabio, el querido viejo señor Bilbo. Y escribía *poesía*. Escribió lo que acabo de decir.

-No fue él -dijo Trancos-. Es parte de una balada, *La caída de Gil-galad*. Bilbo tiene que haberla traducido. Yo no estaba enterado.

-Hay todavía más -dijo Sam-, todo acerca de Mordor. No aprendí esa parte, me da escalofríos. ¡Nunca supuse que yo también tomaría ese camino!

-¡Ir a Mordor! -gritó Pippin-. ¡Confío en que no lleguemos a eso!

-¡No pronuncies ese nombre en voz tan alta! -dijo Trancos.

Era ya mediodía cuando se acercaron al extremo sur del camino y vieron ante ellos, a la luz clara y pálida del sol de octubre, una barranca verde-gris que llegaba como un puente a la falda norte de la colina. Decidieron trepar hasta la cima en seguida, mientras había luz. Ya no era posible ocultarse y sólo esperaban que ningún enemigo o espía estuviera observándolos. Nada se movía allá en lo alto. Si Gandalf andaba cerca, no se veía ninguna señal.

En el flanco occidental de la Cima de los Vientos encontraron un hueco abrigado y en el fondo una concavidad con laderas tapizadas de hierba. Dejaron allí a Pippin y Sam con el poney, los bultos y el equipaje. Los otros tres continuaron la marcha. Al cabo de media hora de trabajosa ascensión, Trancos alcanzó la cima; Frodo y Merry llegaron detrás agotados y sin aliento. La última pendiente había sido escarpada y rocosa.

Encontraron arriba, como había dicho Trancos, un amplio círculo de piedras trabajadas, desmoronadas ahora o cubiertas por un pasto secular. Pero en el centro había una pila de piedras rotas, ennegrecidas como por el fuego. Alrededor el pasto había sido quemado hasta las raíces y en todo el interior del anillo las hierbas estaban chamuscadas y secas, como si las llamas hubieran barrido la cima de la colina; pero no había señal de criaturas vivientes.

Mirando de pie desde el borde del círculo de ruinas se alcanzaba a ver abajo y en torno un amplio panorama, en su mayor parte de tierras áridas y sin ninguna característica, excepto unas manchas de bosques en las lejanías del sur y detrás de los bosques, aquí y allá, el brillo de un agua distante. Abajo, del lado sur, corría como una cinta el Viejo Camino, viniendo del oeste y serpenteando en subidas y bajadas, hasta desaparecer en el este detrás de una estribación oscura. Nada se movía allí. Siguiéndolo con la mirada, vieron las montañas: las elevaciones más cercanas eran de un color castaño y sombrío; detrás se alzaban formas grises y más altas y luego unos picos elevados y blancos que centelleaban entre nubes.

-¡Bueno, aquí estamos! -dijo Merry-. Qué triste e inhospitalario parece todo. No hay agua ni reparo. Y ninguna señal de Gandalf. Pero no lo acuso de no habernos esperado, si es que vino por aquí.

-No estoy seguro -dijo Trancos, mirando pensativo alrededor-. Aunque hubiera llegado a Bree un día o dos después de nosotros, ya podría haber estado aquí. Puede

cabalgar muy rápidamente cuando es necesario. - Calló de pronto y se inclinó a mirar la piedra que coronaba la pila; era más chata que las otras y más blanca, como si hubiera escapado al fuego. La recogió y la examinó mirándola por un lado y por otro.- Esta piedra ha sido manipulada hace poco -dijo-. ¿Qué piensas de estas marcas?
En la base chata Frodo vio unos rasguños. -Parece ser un trazo, un punto y tres trazos -dijo.

-El trazo de la izquierda podría ser una G runa ramificada -dijo Trancos-. Quizá sea una señal que nos dejó Gandalf, aunque no podemos estar seguros. Los trazos son finos y sin duda recientes. Pero estas marcas podrían tener un significado completamente distinto y sin ninguna relación con nosotros. Los montaraces usan runas también y a veces vienen aquí.

-¿Qué podrían significar, aun si las hubiera hecho Gandalf?

-Diría -respondió Trancos- que representan G3, e indican que Gandalf estuvo aquí el tres de octubre, esto es hace tres días. Pueden indicar también que tenía prisa y que el peligro no estaba lejos, de modo que no pudo escribir algo más largo o más claro, o no se atrevió. Si es así, hay que estar alerta.

-Quisiera tener la certeza de que fue él quien dejó estas marcas, aunque no sepamos qué significan -dijo Frodo-. Sería un alivio saber que está en camino, delante o detrás de nosotros.

-Quizá -dijo Trancos-. Para mí, estuvo aquí y en peligro. Ha habido un fuego que quemó las hierbas y me viene ahora a la memoria la luz que vimos hace tres días en el cielo del este. Sospecho que atacaron a Gandalf en esta misma cima, pero no podría decir con qué resultado. Ya no está aquí y ahora tenemos que ocuparnos de nosotros mismos y encaminarnos a Rivendel del mejor modo posible.

-¿A qué distancia está Rivendel? -preguntó Merry, mirando alrededor desanimadamente; el mundo parecía vasto y salvaje visto desde lo alto de la Cima de los Vientos.

-No sé si el camino ha sido alguna vez medido en millas más allá de *La Posada Abandonada*, a una jornada de marcha al este de Bree -respondió Trancos-. Algunos dicen que está a tal distancia Y otros a tal otra. Es una ruta extraña y las gentes se alegran de llegar a destino, tarde o temprano. Pero sé cuánto me llevaría a mí, a pie, con tiempo bueno y sin contratiempos: doce días desde aquí al Vado de Bruinen, donde el camino cruza el Sonorona que nace en Rivendel. Nos esperan por lo menos dos semanas de marcha, pues no creo que nos convenga tomar el camino.

-¡Dos semanas! -dijo Frodo -. Pueden ocurrir muchas cosas en ese tiempo.

-Así es -dijo Trancos.

Permanecieron un momento en silencio, junto al borde sur de la cima. En aquel sitio solitario Frodo tuvo conciencia por primera vez del desamparo en que se encontraba y de los peligros a que estaba expuesto. Deseó con ardor que el destino le hubiera permitido quedarse en la Comarca apacible y bienamada. Observó desde lo alto el odioso camino, que llevaba de vuelta al oeste, hacia el hogar. De pronto advirtió que dos puntos negros se movían allí lentamente, en el oeste, y mirando de nuevo vio que otros tres avanzaban en sentido contrario. Dio un grito y apretó el brazo de Trancos.

-Mira -dijo, apuntando hacia abajo.

Trancos se arrojó inmediatamente al suelo detrás del círculo de ruinas, tirando de Frodo. Merry se echó junto a ellos.

-¿Qué es eso? -preguntó en voz baja.

-No sé -dijo Trancos-, pero temo lo peor.

Se arrastraron de nuevo lentamente hasta el borde del anillo y miraron por un intersticio entre dos piedras dentadas. La luz ya no era brillante, pues la claridad de la

mañana se había desvanecido y unas nubes que venían del este cubrían ahora el sol, que comenzaba a declinar. Todos veían los puntos negros, pero Frodo y Merry no distinguían ninguna forma; aunque algo les decía sin embargo que allí abajo, muy lejos, los Jinetes Negros estaban reuniéndose en el camino, más allá de las estribaciones de la colina.

-Sí -dijo Trancos, que tenía ojos penetrantes y para quien no había ninguna duda-. ¡El enemigo está aquí!

Arrastrándose por el flanco sur de la colina, descendieron rápidamente a reunirse con los otros.

Sam y Peregrin no habían perdido el tiempo y habían explorado la cañada y las pendientes vecinas. No muy lejos, en el flanco mismo de la colina, encontraron un manantial de agua clara y al lado unas huellas de pisadas que no tenían más de un día o dos. En la cañada misma había señales de un fuego reciente y otros signos que indicaban un campamento apresurado. Había algunas piedras caídas al borde de la cadena, en el flanco de la colina. Detrás de esas piedras Sam tropezó con una ordenada pila de leña.

-Me pregunto si el viejo Gandalf estuvo aquí -le dijo a Pippin-. Quien haya amontonado esta madera parece que tenía la intención de volver.

Trancos se interesó mucho en estos descubrimientos.

-Ojalá me hubiese quedado aquí un rato a explorar yo mismo el terreno -dijo yendo de prisa hacia el manantial a examinar las pisadas.

-Tal como lo temía -dijo al volver-. Sam y Pippin han pisoteado el suelo blando, arruinando o confundiendo las huellas. Unos montaraces han estado aquí últimamente. Son ellos quienes dejaron la leña para el fuego. Pero hay también muchas huellas nuevas que no pertenecen a montaraces. Marcas de botas pesadas de hace un día o dos. Un día por lo menos. No estoy seguro, pero creo que ha habido muchos pies calzados con botas.

Trancos calló, sumido en inquietos pensamientos.

Cada uno de los hobbits tuvo una imagen mental de los Jinetes, calzados con botas, envueltos en capas. Si ya habían descubierto la cañada, cuanto antes se alejaran de allí, mejor que mejor. Sam contempló la concavidad con mucho desagrado, sabiendo ahora que los enemigos estaban en camino, a unas pocas millas de allí.

-¿No sería mejor que nos alejáramos en seguida, señor Trancos? -preguntó con impaciencia-. Se está haciendo tarde y no me gusta este agujero. Me encoge el corazón, de algún modo.

-Sí, es de veras necesario que nos decidamos en seguida -respondió Trancos alzando los ojos para observar la hora y el estado del tiempo-. Bueno, Sam -dijo al fin-, a mí tampoco me gusta este sitio, pero no conozco ninguno mejor al que podamos llegar antes de la caída de la noche. Al menos aquí estamos al resguardo de todas las miradas y si nos movemos sería muy posible que los espías nos descubrieran en seguida. Todo lo que podemos hacer es retroceder hacia el norte por este lado de los cerros, donde el terreno es bastante parecido al de aquí. El camino está vigilado, pero tendremos que atravesarlo para ocultarnos así en las espesuras del sur. Del lado norte del camino, más allá de las colinas, la tierra es desnuda y llana en una extensión de muchas millas.

-¿Los Jinetes pueden ver? -preguntó Merry -. Quiero decir, parece que se sirven comúnmente más de la nariz que de los ojos y que nos olfatean desde lejos, si olfatear es la palabra exacta, al menos durante el día. Pero tú hiciste que nos echáramos al

suelo, cuando los vimos allá abajo y ahora dices que podrían vernos si nos movemos de aquí.

-No tomé bastantes precauciones en la cima -respondió Trancos-. Estaba ansioso por encontrar alguna señal de Gandalf, pero fue un error que subiéramos los tres y que estuviéramos de pie allí arriba tanto tiempo. Pues los caballos negros ven y los Jinetes pueden utilizar hombres y otros seres como espías, como comprobamos en Bree. Ellos mismos no ven el mundo de la luz como nosotros: nuestras formas proyectan sombras en las mentes de los Jinetes, sombras que sólo el sol del mediodía puede destruir, y perciben en la oscuridad signos y formas que se nos escapan y es entonces cuando son más terribles. Y olfatean en cualquier momento la sangre de las criaturas vivientes, deseándola y odiándola; y hay otros sentidos, además de la vista y el olfato. Nosotros mismos podemos sentir la presencia de estos seres; ha perturbado nuestros corazones desde que llegamos aquí y aun antes de verlos; y ellos nos sienten a nosotros más vivamente aún. Además -añadió, bajando la voz hasta que fue un murmullo- el Anillo los atrae.

-¿No hay entonces modo de escapar? -dijo Frodo mirando atentamente alrededor-. Si me muevo, ¡me verán y perseguirán! Si me quedo, ¡los atraeré inexorablemente!

Trancos le puso una mano en el hombro.

-Hay todavía esperanzas -dijo-. No estás solo. Hagamos que esta leña arda como una señal. No hay aquí ni reparo ni defensa, pero el fuego nos servirá como protección. Sauron puede utilizar el fuego para malos designios, como cualquier otra cosa, pero a los Jinetes no les agrada y temen a quienes lo manejan. En las tierras salvajes el fuego es nuestro amigo.

-Quizá -murmuró Sam-. Valdrá tanto como decir «aquí estamos», llamando a gritos.

En lo más profundo de la cañada y en el rincón más abrigado, encendieron un fuego y prepararon una comida. Las sombras de la noche empezaban a caer y el frío aumentaba. Advirtieron de pronto que tenían mucha hambre, pues no habían comido nada desde el desayuno, pero no se atrevieron a preparar otra cosa que una cena frugal. En la región que se extendía ante ellos no había más que pájaros y bestias salvajes; lugares inhóspitos abandonados por todas las razas del mundo. Los montaraces se aventuraban a veces más allá de las colinas, pero eran poco numerosos y no se demoraban allí mucho tiempo. Había otras pocas gentes errantes, de índole maligna: trolls que descendían a veces de los valles septentrionales de las Montañas Nubladas. Los viajeros iban todos por el camino, enanos casi siempre, que pasaban de prisa ocupados en sus propios asuntos y que no se detenían a hablar o ayudar a gente extraña.

-No sé cómo haremos para no agotar las provisiones -dijo Frodo-. Nos hemos cuidado bastante en los últimos días y esta comida no es por cierto un festín, pero si todavía nos quedan dos semanas y quizá más, hemos consumido demasiado.

-Hay comida en el desierto -dijo Trancos-: bayas, raíces, hierbas y tengo algunas habilidades como cazador en apuros. No hay por qué temer que nos muramos de hambre antes que llegue el invierno. Pero buscar y recoger comida es un trabajo largo y cansado, y tenemos prisa. De modo que apretaos los cinturones, ¡y pensad con esperanza en las mesas de la casa de Elrond!

El frío aumentaba junto con la oscuridad. Espiando desde los bordes de la cañada no veían otra cosa que una tierra gris, que ahora se borraba rápidamente hundiéndose en las sombras. El cielo había aclarado de nuevo, puntuado por estrellas centelleantes, más numerosas cada vez. Frodo y los demás se apretaban alrededor del fuego, envueltos en

todas las ropas y mantas disponibles, pero Trancos se contentaba con una capa y estaba sentado un poco aparte, aspirando pensativo el humo de la pipa.

Cuando caía la noche y el fuego comenzó a arder con llamas brillantes, Trancos se puso a contarles historias a los hobbits, para distraerles y que olvidaran el miedo. Conocía muchas historias y leyendas de otras épocas, de elfos y hombres, y de los acontecimientos fastos y nefastos de los Días Antiguos. Los hobbits se preguntaban cuántos años tendría y dónde habría aprendido todo esto.

-Cuéntanos de Gil-galad -dijo Merry de pronto, cuando Trancos concluyó una historia acerca del Reino de los Elfos e hizo una pausa-. ¿Sabes algo más de esa vieja balada de que hablaste?

-Sí, por cierto -respondió Trancos-. Y también Frodo, pues el asunto nos concierne de veras.

Merry y Pippin miraron a Frodo que clavaba los ojos en el fuego. -Sólo sé lo poco que me contó Gandalf -dijo Frodo lentamente-. Gil-galad fue el último de los grandes Reyes Elfos de la Tierra Media. Gil-galad significa Luz de las Estrellas en la lengua de los elfos. junto con Elendil, el amigo de los elfos, se encaminó al país de...

-¡No! -dijo Trancos interrumpiendo-. No creo que la historia haya de ser contada ahora, con los sirvientes del enemigo a mano. Si alcanzamos a llegar a la casa de Elrond, podréis oírla allí, del principio al fin.

-Entonces cuéntanos alguna otra historia de los viejos días -suplicó Sam-, una historia de los elfos antes de la declinación. Me gustaría tanto oír más de los elfos; parece que la oscuridad se cerrara sobre nosotros desde todos lados.

-Os contaré la historia de Tinúviel -dijo Trancos -. Resumida, pues es un cuento largo del que no se conoce el fin; y no hay nadie en estos días excepto Elrond que lo recuerde tal como lo contaban antaño. Es una historia hermosa, aunque triste, como todas las historias de la Tierra Media, y sin embargo quizás alivie vuestros corazones.

Trancos calló un tiempo y al fin no habló, pero entonó dulcemente:

*Las hojas eran largas, la hierba era verde,
las umbelas de los abetos altas y hermosas
y en el claro se vio una luz
de estrellas en la sombra centelleante.
Tinúviel bailaba allí,
a la música de una flauta invisible,
con una luz de estrellas en los cabellos
y en las vestiduras brillantes.*

*Allí llegó Beren desde los montes fríos
y anduvo extraviado entre las hojas
y donde rodaba el Río de los Elfos,
iba afligido a solas.
Espió entre las hojas del abeto
y vio maravillado unas flores de oro
sobre el manto y las mangas de la joven,
y el cabello la seguía como una sombra.*

*El encantamiento le reanimó los pies
condenados a errar por las colinas*

*y se precipitó, vigoroso y rápido,
a alcanzar los rayos de la luna.
Entre los bosques del país de los ellos
ella huyó levemente con pies que bailaban
y lo dejó a solas errando todavía
escuchando en la floresta callada.*

*Allí escuchó a menudo el sonido volante
de los pies tan ligeros como hojas de tilo
o la música que fluye bajo tierra
y gorjea en huecos ocultos.
Ahora yacen marchitas las hojas del abeto
y una por una suspirando
caen las hojas de las hayas
oscilando en el bosque de invierno.*

*La siguió siempre, caminando muy lejos;
las hojas de los años eran una alfombra espesa,
a la luz de la luna y a los rayos de las estrellas
que temblaban en los cielos helados.
El manto de la joven brillaba a la luz de la luna
mientras allá muy lejos en la cima
ella bailaba, llevando alrededor de los pies
una bruma de plata estremecida.*

*Cuando el invierno hubo pasado, ella volvió,
y como una alondra que sube y una lluvia que cae
y un agua que se funde en burbujas
su canto liberó la repentina primavera.
El vio brotar las flores de los elfos
a los pies de la joven, y curado otra vez
esperó que ella bailara y cantara
sobre los prados de hierbas.*

*De nuevo ella huyó, pero él vino rápidamente,
¡Tinúviel! ¡Tinúviel!
La llamó por su nombre élfico
y ella se detuvo entonces, escuchando.
Se quedó allí un instante
y la voz de él fue como un encantamiento,
y el destino cayó sobre Tinúviel
y centelleando se abandonó a sus brazos.*

*Mientras Beren la miraba a los ojos
entre las sombras de los cabellos
vio brillar allí en un espejo
la luz temblorosa de las estrellas.
Tinúviel la belleza élfica,
doncella inmortal de sabiduría élfica
lo envolvió con una sombría cabellera*

y brazos de plata resplandeciente.

*Larga fue la ruta que les trazó el destino
sobre montañas pedregosas, grises y frías,
por habitaciones de hierro y puertas de sombra
y florestas nocturnas sin mañana.*

*Los mares que separan se extendieron entre ellos
y sin embargo al fin de nuevo se encontraron
y en el bosque cantando sin tristeza
desaparecieron hace ya muchos años.*

Trancos suspiró e hizo una pausa antes de hablar otra vez.

-Esta es una canción -dijo- en el estilo que los elfos llaman *ann-thennath*, mas es difícil de traducir a la lengua común y lo que he cantado es apenas un eco muy tosco. La canción habla del encuentro de Beren, hijo de Barahi y Lúthien Tinúviel. Beren era un hombre mortal, pero Lúthien era hija de Thingol, un rey de los elfos en la Tierra Media, cuando el mundo era joven; y ella era la doncella más hermosa que hubiese existido alguna vez entre todas las niñas de este mundo. Como las estrellas sobre las nieblas de las tierras del norte, así era la belleza de Lúthien, de rostro de luz. En aquellos días, el Gran Enemigo, de quien Sauron de Mordor no era más que un siervo, residía en Angband en el Norte y los elfos del Oeste que venían de la Tierra Media le hicieron la guerra para recobrar los Silmarils que él había robado y los padres de los hombres ayudaron a los elfos. Pero el enemigo obtuvo la victoria y Barahir perdió la vida y Beren, escapando de grave peligro, franqueó las Montañas del Terror y pasó al reino oculto de Thingol en la floresta de Neldoreth. Allí descubrió a Lúthien, que cantaba y bailaba en un claro junto al Esgalduin, el río encantado; y la llamó Tinúviel, es decir Ruiseñor en lengua antigua. Muchas penas cayeron sobre ellos desde entonces y estuvieron mucho tiempo separados. Tinúviel libró a Beren de los calabozos de Sauron y juntos pasaron por grandes riesgos y hasta arrebataron el trono al Gran Enemigo y le sacaron de la corona de hierro uno de los tres Silmarils, la más brillante de todas las joyas, y que fue regalo de bodas para Lúthien, de su padre Thingol. Al fin el Lobo, que vino de las puertas de Angband, mató a Beren que murió en brazos de Tinúviel. Pero ella eligió la mortalidad y morir para el mundo, para así poder seguirlo, y aún se canta que se encontraron más allá de los Mares que Separan y que luego de haber marchado un tiempo vivos otra vez por los bosques verdes, se alejaron juntos, hace muchos años, más allá de los confines de este mundo. Así es que Lúthien murió realmente y dejó el mundo, sólo ella de toda la raza élfica, y así perdieron lo que más amaban. Pero por ella la línea de los antiguos señores elfos descendió entre los hombres. Viven todavía, aquellos de quienes Lúthien fue la antecesora y se dice que esta raza no se extinguirá nunca. Elrond de Rivendel pertenece a esa especie. Pues de Beren y Lúthien nació el heredero de Dior Thingol; y de él, Elwing la Blanca, que se casó con Eärendil, quien navegó más allá de las nieblas del mundo internándose en los mares del cielo, llevando el Silmaril en la frente. Y de Eärendil descendieron los Reyes de Númenor, es decir Oesternesse.

Mientras Trancos hablaba, los hobbits le observaban la cara extraña y vehemente, apenas iluminada por el rojo resplandor de la hoguera. Le brillaban los ojos y la voz era cálida y profunda. Por encima de él se extendía un cielo negro y estrellado. De pronto una luz pálida apareció sobre la Cima de los Vientos, detrás de Trancos. La luna creciente subía poco a poco y la colina echaba sombra y las estrellas se desvanecieron en lo alto.

El cuento había concluido. Los hobbits se movieron y estiraron. -Mirad -dijo Merry-. La luna sube. Está haciéndose tarde.

Los otros alzaron los ojos. En ese momento vieron una silueta pequeña y sombría, que se recortaba a la luz de la luna, sobre la cima del monte. Quizá no era más que una piedra grande o una saliente de roca visible a la luz pálida.

Sam y Merry se pusieron de pie y se alejaron de la hoguera. Frodo y Pippin se quedaron sentados y en silencio. Trancos observaba atentamente la luz de la luna sobre la colina. Todo parecía tranquilo y silencioso, pero Frodo sintió que un miedo frío le invadía el corazón, ahora que Trancos ya no hablaba. Se acurrucó acercándose al fuego. En ese momento Sam volvió corriendo desde el borde de la cañada.

-No sé qué es -dijo-, pero de pronto sentí miedo. No saldría de este agujero por todo el oro del mundo. Sentí que algo trepaba arrastrándose por la pendiente.

-¿No viste nada? -preguntó Frodo incorporándose de un salto.

-No, señor. No vi nada, pero no me detuve a mirar.

-Yo vi algo -dijo Merry-, o así me pareció. Lejos hacia el oeste donde la luz de la luna caía en los llanos, más allá de las sombras de los picos, creí ver dos o tres sombras negras. Parecían moverse hacia aquí.

-¡Acercaos todos al fuego, con las caras hacia afuera! -gritó Trancos-. ¡Tened listos los palos más largos!

Durante un tiempo en que apenas se atrevían a respirar estuvieron allí, alertas y en silencio, de espaldas a la hoguera, mirando las sombras que los rodeaban. Nada ocurrió. No había ningún ruido ni ningún movimiento en la noche. Frodo cambió de posición; tenía que romper el silencio y gritar.

-¡Calla! -murmuró Trancos.

-¿Qué es eso? -jadeó Pippin al mismo tiempo.

Sobre el borde de la pequeña cañada, del lado opuesto a la colina, sintieron, más que vieron, que se alzaba una sombra, una sombra o más. Miraron con atención y les pareció que las sombras crecían. Pronto no hubo ninguna duda: tres o cuatro figuras altas estaban allí, de pie en la pendiente, mirándolos. Tan negras eran que parecían agujeros negros en la sombra oscura que los circundaba. Frodo creyó oír un débil siseo, como un aliento venenoso, y sintió que se le helaban los huesos. En seguida las sombras avanzaron lentamente.

El terror dominó a Pippin y a Merry que se arrojaron de cara al suelo. Sam se encogió junto a Frodo. Frodo estaba apenas menos aterrorizado que los demás; temblaba de pies a cabeza, como atacado por un frío intenso, pero la repentina tentación de ponerse en seguida el Anillo se sobrepuso a todo y ya no pudo pensar en otra cosa. No había olvidado las Quebradas, ni el aviso de Gandalf, pero algo parecía impulsarlo a desoír todas las advertencias y dejarse llevar. No con la esperanza de huir, o de obtener algo, malo o bueno. Sentía simplemente que tenía que sacar el anillo y ponérselo en el dedo. No podía hablar. Sabía que Sam lo miraba, como dándose cuenta de que su amo pasaba en ese momento por una prueba muy dura, pero no era capaz de volverse hacia él. Cerró los ojos y luchó un rato y al fin la resistencia se hizo insostenible y tiró lentamente de la cadena y se deslizó el Anillo en el índice de la mano izquierda.

Inmediatamente, aunque todo lo demás continuó como antes, indistinto y sombrío, las sombras se hicieron terriblemente nítidas. Podía verlas ahora bajo las negras envolturas. Eran cinco figuras altas: dos de pie al borde de la concavidad, tres avanzando. En las caras blancas ardían unos ojos penetrantes y despiadados; bajo los mantos llevaban unas vestiduras largas y grises; yelmos de plata cubrían las cabelleras canosas y las manos macilentas sostenían espadas de acero. Los ojos cayeron sobre Frodo y lo traspasaron, las figuras se precipitaron hacia él. Desesperado, Frodo sacó la

espada y le pareció que emitía una luz roja y vacilante, como un tizón encendido. Dos de las figuras se detuvieron. La tercera era más alta que las otras; tenía una cabellera brillante y larga y sobre el yelmo llevaba una corona. En una mano sostenía una espada y en la otra un cuchillo y tanto el cuchillo como la mano resplandecían con una pálida luz. La forma acometió, echándose sobre Frodo.

En ese momento Frodo se arrojó al suelo y se oyó gritar en voz alta:

-¡O Elbereth! ¡Gilthoniel! -Al mismo tiempo lanzó un golpe contra los pies del enemigo. Un grito agudo se elevó en la noche; y Frodo sintió un dolor, como si un dardo de hielo envenenado le hubiese traspasado el hombro izquierdo. En el mismo instante en que perdía el conocimiento y como a través de un torbellino de niebla, alcanzó a ver a Trancos que salía saltando de la oscuridad, esgrimiendo un tizón ardiente en cada mano. Haciendo un último esfuerzo, Frodo se sacó el Anillo del dedo y lo apretó en la mano derecha.

HUYENDO HACIA EL VADO

Cuando Frodo volvió en sí, aún aferraba desesperadamente el Anillo. Estaba tendido junto al fuego, que había sido alimentado y ardía ahora con una luz brillante. Los tres hobbits se inclinaban sobre él.

-¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está el rey pálido? -preguntó Frodo, aturdido.

Los otros estaban tan contentos de oírlo hablar que no le contestaron en seguida y no entendieron qué les preguntaba. Al fin Frodo supo por Sam que no habían visto otra cosa que unas formas confusas y sombrías que venían hacia ellos. De pronto, horrorizado, Sam había advertido la desaparición de Frodo, y en ese momento una sombra negra pasó precipitadamente, muy cerca, y él cayó al suelo. Oía la voz de Frodo, pero parecía venir de muy lejos, o de las profundidades de la tierra, gritando palabras extrañas. No habían visto más, hasta que tropezaron con Frodo, que yacía como muerto, la cara apretada contra la hierba, la espada debajo del cuerpo. Trancos les ordenó que lo levantaran y lo acostaran junto a las llamas y poco después desapareció. Desde entonces había pasado un buen rato.

Sam, evidentemente, comenzaba a tener nuevas dudas a propósito de Trancos, pero mientras hablaba el montaraz reapareció de pronto, saliendo de las sombras. Los hobbits se sobresaltaron y Sam desenvainó la espada y cubrió a Frodo, pero Trancos se agachó rápidamente junto a él.

-No soy un jinete Negro, Sam -dijo gentilmente-, ni estoy ligado a ellos. He estado tratando de descubrir dónde se han metido, pero sin resultado alguno. No alcanzo a entender por qué se han ido y no han vuelto a atacarnos. Pero no hay señales de que anden cerca.

Cuando oyó lo que Frodo tenía que decirle, se mostró de veras preocupado, y movió la cabeza y suspiró. Luego les ordenó a Pippin y Merry que calentaran la mayor cantidad de agua que fuera posible en las pequeñas marmitas y que le lavaran la herida.

-¡Mantened el fuego encendido y cuidado de que Frodo no se enfríe! -dijo. Luego se incorporó y se alejó, llamando a Sam-. Creo que ahora entiendo mejor -dijo en voz baja-. Parece que los enemigos eran sólo cinco. Por qué no estaban todos aquí, no lo sé, pero no creo que esperaran encontrar resistencia. Por el momento se han retirado, aunque temo que no muy lejos. Regresarán otra noche, si no logramos huir. Ahora se contentan con esperar, pues piensan que ya casi han conseguido lo que desean y que el Anillo no podrá escapárseles. Me temo, Sam, que imaginan que tu amo ha recibido una herida mortal, que lo someterá a lo que ellos decidan. ¡Ya veremos!

Sam sintió que el llanto lo sofocaba.

-¡No desesperes! -dijo Trancos-. Confía en mí ahora. Tu Frodo es de una pasta más firme de lo que yo pensaba, aunque Gandalf ya me lo había insinuado. No está muerto y creo que resistirá el poder maligno de la herida mucho más de lo que sus enemigos suponen. Haré todo lo que esté a mi alcance para ayudarlo y curarlo. ¡Cuídalo bien en mi ausencia!

Se volvió rápidamente desapareciendo de nuevo entre las sombras.

Frodo dormitaba, aunque el dolor que le causaba la herida no dejaba de aumentar y un frío mortal se le extendía desde el hombro hasta el brazo y el costado. Los tres hobbits lo cuidaban, calentándolo y lavándole la herida. La noche pasó lenta y

tediosa. El alba crecía en el cielo y una luz gris invadía la cañada, cuando Trancos volvió al fin.

-¡Mirad! -gritó, e inclinándose levantó del suelo una túnica negra que había quedado allí oculta en la oscuridad. Había un desgarrón en la tela, un poco por encima del borde inferior-. La marca de la espada de Frodo -dijo-. El único daño que le causó al enemigo, temo, pues es invulnerable y las espadas que traspasan a ese rey terrible caen destruidas. Más mortal para él fue el nombre de Elbereth. ¡Y más mortal para Frodo fue esto!

Se agachó de nuevo y tomó un cuchillo largo y delgado. La hoja tenía un brillo frío. Cuando Trancos lo levantó vieron que el borde del extremo estaba mellado y la punta rota. Pero mientras aún lo sostenía a la luz creciente, observaron asombrados que la hoja parecía fundirse y que se desvanecía en el aire como una humareda, no dejando más que la empuñadura en la mano de Trancos. -¡Ay! -gritó-. Fue este maldito puñal el que ha infligido la herida. Pocos tienen ahora el poder de curar el daño causado por armas tan maléficas. Pero haré todo lo que esté a mi alcance.

Se sentó en el suelo y tomando la empuñadura del arma se la puso en las rodillas y le cantó una lenta canción en una lengua extraña. En seguida, poniéndola a un lado, se volvió a Frodo y pronunció en voz baja unas palabras que los otros no llegaron a entender. Del saco pequeño que llevaba a la cintura extrajo las hojas largas de una planta.

-Estas hojas -dijo- caminé mucho para encontrarlas, pues la planta no crece en las lomas desnudas, sino entre los matorrales de allá lejos al sur del camino; las encontré en la oscuridad por el olor. -Estrujó entre los dedos una hoja, que difundió una fragancia dulce y fuerte. - Fue una suerte que la haya encontrado, pues es una planta medicinal que los Hombres del Oeste trajeron a la Tierra Media. *Athelas* la llamaron y ahora sólo crece en los sitios donde ellos acamparon o vivieron hace tiempo; y no se la conoce en el norte excepto por aquellos que frecuentan las tierras salvajes. Tiene grandes virtudes curativas, pero en una herida semejante quizá sean insuficientes.

Trancos echó las hojas en el agua hirviente y le lavó el hombro a Frodo. El aroma del vapor era refrescante y los otros tres hobbits sintieron que les calmaba y aclaraba las mentes. La hierba actuaba además sobre la herida, pues Frodo notó que le disminuía el dolor y también aquella sensación de frío que tenía en el costado; pero el brazo continuaba como sin vida y no podía alzar la mano o mover los dedos. Lamentaba amargamente su propia necedad y se reprochaba no haberse mostrado más firme pues comprendía ahora que al ponerse el Anillo no había obedecido a sus propios deseos sino a las órdenes imperiosas de los enemigos. Se preguntaba si no quedaría lisiado para siempre y cómo se las arreglarían para proseguir el viaje. Se sentía tan débil que ni siquiera podía ponerse de pie.

Los otros discutían este mismo problema. Decidieron rápidamente dejar la Cima de los Vientos tan pronto como fuera posible.

-Pienso ahora -dijo Trancos- que el enemigo ha estado vigilando este sitio desde hace varios días. Si Gandalf vino por aquí, tiene que haberse visto obligado a escapar y no volverá. De todos modos y luego del ataque de anoche, correrías grave peligro aquí si nos quedamos después que oscurezca y la situación no podría ser peor para nosotros en cualquier otro sitio.

Tan pronto como se hizo de día se prepararon una comida frugal y empacaron. Como Frodo no podía caminar, dividieron la mayor parte del equipaje entre los cuatro y montaron a Frodo en el poney. En los últimos pocos días la pobre bestia había mejorado de modo notable; ya parecía más gorda y fuerte y había comenzado a mostrar afecto a sus nuevos dueños, sobre todo a Sam. El tratamiento que había recibido de Bill

Helechal tenía que haber sido muy duro para que un viaje por tierras salvajes le pareciera mucho mejor que la vida anterior.

Partieron en dirección sur. Esto significaba cruzar el camino, pero era el modo más rápido de llegar a regiones arboladas. Y necesitaban combustible, pues Trancos decía que Frodo tenía que estar abrigado, especialmente de noche, y además el fuego serviría para protegerlos a todos. Planeaban también abreviar el trayecto cortando a través de otra vuelta del camino; al este, más allá de la Cima de los Vientos, la ruta cambiaba de curso describiendo una amplia curva hacia el norte.

Marcharon lenta y precavidamente bordeando las faldas del sudoeste de la colina y no tardaron en llegar al borde del camino. No había señales de los Jinetes. Pero en el mismo momento en que cruzaban de prisa alcanzaron a oír dos gritos lejanos: una voz fría que llamaba y una voz fría que respondía. Temblando se precipitaron hacia los matorrales que crecían del otro lado. El terreno descendía allí en pendiente hacia el sur, salvaje y sin ninguna senda; unos arbustos y árboles raquíticos crecían en grupos apretados en medio de amplios espacios desnudos. La hierba era escasa, dura y gris; y los matorrales perdían las hojas secas. Era una tierra desolada y el viaje se hacía lento y triste. Marchaban penosamente y hablaban poco. Frodo observaba acongojado cómo caminaban junto a él, cabizbajos, inclinados bajo el peso de los bultos. Hasta el mismo Trancos parecía cansado y abatido.

Antes que terminara la primera jornada el dolor de Frodo se acrecentó de nuevo, pero él tardó en quejarse. Pasaron cuatro días y ni el terreno ni el escenario cambiaron mucho, aunque detrás de ellos la Cima de los Vientos bajaba lentamente y delante de ellos subían las montañas lejanas. Pero luego de aquellos gritos distantes no habían visto ni oído nada que indicara que el enemigo anduviese cerca, o estuviera siguiéndolos. Temían las horas de oscuridad y montaban guardia en parejas, esperando ver en cualquier momento unas sombras negras que se adelantaban en la noche gris, débilmente iluminada por la luna velada de nubes; pero no veían nada y no oían otro sonido que el de las hojas secas y la hierba. Ni una sola vez tuvieron aquella impresión de peligro inminente que los había asaltado en la cañada antes del ataque. No se atrevían a suponer que los Jinetes les hubiesen perdido de nuevo el rastro. ¿Esperarían quizá tenderles una emboscada en algún sitio estrecho?

Al fin del quinto día el terreno comenzó una vez más a elevarse lentamente, saliendo del valle bajo y amplio al que habían descendido. Trancos los guió de nuevo hacia el nordeste y en el sexto día llegaron a lo alto de una loma larga y vieron a la distancia un grupo de colinas boscosas. Allá abajo el camino bordeaba el pie de las colinas y a la derecha un río gris brillaba pálidamente a la débil luz del sol. A lo lejos corría otro río por un valle pedregoso cubierto de jirones de bruma.

-Temo que ahora tengamos que volver un rato al camino -dijo Trancos-. Hemos llegado al Río Fontegrís, que los elfos llaman Mitheithel. Desciende de las Landas de Etten, los páramos de los trolls al norte de Rivendel y en el sur allá lejos se une al Sonorona. De ahí en adelante algunos lo llaman Aguada Gris. Es una gran extensión de agua antes de llegar al mar. No hay otro modo de cruzarlo desde que nace en las Landas de Etten que el Puente Ultimo sobre el camino.

-¿Cuál es aquel otro río allá a lo lejos? -preguntó Merry.

-El Sonorona, el Bruinen de Rivendel -respondió Trancos-. El camino lo bordea durante varias leguas, hasta el vado. Aún no he pensado cómo lo cruzaremos. ¡Un río por vez! Tendremos bastante suerte en verdad si no encontramos algún obstáculo en el Puente Ultimo.

Al otro día, temprano de mañana, descendieron de nuevo al camino. Sam y Trancos fueron adelante, pero no encontraron señales de viajeros o Jinetes. Aquí, a la sombra de las colinas, había llovido bastante. Trancos opinó que el agua había caído dos días atrás, borrando todas las huellas. Desde entonces no había pasado ningún jinete, o así parecía al menos.

Avanzaron rápidamente y luego de una milla o dos vieron ante ellos el Puente Ultimo, al pie de una cuesta empinada y breve. Bajaron temiendo que unas sombras negras los esperasen allí, pero no vieron nada. Trancos hizo que se ocultaran detrás de unos matorrales a la vera del camino y se adelantó a explorar.

No mucho después volvió apresuradamente.

-Ningún enemigo a la vista -dijo-, y no entiendo por qué. Pero descubrí algo muy extraño.

Tendió la mano y mostró una piedra de color verde pálido.

-La encontré en el barro, en medio del puente -dijo-. Es un berilo, una piedra élfica. No podría decir si la pusieron allí, o si alguien la perdió, pero me da cierta esperanza. Diría que es un signo de que podemos cruzar el puente, pero no me atrevería a seguir por el camino sin otra indicación más clara.

Partieron de nuevo en seguida. Atravesaron el puente sanos y salvos, sin oír otro sonido que el de las aguas arremolinadas bajo los tres grandes arcos. Una milla más allá llegaron a una hondonada estrecha que llevaba al norte cruzando las tierras escarpadas a la izquierda del camino. Aquí Trancos dobló a un lado y casi en seguida se encontraron en una región sombría de árboles oscuros que serpenteaban al pie de unas lomas adustas.

Los hobbits se alegraron de dejar atrás las tierras desoladas y los peligros del camino, pero esta nueva región parecía amenazadora e inamistosa. Las colinas iban creciendo ante ellos. Aquí y allá, sobre alturas y crestas, vislumbraban unos antiguos muros de piedra y ruinas de torres de ominoso aspecto. Frodo, que no caminaba, tenía tiempo de mirar adelante y pensar. Recordaba los relatos de Bilbo y las torres amenazadoras que se alzaban en los montes al norte del camino, en las proximidades del Bosque de los Trolls donde se le había presentado el primer incidente serio del viaje. Frodo adivinó que se encontraban ahora en la misma región y se preguntó si no pasarían casualmente por el mismo sitio.

-¿Quién vive en estas tierras? -preguntó-. ¿Y quién edificó esas torres? ¿Es este el país de los trolls?

-No -dijo Trancos-. Los trolls no construyen. Nadie vive aquí. En otro tiempo moraron hombres, pero hoy no queda ninguno. Fueron gente mala, así dice la leyenda, pues cayeron bajo la sombra de Angmar. Pero todos murieron en la guerra que acabó con el Reino del Norte. Hace ya tanto tiempo que las colinas han olvidado, aunque una sombra se extiende aún sobre el país.

-¿Dónde aprendiste esas historias si toda la región está desierta y olvidada? -preguntó Peregrin-. Los pájaros y las bestias no cuentan historias de esa especie.

-Los herederos de Elendil no olvidaron el pasado -dijo Trancos-, y sé de otros muchos asuntos que aún se recuerdan en Rivendel.

-¿Has estado a menudo en Rivendel? -dijo Frodo.

-Sí -respondió Trancos-, viví allí un tiempo y vuelvo siempre que puedo. Mi corazón está allí, pero mi destino no es vivir en paz, ni siquiera en la hermosa casa de Elrond.

Las colinas comenzaron a cercarlos. El camino retrocedía de nuevo hacia el río, pero ahora ya no lo veían. Al fin entraron en un valle largo, estrecho, profundo, sombrío y silencioso. Unos árboles de viejas y retorcidas raíces colgaban de los riscos y se amontonaban detrás en laderas de pinos.

Los hobbits estaban muy cansados y avanzaban lentamente, abriéndose paso entre rocas y árboles caídos. Trataban de evitar todo lo posible los terrenos escarpados, en beneficio de Frodo, y era en verdad difícil encontrar un camino que los ayudara a escalar las paredes de los valles. Llevaban dos días caminando por esta región cuando empezó a llover. El viento sopló del oeste vertiendo el agua de los mares lejanos sobre las cabezas oscuras de las lomas en una penetrante llovizna. Cuando llegó la noche estaban calados hasta los huesos y no les sirvió de mucho acampar, pues no pudieron encender ningún fuego. Al día siguiente los montes se hicieron todavía más altos y escarpados obligándolos a desviarse de la ruta y doblar hacia el norte. Trancos parecía cada vez más inquieto; habían pasado diez días desde que dejaran atrás la Cima de los Vientos y las provisiones comenzaban a escasear. La lluvia no amainaba.

Aquella noche acamparon en una estribación rocosa; una gruta poco profunda, un simple agujero, se abría en el muro de piedra. La herida le dolía más que nunca a Frodo, a causa del frío y la humedad, y sentía el cuerpo helado y no podía dormir. Se volvía acostado a un lado y a otro, escuchando medrosamente los furtivos ruidos nocturnos: el viento en las grietas de las rocas, el agua que goteaba, un crujido, una piedra suelta que rodaba por la pendiente. Sintió que unas formas negras se le acercaban queriendo sofocarlo, pero cuando se sentó no vio sino la espalda de Trancos, sentado, con las piernas recogidas, fumando en pipa y vigilando. Se acostó de nuevo y se deslizó en un sueño intranquilo y soñó que se paseaba por el césped del jardín de la Comarca, pero el jardín era borroso e indistinto, menos nítido que las sombras altas y oscuras que lo miraban por encima del seto.

Cuando despertó a la mañana, había dejado de llover. Las nubes eran todavía espesas, pero estaban abriéndose, descubriendo pálidas franjas de azul. El viento cambiaba de nuevo. No partieron en seguida. Luego del desayuno frío y escaso, Trancos se alejó solo, diciéndoles a los otros que lo esperaran al abrigo del acantilado. Trataría de llegar arriba, si le era posible, para observar la configuración del territorio.

Regresó bastante desanimado. -Nos hemos alejado demasiado hacia el norte -dijo- y tenemos que encontrar un modo de volver al sur. Si seguimos en esta dirección llegaremos a los Valles de Etten, muy al norte de Rivendel. Esta es una región de trolls, que conozco poco. Quizás encontráramos un modo de atravesarla y de alcanzar Rivendel desde el norte; pero nos llevaría demasiado tiempo, pues no conozco el país y se nos acabarían las provisiones. De un modo o de otro tenemos que encontrar el Vado del Bruinen.

Pasaron el resto del día arrastrándose sobre pies y manos por un terreno rocoso. Al fin, luego de cruzar un pasaje estrecho entre dos lomas, encontraron un valle que corría hacia el sudeste, la dirección que deseaban tomar; pero cuando el día ya terminaba vieron que una cadena de tierras altas les cerraba de nuevo el paso: el borde oscuro se

recortaba contra el cielo como los dientes mellados de una sierra. Tenían que elegir entre volverse o escalar la cadena de lomas.

Decidieron intentar la ascensión, lo que fue demasiado difícil. Frodo no tardó en tener que desmontar y seguir a pie. Aun así pensaron a menudo que no conseguirían que el poney subiera, o que ellos mismos encontraran algo parecido a un sendero, cargados como estaban. Casi no había luz y se sentían agotados cuando al fin llegaron arriba. Estaban ahora en un paso estrecho entre dos elevaciones y poco más allá el terreno descendía de nuevo abruptamente. Frodo se arrojó al suelo y allí se quedó temblando de pies a cabeza. No podía mover el brazo izquierdo y tenía la impresión de que unas garras de hielo le apretaban el costado y el hombro. Los árboles y rocas de alrededor parecían sombríos e indistintos.

-No podemos seguir así -le dijo Merry a Trancos-. Temo que el esfuerzo haya sido excesivo para Frodo. Me inquieta de veras. ¿Qué vamos a hacer? ¿Pensas que podrían curarlo en Rivendel, si es que llegamos allí?

-Quizá -respondió Trancos-. No hay nada más que yo pueda hacer en el desierto y es esa herida precisamente lo que me impulsa a que forcemos la marcha. Pero reconozco que esta noche no podemos ir más lejos.

-¿Qué le ocurre a mi amo? -preguntó Sam en voz baja, mirando a Trancos con aire suplicante-. La herida es pequeña y está casi cerrada. No se le ve más que una cicatriz blanca y fría en el hombro.

-Frodo ha sido alcanzado por las armas del enemigo -dijo Trancos -, y hay algún veneno o mal que está actuando en él y que mi arte no alcanza a eliminar. ¡Pero no pierdas las esperanzas, Sam!

La noche era fría en lo alto de la loma. Encendieron un fuego pequeño bajo las raíces nudosas de un viejo pino que pendía sobre una cavidad poco profunda; parecía como si en un tiempo hubiera habido allí una cantera de piedra. Se sentaron apretándose unos contra otros. El viento helado soplaba en el paso y se oían los gemidos y suspiros de los árboles de la pendiente. Frodo dormitaba acostado, imaginando que unas interminables alas negras barrían el aire sobre él y que en esas alas cabalgaban unos perseguidores que lo buscaban en todos los huecos de las colinas.

La mañana se levantó brillante y hermosa; el aire era puro y la luz pálida y limpia en un cielo lavado por la lluvia. Se sentían más animados ahora, pero esperaron con impaciencia a que el sol viniera a calentarles los miembros fríos y agarrotados. Tan pronto como hubo luz, Trancos se llevó a Merry consigo y fueron a examinar la región desde la altura que dominaba el este del paso. El sol estaba alto y brillaba cuando volvieron con mejores noticias. Iban ya casi en la dirección adecuada. Si descendían ahora por la otra pendiente tendrían las montañas a la izquierda. A alguna distancia, allá delante, Trancos había divisado de nuevo el Sonorona y sabía que aunque no se le veía desde allí, el Camino del Vado no estaba lejos del río y corría de este lado del agua.

-Tendremos que retomar el camino -dijo-. No podemos esperar que haya algún sendero entre estas colinas. Cualquiera que sea el peligro que nos aceche, el camino es nuestra única vía para llegar al vado.

Comieron y partieron en seguida otra vez. Bajaron lentamente por el lado sur de la estribación, pero el camino les pareció mucho más fácil, pues la ladera caía menos a pique de este lado y al cabo de un momento Frodo pudo montar de nuevo el poney. El pobre y viejo animal de Bill Helechal estaba desarrollando un talento inesperado para

elegir el camino y evitar a su jinete todas las sacudidas posibles. El grupo recobró el ánimo y aun Frodo se sintió mejor a la luz de la mañana, aunque de cuando en cuando una niebla parecía oscurecerle la vista y se pasaba las manos por los ojos.

Pippin iba un poco adelante. De improviso se volvió y los llamó. -¡Aquí hay un sendero! -gritó.

Cuando llegaron junto a él, vieron que no se había equivocado: allí comenzaba borrosamente un sendero tortuoso que subía desde los bosques y se perdía detrás en la cima de la montaña. En algunos sitios era casi invisible y estaba cubierto de malezas y obstruido por piedras y árboles caídos, pero parecía haber sido muy transitado en otro tiempo. Quienes habían abierto el sendero eran de brazos fuertes y pies pesados. Aquí y allá habían cortado o derribado viejos árboles, hendiendo las rocas mayores o apartándolas a un lado para que no interrumpieran el paso.

Siguieron la senda un tiempo, pues era el camino más fácil para bajar, pero se adelantaban con precaución y a medida que se internaban en los bosques oscuros y la senda se hacía ancha y llana, iban sintiéndose más y más intranquilos. De pronto, saliendo de un cinturón de alisos, vieron que el sendero trepaba por una ladera empinada y se volvía en ángulo recto hacia la izquierda contorneando una estribación rocosa. Luego corría por terreno llano, al pie de un acantilado sobre el que asomaban unos árboles. En la pared de piedra había una puerta entreabierta que colgaba torcidamente de una bisagra.

Se detuvieron frente a la puerta. Detrás se abría una cueva o una cámara de roca, pero no se alcanzaba a ver nada en la oscuridad. Trancos, Sam y Merry empujaron con todas sus fuerzas y alcanzaron a abrir la puerta un poco más y luego Trancos y Merry entraron en la cueva. No fueron muy lejos, pues en el suelo se veían muchas viejas osamentas y no había otra cosa cerca de la entrada que grandes jarras vacías y ollas rotas.

-¡Una cueva de trolls, seguro, si es que la hubo alguna vez! -gritó Pippin-. Salid, vosotros dos y huyamos. Sabemos ahora quién hizo el sendero y será mejor que nos alejemos en seguida.

-No es necesario, me parece -dijo Trancos, saliendo-. Es ciertamente una cueva de trolls, pero parece abandonada hace mucho. No hay por qué asustarse, creo. Pero descendamos con cuidado y ya veremos qué se presenta.

La senda continuaba desde la puerta y doblando a la derecha cruzaba otra vez el terreno llano y se hundía en una ladera boscosa. Pippin, no queriendo mostrarle a Trancos que estaba todavía asustado, iba delante con Merry. Sam y Trancos marchaban detrás, uno a cada lado del poney, pues la senda era ahora bastante ancha como para que cuatro o cinco hobbits caminaran de frente codo con codo. Pero no habían ido muy lejos cuando Pippin volvió corriendo, seguido por Merry. Los dos parecían aterrorizados.

-¡Hay trolls! -jadeó Pippin-. En un claro del bosque un poco más abajo. Alcanzamos a verlos mirando entre los troncos. ¡Son muy grandes!

-Vamos a echarles un vistazo -dijo Trancos, recogiendo un palo.

Frodo no dijo nada, pero Sam tenía cara de espanto.

El sol estaba alto ahora, y relucía entre las ramas otoñales de los árboles, iluminando el claro con brillantes parches de luz. Se detuvieron al borde del claro y espieron entre los troncos conteniendo el aliento. Allí estaban los trolls: tres trolls de considerables dimensiones. Uno de ellos estaba inclinado y los otros dos lo observaban.

Trancos se adelantó como al descuido.

-¡Levántate, vieja piedra! - dijo y rompió el palo en el lomo del troll inclinado.

No ocurrió nada. Un jadeo de asombro entre los hobbits y luego el mismo Frodo se echó a reír.

-¡Bueno! -dijo-. ¡Estamos olvidando la historia de la familia! Estos han de ser los tres que atrapó Gandalf, cuando discutían sobre la mejor manera de cocinar trece enanos y un hobbit.

-¡No tenía idea de que estuviésemos tan cerca del sitio! -dijo Pippin, que conocía bien la historia, pues Bilbo y Frodo se la habían contado a menudo; aunque en verdad él nunca la había creído sino a medias. Aun ahora miraba los trolls de piedra con aire de sospecha, preguntándose si alguna fórmula mágica no podría devolverlos de pronto a la vida.

-No sólo olvidáis la historia de la familia, sino también todo lo que sabemos de los trolls -dijo Trancos-. Es pleno día, brilla el sol y volvéis tratando de asustarme con el cuento de unos trolls vivos que nos esperan en el claro. De todos modos, hubieseis podido notar que uno de ellos tiene un viejo nido de pájaro detrás de la oreja. ¡Un adorno de veras insólito en un troll vivo!

Todos rieron. Frodo se sintió reanimado: el recuerdo de la primera aventura afortunada de Bilbo era alentador. El sol, también, calentaba y confortaba y la niebla que tenía ante los ojos parecía estar levantándose. Descansaron un tiempo en el claro y almorzaron a la sombra de las grandes piernas de los trolls.

-¿No cantarías alguien una canción, mientras el sol está todavía alto? -preguntó Merry, cuando terminaron de comer-. No hemos oído una canción o una historia desde hace días.

-Desde la Cima de los Vientos -dijo Frodo. Los otros lo miraron-. ¡No os preocupéis por mí! -continuó-. Me siento mucho mejor, pero no creo que pueda cantar. Quizá Sam recuerde algo.

-¡Vamos, Sam! -dijo Merry-. Hay muchas cosas que guardas en la cabeza y que no muestras nunca.

-No lo sé -dijo Sam-, ¿pero qué les parece esto? No es lo que yo llamaría poesía, si se me entiende, es sólo una colección de disparates. Me vino a la memoria mirando estas viejas estatuas.

Se incorporó y con las manos a la espalda, como si estuviese en la escuela, se puso a cantar una vieja canción.

*El troll estaba sentado en un asiento de piedra,
mordiéndolo y masticando un viejo hueso desnudo;
había estado royéndolo durante años y años,
pues un pedazo de carne era difícil de encontrar.
Vivía solo en una caverna de las colinas
y un pedazo de carne era difícil de encontrar.*

*Llegó Tom calzado con grandes botas
y le dijo al troll.- «¿Qué es eso, por favor?
pues se parece a la tibia de mi tío Tim,
que tendría que estar en el cementerio.
Hace ya muchos años que Tim se nos ha ido
y aún tendría que estar en el cementerio.»*

*«Compañero», dijo el troll, «es un hueso robado,
¿pero de qué sirve un hueso en un agujero?
Tu tío estaba muerto como un lingote de plomo*

*mucho antes que yo encontrara esta tibia.
Puede darle una parte a un pobre viejo troll
pues él no necesita esta tibia».*

*«No entiendo por qué las gentes como tú»,
dijo Tom, «han de servirse libremente
la canilla o la tibia de mi tío,
¡Pásame entonces ese viejo hueso!
Aunque esté muerto, aún le pertenece;
¡Pásame entonces ese viejo hueso!».*

*«Un poco más», dijo el troll sonriendo,
«y a ti también te comeré y roeré las tibias.
¡Un bocado de carne fresca me caerá bien!
Te clavaré los dientes ahora mismo.
Estoy cansado de roer viejos huesos y cueros.
Tengo ganas de comerte ahora mismo».*

*Pensando aún que se había asegurado la cena
descubrió que no tenía nada en las manos,
pues Tom por detrás se había deslizado
lanzándole un puntapié como buena lección,
«un puntapié en las asentaderas», pensó Tom,
«será el modo de darle una buena lección».*

*Más duros que la piedra son la carne y el hueso
de un troll que está sentado a solas en la loma;
tanto valdría patear la raíz de la montaña,
pues las asentaderas de un troll son insensibles.
El viejo troll rió oyendo que Tom gruñía.
Y supo que el pie de Tom era sensible.*

*Tom regresó a su casa arrastrando la pierna
y el pie le quedó estropeado mucho tiempo,
pero al Troll no le importa y está siempre allí
con el hueso que le birló al propietario.
Las asentaderas del troll son siempre las mismas,
¡y también el hueso que le birló al propietario!*

-¡Bueno, hay ahí una advertencia para todos nosotros! -rió Merry -. ¡Es una suerte que hayas usado un palo y no la mano, Trancos!

-¿Dónde aprendiste eso, Sam? -preguntó Pippin-. Nunca lo había oído antes.
Sam murmuró algo inaudible.

-Lo sacó de la cabeza, por supuesto -dijo Frodo-. Estoy aprendiendo mucho sobre Sam Gamyi en este viaje. Primero fue un conspirador y ahora es un juglar. Terminará por ser un mago... ¡o un guerrero!

-Espero que no -dijo Sam-. Ni lo uno ni lo otro.

A la tarde continuaron descendiendo por la espesura. Seguían quizás aquella misma senda que Gandalf, Bilbo y los enanos habían utilizado muchos años antes. Luego de unas pocas millas llegaron a la cima de una loma que dominaba el camino. Aquí la calzada había dejado atrás el angosto valle del río y ahora se abrazaba a las colinas, bajando y subiendo entre los bosques y las laderas cubiertas de maleza hacia el vado y las montañas. No lejos de la loma Trancos señaló una piedra que asomaba entre el pasto. Toscamente talladas y ahora muy erosionadas podían verse aún en la piedra unas runas de enanos y marcas secretas.

-¡Sí! -dijo Merry-. Esta ha de ser la piedra que señala dónde estaba escondido el oro de los enanos. ¿Cuánto queda de la parte de Bilbo, me pregunto, Frodo?

Frodo miró la piedra y deseó que Bilbo no hubiera traído de vuelta un tesoro más peligroso y más difícil de compartir.

-Nada -dijo-. Bilbo lo regaló todo. Me dijo que no creía que le perteneciera, pues provenía de ladrones.

El camino se extendía bajo las sombras alargadas del atardecer, apacible y desierto. No había otra ruta posible, de modo que bajaron por la barranca y torciendo a la izquierda marcharon a paso vivo. Pronto la estribación de una loma interceptó la luz del sol que declinaba rápidamente. Un viento frío venía hacia ellos desde las montañas que sobresalían allá adelante.

Empezaban a buscar un sitio fuera del camino donde pudieran acampar esa noche, cuando oyeron un sonido que los atemorizó de nuevo: unos cascotes de caballo que resonaban detrás. Volvieron la cabeza, pero no alcanzaron a ver muy lejos a causa de las idas y venidas del camino. Dejaron de prisa la calzada y subieron internándose entre los profundos matorrales de brezos y arándanos que cubrían las laderas, hasta que al fin llegaron a un monte de castaños frondosos. Espiando entre las malezas podían ver el camino, débil y gris a la luz crepuscular allá abajo, a unos treinta pies. El sonido de los cascotes se acercaba. Los caballos galopaban, con un leve *tiquititac tiquititac*. Luego, débilmente, como si la brisa se lo llevara, creyeron oír un repique apagado, como un tintineo de campanillas.

-¡Eso no suena como el caballo de un jinete Negro! -dijo Frodo, que escuchaba con atención.

Los otros hobbits convinieron en que así era, esperanzados, aunque con cierta desconfianza. Desde hacía tiempo marchaban temiendo que los persiguieran y todo sonido que viniera de atrás les parecía amenazador y hostil. Pero Trancos se inclinaba ahora hacia adelante, casi tocando el suelo, la mano en la oreja y una expresión de alegría en la cara.

La luz disminuía y las hojas de los arbustos susurraban levemente. Más claras y más próximas las campanillas tintineaban y *tiquitac venía el* sonido de un trote rápido. De pronto apareció allá abajo un caballo blanco, resplandeciente en las sombras, que se movía con rapidez. El freno y las bridas centelleaban y fulguraban a la luz del crepúsculo, como tachonados de piedras preciosas que parecían estrellas vivientes. El manto flotaba detrás y el caballero llevaba quitado el capuchón; los cabellos dorados volaban al viento. Frodo tuvo la impresión de que una luz blanca brillaba a través de la forma y las vestiduras del jinete, como a través de un velo tenue.

Trancos dejó de pronto el escondite y se precipitó hacia el camino, gritando y saltando entre los brezos, pero aun antes que se moviera o llamara, el jinete ya había tirado de las riendas y se había detenido levantando los ojos a los matorrales donde ellos estaban. Cuando vio a Trancos, saltó a tierra y corrió hacia él gritando: *Ai na vedui*

Dúnadan! Maegovannen! La lengua y la voz clara y timbrada no dejaban ninguna duda: el jinete era de la raza de los elfos. Ningún otro de los que vivían en el ancho mundo tenía una voz tan hermosa. Pero había como una nota de prisa o temor en la llamada y los hobbits vieron que hablaba rápida y urgentemente con Trancos.

Pronto Trancos les hizo serías y los hobbits dejaron los matorrales y bajaron corriendo al camino.

-Este es Glorfindel, que habita en la casa de Elrond -dijo Trancos. -¡Hola y feliz encuentro al fin! -le dijo Glorfindel a Frodo-. Me enviaron de Rivendel en tu busca. Temíamos que corrieras peligro en el camino.

-¿Entonces Gandalf llegó a Rivendel? -gritó Frodo alegremente. -No. No cuando yo partí, pero eso fue hace nueve días -respondió Glorfindel-. Llegaron algunas noticias, que perturbaron a Elrond. Gentes de mi pueblo, viajando por tus tierras más allá del Baranduin, oyeron decir que las cosas no andaban bien y enviaron mensajes tan pronto como pudieron. Decían que los Nueve habían salido y que tú te habías extraviado llevando una carga muy pesada y sin ningún auxilio, pues Gandalf no había vuelto. Hay pocos en Rivendel que puedan enfrentar abiertamente a los Nueve, pero a esos pocos Elrond los envió al norte, al oeste y al sur. Se decía que tú harías un rodeo para evitar que te persiguieran y que te perderías en las tierras desiertas.

»Me tocó a mí seguir el camino y llegué al Puente de Mitheithel y dejé una señal allí, hace siete días. Tres de los sirvientes de Sauron llegaron hasta el puente, pero se retiraron y los perseguí hacia el oeste. Tropecé con otros dos, que se volvieron alejándose hacia el sur. Desde entonces he estado buscando tus huellas. Las descubrí hace dos días y las seguí cruzando el puente y hoy advertí que habías bajado otra vez de las lomas. ¡Pero, vamos! No hay tiempo para más noticias. Ya que estás aquí, hemos de arriesgarnos a los peligros del camino y marchar adelante. Hay cinco detrás de nosotros y cuando descubran tus huellas en el camino, nos perseguirán veloces como el viento. Y ellos no son todos. Dónde están los otros cuatro, no lo sé. Temo descubrir que el vado ya está defendido contra nosotros.

Mientras Glorfindel hablaba, las sombras de la noche se hicieron más densas. Frodo sintió que el cansancio lo dominaba. Desde que el sol había empezado a bajar, la niebla que tenía ante los ojos se le había oscurecido y sentía que una sombra estaba interponiéndose entre él y las caras de los otros. Ahora tenía un ataque de dolor y mucho frío. Se tambaleó y se apoyó en el brazo de Sam.

-Mi amo está enfermo y herido -dijo Sam airadamente-. No podría viajar durante la noche. Necesita descanso.

Glorfindel alcanzó a Frodo en el momento en que el hobbit caía al suelo y tomándolo gentilmente en brazos le miró la cara con grave ansiedad.

Trancos le habló entonces brevemente del ataque al campamento en la Cima de los Vientos y del cuchillo mortal. Sacó la empuñadura, que había conservado, y se la pasó al elfo. Glorfindel se estremeció al tocarla, pero la miró con atención.

-Hay cosas malas escritas en esta empuñadura -dijo- aunque quizá tus ojos no puedan verlas. ¡Guárdala, Aragorn, hasta que lleguemos a la Casa de Elrond! Pero ten cuidado y tócala lo menos posible. Ay, las heridas causadas por este arma están más allá de mis poderes de curación. Haré lo que pueda, pero ahora más que nunca os recomiendo que continuéis sin tomar descanso.

Buscó con los dedos la herida en el hombro de Frodo y la cara se le hizo más grave, como si lo que estaba descubriendo lo inquietara todavía más. Pero Frodo sintió que el frío del costado y el brazo le disminuía; un leve calor le bajó del hombro hasta la mano y el dolor se hizo más soportable. La oscuridad del crepúsculo le pareció más leve

alrededor, como si hubieran apartado una nube. Veía ahora las caras de los amigos más claramente y sintió que recobraba de algún modo la esperanza y la fuerza.

-Montarás en mi caballo -le dijo Glorfindel-. Recogeré los estribos hasta los bordes de la silla y tendrás que sentarte lo más firmemente que puedas. Pero no te preocupes; mi caballo no dejará caer a ningún jinete que yo le encomiende. Tiene el paso leve y fácil y si el peligro apremia, te llevará con una rapidez que ni siquiera las bestias negras del enemigo pueden imitar.

-¡No, no será así! -dijo Frodo-. No lo montaré, si va a llevarme a Rivendel o alguna otra parte dejando atrás a mis amigos en peligro.

Glorfindel sonrió.

-Dudo mucho -dijo- que tus amigos corran peligro si tú no estás con ellos. Los perseguidores te seguirían a ti y nos dejarían a nosotros en paz, me parece. Eres tú, Frodo, y lo que tú llevas lo que nos pone a todos en peligro.

Frodo no encontró respuesta y tuvo que montar el caballo blanco de Glorfindel. El poney en cambio fue cargado con una gran parte de los fardos de los otros, de modo que ahora pudieron marchar más aliviados y durante un tiempo con notable rapidez; pero los hobbits pronto descubrieron que les era difícil seguir el paso rápido e infatigable del elfo. Allá iba, adelante, adentrándose en la boca de la oscuridad y todavía más adelante hacia la noche profunda y nublada. No había luna ni estrellas. Hasta que asomó el gris del alba no les permitió que se detuviesen. Pippin, Merry y Sam estaban ya por ese entonces casi dormidos, sosteniéndose apenas sobre unas piernas entumecidas y hasta el mismo Trancos encorvaba la espalda como si se sintiera fatigado. Frodo, a caballo, iba envuelto en un sueño oscuro.

Se echaron al suelo entre las malezas a unos pocos metros del camino y cayeron dormidos en seguida. Les pareció que habían cerrado apenas los ojos cuando Glorfindel, que se había quedado vigilando mientras los otros dormían, los despertó de nuevo. La mañana estaba ya bastante avanzada y las nubes y nieblas de la noche habían desaparecido.

-¡Bebed esto! -les dijo Glorfindel, sirviéndoles uno a uno un poco del licor que llevaba en la bota de cuero adornada de plata. La bebida era clara como agua de manantial y no tenía sabor y no era ni fresca ni tibia en la boca, pero les pareció mientras bebían que recobraban la fuerza y el vigor. Luego unos pocos bocados de pan rancio y de fruta seca (pues ya no les quedaba ninguna otra cosa) les calmaron el hambre mejor que muchos buenos desayunos de la Comarca.

Habían descansado bastante menos de cinco horas cuando retornaron el camino. Glorfindel insistía en la necesidad de no detenerse y sólo les permitió dos breves descansos en toda la jornada. Cubrieron así más de veinte millas antes de la caída de la noche y llegaron al punto en que el camino doblaba a la derecha y descendía abruptamente al fondo del valle, acercándose una vez más al río. Hasta ahora no había habido ninguna señal o sonido de persecución que los hobbits pudieran ver u oír. Pero a menudo, si los otros habían quedado atrás, Glorfindel se detenía y escuchaba y una nube de preocupación le ensombrecía el rostro. Una vez o dos le habló a Trancos en lengua élfica.

Pero por inquietos que se sintieran los guías, era evidente que los hobbits no podrían ir más lejos esa noche. Caminaban tambaleándose, como borrachos de cansancio, e incapaces de pensar en otra cosa que en los pies y las piernas. El sufrimiento de Frodo se había duplicado y las cosas de alrededor se le desvanecían durante el día en sombras

de un gris espectral. Le alegraba casi la llegada de la noche, pues el mundo parecía entonces menos pálido y vacío.

Los hobbits se sentían todavía extenuados, cuando de nuevo partieron temprano a la mañana siguiente. Había que recorrer aún muchas millas para llegar al vado y marcharon de prisa, trastabillando.

-El peligro aumentará justo poco antes de llegar al río -dijo Glorfindel-, pues el corazón me dice que los perseguidores vienen ahora a toda prisa detrás de nosotros y otro peligro puede estar esperándonos cerca del vado.

El camino corría aún regularmente ladera abajo y ahora a veces había mucha hierba a los lados y los hobbits caminaban por allí cuando podían, para aliviarse los pies. A la caída de la tarde llegaron a un lugar donde el camino se metía de pronto entre las sombras oscuras de unos pinos, precipitándose luego en un desfiladero de paredes de piedra roja, escarpadas y húmedas. Unos ecos resonaron mientras se adelantaban de prisa y pareció oírse el sonido de muchos pasos, que venían detrás. De pronto, el camino desembocó otra vez en terreno despejado, saliendo del túnel como por una puerta de luz. Allí, al pie de una ladera muy inclinada, se extendía una llanura de una milla de largo, y luego el Vado de Rivendel. En el otro lado había una loma escarpada, de color ocre, recorrida por un sinuoso sendero y más allá se superponían unas montañas altas, estribación sobre estribación y cima sobre cima, en el cielo pálido.

Más atrás se oía todavía un eco, como si unos pasos vinieran siguiéndolos por el desfiladero; un sonido impetuoso, como si un viento soplara derramándose entre las ramas de los pinos. Glorfindel se volvió un momento a escuchar y en seguida dio un salto, gritando:

-¡Huid! ¡Huid! ¡El enemigo está sobre nosotros!

El caballo blanco se precipitó hacia adelante. Los hobbits bajaron corriendo por la pendiente. Glorfindel y Trancos los siguieron como retaguardia. No habían cruzado aún la mitad del llano, cuando se oyó un galope de caballos. Saliendo del túnel de árboles que acababan de dejar apareció un Jinete Negro. Tiró de las riendas y se detuvo, balanceándose en la silla. Otro lo siguió y luego otro y en seguida otros dos.

-¡Corre! ¡Corre! -le gritó Glorfindel a Frodo.

Frodo no obedeció inmediatamente, como dominado por una extraña indecisión. Llevando el caballo al paso, se volvió para mirar atrás. Los Jinetes parecían alzarse sobre las grandes sillas como estatuas amenazadoras en lo alto de un cerro negro y macizo, mientras que todos los bosques y tierras de alrededor se desvanecían como en una niebla. De pronto el corazón le dijo a Frodo que los Jinetes estaban ordenándole en silencio que esperara. En seguida y a la vez, el miedo y el odio despertaron en él. Soltó las riendas y echando mano a la empuñadura de la espada, la desenvainó con un relámpago rojo.

-¡Corre! ¡Corre! - gritó Glorfindel y en seguida llamó al caballo con voz alta y clara en la lengua de los Elfos: *noro lim, noro lim, Asfaloth!*

Inmediatamente, el caballo blanco se precipitó hacia adelante y corrió como el viento por la última vuelta del camino. Al mismo tiempo los caballos negros se lanzaron colina abajo persiguiéndolo y se oyó el grito terrible de los Jinetes, semejante a aquel que Frodo había oído alguna vez en la lejana Cuaderna del Este, como un horror que venía de los bosques. Otros gritos respondieron y ante la desesperación de Frodo y sus amigos, cuatro Jinetes más asomaron rápidamente entre los árboles y rocas que se

veían a la izquierda a lo lejos. Dos fueron hacia Frodo; dos galoparon como enloquecidos hacia el vado, para cerrarle el paso. Le parecía a Frodo que corrían como el viento y que cambiaban rápidamente haciéndose más grandes y oscuros a medida que los distintos cursos convergían hacia él.

Frodo miró un instante por encima del hombro. Ya no veía a sus amigos. Los Jinetes que venían detrás perdían terreno. Ni siquiera aquellas grandes cabalgaduras podían rivalizar en velocidad con el caballo élfico de Glorfindel. Miró otra vez adelante y perdió toda esperanza. No parecía tener ninguna posibilidad de llegar al vado antes que los Jinetes emboscadas le salieran al encuentro. Podía verlos claramente ahora; se habían quitado las capuchas y los mantos negros y estaban vestidos de blanco y gris. Las manos pálidas esgrimían espadas desnudas y llevaban yelmos en las cabezas. Los ojos fríos relampagueaban y unas voces terribles increpaban a Frodo.

El miedo dominaba ahora enteramente a Frodo. No pensó más en su espada. No lanzó ningún grito. Cerró los ojos y se aferró a las crines del caballo. El viento le silbaba en los oídos y las campanillas del arnés se sacudían en un agudo repiqueteo. Un aliento helado le traspasó como una espada, cuando en un último esfuerzo, como un relámpago de fuego blanco, volando como si tuviera alas, el caballo élfico pasó de largo ante la cara del jinete más adelantado.

Frodo oyó el chapoteo del agua, que batía espumosa alrededor. Sintió cómo el caballo empujaba subiendo rápidamente, dejando el río y escalando el sendero pedregoso. Trepaba ahora por la orilla escarpada. Había cruzado el vado.

Pero los perseguidores venían cerca. En lo alto de la barranca, el caballo se detuvo y dio media vuelta relinchando furiosamente. Había nueve Jinetes allí abajo, junto al agua, y Frodo se sintió desfallecer ante la amenaza de aquellas caras levantadas. No sabía de nada que pudiera impedirles cruzar también el vado y entendió que era inútil tratar de escapar por el largo e incierto camino que llevaba a los lindes de Rivendel, una vez que los Jinetes hubiesen vadeado el agua. De todos modos sintió que le habían ordenado perentoriamente que se detuviera. La cólera lo dominó otra vez, pero ya no tenía fuerzas para resistirse.

De pronto el jinete que iba delante espoleó el caballo, que llegó al agua y se encabritó retrocediendo. Haciendo un gran esfuerzo Frodo se irguió en la silla y esgrimió la espada.

-¡Atrás! - gritó -. ¡Volved a la Tierra de Mordor y no me sigáis! -llamó con una voz que a él mismo le pareció débil y chillona.

Frodo no tenía los poderes de Bombadil. Los Jinetes se detuvieron, pero le replicaron con una risa dura y escalofriante.

-¡Vuelve! ¡Vuelve! -gritaron-. ¡A Mordor te llevaremos! -¡Atrás! -murmuró Frodo.

-¡El Anillo! ¡El Anillo! - gritaron los Jinetes con voces implacables, e inmediatamente el cabecilla forzó al caballo a entrar en el agua, seguido de cerca por otros dos Jinetes.

-¡Por Elbereth y Lúthien la Bella -dijo Frodo con un último esfuerzo y esgrimiendo la espada-, no tendréis el Anillo ni me tendréis a mí!

Entonces el cabecilla que estaba ya en medio del vado se enderezó amenazante sobre los estribos y alzó la mano. Frodo sintió que había perdido la voz. Tenía la lengua pegada al paladar y el corazón le golpeaba con furia. La espada se le quebró y se le desprendió de la mano temblorosa. El caballo élfico se encabritó resoplando. El primero de los caballos negros ya estaba pisando la orilla.

En ese momento se oyó un rugido y un estruendo: un ruido de aguas turbulentas que venía arrastrando piedras. Frodo vio confusamente que el río se elevaba y que una caballería de olas empenachadas se acercaba aguas abajo. Unas llamas blancas parecían

moverse en las cimas de las crestas y hasta creyó ver en el agua unos Jinetes blancos que cabalgaban caballos blancos con crines de espuma. Los tres Jinetes que estaban todavía en medio del vado desaparecieron de pronto bajo las aguas espumosas. Los que venían detrás retrocedieron espantados.

Exhausto, Frodo oyó gritos y creyó ver, más allá de los Jinetes que titubeaban en la orilla, una figura brillante de luz blanca y atrás unas pequeñas formas sombrías que corrían llevando fuegos, y las llamas rojizas refulgían en la niebla gris que estaba cubriendo el mundo.

Los caballos negros enloquecieron y dominados por el terror saltaron hacia adelante arrojando a los Jinetes a las aguas impetuosas. Los gritos penetrantes se perdieron en el rugido del río, que arrastró a los Jinetes. Frodo sintió entonces que caía y le pareció que el estruendo y la confusión crecían y lo envolvían llevándose junto con sus enemigos. No oyó ni vio nada más.

LIBRO SEGUNDO

MUCHOS ENCUENTROS

Frodo despertó y se encontró tendido en una cama. Al principio creyó que había dormido mucho, luego de una larga pesadilla que todavía le flotaba en las márgenes de la memoria. ¿O quizás había estado enfermo? Pero el cielo raso le parecía extraño: chato, y con vigas oscuras, muy esculpidas. Se quedó acostado todavía un momento, mirando los parches de sol en la pared y escuchando el rumor de una cascada.

-¿Dónde estoy y qué hora es? -le preguntó en voz alta al cielo raso.

-En la casa de Elrond, y son las diez de la mañana -dijo una voz-. Es la mañana del veinticuatro de octubre, si quieres saberlo.

-¡Gandalf! -exclamó Frodo, incorporándose.

Allí estaba el viejo mago, sentado en una silla junto a la ventana abierta.

-Sí -dijo Gandalf -, aquí estoy. Y tú tienes suerte de estar también aquí, luego de todos los disparates que hiciste últimamente.

Frodo se acostó de nuevo. Se sentía demasiado cómodo y en paz para discutir, y de cualquier manera sabía que no llevaría la mejor parte en una discusión. Estaba completamente despierto ahora y recordaba los acontecimientos del viaje: el desastroso «atajo» por el Bosque Viejo, el accidente en el *Poney Pisador* y la tontería de haberse puesto el Anillo en la cañada, al pie de la Cima de los Vientos. Mientras pensaba todas estas cosas, tratando en vano de recordar qué había ocurrido luego y cómo había llegado a Rivendel, hubo un largo silencio, interrumpido sólo por las suaves bocanadas de la pipa de Gandalf, que lanzaba por la ventana anillos de humo blanco.

-¿Dónde está Sam? -preguntó Frodo al fin-. ¿Y los otros, cómo se encuentran?

-Sí, todos están sanos y salvos -respondió Gandalf -. Sam estuvo aquí hasta que yo lo mandé a descansar, hace una media hora.

-¿Qué pasó en el vado? -dijo Frodo-. Parecía todo tan confuso, y todavía lo parece.

-Sí, lo creo. Empezabas a desaparecer -respondió Gandalf-. La herida al fin estaba terminando contigo; pocas horas más y no hubiésemos podido ayudarte. Pero hay en ti una notable resistencia, ¡mi querido hobbit! Como mostraste en los Túmulos. Te salvaste por un pelo; quizá fue el momento más peligroso de todos. Ojalá hubieses resistido en la Cima de los Vientos.

-Parece que ya sabes mucho -dijo Frodo-. No les hablé del Túmulo a los otros. Al principio era demasiado horrible y luego hubo otras cosas en que pensar. ¿Cómo te enteraste?

-Has estado hablando en sueños, Frodo -dijo Gandalf gentilmente-. Y no me ha sido difícil leerte los pensamientos y la memoria. ¡No te preocupes! Aunque hablé de «disparates», no lo dije en serio. Pienso bien de ti y de los demás. No es poca hazaña haber llegado tan lejos y a través de tantos peligros y conservar todavía el Anillo.

-No hubiésemos podido sin la ayuda de Trancos -dijo Frodo-. Pero te necesitábamos. Sin ti, yo no sabía qué hacer.

-Me retrasé -dijo Gandalf -, y esto casi fue nuestra pérdida. Sin embargo, no estoy seguro. Quizás haya sido mejor así.

-¡Pero cuéntame qué pasó!

-¡Todo a su tiempo! Hoy no tienes que hablar ni preocuparse por nada; son órdenes de Elrond.

-Pero hablar me impediría pensar y hacer suposiciones, lo que es casi tan agotador -dijo Frodo-. Estoy ahora muy despierto y recuerdo tantas cosas que necesitan de una explicación. ¿Porqué te retrasaste? Al menos tendrías que contarme eso.

-Ya oirás todo lo que quieres saber -dijo Gandalf -. Tendremos un Concilio, tan pronto como estés bien. Por el momento sólo te diré que estuve prisionero.

-¿Tú? -exclamó Frodo.

-Sí, yo, Gandalf el Gris -dijo el mago solemnemente-. Hay muchos poderes en el mundo, para el bien y para el mal. Algunos son más grandes que yo. Contra otros, todavía no me he medido. Pero mi tiempo se acerca. El Señor de Morgul y los Jinetes Negros han dejado la guarida. ¡La guerra está próxima!

-Entonces tú sabías de los Jinetes... antes que yo los encontrara.

-Sí, sabía de ellos. En verdad te hablé de ellos una vez; los Jinetes Negros son los Espectros que guardan el Anillo, los Nueve Siervos del Señor de los Anillos. Pero yo ignoraba que hubiesen reaparecido, o te hubieran acompañado desde un comienzo. No tuve noticias de ellos hasta después de dejarte, en junio; pero esta historia tiene que esperar. Por el momento, Aragorn nos ha salvado del desastre.

-Sí -dijo Frodo-, fue Trancos quien nos salvó. Sin embargo, tuve miedo de él al principio. Creo que Sam nunca le tuvo confianza, por lo menos no hasta que encontramos a Glorfindel.

Gandalf sonrió. -Sé todo acerca de Sam -dijo-. Ya no tiene más dudas.

-Me alegra -dijo Frodo-, pues he llegado a apreciar de veras a Trancos. Bueno, apreciar no es la palabra justa. Quiero decir que me es muy querido. Aunque a veces es raro y torvo. En verdad me recuerda a ti a menudo. Yo no sabía que hubiese alguien así entre la Gente Grande. Pensaba, bueno, que sólo eran grandes y bastante estúpidos; amables y estúpidos como Mantecona; o estúpidos y malvados como Bill Helechal. Pero es cierto que no sabemos mucho de los hombres en la Comarca, excepto quizá las gentes de Bree.

-Sabes de veras muy poco si crees que el viejo Cebadilla es estúpido -dijo Gandalf -. Es bastante sagaz en su propio terreno. Piensa menos de lo que habla y más lentamente; sin embargo puede ver a través de una pared de ladrillos (como dicen en Bree). Pero pocos quedan en la Tierra Media como Aragorn hijo de Arathorn. La raza de los Reyes de Más Allá del Mar está casi extinguida. Es posible que esta Guerra del Anillo sea su última aventura.

-¿Quieres decir realmente que Trancos pertenece al pueblo de los viejos Reyes? -dijo Frodo, asombrado-. Pensé que habían desaparecido todos, hace ya mucho tiempo. Pensé que era sólo un montaraz.

-¡Sólo un montaraz! -exclamó Gandalf -. Mi querido Frodo, eso son justamente los montaraces: los últimos vestigios en el Norte de un gran pueblo, los Hombres del Oeste. Me ayudaron ya en el pasado y necesitaré que me ayuden en el futuro; pues aunque hemos llegado a Rivendel, el Anillo no ha encontrado todavía reposo.

-Imagino que no -dijo Frodo-, pero hasta ahora mi único pensamiento era llegar aquí, y espero no tener que ir más lejos. El simple descanso es algo muy agradable. He tenido un mes de exilio y aventuras y pienso que es suficiente para mí.

Calló y cerró los ojos. Al cabo de un rato habló de nuevo: -He estado sacando cuentas -dijo-, y el total no llega al veinticuatro de octubre. Hoy sería el veintiuno de octubre. Tuvimos que haber llegado al vado el día veinte.

-En tu estado actual, has hablado demasiado y has sacado demasiadas cuentas -dijo Gandalf-. ¿Cómo sientes ahora el hombro y el costado?

-No sé -dijo Frodo-. No los siento nada, lo que quizás es un adelanto, pero -hizo un esfuerzo- el brazo puedo moverlo un poco. Sí, está volviendo a la vida. No está frío -añadió, tocándose la mano izquierda con la derecha.

-¡Bien! -dijo Gandalf-. Se está restableciendo. Pronto estarás curado del todo. Elrond ha estado cuidándote, durante días, desde que te trajeron aquí.

-¿Días? -dijo Frodo.

-Bueno, cuatro noches y tres días, para ser exactos. Los elfos te trajeron del vado en la noche del veinte y es ahí donde perdiste la cuenta. Hemos estado muy preocupados, y Sam no dejó tu cabecera ni de día ni de noche, excepto para llevar algún mensaje. Elrond es un maestro del arte de curar, pero las armas del enemigo son mortíferas. Para decirte la verdad, yo tuve muy pocas esperanzas, pues se me ocurrió que en la herida cerrada había quedado algún fragmento de la hoja. Pero no pudimos encontrarlo hasta anoche. Elrond extrajo una esquirra. Estaba muy incrustada en la carne y abriéndose paso hacia dentro.

Frodo se estremeció recordando el cruel puñal de hoja mellada que se había desvanecido en manos de Trancos.

-¡No te alarmes! - dijo Gandalf -. Ya no existe. Ha sido fundida. Y parece que los hobbits se desvanecen de muy mala gana. He conocido guerreros robustos de la Gente Grande que hubiesen sucumbido en seguida a esa esquirra que tú llevaste diecisiete días.

-¿Qué me hubiesen hecho? -preguntó Frodo-. ¿Qué trataban de hacer esos Jinetes?

-Trataban de atravesarte el corazón con un puñal de Morgul, que queda en la herida. Si lo hubieran logrado, serías ahora como ellos, sólo que más débil, y te tendrían sometido. Serías un espectro, bajo el dominio del Señor Oscuro, y te habría atormentado por haber querido retener el Anillo, si hay tormento mayor que el de perder el Anillo y verlo en el dedo del Señor Oscuro.

-¡Gracias sean dadas por no haberme enterado de ese horrible peligro! -dijo Frodo con voz débil-. Yo estaba mortalmente asustado, por supuesto, pero si hubiera sabido más no me hubiese atrevido ni a moverme. ¡Es una maravilla que haya escapado con vida!

-Sí, la fortuna o el destino te ayudaron sin duda -dijo Gandalf-, para no mencionar el coraje. Pues no te tocaron el corazón y sólo te hirieron en el hombro y esto fue así porque resististe hasta el fin. Pero te salvaste no se sabe cómo. El peligro mayor fue cuando tuviste puesto el Anillo, pues entonces tú mismo estabas a medias en el mundo de los espectros y ellos podían haberte alcanzado. Tú podías verlos y ellos te podían ver.

-Sí, es cierto - dijo Frodo- ¡Mirarlos fue algo terrible! ¿Pero cómo vemos siempre a los caballos?

-Porque son verdaderos caballos, así como las ropas negras son verdaderas ropas, que dan forma a la nada que ellos son, cuando tienen tratos con los vivos.

-¿Por qué esos caballos negros soportan entonces a semejantes Jinetes? Todos los otros animales se espantan cuando los Jinetes andan cerca, aun el caballo élfico de Glorfindel. Los perros les ladran y los gansos les graznan.

-Porque esos caballos nacieron y fueron criados al servicio del Señor Oscuro. ¡Los sirvientes y animales de Mordor no son todos espectros! Hay orcos y trolls, huargos y licántropos; y ha habido y todavía hay muchos hombres, guerreros y reyes, que andan a la luz del sol y sin embargo están sometidos a Mordor. Y el número de estos servidores crece todos los días. -¿Y Rivendel y los elfos? ¿Está Rivendel a salvo?

-Sí, por ahora, hasta que todo lo demás sea conquistado. Los elfos pueden temer al Señor Oscuro y quizás huyan de él, pero nunca jamás lo escucharán o le servirán. Y aquí, en Rivendel, viven algunos de los principales enemigos de Mordor: los Sabios Elfos, Señores del Eldar, de más allá de los mares lejanos. Ellos no temen a los Espectros del Anillo, pues quienes han vivido en el Reino Bienaventurado viven a la vez en ambos mundos y tienen grandes poderes contra lo Visible y lo Invisible.

-Creí ver una figura blanca que brillaba y no empalidecía como las otras. ¿Era entonces Glorfindel?

-Sí, lo viste un momento tal como es en el otro lado, uno de los poderosos Primeros Nacidos. Es el Señor Elfo de una casa de príncipes. En verdad hay poder en Rivendel capaz de resistir la fuerza de Mordor, por un tiempo al menos, y hay también otros poderes afuera. Hay poder también, de otra especie, en la Comarca. Pero todos estos lugares pronto serán como islas sitiadas, si las cosas continúan como hasta ahora. El Señor Oscuro está desplegando toda su fuerza.

»Sin embargo -continuó Gandalf, incorporándose de pronto y adelantando el mentón mientras se le erizaban los pelos de la barba como alambre de púas-, no nos desanimemos. Pronto te curarás, si no te mato con mi charla. Estás en Rivendel, y no te preocupes por ahora.

-No tengo ningún ánimo y no sé cómo podría desanimarme -dijo Frodo -, pero ahora no hay nada que me preocupe. Dame simplemente noticias de mis amigos y dime cómo terminó el asunto del vado, como he venido preguntando, y me declararé satisfecho por el momento. Luego dormiré otro poco, me parece, pero no podré cerrar los ojos hasta que hayas terminado esa historia para mí.

Gandalf acercó la silla a la cabecera del lecho y miró con atención a Frodo. El color le había vuelto a la cara; los ojos se le habían aclarado y tenía una mirada despejada y lúcida. Sonreía y parecía que todo andaba bien. Pero el ojo del mago alcanzó a notar un cambio imperceptible, como una cierta transparencia alrededor de Frodo y sobre todo alrededor de la mano izquierda, que descansaba sobre el cubre-cama.

«Sin embargo, era algo que podía esperarse», reflexionó Gandalf. «No está ni siquiera curado a medias y lo que le pasará al fin ni siquiera Elrond podría decirlo. Creo que no será para mal. Podría convertirse en algo parecido a un vaso de agua clara, para los ojos que sepan ver.»

-Tienes un aspecto espléndido -dijo en voz alta-. Me arriesgaré a contarte una breve historia, sin consultar a Elrond. Pero muy breve, recuérdalo, y luego dormirás otra vez. Esto es lo que ocurrió, según lo que he averiguado. Los Jinetes fueron directamente detrás de ti, tan pronto como escapaste. Ya no necesitaban que los caballos los guiaran: te habías vuelto visible para ellos: estabas en el umbral del mundo de los fantasmas. Y además el Anillo los llamaba de algún modo. Tus amigos saltaron a un lado, fuera del camino, o los hubieran aplastado sin remedio. Sabían que estabas perdido, si no te salvaba el caballo blanco. Los Jinetes eran demasiado rápidos y hubiese sido inútil perseguirlos, y demasiado numerosos y hubiese sido inútil oponerse. A pie, ni siquiera Glorfindel y Aragorn luchando juntos hubieran podido resistir a los Nueve a la vez.

»Cuando los Espectros del Anillo pasaron rápidos como el viento, tus amigos corrieron detrás. Muy cerca del vado hay una pequeña hondonada, oculta tras unos pocos árboles achaparrados junto al camino. Allí encendieron rápidamente un fuego, pues Glorfindel sabía que habría una crecida, si los Jinetes trataban de cruzar; él entonces tendría que vérselas con quienes estuvieran de este lado del río. En el momento en que llegó la creciente, Glorfindel corrió hacia el agua, seguido por Aragorn y los otros, todos llevando antorchas encendidas. Atrapados entre el fuego y el agua y viendo a un Señor de los Elfos, que mostraba todo el poder de su furia, los Jinetes se acobardaron y los caballos enloquecieron. Tres fueron arrastrados río abajo por el primer asalto de la crecida; luego los caballos echaron a los otros al agua.

-¿Y ese fue el fin de los Jinetes? -preguntó Frodo.

-No -dijo Gandalf -. Los caballos tienen que haber muerto, y sin ellos son como impedidos. Pero los Espectros del Anillo no pueden ser destruidos con tanta facilidad. Sin embargo, y por el momento, no son ya criaturas de temer. Tus amigos cruzaron, cuando pasó la inundación, y te encontraron tendido de bruces en lo alto de la barranca, con una espada rota bajo el cuerpo. El caballo hacía guardia a tu lado. Tú estabas

pálido y frío y temieron que hubieses muerto o algo peor. La gente de Elrond los encontró allí y te trajeron lentamente a Rivendel.

-¿Quién provocó la crecida? -dijo Frodo.

-Elrond la ordenó -respondió Gandalf -. El río de este valle está bajo el dominio de Elrond. Las aguas se levantan furiosas cuando él cree necesario cerrar el vado. Tan pronto como el capitán de los Espectros del Anillo entró a caballo en el agua, soltaron la avenida. Si me lo permites añadiré un toque personal a la historia: quizá no lo notaste, pero algunas de las olas se encabritaron como grandes caballos blancos montados por brillantes Jinetes blancos; y había muchas piedras que rodaban y crujían. Por un momento temí que hubiésemos liberado una furia demasiado poderosa y que la crecida se nos fuera de las manos y os arrastrara a todos vosotros. Hay gran vigor en las aguas que bajan de las nieves de las Montañas Nubladas.

-Sí, todo me viene a la memoria ahora -dijo Frodo-: el tremendo rugido. Pensé que me ahogaba, con mis amigos y todos. ¡Pero ahora estamos a salvo!

Gandalf echó una rápida mirada a Frodo, pero el hobbit había cerrado los ojos.

-Sí, estamos todos a salvo por el momento. Pronto habrá fiesta y regocijo para celebrar la victoria en el Vado del Bruinen y allí estaréis todos vosotros ocupando sitios de honor.

-¡Espléndido! - dijo Frodo -. Es maravilloso que Elrond y Glorfindel y tan grandes señores, sin hablar de Trancos, se molesten tanto y sean tan bondadosos conmigo.

-Bueno, hay muchas razones para que así sea -dijo Gandalf, sonriendo-. Yo soy una buena razón. El Anillo es otra; tú eres el Portador del Anillo. Y eres el heredero de Bilbo, que encontró el Anillo.

-¡Querido Bilbo! -dijo Frodo, soñoliento-. Me pregunto dónde andará. Me gustaría que estuviese aquí y pudiese oír toda esta historia. Se hubiera reído con ganas. ¡La vaca que saltó por encima de la luna! ¡Y el pobre viejo troll!

Luego de esto, se durmió rápidamente.

Frodo estaba ahora a salvo en la Última Casa Hogareña al este del Mar. Esta casa era, como Bilbo había informado hacía tiempo, «una casa perfecta, tanto te guste comer como dormir o contar cuentos o cantar, o sólo quedarte sentado pensando, o una agradable combinación de todo». Bastaba estar allí para curarse del cansancio, el miedo y la melancolía.

A la caída de la noche, Frodo despertó de nuevo y descubrió que ya no sentía necesidad de dormir o descansar y que en cambio tenía ganas de comer y beber y quizá cantar y contar luego alguna historia. Salió de la cama y descubrió que podía utilizar el brazo casi como antes. Encontró ya preparadas unas ropas limpias de color verde que le caían muy bien. Mirándose en el espejo se sobresaltó al descubrir que nunca había estado antes tan delgado; la imagen se parecía notablemente al joven sobrino de Bilbo, que había acompañado al tío en muchos paseos a pie por la Comarca; pero los ojos del espejo le devolvieron una mirada pensativa.

-Sí, desde la última vez que te miraste en un espejo te ocurrieron algunas cosas -le dijo a la imagen-. Pero ahora, ¡por un feliz encuentro!

Se estiró de brazos y silbó una melodía.

En ese momento, golpearon a la puerta y entró Sam. Corrió hacia Frodo y le tomó la mano izquierda, torpe y tímidamente. La acarició un momento con dulzura y luego enrojeció y se volvió en seguida para irse.

-¡Hola, Sam! -dijo Frodo.

-¡Está caliente! -dijo Sam-. Quiero decir la mano de usted, señor Frodo. Ha estado tan fría en las largas noches. ¡Pero victoria y trompetas! -gritó, dando otra media vuelta

con ojos brillantes y bailando-. ¡Es maravilloso verlo de pie y recuperado del todo, señor! Gandalf me pidió que viniera a ver si usted podía bajar y pensé que bromeaba.

-Estoy listo -dijo Frodo-. ¡Vamos a buscar a los demás!

-Puedo llevarlo hasta ellos, señor -dijo Sam-. Es una casa grande ésta y muy peculiar. A cada paso se descubre algo nuevo y nunca se sabe qué encontrará uno a la vuelta de un corredor. ¡Y elfos, señor Frodo! ¡Elfos por aquí y elfos por allá! Algunos como reyes, terribles y espléndidos, y otros alegres como niños. Y la música y el canto... aunque no he tenido tiempo ni ánimo para escuchar mucho desde que llegamos aquí. Pero empiezo a conocer los recovecos de la casa.

-Sé lo que has estado haciendo, Sam -dijo Frodo, tomándolo por el brazo-. Pero tienes que estar contento esta noche y prestar oídos a la alegría que te llega del corazón. ¡Vamos, muéstrame lo que hay a la vuelta de los corredores!

Sam lo llevó por distintos pasillos y luego escaleras abajo y por último salieron a un jardín elevado sobre la barranca escarpada del río. Los amigos de Frodo estaban allí sentados en un pórtico que miraba al este. Las sombras habían cubierto el valle, abajo, pero en las faldas de las montañas lejanas había aún un resto de luz. El aire era cálido. El sonido del agua que corría y caía en cascadas llegaba a ellos claramente y un débil perfume de árboles y flores flotaba en la noche, como si el verano se hubiese demorado en los jardines de Elrond.

-¡Hurra! -gritó Pippin incorporándose de un salto-. ¡He aquí a nuestro noble primo! ¡Abran paso a Frodo, Señor del Anillo!

-¡Calla! -dijo Gandalf desde el fondo sombrío del pórtico-. Las cosas malas no tienen cabida en este valle, pero aun así es mejor no nombrarlas. El Señor del Anillo no es Frodo, sino el amo de la Torre Oscura de Mordor, ¡cuyo poder se extiende otra vez sobre el mundo! Estamos en una fortaleza. Afuera caen las sombras.

-Gandalf ha estado diciéndonos cosas así, todas tan divertidas -dijo Pippin-. Piensa que es necesario llamarme al orden, pero de algún modo parece imposible sentirse triste o deprimido en este sitio. Tengo la impresión de que podría ponerme a cantar, si conociese una canción apropiada.

-Yo también cantaré -rió Frodo-. ¡Aunque por ahora preferiría comer y beber!

-Eso tiene pronto remedio -dijo Pippin-. Has mostrado tu astucia habitual levantándote justo a tiempo para una comida.

-¡Más que una comida! ¡Una fiesta! -dijo Merry-. Tan pronto como Gandalf informó que ya estabas bien, comenzaron los preparativos.

Apenas había acabado de hablar cuando un tañido de campanas los convocó al salón de la casa.

El salón de la casa de Elrond estaba colmado de gente: elfos en su mayoría, aunque había unos pocos huéspedes de otra especie. Elrond estaba sentado en un sillón a la cabecera de una mesa larga sobre el estrado; a un lado tenía a Glorfindel y al otro a Gandalf.

Frodo los observó maravillado, pues nunca había visto a Elrond, de quien se hablaba en tantos relatos; y sentados a la izquierda y a la derecha, Glorfindel y aun Gandalf, a quienes creía conocer tan bien, se le revelaban como grandes y poderosos señores.

Gandalf era de menor estatura que los otros dos, pero la larga melena blanca, la abundante barba gris y los anchos hombros, le daban un aspecto de rey sabio, salido de antiguas leyendas. En la cara trabajada por los años, bajo las espesas cejas nevadas, los ojos oscuros eran como carbones encastrados que de súbito podían encenderse y arder.

Glorfindel era alto y erguido, el cabello de oro resplandeciente, la cara joven y hermosa, libre de temores y luminosa de alegría; los ojos brillantes y vivos y la voz como una música; había sabiduría en aquella frente y fuerza en aquella mano.

El rostro de Elrond no tenía edad; no era ni joven ni viejo, aunque uno podía leer en él el recuerdo de muchas cosas, felices y tristes. Tenía el cabello oscuro como las sombras del atardecer y ceñido por una diadema de plata; los ojos eran grises como la claridad de la noche y en ellos había una luz semejante a la luz de las estrellas. Parecía venerable como un rey coronado por muchos inviernos y vigoroso sin embargo como un guerrero probado en la plenitud de sus fuerzas. Era el Señor de Rivendel, poderoso tanto entre los elfos como entre los hombres.

En el centro de la mesa, apoyada en los tapices que pendían del muro, había una silla bajo un dosel y allí estaba sentada una hermosa dama -tan parecida a Elrond, bajo forma femenina, que no podía ser», pensó Frodo, «Sino una pariente próxima». Era joven y al mismo tiempo no lo era, pues aunque la escarcha no había tocado las trenzas de pelo sombrío y los brazos blancos y el rostro claro eran tersos y sin defecto y la luz de las estrellas le brillara en los ojos, grises como una noche sin nubes, había en ella verdadera majestad, y la mirada revelaba conocimiento y sabiduría, como si hubiera visto todas las cosas que traen los años. Le cubría la cabeza una red de hilos de plata entretejida con pequeñas gemas de un blanco resplandeciente, pero las delicadas vestiduras grises no tenían otro adorno que un cinturón de hojas cinceladas en plata.

Así vio Frodo a Arwen, hija de Elrond, a quien pocos mortales habían visto hasta entonces y de quien se decía que había traído de nuevo a la tierra la imagen viva de Lúthien; y la llamaban Undómiel, pues era la Estrella de la Tarde para su pueblo. Había permanecido mucho tiempo en la tierra de la familia de la madre, en Lórien, más allá de las montañas, y había regresado hacía poco a Rivendel, a la casa del padre. Pero los dos hermanos de Arwen, Elladan y Elrohir, llevaban una vida errante y a menudo iban a caballo hasta muy lejos junto con los Montaraces del Norte; y jamás olvidaban los tormentos que la madre de ellos había sufrido en los antros de los orcos.

Frodo no había visto ni había imaginado nunca belleza semejante en una criatura viviente, y el hecho de encontrarse sentado a la mesa de Elrond entre tanta gente alta y hermosa lo sorprendía y abrumaba a la vez. Aunque tenía una silla apropiada y contaba con el auxilio de varios almohadones, se sentía muy pequeño y bastante fuera de lugar; pero esta impresión pasó rápidamente. La fiesta era alegre y la comida todo lo que un estómago hambriento pudiese desear. Pasó un tiempo antes que mirara de nuevo alrededor o se volviera hacia la gente vecina.

Buscó primero a sus amigos. Sam había pedido que le permitieran atender a su amo, pero le respondieron que por esta vez él era invitado de honor. Frodo podía verlo ahora junto al estrado, sentado con Pippin y Merry a la cabecera de una mesa lateral. No alcanzó a ver a Trancos.

A la derecha de Frodo estaba sentado un enano que parecía importante, ricamente vestido. La barba, muy larga y bifurcada, era blanca, casi tan blanca como el blanco de nieve de las ropas. Llevaba un cinturón de plata, y una cadena de plata y diamantes le colgaba del cuello. Frodo dejó de comer para mirarlo.

-¡Bien venido y feliz encuentro! -dijo el enano volviéndose hacia él y levantándose del asiento hizo una reverencia-. Glóin, para servir a usted -dijo inclinándose todavía más.

-Frodo Bolsón, para servir a usted y a la familia de usted -dijo Frodo correctamente, levantándose sorprendido y desparramando los almohadones-. ¿Me equivoco al pensar que es usted el Glóin, uno de los doce compañeros del gran Thorin Escudo-de-Roble?

-No se equivoca -dijo el enano, juntando los almohadones y ayudando cortésmente a Frodo a volver a la silla-. Y yo no pregunto, pues ya me han dicho que es usted pariente y heredero de nuestro célebre amigo Bilbo. Permítame felicitarlo por su restablecimiento.

-Muchas gracias -dijo Frodo.

-Ha tenido usted aventuras muy extravagantes, he oído -dijo Glóin-. No alcanzo a imaginarme qué motivo pueden tener *cuatro* hobbits para emprender un viaje tan largo. Nada semejante había ocurrido desde que Bilbo estuvo con nosotros. Pero quizá yo no debiera hacer preguntas tan precisas, pues ni Elrond ni Gandalf parecen dispuestos a hablar del asunto.

-Pienso que no hablaremos de eso, al menos por ahora - dijo Frodo cortésmente. Entendía que, aun en la casa de Elrond, el Anillo no era tema común de conversación y de cualquier modo deseaba olvidar las dificultades pasadas, por un tiempo-. Pero yo también me pregunto -continuó - qué traerá a un enano tan importante a tanta distancia de la Montaña Solitaria.

Glóin lo miró. -Si todavía no lo sabe, tampoco hablaremos de eso, me parece. El Señor Elrond nos convocará a todos muy pronto, creo, y oiremos entonces muchas cosas. Pero hay todavía otras, de las que se puede hablar.

Conversaron durante todo el resto de la comida, pero Frodo escuchaba más de lo que hablaba, pues las noticias de la Comarca, aparte de las que se referían al Anillo, parecían menudas, lejanas e insignificantes, mientras que Glóin en cambio tenía mucho que decir de las regiones septentrionales de las Tierras Asperas. Frodo supo que Grimbeorn el Viejo, hijo de Beorn, era ahora el señor de muchos hombres vigorosos y que ni orcos ni lobos se atrevían a entrar en su país, entre las montañas y el Bosque Negro.

-En verdad -dijo Glóin-, si no fuera por los Beórnicas, ir del valle a Rivendel hubiese sido imposible desde hace mucho tiempo. Son hombres valientes y mantienen abierto el Paso Alto y el Vado de Carroca. Pero el peaje es elevado -añadió sacudiendo la cabeza-, y como los Beorn de antaño, no gustan mucho de los enanos. Sin embargo, son gente en la que se puede confiar y eso es mucho en estos días. Pero en ninguna parte hay hombres que nos muestren tanta amistad como los del valle. Son buena gente los Bárdidos. El nieto de Bard el Arquero es quien los gobierna, Brand hijo de Bain hijo de Bard. Es un rey poderoso, y sus dominios llegan ahora muy al sur y al este de Esgarot.

-¿Y qué me dice de la gente de usted? -preguntó Frodo.

-Hay mucho que decir, bueno y malo -respondió Glóin-, pero casi todo bueno. Hemos tenido suerte hasta ahora, aunque no escapamos al ensombrecimiento de la época. Si realmente quiere oír de nosotros, le daré todas las noticias que quiera. ¡Pero hágame callar cuando esté cansado! La lengua se les suelta a los enanos cuando hablan de sí mismos, dicen.

Y luego de esto Glóin se embarcó en un largo relato sobre el Reino de los Enanos. Le encantaba haber encontrado un oyente tan cortés, pues Frodo no daba señales de fatiga y no trataba de cambiar el tema, aunque en verdad pronto se encontró perdido entre los extraños nombres de personas y lugares de los que nunca había oído hablar. Le interesó saber sin embargo que Dáin reinaba todavía bajo la montaña, que era viejo (habiendo cumplido ya doscientos cincuenta años), venerable y fabulosamente rico. De los diez compañeros que habían sobrevivido a la Batalla de los Cinco Ejércitos, siete estaban todavía con él: Dwalin, Glóin, Dori, Nori, Bifur, Bofur y Bombur. Bombur era ahora tan gordo que no podía trasladarse por sus propios medios de la cama a la mesa, y se necesitaban seis jóvenes enanos para levantarlo.

-¿Y qué se hizo de Balin y Ori y Oin? -preguntó Frodo.

Una sombra cruzó la cara de Glóin. -No lo sabemos -respondió-. He venido a pedir consejo a gentes que moran en Rivendel en gran parte a causa de Balin. ¡Pero por esta noche hablemos de cosas más alegres!

Glóin se puso entonces a hablar de las obras de los enanos y le comentó a Frodo los trabajos que habían emprendido en el valle y bajo la montaña.

-Hemos trabajado bien -dijo-, pero en metalurgia no podemos rivalizar con nuestros padres, muchos de cuyos secretos se han perdido. Hacemos buenas armaduras y espadas afiladas, pero las hojas y las cotas de malla no pueden compararse con las de antes de la venida del dragón. Sólo en minería y en construcciones hemos superado los viejos tiempos. ¡Tendría usted que ver los canales del valle, Frodo, y las montañas y las fuentes! ¡Tendría usted que ver las calzadas de piedras de distintos colores! ¡Y las salas y calles subterráneas con arcos tallados como árboles y las terrazas y torres que se alzan en las faldas de la montaña! Vería usted entonces que no hemos estado ociosos.

-Iré y lo veré, si me es posible alguna vez -dijo Frodo -. ¡Cómo se hubiera sorprendido Bilbo viendo todos esos cambios en la Desolación de Smaug!

Glóin miró a Frodo y sonrió. -¿Usted quería mucho a Bilbo, no es así? -preguntó.

-Sí -respondió Frodo-. Preferiría verlo a él antes que todas las torres y palacios del mundo.

El banquete concluyó por fin. Elrond y Arwen se incorporaron y atravesaron la sala y los invitados los siguieron en orden. Las puertas se abrieron de par en par y todos salieron a un pasillo ancho y cruzaron otras puertas y llegaron a otra sala. No había mesas allí, pero un fuego claro ardía en una amplia chimenea entre pilares tallados a un lado y a otro.

Frodo se encontró marchando al lado de Gandalf.

-Esta es la Sala del Fuego -dijo el mago-. Escucharás aquí muchas canciones y relatos, si consigues mantenerte despierto. Pero fuera de las grandes ocasiones la sala está siempre vacía y silenciosa y sólo vienen aquí quienes buscan tranquilidad y recogimiento. La chimenea está encendida todo el año, pero casi no hay otra luz.

Mientras Elrond entraba e iba hacia el asiento preparado para él, unos trovadores elfos comenzaron a tocar una música suave. La sala se fue llenando lentamente y Frodo observó con deleite las muchas caras hermosas que se habían reunido allí; la luz dorada del fuego jugueteaba sobre las distintas facciones y relucía en los cabellos. De pronto vio, no muy lejos del extremo opuesto del fuego, una pequeña figura oscura sentada en un taburete, la espalda apoyada en una columna. Junto a él, en el suelo, un tazón y un poco de pan. Frodo se preguntó si el personaje estaría enfermo (si alguien podía enfermarse en Rivendel), y no habría podido asistir al festín. Parecía dormir, la cabeza inclinada sobre el pecho, y ocultaba la cara en un pliegue del manto negro.

Elrond se adelantó y se quedó de pie junto a la silenciosa figura.

-¡Despierta, pequeño señor! -dijo con una sonrisa. En seguida se volvió hacia Frodo y le indicó que se acercara-. He aquí llegada la hora que tanto has deseado, Frodo. He aquí un amigo que te ha faltado mucho tiempo.

La figura oscura alzó la cabeza y se descubrió la cara.

-¡Bilbo! -gritó Frodo reconociéndolo de pronto y dando un salto hacia adelante.

-¡Hola, Frodo, mi muchacho! -dijo Bilbo-. Así que llegaste al fin. Esperaba que tuvieras éxito. ¡Bueno, bueno! De modo que estos festejos son todos en tu honor, me han dicho. Espero que lo hayas pasado bien.

-¿Por qué no estuviste presente? - gritó Frodo -. ¿Y por qué no me permitieron que te viera antes?

-Porque estabas dormido. Pero yo te vi bastante. He estado sentado a tu lado junto con Sam todos estos días. Pero en cuanto a la fiesta, ya no frecuento mucho esas cosas. Y tenía otra cosa que hacer.

-¿Qué estabas haciendo?

-Bueno, estaba sentado aquí, meditando. Lo hago con frecuencia desde hace un tiempo y este sitio es en general el más adecuado. ¡Despierta, qué noticia! -dijo Bilbo guiñándole un ojo a Elrond. Frodo alcanzó a ver un centelleo en el ojo de Bilbo y no advirtió ninguna señal de somnolencia-. ¡Despierta! No estaba dormido, señor Elrond. Si queréis saberlo, habéis venido todos demasiado pronto de la fiesta y me habéis perturbado... mientras componía una canción. Me enredé en una línea o dos y estaba recomponiendo los versos, pero supongo que ahora ya no tienen remedio. Habéis cantado tanto que las ideas se me fueron de la cabeza. Tendré que recurrir a mi amigo el Dúnadan para que me ayude. ¿Dónde está?

Elrond rió.

-Lo encontraremos -dijo-. Luego los dos os iréis a un rincón a acabar vuestra tarea y nosotros la oiremos y la juzgaremos antes que terminen los festejos.

Se enviaron mensajeros en busca del amigo de Bilbo, aunque nadie sabía dónde estaba, ni por qué no había asistido al banquete.

Mientras tanto Frodo y Bilbo se sentaron y Sam se acercó rápidamente y se quedó junto a ellos. Frodo y Bilbo hablaron en voz baja, sin prestar atención a la alegría y a la música que estallaban en la sala de un extremo a otro. Bilbo no tenía mucho que decir de sí mismo. Luego de dejar Hobbiton había ido como sin rumbo, siguiendo a veces el camino, o cruzando los campos a un lado o a otro, pero de algún modo había caminado todo el tiempo hacia Rivendel.

-Llegué aquí sin muchas aventuras -dijo-, y luego de un descanso fui hasta el valle acompañando a los enanos: mi último viaje. Ya no iré por los caminos. El viejo Balin había partido. Entonces volví aquí y aquí me he quedado hasta ahora. He estado ocupado. He seguido escribiendo mi libro. Y compuse algunas canciones, por supuesto. Las cantan aquí de vez en cuando: aunque sólo para complacerme, creo yo; pues no son bastante buenas para Rivendel, naturalmente. Y escucho y pienso. Aquí parece que el tiempo no pasara: existe, nada más. Un sitio notable desde cualquier punto de vista.

»Me han llegado toda clase de noticias de más allá de las montañas y del Sur, pero ninguna de la Comarca. He tenido noticias del Anillo, por supuesto. Gandalf ha estado aquí a menudo. Aunque no me contó gran cosa; en estos últimos años se ha vuelto cada vez más reservado. El Dúnadan me dijo más. ¡Imagínate mi Anillo causando tantos problemas! Es una lástima que Gandalf no lo hubiese averiguado antes. Yo mismo podía haberlo traído aquí hace mucho sin tantas dificultades. Pensé alguna vez en volver a buscarlo a Hobbiton, pero estoy poniéndome viejo y ellos no me dejarían: Gandalf y Elrond quiero decir. Parecen pensar que el enemigo revuelve cielo y tierra buscándome y que me haría picadillo si me sorprendiera al descubierto.

»Y Gandalf dijo: "Bilbo, el Anillo ha pasado a otro. No sería bueno para ti ni para nadie si te entremetieras otra vez." Curiosa observación, digna de Gandalf. Pero me dijo que cuidaba de ti, de modo que no me preocupé. Me hace terriblemente feliz verte sano y salvo.

Hizo una pausa y miró a Frodo como dudando.

-¿Lo tienes aquí? -preguntó en un murmullo-. No me aguanto de curiosidad, entiendes, luego de todo lo que he oído. Me gustaría mucho echarle un vistazo.

-Sí, lo tengo aquí -respondió Frodo, sintiendo de pronto una rara resistencia-. Tiene el mismo aspecto de siempre.

-Bueno, me gustaría verlo un momento, nada más -dijo Bilbo.

Mientras se vestía, Frodo había descubierto que le habían colgado al cuello el Anillo y que la cadena era nueva, liviana y fuerte. Sacó lentamente el Anillo. Bilbo extendió la mano. Pero Frodo retiró en seguida el Anillo. Descubrió con pena y asombro que ya no miraba a Bilbo; parecía como si una sombra hubiese caído entre ellos y detrás de esa sombra alcanzaba a ver una criatura menuda y arrugada, de rostro ávido y manos huesudas y temblorosas. Tuvo ganas de golpearla.

La música y los cantos de alrededor se apagaron de algún modo y hubo un silencio. Bilbo echó una rápida mirada a la cara de Frodo y se pasó una mano por los ojos.

-Ahora entiendo -dijo-. ¡Apártalo! Lo lamento; lamento que te haya tocado esa carga: lo lamento todo. ¿Las aventuras no terminan nunca? Supongo que no. Alguien tiene que llevar adelante la historia. Bueno, no puede evitarse. Me pregunto si valdrá la pena que termine mi libro. Pero no nos preocupemos por eso ahora. ¡Veamos las noticias! ¡Cuéntame de la Comarca!

Frodo ocultó el Anillo y la sombra pasó dejando apenas una hilacha de recuerdo. La luz y la música de Rivendel lo rodearon otra vez. Bilbo sonreía y reía, feliz. Todas las noticias que Frodo le daba de la Comarca -ahora de cuando en cuando aumentadas y corregidas por Sam- le parecían del mayor interés, desde la tala de un arbolito hasta las travesuras del niño más pequeño de Hobbiton. Estaban tan absortos en los acontecimientos de las Cuatro Cuadernas que no advirtieron la llegada de un hombre vestido de verde oscuro. Durante algunos minutos se quedó mirándolos con una sonrisa.

De pronto Bilbo alzó los ojos. -¡Ah, al fin llegaste, Dúnadan! - exclamó.

-¡Trancos! -dijo Frodo-. Parece que tienes muchos nombres. -Bueno, *Trancos* nunca lo había oído hasta ahora -dijo Bilbo-. ¿Por qué lo llamas así?

-Así me llaman en Bree -dijo Trancos riéndose- y así fui presentado.

-¿Y por qué lo llamas tú Dúnadan? -preguntó Frodo.

-El Dúnadan - dijo Bilbo -. Así lo llaman aquí a menudo. Pensé que conocías bastante élfico como para entender *dún-adan*: Hombre del Oeste, Númenorean. ¡Pero no es momento de lecciones! -Se volvió hacia Trancos. - ¿Dónde has estado, amigo mío? ¿Por qué no asististe al festín? La Dama Arwen estaba presente.

Trancos miró gravemente a Bilbo. -Lo sé -dijo-, pero a menudo tengo que dejar la alegría a un lado. Elladan y Elrohir han vuelto inesperadamente de las Tierras Asperas y traían noticias que yo quería oír en seguida.

-Bueno, querido compañero -dijo Bilbo-, ahora que oíste las noticias, ¿puedes dedicarme un momento? Necesito tu ayuda en algo urgente. Elrond dice que mi canción tiene que estar terminada antes de la noche y me encuentro en un atolladero. ¡Vayamos a un rincón a darle un último toque!

Trancos sonrió. -¡Vamos! -dijo-. ¡Házmela escuchar!

Dejaron un rato a Frodo a solas consigo mismo, pues Sam dormía ahora, y el hobbit se sintió como aislado del mundo y bastante abandonado, aunque todas las gentes de Rivendel se apretaban alrededor. Pero quienes estaban más cerca callaban, atentos a la música de las voces y los instrumentos, sin reparar en ninguna otra cosa. Frodo se puso a escuchar.

Al principio y tan pronto como prestó atención, la belleza de las melodías y de las palabras entrelazadas en lengua élfica, aunque entendía poco, obraron sobre él como un

encantamiento. Le pareció que las palabras tomaban forma y visiones de tierras lejanas y objetos brillantes que nunca había visto hasta entonces se abrieron ante él; y la sala de la chimenea se transformó en una niebla dorada sobre mares de espuma que suspiraban en las márgenes del mundo. Luego el encantamiento fue más parecido a un sueño y en seguida sintió que un río interminable de olas de oro y plata venía acercándose, demasiado inmenso para que él pudiera abarcarlo; el río fue parte del aire vibrante que lo rodeaba, lo empapaba y lo inundaba. Frodo se hundió bajo el peso resplandeciente del agua y entró en un profundo reino de sueños.

Allí fue largamente de un lado a otro en un sueño de música que se transformaba en agua corriente y luego en una voz. Parecía la voz de Bilbo, que cantaba un poema. Débiles al principio y luego más claras se alzaron las palabras.

*Eärendil era un marino
que en Arvernien se demoró;
y un bote hizo en Nimrethel
de madera de árboles caídos;
tejió las velas de hermosa plata,
y los faroles fueron de plata;
el mascarón de proa era un cisne
y había luz en las banderas.*

*De una panoplia de antiguos reyes
obtuvo anillos encadenados,
un escudo con letras rúnicas
para evitar desgracias y heridas,
un arco de cuerno de dragón
y flechas de ébano tallado;
la cota de malla era de plata
y la vaina de piedra calcedonia,
de acero la espada infatigable
y el casco alto de adamantio;
llevaba en la cimera una pluma de águila
y sobre el pecho una esmeralda.*

*Bajo la luna y las estrellas
erró alejándose del norte,
extraviándose en sendas encantadas
más allá de los días de las tierras mortales.*

*De los chirridos del Hielo Apretado,
donde las sombras yacen en colinas heladas,
de los calores infernales y del ardor de los desiertos
huyó de prisa, y errando todavía
por aguas sin estrellas de allá lejos
llegó al fin a la Noche de la Nada,
y así pasó sin alcanzar a ver
la luz deseada, la orilla centelleante.
Los vientos de la cólera se alzaron arrastrándolo
y a ciegas escapó de la espuma
del este hacia el oeste, y de pronto*

volvió rápidamente al país natal.

*La alada Elwin vino entonces a él
y la llama se encendió en las tinieblas;
más clara que la luz del diamante
ardía el fuego encima del collar;
y en él puso el Silmaril
coronándolo con una luz viviente;
Eärendil, intrépido, la frente en llamas,
viró la proa, y en aquella noche
del Otro Mundo más allá del Mar
furiosa y libre se alzó una tormenta,
un viento poderoso en Termanel,
y como la potencia de la muerte
soplando y mordiendo arrastró el bote
por sitios que los mortales no frecuentan
y mares grises hace tiempo olvidados;
y así Eärendil pasó del este hacia el oeste.*

*Cruzando la Noche Eterna fue llevado
sobre las olas negras que corrían
por sombras y por costas inundadas
ya antes que los Días empezaran,
hasta que al fin en márgenes de perlas
donde las olas siempre espumosas
traen oro amarillo y joyas pálidas,
donde termina el mundo, oyó la música.
Vio la montaña que se alzaba en silencio
donde el crepúsculo se tiende en las rodillas
de Valinor, y vio a Eldamar
muy lejos más allá de los mares.
Vagabundo escapado de la noche
llegó por último a un puerto blanco,
al hogar de los elfos claro y verde,
de aire sutil; pálidas como el vidrio,
al pie de la colina de Ilmarin
resplandeciendo en un valle abrupto
las torres encendidas del Tirion
se reflejan allí, en el Lago de Sombras.*

*Allí dejó la vida errante
y le enseñaron canciones,
los sabios le contaron maravillas de antaño,
y le llevaron arpas de oro.
De blanco élfico lo vistieron
y precedido por siete luces
fue hasta la oculta tierra abandonada
cruzando el Calacirian.
Al fin entró en los salones sin tiempo
donde brillando caen los años incontables,*

*y reina para siempre el Rey Antiguo
en la montaña escarpada de Ilmarin;
palabras desconocidas se dijeron entonces
de la raza de los hombres y de los elfos,
le mostraron visiones del trasmundo
prohibidas para aquellos que allí viven.*

*Un nuevo barco para él construyeron
de mitril y de vidrio élfico,
de proa brillante; ningún remo desnudo,
ninguna vela en el mástil de plata:
el Silmaril como linterna
y en la bandera un fuego vivo
puesto allí mismo por Elbereth,
y otorgándole alas inmortales
impuso a Eärendil un eterno destino:
navegar por los cielos sin orillas
detrás del Sol y la luz de la Luna.*

*De las altas colinas de Evereven
donde hay dulces manantiales de plata
las alas lo llevaron, como una luz errante,
más allá del Muro de la Montaña.
Del fin del mundo entonces se volvió
deseando encontrar otra vez
la luz del hogar; navegando entre sombras
y ardiendo como una estrella solitaria
fue por encima de las nieblas
como fuego distante delante del sol,
maravilla que precede al alba,
donde corren las aguas de Norlanda.*

*Y así pasó sobre la Tierra Media
y al fin oyó los llantos de dolor
de las mujeres y las vírgenes élficas
de los Tiempos Antiguos, de los días de antaño.
Pero un destino implacable pesaba sobre él:
hasta la desaparición de la Luna
pasar como una estrella en órbita
sin detenerse nunca en las orillas
donde habitan los mortales, heraldo
de una misión que no conoce descanso
llevar allá lejos la claridad resplandeciente,
la luz flamígera de Oesternesse.*

El canto cesó. Frodo abrió los ojos y vio que Bilbo estaba sentado en el taburete en medio de un círculo de oyentes que sonreían y aplaudían.

-Ahora oigámoslo de nuevo -dijo un elfo.

Bilbo se incorporó e hizo una reverencia. -Me siento halagado, Lindir -dijo-. Pero sería demasiado cansado repetirlo de cabo a rabo.

-No demasiado cansado para ti -dijeron los elfos riendo-. Sabes que nunca te cansas de recitar tus propios versos. ¡Pero en verdad una sola audición no nos basta para responder a tu pregunta!

-¡Qué! -exclamó Bilbo-. ¿No podéis decir qué partes son mías y cuáles de Dúnadan?

-No es fácil para nosotros señalar diferencias entre dos mortales -dijo el elfo.

-Tonterías, Lindir -gruñó Bilbo-. Si no puedes distinguir entre un hombre y un hobbit, tu juicio es más pobre de lo que yo había imaginado. Son como guisantes y manzanas, así de diferentes.

-Quizás. A una oveja otra oveja le parece sin duda diferente -rió Lindir-. O a un pastor. Pero no nos hemos dedicado a estudiar a los mortales. Hemos tenido otras ocupaciones.

-No discutiré contigo -dijo Bilbo-. Tengo sueño luego de tanta música y canto. Dejaré que lo adivines, si tienes ganas.

Se incorporó y fue hacia Frodo. -Bueno, se terminó -dijo en voz baja-. Salí mejor parado de lo que creía. Pocas veces me piden una segunda audición. ¿Qué piensas tú?

-No trataré de adivinar -dijo Frodo sonriendo.

-No tienes por qué hacerlo -dijo Bilbo-. En realidad es todo mío. Aunque Aragorn insistió en que incluyera una piedra verde. Parecía creer que era importante. No sé por qué. Pensaba además que el tema era superior a mis fuerzas y me dijo que si yo tenía la osadía de hacer versos acerca de Eärendil en casa de Elrond era asunto mío. Creo que tenía razón.

-No sé -dijo Frodo-. A mí me pareció adecuado de algún modo, aunque no podría decirte por qué. Estaba casi dormido cuando empezaste y me pareció la continuación de un sueño. No caí en la cuenta de que estabas aquí cantando sino casi cerca del fin.

-Es difícil mantenerse despierto en este sitio, hasta que te acostumbras -dijo Bilbo-. Aparte de que los hobbits nunca llegarán a necesitar de la música y la poesía tanto como los elfos. Parece que los necesitaran como la comida o más. Seguirán así por mucho tiempo hoy. ¿Qué te parece si nos escabullimos y tenemos por ahí una charla tranquila?

-¿Podemos hacerlo? -dijo Frodo.

-Por supuesto. Esto es una fiesta, no una obligación. Puedes ir y venir como te plazca, si no haces ruido.

Se pusieron de pie y se retiraron en silencio a las sombras y fueron hacia la puerta. A Sam lo dejaron atrás, durmiendo con una sonrisa en los labios. A pesar de la satisfacción de estar en compañía de Bilbo, Frodo sintió una punzada de arrepentimiento cuando dejaron la Sala del Fuego. Cruzaban aún el umbral cuando una voz clara entonó una canción.

*A Elbereth Gilthoniel,
silivren penna míriel
o menel aglar elenath!
Na-chaered palan-díriel
o galadhremmin ennorath,
Fanuilos, le linnathon
nef aear, sí nef aearon!*

Frodo se detuvo un momento volviendo la cabeza. Elrond estaba en su silla y el fuego le iluminaba la cara como la luz de verano entre los árboles. Cerca estaba sentada la Dama Arwen. Sorprendido, Frodo vio que Aragorn estaba de pie junto a ella.

Llevaba recogido el manto oscuro y parecía estar vestido con la cota de malla de los elfos y una estrella le brillaba en el pecho. Hablaban juntos. De pronto le pareció a Frodo que Arwen se volvía hacia la puerta y que la luz de los ojos de la joven caía sobre él desde lejos y le traspasaba el corazón.

Se quedó allí como esperando mientras las dulces sílabas de la canción élfica le llegaban como joyas claras de palabras y música.

-Es un canto a Elbereth -dijo Bilbo -. Cantarán esa canción y otras del Reino Bienaventurado muchas veces esta noche. ¡Vamos!

Fueron hasta el cuartito de Bilbo que se abría sobre los jardines y miraba al sur por encima de las barrancas del Bruinen. Allí se sentaron un rato, mirando por la ventana las estrellas brillantes sobre los bosques que crecían en las laderas abruptas y charlando en voz baja. No hablaron más de las menudas noticias de la Comarca distante, ni de las sombras oscuras y los peligros que los habían amenazado, sino de las cosas hermosas que habían visto juntos en el mundo, de los elfos, de las estrellas, de los árboles y de la dulce declinación del año brillante en los bosques.

Alguien golpeó al fin la puerta.

-Con el perdón de ustedes -dijo Sam asomando la cabeza-, pero me preguntaba si necesitarían algo.

-Con tu perdón, Sam Gamyi -replicó Bilbo-. Sospecho que quieres decir que es hora de que tu amo se vaya a la cama.

-Bueno, señor, hay un Concilio mañana temprano, he oído, y hoy es el primer día que pasa levantado.

-Tienes mucha razón, Sam -rió Bilbo-. Puedes ir a decirle a Gandalf que Frodo ya se fue a acostar. ¡Buenas noches, Frodo! ¡Qué bueno ha sido verte otra vez! En verdad, para una buena conversación no hay nadie como los hobbits. Me estoy poniendo viejo y ya me pregunto si llegaré a ver los capítulos que te corresponderán en nuestra historia. ¡Buenas noches! Estiraré un rato las piernas, me parece, y miraré las estrellas de Elbereth desde el jardín. ¡Que duermas bien!

EL CONCILIO DE ELROND

A la mañana siguiente Frodo despertó temprano, sintiéndose descansado y bien. Caminó a lo largo de las terrazas que dominaban las aguas tumultuosas del Bruinen y observó el sol pálido y fresco que se elevaba por encima de las montañas distantes proyectando unos rayos oblicuos a través de la tenue niebla de plata; el rocío refulgía sobre las hojas amarillas y las telarañas centelleaban en los arbustos. Sam caminaba junto a Frodo, sin decir nada, pero husmeando el aire y mirando una y otra vez con ojos asombrados las grandes elevaciones del este. La nieve blanqueaba las cimas.

En una vuelta del sendero, sentados en un banco tallado en la Piedra, tropezaron con Gandalf y Bilbo que conversaban, abstraídos.

-¡Hola! ¡Buenos días! -dijo Bilbo-. ¿Listo para el gran Concilio?

-Listo para cualquier cosa -respondió Frodo-. Pero sobre todas las cosas me gustaría caminar un poco y explorar el valle. Me gustaría visitar esos pinares de allá arriba. -Señaló las alturas del lado norte de Rivendel.

-Quizás encuentres la ocasión más tarde -dijo Gandalf-. Hoy hay mucho que oír y decidir.

De pronto mientras caminaban se oyó el claro tañido de una campana.

-Es la campana que llama al Concilio de Elrond -exclamó Gandalf -. ¡Vamos! Se requiere tu presencia y la de Bilbo.

Frodo y Bilbo siguieron rápidamente al mago a lo largo del camino serpeante que llevaba a la casa; detrás de ellos trotaba Sam, que no estaba invitado y a quien habían olvidado por el momento.

Gandalf los llevó hasta el pórtico donde Frodo había encontrado a sus amigos la noche anterior. La luz de la clara mañana otoñal brillaba ahora sobre el valle. El ruido de las aguas burbujeantes subía desde el espumoso lecho del río. Los pájaros cantaban y una paz serena se extendía sobre la tierra. Para Frodo, la peligrosa huida, los rumores de que la oscuridad estaba creciendo en el mundo exterior, le parecían ahora meros recuerdos de un sueño agitado, pero las caras que se volvieron hacia ellos a la entrada de la sala eran graves.

Elrond estaba allí y muchos otros que esperaban sentados en Silencio, alrededor. Frodo vio a Glorfindel y Glóin; y en un rincón estaba sentado Trancos, envuelto otra vez en aquellas gastadas ropas de viaje. Elrond le indicó a Frodo que se sentara junto a él y lo presentó a la compañía, diciendo:

-He aquí, amigos míos, al hobbit Frodo, hijo de Drogo. Pocos han llegado atravesando peligros más grandes o en una misión más urgente.

Luego señaló y nombró a todos aquellos que Frodo no conocía aún. Había un enano joven junto a Glóin: su hijo Gimli. Al lado de Glorfindel se alineaban otros consejeros de la casa de Elrond, de quienes Erestor era el jefe; y unto a él se encontraba Galdor, un elfo de los Puertos Grises a quien Cirdan, el carpintero de barcos, le había encomendado una misión. Estaba allí también un elfo extraño, vestido de castaño y verde, Legolas, que traía un mensaje de su padre, Thranduil, el Rey de los Elfos del Bosque Negro del Norte. Y sentado un poco aparte había un hombre alto de cara hermosa y noble, cabello oscuro y ojos grises, de mirada orgullosa y seria.

Estaba vestido con manto y botas, como para un viaje a caballo, y en verdad aunque las ropas eran ricas y el manto tenía borde de piel, parecía venir de un largo viaje. De

una cadena de plata que tenía al cuello colgaba una piedra blanca; el cabello le llegaba a los hombros. Sujeto a un tahalí llevaba un cuerno grande guarnecido de plata que ahora apoyaba en las rodillas. Examinó a Frodo y Bilbo con repentino asombro.

-He aquí -dijo Elrond volviéndose hacia Gandalf - a Boromir, un hombre del Sur. Llegó en la mañana gris y busca consejo. Le pedí que estuviera presente, pues las preguntas que trae tendrán aquí respuesta.

No es necesario contar ahora todo lo que se habló y discutió en el Concilio. Se dijeron muchas cosas a propósito de los acontecimientos del mundo exterior, especialmente en el Sur y en las vastas regiones que se extendían al este de las montañas. De todo esto Frodo ya había oído muchos rumores, pero el relato de Glóin era nuevo para él y escuchó al enano con atención. Era evidente que en medio del esplendor de los trabajos manuales los enanos de la Montaña Solitaria estaban bastante perturbados.

-Hace ya muchos años -dijo Glóin- una sombra de inquietud cayó sobre nuestro pueblo. Al principio no supimos decir de dónde venía. Hubo ante todo murmullos secretos: se decía que vivíamos encerrados en un sitio estrecho y que en un mundo más ancho encontraríamos mayores riquezas y esplendores. Algunos hablaron de Moria: las poderosas obras de nuestros padres que en la lengua de los enanos llamamos Khazad-dûm y decían que al fin teníamos el poder y el número suficiente para emprender la vuelta. -Glóin suspiró.- ¡Moria! ¡Moria! ¡Maravilla del mundo septentrional! Allí cavamos demasiado hondo y despertamos el miedo sin nombre. Mucho tiempo han estado vacías esas grandes mansiones, desde la huida de los niños de Durin. Pero ahora hablamos de ella otra vez con nostalgia y sin embargo con temor, pues ningún enano se ha atrevido a cruzar las puertas de Khazad-dûm durante muchas generaciones de reyes, excepto Thrór, que pereció. No obstante, Balin prestó atención al fin a los rumores y resolvió partir y, aunque Dáin no le dio permiso de buena gana, llevó consigo a Ori y Oin y muchas de nuestras gentes, y fueron hacia el sur.

»Esto ocurrió hace unos treinta años. Durante un tiempo tuvimos noticias y parecían buenas. Los informes decían que habían entrado en Moria y que habían iniciado allí grandes trabajos. Luego siguió un silencio y ni una palabra llegó de Moria desde entonces.

»Más tarde, hace un año, un mensajero llegó a Dáin, pero no de Moria... de Mordor: un jinete nocturno que llamó a las puertas de Dáin. El Señor Sauron el Grande, así dijo, deseaba nuestra amistad. Por esto nos daría anillos, como los que había dado en otro tiempo. Y en seguida el mensajero solicitó información perentoria sobre los *hobbits*, de qué especie eran y dónde vivían. "Pues Sauron sabe", nos dijo, "que conocisteis a uno de ellos en otra época".

»Al oír esto nos sentimos muy confundidos y no contestamos. Entonces el tono feroz del mensajero se hizo más bajo, y hubiera endulzado la voz, si hubiese podido. "Sólo como pequeña prueba de amistad Sauron os pide", dijo, "que encontréis a ese ladrón", tal fue la palabra, "y que le saquéis a las buenas o a las malas un anillito, el más insignificante de los anillos, que robó hace tiempo. Es sólo una fruslería, un capricho de Sauron y una demostración de buena voluntad de vuestra parte. Encontradlo y tres anillos que los señores enanos poseían en otro tiempo os serán devueltos y el reino de Moria será vuestro para siempre. Dadnos noticias del ladrón, si todavía vive y dónde y obtendréis una gran recompensa y la amistad imperecedera del Señor. Rehusad y no os irá tan bien. ¿Rehusáis?".

»El soplo que acompañó a estas palabras fue como el silbido de las serpientes y aquellos que estaban cerca sintieron un escalofrío, pero Dáin dijo: "No digo ni sí ni no. Tengo que pensar detenidamente en este mensaje y en lo que significa bajo tan hermosa apariencia."

»"Piénsalo bien, pero no demasiado tiempo", dijo él.

»"El tiempo que me lleve pensarlo es cosa mía", respondió Dáin.

»"Por el momento", dijo él y desapareció en la oscuridad.

»Desde aquella noche un peso ha agobiado los corazones de nuestros jefes. No hubiésemos necesitado oír la voz lóbrega del mensajero para saber que palabras semejantes encerraban a la vez una amenaza y un engaño, pues el poder que se había aposentado de nuevo en Mordor era el mismo de siempre y ya nos había traicionado antes. Dos veces regresó el mensajero y las dos veces se fue sin respuesta. La tercera y última vez, así nos dijo, llegar pronto, antes que el año acabe.

»Al fin Dáin me encomendó advertirle a Bilbo que el enemigo lo busca y averiguar, si esto era posible, por qué deseaba ese Anillo, el más insignificante de los anillos. Deseábamos oír además el consejo de Elrond. Pues la Sombra crece y se acerca. Hemos sabido que otros mensajeros han llegado hasta el Rey Brand en el valle y que está asustado. Tememos que ceda. La guerra ya está a punto de estallar en las fronteras occidentales del valle. Si no respondemos, el enemigo puede atraerse a algunos hombres y atacar al Rey Brand y también a Dáin.

-Has hecho bien en venir -dijo Elrond-. Oirás hoy todo lo que necesitas saber para entender los propósitos del enemigo. No hay nada que podáis hacer, aparte de resistimos, con esperanza o sin ella. Pero no estáis solos. Sabrás que vuestras dificultades son sólo una parte de las dificultades del mundo del Oeste. ¡El Anillo! ¿Qué haremos con el Anillo, el más insignificante de los Anillos, la fruslería que es un capricho de Sauron? Ese es el destino que hemos de considerar.

»Para este propósito habéis sido llamados. Llamados, digo, pero yo no os he llamado, no os he dicho que vengáis a mí, extranjeros de tierras distantes. Habéis venido en un determinado momento y aquí estáis todos juntos, parecía que por casualidad, pero no es así. Creed en cambio que ha sido ordenado de esta manera: que nosotros, que estamos sentados aquí y no otras gentes, encontremos cómo responder a los peligros que amenazan al mundo.

»Hoy, por lo tanto, se hablará claramente de cosas que hasta este momento habían estado ocultas a casi todos. Y como principio y para que todos entiendan de qué peligro se trata, se contará la historia del Anillo, desde el comienzo hasta el presente. Y yo comenzaré esa historia, aunque otros la terminen.

Todos escucharon mientras la voz clara de Elrond hablaba de Sauron y los Anillos de Poder y de cuando fueron forjados en la Segunda Edad del Mundo, mucho tiempo atrás. Algunos conocían una parte de la historia, pero nadie del principio al fin, y muchos ojos se volvieron a Elrond con miedo y asombro mientras les hablaba de los herreros elfos de Eregion y de la amistad que tenían con las gentes de Moria y de cómo deseaban conocerlo todo y de cómo esta inquietud los hizo caer en manos de Sauron. Pues en aquel tiempo nadie había sido testigo de maldad alguna, de modo que recibieron la ayuda de Sauron y se hicieron muy hábiles, mientras que él en tanto aprendía todos los secretos de la herrería y los engañaba forjando secretamente en la Montaña de Hierro el Anillo Único, para dominarlos a todos. Pero Celebrimbor entró en sospechas y escondió los Tres que había fabricado; y hubo guerra y la tierra fue devastada y las puertas de Moria se cerraron.

Durante todos los años que siguieron, Celebrimbor buscó la pista del Anillo; pero como esa historia se cuenta en otra parte y Elrond mismo la ha anotado en los archivos de Rivendel, no se la recordará aquí. Es una larga historia, colmada de grandes y terribles aventuras, y aunque Elrond la contó brevemente, el sol subió en el cielo y la mañana ya casi había pasado antes que él terminara.

Habló de Númenor, de la gloria y la caída del reino y de cómo habían regresado a la Tierra Media los Reyes de los hombres, traídos desde los abismos del océano en alas de la tempestad. Luego Elendil el Alto y sus poderosos hijos, Isildur y Anárion, llegaron a ser grandes señores y fundaron en Arnor el Reino del Norte y Gondor, cerca de las bocas del Anduin, el Reino del Sur. Pero Sauron de Mordor los atacó y convinieron la Última Alianza de los elfos y los hombres y las huestes de Gil-galad y Elendil se reunieron en Arnor.

En este punto Elrond hizo una pausa y suspiró. -Todavía veo el esplendor de los estandartes -dijo-. Me recordaron la gloria de los Días Antiguos y las huestes de Beleriand, tantos grandes príncipes y capitanes estaban allí presentes. Y sin embargo no tantos, no tan hermosos como cuando destruyeron a Thangorodrim y los elfos pensaron que el Mal había terminado para siempre, lo que no era cierto.

-¿Recuerda usted? - dijo Frodo asombrado, pensando en voz alta -. Pero yo creía - balbució cuando Elrond se volvió a mirarlo-, yo creía que la caída de Gil-galad ocurrió hace muchísimo tiempo.

-Así es -respondió Elrond gravemente-. Pero mi memoria llega aún a los Días Antiguos. Eärendil era mi padre, que nació en Gondolin antes de la caída, y mi madre era Elwing, hija de Dior, hijo de Lúthien de Doriath. He asistido a tres épocas en el mundo del Oeste y a muchas derrotas y a muchas estériles victorias.

»Fui heraldo de Gil-galad y marché con su ejército. Estuve en la Batalla de Dagorlad frente a la Puerta Negra de Mordor, donde llevábamos ventaja, pues nada podía resistirse a la lanza de Gil-galad y a la espada de Elendil: Aiglos y Narsil. Fui testigo del último combate en las laderas del Orodruin donde murió Gil-galad y cayó Elendil y Narsil se le quebró bajo el cuerpo, pero Sauron fue derrotado, e Isildur le sacó el Anillo cortándole la mano con la hoja rota de la espada de su padre y se lo guardó.

Oyendo estas palabras, Boromir, el extranjero, interrumpió a Elrond. -¡De modo que eso pasó con el Anillo! - exclamó -. Si alguna vez se oyó esa historia en el Sur, hace tiempo que está olvidada. He oído hablar del Gran Anillo de aquel a quien no nombramos, pero creíamos que había desaparecido del mundo junto con la destrucción del primer reino. ¡Isildur se lo guardó! Esto sí que es una noticia.

-Ay, sí -dijo Elrond-. Isildur se lo guardó y se equivocó. Tendría que haber sido echado al fuego de Orodruin, muy cerca del sitio donde lo forjaron. Pero pocos advirtieron lo que había hecho Isildur. Estaba solo junto a su padre en este último combate mortal, y cerca de Gil-galad sólo nos encontrábamos Cirdan y yo. Pero Isildur no quiso oír nuestros consejos.

»"Lo guardaré como prenda de reparación por mi padre y mi hermano", dijo, y sin tenernos en cuenta, tomó el anillo y lo conservó como un tesoro. Pero pronto el Anillo lo traicionó y le causó la muerte, y por eso en el Norte se le llama el Daño de Isildur. Y sin embargo la muerte era quizá mejor que cualquier otra cosa que pudiera haberle ocurrido.

»Esas noticias llegaron sólo al Norte y sólo a unos pocos. No es nada raro que no las hayas oído, Boromir. De la ruina de los Campos Gladios, donde murió Isildur, no volvieron sino tres hombres, que cruzaron las montañas luego de muchas idas y venidas. Uno de ellos fue Othar, el escudero de Isildur, quien llevaba los trozos de la espada de

Elendil; y se los trajo a Valandil, heredero de Isildur, quien se había quedado en Rivendel, pues era todavía un niño.

»¿Dije que la victoria de la Última Alianza había sido estéril? No del todo, pero no conseguimos lo que esperábamos. Sauron fue debilitado, pero no destruido. El Anillo se perdió y no alcanzamos a fundirlo. La Torre Oscura fue demolida, pero quedaron los cimientos; pues habían sido puestos con el poder del Anillo y mientras haya Anillo nada podrá desenterrarlos. Muchos elfos y muchos hombres poderosos y muchos otros amigos habían perecido en la guerra. Anárion había muerto e Isildur había muerto y Gilgalad y Elendil no estaban más con nosotros. Nunca jamás habrá otra alianza semejante de elfos y hombres, pues los hombres se multiplican y los Primeros Nacidos disminuyen y las dos familias están separadas. Y desde ese día la raza de Númenor ha declinado y ya tiene menos años por delante.

»En el Norte, luego de la guerra y la masacre de los Campos Gladios, los Hombres de Oesternesse quedaron muy disminuidos, y la ciudad de Annúminas a orillas del Lago Evendim fue un montón de ruinas, y los herederos de Valandil se mudaron y se aposentaron en Fornost en las altas Quebradas del Norte y esto es ahora también una región desolada. Los hombres la llaman Muros de los Muertos y temen caminar por allí. Pues el pueblo de Arnor decayó y los enemigos los devoraron y el señorío murió dejando sólo unos túmulos verdes en las colinas de hierbas.

»En el Sur el reino de Gondor duró mucho tiempo y acrecentó su esplendor durante una cierta época, recordando de algún modo el poderío de Númenor, antes de la caída. El pueblo de Gondor construyó torres elevadas, plazas fuertes y puertos de muchos barcos; y la corona alada de los Reyes de los Hombres fue reverenciada por gentes de distintas lenguas. La ciudad capital era Osgiliath, Ciudadela de las Estrellas, que el río atravesaba de parte a parte. Y edificaron Minas Ithil, la Torre de la Luna Naciente, al este, en una estribación de la Montaña de la Sombra, y al oeste, al pie de las Montañas Blancas, levantaron Minas Anor, la Torre del Sol Poniente. Allí, en los patios del Rey, crecía un árbol blanco, nacido de la semilla del árbol que Isildur había traído cruzando las aguas profundas, y la semilla de ese árbol había venido de Eressëa y antes aún del Extremo Oeste en el Día anterior a los días en que el mundo era joven.

»Pero mientras los rápidos años de la Tierra Media iban pasando, la línea de Meneldil hijo de Anárion se extinguió del todo y el árbol se secó y la sangre de los numenoreanos se mezcló con la de otros hombres menores. Descuidaron la vigilancia de las Murallas de Mordor y unas criaturas sombrías volvieron disimuladamente a Gorgoroth. Y luego de un tiempo vinieron criaturas malvadas y tomaron Minas Ithil y allí se establecieron y lo transformaron en un sitio de terror, llamado luego Minas Morgul, la Torre de la Hechicería. Luego Minas Anor fue rebautizada Minas Tirith, la Torre de la Guardia y estas dos ciudades estuvieron siempre en guerra; Osgiliath, que estaba entre las dos, fue abandonada y las sombras se pasearon entre sus ruinas.

»Así ha sido durante muchas generaciones. Pero los Señores de Minas Tirith continúan luchando, desafiando a nuestros enemigos, guardando el pasaje del río, desde Argonath al mar. Y ahora la parte de la historia que a mí me toca ha llegado a su fin. Pues en los días de Isildur el Anillo Soberano desapareció y nadie sabía dónde estaba, y los Tres se libraron del dominio del Único. Pero en los últimos tiempos se encuentran en peligro una vez más, pues muy a nuestro pesar el Único ha sido descubierto de nuevo. Del descubrimiento del Anillo hablarán otros, pues en esto he intervenido poco.

Elrond dejó de hablar y en seguida Boromir se puso de pie, alto y orgulloso.

-Permitidme ante todo, señor Elrond -comenzó-, decir algo más de Gondor, pues yo vengo en verdad del país de Gondor. Y será bueno que todos sepan lo que pasa allí. Pues son pocos, creo, los que conocen nuestra ocupación principal y no sospechan por lo tanto el peligro que corren, si acaso somos vencidos.

»No creáis que en las tierras de Gondor se haya extinguido la sangre de Númenor, ni que todo el orgullo y la dignidad de aquel pueblo hayan sido olvidados. Nuestro valor ha contenido a los bárbaros del Este y al terror de Morgul, y sólo así han sido aseguradas la paz y la libertad en las tierras que están detrás de nosotros, el baluarte del Oeste. Pero si ellos tomaran los pasos del río, ¿qué ocurriría?

»Sin embargo esta hora, quizá, no esté muy lejos. El Enemigo Sin Nombre ha aparecido otra vez. El humo se alza una vez más del Orodriun, que nosotros llamamos Montaña del Destino. El poder de la Tierra Tenebrosa crece día a día, acosándonos. El enemigo volvió y nuestra gente tuvo que retirarse de Ithilien, nuestro hermoso dominio al este del río, aunque conservamos allí una cabeza de puente y un grupo armado. Pero este mismo año, en junio, nos atacaron de pronto, desde Mordor, y nos derrotaron con facilidad. Eran más numerosos que nosotros, pues Mordor se ha aliado a los Hombres del Este y a los crueles Haradrim, pero no fue el número lo que nos derrotó. Había allí un poder que no habíamos sentido antes.

»Algunos dijeron que se lo podía ver, como un gran jinete negro, una sombra oscura bajo la luna. Cada vez que aparecía, una especie de locura se apoderaba de nuestros enemigos, pero los más audaces de nosotros sentían miedo, de modo que los caballos y los hombres cedían y escapaban. De nuestras fuerzas orientales sólo una parte regresó, destruyendo el único puente que quedaba aún entre las ruinas de Osgiliath.

»Yo estaba en la compañía que defendió el puente, hasta que lo derrumbamos detrás de nosotros. Sólo cuatro nos salvamos, nadando: mi hermano y yo, y otros dos. Pero continuamos la lucha, defendiendo toda la costa occidental del Anduin, y quienes buscan refugio detrás de nosotros nos alaban cada vez que alguien nos nombra. Muchas alabanzas y poca ayuda. Sólo los caballeros de Rohan responden a nuestros llamados.

»En esta hora nefasta he recorrido muchas leguas peligrosas para llegar a Elrond; he viajado ciento diez días, solo. Pero no busco aliados para la guerra. El poder de Elrond es el de la sabiduría y no el de las armas, dicen. He venido a pedir consejo y a descifrar palabras difíciles. Pues en la víspera del ataque repentino mi hermano durmió agitado y tuvo un sueño, que después se le repitió otras noches y que yo mismo soñé una vez.

»En ese sueño me pareció que el cielo se oscurecía en el este y que se oía un trueno creciente, pero en el oeste se demoraba una luz pálida y de esta luz salía una voz remota y clara, gritando:

*Busca la espada quebrada
que está en Imladris;
habrá concilios más fuertes
que los hechizos de Morgul.*

*Mostrarán una señal
de que el Destino está cerca:
el Daño de Isildur despertará,
y se presentará el Mediano.*

»No comprendimos mucho estas palabras y consultamos a nuestro padre, Denethor, Señor de Minas Tirith, versado en cuestiones de Gondor. Lo único que consintió en decirnos fue que Imladris era desde tiempos remotos el nombre que daban los elfos a un

lejano valle del norte, donde vivían Elrond y el Medio Elfo, los más grandes maestros del saber. Entonces mi hermano, entendiendo nuestra desesperada necesidad, decidió tener en cuenta el sueño y buscar a Imladris, pero el camino era peligroso e incierto y yo mismo emprendí el viaje. Mi padre me dio permiso de mala gana y durante largo tiempo anduve por caminos olvidados, buscando la casa de Elrond, de la que muchos habían oído hablar, pero pocos sabían dónde estaba.

-Y aquí en Casa de Elrond se te aclararán muchas cosas -dijo Aragorn poniéndose de pie. Echó la espada sobre la mesa, frente a Elrond, y la hoja estaba quebrada en dos-. Aquí está la espada quebrada.

-¿Y quién eres tú y qué relación tienes con Minas Tirith? -preguntó Boromir, que miraba con asombro las enjutas facciones del montaraz y el manto estropeado por la vida a la intemperie.

-Es Aragorn hijo de Arathorn -dijo Elrond-, y a través de muchas generaciones desciende de Isildur, el hijo de Elendil de Minas Lthil. Es el jefe de los Dúnedain del Norte, de quienes pocos quedan ya.

-¡Entonces te pertenece a ti y no a mí! -exclamó Frodo azorado, poniéndose de pie, como si esperara que le pidieran el Anillo en seguida.

-No pertenece a ninguno de nosotros - dijo Aragorn -, pero ha sido ordenado que tú lo guardes un tiempo.

-¡Saca el Anillo, Frodo! -dijo Gandalf con tono solemne-. El momento ha llegado. Muéstralo y Boromir entenderá el resto del enigma.

Hubo un murmullo y todos volvieron los ojos hacia Frodo, que sentía de pronto vergüenza y temor. No tenía ninguna gana de sacar el Anillo y le repugnaba tocarlo. Deseó estar muy lejos de allí. El Anillo resplandeció y centelleó mientras lo mostraba a los otros alzando una mano temblorosa.

-¡Mirad el Daño de Isildur! -dijo Elrond.

Los ojos de Boromir relampaguearon mientras miraba el Anillo dorado.

-¡El Mediano! - murmuró -. ¿Entonces el destino de Minas Tirith ya está echado? ¿Pero por qué hemos de buscar una espada quebrada?

-Las palabras no eran *el destino de Minas Tirith* -dijo Aragorn-. Pero hay un destino y grandes acontecimientos que ya están por revelarse. Pues la Espada Quebrada es la Espada de Elendil, que se le quebró debajo del cuerpo al caer. Cuando los otros bienes ya se habían perdido, los herederos continuaron guardando la espada como un tesoro, pues se dice desde hace tiempo entre nosotros que será templada de nuevo cuando reaparezca el Anillo, el Daño de Isildur. Ahora que has visto la espada que buscabas, ¿qué pedirás? ¿Deseas que la Casa de Elendil retorne al País de Gondor?

-No me enviaron a pedir favores, sino a descifrar un enigma -respondió Boromir, orgulloso-. Sin embargo, estamos en un aprieto y la Espada de Elendil sería una ayuda superior a todas nuestras esperanzas, si algo así pudiera volver de las sombras del pasado.

Miró de nuevo a Aragorn y se le veía la duda en los ojos.

Frodo sintió que Bilbo se movía al lado, impaciente. Era evidente que estaba molesto por Aragorn. Incorporándose de pronto estalló:

*No es oro todo lo que reluce,
ni toda la gente errante anda perdida;*

*a las raíces profundas no llega la escarcha,
el viejo vigoroso no se marchita.*

*De las cenizas subirá un fuego,
y una luz asomará en las sombras;
el descoronado será de nuevo rey,
forjarán otra vez la espada rota.*

»No muy bueno quizá -continuó Bilbo-, pero apropiado, si necesitas algo más que la palabra de Elrond. Si para oír valía la pena un viaje de ciento diez días, será mejor que escuches. -Se sentó con un bufido.- Lo compuse yo mismo -le murmuró a Frodo-, para el Dúnadan, hace ya mucho tiempo, cuando me dijo quién era. Casi desearía que mis aventuras no hubieran terminado y así yo podría ir con él cuando le llegue el día.

Aragorn le sonrió y se volvió otra vez a Boromir.

-Por mi parte perdono tus dudas -dijo-. Poco me parezco a esas estatuas majestuosas de Elendil e Isildur tal como puedes verlas en las salas de Denethor. Soy sólo el heredero de Isildur, no Isildur mismo. He tenido una vida larga y difícil; y las leguas que nos separan de Gondor son una parte pequeña en la cuenta de mis viajes. He cruzado muchas montañas y muchos ríos y he recorrido muchas llanuras, hasta las lejanas de Rhún y Harad donde las estrellas son extrañas.

»Pero mi hogar está en el Norte, si es que tengo hogar. Pues aquí los herederos de Valandil han vivido siempre en una línea continua de padres a hijos durante muchas generaciones. Nuestros días se han ensombrecido y somos menos ahora, aunque la Espada siempre encontró un nuevo guardián. Y esto te diré, Boromir, antes de concluir. Somos hombres solitarios, los montaraces del desierto, cazadores; pero las presas son siempre los siervos del enemigo, pues se los encuentra en muchas partes y no sólo en Mordor.

»Si Gondor, Boromir, ha sido una firme fortaleza, nosotros hemos cumplido otra tarea. Muchas maldades hay más poderosas que vuestros muros y vuestras brillantes espadas. Conocéis poco de las tierras que se extienden más allá de vuestras fronteras. ¿Paz y libertad, dijiste? El Norte no las hubiera conocido mucho sin nosotros. El temor hubiese dominado pronto toda la región. Pero cuando unas criaturas sombrías vienen de las lomas deshabitadas, o se arrastran en bosques que no conocen el sol, huyen de nosotros. ¿Qué caminos se atreverían a transitar, qué seguridad habría en las tierras tranquilas, o de noche en las casas de los simples mortales si los Dúnedain se quedasen dormidos, o hubiesen bajado todos a la tumba?

»Y no obstante nos lo agradecen menos aún que a vosotros. Los viajeros nos miran de costado y los aldeanos nos ponen motes ridículos. Tranco soy para un hombre gordo que vive a menos de una jornada de ciertos enemigos que le helarían el corazón, o devastarían la aldea, si no montáramos guardia día y noche. Sin embargo no podría ser de otro modo. Si las gentes simples están libres de preocupaciones y temor, simples serán y nosotros mantendremos el secreto para que así sea. Esta ha sido la tarea de mi pueblo, mientras los años se alargaban y el pasto crecía.

»Pero ahora el mundo está cambiando otra vez. Llega una nueva hora. El Daño de Isildur ha sido encontrado. La batalla es inminente. La Espada será forjada de nuevo. Iré a Minas Tirith.

-El Daño de Isildur ha sido encontrado, dices -replicó Boromir-. He visto un anillo brillante en la mano del Mediano, pero Isildur pereció antes que comenzara esta edad del mundo, dicen. ¿Cómo saben los Sabios que este anillo es el mismo? ¿Y cómo ha

sido transmitido a lo largo de los años, hasta el momento en que es traído aquí por tan extraño mensajero?

-Eso se explicará -dijo Elrond.

-Pero no ahora, ¡te lo suplico, Señor! -dijo Bilbo-. El sol ya sube al mediodía y necesito algo que me fortalezca.

-No te había nombrado -dijo Elrond sonriendo-. Pero lo hago ahora. ¡Acércate! Cuéntanos tu historia. Y si todavía no la has puesto en verso, puedes contarla en palabras sencillas. Cuanto más breve seas, más pronto tendrás tu refrigerio.

-Muy bien -dijo Bilbo-, seré breve, si tú me lo pides. Pero contaré ahora la verdadera historia y si a alguien se la he contado de otro modo -miró de soslayo a Glóin-, le ruego que la olvide y me perdone. Sólo deseaba probar que el tesoro era de veras mío en aquellos días y librarme del nombre de ladrón que algunos me pusieron. Pero quizás yo entienda las cosas un poco mejor ahora. De cualquier modo, esto es lo que ocurrió.

Para algunos de los que estaban allí la historia de Bilbo era completamente nueva y escucharon asombrados mientras el viejo hobbit, no de mala gana, volvía a relatar su aventura con Gollum, de cabo a rabo. No omitió ninguno de los enigmas. Hubiera hablado también de la fiesta y de cómo había dejado la Comarca, si se lo hubieran permitido; pero Elrond alzó la mano.

-Bien dicho, amigo mío -dijo-, pero ya es suficiente. Basta para saber que el Anillo ha pasado a Frodo tu heredero. ¡Que él nos hable ahora!

Menos complacido que Bilbo, Frodo contó todo lo que concernía al Anillo desde el día en que había pasado a él. Hubo muchas preguntas y discusiones acerca de cada uno de los pasos del viaje, desde Hobbiton hasta el Vado del Bruinen y todo lo que él podía recordar de los Jinetes Negros fue examinado con atención. Al fin Frodo se sentó de nuevo.

-No estuvo mal -le dijo Bilbo-. Hubieras contado una buena historia, si no te hubiesen interrumpido de ese modo. Traté de sacar algunas notas, pero tendremos que revisarlas juntos algún día, si me decido a transcribirlas. ¡Hay materia para capítulos enteros en lo que te pasó antes de llegar!

-Sí, es una historia muy larga -respondió Frodo -. Pero a mí no me parece todavía completa. Hay partes que aún no conozco, sobre todo las que se refieren a Gandalf.

Galdor de los Puertos, que estaba sentado no muy lejos, alcanzó a oírlo.

-Hablas también por mí -exclamó y volviéndose a Elrond le dijo -: Los Sabios pueden tener buenas razones para creer que el trofeo del Mediano es en verdad el Gran Anillo largamente discutido, aunque pueda parecer inverosímil a aquellos que saben menos. ¿Pero no oiremos las pruebas? Y haré otra pregunta. ¿Qué hay de Saruman? Es muy versado en la ciencia de los Anillos y sin embargo no se encuentra entre nosotros. ¿Qué nos aconseja, si está enterado de lo que hemos oído?

-Las preguntas que haces, Galdor -dijo Elrond-, están ligadas entre sí. No las he pasado por alto y serán todas contestadas. Pero estas cosas tendrá que aclararlas Gandalf mismo, y lo llamo ahora en último lugar, pues es el lugar de honor y en todos estos asuntos ha sido siempre la autoridad.

-Algunos, Galdor -dijo Gandalf -, pensarían que las noticias de Glóin y la persecución de Frodo bastan para probar que el trofeo del Mediano es de mucha importancia para el enemigo. Sin embargo, es un anillo. ¿Entonces? Los Nazgûl

guardan los Nueve. Los Siete han sido tomados o destruidos. -Al oír esto Glóin se sobresaltó, pero no dijo una palabra. - Los Tres, sabemos qué pasa. ¿Qué es entonces este otro anillo que él tanto desea?

»Hay en verdad un amplio espacio de tiempo entre el río y la montaña, entre la pérdida y el hallazgo. Pero la laguna que había en la ciencia de los Sabios ha sido llenada al fin. Aunque con demasiada lentitud. Pues el enemigo ha estado siempre cerca, más cerca de lo que yo temía. Y quiso la buena ventura que hasta este año, este último verano, parece, no averiguara toda la verdad.

»Algunos aquí recordarán que hace muchos años me atreví a cruzar las puertas del Nigromante en Dol Guldur; examiné secretamente sus costumbres y descubrí que nuestros temores tenían fundamento; el Nigromante no era otro que Sauron, nuestro antiguo enemigo, que de nuevo tomaba forma y poder. Algunos recordarán también que Saruman nos disuadió de que emprendiéramos acciones contra él y por mucho tiempo nos contentamos con vigilarlo. Al fin, mientras la sombra crecía, Saruman fue cediendo y el Concilio se esforzó realmente y consiguió que el mal dejara el Bosque Negro... y esto ocurrió el mismo año en que se descubrió el Anillo. Rara casualidad, si fue casualidad.

»Pero ya era demasiado tarde, como Elrond había previsto. Sauron también había estado observándonos, y se había preparado para resistir nuestro ataque, gobernando Mordor desde lejos por medio de Minas Morgul, donde vivían los Nueve sirvientes, hasta que todo estuviese dispuesto. Luego cedió terreno ante nosotros, pero era una huida fingida y poco después llegó a la Torre Oscura y allí se manifestó abiertamente. Entonces el Concilio se reunió de nuevo, pues ahora sabíamos que estaba buscando el Único, aún con mayor avidez. Temimos entonces que supiera algo del Anillo que nosotros ignorábamos. Pero Saruman dijo no, repitiendo lo que ya nos había dicho antes: que el Único nunca aparecería de nuevo en la Tierra Media.

»"En el peor de los casos", nos dijo, "el enemigo sabe que nosotros no lo tenemos y que está todavía perdido. Pero lo que está perdido puede encontrarse, piensa. ¡No temáis! Esta esperanza se volverá contra él. ¿No he estudiado seriamente estas cuestiones? Cayó en las aguas del Anduin el Grande y hace tiempo, mientras Sauron dormía, fue río abajo hacia el Mar. Que se quede allí hasta el Fin". Gandalf calló, mirando en el este, por encima del pórtico, los picos lejanos de las Montañas Nubladas, en cuyas grandes raíces el peligro del mundo había estado oculto tanto tiempo. Suspiró.

-Me equivoqué entonces -dijo-. Me dejé acunar por las palabras de Saruman el Sabio, pero yo tenía que haber averiguado antes, y el peligro sería menor.

-Todos nos equivocamos -dijo Elrond- y si no hubiese sido por tu vigilancia quizá las Tinieblas ya habrían caído sobre nosotros. ¡Pero continúa!

-Desde el principio tuve malos presentimientos, a pesar de las supuestas evidencias -dijo Gandalf - y quise saber cómo había llegado esta cosa a Gollum y cuánto tiempo la había tenido consigo. Monté pues una guardia pensando que no tardaría en salir de las tinieblas en busca de su tesoro. Salió, pero consiguió escapar y no pudimos encontrarlo. Después, ay, descuidé el asunto y me contenté con observar y esperar como hemos hecho demasiado a menudo.

»Pasó el tiempo y trajo muchas preocupaciones y al fin mis dudas despertaron y se encontraron convertidas en miedo. ¿De dónde venía el Anillo del hobbit? Y si mi miedo estaba justificado, ¿qué haríamos entonces? Había que decidirse. Pero no le hablé de mis temores a nadie, sabiendo qué peligroso podía ser un susurro intempestivo, si llegaba a oídos equivocados. En el curso de las largas guerras con la Torre Oscura la traición ha sido nuestro mayor enemigo.

»Eso fue hace diecisiete años. Muy pronto advertí que espías de toda clase, aun bestias y pájaros, se habían reunido alrededor de la Comarca, y mis temores crecieron. Pedí ayuda a los Dúnedain, que doblaron la guardia, y abrí mi corazón a Aragorn, el heredero de Isildur.

-Y yo -dijo Aragorn- aconsejé que diéramos caza a Gollum, aunque fuera demasiado tarde. Y como parecía justo que el heredero de Isildur reparara la falta de Isildur, acompañé a Gandalf en la larga y desesperanzada persecución.

Luego Gandalf contó cómo habían explorado de extremo a extremo las Tierras Asperas, hasta las mismas Montañas de Sombra y las defensas de Mordor.

-Allí nos llegaron rumores de Gollum y supusimos que vivía en las lomas oscuras desde hacía tiempo, pero nunca lo encontramos y al fin me desesperé. Y esa misma desesperación me llevó a pensar en una prueba que podía hacer innecesario ir en busca de Gollum. El anillo mismo podía decir si era el Único. Recordé unas palabras que había oído en el Concilio, palabras de Saruman a las que no había prestado mucha atención en aquel entonces. Las oía ahora claramente en mi corazón.

»"Los Nueve, los Siete, y los Tres", nos dijo, "tienen todos una gema propia. No el Único. Es redondo y sin adornos, como si fuese de menor importancia, pero el hacedor del Anillo le grabó unas marcas que quizá las gentes versadas aún podrían ver y leer".

»No nos dijo qué eran esas marcas. ¿Quién podía saberlo? El hacedor. ¿Y Saruman? Por mayor que fuera su ciencia, debía de haber una fuente. ¿En qué mano, exceptuando a Sauron, había estado esta cosa, antes que se perdiera? Sólo en la mano de Isildur.

»Junto con este pensamiento, abandoné la caza y pasé rápidamente a Gondor. En otras épocas los miembros de mi orden eran bien recibidos allí, pero sobre todo Saruman, que fue durante mucho tiempo huésped de los Señores de la Ciudad. El Señor Denethor me recibió más fríamente que en aquella época y me permitió de mala gana que buscara en el montón de pergaminos y libros.

»"Sí en verdad sólo buscas, como dices, registros de días antiguos y de los comienzos de la ciudad, ¡lee!", me dijo. "Para mí, lo que fue es menos oscuro que lo que viene y esa es mi preocupación. Pero a no ser que tu ciencia supere a la de Saruman, que estudió aquí mucho tiempo, no encontrarás nada que no me sea conocido, pues soy maestro del saber en esta ciudad."

»Así dijo Denethor. Y sin embargo hay allí en sus archivos muchos documentos que ya pocos son capaces de leer, ni siquiera los maestros, pues la escritura y la lengua se han vuelto oscuras para los hombres más recientes. Y a ti te digo, Boromir: encontrarás en Minas Tirith un pergamino de la mano misma de Isildur que nadie ha leído desde la caída de los Reyes, excepto Saruman y yo. Pues Isildur no se retiró directamente de la guerra en Mordor, como han dicho algunos.

-Algunos en el Norte, quizás -interrumpió Boromir-. Todos saben en Gondor que primero fue a Minas Anor y allí habitó un tiempo con su sobrino Meneldil, instruyéndolo, antes de encomendarle el reinado del Sur. En ese tiempo plantó allí el último retoño del Arbol Blanco, en memoria de su hermano.

-Pero en ese tiempo escribió también este pergamino -dijo Gandalf- y eso no se recuerda en Gondor, parece. Pues el pergamino se refiere al Anillo y ahí ha escrito Isildur:

El Gran Anillo pasará a ser ahora una herencia del Reino del Norte; pero los documentos sobre él serán dejados en Gondor, donde también viven los herederos de Elendil, para el tiempo en que el recuerdo de estos importantes asuntos pudiera debilitarse.

»Luego de estas palabras Isildur describe el Anillo, tal como lo encontró:

Estaba caliente cuando lo tomé, caliente como una brasa y me quemé la mano, tanto que dudo que pueda librarme alguna vez de ese dolor. Sin embargo se ha enfriado mientras escribo y parece que se encogiera, aunque si n perder belleza ni forma. Ya la inscripción que lleva el Anillo, que al principio era clara como una llama, se ha borrado y ahora apenas puede leerse. Los caracteres son élficos, de Eregion, pues no hay letras en Mordor para un trabajo tan delicado, pero el lenguaje me es desconocido. Pienso que se trata de una lengua del País Tenebroso, pues es grosera y bárbara. Ignoro que mal anuncia, pero la he copiado aquí, para que no caiga en el olvido. El Anillo perdió, quizás, el calor de la mano de Sauron, que era negra y sin embargo ardía como el fuego, y así Gil-galad fue destruido; quizás si el oro se calentara de nuevo, la escritura reaparecería. Pero por mi parte no me arriesgaré a dañarlo: de todas las obras de Sauron, la única hermosa. Me es muy preciado, aunque lo he obtenido con mucho dolor.

»Leí estas palabras y supe que mi pesquisa había terminado. Pues como Isildur había supuesto, la inscripción había sido grabada en la lengua de Mordor y los sirvientes de la torre y lo que ahí se decía, era ya conocido. Pues el día en que Sauron se puso el Único por primera vez, Celebrimbor, hacedor de los Tres, estaba mirándolo y oyó desde lejos cómo pronunciaba estas palabras y así se conocieron los malvados propósitos de Sauron.

»Me despedí en seguida de Denethor, pero iba aún hacia el norte cuando me llegaron mensajes de Lórien: que Aragorn había estado allí y que había encontrado a la criatura llamada Gollum. Lo primero que hice fue ir a buscarlo y escuchar su historia. No me atrevía a imaginar los peligros mortales a que habría estado expuesto.

-No hay por qué recordarlos -dijo Aragorn-. Si un hombre tiene que pasar delante de la Puerta Negra, o pisar las flores mortales del Valle de Morgul, conocerá el peligro. Yo también desesperé al fin y emprendí el camino de vuelta. Y he ahí que la fortuna me ayudó entonces y tropecé con lo que buscaba: las huellas de unos pies blandos a orillas de un estanque cenagoso. Las huellas eran frescas, de pasos rápidos, y no iban hacia Mordor: se alejaban. Las seguí por las orillas de las Ciénagas Muertas y al fin lo alcancé. En acecho junto a una laguna, mirando las aguas estancadas mientras caía la noche, así atrapé a Gollum. Un barro verde le cubría el cuerpo. Nunca nos entenderemos, parece, pues me mordió y yo no me mostré amable. No obtuve nada de su boca, excepto la marca de unos dientes. Creo que esa fue la peor parte del viaje, el camino de vuelta, vigilándolo día y noche, obligándolo a caminar delante de mí con una cuerda al cuello, amordazado, llevándolo siempre hacia el Bosque Negro, hasta que la falta de agua y comida lo ablandaron un poco. Al fin llegamos allí y lo entregué a los elfos, como habíamos convenido, y me alegró librarme de él, pues hedía. Por mi parte espero no verlo más. Pero Gandalf llegó y tuvo con él una larga conversación.

-Sí, larga y fatigosa -dijo Gandalf pero no sin provecho. Ante todo, lo que me dijo de la pérdida del Anillo concuerda con lo que Bilbo nos ha contado por vez primera abiertamente. Aunque esto no importa mucho, pues yo había adivinado la verdad. Pero me enteré entonces de que el Anillo de Gollum procedía del Río Grande, cerca de los Campos Gladios. Y me enteré también de que lo tenía desde hacía tanto tiempo que habían pasado ya varias generaciones de la pequeña especie de Gollum. El poder del

Anillo le había alargado la vida más allá de lo normal y sólo los Grandes Anillos tienen ese poder.

»Y si esto no es prueba suficiente, Galdor, hay otra de la que ya he hablado. En este mismo Anillo que habéis visto ante vosotros, redondo y sin adornos, las letras a las que se refiere Isildur pueden todavía leerse, si uno se atreve a poner un rato al fuego esta cosa de oro. Así lo hice y esto he leído:

*Ash nazg durbatulûk, ash nazg gimbatul, ash nazg
thrakatuûúk agh burzum-ishi krimpatul.*

Hubo un cambio asombroso en la voz del mago, de pronto amenazadora, poderosa, dura como piedra. Pareció que una sombra pasaba sobre el sol del mediodía y el pórtico se oscureció un momento. Todos se estremecieron y los elfos se taparon los oídos.

-Nunca jamás se ha atrevido voz alguna a pronunciar palabras en esa lengua aquí en Imladris, Gandalf el Gris -dijo Elrond mientras la sombra pasaba y todos respiraban otra vez.

-Y esperemos que nadie las repita aquí de nuevo -respondió Gandalf -. Sin embargo, no pediré disculpas, Elrond. Pues si no queremos que esa lengua se oiga en todos los rincones del Oeste, no dudemos de que este Anillo es lo que dijeron los Sabios: el tesoro del enemigo, cargado de maldad; y en él reside gran parte de esa fuerza que nos amenaza desde hace tiempo. De los Años Oscuros vienen las palabras que los herreros de Eregion oyeron una vez, cuando supieron que habían sido traicionados.

*Un Anillo para gobernarlos a todos, un Anillo
para encontrarlos, un Anillo para atraerlos a
todos y atarlos en las Tinieblas.*

»Sabed también, mis amigos, que aprendí todavía más de Gollum. Se resistía a hablar y su relato no era claro, pero no hay ninguna duda de que estuvo en Mordor y que allí le sacaron todo lo que sabía. De modo que el enemigo sabe que el Único fue encontrado y que desde hace tiempo está en la Comarca, y como sus sirvientes lo han perseguido casi hasta estas puertas, pronto sabrá, quizás ya sabe, ahora mismo, que lo tenemos aquí.

Todos callaron un rato, hasta que al fin Boromir habló. -Una criatura pequeña es este Gollum, dijiste, pequeña, pero muy dañina. ¿Qué se hizo de él? ¿Qué destino le reservaste?

-Lo tenemos encarcelado, pero nada más -dijo Aragorn-. Ha sufrido mucho. No hay duda de que fue atormentado y el miedo a Sauron es un peso que le oscurece el corazón. Sin embargo, soy el primero en alegrarse de que esté al cuidado de los elfos del Bosque Negro. La malicia de Gollum es grande y le da una fuerza difícil de creer en alguien tan flaco y macilento. Podría hacer aún muchas maldades, si estuviese libre. Y no dudo de que le permitieron salir de Mordor con alguna misión funesta.

-¡Ay! ¡Ay! - gritó Legolas y el hermoso rostro élfico mostraba una gran inquietud-. Las noticias que me ordenaron traer tienen que ser dichas ahora. No son buenas, pero sólo aquí he llegado a entender qué malas pueden ser para vosotros. Sméagol, ahora llamado Gollum, ha escapado.

-¿Escapado? -gritó Aragorn-. Malas noticias en verdad. Todos lo lamentaremos amargamente, me temo. ¿Cómo es posible que la gente de Thranduil haya fracasado de este modo?

-No por falta de vigilancia -dijo Legolas-, pero quizá por exceso de bondad. Y tememos que el prisionero haya recibido ayuda de otros y que estén enterados de nuestros movimientos más de lo que desearíamos. Vigilamos a esta criatura día y noche, como pidió Gandalf, aunque la tarea era de veras fatigosa. Pero según Gandalf había alguna posibilidad de que Gollum llegara a curarse y no nos pareció bien tenerlo encerrado todo el tiempo en un calabozo subterráneo, donde recaería en los pensamientos negros de siempre.

-Fuisteis menos tiernos conmigo -dijo Glóin con un relámpago en los ojos recordando días lejanos, cuando lo habían tenido encerrado en los sótanos de los Reyes Elfos.

-Un momento -dijo Gandalf -. Te ruego que no interrumpas, mi buen Glóin. Aquello fue un lamentable malentendido, ya aclarado hace tiempo. Si hemos de discutir aquí todos los pleitos entre elfos y enanos, será mejor que suspendamos el Concilio.

Glóin se puso de pie e hizo una reverencia y Legolas continuó: -En los días de buen tiempo llevábamos a Gollum a los bosques y había allí un árbol alto muy separado de los otros al que le gustaba subir. A menudo le permitíamos que trepara a las ramas más elevadas, donde el viento soplaba libremente, pero montábamos guardia al pie. Un día se negó a bajar y los guardias no tuvieron ganas de ir a buscarlo. Gollum había aprendido a sostenerse con los pies tanto como con las manos y los guardias se quedaron junto al árbol hasta muy entrada la noche.

»Esa misma noche de verano, a la sazón sin luna ni estrellas, los orcos cayeron de pronto sobre nosotros. Los rechazamos al cabo de un tiempo; eran muchos y feroces, pero venían de las montañas y no estaban acostumbrados a los bosques. Cuando la lucha terminó, descubrimos que Gollum había desaparecido y que habían matado o apresado a los guardias. Nos pareció evidente entonces que el propósito del ataque había sido liberar a Gollum y que él lo sabía de antemano. Cómo habrán urdido todo esto, no pudimos entenderlo, pero Gollum es astuto y los espías del enemigo muy numerosos. Las criaturas tenebrosas que fueron ahuyentadas el Año de la Caída del Dragón, han vuelto en mayor número y el Bosque Negro es de nuevo un sitio nefasto, fuera de los límites del reino.

»No hemos podido recapturar a Gollum. Le seguimos las huellas, entre las de muchos orcos, y vimos que se internaban profundamente en el bosque, hacia el sur. Pero poco después las perdimos y no nos atrevimos a continuar la caza, pues ya estábamos muy cerca de Dol Guldur, que es todavía un sitio maléfico y que evitamos siempre.

-Bueno, bueno, se ha ido -dijo Gandalf -. No tenemos tiempo de buscarlo otra vez. Que haga lo que quiera. Pero todavía puede desempeñar un papel que ni él ni Sauron han previsto.

»Y ahora responderé a otras preguntas de Galdor. ¿Qué se hizo de Saruman? ¿Qué nos aconseja en esta contingencia? Esta historia tendré que contarla entera, pues sólo Elrond la ha oído y muy resumida. Es el último capítulo de la historia del Anillo, hasta ahora.

-A fines de junio yo estaba en la Comarca, pero una nube de ansiedad me ensombrecía la mente y fui cabalgando hasta las fronteras del sur; tenía el presentimiento de un peligro, todavía oculto, pero cada vez más cercano. Allí me

llegaron noticias de guerra y derrota en Gondor y cuando me hablaron de la Sombra Negra, se me heló el corazón. Pero no encontré nada excepto unos pocos fugitivos del sur; sin embargo me pareció que había en ellos un miedo del que no querían hablar. Me volví entonces al este y al norte y fui a lo largo del Camino Verde y no lejos de Bree tropecé con un viajero que estaba sentado en el terraplén a orillas del camino, mientras el caballo pacía allí cerca. Era Radagast el Pardo, que en un tiempo vivió en Rhosgobel, cerca del Bosque Negro. Pertenece a mi orden, pero no lo veía desde hacía muchos años.

»"¡Gandalf!", exclamó. "Estaba buscándote. Pero soy un extraño en estos sitios. Todo lo que sabía es que podías estar en una región salvaje que lleva el raro nombre de Comarca."

»"Tu información era correcta", dije. "Pero no hables así si te encuentras con algún lugareño. En este momento estás muy cerca de los lindes de la Comarca. ¿Y qué quieres de mí? Tiene que ser algo urgente. Nunca fuiste aficionado a los viajes, si no son muy necesarios."

»"Tengo una misión urgente", me dijo. "Las noticias son malas." Miró alrededor, como si los setos pudieran oír. "Nazgûl", murmuró. "Los Nueve han salido otra vez. Han cruzado el río en secreto y van hacia el oeste. Han tomado el aspecto de Jinetes vestidos de oscuro."

»Supe entonces qué era lo que yo había estado temiendo.

»"El enemigo ha de tener alguna gran necesidad o propósito", dijo Radagast, "pero no alcanzo a imaginar qué lo trae a estas regiones distantes y desoladas".

» ¿Qué quieres decir?", pregunté.

»"Me han dicho que adonde van, los Jinetes piden noticias de una tierra llamada Comarca."

»"La Comarca", dije y sentí que se me encogía el corazón. Pues aún los Sabios temen enfrentarse a los Nueve, cuando andan juntos y al mando de ese jefe feroz, que antes fue gran rey y mago y que ahora alimenta un miedo mortal. "¿Quién te lo ha dicho y quién te envió?", pregunté.

»"Saruman el Blanco", respondió Radagast. "Y me mandó a decirte que si te parece necesario, él te ayudará, pero tendrías que pedirselo en seguida, o será demasiado tarde."

»Y este mensaje me dio esperanzas. Pues Saruman el Blanco es el más grande de mi orden. Radagast es, por supuesto, un mago de valor, maestro de formas y tonalidades y sabe mucho de hierbas y bestias y tiene especial amistad con los pájaros. Pero Saruman estudió hace tiempo las artes mismas del enemigo y gracias a esto a menudo hemos sido capaces de adelantarnos a él. Fueron las estratagemas de Saruman lo que nos ayudó a echarlo de Dol Guldur. Era posible que hubiese encontrado alguna arma que haría retroceder a los Nueve.

»"Iré a ver a Saruman", dije.

»"Entonces tienes que ir *ahora*", dijo Radagast, "pues perdí mucho tiempo buscándote y los días empiezan a faltar. Me dijeron que te encontrara antes del solsticio de verano y ya estamos ahí. Aunque partieras ahora, es difícil que llegues a él antes que los Nueve descubran esa tierra que andan buscando. Por mi parte me vuelvo en seguida", y diciendo esto montó y se dispuso a partir.

»"¡Un momento!", dije. "Necesitaremos tu ayuda y la de todas las criaturas que estén de nuestro lado. Mándales mensajes a todas las bestias y pájaros que son tus amigos. Diles que transmitan a Saruman y a Gandalf todo lo que sepan sobre este asunto. Que los mensajes sean enviados a Orthanc."

»"Así lo haré", dijo Radagast, y se alejó al galope como si lo persiguieran los Nueve.

-No pude seguirlo en ese momento. Yo había viajado mucho ese día y me sentía tan cansado como el caballo y tenía que pensar algunas cosas. Pasé la noche en Bree y decidí que no tenía tiempo de regresar a la Comarca. ¡Nunca cometí mayor error!

»No obstante, le escribí una nota a Frodo y le pedí a mi amigo el posadero que se la enviase. Me alejé a caballo al amanecer y al cabo de una larga marcha llegué a la morada de Saruman. Esta se encuentra lejos en el sur, en Isengard, donde terminan las Montañas Nubladas, no lejos de la Quebrada de Rohan. Y Boromir os dirá que se trata de un gran valle abierto entre las Montañas Nubladas y las estribaciones septentrionales de Ered Nimrais, las Montañas Blancas de su país. Pero Isengard es un círculo de rocas desnudas que rodea un valle, como un muro, y en medio de ese valle hay una torre de piedra llamada Orthanc. No fue edificada por Saruman, sino por los Hombres de Númenor, en otra época; y es muy elevada y tiene muchos secretos; sin embargo no parece ser obra de verdaderos artesanos. Para llegar a ella hay que atravesar necesariamente el círculo de Isengard y en ese círculo hay sólo una puerta.

»Tarde, una noche llegué a esa puerta, como un arco amplio en la pared de roca y muy custodiada. Pero los guardias de la puerta ya habían sido prevenidos y me dijeron que Saruman estaba esperándome. Pasé bajo el arco y la puerta se cerró en silencio a mis espaldas y de pronto tuve miedo, aunque no supe por qué.

»Seguí a caballo hasta la torre y tomé la escalera que llevaba a Saruman y allí él salió a mi encuentro y me condujo a una cámara alta. Llevaba puesto un anillo en el dedo.

»"Así que has venido, Gandalf", me dijo gravemente; pero parecía tener una luz blanca en los ojos, como si ocultara una risa fría en el corazón.

»"Sí, he venido", dije. "He venido a pedir ayuda, Saruman el Blanco", y me pareció que este título lo irritaba.

»"¿Qué me dices, Gandalf el *Gris!*", se burló. "¿Ayuda? Pocas veces se ha oído que Gandalf el Gris pidiera ayuda, alguien tan astuto y tan sabio, que va de un lado a otro por las tierras, metiéndose en todos los asuntos, le conciernan o no."

»Lo miré asombrado.

»"Pero si no me engaño", dije, "hay cosas ahora que requieren la unión de todas nuestras fuerzas".

»"Es posible", me dijo, "pero este pensamiento se te ha ocurrido tarde. ¿Durante cuánto tiempo, me pregunto, estuviste ocultándome, a mí, cabeza del Concilio, un asunto de la mayor gravedad? ¿Qué te trae de tu escondite en la Comarca?"

»"Los Nueve han salido otra vez", respondí. "Han cruzado el Río. Así me dijo Radagast."

»"¿Radagast el Pardo!", rió Saruman y no ocultó su desprecio. "¿Radagast, el domesticador de pajaritos! ¿Radagast el Simple! ¿Radagast el Tonto! Sin embargo, la inteligencia le alcanzó para interpretar el papel que yo le asigné. Pues has venido y ese era todo el propósito de mi mensaje. Y aquí te quedarás, Gandalf el Gris, y descansarás de tus viajes. ¡Pues yo soy Saruman el Sabio, Saruman el Hacedor de Anillos, Saruman el Multicolor!"

»Lo miré entonces y vi que sus ropas, que habían parecido blancas, no lo eran, pues estaban tejidas con todos los colores, y cuando él se movía las ropas refulgían, como irisadas, confundiendo la vista.

»"Me gusta el blanco", le dije.

»"¡El blanco!", se mofó. "Está bien para el principio. La ropa blanca puede teñirse. La página blanca puedes cubrirla de letras. La luz blanca puede quebrarse."

»"Y entonces ya no es blanca", dije. "Y aquel que quiebra algo para averiguar qué es, ha abandonado el camino de la sabiduría."

»"No necesitas hablarme como a uno de esos simplones que tienes por amigos", dije. "No te he hecho venir para que me instruyas, sino para darte una posibilidad."

»Se puso de pie y comenzó a declamar como si estuviera diciendo un discurso ensayado muchas veces.

»"Los Días Antiguos han terminado. Los Días Medios ya están pasando. Los Días jóvenes comienzan ahora. El tiempo de los elfos ha quedado atrás, pero el nuestro está ya muy cerca: el mundo de los hombres, que hemos de gobernar. Pero antes necesitamos poder, para ordenarlo todo como a nosotros nos parezca y alcanzar ese bien que sólo los Sabios entienden."

»Saruman se acercó y me habló en voz más baja.

»"¡Y escucha, Gandalf mi viejo amigo y asistente! Digo *nosotros*, y podrá ser *nosotros*, si te unes a mí. Un nuevo Poder está apareciendo. Ya no podemos poner nuestras esperanzas en los elfos o el moribundo Númenor. Contra ese poder no nos servirán los aliados y métodos de antes. Hay una sola posibilidad para ti, para nosotros. Tenemos que unirnos a ese Poder. Es el camino de la prudencia, Gandalf. Hay esperanzas de ese modo. La victoria del Poder está próxima y habrá grandes recompensas para quienes lo ayuden. A medida que el Poder crezca, también crecerán los amigos probados, y los Sabios como tú y yo podríamos con paciencia llegar al fin a dominarlo, a gobernarlo. Podemos tomarnos tiempo, podemos esconder nuestros designios, deplorando los males que se cometan al pasar, pero aprobando las metas elevadas y últimas: Conocimiento, Dominio, Orden, todo lo que hasta ahora hemos tratado en vano de alcanzar, entorpecidos más que ayudados por nuestros perezosos o débiles amigos. No tiene por qué haber, no habrá ningún cambio real en nuestros designios, sólo en nuestros medios."

»"Saruman", dije, "he oído antes discursos parecidos, pero sólo en boca de los emisarios que Mordor envía para engañar a los ignorantes. No puedo pensar que me hayas hecho venir de tan lejos sólo para fatigarme los oídos".

»Saruman me miró de soslayo, e hizo una pausa, reflexionando.

»"Bueno, ya veo que este sabio camino no te parece recomendable", dijo. "¿No todavía? ¿No si pudiésemos arbitrar otros medios mejores?"

»Se acercó y me puso una larga mano sobre el brazo.

»"¿Y por qué no, Gandalf?", murmuró. "¿Por qué no? ¿El Anillo Soberano? Si pudiéramos tenerlo, el Poder pasaría a *nosotros*. Por eso en verdad te hice venir. Pues tengo muchos ojos a mi servicio y creo que sabes dónde está ahora ese precioso objeto, ¿no es así? ¿Por qué si no, preguntan los Nueve por la Comarca, y qué haces tú en ese sitio?"

»Y mientras esto decía una codicia que no pudo ocultar le brilló de pronto en los ojos.

»"Saruman", le dije, apartándome de él, "sólo una mano por vez puede llevar el Unico, como tú sabes, ¡de modo que no te molestes en *decir nosotros!* Pero no te lo daré, no, ni siquiera te daré noticias sobre él, ahora que sé lo que piensas. Eras jefe del Concilio, pero al fin te sacaste la máscara. Bueno, las posibilidades son, parece, someterme a Sauron, o a ti. No me interesa ninguna de las dos. ¿No tienes otra cosa que ofrecerme?"

"Sí", dijo. "No esperé que mostraras mucha sabiduría, ni aun para tu propio beneficio, pero te di la posibilidad de que me ayudaras por tu propia voluntad,

evitándote así dificultades y sinsabores. La tercera solución es que te quedes aquí, hasta el fin".

»"¿Hasta el fin?"

»"Hasta que me reveles dónde está el Unico. Puedo encontrar medios de persuadirte. O hasta que se lo encuentre, a pesar de ti, y el Soberano tenga tiempo para asuntos de importancia menor: pensar por ejemplo cómo retribuir adecuadamente a Gandalf el Gris por tantos estorbos e insolencias."

»"Quizá no sea ese un asunto de importancia menor", dije, pero Saruman se rió de mí, pues mis palabras no tenían ningún sentido, y él lo sabía.

-Me tomaron y me encerraron solo en lo más alto de Orthanc, en el sitio donde Saruman acostumbraba mirar las estrellas. No hay otro modo de descender que por una estrecha escalera de muchos miles de escalones y parece que el valle estuviera muy lejos allá abajo. Lo miré y vi que la hierba y la hermosura de otro tiempo habían desaparecido y que ahora había allí pozos y fraguas. Lobos y orcos habitaban en Isengard, pues Saruman estaba alistando una gran fuerza y emulando a Sauron, aún no a su servicio. Sobre todas aquellas fraguas flotaba un humo oscuro que se apretaba contra los flancos de Orthanc. Yo estaba solo en una isla rodeada de nubes; no tenía ninguna posibilidad de escapar y mis días eran de amargura. Me sentía traspasado de frío y tenía poco espacio para moverme y me pasaba las horas cavilando sobre la llegada de los Jinetes del Norte.

»De que los Nueve estaban otra vez activos, no me cabía ninguna duda, aun no teniendo en cuenta las palabras de Saruman, que quizás eran mentiras. Mucho antes de entrar en Isengard me habían llegado noticias en el camino que no podían inducir a error. El destino de mis amigos de la Comarca me preocupaba de veras, pero todavía abrigaba alguna esperanza. Y esperaba que Frodo se hubiese puesto en seguida en camino, como le había recomendado en mi carta, y que hubiera llegado a Rivendel antes que comenzara la mortal persecución. Tanto mi temor como mi esperanza resultaron infundados. Pues la raíz de mi esperanza era un hombre gordo en Bree y la raíz de mi temor la astucia de Sauron. Pero los hombres gordos que venden cerveza tienen muchas llamadas que atender y el miedo le atribuye a Sauron un poder que todavía le falta. Pero en el círculo de Isengard, prisionero y solo, no era fácil pensar que los cazadores ante quienes todos habían huido, o caído, fracasarían en la lejana Comarca.

-¡Yo te vi! - gritó Frodo -. Caminabas retrocediendo y avanzando. La luna te brillaba en los cabellos.

Gandalf se detuvo asombrado y lo miró.

-Fue sólo un sueño -dijo Frodo-, pero lo recordé de pronto. Lo había olvidado. Ocurrió hace algún tiempo; después de haber dejado la Comarca, me parece.

-Entonces te llegó tarde -dijo Gandalf-, como verás. Yo me encontraba en un verdadero apuro. Y quienes me conocen convendrán en que me he visto pocas veces en una situación parecida y que no las soporto bien. ¡Gandalf el Gris cazado como una mosca en la tela traicionera de una araña! Sin embargo, aun las arañas más hábiles pueden dejar un hilo flojo.

»Temí al principio, como Saruman sin duda se había propuesto, que Radagast hubiese sucumbido también. Sin embargo, yo no había llegado a distinguir nada malo en la voz o los ojos de Radagast, el día de nuestro encuentro. Si así no hubiese sido, yo no habría ido nunca a Isengard, o habría ido con más cuidado. Eso mismo pensó Saruman y no había confesado sus propósitos y había engañado al mensajero. De

cualquier modo hubiera sido inútil tratar de que el honesto Radagast apoyara la traición. Me buscó de buena fe, y por eso me convenció.

»Esto fue la ruina del plan de Saruman. Pues Radagast no tenía razones para no hacer lo que yo le había pedido y cabalgó hacia el Bosque Negro donde contaba con viejos amigos. Y las Águilas de las Montañas volaron lejos y alrededor y vieron muchas cosas: la concentración de lobos y el alistamiento de orcos; y los Nueve Jinetes que iban de acá para allá por las tierras; y oyeron rumores de la huida de Gollum. Y enviaron un mensajero para que me llevara esas noticias.

»Así ocurrió que una noche de luna, ya terminando el verano, Gwaihir el Señor de los Vientos, la más rápida de las Grandes Águilas, llegó de pronto a Orthanc; y me encontró de pie en la cima de la torre. Le hablé entonces y me llevó por los aires, antes que Saruman se diera cuenta. Yo ya estaba lejos cuando los lobos y los orcos salieron por las puertas de Isengard en mi persecución.

»"¿Hasta dónde puedes llevarme?", le dije a Gwaihir.

»"Muchas leguas", me dijo, "pero no hasta el fin de la tierra. Me enviaron a llevar noticias y no cargas".

»"Entonces tendré que conseguir un caballo en tierra", dije "y un caballo de veras rápido, pues nunca en mi vida tuve tanta prisa".

»"Si es así te llevaré a Edoras, donde reside el Señor de Rohan", me dijo, "pues no está muy lejos".

»Me alegré, pues en la Marca de los Jinetes de Rohan, habitan los Rohirrim, los Señores de los Caballos, y no hay caballos como aquellos que se crían en el valle, entre las Montañas Nubladas y las Blancas.

»"¿Podemos confiar todavía en los Hombres de Rohan, tú crees?", le dije a Gwaihir pues la traición de Saruman había debilitado mi confianza.

»"Pagan un tributo de caballos", me respondió, "y todos los años mandan muchos a Mordor, o así se dice; pero no han caído aún bajo el yugo. Pero si Saruman se ha vuelto malo, como dices, la ruina de esta gente no podrá tardar mucho".

.-Poco antes del alba me dejó en tierras de Rohan, y he alargado demasiado mi historia. El resto tendrá que ser más breve. En Rohan descubrí que el mal ya estaba trabajando: las mentiras de Saruman; y el rey no quiso prestar atención a mis advertencias. Me invitó a que tomara un caballo y me fuera, y elegí uno muy a mi gusto, pero poco al suyo. Tomé el mejor caballo de aquellas tierras y nunca he visto nada que se le parezca.

-Entonces tiene que ser una bestia muy noble -dijo Aragorn y saber que Sauron recibe tales tributos me entristece más que muchas otras noticias que pudieran parecer peores. No era así cuando estuve por última vez en esa tierra.

-Ni lo es ahora, lo juraría -dijo Boromir-. Es una mentira que viene del enemigo. Conozco a los Hombres de Rohan, sinceros y valientes, nuestros aliados; aún viven en las tierras que les dimos hace mucho tiempo.

-La sombra de Mordor se extiende sobre países lejanos -respondió Aragorn-. Saruman ha caído bajo esa sombra. Rohan está sitiada. Quién sabe lo que encontrarás allí, si vuelves alguna vez.

-No por lo menos eso -dijo Boromir- de que regalan caballos para salvar la vida. Aman tanto a los caballos como a sus familias. Y no sin razón, pues los caballos de la Marca de los Jinetes vienen de los campos del Norte, lejos de la Sombra, y la raza de estos animales, como la de los amos, se remonta a los días libres de antaño.

-¡Muy cierto! - dijo Gandalf -. Y hay uno entre ellos que debe de haber nacido en la mañana del mundo. Los caballos de los Nueve no podrían competir con él: incansable, rápido como el soplo del viento. Sombragrís lo llaman. Durante el día el pelo le reluce como plata y de noche es como una sombra y pasa inadvertido. Tiene el paso leve. Nunca un hombre lo había montado antes, pero yo lo tomé y lo domé y me llevó tan rápidamente que yo ya había llegado a la Comarca cuando Frodo estaba aún en los Túmulos, aunque salí de Rohan cuando él dejaba Hobbiton.

»Pero el miedo crecía en mí mientras cabalgaba. A medida que iba hacia el Norte me llegaban noticias de los Jinetes y aunque les ganaba terreno día a día, siempre estaban delante de mí. Habían dividido las fuerzas, supe; algunas quedaron en las fronteras del este, no lejos del Camino Verde y otras invadieron la Comarca desde el sur. Llegué a Hobbiton y Frodo ya había partido, pero cambié unas palabras con el viejo Gamyi. Demasiadas palabras y pocas pertinentes. Tenía mucho que decirme de los defectos que afligían a los nuevos propietarios de Bolsón Cerrado.

»"No soporto los cambios", dijo, "no a mi edad y menos aún los cambios para peor. Cambios para peor", repitió varias veces.

»"Peor es fea palabra", le dije, "y espero que no vivas para verlo". »Pero entre toda esta charla alcancé a oír al fin que Frodo había dejado Hobbiton una semana antes y que un jinete Negro había visitado la loma esa misma noche. Me alejé al galope, asustado. Llegué a Los Gamos y lo encontré alborotado, activo como un hormiguero que ha sido removido con una vara. Fui a Cricava y la casa estaba abierta y vacía, pero en el umbral encontré una capa que había sido de Frodo. Entonces y por un tiempo perdí toda esperanza; no me quedé a recoger noticias, que me hubiesen aliviado, y corrí tras las huellas de los Jinetes. Eran difíciles de seguir, pues se separaban en muchas direcciones, y al fin me desorienté. Me pareció que uno o dos habían ido hacia Bree y allá fui yo también, pues se me habían ocurrido unas palabras que quería decirle al posadero.

»"Mantecona lo llaman", pensé. "Si es culpable de esta demora, le derretiré toda la manteca, asándolo a fuego lento a ese viejo tonto."

»El no esperaba menos, pues cuando me vio cayó redondo al suelo y comenzó a derretirse allí mismo.

-¿Qué le hiciste? -gritó Frodo, alarmado-. Fue realmente muy amable con nosotros e hizo todo lo que pudo.

Gandalf rió.

-¡No temas! -dijo-. No muerdo y ladré pocas veces. Tan contento estaba yo con las noticias que le saqué, cuando se le fueron los temblores, que abracé al buen hombre. Yo no entendía cómo habían pasado las cosas, pero supe que habías estado en Bree la noche anterior y que esa misma mañana habías partido con Trancos.

»"¡Trancos!", dije con un grito de alegría.

»"Sí, señor, temo que sí, señor", dijo Mantecona malentendiéndome. "No pude impedir que se acercara a ellos y ellos se fueron con él. Actuaron de un modo muy raro todo el tiempo que estuvieron aquí; tercós, diría yo."

»"¡Asno! ¡Tonto! ¡Tres veces digno y querido Cebadilla!", dije. "Son las mejores noticias que he tenido desde el solsticio de verano; valen por lo menos una pieza de oro. ¡Que tu cerveza se beneficie con un encantamiento de excelencia insuperable durante siete años!", dije. "Ahora puedo tomarme una noche de descanso, la primera desde no sé cuánto tiempo."

-De modo que pasé allí la noche, preguntándome qué habría sido de los Jinetes; en Bree no se habían visto sino dos o tres, parecía. Aunque esa noche oímos más. Cinco por lo menos llegaron del oeste y echaron abajo las puertas y atravesaron Bree como un viento que aúlla; y las gentes de Bree están todavía temblando y esperando el fin del mundo. Me levanté antes del alba y fui tras ellos.

»No estoy seguro, pero yo diría que fue esto lo que ocurrió. El capitán de los Jinetes permaneció en secreto al sur de Bree, mientras dos de ellos cruzaban la aldea y cuatro más invadían la Comarca. Pero luego de haber fracasado en Bree y Cricava, llevaron las noticias al capitán, descuidando un rato la vigilancia del camino, donde sólo quedaron los espías. Entonces el capitán mandó a algunos hacia el este, cruzando la región en línea recta, y él y el resto fueron al galope a lo largo del camino, furiosos.

»Corrí hacia la Cima de los Vientos y llegué allí antes de la caída del sol en mi segunda jornada desde Bree y ellos ya estaban allí. Se retiraron en seguida, pues sintieron la llegada de mi cólera y no se atrevían a enfrentarla mientras el sol estuviese en el cielo. Pero durante la noche cerraron el cerco y me sitiaron en la cima de la montaña, en el antiguo anillo de Amon Sûl. Fue difícil para mí en verdad. Una luz y una llama semejantes no se habían visto en la Cima de los Vientos desde las hogueras de guerra de otras épocas.

»Al amanecer escapé de prisa hacia el norte. No podía hacer otra cosa. Era imposible encontrarte en el desierto, Frodo, y hubiese sido una locura intentarlo con los Nueve pisándome los talones. De modo que tenía que confiar en Aragorn. Yo esperaba desviar a algunos de ellos y llegar a Rivendel antes que tú y enviar ayuda. Cuatro Jinetes vinieron detrás de mí, pero se volvieron al cabo de un rato y me pareció que iban hacia el vado. Esto ayudó un poco, pues eran sólo cinco, no nueve, cuando atacaron tu campamento.

»Llegué aquí al fin siguiendo un camino largo y difícil, remontando el Fontegrís y cruzando las Landas de Etten y descendiendo desde el norte. Tardé casi quince días desde la Cima de los Vientos, pues no es posible cabalgar entre las rocas en las colinas de los trolls, y despedí al caballo. Lo envié de vuelta a su amo, pero una gran amistad ha nacido entre nosotros y si lo necesito vendrá a mi llamada. Y así sucedió que llegué a Rivendel sólo tres días antes que el Anillo y las noticias del peligro que corría ya se conocían aquí, lo que era buena señal.

»Y esto, Frodo, es el fin de mi relato. Que Elrond y los demás me perdonen que haya sido tan extenso. Pero esto nunca había ocurrido antes, que Gandalf faltara a una cita y no cumpliera lo prometido. Había que dar cuenta de un suceso tan raro al Portador del Anillo, me parece.

»Bueno, la historia ya ha sido contada, del principio al fin. Hemos aquí reunidos y he aquí el Anillo. Pero no estamos más cerca que antes de nuestro propósito. ¿Qué haremos?

Hubo un silencio. Luego Elrond habló otra vez.

-Las noticias que conciernen a Saruman son graves -dijo-, pues confiamos en él y está muy enterado de lo que pasa en los concilios. Es peligroso estudiar demasiado a fondo las artes del enemigo, para bien o para mal. Mas tales caídas y traiciones, ay, han ocurrido antes. De los relatos que hoy hemos oído, el de Frodo me parece el más raro. He conocido pocos hobbits, excepto a Bilbo aquí presente, y creo que no es quizás una figura tan solitaria y peculiar como yo había pensado. El mundo ha cambiado mucho desde mis últimos viajes por los caminos del oeste.

»Las Quebradas de los Túmulos las conocemos bajo muchos nombres y del Bosque Viejo se han contado muchas historias. Todo lo que queda de él es un macizo en lo que era la frontera norte. Hubo un tiempo en que una ardilla podía ir de árbol en árbol desde lo que es ahora la Comarca hasta las Tierras Brunas al oeste de Isengard. Por esas tierras yo viajé una vez y conocí muchas cosas extrañas y salvajes. Pero había olvidado a Bombadil, si en verdad éste es el mismo que caminaba hace tiempo por los bosques y colinas, y ya era el más viejo de todos los viejos. No se llamaba así a la sazón. Iarwain Ben-adar lo llamábamos: el más antiguo y el que no tiene padre. Aunque otras gentes lo llamaron de otro modo: fue Forn para los enanos, Orald para los Hombres del Norte y tuvo muchos otros nombres. Es una criatura extraña, pero quizá debiéramos haberlo invitado a nuestro Concilio.

-No hubiese venido -dijo Gandalf.

-¿No habría tiempo aún de enviarle un mensaje y obtener su ayuda? -preguntó Erestor-. Parece que tuviera poder aún sobre el Anillo.

-No, yo no lo diría así -respondió Gandalf -. Diría mejor que el Anillo no tiene poder sobre él. Es su propio amo. Pero no puede cambiar el Anillo mismo, ni quitar el poder que tiene sobre otros. Y ahora se ha retirado a una región pequeña, dentro de límites que él mismo ha establecido, aunque nadie puede verlos, esperando quizás a que los tiempos cambien, y no dará un paso fuera de ellos.

-Sin embargo dentro de esos límites nada parece amedrentarlo -dijo Erestor-. ¿No tomaría él el Anillo guardándolo allí, inofensivo para siempre?

-No -dijo Gandalf -, no voluntariamente. Lo haría si la gente libre del mundo llegara a pedirselo, pero no entendería nuestras razones. Y si le diésemos el Anillo, lo olvidaría pronto, o más probablemente lo tiraría. No le interesan estas cosas. Sería el más inseguro de los guardianes y esto solo es respuesta suficiente.

-De cualquier modo -dijo Glorfindel- enviarle el Anillo sería sólo posponer el día de la sentencia. Vive muy lejos. No podríamos llevárselo sin que nadie sospechara, sin que nos viera algún espía. Y aunque fuese posible, tarde o temprano el Señor de los Anillos descubriría el escondite y volcaría allí todo su poder. ¿Bombadil solo podría desafiar todo ese poder? Creo que no. Creo que al fin, si todo lo demás es conquistado, Bombadil caerá también, el Último, así como fue el Primero y luego vendrá la noche.

-Poco sé de Iarwain excepto el nombre -dijo Galdor-, pero Glorfindel, pienso, tiene razón. El poder de desafiar al enemigo no está en él, a no ser que esté en la tierra misma. Y sabemos sin embargo que Sauron puede torturar y destruir las colinas. El poder que todavía queda está aquí entre nosotros, en Imladris, o en Cirdan de los Puertos, o en Lórien. ¿Pero tienen ellos la fuerza, tendremos nosotros la fuerza de resistir al enemigo, la llegada de Sauron en los últimos días, cuando todo lo demás ya haya sido dominado?

-Yo no tengo la fuerza -dijo Elrond-, ni tampoco ellos.

-Entonces si la fuerza no basta para mantener el Anillo fuera del alcance del enemigo -dijo Glorfindel- sólo nos queda intentar dos cosas: llevarlo al otro lado del mar, o destruirlo.

-Pero Gandalf nos ha revelado que los medios de que nosotros disponemos no podrían destruirlo -dijo Elrond-. Y aquellos que habitan más allá del mar no lo recibirán: para mal o para bien pertenece a la Tierra Media. El problema tenemos que resolverlo nosotros, los que aún vivimos aquí.

-Entonces -dijo Glorfindel- arrojémoslo a las profundidades y que las mentiras de Saruman sean así verdad. Pues es claro que aun en el Concilio ha venido siguiendo un camino tortuoso. Sabía que el Anillo no se había perdido para siempre, pero deseaba

que nosotros lo creyéramos, pues ya estaba codiciándolo. La verdad se oculta a veces en la mentira. Estaría seguro en el mar.

-No seguro para siempre -dijo Gandalf -. Hay muchas cosas en las aguas profundas y los mares y las tierras pueden cambiar. Y nuestra tarea aquí no es pensar en una estación, o en unas pocas generaciones de hombres, o en una época pasajera del mundo. Tenemos que buscar un fin definitivo a esta amenaza, aunque no esperemos encontrarlo.

-No lo encontraremos en los caminos que van al mar -dijo Galdor-. Si se cree que llevárselo a Iarwain es demasiado peligroso, en la huida hacia el mar hay ahora un peligro mucho mayor. El corazón me dice que Sauron esperará que tomemos el camino del oeste, cuando se entere de lo ocurrido. Se enterará pronto. Los Nueve han quedado a pie, es cierto, pero esto no nos da más que un respiro, hasta que encuentren nueve cabalgaduras y más rápidas. Sólo la menguante fuerza de Gondor se alza ahora entre él y una marcha de conquista a lo largo de las costas, hacia el norte, y si viene y llega a apoderarse de las torres blancas y los puertos, es posible que los elfos ya no puedan escapar a las sombras que se alargan sobre la Tierra Media.

-Esa marcha será impedida por mucho tiempo -dijo Boromir-. Gondor mengua, dices. Pero se mantiene en pie, y aun declinante, la fuerza de Gondor es todavía poderosa.

-Y sin embargo ya no es capaz de parar a los Nueve -dijo Galdor-. Y el enemigo puede encontrar otros caminos que Gondor no vigila.

-Entonces -dijo Erebor- hay sólo dos rumbos, como Glorfindel ya ha dicho: esconder el Anillo para siempre, o destruirlo. Pero los dos están más allá de nuestro alcance. ¿Quién nos resolverá este enigma? -Nadie aquí puede hacerlo -dijo Elrond gravemente-. Al menos nadie puede decir qué pasará si tomamos este camino o el otro. Pero ahora creo saber ya qué camino tendríamos que tomar. El occidental parece el más fácil. Por lo tanto hay que evitarlo. Lo vigilarán. Los elfos han huido a menudo por ese camino. Ahora, en circunstancias extremas, hemos de elegir un camino difícil, un camino imprevisto. Esa es nuestra esperanza, si hay esperanza: ir hacia el peligro, ir a Mordor. Tenemos que echar el Anillo al Fuego.

Hubo otro silencio. Frodo, aun en aquella hermosa casa, que miraba a un valle soleado, de donde llegaba un arrullo de aguas claras, sintió que una oscuridad mortal le invadía el corazón. Boromir se agitó en el asiento y Frodo lo miró. Tamborileaba con los dedos sobre el cuerno y fruncía el ceño. Al fin habló.

-No entiendo todo esto -dijo-. Saruman es un traidor, pero ¿no tuvo ni una chispa de sabiduría? ¿Por qué habláis siempre de ocultar y destruir? ¿Por qué no pensar que el Gran Anillo ha llegado a nuestras manos para servirnos en esta hora de necesidad? Llevando el Anillo, los Señores de los Libres podrían derrotar al enemigo. Y esto es lo que él teme, a mi entender.

»Los Hombres de Gondor son valientes y nunca se someterán; pero pueden ser derrotados. El valor necesita fuerza ante todo y luego un arma. Que el Anillo sea vuestra arma, si tiene tanto poder como pensáis. ¡Tomadlo y marchad a la victoria!

-Ay, no -dijo Elrond-. No podemos utilizar el Anillo Soberano. Esto lo sabemos ahora demasiado bien. Le pertenece a Sauron, pues él lo hizo solo y es completamente maléfico. La fuerza del Anillo, Boromir, es demasiado grande para que alguien lo maneje a voluntad, salvo aquellos que ya tienen un gran poder propio. Pero para ellos encierra un peligro todavía más mortal. Basta desear el Anillo para que el corazón se corrompa. Piensa en Saruman. Si cualquiera de los Sabios derrocara con la ayuda del Anillo al Señor de Mordor, empleando las mismas artes que él, terminaría instalándose

en el trono de Sauron y un nuevo Señor Oscuro aparecería en la tierra. Y esta es otra razón por la que el Anillo tiene que ser destruido; en tanto esté en el mundo será un peligro aun para los Sabios. Pues nada es malo en un principio. Ni siquiera Sauron lo era. Temo tocar el Anillo para esconderlo. No tomaré el Anillo para utilizarlo.

-Ni yo tampoco -dijo Gandalf.

Boromir los miró con aire de duda, pero asintió inclinando la cabeza.

-Que así sea entonces -dijo-. La gente de Gondor tendrá que confiar en las armas ya conocidas. Y al menos mientras los Sabios guarden el Anillo, seguiremos luchando. Quizá la Espada sea capaz aún de contener la marea, si la mano que la esgrime no sólo ha heredado un arma sino también el nervio de los Reyes de los Hombres.

-¿Quién puede decirlo? -dijo Aragorn-. La pondremos a prueba algún día.

-Que ese día no tarde -dijo Boromir-. Pues aunque no pido ayuda la necesitamos. Nos animaría saber que otros luchan también con todos los medios de que disponen.

-Anímate, entonces -dijo Elrond-. Pues hay otros poderes y reinos que no conoces, que están ocultos para ti. El caudal del Anduin el Grande baña muchas orillas antes de llegar a Argonath y a las Puertas de Gondor.

-Aun así podría convenir a todos -dijo Glóin el enano- que todas estas fuerzas se unieran y que los poderes de cada uno se utilizaran de común acuerdo. Puede haber otros anillos, menos traicioneros, a los que podríamos recurrir. Los Siete están perdidos para nosotros, si Balin no ha encontrado el anillo de Thrór, que era el último. Nada se ha sabido de él desde que Thrór pereció en Moria. En verdad, puedo revelar ahora que uno de los motivos del viaje de Balin era la esperanza de encontrar ese anillo.

-Balin no encontrará ningún anillo en Moria -dijo Gandalf-. Thrór se lo dio a su hijo Thráin, pero Thráin no se lo dio a Thorin. Se lo quitaron a Thráin torturándolo en los calabozos de Dol Guldur. Llegué demasiado tarde.

-¡Ah, ay! -gritó Glóin-. ¿Cuándo será el día de nuestra venganza? Pero todavía quedan los Tres. ¿Qué hay de los Tres Anillos de los Elfos? Anillos muy poderosos, dicen. ¿No los guardan consigo los Señores de los Elfos? Sin embargo ellos también fueron hechos por el Señor Oscuro tiempo atrás. ¿Están ociosos? Veo Señores de los Elfos aquí. ¿No dirán nada?

Los elfos no respondieron.

-¿No me has oído, Glóin? -dijo Elrond-. Los Tres no fueron hechos por Sauron, ni siquiera llegó a tocarlos alguna vez. Pero de ellos no es permitido hablar. Aunque algo diré, en esta hora de dudas. No están ociosos. Pero no fueron hechos como armas de guerra o conquista; no es ese el poder que tienen. Quienes los hicieron no deseaban ni fuerza ni dominio ni riquezas, sino el poder de comprender, crear y curar, para preservar todas las cosas en cierta medida, y con dolor. Pero todo lo que haya sido alcanzado por quienes se sirven de los Tres se volverá contra ellos, y Sauron leerá en las mentes y los corazones de todos, si recobra el Unico. Habría sido mejor que los Tres nunca hubieran existido. Esto es lo que Sauron pretende.

-¿Pero qué sucederá si el Anillo Soberano es destruido, como **tú** aconsejas? -preguntó Glóin.

-No lo sabemos con seguridad -respondió Elrond tristemente-. Algunos esperan que los Tres Anillos, que Sauron nunca tocó, se liberen entonces y quienes gobiernen los Anillos podrían curar así las heridas que el Unico ha causado en el mundo. Pero es posible también que cuando el Unico desaparezca, los Tres se malogren y que junto con ellos se marchiten y olviden muchas cosas hermosas. Eso es lo que creo.

-Sin embargo todos los elfos están dispuestos a correr ese riesgo -dijo Glorfindel-, si pudiéramos destruir el poder de Sauron y librarnos para siempre del miedo a que domine el mundo.

-Así volvemos otra vez a la destrucción del Anillo -dijo Erestor y sin embargo no estamos más cerca. ¿De qué fuerza disponemos para encontrar el Fuego en que fue forjado? Es el camino de la desesperación. De la locura, podría decir, si la larga sabiduría de Elrond no me lo impidiese.

-¿Desesperación, o locura? -dijo Gandalf-. No desesperación, pues sólo desesperan aquellos que ven el fin más allá de toda duda. Nosotros no. Es sabiduría reconocer la necesidad, cuando todos los otros cursos ya han sido considerados, aunque pueda parecer locura a aquellos que se atan a falsas esperanzas. Bueno, ¡que la locura sea nuestro manto, un velo en los ojos del enemigo! Pues él es muy sagaz y mide todas las cosas con precisión, según la escala de su propia malicia. Pero la única medida que conoce es el deseo, deseo de poder, y así juzga todos los corazones. No se le ocurrirá nunca que alguien pueda rehusar el poder, que teniendo el Anillo queramos destruirlo. Si nos ponemos en meta, confundiremos todas sus conjeturas.

-Al menos por un tiempo -dijo Elrond-. Hay que tomar ese camino, pero recorrerle será difícil. Y ni la fuerza ni la sabiduría podrían llevarnos muy lejos. Los débiles pueden intentar esta tarea con tantas esperanzas como los fuertes. Sin embargo, así son a menudo los trabajos que mueven las ruedas del mundo. Las manos pequeñas hacen esos trabajos porque es menester hacerlos, mientras los ojos de los grandes se vuelven a otra parte.

-¡Muy bien, muy bien, señor Elrond! - dijo Bilbo de pronto -. ¡No digas más! El propósito de tu discurso es bastante claro. Bilbo el hobbit tonto comenzó este asunto y será mejor que Bilbo lo termine, o que termine él mismo. Yo estaba muy cómodo aquí, ocupado en mi obra. Si quieres saberlo, en estos días estoy escribiendo una conclusión. Había pensado poner: *y desde entonces vivió feliz hasta el fin de sus días*. Era un buen final, aunque se hubiera usado antes. Ahora tendré que alterarlo: no parece que vaya a ser verdad, y de todos modos es evidente que habrá que añadir otros varios capítulos, si vivo para escribirlos. Es muy fastidioso. ¿Cuándo he de ponerme en camino? Boromir miró sorprendido a Bilbo, pero la risa se le apagó en los labios cuando vio que todos los otros miraban con grave respeto al viejo hobbit. Sólo Glóin sonreía, pero la sonrisa le venía de viejos recuerdos.

-Por supuesto, mi querido Bilbo -dijo Gandalf-. Si tú iniciaste realmente este asunto, tendrás que terminarlo. Pero sabes muy bien que *decir he iniciado* es de una pretensión excesiva para cualquiera, y que los héroes desempeñan siempre un pequeño papel en las grandes hazañas. No tienes por qué inclinarte. Sabemos que tus palabras fueron sinceras, y que bajo esa apariencia de broma nos hacías un ofrecimiento valeroso. Pero que supera tus fuerzas, Bilbo. No puedes empezar otra vez, el problema ha pasado a otras manos. Si aún tienes necesidad de mi consejo, te diría que tu parte ha concluido, excepto como cronista. ¡Termina el libro, y no cambies el final! Todavía hay esperanzas de que sea posible. Pero prepárate a escribir una continuación, cuando ellos vuelvan. Bilbo rió.

-No recuerdo que me hayas dado antes un consejo agradable -dijo-. Como todos tus consejos desagradables han resultado buenos, me pregunto si éste no será malo. Sin embargo, no creo que me quede bastante fuerza o suerte como para tratar con el Anillo. Ha crecido y yo no. Pero dime, ¿a quién te refieres cuando dices *ellos*?

-A los mensajeros que llevarán el Anillo.

-¡Exactamente! ¿Y quiénes serán? Eso es lo que el Concilio ha de decidir, me parece, y ninguna otra cosa. Los elfos se alimentan de palabras y los enanos soportan grandes fatigas; yo soy sólo un viejo hobbit y extraño el almuerzo. ¿Se te ocurren algunos nombres? ¿O lo dejamos para después de comer.

Nadie respondió. Sonó la campana del mediodía. Nadie habló tampoco ahora. Frodo echó una ojeada a todas las caras, pero no lo miraban a él; todo el Concilio bajaba los ojos, como sumido en profundos pensamientos. Sintió que un gran temor lo invadía, como si estuviese esperando una sentencia que ya había previsto hacía tiempo, pero que no deseaba oír. Un irresistible deseo de descansar y quedarse a vivir en Rivendel junto a Bilbo le colmó el corazón. Al fin habló haciendo un esfuerzo y oyó sorprendido sus propias palabras, como si algún otro estuviera sirviéndose de su vocecita.

-Yo llevaré el Anillo -dijo-, aunque no sé cómo.

Elrond alzó los ojos y lo miró y Frodo sintió que aquella mirada penetrante le traspasaba el corazón.

-Si he entendido bien todo lo que he oído -dijo Elrond-, creo que esta tarea te corresponde a ti, Frodo y, si tú no sabes cómo llevarla a cabo, ningún otro lo sabrá. Esta es la hora de quienes viven en la Comarca, de quienes dejan los campos tranquilos para estremecer las torres y los concilios de los grandes. ¿Quién de todos los Sabios pudo haberlo previsto? Y si son sabios, ¿por qué esperarían saberlo, antes que sonara la hora?

»Pero es una carga pesada. Tan pesada que nadie puede pasársela a otro. No la pongo en ti. Pero si tú la tomas libremente, te diré que tu elección es buena; y aunque todos los poderosos amigos de los elfos de antes, Hador y Húrin y Túrin y Beren mismo aparecieran juntos aquí, tu lugar estaría entre ellos.

-¿Pero seguramente usted no lo enviará solo, señor? -gritó Sam, que ya no pudo seguir conteniéndose y saltó desde el rincón donde había estado sentado en el suelo.

-¡No por cierto! -dijo Elrond volviéndose hacia él con una sonrisa-. Tú lo acompañarás al menos. No parece fácil separarte de Frodo, aunque él haya sido convocado a un Concilio secreto y tú no.

Sam se sentó, enrojeciendo y murmurando.

-¡En bonito enredo nos hemos metido, señor Frodo! -dijo moviendo la cabeza.

EL ANILLO VA HACIA EL SUR

Más tarde ese día los hobbits tuvieron una reunión privada en el cuarto de Bilbo. Merry y Pippin se mostraron indignados cuando supieron que Sam se había metido de rondón en el Concilio y había sido elegido como compañero de Frodo.

-Es muy injusto -dijo Pippin-. En vez de expulsarlo y ponerlo en cadenas, ¡Elrond lo *recompensa* por su desfachatez!

-¡Recompensa! -dijo Frodo-. No podría imaginar un castigo más severo. No piensas en lo que dices: ¿condenado a hacer un viaje sin esperanza, una recompensa? Ayer soñé que mi tarea estaba cumplida y que podía descansar aquí un rato, quizá para siempre.

-No me sorprende -dijo Merry- y ojalá pudieras. Pero estábamos envidiando a Sam, no a ti. Si tú tienes que ir, sería un castigo para cualquiera de nosotros quedarnos atrás, aun en Rivendel. Hemos recorrido un largo camino juntos y hemos pasado momentos difíciles. Queremos continuar.

-Es lo que yo quería decir -continuó Pippin-. Nosotros los hobbits tenemos que mantenernos unidos y eso haremos. Partiré contigo, a menos que me encadenen. Tiene que haber alguien con inteligencia en el grupo.

-¡En ese caso no creo que te elijan, Peregrin Tuk! -dijo Gandalf asomando la cabeza por la ventana, que estaba cerca del suelo -. Pero no tenéis por qué estar preocupados. Nada se ha decidido aún.

-¡Nada se ha decidido! - exclamó Pippin -. ¿Entonces qué estuvisteis haciendo, encerrados durante horas?

-Hablando -dijo Bilbo-. Había mucho que hablar y todos escucharon algo que los dejó boquiabiertos. Hasta el viejo Gandalf. Creo que las breves noticias que dio Legolas sobre Gollum le cayeron como un balde de agua fría, aunque no hizo comentarios.

-Estás equivocado -dijo Gandalf -. No prestaste atención. Ya me lo había dicho Gwaihir. Quienes dejaron boquiabiertos a los otros, como tú dices, fueron tú y Frodo; yo fui el único que no se sorprendió.

-Bueno, de todos modos -dijo Bilbo-, nada se decidió aparte de la elección del pobre Frodo y Sam. Este final me lo temí siempre, si yo quedaba descartado. Pero pienso que Elrond enviará una partida numerosa, cuando tenga los primeros informes. ¿Han partido ya, Gandalf?

-Sí -dijo el mago-- Ya han salido algunos exploradores y mañana irán más. Elrond está enviando elfos y se pondrán en contacto con los montaraces y quizá con la gente de Thranduil en el Bosque Negro. Y Aragorn ha partido con los hijos de Elrond. Se hará una batida en varias leguas a la redonda antes de decidir la primera movida. ¡De modo que ánimo, Frodo! Quizá te quedes aquí un tiempo largo.

-Ah -dijo Sam con aire sombrío-. Bastante largo como para que llegue el invierno.

-Eso es inevitable -dijo Bilbo- y en parte tu culpa, querido Frodo; insististe en esperar mi cumpleaños. Curiosa celebración diría yo. No es en verdad el día que yo hubiese elegido para que los S-B entraran en Bolsón Cerrado. Y esta es la situación ahora: no puedes esperar hasta la primavera y no puedes salir antes que lleguen los informes. Me temo que esa sea justamente tu suerte:

*Cuando el viento comienza a morder
y las piedras crujen en la noche helada*

*de charcos negros y árboles desnudos,
no es bueno viajar por tierras ásperas.*

-Yo también temo que esa sea la suerte de Frodo -dijo Gandalf No podemos partir hasta que sepamos algo de los Jinetes.

-Pensé que habían sido destruidos en la crecida.

-Los Espectros del Anillo no pueden ser destruidos con tanta facilidad -dijo Gandalf -. Llevan en ellos el poder del amo y resisten o caen junto con él. Esperamos que hayan quedado todos a pie y sin disfraces, de modo que durante un tiempo serán menos peligrosos; pero no lo sabemos bien todavía. Entretanto, Frodo, trata de olvidar tus dificultades. No sé si puedo hacer algo que te sirva de ayuda; pero te soplaré un secreto: Alguien dijo que este grupo necesitaba una inteligencia. Tenía razón. Creo que iré contigo.

Tan grande fue la alegría de Frodo al oír este anuncio que Gandalf dejó el alféizar de la ventana, donde había estado sentado, y se sacó el sombrero haciendo una reverencia.

-Sólo dije *Creo que iré*. No cuentes aún con nada. En este asunto, Elrond tendrá mucho que decir y también tu amigo Trancos. Lo que me recuerda que quiero ver a Elrond. No puedo demorarme más.

-¿Cuánto tiempo crees que estaré aquí? -le preguntó Frodo a Bilbo una vez que Gandalf se retiró.

-Oh, no sé. En Rivendel se me van los días sin darme cuenta -dijo Bilbo-. Pero bastante tiempo, creo. Podremos tener muchas buenas charlas. ¿Qué te parece si me ayudas con el libro y empiezas el próximo? ¿Has pensado en algún final?

-Sí, en varios; todos sombríos y desagradables -dijo Frodo. -¡Oh, eso no sirve! - dijo Bilbo -. Los libros han de tener un final feliz. Qué te parece éste: *y vivieron juntos y felices para siempre*.

-Estaría bien, si eso llegara a ocurrir -dijo Frodo.

-Ah -dijo Sam-. ¿Y dónde vivirán? Es lo que me pregunto a menudo.

Durante un rato los hobbits continuaron hablando y pensando en el viaje pasado y en los peligros que les esperaban en el futuro; pero era tal la virtud de la tierra de Rivendel que pronto se sintieron libres de miedos y ansiedades. El futuro, bueno O malo, no fue olvidado, pero ya no tuvo ningún poder sobre el presente. La salud y la esperanza se acrecentaron en ellos y estaban contentos, tomando los días tal como se presentaban, disfrutando de las comidas, las charlas y las canciones.

Así el tiempo pasó deslizándose y todas las mañanas eran hermosas y brillantes y todas las noches claras y frescas. Pero el otoño menguaba rápidamente; poco a poco la luz de oro declinaba transformándose en plata pálida y unas hojas tardías caían de los árboles desnudos. Un viento helado empezó a soplar hacia el este desde las Montañas Nubladas. La Luna del Cazador crecía en el cielo nocturno y todas las estrellas menores huían. Pero en el horizonte del sur brillaba una estrella roja. Cuando la luna menguaba otra vez, el brillo de la estrella aumentaba, noche a noche. Frodo podía verla desde la ventana, hundida en el cielo, ardiendo como un ojo vigilante que resplandecía sobre los árboles al borde del valle.

Los hobbits habían pasado cerca de dos meses en la Casa de Elrond y noviembre se había llevado los últimos jirones del otoño, y concluía diciembre cuando los exploradores comenzaron a volver. Algunos habían ido al norte, más allá del

nacimiento del Fontegrís, internándose en las Landas de Eten, y otros habían ido al oeste y con la ayuda de Aragorn y los montaraces llegaron a explorar las tierras todo a lo largo del Aguada Gris, hasta Tharbad, donde el viejo Camino del Norte cruzaba el río junto a una ciudad en ruinas. Muchos habían ido al este y al sur y algunos de ellos habían cruzado las montañas entrando luego en el Bosque Negro, mientras que otros habían escalado el paso en las fuentes del Río Gladio, descendiendo a las Tierras Asperas y atravesando los Campos Gladios hasta llegar al viejo hogar de Radagast en Rhosgobel. Radagast no estaba allí y volvieron cruzando el desfiladero que llamaban Escalera del Arroyo Sombrío. Los hijos de Elrond, Elladan y Elrohir, fueron los últimos en volver; habían hecho un largo viaje, marchando a la vera del Cauce de Plata hasta un extraño país, pero de sus andanzas no hablaron con nadie excepto con Elrond.

En ninguna región habían tropezado los mensajeros con señales o noticias de los Jinetes o de otros sirvientes del enemigo. Ni siquiera las Aguilas de las Montañas Nubladas habían podido darles noticias frescas. Nada se había visto ni oído de Gollum; pero los lobos salvajes continuaban reuniéndose y cazaban otra vez muy arriba del Río Grande. Tres de los caballos negros aparecieron ahogados en las aguas crecidas del vado. Más abajo, en las piedras de los rápidos, se encontraron los cadáveres de cinco caballos más y también un manto largo y negro, hecho jirones. De los Jinetes Negros no había ninguna señal y no se sentía que anduviesen cerca. Parecía que hubieran desaparecido de los territorios del norte.

-En todo caso, sabemos qué ocurrió con ocho de los Nueve -dijo Gandalf -. No es prudente estar demasiado seguro, pero me atrevería a creer que los Espectros del Anillo fueron dispersados y regresaron como pudieron a Mordor, vacíos y sin forma.

»Si es así, pasará un tiempo antes que reinicien la cacería. El enemigo tiene otros sirvientes, por supuesto. Pero tendrían que hacer todo el camino hasta Rivendel antes que encontraran nuestras huellas. Y si tenemos cuidado será difícil encontrarlas. Pero no podemos retrasarnos más.

Elrond les indicó a los hobbits que se acercaran. Miró gravemente a Frodo.

-Ha llegado la hora -dijo-. Si el Anillo ha de partir, que sea cuanto antes. Pero que quienes lo acompañan no cuenten con ningún apoyo, ni de guerra ni de fuerzas. Tendrán que entrar en los dominios del enemigo, lejos de toda ayuda. ¿Todavía mantienes tu palabra, Frodo, de que serás el Portador del Anillo?

-Sí -dijo Frodo-. Iré con Sam.

-Pues bien, no podré ayudarte mucho, ni siquiera con consejos -dijo Elrond-. No alcanzo a ver cuál será tu camino y no sé cómo cumplirás esa tarea. La Sombra se ha arrastrado ahora hasta el pie de las montañas y ha llegado casi a las orillas del Fontegrís; y bajo la Sombra todo es oscuro para mí. Encontrarás muchos enemigos, algunos declarados, otros ocultos, y quizá tropieces con amigos, cuando menos los busques. Mandaré mensajes, tal como se me vayan ocurriendo, a aquellos que conozco en el ancho mundo; pero las tierras han llegado a ser tan peligrosas que algunos se perderán sin duda, o no llegarán antes que tú.

»Y elegiré los compañeros que irán contigo, siempre que ellos quieran o lo permita la suerte. Tienen que ser pocos, ya que tus mayores esperanzas dependen de la rapidez y el secreto. Aunque contáramos con una tropa de elfos con armas de los Días Antiguos, sólo conseguiríamos despertar el poder de Mordor.

»La Compañía del Anillo será de Nueve y los Nueve Caminantes se opondrán a los Nueve Jinetes malvados. Contigo y tu fiel sirviente irá Gandalf; pues éste será el mayor de sus trabajos y quizás el último.

»En cuanto al resto, representarán a los otros Pueblos Libres del mundo: elfos, enanos y hombres. Legolas irá por los elfos y Gimli hijo de Glóin por los enanos. Están dispuestos a llegar por lo menos a los pasos de las montañas y quizá más allá. Por los hombres tendrán a Aragorn hijo de Arathorn, pues el Anillo de Isildur le concierne íntimamente.

-¡Trancos! -exclamó Frodo.

-Sí -dijo Trancos con una sonrisa-. Te pido una vez más que me permitas ser tu compañero.

-Yo te hubiera rogado que vinieras -dijo Frodo-, pero pensé que irías a Minas Tirith con Boromir.

-Iré -dijo Aragorn-. Y la Espada Quebrada será forjada de nuevo antes que yo parta para la guerra. Pero tu camino y el nuestro corren juntos por muchos cientos de millas. Por lo tanto Boromir estará también en la Compañía. Es un hombre valiente.

-Faltan todavía dos -dijo Elrond-. Lo pensaré. Quizás encuentre a alguien entre las gentes de la casa que me convenga mandar.

-¡Pero entonces no habrá lugar para nosotros! -exclamó Pippin consternado-. No queremos quedarnos. Queremos ir con Frodo.

-Eso es porque no entiendes y no alcanzas a imaginar lo que les espera -dijo Elrond.

-Tampoco Frodo -dijo Gandalf, apoyando inesperadamente a Pippin-. Ni ninguno de nosotros lo ve con claridad. Es cierto que si estos hobbits entendieran el peligro, no se atreverían a ir. Pero seguirían deseando ir, o atreviéndose a ir, y se sentirían avergonzados e infelices. Creo, Elrond, que en este asunto sería mejor confiar en la amistad de estos hobbits que en nuestra sabiduría. Aunque eligieras para nosotros un Señor de los Elfos, como Glorfindel, los poderes que hay en él no alcanzarían para destruir la Torre Oscura ni abrirnos el camino que lleva al Fuego.

-Hablas con gravedad -dijo Elrond-, pero no estoy seguro. La Comarca, presiento, no está libre ahora de peligros y había pensado enviar a estos dos de vuelta como mensajeros y para que trataran allí de prevenir a la gente, de acuerdo con las normas del país. De cualquier modo me parece que el más joven de los dos, Peregrin Tuk, tendría que quedarse. Me lo dice el corazón.

-Entonces, señor Elrond, tendrá usted que encerrarme en prisión, o mandarme a casa metido en un saco -dijo Pippin-. Pues de otro modo yo seguiría a la Compañía.

-Que sea así entonces. Irás -dijo Elrond y suspiró-. La cuenta de Nueve ya está completa. La Compañía partirá dentro de siete días.

La Espada de Elendil fue forjada de nuevo por herreros élficos, que grabaron sobre la hoja el dibujo de siete estrellas, entre la Luna creciente y el Sol radiante, y alrededor trazaron muchas runas; pues Aragorn hijo de Arathorn iba a la guerra en las fronteras de Mordor. Muy brillante pareció la espada cuando estuvo otra vez completa; era roja a la luz del sol y fría a la luz de la luna y tenía un borde duro y afilado. Y Aragorn le dio un nuevo nombre y la llamó Andúril, Llama del Oeste.

Aragorn y Gandalf paseaban juntos o se sentaban a hablar del camino y de los peligros que podrían encontrar y estudiaban los mapas historiados y los libros de ciencia que había en casa de Elrond. A veces Frodo los acompañaba, pero estaba contento de poder confiar en ellos como guías y se pasaba la mayor parte del tiempo con Bilbo.

En aquellos últimos días los hobbits se reunían a la noche en la Sala de Fuego y allí entre muchas historias oyeron completa la balada de Beren y Lúthien y la conquista de la Gran joya, pero de día mientras Merry y Pippin iban de un lado a otro, Frodo y Sam se pasaban las horas en el cuartito de Bilbo. Allí Bilbo les leía pasajes del libro (que

parecía aún muy incompleto), o fragmentos de poemas, o tomaba notas de las aventuras de Frodo.

En la mañana del último día Frodo estaba a solas con Bilbo y el viejo hobbit sacó de debajo de la cama una caja de madera. Levantó la tapa y buscó dentro.

-Se te quebró la espada, creo -le dijo a Frodo titubeando- y pensé que quizá te interesara tener ésta, ¿la conoces?

Sacó de la caja una espada pequeña, guardada en una raída vaina de cuero. La desenvainó y la hoja pulida y bien cuidada relució de pronto, fría y brillante.

-Esta es Dardo -dijo y sin mucho esfuerzo la hundió profundamente en una viga de madera-. Tómala, si quieres. No la necesitaré más, espero.

Frodo la aceptó agradecido.

-Y aquí hay otra cosa -dijo Bilbo.

Y sacó un paquete que parecía bastante pesado para su tamaño. Desenvolvió viejas telas y sacó a la luz una pequeña cota de malla de anillos entrelazados, flexible casi como un lienzo, fría como el hielo, y más dura que el acero. Brillaba como plata a la luz de la luna y estaba tachonada de gemas blancas y tenía un cinturón de cristal y perlas.

-¡Es hermosa!, ¿no es cierto? -dijo Bilbo moviéndola a la luz-. Y útil además. Es la cota de malla de enano que me dio Thorin. La recuperé en Cavada Grande, antes de salir. Llevo siempre conmigo todos los recuerdos del Viaje excepto el Anillo. Pero nunca esperé usarla y ahora no la necesito sino para mirarla algunas veces. Apenas sientes el peso cuando la llevas.

-Parecerá... bueno, no creo que me quede bien -dijo Frodo.

-Lo mismo dije yo -continuó Bilbo-. Pero no te preocupes por tu apariencia. Puedes usarla debajo de la ropa. ¡Vamos! Tienes que compartir conmigo este secreto. ¡No se lo digas a nadie! Pero me sentiré más feliz si sé que la llevas puesta. Se me ha ocurrido que hasta podría desviar los cuchillos de los Jinetes Negros -concluyó en voz baja.

-Muy bien, la tomaré -dijo Frodo.

Bilbo le colocó la malla y aseguró a Dardo al cinturón resplandeciente. Luego Frodo se puso encima las viejas ropas manchadas por la vida a la intemperie: pantalones de montar, túnica y chaqueta.

-Un simple hobbit, eso pareces ser -dijo Bilbo-. Pero ahora hay algo más en ti, que sale a la superficie. ¡Te deseo mucha suerte!

Dio media vuelta y miró por la ventana, tratando de tararear una canción.

-Nunca te lo agradeceré bastante, Bilbo, esto y todas tus bondades pasadas -dijo Frodo.

-¡Pues no lo intentes! -dijo el viejo hobbit, y volviéndose palmeó a Frodo en la espalda-. ¡Huy! -gritó-. ¡Estás demasiado duro ahora para palmearte! Pero escúchame: los hobbits tienen que estar siempre unidos y especialmente los Bolsón. Todo lo que te pido a cambio es esto: cuídate bien, tráeme todas las noticias que puedas y todas las viejas canciones e historias que encuentres. Haré lo posible por terminar el libro antes que vuelvas. Me gustaría escribir el segundo volumen, si vivo bastante.

Se interrumpió y se volvió otra vez a la ventana canturreando:

*Me siento junto al fuego y pienso
en todo lo que he visto,
en flores silvestres y mariposas
de veranos que han sido.*

*En hojas amarillas y telarañas,
en otoños que fueron,
la niebla en la mañana, el sol de plata
y el viento en mis cabellos.*

*Me siento junto al fuego y pienso
cómo el mundo será,
cuando llegue el invierno sin una primavera
que yo pueda mirar.*

*Pues hay todavía tantas cosas
que yo jamás he visto:
en todos los bosques y primaveras
hay un verde distinto.*

*Me siento junto al fuego y pienso
en las gentes de ayer,
y en gentes que verán un mundo
que no conoceré.*

*Y mientras estoy aquí sentado
pensando en otras épocas
espero oír unos pasos que vuelven
y voces en la puerta.*

Era un día frío y gris de fines de diciembre. El viento del este soplaba entre las ramas desnudas de los árboles y golpeaba los pinos oscuros de las lomas. Jirones de nubes se apresuraban allá arriba, oscuras y bajas. Cuando las sombras tristes del crepúsculo comenzaron a extenderse, la Compañía se aprestó a partir. Saldrían al anochecer, pues Elrond les había aconsejado que viajaran todo lo posible al amparo de la noche, hasta que estuvieran lejos de Rivendel.

-No olvidéis los muchos ojos sirvientes de Sauron -dijo-. Las noticias de la derrota de los Jinetes ya le han llegado sin duda y tiene que estar loco de furia. Pronto los espías pedestres y alados se habrán diseminado por las tierras del norte. Cuando estéis en camino, guardaos hasta del cielo que se extiende sobre vosotros.

La Compañía cargó poco material de guerra, pues confiaban más en pasar inadvertidas que en la suerte de una batalla. Aragorn llevaba a Andúril y ninguna otra arma, e iba vestido con ropas de color verde y pardo mohosos, como un jinete del desierto. Boromir tenía una larga espada, parecida a Andúril, pero de menor linaje, y cargaba además un escudo y el cuerno de guerra.

-Suena alto y claro en los valles de las colinas -dijo-, ¡y los enemigos de Gondor ponen pies en polvorosa!

Llevándose el cuerno a los labios, Boromir sopló y los ecos saltaron de roca en roca y todos los que en Rivendel oyeron esa voz se incorporaron de un salto.

-No te apresures a hacer sonar de nuevo ese cuerno, Boromir -dijo Elrond-, hasta que hayas llegado a las fronteras de tu tierra y sea necesario.

-Quizá –dijo Boromir-, pero siempre en las partidas he dejado que mi cuerno grite, y aunque más tarde tengamos que arrastrarnos en la oscuridad, no me iré ahora como un ladrón en la noche.

Sólo Gimli el enano exhibía una malla corta de anillos de acero (pues los enanos soportan bien las cargas) y un hacha de regular tamaño le colgaba de la cintura. Legolas tenía un arco y un carcaj, y en la cintura un largo cuchillo blanco. Los hobbits más jóvenes cargaban las espadas que habían sacado del túmulo, pero Frodo no disponía de otra arma que Dardo y llevaba oculta la cota de malla, como Bilbo se lo había pedido. Gandalf tenía su bastón, pero se había ceñido a un costado la espada élfica que llamaban Glamdring, hermana de Orcrist, que descansa ahora sobre el pecho de Thorin bajo la Montaña Solitaria.

Todos fueron bien provistos por Elrond con ropas gruesas y abrigadas, y tenían chaquetas y mantos forrados de piel. Las provisiones y ropas de repuesto fueron cargadas en un poney, nada menos que la pobre bestia que habían traído de Bree.

La estadía en Rivendel lo había transformado de un modo asombroso: le brillaba el pelo y parecía haber recuperado todo el vigor de la juventud. Fue Sam quien insistió en elegirlo, declarando que Bill (así lo llamaba ahora) se iría consumiendo poco a poco si no lo llevaban con ellos.

-Ese animal casi habla -dijo- y llegaría a hablar si se quedara aquí más tiempo. Me echó una mirada tan elocuente como las palabras del señor Pippin: Si no me dejas ir contigo, Sam, te seguiré por mi cuenta.

De modo que Bill sería la bestia de carga; sin embargo era el único miembro de la Compañía que no parecía deprimido.

Ya se habían despedido de todos en la gran sala junto al fuego y ahora sólo estaban esperando a Gandalf, que aún no había salido de la casa. Por las puertas abiertas podían verse los reflejos del fuego y en las ventanas brillaban unas luces tenues. Bilbo estaba de pie y en silencio junto a Frodo, arropado en un manto. Aragorn se había sentado en el suelo y apoyaba la cabeza en las rodillas; sólo Elrond entendía de veras qué significaba esta hora para él. Los otros eran como sombras grises en la oscuridad.

Sam, junto al poney, se pasaba la lengua por los dientes y miraba morosamente la sombra de allá abajo donde el río cantaba sobre un lecho de piedras; en este momento no tenía ningún deseo de aventuras.

-Bill, amigo mío -dijo-, no tendrías que venir con nosotros. Podrías quedarte aquí y comerías el heno mejor, hasta que crecieran los nuevos pastos.

Bill sacudió la cola y no dijo nada.

Sam se acomodó el paquete sobre los hombros y repasó mentalmente todo lo que llevaba, preguntándose con inquietud si no habría olvidado algo: el tesoro principal, los utensilios de cocina; la cajita de sal que lo acompañaba siempre y que llenaba cada vez que le era posible; una buena porción de hierba para pipa, «no suficiente», pensaba; pedernal y yesca; medias de lana; ropa blanca; varias pequeñas pertenencias que Frodo había olvidado y que él había guardado para mostrarlas en triunfo cuando las necesitasen. Lo repasó todo.

-¡Cuerda! -murmuró-. ¡Ninguna cuerda! Y anoche mismo te dijiste: «Sam, ¿qué te parece un poco de cuerda? Si no la llevas la necesitarás.» Bueno, ya la *necesito*. No puedo conseguirla ahora.

En ese momento Elrond salió con Gandalf y pidió a la Compañía que se acercase.

-He aquí mis últimas palabras -dijo en voz baja-. El Portador del Anillo parte ahora en busca de la Montaña del Destino. Toda *responsabilidad* recae sobre él: no librarse del Anillo, no entregárselo a ningún siervo de Sauron y en verdad no dejar que nadie lo toque, excepto los miembros del Concilio o la Compañía y esto en caso de extrema necesidad. Los otros van con él como acompañantes voluntarios, para ayudarlo en esa tarea. Podéis detenernos, o volver, o tomar algún otro camino, según las circunstancias. Cuanto más lejos lleguéis, menos fácil *será retroceder, pero* ningún lazo ni juramento os obliga a ir *más* allá de vuestros propios corazones, y no podéis prever lo que cada uno encontrará en el camino.

-Desleal es aquel que se despide cuando el camino se oscurece -dijo Gimli.

-Quizá -dijo Elrond-, pero no jure que caminará en las tinieblas quien no ha visto la caída de la noche.

-Sin embargo, un juramento puede dar fuerzas a un corazón desfalleciente.

-O destruirlo -dijo Elrond-. ¡No miréis demasiado adelante! ¡Pero partid con buen ánimo! Adiós y que las bendiciones de los elfos y los hombres y toda la gente libre vayan con vosotros. ¡Que las estrellas os iluminen!

-Buena... ¡buena suerte! -gritó Bilbo tartamudeando de frío-. *No* creo que puedas llevar un diario, Frodo, compañero, pero esperaré a que me lo cuentes todo cuando vuelvas. ¡Y no tardes demasiado! ¡Adiós!

Muchos otros de la Casa de Elrond *los* miraban desde *las* sombras y les decían adiós en voz baja. No había risas ni canto ni música. Al fin la Compañía se volvió, desapareciendo en la oscuridad.

Cruzaron el puente y remontaron lentamente los largos senderos escarpados que los llevaban fuera del profundo valle de Rivendel, y al fin llegaron a los páramos altos donde el viento siseaba entre los brezos. Luego, echando una mirada al Último Hogar que centelleaba allá abajo, se alejaron a grandes *pasos perdiéndose* en la noche.

En el Vado del Bruinen dejaron el camino y doblando hacia el sur fueron por unas sendas estrechas entre los campos quebrados. Tenían el propósito de seguir bordeando las laderas occidentales de las montañas durante muchas millas y muchos días. La región era más accidentada y desnuda que el valle verde del Río Grande del otro lado de las montañas, en las Tierras Asperas. La marcha era necesariamente lenta, pero esperaban escapar de este modo a miradas hostiles. Los espías de Sauron habían sido vistos raras veces en estas extensiones desiertas y los senderos eran poco conocidos excepto para la gente de Rivendel.

Gandalf marchaba delante y con él iba Aragorn, que conocía estas tierras aun en la oscuridad. Los otros los seguían en fila y Legolas que tenía ojos penetrantes cerraba la marcha. La primera parte del viaje fue dura y monótona y Frodo sólo guardaría el recuerdo del viento. Durante muchos días sin sol, un viento helado sopló de las montañas del este y parecía que ninguna ropa pudiera protegerlos contra aquellas agujas penetrantes. Aunque la Compañía estaba bien equipada, pocas veces sintieron calor, tanto moviéndose como descansando. Dormían inquietos en pleno día, en algún repliegue del terreno o escondiéndose bajo unos arbustos espinosos que se apretaban a los lados del camino. A la caída de la tarde los despertaba quien estuviera de guardia y tomaban la comida principal: fría y triste casi siempre, pues pocas veces podían arriesgarse a encender un fuego. Ya de noche partían otra vez, buscando los senderos que llevaban al sur.

Al principio les pareció a los hobbits que aun caminando y trastabillando hasta el agotamiento, iban a paso de caracol y no llegaban a ninguna parte. Pasaban los días y el paisaje era siempre igual. Sin embargo, poco a poco, las montañas estaban acercándose. Al sur de Rivendel eran aún más altas y se volvían hacia el oeste; a los pies de la cadena principal se extendía una tierra cada vez más ancha de colinas desiertas y valles profundos donde corrían unas aguas turbulentas. Los senderos eran escasos y tortuosos y muchas veces los llevaban al borde de un precipicio, o a un traicionero pantano.

Llevaban quince días de marcha cuando el tiempo cambió. El viento amainó de pronto y viró al sur. Las nubes rápidas se elevaron y desaparecieron y asomó el sol, claro y brillante. Luego de haber caminado tropezando toda una noche, llegó el alba fría y pálida. Estaban ahora en una loma baja, coronada de acebos; los troncos de color verde grisáceo parecían estar hechos con la misma piedra de las lomas. Las hojas oscuras relucían y las bayas eran rojas a la claridad del sol naciente.

Lejos, en el sur, Frodo alcanzaba a ver los perfiles oscuros de unas montañas elevadas que ahora parecían interponerse en el camino que la Compañía estaba siguiendo. A la izquierda de estas alturas había tres picos; el más alto y cercano parecía un diente coronado de nieve; el profundo y desnudo precipicio del norte estaba todavía en sombras, pero donde lo alcanzaban los rayos oblicuos del Sol, el pico llameaba, rojizo.

Gandalf se detuvo junto a Frodo y miró amparándose los ojos con la mano.

-Hemos llegado a los límites de la región que los hombres llaman Acebeda; muchos elfos vivieron aquí en días más felices, cuando tenía el nombre de Eregion. Hemos hecho cuarenta y cinco leguas a vuelo de pájaro, aunque nuestros pies caminaran otras muchas millas. El territorio y el tiempo serán ahora más apacibles, pero quizá también más peligrosos.

-Peligroso o no, un verdadero amanecer es siempre bien recibido -dijo Frodo echándose atrás la capucha y dejando que la luz de la mañana le cayera en la cara.

-¡Las montañas están frente a nosotros! -dijo Pippin-. Nos desviamos al este durante la noche.

-No -dijo Gandalf -. Pero ves más lejos a la luz del día. Más allá de esos picos la cadena dobla hacia el sudoeste. Hay muchos mapas en la Casa de Elrond, aunque supongo que nunca pensaste en mirarlos.

-Sí, lo hice, a veces -dijo Pippin-, pero no los recuerdo. Frodo tiene mejor cabeza que yo para estas cosas.

-Yo no *necesito mapas* -dijo Gimli, que se había acercado con Legolas y miraba ahora ante él con una luz extraña en los ojos profundos-. Esa es la tierra donde trabajaron nuestros padres, hace tiempo, y hemos grabado la imagen de esas montañas en muchas obras de metal y de piedra y en muchas canciones e historias. Se alzan muy altas en nuestros sueños: Baraz, Zirak, Shathûr.

»Sólo las vi una vez de lejos en la vigilia, *pero las conozco* y sé cómo se llaman, pues debajo de ellas está Khazad-dûm, la Mina del Enano, que ahora: llaman el Pozo Oscuro, Moria en la lengua élfica. Más allá se encuentra Barazinbar, el Cuerno Rojo, el cruel Caradhras; y aún más allá el Cuerno de Plata y el Monte Nuboso: Celebdil el Blanco y Fanuidhol el Gris, que nosotros llamamos Zirak-zigil y Bundushathûr.

»Allí las Montañas Nubladas se dividen y *entre los dos brazos se* extiende el valle profundo y oscuro que no podemos olvidar: Azanulbizar, el Valle del Arroyo Sombrío, que los elfos llaman Nanduirion.

-Hacia ese valle vamos -dijo Gandalf-. Si subimos por el paso llamado la Puerta del Cuerno Rojo, en la falda opuesta del Caradhras, descenderemos por la Escalera del

Arroyo Sombrío al valle profundo de *los enanos*; allí se encuentran el Lago Espejo y los helados manantiales del Cauce de Plata.

-Oscura es el agua del Kheled-zâram -dijo Gimll- y frías son las fuentes del Kibil-nâla. Se me encoge el corazón pensando que los veré pronto.

-Que esa visión te traiga alguna alegría, mi querido enano -dijo Gandalf-. Pero haz lo que hazas, no podremos quedarnos en ese valle. Tenemos que seguir el Cauce de Plata aguas abajo hasta los bosques secretos y así hasta el Río Grande y luego...

Hizo una pausa.

-Sí, ¿y luego qué? -preguntó Merry.

-Hacia nuestro destino, el fin del viaje -dijo Gandalf-. No podemos mirar demasiado adelante. Alegrémonos de que la primera etapa haya quedado felizmente atrás. Creo que descansaremos aquí, no sólo hoy sino también esta noche. El aire de Acebeda tiene algo de sano. Muchos males han de caer sobre un país para que olvide del todo a los elfos, si alguna vez vivieron ahí.

-Es cierto - dijo Legolas -. Pero los elfos de esta tierra no eran gente de los bosques como nosotros, y los árboles y la hierba no los recuerdan. Sólo oigo el lamento de las piedras, que todavía los lloran: *Profundamente cavaron en nosotras, bellamente nos trabajaron, altas nos erigieron; pero han desaparecido*. Han desaparecido. Fueron en busca de los puertos mucho tiempo atrás.

Aquella mañana encendieron un fuego en un hueco profundo, velado por grandes macizos de acebos, y por vez primera desde que dejaran Rivendel tuvieron un almuerzo-desayuno feliz. No corrieron en seguida a la cama, pues esperaban tener toda la noche para dormir y no partirían de nuevo hasta la noche del día siguiente. Sólo Aragorn guardaba silencio, inquieto. Al cabo de un rato dejó la Compañía y caminó hasta el borde del hoyo; allí se quedó a la sombra de un árbol, mirando al sur y al oeste, con la cabeza ladeada como si estuviera escuchando. Luego se volvió y miró a los otros que reían y charlaban.

-¿Qué pasa, Trancos? -llamó Merry-. ¿Qué estás buscando? ¿Echas de menos el Viento del Este?

-No por cierto -respondió Trancos-. Pero algo echo de menos. He estado en el país de Acebeda en muchas estaciones. Ninguna gente las habita ahora, pero hay animales que viven aquí en todas las épocas, especialmente pájaros. Ahora sin embargo todo está callado, excepto vosotros. Puedo sentirlo. No hay ningún sonido en muchas millas a la redonda y vuestras voces resuenan como un eco. No lo entiendo.

Gandalf alzó la vista con repentino interés.

-¿Cuál crees que sea la razón? -preguntó -. ¿Habría otra aparte de la sorpresa de ver a cuatro hobbits, para no mencionar el resto, en sitios donde no se ve ni se oye a casi nadie?

-Ojalá sea así -respondió Trancos-. Pero tengo una impresión de acechanza y temor que nunca conocí aquí antes.

-Entonces tenemos que cuidarnos -dijo Gandalf-. Si traes a un montaraz contigo, es bueno prestarle atención, más aún si el montaraz es Aragorn. No hablemos en voz alta. Descansemos tranquilos y vigilemos.

Ese día le tocaba a Sam hacer la primera guardia, pero Aragorn se le unió. Los otros se durmieron. Luego el silencio creció de tal modo que hasta Sam lo advirtió. La respiración de los que dormían podía oírse claramente. Los meneos de la cola del poney

y los ocasionales movimientos de los cascos se convirtieron en fuertes ruidos. Sam se movía y alcanzaba a oír cómo le crujían las articulaciones. Un silencio de muerte reinaba alrededor y por encima del todo se extendía un cielo azul y claro, mientras el sol ascendía en el este. A lo lejos, en el sur, apareció una mancha oscura que creció y fue hacia el norte como un humo llevado por el viento.

-¿Qué es eso, Trancos? No parece una nube -le susurró Sam a Aragorn.

Aragorn no respondió; tenía los ojos clavados en el cielo. Pero Sam no tardó en reconocer lo que se acercaba. Bandadas de pájaros, que volaban muy rápidamente y en círculos, yendo de un lado a otro, como buscando algo; y estaban cada vez más próximas.

-¡Échate al suelo y no te muevas! - siseó Aragorn, arrastrando a Sam a la sombra de una mata de acebos-, pues todo un regimiento de pájaros acababa de desprenderse de la bandada principal y se acercaba volando bajo. Sam pensó que eran una especie de grandes cuervos. Mientras pasaban sobre la loma, en una columna tan apretada que la sombra los seguía oscuramente por el suelo, se oyó un único y ronco graznido.

No hasta que los pájaros hubieron desaparecido en la distancia, al norte y al oeste, y el cielo se hubo aclarado otra vez, se incorporó de nuevo Aragorn. Dio un salto entonces y fue a despertar a Gandalf.

-Regimientos de cuervos negros están volando de aquí para allá entre las montañas y el Fontegrís -dijo- y han pasado sobre Acebeda. No son nativos de aquí; son *crebain* de Fangorn y de las Tierras Brunas. No sé qué les ocurre; quizás hay algún problema allá en el sur del que vienen huyendo; pero creo que están espiando la región. He visto además algunos halcones volando alto en el cielo. Pienso que debiéramos partir de nuevo esta misma noche. Acebeda ya no es un lugar seguro para nosotros; es un lugar vigilado.

-Y en ese caso lo mismo será en la Puerta del Cuerno Rojo -dijo Gandalf -. Y no alcanzo a imaginar cómo podríamos pasar por allí sin ser vistos. Pero lo pensaremos cuando sea el momento. En cuanto a partir cuando oscurezca, temo que tengas razón.

-Por suerte nuestro fuego humeó poco y sólo quedaban unas brasas cuando vinieron los *crebain* - dijo Aragorn-. Hay que apagarlo y ya no encenderlo más.

-Bueno, ¡qué calamidad y qué fastidio! -dijo Pippin. Las noticias: no más fuego y caminar otra vez de noche, le habían sido transmitidas tan pronto como despertó poco después de media tarde-. ¡Todo a causa de una bandada de cuervos! Yo había estado esperando que esta noche comiésemos bien, algo caliente.

-Bueno, puedes seguir esperando -dijo Gandalf-. Quizá tengas todavía muchos banquetes inesperados. En cuanto a mí me gustaría fumar cómodamente una pipa y calentarme los pies. Sin embargo, de algo al menos estamos seguros: habrá más calor a medida que vayamos hacia el sur.

-Demasiado calor, no me sorprendería -le murmuró Sam a Frodo-. Pero empiezo a pensar que es tiempo de echarle un vistazo a esa Montaña de Fuego y ver el fin del camino, por así decir. Yo creía al principio que este Cuerno Rojo, o como se llame, sería la Montaña, hasta que Gimli nos habló. Qué lenguaje este de los enanos, ¡para romperle a uno las mandíbulas!

Los mapas no le decían nada a Sam y en estas tierras desconocidas todas las distancias parecían tan vastas que él ya había perdido la cuenta.

Todo aquel día la Compañía permaneció oculta. Los pájaros oscuros pasaron sobre ellos una y otra vez y cuando el sol poniente enrojeció desaparecieron en el sur. Al anochecer, la Compañía se puso en marcha y volviéndose ahora un poco al este se

encaminaron hacia el lejano Caradhras, que era todavía un débil reflejo rojo a la última luz del sol desvanecido. Una tras otra fueron asomando las estrellas blancas, en el cielo que se apagaba.

Guiados por Aragorn encontraron un buen sendero. Le pareció a Frodo que eran los restos de un antiguo camino, en otro tiempo ancho y bien trazado, y que iba de Acebeda al paso montañoso. La luna, llena ahora, se alzó por encima de las montañas y difundió una pálida luz en donde las sombras de las piedras eran negras. Muchas de ellas parecían trabajadas a mano, aunque ahora yacían tumbadas y arruinadas en una tierra desierta y árida.

Era la hora de frío glacial que precede a la aparición del alba y la luna había descendido. Frodo alzó los ojos al cielo. De pronto vio o sintió que una sombra cruzaba por delante de las estrellas, como si se hubieran apagado un momento y en seguida brillaran otra vez. Se estremeció.

-¿Viste algo que pasó por allá arriba? -le susurró a Gandalf-.

Quizá no era nada, sólo un jirón de nube.

-Se movía rápido entonces -dijo Aragorn- y no con el viento.

Ninguna otra cosa ocurrió esa noche. A la mañana siguiente el alba fue todavía más brillante, pero de nuevo hacía mucho frío y ya el viento soplaba otra vez del este. Marcharon dos noches más, subiendo siempre pero más lentamente a medida que el camino torcía hacia las lomas y las montañas subían acercándose. En la tercera mañana el Caradhras se elevaba ante ellos, una cima majestuosa, coronada de *nieve* plateada, pero de faldas desnudas y abruptas, de un rojo cobrizo, como tinto en sangre. El cielo parecía negro y el sol era pálido. El viento había cambiado ahora al nordeste. Gandalf husmeó el aire y se volvió.

-El invierno avanza detrás de nosotros -le dijo en voz baja a Aragorn -. Las cimas aquellas del norte están más blancas; la nieve ha descendido a las estribaciones. Esta noche estaremos ya a bastante altura, camino del Cuerno Rojo. En ese camino angosto es muy posible que nos vean y quizá nos tiendan alguna trampa; pero creo que el mal tiempo será nuestro peor enemigo. ¿Qué piensas ahora de este itinerario, Aragorn?

Frodo alcanzó a oír estas palabras y entendió que Gandalf y Aragorn estaban continuando una discusión que había comenzado mucho antes. Prestó atención, con cierta ansiedad.

-No pienso nada bueno del principio al fin y tú lo sabes bien, Gandalf -respondió Aragorn-. Y a medida que vayamos adelante aumentarán los peligros, conocidos y desconocidos. Pero tenemos que seguir; de nada serviría demorar el cruce de las montañas. Más al sur no hay desfiladeros hasta llegar al Paso de Rohan. Desde tus informes sobre Saruman, no me atrae ese camino. Quién sabe a qué bando sirven ahora los mariscales de los Señores de los Caballos.

-¡Quién sabe, en verdad! -dijo Gandalf -. Pero hay otro camino, que no es el paso de Caradhras: el camino secreto y oscuro del que ya hablamos una vez.

-¡No volvamos a nombrarlo! No todavía. No digas nada a los otros, te lo suplico, no hasta estar seguros de que no hay otro *remedio*.

-Tenemos que decidirnos antes de continuar -respondió Gandalf.

-Entonces consideremos ahora el asunto, mientras los otros descansan y duermen -dijo Aragorn.

Al atardecer, mientras los demás concluían el desayuno, Gandalf y Aragorn se hicieron a un lado y se quedaron mirando el Caradhras. Los flancos parecían ahora sombríos y lúgubres y había una nube sobre la cima. Frodo los observaba, preguntándose qué rumbos tomaría la discusión. Por fin los dos volvieron al grupo y Gandalf habló y Frodo supo que habían decidido enfrentar el mal tiempo y los peligros del paso. Se sintió aliviado. No imaginaba qué podía ser ese otro camino, oscuro y secreto, pero había bastado que Gandalf lo mencionase para que Aragorn pareciera espantado. Era una suerte que hubieran abandonado ese plan.

-Por los signos que hemos visto últimamente -dijo Gandalf -, temo que estén vigilando la entrada del Cuerno Rojo, y tengo mis dudas sobre el tiempo que está preparándose ahí detrás. Puede haber nieve. Tenemos que viajar lo más rápido posible. Aun así necesitaremos dos jornadas de marcha para llegar a la cima del paso. Hoy oscurecerá pronto. Partiremos en cuanto estéis listos.

-Yo añadiría una pequeña advertencia, si se me permite -dijo Boromir-. Nací a la sombra de las Montañas Blancas y algo sé de viajes por las alturas. Antes de descender del otro lado, encontraremos un frío penetrante, si no peor. De nada servirá ocultarnos hasta morir de frío. Cuando dejemos este lugar, donde hay todavía unos pocos árboles y arbustos, cada uno de nosotros ha de llevar un haz de leña, tan grande como le sea posible.

-Y Bill podrá llevar un poco más, ¿no es cierto, compañero? -dijo Sam.

El poney lo miró con aire de pesadumbre.

-Muy bien -dijo Gandalf -. Pero no usaremos la leña... no mientras no haya que elegir entre el fuego y la muerte.

La Compañía se puso de nuevo en marcha, muy rápidamente al principio; pero pronto el sendero se hizo abrupto y dificultoso; serpeaba una y otra vez subiendo siempre y en algunos lugares casi desaparecía entre muchas piedras caídas. La noche estaba oscura, bajo un cielo nublado. Un viento helado se abría paso entre las rocas. A medianoche habían llegado a las faldas de las grandes montañas. El estrecho sendero bordeaba ahora una pared de acantilados a la izquierda y sobre esa pared los flancos siniestros del Caradhras subían perdiéndose en la oscuridad; a la derecha se abría un abismo de negrura en el sitio en que el terreno caía a pique en una profunda hondonada.

Treparon trabajosamente por una cuesta empinada y se detuvieron arriba un momento. Frodo sintió que algo blando le tocaba la mejilla. Extendió el brazo y vio que unos diminutos copos de nieve se le posaban en la manga.

Continuaron. Pero poco después la nieve caía apretadamente, arremolinándose ante los ojos de Frodo. Apenas podía ver las figuras sombrías y encorvadas de Gandalf y Aragorn, que marchaban delante a uno o dos pasos.

-Esto no me gusta -jadeó Sam, que venía detrás-. No tengo nada contra la nieve en una mañana hermosa, pero prefiero estar en cama cuando cae. Sería bueno que toda esta cantidad llegara a Hobbiton. La gente de allí le daría la bienvenida.

Excepto en los páramos altos de la Cuaderna del Norte las nevadas copiosas eran raras en la Comarca y se las recibía como un acontecimiento agradable y una posibilidad de diversión. Ningún hobbit viviente (excepto Bilbo) podía recordar el terrible invierno de 1311, cuando los lobos blancos invadieron la Comarca cruzando las aguas heladas del Brandivino.

Gandalf se detuvo. La nieve se le acumulaba sobre la capucha y los hombros y le llegaba ya a los tobillos.

-Esto es lo que me temía -dijo-. ¿Qué opinas ahora, Aragorn? -También yo lo temía -respondió Aragorn-, pero menos que otras cosas. Conozco el riesgo de la nieve, aunque pocas veces cae copiosamente tan al sur, excepto en las alturas. Pero no estamos aún muy arriba; estamos bastante abajo, donde los pasos no se cierran casi nunca en el invierno.

-Me pregunto si no será una trampa del enemigo -dijo Boromir-. Dicen en mi país que él comanda las tormentas en las Montañas de Sombra que rodean a Mordor. Dispone de raros poderes y de muchos aliados.

-El brazo le ha crecido de veras -dijo Gimli- si puede traer nieve desde el norte para molestarnos aquí a trescientas leguas de distancia.

-El brazo le ha crecido -dijo Gandalf.

Mientras estaban allí detenidos, el viento amainó y la nieve disminuyó hasta cesar casi del todo. Echaron a caminar otra vez. Pero no habían avanzado mucho cuando la tormenta volvió con renovada furia. El viento silbaba y la nieve se convirtió en una cellisca eneguedora. Pronto aun para Boromir fue difícil continuar. Los hobbits, doblando el cuerpo, iban detrás de los más altos, pero era obvio que no podrían seguir así, si continuaba nevando. Frodo sentía que los pies le pesaban como plomo. Pippin se arrastraba detrás. Aun Gimli, tan fuerte como cualquier otro enano, refunfuñaba tambaleándose.

De pronto la Compañía hizo alto, como si todos se hubiesen puesto de acuerdo sin que mediara una palabra. De las tinieblas de alrededor les llegaban unos ruidos misteriosos. Quizá no era más que una jugarreta del viento en las grietas y hendiduras de la pared rocosa, pero los sonidos parecían chillidos agudos, o salvajes estallidos de risa. Unas piedras comenzaron a caer desde la falda de la montaña, silbando sobre las cabezas *de los* viajeros, o estrellándose en la senda. De cuando en cuando se oía un estruendo apagado, como si un peñasco bajara rodando desde las alturas ocultas.

-No podemos avanzar más esta noche - dijo Boromir-. Que llamen a esto el viento, si así lo desean; hay voces siniestras en el aire y estas piedras están dirigidas contra nosotros.

-Yo lo llamaré el viento -dijo Aragorn-. Pero eso no quita que hayas dicho la verdad. Hay muchas cosas malignas y hostiles en el mundo que tienen poca simpatía por quienes andan en dos patas; sin embargo no son cómplices de Sauron y tienen sus propios motivos. Algunas estaban en este mundo mucho antes que él.

-Caradhras era llamado el Cruel y tenía mala reputación -dijo Gimli- hace ya muchos años, cuando aún no se había oído de Sauron en estas tierras.

-Importa poco quién es el enemigo, si no podemos rechazarlo -dijo Gandalf.

-¿Pero qué haremos? -exclamó Pippin, desesperado.

Se había apoyado en Merry y Frodo y temblaba de pies a cabeza.

-O nos detenemos aquí mismo, o retrocedemos -dijo Gandalf-. No conviene continuar. Apenas un poco más arriba, si mal no recuerdo, el sendero deja el acantilado y corre por una ancha hondonada al pie de una pendiente larga y abrupta. Nada nos defenderá allí de la nieve, o las piedras, o cualquier otra cosa.

-Y no conviene volver mientras arrecia la tormenta -dijo Aragorn-. No hemos pasado hasta ahora por ningún sitio que nos ofrezca un refugio mejor.

-¡Refugio! -murmuró Sam-. Si esto es un refugio, entonces una pared sin techo es una casa.

La Compañía se apretó todo lo posible contra la pared de roca. Miraba al sur y cerca del suelo sobresalía un poco y ellos esperaban que los protegiera del viento del norte y las piedras que caían. Pero las ráfagas se arremolinaban alrededor y la nieve descendía en nubes cada vez más espesas.

Estaban todos juntos, de espaldas a la pared. Bill el poney se mantenía en pie pacientemente pero con aire abatido frente a los hobbits, resguardándolos un poco; la nieve amontonada no tardó en llegarle a los corvejones y seguía subiendo. Si no hubiesen tenido compañeros de mayor tamaño, los hobbits habrían quedado pronto sepultados bajo la nieve.

Una gran somnolencia cayó sobre Frodo, y sintió que se hundía en un sueño tibio y confuso. Pensó que un fuego le calentaba los pies, y desde las sombras al otro lado de las llamas le llegó la voz de Bilbo: *No me parece gran cosa tu diario, dijo. Tormentas de nieve el doce de enero. No había necesidad de volver para traer esa noticia.*

Pero yo quería descansar y dormir, Bilbo, respondió Frodo con un esfuerzo; sintió entonces que lo sacudían y recuperó dolorosamente la conciencia. Boromir lo había levantado sacándolo de un nido de nieve.

-Esto será la muerte de los medianos, Gandalf -dijo Boromir-. Es inútil quedarse aquí sentado mientras la nieve sube por encima de nuestras cabezas. Tenemos que hacer algo para salvarnos.

-Dale esto -dijo Gandalf buscando en sus alforjas y sacando un frasco de cuero-. Sólo un trago cada uno. Es muy precioso. Es *miruvor*, el cordial de Imladris que Elrond me dio al partir. ¡Pásalo!

Tan pronto como Frodo hubo tragado un poco de aquel licor tibio y perfumado, sintió una nueva fuerza en el corazón y los miembros libres de aquel pesado letargo. Los otros revivieron también, con una esperanza y un vigor renovados. Pero la nieve no cesaba. Giraba alrededor más espesa que nunca y el viento soplaba con mayor ruido.

-¿Qué tal un fuego? -preguntó Boromir bruscamente-. Parecería que ha llegado el momento de decidirse: el fuego o la muerte, Gandalf. Cuando la nieve nos haya cubierto estaremos sin duda ocultos a los ojos hostiles, pero eso no nos ayudará.

-Haz un fuego si puedes -respondió Gandalf-. Si hay centinelas capaces de aguantar esta tormenta, nos verán de todos modos, con fuego o sin fuego.

Aunque habían traído madera y ramitas por consejo de Boromir, estaba más allá de la habilidad de un elfo o aun de un enano encender una llama que no se apagase en los remolinos de viento o que prendiera en el combustible mojado. Al fin Gandalf mismo intervino, de mala gana. Tomando un leño lo alzó un momento y luego junto con una orden, *naur an edraith ammen!*, le hundió en el medio la punta de su vara. Inmediatamente brotó una llama verde y azul y la madera ardió chisporroteando.

-Si alguien ha estado mirándonos, entonces yo al menos me he revelado a él - dijo -. He escrito *Gandalf está aquí* en unos caracteres que cualquiera podría leer, desde Rivendel hasta las Bocas del Anduin.

Pero ya poco le importaban a la Compañía los centinelas o los ojos hostiles. El resplandor del fuego les regocijaba el corazón. La madera ardía animadamente y aunque todo alrededor sisease la nieve y un agua enlodada les mojase los pies, se complacían en calentarse las manos al calor del fuego. Estaban de pie, inclinados, en círculo alrededor de las llamas danzantes. Una luz roja les encendía las caras fatigadas y ansiosas; detrás la noche era como un muro negro. Pero la madera ardía con rapidez y aún caía la nieve.

El fuego se apagaba; echaron el último leño.

-La noche envejece -dijo Aragorn-. El amanecer no tardará.

-Si hay algún amanecer capaz de traspasar estas nubes -dijo Gimli.

Boromir se apartó del círculo y clavó los ojos en la oscuridad.

-La nieve disminuye y amaina el viento.

Frodo observó cansadamente los copos que todavía caían saliendo de la oscuridad y revelándose un momento a la luz del fuego moribundo, pero durante largo rato no notó que nevara menos. Luego, de pronto, cuando el sueño comenzaba de nuevo a invadirle, se dio cuenta de que el viento había cesado de veras, y que los copos eran ahora más grandes y escasos. Muy lentamente, una luz pálida comenzó a insinuarse. Al fin la nieve dejó de caer.

A medida que aumentaba, la luz iba descubriendo un mundo silencioso y amortajado. Desde la altura del refugio se veían abismos informes y jorobas y cúpulas blancas que ocultaban el camino por donde habían venido; pero unas grandes nubes, todavía pesadas, amenazando nieve, envolvían las cimas más altas.

Gimli alzó los ojos y sacudió la cabeza.

-Caradhras no nos ha perdonado -dijo-. Tiene todavía más nieve para echárnosla encima, si seguimos adelante. Cuanto más pronto volvamos y descendamos, mejor será.

Todos estuvieron de acuerdo, pero la retirada era ahora difícil, quizás imposible. Sólo a unos pocos pasos de la ceniza de la hoguera, la capa de nieve era de varios pies, más alta que los hobbits; en algunos sitios el viento la había amontonado contra la pared.

-Si Gandalf fuera delante de nosotros con una llama, quizá pudiera fundirnos un sendero -dijo Legolas.

La tormenta no lo había molestado mucho y era el único de la Compañía que aún parecía animado.

-Si los elfos volaran por encima de las montañas, podrían traernos el sol y salvarnos -contestó Gandalf-. Pero necesito materiales para trabajar. No puedo quemar nieve.

-Bueno -dijo Boromir-, cuando las cabezas no saben qué hacer hay que recurrir a los cuerpos, como dicen en mi país. Los más fuertes de nosotros tienen que buscar un camino. ¡Mirad! Aunque ahora todo está cubierto de nieve, nuestro sendero, cuando subíamos, se desviaba en aquella saliente de roca de allí abajo. Fue allí donde la nieve comenzó a pesarnos. Si pudiéramos llegar a ese sitio, quizá fuera más fácil continuar. No estamos a más de doscientas yardas, me parece.

-¡Entonces vayamos allí, tú y yo! -dijo Aragorn.

Aragorn era el más alto de la Compañía, pero Boromir, apenas más bajo, era más fornido y ancho de hombros. Fue delante y Aragorn lo siguió. Se alejaron, lentamente, y pronto les costó trabajo moverse. En algunos sitios la nieve les llegaba al pecho y muy a menudo Boromir parecía nadar o cavar con los grandes brazos más que caminar.

Legolas los observó un rato con una sonrisa en los labios y luego se volvió hacia los otros.

-¿Los más fuertes tienen que buscar un camino, dijeron? Pero yo digo: que el labrador empuje el arado, pero elige una nutria para nadar, y para correr levemente sobre la hierba y las hojas, o sobre la nieve... un elfo.

Diciendo esto saltó ágilmente y entonces Frodo notó como si fuese la primera vez, aunque lo sabía desde hacía tiempo, que el elfo no llevaba botas sino el calzado liviano de costumbre y que sus pies apenas dejaban huellas en la nieve.

-¡Adiós! -le dijo Legolas a Gandalf-. Voy en busca del sol. Luego, con la rapidez de un corredor sobre arenas firmes, se precipitó hacia delante, y alcanzando en seguida a

los hombres que se esforzaban en la nieve, saludándolos con la mano los dejó atrás, continuó corriendo y desapareció detrás de la saliente rocosa.

Los otros esperaron apretados unos contra otros, mirando hasta que Boromir y Aragorn fueron dos motas negras en la blancura. Al fin ellos también se perdieron de vista. El tiempo pasó arrastrándose. Las nubes bajaron y unos copos de nieve giraron en el aire, cayendo.

Transcurrió quizás una hora, aunque pareció mucho más, y al fin vieron que Legolas regresaba. Al mismo tiempo Boromir y Aragorn reaparecieron muy atrás en la vuelta del sendero y subieron trabajosamente la pendiente.

-Bueno -exclamó Legolas mientras trepaba corriendo-, no he traído el sol. Ella está paseándose por los campos azules del sur y una coronita de nieve sobre la cima del Cuerno Rojo no la incomoda demasiado. Pero traigo un rayo de buena esperanza para quienes están condenados a seguir a pie. La nieve se ha amontonado de veras justo después de la saliente, y allí nuestros hombres fuertes casi mueren enterrados. No sabían qué hacer hasta que volví y les dije que la nieve no era más espesa que un muro. Y del otro lado hay mucha menos nieve, y un poco más abajo es sólo un mantillo blanco, bueno para refrescarles los pies a los hobbits.

-Ah, como dije antes -se quejó Gimli-. No era una tormenta ordinaria, sino la mala voluntad de Caradhras. No gusta de los elfos ni de los enanos y acumuló esa nieve para cerrarnos el paso.

-Pero por suerte tu Caradhras olvidó que venían hombres contigo -dijo Boromir-. Y hombres valientes también, si puedo decirlo; aunque unos hombres menores pero con palas hubiesen servido mejor. Sin embargo, hemos abierto un sendero entre la nieve y aquellos que no corren tan levemente como los elfos nos estarán sin duda agradecidos.

-¿Pero cómo llegaremos allí abajo, aunque hayáis abierto esa senda? -dijo Pippin, expresando el pensamiento de todos los hobbits.

-¡Tened esperanza! -dijo Boromir-. Estoy cansado, pero todavía me quedan fuerzas y lo mismo Aragorn. Cargaremos a los más pequeños. Los otros se las arreglarán sin duda para seguirnos. ¡Vamos, señor Peregrin! Comenzaré contigo.

Levantó al hobbit.

-¡Sujétate a mi espalda! Necesitaré de mis brazos -dijo, y se lanzó hacia adelante.

Lo siguió Aragorn cargando a Merry. Pippin estaba maravillado de la fuerza de Boromir, viendo el pasaje que había logrado abrir sin otro instrumento que el de sus grandes miembros. Aun ahora, cargado como estaba, echaba nieve a los costados ensanchando la senda para quienes venían detrás.

Llegaron al fin a la barrera de nieve. Cruzaba el sendero montañoso como una pared inesperada y desnuda, y el borde superior, afilado, como tallado a cuchillo, se elevaba a una altura dos veces mayor que Boromir, pero por el medio corría un pasaje que subía y bajaba como un puente. Merry y Pippin fueron depositados en el suelo, del otro lado y allí esperaron con Legolas a que llegara el resto de la Compañía.

Al cabo de *un rato* Boromir volvió trayendo a Sam. Detrás, en *el sendero estrecho*, pero ahora firme, apareció Gandalf conduciendo a Bill; Gimli venía montado entre el equipaje. Al fin llegó Aragorn, con Frodo. Vinieron *por* la senda, pero apenas Frodo había tocado el *suelo* cuando se oyó un gruñido sordo y una cascada de piedras y nieve se precipitó *detrás de ellos*. La polvareda encegueció casi a la Compañía mientras se acurrucaban contra la pared, y cuando el aire se aclaró vieron que *el sendero por* donde habían venido estaba ahora bloqueado.

-¡Basta! ¡Basta! -gritó Gimli-. ¡Nos iremos lo antes posible!

Y en verdad *con este* último golpe la malicia de la montaña pareció agotarse, *como si* a Caradhras le bastara que los invasores hubiesen sido rechazados y que *no se* atrevieran a volver. La amenaza de nieve pasó; las nubes *empezaron* a abrirse y la luz aumentó.

Como Legolas había informado, descubrieron que la nieve era cada vez *menos espesa*, a medida que avanzaban, de modo que hasta los hobbits *podían ir* a pie. Pronto se encontraron una vez más sobre la cornisa en que terminaba la ladera y donde la noche anterior habían sentido *caer los primeros* copos de nieve.

La mañana *no* estaba muy avanzada. Volvieron la cabeza y miraron desde aquella altura *las* tierras más bajas del oeste. Lejos, en los terrenos abruptos que *se* extendían al pie de la montaña, se encontraba la hondonada donde habían comenzado a subir hacia el paso.

A Frodo le dolían las piernas. Estaba helado hasta los huesos y hambriento y la cabeza le daba vueltas cuando pensaba en la larga y dolorosa bajada. Unas manchas negras le flotaban ante los ojos. Se los frotó, pero las manchas negras no desaparecieron. A lo lejos, abajo, pero ya encima de *las* primeras estribaciones, unos puntos oscuros describían círculos en el aire.

-¡Otra vez los pájaros! -dijo Aragorn señalando.

-No podemos hacer nada ahora -dijo Gandalf-. Sean bondadosos o malvados, o aunque no tengan ninguna relación con nosotros, tenemos que bajar en seguida. ¡ No esperemos ni siquiera en las rodillas de Caradhras a que caiga de nuevo la noche!

Un viento frío los siguió mientras daban la espalda a la Puerta del Cuerno Rojo y bajaban por la pendiente tropezando de fatiga. Caradhras los había derrotado.

UN VIAJE EN LA OSCURIDAD

La luz gris menguaba otra vez rápidamente, cuando se detuvieron a pasar la noche. Estaban muy cansados. La oscuridad creciente velaba las montañas y el aire era frío. Gandalf le dio a cada uno un trago más del *miruvor* de Rivendel. Luego de comer invitó a los otros a discutir la situación.

-No podemos, por supuesto, continuar esta noche -dijo-. El ataque a la entrada del Cuerno Rojo *nos* ha dejado agotados y tenemos que descansar.

-¿Y luego adónde iremos? -preguntó Frodo.

-El viaje no ha terminado y *no hemos* cumplido aún nuestra misión -respondió Gandalf-. *No podemos* hacer otra cosa que continuar, o regresar a Rivendel.

El rostro se le iluminó a Pippin ante la sola mención de retornar a Rivendel. Merry y Sam *se miraron* esperanzados. Pero Aragorn y Boromir no reaccionaron. Frodo parecía preocupado.

-Me gustaría estar allí de vuelta -dijo-. ¿Pero cómo regresar sin sentirnos avergonzados? A *no ser que* no haya en verdad otro camino y que nos declaremos vencidos.

-Tienes razón, Frodo -dijo Gandalf -, regresares admitir la derrota y enfrentar luego derrotas peores. Si regresamos ahora, el Anillo tendrá que quedarse allí; no podremos *partir otra vez*. Luego, tarde o temprano, Rivendel será sitiada y destruida a corto y amargo plazo. Los Espectros del Anillo *son enemigos* mortales, pero sólo sombras del poder y del terror que llegarían a manejar *si* el Anillo Soberano cae de nuevo en manos de Sauron.

-Entonces tenemos que *continuar*, *si* hay un camino -dijo Frodo suspirando. Sam tenía de nuevo un aire lúgubre.

-Hay un camino que podemos probar -dijo Gandalf -. Desde el comienzo, cuando consideré por *vez primera* este viaje, pensé que valía la pena intentarlo. Pero no es un camino agradable y no os dije nada. Aragorn no estaba de acuerdo, al menos no hasta que intentáramos cruzar las montañas.

-Si es un camino peor que el de la Puerta del Cuerno Rojo, tiene que ser realmente malo -dijo Merry-. Pero será mejor que nos hables y nos enteremos en seguida de lo peor.

-El camino de que hablo conduce a las Minas de Moria -dijo Gandalf.

Sólo Gimli alzó la cabeza, con un fuego de brasas en la mirada. Todos los demás sintieron miedo de pronto. Aun para los hobbits era una leyenda que evocaba un oscuro terror.

-El camino puede llevar a Moria, ¿pero cómo podríamos saber si nos sacará de Moria? -dijo Aragorn, sombrío.

-Es un nombre de malos augurios -dijo Boromir-. Y no veo la necesidad de ir allí. Si no podemos cruzar las montañas, viajemos hacia el sur hasta el Paso de Rohan donde los hombres son amigos de mi pueblo, tomando el camino que yo seguí hasta aquí. O podemos ir todavía más lejos y cruzar el Isen hasta Playa Larga y Lebennin y así llegar a Gondor desde las regiones cercanas al mar.

-Las cosas han cambiado desde que viniste al norte, Boromir -replicó Gandalf -. ¿No oíste lo que dije de Saruman? Quizá tengamos que arreglar cuentas antes que esto haya terminado. Pero el Anillo no ha de acercarse a Isengard, si podemos impedirlo. El Paso de Rohan está cerrado para nosotros mientras vayamos con el Portador.

»En cuanto al camino más largo: no tenemos tiempo. Un viaje semejante podría llevarnos un año y tendríamos que pasar por muchas tierras desiertas donde no encontraríamos ningún refugio. Y no estaríamos seguros. Los ojos vigilantes de Saruman y el enemigo están puestos en esas tierras. Cuando viniste al norte, Boromir, no eras a los ojos del enemigo más que un viajero extraviado del sur y asunto de poca monta para él; no pensaba en otra cosa que en perseguir el Anillo. Pero ahora volverías como miembro de la Compañía del Anillo y estarías en peligro mientras permanecieses con nosotros. El peligro aumentaría con cada legua que hiciésemos hacia el sur bajo el cielo desnudo.

»Desde que intentamos cruzar el paso, nuestra situación se ha hecho aún más difícil, temo. Veo pocas esperanzas, si no nos perdemos de vista durante un tiempo y cubrimos nuestras huellas. Por lo tanto aconsejo que no vayamos por encima de las montañas, ni rodeándolas, sino por debajo. De cualquier modo es una ruta que el enemigo no esperará que tomemos.

-No sabemos lo que él espera -dijo Boromir-. Quizá vigile todas las rutas, las probables y las improbables. En ese caso entrar en Moria sería meterse en una trampa, apenas mejor que ir a golpear las puertas de la Torre Oscura. El nombre de Moria es tétrico.

-Hablas de lo que no sabes, cuando comparas a Moria con la fortaleza de Sauron -respondió Gandalf-. De todos nosotros yo he sido el único que he estado alguna vez en los calabozos del Señor Oscuro y esto sólo en la morada de Dol Guldur, más antigua y menos importante. Quienes cruzan las puertas de Baradûr no vuelven nunca. Pero yo no os llevaría a Moria si no hubiese ninguna esperanza de salir. Si hay orcos allí, lo pasaremos mal, es cierto. Pero la mayoría de los orcos de las Montañas Nubladas fueron diseminados o destruidos en la Batalla de los Cinco Ejércitos. Las águilas informan que los orcos están viniendo otra vez desde lejos, pero hay esperanzas de que Moria esté todavía libre.

»Hasta es posible que haya enanos allí y que en alguna sala subterránea construida en otro tiempo encontremos a Balin hijo de Fundin. De cualquier modo, la necesidad nos dicta este camino.

-¡Iré contigo, Gandalf! -dijo Gimli-. Iré contigo y exploraré las salas de Durin, cualquiera sea el riesgo, si encuentras las puertas que están cerradas.

-¡Bien, Gimli! -dijo Gandalf -. Tú me alientas. Buscaremos juntos las puertas ocultas y las cruzaremos. En las ruinas de los Enanos, una cabeza de enano se confundirá menos que un elfo, o un hombre o un Hobbit. No será la primera vez que entro en Moria. Busqué allí mucho tiempo a Thráin hijo de Thrór, después que desapareció. ¡Estuve en Moria y salí con vida!

-Yo también crucé una vez la Puerta del Arroyo Sombrío -dijo Aragorn serenamente-. Pero aunque salí como tú, guardo un recuerdo siniestro. No deseo entrar en Moria una segunda vez.

-Y yo ni siquiera una vez -dijo Pippin.

-Yo tampoco -murmuró Sam.

-¡Claro que no! -dijo Gandalf-. ¿Quién lo desearía? Pero la pregunta es: ¿quién me seguirá, si os guío hasta allí?

-Yo -dijo Gimli con vehemencia.

-Yo -masculló Aragorn-. Tú me seguiste casi hasta el desastre en la nieve y no te quejaste ni una vez. Yo te seguiré ahora, si esta última advertencia no te conmueve. No pienso ahora en el Anillo ni en ninguno de nosotros, Gandalf, sino en ti. Y te digo: si cruzas las puertas de Moria, ¡cuidado!

-Yo no iré -dijo Boromir-, a menos que todos voten contra mí. ¿Qué dicen Legolas y la gente pequeña? Tendríamos que oír, me parece, la opinión del Portador del Anillo.

-Yo no deseo ir a Moria -dijo Legolas.

Los hobbits no dijeron nada. Sam miró a Frodo. Al fin Frodo habló.

-No deseo ir -dijo-, pero tampoco quiero rechazar el consejo de Gandalf. Ruego que no se vote hasta que lo hayamos pensado bien. Apoyaremos a Gandalf más fácilmente a la luz de la mañana que en esta fría oscuridad. ¡Cómo aúlla el viento!

Con estas palabras todos se sumieron en una silenciosa reflexión. El viento silbaba entre las rocas y los árboles y había aullidos y lamentos en los vacíos ámbitos de la noche.

De pronto Aragorn se incorporó de un salto.

-¿Cómo aúlla el viento? - exclamó -. Aúlla con voz de lobo. ¡Los huargos han pasado al este de las montañas!

-¿Es necesario entonces esperar a que amanezca? -dijo Gandalf Como dije antes, la caza ha empezado. Aunque vivamos para ver el alba, ¿quién querrá ahora viajar al sur de noche con los lobos salvajes pisándonos los talones?

-¿A qué distancia está Moria? -preguntó Boromir.

-Hay una puerta al sudoeste de Caradhras, a unas quince millas a vuelo de cuervo y a unas veinte a paso de lobo -respondió Gandalf con aire sombrío.

-Partamos entonces con las primeras luces, si podemos -dijo Boromir-. El lobo que se oye es peor que el orco que se teme.

-¡Cierto! -dijo Aragorn, soltando la espada en la vaina-. Pero donde el huargo aúlla, el orco ronda.

-Lamento no haber seguido el consejo de Elrond -le murmuró Pippin a Sam-. Al fin y al cabo sirvo de muy poco. No hay bastante en mí de la raza de Bandobras el *Toro Bramador*: esos aullidos me hielan la sangre. No recuerdo haberme sentido nunca tan desdichado.

-El corazón se me ha caído a los pies, señor Pippin -dijo Sam-. Pero todavía no nos han devorado y tenemos aquí alguna gente fuerte. No sé qué le estará reservado al viejo Gandalf, pero apostararía que no es la barriga de un lobo.

Para defenderse durante la noche, la Compañía subió a la loma que los había abrigado hasta entonces. Allá arriba en la cima había un grupo de viejos árboles retorcidos y alrededor un círculo incompleto de grandes piedras. Encendieron un fuego en medio de las piedras, pues no había esperanza de que la oscuridad y el silencio los ocultaran a las manadas de lobos cazadores.

Se sentaron alrededor del fuego y aquellos que no estaban de guardia cayeron en un sueño intranquilo. El pobre Bill, el poney, temblaba y transpiraba. El aullido de los lobos se oía ahora todo alrededor, a veces cerca y a veces lejos. En la oscuridad de la noche alcanzaban a verse muchos ojos brillantes que se asomaban al borde de la loma. Algunos se adelantaban casi hasta el círculo de piedras. En una brecha del círculo pudo verse una oscura forma lobuna, que los miraba. De pronto estalló en un aullido estremecedor, como si fuera un capitán incitando a la manada al asalto.

Gandalf se incorporó y dio un paso adelante, alzando la vara.

-¡Escucha, bestia de Sauron! -gritó-. Soy Gandalf. ¡Huye, si das algún valor a tu horrible pellejo! Te secaré del hocico a la cola, si entras en este círculo.

El lobo gruñó y dio un gran salto hacia adelante. En ese momento se oyó un chasquido seco. Legolas había soltado el arco. Un grito espantoso se alzó en la noche y la sombra que saltaba cayó pesadamente al suelo; la flecha élfica le había atravesado la

garganta. Los ojos vigilantes se apagaron. Gandalf y Aragorn se adelantaron unos pasos, pero la loma estaba desierta; la manada había huido. El silencio invadió la oscuridad de alrededor; el viento suspiraba y no traía ningún grito.

La noche terminaba y la luna menguante se ponía en el oeste, brillando de cuando en cuando entre las nubes que comenzaban a abrirse. Frodo despertó bruscamente. De improviso, una tempestad de aullidos feroces y amenazadores estalló alrededor del campamento. Una hueste de huargos se había acercado en silencio y ahora atacaban desde todos los lados a la vez.

-¡Rápido, echad combustible al fuego! -gritó Gandalf a los hobbits-. ¡Desenvainad y poneos espalda contra espalda!

A la luz de la leña nueva que se inflamaba y ardía, Frodo vio muchas sombras grises que entraban saltando en el círculo de piedras. Otras y otras venían detrás. Aragorn lanzó una estocada y le atravesó la garganta a un lobo enorme, uno de los jefes. Golpeando de costado, Boromir le cortó la cabeza a otro. Gimli estaba de pie junto a ellos, las piernas separadas, esgrimiendo su hacha de enano. El arco de Legolas cantaba.

A la luz oscilante del fuego pareció que Gandalf crecía de súbito: una gran forma amenazadora que se elevaba como el monumento de piedra de algún rey antiguo en la cima de una colina. Inclinandose como una nube, tomó una rama y fue al encuentro de los lobos. Las bestias retrocedieron. Gandalf arrojó al aire la tea llameante. La madera se inflamó con un resplandor blanco, como un relámpago en la noche, y la voz del mago rodó como el trueno:

-Naur an edraith ammen! Naur dan i ngaurhoth!

Hubo un estruendo y un crujido y el árbol que se alzaba sobre él estalló en una floración de llamas enceguecedoras. El fuego saltó de una copa a otra. Una luz resplandeciente coronó toda la colina. Las espadas y cuchillos de los defensores brillaron y refulgieron. La última flecha de Legolas se inflamó en pleno vuelo, y ardiendo se clavó en el corazón de un gran jefe lobo. Todos los otros escaparon.

El fuego se extinguió lentamente hasta que sólo quedó un movimiento de cenizas y chispas y una humareda acre subió en volutas de los muñones quemados de los árboles, envolviendo oscuramente la loma mientras las primeras luces del alba aparecían pálidas en el cielo. Los lobos habían sido vencidos y no volverían.

-¿Qué le dije, señor Pippin? -comentó Sam envainando la espada-. Los lobos no pudieron con él. Fue de veras una sorpresa. ¡Casi se me chamuscan los cabellos!

Entrada la mañana no se vio ninguna señal de los lobos, ni se encontró ningún cadáver. Las únicas huellas del combate de la noche eran los árboles carbonizados y las flechas de Legolas en la cima de la loma. Todas estaban intactas excepto una que no tenía punta.

-Tal como me lo temía -dijo Gandalf-. Estos no eran lobos comunes que buscan alimento en el desierto. ¡Comamos en seguida y partamos!

Ese día el tiempo cambió otra vez, casi como si obedeciese a algún poder que ya no podía servirse de la nieve, desde que ellos se habían retirado del paso, un poder que ahora deseaba tener una luz clara, de manera que todo aquello que se moviese en el desierto pudiera ser visto desde muy lejos. El viento había estado cambiando durante la noche del norte al noroeste y ahora ya no soplaba. Las nubes desaparecieron en el sur

descubriendo un cielo alto y azul. Estaban en la falda de la loma, listos para partir, cuando un sol pálido iluminó las cimas de los montes.

-Tenemos que llegar a las puertas antes que oscurezca -dijo Gandalf - o temo que no lleguemos nunca. No están lejos, pero corremos el riesgo de que nuestro camino sea demasiado sinuoso, pues aquí Aragorn no nos puede guiar; conoce poco el país y yo estuve sólo una vez al pie de los muros occidentales de Moria y eso fue hace tiempo. - Señaló el lejano sudeste donde los flancos de las montañas caían a pique en hondonadas sombrías. - Es allá -continuó. En la distancia alcanzaba a verse una línea de riscos desnudos y en medio, más alta que el resto, una gran pared gris-. Cuando dejamos el paso os llevé hacia el sur y no de vuelta a nuestro punto de partida como alguno de vosotros habrá notado. Era mejor así, pues ahora tenemos varias millas menos que recorrer y hay que darse prisa. ¡Vamos!

-No sé qué esperar -dijo Boromir ceñudamente-: que Gandalf encuentre lo que busca, o que llegando a los riscos descubramos que las puertas han desaparecido para siempre. Todas las posibilidades parecen malas, y que quedemos atrapados entre los lobos y el muro es quizá la posibilidad mayor. ¡En marcha!

Gimli caminaba ahora delante junto al mago, tan ansioso estaba de llegar a Moria. Juntos guiaron a los otros de vuelta hacia las montañas. El único camino antiguo que llevaba a Moria desde el oeste seguía el curso de un río, el Sirannon, que corría desde los riscos, no muy lejos de donde habían estado las puertas. Pero pareció que Gandalf había errado el camino, o que la región había cambiado en los últimos años, pues el río no estaba donde esperaba encontrarlo, a unas pocas millas al sur de la pared.

Era casi mediodía y la Compañía iba aún de un lado a otro, ayudándose a veces con manos y pies, por un terreno desolado de piedras rojas. No se veía ningún brillo de agua, ni se oía el menor ruido. Todo era desierto y seco. No había allí aparentemente criaturas vivas y ningún pájaro cruzaba el aire. Nadie quería pensar qué podía traerles la noche, si los alcanzaba en aquellas regiones perdidas.

De pronto Gimli que se había adelantado les gritó que se acercaran. Se había subido a una pequeña loma y apuntaba a la derecha. Se apresuraron y vieron allí abajo un cauce estrecho y profundo. Estaba vacío y silencioso y entre las piedras del lecho, pardas y manchadas de rojo, corría apenas un hilo de agua. Junto al borde más cercano había un sendero ruinoso que serpeaba entre las paredes derruidas y las piedras de una antigua carretera.

-¡Ah! ¡Aquí estamos al fin! -dijo Gandalf -. Es aquí donde corría el río, el Sirannon, el Río de la Puerta como solían llamarlo. No puedo imaginar qué le pasó al agua; antes era rápida y ruidosa. ¡Vamos! Tenemos que darnos prisa. Estamos retrasados.

Todos estaban cansados y tenían los pies doloridos, pero siguieron tercamente por aquella senda sinuosa y áspera durante muchas millas. El sol comenzó a descender. Luego de un breve descanso y una rápida comida, continuaron la marcha. Las montañas parecían observarlos de mala manera, pero el sendero corría por una profunda hondonada y sólo veían las estribaciones más altas y los picos lejanos del este.

Al fin llegaron a una vuelta brusca del sendero. Habían estado marchando hacia el sur entre el borde del canal y una pendiente abrupta a la izquierda; pero ahora el sendero corría de nuevo hacia el este. Casi en seguida vieron ante ellos un risco bajo, de unas cinco brazas de alto, que terminaba en un borde mellado y roto. Un hilo de agua bajaba

del risco, goteando a lo largo de una grieta que parecía haber sido cavada por un salto de agua, en otro tiempo caudaloso.

-¡Las cosas han cambiado en verdad! - dijo Gandalf -. Pero no hay error posible respecto del sitio. Esto es todo lo que queda de los Saltos de la Escalera. Si recuerdo bien hay unos escalones tallados en la roca a un lado, pero el camino principal se pierde doblando a la izquierda y sube así hasta el terreno llano de la cima. Había también un valle poco profundo que subía más allá de las cascadas hasta las Murallas de Moria y el Sirannon atravesaba ese valle con el camino a un lado. ¡Vayamos a ver cómo están las cosas ahora!

Encontraron los escalones de piedra sin dificultad y Gimli los subió saltando, seguido por Gandalf y Frodo. Cuando llegaron a la cima vieron que por ese lado no podían ir más allá y descubrieron las causas del secamiento del Arroyo de la Puerta. Detrás de ellos el sol poniente inundaba el fresco cielo occidental con una débil luz dorada. Ante ellos se extendía un lago oscuro y tranquilo. Ni el cielo ni el crepúsculo se reflejaban en la sombría superficie. El Sirannon había sido embalsado y las aguas cubrían el valle. Más allá de esas aguas ominosas se elevaba una cadena de riscos, finales e infranqueables, de paredes torvas y pálidas a la luz evanescente. No había signos de puerta o entrada, ni una fisura o grieta que Frodo pudiera ver en aquella piedra hostil.

-He ahí las Murallas de Moria -dijo Gandalf apuntando a través del agua-. Y allí hace un tiempo estuvo la Puerta, la Puerta de los Elfos en el extremo del camino de Acebeda, por donde hemos venido. Pero esta vía está cerrada. Nadie en la Compañía, me parece, querría nadar en estas aguas tenebrosas a la caída de la noche. Tienen un aspecto malsano.

-Busquemos un camino que bordee el lado norte -dijo Gimli-. La Compañía tendría que subir ante todo por el camino principal y ver adónde lleva. Aunque no hubiera lago, no conseguiríamos que nuestro poney de carga trepara por estos escalones.

-De cualquier modo no podríamos llevar a la pobre bestia a las Minas -dijo Gandalf-. El camino que corre por debajo de las montañas es un camino oscuro y hay trechos angostos y escarpados por donde él no pasaría, aunque pasáramos nosotros.

-¡Pobre viejo Bill! -dijo Frodo-. No lo había pensado. ¡Y pobre Sam! Me pregunto qué dirá.

-Lo lamento -dijo Gandalf -. El pobre Bill ha sido un compañero muy útil y siento en el alma tener que abandonarlo ahora. Yo hubiera preferido viajar con menos peso y sin ningún animal y menos que ninguno este que Sam quiere tanto. Temí todo el tiempo que estuviésemos obligados a tomar ese camino.

El día estaba terminando y las estrellas frías parpadeaban en el cielo bien por encima del sol poniente, cuando la Compañía trepó con rapidez por las laderas y bajó a la orilla del lago. No parecía tener de ancho más de un tercio de milla, como máximo. La luz era escasa y no alcanzaban a ver hasta dónde iba hacia el sur, pero el extremo norte no estaba a más de media milla y entre las crestas rocosas que encerraban el valle y la orilla del agua había una franja de tierra descubierta. Se adelantaron de prisa, pues tenían que recorrer una milla o dos antes de llegar al punto de la orilla opuesta indicado por Gandalf, y luego había que encontrar las puertas.

Llegaron al extremo norte del lago y descubrieron allí que una caleta angosta les cerraba el paso. Era de aguas verdes y estancadas y se extendía como un brazo cenagoso hacia las cimas de alrededor. Gimli dio un paso adelante sin titubear y descubrió que el agua era poco profunda y que allí en la orilla no le llegaba más arriba

del tobillo. Los otros caminaron detrás de él, en fila, pisando con cuidado, pues bajo las hierbas y el musgo había piedras viscosas y resbaladizas. Frodo se estremeció de repugnancia cuando el agua oscura y sucia le tocó los pies.

Cuando Sam, el último de la Compañía, llevó a Bill a tierra firme, del otro lado del canal, se oyó de pronto un sonido blando: un roce, seguido de un chapoteo, como si un pez hubiera perturbado la superficie tranquila del agua. Miraron atrás y alcanzaron a ver unas ondas que la sombra bordeaba de negro a la luz declinante; unos grandes anillos concéntricos se abrían desde un punto lejano del lago. Hubo un sonido burbujeante y luego silencio. La oscuridad creció y unas nubes velaron los últimos rayos del sol poniente.

Gandalf marchaba ahora a grandes pasos y los otros lo seguían tan de cerca como les era posible. Llegaron así a la franja de tierra seca entre el lago y los riscos, que no tenía a menudo más de doce yardas de ancho, y donde había muchas rocas y piedras; pero encontraron un camino siguiendo el contorno de los riscos y manteniéndose alejados todo lo posible del agua oscura. Una milla más al sur tropezaron con unos acebos. En las depresiones del Suelo se pudrían tocones y ramas secas: restos, parecía, de viejos setos o de una empalizada que alguna vez había bordeado el camino a través del valle anegado. Pero muy pegados al risco, altos y fuertes, había dos árboles, más grandes que cualquier otro acebo que Frodo hubiera visto o imaginado. Las grandes raíces se extendían desde la muralla hasta el agua. Vistos desde el pie de aquellas elevaciones, aún lejos de la escalera habían parecido meros arbustos, pero ahora se alzaban dominantes, tiesos, oscuros y silenciosos, proyectando en el suelo unas apretadas sombras nocturnas, irguiéndose como columnas que guardaban el término del camino.

-¡Bueno, aquí estamos al fin! - dijo Gandalf -. Aquí concluye el Camino de los Elfos que viene de Acebeda. El acebo era el signo de las gentes de este país y los plantaron aquí para señalar los límites del dominio, pues la Puerta del Oeste era utilizada para traficar con los Señores de Moria. Eran aquellos días más felices, cuando había a veces una estrecha amistad entre gentes de distintas razas, aun entre enanos y elfos.

-El debilitamiento de esa amistad no fue culpa de los enanos -dijo Gimli.

-Nunca oí decir que la culpa fuera de los elfos -dijo Legolas.

-Yo oí las dos cosas -dijo Gandalf-, y no tomaré partido ahora. Pero os ruego a los dos, Legolas y Gimli, que al menos seáis amigos y que me ayudéis. Las puertas están cerradas y ocultas y cuanto más pronto las encontremos mejor. ¡La noche se acerca!

Volviéndose hacia los otros continuó:

-Mientras yo busco, ¿queréis todos vosotros prepararnos para entrar en las Minas? Pues temo que aquí tengamos que despedirnos de nuestra buena bestia de carga. Tendremos que abandonar también mucho de lo que trajimos para protegernos del frío; no lo necesitaremos adentro, ni, espero, cuando salgamos del otro lado y bajemos hacia el sur. En cambio cada uno de nosotros tomará una parte de lo que trae el poney, especialmente comida y los odres de agua.

-¡Pero no podemos dejar al pobre Bill en este sitio desolado, señor Gandalf! -gritó Sam, irritado y desesperado a la vez-. No lo permitiré y punto. ¡Después que ha venido tan lejos y todo lo demás!

-Lo lamento, Sam -dijo el mago-. Pero cuando la puerta se abra, no creo que seas capaz de arrastrar a tu Bill al interior, a la larga y tenebrosa Moria. Tendrás que elegir entre Bill y tu amo.

-Bill seguiría al señor Frodo a un antro de dragones, si yo lo llevara -protestó Sam-. Sería casi un asesinato dejarlo aquí solo con todos esos lobos alrededor.

-Espero que sea casi un asesinato y nada más -dijo Gandalf. Puso la mano sobre la cabeza del poney y habló en voz baja-. Ve con palabras de protección y cuidado. Eres una bestia inteligente y has aprendido mucho en Rivendel. Busca los caminos donde haya pasto y llega a casa de Elrond, o a donde quieras ir.

»¡Ya está, Sam! Tendrá tantas posibilidades como nosotros de escapar a los lobos y volver a casa.

Sam estaba de pie, abatido, junto al poney, y no respondió. Bill, como si entendiera lo que estaba ocurriendo, se frotó contra Sam, pasándole el hocico por la oreja. Sam se echó a llorar y tironeó de las correas, descargando los bultos del poney y echándolos a tierra. Los otros sacaron todo, haciendo una pila de lo que podían dejar y repartiéndose el resto.

Luego se volvieron a mirar a Gandalf. Parecía que el mago no hubiera hecho nada. Estaba de pie entre los árboles mirando la pared desnuda del risco, como si quisiera abrir un agujero con los ojos. Gimli iba de un lado a otro, golpeando la piedra aquí y allá con el hacha. Legolas se apretaba contra la pared, como escuchando.

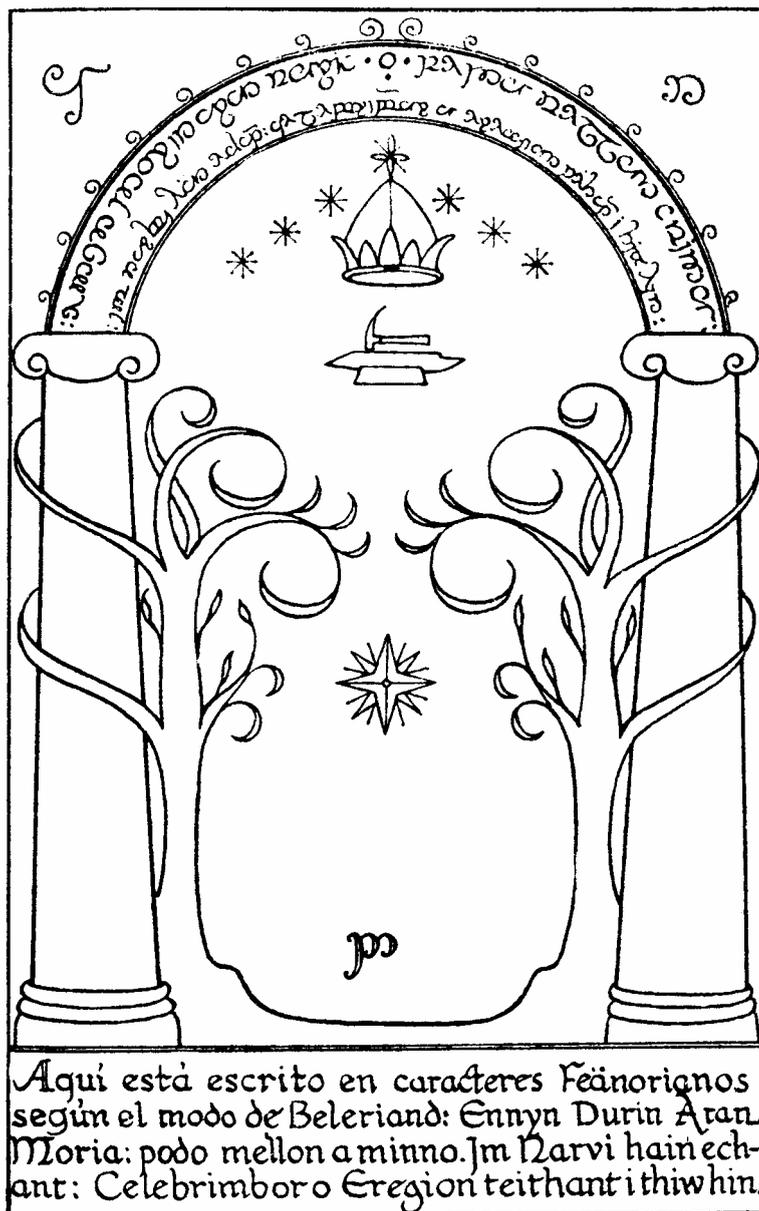
-Bueno, aquí estamos, todos listos -dijo Merry-, ¿pero dónde están las puertas? No veo ninguna indicación.

-Las puertas de los enanos no se hicieron para ser vistas, cuando están cerradas -dijo Gimli-. Son invisibles. Ni siquiera los amos de estas puertas pueden encontrarlas o abrirlas, si el secreto se pierde.

-Pero ésta no se hizo para que fuera un secreto, conocido sólo por los enanos -dijo Gandalf, volviendo de súbito a la vida y dando media vuelta-. Si las cosas no cambiaron aquí demasiado, un par de ojos que sabe lo que busca tendría que encontrar los signos.

Fue otra vez hacia la pared. Justo entre la sombra de los árboles había un espacio liso y Gandalf pasó por allí las manos de un lado a otro, murmurando entre dientes. Luego dio un paso atrás.

-¡Mirad! -dijo-. ¿Veis algo ahora?



La luna brillaba en ese momento sobre la superficie de roca gris; pero durante un rato no vieron nada nuevo. Luego lentamente, en el sitio donde el mago había puesto las manos, aparecieron unas líneas débiles, como delgadas vetas de plata que corrían por la piedra. Al principio no eran más que hilos pálidos, como unos centelleos a la luz plena de la luna, pero poco a poco se hicieron más anchos y claros, hasta que al fin se pudo distinguir un dibujo.

Arriba, donde Gandalf ya apenas podía alcanzar, había un arco de letras entrelazadas en caracteres élficos. Abajo, aunque los trazos estaban en muchos sitios borrados o rotos, podían verse los contornos de un yunque y un martillo y sobre ellos una corona con siete estrellas. Más abajo había dos árboles y cada uno tenía una luna creciente. Más clara que todo el resto una estrella de muchos rayos brillaba en medio de la puerta.

-¡Son emblemas de Durin! -exclamó Gimli.

-¡Y ese es el árbol de los Altos Elfos! -dijo Legolas.

-Y la estrella de la Casa de Feänor -dijo Gandalf -. Están labrados en *ithildin* que sólo refleja la luz de las estrellas y la luna y que duerme hasta el momento en que

alguien lo toca pronunciando ciertas palabras que en la Tierra Media se olvidaron tiempo atrás. Las oí hace ya muchos años y tuve que concentrarme para recordarlas.

-¿Qué dice la escritura? -preguntó Frodo mientras trataba de descifrar la inscripción en el arco-. Pensé que conocía las letras élficas, pero éstas no las puedo leer.

-Está escrito en una lengua élfica del Oeste de la Tierra Media en los Días Antiguos -respondió Gandalf -. Pero no dicen nada de importancia para nosotros. Dicen sólo *Las Puertas de Durin, Señor de Moria. Habla, amigo y entra*. Y más abajo en caracteres pequeños y débiles está escrito: *Yo, Narvi, construí estas puertas. Celebrimbor de Acebeda grabó estos signos*.

-¿Qué significa *habla, amigo y entra*? -preguntó Merry.

-Es bastante claro -dijo Gimli-. Si eres un amigo, dices la contraseña y las puertas se abren y puedes entrar.

-Sí -dijo Gandalf -, es probable que estas puertas estén gobernadas por palabras. Algunas puertas de enanos se abren sólo en ocasiones especiales, o para algunas personas en particular, y a veces hay que recurrir a cerraduras y llaves aun conociendo las palabras y el momento oportuno. Esta puerta no tiene llave. En los tiempos de Durin no eran secretas. Estaban de ordinario abiertas y los guardias vigilaban aquí. Pero si estaban cerradas, cualquiera que conociese la contraseña podía decirla y pasar. Al menos eso es lo que se cuenta, ¿no es así, Gimli?

-Así es -dijo el enano-, pero qué palabra era ésa, nadie lo sabe. Narvi y el arte de Narvi y todos los suyos han desaparecido de la faz de la tierra.

-¿Pero tú no conoces la palabra, Gandalf? -preguntó Boromir sorprendido.

-¡No! -dijo el mago.

Los otros parecieron consternados; sólo Aragorn, que había tratado largo tiempo a Gandalf, permaneció callado e impasible.

-¿De qué sirve entonces habernos traído a este maldito lugar? -exclamó Boromir, echando una ojeada al agua oscura y estremeciéndose-. Nos dijiste que una vez atravesaste las Minas. ¿Cómo fue posible si no sabes cómo entrar?

-La respuesta a tu primera pregunta, Boromir -dijo el mago- es que no conozco la palabra... todavía. Pero pronto atenderemos a eso. Y -añadió y los ojos le chispearon bajo las cejas erizadas- puedes preguntar de qué sirven mis actos cuando hayamos comprobado que son del todo inútiles. En cuanto a tu otra pregunta: ¿dudas de mi relato? ¿O has perdido la facultad de razonar? No entré por aquí. Vine del Este.

»Si deseas saberlo, te diré que estas puertas se abren hacia afuera. Puedes abrirlas desde dentro empujándolas con las manos. Desde fuera nada las moverá excepto la contraseña indicada. No es posible forzarlas hacia adentro.

-¿Qué vas a hacer entonces? -preguntó Pippin a quien no intimidaban las pobladas cejas del mago.

-Golpear a las puertas con tu cabeza, Peregrin Tuk - dijo Gandalf

Y si eso no las echa abajo, tendré por lo menos un poco de paz, sin nadie que me haga preguntas estúpidas. Buscaré la contraseña.

»Conocí en un tiempo todas las fórmulas mágicas que se usaron alguna vez para estos casos, en las lenguas de los elfos, de los hombres, o de los orcos. Aún recuerdo unas doscientas sin necesidad de esforzarme mucho. Pero sólo se necesitarán unas pocas pruebas, me parece, y no tendré que recurrir a Gimli y a esa lengua secreta de los enanos que no enseñan a nadie. Las palabras que abren la puerta son élficas, sin duda, como la escritura del arco.

Se acercó otra vez a la roca y tocó ligeramente con la vara la estrella de plata del medio, bajo el signo del yunque, y dijo con una voz perentoria:

Annon edhellen, edro hi ammen!
Fennas nogothrim, lasto beth lammen!

Las líneas de plata se apagaron, pero la piedra gris y desnuda no se movió.

Muchas veces repitió estas palabras, en distinto orden, o las cambió. Luego probó diversas fórmulas, una tras otra, hablando ahora más rápido y más alto, ahora más bajo y más lentamente. Luego dijo muchas palabras sueltas en élfico. Nada ocurrió. La cima del risco se perdió en la noche, las estrellas innumerables se encendieron allá arriba, sopló un viento frío y las puertas continuaron cerradas.

Gandalf se acercó de nuevo a la pared y alzando los brazos habló con voz de mando, cada vez más colérico. *Edro! Edro!*, exclamó, golpeando la piedra con la vara. *¡Ábrete! ¡Ábrete!*, gritó y continuó con todas las órdenes de todos los lenguajes que alguna vez se habían hablado al oeste de la Tierra Media. Al fin arrojó la vara al suelo y se sentó en silencio.

En ese instante el viento les trajo desde muy lejos el aullido de los lobos. Bill el poney se sobresaltó, asustado, y Sam corrió a él y le habló en voz baja.

-¡No dejes que se escape! -dijo Boromir-. Parece que pronto lo necesitaremos, si antes no nos descubren los lobos. ¡Cómo odio esta laguna siniestra!

Inclinándose, recogió una piedra grande y la arrojó lejos al agua oscura. La piedra desapareció con un suave chapoteo, pero casi al mismo tiempo se oyó un silbido y un sonido burbujeante. Unos grandes anillos de ondas aparecieron en la superficie más allá del sitio donde había caído la piedra y se acercaron lentamente a los pies del risco.

-¿Por qué hiciste eso, Boromir? -dijo Frodo-. Yo también odio este lugar y tengo miedo. No sé de qué: no de los lobos, o de la oscuridad que espera detrás de las puertas; de otra cosa. Tengo miedo de la laguna. ¡No la perturbes!

-¡Ojalá pudiéramos irnos! -dijo Merry.

-¿Por qué Gandalf no hace algo? -dijo Pippin.

Gandalf no les prestaba atención. Sentado, cabizbajo, parecía desesperado, o inquieto. El aullido lúgubre de los lobos se oyó otra vez. Las ondas de agua crecieron y se acercaron; algunas lamían ya la costa.

De pronto, tan de improviso que todos se sobresaltaron, el mago se incorporó vivamente. ¡Se reía!

-¡Lo tengo! -gritó-. ¡Claro, claro! De una absurda simpleza, como todos los acertijos una vez que encontraste la solución.

Recogiendo la vara y de pie ante la roca, dijo con voz clara: *-Mellon!*

La estrella brilló brevemente y se apagó. En seguida, en silencio, se dibujó una gran puerta, aunque hasta entonces no habían sido visibles ni grietas ni juntas. Se dividió lentamente en el medio y se abrió hacia afuera pulgada a pulgada hasta que ambas hojas se apoyaron contra la pared. A través de la abertura pudieron ver una escalera sombría y empinada, pero más allá de los primeros escalones la oscuridad era más profunda que la noche. La Compañía miraba con ojos muy abiertos.

-Después de todo, yo estaba equivocado - dijo Gandalf - y también Gimli. Merry, quién lo hubiese creído, encontró la buena pista. ¡La contraseña estaba inscrita en el arco! La traducción tenía que haber sido: *Di «amigo» y entra*. Sólo tuve que pronunciar la palabra *amigo en élfico* y las puertas se abrieron. Simple, demasiado simple para un docto maestro en estos días sospechosos. Aquellos eran tiempos más felices. ¡Bueno, vamos!

Gandalf se adelantó y puso el pie en el primer escalón. Pero en ese momento ocurrieron varias cosas. Frodo sintió que algo lo tomaba por el tobillo y cayó dando un grito. Se oyó un relincho terrible y Bill el poney corrió espantado a lo largo de la orilla perdiéndose en la oscuridad. Sam saltó detrás y oyendo en seguida el grito de Frodo regresó de prisa, llorando y maldiciendo. Los otros se volvieron y observaron que las aguas huían, como si un ejército de serpientes viniera nadando desde el extremo sur.

Un largo y sinuoso tentáculo se había arrastrado fuera del agua; era de color verde pálido, fosforescente y húmedo. La extremidad provista de dedos había, aferrado a Frodo y estaba llevándolo hacia el agua. Sam, de rodillas, lo atacaba a cuchilladas.

El brazo soltó a Frodo y Sam *arrastró* a su amo alejándolo de la orilla y pidiendo auxilio. Aparecieron otros veinte tentáculos extendiéndose como ondas. El agua oscura hirvió y el hedor era espantoso.

-¡Por la puerta! ¡Subid las escaleras! ¡Rápido! -gritó Gandalf saltando hacia atrás.

Arrancándolos al horror que parecía haberlos encadenado a todos al suelo, excepto a Sam, Gandalf consiguió que corrieran hacia la puerta.

Habían reaccionado justo a tiempo. Sam y Frodo estaban unos pocos escalones arriba y Gandalf comenzaba a subir cuando los tentáculos se retorcieron tanteando la playa angosta y palpando la pared del risco y las puertas. Uno reptó sobre el umbral, reluciendo a la luz de las estrellas, Gandalf se volvió e hizo una pausa. Estaba considerando Qué palabra podría cerrar la galería desde dentro cuando unos brazos serpentina se enroscaron a las puertas y con un terrible esfuerzo las hicieron girar. Las puertas batieron resonando y la luz desapareció. Un ruido de crujidos y golpes llegó sordamente a través de la piedra maciza.

Sam, asiéndose del brazo de Frodo, se dejó caer sobre un escalón en la negra oscuridad.

-¡Pobre viejo Bill! -dijo con voz entrecortado-. ¡Lobos y serpientes! Pero las serpientes fueron demasiado para él. Tuve que elegir, señor Frodo. Tuve que venir con usted.

Oyeron que Gandalf bajaba los escalones y arrojaba la vara contra la puerta. Hubo un estremecimiento en la piedra y los escalones temblaron, pero las puertas no se abrieron.

-¡Bueno, bueno! -dijo el mago-. Ahora el pasadizo está bloqueado a nuestras espaldas y hay una sola salida... del otro lado de la montaña. Temo que estos ruidos últimos vengan de unos peñascos que han caído ¡arrancando árboles y apiñándolos frente a la puerta!. Lo lamento, pues los árboles eran hermosos y habían resistido tantos años.

-Sentí que había algo horrible cerca desde el momento en que mi pie tocó el agua -dijo Frodo-. ¿Qué era eso, o había muchos?

-No lo sé -respondió Gandalf -, pero todos los brazos tenían un solo propósito. Algo ha venido arrastrándose o ha sido sacado de las aguas oscuras bajo las montañas. Hay criaturas más antiguas y horribles que los orcos en las profundidades del mundo.

No dijo lo que pensaba: cualquiera que fuese la naturaleza de aquello que habitaba en la laguna, había atacado a Frodo antes que a los demás.

Boromir susurró entre dientes, pero la piedra resonante amplificó el sonido convirtiéndolo en un murmullo ronco que todos pudieron oír:

-¡En las profundidades del mundo! Y ahí vamos, contra mi voluntad. ¿Quién nos conducirá en esta oscuridad sin remedio?

-Yo - dijo Gandalf -. Y Gimli caminará a mi lado. ¡Seguid mi vara!

Mientras el mago se adelantaba subiendo los grandes escalones, alzó la vara y de la punta brotó un débil resplandor. La ancha escalinata era segura y se conservaba bien. Doscientos escalones, contaron, anchos y bajos; y en la cima descubrieron un pasadizo abovedado que llevaba a la oscuridad.

-¿Por qué no nos sentamos a descansar y a comer aquí en el pasillo, ya que no encontramos un comedor? -preguntó Frodo.

Estaba empezando a olvidar el horrible tentáculo, y de pronto sentía mucha hambre.

La propuesta tuvo buena acogida y se sentaron en los últimos escalones, unas figuras oscuras envueltas en tinieblas. Después de comer, Gandalf le dio a cada uno otro sorbo del miruvor de Rivendel.

-No durará mucho más, me temo -dijo-, pero lo creo necesario luego de ese horror de la puerta. Y a no ser que tengamos mucha suerte, ¡nos tomaremos el resto antes de llegar al otro lado! ¡Tened cuidado también con el agua! Hay muchas corrientes y manantiales en las Minas, pero no se los puede tocar. Quizá no tengamos oportunidad de llenar las botas y botellas antes de descender al Valle del Arroyo Sombrío.

-¿Cuánto tiempo nos llevará? -preguntó Frodo.

-No puedo decirlo -respondió Gandalf-. Depende de muchas cosas. Pero yendo directamente, sin contratiempos ni extravíos, tardaremos tres o cuatro jornadas, espero. No hay menos de cuarenta millas entre la Puerta del Oeste y el Portal del Este en línea recta y es posible que el camino dé muchas vueltas.

Luego de un breve descanso, se pusieron otra vez en marcha. Todos ellos deseaban terminar esta parte del viaje lo antes posible y estaban dispuestos, a pesar de sentirse tan cansados, a caminar durante horas. Gandalf iba al frente como antes. Llevaba en la mano izquierda la vara centelleante, que sólo alcanzaba a iluminar el piso ante él; en la mano derecha esgrimía la espada Glamdring. Detrás de Gandalf iba Gimli, los ojos brillantes a la luz débil mientras volvía la cabeza a los lados. Detrás del enano caminaba Frodo, que había desenvainado la espada corta, Dardo. De las hojas de Dardo y Glamdring no venía ningún reflejo y esto era auspicioso, pues habiendo sido forjadas por elfos de los Días Antiguos estas espadas brillaban con una luz fría si había algún orco cerca. Detrás de Frodo marchaba Sam y luego Legolas y los hobbits jóvenes y Boromir. En la oscuridad de la retaguardia, grave y silencioso, caminaba Aragorn.

Después de doblar a un lado y a otro unas pocas veces el pasadizo empezó a descender. Siguió así un largo rato, en un descenso regular y continuo hasta que corrió otra vez horizontalmente. El aire era ahora cálido y sofocante, aunque no viciado, y de vez en cuando sentían en la cara una corriente de aire fresco que parecía venir de unas aberturas disimuladas en las paredes. Había muchas de estas aberturas. Al débil resplandor de la vara del mago, Frodo alcanzaba a ver escaleras y arcos y pasadizos y túneles, que subían, o bajaban bruscamente, o se abrían a las tinieblas de ambos lados. Hubiera sido fácil extraviarse y nadie hubiera podido recordar el camino de vuelta.

Gimli ayudaba a Gandalf muy poco, excepto mostrando resolución y coraje. Al menos no parecía perturbado por la mera oscuridad, como la mayoría de los otros. El mago lo consultaba a menudo cuando la elección del camino se hacía dudosa, pero la última palabra la daba siempre Gandalf. Las Minas de Moria eran de una vastedad y complejidad que desalaban la imaginación de Gimli, hijo de Glóin, nada menos que un enano de la Raza de las Montañas. A Gandalf los borrosos recuerdos de un viaje hecho en el lejano pasado no le servían de mucho, pero aun en la oscuridad y a pesar de todos

los meandros del camino él sabía adónde quería ir y no cejaría mientras hubiera un sendero que llevase de algún modo a la meta.

-¡No temáis! -dijo Aragorn. Hubo una pausa más larga que de costumbre y Gandalf y Gimli murmuraron entre ellos; los otros se apretaron detrás, esperando ansiosamente-. ¡No temáis! Lo he acompañado en muchos viajes, aunque en ninguno tan oscuro, y en Rivendel se cuentan hazañas de él más extraordinarias que todo lo que yo haya visto alguna vez. No se extraviará, si es posible encontrar un camino. Nos ha conducido aquí contra nuestros propios deseos, pero nos llevará de vuelta afuera, cueste lo que cueste. Estoy seguro de que en una noche cerrada encontraría el camino de vuelta más fácilmente que los gatos de la Reina Berúthiel.

Era bueno para la Compañía contar con un guía semejante. No disponían de combustible ni de ningún material para preparar una antorcha. En la huida precipitada hacia la puerta, habían dejado atrás muchos bultos. Pero sin luz hubieran caído pronto en la desesperación. No sólo eran muchas las sendas posibles, también abundaban agujeros y fosas y a lo largo del camino se abrían pozos oscuros que devolvían el eco de los pasos. Había fisuras y grietas en las paredes y el piso y de cuando en cuando aparecía un abismo justo ante ellos. El más ancho medía cerca de dos metros y Pippin tardó bastante en animarse a saltar. De muy abajo venía un rumor de aguas revueltas, como si una gigantesca rueda de molino estuviera girando en las profundidades.

-¡Una cuerda! -murmuró Sam-. Sabía que la necesitaría, si no la traía conmigo.

A medida que estos peligros eran más frecuentes, la marcha se hacía más lenta. Les parecía ya que habían estado caminando y caminando, interminablemente, hacia las raíces de la montaría. La fatiga los abrumaba y sin embargo no tenían ganas de detenerse. Frodo había recuperado un poco el ánimo luego de la comida y un sorbo del cordial; pero ahora una profunda inquietud, que llegaba al miedo, lo invadía otra vez. Aunque le habían curado la herida en Rivendel, la terrible cuchillada había tenido algunas consecuencias. Se le habían agudizado los sentidos y advertía ahora la presencia de muchas cosas que no podían ser vistas. Un síntoma de esos cambios, y que había notado muy pronto, era que podía ver en la oscuridad quizá más que cualquiera de los otros, excepto Gandalf. Y de todos modos él era el Portador del Anillo; le colgaba de la cadena sobre el pecho y a veces lo sentía como una carga pesada. Estaba seguro de que el mal los esperaba allá delante y que a la vez venía siguiéndolos, pero no hacía ningún comentario. Apretaba la empuñadura de la espada y se adelantaba tercamente.

Detrás de él la Compañía hablaba poco y nada más que en murmullos apresurados. Sólo se oía el sonido de las pisadas: el golpe sordo de las botas de enano de Gimli; los pesados pies de Boromir; el paso liviano de Legolas; el trote ligero y casi imperceptible de los hobbits y en la retaguardia las pisadas lentas y firmes de Aragorn, que caminaba a grandes trancos. Cuando se detenían un momento, no oían nada, excepto el débil goteo ocasional de un hilo de agua que se escurría invisible. No obstante, Frodo comenzó a oír, o a imaginar que oía, alguna otra cosa: el blando sonido de unos pies descalzos. El sonido no era nunca bastante alto, ni bastante próximo, como para que él estuviera seguro de haberlo oído, pero una vez que empezaba ya no cesaba nunca, mientras la Compañía continuara marchando. Pero no era un eco, pues cuando se detenían proseguía un rato, solo, antes de apagarse.

Ya caía la noche cuando habían entrado en las Minas. Habían caminado durante horas, haciendo breves escalas, y Gandalf tropezó de pronto con el primer problema serio. Ante él se alzaba un arco amplio y oscuro que se abría en tres pasajes; todos iban en la misma dirección, hacia el este; pero el pasaje de la izquierda bajaba bruscamente, el de la derecha subía, y el del medio parecía correr en línea recta, liso y llano, pero muy angosto.

-¡No tengo ningún recuerdo de este sitio! -dijo Gandalf titubeando hacia el arco. Sostuvo en alto la vara con la esperanza de encontrar alguna marca o inscripción que lo ayudara a elegir, pero no había nada de esta especie-. Estoy demasiado cansado para decidir -dijo, moviendo la cabeza-. Y supongo que todos vosotros estáis tan cansados como yo, o más. Mejor que nos detengamos aquí por lo que queda de la noche. ¡Sé que me entendéis! Aquí está siempre oscuro, pero fuera la luna tardía va hacia el oeste y la medianoche ha quedado atrás.

-¡Pobre viejo Bill! -dijo Sam-. Me pregunto dónde anda. Espero que esos lobos todavía no lo hayan atrapado.

A la izquierda del gran arco encontraron una puerta de piedra; estaba a medio cerrar pero un leve empujón la abrió fácilmente. Más allá parecía haber una sala amplia tallada en la roca.

-¡Tranquilos! ¡Tranquilos! -exclamó Gandalf mientras Merry y Pippin empujaban hacia adelante, contentos de haber encontrado un sitio donde podían descansar sintiéndose más amparados que en el corredor-. Tranquilos. Todavía no sabéis lo que hay dentro. Iré primero.

Entró con cuidado y los otros lo siguieron en fila.

-¡Mirad! -dijo apuntando al suelo con la vara.

Todos miraron y vieron un agujero grande y redondo, como la boca de un pozo. Unas cadenas rotas y oxidadas colgaban de los bordes y bajaban al pozo negro. Cerca había unos trozos de piedra.

-Uno de vosotros pudo haber caído aquí y todavía estaría preguntándose cuándo golpearía el fondo -le dijo Aragorn a Merry-. Deja que el guía vaya delante, mientras tienes uno.

-Esto parece haber sido una sala de guardia, destinada a la vigilancia de los tres pasadizos -dijo Gimli-. El agujero es evidentemente un pozo para uso de los guardias y que se tapaba con una losa de piedra. Pero la losa está rota y hay que tener cuidado en la oscuridad.

Pippin se sentía curiosamente atraído por el pozo. Mientras los otros desenrollaban mantas y preparaban camas contra las paredes del recinto, se arrastró hasta el borde y se asomó. Un aire helado pareció pegarle en la cara, como subiendo de profundidades invisibles. Movidito por un súbito impulso repentino, tanteó alrededor buscando una piedra suelta y la dejó caer. Sintió que el corazón le latía muchas veces antes que hubiera algún sonido. Luego, muy abajo, como si la piedra hubiera caído en las aguas profundas de algún lugar cavernoso, se oyó un pluf, muy distante, pero amplificado y repetido en el hueco del pozo.

-¿Qué es eso? -exclamó Gandalf. Se mostró un instante aliviado cuando Pippin confesó lo que había hecho, pero en seguida montó en cólera y Pippin pudo ver que le relampagueaban los ojos-. ¡Tuk estúpido! -gruñó el mago-. Este es un viaje serio y no una excursión hobbit. Tírate tú mismo la próxima vez y no molestarás más. ¡Ahora quédate quieto!

Nada más se oyó durante algunos minutos, pero luego unos débiles golpes vinieron de las profundidades: *tom-tap, tap-tom*. Hubo un silencio y cuando los ecos se apagaron, los golpes se repitieron: *tap-tom, tom-tap, tap-tap, tom*. Sonaban de un modo

inquietante, pues parecían señales de alguna especie, pero al cabo de un rato se apagaron y no se oyeron más.

-Eso era el golpe de un martillo, o nunca he oído uno -dijo Gimli. -Sí -dijo Gandalf-, y no me gusta. Quizá no tenga ninguna relación con la estúpida piedra de Peregrin, pero es posible que algo haya sido perturbado y hubiese sido mejor dejarlo en paz. ¡Por favor, no vuelvas a hacer algo parecido! Espero que podamos descansar sin más dificultades. Tú, Pippin, harás la primera guardia, como recompensa -gruñó mientras se envolvía en una manta.

Pippin se sentó miserablemente junto a la puerta en la cerrada oscuridad, pero no dejaba de volver la cabeza, temiendo que alguna cosa desconocida se arrastrara fuera del pozo. Hubiese querido cubrir el agujero, por lo menos con una manta, pero no se atrevía a moverse ni a acercarse, aunque Gandalf parecía dormir.

Gandalf en realidad estaba despierto, aunque acostado y en silencio, y trataba de recordar todos los detalles de su viaje anterior a las Minas, preguntándose ansiosamente qué rumbo convendría tomar; una media vuelta equivocada podía ser desastrosa. Al cabo de una hora se incorporó y fue hacia Pippin.

-Vete a un rincón y trata de dormir, mi muchacho -dijo en un tono amable-. Quieres dormir, supongo. Yo no he cerrado un ojo, de modo que puedo reemplazarte en la guardia.

»Ya sé lo que me ocurre -murmuró mientras se sentaba junto a la puerta-. ¡Necesito un poco de humo! No he fumado desde la mañana anterior a la tormenta de nieve.

Lo último que vio Pippin, mientras el sueño se lo llevaba, fue la sombra del viejo mago encogida en el piso, protegiendo un fuego incandescente entre las manos nudosas, puestas sobre las rodillas. La luz temblorosa mostró un momento la nariz aguileña y una bocanada de humo.

Fue Gandalf quien los despertó a todos. Había estado sentado y vigilando solo alrededor de seis horas, dejando que los otros descansaran.

-Y mientras tanto tomé mi decisión -dijo -. No me gusta la idea del camino del medio y no me gusta el olor del camino de la izquierda: el aire está viciado allí, o no soy un guía. Tomaré el pasaje de la derecha. Es hora de que volvamos a subir.

Durante ocho horas oscuras, sin contar dos breves paradas, continuaron marchando y no encontraron ningún peligro, ni oyeron nada y no vieron nada excepto el débil resplandor de la luz del mago, bailando ante ellos como un fuego fatuo. El túnel que habían elegido llevaba regularmente hacia arriba, torciendo a un lado y al otro, describiendo grandes curvas ascendentes, y a medida que subía se hacía más elevado y más ancho. No había a los lados aberturas de otras galerías o túneles y el suelo era llano y firme, sin pozos o grietas. Habían tomado evidentemente lo que en otro tiempo fuera una ruta importante y progresaban con mucha mayor rapidez que en la jornada anterior.

De este modo avanzaron unas quince millas, medidas en línea recta hacia el este, aunque en realidad debían de haber caminado veinte millas o más. A medida que el camino subía, el ánimo de Frodo mejoraba un poco; pero se sentía aún oprimido y aún oía a veces, o creía oír, detrás de la Compañía, más allá de los ajeteos de la marcha, pisadas que venían siguiéndolos y que no eran un eco.

Habían marchado hasta los límites de las fuerzas de los hobbits y estaban todos pensando en un lugar donde pudieran dormir, cuando de pronto las paredes de la izquierda y la derecha desaparecieron; luego de atravesar una puerta abovedada habían

salido a un espacio negro y vacío. Una corriente de aire tibio soplaba detrás de ellos y delante una fría oscuridad les tocaba las caras. Se detuvieron y se apretaron inquietos unos contra otros.

Gandalf parecía complacido. -Elegí el buen camino -dijo-. Por lo menos estamos llegando a las partes habitables y sospecho que no estamos lejos del lado este. Pero nos encontramos en un sitio muy alto, más alto que la Puerta del Arroyo Sombrío, a menos que me equivoque. Tengo la impresión de que estamos ahora en una sala amplia. Me arriesgaré a tener un poco de verdadera luz.

Alzó la vara, que relampagueó brevemente. Unas grandes sombras se levantaron y huyeron y durante un segundo vieron un vasto cielo raso sostenido por numerosos y poderosos pilares tallados en la piedra. Ante ellos y a cada lado se extendía un recinto amplio y vacío: las paredes negras, pulidas y lisas como el vidrio, refulgían y centelleaban. Vieron también otras tres entradas; un túnel negro se abría ante ellos y corría en línea recta hacia el este y había otros dos a los lados. Luego la luz se apagó.

-No me atrevería a nada más por el momento -dijo Gandalf-. Antes había grandes ventanas en los flancos de la montaría y túneles que llevaban a la luz en las partes superiores de las Minas. Creo que hemos llegado ahí, pero afuera es otra vez de noche y no podremos saberlo hasta mañana. Si no me equivoco, quizá veamos apuntar el amanecer. Pero mientras tanto será mejor no ir más lejos. Descansemos, si es posible. Las cosas han ido bien hasta ahora y la mayor parte del camino oscuro ha quedado atrás. Pero no hemos llegado todavía al fin y hay un largo trayecto hasta las puertas que se abren al mundo.

La Compañía pasó aquella noche en la gran sala cavernosa, apretados todos en un rincón para escapar a la corriente de aire frío que parecía venir del arco del este. Todo alrededor de ellos pendía la oscuridad, hueca e inmensa, y la soledad y vastedad de las salas excavadas y las escaleras y pasajes que se bifurcaban interminablemente eran abrumadoras. Las imaginaciones más descabelladas que unos sombríos rumores hubiesen podido despertar en los hobbits, no eran nada comparados con el miedo y el asombro que sentían ahora en Moria.

-Tiene que haber habido aquí toda una multitud de enanos en otra época -dijo Sam- y todos más atareados que tejones durante quinientos años haciendo todo esto, ¡y la mayor parte en roca dura! ¿Para qué, me pregunto? Seguramente no vivirían en estos agujeros oscuros.

-No son agujeros -dijo Gimli-. Esto es el gran reino y la ciudad de la Mina del Enano. Y antiguamente no era oscura sino luminosa y espléndida, como lo recuerdan aún nuestras canciones.

El enano se puso de pie en la oscuridad y empezó a cantar con una voz profunda, y los ecos se perdieron en la bóveda.

*El mundo era joven y las montañas verdes,
y aún no se veían manchas en la luna
y los ríos y piedras no tenían nombre,
cuando Durin despertó y echó a caminar.*

*Nombró las colinas y los valles sin nombre;
bebió de fuentes ignoradas;
se inclinó y se miró en el Lago Espejo
y sobre la sombra de la cabeza de Durin*

*apareció una corona de estrellas
como joyas engarzadas en un hilo de plata.*

*El mundo era hermoso en los días de Durin,
en los Días Antiguos antes de la caída
de reyes poderosos en Nargothrond y Gondolin
que desaparecieron más allá de los mares.
El mundo era hermoso y las montañas altas.*

*Fue rey en un trono tallado
y en salas de piedra de muchos pilares
y runas poderosas en la puerta,
de bóvedas de oro y de suelo de plata.
La luz del sol, la luna y las estrellas
en centelleantes lámparas de vidrio
que las nubes y la noche jamás se oscurecían
para siempre brillaban.*

*Allí el martillo golpeaba el yunque,
el cincel esculpía y el buril escribía,
se forjaba la hoja de la espada,
y se fijaban las empuñaduras;
cavaba el cavador, el albañil edificaba.*

*Allí se acumulaban el berilo, la perla
y el pálido ópalo y el metal en escamas,
y la espada y la lanza brillantes,
el escudo, la malla y el hacha.*

*Incansable era entonces la gente de Durin;
bajo las montañas despertaba la música;
los arpistas tocaban, cantaban los cantantes,
y en la puerta las trompetas sonaban.*

*El mundo es gris ahora y vieja la montaña;
el fuego de la forja es sólo unas cenizas;
el arpa ya no suena, el martillo no cae;
la sombra habita en las salas de Durin,
y la oscuridad ha cubierto la tumba
en Moria, en Khazad-dûm.*

*Pero todavía aparecen las estrellas ahogadas
en la oscuridad y el silencio del Lago Espejo,
y hasta que Durin despierte de nuevo
en el agua profunda la corona descansa.*

-¡Me gusta eso! - dijo Sam -. Me gustaría aprenderlo. ¡En Moria, en Khazad-dûm!
Pero la imagen de todas esas lámparas hace la oscuridad más pesada, me parece. ¿Hay
todavía por aquí montones de oro y joyas?

Gimli no contestó. Había cantado su canción y no quería decir más.

-¿Montones de joyas? -dijo Gandalf -. No. Los orcos han saqueado Moria a menudo. No queda nada en las salas superiores. Y desde que los enanos se fueron, nadie se ha atrevido a explorar los pozos o a buscar tesoros en los sitios más profundos; los ha inundado el agua, o una sombra de miedo.

-¿Entonces por qué los enanos querrían volver? -preguntó Sam.

-Por el mithril -respondió Gandalf -. La riqueza de Moria no era el oro y las joyas, juguetes de los enanos; tampoco el hierro, sirviente de los enanos. Tales cosas se encuentran aquí, es cierto, especialmente hierro; pero no cavaban para eso; todo lo que deseaban podían obtenerlo traficando. Pues este era el único sitio del mundo donde había plata de Moria, o plata auténtica como algunos la llamaban: mithril es el nombre élfico. Los enanos le dan otro nombre, pero lo guardan en secreto. El valor del mithril era diez veces superior al del oro y ahora ya no tiene precio, pues queda poco en la superficie y ni siquiera los orcos se atreven a cavar aquí. Las vetas llevan siempre al norte, hacia Caradhras y abajo, a la oscuridad. Ellos no hablan de eso, pero si es cierto que el mithril fue la base de la riqueza de los enanos, fue también la perdición de estas criaturas, que cavaron con demasiada codicia, demasiado abajo y perturbaron aquello de que huían, el Daño de Durin. De lo que llevaron a la luz, los orcos recogieron casi todo y se lo entregaron como tributo a Sauron.

»*Mithril!* Todo el mundo lo deseaba. Podía ser trabajado como el cobre y pulido como el vidrio; y los enanos podían transformarlo en un metal más liviano y sin embargo más duro que el acero templado. Tenía la belleza de la plata común, pero nunca se manchaba ni perdía el brillo. Los elfos lo estimaban muchísimo y lo empleaban entre otras cosas para forjar los *ithildin*, la estrella-luna que habéis visto en la puerta. Bilbo tenía una malla de anillos de mithril que Thorin le había dado. Me pregunto qué se habrá hecho de ella. Todavía juntando polvo en el museo de Cavada Grande, me imagino.

-¿Qué? - exclamó Gimli de pronto, saliendo de su silencio -. ¿Una cota de plata de Moria? ¡Un regalo de rey!

-Sí -continuó Gandalf-. Nunca se lo dije, pero vale más que la Comarca entera y todo lo que en ella hay.

Frodo no dijo nada, pero metió la mano bajo la túnica y tocó los anillos de la camisa. Se le confundía la cabeza pensando que había ido de un lado a otro llevando el valor de la Comarca bajo la chaqueta. ¿Lo había sabido Bilbo? Estaba seguro de que Bilbo lo sabía muy bien. Era en verdad un regalo de rey. Pero ahora ya no pensaba en las minas oscuras, pues se había acordado de Rivendel y de Bilbo, y luego de Bolsón Cerrado en los días en que Bilbo vivía todavía allí. Deseó de todo corazón estar de vuelta, en aquellos días de antes, segando la hierba, o paseando entre las flores, y no haber oído hablar de Moria, o del mithril, o del Anillo.

Siguió un profundo silencio. Uno a uno los otros fueron durmiéndose. Como un sople que venía de las profundidades, cruzando puertas invisibles, el miedo envolvió a Frodo. Tenía las manos frías y la frente transpirada. Escuchó, prestando atención durante dos lentas horas, pero no oyó ningún sonido, ni siquiera el eco imaginario de unos pasos.

La guardia de Frodo había concluido casi, cuando allá lejos, donde suponía que se alzaba el arco oriental, creyó ver dos pálidos puntos de luz, casi como ojos luminosos. Se sobresaltó. Había estado cabeceando. «Poco faltó para que me quedara dormido en plena guardia», pensó. «Ya empezaba a soñar.» Se incorporó y se frotó los ojos y se quedó de pie, espionando la oscuridad, hasta que Legolas lo relevó.

Cuando se acostó se quedó dormido en seguida, pero tuvo la impresión de que el sueño continuaba: oía murmullos y vio que los pálidos puntos de luz se acercaban lentamente. Despertó y vio que los otros estaban hablando en voz baja muy cerca y que una luz débil le caía en la cara. Muy arriba, sobre el arco del este, un rayo de luz largo y pálido asomaba en una abertura de la bóveda, y en el otro extremo del recinto la luz resplandecía también débil y distante entrando por el arco del norte.

Frodo se sentó.

-¡Buen día! -le dijo Gandalf-. Pues al fin es de día. No me equivoqué. Estamos muy arriba en el lado este de Moria. Antes que termine la jornada tenemos que encontrar las Grandes Puertas y ver las aguas del Lago Espejo en el Valle del Arroyo Sombrio ante nosotros.

-Me alegro -dijo Gimli-. Ya he visto Moria y es muy grande, pero se ha convertido en un sitio oscuro y terrible y no hemos encontrado señales de mi gente. Dudo ahora que Balin haya estado alguna vez aquí.

Luego de haber desayunado, Gandalf decidió que se pondrían en marcha en seguida.

-Estamos cansados, pero dormiremos mejor cuando lleguemos afuera -dijo-. Creo que ninguno de nosotros desearía pasar otra noche en Moria.

-¡No, en verdad! -dijo Boromir-. ¿Qué camino tomaremos? ¿Ese arco que apunta al este?

-Quizá -dijo Gandalf-. Pero aún no sé exactamente dónde nos encontramos. Si no he perdido el rumbo, creo que estamos encima de los Grandes Portales y un poco al norte; y quizá no sea fácil encontrar el camino que baja a las puertas. El arco del este tal vez sea la ruta adecuada, pero antes de decidirnos miraremos un poco alrededor. Vayamos hacia aquella luz de la puerta norte. Si pudiéramos encontrar una ventana, mejor que mejor, pero temo que la luz descienda sólo a través de largas aberturas.

Siguiendo a Gandalf, la Compañía pasó bajo el arco del norte. Se encontraban ahora en un amplio corredor. A medida que avanzaban el resplandor iba aumentando y vieron que venía de un portal de la derecha. Era alto, plano arriba, y la puerta de piedra colgaba todavía de los goznes, a medio cerrar. Del otro lado había un cuarto grande y cuadrado. Estaba apenas iluminado, pero a los ojos de la Compañía, luego de haber pasado tanto tiempo en la oscuridad, era de una luminosidad enceguedora y todos parpadearon al entrar.

El suelo estaba cubierto por una espesa capa de polvo y la Compañía tropezó en el umbral con muchas cosas que estaban allí tiradas y cuyas formas no pudieron reconocer al principio. Una abertura alta y amplia de la pared del este iluminaba la cámara. Atravesaba oblicuamente la pared y del otro lado, lejos y arriba, podía verse un cuadradito de cielo azul. La luz caía directamente sobre una mesa en medio del cuarto: una piedra oblonga, de dos pies de alto, sobre la que habían puesto una losa de piedra blanca.

-Parece una tumba -murmuró Frodo, y se inclinó hacia adelante, sintiendo un raro presentimiento, para mirar desde más cerca.

Gandalf se acercó rápidamente. Sobre la losa había unas runas grabadas:



-Son runas de Daeron, como se usaban antiguamente en Moria -dijo Gandalf -. Dice aquí en las lenguas de los hombres y los enanos:

BALIN HIJO DE FUNDIN
SEÑOR DE MORIA

-Está muerto entonces -dijo Frodo-. Temía que fuera así.
Gimli se echó la capucha sobre la cara.

EL PUENTE DE KHAZAD-DÛM

La Compañía del Anillo permaneció en silencio junto a la tumba de Balin. Frodo pensó en Bilbo, en la larga amistad que había tenido con el enano y en la visita de Balin a la Comarca tiempo atrás. En aquel cuarto polvoriento de la montaña parecía que eso había ocurrido hacía mil años y en el otro extremo del mundo.

Por último se movieron y levantaron los ojos y buscaron algo que pudiera aclararles la muerte de Balin, o qué había sido de su gente. Había otra puerta más pequeña en el lado opuesto de la cámara, bajo la abertura. Junto a las dos puertas podían ver ahora muchos huesos desparramados y entre ellos espadas y hachas rotas y escudos y cascos hendidos. Algunas de las espadas eran curvas: cimitarras de orcos con hojas negras.

Había muchos nichos tallados en la piedra de los muros, que contenían grandes cofres de madera aherrojados. Todo había sido roto y saqueado, pero junto a la tapa destrozada de uno de los cofres encontraron los restos de un libro. Lo habían desgarrado y lo habían apuñalado, estaba quemado en parte y tan manchado de negro y otras marcas oscuras, como sangre vieja, que poco podía leerse. Gandalf lo alzó con cuidado, pero las hojas crujieron y se quebraron mientras lo ponía sobre la losa. Se inclinó sobre él un tiempo sin hablar. Frodo y Gimli de pie junto a Gandalf, que volvía delicadamente las hojas, alcanzaban a ver que había sido escrito por distintas manos, en runas, tanto de Moria como del Valle y de cuando en cuando en caracteres élficos.

Al fin Gandalf alzó los ojos. -Parece ser un registro de los azares y fortunas que cayeron sobre el pueblo de Balin -dijo-. Supongo que empieza cuando llegaron al Valle del Arroyo Sombrío hace treinta años hay números en las páginas que parecen referirse a los años que siguieron. La primera página está marcada *uno-tres*, de modo que al menos dos ya faltan desde el principio. ¡Escuchad!

»Echamos a los orcos de la gran puerta y el cuarto de guar- supongo que diría guardia. Matamos a muchos a la brillante -creo- luz del valle. Una flecha mató a Flói. Él derribó al grande. Luego hay una mancha seguida por Flói bajo la hierba Junto al Lago Espejo. Sigue una línea o dos que no puedo leer. Luego esto: Hemos elegido como vivienda la sala vigesimoprimerá del lado norte. Hay no sé qué. Se menciona una abertura. Luego Balin se ha aposentado en la Cámara de Mazarbul.

-La Cámara de los Registros -dijo Gimli-. Sospecho que ahí estamos ahora.

-Bueno, aquí no alcanzo a leer mucho más -dijo Gandalf - excepto la palabra oro y *Hacha de Durin* y algo así como yelmo. *Luego Balin es ahora señor de Moria.* Esto parece terminar un capítulo. Luego de algunas estrellas comienza otra mano y aquí se lee *encontramos plata auténtica* y luego las palabras *bien forjada* y luego algo. ¡Lo tengo! *Mithril* y las dos últimas líneas: *Oin buscará las armerías superiores del Tercer Nivel; algo va al oeste, una mancha, a la puerta de Acebeda.*

Gandalf hizo una pausa y apartó unas pocas hojas.

-Hay varias páginas de este tipo, escritas bastante de prisa y muy dañadas -dijo-, pero poco puedo sacar en limpio con esta luz. Tienen que faltar también algunas hojas, pues éstas comienzan con el número *cinco*, el quinto año de la colonia, supongo. Veamos. No, están demasiado rotas y sucias, no puedo leerlas. Mejor que probemos a la luz del sol. ¡Un momento! Aquí hay algo: caracteres rápidos y grandes en lengua élfica.

-Esa tiene que ser la mano de Ori -dijo Gimli mirando por encima del brazo de Gandalf -. Podía escribir bien y rápido y a menudo usaba los caracteres élficos.

-Temo que esa mano hábil haya tenido que registrar malas noticias -dijo Gandalf -. La primera palabra es *pena*, pero el resto de la línea se ha perdido, aunque termina en *ayer*. Sí, tiene que ser ayer seguido por *siendo el diez de noviembre Balin señor de Moria cayó en el Valle del Arroyo Sombrío. Fue solo a mirar el Lago Espejo. Un orco lo mató desde atrás de una piedra. Matamos al orco, pero muchos más..- subiendo desde el este por el Cauce de Plata*. El resto de la página está demasiado borroneado, pero me parece que alcanzo a leer *hemos atrancado las puertas* y luego *resistiremos si* y luego quizás *horrible* y *sufrimiento*. ¡Pobre Balin! Parece que no pudo conservar el título que él mismo se dio ni siquiera cinco años. Me pregunto qué habrá ocurrido después, pero no hay tiempo de descifrar las últimas pocas páginas. Aquí está la última.

Hizo una pausa y suspiró.

-Es una lectura siniestra -continuó-. Temo que el fin de esta gente haya sido cruel. ¡Escuchad! *No podemos salir. No podemos salir. Han tomado el puente y la segunda sala. Frár y Lóni y Náli murieron allí*. Luego hay cuatro líneas muy manchadas y sólo puedo leer *hace cinco días*. Las últimas líneas dicen *la laguna llega a los muros de la Puerta del Oeste. El Guardián del Agua se llevó a Oin. No podemos salir. El fin se acerca*, y luego *tambores, tambores en los abismos*. Me pregunto qué será esto. Las últimas palabras son un garabateo arrastrado en letras élficas: *están acercándose*. No hay nada más.

Gandalf calló, guardando un pensativo silencio.

Todos en la Compañía tuvieron un miedo repentino, sintiendo que se encontraban en una cámara de horrores.

-*No podemos salir* -murmuró Gimli-. Fue una suerte para nosotros que la laguna hubiese bajado un poco y que el Guardián estuviera durmiendo en el extremo sur.

Gandalf alzó la cabeza y miró alrededor.

-Parece que ofrecieron una última resistencia en las dos puertas -dijo-, pero ya entonces no quedaban muchos. ¡Así terminó el intento de recuperar Moria! Fue valiente, pero insensato. No ha llegado todavía la hora. Bien, temo que tengamos que despedirnos de Balin hijo de Fundin. Que descanse aquí en las salas paternas. Nos llevaremos este libro, el libro de Mazarbul, y lo miraremos luego con más atención. Será mejor que tú lo guardes, Gimli, y que lo llesves de vuelta a Dáin, si tienes oportunidad. Le interesará, aunque se sentirá profundamente apenado. Bueno, ¡vayamos! La mañana está quedando atrás.

-¿Qué camino tomaremos? -preguntó Boromir.

-Volvamos a la sala -dijo Gandalf -. Pero la visita a este cuarto no ha sido inútil. Ahora sé dónde estamos. Esta tiene que ser, como dijo Gimli, la Cámara de Mazarbul, y la sala la vigesimoprimera del extremo norte. Por lo tanto hemos de salir por el arco del este, e ir a la derecha y al sur, descendiendo. La Sala Vigesimoprimera tiene que estar en el Nivel Séptimo, es decir seis niveles por encima de las puertas. ¡Vamos! ¡De vuelta a la sala!

Apenas Gandalf hubo dicho estas palabras cuando se oyó un gran ruido, como si algo rodara retumbando en los abismos lejanos, estremeciendo el suelo de piedra. Todos saltaron hacia la puerta, alarmados. *Bum, bum*, resonó otra vez, como si unas manos enormes estuvieran utilizando las cavernas de Moria como un vasto tambor. Luego siguió una explosión, repetida por el eco: un gran cuerno sonó en la sala y otros

cuernos y unos gritos roncros respondieron a lo lejos. Se oyó el sonido de muchos pies que corrían.

-¡Se acercan! -gritó Legolas.

-No podemos salir -dijo Gimli.

-¡Atrapados! -gritó Gandalf -. ¿Por qué me retrasé? Aquí estamos, encerrados como ellos antes. Pero entonces yo no estaba aquí. Veremos qué...

Bum, bum; el redoble sacudió las paredes. ¡Cerrad las puertas y atrancadlas! -gritó Aragorn -. Y no descarguéis los bultos mientras os sea posible. Quizás aún tengamos posibilidad de escapar.

-¡No! -dijo Gandalf-. Mejor que no nos encerremos. ¡Dejad entreabierta la puerta del este! Iremos por ahí, si nos dejan.

Otra ronca llamada de cuerno y unos gritos agudos que reverberaron en las paredes. Unos pies venían corriendo por el pasillo. Hubo un entrecocar de metales mientras la Compañía desenvainaba las espadas. Glamdring brilló con una luz pálida y los filos de Dardo centellearon. Boromir apoyó el hombro contra la puerta occidental.

-¡Un momento! ¡No la cierras todavía! -dijo Gandalf.

Alcanzó de un salto a Boromir y levantó la cabeza enderezándose.

-¿Quién viene aquí a perturbar el descanso de Balin Señor de Moria? -gritó con una voz estentórea.

Hubo una cascada de risas roncros, como piedras que se deslizan y caen en un pozo; en medio del clamor se alzó una voz grave, dando órdenes. *Bum, bum, bum,* redoblaban los tambores en los abismos.

Con rápido movimiento Gandalf fue hacia el hueco de la puerta y estiró el brazo adelantando la vara. Un relámpago enceguecedor iluminó el cuarto y el pasadizo. El mago se asomó un instante, miró y dio un salto atrás mientras las flechas volaban alrededor siseando y silbando.

-Son orcos, muchos -dijo-. Y algunos son corpulentos y malvados: uruks negros de Mordor. No se han decidido a atacar todavía, pero hay algo más ahí. Un gran troll de las cavernas, creo, o más que uno. No hay esperanzas de poder escapar por ese lado.

-Y ninguna esperanza si vienen también por la otra puerta -dijo Boromir.

-Aquí no se oye nada todavía -dijo Aragorn que estaba de pie junto a la puerta del este, escuchando-. El pasadizo de este lado desciende directamente a una escalera y es obvio que no lleva de vuelta a la sala. Pero no serviría de nada huir ciegamente por ahí, con los enemigos pisándonos los talones. No podemos bloquear la puerta. No hay llave y la cerradura está rota y se abre hacia dentro. Ante todo trataremos de demorarlos. ¡Haremos que teman la Cámara de Mazarbul! -dijo torvamente, pasando el dedo por el filo de la espada Andúril.

Unos pies pesados resonaron en el corredor. Boromir se lanzó contra la puerta y la cerró empujándola con el hombro; luego la sujetó acuñándola con hojas de espada quebradas y astillas de madera. La Compañía se retiró al otro extremo del cuarto. Pero aún no tenían ninguna posibilidad de escapar. Un golpe estremeció la puerta, que en seguida comenzó a abrirse lentamente, rechinando, desplazando las cuñas. Un brazo y un hombro voluminosos, de piel oscura, escamosa y verde, aparecieron en la abertura, ensanchándola. Luego un pie grande, chato y sin dedos, entró empujando, deslizándose por el suelo. Afuera había un silencio de muerte.

Boromir saltó hacia adelante y lanzó un mandoble contra el brazo, pero la espada golpeó resonando, se desvió a un lado y se le cayó de la mano temblorosa. La hoja estaba mellada.

De pronto, y algo sorprendido pues no se reconocía a sí mismo, Frodo sintió que una cólera ardiente le inflamaba el corazón.

-¡La Comarca! -gritó y saltando al lado de Boromir se inclinó y descargó a Dardo contra el pie. Se oyó un aullido y el pie se retiró bruscamente, casi arrancando a Dardo de la mano de Frodo. Unas gotas negras cayeron de la hoja y humearon en el suelo. Boromir se arrojó otra vez contra la puerta y la cerró con violencia.

-¡Un tanto para la Comarca! - gritó Aragorn -. ¡La mordedura del hobbit es profunda! ¡Tienes una buena hoja, Frodo hijo de Drogo!

Un golpe resonó en la puerta y luego otro y otro. Los orcos atacaban ahora con martillos y arietes. Al fin la puerta crujió y se tambaleó hacia atrás y de pronto la abertura se ensanchó. Las flechas entraron silbando, pero golpeaban la pared del norte y caían al suelo. Un cuerno llamó en seguida y unos pies corrieron y los orcos entraron saltando en la cámara.

Cuántos eran, la Compañía no pudo saberlo. En un principio los orcos atacaron decididamente, pero el furor de la defensa los desanimó muy pronto. Legolas les atravesó la garganta a dos de ellos. Gimli le cortó las piernas a otro que se había subido a la tumba de Balin. Boromir y Aragorn mataron a muchos. Cuando ya habían caído trece, el resto huyó chillando, dejando a los defensores indemnes, excepto Sam que tenía un rasguño a lo largo del cuero cabelludo. Un rápido movimiento lo había salvado y había matado al orco: un golpe certero con la espada tumularia. En los ojos castaños le ardía un fuego de brasas que habría hecho retroceder a Ted Arenas, si lo hubiera visto.

-¡Ahora es el momento! - gritó Gandalf -. ¡Vamos, antes que el troll vuelva!

Pero mientras aún retrocedían y antes que Pippin y Merry hubieran llegado a la escalera exterior, un enorme jefe orco, casi de la altura de un hombre, vestido con malla negra de la cabeza a los pies, entró de un salto en la cámara; lo seguían otros, que se apretaron en la puerta. La cara ancha y chata era morena, los ojos como carbones, la lengua roja; esgrimía una lanza larga. Con un golpe de escudo desvió la espada de Boromir y lo hizo retroceder, tirándolo al suelo. Eludiendo la espada de Aragorn con la rapidez de una serpiente, cargó contra la Compañía, apuntando a Frodo con la lanza. El golpe alcanzó a Frodo en el lado derecho y lo arrojó contra la pared. Sam con un grito quebró de un hachazo el extremo de la lanza. Aún estaba el orco dejando caer el asta y sacando la cimitarra, cuando Andúril le cayó sobre el yelmo. Hubo un estallido, como una llama, y el yelmo se abrió en dos. El orco cayó, la cabeza hendida. Los que venían detrás huyeron dando gritos y Aragorn y Boromir acometieron contra ellos.

Bum, bum continuaban los tambores allá abajo.

-¡Ahora! -gritó Gandalf -. Es nuestra última posibilidad. ¡Corramos!

Aragorn recogió a Frodo, que yacía junto a la pared, y se precipitó hacia la escalera, empujando delante de él a Merry y a Pippin. Los otros los siguieron; pero Gimli tuvo que ser arrastrado por Legolas; a pesar del peligro se había detenido cabizbajo junto a la tumba de Balin. Boromir tiró de la puerta este y los goznes chillaron. Había a cada lado un gran anillo de hierro, pero no era posible sujetar la puerta.

-Estoy bien -jadeó Frodo-. Puedo caminar. ¡Bájame!

Aragorn, asombrado, casi lo dejó caer.

-¡Pensé que estabas muerto! -exclamó.

-¡No todavía! -dijo Gandalf -. Pero no es momento de asombrarse. ¡Adelante todos, escaleras abajo! Esperadme al pie unos minutos, pero si no llego en seguida, ¡continúa! Marchad rápidamente siempre a la derecha y abajo.

-¡No podemos dejar que defiendas la puerta tú solo! - dijo Aragorn. -¡Haz como digo! - dijo Gandalf con furia -. Aquí ya no sirven las espadas. ¡Adelante!

Ninguna abertura iluminaba el pasaje y la oscuridad era completa. Descendieron una larga escalera tanteando las paredes y luego miraron atrás. No vieron nada, excepto el débil resplandor de la vara del mago, muy arriba. Parecía que Gandalf estaba todavía de guardia junto a la puerta cerrada. Frodo respiraba pesadamente y se apoyó en Sam, que lo sostuvo con un brazo. Se quedaron así un rato espiando la oscuridad de la escalera. Frodo creyó oír la voz de Gandalf arriba, murmurando palabras que descendían a lo largo de la bóveda inclinada como ecos de suspiros. No alcanzaba a entender lo que decían. Parecía que las paredes temblaban. De vez en cuando se oían de nuevo los redobles de tambor: *bum, bum*.

De pronto una luz blanca se encendió un momento en lo alto de la escalera. En seguida se oyó un rumor sordo y un golpe pesado. El tambor redobló furiosamente, *bum, bum, bum* y enmudeció. Gandalf se precipitó escaleras abajo y cayó en medio de la Compañía.

-¡Bien, bien! ¡Problema terminado! - dijo el mago incorporándose con trabajo-. He hecho lo que he podido. Pero encontré la horma de mi zapato y estuvieron a punto de destruirme. ¡Pero no os quedéis ahí! ¡Vamos! Tendréis que ir sin luz un rato, pues estoy un poco sacudido. ¡Vamos! ¡Vamos! ¿Dónde estás, Gimli? ¡Ven adelante conmigo! ¡Seguidnos los demás, y no os separéis!

Todos fueron tropezando detrás de él y preguntándose qué habría ocurrido. *Bum, bum* sonaron otra vez los golpes de tambor; les llegaban ahora más apagados y como desde lejos, pero venían detrás. No había ninguna otra señal de persecución, ningún ajeteo de pisadas, ninguna voz. Gandalf no se volvió ni a la izquierda ni a la derecha, pues el pasaje parecía seguir la dirección que él deseaba. De cuando en cuando encontraban un tramo de cincuenta o más escalones que llevaba a un nivel más bajo. Por el momento este era el peligro principal, pues en la oscuridad no alcanzaban a ver las escaleras, hasta que ya estaban bajando, o habían puesto un pie en el vacío. Gandalf tanteaba el suelo con la vara, como un ciego.

Al cabo de una hora habían avanzado una milla, o quizás un poco más, y habían descendido muchos tramos de escalera. No se oía aún ningún sonido de persecución. Hasta empezaban a creer que quizás escaparían. Al pie del séptimo tramo, Gandalf se detuvo.

-¡Está haciendo calor! -jadeó-. Ya tendríamos que estar por lo menos al nivel de las puertas. Pronto habrá que buscar un túnel a la izquierda, que nos lleve al este. Espero que no esté lejos. Me siento muy fatigado. Tengo que descansar aquí unos instantes, aunque todos los orcos que alguna vez han sido caigan ahora sobre nosotros.

Gimli lo ayudó a sentarse en el escalón.

-¿Qué pasó allá arriba en la puerta? -preguntó-. ¿Descubriste al que toca el tambor?

-No lo sé -respondió Gandalf-. Pero de pronto me encontré enfrentado a algo que yo no conocía. No supe qué hacer, excepto recurrir a algún conjuro que mantuviera cerrada la puerta. Conozco muchos, pero estas cosas requieren tiempo y aun así el enemigo podría forzar la entrada.

»Mientras estaba ahí oí voces de orcos que venían del otro lado, pero en ningún momento se me ocurrió que podían echar abajo la puerta. No alcanzaba a oír lo que se decía; parecían estar hablando en ese horrible lenguaje de ellos. Todo lo que entendí

fue *ghash*, fuego. En seguida algo, entró en la cámara; pude sentirlo a través de la puerta y los mismos orcos se asustaron y callaron. El recién llegado tocó el anillo de hierro y en ese momento advirtió mi presencia y mi conjuro.

»Qué era eso, no puedo imaginarlo, pero nunca me había encontrado con nada semejante. El contraconjuro fue terrible. Casi me hace pedazos. Durante un instante perdí el dominio de la puerta, ¡que comenzó a abrirse! Tuve que pronunciar un mandato. El esfuerzo resultó ser excesivo. La puerta estalló. Algo oscuro como una nube estaba ocultando toda la luz, y fui arrojado hacia atrás escaleras abajo. La pared entera cedió y también el techo de la cámara, me parece.

»Temo que Balin esté sepultado muy profundamente y quizá también alguna otra cosa. No puedo decirlo. Pero por lo menos el pasaje que quedó a nuestras espaldas está completamente bloqueado. ¡Ah! Nunca me he sentido tan agotado, pero ya pasa. ¿Y qué me dices de ti, Frodo? No hubo tiempo de decírtelo, pero nunca en mi vida tuve una alegría mayor que cuando tú hablaste. Temí que fuera un hobbit valiente pero muerto lo que Aragorn llevaba en brazos.

-¿Qué digo de mí? -preguntó Frodo-. Estoy vivo y entero, creo. Me siento lastimado y dolorido, pero no es grave.

-Bueno -dijo Aragorn-, sólo puedo decir que los hobbits son de un material tan resistente que nunca encontré nada parecido. Si yo lo hubiera sabido antes, ¡habría hablado con más prudencia en la taberna de Bree! ¡Ese lanzazo hubiese podido atravesar a un jabalí de parte a parte!

-Bueno, no estoy atravesado de parte a parte, me complace decirlo -dijo Frodo-, aunque siento como si hubiese estado entre un martillo y un yunque.

No dijo más. Le costaba respirar.

-Te pareces a Bilbo -dijo Gandalf -. Hay en ti más de lo que se advierte a simple vista, como dije de él hace tiempo.

Frodo se quedó pensando si esta observación no tendría algún otro significado.

Prosiguieron la marcha. Al rato Gimli habló. Tenía una vista penetrante en la oscuridad.

-Creo -dijo - que hay una luz delante. Pero no es la luz del día. Es roja. ¿Qué puede ser?

-*Ghash!* -murmuró Gandalf -. Me pregunto si era eso a lo que se referían, que los niveles inferiores están en llamas. Sin embargo, no podemos hacer otra cosa que continuar.

Pronto la luz fue inconfundible y todos pudieron verla. Vacilaba y reverberaba en las paredes del pasadizo. Ahora podían ver por dónde iban: descendían una pendiente rápida y un poco más adelante había un arco bajo; de allí venía la claridad creciente. El aire era casi sofocante.

Cuando llegaron al arco, Gandalf se adelantó indicándoles que se detuvieran. Fue hasta poco más allá de la abertura y los otros vieron que un resplandor le encendía la cara. El mago dio un paso atrás.

-Esto es alguna nueva diablura -dijo Gandalf - preparada sin duda para darnos la bienvenida. Pero sé dónde estamos: hemos llegado al Primer nivel, inmediatamente deba o de las puertas. Esta es la Segunda Sala de la Antigua Moria y las puertas están cerca: más allá del extremo este, a la izquierda, a un cuarto de milla. Hay que cruzar el puente, subir por una ancha escalinata, luego un pasaje ancho que atraviesa la Primera Sala, ¡y fuera! ¡Pero venid y mirad!

Espiaron y vieron otra sala cavernosa. Era más ancha y mucho más larga que aquella en que habían dormido. Estaban cerca de la pared del este; se prolongaba hacia el oeste perdiéndose en la oscuridad. Todo a lo largo del centro se alzaba una doble fila de pilares majestuosos. Habían sido tallados como grandes troncos de árboles y una intrincada tracería de piedra imitaba las ramas que parecían sostener el cielo raso. Los tallos eran lisos y negros, pero reflejaban oscuramente a los lados un resplandor rojizo. Justo ante ellos, a los pies de dos enormes pilares, se había abierto una gran fisura. De allí venía una ardiente luz roja y de vez en cuando las llamas lamían los bordes y abrazaban la base de las columnas. Unas cintas de humo negro flotaban en el aire cálido.

-Si hubiésemos venido por la ruta principal desde las salas superiores, nos hubieran atrapado aquí -dijo Gandalf-. Esperemos que el fuego se alce ahora entre nosotros y quienes nos persiguen. ¡Vamos! No hay tiempo que perder.

Aún mientras hablaban escucharon de nuevo el insistente redoble de tambor: *bum, bum, bum*. Más allá de las sombras en el extremo oeste de la sala estallaron unos gritos y llamadas de cuerno. *Bum, bum: los pilares parecían temblar y las llamas oscilaban.*

-¡Ahora la última carrera! -dijo Gandalf-. Si afuera brilla el sol, aún podemos escapar. ¡Seguidme!

Se volvió a la izquierda y echó a correr por el piso liso de la sala. La distancia era mayor de lo que habían creído. Mientras corrían oyeron los golpeteos y los ecos de muchos pies que venían detrás. Se oyó un chillido agudo: los habían visto. Hubo luego un clamor y un repiqueteo de aceros. Una flecha silbó por encima de la cabeza de Frodo.

Boromir rió. -No lo esperaban -dijo-. El fuego les cortó el paso. ¡Estamos del mal lado!

-¡Mirad adelante! - llamó Gandalf -. Nos acercamos al puente. Es angosto y peligroso.

De pronto Frodo vio ante él un abismo negro. En el extremo de la sala el piso desapareció y cayó a pique a profundidades desconocidas. No había otro modo de llegar a la puerta exterior que un estrecho puente de piedra, sin barandilla ni parapeto, que describía una curva de cincuenta pies sobre el abismo. Era una antigua defensa de los enanos contra cualquier enemigo que pusiera el pie en la primera sala y los pasadizos exteriores. No se podía cruzar sino en fila de a uno. Gandalf se detuvo al borde del precipicio y los otros se agruparon detrás.

-¡Tú adelante, Gimli! -dijo-. Luego Pippin y Merry. ¡Derecho al principio y escaleras arriba después de la puerta!

Las flechas cayeron sobre ellos. Una golpeó a Frodo y rebotó. Otra atravesó el sombrero de Gandalf y allí se quedó sujeta como una pluma negra. Frodo miró hacia atrás. Más allá del fuego vio un enjambre de figuras oscuras, que podían ser centenares de orcos. Esgrimían lanzas y cimitarras que brillaban rojas como la sangre a la luz del fuego. *Bum, bum* resonaba el redoble, cada vez más alto y más alto, *bum, bum*.

Legolas se volvió y puso una flecha en la cuerda, aunque la distancia era excesiva para aquel arco tan pequeño. Iba a tirar de la cuerda cuando de pronto soltó la mano dando un grito de desesperación y terror. La flecha cayó al suelo. Dos grandes trolls se acercaron cargando unas pesadas losas y las echaron al suelo para utilizarlas como un puente sobre las llamas. Pero no eran los trolls lo que había aterrorizado al elfo. Las filas de los orcos se habían abierto y retrocedían como si ellos mismos estuviesen asustados. Algo asomaba detrás de los orcos. No se alcanzaba a ver lo que era; parecía una gran sombra y en medio de esa sombra había una forma oscura, quizás una forma

de hombre, pero más grande, y en esa sombra había un poder y un terror que iban delante de ella.

Llegó al borde del fuego y la luz se apagó como detrás de una nube. Luego y con un salto, la sombra pasó por encima de la grieta. Las llamas subieron rugiendo a darle la bienvenida y se retorcieron alrededor; y un humo negro giró en el aire. Las crines flotantes de la sombra se encendieron y ardieron detrás. En la mano derecha llevaba una hoja como una penetrante lengua de fuego y en la mano izquierda empuñaba un látigo de muchas colas.

-¡Ay, ay! -se quejó Legolas-. ¡Un Balrog! ¡Ha venido un Balrog!

Gimli miraba con los ojos muy abiertos.

-¡El Daño de Durin! - gritó y dejando caer el hacha se cubrió la cara con las manos.

-Un Balrog -murmuró Gandalf-. Ahora entiendo. -Trastabilló y se apoyó pesadamente en la vara.- ¡Qué mala suerte! Y estoy tan cansado.

La figura oscura de estela de fuego corrió hacia ellos. Los orcos aullaron y se desplomaron sobre las losas que servían como puentes. Boromir alzó entonces el cuerno y sopló. El desafío resonó y rugió como el grito de muchas gargantas bajo la bóveda cavernosa. Los orcos titubearon un momento y la sombra ardiente se detuvo. En seguida los ecos murieron, como una llama apagada por el soplo de un viento oscuro, y el enemigo avanzó otra vez.

-¡Por el puente! - gritó Gandalf, recurriendo a todas sus fuerzas ¡Huid! Es un enemigo que supera todos vuestros poderes. Yo le cerraré aquí el paso. ¡Huid!

Aragorn y Boromir hicieron caso omiso de la orden y afirmando los pies en el suelo se quedaron juntos detrás de Gandalf, en el extremo del puente. Los otros se detuvieron en el umbral del extremo de la sala, y miraron desde allí, incapaces de dejar que Gandalf enfrentara solo al enemigo.

El Balrog llegó al puente. Gandalf aguardaba en el medio, apoyándose en la vara que tenía en la mano izquierda; pero en la otra relampagueaba Glamdring, fría y blanca. El enemigo se detuvo de nuevo, enfrentándolo, y la sombra que lo envolvía se abrió a los lados como dos vastas alas. En seguida esgrimió el látigo y las colas crujieron y gimieron. Un fuego le salía de la nariz. Pero Gandalf no se movió.

-No puedes pasar -dijo. Los orcos permanecieron inmóviles y un silencio de muerte cayó alrededor-. Soy un servidor del Fuego Secreto, que es dueño de la llama de Anor. No puedes pasar. El fuego oscuro no te servirá de nada, llama de Udûn. ¡Vuelve a la Sombra! No puedes pasar.

El Balrog no respondió. El fuego pareció extinguirse y la oscuridad creció todavía más. El Balrog avanzó lentamente y de pronto se enderezó hasta alcanzar una gran estatura, extendiendo las alas de muro a muro; pero Gandalf era todavía visible, como un débil resplandor en las tinieblas; parecía pequeño y completamente solo; gris e inclinado, como un árbol seco poco antes de estallar la tormenta.

De la sombra brotó llameando una espada roja.

Glamdring respondió con un resplandor blanco.

Hubo un sonido de metales que se entrechocaban y una estocada de fuego blanco. El Balrog cayó de espaldas y la hoja le saltó de la mano en pedazos fundidos. El mago vaciló en el puente, dio un paso atrás y luego se irguió otra vez, inmóvil.

-¡No puedes pasar! -dijo.

El Balrog dio un salto y cayó en medio del puente. El látigo restalló y silbó.

-¡No podrá resistir solo! -gritó Aragorn de pronto y corrió de vuelta por el puente-. ¡Elendil! -gritó-. ¡Estoy contigo, Gandalf!

-¡Gondor! -gritó Boromir y saltó detrás de Aragorn.

En ese momento, Gandalf alzó la vara y dando un grito golpeó el puente ante él. La vara se quebró en dos y le cayó de la mano. Una cortina ennegecedora de fuego blanco subió en el aire. El puente crujió, rompiéndose justo debajo de los pies del Balrog y la piedra que lo sostenía se precipitó al abismo mientras el resto quedaba allí, en equilibrio, estremeciéndose como una lengua de roca que se asoma al vacío.

Con un grito terrible el Balrog se precipitó hacia adelante; la sombra se hundió y desapareció. Pero aún mientras caía sacudió el látigo y las colas azotaron y envolvieron las rodillas del mago, arrastrándolo al borde del precipicio. Gandalf se tambaleó y cayó al suelo, tratando vanamente de asirse a la piedra, deslizándose al abismo.

-¡Huid, insensatos! -gritó, y desapareció.

El fuego se extinguió y volvió la oscuridad. La Compañía estaba como clavada al suelo, mirando el pozo, horrorizada. En el momento en que Aragorn y Boromir regresaban de prisa, el resto del puente crujió y cayó. Aragorn llamó a todos con un grito.

-¡Venid! ¡Yo os guiaré ahora! Tenemos que obedecer la última orden de Gandalf. ¡Seguidme!

Subieron atropellándose por las grandes escaleras que estaban más allá de la puerta. Aragorn delante, Boromir detrás. Arriba había un pasadizo ancho y habitado de ecos. Corrieron por allí. Frodo oyó que Sam lloraba junto a él y en seguida descubrió que él también lloraba y corría. *Bum, bum, bum*, resonaban detrás los redobles, ahora lúgubres y lentos.

Siguieron corriendo. La luz crecía delante; grandes aberturas traspasaban el techo. Corrieron más rápido. Llegaron a una sala con ventanas altas que miraban al este y donde entraba directamente la luz del día. Cruzaron la sala, pasando por unas puertas grandes y rotas y de pronto se abrieron ante ellos las Grandes Puertas, un arco de luz resplandeciente.

Había una guardia de orcos que acechaba en la sombra detrás de los montantes a un lado y a otro, pero las puertas mismas estaban rotas y caídas en el suelo. Aragorn abatió al capitán que le cerraba el paso y el resto huyó aterrorizado. La Compañía pasó de largo, sin prestarles atención. Ya fuera de las puertas bajaron corriendo los amplios y gastados escalones, el umbral de Moria.

Así, al fin y contra toda esperanza, estuvieron otra vez bajo el cielo y sintieron el viento en las caras.

No se detuvieron hasta encontrarse fuera del alcance de las flechas que venían de los muros. El Valle del Arroyo Sombrío se extendía alrededor. La sombra de las Montañas Nubladas caía en el valle, pero hacia el este había una luz dorada sobre la tierra. No había pasado una hora desde el mediodía. El sol brillaba; la luz era alta y blanca.

Miraron atrás. Las puertas oscuras bostezaban a la sombra de la montaña. Los lentos redobles subterráneos resonaban lejanos y débiles. *Bum*. Un tenue humo negro salía arrastrándose. No se veía nada más; el valle estaba vacío. *Bum*. La pena los dominó a todos al fin y lloraron: algunos de pie y en silencio, otros caídos en tierra. *Bum, bum*. El redoble se apagó.

LOTHLORIEN

-Ay, temo que no podamos demorarnos aquí -dijo Aragorn. Miró hacia las montañas y alzó la espada-. ¡Adiós, Gandalf! -gritó-. ¿No te dije *si cruzas las puertas de Moria, ten cuidado?* Ay, cómo no me equivoqué. ¿Qué esperanzas nos quedan sin ti?

Se volvió hacia la Compañía.

-Dejemos de lado la esperanza -dijo-. Al menos quizá seamos vengados. Apretemos las mandíbulas y dejemos de llorar. ¡Vamos! Tenemos por delante un largo camino y muchas cosas todavía pendientes.

Se incorporaron y miraron alrededor. Hacia el norte el valle corría por una garganta oscura entre dos grandes brazos de las montañas y en la cima brillaban tres picos blancos: Celebdil, Fanuidhol, Caradhras: las Montañas de Moria. De lo alto de la garganta venía un torrente, como un encaje blanco sobre una larga escalera de pequeños saltos y una niebla de espuma colgaba en el aire a los pies de las montañas.

-Allá está la Escalera del Arroyo Sombrío -dijo Aragorn apuntando a las cascadas-. Tendríamos que haber venido por ese camino profundo que corre junto al torrente, si la fortuna nos hubiese sido más propicia.

-O Caradhras menos cruel -dijo Gimli-. ¡Helo ahí, sonriendo al sol!

Amenazó con el puño al más distante de los picos nevados y dio media vuelta.

Al este el brazo adelantado de las montañas terminaba bruscamente y más allá podían verse unas tierras lejanas, vastas e imprecisas. Hacia el sur las Montañas Nubladas se perdían de vista a la distancia. A menos de una milla y un poco por debajo de ellos, pues estaban aún a regular altura al costado oeste del valle, había una laguna. Era larga y ovalada, como una punta de lanza clavada profundamente en la garganta del norte; pero el extremo sur se extendía más allá de las sombras bajo el cielo soleado. Sin embargo, las aguas eran oscuras: un azul profundo como el cielo claro de la noche visto desde un cuarto donde arde una lámpara. La superficie estaba tranquila, sin una arruga. Todo alrededor una hierba suave descendía por las laderas hasta la orilla lisa y uniforme.

-El Lago Espejo, ¡el profundo Kheled-zâram! -dijo Gimli-. Recuerdo que él dijo: «¡Ojalá tengáis la alegría de verlo! ¡Pero no podremos demorarnos allí!» Mucho tendré que viajar antes de sentir alguna alegría. Soy yo quien ha de apresurarse y él quien ha de quedarse.

La Compañía descendió ahora por el camino que nacía en las puertas. Era abrupto y quebrado y se convertía casi en seguida en un sendero y corría serpenteando entre los brezos y retamas que crecían en las grietas de las piedras. Pero todavía podía verse que en otro tiempo un camino pavimentado y sinuoso había subido desde las tierras bajas del Reino de los Enanos. En algunos sitios había construcciones de piedra arruinadas junto al camino y montículos verdes coronados por esbeltos abedules, o abetos que suspiraban en el viento. Una curva que iba hacia el este los llevó al prado de la laguna y allí, no lejos del camino, se alzaba una columna de ápice quebrado.

-¡La Piedra de Durin! -exclamó Gimli-. ¡No puedo seguir sin apartarme un momento a mirar la maravilla del valle!

-¡Apresúrate entonces! -dijo Aragorn, volviendo la cabeza hacia las puertas-. El sol se pone temprano. Quizá los orcos no salgan antes del crepúsculo, pero para ese entonces tendríamos que estar muy lejos. No hay luna casi y la noche será oscura.

-¡Ven conmigo, Frodo! -llamó el enano, saltando fuera del camino-. No te dejaré ir sin que veas el Kheled-zâram.

Bajó corriendo la ancha ladera verde. Frodo lo siguió lentamente, atraído por las tranquilas aguas azules, a pesar de la pena y el cansancio. Sam se apresuró y lo alcanzó.

Gimli se detuvo junto a la columna y alzó los ojos. La piedra estaba agrietada y carcomida por el tiempo y había unas runas escritas a un lado, tan borrosas que no se podían leer.

-Este pilar señala el sitio donde Durin miró por primera vez en el Lago Espejo -dijo el enano-. Miremos nosotros, antes de irnos.

Se inclinaron sobre el agua oscura. Al principio no pudieron ver nada. Luego lentamente distinguieron las formas de las montañas de alrededor reflejadas en un profundo azul y los picos eran como penachos de fuego blanco sobre ellas; más allá había un espacio de cielo. Allí como joyas en el fondo del lago brillaban unas estrellas titilantes, aunque la luz del sol estuviera muy alta. De ellos mismos, inclinados, no veían ninguna sombra.

-¡Oh bello y maravilloso Kheled-zâram! -dijo Gimli-. Aquí descansa la corona de Durin, hasta que despierte. ¡Adiós!

Saludó con una reverencia, dio media vuelta y subió de prisa por la pendiente verde hasta el camino.

-¿Qué viste? -le preguntó Pippin a Sam, pero Sam estaba demasiado perdido en sus propios pensamientos y no contestó.

El camino corría ahora hacia el sur y descendía rápidamente, alejándose de los brazos del valle. Un poco por debajo del lago tropezaron con un manantial profundo, claro como el cristal; el agua fresca caía sobre un reborde y descendía centelleando y gorgoteando por un canal abrupto abierto en la piedra.

-Este es el manantial donde nace el Cauce de Plata -dijo Gimli-. ¡No bebáis! Es frío como el hielo.

-Pronto se transforma en un río rápido y se alimenta de muchas otras corrientes montañosas -dijo Aragorn-. Nuestro camino lo bordea durante muchas millas. Pues os llevaré por el camino que Gandalf eligió y mi primer deseo es llegar a los bosques donde el Cauce de Plata desemboca en el Río Grande y más allá.

Miraron adonde señalaba Aragorn y vieron ante ellos que la corriente descendía saltando por el valle y luego corría hacia las tierras más bajas perdiéndose en una niebla de oro.

-¡Allí están los bosques de Lothlórien! -dijo Legolas-. La más hermosa de las moradas de mi pueblo. No hay árboles como éstos. Pues en el otoño las hojas no caen, aunque amarillean. Sólo cuando llega la primavera y aparecen los nuevos brotes, caen las hojas, y para ese entonces las ramas ya están cargadas de flores amarillas; y el suelo del bosque es dorado y el techo es dorado y los pilares del bosque son de plata, pues la corteza de los árboles es lisa y gris. ¡Cómo se me alegraría el corazón si me encontrara bajo las enramadas de ese bosque y fuera primavera!

-A mí también se me alegraría el corazón, aunque fuera invierno -dijo Aragorn-. Pero el bosque está a muchas millas. ¡De prisa!

Durante un tiempo, Frodo y Sam consiguieron seguir a los otros de cerca, pero Aragorn los llevaba a paso vivo y al cabo de un rato se arrastraban muy atrás. No habían probado bocado desde la mañana temprano. A Sam la herida le quemaba como un fuego y sentía que se le iba la cabeza. A pesar del sol brillante el viento le parecía helado luego de la tibia oscuridad de Moria. Se estremeció. Frodo descubría que cada nuevo paso era más doloroso que el anterior y jadeó sin aliento.

Al fin Legolas volvió la cabeza y viendo que se habían quedado muy rezagados le habló a Aragorn. Los otros se detuvieron y Aragorn corrió de vuelta, llamando a Boromir.

-¡Lo lamento, Frodo! - exclamó, muy preocupado -. Tantas cosas ocurrieron hoy y hubo tanta prisa que olvidé que estabas herido; y Sam también. Tenías que haber hablado. No hicimos nada para aliviarte, como era nuestro deber, aunque todos los orcos de Moria vinieran detrás. ¡Vamos! Un poco más allá hay un sitio donde podríamos descansar un momento. Allí haré por ti lo que esté a mi alcance. ¡Ven, Boromir! Los llevaremos en brazos.

Poco después llegaron a otra corriente de agua que descendía del oeste y se unía burbujeando al tormentoso Cauce de Plata. Juntos saltaban por encima de unas piedras de color verde y caían espumosos en un barranco. Alrededor se elevaban unos abetos bajos y torcidos; las riberas eran escarpadas y cubiertas con helechos y matas de arándanos. En el extremo de la hondonada había un espacio abierto y llano que el río atravesaba murmurando sobre un lecho de piedras relucientes. Aquí descansaron. Eran casi las tres de la tarde y estaban aún a unas pocas millas de las puertas. El sol descendía ya hacia el oeste.

Mientras Gimli y los dos hobbits más jóvenes encendían un fuego con ramas y hojas de abeto y traían agua, Aragorn atendió a Sam y a Frodo. La herida de Sam no era profunda, pero tenía mal aspecto y Aragorn la examinó con aire grave. Al cabo de un rato alzó los ojos aliviado.

-¡Buena suerte, Sam! - dijo -. Muchos han recibido heridas peores como prenda por haber abatido al primer orco. La herida no está envenenada, como ocurre demasiado a menudo con las provocadas por estas armas. Cicatrizará bien, una vez que la hayamos atendido. Báñala, cuando Gimli haya calentado un poco de agua.

Abrió un saquito y sacó unas hojas marchitas.

-Están secas y han perdido algunas de sus virtudes -dijo -, pero aún tengo aquí algunas de las hojas de *athelas* que junté cerca de la Cima de los Vientos. Machaca una en agua y lávate la herida y luego te vendaré. ¡Ahora te toca a ti, Frodo!

-¡Yo estoy bien! -dijo Frodo, con pocas ganas de que le tocaran las ropas-. Todo lo que necesito es comida y descansar un rato.

-¡No! - dijo Aragorn -. Tenemos que mirar y ver qué te han hecho el martillo y el yunque. Todavía me maravilla que estés vivo.

Le quitó a Frodo lentamente la vieja chaqueta y la túnica gastada y ahogó un grito, sorprendido. En seguida se rió. El corselete de plata relumbraba ante él como la luz sobre un mar ondulado. La sacó con cuidado y la alzó, y las gemas de la malla refulgieron como estrellas y el tintineo de los anillos era como el golpeteo de una lluvia en un estanque.

-¡Mirad, amigos míos! -llamó-. ¡He aquí una hermosa piel de hobbit que serviría para envolver a un pequeño príncipe elfo! Si se supiera que los hobbits tienen cueros semejantes, todos los cazadores de la Tierra Media ya estarían cabalgando hacia la Comarca.

-Y todas las flechas de todos los cazadores del mundo serían inútiles -dijo Gimli, observando boquiabierto la malla-. Es una cota de mithril. ¡Mithril! Nunca vi ni oí

hablar de una malla tan hermosa. ¿Es la misma de la que hablaba Gandalf? Entonces no la estimó en todo lo que vale. ¡Pero ha sido bien dada!

-Me pregunté a menudo qué hacías tú y Bilbo, tan juntos en ese cuartito -dijo Merry-. ¡Bendito sea el viejo hobbit! Lo quiero más que nunca. ¡Ojalá tengamos una oportunidad de contárselo!

En el costado derecho y en el pecho de Frodo había un moretón ennegrecido. Frodo había llevado bajo la malla una camisa de cuero blando, pero en un punto los anillos habían atravesado la camisa clavándose en la carne. El lado izquierdo de Frodo que había golpeado la pared estaba también lastimado y contuso. Mientras los otros preparaban la comida, Aragorn bañó las heridas con agua donde habían macerado unas hojas de *athelas*. Una fragancia penetrante flotó en la hondonada y todos los que se inclinaban sobre el agua humeante se sintieron refrescados y fortalecidos. Frodo notó pronto que se le iba el dolor y que respiraba con mayor facilidad; aunque se sintió anquilosado y dolorido durante muchos días. Aragorn le sujetó al costado unas blandas almohadillas de tela.

-La malla es extraordinariamente liviana -dijo-. Póntela de nuevo, si la soportas. Me alegra de veras saber que llevas una cota semejante. No te la quites, ni aún para dormir, a no ser que la fortuna te lleve a algún lugar donde no corras ningún peligro y eso no será muy frecuente mientras dure tu misión.

Luego de comer, la Compañía se preparó para partir. Apagaron el fuego y borraron todas las huellas. Trepano fuera de la hondonada volvieron al camino. No habían andado mucho cuando el sol se puso detrás de las alturas del oeste y unas grandes sombras descendieron por las faldas de los montes. El crepúsculo les velaba los pies y una niebla se alzó en las tierras bajas. Lejos en el este la luz pálida del anochecer se extendía sobre unos territorios indistintos de bosques y llanuras. Sam y Frodo que se sentían ahora aliviados y reanimados iban a buen paso y con sólo un breve descanso Aragorn guió a la Compañía durante tres horas más.

Había oscurecido. Era ya de noche y había muchas estrellas claras, pero la luna menguante no se veía hasta más tarde. Gimli y Frodo marchaban a la retaguardia, sin hablar, prestando atención a cualquier sonido que pudiera oírse detrás en el camino. Al fin Gimli rompió el silencio.

-Ningún sonido, excepto el viento -dijo-. No hay nada rondando, o mis oídos son de madera. Esperemos que los orcos hayan quedado contentos echándonos de Moria. Y quizá no pretendían nada más, no tenían otra cosa que hacer con nosotros... con el Anillo. Aunque los orcos persiguen a menudo a los enemigos a campo abierto y durante muchas leguas, si tienen que vengar a un capitán.

Frodo no respondió. Le echó una mirada a Dardo y la hoja tenía un brillo opaco. Sin embargo había oído algo, o había creído oír algo. Tan pronto como las sombras cayeran alrededor ocultando el camino, había oído otra vez el rápido rumor de unas pisadas. Aún ahora lo oía. Se volvió bruscamente. Detrás de él había dos diminutos puntos de luz, o creyó ver dos puntos de luz, pero en seguida se movieron a un lado y desaparecieron.

-¿Qué pasa? -preguntó el enano.

-No sé -respondió Frodo-. Creí oír el sonido de unos pasos y creí ver una luz... como ojos. Me ocurrió muchas veces, desde que salimos de Moria.

Gimli se detuvo y se inclinó hacia el suelo.

-No oigo nada sino la conversación nocturna de las plantas y las piedras -dijo-. ¡Vamos! ¡De prisa! Los otros ya no se ven.

El viento frío de la noche sopló valle arriba. Ante ellos se levantaba una ancha sombra gris y había un continuo rumor de hojas, como álamos en el viento.

-¡Lothlórien! -exclamó Legolas-. ¡Lothlórien! Hemos llegado a los límites del Bosque de Oro. ¡Lástima que sea invierno!

Los árboles se elevaban hacia el cielo de la noche y se arqueaban sobre el camino y el arroyo que corría de pronto bajo las ramas extendidas. A la luz pálida de las estrellas los troncos eran grises y las hojas temblorosas un débil resplandor amarillo rojizo.

-¡Lothlórien! -dijo Aragorn-. ¡Qué felicidad oír de nuevo el viento en los árboles! Nos encontramos aún a unas cinco leguas de las puertas, pero no podemos ir más lejos. Esperemos que la virtud de los elfos nos ampare esta noche de los peligros que vienen detrás.

-Si hay elfos todavía aquí en este mundo que se ensombrece -dijo Gimli.

-Ninguno de los míos ha vuelto a estas tierras desde hace tiempo -dijo Legolas-, aunque se dice que Lórien no ha sido abandonado del todo, pues habría aquí un poder que protege a la región contra el mal. Sin embargo, esos habitantes se dejan ver raramente y quizá viven ahora en lo más profundo del bosque, lejos de las fronteras septentrionales.

-Viven en verdad en lo más profundo del bosque -dijo Aragorn y suspiró como recordando algo-. Esta noche tendremos que arreglárnoslas solos. Iremos un poco más allá, hasta que los árboles nos rodeen, y luego dejaremos la senda y buscaremos donde dormir.

Dio un paso adelante, pero Boromir parecía irresoluto y no lo siguió. -¿No hay otro camino? -dijo.

-¿Qué otro camino querrías tú? -dijo Aragorn.

-Un camino simple, aunque nos llevara a través de setos de espadas -dijo Boromir-. Esta Compañía ha sido conducida por caminos extraños y hasta ahora con mala fortuna. Contra mi voluntad pasamos bajo las sombras de Moria y hacia nuestra perdición. Y ahora tenemos que entrar en el Bosque de Oro, dices. Pero de estas tierras peligrosas hemos oído hablar en Gondor y se dice que de todos los que entran son pocos los que salen y menos aún los que escapan indemnes.

-No digas *indemne* pero sí *sin cambios* y estarás más en lo cierto -dijo Aragorn - Pero la sabiduría está perdiéndose en Gondor, Boromir, si en la ciudad de aquellos que una vez fueron sabios ahora se habla así de Lothlórien. De cualquier modo, no hay para nosotros otro camino, salvo que quieras volver a las Puertas de Moria, escalar las montañas que no tienen caminos, o ir a nado y solo por el Río Grande.

-¡Entonces, adelante! -dijo Boromir-. Pero es peligroso.

-Peligroso, es cierto -dijo Aragorn-. Hermoso y peligroso, pero sólo la maldad puede tenerle miedo con alguna razón, o aquellos que llevan alguna maldad en ellos mismos. ¡Seguidme!

Se habían internado poco más de una milla en el bosque cuando tropezaron con otro arroyo, que descendía rápidamente desde las laderas arboladas que subían detrás hacia las montañas del oeste. No muy lejos entre las sombras de la derecha, se oía el rumor de una pequeña cascada. Las aguas oscuras y precipitadas cruzaban el sendero ante ellos y se unían al Cauce de Plata en un torbellino de aguas oscuras entre las raíces de los árboles.

-¡He aquí el Nimrodel! -dijo Legolas-. Los Elfos Silvanos lo cantaron muchas veces y esas canciones se cantan aún en el Norte, recordando el arco iris de los saltos y las flores doradas que brotan en la espuma. Todo es oscuro ahora y el Puente del Nimrodel está roto. Me mojaré los pies, pues dicen que el agua cura la fatiga.

Se adelantó, descendió por la barranca escarpada y entró en el arroyo.

-¡Seguidme! - gritó -. El agua no es profunda. ¡Crucemos! Podemos descansar en la otra orilla y el susurro del agua que cae nos ayudará a dormir y a olvidar las penas.

Uno a uno bajaron por la ribera y siguieron a Legolas. Frodo se detuvo un momento junto a la orilla y dejó que el arroyo le bañara los pies cansados. El agua era fría y límpida y cuando le llegó a las rodillas Frodo sintió que le lavaba la suciedad del viaje y todo el cansancio que le pesaba en los miembros.

Cuando toda la Compañía hubo cruzado, se sentaron a descansar, comieron unos bocados y Legolas les contó las historias de Lothlórien que los elfos del Bosque Oscuro atesoraban aún, historias de la luz del sol y las estrellas en los prados que el Río Grande había bañado antes que el mundo fuera gris.

Al fin callaron y se quedaron escuchando la música de la cascada que caía dulcemente en las sombras. Frodo llegó a imaginar que oía el canto de una voz, junto con el sonido del agua.

-¿Alcanzáis a oír la voz de Nimrodel? -preguntó Legolas-. Os cantaré una canción de la doncella Nimrodel, que vivía junto al arroyo y tenía el mismo nombre. Es una hermosa canción en nuestra lengua de los bosques y hela aquí en la Lengua del Oeste, como algunos la cantan ahora en Rivendel.

Legolas empezó a cantar con una voz dulce que apenas se oía entre el murmullo de las hojas.

*Había en otro tiempo una doncella élfica,
una estrella que brillaba en el día,
de manto blanco recamado en oro
y zapatos de plata gris.*

*Tenia una estrella en la frente,
una luz en los cabellos,
como el sol en las ramas de oro
de Lórien la bella.*

*Los cabellos largos, los brazos blancos,
libre y hermosa era Lórien,
y en el viento corría levemente,
como la hoja del tilo.*

*Junto a los saltos de Nimrodel,
cerca del agua clara y fresca,
la voz caía como plata que cae
en el agua brillante.*

*Por dónde anda ahora, nadie sabe,
a la luz del sol o entre las sombras,
pues hace tiempo que Nimrodel
se extravió en las montañas.*

*Un barco elfo en el puerto gris,
bajo el viento de la montaña,
la esperó muchos días
junto al mar tumultuoso.*

*Un viento nocturno en el norte
se levantó gritando,
y llevó la nave desde las playas élficas
sobre olas que iban y venían.*

*Cuando asomó la pálida aurora
las montañas grises se hundían
más allá de las olas empenachadas
de espuma enceguecedora.*

*Amroth vio que la costa desaparecía
debajo y más allá de la ola,
y maldijo la nave pérfida que lo llevara
lejos de Nimrodel.*

*Había sido antaño un rey élfico
señor del valle y los árboles,
cuando los brotes primaverales se doraban
en Lothlórien la bella.*

*Lo vieron saltar desde la borda
como flecha de un arco
y caer en el agua profunda
como una gaviota.*

*El aire le movía los cabellos,
y la espuma le brillaba alrededor,
lo vieron de lejos hermoso y fuerte
deslizándose como un cisne.*

*Pero del Oeste no llegó una palabra,
y en la Costa Citerior
los elfos nunca tuvieron
noticias de Amroth.*

La voz se le quebró a Legolas y dejó de cantar.

-No puedo seguir -dijo-. Esto es sólo una parte; he olvidado casi todo. La canción es larga y triste, pues cuenta las desventuras que cayeron sobre Lothlórien, Lórien de las Flores, cuando los enanos despertaron al mal en las montañas.

-Pero los enanos no hicieron al mal -dijo Gimli.

-Yo no dije eso, pero el mal vino -respondió Legolas tristemente-. Luego muchos de los elfos de la estirpe de Nimrodel dejaron sus moradas y partieron y ella se perdió allá lejos en el Sur, en los pasos de las Montañas Blancas, y no vino al barco donde la esperaba Amroth, su amante. Pero en la primavera cuando el viento mueve las primeras

hojas aún puede oírse el eco de la voz de Nimrodel junto a los saltos de agua de ese nombre. Y cuando el viento sopla del sur es la voz de Amroth la que sube desde el océano, pues el Nimrodel fluye en el Cauce de Plata, que los elfos llaman Celebrant, y el Celebrant en el Gran Anduin, y el Anduin en la Bahía de Belfalas, donde los elfos de Lórien se lanzaron a la mar. Pero ellos nunca volvieron, ni Nimrodel ni Amroth.

»Se dice que ella vive en una casa construida en las ramas de un árbol, cerca de la cascada, pues tal era la costumbre entre los elfos de Lórien, vivir en los árboles y quizá todavía lo hacen. Por eso se los llamó los Galadrim, las Gentes de los Árboles. En lo más profundo del bosque los árboles son muy grandes. La gente de los bosques no habitaba bajo el suelo como los enanos, ni levantó fortalezas de piedra hasta que llegó la Sombra.

-Y aún ahora podría decirse que vivir en los árboles es más seguro que sentarse en el suelo -dijo Gimli.

Miró más allá del agua el camino que llevaba de vuelta al Valle del Arroyo Sombrío y luego alzó los ojos hacia la bóveda de ramas oscuras.

-Tus palabras nos traen un buen consejo, Gimli -dijo Aragorn-. No podemos construir una casa, pero esta noche haremos como los Galadrim y buscaremos refugio en las copas de los árboles, si podemos. Hemos estado sentados aquí junto al camino más de lo prudente.

La Compañía dejó ahora el sendero y se internó en las sombras más profundas del bosque, hacia el oeste, a lo largo del arroyo montañoso que se alejaba del Cauce de Plata. No lejos de los saltos de Nimrodel encontraron un grupo de árboles, que en algunos sitios se inclinaban sobre el río. Los grandes troncos grises eran muy gruesos, pero nadie supo decir qué altura tenían.

-Subiré -dijo Legolas-. Me siento en casa entre los árboles, junto a las raíces o en las ramas, aunque estos árboles son de una familia que no conozco, excepto como un nombre en una canción. *Mellyrn* los llaman y son los que lucen flores amarillas, pero nunca subí a uno. Veré ahora qué forma tienen y cómo se desarrollan.

-De cualquier modo -dijo Pippin- tendrían que ser árboles maravillosos si pueden ser un sitio de descanso para alguien, además de los pájaros. ¡No puedo dormir colgado de una rama!

-Entonces cava un agujero en el suelo -dijo Legolas-, si está más de acuerdo con tus costumbres. Pero tienes que cavar hondo y muy rápido, o no escaparás a los orcos.

Saltando ágilmente se cogió de una rama que nacía del tronco a bastante altura por encima de ellos. Se balanceó allí un momento y una voz habló de pronto desde las sombras altas del árbol.

-*Daro!* -dijo en un tono perentorio y Legolas se dejó caer al suelo sorprendido y asustado. Se encogió contra el tronco del árbol.

-¡Quiéto todos! -les susurró a los otros-. ¡No os mováis ni habléis!

Una risa dulce estalló allá arriba y luego otra voz clara habló en una lengua élfica. Frodo no entendía mucho de lo que se decía, pues la lengua de la gente Silvana del este de las montañas se parecía poco a la del oeste. Legolas levantó la cabeza y respondió en la misma lengua.

-¿Quiénes son y qué dicen? -preguntó Merry.

-Son elfos -dijo Sam-. ¿No oyes las voces? -Sí, son elfos -dijo Legolas- y dicen que respiráis tan fuerte que podríais atravesarlas con una flecha en la oscuridad. -Sam se llevó rápidamente la mano a la boca.- Pero también dicen que no tengáis miedo. Saben que estamos por aquí desde hace rato. Oyeron mi voz del otro lado del Nimrodel y

supieron que yo era de la familia del Norte y por ese motivo no nos impidieron el paso; y luego oyeron mi canción. Ahora me invitan a que suba con Frodo; pues han tenido alguna noticia de él y de nuestro viaje. A los otros les dicen que esperen un momento y que monten guardia al pie del árbol, hasta que ellos decidan.

Una escala de cuerda bajó de las sombras; era de color gris plata y brillaba en la oscuridad, y aunque parecía delgada podía sostener a varios hombres, como se comprobó más tarde. Legolas trepó ágilmente y Frodo lo siguió más despacio y detrás fue Sam tratando de no respirar con fuerza. Las ramas del mallorn eran casi horizontales al principio y luego se curvaban hacia arriba; pero cerca de la copa el tronco se dividía en una corona de ramas y vieron que entre esas ramas los elfos habían construido una plataforma de madera, o *flet* como se la llamaba en esos tiempos; los elfos la llamaban *talan*. Un agujero redondo en el centro permitía el acceso a la plataforma y por allí pasaba la escala.

Cuando Frodo llegó al flet, encontró a Legolas sentado con otros tres elfos. Llevaban ropas de un color gris sombra y no se los distinguía entre las ramas, a no ser que se movieran bruscamente. Se pusieron de pie y uno de ellos descubrió un farol pequeño que emitía un delgado rayo de plata. Alzó el farol y escrutó el rostro de Frodo y el de Sam. Luego tapó otra vez la luz y dijo en su lengua palabras de bienvenida. Frodo respondió titubeando.

-¡Bien venido! -repitió entonces el elfo en la Lengua Común, hablando lentamente-. Pocas veces usamos otra lengua que la nuestra, pues ahora vivimos en el corazón del bosque y no tenemos tratos voluntarios con otras gentes. Aun los hermanos del Norte están separados de nosotros. Pero algunos de los nuestros aún viajan lejos, para recoger noticias y observar a los enemigos y ellos hablan las lenguas de otras tierras. Soy uno de ellos. Me llamo Haldir. Mis hermanos, Rúmil y Orophin, hablan poco vuestra lengua.

»Pero algo habíamos oído de vuestra venida, pues los mensajeros de Elrond pasan por Lórien cuando vuelven remontando la Escalera del Arroyo Sombrío. No habíamos oído hablar de... los hobbits, o medianos, desde años atrás y no sabíamos que aún vivieran en la Tierra Media. ¡No parecéis gente mala! Y como vienes con un elfo de nuestra especie, estamos dispuestos a ayudarte, como lo pidió Elrond, aunque no sea nuestra costumbre guiar a los extranjeros que cruzan estas tierras. Pero tenéis que quedaros aquí esta noche. ¿Cuántos sois?

-Ocho -dijo Legolas-. Yo, cuatro hobbits, y dos hombres; uno de ellos, Aragorn, es de Oosterness y amigo de los elfos.

-El nombre de Aragorn, hijo de Arathorn, es conocido en Lórien -dijo Haldir- y tiene la protección de la Dama. Todo está bien entonces. Pero sólo me hablaste de siete.

-El último es un enano -dijo Legolas.

-¡Un enano! -dijo Haldir-. Eso no es bueno. No tenemos tratos con los enanos desde los Días Oscuros. No se los admite en estas tierras. No puedo permitirle el paso.

-Pero es de la Montaña Solitaria, de las fieles gentes de Dáin y amigo de Elrond -dijo Frodo -. Elrond mismo decidió que nos acompañara y se ha mostrado valiente y leal.

Los elfos hablaron en voz baja, e interrogaron a Legolas en la lengua de ellos.

-Muy bien -dijo Haldir por último-. Esto es lo que haremos, aunque no nos complace. Si Aragorn y Legolas lo vigilan y responden por él, lo dejaremos pasar; aunque cruzará Lothlórien con los ojos vendados.

»Pero no es momento de discutir. No conviene que los vuestros se queden en tierra. Hemos estado vigilando los ríos, desde que vimos una gran tropa de orcos yendo al

norte hacia Moria, bordeando las montañas, hace ya muchos días. Los lobos aúllan en los lindes de los bosques. Si venís en verdad desde Moria, el peligro no puede estar muy lejos, detrás de vosotros. Partiréis de nuevo mañana temprano.

»Los cuatro hobbits subirán aquí y se quedarán con nosotros... ¡No les tenemos miedo! Hay otro *talan* en el árbol próximo. Allí se refugiarán los demás. Tú, Legolas, responderás por ellos. Llámanos, si algo anda mal. ¡Y no pierdas de vista al enano!

Legolas bajó por la escala llevando el mensaje de Haldir y poco después Merry y Pippin trepaban al alto flet. Estaban sin aliento y parecían bastante asustados.

-¡Bien! -dijo Merry jadeando-. Hemos traído vuestras mantas junto con las nuestras. Trancos ha ocultado el resto del equipaje bajo un montón de hojas.

-No había necesidad de esa carga -dijo Haldir-. Hace frío en las copas de los árboles en invierno, aunque esta noche el viento sopla del sur, pero tenemos alimentos y bebidas que os sacarán el frío nocturno y pieles y mantos de sobra.

Los hobbits aceptaron con alegría esta segunda (y mucho mejor) cena. Luego se envolvieron no sólo en los mantos forrados de los elfos sino también con las mantas que habían traído y trataron de dormir. Pero aunque estaban muy cansados sólo Sam parecía bien dispuesto. Los hobbits no son aficionados a las alturas, y no duermen en pisos elevados, aun teniendo escaleras. El *flet* no les gustaba mucho como dormitorio. No tenía paredes, ni siquiera una baranda; sólo en un lado había un biombo plegadizo que podía moverse e instalarse en distintos sitios, según soplara el viento.

Pippin siguió hablando un rato. -Espero no rodar y caerme si llego a dormirme en este nido de pájaros -dijo.

-Una vez que me duerma -dijo Sam-, continuaré durmiendo, ruede o no ruede. Y cuanto menos se diga ahora más pronto caeré dormido, si usted me entiende.

Frodo se quedó despierto un tiempo, mirando las estrellas que relucían a través del pálido techo de hojas temblorosas. Sam se había puesto a roncar aún antes que él cerrara los ojos. Alcanzaba a ver las formas grises de dos elfos que estaban sentados, los brazos alrededor de las rodillas, hablando en susurros. El otro había descendido a montar guardia en una rama baja. Al fin, mecido allí arriba por el viento en las ramas y abajo por el dulce murmullo de las cascadas del Nimrodel, Frodo se durmió con la canción de Legolas dándole vueltas en la cabeza.

Despertó más tarde en medio de la noche. Los otros hobbits dormían. Los elfos habían desaparecido. La luna creciente brillaba apenas entre las hojas. El viento había cesado. No muy lejos oyó una risa ronca y el sonido de muchos pies en el suelo entre los árboles y luego un tintineo metálico. Los ruidos se perdieron lentamente a lo lejos y parecían ir hacia el sur, adentrándose en el bosque.

Una cabeza asomó de pronto por el agujero del flet. Frodo se sentó asustado y vio que era un elfo de capucha gris. Miró hacia los hobbits.

-¿Qué pasa? -dijo Frodo.

-*Yrch!* -dijo el elfo con un murmullo siseante y echó sobre el flet la escala de cuerda que acababa de recoger.

-¡Orcos! -dijo Frodo-. ¿Qué están haciendo?

Pero el elfo había desaparecido.

No se oían más ruidos. Hasta las hojas callaban ahora y parecía que las cascadas habían enmudecido. Frodo, sentado aún, se estremeció de pies a cabeza bajo las mantas. Se felicitaba de que no los hubieran encontrado en el suelo, pero sentía que los árboles no los protegían mucho, salvo ocultándolos. Los orcos tenían un olfato fino, se decía, como los mejores perros de caza, pero además podían trepar. Sacó a Dardo, que

relampagueó y resplandeció como una llama azul y luego se apagó otra vez poco a poco. Sin embargo, la impresión de peligro inmediato no dejó a Frodo; al contrario, se hizo más fuerte. Se incorporó, se arrastró a la abertura y miró hacia el suelo. Estaba casi seguro de que podía oír unos movimientos furtivos, lejos, al pie del árbol.

No eran elfos, pues la gente de los bosques no hacía ningún ruido al moverse. Luego oyó débilmente un sonido, como si husmearan, y le pareció que algo estaba arañando la corteza del árbol. Clavó los ojos en la oscuridad, reteniendo el aliento.

Algo trepaba ahora lentamente y se lo oía respirar, como si siseara con los dientes apretados. Luego Frodo vio dos ojos pálidos que subían, junto al tronco. Se detuvieron y miraron hacia arriba, sin parpadear. De pronto se volvieron y una figura indistinta bajó deslizándose por el tronco y desapareció.

Casi en seguida Haldir llegó trepando rápidamente por las ramas.

-Había algo en este árbol que nunca vi antes -dijo-. No era un orco. Huyó tan pronto como toqué el árbol. Parecía astuto y entendido en árboles, o hubiese pensado que era uno de vosotros, un hobbit.

»No tiré, pues no quería provocar ningún grito: no podemos arriesgar una batalla. Una fuerte compañía de orcos ha pasado por aquí. Cruzaron el Nimrodel, y malditos sean esos pies infectos en el agua pura, y siguieron el viejo camino junto al río. Parecían ir detrás de algún rastro y durante un rato examinaron el suelo, cerca del sitio donde os detuvisteis. Nosotros tres no podíamos enfrentar a un centenar de modo que nos adelantamos y hablamos con voces fingidas arrastrándolos al interior del bosque.

»Orophin ha regresado de prisa a nuestras moradas para advertir a los nuestros. Ninguno de los orcos saldrá jamás de Lórien. Y habrá muchos elfos ocultos en frontera norte antes que caiga otra noche. Pero tenéis que tomar el camino del sur tan pronto como amanezca.

El día asomó pálido en el este. La luz creció y se filtró entre las hojas amarillas de los mallorn y a los hobbits les recordó el sol temprano de una fresca mañana de estío. Un cielo azul claro se mostraba entre las ramas mecidas por el viento. Mirando por una abertura en el lado sur del flet, Frodo vio todo el valle del Cauce de Plata extendido como un mar de oro rojizo que ondulaba dulcemente en la brisa.

La mañana había empezado apenas y era fría aún cuando la Compañía se puso en camino guiada esta vez por Haldir y su hermano Rúmil.

-¡Adiós, dulce Nimrodel! -exclamó Legolas. Frodo volvió los ojos y vio un brillo de espuma blanca entre los árboles grises-. Adiós -dijo y le parecía que nunca oiría otra vez un sonido tan hermoso como el de aquellas aguas, alternando para siempre unas notas innumerables en una música que no dejaba de cambiar.

Regresaron al viejo sendero que iba por la orilla oeste del Cauce de Plata y durante un tiempo lo siguieron hacia el sur. Había huellas de orcos en la tierra. Pero pronto Haldir se desvió a un lado y se detuvo junto al río a la sombra de los árboles.

-Hay alguien de mi pueblo del otro lado del arroyo, aunque no podéis verlo -dijo.

Llamó silbando bajo como un pájaro y un elfo salió de un macizo de arbustos; estaba vestido de gris, pero tenía la capucha echada hacia atrás y los cabellos le brillaban como el oro a la luz de la mañana. Haldir arrojó hábilmente una cuerda gris por encima del agua y el otro la alcanzó y ató el extremo a un árbol cerca de la orilla.

-El Celebrant es aquí una corriente poderosa, como veis -dijo Haldir-, de aguas rápidas y profundas y muy frías. No ponemos el pie en él tan al norte, si no es necesario. Pero en estos días de vigilancia no tendemos puentes. He aquí cómo cruzamos. ¡Seguidme!

Amarró el otro extremo de la cuerda a un árbol y luego corrió por encima sobre el río y de vuelta, como si estuviese en un camino.

-Yo podría cruzar así -dijo Legolas-, ¿pero y los otros? ¿Tendrán que nadar?

-¡No -dijo Haldir-. Tenemos otras dos cuerdas. Las ataremos por encima de la otra, una a la altura del hombro y la segunda a media altura y los extranjeros podrán cruzar sosteniéndose en las dos.

Cuando terminaron de instalar este puente liviano, la Compañía pasó a la otra orilla, unos con precaución y lentamente, otros con más facilidad. De los hobbits, Pippin demostró ser el mejor pues tenía el paso seguro y caminó con rapidez sosteniéndose con una mano sola, pero con los ojos clavados en la otra orilla y sin mirar hacia abajo. Sam avanzó arrastrando los pies, aferrado a las cuerdas y mirando las aguas pálidas y tormentosas como si fueran un precipicio.

Respiró aliviado cuando se encontró a salvo en la otra orilla.

-¡Vive y aprende!, como decía mi padre. Aunque se refería al cuidado del jardín y no a posarse como los pájaros o caminar como las arañas. ¡Ni siquiera mi tío Andy conocía estos trucos!

Cuando toda la Compañía estuvo al fin reunida en la orilla este del Cauce de Plata, los elfos desataron las cuerdas y las enrollaron. Rúmil, que había permanecido en la otra orilla, recogió una de las cuerdas, se la echó al hombro y se alejó saludando con la mano, de vuelta a Nimrodel a continuar la guardia.

-Ahora, amigos -dijo Haldir-, habéis entrado en el Naith de Lórien o el Enclave, como vosotros diríais, pues esta región se introduce como una lanza entre los brazos del Cauce de Plata y el Gran Anduin. No permitimos que ningún extraño espíe los secretos del Naith. A pocos en verdad se les ha permitido poner aquí el pie.

»Como habíamos convenido, ahora le vendaré los ojos a Gimli el enano. Los demás pueden andar libremente un tiempo hasta que nos acerquemos a nuestras moradas, abajo en Egladil, en el Angulo entre las aguas.

Esto no era del agrado de Gimli.

-El arreglo se hizo sin mi consentimiento -dijo-. No caminaré con los ojos vendados, como un mendigo o un prisionero. Y no soy un espía. Mi gente nunca ha tenido tratos con los sirvientes del enemigo. Tampoco causamos daño a los elfos. Si creéis que yo llegaría a traicionaros, lo mismo podríais esperar de Legolas, o de cualquiera de mis amigos.

-No dudo de ti -dijo Haldir-. Pero es la ley. No soy el dueño de la ley y no puedo dejarla de lado. Ya he hecho mucho permitiéndote cruzar el Celebrant.

Gimli era obstinado. Se plantó firmemente en el suelo, las piernas separadas, y apoyó la mano en el mango del hacha. -Iré libremente -dijo-, o regresaré a mi propia tierra, donde confían en mi palabra, aunque tenga que morir en el desierto.

-No puedes regresar -dijo Haldir con cara seria-. Ahora que has llegado tan lejos tenemos que llevarte ante el Señor y la Dama. Ellos te juzgarán y te retendrán o te dejarán ir, como les plazca. No puedes cruzar de nuevo los ríos y detrás de ti hay ahora centinelas que te cerrarán el paso. Te matarían antes que pudieses verlos.

Gimli sacó el hacha del cinturón. Haldir y su compañero tomaron los arcos.

-¡Malditos enanos, qué testarudos son! -dijo Legolas.

-¡Un momento! -dijo Aragorn-. Si he de continuar guiando esta Compañía, haréis lo que yo ordene. Es duro para el enano que lo pongan así aparte. Iremos todos vendados, aun Legolas. Será lo mejor, aunque el viaje parecerá lento y aburrido.

Gimli rió de pronto. -¡Qué tropilla de tontos pareceremos! Haldir nos llevará a todos atados a una cuerda, como mendigos ciegos guiados por un perro. Pero si Legolas comparte mi ceguera, me declaro satisfecho.

-Soy un elfo y un hermano aquí -dijo Legolas, ahora también enojado.

-Y ahora gritemos: ¡malditos elfos, qué testarudos son! -dijo Aragorn-. Pero toda la Compañía compartirá esa suerte. Ven, Haldir, véndanos los ojos.

-Exigiré plena reparación por cada caída y lastimadura en los pies -dijo Gimli mientras le tapaban los ojos con una tela.

-No será necesario -dijo Haldir-. Te conduciré bien y las sendas son llanas y rectas.

-¡Ay, qué tiempos de desatino! -dijo Legolas-. ¡Todos somos aquí enemigos del único enemigo y sin embargo hemos de caminar a ciegas mientras el sol es alegre en los bosques bajo hojas de oro!

-Quizá parezca un desatino -dijo Haldir-. En verdad nada revela tan claramente el poder del Señor Oscuro como las dudas que dividen a quienes se le oponen. Sin embargo, hay tan poca fe y verdad en el mundo más allá de Lothlórien, excepto quizás en Rivendel, que no nos atrevemos a tener confianza, exponiéndonos a alguna contingencia. Vivimos ahora como en una isla, rodeados de peligro, y nuestras manos están más a menudo sobre los arcos que en las arpas.

»Los ríos nos defendieron mucho tiempo, pero ya no son una protección segura, pues la Sombra se ha arrastrado hacia el norte, todo alrededor de nosotros. Algunos hablan de partir, aunque para eso ya es demasiado tarde. En las montañas del oeste aumenta el mal; las tierras del este son regiones desoladas, donde pululan las criaturas de Sauron; y se dice que no podríamos pasar sanos y salvos por Rohan y que las bocas del Río Grande están vigiladas por el enemigo. Aunque pudiéramos llegar al mar, no encontraríamos allí protección alguna. Se cuenta que los puertos de los Altos Elfos existen todavía, pero están muy al norte y al oeste, más allá de la tierra de los medianos. Dónde se encuentran en verdad, quizá lo sepan el Señor y la Dama; yo lo ignoro.

-Tendrías que adivinarlo por lo menos, ya que nos habéis visto -dijo Merry-. Hay puertos de elfos al oeste de mi tierra, la Comarca, donde viven los hobbits.

-¡Felices los hobbits que viven cerca de la orilla del mar! -dijo Haldir-. Ha pasado mucho tiempo en verdad desde que mi gente vio el mar por última vez. Pero todavía lo recordamos en nuestras canciones. Háblame de esos puertos mientras caminamos.

-No puedo -dijo Merry-. Nunca los he visto. Nunca salí antes de mi país. Y si hubiese sabido cómo era el mundo de afuera, no creo que me hubiese atrevido a dejar la Comarca.

-¿Ni siquiera para ver la hermosa Lothlórien? -dijo Haldir-. Es cierto que el mundo está colmado de peligros y que hay en él sitios lóbregos, pero hay también cosas hermosas y aunque en todas partes el amor está unido hoy a la aflicción, no por eso es menos poderoso.

»Algunos de nosotros cantan que la Sombra se retirará y que volverá la paz. No creo sin embargo que el mundo que nos rodea sea alguna vez como antes, ni que el sol brille como en otro tiempo. Para los elfos, temo, esa paz no sería más que una tregua, que les permitiría llegar al mar sin encontrar demasiados obstáculos y dejar la Tierra Media para siempre. ¡Ay por Lothlórien, que tanto amo! Será una pobre vida estar en un país donde no crecen los mallorn. Pues si hay mallorn más allá del mar, nadie lo ha dicho.

Mientras así hablaban, la Compañía marchaba lentamente en fila a lo largo de los senderos del bosque, conducida por Haldir, mientras que el otro elfo caminaba detrás. Sentían que el suelo bajo los pies era blando y liso y al cabo de un rato caminaron más libremente, sin miedo de lastimarse o caer. Privado de la vista, Frodo descubrió que el oído y los otros sentidos se le agudizaban. Podía oler los árboles y las hierbas. Podía oír muchas notas diferentes en el susurro de las hojas, el río que murmuraba lejos a la

derecha y las voces claras y tenues de los pájaros en el cielo. Cuando pasaban por algún claro sentía el sol en las manos y la cara.

Tan pronto como pisara la otra orilla del Cauce de Plata, Frodo había sentido algo extraño, que crecía a medida que se internaba en el Naith: le parecía que había pasado por un puente de tiempo hasta un rincón de los Días Antiguos y que ahora caminaba por un mundo que ya no existía. En Rivendel se recordaban cosas antiguas; en Lórien las cosas antiguas vivían aún en el despertar del mundo. Aquí el mal había sido visto y oído, la pena había sido conocida; los elfos temían el mundo exterior y desconfiaban de él; los lobos aullaban en las lindes de los bosques, pero en la tierra de Lórien no había ninguna sombra.

La Compañía marchó todo el día hasta que sintieron el fresco del atardecer y oyeron las primeras brisas nocturnas que suspiraban entre las hojas. Descansaron entonces y durmieron sin temores en el suelo, pues los guías no permitieron que se quitaran las vendas y no podían trepar. A la mañana continuaron la marcha, sin apresurarse. Se detuvieron al mediodía y Frodo notó que habían pasado bajo el sol brillante. De pronto oyó alrededor el sonido de muchas voces.

Una tropa de elfos que marchaba por el bosque se había acercado en silencio; iban de prisa hacia las fronteras del norte para prevenir cualquier ataque que viniera de Moria y traían noticias y Haldir transmitió algunas de ellas. Los orcos merodeadores habían caído en una emboscada y casi todos habían muerto; el resto huía hacia las montañas del norte y eran perseguidos. Habían visto también a una criatura extraña, que corría inclinándose hacia adelante y con las manos cerca del suelo, como una bestia, aunque no tenía forma de bestia. Había conseguido escapar; no tiraron sobre ella, no sabiendo si era de buena o mala índole, y al fin desapareció en el sur siguiendo el curso del Cauce de Plata.

-También -dijo Haldir- me traen un mensaje del Señor y la Dama de los Galadrim. Marcharéis todos libremente, aun el enano Gimli. Parece que la Dama sabe quién es y qué es cada miembro de vuestra Compañía. Quizá llegaron otros mensajes de Rivendel.

Quitó la venda que ocultaba los ojos de Gimli.

-¡Perdón! -dijo saludando con una reverencia-. ¡Míranos ahora con ojos amistosos! ¡Mira y alégrate, pues eres el primer enano que contempla los árboles del Naith de Lórien desde el Día de Durin!

Cuando le llegó el turno de que le descubrieran los ojos, Frodo miró hacia arriba y se quedó sin aliento. Estaban en un claro. A la izquierda había una loma cubierta con una alfombra de hierba tan verde como la primavera de los Días Antiguos. Encima, como una corona doble, crecían dos círculos de árboles; los del exterior tenían la corteza blanca como la nieve y aunque habían perdido las hojas se alzaban espléndidos en su armoniosa desnudez; los del interior eran mallorn de gran altura, todavía vestidos de oro pálido. Muy arriba entre las ramas de un árbol que crecía en el centro y era más alto que los otros resplandecía un flet blanco. A los pies de los árboles y en las laderas de la loma había unas florecitas amarillas de forma de estrella. Entre ellas, balanceándose sobre tallos delgados, había otras flores, blancas o de un verde muy pálido; relumbraban como una llovizna entre el rico colorido de la hierba. Arriba el cielo era azul y el sol de la tarde resplandecía sobre la loma y echaba largas sombras verdes entre los árboles.

-¡Mirad! Hemos llegado a Cerin Amroth -dijo Haldir-. Pues este es el corazón del antiguo reino y esta es la loma de Amroth, donde en días más felices fue edificada la alta casa de Amroth. Aquí se abren las flores de invierno en una hierba siempre fresca:

la *elanor* amarilla y la pálida *niphredil*. Aquí nos quedaremos un rato y a la caída de la tarde llegaremos a la ciudad de los Galadrim.

Los otros se dejaron caer sobre la hierba fragante, pero Frodo se quedó de pie, todavía maravillado. Tenía la impresión de haber pasado por una alta ventana que daba a un mundo desaparecido. Brillaba allí una luz para la cual no había palabras en la lengua de los hobbits. Todo lo que veía tenía una hermosa forma, pero todas las formas parecían a la vez claramente delineadas, como si hubiesen sido concebidas y dibujadas por primera vez cuando le descubrieron los ojos y antiguas como si hubiesen durado siempre. No veía otros colores que los conocidos, amarillo y blanco y azul y verde, pero eran frescos e intensos, como si los percibiera ahora por primera vez y les diera nombres nuevos y maravillosos. En un invierno así ningún corazón hubiese podido llorar el verano o la primavera. En todo lo que crecía en aquella tierra no se veían manchas ni enfermedades ni deformidades. En el país de Lórien no había defectos.

Se volvió y vio que Sam estaba ahora de pie junto a él, mirando alrededor con una expresión de perplejidad, frotándose los ojos como si no estuviese seguro de estar despierto.

-Hay sol y es un hermoso día, sin duda -dijo-. Pensé que los elfos no amaban otra cosa que la luna y las estrellas: pero esto es más élfico que cualquier otra cosa que yo haya conocido alguna vez, aun de oídas. Me siento como si estuviera *dentro* de una canción, si usted me entiende.

Haldir los miró y parecía en verdad que había entendido tanto el pensamiento como las palabras de Sam. Sonrió.

-Estáis sintiendo el poder de la Dama de los Galadrim -les dijo-. ¿Queréis trepar conmigo a Cerin Amroth?

Siguieron a Haldir, que subía con paso ligero las pendientes cubiertas de hierba. Aunque Frodo caminaba y respiraba y el viento que le tocaba la cara era el mismo que movía las hojas y las flores de alrededor, tenía la impresión de encontrarse en un país fuera del tiempo, un país que no languidecía, no cambiaba, no caía en el olvido. Cuando volviera otra vez al mundo exterior, Frodo, el viajero de la Comarca, caminaría aún aquí, sobre la hierba entre la *elanor* y la *niphredil*, en la hermosa Lothlórien.

Entraron en el círculo de árboles blancos. En ese momento el viento del sur sopló sobre Cerin Amroth y suspiró entre las ramas. Frodo se detuvo, oyendo a lo lejos el rumor del mar en playas que habían desaparecido hacía tiempo y los gritos de unos pájaros marinos ya extinguidos en el mundo.

Haldir se había adelantado y ahora trepaba a la elevada plataforma. Mientras Frodo se preparaba para seguirlo, apoyó la mano en el árbol junto a la escala; nunca había tenido antes una conciencia tan repentina e intensa de la textura de la corteza del árbol y de la vida que había dentro. La madera, que sentía bajo la mano, lo deleitaba, pero no como a un leñador o a un carpintero; era el deleite de la vida misma del árbol.

Cuando al fin llegó al flet, Haldir le tomó la mano y lo volvió hacia el sur. -¡Mira primero a este lado! -dijo.

Frodo miró y vio, todavía a cierta distancia, una colina donde se alzaban muchos árboles magníficos, o una ciudad de torres verdes, no estaba seguro. De ese sitio venían, le pareció entonces, el poder y la luz que reinaban sobre todo el país y tuvo el deseo de volar como un pájaro para ir a descansar a aquella ciudad verde. Luego miró hacia el este y vio las tierras de Lórien que bajaban hasta el pálido resplandor del Anduin, el Río Grande. Miró más allá del río: toda la luz desapareció y se encontró otra vez en el mundo conocido. Más allá del río la tierra parecía chata y vacía, informe y

borrosa, hasta que más lejos se levantaba otra vez como un muro, oscuro y terrible. El sol que alumbraba a Lothlórien no tenía poder para ahuyentar las sombras de aquellas distantes alturas.

-Allí está la fortaleza del Bosque del Sur -dijo Haldir-. Está cubierta por una floresta de abetos oscuros, donde los árboles se oponen unos a otros y las ramas se marchitan y se pudren. En medio, sobre una altura rocosa, se alza Dol Guldur, donde en otro tiempo se ocultaba el enemigo. Tememos que esté habitada de nuevo y con un poder septuplicado. Desde hace un tiempo se ve a veces encima una nube negra. Desde esta elevación puedes ver los dos poderes en oposición, luchando siempre con el pensamiento; pero aunque la luz traspasa de lado a lado el corazón de las tinieblas, el secreto de la luz misma todavía no ha sido descubierto. Todavía no.

Se volvió y descendió rápidamente y los otros lo siguieron.

Al pie de la loma, Frodo encontró a Aragorn, erguido, inmóvil y silencioso como un árbol; pero sostenía en la mano un capullo dorado *de elanor* y una luz le brillaba en los ojos. Parecía que estuviera recordando algo hermoso y Frodo supo que veía las cosas como habían sido antes en ese mismo sitio. Pues los años torvos se habían borrado de la cara de Aragorn y parecía todo vestido de blanco, un joven señor alto y hermoso, que le hablaba en lengua élfica a alguien que Frodo no podía ver. *Arwen vanimalda, namárië!* dijo, y en seguida respiró profundamente y saliendo de sus pensamientos miró a Frodo y sonrió.

-Aquí está el corazón del mundo élfico -dijo- y aquí mi corazón vivirá para siempre, a menos que encontremos una luz más allá de los caminos oscuros que hemos de recorrer, tú y yo. ¡Ven conmigo!

Y tomando la mano de Frodo, dejó la loma de Cerin Amroth a la que nunca volvería en vida.

EL ESPEJO DE GALADRIEL

El sol descendía detrás de las montañas y las sombras crecían en el bosque cuando se pusieron otra vez en camino. Los senderos pasaban ahora por unos setos donde la oscuridad ya estaba cerrándose. Mientras marchaban, la noche cayó bajo los árboles y los elfos descubrieron los faroles de plata.

De pronto salieron otra vez a un claro y se encontraron bajo un pálido cielo nocturno salpicado por unas pocas estrellas tempranas. Un vasto espacio sin árboles se extendía ante ellos en un gran círculo abriéndose a los lados. Más allá había un foso profundo perdido entre las sombras, pero la hierba de las márgenes era verde, como si brillara aún en memoria del sol que se había ido. Del otro lado del foso una pared verde se levantaba a gran altura y rodeaba una colina verde cubierta de los mallorn más altos que hubieran visto hasta entonces en esa región. Qué altos eran no se podía saber, pero se erguían a la luz del crepúsculo como torres vivientes. Entre las muchas ramas superpuestas y las hojas que no dejaban de moverse brillaban innumerables luces, verdes y doradas y plateadas. Haldir se volvió hacia la Compañía.

-¡Bien venidos a Caras Galadon! - dijo -. He aquí la ciudad de los Galadrim donde moran el Señor Celeborn y Galadriel, la Dama de Lórien. Pero no podemos entrar por aquí pues las puertas no miran al norte. Tenemos que dar un rodeo hasta el lado sur y habrá que caminar un rato, pues la ciudad es grande.

Del otro lado del foso corría un camino de piedras blancas. Fueron por allí hacia el este, con la ciudad alzándose siempre a la izquierda como una nube verde; y a medida que avanzaba la noche, aparecían más luces, hasta que toda la colina pareció inflamada de estrellas. Llegaron al fin a un puente blanco, y luego de cruzar se encontraron ante las grandes puertas de la ciudad: miraban al sudoeste, entre los extremos del muro circular que aquí se superponían, y eran altas y fuertes y había muchas lámparas.

Haldir golpeó y habló y las puertas se abrieron en silencio, pero Frodo no vio a ningún guardia. Los viajeros pasaron y las puertas se cerraron detrás. Estaban en un pasaje profundo entre los dos extremos de la muralla y atravesándolo rápidamente entraron en la Ciudad de los Árboles. No vieron a nadie ni oyeron ningún ruido de pasos en los caminos, pero sonaban muchas voces alrededor y en el aire arriba. Lejos sobre la colina se oía el sonido de unas canciones que caían de lo alto como una dulce lluvia sobre las hojas.

Recorrieron muchos senderos y subieron muchas escaleras hasta que llegaron a unos sitios elevados y vieron una fuente que refulgía en un campo de hierbas. Estaba iluminada por unas linternas de plata que colgaban de las ramas de los árboles, y el agua caía en un pilón de plata que desbordaba en un arroyo blanco. En el lado sur del prado se elevaba el mayor de todos los árboles; el tronco enorme y liso brillaba como seda gris y subía rectamente hasta las primeras ramas que se abrían muy arriba bajo sombrías nubes de hojas. A un lado pendía una ancha escala blanca y tres elfos estaban sentados al pie. Se incorporaron de un salto cuando vieron acercarse a los viajeros, y Frodo observó que eran altos y estaban vestidos con unas mallas grises y que llevaban sobre los hombros unas túnicas largas y blancas.

-Aquí moran Celeborn y Galadriel -dijo Haldir-. Es deseo de ellos que subáis y les habléis.

Uno de los guardias tocó una nota clara en un cuerno pequeño y le respondieron tres veces desde lo alto.

-Iré primero -dijo Haldir-. Que luego venga Frodo y con él Legolas. Los otros pueden venir en el orden que deseen. Es una larga subida para quienes no están acostumbrados a estas escalas, pero podéis descansar de vez en cuando.

Mientras trepaba lentamente, Frodo vio muchos flets: unos a la derecha, otros a la izquierda y algunos alrededor del tronco, de modo que la escala pasaba atravésándolos. Al fin, a mucha altura, llegó a un talan grande, parecido al puente de un navío. Sobre el talan había una casa, tan grande que en tierra hubiese podido servir de habitación a los hombres. Entró detrás de Haldir y descubrió que estaba en una cámara ovalada y en el medio crecía el tronco del gran mallorn, ahora ya adelgazándose pero todavía un pilar de amplia circunferencia.

Una luz clara iluminaba aquel espacio; las paredes eran verdes y plateadas y el techo de oro. Había muchos elfos sentados. En dos asientos que se apoyaban en el tronco del árbol, y bajo el palio de una rama, estaban el Señor Celeborn y Galadriel. Se incorporaron para dar la bienvenida a los huéspedes, según la costumbre de los elfos, aun de aquellos que eran considerados reyes poderosos. Muy altos eran, y la Dama no menos alta que el Señor, y hermosos y graves. Estaban vestidos de blanco y los cabellos de la Dama eran de oro y los cabellos del Señor Celeborn eran de plata, largos y brillantes; pero no había ningún signo de vejez en ellos, excepto quizás en lo profundo de los ojos, pues éstos eran penetrantes como lanzas a la luz de las estrellas y sin embargo profundos, como pozos de recuerdos.

Haldir llevó a Frodo ante ellos y el Señor le dio la bienvenida en la lengua de los hobbits. La Dama Galadriel no dijo nada pero contempló largamente el rostro de Frodo.

-¡Siéntate junto a mí, Frodo de la Comarca! -dijo Celeborn-. Hablaremos cuando todos hayan llegado.

Saludó cortésmente a cada uno de los compañeros, llamándolos por sus nombres.

-¡Bien venido, Aragorn, hijo de Arathorn! -dijo-. Han pasado treinta y ocho años del mundo exterior desde que viniste a estas tierras; y esos años pesan sobre ti. Pero el fin está próximo, para bien o para mal. ¡Descansa aquí de tu carga *por* un momento!

»¡Bien venido, hijo de Thranduil! Pocas veces las gentes de mi raza vienen aquí del Norte.

»¡Bien venido, Gimli, hijo de Glóin! Hace mucho en verdad que no se ve a alguien del pueblo de Durin en Caras Galadon. Pero hoy hemos dejado de lado esa antigua ley. Quizás es un anuncio de mejores días, aunque las sombras cubran ahora el mundo, y de una nueva amistad entre nuestros pueblos.

Gimli hizo una profunda reverencia.

Cuando todos los huéspedes terminaron de sentarse, el Señor los miró de nuevo. -Aquí hay ocho -dijo-. Partieron nueve, así decían *los* mensajes. Pero quizás hubo *algún cambio en el Concilio y no nos enteramos*. Elrond está lejos y las tinieblas crecen alrededor, este año más que nunca.

-No, no hubo cambios en el Concilio -dijo la Dama Galadriel hablando por vez primera. Tenía una voz clara y musical, aunque de tono grave-. Gandalf el Gris partió con la Compañía, pero no cruzó las fronteras de este país. Contadnos ahora dónde está, pues mucho he deseado hablar con él otra vez. Pero no puedo verlo de lejos, a menos que pase de este lado de las barreras de Lothlórien; lo envuelve una niebla gris y no sé por dónde anda ni qué piensa.

-¡Ay! - dijo Aragorn -. Gandalf el Gris ha caído en la sombra. Se demoró en Moria y no pudo escapar.

Al oír estas palabras todos los elfos de la sala dieron grandes gritos de dolor y de asombro.

-Una noticia funesta -dijo Celeborn-, la más funesta que se haya anunciado aquí en muchos años de dolorosos acontecimientos. -Se volvió a Haldir.- ¿Por qué no me dijeron nada hasta ahora? -preguntó en la lengua élfica.

-No le hemos hablado a Haldir ni de lo que hicimos ni de nuestros propósitos -dijo Legolas-. Al principio nos sentíamos cansados y el peligro estaba aún demasiado cerca; y luego casi olvidamos nuestra pena durante un tiempo, mientras veníamos felices por los hermosos senderos de Lórien.

-Nuestra pena es grande sin embargo y la pérdida no puede ser reparada -dijo Frodo-. Gandalf era nuestro guía y nos condujo a través de Moria, y cuando parecía que ya no podíamos escapar, nos salvó y cayó.

-¡Contadnos toda la historia! -dijo Celeborn.

Entonces Aragorn contó todo lo que había ocurrido en el paso de Caradhras y en los días que siguieron, y habló de Balin y del libro y de la lucha en la Cámara de Mazarbul y el fuego y el puente angosto y la llegada del Terror.

-Un mal del Mundo Antiguo me pareció, algo que nunca había visto antes -dijo Aragorn-. Era a la vez una sombra y una llama, poderosa y terrible.

-Era un Balrog de Morgoth -dijo Legolas-; de todos los azotes de los elfos el más mortal, excepto aquel que reside en la Torre Oscura.

-En verdad vi en el puente a aquel que se nos aparece en las peores pesadillas, vi el Daño de Durin -dijo Gimli en voz baja y el miedo le asomó a los ojos.

-¡Ay! -dijo Celeborn-. Temimos durante mucho tiempo que hubiese algo terrible durmiendo bajo el Caradhras. Pero si hubiese sabido que los enanos habían reanimado este mal en Moria, yo te hubiera impedido pasar por las fronteras del norte, a ti y a todos los que iban contigo. Y hasta se podría decir quizá que Gandalf cayó al fin de la sabiduría a la locura, metiéndose sin necesidad en las redes de Moria.

-Sería imprudente en verdad quien dijera tal cosa -dijo con aire grave Galadriel-. En todo lo que hizo Gandalf en vida no hubo nunca nada inútil. Quienes lo seguían no estaban enterados de lo que pensaba y no pueden explicarnos lo que él se proponía. De cualquier modo estos seguidores no tuvieron ninguna culpa. No te arrepientas de haber dado la bienvenida al enano. Si nuestra gente hubiese vivido mucho tiempo lejos de Lothlórien, ¿quién de los Galadrim, incluyendo a Celeborn el Sabio, hubiera pasado cerca sin el deseo de ver el antiguo hogar, aunque se hubiese convertido en morada de dragones?

»Oscuras son las aguas del Kheled-zâram y frías son las fuentes del Kibil-nâla y hermosas eran las salas de columnas de Khazad-dûm en los Días Antiguos antes que los reyes poderosos cayeran bajo la piedra.

Galadriel miró a Gimli que estaba sentado y triste y le sonrió. Y el enano, al oír aquellos nombres en su propia y antigua lengua, alzó los ojos y se encontró con los de Galadriel y le pareció que miraba de pronto en el corazón de un enemigo y que allí encontraba amor y comprensión. El asombro le subió a la cara y en seguida respondió con una sonrisa.

Se incorporó torpemente y saludó con una reverencia al modo, de los Enanos diciendo: -Pero más hermoso aún es el país viviente de Lórien, y la Dama Galadriel está por encima de todas las joyas de la tierra.

Hubo un silencio. Al fin Celeborn volvió a hablar.

-Yo no sabía que vuestra situación era tan mala -dijo-. Que Gimli olvide mis palabras duras; hablé con el corazón perturbado. Haré todo lo que pueda por ayudaros, a cada uno de acuerdo con sus deseos y necesidades, pero en especial al pequeño que lleva la carga.

-Conocemos tu misión -dijo Galadriel mirando a Frodo-, pero no hablaremos aquí más abiertamente. Quizá podamos probar que no habéis venido en vano a esta tierra en busca de ayuda, como parecía ser el propósito de Gandalf. Pues se dice del Señor de los Galadrim que es *el* más sabio de los Elfos de la Tierra Media y un dispensador de dones que superan los poderes de los reyes. Ha residido en el oeste desde los tiempos del alba y he vivido con él innumerables años, pues crucé las montañas antes de la caída de Norgothrond o Gondolin y juntos hemos combatido durante siglos la larga derrota.

»Yo fui quien convocó por vez primera el Concilio Blanco, y si hubiera podido llevar adelante mis designios, Gandalf el Gris hubiese presidido la reunión y quizá las cosas hubieran pasado entonces de otro modo. Pero aún ahora queda alguna esperanza. No os aconsejaré que hagáis esto o aquello. Pues si puedo ayudaros no será con actos o maquinaciones, O decidiendo que toméis tal o cual rumbo, sino por el conocimiento de lo que ha sido y lo que es y en parte de lo que será. Pero te diré esto: tu misión marcha ahora por el filo de un cuchillo. Un solo paso en falso y fracasará, para ruina de todos. Hay esperanzas sin embargo mientras todos los miembros de la Compañía continúen siendo fieles.

Y con estas palabras los miró a todos y en silencio escrutó el rostro de cada uno. Nadie excepto Legolas y Aragorn soportó mucho tiempo esta mirada. Sam enrojeció en seguida y bajó la cabeza.

Por último la Dama Galadriel dejó de observarlos y sonrió. -Que vuestros corazones no se turben -dijo-. Esta noche dormiréis en paz.

En seguida ellos suspiraron y se sintieron cansados de pronto, como si hubiesen sido interrogados a fondo mucho tiempo, aunque no se había dicho abiertamente ninguna palabra.

-Podéis iros -dijo Celeborn-. El dolor y los esfuerzos os han agotado. Aunque vuestra misión no nos concerniese de cerca, podríais quedaros en la ciudad hasta que os sintierais curados y recuperados. Ahora id a descansar y durante un tiempo no hablaremos de vuestro camino futuro.

Aquella noche la Compañía durmió en el suelo, para gran satisfacción de los hobbits. Los elfos prepararon para ellos un pabellón entre los árboles próximos a la fuente y allí pusieron unos lechos mullidos; luego murmuraron palabras de paz con dulces voces élficas y los dejaron. Durante un rato los viajeros hablaron de cómo habían pasado la noche anterior en las copas de los árboles, de la marcha del día, del Señor y de la Dama, pues no estaban todavía en ánimo de mirar más atrás.

-¿Por qué enrojeciste, Sam? -dijo Pippin-. Te turbaste en seguida. Cualquiera hubiese pensado que tenías mala conciencia. Espero que no haya sido nada peor que un plan retorcido para robarme una manta.

-Nunca pensé nada semejante -dijo Sam que no tenía ánimos para bromas-. Si quiere saberlo, me sentí como si no tuviera nada encima y no me gustó. Me pareció que ella estaba mirando dentro de mí y preguntándome qué haría yo si ella me diera la posibilidad de volver volando a la Comarca y a un bonito y pequeño agujero con un jardincito propio.

-Qué raro -dijo Merry-. Casi exactamente lo que yo sentí, sólo que... bueno, creo que no diré más -concluyó con una voz débil.

A todos ellos, parecía, les había ocurrido algo semejante: cada uno había sentido que se le ofrecía la oportunidad de elegir entre una oscuridad terrible que se extendía ante él y algo que deseaba entrañablemente, y para conseguirlo sólo tenía que apartarse del camino y dejar a otros el cumplimiento de la misión y la guerra contra Sauron.

-Y a mí me pareció también -dijo Gimli- que mi elección permanecería en secreto y que sólo yo lo sabría.

-Para mí fue algo muy extraño -dijo Boromir-. Quizá fue sólo una prueba y ella quería leernos el pensamiento con algún buen propósito, pero yo casi hubiera dicho que estaba tentándonos y ofreciéndonos algo que dependía de ella. No necesito decir que me rehusé a escuchar. Los hombres de Minas Tirith guardan la palabra empeñada.

Pero lo que le había ofrecido la Dama, Boromir no lo dijo.

En cuanto a Frodo se negó a hablar, aunque Boromir lo acosó con preguntas.

-Te miró mucho tiempo, Portador del Anillo -dijo.

-Sí -dijo Frodo-, pero lo que me vino entonces a la mente ahí se quedará.

-Pues bien, ¡ten cuidado! -dijo Boromir-. No confío demasiado en esta Dama Elfica y en lo que se propone.

-¡No hables mal de la Dama Galadriel! -dijo Aragorn con severidad-. No sabes lo que dices. En ella y en esta tierra no hay ningún mal, a no ser que un hombre lo traiga aquí él mismo. Y entonces ¡que él se cuide! Pero esta noche y por vez primera desde que dejamos Rivendel dormiré sin ningún temor. ¡Y ojalá duerma profundamente y olvide un rato mi pena! Tengo el cuerpo y el corazón cansados.

Se echó en la cama y cayó en seguida en un largo sueño.

Los otros pronto hicieron lo mismo y durmieron sin ser perturbados por ruidos o sueños. Cuando despertaron vieron que la luz del día se extendía sobre la hierba ante el pabellón y que el agua de la fuente se alzaba y caía refulgiendo a la luz del sol.

Se quedaron algunos días en Lothlórien, o por lo menos eso fue lo que ellos pudieron decir o recordar más tarde. Todo el tiempo que estuvieron allí brilló el sol, excepto en los momentos en que caía una lluvia suave que dejaba todas las cosas nuevas y limpias. El aire era fresco y dulce, como si estuviesen a principios de la primavera, y sin embargo sentían alrededor la profunda y reflexiva quietud del invierno. Les pareció que casi no tenían otra ocupación que comer y beber y descansar y pasearse entre los árboles; y esto era suficiente.

No habían vuelto a ver al Señor y a la Dama y apenas conversaban con el resto de los elfos, pues eran pocos los que hablaban otra cosa que la lengua silvana. Haldir se había despedido de ellos y había vuelto a las defensas del norte, muy vigiladas ahora luego que la Compañía había traído aquellas noticias de Moria. Legolas pasaba muchas horas con los Galadrim y luego de la primera noche ya no durmió con sus compañeros, aunque regresaba a comer y hablar con ellos. A menudo se llevaba a Gimli para que lo acompañara en algún paseo y a los otros les asombró este cambio.

Ahora, cuando los compañeros estaban sentados o caminaban juntos, hablaban de Gandalf y todo lo que cada uno había sabido o visto de él les venía claramente a la memoria. A medida que se curaban las heridas y el cansancio del cuerpo, el dolor de la pérdida de Gandalf se hacía más agudo. A menudo oían voces élficas que cantaban cerca y eran canciones que lamentaban la caída del mago, pues alcanzaban a oír su nombre entre palabras dulces y tristes que no entendían.

Mithrandir, Mithrandir, cantaban los elfos, ¡oh Peregrino Gris! Pues así les gustaba llamarlo. Pero si Legolas estaba entonces con la Compañía no les traducía las canciones, diciendo que no se consideraba bastante hábil y que para él la pena estaba aún demasiado cerca y era un tema para las lágrimas y no todavía para una canción.

Fue Frodo el primero que expresó su dolor en palabras titubeantes. Pocas veces sentía el impulso de componer canciones o versos; aun en Rivendel había escuchado y no había cantado él mismo, aunque recordaba muchas cosas de otros. Pero ahora sentado junto a la fuente de Lórien y escuchando las voces de los elfos que hablaban de Gandalf, se le ocurrió una canción que a él le parecía hermosa, pero cuando trató de repetírsela a Sam sólo quedaron unos fragmentos, apagados como un manojito de flores marchitas.

*Cuando la tarde era gris en la Comarca
se oían sus pasos en la colina;
y se iba antes del alba
en silencio a sitios remotos.*

*De las Tierras Asperas a la costa del este,
del desierto del norte a las lomas del sur,
por antros de dragones y puertas ocultas
y bosques oscuros iba a su antojo.*

*Con enanos y hobbits, con ellos y con hombres,
con gentes mortales e inmortales,
con pájaros en árboles y bestias en madrigueras,
en lenguas secretas hablaba.*

*Una espada mortal, una mano benigna,
una espalda que la carga doblaba;
una voz de trompeta, una antorcha encendida,
un peregrino fatigado.*

*Señor de sabiduría entronizado,
de cólera viva y de rápida risa;
un viejo de gastado sombrero
que se apoya en una vara espinosa.*

*Estuvo solo sobre el puente
desafiando al Fuego y la Sombra;
la vara se le quebró en la piedra,
y su sabiduría murió en Khazad-dûm.*

-¡Bueno, pronto derrotará al señor Bilbo! -dijo Sam.

-No, temo que no -dijo Frodo-, pero no soy capaz de nada mejor. -En todo caso, señor Frodo, si un día tiene ganas de componer algo más, espero que diga una palabra de los fuegos de artificio. Algo así:

*Los más hermosos fuegos nunca vistos:
estallaban en estrellas azules y verdes,
y después de los truenos un rocío de oro*

caía como una lluvia de flores.

»Aunque esto no le hace justicia, lejos de eso.

-No, te lo dejo a ti, Sam. O quizás a Bilbo. Pero... bueno, no puedo seguir hablando. No soporto la idea de darle la noticia a Bilbo.

Una tarde Frodo y Sam se paseaban al aire fresco del crepúsculo.

Los dos se sentían de nuevo inquietos. La sombra de la partida había caído de pronto sobre Frodo; sabía de algún modo que no faltaba mucho tiempo para que tuvieran que dejar Lothlórien.

-¿Qué piensas ahora de los elfos, Sam? - dijo -. Ya una vez te hice esta pregunta, hace tanto tiempo, parece; pero los has visto mucho más desde entonces.

-¡Muy cierto! - dijo Sam -. Y yo diría que hay elfos y elfos. Todos son bastante élficos, pero no iguales. Estos de aquí por ejemplo no son gente errante o sin hogar y se parecen más a nosotros; parecen pertenecer a este sitio, más aún que los hobbits a la Comarca. No sé si hicieron el país o si el país los hizo a ellos, es difícil decirlo, si usted me entiende. Hay una tranquilidad maravillosa aquí. Se diría que no pasa nada y que nadie quiere que pase. Si se trata de alguna magia está muy escondida, en algún sitio que no puedo tocar con las manos, por así decir.

-Puedes sentirla y verla en todas partes -dijo Frodo.

-Bueno -dijo Sam-, no se ve a nadie trabajando en eso. Ningún fuego de arteificio, como el pobre viejo Gandalf acostumbraba mostrar. Me pregunto por qué no hemos vuelto a ver al Señor y a la Dama en todos estos días. Se me ocurre que *ella* podría hacer algunas cosas maravillosas, si quisiera. ¡Me gustaría tanto ver alguna magia élfica, señor Frodo!

-A mí no -dijo Frodo-. Estoy satisfecho. Y no echo de menos los fuegos artificiales de Gandalf, pero sí sus cejas espesas y su cólera y su voz.

-Tiene razón -dijo Sam-. Y no crea que estoy buscando defectos. Siempre he querido ver un poco de magia, como esa de que se habla en las viejas historias, pero nunca supe de una tierra mejor que ésta. Es como estar en casa y de vacaciones al mismo tiempo, si usted me entiende. No quiero irme. De todos modos, estoy empezando a sentir que si tenemos que irnos lo mejor sería irse en seguida.

»*El trabajo que nunca se empieza es el que más tarda en terminarse*, como decía mi padre. Y no creo que estas gentes puedan ayudarnos mucho más, magia y no magia. Estoy pensando que cuando dejemos estas tierras extrañaremos a Gandalf más que nunca.

-Temo que eso sea demasiado cierto, Sam -dijo Frodo-. Sin embargo espero de veras que antes de irnos podamos ver de nuevo a la Dama de los elfos.

Estaban todavía hablando cuando vieron que la Dama Galadriel se acercaba como respondiendo a las palabras de Frodo. Alta y blanca y hermosa, caminaba entre los árboles. No les habló, pero les indicó que se acercaran.

Volviéndose, la Dama Galadriel los condujo hacia las faldas del sur de Caras Galadon y luego de cruzar una cerca verde y alta entraron en un jardín cerrado. No tenía árboles y el cielo se abría sobre él. La estrella de la tarde se había levantado y brillaba como un fuego blanco sobre los bosques del oeste. Descendiendo por una larga escalera, la Dama entró en una profunda cavidad verde, por la que corría murmurando la corriente de plata que nacía en la fuente de la colina. En el fondo de la cavidad, sobre

un pedestal bajo, esculpido como un árbol frondoso, había un pilón de plata, ancho y poco profundo, y al lado un jarro también de plata.

Galadriel llenó el pilón hasta el borde con agua del arroyo y sopló encima, y cuando el agua se serenó otra vez les habló a los hobbits.

-He aquí el Espejo de Galadriel -dijo-. Os he traído aquí para que miréis, si queréis hacerlo.

El aire estaba muy tranquilo y el valle oscuro, y la Dama era alta y pálida.

-¿Qué buscaremos y qué veremos? -preguntó Frodo con un temor reverente.

-Puedo ordenarle al espejo que revele muchas cosas -respondió ella- y a algunos puedo mostrarles lo que desean ver. Pero el espejo muestra también cosas que no se le piden y éstas son a menudo más extravagantes y más provechosas que aquellas que deseamos ver. Lo que verás, si dejas en libertad al espejo, no puedo decirlo. Pues muestra cosas que fueron y cosas que son y cosas que quizá serán. Pero lo que ve, ni siquiera el más sabio puede decirlo. ¿Deseas mirar?

Frodo no respondió.

-¿Y tú? -dijo ella volviéndose a Sam-. Pues esto es lo que tu gente llama magia, aunque no entiendo claramente qué quieren decir, y parece que usaran la misma palabra para hablar de los engaños del enemigo. Pero ésta, si quieres, es la magia de Galadriel. ¿No dijiste que querías ver la magia de los elfos?

-Sí -dijo estremeciéndose, sintiendo a la vez miedo y curiosidad-. Echaré una mirada, Señora, si me permite.

En un aparte le dijo a Frodo:

-No me disgustaría mirar un poco lo que ocurre en casa. He estado tanto tiempo fuera. Pero lo más probable es que sólo vea las estrellas, o algo que no entenderé.

-Lo más probable -dijo la Dama con una sonrisa dulce-. Pero acércate y verás lo que puedas. ¡No toques el agua!

Sam subió al pedestal y se inclinó sobre el pilón. El agua parecía dura y sombría y reflejaba las estrellas.

-Hay sólo estrellas, como pensé -dijo.

Casi en seguida se sobresaltó y contuvo el aliento pues las estrellas se extinguían. Como si hubiesen descornado un velo oscuro, el espejo se volvió gris y luego se aclaró. El sol brillaba y las ramas de los árboles se movían en el viento. Pero antes que Sam pudiera decir qué estaba viendo, la luz se desvaneció; y en seguida creyó ver a Frodo, de cara pálida, durmiendo al pie de un risco grande y oscuro. Luego le pareció que se veía a sí mismo yendo por un pasillo tenebroso y subiendo por una interminable escalera de caracol. Se le ocurrió de pronto que estaba buscando algo con urgencia, pero no podía saber qué. Como un sueño la visión cambió y volvió atrás y mostró de nuevo los árboles. Pero esta vez no estaban tan cerca y Sam pudo ver lo que ocurría: no oscilaban en el viento, caían ruidosamente al suelo.

-¡Eh! -gritó Sam indignado-. Ahí está ese Ted Arenas derribando los árboles que no tendría que derribar. Son los árboles de la avenida que está más allá del Molino y que dan sombra al camino de Delagua. Si tuviera a *ese* Ted a mano, ¡lo derribaría a él!

Pero ahora Sam notó que el Viejo Molino había desaparecido y que estaban levantando allí un gran edificio de ladrillos rojos. Había mucha gente trabajando. Una chimenea alta y roja se erguía muy cerca. Un humo negro nubló la *superficie del espejo*.

-Hay algo malo que opera en la Comarca -dijo-. Elrond lo sabía bien cuando quiso mandar de vuelta al señor Merry. -De pronto Sam dio un grito y saltó hacia atrás.- No puedo quedarme aquí -gritó desesperado-. Tengo que volver. Han socavado Bolsón de

Tirada y allá va mi pobre padre colina abajo llevando todas sus cosas en una carretilla. ¡Tengo que volver!

-No puedes volver solo -dijo la Dama-. No deseabas volver sin tu amo antes de mirar en el espejo y sin embargo sabías que podía ocurrir algo malo en la Comarca. Recuerda que el espejo muestra muchas cosas y que algunas no han ocurrido aún. Algunas no ocurrirán nunca, a no ser que quienes miran las visiones se aparten del camino que lleva a prevenirlas. El espejo es peligroso como guía de conducta. Sam *se sentó* en el suelo y *se llevó las manos a la cabeza*.

-Desearía no haber venido nunca aquí y no quiero ver más magias -dijo y calló un rato. Luego habló trabajosamente, como conteniendo el llanto-. No, volveré por el camino largo junto con el señor Frodo, o no volveré. Pero espero volver algún día. Si lo que he visto llega a ser cierto, ¡alguien las pasará muy mal!

-¿Quieres mirar tú ahora, Frodo? -dijo la Dama Galadriel-. No deseabas ver la magia de los elfos y estabas satisfecho.

-¿Me aconsejáis mirar? -preguntó Frodo.

-No -dijo ella-. No te aconsejo ni una cosa ni otra. No soy una consejera. Quizás aprendas algo y lo que veas, sea bueno o malo, puede *ser de provecho*, o no. Ver *es* a la vez conveniente y *peligroso*. *Creo sin embargo*, Frodo, que tienes bastante coraje y sabiduría para correr el riesgo, o no te hubiera traído aquí. ¡Haz como quieras!

-Miraré -dijo Frodo y subiendo al pedestal se inclinó sobre el agua oscura.

En seguida el espejo se aclaró y Frodo vio un paisaje crepuscular. Unas montañas oscuras asomaban a lo lejos contra un cielo pálido. Un camino largo y gris se alejaba serpenteando hasta perderse de vista. Allá lejos venía una figura descendiendo lentamente por el camino, débil y pequeña al principio, pero creciendo y aclarándose a medida que se acercaba. De pronto Frodo advirtió que la figura le recordaba a Gandalf. Iba a pronunciar en voz alta el nombre del mago cuando vio que la figura estaba vestida de blanco y no de gris (un blanco que brillaba débilmente en el atardecer) y que en la mano llevaba un báculo blanco. La cabeza estaba tan inclinada que Frodo no le veía la cara, y al fin la figura tomó una curva del camino y desapareció de la vista del espejo. Una duda entró en la mente de Frodo: ¿era ésta una imagen de Gandalf en uno de sus muchos viajes solitarios de otro tiempo, o era Saruman?

La visión cambió. Breve y pequeña pero muy vívida alcanzó a ver una imagen de Bilbo que iba y venía nerviosamente por su cuarto. La mesa estaba cubierta de papeles en desorden; la lluvia golpeaba las ventanas.

Luego hubo una pausa y en seguida siguieron unas escenas rápidas y Frodo supo de algún modo que eran partes de una gran historia en la que él mismo estaba envuelto. La niebla se aclaró y vio algo que nunca había visto antes pero que reconoció en seguida: el Mar. La oscuridad cayó. El mar se encrespó y se alborotó en una tormenta. Luego vio contra el sol, que se hundía rojo como sangre en jirones de nubes, la silueta negra de un alto navío de velas desgarradas que venía del oeste. Luego un río ancho que cruzaba una ciudad populosa. Luego una fortaleza blanca con siete torres. Y luego otra vez la nave de velas negras, pero ahora era de mañana y el agua reflejaba la luz, y una bandera con el emblema de una torre blanca brillaba al sol. Se alzó un humo como de fuego y batalla y el sol descendió de nuevo envuelto en llamas rojas y se desvaneció en una bruma gris; y un barco pequeño se perdió en la bruma con luces temblorosas. Desapareció y Frodo suspiró y se dispuso a retirarse.

Pero de pronto el espejo se oscureció del todo, como si se hubiera abierto un agujero en el mundo visible, y Frodo se quedó mirando el vacío. En ese abismo negro apareció

un Ojo, que creció lentamente, hasta que al fin llenó casi todo el espejo. Tan terrible era que Frodo se quedó como clavado al suelo, incapaz de gritar o de apartar la mirada. El Ojo estaba rodeado de fuego, pero él mismo era vidrioso, amarillo como el ojo de un gato, vigilante y fijo, y la hendidura negra de la pupila se abría sobre un pozo, una ventana a la nada.

Luego el Ojo comenzó a moverse, buscando aquí y allá y Frodo supo con seguridad y horror que él, Frodo, era un de esas muchas cosas que el Ojo buscaba. Pero supo también que el Ojo no podía verlo, no todavía, a menos que él mismo así lo deseara. El Anillo que le colgaba del cuello se hizo pesado, más pesado que una gran piedra y lo obligó a inclinar la cabeza sobre el pecho. Pareció que el espejo se calentaba y unas volutas de vapor flotaron sobre el agua. Frodo se deslizó hacia adelante.

-¡No toques el agua! -le dijo dulcemente la Dama Galadriel.

La visión desapareció y Frodo se encontró mirando las frías estrellas que titilaban en el pilón. Dio un paso atrás temblando de pies a cabeza y miró a la Dama.

-Sé lo que viste al final -dijo ella - pues está también en mi mente. ¡No temas! Pero no pienses que el país de Lothlórien resiste y se defiende del enemigo sólo con cantos en los árboles, o con las débiles flechas de los arcos élficos. Te digo, Frodo, que aún mientras te hablo, veo al Señor Oscuro y sé lo que piensa, o al menos lo que piensa en relación con los elfos. Y él está siempre tanteando, queriendo verme y conocer mis propios pensamientos. ¡Pero la puerta está siempre cerrada!

La Dama levantó los brazos blancos y extendió las manos hacia el este en un ademán de rechazo y negativa. Eärendil, la Estrella de la Tarde, la más amada de los elfos, brillaba clara allá en lo alto. Tan brillante era que la figura de la Dama echaba una sombra débil en la hierba. Los rayos se reflejaban en un anillo que ella tenía en el dedo y allí resplandecía como oro pulido recubierto de una luz de plata, y una piedra blanca relucía en él como si la Estrella de la Tarde hubiera venido a apoyarse en la mano de la Dama Galadriel. Frodo miró el anillo con un respetuoso temor, pues de pronto le pareció que entendía.

-Sí -dijo ella adivinando los pensamientos de Frodo-, no está permitido hablar de él y Elrond tampoco pudo. Pero no es posible ocultárselo al Portador del Anillo y a alguien que ha visto el Ojo. En verdad, en el país de Lórien y en el dedo de Galadriel está uno de los Tres. Este es Nenya, el Anillo de Diamante, y yo soy quien lo guarda.

»El lo sospecha, pero no lo sabe aún. ¿Entiendes ahora por qué tu venida era para nosotros como un primer paso en el cumplimiento del Destino? Pues si fracasas, caeremos indefensos en manos del enemigo. Pero si triunfas, nuestro poder decrecerá y Lothlórien se debilitará, y las marcas del Tiempo la borrarán de la faz de la tierra. Tenemos que partir hacia el oeste, o transformarnos en un pueblo rústico que vive en cañadas y cuevas, condenados lentamente a olvidar y a ser olvidados.

Frodo bajó la cabeza. -¿Y vos qué deseáis?

-Que se cumpla lo que ha de cumplirse -dijo ella-. El amor de los elfos por esta tierra en que viven y por las obras que llevan a cabo es más profundo que las profundidades del mar, y el dolor que ellos sienten es imperecedero y nunca se apaciguará. Sin embargo, lo abandonarán todo antes que someterse a Sauron, pues ahora lo conocen. Del destino de Lothlórien no eres responsable, pero sí del cumplimiento de tu misión. Sin embargo desearía, si sirviera de algo, que el Anillo Único no hubiese sido forjado jamás, o que nunca hubiese sido encontrado.

-Sois prudente, intrépida y hermosa, Dama Galadriel - dijo Frodo y os daré el Anillo Único, si vos me lo pedís. Para mí es algo demasiado grande.

Galadriel rió de pronto con una risa clara.

-La Dama Galadriel es quizá prudente -dijo-, pero ha encontrado quien la iguale en cortesía. Te has vengado gentilmente de la prueba a que sometí tu corazón en nuestro primer encuentro. Comienzas a ver claro. No niego que mi corazón ha deseado pedirte lo que ahora me ofreces. Durante muchos largos años me he preguntado qué haría si el Gran Anillo llegara alguna vez a mis manos, ¡y mira!, está ahora a mi alcance. El mal que fue planeado hace ya mucho tiempo sigue actuando de distintos modos, ya sea que Sauron resista o caiga. ¿No hubiera sido una noble acción, que aumentaría el crédito del Anillo, si se lo hubiera arrebatado a mi huésped por la fuerza o el miedo?

»Y ahora al fin llega. ¡Me darás libremente el Anillo! En el sitio del Señor Oscuro instalarás una Reina. ¡Y yo no seré oscura sino hermosa y terrible como la Mañana y la Noche! ¡Hermosa como el Mar y el Sol y la Nieve en la Montaña! ¡Terrible como la Tempestad y el Relámpago! Más fuerte que los cimientos de la tierra. ¡Todos me amarán y desesperarán!

Galadriel alzó la mano y del anillo que llevaba brotó una luz que la iluminó a ella sola, dejando todo el resto en la oscuridad. Se irguió ante Frodo y pareció que tenía de pronto una altura inconmensurable y una belleza irresistible, adorable y tremenda. En seguida dejó caer la mano, y la luz se extinguió y ella rió de nuevo, y he aquí que fue otra vez una delgada mujer elfa, vestida sencillamente de blanco, de voz dulce y triste.

-He pasado la prueba -dijo-. Me iré empequeñeciendo, marcharé al oeste y continuaré siendo Galadriel.

Permanecieron largo rato en silencio. Al fin la Dama habló otra vez. -Volvamos -dijo-. Tienes que partir en la mañana, pues ya hemos elegido y las mareas del destino están subiendo.

-Quisiera preguntamos algo antes de partir -dijo Frodo-, algo que ya quise preguntárselo a Gandalf en Rivendel. Se me ha permitido llevar el Anillo Único. ¿Por qué no puedo ver todos los otros y conocer los pensamientos de quienes los usan?

-No lo has intentado -dijo ella-. Desde que tienes el Anillo sólo te lo has puesto tres veces. ¡No lo intentes! Te destruiría. ¿No te dijo Gandalf que los Anillos dan poder de acuerdo con las condiciones de cada poseedor? Antes que puedas utilizar ese poder tendrás que ser mucho más fuerte y entrenar tu voluntad en el dominio de los otros. Y aun así, como Portador del Anillo y como alguien que se lo ha puesto en el dedo y ha visto lo que está oculto, tus ojos han llegado a ser penetrantes. Has leído en mis pensamientos más claramente que muchos que se titulan sabios. Viste el Ojo de aquel que tiene los Siete y los Nueve. ¿Y no reconociste el anillo que llevo en el dedo? ¿Viste tú mi anillo? -preguntó volviéndose hacia Sam.

-No, Señora -respondió Sam-. Para decir la verdad, me preguntaba de qué estaban hablando. Vi una estrella a través del dedo de usted. Pero si me permiten que hable francamente, creo que mi amo tiene razón. Yo desearía que tomara usted el Anillo. Pondría usted las cosas en su lugar. Impediría que molestasen a mi padre y que lo echaran a la calle. Haría pagar a algunos por los sucios trabajos en que han estado metidos.

-Sí -dijo ella-. Así sería al principio. Pero luego sobrevendrían otras cosas, lamentablemente. No hablemos más. ¡Vamos!

ADIOS A LORIEN

Aquella noche la Compañía fue convocada de nuevo a la cámara de Celeborn y allí el Señor y la Dama los recibieron con palabras amables. Al fin Celeborn habló de la partida.

-Ha llegado la hora -dijo - en que aquellos que desean continuar la misión tendrán que mostrarse duros de corazón y dejar este país. Aquellos que no quieren ir más adelante pueden permanecer aquí, durante un tiempo. Pero se queden o se vayan, nadie estará seguro de tener paz. Pues hemos llegado al borde del precipicio del destino. Aquellos que así lo deseen podrán esperar aquí a la hora en que los caminos del mundo se abran de nuevo para todos, o a que sean convocados en última instancia en auxilio de Lórien. Podrán entonces volver a sus propios países, o marchar al largo descanso de quienes caen en la batalla.

Hubo un silencio.

-Todos han resuelto seguir adelante -dijo Galadriel mirándolos a los ojos.

-En cuanto a mí -dijo Boromir-, el camino de regreso está adelante y no atrás.

-Es cierto -dijo Celeborn-, ¿pero irá contigo toda la Compañía hasta Minas Tirith?

-No hemos decidido aún qué curso seguiremos -dijo Aragorn-. No sé qué pensaba hacer Gandalf más allá de Lothlórien. Creo en verdad que ni siquiera él tenía un propósito claro.

-Quizá no -dijo Celeborn-, sin embargo cuando dejéis esta tierra habéis de tener en cuenta el Río Grande. Como algunos de vosotros lo sabéis bien, ningún viajero con equipaje puede cruzarlo entre Lórien y Gondor, excepto en bote. ¿Y acaso no han sido destruidos los puentes de Osgiliath y no están todos los embarcaderos en manos del enemigo? »¿Por qué lado viajaréis? El camino de Minas Tirith corre por este lado, al oeste; pero el camino directo de la misión va por el este del río, la orilla más oscura. ¿Qué orilla seguiréis?

-Si mi consejo vale de algo, yo elegiría la orilla occidental, el camino a Minas Tirith -respondió Boromir-. Pero no soy el jefe de la Compañía.

Los otros no dijeron nada y Aragorn parecía indeciso y preocupado. -Ya veo que todavía no sabéis qué hacer -dijo Celeborn-. No me corresponde elegir por vosotros, pero os ayudaré en lo que pueda. Hay *entre vosotros* algunos capaces de manejar una embarcación.: Legolas, cuya gente conoce el rápido Río del Bosque; y Boromir de Gondor y Aragorn el viajero.

-¡Y un hobbit! -gritó Merry-. No todos nosotros pensamos que los botes son caballos salvajes. Mi gente vive a orillas del Brandivino.

-Muy bien -dijo Celeborn-. Entonces proveeré de embarcaciones a la Compañía. Serán pequeñas y livianas, pues si vais lejos por el Río, habrá sitios donde tendréis que transportarlas. Llegaréis a los rápidos de Sarn Gebir y quizás al fin a los grandes saltos de Rauros donde el Río cae atronando desde Nen Hithoel; y hay *otros peligros*. Las embarcaciones harán que vuestro viaje sea menos trabajoso por un tiempo. Sin embargo, no os aconsejarán: al fin tendréis que dejarlas a ellas y al río y marchar hacia el oeste, o el este.

Aragorn agradeció a Celeborn repetidas veces. La noticia de los botes lo tranquilizó, pues durante unos días no sería necesario decidir el curso. Los otros parecían también más esperanzados. Cualesquiera fuesen los peligros que los esperaban allá adelante, parecía mejor ir a encontrarlos navegando el ancho Anduin aguas abajo que caminar trabajosamente con las espaldas dobladas. Sólo Sam titubeaba: él por lo

menos pensaba aún que los botes eran tan malos como los caballos salvajes, si no peores y no todos los peligros a los que había sobrevivido le habían probado lo contrario.

-Todo estará preparado para vosotros y *os esperará* en el puerto antes del mediodía -dijo Celeborn-. Os enviaré a mi gente en la mañana para que os ayude en los preparativos del viaje. Ahora os desearemos a todos buenas noches y un sueño tranquilo.

-¡Buenas noches, amigos *míos!* -dijo Galadriel-. ¡Dormid en paz! No os preocupéis demasiado esta noche pensando en el camino. Pues los caminos que seguiréis todos vosotros ya se extienden quizás a vuestros pies, aunque no los veáis aún. ¡Buenas noches!

La Compañía se despidió y regresó al pabellón. Legolas fue con ellos, pues ésta era la última noche que pasarían en Lothlórien y a pesar de las palabras de Galadriel deseaban estar todos juntos y discutir los pormenores del viaje.

Durante largo tiempo hablaron de lo que harían y cómo llevarían a cabo la misión que concernía al Anillo; pero no llegaron a ninguna decisión. Era obvio que la mayoría deseaba ir primero a Minas Tirith y escapar así al menos *por un* tiempo al *terror del enemigo*. *Estaban* dispuestos a seguir a un guía hasta la otra orilla y aun entrar en las sombras de Mordor, pero Frodo callaba y Aragorn vacilaba todavía.

El plan de Aragorn, mientras Gandalf estaba aún con ellos, había sido ir con Boromir y ayudar a la liberación de Gondor. Pues creía que el mensaje del sueño era un mandato y que había llegado al fin la hora en que el heredero de Elendil aparecería para luchar contra el dominio de Sauron. Pero en Moria había tenido que tomar la carga de Gandalf y sabía que ahora no podía dejar de lado el Anillo, si Frodo se negaba a ir con Boromir. ¿Y sin embargo de qué modo podría él, o cualquier otro de la Compañía, ayudar a Frodo, salvo acompañándolo a ciegas a la oscuridad?

-Iré a Minas Tirith, sólo si fuera necesario, pues es mi deber -dijo Boromir y luego calló un rato, sentado y con los ojos clavados en Frodo, como si tratara de leer los pensamientos del mediano. Al fin retomó la palabra, como discutiendo consigo mismo-. Si sólo te propones destruir el Anillo -dijo-, la guerra y las armas no servirán de mucho y los Hombres de Minas Tirith no podrán ayudarte. Pero si deseas destruir el poder armado del Señor Oscuro, sería una locura entrar sin fuerzas en esos dominios y una locura sacrificar... -Se interrumpió de pronto, como si hubiese advertido que estaba pensando en voz alta. Sería una locura sacrificar vidas, quiero decir -concluyó-. Se trata de elegir entre defender una plaza fortificada y marchar directamente hacia la muerte. Al menos, así es como yo lo veo.

Frodo notó algo nuevo y extraño en los ojos de Boromir y lo miró con atención. Lo que Boromir acababa de decir no era lo que él pensaba, evidentemente. Sería una locura sacrificar ¿qué? ¿El Anillo de Poder? Boromir había dicho algo parecido en el Concilio, aunque había aceptado entonces la corrección de Elrond. Frodo miró a Aragorn, pero el montaraz parecía hundido en sus propios pensamientos y no daba muestras de haber oído las palabras de Boromir. Y así terminó la discusión. Merry y Pippin ya estaban dormidos y Sam cabeceaba. La noche envejecía.

A la mañana, mientras comenzaban a embalar las pocas cosas que les quedaban, unos elfos que hablaban la lengua de la Compañía vinieron a traerles regalos de comida y ropa para el viaje. La comida consistía principalmente en galletas, preparadas con una

harina que estaba un poco tostada por afuera y que por dentro tenía un color de crema. Gimli tomó una de las galletas y la miró con ojos dudosos.

-Cram -dijo a media voz mientras mordisqueaba una punta quebradiza. La expresión del enano cambió rápidamente y se comió todo el resto de la galleta saboreándola con delectación.

-¡Basta, basta! -gritaron los elfos riendo-. Has comido suficiente para toda una jornada.

-Pensé que era sólo una especie de cram, como los que preparan los Hombres del Valle para viajar por el desierto -dijo el enano.

Así es -respondieron los elfos-. Pero nosotros lo llamamos *lembas* o pan del camino y es más fortificante que cualquier comida preparada por los hombres y es más agradable que el *cram*, desde cualquier punto de vista.

-Por cierto -dijo Gimli-. En realidad es mejor que los bizcochos de miel de los Beórnicas y esto es un gran elogio, pues no conozco panaderos mejores. Aunque estos días no parecen estar interesados en darles bizcochos a los viajeros. ¡Sois anfitriones muy amables!

-De cualquier modo, os aconsejamos que cuidéis de la comida -dijeron los elfos-. Comed poco cada vez y sólo cuando sea necesario. Pues os damos estas cosas para que os sirvan cuando falte todo lo demás. Las galletas se conservarán frescas muchos días, si las guardáis enteras y en las envolturas de hojas en que las hemos traído. Una sola basta para que un viajero aguante en pie toda una dura jornada, aunque sea un hombre alto de Minas Tirith.

Los elfos abrieron luego los paquetes de ropas y las repartieron entre los miembros de la Compañía. Habían preparado para cada uno y en las medidas correspondientes, una capucha y una capa, de esa tela sedosa, liviana y abrigada que tejían los Galadrim. Era difícil saber de qué color eran: parecían grises, con los tonos del crepúsculo bajo los árboles; pero si se las movía, o se las ponía en otra luz, eran verdes como las hojas a la sombra, o pardas como los campos en barbecho al anochecer, o de plata oscura como el agua a la luz de las estrellas. Las capas se cerraban al cuello con un broche que parecía una hoja verde de nervaduras de plata.

¿Son mantos mágicos? -preguntó Pippin mirándolos con asombro.

-No sé a qué te refieres -dijo el jefe de los elfos-. Son vestiduras hermosas y la tela es buena, pues ha sido tejida en este país. Son por cierto ropas élficas, si eso querías decir. Hoja y rama, agua y piedra: tienen el color y la belleza de todas esas cosas que amamos a la luz del crepúsculo en Lórien, pues en todo lo que hacemos ponemos el pensamiento de todo lo que amamos. Sin embargo son ropas, no armaduras y no pararán ni la flecha ni la espada. Pero os serán muy útiles: son livianas para llevar, abrigadas o frescas de acuerdo con las necesidades del momento. Y os ayudarán además a mantenemos ocultos de miradas indiscretas, ya caminéis entre piedras o entre árboles. ¡La Dama os tiene en verdad en gran estima! Pues ha sido ella misma y las doncellas que la sirven quienes han tejido esta tela, y nunca hasta ahora habíamos vestido a extranjeros con las ropas de los nuestros.

Luego de un almuerzo temprano la Compañía se despidió del prado junto a la fuente. Todos sentían un peso en el corazón, pues el sitio era hermoso y había llegado a convertirse en un hogar para ellos, aunque no sabían bien cuántos días y noches habían pasado allí. Se habían detenido un momento a mirar el agua blanca a la luz del sol cuando Haldir se les acercó cruzando el pasto del claro. Frodo lo saludó con alegría.

-Vengo de las Defensas del Norte -dijo el elfo-, y he sido enviado para que os sirva otra vez de guía. En el Valle del Arroyo Sombrío hay vapores y nubes de humo y las montañas están perturbadas. Hay ruidos en las profundidades de la tierra. Si alguno de vosotros ha pensado en regresar por el norte, no podría cruzar. ¡Pero adelante! Vuestro camino va ahora hacia el sur.

Caminaron atravesando Caras Galadon, las sendas verdes estaban desiertas, pero arriba en los árboles se oían muchas voces que murmuraban y cantaban. El grupo marchaba en silencio. Al fin Haldir los llevó cuesta abajo por la pendiente meridional de la colina y llegaron así de nuevo a la puerta iluminada por faroles y al puente blanco; y por allí salieron dejando la ciudad de los elfos. Casi en seguida abandonaron la ruta empedrada y tomaron un sendero que se internaba en un bosque espeso de mallorn y avanzaron serpenteando entre bosques ondulantes de sombras de plata, descendiendo siempre al sur y al este hacia las orillas del Río.

Habían recorrido ya unas diez millas y el mediodía estaba próximo cuando llegaron a una alta pared verde. Pasaron por una abertura y se encontraron fuera de la zona de árboles. Ante ellos se extendía un prado largo de hierba brillante, salpicado de *elanor* doradas que brillaban al sol. El prado concluía en una lengua estrecha entre márgenes relucientes: a la derecha y al oeste corría centelleando el Cauce de Plata; a la izquierda y al este bajaban las aguas amplias, profundas y oscuras del Río Grande. En las orillas opuestas los bosques proseguían hacia el sur hasta perderse de vista, pero las orillas mismas estaban desiertas y desnudas. Ningún mallorn alzaba sus ramas doradas más allá del País de Lórien.

En las márgenes del Cauce de Plata, a cierta distancia de donde se encontraban las corrientes, había un embarcadero de piedras blancas y maderos blancos, y amarrados allí numerosos botes y barcas. Algunos estaban pintados con colores muy brillantes, plata y oro y verde, pero casi todos eran blancos o grises. Tres pequeñas barcas grises habían sido preparadas para los viajeros y los elfos cargaron en ellas los paquetes de ropa y comida. Y añadieron además unos rollos de cuerda, tres por cada barca. Las cuerdas parecían delgadas pero fuertes, sedosas al tacto, grises como los mantos de los elfos.

-¿Qué es esto? -preguntó Sam tocando un rollo que yacía sobre la hierba.

-¡Cuerdas, por supuesto! -respondió un elfo desde las barcas-. ¡Nunca vayas lejos sin una cuerda! Una cuerda larga, fuerte y liviana, puede ser una buena ayuda en muchas ocasiones.

-¡Que me lo digan a mí! -exclamó Sam-. No traje ninguna y he estado preocupado desde entonces. Pero me preguntaba qué material es éste, pues algo sé de confección de cuerdas: está en la familia, por así decirlo.

-Son cuerdas de hithlain -dijo el elfo-; pero no hay tiempo ahora de instruirte en el arte de fabricar cuerdas. Si hubiéramos sabido de tu interés, podríamos haberte enseñado muchas cosas. Pero ahora, ay, a menos que un día vuelvas aquí, tendrás que contentarte con nuestro regalo. ¡Que te sea útil!

-¡Vamos! - dijo Haldir-. Está todo listo. ¡Embarcad! ¡Pero tened cuidado al principio!

-¡No olvidéis este consejo! -dijeron los otros elfos-. Estas son embarcaciones livianas y distintas de las de otras gentes. No se hundirán, aunque las carguéis demasiado, pero no son fáciles de manejar. Deberíais acostumbraros a subir y a bajar, aprovechando que hay aquí un embarcadero, antes de lanzaros aguas abajo.

La Compañía se repartió así: Aragorn, Frodo y Sam iban. en una barca; Boromir, Merry y Pippin en otra; y en la tercera Legolas y Gimli, que ahora eran grandes amigos. Esta última embarcación llevaba además la mayor parte de las provisiones y paquetes. Las barcas eran impulsadas y dirigidas con unos remos cortos de pala ancha en forma de hoja. Cuando todo estuvo preparado, Aragorn decidió probarlas en el Cauce de Plata. La corriente era rápida y progresaban lentamente. Sam, sentado en la proa, las manos aferradas a los bordes, miraba nostálgico la orilla. Los reflejos del sol en el agua lo enceguecían. Más allá del campo verde de la Lengua los árboles crecían otra vez en las márgenes. Aquí y allá unas hojas doradas se balanceaban en el agua. El aire era brillante y tranquilo y todo estaba en silencio, excepto el canto de las alondras.

Doblaron en un recodo del río y allí, navegando orgullosamente hacia ellos, vieron un cisne de gran tamaño. El agua se abría en ondas a cada lado del pecho blanco, bajo el cuello curvo. El pico del ave chispeaba como oro bruñido y los ojos relucían como azabache engarzado en piedras amarillas; las inmensas alas blancas se alzaban a medias. Una música lo acompañaba mientras descendía por el río; y de pronto se dieron cuenta de que el cisne era una nave construida y esculpida con todo el arte élfico. Dos elfos vestidos de blanco la impulsaban con la ayuda de unas palas negras. En medio de la embarcación estaba sentado Celeborn y detrás venía Galadriel, de pie, alta y blanca; una corona de flores doradas le ceñía los cabellos y en la mano sostenía un arpa pequeña y cantaba. Triste y dulce era el sonido de la voz de Galadriel en el aire claro y fresco.

*He cantado las hojas, las hojas de oro, y allí crecían hojas de oro;
he cantado el viento, y un viento vino y sopló entre las ramas.
Más allá del sol, más allá de la luna, había espuma en el mar,
y cerca de la playa de Ilmarin crecía un árbol de oro, y brillaba
en Eldamar bajo las estrellas de la Noche Eterna,
en Eldamar junto a los muros de Tirion de los Elfos.
Allí crecieron durante largos años las hojas doradas,
Mientras que aquí, más allá de los Mares Separadores, corren ahora las lágrimas
élficas.
Oh Lórien. Llega el invierno, el día desnudo y deshojado;
las hojas caen en el agua, el río fluye alejándose.
Oh Lórien. Demasiado he vivido en estas costas
y he entretejido la elanor de oro en una corona evanescente.
Pero si ahora he de cantar a las naves, ¿qué nave vendrá a mí,
qué nave me llevará de vuelta por un océano tan ancho?*

Aragorn detuvo la barca mientras la nave-cisne se acercaba. La Dama dejó de cantar y les dio la bienvenida.

-Hemos venido a daros nuestro último adiós -dijo- y acompañar vuestra partida con nuestras bendiciones.

-Aunque habéis sido nuestros huéspedes -dijo Celeborn- todavía no habéis comido con nosotros, y os invitamos por lo tanto a un festín de despedida, aquí entre las aguas que os llevarán lejos de Lórien.

El Cisne se adelantó lentamente hacia el embarcadero y los otros botes dieron media vuelta y fueron detrás. Allí, en los extremos de Egladil y sobre la hierba verde se celebró el festín de despedida; pero Frodo comió y bebió poco, atento sólo a la belleza de la Dama y a su voz. Ya no le parecía ni peligrosa ni terrible, ni poseedora de un poder oculto. La veía ya como los hombres de tiempos ulteriores vieron a los elfos

presentes y sin embargo remotos, una visión animada de aquello que la corriente incesante del Tiempo había dejado atrás.

Luego de haber comido y bebido, sentados en la hierba, Celeborn les habló otra vez del viaje y alzando la mano señaló al sur los bosques que se extendían más allá de la Lengua.

-Cuando vayáis aguas abajo -dijo-, veréis que los árboles irán disminuyendo hasta que al fin llegaréis a una región árida. Allí el río corre por valles pedregosos entre altos páramos, hasta que después de muchas leguas se encuentra con Escarpa, la isla alta que llamamos Tol Brandir. El agua rodea las costas escarpadas de la isla para precipitarse luego con mucho estrépito y humo por las cataratas de Rauros al cauce del Nindalf, el Cancha Aguada en vuestra lengua. Es una vasta región de pantanos inertes donde las aguas se dividen en muchos tortuosos brazos. En este sitio el Entaguas afluye por numerosas bocas desde Rohan. Del otro lado se elevan las colinas desnudas de Eryn Muil. El viento sopla allí del este, pues estas elevaciones llevan por encima de las Ciénagas Muertas y las Tierras de Nadie a Cirith Gorgor y las puertas negras de Mordor.

»Boromir y aquellos que vayan con él en busca de Minas Tirith tendrán que dejar el Río Grande antes de Rauros y cruzar el Entaguas antes que desemboque en las ciénagas. Sin embargo no han de remontar demasiado esa corriente, ni correr el riesgo de perder el rumbo en el Bosque de Fangorn. Son tierras extrañas, ahora poco conocidas. Pero seguro que Boromir y Aragorn no necesitan de esta advertencia.

-Sí, hemos oído hablar de Fangorn en Minas Tirith -dijo Boromir-. Pero lo que he oído me ha parecido en gran parte cuentos de viejas, adecuados para niños. Todo lo que se encuentra al norte de Rohan está para nosotros tan lejos que es posible imaginar cualquier cosa. Fangorn es desde hace tiempo una frontera de Gondor, pero han pasado generaciones sin que ninguno de nosotros visitara esas tierras, probando así o desaprobando las leyendas que nos llegaron de antaño.

»Yo mismo he estado a veces en Rohan, pero nunca atravesé la región hacia el norte. Cuando tuve que llevar algún mensaje marché por El Paseo bordeando las Montañas Blancas y crucé el Isen y el Fontegrís para pasar a Norlanda. Un viaje largo y fatigoso. Cuatrocientas leguas conté entonces, y me llevaron muchos meses, pues perdí mi caballo en Tharbad, vadeando el Aguada Gris. Después de ese viaje y el camino que he hecho con esta Compañía, no dudo de que encontraría un modo de atravesar Rohan, y Fangorn también si fuese necesario.

-Entonces no tengo más que decir -concluyó Celeborn-. Pero no desprecies las tradiciones que nos llegan de antaño; ocurre a menudo que las viejas guardan en la memoria cosas que los sabios de otro tiempo necesitaban saber.

Galadriel se levantó entonces de la hierba y tomando una copa de manos de una doncella, la llenó de hidromiel blanco y se la tendió a Celeborn.

-Ahora es tiempo de beber la copa del adiós -dijo- ¡Bebed, Señor de los Galadrim! Y que tu corazón no esté triste, aunque la noche tendrá que seguir al mediodía y ya la tarde lleva a la noche.

En seguida ella llevó la copa a cada uno de los miembros de la Compañía, invitándolos a beber y a despedirse. Pero cuando todos hubieron bebido les ordenó que se sentaran otra vez en la hierba, y las doncellas trajeron unas sillas para ella y Celeborn. Las doncellas esperaron un rato a los huéspedes. Al fin habló otra vez.

-Hemos bebido la copa de la despedida -dijo- y las sombras caen ahora entre nosotros. Pero antes que os vayáis, he traído en mi barca unos regalos que el Señor y la Dama de los Galadrim os ofrecen ahora en recuerdo de Lothlórien.

En seguida los llamó a uno por uno. -Este es el regalo de Celeborn y Galadriel al guía de vuestra Compañía -le dijo a Aragorn y le dio una vaina que habían hecho especialmente para la espada que llevaba el nombre de Andúril, y que estaba adornada por flores y hojas entretrejidas de oro y plata y por numerosas gemas dispuestas como runas élficas en las que se leía el nombre y el linaje de la espada-. La hoja que sale de esta vaina no tendrá manchas ni se quebrará, aun en la derrota. ¿Pero hay alguna otra cosa que desearías de mí en este momento de la separación? Pues las tinieblas descenderán entre nosotros y es posible que no volvamos a encontrarnos, a no ser lejos de aquí en un camino del que no se vuelve.

Y Aragorn respondió: -Señora, conoces bien todos mis deseos, y durante mucho tiempo guardaste el único tesoro que busco. Sin embargo, no depende de ti dármele, aunque ésa fuera tu voluntad; y sólo llegaré a él internándome en las tinieblas.

-Entonces quizás esto te alivie el corazón -dijo Galadriel-, pues quedó a mi cuidado para que te lo diera si llegabas a pasar por aquí. - Galadriel alzó entonces una piedra de color verde claro que tenía en el regazo, montada en un broche de plata que imitaba a un águila con las alas extendidas, y mientras ella la sostenía en lo alto la piedra centelleaba como el sol que se filtra entre las hojas de la primavera. - Esta piedra se la he dado a mi hija Celebrian y ella a su hija y ahora llega a ti como una señal de esperanza. En esta hora toma el nombre que se previó para ti: ¡Elessar, la Piedra de Elfo de la casa de Elendil!

Aragorn tomó entonces la piedra y se la puso al pecho y quienes lo vieron se asombraron mucho, pues no habían notado antes qué alto y majestuoso era, como si se hubiera desprendido de muchos años.

-Te agradezco los regalos que me has dado -dijo Aragorn-, oh Dama de Lórien de quien descienden Celebrian y Arwen, la Estrella de la Tarde. ¿Qué elogio podría ser más elocuente?

La Dama inclinó la cabeza y luego se volvió a Boromir y le dio un cinturón de oro, y a Merry y a Pippin les dio pequeños cinturones de plata, con broches labrados como flores de oro. A Legolas le dio un arco como los que usan los Galadrim, más largo y fuerte que los arcos del Bosque Negro, y la cuerda era de cabellos élficos. Había también un carcaj de flechas.

-Para ti, pequeño jardinero y amante de los árboles -le dijo a Sam-, tengo sólo un pequeño regalo -y le puso en la mano una cajita de simple madera gris, sin ningún adorno excepto una runa de plata en la tapa. Esto es una G por Galadriel -dijo-, pero podría referirse a jardín¹, en vuestra lengua. Esta caja contiene tierra de mi jardín y lleva las bendiciones que Galadriel todavía puede otorgar. No te protegerá en el camino ni te defenderá contra el peligro, pero si la conservas y vuelves un día a tu casa, quizá tengas entonces tu recompensa. Aunque encontrarás todo seco y arruinado, pocos jardines de la Comarca florecerán como el tuyo si esparces allí esta tierra. Entonces te acordarás de Galadriel y tendrás una visión de la lejana Lórien, que viste en *invierno*. Pues nuestra primavera y nuestro verano han quedado atrás y nunca se verán otra vez, excepto en la memoria.

Sam enrojeció hasta las orejas y murmuró algo ininteligible y tomando la caja saludó como pudo con una reverencia.

-¿Y qué regalo le pediría un enano a los elfos? -dijo Galadriel volviéndose a Gimli.

¹ Garden en inglés.

-Ninguno, Señora -respondió Gimli-. Es suficiente para mí haber visto a la Dama de los Galadrim y haber oído tan gentiles palabras.

-¡Escuchad vosotros, elfos! -dijo la Dama mirando a la gente de alrededor-. Que nadie vuelva a *decir que los enanos son codiciosos* y antipáticos. Pero tú, Gimli hijo de Glóin, algo desearás que yo pueda darte. ¡Nómbralo, y es una orden! No serás el único huésped que se va sin regalo.

-No deseo nada, Dama Galadriel -dijo Gimli inclinándose y balbuciendo -. Nada, a menos que... a menos que se me permita pedir, qué digo, nombrar uno solo de vuestros cabellos, que supera al oro de la tierra así como las estrellas superan a las gemas de las minas. No pido ese regalo, pero me ordenasteis que nombrara mi deseo.

Los elfos se agitaron y murmuraron estupefactos, y Celeborn miró con asombro a Gimli, pero la Dama sonreía.

-Se dice que los enanos son más hábiles con las manos que con la lengua -dijo-, pero esto no se aplica a Gimli. Pues nadie me ha hecho nunca un pedido tan audaz y *sin embargo* tan cortés. ¿Y *cómo* podría rehusarme si yo misma le ordené que hablara? Pero dime, ¿qué harás con un regalo semejante?

-Atesorarlo, Señora -respondió Gimli-, en recuerdo de lo que me dijisteis en nuestro primer encuentro. Y *si* vuelvo alguna vez a las forjas de mi país, lo guardaré en un cristal imperecedero como tesoro de mi casa y como prenda de buena voluntad entre la Montaña y el Bosque hasta el fin de los días.

La Dama se soltó entonces una de las largas trenzas, cortó tres cabellos dorados y los puso en la mano de Gimli.

-Estas palabras acompañan al regalo -dijo-. No profetizo nada, pues toda profecía es vana ahora; de un lado hay oscuridad y del otro nada más que esperanza. Si la esperanza no falla, yo te digo, Gimli hijo de Glóin, que el *oro* te desbordará en las manos, y sin embargo no tendrá ningún poder sobre ti.

»Y tú, Portador del Anillo -dijo la Dama, volviéndose a Frodo-; llego a ti en último término, aunque en mis pensamientos no eres el último. Para ti he preparado esto. - Alzó un frasquito de *crystal*, que centelleaba cuando ella lo movía, y unos rayos de luz le brotaron de la mano.- En este frasco -dijo ella- he recogido la luz de la estrella de Eärendil, tal como apareció en las aguas de mi fuente. Brillará más en la noche. Que sea para ti una luz en los sitios oscuros, cuando todas las otras luces se hayan extinguido. ¡Recuerda a Galadriel y el espejo!

Frodo tomó el frasco y la luz brilló un instante entre ellos y él la vio de nuevo erguida como una reina, grande y hermosa, pero ya no terrible. Se inclinó, sin saber qué decir.

La Dama se puso entonces de pie y Celeborn los guió de vuelta al muelle. La luz amarilla del mediodía se extendía sobre la hierba verde de la Lengua y en el agua había reflejos plateados. Todo estaba listo al fin. La Compañía ocupó los puestos de antes en las barcas. Mientras gritaban adiós, los elfos de Lórien los empujaron con las largas varas grises a la corriente del río y las aguas ondulantes los llevaron lentamente. Los viajeros estaban sentados y no hablaban ni se movían. De pie sobre la hierba verde, en la punta misma de la Lengua, la figura de la Dama Galadriel se erguía solitaria y silenciosa. Cuando pasaron ante ella los viajeros se volvieron y miraron cómo iba alejándose lentamente sobre las aguas. Pues así les parecía: Lórien se deslizaba hacia atrás como una nave brillante que tenía como mástiles unos árboles encantados; se alejaba navegando hacia costas olvidadas, mientras que ellos se quedaban allí, descorazonados, a orillas de un mundo deshojado y gris.

Miraban aún cuando el Cauce de Plata desapareció en las aguas del Río Grande, y las embarcaciones viraron y fueron hacia el sur. La forma blanca de la Dama fue pronto distante y pequeña. Brillaba como el cristal de una ventana a la luz del sol poniente en una lejana colina, o como un lago remoto visto desde una cima montañosa: un cristal caído en el regazo de la tierra. En seguida le pareció a Frodo que ella alzaba los brazos en un último adiós, y el viento que venía siguiéndolos les trajo desde lejos pero con una penetrante claridad, la voz de la Dama, que cantaba. Pero ahora ella cantaba en la antigua lengua de los Elfos de Más Allá del Mar y Frodo no entendía las palabras; bella era la música, pero no le traía ningún consuelo.

Sin embargo, como ocurre con las palabras élficas, los versos se le grabaron en la memoria y tiempo después los tradujo como mejor pudo: el lenguaje era el de las canciones y hablaba de cosas poco conocidas en la Tierra Media.

Ai! laurië lantar lassì sùrinen!
Yéni únótime ve rámar aldaron,
yéni ve linte yuldar vánier
mi oromardi lisse-miruvóreva
Andúne pella Vardo tellumar
nu luini yassen tintilar í eleni
ómaryo airetári-lírínen.

Sí rnan i yulna nin enquantuva?

*An sí Tintalle Varda Oiolossëo
ve fanyar máryat Elentári ortane
ar ilye tier unduláve lumbule,
ar sindanóriello carta mornië
i falmalinnar imbe met, ar hísië
untúpa Calaciryó míri oiale.
Sí vanwa na, Rómello vanwa, Valimar!*

Namárië Nai biruvalye Valimar.

Nai elye hiruwa. Namárië!

«¡Ah, como el oro caen las hojas en el viento! E innumerables como las alas de los árboles son los años. Los años han pasado como sorbos rápidos y dulces de hidromiel blanco en las salas de más allá del Oeste, bajo las bóvedas azules de Varda, donde las estrellas tiemblan cuando oyen el sonido de esa voz, bienaventurada y real. ¿Quién me llenará de nuevo la copa? Pues ahora la Hechicera, Varda, la Reina de las Estrellas, desde el Monte Siempre Blanco ha alzado las manos como nubes, y todos los caminos se han ahogado en sombras y la oscuridad que ha venido de un país gris se extiende sobre las olas espumosas que nos separan, y la niebla cubre para siempre las joyas de Calaciryá. Ahora se ha perdido, ¡perdido para aquellos del Este, Valimar! ¡Adiós! Quizás encuentres a Valimar. Quizá tú lo encuentres. ¡Adiós!» Varda es el nombre de la Dama que los elfos de estas tierras de exilio llaman Elbereth.

De pronto el río describió una curva y las orillas se elevaron a los lados, ocultando la luz de Lórien. Frodo no vería nunca más aquel hermoso país.

Los viajeros volvieron la cabeza y miraron adelante: el sol se levantaba ante ellos, encegueciéndolos, y todos tenían lágrimas en los ojos. Gimli sollozaba.

-Mi última mirada ha sido para aquello que era más hermoso -le dijo a su compañero Legolas-. De aquí en adelante a nada llamaré hermoso si no es un regalo de ella.

Se llevó la mano al pecho.

-Dime, Legolas -continuó-, ¿cómo me he incorporado a esta misión? ¡Yo ni siquiera sabía dónde estaba el peligro mayor! Elrond decía la verdad cuando anunciaba que no podíamos prever lo que encontraríamos en el camino. El peligro que yo temía era el tormento en la oscuridad y eso no me retuvo. Pero si hubiese conocido el peligro de la luz y de la alegría, no hubiese venido. Mi peor herida la he recibido en esta separación, aunque cayera hoy mismo en manos del Señor Oscuro. ¡Ay de Gimli hijo de Glóin!

-¡No! -dijo Legolas- ¡Ay de todos nosotros! Y de todos aquellos que recorran el mundo en los días próximos. Pues tal es el orden de las cosas: encontrar y perder, como le parece a aquel que navega siguiendo el curso de las aguas. Pero te considero una criatura feliz, Gimli hijo de Glóin, pues tú mismo has decidido sufrir esa pérdida, ya que hubieras podido elegir de otro modo. Pero no has olvidado a tus compañeros, y como última recompensa el recuerdo de Lothlórien no se te borrará del corazón y será siempre claro y sin mancha y nunca empalidecerá ni se echará a perder.

-Quizá -dijo Gimli- y gracias por tus palabras. Palabras verdaderas sin duda, pero esos consuelos no me reconfortan. Lo que el corazón desea no son recuerdos. Eso es sólo un espejo, aunque sea tan claro como Kheled-zâram. O al menos eso es lo que dice el corazón de Gimli el enano. Quizá los elfos vean las cosas de otro modo. En verdad he oído que para ellos la memoria se parece al mundo de la vigilia más que al de los sueños. No es así para los enanos.

»Pero dejemos el tema. ¡Mira la barca! Está muy hundida en el agua con tanto peso y el Río Grande es rápido. No tengo ganas de ahogar las penas en agua fría.

Gimli tomó una pala y guió el bote hacia la orilla occidental, siguiendo la embarcación de Aragorn que iba adelante y ya había dejado la corriente del medio.

Así la compañía continuó navegando en aquellas aguas rápidas y anchas, arrastrada siempre hacía el sur. Unos bosques desnudos se levantaban en una y otra orilla y nada podían ver de las tierras que se extendían por detrás. La brisa murió y el río fluyó en silencio. No se oían cantos de pájaros. El sol fue velándose a medida que el día avanzaba, hasta que al fin brilló en un cielo pálido como una alta perla blanca. Luego se desvaneció en el oeste y el crepúsculo fue temprano y lo siguió una noche gris y sin estrellas. Llegaron las horas negras y calladas y ellos siguieron navegando, guiando los botes a la sombra de los bosques occidentales. Los grandes árboles pasaban junto a ellos como espectros, hundiéndose en el agua a través de la bruma las raíces retorcidas y sedientas. La noche era lúgubre y fría. Frodo, inmóvil, escuchaba el débil golpeteo de las aguas en la orilla y los gorgoteos entre las raíces y las maderas flotantes, hasta que al fin sintió que le pesaba la cabeza y cayó en un sueño intranquilo.

EL RIO GRANDE

Sam despertó a Frodo. Frodo vio que estaba tendido, bien arropado, bajo unos árboles altos de corteza gris en un rincón tranquilo del bosque, en la margen occidental del Río Grande, el Anduin. Había dormido toda la noche, y el gris del alba asomaba apenas entre las ramas desnudas. Gimli estaba allí cerca, cuidando de un pequeño fuego.

Partieron otra vez antes que aclarara del todo. No porque la mayoría de los viajeros tuviera prisa en llegar al sur: estaban contentos de poder esperar algunos días antes de tomar una decisión, la que sería inevitable cuando llegaran a Rauros y a la Isla de Escarpa; y se dejaron llevar por las aguas del río, pues no tenían ningún deseo de correr hacia los peligros que les esperaban más allá, cualquiera fuese el curso que tomaran. Aragorn dejaba que se desplazaran según criterio de cada uno, ahorrando fuerzas para las fatigas que vendrían luego. Insistía, sin embargo, en la necesidad de iniciar la jornada temprano, todos los días, y de prolongarla hasta bien caída la tarde, pues le decía el corazón que el tiempo apretaba y no creía que el Señor Oscuro se hubiese quedado cruzado de brazos mientras ellos se retrasaban en Lórien.

Ese día al menos no vieron ninguna señal del enemigo y tampoco al día siguiente. Pasaban las horas, grises y monótonas, y no ocurría nada. En el tercer día de viaje el paisaje fue cambiando poco a poco: ralearon los árboles y al fin desaparecieron del todo. Sobre la orilla oriental, a la izquierda, unas lomas alargadas subían aseándose; parecían reseca y quemadas, como si un fuego hubiese pasado sobre ellas y no hubiera dejado con vida ni una sola hoja verde: era una región hostil donde no había ni siquiera un árbol quebrado o una piedra desnuda que aliviaran aquella desolación. Habían llegado a las Tierras Pardas, una región vasta y abandonada que se extiende entre el Bosque Negro del Sur y las colinas de Emyrn Muil. Ni siquiera Aragorn sabía qué pestilencia, qué guerra o qué mala acción del enemigo había devastado de ese modo toda la región.

Hacia el oeste y a la derecha el terreno era también sin árboles, pero llano y verde en muchos sitios con amplios prados de hierba. De este lado del río crecían florestas de juncos, tan altos que ocultaban todo el oeste, y los botes pasaban rozando aquellas márgenes oscilantes. Los plumajes sombríos y reseca se inclinaban y alzaban con un susurro blando y triste en el leve aire fresco. De cuando en cuando Frodo alcanzaba a ver brevemente entre los juncos unos terrenos ondulados y mucho más allá unas colinas envueltas en la luz del crepúsculo y sobre el horizonte una línea oscura: las estribaciones meridionales de las Montañas Nubladas.

No habían encontrado hasta entonces ninguna criatura, excepto pájaros. Los pequeños volátiles silbaban y piaban entre los juncos, pero se los veía muy raramente. Una o dos veces oyeron el movimiento rápido y el sonido quejoso de unas alas de cisnes y alzando los ojos vieron una bandada que atravesaba el cielo.

-¡Cisnes! -dijo Sam-. ¡Y muy grandes!

-Sí -dijo Aragorn-, cisnes negros.

-¡Qué inmenso y desierto y lúgubre me parece todo este país! -dijo Frodo-. Siempre creí que yendo hacia el sur uno encontraba regiones cada vez más cálidas y alegres, hasta que ya no había invierno.

-Pero aún no hemos llegado bastante al sur -dijo Aragorn-. Todavía es invierno y estamos lejos del mar. Aquí el mundo es frío y la primavera llega bruscamente; puede haber nieve todavía. Allá abajo en la Bahía de Belfalas donde desemboca el Anduin, las tierras son más cálidas y alegres, quizás, o lo serían si no existiera el enemigo. Pero no

creo que estemos a más de sesenta leguas, me parece, al sur de la Cuaderna del Sur en tu Comarca, a cientos de millas más allá. Ahora estás mirando hacia el sudoeste, por encima de las llanuras septentrionales de la Marca de los Jinetes, Rohan, el país de los Señores de los Caballos. No tardaremos en llegar a las bocas del Limclaro que desciende de Fangorn para unirse al Río Grande. Esa es la frontera norte de Rohan y todo lo que se extiende entre el Limclaro y las Montañas Blancas perteneció en otro tiempo a los Rohirrim. Es una tierra amable y rica, de pastos incomparables, pero en estos días nefastos la gente no habita junto al río ni cabalga a menudo hasta la orilla. El Anduin es ancho y sin embargo los orcos pueden disparar sus flechas por encima de la corriente, y se dice que en los últimos años se han atrevido a atravesar las aguas y atacar las manadas y establos de Rohan.

Sam miraba a una y otra orilla, intranquilo. Antes los árboles habían parecido hostiles, como si ocultaran ojos secretos y peligros inminentes. Ahora deseaba que los árboles estuviesen todavía allí. Le parecía que la Compañía estaba demasiado expuesta, navegando en botes abiertos entre tierras que no ofrecían ningún abrigo y en un río que era una frontera de guerra.

En los dos o tres días siguientes, mientras avanzaban regularmente hacia el sur, esta impresión de inseguridad invadió a toda la Compañía. Durante un día entero empuñaron las palas para apresurar la marcha. Las orillas desfilaron. El río pronto se ensanchó y se hizo más profundo; unas largas playas pedregosas se extendieron al este y había bancos de arena en el agua, que demandaban atención. Las Tierras Pardas se elevaron en planicies desiertas, sobre las que soplaban un viento helado del este. En el otro lado los prados se habían convertido en terrenos quebrados de hierba seca, en una región de matas y zarzas. Frodo se estremeció recordando los prados y fuentes, el sol claro y las lluvias suaves de Lothlórien. En los botes no había mucha conversación y ninguna risa. Todos parecían ensimismados.

El corazón de Legolas corría bajo las estrellas de una noche de verano en algún claro septentrional entre los bosques de hayas; Gimli tocaba oro mentalmente, preguntándose si ese metal servirla para guardar el regalo de la Dama. Merry y Pippin en el bote del medio no se sentían tranquilos, pues Boromir no dejaba de murmurar entre dientes, a veces mordiéndose las uñas, como consumido por alguna duda o inquietud, a veces tomando una pala y tratando de poner la barca detrás de la de Aragorn. Pippin, que estaba sentado en la proa mirando hacia atrás, vio entonces una luz rara en los ojos de Boromir, que se inclinaba espionando a Frodo. Sam estaba convencido desde hacía tiempo: las barcas no le parecían ahora tan peligrosas como antes, pero nunca había pensado que fueran tan incómodas. Se sentía agarrotado y descorazonado, no teniendo nada que hacer excepto clavar los ojos en los paisajes invernales que se arrastraban a lo largo de las orillas y en el agua gris a los lados. Aun cuando tenían que recurrir a las palas, no le confiaban ninguna.

En el cuarto día, a la caída de la tarde, Sam miraba hacia atrás por encima de las cabezas de Frodo y Aragorn y los otros botes; soñoliento, no pensaba en otra cosa que en pisar tierra firme y acampar. De pronto creyó ver algo; al principio miró distraídamente y en seguida se sentó frotándose los ojos, pero cuando miró de nuevo ya no se veía nada.

Aquella noche acamparon en un pequeño islote, cerca de la orilla occidental. Sam, envuelto en mantas, estaba acostado junto a Frodo.

-Tuve un sueño curioso una hora o dos antes de detenernos, señor Frodo - dijo-. O quizá no fue un sueño. De todos modos fue curioso.

-Bueno, cuéntame -dijo Frodo sabiendo que Sam no se quedaría tranquilo hasta que hubiera contado la historia, o lo que fuera-. Desde que dejamos Lothlórien no he visto ni he pensado nada que me haya hecho sonreír.

-No fue curioso en ese sentido, señor Frodo. Fue extraño. Disparatado, si no se tratara de un sueño. Y será mejor que se lo cuente. ¡Vi un leño con ojos!

-Lo del leño está bien - dijo Frodo -. Hay muchos en el río. ¡Pero olvídate de los ojos!

-Eso no -dijo Sam-. Si me senté fue a causa de los ojos, por así decirlo. Vi lo que me pareció un leño: venía flotando en la penumbra detrás del bote de Gimli, pero no le presté mucha atención. Luego tuve la impresión de que el tronco estaba acercándose a nosotros. Y esto era demasiado peculiar, podría decirse, pues todos flotábamos juntos en la corriente. En seguida vi los ojos: algo así como dos puntos pálidos, brillantes, sobre una joroba en el extremo más cercano del tronco. Además no era un tronco, pues tenía unas patas palmeadas, casi de cisne pero más grandes y las metía en el agua y las sacaba del agua, continuamente.

»En ese momento me senté, frotándome los ojos, con la intención de gritar si aquello seguía allí cuando acabara de sacarme el sopor que me nublaba la cabeza. El no-sé-qué venía ahora rápidamente y ya estaba cerca de Gimli. No sé si aquellas dos luces vieron cómo me movía y miraba, o si recobré mis sentidos. Cuando miré de nuevo, no había nada. Creo sin embargo, que algo llegué a ver de reojo, como dicen, algo oscuro que corrió a ocultarse a la sombra de la orilla. Los ojos no los vi más.

»Soñando de nuevo, Sam Gamyi, me dije y no hablé con nadie. Pero he estado pensando desde entonces y ahora no estoy tan seguro. ¿Qué le parece a usted, señor Frodo?

-Me parecería que viste de veras un tronco, de noche y con mirada soñolienta -dijo Frodo-, si esos ojos no hubiesen aparecido antes. Pero no es así. Los vi allá lejos en el norte antes que llegáramos a Lórien. Y vi una extraña criatura con ojos que subió a la plataforma de los elfos, aquella noche. Haldir la vio también. ¿Y recuerdas lo que dijeron los elfos que habían ido detrás de la manada de orcos?

-Ah -dijo Sam-, sí y recuerdo otra cosa. No me gusta lo que tengo en la cabeza, pero pensando esto y aquello, en las historias del señor Bilbo y lo demás, me parece que yo podría darle un nombre a esta criatura. Un nombre desagradable. ¿Gollum, quizá?

-Sí -dijo Frodo-, he venido temiéndolo desde hace un tiempo. Desde la noche de la plataforma. Supongo que estaba escondido en la Moria y que a partir de ahí empezó a seguirnos, pero se me ocurrió que nuestra estancia en Lórien le haría perder el rastro. ¡La miserable criatura tuvo que haberse escondido en los bosques del Cauce de Plata, esperando a que saliéramos!

-Algo parecido -dijo Sam-. Y será mejor que vigilemos un poco más nosotros mismos, o una de estas noches sentiremos que unos dedos desagradables nos aprietan el cuello, si alcanzamos a despertar. Y a eso iba. No vale la pena molestar a Trancos o los otros esta noche. Yo vigilaré. Puedo dormir mañana, pues casi no soy otra cosa que un baúl en un bote, si así se puede decir.

-Yo lo diría -concluyó Frodo-, pero me parece mejor «baúl con ojos». Tú vigilarás, pero sólo si prometes despertarme a la madrugada y sí nada pasa antes.

En plena noche, Frodo salió de un sueño profundo y sombrío y descubrió que Sam estaba sacudiéndolo.

-Es una vergüenza despertarlo -dijo Sam en voz baja-, pero usted me lo pidió. No hay nada nuevo, o no mucho. Creí oír unos chapoteos y la respiración de alguien, hace un momento; pero de noche y en un río se oyen muchos sonidos raros.

Sam se acostó y Frodo se sentó envuelto en las mantas, luchando contra el sueño. Los minutos o las horas pasaron lentamente y nada ocurrió. Frodo estaba ya cediendo a la tentación de acostarse de nuevo cuando una forma oscura, apenas visible, flotó muy cerca de una de las barcas. Una mano larga y blanquecina asomó pálidamente y se aferró a la borda; dos ojos claros brillaron fríamente como linternas mientras miraban dentro del bote y luego se alzaron posándose en Frodo. No se encontraban a más de unos dos metros de distancia y Frodo alcanzó a oír que la criatura tomaba aliento, siseando. Se incorporó, sacando a Dardo de la vaina y se enfrentó a los ojos. La luz se extinguió en seguida. Se oyó otro siseo y un chapoteo y la oscura forma de leño se precipitó aguas abajo en la noche. Aragorn se movió en sueños, dio media vuelta y se sentó.

-¿Qué pasa? -murmuró, incorporándose de un salto y acercándose a Frodo-. Sentí algo en sueños. ¿Por qué sacaste la espada?

-Gollum -respondió Frodo-, o al menos así me pareció.

-¡Ah! -dijo Aragorn-. ¿Así que conoces a nuestro pequeño salteador de caminos? Vino detrás de nosotros mientras cruzábamos Moria y bajó hasta Nimrodel. Desde que tomamos los botes nos sigue tendido de bruces sobre un leño y remando con pies y manos. Traté de atraparlo una o dos veces de noche, pero es más astuto que un zorro y resbaladizo como un pez. Yo esperaba que el viaje por el río acabaría con él, pero es una criatura acostumbrada al agua y demasiado hábil.

»Trataremos de ir más rápido mañana. Acuéstate ahora y yo montaré guardia el resto de la noche. Ojalá pudiera echarle las manos encima a ese desgraciado. Quizá lográramos que nos fuera útil. Pero si no lo atrapo, sería mejor perderlo de vista. Es muy peligroso. Además de intentar atacamos de noche por su propia cuenta, podría guiar hacia nosotros a cualquier enemigo.

Pasó la noche sin que Gollum mostrara ni siquiera una sombra. Desde entonces la Compañía estuvo alerta y vigilante, pero en el resto del viaje no vieron más a Gollum. Si todavía los seguía, era muy cuidadoso y sagaz. Aragorn había aconsejado que remarán durante largos períodos y las orillas desfilaban rápidamente. Pero veían poco de la región, pues viajaban sobre todo de noche y a la luz del crepúsculo, descansando de día, tan ocultos como lo permitía el terreno. El tiempo pasa sin ningún incidente hasta el séptimo día.

El cielo estaba todavía gris y nublado y un viento soplaba del este, pero a medida que la tarde se mudaba en noche, unos claros de luz débil, amarilla y verde, se abrieron bajo los bancos de nubes grises. La forma blanca de la luna nueva se reflejaba en los lagos lejanos. Sam la miró, frunciendo el ceño.

Al día siguiente el paisaje empezó a cambiar con rapidez a ambos lados. Las orillas se levantaron y se hicieron pedregosas. Pronto se encontraron cruzando un terreno accidentado y rocoso y las costas eran unas pendientes abruptas cubiertas de matas espinosas y endrinos, confundidos con zarzas y plantas trepadoras. Detrás había unos acantilados bajos y desmoronados a medias y chimeneas de una carcomida piedra gris, cubiertas por una hiedra oscura, y aún más allá se alzaban unas cimas coronadas de abetos retorcidos por el viento. Estaban acercándose al país de las colinas grises de Emyn Muil, la frontera sur de las Tierras Asperas.

Había muchos pájaros en los acantilados y las chimeneas de piedra, y durante todo el día unas bandadas habían estado revoloteando allá arriba, negras contra el cielo pálido. Mientras descansaban en el campamento, Aragorn observaba los vuelos con aire receloso, preguntándose si Gollum no habría hecho de las suyas y las noticias de la expedición no estarían propasándose ya por el desierto. Luego, cuando se ponía el sol y la Compañía estaba atareada preparándose para partir otra vez, alcanzó a ver un punto oscuro que se movía a la luz moribunda: un pájaro grande que volaba muy alto y lejos, ya dando

vueltas, ya volando lentamente hacia el sur.

-¿Qué es eso, Legolas? -preguntó apuntando al cielo del norte-. ¿Es como yo creo un águila?

-Sí -dijo Legolas-. Es un águila de caza. Me pregunto qué presagiará. Estamos lejos de los montes.

-No partiremos hasta que sea noche cerrada -dijo Aragorn.

Llegó la noche octava del viaje. Era una noche silenciosa y tranquila; el viento gris del este había cesado. El delgado creciente de la luna había caído temprano en la pálida puesta de sol, pero el cielo era todavía claro arriba y aunque allá lejos en el sur había grandes franjas de nubes que brillaban aún débilmente, en el oeste resplandecían las estrellas.

-¡Vamos! -dijo Aragorn-. Correremos el riesgo de otra jornada nocturna. Estamos llegando a unos tramos del río que no conozco bien, pues nunca he viajado aquí por el agua, no entre este sitio y los rápidos de Sarn Gebir. Pero estos rápidos, si no me equivoco, están aún a muchas millas. Nos encontraremos con muchos peligros antes de llegar: rocas e islotes de piedra en la corriente. Abramos bien los ojos y no rememos demasiado rápido.

A Sam que iba en el borde de delante le fue encomendada la tarea de vigía. Tendido en la proa, clavaba los ojos en la oscuridad. La noche era cada vez más oscura, pero arriba las estrellas brillaban de un modo extraño y había un resplandor sobre la superficie del río. No faltaba mucho para la medianoche y desde hacía tiempo se dejaban llevar por la corriente, recurriendo raramente a las palas, cuando de pronto Sam dio un grito. Delante, a unos pocos metros, se alzaban unas formas y se oían los remolinos de unas aguas rápidas. Una fuerte corriente iba hacia la izquierda, donde el cauce no presentaba obstáculos. Mientras el agua los llevaba así a un lado, los viajeros alcanzaron a ver, ahora muy de cerca, las blancas espumas del río que golpeaban unas rocas puntiagudas, inclinadas hacia adelante como una hilera de dientes. Los botes estaban todos agrupados.

La barca de Boromir golpeó contra la de Aragorn.

-¡Eh, Aragorn! -gritó Boromir-. ¡Esto es una locura! ¡No podemos cruzar los rápidos de noche! Pero no hay bote que resista en Sarn Gebir, de noche o de día.

-¡Atrás! ¡Atrás! -gritó Aragorn-. ¡Virad! ¡Virad si podéis!

Hundió la pala en el agua tratando de detener la barca y de hacerla girar.

-Me he equivocado -le dijo a Frodo-. No sabía que habíamos llegado tan lejos. El Anduin fluye más rápido de lo que pensaba. Sarn Gebir tiene que estar ya al alcance de la mano.

Luego de muchos esfuerzos lograron dominar los botes, haciéndolos girar en redondo, pero al principio el agua no los dejaba avanzar y cada vez estaban más cerca de la orilla del este, que ahora se levantaba negra y siniestra en la noche.

-¡Todos juntos, rememos! - gritó Boromir-. ¡Rememos! O el agua nos arrastrará a los bajíos.

Se oía aún la voz de Boromir cuando Frodo sintió que la quilla rozaba el fondo rocoso.

En ese momento se oyó el ruido seco de unos arcos: algunas flechas pasaron por encima de ellos y otras cayeron en las barcas. Una alcanzó a Frodo entre los hombros; Frodo vaciló y cayó adelante, gritando y soltando la pala; pero la flecha rebotó en la malla escondida. Otra le atravesó la capucha a Aragorn y una tercera se clavó en la borda del segundo bote, cerca de la mano de Merry. Sam creyó ver unas figuras negras corriendo a lo largo de las playas pedregosas de la orilla oriental. Le pareció que estaban muy cerca.

-*Yrch!* -dijo Legolas, volviendo involuntariamente a su propia lengua.

-¡Orcos! -gritó Gimli.

-Obra de Gollum, apuesto la cabeza -le dijo Sam a Frodo-. Y qué buen lugar eligieron. El río parece decidido a ponernos directamente en manos de esas bestias.

Todos se doblaron hacia adelante trabajando con las palas; hasta Sam dio una mano. Pensaban que en cualquier momento sentirían la mordedura de las flechas de penachos negros. Muchas les pasaban por encima, silbando; otras caían en el agua cercana; pero ninguna los alcanzó. La noche era oscura, no demasiado oscura para los ojos de los orcos, y a la luz de las estrellas los viajeros debían de ser un buen blanco para aquellos astutos enemigos, aunque era posible que los mantos grises de Lórien y la madera gris de las barcas élficas desconcertaran a los maliciosos arqueros de Mordor.

La compañía no soltaba las palas. En la oscuridad era difícil afirmar que estuvieran moviéndose de veras, pero los remolinos de agua fueron apagándose poco a poco y la sombra de la orilla oriental retrocedió en la noche. Al fin, les pareció, habían llegado de nuevo al medio del río y habían alejado las embarcaciones de aquellas rocas afiladas. Dando entonces media vuelta, remarón esforzadamente hacia la orilla occidental y se detuvieron a tomar aliento a la sombra de unos arbustos que se inclinaban sobre el río.

Legolas dejó la pala y tomó el arco que había traído de Lórien. Luego saltó a tierra y subió unos pocos pasos por la orilla. Puso una flecha en el arco, estiró la cuerda y se volvió a mirar por encima del río en la oscuridad. Del otro lado venían unos gritos estridentes, pero no se veía nada.

Frodo miró al elfo que se erguía allí arriba, observando la noche, buscando un blanco. Sobre la cabeza sombría había una corona de estrellas blancas que resplandecían vivamente en los charcos negros del cielo. Pero ahora, elevándose y navegando desde el sur, las grandes nubes avanzaron enviando unos adelantados oscuros a los campos de estrellas. Un temor repentino invadió a los viajeros.

-*Elbereth Gilthoniel!* -suspiró Legolas mirando al cielo. Una sombra negra, parecida a una nube, pero que no era una nube, pues se movía con demasiada rapidez, vino de la oscuridad del sur y se precipitó hacia la Compañía, cegando todas las luces mientras se acercaba. Pronto apareció como una gran criatura alada, más negra que los pozos en la noche. Unas voces feroces le dieron la bienvenida desde la otra orilla del río. Un escalofrío repentino le corrió por el cuerpo a Frodo estrujándole el corazón; sentía en el hombro un frío mortal, como el recuerdo de una vieja herida. Se agachó, como para esconderse.

De pronto el gran arco de Lórien cantó. La flecha subió silbando, desde la cuerda élfica. Frodo alzó los ojos. Casi encima de él la forma alada retrocedió encogiéndose. Hubo un graznido ronco y la sombra cayó del aire, desvaneciéndose en la penumbra de la costa oriental. El cielo era claro otra vez. Lejos se oyó un tumulto de muchas voces,

que maldecían y se quejaban en la oscuridad, y luego silencio. Ni flechas ni gritos llegaron otra vez del este aquella noche.

Al cabo de un rato Aragorn guió las embarcaciones aguas arriba. Siguieron tanteando la orilla del agua un cierto trecho hasta que encontraron una bahía pequeña, poco profunda. Había unos árboles bajos cerca de la orilla y luego se elevaba una barranca rocosa y abrupta. La Compañía decidió quedarse allí a esperar el alba; era inútil tratar de seguir viaje de noche. No acamparon y no encendieron un fuego, se quedaron en las barcas, amarradas juntas.

-¡Alabados sean el arco de Galadriel y la mano y el ojo de Legolas! -dijo Gimli mientras masticaba una oblea de *lembas*-. ¡Un buen tiro en la oscuridad, amigo mío!

-¿Pero quién puede decir qué blanco fue ése?

-Yo no -dijo Gimli-. Pero agradezco que la sombra no se haya acercado más. No me gusta nada. Me recordaba demasiado a la sombra de Moria... la sombra del Balrog -concluyó en un suave susurro.

-No era un Balrog -dijo Frodo, todavía temblando de frío-. Era algo más helado. Creo que era...

Frodo se detuvo y no siguió hablando.

-¿Qué crees? -preguntó Boromir con interés, inclinándose fuera de su barca, como tratando de verle la cara a Frodo.

-Creo... No, no lo diré -respondió Frodo-. De cualquier manera, esa caída aterrorizó a nuestros enemigos.

-Así parece -dijo Aragorn-. Sin embargo no sabemos dónde están, ni cuántos son, ni qué harán mañana. ¡Esta noche nadie dormirá! La oscuridad nos protege. ¿Pero qué nos mostrará el día? ¡Tened las armas al alcance de la mano!

Sam estaba sentado golpeteando con las puntas de los dedos la vaina de la espada, como si estuviese sacando cuentas.

-Es muy raro -murmuró-. La luna es la misma que en la Comarca y en las Tierras Asperas, o tendría que serlo. Pero ha cambiado de curso, o estoy contando mal. Recuerde, señor Frodo: la luna decrecía cuando descansamos aquella noche en la plataforma del árbol; una semana después del plenilunio, me pareció. Anoche se cumplía una semana de viaje y he aquí que se aparece una luna nueva, tan delgada como una raedura de uña, como si no hubiésemos pasado un tiempo en el país de los elfos.

»Bien, recuerdo que estuvimos allí tres noches al menos y creo recordar muchas otras; pero juraría que no pasó un mes. ¡Uno casi podría pensar que allá el tiempo no cuenta!

-Y quizás así era -dijo Frodo-. Es posible que en ese país hayamos estado en un tiempo que era ya el pasado en otros sitios. Sólo cuando el Cauce de Plata nos llevó al Anduin, me parece, volvimos al tiempo que fluye por las tierras de los mortales hacia las Grandes Aguas. Y no recuerdo ninguna luna, nueva o vieja, en Caras Galadon: sólo las estrellas de noche y el sol de día.

Legolas se movió en su barca.

-No, el tiempo nunca se detiene del todo -dijo-, pero los cambios y el crecimiento no son siempre iguales para todas las cosas y en todos los sitios. Para los elfos el mundo se mueve y es a la vez muy rápido y muy lento. Rápido, porque los elfos mismos cambian poco y todo lo demás parece fugaz; lo sienten como una pena. Lento, porque no cuentan los años que pasan, no en relación con ellos mismos. Las estaciones del año no

son más que ondas que se repiten una y otra vez a lo largo de la corriente. Sin embargo todo lo que hay bajo el sol ha de terminar un día.

-Pero el proceso es lento en Lórien -dijo Frodo-. El poder de la Dama se manifiesta ahí claramente. Las horas son plenas, aunque parecen breves, en Caras Galadon, donde Galadriel guarda el anillo élfico.

-Esto no hay que decirlo fuera de Lórien, ni siquiera a mí -dijo Aragorn-. ¡No hables más! Pero así es, Sam: en esas tierras no valen las cuentas. Allí el tiempo pasó tan rápidamente para nosotros como para los elfos. La vieja luna ha muerto y otra ha crecido y decrecido en el mundo exterior, mientras nos demorábamos allí. Y anoche la luna nueva apareció otra vez. El invierno casi ha terminado. El tiempo fluye hacia una primavera de flacas esperanzas.

La noche fue silenciosa. Ninguna voz, ninguna llamada volvió a elevarse del otro lado del agua. Los viajeros acurrucados en las barcas sintieron el cambio en el aire. Era tibio ahora y estaba muy quieto bajo los nubarrones húmedos que habían venido del sur y los mares lejanos. Las aguas que golpeaban las rocas de los rápidos parecían más ruidosas y más próximas. Sobre ellos las ramas de los árboles empezaron a gotear.

Cuando llegó el día, el mundo de alrededor tenía un aspecto blando y triste. Lentamente el alba dio paso a una luz gris, difusa y sin sombras. Había una bruma sobre el río y una niebla blanca cubría la costa; la orilla opuesta no se veía.

-No soporto la niebla -dijo Sam-, pero ésta parece de buena suerte. Ahora quizá podamos irnos sin que esos malditos nos vean.

-Quizá -dijo Aragorn-. Pero nos costará encontrar el camino si esa niebla no se levanta un poco dentro de un rato. Y tenemos que encontrarlo, si queremos cruzar Sarn Gebir y llegar a Emyrn Muil.

-No entiendo por qué razón tenemos que cruzar los rápidos o seguir el curso del río todavía más -dijo Boromir-. Si Emyrn Muil está ahí delante, podríamos abandonar estas cáscaras de nuez y marchar hacia el oeste y el sur hasta llegar al Entaguas y pasar a mi propio país.

-Sí, si vamos a Minas Tirith -dijo Aragorn-, pero todavía no está decidido. Y ese rumbo puede ser más peligroso de lo que parece. El valle del Entaguas es lano y pantanoso, y la niebla es un peligro mortal para quienes van cargados y a pie. Yo no abandonaría las barcas hasta que fuese indispensable. En el río al menos no podremos extraviarnos.

-Pero el enemigo domina la costa oriental -dijo Boromir-. Y aunque cruzáramos las Puertas de Argonath y llegáramos sanos y salvos a Escarpa, ¿qué haríamos entonces? ¿Saltar por encima de las Cascadas y caer en los pantanos?

-¡No! -respondió Aragorn-. Di mejor que llevemos las barcas por el viejo camino hasta el pie del Rauros, donde volveremos al agua. ¿Ignoras, Boromir, o prefieres olvidar la Escalera del Norte y el elevado sitio de Amon Hen, que fueron construidos en los días de los grandes reyes? Yo al menos tengo la intención de detenerme en esas alturas antes de decidir qué camino seguiremos. Quizá veamos allí alguna señal que pueda orientarnos.

Boromir discutió este plan largo rato, pero cuando fue evidente que Frodo seguiría a Aragorn, no importaba dónde, cedió de pronto.

-Los hombres de Minas Tirith no abandonan a sus amigos en los momentos difíciles -dijo-, y necesitaréis de mis fuerzas, si llegáis a Escarpa. Iré hasta la isla alta, pero no más adelante. De allí me volveré a mi país, solo, si no me gané con mi ayuda la recompensa de un compañero.

El día avanzaba y la niebla se había disipado un poco. Se decidió que Aragorn y Legolas se adelantaran a lo largo de la costa, mientras los otros se quedaban en las barcas. Aragorn esperaba encontrar algún camino por el que pudieran llevar las barcas y el equipaje hasta las aguas tranquilas de más allá de los rápidos.

-Las barcas de los elfos no se hundirían quizá -dijo-, pero eso no significa que podríamos sobrevivir a los rápidos. Nadie lo ha conseguido hasta ahora. Los Hombres de Gondor no abrieron ningún camino en esta región, pues aun en los mejores días el reino no llegaba hasta el Anduin más allá de Eryn Muil; pero hay una senda para bestias de carga en alguna parte de la orilla occidental y espero encontrarla. No creo que haya desaparecido, pues en otro tiempo las embarcaciones lógicas cruzaban las Tierras Asperas descendiendo hasta Osgiliath y esto hasta hace pocos años, cuando los orcos de Mordor empezaron a multiplicarse.

-He visto pocas veces a lo largo de mi vida que una barca viniera del norte, y los orcos dominan la orilla oriental -dijo Boromir-. Si seguimos adelante, el peligro crecerá con cada milla y aún falta encontrar un camino.

-El peligro acecha en todos los caminos que van al sur -respondió Aragorn-. Esperadnos un día. Si en ese tiempo no volvemos, sabréis que el infortunio nos ha alcanzado esta vez. Entonces tendréis que elegir un nuevo jefe y luego seguirlo como mejor podáis.

Frodo sintió una congoja en el corazón mientras miraba cómo Aragorn y Legolas ascendían la empinada barranca y desaparecían en la niebla; pero no había por qué preocuparse. Sólo habían pasado dos o tres horas y era aún el mediodía cuando las formas borrosas de los exploradores aparecieron de nuevo.

-Todo bien -dijo Aragorn, bajando por la barranca-. Hay una senda, lleva a un embarcadero todavía útil. No está lejos. Los rápidos empiezan media milla aguas abajo y no se extienden por más de una milla. No mucho después la corriente se vuelve de nuevo clara y mansa, aunque sigue siendo rápida. El trabajo más duro será llevar las barcas y el equipaje hasta el viejo sendero. Lo hemos encontrado, pero corre bastante lejos de la orilla, a unas doscientas yardas, y al amparo de una pared de roca. No hemos visto el desembarcadero del norte. Si aún existe tenemos que haber pasado anoche por allí. Podríamos remontar con mucho trabajo la corriente y quizá no lo viéramos en la niebla. Temo que tengamos que dejar el río ahora mismo y tomar como podamos ese camino.

-No será fácil, aunque todos fuéramos hombres -dijo Boromir.

-Lo intentaremos sin embargo, tal como somos -dijo Aragorn.

-Claro que sí -dijo Gimli-. ¡Las piernas se les doblan a los hombres cuando el camino es duro, pero un enano nunca cae, aunque lleve una carga dos veces más pesada que él mismo, señor Boromir!

El trabajo fue duro en verdad, pero se llevó a cabo. Descargaron los bultos de las embarcaciones y los llevaron a la cima de la barranca. Luego sacaron las barcas del agua y las arrastraron hasta arriba. Habían temido que fuesen mucho más pesadas. Ni siquiera Legolas sabía de qué árbol del país élfico era aquella madera, dura y sin embargo muy liviana. En terreno llano, Merry y Pippin podían llevar solos la barca y con facilidad. Pero se necesitaba la fuerza de dos hombres para transportarlas en vilo por aquel terreno; nacía en pendiente a orillas del río y era un amontonamiento de piedras calcáreas de color gris, con muchos agujeros escondidos, tapados con zarzas y

matorrales; las matas espinosas abundaban y también las grietas; había aquí y allá charcos pantanosos que eran alimentados por unos hilos de agua que venían de las tierras altas del interior.

Aragorn y Boromir fueron llevando las barcas, una a una, mientras los otros se afanaban y tambaleaban detrás con el equipaje. Al fin todo fue mudado y depositado en el sendero. Luego, sin encontrar otros obstáculos que las plantas rampantes y las numerosas piedras caídas, marcharon todos juntos. La niebla colgaba todavía en velos sobre la casi desmoronada pared de roca; a la izquierda la bruma ocultaba el río: podían oír cómo se precipitaba en espumas contra las salientes afiladas y los dientes de piedra de Sarn Gebir, pero no lo veían. Hicieron dos veces el viaje antes que todo estuviera a salvo en el embarcadero del sur.

Allí la senda se acercaba a la orilla, descendiendo poco a poco hasta el borde apenas elevado de una pequeña laguna. La cuenca no parecía ser obra de alguna mano sino de los remolinos del agua que descendía de Sarn Gebir, golpeando una roca baja que se adentraba en el río. Más allá la orilla subía a pique en una muralla gris y no había ningún pasaje para los que iban a pie.

La breve tarde había quedado atrás y ya caía el crepúsculo pálido y nuboso. Los viajeros se habían sentado junto al río escuchando la confusa precipitación de las aguas, el rugido de los rápidos ocultos en la bruma. Se sentían cansados y con sueño, tan melancólicos como el día moribundo.

-Bueno, aquí estamos y aquí tendremos que pasar otra noche -dijo Boromir-. Necesitamos dormir y si a Aragorn se le ha ocurrido cruzar de noche las Puertas de Argonath... bueno, estamos todos demasiado cansados; excepto sin duda nuestro vigoroso enano.

Gimli no replicó; cabeceaba sentado.

-Descansemos ahora todo lo posible -dijo Aragorn-. Mañana viajaremos otra vez de día. Si el tiempo no cambia una vez más y no se pone contra nosotros, tenemos una buena posibilidad de escurrirnos sin que nos vean desde la orilla de enfrente. Pero esta noche se turnarán dos en la guardia: tres horas de reposo y una de vigilia.

No hubo esa noche nada peor que una corta llovizna, una hora antes del alba. Llegó el día y se pusieron en camino. La niebla estaba desvaneciéndose. Se mantenían lo más cerca posible de la orilla occidental y se podían ver las formas oscuras de las barrancas, más altas cada vez; muros sombríos que hundían los pies en las aguas apresuradas. A media mañana las nubes descendieron y empezó a llover copiosamente. Extendieron las cubiertas de pieles sobre las barcas, para que no entrara el agua, y continuaron dejándose llevar río abajo. Las cortinas grises de la lluvia no les permitían ver lo que había delante o alrededor.

La lluvia, sin embargo, no duró mucho. El cielo fue aclarándose lentamente y luego las nubes se abrieron, y arrastrando unos flecos desaliñados se alejaron hacia el norte. Las nieblas y brumas habían desaparecido. Delante de los viajeros se extendía una amplia hondonada, de grandes paredes rocosas, de donde colgaban unos pocos arbustos retorcidos, aferrados a las salientes y las grietas. El cauce se hizo más estrecho y el río más rápido. Las aguas corrían con las barcas y parecía difícil que pudieran detenerse o cambiar el rumbo, cualquiera fuese el obstáculo que se les presentara delante. Sobre ellos el cielo era un prado azul; alrededor se extendía el río oscurecido, y delante, negras, las colinas de los Emyrn Muil al sol, y en ellas no se veía ninguna abertura.

Frodo miraba hacia adelante y de pronto vio dos rocas que se acercaban desde lejos: parecían dos grandes pináculos o pilares de piedra. Altas, verticales, amenazadoras, se

erguían a ambos lados del río. Una estrecha abertura apareció entre ellas, y el río arrastró hacia allí las barcas.

-¡Mirad los Argonath, los Pilares de los Reyes! - gritó Aragorn-. Los cruzaremos pronto. ¡Mantened las barcas en fila y tan apartadas como sea posible! ¡Siempre por el medio de la corriente!

Frodo, arrastrado por las aguas, sintió que las dos torres se adelantaban a recibirlo. Eran unas formas gigantescas, vastas figuras grises, mudas pero peligrosas. En seguida vio que los pilares eran en verdad unas tallas enormes, que el arte y los antiguos poderes habían trabajado en ellos y que a pesar de los soles y las lluvias de años olvidados todavía seguían siendo unas poderosas imágenes. Sobre unos grandes pedestales apoyados en el fondo de las aguas se levantaban dos grandes reyes de piedra: los ojos velados bajo unas cejas hendidas aún miraban ceñudamente al norte. Los dos adelantaban la mano izquierda, mostrando la palma en un ademán de advertencia: en la mano derecha tenían una hacha y sobre la cabeza llevaban un casco y una corona desmoronados. Aún daban impresión de poder y majestad, guardianes silenciosos de un reino desaparecido hacía tiempo. Frodo se sintió invadido por un temor reverente y se encogió cerrando los ojos, sin atreverse a mirar mientras la barca se acercaba. Hasta Boromir inclinó la cabeza cuando las embarcaciones pasaron en un torbellino, como hojitas frágiles y voladizas, a la sombra permanente de los centinelas de Númenor. Así cruzaron la abertura oscura de las Puertas.

Los terribles acantilados se alzaban ahora a cada lado a alturas inescrutables. El cielo pálido parecía estar muy lejos. Las aguas negras rugían y resonaban, y un viento chillaba sobre ellas. Frodo, la cabeza entre las rodillas, oyó a Sam que gruñía y murmuraba adelante.

-¡Qué sitio! ¡Qué sitio horrible! ¡Que pueda yo salir de este bote y nunca volveré a mojarme los pies en un charco y menos en un río!

-¡No temas! -dijo una voz extraña, detrás de él.

Frodo se volvió y vio a Trancos, y sin embargo no era Trancos, pues el curtido montaraz ya no estaba allí. En la popa venía sentado Aragorn hijo de Arathorn, orgulloso y erguido, guiando la barca con hábiles golpes de pala; se habla echado atrás la capucha, los cabellos negros le flotaban al viento y tenía una luz en los ojos: un rey que vuelve del exilio.

-¡No temas! -repitió-. Durante muchos años anhelé contemplar las imágenes de Isildur y Anárion, mis señores de otro tiempo. A la sombra de estos señores, Elessar, Piedra de Elfo, hijo de Arathorn de la casa de Valandil hijo de Isildur, heredero de Elendil, ¡no tiene nada que temer!

En seguida la luz se le apagó en los ojos y Aragorn dijo como hablándose a sí mismo:

-¡Ah, si ahora Gandalf estuviera aquí! ¡Qué nostalgia tengo de Minas Anor y las murallas de mi ciudad! ¿A dónde iré ahora?

El paso era largo y oscuro y había allí un ruido de viento, de aguas tormentosas y de ecos que resonaban en las paredes de piedra. Describía una curva hacia el oeste, de modo que al principio todo era oscuro delante, pero Frodo vio luego una alta brecha luminosa, que crecía con rapidez. De pronto las barcas salieron precipitadas a una luz vasta y clara.

El sol, que ya había dejado muy atrás el mediodía, brillaba en un cielo ventoso. Las aguas se extendían ahora en un largo lago oval, el pálido Nen Hithoel, rodeado de colinas grises y abruptas; las faldas estaban cubiertas de árboles, pero las cimas

desnudas brillaban fríamente a la luz del sol. En el extremo sur había tres picos. El del medio se inclinaba un poco hacia adelante, apartándose de los otros: una isla en medio del agua, entre los brazos pálidos y centelleantes del río. De lejos venía un rugido profundo, como un trueno distante.

-¡Mirad el Tol Brandir! -dijo Aragorn señalando el pico alto del sur-. A la izquierda se alza el Amon Lhaw y a la derecha el Amon Hen, las colinas del Oído y de la Vista. En los días de los grandes reyes había sitiases ahí arriba y una guardia permanente. Pero se dice que ningún pie de hombre o de bestia ha hollado alguna vez el Tol Brandir. Antes que caigan las sombras de la noche ya estaremos allí. Escucho la voz eterna del Rauros, que nos llama.

La Compañía descansó un rato, dejando que la corriente los llevara hacia el sur por el medio del lago. Comieron algo y luego tomaron las palas para ir más de prisa. La sombra cayó en las laderas del oeste y el sol descendió redondo y rojo. Aquí y allá asomó una estrella neblinosa. Los tres picos se erguían ante ellos, cada vez más oscuros. El vozarrón del Rauros rugía no muy lejos. Cuando los viajeros llegaron por último a la sombra de las colinas, la noche se extendía ya sobre las aguas.

El décimo día de viaje había terminado. Las Tierras Asperas quedaban atrás. No podían continuar sin decidir entre el camino del este y, el camino del oeste. La última etapa de la Búsqueda estaba ante ellos.

LA DISOLUCION DE LA COMUNIDAD

Aragorn los llevó hacia el brazo derecho del río. Aquí, en la ladera del oeste, a la sombra del Tol Brandir, había un prado verde que descendía hacia el agua desde los pies del Amon Hen. Detrás se elevaban las primeras estribaciones de la colina, sembradas de árboles, y otros árboles se alejaban hacia el oeste siguiendo la orilla curva del lago. Un pequeño manantial subía y caía alimentando la hierba.

-Descansaremos aquí esta noche -dijo Aragorn-. Estos son los prados de Parth Galen: un hermoso sitio en los días de verano de otro tiempo. Esperemos que ningún mal haya llegado aún aquí.

Llevaron las embarcaciones a la barranca y acamparon. Pusieron una guardia, pero no oyeron ningún ruido ni vieron ninguna señal de los enemigos. Si Gollum los seguía aún, había encontrado el modo de que no lo vieran ni lo oyeran. Sin embargo, a medida que pasaba la noche, Aragorn iba sintiéndose más y más intranquilo, agitándose en sueños y despertando a menudo. En las primeras horas del alba, se incorporó y se acercó a Frodo, a quien le tocaba montar guardia.

-¿Por qué estás despierto? -preguntó Frodo-. No es tu turno.

-No sé -respondió Aragorn-, pero una sombra y una amenaza han estado creciendo en mis sueños. Sería bueno que sacaras la espada.

-¿Por qué? -preguntó Frodo-. ¿Hay enemigos cerca?

-Veamos qué nos muestra Dardo -dijo Aragorn.

Frodo desenfundó entonces la hoja élfica. Aterrorizado, vio que los filos brillaban débilmente en la noche.

-¡Orcos! - dijo -. No muy cerca y sin embargo demasiado cerca, me parece.

-Tal como me lo temía -dijo Aragorn-. Pero no creo que estén de este lado del río. La luz de Dardo es débil y quizá sólo apunta a los espías de Mordor en las laderas del Amon Lhaw. Nunca oí hablar de orcos que hubieran llegado al Amon Hen. Sin embargo quién sabe qué puede ocurrir en estos días nefastos, ahora que Minas Tirith ya no guarda los pasajes del Anduin. Tendremos que avanzar con cuidado mañana.

El día llegó como fuego y humo. Abajo en el este había barras negras de nubes, como la humareda de un gran incendio. El sol naciente las iluminó desde abajo con oscuras llamas rojas, pero pronto subió al cielo claro. La cima del Tol Brandir estaba guarnecida de oro. Frodo miró hacia el este donde se levantaba la isla. Los flancos salían abruptamente del agua, y dominando los altos acantilados había pendientes escarpadas a las que se aferraban los árboles, de copas superpuestas, y más arriba de nuevo unas paredes grises e inaccesibles, coronadas por una aguja de piedra. Muchos pájaros volaban alrededor, pero no había otros signos de vida.

Después del desayuno, Aragorn reunió a la Compañía.

-El día ha llegado al fin -dijo-, el día de la elección tanto tiempo demorada. ¿Qué será ahora de nuestra Compañía, que ha viajado tan lejos en comunidad? ¿Iremos al este con Boromir, a las guerras de Gondor, o iremos al oeste, hacia el Miedo y la Sombra, o disolveremos la comunidad y cada uno tomará el camino que prefiera? Lo que se decida, hay que hacerlo en seguida. No podemos quedarnos aquí mucho tiempo. El enemigo está en la costa oriental, ya sabemos; pero temo que los orcos puedan encontrarse de este lado del agua.

Hubo un largo silencio, en el que nadie habló o se movió.

-Bueno, Frodo -dijo Aragorn al fin-. Temo que la responsabilidad pese ahora sobre tus hombros. Eres el Portador elegido por el Concilio. Se trata de tu propio camino y sólo tú decides. En este asunto no puedo aconsejarte. No soy Gandalf y aunque he tratado de desempeñarme como él, no sé qué designios o esperanzas tenía para esta hora, si tenía algo. Lo más probable es que si estuviera aquí con nosotros la elección dependería todavía de ti. Tal es tu destino.

Frodo no respondió en seguida. Luego dijo lentamente: -Sé que el tiempo apremia, pero no puedo elegir. La responsabilidad es muy pesada. Dame una hora más y hablaré. Dejadme solo.

Aragorn lo miró con una piedad conmisericordiosa.

-Muy bien, Frodo hijo de Drogo -dijo-. Tendrás una hora y estarás solo. Nos quedaremos aquí un rato. Pero no te alejes tanto que no podamos oírte.

Frodo se quedó algún tiempo sentado, cabizbajo. Sam, que había estado observando a su amo muy preocupado, inclinó la cabeza y murmuró: -Es claro como el agua, pero no vale la pena que Sam Gamgy meta la pata justo ahora.

Al fin Frodo se incorporó y se alejó, y Sam vio que mientras los otros se dominaban y evitaban mirarlo, los ojos de Boromir seguían a Frodo, hasta que se perdió entre los árboles al pie del Amon Hen.

Yendo al principio sin rumbo por el bosque, Frodo descubrió que los pies estaban llevándolo hacia las faldas de la montaña. Llegó a un sendero, las tortuosas ruinas de un camino de otra época. En los lugares abruptos habían tallado unos escalones, pero ahora estaban agrietados y gastados y las raíces de los árboles habían partido la piedra. Trepó algún tiempo sin preocuparse por donde iba, hasta que llegó a un sitio con pastos. Había fresnos alrededor y en medio una gran piedra chata. El pequeño prado de la colina se abría al este y ahora estaba iluminado por el sol matinal. Frodo se detuvo y miró por encima del río, que corría muy abajo, los picos del Tol Brandir y los pájaros que revoloteaban en el gran espacio aéreo que se extendía entre él y la isla virgen. La voz del Rauros era un poderoso rugido acompañado por un bramido retumbante.

Frodo se sentó en la piedra, apoyando el mentón en las manos, los ojos clavados en el este, pero no viendo mucho. Todo lo que había ocurrido desde que Bilbo dejara la Comarca le desfiló entonces por la mente y recordó lo que pudo de las palabras de Gandalf. El tiempo pasó y aún no podía decidirse.

De pronto despertó de estos pensamientos: tenía la rara impresión de que algo estaba detrás de él, que unos ojos inamistosos lo observaban. Se incorporó de un salto y se volvió: le sorprendió no ver sino a Boromir, de cara sonriente y bondadosa.

-Temía por ti, Frodo -dijo Boromir adelantándose-. Si Aragorn tiene razón y los orcos están cerca, no conviene que nos paseemos solos y menos tú: tantas cosas dependen de ti. Y mi corazón también lleva una carga. ¿Puedo quedarme y hablarte un rato ya que te he encontrado? Me confortará. Cuando hay tantos, toda palabra se convierte en una discusión interminable. Pero dos quizás encuentren juntos el camino de la sabiduría.

-Eres amable -dijo Frodo-. Aunque no creo que un discurso pueda ayudarme. Pues sé muy bien lo que he de hacer, pero tengo miedo de hacerlo, Boromir, miedo.

Boromir no replicó. El Rauros continuaba rugiendo. El viento murmuraba en las ramas de los árboles. Frodo se estremeció.

De pronto Boromir se acercó y se sentó junto a él.

-¿Estás seguro de que no sufres sin necesidad? -dijo-. Deseo ayudarte. Necesitas alguien que te guíe en esa difícil elección. ¿No aceptarías mi consejo?

-Creo que ya sé qué consejo me darías, Boromir -dijo Frodo-. Y me parecería un buen consejo si el corazón no me dijese que he de estar prevenido.

-¿Prevenido? ¿Prevenido contra quién? -dijo Boromir con tono brusco.

-Contra todo retraso. Contra lo que parece más fácil. Contra la tentación de rechazar la carga que me ha sido impuesta. Contra... bueno, hay que decirlo: contra la confianza en la fuerza y la verdad de los hombres.

-Sin embargo esa fuerza te protegió mucho tiempo allá en tu pequeño país, aunque tú no lo supieras.

-No pongo en duda el valor de tu pueblo. Pero el mundo está cambiando. Las murallas de Minas Tirith pueden ser fuertes, pero quizá no bastante fuertes. Si ceden, ¿qué pasará?

-Moriremos como valientes en el combate. Sin embargo, hay esperanzas de que no cedan.

-Ninguna esperanza mientras exista el Anillo.

-¡Ah! ¡El Anillo! -dijo Boromir y se le encendieron los ojos- ¡El Anillo! ¿No es un extraño destino tener que sobrellevar tantos miedos y recelos por una cosa tan pequeña? ¡Una cosa tan pequeña! Y yo sólo la vi un instante en la casa de Elrond. ¿No podría echarle otra mirada?

Frodo alzó la cabeza. El corazón se le había helado de pronto. Había alcanzado a ver el extraño resplandor en los ojos de Boromir, aunque la expresión de la cara era aún amable y amistosa.

-Es mejor que permanezca oculto -respondió.

-Como quieras. No me importa -dijo Boromir-. ¿Pero no puedo hablarte de ese Anillo? Parece que sólo pensaras en el poder que podría alcanzar en manos del enemigo; en los malos usos del Anillo y no en los buenos. El mundo cambia, dices. Minas Tirith caerá, si el Anillo no desaparece. ¿Pero por qué? Así será si lo tiene el enemigo, pero no si lo tenemos nosotros.

-¿No estuviste en el Concilio? -respondió Frodo-. No podemos utilizarlo, y lo que consigues con él se desbarata en mal.

Boromir se incorporó y se puso a caminar de un lado a otro con impaciencia.

-Sí, ya conozco la cantinela -exclamó-. Gandalf, Elrond, todos te dijeron lo mismo y tú lo repites. Quizás esté bien para ellos. Esos elfos, medio elfos y magos: es posible que alguna desgracia les cayera encima. Sin embargo me pregunto a menudo si serán sabios de veras y no meramente tímidos. Pero a cada uno según su especie. Los hombres de corazón leal no serán corrompidos. Nosotros los de Minas Tirith nos hemos mostrado fuertes a través de largos años de prueba. No buscamos el poder de los señores magos, sólo fuerza para defendernos, fuerza para una causa justa. ¡Y mira! En nuestro aprieto la casualidad trae a la luz el Anillo de Poder. Es un regalo digo yo, un regalo para los enemigos de Mordor. Seríamos insensatos si no lo aprovecháramos, si no utilizáramos contra el enemigo ese mismo poder. El temerario, el audaz, sólo ellos tendrán la victoria. ¿Qué no podría hacer un guerrero en esta hora, un gran jefe? ¿Qué no podría hacer Aragorn? Y si Aragorn se rehusa, ¿qué no podría hacer Boromir? El Anillo me daría poder de mando. ¡Ah, cómo perseguiría yo a las huestes de Mordor y cómo todos los hombres servirían a mi bandera!

Boromir iba y venía hablando cada vez más alto, casi como si hubiera olvidado a Frodo, mientras peroraba sobre murallas y armas y la convocatoria a los hombres y planeaba grandes alianzas y gloriosas victorias futuras; y sometía a Mordor y él se

convertía en un rey poderoso, benevolente y sabio. De pronto se detuvo y sacudió los brazos.

-¡Y nos dicen que lo tiremos por ahí -gritó-. Yo no digo como *ellos destruidlo*. Esto podría convenir, si hubiese algún motivo razonable. No lo hay. El único plan que nos propusieron es que un mediano entrara a ciegas en Mordor y ofreciera al enemigo la posibilidad de recuperar el Anillo. ¡Qué locura!

»Seguro que tú también lo entiendes así, ¿no es cierto, amigo? -dijo de pronto volviéndose de nuevo hacia Frodo-. Dices que tienes miedo. Si es así, el más audaz te lo perdonaría. ¿Pero ese miedo no será tu buen sentido que se rebela?

-No, tengo miedo -dijo Frodo-. No hay otra cosa. Y me alegra haberte oído hablar tan francamente. Mi mente está más clara ahora.

-¿Entonces vendrás a Minas Tirith? -exclamó Boromir.

Tenía los ojos brillantes y el rostro encendido.

-Me has entendido mal -dijo Frodo.

-¿Pero vendrás, al menos por un tiempo? -insistió Boromir-. Mi ciudad no está lejos ahora y no hay más distancia de allí a Mordor que desde aquí. Hemos estado mucho tiempo en el desierto y necesitas saber qué hace ahora el enemigo antes de dar un paso. Ven conmigo, Frodo -dijo-. Necesitas descansar antes de aventurarte más allá, si es necesario que vayas.

Se apoyó en el hombro de Frodo, en actitud amistosa, pero Frodo sintió que la mano de Boromir temblaba con una excitación contenida. Dio rápidamente un paso atrás y miró con inquietud al hombre alto, casi dos veces más grande que él y mucho más fuerte.

-¿Por qué eres tan poco amable? -dijo Boromir-. Soy un hombre leal, no un ladrón, ni un bandolero. Necesito tu Anillo, ahora lo sabes, pero te doy mi palabra de que no quiero quedarme con él. ¿No me permitirás al menos que probemos mi plan? ¡Préstame el Anillo!

-¡No! ¡No! -gritó Frodo-. El Concilio decidió que era yo quien tenía que llevarlo.

-¡Tu locura nos llevará a la derrota! -gritó Boromir-. ¡Me pones fuera de mí! ¡Insensato! ¡Cabeza dura! Corres voluntariamente a la muerte y arruinas nuestra causa. Si algún mortal tiene derecho al Anillo, ha de ser un Hombre de Númenor y no un mediano. Sólo por una desgraciada casualidad es tuyo. Tenía que haber sido mío. Tiene que ser mío. ¡Dámelo!

Frodo no respondió y fue alejándose hasta que la gran piedra chata se extendió entre ellos.

-¡Vamos, vamos, mi querido amigo! -dijo Boromir con una voz más endulzada-. ¿Por qué no librate de él? ¿Por qué no librate de tus dudas y miedos? Puedes echarme la culpa, si quieres. Puedes decir que yo era demasiado fuerte y te lo quité. ¡Pues soy demasiado fuerte para ti, mediano!

Boromir dio un salto y se precipitó por encima de la piedra hacia Frodo. Tenía otra cara ahora, fea y desagradable, y un fuego de furia le ardía en los ojos.

Frodo lo esquivó y de nuevo puso la piedra entre ellos. Había una sola solución: temblando sacó el Anillo sujeto a la cadena y se lo deslizó rápidamente en el dedo, en el momento en que Boromir saltaba otra vez hacia él. El hombre ahogó un grito, miró un momento, asombrado, y luego echó a correr de un lado a otro, buscando aquí y allí entre las rocas y árboles.

-¡Miserable tramposo! -gritó-. ¡Espera a que te ponga las manos encima! Ahora entiendo tus *intenciones*. *Le llevarás el Anillo a Sauron* y nos venderás a todos. Querías abandonarnos y sólo esperabas que se te presentara la ocasión. ¡Malditos tú y todos los medianos, que se los lleven la muerte y las tinieblas!

En ese momento el pie se le enganchó en una piedra, cayó hacia adelante con los brazos y piernas extendidos y se quedó allí tendido de bruces. Durante un rato estuvo muy quieto y pareció que lo hubiera alcanzado su propia maldición; luego, de pronto, se echó a llorar.

Se incorporó y se pasó la mano por los ojos, enjugándose las lágrimas.

-¿Qué he dicho? -gritó-. ¿Qué he hecho? ¡Frodo! ¡Frodo! -llamó-. ¡Vuelve! Tuve un ataque de locura, pero ya se me pasó. ¡Vuelve!

No hubo respuesta, Frodo ni siquiera oyó los gritos. Estaba ya muy lejos, saltando a ciegas por el sendero que llevaba a la cima, estremeciéndose de terror y de pena mientras recordaba la cara enloquecida y *los ojos ardientes* de Boromir.

Pronto se encontró solo en la cima del Amon Hen y se detuvo, sin aliento. Vio a través de la niebla un círculo amplio y chato, cubierto de losas grandes y rodeado por un parapeto en ruinas; y en medio, sobre cuatro pilares labrados, en lo alto de una escalera de muchos peldaños, había un asiento. Frodo subió y se sentó en la antigua silla, sintiéndose casi como un niño extraviado que ha trepado al trono de los reyes de la montaña.

Al principio poco pudo ver. Parecía como si estuviese en un mundo de nieblas, donde sólo había sombras; tenía puesto el Anillo. Luego, aquí y allá, la niebla fue levantándose y vio muchas escenas, visiones pequeñas y claras como si las tuviera ante los ojos sobre una mesa y sin embargo remotas. No había sonidos, sólo imágenes brillantes y vívidas. El mundo parecía encogido, enmudecido. Estaba sentado en el Sitial de la Vista, sobre el Amon Hen, la Colina del Ojo de los Hombres de Númenor. Miró al este y vio tierras que no aparecían en los mapas, llanuras sin nombre y bosques inexplorados. Miró al norte y vio allá abajo el Río Grande como una cinta, y las Montañas Nubladas parecían pequeñas y de contornos irregulares, como dientes rotos. Miró al oeste y vio las vastas praderas de Rohan; Orthanc, el pico de Isengard, como una espiga negra. Miró al sur y vio el Río Grande que rodaba como una ola y caía por los saltos del Rauros a un abismo de espumas; un arco iris centelleaba sobre los vapores. Y vio el Ethir Anduin, el poderoso delta del río y miríadas de pájaros marinos que revoloteaban al sol como un polvo blanco, y debajo un mar plateado y verde, ondeando en líneas interminables.

Pero adonde mirara, veía siempre signos de guerra. Las Montañas Nubladas hervían como hormigueros: los orcos salían de innumerables madrigueras. Bajo las ramas del Bosque Negro había una lucha enconada de elfos, hombres y bestias feroces. La tierra de los Beórnicas estaba en llamas; una nube cubría Moria; unas columnas de humo se elevaban en las fronteras de Lórien.

Unos Jinetes galopaban sobre la hierba de Rohan; desde Isengard los lobos llegaban en manadas. En los puertos de Harad, las naves de guerra se hacían a la mar y del este venían muchos hombres: de espada, lanceros, arqueros a caballo, carros de comandantes y vagones de suministros. Todo el poder del Señor Oscuro estaba en movimiento. Volviéndose de nuevo hacia el sur Frodo contempló Minas Tirith. Parecía estar muy lejos y era hermosa: de muros blancos, franqueada por numerosas torres, orgullosa y espléndida, encaramada en la montaña; el acero refulgía en las almenas y en las torrecillas brillaban estandartes de muchos colores. En el corazón de Frodo se encendió una esperanza. Pero contra Minas Tirith se alzaba otra fortaleza, más grande y más poderosa. No quería mirar pero se volvió hacia el este y vio los puentes arruinados de Osgiliath y las puertas abiertas como en una mueca de Minas Morgul y las Montañas Encantadas, y se descubrió mirando Gorgoroth, el valle del terror en el País de Mordor.

Las tinieblas se extendían allí bajo el sol. El fuego brillaba entre el humo. El Monte del Destino estaba ardiendo y una densa humareda subía en el aire. Al fin los ojos se le detuvieron y entonces la vio: muro sobre muro, almena sobre almena, negra, inmensamente poderosa, montaña de hierro, puerta de acero, torre de diamante: Barad-dûr, la Fortaleza de Sauron. Frodo perdió toda esperanza.

Y entonces sintió el Ojo. Había un ojo en la Torre Oscura, un ojo que no dormía, y ese ojo no ignoraba que él estaba mirándolo. Había allí una voluntad feroz y decidida y de pronto saltó hacia él. Frodo la sintió casi como un dedo que lo buscaba y que en seguida lo encontraría, aplastándolo. El dedo tocó el Amon Lhaw. Echó una mirada al Tol Brandir. Frodo saltó a los pies de la silla y se acurrucó cubriéndose la cabeza con la capucha gris.

Se oyó a sí mismo gritando: *¡Nunca! ¡Nunca!* O quizá decía: *Me acerco en verdad, me acerco a ti.* No podía asegurarlo. Luego como un relámpago venido de algún otro extremo de poder se le presentó un nuevo pensamiento: *¡Sácatelo! ¡Sácatelo! ¡Insensato, sácatelo! ¡Sácate el Anillo!*

Los dos poderes lucharon en él. Durante un momento, en perfecto equilibrio entre dos puntas afiladas, Frodo se retorció atormentado. De súbito tuvo de nuevo conciencia de sí mismo: Frodo, ni la Voz ni el Ojo libre de elegir y disponiendo apenas de un instante. Se sacó el Anillo del dedo. Estaba arrodillado a la clara luz del sol delante del elevado sitio. Una sombra negra pareció pasar sobre él, como un brazo; no acertó a dar con el Amon Hen, buscó un poco en el este y se desvaneció. El cielo era otra vez limpio y azul y los pájaros cantaban en todos los árboles.

Frodo se puso de pie. Se sentía muy fatigado, pero estaba decidido ahora y se había quitado un peso del corazón. Se habló en voz alta.

-Bien, tengo que hacerlo -dijo-. Esto al menos es claro: la malignidad del Anillo ya está operando, aun en la Compañía, y antes que haga más daño hay que llevarlo lejos. Iré solo. En algunos no puedo confiar y aquellos en quienes puedo confiar me son demasiado queridos: el pobre viejo Sam y Merry y Pippin. Trancos también: desea tanto volver a Minas Tirith, y quizá lo necesiten allí, ahora que Boromir ha sucumbido al mal. Iré solo. En seguida.

Descendió rápidamente por el sendero y llegó de vuelta al prado donde lo había encontrado Boromir. Allí se detuvo y escuchó. Creyó oír gritos y llamados que venían de los bosques cercanos a la costa.

-Estarán buscándome -se dijo-. Me pregunto cuánto tiempo he estado ausente. Horas quizá. ¿Qué puedo hacer? -murmuró titubeando-. Tengo que irme ahora, o no me iré nunca. No tendré otra oportunidad. Odio abandonarlos y más de este modo, sin ninguna explicación. Pero creo que ellos entenderán. Sam entenderá. ¿Y qué otra cosa puedo hacer?

Lentamente extrajo el Anillo y se lo puso una vez más. Desapareció y descendió por la colina, leve como el roce del viento.

Los otros permanecieron un tiempo junto al río. Habían estado callados un rato, yendo de un lado a otro, inquietos, pero ahora estaban sentados en círculo y hablaban. De cuando en cuando trataban de hablar de alguna otra cosa, del largo camino y de las numerosas aventuras que habían encontrado; interrogaron a Aragorn acerca del reino de Gondor en los tiempos antiguos, y los restos de las grandes obras que podían verse aún en estas extrañas regiones fronterizas de los Eryn Muil: los reyes de piedra y los sitios de Lhaw y Hen y la gran escalera junto a los saltos del Rauros. Pero los

pensamientos y las palabras de todos volvían una y otra vez a Frodo y el Anillo. ¿Qué decidiría Frodo? ¿Por qué dudaba?

-Trata de averiguar qué camino es el más desesperado, me parece -dijo Aragorn-. No me sorprende. Hay menos esperanzas que nunca para la Compañía si vamos hacia el este. Gollum nos ha seguido el rastro y es posible que nuestro viaje ya no sea un secreto. Pero Minas Tirith no está más cerca del Fuego y la destrucción de la Carga.

»Podemos quedarnos aquí un tiempo y defendernos como bravos, pero el Señor Denethor y todos sus hombres no podrían conseguir lo que no está al alcance de los poderes de Elrond, según dijo él mismo: o mantener en secreto la Carga, o mantener a distancia a las fuerzas del enemigo cuando venga tras ella. ¿Qué camino elegiríamos nosotros en el lugar de Frodo? No lo sé. Nunca hemos necesitado más a Gandalf.

-Cruel ha sido nuestra pérdida -dijo Legolas-, pero tendremos que encontrar alguna solución sin la ayuda de Gandalf. ¿Por qué no lo decidimos entre todos y ayudamos así a Frodo? ¡Llamémoslo de vuelta y votemos! Yo votaré por Minas Tirith.

-Y yo también -dijo Gimli -. Nosotros, por supuesto, sólo vinimos a ayudar al Portador a lo largo del camino y no tenemos por qué ir más allá; ninguno de nosotros ha hecho un juramento ni ha recibido la orden de buscar la Montaña del Destino. Dejar Lothlórien fue duro para mí. Pero he venido aquí tan lejos y digo ahora -. Ha llegado el momento de la última decisión y es evidente que no dejaré a Frodo. Yo elegiría Minas Tirith, pero si él piensa otra cosa, lo seguiré.

-Yo también iré con Frodo -dijo Legolas-. Sería desleal despedirme de él ahora.

-Sería de veras una traición, si todos lo abandonáramos -dijo Aragorn-. Pero si va hacia el este, no es necesario que lo acompañemos todos, ni creo que convenga. Es un riesgo desesperado, tanto para ocho como para dos o tres, o uno solo. Si se me permitiera elegir, yo designaría tres compañeros: Sam, que no podría soportar que fuera de otro modo; Gimli y yo mismo. Boromir volverá a Minas Tirith donde su padre y la gente lo necesitan y junto con él irían los demás, o al menos Meriadoc y Peregrin, si Legolas no está dispuesto a dejarnos.

-¡Imposible! -exclamó Merry-. ¡No podemos dejar a Frodo! Pippin y yo decidimos desde un principio acompañarlo a todas partes y aún es así para nosotros. Aunque antes no entendimos lo que eso significaba. Parecía distinto allá lejos, en la Comarca o en Rivendel. Sería una locura y una crueldad permitir que Frodo vaya a Mordor. ¿Por qué no podemos impedirselo?

-Tenemos que impedirselo -dijo Pippin-. Y por eso está preocupado, no me cabe ninguna duda. Sabe que no estaremos de acuerdo si quiere ir al este. Y no le gusta pedirle a alguien que lo acompañe, pobre viejo. Y no podría ser de otra manera. ¡Ir a Mordor solo! - Pippin se estremeció. - Pero el viejo, tonto y querido hobbit debiera saber que no tiene nada que pedir. Debiera saber que si no podemos detenerlo, no lo dejaremos solo.

-Perdón -dijo Sam-. No creo que ustedes entiendan del todo a mi amo. Las dudas que él tiene no se refieren al camino. ¡Claro que no! ¿De qué serviría Minas Tirith de todos modos? A él quiero decir, si usted me perdona, señor Boromir -añadió, volviéndose.

Fue entonces cuando descubrieron que Boromir, quien al principio había esperado en silencio fuera del círculo, ya no estaba con ellos.

-¿Qué ha ido a hacer ahora? -preguntó Sam, preocupado-. Ha estado raro desde hace un tiempo, me parece. De cualquier modo no es un problema de él. Se ha ido a su casa, como siempre ha dicho, y no lo culpo. Pero el señor Frodo sabe que necesita encontrar las Grietas del Destino, si es posible. Pero tiene miedo. Ahora que ha llegado el momento de decidirse, está simplemente aterrorizado. Este es su problema. Por

supuesto ha ganado un poco de experiencia, por así decir -como todos nosotros- desde que salimos de casa, o estaría tan asustado que tiraría el Anillo al río y se escaparía. Pero tiene todavía demasiado miedo para ponerse en camino. Y tampoco está preocupado por nosotros: si vamos a ir con él o no. Sabe que no lo dejaríamos solo, ¡Recuerden lo que digo! Vamos a tener dificultades cuando venga. Y estará de veras decidido, tan cierto como que se llama Bolsón.

-Pienso que hablas con más sabiduría que ninguno de nosotros, Sam -dijo Aragorn-. ¿Y qué haremos, si tienes razón?

-¡Detenerlo! ¡No dejarlo ir! -gritó Pippin.

-No sé -dijo Aragorn-. Es el Portador y el destino de la Carga pesa sobre él. No creo que nos corresponda empujarlo en un sentido o en otro. No creo por otra parte que tuviéramos éxito, si lo intentáramos. Hay otros poderes en acción, mucho más fuertes.

-Bueno, me gustaría que Frodo «se decidiera» a volver y concluyéramos el asunto -dijo Pippin-. ¡Esta espera es horrible! ¿No se cumplió ya el tiempo?

-Sí -dijo Aragorn-. La hora ha pasado hace rato. La mañana termina. Hay que llamarlo.

En ese momento reapareció Boromir. Salió de los árboles y se adelantó hacia ellos sin hablar. Tenía un aire sombrío y triste. Se detuvo como para contar quiénes estaban presentes y luego se sentó aparte, los ojos clavados en el suelo.

-¿Dónde has estado, Boromir? -preguntó Aragorn-. ¿Has visto a Frodo?

Boromir titubeó un segundo. -Sí, y no -respondió lentamente-. Sí: lo encontré en la ladera de la colina y le hablé. Lo insté a que viniera a Minas Tirith y que no fuera al este. Me enojé y él se fue. Desapareció. Nunca vi nada semejante, aunque había oído historias. Debe de haberse puesto el Anillo. No volví a encontrarlo. Pensé que había vuelto aquí. -¿No tienes más que decir? -preguntó Aragorn clavando en Boromir unos ojos poco amables.

-No -respondió Boromir-, no por el momento.

-¡Aquí hay algo malo! -gritó Sam, incorporándose de un salto-. No sé qué pretende este hombre. ¿Por qué Frodo se pondría el Anillo? No tenía por qué y si lo hizo, ¡quién sabe qué habrá pasado!

-Pero no se lo dejaría puesto -dijo Merry-. No después de haber escapado a un visitante indeseable, como hacía Bilbo.

-¿Pero dónde ha ido? ¿Dónde está? -gritó Pippin-. Hace siglos que se fue.

-¿Cuánto tiempo pasó desde que viste a Frodo por última vez, Boromir? -preguntó Aragorn.

-Media hora quizá -respondió Boromir-. O quizás una hora. Estuve caminando un poco desde entonces. ¡No sé! ¡No sé!

Se llevó las manos a la cabeza y se quedó sentado, como abrumado por una pena.

-¡Una hora desde que desapareció! -exclamó Sam-. Hay que ir a buscarlo en seguida. ¡Vamos!

-¡Un momento! -gritó Aragorn-. Tenemos que dividirnos en parejas y arreglar... ¡Eh, un momento, espera!

No sirvió de nada. No le hicieron caso. Sam había echado a correr antes que nadie. Lo siguieron Merry y Pippin, que ya estaban desapareciendo entre los árboles de la costa, gritando: ¡Frodo! ¡Frodo!, con aquellas voces altas y claras de los hobbits. Legolas y Gimli corrían también. Un pánico o una locura repentina parecía haberse apoderado de la Compañía.

-Nos dispersaremos y nos perderemos -gruñó Aragorn-. ¡Boromir! No sé cuál ha sido tu parte en esta desgracia, ¡pero ayuda ahora! Corre detrás de esos dos jóvenes hobbits y protégelos al menos, aunque no puedas encontrar a Frodo. Vuelve aquí, si lo encuentras, O si ves algún rastro. Regresaré pronto.

Aragorn se precipitó en persecución de Sam. Lo alcanzó en el pequeño prado, entre los acebos. Sam iba cuesta arriba, jadeando y llamando: ¡Frodo!

-¡Ven conmigo, Sam! -dijo Aragorn-. Que ninguno de nosotros se quede solo ni un momento. Hay algo malévolo en el aire. Voy a la cima, al Sitial del Amon Hen, a ver lo que se puede ver. ¡Y mira! Tal como lo presentí: Frodo fue por este lado. Sígueme, ¡y mantén los ojos abiertos!

Subió rápidamente por el sendero. Sam corrió detrás de él, pero no podía competir con Trancos el montaraz y poco después lo perdió de vista. Sam se detuvo, resoplando. De pronto se palmeó la frente.

-Calma, Sam Gamyi -se dijo en voz alta-. Tienes las piernas demasiado cortas, ¡de modo que usa la cabeza! Veamos. Boromir no miente, no es de esa índole, pero no nos dijo todo. El señor Frodo se asustó mucho por alguna razón y de pronto decidió partir. ¿Adónde?

Hacia el este. ¿No sin Sam? Sí, aun sin Sam. Esto es duro, muy duro.

Sam se pasó la mano por los ojos, enjugándose las lágrimas.

-Tranquilo, Gamyi -dijo-. ¡Piensa si puedes! No puede volar por encima de los ríos y no puede saltar por encima de las cascadas. No lleva ningún equipo. Tendrá pues que volver a los botes. ¡A los botes! ¡Corre hacia los botes, Sam, como un rayo!

Dio media vuelta y bajó a saltos el sendero. Cayó y se lastimó las rodillas. Se incorporó y siguió corriendo. Llegó así al borde del prado de Parth Galen, junto a la orilla, donde habían sacado las barcas del agua. No había nadie allí. De los bosques de atrás parecían venir unos gritos, pero no les prestó atención. Se quedó mirando un momento, inmóvil, boquiabierto. Una embarcación se deslizaba sola cuesta abajo. Dando un grito, Sam corrió por la hierba. La barca entró en el agua.

-¡Ya voy, señor Frodo! ¡Ya voy! -gritó Sam.

Se tiró desde la orilla con las manos tendidas hacia la barca que partía. Dando un grito y con un chapoteo cayó de cabeza a una yarda de la borda en el agua profunda y rápida. Se hundió gorgoteando; el río se cerró sobre la cabeza rizada de Sam.

Un grito de consternación se alzó en la barca vacía. Una pala giró y la barca viró en redondo. Sam subió a la superficie burbujeando y debatiéndose, y Frodo llegó justo a tiempo para tomarlo por los cabellos. Los ojos redondos y castaños miraban el aire con miedo.

-¡Arriba, Sam, muchacho! -dijo Frodo-. ¡Tómame la mano! -¡Sálveme, señor Frodo! -jadeó Sam-. Estoy ahogándome. No le veo la mano.

-Aquí está. ¡No aprietes tanto! No te soltaré. Quédate derecho y no te sacudas, o volcarás el bote. Bueno, aférrate a la borda, ¡y déjame usar la pala!

Con unos pocos golpes Frodo llevó de vuelta la barca a la orilla y Sam pudo salir arrastrándose, mojado como una rata de agua. Frodo se sacó el Anillo y pisó otra vez tierra firme.

-¡De todos los fastidios del mundo tú eres el peor, Sam! -dijo.

-Oh, señor Frodo, ¡es usted duro conmigo! -dijo Sam temblando de pies a cabeza-. Es usted duro tratando de irse sin mí y todo lo demás. Si yo no hubiese adivinado la verdad, ¿dónde estaría usted ahora?

-A salvo y en camino.

-¡A salvo! -dijo Sam-. ¿Solo y sin mi ayuda? No hubiese podido soportarlo, sería mi muerte.

-Venir conmigo también puede ser tu muerte, Sam -dijo Frodo y entonces yo no hubiese podido soportarlo.

-No es tan seguro como si me quedara -dijo Sam.

-Pero voy a Mordor.

-Lo sé de sobra, señor Frodo. Claro que sí. Y yo iré con usted.

-Por favor, Sam -dijo Frodo-, ¡no me pongas obstáculos! Los otros pueden volver en cualquier instante. Si me encuentran aquí, tendré que discutir y explicar y ya nunca tendré el ánimo o la posibilidad de irme. Pero he de partir en seguida. No hay otro modo.

-Sí, ya lo sé -dijo Sam-. Pero no solo. Voy yo también, o ninguno de los dos. Antes desfondaré todas las barcas.

Frodo rió con ganas. Sentía en el corazón un calor y una alegría repentinos.

-¡Deja una! -dijo-. La necesitaremos. Pero no puedes venir así, sin equipo ni comida ni nada.

-¡Un momento nada más y traeré mis cosas! -exclamó Sam animado-. Todo está listo. Pensé que partiríamos hoy.

Corrió al sitio donde habían acampado, quitó un bulto de la pila donde Frodo lo había puesto, cuando sacara de la barca las pertenencias de los otros, tomó otra manta y algunos paquetes más de provisiones y volvió corriendo.

-¡He aquí todo mi plan estropeado! -dijo Frodo-. Imposible escapar de ti. Pero estoy contento, Sam. No puedo decirte qué contento. ¡Vamos! Es evidente que estábamos destinados a ir juntos. Partiremos, ¡y que los otros encuentren un camino seguro! Trancos los cuidará. No creo que volvamos a verlos.

-Quizá sí, señor Frodo. Quizá sí -dijo Sam.

Así Frodo y Sam iniciaron juntos la última etapa de la Búsqueda. Frodo remó alejándose de la costa y el río los llevó rápidamente, a lo largo del brazo occidental, más allá de los acantilados amenazadores del Tol Brandir. El rugido de las cataratas fue acercándose. Aun con la ayuda de Sam costó trabajo atravesar la corriente en el extremo sur de la isla y virar al este hacia la orilla lejana.

Al fin llegaron de nuevo a tierra en el flanco sur del Amon Lhaw. Allí encontraron una costa empinada y sacaron la barca del río, la arrastraron arriba y la ocultaron como mejor pudieron detrás de unos peñascos. Luego, cargando al hombro los bultos partieron en busca de un sendero que los llevara por encima de las colinas grises de los Eryn Muil y descendiera internándose en el País de la Sombra.

El señor de los anillos

(2ª parte)

Las Dos Torres

J.R.R. Tolkien

LAS DOS TORRES

**Segunda Parte de
El Señor de los Anillos**

LIBRO TERCERO

LA PARTIDA DE BOROMIR

Aragorn subió rápidamente la colina. De vez en cuando se inclinaba hasta el suelo. Los hobbits tienen el paso leve y no dejan huellas fáciles de leer, ni siquiera para un Montaraz, pero no lejos de la cima un manantial cruzaba el sendero y Aragorn vio en la tierra húmeda lo que estaba buscando.

«Interpreto bien los signos», se dijo. «Frodo corrió a lo alto de la colina. ¿Qué habrá visto allí, me pregunto? Pero luego bajó por el mismo camino.»

Aragorn titubeó. Hubiera querido ir él mismo hasta el elevado sitio, esperando ver algo que lo orientase de algún modo, pero el tiempo apremiaba. De pronto dio un salto hacia adelante y corrió a la cima; atravesó las grandes losas y subió por los escalones. Luego, sentándose en el alto sitio, miró alrededor. Pero el sol parecía oscuro y el mundo apagado y lejano. Se volvió desde el Norte y dio una vuelta completa hasta mirar de nuevo al Norte y no vio nada excepto las colinas distantes, aunque allá a lo lejos la forma de un pájaro grande parecido a un águila planeaba en el cielo otra vez y descendía a tierra en círculos amplios y lentos.

Aún mientras observaba alcanzó a oír unos sonidos débiles en el bosque que se extendía allá abajo al oeste del río. Se enderezó. Eran gritos y entre ellos reconoció con horror las voces roncas de los orcos. Un instante después resonó de súbito la llamada profunda y gutural de un corno, y los ecos golpearon las colinas y se extendieron por las hondonadas, elevándose sobre el rugido de las aguas en un poderoso clamor.

-¡El cuerno de Boromir! -gritó Aragorn-. ¡Boromir está en dificultades! -Se lanzó escalones abajo, y se alejó saltando por el sendero.- ¡Ay! Hoy me persigue un destino funesto, y todo lo que hago sale torcido. ¿Dónde está Sam?

Mientras corría los gritos aumentaron, pero la llamada del corno era ahora más débil y más desesperada. Los aullidos de los orcos se alzaron, feroces y agudos y de pronto el corno calló. Aragorn bajó a todo correr la última pendiente, pero antes que llegara al pie de la colina, los sonidos fueron apagándose, y cuando dobló a la izquierda para correr tras ellos, comenzaron a retirarse hasta que al fin ya no pudo oírlos. Sacando la espada brillante y gritando *Elendil! Elendil!* se precipitó entre los árboles.

A una milla quizá de Parth Galen, en un pequeño claro no lejos del lago, encontró a Boromir. Estaba sentado de espaldas contra un árbol grande y parecía descansar. Pero Aragorn vio que estaba atravesado por muchas flechas empenachadas de negro; sostenía aún la espada en la mano, pero se le había roto cerca de la empuñadura. En el suelo y alrededor yacían muchos orcos.

Aragorn se arrodilló junto a él. Boromir abrió los ojos y trató de hablar. Al fin salieron unas palabras, lentamente.

-Traté de sacarle el Anillo a Frodo -dijo-. Lo siento. He pagado. -Echó una ojeada a los enemigos caídos; veinte por lo menos estaban tendidos allí cerca. - Partieron. Los medianos se los llevaron los orcos. Pienso que no están muertos. Los orcos los maniataron.

Hizo una pausa y se le cerraron los ojos, cansados. Al cabo de un momento habló otra vez.

-¡Adiós, Aragorn! ¡Ve a Minas Tirith y salva a mi pueblo! Yo he fracasado.

-¡No! -dijo Aragorn tomándole la mano y besándole la frente-. Has vencido. Pocos hombres pueden reclamar una victoria semejante. ¡Descansa en paz! ¡Minas Tirith no caerá!

Boromir sonrió.

-¿Por dónde fueron? ¿Estaba Frodo allí? -preguntó Aragorn.

Pero Boromir no dijo más.

-¡Ay! -dijo Aragorn-. ¡Así desaparece el heredero de Denethor, Señor de la Torre de la Guardia! Un amargo fin. La Compañía está deshecha. Soy yo quien ha fracasado. Vana fue la confianza que Gandalf puso en mí. ¿Qué haré ahora? Boromir me ha obligado a ir a Minas Tirith y mi corazón así lo desea, ¿pero dónde están el Anillo y el Portador? ¿Cómo encontrarlos e impedir que la Búsqueda termine en un desastre?

Se quedó un momento de rodillas doblado por el llanto, aferrado a la mano de Boromir. Así lo encontraron Legolas y Gimli. Vinieron de las faldas occidentales de la colina, en silencio, arrastrándose entre los árboles como si estuvieran de caza. Gimli esgrimía el hacha y Legolas el largo cuchillo; no les quedaba ninguna flecha. Cuando desembocaron en el claro, se detuvieron con asombro y en seguida se quedaron quietos un momento, cabizbajos, abrumados de dolor, pues veían claramente lo que había ocurrido.

-¡Ay! -dijo Legolas acercándose a Aragorn-. Hemos perseguido y matado a muchos orcos en el bosque, pero aquí hubiésemos sido más útiles. Vinimos cuando oímos el corno... demasiado tarde, parece. Temía que estuvieras mortalmente herido.

-Boromir está muerto -dijo Aragorn-. Yo estoy ileso, pues no me encontraba aquí con él. Cayó defendiendo a los hobbits mientras yo estaba arriba en la colina.

-¡Los hobbits! -gritó Gimli-. ¿Dónde están entonces? ¿Dónde está Frodo?

-No lo sé -respondió Aragorn con cansancio-. Boromir me dijo antes de morir que los orcos se los habían llevado atados; no creía que estuvieran muertos. Yo lo envié a que siguiera a Merry y a Pippin, pero no le pregunté si Frodo o Sam estaban con él: no hasta que fue demasiado tarde. Todo lo que he emprendido hoy ha salido torcido. ¿Qué haremos ahora?

-Primero tenemos que ocuparnos del caído -dijo Legolas-. No podemos dejarlo aquí como carroña entre esos orcos espantosos.

-Pero hay que darse prisa -dijo Gimli-. El no hubiese querido que nos retrasáramos. Tenemos que seguir a los orcos, si hay esperanza de que alguno de la Compañía sea un prisionero vivo.

-Pero no sabemos si el Portador del Anillo está con ellos o no -dijo Aragorn-. ¿Vamos a abandonarlo? ¿No tendríamos que buscarlo primero? ¡La elección que se nos presenta ahora es de veras funesta! -Pues bien, hagamos ante todo lo que es ineludible -dijo Legolas-. No tenemos ni tiempo ni herramientas para dar sepultura adecuada a nuestro amigo. Podemos cubrirlo con piedras.

-La tarea será pesada y larga; las piedras que podrían servirnos están casi a orillas del río.

-Entonces pongámoslo en una barca con las armas de él y las armas de los enemigos vencidos -dijo Aragorn-. Lo enviaremos a los Saltos de Rauros y lo dejaremos en manos del Anduin. El Río de Gondor cuidará al menos de que ninguna criatura maligna deshonre los huesos de Boromir.

Buscaron de prisa entre los cuerpos de los orcos, juntando en un montón las espadas y los yelmos y escudos hendidos.

-¡Mirad! -exclamó Aragorn-. ¡Hay señales aquí! -De la pila de armas siniestras recogió dos puñales de lámina en forma de hoja, damasquinados de oro y rojo; y buscando un poco más encontró también las vainas, negras, adornadas con pequeñas gemas rojas. ¡Estas no son herramientas de orcos! -dijo-. Las llevaban los hobbits. No hay duda de que fueron despojados por los orcos, pero que tuvieron miedo de conservar los puñales, conociéndolos en lo que eran: obra de Oesternesse, cargados de sortilegios para desgracia de Mordor. Bien, aunque estén todavía vivos, nuestros amigos no tienen armas. Tomaré éstas, esperando contra toda esperanza que un día pueda devolvérselas.

-Y yo -dijo Legolas- tomaré las flechas que encuentre, pues mi carcaj está vacío.

Buscó en la pila y en el suelo de alrededor y encontró no pocas intactas, más largas que las flechas comunes entre los orcos. Las examinó de cerca.

Y Aragorn, mirando los muertos, dijo:

-Hay aquí muchos cadáveres que no son de gente de Mordor. Algunos vienen del Norte, de las Montañas Nubladas, si algo sé de orcos y sus congéneres. Y aquí hay otros que nunca he visto. ¡El atavío no es propio de los orcos!

Había cuatro soldados más corpulentos que los orcos, morenos, de ojos oblicuos, piernas gruesas y manos grandes. Estaban armados con espadas cortas de hoja ancha y no con las cimitarras curvas habituales en los orcos, y tenían arcos de tejo, parecidos en tamaño y forma a los arcos de los hombres. En los escudos llevaban un curioso emblema: una manita blanca en el centro de un campo negro; una S rúnica de algún metal blanco había sido montada sobre la visera de los yelmos.

-Nunca vi estos signos -dijo Aragorn-. ¿Qué significan?

-S representa a Sauron, por supuesto -dijo Gimli.

-¡No! -exclamó Legolas-. Sauron no usa las runas élficas.

-Nunca usa además su verdadero nombre y no permite que lo escriban o lo pronuncien -dijo Aragorn-. Y tampoco usa el blanco. El signo de los orcos de Barad-dûr es el Ojo Rojo. -Se quedó pensativo un momento. - La S es de Saruman, me parece -dijo al fin-. Hay mal en Isengard y el Oeste ya no está seguro. Tal como lo temía Gandalf: el traidor Saruman ha sabido de nuestro viaje, por algún medio. Es verosímil también que ya esté enterado de la caída de Gandalf. Entre los que venían persiguiéndonos desde Moria, algunos pudieron haber escapado a la vigilancia de Lórien, o quizá pudieron evitar ese país y llegar a Isengard por otro camino. Los orcos viajan rápido. Pero Saruman tiene muchas maneras de enterarse. ¿Recuerdas los pájaros?

-Bueno, no tenemos tiempo de pensar en acertijos -dijo Gimli-.

¡Llevemos a Boromir!

-Pero luego tendremos que resolver los acertijos, si queremos elegir bien el camino -dijo Aragorn.

-Quizá no haya una buena elección -dijo Gimli.

Tomando el hacha, el enano se puso a cortar unas ramas. Las ataron con cuerdas de arco y extendieron los mantos sobre la armazón. Sobre estas parihuelas rudimentarias llevaron el cuerpo de Boromir hasta la costa, junto con algunos trofeos de la última batalla. No había mucho que caminar pero la tarea no les pareció fácil, pues Boromir era un hombre grande y robusto.

Aragorn se quedó a orillas del agua cuidando de las parihuelas, mientras Legolas y Gimli se apresuraban a volver a Parth Galen. La distancia era de una milla o más y pasó cierto tiempo antes que regresaran remando con rapidez en dos barcas a lo largo de la costa. -¡Ocurre algo extraño! - dijo Legolas-. Había sólo dos barcas en la barranca. No pudimos encontrar ni rastros de la otra.

-¿Había habido orcos allí? -Preguntó Aragorn.

-No vimos ninguna señal -respondió Gimli-. Y los orcos habrían destruido todas las barcas, o se las habrían llevado, junto con el equipaje.

-Examinaré el suelo cuando llegemos allí -dijo Aragorn.

Extendieron a Boromir en medio de la barca que lo transportaría aguas abajo. Plegaron la capucha gris y la capa élfica y se las pusieron bajo la cabeza. Le peinaron los largos cabellos oscuros y los dispusieron sobre los hombros. El cinturón dorado de Lórien le brillaba en la cintura. Junto a él colocaron el yelmo y sobre el regazo el corno hendido y la empuñadura y los fragmentos de la espada y a sus pies las armas de los enemigos. Luego de haber asegurado la proa a la popa de la otra embarcación, lo llevaron al agua. Remaron tristemente a lo largo de la orilla y entrando en la corriente rápida del Río dejaron atrás los prados verdes de Parth Galen. Los flancos escarpados de Tol Brandir resplandecían: era media tarde. Mientras iban hacia el sur los vapores de Rauros se elevaron en una trémula claridad como una bruma dorada. La furia y el estruendo de las aguas sacudían el aire tranquilo.

Tristemente, soltaron la barca funeraria: allí reposaba Boromir, en paz, deslizándose sobre el seno de las aguas móviles. La corriente lo llevó, mientras ellos retenían su propia barca con los remos. Boromir flotó junto a ellos y luego se fue alejando lentamente, hasta ser sólo un punto negro en la luz dorada, y de pronto desapareció. El rugido del Rauros prosiguió, invariable. El río se había llevado a Boromir hijo de Denethor y ya nadie volvería a verlo en Minas Tirith, de pie en la Torre Blanca por la mañana como era su costumbre. Pero más tarde en Gondor se dijo mucho tiempo que la barca élfica dejó atrás los saltos y las aguas espumosas y que llevó a Boromir a través de Osgiliath y más allá de las numerosas bocas del Anduin y al fin una noche salió a las Grandes Aguas bajo las estrellas.

Los tres compañeros se quedaron un rato en silencio siguiéndolo con los ojos. Luego Aragorn habló:

-Lo buscarán desde la Torre Blanca -dijo-, pero no volverá ni de las montañas ni del océano.

Luego, lentamente, se puso a cantar:

*A través de Rohan por los pantanos y los prados donde crecen
las hierbas largas*

el Viento del Oeste se pasea y recorre los muros.

«¿Qué noticias del Oeste, oh viento errante, me traes esta noche?»

¿Has visto a Boromir el Alto a la luz de la luna o las estrellas?»

«Lo vi cabalgar sobre siete ríos, sobre aguas anchas y grises;

lo vi caminar por tierras desiertas y al fin desapareció

en las sombras del Norte y no lo vi más desde entonces.

El viento del Norte pudo haber oído el corno del hijo de Denethor.

«Oh Boromir. Desde los altos muros miro lejos en el Oeste, pero no vienes de los desiertos donde no hay hombres.»

Luego Legolas cantó:

*De las bocas del Mar viene el Viento del Sur, de las piedras y de las dunas;
trae el quejido de las gaviotas, y a las puertas se lamenta.
«¿Qué noticias del Sur, oh viento que suspiras, me traes en la noche?
¿Dónde está ahora Boromir el Hermoso? Tarda en llegar, y estoy triste.»
«No me preguntes dónde habita... Hay allí tantos huesos,
en las costas blancas y en las costas oscuras bajo el cielo tormentoso;
tantos han descendido las aguas del Río Anduin para encontrar las mareas del mar.
¡Pídele al Viento Norte las noticias que él mismo me trae!»
«¡Oh Boromir! Más allá de la puerta la ruta al mar corre hacia el Sur,
pero tú no vienes con las gaviotas que desde la boca del mar gris se lamentan.»*

Y Aragorn cantó de nuevo:

*De la Puerta de los Reyes viene el Viento del Norte y pasa por las cascadas
tumultuosas:
y claro y frío alrededor de la torre llama el corno sonoro.
«¿Qué noticias del Norte, oh poderoso Viento, hoy me traes?
¿Qué noticias de Boromir el Valiente? Pues partió ya hace tiempo.»
«Al pie del Amon Hen le he oído gritar. Allí batió a los enemigos.
El yelmo hendido, la espada rota, al agua los llevaron.
La orgullosa cabeza, el rostro tan hermoso, los miembros, pusieron a descansar;
y Rauros, los saltos dorados de Rauros, lo transportaron en el seno de las aguas.»
«¡Oh Boromir! La Torre de la Guardia mirará siempre al norte,
a Rauros, los saltos dorados, hasta el fin de los tiempos. »*

Concluyeron así. En seguida se volvieron hacia la barca y la llevaron con la mayor rapidez posible contra la corriente de vuelta a Parth Galen.

-Me dejasteis el Viento del Este -dijo Gimli-, pero de él no diré nada.

Así tiene que ser -dijo Aragorn-. En Minas Tirith soportan el Viento del Este, pero no le piden noticias. Pero ahora Boromir ha tomado su camino y hemos de apresurarnos a elegir el nuestro.

Examinó la hierba verde, de prisa pero con cuidado, inclinándose hasta el suelo.

-Ningún orco ha pisado aquí -dijo-. Ninguna otra cosa puede darse por segura. Ahí están todas nuestras huellas, en idas y venidas. No puedo decir si alguno de los hobbits estuvo aquí, luego de haber salido en busca de Frodo. -Volvió a la barranca, cerca del sitio donde el arroyo del manantial llegaba en hilos al río. - Hay huellas nítidas aquí -dijo Un hobbit *entró en el agua y regresó a tierra, pero no sé cuándo.*

-¿Cómo descifras entonces el acertijo? -preguntó Gimli.

Aragorn no respondió en seguida; caminó de vuelta hasta el sitio del campamento y examinó un rato el equipaje.

-Faltan dos bultos -dijo- y puedo asegurar que uno pertenecía a Sam: era bastante grande y pesado. Esta es entonces la respuesta: Frodo se ha ido en una barca y su sirviente

ha ido con él. Frodo pudo haber vuelto mientras todos estábamos buscándolo. Me encontré con Sam subiendo la pendiente y le dije que me siguiera; pero es evidente que no lo hizo. Adivinó las intenciones del amo y regresó antes que Frodo partiera. ¡No le resultó nada fácil dejar atrás a Sam!

-¿Pero por qué tenía que dejarnos a nosotros y sin decir una palabra? -dijo Gimli-. ¡Extraña ocurrencia!

-Y brava ocurrencia -dijo Aragorn-. Sam tenía *razón, pienso*. Frodo no quería llevar a ningún amigo a la muerte en Mordor. Pero sabía que él no podía eludir la tarea. Algo le ocurrió después de dejarnos que acabó con todos sus temores y dudas.

-Quizá lo *sorprendieron unos* orcos cazadores y huyó -dijo Legolas.

-Huyó, ciertamente -dijo Aragorn-, pero no creo que de los orcos.

Qué había provocado según él la repentina resolución y la huida de Frodo, Aragorn no lo dijo. Las últimas palabras de Boromir las guardó en secreto mucho tiempo.

-Bueno, al menos ahora algo es claro -dijo Legolas-. Frodo ya no está de este lado del río: sólo él puede haber llevado la barca. Y Sam lo acompaña: sólo él ha podido llevarse el bulto.

-La alternativa entonces -dijo Gimli- es tomar la barca que queda y seguir a Frodo, o perseguir a los orcos a pie. En cualquier caso hay pocas esperanzas. Hemos perdido ya horas preciosas.

-¡Dejadme pensar! -dijo Aragorn-. ¡Ojalá pueda elegir bien y cambiar la suerte nefasta de *este* desgraciado día! -Se quedó callado un momento. - Seguiré a los orcos -dijo al fin-. Yo hubiera guiado a Frodo a Mordor acompañándolo hasta el fin; pero para buscarlo ahora en las tierras salvajes tendría que abandonar los prisioneros a los tormentos y a la muerte. Mi corazón habla al fin con claridad: el destino del Portador ya no está en mis manos. Pero no podemos olvidar a nuestros compañeros mientras nos queden fuerzas. ¡Vamos! Partiremos en seguida. ¡Dejad aquí todo lo que no nos sea indispensable! ¡Marcharemos sin detenernos de día y de noche!

Arrastraron la última barca hasta los árboles. Pusieron debajo todo lo que no necesitaban y no podían llevar y dejaron Parth Galen. El sol ya declinaba cuando regresaron al claro donde había caído Boromir. Allí examinaron un rato las huellas de los orcos. No se necesitaba mucha habilidad para encontrarlas.

-Ninguna otra criatura pisotea el suelo de este modo -dijo Legolas-. Parece que se deleitaran en romper y aplastar todo lo que crece, aunque no se encuentre en el camino de ellos.

-Pero no les impide marchar con rapidez -dijo Aragorn- y no se cansan. Y más tarde tendremos que buscar la senda en terrenos desnudos y duros.

-Bueno, ¡vayamos tras ellos! -dijo Gimli-. También los enanos son rápidos y no se cansan antes que los orcos. Pero será una larga cacería: nos llevan mucha ventaja.

-Sí -dijo Aragorn-, a todos nos hará falta la resistencia de los enanos. ¡Pero adelante! Con o sin esperanza, seguiremos las huellas del enemigo. ¡Y ay de ellos, si probamos que somos más rápidos! Haremos una cacería que será el asombro de las Tres Razas emparentadas: Elfos, Enanos y Hombres. ¡Adelante los Tres Cazadores!

Aragorn saltó como un ciervo, precipitándose entre los árboles. Corría siempre delante, guiándolos, infatigable y rápido ahora que ya estaba decidido. Dejaron atrás los bosques junto al lago. Subieron por unas largas pendientes oscuras, que se recortaban contra el

cielo enrojecido del crepúsculo. Se alejaron como sombras grises sobre una tierra pedregosa.

LOS JINETES DE ROHAN

La oscuridad aumentó. La niebla se extendía detrás de ellos en *los bosques de las tierras bajas y se demoraba en las pálidas márgenes del Anduin*, pero el cielo estaba claro. Aparecieron las estrellas. La luna creciente remontaba en el oeste y las sombras de las rocas eran negras. Habían llegado al pie de unas colinas rocosas y marchaban más *lentamente pues* las huellas ya no eran fáciles de seguir. Aquí las tierras montañosas de Emyrn Muil corrían de norte a sur en dos largas cadenas de cerros. Las faldas occidentales eran empinadas y de difícil acceso, pero en el lado este había pendientes más suaves, atravesadas por hondonadas y cañadas estrechas. Los tres compañeros se arrastraron durante toda la noche por estas tierras descarnadas, subiendo hasta la cima del primero de los cerros, el más elevado, y descendiendo otra vez a la oscuridad de un valle profundo y serpeante.

Allí descansaron un rato, en la hora silenciosa y fría que precede al alba. La luna *se* había puesto *ante ellos mucho tiempo antes y arriba* titilaban las estrellas; la primera luz del día no había asomado aún sobre las colinas oscuras que habían dejado atrás. Por un momento Aragorn se sintió desorientado: el rastro de los orcos había descendido hasta el valle y había desaparecido.

-¿Qué te parece? ¿De qué lado habrán ido? -dijo Legolas-. ¿Hacia el norte buscando un camino que los lleve directamente a Isengard, o a Fangorn, si es ahí a donde van como tú piensas? ¿O hacia el sur para encontrar el Entaguas?

-Vayan a donde vayan, no irán hacia el río -dijo Aragorn-. Y si no hay algo torcido en Rohan y el poder de Saruman no ha crecido mucho, tomarán el camino más corto por los campos de los Rohirrim-. ¡Busquemos en el norte!

El valle corría como un canal pedregoso entre las hileras de los cerros y un arroyo se deslizaba en hilos entre las piedras del fondo. Había un acantilado sombrío a la derecha; a la izquierda se alzaban unas laderas grises, indistintas y oscuras en la noche avanzada. Siguió así durante una milla o más hacia el norte. Inclínándose hacia el suelo, Aragorn buscaba entre las cañadas y repliegues que subían a los cerros del oeste. Legolas iba un poco delante. De pronto el elfo dio un grito y los otros corrieron hacia él.

-Ya hemos alcanzado a algunos de los que perseguíamos -dijo-. ¡Mirad! -Apuntó y descubrieron entonces que las sombras que habían visto al pie de la pendiente no eran peñascos como habían pensado al principio sino unos cuerpos caídos. Cinco orcos muertos yacían allí. Habían sido cruelmente acuchillados y dos no tenían cabeza. El suelo estaba empapado de sangre negruzca.

-¡He aquí otro acertijo! -dijo Gimli-. Pero necesitaríamos la luz del día y no podemos esperar.

-De cualquier modo que lo interpretes, no parece desalentador -dijo Legolas-. Los enemigos de los orcos tienen que ser amigos nuestros. ¿Vive alguna gente en estos montes?

-No -dijo Aragorn-. Los Rohirrim vienen aquí raramente y estamos lejos de Minas Tirith. Pudiera ser que un grupo de hombres estuviese aquí de caza por razones que no conocemos. Sin embargo, se me ocurre que no.

-¿Qué piensas entonces? -preguntó Gimli.

-Pienso que el enemigo trajo consigo a su propio enemigo - respondió Aragorn -. Estos son Oreos del Norte, venidos de muy lejos. Entre esos cadáveres no hay ningún orco corpulento, con esas extrañas insignias. Hubo aquí una pelea, me parece. No es cosa rara entre estas pérfidas criaturas. Quizá discutieron a propósito del camino.

-O a propósito de los cautivos -dijo Gimli-. Esperemos que tampoco los hayan matado a ellos.

Aragorn examinó el terreno en un amplio círculo, pero no pudo encontrar otras huellas de la lucha. Prosiguieron la marcha. El cielo del este ya palidecía; las estrellas se apagaban y una luz gris crecía lentamente. Un poco más al norte llegaron a una cañada donde un arroyuelo diminuto, descendiendo y serpeando, había abierto un sendero pedregoso. En medio crecían algunos arbustos y había matas de hierba a los costados.

-¡Al fin! -dijo Aragorn-. ¡Aquí están las huellas que buscamos! Arroyo arriba, este es el camino por el que fueron los orcos luego de la discusión.

Rápidamente, los perseguidores se volvieron y tomaron el nuevo sendero. Recuperados luego de una noche de descanso, iban saltando de piedra en piedra. Al fin llegaron a la cima del cerro gris y una brisa repentina les sopló en los cabellos y les agitó las capas: el viento helado del alba.

Volviéndose, vieron por encima del río las colinas lejanas envueltas en luz. El día irrumpió en el cielo. El limbo rojo del sol se asomó por encima de las estribaciones oscuras. Ante ellos, hacia el oeste, se extendía el mundo: Silencioso, gris, informe; pero aún mientras miraban, las sombras de la noche se fundieron, la tierra despertó y se coloreó otra vez, el verde fluyó sobre las praderas de Rohan, las nieblas blancas fulguraron en el agua de los valles, y muy lejos a la izquierda, a treinta leguas o más, azules y purpúreas se alzaron las Montañas Blancas en picos de azabache, y la luz incierta de la mañana brilló en las cumbres coronadas de nieve.

-¡Gondor! ¡Gondor! -gritó Aragorn-. ¡Ojalá pueda volver a contemplarte en horas más felices! No es tiempo aún de que vaya hacia el sur en busca de tus claras corrientes.

¡Gondor, Gondor, entre las Montañas y el Mar!

*El Viento del Oeste sopla aquí, la luz sobre el Arbol de Plata
cae como una lluvia centelleante en los jardines de los Reyes antiguos.*

¡Oh muros orgullosos! ¡Torres blancas! ¡Oh alada corona y trono de oro!

*¡Oh Gondor, Gondor! ¡Contemplan los Hombres el Arbol de Plata,
o el Viento del Oeste soplará de nuevo entre las Montañas y el mar?*

-¡Ahora, en marcha! -dijo apartando los ojos del sur y buscando en el oeste y el norte el camino que habían de seguir.

El monte sobre el que estaban ahora descendía abruptamente ante ellos. Allá abajo, a unas cuarenta yardas, corría una cornisa amplia y escabrosa que concluía bruscamente al borde de un precipicio: el Muro Oriental de Rohan. Así terminaban los Eryn Muil y las llanuras verdes de los Rohirrim se extendían ante ellos hasta perderse de vista.

-¡Mirad! -gritó Legolas, apuntando al cielo pálido-. ¡Ahí está de nuevo el águila! Vuela muy alto. Parece que estuviera alejándose, de vuelta al norte y muy rápidamente. ¡Mirad!

-No, ni siquiera mis ojos pueden verla, mi buen Legolas -dijo Aragorn-. Tiene que estar en verdad muy lejos. Me pregunto en qué andaré y si será la misma ave que vimos antes. ¡Pero mirad! Alcanzo a ver algo más cercano y más urgente. ¡Una cosa se mueve en la llanura!

-Muchas cosas -dijo Legolas-. Es una gran compañía a pie, pero no puedo decir más ni ver qué clase de gente es ésta. Están a muchas leguas, doce me parece, aunque es difícil estimar la distancia en esa llanura uniforme.

-Pienso, sin embargo, que ya no necesitamos de ninguna huella que nos diga qué camino hemos de tomar -dijo Gimli-. Encontremos una senda que nos lleve a los llanos tan rápido como sea posible.

-No creo que encuentres un camino más rápido que el de los orcos -dijo Aragorn.

Continuaron la persecución, ahora a la clara luz del día. Parecía como si los orcos hubiesen escapado a marcha forzada. De cuando en cuando los perseguidores encontraban cosas abandonadas o tiradas en el suelo: sacos de comida, cortezas de un pan gris y duro, una capa negra desgarrada, un pesado zapato claveteado roto por las piedras. El rastro llevaba al norte a lo largo del declive escarpado y al fin llegaron a una hondonada profunda cavada en la piedra por un arroyo que descendía ruidosamente. En la cañada estrecha un sendero áspero bajaba a la llanura como una escalera empinada.

Abajo se encontraron de pronto pisando los pastos de Rohan. Llegaban ondeando como un mar verde hasta los mismos pies de Emyr Muil. El arroyo que bajaba de la montaña se perdía en un campo de berros y plantas acuáticas; los compañeros podían oír cómo se alejaba murmurando por túneles verdes, descendiendo poco a poco hacia los pantanos del Valle del Entaguas allá lejos. Parecía que hubieran dejado el invierno aferrado a las montañas de detrás. Aquí el aire era más dulce y tibio y levemente perfumado, como si la primavera ya se hubiera puesto en movimiento y la savia estuviese fluyendo de nuevo en hierbas y hojas. Legolas respiró hondamente, como alguien que toma un largo trago luego de haber tenido mucha sed en lugares estériles.

-¡Ah, el olor a verde! -dijo-. Es mejor que muchas horas de sueño. ¡Corramos!

-Los pies ligeros pueden correr rápidamente aquí -dijo Aragorn-. Más rápido quizá que unos orcos calzados con zapatos de hierro. ¡Esta es nuestra oportunidad de recuperar la ventaja que nos llevan!

Fueron en fila, corriendo como lebreles detrás de un rastro muy nítido, llevando una luz encendida en los ojos. La franja de hierba que señalaba el paso de los orcos iba hacia el oeste: los dulces pastos de Rohan habían sido aplastados y ennegrecidos. De pronto Aragorn dio un grito y se volvió a un lado.

-¡Un momento! -exclamó-. ¡No me sigáis todavía!

Corrió rápidamente a la derecha, alejándose del rastro principal, pues había visto unas huellas que iban en esa dirección, apartándose de las otras; las marcas de unos pies pequeños y descalzos. Estas huellas sin embargo no se alejaban mucho antes de confundirse otra vez con pisadas de orcos, que venían también desde el rastro principal, de atrás y adelante y luego se volvían en una curva y se perdían de nuevo en las hierbas pisoteadas. En el punto más alejado Aragorn se inclinó y recogió algo del suelo; luego corrió de vuelta.

-Sí -dijo-, son muy claras: las huellas de un hobbit. Pippin, creo. Es más pequeño que el otro. ¡Y mirad!

Aragorn alzó un objeto pequeño que brilló a la luz del sol. Parecía el brote nuevo de una hoja de haya, hermoso y extraño en esa llanura sin árboles.

-¡El broche de una capa élfica! -gritaron juntos Legolas y Gimli.

-Las hojas de Lórien no caen inútilmente -dijo Aragorn-. Esta no fue dejada aquí por casualidad, sino como una señal para quienes vinieran detrás. Pienso que Pippin se desvió de las huellas con ese propósito.

-Entonces al menos él está vivo -dijo Gimli-. Y aún puede usar la cabeza y también las piernas. Esto es alentador. Nuestra persecución no es en vano.

-Esperemos que no haya pagado demasiado cara esa audacia -dijo Legolas-. ¡Vamos! ¡Sigamos adelante! El pensamiento de esos alegres jóvenes llevados como ganado me encoge el corazón.

El sol subió al mediodía y luego bajó lentamente por el cielo. Unas nubes tenues vinieron del mar en el lejano Sur y fueron arrastradas por la brisa. El sol se puso. Unas sombras se alzaron detrás y extendieron unos largos brazos desde el Este. Los cazadores no se detuvieron. Había pasado un día desde la muerte de Boromir y los orcos iban todavía muy adelante. Ya no había señales de orcos en la extensa llanura.

Cuando las sombras de la noche se cerraban sobre ellos, Aragorn se detuvo. En toda la jornada sólo habían descansado dos veces y durante un rato, y ahora los separaban doce leguas del muro del este donde habían estado al alba.

-Nos encontramos ante una difícil elección -dijo Aragorn-. ¿Descansaremos de noche o seguiremos adelante mientras tengamos voluntad y fuerzas?

-A menos que nuestros enemigos también descansen, nos dejarán muy atrás si nos detenemos a dormir -dijo Legolas.

-Supongo que hasta los mismos orcos se toman algún descanso mientras marchan -dijo Gimli.

-Los orcos viajan raras veces por terreno descubierto y a la luz del sol, como parece ser el caso -dijo Legolas-. Ciertamente no descansarán durante la noche.

-Pero si marchamos de noche, no podremos seguir las huellas -dijo Gimli.

-El rastro es recto, y no se desvía ni a la izquierda ni a la derecha hasta donde alcanzo a ver -dijo Legolas.

-Quizás yo pudiera guiaros en la oscuridad y sin perder el rumbo -dijo Aragorn-, pero si nos extraviásemos o ellos se desviarán, cuando volviese la luz nos retrasaríamos mucho mientras encontramos de nuevo el rastro.

-Hay algo más -dijo Gimli-. Sólo de día podemos ver si alguna huella se separa de las otras. Si un prisionero escapa y si se llevan a uno, al este digamos, al Río Grande, hacia Mordor, podemos pasar junto a alguna señal y no enterarnos nunca.

-Eso es cierto -dijo Aragorn-. Pero si hasta ahora no he interpretado mal los signos, los Orcos de la Mano Blanca son los más numerosos y toda la compañía se encamina a Isengard. El rumbo actual corrobora mis presunciones.

-Sin embargo, no convendría fiarse de las intenciones de los orcos -dijo Gimli-. ¿Y una huida? En la oscuridad quizá no hubiéramos visto las huellas que te llevaron al broche.

-Los orcos habrán doblado las guardias desde entonces, y los prisioneros, estarán cada vez más cansados -dijo Legolas-. No habrá ninguna otra huida, no sin nuestra ayuda. No se me ocurre ahora cómo podremos hacerlo, pero primero hay que darles alcance.

-Y sin embargo yo mismo, enano de muchos viajes, y no el menos resistente, no podría ir corriendo hasta Isengard sin hacer una pausa -dijo Gimli-. A mí también se me encoge el corazón y preferiría partir cuanto antes, pero ahora tengo que descansar un poco para correr mejor. Y si decidimos descansar, la noche es el tiempo adecuado.

-Dije que era una elección difícil -dijo Aragorn-. ¿Cómo concluiremos este debate?

-Tú eres nuestro guía -dijo Gimli- y el cazador experto. Tienes que elegir.

-El corazón me incita a que sigamos -dijo Legolas-. Pero tenemos que mantenernos juntos. Seguiré tu consejo.

-Habéis elegido un mal árbitro -dijo Aragorn-. Desde que cruzamos el Argonath todas mis decisiones han salido mal. -Hizo una pausa, mirando al norte y al oeste en la noche creciente.- No marcharemos de noche -dijo al fin-. El peligro de no ver las huellas o alguna señal de otras idas y venidas me parece el más grave. Si la luna diera bastante luz, podríamos aprovecharla, pero ay, se pone temprano y es aún pálida y joven.

-Y esta noche está amortajada además -murmuró Gimli-. ¡Ojalá la Dama nos hubiera dado una luz, como el regalo que le dio a Frodo!

-La necesitará más aquel a quien le fue destinada -dijo Aragorn-. Es él quien lleva adelante la verdadera Búsqueda. La nuestra es sólo un asunto menor entre los grandes acontecimientos de la época. Una persecución vana, quizá, que ninguna elección mía podría estropear o corregir. Bueno, he elegido. ¡De modo que aprovechemos el tiempo como mejor podamos!

Aragorn se echó al suelo y cayó en seguida en un sueño profundo, pues no dormía desde que pasaran la noche a la sombra del Tol Brandir. Despertó y se levantó antes que el alba asomara en el cielo. Gimli estaba aún profundamente dormido, pero Legolas, de Pie, miraba hacia el norte en la oscuridad, pensativo y silencioso, como un árbol joven en la noche sin viento.

-Están de veras muy lejos -dijo tristemente volviéndose a Aragorn-. El corazón me dice que no han descansado esta noche. Ahora sólo un águila podría alcanzarlos.

-De todos modos tenemos que seguirlos, como nos sea posible -dijo Aragorn. Inclinandose despertó al enano-. ¡Arriba! Hay que partir -dijo-. El rastro está enfriándose.

-Pero todavía es de noche -dijo Gimli-. Ni siquiera Legolas subido a una loma podría verlos, no hasta que salga el sol.

-Temo que ya no estén al alcance de mis ojos, ni desde una loma o en la llanura, a la luz de la luna o a la luz del sol -dijo Legolas.

-Donde la vista falla la tierra puede traernos algún rumor -dijo Aragorn-. La tierra ha de quejarse bajo esas patas odiosas.

Aragorn se tendió en el suelo con la oreja apretada contra la hierba. Allí se quedó, muy quieto, tanto tiempo que Gimli se preguntó si no se habría desmayado o se habría quedado dormido otra vez. El alba llegó con una luz temblorosa y una luz gris creció lentamente alrededor. Al fin Aragorn se incorporó y los otros pudieron verle la cara: pálida, enjuta, de ojos turbados.

-El rumor de la tierra es débil y confuso -dijo-. No hay nadie que camine por aquí, en un radio de muchas millas. Las pisadas de nuestros enemigos se oyen apagadas y distantes. Pero hay un rumor claro y distinto de cascos de caballo. Se me ocurre que ya antes los oí, aún mientras dormía tendido en la hierba, y que perturbaron mis sueños: caballos que galopaban en el oeste. Pero ahora se alejan más de nosotros, hacia el norte. ¡Me pregunto qué ocurre en este país!

-¡Partamos! -dijo Legolas.

Así comenzó el tercer día de persecución. Durante todas esas largas horas de nubes y sol caprichosos, apenas hicieron una pausa, ya caminando, ya corriendo, como si ninguna

fatiga pudiera consumir el fuego que los animaba. Hablaban poco. Cruzaron aquellas amplias soledades y las capas élficas se confundieron con el gris verdoso de los campos; aun al sol frío del mediodía pocos ojos que no fuesen ojos élficos hubiesen podido verlos. A menudo agradecían de corazón a la Dama de Lórien por las *lembas* que les había regalado, pues comían un poco y recobraban en seguida las fuerzas sin necesidad de dejar de correr.

Durante todo el día la huella de los enemigos se alejó en línea recta hacia el noreste, sin interrumpirse ni desviarse una sola vez. Cuando el día declinó una vez más, llegaron a unas largas pendientes sin árboles donde el suelo se elevaba hacia una línea de lomas bajas. El rastro de los orcos se hizo más borroso a medida que doblaba hacia el norte acercándose a las lomas, pues el suelo era allí más duro y la hierba más escasa. Lejos a la izquierda, el río Entaguas serpeaba como un hilo de plata en un suelo verde. Nada más se movía. Aragorn se asombraba a menudo de que no vieran ninguna señal de bestias o de hombres. Las moradas de los Rohirrim se alzaban casi todas en el Sur, a muchas leguas de allí, en las estribaciones boscosas de las Montañas Blancas, ahora ocultas entre nieblas y nubes; sin embargo, los Señores de los Cabellos habían tenido en otro tiempo muchas tropillas y establos en Estemnet, esta región oriental del reino, y los jinetes la habían recorrido entonces a menudo, de un extremo a otro, viviendo en campamentos y tiendas, aun en los meses invernales. Pero ahora toda la tierra estaba desierta y había un silencio que no parecía ser la quietud de la paz.

Al crepúsculo se detuvieron de nuevo. Ahora ya habían recorrido dos veces doce leguas por las llanuras de Rohan y los muros de Emyr Muil se perdían en las sombras del este. La luna brillaba confusamente en un cielo nublado, aunque daba un poco de luz y las estrellas estaban veladas.

-Ahora me permitiría menos que nunca un tiempo de descanso o una pausa en la caza -dijo Legolas-. Los orcos han corrido ante nosotros como perseguidos por los látigos del mismísimo Sauron. Temo que hayan llegado al bosque y las colinas oscuras y que ya estén a la sombra de los árboles.

Los dientes de Gimli rechinaron.

-¡Amargo fin de nuestras esperanzas y todos nuestros afanes! -dijo.

-De las esperanzas quizá, pero no de los afanes -dijo Aragorn-. No volveremos atrás. Sin embargo me siento cansado. -Se volvió a mirar el camino por donde habían venido hacia la noche, que ahora se apretaba en el este. - Hay algo extraño en esta región. No me fío del silencio. No me fío ni siquiera de la luna pálida. Las estrellas son débiles; y me siento cansado como pocas veces antes. Cansado como nunca lo está ningún Montaraz, si tiene una pista clara que seguir. Hay alguna voluntad que da rapidez a nuestros enemigos y levanta ante nosotros una barrera invisible: un cansancio del corazón más que de los miembros.

-¡Cierto! -dijo Legolas-. Lo he sabido desde que bajamos de Emyr Muil. Pues esa voluntad no está detrás de nosotros, sino delante.

Apuntó por encima de las tierras de Rohan hacia el Oeste oscuro bajo la luna creciente.

-¡Saruman! - murmuró Aragorn -. ¡Pero no nos hará volver! Nos detendremos una vez más, eso sí, pues mirad: la luna misma está hundiéndose en nubes. Hacia el norte, entre las lomas y los pantanos, irá nuestra ruta, cuando vuelva el día.

Como otras veces Legolas fue el primero en despertar, si en verdad había dormido.

-¡Despertad! ¡Despertad! -gritó-. Es un amanecer rojo. Cosas extrañas nos esperan en los lindes del bosque. Buenas o malas, no lo sé, pero nos llaman. ¡Despertad!

Los otros se incorporaron de un salto y casi en seguida se pusieron de nuevo en marcha. Poco a poco las lomas fueron acercándose. Faltaba aún una hora para el mediodía cuando las alcanzaron: unas elevaciones verdes de cimas desnudas que corrían en línea recta hacia el norte. Al pie de estos cerros el suelo era duro y la hierba corta; pero una larga franja de tierra inundada, de unas diez millas de ancho, los separaba del río que se paseaba entre macizos indistintos de cañas y juncos. Justo al oeste de la pendiente más meridional había un anillo amplio donde la hierba había sido arrancada y pisoteada por muchos pies. Desde allí la pista de los orcos iba otra vez hacia el norte a lo largo de las faldas reseca de las lomas. Aragorn se detuvo y examinó las huellas de cerca.

-Descansaron aquí un rato -dijo-, pero aun las huellas que van al norte son viejas. Temo que el corazón te haya dicho la verdad, Legolas: han pasado tres veces doce horas, creo, desde que los orcos estuvieron aquí. Si siguen a ese paso, mañana a la caída del sol llegarán a los lindes de Fangorn.

-No veo nada al norte y al oeste; sólo unos pastos entre la niebla -dijo Gimli-. ¿Podríamos ver el bosque, si subimos a las colinas?

-Está lejos aún -dijo Aragorn-. Si recuerdo bien, estas lomas corren ocho leguas o más hacia el norte, y luego al noroeste se extienden otras tierras hasta la desembocadura del Entaguas; otras quince leguas quizá.

-Pues bien, partamos -dijo Gimli -. Mis piernas tienen que ignorar las millas. Así estarán más dispuestas, si el corazón me pesa menos.

El sol se ponía cuando empezaron a acercarse al extremo norte de las lomas. Habían marchado muchas horas sin tomarse descanso. Iban lentamente ahora y Gimli se inclinaba hacia adelante. Los enanos son duros como piedras para el trabajo o los viajes, pero esta cacería interminable comenzaba a abrumarlo, más aún porque ya no alimentaba ninguna esperanza. Aragorn abría la marcha, ceñudo y silencioso, agachándose de cuando en cuando a observar una marca o señal en el suelo. Sólo Legolas caminaba con la ligereza de siempre apoyándose apenas en la hierba, no dejando ninguna huella detrás; pero en el pan del camino de los elfos, encontraba toda la sustancia que podía necesitar, y era capaz de dormir, si eso podía llamarse dormir, descansando la mente en los extraños senderos de los sueños élficos, aun caminando con los ojos abiertos a la luz del mundo.

-¡Subamos por esta colina verde! -dijo.

Lo siguieron trabajosamente, trepando por una pendiente larga, hasta que llegaron a la cima. Era una colina redonda, lisa y desnuda, que se alzaba separada de las otras en el extremo septentrional de la cadena. El sol se puso y las sombras de la noche cayeron como una cortina. Estaban solos en un mundo gris e informe sin medidas ni marcas. Sólo muy lejos al noroeste la oscuridad era más densa, sobre un fondo de luz moribunda: las Montañas Nubladas y los bosques próximos.

-Nada se ve que pueda guiarnos - dijo Gimli-. Bueno, tenemos que detenernos otra vez y pasar la noche. ¡Está haciendo frío!

-El viento viene de las nieves del norte -dijo Aragorn.

-Y antes que amanezca cambiará al este -dijo Legolas-. Pero descansad, si tenéis que hacerlo. Mas no abandonéis toda esperanza. Del día de mañana nada sabemos aún. La solución se encuentra a menudo a la salida del sol.

-En esta cacería ya hemos visto subir tres soles y no nos trajeron ninguna solución -dijo Gimli.

La noche era más y más fría. Aragorn y Gimli dormían a bs saltos y cada vez que despertaban veían a Legolas de pie junto a ellos, o caminando de aquí para allá, canturreando en su propia lengua; y mientras cantaba, las estrellas blancas se abrieron en la dura bóveda negra de allá arriba. Así pasó la noche. Juntos observaron el alba que crecía lentamente en el cielo, ahora desnudo y sin nubes, hasta que al fin asomó el sol, pálido y claro. El viento soplaba del este y había arrastrado todas las nieblas; unos campos vastos y desiertos se extendían alrededor de la luz huraña.

Adelante y al este vieron las tierras altas y ventosas de las Mesetas de Rohan, que habían vislumbrado días antes desde el Río Grande. Al noroeste se adelantaba el bosque oscuro de Fangorn; los lindes sombríos estaban aún a diez leguas de distancia y más allá unas pendientes montañosas se perdían en el azul de la lejanía. En el horizonte, como flotando sobre una nube gris, brillaba la cabeza blanca del majestuoso Methedras, el último pico de las Montañas Nubladas. El Entaguas salía del bosque e iba al encuentro de las montañas, corriendo ahora por un cauce estrecho, entre barrancas profundas. Las huellas de los orcos dejaron las lomas y se encaminaron al río.

Siguiendo con ojos penetrantes el rastro que llevaba al río y luego el curso del río hasta el bosque, Aragorn vio una sombra en el verde distante, una mancha oscura que se movía rápidamente. Se arrojó al suelo y escuchó otra vez con atención. Pero Legolas, de pie junto a él, protegiéndose los brillantes ojos élficos con una mano larga y delgada, no vio una sombra, ni una mancha, sino las figuras pequeñas de unos jinetes, muchos jinetes, y en las puntas de las lanzas el reflejo matinal, como el centelleo de unas estrellas diminutas que los ojos no alcanzaban a ver. Lejos detrás de ellos un humo oscuro se elevaba en delgadas volutas.

El silencio reinaba en los campos desiertos de alrededor y Gimli podía oír el aire que se movía en las hierbas.

-¡Jinetes! -exclamó Aragorn incorporándose bruscamente ¡Muchos jinetes montados en corceles rápidos vienen hacia aquí!

-Sí -dijo Legolas-, son ciento cinco. Los cabellos son rubios y las espadas brillantes. El jefe es muy alto.

Aragorn sonrió.

-Penetrantes son los ojos de los elfos -dijo.

-No. Los jinetes están a poco más de cinco leguas -dijo Legolas. -Cinco leguas o una -dijo Gimli-, no podemos escapar en esta tierra desnuda. ¿Los esperaremos aquí o seguiremos adelante?

-Esperaremos -dijo Aragorn-. Estoy cansado y la cacería ya no tiene sentido. Al menos otros se nos adelantaron, pues esos jinetes vienen cabalgando por la pista de los orcos. Quizá nos den alguna noticia.

-O lanzas -dijo Gimli.

-Hay tres monturas vacías, pero no veo ningún hobbit -dijo Legolas.

-No hablé de buenas noticias -dijo Aragorn-, pero buenas o malas las esperaremos aquí.

Los tres compañeros dejaron la cima de la loma, donde podían ser un fácil blanco contra el cielo claro y bajaron lentamente por la ladera norte. Un poco antes de llegar a los pies de la loma y envolviéndose en las capas, se sentaron juntos en las hierbas marchitas.

El tiempo pasó lenta y pesadamente. Había un viento leve, que no dejaba de soplar. Gimli no estaba tranquilo.

-¿Qué sabes de esos hombres a caballo, Aragorn? -dijo-. ¿Nos quedaremos aquí sentados esperando una muerte súbita?

-He estado entre ellos -respondió Aragorn-. Son orgullosos y porfiados, pero sinceros de corazón, generosos en pensamiento y actos, audaces pero no crueles; sabios pero poco doctos, no escriben libros pero cantan muchas canciones parecidas a las que cantaban los niños de los Hombres antes de los Años Oscuros. Mas no sé qué ha ocurrido aquí en los últimos tiempos y en qué andan ahora los Rohirrim, acorralados quizás entre el traidor Saruman y la amenaza de Sauron. Han sido mucho tiempo amigos de la gente de Gondor, aunque no son parientes. Eorl el joven los trajo del Norte en años ya olvidados y están emparentados sobre todo con los Bárbidos del Valle y los Beórnicas del Bosque, entre quienes pueden verse aún muchos hombres altos y hermosos, como los Jinetes de Rohan. Al menos no son amigos de los Orcos.

-Pero Gandalf oyó el rumor de que rinden tributo a Mordor -dijo Gimli.

-Lo creo no más que Boromir -le respondió Aragorn.

-Pronto sabréis la verdad -dijo Legolas-. Ya están cerca.

Ahora aun Gimli podía escuchar el ruido lejano de los caballos al galope. Los jinetes, siguiendo la huella, se habían apartado del río y estaban acercándose a las lomas. Cabalgaban como el viento.

Unos gritos claros y fuertes resonaron en los campos. De pronto los Jinetes llegaron con un ruido de trueno y el que iba delante se desvió, pasando al pie de la colina y conduciendo a la tropa hacia el sur a lo largo de las laderas occidentales. Los otros lo siguieron: una larga fila de hombres en cota de malla, rápidos, resplandecientes, terribles y hermosos.

Los caballos eran de gran alzada, fuertes y de miembros ágiles; los pelajes grises relucían, las largas colas flotaban al viento, las melenas habían sido trenzadas sobre los pescuezos altivos. Los hombres que los cabalgaban armonizaban con ellos: grandes, de piernas largas; los cabellos rubios como el lino asomaban bajo los cascos ligeros y les caían en largas trenzas por la espalda; las caras eran serias y fuertes. Venían esgrimiendo unas altas lanzas de fresno y unos escudos pintados les colgaban sobre las espaldas; en los cinturones llevaban unas espadas largas y las lustrosas camisas de malla les llegaban a las rodillas.

Galopaban en parejas y aunque de cuando en cuando uno de ellos se alzaba en los estribos y miraba adelante y a los costados, no parecieron advertir la presencia de los tres extraños que estaban sentados en silencio y los observaban. La tropa casi había pasado cuando Aragorn se incorporó de pronto y llamó en voz alta:

-¿Qué noticias hay del Norte, jinetes de Rohan?

Con una rapidez y una habilidad asombrosas, los jinetes refrenaron los caballos, dieron media vuelta, y regresaron a la carrera. Pronto los tres compañeros se encontraron dentro de un anillo de jinetes que se movían en círculos, subiendo y bajando por la falda de la colina, y acercándose cada vez más. Aragorn esperaba de pie, en silencio, y los otros estaban sentados sin moverse, preguntándose qué resultaría de todo esto.

Sin una palabra o un grito, de súbito, los jinetes se detuvieron. Un muro de lanzas apuntaba hacia los extraños, y algunos de los hombres esgrimían arcos tendidos, con las flechas en las cuerdas. Luego uno de ellos se adelantó, un hombre alto, más alto que el resto; sobre el yelmo le flotaba como una cresta una cola de caballo blanca. El hombre avanzó hasta que la punta de la lanza tocó casi el pecho de Aragorn. Aragorn no se movió.

-¿Quién eres y qué haces en esta tierra? -dijo el jinete hablando en la Lengua Común del Oeste y con una entonación y de una manera que recordaba a Boromir, Hombre de Gondor.

-Me llaman Trancos -dijo Aragorn-. Vengo del Norte. Estoy cazando orcos.

El jinete se apeó. Le dio la lanza a otro que se acercó a caballo y desmontó junto a él, sacó la espada y se quedó mirando de frente a Aragorn, atentamente y no sin asombro. Al fin habló de nuevo.

-En un principio pensé que vosotros mismos erais orcos -dijo-, *pero veo* ahora que no es así. En verdad *conocéis poco de orcos si esperáis* cazarlos de esta manera. Eran rápidos y muy numerosos, e iban bien armados. Si los hubieseis alcanzado, los cazadores se habrían convertido pronto en presas. Pero hay algo raro en ti, Trancos. -Dos ojos claros y brillantes se clavaron de nuevo en el Montaraz.- No es nombre de hombres el que tú me dices. Y esas ropas vuestras también son raras. ¿Salisteis de la hierba? ¿Cómo escapasteis a nuestra vista? ¿Sois elfos?

-No -dijo Aragorn-. Sólo uno de nosotros es un elfo, Legolas del Reino de los Bosques en el distante Bosque Negro. Pero pasamos por Lothlórien y nos acompañan los dones y favores de la Dama.

El jinete los miró con renovado asombro, pero los ojos se le endurecieron.

-¡Entonces hay una Dama en el Bosque Dorado *como dicen las* viejas historias! -exclamó-. Pocos escapan a las redes de esa mujer, dicen. ¡Extraños días! Pero si ella os protege, entonces quizá seáis también echadores de redes y hechiceros. -Miró de pronto fríamente a Legolas y a Gimli.- ¿Por qué estáis tan callados? -preguntó.

Gimli se incorporó y se plantó firmemente en el suelo, *con los pies* separados y una mano en el mango del hacha. Le brillaban los ojos oscuros, coléricos.

-Dame tu nombre, señor de caballos, y te daré el mío y también algo más -dijo.

-En cuanto a eso -dijo el jinete observando desde arriba al enano el extraño tiene que darse a conocer primero. No obstante te diré que me llamo Eomer hijo de Eomund y soy Tercer Mariscal de la Marca de los jinetes.

-Entonces Eomer hijo de Eomund, Tercer Mariscal de la Marca de los Jinetes, permite que Gimli el Enano hijo de Glóin te advierta que no digas necedades. Habla mal de lo que es hermoso más allá de tus posibilidades de comprensión y sólo el poco entendimiento podría excusarte.

Los ojos de Eomer relampaguearon y los Hombres de Rohan murmuraron airadamente y cerraron el círculo, adelantando las lanzas.

-Te rebanaría la cabeza. Señor enano, si se alzara un poco más del suelo -dijo Eomer.

-El enano no está solo -dijo Legolas poniendo una flecha y tendiendo el arco con unas manos tan rápidas que la vista no podía seguirlos-. Morirías antes que alcanzaras a golpear.

Eomer levantó la espada y las cosas pudieron haber ido mal, pero Aragorn saltó entre ellos alzando la mano.

-¡Perdón, Eomer! -gritó -. Cuando sepas más, entenderás por qué has molestado a mis compañeros. No queremos ningún mal para Rohan, ni para ninguno de los que ahí habitan, sean hombres o caballos. ¿No oirás nuestra historia antes de atacarnos?

-La oiré -dijo Eomer, bajando la hoja-. Pero sería prudente que quienes andan de un lado a otro por la Marca de los jinetes fueran menos orgullosos en estos días de incertidumbre. Primero dime tu verdadero nombre.

-Primero dime a quién sirves -replicó Aragorn-. ¿Eres amigo o enemigo de Sauron, el Señor Oscuro de Mordor?

-Sólo sirvo al Señor de la Marca, el Rey Théoden hijo de Thengel -respondió Eomer-. No servimos al Poder del lejano País Negro, pero tampoco estamos en guerra con él, y si estás huyendo de Sauron será mejor que dejes estas regiones. Hay dificultades ahora en todas nuestras fronteras y estamos amenazados; pero sólo deseamos ser libres y vivir como hemos vivido hasta ahora, conservando lo que es nuestro y no sirviendo a ningún señor extraño, bueno o malo. En épocas mejores agasajábamos a quienes venían a vernos, pero en este tiempo los extraños que no han sido invitados nos encuentran dispuestos a todo. ¡Vamos! ¿Quién eres tú? ¿A quién sirves tú? ¿En nombre de quién estás cazando orcos en nuestras tierras?

-No sirvo a ningún hombre -dijo Aragorn-, pero persigo a los sirvientes de Sauron en cualquier sitio que se encuentren. Pocos hay entre los hombres mortales que sepan más de orcos y no los cazo de este modo porque lo haya querido así. Los orcos a quienes perseguimos tomaron prisioneros a dos de mis amigos. En semejantes circunstancias el hombre que no tiene caballo irá a pie y no pedirá permiso para seguir el rastro. Ni contará las cabezas del enemigo salvo con la espada. No estoy desarmado.

Aragorn echó atrás la capa. La vaina élfica centelleó y la hoja brillante de Andúril resplandeció con una llama súbita.

-¡Elendil! -gritó-. Soy Aragorn hijo de Arathorn y me llaman Elessar, Piedra de Elfo, Dúnadan, heredero del hijo de Isildur, hijo de Elendil de Gondor. ¡He aquí la Espada que estuvo rota una vez y fue forjada de nuevo! ¿Me ayudarás o te opondrás a mí? ¡Escoge rápido!

Gimli y Legolas miraron asombrados a Aragorn, pues nunca lo habían visto así antes. Parecía haber crecido en estatura y en cambio a Eomer se le veía más pequeño. En la cara animada de Aragorn asomó brevemente el poder y la majestad de los reyes de piedra. Durante un momento Legolas creyó ver una llama blanca que ardía sobre la frente de Aragorn como una corona viviente.

Eomer dio un paso atrás con una expresión de temor reverente en la cara. Bajó los ojos.

-Días muy extraños son estos en verdad -murmuró-. Sueños y leyendas brotan de las hierbas mismas.

»Dime, Señor -dijo-, ¿qué te trae aquí? ¿Qué significado tienen esas palabras oscuras? Hace ya tiempo Boromir hijo de Denethor fue en busca de una respuesta y el caballo que le prestamos volvió sin jinete. ¿Qué destino nos traes del Norte?

-El destino de una elección -dijo Aragorn-. Puedes decirle esto a Théoden hijo de Thengel: le espera una guerra declarada, con Sauron o contra él. Nadie podrá vivir ahora como vivió antes y pocos conservarán lo que tienen. Pero de estos importantes asuntos hablaremos más tarde. Si la suerte lo permite, yo mismo iré a ver al rey. Ahora me encuentro en un grave apuro y pido ayuda, o por lo menos alguna noticia. Ya oís te que perseguimos a una tropa de orcos que se llevaron a nuestros amigos. ¿Qué puedes decirnos?

-Que no necesitas continuar persiguiéndolos -dijo Eomer-. Los orcos fueron destruidos.

-¿Y nuestros amigos?

-No encontrarnos sino orcos.

-Eso es raro en verdad -dijo Aragorn-. ¿Buscaste entre los muertos? ¿No había otros cadáveres aparte de los orcos? Eran gente pequeña, quizá sólo unos niños a tus ojos, descalzos, pero vestidos de gris.

-No había enanos ni niños -dijo Eomer-. Contamos todas las víctimas y las despojamos de armas y suministros. Luego las apilamos y las quemamos en una hoguera, como es nuestra costumbre. Las cenizas humean aún.

-No hablamos de enanos o de niños -dijo Gimli-. Nuestros amigos eran hobbits.

-¿Hobbits? -dijo Eomer-. ¿Qué es eso? Un nombre extraño.

-Un nombre extraño para una gente extraña -dijo Gimli-, pero éstos nos eran muy queridos. Ya habéis oído en Rohan, parece, las palabras que perturbaron a Minas Tirith. Hablaban de un mediano. Estos hobbits son medianos.

-¡Medianos! - rió el jinete que estaba junto a Eomer-. ¡Medianos! Pero son sólo una genticita que aparece en las viejas canciones y los cuentos infantiles del Norte. ¿Dónde estamos, en el país de las leyendas o en una tierra verde a la luz del sol?

-Un hombre puede estar en ambos sitios -dijo Aragorn-. Pues no nosotros sino otras gentes que vendrán más tarde contarán las leyendas de este tiempo. ¿La tierra verde, dices? ¡Buen asunto para una leyenda aunque te pasees por ella a la luz del día!

-El tiempo apura -dijo el jinete sin prestar oídos a Aragorn-. Tenemos que darnos prisa hacia el sur, señor. Dejemos que estas gentes se ocupen de sus propias fantasías. O atémolos para llevarlos al rey.

-¡Paz, Eothain! -dijo Eomer en su propia lengua-. Déjame un rato. Dile a los *éoreds* que se junten en el camino y se preparen para cabalgar hasta el Entaguas.

Eothain se retiró murmurando entre dientes y les habló a los otros. La tropa se alejó y dejó solo a Eomer con los tres compañeros.

-Todo lo que cuentas es extraño, Aragorn -dijo-. Sin embargo, dices la verdad, es evidente; los Hombres de la Marca no mienten nunca y por eso mismo no se los engaña con facilidad. Pero no has dicho todo. ¿No hablarás ahora más a fondo de tus propósitos, para que yo pueda decidir?

-Salí de Imladris, como se la llama en los cantos, hace ya muchas semanas -respondió Aragorn-. Conmigo venía Boromir de Minas Tirith. Mi propósito era llegar a esa ciudad con el hijo de Denethor, para ayudar a su gente en la guerra contra Sauron. Pero la Compañía con quien he viajado perseguía otros asuntos. De esto no puedo hablar ahora. Gandalf el Gris era nuestro guía.

-¡Gandalf! -exclamó Eomer-. ¡Gandalf Capagrís, como se lo conoce en la Marca! Pero te advierto que el nombre de Gandalf ya no es una contraseña para llegar al rey. Ha sido huésped del reino muchas veces en la memoria de los hombres, yendo y viniendo a su antojo, luego de unos meses, o luego de muchos años. Es siempre el heraldo de acontecimientos extraños; un portador del mal, dicen ahora algunos.

»En verdad desde la última venida de Gandalf todo ha ido para peor. En ese tiempo comenzaron nuestras dificultades con Saruman el Blanco. Hasta entonces contábamos a Saruman entre nuestros amigos, pero Gandalf vino y nos anunció que una guerra súbita estaba preparándose en Isengard. Dijo que él mismo había estado prisionero en Orthanc y que había escapado a duras penas y pedía ayuda. Pero Théoden no quiso escucharlo y Gandalf se fue. ¡No pronuncies el nombre de Gandalf en voz alta si te encuentras con Théoden! Está furioso, pues Gandalf se llevó el caballo que llaman Sombragrís, el más precioso de los corceles del rey, jefe de *los Mearas que* sólo el Señor de la Marca puede montar. Pues el padre de esta raza era el gran caballo de Eorl que conocía el lenguaje de

los hombres. Sombragris volvió hace siete noches, pero la cólera del rey no se ha apaciguado, pues el caballo es ahora salvaje y no permite que nadie lo monte.

-Entonces Sombragris ha encontrado solo su camino desde el lejano Norte -dijo Aragorn-, pues fue allí donde él y Gandalf se separaron. Pero, ay, Gandalf no volverá a cabalgar. Cayó en las tinieblas de las Minas de Moria y nadie lo vio otra vez.

-Malas nuevas son éstas -dijo Eomer-. Al menos para mí y para muchos; aunque no para todos como descubrirás si ves al rey.

-Nadie podría entender ahora en estos territorios hasta qué extremo son malas nuevas, aunque quizá lo comprueben amargamente antes que el año avance mucho más -dijo Aragorn-. Pero cuando los grandes caen, los pequeños ocupan sus puestos. Mi parte ha sido guiar a la Compañía por el largo camino que viene de Moria. Viajamos cruzando Lórien (y a este respecto sería bueno que te enteraras de la verdad antes de hablar otra vez), y luego bajamos por el Río Grande hasta los saltos de Rauros. Allí los orcos que tú destruiste mataron a Boromir.

-¡Tus noticias son todas de desgracias! -exclamó Eomer, consternado-. Esta muerte es una gran pérdida para Minas Tirith y para todos nosotros. Boromir era un hombre digno, todos lo alababan. Pocas veces venía a la Marca, pues estaba siempre en las guerras de las fronteras del Este, pero yo lo conocí. Me recordaba más a los rápidos hijos de Eorl que a los graves Hombres de Gondor, y hubiera sido un gran capitán. Pero nada sabíamos de esta desgracia en Gondor. ¿Cuándo murió?

-Han pasado ya cuatro días -dijo Aragorn- y aquella misma tarde dejamos la sombra del Tol Brandir y hemos venido viajando hasta ahora.

-¿A pie? -exclamó Eomer.

-Sí, así como nos ves.

Eomer parecía estupefacto.

-Trancos es un nombre que no te hace justicia, hijo de Arathorn -dijo-. Yo te llamaría Pies Alados. Esta hazaña de los tres amigos tendría que ser cantada en muchos castillos. ¡No ha concluido el cuarto día y ya habéis recorrido cuarenta y cinco leguas! ¡Fuerte es la raza de Elendil!

»Pero ahora, señor, ¿cómo podría ayudarte? Tendría que volver en seguida a avisar a Théoden. He hablado con cierta prudencia ante mis hombres. Es cierto que aún no estamos en guerra declarada con el País Negro y algunos, próximos a la oreja del rey, dan consejos cobardes, pero la guerra se acerca. No olvidamos nuestra vieja alianza con Gondor y cuando ellos luchen los ayudaremos: así pienso yo y todos aquellos que me acompañan. La Marca del Este está a mi cuidado, el distrito del Tercer Mariscal, y he sacado de aquí todas las manadas y las gentes que las cuidan, dejando sólo unos pocos guardias y centinelas.

-¿Entonces no pagáis tributo a Sauron? -preguntó Gimli.

-Ni ahora ni nunca -dijo Eomer y un relámpago le pasó por los ojos-, aunque he oído hablar de esa mentira. Hace algunos años el Señor del País Negro deseó comprarnos algunos caballos a buen precio, pero nos rehusamos, pues emplean las bestias para malos propósitos. Entonces mandó una tropa de orcos, que saquearon nuestras tierras y se llevaron lo que pudieron, eligiendo siempre los caballos negros: de éstos pocos quedan ahora. Por esa razón nuestra enemistad con los orcos tiene un sabor amargo.

»Pero en este momento nuestra mayor preocupación es Saruman. Se ha declarado señor de todos estos territorios y desde hace varios meses estamos en guerra. Ha reclutado orcos

y jinetes de lobos y hombres malignos y nos cerró los caminos de El Paso y así es posible que nos asalten desde el este y el oeste.

-No es bueno toparse con semejante enemigo: un mago a la vez astuto y habilidoso que tiene muchos disfraces. Va de un lado a otro, dicen, encapuchado y envuelto en una capa, muy parecido a Gandalf, como muchos recuerdan ahora. Los espías que tiene a su servicio se escurren por todas partes y sus pájaros de mal agüero recorren el cielo. No sé qué fin nos espera y estoy preocupado, pues tengo la impresión de que sus amigos no son todos de Isengard. Pero si vienes a casa del rey, lo verás por ti mismo. ¿No quieres venir? ¿Es vana mi esperanza de que hayas sido enviado para ayudarme en estas dudas y aprietos?

-Iré cuando pueda -dijo Aragorn.

-¡Ven ahora! -dijo Eomer-. El Heredero de Elendil sería sin duda un fuerte apoyo para los Hijos de Eorl en estos tiempos aciagos. Ahora mismo se está librando una batalla en Oostemnet y temo que termine mal para nosotros.

»En verdad en este viaje por el norte partí sin autorización del rey y han quedado pocos guardias en la casa. Pero los centinelas me advirtieron que una tropa de orcos bajó de la Muralla del Este hace tres noches y que algunos de ellos llevaban las insignias blancas de Saruman. De modo que sospechando lo que más temo, una alianza entre Orthanc y la Torre Oscura, me puse a la cabeza de mis *éoreds*, hombres de mi propia Casa. Alcanzamos a los orcos a la caída de la noche hace ya dos días, cerca de los lindes del Bosque de Ent. Allí los rodeamos y ayer al alba libramos la batalla. Ay, perdí quince hombres y doce caballos. Pues los orcos eran mucho más numerosos de lo que habíamos creído. Otros se unieron a ellos, viniendo del este a través del Río Grande: se ven claramente las huellas un poco al norte de aquí. Y otros vinieron del bosque. Orcos de gran tamaño que también exhibían la Mano Blanca de Isengard; esta especie es más fuerte y cruel que todos los otros.

»Sin embargo, terminamos con ellos. Pero nos alejamos demasiado. Nos necesitan en el sur y el oeste. ¿No vendrás? Sobran caballos, como ves. Hay trabajo suficiente para la Espada. Sí, y quizá podamos servirnos también del hacha de Gimli y del arco de Legolas, si me perdonan lo que he dicho de la Dama del Bosque. Sólo digo lo que dicen los hombres de mi tierra y me complacería enderezar mi error.

-Te agradezco tus buenas palabras -dijo Aragorn- y en mi corazón desearía acompañarte, pero no puedo abandonar a mis amigos mientras haya alguna esperanza.

-Esperanzas no hay -dijo Eomer-. No encontrarás a tus amigos en las fronteras del Norte.

-Sin embargo, no están detrás de nosotros. No lejos de la Muralla del Este encontramos una prueba clara de que uno de ellos al menos estaba con vida allí. Pero entre la muralla y las lomas no había más señales y no vimos ninguna huella que se desviara a un lado O a otro, si mis talentos no me han abandonado.

-¿Qué fue de ellos entonces?

-No lo sé. Quizá murieron y ardieron junto con los orcos, pero tú me dices que esto no puede ser y yo no lo temo. Quizá los llevaron al bosque antes de la batalla, quizás aún antes de que cercaras a los enemigos. ¿Estás seguro de que nadie escapó a tus redes?

-Puedo jurar que ningún orco escapó, desde el momento que los vimos -dijo Eomer-. Llegamos a los lindes antes que ellos y si alguna criatura rompió después el cerco, entonces no era un orco y tenía algún poder élfico.

-Nuestros amigos estaban vestidos como nosotros -dijo Aragorn- y tú pasaste a nuestro lado sin vernos a la plena luz del día.

-Lo había olvidado -dijo Eomer-. Es difícil estar seguro de algo entre tantas maravillas. Todo en este mundo está teniendo un aire extraño. Elfos y enanos recorren juntas nuestras tierras y hay gente que habla con la Dama del Bosque y continúa con vida, y la Espada vuelve a una guerra que se interrumpió hace muchos años antes que los padres de nuestros padres cabalgaran en la Marca. ¿Cómo encontrar el camino recto en semejante época?

-Como siempre -dijo Aragorn-. El mal y el bien no han cambiado desde ayer, ni tienen un sentido para los elfos y enanos y otro para los hombres. Corresponde al hombre discernir entre ellos, tanto en el Bosque de Oro como en su propia casa.

-Muy cierto -dijo Eomer-. No dudo de ti, ni de lo que me dicta el corazón. Pero no soy libre de hacer lo que quiero. Está contra la ley permitir que gente extranjera ande a su antojo por nuestras tierras, hasta que el rey mismo les haya dado permiso, y la prohibición es más estricta en estos días peligrosos. Te he pedido que vengas conmigo voluntariamente y te has negado. No seré yo quien inicie una lucha de cien contra tres.

-No creo que tus leyes se apliquen a estas circunstancias -dijo Aragorn y ciertamente no soy un extranjero, pues he estado antes en estas tierras, más de una vez, y he cabalgado con las tropas de los Rohirrim, aunque con otro nombre y otras ropas. A ti no te he visto antes, pues eres joven, pero he hablado con Eomund, tu padre, y con Théoden hijo de Thengel. En otros tiempos los altos señores de estas tierras nunca hubieran obligado a un hombre a abandonar una búsqueda como la mía. Al menos mi obligación es clara: continuar. Vamos, hijo de Eomund, decídate a elegir. Ayúdanos, o en el peor de los casos déjanos en libertad. O aplica las leyes. Si así lo haces serán menos quienes regresen a tu guerra o a tu rey.

Eomer calló un momento y al fin habló.

-Los dos tenemos prisa -dijo-. Mi compañía está tascando el freno y tus esperanzas se debilitan hora a hora. Esta es mi elección. Te delaré ir y además te prestaré unos caballos. Sólo esto te pido: cuando hayas terminado tu búsqueda, o la hayas abandonado, vuelve con los caballos por el Vado de Ent hasta Meduseld, la alta casa de Edoras donde Théoden reside ahora. Así le probarás que no me he equivocado. En esto quizá me juegue la vida, confiando en tu veracidad. No faltes a tu obligación.

-No lo haré -dijo Aragorn.

Cuando Eomer ordenó que los caballos sobrantes fueran prestados a los extranjeros, los demás jinetes se sorprendieron y cambiaron entre ellos miradas sombrías y desconfiadas; pero sólo Eothain se atrevió a hablar francamente.

-Quizás esté bien para este señor que dice ser de la raza de Gondor -comentó-, ¿pero quién ha oído hablar de prestarle a un enano un caballo de la Marca?

-Nadie -dijo Gimli-. Y no te preocupes, nadie lo oírán nunca. Antes prefiero ir a pie que sentarme en el lomo de una bestia tan grande, aunque me la dieran de buena gana.

-Pero tienes que montar o serás una carga para nosotros -dijo Aragorn.

-Vamos, te sentarás detrás de mí, amigo Gimli -dijo Legolas-. Todo estará bien entonces y no tendrás que preocuparse ni por el préstamo ni por el caballo mismo.

Le dieron a Aragorn un caballo grande, de pelaje gris oscuro y él lo montó.

-Se llama Hasufel -dijo Eomer-. ¡Que te lleve bien y hacia una mejor fortuna que la de Gárufl, su último dueño!

A Legolas le trajeron un caballo más pequeño y ligero, pero más arisco y fogoso. Se llamaba Arod. Pero Legolas pidió que le sacaran la montura y las riendas.

-No las necesito -dijo y lo montó ágilmente de un salto y ante el asombro de los otros, Arod se mostró manso y dócil bajo Legolas y bastaba una palabra para que fuera o viniera en seguida de aquí para allá; tal era la manera de los elfos con todas las buenas bestias.

Pusieron a Gimli detrás de Legolas y se aferró al elfo, no mucho más tranquilo que Sam Gamyi en una embarcación.

-¡Adiós y que encuentres lo que buscas! -gritó Eomer-. Vuelve lo más rápido que puedas, ¡y que juntas brillen entonces nuestras espadas!

-Vendré -dijo Aragorn.

-Y yo también vendré -dijo Gimli-. El asunto de la Dama Galadriel no está todavía claro. Aún tengo que enseñarte el lenguaje de la cortesía.

-Ya veremos -dijo Eomer-. Se han visto tantas cosas extrañas que aprender a alabar a una hermosa dama bajo los amables hachazos de un enano no parecerá mucha maravilla. ¡Adiós!

Los caballos de Rohan se alejaron rápidamente. Cuando poco después Gimli volvió la cabeza, la compañía de Eomer era ya una mancha pequeña y distante. Aragorn no miró atrás: observaba las huellas mientras galopaban, con la cabeza pegada al pescuezo de Hasufel. No había pasado mucho tiempo cuando llegaron a los límites del Entaguas y allí encontraron el rastro de que había hablado Eomer y que bajaba de las mesetas del Este.

Aragorn desmontó y examinó el suelo; en seguida, volviendo a montar de un salto, cabalgó un tiempo hacia el este, manteniéndose a un lado y evitando pisar el rastro. Luego se apeó otra vez y escudriñó el terreno adelante y atrás.

-Hay poco que descubrir -dijo al volver-. El rastro principal está todo confundido con las huellas de los jinetes que venían de vuelta; de ida pasaron sin duda más cerca del río. Pero el rastro que va hacia el este es reciente y claro. No hay huellas de pies en la otra dirección, hacia el Anduin. Cabalgaremos ahora más lentamente asegurándonos de que no haya rastros de otras huellas a los lados. Los oreos tienen que haberse dado cuenta aquí de que los seguían; quizás intentaron llevarse lejos a los cautivos antes que les diéramos alcance.

Mientras se adelantaban cabalgando, el día se nubló. Unas nubes grises y bajas vinieron de la Meseta. Una niebla amortajó el sol. Las laderas arboladas de Fangorn se elevaron, oscureciéndose a medida que *el* sol descendía. No vieron signos de ninguna huella a la derecha o a la izquierda, pero de vez en cuando encontraban el cadáver de un orco, que había caído en plena carrera y que ahora yacía con unas flechas de penacho gris clavadas en la espalda o la garganta.

Al fin, cuando el sol declinaba, llegaron a los lindes del bosque y en un claro que se abría entre los primeros árboles encontraron los restos de una gran hoguera: las cenizas estaban todavía calientes y humeaban. Al lado había una gran pila de cascos y cotas de malla, escudos hendidos y espadas rotas, arcos y dardos y otros instrumentos de guerra y sobre la pila una gran cabeza empalada: la *insignia blanca podía verse aún en el casco* destrozado. Más allá, no lejos del río, que fluía saliendo del bosque, había un montículo. Lo habían levantado recientemente: la tierra desnuda estaba recubierto de terrones con hierba y alrededor habían clavado quince lanzas.

Aragorn y sus compañeros inspeccionaron todos los rincones del campo de batalla, pero la luz disminuía y pronto cayó la noche, oscura y neblinosa. No habían encontrado aún ningún rastro de Merry y Pippin.

-Más no podemos hacer -dijo Gimli tristemente-. Hemos tropezado con muchos enigmas desde que llegamos a Tol Brandir, pero este es el más difícil de descifrar. Apostaría a que los huesos quemados de los hobbits están mezclados con los de los orcos. Malas noticias para Frodo, si llega a *enterarse* un día, y malas *también para el vicio* hobbit que espera en Rivendel. Elrond se oponía a que vinieran.

-Gandalf no -dijo Legolas.

-Pero Gandalf eligió venir él mismo y fue el primero que se perdió -respondió Gimli-. No alcanzó a ver bastante lejos.

-El consejo de Gandalf no se fundaba en la posible seguridad de él mismo o de los otros -intervino Aragorn-. De ciertas empresas podría decirse que es mejor emprenderlas que rechazarlas, aunque el fin se anuncie sombrío. Pero no dejaré todavía este lugar. En todo caso hemos de esperar aquí la luz de la mañana.

Acamparon poco más allá del campo de batalla bajo un árbol frondoso: parecía un castaño y sin embargo tenía aún las hojas anchas y ocres del año anterior, como manos secas que mostraban los largos dedos; murmuraban tristemente en el viento de la noche.

Gimli tuvo un escalofrío. Habían traído sólo una manta para cada uno.

-Encendamos un fuego -dijo-. El peligro ya no me importa. Que los orcos vengan apretados como falenas de verano alrededor de una vela.

-Si esos desgraciados hobbits se han perdido en el bosque quizás este fuego los atraiga.

-Y quizás atraiga también a otras cosas que no serían ni orcos ni hobbits -dijo Aragorn-. Estamos cerca de las montañas del traidor Saruman y también en los lindes mismos de Fangorn y dicen que es peligroso tocar los árboles de ese bosque.

-Pero los Rohirrim hicieron una gran hoguera aquí ayer mismo -dijo Gimli- y derribaron árboles para el fuego, como puede verse. Y sin embargo pasaron aquí la noche sin que nada los molestara, una vez concluido el trabajo.

-Eran muchos -dijo Aragorn- y no prestan atención a la cólera de Fangorn, pues vienen por aquí raras veces y no se internan entre los árboles. Pero es posible que nuestros caminos nos lleven al corazón del bosque. De modo que cuidado. No cortéis ninguna madera viva.

-No es necesario -dijo Gimli-. Los jinetes han dejado muchas ramas cortadas y hay madera muerta de sobra. -Fue a juntar leña y luego se ocupó en preparar y encender un fuego, pero Aragorn se quedó sentado y en silencio, ensimismado, la espalda apoyada contra el tronco corpulento. Mientras, Legolas, de pie en el claro, miraba hacia las sombras profundas del bosque, inclinado hacia adelante, como escuchando unas voces que llamaban desde lejos.

Cuando el enano hubo obtenido una pequeña llamarada brillante, los tres compañeros se sentaron alrededor, ocultando la luz con las formas encapuchadas. Legolas alzó los ojos hacia las ramas del árbol que se extendían sobre ellos.

-¡Mirad! -dijo-. El árbol está contento con el fuego.

Quizá las sombras danzantes les engañaban los ojos, pero cada uno de los compañeros tuvo la impresión de que las ramas se inclinaban a un lado y a otro poniéndose encima del fuego, mientras que las ramas superiores se doblaban hacia abajo; las hojas pardas estaban tiesas ahora y se frotaban unas contra otras como manos frías y envejecidas que buscaban el consuelo de las llamas.

De pronto hubo un silencio entre ellos, pues el bosque oscuro y *desconocido*, tan al alcance de la mano, era ahora como una gran presencia meditativa, animada por secretos propósitos. Al cabo de un rato, Legolas habló otra vez.

-Celeborn nos advirtió que no nos internásemos demasiado en Fangorn -dijo-. ¿Sabes tú por qué, Aragorn? ¿Qué son esos cuentos del bosque de que hablaba Boromir?

-He oído muchas historias en Gondor y en otras partes -dijo Aragorn-, pero si no fuese por las palabras de Celeborn yo diría que son meras fábulas, que los hombres inventan cuando los recuerdos empiezan a *borrarse*.

»Yo había pensado preguntarte si tú sabías la verdad. Y si un Elfo de los Bosques no lo sabe, ¿qué podrá responder un hombre?

-Tú has viajado más lejos que yo -dijo Legolas-. No he oído nada *parecido* en mi propia tierra, excepto unas canciones que dicen cómo los Onodrirn, que los hombres llaman Ents, moraban aquí hace tiempo, pues Fangorn es viejo, muy viejo, aun para las medidas élficas.

-Sí, es viejo, tan viejo como el bosque de las Quebradas de los Túmulos, y mucho más extenso. Elrond dice que están emparentados y son las últimas plazas fuertes de los bosques de los Días Antiguos, cuando los Primeros Nacidos ya iban de un lado a otro, mientras los Hombres dormían aún. Sin embargo Fangorn tiene un secreto propio. Qué secreto es ése, no lo sé.

-Y yo no quiero saberlo -dijo Gimli-. ¡Que mi paso no perturbe a ninguno de los moradores de Fangorn!

Tiraron a suerte los turnos de guardia y la primera velada le tocó a Gimli. Los otros se tendieron en el suelo. Casi en seguida se quedaron dormidos.

-Gimli -dijo Aragorn, soñoliento-. No lo olvides: cortar una rama o una ramita de un árbol vivo de Fangorn es peligroso. Pero no te alejes buscando madera muerta. ¡Antes deja que el fuego se apague! ¡Llámame si me necesitas!

Dicho esto, se durmió. Legolas ya no se movía; las manos hermosas cruzadas sobre el pecho, los ojos abiertos, unía la noche viviente al sueño profundo, como es costumbre entre los elfos. Gimli se sentó en cuclillas junto a la hoguera, pensativo, pasando el pulgar por el filo del hacha. El árbol susurraba. No se oía ningún otro sonido.

De pronto Gimli alzó la cabeza y allí al borde mismo del resplandor del fuego, vio la figura encorvado de un anciano, un hombre apoyado en un bastón y envuelto en una capa amplia; un sombrero de ala ancha le ocultaba los ojos, Gimli dio un salto, *demasiado sorprendido para* gritar, aunque pensó en seguida que Saruman los había atrapado. El movimiento brusco había despertado a Aragorn y Legolas, que ya estaban sentados, los ojos muy abiertos. El anciano no habló ni hizo ningún ademán.

-Bueno, abuelo, ¿qué podemos hacer por ti? -dijo Aragorn, poniéndose de pie-. Acércate y caliéntate, si tienes frío.

Dio un paso adelante, pero el anciano ya no estaba allí. No había ninguna huella de él en las cercanías y no se atrevieron a ir muy lejos. La luna se había puesto y la noche era muy oscura.

De pronto Legolas lanzó un grito. -¡Los caballos! ¡Los caballos!

Los caballos habían desaparecido, llevándose las estacas a la rastra. Durante un tiempo los tres compañeros se quedaron quietos y en silencio, perturbados por este nuevo y desafortunado incidente. Estaban en los lindes de Fangorn, e innumerables leguas los separaban ahora de los Hombres de Rohan, únicas gentes en quienes podían confiar en aquellas tierras vastas y peligrosas. Mientras estaban así, creyeron oír, lejos en la noche,

los relinchos de unos caballos. Luego el silencio reinó otra vez, interrumpido sólo por el susurro frío del viento.

-Bueno, se han ido -dijo Aragorn al fin-. No podemos encontrarlos o darles caza; de modo que si no vuelven ellos solos, tendremos que seguir como podamos. Partimos a pie y continuaremos a pie.

-Pobres pies -dijo Gimli-. Pero no podemos comernos los pies y caminar al mismo tiempo.

Echó un poco de leña al fuego y se dejó caer a un lado.

-Hace aún pocas horas no querías montar un caballo de Rohan -dijo Legolas riendo-. Todavía llegarás a ser un verdadero jinete.

-No parece muy probable que yo tenga esa oportunidad -dijo Gimli y un momento después añadió-: Si queréis saber lo que pienso, creo que el viejo era Saruman. ¿Quién si no? Recordad las palabras de Eomer: Anda de un lado a otro como un viejo encapuchado y envuelto en una capa. Así nos dijo. Se llevó los caballos, o los espantó y aquí estamos ahora. Las dificultades no terminaron aún, no olvidéis mis palabras.

-No las olvidaré -dijo Aragorn-, pero no olvido tampoco que el viejo tenía un sombrero y no una capucha. No pienso sin embargo que no tengas razón y que aquí no corramos peligro, de día o de noche. Pero por el momento nada podemos hacer, excepto descansar, mientras sea posible. Yo velaré ahora un rato, Gimli. Tengo más necesidad de pensar que de dormir.

La noche pasó lentamente. Legolas reemplazó a Aragorn y Gimli reemplazó a Legolas y las guardias concluyeron. Pero no ocurrió nada. El anciano no volvió a aparecer y los caballos no regresaron.

LOS URUK-HAI

Pippin se debatía en una oscura pesadilla: creía oír su propia vocecita que resonaba en unos *túneles oscuros llamando: ¡Frodo! ¡Frodo!* Pero en vez de Frodo las caras horribles de centenares de orcos lo miraban desde las sombras haciendo muecas y centenares de brazos horribles se extendían hacia él. ¿Dónde estaba Merry?

Despertó. Un aire frío le soplaban en la cara. Caía la noche y el cielo se oscurecía en el cenit. Dio media vuelta y descubrió que el sueño era poco peor que el despertar. Tenía las manos, las piernas y los tobillos atados con cuerdas. Junto a él yacía Merry, pálido, la frente envuelta en un trapo sucio. Todo alrededor, sentados o de pie, había muchos orcos.

Lentamente la memoria se fue aclarando en la cabeza dolorida de Pippin y salió de las sombras del sueño. Por supuesto: él y Merry habían huido a los bosques. ¿Qué les había ocurrido? ¿Por qué habían escapado así sin ocuparse del viejo Trancos? Habían corrido lejos, dando gritos; no alcanzaba a *recordar* ni la distancia ni *el tiempo*; y *de pronto* habían tropezado con un grupo de orcos: estaban de pie, escuchando y al parecer no habían visto a Merry y Pippin hasta que casi los tuvieron encima. Se pusieron a aullar entonces y docenas de otras bestias salieron de *entre los árboles*. Merry y él habían echado mano a las espadas, pero los orcos no querían luchar y sólo intentaron apoderarse de ellos, aun cuando Merry ya había cortado muchos brazos y manos. Buen viejo Merry.

En seguida llegó Boromir, saltando entre los árboles. Los obligó a combatir. Mató a muchos y el resto escapó. Pero aún no se habían alejado en el camino de vuelta cuando un centenar de orcos los atacó otra vez. Algunos eran muy corpulentos y lanzaban lluvias de flechas, siempre contra Boromir. Boromir tocó el gran cuerno, hasta que los sonidos *estremecieron* el bosque, pero cuando no llegó otra *respuesta* que los ecos, los orcos atacaron con más fiereza. Pippin no recordaba mucho más. La última imagen era la figura de Boromir apoyada contra un árbol, quitándose una flecha; luego la oscuridad cayó de súbito.

-Supongo que me golpearon la cabeza -se dijo a sí mismo-. Me pregunto si la herida de Merry será grave. ¿Qué le pasó a Boromir? ¿Por qué los orcos no nos mataron? ¿Dónde estamos y a dónde vamos?

No encontraba respuestas. Hacía frío y se sentía enfermo.

«Ojalá Gandalf no hubiera convencido a Elrond de que nos dejara venir», pensó. ¿Qué he hecho de bueno? He sido sólo una molestia, un pasajero, un bulto de equipaje. Ahora me han robado y soy sólo un bulto de equipaje para los orcos. Espero que Trancos o algún otro vengan a rescatarnos. ¿Pero puedo tener esperanzas? ¿No se malograrán todos los planes? Ah, cómo quisiera escapar.

Luchó un rato en vano, tratando de librarse de las ligaduras. Uno de los orcos, sentado no muy lejos, se rió y le dijo algo a un compañero en aquella lengua abominable.

-¡Descansa mientras puedas, tontito! -dijo en seguida en la Lengua Común, que le pareció entonces a Pippin tan espantosa como el lenguaje de los orcos -. ¡Descansa mientras puedas! Pronto encontrarás en qué utilizar tus piernas. Desearás no haberlas tenido nunca, antes que lleguemos a destino.

-Si por mí fuera, querrías morir ahora mismo -dijo el otro-. Te haría chillar, rata miserable. -Se inclinó sobre Pippin acercándole a la cara las garras amarillas, blandiendo un puñal negro de larga hoja mellada.- Quédate tranquilo, o te haré cosquillas con esto -siseó-. No llames la atención, pues yo podría olvidar las órdenes que me han dado. ¡Malditos sean los Isengardos! *Uglúk u bagronk sha pushdug Saruman-glob búbbosh skai* -y el orco se lanzó a un largo y colérico discurso en su propia lengua que se perdió poco a poco en murmullos y ronquidos.

Aterrorizado, Pippin se quedó muy quieto, aunque las muñecas y los tobillos le dolían cada vez más y las piedras del suelo se le clavaban en la espalda. Para distraerse, escuchó con la mayor atención todo lo que podía oír. Muchas voces se alzaban alrededor y aunque en la lengua de los orcos había siempre un tono de odio y cólera, parecía evidente que había estallado alguna especie de pelea y que los ánimos se iban acalorando.

Pippin descubrió sorprendido que mucha de la charla era inteligible; algunos de los orcos estaban usando la Lengua Común. En apariencia había allí miembros de dos o tres tribus muy diferentes, que no entendían la lengua orca de los otros. La airada disputa tenía como tema el próximo paso: qué ruta tomar y qué hacer con los prisioneros.

-No hay tiempo para matarlos de un modo adecuado -dijo uno No hay tiempo para diversiones en este viaje.

-Es cierto -dijo otro-, ¿pero por qué no eliminarlos rápidamente y matarlos ahora? Son una maldita molestia y tenemos prisa. Se acerca la noche y hay que pensar en irse.

-Órdenes -dijo una tercera voz gruñendo roncamente-. Matadlos a todos, pero *no* a los medianos; los quiero vivos aquí y lo más pronto posible. Esas son las órdenes que tengo.

-¿Para qué los quiere? -preguntaron varias voces-. ¿Por qué vivos? ¿Son una buena diversión?

-No. He oído que uno de ellos tiene una cosa que se necesita para la Guerra, un artefacto élfico o algo parecido. En todo caso serán interrogados.

-¿Es todo lo que sabes? ¿Por qué no los registramos y descubrimos la verdad? Quizás encontremos algo que nos sirva a nosotros.

-Muy interesante observación -dijo una voz burlona, más dulce que las otras pero más malévola-. La incluiré en mi informe. Los prisioneros no serán registrados ni saqueados. Esas son las órdenes que *yo* tengo.

-Y también las mías -dijo la voz profunda-. Vivos y tal como fueran capturados; nada de pillajes. Así me lo ordenaron.

-¡Pero no a nosotros! -dijo una de las voces anteriores-. Hemos recorrido todo el camino desde las Minas para matar y vengar a los nuestros. Tengo ganas de matar y luego volver al norte.

-Pues bien, quédate con las ganas -dijo la voz ronca-. Yo soy Uglúk. Soy yo quien manda. Iré a Isengard por el camino más corto.

-¿Quién es el amo, Saruman o el Gran Ojo? -dijo la voz malévola-. Tenemos que volver en seguida a Lughúrz.

-Sería posible, si cruzáramos el Río Grande -dijo otra voz. Pero no somos bastante numerosos como para aventurarnos hasta los puentes.

-Yo crucé el Río Grande -dijo la voz malévola-. Un Nazgûl alado nos espera en el norte junto a la orilla oriental.

-¡Quizá, quizá! Y entonces tú te irás volando con los prisioneros y recibirás todas las pagas y los elogios en Lughúrz y dejarás que crucemos a pie el País de los Caballos. No,

tenemos que seguir juntos. Estas tierras son muy peligrosas: infestadas de traidores y bandidos.

-Sí, tenemos que seguir juntos -gruñó Uglúk-. No confío en ti, cerdito. Fuera del establo ya no tienes ningún coraje. Si no fuera por nosotros, ya habrías escapado. ¡Somos los combatientes Uruk-hai! Hemos abatido al Gran Guerrero. Hemos apresado a esos dos. Somos los sirvientes de Saruman el Sabio, la Mano Blanca: la mano que nos da de comer carne humana. Salimos de Isengard y trajimos aquí la tropa y volveremos por el camino que nosotros decidamos. Soy Uglúk. He dicho.

-Has dicho demasiado, Uglúk -se burló la voz malévola-. Me pregunto qué pensarán en Lugbúrz. Quizá piensen que los hombros de Uglúk necesitan que se les quite el peso de una cabeza inflada. Quizá pregunten de dónde sacaste esas raras ideas. ¿De Saruman quizá? ¿Quién se cree, volando por cuenta propia y envuelto en sucios trapos blancos? Estarán de acuerdo conmigo, Grishnákh, el mensajero de confianza; y yo, Grishnákh, digo: Saruman es un idiota, sucio y traidor. Pero el Gran Ojo no lo deja en paz. ¿Cerdo, dijiste? ¿Qué pensáis vosotros? Los lacayos de un mago insignificante dicen que sois unos cerdos. Apuesto a que se alimentan de carne de orco.

Unos alaridos feroces en lengua orca fueron la respuesta y se oyó el ruido metálico de las armas desenvainadas. Pippin se volvió con precaución esperando ver qué ocurría. Los guardias se habían alejado para unirse a la pelea. Alcanzó a ver en la penumbra un orco grande y negro, Uglúk sin duda, que enfrentaba a Grishnákh, una criatura de talla corta y maciza y con unos largos brazos que casi le llegaban al suelo. Alrededor había otros monstruos más pequeños. Pippin supuso que éstos eran los que venían del norte. Habían desenvainado los cuchillos y las espadas, pero no se atrevían a atacar a Uglúk.

Uglúk dio un grito y otros orcos casi tan grandes como él aparecieron corriendo. En seguida, sin ningún aviso, Uglúk saltó hacia adelante, lanzó dos golpes rápidos y las cabezas de dos orcos rodaron por el suelo. Grishnákh se apartó y desapareció en las sombras. Los otros se amilanaron y uno de ellos retrocedió de espaldas y cayó sobre el cuerpo tendido de Merry. Quizás esto le salvó la vida, pues los seguidores de Uglúk saltaron por encima de él y derribaron a otro con las espadas de hoja ancha. La víctima era el guardián de garras amarillas. El cuerpo le cayó encima a Pippin, la mano del orco empuñando todavía aquel largo cuchillo mellado.

-¡Dejad las armas! -gritó Uglúk-. ¡Y basta de tonterías! De aquí iremos directamente al oeste y escaleras abajo. De allí directamente a las quebradas y luego a lo largo del río hasta el bosque. Y marcharemos día y noche. ¿Está claro?

-Bien -se dijo Pippin-, si esa horrible criatura tarda un poco en dominar a la tropa, tengo alguna posibilidad.

Había vislumbrado un rayo de esperanza. El filo del cuchillo negro le había desgarrado el brazo y se le había deslizado casi hasta la muñeca. La sangre le corría ahora por la mano, pero sentía también el contacto del acero frío.

Los orcos se estaban preparando para partir, pero algunos de los del norte se resistían aún y los Isengardos tuvieron que abatir a otros dos antes de dominar al resto. Hubo muchas maldiciones y confusión. Durante un momento nadie vigiló a Pippin. Tenía las piernas bien atadas, pero los brazos estaban sujetos sólo en las muñecas, con las manos delante de él. Podía mover las dos manos juntas, aunque las cuerdas se le incrustaban cruelmente en la carne. Empujó al orco muerto a un lado y casi sin atreverse a respirar movió la atadura de las muñecas arriba y abajo sobre la hoja del cuchillo. La hoja era afilada y la mano del cadáver la sostenía con firmeza. ¡La cuerda estaba cortada! Pippin la

tomó rápidamente entre los dedos, hizo un flojo brazaletes de dos vueltas y metió las manos dentro. Luego se quedó muy quieto.

-¡Traed los prisioneros! -gritó Uglúk-. ¡Y nada de trampas! Si no están vivos a nuestro regreso, algún otro morirá también.

Un orco alzó a Pippin como un saco, le puso la cabeza entre las manos atadas y tomándolo por los brazos tiró hacia abajo. La cara de Pippin se aplastó contra el cuello del orco, que partió traqueando. Otro dispuso de Merry de modo similar. Las garras apretaban los brazos de Pippin como un par de tenazas y las uñas se le clavaban en la carne. Cerró los ojos y se deslizó de nuevo a un mundo de pesadillas malignas.

De pronto lo arrojaron otra vez a un suelo pedregoso. Era el principio de la noche, pero la luna delgada descendía ya en el oeste. Estaban al borde de un precipicio que parecía mirar a un océano de nieblas pálidas. Se oía el sonido de una cascada próxima.

-Los exploradores han vuelto al fin -dijo *un orco* que andaba cerca.

-Bueno, ¿qué descubriste? -gruñó la voz de Uglúk.

-Sólo un jinete solitario, e iba hacia el oeste. El camino está libre, por ahora.

-Sí, por ahora. ¿Pero durante, cuánto tiempo? ¡Idiotas! Teníais que haberlo matado. Dará la alarma. Esos malditos criadores de caballos sabrán de nosotros cuando llegue la mañana. Ahora habrá que redoblar el paso.

Una sombra se inclinó sobre Pippin. Era Uglúk.

-¡Siéntate! -dijo el orco-. Mis compañeros están cansados de cargarte de aquí para allá. Vamos a bajar y tendrás que servirte de tus piernas. No te resistas ahora. No grites y no intentes escapar. Haríamos un escarmiento que no te gustaría, aunque el Señor aún podría sacarte algún provecho.

Cortó los lazos de cuero que sujetaban las piernas y tobillos de Pippin, lo tomó por los cabellos y lo puso de pie. Pippin cayó al suelo y Uglúk lo levantó sosteniéndolo por los cabellos otra vez. Algunos *orc*os se rieron. Uglúk le metió un frasco entre los dientes y le echó un líquido ardiente en la garganta. Pippin sintió un calor arrebatao que le abrasaba el cuerpo. El dolor de las piernas y los tobillos se desvaneció. Podía tenerse en pie.

-¡Ahora el otro! -dijo Uglúk.

Pippin vio que el orco se acercaba a Merry, tendido allí cerca, y que lo pateaba. Merry se quejó. Uglúk lo obligó a sentarse y le arrancó el vendaje de la cabeza. Luego le untó la herida con una sustancia oscura que sacó de una cajita de madera. Merry gritó y se debatió furiosamente.

Los orcos batieron las manos y se burlaron.

-No quiere tomarse la medicina -rieron-. No sabe lo que es bueno para él. ¡Ja! Cómo nos divertiremos más tarde.

Pero por el momento Uglúk no estaba con ánimo de diversiones. Le *corría prisa* y no era ocasión de discutir con quienes lo seguían de mala gana. Estaba curando a Merry al modo de los orcos y el tratamiento parecía eficaz. Cuando consiguió de viva fuerza que el hobbit tragara el contenido del frasco, le cortó las ataduras de las piernas y tironeó de él hasta ponerlo de pie. Merry se enderezó, pálido pero alerta y desafiante. La herida de la frente no le molestaba, aunque le dejó una cicatriz oscura para toda la vida.

-¡Hola, Pippin! -dijo-. ¿Así que tú también vendrás en esta pequeña expedición? ¿Dónde encontraremos una cama y un desayuno?

-Atención -dijo Uglúk-. Nada de charlas. Cualquier dificultad será denunciada en el otro extremo, y Él sabrá seguramente cómo pagaros. Tendréis cama y desayuno, más de lo que vuestros estómagos pueden recibir.

La banda de orcos comenzó a descender por una cañada estrecha que llevaba a la llanura brumosa. Merry y Pippin caminaban con ellos, separados por una docena o más de orcos. Abajo encontraron un suelo de hierbas y los hobbits se sintieron algo más animados.

-¡Ahora en línea recta! -gritó Uglúk-. Hacia el oeste y un poco al norte. Seguid a Lugdush.

-¿Pero qué haremos a la salida del sol? -dijo alguno de los norteños.

-Seguiremos corriendo -dijo Uglúk-. ¿Qué pretendes? ¿Sentarte en la hierba y esperar a que los Pálidos vengan a la fiesta?

-Pero no podemos correr a la luz del sol.

-Correrás y yo iré detrás vigilándote -dijo Uglúk-. ¡Corred! O nunca volveréis a ver vuestras queridas madrigueras. ¿De qué sirve una tropa de gusanos de montaña entrenados a medias? ¡Por la Mano Blanca! ¡Corred, maldición! ¡Corred mientras dure la noche!

Toda la compañía echó a correr entonces a los saltos, con las largas zancadas de los orcos y en desorden. Se empujaban, se daban codazos y maldecían; sin embargo avanzaban muy rápidamente. Cada uno de los hobbits iba vigilado por tres orcos; Pippin corría entre los rezagados, casi cerrando la columna. Se preguntaba cuánto tiempo podría seguir a este paso; no había comido desde la mañana. Uno de los guardias blandía un látigo. Pero por ahora el licor de los orcos le calentaba todavía el cuerpo y de algún modo le había despejado la mente.

Una y otra vez, una imagen espontánea se le presentaba de pronto: la cara atenta de Trancos que se inclinaba sobre una senda oscura y corría, corría detrás. ¿Pero qué podría ver aun un montaraz excepto un rastro confuso de pisadas de orcos? Las pequeñas señales que dejaban Merry y él mismo desaparecían bajo las huellas de los zapatos de hierro, delante, atrás y alrededor.

Habían avanzado poco más de una milla cuando el terreno descendió a una amplia depresión llana, de suelo blando- y húmedo. La bruma se demoraba allí, brillando pálidamente a los últimos rayos de una luna delgada. Las formas de los primeros orcos se hicieron más oscuras.

-¡Atención! ¡No tan rápido ahora! -gritó Uglúk a retaguardia.

Una idea se le ocurrió de pronto a Pippin, que no titubeó. Se apartó bruscamente a la derecha y librándose de la mano del guardia, se hundió de cabeza en la bruma; cayó de bruces sobre la hierba, con las piernas y los brazos abiertos.

- ¡Alto! -aulló Uglúk.

Durante un momento hubo mucho ruido y confusión. Pippin se levantó de un salto y echó a correr. Pero los orcos fueron detrás. Algunos aparecieron de pronto delante de él.

-No podré escapar -se dijo Pippin-. Pero quizá deje unas huellas nítidas en este suelo húmedo. -Se tanteó el cuello con las manos atadas y desprendió el broche que le sujetaba la capa. En el momento en que unos brazos largos y unas garras duras lo alzaban en vilo, soltó el broche.- Supongo que ahí se quedará hasta el fin de los tiempos -pensó-. No sé por qué lo hice. Si los otros escaparon, lo más probable es que hayan ido con Frodo.

La cola de un látigo se le enredó en las piernas y ahogó un grito.

-¡Basta! -gritó Uglúk, acercándose de prisa-. Todavía tiene mucho que correr. ¡Que los dos corran! Recurrid al látigo sólo para que no lo olviden. -Y en seguida añadió, volviéndose a Pippin: - Pero eso no es todo. No lo olvidaré. La pena sólo ha sido postergada. ¡Adelante!

Ni Pippin ni Merry conservaron muchos recuerdos de la última parte del viaje. Los malos sueños y los malos despertares se confundieron en un largo túnel de *miserias; las esperanzas iban quedando atrás*, cada vez más débiles. Corrieron, corrieron, aunque se les doblaban las piernas, azotados de vez en cuando por una mano cruel y hábil. Si se detenían o trastabillaban, los levantaban y los arrastraban un rato.

El calor de la bebida orca se había desvanecido. Pippin se sentía otra vez helado y enfermo. De repente cayó de bruces sobre la hierba. Unas manos duras de uñas afiladas lo tomaron y lo alzaron. Lo cargaron como un saco una vez más y le pareció que la oscuridad crecía alrededor. No podía decir si era aquella la oscuridad de otra noche o si se estaba quedando ciego.

De pronto creyó oír unas voces que llamaban: parecía que muchos de los orcos querían detenerse un momento; Uglúk gritaba. Sintió que lo arrojaban al suelo y se quedó allí tendido, hasta que unas pesadillas negras *cayeron sobre él. Pero no escapó mucho tiempo al dolor; las tenazas de hierro de unas manos implacables lo aferraron otra vez.* Durante un largo rato lo empujaron y lo sacudieron y luego la oscuridad fue cediendo lentamente, y así volvió al mundo de la vigilia y descubrió que era de mañana. Se oyeron unas órdenes y lo echaron sobre la hierba.

Se quedó allí un momento, luchando con la desesperación. La cabeza le daba vueltas, pero por el calor que sentía en el cuerpo supuso que le habían dado otro trago de licor. Un orco se inclinó sobre él y le echó un poco de pan y una tira de carne seca. Devoró ávidamente el pan grisáceo y rancio, pero no tocó la carne. Se sentía hambriento, aunque no tanto como para comer la carne que le daba un orco, la carne de quién sabe qué criatura.

Se sentó y miró alrededor. Merry no estaba muy lejos. Habían acampado a orillas de un río angosto y rápido. Enfrente se elevaban unas montañas: en una de las cimas se reflejaban ya los primeros rayos del sol. En las faldas más bajas de adelante se extendía la mancha oscura de un bosque.

Había muchos gritos y discusiones entre los orcos; parecía que en cualquier momento iba a estallar otra pelea entre los del Norte y los Isengardos. Algunos señalaban el sur detrás de ellos y otros el este.

-Muy bien -dijo Uglúk-. ¡Dejádmelos a mí entonces! Nada de darles muerte, como dije antes; pero si queréis abandonar lo que hemos venido a buscar desde tan lejos, abandonadlo. Yo lo cuidaré. Dejad que los aguerridos Uruk-hai hagan el trabajo, como de costumbre. Si tenéis miedo de los Pálidos, ¡corred! ¡Corred! Allí está el bosque -gritó, señalando adelante-. Id hasta allí, es vuestra mayor esperanza. Rápido, antes que yo derribe unas cabezas más para poner un poco de sentido común en el resto.

Se oyeron unos juramentos y un ruido de cuerpos que se empujaban unos a otros y luego la mayoría de los norteños se separó de los otros y echó a correr, un centenar de ellos, atropellándose en desorden a lo largo del río, hacia las montañas. Los hobbits quedaron con los Isengardos: una tropa sombría y siniestra de por lo menos ochenta orcos corpulentos de tez morena, ojos oblicuos, que llevaban grandes arcos y unas espadas cortas y de hoja ancha.

-Y ahora nos ocuparemos de ese Grishnákh -dijo Uglúk, pero algunos orcos miraban al sur y parecían inquietos-. Sí -continuó con un gruñido-, esos malditos palafreneros han venido detrás de nosotros. Pero la culpa es toda tuya, Snaga. A ti y los otros exploradores habría que arrancarles las orejas. Pero somos los combatientes. Todavía tendremos un festín de carne de caballo, o de algo mejor.

En ese momento Pippin vio por qué algunos orcos habían estado señalando el este. De allí llegaban ahora unos gritos roncros. Grishnákh reapareció y detrás una veintena de otros como él: orcos patizambos de brazos largos. Llevaban un ojo rojo pintado en los escudos. Uglúk se adelantó a recibirlos.

-¿De modo que has vuelto? -dijo-. Lo pensaste mejor, ¿eh?

-He vuelto a ver cómo se cumplen las órdenes y se protege a los prisioneros -dijo Grishnákh.

-¿De veras? -dijo Uglúk-. Un trabajo inútil. Yo cuidaré de que las órdenes se cumplan. ¿Y para qué otra cosa volviste? Viniste rápido. ¿Olvidaste algo?

-Olvidé a un idiota -gruñó Grishnákh-. Pero hay aquí gente de coraje acompañándolo y sería una lástima que se perdiera. Sé que tú los meterías en dificultades. He venido a ayudarlos.

-¡Espléndido! -rió Uglúk -. Pero si eres débil y escapas al combate, has equivocado el camino. Tu ruta es la de Lugbúrz. Los Pálidos se acercan. ¿Qué le ha ocurrido a tu precioso Nazgûl? ¿Monta todavía un caballo muerto? Pero si lo has traído contigo quizá nos sea útil, si esos Nazgûl son todo lo que se cuenta.

-Nazgûl, Nazgûl -dijo Grishnákh, estremeciéndose y pasándose la lengua por los labios, como si la palabra tuviera un mal sabor, desagradable-. Hablas de algo que tus sueños cenagosos no alcanzan a concebir, Uglúk -dijo-. ¡Nazgûl! ¡Ah! ¡Todo lo que se cuenta! Un día desearás no haberlo dicho. ¡Mono! -gruñó fieramente-. Ignoras que son las niñas del Gran Ojo. Pero los Nazgûl alados: todavía no, todavía no. El no dejará que se muestren por ahora más allá del Río Grande, no demasiado pronto. Se los reserva para la Guerra... y otros propósitos.

-Pareces saber mucho -dijo Uglúk-. Más de lo que te conviene, pienso. Quizá la gente de Lugbúrz se pregunte cómo y por qué. Pero entretanto los Uruk-hai de Isengard pueden hacer el trabajo sucio, como de costumbre. ¡No te quedes ahí babeando! ¡Reúne a tu gentuza! Los otros cerdos escaparon al bosque. Será mejor que vayas detrás. No regresarás con vida al Río Grande. ¡De prisa! ¡Ahora mismo! Iré pisándote los talones.

Los Isengardos tomaron de nuevo a Merry y a Pippin y se los echaron a la espalda. Luego la tropa se puso en camino. Corrieron durante horas, deteniéndose de cuando en cuando sólo para que otros orcos cargaran a los hobbits. Ya porque eran más rápidos y más resistentes, o quizás obedeciendo a algún plan de Grishnákh, los Isengardos fueron adelantándose a los orcos de Mordor y la gente de Grishnákh se agrupó en la retaguardia. Pronto se aproximaron también a los norteños que iban delante. Se acercaban ya al bosque.

Pippin sentía el cuerpo magullado y lacerado, y la mandíbula repugnante y la oreja peluda del orco le raspaban la cabeza dolorida. Enfrente había espaldas dobladas y piernas gruesas y macizas que bajaban y subían y bajaban y subían sin descanso, como si fueran de alambre y cuerno, marcando los segundos de pesadilla de un tiempo interminable.

Por la tarde la tropa de Uglúk rebasó las líneas de los norteños. Se tambaleaban ahora a la luz del sol brillante, que en verdad no era sino un sol de invierno en un cielo pálido y frío; iban con las cabezas bajas y las lenguas fuera.

-¡Larvas! -se burlaron los Isengardos-. Estáis cocinados. Los Pálidos os alcanzarán y os comerán. ¡Ya vienen!

Un grito de Grishnákh mostró que no se trataba de una broma. En efecto, unos hombres a caballo, que venían a todo correr, habían sido avistados detrás y a lo lejos, e iban ganando terreno a los orcos, como una marea que avanza sobre una playa, acercándose a unas gentes que se han extraviado en un tembladeral.

Los Isengardos se adelantaron con un paso redoblado que asombró a Pippin, como si cubrieran ahora los últimos tramos de una carrera desenfrenada. Luego vio que el sol estaba poniéndose, cayendo detrás de las Montañas Nubladas; las sombras se extendían sobre la tierra. Los soldados de Mordor alzaron las cabezas y también ellos aceleraron el paso. El bosque sombrío estaba cerca, ya habían dejado atrás unos pocos árboles aislados. El terreno comenzó a elevarse cada vez más abrupto, pero los orcos no dejaron de correr. Uglúk y Grishnákh gritaban exigiéndoles un último esfuerzo.

«Todavía lo conseguirán. Van a escaparse» -se dijo Pippin y torciendo el pescuezo miró con un ojo por encima del hombro. Allá a lo lejos en el este vio que los jinetes ya habían alcanzado las líneas de los orcos, galopando en la llanura. El sol poniente doraba las lanzas y los cascos y centelleaba sobre los pálidos cabellos flotantes. Estaban rodeando a los orcos, impidiendo que se dispersaran y obligándolos a seguir la línea del río.

Se preguntó con inquietud qué clase de gentes serían. Lamentaba ahora no haber aprendido más en Rivendel y no haber mirado con mayor atención los mapas y todo; pero en aquellos días los planes para el viaje parecían estar en manos más competentes, y nunca se le había ocurrido que podían separarlo de Gandalf, o de Trancos, o aun de Frodo. Todo lo que podía recordar de Rohan era que el caballo de Gandalf, Sombragris, había venido de aquellas tierras. Esto parecía alentador, dentro de ciertos límites.

-¿Cómo podría saber que no somos orcos? -se dijo-. No creo que aquí hayan oído hablar de hobbits alguna vez. Tendría que regocijarme, supongo, de que quizá los orcos sean destruidos, pero preferiría salvarme yo. -Lo más probable era que él y Merry murieran junto con los orcos antes que los Hombres de Rohan repararan en ellos.

Unos pocos de los jinetes parecían ser arqueros, capaces de disparar hábilmente desde un caballo a la carrera. Acercándose rápidamente descargaron una lluvia de flechas sobre los orcos de la desbandada retaguardia y algunos cayeron; en seguida los jinetes dieron media vuelta poniéndose fuera del alcance de los arcos enemigos; los orcos disparaban las flechas de cualquier modo, pues no se atrevían a detenerse. Esto ocurrió una vez y otra y en una ocasión las flechas cayeron entre los Isengardos. Uno de ellos, justo frente a Pippin, rodó por el suelo y ya no se levantó.

Llegó la noche y los jinetes no habían vuelto a acercarse. Muchos orcos habían caído, pero aún quedaban no menos de doscientos. Ya oscurecía cuando los orcos llegaron a una loma. Los lindes del bosque estaban muy cerca, quizás a no más de doscientos metros, pero tuvieron que detenerse. Los jinetes los habían cercado. Un grupo pequeño desoyó las órdenes de Uglúk y corrió hacia el bosque: sólo tres volvieron.

-Bueno, aquí estamos -se burló Grishnákh-. ¡Excelente conducción! Espero que el gran Uglúk vuelva a guiarnos alguna otra vez.

-¡Bajen a los medianos! -ordenó Uglúk, sin prestar atención a Grishnákh-. Tú, Lugdush, toma otros dos y vigílalos. No hay que matarlos, a menos que esos inmundos Pálidos nos obliguen. ¿Entendéis? Mientras yo esté con vida quiero conservarlos. Pero no hay que dejar que griten, ni que escapen. ¡Atadles las piernas!

La última parte de la orden fue llevada a cabo sin misericordia. Pero Pippin descubrió que por primera vez estaba cerca de Merry. Los orcos hacían mucho ruido, gritando y entrechocando las armas, y los hobbits pudieron cambiar algunas palabras en voz baja.

-No tengo muchas esperanzas -dijo Merry-. Estoy agotado. No creas que pueda arrastrarme muy lejos, aun sin estas ataduras.

-¡*Lembas!* -susurró Pippin-. *Lembas*: tengo un poco. ¿Tienes tú? Creo que sólo nos sacaron las espadas.

-Sí, tengo un paquete en el bolsillo -le respondió Merry-. Pero ha de estar convertido en migas. De todos modos, ¡no puedo ponerme la boca en el bolsillo!

-No será necesario. Yo he... -pero en ese momento un feroz puntapié advirtió a Pippin que el ruido había cesado y que los guardias vigilaban.

La noche era fría y silenciosa. Todo alrededor de la elevación donde se habían agrupado los orcos, se alzaron unas pequeñas hogueras, rojas y doradas en la oscuridad, un círculo completo. Estaban allí a tiro de arco, pero los jinetes no eran visibles a contraluz y los orcos desperdiciaron muchas flechas disparando a los fuegos hasta que Uglúk los detuvo. Los jinetes no hacían ruido. Más tarde en la noche, cuando la luna salió de las nieblas, se les pudo ver de cuando en cuando: unas sombras oscuras que a veces la luz blanca iluminaba un momento mientras se movían en una ronda incesante.

-¡Están esperando a que salga el sol, malditos sean! -refunfuñó un guardia-. ¿Por qué no cargamos todos juntos sobre ellos y nos abrimos paso? ¡Qué piensa ese viejo Uglúk, quisiera saber!

-Claro que quisieras saberlo -gruñó Uglúk, avanzando por detrás -. Quieres decir que no pienso nada, ¿eh? ¡Maldito seas! No vales más que toda esa canalla: las larvas y los monos de Lugbúrz. De nada serviría intentar una carga con ellos. No harán otra cosa que chillar y dar saltos y hay bastantes de esos inmundos palafraneros para hacernos morder el polvo aquí mismo.

»Hay una sola cosa que puedan hacer estas larvas: tienen ojos que penetran como taladros en la oscuridad. Pero esos Pálidos ven mejor de noche que la mayoría de los hombres, he oído decir, ¡y no olvidemos los caballos! Pueden ver la brisa nocturna, se dice por ahí. Sin embargo, ¡aún hay algo que esos despabilados no saben! Las gentes de Mauhúr están en el bosque y se presentarán en cualquier momento.

Las palabras de Uglúk bastaron en apariencia para satisfacer a los Isengardos, aunque los otros orcos se mostraron a la vez desanimados y disconformes. Pusieron unos pocos centinelas, pero la mayoría se quedó tendida en el suelo, descansando en la agradable oscuridad. La noche había cerrado otra vez, pues la luna descendía al oeste envuelta en espesas nubes, y Pippin no distinguía nada más allá de un par de metros. Los fuegos no alcanzaban a iluminar la loma. Los jinetes, sin embargo, no se contentaron con esperar al alba, dejando que los enemigos descansasen. Un clamor repentino estalló en la falda este de la loma mostrando que algo andaba mal. Al parecer algunos hombres se habían

acercado a caballo y desmontando en silencio se habían arrastrado hasta los bordes del campamento. Allí mataron a varios orcos y se perdieron otra vez en las tinieblas. Uglúk corrió a prevenir una huida precipitada.

Pippin y Merry se enderezaron. Los guardias isengardos habían partido con Uglúk. Pero si los hobbits creyeron poder escapar, la esperanza les duró poco. Un brazo largo y velludo los tomó por el cuello y los juntó, arrastrándolos. Alcanzaron a ver la cabezota y la cara horrible de Grishnákh entre ellos. Sentían en las mejillas el aliento infecto del orco, que se puso a manosearlos y a palparlos. Pippin se estremeció cuando unos dedos duros y fríos le bajaron tanteando por la espalda.

-¡Bueno, mis pequeños! -dijo Grishnákh en un susurro sofocado ¿Disfrutando de un bonito descanso? ¿O no? No en muy buena posición, quizás; espadas y látigos de un lado y lanzas traicioneras del otro. Las gentes pequeñas no tendrían que meterse en asuntos demasiado grandes.

Los dedos de Grishnákh seguían tanteando. Tenía en los ojos una luz que era como un fuego, pálido pero ardiente.

La idea se le ocurrió de pronto a Pippin, como si le hubiera llegado directamente de los pensamientos que urgían al orco. «¡Grishnákh conoce la existencia del Anillo! Está buscándolo, mientras Uglúk se ocupa de otras cosas; es probable que lo quiera para él. » Pippin sintió un miedo helado en el corazón, pero preguntándose al mismo tiempo cómo podría utilizar en provecho propio el deseo de Grishnákh.

-No creo que ese sea el modo -murmuró-. No es fácil de encontrar.

-¿Encontrar? -dijo Grishnákh; los dedos dejaron de hurgar y se cerraron en el hombro de Pippin-. ¿Encontrar qué? ¿De qué estás hablando, pequeño?

Pippin calló un momento. Luego, de pronto, gorgoteó en la oscuridad: *gollum, gollum*.

-Nada, mi tesoro -añadió.

Los hobbits sintieron que los dedos se le crispaban a Grishnákh. -¡Oh ah! -siseó la criatura entre dientes-. Eso es lo que quieres decir, ¿eh? ¡Oh ah! Muy, pero muy peligroso, mis pequeños.

-Quizá -dijo Merry, atento ahora y advirtiendo la sospecha de Pippin-. Quizás y no sólo para nosotros. Claro que usted sabrá mejor de qué se trata. ¿Lo quiere, o no? ¿Y qué daría por él?

-¿Si yo lo quiero? ¿Si yo lo quiero? -dijo Grishnákh, como perplejo; pero le temblaban los brazos-. ¿Qué daría por él? ¿Qué queréis decir?

-Queremos decir -dijo Pippin eligiendo con cuidado las palabras que no es bueno tantear en la oscuridad. Podríamos ahorrarle tiempo y dificultades. Pero primero tendría que desatarnos las piernas, o no haremos nada, ni diremos nada.

-Mis queridos y tiernos tontitos -siseó Grishnákh-, todo lo que tenéis y todo lo que sabéis, se os sacará en el momento adecuado: ¡todo! Desearéis tener algo más que decir para contentar al Inquisidor; así será en verdad y muy pronto. No apresuraremos el interrogatorio. Claro que no. ¿Por qué pensáis que os perdonamos la vida? Mis pequeños amiguitos, creedme os lo ruego si os digo que no fue por bondad. Ni siquiera Uglúk habría caído en esa falta.

-No me cuesta nada creerlo -dijo Merry-. Pero aún no ha llevado la presa a destino. Y no parece que vaya a parar a las manos de usted, pase lo que pase. Si llegamos a Isengard no será el gran Grishnákh el beneficiario. Saruman tomará todo lo que pueda encontrar. Si quiere algo para usted, es el momento de hacer un trato.

Grishnákh empezó a perder la cabeza. El nombre de Saruman sobre todo parecía haberlo enfurecido. El tiempo pasaba y el alboroto estaba muriendo: Uglúk o los Isengardos volverían en cualquier instante.

-¿Lo tenéis aquí, o no? -gruñó el orco.

-¡*Gollum, gollurn!* -dijo Pippin.

-¡Desátanos las piernas! -dijo Merry.

Los brazos del orco se estremecieron con violencia.

-¡Maldito seas, gusanito sucio! -siseó-. ¿Desataros las piernas? Os desataré todas las fibras del cuerpo. ¿Creéis que yo no podría hurgaros las entrañas? ¿Hurgar digo? Os reduciré a lonjas palpitantes. No necesito la ayuda de vuestras piernas para sacaros de aquí, ¡y teneros para mí solo!

De pronto los alzó a los dos. La fuerza de los largos brazos y los hombros era aterradora. Se puso a los hobbits bajo los brazos y los apretó ferozmente contra las costillas; unas manos grandes y sofocantes les cerraron las bocas. Luego saltó hacia adelante, el cuerpo inclinado. Así se alejó, rápido y en silencio, hasta llegar al borde de la loma. Allí, eligiendo un espacio libre entre los centinelas, se internó en la noche como una sombra maligna, bajó por la pendiente y fue hacia el río que corría en el oeste saliendo del bosque. Allí se abría un claro amplio, con una sola hoguera.

Luego de haber cubierto una docena de metros, Grishnákh se detuvo, espiando y escuchando. No se veía ni se oía nada. Se arrastró lentamente, inclinado casi hasta el suelo. Luego se detuvo en cuclillas y escuchó otra vez. En seguida se incorporó, como si fuera a saltar. En ese momento la forma oscura de un jinete se alzó justo delante. Un caballo bufó y se encabritó. Un hombre llamó en voz alta.

Grishnákh se echó de bruces al suelo, arrastrando a los hobbits; luego sacó la espada. Había decidido evidentemente matar a los cautivos antes que permitirles escapar, o que los rescatasen, pero esto lo perdió. La espada resonó débilmente y brilló un poco a la luz de la hoguera que ardía a la izquierda. Una flecha salió silbando de la oscuridad; arrojada con habilidad, o guiada por el destino, le atravesó a Grishnákh la mano derecha. El orco dejó caer la espada y chilló. Se oyó un rápido golpeteo de cascos y en el mismo momento en que Grishnákh echaba a correr, lo atropelló un caballo y lo traspasó una lanza. Grishnákh lanzó un grito terrible y estremecido y ya no se movió.

Los hobbits estaban aún en el suelo, como Grishnákh los había dejado. Otro jinete acudió rápidamente. Ya fuese porque era capaz de ver en la oscuridad o por algún otro sentido, el caballo saltó y pasó con facilidad sobre ellos, pero el jinete no los vio. Los hobbits se quedaron allí tendidos, envueltos en los mantos élficos, por el momento demasiado aplastados, demasiado asustados para levantarse.

Al fin Merry se movió y susurró en voz baja:

-Todo bien hasta ahora, pero ¿cómo evitaremos nosotros que nos traspasen de parte a parte?

La respuesta llegó casi en seguida. Los gritos de Grishnákh habían alertado a los orcos. Por los aullidos y chillidos que venían de la loma, los hobbits dedujeron que los orcos estaban buscándolos; Uglúk sin duda cortaba en ese momento algunas cabezas más. Luego de pronto unas voces de orcos respondieron a los gritos desde la derecha, más allá del círculo de los fuegos, desde el bosque y las montañas. Parecía que Mauhúr había llegado y atacaba ahora a los sitiadores. Se oyó un galope de caballos. Los jinetes estaban cerrando

el círculo alrededor de la loma, afrontando las flechas de los orcos, como para prevenir que alguien saliese, mientras que una tropa corría a ocuparse de los recién llegados. De pronto Merry y Pippin cayeron en la cuenta de que sin haberse movido se encontraban ahora fuera del círculo; nada impedía que escaparan.

-Bueno -dijo Merry-, si al menos tuviésemos las piernas y las manos libres, podríamos irnos. Pero no puedo tocar los nudos y no puedo morderlos.

-No hay por qué intentarlo -dijo Pippin-. Iba a decírtelo. Conseguí librarme las manos. Estos lazos son sólo un simulacro. Será mejor que primero tomes un poco de *lembas*.

Retiró las cuerdas de las muñecas y sacó un paquete del bolsillo. Las galletas estaban rotas, pero bien conservadas, envueltas aún en las hojas. Los hobbits comieron uno o dos trozos cada uno. El sabor les trajo el recuerdo de unas caras hermosas y de risas y comidas sanas en días tranquilos y lejanos ahora. Durante un rato comieron con aire pensativo, sentados en la oscuridad, sin prestar atención a los gritos y ruidos de la batalla cercana. Pippin fue el primero en regresar al presente.

-Tenemos que irnos -dijo-. Espera un momento.

La espada de Grishnákh estaba allí en el suelo al alcance de la mano, pero era demasiado pesada y embarazoso; de modo que se arrastró hacia adelante y cuando encontró el cuerpo del orco le sacó de entre las ropas un cuchillo largo y afilado. Luego cortó rápidamente las cuerdas.

-¡Y ahora vámonos! - dijo -. Cuando nos hayamos desentumecido un poco, quizá podamos tenernos en pie y caminar. De cualquier modo será mejor que empecemos arrastrándonos.

Se arrastraron. La hierba era espesa y blanda y esto los ayudó, aunque avanzaban muy lentamente. Dieron un amplio rodeo para evitar las hogueras y se adelantaron poco a poco hasta la orilla del río, que se alejaba gorgoteando entre las sombras oscuras de las barrancas. Luego miraron atrás.

Los ruidos se habían apagado. Parecía evidente que la tropa de Mauhúr había sido destruida o rechazada. Los jinetes habían vuelto a la ominosa y silenciosa vigilia. No se prolongaría mucho tiempo. La noche envejecía ya. En el este, donde no había nubes, el cielo era más pálido.

-Tenemos que ponernos a cubierto -dijo Pippin-, o pronto nos verán. No nos ayudará que esos jinetes descubran que no somos orcos, luego de darnos muerte. -Se incorporó y golpeó los pies contra el suelo. -Esas cuerdas se me han incrustado en la carne como alambres, pero los pies se me están calentando de nuevo. Yo ya podría echar a andar. ¿Y tú, Merry?

Merry se puso de pie.

-Sí -dijo-, yo también. El *lembas* te da realmente ánimos. Y una sensación más sana, también, que el calor de esa bebida de los orcos. Me pregunto qué sería. Mejor que no lo sepamos. ¡Tomemos un poco de agua para sacarnos ese recuerdo!

-No aquí, las orillas son muy abruptas -dijo Pippin-. ¡Adelante ahora!

Dieron media vuelta y caminaron juntos y despacio a lo largo del río. Detrás la luz crecía en el este. Mientras caminaban compararon lo que habían visto y oído, hablando en un tono ligero, a la manera de los hobbits, de todo lo que había ocurrido desde que los capturaran. Nadie hubiera sospechado entonces que habían pasado por crueles sufrimientos y que se habían encontrado en grave peligro, arrastrados sin esperanza al tormento y la

muerte, o que aún ahora, como ellos lo sabían bien, no tenían muchas posibilidades de encontrarse otra vez con un amigo o sanos y salvos.

-Parece que habéis mostrado mucho tino, maese Tuk -dijo Merry-. Casi te mereces un capítulo en el libro del viejo Bilbo, si alguna vez tengo la oportunidad de contárselo. Buen trabajo: sobre todo por haber adivinado las intenciones de ese canalla peludo y haberle seguido el juego. Pero me pregunto si alguien descubrirá alguna vez nuestras huellas y encontrará ese broche. No me gustaría perder el mío, aunque me temo que el tuyo haya desaparecido para siempre.

»Mucho tendré que esforzarme si pretendo llegar a tu altura. En verdad el primo Brandigamo va ahora al frente. Entra en escena en este momento. No creo que sepas muy bien dónde estamos; pero he aprovechado mejor que tú el tiempo que pasamos en Rivendel. Marchamos hacia el oeste a lo largo del Entaguas. Las estribaciones de las Montañas Nubladas se alzan ahí delante, y el bosque de Fangorn. Hablaba aún cuando el linde sombrío del bosque apareció justo ante ellos. La noche parecía haberse refugiado bajo los grandes árboles, alejándose furtivamente del alba próxima.

-¡Adelante, maese Brandigamo! -dijo Pippin-. ¡O demos media vuelta! Nos han advertido a propósito de Fangorn. Pero alguien tan avisado como tú no puede haberlo olvidado.

-No lo he olvidado -respondió Merry-, pero aun así el bosque me parece preferible a regresar y encontrarnos en medio de una batalla

Marchó adelante y se metió bajo las ramas enormes. Los árboles parecían no tener edad. Unas grandes barbas de líquen colgaban ante ellos, ondulando y balanceándose en la brisa. Desde el fondo de sombras los hobbits se atrevieron a mirar atrás: pequeñas figuras furtivas que a la débil luz parecían niños elfos en los abismos del tiempo mirando asombrados desde la floresta salvaje la luz de la primera aurora.

Lejos y por encima del Río Grande y las Tierras Pardas, sobre leguas y leguas de extensiones grises, llegó el alba, roja como un fuego. Los cuernos de caza resonaron saludándola. Los jinetes de Rohan despertaron a la vida. Los cuernos respondieron a los cuernos.

Merry y Pippin oyeron, claros en el aire frío, los relinchos de los caballos de guerra y el canto repentino de muchos hombres. El limbo del sol se elevó como un arco de fuego sobre las márgenes del mundo. Dando grandes gritos, los jinetes cargaron desde el este; la luz roja centelleaba sobre las mallas y las lanzas. Los orcos aullaron y dispararon las flechas que les quedaban aún. Los hobbits vieron que varios hombres caían; pero la línea de jinetes consiguió mantenerse a lo largo y por encima de la loma, y dando media vuelta cargaron otra vez. La mayoría de los orcos que estaban aún con vida se desbandaron y huyeron, en distintas direcciones y fueron perseguidos uno a uno hasta que casi todos murieron. Pero una tropa, apretada en una cuña negra, avanzó resuelta hacia el bosque. Subiendo por la pendiente cargaron contra los centinelas. Estaban acercándose y parecía que iban a escapar: ya habían derribado a tres jinetes que les cerraban el paso.

-Hemos mirado demasiado tiempo -dijo Merry-. ¡Allí está Uglúk! No quisiera encontrármelo otra vez.

Los hobbits se volvieron y se intemaron profundamente en las sombras del bosque.

Así fue como presenciaron la última resistencia, cuando Uglúk fue atrapado en el linde mismo del bosque. Allí murió al fin a manos de Eomer, el Tercer Mariscal de la Marca, que desmontó y luchó con él, espada contra espada. Y en aquellas vastas extensiones los jinetes de ojos penetrantes persiguieron a los pocos orcos que habían conseguido escapar y que aún tenían fuerzas para correr. Luego, habiendo enterrado a los compañeros muertos bajo un montículo y habiendo entonado los cantos de alabanza, los jinetes prepararon una gran hoguera y desparramaron las cenizas de los enemigos. Así terminó la aventura y ninguna noticia llegó de vuelta a Mordor o a Isengard; pero el humo de la incineración subió muy alto en el cielo y fue visto por muchos ojos atentos.

BARBOL

Entretanto los hobbits corrían tan rápidamente como era posible en la oscuridad y la maraña del bosque, siguiendo el curso del río, hacia el oeste y las pendientes de las montañas, internándose más y más en Fangorn. El miedo a los orcos fue muriendo en ellos poco a poco y aminoraron el paso. De pronto se sintieron invadidos por una curiosa sensación de ahogo, como si el aire se hubiera enrarecido.

Al fin Merry se detuvo.

-No podemos seguir así -jadeó-. Necesito aire.

-Bebamos un trago al menos -dijo Pippin-. Tengo la garganta seca.

Se trepó a una gruesa raíz de árbol que bajaba retorciéndose a la corriente y se inclinó y recogió un poco de agua en las manos juntas. El agua era fría y clara y Pippin bebió varias veces. Merry lo siguió. El agua los refrescó y reanimó; se quedaron sentados un rato a orillas del río, moviendo en el agua las piernas y pies doloridos y examinando los árboles que se alzaban en silencio en filas apretadas, hasta perderse todo alrededor en el crepúsculo gris.

-Espero que todavía no hayas perdido el rumbo -dijo Pippin, apoyándose en un tronco corpulento-. Podríamos al menos seguir el curso de este río, el Entaguas, o como lo llames, y salir por donde hemos venido.

-Podríamos, sí, si las piernas nos ayudan -dijo Merry- y si el aire no nos falta.

-Sí, todo es muy oscuro y sofocante aquí -dijo Pippin-. Me recuerda de algún modo la vieja sala de la Gran Morada de los Tuk en los Smials de Tukburgo: una inmensa habitación donde los muebles no se movieron ni se cambiaron durante siglos. Se dice que Tuk el Viejo vivió allí muchos años, y que él y la habitación envejecieron y decayeron juntos. Nadie tocó nada allí desde que él murió, hace ya un siglo. Y el viejo Geronte era mi tatarabuelo, de modo que el cuarto está así desde hace rato. Pero no era nada comparado con la impresión de vejez que da este bosque. ¡Mira todas esas barbas y patillas de líquenes que lloran y se arrastran! Y casi todos los árboles parecen estar cubiertos con unas hojas secas y raídas que nunca han caído. Desaliñados. No alcanzo a imaginar qué aspecto tendrá aquí la primavera, si llega alguna vez; menos aún una limpieza de primavera.

-Pero el sol tiene que asomar aquí algunas veces -dijo Merry-. No se parece ni en el aspecto ni en la atmósfera al Bosque Negro según la descripción de Bilbo. Aquel era sombrío y negro, y morada de cosas sombrías y negras. Este es sólo oscuro y terriblemente tupido. No puedes imaginar que vivan *animales* aquí, o que se queden mucho tiempo.

-No, ni hobbits -dijo Pippin-. Y la idea de atravesarlo no me hace ninguna gracia. Nada que comer durante cientos de millas, me parece. ¿Cómo están nuestras provisiones?

-Escasas -dijo Merry-. Escapamos sin nada más que dos pequeños paquetes de *lembas* y abandonamos todo el resto. -Examinaron lo que quedaba de los bizcochos de los elfos: sólo unos pocos pedazos que no durarían más de cinco días. - Y nada con que cubrirnos -dijo Merry-. Pasaremos frío esta noche, no importa por donde vayamos.

-Bueno, será mejor que lo decidamos ahora -dijo Pippin-. La mañana estará ya bastante avanzada.

En ese mismo momento vieron que una luz amarilla había aparecido un poco más allá: los rayos del sol parecían haber traspasado de pronto la bóveda del bosque.

-¡Mira! -dijo Merry-. El sol tiene que haberse ocultado en una nube mientras estábamos bajo los árboles y ahora ha salido otra vez, o ha subido lo suficiente como para echar una mirada por alguna abertura. No es muy lejos, ¡vamos a ver!

Pronto descubrieron que el sitio estaba más lejos de lo que habían imaginado. El terreno continuaba elevándose en una empinada pendiente y era cada vez más pedregoso. La luz crecía a medida que avanzaban y pronto se encontraron ante una pared de piedra: la falda de una colina o el fin abrupto de alguna larga estribación que venía de las montañas distantes. No había allí ningún árbol y el sol caía de lleno sobre la superficie de piedra. Las ramas de los árboles que crecían al pie de la pared se extendían tías e inmóviles, como para recibir el calor. Donde todo les pareciera antes tan avejentado y gris, brillaban ahora los pardos y los ocres y los grises y negros de la corteza, lustrosos como cuero encerado. En las copas de los árboles había un claro resplandor verde, como de hierba nueva, como si una primavera temprana -o una visión fugaz de la primavera- flotara alrededor.

En la cara del muro de piedra se veía una especie de escalinata: quizá natural, labrada por las inclemencias del tiempo y el desgaste de la piedra, pues los escalones eran desiguales y toscos. Arriba, casi a la altura de las cimas de los árboles, había una cornisa, debajo de un risco. Nada crecía allí excepto unas pocas hierbas y malezas en el borde y un viejo tronco de árbol donde sólo quedaban dos ramas retorcidas; parecía casi la silueta de un hombre viejo y encorvado que estaba allí de pie, parpadeando a la luz de la mañana.

-¡Subamos! -dijo Merry alegremente-. ¡Vayamos a respirar un poco de aire fresco y echar una mirada a las cercanías!

Treparon por la pared. Si los escalones no eran naturales habían sido labrados para pies más grandes y piernas más largas que los de los hobbits. Se sentían demasiado impacientes y no se detuvieron a pensar cómo era posible que ya hubieran recobrado las fuerzas y que las heridas y lastimaduras del cautiverio hubieran cicatrizado de un modo tan notable. Llegaron al fin al borde de la cornisa, casi al pie del viejo tronco; subieron entonces de un salto y se volvieron dando la espalda a la colina, respirando profundamente y mirando hacia el este. Vieron entonces que se habían internado en el bosque sólo unas tres o cuatro millas: las copas de los árboles descendían por la pendiente hacia la llanura. Allí, cerca de las márgenes del bosque, unas altas volutas de humo negro se alzaban en espiral y venían flotando y ondulando hacia ellos.

-El viento está cambiando -dijo Merry-. Sopla otra vez del este. Hace fresco aquí.

-Sí -dijo Pippin-. Temo que sólo sean unos rayos pasajeros y que pronto todo sea gris otra vez. ¡Qué lástima! Este viejo bosque hirsuto parecía tan distinto a la luz del sol. Casi me gustaba el lugar.

-¡Casi te gustaba el bosque! ¡Muy bien! Una amabilidad nada común -dijo una voz desconocida-. Daos vuelta que quiero veros las caras. Yo casi sentí que no me gustabais, pero no nos apresuremos. ¡Volveos! -Unas manos grandes y nudosas se posaron en los hombros de los hobbits y los obligaron a darse vuelta, gentilmente pero con una fuerza irresistible; dos grandes brazos los alzaron en el aire.

Se encontraron entonces mirando una cara de veras extraordinaria. La figura era la de un hombre corpulento, casi de troll, de por lo menos catorce pies de altura, muy robusto, cabeza grande, encajada entre los hombros. Era difícil saber si estaba vestido con una materia que parecía una corteza gris y verde, o si esto era la piel. En todo caso los brazos, a una cierta distancia del tronco, no tenían arrugas y estaban recubiertos de una piel parda y lisa. Los grandes pies tenían siete dedos cada uno. De la parte inferior de la larga cara

colgaba una barba gris, abundante, casi ramosa en las raíces, delgada y mohosa en las puntas. Pero en ese momento los hobbits no miraron otra cosa que los ojos. Aquellos ojos profundos los examinaban ahora, lentos y solemnes, pero muy penetrantes. Eran de color castaño, atravesados por una luz verde. Más tarde, Pippin trató a menudo de describir la impresión que le causaron aquellos ojos.

-Uno hubiera dicho que había un pozo enorme detrás de los ojos, colmado de siglos de recuerdos y con una larga, lenta y sólida reflexión; pero en la superficie centelleaba el presente: como el sol que centellea en las hojas exteriores de un árbol enorme, o sobre las ondulaciones de un lago muy profundo. No lo sé, pero parecía algo que crecía de la tierra, o que quizá dormía y era a la vez raíz y hojas, tierra y cielo, y que hubiera despertado de pronto y te examinase con la misma lenta atención que había dedicado a *sus propios* asuntos interiores durante años interminables.

-*Hrurn, hum* - murmuró la voz, profunda como un instrumento de madera de voz muy grave-. ¡Muy curioso en verdad! No te apures, esa es mi divisa. Pero sí os hubiera visto antes de oír vuestras voces (me gustaron, hermosas vocecitas que me recuerdan algo que no puedo precisar), si os hubiera visto antes de oíros, os habría aplastado en seguida, pues os habría tomado por pequeños orcos, descubriendo tarde mi error. Muy raros sois en verdad. ¡Raíces y brotes, muy raros!

Pippin, aunque todavía muy asombrado, perdió el miedo. Sentía ante aquellos ojos una curiosa *incertidumbre*, pero ningún temor.

-Por favor -dijo-, ¿quién eres? ¿Y qué eres?

Una mirada rara asomó entonces a los viejos ojos, una suerte de cautela; los pozos profundos estaban de nuevo cubiertos.

-Hrm, bueno -respondió la voz. En fin, soy un Ent, o así me llaman. Sí, Ent es la palabra. Soy el Ent, podríais decir, en vuestro lenguaje. Algunos me llaman Fangorn, otros Bárbol. Podéis llamarme Bárbol.

-¿Un Ent? -dijo Merry-. ¿Qué es eso? ¿Pero qué nombre te das?
¿Cómo te llamas en verdad?

-¡Hu, veamos! - respondió Bárbol -. ¡Hu! Eso sería decirlo todo! No tan de prisa. Soy yo quien hace las preguntas. Estáis en mi país. ¿Quiénes sois vosotros, me pregunto? No alcanzo a reconoceros. No me parece que estéis *en las largas* listas que aprendí cuando era joven. Pero eso fue hace muchísimo tiempo y pueden haber hecho nuevas listas. ¡Veamos! ¡Veamos! ¿Cómo era?

*Aprended ahora la ciencia de las criaturas vivientes:
Nombrad primero los cuatro, los pueblos libres:
los más antiguos, los hijos de los Elfos;
el Enano que habita en moradas sombrías;
el Ent, nacido de la tierra, viejo como los montes;
el Hombre mortal, domador de caballos.*

»Hm, hm, hm.

*El castor que construye, el gamo que salta,
el oso aficionado a la miel, el jabalí que lucha,
el perro hambriento, la liebre temerosa...*

»Hm, hm.

*El águila en el aire, el buey en la pradera,
el ciervo de corona de cuerno, el balcón el más rápido,
el cisne el más blanco, la serpiente la más fría...*

»Hum, hm, hum, hm, ¿cómo seguía? Rum tum, rum tum, rumti tum tm. Era una larga lista. ¡Pero de todos modos parece que no encajaréis en ningún sitio!

-Parece que siempre nos dejaron fuera de las viejas listas y las viejas historias -dijo Merry-. Sin embargo, andamos de un lado a otro desde hace bastante tiempo. Somos hobbits.

-¿Por qué no añadir otra línea? -dijo Pippin.

Los hobbits medianos, que habitan en agujeros.

»Si nos pones entre los cuatro, después del Hombre (la Gente Grande), quizás hayas resuelto el problema.

-Hm. No está mal. No está mal -dijo Bárboł. Podemos hacerlo. Así que habitáis en agujeros, ¿eh? Parece muy bien y adecuado. ¿Quién os llama hobbits, de todos modos? No me parece una palabra élfica. Los elfos crearon todas las palabras antiguas; ellos empezaron.

-Nadie nos llama hobbits. Nosotros nos llamamos así a nosotros mismos -dijo Pippin.

-Hm, hm. Un momento. No tan de prisa. ¿Os llamáis hobbits a vosotros mismos? Pero no tenéis que decírselo a cualquiera. Pronto estaréis divulgando vuestros verdaderos nombres si no tenéis cuidado.

-Eso no nos preocupa -dijo Merry-. En verdad yo soy un Brandigamo, Meriadoc Brandigamo, aunque casi todos me llaman Merry.

-Y yo soy Tuk, Peregrin Tuk, pero generalmente me llaman Pippin, o aun Pip.

-Hm, sois realmente gente apresurada -dijo Bárboł. Vuestra confianza me honra, pero no tenéis que ser tan francos al principio. Hay ents y ents, ya sabéis; o hay ents y cosas que parecen ents pero no lo son, como diríais vosotros. Os llamaré Merry y Pippin, si os parece bien; bonitos nombres. En cuanto a mí, no os diré cómo me llamo, no por ahora al menos. - Una curiosa sonrisa, como si ocultara algo, pero a la vez de un cierto humor, le asomó a los ojos con un resplandor verde. - Ante todo me llevaría mucho tiempo; mi nombre crece continuamente; de modo que mi nombre es como una historia. Los nombres verdaderos os cuentan la historia de quienes los llevan, en mi lenguaje, en el viejo éntico, como podría decirse. Es un lenguaje encantador, pero lleva mucho tiempo decir algo en él, pues nunca decimos nada, excepto cuando vale la pena pasar mucho tiempo hablando y escuchando.

»Pero ahora -y los ojos se volvieron muy brillantes y "presentes" y pareció que se achicaban y hasta que se afilaban - ¿qué ocurre? ¿Qué hacéis vosotros en todo esto? Puedo ver y oír (y oler y sentir) muchas de estas cosas y de estas y de estas *a-lalla-lalla-rumba-kamanda-lind-orburúmë*. Excusadme, es una parte del nombre que yo le doy; no sé qué nombre tiene en los lenguajes de fuera: ya sabéis, el sitio en que estamos, el sitio en que estoy de pie mirando las mañanas hermosas y pensando en el Sol y en las hierbas de más allá del bosque y en los caballos y en las nubes y en cómo se despliega el mundo. ¿Qué ocurre? ¿En qué anda Gandalf? Y esos... *burdrum* -Bárboł emitió un sonido retumbante y profundo, como el acorde disonante de un órgano-, y esos orcos y el joven Saruman en

Isengard, ¿qué hacen? Me gusta que me cuenten las noticias. Pero no demasiado aprisa ahora.

-Pasan muchas cosas -dijo Merry- y aunque nos diéramos prisa sería largo de contar y nos has pedido que no nos apresuremos. ¿Conviene que te contemos algo tan en seguida? ¿Sería impertinente que te preguntáramos qué vas a hacer con nosotros y de qué lado estás? ¿Y conociste a Gandalf?

-Sí, lo conozco: el único mago a quien realmente le importan los árboles -dijo Bárboł-. ¿Lo conocéis?

-Sí -dijo Pippin tristemente-, lo conocimos. Era un gran amigo y era nuestro guía.

-Entonces puedo responder a vuestras otras preguntas -dijo Bárboł-. No haré nada con vosotros: no si eso quiere decir «haceros algo a vosotros» sin vuestro permiso. Podemos intentar algunas cosas juntos. No sé nada acerca de *lados*. Sigo mi propio camino, aunque podéis acompañarme un momento. Pero habláis del Señor Gandalf como parte de una historia que ha terminado.

-Sí, así es -dijo tristemente Pippin-. La historia parece continuar, pero me temo que Gandalf haya caído fuera.

-¡Hu, vamos! -dijo Bárboł. Hum, hm, ah, bien. -Hizo una pausa, mirando largamente a los hobbits.- Hum, ah, bien, no sé qué decir, vamos.

-Si quisieras oír algo más -dijo Merry-, te lo contaremos. Pero llevará tiempo. ¿No quisieras ponernos en el suelo? ¿No podríamos sentarnos juntos al sol, mientras hay sol? Estarás cansado de tenernos siempre alzados.

-Hm, ¿cansado? No, no estoy cansado. No me canso fácilmente. Y no tengo la costumbre de sentarme. No soy muy, hm, plegadizo. Pero mirad, el sol se está yendo, en efecto. Dejemos este... ¿habéis dicho cómo lo llamáis?

-Colina? -sugirió Pippin-. ¿Comisa? ¿Escalón? -sugirió Merry. Bárboł repitió pensativo las palabras.

-Colina. Sí, eso era. Pero es una palabra apresurada para algo que ha estado siempre aquí desde que se formó esta parte del mundo. No importa. Dejémosla y vámonos.

-¿A dónde iremos? -preguntó Merry.

-A mi casa, o a una de mis casas -respondió Bárboł.

-¿Está lejos?

-No lo sé. Quizá lo llaméis lejos. ¿Pero qué importa?

-Bueno, verás, hemos perdido todo lo que teníamos -dijo Merry-. Sólo nos queda un poco de comida.

-¡Oh! ¡Hm! No hay de qué preocuparse -dijo Bárboł-. Puedo darte una bebida que os mantendrá verdes y en estado de crecimiento durante un largo, largo rato. Y si decidimos separarnos, puedo depositaros fuera de mi país en el punto que queráis. ¡Vamos!

Sosteniendo a los hobbits gentilmente pero con firmeza, cada uno en el hueco de un brazo, Bárboł alzó primero un gran pie y luego el otro y los llevó al borde de la cornisa. Los dedos que parecían raíces se aferraron a las rocas. Luego Bárboł descendió cuidadosa y solemnemente de escalón en escalón y llegó así al suelo del bosque.

En seguida echó a andar entre los árboles con largos pasos deliberados, internándose más y más en el bosque, sin alejarse del río, subiendo siempre hacia las faldas de las montañas. Muchos de los árboles parecían dormidos, o no le prestaban atención, como si fuera una de aquellas criaturas que iban simplemente de aquí para allá; pero algunos se

estremecían y algunos levantaban las ramas por encima de la cabeza de Bárbol para dejarlo pasar. En todo este tiempo, mientras caminaba, Bárbol se hablaba a sí mismo en una ininterrumpida corriente de sonidos musicales.

Los hobbits estuvieron callados un tiempo. Se sentían, lo que era raro, a salvo y cómodos y tenían mucho que pensar y mucho que preguntarse. Al fin Pippin se atrevió a hablar otra vez.

-Por favor, Bárbol -dijo-, ¿puedo preguntarte algo? ¿Por qué Celeborn nos previno contra el bosque? Nos dijo que no nos arriesgáramos a extraviarnos en el bosque.

-Hm, ¿les dijo eso? - gruñó Bárbol. Y yo hubiera dicho lo mismo, si hubierais ido en dirección opuesta. ¡No te arriesgues a extraviarse en los bosques de Laurelindórinan! Así es como lo llamaban los elfos, pero ahora han abreviado el nombre: Lothlórien lo llaman. Quizá tienen razón, quizás el bosque está decayendo, no creciendo. El Valle del Oro que Cantaba, así llamaban al país, en los tiempos de érase una vez. Ahora lo llaman Flor del Sueño. En fin. Pero es un lugar raro, donde no todos pueden aventurarse. Me sorprende que hayáis salido de allí, pero mucho más que hayáis entrado; esto no le ha ocurrido a ningún extranjero desde hace tiempo. Es un curioso país.

»Y así pasa con este bosque. La gente ha tenido mucho que lamentar aquí. Ay, sí, mucho que lamentar, sí. *Laurelindórinan lindelorendor malinornélión ornemalin* - canturreó entre dientes-. Me parece que allá se han quedado un poco atrás -dijo-. Ni este país ni ninguna otra cosa fuera del Bosque Dorado son lo que eran en la juventud de Celeborn. Sin embargo: *Taurelilómëa-tumbalemorna Tumbaletaurëa Lómëanor*. Eso es lo que decían. Las cosas han cambiado, pero aún son verdad en algunos sitios.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Pippin-. ¿Qué es verdad?

-Los árboles y los ents -dijo Bárbol-. No entiendo todo lo que pasa, de modo que no puedo explicártelo. Algunos de los nuestros son todavía verdaderos ents y andan bastante animados a nuestra manera, pero muchos otros parecen soñolientos, se están poniendo arbóreos, podría decirse. La mayoría de los árboles son sólo árboles, por supuesto; pero muchos están medio despiertos. Algunos han despertado del todo y unos pocos, bien, ah, bien, están volviéndose *entescos*. Esto nunca cesa.

»Cuando le ocurre esto a un árbol, descubres que algunos tienen mal *corazón*. *No me refiero a la calidad de la madera. Yo mismo he* conocido algunos viejos buenos sauces Entaguas abajo y que desaparecieron hace tiempo, ay. Eran bastante huecos, en realidad estaban cayéndose a pedazos, pero tan tranquilos y de tan dulce lenguaje como una hoja joven. Y luego hay algunos árboles de los valles al pie de las montañas que tienen una salud de hierro y que son malos de punta a punta. Esta clase de cosas parecen extenderse cada día. Antes había zonas peligrosas en este país. Hay todavía sitios muy negros.

-¿Como el Bosque Viejo allá en el norte, quieres decir?

-Ay, ay, algo parecido, pero mucho peor. No dudo de que una sombra de la Gran Oscuridad todavía reposa allá en el norte, y los malos recuerdos han llegado hasta nosotros. Pero hay cañadas bajas en esta tierra de donde nunca sacaron la Oscuridad y los árboles son allí más *viejos* que yo. *No obstante, hacemos lo que podemos. Rechazamos* a los extranjeros y a los imprudentes y entrenamos y enseñamos, caminamos y quitamos las malezas.

»Somos pastores de árboles, nosotros los viejos ents. Pocos quedamos ahora. Las ovejas terminan *por parecerse* a los pastores y los pastores a las ovejas, se dice; pero lentamente, y ni unos ni otros se demoran demasiado en el mundo. El proceso es más íntimo y rápido entre árboles y ents, y ellos vienen caminando juntos desde hace milenios.

Pues los ents son más como los elfos: menos interesados en sí mismos que los hombres y más dispuestos a entrar en otras cosas. Y sin embargo los ents son también más como los hombres, más cambiantes que los elfos y toman más rápidamente los colores del mundo, podría decirse. O mejor que los dos: pues son más y más capaces de dedicarse a algo durante mucho tiempo.

»Algunos de los nuestros son ahora exactamente como árboles y se necesita mucho para despertarlos y hablan sólo en susurros. Pero otros son de miembros flexibles y muchos pueden hablarme. Fueron los elfos quienes empezaron, *por* supuesto, despertando árboles y enseñándoles a hablar y aprendiendo el lenguaje de los árboles. Siempre quisieron hablarle a todo, los viejos elfos. Pero luego sobrevino la Gran Oscuridad y se alejaron cruzando el Mar, o se escondieron en valles lejanos e inventaron canciones acerca de unos días que ya nunca volverán. Nunca jamás. Ay, ay, érase una vez un solo bosque, desde aquí hasta las Montañas de Lune, y esto no era sino el Extremo Oriental.

»¡Aquellos fueron grandes días! Hubo un tiempo en que yo pude caminar y cantar el día entero y sólo oír el eco de mi propia voz en las cuevas de las colinas. Los bosques eran como los bosques de Lothlórien, pero más densos, más fuertes, más jóvenes. ¡Y el olor del aire! A veces me pasaba toda una semana ocupado sólo en respirar.

Bárbol calló, caminando en largas zancadas, y sin embargo casi sin hacer ruido. Luego zumbó de nuevo entre dientes y pronto el zumbido pasó a ser un canturreo. Poco a poco los hobbits fueron cayendo en la cuenta de que estaba cantando para ellos.

*En los sauzales de Tasarinan yo me paseaba en primavera.
¡Ah, los colores y el aroma de la primavera en Nantasarion!
Y yo dije que aquello era bueno.
Recorrí en el verano los olmedos de Ossiriand.
¡Ah, la luz y la música en el verano junto a los Siete Ríos de Ossir!
Y yo pensé que aquello era mejor.
A los hayales de Neldoreth vine en el otoño.
¡Ah, el oro y el rojo y el susurro de las hojas en el otoño de Taur-na-neldor!
Yo no había deseado tanto.
A los pinares de la meseta de Dorthnion subí en el invierno.
¡Ah, el viento y la blancura y las ramas negras del invierno en Orod-na-Thón!
Mi voz subió y cantó en el cielo.
Y todas aquellas tierras yacen ahora bajo las olas,
y caminé por Ambarona, y Taremorna, y Aldalómë,
y por mis propias tierras, el país de Fangorn,
donde las raíces son largas.
Y los años se amontonan más que las hojas
en Tauremornalómë.*

Bárbol dejó de cantar y caminó a grandes pasos y en silencio y en todo el bosque, hasta donde alcanzaba el oído, no se oía nada.

El día menguó y el crepúsculo abrazó los troncos de los árboles. Al fin los hobbits vieron una tierra abrupta y oscura que se alzaba borrosamente ante ellos: habían llegado a los pies de las montañas y a las verdes raíces del elevado Methedras. Al pie de la ladera el

joven Entaguas, saltando desde los manantiales de allá arriba, escalón tras escalón, corría ruidosamente hacia ellos. A la derecha del río había una pendiente larga, recubierto de hierba, ahora gris a la luz del crepúsculo. No crecía allí ningún árbol y la pendiente se abría al cielo: las estrellas ya brillaban en lagos entre costas de nubes.

Bárbol trepó por la loma, aflojando *apenas el paso*. De pronto *los* hobbits vieron ante ellos una amplia abertura. Dos grandes árboles se erguían allí, uno a cada lado, como montantes vivientes de una puerta, pero no había otra puerta que las ramas que se entrecruzaban y entretejían. Cuando el viejo ent se acercó, los árboles levantaron las ramas y las hojas se estremecieron y susurraron. Pues eran árboles perennes y las hojas eran oscuras y lustrosas y brillaban a la luz crepuscular. Más allá se abría un espacio amplio y liso, como el suelo de una sala enorme, tallado en la colina. A cada lado se elevaban las paredes, hasta a una altura de cincuenta pies o más, y a lo largo de las paredes crecía una hilera de árboles, cada vez más altos a medida que Bárbol avanzaba.

La pared del fondo era perpendicular, pero al pie habían cavado una abertura de techo abovedado: el único techo del recinto, excepto las ramas *de los* árboles, que en el *extremo interior daban sombra* a todo el suelo dejando sólo una senda ancha en el medio. Un arroyo escapaba de los manantiales de arriba y abandonando el curso mayor caía tintineando por la cara perpendicular de la pared, derramándose en gotas de plata, como una delgada cortina delante de la abertura abovedada. El agua se reunía de nuevo en una concavidad de piedra entre los árboles y luego corría junto al sendero y salía a unirse al Entaguas que se internaba en el bosque.

-¡Hm! ¡Aquí estamos! -dijo Bárbol, quebrando el largo silencio-. os he traído durante setenta mil pasos de ent, pero no sé cuánto es eso en las medidas de vuestro país. De cualquier modo estamos *cerca de las raíces de* la Última Montaña. *Parte del nombre de* este lugar podría ser Sala del Manantial en vuestro lenguaje. Me gusta. Pasaremos aquí la noche.

Puso a los hobbits en la hierba entre las hileras de árboles y ellos lo siguieron hacia la gran bóveda. Los hobbits notaron ahora que Bárbol apenas doblaba las rodillas al caminar, pero que los pasos eran largos. Plantaba en el suelo ante todo los dedos gordos (y eran gordos en verdad y muy anchos) antes de apoyar el resto del pie.

Bárbol se detuvo un momento bajo la llovizna del manantial y respiró profundamente; luego se rió y entró. Había allí una gran mesa de piedra, pero ninguna silla. En el fondo de la bóveda se apretaban las sombras. Bárbol tomó dos grandes vasijas y las puso en la mesa. Parecían estar llenas de agua; pero Bárbol mantuvo las manos sobre ellas e inmediatamente se pusieron a *brillar*, una con una luz dorada, y la *otra con una* hermosa luz verde; y la unión de las dos luces iluminó la bóveda, como si el sol del verano resplandeciera a través de un techo de hojas jóvenes. Mirando hacia atrás, los hobbits vieron que los árboles del patio brillaban también ahora, débilmente al principio, pero luego más y más, hasta que en todas las hojas aparecieron nimbos de luz: algunos verdes, otros dorados, otros rojos como cobre, y los troncos de los árboles parecían pilares de piedra luminosa.

-Bueno, bueno, ahora podemos hablar otra vez -dijo Bárbol-. Tenéis sed, supongo. Quizá también estéis cansados. ¡Bebed! -Fue hasta el fondo de la bóveda donde se alineaban unas jarras de piedra, con tapas pesadas. Sacó una de las tapas y metió un cucharón en la jarra y llenó los tazones, uno grande y dos más pequeños.

-Esta es una casa de ent -dijo- y no hay asientos, me temo. Pero podéis sentaros en la mesa.

Alzando en vilo a los hobbits los sentó en la gran losa de piedra, a unos seis pies del suelo, y allí se quedaron balanceando las piernas y bebiendo a pequeños sorbos.

La bebida parecía agua y en verdad el gusto era parecido al de los tragos que habían bebido antes a orillas del Entaguas cerca de los lindes del bosque, y sin embargo tenía también un aroma o sabor que ellos no podían describir: era débil, pero les recordaba el olor de un bosque distante que una brisa nocturna trae desde lejos. El efecto de la bebida comenzó a sentirse en los dedos de los pies y subió firmemente por todos los miembros, refrescándolos y vigorizándolos, hasta las puntas mismas de los cabellos. En verdad los hobbits sintieron que se les erizaban los cabellos, que ondeaban y se rizaban y crecían. En cuanto a Bárbol, primero se lavó los pies en el estanque de más allá del arco y luego vació el tazón de un solo trago, largo y lento. Los hobbits pensaron que nunca dejaría de beber.

Al fin dejó otra vez el tazón sobre la mesa.

-Ah, ah -suspiró-. Hm, hum, ahora podemos hablar con mayor facilidad. Podéis sentaros en el suelo y yo me acostaré; así evitaré que la bebida se me suba a la cabeza y me dé sueño.

A la derecha de la bóveda había un lecho grande de patas bajas, de no más de dos pies, muy recubierto de hierbas y helechos secos. Bárbol se echó lentamente en esta cama (doblando apenas la cintura) hasta que descansó acostado, con las manos detrás de la cabeza, mirando el cielo raso, donde centelleaban las luces, como hojas que se mueven al sol. Merry y Pippin se sentaron junto a él sobre almohadones de hierba.

-Ahora contadme vuestra historia, ¡y no os apresuréis!

Los hobbits empezaron a contarle la historia de todo lo que había ocurrido desde que dejaran Hobbiton. No siguieron un orden muy claro, pues se interrumpían uno a otro de continuo y Bárbol detenía a menudo a quien hablaba y volvía a algún punto anterior, o saltaba Mirando hacia atrás, los hobbits vieron que los árboles del patio brillaban también ahora, débilmente al principio, pero luego más y más, hasta que en todas las hojas aparecieron nimbos de luz: algunos verdes, otros dorados, otros rojos como cobre, y los troncos de los árboles parecían pilares de piedra luminosa.

-Bueno, bueno, ahora podemos hablar otra vez -dijo Bárbol-. Tenéis sed, supongo. Quizá también estéis cansados. ¡Bebed! -Fue hasta el fondo de la bóveda donde se alineaban unas jarras de piedra, con tapas pesadas. Sacó una de las tapas y metió un cucharón en la jarra y llenó los tazones, uno grande y dos más pequeños.

-Esta es una casa de ent -dijo- y no hay asientos, me temo. Pero podéis sentaros en la mesa.

Alzando en vilo a los hobbits los sentó en la gran losa de piedra, a unos seis pies del suelo, y allí se quedaron balanceando las piernas y bebiendo a pequeños sorbos.

La bebida parecía agua y en verdad el gusto era parecido al de los tragos que habían bebido antes a orillas del Entaguas cerca de los lindes del bosque, y sin embargo tenía también un aroma o sabor que ellos no podían describir: era débil, pero les recordaba el olor de un bosque distante que una brisa nocturna trae desde lejos. El efecto de la bebida comenzó a sentirse en los dedos de los pies y subió firmemente por todos los miembros, refrescándolos y vigorizándolos, hasta las puntas mismas de los cabellos. En verdad los hobbits sintieron que se les erizaban los cabellos, que ondeaban y se rizaban y crecían. En cuanto a Bárbol,

primero se lavó los pies en el estanque de más allá del arco y luego vació el tazón de un solo trago, largo y lento. Los hobbits pensaron que nunca dejaría de beber.

Al fin dejó otra vez el tazón sobre la mesa.

-Ah, ah -suspiró-. Hm, hum, ahora podemos hablar con mayor facilidad. Podéis sentaros en el suelo y yo me acostaré; así evitaré que la bebida se me suba a la cabeza y me dé sueño.

A la derecha de la bóveda había un lecho grande de patas bajas, de no más de dos pies, muy recubierto de hierbas y helechos secos. Bárbol se echó lentamente en esta cama (doblando apenas la cintura) hasta que descansó acostado, con las manos detrás de la cabeza, mirando el cielo raso, donde centelleaban las luces, como hojas que se mueven al sol. Merry y Pippin se sentaron junto a él sobre almohadones de hierba.

-Ahora contadme vuestra historia, ¡y no os apresuréis!

Los hobbits empezaron a contarle la historia de todo lo que había ocurrido desde que dejaran Hobbiton. No siguieron un orden muy claro, pues se interrumpían uno a otro de continuo y Bárbol detenía a menudo a quien hablaba y volvía a algún punto anterior, o saltaba hacia adelante haciendo preguntas sobre acontecimientos posteriores. No hablaron sin embargo del Anillo y no le dijeron por qué se habían puesto en camino ni hacia dónde han; y Bárbol no les pidió explicaciones.

Todo le interesaba enormemente: los Jinetes Negros, Elrond, Rivendel, el Bosque Viejo, Tom Bombadil y las Minas de Moria, Lothlórien y Galadriel. Insistió en que le describieran la Comarca, una y otra vez. En este punto, hizo un curioso comentario:

-¿Nunca visteis, hm, ningún ent rondando por allí, no es cierto? -preguntó-. Bueno, no ents, *ents mujeres* tendría que decir.

-¿Ents mujeres? -dijo Pippin-. ¿Se parecen a ti?

-Sí, hm, bueno, no: realmente no lo sé -dijo Bárbol, pensativo-. Pero a ellas les hubiera gustado vuestro país, por eso preguntaba. -Bárbol sin embargo estaba particularmente interesado en todo lo que se refería a Gandalf y más interesado aún en lo que hacía Saruman. Los hobbits lamentaron de veras saber tan poco acerca de ellos: sólo unas vagas referencias de Sam a lo que Gandalf había dicho en el Concilio. Pero de cualquier modo era claro que Uglúk y parte de los orcos habían venido de Isengard y que hablaban de Saruman como si fuera el amo de todos ellos.

-¡Hm, hum! -dijo Bárbol, cuando al fin luego de muchas vueltas y revueltas la historia de los hobbits desembocó en la batalla entre los orcos y los jinetes de Rohan-. ¡Bueno, bueno! Un buen montón de noticias, sin ninguna duda. No me habéis dicho todo, no en verdad, y falta bastante. Pero no dudo de que os comportáis como Gandalf hubiera deseado. Algo muy importante está ocurriendo, me doy cuenta y ya me enteraré cuando sea el momento, bueno o malo. Por las raíces y las ramas, qué extraño asunto. De pronto asoma una gente menuda, que no está en las viejas listas, y he aquí que los Nueve Jinetes olvidados reaparecen y los persiguen y Gandalf los lleva a un largo viaje y Galadriel los acoge en Caras Galadon y los orcos los persiguen de un extremo a otro de las Tierras Asperas: en verdad parece que los hubiera alcanzado una terrible tormenta. ¡Espero que puedan capear el temporal!

-¿Y qué nos dices de ti? -preguntó Merry.

-Hum, hm, las Grandes Guerras no me preocupan -dijo Bárbol-, ellas conciernen sobre todo a los elfos y a los hombres. Es un asunto de magos: los magos andan siempre

preocupados por el futuro. No me gusta preocuparme por el futuro. No estoy enteramente del *lado de* nadie, porque, nadie está enteramente de mi *lado*, si me entendéis. Nadie cuida de los bosques como yo, hoy ni siquiera los elfos. Sin embargo, tengo más simpatía por los elfos que por los otros: fueron los elfos quienes nos sacaron de nuestro mutismo en otra época y esto fue un gran don que no puede ser olvidado, aunque hayamos tomado distintos caminos desde entonces. Y hay algunas cosas, por supuesto, de cuyo lado yo nunca podría estar: esos... *burárum* -se oyó otra vez un gruñido profundo de disgusto-, esos orcos y los jefes de los orcos.

»Me sentí inquieto en otras épocas cuando la sombra se extendía sobre el Bosque Negro, pero cuando se mudó a Mordor, durante un tiempo no me preocupé: Mordor está muy lejos. Pero parece que el viento sopla ahora del Este y no sería raro que muy pronto todos los bosques empezaran a marchitarse. No hay nada que un viejo ent pueda hacer para impedir la tormenta: tiene que capearla o caer partido en dos.

»¡Pero Saruman! Saruman es un vecino: no puedo descuidarlo. Algo tengo que hacer, supongo. Me he preguntado a menudo últimamente qué puedo hacer con Saruman.

-¿Quién es Saruman? -le preguntó Pippin-. ¿Sabes algo de él?

-Saruman es un mago -dijo Bárbo-. Más no podría decir. No sé nada de la historia de los magos. Aparecieron por vez primera poco después que las Grandes Naves llegaron por el Mar; pero ignoro si vinieron con los barcos. Saruman era reconocido como uno de los grandes, creo. Un día, hace tiempo, vosotros diríais que hace mucho tiempo, dejó de ir de aquí para allá y de meterse en los asuntos de los hombres y los elfos y se instaló en Angrenost, o Isengard como lo llaman los Hombres de Rohan. Se quedó muy tranquilo al principio, pero fue haciéndose cada vez más famoso. Fue elegido como cabeza del Concilio Blanco, dicen; pero el resultado no fue de los mejores. Me pregunto ahora si ya entonces Saruman no estaba volviéndose hacia el mal. Pero en todo caso no molestaba demasiado a los vecinos. Yo acostumbraba hablar con él. Hubo un tiempo en que se paseaba siempre por mis bosques. Era cortés en ese entonces, siempre pidiéndome permiso (al menos cuando tropezaba conmigo) y siempre dispuesto a escuchar. Le dije muchas cosas que él nunca hubiera descubierto por sí mismo; pero nunca me lo retribuyó. No recuerdo que llegara a decirme algo. Y así fue transformándose día a día. La cara, tal como yo la recuerdo, y no lo veo desde hace mucho, se parecía al fin a una ventana en un muro de piedra: una ventana con todos los postigos bien cerrados.

»Creo entender ahora en qué anda. Está planeando convertirse en un Poder. Tiene una mente de metal y ruedas y no le preocupan las cosas que crecen, excepto cuando puede utilizarlas en el momento. Y ahora está claro que es un malvado traidor. Se ha mezclado con criaturas inmundas, los orcos. ¡Brm, hum! Peor que eso: ha estado haciéndoles algo a esos orcos, algo peligroso. Pues esos Isengardos se parecen sobre todo a hombres de mala entraña. Como otra señal de las maldades que sobrevinieron junto con la Gran Oscuridad, los orcos nunca toleraron la luz del sol; pero estas criaturas de Saruman pueden soportarla, aunque la odien. Me pregunto qué les ha hecho. ¿Son hombres que Saruman ha arruinado, o ha mezclado las razas de los Hombres y los Orcos? ¡Qué negra perversidad!

Bárbo rezongó un momento, como si estuviera recitando una negra y profunda maldición éntica.

-Hace un tiempo me sorprendió que los orcos se atreviesen a pasar con tanta libertad por mis bosques -continuó-. Sólo últimamente empecé a sospechar que todo era obra de Saruman y que había estado espiando mis caminos y descubriendo mis secretos. El y esas gentes inmundas hacen estragos ahora, derribando árboles allá en la frontera, buenos

árboles. Algunos de los árboles los cortan simplemente y dejan que se pudran; maldad propia de un orco, pero otros los desbrozan y los llevan a alimentar las hogueras de Orthanc. Siempre hay un humo que brota en Isengard en estos días.

»¡Maldito sea, por raíces y ramas! Muchos de estos árboles eran mis *amigos*, criaturas que *conocí en la nuez o en el grano; muchos tenían* voces propias que se han perdido para siempre. Y ahora hay claros de tocones y zarzas donde antes había avenidas pobladas de cantos. He sido perezoso. He descuidado las cosas. ¡Esto tiene que terminar!

Bárbol se levantó del lecho con una sacudida, se incorporó y golpeó con la mano sobre la mesa. Las vasijas se estremecieron y lanzaron hacia arriba dos chorros luminosos. En los ojos de Bárbol osciló una luz, como un fuego verde, y la barba se le adelantó, tiesa como una escoba de paja.

-¡Yo terminaré con eso! -estalló-. Y vosotros vendréis conmigo. Quizá podáis ayudarme. De ese modo estaréis ayudando también a esos amigos vuestros, pues si no detenemos a Saruman, Rohan y Gondor tendrán un enemigo detrás y no sólo delante. Nuestros caminos van juntos... ¡hacia Isengard!

-Iremos contigo -dijo Merry-. Haremos lo que podamos.

-Sí -dijo Pippin-. Me gustaría ver la Mano Blanca destruida para siempre. Me gustaría estar allí, aunque yo no sirviera de mucho. Nunca olvidaré a Uglúk y cómo cruzamos Rohan.

-¡Bueno! ¡Bueno! -dijo Bárbol-. Pero he hablado apresuradamente. No tenemos que apresurarnos. Me excité demasiado. Tengo que tranquilizarme y pensar, pues es más fácil gritar *¡basta!*, que obligarlos a detenerse.

Fue a grandes pasos hacia la arcada y se detuvo un tiempo bajo la llovizna del manantial. Luego se rió y se sacudió y unas gotas de agua cayeron al suelo centelleando como chispas rojas y verdes. Volvió, se tendió de nuevo en la cama y guardó silencio.

Al rato los hobbits oyeron que murmuraba otra vez. Parecía estar contando con los dedos.

-Fangorn, Finglas, Fladrif, ay, ay -suspiró-. El problema es que quedamos tan pocos -dijo volviéndose hacia los hobbits-. Sólo quedan tres de los primeros ents que anduvieron por los bosques antes de la Oscuridad: sólo yo, Fangorn, Finglas y Fladrif, si los llamamos con los nombres élficos; podéis llamarlos también Zarcillo y Corteza, si preferís. Y de nosotros tres, Zarcillo y Corteza no servirán de mucho en este asunto. Zarcillo está cada día más dormido y muy arbóreo, podría decirse. Prefiere pasarse el verano de pie y medio dormido, con las hierbas hasta las rodillas. Un vello de hojas le cubre el cuerpo. Acostumbraba despertar en invierno, pero últimamente se ha sentido demasiado soñoliento para caminar mucho. Corteza vive en las faldas de las montañas al este de Isengard. Allí es donde ha habido más dificultades. Los orcos lo lastimaron y muchos de los suyos y de los árboles que apacentaba han sido asesinados y destruidos. Ha subido a los lugares altos, entre los abedules que él prefiere, y no descenderá. Sin embargo, me atrevo a decir que yo podría juntar un grupo bastante considerable de la gente más joven... si consigo que entiendan en qué aprieto nos encontramos ahora; si consigo despertarlos: no somos gente apresurada. ¡Qué lástima que seamos tan pocos!

-¿Cómo sois tan pocos habiendo vivido en este país tanto tiempo? -preguntó Pippin-. ¿Han muerto muchos?

-¡Oh no! -dijo Bárbol-. Nadie ha muerto por dentro, como podría decirse. Algunos cayeron en las vicisitudes de los largos años, por supuesto; y muchos son ahora arbóreos.

Pero nunca fuimos muchos y no hemos aumentado. No ha habido entandos, no ha habido niños diríais vosotros, desde hace un terrible número de años. Pues veréis, hemos perdido a las ents mujeres.

-¡Qué pena! -dijo Pippin-. ¿Cómo fue que murieron todas?

-¡No murieron! -dijo Bárboł-. Nunca dije que murieron. Las perdimos, dije. Las perdimos y no podemos encontrarlas. -Suspiró- Pensé que casi todos lo sabían. Los elfos y los hombres del Bosque Negro en Gondor han cantado cómo los ents buscaron a las ents mujeres. No es posible que esos cantos se hayan olvidado.

-Bueno, temo que esas canciones no hayan pasado al Oeste por encima de las Montañas de la Comarca -dijo Merry-. ¿No nos dirás más, o no nos cantarás una de las canciones?

-Sí, lo haré -dijo Bárboł, en apariencia complacido-. Pero no puedo contarlo como sería menester; sólo un resumen; y luego interrumpiremos la charla; mañana habrá que llamar a concilio y nos esperan trabajos y quizás un largo viaje.

»Es una historia bastante rara y triste -dijo luego de una pausa-. Cuando el mundo era joven y los bosques vastos y salvajes, los ents y las ents-mujeres (y había entonces ents-doncellas: ¡ah, la belleza de Fimbrethil, Miembros de junco, de los pies ligeros, en nuestra juventud!) caminaban juntos y habitaban juntos. Pero los corazones de unos y otros no crecieron del mismo modo: los ents se consagraban a lo que encontraban en el mundo y las ents-mujeres a otras cosas, pues los ents amaban los grandes árboles y los bosques salvajes y las faldas de las altas colinas y bebían de los manantiales de las montañas y comían sólo las frutas que los árboles dejaban caer delante de ellos; y aprendieron de los elfos y hablaron con los árboles. Pero las ents-mujeres se interesaban en los árboles más pequeños y en las praderas soleadas más allá del pie de los bosques; y ellas veían el endrino en el arbusto y la manzana silvestre y la cereza que florecían en primavera y las hierbas verdes en las tierras anegadas del verano y las hierbas granadas en los campos de otoño. No deseaban hablar con esas cosas, pero sí que entendieran lo que se les decía y que obedecieran. Las ents-mujeres les ordenaban que crecieran de acuerdo con los deseos que ellas tenían y que las hojas y los frutos fueran del agrado de ellas, pues las ents-mujeres deseaban orden y abundancia y paz (o sea que las cosas se quedaran donde ellas las habían puesto). De modo que las ents-mujeres cultivaron jardines para vivir. Pero los ents siguieron errando por el mundo y sólo de vez en cuando íbamos a los jardines. Luego, cuando la Oscuridad entró en el Norte, las ents-mujeres cruzaron el Río Grande, e hicieron otros jardines y trabajaron los campos nuevos y las vimos menos aún. Luego de la derrota de la Oscuridad las tierras de las ents-mujeres florecieron en abundancia y los campos se colmaron de grano. Muchos hombres aprendieron las artes de las ents-mujeres y les rindieron grandes honores; pero nosotros sólo éramos una leyenda para ellos, un secreto guardado en el corazón del bosque. Sin embargo aquí estamos todavía, mientras que todos los jardines de las ents-mujeres han sido devastados: los hombres los llaman ahora las Tierras Pardas.

»Recuerdo que hace mucho tiempo, en los días de la guerra entre Sauron y los Hombres del Mar, tuve una vez el deseo de ver de nuevo a Fimbrethil. Muy hermosa era ella todavía a mis ojos, cuando la viera por última vez, aunque poco se parecía a la ent-doncella de antes. Pues el trabajo había encorvado y tostado a las ents-mujeres y el sol les había cambiado el color de los cabellos, que ahora parecían espigas maduras, y las mejillas eran como manzanas rojas. Sin embargo, tenían aún los ojos de nuestra gente. Cruzamos el Anduin y fuimos a aquellas tierras, per 1 o encontramos un desierto. Todo había sido quemado y arrancado de raíz, pues la guerra había visitado esos lugares. Pero las ents-

mujeres no estaban allí. Mucho tiempo las llamamos y mucho tiempo las buscamos; y a todos les preguntábamos a dónde habían ido las ents-mujeres. Algunos decían que nunca las habían visto; y algunos decían que las habían visto yendo hacia el Oeste y algunos decían el este y otros el sur. Pero fuimos a todas partes y no pudimos encontrarlas. Nuestra pena era muy honda. No obstante el bosque salvaje nos reclamaba y volvimos. Durante muchos años mantuvimos la costumbre de salir del bosque de cuando en cuando y buscar a las ents-mujeres, caminando de aquí para allá y llamándolas por aquellos hermosos nombres que ellas tenían. Pero el tiempo fue pasando y salíamos y nos alejábamos cada vez menos. Y ahora las ents-mujeres son sólo un recuerdo para nosotros, y nuestras barbas son largas y grises. Los elfos inventaron muchas canciones sobre la Busca de los Ents, y algunas de esas canciones pasaron a las lenguas de los hombres. Pero nosotros no compusimos ninguna canción y nos contentamos con canturrear los hermosos nombres cuando nos acordábamos de las ents-mujeres. Creemos que volveremos a encontrarlas en un tiempo próximo, quizás en una tierra donde podamos vivir juntos y ser felices. Pero se ha dicho que esto se cumplirá cuando hayamos perdido todo lo que tenemos ahora. Y es posible que ese tiempo se esté acercando al fin. Pues si el Sauron de antaño destruyó los jardines, el enemigo de hoy parece capaz de marchitar todos los bosques.

»Hay una canción élfica que habla de esto, o al menos así la entiendo yo. Antes se la cantaba todo a lo largo del Río Grande. No fue nunca una canción élfica, notadlo bien: ¡hubiese sido una canción muy larga en élfico! Pero aún la recordamos y la canturreamos a veces. Hela aquí en vuestra lengua:

ENT

*Cuando la primavera despliega la hoja del haya y hay savia en las ramas;
cuando la luz se apoya en el río del bosque y el viento toca la cima;
cuando el paso es largo, la respiración profunda y el aire se anima en la montaña,
¡regresa a mí! ¡Regresa a mí y di que mi tierra es hermosa!*

ENT-MUJER

*Cuando la primavera llega a los regadíos y los campos, y aparece la espiga;
cuando en las huertas florecen los capullos como una nieve brillante;
cuando la llovizna y el sol sobre la tierra perfuman el aire,
me demoraré aquí y no me iré, pues mi tierra es hermosa.*

ENT

*Cuando el verano se extiende sobre el mundo, en un mediodía de oro,
bajo la bóveda de las hojas dormidas se despliegan los sueños de los árboles;
cuando las salas del bosque son verdes y frescas, y el viento sopla del oeste,
¡regresa a mí! ¡Regresa a mí y di que mi tierra es la mejor!*

ENT-MUJER

*Cuando el verano calienta los frutos que cuelgan y oscurece las bayas;
cuando la paja es de oro y la espiga blanca y es tiempo de cosechar;
cuando la miel se derrama y el manzano crece, aunque el viento sople del oeste,
me demoraré aquí a la luz del sol, porque mi tierra es la mejor.*

ENT

*Cuando llegue el invierno, el invierno salvaje que matará la colina y el bosque;
cuando caigan los árboles y la noche sin estrellas devore al día sin sol;
cuando el viento sople mortalmente del este, entonces en la lluvia que golpea
te buscaré y te llamaré, ¡y regresaré otra vez contigo!*

ENT-MUJER

*Cuando llegue el invierno y terminen los cantos; cuando las tinieblas caigan al fin;
cuando la rama estéril se rompa y la luz y el trabajo hayan pasado;
te buscaré y te esperaré, hasta que volvamos a encontrarnos:
¡juntos tomaremos el camino bajo la lluvia que golpea!*

AMBOS

*Juntos tomaremos el camino que lleva al oeste
y juntos encontraremos una tierra en donde los corazones tengan descanso.*

Bárbol dejó de cantar.

-Así dice la canción -dijo-. Es una canción élfica por supuesto, alegre, concisa y termina pronto. Me atrevería a decir que es bastante hermosa. Aunque los ents podrían decir mucho más, ¡si tuvieran tiempo! Pero ahora voy a levantarme para dormir un poco. ¿Dónde os pondréis de pie?

-Nosotros comúnmente nos acostamos para dormir -dijo Merry-. Nos quedaremos donde estamos.

-¡Acostarse para dormir! -exclamó Bárbol-. ¡Pero claro! Hm, hum: me olvido a veces: cantando esa canción creí estar de nuevo en los tiempos de antaño: casi como si estuviera hablándoles a unos jóvenes entandos. Bueno, podéis acostaros en la cama. Yo me pondré de pie bajo la lluvia. ¡Buenas noches!

Merry y Pippin treparon a la cama y se acomodaron en la hierba y los helechos blandos. Era una cama fresca, perfumada y tibia. Las luces se apagaron y el resplandor de los árboles se desvaneció; pero afuera, bajo el arco, alcanzaban a ver al viejo Bárbol de pie, inmóvil, con los brazos levantados por encima de la cabeza. Las estrellas brillantes miraban desde el cielo e iluminaban el agua que caía y se le derramaba sobre los dedos y la cabeza y goteaba, goteaba, en cientos de gotas de plata. Escuchando el tintineo de las gotas los hobbits se durmieron.

Despertaron y vieron que un sol fresco brillaba en el patio y en el suelo de la caverna. Unos andrajos de nubes altas corrían en el cielo, arrastradas por un viento que soplaba firmemente del este. No vieron a Bárbol, pero mientras se bañaban en el estanque junto al arco, oyeron que zumbaba y cantaba, subiendo por el camino entre los árboles.

-¡Hu, ho! ¡Buenos días, Merry y Pippin! -bramó al verlos-. Dormís mucho. Yo ya he dado cientos de pasos. Ahora beberemos un poco y luego iremos a la Cámara de los Ents.

Trajo una jarra de piedra, pero no la misma de la noche anterior, y les sirvió dos tazones. El sabor tampoco era el mismo: más terrestre, más generoso, más fortificante y nutritivo, por así decir. Mientras los hobbits bebían, sentados en el borde de la cama, y mordisqueando los bizcochos élficos (porque comer algo les parecía parte necesaria del desayuno, no porque tuvieran hambre), Bárbol se quedó allí de pie, canturreando en éntico o élfico o alguna extraña lengua, y mirando el cielo.

-¿Dónde está la Cámara de los Ents? –se atrevió a preguntar Pippin. -¿Hu, eh? ¿La Cámara de los Ents? –dijo Bárbol, dándose vuelta-. No es un lugar, es una reunión de ents, lo que no ocurre a menudo. Pero he conseguido que un número considerable me prometiera venir. Nos reuniremos en el sitio donde nos hemos reunido siempre. El Valle Emboscado, lo llaman los hombres. Está lejos de aquí, en el sur. Tenemos que llegar allí antes del mediodía.

Partieron sin tardanza, Bárbol llevó en brazos a los hobbits, como en la víspera. A la entrada del patio dobló a la derecha, atravesó de una zancada la corriente y caminó a grandes pasos hacia el sur bordeando las faldas de piedras desmoronadas donde los árboles eran raros. Los hobbits alcanzaron a distinguir montes de abedules y fresnos y más arriba unos pinos sombríos. Pronto Bárbol se apartó un poco de las colinas para meterse en unos bosquecillos profundos; los hobbits nunca habían visto hasta entonces árboles más grandes, más altos y más gruesos. Durante un momento creyeron tener aquella sensación de ahogo que los había asaltado cuando entraron por primera vez en Fangorn, pero pasó pronto. Bárbol no les hablaba. Canturreaba entre dientes, con un tono grave y meditativo, pero Merry y Pippin no alcanzaban a distinguir las palabras: sonaba bum, bum, rumbum, burar, bum, bum, dahrar bum bum, dahrar bum y así continuamente con un cambio incesante de notas y ritmos. De cuando en cuando creían oír una respuesta, un zumbido, o un sonido tembloroso que salía de la tierra, o que venía de las ramas altas, o quizá de los troncos de los árboles; pero Bárbol no se detenía ni volvía la cabeza a uno u otro lado.

Había estado caminando un largo rato -Pippin había tratado de llevar cuenta de los pasos-de-ent, pero se había perdido alrededor de los tres mil- cuando Bárbol empezó a aflojar el paso. De pronto se detuvo, bajó a los hobbits y se llevó a la boca las manos juntas, como formando un tubo hueco. Luego sopló o llamó. Un gran *hum, hom resonó en los bosques* como un cuerno grave y pareció que los árboles devolvían el eco. De lejos y de distintos sitios llegó un similar hum, hom, hum que no era un eco sino una respuesta.

Bárbol cargó a Merry y Pippin sobre los hombros y echó a andar otra vez, lanzando de cuando en cuando otra llamada de cuerno, y las respuestas eran cada vez más claras y próximas. De este modo llegaron al fin a lo que parecía ser un muro impenetrable de árboles oscuros y de hoja perenne, árboles de una especie que los hobbits nunca habían visto antes: las ramas salían directamente de las raíces y estaban densamente cubiertas de hojas oscuras y lustrosas como de acebo, pero sin espinas, y en el extremo de unos peciolos tiesos y verticales brillaban unos botones grandes y brillantes de color oliva.

Volviéndose a la izquierda y bordeando esta cerca enorme, Bárbol llegó en unas pocas zancadas a una entrada angosta. Un sendero donde se veían muchas huellas atravesaba la cerca y bajaba de pronto por una pendiente larga y abrupta. Los hobbits vieron que estaban descendiendo a un valle grande, casi tan *redondo como un tazón, muy* ancho y profundo, coronado en el borde por la alta cerca de árboles oscuros. El interior era liso y herboso y no había árboles excepto tres abedules plateados muy altos y hermosos que crecían en el fondo del tazón. *Otros* dos senderos bajaban al valle: desde el oeste y desde el este.

Varios ents habían llegado ya. Más estaban descendiendo por los otros senderos y algunos seguían ahora a Bárbol. Cuando se acercaron, los hobbits los miraron con curiosidad. Habían esperado ver un cierto número de criaturas parecidas a Bárbol así como

un hobbit se parece a otro (al menos a los ojos de un extranjero) y les sorprendió mucho encontrarse con algo muy distinto. Los ents eran tan diferentes entre sí como un árbol de otro árbol: algunos tan diferentes como árboles del mismo nombre, pero que no han crecido del mismo modo y no tienen la misma historia; y algunos tan *diferentes como si pertenecieran a distintas* familias de árboles, como el abedul y el haya, el roble y el abeto. Había unos pocos ents muy viejos, barbudos y nudosos, como árboles vigorosos pero de mucha edad (aunque ninguno parecía tan viejo como Bárbol), y había ents robustos y altos, bien ramificados y de piel lisa como árboles del bosque en la plenitud de la edad; pero no se veían ents jóvenes, ningún renuevo. Eran en total unas dos docenas de pie en las hierbas del valle y otros tantos llegaban ahora.

Al principio, a Merry y Pippin les sorprendió sobre todo la variedad de lo que veían: las muchas formas, los colores, las diferencias en el talle, la altura y el largo de los brazos y piernas; y en el número de dedos en los pies (de tres a nueve). Algunos eran quizá parientes de Bárbol y parecían hayas o robles. Pero los había de distintas especies. Algunos recordaban el castaño: Ents de piel parda con manos grandes y dedos abiertos y piernas cortas y macizas; otros el fresno: Ents altos, rectos y grises con manos de muchos dedos y piernas largas; algunos el abeto (los ents más altos) y otros el abedul, el pino y el tilo. Pero cuando todos los ents se reunieron alrededor de Bárbol, inclinando ligeramente las cabezas, murmurando con aquellas voces lentas y musicales y mirando alrededor larga y seriamente a los extraños, entonces los hobbits vieron que todos eran de la misma condición y que todos tenían los mismos ojos: no siempre tan viejos y profundos como los de Bárbol, pero con la misma expresión lenta, firme y pensativa y el mismo centelleo verde.

Tan pronto como toda la compañía estuvo reunida, de pie en un amplio círculo alrededor de Bárbol, se inició una curiosa e ininteligible conversación. Los ents se pusieron a murmurar lentamente: primero uno y luego otro, hasta que todos estuvieron cantando juntos en una cadencia larga que subía y bajaba, ahora más alta en un sector del círculo, ahora muriendo aquí y creciendo y resonando en algún otro sitio. Aunque Pippin no podía distinguir o entender ninguna de las palabras -suponía que el lenguaje era éntico-, el sonido le pareció muy agradable al principio, aunque poco a poco dejó de prestar atención. Al cabo de mucho tiempo (y la salmodia no mostraba signos de declinación) se encontró preguntándose, ya que el éntico era un lenguaje tan poco «apresurado», si no estarían aún en los *Buen día*, y en el caso que Bárbol pasara lista cuánto tiempo tardarían en entonar todos los nombres. «Me pregunto cómo se dirá *sí* o no en éntico», -se dijo. Bostezó.

Bárbol advirtió en seguida la inquietud de Pippin.

-Hm, ha, hey, mi Pippin -dijo y todos los otros ents interrumpieron el canto-. Sois gente apresurada, lo había olvidado; y por otra parte es fatigoso escuchar un discurso que no se entiende. Podéis bajar ahora. Ya he transmitido vuestros nombres a la Cámara de los Ents y ellos os han visto y todos están de acuerdo en que no sois orcos y en que es necesario añadir otra línea a las viejas listas. No hemos ido más allá hasta ahora, pero hemos ido rápido tratándose de una Cámara de Ents. Tú y Merry podéis pasearos por el valle, si queréis. Hay un manantial de agua buena y fresca allá en la barranca norte. Todavía tenemos que decir algunas palabras antes que la asamblea comience de veras. Yo iré a veros y os contaré cómo van las cosas.

Puso a los hobbits en tierra. Antes que se alejaran, Merry y Pippin saludaron haciendo una reverencia. Esta proeza pareció divertir mucho a los ents, a juzgar por el tono de los murmullos que se oyeron entonces y el centelleo que les asomó a los ojos; pero pronto se volvieron de nuevo a sus propios asuntos. Merry y Pippin subieron por el sendero que

venía del oeste y miraron a través de la abertura en la cerca. Unas faldas largas y cubiertas de árboles subían desde el borde del valle, y más allá, sobre los pinos de la estribación más lejana se alzaba, afilado y blanco, el pico de una elevada montaña. A la izquierda y hacia el sur alcanzaban a ver el bosque que se perdía en una lejanía gris. Allí y muy distante, creyeron distinguir un débil resplandor verde, que Merry atribuyó a las llanuras de Rohan.

-Me pregunto dónde estará Isengard -dijo Pippin.

-No sé muy bien dónde estamos nosotros -dijo Merry-, pero es posible que sea el Methedras, y creo recordar que el anillo de Isengard se encuentra en una bifurcación o una abertura profunda en el extremo de las montañas, probablemente detrás de esa cordillera. Parece haber una niebla o humo allí arriba, a la izquierda del pico, ¿no crees?

-¿Cómo es Isengard? -dijo Pippin-. Me pregunto qué pueden hacer ahí los ents, de todos modos.

-Yo también me lo pregunto -dijo Merry-. Isengard es una especie de anillo de rocas o colinas, pienso, alrededor de un espacio llano y una isla o pilar de piedra en el medio que llaman Orthanc. Saruman tiene una torre ahí. Hay una entrada, quizá más de una, en la muralla circular y creo que la atraviesa un río; desciende de las montañas y corre a través del Paso de Rohan. No parece un lugar muy apropiado para que los ents puedan hacer algo ahí. Pero tengo una rara impresión acerca de estos ents: de algún modo no creo que sean tan poco peligrosos y, bueno, tan graciosos como parecen. Son lentos, extraños y pacientes, casi tristes; y sin embargo creo que algo podría despertarlos. Si eso ocurriera alguna vez, no me gustaría estar en el bando opuesto.

-¡Sí! -dijo Pippin-. Entiendo qué quieres decir. Quizás esa sea toda la diferencia entre una vieja vaca echada que rumia en paz y un toro que embiste, y el cambio puede ocurrir de pronto. Me pregunto si Bárbo conseguirá despertarlos. Estoy seguro de que lo intentará. Pero no les gusta que los exciten. Bárbo se excitó un momento anoche y luego se contuvo otra vez.

Los hobbits se volvieron. Las voces de los ents todavía se alzaban y bajaban en el cóncave. El sol había subido y miraba ahora por encima de la cerca; brillaba en las copas de los abedules e iluminaba el lado norte del valle con una fresca luz amarilla. Allí centelleaba un pequeño manantial. Caminaron a lo largo del borde de la concavidad al pie de los árboles perennes -era agradable sentir de nuevo la hierba fresca en los pies y no tener prisa- y luego descendieron al agua del manantial. Bebieron un poco, un trago de agua fresca, fría y acre y se sentaron sobre una piedra mohosa, mirando los dibujos del sol en la hierba y las sombras de las nubes que navegaban en el cielo. El murmullo de los ents continuaba. El valle parecía un sitio muy extraño y remoto, fuera del mundo y alejado de todo lo que habían vivido hasta entonces. Los invadió una profunda nostalgia y recordaron con tristeza los rostros y las voces de los otros compañeros, especialmente de Frodo y Sam y Trancos.

Al fin hubo una pausa en las voces de los ents; y alzando los ojos vieron que Bárbo venía hacia ellos, con otro ent al lado.

-Hm, hum, aquí estoy otra vez -dijo Bárbo-. Comenzabais a cansaros y a sentir alguna impaciencia, hmm, ¿eh? Bueno, temo que aun no sea tiempo de sentirse impaciente. Hemos cumplido la primera etapa, pero todavía falta mucho que explicar a aquellos que viven lejos de aquí, lejos de Isengard, y a aquellos que no pude ver antes de la asamblea, y luego habrá que decidir si se puede hacer algo. Sin embargo, para decidirse a hacer algo,

los ents no necesitan tanto tiempo como para examinar todos los hechos y acontecimientos sobre los que será necesario decidirse. No obstante y de nada serviría negarlo, estaremos aquí mucho tiempo todavía: un par de días quizá. De modo que os traje compañía. Tiene una casa éntica cerca. Se llama Bregalad, en élfico. Dice que ya se ha decidido y no necesita quedarse en la asamblea. Hm, hm, es lo que más se parece entre nosotros a un ent con prisa. Creo que os entenderéis. ¡Adiós!

Bárbol dio media vuelta y los dejó.

Bregalad se quedó un momento mirando a los hobbits con solemnidad; y ellos también lo miraron, preguntándose cuándo mostraría algún signo de «apresuramiento». Era alto y parecía ser uno de los ents más jóvenes; una piel lisa y brillante le cubría los brazos y piernas; tenía labios rojos y el cabello era verdegris. Podía inclinarse y balancearse como un árbol joven al viento. Al fin habló y con una voz resonante pero más alta y clara que la de Bárbol.

-Ha, hum, ¡vamos a dar un paseo, amigos míos! - dijo -. Me llamo Bregalad, lo que en vuestra lengua significa Ramaviva. Pero esto no es más que un apodo, por supuesto. Me llaman así desde el momento en que le dije sí a un ent anciano antes que terminara de hacerme una pregunta. También bebo rápidamente y me voy cuando otros todavía están mojándose las barbas. ¡Venid conmigo!

Bajó dos brazos bien torneados y les dio una mano de dedos largos a cada uno de los hobbits. Todo ese día caminaron con él por los bosques, cantando y riendo, pues Ramaviva reía a menudo. Reía si el sol salía de detrás de una nube, reía cuando encontraban un arroyo o un manantial: se inclinaba entonces y se refrescaba con agua los pies y la cabeza; reía a veces cuando se oía algún sonido o murmullo en los árboles. Cada vez que tropezaban con un fresno se detenía un rato con los brazos extendidos y cantaba, balanceándose.

Al atardecer llevó a los hobbits a una casa éntica que era sólo una piedra musgosa puesta sobre unas matas de hierba en una barranca verde. Unos fresnos crecían en círculo alrededor y había agua, como en todas las casas énticas, un manantial que brotaba en burbujas de la barranca. Hablaron un rato mientras la oscuridad caía en el bosque. No muy lejos las voces de la Cámara de los Ents podían oírse aún; pero ahora parecían más graves y menos ociosas, y de cuando en cuando un vozarrón se alzaba en una música alta y rápida, mientras todas las otras parecían apagarse. Pero junto a ellos Bregalad hablaba gentilmente en la lengua de los hobbits, casi susurrando; y ellos se enteraron de que pertenecía a la raza de los Cortezas y que el país donde vivieran antes había sido devastado. Esto pareció a los hobbits suficiente como para explicar el «apresuramiento» de Ramaviva, al menos en lo que se refería a los orcos.

-Había fresnos en mi casa -dijo Bregalad, con una dulce tristeza-, fresnos que echaron raíces cuando yo era aún un entando, hace muchos años en el silencio del mundo. Los más viejos fueron plantados por los ents para probar y complacer a las ents-mujeres; pero ellas los miraron y sonrieron y dijeron que conocían un sitio donde los capullos eran más blancos y los frutos más abundantes. Pero ya no quedan árboles de esa raza, el pueblo de la Rosa, que eran tan hermosos a mis ojos. Y esos árboles crecieron y crecieron, hasta que la sombra de cada uno fue como una sala verde y los frutos rojos del otoño colgaron como una carga, de maravillosa belleza. Los pájaros acostumbraban anidar en ellos. Me gustan los pájaros, aun cuando parlotean; y en los fresnos había pájaros de sobra. Pero estos pájaros de pronto se hicieron hostiles, ávidos, y desgarraron los árboles y derribaron los frutos pero no se los comieron. Luego llegaron los orcos blandiendo hachas y echaron

abajo los árboles. Llegué y los llamé por los largos nombres que ellos tenían, pero no se movieron, no oyeron ni respondieron: estaban todos muertos.

¡Oh Orofarnë, Lassemista, Carnimirë!
¡Oh hermoso fresno, sobre tu cabellera qué hermosas son las flores!
¡Oh fresno mío, te vi brillar en un día de verano!
Tu brillante corteza, tus leves hojas, tu voz tan fresca y dulce:
¡qué alta llevas en tu cabeza la corona de oro rojo!
Oh fresno muerto, tu cabellera es seca y gris;
tu corona ha caído, tu voz ha callado para siempre.
¡Oh Orofarnë, Lassemista, Carnimirë!

Los hobbits se durmieron con la música del dulce canto de Bregalad, que parecía lamentar en muchas lenguas la caída de los árboles que él había amado.

El día siguiente también lo pasaron en compañía de Bregalad, pero no se alejaron mucho de la «casa». La mayor parte del tiempo se quedaron sentados en silencio al abrigo de la barranca; pues el viento era más frío y las nubes más bajas y grises; el sol brillaba poco y a lo lejos las voces de los ents reunidos en asamblea todavía subían y bajaban, a veces altas y fuertes, a veces bajas y tristes, a veces rápidas, a veces lentas y solemnes como un himno. Llegó otra noche y el cónclave de los ents continuaba bajo nubes rápidas y estrellas caprichosas.

El tercer día amaneció triste y ventoso. Al alba las voces de los ents estallaron en un clamor y luego se apagaron de nuevo. La mañana avanzó y el viento amainó y el aire se colmó de una pesada expectativa. Los hobbits pudieron ver que Bregalad escuchaba ahora con atención, aunque ellos, en la cañada de la casa éntica, apenas alcanzaban a oír los rumores de la asamblea.

Llegó la tarde y el sol que descendía en el oeste hacia las montañas lanzó unos largos rayos amarillos entre las grietas y fisuras de las nubes. De pronto cayeron en la cuenta de que todo estaba muy tranquilo; el bosque entero esperaba en un atento silencio. Por supuesto, las voces de los ents habían callado. ¿Qué significaba esto? Bregalad, erguido y tenso, miraba al norte hacia el Valle Emboscado.

En seguida y con un estruendo llegó un grito resonante: *¡Rahumrah!* Los árboles se estremecieron y se inclinaron como si los hubiera atacado un huracán. Hubo otra pausa y luego se oyó una música de marcha, como de solemnes tambores, y por encima de los redobles y los golpes se elevaron unas voces que cantaban altas y fuertes.

Venimos, venimos, con un redoble de tambor: ¡ta-runda runda runda rom!

Los ents venían y el canto se elevaba cada vez más cerca y más sonoro.

Venimos, venimos con cuernos y tambores: ¡ta-rûna rûna rûna rom!

Bregalad recogió a los hobbits y se alejó de la casa.

No tardaron en ver la tropa en marcha que se acercaba; los ents cantaban bajando por la pendiente a grandes pasos. Bárbol venía a la cabeza y detrás unos cincuenta seguidores, de dos en fondo, marcando el ritmo con los pies y golpeándose los flancos con las manos.

Cuando estuvieron más cerca, se pudo ver que los ojos de los ents relampagueaban y centelleaban.

-¡Hum, hom! ¡Henos aquí con un estruendo, henos aquí por fin! -llamó Bárbol cuando estuvo a la vista de Bregalad y los hobbits-. ¡Venid, uníos a la asamblea! Partimos. ¡Partimos hacia Isengard!

-¡A Isengard! -gritaron los ents con muchas voces.

-¡A Isengard!

*¡A Isengard! Aunque Isengard esté clausurado con puertas de piedra;
Aunque Isengard sea fuerte y dura, fría como la piedra y desnuda como el hueso.
Partimos, partimos, partimos a la guerra, a romper la piedra y derribar la puerta;
pues el tronco y la rama están ardiendo ahora, el horno ruge; ¡partimos a la guerra!
Al país de las tinieblas con paso de destino, con redoble de tambor, marchamos,
marchamos.*

¡A Isengard marchamos con el destino!

¡Marchamos con el destino, con el destino marchamos!

Así cantaban mientras marchaban hacia el sur.

Bregalad, los ojos brillantes, se metió de un salto en la fila junto a Bárbol. El viejo ent tomó de vuelta a los hobbits y se los puso otra vez sobre los hombros y así ellos cabalgaron orgullosos a la cabeza de la compañía que iba cantando, el corazón palpitante y la frente bien alta. Aunque habían esperado que algo ocurriera al fin, el cambio que se había operado en los ents les parecía sorprendente, como si ahora se hubiese soltado una avenida de agua, que un dique había contenido mucho tiempo.

-Los ents no tardan mucho en decidirse, al fin y al cabo, ¿no te parece? -se aventuró a decir Pippin al cabo de un rato, cuando el canto se interrumpió un momento y sólo se oyó el batir de las manos y los pies.

-¿No tardan mucho? -dijo Bárbol-. ¡Hum! Sí, en verdad. Tardamos menos de lo que yo había pensado. En verdad no los he visto despiertos como ahora desde hace siglos. A nosotros los ents no nos gusta que nos despierten y no despertamos sino cuando nuestros árboles y nuestras vidas están en grave peligro. Esto no ha ocurrido en el bosque desde las guerras de Sauron y los Hombres del Mar. Es la obra de los orcos, esa destrucción por el placer de destruir, de rûm, sin ni siquiera la mala excusa de tener que alimentar las hogueras, lo que nos ha encolerizado de este modo, y la traición de un vecino, de quien esperábamos ayuda. Los Magos tendrían que ser más sagaces: son más sagaces. No hay maldición en élfico, éntico, o las lenguas de los hombres bastante fuerte para semejante perfidia. ¡Abajo Saruman!

-¿Derribaréis realmente las puertas *de Isengard*? -preguntó Merry. - Ho, hm, bueno, podríamos hacerlo en verdad. No sabéis quizá qué fuertes somos. Quizás habéis oído hablar de los trolls. Son extremadamente fuertes. Pero los trolls son sólo una impostura, fabricados por el enemigo en la Gran Oscuridad, una falsa imitación de los ents, así como los orcos son imitación de los elfos. Somos más fuertes que los trolls. Estamos hechos de los huesos de la tierra. Somos capaces de quebrar la piedra, como las raíces de los árboles, sólo que más rápido, mucho más rápido, ¡cuando estamos despiertos! Si no nos abaten, o si

no nos destruye el fuego o alguna magia, podríamos reducir Isengard a un montón de astillas y convertir esos muros en escombros.

-Pero Saruman tratará de detenernos, ¿no es cierto?

-Hm, ah, sí, así es. No lo he olvidado. En verdad lo he pensado mucho tiempo. Pero, veréis, muchos de los ents son más jóvenes que yo, en muchas vidas de árboles. Están todos despiertos ahora y no piensan sino una cosa: destruir a Isengard. Pero pronto se pondrán a pensar en otras cosas; se enfriarán un poco, cuando tomemos la bebida de la noche. ¡Qué sed tendremos! ¡Pero que ahora marchen y canten! Hay que recorrer un largo camino y sobraré tiempo para pensar. Ya es bastante habernos puesto en camino.

Bárbol continuó marchando, cantando con los otros durante un tiempo. Pero luego bajó la voz, que fue sólo un murmullo, y al fin calló otra vez. Pippin alcanzó a ver que la vieja frente del ent estaba toda arrugada y nudosa. Al fin Bárbol alzó los ojos y Pippin descubrió una mirada triste, triste pero no desdichada. Había una luz en ellos, como si la llama verde se le hubiera hundido aún más en los pozos oscuros del pensamiento.

-Por supuesto, es bastante verosímil, amigos míos -dijo con lentitud-, bastante verosímil que estemos yendo a nuestra perdición: la última marcha de los ents. Pero si nos quedamos en casa y no hacemos nada, la perdición nos alcanzará de todos modos, tarde o temprano. Este pensamiento está creciendo desde hace mucho en nuestros corazones; y por eso estamos marchando ahora. No fue una resolución apresurada. Ahora al menos la última marcha de los ents quizá merezca una canción. Ay - suspiró -, podemos ayudar a los otros pueblos antes de irnos. Sin embargo, me hubiera gustado ver que las canciones sobre las ents-mujeres se cumplieran de algún modo. Me hubiera gustado de veras ver otra vez a Fimbrelhill. Pero en esto, amigos míos, las canciones como los árboles dan frutos en el tiempo que corresponde y según leyes propias: y a veces se marchitan prematuramente.

Los ents continuaban caminando a grandes pasos. Habían descendido a un largo repliegue del terreno que se alejaba bajando hacia el sur y ahora empezaban a trepar, cada vez más arriba, hacia la elevada cresta del oeste. El bosque se hizo menos denso y llegaron a unos pequeños montes de abedules y luego a unas pendientes desnudas donde sólo crecían unos pinos raquíuticos. El sol se hundió detrás de la giba oscura de la loma que se alzaba delante. El crepúsculo gris cayó sobre ellos.

Pippin miró hacia atrás. El número de los ents había crecido... ¿o qué ocurría ahora? Donde se extendían las faldas desnudas y oscuras que acababan de cruzar, creyó ver montes de árboles. ¡Pero estaban moviéndose! ¿Era posible que el bosque entero de Fangorn hubiese despertado y que ahora marchase por *encima de las colinas* hacia la guerra? Se frotó los ojos preguntándose si no lo habrían engañado el sueño o las sombras; pero las grandes formas grises continuaban avanzando firmemente. Se oía un ruido como el del viento en muchas ramas. Los ents se acercaban ahora a la cima de la estribación y todos los cantos habían cesado. Cayó la noche y se hizo el silencio; no se oía otra cosa que un débil temblor de tierra bajo los pies de los ents y un roce, la sombra de un susurro, como de muchas hojas llevadas por el viento. Al fin se encontraron sobre la cima y miraron allá abajo un pozo oscuro: la gran depresión en el extremo de las montañas: Nam Curunír, el Valle de Saruman.

-La noche se extiende sobre Isengard -dijo Bárbol.

EL CABALLERO BLANCO

-Estoy helado hasta los huesos- dijo Gimli batiendo los brazos y golpeando los pies contra el suelo. Por fin había llegado el día. Al alba los compañeros habían desayunado como habían podido; ahora a la luz creciente estaban preparándose a examinar el suelo otra vez en busca de rastros de hobbits.

-¡Y no olvidéis a ese viejo! -dijo Gimli-. Me sentiría más feliz si pudiera ver la huella de una bota.

-¿Por qué eso te haría feliz? -preguntó Legolas.

-Porque un viejo con pies que dejan huellas no será sino lo que parece -respondió el enano.

-Quizá -dijo el elfo-, pero es posible que una bota pesada no deje aquí marca alguna. La hierba es espesa y elástica.

-Eso no confundiría a un montaraz -dijo Gimli-. Una brizna doblada le basta a Aragorn. Pero no espero que él encuentre algún rastro. Era el fantasma maligno de Saruman lo que vimos anoche. Estoy seguro, aun a la luz de la mañana. Quizá los ojos de Saruman nos miran desde Fangorn en este mismo momento.

-Es muy posible -dijo Aragorn-, sin embargo no estoy seguro. Estaba pensando en los caballos. Dijiste anoche, Gimli, que el miedo los espantó. Pero yo no lo creo. ¿Los oíste, Legolas? ¿Te parecieron unas bestias aterrorizadas?

-No -dijo Legolas-. Los oí claramente. Si no hubiese sido por las tinieblas y nuestro propio miedo, yo hubiera pensado que eran bestias dominadas por alguna alegría repentina. Hablaban como caballos que encuentran un amigo después de mucho tiempo.

-Así me pareció -dijo Aragorn-, pero no puedo resolver el enigma, a menos que vuelvan. ¡Vamos! La luz crece rápidamente. ¡Miremos primero y dejemos las conjeturas para después! Comenzaremos por aquí, cerca del campamento, buscando con cuidado alrededor y subiendo después hacia el bosque. Nuestro propósito es encontrar a los hobbits, aparte de lo que podamos pensar de nuestro visitante nocturno. Si por alguna casualidad han podido escapar, tienen que haberse ocultado entre los árboles, o los hubieran visto. Si no encontramos nada entre aquí y los lindes del bosque, los buscaremos en el campo de batalla y entre las cenizas. Pero ahí hay tan pocas esperanzas: los jinetes de Rohan han hecho su trabajo demasiado bien.

Durante algún tiempo los compañeros se arrastraron tanteando el suelo. El árbol se alzaba melancólico sobre ellos; las hojas secas colgaban flojas ahora y crujían en el viento helado del este. Aragorn se alejó con lentitud. Llegó junto a las cenizas de la hoguera de campaña cerca de la orilla del río y luego retrocedió hasta la loma donde se había librado el combate. De pronto se detuvo y se inclinó, casi tocando la hierba con la cara. Llamó a los otros, que se acercaron corriendo.

-¡Aquí al fin hay algo nuevo! -dijo Aragorn. Alzó una hoja rota y la mostró, una hoja grande y pálida de desvaído color dorado, ya casi pardo-. He aquí una hoja de mallorn de Lórien, con unas pequeñas migas encima y unas pocas migas más en la hierba. ¡Y mirad! ¡Unos trozos de cuerda cerca!

-¡Y he aquí el cuchillo que cortó la cuerda! -dijo Gimli y extrajo de entre unas hierbas, donde la había hundido algún pie pesado, una hoja corta y mellada. Al lado estaba la empuñadura-. Es un arma de orco -dijo tomándola con precaución y observando con disgusto el mango labrado; tenía la forma de una horrible cabeza de ojos bizcos y boca torcida.

-Pues bien, ¡he aquí el enigma más raro que hayamos encontrado hasta ahora! -dijo Legolas-. Un prisionero atado consigue eludir a los orcos y a jinetes que los rodean. Luego se detiene, aún al descubierto, y corta las ataduras con un cuchillo de orco. ¿Pero cómo y por qué? Pues si tenía las piernas atadas, ¿cómo pudo caminar? Y si tenía los brazos atados, ¿cómo pudo utilizar el cuchillo? Y si ni las piernas ni los brazos estaban atados, ¿por qué cortó las cuerdas? Contento de haber mostrado tamaña habilidad, ¡se sienta a comer tranquilamente un poco de pan de viaje! Esto al menos basta para saber que se trataba de un hobbit, aun sin la hoja de mallorn. Luego de esto, supongo, trocó los brazos en alas y se alejó cantando hacia los árboles. Tiene que ser fácil encontrarlo, ¡sólo falta que nosotros también tengamos alas!

-Es cosa de brujos, obviamente -dijo Gimli-. ¿Qué estaba haciendo ese viejo? ¿Qué dices tú, Aragorn, de la interpretación de Legolas? ¿Puedes mejorarla?

-Quizá -dijo Aragorn, sonriendo-. Hay otros signos al alcance de la mano que no habéis tenido en cuenta. Estoy de acuerdo en que el prisionero era un hobbit y que tenía los pies o las manos libres antes de llegar aquí. Supongo que eran las manos, pues el enigma se aclara un poco entonces y también porque de acuerdo con las huellas fue traído aquí por un orco. Se ha vertido sangre en este sitio, sangre de orco. Hay marcas profundas de cascos todo alrededor y signos de que se llevaron a la rastra una cosa pesada. Los jinetes mataron a un orco y luego lo arrastraron hasta las hogueras. Pero no vieron al hobbit: no estaba «al descubierto», pues era de noche y llevaba todavía el manto élfico. Estaba agotado y con hambre y no es raro que después de librarse de las ataduras con el cuchillo del enemigo caído, haya descansado y comido un poco antes de irse sigilosamente. Pero es un alivio saber que tenía un poco de *lembas* en el bolsillo, aunque haya escapado sin armas ni provisiones; esto es quizá típico de un hobbit. Hablo en singular, aunque espero que Merry y Pippin hayan estado aquí juntos. Nada sin embargo permite asegurarlo.

-¿Y cómo supones que alguno de nuestros amigos llegó a tener una mano libre?

-No sé cómo ocurrió -respondió Aragorn-. Ni sé tampoco por qué un orco estaba llevándolos. No para ayudarlos a escapar, es indudable. No, pero empiezo a entender algo que me ha intrigado desde el principio. ¿Por qué cuando cayó Boromir los orcos se contentaron con capturar a Merry y a Pippin? No buscaron al resto de nuestra tropa, ni atacaron nuestro campamento, pero en cambio partieron apresuradamente hacia Isengard. ¿Pensaron que habían capturado al Portador del Anillo y a su fiel camarada? No lo creo. Los amos de los orcos no se habrían atrevido a darles órdenes tan claras, aun si estuviesen tan enterados, ni les hubieran hablado tan abiertamente del Anillo; no son servidores de confianza. Pero creo que les ordenaron que capturaran *hobbits* vivos, a toda costa. Hubo un intento de escapar con los preciosos prisioneros antes de la batalla. Una traición quizá, bastante verosímil en tales criaturas. Algún orco grande y audaz pudo haber tratado de escapar él solo con la presa, para beneficiarse él mismo. Bueno, esa es mi historia. Podríamos imaginar otras. Pero en todo caso de algo podemos estar seguros: uno al menos de nuestros amigos ha escapado. Nuestra tarea es ahora dar con él y ayudarlo antes de volver a Rohan. No permitamos que Fangorn nos desanime, pues la necesidad tiene que haberlo llevado a ese sitio oscuro.

-No sé qué me desanima más, si Fangorn o la idea de recorrer a pie el largo camino hasta Rohan -dijo Gimli.

-Pues bien, vayamos al bosque -dijo Aragorn.

Aragorn no tardó mucho en encontrar nuevas huellas. En un lugar cerca del Entaguas tropezó con el rastro de unas pisadas: marcas de hobbits, pero demasiado débiles para sacar alguna conclusión. Luego otra vez junto al tronco de un árbol grande en el linde del bosque descubrieron otras marcas. El terreno era allí desnudo y seco y no revelaba mucho.

-Un hobbit al menos se detuvo aquí un rato y miró atrás, antes de penetrar en el bosque -dijo Aragorn.

-Entonces vayamos nosotros también -dijo Gimli-. Pero el aspecto de este Fangorn no me agrada y nos han advertido contra él. Mejor sería que la persecución nos hubiera llevado a otro sitio.

-No creo que el bosque dé una impresión de malignidad, digan lo que digan las historias -dijo Legolas. Se había detenido en los límites del bosque, inclinándose hacia adelante como si escuchara y espiando las sombras con los ojos muy abiertos-. No, no es maligno y si hay algún mal en él está muy lejos. Sólo me llegan los ecos débiles de un sitio en penumbras donde los corazones de los árboles son negros. No hay ninguna malicia cerca, pero sí vigilancia y cólera.

-Bueno, no hay razón para que estén enojados conmigo -dijo Gimli-. No les hice daño.

-Lo mismo da -dijo Legolas-. De todos modos le han hecho daño. Hay algo que está ocurriendo ahí dentro, o que está por ocurrir. ¿No sientes la tensión? Me quita el aliento.

-Yo siento que el aire es pesado -dijo el enano-. Este bosque es menos denso que el Bosque Negro, pero parece mohoso y decrepito.

-Es viejo, muy viejo -dijo el elfo-. Tan viejo que casi me siento joven otra vez, como no he vuelto a sentirme desde que viajo con niños como vosotros. Viejo y poblado de recuerdos. Yo podía haber sido feliz aquí, si hubiera venido en días de paz.

-Me atrevo a asegurarlo -se burló Gimli-. De todos modos eres un elfo de los bosques, aunque los elfos son siempre gente rara. Sin embargo, me reconfortas. A donde tú vayas, yo también iré. Pero ten el arco bien dispuesto y yo llevaré el hacha suelta en el cinturón. No para usarla contra los árboles -dijo de prisa, alzando los ojos al árbol que se erguía sobre ellos-. No me gustaría tropezarme de improviso con ese hombre viejo sin un argumento en la mano. ¡Adelante!

Luego de esto los tres cazadores se metieron en el bosque de Fangorn. Legolas y Gimli dejaron que Aragorn fuese adelante, buscando una pista. No había mucho que ver. El suelo del bosque estaba seco y cubierto con montones de hojas, pero imaginando que los fugitivos no se alejarían del agua, Aragorn retornaba a menudo a la orilla del río. Fue así como llegó al sitio donde Merry y Pippin habían estado bebiendo y se habían lavado los pies. Allí, muy claras, se veían las huellas de dos hobbits, uno más pequeño que el otro.

-Buenas noticias al fin -concluyó Aragorn-. Pero las marcas son de dos días atrás. Y parece que en este punto los hobbits dejaron la orilla del agua.

-¿Qué haremos ahora entonces? -dijo Gimli-. No podemos perseguirlos todo a lo largo de Fangorn. No tenemos bastantes provisiones. Si no los encontramos pronto, no

podremos ayudarlos mucho, excepto sentarnos con ellos y mostrarles nuestra amistad y morirnos juntos de hambre.

-Si en verdad eso es todo lo que podemos hacer, tenemos que hacerlo -dijo Aragorn-. Sigamos.

Llegaron al fin al extremo abrupto de la colina de Bárbol y observaron la pared de piedra con aquellos toscos escalones que llevaban a la elevada saliente. Unos rayos de sol caían a través de las nubes rápidas y el bosque parecía ahora menos gris y triste.

-¡Subamos para mirar un poco alrededor! -dijo Legolas-. Todavía me falta el aliento. Me gustaría saborear un rato un aire más libre.

Los compañeros treparon. Aragorn iba detrás subiendo lentamente, mirando de cerca los escalones y las cornisas.

-Podría asegurar que los hobbits subieron por aquí -dijo-, pero hay otras huellas, huellas muy extrañas que no entiendo. Me pregunto si desde esta cornisa podríamos ver algo que nos ayudara a saber a dónde han ido.

Se enderezó y miró alrededor, pero no vio nada de provecho. La cornisa daba al sur y al este, pero la perspectiva era amplia sólo en el este. Allí se veían las copas de los árboles que descendían en filas apretadas hacia la llanura por donde habían venido.

-Hemos dado un largo rodeo -dijo Legolas-. Podíamos haber llegado aquí todos juntos y sanos y salvos si hubiéramos dejado el Río Grande el segundo o tercer día para ir hacia el oeste. Raros son aquellos capaces de prever a dónde los llevará el camino, antes de llegar.

-Pero no deseábamos venir a Fangorn -señaló Gimli.

-Sin embargo aquí estamos; y hemos caído limpiamente en la red -dijo Legolas-. ¡Mira!

-¿Mira qué? -preguntó Gimli.

-Allí en los árboles.

-¿Dónde? No tengo ojos de elfo.

-¡Cuidado, habla más bajo! -dijo Legolas apuntando-. Allí abajo en el bosque, en el camino por donde hemos venido. ¿No lo ves, pasando de árbol en árbol?

-¡Lo veo, ahora lo veo! -siseó Gimli Mira, Aragorn! ¿No te lo advertí? Todo en andrajos grises y sucios: por eso no pude verlo al principio.

Aragorn miró y vio una figura inclinada que se movía lentamente. No estaba muy lejos. Parecía un viejo mendigo, que caminaba con dificultad, apoyándose en una vara tosca. Iba cabizbajo y no miraba hacia ellos. En otras tierras lo hubieran saludado con palabras amables: pero ahora lo miraban en silencio, inmóviles, dominados todos por una rara expectativa; algo se acercaba trayendo un secreto poder, o una amenaza.

Gimli observó un rato con los ojos muy abiertos, mientras la figura se acercaba paso a paso. De pronto estalló, incapaz ya de dominarse.

-¡Tu arco, Legolas! ¡Tiéndelo! ¡Prepárate! Es Saruman. ¡No permitas que hable, o que nos eche un encantamiento! ¡Tira primero!

Legolas tendió el arco y se dispuso a tirar, lentamente, como si otra voluntad *se le resistiese*. Tenía una flecha en la mano y no la ponía en la cuerda. Aragorn callaba, el rostro atento y vigilante.

-¿Qué esperas? ¿Qué te pasa? -dijo Gimli en un murmullo sibilante.

-Legolas tiene razón -dijo Aragorn con tranquilidad-. No podemos tirar así sobre un viejo, de improviso y sin provocación, aun dominados por el miedo y la duda. ¡Mira y espera!

En ese momento el viejo aceleró el paso y llegó con sorprendente rapidez al pie de la pared rocosa. Entonces de pronto alzó los ojos, mientras los otros esperaban inmóviles mirando hacia abajo. No se oía ningún sonido.

No alcanzaban a verle el rostro; estaba encapuchado y encima de la capucha llevaba un sombrero de alas anchas, que le ensombrecía las facciones excepto la punta de la nariz y la barba grisácea. No obstante, Aragorn creyó ver un momento el brillo de los ojos, penetrantes y vivos bajo la sombra de la capucha y las cejas.

Al fin el viejo rompió el silencio.

-Feliz encuentro en verdad, amigos míos -dijo con una voz dulce-. Deseo hablaros. ¿Bajaréis vosotros, o subiré yo?

Sin esperar una respuesta empezó a trepar.

-¡No! -gritó Gimli-. ¡deténlo, Legolas!

-¿No dije que deseaba hablaros? -replicó el viejo-. ¡Retira ese arco, Señor Elfo!

El arco y la flecha cayeron de las manos de Legolas y los brazos le colgaron a los costados.

-Y tú, Señor Enano, te ruego que sueltes el mango del hacha, ¡hasta que yo haya llegado arriba! No necesitaremos de tales argumentos.

Gimli tuvo un sobresalto y en seguida se quedó quieto como una piedra, *los ojos* clavados en el viejo que subía saltando por los toscos escalones con la agilidad de una cabra. Ya no parecía cansado. Cuando puso el pie en la cornisa, hubo un resplandor, demasiado breve para ser cierto, un relámpago blanco, como si una vestidura oculta bajo los andrajos se hubiese revelado un instante. La respiración sofocada de Gimli pudo oírse en el silencio como un sonoro silbido.

-¡Feliz encuentro, repito! -dijo el viejo, acercándose. Cuando estuvo a unos pocos *pasos se* detuvo, apoyándose en la vara, con la cabeza echada hacia adelante, mirándolos desde debajo de la capucha-. ¿Y qué podéis estar haciendo en estas regiones? Un elfo, un hombre y un enano, todos vestidos a la manera élfica. Detrás de todo esto hay sin duda alguna historia que valdría la pena. Cosas semejantes no se ven aquí a menudo.

-Habláis como alguien que conoce bien Fangorn -dijo Aragorn-. ¿Es así?

-No muy bien -dijo el viejo-, eso demandaría muchas vidas de estudio. Pero vengo aquí de cuando en cuando.

-¿Podríamos saber cómo os llamáis y luego oír lo que tenéis que decirnos? -preguntó Aragorn-. La mañana pasa y tenemos algo entre manos que no puede esperar.

-En cuanto a lo que deseo decir, ya lo he dicho: ¿Qué estáis haciendo y qué historia podéis contarme de vosotros mismos? ¡En cuanto a mi nombre! -El viejo calló y soltó una risa larga y dulce. Aragorn se estremeció al oír el sonido; y no era sin embargo miedo o terror lo que sentía, sino algo que podía compararse a la mordedura súbita de una ráfaga penetrante, o el batimiento de una lluvia helada que arranca a un hombre de un sueño inquieto. -¡Mi nombre! - dijo el viejo otra vez -. ¿Todavía no lo habéis adivinado? Sin embargo lo habéis oído antes, me parece. Sí, lo habéis oído antes. ¿Pero qué podéis decirme de vosotros?

Los tres compañeros no respondieron.

-Alguien podría decir sin duda que vuestra misión es quizás inconfesable -continuó el viejo-. Por fortuna, algo sé. Estáis siguiendo las huellas de dos jóvenes hobbits, me parece. Sí, hobbits. No me miréis así, como si nunca hubieseis oído esa palabra. Los conocéis y

yo también. Sabed entonces que ellos treparon aquí anteayer. Y se encontraron con alguien que no esperaban. ¿Os tranquiliza eso? Y ahora quisierais saber a dónde los llevaron. Bueno, bueno, quizás yo pudiera daros algunas noticias. ¿Pero por qué estáis de pie? Pues veréis, vuestra misión no es ya tan urgente como habéis pensado. Sentémonos y pongámonos cómodos.

El viejo se volvió y fue hacia un montón de piedras y peñascos caídos al pie del risco, detrás de ellos. En ese instante, como si un encantamiento se hubiese roto, los otros se aflojaron y se sacudieron. La mano de Gimli aferró el mango del hacha. Aragorn desenvainó la espada. Legolas recogió el arco.

El viejo, sin prestarles la menor atención, se inclinó y se sentó en una piedra baja y chata. El manto gris se entreabrió y los compañeros vieron, ahora sin ninguna duda, que debajo estaba vestido todo de blanco.

-¡Saruman! -gritó Gimli y saltó hacia el viejo blandiendo el hacha-. ¡Habla! ¡Dinos dónde has escondido a nuestros amigos! ¿Qué has hecho con ellos? ¡Habla o te abriré una brecha en el sombrero que aun a un mago le costará trabajo reparar!

El viejo era demasiado rápido. Se incorporó de un salto y se encaramó en una roca. Allí esperó, de pie, de pronto muy alto, dominándolos. Había dejado caer la capucha y los harapos grises y ahora la vestidura blanca centelleaba. Levantó la vara y a Gimli el hacha se le desprendió de la mano y cayó resonando al suelo. La espada de Aragorn, inmóvil en la mano tiesa, se encendió con un fuego súbito. Legolas dio un grito y soltó una flecha que subió en el aire y se desvaneció en un estallido de llamas.

-¡Mithrandir! -gritó-. ¡Mithrandir!

-¡Feliz encuentro, te digo a ti otra vez, Legolas! -exclamó el viejo.

Todos tenían los ojos fijos en él. Los cabellos del viejo eran blancos como la nieve al sol; y las vestiduras eran blancas y resplandecientes; bajo las cejas espesas le brillaban los ojos, penetrantes como los rayos del sol; y había poder en aquellas manos. Asombrados, felices y temerosos, los compañeros estaban allí de pie y no sabían qué decir.

Al fin Aragorn reaccionó.

-¡Gandalf! -dijo-. ¡Más allá de toda esperanza, regresas ahora a asistirnos! ¿Qué velo me oscurecía la vista? ¡Gandalf!

Gimli no dijo nada; cayó de rodillas cubriéndose los ojos.

-Gandalf -repitió el viejo como sacando de viejos recuerdos una palabra que no utilizaba desde hacía mucho-. Sí, ése era el nombre. Yo era Gandalf.

Bajó de la roca y recogiendo el manto gris se envolvió en él; fue como si el sol luego de haber brillado un momento se ocultara otra vez entre las nubes.

-Sí, todavía podéis llamarme Gandalf -dijo, y era aquélla la voz del amigo y el guía-. Levántate, mi buen Gimli. No tengo nada que reprocharte y no me has hecho ningún daño. En verdad, amigos míos, ninguno de vosotros tiene aquí un arma que pueda lastimarme. ¡Alegraos! Nos hemos encontrado de nuevo. En la vuelta de la marea. El huracán viene, pero la marea ha cambiado.

Puso la mano sobre la cabeza de Gimli y el enano alzó los ojos y de pronto se rió.

-¡Gandalf! -dijo-. ¡Pero ahora estás todo vestido de blanco!

-Sí, soy blanco ahora -dijo Gandalf-. En verdad soy Saruman, podría decirse. Saruman como él tendría que haber sido. Pero ¡contadme de vosotros! He pasado por el fuego y por el agua profunda desde que nos vimos la última vez. He olvidado buena parte de lo que

creía saber y he aprendido muchas cosas que había olvidado. Ahora veo cosas muy lejanas, pero muchas otras que están al alcance de la mano no puedo verlas. ¡Habladme de vosotros!

-¿Qué quieres saber? -preguntó Aragorn-. Todo lo que ocurrió desde que nos separamos en el puente haría una larga historia. ¿No quisieras ante todo hablarnos de los hobbits? ¿Los encontraste, y están a salvo?

-No, no los encontré -dijo Gandalf -. Hay tinieblas que cubren los valles de Eryn Muiil y no supe que los habían capturado hasta que el águila me lo dijo.

-¡El águila! -dijo Legolas-. He visto un águila volando alto y lejos: la última vez fue hace tres días, sobre Eryn Muiil.

-Sí -dijo Gandalf, era Gwaihir el Señor de los Vientos que me rescató de Orthanc. Lo envié ante mí a observar el río y a recoger noticias. Tiene ojos penetrantes, pero no puede ver todo lo que pasa bajo los árboles y las colinas. Algo ha visto y yo vi otras cosas. El Anillo está ahora más allá de mis posibilidades de ayuda, o las de cualquier miembro de la Compañía que partió de Rivendel. El enemigo estuvo muy cerca de descubrirlo, pero el Anillo escapó. Tuve en eso alguna parte, pues yo residía entonces en un sitio alto y luché con la Torre Oscura y la Sombra pasó. Luego me sentí cansado, muy cansado, y marché mucho tiempo hundido en pensamientos sombríos.

-¡Entonces sabes algo de Frodo! - exclamó Gimli -. ¿Cómo le van a él las cosas?

-No puedo decirlo. Ha escapado a un peligro grande, pero otros muchos le aguardan aún. Ha resuelto ir solo a Mordor y ya se ha puesto en camino; eso es todo lo que puedo decir.

-No solo -dijo Legolas-. Creemos que Sam lo acompaña.

-¿Sam? -dijo Gandalf, y una luz le pasó por los ojos y una sonrisa le iluminó la cara. ¿Sam, de veras? No sabía nada y sin embargo no me sorprende. ¡Bien! ¡Muy bien! Me sacáis un peso del corazón. Tenéis que decirme más. Ahora sentaos junto a mí y contadme la historia de vuestro viaje.

Los compañeros se sentaron en el suelo a los pies de Gandalf, y Aragorn contó la historia. Durante un tiempo Gandalf no dijo nada y no hizo preguntas. Tenía las manos extendidas sobre las rodillas y los ojos cerrados. Al fin, cuando Aragorn habló de la muerte de Boromir y de la última jornada por el Río Grande, el viejo suspiró.

-No has dicho todo lo que sabes o sospechas, Aragorn, amigo mío -dijo serenamente-. ¡Pobre Boromir! No pude ver qué le ocurrió. Fue una dura prueba para un hombre como él, un guerrero y señor de los hombres. Galadriel me dijo que estaba en peligro. Pero consiguió escapar de algún modo. Me alegro. No fue en vano que los hobbits jóvenes vinieran con nosotros, al menos para Boromir. Pero no fue éste el único papel que les tocó desempeñar. Los trajeron a Fangorn y la llegada de ellos fue como la caída de unas piedrecitas que desencadenan un alud en las montañas. Aun desde aquí, mientras hablamos, alcanzo a oír los primeros ruidos. ¡Será bueno para Saruman no estar demasiado lejos cuando el dique se rompa!

-En una cosa no has cambiado, querido amigo -dijo Aragorn-, todavía hablas en enigmas.

-¿Qué? ¿En enigmas? -dijo Gandalf. ¡No! Pues estaba pensando en voz alta. Una costumbre de la gente vieja: eligen siempre el más enterado de los presentes cuando llega el momento de hablar; las explicaciones que necesitan los jóvenes son largas y fatigosas.

Se rió, pero la risa era ahora cálida y amable como un rayo de sol.

-Yo ya no soy joven, ni siquiera en las estimaciones de los Hombres de las Casas Antiguas -dijo Aragorn-. ¿No quieres hablarme más claramente?

-¿Qué podría decir? -preguntó Gandalf, e hizo una pausa, reflexionando -. He aquí en resumen de cómo veo las cosas en la actualidad, si deseáis conocer con la mayor claridad posible una parte de mi pensamiento. El enemigo, por supuesto, sabe desde hace tiempo que el Anillo está en viaje y que lo lleva un hobbit. Sabe también cuántos éramos en la Compañía cuando salimos de Rivendel y la especie de cada uno de nosotros. Pero aún no ha entendido claramente nuestro propósito. Supone que todos íbamos a Minas Tirith, pues eso es lo que él hubiera hecho en nuestro lugar. Y de acuerdo con lo que él piensa, el poder de Minas Tirith hubiera sido entonces para él una grave amenaza. En verdad está muy asustado, no sabiendo qué criatura poderosa podría aparecer de pronto, llevando el Anillo, declarándole la guerra y tratando de derribarlo y reemplazarlo. Que deseemos derribarlo pero no sustituirlo por nadie es un pensamiento que nunca podría ocurrírsele. Que queramos destruir el Anillo mismo no ha entrado aún en los sueños más oscuros que haya podido alimentar. En esto como entenderéis sin duda reside nuestra mayor fortuna y nuestra mayor esperanza. Imaginando la guerra, la ha desencadenado, creyendo ya que no hay tiempo que perder, pues quien primero golpea, si golpea con bastante fuerza, quizá no tenga que golpear de nuevo. Ha puesto pues en movimiento, y más pronto de lo que pensaba, las fuerzas que estaba preparando desde hace mucho. Sabiduría insensata: si hubiera aplicado todo el poder de que dispone a guardar Mordor, de modo que nadie pudiese entrar, y se hubiera dedicado por entero a la caza del Anillo, entonces en verdad toda esperanza sería inútil: ni el Anillo ni el portador lo hubieran eludido mucho tiempo. Pero ahora se pasa las horas mirando a lo lejos y no atendiendo a los asuntos cercanos; y sobre todo le preocupa Minas Tirith. Pronto todas sus fuerzas se abatirán allí como una tormenta.

»Pues sabe ya que los mensajeros que él envió a acechar a la Compañía han fracasado otra vez. No han encontrado el Anillo. No han conseguido tampoco llevarse a algún hobbit como rehén. Esto solo hubiese sido para nosotros un duro revés, quizá fatal. Pero no confundamos nuestros corazones imaginando cómo pondrían a prueba la gentil lealtad de los hobbits allá en la Torre Oscura. Pues el enemigo ha fracasado, hasta ahora, y gracias a Saruman.

-¿Entonces Saruman no es un traidor? -preguntó Gimli.

-Sí, lo es -dijo Gandalf-. Por partida doble. ¿Y no es raro? Nada de lo que hemos soportado en los últimos tiempos nos pareció tan doloroso como la traición de Isengard. Aun reconocido sólo como señor y capitán, Saruman se ha hecho muy poderoso. Amenaza a los Hombres de Rohan e impide que ayuden a Minas Tirith en el momento mismo en que el ataque principal se acerca desde el Este. No obstante un arma traidora es siempre un peligro para la mano. Saruman tiene también la intención de apoderarse del Anillo por su propia cuenta, o al menos atrapar a algunos hobbits para llevar a cabo sus malvados propósitos. De ese modo nuestros enemigos sólo consiguieron arrastrar a Merry y Pippin con una rapidez asombrosa y en un abrir y cerrar de ojos hasta Fangorn, ¡a donde de otro modo ellos nunca hubieran ido!

»A la vez han alimentado en ellos mismos nuevas dudas y han perturbado sus propios planes. Ninguna noticia de la batalla llegará a Mordor, gracias a los Jinetes de Rohan, pero el Señor Oscuro sabe que dos hobbits fueron tomados prisioneros en Eryn Imladris y llevados a Isengard contra la voluntad de sus propios servidores. Ahora él teme a Isengard tanto como a Minas Tirith. Si Minas Tirith cae, las cosas empeorarán para Saruman.

-Es una pena que nuestros amigos estén en el medio -dijo Gimli-. Si ninguna tierra separara a Isengard de Mordor, podrían entonces luchar entre ellos mientras nosotros observamos y esperamos.

-El vencedor saldrá más fortalecido que cualquiera de los dos bandos y ya no tendrá dudas -dijo Gandalf -. Pero Isengard no puede luchar contra Mordor, a menos que Saruman obtenga antes el Anillo. Esto no lo conseguirá ahora. Nada sabe aún del peligro en que se encuentra. Son muchas las cosas que ignora. Estaba tan ansioso de echar manos a la presa que no pudo esperar en Isengard y partió a encontrar y espiar a los mensajeros que él mismo había enviado. Pero esta vez vino demasiado tarde y la batalla estaba terminada aun antes que él llegara a estas regiones, y ya no podía intervenir. No se quedó aquí mucho tiempo. He mirado en la mente de Saruman y he visto qué dudas lo afligen. No tiene ningún conocimiento del bosque. Piensa que los jinetes han masacrado y quemado todo en el mismo campo de batalla pero no sabe si los orcos llevan o no algún prisionero. Y no se ha enterado de la disputa entre los servidores de Isengard y los orcos de Mordor; nada sabe tampoco del Mensajero Alado.

-¡El Mensajero Alado! -exclamó Legolas-. Le disparé con el arco de Galadriel sobre Sarn Gebir, y él cayó del cielo. Todos sentimos miedo entonces. ¿Qué nuevo terror *es éste*?

-Uno que no puedes abatir con flechas -dijo Gandalf-. Sólo abatiste la cabalgadura. Fue una verdadera hazaña pero el jinete pronto montó de nuevo. Pues él era un Nazgûl, uno de los Nueve, que ahora cabalgan bestias aladas. Pronto ese terror cubrirá de sombras los últimos ejércitos amigos, ocultando el sol. Pero no se les ha permitido aún cruzar el río y Saruman nada sabe de esta nueva forma que visten los Espectros del Anillo. No piensa sino en el Anillo. ¿Estaba presente en la batalla? ¿Fue encontrado? ¿Y qué pasaría si Théoden, el Señor de la Marca, tropieza con el Anillo y se entera del poder que se le atribuye? Ve todos esos peligros y ha vuelto de prisa a Isengard a redoblar y triplicar el asalto a Rohan. Y durante todo ese tiempo hay otro peligro, que él no ve, dominado como está por tantos pensamientos. Ha olvidado a Bárbol.

-Ahora otra vez piensas en voz alta -dijo Aragorn con una sonrisa-. No conozco a ningún Bárbol. Y he adivinado una parte de la doble traición de Saruman; pero no sé de qué puede haber servido la llegada de dos hobbits a Fangorn, excepto obligarnos a una persecución larga e infructuosa.

-¡Espera un minuto! -dijo Gimli-. Hay otra cosa que quisiera saber antes. ¿Fuiste tú, Gandalf, o fue Saruman a quien vimos anoche?

-No fui yo a quien visteis por cierto -respondió Gandalf -. He de suponer, pues, que visteis a Saruman. Nos parecemos tanto evidentemente que he de perdonarte que hayas querido abrirme una brecha incurable en el sombrero.

-¡Bien, bien! -dijo Gimli-. Mejor que no fueras tú.

Gandalf rió otra vez.

-Sí, mi buen enano -dijo-, es un consuelo que a uno no lo confundan siempre. ¡No lo sé yo demasiado bien! Pero por supuesto, nunca os acusé de cómo me recibisteis. Cómo podría hacerlo, si yo mismo he aconsejado a menudo a mis amigos que ni siquiera confíen

en sus propias manos cuando tratan con el enemigo. ¡Bendito seas, Gimli hijo de Glóin!
¡Quizás un día nos veas juntos y puedas distinguir entre los dos!

-¡Pero los hobbits! -interrumpió Legolas-. Hemos andado mucho buscándolos y tú pareces saber dónde se encuentran. ¿Dónde están ahora?

-Con Bárbol y los ents -dijo Gandalf.

-¡Los ents! -exclamó Aragorn-. ¿Entonces son ciertas las viejas leyendas sobre los habitantes de los bosques profundos y los pastores de árboles? ¿Hay todavía ents en el mundo? Pensé que eran sólo un recuerdo de los días antiguos, o quizás apenas una leyenda de Rohan.

-¡Una leyenda de Rohan! -exclamó Legolas-. No, todo elfo de las Tierras Asperas ha cantado canciones sobre el viejo Onodrin y la pena que lo acosaba. Aunque aun entre nosotros son sólo apenas un recuerdo. Si me encontrara a alguno que anda todavía por este mundo, en verdad me sentiría joven de nuevo. Pero Bárbol no es más que una traducción de Fangorn a la Lengua Común; sin embargo hablas de él como si fuera una persona. ¿Quién es este Bárbol?

-¡Ah! Ahora haces demasiadas preguntas -dijo Gandalf -. Lo poco que sé de esta larga y lenta historia demandaría un relato para el que nos falta tiempo. Bárbol es Fangorn, el guardián del bosque; es el más viejo de los ents, la criatura más vieja entre quienes caminan todavía bajo el sol en la Tierra Media. Espero en verdad, Legolas, que tengas la oportunidad de conocerlo. Merry y Pippin han sido afortunados; se encontraron con él en este mismo sitio. Pues llegó aquí hace dos días y se los llevó a la morada donde él habita, al pie de las montañas. Viene aquí a menudo, principalmente cuando no se siente tranquilo y los rumores del mundo exterior lo perturban. Lo vi hace cuatro días paseándose entre los árboles y creo que él me vio, pues hizo una pausa; pero no llegué a hablarle; muchos pensamientos me abrumaban y me sentía fatigado luego de mi lucha con el Ojo de Mordor y él tampoco me habló, ni me llamó por mi nombre.

-Quizá creyó él también que eras Saruman -dijo Gimli-. Pero hablas de él como si fuera un amigo. Yo creía que Fangorn era peligroso.

-¡Peligroso! -exclamó Gandalf. Y yo también lo soy, muy peligroso, más peligroso que cualquier otra cosa que hayáis encontrado hasta ahora, a menos que os lleven vivos a la residencia del Señor Oscuro. Y Aragorn es peligroso y Legolas es peligroso. Estás rodeado de peligros, Gimli hijo de Glóin, pues tú también eres peligroso, a tu manera. En verdad el bosque de Fangorn es peligroso y más aún para aquellos que en seguida echan mano al hacha; y Fangorn mismo, él también es peligroso; aunque sabio y bueno. Pero ahora la larga y lenta cólera de Fangorn está desbordando y comunicándose a todo el bosque. La llegada de los hobbits y las noticias que le trajeron fueron la gota que colmó el vaso; pronto esa cólera se extenderá como una inundación, volviéndose contra Saruman y las hachas de Isengard. Está por ocurrir algo que no se ha visto desde los Días Antiguos: los ents despertarán y descubrirán que son fuertes.

-¿Qué harán? -preguntó Legolas, sorprendido.

-No lo sé -dijo Gandalf-. Y no creo que ellos lo sepan.

Calló y bajó la cabeza, ensimismado.

Los otros se quedaron mirándolo. Un rayo de sol se filtró entre las nubes rápidas y cayó en las manos de Gandalf, que ahora las tenía en el regazo con las palmas vueltas hacia

arriba: parecían estar colmadas de luz como una copa llena de agua. Al fin alzó los ojos y miró directamente al sol.

-La mañana se va -dijo-. Pronto habrá que partir.

-¿Iremos a buscar a nuestros amigos y ver a Bárbol? -preguntó Aragorn.

-No -dijo Gandalf-, no es ésa la ruta que os aconsejo. He pronunciado palabras de esperanza. Pero sólo de esperanza. La esperanza no es la victoria. La guerra está sobre nosotros y nuestros amigos; una guerra en la que sólo recurriendo al Anillo podríamos asegurarnos la victoria. Me da mucha tristeza y mucho miedo, pues mucho se *destruirá* y todo puede *perderse*. Soy Gandalf, Gandalf el Blanco, pero el Negro es todavía más poderoso.

Se incorporó y miró al este, protegiéndose los ojos, como si viera allá lejos muchas cosas que los otros no alcanzaban a ver. Al fin movió la cabeza.

-No -dijo en voz baja-, está ahora fuera de nuestro alcance. Alegrémonos de esto al menos. El Anillo ya no puede tentarnos. Tendremos que descender a enfrentar un riesgo que es casi desesperado; pero el peligro mortal ha sido suprimido. Se volvió a Aragorn.

-¡Vamos, Aragorn hijo de Arathorn! -dijo-. No lamentes tu elección en el valle de Emyrn Muil, ni hables de una persecución vana. En la duda elegiste el camino que te parecía bueno; la elección fue justa y ha *sido recompensada*. Pues nos hemos reencontrado a tiempo y de otro modo nos hubiésemos reencontrado demasiado tarde. Pero la busca de tus compañeros ha concluido. La continuación de tu viaje está señalada por la palabra que diste. Tienes que ir a Edoras y buscar a Théoden. Pues te necesitan. La luz de Andúril ha de descubrirse ahora en la batalla por la que ha esperado durante tanto tiempo. Hay guerra en Rohan y un mal todavía peor; la desgracia amenaza a Théoden.

-¿Entonces ya no veremos otra vez a esos alegres y jóvenes hobbits? -preguntó Legolas.

-No diría eso -respondió Gandalf -. ¿Quién sabe? Tened paciencia. Id a donde tenéis que ir, ¡y confiad! ¡A Edoras! Yo iré con vosotros.

-Es un largo camino para que un hombre lo recorra a pie, joven o viejo -le dijo Aragorn-. Temo que la batalla termine mucho antes que lleguemos.

-Ya se verá, ya se verá -dijo Gandalf-. ¿Vendréis ahora conmigo?

-Sí, partiremos juntos -dijo Aragorn-, pero no dudo de que tú podrías llegar allí antes que yo, si lo quisieras.

Se incorporó y observó largamente a Gandalf. Los otros los miraron en silencio, mientras estaban allí de pie, enfrentándose. La figura gris del hombre, Aragorn hijo de Arathorn, era alta y rígida como la piedra, con la mano en la empuñadura de la espada; parecía un rey que hubiese salido de las nieblas del mar a unas costas donde vivían unos hombres menores. Ante él se erguía la vieja figura, blanca, brillante como si alguna luz le ardiera dentro, inclinada, doblada por los años, pero dueña de un poder que superaba la fuerza de los reyes.

-¿No digo acaso la verdad, Gandalf? -dijo Aragorn al fin-. ¿No *podrías ir a cualquier sitio más rápido* que yo *si así lo quisieras*? Y digo esto también: eres nuestro capitán y nuestra bandera. El Señor Oscuro tiene Nueve. Pero nosotros tenemos Uno, más poderoso que ellos: el Caballero Blanco. Ha pasado por las pruebas del fuego y el abismo, y ellos le temerán. Iremos a donde él nos conduzca.

-Sí, juntos te seguiremos -dijo Legolas-. Pero antes me aliviarías el corazón, Gandalf, si nos dijeras qué te ocurrió en Moria. ¿Nos lo dirás? ¿No puedes demorarte ni siquiera para decirles a tus amigos cómo te libraste?

-Me he demorado ya demasiado -respondió Gandalf-. El tiempo es corto. Pero aunque dispusiésemos de un año, no os lo diría todo.

-¿Entonces dinos lo que quieras y lo que el tiempo permita! -dijo Gimli-. ¡Vamos, Gandalf, dinos cómo enfrentaste al Balrog!

-¡No lo nombres! -dijo Gandalf, y durante un momento pareció que una nube de dolor le pasaba por la cara, y se quedó silencioso, y pareció viejo como la muerte-. Mucho tiempo caí -dijo al fin, lentamente, como recordando con dificultad-. Mucho tiempo caí, y él cayó conmigo. El fuego de él me envolvía, quemándome. Luego nos hundimos en un agua profunda y todo fue oscuro. El agua era fría como la marca de la muerte: casi me hiela el corazón.

-Profundo es el abismo que el Puente de Durin franquea -dijo Gimli- y nadie lo ha medido.

-Sin embargo tiene un fondo, más allá de toda luz y todo conocimiento -dijo Gandalf -. Al fin llegué allí, a las más extremas fundaciones de piedra. Él estaba todavía conmigo. El fuego se le había apagado, pero ahora era una criatura de barro, más fuerte que una serpiente constrictora.

»Luchamos allá lejos bajo la tierra viviente, donde no hay cuenta del tiempo. Él me aferraba con fuerza y yo lo acuchillaba, hasta que por último él huyó por unos túneles oscuros. No fueron construidos por la gente de Durin, Gimli hijo de Glóin. Abajo, más abajo que las más profundas moradas de los enanos, unas criaturas sin nombre roen el mundo. Ni siquiera Sauron las conoce. Son más viejas que él. Recorrí esos caminos, pero nada diré que oscurezca la luz del día. En aquella desesperanza, mi enemigo era la única salvación y fui detrás de él, pisándole los talones. Terminó por fin por llevarme a los caminos secretos de Khazad-dûm: demasiado bien los conocía. Siempre subiendo fuimos así hasta que llegamos a la Escalera Interminable.

-Hace tiempo que no se sabe de ella -dijo Gimli-. Muchos pretenden que nunca existió sino en las leyendas, pero otros afirman que fue destruida.

-Existe y no fue destruida -dijo Gandalf -. Desde el escondrijo más bajo a la cima más alta sube en una continua espiral de miles de escalones, hasta que sale al fin en la Torre de Durin labrada en la roca viva de Zirakzigil, el pico del Cuerno de Plata.

»Allí sobre el Celebdil una ventana solitaria se abre a la nieve y ante ella se extiende un espacio estrecho, un área vertiginosa sobre las nieblas del mundo. El sol brilla fieramente en ese sitio, pero abajo todo está amortajado en nubes. Él salió fuera, y cuando llegué detrás, ya estaba ardiendo con nuevos fuegos. No había nadie allí que nos viera, aunque quizá cuando pasen los años habrá gentes que canten la Batalla de la Cima. -Gandalf rió de pronto.- ¿Pero qué dirán esas canciones? Aquellos que miraban de lejos habrán pensado que una tormenta coronaba la montaña. Se oyeron truenos y hubo relámpagos, que estallaban sobre el Celebdil, y retrocedían quebrándose en lenguas de fuego. ¿No es bastante? Una gran humareda se alzó a nuestro alrededor, vapores y nubes. El hielo cayó como lluvia. Derribé a mi enemigo y él cayó desde lo alto, golpeando y destruyendo el flanco de la montaña. Luego me envolvieron las tinieblas y me extravié fuera del pensamiento y del tiempo, y erré muy lejos por sendas de las que nada diré.

»Desnudo fui enviado de vuelta, durante un tiempo, hasta que llevara a cabo mi trabajo. Y desnudo yací en la cima de la montaña. La torre de detrás había sido reducida a polvo, la

ventana había desaparecido: las piedras rotas y quemadas obstruían la arruinada escalera. Yo estaba solo allí, olvidado, sin posibilidad de escapar en aquella dura cima del mundo. Allí me quedé, tendido de espaldas, mirando el cielo mientras las estrellas giraban encima y los días parecían más largos que la vida entera de la tierra. Débiles llegaban a mis oídos los rumores de todas las tierras: la germinación y la muerte, las canciones y los llantos, y el lento y sempiterno gruñido de las piedras sobrecargadas. Y así por fin Gwaihir el señor de los Vientos me encontró otra vez, y me recogió y me llevó.

»"Parezco condenado a ser tu carga, amigo en tiempos de necesidad", le dije.

»"Has sido una carga antes", me respondió, "pero no ahora. Eres entre mis garras liviano como una pluma de cisne. El sol brilla a través de ti. En verdad no pienso que me necesites más: si yo te dejara caer flotarías en el viento".

»"¡No me dejes caer!", jadeé, pues sentía que me volvía la vida. "¡Llévame a Lothlórien!"

»"Esa es en verdad la orden de la Dama Galadriel, que me envió a buscarte", me respondió.

»Fue así como llegué a Caras Galadon y descubrí que ya no estabais. Me demoré allí en el tiempo sin edad de aquellas tierras, donde los días curan y no arruinan. Me curé y fui vestido de blanco. Aconsejé y me aconsejaron. De allá vine por extraños caminos y traje mensajes para algunos de vosotros. Se me pidió que a Aragorn le dijera esto:

*¿Dónde están ahora los Dúnedain, Elessar, Elessar?
¿Por qué tus gentes andan errantes allá lejos?
Cercana está la hora en que volverán los Perdidos
y del Norte descienda la Compañía Gris.
Pero sombría es la senda que te fue reservada:
los muertos vigilan el camino que lleva al Mar.*

»A Legolas le envió este mensaje:

*Legolas Hojaverde mucho tiempo bajo el árbol
en alegría has vivido. ¡Ten cuidado del Mar!
Si escuchas en la orilla la voz de la gaviota,
nunca más descansará tu corazón en el bosque.*

Gandalf calló y cerró los ojos.

-¿No me envió ella entonces ningún mensaje? -dijo Gimli e inclinó la cabeza.

-Oscuras son esas palabras -dijo Legolas-, y poco significan para quien las recibe.

-Eso no es ningún consuelo -dijo Gimli.

-¿Qué pretendes? -dijo Legolas-. ¿Que ella te hable francamente de tu propia muerte?

-Sí, si no tiene otra cosa que decir.

-¿Qué estáis hablando? -les preguntó Gandalf, abriendo los ojos-. Sí, creo adivinar el sentido de esas palabras. ¡Perdóname, Gimli! Estaba rumiando esos mensajes otra vez. Pero en verdad ella me pidió que te dijera algo, ni triste ni oscuro.

»"A Gimli hijo de Glóin", me dijo, "llévale el beneplácito de su Dama. Portador del rizo, a donde quiera que vayas mi pensamiento va contigo. ¡Pero cuida de que tu hacha se aplique al árbol adecuado!"

-¡Feliz hora en la que has vuelto a nosotros, Gandalf! -exclamó el enano dando saltos y cantando alto en la extraña lengua de los enanos-. ¡Vamos, vamos! -gritó, blandiendo el hacha-. Ya que la cabeza de Gandalf es sagrada ahora, ¡busquemos una que podamos hendir!

-No será necesario buscar muy lejos -dijo Gandalf levantándose-. ¡Vamos! Hemos consumido todo el tiempo que se concede al reencuentro de los amigos. Ahora es necesario apresurarse.

Se envolvió otra vez en aquel viejo manto andrajoso y encabezó el grupo. Los otros lo siguieron y descendieron rápidamente desde la cornisa y se abrieron paso a través del bosque siguiendo la margen del Entaguas. No volvieron a hablar hasta que se encontraron de nuevo sobre la hierba más allá de los lindes de Fangorn. Nada se veía de los caballos.

No han vuelto -dijo Legolas-. Será una caminata fatigosa.

-Yo no caminaré. El tiempo apura -dijo Gandalf, y echando atrás la cabeza, emitió un largo silbido. Tan clara y tan penetrante era la nota que a los otros les sorprendió que saliera de aquellos viejos labios barbados. Gandalf silbó tres veces; y luego débil y lejano, traído por el viento del este, pareció oírse el relincho de un caballo en las llanuras. Los otros esperaron sorprendidos. Poco después llegó un ruido de cascos, al principio apenas un estremecimiento del suelo que sólo Aragorn pudo oír con la cabeza sobre la hierba, y que aumentó y se aclaró hasta que fue un golpeteo rápido.

-Viene más de un caballo -dijo Aragorn.

-Por cierto -dijo Gandalf-. Somos una carga demasiado pesada para uno solo.

-Hay tres -dijo Legolas, que observaba la llanura-. ¡Mirad cómo corren! Allí viene Hasufel, ¡y mi amigo Arod viene al lado! Pero hay otro que encabeza la tropa: un caballo muy grande. Nunca vi ninguno parecido.

-Ni nunca lo verás -dijo Gandalf-. Ese es Sombragris. Es el jefe de los Mearas, señores de los caballos, y ni siquiera Théoden, Rey de Rohan, ha visto uno mejor. ¿No brilla acaso como la plata y corre con la facilidad de una rápida corriente? Ha venido por mí: la cabalgadura del Caballero Blanco. Iremos juntos al combate.

El viejo mago hablaba aún cuando el caballo grande subió la pendiente hacia él: le brillaba la piel, las crines le flotaban al viento. Los otros dos animales venían lejos detrás. Tan pronto como Sombragris vio a Gandalf, aminoró el paso y relinchó con fuerza; luego se adelantó al trote e inclinando la orgullosa cabeza frotó el hocico contra el cuello del viejo.

Gandalf lo acarició.

-Rivendel está lejos, amigo mío -dijo-, pero tú eres inteligente y rápido y vienes cuando te necesitan. Haremos ahora juntos una larga cabalgata, ¡y ya no nos separaremos en este mundo!

Pronto los otros caballos llegaron también y se quedaron quietos y tranquilos, como esperando órdenes.

-Iremos en seguida a Meduseld, la morada de vuestro amo, Théoden -dijo Gandalf hablándoles gravemente; y los animales inclinaron las cabezas-. El tiempo escasea, de modo que con vuestro permiso, amigos míos, montaremos ahora. Os agradeceríamos que fueseis tan rápidos como podáis. Hasufel llevará a Aragorn y Arod a Legolas. Gimli irá conmigo, si Sombragris nos lo permite. Sólo nos detendremos ahora a beber un poco.

-Ahora entiendo en parte ese enigma de anoche -dijo Legolas saltando ágilmente sobre el lomo de Arod-. No sé si al principio los espantó el miedo, pero tropezaron con Sombragrís, el jefe, y lo saludaron con alegría. ¿Sabías tú que andaba cerca, Gandalf?

-Sí, lo sabía -dijo el mago-. Puse en él todos mis pensamientos, rogándole que se apresurara; pues ayer estaba muy lejos al sur de estos territorios. ¡Deseemos que me lleve rápido de vuelta!

Gandalf le habló entonces a Sombragrís y el caballo partió a la carrera, pero cuidando de no dejar muy atrás a los otros. Al cabo de un rato giró de pronto y eligiendo un paraje donde las barrancas eran más bajas, vadeó el río, y luego los llevó en línea recta hacia el sur por terrenos llanos, amplios y sin árboles. El viento pasaba como olas grises entre las interminables millas de hierbas. No había huellas de caminos o senderos, pero Sombragrís no titubeó ni cambió el paso.

-Corre ahora directamente hacia la Casa de Théoden al pie de las Montañas Blancas - dijo Gandalf -. Será más rápido así. El suelo es más firme en el Estemnet, por donde pasa la ruta principal hacia el norte, del otro lado allá del río, pero Sombragrís sabe cómo ir entre los pantanos y las cañadas.

Durante muchas horas cabalgaron por las praderas y las tierras ribereñas. A menudo la hierba era tan alta que llegaba a las rodillas de los jinetes y parecía que las cabalgaduras estaban nadando en un mar verdegris. Encontraron muchas lagunas ocultas y grandes extensiones de juncias que ondulaban sobre pantanos traicioneros; pero Sombragrís no se desorientaba y los otros caballos lo seguían entre la hierba. Lentamente el sol cayó del cielo hacia el oeste. Mirando por encima de la amplia llanura, los jinetes vieron a lo lejos como un fuego rojo que se hundía un instante en los pastos. Allá abajo en el horizonte las estribaciones de las montañas centelleaban rojizas a un lado y a otro. Un humo subió oscureciendo el disco del sol, tiñéndolo de sangre, como si el astro hubiese inflamado los pastos mientras desaparecía en el borde de la tierra.

-Veo una gran humareda -dijo Legolas-. ¿Qué es?

-¡La batalla y la guerra! -dijo Gandalf-. ¡Vamos!

EL REY DEL CASTILLO DE ORO

Continuaron cabalgando durante la puesta del sol y el lento crepúsculo, y la noche que caía. Cuando al fin se detuvieron y echaron pie a tierra, aun el mismo Aragorn se sentía embotado y fatigado. Gandalf sólo les concedió un descanso de unas pocas horas. Legolas y Gimli durmieron, y Aragorn se tendió de espaldas en el suelo, pero Gandalf se quedó de pie, apoyado en el bastón, escrutando la oscuridad, al este y al oeste. Todo estaba en silencio y no había señales de criaturas vivas. Cuando los otros abrieron los ojos, unas nubes largas atravesaban el cielo de la noche, arrastradas por un viento helado. Partieron una vez más a la luz fría de la luna, rápidamente, como si fuera de día.

Las horas pasaron y aún seguían cabalgando. Gimli cabeceaba y habría caído por tierra si Gandalf no lo hubiera sostenido, sacudiéndolo. Hasufel y Arod, fatigados pero orgullosos, corrían detrás del guía infatigable, una sombra gris apenas visible ante ellos. Muchas millas quedaron atrás. La luna creciente se hundió en el oeste nuboso.

Un frío penetrante invadió el aire. Lentamente, en el oeste, las tinieblas se aclararon y fueron de un color gris ceniciento. Unos rayos de luz roja asomaron por encima de las paredes negras de Eryn Muil lejos a la izquierda. Llegó el alba, clara y brillante; un viento barrió el camino, apresurándose entre las hierbas gachas. De pronto Sombragris se detuvo y relinchó. Gandalf señaló allá adelante.

-¡Mirad! -exclamó, y todos alzaron los ojos fatigados. Delante de ellos se erguían las montañas del Sur: coronadas de blanco y estriadas de negro. Los herbazales se extendían hasta las lomas que se agrupaban al pie de las laderas y subían a numerosos valles todavía borrosos y oscuros que la luz del alba no había tocado aún y que se introducían serpeando en el corazón de las grandes montañas. Delante mismo de los viajeros la más ancha de estas cañadas se abría como una larga depresión entre las lomas. Lejos en el interior alcanzaron a ver la masa desmoronada de una montaña con un solo pico; a la entrada del valle se elevaba una cima solitaria, como un centinela. Alrededor, fluía el hilo plateado de un arroyo que salía del valle; sobre la cumbre, todavía muy lejos, vieron un reflejo del sol naciente, un resplandor de oro.

-¡Habla, Legolas! - dijo Gandalf -. ¡Dinos lo que ves ante nosotros!

Legolas miró adelante, protegiéndose los ojos de los rayos horizontales del sol que acababa de asomar.

-Veo una corriente blanca que desciende de las nieves -dijo-. En el sitio en que sale de la sombra del valle, una colina verde se alza al este. Un foso, una muralla maciza y una cerca espinosa rodean la colina. Dentro asoman los techos de las casas; y en medio, sobre una terraza verde se levanta un castillo de hombres. Y me parece ver que está recubierto de oro. La luz del castillo brilla lejos sobre las tierras de alrededor. Dorados son también los montantes de las puertas. Allí hay unos hombres de pie, con mallas relucientes; pero todos los otros duermen aún en las moradas.

-Esas moradas se llaman Edoras -dijo Gandalf-, y el castillo dorado es Meduseld. Allí vive Théoden hijo de Thengel, rey de la Marca de Rohan. Hemos llegado junto con el sol. Ahora el camino se extiende claramente ante nosotros. Pero tenemos que ser más prudentes, pues se ha declarado la guerra y los Rohirrim, los Señores de los Caballos, no

descansan, aunque así parezca desde lejos. No echéis mano a las armas, no pronunciéis palabras altaneras, os lo aconsejo a todos, hasta que lleguemos ante el sitio de Théoden.

La mañana era brillante y clara alrededor, y los pájaros cantaban, cuando los viajeros llegaron al río. El agua bajaba rápidamente hacia la llanura y más allá de las colinas describía ante ellos una curva amplia y se alejaba a alimentar el lecho del Entaguas, donde se apretaban los juncos. El suelo era verde; en los prados húmedos y a lo largo de las orillas herbosas crecían muchos sauces. En esta tierra meridional las yemas de los árboles ya tenían un color rojizo, sintiendo la cercanía de la primavera. Un vado atravesaba la corriente entre las orillas bajas, donde había muchas huellas de caballos. Los viajeros cruzaron el río y se encontraron en una ancha senda trillada que llevaba a las tierras altas.

Al pie de la colina amurallada, la senda corría a la sombra de numerosos montículos, altos y verdes. En la cara oeste de estas elevaciones la hierba era blanca como nieve llevada por el viento; unas florecitas asomaban entre la hierba como estrellas innumerables.

-¡Mirad! -dijo Gandalf -. ¡Qué hermosos son esos ojos que brillan en la hierba! Las llaman «nomeolvides», *symbelmynë* en esta tierra de hombres, pues florecen en todas las estaciones del año y crecen donde descansan los muertos. He aquí las grandes tumbas donde duermen los antepasados de Théoden.

-Siete montículos a la derecha y nueve a la izquierda -dijo Aragorn-. El castillo de oro fue construido hace ya muchas vidas de hombres.

-Quinientas veces las hojas rojas cayeron desde entonces en mi casa del Bosque Negro -dijo Legolas- y a nosotros nos parece que ha pasado sólo un instante.

-Pero a los jinetes de la Marca les parece un tiempo tan largo -dijo Aragorn- que la edificación de esta morada es sólo un recuerdo en una canción, y los años anteriores se pierden en la noche de los siglos. Ahora llaman a esta región el país natal, y no hablan la misma lengua que los parientes del norte. -Se puso a cantar dulcemente en una lengua lenta, desconocida para el elfo y el enano; ellos escucharon, sin embargo, pues la música era muy hermosa.

-Esta es, supongo, la lengua de los Rohirrim -dijo Legolas-, pues podría comparársela a estas tierras: ricas y onduladas en parte y también duras y severas como montañas. Pero no alcanzo a entender el significado, excepto que está cargado de la tristeza de los Hombres Mortales.

-Hela aquí en la Lengua Común -dijo Aragorn-, en una versión aproximada.

¿Dónde están ahora el caballo y el caballero? ¿Dónde está el cuerno que sonaba?

¿Dónde están el yelmo y la coraza, y los luminosos cabellos flotantes?

¿Dónde están la mano en el arpa y el fuego rojo encendido?

¿Dónde están la primavera y la cosecha y la espiga alta que crece?

Han pasado como una lluvia en la montaña, como un viento en el prado;

los días han descendido en el oeste en la sombra detrás de las colinas.

¿Quién recogerá el humo de la ardiente madera muerta,

o verá los años fugitivos que vuelven del mar?

»Así dijo una vez en Rohan un poeta olvidado, evocando la estatura y la belleza de Eorl el joven, que vino cabalgando del norte; y el corcel tenía alas en las patas; Felaróf, padre de caballos. Así cantan aún los hombres al anochecer.

Con estas palabras los viajeros dejaron atrás los silenciosos montículos. Siguiendo el camino que serpenteaba a lo largo de las estribaciones verdes llegaron al fin a las grandes murallas y a las puertas de Edoras, batidas por el viento.

Había allí muchos hombres sentados vestidos con brillantes túnicas de malla, que en seguida se pusieron de pie y les cerraron el camino con las lanzas.

-¡Deteneos extranjeros aquí desconocidos! -gritaron en la lengua de la Marca de los jinetes, y preguntaron los nombres y el propósito de los extranjeros. Parecían bastante sorprendidos, pero no eran amables; y echaban miradas sombrías a Gandalf.

-Yo entiendo bien lo que decís -respondió en la misma lengua-, pero pocos extranjeros pueden hacer otro tanto. ¿Por qué entonces no habláis en la Lengua Común, como es costumbre en el Oeste, si deseáis una respuesta?

-Es la voluntad del rey Théoden que nadie franquee estas puertas, excepto aquellos que conocen nuestra lengua y son nuestros amigos -replicó uno de los guardias-. Nadie es bienvenido aquí en tiempos de guerra sino nuestra propia gente y aquellos que vienen a Mundburgo en el país de Gondor. ¿Quiénes sois vosotros que venís descuidadamente por el llano con tan raras vestiduras, montando caballos parecidos a los nuestros? Hace tiempo que montamos guardia aquí y os hemos observado desde lejos. Nunca hemos visto unos jinetes tan extraños, ni ningún caballo tan arrogante como ese que traéis. Es uno de los *Mearas*, si los ojos no nos engañan por algún encantamiento. Decidme, ¿no seréis un mago, algún espía de Saruman, o alguna fabricación ilusoria? ¡Hablad, rápido!

-No somos fantasmas -dijo Aragorn -, ni os engañan los ojos. Pues estos que cabalgamos son en verdad caballos vuestros, como ya sabíais sin duda antes de preguntar. Pero es raro que un ladrón vuelva al establo. Aquí están Hasufel y Arod, que Eomer, el Tercer Mariscal de la Marca, nos prestó hace sólo dos días. Los traemos de vuelta, como se lo prometimos. ¿No ha vuelto entonces Eomer y no ha anunciado nuestra llegada?

Una sombra de preocupación asomó a los ojos del guardia.

-De Eomer nada puedo decir -respondió-. Si lo que me contáis es cierto, es casi seguro que Théoden estará enterado. Quizás algo se sabía de vuestra venida. No hace más de dos noches Lengua de Serpiente vino a decirnos que por voluntad de Théoden no se permitiría la entrada de ningún extranjero.

-¿Lengua de Serpiente? -dijo Gandalf escrutando el rostro del guardia-. ¡No digas más! No vengo a ver a Lengua de Serpiente sino al mismísimo Señor de la Marca. Tengo prisa. ¿No irás o mandarás decir que hemos venido? -Los ojos del mago centellearon bajo las cejas espesas mientras se inclinaba a mirar al hombre.

-Sí iré -dijo el guardia lentamente-. Pero ¿qué nombres he de anunciar? ¿Y qué diré de vos? Parecéis ahora viejo y cansado, pero yo diría que por debajo sois implacable y severo.

-Bien ves y hablas -dijo el mago-. Pues yo soy Gandalf. He vuelto. ¡Y mirad! También traigo de vuelta un caballo. He aquí a Sombragris el Grande, que ninguna otra mano pudo domar. Y aquí a mi lado está Aragorn hijo de Arathorn, heredero de Reyes y que va a Mundburgo. He aquí también a Legolas el elfo y Gimli el enano, nuestros camaradas. Ve ahora y dile a tu amo que estamos a las puertas de Edoras y que quisiéramos hablarle, si nos permite entrar en el castillo.

-¡Raros nombres los vuestros en verdad! Pero informaré como me pedís y veremos cuál es la voluntad de mi señor -dijo el guardia-. Esperad aquí un momento y os traeré la respuesta que a él le plazca. ¡No tengáis muchas esperanzas! Estos son tiempos oscuros. - Se alejó rápidamente, ordenando a los otros guardias que vigilaran atentamente a los extranjeros.

Al cabo de un rato, el guardia volvió.

-¡Seguidme! -dijo-. Théoden os permite entrar, pero tenéis que dejar en el umbral cualquier arma que llevéis, aunque sea una vara. Los centinelas las cuidarán.

Se abrieron de par en par las grandes puertas oscuras. Los viajeros entraron, marchando en fila detrás del guía. Vieron un camino ancho recubierto de piedras talladas, que ahora subía serpenteando o trepaba en cortos tramos de escalones bien dispuestos. Dejaron atrás numerosas casas de madera y numerosas puertas oscuras. A la vera del camino corría entre las piedras, centelleando y murmurando, un arroyo límpido. Llegaron por fin a la cresta de la colina. Vieron allí una plataforma alta que se elevaba por encima de una terraza verde a cuyo pie brotaba, de una piedra tallada en forma de cabeza de caballo, un manantial claro; y más abajo una gran cuenca desde donde el agua se vertía para ir a alimentar el arroyo. Una ancha y alta escalinata de piedra subía a la terraza y a cada lado del último escalón había sitiases tallados en la piedra. En ellos estaban sentados otros guardias, las espadas desnudas sobre las rodillas. Los cabellos dorados les caían en trenzas sobre los hombros y un sol blasonaba los escudos verdes; las largas corazas bruñidas resplandecían, y cuando se pusieron de pie parecieron de estatura más alta que los hombres mortales.

-Ya estáis frente a las puertas -les dijo el guía-. Yo he de volver a montar la guardia. Adiós. ¡Y que el Señor de la Marca os sea benévolo!

Dio media vuelta y regresó rápidamente camino abajo.

Los viajeros subieron la larga escalera, bajo la mirada vigilante de los guardias, que permanecieron de pie en silencio hasta el momento en que Gandalf puso el pie en la terraza pavimentada. Entonces, de pronto, con voz clara, pronunciaron una frase de bienvenida en la lengua de los jinetes.

-Salve, extranjeros que venís de lejos -dijeron, volviendo hacia los viajeros la empuñadura de las espadas en señal de paz. Las gemas verdes centellearon al sol. Luego uno de los hombres se adelantó y les habló en la Lengua Común.

-Yo soy el Ujier de Armas de Théoden - dijo-. Me llamo Háma. He de pedir que dejéis aquí vuestras armas antes de entrar.

Legolas le entregó el puñal de empuñadura de plata, el arco y el carcaj. -Guárdalos bien -le dijo-, pues provienen del Bosque Dorado y me los ha regalado la Dama de Lothlórien.

El guarda lo miró asombrado; rápidamente dejó las armas contra el muro, como temeroso.

-Nadie las tocará, te lo prometo -dijo.

Aragorn titubeó un momento.

-No deseo desprenderme de mi espada -dijo-, ni confiar Andúril a las manos de algún otro hombre.

-Es la voluntad de Théoden -dijo Háma.

-No veo por qué la voluntad de Théoden hijo de Thengel, por más que sea el Señor de la Marca, ha de prevalecer sobre la de Aragorn hijo de Arathorn, heredero de Elendil, Señor de Gondor.

-Esta es la casa de Théoden, no la de Aragorn, aunque sea Rey de Gondor y ocupe el trono de Den- dijo Háma, corriéndose con presteza hasta las puertas para cerrarle el paso. Ahora esgrimía la espada y apuntaba con ella a los viajeros.

-Todo esto son palabras ociosas - dijo Gandalf -. Vana es la exigencia de Théoden, pero también lo es que rehusemos. Un rey es dueño de hacer lo que le plazca en su propio castillo, así sea una locura.

-Sin duda - dijo Aragorn-. Y yo me doblegaría ante la voluntad del dueño de casa, así fuese la cabaña de un leñador, si mi espada no se llamara Andúril.

-Cualquiera que sea el nombre de tu espada -dijo Háma -, aquí la dejarás si no quieres batirte tú solo contra todos los hombres de Edoras.

-¡No solo! -dijo Gimli, acariciando el filo del hacha y alzando hacia el guardia una mirada sombría, como si el hombre fuera un árbol joven que se propusiera abatir-. ¡No solo!

-¡Vamos, vamos! -interrumpió Gandalf-. Aquí todos somos amigos. O tendríamos que serlo; pues si disputamos, nuestra única recompensa sería la risa sarcástica de Mordor. La misión que aquí me trae es urgente. He aquí mi espada, al menos, buen hombre. Guárdala bien. Se llama Glamdring y fue forjada por los elfos hace mucho tiempo. Ahora déjame pasar. ¡Ven, Aragorn!

Aragorn se quitó lentamente el cinturón y él mismo apoyó la espada contra el muro.

-Aquí la dejo -dijo-, pero te ordeno que no la toques ni permitas que nadie ponga la mano en ella. En esta vaina élfica habita la Espada que estuvo Rota y fue forjada de nuevo. Telchar la forjó por primera vez en la noche de los tiempos. La muerte se abatirá sobre todo hombre que se atreva a empuñar la espada de Elendil, excepto el heredero de Elendil.

El guarda dio un paso atrás y miró a Aragorn con extrañeza.

-Se diría que vienes de tiempos olvidados en alas de una canción -dijo-. Se hará lo que ordenas, señor.

-Bueno -dijo Gimli-, si tiene a Andúril por compañía, también mi hacha puede quedar aquí, sin desmedro -y la puso en el suelo-. Ahora, si todo está ya como lo deseas, llévanos a ver a tu amo.

El guarda vacilaba aún.

-Vuestra vara -le dijo a Gandalf-. Perdonad, pero también ella tiene que quedar afuera.

-¡Pamplinas! -dijo Gandalf-. Una cosa es la prudencia y otra la descortesía. Soy un hombre viejo. Si no puedo caminar apoyándome en un bastón, me quedaré sentado y esperaré a que Théoden se digne arrastrarse hasta aquí para hablar conmigo.

Aragorn se rió.

-Todos los hombres tienen algo que no quieren confiar a manos extrañas. ¿Pero quitarías el báculo a un hombre viejo? Vamos ¿no nos permitirás entrar?

-Esa vara en manos de un mago puede ser algo más que un simple báculo -dijo Háma. Examinó con atención la *vara de fresno* en que se apoyaba Gandalf -. Pero en la duda un hombre de bien ha de confiar en su propio juicio. Creo que sois amigos y personas honorables y que no os trae aquí ningún propósito malvado. Podéis entrar.

Los guardas levantaron entonces las pesadas trancas y lentamente empujaron las puertas, que giraron gruñendo sobre los grandes goznes. Los viajeros entraron. El recinto parecía oscuro y caluroso, luego del aire claro de la colina. Era una habitación larga y ancha, poblada de sombras y medias luces; unos pilares poderosos sostenían una bóveda elevada. Aquí y allá unos brillantes rayos de sol caían en haces titilantes desde las ventanas del este bajo los profundos saledizos. Por la lumbrera del techo, más allá de las ligeras volutas de humo, se veía el cielo, pálido y azul. Cuando los ojos de los viajeros se

acostumbraron a la oscuridad, observaron que el suelo era de grandes losas multicolores y que en él se entrelazaban unas runas ramificadas y unos extraños emblemas. Veían ahora que *los pilares* estaban profusamente tallados y que el oro y unos colores apenas visibles brillaban débilmente en la penumbra. De las paredes colgaban numerosos tapices y entre uno y otro desfilaban figuras de antiguas leyendas, algunas empalidecidas por los años, otras ocultas en las sombras. Pero caía un rayo de sol sobre una de esas formas: un hombre joven montado en un caballo blanco. Soplaban un cuerno grande y los cabellos rubios le flotaban al viento. El caballo tenía la cabeza erguida y los ollares dilatados y enrojecidos, como si olfateara a lo lejos la batalla. Un agua espumosa, verde y blanca, corría impetuosa alrededor de las corvas del animal.

-¡Contemplad a Eorl el joven! - dijo Aragorn-. Así vino del norte a la Batalla del Campo de Celebrant.

Los cuatro camaradas avanzaron hasta más allá del centro de la sala donde en el gran hogar chisporroteaba un fuego de leña. Entonces se detuvieron. En el extremo opuesto de la sala, frente a las puertas y mirando al norte, había un estrado de tres escalones, y en el centro del estrado se alzaba un trono de oro. En él estaba sentado un hombre, tan encorvado por el peso de los años que casi parecía un enano; los cabellos blancos, largos y espesos, le caían en grandes trenzas por debajo de la fina corona dorada que llevaba sobre la frente. En el centro de la corona, centelleaba un diamante blanco. La barba le caía como nieve sobre las rodillas; pero un fulgor intenso le iluminaba los ojos, que relampaguearon cuando miró a los desconocidos. Detrás del trono, de pie, había una mujer vestida de blanco. Sobre las gradas, a los pies del rey estaba sentado un hombre enjuto y pálido, con ojos de párpados pesados y mirada sagaz.

Hubo un silencio. El anciano permaneció inmóvil en el trono. Al fin, Gandalf habló.

-¡Salve, Théoden hijo de Thengel! He regresado. He aquí que la tempestad se aproxima y ahora todos los amigos tendrán que unirse, o serán destruidos.

El anciano se puso de pie poco a poco, apoyándose pesadamente en una vara negra con empuñadura de hueso blanco, y los viajeros vieron entonces que aunque muy encorvado, el hombre era alto todavía y que en la juventud había sido sin duda erguido y arrogante.

-Yo te saludo -dijo-, y tú acaso esperas ser bienvenido. Pero a decir verdad, tu bienvenida es aquí dudosa, señor Gandalf. Siempre has sido portador de malos augurios. Las tribulaciones te siguen como cuervos y casi siempre las peores. No te quiero engañar: cuando supe que Sombragris había vuelto sin su jinete, me alegré por el regreso del caballo, pero más aún por la ausencia del caballero; y cuando Eomer me anunció que habías partido a tu última morada, no lloré por ti. Pero las noticias que llegan de lejos rara vez son ciertas. ¡Y ahora has vuelto! Y contigo llegan males peores que los de antes, como era de esperar. ¿Por qué habría de darte la bienvenida, Gandalf Cuervo de la Tempestad? Dímelo. -Y lentamente se sentó otra vez.

-Habláis con toda justicia, Señor -dijo el hombre pálido que estaba sentado en las gradas-. No hace aún cinco días que recibimos la mala noticia de la muerte de vuestro hijo Théodred en las Marcas del Oeste: vuestro brazo derecho, el Segundo Mariscal de la Marca. Poco podemos confiar en Eomer. De habersele permitido gobernar, casi no quedarían hombres que guardar vuestras murallas. Y aún ahora nos enteramos desde Gondor que el Señor Oscuro se agita en el Este. Y ésta es precisamente la hora que este vagabundo elige para volver. ¿Por qué, en verdad, te recibiríamos con los brazos abiertos,

Señor Cuervo de la Tempestad? *Lathspell*, te nombro, Malas Nuevas, y las malas nuevas nunca son buenos huéspedes, se dice.

Soltó una risa siniestra, mientras levantaba un instante los pesados párpados y observaba a los extranjeros con ojos sombríos.

-Se te tiene por sabio, amigo Lengua de Serpiente, y eres sin duda un gran sostén para tu amo -dijo Gandalf con voz dulce-. Pero hay dos formas en las que un hombre puede traer malas nuevas. Puede ser un espíritu maligno, O bien uno de esos que prefieren la soledad y sólo vuelven para traer ayuda en tiempos difíciles.

-Así es -dijo Lengua de Serpiente-; pero los hay de una tercera especie: los juntacadáveres, los que aprovechan la desgracia ajena, los que comen carroña y engordan en tiempos de guerra. ¿Qué ayuda has traído jamás? ¿Y qué ayuda traes ahora? Fue nuestra ayuda lo que viniste a buscar la última vez que estuviste por aquí. Mi señor te invitó entonces a escoger el caballo que quisieras y ante el asombro de todos tuviste la insolencia de elegir a Sombragris. Mi señor se sintió ultrajado, mas en opinión de algunos, ese precio no era demasiado alto con tal de verte partir cuanto antes. Sospecho que una vez más sucederá lo mismo: que vienes en busca de ayuda, no a ofrecerla. ¿Traes hombres contigo? ¿Traes acaso caballos, espadas, lanzas? Eso es lo que yo llamaría ayuda, lo que ahora necesitamos. ¿Pero quiénes son esos que te siguen? Tres vagabundos cubiertos de harapos grises, ¡y tú el más andrajoso de los cuatro!

-La hospitalidad ha disminuido bastante en este castillo desde hace un tiempo, Théoden hijo de Thengel - dijo Gandalf -. ¿No os ha transmitido el mensajero los nombres de mis compañeros? Rara vez un señor de Rohan ha tenido el honor de recibir a tres huéspedes tan ilustres. Han dejado a las puertas de vuestra casa armas que valen por las vidas de muchos mortales, aun los más poderosos. Grises son las ropas que llevan, es cierto, pues son los elfos quienes los han vestido y así han podido dejar atrás la sombra de peligros terribles, hasta llegar a tu palacio.

-Entonces es verdad lo que contó Eomer: estás en connivencia con la Hechicera del Bosque de Oro - dijo Lengua de Serpiente -. No hay por qué asombrarse: siempre se han tejido en Dwimordene telas de supercherías.

Gimli dio un paso adelante, pero sintió de pronto que la mano de Gandalf lo tomaba por el hombro, y se detuvo, inmóvil como una piedra.

En Dwimordene, en Lórien

rara vez se han posado los pies de los hombres,

pocos ojos mortales han visto la luz

que allí alumbra siempre, pura y brillante.

¡Galadriel! ¡Galadriel!

Clara es el agua de tu manantial;

blanca es la estrella de tu mano blanca,-

intactas e inmaculadas la hoja y la tierra

en Dwimordene, en Lórien

más hermosa que los pensamientos de los Hombres Mortales.

Así cantó Gandalf con voz dulce, luego, súbitamente, cambió. Despojándose del andrajoso manto, se irguió y sin apoyarse más en la vara, habló con voz clara y fría.

-Los Sabios sólo hablan de lo que saben, Gríma hijo de Gálmód. Te has convertido en una serpiente sin inteligencia. Calla, pues, y guarda tu lengua bífida detrás de los dientes.

No me he salvado de los horrores del fuego y de la muerte para cambiar palabras torcidas con un sirviente hasta que el rayo nos fulmine.

Levantó la vara. Un trueno rugió a lo lejos. El sol desapareció de las ventanas del Este; la sala se ensombreció de pronto como si fuera noche. El fuego se debilitó, hasta convertirse en unos rescoldos oscuros. Sólo Gandalf era visible, de pie, alto y blanco ante el hogar ennegrecido.

Oyeron en la oscuridad la voz sibilante de Lengua de Serpiente. -¿No os aconsejé, señor, que no le dejarais entrar con la vara? ¡El imbécil de Háma nos ha traicionado!

Hubo un relámpago, como si un rayo hubiera partido en dos el techo. Luego, todo quedó en silencio. Lengua de Serpiente cayó al suelo de bruces.

-¿Me escucharéis ahora, Théoden hijo de Thengel? -dijo Gandalf-. ¿Pedís ayuda? - Levantó la vara y la apuntó hacia una ventana alta. Allí la oscuridad pareció aclararse y pudo verse por la abertura, alto y lejano, un brillante pedazo de cielo.- No todo es oscuridad. Tened valor, Señor de la Marca, pues mejor ayuda no encontraréis. No tengo ningún consejo para darle a aquel que desespera. Podría sin embargo aconsejamos a vos y hablaros con palabras. ¿Queréis escucharlas? No son para ser escuchadas por todos los oídos. Os invito pues a salir a vuestras puertas y a mirar a lo lejos. Demasiado tiempo habéis permanecido entre las sombras prestando oídos a historias aviesas e instigaciones tortuosas.

Lentamente Théoden se levantó del trono. Una luz tenue volvió a iluminar la sala. La mujer corrió, presurosa, al lado del rey y lo tomó del brazo; con paso vacilante, el anciano bajó del estrado y cruzó despaciosamente el recinto. Lengua de Serpiente seguía tendido de cara al suelo. Llegaron a las puertas y Gandalf golpeó.

-¡Abrid! - gritó-. ¡Aquí viene el Señor de la Marca!

Las puertas se abrieron de par en par y un aire refrescante entró silbando en la sala. El viento soplabla sobre la colina.

-Enviad a vuestros guardias al pie de la escalera -dijo Gandalf

Y vos, Señora, dejadlo un momento a solas conmigo. Yo cuidaré de él.

-¡Ve, Eowyn, hija de hermana! -dijo el viejo rey-. El tiempo del miedo ha pasado.

La mujer dio media vuelta y entró lentamente en la casa. En el momento en que franqueaba las puertas, volvió la cabeza y miró hacia atrás. Graves y pensativos, los ojos de Eowyn se posaron en el rey con serena piedad. Tenía un rostro muy hermoso y largos cabellos que parecían un río dorado. Alta y esbelta era ella en la túnica blanca ceñida de plata; pero fuerte y vigorosa a la vez, templada como el acero, verdadera hija de reyes. Así fue como Aragorn vio por primera vez a la luz del día a Eowyn, Señora de Rohan, y la encontró hermosa, hermosa y fría, como una clara mañana de primavera que no ha alcanzado aún la plenitud de la vida. Y ella de pronto lo miró: noble heredero de reyes, con la sabiduría de muchos inviernos, envuelto en la andrajosa capa gris que ocultaba un poder que ella no podía dejar de sentir. Permaneció inmóvil un instante, como una estatua de piedra; luego, volviéndose rápidamente, entró en el castillo.

-Y ahora, Señor -dijo Gandalf-, ¡contemplad vuestras tierras! ¡Respirad una vez más el aire libre!

Desde el pórtico, que se alzaba en la elevada terraza, podían ver, más allá del río, las campiñas verdes de Rohan que se pierden en la lejanía gris. Cortinas de lluvia caían oblicuamente a merced del viento, y el cielo allá arriba, en el oeste, seguía encapotado; a lo

lejos retumbaba el trueno y los relámpagos parpadeaban entre las cimas de las colinas invisibles. Pero ya el viento había virado al norte y la tormenta que venía del este se alejaba rumbo al sur, hacia el mar. De improviso las nubes se abrieron detrás de ellos y por una grieta asomó un rayo de sol. La cortina de lluvia brilló con reflejos de plata y a lo lejos el río rieló como un espejo.

-No hay tanta oscuridad aquí -dijo Théoden.

-No -respondió Gandalf -. Ni los años pesan tanto sobre vuestras espaldas como algunos quisieran que creyeráis. ¡Tirad el bastón!

La vara negra cayó de las manos del rey, restallando sobre las piedras. El anciano se enderezó lentamente, como un hombre a quien se le ha endurecido el cuerpo por haber pasado muchos años encorvado cumpliendo alguna tarea pesada. Se irguió, alto y enhiesto, contemplando con ojos ahora azules el cielo que empezaba a despejarse.

-Sombríos fueron mis sueños en los últimos tiempos -dijo-, pero siento como si acabara de despertar. Ahora quisiera que hubieras venido antes, Gandalf, pues temo que sea demasiado tarde y sólo veas los últimos días de mi casa. El alto castillo que construyera Bregon hijo de Eorl no se mantendrá en pie mucho tiempo. El fuego habrá de devorarlo. ¿Qué podemos hacer?

-Mucho -dijo Gandalf-. Pero primero traed a Eomer. ¿Me equivoco al pensar que lo tenéis prisionero por consejo de Gríma, aquél a quien todos excepto vos llaman Lengua de Serpiente?

-Es verdad -dijo Théoden-. Eomer se rebeló contra mis órdenes y amenazó de muerte a Gríma en mi propio castillo.

-Un hombre puede amaros y no por ello amar a Gríma y aprobar sus consejos -dijo Gandalf.

-Es posible. Haré lo que me pides. Haz venir a Háma. Ya que como ujier no se ha mostrado digno de mi confianza, que sea mensajero. El culpable traerá al culpable para que sea juzgado -dijo Théoden, y el tono era grave, pero al mirar a Gandalf le sonrió y muchas de las arrugas de preocupación que tenía en la cara se le borraron y no reaparecieron.

Luego que Háma fue llamado y hubo partido, Gandalf llevó a Théoden hasta un sitio de piedra y él mismo se sentó en el escalón más alto. Aragorn y sus compañeros permanecieron de pie en las cercanías.

-No hay tiempo para que os cuente todo cuanto tendríais que oír -dijo Gandalf -. No obstante, si el corazón no me engaña, no tardará en llegar el día en que pueda hablaros con más largueza. Tened presente mis palabras: estáis expuesto a un peligro mucho peor que todo cuanto la imaginación de Lengua de Serpiente haya podido tejer en vuestros sueños. Pero ya lo veis: ahora no soñáis, vivís. Gondor y Rohan no están solos. El enemigo es demasiado poderoso, pero confiamos en algo que él ni siquiera sospecha.

Gandalf habló entonces rápida y secretamente, en voz baja, y nadie excepto el rey pudo oír lo que decía. Y a medida que hablaba una luz más brillante iluminaba los ojos de Théoden; al fin el rey se levantó, erguido en toda su estatura, y Gandalf a su lado, y ambos contemplaron al este desde el alto sitio.

-En verdad -dijo Gandalf con voz alta, clara y sonora- ahí en lo que más tememos está nuestra esperanza. El destino pende aún de un hilo, pero hay todavía esperanzas si resistimos un tiempo más.

También los otros volvieron entonces la mirada al Este. A través de leguas y leguas contemplaron allá en la lejanía el horizonte, y el temor y la esperanza llevaron los pensamientos de todos todavía más lejos, más allá de las montañas negras del País de las Sombras. ¿Dónde estaba ahora el Portador del Anillo? ¡Qué frágil era el hilo del que pendía aún el destino! Legolas miró con atención y creyó ver un resplandor blanco; allá, en lontananza, el sol centelleaba sobre el pináculo de la Torre de la Guardia. Y más lejos aún, remota y sin embargo real y amenazante, flameaba una diminuta lengua de fuego.

Lentamente Théoden volvió a sentarse, como si la fatiga estuviera una vez más dominándolo, contra la voluntad de Gandalf. Volvió la cabeza y contempló la mole imponente del castillo.

-¡Ay! -suspiró-. Que estos días aciagos sean para mí y que me lleguen ahora, en los años de mi vejez, en lugar de la paz que creía merecer. ¡Triste destino el de Boromir el intrépido! Los jóvenes mueren mientras los viejos se agostan lentamente. -Se abrazó las rodillas con las manos rugosas.

-Vuestros dedos recordarían mejor su antigua fuerza si empuñaran una espada -dijo Gandalf.

Théoden se levantó y se llevó la mano al costado, pero ninguna espada le colgaba del cinto.

-¿Dónde la habrá escondido Gríma? -murmuró a media voz. -¡Tomad ésta, amado Señor! -dijo una voz clara-. Siempre ha estado a vuestro servicio.

Dos hombres habían subido en silencio por la escalera y ahora esperaban de pie, a unos pocos peldaños de la cima. Allí estaba Eomer, con la cabeza descubierta, sin cota de malla, pero con una espada desnuda en la mano; arrodillándose, le ofreció la empuñadura a su señor.

-¿Qué significa esto? -dijo Théoden severamente. Y se volvió a Eomer, y los hombres miraron asombrados la figura ahora erguida y orgullosa. ¿Dónde estaba el anciano que dejaran abatido en el trono o apoyado en un bastón?

-Es obra mía, Señor -dijo Háma, temblando-. Entendí que Eomer tenía que ser puesto en libertad. Fue tal la alegría que sintió mi corazón, que quizá me haya equivocado. Pero como estaba otra vez libre y es Mariscal de la Marca, le he traído la espada como él me ordenó.

-Para depositarla a vuestros pies, mi Señor -dijo Eomer.

Hubo un silencio y Théoden se quedó mirando a Eomer, siempre hincado ante él. Ninguno de los dos hizo un solo movimiento.

-¿No aceptaréis la espada? -preguntó Gandalf.

Lentamente Théoden extendió la mano. En el instante en que los dedos se cerraban sobre la empuñadura, les pareció a todos que el débil brazo del anciano recobraba la fuerza y la firmeza. Levantó bruscamente la espada y la agitó en el aire y la hoja silbó resplandeciendo. Luego Théoden lanzó un grito. La voz resonó, clara y vibrante, entonando en la lengua de Rohan la llamada a las armas:

*¡De pie ahora, de pie, Caballeros de Théoden!
Desgracias horrendas nos acechan, hay sombras en el Este.
¡Preparad los caballos, que resuenen los cuernos!
¡Adelante, Eorlingas!*

Los guardias, creyendo que se los convocaba, subieron en tropel las escaleras. Miraron con asombro a su Señor y luego, como un solo hombre, depositaron a sus pies las espadas.

-¡Ordenad! -dijeron.

-*Westu Théoden hál!* -gritó Eomer-. Es una alegría para nosotros volver a veros como antes. ¡Ya nadie podrá decir, Gandalf, que sólo vienes aquí a traer dolor!

-¡Recoge tu espada, Eomer, hijo de hermana! -dijo el rey-. ¡Ve, Háma, y tráeme mi propia espada! Gríma la tiene. Tráeme también a Gríma. Y ahora, Gandalf, dijiste que me darías consejo, si yo quería escucharlo. ¿Cuál es tu consejo.

-Lo que iba a aconsejarte ya está hecho -respondió Gandalf-. Que confiarais en Eomer antes que en un hombre de mente tortuosa. Que dejarais de lado temores y remordimientos. Que hicierais lo que está a vuestro alcance. Todo hombre que pueda cabalgar tendrá que ser enviado al oeste inmediatamente, tal como Eomer os ha aconsejado. Ante todo hemos de destruir la amenaza de Saruman, mientras estemos a tiempo. Si fracasamos, caeremos todos. Si triunfamos, emprenderemos la próxima tarea. Entretanto, la gente de vuestro pueblo, la que quede aquí, las mujeres, los niños, los ancianos, tendrán que huir a los refugios de las montañas. ¿No se han preparado acaso para un día funesto como el de hoy? Que lleven provisiones, pero que no se demoren, y que no se carguen de tesoros, grandes o pequeños. Es la vida de todos lo que está en peligro.

-Este consejo me parece bueno ahora -dijo Théoden-. ¡Que todos mis súbditos se preparen! Pero vosotros, mis huéspedes... tenías razón, Gandalf, al decir que la hospitalidad de mi castillo había menguado. Habéis cabalgado la noche entera y ya se termina la mañana. No habéis tenido reposo ni alimento. Prepararemos una casa para los huéspedes: allí dormiréis después de haber comido.

-Imposible, Señor -dijo Aragorn-. No ha legado aún la hora del reposo para los fatigados. Los hombres de Rohan tendrán que partir hoy y nosotros cabalgaremos con ellos, hacha, espada y arco. No hemos traído nuestras armas para dejarlas apoyadas contra vuestros muros, Señor de la Marca. Y le he prometido a Eomer que mi espada y la suya combatirán juntas.

-¡Ahora en verdad hay esperanzas de victoria! -dijo Eomer.

-Esperanzas, sí -dijo Gandalf -. Pero Isengard es poderoso. Y nos acechan otros peligros más inminentes. No os retraséis, Théoden, cuando hayamos partido. ¡Llevad prontamente a vuestro pueblo a la fortaleza de El Sagrario en las colinas!

-Eso sí que no, Gandalf -dijo el rey-. No sabes hasta qué punto me has devuelto la salud. No haré eso. Yo mismo iré a la guerra, para caer en el frente de combate, si tal es mi destino. Así podré dormir mejor.

-Entonces, hasta la derrota de Rohan se cantará con gloria -dijo Aragorn.

Los hombres armados que estaban cerca entrechocaron las espadas y gritaron:

-¡El Señor de la Marca parte para la guerra! ¡Adelante, Eorlingas!

-Pero vuestra gente no ha de quedar sin armas y sin pastor -dijo Gandalf -. ¿Quién los guiará y los gobernará en vuestro reemplazo?

-Lo pensaré antes de partir -respondió Théoden-. Aquí viene mi consejero.

En aquel momento Háma volvía de la sala del castillo. Tras él, encogido entre otros dos hombres, venía Gríma, Lengua de Serpiente. Estaba muy pálido y parpadeó a la luz del sol. Háma se arrodilló y presentó a Théoden una espada larga en una vaina con cierre de oro y recamada de gemas verdes.

-Hela aquí, Señor, Herugrim, vuestra antigua espada -dijo-. La encontramos en el cofre de Gríma. Por nada del mundo quería entregarnos las llaves. Hay allí muchas otras cosas que se creían perdidas.

-Mientes -dijo Lengua de Serpiente-. Y esta espada, tu propio amo me pidió que la guardara.

-Y ahora te la reclamo -dijo Théoden-. ¿Eso te disgusta?

-Por cierto que no, Señor -dijo Lengua de Serpiente-. Me preocupo por vos y por los vuestros tanto como puedo. Pero no os fatiguéis, ni confiéis demasiado en vuestras fuerzas. Dejad que otros se ocupen de estos huéspedes importunos. Vuestra mesa será servida de un momento a otro. ¿No iréis a comer?

-Sí -dijo Théoden-. Y que junto a mí se ponga comida para mis huéspedes. El ejército partirá hoy. ¡Enviad los heraldos! Que convoquen a todos. Que los hombres y los jóvenes fuertes y aptos para las armas, y todos quienes tengan caballos estén aquí montados a las puertas del castillo a la hora segunda pasado el mediodía.

-¡Venerado Señor! -gritó Lengua de Serpiente-. Tal como me lo temía, este mago os ha hechizado. ¿No quedará nadie para defender el Castillo de Oro de vuestros padres y todos los tesoros? ¿Nadie protegerá al Señor de la Marca?

-Si esto es hechicería -dijo Théoden-, me parece mucho más saludable que tus cuchicheos. Tus sanguijuelas pronto me hubieran obligado a caminar en cuatro patas como las bestias. No, nadie quedará, ni siquiera Gríma. Gríma partirá también. ¡Date prisa! ¡Aún tienes tiempo de limpiar la herrumbre de tu espada!

-¡Misericordia, Señor! -gimió Lengua de Serpiente, arrastrándose por el suelo-. Tened piedad de alguien que ha envejecido a vuestro servicio. ¡No me alejéis de vuestro lado! Yo al menos estaré con vos cuando todos los demás se hayan ido. ¡No os separéis de vuestro fiel Gríma!

-Cuentas con mi piedad -dijo Théoden-. Y no te alejo de mi lado. También yo parto a la guerra junto con mis hombres. Te invito a acompañarme y probarme tu lealtad.

Lengua de Serpiente miró una a una todas las caras, como una bestia acosada por un círculo de enemigos y que busca una brecha por donde escapar. Se humedeció los labios con una lengua larga y pálida.

-De un Señor de la Casa de Eorl, por muy viejo que sea, no cabía esperar otra resolución -dijo-. Pero quienes lo aman de verdad tendrían que ayudarlo ahorrándole disgustos en estos últimos años. Veo, sin embargo, que he llegado demasiado tarde. Otros, que acaso llorarían menos la muerte de mi Señor, ya lo han persuadido. Si lo que está hecho no puede deshacerse ¡escuchadme al menos en esto, Señor! Alguien que conozca vuestras ideas y honre vuestras órdenes deberá quedar en Edoras. Nombrad un senescal de confianza. Que vuestro consejero Gríma cuide de todo hasta vuestro regreso... y ojalá lo veamos, aunque ningún hombre sensato esperaría milagro semejante.

Eomer se rió.

-Y si este alegato no te exime de la guerra, nobilísimo Lengua de Serpiente -dijo- ¿qué cargo menos honroso aceptarías? ¿Llevar una talega de harina a las montañas... si alguien se atreviera a confiártela?

-Jamás, Eomer, has comprendido tú los propósitos del Señor Lengua de Serpiente -dijo Gandalf, tras pasando a Gríma con la mirada-. Es temerario y artero. En este mismo momento está jugando un juego peligroso y gana un lance. Ya me ha hecho perder horas de mi precioso tiempo. ¡Al suelo, víbora! -dijo de súbito con una voz terrible-. ¡Arrástrate sobre tu vientre! ¿Cuánto tiempo hace que te vendiste a Saruman? ¿Cuál fue el precio

convenido? Cuando todos los hombres hayan muerto, ¿recogerás tu parte del tesoro y tomarás la mujer que codicias? Hace tiempo que la vigilas y la acechas de soslayo.

Eomer echó mano a la espada.

-Eso ya lo sabía -murmuró-. Por esa razón ya le habría dado muerte antes, olvidando la ley del castillo. Aunque hay también otras razones.

Dio un paso adelante, pero Gandalf lo detuvo.

-Eowyn está a salvo ahora -dijo-. Pero tú, Lengua de Serpiente, has hecho cuanto has podido por tu verdadero amo. Has ganado al menos una recompensa. Sin embargo, Saruman a veces no cumple lo que ha prometido. Te aconsejaría que fueses prontamente a refrescarle la memoria, para que no olvide tus fieles servicios.

-Mientes -dijo Lengua de Serpiente.

-Esta palabra te viene a la boca demasiado a menudo y con facilidad -dijo Gandalf-. Yo no miento. Mirad, Théoden, aquí tenéis una serpiente. No podéis, por vuestra seguridad, llevarla con vos, ni tampoco podéis dejarla aquí. Matarla sería hacer justicia. Pero no siempre fue como ahora. Alguna vez fue un hombre y os prestó servicio a su manera. Dadle un caballo y permitidle partir inmediatamente, a donde quiera ir. Por lo que elija podréis juzgarlo.

-¿Oyes, Lengua de Serpiente? -dijo Théoden-. Esta es tu elección: acompañarme a la guerra y demostrarnos en la batalla si en verdad eres leal; o irte ahora a donde quieras. Pero en ese caso, si alguna vez volvemos a encontrarnos, no tendré piedad de ti.

Lengua de Serpiente se levantó con lentitud. Miró a todos con ojos entonados, para escrutar por último el rostro de Théoden. Abrió la boca como si fuera a hablar, y entonces, de pronto, irguió el cuerpo, movedizas las manos, los ojos echando chispas. Tanta maldad se reflejaba en ellos que los hombres dieron un paso atrás. Mostró los dientes y con un ruido sibilante escupió a los pies del rey, y en seguida, saltando a un costado, se precipitó escaleras abajo.

-¡Seguidlo! -dijo Théoden-. Impedid que haga daño a nadie, mas no lo lastiméis ni lo retengáis. Dadle un caballo, si así lo desea.

-Y si hay alguno que quiera llevarlo -dijo Eomer.

Uno de los guardas bajó de prisa las escaleras. Otro fue hasta el manantial al pie de la terraza, recogió agua en el yelmo y limpió con ella las piedras que Lengua de Serpiente había ensuciado.

-¡Y ahora, mis invitados, venid! -dijo Théoden-. Venid y reparad fuerzas mientras la prisa nos lo permita.

Entraron nuevamente en el castillo. Allá abajo en la villa ya se oían las voces de los heraldos y el sonido de los cuernos de guerra, pues el rey partiría tan pronto como los hombres de la aldea y los que habitaban en los alrededores estuviesen reunidos y armados a las puertas del castillo.

A la mesa del rey se sentaron Eomer y los cuatro invitados, y también estaba allí la Dama Eowyn, sirviendo al rey. Comieron y bebieron rápidamente. Todos escucharon en silencio mientras Théoden interrogaba a Gandalf sobre Saruman.

-¿Quién puede saber desde cuándo nos traiciona? - dijo Gandalf No siempre fue malvado. En un tiempo, no lo dudo, fue un amigo de Rohan; y aun más tarde, cuando empezó a enfriársela el corazón, pensaba que podíais serle útil. Pero hace tiempo ya que planeó vuestra ruina, bajo la máscara de la amistad, hasta que llegó el momento. Durante

todos estos años la tarea de Lengua de Serpiente ha sido fácil y todo cuanto hacíais era conocido inmediatamente en Isengard; porque el vuestro era un país abierto y los extranjeros entraban en él y salían libremente. Y mientras tanto las murmuraciones de Lengua de Serpiente penetraban en vuestros oídos, os envenenaban la mente, os helaban el corazón, debilitaban vuestros miembros, y los otros observaban sin poder hacer nada, pues vuestra voluntad estaba sometida a él.

»Pero cuando escapé y os puse en guardia, la máscara cayó para los que querían ver. Después de eso, Lengua de Serpiente jugó una partida peligrosa, procurando siempre reteneros, impidiendo que recobrarais vuestras fuerzas. Era astuto: embotaba la prudencia natural del hombre, o trabajaba con la amenaza del miedo, según le conviniera. ¿Recordáis con cuánta vehemencia os suplicó que no distrajeráis un solo hombre en una empresa quimérica en el este cuando el peligro inminente estaba en el oeste? Por consejo de él prohibisteis a Eomer que persiguiera a los orcos invasores. Si Eomer no hubiera desafiado las palabras de Lengua de Serpiente que hablaba por vuestra boca, esos orcos ya habrían llegado a Isengard, obteniendo una buena presa. No por cierto la que Saruman desea por encima de todo, pero sí al menos dos hombres de mi Compañía, con quienes comparto una secreta esperanza, de la cual, ni aun con vos, Señor, puedo todavía hablar abiertamente. ¿Alcanzáis a imaginar lo que podrían estar padeciendo o lo que Saruman podría saber ahora, para nuestra desdicha?

-Tengo una gran deuda con Eomer -dijo Théoden-. Un corazón leal puede tener una lengua insolente.

-Decid también que para ojos aviesos la verdad puede ocultarse detrás de una mueca.

-En verdad, mis ojos estaban casi ciegos -dijo Théoden-. La mayor de mis deudas es para contigo, huésped mío. Una vez más, has llegado a tiempo. Quisiera hacerte un regalo antes de partir, a tu elección. Puedes escoger cualquiera de mis posesiones. Sólo me reservo la espada.

-Si he llegado a tiempo o no, queda por ver -dijo Gandalf -. En cuanto al regalo que me ofrecéis, Señor, escogeré uno que responde a mis necesidades: rápido y seguro. ¡Dadme a Sombragris! Sólo en préstamo lo tuve antes, si préstamo es la palabra. Pero ahora tendré que exponerlo a grandes peligros, oponiendo la plata a las tinieblas: no quisiera arriesgar nada que no me pertenezca. Y ya hay un lazo de amistad entre nosotros.

-Escoges bien -dijo Théoden-; y ahora te lo doy de buen grado. Sin embargo, es un regalo muy valioso. No hay ningún caballo que se pueda comparar a Sombragris. En él ha resurgido uno de los corceles más poderosos de tiempos muy remotos. Nunca más habrá otro semejante. Y a vosotros, mis otros invitados, os ofrezco lo que podáis encontrar en mi armería. No necesitáis espadas, pero hay yelmos y cotas de malla que son obra de hábiles artífices, regalos que los señores de Gondor hicieron a mis antepasados. ¡Escoged lo que queráis antes de la partida y ojalá os sirvan bien!

Los hombres trajeron entonces paramentos de guerra de los arcones del rey, y vistieron a Aragorn y Legolas con cotas de malla resplandecientes. También eligieron yelmos y escudos redondos, recamados de oro y con incrustaciones de piedras preciosas, verdes, rojas y blancas. Gandalf no aceptó una cota de malla; y Gimli no necesitaba cota, aun cuando encontraran alguna adecuada a su talla, pues no había en los arcones de Edoras un plaquín que pudiese compararse al jubón corto forjado en la Montaña del Norte. Pero escogió un capacete de hierro y cuero que le cubría perfectamente la cabeza redonda;

también llevó un escudo pequeño con el emblema de la Casa de Eorl, un caballo al galope, blanco sobre fondo verde.

-¡Que te proteja bien! -dijo Théoden-. Fue forjado para mí en los tiempos de Thengel, cuando era aún un niño.

Gimli hizo una reverencia.

-Me enorgullezco, Señor de la Marca, de llevar vuestra divisa -dijo-. A decir verdad, quisiera ser yo quien lleve un caballo, y no que un caballo me lleve a mí. Prefiero mis piernas. Pero quizás haya un sitio donde pueda combatir de pie.

-Es probable que así sea -dijo Théoden.

El rey se levantó y al instante se adelantó Eowyn trayendo el vino.

-*Ferthu Théoden hal!* -dijo-. Recibid esta copa y bebed en esta hora feliz. ¡Que la salud os acompañe en la ida y el retomo!

Théoden bebió de la copa y Eowyn la ofreció entonces a los invitados. Al llegar a Aragorn se detuvo de pronto y lo miró, y le brillaron los ojos. Y Aragorn contempló el bello rostro y le sonrió; pero cuando tomó la copa, rozó la mano de la joven, y sintió que ella temblaba.

-¡Salve, Aragorn hijo de Arathorn! -dijo Eowyn.

-Salve, Señora de Rohan -respondió él; pero ahora tenía el semblante demudado y ya no sonreía.

Cuando todos hubieron bebido, el rey cruzó la sala en dirección a las puertas. Allí lo esperaban los guardias y los heraldos, y todos los señores y jefes que quedaban en Edoras y en los alrededores.

-¡Escuchad! Ahora parto y ésta será quizá mi última cabalgata -dijo Théoden-. No tengo hijos. Théodred, mi hijo, ha muerto a manos de nuestros enemigos. A ti Eomer, hijo de mi hermana, te nombro mi heredero. Y si ninguno de nosotros vuelve de esta guerra, elegid, a vuestro albedrío, un nuevo señor. Pero he de dejar al cuidado de alguien este pueblo que ahora abandono, para que los gobierne en mi reemplazo. ¿Quién de vosotros desea quedarse?

Nadie respondió.

-¿No hay nadie a quien vosotros nombraríais? ¿En quién confía mi pueblo?

-En la casa de Eorl -respondió Háma.

-Pero de Eomer no puedo prescindir, ni él tampoco querría quedarse -dijo el rey-; y Eomer es el último de esta Casa.

-No he nombrado a Eomer -dijo Háma-. Y no es el último. Está Eowyn, hija de Eomund, la hermana de Eomer. Es valiente y de corazón magnánimo. Todos la aman. Que ella sea el señor de Eorlingas en nuestra ausencia.

-Así será -dijo Théoden-. ¡Que los heraldos anuncien que la Dama Eowyn gobernará al pueblo!

Y el rey se sentó entonces en un sitial frente a las puertas y Eowyn se arrodilló ante él para recibir una espada y una hermosa cota de malla.

-¡Adiós, hija de mi hermana! -dijo-. Sombría es la hora; pero quizás un día volveremos al Castillo de Oro. Sin embargo, en El Sagrario el pueblo podrá resistir largo tiempo y si la suerte no nos es propicia, allí irán a buscar refugio todos los que se salven.

-No habléis así -respondió ella-. Cada día que pase esperando vuestro regreso será como un año para mí. -Pero mientras hablaba los ojos de Eowyn se volvían a Aragorn, que estaba de pie allí cerca.

-El rey regresará -dijo Aragorn -. ¡Nada temas! No es en el oeste sino en el este donde nos espera nuestro destino.

El rey bajó entonces la escalera con Gandalf a su lado. Los otros lo siguieron. Aragorn volvió la cabeza en el momento en que se encaminaban hacia la puerta. Allá, en lo alto de la escalera, de Pie, sola delante de las puertas, estaba Eowyn, las manos apoyadas en la empuñadura de la espada clavada ante ella en el suelo. Ataviada ya con la cota de malla, resplandecía como la plata a la luz del sol.

Con el hacha al hombro, Gimli caminaba junto a Legolas.

-¡Bueno, por fin partimos! -dijo-. Cuánto necesitan hablar los hombres antes de decidirse. El hacha se impacienta en mis manos. Aunque no pongo en duda que estos Rohirrim tengan la mano dura cuando llega la ocasión, no creo que sea ésta la clase de guerra que a mí me conviene. ¿Cómo llegaré a la batalla? Ojalá pudiera ir a pie y no rebotando como un saco contra el arzón de la silla de Gandalf.

-Un lugar más seguro que muchos otros, diría yo -dijo Legolas Aunque sin duda Gandalf te bajará de buena gana cuando comiencen los golpes, o el mismo Sombragris. Un hacha no es arma de caballero.

-Y un enano no es un caballero. Querría cortar cabezas de orcos, no rasurar cueros cabelludos humanos -dijo Gimli, palmoteando el mango del hacha.

En la puerta, encontraron una gran hueste de hombres, viejos y jóvenes, ya montados. Eran más de mil. Las lanzas en alto, parecían un bosque naciente. Un potente y jubiloso clamor saludó la aparición de Théoden. Algunos hombres sujetaban al caballo del rey, Crinblanca, ya listo para la partida, y otros cuidaban las cabalgaduras de Aragorn y Legolas. Gimli estaba malhumorado, con el ceño fruncido, pero Eomer se le acercó, llevando el caballo por la brida.

-¡Salve, Gimli hijo de Glóin! - exclamó -. No ha habido tiempo para que aprendiera a expresarme en un lenguaje más delicado, como me prometiste. ¿Pero no será mejor que olvidemos nuestra querella? Al menos no volveré a hablar mal de la Dama del Bosque.

-Olvidaré mi ira por un tiempo, Eomer hijo de Eomund -dijo Gimli-, pero si un día llegas a ver a la Dama Galadriel con tus propios ojos, tendrás que reconocerla como la más hermosa de las damas, o acabará nuestra amistad.

-¡Que así sea! -dijo Eomer-. Pero hasta ese momento, perdóname, y en prueba de tu perdón cabalga conmigo en mi silla, te lo ruego. Gandalf marchará a la cabeza con el Señor de la Marca; pero Pies de Fuego, mi caballo, nos llevará a los dos, si tú quieres.

-Te lo agradezco de veras -dijo Gimli muy complacido-. Con todo gusto montaré contigo si Legolas, mi camarada, cabalga a nuestro lado.

-El rey regresará - dijo Aragorn -. ¡Nada temas! No es en el oeste sino en el este donde nos espera nuestro destino.

El rey bajó entonces la escalera con Gandalf a su lado. Los otros lo siguieron. Aragorn volvió la cabeza en el momento en que se encaminaban hacia la puerta. Allá, en lo alto de la escalera, de Pie, sola delante de las puertas, estaba Eowyn, las manos apoyadas en la empuñadura de la

espada clavada ante ella en el suelo. Ataviada ya con la cota de malla, resplandecía como la plata a la luz del sol. Con el hacha al hombro, Gimli caminaba junto a Legolas.

-¡Bueno, por fin partimos! -dijo-. Cuánto necesitan hablar los hombres antes de decidirse. El hacha se impacienta en mis manos. Aunque no pongo en duda que estos Rohirrim tengan la mano dura cuando llega la ocasión, no creo que sea ésta la clase de guerra que a mí me conviene. ¿Cómo llegaré a la batalla? Ojalá pudiera ir a pie y no rebotando como un saco contra el arzón de la silla de Gandalf.

-Un lugar más seguro que muchos otros, diría yo -dijo Legolas Aunque sin duda Gandalf te bajará de buena gana cuando comiencen los golpes, o el mismo Sombragris. Un hacha no es arma de caballero.

-Y un enano no es un caballero. Querría cortar cabezas de orcos, no rasurar cueros cabelludos humanos -dijo Gimli, palmoteando el mango del hacha.

En la puerta, encontraron una gran hueste de hombres, viejos y jóvenes, ya montados. Eran más de mil. Las lanzas en alto, parecían un bosque naciente. Un potente y jubiloso clamor saludó la aparición de Théoden. Algunos hombres sujetaban al caballo del rey, Crinblanca, ya listo para la partida, y otros cuidaban las cabalgaduras de Aragorn y Legolas. Gimli estaba malhumorado, con el ceño fruncido, pero Eomer se le acercó, llevando el caballo por la brida.

-¡Salve, Gimli hijo de Glóin! - exclamó -. No ha habido tiempo para que aprendiera a expresarme en un lenguaje más delicado, como me prometiste. ¿Pero no será mejor que olvidemos nuestra querella? Al menos no volveré a hablar mal de la Dama del Bosque.

-Olvidaré mi ira por un tiempo, Eomer hijo de Eomund -dijo Gimli-, pero si un día llegas a ver a la Dama Galadriel con tus propios ojos, tendrás que reconocerla como la más hermosa de las damas, o acabará nuestra amistad.

-¡Que así sea! -dijo Eomer-. Pero hasta ese momento, perdóname, y en prueba de tu perdón cabalga conmigo en mi silla, te lo ruego. Gandalf marchará a la cabeza con el Señor de la Marca; pero Pies de Fuego, mi caballo, nos llevará a los dos, si tú quieres.

-Te lo agradezco de veras -dijo Gimli muy complacido-. Con todo gusto montaré contigo si Legolas, mi camarada, cabalga a nuestro lado.

-Así será -dijo Eomer-. Legolas a mi izquierda y Aragorn a mi diestra, ¡y nadie se atreverá a ponerse delante de nosotros!

-¿Dónde está Sombragris? -preguntó Gandalf.

-Corriendo desbocado por los prados -le respondieron-. No deja que ningún hombre se le acerque. Allá va por el vado como una sombra entre los sauces.

Gandalf silbó y llamó al caballo por su nombre, y el animal levantó la cabeza y relinchó; y en seguida volviéndose, corrió como una flecha hacia la hueste.

-Si el Viento del Oeste tuviera un cuerpo visible, así de veloz soplaría -dijo Eomer, mientras el caballo corría hasta detenerse delante del mago.

-Se diría que el regalo se ha entregado ya -dijo Théoden-. Pero, prestad oídos, todos los presentes. Aquí y ahora nombro a mi huésped Gandalf Capagris, el más sabio de los consejeros, el más bienvenido de todos los vagabundos, Señor de la Marca, jefe de los Eorlingas, mientras perdure nuestra dinastía; y le doy a Sombragris, príncipe de caballos.

-Gracias, Rey Théoden -dijo Gandalf. Luego, de súbito, echó atrás la capa gris, arrojó a un lado el sombrero y saltó sobre la grupa del caballo. No llevaba yelmo ni cota de malla.

Los cabellos de nieve le flotaban al viento y las blancas vestiduras resplandecieron al sol con un brillo enceguedor.

-¡Contemplad al Caballero Blanco! -gritó Aragorn; y todos repitieron estas palabras.

-¡Nuestro Rey y el Caballero Blanco! -gritaron-. ¡Adelante, Eorlingas!

Sonaron las trompetas. Los caballos piafaron y relincharon. Las lanzas restallaron contra los escudos. Entonces el rey levantó las manos y con un ímpetu semejante al de un vendaval, la última hueste de Rohan partió como un trueno rumbo al oeste.

Sola e inmóvil, de pie delante de las puertas del castillo silencioso, Eowyn siguió con la mirada el centelleo de las lanzas que se alejaban por la llanura.

EL ABISMO DE HELM

El sol declinaba ya en el poniente cuando partieron de Edoras, llevando en los ojos la luz del atardecer, que envolvía los ondulantes campos de Rohan en una bruma dorada. Un camino trillado costeaba las estribaciones de las Montañas Blancas hacia el noroeste y en él se internaron, subiendo y bajando y vadeando numerosos riachos que corrían y saltaban entre las rocas de la campiña verde. A lo lejos y a la derecha asomaban las Montañas Nubladas, cada vez más altas y más sombrías a medida que avanzaban las huestes. Ante ellos, el sol se hundía lentamente. Detrás, venía la noche.

El ejército proseguía la marcha, empujado por la necesidad. Temiendo llegar demasiado tarde, se adelantaban a todo correr y rara vez se detenían. Rápidos y resistentes eran los corceles de Rohan, pero el camino era largo: cuarenta leguas o quizá más, a vuelo de pájaro, desde Edoras hasta los vados del Isen, donde esperaban encontrar a los hombres del rey que contenían a las tropas de Saruman.

Cayó la noche. Al fin se detuvieron a acampar. Habían cabalgado unas cinco horas y habían dejado atrás buena parte de la llanura occidental, pero aún les quedaba por recorrer más de la mitad del trayecto. En un gran círculo bajo el cielo estrellado y la luna creciente levantaron el vivac. No encendieron hogueras, pues no sabían lo que la noche podía depararles; pero rodearon el campamento con una guardia de centinelas montados y algunos jinetes partieron a explorar los caminos, deslizándose como sombras entre los repliegues del terreno. La noche transcurrió lentamente, sin novedades ni alarmas. Al amanecer sonaron los cuernos y antes de una hora ya estaban otra vez en camino.

Aún no había nubes en el cielo, pero la atmósfera era pesada y demasiado calurosa para esa época del año. El sol subía velado por una bruma, perseguido palmo a palmo por una creciente oscuridad, como si un huracán se levantara en el este. Y a lo lejos, en el noroeste, otra oscuridad parecía cernirse sobre las últimas estribaciones de las Montañas Nubladas, una sombra que descendía arrastrándose desde el Valle del Mago.

Gandalf retrocedió hasta donde Legolas cabalgaba al lado de Eomer.

-Tú que tienes los ojos penetrantes de tu hermosa raza, Legolas -dijo-, capaces de distinguir a una legua un gorrión de un jilguero: dime, ¿ves algo allá a lo lejos, en el camino a Isengard?

-Muchas millas nos separan -dijo Legolas, y miró llevándose la larga mano a la frente y protegiéndose los ojos de la luz-. Veo una oscuridad. Dentro hay formas que se mueven, grandes formas lejanas a la orilla del río, pero qué son no lo puedo decir. No es una bruma ni una nube lo que me impide ver: es una sombra que algún poder extiende sobre la tierra para velarla y que avanza lentamente a lo largo del río. Es como si el crepúsculo descendiera de las colinas bajo una arboleda interminable.

-Y la tempestad de Mordor nos viene pisando los talones -dijo Gandalf-. La noche será siniestra.

En la jornada del segundo día, el aire parecía más pesado aún. Por la tarde, las nubes oscuras los alcanzaron: un palio sombrío de grandes bordes ondulantes y estrías de luz ennegecedora. El sol se ocultó, rojo sangre en una espesa bruma gris. Un fuego tocó las puntas de las lanzas cuando los últimos rayos iluminaron las pendientes escarpadas del

Thrihyrne, ya muy cerca, en el brazo septentrional de las Montañas Blancas: tres picos dentados que miraban al poniente. A los últimos resplandores purpúreos, los hombres de la vanguardia divisaron un punto negro, un jinete que avanzaba hacia ellos. Se detuvieron a esperarlo.

El hombre llegó, exhausto, con el yelmo abollado y el escudo hendido. Se apeó lentamente del caballo y allí se quedó, silencioso y jadeante.

-¿Está aquí Eomer? -preguntó al cabo de un rato-. Habéis llegado al fin, pero demasiado tarde y con fuerzas escasas. La suerte nos ha sido adversa después de la muerte de Théodred. Ayer, en la otra margen del Isen, sufrimos una derrota; muchos hombres perecieron al cruzar el río. Luego, al amparo de la noche, otras fuerzas atravesaron el río y atacaron el campamento. Toda Isengard ha de estar vacía; y Saruman armó a los montañeses y pastores salvajes de las Tierras Oscuras de más allá de los ríos y los lanzó contra nosotros. Nos dominaron. El muro de protección ha caído. Erkenbrand del Folde Oeste se ha replegado con todos los hombres que pudo reunir en la fortaleza del Abismo de Helm. Los demás se han dispersado.

»¿Dónde está Eomer? Decidle que no queda ninguna esperanza. Que mejor sería regresar a Edoras antes que lleguen los lobos de Isengard.

Théoden había permanecido en silencio, oculto detrás de los guardias; ahora adelantó el caballo.

¡Ven, acércate, Ceorl! -dijo-. Aquí estoy yo. La última hueste de los Eorlingas se ha puesto en camino. No volverá a Edoras sin presentar batalla.

Una expresión de alegría y sorpresa iluminó el rostro del hombre. Se irguió y luego se arrodilló a los pies del rey ofreciéndole la espada mellada.

-¡Ordenad, mi Señor! -exclamó-. ¡Y perdonadme! Creía que...

-Creías que me había quedado en Meduseld, agobiado como un árbol viejo bajo la nieve de los inviernos. Así me vieron tus ojos cuando partiste para la guerra. Pero un viento del oeste ha sacudido las ramas -dijo Théoden-. ¡Dadle a este hombre otro caballo! ¡Volemos a auxiliar a Erkenbrand!

Mientras Théoden hablaba aún, Gandalf se había adelantado un trecho, y miraba hacia Isengard al norte y al sol que se ponía en el oeste.

-Adelante, Théoden - dijo regresando -. ¡Adelante hacia el Abismo de Helm! ¡No vayáis a los Vados del Isen ni os demoréis en los llanos! He de abandonaros por algún tiempo. Sombragris me llevará ahora a una misión urgente. -Volviéndose a Aragorn y Eomer, y a los hombres del séquito del rey, gritó: -¡Cuidad bien al Señor de la Marca hasta mi regreso! ¡Esperadme en la Puerta de Helm! ¡Adiós!

Le dijo una palabra a Sombragris y como una flecha disparada desde un arco, el caballo echó a correr. Apenas alcanzaron a verlo partir: un relámpago de plata en el atardecer, un viento impetuoso sobre las hierbas, una sombra que volaba y desaparecía. Crinblanca relinchó y piafó, queriendo seguirlo; pero sólo un pájaro que volara raudamente hubiera podido darle alcance.

-¿Qué significa esto? -preguntó a Háma uno de los guardias.

-Que Gandalf Capagris tiene mucha prisa -respondió Háma-. Siempre aparece y desaparece así, de improvviso.

-Si Lengua de Serpiente estuviera aquí, no le sería difícil buscar una explicación -dijo el otro.

- Muy cierto -dijo Háma-, pero yo, por mi parte, esperaré hasta que lo vuelva a ver.
-Quizá tengas que esperar un largo tiempo -dijo el otro.

El ejército se desvió del camino que conducía a los Vados del Isen y se dirigió al sur. Cayó la noche y continuaron cabalgando. Las colinas se acercaban, pero ya los altos picos del Thrihyrne se desdibujaban en la oscuridad creciente del cielo. Algunas millas más allá, del otro lado del Folde Oeste, había una hondonada ancha y verde en las montañas, y desde allí un desfiladero se abría paso entre las colinas. Los lugareños lo llamaban el Abismo de Helm, en recuerdo de un héroe de antiguas guerras que había tenido allí su refugio. Cada vez más escarpado y angosto, serpeaba desde el norte y se perdía a la sombra del Thrihyrne, en los riscos poblados de cuervos que se levantaban como torres imponentes a uno y otro lado, impidiendo el paso de la luz.

En la Puerta de Helm, ante la entrada del Abismo, el risco más septentrional se prolongaba en un espolón de roca. Sobre esta estribación se alzaban unos muros de piedra altos y antiguos que circundaban una soberbia torre. Se decía que en los lejanos días de gloria de Gondor los reyes del mar habían edificado aquella fortaleza con la ayuda de gigantes. La llamaban Cuernavilla, porque los ecos de una trompeta que llamaba a la guerra desde la torre resonaban aún en el Abismo, como si unos ejércitos largamente olvidados salieran de nuevo a combatir de las cavernas y bajo las colinas. Aquellos hombres de antaño también habían edificado una muralla, desde Cuernavilla hasta el acantilado más austral, cerrando así la entrada del desfiladero. Abajo se deslizaba la Corriente del Bajo. Serpeaba a los pies de Cuernavilla y fluía luego por una garganta a través de una ancha lengua de tierra verde que descendía en pendiente desde la Puerta hasta el Abismo. De ahí caía en el Valle del Bajo y penetraba en el Valle del Folde Oeste. Allí, en Cuernavilla, a las Puertas de Helm, moraba ahora Erkenbrand, dueño y señor del Folde Oeste, en las fronteras de la Marca. Y cuando el peligro de guerra se hizo más inminente, Erkenbrand, hombre precavido, ordenó reparar las murallas y fortificar la ciudadela.

Los caballeros estaban todavía en la hondonada a la entrada del Valle del Bosque, cuando oyeron los gritos y los cuernos tonantes de los exploradores que se habían adelantado. Las flechas rasgaban, silbando, la oscuridad. Uno de los exploradores volvió al galope para anunciar que unos jinetes montados en lobos ocupaban el valle y que una horda de orcos y de hombres salvajes, procedente de los Vados del Isen, avanzaba en tropel hacia el sur y parecía encaminarse al Abismo de Helm.

-Hemos encontrado muertos a muchos de nuestros hombres que trataron de huir en esa dirección -dijo el explorador-. Y hemos tropezado con compañías desperdigadas, que erraban de un lado a otro, sin jefes que las guiaran. Nadie parecía saber qué había sido de Erkenbrand. Lo más probable es que lo capturen antes que pueda llegar a la Puerta de Helm, si es que no ha muerto todavía.

-¿Se sabe de Gandalf? -preguntó Théoden.

-Sí, señor. Muchos han visto aquí y allá a un anciano vestido de blanco y montado en un caballo que cruzaba las llanuras rápido como el viento. Algunos creían que era

Saruman. Dicen que antes que cayera la noche partió rumbo a Isengard. Otros dicen que más temprano vieron a Lengua de Serpiente que iba al norte con una compañía de orcos.

-Mal fin le espera a Lengua de Serpiente si Gandalf tropieza con él -dijo Théoden-. Como quiera que sea, ahora echo de menos a mis dos consejeros, el antiguo y el nuevo. Pero en este trance, no hay otra alternativa que seguir adelante, como dijo Gandalf, hacia las Puertas de Helm, aunque Erkenbrand no esté allí. ¿Se sabe cómo es de poderoso el ejército que avanza del norte?

-Es muy grande -dijo el explorador-. El que huye cuenta a cada enemigo por dos; sin embargo, yo he hablado con hombres de corazón bien templado y estoy convencido de que el grueso del enemigo es muchas veces superior a las fuerzas con que aquí contamos.

-Entonces, démonos prisa -dijo Eomer-. Tratemos de cruzar a salvo las líneas enemigas que nos separan de la fortaleza. Hay cavernas en el Abismo de Helm donde pueden ocultarse centenares de hombres; y caminos secretos que suben por las colinas.

-No te fíes de los caminos secretos -dijo el rey-. Saruman ha estado espiando toda esta región desde hace años. Sin embargo, en ese paraje nuestra defensa puede resistir mucho tiempo. ¡En marcha!

Aragorn y Legolas iban ahora con Eomer en la vanguardia. Cabalgaban en plena noche, a paso más lento a medida que la oscuridad se hacía más profunda y el camino trepaba más escarpado hacia el sur, entre los imprecisos repliegues de las estribaciones montañosas. Encontraron pocos enemigos. De tanto en tanto se topaban con pandillas de orcos vagabundos; pero huían antes que los caballeros pudieran capturarlos o matarlos.

-No pasará mucho, me temo -dijo Eomer- antes de que el avance de las huestes del rey llegue a oídos del hombre que encabeza las tropas enemigas, Saruman o quienquiera que sea el capitán que haya puesto al frente.

Los rumores de la guerra crecían al paso de las huestes. Ahora escuchaban, como transportados en alas de la noche, unos cantos roncós. Cuando habían escalado ya un buen trecho del Valle del Bajo se volvieron a mirar y abajo vieron antorchas, innumerables puntos de luz incandescente que tachonaban los campos negros como flores rojas o que serpenteaban subiendo desde los bajíos en largas hileras titilantes. De tanto en tanto la luz estallaba, resplandeciente.

-Es un ejército muy grande y nos pisa los talones -dijo Aragorn.

-Traen fuego -dijo Théoden-, e incendian todo cuanto encuentran a su paso, niaras, cabañas y árboles. Este era un valle rico y en él prosperaban muchas heredades. ¡Ay, pobre pueblo mío!

-¡Si por lo menos fuese de día y pudiésemos caer sobre ellos como una tormenta que baja de las montañas! -dijo Aragorn-. Me avergüenza tener que huir delante de ellos.

-No tendremos que huir mucho tiempo -dijo Eomer-. Ya no estamos lejos de la Empalizada de Helm, una antigua trinchera con una muralla que protege la hondonada, a un cuarto de milla por debajo de la Puerta de Helm. Allí podremos volvernos y combatir.

-No, somos muy pocos para defender la empalizada -dijo Théoden-. Tiene por lo menos una milla de largo y el foso es demasiado ancho.

-Allí, en el foso, mantendremos nuestra retaguardia, por si nos asedian -dijo Eomer.

No había luna ni estrellas cuando los caballeros llegaron al foso de la empalizada, allí de donde salían el río y el camino ribereño que bajaban de Cuernavilla. El murallón apareció de pronto ante ellos, una sombra gigantesca del otro lado de un foso negro. Cuando subían, se oyó el grito de un centinela.

-El Señor de la Marca se encamina hacia la Puerta de Helm -respondió Eomer-. El que habla es Eomer hijo de Eomund.

-Buenas nuevas nos traes, cuando ya habíamos perdido toda esperanza -dijo el centinela. ¡Daos prisa! El enemigo os pisa los talones.

La tropa cruzó el foso y se detuvo en lo alto de la pendiente. Allí se enteraron con alegría de que Erkenbrand había dejado muchos hombres custodiando la Puerta de Helm y que más tarde también otros habían podido refugiarse allí.

-Quizá contemos con unos mil hombres aptos para combatir a pie -dijo Gamelin, un anciano que era el jefe de los que defendían la empalizada-. Pero la mayoría ha visto muchos inviernos, como yo, O demasiado pocos, como el hijo de mi hijo, aquí presente. ¿Qué noticias hay de Erkenbrand? Ayer nos llegó la voz de que se estaba replegando hacia aquí, con todo lo que se ha salvado de los mejores Caballeros del Folde Oeste. Pero no ha venido.

-Me temo que ya no pueda venir -dijo Eomer-. Nuestros exploradores no han sabido nada de él y el enemigo ocupa ahora todo el valle.

-Ojalá haya podido escapar -dijo Théoden-. Era un hombre poderoso. En él renació el temple de Helm Mano de Hierro. Pero no podemos esperarlo aquí. Hemos de concentrar todas nuestras fuerzas detrás de las murallas. ¿Tenéis provisiones suficientes? Nosotros estamos escasos de víveres, pues partimos dispuestos a librar batalla, no a soportar un sitio.

-Atrás, en las cavernas del Abismo, están las tres cuartas partes de los habitantes del Folde Oeste, viejos y jóvenes, niños y mujeres -dijo Gamelin-. Pero también hemos llevado allí provisiones en abundancia y muchas bestias, y el forraje necesario para alimentarlas.

-Habéis actuado bien -dijo Eomer-. El enemigo quema o saquea todo cuanto queda en el valle.

-Si vienen a mercar con nosotros en la Puerta de Helm, pagarán un alto precio -dijo Gamelin.

El rey y sus caballeros prosiguieron la marcha. Frente a la explanada que pasaba sobre el río se detuvieron apeándose. En una larga fila, subieron los caballos por la rampa y franquearon las puertas de Cuernavilla. Allí fueron una vez más recibidos con júbilo y renovadas esperanzas; porque ahora había hombres suficientes para defender a la vez la empalizada y la fortaleza.

Rápidamente, Eomer desplegó a sus hombres. El rey y su séquito quedaron en Cuernavilla, donde también había muchos hombres del Folde Oeste. Pero Eomer distribuyó la mayor parte de las fuerzas sobre el Muro del Bajo y la torre, y también detrás, pues era allí donde la defensa parecía más incierta en caso de que el enemigo atacase resueltamente y con tropas numerosas. Llevaron los caballos más lejos, al Abismo, dejándolos bajo la custodia de unos pocos guardias.

El Muro del Bajo tenía veinte pies de altura y el espesor suficiente como para que cuatro hombres caminaran de frente todo a lo largo del adarve, protegido por un parapeto al que sólo podía asomarse un hombre muy alto. De tanto en tanto había troneras en el parapeto de piedra. Se llegaba a este baluarte por una escalera que descendía desde una de las puertas del patio exterior de la fortaleza; otras tres escaleras subían detrás desde el

Abismo hasta la muralla; pero la fachada era lisa y las grandes piedras empalmaban unas con otras tan ajustadamente que no había en las uniones ningún posible punto de apoyo para el pie, y las de más arriba eran anfractuosas como las rocas de un acantilado tallado por el mar.

Gimli estaba apoyado contra el parapeto del muro. Legolas, sentado a sus pies, jugueteaba con el arco y escudriñaba la oscuridad.

-Esto me gusta más -dijo el enano pisando las piedras-. El corazón siempre se me anima en las cercanías de las montañas. Hay buenas rocas aquí. Esta región tiene los huesos sólidos. Podía sentirlos bajo los pies cuando subíamos desde el foso. Dadme un año y un centenar de los de mi raza y haré de este lugar un baluarte donde los ejércitos se estrellarán como un oleaje.

-No lo dudo -dijo Legolas-. Pero tú eres un enano, y los enanos son gente extraña. A mí no me gusta este lugar y sé que no me gustará más a la luz del día. Pero tú me reconfortas, Gimli, y me alegro de tenerte cerca con tus piernas robustas y tu hacha poderosa. Desearía que hubiera entre nosotros más de los de tu raza. Pero más daría aún por un centenar de arqueros del Bosque Negro. Los necesitaremos. Los Rohirrim tienen buenos arqueros a su manera, pero hay muy pocos aquí, demasiado pocos.

-Está muy oscuro para hablar de estas cosas -dijo Gimli-. En realidad, es hora de dormir. ¡Dormir! Nunca un enano tuvo tantas ganas de dormir. Cabalgar es faena pesada. Sin embargo, el hacha no se está quieta en mi mano. ¡Dadme una hilera de cabezas de orcos y espacio suficiente para blandir el hacha y todo mi cansancio desaparecerá!

El tiempo pasó, lento. A lo lejos, en el valle, ardían aún unas hogueras desperdigadas. Las huestes de Isengard avanzaban en silencio y las antorchas trepaban serpeando por la cañada en filas innumerables.

De súbito, desde la empalizada, llegaron los alaridos y los feroces gritos de guerra de los hombres. Teas encendidas asomaron por el borde y se amontonaron en el foso en una masa compacta. En seguida se dispersaron y desaparecieron. Los hombres volvían al galope a través del campo y subían por la rampa hacia Cuernavilla. La retaguardia del Folde Oeste se había visto obligada a replegarse.

-¡El enemigo está ya sobre nosotros! -dijeron-. Hemos agotado nuestras flechas y dejamos en la empalizada un tendal de orcos. Pero esto no los detendrá mucho tiempo. Ya están escalando la rampa en distintos puntos, en filas cerradas como un hormiguero en marcha. Pero les hemos enseñado a no llevar antorchas.

Había pasado ya la medianoche. El cielo era un espeso manto de negrura y la quietud del aire pesado anunciaba una tormenta. De pronto un relámpago enceguecedor rasgó las nubes. Las ramas luminosas cayeron sobre las colinas del este. Durante un instante los vigías apostados en los muros vieron todo el espacio que los separaba de la empalizada: iluminado por una luz blanquísima, hervía, pululaba de formas negras, algunas burdas y achaparradas, otras gigantes y amenazadoras, con cascos altos y escudos negros. Centenares y centenares de estas formas seguían descolgándose en tropel desde la empalizada y a través del foso. La marca oscura subía como un oleaje hasta los muros, de risco en risco. En el valle retumbó el trueno y se descargó una lluvia lacerante.

Las flechas, no menos copiosas que el aguacero, silbaban por encima de los parapetos y caían sobre las piedras restallando y chisporroteando. Algunas encontraban un blanco. Había comenzado el ataque al Abismo de Helm, pero dentro no se oía ningún ruido, ningún desafío; nadie respondía a las flechas enemigas.

Las huestes atacantes se detuvieron, desconcertadas por la amenaza silenciosa de la piedra y el muro. A cada instante, los relámpagos desgarraban las tinieblas. De pronto, los orcos prorrumpieron en gritos agudos agitando lanzas y espadas y disparando una nube de flechas contra todo cuanto se veía por encima de los parapetos; y los hombres de la Marca, estupefactos, se asomaron sobre lo que parecía un inmenso trigal negro sacudido por un vendaval de guerra, y cada espiga era una púa erizada y centelleante.

Resonaron las trompetas de bronce. Los enemigos se abalanzaron en una marejada violenta, unos contra el Muro del Bajo, otros hacia la explanada y la rampa que subía hasta las puertas de Cuernavilla. Era un ejército de orcos gigantescos y montañeses salvajes de las Tierras Oscuras. Vacilaron un instante y luego reanudaron el ataque. El resplandor fugaz de un relámpago iluminó en los cascos y los escudos la insignia siniestra, la mano de Isengard. Llegaron a la cima de la roca; avanzaron hacia los portales.

Entonces, por fin, hubo una respuesta: una tormenta de flechas les salió al encuentro, y una granizada de pedruscos. Sorprendidos, las criaturas titubearon, se desbandaron y emprendieron la fuga; pero en seguida volvieron a la carga, dispersándose y atacando de nuevo, y cada vez, como una marea creciente, se detenían en un punto más elevado. Resonaron otra vez las trompetas y una horda saltó hacia adelante, vociferando. Llevaban los escudos en alto como formando un techo y empujaban en el centro dos troncos enormes. Tras ellos se amontonaban los arqueros orcos, lanzando una lluvia de dardos contra los arqueros apostados en los muros. Llegaron por fin a las puertas. Los maderos crujieron al resquebrajarse, cediendo a los embates de los árboles impulsados por brazos vigorosos. Si un orco caía, aplastado por una piedra que se despeñaba, otros dos corrían a reemplazarlo. Una y otra vez los grandes arietes golpearon la puerta.

Eomer y Aragorn estaban juntos, de pie sobre el Muro del Bajo. Oían el rugido de las voces y los golpes sordos de los arietes; de pronto, a la luz de un relámpago, advirtieron el peligro que amenazaba a las puertas.

-¡Vamos! -dijo Aragorn-. ¡Ha llegado la hora de las espadas!

Rápidos como el fuego, corrieron a lo largo del muro, treparon las escaleras y subieron al patio exterior en lo alto del Peñón. Mientras corrían, reunieron un puñado de valientes espadachines. En un ángulo del muro de la fortaleza había una pequeña poterna que se abría al oeste, en un punto en el que el acantilado avanzaba hacia el castillo. Un sendero estrecho y sinuoso descendía hasta la puerta principal, entre el muro y el borde casi vertical del Peñón. Eomer y Aragorn franquearon la puerta de un salto, seguidos por sus hombres. En un solo relámpago las espadas salieron de las vainas.

-¡Gúthwinë! - exclamó Eomer -. ¡Gúthwinë por la Marca!

-¡Andúril! - exclamó Aragorn -. ¡Andúril por los Dúnedain!

Atacando de costado, se precipitaron sobre los salvajes. Andúril subía y bajaba, resplandeciendo con un fuego blanco. Un grito se elevó desde el muro y la torre.

-¡Andúril! ¡Andúril va a la guerra! ¡La Espada que estuvo Rota brilla otra vez!

Aterrorizadas, las criaturas que manejaban los arietes los dejaron caer y se volvieron para combatir; pero el muro de escudos se quebró como atravesado por un rayo y los atacantes fueron barridos, abatidos o arrojados por encima del Peñón al torrente pedregoso. Los arqueros orcos dispararon sin tino todas sus flechas y luego huyeron.

Eomer y Aragorn se detuvieron un momento frente a las puertas. El trueno rugía ahora en la lejanía. Los relámpagos centelleaban aún a la distancia entre las montañas del sur. Un viento inclemente soplaba otra vez desde el norte. Las nubes se abrían y se dispersaban, y aparecieron las estrellas; y por encima de las colinas que bordeaban el Valle del Bosque la luna surcó el cielo hacia el oeste, con un brillo amarillento en los celajes de la tormenta.

-No hemos llegado a tiempo -dijo Aragorn, mirando los portales. Los golpes de los arietes habían sacado de quicio los grandes goznes y habían doblado las trancas de hierro; muchos maderos estaban rotos.

-Sin embargo, no podemos quedarnos aquí, de este lado de los muros, para defenderlos -dijo Eomer-. ¡Mira! -Señaló hacia la explanada. Una apretada turba de orcos y hombres volvía a congregarse más allá del río. Ya las flechas zumbaban y rebotaban en las piedras de alrededor. -¡Vamos! Tenemos que volver y amontonar piedras y vigas y bloquear las puertas por dentro. ¡Vamos ya!

Dieron media vuelta y echaron a correr. En ese momento, unos diez o doce orcos que habían permanecido inmóviles y como muertos entre los cadáveres, se levantaron rápida y sigilosamente, y partieron tras ellos. Dos se arrojaron al suelo y tomando a Eomer por los talones lo hicieron trastabillar y caer, y se le echaron encima. Pero una pequeña figura negra en la que nadie había reparado emergió de las sombras lanzando un grito ronco.

-Baruk Khazâd! Khazâd ai-mênu!

Un hacha osciló como un péndulo. Dos orcos cayeron, decapitados. El resto escapó.

En el momento en que Aragorn acudía a auxiliarlo, Eomer se levantaba trabajosamente.

Cerraron la poterna y amontonando piedras barricaron los portales de hierro. Cuando todos estuvieron dentro, a salvo, Eomer se volvió.

-Te doy las gracias, Gimli hijo de Glóin! -dijo-. No sabía que tú estabas con nosotros en este encuentro. Pero más de una vez el huésped a quien nadie ha invitado demuestra ser la mejor compañía. ¿Como apareciste por allí?

-Yo os había seguido para ahuyentar el sueño -dijo Gimli-; pero miré a los montañeses y me parecieron demasiado grandes para mí; entonces me senté en una piedra a admirar la destreza de vuestras espadas.

-No me será fácil devolverte el favor que me has prestado -dijo Eomer.

-Quizá se te presenten otras muchas oportunidades antes de que pase la noche -rió el enano-. Pero estoy contento. Hasta ahora no había hachado nada más que leña desde que partí de Moría.

-¡Dos! -dijo Gimli acariciando el hacha. Había regresado a su puesto en el muro.

-¿Dos? -dijo Legolas-. Yo he hecho más que eso, aunque ahora tenga que buscar a tientas las flechas malgastadas; me he quedado sin ninguna. De todos modos, estimo en mi haber por lo menos veinte. Pero son sólo unas pocas hojas en todo un bosque.

Ahora las nubes se dispersaban rápidamente y la luna declinaba clara y luminosa. Pero la luz trajo pocas esperanzas a los Caballeros de la Marca. Las fuerzas del enemigo, antes que disminuir, parecían acrecentarse; y nuevos refuerzos llegaban al valle y cruzaban el foso. El enfrentamiento en el Peñón había sido sólo un breve respiro. El ataque contra las

puertas se redobló. Las huestes de Isengard rugían como un mar embravecido contra el Muro del Bajo. Orcos y montañeses iban y venían de un extremo al otro arrojando escalas de cuerda por encima de los parapetos, con tanta rapidez que los defensores no atinaban a cortarlas o desengancharlas. Habían puesto ya centenares de largas escalas. Muchas caían rotas en pedazos, pero eran reemplazadas en seguida, y los orcos trepaban por ellas como los monos en los oscuros bosques del sur. A los pies del muro, los cadáveres y los despojos se apilaban como pedruscos en una tormenta; el lúgubre montículo crecía y crecía, pero el enemigo no cejaba.

Los hombres de Rohan empezaban a sentirse fatigados. Habían agotado todas las flechas y habían arrojado todas las lanzas; las espadas estaban melladas y los escudos hendidos. Tres veces Aragorn y Eomer consiguieron reorganizarlos y darles ánimo, y tres veces Andúril flameó en una carga desesperada que obligó al enemigo a alejarse del muro.

De pronto un clamor llegó desde atrás, desde el Abismo. Los orcos se habían escabullido como ratas hacia el canal. Allí, al amparo de los peñascos, habían esperado a que el ataque creciera y que la mayoría de los defensores estuviese en lo alto del muro. En ese momento cayeron sobre ellos. Ya algunos se habían arrojado a la garganta del Abismo y estaban entre los caballos, luchando con los guardias.

Con un grito feroz cuyo eco resonó en los riscos vecinos, Gimli saltó del muro.

-*Khazâd! Khazâd!* - Pronto tuvo en qué ocuparse. -¡Ai-oi! - gritó -. ¡Los orcos están detrás del muro! ¡Ai-oi! Ven aquí, Legolas. ¡Hay bastante para los dos! *Khazâd ai-mênu!*

Gamelin el viejo observaba desde lo alto de Cuernavilla y escuchaba por encima del tumulto la poderosa voz del enano.

-¡Los orcos están en el Abismo! -gritó-. ¡Helm! ¡Helm! ¡Adelante, Helmingas! - mientras bajaba a saltos la escalera del Peñón, seguido por numerosos hombres del Folde Oeste.

El ataque fue tan feroz como súbito y los orcos perdieron terreno. Arrinconados en los angostos desfiladeros de la garganta, todos fueron muertos o cayeron aullando al precipicio frente a los guardias de las cavernas ocultas.

-¡Veintiuno! -exclamó Gimli. Blandió el hacha con ambas manos y el último orco cayó tendido a sus pies-. ¡Ahora mi haber supera otra vez al de maese Legolas!

-Hemos de cerrar esta cueva de ratas -dijo Gamelin-. Se dice que los enanos son diestros con las piedras. ¡Ayúdanos, maestro!

-Nosotros no tallamos la piedra con hachas de guerra, ni con las uñas -dijo Gimli-. Pero ayudaré tanto como pueda.

Juntaron todos los guijarros y cantos rodados que encontraron en las cercanías y bajo la dirección de Gimli los hombres del Folde Oeste bloquearon la parte interior del canal, dejando sólo una pequeña abertura. Asfixiada en su lecho, la Corriente del Bajo, crecida por la lluvia, se agitó y burbujeó, y se expandió entre los peñascos en frías lagunas.

-Estará más seco allá arriba -dijo Gimli-. ¡Ven, Gamelin, veamos cómo marchan las cosas sobre la muralla!

Trepó al adarve y allí encontró a Legolas en compañía de Aragorn y Eomer. El elfo estaba afilando el largo puñal. Había ahora una breve tregua en el combate, pues el intento de atacar desde el agua había sido frustrado.

-¡Veintiuno! -dijo Gimli.

-¡Magnífico! - dijo Legolas -. Pero ahora mi cuenta asciende a dos docenas. Aquí arriba han trabajado los puñales.

Eomer y Aragorn se apoyaban extenuados en las espadas. A lo lejos, a la izquierda, el fragor y el clamor de la batalla volvía a elevarse en el Peñón. Pero Cuernavilla se mantenía aún intacta, como una isla en el mar. Las puertas estaban en ruinas, aunque ningún enemigo había traspuesto aún la barricada de vigas y piedras.

Aragorn contemplaba las pálidas estrellas y la luna que declinaba ahora por detrás de las colinas occidentales que cerraban el valle.

-Esta noche es larga como años -dijo-. ¿Cuánto tardará en llegar el día?

-El amanecer no está lejos -dijo Gamelin, que había subido al adarve y se encontraba ahora al lado de Aragorn-. Pero la luz del día no habrá de ayudarnos, me temo.

-Sin embargo el amanecer es siempre una esperanza para el hombre -dijo Aragorn.

-Pero estas criaturas de Isengard, estos semi-orcos y hombres-bestiales fabricados por las artes inmundas de Saruman, no retrocederán a la luz del sol -dijo Gamelin-. Tampoco lo harán los montañeses salvajes. ¿No oyes ya sus voces?

-Las oigo -dijo Eomer-, pero a mis oídos no son más que griteríos de pájaros y alaridos de bestias.

-Sin embargo hay muchos que gritan en la lengua de las Tierras Pardas -dijo Gamelin-. Yo la conozco. Es una antigua lengua de los hombres y en otros tiempos se hablaba en muchos de los valles occidentales de la Marca. ¡Escucha! Nos odian y están contentos; pues nuestra perdición les parece segura. «¡El rey, el rey!», gritan «¡Capturaremos al rey! ¡Muerte para los Forgoil! ¡Muerte para los Cabeza-de-Paja! ¡Muerte para los ladrones del Norte!» Esos son los nombres que nos dan. No han olvidado en medio milenio la ofensa que les infligieran los señores de Gondor al otorgar la Marca a Eorl el joven y aliarse con él. Este antiguo odio ha inflamado a Saruman. Y son feroces cuando se excitan. No los detendrán las luces del alba ni las sombras del crepúsculo, hasta que hayan tomado prisionero a Théoden, o ellos mismos hayan sucumbido.

-A pesar de todo a mí el amanecer me llena de esperanzas -dijo Aragorn-. ¿No se dice acaso que ningún enemigo tomo jamás Cuernavilla, cuando la defendieron los hombres?

-Así dicen las canciones -dijo Eomer.

-¡Entonces defendámosla y confiemos! -dijo Aragorn.

Hablaban aún cuando las trompetas resonaron otra vez. Hubo un estallido atronador, una brusca llamarada y humo. Las aguas de la Corriente del Bajo se desbordaron siseando en burbujas de espuma. Un boquete acababa de abrirse en el muro y ya nada podía contenerlas. Una horda de formas oscuras irrumpió como un oleaje.

-¡Brujerías de Saruman! -gritó Aragorn-. Mientras nosotros conversábamos volvieron a meterse en el agua. ¡Han encendido bajo nuestros pies el fuego de Orthanc! ¡Elendil, Elendil! -gritó saltando al foso; pero ya había un centenar de escalas colgadas de las almenas. Desde arriba y desde abajo del muro se lanzó el último ataque: demoledor como una ola oscura sobre una duna, barrió a los defensores. Algunos de los caballeros, obligados a replegarse más y más sobre el Abismo, caían peleando, mientras retrocedían hacia las cavernas oscuras. Algunos volvieron directamente a la ciudadela.

Una ancha escalera subía del Abismo al Peñón y a la poterna de Cuernavilla. Casi al pie de esa escalera se erguía Aragorn. Andúril le centelleaba aún en la mano y el terror de la espada arrojó todavía un momento al enemigo, mientras los hombres que podían llegar a la escalera subían uno a uno hacia la puerta. Atrás, arrodillado en el peldaño más alto, estaba Legolas. Tenía el arco preparado, pero sólo había conseguido rescatar una flecha, y ahora espiaba, listo para dispararla sobre el primer orco que se atreviera a acercarse.

-Todos los que han podido escapar están ahora a salvo, Aragorn -gritó-. ¡Volvamos!

Aragorn giró sobre sus talones y se lanzó escaleras arriba, pero el cansancio le hizo tropezar y caer. Sin perder un instante, los enemigos se precipitaron a la escalera. Los orcos subían vociferando, extendiendo los largos brazos para apoderarse de Aragorn. El que iba a la cabeza cayó con la última flecha de Legolas atravesada en la garganta, pero eso no detuvo a los otros. De pronto, un peñasco enorme, lanzado desde el muro exterior, se estrelló en la escalera, arrojándolos otra vez al Abismo. Aragorn ganó la puerta, que al instante se cerró tras él con un golpe.

-Las cosas andan mal, mis amigos -dijo, enjugándose con el brazo el sudor de la frente.

-Bastante mal -dijo Legolas-, pero aún nos quedan esperanzas, mientras tú nos acompañes. ¿Dónde está Gimli?

-No sé -respondió Aragorn-. La última vez que lo vi estaba peleando detrás del muro, pero la acometida nos separó.

-¡Ay! Estas son malas noticias -dijo Legolas.

-Gimli es fuerte y valeroso -dijo Aragorn-. Esperemos que vuelva sano y salvo a las cavernas. Allí, por algún tiempo, estará seguro. Más que nosotros. Un refugio de esa naturaleza es el ideal de un enano.

-Eso es lo que espero -dijo Legolas-. Pero me gustaría que hubiera venido por aquí. Quería decirle a mi hijo Gimli que mi cuenta asciende ahora a treinta y nueve.

-Si consigues llegar a las cavernas volverá a sobrepasarte -dijo Aragorn riendo-. Nunca vi un hacha en manos tan hábiles.

-Necesito ir en busca de algunas flechas -dijo Legolas-. Quisiera que la noche terminase de una vez, así tendría mejor luz para tomar puntería.

Aragorn entró en la ciudadela. Allí se enteró consternado de que Eomer no había regresado a Cuernavilla.

-No, no ha vuelto al Peñón -dijo uno de los hombres del Folde Oeste-. Cuando lo vi por última vez estaba reuniendo hombres y combatiendo a la entrada del Abismo. Gamelin lo acompañaba y también el enano; pero no pude acercarme a ellos.

Aragorn cruzó a grandes trancos el patio interior, y subió a una cámara alta de la torre. Allí, una silueta sombría recortada contra una ventana angosta, estaba el rey, mirando hacia el valle.

-¿Qué hay de nuevo, Aragorn? -preguntó.

-Se han apoderado del Muro del Bajo, señor, y han barrido a los defensores; pero muchos han venido a refugiarse aquí, en el Peñón.

-¿Está Eomer aquí?

-No, señor. Pero muchos de vuestros hombres se replegaron en el Abismo; y algunos dicen que Eomer estaba entre ellos. Allí, en los desfiladeros, podrían contener el avance del enemigo y llegar a las cavernas. Qué esperanzas de salvarse tendrán entonces, no lo sé.

-Más que nosotros. Provisiones en abundancia, según dicen. Y allí el aire es puro gracias a las grietas en lo alto de las paredes de roca. Nadie puede entrar por la fuerza contra hombres decididos. Podrán resistir mucho tiempo.

-Pero los orcos han traído una brujería desde Orthanc -dijo Aragorn-. Tienen un fuego que despedaza las rocas y con él tomaron el Muro. Si no llegan a entrar en las cavernas, podrían encerrar allí a los ocupantes. Pero ahora hemos de concentrar todos nuestros pensamientos en la defensa.

-Me muero de impaciencia en esta prisión -dijo Théoden-. Si hubiera podido empuñar una lanza, cabalgando al frente de mis hombres, habría sentido quizás otra vez la alegría del combate, terminando así mis días. Pero de poco sirvo estando aquí.

-Aquí al menos estáis protegido por la fortaleza más inexpugnable de la Marca -dijo Aragorn-. Más esperanzas tenemos de defendernos aquí en Cuernavilla que en Edoras y aun allá arriba en las montañas de El Sagrario.

-Dicen que Cuernavilla no ha caído nunca bajo ningún ataque -dijo Théoden-; pero esta vez mi corazón teme. El mundo cambia y todo aquello que alguna vez parecía invencible hoy es inseguro. ¿Cómo podrá una torre resistir a fuerzas tan numerosas y a un odio tan implacable? De haber sabido que las huestes de Isengard eran tan poderosas, quizá no hubiera tenido la temeridad de salirles al encuentro, pese a todos los artificios de Gandalf. El consejo no parece ahora tan bueno como al sol de la mañana.

-No juzguéis el consejo de Gandalf, señor, hasta que todo haya terminado -dijo Aragorn.

-El fin no está lejano -dijo el rey-. Pero yo no acabaré aquí mis días, capturado como un viejo tejón en una trampa. Crinblanca y Hasufel y los caballos de mi guardia están aquí, en el patio interior. Cuando amanezca, haré sonar el cuerno de Helm, y partiré. ¿Cabalarás conmigo, tú hijo de Arathorn? Quizá nos abramos paso, o tengamos un fin digno de una canción... si queda alguien para cantar nuestras hazañas.

-Cabalaré con vos -dijo Aragorn.

Despidiéndose, volvió a los muros, y fue de un lado a otro reanimando a los hombres y prestando ayuda allí donde la lucha era violenta. Legolas iba con él. Allá abajo estallaban fuegos que conmovían las piedras. El enemigo seguía arrojando ganchos y tendiendo escalas. Una y otra vez los orcos llegaban a lo alto del muro exterior y otra vez eran derribados por los defensores.

Por fin llegó Aragorn a lo alto de la arcada que coronaba las grandes puertas, indiferente a los dardos del enemigo. Mirando adelante, vio que el cielo palidecía en el este. Alzó entonces la mano vacía, mostrando la palma, para indicar que deseaba parlamentar.

Los orcos vociferaban y se burlaban.

-¡Baja! ¡Baja! -le gritaban-. Si quieres hablar con nosotros, ¡baja! ¡Tráenos a tu rey! Somos los guerreros Uruk-hai. Si no viene, iremos a sacarlo de su guarida. ¡Tráenos al cobardón de tu rey!

-El rey saldrá o no, según sea su voluntad -dijo Aragorn.

-Entonces ¿qué haces tú aquí? -le dijeron-. ¿Qué miras? ¿Quieres ver la grandeza de nuestro ejército? Somos los guerreros Uruk-hai.

-He salido a mirar el alba -dijo Aragorn.

-¿Qué tiene que ver el alba? -se mofaron los orcos-. Somos los Uruk-hai; no dejamos la pelea ni de noche ni de día, ni cuando brilla el sol o ruge la tormenta. Venimos a matar, a la luz del sol o de la luna. ¿Qué tiene que ver el alba?

-Nadie sabe qué habrá de traer el nuevo día -dijo. Aragorn-. Alejaos antes de que se vuelva contra vosotros.

-Baja o te abatiremos -gritaron-. Esto no es un parlamento. No tienes nada que decir.

-Todavía tengo esto que decir -respondió Aragorn-. Nunca un enemigo ha tomado Cuernavilla. Partid, de lo contrario ninguno de vosotros se salvará. Ninguno quedará con vida para llevarlas noticias al Norte. No sabéis qué peligro os amenaza.

Era tal la fuerza y la majestad que irradiaba Aragorn allí de pie, a solas, en lo alto de las puertas destruidas, ante el ejército de sus enemigos, que muchos de los montañeses salvajes vacilaron y miraron por encima del hombro hacia el valle y otros echaron miradas indecisas al cielo. Pero los orcos se reían estrepitosamente; y una salva de dardos y flechas silbó por encima del muro, en el momento en que Aragorn bajaba de un salto.

Hubo un rugido y una intensa llamarada. La bóveda de la puerta en la que había estado encaramado se derrumbó convertida en polvo y humo. La barricada se desperdigó como herida por el rayo. Aragorn corrió a la torre del rey.

Pero en el momento mismo en que la puerta se desmoronaba y los orcos aullaban alrededor preparándose a atacar, un murmullo se elevó detrás de ellos, como un viento en la distancia, y creció hasta convertirse en un clamor de muchas voces que anunciaban extrañas nuevas en el amanecer. Los orcos, oyendo desde el Peñón aquel rumor doliente, vacilaron y miraron atrás. Y entonces, súbito y terrible, el gran cuerno de Helm resonó en lo alto de la torre.

Todos los que oyeron el ruido se estremecieron. Muchos orcos se arrojaron al suelo boca abajo, tapándose las orejas con las garras. Y desde el fondo del Abismo retumbaron los ecos, como si en cada acantilado y en cada colina un poderoso heraldo soplara una trompeta vibrante. Pero los hombres apostados en los muros levantaron la cabeza y escucharon asombrados: aquellos ecos no morían. Sin cesar resonaban los cuernos de colina en colina; ahora más cercanos y potentes, respondiéndose unos a otros, feroces y libres.

-¡Helm! ¡Helm! -gritaron los caballeros-. ¡Helm ha despertado y retorna a la guerra! ¡Helm ayuda al Rey Théoden!

En medio de este clamor, apareció el rey. Montaba un caballo blanco como la nieve; de oro era el escudo y larga la lanza. A su diestra iba Aragorn, el heredero de Elendil, y tras él cabalgaban los señores de la Casa de Eorl el joven. La luz se hizo en el cielo. Partió la noche.

-¡Adelante, Eorlingas!

Con un grito y un gran estrépito se lanzaron al ataque. Rugientes y veloces salían por los portales, cubrían la explanada y arrasaban a las huestes de Isengard como un viento entre las hierbas. Tras ellos llegaban desde el Abismo los gritos roncós de los hombres que irrumpían de las cavernas persiguiendo a los enemigos. Todos los hombres que habían quedado en el Peñón se volcaron como un torrente sobre el valle. Y la voz potente de los cuernos seguía retumbando en las colinas.

Avanzaban galopando sin trabas, el rey y sus caballeros. Capitanes y soldados caían o huían delante de la tropa. Ni los orcos, ni los hombres podían resistir el ataque. Corrían, de cara al valle y de espaldas a las espadas y las lanzas de los jinetes. Gritaban y gemían, pues la luz del amanecer había traído pánico y desconcierto.

Así partió el Rey Théoden de la Puerta de Helm y así se abrió paso hacia la empalizada. Allí la compañía se detuvo. La luz crecía alrededor. Los rayos del sol encendían las colinas orientales y centelleaban en las lanzas. Los jinetes, inmóviles y silenciosos, contemplaron largamente el Valle del Bajo.

El paisaje había cambiado. Donde antes se extendiera un valle verde, cuyas laderas herbosas trepaban por las colinas cada vez más altas, ahora había un bosque. Hileras e hileras de grandes árboles, desnudos y silenciosos, de ramaje enmarañado y cabezas blanquecinas; las raíces nudosas se perdían entre las altas hierbas verdes. Bajo la fronda todo era oscuridad. Un trecho de no más de un cuarto de milla separaba a la empalizada del linde de aquel bosque. Allí se escondían ahora las arrogantes huestes de Saruman, aterrorizadas por el rey tanto como por los árboles. Como un torrente habían bajado desde la Puerta de Helm hasta que ni uno solo quedó más arriba de la empalizada; pero allá abajo se amontonaban como un hervidero de moscas. Reptaban y se aferraban a las paredes del valle tratando en vano de escapar. Al este la ladera era demasiado escarpada y pedregosa; a la izquierda, desde el oeste., avanzaba hacia ellos el destino inexorable.

De improviso, en una cima apareció un jinete vestido de blanco y resplandeciente al sol del amanecer. Más abajo, en las colinas, sonaron los cuernos. Tras el jinete un millar de hombres a pie, espada en mano, bajaba de prisa las largas pendientes. Un hombre recio y de elevada estatura marchaba entre ellos. Llevaba un escudo rojo. Cuando llegó a la orilla del valle se llevó a los labios un gran cuerno negro y sopló con todas sus fuerzas.

-¡Erkenbrand! -gritaron los caballeros-. ¡Erkenbrand! ¡Contemplad al Caballero Blanco! -gritó Aragorn Gandalf ha vuelto!

-¡Mithrandir, Mithrandir! -dijo Legolas-. ¡Esto es magia pura! ¡Venid! Quisiera ver este bosque, antes que cambie el sortilegio.

Las huestes de Isengard aullaron, yendo de un lado a otro, pasando de un miedo a otro. Nuevamente sonó el cuerno de la torre. Y la compañía del rey se lanzó a la carga a través del foso de la empalizada. Y desde las colinas bajaba, saltando, Erkenbrand, señor del Folde Oeste. Y también bajaba Sombragris, brincando como un ciervo que corretea sin miedo por las montañas. Allí estaba el Caballero Blanco y el terror de esta aparición enloqueció al enemigo. Los salvajes montañeses caían de bruces. Los orcos se tambaleaban y gritaban y arrojaban al suelo las espadas y las lanzas. Huían como un humo negro arrastrado por un vendaval. Pasaron, gimiendo, bajo la acechante sombra de los árboles; y de esa sombra ninguno volvió a salir.

EL CAMINO DE ISENGARD

Así, en el prado verde a orillas de la Corriente del Bajo, volvieron a encontrarse, a la luz de una hermosa mañana, el rey Théoden y Gandalf, el Caballero Blanco. Estaban con ellos Aragorn hijo de Arathorn, y Legolas el elfo, y Erkenbrand del Folde Oeste, y los señores del Palacio de Oro. Los rodeaban los Rohirrim, los jinetes de la Marca; una impresión de maravilla prevalecía de algún modo sobre el júbilo de la victoria y los ojos de todos se volvían al bosque.

De pronto se oyó un clamor y los compañeros que el enemigo había arrastrado al Abismo descendieron de la empalizada: Gamelin el Viejo, Eomer hijo de Eomund, y junto con ellos Gimli el enano. No llevaba yelmo y una venda manchada de sangre le envolvía la cabeza; pero la voz era firme y sonora.

-¡Cuarenta y dos, maese Legolas! -gritó-. ¡Ay! ¡Se me ha mellado el hacha! El cuadragésimo segundo tenía un capacete de hierro. ¿Y a ti cómo te ha ido?

-Me has ganado por un tanto -respondió Legolas-. Pero no te celo ¡tan contento estoy de verte todavía en pie!

-¡Bien venido, Eomer, hijo de mi hermana! -dijo Théoden-. Ahora que te veo sano y salvo, me alegro de veras.

-¡Salve, Señor de la Marca! -dijo Eomer-. La noche oscura ha pasado y una vez más ha llegado el día. Pero el día ha traído extrañas nuevas. -Se volvió y miró con asombro, primero el bosque y luego a Gandalf. - Otra vez has vuelto de improviso, en una hora de necesidad -dijo.

-¿De improviso? - replicó Gandalf -. Dije que volvería y que me reuniría aquí con vosotros.

-Pero no dijiste la hora, ni la forma en que aparecerías. Extraña ayuda nos traes. ¡Eres poderoso en la magia, Gandalf el Blanco!

-Tal vez. Pero si lo soy, aún no lo he demostrado. No he hecho más que dar buenos consejos en el peligro y aprovechar la ligereza de Sombragris. Más valieron vuestro coraje y las piernas vigorosas de los hombres del Folde Oeste, marchando en la noche.

Y entonces todos contemplaron a Gandalf con un asombro todavía mayor. Algunos echaban miradas sombrías al bosque y se pasaban la mano por la frente, como si pensarán que Gandalf no veía lo mismo que ellos.

Gandalf soltó una larga y alegre carcajada.

-¿Los árboles? - dijo -. No, yo veo el bosque como lo veis vosotros. Pero esto no es obra mía, sino algo que está más allá de los designios de los sabios. Los acontecimientos se han desarrollado mejor de lo que yo había previsto y hasta han sobrepasado mis esperanzas.

-Entonces, si no has sido tú, ¿quién ha obrado esta magia? -preguntó Théoden-. No Saruman, eso es evidente. ¿Habría acaso algún sabio todavía más poderoso, del que nunca oímos hablar?

-No es magia, sino un poder mucho más antiguo -dijo Gandalf un poder que recorría antaño la tierra, mucho antes que los elfos cantaran, o repicara el martillo.

*Mucho antes que se conociera el hierro o se hachasen los árboles;
cuando la montaña era joven aún bajo la luna;
mucho antes que se forjase el Anillo, o que se urdiese el infortunio,*

ya en tiempos remotos recorría los bosques.

-¿Y qué respuesta tiene tu acertijo? -le preguntó Théoden.

-Para conocerla tendrás que venir conmigo a Isengard -respondió Gandalf.

-¿A Isengard? -exclamaron todos.

-Sí -dijo Gandalf-. Volveré a Isengard y quien lo desee puede acompañarme. Allí veremos extrañas cosas.

-Pero aun cuando pudiéramos reunirlos a todos y curarles las heridas y la fatiga, no hay suficientes hombres en la Marca para atacar la fortaleza de Saruman -dijo Théoden.

-De todas maneras, yo iré a Isengard -dijo Gandalf-. No me quedaré allí mucho tiempo. Ahora mi camino me lleva al este. ¡Buscadme en Edoras, antes de la luna menguante!

-¡No! -dijo Théoden-. En la hora oscura que precede al alba dudé de ti, pero ahora no volveremos a separarnos. Iré contigo, si tal es tu consejo.

-Quiero hablar con Saruman tan pronto como sea posible -dijo Gandalf-, y como el daño que te ha causado es grande, vuestra presencia sería oportuna. Pero ¿cuándo y con qué ligereza podríais ponerlos en marcha?

-La batalla ha extenuado a mis hombres -dijo el rey-, y también yo estoy cansado. He cabalgado mucho y he dormido poco. ¡Ay! mi vejez no es fingida, ni tan sólo el resultado de los cuchicheos de Lengua de Serpiente. Es un mal que ningún médico podrá curar por completo, ni aun siquiera el propio Gandalf.

-Entonces, aquellos que hayan decidido acompañarme, que descansen ahora -dijo Gandalf-. Viajaremos en la oscuridad de la noche. Mejor así, pues de ahora en adelante todas nuestras idas y venidas se harán dentro del mayor secreto. Pero no preparéis una gran escolta, Théoden. Vamos a parlamentar, no a combatir.

El rey escogió entonces a aquéllos de sus caballeros que no estaban heridos y que tenían caballos rápidos, y los envió a proclamar la buena nueva de la victoria en todos los valles de la Marca; y a convocar con urgencia en Edoras a todos los hombres, jóvenes o viejos. Allí el Señor de la Marca reuniría a todos los jinetes capaces de llevar armas, en el día segundo después de la luna llena. Para que lo escoltaran a caballo en el viaje a Isengard, el rey eligió a Eomer y a veinte hombres de su propio séquito. Junto con Gandalf irían Aragorn y Legolas, y también Gimli. Aunque herido, el enano se resistió a que lo dejaran atrás.

-Fue apenas un golpe y el almete lo desvió -dijo-. El rasguño de un orco no es bastante para retenerme.

-Yo te curaré mientras descansas -le dijo Aragorn.

El rey volvió entonces a Cuernavilla y durmió con un sueño apacible, que no conocía desde hacía años. Los hombres que había elegido como escolta descansaron también. Pero a los otros, los que no estaban heridos, les tocó una penosa tarea; pues muchos habían caído en la batalla y yacían muertos en el campo o en el Abismo.

Ni un solo orco había quedado con vida; y los cadáveres eran incontables. Pero muchos de los montañeses se habían rendido, aterrorizados, y pedían clemencia.

Los hombres de la Marca los despojaron de las armas y los pusieron a trabajar.

-Ayudad ahora a reparar el mal del que habéis sido cómplices -les dijo Erkenbrand-; más tarde prestaréis juramento de que no volveréis a cruzar en armas los Vados del Isen, ni a aliaros con los enemigos de los hombres: entonces quedaréis en libertad de volver a

vuestro país. Pues habéis sido engañados por Saruman. Muchos de los vuestros no han conocido otra recompensa que la muerte por haber confiado en él; pero si hubierais sido los vencedores, tampoco sería más generosa vuestra paga.

Los hombres de las Tierras Pardas escuchaban estupefactos, pues Saruman les había dicho que los hombres de Rohan eran crueles y quemaban vivos a los prisioneros.

En el campo de batalla, frente a Cuernavilla, levantaron dos túmulos, y enterraron en ellos a todos los jinetes de la Marca que habían caído en la defensa, los de los Valles del Este de un lado y los del Folde Oeste del otro. En una tumba a la sombra de Cuernavilla, sepultaron a Háma, capitán de la guardia del Rey. Había caído frente a la Puerta.

Los cadáveres de los orcos los amontonaron en grandes pilas, a una buena distancia de los túmulos de los hombres, no lejos del linde del bosque. Pero a todos inquietaba la presencia de esos montones de carroña, demasiado grandes para que ellos pudieran quemarlos o enterrarlos. La leña de que disponían era escasa, pero ninguno se hubiera atrevido a levantar el hacha contra aquellos árboles, aun cuando Gandalf no les hubiese advertido sobre el peligro de hacerles daño, de herir las ramas o las cortezas.

-Dejemos a los orcos donde están -dijo Gandalf. Quizá la mañana traiga nuevos consejos.

Durante la tarde la compañía del Rey se preparó para la partida. La tarea de enterrar a los muertos había comenzado apenas; y Théoden lloró la pérdida de Háma, su capitán, y arrojó el primer puñado de tierra sobre la sepultura.

-Un gran daño me ha infligido en verdad Saruman, a mí y a toda esta comarca -dijo-; y no lo olvidaré, cuando nos encontremos frente a frente.

Ya el sol se acercaba a las crestas de las colinas occidentales que rodeaban el Valle del Bajo, cuando Théoden y Gandalf y sus compañeros montaron al fin y descendieron desde la empalizada. Toda una multitud se había congregado allí; los jinetes y los habitantes del Folde Oeste, los viejos y los jóvenes, las mujeres y los niños, todos habían salido de las cavernas a despedirlos. Con voces cristalinas entonaron un canto de victoria; de improviso, todos callaron, preguntándose qué ocurriría, pues ahora miraban hacia los árboles y estaban asustados.

La tropa llegó al bosque y se detuvo; caballos y hombres se resistían a entrar. Los árboles, grises y amenazantes, estaban envueltos en una niebla o una sombra. Los extremos de las ramas largas y ondulantes pendían como dedos que buscaban en la tierra, las raíces asomaban como miembros de monstruos desconocidos, en los que se abrían cavernas tenebrosas. Pero Gandalf continuó avanzando, al frente de la compañía, y en el punto en que el camino de Cuernavilla se unía a los árboles vieron de pronto una abertura que parecía una bóveda disimulada por unas ramas espesas: por ella entró Gandalf y todos lo siguieron. Entonces vieron con asombro que el camino continuaba junto con la Corriente del Bajo: y arriba aparecía el cielo abierto, dorado y luminoso. Pero a ambos lados del camino el crepúsculo invadía ya las grandes naves del bosque que se extendían perdiéndose en sombras impenetrables; allí escucharon los cuchicheos y gemidos de las ramas, y gritos distantes, y un rumor de voces inarticuladas, de murmullos airados. No había a la vista orcos, ni ninguna otra criatura viviente.

Legolas y Gimli iban montados en el mismo caballo; y no se alejaban de Gandalf, pues el bosque atemorizaba a Gimli.

-Hace calor aquí dentro -le dijo Legolas a Gandalf-. Siento a mi alrededor la presencia de una cólera inmensa. ¿No te late a ti el aire en los oídos?

-Sí -respondió Gandalf.

-¿Qué habrá sido de los miserables orcos? -le preguntó Legolas. -Eso, creo, nunca se sabrá -dijo Gandalf.

Cabalgaron un rato en silencio; pero Legolas no dejaba de mirar a los lados y si Gimli no se lo hubiese impedido, se habría detenido más de una vez a escuchar los rumores del bosque.

-Son los árboles más extraños que he visto en mi vida -dijo-; y eso que he visto crecer a muchos robles, de la bellota a la vejez. Me hubiera gustado poder detenerme un momento ahora y pasearme entre ellos; tienen voces y quizá con el tiempo llegaría a entender lo que piensan.

-¡No, no! -dijo Gimli-. ¡Déjalos tranquilos! Yo ya he adivinado lo que piensan: odian a todo cuanto camina sobre dos pies; y hablan de triturar y estrangular.

-No a todo cuanto camina sobre dos pies -dijo Legolas-. En eso creo que te equivocas. Es a los orcos a quienes aborrecen. No han nacido aquí y poco saben de elfos y de hombres. Los valles donde crecen son sitios remotos. De los profundos valles de Fangorn, Gimli, de allí es de donde vienen, sospecho.

-Entonces éste es el bosque más peligroso de la Tierra Media -dijo Gimli-. Tendría que estarles agradecido por lo que hicieron, pero no los quiero de veras. A ti pueden parecerte maravillosos, pero yo he visto en esta región cosas más extraordinarias, más hermosas que todos los bosques y claros. ¡Extraños son los modos y costumbres de los hombres, Legolas! Tienen aquí una de las maravillas del Mundo Septentrional, ¿y qué dicen de ella? ¡Cavernas, la llaman! ¡Refugios para tiempo de guerra, depósitos de forraje! ¿Sabes, mi buen Legolas, que las cavernas subterráneas del Abismo de Helm son vastas y hermosas? Habría un incesante peregrinaje de enanos y sólo para venir a verlas, si se supiera que existen. Sí, en verdad, ¡pagarían oro puro por echarles una sola mirada!

-Y yo pagaría oro puro por lo contrario -dijo Legolas -, y el doble porque me sacaran de allí, si llegara a extraviarme.

-No las has visto y te perdono la gracia -replicó Gimli-. Pero hablas como un tonto. ¿Te parecen hermosas las estancias de tu rey al pie de la colina en el Bosque Negro, que los enanos ayudaron a construir hace tiempo? Son covachas comparadas con las cavernas que he visto aquí: salas inconmensurables, pobladas de la música eterna del agua que tintinea en las lagunas, tan maravillosas como Kheled-zâram a la luz de las estrellas.

»Y cuando se encienden las antorchas, Legolas, y los hombres caminan por los suelos de arena bajo las bóvedas resonantes, ah, entonces, Legolas, gemas y cristales y filones de mineral precioso centellean en las paredes pulidas; y la luz resplandece en las vetas de los mármoles nacarados, luminosos como las manos de la Reina Galadriel. Hay columnas de nieve, de azafrán y rosicler, Legolas, talladas con formas que parecen sueños; brotan de los suelos multicolores para unirse a las colgaduras resplandecientes: alas, cordeles, velos sutiles como nubes cristalizadas; lanzas, pendones, ¡pináculos de palacios colgantes! Unos lagos serenos reflejan esas figuras: un mundo titilante emerge de las aguas sombrías cubiertas de límpidos cristales; ciudades, como jamás Durin hubiera podido imaginar en sus sueños, se extienden a través de avenidas y patios y pórticos, hasta los nichos oscuros donde jamás llega la luz. De pronto ¡pim!, cae una gota de plata, y las ondas se encrespan bajo el cristal y todas las torres se inclinan y tiemblan como las algas y los corales en una gruta marina. Luego llega la noche: las visiones tiemblan y se desvanecen; las antorchas se

encienden en otra sala, en otro sueño. Los salones se suceden, Legolas, un recinto se abre a otro, una bóveda sigue a otra bóveda y una escalera a otra escalera, y los senderos sinuosos llevan al corazón de la montaría. ¡Cavernas! ¡Las Cavernas del Abismo de Helm! ¡Feliz ha sido la suerte que hasta aquí me traje! Lloro ahora al tener que dejarlas.

-Entonces -dijo el elfo- como consuelo, te desearé esta buena fortuna, Gimli, que vuelvas sano y salvo de la guerra y así podrás verlas otra vez. ¡Pero no se lo cuentes a todos los tuyos! Por lo que tú dices, poco tienen que hacer. Quizá los hombres de estas tierras callan por prudencia: una sola familia de activos enanos provistos de martillo y escoplo harían quizá más daño que bien.

-No, tú no me comprendes -dijo Gimli-. Ningún enano permanecería impasible ante tanta belleza. Ninguno de la raza de Durin excavaría estas grutas para extraer piedra o mineral, ni aunque hubiera ahí oro y diamantes. Si vosotros queréis leña ¿cortáis acaso las ramas florecidas de los árboles? Nosotros cuidaríamos estos claros de piedra florecida, no los arruinaríamos. Con arte y delicadeza, a pequeños golpes, nada más que una astilla de piedra, tal vez, en toda una ansiosa jornada: ese sería nuestro trabajo y con el correr de los años abriríamos nuevos caminos y descubriríamos salas lejanas que aún están a oscuras y que vemos apenas como un vacío más allá de las fisuras de la roca. ¡Y luces, Legolas! Crearíamos luces, lámparas como las que resplandecían antaño en Khazad-dûm; y entonces podríamos, según nuestros deseos, alejar a la noche que mora allí desde que se edificaron las montañas, o hacerla volver, a la hora del reposo.

-Me has emocionado, Gimli -dijo Legolas-. Nunca te había oído hablar así. Casi lamento no haber visto esas cavernas. ¡Bien! Hagamos un pacto: si los dos regresamos sanos y salvos de los peligros que nos esperan, viajaremos algún tiempo juntos. Tú visitarás Fangorn conmigo y luego yo vendré contigo a ver el Abismo de Helm.

-No sería ése el camino que yo elegiría para regresar -dijo Gimli-. Pero soportaré la visita a Fangorn, si prometes volver a las cavernas y compartir conmigo esa maravilla.

-Cuentas con mi promesa - dijo Legolas -. Mas ¡ay! Ahora hemos de olvidar por algún tiempo el bosque y las cavernas. ¡Mira! Ya llegamos a la orilla del bosque. ¿A qué distancia estamos ahora de Isengard, Gandalf?

-A unas quince leguas, a vuelo de los cuervos de Saruman -dijo Gandalf -; cinco desde la desembocadura del Valle del Bajo hasta los Vados; y diez más desde allí hasta las puertas de Isengard. Pero no marcharemos toda la noche.

-Y cuando lleguemos allí, ¿qué veremos? -preguntó Gimli-. Quizá tú lo sepas, pero yo no puedo imaginarlo.

-Tampoco yo lo sé con certeza -le respondió el mago-. Yo estaba allí ayer al caer de la noche, pero desde entonces pueden haber ocurrido muchas cosas. Sin embargo, creo que no diréis que el viaje ha sido en vano, ni aunque hayamos tenido que abandonar las Cavernas Centelleantes de Aglarond.

Al fin la compañía dejó atrás los árboles y se encontró en el fondo del Valle del Bajo, donde el camino que descendía del Abismo de Helm se bifurcaba de un lado al este, hacia Edoras, y del otro al norte, hacia los Vados del Isen. Legolas, que cabalgaba a orillas del bosque, se detuvo y volvió tristemente la cabeza. De pronto lanzó un grito.

-¡Hay ojos! - exclamó -. ¡Ojos que espían desde las sombras de las ramas! Nunca vi ojos semejantes.

Los otros, sorprendidos por el grito, pararon las cabalgaduras y se dieron vuelta; pero Legolas se preparaba a volver atrás.

-¡No, no! -gritó Gimli -. ¡Haz lo que quieras si te has vuelto loco, pero antes déjame bajar del caballo! ¡No quiero ver los ojos!

-¡Quédate, Legolas Hojaverde! -dijo Gandalf-. ¡No vuelvas al bosque, aún no! No es aún el momento.

Mientras Gandalf hablaba aún, tres formas extrañas salieron de entre los árboles. Altos como trolls (doce pies o más), de cuerpos vigorosos, recios como árboles jóvenes, parecían vestidos con prendas ceñidas de tela o de piel gris y parda. Los brazos y las piernas eran largos, y las manos de muchos dedos. Tenían los cabellos tiesos y la barba verdegris, como de musgo. Miraban con ojos graves, pero no a los jinetes: estaban vueltos hacia el norte. De improviso ahuecaron las largas manos alrededor de la boca y emitieron una serie de llamadas sonoras, límpidas como las notas de un cuerno, pero más musicales y variadas. Al instante se oyó la respuesta; y al volver una vez más la cabeza los viajeros vieron otras criaturas de la misma especie que se acercaban desde el norte. Cruzaban la hierba con paso vivo, semejantes a garzas que vadearan una corriente, pero más veloces, pues el movimiento de las largas piernas era más rápido que el aleteo de las garzas. Los jinetes prorrumpieron en gritos de asombro y algunos echaron mano a las espadas.

-Las armas están de más -dijo Gandalf -. Son simples pastores. No son enemigos y en realidad no les importamos.

Y al parecer decía la verdad; pues mientras Gandalf hablaba, las altas criaturas, sin ni siquiera echar una mirada a los jinetes, se internaron en el bosque y desaparecieron.

-¡Pastores! - dijo Théoden -. ¿Dónde están los rebaños? ¿Qué son, Gandalf? Pues *es* evidente que tú *los conoces*.

-Son los pastores de los árboles -respondió Gandalf-. ¿Tanto hace que no os sentáis junto al fuego a escuchar las leyendas? Hay en vuestro reino niños que del enmarañado ovillo de la historia podrían sacar la respuesta *a esa* pregunta. Habéis visto a los ents, oh rey, los ents del Bosque de Fangorn, el que en vuestra lengua llamáis el Bosque de los Ents. ¿O creéis que le han puesto ese nombre por pura fantasía? No, Théoden, no es así: para ellos vosotros no sois más que historia pasajera; poco o nada les interesan todos los años que van desde Eorl el joven a Théoden el Vicio, y a los ojos de los ents todas las glorias de vuestra casa son en verdad muy pequeña cosa.

El rey guardó silencio.

-¡Ents! -dijo al fin-. Fuera de las sombras de la leyenda empiezo a entender, *me parece*, la maravilla *de estos árboles*. He vivido para conocer días extraños. Durante mucho tiempo hemos cuidado de nuestras bestias y nuestras praderas, y edificamos casas y forjamos herramientas y prestamos ayuda en las guerras de Minas Tirith, Y a eso llamábamos la vida *de los* hombres, las *cosas* del mundo. Poco nos interesaba lo que había más allá de las fronteras de nuestra tierra. Hay canciones que hablan de esas cosas, pero las hemos olvidado, y sólo se las enseñamos a los niños por simple costumbre. Y ahora las canciones aparecen entre nosotros en parajes extraños, caminan a la luz del sol.

-Tendríais que alegraros, Rey Théoden - dijo Gandalf -. Porque no es sólo la pequeña vida de los hombres la que está hoy amenazada, sino también la vida de todas esas criaturas que para vos eran sólo una leyenda. No os faltan aliados, Théoden, aunque ignoréis que existan.

-Sin embargo, también tendría que entristecerme -dijo Théoden-, porque cualquiera que sea la suerte que la guerra nos depare, ¿no es posible que al fin muchas bellezas y maravillas de la Tierra Media desaparezcan para siempre?

-Es posible -dijo Gandalf -. El *mal* que ha *causado* Sauron jamás será reparado por completo, ni borrado como si nunca hubiese existido. Pero el destino nos ha traído días como éstos. ¡Continuemos nuestra marcha!

Alejándose del Valle, tomaron la ruta que conducía a los Vados. Legolas los siguió de mala gana. Hundido ya detrás de las orillas del mundo, el sol se había puesto; pero cuando salieron de entre las sombras de las colinas y volvieron la mirada al este, hacia la Quebrada de Rohan, el cielo estaba todavía rojo y un resplandor incandescente iluminaba las nubes que flotaban a la deriva. Oscuros contra el cielo, giraban y planeaban numerosos pájaros de alas negras. Algunos pasaron lanzando gritos lúgubres por encima de los viajeros, de regreso a los nidos entre las rocas.

-Las aves de rapiña han estado ocupadas en el campo de batalla -dijo Eomer.

Cabalgaban a un trote lento mientras la oscuridad envolvía las llanuras de alrededor. La luna ascendía, ahora en creciente, y a la fría luz de plata las praderas se movían subiendo y bajando como el oleaje de un mar inmenso y gris. Habían cabalgado unas cuatro horas desde la encrucijada cuando vieron los Vados. Largas y rápidas pendientes descendían hasta un bajío pedregoso del río, entre terrazas altas y herbosas. Transportado por el viento, les llegó el aullido de los lobos y sintieron una congoja en el corazón recordando a los hombres que habían muerto allí combatiendo.

El camino se hundía entre terrazas y barrancas verdes cada vez más altas, hasta la orilla del río, para volver a subir en la otra margen. Tres hileras de piedras planas y escalonadas atravesaban la corriente y entre ellas corrían los vados para los caballos, que desde ambas riberas llegaban a un islote desnudo en el centro del río. Extraño les pareció el cruce cuando lo vieron de cerca: en los Vados siempre había remolinos, el agua canturreaba entre las piedras. Ahora estaba quieta y en silencio. En los lechos, casi secos, asomaban los cantos rodados y la arena gris.

-Qué sitio tan desolado -dijo Eomer-. ¿Qué mal aqueja a este río? Muchas cosas hermosas ha estropeado Saruman: ¿habrá destruido también los manantiales del Isen?

-Así parece -dijo Gandalf.

-¡Ay! -dijo Théoden -. ¿Es preciso que crucemos por aquí, donde las bestias de rapiña han devorado a tantos jinetes de la Marca?

-Este es nuestro camino -dijo Gandalf-. Cruel es la pérdida de vuestros hombres, pero veréis que al menos no los devorarán los lobos de las montañas. Es con sus amigos, los orcos, con quienes se ceban en sus festines; así entienden la amistad los de su especie. ¡Seguidme!

Cuando comenzaron a vadear el río, los lobos dejaron de aullar y se alejaron escurriéndose. Las figuras de Gandalf a la luz de la luna y de Sombragris, que centelleaba como la plata, habían espantado a los lobos. Al llegar al islote vieron los ojos relucientes de las bestias, que espiaban desde las orillas, entre las sombras.

-¡Mirad! -dijo Gandalf -. Gente amiga ha estado por aquí, trabajando.

Y vieron un túmulo en el centro del islote, rodeado de piedras y de lanzas enhiestas.

-Aquí yacen todos los Hombres de la Marca que cayeron en estos parajes -dijo Gandalf.

-¡Que descansen en paz! -dijo Eomer-. ¡Y que cuando estas lanzas se pudran y se cubran de herrumbre, sobreviva largo tiempo este túmulo custodiando los Vados del Isen!

-¿También esto es obra tuya, Gandalf, amigo mío? -preguntó Théoden-. ¡Mucho has hecho en una noche y un día!

-Con la ayuda de Sombragris... ¡y de otros! -dijo Gandalf-. He cabalgado rápido y lejos. Pero aquí, junto a este túmulo, os diré algo que podrá confortarnos: muchos cayeron en las batallas de los Vados, pero no tantos como se dice. Más fueron los que se dispersaron que los muertos; y yo he vuelto a reunir a todos los que pude encontrar. A algunos les ordené que se unieran a Erkenbrand; a otros les encomendé la tarea que aquí veis, y ahora ya han de estar de regreso en Edoras. También a muchos otros envié antes a Edoras a defender vuestra casa. Sabía que Saruman había lanzado contra vos todas sus fuerzas y que sus servidores habían abandonado otras tareas para marchar al Abismo de Helm; no vi en todo el territorio ni uno solo de nuestros enemigos; yo temía, sin embargo, que quienes cabalgaban a lomo de lobo y los saqueadores pudieran llegar a Meduseld, y que la encontrasen indefensa. Pero ahora creo que no hay nada que temer; la casa *estará* allí para *datos* la bienvenida a vuestro regreso.

-Y me hará muy feliz verla de nuevo -dijo Théoden-, aunque poco tiempo me resta para vivir en ella.

Así la compañía dijo adiós a la isla y al túmulo, y cruzó el río, y subió la barranca de la orilla opuesta. Y una vez más reanudaron la cabalgata, felices de haber dejado atrás los Vados lúgubres. Y mientras se alejaban, otra vez se oyó en la noche el aullido de los lobos.

Una antigua carretera descendía de Isengard a los Vados. Durante cierto trecho corría a la vera del río, curvándose con él hacia el este y luego hacia el norte; pero en el último tramo se desviaba e iba en línea recta hasta las puertas de Isengard; y éstas se alzaban en la ladera occidental del valle, a unas quince millas o más de la entrada. Siguieron a lo largo de este antiguo camino, pero no cabalgaron por él; pues el terreno era a *los lados* firme y llano, cubierto a lo largo de muchas millas de una hierba corta y tierna. Pudieron así cabalgar más de prisa y hacia la medianoche se habían alejado ya casi cinco leguas de los Vados. Se detuvieron entonces, dando por concluida la travesía de aquella noche, pues el rey se sentía cansado. Estaban al *pie de las Montañas* Nubladas y el Nan Curunir tendía los largos brazos para recibirlos. Oscuro se abría ante ellos el valle; la luz de la luna, que descendía hacia el oeste, se escondía detrás de las montañas. Pero de las profundas sombras del valle brotaba una larga espiral de humo y de vapor; y al elevarse, tocaba los rayos de la luna y se dispersaba en ondas negras y plateadas por el cielo estrellado.

-¿Qué piensas, Gandalf? -preguntó Aragorn-. Se diría que todo el Valle del Mago está en llamas.

-Siempre flota una humareda sobre el valle en estos tiempos -dijo Eomer-, pero nunca vi antes nada parecido. Más que humos son vapores. Saruman ha de estar preparando algún maleficio para darnos la bienvenida. Tal vez esté hirviendo todas las aguas del Isen y por eso está seco el río.

-Es probable -dijo Gandalf -. Mañana lo sabremos. Ahora descansemos un poco, si es posible.

Acamparon cerca del lecho del Isen, siempre silencioso y vacío. Algunos consiguieron dormir. Pero en medio de la noche los centinelas llamaron a gritos y todos se despertaron. La luna había desaparecido. En el cielo brillaban algunas estrellas; pero una oscuridad más negra que la noche se arrastraba por el suelo. Desde ambas orillas del río se adelantaba hacia ellos, rumbo al norte.

-¡Quedaos donde estáis! -dijo Gandalf-. ¡No desenvainéis las armas! ¡Esperad y pasará de largo!

Una neblina espesa los envolvió. En el cielo aún brillaban débilmente unas pocas estrellas, pero alrededor se alzaban unas paredes de oscuridad impenetrable; estaban en un callejón estrecho entre móviles torres de sombras. Oían voces, murmullos y gemidos, y un interminable suspiro susurrante; la tierra temblaba debajo. Largo les pareció el tiempo que pasaron allí atemorizados e inmóviles; pero al fin la oscuridad y los rumores se desvanecieron, perdiéndose entre los brazos de la montaña.

Allá lejos en el sur, en Cuernavilla, en mitad de la noche, los hombres oyeron un gran fragor, como un vendaval en el valle, y la tierra se estremeció; y todos se aterrorizaron y ninguno se atrevió a ir a ver qué había ocurrido.

Pero por la mañana, cuando salieron, quedaron estupefactos: los cadáveres de los orcos habían desaparecido y también los árboles. En las profundidades del Valle del Abismo, las hierbas estaban aplastadas y pisoteadas como si unos pastores gigantes hubiesen llevado allí a apacentar unos inmensos rebaños; pero una milla más abajo de la empalizada habían cavado un foso profundo y sobre él habían levantado una colina de piedras. Los hombres sospecharon que allí yacían los orcos muertos en la batalla; pero si junto con ellos estaban los que habían huido al bosque, nadie lo supo jamás, pues ningún hombre volvió a poner los pies en aquella colina. La Quebrada de la Muerte, la llamaron, y jamás creció en ella una brizna de hierba. Pero los árboles extraños ya no volvieron a aparecer en el Valle del Bajo; habían partido al amparo de la noche hacia los lejanos y oscuros valles de Fangorn. Así se habían vengado de los orcos.

El rey y su escolta no durmieron más aquella noche; pero no vieron ni oyeron otras cosas extrañas, excepto una: la voz del río, que despertó de improviso. Hubo un murmullo como de agua que corriera sobre las piedras y casi en seguida el Isen fluyó y burbujeó otra vez como lo hiciera siempre.

Al alba se dispusieron a reanudar la marcha. El amanecer era pálido y gris, y no vieron salir el sol. Arriba se cernía una niebla espesa y un olor acre flotaba sobre el suelo. Avanzaban lentamente, cabalgando ahora por *la* carretera. Era ancha y firme, y estaba bien cuidada. Vagamente, a través de la niebla, alcanzaban a ver el largo brazo de las montañas que se elevaban a la izquierda.

Habían penetrado en Nan Curunir, en el Valle del Mago. Era un valle bien reparado, abierto sólo hacia el sur. En otros tiempos había sido hermoso y feraz, y por él corría el Isen, ya profundo e impetuoso antes de encontrar las llanuras; pues era alimentado por los manantiales y arroyos de las colinas, y todo alrededor se extendía una tierra fértil y apacible.

No era así ahora. Bajo los muros de Isengard había campos cultivados por los esclavos de Saruman; pero la mayor parte del valle había sido convertida en un páramo de malezas y espinos. Los zarzales se arrastraban por el suelo, o trepaban por los matorrales y las barrancas, formando una maraña de madrigueras donde vivían pequeñas bestias salvajes. Allí no crecían árboles; pero entre las hierbas aún podían verse las cepas quemadas y hachadas de antiguos bosquecillos. Era un paisaje triste, que sólo tenía una voz: el rumor pedregoso de los rápidos. Humos y vapores flotaban en los terrenos bajos del valle. Los jinetes no hablaban. Muchos se sentían intranquilos y se preguntaban a qué triste fin los llevaría ese viaje.

Luego de algunas millas de cabalgata la carretera se convirtió en una calle ancha, pavimentada con grandes piedras planas, bien escuadradas y dispuestas con habilidad; ni una brizna de hierba crecía en las juntas. A ambos lados de la calle había unas zanjas profundas y por ellas corría el agua. De pronto, una elevada columna se alzó ante ellos. Era negra y tenía encima una gran piedra tallada y pintada: como una larga Mano Blanca. Los dedos apuntaban al norte. Las puertas de Isengard ya no podían estar lejanas, pensaron, y sintieron otra vez una congoja en el corazón; pero no podían ver qué había más allá de la niebla.

Bajo el brazo de las montañas y en el interior del Valle del Mago se alzaba desde tiempos inmemoriales esa antigua morada que los hombres llamaban Isengard: estaba formada en parte por las montañas mismas, pero en otras épocas los Hombres de Oesternesse habían llevado a cabo grandes trabajos en ese sitio, y Saruman, que vivía allí desde hacía mucho tiempo, no había estado ocioso.

Así era esta morada en la época del apogeo de Saruman, cuando muchos lo consideraban el Mago de los Magos. Un alto muro circular de Piedra, como una cadena de acantilados, se alejaba del flanco de la montaña y volvía describiendo una curva. Tenía una única entrada: un gran arco excavado en la parte meridional. Allí, a través de la roca negra, corría un túnel, cerrado en cada extremo por poderosas puertas de hierro. Estas puertas habían sido construidas con tanto ingenio y giraban en tan perfecto equilibrio sobre los grandes goznes (estacas de acero enclavadas en la roca viva) que cuando les quitaban las trancas un ligero empujón bastaba para que se abriesen sin ruido. Quien recorriese de uno a otro extremo aquella galería oscura y resonante, saldría a una llanura circular y ligeramente cóncava, como un enorme tazón: una milla medía de borde a borde. En otros tiempos había sido verde y con avenidas y bosques de árboles frutales, bañados por los arroyos que bajaban de las montañas al lago. Pero ningún verdor crecía allí en los últimos tiempos de Saruman. Las avenidas estaban pavimentadas con losas oscuras de piedra y a los lados no había árboles sino hileras de columnas, algunas de mármol, otras de cobre y hierro, unidas por pesadas cadenas.

Había muchas casas, recintos, salones y pasadizos, excavados en la cara interna del muro, con innumerables ventanas y puertas sombrías que daban a la vasta rotunda. Allí debían de habitar miles de miles de personas, obreros, sirvientes, esclavos y guerreros con grandes reservas de armas; abajo, en cubiles profundos, alojaban y alimentaban a los lobos.

También la extensa llanura circular había sido perforada y excavada. Los pozos eran profundos y las bocas estaban cubiertas con pequeños montículos y bóvedas de piedra, de manera que a la luz de la luna el Anillo de Isengard parecía un cementerio de muertos inquietos. Pues la tierra temblaba. Los fosos descendían por muchas pendientes y escaleras en espiral a cavernas recónditas; en ellas Saruman ocultaba tesoros, almacenes, arsenales, fraguas y grandes hornos. Allí giraban sin cesar las ruedas de hierro y los martillos golpeaban sordamente. Por la noche, penachos de vapor escapaban por los orificios, iluminados desde abajo con una luz roja, o azul, o verde venenoso.

Todos los caminos conducían al centro de la llanura, entre hileras de cadenas. Allí se levantaba una torre de una forma maravillosa. Había sido creada por los constructores de antaño, los mismos que pulieron el Anillo de Isengard, y sin embargo no parecía obra de los hombres, sino nacida de la osamenta misma de la tierra, tiempo atrás, durante el tormento de las montañas. Un pico y una isla de roca, negra y rutilante: cuatro poderosos pilares de

pedra facetada se fundían en uno, que apuntaba al cielo, pero cerca de la cima se abrían y se separaban como cuernos, de pináculos agudos como puntas de lanza, afilados como puñales. Entre esos pilares, en una estrecha plataforma de suelo pulido cubierto de inscripciones extrañas, un hombre podía estar a quinientos pies por encima del llano. Aquella torre era Orthanc, la ciudadela de Saruman, cuyo nombre (por elección o por azar) tenía un doble significado; en lengua élfica Orthanc significaba Monte del Colmillo, pero en la antigua lengua de la Marca quería decir Espíritu Astuto.

Inexpugnable y maravillosa era Isengard, y en otros tiempos también había sido hermosa; y en ella habían morado grandes señores, los guardianes de Gondor en el oeste y los sabios que observaban las estrellas. Pero Saruman la había transformado poco a poco para adaptarla a sus cambiantes designios y la había mejorado, creía él, aunque se engañaba; pues todos aquellos artificios y astucias sutiles, por los que había renegado de su antiguo saber y que se complacía en imaginar como propios, provenían de Mordor; lo que él había hecho era una nada, apenas una pobre copia, un remedo infantil, o una lisonja de esclavo de aquella fortaleza-arsenal-prisión-horno llamada Barad-dûr, la imbatible Torre Oscura que se burlaba de las lisonjas mientras esperaba a que el tiempo se cumpliera, sostenida por el orgullo y una fuerza inconmensurable.

Así era la fortaleza de Saruman, según la fama; porque en la memoria de los hombres de Rohan nadie había franqueado jamás aquellas puertas, excepto quizás unos pocos, como Lengua de Serpiente, y éstos habían entrado en secreto y a nadie contaron lo que allí habían visto.

Gandalf cabalgó resueltamente hacia la columna de la Mano y en el momento en que la dejaba atrás los jinetes vieron con asombro que la Mano ya no era blanca. Ahora tenía manchas como de sangre coagulada y al observarla más de cerca notaron que las uñas eran rojas. Gandalf, imperturbable, continuó galopando en la niebla, seguido de mala gana por los caballeros. Ahora, como si se hubiese producido una súbita inundación, había grandes charcos a ambos lados del camino, el agua desbordaba de las acequias y corría en riachos entre las piedras.

Por fin Gandalf se detuvo y con un ademán los invitó a acercarse: y vieron entonces que la niebla se disipaba delante del mago y que brillaba un sol pálido. Era pasado el mediodía y habían llegado a las puertas de Isengard.

Pero las puertas habían sido arrancadas de los goznes y yacían retorcidas a los pies de la gran arcada. Y había piedras por doquier, piedras resquebrajadas y desmenuzadas en incontables esquirlas, dispersas por los alrededores o apiladas en montículos de escombros. La bóveda de la entrada seguía aún en pie, pero desembocaba en un abismo desguarnecido: el techo de la galería se había derrumbado y en los muros semejantes a acantilados se abrían grandes brechas y fisuras; y las torres habían sido reducidas a polvo. Si el Gran Mar hubiese montado en cólera y en una tormenta se hubiese abatido sobre las colinas, no habría podido provocar una ruina semejante.

Más allá, el Anillo de Isengard rebosaba de agua y humo; un caldero hirviente, en el que se mecían y flotaban restos de vigas y berlingas, arcones y barriles y aparejos despedazados. Las columnas asomaban resquebrajadas y torcidas por encima del agua, y los caminos estaban anegados. Lejana al parecer, velada por un torbellino de nube, se alzaba la isla rocosa. Imponente y oscura como siempre -la tempestad no la había tocado - se erguía la torre de Orthanc; unas aguas lívidas le lamían los pies.

A caballo, inmóviles y silenciosos, el rey y su escolta observaban maravillados, comprendiendo que el poder de Saruman había sido destruido; pero no podían imaginarse

cómo. Volvieron la mirada a la bóveda de la entrada y las puertas derruidas. Y allí, muy cerca, vieron un gran montón de escombros; y de pronto repararon en dos pequeñas figuras plácidamente sentadas sobre los escombros, vestidas de gris, casi invisibles entre las piedras. Estaban rodeadas de botellas y tazones y escudillas, como si acabaran de disfrutar de una buena comida, y ahora descansaran. Uno parecía dormir; el otro, con las piernas cruzadas y los brazos en la nuca, se apoyaba contra una roca y echaba por la boca volutas y anillos de un tenue humo azul.

Por un momento Théoden y Eomer y sus hombres los miraron, paralizados por el asombro. En medio de toda la ruina de Isengard, ésta parecía ser para ellos la visión más extraña. Pero antes de que el rey pudiera hablar, el pequeño personaje que echaba humo por la boca reparó en ellos, que aún seguían inmóviles y silenciosos a la orilla de la barrera de niebla. Se puso de pie *de* un salto. Parecía ser un hombre joven, o por lo menos eso aparentaba, aunque de la talla de un hombre tenía poco más de la mitad; la cabeza de ensortijado cabello castaño, la llevaba al descubierto, pero se envolvía el cuerpo en una capa raída y manchada por la intemperie aunque del color de las capas de los compañeros de Gandalf cuando partieran de Edoras. Se inclinó en una muy profunda reverencia, con la mano al pecho. Luego, como si no hubiese visto al mago y sus amigos, se volvió a Eomer y al rey.

-¡Bien venidos a Isengard, señores! -dijo-. Somos los guardianes de la puerta. Meriadoc hijo de Saradoc es mi nombre; y mi compañero desgraciadamente vencido por el cansancio -y al decir esto le asestó al otro un puntapié - es Peregrin hijo de Paladin, de la casa de Tuk. Lejos de aquí, en el norte, queda nuestro hogar. El Señor Saruman está en el castillo; pero en este momento ha de estar encerrado con un tal Lengua de Serpiente, pues de otro modo habría salido sin duda a dar la bienvenida a huéspedes tan honorables.

-¡Sin duda! -rió Gandalf -. ¿Y fue Saruman quien te ordenó que custodiaras las puertas destruidas y que atendieras a los visitantes, entre plato y plato?

-No, mi buen señor, eso se le olvidó -respondió Merry con aire solemne-. Ha estado muy ocupado. Nuestras órdenes las hemos recibido de Bárbol quien se ha hecho cargo del gobierno de Isengard. Fue él quien me ordenó que diera la bienvenida al Señor de Rohan con las palabras apropiadas. He hecho cuanto he podido.

-¿Y ni una palabra para nosotros, tus compañeros? ¿Para Legolas y para mí? -gritó Gimli, incapaz de contenerse por más tiempo-. ¡Bribones, amigos desleales, cabezas lanudas y patas lanosas! ¡A buena cacería nos mandasteis! ¡Doscientas leguas a través de pantanos y bosques, batallas y muertes, detrás de vosotros! Y os encontramos aquí, banqueteano y descansando... ¡y hasta fumando! ¡Fumando! ¿Dónde habéis conseguido la hierba, villanos? ¡Por el martillo y las tenazas! ¡Estoy tan dividido entre la rabia y la alegría que si no reviento será un verdadero milagro!

-Tú hablas por mí, Gimli -rió Legolas-. Aunque yo preferiría saber dónde consiguieron el vino.

-Una cosa no habéis aprendido en vuestra cacería y *es a ser más* despiertos -dijo Pippin, abriendo un ojo-. Nos encontráis aquí, sentados y victoriosos en un campo de batalla, en medio del botín de los ejércitos, ¿y os preguntáis cómo nos hemos procurado una bien merecida recompensa?

-¿Bien merecida? -replicó Gimli-. ¡Eso sí que no lo puedo *creer!*

Los jinetes se rieron.

-No cabe duda que asistimos al reencuentro de amigos entrañables -dijo Théoden-. ¿Así que éstos son los miembros perdidos de tu Compañía, Gandalf? Los días parecen destinados a mostrar nuevas maravillas. Muchas he visto ya desde que partí de mi palacio; y ahora aquí, ante mis propios ojos, aparece otro personaje de leyenda. ¿No son éstos los medianos, los que algunos llaman Holbytlanos?

-Hobbits, *si sois* tan amable, señor -dijo Pippin.

-¿Hobbits? -dijo Théoden-. Ha habido cambios extraños en nuestra lengua; pero el nombre no parece inapropiado. ¡Hobbits! Nada de cuanto había oído decir hace justicia a la realidad.

Merry saludó con una reverencia; y Pippin se puso de pie y saludó también haciendo una reverencia.

-Sois generoso, señor; o espero que yo pueda interpretar así vuestras palabras -dijo-. Y he aquí otra maravilla. Muchas tierras he recorrido desde que salí de mi hogar y nunca hasta ahora había encontrado gente que conociera alguna historia acerca de los hobbits.

-Mi pueblo bajó del *norte* hace mucho tiempo -dijo Théoden-. Pero no quiero engañaros: no conocemos ninguna historia sobre los hobbits. Todo cuanto se dice entre nosotros es que muy lejos, más allá de muchas colinas y muchos *ríos*, habitan los Medianos, un pueblo que vive en cuevas en las dunas de arena. Pero no hay leyendas acerca de sus hazañas, porque según se dice no han hecho muchas cosas, y evitan encontrarse con los hombres, teniendo la facultad de desaparecer en un abrir y cerrar de ojos; y pueden modificar la voz imitando el trino de los pájaros. Pero al parecer habría más cosas que decir.

-En efecto, señor -dijo Merry.

-Para empezar -dijo Théoden- no sabía que echabais humo por la boca.

-Eso no me sorprende -respondió Merry; pues es un arte que practicamos desde hace poco. Fue Tobold Corneta, de Vallengard, en la Cuaderna del Sur, el primero que cultivó en su jardín un verdadero tabaco de pipa hacia el año 1070 de nuestra cronología. Cómo el viejo Toby consiguió la planta...

-Cuidado, Théoden -interrumpió Gandalf-. Estos hobbits son capaces de sentarse al borde de un precipicio a discurrir sobre los placeres de la mesa, o las anécdotas más insignificantes de padres, abuelos y bisabuelos, y primos lejanos hasta el noveno grado, si los alentáis con vuestra injustificada paciencia. Ya habrá un momento más propicio para la historia del arte de fumar. ¿Dónde está Bárbol, Merry?

-Por el norte, creo. Se fue a beber un sorbo... de agua clara. La mayoría de los ents están con él, siempre dedicados a sus tareas... allá.

Merry movió la mano señalando el lago humeante; y mientras miraban, oyeron a lo lejos un ruido atronador, como si un alud estuviera cayendo por la ladera de la montaña. Y a lo lejos un *humhuum*, el sonido triunfante de los cuernos.

-¿Han dejado a Orthanc sin vigilancia? -preguntó Gandalf.

-Hay agua en todas partes -dijo Merry-. Pero Ramaviva y otros la están vigilando. No todos esos pilares y columnas que hay en la llanura han sido puestos por Saruman. Ramaviva, creo, está cerca del peñasco, al pie de la escalera.

-Sí, allá veo un ent gris muy alto -dijo Legolas-, pero tiene las manos pegadas al cuerpo y está tan quieto como un pedazo de madera.

-Ha pasado el mediodía -dijo Gandalf - y no hemos comido nada desde esta mañana temprano. Sin embargo, yo quisiera ver a Bárbol lo antes posible. ¿No dejé para mí ningún mensaje, o lo habéis olvidado comiendo y bebiendo?

-Dejó un mensaje -dijo Merry- e iba a transmitirlo, pero muchas otras preguntas me lo han impedido. Iba a decirte que si el Señor de la Marca y Gandalf fueran al muro del norte, encontrarían allí a Bárbol, quien los recibirá de buen grado. Puedo agregar que también encontrarán allí comida de la mejor; fue descubierta y elegida para vosotros por estos humildes servidores. -Hizo una reverencia.

Gandalf se echó a reír.

-¡Eso está mejor! -dijo-. Y bien Théoden, ¿iréis conmigo al encuentro de Bárbol? Tendremos que dar algunas vueltas, pero no queda lejos. Cuando conozcáis a Bárbol aprenderéis muchas cosas. Porque Bárbol es Fangorn y el decano y el jefe de los ents, y cuando habléis con él oiréis la palabra del más viejo de todos los seres vivientes.

-Iré contigo -dijo Théoden-. ¡Adiós, mis hobbits! ¡Ojalá volvamos a vernos en mi castillo! Allí podréis sentaros a mi lado y contarme todo cuanto queráis: las hazañas de vuestros antepasados, hasta las más lejanas, y hablaremos también de Tobold el Viejo y de su conocimiento de las hierbas. ¡Hasta la vista!

Los hobbits se inclinaron profundamente.

-¡Así que éste es el Rey de Rohan! -dijo Pippin en voz baja-. Un viejo simpático. Muy amable.

RESTOS Y DESPOJOS

Gandalf y la escolta del rey se alejaron cabalgando, doblando hacia el este para rodear los destruidos muros de Isengard. Pero Aragorn, Gimli y Legolas se quedaron en las puertas. Soltando a Arod y Hasufel para que tascaran alrededor, fueron a sentarse junto a los hobbits.

-¡Bueno, bueno! La cacería ha terminado y por fin volvemos a reunirnos, donde ninguno de nosotros jamás pensó en venir -dijo Aragorn.

-Y ahora que los grandes se han marchado a discutir asuntos importantes -dijo Legolas-, quizá los cazadores puedan resolver algunos pequeños enigmas personales. Seguimos vuestros rastros hasta el bosque, pero hay muchas otras cosas de las que querría conocer la verdad.

-Y también de ti ha y muchas cosas que nosotros quisiéramos saber -dijo Merry-. Nos enteramos de algunas por Bárbol, el Viejo Ent, pero de ningún modo nos parecen suficientes.

-Todo a su tiempo -dijo Legolas-. Nosotros fuimos los cazadores y a vosotros os corresponde narrar lo que os ha ocurrido en primer lugar.

-O en segundo -dijo Gimli-. Será mejor después de comer. Me duele la cabeza; y ya es pasado el mediodía. Vosotros, truhanes, podríais reparar vuestra descortesía trayéndonos una parte de ese botín de que hablasteis. Un poco de comida y bebida compensaría de algún modo mi disgusto con vosotros.

-Esa recompensa la tendrás -dijo Pippin-. ¿La quieres aquí mismo, o prefieres comer más cómodamente entre los escombros de las garitas de guardia de Saruman, allá, bajo la arcada? Tuvimos que comer aquí, al aire libre, para tener un ojo puesto en el camino.

-¡Menos de un ojo! -dijo Gimli-. Pero me niego a entrar en la casa, le ningún orco; ni quiero tocar carnes que hayan pertenecido a los orcos ni ninguna otra cosa que ellos hayan preparado.

-Jamás te pediríamos semejante cosa -dijo Merry-. Nosotros mismos estamos hartos de orcos para toda la vida. Pero había muchas otras gentes en Isengard. Saruman, a pesar de todo, tuvo la prudencia de no fiarse de los orcos. Eran hombres los que custodiaban las puertas: algunos de sus servidores más fieles, supongo. Como quiera que sea, ellos fueron los favorecidos y obtuvieron buenas provisiones.

-¿Y tabaco de pipa? -preguntó Gimli.

-No, no creo -dijo Merry riendo-. Pero ese es otro asunto, que puede esperar hasta después de la comida.

-¡Bueno, a comer entonces! -dijo el enano.

Los hobbits encabezaron la marcha, pasaron bajo la arcada y llegaron a una puerta ancha que se abría a la izquierda, en lo alto de una escalera. La puerta daba a una sala espaciosa, con otras puertas más pequeñas en el fondo y un hogar y una chimenea en un costado. La cámara había sido tallada en la roca viva; y en otros tiempos debió de ser oscura, pues todas las ventanas miraban al túnel. Pero la luz entraba ahora por el techo roto. En el hogar ardía un fuego de leña.

-He encendido un pequeño fuego -dijo Pippin-. Nos reanimaba en las horas de niebla. Había poca leña por aquí y casi toda la que encontrábamos estaba mojada. Pero la chimenea tira muy bien: parece que sube en espiral a través de la roca y por fortuna no está obstruida. Un fuego es siempre agradable. Tostaré el pan, pues ya tiene tres o cuatro días, me temo.

Aragorn y sus compañeros se sentaron a uno de los extremos de la larga mesa y los hobbits desaparecieron por una de las puertas interiores.

-La despensa está allá adentro y muy por encima del nivel de la inundación, felizmente -dijo Pippin, cuando volvieron cargados de platos, tazas, fuentones, cuchillos y alimentos variados.

-Y no tendrás motivos para torcer la cara, maese Gimli -dijo Merry -. Esta no es comida de orcos, son alimentos humanos, como los llama Bárbol. ¿Queréis vino o cerveza? Hay un barril allí dentro... bastante bueno. Y esto es cerdo salado de primera calidad. También puedo cortaros algunas lonjas de tocino y asarlas, si preferís. Nada verde, lo lamento, ¡las entregas se interrumpieron hace varios días! No puedo servir os un segundo plato excepto mantequilla y miel para el pan. ¿Estáis conformes?

-Sí, por cierto -dijo Gimli-. La deuda se ha reducido considerablemente.

Muy pronto los tres estuvieron dedicados a comer; y los dos hobbits se sentaron a comer por segunda vez, sin ninguna vergüenza.

-Tenemos que acompañar a nuestros invitados -dijeron.

-Sois todo cortesías esta mañana -rió Legolas-. Pero si no hubiésemos llegado, quizás estuviésteis otra vez comiendo, para acompañaros a vosotros mismos.

-Quizás, ¿y por qué no? -dijo Pippin-. Con los oreos, la comida era repugnante, y antes de eso más que insuficiente durante muchos días. Hacía tiempo que no comíamos a gusto.

-No parece haberos hecho mucha mella -dijo Aragorn-. A decir verdad, se os ve rebosantes de salud.

-Sí, por cierto -dijo Gimli, mirándolos de arriba abajo por encima del borde del tazón-. Cómo, tenéis el pelo mucho más rizado y espeso que cuando nos separamos; y hasta juraría que habéis crecido, si tal cosa fuera todavía posible en hobbits de vuestra edad. Ese Bárbol, en todo caso, no os ha matado de hambre.

-No -dijo Merry-. Pero los ents sólo beben y la bebida sola no satisface. Los brebajes de Bárbol son nutritivos, pero uno siente la necesidad de algo sólido. Y de cuando en cuando, para variar, no viene mal un bocadito de *lembas*.

-¿Así que habéis bebido de las aguas de los ents? -dijo Legolas-. Ah, entonces es posible que a Gimli no le engañen los ojos. Hay canciones extrañas que hablan de los brebajes de Fangorn.

-Muchas historias extrañas se cuentan de esta tierra -dijo Aragorn-. Yo nunca había venido aquí. ¡Vamos, contadnos más cosas de ella y de los ents!

-Ents -dijo Pippin-. Los ents son... bueno, los ents son muy diferentes unos de otros, para empezar. Pero los ojos, los ojos son muy raros. -Balbució unas palabras inseguras que se perdieron en el silencio.- Oh, bueno -prosiguió-, ya habéis visto a algunos a la distancia... ellos os vieron a vosotros, en todo caso, y nos anunciaron que veníais... y veréis muchos más, supongo, antes de marchamos. Mejor que juzguéis por vosotros mismos.

-¡Vamos, vamos! -dijo Gimli-. Estamos empezando el cuento por la mitad. Yo quisiera escucharlo en el debido orden, empezando por el extraño día en que la Compañía se disolvió.

-Lo tendrás, si el tiempo alcanza -dijo Merry -. Pero primero, si es que habéis terminado de comer, encenderemos las pipas y fumaremos. Y entonces, durante un rato, podremos imaginar que estamos de vuelta en Bree, todos sanos y salvos, o en Rivendel.

Sacó un saquito de cuero lleno de tabaco.

-Tenemos tabaco de sobra -dijo-. Y podréis llevaros lo que queráis, cuando nos marchemos. Hicimos un pequeño trabajo de salvamento esta mañana, Pippin y yo. Hay montones de cosas flotando por ahí y por allá. Fue Pippin quien encontró los dos barriles, arrastrados por la corriente desde alguna bodega o almacén, supongo. Cuando los abrimos, estaban repletos de esto: el mejor tabaco de pipa que se pueda desear y perfectamente conservado.

Gimli tomó una pizca, se la frotó en la palma y la olió.

-Huele bien; parece bueno -dijo.

-¡Bueno! - dijo Merry -. Mi querido Gimli, ¡es de Valle Largo! En los barriles estaba la marca de fábrica de Tobold Corneta, clara como el agua. Cómo llegó hasta aquí no puedo imaginármelo. Para uso personal de Saruman, sospecho. Nunca pensé que pudiera llegar tan lejos de la Comarca. Pero ahora nos viene de perlas.

-Eso sería si yo tuviese una pipa para fumarlo. Desgraciadamente, perdí la mía en Moria, o antes. ¿No habrá una pipa en vuestro botín?

-No, temo que no -dijo Merry-. No hemos encontrado ninguna, ni siquiera aquí en las casas de los guardias. Parece que Saruman se reservaba este placer. ¡Y no creo que sirva de mucho llamar a las puertas de Orthanc para pedirle una pipa! Tendremos que compartir nuestras pipas, como buenos amigos en momentos de necesidad.

-¡Medio momento! -dijo Pippin. Metiendo la mano en el frente de la chaqueta, *sacó una escarcela* pequeña y blanda que pendía de un cordel-. Guardo un par de tesoros aquí, contra el pecho, tan preciosos para mí como los Anillos. Aquí tenéis uno: mi vieja pipa de madera. Y aquí hay otro: una sin usar. La he llevado conmigo en largas jornadas, sin saber por qué. En realidad, jamás pensé que encontraría tabaco para pipa durante el viaje, cuando se me acabó el que traía. Pero ahora tiene una utilidad, después de todo. -Mostró una pipa pequeña de cazoleta achatada y se la tendió a Gimli.- ¿Salda esto la deuda que tengo contigo? -dijo.

-¡Sí la salda! -exclamó Gimli-. Nobilísimo hobbit, me deja a mí gravemente endeudado.

-¡Bueno, vuelvo al aire libre, a ver qué hacen el viento y el cielo! -dijo Legolas.

-Iremos contigo -dijo Aragorn.

Salieron y se sentaron sobre las piedras amontonadas frente al pórtico. Ahora podían ver a lo lejos en el interior del valle; las nieblas se levantaban y se alejaban llevadas por la brisa.

-¡Descansemos aquí un rato! -dijo Aragorn-. Nos sentaremos al borde del precipicio a deliberar, como dice Gandalf, mientras él está ocupado en otra parte. Nunca me había sentido tan cansado. -Se arrebujó en la capa gris, escondiendo la cota de malla, y estiró las largas piernas. Luego se tendió boca arriba y dejó escapar entre los labios una hebra de humo.

-¡Mirad! -dijo Pippin-. ¡Trancos el Montaraz ha regresado! -Nunca se ha ido -dijo Aragorn-. Yo soy Trancos y también Dúnadan, y pertenezco tanto a Gondor como al Norte.

Fumaron en silencio un rato, a la luz del sol; los rayos oblicuos caían en el valle desde las nubes blancas del oeste. Legolas yacía inmóvil, contemplando el sol y el cielo con una mirada tranquila, y canturreando para sus adentros. De pronto se incorporó.

-¡A ver! -dijo-. El tiempo pasa y las nieblas se disipan, o se disiparían si vosotros, gente extraña, no os envolvierais en humareda, ¿Para cuándo la historia?

-Bueno, mi historia comienza cuando despierto en la oscuridad atado de pies a cabeza en un campamento de orcos -dijo Pippin-. Veamos ¿qué día es hoy?

-Cinco de marzo según el calendario de la Comarca -dijo Aragorn-. Pippin hizo algunos cálculos con los dedos.- ¡Sólo nueve días! -exclamó-.¹ Se diría que hace un año que nos capturaron. Bueno, aunque la mitad haya sido como una pesadilla, creo que los tres días siguientes fueron los más atroces. Merry me corregirá si me olvido de algún hecho importante; no entraré en detalles: los látigos y la suciedad y el hedor y todo eso, no soporto recordarlo.

Ya continuación se puso a contar la última batalla de Boromir y la marcha de los orcos de Eryn Mui al bosque. Los otros asentían cuando los diferentes puntos coincidían con lo que ellos habían supuesto.

-Aquí os traigo algunos de los tesoros que sembrasteis por el camino -dijo Aragorn-. Os alegrará recobrarlos. -Se desprendió el cinturón bajo la capa y sacó los dos puñales envainados.

-¡Bravo! -exclamó Merry-. ¡Jamás pensé que los volvería a ver! Marqué con el mío a unos cuantos orcos; pero Uglúk nos los quitó. ¡Qué furioso estaba! Al principio creí que me iba a apuñalar, pero arrojó los puñales a lo lejos como si le quemasen.

-Y aquí tienes también tu broche, Pippin -dijo Aragorn-. Te lo he cuidado bien, pues es un objeto muy precioso.

-Lo sé -dijo Pippin-. Me dolía tener que abandonarlo; pero ¿qué otra cosa podía hacer?

-Nada -respondió Aragorn-. Quien no es capaz de desprenderse de un tesoro en un momento de necesidad es como un esclavo encadenado. Hiciste bien.

-¡La forma en que te cortaste las ataduras de las muñecas, ése fue un buen trabajo! -dijo Gimli -. La suerte te ayudó en aquella circunstancia, pero tú te aferraste a la ocasión con ambas manos, por así decir.

-Y nos planteó un enigma difícil de resolver -dijo Legolas-. ¡Llegué a pensar que te habían crecido alas!

-Desgraciadamente no -dijo Pippin-. Pero vosotros no sabéis nada acerca de Grishnákh. -Se estremeció y no dijo una palabra más, dejando que Merry describiera aquellos últimos y horribles momentos: el manoseo, el aliento quemante y la fuerza atroz de los velludos brazos de Grishnákh.

-Todo esto que contáis acerca de los orcos de Mordor, o Lugbúrz como ellos lo llaman, me inquieta -dijo Aragorn-. El Señor Oscuro sabía ya demasiado y también sus sirvientes; y es evidente que Grishnákh envió un mensaje a través del río después del combate. El Ojo Rojo mirará ahora hacia Isengard. Pero en este momento Saruman se encuentra en un atolladero que él mismo se ha fabricado.

-Sí, y quienquiera que triunfe, las perspectivas no son brillantes para él -dijo Merry-. La suerte empezó a serle adversa cuando los orcos entraron en Rohan.

-Nosotros alcanzamos a verlo fugazmente, al viejo malvado, o por lo menos eso insinúa Gandalf -dijo Gimli-. A la orilla del bosque.

¹ En el calendario de la Comarca todos los meses tienen treinta días.

-¿Cuándo ocurrió? -preguntó Pippin.

-Hace cinco noches.

-Déjame pensar -dijo Merry- hace cinco noches... ahora llegamos a una parte de la historia de la que nada sabéis. Encontramos a Bárbol esa mañana después de la batalla; y esa noche la pasamos en la Casa del Manantial, una de las moradas de los ents. A la mañana siguiente fuimos a la Cámara de los Ents, una asamblea éntica, y la cosa más extraña que he visto en mi vida. Duró todo ese día y el siguiente, y pasamos las noches en compañía de un ent llamado Ramaviva. Y de pronto, al final de la tarde del tercer día de asamblea, los ents despertaron. Fue algo asombroso. Había una tensión en la atmósfera del bosque como si *se* estuviera preparando una tormenta: y de repente estalló. Me gustaría que hubierais oído lo que cantaban al marchar.

-Si Saruman lo hubiera oído, ahora estaría a un centenar de millas de aquí, aun cuando hubiese tenido que valerse de sus propias piernas -dijo Pippin.

*Aunque Isengard sea fuerte y dura, fría como la piedra y desnuda como el hueso,
¡marcharemos, marcharemos, marcharemos a la guerra, a demoler la piedra y derribar
las puertas!*

»Había mucho más. Una buena parte del canto era sin palabras y parecía una música de cuernos y tambores; muy excitante. Pero yo pensé que era sólo una música de marcha, una simple canción... hasta que llegué aquí. Ahora he cambiado de parecer.

»Pasamos la última cresta de las montañas y descendimos al Nan Curunir luego de la caída de la noche -prosiguió Merry-. Fue entonces cuando tuve por primera vez la impresión de que el bosque avanzaba detrás de nosotros. Creía estar soñando un sueño éntico, pero *Pippin* lo había *notado también*. *Los dos estábamos muy asustados*; pero entonces no descubrimos nada más.

»Eran los Ucornos, como los llamaban los ents en la "lengua abreviada". Bárbol no quiso hablar mucho acerca de ellos, pero yo creo que son ents que casi se han convertido en árboles, por lo menos en el aspecto. Se los ve aquí y allá en el bosque o en los lindes, silenciosos, vigilando sin cesar a los árboles; pero en las profundidades de los valles más oscuros hay centenares y centenares de ucornos, me parece.

»Hay mucho poder en ellos y parecen capaces de envolverse en las sombras: verlos moverse no es fácil. Pero se mueven. Y pueden hacerlo muy rápidamente, cuando se enojan. Estás ahí inmóvil, observando el tiempo, por ejemplo, o escuchando el susurro del viento, y de pronto adviertes que te encuentras un bosque poblado de grandes árboles que andan a tientas de un lado a otro. Todavía tienen voz y pueden hablar con los ents, y es por eso que se los llama ucornos, según Bárbol; pero se han vuelto huraños y salvajes. Peligrosos. A mí me asustaría encontrármelos, sin otros ents verdaderos que los vigilaran.

»Bien, en las primeras horas de la noche nos deslizamos por una larga garganta hasta la parte más alta del Valle del Mago, junto con los ents y seguidos por todos los ucornos susurrantes. Naturalmente, no los veíamos, pero el aire estaba poblado de crujidos. La noche era nublada y muy oscura. Tan pronto como dejaron atrás las colinas, echaron a andar muy rápidamente, un ruido como de ráfagas huracanadas. La Luna no apareció entre las nubes y poco después, de medianoche un bosque de árboles altos rodeaba toda la parte norte de Isengard. No vimos rastros de enemigos ni de la presencia de centinelas. Una luz brillaba en una ventana alta de la torre y nada más.

»Bárbol y algunos otros ents siguieron avanzando sigilosamente hasta tener a la vista las grandes puertas. Pippin y yo estábamos con él. Ibamos sentados sobre los hombros de Bárbol y yo podía sentir la temblorosa tensión que lo dominaba. Pero aun estando excitados, los ents pueden ser muy cautos y pacientes. Inmóviles como estatuas de piedra, respiraban y escuchaban.

»Entonces, de repente, hubo una tremenda agitación. Resonaron las trompetas y los ecos retumbaron en los muros de Isengard. Creímos que nos habían descubierto y que la batalla iba a comenzar. Pero nada de eso. Toda la gente de Saruman se marchaba. No sé mucho acerca de esta guerra, ni de los jinetes de Rohan, pero Saruman parecía decidido a exterminar de un solo golpe al rey y a todos sus hombres. Evacuó Isengard. Yo vi partir al enemigo: filas interminables de orcos en marcha; y tropas de orcos montados sobre grandes lobos. Y también batallones de hombres. Muchos llevaban antorchas y pude verles las caras a la luz. Casi todos eran hombres comunes, más bien altos y de cabellos oscuros, y de rostros hoscos, aunque no particularmente malignos. Pero otros eran horribles: de talla humana y con caras de tragos, pálidos, de mirada torva y engañosa. Sabéis, me recordó al instante a aquel sureño de Bree: sólo que el sureño no parecía tan orco como la mayoría de estos hombres.

-Yo también pensé en él -dijo Aragorn-. En el Abismo de Helm tuvimos que batirnos con muchos de estos semi-orcos. Parece indudable ahora que aquel sureño era un espía de Saruman; pero si trabajaba alas órdenes de los Jinetes Negros, o sólo de Saruman, lo ignoro. Es difícil saber, con esta gente malvada, cuándo están aliados y cuándo se engañan unos a otros.

-Bueno, entre los de una y otra especie, debían de ser por lo menos diez mil -dijo Merry-. Tardaron una hora en franquear las puertas. Algunos bajaron por la carretera hacia los Vados y otros se desviaron hacia el este. Allí, alrededor de una milla, donde el lecho del río corre por un canal muy profundo, habían construido un puente. Podrías verlo ahora, si os ponéis de pie. Todos iban cantando con voces ásperas y reían, y la batahola era horripilante. Pensé que las cosas se presentaban muy negras para Rohan. Pero Bárbol no se movió. Dijo: «Tengo que ajustar cuentas con Isengard esta noche, a piedra y roca.»

»Aunque en la oscuridad no podía ver lo que estaba sucediendo, creo que los ucornos empezaron a moverse hacia el sur, ni bien las puertas volvieron a cerrarse. Iban a ajustar cuentas con los orcos, creo. Por la mañana estaban muy lejos, valle abajo; en todo caso había allí una sombra que los ojos no podían penetrar.

»Tan pronto como Saruman hubo despachado a toda la tropa, nos llegó el turno. Bárbol nos puso en el suelo y subió hasta las arcadas y golpeó las puertas llamando a gritos a Saruman. No hubo respuesta, excepto flechas y piedras desde las murallas. Pero las flechas son inútiles contra los ents. Los hieren, por supuesto, y los enfurecen: como picaduras de mosquitos. Pero un ent puede estar todo atravesado de flechas de orcos, como si fuera un alfilerero, sin que esto le cause verdadero daño. Para empezar, no pueden envenenarles; y parecen tener una piel tan dura y resistente como la corteza de los árboles. Hace falta un pesado golpe de hacha para herirlos gravemente. No les gustan las hachas. Pero se necesitarían muchos hacheros para herir a un solo ent. Un hombre que ataca a un ent con un hacha nunca tiene la oportunidad de asestarle un segundo golpe. Un solo puñetazo de un ent dobla el hierro como si fuese una lata.

»Cuando Bárbol tuvo clavadas unas cuantas flechas, empezó a entrar en calor, a sentir "prisa", como diría él. Emitió un prolongado *hum-hom* y unos doce ents acudieron a grandes trancos. Un ent encolerizado es aterrador. Se aferra a las rocas con los dedos de

las manos y los pies y las desmenuza como migajas de pan. Era como presenciar el trabajo de unas grandes raíces de árboles en centenares de años, todo condensado en unos pocos minutos.

»*Empujaron, tironearon, arrancaron*, sacudieron y martillaron; y *clac-bum-cras-crac*, en cinco minutos convirtieron en ruinas aquellas puertas enormes; y algunos comenzaban ya a roer los muros, como conejos en un arenal. No sé qué pensó Saruman entonces; en todo caso no supo qué hacer. Es posible, por supuesto, que sus poderes mágicos hayan menguado en los últimos tiempos; pero de todos modos creo que no tiene muchas agallas, ni mucho coraje cuando se encuentra a solas en un sitio cerrado sin esclavos y máquinas y cosas, si entendéis lo que quiero decir. Muy distinto del viejo Gandalf. Me pregunto si su fama no procede ante todo de la astucia con que supo instalarse en Isengard.

-No -dijo Aragorn-. En otros tiempos la fama de Saruman era justa: una profunda sabiduría, pensamientos sutiles y manos maravillosamente hábiles; y tenía poder sobre las mentes de los otros. Sabía persuadir a los sabios e intimidar a la gente común. Y ese poder lo conserva aún sin duda alguna. No hay muchos en la Tierra Media en quienes yo confiaría, si se los dejara conversar un rato a solas con Saruman, aun luego de esta derrota. Gandalf, Elrond y Galadriel, tal vez, ahora que la maldad de Saruman ha sido puesta al desnudo, pero no muchos otros.

-Los ents están a salvo -dijo Pippin-. Parece que los embaucó una vez, pero nunca más. Y de todos modos no los comprendió; y cometió el gran error de no tenerlos en cuenta. No los había incluido en ningún plan y cuando los ents entraron en acción ya no era tiempo de hacer planes. Tan pronto como iniciamos nuestro ataque, las pocas ratas que aún quedaban en Isengard huyeron precipitadas a través de las brechas que habían abierto los ents. A los hombres, las dos o tres docenas que habían permanecido aquí, los dejaron marcharse, luego de interrogarlos. No creo que hayan escapado muchos orcos, de una u otra especie. No de los uornos: para entonces había ya todo un bosque de ellos alrededor de Isengard, además de los que habían bajado al valle.

»Cuando los ents hubieron reducido a polvo la mayor parte de las murallas que miraban al sur, Saruman, abandonado por sus últimos servidores, trató de escapar, aterrorizado. Parece que cuando llegamos estaba junto a las puertas; supongo que había salido a observar la partida de aquel espléndido ejército. Cuando los ents forzaron la entrada, huyó a toda prisa. En un principio nadie reparó en él. Pero la noche era clara entonces, a la luz de las estrellas, y los ents alcanzaban a ver los alrededores, y de pronto Ramaviva lanzó un grito: "¡El asesino de árboles, el asesino de árboles!" Ramaviva es una criatura muy dulce, pero eso no impide que odie con ferocidad a Saruman: los suyos sufrieron cruelmente bajo las hachas de los orcos. Se precipitó al sendero que parte de la puerta interior, y es veloz como el viento cuando monta en cólera. Una figura pálida se alejaba, presurosa, apareciendo y desapareciendo entre las sombras de las columnas, y había llegado casi a la escalera que conduce a la puerta de la torre. Pero fue cosa de un momento. Ramaviva lo perseguía con una furia tal, que estuvo a un paso de atraparlo y estrangularlo cuando Saruman logró escabullirse por la puerta.

»Una vez de regreso en Orthanc, sano y salvo, Saruman no tardó en poner en funcionamiento una de sus preciosas máquinas. Ya entonces muchos ents habían entrado en Isengard: algunos habían seguido a Ramaviva y otros habían irrumpido desde el norte y el este; iban de un lado a otro causando grandes destrozos. De pronto, empezaron a brotar llamaradas y humaredas nauseabundas: los respiraderos y los pozos vomitaron y eructaron por toda la llanura. Varios de los ents sufrieron quemaduras y se cubrieron de ampollas.

Uno de ellos, Hayala creo que se llamaba, un ent muy alto y apuesto, quedó atrapado bajo una lluvia de fuego líquido y se consumió como una antorcha: un espectáculo horroroso.

»Esto los enfureció. Yo pensaba que habían estado realmente enojados ya antes, pero me había equivocado. Sólo en ese momento conocí al fin la furia de los ents. Era asombroso. Rugían y bramaban y aullaban de tal modo que las piedras se resquebrajaban y caían. Merry y yo, echados en el suelo, nos tapábamos los oídos con las capas. Los ents daban vueltas y vueltas alrededor del peñasco de Orthanc, feroces y violentos como una tempestad, despedazando las columnas, arrojando avalanchas de piedras a los fosos, lanzando al aire enormes bloques de roca como si fuesen hojas. La torre estaba en el centro mismo de un ciclón. Vi los pilares de hierro y los bloques de mampostería volar como cohetes a centenares de pies, para ir a estrellarse contra las ventanas de Orthanc. Pero Bárbol no había perdido la cabeza. Afortunadamente, no tenía quemaduras. No quería que en esa furia se lastimaran los suyos y tampoco quería que Saruman huyese por alguna brecha en medio de la confusión. Muchos de los ents se abalanzaban contra la roca de Orthanc; y Orthanc los rechazaba: es lisa y muy dura. Ha de tener alguna magia, más antigua y más poderosa que la de Saruman. Como quiera que sea, no podían aferrarse a la torre ni quebrarla; y se estaban lastimando e hiriendo contra ella.

»Bárbol entró entonces en el círculo y gritó. La voz enorme se alzó, dominando la batahola. De pronto hubo un silencio de muerte. Y en ese silencio oímos una risa aguda en una ventana alta de la torre. Esto afectó de un modo curioso a los ents. Habían estado en plena ebullición; ahora estaban fríos, hoscos como el hielo y silenciosos. Abandonaron la llanura y fueron todos a reunirse alrededor de Bárbol, muy quietos y callados. Bárbol les habló un momento en la lengua de los ents. Creo que les estaba explicando un plan que había concebido mucho antes. Luego las figuras se desvanecieron lentas y silenciosas a la luz grisácea. Amanecía.

»Dejaron una guardia para que vigilara la torre, creo, pero los vigías estaban tan bien disimulados entre las sombras y permanecían tan inmóviles, que no alcancé a verlos. Los otros partieron hacia el norte. Durante todo el día estuvieron ocupados en algún sitio. La mayor parte del tiempo nos dejaron solos. Fue un día triste; y anduvimos de un lado a otro, sin saber qué hacer, aunque cuidando de mantenernos en lo posible fuera de la vista de las ventanas de Orthanc, que nos miraban como amenazándonos. Buena parte del tiempo la pasamos buscando algo para comer. Y también nos sentábamos a conversar, preguntándonos qué estaría sucediendo allá en el sur, en Rohan, y qué habría sido del resto de nuestra Compañía. De vez en cuando oíamos a la distancia el estrépito de las piedras que se rompían y desmoronaban, y ruidos sordos que retumbaban entre las colinas.

»Por la tarde dimos la vuelta al círculo y fuimos a ver qué ocurría. Había un gran bosque sombrío de ucornos a la entrada del valle y otro alrededor de la muralla septentrional. No nos atrevimos a entrar. Pero desde el interior llegaban los ecos de un trabajo fatigoso y duro. Los ents y los ucornos, decididos a destruirlo todo, estaban cavando fosos y trincheras, construyendo represas y estanques, para juntar las aguas del Isen y de los manantiales y arroyos que encontraban. Los dejamos allí.

»Al anochecer Bárbol volvió a la puerta. Canturreaba entre dientes y parecía satisfecho. Se detuvo junto a nosotros y estiró los grandes brazos y piernas y respiró profundamente. Le pregunté si estaba cansado.

»"¿Cansado?" dijo, "¿cansado? Bueno, no, no cansado pero sí embotado. Necesito un buen sorbo del Entaguas. Hemos trabajado duro; en el día de hoy hemos picado más piedras y roído más tierras que en muchos de los años anteriores. Pero ya falta poco.

¡Cuando caiga la noche alejaos de esta puerta y del antiguo túnel! Es probable que el aluvión pase por aquí y durante algún tiempo será un agua nauseabunda, hasta que haya arrastrado toda la inmundicia de Saruman. Luego las aguas del Isen serán otra vez puras". Se puso a arrancar un pedazo de muro, despreocupadamente, como para entretenerse.

»Nos estábamos preguntando dónde podríamos descansar seguros y dormir un rato, cuando ocurrió la cosa más extraordinaria. Se oyeron los cascos de un caballo que se acercaba veloz por el camino. Merry y yo nos quedamos inmóviles y Bárbol se escondió bajo la arcada sombría. De pronto un jinete llegó a galope tendido, como un rayo de plata. Ya oscurecía, pero pude verle claramente el rostro: parecía bañado en una luz y estaba todo vestido de blanco. Me senté y lo contemplé boquiabierto. Traté entonces de gritar, pero no pude.

»No fue necesario. Se detuvo junto a nosotros y nos miró desde arriba. "¡Gandalf!" dije finalmente, pero mi voz fue apenas un murmullo. ¿Y creéis que dijo: "¡Hola, Pippin! ¡Qué sorpresa tan agradable!"? ¡Qué va! Dijo: "¡A ver si te levantas, Tuk, pedazo de bobo! ¿Dónde rayos podré encontrar a Bárbol, en medio de todas estas ruinas? Lo necesito. ¡Rápido!"

»Bárbol oyó la voz de Gandalf y salió inmediatamente de las sombras y aquél sí que fue un extraño encuentro. Yo era el sorprendido, pues ninguno de los dos mostraba sorpresa alguna. Era evidente que Gandalf esperaba encontrar aquí a Bárbol; y Bárbol rondaba sin duda por los alrededores de las puertas con el propósito de ver a Gandalf. Sin embargo, nosotros le habíamos contado al viejo ent todo lo ocurrido en Moria. Pero yo recordaba la mirada curiosa que nos había echado en aquel momento. Sólo puedo suponer que él mismo había visto a Gandalf, o había recibido alguna noticia de él, pero no había querido decir nada apresuradamente. "No apresurarse" es el lema de Bárbol; pero nadie, ni siquiera los elfos, dirán gran cosa acerca de las idas y venidas de Gandalf cuando él no está.

»¡Hum! ¡Gandalf!" dijo Bárbol. "Me alegra que hayas venido. Puedo dominar bosques y aguas, troncos y piedras. Pero aquí se trata de vencer a un mago.

»"Bárbol" dijo Gandalf. "Necesito tu ayuda. Mucho has hecho, pero necesito todavía más. Tengo que enfrentarme con unos diez mil orcos." Los dos se alejaron, yéndose a algún rincón a celebrar concejo. A Bárbol aquello tuvo que parecerle muy apresurado, pues Gandalf estaba con mucha prisa, y ya hablaba a todo trapo cuando dejamos de oírlos. Estuvieron ausentes unos pocos minutos, un cuarto de hora tal vez. Luego Gandalf volvió a donde estábamos nosotros y parecía aliviado y casi contento. Hasta nos dijo, en ese momento, que se alegraba de volvernos a ver.

» ¡Pero Gandalf!" exclamé. "¿Dónde has estado? ¿Has visto a los otros?"

»"Dondequiera que haya estado, ahora he vuelto" respondió en su estilo peculiar. "Sí, he visto a algunos de los otros. Pero las noticias quedarán para otra ocasión. Esta es una noche peligrosa y he de partir rápidamente. Aunque quizás el amanecer sea más claro; y si es así, nos encontraremos de nuevo. ¡Cuidaos y manteneos alejados de Orthanc! ¡Hasta la vista!"

»Bárbol quedó muy pensativo luego de la partida de Gandalf. Era evidente que se había enterado de muchas cosas en contados minutos y ahora estaba digiriéndolas. Nos miró y dijo: "Hm, bueno, me doy cuenta de que no sois tan apresurados como yo suponía. Habéis dicho mucho menos de lo que sabíais, y no más de lo que debíais. Hm... ¡estas sí que son noticias en montón! Bien, ahora Bárbol tiene que volver al trabajo."

»Antes de que se marchara, conseguimos que nos revelara algunas de aquellas noticias; que por cierto no nos animaron. Pero por el momento nos preocupaba más la suerte de

vosotros tres que la de Frodo y Sam, y el desdichado Boromir. Porque suponíamos que se estaba librando una cruenta batalla, o que no tardaría en iniciarse, y que vosotros lucharíais en ella y acaso no salierais de allí con vida.

»"Los ucornos ayudarán" dijo Bárbol. Y se alejó y no volvimos a verlo hasta esta mañana.

-Era noche cerrada. Yacíamos en lo alto de una pila de piedras y no veíamos nada más allá. Una niebla o unas sombras lo envolvían todo como un gran manto, a nuestro alrededor. El aire parecía caluroso y espeso; y se oían rumores, crujidos y un murmullo como de voces que se alejaban. Creo que centenares de ucornos pasaron por allí para ayudar en la lucha. Un poco más tarde unos truenos resonaron en el sur y a lo lejos, más allá de Rohan, los relámpagos iluminaron el cielo. De cuando en cuando veíamos los picos montañosos, a millas y millas de distancia, que emergían repentinamente, blancos y negros, y desaparecían luego con la misma rapidez. Y detrás de nosotros el trueno parecía estremecer las colinas, pero de una manera diferente. Por momentos el valle entero retumbaba.

»Debía de ser cerca de medianoche cuando los ents rompieron los diques y volcaron todas las aguas a través de una brecha en el muro norte, en dirección a Isengard. La oscuridad de los ucornos había desaparecido y el trueno se había alejado. La luna se hundía en el oeste, detrás de las montañas.

»En Isengard aparecieron pronto unos charcos y arroyos de aguas negras, que brillaban a los últimos resplandores de la luna, a medida que inundaban el llano. De tanto en tanto las aguas penetraban en algún pozo o un respiradero. Unas nubes blancuzcas de vapor se elevaban siseando. El humo subía, ondulante. Había explosiones y llamaradas súbitas. Una gran voluta de vapor trepaba en espiral, enroscándose alrededor de Orthanc, hasta que la torre pareció un elevado pico de nubes, incandescente por abajo y arriba iluminado por la luna. Y el agua continuó derramándose, e Isengard quedó convertido en algo así como una fuente enorme, humeante y burbujeante.

-Anoche, cuando llegábamos a la entrada del Nan Curunir, vimos una nube de humo y de vapor que venía del sur -dijo Aragorn-. Temimos que Saruman nos estuviese preparando otro sortilegio.

-¡No Saruman! -dijo Pippin-. ¡Lo más probable es que se estuviera asfixiando y ya no se riera! En la mañana, la mañana de ayer, el agua se había escurrido por todos los agujeros, y había una niebla espesa. Nosotros nos refugiamos en el cuarto de los guardias y estábamos muertos de miedo. El lago desbordó y se derramó a través del viejo túnel y el agua subía rápidamente por las escaleras. Temíamos quedar atrapados en una cueva, lo mismo que los orcos; pero en el fondo del depósito de vituallas descubrimos una escalera de caracol que nos llevó al aire libre en lo alto de la arcada. No nos fue nada fácil salir de allí, pues los pasadizos se habían agrietado, y más arriba las piedras los obstruían en parte. Allí, sentados por encima de la inundación, vimos cómo Isengard se hundía bajo las aguas. Los ents continuaron vertiendo más y más agua, hasta que todos los fuegos se extinguieron y se anegaron todas las cavernas. Las nieblas crecieron lentamente y se elevaron al fin en una enorme y vaporosa sombrilla de nubes, quizá de una milla de altura. Al atardecer un gran arco iris apareció sobre las colinas del este; y de pronto el sol en el ocaso quedó oculto detrás de una llovizna espesa en las laderas de las montañas. Todo aquello sucedía en medio de un gran silencio. Algunos lobos aullaban lúgubrememente en la lejanía. Por la

noche, los ents detuvieron la inundación, y encauzaron de nuevo las aguas del Isen, que volvió a su antiguo lecho. Y así terminó todo.

»Desde entonces las aguas han vuelto a bajar. Tiene que haber algún desagüe en las cavernas subterráneas supongo. Si Saruman espía desde una ventana, verá sólo desolación y caos. Merry y yo nos sentíamos muy solos. Ni siquiera un ent con quien conversar en medio de toda esta ruina; y ninguna noticia. Pasamos la noche allá arriba, en lo alto de la arcada, y hacía frío y estaba húmedo y no pudimos dormir. Teníamos la impresión de que algo iba a ocurrir de un momento a otro. Saruman sigue encerrado en su torre. Hubo un ruido en la noche como un viento que subiera por el valle. Creo que fueron los ents y los ucornos que se habían marchado y ahora regresaban; pero a dónde se han ido, no lo sé. Era una mañana brumosa y húmeda cuando bajamos a echar una mirada, y no había nadie. Y esto es más o menos todo lo que tengo que decir. Parece casi apacible, ahora que ha quedado atrás. Y también más seguro, ya que Gandalf ha regresado. ¡Al fin podré dormir!

Durante un momento todos callaron. Gimli volvió a llenar la pipa. -Hay algo que me intriga -dijo, mientras la encendía con yesca y pedernal: Lengua de Serpiente. Tú le dijiste a Théoden que estaba con Saruman. ¿Cómo llegó hasta Orthanc?

-Ah, sí, me había olvidado de él -dijo Pippin-. No llegó aquí hasta esta mañana. Acabábamos de encender el fuego y de preparar el desayuno cuando Bárbol reapareció. Oímos cómo zumbaba y nos llamaba.

»"He venido sólo a ver cómo estáis, mis muchachos" dijo, "y a traer algunas noticias. Los ucornos han regresado. Todo marcha bien; ¡sí, muy bien en verdad!". Rió y se palmeó los muslos. "No más Orcos en Isengard, ¡no más hachas! Y llegarán gentes del sur antes que acabe el día; gentes que quizás os alegre volver a ver."

»"No bien había dicho estas palabras, cuando oímos un ruido de cascos en el camino. Nos precipitamos fuera de las puertas y me detuve a mirar, con la certeza de ver avanzar a Trancos y Gandalf cabalgando a la cabeza de un ejército. Pero el que salió de la bruma fue un hombre montado en un caballo viejo y cansado; y también él parecía ser un personaje extraño y tortuoso. No había nadie más. Cuando salió de la niebla y vio ante él toda aquella ruina y desolación, se quedó como petrificado y boquiabierto, y la cara se le puso casi verde. Estaba tan azorado que al principio ni siquiera pareció advertir nuestra presencia. Cuando por fin nos vio, dejó escapar un grito, y trató de que el caballo diera media vuelta para huir al galope. Pero Bárbol dio tres zancadas, extendió un brazo larguísimo y lo levantó de la montura. El caballo escapó aterrorizado y el jinete fue a parar al suelo. Dijo ser Gríma, amigo y consejero del rey, y que había sido enviado con mensajes importantes de Théoden para Saruman.

»"Nadie se atrevía a cabalgar por campo abierto, plagado como está de orcos inmundos" dijo, "y me enviaron a mí. Y el viaje ha sido peligroso y estoy hambriento y cansado. Tuve que desviarme hacia el norte, lejos de mi ruta, perseguido por los lobos".

»Advertí las miradas de soslayo que le echaba a Bárbol y dije para mis adentros "mentiroso". Bárbol lo observó con su mirada larga y lenta durante varios minutos, hasta que el desdichado se retorció por el suelo. Entonces, al fin, habló Bárbol: "Ah, hm, a ti te esperaba, Señor Lengua de Serpiente." Al oírse llamar así, el hombre se sobresaltó. "Gandalf llegó aquí primero, de modo que sé de ti todo cuanto necesito saber y sé también qué he de hacer contigo. Pon todas las ratas juntas en una ratonera, me dijo Gandalf; y eso es lo que haré. Yo soy ahora el amo de Isengard, pero Saruman está encerrado en la torre; y puedes ir allí y darle todos los mensajes que se te ocurran."

»"¡Dejadme ir, dejadme ir!", dijo Lengua de Serpiente. "Conozco el camino."

»"Conocías el camino, no lo dudo", dijo Bárbol. "Pero las cosas han cambiado un poco por estos sitios. ¡Ve y verás!"

»Soltó a Lengua de Serpiente, que echó a andar cojeando a través de la arcada, seguido por nosotros de cerca, hasta que llegó al interior del círculo y pudo ver las inundaciones que se extendían entre él y Orthanc. Entonces se volvió a nosotros'

»"Dejadme ir", lloriqueo. "¡Dejadme ir! Ahora mis mensajes son inútiles."

»"En verdad lo son", dijo Bárbol. "Pero tienes una alternativa: quedarte aquí conmigo hasta que lleguen Gandalf y tu señor; o atravesar el agua. ¿Por cuál te decides?"

»Al oír nombrar al rey el hombre se estremeció; puso un pie en el agua y lo retiró en seguida. "No sé nadar", dijo.

»"El agua no es profunda", dijo Bárbol. "Está sucia, pero eso no te hará daño, señor Lengua de Serpiente. ¡Entra de una vez!"

»Y allí fue el infeliz, cojeando y tropezando. Antes que lo perdiese de vista, el agua le llegaba casi al cuello. Cuando lo vi por última vez se aferraba a un viejo barril o un pedazo de madera. Pero Bárbol lo siguió durante un trecho, vigilándolo.

»"Bueno, allá va", dijo al volver. "Lo vi trepar escaleras arriba como una rata mojada. Aún queda alguien en la torre: una mano asomó y lo arrastró adentro. De modo que ya está allí y espero que la acogida haya sido buena. Ahora necesito ir a lavarme para quitarme todo este fango. Estaré arriba, del lado norte, si alguien quiere verme. Aquí abajo no hay agua limpia para que un ent pueda beber o bañarse. Así que os pediré a vosotros dos, muchachos, que vigiléis la puerta y recibáis a los que vengan. Estad atentos, pues espero al Señor de los Campos de Rohan. Tenéis que darle vuestra mejor bienvenida: sus hombres han librado una gran batalla con los orcos. Tal vez conozcáis mejor que los ents las palabras con que conviene recibir a tan noble señor. En mis tiempos, hubo muchos señores en los campos, pero nunca aprendí la lengua de esos señores, ni supe cómo se llamaban. Querrán alimentos de hombres y vosotros entendéis de esas cosas, supongo. Buscad pues, lo que a vuestro entender es bocado de reyes, si podéis." Y éste es el final de la historia. Aunque me gustaría saber quién es ese Lengua de Serpiente. ¿Era de veras consejero del rey?

-Era -dijo Aragorn-, y también espía y sirviente de Saruman en Rohan. El destino lo ha tratado como se merecía, sin misericordia. El ruinoso espectáculo de cuanto consideraba magnífico e indestructible ha de haber sido para él castigo suficiente. Pero temo que le esperen cosas todavía peores.

-Sí, no creo que Bárbol lo haya enviado a Orthanc por pura generosidad -dijo Merry-. Parecía encontrar un placer maligno en la historia y se reía para sus adentros cuando se marchó a beber y bañarse. Nosotros estuvimos muy ocupados después de eso, buscando restos flotantes y yendo de aquí para allá. Encontramos dos o tres almacenes en distintos lugares, cerca de aquí, sobre el nivel de las aguas. Pero Bárbol mandó algunos ents y ellos se llevaron casi todos los víveres. »"Necesitamos alimentos de hombres para veinticinco personas", dijeron los ents, así que como veis alguien os había contado cuidadosamente antes que llegarais. A vosotros tres, evidentemente, os incluían entre los grandes. Pero no habríais sido mejor atendidos que aquí. Conservamos cosas tan buenas como las otras, os lo aseguro. Mejores, pues no les mandamos bebidas.

»"¿Y para beber?", les pregunté a los ents.

»"Tenemos el agua del Isen", respondieron "y es tan buena para los ents como para los hombres". Espero, sin embargo, que los ents hayan tenido tiempo de hacer fermentar algunos brebajes en los manantiales de las montañas, y aún veremos cómo se le rizan las

barbas a Gandalf cuando esté de vuelta. Los ents se fueron y nos sentimos cansados y hambrientos. Pero no nos quejamos: nuestros esfuerzos habían sido bien recompensados. Fue durante la búsqueda de alimentos para hombres cuando Pippin descubrió el botín más preciado, estos barrilitos de Corneta. Pippin dijo que la hierba de pipa es mejor después de la comida, y así termina la historia.

-Ahora lo entendemos todo perfectamente -dijo Gimli.

-Todo excepto una cosa -dijo Aragorn: hierbas de la Cuaderna del Sur en Isengard. Más lo pienso y más raro me parece. Nunca estuve en Isengard, pero he viajado por estas tierras y conozco muy bien los páramos desnudos que se extienden entre Rohan y la Comarca. Ni mercancías ni personas han transitado por este camino durante largos años, no a la luz del día. Sospecho que Saruman tenía tratos secretos con alguien de la Comarca. No sólo en el Castillo del Rey Théoden hay Lenguas de Serpiente. ¿Viste alguna fecha en los barriles?

-Sí -dijo Pippin-. Eran de la cosecha de 1417, es decir del año pasado; no, ahora el antepenúltimo, por supuesto: un año óptimo.

-Ah, sí, todos los males que amenazaban a la Comarca han pasado ahora, espero; o en todo caso, están, por el momento, fuera de nuestro alcance -dijo Aragorn-. Sin embargo, creo que hablaré de esto Con Gandalf, por insignificante que le parezca en medio de esos importantes asuntos que le ocupan la mente.

-Me pregunto en qué andaré -dijo Merry-. La tarde avanza. ¡Salgamos a echar una mirada! De todos modos, ahora puedes entrar en Isengard, Trancos, si así lo deseas. Pero no es un espectáculo muy regocijante.

LA VOZ DE SARUMAN

Atravesaron la ruinoso galería y desde un montículo de piedras contemplaron la roca oscura de Orthanc, con numerosas ventanas, una amenaza más en la desolación de alrededor. Ahora el agua se había retirado casi del todo. Aquí y allá quedaban algunos charcos sombríos, cubiertos de espuma y desechos; pero la mayor parte del ancho círculo era de nuevo visible: un desierto de fango y escombros de piedra, de agujeros ennegrecidos, de columnas y pilares que se tambaleaban como ebrios. Al borde de ese tazón en ruinas se veían vastos montículos y pendientes, como cantos rodados acumulados por un huracán; y más allá el valle verde se internaba serpeando entre los brazos oscuros de las montañas. Del otro lado de la desolada llanura vieron unos jinetes que venían del norte y ya se acercaban a Orthanc.

-¡Son Gandalf y Théoden y sus hombres! -dijo Legolas-. ¡Vayamos a su encuentro!

-¡Pisad con prudencia! -dijo Merry-. Hay piedras flojas que pueden darse vuelta y arrojamos a un pozo, si no tenéis cuidado.

Recorrieron lo que antes fuera el camino que iba de las puertas a la Roca de Orthanc, avanzando lentamente, pues las losas estaban rajadas y cubiertas de lodo. Los jinetes, al verlos acercarse, se detuvieron a esperarlos a la sombra de la roca. Gandalf se adelantó y les salió al encuentro.

-Bien, Bárbol y yo hemos tenido una conversación muy interesante y hemos trazado algunos planes -dijo-, y todos hemos gozado de un merecido reposo. Ahora hemos de ponernos otra vez en camino. Espero que también tú y tus compañeros hayáis descansado y recobrado las fuerzas.

-Sí -dijo Merry -. Pero nuestras discusiones comenzaron y acabaron en humo. Sin embargo, y en relación con Saruman, no estamos tan mal dispuestos como antes.

-¿De veras? -dijo Gandalf-. Pues bien, yo no he cambiado. Me queda algo pendiente antes de partir: una visita de despedida a Saruman. Peligrosa y probablemente inútil; pero inevitable. Aquéllos de vosotros que lo deseen, pueden venir conmigo... pero ¡cuidado! ¡Nada de bromas! Este no es el momento.

-Yo te acompañaré -dijo Gimli-. Quiero verlo y saber si es cierto que se parece a ti.

-¿Y cómo harás para saberlo, Señor Enano? -dijo Gandalf-. Saruman puede mostrarse parecido a mí a tus ojos, si conviene a sus designios. ¿Y te consideras bastante perspicaz como para no dejarte engañar por sus ficciones? En fin, ya veremos. Quizá no se atreva a presentarse al mismo tiempo ante tantas miradas diferentes. Pero he rogado a los ents que no se dejen ver y puede ser que así consigamos que salga.

-¿Cuál es el peligro? -preguntó Pippin-. ¿Que nos acribille a flechazos y arroje fuego por las ventanas, o acaso puede obrar un sortilegio desde lejos?

-La última hipótesis es la más verosímil, si llegáis a sus puertas desprevenidos -dijo Gandalf -. Pero nadie puede saber lo que es capaz de hacer, o de intentar. Una bestia salvaje acorralada siempre es peligrosa. Y Saruman tiene poderes que ni siquiera sospecháis. ¡Cuidaos de su voz!

Llegaron a los pies de Orthanc. La roca negra relucía como si estuviese mojada. Las aristas de las facetas eran afiladas y parecían talladas hacía poco. Algunos arañazos y esquirlas pequeñas como escamas junto a la base eran los únicos rastros visibles de la furia de los ents.

En la cara oriental, en el ángulo formado por dos pilastras, se abría una gran puerta, muy alta sobre el nivel del suelo; y más arriba una ventana con los postigos cerrados, que daba a un balcón cercado por una balaustrada de hierro. Una ancha escalera de veintisiete escalones, tallada por algún artífice desconocido en la misma piedra negra, conducía al umbral. Aquella era la única entrada a la torre; pero muchas troneras de antepecho profundo se abrían en los muros casi verticales, y espiaban, como ojos diminutos, desde lo alto de las escarpadas paredes.

Al pie de la escalera Gandalf y el rey se apearon de las cabalgaduras.

-Yo subiré -dijo Gandalf-. Ya he estado otras veces en Orthanc y conozco los peligros que corro.

-Y yo subiré contigo -dijo el rey-. Soy viejo y ya no temo a ningún peligro. Quiero hablar con el enemigo que tanto mal me ha hecho. Eomer me acompañará y cuidará de que mis viejos pies no vacilen.

-Como quieras -dijo Gandalf-. Aragorn irá conmigo. Que los otros nos esperen al pie de la escalinata. Oirán y verán lo suficiente, si hay algo que ver y oír.

-¡No! -protestó Gimli-. Legolas y yo queremos ver las cosas más de cerca. Somos aquí los únicos representantes de nuestras razas. También nosotros subiremos.

-¡Venid entonces! -dijo Gandalf, y al decir esto empezó a subir, con Théoden al lado.

Los Caballeros de Rohan permanecieron inquietos en sus cabalgaduras, a ambos lados de la escalinata, observando con miradas sombrías la gran torre, temerosos de lo que pudiera acontecerle a Théoden. Merry y Pippin se sentaron en el último escalón, sintiéndose a la vez poco importantes y poco seguros.

-¡Media milla de fango de aquí hasta la puerta! -murmuró Pippin-. ¡Si pudiera escurrirme otra vez hasta el cuarto de los guardias sin que nadie me viera! ¿Para qué habremos venido? Nadie nos necesita.

Gandalf se detuvo ante la puerta de Orthanc y golpeó en ella con su vara. Retumbó con un sonido cavernoso.

-¡Saruman, Saruman! -gritó con una voz potente, imperiosa-. ¡Saruman, sal!

Durante un rato no hubo ninguna respuesta. Al cabo, se abrieron los postigos de la ventana que estaba sobre la puerta, pero nadie se asomó al vano oscuro.

-¿Quién es? -dijo una voz. ¿Qué deseas?

Théoden se sobresaltó.

-Conozco esa voz -dijo-, y maldigo el día en que la oí por primera vez.

-Ve en busca de Saruman, ya que te has convertido en su lacayo. ¡Gríma, Lengua de Serpiente! -dijo Gandalf-. ¡Y no nos hagas perder tiempo!

La ventana volvió a cerrarse. Esperaron. De improviso otra voz habló, suave y melodioso: el sonido mismo era ya un encantamiento. Quienes escuchaban, incautos, aquella voz, rara vez eran capaces de repetir las palabras que habían oído; y si lograban repetirlas, quedaban atónitos, pues parecían de poco poder. Sólo recordaban, las más de las veces, que escuchar la voz era un verdadero deleite, que todo cuanto decía parecía sabio y razonable, y les despertaba, en instantánea simpatía, el deseo de parecer sabios también ellos. Si otro tomaba la palabra, parecía, por contraste, torpe y grosero; y si contradecía a la voz, los corazones de los que caían bajo el hechizo se encendían de cólera. Para algunos el

sortilegio sólo persistía mientras la voz les hablaba a ellos y cuando se dirigía a algún otro, sonreían como si hubiesen descubierto los trucos de un prestidigitador mientras los demás seguían mirando boquiabiertos. A muchos, el mero sonido bastaba para cautivarlos; y en quienes sucumbían a la voz, el hechizo persistía aún en la distancia, y seguían oyéndola incesantemente, dulce y susurrante y a la vez persuasiva. Pero nadie, sin un esfuerzo de la voluntad y la inteligencia podía permanecer indiferente, resistirse a las súplicas y las órdenes de aquella voz.

-¿Y bien? -preguntó ahora con dulzura-. ¿Por qué habéis venido a turbar mi reposo? ¿No me concederéis paz ni de noche ni de día?

El tono era el de un corazón bondadoso, dolorido por injurias inmerecidas.

Todos alzaron los ojos, asombrados, pues Saruman había aparecido sin hacer ningún ruido; y entonces vieron allí, asomada al balcón, la figura de un anciano que los miraba: estaba envuelto en una amplia capa de un color que nadie hubiera podido describir, pues cambiaba según donde se posaran los ojos y con cada movimiento del viejo. Aquel rostro alargado, de frente alta, y ojos oscuros, profundos, insondables, los contemplaba ahora con expresión grave y benévola, a la vez que un poco fatigada. Los cabellos eran blancos, lo mismo que la barba, pero algunas hebras negras se veían aún alrededor de las orejas y los labios.

-Parecido y a la vez diferente -murmuró Gimli.

-Veamos -dijo la dulce voz-. A dos de vosotros os conozco, por lo menos de nombre. A Gandalf lo conozco demasiado bien para abrigar alguna esperanza de que haya venido aquí en busca de ayuda o consejo. Pero a ti, Théoden, Señor de la Marca de Rohan, a ti te reconozco por las insignias de tu nobleza, pero más aún por la bella apostura que distingue a los miembros de la casa de Eorl. ¡Oh digno hijo de Thengel el Tres Veces Famoso! ¿Por qué no has venido antes, en calidad de amigo? ¡Cuánto he deseado verte, oh rey, el más poderoso de las tierras occidentales! Y más aún en estos últimos años, para salvarte de los consejos imprudentes y perniciosos que te asediaban. ¿Será ya demasiado tarde? No obstante las injurias de que he sido víctima y de las que los hombres de Rohan han sido ¡ay! en parte responsables, aún quisiera salvarte de la ruina que caerá inexorable sobre ti si no abandonas la senda que has tomado. Ahora en verdad sólo yo puedo ayudarte.

Théoden abrió la boca como si fuera a hablar, pero no dijo nada. Miró primero a Saruman, quien lo observaba desde el balcón con ojos profundos y solemnes, y luego a Gandalf, a su lado; parecía indeciso. Gandalf no se inmutó; inmóvil y silencioso como si fuera de piedra, parecía aguardar pacientemente una llamada que no llegaba aún.

En el primer momento los caballeros se agitaron y aprobaron con un murmullo las palabras de Saruman; luego también ellos callaron, como bajo los efectos de algún sortilegio. «Gandalf», pensaban, «nunca había exhortado a Théoden con palabras tan justas y tan hermosas». Rudas y viciadas por la soberbia les parecían ahora las prédicas de Gandalf. Y una sombra empezó a oscurecerles los corazones, el temor de un gran peligro: el final de la Marca hundida en el abismo de tinieblas al que Gandalf parecía arrastrarla, mientras Saruman entreabría la puerta de la salvación, por la que entraba ya un rayo de luz. Hubo un silencio tenso y prolongado.

Fue Gimli el enano quien lo rompió súbitamente.

-Las palabras de este mago no tienen pies ni cabeza -gruñó, a la vez que echaba mano al mango del hacha-. En la lengua de Orthanc ayuda es sinónimo de ruina y salvación significa asesinato, eso es claro como el agua. Pero nosotros no hemos venido aquí a mendigar favores.

-¡Paz! -dijo Saruman, y por un instante la voz fue menos suave y un resplandor fugaz le iluminó los ojos-. Aún no me he dirigido a ti, Gimli hijo de Glóin -dijo-. Lejos está tu casa y poco te conciernen los problemas de este país. No te has visto envuelto en ellos por tu propia voluntad, de modo que no voy a reprocharte ese discurso, un discurso muy valiente, no lo dudo. Pero te lo ruego, permíteme hablar primero con el Rey de Rohan, mi vecino y mi amigo en otros tiempos.

»¿Qué tienes que decir, Rey Théoden? ¿Quieres la paz conmigo y toda la ayuda que pueda brindarte mi sabiduría, adquirida a lo largo de muchos años? ¿Quieres que aunemos nuestros esfuerzos para luchar contra estos días infaustos y reparar nuestros daños con tanta buena voluntad que estas tierras puedan reverdecer más hermosas que nunca?

Théoden continuaba callado. Nadie podía saber si luchaba contra la cólera o la duda. Eomer habló.

-¡Escuchadme, Señor! -dijo-. He aquí el peligro sobre el que se nos ha advertido. ¿Habremos conquistado la victoria para terminar aquí, paralizados y estupefactos ante un viejo embustero que se ha untado de mieles la lengua viperina? Con esas mismas palabras les hablaría el lobo a los lebreles que lo han acorralado, si fuera capaz de expresarse. ¿Qué ayuda puede ofrecernos, en verdad? Todo cuanto desea es escapar de este trance difícil. ¿Vais a parlamentar con este farsante, experto en traiciones y asesinatos? ¡Recordad a Théodred en el Vado y la tumba de Háma en el Abismo de Helm!

-Si hemos de hablar de lenguas ponzoñosas ¿qué decir de la tuya, cachorro de serpiente? -dijo Saruman, y el relámpago de cólera fue ahora visible para todos-. ¡Pero seamos justos, Eomer hijo de Eomund -prosiguió, otra vez con voz dulce-. A cada cual sus méritos. Tú has descollado en las artes de la guerra y conquistaste altos honores. Mata a aquellos a quienes tu señor llama sus enemigos y conténtate con eso. No te inmiscuyas en lo que no entiendes. Tal vez, si un día llegas a ser rey, comprenderás que un monarca ha de elegir con cuidado a sus amigos. La amistad de Saruman y el poderío de Orthanc no pueden ser rechazados a la ligera en nombre de cualquier ofensa real o imaginaria. Habéis ganado una batalla pero no una guerra y esto gracias a una ayuda con la que no contaréis otra vez. Mañana podríais encontrar la Sombra del Bosque a vuestras puertas; es caprichosa e insensible, y no ama a los hombres.

»Pero dime, mi señor de Rohan, ¿he de ser tildado de asesino porque hombres valientes hayan caído en la batalla? Si me haces la guerra, inútilmente, pues yo no la deseo, es inevitable que haya muertos. Pero si por ello han de llamarme asesino, entonces toda la casa de Eorl lleva el mismo estigma; pues han peleado en muchas guerras, atacando a quienes se atrevieron a desafiarlos. Sin embargo, más tarde hicieron la paz con algunos: una actitud sabia e inteligente. Te pregunto, rey Théoden: ¿quieres que haya entre nosotros paz y concordia? A nosotros nos toca decidirlo.

-Quiero que haya paz -dijo por fin Théoden con la voz pastosa y hablando con un esfuerzo. Varios de los jinetes prorrumpieron en gritos de júbilo. Théoden levantó la mano-. Sí, quiero paz -dijo, ahora con voz clara-, y la tendremos cuando tú y todas tus obras hayan perecido y las obras de tu amo tenebroso a quien pensabas entregarnos. Eres un embustero, Saruman, y un corruptor de corazones. Me tiendes la mano y yo sólo veo un dedo de la garra de Mordor. ¡Cruel y frío! Aun cuando tu guerra contra mí fuese justa (y no lo era, porque así fueses diez veces más sabio no tendrías derecho a gobernarme a mí y a los míos para tu propio beneficio), aun así, ¿cómo justificas las antorchas del Folde Oeste y los niños que allí murieron? Y lapidaron el cuerpo de Háma ante las puertas de Cuernavilla, después de darle muerte. Cuando te vea en tu ventana colgado de una horca,

convertido en pasto de tus propios cuervos, entonces haré la paz contigo y con Orthanc. He hablado en nombre de la Casa de Eorl. Soy tal vez un heredero menor de antepasados ilustres, pero no necesito lamerte la mano. Búscate otros a quienes embaucar. Aunque me temo que tu voz haya perdido su magia.

Los caballeros miraban a Théoden estupefactos, como si despertaran sobresaltados de un sueño. Aspera como el graznido de un cuervo viejo les sonaba la voz del rey después de la música de Saruman. Por un momento Saruman no pudo disimular la cólera que lo dominaba. Se inclinó sobre la barandilla como si fuese a golpear al rey con su bastón. Algunos creyeron ver de pronto una serpiente que se enroscaba para atacar.

-¡Horcas y cuervos! - siseó Saruman, y todos se estremecieron ante aquella horripilante transformación-. ¡Viejo chocho! ¿Qué es la casa de Eorl sino un cobertizo hediondo donde se embriagan unos cuantos bandidos, mientras la prole se arrastra por el suelo entre los perros? Durante demasiado tiempo se han salvado de la horca. Pero el nudo corredizo se aproxima, lento al principio, duro y estrecho al final. ¡Colgaos, si así lo queréis! -La voz volvió a cambiar, a medida que Saruman conseguía dominarse. - No sé por qué he tenido la paciencia de hablar contigo. Porque no te necesito, ni a ti ni a tu pandilla de cabalgadores, tan rápidos para huir como para avanzar, Théoden Señor de Caballos. Tiempo atrás te ofrecí una posición superior a tus méritos y a tu inteligencia. Te la he vuelto a ofrecer, para que aquellos a quienes llevas por mal camino puedan ver claramente el que tú elegiste. Tú me respondes con bravuconadas e insultos. Que así sea. ¡Vuélvete a tu choza!

»¡Pero tú, Gandalf! De ti al menos me conduelo, compadezco tu vergüenza. ¿Cómo puedes soportar semejante compañía? Porque tú eres orgulloso, Gandalf, y no sin razón, ya que tienes un espíritu noble y ojos capaces de ver lo profundo y lejano de las cosas. ¿Ni aun ahora querrás escuchar mis consejos?

Gandalf hizo un movimiento y alzó los ojos.

-¿Qué puedes decirme que no me hayas dicho en nuestro último encuentro? -preguntó-. ¿O tienes acaso cosas de que retractarte?

Saruman tardó un momento en responder.

-¿Retractarme dices? - murmuró, como perplejo-. ¿Retractarme? Intenté aconsejarte por tu propio bien, pero tú apenas escuchabas. Eres orgulloso y no te gustan los consejos, teniendo como tienes tu propia sabiduría. Pero en aquella ocasión te equivocaste, pienso, tergiversando mis propósitos.

»En mi deseo de persuadirte, temo haber perdido la paciencia; y lo lamento de veras. Porque no abrigaba hacia ti malos sentimientos; ni tampoco los tengo ahora, aunque hayas vuelto en compañía de gente violenta e ignorante: ¿Por qué habría de tenerlos? ¿Acaso no somos los dos miembros de una alta y antigua orden, la más excelsa de la Tierra Media? Nuestra amistad sería provechosa para ambos. Aún podríamos emprender juntos muchas cosas, curar los males que aquejan al mundo. ¡Lleguemos a un acuerdo entre nosotros y olvidemos para siempre a esta gente inferior! ¡Que ellos acaten nuestras decisiones! Por el bien común estoy dispuesto a renegar del pasado y a recibirte. ¿No quieres que deliberemos? ¿No quieres subir?

Tan grande fue el poder de la voz de Saruman en este último esfuerzo que ninguno de los que escuchaban permaneció impasible. Pero esta vez el sortilegio era de una naturaleza muy diferente. Estaban oyendo el tierno reproche de un rey bondadoso a un ministro equivocado aunque muy querido. Pero se sentían excluidos, como si escucharan detrás de una puerta palabras que no les estaban destinadas: niños malcriados o sirvientes estúpidos que oían a hurtadillas las conversaciones ininteligibles de los mayores, y se preguntaban

inquietos de qué modo podrían afectarlos. Los dos interlocutores estaban hechos de una materia más noble: eran venerables y sabios. Una alianza entre ellos parecía inevitable. Gandalf subiría a la torre, a discutir en las altas estancias de Orthanc problemas profundos, incomprensibles para ellos. Las puertas se cerrarían y ellos quedarían fuera, esperando a que vinieran a imponerles una tarea o un castigo. Hasta en la mente de Théoden apareció el pensamiento, como la sombra de una duda: «Nos traicionará, nos abandonará... y nada ya podrá salvarnos.»

De pronto Gandalf se echó a reír. Las fantasías se disiparon como una nubecilla de humo.

-¡Saruman, Saruman! -dijo Gandalf sin dejar de reír-. Saruman, erraste tu oficio en la vida. Tenías que haber sido bufón de un rey y ganarte el pan, y también los magullones, imitando a sus consejeros. ¡Ah, pobre de mí! -Hizo una pausa y dejó de reír.- ¿Un entendimiento entre nosotros? Temo que nunca llegues a entenderme. Pero yo te entiendo a ti, Saruman, y demasiado bien. Conservo de tus argucias y de tus actos un recuerdo mucho más claro de lo que tú imaginas. La última vez que te visité eras el carcelero de Mordor y allí ibas a enviarme. No, el visitante que escapó por el techo, lo pensará dos veces antes de volver a entrar por la puerta. No, no creo que suba. Pero escucha, Saruman, ¡por última vez! ¿Por qué no bajas tú? Isengard ha demostrado ser menos fuerte que en tus deseos y tu imaginación. Lo mismo puede ocurrir con otras cosas en las que aún confías. ¿No te convendría alejarte de aquí por algún tiempo? ¿Dedicarte a algo distinto, quizá? ¡Piénsalo bien, Saruman! ¿No quieres bajar?

Una sombra pasó por el rostro de Saruman; en seguida se puso mortalmente pálido. Antes de que pudiese ocultarlo, todos vieron a través de la máscara la angustia de una mente confusa, a quien repugnaba la idea de quedarse, y temerosa a la vez de abandonar aquel refugio. Titubeó un segundo apenas y todo el mundo contuvo el aliento. Luego Saruman habló, con una voz fría y estridente. El orgullo y el odio lo dominaban otra vez.

-¿Si quiero bajar? -dijo, burlón. ¿Acaso un hombre inerte baja a hablar puertas afuera con los ladrones? Te oigo perfectamente bien desde aquí. No soy ningún tonto y no confío en ti, Gandalf. Los demonios salvajes del bosque no están aquí a la vista, en la escalera, pero sé dónde se ocultan, esperando órdenes.

-Los traidores siempre son desconfiados -respondió Gandalf con cansancio -. Pero no tienes que temer por tu pellejo. No deseo matarte, ni lastimarte, como bien lo sabrías, si en verdad me comprendieses. Y mis poderes te protegerían. Te doy una última oportunidad. Puedes irte de Orthanc, en libertad... si lo deseas.

-Esto me suena bien -dijo con ironía Saruman-. Muy típico de Gandalf el Gris; tan condescendiente, tan generoso. No dudo que te sentirías a tus anchas en Orthanc y que mi partida te convendría. Pero ¿por qué querría yo partir? ¿Y qué significa para ti «en libertad»? Habrá condiciones, supongo.

-Los motivos para partir puedes verlos desde tus ventanas -respondió Gandalf-. Otros te acudirán a la mente. Tus siervos han sido abatidos y se han dispersado; de tus vecinos has hecho enemigos; y has engañado a tu nuevo amo, O has intentado hacerlo. Cuando vuelva la mirada hacia aquí, será el ojo rojo de la ira. Pero cuando yo digo «en libertad» quiero decir «en libertad»: libre de ataduras, de cadenas u órdenes: libre de ir a donde quieras, aun a Mordor, Saruman, si es tu deseo. Pero antes dejarás en mis manos la Llave de Orthanc y tu bastón. Quedarán en prenda de tu conducta y te serán restituidos un día, si lo mereces.

El semblante de Saruman se puso lívido, crispado de rabia, y una luz roja le brilló en los ojos. Soltó una risa salvaje.

-¡Un día! gritó, y la voz se elevó hasta convertirse en un alarido ¡Un día! Sí, cuando también te apoderes de las Llaves de Barad-dûr, supongo, y las coronas de los siete reyes, y las varas de los Cinco Magos; cuando te hayas comprado un par de botas mucho más grande que las que ahora calzas. Un plan modesto. ¡No creo que necesites mi ayuda! Tengo otras cosas que hacer. No seas tonto. Si quieres pactar conmigo, mientras sea posible, vete y vuelve cuando hayas recobrado el sentido. ¡Y sácate de encima a esa chusma de forajidos que llevas a la rastra, prendida a los faldones! ¡Buen día! - Dio media vuelta y desapareció del balcón.

-¡Vuelve, Saruman! -dijo Gandalf con voz autoritaria. Ante el asombro de todos, Saruman dio otra vez media vuelta, y como arrastrado contra su voluntad, se acercó a la ventana y se apoyó en la barandilla de hierro, respirando agitadamente. Tenía la cara arrugada y contraída. La mano que aferraba la pesada vara negra parecía una garra.

-No te he dado permiso para que te vayas -dijo Gandalf con severidad-. No he terminado aún. No eres más que un bobo, Saruman, y sin embargo inspiras lástima. Estabas a tiempo todavía de apartarte de la locura y la maldad, y ayudar de algún modo. Pero elegiste quedarte aquí, royendo las hilachas de tus viejas intrigas. ¡Quédate pues! Mas te lo advierto, no te será fácil volver a salir. A menos que las manos tenebrosas del Este se extiendan hasta aquí para llevarte. ¡Saruman! -gritó, y la voz creció aún más en potencia y autoridad-. ¡Mírame! No soy Gandalf el Gris a quien tú traicionaste. Soy Gandalf el Blanco que ha regresado de la muerte. Ahora tú no tienes color y yo te expulso de la orden y del Concilio.

Alzó la mano y habló lentamente, con voz clara y fría.

-Saruman, tu vara está rota. -Se oyó un crujido, y la vara se partió en dos en la mano de Saruman; la empuñadura cayó a los pies de Gandalf.- ¡Vete! -dijo Gandalf. Saruman retrocedió con un grito y huyó, arrastrándose como un reptil. En ese momento un objeto pesado y brillante cayó desde lo alto con estrépito. Rebotó contra la barandilla de hierro, en el mismo instante en que Saruman se alejaba de ella, y pasando muy cerca de la cabeza de Gandalf, golpeó contra el escalón en que estaba el mago. La barandilla vibró y se rompió con un estallido. El escalón crujió y se hizo añicos con un chisporroteo. Pero la bola permaneció intacta: rodó escaleras abajo, un globo de cristal, oscuro, aunque con un corazón incandescente. Mientras se alejaba saltando hacia un charco, Pippin corrió y la recogió.

-¡Canalla y asesino! -gritó Eomer.

Pero Gandalf permaneció impassible. -No, no fue Saruman quien la arrojó -dijo-; ni creo que lo haya ordenado. Partió de una ventana mucho más alta. Un tiro de despedida de maese Lengua de Serpiente, me imagino, pero le falló la puntería.

-Tal vez porque no pudo decidir a quién odiaba más, a ti o a Saruman -dijo Aragorn.

-Es posible -dijo Gandalf -. Magro consuelo encontrarán estos dos en mutua compañía: se roerán entre ellos con palabras. Pero el castigo es justo. Si Lengua de Serpiente sale alguna vez con vida de Orthanc, será una suerte inmerecida.

»¡Aquí, muchacho, yo llevaré eso! No te pedí que lo recogieras -gritó, volviéndose bruscamente y viendo a Pippin que subía la escalera con lentitud, como si transportase un gran peso. Bajó algunos peldaños, y yendo al encuentro del hobbit le sacó rápidamente de las manos la esfera oscura y la envolvió en los pliegues de la capa-. Yo me ocuparé -dijo-. No es un objeto que Saruman hubiera elegido para arrojar contra nosotros.

-Pero sin duda podría arrojar otras cosas -dijo Gimli-. Si la conversación ha terminado, ¡pongámonos al menos fuera del alcance de las piedras!

-Ha terminado -dijo Gandalf-. Partamos.

Volvieron la espalda a las puertas de Orthanc y bajaron la escalera. Los caballeros aclamaron al rey con alegría y saludaron a Gandalf. El sortilegio de Saruman se había roto: lo habían visto acudir a la llamada de Gandalf y escurrirse luego como un reptil.

-Bueno, esto es asunto concluido -dijo Gandalf-. Ahora he de encontrar a Bárbol y contarle lo que ha pasado.

-Se lo habrá imaginado, supongo -dijo Merry-. ¿Acaso podía haber terminado de alguna otra manera?

-No lo creo -dijo Gandalf-, aunque por un instante la balanza estuvo en equilibrio. Pero yo tenía mis razones para intentarlo, algunas misericordiosas, otras menos. En primer lugar, le demostré a Saruman que ya no tiene tanto poder en la voz. No puede ser al mismo tiempo tirano y consejero. Cuando la conspiración está madura, el secreto ya no es posible. Sin embargo él cayó en la trampa, e intentó embaucar a sus víctimas una por una, mientras las otras escuchaban. Entonces le propuse una última alternativa y generosa, por cierto: renunciar tanto a Mordor como a sus planes personales y reparar los males que había causado ayudándonos en un momento de necesidad. Nadie conoce nuestras dificultades mejor que él. Hubiera podido prestarnos grandes servicios; pero eligió negarse y no renunciar al poder de Orthanc. No está dispuesto a servir, sólo quiere dar órdenes. Ahora vive aterrorizado por la sombra de Mordor y sin embargo sueña aún con capear la tempestad. ¡Pobre loco! Será devorado, si el poder del Este extiende los brazos hasta Isengard. Nosotros no podemos destruir a Orthanc desde afuera, pero Sauron... ¿quién sabe lo que es capaz de hacer?

-¿Y si Sauron no gana la guerra? ¿Qué le harás a Saruman? -preguntó Pippin.

-¿Yo? ¡Nada! -dijo Gandalf -. No le haré nada. No busco poder. ¿Qué será de él? No lo sé. Me entristece pensar que tantas cosas que alguna vez fueron buenas se pudran ahora en esa torre. Como quiera que sea a nosotros no nos ha ido del todo mal. ¡Extrañas son las vueltas del destino! A menudo el odio se vuelve contra sí mismo. Sospecho que aun cuando hubiésemos entrado en Orthanc, habríamos encontrado pocos tesoros más preciosos que este objeto que nos arrojó Lengua de Serpiente.

Un grito estridente, bruscamente interrumpido, partió de una ventana abierta en lo más alto de la torre.

-Parece que Saruman piensa como yo -dijo Gandalf-. ¡Dejémoslos!

Volvieron a las ruinas de la puerta. Habían atravesado apenas la arcada, cuando Bárbol y una docena de ents salieron de entre las sombras de las pilas de piedras, donde se habían ocultado. Aragorn, Gimli y Legolas los miraban perplejos.

-He aquí a tres de mis compañeros, Bárbol -dijo Gandalf -. Te he hablado de ellos, pero aún no los habías conocido. -Los nombró a todos.

El Viejo Ent los escudriñó largamente y los saludó uno por uno. El último a quien habló fue a Legolas.

-¿Así que has venido desde el Bosque Negro, mi buen elfo? ¡Era un gran bosque, tiempo atrás!

-Y todavía lo es -dijo Legolas-, pero nosotros, los que habitamos en él, nunca nos cansamos de ver árboles nuevos. Me sentiría más feliz si pudiera visitar el Bosque de

Fangorn. Apenas llegué a cruzar el linde y desde entonces no sueño en otra cosa que en regresar.

Los ojos de Bárbo! brillaron de placer.

-Espero que tu deseo pueda realizarse antes que las colinas envejecan -dijo.

-Vendré, si la suerte me acompaña -dijo Legolas-. He hecho un pacto con mi amigo, que si todo anda bien, un día visitaremos Fangorn juntos... con tu permiso.

-Todo elfo que venga contigo será bien venido -dijo Bárbo!.

-El amigo de quien hablo no es un elfo -dijo Legolas-; me refiero a Gimli hijo de Glóin, aquí presente -Gimli hizo una profunda reverencia y el hacha se le resbaló del cinturón y chocó contra el suelo.

-¡Hum, hm! ¡Ajá! -dijo Bárbo!, observando a Gimli con una mirada sombría-. ¡Un enano y con un hacha con añadidura! ¡Hum! Tengo buena voluntad para con los elfos, pero pides demasiado. ¡Extraña amistad la vuestra!

-Puede parecer extraña -dijo Legolas-; pero mientras Gimli viva no vendré solo a Fangorn. El hacha no está destinada a los árboles sino a las cabezas de los orcos. Oh Fangorn, Señor del Bosque de Fangorn. Cuarenta y dos decapitó en la batalla.

-¡Ouuu! ¡Vaya! -dijo Bárbo!. Esto suena mejor. Bueno, bueno, las cosas seguirán el curso natural; es inútil querer apresurarlas. Pero ahora hemos de separarnos por algún tiempo. El día llega a su fin y Gandalf dice que partiréis antes de la caída de la noche y que el Señor de la Marca quiere volver en seguida a su casa.

-Sí, hemos de partir, y ahora mismo -dijo Gandalf -. Tendré que dejarte sin tus porteros me temo. Pero no los necesitarás.

-Tal vez -dijo Bárbo!. Pero los echaré de menos. Nos hicimos amigos en tan poco tiempo que quizá me estoy volviendo apresurado... como si retrocediera a la juventud, quizá. Pero lo cierto es que son las primeras cosas nuevas que he visto bajo el Sol o la Luna en muchos, muchísimos años. Y no los olvidaré. He puesto esos nombres en la Larga Lista. Los ents los recordarán.

Ents viejos como montañas, nacidos de la tierra,
grandes caminadores y bebedores de agua;
y hambrientos como cazadores, los niños Hobbits,
el pueblo risueño, la Pequeña Gente.

»Mientras las hojas continúen renovándose, ellos serán nuestros amigos. ¡Buen viaje! Pero si en vuestro país encantador, en la Comarca, tenéis noticias que puedan interesarme ¡hacédmelo saber! Entendéis a qué me refiero: si oís hablar de las ent-mujeres, o si las veis en algún lugar. Venid vosotros mismos, si es posible.

-Lo haremos -exclamaron a coro Merry y Pippin, mientras se alejaban de prisa. Bárbo! los siguió con la mirada y durante un rato guardó silencio moviendo pensativamente la cabeza. Luego se volvió a Gandalf.

-¿Así que Saruman no quiso marcharse? -dijo-. Me lo esperaba. Tiene el corazón tan podrido como el de un uorno negro. Sin embargo, si yo fuese derrotado y todos mis árboles fueran destruidos, tampoco yo me marcharía mientras tuviera un agujero oscuro donde ocultarme.

-No -dijo Gandalf-. Aunque tú no pensaste invadir con tus árboles el mundo entero y sofocar a todas las otras criaturas. Pero así son las cosas, Saruman se ha quedado para

alimentar odios y tramar nuevas intrigas. La Llave de Orthanc la tiene él. Pero no podemos permitir que escape.

-¡Claro que no! De eso cuidaremos los ents -dijo Bárbo!. Saruman no pondrá el pie fuera de la roca, sin mi permiso. Los ents lo vigilarán.

-¡Excelente! -dijo Gandalf -. No esperaba menos. Ahora puedo partir y dedicarme a otros asuntos. Pero tienes que poner mucha atención. Las aguas han descendido. Temo que unos centinelas alrededor de la torre no sea suficiente. Sin duda hay túneles profundos excavados debajo de Orthanc y Saruman espera poder ir y venir sin ser visto, dentro de poco. Si vas a ocuparte de esta tarea, te ruego que hagas derramar las aguas otra vez; hasta que Isengard se convierta en un estanque perenne, o hasta que descubras las bocas de los túneles. Cuando todos los sitios subterráneos estén inundados y hayas descubierto los desagües, entonces Saruman se verá obligado a permanecer en la torre y mirar por las ventanas.

-¡Déjalo por cuenta de los ents! -dijo Bárbo!. Exploraremos el valle palmo a palmo y miraremos bajo todas las piedras. Ya los árboles se disponen a volver, los árboles viejos, los árboles salvajes. El Bosque Vigilante, lo llamaremos. Ni una ardilla entrará aquí sin que yo lo sepa. ¡Déjalo por cuenta de los ents! Hasta que los años en que estuvo atormentándonos hayan pasado siete veces, no nos cansaremos de vigilarlo.

EL PALANTIR

El sol se hundía detrás del largo brazo occidental de las montañas cuando Gandalf y sus compañeros, y el rey y los jinetes partieron de Isengard. Gandalf llevaba a Merry en la grupa del caballo y Aragorn llevaba a Pippin. Dos de los hombres del rey se adelantaron a galope tendido y pronto se perdieron de vista en el fondo del valle. Los otros continuaron a paso más lento.

Una solemne fila de ents, erguidos como estatuas ante la puerta, con los largos brazos levantados, asistía silenciosa a la partida. Cuando se hubieron alejado un trecho por el camino sinuoso, Merry y Pippin volvieron la cabeza. El sol brillaba aún en el cielo, pero las sombras se extendían ya sobre Isengard: unas ruinas grises que se hundían en las tinieblas. Ahora Bárbol estaba solo, como la cepa de un árbol distante: los hobbits recordaron el primer encuentro, allá lejos en la asoleada cornisa de los lindes de Fangorn.

Llegaron a la columna de la Mano Blanca. La columna seguía en Pie, pero la mano esculpida había sido derribada y yacía rota en mil pedazos. En el centro mismo del camino se veía el largo índice, blanco en el crepúsculo, y la uña roja se ennegrecía lentamente. ,

-¡Los ents no descuidan ningún detalle! -observó Gandalf.

Continuaron cabalgando y la noche se cerró en la hondonada.

-¿Piensas cabalgar toda la noche, Gandalf? -preguntó Merry al cabo de un rato-. No sé cómo te sentirás tú con esta chusma que llevas a la rastra prendida a los faldones, pero la chusma está cansada y le alegraría dejar de ir a la rastra y echarse a descansar.

-¿Así que oíste eso? -dijo Gandalf-. ¡No lo tomes a pecho! Alégrate que no te hayan dedicado palabras más lisonjeras. Nunca se había encontrado con un hobbit y no sabía cómo hablarte. No te sacaba los ojos de encima. Si esto puede de algún modo reconfortar tu amor propio, te diré que en este momento tú y Pippin le preocupáis más que cualquiera de nosotros. Quiénes sois; cómo vinisteis aquí; y por qué; qué sabéis; si fuisteis capturados y en ese caso cómo escapasteis cuando todos los orcos perecieron... éstos son los pequeños enigmas que ahora perturban esa gran mente. Un sarcasmo en boca de Saruman, Meriadoc, es un cumplido, y puedes sentirte honrado por ese interés.

-¡Gracias! -dijo Merry-. ¡Pero prefiero la honra de ir prendido a tus faldones, Gandalf! Ante todo, porque así es posible repetir una pregunta. ¿Piensas cabalgar toda la noche?

Gandalf se echó a reír.

-¡Un hobbit insaciable! Todos los magos tendrían que tener uno o dos hobbits a su cuidado, para que les enseñaran el significado de las palabras y los corrigieran. Te pido perdón. Pero hasta en estos detalles he pensado. Seguiremos viaje aún algunas horas, sin fatigarnos, hasta el otro lado del valle. Mañana tendremos que cabalgar más de prisa.

»Cuando llegamos, nuestra intención era volver directamente de Isengard a la morada del Rey en Edoras, a través de la llanura, una cabalgata de varios días. Pero hemos reflexionado y cambiado los planes. Hemos enviado mensajeros al Abismo de Helm, a anunciar que el rey regresará mañana. De allí partirá con muchos hombres hacia el Sagrario, por los senderos que pasan entre las colinas. De ahora en adelante es preciso evitar que más de dos o tres hombres cabalguen juntos, tanto de día como de noche.

-Tú, como de costumbre, ¿no nos das nada o nos das doble ración! -dijo Merry-. ¡Y yo que no pensaba en otra cosa que en un lugar donde dormir esta noche! ¿Dónde está y qué es ese Abismo de Helm y todo lo demás? No sé absolutamente nada de este país.

-En ese caso harías bien en aprender algo, si deseas comprender lo que está sucediendo. Pero no en este momento, ni de mí: tengo muchas cosas urgentes en que pensar.

-Está bien, se lo preguntaré a Trancos, cuando acampemos: él es menos quisquilloso. Pero ¿por qué tanto misterio? Creía que habíamos ganado la batalla.

-Sí, hemos ganado, pero sólo la primera victoria, y ahora el peligro es mayor. Había algún vínculo entre Isengard y Mordor que aún no he podido desentrañar. Intercambiaban noticias, es evidente, pero no sé cómo. El ojo de Barad-dûr ha de estar escudriñando con impaciencia el Valle del Mago, creo; y las tierras de Rohan. Cuanto menos vea, mejor que mejor.

El camino proseguía lentamente, serpenteando por el valle. Ahora distante, ahora cercano, el Isen fluía por un lecho pedregoso. La noche descendía de las montañas. Las nieblas se habían desvanecido. Soplaban un viento helado. La luna, ya casi llena, iluminaba el cielo del este con un pálido y frío resplandor. A la derecha, las estribaciones de las montañas parecían lomas desnudas. Las vastas llanuras se abrían grises ante ellos.

Por fin hicieron un alto. Desviándose del camino principal, cabalgaron otra vez tierra adentro por las largas estribaciones herbosas. Luego de haber recorrido una o dos millas hacia el oeste llegaron a un valle. Se abría hacia el mar, recostado sobre la pendiente del redondo Dol Baran, la última montaña de la cordillera septentrional, de verdes laderas y coronada de brezos. En las paredes del valle, erizadas de helechos del año anterior, apuntaban ya en un suelo levemente perfumado las enmarañadas frondas de la primavera. Allí, en los bajíos cubiertos de espesos zarzales, levantaron campamento, una o dos horas antes de la medianoche. Encendieron la hoguera en una concavidad junto a las raíces de un espino blanco, alto y frondoso como un árbol, encorvado por la edad, pero de miembros todavía vigorosos: las yemas despuntaban en todas las ramas.

Organizaron turnos de guardia, de dos centinelas. Los demás, luego de comer, se envolvieron en las capas, y cubriéndose con una manta se echaron a dormir. Los hobbits se acostaron juntos sobre un montón de helechos secos. Merry tenía sueño, pero Pippin parecía ahora curiosamente intranquilo. Daba vueltas y vueltas, y el camastro de helechos crujía y susurraba.

-¿Qué te pasa? -le preguntó Merry-. ¿Te has acostado sobre un hormiguero?

-No -dijo Pippin-. Pero estoy incómodo. Me pregunto cuánto hace que no duermo en una cama.

Merry bostezó.

-¡Cuéntalo con los dedos! -dijo-. Pero no habrás olvidado cuándo partimos de Lórien.

-Oh, ¡eso! -dijo Pippin-. Quiero decir una cama verdadera, en una alcoba.

-Bueno, entonces Rivendel -dijo Merry-. Pero esta noche yo podría dormir en cualquier lugar.

-Tuviste suerte, Merry -dijo Pippin en voz baja, al cabo de un silencio-. Tú cabalgaste con Gandalf.

-Bueno ¿y qué?

-¿Conseguiste sacarle alguna noticia, alguna información?

-Sí, bastante. Más que de costumbre. Pero tú las oíste todas, o la mayoría; estabas muy cerca y no hablábamos en secreto. Pero mañana podrás cabalgar con él, si crees que podrías sacarle alguna otra cosa... y si él te acepta.

-¿De veras? ¡Magnífico! Pero es poco comunicativo ¿no te parece? No ha cambiado nada.

-¡Oh, sí! -dijo Merry, despertándose un poco, y empezando a preguntarse qué preocupaba a sus compañeros. Ha crecido, o algo así. Es al mismo tiempo más amable y más inquietante, más alegre y más solemne, me parece. Ha cambiado. Pero aún no sabemos hasta qué punto. ¡Piensa en la última parte de la conversación con Saruman! Recuerda que Saruman fue en un tiempo el superior de Gandalf: jefe del Concilio, aunque no sé muy bien qué significa eso. Era Saruman el Blanco. Ahora Gandalf es el Blanco. Saruman acudió a la llamada y perdió la vara, y luego Gandalf lo despidió, ¡y él acató la orden!

-Bueno, si en algo ha cambiado, como dices, está más misterioso que nunca, eso es todo -replicó Pippin -. Esa... bola de vidrio, por ejemplo. Parecía contento de tenerla consigo. Algo sabe o sospecha. ¿Pero nos dijo qué? No, ni una palabra. Y sin embargo fui yo quien la recogió, e impedí que rodase hasta un charco. *Aquí, muchacho, yo la llevaré...* eso fue todo lo que dijo. Me gustaría saber qué es. Pesaba tanto. -La voz de Pippin se convirtió casi en un susurro, como si hablara consigo mismo.

-¡Ajá! -dijo Merry-. ¿Así que es eso lo que te tiene a mal traer? Vamos, Pippin, muchacho, no olvides el dicho de Gildor, aquel que Sam solía citar: *No te entremetas en asuntos de magos, que son gente astuta e irascible.*

-Pero si desde hace meses y meses no hacemos otra cosa que entrometernos en asuntos de magos -dijo Pippin-. Además del peligro, me gustaría tener alguna información. Me gustaría echarle una ojeada a esa bola.

¡Duérmete de una vez! -dijo Merry-. Ya te enterarás, tarde temprano. Mi querido Pippin, jamás un Tuk le ganó en curiosidad un Brandigamo; ¿pero te parece el momento oportuno?

-¡Está bien! ¿Pero qué hay de malo en que te cuente lo que a mí me gustaría: echarle una ojeada a esa piedra? Sé que no puedo hacerlo, con el viejo Gandalf sentado encima, como una gallina sobre un huevo. Pero no me ayuda mucho no oírte decir otra cosa que *no-puedes-así-que-duérmete-de-una-vez.*

-Bueno ¿qué más podría decirte? -dijo Merry-. Lo siento, Pippin, pero tendrás que esperar hasta la mañana. Yo seré tan curioso como tú después del desayuno y te ayudaré tanto como pueda a sonsacarle información a los magos. Pero ya no puedo mantenerme despierto. Si vuelvo a bostezar, se me abrirá la boca hasta las orejas. ¡Buenas noches!

Pippin no dijo nada más. Ahora estaba inmóvil, pero el sueño se negaba a acudir; y ni siquiera parecía asentarle la suave y acompasada respiración de Merry, que se había dormido pocos segundos después de haberle dado las buenas noches. El recuerdo del globo oscuro parecía más vivo en el silencio de alrededor. Pippin volvía a sentir el peso en las manos y volvía a ver los misteriosos abismos rojos que había escudriñado un instante. Se dio vuelta y trató de pensar en otra cosa.

Por último, no aguantó más. Se levantó y miró en torno. Hacía frío y se arrebujó en la capa. La luna brillaba en el valle, blanca y fría, y las sombras de los matorrales eran negras. Todo alrededor yacían formas dormidas. No vio a los dos centinelas: quizás

habían subido a la loma, o estaban escondidos entre los helechos. Arrastrado por un impulso que no entendía, se acercó con sigilo al sitio donde descansaba Gandalf. Lo miró. El mago parecía dormir, pero los párpados no estaban del todo cerrados: los ojos centelleaban debajo de las largas pestañas. Pippin retrocedió rápidamente. Pero Gandalf no se movió; el hobbit avanzó otra vez, casi contra su voluntad, por detrás de la cabeza del mago. Gandalf estaba envuelto en una manta, con la capa extendida por encima; muy cerca, entre el flanco derecho y el brazo doblado, había un bulto, una cosa redonda envuelta en un lienzo oscuro; y al parecer la mano que la sujetaba acababa de deslizarse hasta el suelo.

Conteniendo el aliento, Pippin se aproximó paso a paso. Por último se arrodilló. Entonces lenta, furtivamente, levantó el bulto; pesaba menos de lo que suponía. «Quizá no era más que un paquete de trastos sin importancia», pensó curiosamente aliviado, pero no volvió a poner el bulto en su sitio. Permaneció un instante muy quieto con el bulto entre los brazos. De pronto se le ocurrió una idea. Se alejó de puntillas, buscó una piedra grande, y volvió junto a Gandalf.

Retiró con presteza el lienzo, envolvió la piedra y arrodillándose la puso al alcance de la mano de Gandalf. Entonces miró por fin el objeto que acababa de desenvolver. Era el mismo: una tersa esfera de cristal, ahora oscura y muerta, inmóvil y desnuda. La levantó, la cubrió presurosamente con su propia capa, y en el momento en que iba a retirarse, Gandalf se agitó en sueños, y murmuró algunas palabras en una lengua desconocida; extendió a tientas la mano y la apoyó sobre la piedra envuelta en el lienzo; luego suspiró y no volvió a moverse.

«¡Pedazo de idiota!», se dijo Pippin entre dientes. «Te vas a meter en un problema espantoso. ¡Devuélvelo a su sitio, pronto!» Pero ahora le temblaban las rodillas y no se atrevía a acercarse al mago y remediar el entuerto. «Ya no podré acercarme sin despertar a Gandalf», pensó. «En todo caso será mejor que me tranquilice un poco. Así que mientras tanto bien puedo echarle una mirada. ¡Pero no aquí!» Se alejó un trecho sin hacer ruido y se detuvo en un montículo verde. La luna miraba desde el borde del valle.

Pippin se sentó con la esfera entre las rodillas levantadas y se inclinó sobre ella como un niño glotón sobre un plato de comida, en un rincón lejos de los demás. Abrió la capa y miró. Alrededor el aire parecía tenso, quieto. Al principio la esfera estaba oscura, negra como el azabache, y la luz de la luna centelleaba en la superficie lustrosa. De súbito una llama tenue se encendió y se agitó en el corazón de la esfera, atrayendo la mirada de Pippin, de tal modo que no le era posible desviarla. Pronto todo el interior del globo pareció incandescente; ahora la esfera daba vueltas, o eran quizá las luces de dentro que giraban. De repente, las luces se apagaron. Pippin tuvo un sobresalto y aterrorizado trató de liberarse, pero siguió encorvado, con la esfera apretada entre las manos, inclinándose cada vez más. Y súbitamente el cuerpo se le puso rígido; los labios le temblaron un momento. Luego, con un grito desgarrador, cayó de espaldas y allí quedó tendido, inmóvil.

El grito había sido penetrante y los centinelas saltaron desde los terraplenes. Todo el campamento estuvo pronto de pie.

-¡Así que éste es el ladrón! -exclamó Gandalf. Rápidamente echó la capa sobre la esfera-. ¡Y tú, nada menos que tú, Pippin! ¡Qué cariz tan peligroso han tomado las cosas! - Se arrodilló junto el cuerpo de Pippin: el hobbit yacía boca arriba, rígido, los ojos clavados

en el cielo.- ¡Cosa de brujos! ¿Qué daño habrá causado, a él mismo, y a todos nosotros? -El semblante del mago estaba tenso y demudado.

Tomó la mano de Pippin y se inclinó sobre él; escuchó un momento la respiración del hobbit, luego le puso las manos sobre la frente. El hobbit se estremeció. Los ojos se le cerraron. Lanzó un grito; y se sentó, mirando con profundo desconcierto las caras de alrededor, pálidas a la luz de la luna.

-¡No es para ti, Saruman! -gritó con una voz aguda y falta de tono, apartándose de Gandalf -. Mandaré a alguien para que me lo traiga en seguida. ¿Me entiendes? ¡Di eso solamente! -Luego trató de ponerse de pie y escapar, pero Gandalf lo retuvo con dulzura y firmeza.

-¡Peregrin Tuk! -dijo-. ¡Vuelve!

El hobbit dejó de debatirse y volvió a caer de espaldas, apretando la mano del mago.

-¡Gandalf! -gritó-. ¡Gandalf! ¡Perdóname!

-¿Que te perdone? -dijo el mago-. ¡Dime primero qué has hecho!

-Yo... te saqué el globo y lo miré -balbució Pippin-, y vi cosas horripilantes. Y quería escapar pero no podía. Y entonces vino él y me interrogó; y me miraba fijo; y... y no recuerdo nada más.

-Me basta con eso -dijo Gandalf severamente-. ¿Qué fue lo que viste y qué dijiste?

Pippin cerró los ojos estremeciéndose, pero no contestó. Todos observaban la escena en silencio, excepto Merry que miraba a otro lado. Pero la expresión de Gandalf era aún dura e inflexible.

-¡Habla! -dijo.

En voz baja y vacilante Pippin empezó a hablar otra vez y poco a poco las palabras se hicieron más firmes y claras.

-Vi un cielo oscuro y murallas altas -dijo-. Y estrellas diminutas. Todo parecía muy lejano y remoto, y sólido a la vez y nítido. Las estrellas aparecían y desaparecían... oscurecidas por el vuelo de criaturas aladas. Creo que eran muy grandes, en realidad; pero en el cristal yo las veía como murciélagos que revoloteaban alrededor de la torre. Me pareció que eran nueve. Una bajó directamente hacia mí y era más y más grande a medida que se acercaba. Tenía un horrible... no, no lo puedo decir.

»Traté de huir, porque pensé que saldría volando fuera del globo; pero cuando la sombra cubrió toda la esfera, desapareció. Entonces vino él. No hablaba con palabras. Pero me miraba y yo comprendía.

»¿De modo que has regresado? ¿Por qué no te presentaste a informar durante tanto tiempo?"

»No respondí. Él me preguntó: "¿Quién eres?" Tampoco esta vez respondí, pero me costaba mucho callar, y él me apremiaba, tanto que al fin dije: "Un hobbit."

»Entonces fue como si me viera de improviso y se rió de mí. Era cruel. Yo me sentía como si estuvieran a cuchillándome. Traté de escapar, pero él me ordenó: " ¡Espera un momento! Pronto volveremos a encontrarnos. Dile a Saruman que este manjar no es para él. Mandaré a alguien para que me lo traiga en seguida. ¿Has entendido bien? ¡Dile eso solamente!" Entonces me miró con una alegría perversa. Me pareció que me estaba cayendo en pedazos. ¡No, no! No puedo decir nada más. No recuerdo nada más.

-¡Mírame! -le dijo Gandalf.

Pippin miró a Gandalf a los ojos. Por un momento el mago le sostuvo la mirada en silencio. Luego el rostro se le dulcificó y le mostró la sombra de una sonrisa. Puso la mano afectuosamente en la cabeza de Pippin.

-¡Está bien! -dijo-. ¡No digas *más!* No has sufrido ningún daño. No ocultas la mentira en tus ojos, como yo había temido. Pero él no habló contigo mucho tiempo. Eres un tonto, pero un tonto honesto, Peregrin Tuk. Otros más sabios hubieran salido mucho peor de un trance como éste. ¡Pero no lo olvides! Te has salvado, tú y todos tus amigos, ayudado por la buena suerte, como suele decirse. No podrás contar con ella una segunda vez. Si él te hubiese interrogado en ese mismo momento, estoy casi seguro de que le habrías dicho todo cuanto sabes, lo que hubiera significado la ruina de todos nosotros. Pero estaba demasiado impaciente. No sólo quería información- te quería *a ti*, cuanto antes, para poder disponer de ti en la Torre Oscura. ¡No tiembles! Si te da por entrometerte en asuntos de magos, tienes que estar preparado para eventualidades como ésta. ¡Bien! ¡Te perdono! ¡Tranquilízate! Las cosas hubieran podido tomar un sesgo aún mucho más terrible.

Levantó a Pippin con delicadeza y lo llevó a su camastro. Merry lo siguió y se sentó junto a él.

-¡Acuéstate y descansa, si puedes, Pippin! -dijo Gandalf-. Ten confianza en mí. Y si vuelves a sentir un cosquilleo en las palmas, ¡avísame! Esas cosas tienen cura. En todo caso, mi querido hobbit, ¡no se te ocurra volver a ponerme un trozo de piedra debajo del hombro! Ahora os dejaré solos a los dos un rato.

Y con esto Gandalf volvió a donde estaban los otros, junto a la piedra de Orthanc, todavía perturbados.

-El peligro llega por la noche cuando menos se lo espera -dijo-. ¡Nos hemos salvado por un pelo!

-¿Cómo está el hobbit Pippin? -preguntó Aragorn.

-Creo que dentro de poco todo habrá pasado -respondió Gandalf-. No lo retuvieron mucho tiempo y los hobbits tienen una capacidad de recuperación extraordinaria. El recuerdo, o al menos el horror de las visiones, habrá desaparecido muy pronto. Demasiado pronto, quizá. ¿Quieres tú, Aragorn, llevar la piedra de Orthanc y custodiarla? Es una carga peligrosa.

-Peligrosa es en verdad, mas no para todos -dijo Aragorn-. Hay alguien que puede reclamarla por derecho propio. Porque este es sin duda *el palantir* de Orthanc del tesoro de Elendil, traído aquí por los Reyes de Gondor. Se aproxima mi hora. La llevaré.

Gandalf miró a Aragorn y luego, ante el asombro de todos, levantó la piedra envuelta en la capa y con una reverencia la puso en las manos de Aragorn.

-¡Recíbela, señor! -dijo- en prenda de otras cosas que te serán restituidas. Pero si me permites aconsejarte en el uso de lo que es tuyo, ¡no la utilices... por el momento! ¡Ten cuidado!

-¿He sido alguna vez precipitado o imprudente, yo que he esperado y me he preparado durante tantos años? -dijo Aragorn.

-Nunca hasta ahora. No tropieces al final del camino -respondió Gandalf -. De todos modos, guárdala en secreto. ¡Tú y todos los aquí presentes! El hobbit Peregrin, sobre todo, ha de ignorar a qué manos ha sido confiada. El acceso maligno podría repetírsela. Porque ¡ay! la ha tenido en las manos y la ha mirado por dentro, cosa que jamás debió hacer. No tenía que haberla tocado en Isengard y yo no actué con rapidez suficiente. Pero todos mis pensamientos estaban puestos en Saruman y no sospeché la naturaleza de la piedra hasta que fue demasiado tarde. Pero ahora estoy seguro. No tengo ninguna duda.

-Sí, no cabe ninguna duda -dijo Aragorn-. Por fin hemos descubierto cómo se comunicaban Isengard y Mordor. Muchos misterios quedan aclarados.

-¡Extraños poderes tienen nuestros enemigos y extrañas debilidades! -dijo Théoden-. Pero, como dice un antiguo proverbio: *El daño del mal recae a menudo sobre el propio mal*

-Ha ocurrido muchas veces -dijo Gandalf -. En todo caso esta vez hemos sido extraordinariamente afortunados. Es posible que este hobbit me haya salvado de cometer un error irreparable. Me preguntaba si no tendría que estudiar yo mismo la esfera y averiguar para qué la utilizaban. De haberlo hecho, le habría revelado a él mi presencia. No estoy preparado para una prueba semejante y no sé si lo estaré alguna vez. Pero aun cuando encontrase en mí la fuerza de voluntad necesaria para apartarme a tiempo, sería desastroso que él me viera, por el momento... hasta que llegue la hora en que el secreto ya no sirva de nada.

-Creo que esa hora ha llegado -dijo Aragorn.

-No, todavía no -dijo Gandalf -. Queda aún un breve período de incertidumbre que hemos de aprovechar. El enemigo pensaba obviamente que la piedra seguía estando en Orthanc ¿por qué habría de pensar otra cosa? Y que era allí donde el hobbit estaba prisionero y que Saruman lo obligaba a mirar la esfera para torturarlo. La mente tenebrosa ha de estar ocupada ahora con la voz y la cara del hobbit y la perspectiva de tenerlo pronto con él. Quizá tarde algún tiempo en darse cuenta del error. Y nosotros aprovecharemos este respiro. Hemos actuado con excesiva calma. Ahora nos daremos prisa. Y las cercanías de Isengard no son lugar propicio para que nos demoremos aquí. Yo partiré inmediatamente con Peregrin Tuk. Será mejor para él que estar tendido en la oscuridad mientras los otros duermen.

-Yo me quedaré aquí con Eomer y diez de los caballeros -dijo el rey-. Saldremos al amanecer. Los demás escoltarán a Aragorn y podrán partir cuando lo crean conveniente.

-Como quieras - dijo Gandalf -. ¡Pero procura llegar lo más pronto posible al refugio de las montañas, al Abismo de Helm!

En ese momento una sombra cruzó bajo el cielo ocultando de pronto la luz de la luna. Varios de los caballeros gritaron y levantando los brazos se cubrieron la cabeza y se encogieron como para protegerse de un golpe que venía de lo alto: un pánico ciego y un frío mortal cayó sobre ellos. Temerosos, alzaron los ojos. Una enorme figura alada pasaba por delante de la luna como una nube oscura. La figura dio media vuelta y fue hacia el norte, más rauda que cualquier viento de la Tierra Media. Las estrellas se apagaban a su paso. Casi en seguida desapareció.

Todos estaban ahora de pie, como petrificados. Gandalf miraba el cielo, los puños crispados, los brazos tiesos a lo largo del cuerpo.

-¡Nazgûl! -exclamó-. El mensajero de Mordor. La tormenta se avecina. ¡Los Nazgûl han cruzado el río! ¡Partid, partid! ¡No aguardéis hasta el alba! ¡Que los más veloces no esperen a los más lentos! ¡Partid!

Echó a correr, llamando a Sombragris. Aragorn lo siguió. Gandalf se acercó a Pippin y lo tomó en sus brazos.

-Esta vez cabalgarás conmigo -dijo-. Sombragris te mostrará cuanto es capaz de hacer. -Volvió entonces al sitio en que había dormido. Sombragris ya lo esperaba allí. Colgándose del hombro el pequeño saco que era todo su equipaje, el mago saltó a la grupa

de Sombragris. Aragorn levantó a Pippin y lo depositó en brazos de Gandalf, envuelto en una manta.

-¡Adiós! ¡Seguidme pronto! –gritó Gandalf-. En marcha, Sombragris.

El gran corcel sacudió la cabeza. La cola flotó sacudiéndose a la luz de la luna. En seguida dio un salto hacia adelante, golpeando el suelo, y desapareció en las montañas como un viento del norte.

-¡Qué noche tan hermosa y apacible! -le dijo Merry a Aragorn-. Algunos tienen una suerte prodigiosa. No quería dormir y quería cabalgar con Gandalf... ¡y ahí lo tienes! En vez de convertirlo en estatua de piedra y condenarlo a quedarse aquí, como escarmiento.

-Si en vez de Pippin hubieras sido tú el primero en recoger la piedra de Orthanc, ¿qué habría sucedido? -dijo Aragorn-. Quizás hubieras hecho cosas peores. ¿Quién puede saberlo? Pero ahora te ha tocado a ti en suerte cabalgar conmigo, me temo. Y partiremos en seguida. Apróntate y trae todo cuanto Pippin pueda haber dejado. ¡Date prisa!

Sombragris volaba a través de las llanuras; no necesitaba que lo azuzaran o lo guiaran. En menos de una hora habían llegado a los Vados del Isen y los habían cruzado. El túmulo de los Caballeros, el cerco de lanzas frías, se alzaba gris detrás de ellos.

Pippin ya estaba recobrándose. Ahora sentía calor, pero el viento que le acariciaba el rostro era refrescante y vivo; y cabalgaba con Gandalf. El horror de la piedra y de la sombra inmundada que había empañado la luna se iba borrando poco a poco, como cosas que quedaran atrás entre las nieblas de las montañas o como imágenes fugitivas de un sueño. Respiró hondo.

-No sabía que montabas en pelo, Gandalf - dijo- ¡No usas silla ni bridas!

-Sólo a Sombragris lo monto a la usanza élfica -dijo Gandalf-. Sombragris rechaza los arneses y avíos: y en verdad, no es uno quien monta a Sombragris; es Sombragris quien acepta llevarlo a uno... o no. Y si él te acepta, ya es suficiente. Es él entonces quien cuida de que permanezcas en la grupa, a menos que se te antoje saltar por los aires.

-¿Vamos muy rápido? -preguntó Pippin-. Rapidísimo, de acuerdo con el viento, pero con un galope muy regular. Y casi no toca el suelo de tan ligero.

-Ahora corre como el más raudo de los corceles -respondió Gandalf -; pero esto no es muy rápido para él. El terreno se eleva un poco en esta región, más accidentada que del otro lado del río. ¡Pero mira cómo se acercan ya las Montañas Blancas a la luz de las estrellas! Allá lejos se alzan como lanzas negras los picos del Thrihyrne. Dentro de poco habremos llegado a la encrucijada y al Valle del Bajo, donde hace dos noches se libró la batalla.

Pippin permaneció silencioso durante un rato. Oyó que Gandalf canturreaba entre dientes y musitaba fragmentos de poemas en diferentes lenguas, mientras las millas huían a espaldas de los jinetes. Por último el mago entonó una canción cuyas palabras fueron inteligibles para el hobbit: algunos versos le llegaron claros a los oídos a través del rugido del viento:

Altos navíos y altos reyes

tres veces tres.

¿Qué trajeron de las tierras sumergidas

*sobre las olas del mar?
Siete estrellas y siete piedras
y un árbol blanco,*

-¿Qué estás diciendo, Gandalf? -preguntó Pippin.

-Estaba recordando simplemente algunas de las antiguas canciones -le respondió el mago-. Los hobbits las habrán olvidado supongo, aun las pocas que conocían.

-No, nada de eso -dijo Pippin-. Y además tenemos muchas canciones propias, que sólo se refieren a nosotros, y que quizá no te interesen. Pero ésta no la había escuchado nunca. ¿De qué habla...? ¿Qué son esas siete estrellas y esas siete piedras?

-Habla de los Palantiri de los Reyes de la Antigüedad -dijo Gandalf.

-¿Y qué son?

-El nombre significa *lo que mira a lo lejos*. La piedra de Orthanc era una de ellas.

-¿Entonces no fue fabricada -Pippin titubeó-, fabricada... por el enemigo?

-No -dijo Gandalf -. Ni por Saruman. Ni las artes de Saruman ni las de Sauron hubieran podido crear algo semejante. Los palantiri provienen de Eldamar, de más allá del Oesternesse. Los hicieron los Noldor; quizá fue el propio Fëanor el artífice que los forjó, en días tan remotos que el tiempo no puede medirse en años. Pero nada hay que Sauron pueda utilizar para el mal. -¡Triste destino el de Saruman! Esa fue la causa de su perdición, ahora lo comprendo. Los artilugios creados por un arte superior al que nosotros poseemos son siempre peligrosos. Sin embargo, ha de cargar con la culpa. ¡Insensato! Lo guardó en secreto, para su propio beneficio y jamás dijo una sola palabra a ninguno de los miembros del Concilio. Ni siquiera sospechaba que uno de los palantiri se había salvado de la destrucción de Gondor. Fuera del Concilio ya nadie recordaba entre los elfos y los hombres que alguna vez existieron esas maravillas, excepto en un antiguo poema que las gentes del país de Aragorn recitan aún.

-¿Para qué los utilizaban los hombres de antaño? -inquirió Pippin, feliz y estupefacto; estaba obteniendo tantas respuestas y se preguntaba cuánto duraría eso.

-Para ver a la distancia y para hablar en el pensamiento unos con otros -dijo Gandalf -. Así fue como custodiaron y mantuvieron unido el reino de Gondor durante tanto tiempo. Pusieron piedras en Minas Anor, y en Minas Ithil, y en Orthanc en el círculo de Isengard. La piedra maestra y más poderosa fue colocada debajo de la Cúpula de las Estrellas de Osgiliath antes que fuera destruida. Las otras estaban muy lejos. Dónde, pocos lo saben hoy pues ningún poema lo dice. Pero en la Casa de Elrond se cuenta que estaban en Annúminas y en Amon Sol, y que la piedra de Elendil se encontraba en las Colinas de la Torre que miran hacia Mithlond en el Golfo de Lune, donde están anclados los navíos grises.

»Los palantiri se comunicaban entre ellos, pero desde Osgiliath podían vigilarlos a todos a la vez. Al parecer, como la roca de Orthanc ha resistido los embates del tiempo, el palantir de esa torre también ha sobrevivido. Pero sin los otros sólo alcanzaba a ver pequeñas imágenes de cosas lejanas y días remotos. Muy útil, sin duda, para Saruman; es evidente, sin embargo, que él no estaba satisfecho. Miró más y más lejos hasta que al fin posó la mirada en Barad-dûr. ¡Entonces lo atraparon! ¿Quién puede saber dónde estarán ahora todas las otras piedras, rotas, o enterradas, o sumergidas en qué mares profundos? Pero una al menos Sauron la descubrió y la adaptó a sus designios. Sospecho que era la Piedra de Ithil, pues hace mucho tiempo Sauron se apoderó de Minas Ithil y la transformó en un sitio nefasto. Hoy es Minas Morgul.

»Es fácil imaginar con cuánta rapidez fue atrapado y fascinado el ojo andariego de Saruman; lo sencillo que ha sido desde entonces persuadirlo de lejos y amenazarle cuando la persuasión no era suficiente. El que mordía fue mordido, el halcón dominado por el águila, la araña aprisionada en una tela de acero. Quién sabe desde cuándo era obligado a acudir a la esfera para ser interrogado y recibir instrucciones; y la piedra de Orthanc tiene la mirada tan fija en Barad-dûr que hoy sólo alguien con una voluntad de hierro podría mirar en su interior sin que Barad-dûr le atrajera rápidamente los ojos y los pensamientos. ¿No he sentido yo mismo esa atracción? Aún ahora querría poner a prueba mi fuerza de voluntad, librarme de Sauron y mirar a donde yo quisiera... más allá de los anchos mares de agua y de tiempo hacia Tirion la Bella, y ver cómo trabajaban la mano y la mente inimaginables de Fëanor, ¡cuando el Arbol Blanco y el Arbol de Oro florecían aún! -Gandalf suspiró y calló.

-Ojalá lo hubiera sabido antes -dijo Pippin-. No tenía idea de lo que estaba haciendo.

-Oh, sí que la tenías -dijo Gandalf-. Sabías que estabas actuando mal y estúpidamente; y te lo decías a ti mismo, pero no te escuchaste. No te lo dije antes porque sólo ahora, meditando en todo lo que pasó, he terminado por comprenderlo, mientras cabalgábamos juntos. Pero aunque te hubiese hablado antes, tu tentación no habría sido menor, ni te habría sido más fácil resistirla. ¡Al contrario! No, una mano quemada es el mejor maestro. Luego cualquier advertencia sobre el fuego llega derecho al corazón.

-Es cierto -dijo Pippin-. Si ahora tuviese delante de mí las siete piedras, cerraría los ojos y me metería las manos en los bolsillos.

-¡Bien! -dijo Gandalf-. Eso era lo que esperaba.

-Pero me gustaría saber... -empezó a decir Pippin.

-¡Misericordia! -exclamó Gandalf-. Si para curar tu curiosidad hay que darte información, me pasaré el resto de mis días respondiendo a tus preguntas. ¿Qué más quieres saber?

-Los nombres de todas las estrellas y de todos los seres vivientes, y la historia toda de la Tierra Media, y de la Bóveda del Cielo y de los Mares que Separan -rió Pippin-. ¡Por supuesto! ¿Qué menos? Pero por esta noche no tengo prisa. En este momento pensaba en la Sombra Negra. Oí que gritabas: «mensajero de Mordor». ¿Qué era? ¿Qué podía hacer en Isengard?

-Era un Jinete Negro alado, un Nazgûl -respondió Gandalf-. Y hubiera podido llevarte a la Torre Oscura.

-Pero no venía por mí ¿verdad que no? -dijo Pippin con voz trémula-. Quiero decir, no sabía que yo...

-Claro que no -dijo Gandalf -. Hay doscientas leguas o más a vuelo de pájaro desde Barad-dûr a Orthanc y hasta un Nazgûl necesitaría varias horas para recorrer esa distancia. Pero sin duda Saruman escudriñó la piedra luego de la huida de los Orcos y reveló así muchos pensamientos que quería mantener en secreto. Un mensajero fue enviado entonces con la misión de averiguar en qué anda Saruman. Y luego de lo sucedido esta noche, vendrá otro, y muy pronto, no lo dudo. De esta manera Saruman quedará encerrado en el callejón sin salida en que él mismo se ha metido. Sin un solo prisionero que enviar, sin una piedra que le permita ver, y sin la posibilidad de satisfacer las exigencias del amo. Sauron supondrá que pretende retener al prisionero y que rehusa utilizar la piedra. De nada servirá que Saruman le diga la verdad al mensajero. Pues aunque Isengard ha sido destruida, Saruman sigue aún en Orthanc, sano y salvo. Y de todas maneras aparecerá como un rebelde. Y sin embargo, si rechazó nuestra ayuda fue para evitar eso mismo.

»Cómo se las arreglará para salir de este trance, no puedo imaginarlo. Creo que todavía, mientras siga en Orthanc, tiene poder para resistir a los Nueve jinetes. Tal vez lo intente. Quizá trate de capturar al Nazgûl, o al menos matar a la criatura en que cabalga por el cielo.

»Pero cuál será el desenlace y si para bien o para mal, no sabría decirlo. Es posible que los pensamientos del enemigo lleguen confusos o tergiversados a causa de la cólera de él contra Saruman. Quizá Sauron se entere de que yo estuve allá en Orthanc al pie de la escalinata con los hobbits prendidos a los faldones. Y que un heredero de Elendil, vivo, estaba también allí, a mi lado. Si Lengua de Serpiente no se dejó engaitar por la armadura de Rohan, se acordará sin duda de Aragorn y del título que reivindicaba. Eso es lo que más temo. Así pues, no hemos huido para alejarnos de un peligro sino para correr en busca de otro mucho mayor. Cada paso de Sombragris te acerca más y más al País de las Sombras, Peregrin Tuk.

Pippin no respondió, pero se arrebujó en la capa, como sacudido por un escalofrío. La tierra gris corría veloz a sus pies.

-¡Mira! -dijo Gandalf -. Los valles del Folde Oeste se abren ante nosotros. Aquí volveremos a tomar el camino del este. Aquella sombra oscura que se ve a lo lejos es la embocadura del Valle del Bajo. De ese lado quedan Aglarond y las Cavernas Centelleantes. No me preguntes a mí por esos sitios. Pregúntale a Gimli, si volvéis a encontrarlos, y por primera vez tendrás una respuesta que te parecerá muy larga. No verás las Cavernas, no al menos en este viaje. Pronto las habremos dejado muy atrás.

-¡Creía que pensabas detenerte en el Abismo de Helm! -dijo Pippin-. ¿A dónde vas ahora?

-A Minas Tirith, antes de que la cerquen los mares de la guerra. -¡Oh! ¿Y a qué distancia queda?

-Leguas y leguas -respondió Gandalf -. Tres veces más lejos que la morada del Rey Théoden, que queda a más de cien millas de aquí, hacia el este: cien millas a vuelo del mensajero de Mordor. Pero el camino de Sombragris es más largo. ¿Quién será más veloz?

»Ahora, seguiremos cabalgando hasta el alba y aún nos quedan algunas horas. Entonces hasta Sombragris tendrá que descansar, en alguna hondonada entre las colinas: en Edoras, espero. ¡Duerme, si Puedes! Quizá veas las primeras luces del alba sobre los techos de oro de la Casa de Eorl. Y dos días después verás la sombra purpurina del Monte Mindolluin y los muros de la torre de Denethor, blancos en la mañana.

»De prisa, Sombragris. Corre, corazón intrépido, como nunca has corrido hasta ahora. Hemos llegado a las tierras de tu niñez y aquí conoces todas las piedras. ¡De prisa! ¡Tu ligereza es nuestra esperanza!

Sombragris sacudió la cabeza y relinchó, como si una trompeta lo llamara a la batalla. En seguida se lanzó hacia adelante. Los cascos relampaguearon contra el suelo; la noche se precipitó sobre él.

Mientras se iba durmiendo lentamente, Pippin tuvo una impresión extraña: él y Gandalf, inmóviles como piedras, montaban la estatua de un caballo al galope, en tanto el mundo huía debajo con un rugido de viento.

LIBRO CUARTO

SMEAGOL DOMADO

-Y bien, mi amo, no hay duda de que estamos metidos en un brete -dijo Sam Gamyi. De pie junto a Frodo, desanimado, la cabeza hundida entre los hombros, Sam entornaba los ojos escudriñando la oscuridad.

Hacía tres noches que se habían separado de la Compañía, o por lo menos eso creían ellos: casi habían perdido la cuenta de las horas mientras escalaban afanosamente las pendientes áridas y pedregosas de Eryn Muil, a menudo obligados a volver sobre sus pasos, pues no encontraban una salida, o descubriendo que habían estado dando vueltas en un círculo que los llevaba siempre a un mismo punto. No obstante, a pesar de todas las idas y venidas, no habían dejado de avanzar hacia el este, procurando en lo posible no alejarse del borde exterior de aquel grupo de colinas, intrincado y extraño. Pero siempre tropezaban con los flancos de las montañas, altas e infranqueables, que miraban ceñudamente a la llanura; y más allá de las faldas pedregosas se extendían unas ciénagas lívidas y putrefactas, donde nada se movía y ni siquiera se veía un pájaro.

Los hobbits se encontraban ahora en la orilla de un alto acantilado, desolado y desnudo, envuelto a los pies en una espesa niebla; a espaldas de ellos se erguían las cadenas de montañas coronadas de nubes fugitivas. Un viento glacial soplaba desde el este. Ante ellos la noche se cerraba sobre un paisaje informe; el verde malsano se transformaba en un pardo sombrío. Lejos, a la derecha, el Anduin, que durante el día había centelleado de tanto en tanto, cada vez que el sol aparecía entre las nubes, estaba ahora oculto en las sombras. Pero los ojos de los hobbits no miraban más allá del río, no se volvían hacia Gondor, hacia sus amigos, hacia la tierra de los hombres. Escudriñaban la orilla de sombras del sur y el este por donde la noche avanzaba, allí donde se insinuaba una línea oscura, como montañas distantes de humo inmóvil. De vez en cuando un diminuto resplandor rojo titilaba allá lejos en los confines del cielo y la tierra.

¡Qué brete! -dijo Sam-. Entre todos los lugares de que nos han hablado, aquel es el único que no desearíamos ver de cerca; ¡y justamente a él estamos tratando de llegar! Y por lo que veo, no hay modo de llegar. Tengo la impresión de que hemos errado el camino de medio a medio. Posibilidad de bajar, no tenemos ninguna; y si la tuviésemos descubriríamos, se lo aseguro, que toda esa tierra verde no es otra cosa que un pantano inmundo. ¡Puaj! ¿Huele usted? -Husmeó el viento.

-Sí, huelo -dijo Frodo, pero no se movió, ni apartó los ojos de la línea oscura y de la llama trémula-. ¡Mordor! -murmuró-. ¡Si he de ir allí, quisiera llegar cuanto antes y terminar de una vez! -Se estremeció. Soplaba un viento helado, cargado a la vez de un frío olor a podredumbre.- Bueno -dijo al fin, desviando la mirada-. No podemos quedarnos aquí la noche entera, brete o no brete. Necesitamos encontrar un sitio más reparado y volver a acampar; y tal vez la luz del nuevo día nos muestre algún sendero.

-O la del siguiente, o la del otro o la del tercero -murmuró Sam-. O la de ninguno. Por aquí no llegaremos a ninguna parte.

-Quién sabe -dijo Frodo-. Si es mi destino, como creo, ir allá, al lejano País de las Sombras, tarde o temprano algún sendero tendrá que aparecer. ¿Pero quién me lo mostrará, el bien o el mal? Todas nuestras esperanzas se cifraban en la rapidez. Esta demora

favorece al enemigo... y heme aquí: demorado. ¿Es la voluntad de la Torre Oscura la que nos dirige? Todas mis elecciones resultaron equivocadas. Debí separarme de la Compañía mucho antes, y bajar desde el norte, por el camino que corre al este del río y los Eryn Muil, y cruzar por tierra firme el Llano de la Batalla hasta los Pasos de Mordor. Pero ahora no será posible que tú y yo solos encontremos un camino, y en la orilla oriental merodean los orcos. Cada día que pasa es un tiempo precioso que perdemos. Estoy cansado, Sam. No sé qué hacer. ¿Qué comida nos queda?

-Sólo esas... ¿cómo se llaman...? *esas lembas*, señor Frodo. Una buena cantidad. Son mejor que nada, en todo caso. Sin embargo, nunca me imaginé, la primera vez que les hincé el diente, que llegarían a cansarme. Pero eso es lo que me pasa ahora: un mendrugo de pan común y un jarro de cerveza... ay, siquiera medio jarro... me caerían de perlas. Desde la última vez que acampamos traigo a cuestas mis enseres de cocina, ¿y de qué me han servido? Nada con que encender un fuego, para empezar; y nada que cocinar; ¡ni una mísera hierba!

Dieron media vuelta y descendieron a una hondonada pedregosa. El sol ya en el ocaso desapareció entre unas nubes y la noche cayó rápidamente. A pesar del frío consiguieron dormir por turno en un recoveco entre unos pináculos altos y mellados de roca carcomida por el tiempo; por lo menos estaban al reparo del viento del este.

-¿Los ha vuelto a ver, señor Frodo? -preguntó Sam, cuando estuvieron sentados, ateridos de frío, mascando *lembas* a la luz yerta y gris del amanecer.

-No -dijo Frodo-, no he oído ni visto nada desde hace dos noches.

-Yo tampoco -dijo Sam-. ¡Grrr! Esos ojos me helaron la sangre. Tal vez hayamos conseguido despistarlo, a ese miserable fisgón. ¡Gollum! *Gollum* le voy a dar yo en el gaznate si algún día le pongo las manos encima.

-Espero que ya no sea necesario -dijo Frodo-. No sé cómo habrá hecho para seguirnos; pero es posible que haya vuelto a perder el rastro, como tú dices. En esta región seca y desierta no podemos dejar muchas huellas, ni olores, ni aún para esa nariz husmeadora.

-Ojalá sea como usted dice -dijo Sam-. ¡Ojalá nos libráramos de él para siempre!

-Sí -dijo Frodo-; pero no es él mi mayor preocupación. ¡Quisiera poder salir de estas colinas! Les tengo horror. Me siento desamparado aquí en el este, sin nada que me separe de la Sombra sino esas tierras muertas y desnudas. Hay un Ojo en la oscuridad. ¡Coraje! ¡De una u otra manera, hoy tenemos que bajar!

Pero transcurrió la mañana y cuando la tarde dio paso al anochecer, Frodo y Sam continuaban arrastrándose fatigosamente a lo largo de la cresta sin haber encontrado una salida.

A veces, en el silencio de aquel paisaje desolado, creían oír detrás unos sonidos confusos, el rumor de una piedra que caía, pisadas furtivas sobre las rocas. Pero si se detenían y escuchaban inmóviles, no oían nada, sólo los suspiros del viento en las aristas de las piedras... pero también esto sonaba a los oídos de los hobbits como una respiración sibilante entre dientes afilados.

A lo largo de toda esa jornada la cresta exterior de Eryn Muil se fue replegando poco a poco hacia el norte. El borde de esa cresta se extendía en un ancho altiplano de roca desgastada y pulida, en el que se abrían, de tanto en tanto, pequeñas gargantas que bajaban abruptamente hasta las grietas del acantilado. Buscando algún sendero, un camino entre esas gargantas que eran cada vez más profundas y frecuentes, Frodo y Sam no cayeron en

la cuenta de que se desviaban a la izquierda, alejándose del borde, y que por espacio de varias millas habían estado descendiendo en forma lenta pero constante hacia la llanura: la cresta llegaba casi al nivel de las tierras bajas.

Por último se vieron obligados a detenerse. La cresta describía una curva más pronunciada hacia el norte, que estaba cortada por una garganta más profunda que las anteriores. Del otro lado volvía a trepar bruscamente, en varias decenas de brazas: un acantilado alto y gris se erguía amenazante ante ellos, y tan a pique que parecía cortado a cuchillo. Seguir adelante era imposible y no les quedaba otro recurso que cambiar de rumbo, hacia el oeste o hacia el este. Pero la marcha hacia el este sería lenta y trabajosa, y los llevaría de vuelta al corazón de las montañas; y por el este sólo podían llegar hasta el precipicio.

-No hay otro remedio que intentar el descenso por esta garganta, Sam -dijo Frodo-. Veamos a dónde nos conduce.

-A una caída desastrosa, sin duda -dijo Sam.

La garganta era más larga y profunda de lo que parecía. Un poco más abajo encontraron unos árboles nudosos y raquíticos, la primera vegetación que veían desde hacía muchos días: abedules contrahechos casi todos y uno que otro pino. Muchos estaban muertos y descarnados, mordidos hasta la médula por los vientos del este. Parecía que alguna vez, en días más benévulos, había crecido una arboleda bastante espesa en aquella hondonada; ahora, unos cincuenta metros más allá, los árboles desaparecían, pero unos pocos tocones viejos y carcomidos llegaban hasta casi el borde mismo del acantilado. El fondo de la garganta, que corría a lo largo de una falla de la roca, estaba cubierto de pedruscos y descendía en una larga pendiente escabrosa y torcida. Cuando llegaron por fin al otro extremo, Frodo se detuvo y se asomó.

-¡Mira! -dijo-. O hemos descendido mucho, o el acantilado ha perdido altura. Ahora está mucho más abajo, y hasta parece fácil de escalar.

Sam se arrodilló al lado de Frodo y asomó con desgana la cabeza. Luego alzó los ojos y observó el acantilado que se levantaba a la izquierda cada vez más alto.

-¡Más fácil! -gruñó-. Bueno, quizás es más fácil bajar que subir. ¡Quién no sepa volar, que salte!

-Sería un buen salto de todos modos -dijo Frodo-. Alrededor de... un momento -se irguió midiendo la distancia con la vista- ...alrededor de unas dieciocho brazas, me parece. No más.

-¡Y ya es bastante! -dijo Sam-. ¡Brrr! ¡No me gusta nada mirar para abajo desde una altura! Pero mirar es siempre mejor que bajar.

-En todo caso -dijo Frodo- creo que por aquí podríamos descender; y tendremos que intentarlo. Mira... la roca no es lisa como unas millas atrás. Se ha deslizado y hay muchas grietas.

En efecto, la cara externa no era vertical, sino ligeramente oblicua. Parecía más bien un rompeolas, o un murallón que se había desplazado sobre sus cimientos, ahora retorcido y resquebrajado, con fisuras y largos rebordes sesgados que por momentos eran anchos como escalones.

-Y si vamos a intentar el descenso, más vale que lo intentemos ahora mismo. Está oscureciendo temprano. Creo que se acerca una tormenta.

En el oeste, los contornos ya borrosos de las montañas se diluían en una oscuridad más profunda que ya comenzaba a extender unos brazos largos hacia el oeste. Sopló una brisa que trajo de lejos el murmullo del trueno. Frodo husmeó el aire y observó el cielo con una

expresión de incertidumbre. Se ajustó la capa con el cinturón y se acomodó sobre el hombro el ligero equipaje; luego avanzó hacia el borde de la cresta.

-Lo intentaré -dijo.

-¡De acuerdo! - dijo Sam con aire sombrío -. Pero yo iré primero.

-¿Tú? -exclamó Frodo-. ¿Cómo has cambiado de idea?

-No he cambiado de idea. Es simple sentido común; poner más abajo a quien es probable que resbale. No quiero caerme encima de usted y derribarlo: no tiene sentido que mueran dos en una sola caída.

Antes de que Frodo pudiese detenerlo, Sam se sentó, con las piernas colgando sobre el borde, y dio media vuelta, buscando a tientas con los dedos de los pies un apoyo en la roca. Nunca había mostrado tanto coraje a sangre fría, ni tanta imprudencia.

-¡No, no! ¡Sam, viejo asno! - dijo Frodo -. Te vas a matar bajando así sin mirar siquiera dónde pondrás el pie. ¡Vuelve! -Tomó a Sam por las axilas y lo alzó en vilo. -¡Ahora espera un momento y ten paciencia! -dijo. Se echó al suelo y se asomó al precipicio; la luz desaparecía ya rápidamente, aunque el sol aún no se había ocultado-. Creo que podremos hacerlo -dijo-. Yo al menos; y también tú, si no pierdes la cabeza y me sigues con cautela.

-No sé cómo puede estar tan seguro -dijo Sam-. No se alcanza a ver el fondo con esta luz. ¿Y si cae en un lugar donde no haya nada en que apoyar los pies o las manos?

-Volveré a subir, supongo -dijo Frodo.

-Es fácil decirlo -objetó Sam-. Mejor espere hasta mañana, cuando haya más luz.

-¡No! No si puedo evitarlo -dijo Frodo con una vehemencia repentina y extraña-. Cada hora que pasa, cada minuto, me parece insoportable. Lo intentaré ahora. ¡No me sigas hasta que vuelva o te llame!

Aferrándose con los dedos al borde del precipicio se dejó caer lentamente y cuando ya tenía los brazos estirados, los pies encontraron una cornisa.

-¡Un primer paso! - dijo -. Y esta comisa se ensancha a la derecha. Podría mantenerme en pie sin sujetarme con las manos. Iré... -la frase fue bruscamente interrumpida.

La oscuridad que avanzaba veloz y se extendía rápidamente, se precipitó desde el este devorando el cielo. El estampido seco y fragoroso de un trueno resonó en lo alto. Los relámpagos restallaron entre las colinas. Luego sopló una ráfaga huracanada, y simultáneamente, mezclado con el rugido del viento, se oyó un grito agudo y penetrante. Los hobbits habían escuchado el mismo grito allá lejos en el Marjal cuando huían de Hobbiton, y ya entonces, en los bosques de la Comarca, les había helado la sangre. Aquí, en el desierto, el terror que inspiraba era mucho mayor: unos cuchillos helados de horror y desesperación los atravesaban paralizándoles el corazón y el aliento. Sam se echó al suelo de bruces. Involuntariamente, Frodo soltó las manos del borde para cubrirse la cabeza y las orejas. Vaciló, resbaló y con un grito desgarrador desapareció en el abismo.

Sam lo oyó y se arrastró hasta el borde.

-¡Amo! ¡Amo! -gritó-. ¡Amo! -Ninguna respuesta le llegó del precipicio. Descubrió que estaba temblando de pies a cabeza, pero tomó aliento y volvió a gritar:- ¡Amo!

Le pareció que el viento le devolvía la voz a la garganta; pero mientras el aire pasaba, rugiendo, a través de la hondonada y se alejaba sobre las colinas, llevó a oídos de Sam un apagado grito de respuesta.

-¡Todo bien! ¡Todo bien! Estoy aquí. Pero no se ve nada.

Frodo gritaba con voz débil. En realidad, no estaba muy lejos. Había resbalado pero no había caído, yendo a parar, de pie, a una cornisa más ancha pocas yardas más abajo. Por fortuna en aquel punto la pared de roca se retiraba hacia atrás y el viento había empujado a Frodo contra ella, impidiendo que se precipitara en el abismo. Trató de mantenerse en equilibrio apoyando la cara contra la piedra fría, sintiendo el corazón que le golpeaba en el pecho. Pero o bien la oscuridad se había vuelto impenetrable, o Frodo había perdido la vista. Todo era negro alrededor. Se preguntó si se habría quedado ciego de golpe. Respiró hondo.

-¡Vuelva! ¡Vuelva! -oyó la voz de Sam desde allá arriba, en las tinieblas.

-No puedo -dijo-. No veo nada. No encuentro en qué apoyarme. No me atrevo a moverme.

-¿Qué puedo hacer, señor Frodo? ¿Qué puedo hacer? - gritó Sam, asomándose peligrosamente. ¿Por qué su señor no veía? Estaba oscuro, sin duda, pero no tanto. Sam distinguía allá abajo la figura de Frodo, gris y solitaria contra la cara oblicua del acantilado, lejos del alcance de una mano amiga.

Volvió a retumbar el trueno y empezó a llover a torrentes. Una cortina de agua y granizo enceguedora y helada azotaba la roca.

-Bajaré hasta usted -gritó Sam, aunque no sabía cómo podría ayudar de ese modo.

-¡No, no, espera! -le gritó Frodo ahora con más fuerza-. Pronto estaré mejor. *Ya* me siento mejor. ¡Espera! No puedes hacer nada sin una cuerda.

-¡Cuerda! - exclamó Sam, excitado y aliviado -. ¡Si merezco que me cuelguen de una, por imbécil! ¡No eres más que un pampirolón, Sam Gamyi!: eso solía decirme el Tío, una palabra que él había inventado. ¡Cuerda!

-¡Basta de charla! -gritó Frodo, bastante recobrado ahora como para sentirse divertido e irritado a la vez-. ¡Qué importa lo que dijera tu compadre! ¿Estás tratando de decirte que tienes una cuerda en el bolsillo? Si es así, ¡sácala de una vez!

-Sí, señor Frodo, en mi equipaje junto con todo lo demás. ¡La he traído conmigo centenares de millas y la había olvidado por completo!

-Entonces ¡manos a la obra y tírame un cabo!

Sam descargó rápidamente el fardo y se puso a revolverlo. Y en verdad allá en el fondo había un rollo de la cuerda gris y sedosa trenzada por la gente de Lórien. Le arrojó un extremo a su amo. Frodo tuvo la impresión de que la oscuridad se disipaba, o de que estaba recobrando la vista. Alcanzó a ver la cuerda gris que descendía balanceándose, y le pareció que tenía un resplandor plateado. Ahora que podía clavar los ojos en un punto luminoso, sentía menos vértigo. Adelantando el cuerpo, se aseguró el extremo de la cuerda alrededor de la cintura y la tomó con ambas manos.

Sam retrocedió y afirmó los pies contra un tocón a una o dos yardas de la orilla. A medias izado, a medias trepando, Frodo subió y se dejó caer en el suelo.

El trueno retumbaba y rugía en lontananza, y la lluvia seguía cayendo, torrencial. Los hobbits volvieron a arrastrarse al interior de la garganta en busca de reparo; no encontraron ninguno. El agua que descendía en arroyuelos no tardó en convertirse en un torrente espumoso que se estrellaba contra las rocas antes de precipitarse a chorros desde el acantilado como desde el alero de una enorme techumbre.

-Si me hubiese quedado allá abajo, ya estaría casi ahogado, o el agua me habría arrastrado no sé dónde -dijo Frodo-. ¡Qué suerte extraordinaria que tuvieras esa cuerda!

-Mejor suerte hubiera sido que lo pensara un poco antes -dijo Sam-. Tal vez usted recuerde cómo las pusieron en las barcas, cuando partíamos: en el país élfico. Me

fascinaron y guardé un rollo en mi equipaje. Parece que hiciera años de eso. Puede ser una buena ayuda en muchas ocasiones dijo Haldir o uno de ellos. Tenía razón.

-Lástima que no se me ocurriera a mí traer otro rollo -dijo Frodo-; pero me separé de la Compañía con tanta prisa y en medio de tanta confusión. Quizá pudiera alcanzarnos para bajar. ¿Cuánto medirá tu cuerda, me pregunto?

Sam extendió la cuerda lentamente, midiéndola con los brazos. -Cinco, diez, veinte, treinta varas, más o menos.

-¡Quién lo hubiera creído! -exclamó Frodo.

-¡Ah! ¿Quién? -dijo Sam-. Los elfos son gente maravillosa. Parece demasiado delgada, pero es resistente; y suave como leche en la mano. Ocupa poco lugar y es liviana como la luz. ¡Gente maravillosa sin ninguna duda!

-¡Treinta varas! -dijo Frodo, pensativo-. Creo que será suficiente. Si la tormenta pasa antes que caiga la noche, voy a intentarlo.

-Ya casi ha dejado de llover -dijo Sam-, ¡pero no haga otra vez nada peligroso en la oscuridad, señor Frodo! Quizás usted haya olvidado ese grito en el viento, ¡pero yo no! Parecía el grito de un jinete Negro... aunque venía del aire, como si pudiese volar. Creo que lo mejor sería quedarnos aquí hasta que pase la noche.

-Y yo creo que no me quedaré aquí ni un minuto más de lo necesario, atado de pies y manos al borde de este precipicio mientras los ojos del País Oscuro nos observan a través de las ciénagas -dijo Frodo.

Y con estas palabras se incorporó y volvió al fondo de la garganta. Miró a lo lejos. El cielo estaba casi límpido en el este. Los nubarrones se alejaban, tempestuosos y cargados de lluvia, y la batalla principal extendía ahora las grandes alas sobre Emyrn Muil; allí el pensamiento sombrío de Sauron se detuvo un momento. Luego se volvió, golpeando el valle de Anduin con granizo y relámpagos, y arrojando sobre Minas Tirith una sombra que amenazaba guerra. Entonces, descendiendo a las montañas, pasó lentamente sobre Gondor y los confines de Rohan, hasta que a lo lejos, mientras cabalgaban por la llanura rumbo al oeste, los caballeros vieron las torres negras que se movían detrás del sol. Pero aquí, sobre el desierto y sobre las ciénagas hediondas, el cielo de la noche se abrió una vez más, y unas estrellas titilaron como pequeños agujeros blancos en el palio que cubría la luna creciente.

-¡Qué felicidad volver a ver! - exclamó Frodo, respirando profundamente -. ¿Sabes que durante un rato creí que había perdido la vista? A causa de los rayos o de algo más terrible tal vez. No veía nada, absolutamente nada hasta que apareció la cuerda gris. Me pareció que centelleaba.

-Es cierto, parece de plata en la oscuridad -dijo Sam-. Es raro, no lo había notado antes, aunque no recuerdo haberla mirado desde que la puse en el paquete. Pero si está tan decidido a bajar, señor Frodo, ¿cómo piensa utilizarla? Treinta anas, unas dieciocho brazas, digamos: más o menos la altura que usted supuso.

Frodo reflexionó un momento.

-¡Amárrala a ese tocón, Sam! - dijo -. Creo que esta vez tendrás la satisfacción de ir primero. Yo te bajaré por la cuerda, y sólo tendrás que usar los pies y las manos para no chocar contra la roca. De todos modos, si puedes apoyarte en la cornisa y me das un respiro, tanto mejor. Cuando hayas llegado abajo, yo te seguiré. Me siento muy bien ahora.

-De acuerdo -dijo Sam sin mucho entusiasmo-. Si tiene que ser ¡que sea en seguida!

Tomó la cuerda y la ató al tocón más próximo a la orilla; luego se aseguró el otro extremo a la cintura. Se volvió a regañadientes y se preparó para dejarse caer por segunda vez.

Sin embargo, el descenso resultó mucho menos difícil de lo que había esperado. La cuerda parecía darle confianza, aunque más de una vez, al mirar hacia abajo tuvo que cerrar los ojos. A cierta altura, en un tramo donde no había cornisa y la pared del acantilado se inclinaba hacia adentro, pasó un mal rato: resbaló y quedó suspendido en el aire. Pero Frodo sujetaba la cuerda con mano firme y la iba soltando poco a poco, y al fin el descenso concluyó. Lo que más había temido el hobbit era que la cuerda se acabase demasiado pronto, pero Frodo tenía aún un buen trozo entre las manos cuando Sam le gritó:

-¡Ya estoy abajo! -La voz llegaba nítida desde el fondo del abismo, pero Frodo no distinguía a Sam: la capa gris de elfo se confundía con la penumbra del crepúsculo.

Frodo tardó un poco más en seguir a Sam. Se había asegurado la cuerda a la cintura y la había recogido manteniéndola siempre tensa; quería evitar en lo posible el riesgo de una caída; no tenía la fe ciega de Sam en aquella delgada cuerda gris. Sin embargo en dos sitios tuvo que confiar enteramente en ella: dos superficies tan lisas que ni sus vigorosos dedos de hobbit encontraron apoyo, y la distancia entre una cornisa y otra era demasiado grande. Pero al fin también él llegó abajo.

-¡Albricias! ¡Lo conseguimos! ¡Hemos escapado de Emyr Muil! ¿Y ahora? Quizá pronto estemos suspirando por pisar otra vez una buena roca dura. Sam no contestó: tenía los ojos fijos en el acantilado.

-¡Pampiro! -dijo- ¡Estúpido! ¡Mi tan hermosa cuerda! Ha quedado allá amarrada a un tocón y nosotros aquí abajo. Mejor escalera no podíamos dejarle a ese fisgón de Gollum. ¡Es casi como si hubiéramos puesto aquí un letrado, indicándole qué camino hemos tomado! Ya me parecía que todo era demasiado fácil.

-Si se te ocurre cómo hubiéramos podido bajar por la cuerda y al mismo tiempo traerla con nosotros, entonces puedes pasarme a mí el pampiro o cualquier otro epíteto de esos que te endilgaba tu compadre -dijo Frodo-. ¡Sube, desátala y baja, si quieres!

Sam se rascó la cabeza.

-No, no veo cómo, con el perdón de usted -dijo-. Pero no me gusta dejarla, por supuesto. -Acarició el extremo de la cuerda y la sacudió levemente. - Me cuesta separarme de algo que traje del país de los elfos. Hecha por Galadriel en persona, tal vez. Galadriel -murmuró moviendo tristemente la cabeza. Miró hacia arriba y tironeó por última vez de la cuerda como despidiéndose.

Ante el asombro total de los dos hobbits, la cuerda se soltó. Sam cayó de espaldas y las largas espirales grises se deslizaron silenciosamente sobre él. Frodo se echó a reír.

-¿Quién aseguró la cuerda? -dijo- ¡Menos mal que aguantó hasta ahora! ¡Pensar que confié a tu nudo todo mi peso!

Sam no se reía.

-Quizás yo no sea muy ducho en eso de escalar montañas, señor Frodo -dijo con aire ofendido-, pero de cuerdas y nudos algo sé. Me viene de familia, por así decir. Mi abuelo, y después de él mi tío Andy, el hermano mayor del Tío, tuvo durante muchos años una cordelería cerca de Campo del Cordelero. Y nadie hubiera podido atar a ese tocón un nudo más seguro que el mío, en la comarca o fuera de ella.

-Entonces la cuerda ha tenido que romperse... al rozar contra el borde de la roca, supongo -dijo Frodo.

-¡Apuesto a que no! -dijo Sam en un tono aún más ofendido. Se agachó y examinó los dos cabos-. No, no me equivoco. ¡Ni una sola hebra!

-Entonces me temo que haya sido el nudo -dijo Frodo.

Sam sacudió la cabeza sin responder. Se pasaba la cuerda entre los dedos, pensativo.

-Como quiera, señor Frodo -dijo por último-, pero para mí la cuerda se soltó sola... cuando yo la llamé. -La enrolló y la guardó cariñosamente.

-Que bajó no puede negarse -dijo Frodo-, y eso es lo que importa. Pero ahora hemos de pensar cuál será nuestro próximo paso. Pronto caerá la noche. ¡Qué hermosas están las estrellas y la Luna!

-Regocijan el corazón ¿verdad? -dijo Sam mirando el cielo-. Son élficas, de alguna manera. Y la Luna está en creciente. Con este tiempo nuboso, hacía un par de noches que no la veíamos; ya da mucha luz.

-Sí -dijo Frodo- pero hasta dentro de unos días no habrá luna llena. No me parece prudente que nos internemos en las ciénagas a la luz de una media luna.

Al amparo de las primeras sombras de la noche iniciaron una nueva etapa del viaje. Al cabo de un rato Sam volvió la cabeza y escudriñó el camino que acababan de recorrer. La boca de la garganta era como una fisura en la pared rocosa.

-Me alegro de haber recuperado la cuerda -dijo-. En todo caso ese malandrín se encontrará con un pequeño enigma difícil de resolver. ¡Que intente bajar por las cornisas con esos inmundos pies planos!

Avanzaron con precaución alejándose del pie del acantilado, a través de un desierto de guijarros y piedras ásperas, húmedas y resbaladizas por la lluvia. El terreno aún descendía abruptamente. Habían recorrido un corto trecho cuando se encontraron de pronto ante una fisura negra que les interceptaba el camino. No era demasiado ancha, pero sí lo suficiente para que no se atrevieran a saltar en la penumbra. Creyeron oír un gorgoteo de agua en el fondo. A la izquierda la fisura se curvaba hacia el norte, hacia las colinas, cerrándoles así el paso, por lo menos mientras durase la oscuridad.

-Será mejor que busquemos una salida por el sur a lo largo del acantilado -dijo Sam-. Tal vez encontremos un recoveco, o una caverna, o algo así.

-Creo que tienes razón -dijo Frodo-. Estoy cansado y no me siento con fuerzas para seguir arrastrándome entre las piedras esta noche... aunque odio retrasarme todavía más. Ojalá tuviésemos por delante una senda clara: en ese caso seguiría hasta que ya no me dieran las piernas.

Avanzar a lo largo de las faldas escabrosas de Eryn Muil no fue más fácil para los hobbits. Ni Sam encontró un rincón o un hueco en que cobijarse: sólo pendientes desnudas y pedregosas bajo la mirada amenazante del acantilado, que ahora volvía a elevarse, más alto y vertical. Por fin, extenuados, se dejaron caer en el suelo al abrigo de un peñasco, no lejos del pie del acantilado. Allí se quedaron algún tiempo, taciturnos, acurrucados uno contra otro en la noche fría e inclemente, luchando contra el sueño que los iba venciendo. La luna subía ahora alta y clara. El débil resplandor blanco iluminaba las caras de las rocas y bañaba las paredes frías y amenazadoras del acantilado, transformando la vasta e inquietante oscuridad en un gris pálido y glacial estriado de sombras negras.

-¡Bueno! -dijo Frodo, poniéndose de pie y arrebujiándose en la capa-. Tú, Sam, duerme un poco y toma mi manta. Mientras tanto yo caminaré de arriba abajo y vigilaré. -De pronto se irguió, muy tieso; en seguida se agachó y tomó a Sam por el brazo.- ¿Qué es eso? -murmuró-. Mira, allá arriba, en el acantilado.

Sam miró y contuvo el aliento.

-¡Sss! - susurró -. Ya está ahí. ¡Es ese Gollum! ¡Sapos y culebras! ¡Y pensé que lo habíamos despistado con nuestra pequeña hazaña! ¡Mírelo! ¡Arrastrándose por la pared como una araña horrible!

A lo largo de una cara del precipicio, que parecía casi lisa a la pálida luz de la luna, una pequeña figura negra se desplazaba con los miembros delgados extendidos sobre la roca. Quizás aquellos pies y manos blandos y prensiles encontraban fisuras y asideros que ningún hobbit hubiera podido ver o utilizar, pero parecía deslizarse sobre patas pegajosas, como un gran insecto merodeador de alguna extraña especie. Y bajaba de cabeza, como si viniera olfateando el camino. De tanto en tanto levantaba el cráneo lentamente, haciéndolo girar sobre el largo pescuezo descarnado, y los hobbits veían entonces dos puntos pálidos, dos ojos, que parpadeaban un instante a la luz de la luna y en seguida volvían a ocultarse.

-¿Le parece que puede vernos? -dijo Sam.

-No sé -respondió Frodo en voz baja-, pero no lo creo. Estas capas élficas son poco visibles, aun para ojos amigos: yo no te veo en la sombra ni a dos pasos. Y por lo que sé, es enemigo del Sol y de la Luna.

-¿Por qué entonces desciende aquí, precisamente? -inquirió Sam.

-Calma, Sam -dijo Frodo-. Tal vez pueda oírnos. Y tiene un oído tan fino como el de los elfos, dicen. Me parece que ha oído algo ahora; nuestras voces probablemente. Hemos gritado mucho allá arriba; y hasta hace un momento hablábamos en voz demasiado alta.

-Bueno, estoy harto de él -dijo Sam-. Nos ha seguido demasiado tiempo para mi gusto y le cantaré cuatro frescas, si puedo. De todos modos creo que ahora será inútil que tratemos de evitarlo. -Cubriéndose la cara con la caperuza gris, Sam se arrastró con pasos furtivos hacia el acantilado.

-¡Ten cuidado! -le susurró Frodo, que iba detrás-. ¡No lo alarmes! Es mucho más peligroso de lo que parece.

La forma negra había descendido ya las tres cuartas partes de la pared y estaba a unos quince metros o menos del pie del acantilado. Acurrucados e inmóviles como piedras a la sombra de una roca, los hobbits lo observaban. Al parecer había tropezado con un pasaje difícil, o tenía alguna preocupación. Lo oían olisquear y de tanto en tanto escuchaban una respiración áspera y siseante que sonaba como un juramento reprimido. Levantó la cabeza y a los hobbits les pareció que escupía. Luego siguió avanzando. Ahora lo oían hablar con una voz cascada y sibilante.

-¡Ajjj, sss! ¡Cauto, mi tesoro! Más prisa menos ligereza. No corramos el riesgo de rompernos el pescuezo, no, tesoro. ¡No, tesoro... gollum! -Levantó otra vez la cabeza, le guiñó los ojos a la luna, y volvió a cerrarlos rápidamente.- La aborrecemos -siseó-. Odiossa, odiossa luz trémula es... sss... nos espía, tesoro... nos lastima los ojos.

Se iba acercando y los siseos eran ahora más agudos y claros.

-¿Dónde esstá, dónde esstá: mi tesoro, mi tesoro? Es nuestro, es, y nosotros lo queremos. Los ladrones, los inmundos ladronzuelos. ¿Dónde están con mi tesoro? ¡Malditos! Los odiamos de veras.

-No parece saber dónde estamos ¿eh? –susurró Sam-. ¿Y qué es su tesoro? ¿Se referirá al ...?

-¡Calla! -susurró Frodo-. Se está acercando y ya podría oírnos.

Y en efecto, Gollum había vuelto a detenerse de improviso, e inclinaba la cabezota hacia uno y otro lado como si estuviese escuchando. Había abierto a medias los ojillos pálidos. Sam se contuvo, aunque los dedos le escocían. Tenía los ojos encendidos de cólera y asco, fijos en la miserable criatura, que ahora avanzaba otra vez, siempre cuchicheando y siseando entre dientes.

Por fin, se encontró a no más de una docena de pies del suelo, justo encima de las cabezas de los hobbits. Desde esa altura la caída era vertical, pues la pared se inclinaba ligeramente hacia adentro, y ni el propio Gollum hubiera podido encontrar en ella un punto de apoyo. Trataba al parecer de darse vuelta, y ponerse con las piernas para abajo, cuando de pronto, con un chillido estridente y sibilante, cayó enroscando las piernas y los brazos alrededor del cuerpo, como una araña a la que han cortado el hilo por el que venía descendiendo.

Sam salió de su escondite como un rayo y en un par de saltos cruzó el espacio que lo separaba de la pared de piedra. Antes que Gollum pudiera levantarse, cayó sobre él. Pero descubrió que aun así, tomado por sorpresa después de una caída, Gollum era más fuerte y hábil de lo que había creído. No había alcanzado a sujetarlo cuando los largos miembros de Gollum lo envolvieron en un abrazo implacable, blando pero horriblemente poderoso que le impedía todo movimiento, y lo estrujaba como cuerdas que fuesen apretando lentamente. Unos dedos pegajosos le tantearon la garganta. Luego unos dientes afilados se le hincaron en el hombro. Todo cuanto Sam pudo hacer fue sacudir con violencia la cabeza dura y redonda contra la cara de la criatura. Gollum siseó escupiendo, pero no lo soltó.

Las cosas habrían terminado mal para Sam si hubiera estado solo. Pero Frodo se levantó de un salto, desenvainando a Dardo. Con la mano izquierda tomó a Gollum por los cabellos ralos y lacios y le tironeó la cabeza hacia atrás, estirándole el pescuezo, y obligándolo a fijar en el cielo los pálidos ojos venenosos.

-¡Suéltalo, Gollum! - dijo -. Esta espada es Dardo. Ya la has visto antes. ¡Suéltalo, o esta vez sentirás la hoja! ¡Te degollaré!

Gollum se aflojó y se derrumbó como una cuerda mojada. Sam se incorporó, palpándose el hombro. Echaba fuego por los ojos, pero no podía vengarse: su miserable enemigo se arrastraba por el suelo gimoteando.

-¡No nos hagas daño! ¡No dejes que nos hagan daño, mi tesoro! No nos harán daño, ¿verdad que no, pequeños y simpáticos hobbits? No teníamos intención de hacer daño, pero nos saltaron encima como gatos sobre unos pobres ratones, eso hicieron, mi tesoro. Y estamos tan solos, gollum. Seremos buenos con ellos, muy buenísimos, si también ellos son buenos con nosotros, ¿no? Sí, así.

-Bueno ¿qué hacemos con él? -dijo Sam-. Atarlo, para que no nos siga más espionándonos, digo yo.

-Pero eso nos mataría, nos mataría -gimoteó Gollum-. Crueles pequeños hobbits. Atarnos y abandonarnos en las duras tierras frías, *gollum, gollum*. -Los sollozos se le ahogaban en gorgoteos.

-No -dijo Frodo-. Si lo matamos, tenemos que matarlo ahora. Pero no podemos hacerlo, no en esta situación. ¡Pobre miserable! ¡No nos ha hecho ningún daño!

-¿Ah no? -dijo Sam restregándose el hombro-. En todo caso tenía la intención y la tiene aún. Apuesto cualquier cosa. Estrangularnos mientras dormimos, eso es lo que planea.

-Puede ser –dijo Frodo-. Pero lo que intenta hacer es otra cuestión. -Calló un momento, ensimismado. Gollum yacía inmóvil, pero ya no gimoteaba. Sam le echaba miradas amenazadoras.

De pronto Frodo creyó oír, muy claras pero lejanas, unas voces que venían del pasado:

«¡Qué lástima que Bilbo no haya matado a esa vil criatura, cuando tuvo la oportunidad!»

«¿Lástima? Sí, fue lástima lo que detuvo la mano de Bilbo. Lástima y misericordia: no matar sin necesidad.»

«No siento ninguna lástima por Gollum. Merece la muerte. La merece, sin duda. Muchos de los que viven merecen morir y algunos de los que mueren merecen la vida. ¿Puedes devolver la vida? Entonces no te apresures en dispensar la muerte, pues ni el más sabio conoce el fin de todos los caminos.»

-Muy bien -respondió en voz alta, bajando la espada-. Pero todavía tengo miedo. Y sin embargo, como ves, no tocaré a este desgraciado. Porque ahora que lo veo, me inspira lástima.

Sam clavó la mirada en su amo, que parecía hablar con alguien que no estaba allí. Gollum alzó la cabeza.

-Sssí, somos desgraciados, tesoro -gimió-. ¡Miseria! ¡Miseria! Los hobbits no nos matarán, buenos hobbits.

-No, no te mataremos -dijo Frodo-. Pero tampoco te soltaremos. Eres todo maldad y malicia, Gollum. Tendrás que venir con nosotros, sólo eso, para que podamos vigilarte. Pero tú tendrás que ayudarnos, si puedes. Favor por favor.

-Sssí, sí, por supuesto -dijo Gollum incorporándose-. ¡Buenos hobbits! Iremos con ellos. Les buscaremos caminos seguros en la oscuridad, sí. ¿Y a dónde van ellos por estas tierras frías, preguntamos, sí, preguntamos?

Levantó la mirada hacia ellos y un leve resplandor de astucia y ansiedad apareció un instante en los ojos pálidos y temerosos.

Sam le clavó una mirada furibunda y apretó los dientes; pero notó que había algo extraño en la actitud de su amo, y comprendió que las discusiones estaban fuera de lugar. Pero la respuesta de Frodo lo dejó estupefacto.

Frodo miró a Gollum y la criatura apartó los ojos.

-Tú lo sabes, o lo adivinas, Sméagol -dijo Frodo con voz severa y tranquila-. Vamos camino de Mordor, naturalmente. Y tú conoces ese camino, me parece.

-¡Aj! ¡Sss! -dijo Gollum, cubriéndose las orejas con las manos, como si tanta franqueza y esos nombres pronunciados en voz alta y clara le hicieran daño-. Lo adivinamos, sí lo adivinamos -murmuró-, y no queríamos que fueran, ¿no es verdad? No, tesoro, no los buenos hobbits. Cenizas, cenizas, y polvo, y sed, hay allí, y fosos, fosos, fosos, y orcos, orcos, millares de orcos. Los buenos hobbits evitan... sss... esos lugares.

-¿Entonces has estado allí? -insistió Frodo-. Y ahora tienes que volver, ¿no?

-Ssí. Ssí. ¡No! -chilló Gollum-. Una vez, por accidente ¿no fue así, mi tesoro? Sí, por accidente. Pero no volveremos, no, ¡no! -De pronto la voz y el lenguaje de Gollum cambiaron, los sollozos se le ahogaron en la garganta, y habló, pero no para ellos. - «¡Déjame solo *gollum!* Me haces daño. Oh mis pobres manos, ¡Gollum! Yo, nosotros, no quisiera volver. No lo puedo encontrar. Estoy cansado. Yo, nosotros no podemos encontrarlo, *gollum, gollum*, no, en ninguna parte. Ellos siempre están despiertos. Enanos,

hombres y elfos, elfos terribles de ojos brillantes. No puedo encontrarlo. ¡Aj!» -Se puso de pie y cerró la larga mano en un nudo de huesos, y la sacudió mirando al este. - ¡No queremos! -gritó-. ¡No para ti! -Luego volvió a derrumbarse. *Gollum, gollum* -gimió de cara al suelo-. ¡No nos mires! ¡Vete a dormir!

-No se marchará ni se dormirá porque tú se lo ordenes, Sméagol - le dijo Frodo-. Pero si realmente quieres librarte de él, tendrás que ayudarme. Y eso, me temo, significa encontrar un camino que nos lleve a él. Tú no necesitas llegar hasta el final, no más allá de las puertas de ese país.

Gollum se incorporó otra vez y miró a Frodo por debajo de los párpados.

-¡Está allí! -dijo con sarcasmo-. Siempre allí. Los orcos te indicarán el camino. Es fácil encontrar oreos al este del río. No se lo preguntes a Sméagol. Pobre, pobre Sméagol, hace mucho tiempo que partió. Le quitaron su Tesoro y ahora está perdido.

-Tal vez podamos encontrarlo, si vienes con nosotros -dijo Frodo. -No. No, ¡jamás! Ha perdido el Tesoro -dijo Gollum.

-¡Levántate! -ordenó Frodo.

Gollum se puso en pie y retrocedió hasta el acantilado.

-¡A ver! - dijo Frodo -. ¿Cuándo es más fácil encontrar el camino, de día o de noche? Nosotros estamos cansados; pero si prefieres la noche, partiremos hoy mismo.

-Las grandes luces nos dañan los ojos, sí -gimió Gollum-. No la luz de la Cara Blanca, no, todavía no. Pronto se esconderá detrás de las colinas, sssí. Descansad antes un poco, buenos hobbits.

-Siéntate entonces -dijo Frodo- ¡y no te muevas!

Los hobbits se sentaron uno a cada lado de Gollum, de espaldas a la pared pedregosa, y estiraron las piernas. No fue preciso que hablaran para ponerse de acuerdo: sabían que no tenían que dormir ni un solo instante. Lentamente desapareció la luna. Las sombras cayeron desde las colinas y todo fue oscuridad. Las estrellas se multiplicaron y brillaron en el cielo. Ninguno de los tres se movía. Gollum estaba sentado con las piernas encogidas, las rodillas debajo del mentón, las manos y los pies planos abiertos contra el suelo, los ojos cerrados; pero parecía tenso, como si estuviera pensando o escuchando.

Frodo cambió una mirada con Sam. Los ojos se encontraron y se comprendieron. Los hobbits aflojaron el cuerpo, apoyaron la cabeza en la piedra, y cerraron los ojos, o fingieron cerrarlos. Pronto se los oyó respirar regularmente. Las manos de Gollum se crisparon, nerviosas. La cabeza se volvió en un movimiento casi imperceptible a la izquierda y a la derecha, y primero entornó apenas un ojo Y luego el otro. Los hobbits no reaccionaron.

De súbito, con una agilidad asombrosa y la rapidez de una langosta o una rana, Gollum se lanzó de un salto a la oscuridad. Eso era precisamente lo que Frodo y Sam habían esperado. Sam lo alcanzó antes de que pudiera dar dos pasos más. Frodo, que lo seguía, le aferró la pierna y lo hizo caer.

-Tu cuerda podrá sernos útil otra vez, Sam -dijo.

Sam sacó la cuerda.

-¿Y a dónde iba usted por estas duras tierras frías, señor Gollum? -gruñó-. Nos preguntamos, sí, nos preguntamos. En busca de algunos de tus amigos orcos, apuesto. Repugnante criatura traicionera. Alrededor de tu gáznate tendría que ir esta cuerda y con un nudo bien apretado.

Gollum yacía inmóvil y no intentó ninguna otra jugarreta. No le contestó a Sam, pero le echó una mirada fugaz y venenosa.

-Sólo nos hace falta algo con que sujetarlo -dijo Frodo-. Es necesario que camine, de modo que no tendría sentido atarle las piernas... o los brazos, pues por lo que veo los utiliza indistintamente. Átale esta punta al tobillo y no sueltes el otro extremo.

Permaneció junto a Gollum, vigilándolo, mientras Sam hacía el nudo. El resultado desconcertó a los dos hobbits. Gollum se puso a gritar: un grito agudo, desgarrador, horrible al oído. Se retorció tratando de alcanzar el tobillo con la boca y morder la cuerda, aullando siempre.

Frodo se convenció al fin de que Gollum sufría de verdad; pero no podía ser a causa del nudo. Lo examinó y comprobó que no estaba demasiado apretado; al contrario. Sam había sido más compasivo que sus propias palabras.

-¿Qué te pasa? -dijo-. Si intentas escapar, tendremos que atarte; pero no queremos hacerte daño.

-Nos hace daño, nos hace daño -siseó Gollum-. ¡Hiela, muerde! ¡La hicieron los elfos, malditos sean! ¡Hobbits sucios y crueles! Por eso tratamos de escapar, claro, tesoro. Adivinamos que eran hobbits crueles. Hobbits que visitan a los elfos, elfos feroces de ojos brillantes. ¡Quitad la cuerda! ¡Nos hace daño!

-No, no te la sacaré -dijo Frodo- a menos... -se detuvo un momento para reflexionar-... a menos que haya una promesa de tu parte en la que yo confíe.

-Juraremos hacer lo que él quiere, sí, sssí -dijo Gollum, siempre retorciéndose y aferrándose el tobillo-. Nos hace daño.

-¿Jurarías? -dijo Frodo.

-Sméagol -dijo Gollum con voz súbitamente clara, abriendo grandes los ojos y mirando a Frodo con una extraña luz-. Sméagol jurará sobre el Tesoro.

Frodo se irguió y una vez más Sam escuchó estupefacto las palabras y la voz grave de Frodo.

-¿Sobre el Tesoro? ¿Cómo te atreves? -dijo-. Reflexiona.

Un Anillo para gobernarlos a todos y atarlos en las Tinieblas.

»¿Te atreves a hacer una promesa semejante, Sméagol? Te obligará a cumplirla. Pero es aún más traicionero que tú. Puede tergiversar tus palabras. ¡Ten cuidado! Gollum se encogió.

-¡Sobre el Tesoro, sobre el Tesoro! -repitió.

-¿Y qué jurarías? -preguntó Frodo.

-Ser muy muy bueno -dijo Gollum. Luego, arrastrándose por el suelo a los pies de Frodo, murmuró con voz ronca, y un escalofrío lo recorrió de arriba abajo, como si el terror de las palabras le estremeciera los huesos-: Sméagol jurará que nunca, nunca, permitirá que Él lo tenga. ¡Nunca! Sméagol lo salvará. Pero ha de jurar sobre el Tesoro.

-¡No! No sobre el Tesoro -dijo Frodo, mirándolo con severa piedad-. Lo que deseas es verlo y tocarlo, si puedes, aunque sabes que enloquecerías. No sobre el Tesoro. Jura por él, si quieres. Pues tú sabes dónde está. Sí, tú lo sabes, Sméagol. Está delante de ti.

Por un instante Sam tuvo la impresión de que su amo había crecido y que Gollum había empequeñecido: una sombra alta y severa, un poderoso y luminoso señor que se ocultaba en una nube gris, y a sus pies, un perrito lloroso. Sin embargo, no eran dos seres totalmente distintos, había entre ellos alguna afinidad: cada uno podía adivinar lo que pensaba el otro.

Gollum se incorporó y se puso a tocar a Frodo, acariciándole las rodillas.

-¡Abajo! ¡Abajo! Ahora haz tu promesa.

-Prometemos, sí, ¡yo prometo! -dijo Gollum-. Serviré al señor del Tesoro. Buen amo, buen Sméagol, ¡*gollum, gollum!* -Súbitamente se echó a llorar y volvió a morderse el tobillo.

-¡Sácale la cuerda, Sam! -dijo Frodo.

De mala gana, Sam obedeció. Gollum se puso de pie al instante y caracoleó como un cuzco que recibe una caricia luego del castigo. A partir de entonces hubo en él una curiosa transformación que se prolongó un cierto tiempo.

La voz era menos sibilante y menos llorosa, y hablaba directamente con los hobbits, no con aquel tesoro bienamado. Se encogía y retrocedía si los hobbits se le acercaban o hacían algún movimiento brusco, y evitaba todo contacto con las capas élficas; pero se mostraba amistoso, y en verdad daba lástima observar cómo se afanaba tratando de complacer a los hobbits. Se desternillaba de risa y hacía cabriolas ante cualquier broma, o cuando Frodo le hablaba con dulzura; y se echaba a llorar si lo reprendía. Sam casi no le hablaba. Desconfiaba de este nuevo Gollum, de Sméagol, más que nunca, y le gustaba, si era posible, aún menos que el antiguo.

-Y bien, Gollum, o como rayos te llames -dijo-, ¡ha llegado la hora! La luna se ha escondido y la noche se va. Convendría que nos pusiéramos en marcha.

-Sí, sí -asintió Gollum, brincando alrededor-. ¡En marcha! No hay más que un camino entre el extremo norte y el extremo sur. Yo lo descubrí, yo. Los orcos no lo utilizan, los orcos no lo conocen. Los orcos no atraviesan las Ciénagas, hacen rodeos de millas y millas. Es una gran suerte que hayáis venido por aquí. Es una gran suerte que os encontrarais con Sméagol, sí. Seguid a Sméagol.

Se alejó unos pasos y volvió la cabeza, en una actitud de espera Solícita, como un perro que los invitara a dar un paseo.

-¡Espera un poco, Gollum! -le gritó Sam-. ¡No te adelantes demasiado! Te seguiré de cerca, y tengo la cuerda preparada.

-¡No, no! -dijo Gollum-. Sméagol prometió.

En plena noche y a la luz clara y fría de las estrellas, emprendieron la marcha. Durante un trecho Gollum los guió hacia el norte por el mismo camino por el que habían venido; luego dobló a la derecha alejándose de las escarpadas paredes de Eryn Muil, y bajó por la pendiente pedregosa y accidentada que llevaba a las ciénagas. Rápidos y silenciosos desaparecieron en la oscuridad. Sobre las interminables lenguas desérticas que se extendían ante las puertas de Mordor, se cernía un silencio negro.

A TRAVES DE LAS CIENAGAS

Gollum avanzaba rápidamente, adelantando la cabeza y el cuello, y utilizando a menudo las manos con tanta destreza como los pies. Frodo y Sam se veían en apuros para seguirlo; pero ya no parecía tener intenciones de escaparse, y si se retrasaban, se daba vuelta y los esperaba. Al cabo de un rato llegaron a la entrada de la garganta angosta que antes les cerraba el paso; pero ahora estaban más lejos de las colinas.

-¡Helo aquí! - gritó Gollum -. Hay un sendero que desciende en el fondo, sí. Ahora lo seguimos... y sale allá, allá lejos. -Señaló las ciénagas, hacia el sur y hacia el este. El hedor espeso y rancio llegaba hasta ellos pese al fresco aire nocturno.

Gollum iba y venía a lo largo del borde y por fin los llamó a gritos. - ¡Aquí! Por aquí podemos bajar. Sméagol fue por este camino una vez. Yo fui por este camino, ocultándome de los orcos.

Gollum se adelantó y siguiéndole los pasos los hobbits bajaron a la oscuridad. No fue una empresa difícil, pues allí la grieta no medía más de doce pies de altura y unos doce de ancho. En el fondo corría agua: la grieta era en realidad el lecho de uno de los muchos riachos que descendían de las colinas a alimentar las lagunas y las ciénagas. Gollum giró a la derecha, hacia el sur, y pisó chapoteando el fondo pedregoso del riacho. Parecía inmensamente feliz al sentir el agua en los pies; reía entre dientes y hasta creaba a ratos una especie de canción.

Las duras tierras frías

nos muerden las manos,

nos roen los pies.

Las rocas y las piedras

son como huesos

viejos y descarnados.

Pero el arroyo y la charca

son húmedos y frescos:

¡buenos para los pies!

Y ahora deseamos...

-¡Ja!, ¡ja! ¡Qué deseamos? -dijo, mirando de soslayo a los hobbits-. Te lo diremos -croó-. Él lo adivinó hace mucho tiempo, Bolsón lo adivinó. -Un fulgor le iluminó los ojos, y a Sam, que alcanzó a verlo en la oscuridad, no le causó ninguna gracia.

Vive sin respirar;

frío como la muerte;

nunca sediento, siempre bebiendo,

viste de malla y no tintinea.

Se ahoga en el desierto,

y cree que una isla

es una montaña

y una fuente, una ráfaga.

¡Tan bruñido y tan bello!

*¡Qué alegría encontrarlo!
Sólo tenemos un deseo:
¡que atrapemos un pez
jugoso y succulento!*

Estas palabras no hicieron más que acrecentar la preocupación que acuciaba a Sam desde que supo que su amo iba a adoptar a Gollum como guía: el problema de la alimentación. No se le ocurrió que quizá también Frodo lo hubiera pensado, pero de que Gollum lo pensaba no le cabía ninguna duda. Quién sabe cómo y de qué se había alimentado durante sus largos vagabundeos solitarios. No demasiado bien, se dijo Sam. Parece un tanto famélico, Y no creo que, a falta de pescado, tenga demasiados escrúpulos en probar el sabor de los hobbits... en el caso de que nos sorprendiera dormidos. Pues bien, no nos sorprenderá: no a Sam Gamyi por cierto.

Avanzaron a tientas por la oscura y sinuosa garganta durante un tiempo que a los fatigados pies de Frodo y Sam les pareció interminable. La garganta, luego de describir una curva a la izquierda, se volvía cada vez más ancha y menos profunda. Por fin el cielo empezó a clarear, pálido y gris, a las primeras luces del alba. Gollum, que hasta ese momento no había dado señales de fatiga, miró hacia arriba y se detuvo.

-El día se acerca -murmuró, como si el día pudiese oírlo y saltarle encima-. Sméagol se queda aquí. Yo me quedaré aquí y la Cara Amarilla no me verá.

-A nosotros nos alegraría ver el Sol -dijo Frodo-, pero también nos quedaremos: estamos demasiado cansados para seguir caminando.

-No es de sabios alegrarse de ver la Cara Amarilla -dijo Gollum-. Delata. Los hobbits buenos y razonables se quedarán con Sméagol. Orcos y bestias inmundas rondan por aquí. Ven desde muy lejos. ¡Quedaos y escondeos conmigo!

Los tres se instalaron al pie de la pared rocosa, preparándose a descansar. Allí la altura de la garganta era apenas mayor que la de un hombre, y en la base había unos bancos anchos y lisos de piedra seca; el agua corría por un canal al pie de la otra pared. Frodo y Sam se sentaron en una de las piedras, recostándose contra el muro de roca. Gollum chapoteaba y pataleaba en el arroyo.

-Necesitaríamos comer un bocado -dijo Frodo-. ¿Tienes hambre, Sméagol? Es poco lo que nos queda, pero lo compartiremos contigo.

Al oír la palabra *hambre* una luz verdosa se encendió en los pálidos ojos de Gollum, que ahora parecían más saltones que nunca en el rostro flaco y macilento. Durante un momento les habló como antes.

-Estamos famélicos, sí, famélicos, mi tesoro -dijo-. ¿Qué comen ellos? ¿Tienen buenos pescados? Movía la lengua de lado a lado entre los afilados dientes amarillos, y se lamía los labios descoloridos.

-No, no tenemos pescado -dijo Frodo-. No tenemos más que esto... -le mostró una galleta de *lembas*- ...y también agua, si es que el agua de aquí se puede beber.

-Ssí, ssí, agua buena -dijo Gollum-. ¡Bebamos, bebamos, mientras sea posible! ¿Pero qué es lo que ellos tienen, mi tesoro? ¿Se puede masticar? ¿Es sabroso?

Frodo partió un trozo de galleta y se lo tendió envuelto en la hoja. Gollum olió la hoja, y un espasmo de asco y algo de aquella vieja malicia le torcieron la cara.

-¡Sméagol lo huele! -dijo-. Hojas del país élfico. ¡Puaj! Apestan. Se trepaba a esos árboles, y nunca más podía quitarse el olor de las manos, ¡mis preciosas manos!

Dejó caer la hoja, y mordisqueó un borde de la *lembas*. Escupió y un acceso de tos le sacudió el cuerpo.

-¡Aj! ¡No! -farfulló echando baba-. Estáis tratando de ahogar al pobre Sméagol. Polvo y cenizas, eso él no lo puede comer. Se morirá de hambre. Pero a Sméagol no le importa. ¡Hobbits buenos! Sméagol prometió. Se morirá de hambre. No puede comer alimentos de hobbits. Se morirá de hambre. ¡Pobre Sméagol, tan flaco!

-Lo lamento -dijo Frodo-, pero no puedo ayudarte, creo. Pienso que este alimento te haría bien, si quisieras probarlo. Pero tal vez ni siquiera puedas probarlo, al menos por ahora.

Los hobbits mascaron sus *lembas* en silencio. A Sam de algún modo, le supieron mucho mejor que en los últimos días: el comportamiento de Gollum le había permitido descubrir nuevamente el sabor y la fragancia de las *lembas*. Pero no se sentía a gusto. Gollum seguía con la mirada el trayecto de cada bocado de la mano a la boca, como un perro famélico que espera junto a la silla del que come. Sólo cuando los hobbits terminaron y se preparaban a descansar, se convenció al parecer de que no tenían manjares ocultos para compartir. Entonces se alejó, se sentó a solas a algunos pasos de distancia, y lloriqueo.

-¡Escuche! -le murmuró Sam a Frodo, no en voz demasiado baja; en realidad no le importaba que Gollum lo oyera o no-. Necesitamos dormir un poco; pero no los dos al mismo tiempo con este malvado hambriento en las cercanías. Con promesa o sin promesa, Sméagol o Gollum, no va a cambiar de costumbres de la noche a la mañana, eso se lo aseguro. Duerma usted, señor Frodo, y lo llamaré cuando se me cierren los ojos. Haremos guardias, como antes, mientras él ande suelto.

-Puede que tengas razón, Sam -dijo Frodo hablando abiertamente-. Ha habido un cambio en él, pero de qué naturaleza y profundidad, no lo sé todavía con certeza. A pesar de todo, creo sinceramente que no hay nada que temer... por el momento. De cualquier manera, monta guardia si quieres. Déjame dormir un par de horas, no más, y luego llámame.

Tan cansado estaba Frodo que la cabeza le cayó sobre el pecho, y ni bien hubo terminado de hablar, se quedó dormido. Al parecer, Gollum no sentía ya ningún temor. Se hizo un ovillo y no tardó en dormirse, indiferente a todo. Pronto se le oyó respirar suave y acompasadamente, silbando apenas entre los dientes apretados, pero yacía inmóvil como una piedra. Al cabo de un rato, temiendo dormirse también él si seguía escuchando la respiración de sus dos compañeros, Sam se levantó y pellizcó ligeramente a Gollum. Las manos de Gollum se desenroscaron y se crisparon, pero no hizo ningún otro movimiento. Sam se agachó y dijo *pessscado* junto al oído de Gollum, mas no hubo ninguna reacción, ni siquiera un sobresalto en la respiración de Gollum.

Sam se rascó la cabeza. «Ha de estar realmente dormido», murmuró. «Y si yo fuera como él, no despertaría nunca más.» Alejó las imágenes de la espada y la cuerda que se le habían aparecido en la mente, y fue a sentarse junto a Frodo.

Cuando despertó el cielo estaba oscuro, no más claro sino más sombrío que cuando habían desayunado. Sam se incorporó bruscamente. No sólo a causa del vigor que había recobrado, sino también por la sensación de hambre, comprendió de pronto que había dormido el día entero, nueve horas por lo menos. Frodo tendido ahora de costado, aún

dormía profundamente. A Gollum no se lo veía por ninguna parte. Varios epítetos poco halagadores para sí mismo acudieron a la mente de Sam, tomados del vasto repertorio paternal del Tío; luego se le ocurrió pensar que su amo no se había equivocado: por el momento no tenían nada que temer. En todo caso, allí seguían los dos todavía vivos; nadie los había estrangulado.

-¡Pobre miserable! -dijo no sin remordimiento-. Me pregunto a dónde habrá ido.

-¡No muy lejos, no muy lejos! - dijo una voz por encima de él. Sam levantó la mirada y vio la gran cabeza y las enormes orejas de Gollum contra el cielo nocturno.

-Eh, ¿qué estás haciendo? -gritó Sam, inquieto una vez más como antes, no bien vio aquella cabeza.

-Sméagol tiene mucha hambre -dijo Gollum-. Volverá pronto. -¡Vuelve ahora mismo! -gritó Sam-. ¡Eh! ¡Vuelve! -Pero Gollum había desaparecido.

Frodo despertó con el grito de Sam y se sentó y se frotó los ojos. -¡Hola! -dijo-. ¿Algo anda mal? ¿Qué hora es?

-No sé -dijo Sam-. Ya ha caído el sol, me parece. Y el otro se ha marchado. Decía que tenía mucha hambre.

-No te preocupes -dijo Frodo-. No podemos impedirlo. Pero volverá, ya verás. Todavía cumplirá la promesa por algún tiempo. Y de todos modos, no abandonará su Tesoro.

Frodo tomó con calma la noticia de que ambos habían dormido profundamente durante horas con Gollum, y con un Gollum muy hambriento por añadidura, suelto en las cercanías.

-No busques ninguno de esos epítetos de tu Tío -le dijo a Sam-. Estabas extenuado y todo ha salido bien: ahora los dos estamos descansados. Y tenemos por delante un camino difícil, el tramo más arduo.

-A propósito de comida -comentó Sam-, ¿cuánto tiempo cree que nos llevará este trabajo? Y cuando hayamos concluido, ¿qué haremos entonces? Este pan del camino mantiene en pie maravillosamente bien, pero no satisface para nada el hambre de adentro, por así decir: no a mí al menos, sin faltar el respeto a quienes lo prepararon. Pero uno tiene que comer un poco cada día, y no se multiplica. Creo que nos alcanzará para unas tres semanas, digamos, y eso con el cinturón apretado y poco diente. Hemos estado derrochándolo.

-No sé cuánto tardaremos aún... hasta el final -dijo Frodo-. Nos retrasamos demasiado en las montañas. Pero Samsagaz Gamyi, mi querido hobbit... en verdad Sam, mi hobbit más querido, el amigo por excelencia, no nos preocupemos por lo que vendrá después. Terminar con este trabajo, como tú dices... ¿qué esperanzas tenemos de terminarlo alguna vez? Y si lo hacemos ¿sabemos acaso qué habremos conseguido? Si el Único cae en el Fuego, y nosotros nos encontramos en las cercanías, yo te pregunto a ti, Sam, ¿crees que en ese caso necesitaremos pan alguna vez? Yo diría que no. Cuidar nuestras piernas hasta que nos lleven al Monte del Destino, más no podemos hacer. Y empiezo a temer que sea más de lo que está a mi alcance.

Sam asintió en silencio. Tomando la mano de Frodo, se inclinó. No se la besó, pero unas lágrimas cayeron sobre ella. Luego se volvió, se enjugó la nariz con la manga, se levantó y se puso a dar puntapiés en el suelo, mientras trataba de silbar y decía con voz forzada:

-¿Por dónde andará esa condenada criatura?

En realidad, Gollum no tardó en regresar; pero con tanto sigilo que los hobbits no lo oyeron hasta que lo tuvieron delante. Tenía los dedos y la cara sucios de barro negro.

Masticaba aún y se babeaba. Lo que mascaba, los hobbits no se lo preguntaron ni quisieron imaginarlo.

«Gusanos o escarabajos o algunos de esos bichos viscosos que viven en agujeros», pensó Sam. «¡Brrr! ¡Qué criatura inmundada! ¡Pobre desgraciado!»

Gollum no les habló hasta después de beber en abundancia y lavarse en el arroyo. Entonces se acercó a los hobbits lamiéndose los labios.

-Mejor ahora ¿eh? -les dijo-. ¿Hemos descansado? ¿Listos para seguir viaje? ¡Buenos hobbits! ¡Qué bien duermen! ¡Confían ahora en Sméagol? Muy, muy bien.

La etapa siguiente del viaje fue muy parecida a la anterior. A medida que avanzaban la garganta se hacía menos profunda y la pendiente del suelo menos inclinada. El fondo era más terroso y casi sin piedras, y las paredes se transformaban poco a poco en barrancas. Ahora el sendero serpenteaba y se desviaba hacia uno u otro lado. La noche concluía, pero las nubes cubrían la luna y las estrellas, y sólo una luz gris y tenue que se expandía lentamente anunciaba la llegada del día.

En una fría hora de marcha llegaron al término del arroyo. Las orillas eran ahora montículos cubiertos de musgo. El agua gorgoteaba sobre el último reborde de piedra putrefacta, caía en una charca de aguas pardas y desaparecía. Unas cañas secas silbaban y crujían, aunque al parecer no había viento.

A ambos lados y al frente de los viajeros se extendían grandes ciénagas y marismas, internándose al este y al sur en la penumbra pálida del alba. Unas brumas y vahos brotaban en volutas de los pantanos oscuros y fétidos. Un hedor sofocante colgaba en el aire inmóvil. En lontananza, casi en línea recta al sur, se alzaban las murallas montañosas de Mordor, como una negra barrera de nubes despedazadas que flotasen sobre un mar peligroso cubierto de nieblas.

Ahora los hobbits dependían enteramente de Gollum. No sabían, ni podían adivinar a esa luz brumosa, que en realidad se encontraban a sólo unos pasos de los confines septentrionales de las ciénagas, cuyas ramificaciones principales se abrían hacia el sur. De haber conocido la región, habrían podido, demorándose un poco, volver sobre sus pasos y luego, girando al este, llegar por tierra firme a la desnuda llanura de Dagorlad: el campo de la antigua batalla librada ante las puertas de Mordor. Aunque ese camino no prometía demasiado. En aquella llanura pedregosa, atravesada por las carreteras de los orcos y los soldados del enemigo, no había ninguna posibilidad de encontrar algún refugio. Allí ni siquiera las capas élficas de Lórien hubieran podido ocultarlos.

-¿Y ahora por dónde vamos, Sméagol? - preguntó Frodo -. ¿Tenemos que atravesar estas marismas pestilentes?

-No, no -dijo Gollum-. No si los hobbits quieren llegar a las montañas oscuras e ir a verlo lo más pronto posible. Un poco para atrás y una pequeña vuelta... -el brazo flaco señaló al norte y el este- ...y podréis llegar por caminos duros y fríos a las puertas mismas del país. Muchos de los suyos estarán allí para recibir a los huéspedes, felices de poder conducirlos directamente a Él, oh sí. El Ojo vigila constantemente en esa dirección. Allí capturó a Sméagol, hace mucho mucho tiempo. - Gollum se estremeció. - Pero desde entonces Sméagol ha aprendido a usar sus propios ojos, sí, sí: he usado mis ojos y mis pies y mi nariz desde entonces. Conozco otros caminos. Más difíciles, menos rápidos; pero mejores, si no queremos que Él vea. ¡Seguid a Sméagol! Él puede guiarnos a través de las

ciénagas, a través de las nieblas espesas y amigas. Seguid a Sméagol con cuidado, y podréis ir lejos, muy lejos, antes que Él os atrape, sí, quizás.

Ya era de día, una mañana lúgubre y sin viento, y los vapores de las ciénagas yacían en bancos espesos. Ni un solo rayo de sol atravesaba el cielo encapotado, y Gollum parecía ansioso y quería continuar el viaje sin demora. Así pues, luego de un breve descanso, reanudaron la marcha y pronto se perdieron en un paisaje umbrío y silencioso, aislado de todo el mundo circundante, desde donde no se veían ni las colinas que habían abandonado ni las montañas hacia donde iban. Avanzaban en fila, a paso lento: Gollum, Sam, Frodo. Frodo parecía el más cansado de los tres, y a pesar de la lentitud de la marcha, a menudo se quedaba atrás. Los hobbits no tardaron en comprobar que aquel pantano inmenso era en realidad una red interminable de charcas, lodazales blandos, y riachos sinuosos y menguantes. En esa maraña, sólo un ojo y un pie avezados podían rastrear un sendero errabundo. Gollum poseía ambas cosas sin duda alguna, y las necesitaba. No dejaba de girar la cabeza de un lado a otro sobre el largo cuello, mientras husmeaba el aire y hablaba constantemente consigo mismo en un murmullo. De vez en cuando levantaba una mano para indicarles que debían detenerse, mientras él se adelantaba unos pocos pasos, y se agachaba para palpar el terreno con los dedos de las manos o de los pies, o escuchar, con el oído pegado al suelo.

Era un paisaje triste y monótono. Un invierno frío y húmedo reinaba aún en aquella comarca abandonada. El único verdor era el de la espuma lívida de las algas en la superficie oscura y viscosa del agua sombría. Hierbas muertas y cañas putrefactas asomaban entre las neblinas como las sombras andrajosas de unos estíos olvidados.

A medida que avanzaba el día, la claridad fue en aumento, las nieblas se levantaron volviéndose más tenues y transparentes. En lo alto, lejos de la putrefacción y los vapores del mundo, el Sol subía, altivo y dorado sobre un paisaje sereno con suelos de espuma deslumbrante, pero ellos, desde allí abajo, no veían más que un espectro pasajero, borroso y pálido, sin color ni calor. Bastó no obstante ese vago indicio de la presencia del Sol para que Gollum se enfurruñara y vacilara. Suspendió el viaje, y descansaron, agazapados como pequeñas fieras perseguidas, a la orilla de un extenso cañaveral pardusco. Había un profundo silencio, rasgado sólo superficialmente por las ligeras vibraciones de las cápsulas de las semillas, ahora reseca y vacías, y el temblor de las briznas de hierba quebradas, movidas por una brisa que ellos no alcanzaban a sentir.

-¡Ni un solo pájaro! -dijo Sam con tristeza.

-¡No, nada de pájaros! -dijo Gollum-. ¡Buenos pájaros! -Se pasó la lengua por los dientes.- Nada de pájaros aquí. Hay serpientes, gusanos, cosas de las ciénagas. Muchas cosas, montones de cosas inmundas. Nada de pájaros -concluyó tristemente. Sam lo miró con repulsión.

Así transcurrió la tercera jornada del viaje en compañía de Gollum. Antes que las sombras de la noche comenzaran a alargarse en tierras más felices, los viajeros reanudaron la marcha, avanzando casi sin cesar, y deteniéndose sólo brevemente, no tanto para descansar como para ayudar a Gollum; porque ahora hasta él tenía que avanzar con sumo cuidado, y a ratos se desorientaba. Habían llegado al corazón mismo de la Ciénaga de los Muertos y estaba oscuro.

Caminaban lentamente, encorvados, en apretada fila, siguiendo con atención los movimientos de Gollum. Los pantanos eran cada vez más aguanosos, abriéndose en vastas lagunas; y cada vez era más difícil encontrar donde poner el pie sin hundirse en el lodo burbujeante. Por fortuna, los viajeros eran livianos, pues de lo contrario difícilmente hubieran encontrado la salida.

Pronto la oscuridad fue total: el aire mismo parecía negro y pesado. Cuando aparecieron las luces, Sam se restregó los ojos: pensó que estaba viendo visiones. La primera la descubrió con el rabllo del ojo izquierdo: un fuego fatuo que centelleó un instante débilmente y desapareció; pero pronto asomaron otras: algunas como un humo de brillo apagado, otras como llamas brumosas que oscilaban lentamente sobre cirios invisibles; aquí y allá se retorcían como sábanas fantasmales desplegadas por manos ocultas. Pero ninguno de sus compañeros decía una sola palabra.

Por último Sam no pudo contenerse.

-¿Qué es todo esto, Gollum? -dijo en un murmullo-. ¿Estas luces? Ahora nos rodean por todas partes. ¿Nos han atrapado? ¿Quiénes son?

Gollum alzó la cabeza. Se encontraba delante de la agua oscura y se arrastraba en el suelo, a derecha e izquierda, sin saber por dónde ir.

-Sí, nos rodean por todas partes -murmuró-. Los fuegos fatuos. Los cirios de los cadáveres, sí, sí. ¡No les prestes atención! ¡No las mires! ¡No las sigas! ¿Dónde está el amo?

Sam volvió la cabeza y advirtió que Frodo se había retrasado otra vez. No lo veía. Volvió sobre sus pasos en las tinieblas, sin atreverse a ir demasiado lejos, ni a llamar en voz más alta que un ronco murmullo. Súbitamente tropezó con Frodo, que inmóvil y absorto contemplaba las luces pálidas. Las manos rígidas le colgaban a los costados del cuerpo: goteaban agua y lodo.

-¡Venga, señor Frodo! -dijo Sam- ¡No las mire! Gollum dice que no hay que mirarlas. Tratemos de caminar junto con él y de salir de este sitio maldito lo más pronto posible... si es posible.

-Está bien -dijo Frodo como si regresara de un sueño-. Ya voy. ¡Sigue adelante!

En la prisa por alcanzar a Gollum, Sam enganchó el pie en una vieja raíz o en una mata de hierba y trastabilló. Cayó pesadamente sobre las manos, que se hundieron en el cieno viscoso, con la cara muy cerca de la superficie oscura de la laguna. Oyó un débil silbido, se expandió un olor fétido, las luces titilaron, danzaron y giraron vertiginosamente. Por un instante el agua le pareció una ventana con vidrios cubiertos de inmundicia a través de la cual él espiaba. Arrancando las manos del fango, se levantó de un salto, gritando.

-Hay cosas muertas, caras muertas en el agua -dijo horrorizado-. ¡Caras muertas! Gollum se rió.

-La Ciénaga de los Muertos, sí, sí: así la llaman -cloqueó-. No hay que mirar cuando los cirios están encendidos.

-¿Quiénes son? ¿Qué son? -preguntó Sam con un escalofrío, volviéndose a Frodo que ahora estaba detrás de él.

-No lo sé -dijo Frodo con una voz soñadora-. Pero yo también las he visto. En los pantanos cuando se encendieron las luces. Yacen en todos los pantanos, rostros pálidos, en lo más profundo de las aguas tenebrosas. Yo los vi: caras horrendas y malignas, y caras nobles y tristes. Una multitud de rostros altivos y hermosos, con algas en los cabellos de plata. Pero todos inmundos, todos putrefactos, todos muertos. En ellos brilla una luz

tétrica. -Frodo se cubrió los ojos con las manos.- Ahora sé quiénes son; pero me pareció ver allí hombres y elfos, y orcos junto a ellos.

-Sí, sí -dijo Gollum-. Todos muertos, todos putrefactos. Elfos y hombres y orcos. La Ciénaga de los Muertos. Hubo una gran batalla en tiempos lejanos, sí, eso le contaron a Sméagol cuando era joven, cuando yo era joven y el Tesoro no había llegado aún. Fue una gran batalla. Hombres altos con largas espadas, y elfos terribles, y orcos que aullaban. Pelearon en el llano durante días y meses delante de las Puertas Negras. Pero las ciénagas crecieron desde entonces, engulleron las tumbas; reptando, reptando siempre.

-Pero eso pasó hace una eternidad o más -dijo Sam-. ¡Los muertos no pueden estar ahí realmente! ¿Pesa algún sortilegio sobre el País Oscuro?

-¿Quién sabe? Sméagol no sabe -respondió Gollum-. No puedes llegar a ellos, no puedes tocarlos. Nosotros lo intentamos una vez, sí, tesoro. Yo traté una vez; pero son inalcanzables. Sólo formas para ver, quizá, pero no para tocar. ¡No, tesoro! Todos muertos.

Sam lo miró sombríamente y se estremeció otra vez, creyendo adivinar por qué razón Sméagol había intentado tocarlos.

-Bueno, no quiero verlos -dijo-. ¡Nunca más! ¿Podemos continuar y alejarnos de aquí?

-Sí, sí -dijo Gollum-. Pero lentamente, muy lentamente. ¡Con mucha cautela! Si no los hobbits bajarán a acompañar a los muertos y a encender pequeños cirios. ¡Seguid a Sméagol! ¡No miréis las luces!

Gollum se arrastró en cuatro patas hacia la derecha, buscando un camino que bordeara la laguna. Frodo y Sam lo seguían de cerca, y se agachaban, utilizando a menudo las manos lo mismo que Gollum. «Tres pequeños tesoros de Gollum seremos, si esto dura mucho más», murmuró Sam.

Llegaron por fin al extremo de la laguna negra, y la atravesaron, reptando o saltando de una traicionera isla de hierbas a la siguiente. Más de una vez perdieron pie y cayeron de manos en aguas tan hediondas como las de un albañal, y se levantaron cubiertos de lodo y de inmundicia casi hasta el cuello, arrastrando un olor nauseabundo.

Era noche cerrada, cuando por fin pisaron una vez más suelo firme. Gollum siseaba y murmuraba entre dientes, pero parecía estar contento: de alguna manera misteriosa, gracias a una combinación de los sentidos del tacto y el olfato, y a una extraordinaria memoria para reconocer formas en la oscuridad, parecía saber una vez más dónde se encontraba y por dónde iba el camino.

-¡En marcha ahora! -dijo-. ¡Buenos hobbits! ¡Valientes hobbits! Muy muy cansados, claro; también nosotros, mi tesoro, los tres. Pero al amo hay que alejarlo de las luces malas, sí, sí. -Con estas palabras reanudó la marcha casi al trote, por lo que parecía ser un largo camino entre cañas altas, y los hobbits lo siguieron, trastabillando, tan rápido como podían. Pero poco después se detuvo de pronto y husmeó el aire dubitativamente, siseando como si otra vez algo lo preocupara o irritara.

-¿Qué te ocurre? -gruñó Sam, tomando a mal la actitud de Gollum-. ¿Qué andas husmeando? A mí este olor poco menos que me derriba, por más que me tape la nariz. Tú apesta y el amo apesta: todo apesta en este sitio.

-¡Sí, sí, y Sam apesta! -respondió Gollum-. El pobre Sméagol lo huele, pero Sméagol es bueno y lo soporta. Ayuda al buen amo. Pero no es por eso. El aire se agita, algo va a cambiar. Sméagol se pregunta qué: no está contento.

Se puso de nuevo en marcha, pero parecía cada vez más inquieto, y a cada instante se erguía en toda su estatura, y tendía el cuello hacia el este y el sur. Durante un tiempo los hobbits no alcanzaron a oír ni a sentir lo que tanto parecía preocupar a Gollum. De improviso los tres se detuvieron, tiesos y alertas. Frodo y Sam creyeron oír a los lejos un grito largo y doliente, agudo y cruel. Se estremecieron. En el mismo momento advirtieron al fin la agitación del aire, que ahora era muy frío. Mientras permanecían así, muy quietos, y expectantes, oyeron un rumor creciente, como el de un vendaval que se fuera acercando. Las luces veladas por la niebla vacilaron, se debilitaron, y por fin se extinguieron.

Gollum se negaba a avanzar. Se quedó allí, como petrificado, temblando y farfullando en su jerigonza, hasta que el viento se precipitó sobre ellos en un torbellino, rugiendo y silbando en las ciénagas. La oscuridad se hizo algo menos impenetrable, apenas lo suficiente como para que pudieran ver, o vislumbrar, unos bancos informes de niebla que se desplazaban y alejaban encrespándose en rizos y en volutas. Y al levantar la cabeza vieron que las nubes se abrían y dispersaban en jirones; de pronto, alta en el cielo meridional, flotando entre las nubes fugitivas, brilló una luna pálida.

Por un instante el tenue resplandor llenó de júbilo los corazones de los hobbits; pero Gollum se agazapó, maldiciendo entre dientes la Cara Blanca. Y entonces Frodo y Sam, mirando el cielo, la vieron venir: una nube que se acercaba volando desde las montañas malditas; una sombra negra de Mordor; una figura alada, inmensa y aciaga. Cruzó como una ráfaga por delante de la luna, y con un grito siniestro, dejando atrás el viento, se alejó hacia el oeste.

Se arrojaron al suelo de bruces y se arrastraron, insensibles a la tierra fría. Mas la sombra nefasta giró en el aire y retornó, y esta vez voló más bajo, muy cerca del suelo, sacudiendo las alas horrendas y agitando los vapores fétidos de la ciénaga. Y entonces desapareció: en las alas de la ira de Sauron voló rumbo al oeste; y tras él, rugiendo, partió también el viento huracanado dejando desnuda y desolada la Ciénaga de los Muertos. Hasta donde alcanzaba la vista, hasta la distante amenaza de las montañas, sólo la luz intermitente de la luna punteaba el páramo inmenso.

Frodo y Sam se levantaron, frotándose los ojos, como niños que despiertan de un mal sueño, y encuentran que la noche amiga tiende aún un manto sobre el mundo. Pero Gollum yacía en el suelo, como desmayado. No les fue fácil reanimarlo; durante un rato se negó a alzar el rostro y permaneció obstinadamente de rodillas, los codos apoyados en el suelo protegiéndose la parte posterior de la cabeza con las manos grandes y chatas.

-¡Espectros! -gimoteaba. ¡Espectros con alas! Son los siervos del Tesoro. Lo ven todo, todo. ¡Nada puede ocultárselas! ¡Maldita Cara Blanca! ¡Y le dicen todo a Él! Él ve, Él sabe. ¡Aj, *gollum, gollum, gollum!* -Sólo cuando la luna se puso a lo lejos, más allá del Tol Brandir, consintió en levantarse y reanudar la marcha.

A partir de ese momento Sam creyó adivinar en Gollum un nuevo cambio. Se mostraba más servil y más pródigo en supuestas manifestaciones de afecto; pero Sam lo sorprendía a veces echando miradas extrañas, principalmente a Frodo; además, recaía, cada vez más a menudo, en el lenguaje de antes. Y Sam tenía otro motivo de preocupación. Frodo parecía cansado, cansado hasta el agotamiento. No decía nada, en realidad casi no hablaba; tampoco se quejaba, pero caminaba como si soportara una carga cuyo peso

aumentaba sin cesar; y se arrastraba con una lentitud cada vez mayor, al punto que Sam tenía que rogarle a menudo a Gollum que esperase a fin de no dejar atrás al amo.

Frodo sentía, en efecto, que con cada paso que lo acercaba a las puertas de Mordor, el Anillo, sujeto a la cadena que llevaba al cuello, se volvía más y más pesado. Y empezaba a tener la sensación de llevar auestas un verdadero fardo, cuyo peso lo vencía y lo encorvaba. Pero lo que más inquietaba a Frodo era el Ojo: así llamaba en su fuero íntimo a esa fuerza más insoportable que el peso del Anillo que lo obligaba a caminar encorvado. El Ojo: la creciente y horrible impresión de la voluntad hostil, decidida a horadar toda sombra de nube, de tierra y de carne para verlo: para inmovilizarlo con una mirada mortífera, desnuda, inexorable. ¡Qué tenues, qué frágiles y tenues eran ahora los velos que lo protegían! Frodo sabía bien dónde habitaba y cuál era el corazón de aquella voluntad: con tanta certeza como un hombre que sabe dónde está el sol, aun con los ojos cerrados. Estaba allí, frente a él, y esa fuerza le golpeaba la frente.

Gollum sentía sin duda algo parecido. Pero lo que acontecía en aquel corazón miserable, acorralado como estaba entre las presiones del Ojo, la codicia del Anillo ahora tan al alcance de la mano, y la promesa reticente y humillante que hiciera a medias bajo la amenaza de la espada, los hobbits no podían adivinarlo. Frodo no había pensado en eso *en* ningún momento. Y Sam preocupado como estaba por su señor, casi no había reparado en la nube que le ensombrecía el corazón. Ahora caminaba detrás de Frodo, y observaba con mirada vigilante cada uno de sus movimientos, sosteniéndolo cuando vacilaba, procurando alentarlos, con palabras desmayadas.

Cuando despuntó por fin el día, los hobbits se sorprendieron al ver cuánto más próximas estaban ya las montañas infaustas. El aire era ahora más límpido y fresco, y aunque todavía lejanos, los muros de Mordor no parecían ya una amenaza nebulosa en el horizonte, sino unas torres negras y siniestras que se erguían del otro lado de un desierto tenebroso. Las tierras pantanosas terminaban transformándose paulatinamente en turberas muertas y grandes placas de barro seco y resquebrajado. Ante ellos el terreno se elevaba en largas cuchillas, desnudas y despiadadas, hacia el desierto que se extendía a las puertas de Sauron.

Mientras duró la luz grísea del alba, se agazaparon encogiéndose como gusanos debajo de una piedra negra, temiendo que el terror alado pasara nuevamente y los ojos crueles alcanzaran a verlos. El resto de aquel día fue una sombra creciente de miedo en que la memoria no encontró nada en que posarse a descansar. Durante dos noches más avanzaron penosamente por aquella tierra monótona y sin caminos. El aire, les parecía, se había vuelto más áspero, cargado de un vapor acre que los sofocaba y les secaba la boca.

Por fin, en la quinta mañana desde que se pusieran en camino con Gollum, se detuvieron una vez más. Ante ellos, negras en el amanecer, las cumbres se perdían en una alta bóveda de humo y nubarrones sombríos. De las faldas de las montañas, que se alzaban ahora a sólo una docena de millas, nacían grandes contrafuertes y colinas anfractuadas. Frodo miró en torno, horrorizado. Si las Ciénagas de los Muertos y los páramos secos de la Tierra-de-Nadie les habían parecido sobrecogedores, mil veces más horripilante era el paisaje que el lento amanecer desvelaba a los ojos entornados de los viajeros. Hasta el Pantano de las Caras Muertas llegaría acaso alguna vez un trasnochado espectro de verde primavera; pero estas tierras nunca más conocerían la primavera ni el estío. Nada vivía aquí, ni siquiera esa vegetación leprosa que se alimenta de la podredumbre. Cenizas y lodos viscosos de un blanco y un gris malsanos ahogaban las bocas jadeantes de las ciénagas, como si las entrañas de los montes hubiesen vomitado una inmundicia sobre las

tierras circundantes. Altos túmulos de roca triturada y pulverizada, grandes conos de tierra calcinada y manchada de veneno, que se sucedían en hileras interminables, como obscenas sepulturas de un cementerio infinito, asomaban lentamente a la luz indecisa.

Habían llegado a la desolación que nacía a las puertas de Mordor: ese monumento permanente a los trabajos sombríos de muchos esclavos, y destinado a sobrevivir aun cuando todos los esfuerzos de Sauron se perdieran en la nada: una tierra corrompida, enferma sin la más remota esperanza de cura, a menos que el Gran Mar la sumergiera en las aguas del olvido.

-Me siento mal -dijo Sam. Frodo callaba.

Permanecieron allí unos instantes, como hombres a la orilla de un sueño en el que acecha una pesadilla, procurando no amilanarse, pero recordando que sólo atravesando la noche se llega a la mañana. La luz crecía alrededor. Las ciénagas ahogadas y los túmulos envenenados se recortaban ya nítidos y horribles. El sol, ahora alto, surcaba el cielo entre nubes y largos regueros de humo, pero la luz parecía impura y viciada, y no alegró los corazones de los hobbits. La sintieron hostil, pues les mostraba el desamparo en que estaban: pequeños fantasmas atribulados y errantes entre los túmulos de cenizas del Señor Oscuro.

Demasiado fatigados, buscaron un sitio donde descansar. Durante un rato estuvieron sentados y sin hablar a la sombra de un túmulo de escoria, pero los vapores fétidos les atacaban la garganta y los sofocaban. Gollum fue el primero en levantarse. Escupiendo y echando maldiciones, se puso de pie, y sin una palabra ni una mirada a los hobbits se alejó en cuatro patas. Frodo y Sam se arrastraron detrás, hasta que llegaron a un foso enorme y casi circular que se elevaba en el oeste en un terraplén. Estaba frío y muerto y un cieno viscoso y multicolor rezumaba en el fondo. En ese agujero maligno se amontonaron, esperando que la sombra los protegiera de las miradas del Ojo.

El día transcurrió lentamente. La sed atormentaba, pero apenas bebieron algunas gotas de las cantimploras. Las habían llenado por última vez en la garganta, que ahora, en el recuerdo, les parecía un remanso de paz y belleza. Los hobbits se turnaron para descansar. Tan agotados estaban, que al principio ninguno de los dos pudo dormir, pero cuando el sol empezó a descender a lo lejos, envuelto en nubes lentas, Sam se quedó dormido. A Frodo le tocó pues hacer la guardia. Apoyó la espalda contra la pared inclinada del foso, pero seguía sintiéndose como si llevara una carga agobiante. Alzó los ojos al cielo estriado de humo y vio fantasmas extraños, jinetes Negros y rostros del pasado. Flotando entre el sueño y la vigilia, perdió la noción del tiempo, hasta que el olvido vino y lo envolvió.

Sam despertó bruscamente, con la impresión de que su amo lo estaba llamando. Era de noche. Frodo no podía haberlo llamado, porque se había quedado dormido, y había resbalado casi hasta el fondo del pozo. Gollum estaba junto él. Por un instante Sam pensó que estaba tratando de despertar a Frodo; pero en seguida comprendió que no era así. Gollum estaba hablando solo. Sméagol discutía con un interlocutor imaginario que utilizaba la misma voz, sólo que la pronunciación era entrecortado y sibilante. Un resplandor pálido y un resplandor verde aparecían alternativamente en sus ojos mientras hablaba.

-Sméagol prometió -decía el primer pensamiento.

-Sí, sí, mi tesoro -fue la respuesta-, hemos prometido: para salvar nuestro Tesoro, para no dejar que lo tenga Él... nunca. Pero está yendo hacia Él, con cada paso se le acerca más. ¿Qué pensará hacer el hobbit, nos preguntamos, sí, nos preguntamos?

-No lo sé. Yo no puedo hacer nada. El amo lo tiene. Sméagol prometió ayudar al amo.

-Sí, sí, ayudar al amo: el amo del Tesoro. Pero si nosotros fuéramos el amo, podríamos ayudarnos a nosotros mismos, sí, y a la vez cumplir las promesas.

-Pero Sméagol dijo que iba a ser muy bueno, buenísimo. ¡Buen hobbit! Quitó la cuerda cruel de la pierna de Sméagol. Me habla con afecto.

-Ser muy bueno, buenísimo, ¿eh mi tesoro? Seamos buenos, entonces, buenos como los peces, dulce tesoro, pero con nosotros mismos. Sin hacerle ningún daño al buen hobbit, naturalmente, no, no.

-Pero el Tesoro mantendrá la promesa -objetó la voz de Sméagol.

-Quítaselo entonces -dijo la segunda voz-, y será nuestro. Entonces, nosotros seremos el amo, ¡gollum! Haremos que el otro hobbit, el malo y desconfiado, se arrastre por el suelo, ¿sí, *gollum*?

-¿No al hobbit bueno?

-Oh no, si eso nos desagrada. Sin embargo es un Bolsón, mi tesoro, un Bolsón. Y fue un Bolsón quien lo robó. Lo encontró y no dijo nada, nada. Odiamos a los Bolsones.

-No, no a este Bolsón.

-Sí, a todos los Bolsones. A todos los que retienen el Tesoro. ¡Tiene que ser nuestro!

-Pero Él verá, Él sabrá. ¡Él nos lo quitará!

-Él ve. Él sabe. Él nos ha oído hacer promesas tontas, contrariando sus órdenes, sí. Tenemos que quitárselo. Los Espectros buscan. Tenemos que quitárselo.

-¡No para Él!

-No, dulce tesoro. Escucha, mi tesoro: si es nuestro, podremos escapar, hasta de Él ¿eh? Podríamos volvernos muy fuertes, más fuertes tal vez que los Espectros. ¿El Señor Sméagol? ¿Gollum el Grande? ¡El Gollum! Comer pescado todos los días, tres veces al día, recién sacado del mar. ¡Gollum el más precioso de los Tesoros! Tiene que ser nuestro. Lo queremos, lo queremos, ¡lo queremos!

-Pero ellos son dos. Despertarán demasiado pronto y nos matarán -gimió Sméagol en un último esfuerzo-. Ahora no. Todavía no.

-¡Lo queremos! Pero... -y aquí hubo una larga pausa, como si un nuevo pensamiento hubiera despertado-. Todavía no ¿eh? Tal vez no. Ella podría ayudar. Ella podría, sí.

-¡No, no! ¡Así no! -gimió Sméagol.

-¡Sí! ¡Lo queremos! ¡Lo queremos!

Cada vez que hablaba el segundo pensamiento, la larga mano de Gollum avanzaba lentamente hacia Frodo, para apartarse luego de pronto, con un sobresalto, cuando volvía a hablar Sméagol. Finalmente los dos brazos, con los largos dedos flexionados y crispados, se acercaron a la garganta de Frodo.

Fascinado por esta discusión, Sam había permanecido acostado e inmóvil, pero espionando por entre los párpados entornados cada gesto y cada movimiento de Gollum. Como espíritu simple, había imaginado que el peligro principal era la voracidad de Gollum, el deseo de comer hobbits. Ahora caía en la cuenta de que no era así: Gollum sentía el terrible llamado del Anillo. Él era evidentemente el Señor Oscuro, pero Sam se preguntaba quién sería *Ella*. Una de las horrendas amigas que la miserable criatura había encontrado

en sus vagabundeas, supuso. Pero al instante se olvidó del asunto pues las cosas habían ido sin duda demasiado lejos y estaban tomando visos peligrosos. Una gran pesadez le agarrotaba todos los miembros, pero se incorporó con un esfuerzo y logró sentarse. Algo le decía que tuviera cuidado y no revelara que había escuchado la discusión. Suspiró largamente y bostezó con ruido.

-¿Qué hora es? -preguntó con voz soñolienta.

Gollum dejó escapar entre dientes un silbido prolongado. Se irguió un momento, tenso y amenazador; luego se desplomó, cayó hacia adelante en cuatro patas, y echó a correr, reptando, por el borde del pozo.

-¡Buenos hobbits! ¡Buen Sam! -dijo-. ¡Cabezas soñolientas, sí, cabezas soñolientas! ¡Dejad que el buen Sméagol haga la guardia! Pero cae la noche. El crepúsculo avanza. Es hora de partir.

«¡Más que hora!» pensó Sam. «Y también hora de que nos separemos. » Pero en el mismo instante se le cruzó la idea de que Gollum suelto y en libertad podía ser tan peligroso como yendo con ellos. «¡Maldito sea!», masculló. «¡Ojalá se ahogara!» Bajó la cuesta tambaleándose y despertó a su amo.

Cosa extraña, Frodo se sentía reconfortado. Había tenido un sueño. La sombra oscura había pasado y una visión maravillosa lo había visitado en esta tierra infecta. No conservaba ningún recuerdo, pero a causa de esa visión se sentía animado y feliz. La carga parecía menos pesada ahora. Gollum lo saludó con la alegría de un perro. Reía y parloteaba, haciendo crujir los dedos largos y palmoteando las rodillas de Frodo. Frodo le sonrió.

-¡Coraje! -le dijo -. Nos has guiado bien y con fidelidad. Esta es la última etapa. Condúcenos hasta la Puerta y una vez allí no te pediré que des un paso más. Condúcenos hasta la Puerta y serás libre de ir a donde quieras... excepto a reunirte con nuestros enemigos.

-Hasta la Puerta, ¿eh? -chilló la voz de Gollum, al parecer con sorpresa y temor-. ¿Hasta la puerta, dice el amo? Sí, eso dice. Y el buen Sméagol hace lo que el amo pide. Oh sí. Pero cuando nos hayamos acercado, veremos tal vez, entonces veremos. Y no será nada agradable. ¡Oh no! ¡Oh no!

-¡Acaba de una vez! -dijo Sam-. ¡Ya basta!

La noche caía cuando se arrastraron fuera del foso y se deslizaron lentamente por la tierra muerta. No habían avanzado mucho y de pronto sintieron otra vez aquel temor que los había asaltado cuando la figura alada pasara volando sobre las ciénagas. Se detuvieron, agazapándose contra el suelo nauseabundo; pero no vieron nada en el sombrío cielo crepuscular, y pronto la amenaza pasó a gran altura enviada tal vez desde Barad-dûr con alguna misión urgente. Al cabo de un rato Gollum se levantó y reanudó la marcha en cuatro patas, mascullando y temblando.

Alrededor de una hora después de la medianoche el miedo los asaltó por tercera vez, pero ahora parecía más remoto, como si volara muy por encima de las nubes, precipitándose a una velocidad terrible rumbo al oeste. Gollum sin embargo estaba paralizado de terror, convencido de que los perseguían, de que sabían dónde estaban.

-¡Tres veces! -gimoteó-. Tres veces es una amenaza. Sienten nuestra presencia. Sienten el Tesoro. El Tesoro es el amo para ellos. No podemos seguir adelante, no. ¡Es inútil, inútil!

De nada sirvieron ya los ruegos y las palabras amables. Y sólo cuando Frodo se lo ordenó, furioso, y echó mano a la empuñadura de la espada, Gollum se movió, otra vez. Se levantó al fin con un gruñido, y marchó delante de ellos como un perro apaleado.

Y así, tropezando y trastabillando, prosiguieron la marcha hasta el fatigoso término de la noche, hacia el amanecer de un nuevo día de terror, caminando en silencio con las cabezas gachas, sin ver nada, sin oír nada más que el silbido del viento.

LA PUERTA NEGRA ESTA CERRADA

Antes que despuntara el sol del nuevo día habían llegado al término del viaje a Mordor. Las ciénagas y el desierto habían quedado atrás. Ante ellos, sombrías contra un cielo pálido, las grandes montañas erguían las cabezas amenazadoras.

Mordor estaba franqueada al oeste por la cordillera espectral de Ephel Dúath, las Montañas de las Sombras, y al norte por los picos anfractuosos y las crestas desnudas de Ered Lithui, de color gris ceniza. Pero al aproximarse las unas a las otras, estas cadenas de montañas que eran en realidad sólo parte de una muralla inmensa que encerraba las llanuras lúgubres de Lithlad y Gorgoroth, y en el centro mismo el cruel mar interior de Nûrnen, tendían largos brazos hacia el norte; y entre esos brazos corría una garganta profunda. Era Cirith Gorgor, el Paso de los Espectros, la entrada al territorio del enemigo. La flanqueaban unos altos acantilados, y dos colinas desnudas y casi verticales de osamenta negra emergían de la boca de la garganta. En las crestas de esas colinas asomaban los Dientes de Mordor, dos torres altas y fuertes. Las habían construido los hombres de Gondor en días muy lejanos de orgullo y grandeza, luego de la caída y la fuga de Sauron, temiendo que intentase rescatar el antiguo reino. Pero el poderío de Gondor declinó, y los hombres durmieron, y durante largos años las torres estuvieron vacías. Entonces Sauron volvió. Ahora, las torres de atalaya, en un tiempo ruinosas, habían sido reparadas, y las armas se guardaban allí, y las vigilaban día y noche. Los muros eran de piedra, y las troneras negras se abrían al norte, al este y al oeste, y en todas ellas había ojos avizores.

A la entrada del desfiladero, de pared a pared, el Señor Oscuro había construido un parapeto de piedra. En él había una única puerta de hierro, y en el camino de ronda los centinelas montaban guardia. Al pie de las colinas, de extremo a extremo, habían cavado en la roca centenares de cavernas y agujeros; allí aguardaba emboscado un ejército de orcos, listo para lanzarse afuera a una señal como hormigas negras que parten a la guerra. Nadie podía pasar por los Dientes de Mordor sin sentir la mordedura, a menos que fuese un invitado de Sauron, o conociera el santo y sería que abría el Morannon, la puerta negra.

Los dos hobbits escudriñaron con desesperación las torres y la muralla. Aun a la distancia alcanzaban a ver en la penumbra las idas y venidas de los centinelas negros por el adarve y las patrullas delante de la puerta. Echados en el suelo, miraban por encima del borde rocoso de una concavidad a la sombra del brazo más septentrional de Ephel Dúath. Un cuervo que a través del aire denso volara en línea recta, no necesitaría recorrer, quizá, más de doscientas varas para llegar desde el escondite de los hobbits hasta la cúspide de la torre más próxima, de la que se elevaba en espiral una leve humareda, como si un fuego lento ardiera en las entrañas de la colina.

Llegó el día y el sol pajizo parpadeó sobre las crestas inánimes de Ered Lithui. Entonces, de improviso, resonó el grito de bronce de las trompetas: llamaban desde las torres; y de muy lejos, desde las fortalezas y avanzadas ocultas en las montañas, llegaban las respuestas; y más distantes aún, remotos pero profundos y siniestros, resonaban a través de las tierras cavernosas los ecos de los cuernos poderosos y los tambores de Barad-dûr. Un nuevo y tenebroso día de temor y penurias había amanecido para Mordor; los centinelas nocturnos eran llevados de vuelta a las mazmorras y cámaras subterráneas, y los guardias

diurnos, malignos y feroces, venían a ocupar sus puestos. El acero relumbraba débilmente en los muros.

-¡Y bien, henos aquí! -dijo Sam-. He aquí la Puerta, y tengo la impresión de que no podremos ir más lejos. A fe mía, creo que el Tío tendría un par de cosas que decir, ¡si me viera aquí ahora! Decía siempre que yo terminaría mal, si no me cuidaba, eso decía. Pero ahora no creo que lo vuelva a ver, nunca más. Se perderá la oportunidad de decirme *Yo te lo decía, Sam:* tanto peor. Ojalá siguiera diciéndolo hasta que perdiera el aliento, si al menos pudiera ver otra vez esa cara arrugada. Pero antes tendría que lavarme, pues si no no me reconocería.

»Supongo que es inútil preguntar "A dónde vamos ahora". No podemos seguir adelante... a menos que pidamos a los orcos que nos den una mano.

-¡No, no! -,dijo Gollum-. Es inútil. No podemos seguir. Ya lo dijo Sméagol. Dijo: iremos hasta la Puerta, y entonces veremos. Y ahora vemos. Oh sí, mi tesoro, ahora vemos. Sméagol sabía que los hobbits no podían tomar este camino. Oh sí, Sméagol sabía.

-Entonces ¿por qué rayos nos trajiste aquí? -prorrumpió Sam, que no se sentía de humor como para ser justo y razonable.

-El amo lo dijo. El amo dijo: Llévanos hasta la Puerta. Y el buen Sméagol hace lo que el amo dice. El amo lo dijo, el amo sabio.

-Es verdad -dijo Frodo, con expresión dura y tensa, pero resuelta. Estaba sucio, ojeroso y deshecho de cansancio, mas ya no se encorvaba, y tenía una mirada límpida-. Lo dije porque tengo la intención de entrar en Mordor y no conozco otro camino. Por consiguiente iré por ese camino. No le pido a nadie que me acompañe.

-¡No, no, amo! -gimió Gollum, acariciando a Frodo con sus manazas, y al parecer muy afligido-. Por este lado es inútil. ¡Inútil! ¡No le llesves a Él el Tesoro! Nos comerá a todos, si lo tiene, se comerá a todo el mundo. Consérvalo, buen amo, y sé bueno con Sméagol. No permitas que Él lo tenga. O vete lejos de aquí, ve a sitios agradables, y devuélvelo al pequeño Sméagol. Sí, sí, amo: devuélvelo ¿eh? Sméagol lo guardará en un sitio seguro; hará mucho bien, especialmente a los buenos hobbits. Hobbits, volveos. ¡No vayáis a la Puerta!

-Tengo la orden de ir a las tierras de Mordor y por lo tanto iré -dijo Frodo-. Si no hay más que un camino, tendré que tomarlo. Suceda lo que suceda.

Sam se quedó callado. La expresión del rostro de Frodo era suficiente para él; sabía que todo cuanto pudiera decirle sería inútil. Al fin y al cabo, él nunca había puesto ninguna esperanza en el éxito de la empresa; pero era un hobbit vehemente y temerario y no necesitaba esperanzas, mientras pudiera retrasar la desesperanza. Ahora habían llegado al amargo final. Pero él no había abandonado a su señor ni un solo instante; para eso había venido, y no pensaba abandonarlo ahora. Frodo no iría solo a Mordor. Sam iría con él... y en todo caso, al menos se verían por fin libres de Gollum.

Gollum, sin embargo, no tenía ningún interés en que se libranan de él, al menos por el momento. Se arrodilló a los pies de Frodo, retorciéndose las manos y lloriqueando.

-¡No por este camino, mi amo! - suplicó -. Hay otro camino. Oh sí, de verdad, hay otro. Otro camino más oscuro, más difícil de encontrar, más secreto. Pero Sméagol lo conoce. ¡Deja que Sméagol te lo muestre!

-¡Otro camino! -dijo Frodo en tono dubitativo, escrutando el rostro de Gollum.

-¡Sssí! Sssí, ¡de verdad! *Había* otro camino. Sméagol lo descubrió. Vayamos a ver si todavía está.

-No dijiste nada de ese camino, antes.

-No. El amo no preguntó. El amo no dijo lo que quería hacer. No le dice nada al pobre Sméagol. Dice: Sméagol, llévame hasta la Puerta... y luego ¡adiós! Sméagol puede marcharse y ser bueno. Pero ahora le dice: pienso entrar en Mordor por este camino. Y entonces Sméagol tiene mucho miedo. No desea perder al buen amo. Y él prometió, el amo le hizo prometer que salvaría el Tesoro. Pero el amo se lo llevará a Él, directamente a la Mano Negra, si va por este camino. Entonces Sméagol piensa en otro camino, de mucho tiempo atrás. Buen amo. Sméagol muy bueno, siempre ayuda.

Sam arrugó el ceño. Si hubiera podido, habría atravesado a Gollum con los ojos. Tenía muchas dudas. En apariencia Gollum estaba sinceramente afligido y deseaba ayudar a Frodo. Pero a Sam, recordando la discusión que había escuchado a hurtadillas, le costaba creer que el Sméagol largamente sumergido hubiese salido a la superficie; esta voz, en todo caso, no era la que había dicho la última palabra en la discusión. Lo que Sam sospechaba era que las dos mitades, Sméagol y Gollum (que él llamaba para sus adentros el Bribón y el Adulón), habían pactado una tregua y una alianza temporal: ninguno de los dos quería que el Anillo fuese a parar a manos del enemigo; ambos querían evitar que Frodo cayese prisionero, para poder vigilarlo ellos mismos tanto tiempo como fuera posible... al menos mientras Adulón tuviese la posibilidad de recuperar el «Tesoro». De que hubiera realmente otro camino a Mordor, Sam no estaba seguro.

«Y es una suerte que ninguna de las mitades de este viejo bribón conozca las intenciones del amo, se dijo. Si supiera que el señor Frodo se propone acabar de una vez por todas con el Tesoro, apuesto a que muy pronto se armaría la gorda. Como quiera que sea, el viejo Adulón le tiene tanto miedo al enemigo (y está o estuvo de algún modo bajo sus órdenes) que preferiría entregarnos a Él a que lo atrapen ayudándonos, y a que fundan el Tesoro, quizás. Esta es mi opinión, por lo menos. Y espero que el amo lo piense con cuidado. Es tan sagaz como cualquiera, pero tiene un corazón demasiado tierno, eso es lo que pasa. ¡Y lo que vaya a hacer ahora está más allá del entendimiento de un Gamyi!»

Frodo no le respondió a Gollum en seguida. Mientras estas dudas pasaban por el cerebro lento pero perspicaz de Sam, había estado mirando los acantilados oscuros que franqueaban el Cirith Gorgor. La hoya en que se habían refugiado estaba excavada en el flanco de una loma, un poco por encima de un largo valle atrincherado que se abría entre la colina y las estribaciones de la montaña. En el centro del valle se alzaban los cimientos negros de la torre de atalaya occidental. Ahora, a la luz de la mañana podían verse claramente los caminos que convergían hacia la Puerta de Mordor, pálidos y polvorientos: uno serpenteaba en dirección al norte; otro se perdía en el este entre las nieblas que flotaban en las faldas de Ered Lithui; el tercero venía hacia ellos. Luego de describir una curva brusca alrededor de la torre, se internaba en una garganta angosta y pasaba no muy lejos de la hondonada.

A la derecha giraba hacia el oeste, bordeando las estribaciones montañosas, y hacia el sur desaparecía en las sombras que envolvían las laderas occidentales de Ephel Dúath; más allá de donde alcanzaba la vista, se internaba en 1 estrecha lengua de tierra que corría entre las montañas y el Río Grande.

Mientras miraba en esa dirección, Frodo advirtió que había mucho movimiento y agitación en la llanura. Se hubiera dicho que ejércitos enteros estaban en marcha, aunque ocultos en parte por los vahos y humaredas que el viento traía a la deriva desde las ciénagas y desiertos lejanos. No obstante, vislumbraba aquí y allá el centelleo de las lanzas y los yelmos; y por los terraplenes vecinos a las carreteras se veían jinetes que cabalgaban en compañías numerosas. Recordó la visión que había tenido en lo alto del Amon Hen, hacía

apenas unos días, aunque ahora le parecieran años. Y supo entonces que la esperanza que en un raro momento le había encendido el corazón era vana. Las trompetas no habían tronado en son de desafío sino de bienvenida. No era éste un ataque al Señor Oscuro organizado por los Hombres de Gondor que como espectros vengadores habían salido de las tumbas de los héroes desaparecidas hacía tiempo. Estos eran hombres de otra raza, venidos de las vastas comarcas del este, que acudían al llamado del Soberano; ejércitos que luego de acampar por la noche delante de la Puerta, ahora entraban en la fortaleza para engrosar aquel creciente poderío. Como si de súbito tomara conciencia cabal del peligro que corrían, solos, a la creciente luz de la mañana, tan al alcance de esa inmensa amenaza, Frodo se cubrió prestamente la cabeza con el frágil capuchón, y descendió al valle. Luego se volvió a Gollum.

-Sméagol -le dijo-. Confiaré en ti una vez más. Se diría en verdad que he de hacerlo, y que es mi destino recibir ayuda de ti cuando menos la busco, y el tuyo ayudarme a mí, a quien tanto tiempo perseguiste con designios perversos. Hasta ahora has merecido mi confianza, y has mantenido fielmente tu promesa. Fielmente, digo y creo -agregó mirando a Sam de soslayo-, pues dos veces nos tuviste a tu merced y no nos hiciste daño alguno. Tampoco has intentado quitarme lo que antes codiciabas. ¡Ojalá esta tercera prueba sea la mejor! Pero te lo advierto, Sméagol, estás en peligro.

-¡Sí, sí, amo! -dijo Gollum-. ¡Un peligro terrible! Los huesos de Sméagol tiemblan al pensarlo, pero él no huye. Él tiene que ayudar al buen amo.

-No me refería al peligro que todos compartimos -dijo Frodo-. Hablo de un peligro que sólo tú corres. Juraste cumplir una promesa por eso que llamas el Tesoro. ¡Recuérdalo! Te obligará a cumplirla, pero tratará de volverla contra ti para destruirte. Ya ha empezado a volverla contra -ti. Tú mismo te delataste hace un momento por atobndrado. *Devuélveselo a Sméagol*, dijiste. ¡No lo digas nunca más! ¡No dejes que ese pensamiento crezca en ti! Nunca podrás recuperarlo. Pero la codicia que sientes por él puede traicionarte y arrastrarte a la desgracia. Nunca podrás recuperarlo. Como último recurso, Sméagol, yo me pondré el Tesoro; y el Tesoro te dominó hace mucho tiempo. Si entonces yo te diese una orden, tendrías que obedecerla, aunque dijera que saltaras al fuego desde un precipicio y ésa sería mi orden. ¡Así que ten cuidado, Sméago!

Sam le lanzó a Frodo una mirada de aprobación, pero a la vez de sorpresa: había algo en la expresión del rostro y en el tono de la voz de Frodo que él nunca había conocido antes. Siempre había pensado que la bondad del querido señor Frodo era tal que entrañaba una considerable dosis de ceguera. Por supuesto, siempre había sostenido a pie juntillas la creencia incompatible de que el señor Frodo era la persona más sabia del mundo (con la posible excepción del anciano señor Bilbo y Gandalf). Gollum a su modo (y con muchas más disculpas, pues su relación con Frodo era tanto más reciente) debía de haber cometido el mismo error, confundiendo bondad con ceguera. En todo caso, este discurso lo había apabullado y aterrorizado. Se arrastraba por el suelo y era incapaz de pronunciar palabras más inteligibles que buen amo.

Frodo esperó pacientemente, y luego volvió a hablar, en tono menos severo.

-A ver, Gollum, o Sméagol si prefieres, háblame de ese otro camino, y muéstrame qué esperanzas podemos poner en él, y si justifican que me desvíe del rumbo elegido. Tengo prisa.

Pero el estado de Gollum era deplorable; la amenaza de Frodo lo había desarmado por completo. No fue fácil obtener de él una explicación clara, entre balbuceos y gemidos, y las frecuentes interrupciones en las que se retorció por el suelo y les suplicaba que fuesen

buenos con «el pobrecito Sméagol». Al cabo de un rato se tranquilizó un poco, y Frodo pudo al fin sacar en limpio, pedazo a pedazo, que si un viajero seguía el camino que giraba hacia el oeste de Ephel Dúath, llegaría en cierto momento a una encrucijada en un círculo de árboles sombríos. A la derecha, un camino descendía hasta Osgiliath y los puentes del Anduin; en el centro, el camino continuaba hacia el sur.

-Continúa, continúa y continúa -dijo Gollum-. Nunca fuimos por ese camino, pero dicen que continúa así un centenar de leguas hasta que se ven las Grandes Aguas que nunca están quietas. Hay muchos peces allí y grandes pájaros que se comen los peces: pájaros buenos; pero nosotros nunca estuvimos allí, ¡ay, no! Nunca tuvimos la oportunidad. Y más lejos aún hay otras tierras, dicen, dicen, pero allí la Cara Amarilla es muy caliente, y casi nunca hay nubes, y los hombres son feroces y tienen la cara negra. Nosotros no queremos ver esa región.

-¡No! -dijo Frodo-. Pero no te alejes de lo que importa. ¿Y el tercer camino?

-Oh sí, oh sí, hay un tercer camino -dijo Gollum-. Es el de la izquierda. No bien comienza empieza a trepar, a trepar, y serpentea y vuelve siempre trepando hacia las sombras altas. Cuando pasas el recodo de la roca negra, la ves, la ves de pronto; allá arriba, sobre tu cabeza, y entonces quieres esconderte.

-La ves, la ves... ¿Qué ves?

-La antigua fortaleza, muy vieja, muy horrible hoy. Oíamos historias del sur, cuando Sméagol era joven, hace mucho tiempo. Oh sí, nos contaban muchos cuentos por la noche, sentados junto a las orillas del Río Grande, envíos saucedales, cuando también el río era más grande, ¡gollum, gollum! -Gollum empezó a llorar y balbucir. Los hobbits esperaron con paciencia.

-Historias del Sur -siguió diciendo Gollum- acerca de los hombres altos de ojos brillantes, y de casas como colinas de piedra, la corona de plata del rey y el Arbol Blanco: cuentos maravillosos. Levantaban torres altísimas, y una de ellas era blanca como la plata, y allí había una piedra parecida a la luna, rodeada de grandes muros blancos. Oh sí, había muchas historias acerca de la Torre de la Luna.

-Esa ha de ser Minas Ithil, construida por Isildur el hijo de Elendil -dijo Frodo-. Fue Isildur quien le cortó el dedo al Enemigo.

-Sí, Él tiene sólo cuatro dedos en la Mano Negra, pero le bastan -dijo Gollum estremeciéndose-. Y Él odiaba la ciudad de Isildur.

-¿Qué es lo que él no odia? - dijo Frodo -. Pero ¿qué tiene que ver con nosotros la Torre de la Luna?

-Bueno, amo, allí estaba, y aún está allí: la torre alta y las casas blancas y el muro; pero no agradables ahora, no hermosas. Él las conquistó hace mucho tiempo. Es un lugar terrible ahora. Los viajeros tiemblan al verlo, se ocultan, evitan la sombra de los muros. Pero el amo tendrá que ir por ese camino. Ese es el único otro camino. Porque allí las montañas son más bajas, y el viejo camino sube y sube, hasta llegar en la cima a una garganta sombría, y luego desciende, desciende otra vez... hasta Gorgoroth. -La voz se perdió en un susurro y Gollum se estremeció de nuevo.

-¿Pero de qué nos servirá? -preguntó Sam-. Sin duda el enemigo conoce palmo a palmo todas esas montañas, y es seguro que en ese camino hay tantos vigías como aquí. La torre no está vacía ¿verdad?

-¡Oh no, vacía no! - murmuró Gollum -. Parece vacía, pero no lo está, ¡oh no! Criaturas muy terribles viven en ella. Orcos, sí, siempre orcos; pero cosas peores; también viven allí cosas peores. El camino trepa en línea recta bajo la sombra de los muros y pasa por la

puerta. Nada puede acercarse por el camino sin que ellos lo noten. Las criaturas de allí dentro lo saben: los Centinelas Silenciosos.

-Así que ese es tu consejo -dijo Sam-, que emprendamos otra interminable caminata hacia el sur, para encontrarnos nuevamente en este mismo brete, o quizás en otro peor, cuando lleguemos allí, si alguna vez llegamos.

-No, no, claro que no -dijo Gollum-. Los hobbits tienen que verlo, tratar de comprender. El no espera un ataque por ese lado. El Ojo de Él está en todas partes, pero a algunos sitios llega más que a otros. Entendedlo, El no puede verlo todo al mismo tiempo, todavía no. Ha conquistado todos los territorios al oeste de las Montañas de las Sombras, hasta el río, y domina los puentes. Cree que nadie podrá llegar a la Torre de la Luna sin librar una batalla en los puentes, o sin traer cantidades de embarcaciones imposibles de ocultar y que Él descubriría.

-Pareces saber mucho acerca de lo que Él hace y piensa -dijo Sam-. ¿Has estado hablando con El recientemente? ¿O te has codeado con los orcos?

-No bueno el hobbit, no sensato -dijo Gollum, lanzándole a Sam una mirada furiosa y volviéndose a Frodo-. Sméagol ha hablado con los orcos, claro que sí, antes de encontrar al amo, y con mucha gente: ha caminado mucho y lejos. Y lo que ahora dice, lo dice mucha gente. Aquí en el Norte está ese gran peligro que lo amenaza a Él, y también a nosotros. Un día saldrá por la Puerta Negra, un día muy cercano. Ese es el único camino por el que pueden venir los grandes ejércitos. Pero allá, en el oeste, El no teme nada, y allí están los Centinelas Silenciosos. -¡Exactamente! -replicó Sam, que no era nada fácil de convencer-. Sólo tenemos que subir y llamar a la puerta de la Torre y preguntar si ese es el camino que lleva a Mordor. ¿O son demasiado silenciosos para responder? Esto no tiene ni pies ni cabeza. Tanto valdría probar aquí, y ahorrarnos una larga caminata.

-No hagas bromas sobre eso -siseó Gollum-. No le veo ninguna gracia. ¡Oh no! No es divertido. No tiene ni pies ni cabeza tratar de llegar a Mordor. Pero si el amo dice *He de ir* o *Iré*, entonces tiene que buscar algún camino. Pero no ir a la ciudad terrible. Oh no, claro que no. Aquí es donde Sméagol ayuda, buen Sméagol, aunque nadie le dice de qué se trata. Sméagol ayuda otra vez. Él lo descubrió. Él lo conoce.

-¿Qué descubriste? -preguntó Frodo.

Gollum se enroscó sobre sí mismo y bajó la voz hasta que habló en un susurro.

-Un pequeño sendero que sube hasta las montañas; y a continuación una escalera, una escalera estrecha. Oh sí, muy larga y muy estrecha. Y luego -la voz bajó todavía más- un túnel, un túnel oscuro; y por último una rajadura, una pequeña rajadura, y un sendero muy por encima del paso principal. Fue por ese camino por dónde Sméagol salió de las tinieblas. Pero eso sucedió hace muchos años. El sendero puede haber desaparecido desde entonces; pero tal vez no, tal vez no.

-No me gusta nada como suena todo eso -dijo Sam-. Suena demasiado fácil, al menos en palabras. Si el sendero existe todavía, también ha de estar vigilado. ¿No estaba vigilado, Gollum? -Mientras decía estas palabras, vio, o creyó ver, un resplandor verde en la mirada de Gollum. Gollum masculló y no dijo nada.

-¿No está vigilado? -le preguntó Frodo con voz severa-. ¿Y tú *escapaste* de las tinieblas, Sméagol? ¿No habrá sido más bien que te dejaron partir, con una misión? Eso era al menos lo que pensaba Aragorn, que te encontró cerca de las Ciénagas de los Muertos hace algunos años.

-¡Mentira! -siseó Gollum, y un resplandor maligno le cruzó los ojos cuando oyó el nombre de Aragorn-. Mintió, sí, mintió. Es verdad que escapé, solo y sin ayuda, pobre de

mí. Es verdad que me encomendaron que buscara el Tesoro, y lo he buscado y buscado, seguro que sí. Pero no para Él, no para el Oscuro. El Tesoro era nuestro, era mío, te dije. Yo me escapé.

Frodo tuvo una extraña certeza: que Gollum por una vez no estaba tan lejos de la verdad como se podría sospechar, que de algún modo había llegado a encontrar la manera de salir de Mordor y que atribuía el hallazgo a su propia astucia. Notó, en todo caso, que Gollum había utilizado el *yo*, lo que era de algún modo un signo, las raras veces que aparecía, de que en ese momento predominaban los restos de una veracidad y sinceridad de otros tiempos. Pero aunque en este aspecto se pudiera confiar en Gollum, Frodo no olvidaba la astucia del enemigo. La «evasión» bien podía haber sido permitida o arreglada, y perfectamente conocida en la Torre Oscura. Y en todo caso, no cabía duda de que Gollum callaba muchas cosas.

-Vuelvo a preguntarte -dijo- ¿no está vigilado ese camino secreto?

Pero el nombre de Aragorn había puesto de mal talante a Gollum. Tenía todo el aire ofendido de un mentiroso de quien se sospecha que está mintiendo, cuando por una vez ha dicho la verdad, o parte de ella. No contestó.

-¿No está vigilada? -repitió Frodo.

-Sí, sí, tal vez. Ningún lugar es seguro en esta región -dijo Gollum malhumorado-. Ningún lugar es seguro. Pero el amo tiene que intentarlo o volverse atrás. No hay otro camino. -No consiguieron hacerle decir otra cosa. El nombre del paraje peligroso y del paso alto, no pudo, o no quiso decirlo.

Era Cirith Ungol, un nombre de siniestra memoria. Quizás Aragorn hubiera podido decirles este nombre y explicarles su significado; Gandalf los habría puesto en guardia. Pero estaban solos, y Aragorn se encontraba lejos, y Gandalf estaba entre las ruinas de Isengard, en lucha con Saruman, retenido por traición. No obstante, en el momento mismo en que decía a Saruman unas últimas palabras, y el Palantir se desplomaba en llamas sobre las gradas de Orthanc, los pensamientos de Gandalf volvían sin cesar a Frodo y Sam; a través de las largas leguas los buscaba siempre con esperanza y compasión.

Quizá Frodo lo sentía, sin saberlo, como lo había sentido en el Amon Hen, aunque creyera que Gandalf había partido, partido para siempre a las sombras de la Moria distante. Durante largo rato permaneció sentado en el suelo, en silencio, cabizbajo, tratando de recordar todo cuanto le dijera Gandalf. Mas con respecto a esta elección no podía recordar ningún consejo. En verdad, la guía de Gandalf les había sido arrebatada demasiado pronto, cuando el País Oscuro estaba aún muy lejano. Cómo harían para entrar por fin en él, Gandalf no lo había dicho. Tal vez no lo supiera. En una oportunidad se había aventurado a entrar en la fortaleza enemiga del norte. Pero ¿había viajado alguna vez a Mordor, a la Montaña de Fuego y a Barad-dûr desde que el Señor oscuro recobraría el poder? Frodo no lo creía. Y ahora él, un pequeño mediano de la Comarca, un simple hobbit de la apacible campiña, estaba aquí ¡obligado a encontrar un camino que los mayores no podían o no se atrevían a transitar! Triste destino el suyo. Pero Frodo ya lo había aceptado en su propia salita en la remota primavera de otro año, tan remota que le parecía un capítulo en la historia de la juventud del mundo, cuando los Arboles de Plata y de Oro todavía estaban en flor. Era una elección nefasta. ¿Qué camino elegir? Y si ambos conducían al terror y a la muerte, ¿de qué le valía elegir?

Avanzaba el día. Un silencio profundo cayó sobre el pequeño hueco gris en que yacían tendidos, tan cercano a las orillas del reino del terror: un silencio palpable, como un velo espeso que los separara del mundo circundante. Allá arriba una cúpula de *cielo* pálido, con

estrías de un humo fugitivo, parecía alta y lejana, como si la observaran a través de profundos abismos de aire, cargado de inquietos pensamientos.

Ni aun un águila volando contra al sol habría reparado en los hobbits sentados allí, bajo el peso del destino, silenciosos e inmóviles, envueltos en los delgados mantos grises. Acaso se habría detenido un instante a examinar a Gollum, una figura minúscula, inerte contra el suelo: quizás eso que allí yacía era el esqueleto enflaquecido de un niño humano, las ropas en harapos aún adheridas al cuerpo, los brazos y piernas largos y blancos y resacos como huesos; de carne, ni un mísero bocado.

Frodo tenía la cabeza inclinada y apoyada sobre las rodillas, pero Sam, recostado de espaldas, con las manos detrás de la cabeza, contemplaba por debajo del capuchón *el cielo desierto. O por lo menos* estuvo desierto un rato. De pronto creyó ver la forma oscura de un pájaro que revoloteaba en círculos, se cernía sobre ellos y se alejaba otra vez. Otras dos la siguieron y luego una cuarta. A simple vista, parecían muy pequeños, pero algo le decía a Sam que eran enormes, de alas inmensas y que volaban a gran altura. Se tapó los ojos e inclinó el cuerpo hacia adelante, acurrucándose. Sentía el mismo temor premonitorio que había conocido en presencia de los jinetes Negros, aquel horror irremediable que llegara con el grito en el viento y la sombra sobre la luna, aunque ahora no era tan aplastante y compulsivo: la amenaza parecía más remota. Pero era una amenaza. También Frodo la sintió, e interrumpió sus meditaciones. Se movió y se estremeció, pero no levantó la cabeza. Gollum se enroscó sobre sí mismo como una araña acorralada. Las figuras aladas *giraron y en rápido descenso partieron* como flechas rumbo a Mordor.

-Los jinetes andan otra vez por aquí, en el aire -dijo Sam en un ronco murmullo -. Yo los vi. ¿Cree que ellos nos hayan visto? Volaban muy alto. Y *si* son jinetes Negros, los mismos de antes, no ven mucho a la luz del día ¿verdad?

-No, tal vez no -respondió Frodo-. Pero los corceles podían ver. Y estas criaturas aladas en que ahora cabalgan tienen la vista más aguda que cualquiera otra. Son como grandes aves de rapiña. Algo andan buscando: el enemigo está en guardia, me temo.

El sentimiento de terror pasó, pero el silencio que los envolvía se había roto. Durante un tiempo habían estado aislados del mundo, como en una isla invisible; ahora estaban de nuevo al desnudo, el peligro había retornado. Pero Frodo seguía sin hablarle a Gollum, y aún no se había decidido. Tenía los ojos cerrados, como si soñara, o se escudriñase interiormente el corazón y la memoria. Por fin se movió, se puso de pie y pareció que iba a hablar y decidir:

-¡Escuchad! -dijo en cambio-. ¿Qué es esto?

Un nuevo temor cayó sobre ellos. Oyeron cantos y gritos ronc. Al principio parecían lejanos, pero se acercaban hacia ellos. A los tres les asaltó la idea de que las Alas Negras los habían descubierto y habían enviado hombres armados a capturarlos; nada era nunca demasiado rápido para aquellos terribles servidores de Sauron. Se acurrucaron, escuchando. Las voces y el ruido metálico de las armas y los arneses se oían ahora muy cerca. Frodo y Sam desenvainaron las pequeñas espadas. Huir era imposible.

Gollum se incorporó lentamente y trepó como un insecto hasta el reborde del hueco. Con extrema cautela, pulgada por pulgada, se encaramó hasta poder mirar hacia abajo entre dos aristas de la piedra. Allí estuvo inmóvil un tiempo, sin hacer ningún ruido. Pronto las voces comenzaron a alejarse otra vez, hasta extinguirse poco a poco. Un cuerno sonó a lo

lejos en las murallas del Morannon. Entonces Gollum se retiró en silencio y se deslizó nuevamente en el agujero.

-Más hombres que van a Mordor -dijo en voz baja-. Caras oscuras. Nunca vimos hombres como estos hasta ahora. No, Sméagol nunca los vio. Parecen feroces. Tienen los ojos negros, largos cabellos negros y aros de oro en las orejas: sí, montones de oro muy bello. Y algunos tienen pintura roja en las mejillas y mantos rojos; y los estandartes son rojos, y también las puntas de las lanzas; y llevan escudos redondos, amarillos y negros con grandes clavijas. No buenos: hombres malos muy crueles, parecen. Casi tan malvados como los orcos y mucho más grandes. Sméagol piensa que vienen del Sur, de más allá del extremo del Río Grande: llegaban por ese camino. Iban todos hacia la Puerta Negra; pero otros podrían venir detrás. Siempre más gente llegando a Mordor. Un día todos estarán adentro.

-¿Había algún Olifante? -preguntó Sam, olvidándose del miedo, ávido de noticias de países extraños.

-No, no, ningún olifante. ¿Qué son los olifantes? -dijo Gollum.

Sam se levantó, y poniendo las manos en la espalda (como siempre cuando «decía poesías»), declamó:

*Gris como una rata,
grande como una casa,
la nariz de serpiente,
hago temblar la tierra
cuando piso la hierba;
y los árboles crujen.
Con cuernos en la boca
por el Sur voy moviendo
las inmensas orejas.
Desde años sin cuento,
marcho de un lado a otro,
y ni para morir
en la tierra me acuesto.
Yo soy el Olifante,
el más grande de todos,
viejo, alto y enorme.
Si alguna vez me ves,
no podrás olvidarme.
Y si nunca me encuentras
no pensarás que existo.
Soy el viejo Olifante,
el que nunca se acuesta.*

-Este -dijo Sam cuando hubo terminado de recitar-, este es uno de los poemas que se dicen en la Comarca. Puede que sean tonterías, puede que no. Pero te diré una *cosa*, nosotros también tenemos nuestras historias y noticias del Sur. En los viejos tiempos los hobbits partían de viaje de tanto en tanto. No eran muchos los que regresaban, y no siempre la gente creía lo que decían: *noticias de Bree y no tan seguras como las habladurías de la Comarca*, como se suele decir. Pero yo he escuchado historias de la

Gente Grande de allá lejos, de las Tierras del Sur. Endrinos los llamamos en nuestras historias; y montan olifantes cuando luchan, según dicen. Ponen casas y torres sobre las grupas de los olifantes y se arrojan rocas y árboles unos a otros. Por esto cuando tú dijiste «Hombres que vienen del Sur, todos de rojo y oro», yo te pregunté «¿Había algún olifante?», porque si los hay, peligro o no peligro, iré a echar una ojeada. Pero ahora supongo que nunca en mi vida veré un olifante. Tal vez ese animal no exista. -Sam suspiró.

-No, ningún olifante -repitió Gollum-. Sméagol no ha oído hablar de ellos. No quiere verlos. No quiere que existan. Sméagol quiere irse de aquí y esconderse en un lugar seguro. Sméagol quiere que el amo se vaya. Buen amo, ¿no te irás con Sméagol?

Frodo se levantó. Aunque estaba muy preocupado, se había reído de buena gana cuando Sam sacó a relucir el viejo poema del *Olifante*, y esa risa había puesto fin a sus titubeos.

-Ojalá tuviéramos un millar de olifantes, y a Gandalf a la cabeza montado en uno de blanco -dijo-. Entonces podríamos tal vez abrirnos paso en esa tierra maldita. Pero no los tenemos; sólo contamos con nuestras pobres piernas fatigadas y nada más. Y bien, Sméagol, esta alternativa puede ser la mejor. Iré contigo.

-¡Amo bueno, amo sabio, querido amo! -exclamó Gollum radiante de alegría, palmoteando las rodillas de Frodo -. ¡Buen amo! Entonces, ahora descansad, queridos hobbits, a la sombra de las piedras, ¡muy cerca de las piedras! Descansad y quedaos tranquilos, hasta que la Cara Amarilla se haya marchado. Partiremos entonces. ¡Tenemos que ser sigilosos y rápidos como sombras!

HIERBAS AROMATICAS Y GUISO DE CONEJO

Descansaron durante las pocas horas de luz que aún quedaban, corriéndose a medida que el sol se movía, hasta que la sombra de la cresta del valle se alargó por fin, y el hueco todo se pobló de oscuridad. Entonces comieron un poco y bebieron unos sorbos. Gollum no quiso comer, pero aceptó el agua de buena gana.

-Pronto conseguiremos más -dijo, lamiéndose los labios-. Corre agua buena por los arroyos que van al Río Grande, hay agua sabrosa en las tierras a donde vamos. Allí Sméagol también conseguirá comida, tal vez. Tiene mucha hambre, sí, *¡gollum!* -Se llevó las manazas al vientre encogido, y una débil luz verde le animó los ojos.

La oscuridad era profunda cuando por fin se pusieron en marcha, desliziéndose por encima de la pared del valle, y desvaneciéndose como fantasmas en las tierras accidentadas que se extendían más allá del camino. Era la tercera noche de plenilunio, pero la luna no asomó por encima de las montañas hasta pasada la medianoche, y en esas primeras horas la oscuridad era casi impenetrable. Excepto una luz roja encendida en lo alto de las Torres de los Dientes, no se veía ni oía ningún otro indicio de la insomne vigilancia mantenida sobre el Morannon.

Durante muchas millas, mientras huían tropezando a través de un campo yermo y pedregoso, tuvieron la impresión de que el ojo rojo no dejaba de observarlos. No se atrevían a marchar por el camino, pero procuraban no alejarse de él, siguiendo sus sinuosidades por la izquierda lo mejor que podían. Por fin, cuando la noche envejecía y el cansancio empezaba a vencerlos, pues sólo habían hecho un breve alto, el ojo se empequeñeció, fue una menuda punta de fuego y desapareció al fin: habían bordeado el oscuro rellano septentrional de las montañas más bajas y ahora iban hacia el sur.

Con el corazón extrañamente aligerado volvieron a descansar, mas no por mucho tiempo. Gollum opinaba que la marcha era demasiado lenta. Según él había casi treinta leguas desde el Morannon hasta la encrucijada en lo alto del Osgiliath, y esperaba que cubrieran esa distancia en cuatro etapas. De modo que pronto reanudaron la penosa caminata, hasta que el alba se extendió lentamente en la vasta soledad gris. Para ese entonces habían recorrido ya casi ocho leguas, y los hobbits no podían ir más allá, aun cuando se hubiesen atrevido.

La luz creciente les descubrió una región ya menos yerma y estragada. A la izquierda, las montañas se erguían aún amenazantes, pero ya alcanzaban a ver el camino del sur, que ahora se alejaba de las raíces negras de las colinas y descendía hacia el oeste. Más allá, las pendientes estaban cubiertas de árboles sombríos, como nubes oscuras, pero alrededor crecía un tupido brezal de retamas, cornejos y otros arbustos desconocidos. Aquí y allá asomaban unos pinos altos. Los corazones de los hobbits parecieron reanimarse: el aire, fresco y fragante, les trajo el recuerdo de allá lejos, de las tierras altas de la Cuaderna del Norte. Era una felicidad que se les concediera aquella tregua, y un placer pisar un suelo que el Señor Oscuro dominaba desde hacía sólo pocos años, y aún no había caído en la

ruina total. No se olvidaron, sin embargo, del peligro que los amenazaba, ni de la Puerta Negra, muy cercana aún, por oculta que estuviese detrás de aquellas elevaciones lúgubres. Observaron los alrededores en busca de un sitio donde ocultarse de los ojos maléficos mientras durase la luz.

El día transcurrió, inquietante. Tendidos en la espesura del brezal, contaban las horas lentas, y les parecía que poco o nada cambiaba; se encontraban aún bajo la sombra de Ephel Dúath, y el sol estaba velado. Frodo dormía por momentos, profunda y apaciblemente, ya fuera porque confiaba en Gollum o porque estaba demasiado cansado para preocuparse; pero Sam a duras penas conseguía dormir, aun en los momentos en que Gollum dormía visiblemente a pierna suelta, resoplando y contrayéndose en sueños secretos. El hambre acaso, más que la desconfianza, lo mantenía despierto; había empezado a añorar una buena comida casera, «un bocado caliente sacado de la olla».

Tan pronto como la tierra fue sólo una extensión gris con la proximidad de la noche, reanudaron la marcha. Poco después Gollum los hizo bajar al camino del sur; y a partir de ese momento empezaron a avanzar más rápidamente, aunque ahora el peligro era mayor. Aguzaban los oídos, temerosos de escuchar ruidos de cascos o de pies delante de ellos o detrás; pero la noche pasó sin que oyeran nada.

El camino, construido en tiempos muy remotos, había sido recientemente reparado a lo largo de unas treinta millas bajo el Morannon, pero a medida que avanzaba hacia el sur cobraba un aspecto cada vez más salvaje. La mano de los hombres de antaño era aún visible en la rectitud y la seguridad del recorrido y en la uniformidad de los niveles: de tanto en tanto se abría paso a través de las laderas de las colinas, o un arco armonioso de sólida mampostería atravesaba un río; pero al cabo todo signo de arquitectura desaparecía, excepto una que otra columna rota que emergía aquí y allá entre los matorrales, o algunos desgastados adoquines que asomaban aún entre el musgo y las malezas. Brezos, árboles y helechos invadían en espesa maraña las orillas o se extendían por la superficie. El camino parecía al fin un sendero rural poco frecuentado; pero no serpeaba: iba siempre en la misma dirección y los llevaba por la vía más corta.

Cruzaron así las marcas septentrionales de ese país que los hombres llamaban antaño Ithilien, una hermosa región de lomas boscosas y de aguas rápidas. A la luz de las estrellas y de una luna redonda, la noche se volvió transparente, y los hobbits tuvieron la impresión de que la fragancia del aire aumentaba a medida que avanzaban; y a juzgar por los resoplidos y bisbiseos de desagrado de Gollum, también él lo había notado. Al despuntar el día hicieron una nueva pausa. Habían llegado al extremo de una garganta larga y profunda, de paredes abruptas en el centro, por la que el camino se abría un pasaje a través de una cresta rocosa. Escalaron la cuesta occidental y miraron a lo lejos.

La luz del día se desplegaba en el cielo y las montañas estaban ahora mucho más distantes, retrocediendo hacia el este en una larga curva que se perdía en la lejanía. Frente a ellos, cuando miraban hacia el oeste, las lomas descendían en pendientes y se perdían allá abajo entre brumas ligeras. Estaban rodeados de bosquecillos de árboles resinosos, abetos y cedros y cipreses, y otras especies desconocidas en la Comarca, separados por grandes claros; y por todas partes crecía una exuberante vegetación de matas y hierbas aromáticas. El largo viaje desde Rivendel los había llevado muy al sur de su propio país, pero sólo ahora, en esta región más protegida, los hobbits advertían el cambio del clima. Aquí ya había llegado la primavera: a través del musgo y el mantillo despuntaban las hojas, las florecillas se abrían en la hierba, los pájaros cantaban. Ithilien, el jardín de Gondor, ahora desolado, conservaba aún la belleza de una dríade desmelenada.

Al sur y al oeste, miraba a los cálidos valles inferiores del Anduin, protegidos al este por el Ephel Dúath, aunque no todavía bajo la sombra de la montaña, y reparados al norte por los Eryn Muil, y abiertos a las brisas meridionales y a los vientos húmedos del Mar lejano. Numerosos árboles crecían allí, plantados en tiempos remotos y envejecidos sin cuidados en medio de una legión de tumultuosos y despreocupados descendientes; y había montes, y matorrales de tamariscos y terebintos espinosos, de olivos y laureles; y enebros, y arrayanes; el tomillo crecía en matorrales, o unos tallos leñosos y rastreros tapizaban las piedras ocultas; las salvias de todas las especies se adornaban de flores azules, encarnadas o verdes; y la mejorana y el perejil recién germinado, y una multitud de hierbas cuyas formas y fragancias escapaban a los conocimientos hortícolas de Sam. Las saxífragas y la jusbarba ocupaban ya las grutas y las paredes rocosas. Las prímulas y las anémonas despertaban en la fronda de los avellanos; y los asfodelos y lirios sacudían las corolas semiabiertas sobre la hierba: una hierba de un verde lozano, que crecía alrededor de las lagunas, en cuyas frescas oquedades se detenían los arroyos antes de ir a volcarse en el Anduin.

Volviendo la espalda al camino, los viajeros bajaron la pendiente. Mientras avanzaban, abriéndose paso a través de los matorrales y los pastos altos, una fragancia dulce embalsamaba el aire. Gollum tosía y jadeaba; pero los hobbits respiraban a pleno pulmón, y de improviso Sam rompió a reír, no por simple chanza, sino de pura alegría. Siguiendo el curso rápido de un arroyo que descendía delante de ellos, llegaron a una laguna de aguas transparentes en una cuenca poco profunda: ocupaba las ruinas de una antigua represa de piedra, cuyos bordes esculpidos estaban casi enteramente cubiertos de musgo y rosales silvestres; lo rodeaban hileras de lirios esbeltos como espadas, y en la superficie oscura, ligeramente encrespada, flotaban las hojas de los nenúfares; pero el agua era profunda y fresca, y en el otro extremo se derramaba suave e incesantemente por encima del borde de piedra.

Allí se lavaron y bebieron hasta saciarse. Luego buscaron un sitio donde descansar y donde esconderse, pues el paraje, aunque hermoso y acogedor, no dejaba de ser territorio del enemigo. No se habían alejado mucho del camino, pero ya en un espacio tan corto habían visto cicatrices de las antiguas guerras, y las heridas más recientes infligidas por los orcos y otros servidores abominables del Señor Oscuro: un foso abierto lleno de inmundicias y detritus; árboles arrancados sin razón y abandonados a la muerte, con runas siniestras o el funesto signo del Ojo tallado a golpes en las cortezas.

Sam, que gateaba indolente al pie de la cascada, tocando y oliendo las plantas y los árboles desconocidos, olvidado por un momento de Mordor, despertó de pronto a la realidad de aquel peligro omnipresente. Al tropezar de pronto con un círculo todavía arrasado por el fuego, descubrió en el centro una pila de huesos y calaveras rotos y carbonizados. La rápida y salvaje vegetación de zarzas y escaramujos y clemátides trepadoras empezaba ya a tender un velo piadoso sobre aquel testimonio de una matanza y de un festín macabros; pero no cabía duda de que era reciente. Se apresuró a regresar junto a sus compañeros, mas nada dijo de lo que había visto: era preferible que los huesos descansaran en paz, y no exponerlos al toqueo y el hociqueo de Gollum.

-Busquemos un sitio donde descansar -dijo-. No más abajo. Más arriba, diría yo.

Un poco más arriba, no lejos del lago, y al reparo de un frondoso monte de laureles de hojas oscuras, que trepaba por una loma empinada coronada de cedros añosos, las matas cobrizas de los helechos del año anterior habían formado una especie de cama profunda y mullida. Allí resolvieron descansar y pasar el día, que ya prometía ser claro y caluroso. Un día propicio para disfrutar, en camino, de los bosques y los claros de Ithilien. No obstante,

si bien los orcos huían de la luz del sol, muchos eran los parajes donde podían esconderse para acecharlos; y muchos eran también los ojos malignos y avizores: Sauron tenía innumerables siervos. De todos modos, Gollum no aceptaría dar un paso bajo la mirada de la Cara Amarilla: tan pronto como asomara por detrás de las crestas sombrías del Ephel Dúath se enroscaría, desfalleciente, aplastado por la luz y el calor.

Durante la caminata, Sam había estado pensando seriamente en la comida. Ahora que la desesperación de la Puerta infranqueable había quedado atrás, no se sentía tan inclinado como su amo a no preocuparse por el problema hasta después de haber llevado a cabo la misión; y de todos modos consideraba prudente economizar el pan de viaje de los elfos para días más aciagos. Al menos seis habían pasado desde que viera que les quedaban provisiones sólo para tres semanas.

«Tendremos suerte», pensó «Si, al paso que vamos, llegamos al Fuego en ese tiempo. Y tal vez querremos regresar. ¡Tal vez!».

Además, al cabo de una larga noche de marcha, y después de haberse bañado y bebido, sentía más hambre que nunca. Una cena, o un desayuno, junto al fuego en la vieja cocina en Bolsón de Tirada, eso era lo que añoraba en realidad. Se le ocurrió una idea y se volvió a Gollum. Gollum acababa de escabullirse y se deslizaba a cuatro patas por la cama de helechos.

-¡Eh! ¡Gollum! -dijo Sam-. ¿A dónde vas? ¿De caza? A ver, a ver, viejo fisgón, a ti no te gusta nuestra comida, y tampoco a mí me desagradaría un cambio. Tu nuevo lema es *siempre dispuesto a ayudar*. ¿Podrías encontrar un bocado para un hobbit hambriento?

-Sí, tal vez, sí -dijo Gollum-. Sméagol siempre ayuda, si le piden... si le piden amablemente.

-¡Bien! -dijo Sam-. Yo pido. Y si eso no es bastante amable, ruego.

Gollum desapareció. Estuvo ausente un buen rato, y Frodo, luego de masticar unos bocados de *lembas*, se instaló en el fondo de la oscura cama de helechos y se quedó dormido. Sam lo miraba. Las primeras luces del día se filtraban apenas a través de las sombras, bajo los árboles, pero Sam veía claramente el rostro de su amo, y también las manos en reposo, apoyadas en el suelo a ambos lados del cuerpo. De pronto le volvió a la mente la imagen de Frodo, acostado y dormido en la casa de Elrond, después de la terrible herida. En ese entonces, mientras lo velaba, Sam había observado que por momentos una luz muy tenue parecía iluminarlo interiormente; ahora la luz brillaba, más clara y más poderosa. El semblante de Frodo era apacible, las huellas del miedo y la inquietud se habían desvanecido, y sin embargo recordaba el rostro de un anciano, un rostro viejo y hermoso, como si el cincel de los años revelase ahora toda una red de finísimas arrugas que antes estuvieran ocultas, aunque sin alterar la fisonomía. Sam Gamyi, claro está, no expresaba de esa manera sus pensamientos. Sacudió la cabeza, como si descubriera que las palabras eran inútiles y luego murmuró:

«Lo quiero mucho. Él es así, y a veces, por alguna razón, la luz se transparenta. Pero se transparente o no, yo lo quiero.»

Gollum volvió sin hacer ruido y espío por encima del hombro de Sam. Mirando a Frodo, cerró los ojos y se alejó en silencio. Sam se unió a él un momento después, y lo encontró masticando algo y murmurando entre dientes. En el suelo junto a él había dos conejos pequeños que Gollum empezaba a mirar con ojos ávidos.

-Sméagol siempre ayuda -dijo-. Ha traído conejos, buenos conejos. Pero el amo se ha dormido, y quizá Sam también quiera dormir. ¿No quiere conejos ahora? Sméagol trata de ayudar, pero no puede atrapar todas las cosas en un minuto.

Sam, sin embargo, no tenía nada que decir contra los conejos. Al menos contra el conejo cocido. Todos los hobbits, por supuesto, saben cocinar, pues aprenden ese arte antes que las primeras letras (que muchos no aprenden jamás); pero Sam era un buen cocinero, aun desde un punto de vista hobbit, y a menudo se había ocupado de la cocina de campamento durante el viaje, cada vez que le era posible. No había perdido aún las esperanzas de utilizar los enseres que llevaba en el equipaje: un yesquero, dos cazuelas pequeñas -la menor entraba en la más grande-, en ellas guardaba una cuchara de madera, y algunas broquetas; y escondido en el fondo del equipaje, en una caja de madera chata, un tesoro que mermaba irremediablemente, un poco de sal. Pero necesitaba un fuego y también otras cosas. Reflexionó un momento, mientras sacaba el cuchillo, lo limpiaba y afilaba, y empezaba a aderezar los conejos. No iba a dejar a Frodo solo y dormido ni un segundo más.

-A ver, Gollum -dijo-, tengo otra tarea para ti. ¡Llena de agua estas cazuelas y tráemelas de vuelta!

-Sméagol irá a buscar el agua, sí -dijo Gollum-. Pero ¿para qué quiere el hobbit tanta agua? Ha bebido y se ha lavado.

-No te preocupes por eso -dijo Sam-. Si no lo adivinas, no tardarás en descubrirlo. Y cuanto más pronto busques el agua, más pronto lo sabrás. No se te ocurra estropear una de mis cazuelas, o te haré picadillo.

Durante la ausencia de Gollum, Sam volvió a mirar a Frodo. Dormía aún apaciblemente, pero esta vez Sam descubrió sorprendido la flacura del rostro y de las manos. «¡Qué delgado está, qué consumido!», murmuró. «Eso no es bueno para un hobbit. Si consigo guisar estos conejos, lo despertaré.»

Amontonó en el suelo los helechos más secos, y luego trepó por la cuesta juntando una brazada de leña seca en la cima; la rama caída de un cedro le procuró una buena provisión. Arrancó algunos trozos de turba al pie de la loma un poco más allá del helechal, cavó en el suelo un hoyo poco profundo y depositó allí el combustible. Acostumbrado a valerse de la yesca y el pedernal, pronto logró encender una pequeña hoguera. No despedía casi humo, pero esparcía una dulce fragancia. Acababa de inclinarse sobre el fuego, para abrigarlo con el cuerpo mientras lo alimentaba con leña más consistente, cuando Gollum regresó, transportando con precaución las cazuelas y mascullando.

Las dejó en el suelo, y entonces, de súbito vio lo que Sam estaba haciendo. Dejó escapar un grito sibilante, y pareció a la vez atemorizado y furioso.

-¡Ajj! ¡Sss... no! -gritó-. ¡No! ¡Hobbits estúpidos, locos, sí, locos! ¡No hagáis, eso!

- ¿Qué cosa? -preguntó Sam, sorprendido.

-Esas lenguas rojas e inmundas -siseó Gollum-. ¡Fuego, fuego! ¡Es *peligroso*, sí, es peligroso! Quema, mata. Y traerá enemigos, sí.

-No lo creo -dijo Sam-. No veo por qué, si no le ponemos encima nada mojado que haga humo. Pero si lo hace, que lo haga. Correré el riesgo, de todos modos. Voy a guisar estos conejos.

- ¡*Guisar los conejos!* -gimió Gollum, consternado-. ¡Arruinar la preciosa carne que Sméagol guardó para vosotros, el pobre Sméagol muerto de hambre! ¿Para qué? ¿Para qué, estúpido hobbit? Son jóvenes, son tiernos, son sabrosos. ¡Comedlos, comedlos! -Echó mano al conejo que tenía más cerca, ya desollado y colocado cerca del fuego.

-Vamos, vamos -dijo Sam-. Cada cual a su estilo. A ti nuestro pan se te atraganto y a mí se me atraganto el conejo crudo. Si me das un conejo, el conejo es mío ¿sabes?, y puedo cocinarle, si me da la gana. Y me da. No hace falta que me mires. Ve a cazar otro y cómelo a tu gusto... lejos de aquí y fuera de mi vista. Así tú no verás el fuego y yo no te veré a ti, y los dos seremos más felices. Cuidaré de que el fuego no eche humo, si eso te tranquiliza.

Gollum se alejó mascullando y desapareció entre los helechos. Sam se afanó sobre sus cacerolas. «Lo que un hobbit necesita para aderezar el conejo», se dijo, «son algunas hierbas y raíces, especialmente patatas... De pan ni hablemos. Hierbas podremos conseguir, me parece».

-¡Gollum! -llamó en voz baja-. La tercera es la vencida. Necesito algunas hierbas. -La cabeza de Gollum asomó entre los helechos, pero la expresión no era ni servicial ni amistosa. - Algunas hojas de laurel, y un poco de tornillo y salvia me bastarán... antes que empiece a hervir el agua -dijo Sam.

-¡No! -dijo Gollum-. Sméagol no está contento. Y a Sméagol no le gustan las hierbas hediondas. El no come hierbas ni raíces, no a menos que esté famélico o muy enfermo, pobre Sméagol.

-Sméagol irá a parar al agua bien caliente, cuando empiece a hervir, si no hace lo que se le pide -gruñó Sam -. Sam *lo meterá en* la olla, *sí mi* tesoro. Y yo lo mandaré a buscar nabos también, y zanahorias, y aun patatas, si fuera la estación. Apuesto que hay muchas cosas buenas en las plantas silvestres de este país. Daría cualquier cosa por una media docena de patatas.

-Sméagol no irá, oh no, mi tesoro, esta vez no -siseó Gollum-. Tiene miedo, y está muy cansado, y este hobbit no es amable, no es nada amable. Sméagol no arrancará raíces y zanahorias y... patatas. ¿Qué son las patatas, mi tesoro, eh, qué son las patatas?

-Pa-ta-tas -dijo Sam-. La delicia del Tío, y un balasto raro y excelente para una panza vacía. Pero no encontrarás ninguna, no vale la pena que las busques. Pero sé el buen Sméagol y tráeme las hierbas, y tendré mejor opinión de ti. Y más aún, si das vuelta la hola y no cambias de parecer, un día de éstos guisaré para ti unas patatas. Sí: pescado frito con patatas fritas servidos por S. Gamyi. No podrás decir que no a eso.

-Sí, sí que podríamos. Arruinar buenos pescados y patatas, chamuscarlos. ¡Dame ahora el pescado y guárdate las sssucias patatas fritas!

-Oh, no tienes compostura -dijo Sam-. ¡Vete a dormir!

En resumidas cuentas, tuvo que ir él mismo a buscar lo que quería; pero no le fue preciso alejarse mucho, siempre a la vista del sitio donde descansaba Frodo, todavía dormido. Durante un rato Sam se sentó a esperar, canturreando y cuidando el fuego hasta que el agua empezó a hervir. La luz del día creció, calentando el aire; el rocío se evaporó en la hierba y las hojas. Pronto los conejos desmenuzados burbujeaban en la cazuela junto con el ramillete de hierbas aromáticas. Los dejó hervir cerca de una hora, pinchándolos de cuando en cuando con el tenedor y probando el caldo, y más de una vez estuvo a punto de quedarse dormido.

Cuando le pareció que todo estaba listo retiró las cazuelas del fuego y se acercó a Frodo en silencio. Frodo abrió a medias los ojos mientras Sam se inclinaba sobre él, y en este instante el sueño se quebró: otra dulce e irrecuperable visión de paz.

-¡Hola, Sam! -dijo- ¿No estás descansando? ¿Pasa algo malo? ¿Qué hora es?

-Unas dos horas después del alba -dijo Sam-, y casi las ocho y media según los relojes de la Comarca, tal vez. Pero no pasa nada malo. Aunque tampoco nada que yo llamaría bueno: no hay provisiones, no hay cebollas, no hay patatas. He preparado un poco de guiso para usted y un poco de caldo, señor Frodo. Le sentará bien. Tendrá que beberlo en el jarro; o directamente de la olla, cuando se haya enfriado un poco. No he traído escudillas, ni nada apropiado.

Frodo bostezó y se desperezó.

-Tendrías que haber descansado, Sam -dijo -. Y encender un fuego en este paraje era peligroso. Pero la verdad es que tengo hambre. ¡Hmm! ¿Lo huebo desde aquí? ¿Qué has cocinado?

-Un regalo de Sméagol -dijo Sam: un par de conejos jóvenes; aunque sospecho que ahora Gollum se ha arrepentido. Pero no hay nada con que acompañarlos excepto algunas hierbas.

Sentados en el borde del helechal, Sam y Frodo comieron el guiso directamente de las cazuelas, compartiendo el viejo tenedor y la cuchara. Se permitieron tomar cada uno medio trozo del pan de viaje de los elfos. Parecía un festín.

-¡Huuii, Gollum! -llamó Sam y silbó suavemente-. ¡Ven aquí! Aún estás a tiempo de cambiar de idea. Si quieres probar el guiso de conejo, todavía queda un poco. -No obtuvo respuesta.

-Oh bueno, supongo que habrá ido a buscarse algo. Lo terminaremos.

-Y luego tendrás que dormir un rato -dijo Frodo.

-No se duerma usted, mientras yo echo un sueño, señor Frodo. Sméagol no me inspira mucha confianza. Todavía queda en él mucho del Bribón, el Gollum malvado, si usted me entiende, y parece estar cobrando fuerzas otra vez. Si no me equivoco, ahora trataría de estrangularme primero a mí. No vemos las cosas de la misma manera, y él no está nada contento con Sam. Oh no, mi tesoro, nada contento.

Terminaron de comer y Sam bajó hasta el arroyo a lavar los cacharros. Al incorporarse, volvió la cabeza y miró hacia la pendiente. Vio entonces que el sol se elevaba por encima de los vapores, la niebla o la sombra oscura (no sabía a ciencia cierta qué era aquello) que se extendía siempre hacia el este, y que los rayos dorados bailaban los árboles y los claros de alrededor. De pronto descubrió una fina espiral de humo gris azulado, claramente visible a la luz del sol, que subía desde un matorral próximo. Comprendió con un sobresalto que era el humo de la pequeña hoguera, que no había tenido la precaución de apagar.

-¡No es posible! ¡Nunca imaginé que pudiera hacer tanto humo! -murmuró, mientras subía de prisa. De pronto se detuvo a escuchar, ¿Era un silbido lo que había creído oír? ¿O era el grito de algún pájaro extraño? Si era un silbido, no venía de donde estaba Frodo. Y ahora volvía a escucharlo, ¡esta vez en otra dirección! Sam echó a correr cuesta arriba.

Descubrió que una rama pequeña, al quemarse hasta el extremo, había encendido una mata de helechos junto a la hoguera, y el helecho había contagiado el fuego a la turba que ahora ardía sin llama. Pisoteó vivamente los rescoldos hasta apagarlos, desparramó las cenizas y echó la turba en el agujero. Luego se deslizó hasta donde estaba Frodo.

-¿Oyó usted un silbido y algo que parecía una respuesta? -le preguntó-. Hace unos minutos. Espero que no haya sido más que el grito de un pájaro, pero no sonaba del todo como eso: más como si alguien imitara el grito de un pájaro, pensé. Y me temo que mi fuego haya estado humeando. Si por mi causa hubiera problemas, no me lo perdonaré jamás. ¡Ni tampoco tendré la oportunidad, probablemente!

-¡Calla! -dijo Frodo en un susurro-. Me pareció oír voces.

Los hobbits cerraron los pequeños bultos, se los echaron al hombro prontos para una posible huida, y se hundieron en lo más profundo de la cama de helechos. Allí se acurrucaron, aguzando el oído.

No había duda alguna respecto de las voces. Hablaban en tono bajo y furtivo, pero no estaban lejos y se acercaban. De pronto, una habló claramente, a pocos pasos.

-¡Aquí! ¡De aquí venía el humo! ¡No puede estar lejos! Entre los helechos, sin duda. Lo atraparemos como a un conejo en una trampa. Entonces sabremos qué clase de criatura es.

-¡Sí, y lo que sabe! -dijo una segunda voz.

En ese instante cuatro hombres penetraron a grandes trancos en el helechal desde distintas direcciones. Dado que tratar de huir y ocultarse era ya imposible, Frodo y Sam se pusieron en pie de un salto y desenvainaron las pequeñas espadas.

Si lo que vieron los llenó de asombro, mayor aún fue la sorpresa de los recién llegados. Cuatro hombres de elevada estatura estaban allí. Dos de ellos empuñaban lanzas de hoja ancha y reluciente. Los otros dos llevaban arcos grandes, casi de la altura de ellos, y grandes carcajs repletos de flechas largas con penachos verdes. Todos ceñían espadas y estaban vestidos, de verde y castaño de varias tonalidades, como para poder desplazarse mejor sin ser notados en los claros de Ithilien. Guantes verdes les cubrían las manos, y tenían los rostros encapuchados y enmascarados de verde, con excepción de los ojos que eran vivos y brillantes. Inmediatamente Frodo pensó en Boromir, pues esos hombres se le parecían en estatura y postura, y también en la forma de hablar.

-No hemos encontrado lo que buscábamos -dijo uno de ellos-. Pero ¿qué hemos encontrado?

-Orcos no son -dijo otro, soltando la empuñadura de la espada, a la que había echado mano al ver el centelleo de Dardo en la mano de Frodo.

-¿Elfos? -dijo un tercero, poco convencido.

-¡No! No son elfos -dijo el cuarto, el más alto de todos y al parecer el jefe-. Los elfos no se pasean por Ithilien en estos tiempos. Y los elfos son maravillosamente hermosos, o por lo menos eso se dice.

-Lo que significa que nosotros no lo somos, supongo -dijo Sam-. Muchas, muchas gracias. Y cuando hayáis terminado de discutir acerca de nosotros, tal vez queráis decirnos quiénes sois vosotros, y por que no dejáis descansar a dos viajeros fatigados.

El más alto de los hombres verdes rió sombríamente.

-Yo soy Faramir, Capitán de Gondor -dijo-. Mas no hay viajeros en esta región: sólo los servidores de la Torre Oscura o de la Blanca.

-Pero nosotros no somos ni una cosa ni otra -dijo Frodo-. Y viajeros somos, diga lo que diga el Capitán Faramir.

-Entonces, decidme en seguida quiénes sois, y qué misión os trae -dijo Faramir-. Tenemos una tarea que cumplir, y no es este momento ni lugar para acertijos o parlamentos. ¡A ver! ¿Dónde está el tercero de vuestra compañía?

-¿El tercero?

-Sí, el fisgón que vimos allá abajo con la nariz metida en el agua. Tenía un aspecto muy desagradable. Una especie de orco espía, supongo, o una criatura al servicio de ellos. Pero se nos escabulló con una zancadilla de zorro.

-No sé dónde está -dijo Frodo-. No es más que un compañero ocasional que encontramos en camino, y no soy responsable por él. Si lo encontráis, perdonadle la vida. Traedlo o enviadlo a nosotros. No es otra cosa que una miserable criatura vagabunda, pero lo tengo por un tiempo bajo mi tutela. En cuanto a nosotros, somos hobbits de la Comarca, muy lejos al Norte y al Oeste, más allá de numerosos ríos. Frodo hijo de Drogo es mi nombre, y el que está conmigo es Samsagaz hijo de Hamfast, un honorable hobbit a mi servicio. Hemos venido hasta aquí por largos caminos, desde Rivendel, o Imladris como lo llaman algunos. -Faramir se sobresaltó al oír este nombre y escuchó con creciente atención. - Teníamos siete compañeros: a uno lo perdimos en Moria, de los otros nos separamos en Parth Galen a orillas del Rauros: dos de mi raza; había también un enano, un elfo y dos hombres. Eran Aragorn y Boromir, que dijo venir de Minas Tirith, una ciudad del Sur.

-¡Boromir! -exclamaron los cuatro hombres a la vez-. ¿Boromir hijo del Señor Denethor? -dijo Faramir, y una expresión extraña y severa le cambió el rostro-. ¿Vinisteis con él? Estas sí que son nuevas, si dices la verdad. Sabed, pequeños extranjeros, que Boromir hijo de Denethor era el Alto Guardián de la Torre Blanca, y nuestro Capitán General; profundo dolor nos causa su ausencia. ¿Quiénes sois, pues, vosotros y qué relación tenáis con él? ¡Y daos prisa, pues el sol está en ascenso!

-¿Conocéis las palabras del enigma que Boromir llevó a Rivendel? -replicó Frodo.

*Busca la espada quebrada
que está en Imladris.*

-Las palabras son conocidas por cierto -dijo Faramir, asombrado-. Y es prueba de veracidad que tú también las conozcas.

-Aragorn, a quien he nombrado, es el portador de la Espada que estuvo rota -dijo Frodo- y nosotros somos los medianos de que hablaba el poema.

-Eso lo veo -dijo Faramir, pensativo-. O veo que podría ser.

Y qué es el Daño del Isildur?

- Está escondido -respondió Frodo-. Sin duda aparecerá en el momento oportuno.

-Necesitamos saber más de todo esto -dijo Faramir- y conocer los motivos de ese largo viaje a un Este tan lejano, bajo las sombras de... -señaló con la mano sin pronunciar el nombre-. Mas no en este momento. Tenemos un trabajo entre manos. Estáis en peligro, y no habríais llegado muy lejos en este día, ni a través de los campos ni por el sendero. Habrá golpes duros en las cercanías antes de que concluya el día. Y luego la muerte, o una veloz huida de regreso al Anduin. Dejaré aquí dos hombres para que os custodien, por vuestro bien y por el mío. Un hombre sabio no se fía de un encuentro casual en estas tierras. Si regreso, hablaré más largamente con vosotros.

-¡Adiós! -dijo Frodo, con una profunda reverencia-. Piensa lo que quieras, pero soy un amigo de todos los enemigos del Enemigo Único. Os acompañaríamos, si nosotros los medianos pudiéramos ayudar a los hombres que parecen tan fuertes y valerosos, y si la misión que aquí me trae me lo permitiese. ¡Que la luz brille en vuestras espadas!

-Los medianos son, en todo caso, gente muy cortés -dijo Faramir-. ¡Hasta la vista!

Los hobbits volvieron a sentarse, pero nada se contaron de los pensamientos y dudas que tenían entonces. Muy cerca, justo a la sombra moteada de los laureles oscuros, dos hombres montaban guardia. De vez en cuando se quitaban las máscaras para refrescarse, a medida que aumentaba el calor del día, y Frodo vio que eran hombres hermosos, de tez pálida, cabellos oscuros, ojos grises y rostros tristes y orgullosos. Hablaban entre ellos en voz baja, empleando al principio la Lengua Común, pero a la manera de antaño, para expresarse luego en otro idioma que les era propio. Con profunda extrañeza Frodo advirtió, al escucharlos, que hablaban la lengua élfica, o una muy similar; y los miró maravillado, pues entonces supo que eran sin duda Dúnedain del Sur, del linaje de los Señores del Oesternese.

Al cabo de un rato les habló; pero las respuestas de ellos fueron lentas y prudentes. Se dieron a conocer como Mablung y Damrod, soldados de Gondor, y eran montaraces de Ithilien; pues descendían de gentes que habitaran antaño en Ithilien, antes de la invasión. Entre estos hombres el Señor Denethor escogía sus adelantados, que cruzaban secretamente el Anduin (cómo y por dónde no lo dijeron) para hostigar a los orcos y a otros enemigos que merodeaban entre los Ephel Dúath y el Río.

-Hay casi diez leguas desde aquí a la costa oriental del Anduin -dijo Mablung- y rara vez llegamos tan lejos en nuestras expediciones: hemos venido a tender una emboscada a los Hombres de Harad. ¡Malditos sean!

-Sí, ¡malditos Sureños! -dijo Damrod-. Se dice que antiguamente hubo tratos entre Gondor y los Reinos de Harad en el Lejano Sur; pero nunca una amistad. En aquellos días nuestras fronteras estaban al sur más allá de las bocas de Anduin, y Umbar, el más cercano de los reinos de Harad, reconocía nuestro imperio. Pero eso ocurrió tiempo atrás. Muchas vidas de hombres se han sucedido desde que dejamos de visitarnos. Y ahora, recientemente, hemos sabido que el Enemigo ha estado entre ellos y que se han sometido o han vuelto a Él (siempre estuvieron prontos a obedecer), como lo hicieron tantos otros en el Este. No hay duda de que los días de Gondor están contados, y que los muros de Minas Tirith están condenados, tal es la fuerza y la malicia que hay en Él.

-Sin embargo nosotros no vamos a quedarnos ociosos y permitirle que haga lo que quiera -dijo Mablung-. Esos malditos Sureños vienen ahora por los caminos antiguos a engrosar los ejércitos de la Torre Oscura. Sí, por los mismos caminos que creó el arte de Gondor. Y avanzan cada vez más despreocupados, hemos sabido, seguros de que el poder del nuevo amo es suficientemente grande, y que la simple sombra de esas colinas habrá de protegerlos. Nosotros venimos a enseñarles otra lección. Nos hemos enterado hace algunos días de que una hueste numerosa se encaminaba al Norte. Según nuestras estimaciones, uno de los regimientos aparecerá aquí poco antes del mediodía, en el camino de allá arriba que pasa por la garganta. ¡Puede que el camino la pase, pero ellos no pasarán! No mientras Faramir sea quien conduzca todas las empresas peligrosas. Pero un sortilegio le protege la vida, o tal vez el destino se la reserva para algún otro fin.

La conversación se extinguió en un silencio expectante. Todo parecía inmóvil, atento. Sam, acurrucado en el borde del helechal, espía asomando la cabeza. Los ojos penetrantes del hobbit vieron más hombres en las cercanías. Los veía subir furtivamente por las cuevas, de a uno o en largas columnas, manteniéndose siempre a la sombra de la espesura de los bosquecillos, o arrastrándose, apenas visibles en las ropas pardas y verdes, a través de la hierba y los matorrales. Todos estaban encapuchados y enmascarados, y llevaban las manos enguantadas, e iban armados como Faramir y sus compañeros. Pronto todos pasaron y desaparecieron. El sol subía por el Sur. Las sombras se encogían.

«Me gustaría saber dónde anda ese malandrín de Gollum», pensó Sam, mientras regresaba gateando a una sombra más profunda. «Corre el riesgo de que lo ensarten, confundiéndolo con un orco, o de que lo ase la Cara Amarilla. Pero imagino que sabrá cuidarse.» Se echó al lado de Frodo y se quedó dormido.

Despertó, creyendo haber oído voces de cuernos. Se puso de pie. Era mediodía. Los guardias seguían alertas y tensos a la sombra de los árboles. De pronto los cuernos sonaron otra vez, más poderosos, y sin ninguna duda allá arriba, por encima de la cresta de la loma. Sam creyó oír gritos y también clamores salvajes, pero apagados, como si vinieran de una caverna lejana. Luego, casi en seguida, un fragor de combate estalló muy cerca, justo encima del escondite de los hobbits. Oían claramente el tintineo del acero contra el acero, el choque metálico de las espadas sobre los yelmos de hierro, el golpe seco de las hojas sobre los escudos: los hombres bramaban y aullaban, y una voz clara y fuerte gritaba: - ¡Gondor! ¡Gondor!

-Suenan como si un centenar de herreros golpearan juntos los yunques -le dijo Sam a Frodo-. ¡No me gustaría tenerlos cerca!

Pero el estrépito se acercaba.

-¡Aquí vienen! -gritó Damrod-. ¡Mirad! Algunos de los sureños han conseguido escapar de la emboscada y ahora huyen del camino. ¡Allá van! Nuestros hombres los persiguen, con el Capitán Faramir ala cabeza.

Sam, dominado por la curiosidad, salió del escondite y se unió a los guardias. Subió gateando un trecho y se ocultó en la fronda espesa de un laurel. Por un momento alcanzó a ver unos hombres endrinos vestidos de rojo que corrían cuesta abajo a cierta distancia, perseguidos por guerreros de ropaje verde que saltaban tras ellos y los abatían en plena huida. Una espesa lluvia de flechas surcaba el aire. De pronto, un hombre se precipitó justo por encima del borde de la loma que les servía de reparo, y se hundió a través del frágil ramaje de los arbustos, casi sobre ellos. Cayó de bruces en el helechal, a pocos pies de distancia; unos penachos verdes le sobresalían del cuello por debajo de la gola de oro. Tenía la túnica escarlata hecha jirones, la loriga de bronce rajada y deformada, las trenzas negras recamadas de oro empapadas de sangre. La mano morena aprisionaba aún la empuñadura de una espada rota.

Era la primera vez que Sam veía una batalla de hombres contra hombres y no le gustó nada. Se alegró de no verle la cara al muerto. Se preguntó cómo se llamaría el hombre y de dónde vendría; y si sería realmente malo de corazón, o qué amenazas lo habrían arrastrado a esta larga marcha tan lejos de su tierra, y si no hubiera preferido en verdad quedarse allí en paz... Todos esos pensamientos le cruzaron por la mente y desaparecieron en menos de lo que dura un relámpago. Pues en el preciso momento en que Mablung se adelantaba hacia el cuerpo, estalló una nueva algarabía. Fuertes gritos y alaridos. En medio del estrépito Sam oyó un mugido o una trompeta estridente. Y luego unos golpes y rebotes sordos, como si unos grandes arietes batieran la tierra.

-¡Cuidado! ¡Cuidado! - gritó Damrod a su compañero - ¡Ojalá el Valar lo desvíe! ¡Mûmak! ¡Mûmak!

Asombrado y aterrorizado, pero con una felicidad que nunca olvidaría, Sam vio una mole enorme que irrumpía por entre los árboles y se precipitaba como una tromba pendiente abajo. Grande como una casa, mucho más grande que una casa le pareció, una montaña gris en movimiento. El miedo y el asombro quizá la agrandaban a los ojos del hobbit, pero el Mûmak de Harad era en verdad una bestia de vastas proporciones, y ninguna que se le parezca se pasea en estos tiempos por la Tierra Media; y los congéneres que viven

hoy no son más que una sombra de aquella corpulencia y aquella majestad. Y venía, corría en línea recta hacia los aterrorizados espectadores, y de pronto, justo a tiempo, se desvió, y pasó a pocos metros, estremeciendo la tierra: las patas grandes como árboles, las orejas enormes tendidas como velas, la larga trompa erguida como una serpiente lista para atacar, furibundos los ojillos rojos. Los colmillos retorcidos como cuernos estaban envueltos en bandas de oro y goteaban sangre. Los arcos de púrpura y oro le flotaban alrededor del cuerpo en desordenados andrajos. Sobre la grupa bamboleante llevaba las ruinas de lo que parecía ser una verdadera torre de guerra, destrozada en furiosa carrera a través de los bosques; y en lo alto, aferrado aún desesperadamente al pescuezo de la bestia, una figura diminuta, el cuerpo de un poderoso guerrero, un gigante entre los endrinos.

Ciega de cólera, la gran bestia se precipitó con un ruido de trueno a través del agua y la espesura. Las flechas rebotaban y se quebraban contra el cuero triple de los flancos. Los hombres de ambos bandos huían despavoridos, pero la bestia alcanzaba a muchos y los aplastaba contra el suelo. Pronto se perdió de vista, siempre trompeteando y pisoteando con fuerza en la lejanía. Qué fue de ella, Sam jamás lo supo: si había escapado para vagabundear durante un tiempo por las regiones salvajes, hasta perecer lejos de su tierra, o atrapada en algún pozo profundo; o si había continuado aquella carrera desenfrenada hasta zambullirse al fin en el Río Grande y desaparecer debajo del agua.

Sam respiró profundamente.

-¡Era un olifante! -dijo-. ¡De modo que los olifantes existen y yo he visto uno! ¡Qué vida! Pero nadie en la Tierra Media me lo creerá jamás. Bueno, si esto ha terminado, me echaré un sueño.

-Duerme mientras puedas -le dijo Mablung-. Pero el Capitán volverá, si no está herido; y partiremos en cuanto llegue. Pronto nos perseguirán, no bien las nuevas del combate lleguen a oídos del enemigo, y eso no tardará.

-¡Partid en silencio cuando sea la hora! -dijo Sam-. No es necesario que perturbéis mi sueño. He caminado la noche entera.

Mablung se echó a reír.

-No creo que el Capitán te abandone aquí, maese Samsagaz -dijo-. Pero ya lo verás tú mismo.

UNA VENTANA AL OESTE

Sam tenía la impresión de haber dormido sólo unos pocos minutos, cuando descubrió al despertar que ya caía la tarde y que Faramir había regresado. Había traído consigo un gran número de hombres; en realidad todos los sobrevivientes de la batalla estaban ahora reunidos en la pendiente vecina, es decir unos doscientos o trescientos hombres. Se habían dispuesto en un vasto semicírculo, entre cuyas ramas se encontraba Faramir, sentado en el suelo, mientras que Frodo estaba de pie delante de él. La escena se parecía extrañamente al juicio de un prisionero.

Sam se deslizó fuera del helechal, pero nadie le prestó atención, y se instaló en el extremo de las hileras de hombres, desde donde podía ver y oír todo cuanto ocurría. Observaba y escuchaba con atención, pronto a correr en auxilio de su amo en caso necesario. Veía el rostro de Faramir, ahora desenmascarado: era severo e imperioso; y detrás de aquella mirada escrutadora brillaba una viva inteligencia. Había duda en los ojos grises, clavados en Frodo.

Sam no tardó en comprender que las explicaciones de Frodo no eran satisfactorias para el Capitán en varios puntos: qué papel desempeñaba el hobbit en la Compañía que partiera de Rivendel; por qué se había separado de Boromir; y a dónde iba ahora. En particular, volvía a menudo al Daño de Isildur. Veía a las claras que Frodo le ocultaba algo de suma importancia.

-Pero era a la llegada del mediano cuando tenía que despertar el Daño de Isildur, o así al menos se interpretan las palabras -insistía-. Si tú eres ese mediano del poema, sin duda habrás llevado esa cosa, lo que sea, al Concilio de que hablas, y allí lo vio Boromir. ¿Lo niegas todavía?

Frodo no respondió.

-¡Bien! -dijo Faramir-. Deseo entonces que me hables más de todo eso; pues lo que concierne a Boromir me concierne a mí. Fue la flecha de un orco la que mató a Isildur, según las antiguas leyendas. Pero flechas de orcos hay muchas, y ver una flecha no le parecería una señal del Destino a Boromir de Gondor. ¿Tenías tú ese objeto en custodia? Está escondido, dices; ¿no será porque tú mismo has elegido esconderlo?

-No, no porque yo lo haya elegido -respondió Frodo-. No me pertenece. No pertenece a ningún mortal, grande o pequeño; aunque si alguien puede reclamarlo, ese es Aragorn hijo de Arathorn, a quien ya nombré, y que guió nuestra compañía desde Moria hasta el Rauros.

-¿Por qué él, y no Boromir, príncipe de la Ciudad que fundaron los hijos de Elendil?

-Porque Aragorn desciende en línea paterna directa del propio Isildur hijo de Elendil. Y la espada que lleva es la espada de Elendil.

Un murmullo de asombro recorrió el círculo de hombres. Algunos gritaron en voz alta:

-¡La espada de Elendil! ¡La espada de Elendil viene a Minas Tirith! -Pero el semblante de Faramir permaneció impassible.

-Puede ser -dijo-. Pero un reclamo tan grande necesita algún fundamento, y se le exigirán pruebas claras, si ese Aragorn viene alguna vez a Minas Tirith. No había llegado, ni él ni ninguno de vuestra Compañía, cuando partí de allí seis días atrás.

-Boromir aceptaba la legitimidad de ese reclamo -dijo Frodo-. En verdad, si Boromir estuviese aquí, él podría responder a tus preguntas. Y puesto que estaba ya en Rauros

muchos días atrás, y tenía la intención de ir directamente a Minas Tirith, si vuelves pronto tendrás allí las respuestas. Mi papel en la Compañía le era conocido, como a todos los demás, pues me fue encomendado por Elrond de Imladris en presencia de todos los miembros del Concilio. En cumplimiento de esa misión he venido a estas tierras, pero no me es dado revelarla a nadie ajeno a la Compañía. No obstante quienes pretenden combatir al enemigo harían bien en no entorpecerla.

El tono de Frodo era orgulloso, cualquiera que fuesen sus sentimientos, y Sam lo aprobó; pero no apaciguó a Faramir.

-¡Ah, sí! -dijo-. Me conminas a ocuparme de mis propios asuntos, y volver a casa, y dejarte en paz. Boromir lo dirá todo cuando vuelva. ¡Cuando vuelva, dices! ¿Eras tú un amigo de Boromir?

El recuerdo de la agresión de Boromir volvió vívidamente a la mente de Frodo, y vaciló un instante. La mirada alerta de Faramir se endureció.

-Boromir fue un valiente miembro de nuestra Compañía -dijo al cabo-. Sí, yo por mi parte era amigo de Boromir.

Faramir sonrió con ironía.

-¿Te entristecería entonces enterarte de que Boromir ha muerto?

-Me entristecería por cierto -dijo Frodo. Luego, reparando en la expresión de los ojos de Faramir, se turbó-. ¿Muerto? -dijo-. ¿Quieres decirme que *está* y que tú lo sabías? ¿Has pretendido enredarme en mis propias palabras, jugar conmigo? ¿O es que me mientes para tenderme una trampa?

-No le mentaría ni siquiera a un orco. -¿Cómo murió, entonces, y cómo sabes tú que murió? Puesto que dices que ninguno de la Compañía había llegado a la ciudad cuando partiste.

-En cuanto a las circunstancias de su muerte, esperaba que su amigo y compañero me las revelase.

-Pero estaba vivo y fuerte cuando nos separamos. Y por lo que yo sé vive aún. Aunque hay ciertamente muchos peli gros en el mundo.

-Muchos en verdad -dijo Faramir-, y la traición no es el menor.

La impaciencia y la cólera de Sam habían ido en aumento mientras escuchaba esta conversación. Las últimas palabras no las pudo soportar, y saltando al centro del círculo fue a colocarse al lado de su amo.

-Con perdón, señor Frodo -dijo-, pero esto ya se ha prolongado demasiado. El no tiene ningún derecho a hablarle en ese tono. Después de todo lo que usted ha soportado, tanto por el bien de él como el de estos Hombres Grandes, y por el de todos.

»¡Oiga usted, Capitán! -Sam se plantó tranquilamente delante de Faramir, las manos en las caderas, y una expresión ceñuda, como si estuviese increpando a un joven hobbit que interrogado acerca de sus visitas a la huerta, se hubiese pasado de "fresco", como el mismo Sam decía. Hubo algunos murmullos, pero también algunas sonrisas en los rostros de los hombres que observaban. La escena del Capitán sentado en el suelo, enfrentado por un joven hobbit, de pie frente a él, abierto de piernas y erizado de cólera, era inusitada para ellos.- ¡Oiga usted! -dijo-. ¿A dónde quiere llegar? ¡Vayamos al grano antes que todos los orcos de Mordor nos caigan encima! Si piensa que mi señor asesinó a ese Boromir y luego huyó, no tiene ni un ápice de sentido común; pero dígalos. ¡Y acabe de una vez! Y luego díganos qué se propone. Pero es una lástima que gente que habla de combatir al enemigo

no pueda dejar que cada uno haga lo suyo. El se sentiría profundamente complacido si lo viera a usted en este momento. Creería haber conquistado un nuevo amigo, eso creería.

-¡Paciencia! -dijo Faramir, pero sin cólera-. No hables así delante de tu amo, que es más inteligente que tú. Y no necesito que nadie me enseñe el peligro que nos amenaza. Aún así, me concedo un breve momento para poder juzgar con equidad en un asunto difícil. Si fuera tan irreflexivo como tú, ya os hubiera matado. Pues tengo la misión de dar muerte a todos los que encuentre en estas tierras sin autorización del Señor de Gondor. Pero yo no mato sin necesidad ni a hombre ni a bestia, y cuando es necesario no lo hago con alegría. Tampoco hablo en vano. Tranquilízate, pues. ¡Siéntate junto a tu señor, y guarda silencio!

Sam se sentó pesadamente, el rostro acalorado. Faramir se volvió otra vez a Frodo.

-Me preguntaste cómo sabía yo que el hijo de Denethor ha muerto. Las noticias de muerte tienen muchas alas. *A menudo la noche trae las nuevas a los parientes cercanos*, dicen. Boromir era mi hermano. -Una sombra de tristeza le pasó por el rostro. - ¿Recuerdas algo particularmente notable que el Señor Boromir llevaba entre sus avíos?

Frodo reflexionó un momento, temiendo alguna nueva trampa y preguntándose cómo acabaría la discusión. A duras penas había salvado el Anillo de la orgullosa codicia de Boromir, y no sabía cómo se daría maña esta vez, entre tantos hombres aguerridos y fuertes. Sin embargo tenía en el fondo la impresión de que Faramir, aunque muy semejante a su hermano en apariencia, era menos orgulloso, y a la vez más austero y más sabio.

-Recuerdo que Boromir llevaba un cuerno -dijo por último.

-Recuerdas bien, y como alguien que en verdad lo ha visto -dijo Faramir-. Tal vez puedas verlo entonces con el pensamiento: un gran cuerno de asta, de buey salvaje del Este, guarnecido de plata y adornado con caracteres antiguos. Ese cuerno, el primogénito de nuestra casa lo ha llevado durante muchas generaciones; y se dice que si se lo hace sonar en un momento de necesidad dentro de los confines de Gondor, tal como era el reino en otros tiempos, la llamada no será desoída.

»Cinco días antes de mi partida para esta arriesgada empresa, hace once días, y casi a esta misma hora, oí la llamada del cuerno; parecía venir del norte, pero apagada, como si fuese sólo un eco en la mente. Un presagio funesto, pensamos que era, mi padre y yo, pues no habíamos tenido ninguna noticia de Boromir desde su partida, y ningún vigía de nuestras fronteras lo había visto pasar. Y tres noches después me aconteció otra cosa, más extraña aún.

»Era la noche y yo estaba sentado junto al Anduin, en la penumbra gris bajo la luna pálida y joven, contemplando la corriente incesante; y las cañas tristes susurraban en la orilla. Es así como siempre vigilamos las costas en las cercanías de Osgiliath, ahora en parte en manos del enemigo, y donde se esconden antes de saquear nuestro territorio. Pero era medianoche y todo el mundo dormía. Entonces vi, o me pareció ver, una barca que flotaba sobre el agua, gris y centelleante, una barca pequeña y rara de proa alta, y no había nadie en ella que la remase o la guiase.

»Un temor misterioso me sobrecogió; una luz pálida envolvía la barca. Pero me levanté, y fui hasta la orilla, y entré en el río, pues algo me atraía hacia ella. Entonces la embarcación viró hacia mí, y flotó lentamente al alcance de mi mano. Yo me atreví a tocarla. Se hundía en el río, como si llevase una carga pesada, y me pareció, cuando pasó bajo mis ojos, que estaba casi llena de un agua transparente, y que de ella emanaba aquella luz, y que sumergido en el agua dormía un guerrero.

»Tenía sobre la rodilla una espada rota. Y vi en su cuerpo muchas heridas. Era Boromir, mi hermano, muerto. Reconocí los atavíos, la espada, el rostro tan amado. Una única cosa eché de menos: el cuerno. Y vi una sola que no conocía: un hermoso cinturón de hojas de oro engarzadas le ceñía el talle. ¡Boromir!, *grité*. *¿Dónde está tu cuerno? ¿A dónde vas? ¡Oh Boromir!* Pero ya no estaba. La embarcación volvió al centro del río y se perdió centelleando en la noche. Fue como un sueño, pero no era un sueño, pues no hubo un despertar. Y no dudo que ha muerto y que ha pasado por el río rumbo al Mar.

-¡Ay! -dijo Frodo-. Era en verdad Boromir tal como yo lo conocí. Pues el cinturón de oro se lo regaló en Lothlórien la Dama Galadriel. Ella fue quien nos vistió como nos ves, de gris élfico. Este broche es obra de los mismos artífices. -Tocó la hoja verde y plata que le cerraba el cuello del manto.

Faramir la examinó de cerca.

-Es muy hermoso -dijo-. Sí, es obra de los mismos artífices. ¿Habéis pasado entonces por el País de Lórien? Laurelindórenan era el nombre que le daban antaño, pero hace mucho tiempo que ha dejado de ser conocido por los hombres -agregó con dulzura, mirando a Frodo con renovado asombro-. Mucho de lo que en ti me parecía extraño, empiezo ahora a comprenderlo. ¿No querrás decirme más? Pues es amargo el pensamiento de que Boromir haya muerto a la vista del país natal.

-No puedo decir más de lo que he dicho -respondió Frodo-. Aunque tu relato me trae presentimientos sombríos. Una visión fue lo que tuviste, creo yo, y no otra cosa; la sombra de un infortunio pasado o por venir. A menos que sea en realidad una superchería del enemigo. Yo he visto dormidos bajo las aguas de las Ciénagas de los Muertos los rostros de hermosos guerreros de antaño, o así parecía por algún artificio siniestro.

-No, no era eso -dijo Faramir-. Pues tales sortilegios repugnan al corazón; pero en el mío sólo habla compasión y tristeza.

-Pero ¿cómo es posible que tal cosa haya ocurrido realmente? -preguntó Frodo-. ¿Quién hubiera podido llevar una barca sobre las colinas pedregosas desde Tol Brandir? Boromir pensaba regresar a su tierra a través del Entaguas y los campos de Rohan. Y además ¿qué embarcación podría navegar por la espuma de las grandes cascadas y no hundirse en las charcas burbujeantes, y cargada de agua por añadidura?

-No lo sé -dijo Faramir-. Pero ¿de dónde venía la barca?

-De Lórien -dijo Frodo-. En tres embarcaciones semejantes a aquella bajamos por el Anduin a los Saltos. También las barcas eran obra de los elfos.

-Habéis pasado por las Tierras Ocultas -dijo Faramir- pero no habéis entendido, parece. Si los hombres tienen tratos con la Dueña de la Magia que habita en el Bosque de Oro, cosas extraviadas habrán por cierto de acontecerles. Pues es peligroso para un mortal salir del mundo de ese Sol, y pocos de los que allí fueron en días lejanos volvieron como eran.

»¡Boromir, oh Boromir! - exclamó -. ¿Qué te dijo la Dama que no muere? ¿Qué vio? ¿Qué despertó en tu corazón en aquel momento? ¿Por qué fuiste a Laurelindórenan, por qué no regresaste montado de mañana en los caballos de Rohan?

Luego, volviéndose a Frodo, habló una vez más en voz baja.

-A estas preguntas creo que tú podrías dar alguna respuesta, Frodo, hijo de Drogo. Pero no aquí ni ahora, quizá. Mas para que no sigas pensando que mi relato fue una visión, te diré esto: el cuerno de Boromir al menos ha vuelto realmente, y no en apariencia. El cuerno regresó, pero partido en dos, como bajo el golpe de un hacha o de una espada. Los

pedazos llegaron a la orilla separadamente: uno fue hallado en los cañaverales donde los vigías de Gondor montan guardia, hacia el norte, bajo las cascadas del Entaguas; el otro lo encontró girando en la corriente un hombre que cumplía una misión en las aguas del río. Extrañas coincidencias, pero tarde o temprano el crimen siempre sale a la luz, se dice.

»Y el cuerno del primogénito yace ahora, partido en dos, sobre las rodillas de Denethor, que en el alto sitio aún espera noticias. ¿Y tú nada puedes decirme de cómo quebraron el cuerno?

-No, yo nada sabía -dijo Frodo-, pero el día que lo oíste sonar, si tu cuenta es exacta, fue el de nuestra partida, el mismo en que mi sirviente y yo nos separamos de los otros. Y ahora tu relato me llena de temores. Pues si Boromir estaba entonces en peligro y fue muerto, puedo temer que mis otros compañeros también hayan perecido. Y ellos eran mis amigos y mis parientes.

»¿No querrás desechar las dudas que abrigas sobre mí y dejarme partir? Estoy fatigado, cargado de penas, y tengo miedo de no llevar a cabo la empresa o intentarla al menos, antes que me maten a mí también. Y más necesaria es la prisa si nosotros, dos medianos, somos todo lo que queda de la comunidad.

»Vuelve a tu tierra, Faramir, valiente Capitán de Gondor, y defiende tu ciudad mientras puedas, y déjame partir hacia donde me lleve mi destino.

-No hay consuelo posible para mí en esta conversación -dijo Faramir-; pero a ti te despierta sin duda demasiados temores. A menos que hayan llegado a él los de Lórien, ¿quién habrá ataviado a Boromir para los funerales? No los orcos ni los servidores del Sin Nombre. Algunos miembros de vuestra Compañía han de vivir aún, presumo.

»Mas, sea lo que fuere lo que haya sucedido en la Frontera del Norte, de ti, Frodo, no dudo más. Si días crueles me han inclinado a erigirme de algún modo en juez de las palabras y los rostros de los hombres, puedo ahora aventurar una opinión sobre los medianos. Sin embargo -y sonrió al decir esto-, noto algo extraño en ti, Frodo, un aire élfico, tal vez. Pero en las palabras que hemos cambiado hay mucho más de lo que yo pensé al principio. He de llevarte ahora a Minas Tirith para que respondas a Denethor, y en justicia pagaré con mi vida si la elección que ahora hiciera fuese nefasta para mi ciudad. No decidiré pues precipitadamente lo que he de hacer. Sin embargo, saldremos de aquí sin más demora.

Se levantó con presteza e impartió algunas órdenes. Al instante los hombres que estaban reunidos alrededor de él se dividieron en pequeños grupos, y partieron con distintos rumbos, y no tardaron en desaparecer entre las sombras de las rocas y los árboles. Pronto sólo quedaron allí Mablung y Damrod.

-Ahora vosotros, Frodo y Samsagaz, vendréis conmigo y con mis guardias -dijo Faramir-. No podéis continuar vuestro camino rumbo al sur, si tal era vuestra intención. Será peligroso durante algunos días, y lo vigilarán más estrechamente después de esta refriega. De todos modos, tampoco podríais llegar muy lejos hoy, me parece, puesto que estáis fatigados. También nosotros. Ahora iremos a un lugar secreto, a menos de diez millas de aquí. Los orcos y los espías del enemigo no lo han descubierto todavía, y si así no fuera, igualmente podríamos resistir largo tiempo, aun contra muchos. Allí podremos estar y descansar un rato, y vosotros también. Mañana por la mañana decidiré qué es lo mejor que puedo hacer, tanto por mí como por vosotros.

No le quedaba a Frodo otra alternativa que la de resignarse a este pedido, o esta orden. Parecía ser en todo caso una medida prudente por el momento, ya que después de esta correría de los Hombres de Gondor, un viaje a Ithilien era más peligroso que nunca.

Se pusieron en marcha inmediatamente: Mablung y Damrod un poco más adelante, y Faramir con Frodo y Sam detrás. Bordeando la orilla opuesta de la laguna en que se habían lavado los hobbits, cruzaron el río, escalaron una larga barranca, y se internaron en los bosques de sombra verde que descendían hacia el oeste. Mientras caminaban, tan rápidamente como podían ir los hobbits, hablaban entre ellos en voz baja.

-Si interrumpí nuestra conversación -dijo Faramir- no fue sólo porque el tiempo apremiaba, como me recordó maese Samsagaz, sino también porque tocábamos asuntos que era mejor no discutir abiertamente delante de muchos hombres. Por esa razón preferí volver al tema de mi hermano y dejar para otro momento el Daño de Isildur. No has sido del todo franco conmigo, Frodo.

-No te dije ninguna mentira, y de la verdad, te he dicho cuanto podía decirte -replicó Frodo.

-No te estoy acusando -dijo Faramir-. Hablaste con habilidad, en una contingencia difícil, y con sabiduría, me pareció. Pero supe por ti, o adiviné, más de lo que decían tus palabras. No estabas en buenos términos con Boromir, o no os separasteis como amigos. Tú y también maese Samsagaz, guardáis, lo adivino, algún resentimiento. Yo lo amaba, sí, entrañablemente, y vengaría su muerte con alegría, pero lo conocía bien. El Daño de Isildur... me aventuro a decir que el Daño de Isildur se interpuso entre vosotros y fue motivo de discordias. Parece ser, a todas luces, un legado de importancia extraordinaria, y esas cosas no ayudan a la paz entre los confederados, si hemos de dar crédito a lo que cuentan las leyendas. ¿No me estoy acercando al blanco?

-Cerca estás -dijo Frodo-, mas no en el blanco mismo. No hubo discordias en nuestra Compañía, aunque sí dudas; dudas acerca de qué rumbo habríamos de tomar luego de Emyr Muil. Sea como fuere, las antiguas leyendas también advierten sobre el peligro de las palabras temerarias, cuando se trata de cuestiones tales como... herencias.

-Ah, entonces era lo que yo pensaba: tu desavenencia fue sólo con Boromir. Él deseaba que el objeto fuese llevado a Minas Tirith. ¡Ay! Un destino injusto que sella los labios de quien lo viera por última vez me impide enterarme de lo que tanto quisiera saber: lo que guardaba en el corazón y el pensamiento en sus últimas horas. Que haya o no cometido un error, de algo estoy seguro: murió con ventura, cumpliendo una noble misión. Tenía el rostro más hermoso aún que en vida.

»Pero Frodo, te acosé con dureza al principio a propósito del Daño de Isildur. Perdóname. ¡No era prudente en aquel lugar y en tales circunstancias! No había tenido tiempo para reflexionar. Acabábamos de librar un violento combate, y tenía la mente ocupada con demasiadas cosas. Pero en el momento mismo en que hablaba contigo, me iba acercando al blanco, y deliberadamente dispersaba mis flechas. Pues has de saber que entre los gobernantes de esa ciudad se conserva aún buena parte de la antigua sabiduría, que no se ha difundido más allá de las fronteras. Nosotros, los de mi casa, no pertenecemos a la dinastía de Elendil, aunque la sangre de Númenor corre por nuestras venas. Mi dinastía se remonta hasta Mardil, el buen senescal, que gobernó en el lugar del rey, cuando éste partió para la guerra. Era el Rey Eärnur, último de la dinastía de Anárion, pues no tenía hijos, y nunca regresó. Desde ese día el senescal reinó en la ciudad, aunque hace de esto muchas generaciones de hombres.

»Y una cosa recuerdo de Boromir cuando era niño, y juntos aprendíamos las leyendas de nuestros antepasados y la historia de la ciudad: siempre le disgustaba que su padre no fuera rey. "¿Cuántos centenares de años han de pasar para que un senescal se convierta en rey, si el rey no regresa?", preguntaba. "Pocos años, tal vez, en casas de menor realeza", le respondía mi padre. "En Gondor no bastarían diez mil años." ¡Ay! pobre Boromir. ¿Esto no te dice algo de él?

-Sí -dijo Frodo-. Sin embargo siempre trató a Aragorn con honor. -No lo dudo -dijo Faramir-. Si estaba convencido, como dices, de que las pretensiones de Aragorn eran legítimas, ha de haberlo reverenciado. Pero no había llegado aún el momento decisivo: no habían ido aún a Minas Tirith, ni se habían convertido aún en rivales en las guerras de la ciudad.

»Pero me estoy alejando del tema. Nosotros, los de la casa de Denethor, tenemos por tradición un conocimiento profundo de la antigua sabiduría; y en nuestros cofres conservamos además muchos tesoros: libros y tabletas escritos en caracteres diversos sobre pergamino, sí, y sobre piedra y sobre láminas de plata y de oro. Hay algunos que nadie puede leer; en cuanto a los demás, pocos son los que logran alguna vez entenderlos. Yo los sé descifrar, un poco, pues he sido iniciado. Son los archivos que nos trajo el Peregrino Gris. Yo lo vi por primera vez cuando era niño y ha vuelto dos o tres veces desde entonces.

-¡El Peregrino Gris! -exclamó Frodo-. ¿Tenía un nombre?

-Mithrandir lo llamaban a la manera élfica -dijo Faramir-, y él estaba satisfecho. *Muchos son mis nombres en numerosos países, decía. Mithrandir entre los ellos, Tharkûn para los enanos; Olórin era en mi juventud en el Oeste que nadie recuerda, Incánus en el Sur, Gandalf en el Norte; al Este nunca voy.*

-¡Gandalf! -dijo Frodo-. Me imaginé que era Gandalf el Gris, el más amado de nuestros consejeros. Guía de nuestra Compañía. Lo perdimos en Moria.

-¡Mithrandir perdido! -dijo Faramir-. Se diría que un destino funesto se ha encarnizado con vuestra comunidad. Es en verdad difícil de creer que alguien de tan alta sabiduría y tanto poder, pues muchos prodigios obró entre nosotros, pudiera perecer de pronto, que tanto saber fuera arrebatado al mundo, ¿Estás seguro? ¿No habrá partido simplemente en uno de sus misteriosos viajes?

-¡Ay! sí -dijo Frodo-. Yo lo vi caer en el abismo.

-Veo que detrás de todo esto se oculta una historia larga y terrible -dijo Faramir- que tal vez podrás contarme en la velada. Este Mithrandir era, ahora lo adivino, más que un maestro de sabiduría: un verdadero artífice de las cosas que se hacen en nuestro tiempo. De haber estado entre nosotros para discutir las duras palabras de nuestro sueño, él nos las hubiera esclarecido en seguida, sin necesidad de ningún mensajero. Pero quizá no habría querido hacerlo, y el viaje de Boromir era inevitable. Mithrandir nunca nos hablaba de lo que iba a acontecer, o de sus propósitos. Obtuvo autorización de Denethor, ignoro por qué medios, para examinar los secretos de nuestro tesoro, y yo aprendí un poco de él, cuando quería enseñarme, cosa poco frecuente. Buscaba siempre y quería saberlo todo de la Gran Batalla que se libró sobre el Dagorlad en los primeros tiempos de Gondor, cuando aquel a quien no nombramos fue derrotado. Y pedía que le contáramos historias de Isildur, aunque poco podíamos decirle; pues acerca del fin de Isildur nada seguro se supo jamás entre nosotros.

Ahora la voz de Faramir se había convertido en un susurro.

-Pero una cosa supe al menos, o adiviné, que siempre he guardado en secreto en mi corazón: que Isildur tomó algo de la mano del Sin Nombre, antes de partir de Gondor,

cuando fue visto por última vez entre hombres mortales. Aquí estaba, pensaba yo, la respuesta a las preguntas de Mithrandir. Pero parecía en ese entonces que estos asuntos concernían sólo a los estudiosos de la antigua sabiduría. Ni cuando discutíamos entre nosotros las enigmáticas palabras del sueño, pensé que el *Daño de Isildur* pudiera ser la misma cosa. Pues Isildur cayó en una emboscada y fue muerto por flechas de orcos, de acuerdo con la única leyenda que nosotros conocemos, y Mithrandir nunca me dijo más.

»Qué es en realidad esa Cosa no puedo aún adivinarlo; pero tiene que ser un objeto de gran poder y peligro. Un arma temible, tal vez, ideada por el Señor Oscuro. Si fuese un talismán que procura ventajas en la guerra, puedo creer por cierto que Boromir, el orgulloso y el intrépido, el a menudo temerario Boromir, siempre soñando con la victoria de Minas Tirith (y con su propia gloria) haya deseado poseerlo y se sintiera atraído por él. ¡Por qué habrá partido en esa búsqueda funesta! Yo habría sido elegido por mi padre y los ancianos, pero él se adelantó, por ser el mayor y el más osado (lo cual era verdad), y no escuchó razones.

»¡Pero no temas! Yo no me apoderaría de esa cosa ni aun cuando la encontrase tirada a la orilla del camino. Ni aunque Minas Tirith cayera en ruinas, y sólo yo pudiera salvarla, así, utilizando el arma del Señor Oscuro para bien de la ciudad, y para mi gloria. No, no deseo semejantes triunfos, Frodo hijo de Drogo.

-Tampoco los deseaba el Concilio -dijo Frodo-. Ni yo. Quisiera no saber nada de esos asuntos.

-Por mi parte -dijo Faramir- quisiera ver el Arbol Blanco de nuevo florecido en las cortes de los reyes, y el retorno de la Corona de Plata, y que Minas Tirith viva en paz: Minas Anor otra vez como antaño, plena de luz, alta y radiante, hermosa como una reina entre otras reinas: no señora de una legión de esclavos, ni aun ama benévola de esclavos voluntarios. Guerra ha de haber mientras tengamos que defendernos de la maldad de un poder destructor que nos devoraría a todos; pero yo no amo la espada porque tiene filo, ni la flecha porque vuela, ni al guerrero porque ha ganado la gloria. Sólo amo lo que ellos defienden: la ciudad de los Hombres de Númenor; y quisiera que otros la amasen por sus recuerdos, por su antigüedad, por su belleza y por la sabiduría que hoy posee. Que no la teman, sino como acaso temen los hombres la dignidad de un hombre, viejo y sabio.

»¡Así pues, no me temas! No pido que me digas más. Ni siquiera pido que digas si me he acercado a la verdad. Pero si quieres confiar en mí, podría tal vez aconsejarte y hasta ayudarte a cumplir tu misión, cualquiera que ella sea.

Frodo no respondió. A punto estuvo de ceder al deseo de ayuda y de consejo, de confiarle a este hombre joven y grave, cuyas palabras parecían tan sabias y tan hermosas, todo cuanto pesaba sobre él. Pero algo lo retuvo. Tenía el corazón abrumado de temor y tristeza: si *él* y Sam eran en verdad, como parecía probable, todo cuanto quedaba ahora de los Nueve Caminantes, entonces sólo él conocía el secreto de la misión. Más valía desconfiar de palabras inmerecidas que de palabras irreflexivas. Y el recuerdo de Boromir, del horrible cambio que había producido en él la atracción del Anillo, estaba muy presente en su memoria, mientras miraba a Faramir y escuchaba su voz: eran distintos, sí, pero a la vez muy parecidos.

Durante un rato continuaron caminando en silencio, deslizándose como sombras grises y verdes bajo la sombra de los árboles, sin hacer ningún ruido; en lo alto cantaban

muchos pájaros, y el sol brillaba en la bóveda de hojas lustrosas y oscuras de los siempre verdes bosques de Ithilien.

Sam no había intervenido en la conversación, pero la había escuchado; y al mismo tiempo había prestado atención, con su aguzado oído de hobbit, a todos los rumores y ruidos ahogados del bosque. Una cosa había notado, que en toda la conversación el nombre de Gollum no se había mencionado una sola vez. Se alegraba, aunque le parecía que era demasiado esperar no volver a oírlo de nuevo. Pronto advirtió también que aunque iban solos, había muchos hombres en las cercanías: no solamente Damrod y Mablung, que aparecían y desaparecían entre las sombras delante de ellos, sino otros a la izquierda y la derecha, encaminándose furtiva y rápidamente a algún sitio señalado.

Una vez, al volver bruscamente la cabeza, como si una picazón en la piel le advirtiera que alguien lo observaba, creyó entrever una pequeña forma negra que se escabullía por detrás del tronco de un árbol. Abrió la boca para hablar y la cerró otra vez. «No estoy seguro», se dijo, «¿y para qué recordarles a ese viejo bribón, si ellos han preferido olvidarlo? ¡Ojalá yo también lo olvidara!».

Así continuaron la marcha, hasta que la espesura del bosque empezó a ralearse, y el terreno a descender en barrancas más empinadas. Dieron vuelta una vez más, a la derecha, y no tardaron en llegar a un pequeño río que corría por una garganta estrecha: era el mismo arroyo que nacía, mucho más arriba, en la cuenca redonda, y que ahora serpeaba en un rápido torrente, por un lecho profundamente hendido y muy pedregoso, bajo las ramas combadas de los acebos y el oscuro follaje del boj. Mirando hacia el oeste podían ver, más abajo, envueltas en una bruma luminosa, tierras bajas y vastas praderas, y centelleando a lo lejos a la luz del sol poniente las aguas anchas del Anduin.

-Aquí, lamentablemente, cometeré con vosotros una descortesía -dijo Faramir-. Espero que sabréis perdonarla en quien hasta ahora ha desechado órdenes en favor de buenos modales a fin de no mataros ni amarraros con cuerdas. Pero un mandamiento riguroso exige que ningún extranjero, aun cuando fuese uno de Rohan que lucha en nuestras filas, ha de ver el camino por el que ahora avanzamos con los ojos abiertos. Tendré que vendaros.

-Como gustes -dijo Frodo-. Hasta los elfos lo hacen cuando les parece necesario, y con los ojos vendados cruzamos las fronteras de la hermosa Lothlórien. Gimli el enano lo tomó a mal, pero los hobbits lo soportaron.

-El lugar al que os conduciré no es tan hermoso -dijo Faramir-. Pero me alegra que lo aceptéis de buen grado y no por la fuerza.

Llamó por lo bajo, e inmediatamente Mablung y Damrod salieron de entre los árboles y se acercaron de nuevo a ellos.

-Vendadles los ojos a estos huéspedes -dijo Faramir-. Fuertemente, pero sin incomodarlos. No les atéis las manos. Prometerán que no tratarán de ver. Podría confiar en que cerrasen los ojos voluntariamente, pero los ojos parpadean, si los pies tropiezan en el camino. Guiadlos de modo que no trastabilen.

Los guardias vendaron entonces con bandas verdes los ojos de los hobbits y les bajaron las capuchas casi hasta la boca; en seguida, tomándolos rápidamente por las manos, se pusieron otra vez en marcha. Todo cuanto Frodo y Sam supieron de esta última milla, fue lo que adivinaron haciendo conjeturas en la oscuridad. Al cabo de un rato tuvieron la impresión de ir por un sendero que descendía en rápida pendiente; muy pronto se volvió tan estrecho que avanzaron todos en fila, rozando a ambos lados un muro pedregoso; los

guardias los guiaban desde atrás, con las manos firmemente apoyadas en los hombros de los hobbits. De tanto en tanto, cada vez que llegaban a un trecho más accidentado, los levantaban, para volver a depositarlos en el suelo un poco más adelante. Constantemente a la derecha oían el agua que corría sobre las piedras, ahora más cercana y rumorosa. Al cabo de un tiempo detuvieron la marcha. Inmediatamente Mablung y Damrod los hicieron girar sobre sí mismos, varias veces, y los hobbits se desorientaron del todo. Treparon un poco; hacía frío y el ruido del agua era ahora más débil. Luego, levantándolos otra vez, los hicieron bajar numerosos escalones y volver un recodo. De improviso oyeron de nuevo el agua, ahora sonora, impetuosa y saltarina. Tenían la impresión de estar rodeados de agua, y sentían que una finísima llovizna les rociaba las manos y las mejillas. Por fin los pusieron nuevamente en el suelo. Un momento permanecieron así, amedrentados, con vendas en los ojos, sin saber dónde estaban; y nadie hablaba alrededor.

De pronto llegó la voz de Faramir, muy próxima, a espaldas de ellos. -¡Dejadles ver! -dijo.

Les quitaron los pañuelos y les levantaron las capuchas, y los hobbits pestañearon y se quedaron sin aliento.

Se encontraban en un mojado pavimento de piedra pulida, el rellano, por así decir, de una puerta de roca toscamente tallada que se abría, negra, detrás de ellos. Enfrente caía una delgada cortina de agua, tan próxima que Frodo, con el brazo extendido, hubiera podido tocarla. Miraba al oeste. Del otro lado del velo se retractaban los rayos horizontales del sol poniente, y la luz purpúrea se quebraba en llamaradas de colores siempre cambiantes. Les parecía estar junto a la ventana de una extraña torre élfica, velada por una cortina recamada con hilos de plata y de oro, y de rubíes, zafiros y amatistas, todo en un fuego que nunca se consumía.

-Al menos hemos tenido la suerte de llegar a la mejor hora para recompensar vuestra paciencia -dijo Faramir-. Esta es la Ventana del Sol Poniente, Henneth Annûn, la más hermosa de todas las cascadas de Ithilien, tierra de muchos manantiales. Pocos son los extranjeros que la han contemplado. Mas no hay dentro una cámara real digna de tanta belleza. ¡Entrad ahora y ved!

Mientras Faramir hablaba, el sol desapareció en el horizonte y el fuego se extinguió en el móvil dosel de agua. Dieron media vuelta, traspusieron el umbral bajo la arcada baja y amenazadora, y se encontraron de súbito en un recinto de piedra, vasto y tosco, bajo un techo abovedado. Algunas antorchas proyectaban una luz mortecina sobre las paredes relucientes. Ya había allí un gran número de hombres. Otros seguían entrando en grupos de dos y de tres por una puerta lateral, oscura y estrecha. A medida que se habituaban a la penumbra, los hobbits notaron que la caverna era más grande de lo que habían imaginado, y que había allí grandes reservas de armamentos y vituallas.

-Bien, he aquí nuestro refugio -dijo Faramir-. No es un lugar demasiado confortable, pero os permitirá pasar la noche en paz. Al menos está seco, y aunque no hay fuego, tenemos comida. En tiempos remotos el agua corría a través de esta gruta y se derramaba por la arcada, pero los obreros de antaño desviaron la corriente más arriba del paso, y el río descende ahora desde las rocas en una cascada dos veces más alta. Todas las vías de acceso a esta gruta fueron clausuradas entonces, para impedir la penetración del agua y de cualquier otra cosa; todas salvo una. Ahora hay sólo dos salidas: aquel pasaje por el que entrasteis con los ojos vendados, y el de la Cortina de la Ventana, que da a una cuenca

profunda sembrada de cuchillos de piedra. Y ahora descansad unos minutos, mientras preparamos la cena.

Los hobbits fueron conducidos a un rincón, donde les dieron un lecho para que se echaran a descansar, si así lo deseaban. Mientras tanto los hombres iban y venían atareados por la caverna, silenciosos, y con una presteza metódica. Tablas livianas fueron retiradas de las paredes, dispuestas sobre caballetes y cargadas de utensilios. Estos eran en su mayor parte simples y sin adornos, pero todos de noble y armoniosa factura: escudillas redondas, tazones y fuentes de terracota esmaltada o de madera de boj torneada, lisos y pulcros. Aquí y allá había una salsera o un cuenco de bronce pulido; y un copón de plata sin adornos junto al sitio del Capitán, en la mesa del centro.

Faramir iba y venía entre los hombres, interrogando a cada uno en voz baja, a medida que llegaban. Algunos volvían de perseguir a los Sureños; otros, los que habían quedado como centinelas y exploradores cerca del camino, fueron los últimos en aparecer. Se conocía la suerte que habían corrido todos los sureños, excepto el gran mûmak: qué había sido de él nadie pudo decirlo. Del enemigo, no se veía movimiento alguno; no había en los alrededores ni un solo espía orco.

-¿No viste ni oíste nada, Anborn? -le preguntó Faramir al último en llegar.

-Bueno, no, señor -dijo el hombre-. Por lo menos ningún orco. Pero vi, o me pareció ver, una cosa un poco extraña. Caía la noche, y a esa hora las cosas parecen a veces más grandes de lo que son. Así que tal vez no fuera nada más que una ardilla. -Al oír esto Sam aguzó el oído. - Pero entonces era una ardilla negra y no le vi la cola. Parecía una sombra que se deslizaba por el suelo. Se escurrió detrás del tronco de un árbol cuando me aproximé, y trepó hasta la copa rápidamente, en verdad como una ardilla. Pero vos, señor, no aprobáis que matemos sin razón bestias salvajes, y no parecía ser otra cosa, de modo que no usé mi arco. De todas maneras estaba demasiado oscuro para disparar una flecha certera, y la criatura desapareció en un abrir y cerrar de ojos en la oscuridad del follaje. Pero me quedé allí un rato, porque me pareció extraño, y luego me apresuré a regresar. Tuve la impresión de que me silbó desde muy arriba, cuando me alejaba. Una ardilla grande, tal vez. Puede ser que al amparo de las sombras del Sin Nombre algunas de las bestias del Bosque Negro vengán a merodear por aquí. Ellos tienen allá ardillas negras, dicen.

-Puede ser -dijo Faramir-. Pero ese sería un mal presagio. No queremos en Ithilien fugitivos del Bosque Negro. -Sam creyó ver que al decir estas palabras Faramir echaba una mirada rápida a los hobbits. pero no dijo nada. Durante un rato él y Frodo permanecieron acostados de espaldas observando la luz de las antorchas, y a los hombres que iban y venían hablando a media voz. Luego, repentinamente, Frodo se quedó dormido.

Sam discutía consigo mismo, defendiendo ya un argumento, ya el argumento contrario. «Es posible que tenga razón», se decía, «pero también podría no tenerla. Las palabras hermosas esconden a veces un corazón infame». Bostezó. «Podría dormir una semana entera, y bien que me sentaría. ¿Y qué puedo hacer, aunque me mantenga despierto, yo solo en medio de tantos Hombres Grandes? Nada, Sam Gamyi; pero tienes que mantenerte despierto a pesar de todo.» Y de una u otra forma lo consiguió. La luz desapareció de la puerta de la caverna, y el velo gris del agua de la cascada se ensombreció y se perdió en la oscuridad creciente. Y el sonido del agua siempre continuaba, sin cambiar jamás de nota, mañana, tarde o noche. Murmuraba y susurraba e invitaba al sueño. Sam se hundió los nudillos en los ojos.

Ahora estaban encendiendo más antorchas. Habían espitado un casco de vino, abrían los barriles de provisiones y algunos hombres iban a buscar agua a la cascada. Otros se lavaban las manos en jofainas. Trajeron para Faramir un gran aguamanil de cobre y un lienzo blanco, y también él se lavó.

-Despertad a nuestros huéspedes -dijo-, y llevadles agua. Es hora de comer.

Frodo se incorporó y se desperezó, bostezando. Sam, que no estaba habituado a que lo sirvieran, miró con cierta sorpresa al hombre alto que se inclinaba, acercándole un aguamanil.

-¡Déjala en el suelo, maestro, por favor! -dijo-. Será más fácil para ti y también para mí. -Luego, ante el asombro divertido de los hombres, hundió la cabeza en el agua fría y se restregó el cuello y las orejas.

-¿Es costumbre en vuestro país lavarse la cabeza antes de la cena? -preguntó el hombre que servía a los hobbits.

-No, antes del desayuno -replicó Sam-. Pero si estás falto de sueño, el agua fría en el cuello te hace el mismo efecto que la lluvia a una lechuga marchita. ¡Listo! Ahora me podré mantener despierto el tiempo suficiente como para comer un bocado.

Condujeron a los hobbits a los asientos junto a Faramir: barriles recubiertos de pieles y más altos que los bancos de los hombres para que estuvieran cómodos. Antes de sentarse a comer, Faramir y todos sus hombres se volvieron de cara al oeste y así permanecieron un momento, en profundo silencio. Faramir les indicó a Frodo y a Sam que hicieran lo mismo.

-Siempre lo hacemos -dijo Faramir cuando por fin se sentaron-; volvemos la mirada a Númenor, la Númenor que fue, y más allá de Númenor al Hogar de los Elfos que todavía es, y más lejos aún hacia lo que es y siempre será. ¿No hay entre vosotros una costumbre semejante a la hora de las comidas?

-No -respondió Frodo, sintiéndose extrañamente rústico y sin educación-. Pero si hemos sido invitados, saludamos a nuestro anfitrión con una reverencia, y luego de haber comido nos levantamos y le damos las gracias.

-También nosotros lo hacemos -dijo Faramir.

Luego de tanto peregrinar y de acampar a la intemperie, y de tantos días pasados en tierras salvajes y desiertas, la colación de la noche les pareció a los hobbits un festín: beber el vino rubio, fresco y fragante, y comer el pan con mantequilla, y carnes saladas y frutos secos, y un excelente queso rojo, ¡con las manos limpias y vajilla y cubiertos relucientes! Ni Frodo ni Sam rehusaron una sola de las viandas que les fueron ofrecidas, ni una segunda porción, ni aun una tercera. El vino les corría por las venas y los miembros cansados, y se sentían alegres y ligeros de corazón como no lo habían estado desde que partieran de las tierras de Lórien.

Cuando todo hubo terminado, Faramir los llevó a un nicho al fondo de la caverna, aislado en parte por una cortina; allí pusieron una mesa y dos bancos. Una pequeña lámpara de barro ardía en una hornacina.

-Pronto podréis tener ganas de dormir -dijo-, especialmente el buen Samsagaz, que no ha querido cerrar un ojo antes de la cena aunque no sé si por miedo a embotar un noble apetito o por miedo a mí. Pero no es saludable irse a dormir en seguida de comer, y menos aún luego de un prolongado ayuno. Hablemos pues un rato. Tendréis mucho que contar de vuestro viaje desde Rivendel. Y también querríais saber algo de nosotros y del país en que

ahora os encontráis. Habladme de mi hermano Boromir, del viejo Mithrandir y de la hermosa gente del país de Lothlórien.

Frodo ya no tenía sueño y estaba dispuesto a conversar. Sin embargo, aunque se sentía bien luego de la comida y el vino, no había perdido del todo la cautela. Sam estaba radiante y canturreaba en voz baja; pero cuando Frodo habló, al principio se contentó con escuchar, aventurando sólo una que otra exclamación de asentimiento.

Frodo relató muchas historias, pero eludiendo una y otra vez el tema de la misión de la Compañía y el Anillo, extendiéndose en cambio en el valiente papel que Boromir había desempeñado en todas las aventuras de los viajeros, con los lobos en las tierras salvajes, en medio de las nieves bajo el Caradhras, y en las minas de Moria donde cayera Gandalf. La historia del combate sobre el puente fue la que más conmovió a Faramir.

-Ha de haber enfurecido a Boromir tener que huir de los orcos -dijo- y hasta de la criatura feroz de que me hablas, ese Balrog, aun cuando fuera el último en retirarse.

-Él fue el último, sí -dijo Frodo-, pero Aragorn no tuvo más remedio que ponerse al frente de la Compañía. De no haber tenido que cuidar de nosotros, los más pequeños, no creo que ni él ni Boromir hubiesen huido.

-Quizás hubiera sido mejor que Boromir hubiese caído allí con Mithrandir -dijo Faramir-, en vez de ir hacia el destino que lo esperaba más allá de las cascadas del Rauros.

-Quizá. Pero háblame ahora de vuestras vicisitudes -dijo Frodo eludiendo una vez más el tema-. Pues me gustaría conocer mejor la historia de Minas Ithil y de Osgiliath, y de Minas Tirith la perdurable. ¿Qué esperanzas albergáis para esa ciudad en esta larga guerra?

-¿Qué esperanzas? -dijo Faramir-. Tiempo ha que hemos abandonado toda esperanza. La espada de Elendil, si es que vuelve en verdad, podrá reavivarla, pero no conseguirá otra cosa, creo, que aplazar el día fatídico, a menos que recibiéramos también nosotros ayuda inesperada, de los elfos o de los hombres. Pues el enemigo crece y nosotros decrecemos. Somos un pueblo en decadencia, un otoño sin primavera.

»Los Hombres de Númenor se habían afincado a lo ancho y a lo largo de las costas y regiones marítimas de las Grandes Tierras, pero la mayor parte de ellos cayeron en maldades y locura. Muchos se dejaron seducir por las Sombras y las artes negras; algunos se abandonaron por completo a la pereza o la molicie, y otros a la guerra entre hermanos, hasta que se debilitaron y fueron conquistados por los hombres salvajes.

»No se dice que las malas artes fueran siempre practicadas en Gondor, ni que honraran al Sin Nombre; la sabiduría y la belleza de antaño, traídas del Oeste, perduraron largo tiempo en el reino de los Hijos de Elendil el Hermoso, y todavía subsisten. Pero aun así, fue Gondor la que provocó su propia decadencia, hundiéndose poco a poco en la ñoñez, convencida de que el enemigo dormía, cuando en realidad estaba replegado, no destruido.

»La muerte siempre estaba presente, porque los númenoreanos, como lo hicieron en su antiguo reino, que así habían perdido, ambicionaban aún una vida eternamente inmutable. Los reyes construían tumbas más espléndidas que las casas en que habitaban, y en sus árboles genealógicos los nombres del pasado les eran más caros que los de sus propios hijos. Señores sin descendencia holgazaneaban en antiguos castillos sin otro pensamiento que la heráldica; en cámaras secretas los ancianos decrepitos preparaban elixires poderosos, o en torres altas y frías interrogaban a las estrellas. Y el último rey de la dinastía de Anárion no tenía heredero.

»Pero los senescales fueron más sabios y más afortunados. Más sabios, porque reclutaron las fuerzas de nuestro pueblo entre la gente robusta de la costa marítima y entre los intrépidos montañeses de Ered Nimrais. Y pactaron una tregua con los orgullosos

pueblos del Norte, que a menudo nos habían atacado, hombres de un coraje feroz, pero nuestros parientes muy lejanos, a diferencia de los salvajes Hombres del Este o los crueles Haradrim.

»Ocurrió entonces que en los días de Cirion, el Duodécimo Senescal (y mi padre es el Vigésimosexto), acudieron en nuestra ayuda y en el gran Campo de Celebrant destruyeron al enemigo que se había apoderado de las provincias septentrionales. Estos son los Rohirrim, como nosotros los llamamos, señores de caballos, y a ellos les cedimos las tierras de Calenardhon que desde entonces llevan el nombre de Rohan: pues ya en tiempos remotos esa provincia estaba escasamente poblada. Y se convirtieron en nuestros aliados y siempre se han mostrado leales, ayudándonos en momentos de necesidad, y custodiando nuestras fronteras en el Paso de Rohan.

»De nuestras tradiciones y costumbres han aprendido lo que quisieron, y sus señores hablan nuestra lengua si es preciso; pero en general conservan las costumbres y tradiciones del pasado; y entre ellos hablan en la lengua nórdica que les es propia. Y nosotros los amamos: hombres de elevada estatura y mujeres hermosas, valientes todos por igual, fuertes, de cabellos dorados y ojos brillantes, nos recuerdan la juventud de los hombres, como eran en los Tiempos Antiguos. Y en verdad, nuestros maestros de tradición dicen que tienen de antiguo esta afinidad con nosotros porque provienen de las mismas Tres Casas del Hombre, como los númenóreanos: no de Hador el de los Cabellos de Oro, el amigo de los elfos, tal vez, sino de aquellos hijos y súbditos de Hador que no atravesaron el Mar rumbo al Oeste, desoyendo la llamada.

»Pues así denominamos a los hombres en nuestra tradición, llamándolos los Altos, o los Hombres del Oeste, que eran los númenóreanos; y los Pueblos del Medio, los Hombres del Crepúsculo, como los Rohirrim y las gentes como ellos que habitan aún muy lejos en el Norte; y los Salvajes, los Hombres de la Oscuridad.

»Pero si con el tiempo los Rohirrim han empezado a parecerse en algunos aspectos a nosotros, aficionándose a las artes y a maneras más atemperadas, también nosotros hemos empezado a parecernos a ellos, y ya casi no podemos reclamar el título de Altos. Nos hemos transformado en Hombres del Medio, del Crepúsculo, pero con el recuerdo de otras cosas. De los Rohirrim hemos aprendido a amar la guerra y el coraje como cosas buenas en sí mismas, juego y meta a la vez; y aunque todavía pensamos que un guerrero ha de tener inteligencia y conocimientos, y no sólo dominar el manejo de las armas y el arte de matar, consideramos no obstante al guerrero superior a los hombres de otras profesiones. Así lo exigen las necesidades de nuestros tiempos. Guerrero era también mi hermano, Boromir: un hombre intrépido, considerado por su temple como el mejor de Gondor. Y era muy valiente: en muchos años no hubo en Minas Tirith un heredero como él, tan resistente a la fatiga, tan denodado en la batalla, ninguno capaz de arrancar del Gran Cuerno una nota más poderosa. -Faramir suspiró y durante un rato guardó silencio.

-No habla usted mucho de los elfos en sus relatos, señor -dijo Sam, armándose súbitamente de coraje. Había notado que Faramir aludía a los elfos con reverencia, y esto, aún más que la cortesía con que trataba a los hobbits, y la comida y el vino que les ofreciera, le había ganado el respeto de Sam, menos receloso ahora.

-No, en efecto, maese Samsagaz -dijo Faramir-, pues no soy versado en la tradición élfica. Pero has tocado aquí otro aspecto en el que también hemos cambiado, en la declinación que va de Númenor a la Tierra Media. Sabrás tal vez, si Mithrandir fue

compañero vuestro y si habéis hablado con Elrond, que los Edain, los Padres de los Númenóreanos, combatieron junto a los elfos en las primeras guerras, y recibieron en recompensa el reino que está en el centro mismo del Mar, a la vista del Hogar de los Elfos. Pero en la Tierra Media los hombres y los elfos se distanciaron en días de oscuridad, a causa de los ardides del enemigo y de las lentas mutaciones del tiempo, pues cada especie se alejó cada vez más por caminos divergentes. Ahora los hombres temen a los elfos y desconfían de ellos, aunque bien poco los conocen. Y nosotros, los de Gondor, nos estamos pareciendo a los otros hombres, pues hasta los Hombres de Rohan, que son los enemigos del Señor Oscuro, evitan a los elfos y hablan del Bosque de Oro con terror.

»Sin embargo aún entre nosotros hay quienes tienen tratos con los elfos, cuando pueden, y de vez en cuando algunos viajan secretamente a Lórien, de donde rara vez retornan. Yo no. Porque considero que es hoy peligroso para un mortal ir voluntariamente en busca de las Gentes Antiguas. Sin embargo envidio de veras que hayas hablado con la Dama Blanca.

-¡La Dama de Lórien! ¡Galadriel! - exclamó Sam -. Tendría usted que verla, ah, por cierto que tendría que verla, señor. Yo no soy más que un hobbit, y jardinero de oficio, en mi tierra, señor, si me comprende usted, y no soy ducho en poesía... no en componerla: alguna copla cómica, tal vez, de tanto en tanto, ¿sabe?, pero no verdadera poesía... por eso no puedo explicarle lo que quiero decir. Habría que cantarlo. Haría falta Trancos, es decir Aragorn, para ello, o el viejo señor Bilbo. Pero me gustaría componer una canción sobre ella. ¡Es hermosa, señor! ¡Qué hermosa es! A veces como un gran árbol en flor, a veces como un narciso, tan delgada y menuda. Dura como el diamante, suave como el claro de luna. Ardiente como el sol, fría como la escarcha bajo las estrellas. Orgullosa y distante como una montaña nevada, y tan alegre como una muchacha que en primavera se trenza margaritas en los cabellos. Pero he dicho un montón de tonterías y ni me he acercado a la idea.

-Ha de ser muy bella en efecto -dijo Faramir-. Pe ligrosamente bella.

-No sé si es *peligrosa* -dijo Sam-. Se me ocurre que la gente lleva consigo su propio peligro a Lórien, y allí lo vuelve a encontrar porque lo ha tenido dentro. Pero tal vez se podría llamarla peligrosa, pues es tan fuerte. Usted, usted podría hacerse añicos contra ella, como un barco contra una roca, o ahogarse, como un hobbit en un río. Pero ni en la roca ni el río habría culpa alguna. Y Boro... -Se interrumpió de golpe, enrojeciendo hasta las orejas.

-¿Sí? Y Boromir, dijiste -dijo Faramir-. ¿Qué estabas por decir? ¿Él llevaba consigo el peligro?

-Sí, señor, con el perdón de usted, y un hermoso hombre era su hermano, si me permite decirlo así. Pero usted estuvo cerca de la verdad desde el principio. Yo observé y escuché a Boromir durante todo el camino desde Rivendel, para cuidar de mi amo, como usted comprenderá, y sin desearle ningún mal a Boromir, y es mi opinión que fue en Lórien donde vio claramente por primera vez lo que yo había adivinado antes: lo que él quería. ¡Desde el momento en que lo vio, quiso tener el Anillo del Enemigo!

-¡Sam! -exclamó Frodo, consternado. Había estado ensimismado en sus propios pensamientos, y salió de ellos bruscamente, pero demasiado tarde.

-¡Caracoles! -dijo Sam palideciendo y enrojeciendo otra vez hasta el escarlata-. ¡Ya hice otra barrabasada! *Cada vez que abres el pico metes la pata* solía decirme el Tío, y tenía razón. ¡Caracoles! ¡Caracoles!

-¡Oiga, señor! -Dio media vuelta y miró cara a cara a Faramir con todo el coraje que pudo juntar. - No vaya ahora a aprovecharse de mi amo porque el sirviente sea sólo un tonto. Usted nos ha arrullado todo el tiempo con palabras hermosas, hablando de los elfos y todo, y bajé la guardia. Pero lo hermoso es bueno, como decimos nosotros. He aquí una oportunidad de demostrar su nobleza.

-Así parece -dijo Faramir, lentamente y con una voz muy dulce y una extraña sonrisa-. ¡Así que esta era la respuesta de todos los enigmas! El Anillo Unico que se creía desaparecido del mundo. ¿Y Boromir intentó apoderarse de él por la fuerza? ¿Y vosotros escapasteis? ¿Y habéis corrido tanto camino... para llegar a mí? Y aquí os tengo, en estas soledades: dos medianos, y una hueste de hombres a mi servicio, y el Anillo de los Anillos. ¡Un golpe de suerte! Una buena oportunidad para Faramir de Gondor de mostrar su nobleza. ¡Ah! - Se incorporó muy erguido, muy alto y grave, los ojos grises centelleando.

Frodo y Sam saltaron de sus taburetes y se pusieron lado a lado de espaldas al muro, buscando a tientas la empuñadura de las espadas. Hubo un silencio. Todos los hombres reunidos en la caverna dejaron de hablar y los miraron con asombro. Pero Faramir volvió a sentarse y se echó a reír quedamente, y luego, de pronto pareció grave otra vez.

-¡Ay desdichado Boromir! ¡Fue una prueba demasiado dura! - dijo -. Cuánto habéis acrecentado mi tristeza, vosotros dos ¡extraños peregrinos de un país lejano, portadores del peligro de los hombres! Pero juzgáis peor a los hombres que yo a los medianos. Nosotros, los Hombres de Gondor, decimos la verdad. Nos jactamos rara vez pero entonces actuamos o morimos intentándolo. *No lo recogería ni si lo viese tirado a la orilla del camino*, dije. Aunque fuese hombre capaz de codiciar ese objeto, aunque cuando lo dije no sabía qué era, de todos modos consideraría esas palabras como un juramento, y a ellas me atengo.

»Mas no soy ese hombre. O soy quizá bastante prudente para saber que el hombre ha de evitar ciertos peligros. ¡Descansad en paz! Y tú, Samsagaz, tranquilízate. Si crees haber flaqueado, piensa que estaba escrito que así habría de ser. Tu corazón es tan perspicaz como fiel, y él vio más claro que tus ojos. Por extraño que pueda parecer, no hay peligro alguno en que me lo hayas dicho. Hasta podría ayudar al amo a quien tanto quieres. Puede ser favorable para él, si está a mi alcance. Tranquilízate entonces. Pero nunca más vuelvas a nombrar esa cosa en voz alta. ¡Basta una vez!

Los hobbits volvieron a sus taburetes y se sentaron en silencio. Los hombres retornaron a la bebida y la charla, suponiendo que el Capitán había estado divirtiéndose a expensas de los pequeños huéspedes, pero que la chanza ya había terminado.

-Bien, Frodo, ahora por fin nos hemos entendido -dijo Faramir-. Si asumiste la responsabilidad de ser el portador de ese objeto no por elección sino a instancias de otros, te compadezco y te honro. Y me dejas maravillado: lo llevas escondido y no lo utilizas. Sois para mí gente de un mundo nuevo. ¿Son semejantes a vosotros todos los de esa raza? Vuestra tierra parece un remanso de paz y tranquilidad, y honráis sin duda a los jardineros.

-No todo es allí felicidad -dijo Frodo-, pero es cierto que honramos a los jardineros.

-Pero también allí la gente tiene que aburrirse, aun en los huertos, como todas las cosas bajo el Sol de este mundo. Y vosotros estáis lejos de vuestro hogar y habéis viajado mucho. Basta por esta noche. Dormid los dos en paz, si podéis. ¡Nada temáis! Yo no deseo verlo, ni tocarlo, ni saber de él más de lo que sé (y ya es más que suficiente), no sea

que el peligro me tienta, y si me enfrentara a esa prueba no sé si tendría la entereza de Frodo hijo de Drogo. Id ahora a descansar... mas decidme antes si es posible: a dónde deseáis ir y qué queréis hacer. Pues yo he de velar, y esperar, y reflexionar. El tiempo pasa. En la mañana partiremos unos y otros por los caminos que el destino nos ha marcado.

Pasado el primer sobresalto, Frodo no había dejado de temblar. Ahora un inmenso cansancio descendió sobre él como una nube. Incapaz de seguir disimulando, no se resistió más.

-Buscaba un camino para entrar en Mordor -dijo con voz débil-. Iba a Gorgoroth. Tengo que encontrar la Montaña de Fuego y arrojar el objeto en el abismo del Destino. Así dijo Gandalf. No creo que llegue jamás allí.

Faramir lo contempló un instante con asombrada seriedad. Luego, de improviso, viéndolo vacilar, sostuvo a Frodo, lo levantó con dulzura y lo llevó hasta el lecho y allí lo acostó y lo abrigó. Al instante Frodo cayó en un sueño profundo.

Otra cama fue instalada al lado para el sirviente de Frodo. Sam titubeó un momento, luego se inclinó en una profunda reverencia:

-Buenas noches, Capitán, mi señor -dijo-. Habéis aceptado el desafío, señor.

-¿Sí? -dijo Faramir.

-Sí señor, y habéis mostrado vuestra nobleza: la más alta.

Faramir sonrió.

-Eres un sirviente atrevido, maese Samsagaz. Mas no importa: el alabar lo que es digno de alabanza no necesita recompensa. Sin embargo no había nada loable en todo esto. No tuve ni la tentación ni el deseo de hacer otra cosa.

-Ah bueno, señor -dijo Sam-, habéis dicho que mi amo tenía un cierto aire élfico; y eso era bueno, y cierto además. Pero yo puedo ahora deciros que vos también tenéis un aire, señor, un aire que me hace pensar en... en... bueno, en Gandalf, en los Magos.

-Es posible -dijo Faramir-. Quizá distingas desde lejos el aire de Númenor. ¡Buenas noches!

EL ESTANQUE VEDADO

Al despertar, Frodo vio a Faramir inclinado sobre él. Por un segundo le volvieron los viejos temores y se sentó y retrocedió.

-No hay nada que temer -le dijo Faramir.

-¿Ya es la mañana? -preguntó Frodo, bostezando.

-Aún no, pero la noche ya toca a su fin y la luna llena se está ocultando. ¿Quieres venir a verla? Hay también una cuestión acerca de la cual quisiera que me dieras tu parecer. Lamento haberte despertado, pero ¿quieres venir?

-Sí -dijo Frodo levantándose, y tembló ligeramente al abandonar el calor de las mantas y las pieles. Hacía frío en la caverna sin fuego. El rumor del agua se oía claramente en la quietud de la noche. Se envolvió en la capa y siguió a Faramir.

Sam, despertando bruscamente por una especie de instinto de vigilancia, vio primero el lecho vacío de su amo y se levantó de un salto. En seguida vio dos siluetas oscuras, la de Frodo y un hombre, recortadas en la arcada, nimbada ahora por un resplandor blanquecino. Se encaminó de prisa a reunirse con ellos, más allá de las hileras de hombres que dormían sobre jergones a lo largo de la pared. Al pasar cerca de la entrada vio que la cortina se había transformado en un velo deslumbrante de seda y perlas e hilos de plata: carámbanos de luna en lenta fusión. Pero no se detuvo a admirarla y dando la vuelta siguió a su amo a través de la puerta angosta tallada en la pared de la caverna.

Tomaron primero por un pasadizo negro, luego subieron varios escalones mojados, y llegaron así a un pequeño rellano tallado en la roca, iluminado por un cielo pálido que resplandecía muy arriba, distante, como la cúpula de un alto campanario. De allí partían dos escaleras: una conducía a la orilla elevada del río; la otra se doblaba en un recodo hacia la izquierda. Siguieron por esta última, que subía en espiral, como la escalera de una torre.

Salieron por fin de las tinieblas de piedra y miraron alrededor. Se encontraban en una ancha plataforma de roca lisa sin antepecho ni pretil. A la derecha, en el este, el torrente caía en cascadas sobre numerosas terrazas, y descendiendo en brusca y vertiginosa carrera, con la oscura fuerza del agua, y cuajado de espuma, iba a verterse en un lecho; por fin, rizándose y arremolinándose casi sobre la plataforma, se precipitaba por encima de la arista que se abría a la derecha. Un hombre estaba allí de pie, cerca de la orilla, en silencio, mirando hacia abajo.

Frodo se volvió a contemplar las cintas de agua aterciopelado, que se curvaban y desaparecían. Luego alzó los ojos y miró en lontananza. El mundo estaba silencioso y frío, como si el alba se acercase. A lo lejos, en el poniente, la luna llena se hundía redonda y blanca. Unas brumas pálidas relucían en el valle ancho de allá abajo: un vasto abismo de vapores de plata, bajo los que fluían las aguas nocturnas y frescas del Anduin. Y más allá una tiniebla negra y amenazante, en la que rutilaban de tanto en tanto, fríos, afilados, remotos y blancos como colmillos fantasmales, los picos de Ered Nimrais, las Montañas Blancas de Gondor, coronadas de nieves eternas.

Frodo permaneció un momento sobre la alta piedra, preguntándose con un estremecimiento si en algún lugar de esas vastas tierras nocturnas caminarían aún sus

antiguos compañeros, o dormirían, o si yacerían muertos envueltos en sudarios de niebla. ¿Por qué lo habían traído aquí arrancándolo del olvido del sueño?

Sam, que estaba preguntándose lo mismo, no pudo reprimirse y murmuró, sólo para el oído de su amo, creyó él:

-¡Es una vista hermosa, señor Frodo, pero le hiela a uno el corazón, por no hablar de los huesos! ¿Qué sucede?

Faramir lo oyó y respondió:

-La luna se pone sobre Gondor. El bello Ithil al abandonar la Tierra Media, echa una mirada a los rizos blancos del viejo Mindolluin. Bien vale la pena soportar algunos escalofríos. Mas no es esto lo que os he traído a ver, aunque en verdad a ti, Samsagaz, yo no te he llamado, y ahora estás pagando por tu exceso de celo. Un sorbo de vino remediará el problema. ¡Venid ahora y mirad!

Se acercó al centinela silencioso en el borde oscuro, y Frodo lo siguió. Sam se quedó atrás. Ya bastante inseguro se sentía en aquella alta plataforma mojada. Faramir y Frodo miraron abajo. Muy lejos, en el fondo, vieron las aguas blancas que se veían en un cauce espumoso, giraban alrededor de una profunda cuenca oval entre las rocas, hasta encontrar por fin una nueva salida por una puerta estrecha, y se alejaban murmurando y humeando hacia regiones más llanas y apacibles. El claro de luna iluminaba aún con rayos oblicuos el pie de la cascada y centelleaba en el menudo y tumultuoso oleaje de la cuenca. Pronto Frodo creyó ver una forma pequeña y oscura en la orilla más próxima, pero en el momento mismo en que la observaba, la figura se zambulló y desapareció detrás del remolino de la cascada, hendiendo el agua negra con la precisión de una flecha o de una piedra arrojada de canto.

Faramir se volvió hacia el centinela.

-¿Y ahora qué dirías que es, Anborn? ¿Una ardilla, o un pájaro pescador? ¿Hay pájaros pescadores en las charcas nocturnas del Bosque Negro?

-No sé qué puede ser, pero no es un pájaro -respondió Anborn-. Tiene cuatro miembros y se zambulle como un hombre; y con maestría, además. ¿En qué andaré? ¿Buscando un camino por detrás de la cortina para subir a nuestro escondite? Me parece que al fin hemos sido descubiertos. Aquí tengo mi arco, y he apostado otros arqueros, casi tan buenos tiradores como yo, en las dos orillas. Sólo esperamos vuestra orden para disparar, Capitán.

-¿Dispararemos? -preguntó Faramir, volviéndose rápidamente a Frodo.

Frodo tardó un momento en responder. Luego dijo:

-¡No! ¡No! ¡Te suplico que no lo hagas! -De haberse atrevido, Sam habría dicho «Sí» más pronto y más fuerte. No alcanzaba a ver, pero por lo que Frodo y Faramir decían, podía imaginarse qué estaban mirando.

-¿Sabes entonces qué es eso? -dijo Faramir-. Bien, ahora que lo has visto, dime por qué hay que perdonarlo. En todas nuestras conversaciones, no has nombrado ni una sola vez a vuestro compañero vagabundo, y yo lo dejé pasar por el momento. Podía esperar hasta que lo capturaran y lo trajeran a mi presencia. Envié en su busca a mis mejores cazadores, pero se les escapó, y no volvieron a verlo hasta ahora, excepto Anborn, aquí presente, que lo divisó un momento anoche, a la hora del crepúsculo. Pero ahora ha cometido un delito peor que ir a cazar conejos en las tierras altas: ha tenido la osadía de venir a Henneth Annún, y lo pagará con la vida. Me desconcierta esta criatura: tan solapada y tan astuta como es, ¡venir a jugar en el lago justo delante de nuestra ventana! ¿Se imagina acaso que los hombres duermen sin vigilancia la noche entera? ¿Por qué lo hace?

-Hay dos respuestas, creo yo -dijo Frodo-. Por una parte, esta criatura conoce poco a los hombres, y aunque es astuta, vuestro refugio está tan escondido que ignora tal vez que hay hombres aquí. Además, creo que ha sido atraído por un deseo irresistible, más fuerte que la prudencia.

-¿Atraído aquí, dices? -preguntó Faramir en voz baja-. ¿Es posible... sabe entonces lo de tu carga?

-Lo sabe, sí. El mismo la llevó durante años.

-¿El la llevó? -dijo Faramir, estupefacto, respirando entrecortadamente-. Esta historia es cada vez más intrincada y enigmática. ¿Entonces anda detrás de tu carga?

-Tal vez. Es un tesoro para él. Pero no hablaba de eso. -¿Qué busca entonces la criatura? -Pescado -dijo Frodo-. ¡Mira!

Escudriñaron la oscuridad del lago. Una cabecita negra apareció en el otro extremo de la cuenca, emergiendo de la profunda sombra de las rocas. Hubo un fugaz relámpago de plata y un remolino de ondas diminutas se movió hacia la orilla. Luego, con una agilidad asombrosa, una figura que parecía una rana trepó fuera de la cuenca. Al instante se sentó y empezó a mordisquear algo pequeño, plateado y reluciente: los rayos postreros de la luna caían ahora detrás del muro de piedra en el confín del agua.

Faramir se rió por lo bajo.

-¡Pescado! - dijo -. Es un hambre menos peligrosa. O tal vez no: los peces del lago Henneth Annûn podrían costarle todo lo que tiene.

-Ahora le estoy apuntando con la flecha -dijo Anborn-. ¿No tiraré, Capitán? Por haber venido a este lugar sin ser invitado, la muerte es nuestra ley.

-Espera, Anborn -dijo Faramir-. Este asunto es más delicado de lo que parece. ¿Qué puedes decir ahora, Frodo? ¿Por qué habríamos de perdonarle la vida?

-Esta criatura es miserable y tiene hambre -dijo Frodo-, y desconoce el peligro que la amenaza. Y Gandalf, tu Mithrandir, te habría pedido que no lo mates, por esa razón y por otras. Les prohibió a los elfos que lo hicieran. No sé bien por qué, y lo que adivino no puedo decirlo aquí abiertamente. Pero esta criatura está ligada de algún modo a mi misión. Hasta el momento en que nos descubriste y nos trajiste aquí, era mi guía.

-¡Tu guía! Esta historia se vuelve cada vez más extraña. Mucho haría por ti, Frodo, pero esto no puedo concedértelo: dejar que ese vagabundo taimado se vaya de aquí en libertad para reunirse luego contigo si le place o que los orcos lo atrapen y él les cuente todo lo que sabe bajo la amenaza del sufrimiento. Es preciso matarlo o capturarlo. Matarlo, si no podemos atraparlo en seguida. Mas ¿cómo capturar a esa criatura escurridiza que cambia de apariencia, si no es con un dardo empenachado?

-Déjame bajar hasta él en paz -dijo Frodo-. Podéis mantener tensos los arcos, y matarme a mí al menos si fracaso. No escaparé.

-¡Ve pues y date prisa! -dijo Faramir-. Si sale de aquí con vida, tendrá que ser tu fiel servidor por el resto de sus desdichados días. Conduce a Frodo allá abajo, a la orilla, Anborn, e id con cautela. Esta criatura tiene nariz y orejas. Dame tu arco.

Anborn gruñó, descendiendo delante de Frodo la larga escalera de caracol, y ya en el rellano subieron por la otra escalera, hasta llegar al fin a una angosta abertura disimulada por arbustos espesos. Salieron en silencio, y Frodo se encontró en lo alto de la orilla meridional, por encima del lago. Ahora la oscuridad era profunda, y las cascadas grises y

pálidas sólo reflejaban la claridad lunar demorada en el cielo occidental. No veía a Gollum. Avanzó un corto trecho y Anborn lo siguió con paso sigiloso.

-¡Continúa! -susurró al oído de Frodo-. Ten cuidado a tu derecha. Si te caes en el lago, nadie salvo tu amigo pescador podrá socorrerte. Y no olvides que hay arqueros en las cercanías, aunque tú no puedas verlos.

Frodo se adelantó con precaución, valiéndose de las manos a la manera de Gollum para tantear el camino y mantenerse en equilibrio. Las rocas eran casi todas lisas y planas, pero resbaladizas. Se detuvo a escuchar. Al principio no oyó otro ruido que el rumor incesante de la cascada a sus espaldas. Pero pronto distinguió, no muy lejos, delante de él, un murmullo sibilante.

-Pecesss, buenos pecesss. La Cara Blanca ha desaparecido, mi tesoro, por fin, sí. Ahora podemos comer pescado en paz. No, no en paz, mi tesoro. Pues el Tesoro está perdido: sí, perdido. Sucios hobbits, hobbits malvados. Se han ido, y nos han abandonado, gollum; y el Tesoro se ha ido también. El pobre Sméagol no tiene a nadie ahora. No más Tesoro. Hombres malos lo tomarán, me robarán mi Tesoro. Ladrones. Los odiamos. Pecesss, buenos buenos pecesss. Nos dan fuerzas. Nos ponen los ojos brillantes y los dedos recios, sí. Estrangúlalos, tesoro. Estrangúlalos a todos, *sí, si* tenemos la oportunidad. Buenos pecesss. ¡Buenos pecesss!

Y así continuó, casi tan incesante como el agua de la cascada, interrumpido solamente por un débil ruido de salivación y gorgoteo. Frodo se estremeció, escuchando con piedad y repugnancia. Deseaba que se interrumpiera de una vez y que nunca más tuviera que escuchar esa voz. Anborn, detrás de él, no estaba lejos. Frodo podía volver arrastrándose y pedirle que los cazadores dispararan los arcos. No les costaría mucho acercarse, mientras Gollum engullía y no estaba en guardia. Un solo tiro certero, y Frodo se liberaría para siempre de aquella voz miserable. Pero no, Gollum tenía ahora derechos sobre él. El sirviente adquiere derechos sobre su amo a cambio de servirlo, aun cuando lo haga por temor. Sin Gollum se habrían hundido en las Ciénagas de los Muertos. Y además Frodo sabía de algún modo, y con absoluta certeza, que Gandalf hubiera defendido la vida de Gollum.

-¡Sméagol! -llamó en voz baja.

-Pecesss, buenos pecesss -dijo la voz.

-¡Sméagol! -repitió Frodo, un poco más alto. La voz calló. -Sméagol, el amo ha venido a buscarte. El amo está aquí. ¡Ven, Sméagol! -No hubo respuesta, pero sí un suave silbido.

-¡Ven, Sméagol! - dijo Frodo -. Estamos en peligro. Los hombres te matarán, si te encuentran aquí. Ven pronto, si quieres escapar a la muerte. ¡Ven al amo!

-¡No! - dijo la voz -. Amo no bueno. Abandona al pobre Sméagol y se va con otros amigos. Amo puede esperar. Sméagol no ha terminado.

-No hay tiempo -dijo Frodo-. Trae el pescado contigo. ¡Ven!

-¡No! Tengo que terminar el pescado.

-¡Sméagol! -dijo Frodo desesperado-. El Tesoro se enfadará. Sacaré el Tesoro y le diré: haz que se trague las espinas y se ahogue. Nunca más probarás pescado. Ven. ¡El Tesoro espera!

Hubo un silbido agudo. Un instante después, Gollum emergió de la oscuridad en cuatro patas, como un perro errabundo que acude a una llamada. Tenía en la boca un pescado comido a medias y otro en la mano. Se detuvo muy cerca de Frodo, casi nariz con nariz, y lo olió. Los ojos pálidos le brillaban. Entonces se sacó el pescado de la boca y se irguió.

-¡Buen amo! -murmuró-. Buen hobbit, venir a buscar al pobre Sméagol. El buen Sméagol ha venido. Ahora vamos, pronto, sí. A través de los árboles, mientras las Caras están oscuras. ¡Sí pronto, vamos!

-Sí, pronto iremos -dijo Frodo-. Pero no en seguida. Yo iré contigo como prometí. Te lo prometo de nuevo. Pero no ahora. Todavía no estás a salvo. Yo te salvaré, pero tienes que confiar en mí.

-¿Tenemos que confiar en el amo? - dijo Gollum, dudando -. ¿Por qué no partir en seguida? ¿Dónde está el otro, el hobbit malhumorado y grosero? ¿Dónde está?

-Allá arriba -dijo Frodo, señalando la cascada-. No partiré sin él. Tenemos que ir a buscarlo. -Se le encogió el corazón. Esto se parecía demasiado a una celada. No temía en realidad que Faramir permitiese que mataran a Gollum, pero probablemente lo tomaría prisionero y lo haría atar; y lo que Frodo estaba haciendo le parecería sin duda una traición a la infeliz criatura traicionera. Quizá nunca llegaría a comprender o creer que Frodo le había salvado la vida del único modo posible. ¿Qué otra cosa podía hacer, para guardar al menos cierta lealtad a uno y a otro? - ¡Ven! -dijo-. Si no vienes el Tesoro se enfadará. Ahora volveremos, subiendo por la orilla del río. ¡Adelante, adelante, tú irás al frente!

Gollum trepó un corto trecho junto a la orilla, olisqueando con recelo. Muy pronto se detuvo y levantó la cara.

-¡Hay algo allí! -dijo-. No es un hobbit. -Retrocedió bruscamente. Una luz verde le brillaba en los ojos saltones.- ¡Amo, amo! -siseó-. ¡Malvado! ¡Astuto! ¡Falso! -Escupió y extendió los brazos largos chasqueando los dedos.

En ese momento la gran forma negra de Anborn apareció por detrás y cayó sobre él. Una mano grande y fuerte lo tomó por la nuca y lo inmovilizó. Gollum giró en redondo con la celeridad de un rayo, mojado como estaba y cubierto de lodo, retorciéndose como una anguila, mordiendo y arañando como un gato. Pero otros dos hombres salieron de las sombras.

-¡Quieto! -le dijo uno de ellos-. O te ensartaremos más púas que las de un puercoespín. ¡Quieto!

Gollum se derrumbó y empezó a gimotear y lloriquear. Los hombres lo ataron con cuerdas, sin demasiados miramientos.

-¡Espacio, espacio! -dijo Frodo-. No tiene tanta fuerza como vosotros. No lo lastiméis, si podéis evitarlo. Se calmará. ¡Sméagol! No te harán daño. Yo iré contigo y no pasará nada. A menos que me maten también a mí. ¡Ten confianza en el amo!

Gollum volvió la cabeza y escupió a Frodo en la cara. Los hombres lo alzaron, lo embozaron con un capuchón hasta los ojos, y se lo llevaron.

Frodo los siguió, sintiéndose profundamente desdichado. Pasaron por la abertura disimulada entre los arbustos, y a través de las escaleras y los pasadizos regresaron a la caverna. Ya habían encendido dos o tres antorchas. Los hombres iban de un lado a otro, en plena actividad. Sam, que estaba allí, lanzó una mirada curiosa al bulto fofo que los cazadores llevaban a la rastra.

-¿Usted lo atrapó? -le preguntó a Frodo.

-Sí. Bueno, no, no lo atrapé yo. El vino voluntariamente, porque confió en mí al principio, me temo. Yo no quería que lo atasen así. Ojalá salga bien; pero odio todo esto.

-También yo -dijo Sam-. Y nunca nada saldrá bien donde se encuentre esa criatura abominable.

Un hombre se acercó a los hobbits, les hizo una sería y los condujo al nicho del fondo de la caverna. Allí Faramir los esperaba sentado en su silla, y en la hornacina la lámpara

estaba encendida otra vez. Con un ademán invitó a los hobbits a sentarse junto a él, en los taburetes.

-Traed vino para los huéspedes -dijo-. Y traedme al prisionero.

Sirvieron el vino, y un momento después entró Anborn, llevando a Gollum. Levantándole el capuchón, lo ayudó a ponerse en pie, permaneciendo junto a él para sostenerlo. Gollum entornó los ojos, ocultando detrás de los párpados pálidos y pesados una mirada maligna. Chorreando agua y entumecido, y con olor a pescado (todavía llevaba uno apretado en la mano), parecía la viva imagen de la miseria; los cabellos ralos le colgaban como algas fétidas sobre las órbitas huesudas, la nariz le moqueaba.

-¡Desatadnos! ¡Desatadnos! -dijo-. La cuerda nos hace daño, sí, nos lastima, duele, y no hicimos nada.

-¿Nada? -dijo Faramir clavando en la infeliz criatura una mirada incisiva, pero sin expresión alguna, ni de cólera, ni de piedad ni de extrañeza-. ¿Nada? ¿Nunca hiciste nada que mereciera que te atasen o castigos peores? No es a mí, sin embargo, a quien incumbe juzgarte. Por fortuna. Pero esta noche has venido a un lugar donde sólo venir significa la muerte. Caros se pagan los peces de este lago.

Gollum dejó caer el pescado que tenía en la mano.

-No queremos pescado -dijo.

-El precio no está en el pescado -dijo Faramir-. Basta venir aquí y mirar el lago para merecer la muerte. Si hasta este momento te he perdonado la vida ha sido gracias a las súplicas del amigo Frodo, quien dice que él al menos te debe cierta gratitud. Pero también a mí tendrás que satisfacerme. ¿Cómo te llamas? ¿De dónde vienes? ¿Y a dónde vas? ¿Cuál es tu ocupación?

-Estamos perdidos -dijo Gollum-. Sin nombre, sin ocupación, sin el Tesoro, nada. Sólo vacío. Sólo hambre; sí, tenemos hambre. Unos pocos pescaditos, horribles pescaditos espinosos para una pobre criatura, y ellos dicen muerte. Tan sabios son; tan justos, tan verdaderamente justos.

-No verdaderamente sabios -dijo Faramir-. Pero justos sí, tal vez: tan justos como lo permite nuestra menguada sabiduría. ¡Desátalo, Frodo! -Faramir sacó del cinto un cuchillo pequeño y se lo tendió a Frodo. Gollum, interpretando mal el gesto, lanzó un chillido y se desplomó.

-¡Vamos, Sméagol! -dijo Frodo-. Tienes que confiar en mí. No te abandonaré. Contesta con veracidad, si puedes. Te hará bien, no mal. -Cortó las cuerdas que sujetaban las muñecas y los tobillos de Gollum, y lo ayudó a ponerse en pie.

-¡Acércate! -dijo Faramir-. ¡Mírame! ¿Conoces el nombre de este lugar? ¿Has estado antes aquí?

Gollum levantó la vista lentamente y de mala gana miró a Faramir. La luz se le apagó en los ojos, y por un instante los clavó, taciturnos y pálidos, en los ojos claros e imperturbables del hombre de Gondor. Hubo un silencio de muerte. De pronto Gollum dejó caer la cabeza y se enroscó sobre sí mismo, hasta quedar en el suelo tembloroso, hecho un ovillo.

-No sabemos y no queremos saber -gimoteó-. Nunca vinimos aquí; nunca volveremos.

-Hay en tu mente puertas y ventanas condenadas, y recintos oscuros detrás -dijo Faramir-. Pero en esto juzgo que eres sincero. Mejor para ti. ¿Sobre qué jurarás no volver nunca más y no guiar hasta aquí ni con palabras ni por señas a ningún ser viviente?

-El amo sabe -dijo Gollum con una mirada de soslayo a Frodo-. Sí, él sabe. Lo prometeremos al amo, si él nos salva. Se lo prometemos al Tesoro, sí. -Se arrastró hasta los

pies de Frodo.- ¡Sálvanos, buen amo! -gimió-. Sméagol se lo promete al Tesoro, lo promete lealmente. ¡Jamás volveré, jamás hablaré, nunca más! ¡No, tesoro, no!

-¿Estás satisfecho? -preguntó Faramir.

-Sí -dijo Frodo-. En todo caso, o aceptáis esta promesa o aplicáis la ley. Más no conseguirás. Pero yo le prometí que sí venía a mí no le harían ningún daño. Y no me gustaría faltar a mi palabra.

Faramir permaneció pensativo un momento.

-Muy bien -dijo al cabo hablándole a Gollum-. Te entrego a manos de tu amo, Frodo hijo de Drogo. ¡Que él declare qué hará contigo!

-Pero, Señor Faramir -dijo Frodo inclinándose-, no has declarado aún tu voluntad respecto al susodicho Frodo, y hasta tanto no la des a conocer él no podrá trazar ningún plan ni para él mismo ni para sus compañeros. Tu decisión quedó postergada hasta la mañana; y el amanecer ya está muy próximo.

-Entonces declararé mi sentencia -dijo Faramir-: En lo que a ti concierne, Frodo, en la medida de los poderes que me son conferidos por una autoridad más alta, te declaro libre en el reino de Gondor hasta los últimos confines de sus antiguas fronteras; con la sola salvedad de que ni a ti ni a ninguno de quienes te acompañan le estará permitido venir aquí a menos que haya sido invitado. Este veredicto tendrá vigencia por un año y un día, y vencido ese término caducará salvo que antes vayas tú a Minas Tirith y te presentes ante el Señor y Senescal de la Ciudad. A quien rogaré que ratifique mi veredicto y que lo prolongue por vida. De aquí a entonces, toda persona que tomes bajo tu protección estará también bajo mi protección y al amparo del escudo de Gondor. ¿Te satisface esta respuesta?

Frodo se inclinó profundamente.

-Me satisface, sí -dijo -, y permíteme que te ofrezca mis servicios, si fueran dignos de alguien tan noble y tan honorable.

-Son altamente dignos -dijo Faramir-. Y ahora, Frodo, ¿tomas a esta criatura, Sméagol, bajo tu protección?

-Sí, tomo a Sméagol bajo mi protección -dijo Frodo. Sam dejó escapar un sonoro suspiro; y no a causa de las fórmulas de cortesía, las cuales, como lo haría cualquier hobbit, aprobada sin reservas. A decir verdad, en la Comarca un asunto de esa naturaleza habría exigido muchas más reverencias y más palabras.

-En ese caso -dijo Faramir volviéndose a Gollum-, te advierto que pesa sobre ti una sentencia de muerte. Pero mientras permanezcas junto a Frodo estarás a salvo, por lo que a mí me atañe. No obstante, si alguna vez un hombre de Gondor te encontrase merodeando y sin tu amo, la sentencia será ejecutada. Y quiera la muerte llegar pronto a ti, dentro o fuera de Gondor, si no le sirves con la debida lealtad. Y ahora, respóndeme: ¿a dónde querías ir? Eres su guía, dice él. ¿A dónde lo llevabas? -Gollum no respondió.

-No admitiré secretos en cuanto a esto -dijo Faramir-. Respóndeme, o revocaré mi veredicto.

Tampoco esta vez Gollum respondió.

-Yo responderé por él -dijo Frodo-. Me guió hasta la Puerta Negra, como yo se lo había pedido; pero esa puerta era infranqueable.

-No hay ninguna puerta abierta para entrar en el País Sin Nombre -dijo Faramir.

-Por lo tanto cambiamos de rumbo y vinimos por la ruta del Sur -prosiguió Frodo-; pues según él hay, o puede haber un camino cerca de Minas Ithil.

-Minas Morgul -dijo Faramir.

-No lo sé exactamente -dijo Frodo-; pero el camino trepa, creo, entre las montañas del lado norte del valle, donde se alza la ciudad antigua. Sube hasta muy arriba, hasta una hendidura, y luego desciende otra vez hasta... lo que está más allá.

-¿Conoces el nombre de esa garganta? -dijo Faramir.

-No -respondió Frodo.

-Se llama Cirith Ungol. - Gollum lanzó un silbido agudo y se puso a mascullar.- ¿No es ese el nombre? -dijo Faramir, volviéndose a Gollum.

-¡No! -dijo Gollum, y en seguida gimió, como si le hubieran dado un puñetazo-. Sí, sí, hemos oído ese nombre, una vez. Pero ¿qué nos importa el nombre? El amo dice que él necesita entrar. Es preciso entonces que tratemos de encontrar algún camino. No hay otro camino posible, no.

-¿No hay otro camino? -dijo Faramir-. ¿Y tú cómo lo sabes? ¿Quién ha explorado todos los confines de este reino sombrío? -Miró a Gollum larga y pensativamente. Luego volvió a hablar:- Llévate de aquí a esta criatura, Anborn. Trátala con dulzura, pero vigílala. Y tú, Sméagol, no intentes arrojarte en las cascadas. Allí las rocas tienen dientes tan afilados que morirás antes de tiempo. ¡Déjanos pues, y llévate tu pescado!

Anborn salió de la cueva, y Gollum fue delante de él, sumisamente. La cortina se cerró tras ellos.

-Frodo, pienso que eres demasiado imprudente en este asunto -dijo Faramir-. No creo que tengas que ir con esa criatura. Es malvada.

-No, no es del todo malvada -dijo Frodo.

-No del todo, quizá -dijo Faramir-; pero la malicia está devorándolo como un chancro, y el mal crece. No te conducirá a nada bueno. Si te separas de él, le daré un salvoconducto y un guía, y haré que lo acompañen al punto que él nombre, a lo largo de la frontera de Gondor.

-No lo aceptaría -dijo Frodo-. Me seguiría como lo ha hecho durante tanto tiempo. Y yo le he prometido muchas veces tomarlo bajo mi protección e ir a donde él me lleve. ¿No me pedirás que falte a la palabra que he empeñado?

-No -respondió Faramir-. Pero mi corazón te lo pediría. Parece menos grave aconsejar a alguien que falte a una promesa que hacerlo uno mismo, sobre todo si se trata de un amigo atado involuntariamente por un juramento nefasto. Pero ahora... tendrás que soportarlo si quiere ir contigo. Sin embargo, no me parece necesario que tengas que ir a Cirith Ungol, del que no te ha dicho ni la mitad de lo que sabe. Esto al menos lo vi claro en la mente de ese Sméagol. ¡No vayas a Cirith Ungol!

-¿A dónde iré entonces? -dijo Frodo-. ¿Volveré a la Puerta Negra para entregarme a los guardias? ¿Qué sabes tú en contra de ese lugar que hace su nombre tan temible?

-Nada cierto -respondió Faramir-. Nosotros los de Gondor nunca cruzamos en nuestros días al este del camino, y menos nuestros hombres más jóvenes, así como ninguno de nosotros ha puesto jamás el pie en las Montañas de las Sombras. De esos parajes sólo conocemos los antiguos relatos y los rumores de tiempos lejanos. Pero la sombra de un terror oscuro se cierne sobre los pasos que dominan Minas Morgul. Cuando se pronuncia el nombre de Cirith Ungol, los ancianos y los maestros del saber se ponen pálidos y enmudecen.

»El valle de Minas Morgul cayó en poder del mal hace mucho tiempo, y era una amenaza y un lugar de terror cuando el enemigo se había retirado muy lejos, e Ithilien estaba en su

mayor parte bajo nuestra protección. Como sabes, esa ciudad fue antaño una plaza fuerte, orgullosa y espléndida, hermana gemela de nuestra propia ciudad. Pero se apoderaron de ella hombres feroces, que el enemigo había dominado en sus primeras guerras, y que luego de su caída erraban sin hogar y sin amo. Se dice que sus señores eran hombres de Númenor que se habían entregado a una maldad oscura: el enemigo les había dado anillos de poder, y los había devorado: se habían convertido en espectros vivientes, terribles y nefastos. Y cuando el enemigo partió, tomaron Minas Ithil y allí vivieron, y la ciudad declinó, así como todo el valle circundante: parecía vacía mas no lo estaba, pues un temor informe habitaba entre los muros ruinosos. Había allí Nueve Señores, y después del retorno del Amo, que favorecieron y prepararon en secreto, adquirieron poder otra vez. Entonces los Nueve jinetes partieron de las puertas del horror, y nosotros no pudimos resistirlos. No te acerques a esa ciudadela. Te descubrirán. Es un lugar de malicia en incesante vigilia, poblado de ojos sin párpados. ¡No vayas por ese camino!

-¿Pero a dónde entonces me encaminarías tú? -dijo Frodo-. No puedes, me dices, conducirme tú mismo a las montañas, ni por encima de ellas. Pero un compromiso solemne contraído con el Concilio me obliga a atravesarlas, a encontrar un camino o perecer en el intento. Y si me echara atrás, si rehusara el amargo final del camino, ¿a dónde iría entonces entre los elfos o los hombres? ¿Querías tú acaso que yo fuera a Gondor con este Objeto, el Objeto que volvió loco de deseo a tu hermano? ¿Qué sortilegio obraría en Minas Tirith? ¿Habrá dos ciudades de Minas Morgul contemplándose mutuamente con una sonrisa burlona a través de una tierra muerta cubierta de podredumbre?

-Yo no quería que eso sucediera -dijo Faramir.

-Entonces ¿qué querías que hiciera yo?

-No lo sé. Pero no que te encaminaras a la muerte o al suplicio. Y no creo que Mithrandir hubiera elegido ese camino.

-No obstante, puesto que él se ha ido, he de tomar los caminos que yo pueda encontrar. Y no hay tiempo para una larga búsqueda -dijo Frodo.

-Es un duro destino y una misión desesperada, Frodo hijo de Drogo -dijo Faramir- - Pero al menos ten presente mi advertencia: cuidate de ese guía, Sméagol. Ya ha matado una vez. Lo he leído en sus ojos. -Suspiró. - Bien, así nos encontramos y así nos separamos, Frodo hijo de Drogo. No es preciso que te endulce el oído con palabras de consuelo: no espero volver a verte bajo este Sol. Pero ahora partirás con mis bendiciones, sobre ti, y sobre todo tu pueblo. Descansa un poco mientras preparan alimentos para vosotros.

»Mucho me gustaría saber por qué medios esa criatura escurridiza, Sméagol, llegó a poseer el Objeto de que hablamos, y cómo lo perdió, pero no te importunaré con eso ahora. Si algún día, contra toda esperanza, regresas a las tierras de los vivos y una vez más nos narramos nuestras historias, sentados junto a un muro y al sol, riéndonos de las congojas pasadas, tú entonces me lo contarás. Hasta ese día, o algún otro momento más allá de lo que alcanzan a ver las Piedras Videntes de Númenor, ¡adiós!

Se levantó, se inclinó profundamente ante Frodo, y corriendo la cortina entró en la caverna.

VIAJE A LA ENCRUCIJADA

Frodo y Sam volvieron a sus lechos y se acostaron en silencio a descansar, mientras los hombres se ponían en actividad y los trabajos del día comenzaban. Al cabo de un rato les llevaron agua y los condujeron a una mesa servida para tres. Faramir desayunó con ellos. No había dormido desde la batalla de la víspera, pero no parecía fatigado.

Una vez terminada la comida, se pusieron de pie.

-Ojalá no os atormente el hambre en el camino -dijo Faramir-. Tenéis escasas provisiones, pero he dado orden de acondicionar en vuestros equipajes una pequeña reserva de alimentos apropiada para viajeros. No os faltará el agua mientras caminéis por Ithilien, pero no bebáis de ninguno de los arroyos que descienden del Imlad Morgul, el Valle de la Muerte Viviente. Algo más he de deciros: mis exploradores y vigías han regresado todos, aun algunos que se habían deslizado subrepticamente hasta tener a la vista el Morannon. Todos han observado una cosa extraña. La tierra está desierta. No hay nada en el camino; no se oye en parte alguna ruido de pasos, de cuernos ni de arcos. Un silencio expectante pesa sobre el País Sin Nombre. Ignoro lo que esto presagia. Pero todo parece precipitarse hacia una gran conclusión. Se aproxima la tormenta. ¡Daos prisa, mientras podáis! Si estáis listos, partamos. Muy pronto el Sol se levantará sobre las, sombras.

Les trajeron a los hobbits sus paquetes (un poco más pesados que antes) y también dos bastones de madera pulida, herrados en la punta, y de cabeza tallada, por la que pasaba una correa de cuero trenzado.

-No tengo regalos apropiados para el momento de la partida -dijo Faramir-, pero aceptad estos bastones. Pueden prestar buenos servicios a los caminantes o a quienes escalan montañas en las regiones salvajes. Los Hombres de las Montañas Blancas los utilizan: si bien éstos han sido cortados para vuestra talla y herrados de nuevo. Están hechos con la madera del hermoso árbol *lebethron*, cara a los ebanistas de Gondor, y les ha sido conferida la virtud de encontrar y retornar. ¡Ojalá esta virtud no se malogre enteramente en las Sombras en que ahora vais a internaros!

Los hobbits se inclinaron en una reverencia.

-Magnánimo y muy benévolo anfitrión -dijo Frodo-, me fue augurado por Elrond el Medio Elfo que encontraría amigos en el camino, secretos e inesperados. Mas no esperaba por cierto una amistad como la tuya. Haberla encontrado trueca el mal en un auténtico bien.

Se prepararon para la partida. Gollum fue sacado de algún rincón o de algún escondrijo, y parecía más satisfecho de sí mismo que antes, aunque no se apartaba un momento del lado de Frodo y evitaba la mirada de Faramir.

-Vuestro guía partirá con los ojos vendados -dijo Faramir-, pero a ti y a tu servidor Samsagaz no os obligaré, si así lo deseáis.

Gollum lanzó un chillido, y se retorció, y se aferró a Frodo, cuando fueron a vendarle los ojos; y Frodo dijo:

-Vendadnos a los tres, empezando por mí, así comprenderá tal vez que nadie quiere hacerle daño.

Así lo hicieron y los guiaron fuera de la caverna de Henneth Annûn. Cuando dejaron atrás los corredores y las escaleras, sintieron alrededor el aire fresco, puro y apacible de la mañana. Todavía a ciegas prosiguieron la marcha un corto trecho, primero subiendo, luego bajando unas suaves pendientes. Por fin la voz de Faramir ordenó que les quitasen las vendas.

Estaban nuevamente en el bosque bajo las ramas de los árboles. No se oía ningún rumor de cascadas de agua, pues una larga pendiente se extendía ahora en dirección al sur entre ellos y la hondonada por la que corría el río. Y a través de los árboles, en el oeste, vieron luz, como si el mundo terminara allí bruscamente, y en ese punto comenzara el cielo.

-Aquí se separan definitivamente nuestros caminos -dijo Faramir-. Si seguís mi consejo, no tomaréis hacia el este. Continúa en línea recta, pues así tendréis el abrigo de los bosques durante muchas millas. Al oeste hay una cresta y allí el terreno se precipita hacia los grandes valles, a veces bruscamente y a pique, otras veces en largas pendientes. No os alejéis de esta cresta y de los lindes del bosque. Al comienzo de vuestro viaje podréis caminar a la luz del día, creo. Las tierras duermen el sueño de una paz ficticia, y por un tiempo todo mal se ha retirado. ¡Buen viaje, mientras sea posible!

Abrazó a Frodo y a Sam, a la usanza del pueblo de Gondor, encorvándose y poniendo las manos sobre los hombros de los hobbits, y besándoles la frente.

-¡Id con la buena voluntad de todos los hombres de bien! -dijo.

Los hobbits saludaron inclinándose hasta el suelo. Faramir dio media vuelta, y, sin mirar atrás ni una sola vez, fue a reunirse con los dos guardias que lo esperaban allí cerca. La celeridad con que ahora se movían esos hombres vestidos de verde, a quienes perdieron de vista casi en un abrir y cerrar de ojos, dejó maravillados a los hobbits. El bosque, donde un momento antes estuviera Faramir parecía ahora vacío y triste, como si un sueño se hubiese desvanecido.

Frodo suspiró y se volvió hacia el sur. Como mostrando qué poco le importaban todas aquellas expresiones de cortesía, Gollum estaba arañando la tierra al pie de un árbol.

«Tiene hambre otra vez», pensó Sam. «¡Buena, de nuevo en la brecha!»

-¿Se han marchado por fin? -dijo Gollum-. ¡Hombres sucios malvados! Todavía le duele el cuello a Sméagol, sí, todavía. ¡En marcha!

-Sí, en marcha -dijo Frodo-. ¡Pero calla si sólo sabes hablar mal de quienes te trataron con misericordia!

-¡Buen amo! -dijo Gollum-. Sméagol hablaba en broma. El siempre perdona, sí, siempre, aun las zancadillas del amo. ¡Oh sí, buen amo, Sméagol bueno!

Ni Frodo ni Sam le respondieron. Cargaron los paquetes, empuñaron los bastones y se internaron en los bosques de Ithilien.

Dos veces descansaron ese día y comieron un poco de las provisiones que les había dado Faramir: frutos secos y carne salada, en cantidad suficiente para un buen número de días; y pan en abundancia, que podrían comer mientras se conservase fresco. Gollum no quiso probar bocado.

El sol subió y pasó invisible por encima de las cabezas de los caminantes y empezó a declinar, y en el poniente una luz dorada se filtró a través de los árboles; y ellos avanzaron a la sombra verde y fresca de las frondas, y alrededor todo era silencio. Parecía como si todos los pájaros del lugar se hubieran ido, o hubieran perdido la voz.

La oscuridad cayó temprano sobre los bosques silenciosos, y antes que cerrara la noche hicieron un alto, fatigados, pues habían caminado siete leguas o más desde Henneth Annûn. Frodo se acostó y durmió toda la noche sobre el musgo al pie de un árbol viejo. Sam, junto a él, estaba más intranquilo: despertó muchas veces, pero en ningún momento vio señales de Gollum, quien se había escabullido tan pronto como los hobbits se echaron a descansar. Si había dormido en algún agujero cercano, o si se había pasado la noche al acecho de alguna presa, no lo dijo; pero regresó a las primeras luces del alba y despertó a los hobbits.

-¡A levantarse, sí, a levantarse! -dijo-. Nos esperan caminos largos, al sur y al este. ¡Los hobbits tienen que darse prisa!

El día no fue muy diferente del anterior, pero el silencio parecía más profundo; el aire más pesado era ahora sofocante debajo de los árboles, como si el trueno se estuviera preparando para estallar. Gollum se detenía con frecuencia, husmeaba el aire, y luego mascullaba entre dientes e instaba a los hobbits a acelerar el paso.

Al promediar la tercera etapa de la jornada, cuando declinaba la tarde, la espesura del bosque se abrió, y los árboles se hicieron más grandes y más espaciados. Imponentes encinas de troncos corpulentos se alzaban sombrías y solemnes en los vastos calveros, y aquí y allá, entre ellas, había fresnos venerables, y unos robles gigantes exhibían el verde pardusco de los retoños incipientes. Alrededor, en unos claros de hierba verde, crecían celidonias y anémonas, blancas y azules, ahora replegadas para el sueño nocturno; y había prados interminables poblados por el follaje de los jacintos silvestres: los tallos tersos y relucientes de las campánulas asomaban ya a través del mantillo. No había a la vista ninguna criatura viviente, ni bestia ni ave, pero en aquellos espacios abiertos Gollum tenía cada vez más miedo, y ahora avanzaban con cautela, escabulléndose de una larga sombra a otra.

La luz se extinguía rápidamente cuando llegaron a la orilla del bosque. Allí se sentaron debajo de un roble viejo y nudoso cuyas raíces descendían entrelazadas y enroscadas como serpientes por una barranca empinada y polvorienta. Un valle profundo y lóbrego se extendía ante ellos. Del otro lado del valle el bosque reaparecía, azul y gris en la penumbra del anochecer, y avanzaba hacia el sur. A la derecha refulgían las Montañas de Gondor, lejos en el oeste, bajo un cielo salpicado de fuego. Y a la izquierda, la oscuridad: los elevados muros de Mordor; y de esa oscuridad nacía el valle largo, descendiendo abruptamente hacia el Anduin en una hondonada cada vez más ancha. En el fondo se apresuraba un torrente: Frodo oía esa voz pedregosa, que crecía en el silencio; y junto a la orilla más próxima un camino descendía serpenteando como una cinta pálida, para perderse entre las brumas grises y frías que ningún rayo del sol poniente llegaba a tocar. Allí Frodo creyó ver, muy distante, flotando por así decir en un océano de sombras, las cúpulas altas e indistintas y los pináculos irregulares de unas torres antiguas, solitarias y sombrías.

Se volvió a Gollum.

-¿Sabes dónde estamos? -le preguntó.

-Sí, amo. Parajes peligrosos. Este es el camino que baja de la torre de la Luna hasta la ciudad en ruinas por las orillas del río. La ciudad en ruinas, sí, lugar muy horrible, plagado de enemigos. Hicimos mal en seguir el consejo de los hombres. Los hobbits se han alejado mucho del camino. Ahora tenemos que ir hacia el este, por allá arriba. -Movié el brazo descarnado señalando las montañas envueltas en sombras. - Y no podemos ir por este camino. ¡Oh no! ¡Gente cruel viene por ahí desde la Torre!

Frodo miró abajo y escudriñó el camino. En todo caso nada se movía allí por el momento. Descendía hasta las ruinas desiertas envueltas en la bruma y parecía solitario y abandonado. Pero algo siniestro flotaba en el aire, como si en verdad hubiera unas cosas que iban y venían, y que los ojos no podían ver. Frodo se estremeció mirando una vez más los pináculos distantes, y que ahora desaparecían en la noche, y el sonido del agua le pareció frío y cruel: la voz de Morgulduin, el río de aguas corruptas que descendía del Valle de los Espectros.

-¿Qué vamos a hacer? -dijo-. Hemos andado mucho. ¿Buscaremos algún sitio aquí atrás, en el bosque, donde poder descansar escondidos?

-Inútil esconderse en la oscuridad -dijo Gollum-. Los hobbits tienen que esconderse ahora, sí, de día.

-¡Oh, vamos! -dijo Sam-. Necesitamos descansar, aunque luego nos levantemos en mitad de la noche. Todavía quedarán horas de oscuridad, tiempo de sobra para que nos guíes en otra larga marcha, si en verdad conoces el camino.

Gollum consintió a regañadientes, y fue otra vez hacia los árboles, hacia el este al principio, a lo largo del linde del bosque, donde la arboleda era menos espesa. No quería descansar en el suelo tan cerca del camino malvado, y luego de algunas discusiones se encaramaron los tres en la horqueta de una encina corpulenta, de ramaje espeso, y que era un buen escondite y un refugio más o menos cómodo. Cayó la noche y la oscuridad se cerró, impenetrable, bajo el palio de fronda. Frodo y Sam bebieron un poco de agua y comieron una ración de pan y frutos secos, pero Gollum se enroscó en un ovillo y se durmió instantáneamente. Los hobbits no cerraron los ojos.

Habría pasado apenas la medianoche cuando Gollum despertó: los hobbits vieron de pronto el resplandor de aquellos ojos pálidos y muy abiertos. Gollum escuchaba y husmeada, cosa que parecía ser, como ya lo habían advertido antes, su método habitual para conocer la hora de la noche.

-¿Hemos descansado? ¿Hemos dormido maravillosamente? ¡En marcha!

-No, no hemos descansado ni hemos dormido maravillosamente -refunfuñó Sam-. Pero si hay que partir, partamos.

Gollum se dejó caer inmediatamente de las ramas del árbol en cuatro patas, y los hobbits lo siguieron con más lentitud.

Tan pronto como llegaron al suelo reanudaron la marcha en la oscuridad, bajo la conducción de Gollum, subiendo hacia el este por una cuesta empinada. Veían muy poco; la noche era tan profunda que sólo reparaban en los troncos de los árboles cuando tropezaban con ellos. El suelo era ahora más accidentado y la marcha se les hacía más difícil, pero Gollum no parecía preocupado. Los guiaba a través de malezas y zarzales, bordeando a veces una grieta profunda o un pozo oscuro, otras bajando a los agujeros negros escondidos bajo la espesura y volviendo a salir; y si descendían un trecho, la cuesta siguiente era más larga y más escarpada. Trepaban sin descanso. En el primer alto se volvieron para mirar y a duras penas alcanzaron a ver la techumbre del bosque que habían dejado atrás: una sombra densa y vasta, una noche más oscura bajo el cielo oscuro y vacío. Algo negro e inmenso parecía venir lentamente desde el este, devorando las estrellas pálidas y desvaídas. Más tarde la luna en descenso escapó de la nube, pero envuelta en un maléfico resplandor amarillo.

Al fin Gollum se volvió a los hobbits.

-Pronto de día -anunció-. Hobbits tienen que apresurarse. ¡Nada seguro mostrarse al descampado en estos sitios! ¡De prisa!

Apretó el paso, y los hobbits lo siguieron cansadamente. Pronto comenzaron a escalar una ancha giba. Estaba cubierta casi por completo de matorrales de aulaga y arándano, y de espinos achaparrados y duros, si bien aquí y allá se abrían algunos claros, las cicatrices de recientes hogueras. Ya cerca de la cima, las matas de aulaga se hacían más frecuentes; eran viejísimas y muy altas, flacas y desgarbadas en la base pero espesas arriba, y ya mostraban las flores amarillas que centelleaban en la oscuridad y esparcían una fragancia suave y delicada. Eran tan altos aquellos matorrales de espinos que los hobbits podían caminar por debajo sin agacharse, atravesando largos senderos secos, tapizados de un musgo profundo, erizado de espinas.

Al llegar al otro extremo de la colina ancha y gibosa se detuvieron un momento y luego corrieron a esconderse bajo una apretada maraña de espinos. Las ramas retorcidas que se encorvaban hasta tocar el suelo, estaban recubiertas por un laberinto de viejos brezos trepadores. Toda aquella intrincada espesura formaba una especie de recinto hueco y profundo, tapizado de zarzas y hojas muertas y techado por las primeras hojas y brotes primaverales. Allí se echaron un rato a descansar, demasiado fatigados aún para comer; y espionando por entre los intersticios de la hojarasca aguardaron el lento despertar del día.

Pero no llegó el día, sólo un crepúsculo pardo y mortecino. Al este, un resplandor apagado y rojizo asomaba bajo los nubarrones amenazantes: no era el rojo purpúreo de la aurora. Más allá de las desmoronadas tierras intermedias, se alzaban las montañas siniestras de Ephel Dúath, negras e informes abajo, donde la noche se demoraba; arriba los picos dentados y las crestas duramente recortadas se erguían amenazantes contra el fiero resplandor. A lo lejos, a la derecha, una gran meseta montañosa se adelantaba hacia el oeste, lóbrega y negra en medio de las sombras.

-¿Por qué camino marcharemos ahora? -preguntó Frodo-. ¿Y aquélla es la entrada de... del Valle de Morgul, allí arriba, detrás de esa mole negra?

-¿Ya tenemos que pensar en eso? -dijo Sam-. Me imagino que ya no nos moveremos hoy durante el día, si esto es el día.

-Tal vez no -dijo Gollum-. Pero pronto tendremos que partir, hacia la Encrucijada. Sí, la Encrucijada. Sí, amo, aquel es el camino.

El resplandor rojizo que se cernía sobre Mordor se extinguió al fin. La penumbra crepuscular se cerró todavía más mientras unos vapores se alzaban en el este y se deslizaban por encima de los viajeros. Frodo y Sam comieron frugalmente y luego se echaron a descansar, pero Gollum estaba inquieto. No quiso la comida de los hobbits; bebió un poco de agua y luego se puso a corretear de un lado a otro bajo los matorrales, husmeando y mascullando. De pronto desapareció.

-Habrá salido de caza, supongo -dijo Sam, y bostezó. Esta vez le tocaba a él dormir primero, y pronto cayó en un sueño profundo. Creía estar de vuelta en el jardín de Bolsón Cerrado buscando algo; pero cargaba un fardo pesado que le encorvaba las espaldas. De algún modo todo parecía cubierto de malezas, y los espinos y helechos habían invadido los macizos hasta casi la cerca del fondo.

-Menudo trabajo me espera, por lo que veo; pero estoy tan cansado -repetía una y otra vez. De pronto recordó lo que había ido a buscar-. ¡Mi pipa! -dijo, y en ese momento se despertó.

-¡Tonto! -exclamó, mientras abría los ojos y se preguntaba por qué se había acostado debajo del cerco-. ¡Estuvo todo el tiempo en tu equipaje! -Entonces se dio cuenta, primero, que la pipa bien podía estar en el equipaje, pero que era inútil, puesto que no tenía hojas, y en seguida que él se encontraba a cientos de millas de Bolsón Cerrado. Se incorporó. Parecía ser casi de noche. ¿Por qué el amo lo había dejado dormir fuera de turno, hasta el anochecer?

-¿No ha dormido, señor Frodo? -dijo-. ¿Qué hora es? Parece que se está haciendo tarde.

-No, nada de eso -dijo Frodo-. Pero el día no aclara, y en cambio se oscurece cada vez más. Hasta donde yo puedo saber, aún no es mediodía, y tú no has dormido más de tres horas.

-Me pregunto qué sucede -dijo Sam-. ¿Será que se avecina una tormenta? En ese caso, será la peor que hubo jamás. Desearemos estar metidos en un agujero profundo, no sólo amontonados debajo de un seto. -Escuchó con atención.- ¿Qué es eso? ¿Truenos, o tambores, o qué?

-No lo sé -dijo Frodo-. Ya hace un buen rato que dura. Por momentos la tierra parece temblar y por momentos tienes la impresión de que el aire pesado te late en los oídos.

Sam miró alrededor.

-¿Dónde está Gollum? -preguntó- ¿Todavía no ha vuelto?

-No -dijo Frodo-. No lo he visto ni lo he oído.

-Bueno, yo no lo paso -dijo Sam-. A decir verdad, nunca salí de viaje con nada que menos lamentaría perder en el camino. Pero sería muy de él, después de habernos seguido todas estas millas, venir a perderse ahora, justo cuando lo necesitamos más... es decir, si alguna vez nos sirve de algo, cosa que dudo.

-Te olvidas de las ciénagas -dijo Frodo-. Espero que no le haya ocurrido nada.

-Y yo espero que no nos esté preparando alguna triquiñuela. Y en todo caso espero que no vaya a caer en otras manos, como quien dice. Porque entonces, pronto nos veríamos en figurillas.

En ese momento se oyó otra vez, más fuerte y cavernoso, un ruido sordo, vibrante y prolongado. El suelo pareció temblar bajo los pies de los hobbits.

-Me parece que nos veremos en figurillas de todas maneras -dijo Frodo-. Me temo que nuestro viaje se esté acercando a su fin.

-Tal vez -dijo Sam-; pero *donde hay vida hay esperanza, como* decía mi compadre, y *necesidad de vituallas*, solía agregar. Coma usted un bocado, señor Frodo, y luego échese un sueño.

La tarde, como Sam suponía que había que llamarla, transcurrió lentamente. Cuando asomaba la cabeza fuera del refugio no veía nada más que un mundo lúgubre, sin sombras, que se diluía poco a poco en una oscuridad monótona, incolora. La atmósfera era sofocante, pero no hacía calor. Frodo dormía con un sueño intranquilo, se movía y daba vueltas, y de cuando en cuando murmuraba. Sam creyó oír dos veces el nombre de Gandalf. El tiempo parecía prolongarse interminablemente. De pronto Sam oyó un silbido detrás de él, y vio a Gollum en cuatro patas, mirándolos con los ojos relucientes.

-¡A despertarse, a despertarse! ¡A despertarse, dormilones! -murmuró-. ¡A despertarse! No hay tiempo que perder. Tenemos que partir, sí, tenemos que partir en seguida. ¡No hay tiempo que perder!

Sam le clavó una mirada recelosa: Gollum parecía asustado o excitado.

-¿Partir ahora? ¿Qué andas tramando? Todavía no es el momento. No puede ser ni la hora del té, al menos en los lugares decentes donde hay una hora para tomar el té.

-¡Estúpido! -siseó Gollum-. No estamos en ningún lugar decente. Los minutos corren, sí, vuelan. No hay tiempo que perder. Tenemos que partir. Despierte, amo, ¡despierte! -Se prendió a Frodo, que despertó sobresaltado, y tomó a Gollum por el brazo. Gollum se desasíó rápidamente y retrocedió.

-No seáis estúpidos -siseó-. Tenemos que partir. No hay tiempo que perder. -Y no hubo modo de sacarle una palabra más. No quiso decir de dónde venía ni por qué tenía tanta prisa. A Sam todo aquello le parecía muy sospechoso y lo demostraba; de Frodo en cambio no podía saberse lo que le pasaba por la mente. Suspiró, levantó el paquete y se preparó para salir a la creciente oscuridad.

Gollum les hizo descender muy furtivamente el flanco de la colina, tratando de mantenerse oculto siempre que era posible, y corriendo, encorvado casi contra el suelo en los espacios abiertos; pero la luz era ahora tan débil que ni siquiera una bestia salvaje de ojos penetrantes hubiera podido ver a los hobbits, encapuchados, envueltos en los oscuros mantos grises, ni tampoco oírlos, pues caminaban con ese andar sigiloso que con tanta naturalidad adopta la gente pequeña. Ni una rama crujió, ni una hoja susurró mientras pasaban y desaparecían.

Durante cerca de una hora prosiguieron la marcha en silencio, en fila, bajo la opresión de la oscuridad y la calma absoluta de aquellos parajes, sólo interrumpida de tanto en tanto por lo que parecía un trueno lejano, o un redoble de tambores en alguna hondonada de las colinas. Siempre descendiendo, dejaron atrás el escondite, y se volvieron hacia el sur y tomaron por el camino más recto que Gollum pudo encontrar: una larga pendiente accidentada que subía a las montañas. Pronto, no muy lejos camino adelante, vieron un cinturón de árboles que parecía alzarse como una muralla negra. Al acercarse notaron que eran árboles enormes y quizá muy viejos, pero erguidos aún, aunque las copas estaban desnudas y rotas, como castigadas por la tempestad y el rayo, que no había podido matarlos ni conmover las raíces insondables.

-La Encrucijada, sí -susurró Gollum, hablando por primera vez desde que salieron del escondite-. Hemos de tomar ese camino. -Virando ahora al este, los guió cuesta arriba; y entonces, de improviso, apareció a la vista el Camino del Sur: se abría paso serpenteando desde el pie de las montañas, para venir a morir aquí, en el gran anillo de los árboles.

-Este es el único camino -cuchicheó Gollum-. No hay ningún otro. Ni senderos. Tenemos que ir a la Encrucijada. ¡Pero de prisa! ¡Silencio!

Furtivamente, como exploradores en campamento enemigo, se deslizaron al camino y con pasos sigilosos de gato en acecho avanzaron a lo largo del borde occidental, al amparo de la barranca pedregosa, gris como las piedras mismas. Llegaron por fin a los árboles y descubrieron que se encontraban dentro de un vasto claro circular, abierto bajo el cielo sombrío; y los espacios entre los troncos inmensos eran como las grandes arcadas oscuras de un castillo ruinoso. En el centro mismo confluían cuatro caminos. A espaldas de los hobbits se extendía el que conducía a Morannon; delante de ellos partía nuevamente rumbo al sur; ala derecha subía el camino de la antigua Osgiliath, y luego se perdía en las sombras del este: el cuarto camino, el que ellos tomarían.

Frodo se detuvo un instante atemorizado y de pronto vio brillar una luz: un reflejo en la cara de Sam, que estaba junto a él. Se volvió y alcanzó a ver bajo la bóveda de ramas el

camino de Osgiliath que descendía y descendía hacia el oeste, casi tan recto como una cinta estirada. Allí, en la lejanía, más allá de la triste Gondor ahora envuelta en sombras, el Sol declinaba y tocaba por fin la orla del paño funerario de las nubes, que rodaban lentamente, y se hundían, en un incendio ominoso, en el Mar todavía inmaculado. El breve resplandor iluminó una enorme figura sentada, inmóvil y solemne como los grandes reyes de piedra de Argonath. Los años la habían carcomido, y unas manos violentas la habían mutilado. Habían arrancado la cabeza, y habían puesto allí como burla una piedra toscamente tallada y pintarrajeado por manos salvajes; la piedra simulaba una cara horrible y gesticulante con un ojo grande y rojo en medio de la frente. Sobre las rodillas, el trono majestuoso, y alrededor del pedestal unos garabatos absurdos se mezclaban con los símbolos inmundos de los corruptos habitantes de Mordor.

De improviso, capturada por los rayos horizontales, Frodo vio la cabeza de rey: yacía abandonada a la orilla del camino.

-¡Mira, Sam! -exclamó con voz entrecortado-. ¡Mira! ¡El rey tiene otra vez una corona!

Le habían vaciado las cuencas de los ojos, y la barba esculpida estaba rota, pero alrededor de la frente alta y severa tenía una corona de plata y de oro. Una planta trepadora con flores que parecían estrellitas blancas se había adherido a las cejas como rindiendo homenaje al rey caído, y en las fisuras de la cabellera de piedra resplandecían unas siemprevivas doradas.

-¡No podrán vencer eternamente! -dijo Frodo. Y entonces, de pronto, la visión se desvaneció. El Sol se hundió y desapareció, y como si se apagara una lámpara, cayó la noche negra.

LAS ESCALERAS DE CIRITH UNGOL

Gollum le tironeaba a Frodo de la capa y siseaba de miedo e impaciencia.

-Tenemos que partir -decía-. No podemos quedarnos aquí. ¡De prisa!

De mala gana Frodo volvió la espalda al oeste y siguió al guía que lo llevaba a las tinieblas del este. Salieron del anillo de los árboles y se arrastraron a lo largo del camino hacia las montañas. También este camino corría un cierto trecho en línea recta, pero pronto empezó a torcer hacia el sur, para continuar al pie de la amplia meseta rocosa que poco antes habían divisado en lontananza. Negra y hostil se levantaba sobre ellos, más tenebrosa que el cielo tenebroso. A la sombra de la meseta el camino proseguía ondulante, la contorneaba, y otra vez torcía rumbo al este y ascendía luego rápidamente.

Frodo y Sam avanzaban con el paso y el corazón pesados, incapaces ya de preocuparse por el peligro en que se encontraban. Frodo caminaba con la cabeza gacha: otra vez el fardo lo empujaba hacia abajo. No bien dejaron atrás la Encrucijada, el peso del Objeto, casi olvidado en Ithilien, había empezado a crecer de nuevo. Ahora, sintiendo que el suelo era cada vez más escarpado, Frodo alzó fatigado la cabeza; y entonces la vio, tal como Gollum se la había descrito: la Ciudad de los Espectros del Anillo. Se acurrucó contra la barranca pedregosa.

Un valle en largo y pronunciado declive, un profundo abismo de sombra, se internaba a lo lejos en las montañas. Del lado opuesto, a cierta distancia entre los brazos del valle, altos y encaramados sobre un asiento rocoso en el regazo de Ephel Dúath, se erguían los muros y la torre de Minas Morgul. Todo era oscuridad en torno, tierra y cielo, pero la ciudad estaba iluminada. No era el claro de luna aprisionado que en tiempos lejanos brotaba como agua de manantial de los muros de mármol de Minas Ithil, la Torre de la Luna, bella y radiante en el hueco de las colinas. Más pálido en verdad que el resplandor de una luna que desfallecía en algún eclipse lento era ahora la luz, una luz trémula, un fuego fatuo de cadáveres que no alumbraba nada y que parecía vacilar como un nauseabundo hálito de putrefacción. En los muros y en la torre se veían las ventanas, innumerables agujeros negros que miraban hacia adentro, hacia el vacío; pero la garita superior de la torre giraba lentamente, primero en un sentido, luego en otro: una inmensa cabeza espectral que espiaba la noche. Los tres compañeros permanecieron allí un momento, encogidos de miedo, mirando con repulsión. Gollum fue *el* primero en recobrarse. De nuevo tironeó, apremiante, de las capas de los hobbits, pero no dijo una palabra. Casi a la rastra los obligó a avanzar. Cada paso era una nueva vacilación, y el tiempo parecía muy lento, como si entre el instante de levantar un pie y el de volverlo a posar. Transcurriesen unos minutos abominables.

Así llegaron por fin al puente blanco. Allí el camino, envuelto en un débil resplandor, pasaba por encima del río en el centro del valle y subía zigzagueando hasta la puerta de la ciudad: una boca negra abierta en el círculo exterior de las murallas septentrionales. Unos grandes llanos se extendían en ambas orillas, prados sombríos cuajados de pálidas flores blancas. También las flores eran luminosas, bellas y sin embargo horripilantes, como las imágenes deformes de una pesadilla; y exhalaban un vago y repulsivo olor a carroña; un hálito de podredumbre colmaba el aire. El puente cruzaba de uno a otro prado. Allí, en la cabecera, había figuras hábilmente esculpidas de formas humanas y animales, pero todas repugnantes y corruptas. El agua corría por debajo en silencio, y humeaba; pero el vapor

que se elevaba en volutas y espirales alrededor del puente era mortalmente frío. Frodo tuvo la impresión de que la razón lo abandonaba y que la mente se le oscurecía. Y de pronto, como movido por una fuerza ajena a su voluntad, apretó el paso, y extendiendo las manos avanzó a tientas, tambaleándose, bamboleando la cabeza de lado a lado. Sam y Gollum se lanzaron tras él al mismo tiempo. Sam lo alcanzó y lo sujetó entre los brazos, en el preciso instante en que Frodo tropezaba con el umbral del puente y estaba a punto de caer.

-¡Por ahí no! ¡No, no, no por ahí! -murmuró Gollum, pero el aire que le pasaba entre los dientes pareció desgarrar el pesado silencio como un silbido, y la criatura se acurrucó en el suelo, aterrorizada.

-¡Coraje, señor Frodo! -musitó Sam al oído de Frodo-. ¡Vuelva! Por ahí no, Gollum dice que no, y por una vez estoy de acuerdo con él.

Frodo se pasó la mano por la frente y quitó los ojos de la ciudad posada en la colina. Aquella torre luminosa lo fascinaba, y luchaba contra el deseo irresistible de correr hacia la puerta por el camino iluminado. Al fin con un esfuerzo dio media vuelta, y entonces sintió que el Anillo se le resistía, tironeándole de la cadena que llevaba alrededor del cuello; y también los ojos, cuando los apartó, parecieron enceguecidos un momento. Delante de él la oscuridad era impenetrable.

Gollum, reptando por el suelo como un animal asustado, se desvanecía ya en la penumbra. Sam, sin dejar de sostener a su amo que se tambaleaba, lo siguió lo más rápido que pudo. No lejos de la orilla del río había una abertura en el muro de piedra que bordeaba el camino. Pasaron por ella, y Sam vio que se encontraban en un sendero estrecho, vagamente luminoso al principio, como lo estaba el camino principal, pero luego, a medida que trepaba por encima de los prados de flores mortales y se internaba, tortuoso y zigzagueante, en los flancos septentrionales del valle, la luz se iba extinguendo y el camino se perdía en las tinieblas.

Por este sendero caminaban los hobbits trabajosamente, juntos, incapaces de distinguir a Gollum delante de ellos, salvo cuando se volvía para indicarles que se apresuraran. Los ojos le brillaban entonces con un fulgor blanco-verdoso, reflejo tal vez de la maléfica luminosidad de Morgul, o encendidos por algún estado de ánimo correspondiente al lugar. Frodo y Sam no podían olvidar aquel fulgor mortal y las troneras sombrías, y una y otra vez espían temerosos por encima del hombro, y una y otra vez se obligaban a volver la mirada hacia la oscuridad creciente del sendero. Avanzaban lenta y pesadamente. Cuando se elevaron por encima del hedor y los vapores del río envenenado, empezaron a respirar con más libertad y a sentir la mente más despejada, pero ahora una terrible fatiga les agarrotaba los miembros, como si hubiesen caminado toda la noche llevando auestas una carga pesada, o hubiesen estado nadando. Al fin no pudieron dar un paso más.

Frodo se detuvo y se sentó sobre una piedra. Habían trepado hasta la cresta de una gran giba de roca desnuda. Delante de ellos, en el flanco del valle, había una saliente que el sendero contorneaba, apenas una ancha cornisa con un abismo a la derecha; trepaba luego por la cara escarpada del sur, hasta desaparecer arriba, en la negrura.

-Necesitaría descansar un rato, Sam -murmuró Frodo-. Me pesa mucho, Sam, hijo, me pesa enormemente. Me pregunto hasta dónde podré llevarlo. De todos modos necesito descansar antes de que nos aventuremos a entrar allí. -Señaló adelante el angosto camino.

-¡Sssh! ¡Sssh! -siseó Gollum corriendo apresuradamente hacia ellos-. ¡Sssh! -Tenía los dedos contra los labios y sacudía insistentemente la cabeza. Tironeando a Frodo de la manga, le señaló el sendero; pero Frodo se negó a moverse.

-Todavía no -dijo-, todavía no. -La fatiga y algo más que la fatiga lo oprimían; tenía la impresión de que un terrible sortilegio le atenazaban la cabeza y el cuerpo.- Necesito descansar -murmuró.

Al oír esto, el miedo y la agitación de Gollum fueron tales que volvió a hablar esta vez claramente, llevándose la mano a la boca, como para que unos oyentes invisibles que poblaban el aire no pudieran oírlo. No aquí, no. No descansar aquí. Locos. Ojos pueden vernos. Cuando vengan al puente nos verán. ¡Vamos! ¡Arriba, arriba! ¡Vamos!

-Vamos, señor Frodo -dijo Sam-. Otra vez tiene razón. No podemos quedarnos aquí.

-Está bien -dijo Frodo con una voz remota, como la de alguien que hablase en un duermevela-. Lo intentaré. -Penosamente volvió a incorporarse.

Pero era demasiado tarde. En ese momento la roca se estremeció y tembló debajo de ellos. El estruendo prolongado y trepidante, más fuerte que nunca, retumbó bajo la tierra y reverbero en las montañas. Luego, de improviso, con una celeridad engeguedora, estalló un relámpago enorme y rojo. Saltó al cielo mucho más allá de las montañas del este y salpicó de púrpura las nubes sombrías. En aquel valle de sombras y fría luz mortal pareció de una violencia insoportable y feroz. Los picos de piedra y las crestas que parecían cuchillos mellados emergieron de pronto siniestros y negros contra la llama que subía del Gorgoroth. Luego se oyó el estampido de un trueno.

Y Minas Morgul respondió. Hubo un centelleo de relámpagos lívidos: saetas de luz azul brotaron de la torre y de las colinas circundantes hacia las nubes lóbregas. La tierra gimió; y un clamor llegó desde la ciudad. Mezclado con voces ásperas y estridentes, como de aves de rapiña, y el agudo relincho de caballos furiosos y aterrorizados, resonó un grito desgarrador, estremecido, que subió rápidamente de tono hasta perderse en un chillido penetrante, casi inaudible. Los hobbits giraron en redondo, volviéndose hacia el sitio de donde venía el sonido y se tiraron al suelo, tapándose las orejas con las manos.

Cuando el grito terrible terminó en un gemido largo y abominable, Frodo levantó lentamente la cabeza. Del otro lado del valle estrecho, ahora casi al nivel de los ojos, se alzaban los muros de la ciudad funesta, y la puerta cavernosa, como una boca franqueada de dientes relucientes, estaba abierta. Y por esa puerta salía un ejército.

Todos los hombres iban vestidos de negro, sombríos como la noche. Frodo los veía contra los muros claros y el pavimento luminoso: pequeñas figuras negras que marchaban en filas apretadas, silenciosos y rápidos, fluyendo como un río interminable. Al frente avanzaba una caballería numerosa de jinetes que se movían como sombras disciplinadas, y a la cabeza iba uno más grande que los otros: un jinete, todo de negro, excepto la cabeza encapuchada protegida por un yelmo que parecía una corona y que centelleaba con una luz inquietante. Descendía, se acercaba al puente, y Frodo lo seguía con los ojos muy abiertos, incapaz de parpadear o de apartar la mirada. ¿No era aquel el Señor de los Nueve jinetes, el que había retornado para conducir a la guerra a aquel ejército horrendo? Allí, sí, allí, estaba por cierto el rey espectral, cuya mano fría hiriera al Portador del Anillo con un puñal mortífero. La vieja herida le latió de dolor y un frío inmenso invadió el corazón de Frodo.

Y mientras estos pensamientos lo traspasaban aún de terror y lo tenían paralizado como por un sortilegio, el jinete se detuvo de golpe, justo a la entrada del puente, y toda la hueste se inmovilizó detrás. Hubo una pausa, un silencio de muerte. Tal vez era el Anillo que llamaba al Señor de los Espectros, y lo turbaba haciéndole sentir la presencia de otro poder en el valle. A un lado y a otro se volvía la cabeza embozada y coronada de miedo,

barriendo las sombras con ojos invisibles. Frodo esperaba, como un pájaro que ve acercarse una serpiente, incapaz de moverse. Y mientras esperaba sintió, más imperiosa que nunca, la orden de ponerse el Anillo en el dedo. Pero por más poderoso que fuese aquel impulso, ahora no se sentía inclinado a ceder. Sabía que el anillo no haría otra cosa que traicionarlo, y que aun cuando se lo pusiera, no tenía todavía poder suficiente para enfrentarse al Rey de Morgul... todavía no. Ya no había en él, en su voluntad, por muy debilitada por el terror que ahora estuviera, ninguna respuesta a ese mandato, y sólo sentía aquella fuerza extraña que lo golpeaba. Una fuerza que le tomaba la mano, y mientras Frodo la observaba con los ojos de la mente, sin consentir pero en suspenso (como si esperase el final de una vieja leyenda de antaño), se la acercaba poco a poco a la cadena que llevaba al cuello. Entonces la voluntad de Frodo reaccionó: lentamente obligó a la mano a retroceder y a buscar otra cosa, algo que llevaba escondido cerca del pecho. Frío y duro lo sintió cuando el puño se cerró sobre él: el frasco de Galadriel, tanto tiempo atesorado y luego casi olvidado. Al tocarlo, todos los pensamientos que concernían al Anillo se desvanecieron un momento. Suspiró e inclinó la cabeza.

En ese mismo instante el Rey de los Espectros dio media vuelta, picó espuelas y cruzó el puente, y todo el sombrío ejército marchó tras él. Quizá las caperuzas élficas habían resistido la mirada de los ojos invisibles y la mente del pequeño enemigo, fortalecido ahora, había logrado desviar los pensamientos del jinete. Pero llevaba prisa. La hora ya había sonado, y a la orden del Amo poderoso tenía que marchar en son de guerra hacia el Oeste.

Pronto se perdió, una sombra en la sombra, en el sinuoso camino, y tras él las filas negras aún cruzaban el puente. Nunca un ejército tan grande había partido de ese valle desde los días del esplendor de Isildur; ningún enemigo tan cruel y tan fuertemente armado había atacado aún los vados del Anduin; y sin embargo no era más que un ejército, y no el mayor, de las huestes que ahora enviaba Mordor.

Frodo se sacudió. Y de pronto volvió el corazón a Faramir.

«La tormenta al fin ha estallado», se dijo. «Este enorme despliegue de lanzas y de espadas va hacia Osgiliath. ¿Llegará a tiempo Faramir? Él lo predijo, ¿pero sabía la hora? ¿Y quién ahora defenderá los vados, cuando llegue el Rey de los Nueve Jinetes? Y a este ejército le seguirán otros. He venido tarde. Todo está perdido. Me he demorado demasiado. Y aun cuando llegase a cumplir mi misión, nadie lo sabría. No habrá nadie a quien pueda contárselo. Será inútil.» Débil y abatido, Frodo se echó a llorar. Y mientras tanto los ejércitos de Morgul seguían cruzando el puente.

De pronto lejana y remota, como surgida de los recuerdos de la Comarca, Iluminada por el primer sol de la mañana, mientras el día despertaba y las puertas se abrían, oyó la voz de Sam:

-¡Despierte, señor Frodo! ¡Despierte! -Si la voz hubiese agregado: «Tiene el desayuno servido» poco le habría extrañado. Era evidente que Sam estaba ansioso. - ¡Despierte, señor Frodo! Se han marchado -dijo.

Hubo un golpe sordo. Las puertas de Minas Morgul se habían cerrado. La última fila de lanzas había desaparecido en el camino. La torre se alzaba aún como una mueca siniestra del otro lado del valle, pero la luz empezaba a debilitarse en el interior. La ciudad toda se hundía una vez más en una sombra negra y hostil, y en el silencio. Sin embargo, seguía poblada de ojos vigilantes.

-¡Despierte señor Frodo! Ellos se han marchado, y lo mejor será que también nosotros nos alejemos de aquí. Todavía hay algo vivo en ese lugar, algo que tiene ojos, o una mente que ve, si usted me entiende; y cuanto más tiempo nos quedemos, más pronto nos caerá encima. ¡Animo, señor Frodo!

Frodo levantó la cabeza y luego se incorporó. La desesperación no lo había abandonado, pero ya no estaba tan débil. Hasta sonrió con cierta ironía, sintiendo ahora tan claramente como un momento antes había sentido lo contrario, que lo que tenía que hacer, lo tenía que hacer, si podía, y poco importaba que Faramir o Aragorn o Elrond o Galadriel o Gandalf o cualquier otro no lo supieran nunca. Tomó el bastón con una mano y el frasco de cristal con la otra. Cuando vio que la luz clara le brotaba entre los dedos, lo volvió a guardar junto al pecho y lo estrechó contra el corazón. Luego, volviendo la espalda a la ciudad de Morgul, que ahora no era más que un resplandor trémulo y gris en la otra orilla de un abismo de sombras, se dispuso a ir camino arriba.

Gollum se había escabullido al parecer a lo largo de la cornisa hacia la oscuridad del otro lado, cuando se abrieron las puertas de Minas Morgul, dejando a los hobbits en el sitio en que se habían echado a descansar. Ahora volvía a cuatro patas, rechinando los dientes y chasqueando los dedos.

-¡Locos! ¡Estúpidos! -siseó-. ¡De prisa! Ellos no tienen que pensar que el peligro ha pasado, no ha pasado. ¡De prisa!

Los hobbits no le contestaron, pero lo siguieron y subieron tras él por la cornisa empinada. Ese tramo del camino no les gustó mucho ni a Frodo ni a Sam, aun después de tantos peligros como habían pasado; pero duró poco. Pronto el sendero describió una curva, penetrando bruscamente en una angosta abertura en la roca, y allí el flanco de la colina volvía a combarse. Habían llegado a la primera escalera, que Gollum había mencionado. La oscuridad era casi completa, y más allá de las manos extendidas no veían absolutamente nada; pero los ojos de Gollum brillaban con un resplandor pálido, pocos pasos más adelante, cuando se dio vuelta.

-¡Cuidado! -susurró- ¡Escalones! ¡Muchos escalones. ¡Cuidado!

La cautela era necesaria por cierto. Al principio Frodo y Sam se sintieron más seguros, con una pared de cada lado, pero la escalera era casi vertical, como una escala, y a medida que subían y subían, menos podían olvidar el largo vacío negro que iban dejando atrás; y los peldaños eran estrechos, desiguales, y a menudo traicioneros; estaban desgastados y pulidos en los bordes, y a veces rotos, y algunos se agrietaban bajo los pies. El ascenso era muy penoso, y al fin terminaron aferrándose con dedos desesperados al escalón siguiente, y obligando a las rodillas doloridas a flexionarse y estirarse; y a medida que la escalera se iba abriendo un camino cada vez más profundo en el corazón de la montaña, las paredes rocosas se elevaban más y más a los lados, por encima de ellos.

Por fin, cuando ya les parecía que no podían aguantar más, vieron los ojos de Gollum que escudriñaban otra vez desde arriba.

-Hemos llegado -les dijo-. Hemos pasado la primera escalera. Hobbits hábiles para subir tan alto; hobbits muy hábiles. Unos escalones más y ya está, sí.

Mareados y terriblemente cansados, Sam, y Frodo tras él, subieron a duras penas el último escalón, y allí se sentaron, y se frotaron las piernas y las rodillas. Estaban en un oscuro pasadizo que parecía subir delante de ellos, aunque en pendiente más suave y sin escalera. Gollum no les permitió descansar mucho tiempo.

-Hay otra escalera más -les dijo-. Mucho más larga. Descansarán después de subir la próxima escalera. Todavía no.

Sam refunfuñó.

-¿Más larga, dijiste?

-Sí, sssí, más larga -dijo Gollum-. Pero tan difícil. Hobbits subieron ya la Escalera Recta. Ahora viene la Escalera en Espiral.

-¿Y después? -dijo Sam.

-Ya veremos -dijo Gollum en voz baja-. ¡Oh sí, ya veremos! -Me parece que hablaste de un túnel -dijo Sam-. ¿No hay que atravesar un túnel, o algo así?

-Oh sí, un túnel -dijo Gollum-. Pero los hobbits podrán descansar antes. Si lo pasan habrán llegado casi a la cima. Casi, si lo pasan. Oh sí casi a la cima.

Frodo se estremeció. El ascenso lo había hecho sudar, pero ahora sentía el cuerpo mojado y frío, y una corriente de aire glacial, que llegaba desde alturas invisibles, soplaba en el pasadizo oscuro. Se levantó y se sacudió.

-¡Bien, en marcha! -dijo-. Este no es sitio para sentarse a descansar.

El pasadizo parecía alargarse millas y millas, y siempre el soplo helado flotaba sobre ellos, transformándose poco a poco en un viento áspero. Se hubiera dicho que las montañas al echarles encima ese aliento mortal, intentaban desanimarlos, alejarlos de los secretos de las alturas, o arrojarlos al tenebroso vacío que habían dejado atrás. Supieron que al fin habían llegado cuando de pronto ya no palparon el muro a la derecha. No veían casi nada. Grandes masas negras e informes y profundas sombras grises se alzaban por encima de ellos y todo alrededor, pero ahora una luz roja y opaca parpadeaba bajo los nubarrones oscuros, y por un momento alcanzaron a ver las formas de los picos, al frente y a los lados, como columnas que sostuvieran una vasta techumbre a punto de desplomarse. Habían subido al parecer muchos centenares de pies, y ahora se encontraban en una cornisa ancha. A la derecha una pared se elevaba a pique y a la izquierda se abría un abismo.

Gollum marchaba delante casi pegado a la pared rocosa. En ese tramo ya no subían, pero el suelo era más accidentado y peligroso, y había bloques de piedra y roca desmoronada en el camino. Avanzaban lenta y cautelosamente. Cuántas horas habían transcurrido desde que entraran en el Valle de Morgul, ni Sam ni Frodo podían decirlo con certeza. La noche parecía interminable.

Al fin advirtieron que otro muro acababa de aparecer, y una nueva escalera se abrió ante ellos. Otra vez se detuvieron y otra vez empezaron a subir. Era un ascenso largo y fatigoso; pero esta escalera no penetraba en la ladera de la montaña; aquí la enorme y empinada cara del acantilado retrocedía, y el sendero la cruzaba serpenteando. A cierta altura se desviaba hasta el borde mismo del precipicio oscuro, Y Frodo, echando una mirada allá abajo, vio un foso ancho y profundo, la hondonada de acceso al Valle de Morgul. Y en el fondo, como un collar de luciérnagas, centelleaba el camino de los espectros, que iba de la ciudad muerta al Paso Sin Nombre. Frodo volvió rápidamente la cabeza.

Más y más allá proseguía la escalera, siempre sinuosa y zigzagueante, hasta que por fin, luego de un último tramo corto y empinado, desembocó en otro nivel. El sendero se había alejado del paso principal en la gran hondonada, y ahora seguía su propio y peligroso curso en una garganta más angosta, entre las regiones más elevadas de Ephel Dúath. Los hobbits distinguían apenas, a los lados, unos pilares altos y unos pináculos de piedra dentada, entre

los que se abrían unas grietas y fisuras más negras que la noche; allí unos inviernos olvidados habían carcomido y tallado la piedra que el sol no tocaba nunca. Y ahora la luz roja parecía más intensa en el cielo; no podían decir aún si lo que se acercaba a este lugar de sombras era en verdad un terrible amanecer o sólo la llamarada de alguna tremenda violencia de Sauron en los tormentos de más allá de Gorgoth. Todavía lejana, y aún altísima, Frodo, alzando los ojos, vio tal como él esperaba la cima misma de ese duro camino. En el este, contra el púrpura lúgubre del cielo, en la cresta más alta, se dibujaba una abertura estrecha y profunda entre dos plataformas ne gras: y en cada plataforma había un cuerno de piedra.

Se detuvo y miró más atentamente. El cuerno de la izquierda era alto y esbelto; y en él ardía una luz roja, o acaso la luz de la tierra de más allá brillaba a través de un agujero. Y la vio entonces: una torre negra que dominaba el paso de salida. Le tomó el brazo a Sam y la señaló.

-¡El aspecto no me gusta nada! -dijo Sam-. De modo que en resumidas cuentas tu camino secreto está vigilado - gruñó, volviéndose a Gollum-. Y tú lo sabías desde el comienzo, ¿no es cierto?

-Todos los caminos están vigilados, sí -dijo Gollum-. Claro que sí. Pero los hobbits tienen que probar algún camino. Ese puede estar menos vigilado. ¡Quizá todos se fueron a la gran batalla, quizá!

-Quizá -refunfuñó Sam-. Bueno, por lo que parece, queda aún mucho que caminar y mucho que subir. Y además falta el túnel. Creo que es momento de descansar, señor Frodo. No sé en qué hora estamos, del día o de la noche, pero hemos andado mucho tiempo.

-Sí, tenemos que descansar -dijo Frodo-. Busquemos algún rincón abrigado, y juntemos fuerzas... para la última etapa. -Y en realidad estaba convencido de que era la última: los terrores del país que se extendía más allá de las montañas, los peligros de la empresa que allí intentaría le parecían todavía remotos, demasiado distantes aún para perturbarle. Por ahora tenía un único pensamiento: atravesar ese muro impenetrable, eludir la vigilancia de los guardias. Si llevaba a cabo esa hazaña imposible entonces de algún modo cumpliría la misión, o eso pensaba al menos en aquella hora de fatiga, mientras caminaba entre las sombras pedregosas bajo Cirith Ungol.

Se sentaron en una grieta oscura entre dos grandes pilares de roca: Frodo y Sam un poco hacia adentro, y Gollum acurrucado en el suelo cerca de la entrada. Allí los hobbits tomaron lo que creían habría de ser la última comida antes del descenso al País Sin Nombre, y acaso la última que tendrían juntos. Comieron algo de los alimentos de Gondor y el pan de viaje de los elfos, y bebieron un poco. Pero cuidaron el agua, y tomaron apenas la suficiente para humedecerse las bocas reseca.

-Me pregunto cuándo encontraremos agua de nuevo -dijo Sam-. Aunque supongo que allá arriba han de beber. Los orcos beben ¿no?

-Sí, beben -dijo Frodo-. Pero ni hablemos de eso. Lo que ellos beben no es para nosotros.

-Más razón para que llenemos nuestras botellas -dijo Sam-. Pero no hay agua por aquí y no he oído ningún rumor, ni el más leve susurro. Y de todos modos Faramir nos recomendó no beber las aguas de Morgul.

-No beber las aguas que desciendan del Imlad Morgul, fueron sus palabras -dijo Frodo-. No estamos ahí aún, y si encontramos un manantial, el agua fluirá hacia el valle y no desde el valle.

-Yo no me fiaría demasiado -dijo Sam-, a menos que me estuviese muriendo de sed. Hay una atmósfera maligna en este sitio. -Husmeó el aire.- Y un olor, me parece. ¿No lo siente usted? Un olor muy raro, como a encierro. No me gusta.

-A mí no me gusta nada de aquí: piedra y viento, hueso y aliento. Tierra, agua, aire, todo parece maldito. Pero es el camino que nos fue trazado.

-Sí, es verdad -dijo Sam-. Y de haber sabido más antes de partir, no estaríamos ahora aquí seguramente. Aunque me imagino que así ocurre a menudo. Las hazañas de que hablan las antiguas leyendas y canciones, señor Frodo: las aventuras, como yo las llamaba. Yo pensaba que los personajes maravillosos de las leyendas salían en busca de aventuras porque querían tenerlas, y les parecían excitantes, y en cambio la vida era un tanto aburrida: una especie de juego, por así decir. Pero con las historias que importaban de veras, o con esas que uno guarda en la memoria, no ocurría lo mismo. Se diría que los protagonistas se encontraban de pronto en medio de una aventura, y que casi siempre ya tenían los caminos trazados, como dice usted. Supongo que también ellos, como nosotros, tuvieron muchas veces la posibilidad de volverse atrás, sólo que no la aprovecharon. Quizá, pues, si la aprovecharan tampoco lo sabríamos, porque nadie se acordaría de ellos. Porque sólo se habla de los que continuaron hasta el fin... y no siempre terminan bien, observe usted; al menos no de ese modo que la gente de la historia, y no la gente de fuera, llama terminar bien. Usted sabe qué quiero decir, volver a casa, y encontrar todo en orden, aunque no exactamente igual que antes... como el viejo señor Bilbo. Pero no son ésas las historias que uno prefiere escuchar, ¡aunque sean las que uno prefiere vivir! Me gustaría saber en qué clase de historia habremos caído.

-A mí también -dijo Frodo-. Pero no lo sé. Y así son las historias de la vida real. Piensa en alguna de las que más te gustan. Tú puedes saber, o adivinar, qué clase de historia es, si tendrá un final feliz o un final triste, pero los protagonistas no saben absolutamente nada. Y tú no querías que lo supieran.

-No, señor, claro que no. Beren, por ejemplo, nunca se imaginó que conseguiría el Silmaril de la Corona de Hierro en Thangorodrim, y sin embargo lo consiguió, y era un lugar peor y un peligro más negro que este en que nos encontramos ahora. Pero esa es una larga historia, naturalmente, que está más allá de la felicidad y más allá de la tristeza... Y el Silmaril siguió su camino y llegó a Eärendil. ¡Cáspita, señor, nunca lo había pensado hasta ahora! Tenemos... ¡usted tiene un poco de la luz del Silmaril en ese cristal de estrella que le regaló la Dama! Cáspita, pensar... pensar que estamos todavía en la misma historia. ¿Las grandes historias no terminan nunca?

-No, nunca terminan como historias -dijo Frodo-. Pero los protagonistas llegan a ellas y se van cuando han cumplido su parte. También la nuestra terminará, tarde... o quizá temprano.

-Y entonces podremos descansar y dormir un poco -dijo Sam. Soltó una risa áspera-. A eso me refiero, nada más, señor Frodo. A descansar y dormir simple y sencillamente, y a despertarse para el trabajo matutino en el jardín. Temo no esperar otra cosa por el momento. Los planes grandes e importantes no son para los de mi especie. Me pregunto sin embargo si algún día apareceremos en las canciones y en las leyendas. Estamos envueltos en una, por supuesto; pero quiero decir: si la pondrán en palabras para contarla junto al fuego, o para leerla en un libraco con letras rojas y negras, muchos, muchos años

después. Y la gente dirá: -¡Oigamos la historia de Frodo y el Anillo!» Y dirán: «Sí, es una de mis historias favoritas. Frodo era muy valiente ¿no es cierto, papá?» -Sí, hijo mío, el más famoso de los hobbits, y no es poco decir.»

-Es decir demasiado -respondió Frodo, y se echó a reír, una risa larga y clara que le nacía del corazón. Nunca desde que Sauron ocupara la Tierra Media se había escuchado en aquellos parajes un sonido tan puro. Sam tuvo de pronto la impresión de que todas las piedras escuchaban y que las rocas altas se inclinaban hacia ellos. Pero Frodo no hizo caso; volvió a reírse-. Ah, Sam si supieras... -dijo-, de algún modo oírte me hace sentir tan contento como si la historia ya estuviese escrita. Pero te has olvidado de uno de los personajes principales: Samsagaz el intrépido. «¡Quiero oír más cosas de Sam, papá! ¿Por qué no ponen más de las cosas que decía en el cuento? Eso es lo que me gusta, me hace reír. Y sin Sam, Frodo no habría llegado ni a la mitad del camino ¿verdad, papá?»

-Vamos, señor Frodo -dijo Sam- no se burle usted. Yo hablaba en serio.

-Yo también -dijo Frodo-, y sigo hablando en serio. Estamos yendo demasiado de prisa. Tú y yo, Sam, nos encontramos todavía atascados en los peores pasajes de la historia, y es demasiado probable que algunos digan, al llegar a este punto: «Cierra el libro, papá, no tenemos ganas de seguir leyendo.»

-Quizá -dijo Sam-, pero no es eso lo que yo diría. Las cosas hechas y terminadas y transformadas en grandes historias son diferentes. Si hasta Gollum podría ser bueno en una historia, mejor que ahora a nuestro lado, al menos. Y a él también le gustaba escucharlas en otros días, por lo que nos ha dicho. Me gustaría saber si se considera el héroe o el villano...

»¡Gollum! -llamó-. ¿Te gustaría ser el héroe?... Bueno, ¿dónde se habrá metido otra vez?

No había rastros de él a la entrada del refugio ni en las sombras vecinas. Había rechazado la comida de los hobbits, aunque aceptara como de costumbre un sorbo de agua; y luego, al parecer, se había enroscado para dormir. Suponían que uno al menos de los propósitos de Gollum en la larga ausencia de la víspera había sido salir de caza, en busca de algún alimento de su gusto; y ahora era evidente que había vuelto a escabullirse a hurtadillas mientras ellos conversaban. Pero ¿con qué fin esta vez?

-No me gustan estas escapadas furtivas y sin aviso -dijo Sam-. Y menos ahora. No puede andar buscando comida allá arriba, a menos que quiera morder un pedazo de roca. ¡Si aquí ni el musgo crece!

-Es inútil preocuparse por él ahora -dijo Frodo-. Sin él no habríamos llegado tan lejos, ni siquiera a la vista del paso, y tendremos que amoldarnos a sus caprichos. Si es falso, es falso.

-De todos modos preferiría no perderlo de vista. Y con mayor razón, si es falso. ¿Recuerda usted que nunca quiso decirnos si este paso estaba vigilado, o no? Y ahora vemos allí una torre... y quizás esté abandonada y quizá no. ¿Cree usted que habrá ido a buscarlos? ¿A los orcos o lo que sean?

-No, no lo creo -respondió Frodo-. Aun cuando ande en alguna trapacería, lo que no es inverosímil, no creo que se trate de eso. No ha ido en busca de orcos ni de ninguno de los servidores del enemigo. ¿Por qué habría esperado hasta ahora, por qué habría hecho el esfuerzo de subir y venir hasta aquí, de acercarse a la región que teme? Sin duda hubiera podido delatarnos muchas veces a los orcos desde que lo encontramos. No, si hay algo de eso, ha de ser una de sus pequeñas jugarretas de siempre que él imagina absolutamente secreta.

-Bueno, supongo que usted tiene razón señor Frodo -dijo Sam-. Aunque eso no me tranquiliza demasiado. Pero en una cosa sé que no me equivoco: estoy seguro de que a mí me entregaría a los orcos con alegría. Pero me olvidaba... el Tesoro. No, supongo que de eso se ha tratado desde el principio, *El Tesoro para el pobre Sméagol*. Ese es el único móvil de todos sus planes, si tiene alguno. Pero de qué puede servirle habernos traído aquí, no alcanzo a adivinarlo.

-Lo más probable es que ni él mismo lo sepa -dijo Frodo-. Y tampoco creo que tenga en la embrollada cabeza un plan único y bien definido. Pienso que en parte está intentando salvar el Tesoro del enemigo, tanto tiempo como sea posible. También para él sería la peor de las calamidades, si fuese a parar a menos del enemigo. Y es posible que además esté tratando de ganar tiempo, esperando una oportunidad.

-Bribón y Adulón, como dije antes -observó Sam-. Pero cuanto más se acerque al territorio del enemigo, más será Bribón que Adulón. Recuerde mis palabras: si alguna vez llegamos al Paso no nos permitirá que llevemos el Tesoro del otro lado de la frontera sin jugarnos alguna mala pasada.

-Todavía no hemos llegado -replicó Frodo.

-No, pero hasta entonces convendrá mantener los ojos bien abiertos. Si nos pesca dormitando, Bribón correrá a tomar la delantera. No es que sea arriesgado que ahora se eche usted a dormir, mi amo. No hay ningún peligro en que descanse en este sitio, bien cerca de mí. Y yo me sentiría muy feliz si lo viera dormir un rato. Yo lo cuidaré; y en todo caso, si usted se acuesta aquí, y yo le paso el brazo alrededor, nadie podrá venir a toquetearlo sin que Sam se entere.

-¡Dormir! -dijo Frodo, y suspiró, como si viera aparecer en un desierto un espejismo de fresca verde-. Sí, aun aquí podría dormir.

-¡Duerma entonces, señor! Apoye la cabeza en mis rodillas.

Y así los encontró Gollum unas horas más tarde, cuando volvió deslizándose y reptando a lo largo del sendero que descendía de la oscuridad. Sam, sentado de espaldas contra la roca, la cabeza inclinada a un lado, respiraba pesadamente. La cabeza de Frodo descansaba sobre las rodillas de Sam, que apoyaba una mano morena sobre la frente blanca de Frodo, mientras la otra le protegía el pecho. En los rostros de ambos había paz.

Gollum los miró. Una expresión extraña le apareció en la cara. Los ojos se le apagaron, y se volvieron de pronto grises y opacos, viejos y cansados. Se retorció, como en un espasmo de dolor, y volvió la cabeza y miró para atrás, hacia la garganta, sacudiendo la cabeza como si estuviese librando una lucha interior. Luego volvió a acercarse a Frodo y extendiendo lentamente una mano trémula le tocó con cautela la rodilla; más que tocarla, la acarició. Por un instante fugaz, si uno de los durmientes hubiese podido observarlo, habría creído estar viendo a un hobbit fatigado y viejo, abrumado por los años que lo habían llevado mucho más allá de su tiempo, lejos de los amigos y parientes, y de los campos y arroyos de la juventud; un viejo despojo hambriento y lastimoso.

Pero al sentir aquel contacto Frodo se agitó y se quejó entre sueños, y al instante Sam abrió los ojos. Y lo primero que vio fue a Gollum, «coqueteando al amo», le pareció.

-¡Eh, tú! -le dijo con aspereza - ¿Qué andas tramando?

-Nada, no nada -respondió Gollum afablemente-. ¡Buen amo!

-Eso digo yo -replicó Sam-. Pero ¿dónde te habías metido?... ¿Por qué desapareces y reapareces así, furtivamente, viejo fisgón?

Gollum encogió el cuerpo y un fulgor verde le centelleó bajo los párpados pesados. Ahora casi parecía una araña, enroscado sobre las piernas combadas, los ojos protuberantes. El momento fugaz había pasado para siempre.

-¡Fisgón, fisgón! -siseó-. Hobbits siempre tan amables, sí. ¡Oh buenos hobbits! Sméagol los trae por caminos secretos que nadie más podría encontrar. Cansado está, sediento, sí, sediento; y los guía y les busca senderos, y ellos le dicen *fisgón, fisgón*. Muy buenos amigos. Oh sí, mi tesoro, muy buenos.

Sam sintió un ligero remordimiento, pero no menos desconfianza. -Lo lamento -dijo-. Lo lamento, pero me despertaste bruscamente. No tendría que haberme dormido, por eso me alteré. Pero el señor Frodo, él está cansado, y le pedí que se echara a dormir, y bueno, nada más. Lo lamento. Pero ¿dónde has estado?

-Fisgoneando -dijo Gollum, y el fulgor verde no se le iba de los ojos.

-Oh, está bien -dijo Sam-; ¡como tú quieras! Me imagino que lo que dices no está tan lejos de la verdad. Y ahora, creo que lo mejor será que vayamos a fisgonear todos juntos. ¿Qué hora es? ¿Es hoy o mañana?

-Es mañana -dijo Gollum-, o era mañana cuando los hobbits se quedaron dormidos. Muy estúpidos, muy peligroso... si el pobre Sméagol no hubiese fisgoneado vigilando.

-Me temo que pronto estaremos hartos de esa palabra -dijo Sam-. Pero no importa. Despertaré al amo. -Gentilmente echó hacia atrás los cabellos que caían sobre la frente de Frodo e inclinándose sobre él le habló con dulzura.

-¡Despierte, señor Frodo! ¡Despierte!

Frodo se movió y abrió los ojos, y sonrió al ver el rostro de Sam inclinado sobre él.

-Me despiertas temprano, ¿eh, Sam? ¡Todavía está oscuro!

-Sí, aquí siempre está oscuro -dijo Sam-. Pero Gollum ha vuelto, señor Frodo, y dice que ya es mañana. Así que nos pondremos en camino. La última etapa.

Frodo respiró hondo y se sentó.

-¡La última etapa! -dijo-. ¡Hola, Sméagol! ¿Encontraste algo para comer? ¿Descansaste un poco?

-Nada para comer, nada de descanso, nada para el pobre Sméagol -dijo Gollum-. No hace otra cosa que fisgonear.

Sam chasqueó la lengua, pero se contuvo.

-No te pongas calificativos, Sméagol -dijo Frodo-. No es prudente, así sean verdaderos o falsos.

-Sméagol toma lo que le dan -dijo Gollum-. El nombre se lo puso el amable maese Samsagaz, ese hobbit que tantas cosas sabe.

Frodo miró a Sam.

-Sí, señor -dijo Sam-. Yo empleé esa palabra, al despertar sobresaltado y todo lo demás. Y al encontrármelo aquí, al lado. Ya le dije que lo lamentaba, pero creo que pronto voy a dejar de lamentarlo.

-Bueno, bueno, a olvidar -dijo Frodo-. Pero me parece, Sméagol, que hemos llegado al final, tú y yo. Dime, ¿podremos encontrar solos el resto del camino? Tenemos el paso a la vista, una vía de acceso, y si podemos encontrarlo, creo que nuestro pacto ha tocado a su fin. Cumpliste con lo que habías prometido, y ahora eres libre: libre de ir a procurarte alimento y reposo, libre de ir a donde más te plazca, excepto en busca de los servidores del enemigo. Y algún día tal vez podré recompensarte, yo o quienes me recuerden.

-¡No, no, todavía no! -gimió Gollum-. ¡Oh no! No podrán encontrar solos el camino ¿verdad que no? Oh, seguro que no. Ahora viene el túnel. Sméagol tiene que seguir. Nada de descansar. Nada de comer. ¡Todavía no!

EL ANTRO DE ELLA-LARAÑA

Acaso fuera en verdad de día, como lo aseguraba Gollum, pero los hobbits no notaron mayor diferencia, salvo quizás el cielo de una negrura menos impenetrable, semejante a una inmensa bóveda de humo; y en lugar de las tinieblas de la noche profunda, que se demoraba aún en las grietas y en los agujeros, una sombra gris y confusa envolvía como en un sudario el mundo de piedra de alrededor. Prosiguieron la marcha, Gollum al frente y los hobbits uno al lado del otro, cuesta arriba entre los pilares y columnas de roca lacerada y desgastada por la intemperie que franqueaban la larga hondonada como enormes estatuas informes. No se oía ningún ruido. Un poco más lejos, a una milla o algo así de distancia, había una muralla gris, el último e imponente macizo de roca montañosa. Más alto y sombrío a medida que se acercaban, al fin se alzó sobre ellos impidiéndoles ver todo cuanto se extendía más allá. Sam husmeó el aire.

-¡Puaj! ¡Ese olor! -dijo-. Es cada vez más insoportable.

Pronto estuvieron bajo la sombra y vieron allí la boca de una caverna. - Este es el camino - dijo Gollum en voz baja-. Por aquí se entra en el túnel. -No dijo el nombre: Torech Ungol, el Antro de Ella-Laraña. Un hedor repugnante salía del agujero, no el nauseabundo olor a podredumbre de los prados de Morgul, sino un tufo fétido y penetrante, como si allí, en la oscuridad, hubiesen acumulado montones de indecibles inmundicias.

-¿Este es el único camino, Sméagol? -le preguntó Frodo.

-Sí, sí -fue la respuesta-. Sí, ahora tenemos que tomar este camino.

-¿Quieres decir que ya estuviste en este agujero? - preguntó Sam ¡Puaj! Pero quizás a ti no te preocupan los malos olores.

Los ojos de Gollum relampaguearon.

-Él no sabe lo que a nosotros nos preocupa ¿verdad, tesoro? No, no lo sabe. Pero Sméagol puede soportar muchas cosas. Sí. Ya ha pasado antes por aquí. Oh sí, ha ido hasta el otro lado. Es el único camino.

-¿Y qué es lo que produce el olor?, me pregunto -dijo Sam-. Es como... bueno, prefiero no decirlo. Una infecta cueva de orcos, apuesto, repleta de inmundicias de los últimos cien años.

-Bueno -dijo Frodo-, orcos o no, si es el único camino, tendremos que ir por él.

Entraron en la caverna. A los pocos pasos se encontraron en la tiniebla más absoluta e impenetrable. Desde que recorrieran los pasadizos sin luz de Moria, Frodo y Sam no habían visto oscuridad semejante: la de aquí les parecía, si era posible, más densa y más profunda. Allá en Moria, había ráfagas de aire, y ecos, y cierta impresión de espacio. Aquí, el aire pesaba, estancado, inmóvil, y los ruidos morían, sin ecos ni resonancias. Caminaban en un vapor negro que parecía engendrado por la oscuridad misma, y que cuando era inhalado producía una ceguera, no sólo visual sino también mental, borrando así de la memoria todo recuerdo de forma, de color y de luz. Siempre había sido de noche, siempre sería de noche y todo era noche.

Durante un tiempo, sin embargo, no se les durmieron los sentidos; por el contrario, la sensibilidad de los pies y las manos había aumentado tanto al principio que era casi dolorosa. La textura de las paredes, para sorpresa de los hobbits, era lisa, y el suelo, salvo

uno que otro escalón, recto y uniforme, ascendiendo siempre en la misma pendiente empinada. El túnel era alto y ancho, tan ancho que aunque los hobbits caminaban de frente y uno al lado del otro, rozando apenas las paredes laterales con los brazos extendidos, estaban separados, aislados en la oscuridad.

Gollum había entrado primero y parecía haberse adelantado sólo unos pasos. Mientras aún estaban en condiciones de atender a esas cosas, oían su respiración sibilante y jadeante justo delante de ellos. Pero al cabo de un rato se les embotaron los sentidos, fueron perdiendo el oído y el tacto, y continuaron avanzando a tientas, trepando, caminando, movidos sobre todo por la misma fuerza de voluntad que los había llevado a entrar, la voluntad de ir hasta el final y de llegar a la puerta alta que se abría del otro lado del túnel.

No habían ido aún muy lejos, quizá, pues habían perdido toda noción de tiempo y distancia, cuando Sam, que iba tanteando la pared, notó de pronto que de ese lado, a la derecha, había una abertura: sintió por un instante un ligero soplo de aire menos pesado, pero pronto lo dejaron atrás.

-Aquí hay más de un pasaje -murmuró con un esfuerzo; le parecía muy difícil respirar y emitir a la vez algún sonido-. ¡Jamás vi mejor sitio para orcos!

Después de aquel boquete, primero Sam a la derecha, y luego Frodo a la izquierda, encontraron tres o cuatro aberturas similares, algunas más grandes, otras más angostas; pero en cuanto a la dirección del camino principal, que era siempre recto y empinado, no cabía ninguna duda. ¿Cuánto les quedaría aún por recorrer, cuánto tiempo más tendrían que soportarlo, o podrían soportarlo? A medida que subían el aire era cada vez más irrespirable; y ahora tenían a menudo la impresión de encontrar en las tinieblas una resistencia más tenaz que la del aire fétido. Y mientras se empeñaban en avanzar sentían cosas que les rozaban la cabeza o las manos, largos tentáculos o excrecencias colgantes, tal vez: no lo sabían. Y aquel hedor crecía sin cesar. Creció y creció hasta que tuvieron la impresión de que el único sentido que aún conservaban era el del olfato. Una hora, dos horas, tres horas: ¿cuántas habían pasado en aquel agujero sin luz? Horas... días, semanas más bien. Sam se apartó de la pared del túnel y se acercó a Frodo, y las manos de los hobbits se encontraron y se unieron, y así, juntos, continuaron avanzando.

Por fin Frodo, que tanteaba la pared de la izquierda, sintió de pronto un vacío y estuvo a punto de caer de costado en el agujero. Allí la abertura en la roca era mucho más grande que todas las anteriores, y exhalaba un olor fétido tan nauseabundo y una impresión de malicia acechante tan intensa que Frodo vaciló. Y en ese preciso momento también Sam trastabilló y cayó de bruces.

Luchando al mismo tiempo contra la náusea y el miedo, Frodo apretó la mano de Sam.

-¡Arriba! - le dijo en un soplo ronco, sin voz -. Todo proviene de aquí, el olor y el peligro. ¡Escapemos! ¡Pronto!

Apelando a todo cuanto le quedaba de fuerza y de resolución, logró poner a Sam en pie, y obligó a sus propias piernas a moverse. Sam se tambaleaba. Un paso, dos pasos, tres pasos... seis pasos por fin. Acaso habían dejado atrás el horrendo agujero invisible, pero fuera o no así, de pronto se movieron con más facilidad, como si una voluntad hostil los hubiese soltado momentáneamente. Siempre tomados de la mano, prosiguieron el ascenso.

Pero casi en seguida encontraron una nueva dificultad. El túnel se bifurcaba, o parecía bifurcarse, y en la oscuridad no podían ver cuál era el camino más ancho, o el más recto. ¿Cuál tomar: el de la derecha o el de la izquierda? No había nada que pudiese orientarlos, pero una elección equivocada sería sin duda fatal.

-¿Qué dirección tomó Gollum? -jadeó Sam-. ¿Y por qué no nos esperó?

-¡Sméagol! -dijo Frodo, tratando de gritar-. ¡Sméagol! -Pero la voz le sonó como un graznido, y se extinguió no bien le llegó a los labios. No hubo ninguna respuesta, ni un solo eco, ni una vibración del aire.

-Esta vez se ha marchado de veras -murmuró Sam-. Sospecho que este es exactamente el lugar al que quería traernos. ¡Gollum! Si alguna vez vuelvo a ponerte las manos encima, te aseguro que las pagarás.

En seguida, tanteando y dando vueltas a ciegas en la oscuridad, descubrieron que la abertura de la izquierda estaba obstruida: o era un agujero ciego, o una gran piedra había caído en el pasadizo.

-Este no puede ser el camino -susurró Frodo-. Para bien o para mal, tendremos que tomar el otro.

-¡Y pronto! -dijo Sam, jadeante-. Hay algo peor que Gollum muy cerca. Siento que nos están mirando.

Habían recorrido apenas unos pocos metros, cuando desde atrás les llegó un sonido, sobrecogedor y horrible en el silencio pesado: un gorgoteo, un ruido burbujeante, y un silbido largo y venenoso. Dieron media vuelta, mas nada era visible. Inmóviles, como petrificados, permanecieron allí, los ojos fijos y muy abiertos, en espera de no sabían qué.

-¡Es una trampa! - dijo Sam, y apoyó la mano en la empuñadura de la espada; y al hacerlo, pensó en la oscuridad del túmulo de donde provenía-. ¡Cuánto daría porque el viejo Tom estuviera ahora cerca de nosotros! -pensó. Y de pronto, mientras seguía allí de pie, envuelto en las tinieblas, el corazón rebosante de cólera y de negra desesperación, le pareció ver una luz: una luz que le iluminaba la mente, al principio casi enceguecedora, como un rayo de sol a los ojos de alguien que ha estado largo tiempo oculto en un foso sin ventanas. Y entonces la luz se transformó en color: verde, oro, plata, blanco. Muy distante, como en una imagen pequeña dibujada por dedos élficos, vio a la Dama Galadriel de pie en la hierba de Lórien, las manos cargadas de regalos. *Y para ti, Portador del Anillo, le oyó decir con una voz remota pero clara, para ti he preparado esto.*

El burbujeo sibilante se acercó, y hubo un crujido como si una cosa grande y articulado se moviese con lenta determinación en la oscuridad. Un olor fétido la precedía.

-¡Amo! ¡Amo! - gritó Sam, y la vida y la vehemencia le volvieron a la voz. ¡El regalo de la Dama! ¡El cristal de estrella! Una luz para usted en los sitios oscuros, dijo que sería. ¡El cristal de estrella!

-¿El cristal de estrella? -murmuró Frodo, como alguien que respondiera desde el fondo de un sueño, sin comprender-. ¡Ah, sí! ¿Cómo pude olvidarlo? ¡Una luz cuando todas las otras luces se hayan extinguido! Y ahora en verdad sólo la luz puede ayudarnos.

Lenta fue la mano hasta el pecho, y con igual lentitud levantó el frasco de Galadriel. Por un instante titiló, débil como una estrella que lucha al despertar en medio de las densas brumas de la tierra; luego, a medida que crecía, y la esperanza volvía al corazón de Frodo, empezó a arder, hasta transformarse en una llama plateada, un corazón diminuto de luz deslumbradora, como si Eärendil hubiese descendido en persona desde los altos senderos del crepúsculo llevando en la frente el último Silmaril. La oscuridad retrocedió y el frasco pareció brillar en el centro de un globo de cristal etéreo, y la mano que lo sostenía centelleó con un fuego blanco.

Frodo contempló maravillado aquel don portentoso que durante tanto tiempo había llevado consigo, de un valor y un poder que no había sospechado. Rara vez lo había recordado en camino, hasta que llegaron al Valle de Morgul, y nunca lo había utilizado porque temía aquella luz reveladora.

-*Aiya Eärendil Elenion Ancalima!* -exclamó sin saber lo que decía; porque fue como si otra voz hablase a través de la suya, clara, invulnerable al aire viciado del foso.

Pero hay otras fuerzas en la Tierra Media, potestades de la noche, que son antiguas y poderosas. Y Ella la que caminaba en las tinieblas había oído en boca de los elfos la misma exhortación en los días de un tiempo sin memorial y ni entonces la había arredrado, ni la arredraba ahora. Y mientras Frodo aún hablaba, sintió que una maldad inmensa lo envolvía, y que unos ojos de mirada mortal lo escudriñaban. A corta distancia de allí, entre ellos y la abertura donde habían trastabillado, dos ojos se iban haciendo visibles, dos grandes racimos de ojos multifacéticos: el peligro inminente por fin desenmascarado. El resplandor del cristal de estrella se quebró y se refractó en un millar de facetas, pero detrás del centelleo un fuego pálido y mortal empezó a arder cada vez más poderoso, una llama encendida en algún pozo profundo de pensamientos malévolos. Monstruosos y abominables eran aquellos ojos, bestiales y a la vez resueltos, y animados por una horrible delectación, clavados en la presa, ya acorralada.

Frodo y Sam, aterrorizados, como fascinados por la horrible e implacable mirada de aquellos ojos siniestros, empezaron a retroceder con lentitud; pero mientras ellos retrocedían los ojos avanzaban. La mano de Frodo tembló, y el frasco descendió lentamente. Luego, de pronto, liberados del sortilegio que los retenía, dominados por un pánico inútil para diversión de los ojos, se volvieron y huyeron juntos; pero mientras corrían Frodo miró por encima del hombro y vio con terror que los ojos venían saltando detrás de ellos. El hedor de la muerte lo envolvió como una nube.

-¡Párate! ¡Párate! -gritó con voz desesperada-. Es inútil correr.

Los ojos se acercaban lentamente.

-¡Galadriel! -llamó, y apelando a todas sus fuerzas levantó el frasco una vez más. Los ojos se detuvieron. Por un instante la mirada cedió, como si la turbara la sombra de una duda. Y entonces a Frodo se le inflamó el corazón dentro del pecho, y sin pensar en lo que hacía, fuera locura, desesperación o coraje, tomó el frasco en la mano izquierda, y con la derecha desenvainó la espada. Dardo relampagueó, y la afilada hoja élfica centelleó en la luz plateada, y una llama azul tembló en el filo. Entonces, la estrella en alto y esgrimido la espada reluciente, Frodo, hobbit de la Comarca, se encaminó con firmeza al encuentro de los ojos.

Los ojos vacilaron. La incertidumbre crecía en ellos a medida que la luz se acercaba. Uno a uno se oscurecieron, retrocediendo lentamente. Nunca hasta entonces los había herido una luz tan mortal. Del sol, la luna y las estrellas estaba al abrigo allá en el antro subterráneo, pero ahora una estrella había descendido hasta las entrañas mismas de la tierra. Y seguía acercándose, y los ojos empezaron a retraerse, acobardados. Uno por uno se fueron extinguiendo; y se alejaron, y un gran bulto, más allá de la luz, interpuso una sombra inmensa. Los ojos desaparecieron.

-¡Señor, Señor! -gritó Sam. Estaba detrás de Frodo, también él espada en mano-. ¡Estrellas y gloria! ¡Estoy seguro de que los elfos compondrían una canción, si algún día oyeran esta hazaña! Ojalá viva yo el tiempo suficiente para contarla y oírlos cantar. Pero no siga adelante, señor. ¡No baje a ese antro! No tendremos otra oportunidad. ¡Salgamos en seguida de este agujero infecto!

Y así volvieron sobre sus pasos, al principio caminando y luego corriendo: pues a medida que avanzaban el suelo del túnel se elevaba en una cuesta cada vez más empinada y cada paso los alejaba del hedor del antro invisible, y las fuerzas les volvían al corazón y los miembros. Pero el odio de la Vigía los perseguía aún, cegada acaso momentáneamente, pero invicta y ávida de muerte. En aquel momento una ráfaga de aire, fresco y ligero, les salió al encuentro. La boca, el extremo del túnel estaba por fin ante ellos. Jadeando, deseando salir al fin al aire libre, se precipitaron hacia adelante: y allí, desconcertados, tropezaron y cayeron hacia atrás. La salida estaba bloqueada por una barrera, pero no de piedra: blanda y más bien elástica, al parecer, y al mismo tiempo resistente e impenetrable; a través de ella se filtraba el aire, pero ningún rayo de luz. Una vez más se abalanzaron y fueron rechazados.

Levantando el frasco, Frodo miró y vio delante un color gris que la luminosidad del cristal de estrella no penetraba ni iluminaba, como una sombra que no fuera proyectada por ninguna luz, y que ninguna luz pudiera disipar. A lo ancho y a lo alto del túnel había una vasta tela tejida, como la tela de una araña enorme, pero de trama más cerrada y mucho más grande, y cada hebra era gruesa como una cuerda.

Sam soltó una risa sarcástica.

-¡Telarañas! -dijo-. ¿Nada más? ¡Telarañas! ¡Pero qué araña! ¡Adelante, abajo con ellas!

Las atacó furiosamente a golpes de espada, pero el hilo que golpeaba no se rompía. Cedía un poco, y luego, como la cuerda tensa de un arco, rebotaba desviando la hoja y lanzando hacia arriba la espada y el brazo. Tres veces golpeó Sam con toda su fuerza, y a la tercera una sola de las innumerables cuerdas chasqueó y se enroscó, retrocediendo y azotando el aire. Uno de los extremos alcanzó a Sam, que se echó atrás con un grito, llevándose la mano a la boca.

-A este paso tardaremos días y días en despejar el camino -dijo-. ¿Qué hacer? ¿Han vuelto los ojos?

-No, no se les ve -dijo Frodo-. Pero tengo aún la impresión de que me están mirando, o pensando en mí: maquinando algún otro plan, tal vez. Si esta luz menguase, o fallara, no tardarían en reaparecer.

-¡Atrapados justo al final! -dijo Sam con amargura. Y otra vez, por encima del cansancio y la desesperación, lo dominó la cólera-. ¡Moscardones atrapados en una telaraña! ¡Que la maldición de Faramir caiga sobre Gollum, y cuanto antes!

-Nada ganaríamos con eso ahora -dijo Frodo-. ¡Bien! Veamos qué puede hacer Dardo. Es una hoja élfica. También en las hondonadas oscuras de Beleriand donde fue forjada había telarañas horripilantes. Pero tú tendrás que estar alerta y mantener los ojos a raya. Ven, toma el cristal de estrella. No tengas miedo. ¡Levántalo y vigila!

Frodo se aproximó entonces a la gran red gris, y lanzándole una violenta estocada, corrió rápidamente el filo a través de un apretado nudo de cuerdas, mientras saltaba de prisa hacia atrás. La hoja de reflejos azules cortó el nudo como una hoz que segara unas hierbas, y las cuerdas saltaron, se enroscaron, y colgaron flojamente en el aire. Ahora había una gran rajadura en la tela.

Golpe tras golpe, toda la telaraña al alcance del brazo de Frodo quedó al fin despedazada, y el borde superior flotó y onduló como un velo a merced del viento. La trampa estaba abierta.

-¡Vamos, ya! -gritó Frodo-. ¡Adelante! ¡Adelante! -Una alegría frenética por haber podido escapar de las fauces mismas de la desesperación se apoderó de pronto de él. La cabeza le daba vueltas como si hubiera tomado un vino fuerte. Saltó afuera, con un grito.

Luego de haber pasado por el antro de la noche, aquella tierra en sombras le pareció luminosa. Las grandes humaredas se habían elevado, y eran menos espesas, y las últimas horas de un día sombrío estaban pasando; el rojo incandescente de Mordor se había apagado en una lobreguez melancólica. Pero Frodo tenía la impresión de estar contemplando el amanecer de una esperanza repentina. Había llegado casi a la cresta del murallón. Faltaba poco ahora. El Desfiladero, Cirith Ungol, ya se abría delante de él, una hendidura sombría en la cresta negra, franqueada a ambos lados por los cuernos de la roca, cada vez más oscuros contra el cielo. Una carrera corta, una carrera rápida, y ya estaría del otro lado.

-¡El paso, Sam! - gritó, sin preocuparse por la estridencia de su voz, que libre de la atmósfera sofocante del túnel resonaba ahora vibrante y fogosa-. ¡El paso! Corre, corre, y llegaremos al otro lado... ¡antes que nadie pueda detenernos!

Sam corrió detrás de él, tan rápido como se lo permitían las piernas; no obstante la alegría de encontrarse en libertad, se sentía inquieto mientras corría, y miraba atrás, a la sombría arcada del túnel, temiendo ver aparecer allí los ojos, o alguna forma monstruosa e inimaginable que se acercara a los saltos. El y su amo poco conocían de las astucias y ardides de Ella-Laraña. Muy numerosas eran las salidas de esta madriguera.

Allí tenía su morada, desde tiempos inmemoriales, una criatura maligna de cuerpo de araña, la misma que en los días antiguos habitara en el País de los Elfos, en el Oeste que está ahora sumergido bajo el Mar, la misma que Beren combatiera en Doriath en las Montañas del Terror, y que en ese entonces, en un remoto plenilunio, había venido a Lúthien sobre la hierba verde y entre las cicutas. De qué modo había llegado hasta allí Ella-Laraña, huyendo de la ruina, no lo cuenta ninguna historia, pues son pocos los relatos de los Años Oscuros que han llegado hasta nosotros. Pero allí seguía, ella que había ido allí antes que Sauron y aun antes que la primera piedra de Barad-dûr, y que a nadie servía sino a sí misma, bebiendo la sangre de los elfos y de los hombres, entumecida y obesa, rumiando siempre algún festín; tejiendo telas de sombra; pues todas las cosas vivas eran alimento para ella, y ella vomitaba oscuridad. Los retoños, bastardos de compañeros miserables de su propia progenie, que ella destinaba a morir, se esparcían por doquier de valle en valle, desde las Ephel Dúath hasta las colinas del Este, y hasta el Dol Guldur y las fortalezas del Bosque Negro. Pero ninguno podía rivalizar con Ella-Laraña la Grande, última hija de Ungoliant para tormento del desdichado mundo.

Años atrás la había visto Gollum, el Sméagol que fisgoneaba en todos los agujeros oscuros, y en otros tiempos se había prosternado ante ella y la había venerado; y las tinieblas de la voluntad maléfica de Ella-Laraña habían penetrado en la fatiga de Gollum, alejándolo de toda luz y todo remordimiento. Y Gollum le había prometido traerle comida. Pero los apetitos de Ella-Laraña no eran semejantes a los de Gollum. Poco sabía ella de torres, o de anillos o de cualquier otra cosa creada por la mente o la mano, y poco le preocupaban a ella que sólo deseaba la muerte de todos, corporal y mental, y para sí misma una hartura de vida, Sola, hinchada hasta que las montañas ya no pudieran sostenerla y la oscuridad ya no pudiera contenerla.

Pero ese deseo tardaba en cumplirse, y ahora encerrada en el antro oscuro, hacía mucho tiempo que estaba hambrienta, y mientras tanto el poder de Sauron se acrecentaba y la luz y los seres vivientes abandonaban las fronteras del reino; y la ciudad del valle había muerto y

ningún elfo ni hombre se acercaban jamás, sólo los infelices orcos. Alimento pobre, y cauto por añadidura. Pero ella necesitaba comer, y por más que se empezasen en cavar nuevos y sinuosos pasadizos desde la garganta y desde la torre, ella siempre encontraba alguna forma de atraparlos. Esta vez, sin embargo, le apetecía una carne más delicada. Y Gollum se la había traído.

-Veremos, veremos -se decía Gollum, cuando predominaba en él el humor maligno, mientras recorría el peligroso camino que descendía de Eryn Muil al Valle de Morgul-, veremos. Puede ser, oh sí, puede ser que cuando Ella tire los huesos y las ropas vacías, lo encontremos, y entonces lo tendremos, el Tesoro, una recompensa para el pobre Sméagol, que le trae buena comida. Y salvaremos el Tesoro, como prometimos. Oh sí. Y cuando lo tengamos a salvo, Ella lo sabrá, oh sí, y entonces ajustaremos cuentas con Ella, oh sí mi tesoro. ¡Entonces ajustaremos cuentas con todo el mundo!

Así reflexionaba Gollum en un recoveco de astucia que aún esperaba poder ocultarle, aunque la había vuelto a ver y se había prosternado ante ella mientras los hobbits dormían.

Y en cuanto a Sauron: sabía muy bien dónde se ocultaba Ella-Laraña. Le complacía que habitase allí hambrienta, pero nunca menos malvada; ningún artificio que él hubiera podido inventar habría guardado mejor que ella aquel antiguo acceso. En cuanto a los orcos, eran esclavos útiles, pero los tenía en abundancia. Y si de tanto en tanto Ella-Laraña atrapaba alguno para calmar el apetito, tanto mejor: Sauron podía prescindir de ellos. Y a veces, como un hombre que le arroja una golosina a su gata (mi *gata* la llamaba él, pero ella no lo reconocía como amo) Sauron le enviaba aquellos prisioneros que ya no le servían. Los hacía llevar a la guarida de Ella-Laraña, y luego exigía que le describieran el espectáculo.

Así vivían uno y otro, deleitándose con cada nueva artimaña que inventaban, sin temer ataques, ni iras, ni el fin de aquellas maldades. Jamás una mosca había escapado de las redes de Ella-Laraña, y jamás había estado tan furiosa y tan hambrienta.

Pero nada sabía el pobre Sam de todo ese mal que habían desencadenado contra ellos, salvo que sentía crecer en él un terror, una amenaza indescriptible; y esta carga se le hizo pronto tan pesada que casi le impedía correr, y sentía los pies como si fuesen de plomo.

El miedo lo cercaba, y allá adelante, en el paso, estaban los enemigos, a cuyo encuentro Frodo corría ahora, imprudentemente, en un arranque de frenética alegría. Apartando los ojos de las sombras de atrás y de la profunda oscuridad al pie del risco a la izquierda, miró hacia adelante y vio dos cosas que lo asustaron todavía más. Vio que la espada de Frodo centelleaba todavía con una llama azul; y vio que si bien el cielo por detrás de las torres estaba ahora en sombras, el resplandor rojizo ardía aún en la ventana.

-¡Orcos! - murmuró entre dientes -. Con precipitarnos no ganaremos nada. Hay orcos en todas partes, y cosas peores que orcos. -Luego, volviendo con presteza a la larga costumbre de estar siempre ocultando algo, cerró la mano alrededor del frasco que aún llevaba consigo. Roja con su propia sangre le brilló un instante la mano, y en seguida guardó la luz reveladora en b más profundo de un bolsillo, cerca del pecho, y se envolvió en la capa élfica. Luego procuró acelerar el paso. Frodo estaba cada vez más lejos; ya le llevaba unos veinte pasos largos, y se deslizaba, veloz como una sombra; pronto lo habría perdido de vista en ese mundo gris.

Apenas hubo escondido Sam la luz del cristal de estrella, Ella-Laraña reapareció. Un poco más adelante y a la izquierda Sam vio de pronto, saliendo de un negro agujero de sombras al pie del risco, la forma más abominable que había contemplado jamás, más horrible que el horror de una pesadilla. En realidad se parecía a una araña, pero era más grande que una bestia de presa, y un malvado designio reflejado en los ojos despiadados la hacía más terrible. Aquellos mismos ojos que Sam creía apagados y vencidos, allí estaban de nuevo, y relucían con un brillo feroz, arracimados en la cabeza que se proyectaba hacia adelante. Tenía grandes cuernos, y detrás del cuello corto semejante a un fuste, seguía el cuerpo enorme e hinchado, un saco tumefacto e inmenso que colgaba oscilante entre las patas; la gran mole del cuerpo era negra, manchada con marcas lívidas, pero la parte inferior del abdomen era pálida y fosforescente, y exhalaba un olor nauseabundo. Las patas de coyunturas nudosas y protuberantes se replegaban muy por encima de la espalda, los pelos erizados parecían púas de acero, y cada pata terminaba en una garra.

En cuanto el cuerpo fofo y las patas replegadas pasaron estrujándose por la abertura superior de la guarida, Ella-Laraña avanzó con una rapidez espantosa, ya corriendo sobre las patas crujientes, ya dando algún salto repentino. Estaba entre Sam y su amo. O no vio a Sam, o prefirió evitarlo momentáneamente por ser el portador de la luz, lo cierto es que dedicó toda su atención a una sola presa, Frodo, que privado del frasco e ignorando aún el peligro que lo amenazaba, corría sendero arriba. Pero Ella-Laraña era más veloz: unos saltos más y le daría alcance.

Sam jadeó, y juntando todo el aire que le quedaba en los pulmones alcanzó a gritar:

-¡Cuidado atrás! ¡Cuidado, mi amo! Yo estoy... -pero algo le ahogó el grito en la garganta.

Una mano larga y viscosa le tapó la boca y otra le atenazó el cuello, en tanto algo se le enroscaba alrededor de la pierna. Tomado por sorpresa, cayó hacia atrás en los brazos del agresor.

-¡Lo hemos atrapado! -siseó la voz de Gollum al oído de Sam-. Por fin, mi tesoro, por fin lo hemos atrapado, sí, al hobbit perverso. Nos quedamos con éste. Que Ella se quede con el otro. Oh sí, Ella-Laraña lo tendrá, no Sméagol: él prometió; él no le hará ningún daño al amo. Pero te tiene a ti, pequeño figón inundo y perverso. -Le escupió a Sam en el cuello.

La furia desencadenada por la traición, y la desesperación de verse retenido en un momento en que Frodo corría un peligro mortal, dotaron a Sam de improvisamente de una energía y una violencia que Gollum jamás habría sospechado en aquel hobbit a quien consideraba torpe y estúpido. Ni el propio Gollum hubiera sido capaz de retorcerse y debatirse con tanta celeridad y fiereza. La mano se le escurrió de la boca, y Sam se agachó y se lanzó hacia adelante, tratando de zafarse de la garra que le apretaba la garganta. Aún conservaba la espada en la mano, y en el brazo izquierdo, colgado de la correa, el bastón de Faramir. Trató de darse vuelta para traspasar con la espada a su enemigo. Pero Gollum fue demasiado rápido: estiró de pronto un largo brazo derecho y aferró la muñeca de Sam: los dedos eran como tenazas: lentos, implacables; le doblaron la mano hacia atrás y hacia adelante, hasta que con un alarido de dolor Sam dejó caer la espada; y entretanto la otra mano de Gollum se le cerraba cada vez más alrededor del cuello.

Sam jugó entonces una última carta. Tironeó con todas sus fuerzas hacia adelante y plantó los pies con firmeza en el suelo; luego, con un movimiento brusco, se dejó caer de rodillas, y se echó hacia atrás.

Gollum, que ni siquiera esperaba de Sam esta sencilla treta, cayó al suelo con Sam encima de él, y recibió sobre el estómago todo el peso del robusto hobbit. Soltó un agudo silbido y por un segundo la garra cedió en la garganta de Sam; pero los dedos de la otra seguían apretando como tenazas la mano de la espada. Sam se arrancó de un tirón y volvió a ponerse en pie y giró en círculo hacia la derecha, apoyándose en la muñeca que Gollum le sujetaba. Blandiendo el bastón con la mano izquierda, lo alzó y lo dejó caer con un crujido sibilante sobre el brazo extendido de Gollum, justo por debajo del codo.

Dando un chillido, Gollum soltó la presa. Entonces Sam atacó otra vez; sin detenerse a cambiar el bastón de la mano izquierda a la derecha, le asestó otro golpe salvaje. Rápido como una serpiente Gollum se escurrió a un lado, y el golpe, destinado a la cabeza, fue a dar en la espalda. La vara crujió y se quebró. Eso fue suficiente para Gollum. Atacar de improvisado por la espalda era uno de sus trucos habituales, y casi nunca le había fallado. Pero esta vez, ofuscado por el despecho, había cometido el error de hablar y jactarse antes de aferrar con ambas manos el cuello de la víctima. El plan había empezado a andar mal desde el momento mismo en que había aparecido en la oscuridad aquella luz horrible. Y ahora lo enfrentaba un enemigo furioso, y apenas más pequeño que él. No era una lucha para Gollum. Sam levantó la espada del suelo y la blandió. Gollum lanzó un chillido, y escabulléndose hacia un costado cayó al suelo en cuatro patas, y huyó saltando como una rana. Antes que Sam pudiese darle alcance, se había alejado, corriendo hacia el túnel con una rapidez asombrosa.

Sam lo persiguió espada en mano. Por el momento, salvo la furia roja que le había invadido el cerebro, y el deseo de matar a Gollum, se había olvidado de todo. Pero Gollum desapareció sin que pudiera alcanzarlo. Entonces, ante aquel agujero oscuro y el olor nauseabundo que le salía al encuentro, el recuerdo de Frodo y del monstruo lo sacudió como el estallido de un trueno. Dio media vuelta y en una enloquecida carrera se precipitó hacia el sendero, gritando sin cesar el nombre de su amo. Era quizá demasiado tarde. Hasta ese momento el plan de Gollum había tenido éxito.

LAS DECISIONES DE MAESE SAMSAGAZ

Frodo yacía de cara al cielo, y Ella-Laraña se inclinaba sobre él, tan dedicada a su víctima que no advirtió la presencia de Sam ni lo oyó gritar hasta que lo tuvo a pocos pasos. Sam, llegando a todo correr, vio a Frodo atado con cuerdas que lo envolvían desde los hombros hasta los tobillos; y ya el monstruo, a medias levantándolo con las grandes patas delanteras, a medias a la rastra, se lo estaba llevando.

Junto a Frodo en el suelo, inútil desde que se le cayera de la mano, centelleaba la espada élfica. Sam no perdió tiempo en preguntarse qué convenía hacer, o si lo que sentía era coraje, o lealtad, o furia. Se abalanzó con un grito y recogió con la mano izquierda la espada de Frodo. Luego atacó. Jamás se vio ataque más feroz en el mundo salvaje de las bestias, como si una alimaña pequeña y desesperada, armada tan sólo de dientes diminutos, se lanzara contra una torre de cuerno y cuero, inclinada sobre el compadreo caído.

Como interrumpida en medio de una ensoñación por el breve grito de Sam, Ella-Laraña volvió lentamente hacia él aquella mirada horrenda y maligna. Pero antes que llegara a advertir que la furia de este enemigo era mil veces superior a todas las que conociera en años incontables la espada centelleante le mordió el pie y amputó la garra. Sam saltó adentro, al arco formado por las patas, y con un rápido movimiento ascendente de, la otra mano, lanzó una estocada a los ojos arracimados en la cabeza gacha de Ella-Laraña. Un gran ojo quedó en tinieblas.

Ahora la criatura pequeña y miserable estaba debajo de la bestia, momentáneamente fuera del alcance de los picotazos y las garras. El vientre enorme pendía sobre él con una pútrida fosforescencia, y el hedor le impedía respirar. No obstante, la furia de Sam alcanzó para que asestara otro golpe, y antes de que Ella-Laraña se dejara caer sobre él y lo sofocara, junto con ese pequeño arrebato de insolencia y coraje, le clavó la hoja de la espada élfica, con una fuerza desesperada.

Pero Ella-Laraña no era como los dragones, y no tenía más puntos vulnerables que los ojos. Aquel pellejo secular de agujeros y protuberancias de podredumbre estaba protegido interiormente por capas y capas de excrecencias malignas. La hoja le abrió una incisión horrible, mas no había fuerza humana capaz de atravesar aquellos pliegues y repliegues monstruosos, ni aun con un acero forjado por los elfos o por los enanos, o empuñado en los días antiguos por Beren o Túrin. Se encogió al sentir el golpe, pero en seguida levantó el gran saco del vientre muy por encima de la cabeza de Sam. El veneno brotó espumoso y burbujeante de la herida. Luego, abriendo las patas, dejó caer otra vez la mole enorme sobre Sam. Demasiado pronto. Pues Sam estaba aún en pie, y soltando la espada tomó con ambas manos la hoja élfica, y apuntándola al aire paró el descenso de aquel techo horrible; y así Ella-Laraña, con todo el poder de su propia y cruel voluntad, con una fuerza superior a la del puño del mejor guerrero, se precipitó sobre la punta implacable. Más y más profundamente penetraba cada vez aquella punta, mientras Sam era aplastado poco a poco contra el suelo.

Jamás Ella-Laraña había conocido ni había soñado conocer un dolor semejante en toda su larga vida de maldades. Ni el más valiente de los soldados de la antigua Gondor, ni el más salvaje de los orcos atrapado en la tela, había resistido de ese modo, y nadie, jamás, le había traspasado con el acero la carne bienamada. Se estremeció de arriba abajo. Levantó

una vez más la gran mole, tratando de arrancarse del dolor, y combando bajo el vientre los tentáculos crispados de las patas, dio un salto convulsivo hacia atrás.

Sam había caído de rodillas cerca de la cabeza de Frodo; tambaleándose en el hedor repelente, aún empujaba la espada con ambas manos. A través de la niebla que le enturbiaba los ojos entrevió el rostro de Frodo, y trató obstinadamente de dominarse y no perder el sentido. Levantó con lentitud la cabeza y la vio, a unos pocos pasos, y ella lo miraba; una saliva de veneno le goteaba del pico, y un limo verdoso le rezumaba del ojo lastimado. Allí estaba, agazapada, el vientre palpitante desparramado en el suelo, los grandes arcos de las patas, que se estremecían, juntando fuerzas para dar otro salto, para aplastar esta vez, y picar a muerte: no una ligera mordedura venenosa destinada a suspender la lucha de la víctima; esta vez matar y luego despedazar.

Y mientras Sam la observaba, agazapado también él, viendo en los ojos de la bestia su propia muerte, un pensamiento lo asaltó, como si una voz remota le hablase al oído de improviso, y tanteándose el pecho con la mano izquierda encontró lo que buscaba: frío, duro y sólido le pareció al tacto en aquel espectral mundo de horror el frasco de Galadriel.

-¡Galadriel! -dijo débilmente, y entonces oyó voces lejanas pero claras: las llamadas de los elfos cuando vagaban bajo las estrellas en las sombras amadas de la Comarca, y la música de los elfos tal como la oyera en sueños en la Sala de Fuego de la morada de Elrond.

Gilthoniel A Elbereth!

Y de pronto, como por encanto, la lengua se le aflojó, e invocó en un idioma para él desconocido:

*A Elbereth Gilthoniel
o menel palan-díriel,
le nallon sí di'nguruthos!
A tiro nin, Fanuilos!*

Y al instante se levantó, tambaleándose, y fue otra vez el hobbit Samsagaz, hijo de Hamfast.

-¡A ver, acércate bestia inmundada! -gritó-. Has herido a mi amo y me las pagarás. Seguiremos adelante, te lo aseguro, pero primero arreglaremos cuentas contigo. ¡Acércate y prueba otra vez!

Como si el espíritu indomable de Sam hubiese reforzado la potencia del cristal, el frasco de Galadriel brilló de pronto como una antorcha incandescente. Centelleó, y pareció que una estrella cayera del firmamento rasgando el aire tenebroso con una luz deslumbradora. Jamás un terror como este que venía de los cielos había ardido con tanta fuerza delante de Ella-Laraña. Los rayos le entraron en la cabeza herida y la terrible infección de luz se extendió de ojo a ojo. La bestia cayó hacia atrás agitando en el aire las patas delanteras, encegueda por los relámpagos internos, la mente en agonía. Luego volvió la cabeza mutilada, rodó a un costado, y adelantando primero una garra y luego otra, se arrastró hacia la abertura en el acantilado sombrío.

Sam la persiguió, vacilante, tambaleándose como un hombre ebrio. Y Ella-Laraña, domada al fin, encogida en la derrota, temblaba y se sacudía tratando de huir. Llegó al agujero y se escurrió dejando un reguero de limo amarillo verdoso, y desapareció en el

momento en que Sam, antes de desplomarse, le asestaba un último golpe a las patas traseras.

Ella-Laraña había desaparecido; y la historia no cuenta si permaneció largo tiempo encerrada rumiando su malignidad y su desdicha, y si en lentos años de tinieblas se curó desde adentro y reconstituyó los racimos de los ojos, hasta que un hambre mortal la llevó a tejer otra vez las redes horribles en los valles de las Montañas de las Sombras.

Sam se quedó solo. Penosamente, mientras la noche del País sin Nombre caía sobre el lugar de la batalla, se arrastró de nuevo hacia su amo.

-¡Mi amo, mi querido amo! -gritó. Pero Frodo no habló. Mientras corría hacia adelante en plena exaltación, feliz al verse en libertad, Ella-Laraña lo había perseguido con una celeridad aterradora y de un solo golpe le había clavado en el cuello el pico venenoso. Ahora Frodo yacía pálido, inmóvil, insensible a cualquier voz.

-¡Mi amo, mi querido amo! -repitió Sam, y esperó durante un largo silencio, escuchando en vano.

Luego, lo más rápido que pudo, cortó las cuerdas y apoyó la cabeza en el pecho y en la boca de Frodo pero no descubrió ningún signo de vida, ni el más leve latido del corazón. Le frotó varias veces las manos y los pies y le tocó la frente, pero todo estaba frío.

-¡Frodo, señor Frodo! -exclamó-. ¡No me deje aquí solo! Es su Sam quien lo llama. No se vaya a donde yo no pueda seguirlo. ¡Despierte, señor Frodo! ¡Oh, por favor, despierte, Frodo! ¡Despierte, Frodo, pobre de mí, pobre de mí! ¡Despierte!

Y entonces la cólera lo dominó, y levantándose corrió frenéticamente alrededor del cuerpo de su amo, y hendió el aire con la espada, y golpeó las piedras dando gritos de desafío. Luego se volvió, e inclinándose miró a la luz crepuscular el rostro pálido de Frodo. Y de pronto descubrió que esta era la imagen que se le había revelado en el espejo de Galadriel en Lórien: Frodo de cara pálida dormido al pie de un risco grande y oscuro. Profundamente dormido, había pensado entonces.

-¡Está muerto! -dijo-. ¡No está dormido, está muerto! -Y mientras lo decía, como si las palabras hubiesen activado el veneno, le pareció que el rostro de Frodo cobraba un tinte lívido y verdoso. Y entonces la desesperación más negra cayó sobre él, y se inclinó hasta el suelo y se cubrió la cabeza con la capucha gris, mientras la noche le invadía el corazón, y no supo nada más.

Cuando al fin las tinieblas se disiparon, Sam levantó la cabeza y vio sombras en torno; pero no hubiera sabido decir durante cuántos minutos o cuántas horas el mundo había continuado arrastrándose. Estaba en el mismo lugar, y aún allí junto a él yacía su amo muerto. Ni las montañas se habían desmoronado ni la tierra había caído en ruinas.

-¿Qué haré, qué haré? -se preguntó-. ¿Habré recorrido con él todo este camino para nada? -Y en ese preciso instante oyó su propia voz diciendo palabras que al comienzo del viaje él mismo no había comprendido: *Tengo que hacer algo antes del fin, y está ahí adelante, tengo que buscarlo, señor, si usted me entiende.*

-¿Pero qué puedo hacer? No por cierto abandonar al señor Frodo muerto y sin sepultura en lo alto de las montañas, y volverme para casa. O continuar. ¿Continuar? -repitió, y por un momento lo sacudió un estremecimiento de miedo y de incertidumbre-. ¿Continuar? ¿Es eso lo que he de hacer? ¿Y abandonarlo?

Entonces por fin rompió a llorar; y volviendo junto a Frodo le estiró el cuerpo, y le cruzó las manos frías sobre el pecho, y lo envolvió en la capa élfica, y luego puso a un lado su propia espada y al otro el bastón que le había regalado Faramir.

-Si voy a continuar, señor Frodo -dijo-, tendré que llevarme su espada, con el permiso de usted, pero le dejo esta otra al lado, así como estaba junto al viejo rey en el túmulo; y usted tiene además la hermosa cota de mithril del viejo señor Bilbo. Y el cristal de estrella, señor Frodo, usted me lo prestó, pero voy a necesitarlo, pues de ahora en adelante andaré siempre en la oscuridad. Es demasiado precioso para mí, y la Dama se lo regaló a usted, pero ella tal vez comprendería. Usted lo comprende, ¿verdad, señor Frodo? Tengo que seguir.

Sin embargo no pudo seguir, todavía no. Se arrodilló, tomó la mano de Frodo y no la pudo soltar. Y el tiempo pasaba y él seguía allí, de rodillas, estrechando la mano de Frodo, mientras en su corazón se libraba una batalla.

Trató de reunir las fuerzas necesarias para arrancarse de allí y partir en un viaje solitario: el viaje vengador. Si al menos pudiera partir, la furia lo llevaría por todas las rutas del mundo detrás de Gollum, hasta dar por fin con él. Y entonces Gollum moriría en un rincón. Pero no era eso lo que él pretendía. Abandonar a su amo sólo por eso no tenía ningún sentido. No le devolvería la vida. Nada ahora le devolvería la vida. Hubiera sido preferible que murieran juntos. Y aún así sería también un viaje solitario.

Miró la punta reluciente de la espada. Pensó en los lugares que habían dejado atrás, la orilla negra, el precipicio que se abría al vacío. Por ese lado no había salida posible. Sería como no hacer nada, no valía la pena. No era eso lo que él pretendía.

-Pero entonces ¿qué he de hacer? -gritó de nuevo, y ahora le pareció conocer exactamente la dura respuesta: *Tengo que hacer algo antes del fin*. También un viaje solitario, y el peor.

»¿Cómo? ¿Yo, solo, ir hasta la *Grieta del Destino* y todo lo demás? -Titubeaba aún, pero la resolución crecía.- ¿Cómo? ¿Yo sacarle a él el Anillo? El Concilio se lo entregó a él.

Pero al instante le llegó la respuesta: «Y el Concilio le dio compañeros, a fin de que la misión no fracasara. Y tú eres el último que queda de la Compañía. La misión no puede fracasar.»

-¡Por qué me habrá tocado ser el último! - gimió -. ¡Cuánto daría porque estuviese aquí el viejo Gandalf, o algún otro! ¿Por qué me habrán dejado solo para que yo decida? Me equivocaré, estoy seguro. Y no me corresponde a mí sacarle el Anillo, y ponerme por delante.

»Pero no eres tú quien se pone por delante, te han puesto. Y en cuanto a no ser la persona adecuada, tampoco lo era el señor Frodo, se podría decir, ni el señor Bilbo. Tampoco ellos eligieron.

»Pues bien, tengo que decidirlo, y lo decidiré. Aunque estoy seguro de equivocarme: qué otra cosa puede hacer Sam Gamyi.

»A ver, reflexionemos un poco: si nos encuentran aquí, o si encuentran al señor Frodo, y con esa cosa encima, bueno, el enemigo se apoderará de él. Y será el fin de todos nosotros, de Lórien y de Rivendel, y de la Comarca y todo lo demás. Y no hay tiempo que perder, pues entonces será el fin, de todas maneras. La guerra ha comenzado, y es muy probable que todo vaya ahora a favor del enemigo. Imposible regresar con la cosa en busca

de permiso o consejo. No, se trata de quedarse aquí hasta que ellos vengan y me maten sobre el cuerpo de mi amo, y se apoderen de la cosa, o de tomarla y partir. -Respiró profundamente.- ¡Tomémosla, entonces!

Se agachó. Desprendió con delicadeza el broche que cerraba la túnica alrededor del cuello de Frodo, e introdujo la mano; luego, levantando con la otra la cabeza, besó la frente helada y le sacó dulcemente la cadena. La cabeza yació otra vez, descansando. No hubo ningún cambio en el rostro sereno, y más que todos los otros signos esto convenció por fin a Sam de que Frodo había muerto y había abandonado la Búsqueda.

-¡Adiós, amo querido! -murmuró -. Perdona a su Sam. Él regresará en cuanto haya llevado a cabo la tarea... *si* lo consigue. Y entonces nunca más volverá a abandonarlo. Descanse tranquilo hasta mi regreso: ¡y que ninguna criatura inmundada se le acerque! Y si la Dama pudiese oírme y concederme un deseo, desearía volver, y encontrarlo otra vez. ¡Adiós!

Luego, inclinándose, se pasó la cadena por la cabeza y al instante el peso del Anillo lo encorvó hasta el suelo, como si le hubiesen colgado una piedra enorme. Pero poco a poco, como si el peso disminuyera, o una fuerza nueva naciera en él, irguió la cabeza y haciendo un gran esfuerzo se levantó y comprobó que podía caminar con la carga. Y entonces alzó un momento el frasco para mirar por última vez a su amo, y la luz ardía ahora suavemente, con el débil resplandor de la estrella vespertina en el estío, y a esa luz la lividez verdosa desapareció del rostro de Frodo, y fue hermoso otra vez, pálido pero hermoso, con una belleza élfica, el rostro de alguien que ha partido hace mucho tiempo del mundo de las sombras. Y con el triste consuelo de esta última visión, luego de haber escondido la luz, Sam se internó con paso vacilante en la creciente oscuridad.

No tuvo mucho que caminar. La boca del túnel se abría atrás, no lejos de allí; pero adelante a unas doscientas yardas o quizá menos, corría el Desfiladero. El sendero era visible en la penumbra del crepúsculo, un surco profundo excavado a lo largo de los siglos, que ascendía en una garganta larga franqueada por paredes rocosas. La garganta se estrechaba rápidamente. Pronto Sam llegó a un tramo de escalones anchos y bajos. Ahora la torre de los orcos se erguía justo encima, negra y hostil, y en ella brillaba el ojo incandescente. Las sombras de la base ocultaban al hobbit. Llegó a lo alto de la escalera y se encontró por fin en el Desfiladero.

-Lo he decidido -se repetía a menudo. Pero no era verdad. Pese a que lo había pensado muchas veces, lo que estaba haciendo era del todo contrario a su naturaleza-. ¿Me habré equivocado? -murmuró-. ¿Qué hubiera tenido que hacer?

Mientras las paredes casi verticales del desfiladero se cerraban alrededor de él, antes de llegar a la cima misma, y antes de mirar por fin el sendero que descendía al País sin Nombre, dio media vuelta. Por un momento, paralizado por la duda intolerable, miró hacia atrás. La boca del túnel era todavía visible, una mancha borrosa y pequeña en la penumbra; y creyó ver o adivinar el lugar donde yacía Frodo. Y de pronto le pareció que allá abajo en el suelo ardía un leve resplandor, o tal vez fuese tan sólo un efecto de las lágrimas que le empacaban los ojos, mientras escudriñaba aquella cumbre pedregosa donde su vida entera había caído en ruinas.

-Si al menos pudiera cumplir mi deseo -suspiró-, mi único deseo: ¡volver y encontrarlo!
-Luego, por fin, se volvió hacia el camino que se extendía ante él y avanzó unos pocos pasos: los más pesados y más penosos que hubiera dado alguna vez.

Apenas unos pocos pasos; y ahora sólo unos pocos más, y luego descendería y ya nunca más volvería a ver aquellas alturas. Y entonces, de improviso, oyó gritos y voces. Sam esperó inmóvil, como petrificado. Voces de orcos. Adelante y atrás de él. Un fuerte ruido de pisadas y voces roncacas: los orcos subían al Desfiladero desde el otro lado, tal vez desde alguna de las puertas de la torre. Pasos precipitados y gritos detrás. Dio media vuelta y vio unas lucecitas rojas, antorchas que parpadeaban a lo lejos a la salida del túnel. La cacería había comenzado al fin. El ojo de la torre no era ciego. Y Sam estaba atrapado.

La temblorosa luz de las antorchas y el retintín de los aceros se iban acercando. Un momento más, y llegarían a la cima, y caerían sobre él. Había perdido un tiempo precioso en decidirse, y ahora todo era inútil. ¿Cómo huir, cómo salvarse, cómo salvar el Anillo? El Anillo. No fue ni un pensamiento ni una decisión: de pronto se dio cuenta de que se había sacado la cadena y de que tenía el Anillo en la mano. La vanguardia de la horda de orcos apareció en el Desfiladero, justo delante de él. Entonces se puso el Anillo en el dedo.

El mundo se transformó, y un solo instante de tiempo se colmó de una hora de pensamiento. Advirtió en seguida que oía mejor y que la vista se le debilitaba, pero no como en el antro de Ella-Laraña. Aquí todo cuanto veía alrededor no era oscuro sino impreciso; y él, en un mundo gris y nebuloso, se sentía como una pequeña roca negra y solitaria, y el Anillo, que le pesaba y le tironeaba en la mano izquierda, era como un globo de oro incandescente. No se sentía para nada invisible, sino por el contrario, horrible y nítidamente visible; y sabía que en alguna parte un Ojo lo buscaba.

Oía crujir las piedras, y el murmullo del agua a lo lejos en el Valle de Morgul; y en lo profundo de la roca la bullente desesperación de Ella-Laraña, extraviada en algún pasadizo ciego; y voces en las mazmorras de la torre; y los gritos de los orcos que salían del túnel; y ensordecedor, rugiente, el ruido de los pasos y los alaridos de los orcos. Se acurrucó contra la pared de roca. Pero ellos seguían subiendo, un ejército espectral de figuras grises distorsionadas en la niebla, sólo sueños de terror con llamas pálidas en las manos. Y pasaron junto al hobbit. Sam se agazapó, tratando de escabullirse y esconderse en alguna grieta.

Prestó oídos. Los orcos que salían del túnel y los que ya descendían por el Desfiladero se habían visto, y apurando el paso hablaban entre ellos a voz en cuello. Sam los oía claramente, y entendía lo que decían. Tal vez el Anillo le había dado el don de entender todas las lenguas (o simplemente el don de la comprensión), en particular la de los servidores de Sauron, el artífice, de modo tal que si prestaba atención entendía y podía traducir los pensamientos de los orcos. Sin duda los poderes del Anillo aumentaban enormemente a medida que se acercaba a los lugares en que fuera forjado; pero de algo no cabía duda: no transmitía coraje. Por el momento Sam no pensaba en otra cosa que en esconderse, en pegarse al suelo hasta que retornase la calma, y escuchaba con ansiedad. No hubiera sabido decir a qué distancia hablaban, ya que las palabras le resonaban casi dentro de los oídos.

-¡Hola! ¡Gorbag! ¿Qué estás haciendo aquí arriba? ¿Aún no estás harto de guerra?

-Ordenes, imbécil. ¿Y qué estás haciendo tú, Shagrat? ¿Cansado de estar ahí arriba, agazapado? ¿Tienes intenciones de bajar a combatir?

-Las órdenes te las doy yo a ti. Este paso está bajo mi custodia. De modo que cuida lo que dices. ¿Tienes algo que informar?

-Nada.

-¡Ha! ¡Hai! ¡Yo!

Un griterío interrumpió la conversación de los cabecillas. Los orcos que estaban más abajo habían visto algo. Echaron a correr. Y de pronto todos los demás los siguieron.

-¡Ha! ¡Hola! ¡Hay algo aquí! En el medio del camino. ¡Un espía! ¡Un espía! - Hubo un clamor de cuernos enronquecidos y una babel de voces destempladas.

Sam tuvo un terrible sobresalto, y la cobardía que lo dominaba se disipó como un sueño. Habían visto a su amo. ¿Qué le irían a hacer? Se contaban acerca de los oreos historias que helaban la sangre. No, era inadmisibile. De un salto estuvo de pie. Mandó a paseo la misión, todas sus decisiones y junto con ellas el miedo y la duda. Ahora sabía cuál era y cuál había sido siempre su lugar: junto a su amo, aunque ignoraba de qué podía servir estando allí. Se lanzó escaleras abajo y corrió por el sendero en dirección a Frodo.

-¿Cuántos son? - se preguntó -. Treinta o cuarenta por lo menos los que vienen de la torre, y allá abajo hay muchos más, supongo. ¿Cuántos podré matar antes que caigan sobre mí? Verán la llama de la espada no bien la desenvaine, y tarde o temprano me atraparán. Me pregunto si alguna canción mencionará alguna vez esta hazaña: De cómo Samsagaz cayó en el Paso Alto y levantó una muralla de cadáveres alrededor del cuerpo *de su amo*. *No, no habrá canciones. Claro que no* las habrá, porque el Anillo será descubierto, y acabarán para siempre las canciones. No lo puedo evitar. Mi lugar está al lado del señor Frodo. Es necesario que lo entiendan... Elrond y el Concilio, y los grandes Señores y las grandes Damas, tan sabios todos. Los planes que ellos trazaron han fracasado. No puedo ser yo el Portador del Anillo. No sin el señor Frodo.

Pero los orcos ya no estaban al alcance de la debilitada vista del hobbit. Sam no había tenido tiempo de pensar en sí mismo. De pronto se sintió cansado, casi exhausto: las piernas se negaban a responder. Avanzaba con increíble lentitud. El sendero le parecía interminable. ¿A dónde habrían ido los orcos en medio de semejante niebla?

¡Ah, ahí estaban otra vez! A bastante distancia todavía. Un grupo de figuras alrededor de algo que yacía en el suelo; unos pocos correteaban de aquí para allá, encorvados como perros que han husmeado una pista. Sam intentó un último esfuerzo.

-¡Coraje, Sam! -se dijo-, o llegarás otra vez demasiado tarde. -Aflojó la espada. Dentro de un momento la desenvainaría, y entonces...

Se oyó un clamor salvaje, gritos, risas cuando levantaron algo del suelo.

-¡Ya hoi! ¡Ya harri hoi! ¡Arriba! ¡Arriba!

Entonces una voz gritó:

-¡De prisa ahora! ¡Por el camino más corto a la Puerta de Abajo! Parece que ella no *nos molestará* esta noche. -La pandilla *de sombras* se puso en marcha. En el centro cuatro de ellos cargaban un cuerpo sobre los hombros.- ¡Ya hoi!

Se habían marchado y se llevaban el cuerpo de Frodo. Sam nunca podría alcanzarlos. Sin embargo, *no se dio* por vencido. Los orcos ya estaban entrando en el túnel. Los que

llevaban el cuerpo pasaron primero, los otros los siguieron, a los codazos y los empujones. Sam avanzó algunos pasos. Desenvainó la espada, un centelleo azul en la mano trémula, pero nadie lo vio. Avanzaba aún, sin aliento, cuando el último orco desapareció en el agujero oscuro.

Sam se detuvo un instante, jadeando, apretándose el pecho. Luego se pasó la manga por la cara, y se enjugó la suciedad, y el sudor, y las lágrimas.

-¡Basura maldita! -exclamó, y saltó tras ellos hundiéndose en la sombra.

Esta vez el túnel no le pareció tan oscuro; tuvo más bien la impresión de haber pasado de una niebla más ligera a otra más densa. El cansancio aumentaba, pero se sentía cada vez más decidido. Le parecía vislumbrar, no lejos de allí, la luz de las antorchas, pero por más que se esforzaba no conseguía llegar hasta ellas. Los orcos se desplazaban veloces por los subterráneos, y este túnel lo conocían palmo a palmo: no obstante las persecuciones de Ella-Laraña estaban obligados a utilizarlo a menudo, pues era el camino más rápido entre las montañas y la Ciudad Muerta. En qué tiempos inmemoriales habían sido excavados el túnel principal y el gran foso redondo en que Ella-Laraña se había instalado siglos atrás, los orcos lo ignoraban, pero ellos mismos habían cavado a los lados muchos otros caminos a fin de evitar el antro de la bestia mientras iban y venían cumpliendo órdenes. Esa noche no tenían la intención de descender muy abajo, sólo querían encontrar cuanto antes un pasadizo lateral que los llevara de vuelta a su propia torre. Casi todos estaban contentos, felices con lo que habían visto y hallado, mientras corrían y parloteaban y gimoteaban a la manera de los orcos. Sam oyó las voces ásperas y opacas en el aire muerto, y distinguió dos en particular, más fuertes y cercanas. Al parecer los cabecillas marchaban a la retaguardia, y discutían.

-¿No puedes ordenarle a tu chusma que no arme ese alboroto, Shagrat? -gruñó uno de ellos-. No tenemos interés en que nos caiga encima Ella-Laraña.

-¡Vamos, Gorbag! Tu gente es la que grita más -respondió el otro-. ¡Pero déjalos que jueguen! Si no me equivoco, por algún tiempo no tendremos que preocuparnos de Ella-Laraña. Al parecer se ha sentado sobre un clavo, y no vamos a llorar por eso. ¿No viste el reguero de podredumbre a lo largo de la galería que lleva al antro? Ordenarles que se callen sería tener que repetirlo un centenar de veces. Déjalos pues, que se rían. Por fin hemos tenido un golpe de suerte: hemos encontrado algo que le interesa a Lugbúrz.

-Le interesa a Lugbúrz ¿eh? ¿Qué se te ocurre que puede ser? Parece un elfo, pero de talla más pequeña. ¿Qué peligro puede haber en una cosa así?

-No lo sabremos hasta que le hayamos echado una ojeada.

-¡Oh! De modo que no te han dicho qué era ¿eh? No nos dicen todo lo que saben ¿verdad? Ni la mitad. Pero pueden equivocarse, sí, hasta los de arriba pueden equivocarse.

-¡Calla, Gorbag! -La voz de Shagrat bajó de tono, y Sam, aunque ahora tenía un oído extrañamente fino, a duras penas alcanzaba a distinguir las palabras. - Pueden, sí, pero tienen ojos y oídos por todas partes; y algunos entre mi propia gente, sospecho. Pero es indudable que algo les preocupa. Por lo que me dices, los Nazgûl están inquietos; y también Lugbúrz. Al parecer, algo estuvo a punto de escabullirse.

-¡A punto, dices! -observó Gorbag.

-Está bien -dijo Shagrat-, pero dejemos esto para más tarde. Esperemos a estar en el camino subterráneo. Allí hay un lugar donde podremos conversar tranquilos, mientras los muchachos siguen adelante.

Poco después las antorchas desaparecieron de la vista de Sam. Oyó un fragor, y en el momento en que aceleraba el paso, un golpe seco. Sólo pudo imaginar que los orcos habían dado vuelta al recodo, entrando en el túnel que Frodo encontrara obstruido. Seguía obstruido.

Una gran piedra parecía interceptarse el paso, y sin embargo los orcos habían salvado el obstáculo de algún modo, ya que Sam los oía hablar del otro lado. Continuaban corriendo, adentrándose cada vez más en el corazón de la montaña hacia la torre. Sam estaba desesperado. Algún propósito maligno abrigaban sin duda al llevarse el cuerpo de Frodo, y él no podía seguirlos. Se abalanzó contra el peñasco y empujó, pero la piedra no se movió. Entonces le pareció oír no lejos de allí, dentro, las voces de los dos capitanes. Por un instante permaneció inmóvil, escuchando, esperando tal vez enterarse de algo útil. Quizá Gorbag, que evidentemente pertenecía a Minas Morgul, volviera a salir, y entonces él podría escabullirse y entrar.

-No, no lo sé -decía la voz de Gorbag-. En general los mensajes llegan más rápidos que el vuelo de los pájaros. Pero yo no pregunto cómo. Más vale no arriesgarse. ¡Grr! Esos Nazgûl me ponen la carne de gallina. Te desuellan sin siquiera mirarte, y te dejan afuera en el frío y la oscuridad. Pero a El le gustan; en estos tiempos son sus favoritos. Así que de nada sirven las protestas. Te lo aseguro. No es juguete servir abajo, en la ciudad.

-Tendrías que probar lo que es estar aquí, en compañía de Ella-Laraña -dijo Shagrat.

-Quisiera más bien probar algún sitio donde no tuviera que encontrarme ni con ella ni con los otros. Pero ya la guerra ha comenzado, y cuando concluya tal vez las cosas anden mejor.

-Parece que andan bien, por lo que dicen.

-¿Qué otra cosa quieres que digan? -gruñó Gorbag-. Ya veremos. De todos modos, si en verdad termina bien, habrá mucho más espacio. ¿Qué te parece?... Si tenemos una oportunidad de escapar tú y yo por nuestra cuenta, con algunos muchachos de confianza, a algún lugar donde haya un botín bueno y fácil de conseguir, y nada de grandes patrones.

-Ah -exclamó Shagrat-, como en las viejas épocas.

-Sí -dijo Gorbag-. Pero no contemos con eso. Yo no estoy nada tranquilo. Como te decía, los grandes patrones, sí -y la voz descendió hasta convertirse casi en un susurro-, sí, hasta el Más Grande puede cometer errores. Algo estuvo a punto de escabullirse, dijiste. Y yo te digo: algo se escabulló. Y tenemos que estar alertas. A los pobres uruks siempre les toca remediar entuertos, y sin ninguna recompensa. Pero no lo olvides: a nosotros los enemigos no nos quieren más que a Él, y si Él cae, también nosotros estaremos perdidos. Pero dime una cosa: ¿cuándo te dieron a ti la orden de salir?

-Hace alrededor de una hora, justo antes de que tú nos vieras. Llegó un mensaje: *Nazgûl inquieto. Se temen espías en Escaleras. Redoblen la vigilancia. Patrullen arriba en Escaleras.* Y vine en seguida.

-Fea historia -dijo Gorbag-. Escucha... nuestros vigías silenciosos estaban inquietos desde hacía más de dos días, eso lo sé. Pero mi patrulla no recibió orden de salir hasta el día siguiente, y no se envió a Lughúrz ningún mensaje: a causa de la Gran Señal y la partida para la guerra del Gran Nazgûl, y todo eso. Y luego no pudieron conseguir que Lughúrz los atendiera en seguida, según me han dicho.

-Supongo que el Ojo habrá estado ocupado en otros asuntos -dijo Shagrat-. Dicen que allá abajo, en el oeste, acontecen grandes cosas.

-Me imagino -dijo Gorbag-. Pero mientras tanto los enemigos han llegado hasta las Escaleras. ¿Y tú qué hacías? Se suponía que estabas allí vigilando, con órdenes especiales o sin ellas. ¿En qué andas?

-¡Basta ya! No me enseñes a mí lo que tengo que hacer. Estábamos bien despiertos y alertas. Sabíamos que estaban sucediendo cosas extrañas.

-¡Muy extrañas!

-Sí, muy extrañas: luces y gritos y todo. Pero Ella-Laraña andaba en una de sus diligencias. Mis muchachos la vieron, a ella y al Fisgón.

-¿El Fisgón? ¿Qué es eso?

-Tienes que haberlo visto: uno pequeñito, flaco y negro; también él se parece a una araña, o quizá más a una rana famélica. Ya había estado antes por aquí. Hace años salió de Lughbúrz la primera vez, y tuvimos orden de arriba de dejarlo pasar. Desde entonces volvió un par de veces a subir por las Escaleras, pero nosotros lo dejábamos en paz: al parecer se entiende con la Señora. Supongo que no será un bocado muy apetitoso, pues a ella no le preocupan las órdenes de arriba. Pero ¡vaya la guardia que montáis en el valle: él estuvo aquí arriba un día antes de que se armase toda esta tremolina! Anoche, temprano, lo vimos. De todos modos mis muchachos informaron que la Señora se estaba divirtiendo, y con eso fue suficiente para mí, hasta que llegó el mensaje. Suponía que el Fisgón le había llevado algún juguete, o que quizá vosotros le habíais mandado un regalito, un prisionero de guerra o algo por el estilo. Yo no me meto cuando ella juega. Nada se le escapa a Ella-Laraña cuando sale de caza.

-¡Nada, dices! ¿Para qué tienes ojos? Te repito que no estoy nada tranquilo. Lo que subió por las escaleras, ha escapado. Cortó la telaraña y huyó por el agujero. ¡Eso da que pensar!

-Ah, bueno, pero a fin de cuentas ella lo atrapó ¿no?

-¿Lo atrapó? ¿Atrapó a *quién*? ¿A esta criatura insignificante? Pero si hubiera estado solo, ella se lo habría llevado mucho antes a su despensa, y allí se encontraría ahora. Y si a Lughbúrz le interesaba, te hubiera tocado a ti ir a rescatarlo. Buen trabajo. Pero había más de uno.

A esta altura de la charla, Sam se puso a escuchar con más atención el oído pegado a la piedra.

-¿Quién cortó las cuerdas con que ella lo había atado, Shagrat? El mismo que cortó la telaraña. ¿No se te había ocurrido? ¿Y quién le clavó el clavo a la Señora? El mismo, supongo. ¿Y ahora dónde está? ¿Dónde está, Shagrat?

Shagrat no respondió.

-Te convendría usar la cabeza de vez en cuando, si la tienes. No es para reírse. Nadie, nadie jamás, antes de ahora, había pinchado a Ella-Laraña con un clavo, y tú tendrías que saberlo mejor que nadie. No es por ofenderte, pero piensa un poco... Alguien anda rondando por aquí y es más peligroso que el rebelde más condenado que se haya conocido desde los malos viejos tiempos, desde el Gran Sitio. Algo se ha escabullido.

-¿Qué, entonces? -gruñó Shagrat.

-A juzgar por todos los indicios, capitán Shagrat, diría que se trata de un gran guerrero, probablemente un elfo, armado sin duda de una espada élfica, y quizá también de un hacha: y anda suelto en tu territorio, para colmo, y tú nunca lo viste. ¡Divertidísimo en verdad! - Gorbag escupió. Sam torció la boca en una sonrisa sarcástica ante esta descripción de sí mismo.

-¡Bah, tú siempre lo ves todo negro! -dijo Shagrat-. Puedes interpretar los signos como te dé la gana, pero también podría haber otras explicaciones. De cualquier modo, tengo centinelas en todos los puntos claves, y pienso ocuparme de una cosa por vez. Cuando le haya echado una ojeada al que hemos capturado, entonces empezaré a preocuparme por alguna otra cosa.

-Me temo que no encontrarás mucho en ese personajillo -dijo Gorbag-. Es posible que no haya tenido nada que ver con el verdadero mal. En todo caso el gran guerrero de la espada afilada no parece haberle dado mucha importancia... dejarlo allí tirado: típico de los elfos.

-Ya veremos. ¡En marcha ahora! Hemos hablado bastante. ¡Vamos a echarle una ojeada al prisionero!

-¿Qué te propones hacer con él? Note olvides que yo lo vi primero. Si hay diversión, a mí y a mis muchachos también nos toca.

-Calma, calma -gruñó Shagrat-. Tengo mis órdenes, y no vale la pena arriesgar el pellejo, ni el mío ni el tuyo. Todo merodeador que sea encontrado por los guardias será recluido en la torre. Habrá que desnudar al prisionero. Una descripción detallada de todos sus avíos, vestimenta, armas, carta, anillo, o alhajas varias tendrá que ser enviada inmediatamente a Lugbúrz y *solamente* a Lugbúrz. El prisionero será conservado sano y salvo, bajo pena de muerte para todos los miembros de la guardia, hasta tanto Él envíe una orden, o venga en Persona. Todo esto es bien claro, y es lo que haré.

-Desnudarlo, ¿eh? -dijo Gorbag-. ¿También los dientes, las uñas, el pelo y todo lo demás?

-No, nada de eso. Es para Lugbúrz. Ya te lo he dicho. Lo quieren sano e intacto.

-No te será tan fácil como supones -rió Gorbag-. A esta altura es sólo carroña. No me imagino qué podrá hacer Lugbúrz con una cosa semejante. Bien podrían echarlo en la cazuela.

-¡Pedazo de imbécil! -ladró Shagrat-. Te crees muy astuto, pero ignoras un montón de cosas que conoce casi todo el mundo. Si no te cuidas, serás tú el que terminará en una cazuela o en la panza de Ella-Laraña. ¡Carroña! Entonces conoces bien poco a la Señora. Cuando ella ata con cuerdas, lo que busca es carne. No come carne muerta ni chupa sangre fría. ¡Este no está muerto!

Sam se estremeció, aferrándose a la piedra. Tenía la impresión de que todo aquel mundo oscuro se daba vuelta patas arriba. La conmoción fue tal que estuvo a punto de desmayarse, y mientras luchaba por no perder el sentido, oía dentro de él un comentario: «Imbécil, no está muerto, y tu corazón lo sabía. No confíes en tu cabeza, Samsagaz, no es lo mejor que tienes. Lo que pasa contigo es que nunca tuviste en realidad ninguna esperanza. ¿Y ahora qué te queda por hacer?» Por el momento nada más que apoyarse contra la piedra inamovible y escuchar, escuchar las horribles voces de los orcos.

-¡Gam! -dijo Shagrat-. Ella tiene más de un veneno. Cuando sale de caza, le basta dar un golpecito en el cuello, y las víctimas caen tan fofas como peces deshuesados, y entonces ella se da el gusto. ¿Recuerdas al viejo Ufthak? Lo habíamos perdido de vista durante varios días. Por último lo encontramos en un rincón: colgado, sí, pero bien despierto, y echando fuego por los ojos. ¡Cómo nos reímos! Quizás ella se había olvidado

de él, pero nosotros no lo tocamos... no es bueno meterse en los asuntos de Ella. No... esta basura despertará dentro de un par de horas; y aparte de sentirse un poco mareado durante un rato, no le pasará nada. O no le pasará si Lugbúrz lo deja en paz. Y aparte, naturalmente, de preguntarse dónde está y qué le ha sucedido.

-¿Y qué le va a suceder? -rió Gorbag-. En todo caso, si no podemos hacer nada más, le contaremos algunas historias. No creo que haya estado jamás en la bella Lugbúrz, de modo que quizá le guste saber lo que allí le espera. Esto va a ser más divertido de lo que yo pensaba. ¡Vamos!

-No habrá ninguna diversión, te lo aseguro yo -dijo Shagrat-. Hay que conservarlo sano e intacto, pues de lo contrario todos podríamos darnos por muertos.

-¡Bueno! Pero si yo fuera tú atraparía al grande que anda suelto antes de enviar ningún mensaje a Lugbúrz. No les hará mucha gracia enterarse de que has atrapado al gatito y has dejado escapar al gato.

Las voces se apagaron. Sam oyó el sonido de las pisadas que se alejaban. Empezaba a recobrase y ahora se sentía furioso.

-¡Lo hice todo mal! -gritó-. Sabía que iba a pasar. ¡Ahora ellos lo tienen, los demonios! ¡Los inmundos! Nunca abandones a tu amo, nunca, nunca, nunca: ésa era mi verdadera norma. Y en el fondo de mi corazón, lo sabía. Quiera el cielo perdonarme. Pero ahora tengo que volver a él. De alguna manera. De alguna manera.

Desenvainó otra vez la espada y golpeó la piedra con la empuñadura, pero sólo obtuvo un sonido sordo. Sin embargo, la espada resplandecía, tanto que ahora él podía ver alrededor. Sorprendido, descubrió que el peñasco tenía la forma de una puerta pesada, y casi el doble de la altura de él. Arriba, un espacio oscuro separaba la parte superior del arco bajo de la puerta. Probablemente estaba destinado a impedirle la entrada a Ella-Laraña, y se cerraba por dentro con algún mecanismo invulnerable a la astucia de la bestia. Con las fuerzas que le quedaban, Sam dio un salto y se aferró a la parte superior de la puerta, trepó, y se dejó caer del otro lado; luego echó a correr como un loco, la espada incandescente en la mano, dando vuelta un recodo y subiendo por un túnel sinuoso.

La noticia de que su amo estaba aún con vida le daba el ánimo necesario para hacer un último esfuerzo. No veía absolutamente nada, pues este nuevo pasadizo consistía en una larga serie de curvas y recodos; pero tenía la impresión de estar ganando terreno: las voces de los orcos volvían a sonar más cerca, quizás a unos pocos pasos.

-Eso es lo que haré -dijo Shagrat-. Lo llevaré en seguida a la cámara más alta.

-¿Pero por qué? -gruñó Gorbag-. ¿Acaso no tienen mazmorras ahí abajo?

-No tiene que correr ningún riesgo, ya te lo dije -respondió Shagrat-. ¿Has entendido? Es muy valioso. No confío en todos mis muchachos, y en ninguno de los tuyos; ni en ti, cuanto te entra la locura de divertirlo. Lo llevaré donde me plazca, y donde tú no podrás ir, si no te comportas como es debido. A lo alto de la torre, he dicho. Allí estará seguro.

-¿Eso crees? -dijo Sam-. ¡Te olvidas del gran guerrero élfico que anda suelto! -Y al decir estas palabras dio vuelta al último recodo para descubrir, no supo si a causa de un truco del túnel o al oído que el Anillo le había prestado, que había estimado mal la distancia.

Las siluetas de los orcos estaban bastante más adelante. Y ahora los veía, negros y achaparrados, contra una intensa luz. El túnel, recto por fin, se elevaba en pendiente; y en el extremo había una puerta doble, que conducía sin duda a las cámaras subterráneas bajo el

alto cuerno de la torre. Los orcos ya habían pasado por allí con el botín, y Gorbag y Shagrat se acercaban ahora a la puerta.

Sam oyó un estallido de cantos salvajes, un estruendo de trompetas y el tañido de los gongos: una algarabía horripilante. Gorbag y Shagrat estaban en el umbral.

Sam lanzó un grito y blandió a Dardo, pero la vocecita se ahogó en el tumulto. Nadie la había escuchado.

La gran puerta se cerró con estrépito. Bum. Del otro lado golpearon sordamente las grandes trancas de hierro. Bam. La puerta estaba cerrada. Sam se arrojó contra las pesadas hojas de bronce, y cayó sin sentido al suelo. Estaba afuera y en la oscuridad. Y Frodo vivía, pero prisionero del enemigo.

El retorno del Rey

Tolkien, J. R. R.

LIBRO CINCO

MINAS TIRITH

Pippin miró fuera amparado en la capa de Gandalf. No sabía si estaba despierto o si dormía, dentro aún de ese sueño vertiginoso que lo había arrebujado desde el comienzo de la larga cabalgata. El mundo oscuro se deslizaba veloz y el viento le canturreaba en los oídos. No veía nada más que estrellas fugitivas, y lejos a la derecha desfilaban las montañas del sur como sombras extendidas contra el cielo. Despierto sólo a medias, trató de echar cuentas sobre las jornadas y el tiempo del viaje, pero todo lo que le venía a la memoria era nebuloso e impreciso. Luego de una primera etapa a una velocidad terrible y sin un solo alto, había visto al alba un resplandor dorado y pálido, y luego llegaron a la ciudad silenciosa y a la gran casa desierta en la cresta de una colina. Y apenas habían tenido tiempo de refugiarse en ella cuando la sombra alada surcó otra vez el cielo, y todos se habían estremecido de horror. Pero Gandalf lo había tranquilizado con palabras dulces, y Pippin se había vuelto a dormir en un rincón, cansado pero inquieto, oyendo vagamente entre sueños el trajín y las conversaciones de los hombres y las voces de mando de Gandalf. Y luego a cabalgar otra vez, cabalgar, cabalgar en la noche. Era la segunda, no, la tercera noche desde que Pippin hurtara la Piedra y la escudriñara. Y con aquel recuerdo horrendo se despertó por completo y se estremeció, y el ruido del viento se pobló de voces amenazantes.

Una luz se encendió en el cielo, una llamarada de fuego amarillo detrás de unas barreras sombrías. Pippin se acurrucó, asustado un momento, preguntándose a qué país horrible lo llevaba Gandalf. Se restregó los ojos, y vio entonces que era la luna, ya casi llena, que asomaba en el este por encima de las sombras. La noche era joven aún y el viaje en la oscuridad proseguiría durante horas y horas. Se sacudió y habló.

—¿Dónde estamos, Gandalf? —preguntó.

—En el reino de Góndor —respondió el mago—. Todavía no hemos dejado atrás las tierras de Anórien. Hubo un nuevo momento de silencio. Luego:

—¿Qué es eso? —exclamó Pippin de improviso, aferrándose a la capa de Gandalf—. ¡Mira! ¡Fuego, fuego rojo! ¿Hay dragones en esta región? ¡Mira, allí hay otro!

En respuesta, Gandalf acicateó al caballo con voz vibrante.

— ¡Corre, Sombragris! ¡Llevamos prisa! El tiempo apremia. ¡Mira! Gondor ha encendido las almenaras pidiendo ayuda. La guerra ha comenzado. Mira, hay fuego sobre las crestas del Amon Din y llamas en el Eilenach; y avanzan veloces hacia el oeste: hacia el Nardol, el Érelas, MinRimmon, Calenhad y el Halifirien en los confines de Rohan.

Pero el corcel aminoró la marcha, y avanzando al paso, levantó la cabeza y relinchó. Y desde la oscuridad le respondió el relincho de otros caballos, seguido por un sordo rumor de cascos; y de pronto tres jinetes surgieron como espectros alados a la luz de la luna y desaparecieron, rumbo al oeste. Sombragris corrió alejándose, y la noche lo envolvió como un viento rugiente.

Otra vez vencido por la somnolencia, Pippin escuchaba sólo a medias lo que le contaba Gandalf acerca de las costumbres de Gondor, y de por qué el Señor de la Ciudad había puesto almenaras en las crestas de las colinas a ambos lados de las fronteras, y mantenía allí postas de caballería siempre prontas a llevar mensajes a Rohan en el Norte, o a Belfalas en el Sur.

—Hacía mucho tiempo que no se encendían las almenaras del norte —dijo Gandalf—; en los días de la antigua Gondor no eran necesarias, ya que entonces tenían las Siete Piedras.

Pippin se agitó, intranquilo.

—¡Duérmete otra vez y no temas! —le dijo Gandalf—. Tú no vas como Frodo, rumbo a Mordor, sino a Minas Tirith, y allí estarás a salvo, al menos tan a salvo como es posible en los tiempos que corren. Si Gondor cae, o si el Anillo pasa a manos del enemigo, entonces ni la Comarca será un refugio seguro.

—No me tranquilizan tus palabras —dijo Pippin, pero a pesar de todo volvió a dormirse. Lo último que alcanzó a ver antes de caer en un sueño profundo fue unas cumbres altas y blancas, que centelleaban como islas flotantes por encima de las nubes a la luz de una luna que descendía en el poniente. Se preguntó qué sería de Frodo, si ya habría llegado a Mordor, o si estaría muerto, sin sospechar que muy lejos de allí Frodo contemplaba aquella misma luna que se escondía detrás de las montañas de

Gondor antes que clareara el día El sonido de unas voces despertó a Pippin. Otro día de campamento furtivo y otra noche de cabalgata habían quedado atrás. Amanecía: la aurora fría estaba cerca otra vez, y los envolvía en unas neblinas heladas. Sombragris humeaba de sudor, pero erguía la cabeza con arrogancia y no mostraba signos de fatiga. Pippin vio en torno una multitud de hombres de elevada estatura envueltos en mantos pesados, y en la niebla detrás de ellos se alzaba un muro de piedra. Parecía estar casi en ruinas, pero ya antes del final de la noche empezaron a oírse los ruidos de una actividad incesante: el golpe de los martillos, el chasquido de las trullas, el chirrido de las ruedas. Las antorchas y las llamas de las hogueras resplandecían débilmente en la bruma. Gandalf hablaba con los hombres que le interceptaban el paso, y Pippin comprendió entonces que él era el motivo de la discusión.

—Sí, es verdad, a ti te conocemos, Mithrandir —decía el jefe de los hombres—, y puesto que conoces el santo y seña de las Siete Puertas, eres libre de proseguir tu camino. Pero a tu compañero no lo hemos visto nunca. ¿Qué es? ¿Un enano de las montañas del Norte? No queremos extranjeros en el país en estos tiempos, a menos que se trate de hombres de armas vigorosos, en cuya lealtad y ayuda podamos confiar.

—Yo responderé por él ante Denethor —dijo Gandalf—, y en cuanto al valor, no lo has de medir por el tamaño. Ha presenciado más batallas y sobrevivido a más peligros que tú, Ingold, aunque le dobles en altura; ahora viene del ataque a Isengard, del que traemos buenas nuevas, y está extenuado por la fatiga, de lo contrario ya lo habría despertado. Se llama Peregrin y es un hombre muy valiente.

—¿Un hombre? —dijo Ingold con aire dubitativo, y los otros se echaron a reír.

— ¡Un hombre! —gritó Pippin, ahora bien despierto—. ¡Un hombre! ¡Nada menos cierto! Soy un hobbit, y de valiente tengo tan poco como de hombre, excepto quizá de tanto en tanto y sólo por necesidad. ¡No os dejéis engañar por Gandalf!

—Muchos protagonistas de grandes hazañas no podrían decir más que tú —dijo Ingold—. ¿Pero qué es un hobbit?

—Un mediano —respondió Gandalf—. No, no aquél de quien se ha hablado —añadió, viendo asombro en los rostros de los hombres—. No es ése, pero sí uno de la misma raza.

—Sí, y uno que ha viajado con él —dijo Pippin—. Y Boromir, de vuestra ciudad, estaba con nosotros, y me salvó en las nieves del Norte, y finalmente perdió la vida defendiéndome de numerosos enemigos.

—¡Silencio! —dijo Gandalf—. Esta triste nueva tendría que serle anunciada al padre antes que a ninguno.

—Ya la habíamos adivinado —dijo Ingold—, pues en los últimos tiempos hubo aquí extraños presagios. Mas pasad ahora rápidamente. El Señor de Minas Tirith querrá ver en seguida a quien le trae las últimas noticias de su hijo, sea hombre o...

—Hobbit —dijo Pippin—. No es mucho lo que puedo ofrecerle a tu Señor, pero con gusto haré cuanto esté a mi alcance, en memoria de Boromir el valiente.

—¡Adiós! —dijo Ingold, mientras los hombres le abrían paso a Sombragris que entró por una puerta estrecha tallada en el muro. ¡Ojalá puedas aconsejar a Denethor en esta hora de necesidad, y a todos nosotros, Mithrandir! gritó Ingold. Pero llegas con noticias de dolor y de peligro, como es tu costumbre, según se dice.

—Porque no vengo a menudo, a menos que mi ayuda sea necesaria —respondió Gandalf—. Y en cuanto a consejos, os diré que habéis tardado mucho en reparar el muro del Pelennor. El coraje será ahora vuestra mejor defensa ante la tempestad que se avecina... el coraje y la esperanza que os traigo. Porque no todas las noticias son adversas. ¡Pero dejad por ahora las trullas y afilad las espadas!

— Los trabajos estarán concluidos antes del anochecer —dijo Ingold—. Esta es la última parte del muro defensivo: la menos expuesta a los ataques pues mira hacia nuestros amigos de Rohan. ¿Sabes algo de ellos? ¿Crees que responderán a nuestra llamada?

—Sí, acudirán. Pero han librado muchas batallas a vuestras espaldas. Esta ruta ya no es segura, ni ninguna otra. ¡Estad alerta! Sin Gandalf el Cuervo que Anuncia Tempestades, lo que veríais venir de Anórien sería un ejército de enemigos y ningún Jinete de Rohan. Y todavía es posible. ¡Adiós, y no os durmáis!

Gandalf se internó entonces en las tierras que se abrían del otro lado del Rammas Echor. Así llamaban los hombres de Gondor al muro exterior que habían construido con tantos afanes, luego que

Ithilien cayera bajo la sombra del enemigo. Corría unas diez leguas o más desde el pie de las montañas, y después de describir una curva retrocedía nuevamente para cercar los campos de Pelennor: campiñas hermosas y feraces recostadas en las lomas y terrazas que descendían hacia el lecho del Anduin. En el punto más alejado de la Gran Puerta de la Ciudad, al nordeste, el muro se alejaba cuatro leguas, y allí, desde una orilla hostil, dominaba los bajíos extensos que costeaban el río; y los hombres lo habían construido alto y resistente; pues en ese paraje, sobre un terraplén fortificado, el camino venía de los vados y de los puentes de Osgiliath y atravesaba una puerta custodiada por dos torres almenadas. En el punto más cercano, el muro se alzaba a poco más de una legua de la ciudad, al sudeste. Allí el Anduin, abrazando en una amplia curva las colinas de los Eryn Arneth al sur del Ithilien, giraba bruscamente hacia el oeste, y el muro exterior se elevaba a la orilla misma del río; y más abajo se extendían los muelles y embarcaderos del Harland destinados a las naves que remontan la corriente desde los feudos del Sur.

Las tierras cercadas por el muro eran ricas y estaban bien cultivadas: abundaban las huertas, las granjas con hornos de lúpulo y graneros, las dehesas y los establos, y muchos arroyos descendían en ondas a través de los prados verdes hacia el Anduin. Sin embargo eran pocos los agricultores y los criaderos de ganado que moraban en la región, pues la mayor parte de la gente de Gondor vivía dentro de los siete círculos de la Ciudad, o en los altos valles a lo largo de los flancos de la montaña, en Lossarnach, o más al sur en la esplendente Lebennin, la de los cinco ríos rápidos. Allí, entre las montañas y el mar, habitaba un pueblo de hombres vigorosos e intrépidos. Se los consideraba hombres de Gondor, pero en realidad eran mestizos, y había entre ellos algunos pequeños de talla y endrinos de tez, cuya ascendencia se remontaba sin duda a los hombres olvidados que vivieran a la sombra de las montañas, en los Años Oscuros anteriores a los reyes. Pero más allá, en el gran feudo de Belfalas, residía el Príncipe Imrahil en el castillo de Dol Amroth a orillas del mar, y era de antiguo linaje, al igual que todos los suyos, hombres altos y arrogantes, de ojos grises como el mar.

Al cabo de algún tiempo de cabalgata, la luz del día creció en el cielo, y Pipin, ahora despierto, miró alrededor. Un océano de bruma, que hacia el este se agigantaba en una sombra tenebrosa, se extendía a la izquierda; pero a la derecha, y desde el oeste, unas montañas enormes erguían las cabezas en una cadena que se interrumpía bruscamente, como si el río se hubiese precipitado a través de una gran barrera, excavando un valle ancho que sería terreno de batallas y discordias en tiempos por venir. Y allí donde terminaban las Montañas Blancas de Ered Nimrais, Pipin vio, como le había prometido Gandalf, la mole oscura del Monte Mindolluin, las profundas sombras bermejas de las altas gargantas, y la elevada cara de la montaña más blanca cada vez a la creciente luz del día. Allí, en un espolón, estaba la Ciudadela, rodeada por los siete muros de piedra, tan antiguos y poderosos que más que obra de hombres parecían tallados por gigantes en la osamenta misma de la montaña.

Y entonces, ante los ojos maravillados de Pipin, el color de los muros cambió de un gris espectral al blanco, un blanco que la aurora arrebolaba apenas, y de improviso el sol trepó por encima de las sombras del este y un rayo bañó la cara de la ciudad. Y Pipin dejó escapar un grito de asombro, pues la Torre de Ecthelion, que se alzaba en el interior del muro más alto, resplandecía contra el cielo, rutilante como una espiga de perlas y plata, esbelta y armoniosa, y el pináculo centelleaba como una joya de cristal tallado; unas banderas blancas aparecieron de pronto en las almenas y flamearon en la brisa matutina, y Pipin oyó, alto y lejano, un repique claro y vibrante como de trompetas de plata.

Gandalf y Pipin llegaron así a la salida del sol a la Gran Puerta de los Hombres de Gondor, y las batientes de hierro se abrieron ante ellos.

—¡Mithrandir! ¡Mithrandir! —gritaron los hombres. ¡Ahora sabemos con certeza que la tempestad se avecina!

—Está sobre vosotros —dijo Gandalf—. Yo he cabalgado en sus alas. ¡Dejadme pasar! Tengo que ver a vuestro Señor Denethor mientras aún ocupa el trono. Suceda lo que suceda, Gondor ya nunca será el país que habéis conocido. ¡Dejadme pasar!

Los hombres retrocedieron ante el tono imperioso de Gandalf y no le hicieron más preguntas, pero observaron perplejos al hobbit que iba sentado delante de él y al caballo que lo transportaba. Pues las gentes de la ciudad rara vez utilizaban caballos, y no era habitual verlos por las calles, excepto los que montaban los mensajeros de Denethor. Y dijeron:

—Ha de ser sin duda uno de los grandes corceles del Rey de Rohan. Tal vez los Rohirrim llegarán pronto trayendones refuerzos. —Pero ya Sombragris avanzaba con paso arrogante por el camino sinuoso.

La arquitectura de Minas Tirith era tal que la ciudad estaba construida en siete niveles, cada uno de ellos excavado en la colina y rodeado de un muro; y en cada muro había una puerta. Pero estas puertas no se sucedían en una línea recta: la Gran Puerta del Muro de la Ciudad se abría en el extremo oriental del circuito, pero la siguiente miraba casi al sur, y la tercera al norte y así sucesivamente, hacia uno y otro lado, siempre en ascenso, de modo que la ruta pavimentada que subía a la ciudadela giraba primero en un sentido, luego en el otro a través de la cara de la colina. Y cada vez que cruzaba la línea de la Gran Puerta corría por un túnel abovedado, penetrando en un vasto espolón de roca, un enorme contrafuerte que dividía en dos todos los círculos de la Ciudad, con excepción del primero. Pues como resultado de la forma primitiva de la colina y de la notable destreza y esforzada labor de los hombres de antaño, detrás del patio espacioso a que la puerta daba acceso, se alzaba un imponente bastión de piedra; la arista, aguzada como la quilla de un barco, miraba hacia el este. Culminaba coronado de almenas en el nivel del círculo superior, permitiendo así a los hombres que se encontraban en la ciudadela, vigilar desde la cima, como los marineros de una nave montañosa, la puerta situada setecientos pies más abajo. También la entrada de la ciudadela miraba al este, pero estaba excavada en el corazón de la roca; desde allí, una larga pendiente alumbrada por faroles subía hasta la séptima puerta. Por ese camino llegaron al fin al Patio Alto, y a la Plaza del Manantial al pie de la Torre Blanca; alta y soberbia, medía cincuenta brazas desde la base hasta el pináculo, y allí la bandera de los Senescales flameaba a mil pies por encima de la llanura.

Era sin duda una fortaleza poderosa, y en verdad inexpugnable, si había en ella hombres capaces de tomar las armas, a menos que el adversario entrara desde atrás, y escalando las cuestas inferiores del Mindolluin llegase al brazo estrecho que unía la Colina de la Guardia a la montaña. Pero esa estribación, que se elevaba hasta el quinto muro, estaba flanqueada por grandes bastiones que llegaban al borde mismo del precipicio en el extremo occidental; y en ese lugar se alzaban las moradas y las tumbas abovedadas de los reyes y señores de antaño, ahora para siempre silenciosos entre la montaña y la torre.

Pippin contemplaba con asombro creciente la enorme ciudad de piedra, más vasta y más espléndida que todo cuanto hubiera podido soñar: más grande y más fuerte que Isengard, y mucho más hermosa. Sin embargo, la ciudad declinaba en verdad año tras año: ya faltaba la mitad de los hombres que hubieran podido vivir allí cómodamente. En todas las calles pasaban por delante de alguna mansión o palacio y en lo alto de las fachadas o portales había hermosas letras grabadas, de perfiles raros y antiguos: los nombres, supuso Pippin, de los nobles señores y familias que habían vivido allí en otros tiempos; pero ahora ellos callaban, no había rumor de pasos en los vastos recintos embaldosados, ni voces que resonaran en los salones, ni un rostro que se asomara a las puertas o a las ventanas vacías.

Salieron por fin de las sombras en la puerta séptima, y el mismo sol cálido que brillaba sobre el río, mientras Frodo se paseaba por los claros de Ithilien, iluminó los muros lisos y las columnas recias, y la cabeza majestuosa y coronada de un rey esculpida en la arcada. Gandalf desmontó, pues la entrada de caballos estaba prohibida en la ciudadela, y Sombragris, animado por la voz afectuosa de su amo, permitió que lo alejaran de allí.

Los Guardias de la Puerta llevaban túnicas negras, y yelmos de forma extraña: altos de cimera y ajustados a las mejillas por largas orejeras que remataban en alas blancas de aves marinas; pero los cascos, preciados testimonios de las glorias de otro tiempo, eran de mithril, y resplandecían con una llama de plata. Y en las sobrevestas negras habían bordado un árbol blanco con flores como de nieve bajo una corona de plata y estrellas de numerosas puntas. Tal era la librea de los herederos de Elendil, y ya nadie la usaba en todo el Reino salvo los Guardias de la Ciudadela apostados en el Patio del Manantial, donde antaño floreciera el Árbol Blanco.

Al parecer la noticia de la llegada de Gandalf y Pippin había precedido a los viajeros: fueron admitidos inmediatamente, en silencio y sin interrogatorios. Gandalf cruzó con paso rápido el patio pavimentado de blanco. Un manantial canturreaba al sol de la mañana, rodeado por una franja de hierba de un verde luminoso; pero en el centro, encorvado sobre la fuente, se alzaba un árbol muerto, y las gotas resbalaban melancólicamente por las ramas quebradas y estériles y caían de vuelta en el agua clara.

Pippin le echó una mirada fugaz mientras correteaba en pos de Gandalf. Le pareció triste y se preguntó por qué habrían dejado un árbol muerto en aquel lugar donde todo lo demás estaba tan bien cuidado.

Siete estrellas y siete piedras y un árbol blanco.

Las palabras que le oyera murmurar a Gandalf le volvieron a la memoria. Y en ese momento se encontró a las puertas del gran palacio, bajo la torre refulgente; y siguiendo al mago pasó junto a los ujieres altos y silenciosos y penetró en las sombras frescas y pobladas de ecos de la casa de piedra.

Mientras atravesaban una galería embaldosada, larga y desierta, Gandalf le hablaba a Pippin en voz muy baja:

—Cuida tus palabras, Peregrin Tuk. No es momento de mostrar el desparpajo típico de los hobbits. Théoden es un anciano bondadoso. Denethor es de otra raza, orgulloso y perspicaz, más poderoso y de más alto linaje, aunque no lo llamen rey. Pero querrá sobre todo hablar contigo, y te hará muchas preguntas, ya que tú puedes darle noticias de su hijo Boromir. Lo amaba de veras: demasiado tal vez; y más aún porque era tan diferente. Pero con el pretexto de ese amor supondrá que le es más fácil enterarse por ti que por mí de lo que desea saber. No le digas una palabra más de lo necesario, y no toques el tema de la misión de Frodo. Yo me ocuparé de eso a su tiempo. Y tampoco menciones a Aragorn, a menos que te veas obligado.

—¿Por qué no? ¿Qué pasa con Trancos? —preguntó Pippin en voz baja—. Tenía la intención de venir aquí ¿no? De todos modos, no tardará en llegar.

—Quizá, quizá —dijo Gandalf—. Pero si viene, lo hará de una manera inesperada para todos, incluso para el propio Denethor. Será mejor así. En todo caso, no nos corresponde a nosotros anunciar su llegada.

Gandalf se detuvo ante una puerta alta de metal pulido.

—Escucha, Pippin, no tengo tiempo ahora de enseñarte la historia de Gondor; aunque sería preferible que tú mismo hubieras aprendido algo en los tiempos en que robabas huevos de los nidos y retozabas en los bosques de la a un poderoso señor la noticia de la muerte de su heredero, hablarle en demasía de la llegada de aquel que puede reivindicar derechos sobre el trono. ¿Te alcanza con esto?

—¿Derechos sobre el trono? —dijo Pippin, estupefacto.

—Sí —dijo Gandalf—. Si has estado estos días con las orejas tapadas y la mente dormida, ¡es hora de que despiertes! Llamó a la puerta.

La puerta se abrió, pero no había nadie allí. La mirada de Pippin se perdió en un salón enorme. La luz entraba por ventanas profundas alineadas en las naves laterales, más allá de las hileras de columnas que sostenían el cielo raso. Monolitos de mármol negro se elevaban hasta los soberbios chapiteles esculpidos con las más variadas y extrañas figuras de animales y follajes, y arriba, en la penumbra de la gran bóveda, centelleaba el oro mate de tracerías y arabescos multicolores. No se veían en aquel recinto largo y solemne tapices ni colgaduras historiadas, ni había un solo objeto de tela o de madera; pero entre los pilares se erguía una compañía silenciosa de estatuas altas talladas en la piedra fría. Pippin recordó de pronto las rocas talladas de Argonath, y un temor extraño se apoderó de él, mientras miraba aquella galería de reyes muertos en tiempos remotos. En el otro extremo del salón, sobre un estrado precedido de muchos escalones, bajo un palio de mármol en forma de yelmo coronado, se alzaba un trono; detrás del trono, tallada en la pared y recamada de piedras preciosas, se veía la imagen de un árbol en flor. Pero el trono estaba vacío. Al pie del estrado, en el primer escalón que era ancho y profundo, había un sitial de piedra, negro y sin ornamentos, y en él, con la cabeza gacha y la mirada fija en el regazo, estaba sentado un anciano. Tenía en la mano un cetro blanco de pomo de oro. No levantó la vista. Gandalf y Pippin atravesaron el largo salón hasta detenerse a tres pasos del escabel en que el anciano apoyaba los pies.

—¡Salve, Señor y Senescal de Minas Tirith, Denethor hijo de Ecthelion! He venido a traerte consejo y noticias en esta hora sombría.

Entonces el anciano alzó los ojos. Pippin vio el rostro de estatua, la orgullosa osamenta bajo la piel de marfil, y la larga nariz aguileña entre los ojos sombríos y profundos; más que a Boromir, le recordó a Aragorn.

—Sombría es en verdad la hora —dijo el anciano—, y siempre vienes en ruina próxima de Gondor, menos me afecta esta oscuridad que mi propia oscuridad. Me han dicho que traes contigo a alguien que ha visto morir a mi hijo. ¿Es él?

—Es él. Uno de los dos. El otro está con Théoden de Rohan, y es posible que también venga de un momento a otro. Son medianos, como ves, mas no aquél de quien hablan los presagios.

—Un mediano de todos modos —dijo Denethor con amargura—, y poco amor me inspira este nombre, desde que las palabras malditas vinieron a perturbar nuestros consejos y arrastraron a mi hijo a la loca aventura en que perdió la vida. ¡Mi Boromir! ¡Tanto como ahora necesitamos de ti! Faramir tenía que haber partido en lugar de él.

—Lo habría hecho —dijo Gandalf—. ¡No seas injusto en tu dolor! Boromir reclamó para sí la misión y no permitió que otro la cumpliera. Era un hombre autoritario que nunca daba el brazo a torcer. Viajé con él muy lejos y llegué a conocerlo. Pero hablas de su muerte. ¿Has tenido noticias antes que llegáramos?

—He recibido esto —dijo Denethor, y dejando a un lado el cetro levantó del regazo el objeto que había estado mirando. Tenía en cada mano una mitad de un cuerno grande, partido en dos: un cuerno de buey salvaje guarnecido de plata.

—¡Es el cuerno que Boromir llevaba siempre consigo! —exclamó Pippin.

—Exactamente —dijo Denethor—. Y yo lo llevé en mis tiempos como todos los primogénitos de esta casa, hasta los años ya olvidados anteriores a la caída de los reyes, desde que Vorondil padre de Mardil cazaba las vacas salvajes de Araw en las tierras lejanas de Rhün. Lo oí sonar débilmente en las marcas septentrionales hace trece días, y el río me lo trajo, quebrado: ya nunca más volverá a sonar. —Calló, y por un momento hubo un silencio pesado. De improviso, Denethor volvió hacia Pippin los ojos negros.

—¿Qué puedes decirme tú, mediano?

—Trece, trece días —balbució Pippin—. Sí, creo que fue entonces. Sí, yo estaba junto a él, cuando sopló el cuerno. Pero nadie acudió en nuestra ayuda. Sólo más orcos.

—Ah —dijo Denethor—. De modo que tú estabas allí. ¡Cuéntame más! ¿Por qué nadie acudió en vuestra ayuda? ¿Y cómo fue que tú te salvaste, y no él, poderoso como era, y sin más adversarios que unos cuantos orcos?

Pippin se sonrojó y olvidó sus temores.

—El más poderoso de los hombres puede morir atravesado por una sola flecha —replicó—, y Boromir recibió más de una. Cuando lo vi por última vez estaba caído al pie de un árbol y se arrancaba del flanco un dardo empenachado de negro. Luego me desmayé y fui hecho prisionero. Nunca más lo vi, y esto es todo cuanto sé. Pero lo recuerdo con honor, pues era muy valiente. Murió por salvarnos, a mi primo Meriadoc y a mí, cuando nos asediaba en los bosques la soldadesca del Señor Oscuro; y aunque haya sucumbido y fracasado, mi gratitud no será menos grande.

Ahora era Pippin quien miraba al anciano a los ojos, movido por un orgullo extraño, exacerbado aún por el desdén y la suspicacia que había advertido en la voz glacial de Denethor.

—Comprendo que un gran Señor de los Hombres juzgará de escaso valor los servicios de un hobbit, un mediano de la Comarca Septentrional, pero así y todo, los ofrezco, en retribución de mi deuda. —Y abriendo de un tirón nervioso los pliegues de la capa, sacó del cinto la pequeña espada y la puso a los pies de Denethor.

Una sonrisa pálida, como un rayo de sol frío en un atardecer de invierno, pasó por el semblante del viejo, pero en seguida inclinó la cabeza y tendió la mano, soltando los fragmentos del cuerno.

—¡Dame esa espada! —dijo.

Pippin levantó el arma y se la presentó por la empuñadura.

—¿De dónde proviene? —inquirió Denethor—. Muchos, muchos años han pasado por ella. ¿No habrá sido forjada por los de mi raza en el Norte, en un tiempo ya muy remoto?

—Viene de los túmulos que flanquean las fronteras de mi país —dijo Pippin—. Pero ahora sólo viven allí seres malignos, y no querría hablar de ellos.

—Veo que te has visto envuelto en historias extrañas —dijo Denethor—, y una vez más compruebo que las apariencias pueden ser engañosas, en un hombre... o en un mediano. Acepto tus servicios. Porque advierto que no te dejas intimidar por las palabras; y te expresas en un lenguaje cortés, por extraño que pueda sonarnos a nosotros, aquí en el Sur. Y en los días por venir tendremos mucha necesidad de personas corteses, grandes o pequeñas. ¡Ahora préstame juramento de lealtad!

—Toma la espada por la empuñadura —dijo Gandalf— y repite las palabras del Señor, si en verdad estás resuelto.

—Lo estoy —dijo Pippin.

El viejo depositó la espada sobre sus rodillas; Pippin apoyó la mano sobre la guardia y repitió lentamente las palabras de Denethor.

—Juro ser fiel y prestar mis servicios a Góndor, y al Señor y Senescal del Reino, con la palabra y el silencio, en el hacer y el dejar hacer, yendo y viniendo, en tiempos de abundancia o de necesidad, tanto en la paz como en la guerra, en la vida y en la muerte, a partir de este momento y hasta que mi señor me libere, o la muerte me lleve, o perezca el mundo. ¡Así he hablado yo, Peregrin hijo de Paladin de la Comarca de los Medianos!

—Y yo te he oído, yo, Denethor hijo de Ecthelion, Señor de Góndor, Senescal del Rey, y no olvidaré tus palabras, ni dejaré de recompensar lo que me será dado: fidelidad con amor, valor con honor, perjurio con venganza. —La espada le fue restituida a Pippin, quien la enfundó de nuevo.

—Y ahora —dijo Denethor— he aquí mi primera orden: ¡habla y no ocultes nada! Cuéntame tu historia y trata de recordar todo lo que puedas acerca de Boromir, mi hijo. ¡Siéntate ya, y comienza! —Y mientras hablaba golpeó un pequeño gong de plata que había junto al escabel, e instantáneamente acudieron los servidores. Pippin observó entonces que habían estado aguardando en nichos a ambos lados de la puerta, nichos que ni él ni Gandalf habían visto al entrar.

—Traed vino y comida y asientos para los huéspedes —dijo Denethor—, y cuidado que nadie nos moleste durante una hora.

»Es todo el tiempo que puedo dedicaros, pues muchas otras cosas reclaman mi atención —le dijo a Gandalf—. Problemas que pueden parecer más importantes pero que a mí en este momento me apremian menos. Sin embargo, tal vez volvamos a hablar al fin del día.

—Y quizás antes, espero —dijo Gandalf—. Porque no he cabalgado hasta aquí desde Isengard, ciento cincuenta leguas, a la velocidad del viento, con el único propósito de traerte a este pequeño guerrero, por muy cortés que sea. ¿No significa nada para ti que Théoden haya librado una gran batalla, que Isengard haya sido destruida, y que yo haya roto la vara de Saruman?

Significa mucho para mí. Pero de esas hazañas conozco bastante como para tomar mis propias decisiones contra la amenaza del Este. —Volvió hacia Gandalf la mirada sombría, y Pippin notó de pronto un parecido entre los dos, y sintió la tensión entre ellos, como si viese una línea de fuego humeante que de un momento a otro pudiera estallar en una llamarada.

A decir verdad, Denethor tenía mucho más que Gandalf los aires de un gran mago: una postura más noble y señorial, facciones más armoniosas; y parecía más poderoso; y más viejo. Sin embargo, Pippin adivinaba de algún modo que era Gandalf quien tenía los poderes más altos y la sabiduría más profunda, a la vez que una velada majestad. Y era más viejo, muchísimo más viejo. «¿Cuánto más?», se preguntó, y le extrañó no haberlo pensado nunca hasta ese momento. Algo había dicho Bárbol a propósito de los magos, pero en ese entonces la idea de que Gandalf pudiera ser un mago no había pasado por la mente del hobbit. ¿Quién era Gandalf? ¿En qué tiempos remotos y en qué lugar había venido al mundo, y cuándo lo abandonaría? Pippin interrumpió sus cavilaciones y vio que Denethor y Gandalf continuaban mirándose, como si cada uno tratase de descifrar el pensamiento del otro. Pero fue Denethor el primero en apartar la mirada.

—Sí —dijo, porque si bien las Piedras, según se dice, se han perdido, los señores de Gondor tienen aún la vista más penetrante que los hombres comunes, y captan muchos mensajes. Mas ¡tomad asiento ahora!

En ese momento entraron unos criados transportando un sillón y un taburete bajo; otro traía una bandeja con un botellón de plata, y copas, y pastelillos blancos. Pippin se sentó, pero no pudo dejar de mirar al anciano señor. No supo si era verdad o mera imaginación, pero le pareció que al mencionar las Piedras la mirada del viejo se había clavado en él un instante, con un resplandor súbito.

—Y ahora, vasallo mío, nárrame tu historia —dijo Denethor, en un tono a medias benévolo, a medias burlón—. Pues las palabras de alguien que era tan amigo de mi hijo serán por cierto bien venidas.

Pippin no olvidaría nunca aquella hora en el gran salón bajo la mirada penetrante del Señor de Gondor, acosado una y otra vez por las preguntas astutas del anciano, consciente sin cesar de la presencia de Gandalf que lo observaba y lo escuchaba, y que reprimía (tal fue la impresión del hobbit) una cólera y una impaciencia crecientes. Cuando pasó la hora, y Denethor volvió a golpear el gong, Pippin estaba extenuado. «No pueden ser más de las nueve», se dijo. «En este momento podría engullir tres desayunos, uno tras otro.»

— Conducid al señor Mithrandir a los aposentos que le han sido preparados —dijo Denethor—, y su compañero puede alojarse con él por ahora, si así lo desea. Pero que se sepa que le he hecho jurar fidelidad a mi servicio; de hoy en adelante se le conocerá con el nombre de Peregrin hijo de Paladín y se le enseñarán las contraseñas menores. Mandad decir a los Capitanes que se presenten ante mí lo antes posible después que haya sonado la hora tercera.

»Y tú, mi señor Mithrandir, también podrás ir y venir a tu antojo. Nada te impedirá visitarme cuando tú lo quieras, salvo durante mis breves horas de sueño. ¡Deja pasar la cólera que ha provocado en ti la locura de un anciano, y vuelve luego a confortarme!

¿Locura? respondió Gandalf. No, monseñor, si alguna vez te conviertes en un viejo chocho, ese día morirás. Si hasta eres capaz de utilizar el dolor para ocultar tus maquinaciones. ¿Crees que no comprendí tus propósitos al interrogar durante una hora al que menos sabe, estando yo presente?

Si lo has comprendido, date por satisfecho replicó Denethor—. Locura sería, que no orgullo, desdeñar ayuda y consejos en tiempos de necesidad; pero tú sólo dispensas esos dones de acuerdo con tus designios secretos. Mas el Señor de Gondor no habrá de convertirse en instrumento de los designios de otros hombres, por nobles que sean. Y para él no hay en el mundo en que hoy vivimos una meta más alta que el bien de Gondor; y el gobierno de Gondor, monseñor, está en mis manos y no en las de otro hombre, a menos que retornara el rey.

—¿A menos que retornara el rey? —repitió Gandalf—. Y bien, señor Senescal, tu misión es conservar del reino todo lo que puedas aguardando ese acontecimiento que ya muy pocos hombres esperan ver. Para el cumplimiento de esa tarea, recibirás toda la ayuda que desees. Pero una cosa quiero decirte: yo no gobierno en ningún reino, ni en el de Gondor ni en ningún otro, grande o pequeño. Pero me preocupan todas las cosas de valor que hoy peligran en el mundo. Y yo por mi parte, no fracasaré del todo en mi trabajo, aunque Gondor perezca, si algo aconteciera en esta noche que aún pueda crecer en belleza y dar otra vez flores y frutos en los tiempos por venir. Pues también yo soy un senescal. ¿No lo sabías?

Y con estas palabras dio media vuelta y salió del salón a grandes pasos, mientras Pippin corría detrás.

Gandalf no miró a Pippin mientras se marchaban, ni le dijo una sola palabra. El guía que esperaba a las puertas del palacio los condujo a través del Patio del Manantial hasta un callejón flanqueado por edificios de piedra. Después de varias vueltas llegaron a una casa vecina al muro de la ciudadela, del lado norte, no lejos del brazo que unía la colina a la montaña. Una vez dentro, el guía los llevó por una amplia escalera tallada, al primer piso sobre la calle, y luego a una estancia acogedora, luminosa y aireada, decorada con hermosos tapices de colores lisos con reflejos de oro mate. La estancia estaba apenas amueblada, pues sólo había allí una mesa pequeña, dos sillas y un banco; pero a ambos lados detrás de unas cortinas había alcobas, provistas de buenos lechos y de vasijas y jofainas para lavarse. Tres ventanas altas y estrechas miraban al norte, hacia la gran curva del Anduin todavía envuelto en la niebla, y los Emyrn Muil y el Rauros en lontananza. Pippin tuvo que subir al banco para asomarse por encima del profundo antepecho de piedra.

—¿Estás enfadado conmigo, Gandalf? —dijo cuando el guía salió de la habitación y cerró la puerta—. Lo hice lo mejor que pude.

—¡Lo hiciste, sin duda! —respondió Gandalf con una súbita carcajada; y acercándose a Pippin se detuvo junto a él y rodeó con un brazo los hombros del hobbit, mientras se asomaba por la ventana. Pippin echó una mirada perpleja al rostro ahora tan próximo al suyo, pues la risa del mago había sido suelta y jovial. Sin embargo, al principio sólo vio en el rostro de Gandalf arrugas de preocupación y tristeza; no obstante, al mirar con más atención advirtió que detrás había una gran alegría: un manantial de alegría que si empezaba a brotar bastaría para que todo un reino estallara en carcajadas.

— Claro que lo hiciste —dijo el mago—; y espero que no vuelvas a encontrarte demasiado pronto en un trance semejante, entre dos viejos tan terribles. De todos modos el Señor de Gondor ha sabido por ti mucho más de lo que tú puedes sospechar, Pippin. No pudiste ocultar que no fue Boromir quien condujo a la Compañía fuera de Moría, ni que había entre vosotros alguien de alto rango que iba a Minas Tirith; y que llevaba una espada famosa. En Gondor la gente piensa mucho en las historias del pasado, y Denethor ha meditado largamente en el poema y en las palabras el Daño de Iñldur, después de la partida de Boromir.

»No es semejante a los otros hombres de esta época, Pippin, y cualquiera que sea su ascendencia, por un azar extraño la sangre de Oesternesse le corre casi pura por las venas; como por las de su otro hijo, Faramir, y no por las de Boromir, en cambio, que sin embargo era el predilecto. Sabe ver a la distancia, y

es capaz de adivinar, si se empeña, mucho de lo que pasa por la mente de los hombres, aun de los que habitan muy lejos. Es difícil engañarlo y peligroso intentarlo.

«¡Recuérdalo! Pues ahora has prestado juramento de fidelidad a su servicio. No sé qué impulso o qué motivo te empujó, el corazón o la cabeza. Pero hiciste bien. No te lo impedí porque los actos generosos no han de ser reprimidos por fríos consejos. Tu actitud lo conmovió, y al mismo tiempo (permíteme que te lo diga) lo divirtió. Y por lo menos eres libre ahora de ir y venir a tu gusto por Minas Tirith... cuando no estés de servicio. Porque hay un reverso de la medalla: estás bajo sus órdenes, y él no lo olvidará. ¡Sé siempre cauteloso! Calló un momento y suspiró.

—Bien, de nada vale especular sobre lo que traerá el mañana. Pero eso sí, ten la certeza de que por muchos días el mañana será peor que el hoy. Y yo nada más puedo hacer para impedirlo. El tablero está dispuesto, y ya las piezas están en movimiento. Una de ellas que con todas mis fuerzas deseo encontrar es Faramir, el actual heredero de Denethor. No creo que esté en la ciudad; pero no he tenido tiempo de averiguarlo. Tengo que marcharme, Pippin. Tengo que asistir al consejo de estos señores y enterarme de cuanto pueda. Pero el enemigo lleva la delantera, y está a punto de iniciar a fondo la partida. Y los peones participarán del juego tanto como cualquiera, Peregrin hijo de Paladin, soldado de Gondor. ¡Afila tu espada!

Gandalf se encaminó a la puerta, y al llegar a ella dio media vuelta.

—Tengo prisa, Pippin dijo. Hazme un favor cuando salgas. Antes de irte a dormir, si no estás demasiado fatigado. Ve y busca a Sombragris, y mira cómo está. Las gentes de aquí son prudentes y nobles de corazón, y bondadosas con los animales, pero no es mucho lo que entienden de caballos. Y diciendo estas palabras, Gandalf salió; en ese momento se oyó la nota clara y melodiosa de una campana que repicaba en una torre de la ciudadela. Sonó tres veces, como plata en el aire, y calló: la hora tercera después de la salida del sol.

Al cabo de un minuto, Pippin se encaminó a la puerta, bajó por la escalera y al llegar a la calle miró alrededor. Ahora el sol brillaba, cálido y luminoso, y las torres y las casas altas proyectaban hacia el oeste largas sombras nítidas. Arriba, en el aire azul, el Monte Mindolluin lucía su yelmo blanco y su manto de nieve. Hombres armados iban y venían por las calles de la ciudad, como si el toque de la hora les señalara un cambio de guardias y servicios.

En la Comarca diríamos que son las nueve de la mañana —se dijo Pippin en voz alta—. La hora justa para un buen desayuno junto a la ventana abierta, al sol primaveral. ¡Cuánto me gustaría tomar un desayuno! ¿No desayunarán las gentes de este país, o ya habrá pasado la hora? ¿Ya qué hora cenarán, y dónde?

A poco andar, vio un hombre vestido de negro y blanco que venía del centro de la ciudadela, y avanzaba por la calle estrecha hacia él. Pippin se sentía solo y resolvió hablarle cuando él pasara, pero no fue necesario. El hombre se le acercó.

—¿Eres tú Peregrin el Mediano? —le preguntó—. He sabido que has prestado juramento de fidelidad al servicio del Señor y de la Ciudad. ¡Bien venido! —Le tendió la mano, y Pippin se la estrechó. Me llamo Beregond hijo de Baranor. No estoy de servicio esta mañana y me han mandado a enseñarte el santo y seña, y a explicarte algunas de las muchas cosas que sin duda querrás saber. A mí, por mi parte, también me gustaría saber algo de ti. Porque nunca hasta ahora hemos visto medianos en este país, y aunque hemos oído algunos rumores, poco se habla de ellos en las historias y leyendas que conocemos. Además, eres un amigo de Mithrandir. ¿Lo conoces bien?

—Bueno repuso Pippin. He oído hablar de él durante toda mi corta existencia, por así decir; y en los últimos tiempos he viajado mucho en su compañía. Pero es un libro en el que hay mucho que leer, y faltaría a la verdad si dijese que he recorrido más de un par de páginas. Sin embargo, es posible que lo conozca tan bien como cualquiera, salvo unos pocos. Aragorn era el único de nuestra Compañía que lo conocía de veras.

—¿Aragorn? —preguntó Beregond—. ¿Quién es ese Aragorn

—Oh —balbució Pippin—, era un hombre que solía viajar con nosotros. Creo que ahora está en Rohan.

—Has estado en Rohan, por lo que veo. También sobre ese país hay cosas que me gustaría preguntarte; porque muchas de las menguadas esperanzas que aún alimentamos dependen de los hombres de Rohan. Pero me estoy olvidando de mi misión, que consistía en responder primeramente a todo cuanto tú quisieras preguntarme. Bien, ¿qué cosas te gustaría saber, maese Peregrin?

—Mm... bueno dijo Pippin—, si me atrevo a decirlo, la pregunta un tanto imperativa que en este momento me viene a la mente es... bueno ¿qué noticias hay del desayuno y de todo el resto? Quiero decir, no sé si me explico, ¿cuáles son las horas de las comidas, y dónde está el comedor, si es que existe? ¿Y las tabernas? Miré, pero no vi ni una sola en todo el camino, aunque antes tuve la esperanza de disfrutar de un buen trago de cerveza en cuanto llegásemos a esta ciudad de hombres tan sagaces como cortesés.

Beregond observó a Pippin con aire grave.

—Un verdadero veterano de guerra, por lo que veo —dijo—. Dicen que los hombres que parten a combatir en países lejanos viven esperando la recompensa de comer y beber; aunque yo, a decir verdad, no he viajado mucho. ¿Así que hoy todavía no has comido?

—Bueno, sí, en honor a la verdad, sí dijo Pippin—. Pero sólo una copa de vino y uno o dos pastelillos blancos, por gentileza de tu Señor; pero a cambio de eso, me torturó con preguntas durante una hora, y ése es un trabajo que abre el apetito.

Beregond se echó a reír.

—Es en la mesa donde los hombres pequeños realizan las mayores hazañas, decimos aquí. Sin embargo, has desayunado tan bien como cualquiera de los hombres de la ciudadela, y con más altos honores. Esto es una fortaleza y una torre de guardia, y ahora estamos en pie de guerra.

Nos levantamos antes del sol, comemos un bocado a la luz gris del amanecer y partimos de servicio al despuntar el día. ¡Pero no desesperes! —Otra vez rompió a reír, viendo la expresión desolada de Pippin.— Los que han realizado tareas pesadas toman algo para reparar fuerzas a media mañana. Luego viene el almuerzo, al mediodía o más tarde de acuerdo con las horas del servicio, y por último los hombres se reúnen a la puesta del sol para compartir la comida principal del día y la alegría que aún pueda quedarles.

»¡Ven! Daremos un paseo y luego iremos a procurarnos un bocado con que engañar al estómago, y comeremos y beberemos en la muralla contemplando esta espléndida mañana.

—¡Un momento! —dijo Pippin, ruborizándose—. La gula, lo que tú por pura cortesía llamas hambre, ha hecho que me olvidara de algo. Pero Gandalf, Mithrandir como tú le dices, me encomendó que me ocupara de su caballo, Sombragris, uno de los grandes corceles de Rohan, la niña de los ojos del rey, según me han dicho, aunque se lo haya dado a Mithrandir en prueba de gratitud. Creo que el nuevo amo quiere más al animal que a muchos hombres, y si la buena voluntad de Mithrandir es de algún valor para esta ciudad, trataréis a Sombragris con todos los honores: con una bondad mayor, si es posible, que la que habéis mostrado a este hobbit.

—¿Hobbit? —dijo Beregond.

—Así es como nos llamamos —respondió Pippin.

—Me alegro de saberlo —dijo Beregond—, pues ahora puedo decirte que los acentos extraños no desvirtúan las palabras hermosas, y que los hobbits saben expresarse con gran nobleza. ¡Pero vamos! Hazme conocer a ese caballo notable. Adoro a los animales, y rara vez los vemos en esta ciudad de piedra; pero yo descendo de un pueblo que bajó de los valles altos, y que antes residía en Ithilien. ¡No temas! Será una visita corta, una mera cortesía, y de allí iremos a las despensas.

Pippin comprobó que Sombragris estaba bien alojado y atendido. Pues en el séptimo círculo, fuera de los muros de la Ciudadela, había unas caballerizas espléndidas donde guardaban algunos corceles veloces, junto a las habitaciones de los correos del Señor: mensajeros siempre prontos para partir a una orden urgente del rey o de los capitanes principales. Pero ahora todos los caballos y jinetes estaban ausentes, en tierras lejanas.

Sombragris relinchó cuando Pippin entró en el establo y volvió la cabeza.

—¡Buen día! —le dijo Pippin—. Gandalf vendrá tan pronto como pueda. Ahora está ocupado, pero te manda saludos; y yo he venido a ver si todo anda bien para ti; y si descansas luego de tantos trabajos.

Sombragris sacudió la cabeza y pateó el suelo. Pero permitió que Beregond le sostuviera la cabeza gentilmente y le acariciara los flancos poderosos.

—Se diría que está preparándose para una carrera, y no que acaba de llegar de un largo viaje —dijo Beregond—. ¡Qué fuerte y arrogante! ¿Dónde están los arneses? Tendrán que ser adornados y hermosos.

—Ninguno es bastante adornado y hermoso para él —dijo Pippin—. No los acepta. Si consiente en llevarte, te lleva, y si no, no hay bocado, brida, fuste o rienda que lo dome. ¡Adiós, Sombragris! Ten paciencia. La batalla se aproxima.

Sombragris levantó la cabeza y relinchó, y el establo entero pareció sacudirse y Pippin y Beregond se taparon los oídos. En seguida se marcharon, luego de ver que había pienso en abundancia en el pesebre.

—Y ahora nuestro pienso —dijo Beregond, y se encaminó de vuelta a la ciudadela, conduciendo a Pippin hasta una puerta en el lado norte de la torre. Allí descendieron por una escalera larga y fresca hasta una calle alumbada con faroles. Había portillos en los muros, y uno de ellos estaba abierto.

— Este es el almacén y la despensa de mi compañía de la Guardia —dijo Beregond—. ¡Salud, Targon! —gritó por la abertura—. Es temprano aún, pero hay aquí un forastero que el Señor ha tomado a su servicio. Ha venido cabalgando de muy lejos, con el cinturón apretado, y ha cumplido una dura labor esta mañana; tiene hambre. ¡Danos lo que tengas!

Obtuvieron pan, mantequilla, queso y manzanas: las últimas de la reserva del invierno, arrugadas pero sanas y dulces; y un odre de cerveza bien servido, y escudillas y tazones de madera. Pusieron las provisiones en una cesta de mimbre y volvieron a la luz del sol. Beregond llevó a Pippin al extremo oriental del gran espolón de la muralla, donde había una tronera, y un asiento de piedra bajo el antepecho. Desde allí podían contemplar la mañana que se extendía sobre el mundo.

Comieron y bebieron, hablando ya de Góndor y de sus usos y costumbres, ya de la Comarca y de los países extraños que Pippin había conocido. Y cuanto más hablaban más se asombraba Beregond, y observaba maravillado al hobbit, que sentado en el asiento balanceaba las piernas cortas, o se erguía de puntillas para mirar por encima del alféizar las tierras de abajo.

— No te ocultaré, maese Peregrin —dijo Beregond— que para nosotros parece casi uno de nuestros niños, un chiquillo de unas nueve primaveras; y sin embargo has sobrevivido a peligros y has visto maravillas; pocos de nuestros viejos podrían jactarse de haber conocido otro tanto. Creí que era un capricho de nuestro Señor, tomar un paje noble a la usanza de los reyes de los tiempos antiguos, según dicen. Pero veo que no es así, y tendrás que perdonar mi necedad.

—Te perdono —dijo Pippin—. Sin embargo, no estás muy lejos de lo cierto. De acuerdo con los cálculos de mis gentes, soy casi un niño todavía, y aún me faltan cuatro años para llegar a la «mayoría de edad», como decimos en la Comarca. Pero no te preocupes por mí. Ven y mira y dime qué veo.

El sol subía. Abajo, en el valle, las nieblas se habían levantado, y las últimas se alejaban flotando como volutas de nubes blancas arrastradas por la brisa que ahora soplaba del este, y que sacudía y encrespaba las banderas y los estandartes blancos de la ciudadela. A lo lejos, en el fondo del valle, a unas cinco leguas a vuelo de pájaro, el Río Grande corría gris y resplandeciente desde el noroeste, describiendo una vasta curva hacia el sur, y volviendo hacia el oeste antes de perderse en una bruma centelleante; más allá, a cincuenta leguas de distancia, estaba el Mar.

Pippin veía todo el Pelennor extendido ante él, moteado a lo lejos de granjas y muros, graneros y establos pequeños, pero en ningún lugar vio vacas o algún otro animal. Numerosos caminos y senderos atravesaban los campos verdes, y filas de carretones avanzaban hacia la Puerta Grande, mientras otros salían y se alejaban. De tanto en tanto aparecía algún jinete, se apeaba de un salto, y entraba presuroso en la ciudad. Pero el camino más transitado era la carretera mayor que se volvía hacia el sur, y en una curva más pronunciada que la del río bordeaba luego las colinas y se perdía a lo lejos. Era un camino ancho y bien empedrado; a lo largo de la orilla oriental corría una pista ancha y verde, flanqueada por un muro. Los jinetes galopaban de aquí para allá, pero unos carrromatos que iban hacia el sur parecían ocupar toda la calle. Sin embargo, Pippin no tardó en descubrir que todo se movía en perfecto orden: los carrromatos avanzaban en tres filas, una más rápida tirada por caballos, otra más lenta, de grandes carretas adornadas de gualdrapas multicolores, tirada por bueyes; y a lo largo de la orilla oriental, unos carros más pequeños, arrastrados por hombres.

—Esa es la ruta que conduce a los valles de Tumladen y Lossarnach, y a las aldeas de las montañas, y llega hasta Lebennin —explicó Beregond—. Hacia allá se encaminan los últimos carrromatos, llevando a los refugios a los ancianos y a las mujeres y los niños. Es preciso que todos se encuentren a una legua de la Puerta y hayan despejado el camino antes del mediodía: ésa fue la orden. Es una triste necesidad. —Suspiró.— Pocos, quizá, de los que hoy se separan volverán a reunirse alguna vez. Nunca hubo muchos niños en esta ciudad; pero ahora no queda ninguno, excepto unos pocos que se negaron a marcharse y esperan que se les encomiende aquí alguna tarea: mi hijo entre ellos.

Callaron un momento. Pippin miraba inquieto hacia el este, como si miles de orcos pudieran aparecer de improviso e invadir las campiñas.

—¿Qué veo allí? —preguntó, señalando un punto en el centro de la curva del Anduin—. ¿Es otra ciudad, o qué?

—Fue una ciudad —respondió Beregond—, la capital del reino, cuando Minas Tirith no era más que una fortaleza. Lo que ves en las márgenes del Anduin son las ruinas de Osgiliath, tomada e incendiada por nuestros enemigos hace mucho tiempo. Sin embargo la reconquistamos, en la época en que Denethor aún era joven: no para vivir en ella sino para mantenerla como puesto de avanzada, y reconstruimos el puente para el paso de nuestras tropas. Pero entonces vinieron de Minas Morgul los Jinetes Negros.

—¿Los Jinetes Negros? —dijo Pippin, abriendo mucho los ojos, ensombrecidos por la reaparición de un viejo temor.

—Sí, eran negros —dijo Beregond—, y veo que algo sabes de esos jinetes, aunque no los mencionaste en tus historias.

—Algo sé —dijo Pippin en voz baja—, pero no quiero hablar ahora, tan cerca, tan cerca... — Calló de pronto, y al alzar los ojos por encima del río le pareció que todo cuanto veía alrededor era una sombra vasta y amenazante; tal vez fueran sólo unas montañas, unos picos mellados en el horizonte, desdibujados por veinte leguas de aire neblinoso; o quizás un banco de nubes que ocultaba una oscuridad todavía más profunda. Pero mientras miraba tenía la impresión de que la oscuridad crecía y se cerraba, muy lentamente, lentamente elevándose hasta ensombrecer las regiones del sol.

—¿Tan cerca de Mordor? —dijo Beregond en un susurro—. Sí, está allí. Rara vez los nombramos, pero hemos vivido siempre con esa oscuridad a la vista; algunas veces parece más tenue y distante; otras más cercana y espesa. Ahora la vemos crecer crecer, y así crecen también nuestros temores y nuestra desazón. Hace menos de un año los Jinetes Negros volvieron a conquistar los pasos, y muchos de nuestros mejores hombres cayeron allí. Luego Boromir echó al enemigo más allá de esta orilla occidental, y aún conservamos la mitad de Osgiliath. Por poco tiempo. Ahora esperamos un nuevo ataque, quizás el más violento de la guerra que se avecina.

—¿Cuándo? —preguntó Pippin—. ¿Tienes alguna idea? Porque anoche vi los fuegos de alarma y a los correos. Y Gandalf dijo que era señal de que la guerra había comenzado. Me pareció que tenía mucha prisa por venir. Sin embargo, se diría que ahora todo está en calma.

—Sólo porque ya todo está pronto —dijo Beregond—. No es más que el último respiro, antes de echarse al agua.

—Pero ¿por qué anoche estaban encendidos los fuegos de llamada?

—Es tarde para ir en busca de socorros si ya ha empezado el sitio —respondió Beregond—. Pero el Señor y los Capitanes saben cómo obtener noticias, e ignoro qué deciden. Y el Señor Denethor no es como todos los hombres: tiene la vista larga. Algunos dicen que cuando por las noches se sienta a solas en la alta estancia de la Torre, y escudriña con el pensamiento por aquí y por allá, logra por momentos leer en el futuro; y que a veces hasta mira en la mente del enemigo y lucha con él.

Por eso está tan envejecido, consumido antes de tiempo. De todos modos, mi señor Faramir ha partido a cumplir alguna misión peligrosa del otro lado del río, y es posible que haya enviado noticias.

»Pero si quieres saber lo que pienso: fueron las noticias que llegaron anoche del Lebennin lo que encendió las hogueras. Una gran flota se acerca, a la desembocadura del Anduin, tripulada por los corsarios de Umbar, un país del Sur. Hace tiempo que dejaron de temer el poderío de Gondor, y se han aliado al enemigo, y ahora intentan ayudarlo con un golpe duro. Porque este ataque nos restará gran parte del auxilio que contábamos recibir de Lebennin y Belfalas, donde los hombres son valientes y numerosos. Por eso nuestros pensamientos se vuelven tanto más hacia el Norte, hacia Rohan, y tanto más nos alegran las noticias de victoria que habéis traído.

»Y sin embargo... —hizo una pausa y se puso de pie, y miró en derredor, al norte, al este, al sur—, los acontecimientos de Isengard eran inequívocos: estamos envueltos en una gran red estratégica. Ya no se trata de simples escaramuzas en los vados, de correrías organizadas por las gentes de Ithilien y Anórien, de emboscadas y pillaje. Esta es una guerra grande, largamente planeada, y en la que somos sólo una pieza, diga lo que diga nuestro orgullo. Las cosas se mueven en el lejano Este, más allá del Mar Interior, según las noticias; y en el Norte y en el Bosque Negro y más lejos aún; y en el Sur en Harad. Y ahora todos los reinos tendrán que pasar por la misma prueba: resistir o sucumbir... bajo la Sombra.

»No obstante, maese Peregrin, tenemos este honor: nos toca siempre soportar los más duros embates del odio del Señor Oscuro, un odio que viene de los abismos del tiempo y de lo más profundo del

Mar. Aquí es donde el martillo golpeará ahora con mayor fuerza. Y por eso Mithrandir tenía tanta prisa. Porque si caemos ¿quién quedará en pie? ¿Y tú, maese Peregrin, ves alguna esperanza de que podamos resistir? Pippin no respondió. Miró los grandes muros, y las torres y los orgullosos estandartes, y el sol alto en el cielo, y luego la oscuridad que se acumulaba y crecía en el Este; y pensó en los largos dedos de aquella Sombra; en los orcos que invadían los bosques y las montañas, en la traición de Isengard, en los pájaros de mal agüero, y en los Jinetes Negros que cabalgaban por los senderos mismos de la Comarca... y en el terror alado, los Nazgûl. Se estremeció y pareció que la esperanza se debilitaba. Y en ese preciso instante el sol vaciló y se oscureció un segundo, como si un ala tenebrosa hubiese pasado delante de él. Casi imperceptible, le pareció oír, alto y lejano, un grito en el cielo: débil pero sobrecogedor, cruel y frío. Pippin palideció y se acurrucó contra el muro.

— ¿Qué fue eso? —preguntó Beregond—. ¿También tú oíste algo?

—Sí —murmuró Pippin—. Es la señal de nuestra caída y la sombra del destino, un jinete espectral del aire.

—Sí, la sombra del destino dijo Beregond. Temo que Minas Tirith esté a punto de caer. La noche se aproxima. Se diría que hasta me han quitado el calor de la sangre.

Permanecieron sentados un rato, en silencio, cabizbajos. Luego, de improviso, Pippin levantó la mirada y vio que todavía brillaba el sol y que los estandartes todavía se movían en la brisa. Se sacudió.

—Ha pasado —dijo—. No, mi corazón aún no quiere desesperar. Gandalf cayó y ha vuelto y está con nosotros. Aún es posible que continuemos en pie, aunque sea sobre una sola pierna, o al menos sobre las rodillas.

— ¡Bien dicho! —exclamó Beregond, y levantándose echó a caminar de un lado a otro a grandes trancos—. Aunque tarde o temprano todas las cosas hayan de perecer, a Góndor no le ha llegado todavía la hora. No, aun cuando los muros sean conquistados por un enemigo implacable, que levante una montaña de carroña delante de ellos. Todavía nos quedan otras fortalezas y caminos secretos de evasión en las montañas. La esperanza y los recuerdos sobrevivirán en algún valle oculto donde la hierba siempre es verde.

—De cualquier modo, quisiera que todo termine de una vez, para bien o para mal —dijo Pippin—. No tengo alma de guerrero, y el solo pensamiento de una batalla me desagrada; pero estar esperando una de la que no podré escapar es lo peor que podría ocurrirme. ¡ Qué largo parece ya el día! Me sentiría mucho más feliz si no estuviésemos obligados a permanecer aquí en observación, sin dar un solo paso, sin ser los primeros en asestar el golpe. Creo que de no haber sido por Gandalf, ningún golpe habría caído jamás sobre Rohan.

— ¡ Ah, aquí pones el dedo en una llaga que a muchos les duele! —dijo Beregond—. Pero las cosas podrían cambiar cuando regrese Faramir. Es valiente, más valiente de lo que muchos suponen; pues en estos tiempos los hombres no quieren creer que alguien pueda ser un sabio, un hombre versado en los antiguos manuscritos y en las leyendas y canciones del pasado, y al mismo tiempo un capitán intrépido y de decisiones rápidas en el campo de batalla. Sin embargo, así es Faramir. Menos temerario y vehemente que Boromir, pero no menos resuelto. Mas ¿qué podrá hacer? No nos es posible tomar por asalto las montañas de... de ese reino tenebroso. Nuestros recursos son limitados y no nos permiten anticiparnos a la ofensiva del enemigo. ¡Pero eso sí, nuestra respuesta será violenta! —Golpeó con fuerza la guardia de la espada.

Pippin lo miró: alto, noble y arrogante, como todos los hombres que hasta entonces había visto en aquel país; y los ojos le centelleaban de sólo pensar en la batalla. « ¡ Ay! », reflexionó. « Débil y ligera como una pluma me parece mi propia mano. » Pero no dijo nada. ¿Un peón, había dicho Gandalf? Tal vez, pero en un tablero equivocado.

Hablaron así hasta que el sol llegó al cenit, y de pronto repicaron las campanas del mediodía, y en la ciudadela se observó un ajeteo de hombres: todos, con excepción de los centinelas de guardia, se encaminaban a almorzar.

— ¿Quieres venir conmigo? —dijo Beregond—. Por hoy puedes compartir nuestro rancho. No sé a qué compañía te asignarán, o si el Señor Denethor desea tenerte a sus órdenes. Pero entre nosotros serás bien venido. Conviene que conozcas el mayor número posible de hombres, mientras hay tiempo.

—Me hará feliz acompañarte —respondió Pippin. A decir verdad, me siento solo. He dejado a mi mejor amigo en Rohan, y desde entonces no he tenido con quien charlar y bromear. Tal vez podría

realmente entrar en tu Compañía. ¿Eres el capitán? En ese caso podrías tomarme, ¿o quizás hablar en mi favor?

—No, no —dijo Beregon, riendo—, no soy un capitán. No tengo cargo, ni rango, ni señorío, y no soy más que un hombre de armas de la Tercera Compañía de la Ciudadela. Sin embargo, maese Peregrin, ser un simple hombre de armas en la Guardia de la Torre de Gondor es considerado digno y honroso en la ciudad, y en todo el reino se trata con honores a tales hombres.

—En ese caso, es algo que está por completo fuera de mi alcance —dijo Pippin—. Llévame de nuevo a nuestros aposentos, y si Gandalf no se encuentra allí, iré contigo a donde quieras... como tu invitado.

Gandalf no estaba en las habitaciones ni había enviado ningún mensaje; Pippin acompañó entonces a Beregon y fue presentado a los hombres de la Tercera Compañía. Al parecer Beregon ganó tanto prestigio entre sus camaradas como el propio Pippin, que fue muy bien recibido. Mucho se había hablado ya en la ciudadela del compañero de Mithrandir y de su largo y misterioso coloquio con el Señor; y corría el rumor de que un príncipe de los medianos había venido del Norte a prestar juramento de lealtad a Gondor con cinco mil espadas. Y algunos decían que cuando los jinetes vinieran de Rohan, cada uno traería en la grupa a un guerrero mediano, pequeño quizá, pero valiente.

Si bien Pippin tuvo que desmentir de mala gana esta leyenda promisoriosa, no pudo librarse del nuevo título, el único, al decir de los hombres, digno de alguien tan estimado por Boromir y honrado por el Señor Denethor; le agradecieron que los hubiera visitado, y escucharon muy atentos el relato de sus aventuras en tierras extrañas, ofreciéndole de comer y de beber tanto como Pippin podía desear. Y en verdad, sólo le preocupaba la necesidad de ser «cauteloso», como le había recomendado Gandalf, y de no soltar demasiado la lengua, como hacen los hobbits cuando se sienten entre gente amiga.

Por fin Beregon se levantó.

— ¡ Adiós por esta vez! — dijo—. Estoy de guardia ahora hasta la puesta del sol, al igual que todos los aquí presentes, creo. Pero si te sientes solo, como dices, tal vez te gustaría tener un guía alegre que te lleve a visitar la ciudad. Mi hijo se sentirá feliz de acompañarte. Es un buen muchacho, puedo decirlo. Si te agrada la idea, baja hasta el círculo inferior y pregunta por la Hostería Vieja en el Rath Celerdain, Calle de los Lampareros. Allí lo encontrarás con otros jóvenes que se han quedado en la ciudad. Quizás haya cosas interesantes para ver allá abajo, junto a la Puerta Grande, antes que cierren.

Salió, y los otros no tardaron en seguirlo.

Aunque empezaba a flotar una bruma ligera, el día era todavía luminoso, y caluroso para un mes de marzo, aun en un país tan meridional. Pippin se sentía soñoliento, pero la habitación le pareció triste y decidió descender a explorar la ciudad. Le llevó a Sombragris unos bocados que había apartado, y que el animal recibió con alborozo, aunque nada parecía faltarle. Luego echó a caminar bajando por muchos senderos zigzagueantes.

La gente lo miraba con asombro, cuando él pasaba. Los hombres se mostraban con él solemnes y corteses, saludándolo a la usanza de Gondor con la cabeza gacha y las manos sobre el pecho; pero detrás de él oía muchos comentarios, a medida que la gente que andaba por las calles llamaba a quienes estaban dentro a que salieran a ver al Príncipe de los Medianos, el compañero de Mithrandir. Algunos hablaban un idioma distinto de la Lengua Común, pero Pippin no tardó mucho en aprender al menos qué significaba Ernil i Pberianath y en saber que su condición de príncipe ya era conocida en toda la ciudad.

Recorriendo las calles abovedadas y las hermosas alamedas y pavimentos, llegó por fin al círculo inferior, el más amplio; allí le dijeron dónde estaba la Calle de los Lampareros, un camino ancho que conducía a la Puerta Grande. Pronto encontró la Hostería Vieja, un edificio de piedra gris desgastada por los años, con dos alas laterales; en el centro había un pequeño prado, y detrás se alzaba la casa de numerosas ventanas; todo el ancho de la fachada lo ocupaba un pórtico sostenido por columnas y una escalinata que descendía hasta la hierba. Algunos chiquillos jugaban entre las columnas: los únicos niños que Pippin había visto en Minas Tirith, y se detuvo a observarlos. De pronto, uno de ellos advirtió la presencia del hobbit, y precipitándose con un grito a través de la hierba, llegó a la calle, seguido de otros. De pie frente a Pippin, lo miró de arriba abajo.

— ¡Salud! —dijo el chiquillo—. ¿De dónde vienes? Eres un forastero en la ciudad.

—Lo era —respondió Pippin—; pero dicen ahora que me he convertido en un hombre de Gondor.

— ¡Oh, no me digas! —dijo el chiquillo—. Entonces aquí todos somos hombres. Pero ¿qué edad tienes y cómo te llamas? Yo he cumplido los diez, y pronto mediré cinco pies. Soy más alto que tú. Pero también mi padre es un Guardia y uno de los más altos. ¿Qué hace tu padre?

— ¿A qué pregunta he de responder primero? —dijo Pippin—. Mi padre cultiva las tierras de los alrededores de Fuente Blanca, cerca de Alforzaburgo en la Comarca. Tengo casi veintinueve años, así que en eso te aventajo, aunque mida sólo cuatro pies, y es improbable que crezca, salvo en sentido horizontal.

— ¡Veintinueve años! —exclamó el niño, lanzando un silbido—. Vaya, eres casi viejo, tan viejo como mi tío Iorlas. Sin embargo —añadió, esperanzado—, apuesto que podría ponerte cabeza abajo o tumbarte de espaldas.

— Tal vez, si yo te dejara —dijo Pippin, riendo—. Y quizás yo pudiera hacerte lo mismo a ti: conocemos unas cuantas triquiñuelas en mi pequeño país. Donde, déjame que te lo diga, se me considera excepcionalmente grande y fuerte; y jamás he permitido que nadie me pusiera cabeza abajo. Y si lo intentaras, y no me quedara otro remedio, quizá me viera obligado a matarte. Porque, cuando seas mayor, aprenderás que las personas no siempre son lo que parecen; y aunque quizá me hayas tomado por un jovencuelo extranjero tonto y bonachón, y una presa fácil, quiero prevenirte: no lo soy; ¡soy un mediano, duro, temerario y malvado! —Y Pippin hizo una mueca tan fiera que el niño dio un paso atrás, pero en seguida volvió a acercarse, con los puños apretados y un centelleo belicoso en la mirada.

— ¡No! —dijo Pippin, riendo—. ¡Tampoco creas todo lo que dice de sí mismo un extranjero! No soy un luchador. Sin embargo, sería más cortés que quien lanza el desafío se diera a conocer.

El chico se irguió con orgullo. — Soy Bergil hijo de Beregond de la Guardia —dijo.

— Era lo que pensaba —dijo Pippin—, pues te pareces mucho a tu padre. Lo conozco y él mismo me ha enviado a buscarte.

— ¿Por qué, entonces, no lo dijiste en seguida? —preguntó Bergil, y una expresión de desconsuelo le ensombreció de pronto la cara—. ¡ No me digas que ha cambiado de idea y que quiere enviarme fuera de la ciudad, junto con las mujeres! Pero no, ya han partido las últimas carretas.

— El mensaje, si no bueno, es menos malo de lo que supones —dijo Pippin—. Dice que si en lugar de ponerme cabeza abajo prefieres mostrarme la ciudad, podrías acompañarme y aliviar mi soledad un rato. En compensación, yo podría contarte algunas historias de países remotos.

Bergil batió palmas y rió, aliviado.

— ¡Todo marcha bien, entonces! gritó—. ¡Ven! Dentro de un momento íbamos a salir hacia la Puerta, a mirar. Iremos ahora mismo.

— ¿Qué pasa allí?

— Esperamos a los Capitanes de las Tierras Lejanas; se dice que llegarán antes del crepúsculo, por el Camino del Sur. Ven con nosotros y verás.

Bergil mostró que era un buen camarada, la mejor compañía que había tenido Pippin desde que se separara de Merry, y pronto estuvieron parlotando y riendo alborozados, sin preocuparse por las miradas que la gente les echaba. A poco andar, se encontraron en medio de una muchedumbre que se encaminaba a la Puerta Grande. Y allí, el prestigio de Pippin aumentó considerablemente a los ojos de Bergil, pues cuando dio su nombre y el santo y seña, el guardia lo saludó y lo dejó pasar; y lo que es más, le permitió llevar consigo a su compañero.

— ¡Maravilloso! —dijo Bergil—. A nosotros, los niños, ya no nos permiten franquear la puerta sin un adulto. Ahora podremos ver mejor.

Del otro lado de la puerta, una multitud de hombres ocupaba las orillas del camino y el gran espacio pavimentado en que desembocaban las distintas rutas a Minas Tirith. Todas las miradas se volvían al Sur, y no tardó en elevarse un murmullo:

¡Hay una polvareda allá, a lo lejos! ¡Ya están llegando!

Pippin y Bergil se abrieron paso hasta la primera fila, y esperaron. Unos cuernos sonaron a la distancia, y el estruendo de los vítores llegó hasta ellos como un viento impetuoso. Se oyó luego un vibrante toque de clarín, y toda la gente que los rodeaba prorrumpió en gritos de entusiasmo.

¡Forlong! ¡Forlong! —gritaban los hombres.

—¿Qué dicen? —preguntó Pippin.

—Ha llegado Forlong —respondió Bergil—, el viejo Forlong el Gordo, el Señor de Lossarnach. Allí es donde vive mi abuelo. ¡Hurra! Ya está aquí, mira. ¡El buen viejo Forlong!

A la cabeza de la comitiva avanzaba un caballo grande y de osamenta poderosa, y montado en él iba un hombre ancho de espaldas y enorme de contorno; aunque viejo y barbicano, vestía una cota de malla, usaba un yelmo negro, y llevaba una lanza larga y pesada. Tras él marchaba, orgullosa, una polvorienta caravana de hombres armados y ataviados, que empuñaban grandes hachas de combate; eran fieros de rostro, y más bajos y un poco más endrinos que todos los que Pippin había visto en Góndor.

¡Forlong! lo aclamaba la multitud—. ¡Corazón leal, amigo fiel! ¡Forlong! Pero cuando los hombres de Lossarnach hubieron pasado, murmuraron: — ¡ Tan pocos! ¿ Cuántos serán, doscientos ? Esperábamos diez veces más. Les habrán llegado noticias de los navios negros. Sólo han enviado un décimo de las fuerzas de Lossarnach. Pero aún lo pequeño es una ayuda.

Así fueron llegando las otras Compañías, saludadas y aclamadas por la multitud, y cruzaron la puerta hombres de las Tierras Lejanas que venían a defender la Ciudad de Góndor en una hora sombría; pero siempre en número demasiado pequeño, siempre insuficientes para colmar las esperanzas o satisfacer las necesidades. Los hombres del Valle de Ringló detrás del hijo del Señor, Dervorin, marchaban a pie: trescientos. De las mesetas de Morthond, el ancho Valle de la Raíz Negra, Duinhir el Alto, acompañado por sus hijos, Duilin y Derufin, y quinientos arqueros. Del Anfalas, de la lejana Playa Larga, una columna de hombres muy diversos, cazadores, pastores, y habitantes de pequeñas aldeas, malamente equipados, excepto la escolta de Golasgil, el soberano. De Lamedon, unos pocos montañeses salvajes y sin capitán. Pescadores del Ethir, un centenar o más, reclusos en las embarcaciones. Hirluin el Hermoso, venido de las Colinas Verdes de Pinnath Galin con trescientos guerreros apuestos, vestidos de verde. Y por último el más soberbio, Imrahil, Príncipe de Dol Amroth, pariente del Señor Denethor, con estandartes de oro y el emblema del Navio y el Cisne de Plata, y una escolta de caballeros con todos los arreos, montados en corceles grises; los seguían setecientos hombres de armas, altos como señores, de ojos acorados y cabellos oscuros, que marchaban cantando.

Y eso era todo, menos de tres mil en total. Y no vendrían otros. Los gritos y el ruido de los pasos y los cascos se extinguieron dentro de la ciudad. Los espectadores callaron un momento. El polvo flotaba en el aire, pues el viento había cesado y la atmósfera del atardecer era pesada. Se acercaba ya la hora de cerrar las puertas, y el sol rojo había desaparecido detrás del Mindolluin. La sombra se extendió sobre la ciudad.

Pippin alzó los ojos, y le pareció que el cielo tenía un color gris ceniciento, como velado por una espesa nube de polvo que la luz atravesaba apenas. Pero en el oeste el sol agonizante había incendiado el velo de sombras, y ahora el Mindolluin se erguía como una forma negra envuelta en las ascuas de una humareda ardiente.

—¡Que así, con cólera, termine un día tan hermoso! —reflexionó Pippin en voz alta, olvidándose del chiquillo que estaba junto a él.

—Así terminará si no regreso antes de las campanas del crepúsculo dijo Bergil. ¡Vamos! Ya suena la trompeta que anuncia el cierre de la puerta.

Tomados de la mano volvieron a la ciudad, los últimos en traspasar la puerta antes que se cerrara, y cuando llegaron a la Calle de los Lampareros todas las campanas de las torres repicaban solemnemente. Aparecieron luces en muchas ventanas, y de las casas y los puestos de los hombres de armas llegaban cantos.

— ¡Adiós por esta vez! —dijo Bergil—. Llévale mis saludos a mi padre y agradécele la compañía que me mandó. Vuelve pronto, te lo ruego. Casi desearía que no hubiese guerra, porque podríamos haber pasado buenos momentos. Hubiéramos podido ir a Lossarnach, a la casa de mi abuelo: es maravilloso en primavera, los bosques y los campos cubiertos de flores. Pero quizá podamos ir algún día. El Señor Denethor jamás será derrotado, y mi padre es muy valiente. ¡Adiós y vuelve pronto!

Se separaron, y Pippin se encaminó de prisa hacia la ciudadela. El trayecto se le hacía largo, y empezaba a sentir calor y un hambre voraz. Y la noche se cerró, rápida y oscura. Ni una sola estrella parpadeaba en el cielo. Llegó tarde a la cena, y Beregond lo recibió con alegría, y lo sentó al lado de él para oír las noticias que le traía de su hijo. Una vez terminada la comida, Pippin se quedó allí un rato, pero no tardó en despedirse, pues sentía el peso de una extraña melancolía, y ahora tenía muchos deseos de ver otra vez a Gandalf.

—¿Sabrás encontrar el camino? —le preguntó Beregond en la puerta de la sala, en la parte norte de la ciudadela, donde habían estado sentados—. La noche es oscura, y aún más porque han dado órdenes de velar todas las luces dentro de la ciudad; ninguna ha de ser visible desde fuera de los muros. Y puedo darte una noticia de otro orden: mañana por la mañana, a primera hora, serás convocado por el Señor Denethor. Me temo que no te destinarán a la Tercera Compañía. Sin embargo, es posible que volvamos a encontrarnos. ¡Adiós y duerme en paz!

La habitación estaba a oscuras, excepto una pequeña linterna puesta sobre la mesa. Gandalf no se encontraba allí. La tristeza de Pippin era cada vez mayor. Se subió al banco y trató de mirar por una ventana, pero era como asomarse a un lago de tinta. Bajó y cerró la persiana y se acostó. Durante un rato permaneció tendido y alerta, esperando el regreso de Gandalf, y luego cayó en un sueño inquieto.

En mitad de la noche lo despertó una luz, y vio que Gandalf había vuelto y que recorría la habitación a grandes trancos del otro lado de la cortina. Sobre la mesa había velas y rollos de pergamino. Oyó que el mago suspiraba y murmuraba: «¿Cuándo regresará Faramir?»

— ¡Hola! —dijo Pippin, asomando la cabeza por la cortina—. Creía que te habías olvidado de mí. Me alegro de verte de vuelta. El día fue largo.

—Pero la noche será demasiado corta —dijo Gandalf—. He vuelto aquí porque necesito un poco de paz y de soledad. Harías bien en dormir en una cama mientras sea posible. Al alba, te llevaré de nuevo al Señor Denethor. No, al alba no, cuando llegue la orden. La Oscuridad ha comenzado. No habrá amanecer.

2

EL PASO DE LA COMPAÑÍA GRIS

Gandalf había desaparecido, y los ecos de los cascos de Sombragris se habían perdido en la noche. Merry volvió a reunirse con Aragorn. Apenas tenía equipaje, pues había perdido todo en Parth Galen, y sólo llevaba las pocas cosas útiles que recogiera entre las ruinas de Isengard. Hasufel ya estaba enjaezado. Lególas y Gimli y el caballo de ellos esperaban cerca.

—Así que todavía quedan cuatro miembros de la Compañía —dijo Aragorn. Seguiremos cabalgando juntos. Pero no iremos solos, como yo pensaba. El rey está ahora decidido a partir inmediatamente. Desde que apareció la sombra alada, sólo piensa en volver a las colinas al amparo de la noche.

—¿Y de allí, a dónde iremos luego? le preguntó Lególas.

—No lo sé aún respondió Aragorn. En cuanto al rey, partirá para la revista de armas que ha convocado en Edoras dentro de cuatro noches. Y allí, supongo, tendrá noticias de la guerra, y los Jinetes de Rohan descenderán a Minas Tirith. Excepto yo, y los que quieran seguirme...

—¡Yo, para empezar! gritó Lególas.

— ¡Y Gimli con él! —dijo el enano.

—Bueno dijo Aragorn—, en cuanto a mí, todo lo que veo es oscuridad. También yo tendré que ir a Minas Tirith, pero aún no distingo el camino. Se aproxima una hora largamente anticipada.

— ¡No me abandonéis! dijo Merry—. Hasta ahora no he prestado mucha utilidad, pero no quiero que me dejen de lado, como esos equipajes que uno retira cuando todo ha concluido. No creo que los jinetes quieran ocuparse de mí en este momento. Aunque en verdad el rey dijo que a su retorno me haría sentar junto a él, para que le hablase de la Comarca.

—Es verdad —dijo Aragorn, y creo, Merry, que tu camino es el camino del rey. No esperes, sin embargo, un final feliz. Pasará mucho tiempo, me temo, antes que Théoden pueda reinar nuevamente en paz en Meduseld. Muchas esperanzas se marchitarán en esta amarga primavera.

Pronto todos estuvieron listos para la partida: veinticuatro jinetes, con Gimli en la grupa del caballo de Lególas y Merry delante de Aragorn. Poco después corrían a través de la noche. No hacía mucho que habían pasado los túmulos de los Vados del Isen, cuando un jinete se adelantó desde la retaguardia.

—Mi Señor —dijo, hablándole al rey—, hay hombres a caballo detrás de nosotros. Me pareció oírlos cuando cruzábamos los vados. Ahora estamos seguros. Vienen a galope tendido y están por alcanzarnos.

Sin pérdida de tiempo, Théoden ordenó un alto. Los jinetes dieron media vuelta y empuñaron las lanzas. Aragorn se apeó del caballo, depositó en el suelo a Merry, y desenvainando la espada aguardó junto al estribo del rey. Eomer y su escudero volvieron a la retaguardia. Merry se sentía más que nunca un trasto inútil, y se preguntó qué podría hacer en caso de que se librara un combate. En el supuesto de que la pequeña escolta del rey fuera atrapada y sometida, y él lograra huir en la oscuridad... solo en las tierras vírgenes de Rohan sin idea de dónde estaba en aquella infinidad de millas... «¡Inútil!», se dijo. Desenvainó la espada y se ajustó el cinturón.

La luna declinaba oscurecida por una gran nube flotante, pero de improviso volvió a brillar. En seguida llegó a oídos de todos el ruido de los cascos, y en el mismo momento vieron unas formas negras que avanzaban rápidamente por el sendero de los vados. La luz de la luna centelleaba aquí y allá en las puntas de las lanzas. Era imposible estimar el número de los perseguidores, pero no parecía inferior al de los hombres de la escolta del rey.

Cuando estuvieron a unos cincuenta pasos de distancia, Eomer gritó con voz tenante:

—¡Alto! ¡Alto! ¿Quién cabalga en Rohan?

Los perseguidores detuvieron de golpe a los caballos. Hubo un momento de silencio; y entonces, a la luz de la luna, vieron que uno de los jinetes se apeaba y se adelantaba lentamente. Blanca era la mano que levantaba, con la palma hacia adelante, en señal de paz; pero los hombres del rey empuñaron las armas. A diez pasos el hombre se detuvo. Era alto, una sombra oscura y enhiesta. De pronto habló, con voz clara y vibrante.

—¿Rohan? ¿Habéis dicho Rohan? Es una palabra grata. Desde muy lejos venimos buscando este país, y llevamos prisa.

—Lo habéis encontrado —dijo Eomer—. Allá, cuando cruzasteis los vados, entrasteis en Rohan. Pero estos son los dominios del Rey Théoden, y nadie cabalga por aquí sin su licencia. ¿ Quiénes sois ? ¿ Y por qué esa prisa?

—Yo soy Halbarad Dúnadan, montaraz del Norte —respondió el hombre—. Buscamos a un tal Aragorn hijo de Arathorn, y habíamos oído que estaba en Rohan.

— ¡Y lo habéis encontrado también! —exclamó Aragorn. Entregándole las riendas a Merry, corrió a abrazar al recién llegado—. ¡Halbarad! —dijo—. ¡De todas las alegrías, esta es la más inesperada!

Merry dio un suspiro de alivio. Había pensado que se trataba de una nueva artimaña de Saruman para sorprender al rey cuando sólo lo protegían unos pocos hombres; pero al parecer no iba a ser necesario morir en defensa de Théoden, al menos por el momento. Volvió a envainar la espada.

—Todo bien —dijo Aragorn, regresando a la Compañía—. Son hombres de mi estirpe venidos del país lejano en que yo vivía. Pero a qué han venido, y cuántos son, Halbarad nos lo dirá.

—Tengo conmigo treinta hombres —dijo Halbarad—. Todos los de nuestra sangre que pude reunir con tanta prisa; pero los hermanos Elladan y Elrohir nos han acompañado, pues desean ir a la guerra. Hemos cabalgado lo más rápido posible, desde que llegó tu llamada.

—Pero yo no os llamé —dijo Aragorn—, salvo con el deseo; amenudo he pensado en vosotros, y nunca más que esta noche; sin embargo, no os envié ningún mensaje. ¡Pero vamos! Todas estas cosas pueden esperar. Nos encontráis viajando de prisa y en peligro. Acompañadnos por ahora, si el rey lo permite.

En realidad, la noticia alegró a Théoden.

— ¡Magnífico! —dijo—. Si estos hombres de tu misma sangre se te parecen, mi señor Aragorn, treinta de ellos serán una fuerza que no puede medirse por el número.

Los jinetes reanudaron la marcha, y Aragorn cabalgó algún tiempo con los Dúnedain; y luego que hubieron comentado las noticias del Norte y del Sur, Elrohir le dijo:

—Te traigo un mensaje de mi padre: Los días son cortos. Si el tiempo apremia, recuerda los Senderos de los Muertos.

—Los días me parecieron siempre demasiado cortos para que mi deseo se cumpliera —respondió Aragorn—. Pero grande en verdad tendrá que ser mi prisa si tomo ese camino.

—Eso lo veremos pronto —dijo Elrohir—. ¡Pero no hablemos más de estas cosas a campo raso!

Entonces Aragorn le dijo a Halbarad:

—¿Qué es eso que llevas, primo? —Pues había notado que en vez de lanza empuñaba un asta larga, como si fuera un estandarte, pero envuelta en un apretado lienzo negro y atada con muchas correas.

—Es un regalo que te traigo de parte de la Dama de Rivendel —respondió Halbarad—. Lo hizo ella misma en secreto y fue un largo trabajo. Y también te envía un mensaje: Cortos son ahora los días. O nuestras esperanzas se cumplirán, o será el fin de toda esperanza. ¡Adiós, Piedra de elfo!

Y Aragorn dijo:

—Ahora sé lo que traes. ¡Llévalo aún en mi nombre algún tiempo! —Y dándose vuelta miró a lo lejos hacia el norte bajo las grandes estrellas, y se quedó en silencio y no volvió a hablar mientras duró la travesía nocturna.

La noche era vieja y el cielo gris en el este cuando salieron por fin del Valle del Bajo y llegaron a Cuernavilla. Allí decidieron descansar un rato, y deliberar.

Merry durmió hasta que Lególas y Gimli lo despertaron.

—El sol está alto —le dijo Lególas—. Ya todos andan ocupados de aquí para allá. Vamos, Señor Zángano, ¡levántate y ve a echar una mirada, mientras todavía estás a tiempo!

—Hubo una batalla aquí, hace tres noches —dijo Gimli—, y aquí fue donde Lególas y yo jugamos una partida que yo gané por un solo orco. ¡Ven y verás cómo fue! ¡Y hay cavernas, Merry, cavernas maravillosas! ¿Crees que podremos visitarlas, Lególas?

—¡No! No tenemos tiempo —dijo el elfo—, ¡No estropees la maravilla con la impaciencia! Te he dado mi palabra de que volveré contigo, si tenemos alguna vez un día de paz y libertad. Pero ya es casi mediodía, y a esa hora comeremos, y luego partiremos otra vez, tengo entendido.

Merry se levantó y bostezó. Las escasas horas de sueño habían sido insuficientes; se sentía cansado y bastante triste. Echaba de menos a Pippin, y tenía la impresión de no ser sino una carga, mientras todos los demás trabajaban de prisa preparando planes para algo que él no terminaba de entender.

—¿Dónde está Aragorn? —preguntó.

—En una de las cámaras altas de la villa —le respondió Lególas—. No ha dormido ni descansado, me parece. Subió allí hace unas horas, diciendo que necesitaba reflexionar, y sólo lo acompañó su primo, Halbarad; pero tiene una duda oscura o alguna preocupación.

—Es una compañía extraña, la de estos recién llegados —dijo Gimli—. Son hombres recios y arrogantes; junto a ellos los Jinetes de Roban parecen casi niños; tienen rostros feroces, como de roca gastada por los años casi todos ellos, hasta el propio Aragorn; y son silenciosos.

—Pero lo mismo que Aragorn, cuando rompen el silencio son corteses dijo Lególas—. ¿Y has observado a los hermanos Elladan y Elrohir? Visten ropas menos sombrías que los demás, y tienen la belleza y la arrogancia de los señores elfos; lo que no es extraño en los hijos de Elrond de Rivendel.

—¿Por qué han venido? ¿Lo sabes? —preguntó Merry. Se había vestido, y echándose sobre los hombros la capa gris, marchó con sus compañeros hacia la puerta destruida de la villa.

—En respuesta a una llamada, tú mismo lo oíste —dijo Gimli—. Dicen que un mensaje llegó a Rivendel: Aragorn necesita la ayuda de los suyos. ¡Que los Dúnedain se unan a él en Roban! Pero de dónde les llegó este mensaje, ahora es un misterio para ellos. Lo ha de haber enviado Gandalf, presumo yo.

No, Galadriel dijo Lególas. ¿No habló por boca de Gandalf de la cabalgata de la Compañía Gris llegada del Norte?

Sí, tienes razón dijo Gimli . ¡ La Dama del Bosque! Ella lee en los corazones y las esperanzas. ¿Por qué, Lególas, no habremos deseado la compañía de algunos de los nuestros?

Lególas se había detenido frente a la puerta, el bello rostro atribulado, la mirada perdida en la lejanía, hacia el norte y el este.

Dudo que alguno quisiera acudir —respondió—. No necesitan venir tan lejos a la guerra: la guerra avanza ya sobre ellos.

Durante un rato caminaron los tres, comentando tal o cual episodio de la batalla, y descendieron por la puerta rota y pasaron delante de los túmulos de los caídos en el prado que bordeaba el camino; al llegar a la Empalizada de Helm se detuvieron y se asomaron a contemplar el Valle del Bajo. Negro, alto y pedregoso, ya se alzaba allí el Cerro de la Muerte, y podía verse la hierba que los uornos habían pisoteado y aplastado. Los Dundelinos y numerosos hombres de la guarnición del Fuerte estaban trabajando en la empalizada o en los campos, y alrededor de los muros semiderruidos; sin embargo, había una calma extraña: un valle cansado que reposa luego de una tempestad violenta. Los hombres regresaron pronto para el almuerzo, que se servía en la sala del Fuerte.

El rey ya estaba allí; no bien los vio entrar, llamó a Merry y pidió que le pusieran un asiento junto al suyo.

—No es lo que yo hubiera querido dijo Théoden; poco se parece este lugar a mi hermosa morada de Edoras. Y tampoco nos acompaña tu amigo, aunque tendría que estar aquí. Sin embargo, es posible que pase mucho tiempo antes que podamos sentarnos, tú y yo, a la alta mesa de Meduseld; y no habrá ocasión para fiestas cuando yo regrese. ¡Adelante! Come y bebe, y hablemos ahora mientras podamos. Y luego cabalgarás conmigo.

—¿Puedo? dijo Merry, sorprendido y feliz. ¡Sería maravilloso! Nunca una palabra amable había despertado en él tanta gratitud.— Temo no ser más que un impedimento para todos —balbució—, pero no me arredra ninguna empresa que yo pudiera llevar a cabo, os lo aseguro.

—No lo dudo —dijo el rey—. He hecho preparar para ti un buen poney de montaña. Te llevará al galope por los caminos que tomaremos, tan rápido como el mejor corcel. Pues pienso partir del Fuerte siguiendo los senderos de las montañas, sin atravesar la llanura, y llegar a Edoras por el camino del Sagrario, donde me espera la Dama Eowyn. Serás mi escudero, si lo deseas. ¿Eomer, hay en el Fuerte algún equipo que pueda servirle a mi paje de armas?

—No tenemos aquí grandes reservas, mi Señor —respondió Eomer—. Tal vez pudiéramos encontrar un yelmo liviano, pero no cotas de malla ni espadas para alguien de esta estatura.

—Yo tengo una espada —dijo Merry, y saltando del asiento, sacó de la vaina negra la pequeña hoja reluciente. Lleno de un súbito amor por el viejo rey, se hincó sobre una rodilla, y le tomó la mano y se la besó—. ¿Permitís que deposite a vuestros pies la espada de Meriadoc de la Comarca, Rey Théoden? —exclamó—. ¡Aceptad mis servicios, os lo ruego!

—Los acepto de todo corazón —dijo el rey, y posando las manos largas y viejas sobre los cabellos castaños del hobbit, le dio su bendición.

—¡Y ahora levántate, Meriadoc, escudero de Rohan de la casa de Meduseld! —dijo—. ¡Toma tu espada y condúcela a un fin venturoso!

—Seréis para mí como un padre —dijo Merry.

—Por poco tiempo —dijo Théoden.
Hablaron así mientras comían, hasta que Eomer dijo:

—Se acerca la hora de la partida, Señor. ¿Diré a los hombres que toquen los cuernos? Mas ¿dónde está Aragorn? No ha venido a almorzar.

—Nos alistaremos para cabalgar —dijo Théoden—; pero manda aviso al señor Aragorn de que se aproxima la hora.

El rey, escoltado por la guardia y con Merry al lado, descendió por la puerta del Fuerte hasta la explanada donde se reunían los jinetes. Ya muchos de los hombres esperaban a caballo. Serían pronto una compañía numerosa, pues el rey estaba dejando en el Fuerte sólo una pequeña guarnición, y el resto de los hombres cabalgaba ahora hacia Edoras. Un millar de lanzas había partido ya durante la noche; pero aún quedaban unos quinientos para escoltar al rey, casi todos los hombres de los campos y valles del Folde Oeste.

Los montaraces se mantenían algo apartados, en un grupo ordenado y silencioso, armados de lanzas, arcos y espadas. Vestían oscuros mantos grises, y las capuchas les cubrían la cabeza y el yelmo.

Los caballos que montaban eran vigorosos y de estampa arrogante, pero hirsutos de crines; y uno de ellos no tenía jinete: el corcel de Aragorn, que habían traído del Norte, y que respondía al nombre de Roheryn. En los arreos y gualdrapas de las cabalgaduras no había ornamentos ni resplandores de oro y pedrerías; y los jinetes mismos no llevaban insignias ni emblemas, excepto una estrella de plata que les sujetaba el manto en el hombro izquierdo.

El rey montó a Crinblanca, y Merry, a su lado, trepó a la silla del poney, Stybba de nombre. Eomer no tardó en salir por la puerta, acompañado de Aragorn, y de Halbarad que llevaba el asta enfundada en el lienzo negro, y de dos hombres de elevada estatura, ni viejos ni jóvenes. Eran tan parecidos estos hijos de Elrond, que muchos confundían a unos con otros; de cabellos oscuros, ojos grises, y rostros de una belleza élfica, vestían idénticas mallas brillantes bajo los mantos de color gris plata. Detrás de ellos iban Lególas y Gimli. Pero Merry sólo tenía ojos para Aragorn, tan asombroso era el cambio que notaba, como si muchos años hubiesen descendido en una sola noche sobre él. Tenía el rostro sombrío, macilento y fatigado.

—Me siento atribulado, Señor —dijo, de pie junto al caballo del rey—. He oído palabras extrañas, y veo a lo lejos nuevos peligros. He meditado largamente, y temo ahora tener que cambiar mi resolución. Decidme, Théoden, vais ahora al Sagrario: ¿cuánto tardaréis en llegar?

—Ya ha pasado una hora desde el mediodía —dijo Eomer—. Antes de la noche del tercer día a contar desde ahora llegaremos al Baluarte. Será la primera noche después del plenilunio, y la revista de armas convocada por el rey se celebrará al día siguiente. Imposible adelantarnos, si hemos de reunir todas las fuerzas de Rohan.

Aragorn permaneció un momento en silencio.

—Tres días —murmuró—, y el reclutamiento de los hombres de Rohan apenas habrá comenzado. Pero ya veo que no podemos ir más de prisa. Alzó la mirada al cielo, y pareció que había decidido algo al fin; tenía una expresión menos atormentada. En ese caso, y con vuestro permiso, Señor, he de tomar una determinación que me atañe a mí y a mis gentes. Tenemos que seguir nuestro propio camino y no más en secreto. Pues para mí el tiempo del sigilo ha pasado. Partiré hacia el Este por el camino más rápido, y cabalgaré por los Senderos de los Muertos.

—¡Los Senderos de los Muertos! —repitió, temblando, Théoden—. ¿Por qué los nombras? — Eomer se volvió y escrutó el rostro de Aragorn, y a Merry le pareció que los jinetes más próximos habían palidecido al oír esas palabras.— Si en verdad hay tales senderos —prosiguió el rey—, la puerta está en el Sagrario; pero ningún hombre viviente podrá franquearla.

— ¡Ay, Aragorn, amigo mío! dijo Eomer. Tenía la esperanza de que partiríamos juntos a la guerra; pero si tú buscas los Senderos de los Muertos, ha llegado la hora de separarnos, y es improbable que volvamos a encontrarnos bajo el sol.

—Ese será, sin embargo, mi camino —dijo Aragorn—. Mas a ti, Eomer, te digo que quizá volvamos a encontrarnos en la batalla, aunque todos los ejércitos de Mordor se alcen entre nosotros.

—Harás lo que te parezca mejor, mi señor Aragorn dijo Théoden—. Es tu destino tal vez transitar por senderos extraños que otros no se atreven a pisar. Esta separación me entristece y me resta fuerzas; pero ahora tengo que partir, y ya sin más demora, por los caminos de la montaña. ¡Adiós!

—¡Adiós, Señor! dijo Aragorn. ¡Galopad hacia la gloria! ¡Adiós,

Merry! Te dejo en buenas manos, mejores que las que esperábamos cuando perseguíamos orcos en Fangorn. Lególas y Gimli continuarán conmigo la cacería, espero; mas no te olvidaremos.

—¡Adiós! —dijo Merry. No encontraba nada más que decir. Se sentía muy pequeño, y todas aquellas palabras oscuras lo desconcertaban y amilanaban. Más que nunca echaba de menos el inagotable buen humor de Pippin. Ya los jinetes estaban prontos, los caballos piafaban, y Merry tuvo ganas de partir y que todo acabase de una vez.

Entonces Théoden le dijo algo a Eomer, y alzó la mano y gritó con voz tenante, y a esa señal los jinetes se pusieron en marcha. Cruzaron el desfiladero, descendieron al Valle del Bajo y volviéndose rápidamente hacia el este, tomaron un sendero que corría al pie de las colinas a lo largo de una milla o más, y que luego de girar hacia el sur y replegarse otra vez hacia las lomas, desaparecía de la vista. Aragorn cabalgó hasta el desfiladero y los siguió con los ojos hasta que la tropa se perdió en lontananza, en lo más profundo del valle. Luego miró a Halbarad.

—Acabo de ver partir a tres seres muy queridos dijo—, y el pequeño no menos querido que los otros. No sabe qué destino le espera, pero si lo supiese, igualmente iría.

—Gente pequeña pero muy valerosa —dijo Halbarad. Poco saben de cómo hemos trabajado en defensa de las fronteras de la Comarca, pero no les guardo rencor.

—Y ahora nuestros destinos se entrecruzan —dijo Aragorn—. Y sin embargo, ay, hemos de separarnos. Bien, tomaré un bocado, y luego también nosotros tendremos que apresurarnos a partir. ¡Venid, Lególas y Gimli! Quiero hablar con vosotros mientras como.

Volvieron juntos al Fuerte, y durante un rato Aragorn permaneció silencioso, sentado a la mesa de la sala, mientras los otros esperaban.

—¡Veamos! —dijo al fin Lególas—. ¡Habla y reanímate y ahuyéntalas sombras! ¿Qué ha pasado desde que regresamos en la mañana gris a este lugar siniestro?

—Una lucha más siniestra para mí que la batalla de Cuernavilla —respondió Aragorn. He escrutado la Piedra de Orthanc, amigos míos.

—¿Has escrutado esa piedra maldita y embrujada? —exclamó Gimli con cara de miedo y asombro. ¿Le has dicho algo a... él? Hasta Gandalf temía ese encuentro.

—Olvidas con quién estás hablando —dijo Aragorn con severidad, y los ojos le relampaguearon. ¿Acaso no proclamé abiertamente mi título ante las puertas de Edoras? ¿Qué temes que haya podido decirle a él? No, Gimli —dijo con voz más suave, y la expresión severa se le borró, y pareció más bien un hombre que ha trabajado en largas y atormentadas noches de insomnio—. No, amigos míos, soy el dueño legítimo de la Piedra, y no me faltaban ni el derecho ni la entereza para utilizarla o al menos eso creía yo. El derecho es incontestable. La entereza me alcanzó... a duras penas. Aragorn tomó aliento.

Fue una lucha ardua, y la fatiga tarda en pasar. No le hablé, y al final sometí la Piedra a mi voluntad. Soportar eso solo ya le será difícil. Y me vio. Sí, maese Gimli, me vio, pero no como vosotros me veis ahora. Si eso le sirve de ayuda, habré hecho mal. Pero no lo creo. Supongo que saber que estoy vivo y que camino por la tierra fue un golpe duro para él, pues hasta hoy lo ignoraba. Los ojos de Orthanc no habían podido traspasar la armadura de Théoden; pero Sauron no ha olvidado a Isildur ni la espada de Elendil. Y ahora, en el momento preciso en que pone en marcha sus ambiciosos designios, se le revelan el heredero de Elendil y la Espada; pues le mostré la hoja que fue forjada de nuevo. No es aún tan poderoso como para ser insensible al temor; no, y siempre lo carcome la duda.

Pero a pesar de eso tiene todavía un inmenso poder —dijo Gimli—; y ahora golpeará cuanto antes.

Un golpe apresurado suele no dar en el blanco —dijo Aragorn—. Hemos de hostigar al enemigo, sin esperar ya a que sea él quien dé el primer paso. Porque ved, mis amigos: cuando conseguí dominar a la Piedra, me enteré de muchas cosas. Vi llegar del sur un peligro grave e inesperado para Gondor, que privará a Minas Tirith de gran parte de las fuerzas defensoras. Si no es contrarrestado rápidamente, temo que antes de diez días la ciudad estará perdida para siempre.

Entonces, está perdida dijo Gimli. Pues ¿qué socorros podríamos enviar y cómo podrían llegar allí a tiempo?

No tengo ningún socorro para enviar, y he de ir yo mismo —dijo Aragorn—. Pero hay un solo camino en las montañas que pueda llevarme a las tierras de la costa antes que todo se haya perdido: los Senderos de los Muertos.

¡Los Senderos de los Muertos! —dijo Gimli—. Un nombre funesto; y poco grato para los Hombres de Rohan, por lo que he visto. ¿Pueden los vivos marchar por ese camino sin perecer? Y aun cuando te arriesgues a ir por ahí, ¿qué podrán tan pocos hombres contra los golpes de Mordor?

Los vivos jamás utilizaron ese camino desde la venida de los Rohirrim respondió Aragorn—, pues les está vedado. Pero en esta hora sombría el heredero de Isildur puede ir por él, si se atreve. ¡Escuchad! Este es el mensaje que me transmitieron los hijos de Elrond de Rivendel, hombre versado en las antiguas tradiciones: Exhortad a Aragorn a que recuerde las palabras del vidente, y los Senderos de los Muertos.

¿Y cuáles pueden ser las palabras del vidente? preguntó Lególas.

Así habló Malbeth el Vidente, en tiempos de Arvedin, último rey de Fornost —dijo Aragorn:

*Una larga sombra se cierne sobre la tierra,
y con alas de oscuridad avanza hacia el oeste.
La Torre tiembla; a las tumbas de los reyes
se aproxima el Destino. Los Muertos despiertan:
ha llegado la hora de los perjuros:
de nuevo en pie en la Roca de Erech
oirán un cuerno que resuena en las montañas.
¿De quién será ese cuerno? ¿Quién a los olvidados
llama desde el gris del crepúsculo?
El heredero de aquel a quien juraron lealtad.
Traído por la necesidad, vendrá desde el norte:
y cruzará la Puerta que lleva a los Senderos de los Muertos.*

—Sendas oscuras, sin duda alguna —dijo Gimli—, pero para mí no más que estas estrofas.

—Si deseas entenderlas mejor, te invito a acompañarme —dijo Aragorn—; pues ése es el camino que ahora tomaré. Pero no voy de buen grado; me obliga la necesidad. Por lo tanto, sólo aceptaré que me acompañéis si vosotros mismos lo queréis así, pues os esperan duras faenas, y grandes temores, si no algo todavía peor.

—Iré contigo aun por los Senderos de los Muertos y a cualquier fin a que quieras conducirme —dijo Gimli.

—Yo también te acompañaré —dijo Lególas—, pues no temo a los muertos.

—Espero que los olvidados no hayan olvidado las artes de la guerra —dijo Gimli—, porque si así fuera, los habríamos despertado en vano.

—Eso lo sabremos si alguna vez llegamos a Erech —dijo Aragorn—. Pero el juramento que quebrantaron fue el de luchar contra Sauron, y si han de cumplirlo, tendrán que combatir. Porque en Erech hay todavía una piedra negra que Isildur llevó allí de Númenor, dicen; y la puso en lo alto de una colina, y sobre ella el Rey de las Montañas le juró lealtad en los albores del reino de Góndor. Pero cuando Sauron regresó y fue otra vez poderoso, Isildur exhortó a los Hombres de las Montañas a que cumplieran el juramento, y ellos se negaron; pues en los Años Oscuros habían reverenciado a Sauron.

«Entonces Isildur le dijo al Rey de las Montañas: "Serás el último rey. Y si el Oeste demostrara ser más poderoso que ese Amo Negro, que esta maldición caiga sobre ti y sobre los tuyos: no conoceréis reposo hasta que hayáis cumplido el juramento. Pues la guerra durará años innumerables, y antes del fin seréis convocados una vez más." Y ante la cólera de Isildur, ellos huyeron, y no se atrevieron a combatir del lado de Sauron; se escondieron en lugares secretos de las montañas y no tuvieron tratos con los otros hombres, y poco a poco se fueron replegando en las colinas estériles. Y el terror de los Muertos Desvelados se extiende sobre la Colina de Erech y todos los parajes en que se refugió esa gente. Pero ese es el camino que he elegido, puesto que ya no hay hombres vivos que puedan ayudarme.

Se levantó.

— ¡Venid! —exclamó, y desenvainó la espada, y la hoja centelleó en la penumbra de la sala—. ¡A la Piedra de Erech! Parto en busca de los Senderos de los Muertos. ¡Seguidme, los que queráis acompañarme!

Lególas y Gimli, sin responder, se levantaron y siguieron a Aragorn fuera de la sala. Allí, en la explanada, los montaraces encapuchados aguardaban inmóviles y silenciosos. Lególas y Gimli montaron a caballo. Aragorn saltó a la grupa de Roheryn. Halbarad levantó entonces un gran cuerno, y los ecos resonaron en el Abismo de Helm; y a esa señal partieron al galope, y descendieron al Valle del Bajo como un trueno, mientras los hombres que permanecían en la Empalizada o el Torreón los contemplaban estupefactos.

Y mientras Théoden iba por caminos lentos a través de las colmas, la Compañía Gris cruzaba veloz la llanura, llegando a Edoras en la tarde del día siguiente. Descansaron un momento antes de atravesar el valle, y entraron en el Baluarte al caer de la noche.

La Dama Eowyn los recibió con alegría, pues nunca había visto hombres más fuertes que los Dúnedain y los hermosos hijos de Elrond; pero ella miraba a Aragorn más que a ningún otro. Y cuando se sentaron a la mesa de la cena, hablaron largamente, y Eowyn se enteró de lo que había pasado desde la partida de Théoden, de quien no había tenido más que noticias breves y escuetas; y cuando le narraron la

batalla del Abismo de Helm, y las bajas sufridas por el enemigo, y la acometida de Théoden y sus jinetes, le brillaron los ojos.

Pero al cabo dijo:

Señores, estáis fatigados e iréis ahora a vuestros lechos, tan cómodos como lo ha permitido la premura con que han sido preparados. Mañana os procuraremos habitaciones más dignas.

Pero Aragorn le dijo:

— ¡No, señora, no os preocupéis por nosotros! Bastará con que podamos descansar aquí esta noche y desayunar por la mañana. Porque la misión que he de cumplir es muy urgente y tendremos que partir con las primeras luces.

La Dama sonrió, y dijo:

Entonces, señor, habéis sido muy generoso, al desviaros tantas millas del camino para venir aquí, a traerle noticias a Eowyn, y hablar con ella en su exilio.

—Ningún hombre en verdad contaría este viaje como tiempo perdido —le dijo Aragorn—; no obstante, no hubiera venido si el camino que he de tomar no pasara por el Sagrario.

Y ella le respondió como si lo que tenía que decir no le gustara:

—En ese caso, señor, os habéis extraviado, pues del Valle Sagrado no parte ninguna senda, ni al este ni al sur; haríais mejor en volver por donde habéis venido.

—No, señora —dijo él—, no me he extraviado; conozco este país desde antes que vos vinierais a agraciarlo. Hay un camino para salir de este valle, y ese camino es el que he de tomar. Mañana cabalgaré por los Senderos de los Muertos.

Ella lo miró entonces como agobiada por un dolor súbito, y palideció, y durante un rato no volvió a hablar, mientras todos esperaban en silencio.

—Pero Aragorn —dijo al fin— ¿entonces vuestra misión es ir en busca de la muerte? Pues sólo eso encontraréis en semejante camino. No permiten que los vivos pasen por ahí.

—Acaso a mí me dejen pasar —dijo Aragorn—; de todos modos lo intentaré; ningún otro camino puede servirme.

—Pero es una locura —exclamó la Dama—. Hay con vos caballeros de reconocido valor, a quienes no tendríais que arrastrar a las sombras, sino guiarlos a la guerra, donde se necesitan tantos hombres. Esperad, os suplico, y partid con mi hermano; así habrá alegría en nuestros corazones, y nuestra esperanza será más clara.

—No es locura, señora —repuso Aragorn—: es el camino que me fue señalado. Quienes me siguen así lo decidieron ellos mismos, y si ahora prefieren desistir, y cabalgar con los Rohirrim, pueden hacerlo. Pero yo iré por los Senderos de los Muertos, solo, si es preciso,

Y no hablaron más y comieron en silencio; pero Eowyn no apartaba los ojos de Aragorn, y el dolor que la atormentaba era visible para todos. Al fin se levantaron, se despidieron de la Dama, y luego de darle las gracias, se retiraron a descansar.

Pero cuando Aragorn llegaba al pabellón que compartiría esa noche con Lególas y Gimli, donde sus compañeros ya habían entrado, la Dama lo siguió y lo llamó. Aragorn se volvió y la vio, una luz en la noche, pues iba vestida de blanco; pero tenía fuego en la mirada.

— ¡Aragorn! —le dijo— ¿por qué queréis tomar ese camino funesto?

—Porque he de hacerlo —fue la respuesta—. Sólo así veo alguna esperanza de cumplir mi cometido en la guerra contra Sauron. No elijo los caminos del peligro, Eowyn. Si escuchara la llamada de mi corazón, estaría a esta hora en el lejano Norte, paseando por el hermoso valle de Rivendel.

Ella permaneció en silencio un momento, como si pesara el significado de aquellas palabras. Luego, de improviso, puso una mano en el brazo de Aragorn.

—Sois un señor austero e inflexible —dijo—; así es como los hombres conquistan la gloria. —Hizo una pausa.— Señor —prosiguió—, si tenéis que partir, dejad que os siga. Estoy cansada de esconderme en las colinas, y deseo afrontar el peligro y la batalla.

—Vuestro deber está aquí entre los vuestros —respondió Aragorn.

—Demasiado he oído hablar de deber —exclamó ella—. Pero ¿no soy por ventura de la Casa de Eorl, una virgen guerrera y no una nodriza seca? Ya bastante he esperado con las rodillas flojas. Si ahora no me tiemblan, parece, ¿no puedo vivir mi vida como yo lo deseo?

—Pocos pueden hacerlo con honra —respondió Aragorn—. Pero en cuanto a vos, señora: ¿no habéis aceptado la tarea de gobernar al pueblo hasta el regreso del Señor? Si no os hubieran elegido, habrían nombrado a algún mariscal o capitán, y no podría abandonar el cargo, estuviese o no cansado de él.

— ¿Siempre seré yo la elegida? —replicó ella amargamente—. ¿Siempre tendré yo que quedarme en casa cuando los caballeros parten, dedicada a pequeños menesteres mientras ellos conquistan la gloria, para que al regresar encuentren lecho y alimento?

— Quizá no esté lejano el día en que nadie regrese —dijo Aragorn—. Entonces ese valor sin gloria será muy necesario, pues ya nadie recordará las hazañas de los últimos defensores. Las hazañas no son menos valerosas porque nadie las alabe.

Y ella respondió:

—Todas vuestras palabras significan una sola cosa: Eres una mujer, y tu misión está en el hogar. Sin embargo, cuando los hombres hayan muerto con honor en la batalla, se te permitirá quemar la casa e inmolarla con ella, puesto que ya no la necesitarán. Pero soy de la Casa de Eorl, no una mujer de servicio. Sé montar a caballo y esgrimir una espada y no temo el sufrimiento ni la muerte.

— ¿A qué teméis, señora? —le preguntó Aragorn.

—A una jaula. A vivir encerrada detrás de los barrotes, hasta que la costumbre y la vejez acepten el cautiverio, y la posibilidad y aun el deseo de llevar a cabo grandes hazañas se hayan perdido para siempre.

—Y a mí me aconsejabais no aventurarme por el camino que he elegido, porque es peligroso.

—Es el consejo que una persona puede darle a otra —dijo ella—. No os pido, sin embargo, que huyáis del peligro, sino que vayáis a combatir donde vuestra espada puede conquistar la fama y la victoria. No me gustaría saber que algo tan noble y tan excelso ha sido derrochado en vano.

—Ni tampoco a mí —replicó Aragorn—. Por eso, señora, os digo: ¡Quedaos! Pues nada tenéis que hacer en el Sur.

—Tampoco los que os acompañan tienen nada que hacer allí. Os siguen porque no quieren separarse de vos... porque os aman. Y dando media vuelta Eowyn se alejó desvaneciéndose en la noche.

No bien apareció en el cielo la luz del día, antes que el sol se elevara sobre las estribaciones del Este, Aragorn se preparó para partir.

Ya todos los hombres de la compañía estaban montados en las cabalgaduras, y Aragorn se disponía a saltar a la silla, cuando vieron llegar a la dama Eowyn. Vestida de caballero, ciñendo una espada, venía a despedirlos. Tenía en la mano una copa; se la llevó a los labios y bebió un sorbo, deseándoles buena suerte; luego le tendió la copa a Aragorn, y también él bebió, diciendo:

— ¡ Adiós, Señora de Rohan! Bebo por la prosperidad de vuestra Casa, y por vos, y por todo vuestro pueblo. Decidle esto a vuestro hermano: ¡Tal vez, más allá de las sombras, volvamos a encontrarnos!

Gimli y Lególas que estaban muy cerca, creyeron ver lágrimas en los ojos de Eowyn y esas lágrimas, en alguien tan grave y tan altivo, parecían aún más dolorosas. Pero ella dijo:

—¿Os iréis, Aragorn?

—Sí —respondió él.

—¿No permitiréis entonces que me una a esta Compañía, como os lo he pedido?

—No, señora —dijo él—. Pues no podría concedérselo sin el permiso del rey y vuestro hermano; y ellos no regresarán hasta mañana. Mas ya cuento todas las horas y todos los minutos. ¡Adiós!

Eowyn cayó entonces de rodillas, diciendo:

— ¡Os lo suplico!

—No, señora —dijo otra vez Aragorn, y le tomó la mano para obligarla a levantarse, y se la besó. Y saltando sobre la silla, partió al galope sin volver la cabeza; y sólo aquellos que lo conocían bien y que estaban cerca supieron de su dolor.

Pero Eowyn permaneció inmóvil como una estatua de piedra, las manos crispadas contra los flancos, siguiendo a los hombres con la mirada hasta que se perdieron bajo el negro Dwimor, el Monte de los Espectros, donde se encontraba la Puerta de los Muertos. Cuando los jinetes desaparecieron, dio media vuelta, y con el andar vacilante de un ciego regresó a su pabellón. Pero ninguno de los suyos fue testigo de aquella despedida; el miedo los mantenía escondidos en los refugios: se negaban a abandonarlos antes de la salida del sol, y antes que aquellos extranjeros temerarios se hubiesen marchado del Sagrario.

Y algunos decían:

—Son criaturas élficas. Que vuelvan a los lugares de donde han venido y que no regresen nunca más. Ya bastante nefastos son los tiempos.

Continuaron cabalgando bajo un cielo todavía gris, pues el sol no había trepado aún hasta las crestas negras del Monte de los Espectros, que ahora tenían delante. Atemorizados, pasaron entre las hileras de piedras antiguas que conducían al Bosque Sombrío. Allí, en aquella oscuridad de árboles negros que ni el mismo Lególas pudo soportar mucho tiempo, en la raíz misma de la montaña, se abría una hondonada; y en medio del sendero se erguía una gran piedra solitaria, como un dedo del destino.

Me hiela la sangre dijo Gimli; pero ninguno más habló, y la voz del enano cayó muriendo en las húmedas agujas de pino. Los caballos se negaban a pasar junto a la piedra amenazante, y los jinetes tuvieron que apearse y llevarlos por la brida. De ese modo llegaron al fondo de la cañada; y allí, en un muro de roca vertical, se abría la Puerta Oscura, negra como las fauces de la noche. Figuras y signos grabados, demasiado borrosos para que pudieran leerlos, coronaban la arcada de piedra, de la que el miedo fluía como un vaho gris.

La compañía se detuvo; fuera de Lególas de los elfos, a quien no asustaban los Espectros de los Hombres, no hubo entre ellos un solo corazón que no desfalleciera.

—Es una puerta nefasta dijo Halbarad—, y sé que del otro lado me aguarda la muerte. Me atreveré a cruzarla, sin embargo; pero ningún caballo querrá entrar.

—Pero nosotros tenemos que entrar —dijo Aragorn—, y por lo tanto han de entrar también los caballos. Pues si alguna vez salimos de esta oscuridad, del otro lado nos esperan muchas leguas, y cada hora perdida favorece el triunfo de Sauron. ¡Seguidme!

Aragorn se puso entonces al frente, y era tal la fuerza de su voluntad en esa hora que todos los Dúnedain fueron detrás de él. Y era en verdad tan grande el amor que los caballos de los montaraces sentían por sus jinetes, que hasta el terror de la Puerta estaban dispuestos a afrontar, si el corazón de quien los llevaba por la brida no vacilaba. Sólo Arod, el caballo de Rohan, se negó a seguir adelante, y se detuvo, sudando y estremeciéndose, dominado por un terror lastimoso. Lególas le puso las manos sobre los ojos y canturreó algunas palabras que se perdieron lentamente en la oscuridad, hasta que el caballo se dejó conducir, y el elfo traspuso la puerta. Gimli el enano se quedó solo.

Las rodillas le temblaban y estaba furioso consigo mismo.

¡Esto sí que es inaudito! dijo. ¡Que un elfo quiera penetrar en las entrañas de la tierra, y un enano no se atreva! —Y con una resolución súbita, se precipitó en el interior. Pero le pareció que los pies le pesaban como plomo en el umbral; y una ceguera repentina cayó sobre él, sobre Gimli hijo de Glóin, que tantos abismos del mundo había recorrido sin acobardarse.

Aragorn había traído antorchas, y ahora marchaba a la cabeza llevando una en alto; y Elladan iba con otra a la retaguardia, y Gimli, tropezando tras él, trataba de darle alcance. No veía más que la débil luz de las antorchas; pero si la compañía se detenía un momento, le parecía oír alrededor un susurro, un interminable murmullo de palabras extrañas en una lengua desconocida.

Nada atacó a la compañía, ni le cerró el paso, y sin embargo el terror de Gimli no dejaba de crecer a medida que avanzaban: sobre todo porque sabía ya que no era posible retroceder; todos los senderos que iban dejando atrás eran invadidos al instante por un ejército invisible que los seguía en las tinieblas.

Pasó así un tiempo interminable, hasta que de pronto vio un espectáculo que siempre habría de recordar con horror. Por lo que alcanzaba a distinguir, el camino era ancho, pero ahora la compañía

acababa de llegar a un vasto espacio vacío, ya sin muros a uno y otro lado. El pavor lo abrumaba y a duras penas podía caminar. A la luz de la antorcha de Aragorn, algo centelleó a cierta distancia, a la derecha. Aragorn ordenó un alto y se acercó a ver qué era.

—¿Será posible que no sienta miedo? —murmuró el enano—. En cualquier otra caverna Gimli hijo de Glóin habría sido el primero en correr, atraído por el brillo del oro. ¡Pero no aquí! ¡Que siga donde está!

Sin embargo se aproximó, y vio que Aragorn estaba de rodillas, mientras Elladan sostenía en alto las dos antorchas. Delante yacía el esqueleto de un hombre de notable estatura. Había estado vestido con una cota de malla, y el arnés se conservaba intacto; pues el aire de la caverna era seco como el polvo. El plaquín era de oro, y el cinturón de oro y granates, y también de oro el yelmo que le cubría el cráneo descarnado, de cara al suelo. Había caído cerca de la pared opuesta de la caverna, y delante de él se alzaba una puerta rocosa cerrada a cal y canto: los huesos de los dedos se aferraban aún a las fisuras. Una espada mellada y rota yacía junto a él, como si en un último y desesperado intento, hubiese querido atravesar la roca con el acero.

Aragorn no lo tocó, pero luego de contemplarlo un momento en silencio, se levantó y suspiró.

—Nunca hasta el fin del mundo llegarán aquí las flores del simbelmyn'é —murmuró—. Nueve y siete túmulos hay ahora cubiertos de hierba verde, y durante todos los largos años ha yacido ante la puerta que no pudo abrir. ¿A dónde conduce? ¿Por qué quiso entrar? ¡Nadie lo sabrá jamás!

»¡Pues mi misión no es ésta! —gritó, volviéndose con presteza y hablándole a la susurrante oscuridad—. ¡Guardad los secretos y tesoros acumulados en los Años Malditos! Sólo pedimos prontitud. ¡Dejadnos pasar, y luego seguidnos! ¡Os convoco ante la Piedra de Erech!

No hubo respuesta; sólo un silencio profundo, más aterrador aún que los murmullos; y luego sopló una ráfaga fría que estremeció y apagó las antorchas, y fue imposible volver a encenderlas. Del tiempo que siguió, una hora o muchas, Gimli recordó muy poco. Los otros apresuraron el paso, pero él iba aún a la zaga, perseguido por un horror indescriptible que siempre parecía estar a punto de alcanzarlo y un rumor que crecía a sus espaldas, como el susurro fantasmal de innumerables pies. Continuó avanzando y tropezando, hasta que se arrastró por el suelo como un animal y sintió que no podía más; o encontraba una salida o daba media vuelta y en un arranque de locura corría al encuentro del terror que venía persiguiéndolo.

De pronto, oyó el susurro cristalino del agua, un sonido claro y nítido, como una piedra que cae en un sueño de sombras oscuras. La luz aumentó, la compañía traspuso otra puerta, una arcada alta y ancha, y de improviso se encontró caminando a la vera de un arroyo; y más allá un camino descendía en brusca pendiente entre dos riscos verticales, como hojas de cuchillo contra el cielo lejano. Tan profundo y angosto era el abismo que el cielo estaba oscuro, y en él titilaban unas estrellas diminutas. Sin embargo, como Gimli supo más tarde, aún faltaban dos horas para el anochecer; aunque por lo que él podía entender en ese momento, bien podía tratarse del crepúsculo de algún año por venir, o de algún otro mundo.

La compañía montó nuevamente a caballo y Gimli volvió junto a Lególas. Cabalgaban en fila, y la tarde caía, dando paso a un anochecer de un azul intenso; y el miedo los perseguía aún. Lególas, volviéndose para hablar con Gimli, miró atrás, y el enano alcanzó a ver el centelleo de los ojos brillantes del elfo. Detrás iba Elladan, el último de la compañía, pero no el último en tomar el camino descendente.

—Los Muertos nos siguen —dijo Lególas—, Veo formas de hombres y de caballos, y estandartes pálidos como jirones de nubes, y lanzas como zarzas invernales en una noche de niebla. Los Muertos nos siguen.

—Sí, los Muertos cabalgan detrás de nosotros. Han sido convocados —dijo Elladan.

Tan repentinamente como si se hubiese escurrido por la grieta de un muro, la compañía salió al fin de la hondonada; ante ellos se extendían las tierras ñosas de un gran valle, y el arroyo descendía con una voz fría, en numerosas cascadas.

—¿En qué lugar de la Tierra Media nos encontramos? —preguntó Gimli; y Elladan le respondió:

—Hemos bajado desde las fuentes del Morthond, el largo río de aguas glaciales; desciende hasta volcarse en el mar que baña los muros de Dol Amroth. Ya no necesitarás preguntar el origen del nombre: Raíz Negra lo llaman.

El Valle del Morthond era como una bahía amplia recostada contra los escarpados riscos meridionales. Las barrancas empinadas estaban tapizadas de hierbas; pero a esa hora todo era gris, pues el sol se había ocultado, y abajo, en la lejanía, parpadeaban las luces de las moradas de los hombres. Era un valle rico y muy poblado.

De pronto, sin darse vuelta, Aragorn gritó con voz tenante, de modo que todos pudieran oírlo:

— ¡Olvidad vuestra fatiga, amigos! ¡Galopad ahora, galopad! Es menester que lleguemos a la Piedra de Erech antes del fin del día, y el camino es todavía largo.

Y luego, sin una mirada atrás, galoparon a través de las campiñas montañosas, hasta llegar a un puente sobre el río, ahora caudaloso, y encontraron un camino que bajaba a los llanos.

Al paso de la Compañía Gris, las luces de las casas y de las aldeas se apagaban, se cerraban las puertas, y la gente que aún estaba en los campos daba gritos de terror y huía despavorida, como ciervos acosados. En todas partes se oía el mismo clamor en la noche creciente:

— ¡El Rey de los Muertos! ¡El Rey de los Muertos marcha sobre nosotros!

Lejos y allá abajo repicaban campanas, y todos huían ante el rostro de Aragorn; pero los Jinetes de la Compañía Gris pasaban de largo, rápidos como cazadores, y ya los caballos empezaban a trastabillar de cansancio. Así, justo antes de la medianoche, y en una oscuridad tan negra como las cavernas de las montañas, llegaron por fin a la Colina de Erech.

Largo tiempo hacía que el terror de los Muertos se había aposentado en esa colina y en los campos desiertos de alrededor. Pues allí en la cima se alzaba una piedra negra, redonda como un gran globo, de la altura de un hombre, aunque la mitad estaba enterrada en el suelo. Tenía un aspecto sobrenatural, como si hubiese caído de lo alto, y algunos lo creían; pero aquellos que aún recordaban las antiguas crónicas del Oesternesse aseguraban que había venido de las ruinas de Númenor y que había sido puesta por Isildur, cuando llegó allí. Ninguno de los habitantes del valle se atrevía a aproximarse a la piedra, ni quería vivir en las cercanías. Decían que en ese lugar celebraban sus cónclaves los HombresSombra, y que allí se reunían a cuchichear en horas de pavor, apiñados alrededor de la Piedra.

A esa piedra llegó la compañía en lo más profundo de la noche, y se detuvo. Elrohir le dio entonces a Aragorn un cuerno de plata, y Aragorn sopló en él; y a los hombres que estaban más cerca les pareció oír una respuesta, otros cuernos que resonaban en cavernas profundas y lejanas. No oían ningún otro ruido, pero sin embargo sentían la presencia de un gran ejército reunido alrededor de la colina; y el viento helado que soplaba de las montañas era como el aliento de una legión de espectros. Aragorn desmontó, y de pie junto a la Piedra, gritó con voz potente:

—Perjuros ¿a qué habéis venido?

Y se oyó en la noche una voz que le respondió, desde lejos:

—A cumplir el juramento y encontrar la paz. Aragorn dijo entonces:

Por fin ha llegado la hora. Marcharé en seguida a Perlargir en la ribera del Anduin, y vosotros vendréis conmigo. Y cuando hayan desaparecido de esta tierra todos los servidores de Sauron, consideraré como cumplido vuestro juramento, y entonces tendréis paz y podréis partir para siempre. Porque yo soy Elessar, el heredero de Isildur de Gondor.

Dicho esto, le ordenó a Halbarad que desplegara el gran estandarte que había traído; y he aquí que era negro, y si tenía alguna insignia, no se veía en la oscuridad. Entonces se hizo el silencio; ni un murmullo ni un suspiro volvió a oírse en toda aquella larga noche. La compañía acampó en las cercanías de la piedra, aunque los hombres, atemorizados por los espectros que los cercaban, casi no durmieron.

Pero cuando llegó la aurora, pálida y fría, Aragorn se levantó; y guió a la compañía en el viaje más precipitado y fatigoso que ninguno de los hombres, salvo él mismo, había conocido jamás; y sólo la indomable voluntad de Aragorn los sostuvo e impidió que se detuvieran. Nadie entre los mortales hubiera podido soportarlo, nadie excepto los Dúnedain del Norte, y con ellos Gimli el enano y Lególas de los elfos.

Pasaron por el Desfiladero de Tarlang y desembocaron en Lamedon, seguidos por el Ejército de los Espectros y precedidos por el terror. Y cuando llegaron a Calembel, a orillas del Ciril, el sol descendió como sangre en el oeste, detrás de los picos lejanos del Pinnath Gelin. Encontraron la ciudad desierta y los vados abandonados, pues muchos de los habitantes habían partido a la guerra, y los demás habían huido a las colinas ante el rumor de la venida del Rey de los Muertos. Y al día siguiente no hubo

amanecer, y la Compañía Gris penetró en las tinieblas de la Tempestad de Mordor, y desapareció a los ojos de los mortales; pero los Muertos los seguían.

3

EL ACANTONAMIENTO DE ROHAN

Ahora todos los caminos corrían a la par hacia el Este, hacia la guerra ya inminente, a enfrentar el ataque de la Sombra. Y en el momento mismo en que Pippin asistía, en la Puerta Grande de la Ciudad, a la llegada del Príncipe de Dol Amroth con sus estandartes, Théoden Rey de Rohan descendía desde las colinas.

La tarde declinaba. A los últimos rayos del poniente, las sombras largas y puntiagudas de los jinetes se adelantaban a las cabalgaduras. Ya la oscuridad se había agazapado bajo los abetos susurrantes que vestían los flancos de la montaña, y ahora, al final de la jornada, el rey cabalgaba lentamente. Pronto el camino contorneó un gran espolón de roca desnuda y se internó de improviso en la penumbra suspirante de una arboleda. Los jinetes descendían, descendían sin cesar en una larga fila serpentina. Cuando llegaron por fin al fondo de la garganta, ya caía la noche en los bajíos. El sol había desaparecido. El crepúsculo se tendía sobre las cascadas.

Durante todo el día, abajo y a lo lejos, habían visto un arroyo que descendía a los saltos desde la alta garganta, y corría por un cauce estrecho entre unos muros revestidos de pinos; ahora, pasando por una puerta rocosa, penetraba en un valle más ancho. Siguiendo el curso del arroyo los jinetes se encontraron de pronto ante el Valle Sagrado, donde resonaban las voces del agua en la noche. En ese paraje, el Río Nevado, engrosado con el caudal del arroyo, se precipitaba, humeante y espumoso sobre las rocas hacia Edoras y las colinas y las praderas verdes. A lo lejos y a la derecha, a la entrada del gran valle, asomaba erguida sobre vastos contrafuertes velados por las nubes la poderosa cabeza del Pico Afilado; pero la cresta resplandecía allí en las alturas, vestida de nieves eternas, solitaria y aislada del mundo, sombreada de azul en el este, teñida del rojo del crepúsculo en el oeste.

Merry contempló con asombro aquel país extraño, del que había oído tantas historias a lo largo del camino. Era un mundo sin cielo, en el que los ojos del hobbit, a través de resquicios de aire tenebroso, no veían nada más que pendientes cada vez más altas, murallones de piedra detrás de otros murallones, y precipicios amenazantes envueltos en nieblas. Por un momento, como en un duermevela, escuchó los rumores del agua, el murmullo de los árboles, el crujido de las piedras, y el vasto silencio expectante detrás de cada ruido. A Merry lo fascinaban las montañas, o lo había fascinado la idea de las montañas, marco sempiterno de las historias de países lejanos; pero ahora lo retenía abajo el peso insoportable de la Tierra Media. Hubiera querido cerrarle las puertas a aquella inmensidad, en una habitación tranquila junto a un fuego.

Estaba muy fatigado, pues si bien la cabalgata había sido lenta, rara vez se habían detenido a descansar. Hora tras hora durante casi tres días interminables había marchado a los tumbos, a través de gargantas y largos valles, y un sinfín de ríos y arroyos. A veces, cuando el camino era más ancho, cabalgó junto al rey, sin advertir que muchos de los jinetes sonreían al verlo: el hobbit en el poney peludo y gris, y el Señor de Rohan en el esbelto corcel blanco. En esos momentos había conversado con Théoden, hablándole de su tierra natal y de las costumbres y los acontecimientos de la Comarca, o escuchando a su vez las historias de la Marca y las hazañas de los grandes hombres de antaño. Pero la mayor parte del tiempo, sobre todo en este último día, Merry había cabalgado solo cerca del rey, sin decir nada, y esforzándose por entender la lengua lenta y sonora que hablaban los hombres detrás de él. Era una lengua que parecía contener muchas palabras que él conocía, aunque la pronunciación era más rica y enfática que en la Comarca, pero no conseguía poner en relación unas palabras con otras. De vez en cuando algún jinete entonaba con voz clara y vibrante un canto fervoroso, y a Merry se le encendía el corazón, aunque no entendía de qué se trataba.

A pesar de todo se sentía muy solo, y nunca tanto como ahora, al final de la tarde. Se preguntaba dónde, en qué lugar de todo ese mundo extraño, estaba Pippin; y qué había sido de Aragorn y Lególas y Gimli. Y de pronto, como una punzada fría en el corazón, pensó en Frodo y en Sam. «¡Me olvido de ellos!» se reprochó. «Y son más importantes que todos nosotros. Vine para ayudarlos; pero ahora, si aún viven, han de estar a centenares de millas de aquí.» Se estremeció.

¡El Valle Sagrado, por fin! exclamó Eomer. Ya estamos llegando. A la salida de la garganta los senderos descendían en una pendiente abrupta. El gran valle, envuelto allá abajo en las sombras del crepúsculo, se divisaba apenas, como contemplado desde una ventana alta. Y una luz pequeña centelleaba solitaria junto al río.

—Quizás este viaje haya terminado —dijo Théoden—, pero a mí me queda por recorrer un largo camino. Anoche hubo luna llena, y mañana por la mañana he de estar en Edoras, para la revista de las tropas de la Marca.

—Sin embargo, si queréis aceptar mi consejo —dijo en voz baja Eomer—, luego volveréis aquí, hasta que la guerra, perdida o ganada, haya concluido.

Théoden sonrió.

No, hijo mío, que así quiero llamarte, ¡no les hables a mis viejos oídos con las palabras melosas de Lengua de Serpiente! —Se irguió, y volvió la cabeza hacia la larga columna de hombres que se perdía en la oscuridad. Parece que hubieran pasado largos años en estos días, desde que partí para el Oeste; pero ya nunca más volveré a apoyarme en un bastón. Si perdemos la guerra, ¿de qué podrá servir queme oculte en las montañas? Y si vencemos ¿sería acaso un motivo de tristeza que yo consumiera en la batalla mis últimas fuerzas? Pero no hablemos de eso ahora. Esta noche descansaré en el Baluarte del Sagrario. ¡Nos queda al menos una noche de paz! ¡En marcha!

En la oscuridad creciente descendieron al fondo del valle. Allí, el Río Nevado corría cerca de la pared occidental. Y el sendero los llevó pronto a un vado donde las aguas murmuraban sonoras sobre las piedras. Había una guardia en el vado. Cuando el rey se acercó muchos hombres emergieron de entre las sombras de las rocas; y al reconocerlo, gritaron con voces de júbilo:

—¡Théoden Rey! ¡Théoden Rey! ¡Vuelve el Rey de la Marca!

Entonces uno de ellos sopló un cuerno: una larga llamada cuyos ecos resonaron en el valle. Otros cuernos le respondieron, y en la orilla opuesta del río aparecieron unas luces.

De improviso, desde gran altura, se elevó un gran coro de trompetas; sonaban, se hubiera dicho, en algún sitio hueco, como si las diferentes notas se unieran en una sola voz que vibraba y retumbaba contra las paredes de piedra.

Así el Rey de la Marca retornó victorioso del Oeste, y en el Sagrario, al pie de las Montañas Blancas, estaban acantonadas las fuerzas que quedaban de su pueblo; pues no bien se enteraron de la llegada del rey, los capitanes partieron a encontrarlo en el vado, llevándole mensajes de Gandalf. Dúnhere, jefe de las gentes del Valle Sagrado, iba a la cabeza.

—Tres días atrás, al amanecer, Señor —dijo—, Sombragris llegó a Edoras como un viento del oeste, y Gandalf trajo noticias de vuestra victoria para regocijo de todos nosotros. Pero también nos trajo vuestra orden: que apresuráramos el acantonamiento de los jinetes. Y entonces vino la Sombra alada.

— ¿La Sombra alada? —dijo Théoden—. También nosotros la vimos, pero eso fue en lo más profundo de la noche, antes que Gandalf nos dejase.

—Tal vez, Señor —dijo Dúnhere—. En todo caso la misma, u otra semejante, una oscuridad que tenía la forma de un pájaro monstruoso, voló esta mañana sobre Edoras, y todos los hombres se estremecieron.

Porque se lanzó sobre Meduseld, y cuando estaba ya casi a la altura de los tejados, oímos un grito que nos heló el corazón. Fue entonces cuando Gandalf nos aconsejó que no nos reuniéramos en la campiña, y que viniéramos a encontraros aquí, en el valle al pie de los montes. Y nos ordenó no encender hogueras o luces innecesarias. Es lo que hicimos. Gandalf hablaba con autoridad. Esperamos que esto sea lo que vos hubierais querido. Ninguna de estas criaturas nefastas ha sido vista aquí en el Valle Sagrado.

—Está bien —dijo Théoden. Ahora iré al Baluarte, y allí, antes de recogerme a descansar, me reuniré con los mariscales y los capitanes. ¡Que vengan a verme lo más pronto posible!

El camino, que en ese punto tenía apenas media milla de ancho, atravesaba el valle en línea recta hacia el este. Todo alrededor se extendían llanos y praderas de hierbas ásperas, grises ahora en la penumbra del anochecer; pero al frente, del otro lado del valle, Merry vio una hosca pared de piedra, última ramificación de las poderosas raíces del Pico Afilado, que el río había inundado en tiempos ya remotos.

Una multitud ocupaba todos los espacios llanos. Algunos de los hombres se apiñaban a orillas del camino y aclamaban alborozados al rey y a los jinetes venidos del Oeste; pero más atrás, y extendiéndose a lo largo del valle, había hileras de tiendas de campaña y cobertizos, filas de caballos sujetos a estacas, grandes reservas de armas, y haces de lanzas erizadas como montes de árboles recién plantados. La gran asamblea desaparecía ya en la oscuridad, y sin embargo, aunque el viento de la noche soplabla helado desde las cumbres, no brillaba una sola linterna, no chisporroteaba ningún fuego. Los centinelas rondaban envueltos en pesados capotes.

Merry se preguntó cuántos jinetes habría allí reunidos. No podía contarlos en la creciente oscuridad, pero tenía la impresión de que era un gran ejército, de muchos miles de hombres. Mientras miraba a un lado y a otro, el rey y su escolta llegaron al pie del risco que flanqueaba el valle en el este; y allí el sendero trepaba de pronto, y Merry alzó la mirada, estupefacto. El camino en que ahora se encontraba no se parecía a ninguno que hubiera visto antes: una obra magistral del ingenio del hombre en un tiempo que las canciones no recordaban. Subía y subía, ondulante y sinuoso como una serpiente, abriéndose paso a través de la roca escarpada. Empinado como una escalera, trepaba en idas y venidas. Los caballos podían subir por él, y hasta arrastrar lentamente las carretas; pero ningún enemigo podía salirles al paso, a no ser por el aire, si estaba defendido desde arriba. En cada recodo del camino, se alzaban unas grandes piedras talladas, enormes figuras humanas de miembros pesados, sentadas en cuclillas con las piernas cruzadas, los brazos replegados sobre los vientres prominentes. Algunas, desgastadas por los años, habían perdido todas las facciones, excepto los agujeros sombríos de los ojos que aún miraban con tristeza a los viajeros. Los jinetes no les prestaron ninguna atención. Los llamaban los hombres Púkel, y apenas se dignaron mirarlos: ya no eran ni poderosos ni terroríficos. Merry en cambio contemplaba con extrañeza y casi con piedad aquellas figuras que se alzaban melancólicamente en las sombras del crepúsculo.

Al cabo de un rato volvió la cabeza y advirtió que se encontraba ya a varios centenares de pies por encima del valle, pero abajo y a lo lejos aún alcanzaba a distinguir la ondulante columna de jinetes que cruzaba el vado y marchaba a lo largo del camino, hacia el campamento preparado para ellos. Sólo el rey y su escolta subirían al Baluarte.

La comitiva del rey llegó por fin a una orilla afilada, y el camino ascendente penetró en una brecha entre paredes rocosas, subió una cuesta corta y desembocó en una vasta altiplanicie. Firienfeld la llamaban los hombres: una meseta cubierta de hierbas y brezales, que dominaba los lechos profundamente excavados del Río Nevado, asentada en el regazo de las grandes montañas: el Pico Afilado al sur, la dentada mole del Irensaga, y entre ambos, de frente a los jinetes, el muro negro y siniestro del Dwimor, el Monte de los Espectros, que se elevaba entre pendientes empinadas de abetos sombríos. La meseta estaba dividida en dos por una doble hilera de piedras erectas e informes que se encogían en la oscuridad y se perdían entre los árboles. Quienes osaban tomar ese camino llegarían muy pronto al tenebroso Bosque Sombrío al pie del Dwimor, a la amenaza del pilar de piedra y a la sombra bostezante de la puerta prohibida.

Tal era el oscuro refugio que llamaban el Baluarte del Sagrario, obra de hombres olvidados en un pasado remoto. El nombre de esas gentes se había perdido, y ninguna canción, ninguna leyenda lo recordaba. Con qué propósito habían construido este lugar, si como ciudad, o templo secreto o para tumba de reyes, nadie hubiera podido decirlo. Allí habían sobrellevado las penurias de los Años Oscuros, antes que llegase a las costas occidentales el primer navio, antes aún que los Dúnedain fundaran el reino de Gondor; y ahora habían desaparecido, y allí sólo quedaban los hombres Púkel, eternamente sentados en los recodos del sendero.

Merry observaba con ojos azorados el desfile de las piedras: negras y desgastadas, algunas inclinadas, otras caídas, algunas rotas o resquebrajadas; parecían hileras de dientes viejos y ávidos. Se preguntó qué podían significar; esperaba que el rey no tuviese la intención de seguirlas hasta la oscuridad del otro lado. De pronto notó que había tiendas y barracas junto al camino de las piedras, y al borde de la escarpada, como si las hubieran agrupado evitando la cercanía de los árboles, y casi todas ellas estaban a la derecha del camino, donde Firienfeld era más ancho; a la izquierda se veía un campamento pequeño, y en el centro se elevaba un pabellón. En ese momento un jinete les salió al paso desde aquel lado, y la comitiva se desvió del camino.

Cuando se acercaron, Merry vio que el jinete era una mujer de largos cabellos trenzados que resplandecían en el crepúsculo; sin embargo, llevaba un casco y estaba vestida hasta la cintura como un guerrero, y ceñía una espada.

—¡Salve, Señor de la Marca! exclamó. Mi corazón se regocija con vuestro retorno.

—¿Y cómo estás tú, Eowyn? —dijo Théoden—. ¿Todo ha marchado bien?

—Todo bien —respondió ella. Pero a Merry le pareció que la voz desmentía las palabras, y hasta pensó que ella había estado llorando, si esto era posible en alguien de rostro tan austero—. Todo bien. Fue un viaje agotador para la gente, arrancada de improviso de sus hogares; hubo palabras duras, pues hacía tiempo preparados, pues he tenido noticias recientes de vos, y hasta conocía la hora de vuestra llegada.

—Entonces Aragorn ha venido dijo Eomer—. ¿Está todavía aquí?

—No, se ha marchado —dijo Eowyn desviando la mirada y contemplando las montañas oscuras en el este y el sur.

—¿A dónde? —preguntó Eomer.

—No lo sé —respondió ella—. Llegó en la noche y ayer por la mañana volvió a partir, antes que asomara el sol sobre las montañas. Se ha ido.

—Estás afligida, hija dijo Théoden. ¿Qué ha pasado? Dime, ¿habló de ese camino? Señaló a lo lejos las ensombrecidas hileras de piedras que conducían al Monte Dwimor.— ¿Habló de los Senderos de los Muertos?

—Sí, Señor —dijo Eowyn—. Y desapareció en las sombras de donde nadie ha vuelto. No pude disuadirlo. Se ha marchado.

—Entonces nuestros caminos se separan dijo Eomer—. Está perdido. Tendremos que partir sin él, y nuestra esperanza se debilita.

Lentamente y en silencio atravesaron el terreno de matorrales y pastos cortos que los separaban del pabellón del rey. Merry comprobó que en verdad todo estaba pronto, y que ni a él lo habían olvidado. Junto al pabellón del rey habían levantado una pequeña tienda; allí el hobbit se sentó a solas observando las idas y venidas constantes de los hombres que entraban a celebrar consejo con el rey. Cayó la noche, y en el oeste las cumbres apenas visibles de las montañas se nimbaban de estrellas, pero en el este el cielo estaba oscuro y vacío. Las hileras de piedras desaparecieron lentamente; pero más allá, más negra que las tinieblas se agazapaba la sombra amenazante del Dwimor.

Los Senderos de los Muertos —murmuró Merry—. ¿Los Senderos de los Muertos? ¿Qué ocurre? Ahora todos me han abandonado. Todos han partido a algún destino último: Gandalf y Pippin a la guerra en el Este; y Sam y Frodo a Mordor; y Trancos con Lególas y Gimli a los Senderos de los Muertos. Pero pronto me llegará el turno a mí también, supongo. Me pregunto de qué estarán hablando, y qué se propone hacer el rey. Porque ahora tendré que seguirlo a donde vaya.

En medio de estos sombríos pensamientos recordó de pronto que tenía mucha hambre, y se levantó para ir a ver si alguien más en ese extraño campamento sentía lo mismo. Pero en ese preciso instante sonó una trompeta, y un hombre vino a invitarlo, a él, Merry, escudero del rey, a sentarse a la mesa del rey.

En el fondo del pabellón había un espacio pequeño, aislado del resto por colgaduras bordadas y recubierto de pieles; allí, alrededor de una pequeña mesa, estaba sentado Théoden con Eomer y Eowyn, y Dúnhere, señor del Valle Sagrado. Merry esperó de pie junto al asiento del rey, que parecía ensimismado; al fin el anciano se volvió a él y le sonrió.

¡Vamos, maese Meriadoc! le dijo. No vas a quedarte ahí de pie. Mientras yo esté en mis dominios, te sentarás a mi lado, y me aligerarás el corazón con tus cuentos.

Hicieron un sitio para el hobbit a la izquierda del rey, pero nadie le pidió que contase historias. Y en verdad hablaron poco, y la mayor parte del tiempo comieron y bebieron en silencio, pero al fin Merry se decidió e hizo la pregunta que lo atormentaba.

—Dos veces ya, Señor, he oído nombrar los Senderos de los Muertos. ¿Qué son? ¿Ya dónde ha ido Trancos, quiero decir, el Señor Aragorn?

El rey suspiró, pero la pregunta de Merry quedó sin respuesta hasta que por último Eomer dijo:

No lo sabemos, y un gran peso nos oprime el corazón. Sin embargo, en cuanto a los Senderos de los Muertos, tú mismo has recorrido los primeros tramos. ¡No, no pronuncie palabras de mal augurio! El camino por el que hemos subido es el que da acceso a la Puerta, allá lejos, en el Bosque Sombrío. Pero lo que hay del otro lado, ningún hombre lo sabe.

—Ningún hombre lo sabe —dijo Théoden; sin embargo, la antigua leyenda, rara vez recordada en nuestros días, tiene algo que decir. Si esas viejas historias transmitidas de padres a hijos en la Casa de Eorl cuentan la verdad, la Puerta que se abre a la sombra del Dwimor conduce a un camino oculto que corre bajo la montaña hacia una salida olvidada. Pero nadie se ha aventurado jamás a ir hasta allí y desentrañar esos secretos, desde que Baldor, hijo de Brego, traspuso la Puerta y nunca más se lo vio entre los hombres. Pronunció un juramento temerario, mientras vaciaba el cuerno en el festín que ofreció Brego para consagrar el palacio de Meduseld, en ese entonces recién construido; y nunca llegó a ocupar el alto trono del que era heredero.

»La gente dice que los Muertos de los Años Oscuros vigilan el camino y no permiten que ninguna criatura viviente penetre en esas moradas secretas; pero de tanto en tanto se los ve a ellos: franquean la Puerta como sombras y descienden por el camino de las piedras. Entonces los moradores del Valle Sagrado atrancan las puertas y tapián las ventanas y tienen miedo. Pero los Muertos salen rara vez y sólo en tiempo de gran inquietud y de muerte inminente.

—Sin embargo —observó Eomer en voz muy baja—, se dice en el Valle Sagrado que hace poco, en las noches sin luna, pasó por allí un gran ejército ataviado con extrañas galas. Nadie sabía de dónde venían pero subieron por el camino de las piedras y desaparecieron en la montaña, como si se encaminaran a una cita.

—¿Por qué entonces Aragorn fue por ese camino? —preguntó Merry—. ¿No tenéis ninguna explicación?

—A menos que a ti te haya confiado cosas que nosotros no hemos oído —dijo Eomer—, nadie en la tierra de los vivos puede ahora adivinar qué se propone.

—Lo noté muy cambiado desde que lo vi por primera vez en la casa del rey —dijo Eowyn—: más endurecido, más viejo. A punto de morir, me pareció, como alguien a quien los Muertos llaman.

—Tal vez lo llamaran —dijo Théoden—, y me dice el corazón que no lo volveré a ver. Sin embargo es un hombre de estirpe real y de elevado destino. Y que esto mitigue tus pesares, hija, ya que tanto te aflige la suerte de este huésped: se dice que cuando los Eorlingas descendieron del Norte y remontaron el curso del Nevado en busca de lugares seguros donde guarecerse en momentos de necesidad, Brego y su hijo Baldor subieron por la Escalera del Baluarte y así llegaron a la Puerta. En el umbral estaba sentado un anciano decrepito, de edad incontable en años; había sido alto y majestuoso, pero ahora estaba seco como una piedra vieja. Y en verdad por una piedra lo tomaron, porque no se movía ni pronunció una sola palabra hasta que pretendieron dejarlo atrás y entrar. Y entonces salió de él una voz, una voz que parecía venir de las entrañas de la tierra, y oyeron, estupefactos, que hablaba en la lengua del Oeste: El camino está cerrado.

»Entonces se detuvieron, y al observarlo vieron que aún estaba vivo; pero no los miraba. El camino está cerrado, volvió a decir la voz. Lo hicieron los Muertos, y los Muertos lo guardan, hasta que llegue la hora. El camino está cerrado.

»¿Y cuándo llegará la hora? preguntó Baldor. Pero la respuesta no la supo jamás. Porque el viejo murió en ese mismo instante y cayó de cara al suelo; y nada más han sabido vuestras gentes de los antiguos habitantes de las montañas. Es posible sin embargo que la hora anunciada haya llegado, y que Aragorn pueda pasar.

—Pero ¿cómo sabría un hombre si ha llegado o no la hora, a menos que se atreviese a cruzar la Puerta? preguntó Eomer. Y yo no iría por ese camino aunque me acosaran todos los ejércitos de Mordor, y estuviera solo, y no viera otro sitio donde refugiarme. ¡Qué desdicha que el desánimo de la muerte se haya apoderado de un hombre tan valeroso en esta hora de necesidad! ¿Acaso no hay males suficientes a nuestro alrededor, para tener que ir a buscarlos bajo tierra? La guerra está al alcance de la mano.

Se interrumpió, pues en ese momento se oyó un ruido fuera, y la voz de un hombre que gritaba el nombre de Théoden, y el quién vive del guardia.

Un momento después el Capitán de la Guardia entreabrió la cortina.

—Hay un hombre aquí, Señor —dijo, un mensajero de Góndor. Desea presentarse ante vos inmediatamente.

— ¡Hazlo pasar! —dijo Théoden.

Entró un hombre de elevada estatura, y Merry contuvo un grito, pues por un instante le pareció que Boromir, resucitado, había vuelto a la tierra. Pero en seguida vio que no era así; el hombre era un

desconocido, aunque se parecía a Boromir como un hermano, alto, arrogante y de ojos grises. Iba vestido a la usanza de los caballeros con una capa de color verde oscuro sobre una fina cota de malla; el yelmo que le cubría la cabeza tenía engastada en el frente una pequeña estrella de plata. Llevaba en la mano una sola flecha, empenachada de negro; la espiga era de acero, pero la punta estaba pintada de rojo.

Se hincó a media rodilla y le presentó la flecha a Théoden.

— ¡Salve, Señor de los Rohirrim, amigo de Góndor! —dijo. Soy yo, Hirgon, mensajero de Denethor, quien os trae este símbolo de guerra. Un grave peligro se cierne sobre Góndor. Los Rohirrim nos han ayudado muchas veces, pero hoy el Señor Denethor necesita de todas vuestras fuerzas y toda vuestra diligencia, si es que se ha de evitar la pérdida de Góndor.

— ¡La Flecha Roja! dijo Théoden, sosteniendo la flecha en la mano, como alguien que recibiera con temor un aviso largamente esperado. La mano le temblaba—. ¡La Flecha Roja no se había visto en la Marca en todos mis años! ¿Es posible que las cosas hayan llegado a tal extremo? ¿Y en cuánto estima el Señor Denethor lo que llama mis fuerzas y mi diligencia?

—Eso nadie lo sabe mejor que vos, Señor dijo Hirgon—. Pero bien puede ocurrir que antes de mucho Minas Tirith sea cercada, y a menos que vuestras fuerzas os permitan desbaratar un sitio de varios ejércitos, el señor Denethor me ha pedido que os diga que los valientes brazos de los Rohirrim estarán mejor protegidos detrás de las murallas que fuera de ellas.

—Pero el Señor Denethor sabe que somos un pueblo más apto para combatir a caballo y en campo abierto, y que vivimos dispersos y necesitamos cierto tiempo para reunir a nuestros jinetes. ¿No es verdad, Hirgon, que el Señor de Minas Tirith sabe más de lo que da a entender en su mensaje? Porque ya estamos en guerra, como tú mismo has visto, y tu llegada nos encuentra en parte preparados. Gandalf el Gris estuvo entre nosotros, y ahora mismo nos acantonamos para combatir en el Este.

—Lo que el Señor Denethor puede conocer o adivinar de todas estas cosas, no lo sé decir —respondió Hirgon—. Pero nuestra situación es realmente desesperada. Mi señor no os envía ninguna orden, os pide solamente que recordéis una antigua amistad y unos juramentos pronunciados hace mucho tiempo; y que por vuestro propio bien hagáis todo cuanto esté a vuestro alcance. Hemos sabido que muchos reyes han venido del Este al servicio de Mordor. Desde el Norte hasta el campo de Dagorlad hay escaramuzas y rumores de guerra. En el Sur, los Haradrim avanzan: en todas nuestras costas ha cundido el miedo, de suerte que poca o ninguna ayuda contamos recibir de allí. ¡Daos prisa! Es el destino de nuestro tiempo lo que se decidirá delante de los muros de Minas Tirith, y si la marea no es contenida ahora inundará los campos fértiles de Rohan, y entonces ni aun este refugio en las montañas será un abrigo para nadie.

—Son tristes noticias —dijo Théoden—, mas no del todo inesperadas. Dile a Denethor que aun cuando Rohan no corriese peligro alguno, igualmente acudiríamos en su auxilio. Pero hemos tenido muchas bajas en nuestras batallas con el traidor Saruman, y como bien lo demuestran las noticias que él mismo nos envía, no podemos descuidar las fronteras del norte y del este. El Señor Oscuro parece disponer ahora de un poder tan enorme que no sólo podría contenernos ante los muros de la Ciudad, sino también golpear con gran fuerza del otro lado del río, más allá de la Puerta de los Reyes.

»Pero no hablemos más de los consejos que dictaría la prudencia. Acudiremos. La revista de las tropas ha sido convocada para mañana. En cuanto todo esté en orden, partiremos. Diez mil lanzas hubiera podido enviar a través de la llanura para consternación de vuestros enemigos. Ahora serán menos, me temo; no dejaré todas mis fortalezas indefensas. No obstante, seis mil jinetes me seguirán. Pues habrás de decirle a Denethor que en esta hora el Rey de la Marca en persona descenderá al País de Góndor, aunque quizá no regrese. Pero el camino es largo, y es preciso que hombres y bestias lleguen a destino con fuerzas para combatir. Tal vez dentro de una semana, a contar de mañana por la mañana, oigáis llegar desde el norte el clamor de los Hijos de Eorl.

— ¡Una semana! —dijo Hirgon—. Si no puede ser antes, que así sea. Pero es probable que dentro de siete días no encontréis nada más que muros en ruinas, a menos que nos llegue algún socorro inesperado. En todo caso, alcanzaréis a desbaratarles los festejos a los orcos y a los endrinos en la Torre Blanca.

—Al menos eso haremos —dijo Théoden—. Pero yo mismo acabo de regresar del campo de batalla, y de un largo viaje, y ahora quiero retirarme a descansar. Pasa la noche aquí. Mañana podrás partir más tranquilo, luego de haber visto las tropas, y más rápido luego de haber descansado. Las decisiones es preferible tomarlas por la mañana; la noche cambia muchos pensamientos.

Dicho esto, el rey se levantó, y todos lo imitaron.

—Id ahora a descansar —dijo—, y dormid bien. A ti, maese Meriadoc, no te necesitaré más por esta noche. Pero mañana no bien salga el sol, tendrás que estar pronto, esperando mi llamada.

—Estaré pronto —dijo Merry— aunque lo que me ordenéis sea que os acompañe a los Senderos de los Muertos.

—¡No pronuncies palabras de mal augurio! —dijo el rey—. Pues puede haber otros caminos que merezcan llevar ese nombre. Pero no dije que te ordenaría que cabalgaras conmigo por ningún camino. ¡Buenas noches!

«¡No me van a dejar aquí para venir a recogerme cuando regresen!» se dijo Merry. «No me van a dejar, ¡no y no!» Y mientras se repetía una y otra vez estas palabras, terminó por quedarse dormido en la tienda.

Abrió los ojos, y un hombre lo estaba zamarreando para despertarlo.

—¡Despierte, Señor Holbytla! —gritaba el hombre—. ¡Despierte! Merry dejó al fin el mundo de los sueños y se sentó de golpe, sobresaltado. «Todavía está demasiado oscuro», pensó.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—El rey lo llama.

—Pero si aún no ha salido el sol —dijo Merry.

—No, ni saldrá hoy, Señor Holbytla. Ni nunca más, se diría, de atrás de esa nube. Pero aunque el sol esté perdido, el tiempo no se detiene. ¡Dése prisa!

Mientras se precipitaba a echarse encima algunas ropas, Merry miró fuera. La tierra estaba en tinieblas. El aire mismo tenía un color pardo, y alrededor todo era negro y gris y sin sombras; había una gran quietud. Los contornos de las nubes eran invisibles, y sólo en lontananza, en el oeste, entre los dedos distantes de la gran oscuridad que aún trepaba a tientas por la noche, se filtraban unos hilos luminosos. Una techumbre informe, espesa y sombría ocultaba el cielo, y la luz más parecía menguar que crecer.

Merry vio un gran número de hombres de pie, que observaban el cielo y murmuraban; todos los rostros eran grises y tristes, y en algunos había miedo. Con el corazón oprimido, se encaminó al pabellón del rey.

Hirgon, el jinete de Góndor, ya estaba allí, en compañía de otro hombre parecido a él, y vestido de la misma manera, pero mucho más bajo y corpulento. Cuando Merry entró, el hombre estaba hablando con Théoden.

—Viene de Mordor, Señor —decía—. Comenzó anoche hacia el crepúsculo. Desde las colinas del Folde Este de vuestro reino vi cómo se levantaba e invadía el cielo poco a poco, y durante toda la noche, mientras yo cabalgaba, venía atrás devorando las estrellas. Ahora la nube se cierne sobre toda la región, desde aquí hasta las Montañas de la Sombra; y se oscurece cada vez más. La guerra ha comenzado.

Luego de un momento de silencio, el rey habló.

—De modo que ha llegado el fin —dijo—: la gran batalla de nuestro tiempo, en la que tantas cosas habrán de perecer. Pero al menos ya no es necesario seguir ocultándose. Cabalgaremos en línea recta, por el camino abierto, y con la mayor rapidez posible. La revista comenzará en seguida, sin esperar a los rezagados. ¿Tenéis en Minas Tirith provisiones suficientes? Porque si hemos de partir ahora con la mayor celeridad, no podemos cargarnos en demasía, salvo los víveres y el agua necesarios para llegar al lugar de la batalla.

—Tenemos abundantes reservas, que hemos ido acumulando —respondió Hirgon—. ¡Partid ahora, tan ligeros y tan veloces como podáis!

—Entonces, Eomer, ve y llama a los heraldos —dijo Théoden—. ¡Que los jinetes se preparen!

Eomer salió; pronto las trompetas resonaron en el Baluarte, y muchas otras les respondieron desde abajo; pero las voces no eran vibrantes y límpidas como las que oyera Merry la noche anterior; le parecieron sordas y destempladas en el aire espeso; un sonido bronco y ominoso.

El rey se volvió a Merry.

—Maese Meriadoc, parto a la guerra —le dijo—. Dentro de un momento me pondré en camino. Te eximo de mi servicio, mas no de mi amistad. Permanecerás aquí, y si lo deseas estarás al servicio de la Dama Eowyn, quien gobernará el pueblo en mi ausencia.

—Pero... pero Señor —tartamudeó Merry—, os he ofrecido mi espada. No deseo separarme así de vos, Rey Théoden. Todos mis amigos se han ido a combatir, y si no pudiera hacerlo también yo, me sentiría abochornado.

—Es que nuestros caballos son altos y veloces —replicó Théoden—, y por muy grande que sea tu corazón, no podrás montarlos.

—Pues bien, atadme al lomo de uno de ellos, o dejadme ir colgado de un estribo, o algo así —dijo Merry—. El trayecto es largo para que os siga corriendo, pero si no puedo cabalgar correré, aunque me gaste los pies y llegue con varias semanas de atraso. Théoden sonrió.

—Antes que eso te llevaría en la grupa de Crinblanca —dijo—. Pero al menos cabalgarás conmigo hasta Edoras, y verás el palacio de Meduseld; pues ese es el camino que tomaré ahora. Hasta allí, Stybba podrá llevarte: la gran carrera sólo comenzará cuando lleguemos a las llanuras.

Entonces Eowyn se levantó.

—¡Venid conmigo, Meriadoc! —dijo—. Os mostraré lo que os he preparado. —Salieron juntos.— Sólo esto me pidió Aragorn —dijo mientras pasaban entre las tiendas—: que os proveyera de armas para la batalla. Y yo he tratado de atender a ese deseo lo mejor que he podido. Porque el corazón me dice que antes del fin las necesitaréis.

Eowyn llevó a Merry a un cobertizo entre las tiendas de la guardia del rey, y allí un armero le trajo un casco pequeño, y un escudo redondo, y otras piezas.

—No tenemos una cota de malla que os pueda venir bien —dijo Eowyn—, ni tampoco para forjar un plaquín a vuestra medida; pero aquí hay también un justillo de buen cuero, un cinturón y un puñal. En cuanto a la espada, ya la tenéis.

Merry se inclinó, y la dama le mostró el escudo, que era semejante al que había recibido Gimli, y llevaba la insignia del caballo blanco.

—Tomad todas estas cosas —prosiguió— ¡y conducidlas a un fin venturoso! Y ahora, ¡adiós, señor Meriadoc! Aunque quizás alguna vez volvamos a encontrarnos, vos y yo.

Así, en medio de una oscuridad siempre creciente, el Rey de la Marca se preparó para conducir a los jinetes por el camino del Este. Bajo la sombra, los corazones estaban oprimidos y muchos hombres parecían desanimados. Pero era un pueblo austero, leal a su señor, y se oyeron pocos llantos y murmullos, aun en el campamento del Baluarte, donde se alojaban los exiliados de Edoras, mujeres, niños y ancianos. Un destino mortal los amenazaba, y ellos lo enfrentaban en silencio.

Dos horas pasaron veloces, y ya el rey estaba montado en el caballo blanco, que resplandecía en la oscuridad. Alto y arrogante parecía el rey, aunque los cabellos que le flotaban bajo el casco eran de nieve; y muchos lo contemplaban maravillados, y se animaban al verlo erguido e imperturbable.

Allí en los extensos llanos que bordeaban el río tumultuoso estaban alineadas numerosas compañías: más de cinco mil quinientos jinetes armados de pies a cabeza, y varios centenares de hombres con caballos de posta que cargaban un ligero equipaje. Sonó una sola trompeta. El rey alzó la mano, y el ejército de la Marca empezó a moverse en silencio. A la cabeza marchaban doce hombres del séquito personal del rey:

Caballeros de renombre. Los seguía el rey con Eomer a la diestra. Le había dicho adiós a Eowyn en el Baluarte, y el recuerdo le pesaba; pero ahora observaba con atención el camino que se extendía delante de él. Detrás iba Merry montado en Stybba, con los mensajeros de Gondor, y por último, en la retaguardia, otros doce hombres de la escolta del rey. Pasaron delante de las largas filas de rostros que esperaban, severos e impasibles. Pero cuando ya habían llegado casi al extremo de la fila, un hombre le echó al hobbit una mirada rápida y penetrante. «Un hombre joven», pensó Merry al devolverle la mirada, «más bajo de estatura y menos corpulento que la mayoría». Reparó en el fulgor de los claros ojos grises, y se estremeció, pues se le ocurrió de pronto que era el rostro de alguien que ha perdido toda esperanza y va al encuentro de la muerte. Continuaron descendiendo por el camino gris, siguiendo el curso del Río Nevado que se precipitaba sobre las piedras, y atravesaron las aldeas del Bajo del Sagrario y de Nevado Alto, donde muchos rostros tristes de mujeres los miraban pasar desde los portales sombríos; y así, sin

cuernos ni arpas ni música de voces humanas, la gran cabalgata hacia el Este comenzó con el tema que aparecería en las canciones de Rohan durante muchas generaciones:

*Del Sagrario sombrío en la mañana lóbrega
parte con escudero y capitán el hijo de Tengel
hacia Edoras. Las brumas amortajan
el palacio de los Guardianes de la Marca,
las tinieblas envuelven las columnas de oro.
Adiós, saluda a las gentes libres,
el hogar, el trono, los sitios sagrados
de las celebraciones en los tiempos de luz.
Avanza el rey: atrás el miedo
y adelante el destino. Leal y fiel,
todos los juramentos serán cumplidos.
Avanza Théoden. Cinco noches y cinco días
hacia el Este galopan los Eorlingas: seis mil lanzas
en el Folde, la Frontera de los Pantanos y el Finen,
camino al Sunlendin, a Mundburgo, la fortaleza
de los reyes del mar al pie del Mindolluin,
sitiada por el enemigo, cercada por el fuego.
El Destino los llama. La Oscuridad se cierra
y aprisiona caballo y caballero: los golpes lejanos de los cascotes
se pierden en el silencio: así cuentan las canciones.*

Y en verdad la oscuridad continuaba aumentando cuando el rey llegó a Edoras, aunque apenas era el mediodía. Allí hizo un breve alto para fortalecer el ejército con unas tres veintenas de jinetes que llegaban con atraso a la leva. Luego de haber comido se preparó para reanudar la marcha, y se despidió afectuosamente de su escudero. Merry le suplicó por última vez que no lo abandonase.

—Este no es viaje para un animal como Stybba, ya te lo he dicho —respondió Théoden—. Y en una batalla como la que pensamos librar en los campos de Gondor ¿qué harías, maese Meriadoc, por muy paje de armas que seas, y aún mucho más grande de corazón que de estatura?

—En cuanto a eso ¿quién puede saberlo? —respondió Merry—. Pero entonces, Señor, ¿por qué me aceptasteis como paje de armas, si no para que permaneciera a vuestro lado? Y no me gustaría que las canciones no dijeran nada de mí sino que siempre me dejaban atrás.

—Te acepté para protegerte —respondió Théoden—, y también para que hagas lo que yo mande. Ninguno de mis jinetes podrá llevarte como carga. Si la batalla se librara a mis puertas, tal vez los hacedores de canciones recordaran tus hazañas; pero hay cien leguas de aquí a Mundburgo, donde Denethor es el soberano. Y no diré una palabra más.

Merry se inclinó, y se alejó tristemente, contemplando las filas de jinetes. Ya las compañías se preparaban para la partida: los hombres ajustaban las correas, examinaban las sillas, acariciaban a los animales; algunos observaban con inquietud el cielo cada vez más oscuro. Un jinete se acercó al hobbit, y le habló al oído.

—Donde no falta voluntad, siempre hay un camino, decimos nosotros —susurró—, y yo mismo he podido comprobarlo. —Merry lo miró, y vio que era el jinete joven que le había llamado la atención esa mañana.— Deseas ir a donde vaya el señor de la Marca: lo leo en tu rostro.

—Sí —dijo Merry.

—Entonces irás conmigo —dijo el jinete—. Te llevaré en la cruz de mi caballo, debajo de mi capa hasta que estemos lejos, en campo abierto, y esta oscuridad sea todavía más densa. Tanta buena voluntad no puede ser desoída. ¡No digas nada a nadie, pero ven!

— ¡Gracias, gracias de veras! —dijo Merry—. Os agradezco, señor, aunque no sé vuestro nombre.

—¿No lo sabes? —dijo en voz baja el jinete—. Entonces llámame Dernhelm.

Así pues, cuando el rey partió, Meriadoc el hobbit iba sentado delante de Dernhelm, y el gran corcel gris Hoja de Viento casi no sintió la carga, pues Dernhelm, aunque ágil y vigoroso, pesaba menos que la mayoría de los hombres.

Cabalgaron en una oscuridad cada vez más densa, y esa noche acamparon entre los saucedales, en la confluencia del Nevado con el Entaguas, doce leguas al este de Edoras. Y luego cabalgaron de nuevo a través del Folde; y a través de la Frontera de los Pantanos, mientras a la derecha grandes bosques de robles trepaban por las laderas de las colinas a la sombra del oscuro Halifirien, en los confines de Gondor; pero a lo lejos, a la izquierda, una bruma espesa flotaba sobre las ciénagas que alimentaban las bocas del Entaguas. Y mientras cabalgaban, los rumores de la guerra en el Norte les salían al paso. Hombres solitarios llegaban a la carrera, y anunciaban que los enemigos habían atacado las fronteras orientales, y que ejércitos de orcos avanzaban por la Meseta de Rohan.

—¡Adelante! ¡Adelante! —gritó Eomer—. Ya es demasiado tarde para cambiar de rumbo. Los pantanos del Entaguas defenderán nuestros flancos. Lo que ahora necesitamos es darnos prisa. ¡Adelante!

Y así el Rey Théoden dejó el reino, y el largo camino se alejó serpeando, y las almenaras fueron quedando atrás: Calenhad, MinRimmon, Érelas y Nardol. Pero los fuegos habían sido apagados. Todas las tierras estaban grises y silenciosas; y la sombra crecía sin cesar ante ellos, y la esperanza se debilitaba en todos los corazones.

4

EL SITIO DE GÓNDOR

Despertado por Gandalf, Pippin abrió los ojos. Había velas encendidas en el aposento, pues por las ventanas sólo entraba una pálida luz crepuscular; el aire era pesado, como si se avecinara una tormenta.

—¿Qué hora es? —preguntó Pippin, bostezando.

—La hora segunda ha pasado le respondió Gandalf. Tiempo de que te levantes y te pongas presentable. Has sido convocado por el Señor de la Ciudad, para instruirte acerca de tus nuevos deberes.

—¿Y me servirá el desayuno?

— ¡ No! De eso me he ocupado yo: y no tendrás más hasta el mediodía. Han racionado los víveres.

Pippin miró con desconsuelo el panecillo minúsculo y «la mezquina», pensó, «redondela de manteca, junto a un tazón de leche aguada».

—¿Por qué me trajiste aquí? —preguntó.

—Lo sabes demasiado bien dijo Gandalf. Para alejarte del mal. Y si no te agrada, recuerda que tú mismo te lo buscaste. Pippin no dijo más.

Poco después recorría de nuevo en compañía de Gandalf el frío corredor que conducía a la puerta de la Sala de la Torre. Allí, en una penumbra gris, estaba sentado Denethor, «como una araña vieja y paciente», pensó Pippin; parecía que no se hubiese movido de allí desde la víspera. Le indicó a Gandalf que se sentara, pero a Pippin lo dejó un momento de pie, sin prestarle atención. Al fin el viejo se volvió hacia él.

—Bien, maese Peregrin, espero que hayas aprovechado a tu gusto el día de ayer. Aunque temo que en esta ciudad la mesa sea bastante más austera de lo que tú desearías.

Pippin tuvo la desagradable impresión de que la mayor parte de lo que había dicho o hecho había llegado de algún modo a oídos del Señor de la Ciudad, y que además muchos de sus pensamientos eran conocidos por todos. No respondió.

— ¿Qué querrías hacer a mi servicio?

—Pensé, Señor, que vos me señalaríais mis deberes.

—Lo haré, una vez que conozca tus aptitudes —dijo Denethor—. Pero eso lo sabré quizá más pronto teniéndote a mi lado. Mi paje de cámara ha solicitado licencia para enrolarse en la guarnición exterior, de modo que por un tiempo ocuparás su lugar. Me servirás, llevarás mensajes, y conversarás conmigo, si la guerra y las asambleas me dejan algún momento de ocio. ¿Sabes cantar?

—Sí —dijo Pippin—. Bueno, sí, bastante bien para mi gente. Pero no tenemos canciones apropiadas para grandes palacios y para tiempos de infortunio, señor. Rara vez nuestras canciones tratan de algo más terrible que el viento o la lluvia. Y la mayor parte de mis canciones hablan de cosas que nos hacen reír: o de la comida y la bebida, por supuesto.

— ¿Y por qué esos cantos no serían apropiados para mis salones, o para tiempos como éstos? Nosotros, que hemos vivido tantos años bajo la Sombra, ¿no tenemos acaso el derecho de escuchar los ecos de un pueblo que no ha conocido un castigo semejante? Quizá sintiéramos entonces que nuestra vigilia no ha sido en vano, aun cuando nadie la haya agradecido.

A Pippin se le encogió el corazón. No le entusiasmaba la idea de tener que cantar ante el Señor de Minas Tirith las canciones de la Comarca, y menos aún las cómicas que conocía mejor; y además eran... bueno, demasiado rústicas para ese momento. No se le ordenó que cantase. Denethor se volvió a Gandalf haciéndole preguntas sobre los Rohirrim y la política del reino de Rohan, y sobre la posición de Eomer, el sobrino del rey. A Pippin le maravilló que el Señor pareciera saber tantas cosas acerca de un pueblo que vivía muy lejos, «aunque hacía muchos años sin duda» pensó, «que Denethor no salía de las fronteras del reino».

Al cabo Denethor llamó a Pippin y le ordenó que se ausentase otra vez por algún tiempo.

—Ve a la armería de la ciudadela —le dijo— y retira de allí la librea de la Torre y los avíos necesarios. Estarán listos. Fueron encargados ayer. ¡Vuelve en cuanto estés vestido!

Todo sucedió como Denethor había dicho, y pronto Pippin se vio ataviado con extrañas vestimentas, de color negro y plata: un pequeño plaquín, de malla de acero tal vez, pero negro como el azabache; y un yelmo de alta cimera, con pequeñas alas de cuervo a cada lado y en el centro de la corona una estrella de plata. Sobre la cota de malla llevaba una sobreveste corta, también negra pero con la insignia del Árbol bordada en plata a la altura del pecho. Las ropas viejas de Pippin fueron dobladas y guardadas: le permitieron conservar la capa gris de Lorien, pero no usarla durante el servicio. Ahora sí que parecía, sin saberlo, la viva imagen del Ernil i Pheriannath, el Príncipe de los Medianos, como la gente había dado en llamarlo; pero se sentía incómodo, y la tiniebla empezaba a pesarle.

Todo aquel día fue oscuro y tétrico. Desde el amanecer sin sol hasta la noche, la sombra había ido aumentando, y los corazones de la ciudad estaban oprimidos. Arriba, a lo lejos, una gran nube, llevada por un viento de guerra, flotaba lentamente hacia el oeste desde la Tierra Tenebrosa, devorando la luz; pero abajo el aire estaba inmóvil, sin un soplo, como si el Valle del Anduin esperase el estallido de una tormenta devastadora.

A eso de la hora undécima, liberado al fin por un rato de las obligaciones del servicio, Pippin salió en busca de comida y bebida, algo que lo animara e hiciese más soportable la espera. En el rancho se encontró nuevamente con Beregond, que acababa de regresar de una misión del otro lado del Pelennor, en las Torres de la Guardia del Terraplén. Pasearon juntos sin alejarse de los muros, pues en los recintos cerrados Pippin se sentía como prisionero, y hasta el aire de la alta ciudadela le parecía sofocante. Y otra vez se sentaron en el antepecho de la tronera que miraba al este, donde se habían entretenido la víspera, comiendo y hablando.

Era la hora del crepúsculo, pero ya el enorme palio había avanzado muy lejos en el oeste, y un instante apenas, al hundirse por fin en el Mar, logró el sol escapar para lanzar un breve rayo de adiós antes de dar paso a la noche, el mismo rayo que Frodo, en la Encrucijada, veía en ese momento en la cabeza del rey caído. Pero para los campos del Pelennor, a la sombra del Mindolluin, nada resplandecía: todo era pardo y lúgubre.

Pippin tenía la impresión de que habían pasado años desde la primera vez que se había sentado allí, en un tiempo ya a medias olvidado, cuando todavía era un hobbit, un viajero despreocupado, indiferente a los peligros que había atravesado hacía poco. Ahoja era un pequeño soldado, un soldado entre muchos otros en una ciudad que se preparaba para soportar un gran ataque, y vestía las ropas nobles pero sombrías de la Torre de la Guardia.

En otro momento y en otro lugar, tal vez Pippin habría aceptado de buen grado ese nuevo atuendo, pero ahora sabía que no estaba representando un papel en una comedia; estaba, sería e irremisiblemente al servicio de un amo severo que corría un gravísimo peligro. El plaquín lo agobiaba, y el yelmo le pesaba sobre la cabeza. Se había quitado la capa y la había puesto sobre la piedra del asiento. Apartó los ojos fatigados de los campos sombríos y bostezó, y luego suspiró.

— ¿Estás cansado del día de hoy? —le preguntó Beregond. "

—Sí dijo Pippin, muy cansado: cansado de la inactividad y la espera. He estado de plantón a la puerta de la cámara de mi señor durante horas interminables, mientras él discutía con Gandalf y el Príncipe y otros grandes. Y no estoy acostumbrado, maese Beregond, a servir con hambre la mesa de otros. Es una prueba muy dura para un hobbit. Has de pensar sin duda que tendría que sentirme profundamente honrado. Pero ¿para qué quiero un honor semejante? Y a decir verdad ¿para qué comer y beber bajo esta sombra invasora? ¿Qué significa? ¡El aire mismo parece espeso y pardo! ¿Son frecuentes aquí estos oscurecimientos cuando el viento sopla en el Este?

No dijo Beregond. Esta no es una oscuridad natural del mundo. Es algún artificio creado por la malicia del enemigo; alguna emanación de la Montaña de Fuego, que envía para ensombrecer los corazones y las deliberaciones. Y lo consigue por cierto. Ojalá vuelva el Señor Faramir. El no se dejaría amilanar. Pero ahora, ¿quién sabe si alguna vez podrá regresar de la Oscuridad a través del río!

Sí —dijo Pippin. Gandalf también está impaciente. Fue una decepción para él, creo, no encontrar aquí a Faramir. Y Gandalf ¿por dónde andará? Se retiró del consejo del Señor antes de la comida de mediodía, y no de buen humor, me pareció. Quizá tenga el presentimiento de alguna mala nueva.

De pronto, mientras hablaban, enmudecieron de golpe; inmóviles, paralizados, convertidos de algún modo en dos piedras que escuchaban. Pippin se tiró al suelo, tapándose los oídos con las manos; pero Beregond, que mientras hablaba de Faramir había estado mirando a lo lejos por encima del parapeto almenado, se quedó donde estaba, tieso, los ojos desencajados. Pippin conocía aquel grito estremecedor: era el mismo que mucho tiempo atrás había oído en los Marjales de la Comarca; pero ahora había crecido en potencia y en odio, y atravesaba el corazón con una venenosa desesperanza. Al fin Beregond habló, con un esfuerzo.

¡Han llegado! dijo. ¡Atrévete y mira! Hay cosas terribles allá abajo.

Pippin se encaramó de mala gana en el asiento y asomó la cabeza por encima del muro. Abajó el Pelennor se extendía en las sombras e iba a perderse en la línea adivinada apenas del Río Grande. Pero ahora, girando vertiginosamente sobre los campos como sombras de una noche intempestiva, vio a media altura cinco formas de pájaros, horripilantes como buitres, pero más grandes que águilas, y crueles como la muerte. Ya bajaban de pronto, aventurándose hasta ponerse casi al alcance de los arqueros apostados en el muro, ya se alejaban volando en círculos.

— ¡Jinetes Negros! —murmuró Pippin—. ¡Jinetes Negros del aire! ¡Pero mira, Beregond! — exclamó—. ¡Están buscando algo! ¡Miracómo vuelan y descienden, siempre hacia el mismo punto! ¿Y no ves algo que se mueve en el suelo? Formas oscuras y pequeñas. ¡Sí, hombres a caballo: cuatro o cinco! ¡Ah, no lo puedo soportar! ¡Gandalf! ¡Gandalf! ¡Socorro!

Otro alarido largo vibró en el aire y se apagó, y Pippin, jadeando como un animal perseguido, se arrojó de nuevo al suelo y se acurrucó al pie del muro. Débil, y aparentemente remota a través de aquel grito escalofriante, tremoló desde abajo la voz de una trompeta y culminó en una nota aguda y prolongada.

¡Faramir! ¡El Señor Faramir! ¡Es su llamada! gritó Beregond. ¡Corazón intrépido! ¿Pero cómo podrá llegar a la Puerta, si esos halcones inmundos e infernales cuentan con otras armas además del terror? ¡Pero míralos! ¡No se arredran! Llegarán a la Puerta. ¡No! Los caballos se encabritan. ¡Oh! Arrojan al suelo a los jinetes; ahora corren a pie. No, uno sigue montado, pero retrocede hacia los otros. Tiene que ser el capitán: él sabe cómo dominar a las bestias y a los hombres. ¡ Ay! Una de esas cosas inmundas se lanza sobre él. ¡Socorro! ¡Socorro! ¿Nadie acudirá en su auxilio? ¡Faramir!

Y Beregond echó a correr y desapareció en la oscuridad. Asustado y avergonzado, mientras que Beregond de la Guardia pensaba ante todo en su amado capitán, Pippin se levantó y miró fuera. En ese momento alcanzó a ver un destello de nieve y de plata que venía del norte, como una estrella diminuta que hubiese descendido a los campos sombríos. Avanzaba como una flecha y crecía a medida que se acercaba a los cuatro hombres que huían hacia la Puerta. Parecía esparcir una luz pálida, y Pippin tuvo la impresión de que la sombra espesa retrocedía a su paso; entonces, cuando estuvo más cerca, creyó oír, como un eco entre los muros, una voz poderosa que llamaba.

—¡Gandalf! gritó Pippin. ¡Gandalf! Siempre llega en el momento más sombrío. ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Caballero Blanco! ¡Gandalf! ¡ Gandalf! gritó, con la vehemencia del espectador de una gran carrera, como alentando a un corredor que no necesita la ayuda de exhortaciones.

Mas ya las sombras aladas habían advertido la presencia del recién llegado. Una de ellas voló en círculos hacia él, pero a Pippin le pareció ver que Gandalf levantaba una mano y que de ella brotaba como un dardo un haz de luz blanca. El Nazgûl dejó escapar un grito largo y doliente y se apartó; y los otros

cuatro, tras un instante de vacilación, se elevaron en espirales vertiginosas y desaparecieron en el este, entre las nubes bajas; y por un momento los campos del Pelennor parecieron menos oscuros.

Pippin observaba, y vio que los jinetes y el Caballero Blanco se reunían al fin, y se detenían a esperar a los que iban a pie. Grupos de hombres les salían al encuentro desde la ciudad; y pronto Pippin los perdió de vista bajo los muros exteriores, y adivinó que estaban trasponiendo la puerta. Sospechando que subirían inmediatamente a la Torre, y a ver al Senescal, corrió a la entrada de la ciudadela. Allí se le unieron muchos otros que habían observado la carrera y el rescate desde los muros.

Pronto en las calles que subían de los círculos exteriores se elevó un gran clamor, y hubo muchos vítores, y por todas partes voceaban y aclamaban los nombres de Faramir y Mithrandir. Pippin vio unas antorchas, y luego dos jinetes que cabalgaban lentamente seguidos por una gran multitud: uno estaba vestido de blanco, pero ya no resplandecía, pálido en el crepúsculo como si el fuego que ardía en él se hubiese consumido o velado. El otro era sombrío y tenía la cabeza gacha. Desmontaron y mientras los palafreneros se llevaban a Sombragris y al otro caballo, avanzaron hacia el centinela de la puerta: Gandalf con paso firme, el manto gris fletándole a la espalda y en los ojos un fuego todavía encendido; el otro, vestido de verde, más lentamente, vacilando un poco como un hombre herido o fatigado.

Pippin se adelantó entre el gentío, y en el momento en que los hombres pasaban bajo la lámpara de la arcada vio el rostro pálido de Faramir y se quedó sin aliento. Era el rostro de alguien que asaltado por un miedo terrible o una inmensa angustia ha conseguido dominarse y recobrar la calma. Orgulloso y grave, se detuvo un momento a hablar con el guardia, y Pippin, que no le quitaba los ojos de encima, vio hasta qué punto se parecía a su hermano Boromir, a quien él había querido desde el principio, admirando la hidalguía y la bondad del gran hombre. De pronto, sin embargo, en presencia de Faramir, un sentimiento extraño que nunca había conocido antes, le embargó el corazón. Este era un hombre de alta nobleza, semejante a la que por momentos viera en Aragorn, menos sublime quizá pero a la vez menos imprevisible y remota: uno de los Reyes de los Hombres nacido en una época más reciente, pero tocado por la sabiduría y la tristeza de la Antigua Raza. Ahora sabía por qué Beregond lo nombraba con veneración. Era un capitán a quien los hombres seguirían ciegamente, a quien él mismo seguiría, aun bajo la sombra de las alas negras.

—¡Faramir! —gritó junto con los otros—. ¡Faramir! Y Faramir, advirtiendo el acento extraño del hobbit entre el clamor de los hombres de la ciudad, se dio vuelta, y lo miró estupefacto.

—¿Y tú de dónde vienes? —le preguntó—. ¡Un mediano, y vestido con la librea de la Torre! ¿De dónde...?

Pero en ese momento Gandalf se le acercó y habló:

—Ha venido conmigo desde el país de los medianos —dijo—. Ha venido conmigo. Pero no nos demoremos aquí. Hay mucho que decir y mucho por hacer, y tú estás fatigado. El nos acompañará. En realidad, tiene que acompañarnos, pues si no olvida más fácilmente que yo sus nuevas obligaciones, dentro de menos de una hora ha de tomar servicio con su señor. ¡Ven, Pippin, sigúenos!

Así llegaron por fin a la cámara privada del Señor de la Ciudad. Alrededor de un brasero de carbón de leña, habían dispuesto asientos bajos y mullidos; y trajeron vino; y allí Pippin, cuya presencia nadie parecía advertir, de pie detrás del asiento de Denethor, escuchaba con tanta avidez todo cuanto se decía que olvidó su propio cansancio.

Una vez que Faramir hubo tomado el pan blanco y bebido un sorbo de vino, se sentó en uno de los asientos bajos a la izquierda de su padre. Un poco más alejado, a la derecha de Denethor, estaba Gandalf, en un sillón de madera tallada; y al principio parecía dormir. Pues en un comienzo Faramir habló sólo de la misión que le había sido encomendada diez días atrás; y traía noticias del Ithilien y de los movimientos del enemigo y sus aliados; y narró la batalla del camino, en la que los hombres de Harald y la bestia descomunal que los acompañaba fueron derrotados: un capitán que comunica a un superior sucesos de un orden casi cotidiano, los episodios insignificantes de una guerra de fronteras que ahora parecían vanos y triviales, sin grandeza ni gloria.

Entonces, de improviso, Faramir miró a Pippin.

—Pero ahora llegamos a la parte más extraña —dijo—. Porque éste no es el primer mediano que veo salir de las leyendas del Norte para aparecer en las Tierras del Sur.

Al oír esto Gandalf se irguió y se aferró a los brazos del sillón; pero no dijo nada, y con una mirada detuvo la exclamación que estaba a punto de brotar de los labios de Pippin. Denethor observó los rostros de todos y sacudió la cabeza, como indicando que ya había adivinado mucho, aun antes de

escuchar el relato de Faramir. Lentamente, mientras los otros permanecían inmóviles y silenciosos, Faramir narró su historia, casi sin apartar los ojos de Gandalf, aunque de tanto en tanto miraba un instante a Pippin, como para refrescarse la memoria.

Cuando Faramir llegó a la parte del encuentro con Frodo y su sirviente, y hubo narrado los sucesos de Hennet Annûn, Pippin notó que un temblor agitaba las manos de Gandalf, aferradas como garras a la madera tallada. Blancas parecían ahora, y muy viejas, y Pippin adivinó, con un sobresalto, que Gandalf, el gran Gandalf, estaba inquieto, y que tenía miedo. En la estancia cerrada el aire no se movía. Y cuando Faramir habló por fin de la despedida de los viajeros, y de la resolución de los hobbits de ir a Cirith Ungol, la voz le flaqueó, y movió la cabeza, y suspiró. Gandalf se levantó de un salto.

—¿Cirith Ungol, dijiste? ¿El Valle de Morgul? —preguntó—. ¿En qué momento, Faramir, en qué momento? ¿Cuándo te separaste de ellos? ¿Cuándo pensaban llegar a ese valle maldito?

—Nos separamos hace dos días, por la mañana —dijo Faramir—. Hay quince leguas de allí al valle del Morgulduin, si siguieron en línea recta hacia el sur; y hayan ido, no pueden haber llegado antes de hoy, y es posible que aún estén en camino. En verdad, veo lo que temes. Pero la oscuridad no proviene de la aventura de tus amigos. Comenzó ayer al caer la tarde, y ya anoche todo el Ithilien estaba envuelto en sombras. Es evidente para mí que el enemigo preparaba este ataque desde hace mucho tiempo, y que la hora ya había sido fijada antes del momento en que me separé de los viajeros, dejándolos sin mi custodia. Gandalf iba y venía con paso nervioso por la habitación.

— ¡Anteayer por la mañana, casi tres días de viaje! ¿A qué distancia queda el lugar en que os separasteis?

—Unas veinticinco leguas a vuelo de pájaro —respondió Faramir—. Pero me fue imposible llegar antes. Anoche dormí en Cair Andros, la isla larga en el norte del río, donde mantenemos una guarnición, y caballos en nuestra orilla. Cuando vi cerrarse la oscuridad, comprendí que la premura era necesaria, y entonces partí con otros tres hombres que disponían de caballos. El resto de mi compañía lo envié al sur, a reforzar la guarnición de los vados del Osgiliath. Es pero no haber actuado mal. —Miró a su padre.

—¿Mal? gritó Denethor, y de pronto los ojos le relampaguearon. ¿Por qué lo preguntas? Los hombres estaban bajo tu mando. ¿O acaso me pides que juzgue todo lo que haces? Tu actitud es humilde en mi presencia; pero hace tiempo ya que te has desviado de tu camino y desoyes mis consejos. Has hablado con tacto y desenvoltura, como siempre; pero ¿crees que no he visto por ventura que tenías los ojos fijos en Mithrandir, tratando de saber si decías lo que era preciso o más de lo conveniente? Es él quien se ha adueñado de tu corazón desde hace mucho tiempo.

»Hijo mío, tu padre está viejo, pero aún no chochea. Todavía soy capaz de ver y de oír, igual que antes; y poco de cuanto has dicho a medias o callado es un secreto para mí. Conozco la respuesta de muchos enigmas. ¡Ay, ay, mi pobre Boromir!

—Si lo que he hecho os desagrada, padre mío —dijo con calma Faramir—, hubiera deseado conocer vuestro pensamiento antes que se me impusiera el peso de tamaña decisión.

—¿Acaso eso te habría hecho cambiar de parecer? —dijo Denethor—. Estoy seguro de que te habrías comportado de la misma manera. Te conozco bien.

Siempre quieres parecer noble y generoso como un rey de los tiempos antiguos, amable y benévolo. Una actitud que cuadraría tal vez a alguien de elevado linaje, si es poderoso y si gobierna en paz. Pero en los momentos desesperados, la benevolencia puede ser recompensada con la muerte.

—Pues que así sea —dijo Faramir.

— ¡ Que así sea! — gritó Denethor—. Pero no sólo con tu muerte, Señor Faramir: también con la de tu padre, y la de todo tu pueblo, a quien tendrías que proteger ahora que Boromir se ha ido.

—¿Desearías entonces —dijo Faramir— que yo hubiese estado en su lugar?

—Sí, lo desearía, sin duda —dijo Denethor. Porque Boromir era leal para conmigo, no el discípulo de un mago. En vez de desperdiciar lo que le ofrecía la suerte, hubiera recordado que su padre necesitaba ayuda. Me habría traído un regalo poderoso.

La reserva de Faramir pareció ceder entonces un momento.

—Os rogaría, padre mío, que recordéis por qué fui yo al Ithilien, y no él. En una oportunidad al menos, y no hace de esto mucho tiempo, prevaleció vuestra decisión. Fue el Señor de la Ciudad quien le confió a Boromir esa misión.

—No remuevas la amargura de la copa que yo mismo me he preparado dijo Denethor—. ¿Acaso no la he sentido ya muchas noches en la lengua, previendo que lo peor está aún en el fondo? Como ahora lo compruebo por cierto. ¡Ojalá no fuera así! ¡Ojalá ese objeto hubiese llegado a mi poder!

— ¡Consuélate! —dijo Gandalf—. En ningún caso te lo hubiera traído Boromir. Está muerto, y ha tenido una muerte digna: ¡que descanse en paz! Pero te engañas. Boromir habría extendido la mano para tomarlo y ni bien lo hubiera tocado, estaría perdido sin remedio. Lo habría guardado para él, y cuando viniera aquí, no hubieras reconocido a tu hijo.

El semblante de Denethor se contrajo en un rictus frío y duro.

—Encontraste que Boromir era menos dúctil en tus manos, ¿no es verdad? dijo con voz suave—. Pero yo que era su padre digo que me lo hubiera traído. Serás sabio, Mithrandir, pero pese a tus sutilezas no eres dueño de toda la sabiduría. No siempre los consejos han de encontrarse en los artilugios de los magos o en la precipitación de los locos. En esta materia mi sabiduría y mi prudencia son más altas de lo que imaginas.

— ¿Y qué te dice la prudencia?

—Lo suficiente como para saber que es necesario evitar dos locuras. Utilizarlo es peligroso. Y en un momento como éste, enviarlo al país mismo del enemigo en las manos de un mediano sin inteligencia, como lo has hecho tú, tú y este hijo mío, es un disparate.

— ¿Y qué habría hecho el Señor Denethor?

—Ni una cosa ni la otra. Pero con toda seguridad y contra todo argumento, no lo habría entregado a los azares de la suerte, una esperanza que sólo cabe en la mente de un loco, y arriesgarnos así a una ruina total, si el enemigo lo recupera. No, hubiera sido necesario guardarlo, esconderlo: ocultarlo en un sitio secreto y oscuro. No hablo de utilizarlo, no, salvo en caso de extrema necesidad, pero sí ponerlo fuera de su alcance, a menos que sufriéramos una derrota tan definitiva que lo que pudiese acontecer nos fuera indiferente, pues estaríamos muertos.

—Como es tu costumbre, Monseñor, sólo piensas en Góndor —dijo Gandalf—. Sin embargo, hay otros hombres, y otras vidas y tiempos por venir. Y yo por mi parte, compadezco incluso a los esclavos del enemigo.

—¿Y dónde buscarán ayuda los otros hombres, si Góndor cae? replicó Denethor. Si yo lo tuviese ahora aquí, guardado en las bóvedas profundas de esta ciudadela, no estaríamos temblando de terror bajo esta oscuridad, temiendo lo peor, y nada entorpecería nuestras decisiones. Si no me crees capaz de soportar la prueba, es porque aún no me conoces.

—Sin embargo, no te creo capaz —dijo Gandalf—. Si hubiera confiado en ti, te lo hubiera enviado para que lo tuvieras aquí, bajo tu custodia, con lo que habría ahorrado muchas angustias, a mí y a otros. Y ahora, oyéndote hablar, confío menos aún, no más que en Boromir. ¡No, refrena tu ira! En este caso ni en mí mismo confío: me fue ofrecido como regalo y lo rechacé. Eres fuerte, Denethor, y capaz aún de dominarte en ciertas cosas; pero si lo hubieras recibido, te habría derrotado. Aunque estuviese enterrado en las raíces mismas del Mindolluin, te consumiría la mente a medida que vieras crecer la oscuridad, y las cosas peores aún que no tardarán en caer sobre nosotros.

Los ojos de Denethor relampaguearon otra vez por un momento, y Pippin volvió a sentir la tensión entre las dos voluntades: pero ahora las miradas de los adversarios le parecían las hojas de dos espadas centelleantes batiéndose de ojo a ojo. Pippin se estremeció, temiendo algún golpe terrible. Pero de pronto Denethor recobró la calma. Se encogió de hombros.

— ¡Si yo hubiera! ¡Si yo hubiera! —exclamó—. Todas esas palabras, todos esos si son vanos. Ahora va camino de la Sombra, y sólo el tiempo dirá lo que el destino prepara, para el objeto, y para nosotros. En el plazo que aún queda, que no será largo, que todos los que luchan contra el enemigo cada uno a su manera se unan, y que conserven la esperanza mientras sea posible, y cuando ya no les quede ninguna, que tengan al menos la entereza necesaria para morir libres. —Se volvió a Faramir.— ¿Qué piensas de la guarnición de Osgiliath?

—No es fuerte —respondió Faramir—. Como os he dicho, he enviado allí la compañía de Ithilien, para reforzarla.

—No creo que baste —dijo Denethor. Allí es donde caerá el primer golpe. Lo que les hará falta es un capitán enérgico.

—A esa guarnición y a muchas otras —dijo Faramir, y suspiró—. ¡Ay, si estuviera con vida mi pobre hermano; yo también lo amaba! —Se levantó.— ¿Puedo retirarme, padre? Y al decir esto se tambaleó, y tuvo que apoyarse en el sillón de su padre.

—Estás fatigado, ya lo veo —dijo Denethor—. Has cabalgado mucho y lejos, y bajo las sombras del mal en el aire, me han dicho.

—¡No hablemos de eso! dijo Faramir.

—No hablaremos, pues —dijo Denethor—. Ahora ve y descansa como puedas. Las necesidades de mañana serán más duras.

Todos se despidieron entonces del Señor de la Ciudad para retirarse a descansar mientras fuese posible. Fuera había una oscuridad negra y sin estrellas mientras Gandalf se alejaba en compañía de Pippin que llevaba una pequeña antorcha. Hasta que se encontraron a puertas cerradas no cambiaron una sola palabra. Entonces Pippin tomó al fin la mano de Gandalf.

—Dime preguntó—, ¿queda todavía alguna esperanza? Para Frodo, quiero decir; o al menos sobre todo para Frodo. Gandalf posó la mano en la cabeza de Pippin.

—Nunca hubo muchas esperanzas —respondió—. Nada más que esperanzas desatinadas, me dijeron. Y cuando oí el nombre de Cirith Ungol... —Se interrumpió y a grandes pasos caminó hasta la ventana como si pudiese ver del otro lado de la noche, allá en el Este.— ¡Cirith Ungol! ¿Por qué ese camino, me pregunto? —Se volvió.— En ese instante, Pippin, al oír ese nombre, mi corazón estuvo a punto de desfallecer. Y a pesar de todo, Pippin, creo de verdad que en las noticias que trajo Faramir hay alguna esperanza. Pues es evidente que el enemigo se ha decidido al fin a declararnos la guerra, y que ha dado el primer paso cuando Frodo aún estaba en libertad. De manera que por ahora, durante muchos días, apuntará la mirada aquí y allá, siempre fuera de su propio territorio. Y sin embargo, Pippin, siento desde lejos la prisa y el miedo que lo dominan. Ha empezado mucho antes de lo previsto. Algo tiene que haberlo impulsado a actuar en seguida.

Permaneció un momento pensativo.

—Quizá —murmuró—. Quizá también tu insensatez ayudó de algún modo. Veamos: hace unos cinco días habré descubierto que derrotamos a Saruman y que nos apoderamos de la Piedra. Sí, pero entonces ¿qué? No podíamos utilizarla para un fin preciso, ni sin que él lo supiera. ¡Ah! Podría ser. ¿Aragorn? Se le acerca la hora. Y es fuerte, e inflexible por dentro, Pippin: temerario y resuelto, capaz de tomar por sí mismo decisiones heroicas y de correr grandes riesgos, si es necesario. Podría ser, sí. Quizás Aragorn haya utilizado la Piedra y se haya mostrado al enemigo desafiándolo justamente con este propósito. ¡Quién sabe! De todos modos no conoceremos la respuesta hasta que lleguen los Jinetes de Rohan, siempre y cuando no lleguen demasiado tarde. Nos esperan días infaustos. ¡A dormir, mientras sea posible!

—Pero... —dijo Pippin.

—¿Pero qué? —dijo Gandalf—. Esta noche te concedo un solo pero.

—Gollum —dijo Pippin—. ¿Cómo se entiende que estuvieran viajando con él, y que hasta lo siguieran? Y me di cuenta de que a Faramir no le gustaba más que a ti el lugar a donde los conducía. ¿Que pasa?

—No puedo contestar a esa pregunta por el momento —dijo Gandalf—. Sin embargo, mi corazón presentía que Frodo y Gollum se encontrarían antes del fin. Para bien o para mal. Pero de Cirith Ungol no quiero hablar esta noche. Traición, una traición, es lo que temo: una traición de esa criatura miserable. Pero así tenía que ser. Recordemos que un traidor puede traicionarse a sí mismo y hacer involuntariamente un bien. Ocurre a veces. ¡Buenas noches!

El día siguiente llegó con una mañana semejante a un crepúsculo pardo, y los corazones de los hombres, reconfortados por el regreso de Faramir, se hundieron otra vez en un profundo desaliento. Las Sombras aladas no volvieron a verse en todo el día, pero de vez en cuando, alto sobre la ciudad, se oía un grito lejano, que por un momento paralizaba de terror a muchos de los hombres; y los más pusilánimes se estremecían y sollozaban.

Y ahora Faramir había vuelto a ausentarse.

—No le dan ningún sosiego —murmuraban algunos—. El Señor es demasiado duro con su hijo, y ahora tiene que cumplir los deberes de dos, los suyos propios y los del hermano que no volverá. —Y miraban sin cesar hacia el norte y preguntaban:— ¿Dónde están los Jinetes de Rohan?

En verdad no era Faramir quien había decidido partir de nuevo. Pero el Señor de la Ciudad presidía el Consejo, y ese día no estaba de humor como para prestar oídos al parecer de otros. El Consejo había sido convocado a primera hora de la mañana, y todos los capitanes habían opinado que en vista del grave peligro que los amenazaba en el Sur, la fuerza de Góndor era demasiado débil para intentar cualquier acción de guerra, a menos que por ventura llegasen aún los Jinetes de Rohan. Mientras tanto no podían hacer nada más que guarnecer los muros y esperar.

—Sin embargo —dijo Denethor—, no convendría abandonar a la ligera las defensas exteriores, el Rammas Echor edificado con tanto esfuerzo. Y el enemigo tendrá que pagar caro el cruce del río. No podrá atacar la ciudad ni por el norte de Cair Andros a causa de los pantanos, ni por el sur en las cercanías de Lebennin, pues allí el río es muy ancho, y necesitaría muchas embarcaciones. Es en Osgiliath donde descargará el golpe, como ya lo hizo una vez cuando Boromir le cerró el paso.

—Aquello no fue más que una intentona —dijo Faramir—. Hoy quizá pudiéramos hacerle pagar al enemigo diez veces nuestras pérdidas, y sin embargo ser nosotros los perjudicados. Pues a él no le importaría perder todo un ejército pero nosotros no podemos permitirnos la pérdida de una sola compañía. Y la retirada de las que enviemos lejos sería peligrosa, en caso de una irrupción violenta.

—¿Y Cair Andros? —dijo el príncipe—. También Cair Andros tendrá que resistir, si vamos a defender Osgiliath. No olvidemos el peligro que nos amenaza desde la izquierda. Los Rohirrim pueden venir o no venir. Pero Faramir nos ha hablado de una fuerza formidable que avanza resueltamente hacia la Puerta Negra. De ella podrían desmembrarse varios ejércitos y atacar desde distintos frentes.

—Mucho hay que arriesgar en la guerra —dijo Denethor—. Cair Andros está guarnecida, y no puedo enviar tan lejos ni un hombre más. Pero el río y el Pelennor no los cederé sin combatir... si hay aquí un capitán que aún tenga el coraje suficiente para ejecutar la voluntad de su superior.

Entonces todos guardaron silencio, hasta que al cabo habló Faramir:

—No me opongo a vuestra voluntad, Señor. Puesto que habéis sido despojado de Boromir, iré yo y haré lo que pueda en su lugar... si me lo ordenáis.

—Te lo ordeno —dijo Denethor.

— ¡Adiós, entonces! —dijo Faramir—. ¡Pero si yo volviera un día, tened mejor opinión de mí!

—Eso dependerá de cómo regreses —dijo Denethor. Fue Gandalf el último en hablar con Faramir antes de que partiera para el Este.

—No sacrifiques tu vida ni por temeridad ni por amargura —le dijo—. Serás necesario aquí, para cosas distintas de la guerra. Tu padre te ama, Faramir, y lo recordará antes del fin. ¡Adiós!

Así pues el Señor Faramir había vuelto a marcharse, llevando consigo todos los voluntarios que quisieron acompañarlo o de quienes se podía prescindir. Desde lo alto de los muros algunos escudriñaban a través de la oscuridad la ciudad en ruinas, y se preguntaban qué estaría aconteciendo allí, pues nada era visible. Y otros, como siempre, oteaban el norte, y contaban las leguas que los separaban de Théoden en Rohan.

—¿Vendrá? ¿Recordará nuestra antigua alianza? —decían.

—Sí, vendrá —decía Gandalf—, aunque llegue demasiado tarde. ¡Pero reflexionad! En el mejor de los casos, la Flecha Roja no puede haberle llegado hace más de dos días, y las leguas son largas desde Edoras.

Era nuevamente de noche cuando recibieron por fin otras noticias. Un hombre llegó al galope desde los vados, diciendo que un ejército había salido de Minas Morgul y que ya se acercaba a Osgiliath; y que se le habían unido regimientos del Sur, los Haradrim, altos y crueles.

—Y nos hemos enterado —prosiguió el mensajero— de que el Capitán Negro conduce una vez más las tropas, y de que el terror se extiende delante de él, y que ya ha cruzado el río.

Con estas palabras de mal augurio concluyó el tercer día desde la llegada de Pippin a Minas Tirith. Pocos se retiraron a descansar esa noche, pues ya nadie esperaba que ni siquiera Faramir pudiese defender por mucho tiempo los vados.

Al día siguiente, aunque la Sombra había dejado de crecer, pesaba aún más sobre los corazones de los hombres, y el miedo empezó a dominarlos. No tardaron en llegar otras malas noticias. El cruce del Anduin estaba ahora en poder del enemigo. Faramir se batía en retirada hacia los muros del Pelennor, reuniendo a todos sus hombres en los Fuertes de la Explanada; pero el enemigo era diez veces superior en número.

—Si acaso decide regresar a través del Pelennor, tendrá el enemigo pisándole los talones —dijo el mensajero—. Han pagado caro el paso del río, pero menos de lo que nosotros esperábamos. El plan estaba bien trazado. Ahora se ve que desde hace mucho tiempo estaban construyendo en secreto flotillas de balsas y lanchones al este de Osgiliath. Atravesaron el río como un enjambre de escarabajos. Pero el que nos derrota es el Capitán Negro. Pocos se atreverán a soportar y afrontar aun el mero rumor de que viene hacia aquí. Sus propios hombres tiemblan ante él, y se matarían si él así lo ordenase.

—En ese caso, allí me necesitan más que aquí —dijo Gandalf; e inmediatamente partió al galope, y el resplandor blanco pronto se perdió de vista. Y Pippin permaneció toda esa noche de pie sobre el muro, solo e insomne con la mirada fija en el Este.

Apenas habían sonado las campanas anunciando el nuevo día, una burla en aquella oscuridad sin tregua, cuando Pippin vio que unas llamas brotaban a lo lejos, en los espacios indistintos en que se alzaban los muros del Pelennor. Los centinelas gritaron con voz fuerte, y todos los hombres de la ciudad se pusieron en pie de combate. De tanto en tanto se veía ahora un relámpago rojo, y unos fragores sordos atravesaban lentamente el aire inmóvil y pesado.

—¡Han tomado el muro! —gritaron los hombres—. Están abriendo brechas. ¡Ya vienen!

—¿Dónde está Faramir? —gritó Beregond, aterrorizado—. ¡No me digáis que ha caído!

Fue Gandalf quien trajo las primeras noticias. Llegó a media mañana con un puñado de jinetes, escoltando una fila de carretas. Estaban cargadas de heridos, todos aquellos que habían podido salvar del desastre de los Fuertes de la Explanada. En seguida se presentó ante Denethor. El Señor de la Ciudad se encontraba ahora en una cámara alta sobre el Salón de la Torre Blanca con Pippin a su lado; y se asomaba a las ventanas oscuras abiertas al norte, al sur y al este, como si quisiera hundir los ojos negros en las sombras del destino que ahora lo cercaban. Miraba sobre todo hacia el norte, y por momentos se detenía a escuchar, como si en virtud de alguna antigua magia alcanzase a oír el trueno de los cascos en las llanuras distantes.

—¿Ha vuelto Faramir? —preguntó.

—No —dijo Gandalf—. Pero estaba todavía con vida cuando lo dejé.

Sin embargo parecía decidido a quedarse con la retaguardia, pues teme que un repliegue a través del Pelennor pueda terminar en una fuga precipitada. Tal vez consiga mantener unidos a sus hombres el tiempo suficiente, aunque lo dudo. El enemigo es demasiado poderoso. Pues ha venido uno que yo temía.

—¿No... no el Señor Oscuro? —gritó Pippin aterrorizado, olvidando con quien estaba.

Denethor rió amargamente.

—No, todavía no. ¡Maese Peregrin! No vendrá sino a triunfar sobre mí, cuando todo esté perdido. El utiliza otras armas. Es lo que hacen todos los grandes señores, si son sabios, señor Mediano. ¿O por qué crees que permanezco aquí en mi torre, meditando, observando y esperando, y hasta sacrificando a mis hijos? Porque todavía soy capaz de esgrimir un arma.

Se levantó y se abrió bruscamente el largo manto negro, y he aquí que debajo llevaba una cota de malla y ceñía una espada larga de gran empuñadura en una vaina de plata y azabache.

—Así he caminado y así duermo ahora, desde hace muchos años —dijo— a fin de que la edad no me ablande y me amilane el cuerpo.

—Sin embargo ahora, el Señor de Baraddür, el más feroz de los capitanes enemigos, se ha apoderado ya de los muros exteriores —dijo Gandalf—. Soberano de Angmar en tiempos pasados, Hechicero, Espectro, Servidor del Anillo, Señor de los Nazgûl, lanza de terror en la mano de Sauron, sombra de desesperación.

—Entonces, Mithrandir, tuviste un enemigo digno de ti —dijo Denethor—. En cuanto a mí, he sabido desde hace tiempo quién es el gran capitán de los ejércitos de la Torre Oscura. ¿Has regresado sólo para decirme eso? ¿No será acaso que te retiraste al tropezar con alguien más poderoso que tú?

Pippin tembló, temiendo que en Gandalf se encendiese una cólera súbita; pero el temor era infundado.

—Tal vez —respondió Gandalf serenamente—. Pero aún no ha llegado el momento de poner a prueba nuestras fuerzas. Y si las palabras pronunciadas en los días antiguos dicen la verdad, no será la mano de ningún hombre la que habrá de abatirlo, y el destino que le aguarda es aún ignorado por los Sabios. Como quiera que sea, el Capitán de la Desesperación no se apresura todavía a adelantarse. Conduce en verdad a sus esclavos de acuerdo con las normas de la prudencia que tú mismo acabas de enunciar, desde la retaguardia, enviándolos delante de él en una acometida de locos.

»No, he venido ante todo a custodiar a los heridos que aún pueden sanar; porque ahora hay brechas todo a lo largo del Rammas, y el ejército de Morgul no tardará en penetrar por distintos puntos. Dentro de poco habrá aquí una batalla campal. Es necesario preparar una salida. Que sea de hombres montados. En ellos se apoya nuestra breve esperanza, pues sólo de una cosa no está bien provisto el enemigo: tiene pocos jinetes.

—Nosotros también. Si ahora viniesen los de Rohan, el momento sería oportuno —dijo Denethor.

—Quizás antes veamos llegar a otros —dijo Gandalf—. Ya se nos han unido muchos fugitivos de Cair Andros. La isla ha caído. Un nuevo ejército ha salido por la Puerta Negra, y viene hacia aquí a través del noreste.

—Algunos te han acusado, Mithrandir, de complacerte en traer malas nuevas —dijo Denethor—, pero para mí ésta ya no es nueva: la supe ayer, antes del caer de la noche. Y en cuanto a la salida, ya había pensado en eso. Descendamos.

Pasaba el tiempo. Los vigías apostados en los muros vieron al fin la retirada de las compañías exteriores. Al principio iban llegando en grupos pequeños y dispersos: hombres extenuados y a menudo heridos que marchaban en desorden; algunos corrían, como escapando a una persecución. A lo lejos, en el este, vacilaban unos fuegos distantes, que ahora parecían extenderse a través de la llanura. Ardían casas y graneros. De pronto, desde muchos puntos, empezaron a correr unos arroyos de llamas rojas que serpeaban en la sombra, y todos iban hacia la línea del camino ancho que llevaba desde la Puerta hasta Osgiliath.

—El enemigo — murmuraron los hombres—. El dique ha cedido. ¡ Allí vienen, como un torrente por las brechas! Y traen antorchas. ¿Dónde están los nuestros?

Según la hora, la noche se acercaba, y la luz era tan mortecina que ni aun los hombres de buena vista de la ciudadela llegaban a distinguir lo que acontecía en los campos, excepto los incendios que se multiplicaban, y los ríos de fuego que crecían en longitud y rapidez. Por fin, a menos de una milla de la ciudad, apareció a la vista una columna más ordenada; marchaba sin correr, en filas todavía unidas.

Los vigías contuvieron el aliento.

—Faramir ha de venir con ellos —dijeron—. El sabe dominar a los hombres y las bestias. Aún puede conseguirlo.

Ahora la columna estaba apenas a un cuarto de milla. Tras ellos, saliendo de la oscuridad, galopaba un grupo reducido de jinetes, todo cuanto quedaba de la retaguardia. Otra vez acorralados, se volvieron para enfrentar las líneas de fuego cada vez más próximas. De improviso, hubo un tumulto de gritos feroces. Una horda de jinetes del enemigo se lanzó hacia adelante. Los arroyos de fuego se transformaron en torrentes rápidos: fila tras fila de orcos que llevaban antorchas encendidas, y sureños feroces, que blandían estandartes rojos y daban gritos destemplados y se adelantaban a la columna que se batía en retirada y le cerraban el paso. Y con un alarido las Sombras aladas se precipitaron cayendo del cielo tenebroso: los Nazgûl que se inclinaban hacia delante, preparados para matar.

La retirada se convirtió en una fuga. Ya unos hombres rompían filas, huyendo aquí y allá, arrojando las armas, gritando de terror, rodando por el suelo.

Una trompeta sonó entonces en la ciudadela, y Denethor dio por fin la orden de salida. Cobijados a la sombra de la Puerta y bajo los muros elevados los hombres habían estado esperando esa señal: todos los jinetes que quedaban en la ciudad. Ahora avanzaron en orden, y en seguida apresuraron el paso, y en medio de un gran clamor corrieron al galope hacia el enemigo. Y un grito se elevó en respuesta desde los muros, pues en el campo de batalla y a la vanguardia galopaban los caballeros del cisne de Dol Amroth, con el Príncipe Imrahil a la cabeza, seguido de su estandarte azul.

— ¡Amroth por Góndor! —gritaban los hombres—. ¡Amroth por Faramir!

Como un trueno cayeron sobre el enemigo, atacándolo por los flancos; pero un jinete se adelantó a todos, rápido como el viento entre la hierba: iba montado en Sombragris, y resplandecía: una vez más sin velos, y de la mano alzada le brotaba una luz.

Los Nazgûl chillaron y se alejaron rápidamente, pues no estaba todavía allí el Capitán, para desafiar el fuego blanco de este enemigo. Tomadas por sorpresa mientras corrían, las hordas de Morgul se desbandaron, dispersándose como chispas al viento. La columna que se batía en retirada dio media vuelta y se lanzó gritando contra el enemigo. Los perseguidos eran ahora perseguidores. La retirada era ahora un ataque. El campo de batalla quedó cubierto de orcos y hombres abatidos, y las antorchas, abandonadas en el suelo, crepitan y se extinguían en acres humaredas. Y la caballería continuó avanzando.

Sin embargo Denethor no les permitió ir muy lejos. Aunque habían jaqueado al enemigo, por el momento obligándolo a replegarse, un torrente de refuerzos avanzaba ya desde el este. La trompeta sonó otra vez: la señal de la retirada. La caballería de Góndor se detuvo, y detrás las compañías de campaña volvieron a formarse. Pronto regresaron marchando. Y entraron en la ciudad; pisando con orgullo; y con orgullo los contemplaba la gente y los saludaba dando gritos de alabanza, aunque todos estaban acongojados. Pues las compañías habían sido diezmadas. Faramir había perdido un tercio de sus hombres. ¿Y dónde estaba Faramir?

Fue el último en llegar. Ya todos sus hombres habían entrado. Ahora regresaban los caballeros del cisne, seguidos por el estandarte de Dol Amroth, y el príncipe. Y en los brazos del príncipe, sobre la cruz del caballo, el cuerpo de un pariente, Faramir hijo de Denethor, recogido en el campo de batalla.

— ¡Faramir! ¡Faramir! —gritaban los hombres, y lloraban por las calles. Pero Faramir no les respondía, y a lo largo del camino sinuoso, lo llevaron a la ciudadela, a su padre. En el momento mismo en que los Nazgûl huían del ataque del Caballero Blanco, un dardo mortífero había alcanzado a Faramir, que tenía acorralado a un jinete, uno de los campeones de Harad. Faramir se había caído del caballo. Sólo la carga de Dol Amroth había conseguido salvarlo de las espadas rojas de las tierras del Sur, que sin duda lo habrían atravesado mientras yacía en el suelo.

El príncipe Imrahil llevó a Faramir a la Torre Blanca, y dijo: —Tu hijo ha regresado, señor, después de grandes hazañas —y narró todo cuanto había visto. Pero Denethor se puso de pie y miró el rostro de Faramir y no dijo nada. Luego ordenó que preparasen un lecho en la estancia, y que acostaran en él a Faramir, y que se retirasen. Pero él subió a solas a la cámara secreta bajo la cúpula de la Torre; y muchos de los que en ese momento alzaron la mirada, vieron brillar una luz pálida que vaciló un instante detrás de las ventanas estrechas, y luego llameó y se apagó. Y cuando Denethor volvió a bajar, fue a la habitación donde había dejado a Faramir, y se sentó a su lado en silencio, pero la cara del Señor estaba gris, y parecía más muerta que la de su hijo.

Y ahora al fin la ciudad estaba sitiada, cercada por un anillo de adversarios. El Rammas estaba destruido, y todo el Pelennor en poder del enemigo. Las últimas noticias del otro lado de las murallas las habían traído unos hombres que llegaron corriendo por el camino del norte, antes del cierre de la Puerta. Eran los últimos que quedaban de la Guardia del camino de Anórien y de Rohan en las zonas pobladas de Góndor. Iban al mando de Ingold, el mismo guardia que cinco días atrás había dejado entrar a Gandalf y Pippin, cuando aún salía el sol y la mañana traía esperanzas.

—No hay ninguna noticia de los Rohirrim —dijo—. Los de Rohan y a no vendrán. O si vienen al fin, todo será inútil. El nuevo ejército que nos fue anunciado se ha adelantado a ellos, y ya llega desde el otro lado del río, a través de Andrós, por lo que parece. Es poderosísimo: batallones de orcos del Ojo e innumerables compañías de hombres de una raza nueva que nunca habíamos visto hasta ahora. No muy altos, pero fornidos y feroces, barbudos como enanos, y empuñan grandes hachas. Vienen sin duda de algún país salvaje en las vastas tierras del Este. Ya se han apoderado del camino del norte, y muchos han penetrado en Anórien. Los Rohirrim no podrán acudir.

La Puerta de la Ciudad se cerró. Durante toda la noche los centinelas apostados en los muros oyeron los rumores del enemigo que iba de un lado a otro incendiando campos y bosques, traspasando con las lanzas a todos los hombres que encontraban delante, vivos o muertos. En aquellas tinieblas, era imposible saber cuántos habían cruzado ya el río, pero cuando la mañana, o una sombra mortecina, asomó sobre la llanura, entendieron que ni siquiera en el miedo de la noche habían exagerado el número. Las compañías en marcha cubrían toda la llanura, y en aquella oscuridad y hasta donde los ojos alcanzaban a ver, grandes campamentos de tiendas negras o de un rojo sombrío, como inmundas excrecencias de hongos, brotaban alrededor de la ciudad sitiada.

Afanosos como hormigas, los orcos cavaban, cavaban líneas de profundas trincheras en un círculo enorme, justo fuera del alcance de los arcos de los muros; y cada vez que terminaban una trinchera, la llenaban inmediatamente de fuego, sin que nadie llegara a ver cómo las encendían y alimentaban, si mediante algún artificio o por brujería. El trabajo continuó el día entero, mientras los hombres de Minas Tirith observaban; y nada podían hacer. Y a medida que cada tramo de trinchera quedaba terminado, veían acercarse grandes carretas; y pronto nuevas compañías enemigas montaban de prisa grandes máquinas de proyectiles, cada una al reparo de una trinchera. No había ni una sola en los muros de la ciudad de tanto alcance o capaz de detenerlos.

Al principio, los hombres se rieron, pues no les temían demasiado a tales artilugios. El muro principal de la ciudad, construido antes de la declinación en el exilio del poderío y las artes de Númenor, era extraordinariamente alto y de una solidez maravillosa; y la cara externa podía compararse a la de la Torre de Orthanc, dura, sombría y lisa, invulnerable al fuego o al acero, indestructible, a menos que alguna convulsión desgarrase la tierra misma en que se elevaba.

—No —decían, ni aunque viniera el Sin Nombre en persona, ni él podría entrar mientras nosotros estuviésemos con vida. —Pero algunos replicaban:— ¿Mientras nosotros estuviésemos con vida? ¿Cuánto tiempo? El tiene un arma que ha destruido muchas fortalezas inexpugnables desde que el mundo es mundo. El hambre. Los caminos están cortados. Rohan no vendrá.

Pero las máquinas no derrocharon proyectiles contra el muro indomable. No era un bandolero ni un cabecilla orco quien había planeado el ataque al peor enemigo del Señor de Mordor, sino una mente y un poder malignos. Tan pronto como las grandes catapultas estuvieron instaladas, con gran acompañamiento de alaridos y el chirrido de cuerdas y poleas, empezaron a arrojar proyectiles a una altura prodigiosa, de modo que pasaban por encima de las almenas e iban a caer con un ruido sordo dentro del primer círculo de la ciudad; y muchos de esos proyectiles, en virtud de algún arte misterioso, estallaban en llamas cuando golpeaban el suelo.

Pronto hubo un grave peligro de incendio detrás de la muralla, y todos los hombres disponibles se dedicaron a apagar las llamas que brotaban aquí y allá. De súbito, en medio de los grandes proyectiles, empezó a caer otra clase de lluvia, menos destructiva pero más horripilante. Caían y rodaban por las calles y callejones detrás de la Puerta, proyectiles pequeños y redondos que no ardían. Pero cuando la gente se acercaba a ver qué podían ser, gritaban o se echaban a llorar. Porque lo que el enemigo estaba arrojando a la ciudad eran las cabezas de todos los que habían caído combatiendo en Osgiliath, o en el Rammass, o en los campos. Era horroroso mirarlas, pues si bien algunas estaban aplastadas e informes, y otras habían sido salvajemente acuchilladas, muchas tenían aún facciones reconocibles, y parecía que habían muerto con dolor; y todas llevaban marcada a fuego la inmunda insignia del Ojo Sin Párpado. Sin embargo, desfiguradas y profanadas como estaban, de tanto en tanto permitían a un hombre que viese por última vez el rostro de alguien conocido, que en otro tiempo había llevado armas con orgullo, o cultivado los campos, o cabalgado desde los valles a las colinas en un día de fiesta.

En vano los defensores amenazaban con los puños a los enemigos implacables, apiñados delante de la Puerta. Aquellos hombres no les temían a las maldiciones, ni entendían las lenguas del Oeste, y gritaban con voces ásperas, como bestias y aves de rapiña. Pero pronto no quedaron en Minas Tirith hombres de tanta entereza como para desafiar a los ejércitos de Mordor. Porque el Señor de la Torre Oscura tenía otra arma, más rápida que el hambre: el miedo y la desesperación.

Los Nazgûl retornaron, y como ya el Señor Oscuro empezaba a medrar y a desplegar fuerza, las voces de los siervos, que sólo expresaban la voluntad y la malicia del amo tenebroso, se cargaron de maldad y de horror. Giraban sin cesar sobre la ciudad, como buitres que esperan su ración de carne de hombres condenados. Volaban fuera del alcance de la vista y de las armas, pero siempre estaban presentes, y sus voces siniestras desgarraban el aire. Y cada nuevo grito era más intolerable para los hombres. Hasta los más intrépidos terminaban arrojándose al suelo cuando la amenaza oculta volaba sobre ellos, o si permanecían de pie, las armas se les caían de las manos temblorosas, y la mente invadida por las tinieblas ya no pensaba en la guerra, sino tan sólo en esconderse, en arrastrarse, y morir.

Durante todo aquel día sombrío Faramir estuvo tendido en el lecho en la cámara de la Torre Blanca, extraviado en una fiebre desesperada; moribundo, decían algunos, y pronto todo el mundo repetía en los muros y en las calles: moribundo. Y Denethor no se movía de la cabecera, y observaba a su hijo en silencio, y ya no se ocupaba de la defensa de la ciudad.

Nunca, ni aun en las garras de los Urukhai, había conocido Pippin horas tan negras. Tenía la obligación de atender al Senescal, y la cumplía, aunque Denethor parecía haberlo olvidado. De pie junto a la puerta de la estancia a oscuras, mientras trataba de dominar su propio miedo, observaba y le parecía

que Denethor envejecía momento a momento, como si algo hubiese quebrantado aquella voluntad orgullosa, aniquilando la mente severa del Senescal. El dolor quizás y el remordimiento. Vio lágrimas en aquel rostro antes impasible, más insoportables aún que la cólera.

—No lloréis, Señor —balbució—. Tal vez sane. ¿Habéis consultado a Gandalf?

— ¡No me reconfortes con magos! —replicó Denethor—. La esperanza de ese insensato ha sido vana. El enemigo lo ha descubierto, y ahora es cada día más poderoso; adivina nuestros pensamientos, todo cuanto hacemos acelera nuestra ruina.

»Sin una palabra de gratitud, sin una bendición, envié a mi hijo a afrontar un peligro inútil, y ahora aquí yace con veneno en las venas. No, no, cualquiera que sea el desenlace de esta guerra, también mi propia casta está cerca del fin: hasta la Casa de los Senescales ha declinado. Seres despreciables dominarán a los últimos descendientes de los Reyes de los Hombres, obligándolos a vivir ocultos en las montañas hasta que los hayan desterrado o exterminado a todos.

Unos hombres llamaron a la puerta reclamando la presencia del Señor de la Ciudad.

—No, no bajaré —dijo Denethor—. Es aquí donde he de permanecer, junto a mi hijo. Tal vez hable aún, antes del fin, que ya está próximo. Seguid a quien queráis, incluso al Loco Gris, por más que su esperanza haya fallado. Yo me quedaré aquí.

Así fue cómo Gandalf tomó el mando en la defensa última de la ciudad. Y por donde iba, renacían las esperanzas en los corazones de los hombres, y nadie recordaba las sombras aladas. Infatigable, el mago cabalgaba desde la ciudadela hasta la Puerta, al pie del muro de norte a sur; y lo acompañaba el Príncipe de Dol Amroth, en brillante cota de malla. Pues él y sus caballeros se consideraban todavía señores de la auténtica raza de Númenor. Y los hombres al verlos murmuraban:

Tal vez dicen la verdad las antiguas leyendas: les corre sangre élfica por las venas, pues las gentes de Nimrodel habitaron aquellas tierras en tiempos remotos. —Y de pronto alguno entonaba en la oscuridad unas estrofas del Lay de Nimrodel, u otras baladas del Valle del Anduin de años desvanecidos.

Sin embargo, en cuanto los caballeros se alejaban, las sombras se cerraban otra vez, los corazones se helaban, y el valor de Gondor se marchitaba en cenizas. Y así pasaron lentamente de un oscuro día de miedos a las tinieblas de una noche desesperada. Las llamas rugían ahora en el primer círculo de la ciudad, cerrando la retirada en muchos sitios a la guarnición del muro exterior. Pero eran pocos los que permanecían en sus puestos: la mayoría había huido a refugiarse detrás de la segunda puerta.

Lejos detrás de la batalla habían tendido un puente, y durante todo ese día nuevos refuerzos de tropas y pertrechos habían cruzado el río. Y por fin, en mitad de la noche, lanzaron el ataque. La vanguardia cruzó las trincheras de fuego siguiendo unos senderos tortuosos, disimulados entre las llamas. Y avanzaban, avanzaban sin preocuparse por las bajas, agazapados y en grupos, al alcance de los arqueros. Pero en verdad, pocos quedaban allí para causarles grandes daños, aunque la luz de las hogueras mostraba muchos blancos para arqueros de la destreza de que antaño se enorgulleciera Gondor. Entonces, al darse cuenta sionó un poco más. Lentamente, las grandes torres de asedio construidas en Osgiliath avanzaron en las tinieblas.

Otra vez subieron a la cámara de la Torre Blanca los mensajeros, y como necesitaban ver con urgencia al Señor de la Ciudad, Pippin los dejó pasar. Denethor, que no apartaba los ojos del rostro de Faramir, volvió lentamente la cabeza, y los observó en silencio.

—El primer círculo de la ciudad está en llamas, Señor —dijeron—. ¿Cuáles son vuestras órdenes? Aún sois el Señor y Senescal. No todos obedecen a Mithrandir. Muchos abandonan los muros, dejándolos indefensos.

—¿ Por qué? ¿ Por qué huyen los imbéciles ? — dijo Denethor—. Puesto que arder en la hoguera es inevitable, más vale arder antes que después. ¡Volved al fuego del holocausto! ¿Y yo? También yo iré ahora a mi pira. ¡Mi pira! ¡No habrá tumbas para Denethor y para Faramir! ¡No tendrán sepultura! ¡No conocerán el lento y largo sueño de la muerte embalsamada! Antes que ningún navio zarpe hacia aquí desde el Oeste, nos habremos consumido en la hoguera como reyes paganos. El Oeste ha fallado. ¡Volved, y sacrificaos en la hoguera!

Sin una reverencia ni una palabra de respuesta, los mensajeros dieron media vuelta y huyeron.

Entonces Denethor se levantó y soltó la mano afiebrada de Faramir, que tenía entre las suyas.

—¡El ya está ardiendo, ardiendo! —dijo con tristeza—. La morada de su espíritu se derrumba. —Y luego, acercándose a Pippin con pasos silenciosos, lo miró largamente.

—¡Adiós! —dijo—. ¡Adiós, Peregrin hijo de Paladin! Breve ha sido tu servicio, y terminará pronto. Te libero de lo poco que queda. Vete ahora, y muere en la forma que te parezca más digna. Y con quien tú quieras, hasta con ese amigo loco que te ha arrastrado a la muerte. Llama a mis servidores, y márchate. ¡Adiós!

—No os diré adiós, mi Señor —dijo Pippin hincando la rodilla. Y de improviso, reaccionando otra vez como el hobbit que era, se levantó rápidamente y miró al anciano en los ojos—. Acepto vuestra licencia, Señor —dijo—, porque en verdad quisiera ver a Gandalf. Pero no es un loco; y hasta que él no desespere de la vida, yo no pensaré en la muerte. Mas de mi juramento y de vuestro servicio no deseo ser liberado mientras vos sigáis con vida. Y si finalmente entran en la ciudadela, espero estar aquí, junto a vos, y merecer quizá las armas que me habéis dado.

—Haz lo que mejor te parezca, señor Mediano —dijo Denethor—. Pero mi vida está destrozada. Haz venir a mis servidores. —Y se volvió de nuevo a Faramir.

Pippin salió y llamó a los servidores: seis hombres de la Casa, fuertes y hermosos; sin embargo temblaron al ser convocados. Pero Denethor les rogó con voz serena que pusieran mantas tibias sobre el lecho de Faramir, y que lo levantasen. Los hombres obedecieron, y alzando el lecho lo sacaron de la cámara. Avanzaban lentamente, para perturbar lo menos posible al herido, y Denethor los seguía, encorvado ahora sobre un bastón; y tras él iba Pippin.

Salieron de la Torre Blanca como si fueran a un funeral, y penetraron en la oscuridad; un resplandor mortecino iluminaba desde abajo el espeso palio de las nubes. Atravesaron lentamente el patio amplio, y a una palabra de Denethor se detuvieron junto al Árbol Marchito.

Excepto los rumores lejanos de la guerra allá abajo en la ciudad, todo era silencio, y oyeron el triste golpeteo del agua que caía gota a gota de las ramas muertas al estanque sombrío. Luego marcharon otra vez y traspusieron la puerta de la ciudadela, ante la mirada estupefacta y anonadada del guardia. Y doblando hacia el oeste llegaron por fin a una puerta en el muro trasero del círculo sexto. Fen Hollen la llamaban, porque siempre estaba cerrada excepto en tiempos de funerales, y sólo el Señor de la Ciudad podía utilizarla, o quienes llevaban la insignia de las tumbas y cuidaban las moradas de los muertos. Del otro lado de la puerta un sendero sinuoso descendía en curvas hasta la angosta lengua de tierra a la sombra de los precipicios del Mindolluin, donde se alzaban las mansiones de los Reyes Muertos y de sus Senescales.

Un portero que estaba sentado en una casilla al borde del camino, acudió con miedo en la mirada, llevando en la mano una linterna. A una orden del Señor Denethor, quitó los cerrojos, y la puerta se deslizó hacia atrás en silencio; y luego de tomar la linterna de manos del portero, todos entraron. Había una profunda oscuridad en aquel camino flanqueado de muros antiguos y parapetos de numerosos balaustres, que se agigantaban a la trémula luz de la linterna. Escuchando los lentos ecos de sus propios pasos, descendieron, descendieron hasta que llegaron por último a la Calle del Silencio, Rath Díñen, entre cúpulas pálidas, salones vacíos y efigies de hombres muertos en días lejanos; y entraron en la Casa de los Senescales y depositaron la carga.

Allí Pippin, mirando con inquietud alrededor, vio que se encontraba en una vasta cámara abovedada, tapizada de algún modo por las grandes sombras que la pequeña linterna proyectaba sobre las paredes, recubiertas de oscuros sudarios. Se alcanzaban a ver en la penumbra numerosas hileras de mesas, esculpidas en mármol; y en cada mesa yacía una forma dormida, con las manos cruzadas sobre el pecho, la cabeza descansando en una almohada de piedra. Pero una mesa cercana era amplia y estaba vacía. A una señal de Denethor, los hombres depositaron sobre ella a Faramir y a su padre lado a lado, envolviéndolos en un mismo lienzo; y allí permanecieron inmóviles, la cabeza gacha, como plañideras junto a un lecho mortuorio. Denethor habló entonces en voz baja.

—Aquí esperaremos —dijo—. Pero no mandéis llamar a los embalsamadores. Traednos pronto leña para quemar, y disponedla alrededor y debajo de nosotros, y rociadla con aceite. Y cuando yo os lo ordene arrojaréis una antorcha. Haced esto y no me digáis una palabra más. ¡Adiós!

— ¡Con vuestro permiso, Señor! —dijo Pippin, y dando media vuelta huyó despavorido de la casa de los muertos. «¡Pobre Faramir!», pensó. «Tengo que encontrar a Gandalf. ¡ Pobre Faramir! Es muy probable que más necesite medicinas que lágrimas. Oh, ¿dónde podré encontrar a Gandalf? En lo más reñido de la batalla, supongo; y no tendrá tiempo para perder con moribundos o con locos.»

Al llegar a la puerta se volvió a uno de los servidores que había quedado allí de guardia.

—Vuestro amo no es dueño de sí mismo —dijo—. Actuad con lentitud. ¡No traigáis fuego aquí mientras Faramir continúe con vida! ¡No hagáis nada hasta que venga Gandalf!

—¿Quién es entonces el amo de Minas Tirith? —respondió el hombre—. ¿El Señor Denethor o el Peregrino Gris?

—El Peregrino Gris o nadie, pareciera —dijo Pippin, y continuó trepando rápidamente por el sendero tortuoso, y pasó delante del portero desconcertado, y salió por la puerta, y siguió, hasta que llegó cerca de la puerta de la ciudadela.

El centinela lo llamó cuando pasaba, y Pippin reconoció la voz de Beregond.

—¿A dónde vas con tanta prisa, maese Peregrin?

—En busca de Mithrandir —respondió Pippin.

—Las misiones del Señor Denethor son urgentes, y no me corresponde a mí retardarlas —dijo Beregond—; pero dime en seguida, si puedes: ¿qué está pasando? ¿A dónde ha ido mi Señor? Acabo de tomar servicio, pero me han dicho que lo vieron ir hacia la Puerta Cerrada, y que unos hombres marchaban delante llevando a Faramir.

—Sí —dijo Pippin—, a la Calle del Silencio.

Beregond inclinó la cabeza sobre el pecho para esconder las lágrimas.

—Decían que estaba moribundo —suspiró—, y que ahora está muerto.

—No —dijo Pippin—, aún no. Y creo que todavía es posible evitar que muera. Pero el Señor Denethor ha sucumbido antes que tomaran la ciudad, Beregond. Desvaría, y es peligroso. —Habló brevemente de las palabras y las actitudes extrañas de Denethor.— Necesito encontrar a Gandalf cuanto antes.

—En ese caso, tendrás que bajar hasta la batalla.

—Lo sé. El Señor me ha dado licencia. Pero, Beregond: si puedes, haz algo para impedir que ocurran cosas terribles.

—El Señor no permite que quienes llevan la insignia de negro y plata abandonen su puesto por ningún motivo, a menos que él mismo lo ordene.

—Pues bien, se trata de elegir entre las órdenes y la vida de Faramir —dijo Pippin—. Y en cuanto a órdenes, creo que estás tratando con un loco, no con un señor. Tengo prisa. Volveré, si puedo.

Partió a todo correr, bajando siempre, hacia la parte externa de la ciudad. Se cruzaba en el camino con hombres que huían del incendio, y algunos, al reconocer la librea del hobbit, volvían la cabeza y gritaban. Pero Pippin no les prestaba atención. Por fin llegó a la Segunda Puerta; del otro lado las llamas saltaban cada vez más alto entre los muros. Sin embargo, todo parecía extrañamente silencioso. No se oía ningún ruido, ni gritos de guerra ni fragor de armas. De pronto Pippin escuchó un grito aterrador, seguido por un golpe violento y un ruido como de trueno profundo y prolongado. Obligándose a avanzar no obstante el acceso de miedo y horror que por poco lo hizo caer de rodillas, Pippin volvió el último recodo y desembocó en la plaza detrás de la Puerta de la Ciudad. Y allí se detuvo, como fulminado por el rayo. Había encontrado a Gandalf; pero retrocedió precipitadamente y se agazapó ocultándose en la sombra.

Desde que comenzara en mitad de la noche, la gran acometida había proseguido sin interrupción. Los tambores retumbaban. Una tras otra, en el norte y en el sur, nuevas compañías enemigas asaltaban los muros. Unas bestias enormes, que a la luz trémula y roja parecían verdaderas casas ambulantes, los númakil de los Harad, arrastraban enormes torres y máquinas de guerra a lo largo de los senderos y entre las llamas. Pero al Capitán no le preocupaba lo que hicieran ni las bajas que pudieran sufrir: su único propósito era poner a prueba la fuerza de la defensa y mantener a los hombres de Gondor ocupados en sitios dispersos. El blanco de la embestida más violenta era la Puerta de la Ciudad. Por muy resistente que fuese, forjada en acero y hierro, y custodiada por torres y bastiones de piedra inexpugnables, la Puerta era la llave, el punto débil de aquella muralla impenetrable y alta.

Se oyó más fuerte el redoble de los tambores. Las llamas saltaban por doquier. A través del campo reptaban unas grandes máquinas; y en medio de ellas avanzaba un ariete de proporciones gigantescas, como un árbol de los bosques de cien pies de longitud, balanceándose sobre unas cadenas poderosas. Largo tiempo les había llevado forjarlo en las sombrías fraguas de Mordor, y la cabeza horrible, fundida en acero negro, reproducía la imagen de un lobo enfurecido, y portaba maleficios de

ruina. Grond lo llamaban, en memoria del Martillo Infernal de los días antiguos. Arrastrado por las grandes bestias y custodiado por orcos, unos trolls de las montañas avanzaban detrás, listos para manejarlo en el momento preciso.

Sin embargo, alrededor de la Puerta la defensa era aún fuerte, pues allí resistían los caballeros de Dol Amroth y los hombres más intrépidos de la guarnición. La lluvia de dardos y proyectiles arreciaba; las torres de asedio se desplomaban o ardían, consumiéndose como antorchas. Todo alrededor de los muros, a ambos lados de la Puerta, una espesa capa de despojos y cadáveres cubría el suelo; pero la violencia del asalto no cejaba, y como impulsados por alguna locura, nuevos refuerzos se precipitaban sobre los muros,

Y Grond seguía avanzando. La cobertura del ariete era invulnerable al fuego; y si de tanto en tanto una de las grandes bestias que lo arrastraba enloquecía, y pisoteaba a muerte a los innumerables orcos que lo custodiaban, quitaban los cuerpos del camino, y nuevos orcos corrían a reemplazar a los muertos.

Y Grond seguía avanzando. Los tambores redoblaban rápidamente ahora. De pronto, sobre las montañas de muertos apareció una sombra horrenda: un jinete, alto, encapuchado, envuelto en una capa negra. Indiferente a los dardos, avanzó lentamente, sobre los cadáveres. Se detuvo, y blandió una espada larga y pálida. Y al verlo, un gran temor se apoderó de todos, defensores y enemigos por igual; los brazos de los hombres cayeron a los costados, y ningún arco volvió a silbar. Por un instante, todo fue inmovilidad y silencio.

Batieron y redoblaron los tambores. En una fuerte embestida, unas manos enormes empujaron a Grond hacia adelante. Llegó a la Puerta. Se sacudió. Un gran estruendo resonó en la ciudad, como un trueno que corre por las nubes. Pero las puertas de hierro y los montantes de acero resistieron el golpe.

Entonces el Capitán Negro se irguió sobre los estribos y gritó, con una voz espantosa, pronunciando en alguna lengua olvidada palabras de poder y terror, destinadas a lacerar los corazones y las piedras.

Tres veces gritó. Tres veces retumbó contra la Puerta el gran ariete. Y al recibir el último golpe, la Puerta de Góndor se rompió. Como al conjuro de algún maleficio siniestro, estalló y voló por el aire; hubo un relámpago enceguecedor, y las batientes cayeron al suelo rotas en mil pedazos.

El Señor de los Nazgûl entró a caballo en la ciudad. Una gran forma negra recortada contra las llamas, agigantándose en una inmensa amenaza de desesperación. Así pasó el Señor de los Nazgûl bajo la arcada que ningún enemigo había franqueado antes, y todos huyeron ante él.

Todos menos uno. Silencioso e inmóvil, aguardando en el espacio que precedía a la Puerta, estaba Gandalf montado en Sombragris; Sombragris que desafiaba el terror, impávido, firme como una imagen tallada en Rath Dínen, único entre los caballos libres de la tierra.

—No puedes entrar aquí —dijo Gandalf, y la sombra se detuvo—. ¡Vuelve al abismo preparado para ti! ¡Vuelve! ¡Húndete en la nada que te espera, a ti y a tu Amo! ¡Vete!

El Jinete Negro se echó hacia atrás la capucha, y todos vieron con asombro una corona real; pero ninguna cabeza visible la sostenía. Las llamas brillaban, rojas, entre la corona y los hombros anchos y sombríos envueltos en la capa. Una boca invisible estalló en una risa sepulcral.

—¡Viejo loco! dijo, ¡Viejo loco! Ha llegado mi hora. ¿No reconoces a la Muerte cuando la ves? ¡Muere y maldice en vano! —Y al decir esto levantó en alto la hoja, y del filo brotaron unas llamas.

Gandalf no se movió. Y en ese instante, lejano en algún patio de la ciudad, cantó un gallo. Un canto claro y agudo, ajeno a la guerra y a los maleficios, de bienvenida a la mañana que en el cielo, más allá de las sombras de la muerte, llegaba con la aurora.

Y como en respuesta se elevó en la lejanía otra nota. Cuernos, cuernos, cuernos. Los ecos resonaban débiles en los flancos sombríos del Mindolluin. Grandes cuernos del Norte, sopladados con una fuerza salvaje. Al fin Rohan había llegado.

LA CABALGATA DE LOS ROHIRRIM

Estaba oscuro y Merry, acostado en el suelo y envuelto en una manta, no veía nada; sin embargo, aunque era una noche serena y sin viento, alrededor de él los árboles suspiraban invisibles. Levantó la cabeza. Entonces lo volvió a escuchar: un rumor semejante al redoble apagado de unos tambores en las colinas boscosas y en las estribaciones de las montañas. El tamborileo cesaba de golpe para luego recomenzar en algún otro punto, a veces más cercano, a veces más distante. Se preguntó si lo habrían oído los centinelas.

No los veía, pero sabía que allí, muy cerca, alrededor de él estaban las compañías de los Rohirrim. Le llegaba en la oscuridad el olor de los caballos, los oía moverse, y escuchaba el ruido amortiguado de los cascos contra el suelo cubierto de agujas de pino. El ejército acampaba esa noche en los frondosos pinares de las laderas de Eilenach, que se erguía por encima de las largas lomas del Bosque de Druadan al borde del gran camino en el Anórien oriental.

Cansado como estaba, Merry no conseguía dormir. Había cabalgado sin pausa durante cuatro días, y la oscuridad siempre creciente empezaba a oprimirle el corazón. Se preguntaba por qué había insistido tanto en venir, cuando le habían ofrecido todas las excusas posibles, hasta una orden terminante del Señor, para no acompañarlos. Se preguntaba además si el viejo rey estaría enterado de su desobediencia, y si se habría enfadado. Tal vez no. Tenía la impresión de que había una cierta connivencia entre Dernhelm y Elfhelm, el mariscal que capitaneaba el éored en que cabalgaban ahora. Elfhelm y sus hombres parecían ignorar la presencia del hobbit, y fingían no oírlo cada vez que hablaba. Bien hubiera podido ser un bulto más del equipaje de Dernhelm. Pero Dernhelm mismo no era un compañero de viaje reconfortante: jamás hablaba con nadie y Merry se sentía solo, insignificante y superfluo. Eran horas de apremio y ansiedad, y el ejército estaba en peligro. Se encontraban a menos de un día de cabalgata de los burgos amurallados de Minas Tirith, y antes de seguir avanzando habían enviado batidores en busca de noticias. Algunos no habían vuelto. Otros regresaron a galope tendido, anunciando que el camino estaba bloqueado. Un ejército del enemigo había acampado a tres millas al oeste de Amon Din, y las fuerzas que ya avanzaban por la carretera estaban a no más de tres leguas de distancia. Patrullas de orcos recorrían las colinas y los bosques de alrededor. En el vivac de la noche el rey y Eomer celebraron consejo.

Merry tenía ganas de hablar con alguien, y pensó en Pippin. Pero esto lo puso más intranquilo aún. Pobre Pippin, encerrado en la gran ciudad de piedra, solo y asustado. Merry deseó ser un jinete alto como Eomer: entonces haría sonar un cuerno, o algo, y partiría al galope a rescatar a su compañero. Se sentó, y escuchó los tambores que volvían a redoblar, ahora cercanos. Por fin oyó voces, voces muy quedas, y vio luces que pasaban entre los árboles, el resplandor mortecino de unas linternas veladas. Algunos hombres empezaron a moverse a tientas en la oscuridad.

Una figura alta irrumpió de pronto entre las sombras, y al tropezar con el cuerpo de Merry maldijo las raíces de los árboles. Merry reconoció la voz de Elfhelm, el mariscal.

—No soy la raíz de ningún árbol, señor —dijo—, ni tampoco un saco de equipaje, sino un hobbit maltrecho. Y lo menos que podéis hacer a modo de reparación es decirme qué hay de nuevo bajo el sol.

—No mucho que uno pueda ver en esta condenada oscuridad —respondió Elfhelm—. Pero mi señor manda decir que estemos prontos: es posible que llegue de improviso una orden urgente.

—¿Quiere decir entonces que el enemigo se acerca? —preguntó Merry con inquietud—. ¿Son sus tambores los que se oyen? Casi empezaba a pensar que era pura imaginación de mi parte, ya que nadie parecía hacerles caso.

—No, no —dijo Elfhelm—, el enemigo está en el camino, no aquí en las colinas. Estás oyendo a los Hombres Salvajes de los Bosques: así se comunican entre ellos a distancia. Vestigios de un tiempo ya remoto, viven secretamente, en grupos pequeños, y son cautos e indómitos como bestias. Se dice que aún hay algunos escondidos en el Bosque de Druadan. No combaten a Góndor ni a la Marca; pero ahora la oscuridad y la presencia de los orcos los han inquietado, y temen la vuelta de los Años Oscuros, cosa bastante probable. Agradecemos que no nos persigan, pues se dice que tienen flechas envenenadas, y nadie conoce tan bien como ellos los secretos de los bosques. Pero le han ofrecido sus servicios a Théoden. En este mismo momento uno de sus jefes es conducido hasta el rey. Allí, donde se ven las

lucos. Esto es todo lo que he oído decir. Y ahora tengo que cumplir las órdenes de mi amo. ¡Levántate, Señor Equipaje! —Y se desvaneció en la oscuridad.

Esa historia de hombres salvajes y flechas envenenadas no tranquilizó a Merry, pero además el peso del miedo lo abrumaba. La espera se le hacía insoportable. Quería saber qué iba a pasar. Se levantó, y un momento después caminaba con cautela en persecución de la última linterna antes que desapareciera entre los árboles.

No tardó en llegar a un claro donde habían levantado una pequeña tienda para el rey, al reparo de un árbol grande. Un gran farol, velado en la parte superior, colgaba de una rama y arrojaba abajo un círculo de luz pálida. Allí estaban Théoden y Eomer, y sentado en cuclillas ante ellos, un extraño ejemplar de hombre, afeñuscado como una piedra vieja, la barba rala como manojos de musgo seco en el mentón protuberante. De piernas cortas y brazos gordos, membrudo y achaparrado, llevaba como única prenda unas hierbas atadas a la cintura. Merry tuvo la impresión de que lo había visto antes en alguna parte, y recordó de pronto a los hombres Púkel del Sagrario. Era como si una de aquellas imágenes legendarias hubiese cobrado vida, o quizás un auténtico descendiente de los hombres que sirvieran de modelos a los artistas hacía tiempo olvidados.

Estaban en silencio cuando Merry se aproximó, pero al cabo de un momento el Hombre Salvaje empezó a hablar, como en respuesta a una pregunta. Tenía una voz profunda y gutural, y Merry oyó con asombro que hablaba en la Lengua Común, aunque de un modo entrecortado e intercalando palabras extrañas.

—No, padre de los jinetes —dijo—, nosotros no peleamos, solamente cazamos. Matamos a los gorgün en los bosques, aborrecemos a los orcos. También vosotros aborrecéis a los gorgün. Ayudamos como podemos. Los Hombres Salvajes tienen orejas largas, ojos largos. Conocen todos los senderos. Los Hombres Salvajes viven aquí antes que Casade Piedra; antes que los Hombres Altos vinieran de las aguas.

—Pero lo que necesitamos es ayuda en la batalla —dijo Eomer—. ¿Cómo podréis ayudarnos, tú y tu gente?

—Traemos noticias —dijo el Hombre Salvaje—. Nosotros observamos desde las lomas. Trepamos a la montaña alta y miramos abajo. Ciudad de Piedra está cerrada. Hay fuego allá fuera; ahora también dentro. ¿Allí queréis ir? Entonces, hay que darse prisa. Pero los gorgün y los hombres venidos de lejos —movió un brazo corto y nudoso apuntando al este— esperan en el camino de los caballos. Muchos, muchos más que todos los jinetes.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Eomer.

El rostro chato y los ojos oscuros del viejo no expresaban nada, pero en la voz había un hosco descontento.

—Hombres Salvajes son salvajes, libres, pero no niños —replicó—. Yo soy gran jefe Ghanburi Ghán. Yo cuento muchas cosas: estrellas en el cielo, hojas en los árboles, hombres en la oscuridad. Vosotros tenéis veinte veintenas contadas cinco veces más cinco. Ellos tienen más. Gran batalla, ¿y quién ganará? Y muchos otros caminan alrededor de los muros de Casade Piedra.

—Ay, con demasiado tino habla dijo Théoden—. Y los batidores nos dicen que han cavado fosos y que hay hogueras emboscadas a lo largo del camino. Nos será imposible tomarlos por sorpresa y arrasarlos.

—Pero tenemos que actuar con rapidez —dijo Eomer—. ¡Mundburgo está en llamas!

—¡Dejad terminar a Ghánburi Ghán! —dijo el Hombre Salvaje—. El conoce más de un camino. El os guiará por sendero sin fosos, que los gorgün no pisan, sólo los Hombres Salvajes y las bestias. Muchos caminos construyó la Gente de Casade Piedra cuando era más fuerte. Despedaban colinas como cazadores despedaban carne de animales. Los Hombres Salvajes creen que comían piedras. Iban con grandes carretas a Rimmon a través del Drúadan. Ahora no van más. El camino fue olvidado, pero no por los Hombres Salvajes. Por encima de la colina y detrás de la colina, todavía sigue allí bajo la hierba y el árbol, atrás del Rimmon; y bajando por el Din, vuelve a unirse al Camino de los Jinetes. Los Hombres Salvajes os mostrarán ese camino. Entonces mataréis gorgün y con el hierro brillante ahuyentaréis la oscuridad maligna, y los Hombres Salvajes podrán dormir otra vez en los bosques salvajes.

Eomer y el rey deliberaron un momento en la lengua de ellos. Al cabo, Théoden se volvió al Hombre Salvaje.

—Aceptamos tu ofrecimiento —le dijo—. Pues aun cuando dejemos atrás una hueste de enemigos ¿qué puede importarnos? Si la Ciudad de Piedra sucumbe, no habrá retorno para nosotros, y si se salva, entonces serán las huestes de los orcos las que tendrán cortada la retirada. Si eres leal, GhánburiGhán, recibirás una buena recompensa, y contarás para siempre con la amistad de la Marca.

—Los hombres muertos no son amigos de los vivos y no hacen regalos —dijo el Hombre Salvaje—. Pero si sobrevivís a la Oscuridad, dejad que los Hombres Salvajes vivan tranquilos en los bosques y nunca más los persigáis como a bestias. GhanburiGhán no os conducirá a ninguna trampa. El mismo irá con el padre de los jinetes, y si lo guía mal, lo mataréis.

—Sea —dijo Théoden.

—¿Cuánto tardaremos en adelantarnos al enemigo y volver al camino? —preguntó Eomer—. Si tú nos guías tendremos que avanzar al paso; y el camino ha de ser estrecho.

—Los Hombres Salvajes son de pies ligeros —dijo Ghán—. Allá lejos el camino es ancho, para cuatro caballos en el Pedregal de las Carretas —señaló con la mano hacia el sur—, pero es estrecho al comienzo y al final. El Hombre Salvaje puede caminar de aquí a Din entre la salida del sol y mediodía.

—Entonces hemos de estimar por lo menos siete horas para las primeras filas —dijo Eomer—; pero más vale contar unas diez en total. Algo imprevisible podría retrasarnos, y si el ejército tiene que avanzar en filas, necesitaremos un tiempo para reordenarlo al salir de las lomas. ¿Qué hora es?

—¿Quién puede saberlo? —dijo Théoden—. Todo es noche ahora.

—Todo está oscuro, pero no todo es noche —dijo Ghán—. Cuando el sol se levanta nosotros lo sentimos, aunque esté escondido. Ya trepa sobre las montañas del este. Se abre el día en los campos del cielo.

—Entonces tenemos que partir cuanto antes —dijo Eomer—. Aun así, no hay esperanzas de que lleguemos hoy a socorrer a Gondor.

Sin esperar a oír más, Merry se escurrió, y fue a prepararse para la orden de partida. Esta era la última jornada anterior a la batalla. Y aunque le parecía improbable que muchos pudieran sobrevivir, pensó en Pippin y en las llamas de Minas Tirith, y sofocó sus propios temores.

Todo anduvo bien aquel día, y no vieron ni oyeron ninguna señal de que el enemigo estuviese al acecho con una celada. Los Hombres Salvajes pusieron una cortina de cazadores alertas y avispados alrededor del ejército, a fin de que ningún orco o espía merodeador pudiese conocer los movimientos en las lomas. Cuando empezaron a acercarse a la ciudad sitiada, la luz era más débil que nunca, y las largas columnas de jinetes pasaban como sombras de hombres y de caballos. Cada una de las compañías de los Rohirrim llevaba como guía un Hombre Salvaje de los Bosques; pero el viejo Ghán caminaba a la par del rey. La partida había sido más lenta de lo previsto, pues los jinetes, a pie y llevando los caballos por la brida, habían tardado algún tiempo en abrirse camino en la espesura de las lomas y en descender al escondido Pedregal de las Carretas. Era ya entrada la tarde cuando la vanguardia llegó a los vastos boscajes grises que se extendían más allá de la ladera oriental del Amon Din, enmascarando una amplia abertura en la cadena de cerros que desde Nardol a Din corría hacia el este y el oeste. Por ese paso descendía en tiempos lejanos la carretera olvidada que atravesando Anórien volvía a unirse al camino principal para cabalgaduras; pero a lo largo de numerosas generaciones de hombres, los árboles habían crecido allí, y ahora yacía sumergida, enterrada bajo el follaje de años innumerables. En realidad, la espesura ofrecía a los Rohirrim un último reparo antes que salieran a cara descubierta al fragor de la batalla: pues delante de ellos se extendían el camino y las llanuras del Anduin, en tanto que en el este y el sur las pendientes eran desnudas y rocosas, y se apeñuscaban y trepaban, bastión sobre bastión, para unirse a la imponente masa montañosa y a las estribaciones del Mindolluin.

Las primeras filas hicieron alto, y mientras las que venían detrás atravesaban el paso del Pedregal de las Carretas, se desplegaron para acampar bajo los árboles grises. El rey convocó a consejo a los capitanes. Eomer envió batidores a vigilar el camino, pero el viejo Ghán movió la cabeza.

—Inútil mandar hombresacaballo —dijo—. Los Hombres Salvajes ya han visto todo lo que es posible ver en este aire malo. Pronto vendrán a hablar conmigo.

Los capitanes se reunieron; y de entre los árboles salieron con cautela otros hombrespúkel, tan parecidos al viejo Ghán que Merry no hubiera podido distinguir entre ellos. Hablaron con Ghán en una lengua extraña y gutural.

Pronto Ghán se volvió al rey.

—Los Hombres Salvajes dicen muchas cosas —anunció—. Primero: ¡sed cautelosos! Todavía hay muchos hombres acampando del otro lado de Din, a una hora de marcha, por allí. —Agitó el brazo señalando el oeste, las negras colinas. — Pero ninguno a la vista de aquí a los muros nuevos de GenedePiedra. Allí hay muchos y muy atareados. Los muros ya no resisten: los gorgün los derriban con trueno de tierra y mazas de hierro negro. Son imprudentes y no miran alrededor. Creen que sus amigos vigilan todos los caminos. —Y al decir esto soltó un extraño gorgoteo, que bien podía parecer una carcajada.

— ¡Buenas noticias! —exclamó Eomer—. Aun en esta oscuridad brilla de nuevo una luz de esperanza. Más de una vez los artilugios del enemigo nos han favorecido. La maldita oscuridad puede ser para nosotros un manto protector. Y ahora, encarnizados como están en la destrucción de Góndor, decididos a no dejar piedra sobre piedra, los orcos me han librado del mayor de mis temores. El muro exterior habría resistido largo tiempo a nuestros embates. Ahora podremos atravesarlo como un trueno... si llegamos a él.

—Gracias otra vez, GhánburiGhan del bosque —dijo Théoden—. ¡ Que la fortuna te sea propicia en recompensa por las noticias y la ayuda que nos has traído!

— ¡Matad gorgün! ¡Matad orcos! Los Hombres Salvajes no conocen palabras más placenteras — le respondió Ghán—. ¡Ahuyentad el aire malo y la oscuridad con el hierro brillante!

—Para eso hemos venido desde muy lejos —dijo el rey—, y lo intentaremos. Pero lo que consigamos, sólo mañana se verá.

GhánburiGhan se inclinó hasta tocar el suelo con la frente en señal de despedida. Luego se levantó como si se dispusiera a marcharse. Pero de pronto se quedó quieto con la cabeza levantada, como un animal del bosque que husmea un olor extraño. Un resplandor le iluminó los ojos.

—¡El viento está cambiando! —gritó, y con estas palabras, como en un parpadeo, él y sus compañeros desaparecieron en las tinieblas, y los hombres de Rohan no los volvieron a ver nunca más. Poco después se oyó otra vez en el este lejano el batir apagado de los tambores. Pero en todo el ejército de los Rohirrim nadie temió un instante que los Hombres Salvajes pudieran cometer una traición, por más que pareciesen extraños y poco atractivos.

—Ya no tenemos necesidad de guías dijo Elfhelm. Hay entre nosotros jinetes que han cabalgado hasta Mundburgo en tiempos de paz. Empezando por mí. Cuando lleguemos al camino, doblará hacia el sur, y desde allí hasta el muro de los confines de los burgos, habrá otras siete leguas. La hierba abunda a los lados de casi todo el camino. En ese tramo los mensajeros de Góndor corrían más que nunca. Podremos cabalgar rápidamente y sin hacer mucho ruido.

—Pues como nos espera una lucha cruenta y necesitaremos de todas nuestras fuerzas —dijo Eomer—, yo propondría que ahora descansáramos, y que partiéramos por la noche; de ese modo podríamos llegar a los campos cuando haya tanta luz como pueda haberla, o cuando nuestro señor nos dé la señal.

El rey estuvo de acuerdo y los capitanes se retiraron. Pero Elfhelm volvió poco después.

—Los batidores no han encontrado nada más allá del bosque gris, Señor —dijo—, salvo dos hombres: dos hombres muertos y dos caballos muertos.

— ¿Entonces? —dijo Eomer.

—Entonces esto, Señor: eran mensajeros de Góndor; uno de ellos podría ser Hirgon. En todo caso aún apretaba en la mano la Flecha Roja, pero lo habían decapitado. Y también esto: según los indicios, parecería que huían hacia el oeste cuando fueron abatidos. A mi entender, al regresar encontraron al enemigo ya dueño del muro exterior, o atacándolo, y eso ha de haber ocurrido hace dos noches, si utilizaron los caballos de recambio de las postas, como es costumbre. Al no poder entrar en la ciudad, han de haber dado media vuelta.

—¡Ay! —dijo Théoden—. Eso quiere decir que Denethor no ha tenido noticias de nuestra partida, y ya habrá desesperado.

— La necesidad no tolera tardanzas, pero más vale tarde que nunca —dijo Eomer—. Y acaso ahora el viejo refrán demuestra ser más cierto que en todos los tiempos pasados, desde que los hombres se expresan con la boca.

Era de noche. Por las dos orillas del camino avanzaba en silencio el ejército de Rohan. El camino que contorneaba las pendientes del Mindolluin corría ahora hacia el sur. En lontananza, delante de ellos y

casi en línea recta, había un resplandor rojo, y bajo el cielo negro las laderas de la gran montaña eran sombrías y amenazantes. Ya se estaban acercando al Rammas del Pelennor, pero aún no había llegado el día.

En medio de la primera compañía cabalgaba el rey, rodeado por su escolta. Seguía el éored de Elfhelm, y Merry notó que Dernhelm se separaba de los suyos y avanzaba hasta cabalgar detrás de la guardia del rey. La columna hizo un alto. Merry oyó que enfrente hablaban en voz baja. Algunos de los batidores que se habían aventurado hasta las cercanías del muro acababan de regresar. Se acercaron al rey.

—Hay grandes hogueras, Señor —dijo uno—. La ciudad está toda en llamas, y el enemigo cubre los campos. Pero todos parecen tener una única preocupación: el asalto de la fortaleza y hasta donde hemos podido ver son pocos los que quedan fuera de los muros, y empeñados como están en la destrucción, no se dan cuenta de lo que pasa alrededor.

—¿Recordáis las palabras del Hombre Salvaje, Señor? —dijo otro—. Yo, en tiempos de paz, vivo en la campiña y al aire libre. Me llamo Widfara, y también a mí el aire me trae mensajes. Ya el viento está cambiando. Ahora sopla una ráfaga del Sur, con olores marinos, aunque todavía leves. La mañana traerá novedades. Por encima del humo llegará el alba, cuando paséis el muro.

—Si es cierto lo que dices, Widfara, ojalá la vida te conceda cien años de bendiciones a partir de este día —dijo Théoden. Y volviéndose a los hombres del séquito les habló con voz clara, para que muchos de los jinetes del primer éored también pudiesen escucharlo.

—¡Jinetes de la Marca, hijos de Eorl, la hora ha llegado! Lejos os encontraréis de vuestros hogares, y ya tenéis por delante el fuego y el enemigo. Vais a combatir en campos extranjeros, pero la gloria que ganéis será vuestra para siempre. Habéis prestado juramento: ¡Id ahora a cumplirlo, en nombre de vuestro rey, de vuestra tierra y la alianza de amistad!

Los hombres golpearon las lanzas contra el brocal de los escudos.

— ¡Eomer, hijo mío! Tú irás a la cabeza del primer éored —dijo Théoden—, que marchará en el centro detrás del estandarte real. Elfhelm, conduce a tu compañía hacia la derecha cuando hayamos pasado el muro. Y que Grimbold lleve la suya hacia la izquierda. Las compañías restantes seguirán a estas tres primeras, a medida que vayan llegando. Y allí donde encontréis hordas de enemigos, atacad. Otros planes no podemos hacer, pues ignoramos aún cómo están las cosas en el campo. ¡Adelante ahora, y que no os arredre la oscuridad!

La primera compañía partió tan rápidamente como pudo, pues pese a lo augurado grupa del caballo de Dernhelm, y mientras se sostenía con la mano izquierda, con la otra procuraba desenvainar la espada. Ahora sentía en carne viva cuánto había de verdad en las palabras del rey: ¿Qué harías tú, Meriadoc, en semejante batalla? «Lo que estoy haciendo, ni más ni menos», se dijo: «convertirme en un estorbo para un jinete, ¡y conseguir al menos mantenerme en la silla y no morir aplastado bajo los cascos!».

Una distancia de apenas una legua los separaba del sitio donde antes se alzaban las murallas, y poco les llevó recorrerlas: demasiado poco para el gusto de Merry. Hubo gritos salvajes y algún ruido de armas, pero la escaramuza fue breve. Los orcos en actividad alrededor de las murallas eran poco numerosos, y tomados por sorpresa fue fácil abatirlos, o al menos obligarlos a retroceder. Ante la puerta en ruinas del norte del Rammas, el rey ordenó un nuevo alto. Tras él, y flanqueándolo por ambos lados, se detuvo el primer éored. Dernhelm continuaba cabalgando a pocos pasos del rey, pese a que la compañía de Elfhelm se había desviado a la derecha. Los hombres de Grimbold fueron hacia el este y un poco más lejos penetraron por una brecha en el muro.

Merry espío por detrás de la espalda de Dernhelm. A lo lejos, a diez millas o quizá más, había un gran incendio; pero a media distancia las líneas de fuego ardían en una vasta media luna, y el cuerno más próximo estaba a sólo una legua de las primeras filas de jinetes. Nada más distinguió el hobbit en la oscuridad de la llanura, ni vio por el momento ninguna esperanza de amanecer, ni sintió el más leve soplido de viento cambiante o no.

Ahora el ejército de Rohan avanzaba en silencio por los campos de Góndor, una corriente lenta pero continua, como la marea alta cuando irrumpe por las fisuras de un dique que se consideraba seguro. Pero el pensamiento y la voluntad del Capitán Negro estaban dedicados por entero al asedio y la destrucción de la ciudad, y hasta ese momento no había llegado a él ninguna noticia que anunciara una posible falla en sus planes.

Al cabo de cierto tiempo el rey desvió la cabalgata ligeramente hacia el este, para pasar entre los fuegos del asedio y los campos exteriores. Hasta allí habían avanzado sin encontrar resistencia, y Théoden no había dado aún ninguna señal. Por fin hicieron un último alto. Ahora la ciudad estaba cerca. El olor de faban, inquietos. Pero el rey, inmóvil, montado en Crinblanca, contemplaba la agonía de Minas Tirith, como si la angustia o el terror lo hubieran paralizado. Parecía encogido, acobardado de pronto por la edad. Hasta Merry se sentía abrumado por el peso insoportable del horror y la duda. El corazón le latía lentamente. El tiempo parecía haberse detenido en la incertidumbre. ¡Habían llegado demasiado tarde! ¡Demasiado tarde era peor que nunca! Acaso Théoden estuviera a punto de ceder, de dejar caer la vieja cabeza, dar media vuelta, y huir furtivamente a esconderse en las colinas.

Entonces, de improviso, Merry sintió por fin, inequívoco, el cambio: el cambio de viento. ¡Le soplaba en la cara! Asomó una luz. Lejos, muy lejos en el sur, las nubes eran formas grises y remotas que se amontonaban flotando a la deriva: más allá se abría la mañana.

Pero en ese mismo instante hubo un resplandor, como si un rayo hubiese salido de las entrañas mismas de la tierra, bajo la ciudad. Durante un segundo vieron la forma incandescente, enceguecedora y lejana en blanco y negro, y la torre más alta resplandeció como una aguja rutilante; y un momento después, cuando volvió a cerrarse la oscuridad, un trueno ensordecedor y prolongado llegó desde los campos.

Como al conjuro de aquel ruido atronador, la figura encorvada del rey se enderezó súbitamente. Y otra vez se le vio en la montura alto y orgulloso; e irguiéndose sobre los estribos gritó, con una voz más fuerte y clara que la que oyera jamás ningún mortal:

¡De pie, de pie, Jinetes de Théoden!

Un momento cruel se avecina: ¡fuego y matanza!

Trepidarán las lanzas, volarán en añicos los escudos,

¡un día de la espada, un día rojo, antes que llegue el alba!

¡Galopad ahora, galopad! ¡A Gondor!

Y al decir esto, tomó un gran cuerno de las manos de Guthlaf, el portaestandarte, y lo sopló con tal fuerza que el cuerno se quebró. Y al instante se elevaron juntas las voces de todos los cuernos del ejército, y el sonido de los cuernos de Rohan en esa hora fue como una tempestad sobre la llanura y como un trueno en las montañas.

¡Galopad ahora, galopad! ¡A Gondor!

De pronto, a una orden del rey, Crinblanca se lanzó hacia adelante. Detrás de él el estandarte flameaba al viento: un caballo blanco en un campo verde: pero Théoden ya se alejaba. En pos del rey galopaban los jinetes de la escolta, pero ninguno lograba darle alcance. Con ellos galopaba Eomer, y la crin blanca de la cimera del yelmo le flotaba al viento, y la vanguardia del primer éored rugía como un oleaje embravecido al estrellarse contra las rocas de la orilla, pero nadie era tan rápido como el rey Théoden. Galopaba con un furor demente, como si la fervorosa sangre guerrera de sus antepasados le corriera por las venas en un fuego nuevo; y transportado por Crinblanca parecía un dios de la antigüedad, el propio Oróme el Grande, se hubiera dicho, en la batalla de Valar, cuando el mundo era joven. El escudo de oro resplandecía y centelleaba como una imagen del sol, y la hierba reverdecía alrededor de las patas del caballo. Pues llegaba la mañana, la mañana y un viento del mar; y ya se disipaban las tinieblas; y los hombres de Mordor gemían, y conocían el pánico, y huían y morían, y los cascos de la ira pasaban sobre ellos. Y de pronto los ejércitos de Rohan rompieron a cantar, y cantaban mientras mataban, pues el júbilo de la batalla estaba en todos ellos, y los sonidos de ese canto que era hermoso y terrible llegaron aun a la ciudad.

6

LA BATALLA DE LOS CAMPOS DEL PELENNOR

Pero no era un cabecilla orco ni un bandolero el que conducía el asalto de Gondor. Las tinieblas parecían disiparse demasiado pronto, antes de lo previsto por el amo del Capitán Negro: momentáneamente la suerte le era adversa, y el mundo parecía volverse contra él; y ahora se le escapaba la victoria, cuando ya iba a ponerle las manos encima. No obstante, él tenía aún el brazo largo, autoridad,

y grandes poderes. Rey, Espectro del Anillo, Señor de los Nazgûl, disponía de muchas armas. Se alejó de la Puerta y desapareció.

Théoden Rey de la Marca había llegado al camino que iba de la Puerta al río; de allí había marchado a la ciudad, distante ahora menos de una milla. Moderando el galope del caballo, buscó nuevos enemigos, y los caballeros de la escolta lo rodearon, y entre ellos estaba Dernhelm. Un poco más adelante, en las cercanías de los muros, los hombres de Elfhelm luchaban entre las máquinas de asedio, matando enemigos, traspasándolos con las lanzas, empujándolos hacia las trincheras de fuego. Casi toda la mitad norte de Pelennor estaba ocupada por los Rohirrim, y los campamentos ardían, y los orcos huían en dirección al río como manadas de animales salvajes perseguidas por cazadores; y los hombres de Rohan galopaban libremente, a lo largo y a lo ancho de los campos. Sin embargo, no habían desbaratado aún el asedio, ni reconquistado la Puerta. Los enemigos que la custodiaban eran numerosos, y la otra mitad de la llanura estaba ocupada por ejércitos todavía intactos. Al sur, del otro lado del camino, aguardaba la fuerza principal de los Haradrim, y la caballería estaba reunida en torno del estandarte del Capitán. Y el Capitán miró el horizonte a la creciente luz de la mañana y vio muy adelante y en pleno campo de batalla la bandera del rey, con unos pocos hombres alrededor. Poseído por una furia roja, lanzó un grito de guerra y desplegó el estandarte —una serpiente negra sobre fondo escarlata— y se precipitó con una gran horda sobre el corcel blanco en campo verde, y las cimitarras desnudas de los hombres del Sur centelleaban como estrellas.

Sólo entonces reparó Théoden en la presencia del Capitán Negro; sin esperar el ataque, azuzó con un grito a Crinblanca y salió al paso de su adversario. Terrible fue el fragor de aquel encuentro. Pero la furia blanca de los Hombres del Norte era la más ardiente, y sus caballeros más hábiles con las largas lanzas, y despiadados. Como el fuego del rayo en un bosque, irrumpieron entre las filas de los Sureños abriendo grandes brechas. En medio de la refriega luchaba Théoden hijo de Thengel, y la lanza se le rompió en mil pedazos cuando abatió al capitán enemigo. Atravesó con la espada desnuda el estandarte, golpeando al mismo tiempo asta y jinete, y la serpiente negra se derrumbó. Entonces todos los sobrevivientes de la caballería enemiga dieron media vuelta y huyeron lejos.

Mas he aquí que de súbito, en la plenitud de la gloria del rey, el escudo de oro empezó a oscurecerse. La nueva mañana fue quitada del cielo. Las tinieblas cayeron alrededor. Los caballos gritaban, encabritados. Los jinetes arrojados de las sillas se arrastraban por el suelo.

—¡A mí! ¡A mí! —gritó Théoden—. ¡De pie, Eorlingas! ¡No os amedrente la oscuridad! —Pero Crinblanca, enloquecido de terror, se había levantado sobre las patas, luchaba con el aire, y de pronto, con un grito desgarrador, se desplomó de flanco: un dardo negro lo había traspasado. Y el rey cayó debajo de él.

Rápida como una nube de tormenta descendió la Sombra. Y se vio entonces que era una criatura alada: un ave quizá, pero más grande que cualquier ave conocida; y parecía desnuda, pues no tenía plumas. Las alas enormes eran como membranas coriáceas entre dedos callosos; hedían. Una criatura acaso de un mundo ya extinguido, cuya especie, escondida en montañas olvidadas y frías bajo la luna, había sobrevivido incubando en algún nido horripilante esta prole última y maligna. Y el Señor Oscuro la había adoptado, alimentándola con carnes putrefactas, hasta que fue mucho más grande que todas las otras criaturas aladas; y como cabalgadura la había entregado a su servidor. Descendió, descendió, y luego, replegando las palmas digitadas, lanzó un graznido ronco, y se posó de pronto sobre Crinblanca, y le hincó las garras encorvando el largo cuello implume.

Una figura envuelta en un manto negro, enorme y amenazante, venía montada en aquella criatura. Llevaba una corona de acero, pero nada visible había entre el aro de la corona y el manto, salvo el fulgor mortal de unos ojos: el Señor de los Nazgûl. Llamando a su corcel antes que se desvaneciera otra vez la oscuridad, había retornado al aire, y ahora volvía a atacar, trayendo consigo la ruina, transformando la esperanza en desesperación, y la victoria en muerte. Blandía una gran maza negra.

Pero Théoden no había quedado totalmente abandonado. Los caballeros del séquito yacían sin vida en torno o habían sido llevados lejos de allí, arrastrados por la locura de sus corceles. Uno, sin embargo, permanecía junto al rey: el joven Dernhelm, fiel más allá del miedo, y lloraba, pues había amado a su señor como a un padre. Durante la batalla, y hasta que la Sombra bajó, Merry se había mantenido a salvo en la grupa de Hoja de Viento, pero de pronto, el corcel aterrorizado había arrojado al suelo a sus jinetes, y ahora corría desbocado a través de la llanura. Merry se arrastraba en cuatro patas como una alimaña aturdida; se sentía ciego y enfermo de terror.

«¡Paje del rey! ¡Paje del rey!» le gritaba el corazón dentro del pecho. «Tu obligación es seguir junto a él. "Seréis como un padre para mí", dijiste.» Pero la voluntad no le obedecía, y el cuerpo le temblaba. No se atrevía a abrir los ojos ni a levantar la cabeza.

De improviso, en medio de aquella oscuridad que le ocupaba la mente, creyó oír la voz de Dernhelm; pero le sonó extraña, como si le recordase la de alguien que conocía.

— ¡Vete de aquí, dwimmerlaik, señor de la carroña! ¡Deja en paz a los muertos!

Una voz glacial le respondió:

— ¡No te interpongas entre el Nazgûl y su presa! No es tu vida lo que arriesgas perder si te atreves a desafiarme; a ti no te mataré: te llevaré conmigo muy lejos, a las casas de los lamentos, más allá de todas las tinieblas, y te devorarán la carne, y te desnudarán la mente, expuesta a la mirada del Ojo sin Párpado.

Se oyó el ruido metálico de una espada que salía de la vaina.

—Haz lo que quieras; mas yo lo impediré, si está en mis manos.

— ¡Impedírmelo! ¿A mí? Estás loco. ¡Ningún hombre viviente puede impedirme nada!

Lo que Merry oyó entonces no podía ser más insólito para esa hora: le pareció que Dernhelm se reía, y que la voz límpida vibraba como el acero.

— ¡Es que no soy ningún hombre viviente! Lo que tus ojos ven es una mujer. Soy Eowyn hija de Eomund. Pretendes impedir que me acerque a mi señor y pariente. ¡Vete de aquí si no eres una criatura inmortal! Porque vivo o espectro oscuro, te traspasaré con mi espada si lo tocas.

La criatura alada respondió con un alarido, pero el Espectro del Anillo quedó en silencio, como si de pronto dudara. Estupefacto más allá del miedo, Merry se atrevió a abrir los ojos: las tinieblas que le oscurecían la vista y la mente se desvanecieron. Y allí, a pocos pasos, vio a la gran bestia, rodeada de una profunda oscuridad; y montando en ella como una sombra de desesperación, al Señor de los Nazgûl. Un poco hacia la izquierda, delante de la bestia alada y su jinete, estaba ella, la mujer que hasta ese momento Merry llamara Dernhelm. Pero el yelmo que ocultaba el secreto de Eowyn había caído, y los cabellos sueltos de oro pálido le resplandecían sobre los hombros. La mirada de los ojos grises como el mar era dura y despiadada, pero había lágrimas en las mejillas. La mano esgrimía una espada, y alzando el escudo se defendía de la horrenda mirada del enemigo.

Era Eowyn y también era Dernhelm. Y el recuerdo del rostro que había visto en el Sagrario a la hora de la partida reapareció una vez más en la mente del hobbit: el rostro de alguien que ha perdido toda esperanza y busca la muerte. Y sintió piedad, y asombro; y de improviso, el coraje de los de su raza, lento en encenderse, volvió a mostrarse en él. Apretó los puños. Tan hermosa, tan desesperada, Eowyn no podía morir. En todo caso no iba a morir a solas, sin ayuda.

El enemigo no lo miraba, pero Merry, no se atrevía a moverse temiendo que los ojos asesinos lo descubrieran. Lenta, muy lentamente, se arrastró a un lado; pero el Capitán Negro, movido por la duda y la malicia, sólo miraba a la mujer que tenía delante, y a Merry no le prestó más atención que a un gusano en el fango.

De pronto, la bestia horripilante batió las alas, levantando un viento hediondo. Subió en el aire, y luego se precipitó sobre Eowyn, atacándola con el pico y las garras abiertas.

Tampoco ahora se inmutó Eowyn: doncella de Rohan, descendiente de reyes, flexible como un junco pero templada como el acero, hermosa pero terrible. Descargó un golpe rápido, hábil y mortal. Y cuando la espada cortó el cuello extendido, la cabeza cayó como una piedra, y la mole del cuerpo se desplomó con las alas abiertas. Eowyn dio un salto atrás. Pero ya la sombra se había desvanecido. Un resplandor la envolvió y los cabellos le brillaron a la luz del sol naciente.

El Jinete Negro emergió de la carroña, alto y amenazante. Con un grito de odio que traspasaba los tímpanos como un veneno, descargó la maza. El escudo se quebró en muchos pedazos, y Eowyn vaciló y cayó de rodillas: tenía el brazo roto. El Nazgûl se abalanzó sobre ella como una nube; los ojos le relampaguearon, y otra vez levantó la maza, dispuesto a matar.

Pero de pronto se tambaleó también él, y con un alarido de dolor cayó de bruces, y la maza, desviada del blanco, fue a morder el polvo del terreno. Merry lo había herido por la espalda. Atravesando el manto negro, subiendo por el plaquín, la espada del hobbit se había clavado en el tendón detrás de la poderosa rodilla.

— ¡Eowyn! ¡Eowyn! —gritó Merry.

Entonces Eowyn, trastabillando, había logrado ponerse de pie una vez más, y juntando fuerzas había hundido la espada entre la corona y el manto, cuando ya los grandes hombros se encorvaban sobre ella. La espada chisporroteó y voló por los aires hecha añicos. La corona rodó a lo lejos con un ruido de metal. Eowyn cayó de bruces sobre el enemigo derribado. Mas he aquí que el manto y el plaquín estaban vacíos. Ahora yacían en el suelo, despedazados y en un montón informe; y un grito se elevó por el aire estremecido y se transformó en un lamento áspero, y pasó con el viento, una voz tenue e incorpórea que se extinguió, y fue engullida, y nunca más volvió a oírse en aquella era del mundo.

Y allí, de pie entre los caídos estaba Meriadoc el hobbit, parpadeando como un buho a la luz del día, cegado por las lágrimas; y a través de una bruma vio la hermosa cabeza de Eowyn, que yacía inmóvil; y miró el rostro del rey, caído en la plenitud de la gloria. Pues Crinblanca, en su agonía, había rodado alejándose del cuerpo del soberano; de cuya muerte era sin embargo la causa.

Merry se inclinó, y en el momento en que tomaba la mano del rey para besársela, Théoden abrió los ojos, que aún estaban límpidos, y habló con una voz fatigada pero serena.

—¡Adiós, señor Holbytla! —dijo. Tengo el cuerpo deshecho. Voy a reunirme con mis padres. Pero ahora ni aun en esa soberbia compañía me sentiré avergonzado. ¡Abatí a la serpiente negra! ¡Un amanecer siniestro, un día feliz, y un crepúsculo de oro!

Merry no podía decir una palabra y no dejaba de llorar.

—Perdonadme, señor —logró decir al fin—, por haber desobedecido vuestra orden, y por no haberos prestado otro servicio que llorar en la hora de la despedida.

El viejo rey sonrió:

—No te preocupes. Ya has sido perdonado. Que el magnánimo hable en nosotros. Vive ahora años de bendiciones; y cuando te sientes en paz a fumar tu pipa ¡acuérdate de mí! Porque ya nunca más podré cumplir la promesa de sentarme contigo en Meduseld, ni de aprender de ti los secretos de la hierba. —Cerró los ojos, y Merry se inclinó de nuevo, pero él pronto volvió a hablar. —¿Dónde está Eomer? Se me enturbia la vista y me gustaría verlo antes de irme. El será el próximo rey. Y también quisiera enviarle un mensaje a Eowyn. No quería separarse de mí, y ahora nunca la volveré a ver, a Eowyn, más cara para mí que una hija.

—Señor, Señor —empezó a decir Merry con voz entrecortada—, está...

Pero en ese mismo instante hubo un gran clamor, y resonaron los cuernos y las trompetas. Merry levantó la cabeza y miró en derredor; se había olvidado de la guerra, y del resto del mundo; tenía la impresión de que habían pasado muchas horas desde que el rey cabalgara al encuentro de la muerte, cuando en realidad todo había ocurrido pocos minutos antes. Pero en ese momento cayó en la cuenta de que corrían el riesgo de quedar atrapados en medio de la gran batalla que no tardaría en comenzar.

Nuevas huestes enemigas llegaban, presurosas; y desde los muros avanzaban los ejércitos de Morgul; y más al sur desde los campos, la infantería de los Harad, precedida por la caballería y seguida por los numakilde lomos gigantes que transportaban torres de guerra. Pero, en el norte, una vez más reunida y reorganizada por Eomer, detrás del penacho blanco de su cimera, avanzaba la gran vanguardia de los Rohirrim; y desde la ciudad descendían todos los hombres que habían quedado dentro; llevaban el cisne de plata de Dol Amroth, y dispersaron a los enemigos que custodiaban la Puerta.

Un pensamiento cruzó un instante por la mente de Merry: «¿Dónde anda Gandalf? ¿Por qué no está aquí? ¿No podría haber salvado al rey y a Eowyn?»

En ese momento llegó Eomer al galope, acompañado por los sobrevivientes de la escolta del rey que habían logrado dominar a los caballos. Y todos miraron con asombro el cadáver de la bestia abominable; y los caballos se negaban a acercarse. Pero Eomer se apeó de un salto, y el dolor y el desconsuelo cayeron de pronto sobre él cuando llegó junto al rey y se quedó allí en silencio.

Entonces uno de los caballeros tomó de la mano de Gúthlaf, el portaestandarte que yacía muerto, la bandera del rey, y la levantó en alto. Théoden abrió lentamente los ojos, y al ver el estandarte indicó con una seña que se lo entregaran a Eomer.

—¡Salve, Rey de la Marca! —dijo—. ¡Marcha ahora a la victoria! ¡Llévale mis adioses a Eowyn! —Y así murió Théoden sin saber que Eowyn yacía a su lado. Y quienes lo rodeaban lloraron, clamando:— ¡Théoden Rey! ¡Théoden Rey!

Pero Eomer les dijo:

*¡No derramáis excesivas lágrimas! Noble fue en vida el caído
y tuvo una muerte digna. Cuando el túmulo se levante,
llorarán las mujeres. ¡Ahora la guerra nos reclama!*

Sin embargo, Eomer mismo lloraba al hablar.

—Que los caballeros de la escolta monten guardia junto a él, y con honores retiren de aquí el cuerpo, para que no lo pisoteen las tropas en la batalla. Sí, el cuerpo del rey y el de todos los caballeros de su escolta que aquí yacen. —Y miró a los caídos, y recordó sus nombres. De pronto vio a Eowyn, su hermana, y la reconoció. Quedó un instante en suspenso, como un hombre herido en el corazón por una flecha en la mitad de un grito. Una palidez cadavérica le cubrió el rostro, y una furia mortal se alzó en él, y por un momento no pudo decir nada. Parecía que había perdido la razón.

— ¡Eowyn, Eowyn! —gritó al fin—. ¡Eowyn! ¿Cómo llegaste aquí? ¿Qué locura es ésta, qué artificio diabólico? ¡Muerte, muerte, muerte! ¡Que la muerte nos lleve a todos!

Entonces, sin consultar a nadie, sin esperar la llegada de los hombres de la ciudad, montó y volvió al galope hacia la vanguardia del gran ejército, hizo sonar un cuerno y dio con fuertes gritos la orden de iniciar el ataque. Clara resonó la voz de Eomer a través del campo:

— ¡Muerte! ¡Galopad, galopad hacia la ruina y el fin del mundo!

A esta señal, el ejército de los Rohirrim se puso en movimiento. Pero los hombres ya no cantaban. Muerte, gritaban con una sola voz poderosa y terrible, y acelerando el galope de las cabalgaduras, pasaron como una inmensa marea alrededor del rey caído, y se precipitaron rugiendo rumbo al sur.

Y Meriadoc el hobbit seguía allí sin moverse, parpadeando a través de las lágrimas, y nadie le hablaba: nadie, en realidad, parecía verlo. Se enjugó las lágrimas y agachándose a recoger el escudo verde que le regalara Eowyn, se lo colgó al hombro. Buscó entonces la espada, que se le había caído, pues en el momento de asestar el golpe se le había entumecido el brazo, y ahora sólo podía utilizar la mano izquierda. Y de pronto vio el arma en el suelo, pero la hoja crepitaba y echaba humo como una rama seca echada a una hoguera; y mientras Merry la observaba estupefacto, el arma ardió, se retorció, y se consumió hasta desaparecer.

Tal fue el destino de la espada de las Quebradas de los Túmulos, fraguada en el Oesternesse. Hubiera querido conocer al artífice que la forjara en otros tiempos en el Reino del Norte, cuando los Dúnedain eran jóvenes, y tenían como principal enemigo al temible reino de Angmar y a su rey hechicero. Ninguna otra hoja, ni aun esgrimida por manos mucho más poderosas, habría podido infligir una herida más cruel, hundirse de ese modo en la carne venida de la muerte, romper el hechizo que ataba los tendones invisibles a la voluntad del espectro.

Varios hombres levantaron al rey, y tendiendo mantas sobre las varas de las lanzas, improvisaron unas angarillas para transportarlo a la ciudad; otros recogieron con delicadeza el cuerpo de Eowyn y siguieron al cortejo. Mas no pudieron retirar del campo a todos los hombres de la casa del rey, pues eran siete los caídos en la batalla, entre ellos Déorwine el jefe de la escolta. Entonces, agrupándolos lejos de los cadáveres de los enemigos y la bestia abominable, los rodearon con una empalizada de lanzas. Y más tarde, cuando todo hubo pasado, regresaron y encendieron una gran hoguera y quemaron la carroña de la bestia; pero para Crinblanca cavaron una tumba, y pusieron sobre ella una lápida con un epitafio grabado en las lenguas de Góndor y de la Marca:

Fiel servidor y perdición del amo.

Hijo de Piesligeros, el rápido Crinblanca.

Verde y alta creció la hierba sobre el túmulo de Crinblanca, pero el sitio donde incineraron el cadáver de la bestia estuvo siempre negro y desnudo.

Ahora Merry caminaba con paso lento y triste junto al cortejo, y había perdido todo interés en la batalla. Se sentía dolorido y cansado, y los miembros le temblaban como si tuviese frío. Una fuerte lluvia llegó desde el Mar, y fue como si todas las cosas lloraran por Théoden y Eowyn, apagando con lágrimas grises los incendios de la ciudad. Como a través de una niebla, vio llegar la vanguardia de los hombres de Góndor. Imrahil, Príncipe de Dol Amroth, se adelantó hasta ellos y se detuvo.

—¿Qué es esa carga que lleváis, Hombres de Rohan? —gritó.

—Théoden Rey —le respondieron—. Ha muerto. Pero ahora Eomer Rey galopa en la batalla: el de la crin blanca al viento.

El príncipe se apeó del caballo, y arrodillándose junto a las parihuelas improvisadas, rindió homenaje al rey y a su heroísmo; y lloró. Y al levantarse, vio de pronto a Eowyn, y la miró estupefacto.

— ¿No es una mujer? —exclamó—. ¿Acaso las mujeres de los Rohirrim han venido también a la guerra, a prestarnos ayuda?

— ¡ Nada de eso! — le respondieron—. Sólo una ha venido. Es la Dama Eowyn, hermana de Eomer; y hasta este momento ignorábamos que estuviese aquí, y lo deploramos amargamente.

Entonces el príncipe, al verla tan hermosa, pese a la palidez del rostro frío, le tomó la mano y se inclinó para mirarla más de cerca.

— ¡Hombres de Rohan! —gritó—. ¿No hay un médico entre vosotros? Está herida, tal vez de muerte, pero creo que todavía vive. —Le acercó a los labios fríos el brazal brillante y pulido de la armadura, y he aquí que una niebla tenue y apenas visible empañó la superficie bruñida.

—Ahora —dijo— tenemos que darnos prisa —y ordenó a uno de los hombres que corriera a la ciudad en busca de socorro. Pero él mismo se despidió de los caídos con una reverencia, y volviendo a montar partió al galope hacia el camino de batalla.

La furia del combate arreciaba en los campos del Pelennor; el fragor de las armas crecía con los gritos de los hombres y los relinchos de los caballos. Resonaban los cuernos, vibraban las trompetas, y los nūmakil mugían con estrépito empujados a la batalla. Al pie de los muros del sur, la infantería de Góndor atacaba a las legiones de Morgul que aún seguían apiñadas allí. Pero la caballería galopaba hacia el este en auxilio de Eomer: Húrin el Alto, Guardián de las Llaves, y el Señor de Lossarnach, e Hirluin de las Colinas Verdes, y el Príncipe Imrahil el Hermoso rodeado por todos sus caballeros.

En verdad, esta ayuda no les llegaba a los Rohirrim antes de tiempo: la fortuna le había dado la espalda a Eomer; su propia furia lo había traicionado. La violencia de la primera acometida había devastado el frente enemigo y los Jinetes de Rohan habían irrumpido en las filas de los Hombres del Sur, dispersando a la caballería y aplastando a la infantería. Pero en presencia de los nūmakil los caballos se plantaban negándose a avanzar; nadie atacaba a los grandes monstruos, erguidos como torres de defensa, y en torno se atrincheraban los Haradrim. Y si al comienzo del ataque la fuerza de los Rohirrim era tres veces menor que la del enemigo, ahora la situación se había agravado: desde Osgiliath, donde las huestes enemigas se habían reunido a esperar la señal del Capitán Negro para lanzarse al saqueo de la ciudad y la ruina de Góndor, llegaban sin cesar nuevas fuerzas. El Capitán había caído; pero Gothmog, el lugarteniente de Morgul, los exhortaba ahora a la contienda: Hombres del Este que empuñaban hachas, Variags que venían de Khand, Hombres del Sur vestidos de escarlata, y Hombres Negros que de algún modo parecían trolls llegados de la Lejana Harad, de ojos blancos y lenguas rojas. Algunos se precipitaban a atacar a los Rohirrim por la espalda, mientras otros contenían en el oeste a las fuerzas de Góndor, para impedir que se reunieran con las de Rohan.

Entonces, a la hora precisa en que la suerte parecía volverse contra Góndor, y las esperanzas flaqueaban, se elevó un nuevo grito en la ciudad. Mediaba la mañana; soplaba un viento fuerte, y la lluvia huía hacia el norte; y el sol brilló de pronto. En el aire límpido los centinelas apostados en los muros atisbaron a lo lejos una nueva visión de terror; y perdieron la última esperanza.

Pues desde el recodo del Harlond, el Anduin corría de tal modo que los hombres de la ciudad podían seguir con la mirada el curso de las aguas hasta muchas leguas de distancia, y los de vista más aguda alcanzaban a ver las naves que venían del mar. Y mirando hacia allí, los centinelas prorrumpieron en gritos desesperados: negra contra el agua centelleante vieron una flota de galeones y navios de gran calado y muchos remos, las velas negras hinchadas por la brisa.

— ¡Los Corsarios de Umbar! —gritaron—. ¡Los Corsarios de Umbar! ¡ Mirad! ¡ Los Corsarios de Umbar vienen hacia aquí! Entonces ha caído Belf alas, y también el Ethir y el Lebennin. ¡ Los Corsarios ya están sobre nosotros! ¡Es el último golpe del destino!

Y algunos, sin que nadie lo mandase, pues no quedaba en la ciudad ningún hombre que pudiera dar órdenes, corrían a las campanas y tocaban la alarma; y otros soplaban las trompetas llamando a la retirada de las tropas.

—¡Retornad a los muros! —gritaban—. ¡Retornad a los muros! ¡Volved a la ciudad antes que todos seamos arrasados!

Pero el mismo viento que empujaba los navios se llevaba lejos el clamor de los hombres.

Los Rohirrim no necesitaban de esas llamadas y voces de alarma: demasiado bien veían con sus propios ojos los velámenes negros. Pues en aquel momento Eomer combatía a apenas una milla del Harlond, y entre él y el puerto había una compacta hueste de adversarios; y mientras tanto los nuevos ejércitos se arremolinaban en la retaguardia, separándolo del Príncipe. Y cuando miró el río, la esperanza se extinguió en él, y maldijo el viento que poco antes había bendecido. Pero las huestes de Mordor cobraron entonces nuevos ánimos, y enardecidas por una vehemencia y una furia nuevas, se lanzaron al ataque dando gritos.

Eomer se había tranquilizado, y tenía ahora la mente clara. Hizo sonar los cuernos para reunir alrededor del estandarte a los hombres que pudieran llegar hasta él; pues se proponía levantar al fin un muro de escudos, y resistir, y combatir a pie hasta que cayera el último hombre, y llevar a cabo en los campos de Pelennor hazañas dignas de ser cantadas, aunque nadie quedase con vida en el Oeste para recordar al último Rey de la Marca. Cabalgó entonces hasta una loma verde y allí plantó el estandarte, y el Corcel Blanco flameó al viento.

*Saliendo de la duda, saliendo de las tinieblas
vengo cantando al sol, y desnudo mi espada.*

*Yo cabalgaba hacia el fin de la esperanza, y la aflicción del corazón.
¡Ha llegado la hora de la ira, la ruina y un crepúsculo rojo!*

Pero mientras recitaba esta estrofa se reía a carcajadas. Pues una vez más había rey: el señor de un pueblo indómito. Y mientras reía de desesperación, miró otra vez las embarcaciones negras, y levantó la espada en señal de desafío.

Entonces, de pronto, quedó mudo de asombro. En seguida lanzó en alto la espada a la luz del sol, y cantó al recogerla en el aire. Todos los ojos siguieron la dirección de la mirada de Eomer, y he aquí que la primera nave había enarbolado un gran estandarte, que se desplegó y flotó en el viento, mientras la embarcación viraba hacia el Harlond. Y un Árbol Blanco, símbolo de Góndor, floreció en el paño; y Siete Estrellas lo circundaban, y lo nimbaba una corona, el emblema de Elendil, que en años innumerables no había ostentado ningún señor. Y las estrellas centelleaban a la luz del sol, porque eran gemas talladas por Arwen, la hija de Elrond; y la corona resplandecía al sol de la mañana, pues estaba forjada en oro y mithril.

Así, traído de los Senderos de los Muertos por el viento del Mar, llegó Aragorn hijo de Arathorn, Elessar, heredero de Isildur al Reino de Góndor. Y la alegría de los Rohirrim estalló en un torrente de risas y en un relampagueo de espadas, y el júbilo y el asombro de la Ciudad se volcaron en fanfarrias y trompetas y en campanas al viento. Pero los ejércitos de Mordor estaban estupefactos, pues les parecía cosa de brujería que sus propias naves llegasen a puerto cargadas de enemigos; y un pánico negro se apoderó de ellos, viendo que la marea del destino había cambiado, y que la hora de la ruina estaba próxima.

Hacia el este galopaban los caballeros del Dol Amroth, empujando delante al enemigo: trolls, variags y orcos que aborrecían la luz del sol. Y hacia el sur galopaba Eomer, y todos los que huían ante él quedaban atrapados entre el martillo y el yunque. Pues ya una multitud de hombres saltaba de las embarcaciones al muelle del Harlond e invadía el norte como una tormenta. Y con ellos venían Lególas, y Gimli esgrimiendo el hacha, y Halbarad portando el estandarte, y Elladan y Elrohir con las estrellas en la frente, y los indómitos Dúnedain, Montaraces del Norte, al frente de un ejército de hombres del Lebennin, el Lamedon y los feudos del Sur. Pero delante de todos iba Aragorn, blandiendo la Llama del Oeste, Anduril, que chisporroteaba como un fuego recién encendido, Narsil forjada de nuevo, y tan mortífera como antaño; y Aragorn llevaba en la frente la Estrella de Elendil.

Y así Eomer y Aragorn volvieron a encontrarse por fin, en la hora más reñida del combate; y apoyándose en las espadas se miraron a los ojos y se alegraron.

—Ya ves cómo volvemos a encontrarnos, aunque todos los ejércitos de Mordor se hayan interpuesto entre nosotros —dijo Aragorn—. ¿No te lo predije en Cuernavilla?

—Sí, eso dijiste —respondió Eomer—, pero las esperanzas suelen ser engañosas, y en ese entonces yo ignoraba que fueses vidente. No obstante, es dos veces bendita la ayuda inesperada, y jamás un reencuentro entre amigos fue más jubiloso. —Y se estrecharon las manos.— Ni más oportuno, en verdad —añadió Eomer—. Tu llegada no es prematura, amigo mío. Hemos sufrido grandes pérdidas y terribles pesares.

—¡A vengarlos, entonces, más que a hablar de ellos! exclamó Aragorn; y juntos cabalgaron de vuelta a la batalla.

Dura y agotadora fue la larga batalla que los esperaba, pues los Hombres del Sur eran temerarios y encarnizados, y feroces en la desesperación; y los del Este, recios y aguerridos, no pedían cuartel. Aquí y allá, en las cercanías de algún granero o una granja incendiados, en las lomas y montecillos, al pie de una muralla o en campo raso, volvían a reunirse y a organizarse, y la lucha no cesó hasta que acabó el día.

Y cuando el sol desapareció detrás del Mindolluin y los grandes fuegos del ocaso llenaron el cielo, las montañas y colinas de alrededor parecían tintas en sangre; las llamas rutilaban en las aguas del río, y las hierbas que tapizaban los campos del Pelennor eran rojas a la luz del atardecer. A esa hora terminó la gran batalla de los campos de Góndor; y dentro del circuito del Rammas no quedaba con vida un solo enemigo. Todos habían muerto allí, salvo aquellos que huyeron para encontrarla muerte o perecer ahogados en las espumas rojas del río. Pocos pudieron regresar al Este, a Morgul o a Mordor; y sólo rumores de las regiones lejanas llegaron a las tierras de los Haradrim: los rumores de la ira y el terror de Góndor.

Extenuados más allá de la alegría y el dolor, Aragorn, Eomer e Imrahil regresaron cabalgando a la Puerta de la Ciudad: ilesos los tres por obra de la fortuna y el poder y la destreza de sus brazos; pocos se habían atrevido a enfrentarlos o desafiarlos en la hora de la cólera. Pero los caídos en el campo de batalla, heridos, mutilados o muertos eran numerosos. Las hachas enemigas habían decapitado a Forlong mientras combatía desmontado y a solas; y Duilin de Morthond y su hermano habían perecido pisoteados por los múmakil cuando al frente de los arqueros se acercaban para disparar a los ojos de los monstruos. Ni Huirlin el Hermoso volvería jamás a Pinnath Gelin, ni Grimbold al Bosque Oscuro, ni Halabard a las Tierras Septentrionales, montaraz de mano inflexible. Muchos fueron los caídos, caballeros de renombre o desconocidos, capitanes y soldados; porque grande fue la batalla, y ninguna historia ha narrado aún todas sus peripecias. Así decía muchos años después en Rohan un hacedor de canciones al cantar la balada de los Túmulos de Mundburgo:

*En las colinas oímos resonar los cuernos;
brillaron las espadas en el Reino del Sur.
Como un viento en la mañana los caballos galoparon
hacia los Pedregales. Ya la guerra arreciaba.*

*Allí cayó Théoden, hijo de Thengel,
y a los palacios de oro y las praderas verdes
de los campos del Norte nunca más regresó.*

*Allí en tierras lejanas murieron combatiendo
Gúthlaf y Hardín, Dúnhere, Deorwine y el valiente Grimbold,
Herfara, Herubrand, Horn y Fastred.
Hoy en Mundburgo yacen bajo los Túmulos
junto a sus aliados, señores de Góndor.*

*Ni Hirluin el Hermoso a las colinas junto al mar,
ni Forlong el Viejo a los valles floridos del reino de Arnach
retornaron en triunfo. Y los altos arqueros Derufin y Duilin
nunca más contemplaron a la sombra de las montañas
las aguas oscuras del Morthond.
La muerte se llevó a nobles y a humildes
desde la mañana hasta el término del día.*

*Un largo sueño duermen ahora
junto al Río Grande, bajo las hierbas de Góndor.
Las aguas que corrían rugiendo y eran rojas
son grises ahora como lágrimas, de plata centelleante;
la espuma teñida de sangre llameaba al atardecer;
las montañas ardían como hogueras en la noche;
rojo cayó el rocío en el Rammas Echor.*

LA PIRA DE DENETHOR

Cuando la sombra negra se retiró de la Puerta, Gandalf se quedó sentado, inmóvil. Pero Pippin se levantó, como si se hubiera liberado de un gran peso, y al escuchar las voces de los cuernos le pareció que el corazón le iba a estallar de alegría. Y nunca más en los largos años de su vida pudo oír el sonido lejano de un cuerno sin que unas lágrimas le asomaran a los ojos. Pero de pronto recordó la misión que lo había traído a la ciudad, y echó a correr. En ese momento Gandalf se movió, y diciéndole una palabra a Sombragris, se disponía a trasponer la Puerta.

— ¡Gandalf! ¡Gandalf! —gritó Pippin, y Sombragris se detuvo.

—¿Qué haces aquí? le preguntó Gandalf. ¿No dice una ley de la Ciudad que quienes visten de negro y plata han de permanecer en la Ciudadela, a menos que el Señor les haya dado licencia?

—Me la ha dado —dijo Pippin. Me ha despedido. Pero tengo miedo. Temo que allí pueda acontecer algo terrible. El Señor Denethor ha perdido la razón, me parece. Temo que se mate y que mate también a Faramir. ¿No podrías hacer algo?

Gandalf miró por la Puerta entreabierta, y oyó que el fragor creciente de la batalla ya invadía los campos. Apretó el puño.

—He de ir —dijo—. El Jinete Negro está allí fuera, y todavía puede llevarnos a la ruina. No tengo tiempo.

—¡Pero Faramir! gritó Pippin—. No está muerto, y si nadie los detiene lo quemarán vivo.

—¿Lo quemarán vivo? dijo Gandalf—. ¿Qué historia es ésa? ¡Habla, rápido!

—Denethor ha ido a las Tumbas explicó Pippin, y ha llevado a Faramir. Y dice que todos moriremos quemados en las hogueras, pero que él no esperará, y ha ordenado que preparen una pira y lo inmolen, junto con Faramir. Y ha enviado en busca de leña y aceite. Yo se lo he dicho a Beregond, pero no creo que se atreva a abandonar su puesto, pues está de guardia. Y de todas maneras ¿qué podría hacer? Así, a los borbotones, mientras se empinaba para tocar con las manos trémulas la rodilla de Gandalf, contó Pippin la historia.— ¿No puedes salvar a Faramir?

—Tal vez sí —dijo Gandalf—, pero entonces morirán otros, me temo.

Y bien, tendré que ir, si nadie más puede ayudarlo. Pero esto traerá males y desdichas. Hasta en el corazón de nuestra fortaleza tiene el enemigo armas para golpearnos: porque esto es obra del poder de su voluntad.

Una vez que hubo tomado una decisión, Gandalf actuó con rapidez: alzó en vilo a Pippin y lo sentó en la cruz, y susurrándole una orden a Sombragris, dio media vuelta. Y mientras a espaldas de ellos arreciaba el fragor del combate, los cascos repicaron subiendo las calles empinadas de Minas Tirith. Por toda la ciudad los hombres despertaban del miedo y la desesperación, y empuñaban las armas y se gritaban unos a otros:

—¡Han llegado los de Rohan! —Y los capitanes daban grandes voces, y las compañías se ordenaban, y muchas marchaban ya hacia la Puerta. Se cruzaron con el Príncipe Imrahil, quien les gritó:

—¿A dónde vas ahora, Mithrandir? ¡Los Rohirrim están combatiendo en los campos de Góndor! Necesitamos todas las fuerzas que podamos encontrar.

—Necesitaréis de todos los hombres y muchos más aún —respondió Gandalf—. Daos prisa. Yo iré en cuanto pueda. Pero ahora tengo una misión impostergable que cumplir, junto a Denethor. ¡Toma el mando, en ausencia del Señor!

Continuaron galopando; y a medida que ascendían y se acercaban a la ciudadela, sentían el azote del viento en las mejillas, y divisaban a lo lejos el resplandor de la mañana, una luz que aumentaba en el cielo del Sur. Pero no tenían muchas esperanzas; ignoraban qué desdichas encontrarían, y temían llegar demasiado tarde.

—Las tinieblas se están disipando —dijo Gandalf—, pero todavía pesan sobre la ciudad.

En la Puerta de la Ciudadela no encontraron ningún guardia.

—Entonces Beregonnd ha de haber ido allí —dijo Pippin, más esperanzado. Dieron media vuelta, y corrieron por el camino que llevaba a la Puerta Cerrada. Estaba abierta de par en par y el portero yacía ante ella. Lo habían matado y le habían robado la llave.

—¡Obra del enemigo! — dijo Gandalf—. Estos son los golpes con que se deleita: enconando al amigo contra el amigo, transformando en confusión la lealtad. —Se apeó del caballo y con un ademán le ordenó a Sombragris que volviese al establo. — Porque has de saber, amigo mío — le dijo —, que tú y yo tendríamos que haber galopado hasta los campos ya hace tiempo, pero otros asuntos me retienen. ¡Ven rápido, si te llamo!

Traspusieron la Puerta y descendieron por el camino sinuoso y escarpado. La luz crecía, y las columnas elevadas y las figuras esculpidas que flanqueaban el sendero desfilaban lentamente como fantasmas grises.

De improviso el silencio se rompió y oyeron abajo gritos y espadas que se entrechocaban: ruidos que nunca habían resonado en los recintos sagrados desde la construcción de la ciudad. Llegaron por fin al Rath Diñen y fueron rápidamente hacia la Morada de los Senescales, que se alzaba en el crepúsculo bajo la alta cúpula.

— ¡Deteneos! ¡Deteneos! —gritó Gandalf, precipitándose hacia la escalera de piedra que llevaba a la puerta—. ¡Acabad esta locura!

Porque allí, en la escalera, con antorchas y espadas en la mano, estaban los servidores de Denethor, y en el peldaño más alto, vistiendo el negro y plata de la Guardia, se erguía Beregonnd, y él solo defendía la puerta. Ya dos de los hombres habían caído bajo los golpes de la espada de Beregonnd, profanando con sangre el santuario; y los otros lo maldecían, tildándolo de descastado y de traidor al rey.

Y cuando Gandalf y Pippin corrían aún se oyó la voz de Denethor que gritaba desde la Morada de los Muertos:

—¡Pronto, pronto! ¡Haced lo que he dicho! ¡Matad a este renegado! ¿O tendré que hacerlo yo mismo? —Y en ese instante la puerta que Beregonnd mantenía cerrada con la mano izquierda se abrió de golpe, y allí en el vano se irguió la figura del Señor de la Ciudad, alta y terrible; una luz le ardía en los ojos, y esgrimía una espada desnuda.

Pero Gandalf llegó de un salto al último peldaño, y los hombres retrocedieron y se cubrieron los ojos con las manos; porque fue como si una luz blanquísima irrumpiera de pronto en un recinto oscuro, y Gandalf venía con una gran cólera. Alzó la mano, y la espada se desprendió del puño de Denethor y voló por el aire, y fue a caer detrás de él, en las sombras de la Casa; y Denethor retrocedió ante Gandalf, como estupefacto.

—¿Qué significa esto, mi señor? —dijo el mago—. Las casas de los muertos no fueron hechas para los vivos. ¿Y por qué los hombres están combatiendo aquí, en los Recintos Sagrados? ¿No hay guerra suficiente fuera de la ciudad? ¿O acaso el enemigo ha penetrado hasta el Rath Diñen?

—¿Desde cuándo el Señor de Góndor ha de rendirte cuentas de lo que hace? —dijo Denethor—. ¿O ya no puedo mandar a mis sirvientes?

—Puedes —respondió Gandalf—. Pero otros quizá se opongan a tu voluntad, si conduce a la locura y la desgracia. ¿Dónde está Faramir, tu hijo?

—Yace aquí, en la Casa de los Senescales —dijo Denethor—. Ardiendo, ya ardiendo. Pusieron fuego a la carne. Pero pronto arderán todos. El Oeste ha sucumbido. Todo será devorado por un gran incendio, y todo acabará. ¡Cenizas! ¡Cenizas y humo al viento!

Entonces Gandalf, viendo que en verdad Denethor había perdido la razón, y temiendo que hubiese hecho ya algo irreparable, se precipitó en el interior, seguido por Beregonnd y Pippin, en tanto Denethor retrocedía hasta la mesa. Y allí yacía Faramir, todavía hundido en sueños de fiebre. Había haces de leña debajo de la mesa, y grandes pilas alrededor; y todo estaba impregnado de aceite, hasta las ropas de Faramir y las mantas que lo cubrían; pero aún no habían encendido el fuego. Gandalf reveló entonces la fuerza oculta que había en él, como la luz de poder que ocultaba bajo el manto gris. Se encaramó de un salto sobre las pilas de leña, y levantando al enfermo saltó otra vez al suelo; y con Faramir en los brazos fue hacia la puerta. Y mientras lo llevaba Faramir se quejó en sueños, y llamó a su padre.

Denethor se sobresaltó como alguien que despierta de un trance, y el fuego se le apagó en los ojos, y lloró; y dijo:

—¡No me quites a mi hijo! Me llama.

—Te llama, sí —dijo Gandalf—, pero aún no puedes acudir a él. Porque ahora en el umbral de la muerte necesita ir en busca de curación, y quizá no la encuentre. Tu sitio, en cambio, está en la batalla de tu ciudad, donde acaso la muerte te espera. Y tú lo sabes, en lo profundo de tu corazón.

—Ya no despertará nunca más —dijo Denethor—. Es en vano la batalla. ¿Para qué desearíamos seguir viviendo? ¿Por qué no partir juntos hacia la muerte?

—Nadie te ha autorizado, Senescal de Góndor —respondió Gandalf—, a decidir la hora de tu muerte. Sólo los reyes paganos sometidos al Poder Oscuro lo hacían, inmolándose por orgullo y desesperación y asesinando a sus familiares para sobrellevar mejor la propia muerte. —Y al decir esto traspuso el umbral y sacó a Faramir de la morada, y lo depositó otra vez en el féretro en que lo habían llevado, y que ahora estaba bajo el pórtico. Denethor lo siguió, y se detuvo tembloroso, mirando con ojos ávidos el rostro de su hijo. Y por un instante, mientras todos observaban silenciosos e inmóviles aquella escena de dolor, pareció que Denethor vacilaba.

—¡Animo! —le dijo Gandalf—. Nos necesitan aquí. Todavía puedes hacer muchas cosas.

Entonces, de improviso, Denethor rompió a reír. De nuevo se irguió, alto y orgulloso, y volviendo a la mesa con paso rápido tomó de ella la almohada en que había apoyado la cabeza. Y mientras iba hacia la puerta le quitó la mantilla que la cubría, y todos pudieron ver lo que llevaba en las manos: ¡un palantir!. Y cuando levantó la Piedra en alto, tuvieron la impresión de que una llama empezaba a arder en el corazón de la esfera; y el rostro enflaquecido del Senescal, iluminado por aquel resplandor rojizo, les pareció como esculpido en piedra dura, perfilado y de sombras negras: noble, altivo y terrible. Y los ojos le relampagueaban.

—¡Orgullo y desesperación! —gritó—. ¿Creíste por ventura que estaban ciegos los ojos de la Torre Blanca? No, Loco Gris, he visto más cosas de las que tú sabes. Pues tu esperanza sólo es ignorancia. ¡Ve, afánate en curar! ¡Parte a combatir! Vanidad. Quizá triunfes un momento en el campo, por un breve día. Mas contra el Poder que ahora se levanta no hay victoria posible. Porque el dedo que ha extendido hasta esta ciudad no es más que el primero de la mano. Ya todo el Este está en movimiento. Hasta el viento de tu esperanza te ha engañado: en este instante empuja por el Anduin y aguas arriba una flota de velámenes negros. El Oeste ha caído. Y para aquellos que no quieren convenirse en esclavos, ha llegado la hora de partir.

—Tales razonamientos sólo ayudarán a la victoria del enemigo —dijo Gandalf.

¡Sigue esperando, entonces! exclamó Denethor con una risa amarga—. ¿No te conozco acaso, Mithrandir? Lo que tú esperas es gobernar en mi lugar, estar siempre tú, detrás de cada trono, en el Norte, en el Sur, en el Oeste. He leído tus pensamientos y conozco tus artimañas. ¿No sé que fuiste tú quien le ordenó callar a este mediano? ¿Que lo trajiste aquí para tener un espía en mis propias habitaciones? Y sin embargo hablando con él me he enterado del nombre y la misión de cada uno de tus compañeros. ¡Sí! Con la mano izquierda quisiste utilizarme un tiempo como escudo contra Mordor, pero con la derecha intentabas traer aquí a este Montaraz del Norte, para que me suplantase.

»Pero óyeme bien, Gandalf Mithrandir, yo no seré un instrumento en tus manos. Soy un Senescal de la Casa de Anárion. No me rebajaré a ser el chambelán ñoño de un advenedizo. Porque aun cuando pruebe la legitimidad de su derecho, tendrá que descender de la dinastía de Isildur. Y yo no voy a doblegarme ante alguien como él, último retoño de una casa arruinada que perdió hace tiempo todo señorío y dignidad.

¿Qué querrías entonces dijo Gandalf, si pudieras hacer tu voluntad?

—Querría que las cosas permanecieran tal como fueron durante todos los días de mi vida —respondió Denethor—, y en los días de los antepasados que vinieron antes: ser el Señor de la Ciudad y gobernar en paz, y dejarle mi sitio a un hijo mío, un hijo que fuera dueño de sí mismo y no el discípulo de un mago. Pero si el destino me niega todo esto, entonces no quiero nada: ni una vida degradada, ni un amor compartido, ni un honor envilecido.

A mí no me parece que devolver con lealtad un cargo que le ha sido confiado sea motivo para que un Senescal se sienta empobrecido en el amor y el honor replicó Gandalf. Y al menos no privarás a tu hijo del derecho de elegir, en un momento en que su muerte es todavía incierta.

Al oír estas palabras los ojos de Denethor volvieron a relampaguear, y poniéndose la Piedra bajo el brazo, sacó un puñal y se acercó a grandes pasos al féretro. Pero Beregon se adelantó de un salto, irguiéndose entre Denethor y Faramir.

—¡ Ah, eso era! —gritó Denethor—. Ya me habías robado la mitad del corazón de mi hijo. Ahora me robas también el corazón de mis subditos, y así ellos podrán arrebatarme a mi hijo para siempre. Pero en algo al menos no podrás desafiar mi voluntad: decidir mi propio fin.

»¡ Venid, venid! — gritó a los sirvientes—. ¡ Venid a mí, si no sois todos traidores! — Dos hombres se lanzaron escaleras arriba. Denethor arrancó una antorcha de la mano de uno de ellos y volvió a entrar rápidamente en la Casa. Y antes que Gandalf pudiera impedirselo, había arrojado el tizón sobre la pira; la leña crepitó y estalló al instante en llamaradas.

De un salto Denethor subió a la mesa, y de pie, entre el fuego y el humo, recogió del suelo el cetro de la Senescalía, y apoyándolo contra la rodilla lo partió en dos. Y arrojando los fragmentos en la hoguera se inclinó y se tendió sobre la mesa, mientras con ambas manos apretaba contra el pecho el Palantir. Y se dice que desde entonces, todos aquellos que escudriñaban la Piedra, a menos que tuvieran una fuerza de voluntad capaz de desviarla hacia algún otro propósito, sólo veían dos manos arrugadas y decrepitas que se consumían entre las llamas.

Gandalf, horrorizado y consternado, volvió la cabeza y cerró la puerta. Y mientras los que habían quedado fuera oían el rugido de las llamas dentro de la casa, Gandalf permaneció un momento inmóvil en el umbral, en silencio. De pronto, Denethor lanzó un grito horripilante, y ya nunca habló, ni ningún mortal volvió a verlo en el mundo de los vivos.

—Este es el fin de Denethor, hijo de Ecthelion —dijo Gandalf, y se volvió a Beregond y a los servidores que aún miraban la escena como petrificados—. Y también el fin de los días de Góndor que habéis conocido: para bien o para mal, han terminado. Acciones viles se han cometido en este lugar, mas dejad ahora de lado los rencores que puedan dividirlos: fueron urdidos por el enemigo y están al servicio de su voluntad. Os habéis dejado atrapar en una red de obligaciones antagónicas que vosotros no tejisteis. Pero pensad vosotros, servidores del Señor, ciegos en vuestra obediencia, que sin la traición de Beregond, Faramir, Capitán de la Torre Blanca, habría perecido en las llamas.

»Llevaos de este lugar funesto a vuestros camaradas caídos. Nosotros conduciremos a Faramir, Senescal de Góndor, a un lugar donde podrá dormir en paz, o morir si tal es su destino.

Luego Gandalf y Beregond levantaron el féretro y se encaminaron a las Casas de Curación, y detrás de ellos, con la cabeza gacha, iba Pippin. Pero los servidores del Señor seguían paralizados, con los ojos fijos en la morada de los Muertos; y en el momento en que Gandalf llegaba al extremo de Rath Díñen se oyó un ruido ensordecedor. Y al volver la cabeza vieron que el techo del edificio se había resquebrado, y que el humo brotaba por las fisuras; y luego con un estruendo de piedras que se desmoronan, la casa se derrumbó; pero las llamas continuaron danzando y revoloteando entre las ruinas. Entonces los servidores aterrorizados huyeron a la carrera en pos de Gandalf.

Llegaron por fin a la Puerta del Senescal, y Beregond miró con aflicción al portero caído.

—Eternamente lamentaré este acto —dijo, pero la prisa me hizo perder la cabeza, y él no quiso escuchar razones, y me amenazó con la espada. —Y sacando la llave que le arrebatara al muerto, cerró la puerta. Esta llave dijo ha de ser entregada al Señor Faramir.

—Quien tiene el mando ahora, en ausencia del Señor, es el Príncipe de Dol Amroth —dijo Gandalf—; pero al no estar él presente, me corresponde a mí tomar la decisión. Guarda tú mismo la llave hasta tanto vuelva el orden a la ciudad.

Se internaron finalmente en los circuitos más altos de la ciudad, y a la luz de la mañana siguieron camino hacia las Casas de Curación que eran residencias hermosas y apacibles, destinadas al cuidado de los enfermos graves, aunque ahora acogían también a los heridos en la batalla y a los moribundos. Se alzaban no lejos de la puerta de la ciudadela, en el círculo sexto, cerca del muro del Sur, y estaban rodeadas de jardines y de un prado arbolado, el único lugar de esa naturaleza en toda la ciudad. Allí moraban las pocas mujeres a quienes porque eran hábiles en las artes de curar o de ayudar a los curadores, se les había permitido quedarse en Minas Tirith.

Y en el momento en que Gandalf y sus compañeros llegaban con el féretro a la puerta principal de las Casas, un grito estremecedor se elevó desde el campo delante de la Puerta, y hendiendo el cielo con una nota aguda y penetrante, se desvaneció en el viento. Fue un grito tan terrible que por un instante todos quedaron inmóviles; pero en cuanto hubo pasado sintieron de pronto que la esperanza les reanimaba los corazones, una esperanza que no conocían desde que llegara del Este la oscuridad; y tuvieron la impresión de que la luz era más clara, y que por detrás de las nubes asomaba el sol.

Pero el semblante de Gandalf tenía un aire grave y entristecido; y rogando a Beregond y Pippin que entrasen a Faramir a las Casas de Curación, subió al muro más cercano; y allí, enhiesto, mirando en lontananza a la luz del nuevo sol, parecía una estatua esculpida en piedra blanca. Y mirando así, y por los poderes que le habían sido dados, supo todo lo que había acontecido; y cuando Eomer se separó del frente de batalla y se detuvo junto a los que yacían en el campo, Gandalf suspiró, y ciñéndose la capa se alejó de los muros. Y cuando Beregond y Pippin volvían de las Casas, lo encontraron de pie y pensativo delante de la puerta.

Durante un rato, mientras lo miraban, siguió en silencio. Pero al fin habló.

—Amigos dijo, ¡y todos vosotros, habitantes de esta ciudad y de las tierras del Oeste! Hoy han ocurrido hechos muy dolorosos y a la vez memorables, que la fama no olvidará. ¿Habremos de llorar o de regocijarnos? El Capitán enemigo ha sido destruido contra toda esperanza, y lo que habéis oído es el eco de su desesperación final. No obstante, no ha partido sin dejar dolores y pérdidas amargas. Pérdidas que si Denethor no hubiera enloquecido, yo habría podido impedir. ¡Tan largo es el brazo del enemigo! Ay, pero ahora entiendo cómo su voluntad pudo invadir el corazón mismo de la ciudad.

»Aunque los Senescales creían ser los únicos que conocían el secreto, yo había adivinado hacía tiempo que aquí en la Torre Blanca se guardaba por lo menos una de las Siete Piedras que ven. En los tiempos en que aún estaba cuerdo, Denethor jamás pensó en utilizarla, ni en desafiar a Sauron, pues conocía sus propias limitaciones. Pero al fin la prudencia le falló, y cuando vio que el peligro no dejaba de crecer, temo que haya escudriñado la piedra, y se dejara engañar; más de una vez, sospecho, después de la muerte de Boromir. Y aunque era demasiado grande para someterse a la voluntad del Poder Oscuro, sólo vio lo que ese Poder quiso mostrarle. No cabe duda de que los conocimientos así obtenidos le eran a menudo provechosos; pero el poder de Mordor que le habían mostrado alimentó la desesperación en el corazón de Denethor, hasta trastornarle el entendimiento.

— ¡Ahora comprendo lo que me pareció tan extraño! —dijo Pippin, estremeciéndose al recordarlo—. El Señor salió de la alcoba donde yacía Faramir; y al rato volvió, y entonces y por primera vez lo noté transformado, viejo y vencido.

—Y a la hora justa en que trajeron a Faramir a la Torre Blanca —dijo Beregond—, muchos vimos una luz extraña en la cámara más alta. Pero ya la habíamos visto antes, y desde hacía tiempo se decía en la ciudad que el Señor Dene thor luchaba a menudo con la mente del enemigo.

—¡ Ay! De modo que yo había adivinado la verdad —dijo Gandalf—. Así fue como entró la voluntad de Sauron en Minas Tirith; y por este motivo he tenido que retrasarme aquí. Y aún estaré obligado a quedarme, pues pronto tendré a otros bajo mi cuidado, además de Faramir.

»Ahora he de ir al encuentro de los que están llegando. Lo que he visto en el campo me es muy doloroso, y acaso nos esperen nuevos pesares. ¡Tú, Pippin, ven conmigo! Pero tú, Beregond, volverás a la ciudadela, e informarás al Jefe de la Guardia. Mucho me temo que él tenga que separarte de la Guardia; mas dile, si me está permitido darle un consejo, que convendría enviarte a las Casas de Curación, como custodia y servidor de tu Capitán, para estar junto a él cuando despierte, si alguna vez despierta. Porque fuiste tú quien lo salvó de las llamas. ¡Ve ahora! Yo no tardaré en regresar.

Y dicho esto dio media vuelta y fue con Pippin hacia la parte baja de la ciudad. Y mientras apretaban el paso, el viento trajo consigo una lluvia gris, y todas las hogueras se anegaron, y una gran humareda se alzó delante de ellos.

8

LAS CASAS DE CURACIÓN

Una nube de lágrimas y de cansancio empañaba los ojos de Merry cuando se acercaban a la Puerta en ruinas de Minas Tirith. Apenas si notó la destrucción y la muerte que lo rodeaban por todas partes. Había fuego y humo en el aire, y un olor nauseabundo: pues muchas de las máquinas habían sido consumidas por las llamas o arrojadas a los fosos de fuego, y muchos de los caídos habían corrido la misma suerte; y aquí y allá yacían los cadáveres de los grandes monstruos sureños, calcinados a medias, destrozados a pedradas, o con los ojos traspasados por las flechas de los valientes arqueros de Morthond. La lluvia había cesado, y en el cielo brillaba el sol; pero toda la ciudad baja seguía envuelta en el humo acre de los incendios.

Ya había hombres atareados en abrir un sendero entre los despojos; otros, entretanto, salían por la Puerta llevando literas. A Eowyn la levantaron y la depositaron sobre almohadones mullidos; pero al cuerpo del rey lo cubrieron con un gran lienzo de oro, y lo acompañaron con antorchas, y las llamas, pálidas a la luz del sol, se movían en el viento.

Así entraron Théoden y Eowyn en la Ciudad de Góndor, y todos los que los veían se descubrían la cabeza y se inclinaban; y así prosiguieron entre las cenizas y el humo del circuito incendiado, y subieron por las empinadas calles de piedra. A Merry el ascenso le parecía eterno, un viaje sin sentido en una pesadilla abominable, que continuaba y continuaba hacia una meta imprecisa que la memoria no alcanzaba a reconocer.

Poco a poco las llamas de las antorchas parpadearon y se extinguieron, y Merry se encontró caminando en la oscuridad; y pensó: «Este es un túnel que conduce a una tumba; allí nos quedaremos para siempre.» Pero de improviso una voz viva interrumpió la pesadilla del hobbit.

— ¡Ah, Merry! ¡Te he encontrado al fin, gracias al cielo!

Levantó la cabeza, y la niebla que le velaba los ojos se disipó un poco. ¡Era Pippin! Estaban frente a frente en un callejón estrecho y desierto. Se restregó los ojos.

— ¿Dónde está el rey? —preguntó—. ¿Y Eowyn? —De pronto se tambaleó, se sentó en el umbral de una puerta, y otra vez se echó a llorar.

—Han subido a la ciudadela —dijo Pippin—. Sospecho que el sueño te venció mientras ibas con ellos, y que tomaste un camino equivocado. Cuando notamos tu ausencia, Gandalf mandó que te buscara. ¡Pobrecito, Merry! ¡Qué felicidad volver a verte! Pero estás extenuado y no quiero molestarte con charlas. Dime una cosa, solamente: ¿estás herido, o maltrecho?

—No —dijo Merry—. Bueno, no, creo que no. Pero tengo el brazo derecho inutilizado, Pippin, desde que lo herí. Y mi espada ardió y se consumió como un trozo de leña.

Pippin observó a su amigo con aire preocupado.

—Bueno, será mejor que vengas conmigo en seguida —dijo—. Me gustaría poder llevarte en brazos. No puedes seguir a pie. No sé cómo te permitieron caminar; pero tienes que perdonarlos. Han ocurrido tantas cosas terribles en la ciudad, Merry, que un pobre hobbit que vuelve de la batalla bien puede pasar inadvertido.

—No siempre es una desgracia pasar inadvertido —dijo Merry—. Hace un momento pasé inadvertido.... no, no, no puedo hablar. ¡Ayúdame, Pippin! El día se oscurece otra vez, y mi brazo está tan frío.

—¡Apóyate en mí, Merry, muchacho! dijo Pippin—. ¡Adelante! Primero un pie y luego el otro. No es lejos.

— ¿Me llevas a enterrar?

—¡Claro que no! —dijo Pippin, tratando de parecer alegre, aunque tenía el corazón destrozado por la piedad y el miedo—. No, ahora iremos a las Casas de Curación.

Salieron del callejón que corría entre edificios altos y el muro exterior del cuarto círculo, y tomaron nuevamente la calle principal que subía a la ciudadela. Avanzaban lentamente, y Merry se tambaleaba y murmuraba como un sonámbulo.

«Nunca llegaremos —pensó Pippin—. ¿No habrá nadie que me ayude? No puedo dejarlo solo aquí.»

En ese momento vio a un muchacho que subía corriendo por el camino, y reconoció sorprendido a Bergil, el hijo de Beregond.

— ¡Salud, Bergil! —le gritó. ¿A dónde vas? ¡Qué alegría volver a verte, y vivo por añadidura!

—Llevo recados urgentes para los Curadores —respondió Bergil—. No puedo detenerme.

—¡Claro que no! —dijo Pippin—. Pero diles allá arriba que tengo conmigo a un hobbit enfermo, un peñan acuérdate, que regresa del campo de batalla. Dudo que pueda recorrer a pie todo el camino. Si Mithrandir está allí, le alegrará recibir el mensaje.

Bergil volvió a partir a la carrera.

«Será mejor que espere aquí», pensó Pippin. Y ayudando a Merry a dejarse caer lentamente sobre el pavimento en un sitio soleado, se sentó junto a él y apoyó en sus rodillas la cabeza del amigo. Le palpó con suavidad el cuerpo y los miembros, y le tomó las manos. La derecha estaba helada.

Gandalf en persona no tardó en llegar en busca de los hobbits. Se inclinó sobre Merry y le acarició la frente; luego lo levantó con delicadeza.

—Tendrían que haberlo traído a esta ciudad con todos los honores —dijo—. Se mostró digno de mi confianza; pues si Elrond no hubiese cedido a mis ruegos, ninguno de vosotros habría emprendido este viaje, y las desdichas de este día habrían sido mucho más nefastas. —Suspiró.— Y ahora tengo un herido más a mi cargo, mientras la suerte de la batalla está todavía indecisa.

Así pues Faramir, Eowyn y Meriadoc reposaron por fin en las Casas de Curación y recibieron los mejores cuidados. Porque si bien últimamente todas las ramas del saber habían perdido la pujanza de otros tiempos, la medicina de Góndor era aún sutil, apta para curar heridas y lesiones y todas aquellas enfermedades a que estaban expuestos los mortales que habitaban al este del Mar. Con la sola excepción de la vejez, para la que no habían encontrado remedio; más aún, la longevidad había declinado en la región: ahora vivían pocos años más que los otros hombres, y los que sobrepasaban el centenar con salud y vigor eran contados, salvo en algunas familias de sangre más pura. Sin embargo, las artes y el saber de los Curadores se encontraban ahora en un atolladero: muchos de los enfermos padecían un mal incurable, al que llamaban la Sombra Negra, pues provenía de los Nazgûl. Los afectados por aquella dolencia caían lentamente en un sueño cada vez más profundo, y luego en el silencio y en un frío mortal, y así morían. Y a quienes velaban por los enfermos les parecía que este mal se había ensañado sobre todo con el mediano y con la Dama de Rohan. A ratos, sin embargo, a medida que transcurría la mañana, los oían hablar y murmurar en sueños, y escuchaban con atención todo cuanto decían, esperando tal vez enterarse de algo que les ayudase a entender la naturaleza del mal. Pero pronto los enfermos se hundieron en las tinieblas, y a medida que el sol descendía hacia el oeste, una sombra gris les cubrió los rostros. Y mientras tanto Faramir ardía de fiebre.

Gandalf iba preocupado, de uno a otro lecho, y los cuidadores le repetían todo lo que habían oído. Y así transcurrió el día, mientras afuera la gran batalla continuaba con esperanzas cambiantes y extrañas nuevas; pero Gandalf esperaba, vigilaba, y no se apartaba de los enfermos; y al fin, cuando la luz bermeja del crepúsculo se extendió por el cielo, y a través de la ventana el resplandor bañó los rostros grises, les pareció a quienes estaban velándolos que las mejillas de los enfermos se sonrosaban como si les volviera la salud; pero no era más que una burla de esperanza.

Entonces una mujer vieja, la más anciana de las servidoras de la casa, miró el rostro de Faramir, y lloró, porque todos lo amaban. Y dijo:

—¡Ay de nosotros, si llega a morir! ¡Ojalá hubiera en Gondor reyes como los de antaño, según cuentan! Porque dice la tradición: Las manos del rey son manos que curan. Así el legítimo rey podría ser reconocido.

Y Gandalf, que se encontraba cerca, dijo:

—¡ Que por largo tiempo recuerden los hombres tus palabras, loreth! Pues hay esperanza en ellas. Tal vez un rey haya retornado en verdad a Gondor: ¿No has oído las extrañas nuevas que han llegado a la ciudad?

—He estado demasiado atareada con una cosa y otra para prestar oídos a todos los clamores y rumores —respondió loreth—. Sólo espero que esos demonios sanguinarios no vengan ahora a esta casa y perturben a los enfermos.

Poco después Gandalf salió apresuradamente de la casa; el fuego se extinguía ya en el cielo, y las colinas humeantes se desvanecían, y la ceniza gris de la noche se tendía sobre los campos.

Ahora el sol se ponía, y Aragorn y Eomer e Imrahil se acercaban a la ciudad escoltados por capitanes y caballeros; y cuando estuvieron delante de la Puerta, Aragorn dijo:

— ¡Mirad cómo se oculta el sol envuelto en llamas! Es la señal del fin y la caída de muchas cosas, y de un cambio en las mareas del mundo. Sin embargo, los Senescales administraron durante años esta ciudad y este reino, y si yo entrase ahora sin ser convocado, temo que pudieran despertarse controversias y dudas, que es preciso evitar mientras dure la guerra. No entraré, ni reivindicaré derecho alguno hasta tanto se sepa quién prevalecerá, nosotros o Mordor. Los hombres levantarán mis tiendas en el campo, y aquí esperaré la bienvenida del Señor de la Ciudad.

Pero Eomer le dijo:

—Ya has desplegado el estandarte de los reyes y los emblemas de la Casa de Elendil. ¿Tolerarías acaso que fueran desafiados?

—No —respondió Aragorn—. Pero creo que aún no ha llegado la hora; no he venido a combatir sino a nuestro enemigo y a sus servidores.

Y el Príncipe Imrahil dijo:

—Sabías son tus palabras, Señor, si alguien que es pariente del Señor Denethor puede opinar sobre este asunto. Es un hombre orgulloso y tenaz como pocos, pero viejo; y desde que perdió a su hijo le ha cambiado el humor. No obstante, no me gustaría verte esperando junto a la puerta como un mendigo.

—No un mendigo —replicó Aragorn—. Di más bien un Capitán de los Montaraces, poco acostumbrado a las ciudades y a las casas de piedra. —Y ordenó que plegaran el estandarte; y retirando la Estrella del Reino del Norte, la entregó en custodia a los hijos de Elrond.

El Príncipe Imrahil y Eomer de Rohan se separaron entonces de Aragorn, y atravesando la ciudad y el tumulto de las gentes, subieron a la ciudadela y entraron en la Sala de la Torre, en busca del Senescal. Y encontraron el sitio vacío, y delante del estrado yacía Théoden Rey de la Marca, en un lecho de ceremonia: y doce antorchas rodeaban el lecho, y doce guardias, todos caballeros de Rohan y de Góndor. Y las colgaduras eran verdes y blancas, pero el gran manto de oro le cubría el cuerpo hasta la altura del pecho, y allí encima tenía la espada, y a los pies el escudo. La luz de las antorchas centelleaba en los cabellos blancos como el sol en la espuma de una fuente, y el rostro del monarca era joven y hermoso, pero había en él una paz que la juventud no da; y parecía dormir.

Imrahil permaneció un momento en silencio junto al lecho del rey; luego preguntó:

—¿Dónde puedo encontrar al Senescal? ¿Y dónde está Mithrandir? Y uno de los guardias le respondió:

—El Senescal de Góndor está en las Casas de Curación. Y dijo Eomer:

—¿Dónde está la Dama Eowyn, mi hermana? Tendría que yacer junto al rey, y con idénticos honores. ¿Dónde la habéis dejado? E Imrahil respondió:

—La Dama Eowyn vivía aún cuando la trajeron aquí. ¿No lo sabías?

Entonces una esperanza ya perdida renació tan repentinamente en el corazón de Eomer, y con ella la mordedura de una inquietud y un temor renovados, que no dijo más, y dando media vuelta abandonó la estancia; y el príncipe salió tras él. Y cuando llegaron fuera, había caído la noche y el cielo estaba estrellado. Y vieron venir a Gandalf acompañado por un hombre embozado en una capa gris; y se reunieron con ellos delante de las puertas de las Casas de Curación.

Y luego de saludar a Gandalf, dijeron:

—Venimos en busca del Senescal, y nos han dicho que se encuentra en esta casa. ¿Ha sido herido? ¿Y dónde está la Dama Eowyn? Y Gandalf respondió:

—Yace en un lecho de esta casa, y no ha muerto, aunque está cerca de la muerte. Pero un dardo maligno ha herido al Señor Faramir, como sabéis, y él es ahora el Senescal; pues Denethor ha muerto, y la casa se ha derrumbado en cenizas. —Y el relato que hizo Gandalf los llenó de asombro y de aflicción. Y dijo Imrahil:

—Entonces, si en un solo día Gondor y Rohan han sido privados de sus señores, habremos conquistado una victoria amarga, una victoria sin júbilo. Eomer es quien gobierna ahora a los Rohirrim. Mas ¿quién regirá entre tanto los destinos de la ciudad? ¿No habría que llamar al Señor Aragorn?

El hombre de la capa habló entonces y dijo:

—Ya ha venido. —Y cuando se adelantó hasta la Puerta y a la luz de la linterna, vieron que era Aragorn, y bajo la capa gris de Lorien vestía la cota de malla, y llevaba como único emblema la piedra verde de Galadriel.— Si he venido es porque Gandalf me lo pidió —dijo—. Pero por el momento soy sólo el Capitán de los Dúnedain de Arnor; y hasta que Faramir despierte, será el Señor de Dol Amroth quien gobernará la ciudad. Pero es mi consejo que sea Gandalf quien nos gobierne a todos en los próximos días, y en nuestros tratos con el enemigo. —Y todos estuvieron de acuerdo.

Gandalf dijo entonces:

—No nos demoremos junto a la puerta, el tiempo apremia. ¡Entremos ya! Los enfermos que yacen postrados en la casa no tienen otra esperanza que la venida de Aragorn. Así habló loreth, vidente de Gondor: Las manos del rey son manos que curan, y el legítimo rey será así reconocido.

Aragorn fue el primero en entrar, y los otros lo siguieron. Y allí en la puerta había dos guardias que vestían la librea de la ciudadela: uno era alto, pero el otro tenía apenas la estatura de un niño; y al verlos dio gritos de sorpresa y de alegría.

— ¡Trancos! ¡Qué maravilla! Yo adiviné en seguida que tú estabas en los navios negros ¿sabes? Pero todos gritaban ¡los corsarios! y nadie me escuchaba. ¿Cómo lo hiciste?

Aragorn se echó a reír y estrechó entre las suyas la mano del hobbit.

— ¡Un feliz reencuentro, en verdad! —dijo—. Pero no es tiempo aún para historias de viajeros.

Pero Imrahil le dijo a Eomer:

— ¿Es así como hemos de hablarles a nuestros reyes? ¡Aunque quizás use otro nombre cuando lleve la corona! Y Aragorn al oírlo se volvió y le dijo:

—Es verdad, porque en la lengua noble de antaño yo soy Elessar, Piedra de Elfo, y Envinyatar, el Restaurador. —Levantó la piedra que llevaba en el pecho, y agregó: — Pero Trancos será el nombre de mi casa, si alguna vez se funda: en la alta lengua no sonará tan mal, y yo seré Telcontar, así como todos mis descendientes.

Y con esto entraron en la casa; y mientras se encaminaban a las habitaciones de los enfermos, Gandalf narró las hazañas de Eowyn y Meriadoc.

Porque velé junto a ellos muchas horas —dijo, y al principio hablaban a menudo en sueños antes de hundirse en esa oscuridad mortal. También tengo el don de ver muchas cosas lejanas.

Aragorn visitó en primer lugar a Faramir, luego a la Dama Eowyn, y por último a Merry. Cuando hubo observado los rostros de los enfermos y examinado las heridas, suspiró.

—Tendré que recurrir a todo mi poder y mi habilidad —dijo—. Ojalá estuviese aquí Elrond: es el más anciano de toda nuestra raza, y el de poderes más altos.

Y Eomer, viéndolo fatigado y triste, le dijo:

—¿No sería mejor que antes descansaras, que comieras siquiera un bocado?

Pero Aragorn le respondió:

—No, porque para estos tres, y más aún para Faramir, el tiempo apremia. Hay que actuar ahora mismo. Llamó entonces a loreth y le dijo:

—¿Tenéis en esta casa reservas de hierbas curativas?

—Sí, señor —respondió la mujer—; aunque no en cantidad suficiente, me temo, para tantos como van a necesitarlas. Pero sé que no podríamos conseguir más; pues todo anda atravesado en estos días terribles, con fuego e incendios, y tan pocos jóvenes para llevar recados, y barricadas en todos los caminos. ¡Si hasta hemos perdido la cuenta de cuándo llegó de Lossarnach la última carga para el mercado! Pero en esta casa aprovechamos bien lo que tenemos, como sin duda sabe vuestra Señoría.

—Eso podré juzgarlo cuando lo haya visto —dijo Aragorn—. Otra cosa también escasea por aquí: el tiempo para charlar. ¿Tenéis athelas?

—Eso no lo sé con certeza, señor —respondió loreth—, o al menos no la conozco por ese nombre. Iré a preguntárselo al herborista; él conoce bien todos los nombres antiguos.

—También la llaman hojas de reyes dijo Aragorn, y quizá tú la conozcas con ese nombre; así la llaman ahora los campesinos.

— ¡ Ah, ésa! —dijo loreth—. Bueno, si vuestra Señoría hubiera empezado por ahí, yo le habría respondido. No, no hay, estoy segura. Y nunca supe que tuviera grandes virtudes; cuántas veces les habré dicho a mis hermanas, cuando la encontrábamos en los bosques: «Hojas de reyes» decía, «qué nombre tan extraño, quién sabe por qué la llamarán así; porque si yo fuera rey, tendría en mi jardín plantas más coloridas». Sin embargo, da una fragancia dulce cuando se la machaca, ¿no es verdad? Aunque tal vez dulce no sea la palabra: saludable sería quizá más apropiado.

— Saludable en verdad —dijo Aragorn—. Y ahora, mujer, si amas al Señor Faramir, corre tan rápido como tu lengua y consígueme hojas de reyes, aunque sean las últimas que queden en la ciudad.

— Y si no queda ninguna —dijo Gandalf— yo mismo cabalgaré hasta Lossarnach llevando a loreth en la grupa, y ella me conducirá a los bosques, pero no a ver a sus hermanas. Y Sombragris le enseñará entonces lo que es la rapidez.

Cuando loreth se hubo marchado, Aragorn pidió a las otras mujeres que calentaran agua. Tomó entonces en una mano la mano de Faramir, y apoyó la otra sobre la frente del enfermo. Estaba empapada de sudor; pero Faramir no se movió ni dio señales de vida, y apenas parecía respirar.

—Está casi agotado —dijo Aragorn volviéndose a Gandalf—. Pero no a causa de la herida. ¡Mira, está cicatrizando! Si lo hubiera alcanzado un dardo de los Nazgûl, como tú pensabas, habría muerto esa misma noche. Esta herida viene de alguna flecha sureña, diría yo. ¿Quién se la extrajo? ¿La habéis conservado?

—Yo se la extraje —dijo Imrahil—. Y le restañé la herida. Pero no guardé la flecha, pues estábamos muy ocupados. Recuerdo que era un dardo común de los Hombres del Sur. Sin embargo, pensé que venía de la Sombra de allá arriba, pues de otro modo no podía explicarme la enfermedad y la fiebre, ya que la herida no era ni profunda ni mortal. ¿Qué explicación le das tú?

— Agotamiento, pena por el estado del padre, una herida, y ante todo el Hálito Negro —dijo Aragorn—. Es un hombre de mucha voluntad, pues ya antes de combatir en los muros exteriores había estado bastante cerca de la Sombra. La oscuridad ha de haber entrado en él lentamente, mientras combatía y luchaba por mantenerse en su puesto de avanzada. ¡Ojalá yo hubiera podido acudir antes!

En aquel momento entró el herborista.

—Vuestra Señoría ha pedido hojas de reyes como la llaman los rústicos —dijo—, o athelas, en el lenguaje de los nobles, o para quienes conocen algo del valinoreano...

— Yo lo conozco —dijo Aragorn—, y me da lo mismo que la llames hojas de reyes o asea aranion, con tal que tengas algunas.

— ¡Os pido perdón, señor! —dijo el hombre—. Veo que sois versado en la tradición, y no un simple capitán de guerra. Por desgracia, señor, no tenemos de estas hierbas en las Casas de Curación, donde sólo atendemos heridos o enfermos graves. Pues no les conocemos ninguna virtud particular, excepto tal vez la de purificar un aire viciado, o la de aliviar una pesadez pasajera. A menos, naturalmente, que uno preste oídos a las viejas coplas que las mujeres como la buena de loreth repiten todavía sin entender.

*Cuando sople el hálito negro
y crezca la sombra de la muerte,
y todas las luces se extingan,
¡ven athelas, ven athelas!
¡En la mano del rey
da vida al moribundo!*

»No es más que una copla, temo, guardada en la memoria de las viejas comadres. Dejo a vuestro juicio la interpretación del significado, si en verdad tiene alguno. Sin embargo, los viejos toman aún hoy una infusión de esta hierba para combatir el dolor de cabeza.

—¡Entonces en nombre del rey, ve y busca algún viejo menos erudito y más sensato que tenga un poco en su casa! —gritó Gandalf.

Arrodillándose junto a la cabecera de Faramir, Aragorn le puso una mano sobre la frente. Y todos los que miraban sintieron que allí se estaba librando una lucha. Pues el rostro de Aragorn se iba volviendo gris de cansancio y de tanto en tanto llamaba a Faramir por su nombre, pero con una voz cada vez más débil, como si él mismo estuviese alejándose, y caminara en un valle remoto y sombrío, llamando a un amigo extraviado.

Por fin llegó Bergil a la carrera; traía seis hojuelas envueltas en un trozo de lienzo.

Hojas de reyes, señor —dijo, pero no son frescas, me temo. Las habrán recogido hace unas dos semanas. Ojalá puedan servir, señor.

—Y luego, mirando a Faramir, se echó a llorar. Aragorn le sonrió.

Servirán le dijo—. Ya ha pasado lo peor. ¡Serénate y descansa!

—En seguida tomó dos hojuelas, las puso en el hueco de las manos, y luego de calentarlas con el aliento, las trituro; y una frescura vivificante llenó la estancia, como si el aire mismo despertase, zumbando y chisporroteando de alegría.

todos los corazones se sintieron aliviados. Pues aquella fragancia que lo impregnaba todo era como el recuerdo de una mañana de rocío, a la luz de un sol sin nubes, en una tierra en la que el mundo hermoso de la primavera es apenas una imagen fugitiva. Aragorn se puso de pie, como reanimado, y los ojos le sonrieron mientras sostenía un tazón delante del rostro dormido de Faramir.

¡Vaya, vaya! ¡Quién lo hubiera creído! le dijo loreth a una mujer que tenía al lado—. Esta hierba es mejor de lo que yo pensaba. Me recuerda las rosas de Imloth Melui, cuando yo era niña, y ningún rey soñaba con tener una flor más bella.

De pronto Faramir se movió, abrió los ojos, y miró largamente a Aragorn, que estaba inclinado sobre él; y una luz de reconocimiento y de amor se le encendió en la mirada, y habló en voz baja.

—Me has llamado, mi Señor. He venido. ¿Qué ordena mi rey?

—No sigas caminando en las sombras, ¡despierta! —dijo Aragorn—. Estás fatigado. Descansa un rato, y come, así estarás preparado cuando yo regrese.

—Estaré, Señor —dijo Faramir—. ¿Quién se quedaría acostado y ocioso cuando ha retornado el rey?

—Adiós entonces, por ahora —dijo Aragorn—. He de ver a otros que también me necesitan. — Y salió de la estancia seguido por Gandalf e Imrahil; pero Beregon y su hijo se quedaron, y no podían contener tanta alegría. Mientras seguía a Gandalf y cerraba la puerta, Pippin oyó la voz de loreth.

—¡El rey! ¿Lo habéis oído? ¿Qué dije yo? Las manos de un curador, eso dije. —Y pronto la noticia de que el rey se encontraba en verdad entre ellos, y que luego de la guerra traía la curación, salió de la Casa y corrió por toda la ciudad.

Pero Aragorn fue a la estancia donde yacía Eowyn, y dijo:

—Aquí se trata de una herida grave y de un golpe duro. El brazo roto ha sido atendido con habilidad y sanará con el tiempo, si ella tiene fuerzas para sobrevivir; es el que sostenía el escudo. Pero el mal mayor está en el brazo que esgrimía la espada: parece no tener vida, aunque no está quebrado.

«Desgraciadamente, enfrentó a un adversario superior a sus fuerzas, físicas y mentales. Y quien se atreva a levantar un arma contra un enemigo semejante necesita ser más duro que el acero, pues de lo contrario caerá destruido por el golpe mismo. Fue un destino nefasto el que la llevó a él. Pues es una doncella hermosa, la dama más hermosa de una estirpe de reinas. Y sin embargo, no encuentro palabras para hablar de ella. Cuando la vi por primera vez y adiviné su profunda tristeza, me pareció estar contemplando una flor blanca, orgullosa y enhiesta, delicada como un lirio; y sin embargo supe que era inflexible, como forjada en duro acero en las fraguas de los elfos. ¿O acaso una escarcha le había helado ya la savia, y por eso era así, dulce y amarga a la vez, hermosa aún pero ya herida, destinada a caer y morir? El mal empezó mucho antes de este día, ¿no es verdad, Eomer?

—Me asombra que tú me lo preguntes, señor —respondió Eomer—. Porque en este asunto, como en todo lo demás, te considero libre de culpas; mas nunca supe que frío alguno haya herido a Eowyn, mi hermana, hasta el día en que posó los ojos en ti por vez primera. Angustias y miedos sufría, y los compartió conmigo, en los tiempos de Lengua de Serpiente y del hechizo del rey; de quien cuidaba con un temor siempre mayor. ¡Pero eso no la puso así!

—Amigo mío —dijo Gandalf—, tú tenías tus caballos, tus hazañas de guerra, y el campo libre; pero ella, nacida en el cuerpo de una doncella, tenía un espíritu y un coraje que no eran menores que los tuyos. Y sin embargo se veía condenada a cuidar de un anciano, a quien amaba como a un padre, y a ver cómo se hundía en una chochez mezquina y deshonorosa; y este papel le parecía más innoble que el del bastón en que el rey se apoyaba.

»¿ Supones que Lengua de Serpiente sólo tenía veneno para los oídos de Théoden? ¡Viejo chocho! ¿Qué es la casa de Eorl sino un cobertizo donde la canalla bebe hasta embriagarse, mientras la prole se revuelca por el suelo entre los perros? ¿Acaso no has oído antes estas palabras? Saruman las pronunció, el amo de Lengua de Serpiente. Aunque no dudo que Lengua de Serpiente empleara frases

más arteras para decir lo mismo. Mi señor, si el amor de tu hermana hacia ti, y el deber no le hubiesen sellado los labios, quizás habría oído escapar de ellos palabras semejantes. Pero ¿quién sabe las cosas que decía a solas, en la oscuridad, durante las amargas vigili­as de la noche, cuando sentía que la vida se le empequeñecía, cuando las paredes de la alcoba parecían cerrarse alrededor de ella, como para retener a alguna bestia salvaje?

Eomer no respondió, y miró a su hermana, como estimando de nuevo todos los días compartidos en el pasado.

Pero Aragorn dijo:

—También yo vi lo que tú viste, Eomer. Pocos dolores entre los infortunios de este mundo amargan y avergüenzan tanto a un hombre como ver el amor de una dama tan hermosa y valiente y no poder corresponderle. La tristeza y la piedad no se han separado de mí ni un solo instante desde que la dejé, desesperada en el Sagrario, y cabalgué a los Senderos de los Muertos; y a lo largo de ese camino, ningún temor estuvo en mí tan presente como el temor de lo que a ella pudiera pasarle. Y sin embargo, Eomer, puedo decirte que a ti te ama con un amor más verdadero que a mí: porque a ti te ama y te conoce; pero de mí sólo ama una sombra y una idea: una esperanza de gloria y de grandes hazañas, y de tierras muy distantes de las llanuras de Rohan.

»Tal vez yo tenga el poder de curarle el cuerpo, y de traerla del valle de las sombras. Pero si habrá de despertar a la esperanza, al olvido o a la desesperación, no lo sé. Y si despierta a la desesperación, entonces morirá, a menos que aparezca otra cura que yo no conozco. Pues las hazañas de Eowyn la han puesto entre las reinas de gran renombre.

Aragorn se inclinó y observó el rostro de Eowyn; y parecía en verdad blanco como un lirio, frío como la escarcha y duro como tallado en piedra. Y encorvándose, le besó la frente, y la llamó en voz baja, diciendo:

—¡Eowyn, hija de Eomund, despierta! Tu enemigo ha partido para siempre.

Eowyn no hizo movimiento alguno, pero empezó a respirar otra vez profundamente, y el pecho le subió y bajó debajo de la sábana de lino. Una vez más Aragorn trituró dos hojas de athelas y las echó en el agua humeante; y mojó con ella la frente de Eowyn y el brazo derecho que yacía frío y exánime sobre el cobertor.

Entonces, sea porque Aragorn poseyera en verdad algún olvidado poder del Oesternesse, o acaso por el simple influjo de las palabras que dedicara a la Dama Eowyn, a medida que el aroma suave de la hierba se expandía en la habitación todos los presentes tuvieron la impresión de que un viento vivo entraba por la ventana, no un aire perfumado, sino un aire fresco y límpido y joven, como si ninguna criatura viviente lo hubiera respirado antes, y llegara recién nacido desde montañas nevadas bajo una bóveda de estrellas, o desde playas de plata bañadas allá lejos por océanos de espuma.

—¡Despierta, Eowyn, Dama de Rohan! repitió Aragorn, y cuando le tomó la mano derecha sintió que el calor de la vida retornaba a ella—. ¡Despierta! ¡La sombra ha partido para siempre, y las tinieblas se han disipado! —Puso la mano de Eowyn en la de Eomer y se apartó del lecho.— ¡Llámalala! —dijo, y salió en silencio de la estancia.

— ¡Eowyn, Eowyn! —clamó Eomer en medio de las lágrimas. Y ella abrió los ojos y dijo:

—¡Eomer! ¿Qué dicha es ésta? Me decían que estabas muerto. Pero no, eran las voces lúgubres de mi sueño. ¿Cuánto tiempo he estado soñando?

—No mucho, hermana mía —respondió Eomer—. ¡Pero no pienses más en eso!

—Siento un cansancio extraño —dijo ella—. Necesito reposo. Pero dime ¿qué ha sido del Señor de la Marca? ¡Ay de mí! No me digas que también eso fue un sueño, porque sé que no lo fue. Ha muerto, tal como él lo había presagiado.

—Ha muerto, sí —dijo Eomer—, pero rogándome que le trajera un saludo de adiós a Eowyn, más amada que una hija. Yace ahora en la Ciudadela de Gondor con todos los honores.

—Es doloroso, todo esto —dijo ella. Y sin embargo, es mucho mejor que todo cuanto yo me atrevía a esperar en aquellos días sombríos, cuando la dignidad de la Casa de Eorl amenazaba caer más bajo que el refugio de un pastor. ¿Y qué ha sido del escudero del rey, el Mediano? ¡Eomer, tendrás que hacer de él un Caballero de la Marca, porque es un valiente!

—Reposa cerca de aquí en esta casa, y ahora iré a asistirlo —dijo Gandalf. Eomer se quedará contigo. Pero no hables de guerra e infortunios hasta que te hayas recobrado. ¡ Grande es la alegría de verte despertar de nuevo a la salud y a la esperanza, valerosa dama!

—¿A la salud? —dijo Eowyn—. Tal vez. Al menos mientras quede vacía la silla de un jinete caído, y yo la pueda montar, y haya hazañas que cumplir. ¿Pero a la esperanza? No sé.

Cuando Gandalf y Pippin entraron en la habitación de Merry, ya Aragorn estaba de pie junto al lecho.

—¡Pobre viejo Merry! exclamó Pippin, corriendo hasta la cabecera; tenía la impresión de que su amigo había empeorado, que tenía el semblante ceniciento, como si soportara el peso de largos años de dolor; de pronto tuvo miedo de que pudiera morir.

—No temas le dijo Aragorn. He llegado a tiempo, he podido llamarlo. Ahora está extenuado, y dolorido, y ha sufrido un daño semejante al de la Dama Eowyn, por haber golpeado también él a ese ser nefasto. Pero son males fáciles de reparar, tan fuerte y alegre es el espíritu de tu amigo. El dolor, no lo olvidará; pero no le oscurecerá el corazón, y le dará sabiduría.

Y posando la mano sobre la cabeza de Merry, le acarició los rizos castaños, le rozó los párpados, y lo llamó. Y cuando la fragancia del athelas inundó la habitación, como el perfume de los huertos y de los brezales a la luz del sol colmada de abejas, Merry abrió de pronto los ojos y dijo:

—Tengo hambre. ¿Qué hora es?

—La hora de la cena ya pasada dijo Pippin; sin embargo, creo que podría traerte algo, si me lo permiten.

—Te lo permitirán, sin duda —dijo Gandalf—. Y cualquier otra cosa que este Jinete de Rohan pueda desear, si se la encuentra en Minas Tirith, donde su nombre es altamente honrado.

—¡Bravo! —dijo Merry—. Entonces, ante todo quisiera cenar, y luego fumar una pipa. —Y al decir esto una nube le ensombreció la cara.— No, no quiero ninguna pipa. No creo que vuelva a fumar nunca más.

—¿Por qué no? —preguntó Pippin.

—Bueno respondió lentamente Merry. El está muerto. Y al pensar en fumar una pipa, todo me ha vuelto a la memoria. Me dijo que ya nunca más podría cumplir su promesa de aprender de mí los secretos de la hierba. Fueron casi sus últimas palabras. Nunca más podré volver a fumar sin pensar en él, y en ese día, Pippin, cuando cabalgábamos rumbo a Isengard, y se mostró tan cortés.

— ¡Fuma entonces, y piensa en él! —dijo Aragorn. Porque tenía un corazón bondadoso y era un gran rey, leal a todas sus promesas; y se levantó desde las sombras a una última y hermosa mañana. Aunque le serviste poco tiempo, es un recuerdo que guardarás con felicidad y orgullo hasta el fin de tus días.

Merry sonrió.

—En ese caso, está bien dijo, y si Trancos me da de todo lo necesario, fumaré y pensaré. Traía en mi equipaje un poco del mejor tabaco de Saruman, pero qué habrá sido de él en la batalla, no lo sé, por cierto.

—Maese Meriadoc dijo Aragorn, si supones que he cabalgado a través de las montañas y del reino de Góndor a sangre y a fuego para venir a traerle hierba a un soldado distraído que pierde sus avíos, estás muy equivocado. Si nadie ha hallado tu paquete, tendrás que mandar en busca del herborista de esta Casa. Y él te dirá que ignoraba que la hierba que deseas tuviera virtud alguna, pero que el vulgo la conoce como tabaco occidental, y que los nobles la llaman galena, y tiene otros nombres en lenguas más cultas; y luego de recitarte unos versos casi olvidados que ni él mismo entiende, lamentará decirte que no la hay en la casa, y te dejará cavilando sobre la historia de las lenguas. Que es lo que ahora haré yo. Porque no he dormido en una cama como ésta desde que partí del Sagrario, ni he probado bocado desde la oscuridad que precedió al alba.

Merry tomó la mano de Aragorn y la besó.

— ¡No te imaginas cuánto lo lamento! dijo. ¡Ve ahora mismo! Desde aquella noche en Bree, no hemos sido para ti nada más que un estorbo. Pero en semejantes circunstancias es natural que nosotros los hobbits hablemos a la ligera, y digamos menos de lo que pensamos. Tememos decir demasiado, y no encontramos las palabras justas cuando todas las bromas están fuera de lugar.

—Lo sé, de lo contrario no te respondería en el mismo tono —dijo Aragorn—. ¡Que la Comarca viva siempre y no se marchite! —Y luego de besar a Merry abandonó la estancia seguido por Gandalf.

Pippin se quedó a solas con su amigo.

—¿Hubo alguna vez otro como él? —dijo—. Descontando a Gandalf, desde luego. Sospecho que han de estar emparentados. Mi querido asno, tu paquete lo tienes al lado de la cama, y lo llevabas a la espalda cuando te encontré. Y él lo estuvo viendo todo el tiempo, como es natural. De todos modos, aquí tengo un poco de la mía. ¡Mano a la obra! Es Hoja del Valle. Llena la pipa mientras yo voy en busca de algo para comer. Y luego a tomar la vida con calma por un rato.

¡Qué le vamos a hacer! Nosotros, los Tuk y los Brandigamo no podemos vivir mucho tiempo en las alturas.

—Es cierto —dijo Merry—. Yo no lo consigo. No por el momento, en todo caso. Pero al menos, Pippin, ahora podemos verlas, y honrarlas. Lo mejor es amar ante todo aquello que nos corresponde amar, supongo; hay que empezar por algo, y echar raíces, y el suelo de la Comarca es profundo. Sin embargo, hay cosas más profundas y más altas. Y si no fuera por ellas, y aunque no las conozca, ningún compadre podría cultivar la huerta en lo que él llama paz. A mí me alegra saber de estas cosas, un poco. Pero no sé por qué estoy hablando así. ¿Dónde tienes esa hoja? Y saca la pipa de mi paquete, si no está rota.

Aragorn y Gandalf fueron a ver al Mayoral de las Casas de Curación, y le explicaron que Faramir y Eowyn necesitaban permanecer allí y ser atendidos con cuidado aún durante muchos días.

—La Dama Eowyn —dijo Aragorn—. Pronto querrá levantarse y partir; es menester impedirlo y tratar de retenerla aquí hasta que hayan pasado por lo menos diez días.

—En cuanto a Faramir —dijo Gandalf—, pronto tendrá que enterarse de que su padre ha muerto. Pero no habrá que contarle la historia de la locura de Denethor hasta que haya curado del todo, y tenga tareas que cumplir. ¡Cuida que Beregon y el peñan que presenciaron la muerte no le hablen todavía de estas cosas!

—Y el otro peñan, Meriadoc, que tengo a mi cuidado ¿qué hago con él? —preguntó el Mayoral.

—Es probable que mañana esté en condiciones de levantarse un rato —dijo Aragorn—. Permíteselo, si lo desea. Podrá hacer un breve paseo, en compañía de sus amigos.

—Qué raza tan extraordinaria —dijo el Mayoral, moviendo la cabeza—. De fibra dura, diría yo.

Un gran gentío esperaba a Aragorn junto a las puertas de las Casas de Curación; y lo siguieron; y cuando hubo cenado, fueron y le suplicaron que curase a sus parientes o amigos cuyas vidas corrían peligro a causa de heridas o lesiones, o que yacían bajo la Sombra Negra. Y Aragorn se levantó y salió, y mandó llamar a los hijos de Elrond; y juntos trabajaron afanosamente hasta altas horas de la noche. Y la voz corrió por toda la ciudad: «En verdad, el rey ha retornado.» Y lo llamaban Piedra de Elfo, a causa de la piedra verde que él llevaba, y así el nombre que el día de su nacimiento le fuera predestinado, lo eligió entonces para él su propio pueblo.

Y cuando por fin el cansancio lo venció, se envolvió en la capa y se deslizó fuera de la ciudad, y llegó a la tienda justo antes del alba, a tiempo apenas para dormir un poco. Y por la mañana el estandarte de Dol Amroth, un navio blanco como un cisne sobre aguas azules, flameó en la torre, y los hombres alzaron la mirada y se preguntaron si la llegada del rey no habría sido un sueño.

9

LA ULTIMA DELIBERACIÓN

Amaneció el día siguiente a la batalla, una mañana clara, de nubes ligeras y un viento que viraba hacia el oeste. Lególas y Gimli, que estaban en pie desde temprano, pidieron permiso para subir a la ciudad, pues querían ver en seguida a Merry y a Pippin.

—Es bueno saber que están vivos —dijo Gimli—; porque durante nuestra marcha a través de Rohan nos costaron no pocas penurias, y no me gustaría que todo ese esfuerzo hubiera sido en vano.

El elfo y el enano entraron juntos en Minas Tirith, y la gente que los veía pasar contemplaba maravillada a esos dos extraños compañeros: porque Lególas era de una belleza más que humana, y mientras caminaba en la mañana entonaba con voz clara una canción élfica; Gimli en cambio marchaba junto al elfo con un andar reposado, y se acariciaba la barba, y miraba todo alrededor.

—Hay buena manipostería —dijo, observando los muros—; pero también otras no tan buenas, y las calles podrían estar mejor trazadas. Cuando Aragorn obtenga lo que es suyo, le ofreceré los servicios de los picapedreros de la Montaña, y entonces convertiremos a Minas Tirith en una ciudad de la que podrá sentirse muy orgulloso.

—Lo que necesitan son más jardines —dijo Lególas—. Las casas están como muertas, y es demasiado poco lo que crece aquí con alegría. Si Aragorn obtiene un día lo que es suyo, los habitantes del Bosque le traerán pájaros que cantan y árboles que no mueren.

Encontraron por fin al príncipe Imrahil, y Lególas lo miró, y se inclinó ante él profundamente; porque vio que en verdad estaba ante alguien que tenía sangre élfica en las venas.

— ¡Salve, Señor! —dijo—. Hace ya mucho tiempo que el pueblo de Nimrodel abandonó los bosques de Lorien, pero se puede ver aún que no todos dejaron el puerto de Amroth y navegaron rumbo al Oeste.

—Así lo dicen las tradiciones de mi tierra —respondió el príncipe—; y sin embargo nunca se ha visto allí a uno de la hermosa gente en años incontables. Y me maravilla encontrar uno aquí y ahora, en medio de la guerra y la tristeza. ¿Qué buscas?

—Soy uno de los Nueve Compañeros que partieron de Imladris c» Mithrandir —dijo Lególas—, y con este enano, mi amigo, he acompañado al Señor Aragorn. Pero ahora deseamos ver a nuestros amigos Meriadoc y Peregrin, que están a tu cuidado, nos han dicho.

— Los encontraréis en las Casas de Curación, y yo mismo os conduciré —dijo Imrahil.

—Bastará que mandes a alguien que nos guíe, Señor —dijo Lególas—. Aragorn te envía este mensaje. Porque no desea entrar de nuevo en la ciudad en este momento. No obstante, es necesario que los capitanes se reúnan inmediatamente a deliberar, y os ruega, a ti y a Eomer de Rohan, que bajéis hasta la tienda cuanto antes. Mithrandir ya está allí.

—Iremos —dijo Imrahil; y se despidieron con palabras corteses.

—Es un noble señor y un gran capitán de hombres dijo Lególas—. Si todavía hay aquí hombres de tal condición, aun en estos días de decadencia, grande ha de haber sido la gloria de Góndor en los tiempos de esplendor.

—Y no cabe duda de que la buena manipostería es la más vieja, de la época de las primeras construcciones dijo Gimli. Siempre es así con las obras que emprenden los hombres: una helada en primavera, o una sequía en el verano, y las promesas se frustran.

—Y sin embargo, rara vez dejan de sembrar dijo Lególas. Y la semilla yacerá en el polvo y se pudrirá, sólo para germinar nuevamente en los tiempos y lugares más inesperados. Las obras de los hombres nos sobrevivirán, Gimli.

—Para acabar en meras posibilidades fallidas, supongo dijo el enano.

—De esto los elfos no conocen la respuesta —dijo Lególas.

En aquel momento llegó el sirviente del príncipe y los condujo a las Casas de Curación; y allí se reunieron con sus amigos en el jardín, y fue un alegre reencuentro. Durante un rato pasearon y conversaron y disfrutaron de una tregua de paz y reposo, al sol de la mañana en los circuitos ventosos de la ciudad alta. Más tarde, cuando Merry empezó a sentirse cansado, se sentaron en el muro, de espaldas al prado verde de las Casas de Curación. Frente a ellos, el Anduin centelleaba a la luz y se perdía en el sur, tan lejano que ni el mismo Lególas alcanzaba a ver cómo se internaba en las llanuras y la bruma verde del Lebennin y el Ithilien Meridional.

De pronto, mientras los otros hablaban, Lególas se quedó callado; y mirando a lo lejos vio unas aves marinas blancas que volaban al sol por encima del río.

— ¡Mirad! —exclamó—. ¡Gaviotas! Se alejan volando tierra adentro. Me maravillan, y al mismo tiempo me turban el corazón. Nunca en mi vida las había visto, hasta que llegamos a Pelargir, y allí las oí gritar en el aire mientras cabalgábamos a combatir en la batalla de los navios. Y quedé como petrificado, olvidándome de la guerra de la Tierra Media: pues las voces quejumbrosas de esas aves me

hablaban del Mar. ¡ El Mar! ¡ Ay! Aún no he podido contemplarlo. Pero en lo profundo del corazón de todos los de mi raza late la nostalgia del Mar, una nostalgia que es peligroso remover. ¡ Ay, las gaviotas! Nunca más volveré a tener paz, ni bajo las hayas ni bajo los olmos.

—¡No hables así! —dijo Gimli—. Todavía hay innumerables cosas para ver en la Tierra Media, y grandes obras por realizar. Pero si toda la hermosa gente se marcha a los Puertos, este mundo será muy monótono para los que están condenados a quedarse.

—¡Monótono y triste por cierto! dijo Merry—. No marches a los Puertos, Lególas. Siempre habrá gente, grande o pequeña, y hasta algún enano sabio como Gimli, que tendrá necesidad de ti. Al menos eso espero. Aunque me parece a veces que lo peor de esta guerra no ha pasado aún. ¡Cuánto desearía que todo terminase, y terminase bien!

—¡No te pongas tan lúgubre! —exclamó Pippin. El sol brilla, y aquí estamos, otra vez reunidos, por lo menos por un día o dos. Quiero saber más acerca de todos vosotros. ¡A ver, Gimli! Esta mañana tú y Lególas habéis mencionado no menos de una docena de veces el extraordinario viaje con Trancos. Pero no me habéis contado nada.

—Aquí puede que brille el sol replicó Gimli—, pero hay recuerdos de ese camino que prefiero no sacar de las sombras. De haber sabido lo que me esperaba, creo que ninguna amistad me hubiera obligado a tomar los Senderos de los Muertos.

— ¡Los Senderos de los Muertos! dijo Pippin—. Se los oí nombrar a Aragorn, y me preguntaba de qué hablaría. ¿No nos quieres decir algo más?

—No por mi gusto —respondió Gimli—. Pues en ese camino me cubrí de vergüenza: Gimli hijo de Glóin, que se consideraba más resistente que los hombres y más intrépido bajo tierra que ningún elfo. Pero no demostré ni lo uno ni lo otro, y si continué hasta el fin, fue sólo por la voluntad de Aragorn.

—Y también por amor a él —dijo Lególas—. Porque todos cuantos llegan a conocerle llegan a amarlo, cada cual a su manera, hasta la fría doncella de los Rohirrim. Partimos del Sagrario a primera hora de la mañana del día en que tú llegaste, Merry, y era tal el miedo que los dominaba a todos, que nadie se atrevió a asistir a la partida salvo la Dama Eowyn, que ahora yace herida en esta casa. Hubo tristeza en esa separación, y me apenó presenciarla.

—Y yo ¡ay!, sólo me compadecía de mí mismo —dijo Gimli. ¡No! No hablaré de ese viaje.

Y no pronunció una palabra más; pero Pippin y Merry estaban tan ávidos de noticias que Lególas dijo, al cabo:

—Os contaré lo que baste para apaciguar vuestra ansiedad; porque yo no sentí el horror, ni temí a los espectros de los hombres, que me parecieron frágiles e impotentes.

Habló entonces brevemente de la senda siniestra, de la tétrica cita en Erech, y de la larga cabalgata, noventa y tres leguas de camino hasta Pelargir en las márgenes del Anduin.

—Cuatro días y cuatro noches cabalgamos desde la Piedra Negra —dijo—, y entrábamos en el quinto día cuando he aquí que de pronto, en las tinieblas de Mordor, renació mi esperanza; porque en aquella oscuridad el Ejército de las Sombras parecía cobrar fuerzas, transformarse en una visión todavía más terrible. Algunos marchaban a caballo, otros a pie, y sin embargo todos avanzaban con la misma prodigiosa rapidez. Iban en silencio, pero un resplandor les iluminaba los ojos. En las altiplanicies de Lamedon se adelantaron a nuestras cabalgaduras, y nos rodearon, y nos habrían dejado atrás si Aragorn no los hubiera retenido.

»A una palabra de él, volvieron a la retaguardia. "Hasta los espectros de los hombres le obedecen", pensé. "¡Tal vez puedan aún servir a sus propósitos!"

»Cabalgamos durante todo un día de luz, y al día siguiente no amaneció, y continuamos cabalgando, y atravesamos el Ciril y el Ringló; y el tercer día llegamos a Linhir, sobre la desembocadura del Gilrain. Y allí los habitantes del Lamedon se disputaban los vados con las huestes feroces de Umbar y de Harad que habían llegado remontando el río. Pero defensores y enemigos abandonaron la lucha a nuestra llegada, y huyeron gritando que el Rey de los Muertos había venido a atacarlos. El único que conservó el ánimo y nos esperó fue Angbor, Señor de Lamedon, y Aragorn le pidió que reuniese a los hombres y nos siguieran, si se atrevían, una vez que el Ejército de las Sombras hubiese pasado.

»"En Pelargir, el Heredero de Isildur tendrá necesidad de nosotros", dijo.

»Así cruzamos el Gilrain, dispersando a nuestro paso a los fugitivos aliados de Mordor; luego descansamos un rato. Pero pronto Aragorn se levantó, diciendo: "¡Oíd! Minas Tirith ya ha sido invadida. Temo que caiga antes que podamos llegar a socorrerla." Así pues, no había pasado aún la noche cuando ya estábamos otra vez en las sillas, galopando a través de los llanos del Lebennin, esforzando las cabalgaduras.

Lególas se interrumpió un momento, suspiró, y volviendo la mirada al sur cantó dulcemente:

*¡De plata fluyen los ríos del Celos al Erui
en los verdes prados del Lebennin!
Alta crece la hierba. El viento del Mar
mece los lirios blancos.
Y las campánulas doradas caen del mallos y el alfirim,
en el viento del Mar,
en los verdes prados del Lebennin.*

»Verdes son esos prados en las canciones de mi pueblo; pero entonces estaban oscuros: un piélagos gris en la oscuridad que se extendía ante nosotros. Y a través de la vasta pradera, pisoteando a ciegas las hierbas y las flores, perseguimos a nuestros enemigos durante un día y una noche, hasta llegar como amargo final al Río Grande.

»Pensé entonces en mi corazón que nos estábamos acercando al Mar; pues las aguas parecían anchas en la sombra, y en las riberas gritaban muchas aves marinas. ¡Ay de mí! ¡Por qué habré escuchado el lamento de las gaviotas! ¿No me dijo la Dama que tuviera cuidado? Y ahora no las puedo olvidar.

—Yo en cambio no les presté atención —dijo Gimli—; pues en ese mismo momento comenzó por fin la batalla. Allí, en Pelargir se encontraba la flota principal de Umbar, cincuenta navios de gran envergadura y una infinidad de embarcaciones más pequeñas. Muchos de los que perseguíamos habían llegado a los puertos antes que nosotros, trayendo consigo el miedo; y algunas de las naves habían zarpado, intentando huir río abajo o ganar la otra orilla; y muchas de las embarcaciones más pequeñas estaban en llamas. Pero los Haradrim, ahora acorralados al borde mismo del agua, se volvieron de golpe, con una ferocidad exacerbada por la desesperación; y se rieron al vernos, porque sus huestes eran todavía numerosas.

»Pero Aragorn se detuvo, y gritó con voz tenante: "¡Venid ahora! ¡Os llamo en nombre de la Piedra Negra!" Y súbitamente, el Ejército de las Sombras, que había permanecido en la retaguardia, se precipitó como una marea gris, arrasando todo cuanto encontraba a su paso. Oí gritos y cuernos apagados, y un murmullo como de voces innumerables muy distantes; como si escuchara los ecos de alguna olvidada batalla de los Años Oscuros, en otros tiempos. Pálidas eran las espadas que allí desenvainaban; pero ignoro si las hojas morderían aún, pues los Muertos no necesitaban más armas que el miedo. Nadie se les resistía.

«Trepaban a todas las naves que estaban en los diques, y pasaban por encima de las aguas a las que se encontraban ancladas; y los marineros enloquecidos de terror se arrojaban por la borda, excepto los esclavos, que estaban encadenados a los remos. Y nosotros cabalgábamos implacables entre los enemigos en fuga, arrastrándolos como hojas caídas, hasta que llegamos a la orilla. Entonces, a cada uno de los grandes navios que aún quedaban en los muelles, Aragorn envió a uno de los Dúnedain, para que reconfortaran a los cautivos que se encontraban a bordo, y los instaran a olvidar el miedo y a recobrar la libertad.

»Antes que terminara aquel día oscuro no quedaba ningún enemigo capaz de resistirnos: los que no habían perecido ahogados, huían precipitadamente rumbo al sur con la esperanza de regresar a sus tierras.

Extraño y prodigioso me parecía que los designios de Mordor hubieran sido desbaratados por aquellos espectros de oscuridad y de miedo. ¡Derrotado con sus propias armas!

Extraño en verdad —dijo Lególas—. En aquella hora yo observaba a Aragorn y me imaginaba en qué Señor poderoso y terrible se habría podido convertir si se hubiese apropiado del Anillo. No por nada le teme Mordor. Pero es más grande de espíritu que Sauron de entendimiento. ¿No lleva por ventura la sangre de los hijos de Lúthien? Es de una estirpe que jamás habrá de corromperse, así perdure en años innumerables.

—Tales predicciones escapan a la visión de los enanos —dijo Gimli—. Pero en verdad poderoso fue Aragorn aquel día. Sí, toda la flota negra se encontraba en sus manos; y eligió para él la mayor de las naves, y subió a bordo. Entonces hizo sonar un gran coro de trompetas tomadas al enemigo; y el Ejército de las Sombras se replegó hasta la orilla. Y allí permanecieron, inmóviles y silenciosos, casi invisibles excepto un fulgor rojo en las pupilas, que reflejaban los incendios de las naves. Y Aragorn habló entonces a los Muertos, gritando con voz fuerte.

»"¡Escuchad ahora las palabras del Heredero de Isildur! Habéis cumplido vuestro juramento. ¡Retornad, y no volváis a perturbar el reposo de los valles! ¡Partid, y descansad!"

»Y entonces, el Rey de los Muertos se adelantó, y rompió la lanza, en dos y arrojó al suelo los pedazos. Luego se inclinó en una reverencia, y dando media vuelta se alejó; y todo el ejército siguió detrás de él, y se desvaneció como una niebla arrastrada por un viento súbito; y yo me sentí como si despertara de un sueño.

»Esa noche, nosotros descansamos mientras otros trabajaban. Porque muchos de los cautivos y esclavos liberados eran antiguos habitantes de Góndor, capturados por el enemigo en correrías; y no tardó en congregarse una gran multitud, formada por hombres que llegaban de Lebennin y del Ethir, y Angbor de Lamedon vino con todos los caballeros que había podido reunir. Ahora que el temor a los Muertos había desaparecido, todos acudían en nuestra ayuda y a ver al Heredero de Isildur; pues el rumor de ese nombre se había extendido como un fuego en la oscuridad.

»Y hemos llegado casi al final de nuestra historia. En las últimas horas de la tarde y durante la noche se repararon y equiparon numerosos navios; y por la mañana la flota pudo zarpar. Ahora parece que hubiera pasado mucho tiempo, y sin embargo fue sólo en la mañana de anteayer, el sexto día desde que partimos del Sagrario. Pero Aragorn temía aún que el tiempo fuese demasiado corto.

»"Hay cuarenta y dos leguas desde Pelargir hasta los fondeaderos del Harlond", dijo. "Es preciso, sin embargo, que mañana lleguemos al Harlond, o fracasaremos por completo."

»Ahora los que manejaban los remos eran hombres libres, y trabajaban con hombradía; sin embargo, remontábamos con lentitud el Río Grande, pues teníamos que luchar contra la corriente, y aunque no es rápida en el sur, el viento no nos ayudaba. A mí se me habría encogido el corazón, a pesar de nuestra reciente victoria en los puertos, si Lególas no hubiese reído de pronto.

»"¡Arriba esas barbas, hijo de Durin!", exclamó. "Porque se ha dicho: Cuando todo está perdido, llega a menudo la esperanza." Pero qué esperanza veía él a lo lejos, no me lo quiso decir. Llegó la noche, y la oscuridad creció y estábamos impacientes, pues allá lejos en el norte veíamos bajo la nube un resplandor rojizo; y Aragorn dijo: "Minas Tirith está en llamas."

»Pero a la medianoche vino en verdad la esperanza. Hombres del Ethir, lobos de mar, avezados, atisbando el cielo del sur anunciaron un cambio, un viento fresco que soplabla del Mar. Mucho antes del día, los navios izaron las velas, y empezamos a navegar con mayor rapidez, hasta que el alba blanqueó la espuma en nuestras proas. Y así, como sabéis, llegamos a la hora tercera de la mañana, con el viento a favor y un sol despejado, y en la batalla desplegamos el gran estandarte. Fue un gran día y una gran hora, aunque no sepamos qué pasará mañana.

—Pase lo que pase, el valor de las grandes hazañas no merma nunca —dijo Lególas—. Una grande hazaña fue la cabalgata por los Senderos de los Muertos, y lo seguirá siendo aunque nadie quede en Góndor para cantarla.

—Cosa bastante probable —dijo Gimli. Pues Aragorn y Gandalf parecen muy serios. Me pregunto qué decisiones estarán tomando allá abajo en la tienda. Yo por mi parte, lo mismo que Merry, desearía que con nuestra victoria la guerra hubiese terminado para siempre. Pero si aún queda algo por hacer, espero participar, por el honor del pueblo de la Montaña Solitaria.

—Y yo por el del pueblo del Bosque Grande —dijo Lególas—, y por amor al Señor del Árbol Blanco.

Luego los compañeros callaron, pero se quedaron sentados un tiempo en aquel sitio elevado, cada uno ocupado con sus propios pensamientos, mientras los Capitanes deliberaban.

Tan pronto como se hubo separado de Lególas y Gimli, el Príncipe Imrahil mandó llamar a Eomer; y salió con él de la ciudad, y descendieron hasta las tiendas de Aragorn en el campo, no lejos del sitio en que cayera el Rey Théoden. Y allí, reunidos con Gandalf y Aragorn y los hijos de Elrond, celebraron consejo.

—Señores —dijo Gandalf—, escuchad las palabras del Senescal de Gondor antes de morir: Durante un tiempo triunfarás quizás en los campos del Pelennor, por un breve día, mas contra el poder que ahora se levanta no hay victoria posible. No es que os exhorte a que como él os dejéis llevar por la desesperación, pero sí a que sopeséis la verdad que encierran estas palabras.

»Las Piedras que ven no engañan: ni el mismísimo Señor de Baraddür podría obligarlas a eso. Podría quizá decidir sobre lo que verán las mentes más débiles, o hacer que interpreten mal el significado de lo que ven. No obstante, es indudable que cuando Denethor veía en Mordor grandes fuerzas que se disponían a atacarlo, mientras reclutaban otras nuevas, veía algo que era cierto.

«Nuestra fuerza ha alcanzado apenas para contener la primera gran acometida. La próxima será más violenta. Esta es, por lo tanto, una guerra sin esperanza, como Denethor adivinó. La victoria no podrá conquistarse por las armas, ya no os mováis de aquí y soportéis un asedio tras otro, ya avancéis para ser aniquilados al otro lado del río. Sólo os queda elegir entre dos males; y la prudencia aconsejaría reforzar las defensas, y esperar el ataque; así podréis prolongar un poco el tiempo que os resta.

—¿Propones entonces que nos retiremos a Minas Tirith, o a Dol Amroth, o al Sagrario, y que nos sentemos allí como niños sobre castillos de arena mientras sube la marea? —dijo Imrahil.

—No habría en tal consejo nada nuevo —dijo Gandalf—. ¿No es acaso lo que habéis hecho, o poco más, durante los años de Denethor? ¡Pero no! Dije que eso sería lo prudente. Yo no aconsejo la prudencia. Dije que la victoria no podía ser conquistada con las armas. Confío aún en la victoria, ya no en las armas. Porque en todo esto cuenta el Anillo de Poder: el sostén de Baraddür y la esperanza de Sauron.

»Y de este asunto conocéis todos bastante como para entender en qué situación estamos, así como Sauron. Si reconquista el Anillo, vuestro valor es vano, y la victoria de él será rápida y definitiva: tan definitiva que nadie puede saber si terminará alguna vez, mientras dure este mundo. Y si el Anillo es destruido, Sauron caerá; y tan baja será su caída que nadie puede saber si volverá a levantarse algún día. Pues habrá perdido la mejor parte de la fuerza que era innata en él en un principio, y todo cuanto fue creado o construido con ese poder se derrumbará, y él quedará mutilado para siempre, convertido en un mero espíritu maligno que se atormenta a sí mismo en las tinieblas, y nunca más volverá a crecer y a tener forma. Y así uno de los grandes males de este mundo habrá desaparecido.

»Otros males podrán sobrevenir, porque Sauron mismo no es nada más que un siervo o un emisario. Pero no nos atañe a nosotros dominar todas las mareas del mundo, sino hacer lo que está en nuestras manos por el bien de los días que nos ha tocado vivir, extirpando el mal en los campos que conocemos, y dejando a los que vendrán después una tierra limpia para la labranza. Pero que tengan sol o lluvia, no depende de nosotros.

»Ahora Sauron sabe todo esto, y sabe además que el tesoro perdido ha sido encontrado otra vez, aunque ignora todavía dónde está, o al menos eso esperamos. Y una duda lo atormenta. Porque si lo tuviésemos, hay entre nosotros hombres fuertes que podrían utilizarlo. También eso lo sabe. Pues ¿me equivoco, Aragorn, al pensar que te mostraste a él en la Piedra de Orthanc?

— Lo hice antes de partir de Cuernavilla —respondió Aragorn—. Consideré que el momento era propicio, y que la Piedra había llegado a mis manos para ese fin. Hacía entonces diez días que el Portador del Anillo había salido de Rauros, rumbo al este, y pensé que era necesario atraer al Ojo de Sauron fuera de su propio país. Pocas veces, demasiado pocas ha sido desafiado desde que se retiró a la Torre. Aunque si hubiera previsto la rapidez con que respondería atacándonos, tal vez no me habría mostrado a él. Apenas me alcanzó el tiempo para acudir en vuestra ayuda.

—Pero ¿cómo? —preguntó Eomer—. Todo es en vano, dices, si él tiene el Anillo. ¿Por qué no pensaría Sauron que es en vano atacarnos, si nosotros lo tenemos?

—Porque aún no está seguro —dijo Gandalf—, y no ha edificado su poder esperando a que el enemigo se fortaleciese, como hemos hecho nosotros. Además, no podíamos aprender en un día a manejar la totalidad del poder. En verdad, un amo, sólo uno, puede usar el Anillo; y Sauron espera un tiempo de discordia, antes que entre nosotros uno de los grandes se proclame amo y señor y prevalezca sobre los demás. En ese intervalo, si actúa pronto, el Anillo podría ayudarle.

»Ahora observa. Ve y oye muchas cosas. Los Nazgûl están aún fuera de Mordor. Volaron por encima de este campo antes del alba, aunque pocos entre los vencidos por el sueño o la fatiga de la batalla los hayan visto. Y estudia los signos: la espada que lo despojó del tesoro forjada de nuevo; los vientos de la fortuna girando a nuestro favor, con el fracaso inesperado del primer ataque; la caída del Gran Capitán.

»En este mismo momento la duda crece en él mientras estamos aquí deliberando. Y el Ojo apunta hacia aquí, ciego casi a toda otra cosa. Y así tenemos que mantenerlo: fijo en nosotros. Es nuestra única esperanza. He aquí, por lo tanto, mi consejo. No tenemos el Anillo. Sabios o insensatos, lo hemos enviado lejos, para que sea destruido, y no nos destruya. Y sin él no podemos derrotar con la fuerza la fuerza de Sauron. Pero es preciso ante todo que el Ojo del Enemigo continúe apartado del verdadero peligro que lo amenaza. No podemos conquistar la victoria con las armas, pero con las armas podemos prestar al Portador del Anillo la única ayuda posible, por frágil que sea.

»Así lo comenzó Aragorn, y así hemos de continuar nosotros: hostigando a Sauron hasta el último golpe; atrayendo fuera del país las fuerzas secretas de Mordor, para que quede sin defensas. Tenemos que salir al encuentro de Sauron. Tenemos que convertirnos en carnada, aunque las mandíbulas de Sauron se cierren sobre nosotros. Y morderá el cebo, pues esperanzado y voraz creará reconocer en nuestra temeridad el orgullo del nuevo Señor del Anillo. Y dirá: "¡Bien! Estira el cuello demasiado pronto y se acerca más de lo prudente. Que continúe así, y ya veréis cómo yo le tiendo una trampa de la que no podrá escapar. Entonces lo aplastaré, y lo que ha tomado con insolencia, será mío otra vez y para siempre."

»Hacia esa trampa hemos de encaminarnos con entereza y los ojos bien abiertos, y hay pocas esperanzas para nosotros. Porque es probable, señores, que todos perezcamos en una negra batalla lejos de las tierras de los vivos, y que aún en el caso de que Baraddür sucumba, no vivamos para ver una nueva era. Sin embargo esto es, en mi opinión, lo que hemos de hacer. Mejor que perecer de todos modos, como sin duda ocurriría si nos quedáramos aquí a esperar, y sabiendo al morir que no habrá ninguna nueva era.

Durante un rato todos guardaron silencio. Al fin habló Aragorn:

—Así como he comenzado, así continuaré. Nos acercamos al borde del abismo, donde la esperanza y la desesperación se hermanan. Titubear equivale a caer. Que nadie se oponga ahora a los consejos de Gandalf, cuya larga lucha contra Sauron culmina al fin. Si no fuese por él, hace tiempo que todo se habría perdido para siempre. Sin embargo, no pretendo todavía dar órdenes a nadie; que cada cual decida según su propia voluntad.

Entonces dijo Elrohir:

—Del Norte hemos venido con este propósito, y de Elrond nuestro padre recibimos el mismo consejo. No volveremos sobre nuestros pasos.

—En cuanto a mí —dijo Eomer— poco entiendo de tan profundas cuestiones; mas no lo necesito. Lo que sé, y con ello me basta, es que así como mi amigo Aragorn me socorrió a mí y a mi pueblo, así acudiré yo en ayuda de él, cuando él me llame. Iré.

—Yo, por mi parte —dijo Imrahil—, considero al Señor Aragorn como mi soberano, quiera él o no reivindicar tal derecho. Los deseos de él son órdenes para mí. También yo iré. No obstante, puesto que reemplazo por algún tiempo al Senescal de Gondor, primero he de pensar en su pueblo. No desoigamos aún del todo la voz de la prudencia. Pues hemos de estar preparados contra cualquier posibilidad, buena o mala. Todavía puede ocurrir que triunfemos, y mientras quede alguna esperanza, Gondor tiene que ser protegida. No quisiera retornar en triunfo a una ciudad en ruinas y ver a nuestro paso las tierras devastadas. Y sabemos por los Rohirrim que en nuestra frontera septentrional espera un ejército todavía intacto.

—Es cierto —dijo Gandalf—. No te aconsejo que dejes la ciudad indefensa. Y en verdad, no es necesario que llevemos al este una fuerza poderosa, como para emprender un ataque verdadero y en serio contra Mordor, pero sí suficiente para desafiarlos a presentar batalla. Y tendrá que ponerse en marcha muy pronto. Yo pregunto a los Capitanes: ¿con qué fuerza podríamos contar en un plazo de dos días? Es imprescindible que sean hombres valerosos, que vayan voluntariamente, conscientes del peligro.

—Todos los hombres están fatigados, y hay numerosos heridos, leves y graves —dijo Eomer—, y también se han perdido muchos caballos, lo que es difícil de reparar. Si en verdad tenemos que partir tan pronto, dudo que pueda llevar conmigo más de dos mil hombres, dejando otros tantos para la defensa.

—No hemos de contar sólo con los que combatieron en este campo —dijo Aragorn—. Ahora que las costas han quedado libres de enemigos, llegan nuevas fuerzas de los feudos del sur. Cuatro mil envié dos días atrás desde Pelargir a través de Lossarnach; y Angbor el intrépido cabalga al frente. Si partimos dentro de dos días, estarán cerca de aquí bastante antes. Además he ordenado a muchos otros que me siguieran, y remontaran el río en tantas embarcaciones como pudieran conseguir; y con este viento no tardarán en llegar: en verdad, varias naves han anclado ya en los muelles del Harlond. Estimo

que podremos llevar unos siete mil hombres, entre infantes y jinetes, y a la vez dejar la ciudad mejor defendida que cuando comenzó el ataque.

—La Puerta ha sido destruida —dijo Imrahil—. ¿Dónde está ahora la pericia para reconstruirla y ponerla de nuevo?

—En Erebor en el Reino de Dáin —dijo Aragorn—, y si no se desbaratan todas nuestras esperanzas, llegado el momento enviaré a Gimli hijo de Glóin en busca de los picapedreros de la Montaña. Pero los hombres son una defensa más eficaz que las puertas, y no habrá puerta que resista al enemigo si los hombres la abandonan.

Tales fueron pues las conclusiones del debate: en la mañana del segundo día partirían con siete mil hombres, si conseguían reunidos; la mayor parte de esta fuerza iría a pie a causa de las regiones accidentadas en que tendría que internarse. Aragorn trataría de reunir unos dos mil de los que se habían plegado a él en el Sur; pero Imrahil tenía que reclutar tres mil quinientos; y Eomer quinientos de los Rohirrim, que aun desmontados eran guerreros diestros y valientes. Y él mismo iría a la cabeza de una columna formada por quinientos de sus mejores jinetes; en una segunda compañía de otros quinientos jinetes, junto con los hijos de Elrond marcharían los Dúnedain y los Caballeros de Dol Amroth: en total seis mil hombres a pie y mil a caballo. Pero la fuerza principal de los Rohirrim, la que aún contaba con cabalgaduras y estaba en condiciones de combatir, defendería el Camino del Oeste de los ejércitos enemigos apostados en Anórien. E inmediatamente enviaron jinetes veloces en busca de noticias hacia el norte; y al este de Osgiliath y del camino a Minas Morgul.

Y cuando hubieron contado todas las fuerzas, y luego de discutir las etapas del viaje y los caminos que tomarían, Imrahil estalló de pronto en una sonora carcajada.

—Esta es, sin duda —exclamó—, la mayor farsa en toda la historia de Góndor: ¡que partamos con siete mil, una hueste que equivale apenas a la vanguardia del ejército de este país en los días de esplendor, al asalto de las montañas y de la puerta impenetrable del País Oscuro! ¡Como si un niño amenazara a un caballero armado con un arco de madera de sauce verde y cordel! Si el Señor Oscuro supiera tanto como tú dices, Mithrandir ¿no te parece que en vez de temer sonreiría, y nos aplastaría con el dedo meñique como a un mosquito que intentara clavarle el aguijón?

—No, querrá cazar al mosquito y quitarle el aguijón —dijo Gandalf. Y algunos de nuestros hombres valen más que un millar de caballeros de armadura. No, no sonreiré.

—Tampoco nosotros sonreiremos —dijo Aragorn—. Si esto es una farsa, es demasiado amarga para provocar risa. No, es el último lance de una partida peligrosa, y será de algún modo el final del juego. —En seguida desenvainó a Andúril y la sostuvo centelleante a la luz del sol. — No volveré a envainarte hasta que se haya librado la última batalla —dijo.

10

LA PUERTA NEGRA SE ABRE

Dos días después el ejército del Oeste se encontraba reunido en el Pelennor. Las huestes de orcos y hombres del Este se habían retirado de Anórien, pero hostigados y desbandados por los Rohirrim habían huido casi sin presentar batalla hacia Cair Andros; destruida pues esa amenaza, y con las nuevas fuerzas que llegaban del Sur, la ciudad estaba relativamente bien defendida. Y los batidores informaban que en los caminos del este y hasta la Encrucijada del Rey Caído no quedaba un solo enemigo con vida. Ya todo estaba preparado para el golpe final.

Una vez más Lególas y Gimli cabalgarían juntos en compañía de Aragorn y Gandalf, que marchaban a la vanguardia con los Dúnedain y los hijos de Elrond. Merry, avergonzado, se enteró de que él no los acompañaría.

—No estás bien todavía para semejante viaje —le dijo Aragorn—. Pero no te avergüences. Aunque no hagas nada más en esta guerra, ya has conquistado grandes honores. Peregrin irá en representación de la Comarca; y no le envidies esta oportunidad de afrontar el peligro, pues aunque haya hecho todo tan bien como se lo ha permitido la suerte, aún no ha igualado tu hazaña. Pero en verdad todos corremos ahora un peligro igual. Tal vez nuestro destino sea encontrar un triste fin ante la Puerta de

Mordor, y en tal caso también a vosotros os habrá llegado la última hora, sea aquí o dondequiera que os atrape la marea negra. ¡Adiós!

Merry siguió observando de mala gana los preparativos de la partida. Bergil lo acompañaba, pero también él estaba abatido: su padre marcharía a la cabeza de una Compañía de Hombres de la Ciudad, pues hasta tanto no se lo juzgase, no se podría reintegrar a la Guardia. En esa misma compañía partía Pippin, soldado de Góndor. Merry alcanzó a verlo no muy lejos: una figura pequeña pero erguida entre los altos hombres de Minas Tirith.

Sonaron por fin las trompetas, y el ejército se puso en movimiento. Escuadrón tras escuadrón, compañía tras compañía, dieron media vuelta y partieron rumbo al este. Y hasta después que se perdieran de vista en el fondo de la carretera que conducía al Camino Amurallado, Merry se quedó allí. Los últimos yelmos y lanzas de la retaguardia centellearon a la luz del sol de la mañana y desaparecieron a lo lejos, y Merry aún seguía allí, con la cabeza gacha y el corazón oprimido, sintiéndose solo y abandonado. Los seres que más quería habían partido hacia las tinieblas en el distante cielo del Este; y pocas esperanzas le quedaban de volver a ver a alguno de ellos.

Como llamado por la desesperación, le volvió el dolor del brazo. Se sentía viejo y débil, y la luz del sol le parecía pálida. El contacto de la mano de Bergil lo sacó de estas cavilaciones.

—¡Vamos, maese Ferian! —dijo el muchacho—. Veo que todavía te duele. Te ayudaré a regresar a las Casas de Curación. ¡Pero no temas! Volverán. Los Hombres de Minas Tirith jamás serán derrotados. Y ahora tienen al Señor Piedra de Elfo, y también a Beregonde de la Guardia.

El ejército llegó a Osgiliath antes del mediodía. Allí todos los operarios y artesanos disponibles estaban ocupados. Algunos reforzaban las barcasas y los puentes que el enemigo había construido, y destruido en parte al huir; otros almacenaban los víveres y recogían el botín, y otros levantaban de prisa obras de defensa en la margen oriental del río.

La vanguardia pasó por las ruinas de la Antigua Gondor, y luego por encima del ancho río, y tomó el camino largo y recto construido en otros días entre la hermosa Torre del Sol y la elevada Torre de la Luna, ahora convertida en Minas Morgul, en el valle maldito. Cinco leguas más allá de Osgiliath se detuvieron, concluyendo la primera jornada de marcha.

Pero los jinetes continuaron avanzando y antes de la noche habían llegado a la Encrucijada y al gran círculo de árboles: allí todo era silencio. No se veían rastros del enemigo, ni se escuchaban gritos ni clamores; ni un solo dardo había volado desde las rocas o los matorrales próximos, y sin embargo mientras avanzaban sentían cada vez más que la tierra vigilaba alrededor. Los árboles, las piedras y el follaje, las briznas de hierba, todo parecía escuchar. La oscuridad se había disipado, y el sol se ponía a lo lejos en el valle del Anduin, y los picos blancos de las montañas se arbolaban en el aire azul; pero había una sombra y una tiniebla sobre los Ephel Dúath.

Apostando a los trompetas del ejército en cada uno de los cuatro senderos que desembocaban en el círculo de árboles, Aragorn ordenó que tocasen una gran fanfarria, y a los heraldos que gritasen: «Los Señores de Gondor han vuelto, y han rescatado estos territorios que les pertenecen.» Y la horrorosa máscara de orco sobre la mutilada estatua de piedra fue arrojada al suelo y rota en mil pedazos, y recogiendo la cabeza del viejo rey, todavía coronada de flores blancas y doradas, la colocaron de nuevo en su sitio; y limpiaron y borrarón todas las inscripciones inmundas que los orcos habían puesto en la piedra.

Durante el debate, algunos habían aconsejado que Minas Morgul fuese el primer blanco, y que si lograban tomarla, la destruyesen totalmente, sin dejar piedra sobre piedra.

—Y acaso —había dicho Imrahil— el camino que desde allí conduce al paso entre las cumbres sea una vía de ataque al Señor Oscuro más accesible que la puerta del Norte.

Pero Gandalf se había opuesto terminantemente, no sólo a causa de los maleficios que pesaban sobre el valle, donde las mentes de los vivos enloquecían de horror, sino también por las noticias que había traído Faramir. Porque si el Portador del Anillo había en verdad intentado ese camino, era menester, por sobre todas las cosas, no atraer hacia allí la mirada del Ojo de Mordor. Y al día siguiente, cuando llegó el grueso del ejército, pusieron una guardia numerosa en la Encrucijada para contar con alguna defensa, en caso de que Mordor mandase fuerzas a través del Paso de Morgul, o enviara nuevas huestes desde el sur. Para esta guardia escogieron arqueros que conocían los caminos de Ithilien; permanecería oculta en los bosques y pendientes del cruce de caminos. Pero Gandalf y Aragorn cabalgaron con la vanguardia hasta la entrada del Valle de Morgul y contemplaron la ciudad maldita.

Estaba a oscuras y sin vida: porque los orcos y las otras criaturas innobles que habitaran allí, habían perecido en la batalla, y los Nazgûl estaban fuera. No obstante, el aire del valle era opresivo, cargado de temor y hostilidad. Destruyeron entonces el puente siniestro, incendiaron los campos malsanos, y se alejaron.

Al día siguiente, el tercero desde que partieran de Minas Tirith, el ejército emprendió la marcha hacia el norte. Por esa ruta, la distancia entre la Encrucijada y el Morannon era de unas cien millas, y lo que la suerte podía depararles antes de llegar tan lejos, nadie lo sabía. Avanzaban abiertamente pero con cautela, precedidos por batidores montados, mientras otros exploraban a pie los flancos del camino, y más los del lado oriental: porque allí se extendía un bosque sombrío y una zona anfractuosa de barrancos y despeñaderos rocosos, y detrás se alzaban las laderas largas y empinadas de Ephel Dúath. El tiempo del mundo se mantenía apacible y hermoso, y el viento soplaba aún desde el oeste, pero nada podía disipar las tinieblas y las brumas que se acumulaban alrededor de las Montañas de la Sombra; y por detrás de ellas brotaban intermitentemente grandes humaredas que se elevaban y quedaban suspendidas, flotando entre los vientos de las cumbres.

De tanto en tanto Gandalf hacía sonar las trompetas y los heraldos pregonaban:

— ¡Los Señores de Gondor han llegado! ¡Que todos abandonen el territorio o se sometan! Pero Imrahil dijo:

—No digáis «los Señores de Gondor». Decid «el Rey Elessar». Porque es la verdad, aunque no haya ocupado el trono todavía; y dará más que pensar al enemigo, si así lo nombran los heraldos.

Y a partir de ese momento, tres veces al día proclamaban los heraldos la venida del Rey Elessar. Mas nadie recogía el desafío.

No obstante, aunque en una paz aparente, todos los hombres marchaban oprimidos, desde el más encumbrado al más humilde, y a cada milla que avanzaban hacia el norte, más pesaban sobre ellos unos presentimientos funestos. Al final del segundo día de marcha desde la Encrucijada tuvieron por primera vez la oportunidad de una batalla: una poderosa hueste de orcos y hombres del Este intentó hacer caer en una emboscada a las primeras compañías; el paraje era el mismo en que Faramir había acechado a los hombres de Harad, y el camino atravesaba una estribación de las montañas orientales y penetraba en una garganta estrecha. Pero los Capitanes del Oeste, oportunamente prevenidos por los batidores —un grupo de hombres avezados bajo la conducción de Mablung— los hicieron caer en su propia trampa: desplegando la caballería en un movimiento envolvente hacia el oeste, los sorprendieron por el flanco y por la retaguardia, destruyéndolos, u obligándolos a huir a las montañas.

Sin embargo, la victoria no fue suficiente para reconfortar a los Capitanes.

—No es más que una treta —dijo Aragorn—. Lo que se proponían, sospecho, no era causarnos grandes daños, no por ahora, sino darnos una falsa impresión de debilidad, e inducirnos a seguir adelante.

Y esa noche volvieron los Nazgûl, y a partir de entonces vigilaron cada uno de los movimientos del ejército. Volaban siempre a gran altura, invisibles a los ojos de todos excepto los de Lególas, pero una sombra más profunda, un oscurecimiento del sol los delataba. Y si bien no se abatían sobre sus enemigos, y se limitaban a acecharlos en silencio, sin un solo grito, un miedo invencible los dominaba a todos.

Así transcurría el tiempo y con él el viaje sin esperanzas. En el cuarto día de marcha desde la Encrucijada y el sexto desde Minas Tirith llegaron a los confines de las tierras fértiles y comenzaron a internarse en los páramos que precedían a las puertas del Morannon en el Paso de Cirith Gorgor; y divisaron los pantanos, y el desierto que se extendía al norte y al oeste hasta los Eryn Muil. Era tal la desolación de aquellos parajes, tan profundo el horror, que una parte del ejército se detuvo amilanada, incapaz de continuar avanzando hacia el norte, ni a pie ni a caballo.

Aragorn los miró, no con cólera sino con piedad: porque todos eran hombres jóvenes de Rohan, del Lejano Folde Oeste, o labriegos venidos desde Lossarnach, para quienes Mordor había sido desde la infancia un nombre maléfico, y a la vez irreal, una leyenda que no tenía relación con la sencilla vida campesina; y ahora se veían a sí mismos como imágenes de una pesadilla hecha realidad, y no comprendían esta guerra ni por qué el destino los había puesto en semejante trance.

—¡Volved! —les dijo Aragorn—. Pero tened al menos un mínimo de dignidad, y no huyáis. Y hay una misión que podríais cumplir para atenuar en parte vuestra vergüenza. Id por el sudoeste hasta Cair Andros, y si aún está en manos del enemigo, como lo sospecho, reconquistadla, si podéis, y resistid allí hasta el final, en defensa de Gondor y de Rohan.

Abochornados por la indulgencia de Aragorn, algunos lograron sobreponerse al miedo y seguir adelante; los demás partieron, alentados por la perspectiva de una empresa honrosa y a la medida de sus fuerzas; y así, con menos de seis mil hombres, pues ya habían dejado muchos en la Encrucijada, los Capitanes del Oeste marcharon al fin a desafiar la Puerta Negra y el poder de Mordor.

Ahora avanzaban lentamente, esperando a cada momento una respuesta, y en filas más compactas, comprendiendo que enviar batidores o pequeños grupos de avanzada era un despilfarro de hombres. Al anochecer del quinto día de viaje desde el Valle de Morgul, prepararon el último campamento, y encendieron hogueras alrededor con las pocas ramas y malezas secas que pudieron encontrar. Pasaron en vela las horas de la noche, y alcanzaron a ver unas formas indistintas que iban y venían en la oscuridad, y escucharon los aullidos de los lobos. El viento había muerto y el aire de la noche parecía estancado. Apenas veían, pues aunque no había nubes, y la luna creciente era de cuatro noches, humos y emanaciones brotaban de la tierra, y las nieblas de Mordor amortajaban el creciente blanco.

Empezaba a hacer frío. Al amanecer, el viento se levantó otra vez, ahora desde el norte, y no tardó en convertirse en un hálito helado. Todos los merodeadores nocturnos habían desaparecido, y el paraje parecía desierto. Al norte, entre los pozos mefíticos, se alzaban los primeros promontorios y colinas de escoria y roca carcomida y tierra dilapidada, el vómito de las criaturas inmundas de Mordor; pero ya cerca en el sur asomaba el baluarte de Cirith Gorgor, y en el centro mismo la Puerta Negra, flanqueada por las dos Torres de los Dientes, altas y oscuras. Porque en la última etapa los Capitanes, para evitar posibles emboscadas en las colinas, se habían desviado del viejo camino en el punto en que se curvaba hacia el este, y ahora, como lo hiciera antes Frodo, se acercaban al Morannon desde el noroeste.

Los poderosos batientes de hierro de la Puerta Negra estaban herméticamente cerrados bajo la arcada hostil. En las murallas almenadas no había señales de vida. El silencio era sepulcral, pero expectante. Habían llegado por fin a la meta última de una aventura descabellada, y ahora, a la luz gris del alba contemplaban descorazonados y tiritando de frío aquellas torres y murallas que jamás podrían atacar con esperanzas, ni aunque hubiesen traído consigo máquinas de guerra de mucho poder, y las fuerzas del enemigo apenas alcanzasen a defender la puerta y la muralla. Sabían que en todas las colinas y peñascos de alrededor había enemigos ocultos, y que del otro lado, en los túneles y cavernas excavados bajo el desfiladero sombrío, pululaban unas criaturas siniestras. De improviso, vieron a los Nazgûl, revoloteando como una bandada de buitres por encima de las Torres de los Dientes; y supieron que estaban al acecho. Pero el enemigo no se mostraba aún.

No les quedaba otro remedio que representar la comedia hasta el final. Aragorn ordenó el ejército del mejor modo posible, en dos grandes colinas de pie dra y tierra que los orcos habían amontonado en años y años de labor. Ante ellos y hacia Mordor, se abrían como un foso un gran cenagal infecto y unos pantanos pestilentes. Cuando todo estuvo en orden, los Capitanes cabalgaron hacia la Puerta Negra con una fuerte guardia de caballería, llevando el estandarte, y acompañados por los heraldos y los trompetas. A la cabeza iban Gandalf de primer heraldo, y Aragorn con los hijos de Elrond, y Eomer de Rohan, e Imrahil; y Lególas y Gimli y Peregrin fueron invitados a seguirlos, pues deseaban que todos los pueblos enemigos de Mordor contaran con un testigo.

Cuando estuvieron al alcance de la voz, desplegaron el estandarte y soplaron las trompetas; y los heraldos se adelantaron y elevaron sus voces por encima del muro almenado de Mordor.

— ¡Salid! —gritaron—. ¡Que salga el Señor de la Tierra Tenebrosa! Se le hará justicia. Porque ha declarado contra Gondor una guerra injusta, y ha devastado sus territorios. El Rey de Gondor le exige que repare los daños, y que se marche para siempre. ¡Salid!

Siguió un largo silencio; ni un grito, ni un rumor llegó como respuesta desde la puerta y los muros. Pero ya Sauron había trazado sus planes: antes de asestar el golpe mortal, se proponía jugar cruelmente con aquellos ratones. De pronto, en el momento en que los Capitanes ya estaban a punto de retirarse, el silencio se quebró. Se oyó un prolongado redoble de tambores, como un trueno en las montañas, seguido de una algarabía de cuernos que estremeció las piedras y ensordeció a los hombres; y el batiente central de la Puerta Negra rechinó con estrépito y se abrió de golpe dando paso a una embajada de la Torre Oscura.

La encabezaba una figura alta y maléfica, montada en un caballo negro, si aquella criatura enorme y horrenda era en verdad un caballo; la máscara de terror de la cara más parecía una calavera que una cabeza con vida; y echaba fuego por las cuencas de los ojos y por los ollares. Un manto negro cubría por completo al jinete, y negro era también el yelmo de cimera alta; no se trataba, sin embargo, de uno de los Espectros del Anillo; era un hombre y estaba vivo. Era el Lugarteniente de la Torre de Baraddûr, y ninguna historia recuerda su nombre, porque hasta él lo había olvidado, y decía: «Yo soy la Boca de

Sauron.» Pero se murmuraba que era un renegado, descendiente de los Númenóreanos Negros, que se habían establecido en la Tierra Media durante la supremacía de Sauron. Veneraban a Sauron, pues estaban enamorados de las ciencias del mal. Habían entrado al servicio de la Torre Oscura en tiempos de la primera reconstrucción, y con astucia se había elevado en los favores del Señor; y aprendió los secretos de la hechicería, y conocía muchos de los pensamientos de Sauron; y era más cruel que el más cruel de los orcos.

Este era pues el personaje que ahora avanzaba hacia ellos, con una pequeña compañía de soldados de armadura negra, y enarbolando un único estandarte negro, pero con el Ojo Maléfico pintado en rojo. Deteniéndose a pocos pasos de los Capitanes del Oeste, los miró de arriba abajo y se echó a reír.

—¿Hay en esta pandilla alguien con autoridad para tratar conmigo? —preguntó—. ¿O en verdad con seso suficiente como para comprenderme? ¡No tú, por cierto! se burló, volviéndose a Aragorn con una mueca de desdén—. Para hacer un rey, no basta con un trozo de vidrio élfico y una chusma semejante. ¡Si hasta un bandolero de las montañas puede reunir un séquito como el tuyo!

Aragorn no respondió, pero clavó en el otro la mirada, y la sostuvo, y así lucharon un momento, ojo contra ojo; pero pronto, sin que Aragorn se hubiera movido, ni llevara la mano a la espada, el otro retrocedió acobardado, como bajo la amenaza de un golpe.

—¡Soy un heraldo y un embajador, y nadie puede atacarme! —gritó.

—Donde mandan esas leyes —dijo Gandalf—, también es costumbre que los embajadores sean menos insolentes. Nadie te ha amenazado. Nada tienes que temer de nosotros, hasta que hayas cumplido tu misión. Pero si tu amo no ha aprendido nada nuevo, correrás entonces un gran peligro, tú y todos los otros servidores.

—¡ Ah! —dijo el emisario—. De modo que tú eres el portavoz, ¿viejo barbagrís? ¿No hemos oído hablar de ti de tanto en tanto, y de tus andanzas, siempre tramando intrigas y maldades a una distancia segura? Pero esta vez has metido demasiado la nariz, maese Gandalf; y ya verás qué le espera a quien echa unas redes insensatas a los pies de Sauron el Grande. Traigo conmigo testimonios que me han encomendado mostrarte, a ti en particular, si te atrevías a venir aquí. —Hizo una señal, y un guardia se adelantó llevando un paquete envuelto en lienzos negros. El emisario apartó los lienzos, y allí, ante el asombro y la consternación de todos los Capitanes, levantó primero la espada corta de Sam, luego una capa gris con un broche élfico, y por último la cota de malla de mithril que Frodo vestía bajo las ropas andrajosas. Una negrura repentina cegó a todos, y en un momento de silencio pensaron que el mundo se había detenido; pero tenían los corazones muertos y habían perdido la última esperanza. Pippin, que estaba detrás del Príncipe Imrahil, se precipitó hacia adelante ahogando un grito de dolor.

— ¡Silencio! —le dijo Gandalf con severidad, mientras lo empujaba hacia atrás; pero el emisario estalló en una carcajada.

— ¡Así que tenéis con vosotros a otro de esos trasgos! —gritó—. Qué utilidad les encontraréis, no lo sé. Pero enviarlos a Mordor como espías, sobrepasa vuestra inveterada imbecilidad. Sin embargo, tengo que darle las gracias, pues es evidente que ese alfeñique ha reconocido los objetos, y ahora sería inútil que pretendierais desmentirlo.

—No pretendo desmentirlo —dijo Gandalf—. Y en verdad, yo mismo los conozco, así como la historia de cada uno de ellos, y tú, inmundo Boca de Sauron, a pesar de tus sarcasmos, no puedes decir otro tanto. Mas ¿por qué los has traído?

—Cota de malla de enano, capa élfica, hoja forjada en el derrotado Oeste, y espía de ese territorio de ratas, la Comarca... ¡No, calma! Bien lo sabemos... estas son las pruebas de una conspiración. Y bien, tal vez quien llevaba estas prendas es alguien que no lamentaríais perder, o tal vez sí, acaso alguien muy querido. Si es así, decididlo de prisa, con el poco seso que aún os queda. Porque Sauron no simpatiza con los espías, y el destino de éste depende ahora de vosotros.

Nadie le respondió; pero viendo las caras grises de miedo y el horror en todos los ojos, volvió a reír, pues le pareció que estaba ganando la partida.

—¡Magnífico, magnífico! —exclamó—. Veo que era alguien muy querido. ¿O acaso la misión que llevaba era tal que no querríais que fracasara? Pues bien, ha fracasado. Y ahora tendrá que soportar el lento tormento de los años, tan largo y tan lento como sólo pueden conseguirlo nuestros artificios en la Gran Torre; ya nunca más será liberado, salvo tal vez cuando esté quebrado y consumido, y entonces irá a vosotros, y veréis lo que le habéis hecho. Todo esto le ocurrirá ciertamente... a menos que aceptéis las condiciones de mi Señor.

—Di esas condiciones —dijo Gandalf con voz firme, pero quienes lo rodeaban vieron angustia en el semblante del mago; y ahora parecía un anciano decrepito, aplastado y derrotado al fin. Nadie pensó que no las aceptaría.

—He aquí las condiciones —sonrió el emisario, mientras observaba uno a uno a los Capitanes—, La chusma de Góndor y sus engañados secuaces se retirarán en seguida a la otra orilla del Anduin, pero ante todo jurarán no atacar nunca más a Sauron el Grande con las armas, abierta o secretamente. Todos los territorios al este del Anduin pertenecerán a Sauron para siempre y sólo a él. Las tierras que se extienden al oeste del Anduin hasta las Montañas Nubladas y la Quebrada de Rohan serán tributarias de Mordor, y a sus habitantes les estará prohibido llevar armas, pero se les permitirá manejar sus propios asuntos. No obstante, tendrán la obligación de ayudar a reconstruir Isengard, que ellos destruyeron para nada, y la ciudad pertenecerá a Sauron, y allí residirá el lugarteniente de Sauron: no Saruman sino otro, más digno de confianza.

Mirando los ojos del emisario, era fácil leerle el pensamiento. El sería el lugarteniente de Sauron, y él mandaría en todo cuanto quedara del Oeste: él sería el tirano y ellos los esclavos.

Pero Gandalf dijo:

—Es demasiado pedir por la devolución de un servidor: que tu Amo reciba en canje lo que de otro modo tendría que conquistar a lo largo de muchas guerras. ¿O acaso luego de la batalla de Gondor y a no confía en la guerra, y ahora se rebaja a negociar? Y si en verdad tanto valoráramos a este prisionero ¿qué seguridad tenemos de que Sauron, Vil Maestro de Traiciones, cumplirá su palabra? ¿Dónde está el prisionero? Que lo traigan y lo muestren, y entonces estudiaremos vuestras condiciones.

A Gandalf, que lo miraba con fijeza, como en duelo con un enemigo mortal, le pareció que por un instante el emisario no supo qué decir, aunque en seguida rió de nuevo.

— ¡No le hables a la Boca de Sauron con insolencia! —gritó—. ¡Pides seguridades! Sauron no las da. Si pretendes clemencia, antes haréis lo que él exige. Estas son sus condiciones. ¡Aceptadlas o rechazadlas!

— ¡Estas aceptaremos! —dijo Gandalf de pronto. Se abrió la capa, y una luz blanca centelleó como una espada en la oscuridad. Ante la mano levantada de Gandalf el emisario retrocedió y Gandalf dio un paso adelante y le arrancó los objetos de las manos: la cota de malla, la capa y la espada—. Los llevaremos en recuerdo de nuestro amigo —gritó—. Y en cuanto a tus condiciones, las rechazamos de plano. Vete ya, pues tu misión ha concluido y la hora de tu muerte se aproxima. No hemos venido aquí a derrochar palabras con Sauron, desleal y maldito, y menos aún con uno de sus esclavos. ¡Vete!

El emisario de Mordor ya no se reía. Con la cara crispada por la estupefacción y la furia, parecía un animal salvaje que en el momento en que se agazapa para saltar sobre la presa, recibe un garrotazo en el hocico. Loco de rabia, echó baba por la boca, mientras unos sonidos de furia se le estrangulaban en la garganta. Pero miró los rostros feroces y las miradas mortíferas de los Capitanes, y el miedo fue más fuerte que la ira. Dando un alarido, se volvió, trepó de un salto a su cabalgadura, y partió en desenfundado galope hacia Cirith Gorgor. Entonces, mientras se alejaban, los soldados de Mordor soplaron los cuernos, respondiendo a una señal convenida; y no habían llegado aún a la puerta cuando Sauron soltó la trampa que había preparado.

Los tambores redoblaron, y las hogueras se encendieron. Los poderosos batientes de la Puerta Negra se abrieron de par en par, y una gran hueste se precipitó como las aguas turbulentas de un dique cuando levantan una compuerta.

Los Capitanes del Oeste volvieron a montar y se retiraron al galope, y un aullido de burlas brotó del ejército de Mordor. Una nube de polvo oscureció el aire, y desde las cercanías vino marchando un ejército de Hombres del Este que había estado esperando la señal oculto entre las sombras del Ered Lithui, junto a la torre más distante. De las colinas que flanqueaban el Morannon se precipitó un torrente de orcos. Los hombres del Oeste estaban atrapados, y pronto en aquellos montes grises unas fuerzas diez y más veces superiores los envolverían en un mar de enemigos. Sauron había mordido la carnada con mandíbulas de acero.

Poco tiempo le quedaba a Aragorn para preparar la batalla. En una misma colina estaban él y Gandalf, y allí enarbolaron el estandarte, hermoso y desesperado del Árbol y las Estrellas. En la colina opuesta flameaban los estandartes de Rohan y de Dol Amroth, Caballo Blanco y Cisne de Plata. Un círculo de lanzas y espadas defendía las dos colinas. Pero al frente, en dirección a Mordor, allí donde esperaban la primera embestida violenta, estaban los hijos de Elrond a la izquierda, rodeados por los

Dúnedain, y a la derecha el Príncipe Imrahil con los apuestos caballeros de Dol Amroth, y algunos hombres escogidos de la Torre de la Guardia.

Soplaba el viento, cantaban las trompetas, y las flechas gemían; y el sol que ahora subía hacia el sur estaba empañado por los vapores infectos de Mordor; brillaba remoto, tétrico y bermejo, como a la hora postrera de la tarde, o a la hora postrera de la luz del mundo. Y a través de la bruma cada vez más espesa llegaron con sus voces frías los Nazgûl, gritando palabras de muerte. Y entonces la última esperanza se desvaneció.

Cuando oyó a Gandalf rechazar las condiciones del emisario, condenando a Frodo al tormento de la Torre, Pippin se dobló hacia delante, aplastado por el horror; pero había logrado sobreponerse y ahora estaba de pie junto a Beregonde en la primera fila de Gondor, con los hombres de Imrahil. Pues pensaba que lo mejor sería morir cuanto antes y abandonar aquella amarga historia, ya que la ruina era total. — Ojalá estuviera Merry aquí —se oyó decir, y se le cruzaron unos pensamientos rápidos, aun mientras miraba al enemigo que se precipitaba al ataque—. Bien, ahora al menos comprendo un poco mejor al pobre Denethor. Si hemos de morir ¿por qué no morir juntos, Merry y yo ? Sí, pero él no está aquí, y ojalá tenga entonces un fin más apacible. Pero ahora he de hacer lo que pueda.

Desvainó la espada y miró las formas entrelazadas de rojo y oro, y los caracteres fluidos de la escritura númenóreana centellearon en la hoja como un fuego. «Fue forjada de propósito para un momento como éste», pensó. «Si pudiera herir con ella a ese emisario inmundo, al menos quedaríamos iguales, el viejo Merry y yo. Bueno, destruiré a unos cuantos de esa ralea maldita, antes del fin. ¡ Ojalá pueda ver por última vez la luz límpida del sol y la hierba verde!»

Y mientras pensaba esto, cayó sobre ellos el primer ataque. Impedidos por los pantanos que se extendían al pie de las colinas, los orcos se detuvieron y dispararon una lluvia de flechas sobre los defensores. Pero entre los orcos, a grandes trancos, rugiendo como bestias, llegó entonces una gran compañía de trolls de las montañas de Gorgoroth. Más altos y más corpulentos que los hombres, no llevaban otra vestimenta que una malla ceñida de escamas córneas, o quizás esto fuera la repulsiva piel natural de las criaturas; blandían escudos enormes, redondos y negros, y las manos nudosas empuñaban martillos pesados. Saltaron a los pantanos sin arredrarse y los vadearon, aullando y mugiendo mientras se acercaban. Como una tempestad se abalanzaron sobre los hombres de Gondor, golpeando cabezas y yelmos, brazos y escudos, como herreros que martillaran un hierro doblado al rojo. Junto a Pippin, Beregonde los miraba aturrido y estupefacto, y cayó bajo los golpes; y el gran jefe de los trolls que lo había derribado se inclinó sobre él, extendiendo una garra ávida; pues esas criaturas horrendas tenían la costumbre de morder en el cuello a los vencidos.

Entonces Pippin lanzó una estocada hacia arriba, y la hoja del Oesternesse atravesó la membrana coriácea y penetró en los órganos; y la sangre negra manó a borbotones. El troll se tambaleó, y se desplomó como una roca despeñada, sepultando a los que estaban abajo. Una negrura y un hedor y un dolor opresivo asaltaron a Pippin, y la mente se le hundió en las tinieblas.

«Bueno, esto termina como yo esperaba», oyó que decía el pensamiento ya a punto de extinguirse; y hasta le pareció que se reía un poco antes de hundirse en la nada, como si le alegrase liberarse por fin de tantas dudas y preocupaciones y miedos. Y aún mientras se alejaba volando hacia el olvido, oyó voces, gritos, que parecían venir de un mundo olvidado y remoto.

— ¡Llegan las Águilas! ¡Llegan las Águilas!

El pensamiento de Pippin flotó un instante todavía.

— ¡Bilbo! —dijo—. ¡Pero no! Eso ocurría en la historia de él, hace mucho, mucho tiempo. Esta es mi historia, y ya se acaba. ¡Adiós! —Y el pensamiento del hobbit huyó a lo lejos, y sus ojos ya no vieron más.

LIBRO SEXTO

LA TORRE DE CIRITH UNGOL

Sam se levantó trabajosamente del suelo. Por un momento no supo dónde se encontraba, pero luego toda la angustia y la desesperación volvieron a él. Estaba en las tinieblas, ante la puerta subterránea de la fortaleza de los orcos; y los batientes de bronce continuaban cerrados. Sin duda había caído aturdido al abalanzarse contra la puerta; pero cuánto tiempo había permanecido allí, tendido en el suelo, no lo sabía. Entonces había sentido un fuego de furia y desesperación; ahora tenía frío y tiritaba. Se escurrió hasta la puerta y apoyó el oído.

Dentro, lejanos e indistintos, oyó los clamores de los orcos; pero pronto callaron o se alejaron y todo quedó en silencio. Le dolía la cabeza y veía luces fantasmales en la oscuridad, pero trató de serenarse y reflexionar. Era evidente, en todo caso, que no tenía ninguna esperanza de entrar en la fortaleza por aquella puerta: quizá tuviera que esperar allí días y días antes que se abriese, y él no podía esperar: el tiempo era desesperadamente precioso. Y ahora ya no dudaba acerca de lo que tenía que hacer: salvar a su amo, o perecer en el intento.

«Que perezca es lo más probable, y además mucho más fácil», se dijo, taciturno, mientras envainaba a Dardo y se alejaba de la puerta de bronce. Lentamente a tientas volvió sobre sus pasos a lo largo de la galería oscura, sin atreverse a usar la luz élfica; y en camino, trató de recordar los hechos del viaje, desde que partiera con Frodo de la Encrucijada. Se preguntó qué hora sería. «Algún momento del tiempo entre un día y otro», pensó, pero hasta de los días había perdido la cuenta. Estaba en un país de tinieblas en que los días del mundo parecían olvidados, y todos quienes entraban en él también eran olvidados.

«Me pregunto si alguna vez se acuerdan de nosotros», dijo, «y qué les estará pasando a todos ellos, allá lejos». Movié la mano señalando vagamente adelante; pero en realidad ahora, al volver al túnel de EllaLaraña, caminaba hacia el sur, no hacia el oeste. En el oeste, en el mundo de fuera, era casi el mediodía del decimocuarto día de marzo, según el calendario de la Comarca, y en aquel momento Aragorn conducía la flota negra desde Pelargir, y Merry cabalgaba con los Rohirrim a lo largo del Pedregal de las Carretas, mientras en Minas Tirith se multiplicaban las llamas, y Pippin veía crecer la locura en los ojos de Denethor. No obstante, en medio de tantas preocupaciones y temores, una y otra vez los pensamientos de los compañeros se volvían a Frodo y a Sam. No los habían olvidado. Pero estaban lejos, más allá de toda posible ayuda, y ningún pensamiento podía socorrer aún a Samsagaz hijo de Hamfast; estaba completamente solo.

Regresó por fin a la puerta de piedra de la galería de los orcos, y al no descubrir tampoco ahora el mecanismo o el cerrojo que la retenía, la escaló como la primera vez, y se dejó caer en el suelo del otro lado. Luego fue furtivamente a la salida del túnel de EllaLaraña, donde aún flotaban los andrajos de la tela enorme, oscilando en el aire frío. Frío le pareció a Sam después de las tinieblas fétidas que acababa de dejar atrás; pero lo respiró y se sintió reanimado. Avanzando con cautela, salió al aire libre.

Todo alrededor la calma era ominosa. La luz brillaba apenas, como en el crepúsculo de un día sombrío. Los grandes vapores que brotaban de Mordor y se alejaban en estelas hacia el oeste flotaban a baja altura, apenas por encima de la cabeza del hobbit, una marejada de nubes y humo iluminada de tanto en tanto desde abajo por un lúgubre resplandor rojizo.

Sam alzó la cabeza hacia la torre, y en las ventanas estrechas vio de pronto unas luces que se asomaban, como pequeños ojos rojos. Se preguntó si se trataría de una señal. El miedo que les tenía a los orcos, olvidado por algún tiempo en la furia y la desesperación, volvió a él. No le quedaba en apariencia sino un solo camino: seguir adelante y tratar de descubrir la entrada principal de la torre terrible, pero las rodillas le flaqueaban, y descubrió que estaba temblando. Apartó la mirada de la torre y de los cuernos del desfiladero que se alzaban ante él, y obligó a los pies a que le obedecieran, y lentamente, aguzando los oídos, escudriñando las sombras negras de las rocas que flanqueaban el sendero, volvió sobre sus pasos, dejó atrás el sitio en que cayera Frodo, y donde aún persistía el hedor de EllaLaraña, y continuó subiendo hasta encontrarse otra vez en la misma hendidura donde se había puesto el Anillo y de donde viera pasar la compañía de Shagrat.

Allí se detuvo y se sentó. Por el momento no contaba con fuerzas para ir más lejos. Sentía que una vez que hubiera dejado atrás la cresta del desfiladero y diera un paso hollando al fin el suelo mismo de Mordor, ese paso sería irrevocable. Nunca más podría regresar. Sin ninguna intención precisa sacó el

Anillo y se lo volvió a poner. Al instante sintió el peso abrumador de la carga, y otra vez, y ahora más poderoso y apremiante que nunca, la malicia del Ojo de Mordor, escudriñando, tratando de traspasar las sombras que él mismo había creado para defenderse, pero que ahora sólo le traían inquietud y dudas.

Como la primera vez, Sam advirtió que el oído se le había agudizado, pero que las cosas visibles de este mundo eran vagas y borrosas. Las paredes de piedra del sendero le parecían pálidas, como si las viera a través de una bruma, pero en cambio oía a lo lejos el desconsolado burbujeo de EllaLaraña; y ásperos y claros, y al parecer muy próximos, oyó gritos y un fragor de metales. Se levantó de un salto y se aplastó contra el muro que bordeaba el sendero. Se alegró de tener puesto el Anillo, porque otra compañía de orcos se acercaba. O eso le pareció al principio. De pronto cayó en la cuenta de que no era así, que el oído lo había engañado: los gritos de los orcos provenían de la torre, cuyo cuerno más elevado se alzaba ahora en línea recta por encima de él, a la izquierda del desfiladero.

Sam se estremeció y trató de obligarse a avanzar. Era evidente que allá arriba estaba ocurriendo algo diabólico. Tal vez los orcos, pese a todas las órdenes, se habían dejado llevar por la crueldad y estaban torturando a Frodo, o hasta cortándolo en pedazos, como salvajes que eran. Escuchó, y un rayo de esperanza llegó a él. No cabía ninguna duda: había lucha en la torre, los orcos estaban en guerra unos contra otros, la rivalidad entre Shagrat y Gorbag había llegado a los golpes. Por débil que fuera, la esperanza de esta conjetura bastó para reconfortarlo. Quizás había aún una posibilidad. El amor que sentía por Frodo se alzó por encima de todos los otros pensamientos, y olvidando el peligro gritó con voz fuerte:

— ¡Ya voy, señor Frodo!

Corrió por el sendero ascendente y pasó la cresta. Allí el camino doblaba a la izquierda y se hundía en una pendiente brusca. Sam había entrado en Mordor.

Se quitó el Anillo del dedo, inspirado quizá por alguna misteriosa premonición de peligro, aunque a sí mismo se dijo solamente que deseaba ver con mayor claridad.

—Más vale que eche una mirada a lo peor —murmuró—. ¡No es prudente andar a tientas en una niebla!

Duro, cruel y áspero era el paisaje que se mostró a los ojos del hobbit. A sus pies, la cresta más alta de Ephel Dúath se precipitaba en riscos enormes y escarpados a un valle sombrío; y del otro lado asomaba una cresta mucho más baja, de bordes mellados y dentados y rocas puntiagudas que a la luz roja del fondo parecían colmillos negros: era el siniestro Morgai, la más interior de las empalizadas naturales que defendían el país. A lo lejos, pero casi en línea recta, más allá de un vasto lago de oscuridad moteado de fuegos diminutos, se veía el resplandor de un gran incendio; y de él se elevaban en remolinos inquietos unas enormes columnas de humo, de color rojo polvoriento en las raíces, y negras donde se fundían con el palio de nubes abultadas que cubría la tierra maldita.

Lo que Sam contemplaba era el Oroduin, la Montaña de Fuego, Una y otra vez los hornos encendidos en el fondo abismal del cono de ceniza se calentaban al rojo, y entonces la montaña se henchía y rugía como una marea tempestuosa, y derramaba por las grietas de los flancos ríos de roca derretida. Algunos corrían incandescentes hacia Baraddür a lo largo de canales profundos; otros se abrían paso a través de la llanura pedregosa, hasta que se enfriaban y yacían como retorcidas figuras de dragones vomitadas por la tierra atormentada. En esa hora de trabajos, contemplaba Sam el Monte del Destino, y la luz oculta detrás de la mole enorme de los Ephel Dúath para quienes subían desde el oeste, se volcaba ahora resplandeciendo sobre las caras desnudas de las rocas, que parecían tintas en sangre.

En aquella luz terrible, Sam se detuvo horrorizado, pues ahora, mirando a la izquierda, veía en todo su poderío la Torre de Cirith Ungol. El cuerno que había visto desde el otro lado no era sino la atalaya más alta. La fachada oriental tenía tres grandes niveles; el primero se extendía allá abajo en un espolón de la pared rocosa; la cara posterior se apoyaba en un acantilado, del que emergían bastiones puntiagudos y superpuestos, más pequeños a medida que la torre ganaba altura, y los flancos casi verticales de buena albañilería miraban al noreste y al sudeste. Alrededor del nivel inferior, doscientos pies por debajo de Sam, un muro almenado cercaba un patio estrecho. La puerta de la fortaleza, en la pared más cercana, la que miraba al sudeste, se abría a un camino ancho, cuyo parapeto exterior corría al borde de un precipicio, y luego de doblar hacia el sur serpeaba cuesta abajo en la oscuridad y alcanzaba la ruta que llevaba al Paso de Morgul. Y desde allí cruzaba por una grieta del Morgai e iba a desembocar en el valle de Gorgoroth hasta llegar a Baraddür. La senda en que Sam estaba descendía en algunos trechos mediante tramos de escalones tallados en la roca, en otros por un sendero empinado, para unirse al camino principal bajo los muros amenazantes próximos a la Puerta.

Al observarla Sam comprendió de pronto, casi con un sobresalto, que aquella fortaleza había sido construida no para impedir que los enemigos entrasen en Mordor, sino para retenerlos dentro. Era en verdad una de las antiguas obras de Góndor, un puesto oriental de avanzada de las defensas de Ithilien, edificado luego de la Última Alianza, cuando los hombres del Oesternesse vigilaban el maléfico país de Sauron, donde todavía acechaban muchas criaturas. Pero aquí como en Narchost y Carchost, las Torres de los Dientes, la vigilancia se había debilitado, y la traición había entregado la Torre al Señor de los Espectros del Anillo; y ahora, desde hacía largos años, estaba en manos de seres maléficos. Al retornar a Mordor, Sauron la había considerado útil, pues aunque no tenía muchos servidores, le sobraban en cambio los esclavos sometidos por el terror; y ahora, como antaño, el propósito principal de la Torre era impedir que huyesen de Mordor. Pero si un enemigo era tan temerario como para tratar de introducirse secretamente en el país, entonces la Torre era también una atalaya última y siempre alerta contra cualquiera que lograra burlar la vigilancia de Morgul y de EllaLaraña.

Sam entendía muy bien que deslizarse por debajo de aquellos muros de muchos ojos y evitar la vigilancia de la puerta era del todo imposible. Y aun si entraba, no podría llegar muy lejos: el camino del otro lado de la puerta estaba vigilado, y ni las sombras negras agazapadas en los recovecos donde no llegaba la luz roja lo protegerían durante mucho tiempo de los orcos. Pero por desesperado que fuera aquel camino, la empresa que ahora le aguardaba era mucho peor: no evitar la puerta y escapar, sino trasponerla, a solas.

Pensó por un momento en el Anillo, pero no encontró en él ningún consuelo, sólo peligro y miedo. Tan pronto como viera el Monte del Destino, ardiendo en lontananza, había notado un cambio en el Anillo. A medida que se acercaba a los grandes hornos donde fuera forjado y modelado, en los abismos del tiempo, el poder del Anillo aumentaba, y se volvía cada vez más maligno, indomable excepto quizá para alguien de una voluntad muy poderosa. Y aunque no lo llevaba en el dedo, sino colgado del cuello en una cadena, Sam mismo se sentía como agigantado, como envuelto en una enorme y deformada sombra de sí mismo, una amenaza funesta suspendida sobre los muros de Mordor. Sabía que en adelante no le quedaba sino una alternativa: resistirse a usar el Anillo, por mucho que lo atormentase; o reclamarlo, y desafiar el Poder aposentado en la fortaleza oscura del otro lado del valle de las sombras. El Anillo lo tentaba ya, carcomiéndole la voluntad y la razón. Fantasías descabelladas le invadían la mente; y veía a Samsagaz el Fuerte, el Héroe de la Era, avanzando con una espada flamígera a través de la tierra tenebrosa, y los ejércitos acudían a su llamada mientras corría a derrocar el poder de Baraddür. Entonces se disipaban todas las nubes, y el sol blanco volvía a brillar, y a una orden de Sam el valle de Gorgoroth se transformaba en un jardín de muchas flores, donde los árboles daban frutos. No tenía más que ponerse el Anillo en el dedo, y reclamarlo, y todo aquello podría convertirse en realidad.

En aquella hora de prueba fue sobre todo el amor a Frodo lo que le ayudó a mantenerse firme; y además conservaba aún, en lo más hondo de sí mismo, el indomable sentido común de los hobbits: bien sabía que no estaba hecho para cargar semejante fardo aun en el caso de que aquellas visiones de grandeza no fueran sólo un señuelo. El pequeño jardín de un jardinero libre era lo único que respondía a los gustos y a las necesidades de Sam; no un jardín agigantado hasta las dimensiones de un reino; el trabajo de sus propias manos, no las manos de otros bajo sus órdenes.

«Y además todas estas fantasías no son más que una trampa», se dijo. «Me descubriría y caería sobre mí, antes que yo pudiera gritar. Si ahora me pusiera el Anillo me descubriría, y muy rápidamente, en Mordor. Y bien, todo cuanto puedo decir es que la situación me parece tan desesperada como una helada en primavera. ¡Justo cuando hacerme invisible podría ser realmente útil, no puedo utilizar el Anillo! Y si encuentro alguna vez un modo de seguir adelante, no será más que un estorbo, y una carga más pesada a cada paso. ¿Qué tengo que hacer, entonces?»

En el fondo, no le quedaba a Sam ninguna duda. Sabía que tenía que bajar hasta la puerta, y sin más dilación. Con un encogimiento de hombros, como para ahuyentar las sombras y alejar a los fantasmas, comenzó lentamente el descenso. A cada paso se sentía más pequeño. No había avanzado mucho, y ya era otra vez un hobbit disminuido y aterrorizado. Ahora pasaba justo por debajo del muro de la Torre, y sus oídos naturales escuchaban claramente los gritos y el fragor de la lucha. En aquel momento los ruidos parecían venir del patio detrás del muro exterior.

Sam había recorrido casi la mitad del camino, cuando dos orcos aparecieron corriendo en el portal oscuro y salieron al resplandor rojo. No se volvieron a mirarlo. Iban hacia el camino principal; pero en plena carrera se tambalearon y cayeron al suelo, y allí se quedaron tendidos e inmóviles. Sam no había visto flechas, pero supuso que habían sido abatidos por otros orcos apostados en los muros o escondidos a la sombra del portal. Siguió avanzando, pegado al muro de la izquierda. Una sola mirada le había bastado para comprender que no tenía ninguna esperanza de escalarlo. La pared de piedra, sin grietas ni salientes,

tenía unos treinta pies de altura, y culminaba en un alero de gradas invertidas. La puerta era el único camino.

Continuó adelante, sigilosamente, preguntándose cuántos orcos vivirían en la Torre junto con Shagrat, y con cuántos contaría Gorbag, y cuál sería el motivo de la pelea, si en verdad era una pelea. Le había parecido que la compañía de Shagrat estaba compuesta de unos cuarenta orcos, y la de Gorbag de más del doble; pero la patrulla de Shagrat no era por supuesto más que una parte de la guarnición. Casi con seguridad estaban disputando a causa de Frodo y del botín. Sam se detuvo un segundo, pues de pronto las cosas le parecieron claras, casi como si las tuviera delante de los ojos. ¡ La cota de malla de mithrill Frodo, como es natural, la llevaba puesta, y los orcos tenían que haberla descubierto. Y por lo que Sam había oído, Gorbag la codiciaba. Pero las órdenes de la Torre Oscura eran por ahora la única protección de Frodo, y en caso de que fueran desacatadas, Frodo podía morir en cualquier momento.

«¡Adelante, miserable holgazán!», se increpó Sam. «¡A la carga!»

Desenvainó a Dardo y se precipitó hacia la puerta. Pero en el preciso momento en que estaba a punto de pasar bajo la gran arcada, sintió un choque: como si hubiese tropezado con una especie de tela parecida a la de EllaLaraña, pero invisible. No veía ningún obstáculo, y sin embargo algo demasiado poderoso le cerraba el camino. Miró alrededor, y entonces, a la sombra de la puerta, vio a los dos Centinelas.

Eran como grandes figuras sentadas en tronos. Cada una de ellas tenía tres cuerpos unidos, coronados por tres cabezas que miraban adentro, afuera, y al portal. Las caras eran de buitre, y las manos que apoyaban sobre las rodillas eran como garras. Parecían esculpidos en enormes bloques de piedra: impasibles, pero a la vez vigilantes: algún espíritu maléfico y alerta habitaba en ellos. Reconocían a un enemigo: visible o invisible, ninguno escapaba. Le impedían la entrada, o la fuga.

Sam tomó aliento y se lanzó una vez más hacia adelante, pero se detuvo en seco, trastabillando como si le hubiesen asestado un golpe en el pecho y en la cabeza. Entonces, en un arranque de audacia, porque no se le ocurría ninguna otra solución, inspirado por una idea repentina, sacó con lentitud el frasco de Galadriel y lo levantó. La luz blanca se avivó rápidamente, dispersando las sombras bajo la arcada oscura. Allí estaban, frías e inmóviles, las figuras monstruosas de los Centinelas. Por un instante vislumbró un centelleo en las piedras negras de los ojos, de una malignidad sobrecogedora, pero poco a poco sintió que la voluntad de los Centinelas empezaba a flaquear y se desmoronaba en miedo.

Pasó de un salto por delante de ellos, pero en ese instante, mientras volvía a guardar el frasco en el pecho, sintió tan claramente como si una barra de acero hubiera descendido de golpe detrás de él, que habían redoblado la vigilancia. Y de las cabezas maléficas brotó un alarido estridente que retumbó en los muros. Y como una señal de respuesta resonó lejos, en lo alto, una campanada única.

—¡Bueno, bueno! —dijo Sam—. ¡Parece que he llamado a la puerta principal! ¡Pues bien, a ver si acude alguien! —gritó—. ¡Anunciadle al Capitán Shagrat que ha llamado el gran guerrero elfo, y que trae consigo la espada élfica!

Ninguna respuesta. Sam se adelantó a grandes pasos. Dardo le centelleaba en la mano con una luz azul. Las sombras eran profundas en el patio, pero alcanzó a ver que el pavimento estaba sembrado de cadáveres. Justo a sus pies yacían dos arqueros orcos apuñalados por la espalda. Un poco más lejos había muchos más, algunos aparte, como abatidos por una estocada o un flechazo, otros en parejas, como sorprendidos en plena lucha, muertos en el acto mismo de apuñalar, estrangular, morder. Los pies resbalaban en las piedras, cubiertas de sangre negra.

Sam notó que había dos uniformes diferentes, uno marcado con la insignia del Ojo Rojo, el otro con una Luna desfigurada en una horrible efigie de la muerte; pero no se detuvo a observarlos más de cerca. Del otro lado del patio, al pie de la torre, vio una puerta grande; estaba entreabierta y por ella salía una luz roja; un orco corpulento yacía sin vida en el umbral. Sam saltó por encima del cadáver y entró; y entonces miró alrededor, desorientado.

Un corredor amplio y resonante conducía otra vez desde la puerta al flanco de la montaña. Estaba iluminado por la lumbre incierta de unas antorchas en las ménsulas de los muros, y el fondo se perdía en las tinieblas. A uno y otro lado había numerosas puertas y aberturas; pero salvo dos o tres cuerpos más tendidos en el suelo el corredor estaba vacío. Por lo que había oído de la conversación de los capitanes, Sam sabía que vivo o muerto era probable que Frodo se encontrara en una estancia de la atalaya más alta; pero quizás él tuviera que buscar un día entero antes de encontrar el camino.

«Supongo que ha de estar en la parte de atrás», murmuró. «Toda la Torre crece hacia atrás. Y de cualquier modo convendrá que siga esas luces.»

Avanzó por el corredor, pero ahora con lentitud; cada paso era más trabajoso que el anterior. El terror volvía a dominarlo. No oía otro ruido que el roce de sus pies, que parecía crecer y resonar como palmadas gigantes sobre las piedras. Los cuerpos sin vida; el vacío; las paredes negras y húmedas que a la luz de las antorchas parecían rezumar sangre; el temor de que una muerte súbita lo acechase detrás de cada puerta, en cada sombra; y la imagen siempre presente de los Centinelas siniestros que custodiaban la entrada: era casi más de lo que Sam se sentía capaz de afrontar. Una lucha (con no demasiados adversarios a la vez), hubiera sido preferible a aquella incertidumbre espantosa. Hizo un esfuerzo por pensar en Frodo, que en alguna parte de este sitio terrible yacía dolorido o muerto. Continuó avanzando.

Había dejado atrás las antorchas, y llegado casi a una gran puerta abovedada en el fondo del corredor (la cara interna de la puerta subterránea, adivinó), cuando desde lo alto se elevó un grito aterrador y sofocado. Sam se detuvo en seco. En seguida oyó pasos que se acercaban. Allí, justo por encima de él, alguien bajaba de prisa una escalera.

La voluntad de Sam, lenta y debilitada, no pudo contener el movimiento de la mano: tironeando de la cadena, aferró el Anillo. Pero no llegó a ponérselo en el dedo, pues en el preciso instante en que lo apretaba contra el pecho, un orco saltó de un vano oscuro a la derecha, y se precipitó hacia él. Cuando estuvo a no más de seis pasos de distancia, levantó la cabeza y descubrió a Sam. Sam oyó la respiración jadeante del orco, y vio el fulgor de los ojos inyectados en sangre. El orco se detuvo, despavorido. Porque lo que vio no fue un hobbit pequeño y asustado tratando de sostener con mano firme una espada: vio una gran forma silenciosa, embozada en una sombra gris, que se erguía ante él a la trémula luz de las antorchas; en una mano esgrimía una espada, cuya sola luz era un dolor lacerante; la otra la tenía apretada contra el pecho, escondiendo alguna amenaza innominada de poder y destrucción.

El orco se agazapó un momento, y en seguida, con un alarido espeluznante dio media vuelta y huyó por donde había venido. Jamás un perro a la vista de la inesperada fuga de un adversario con el rabo entre las piernas se sintió más envalentonado que Sam en aquel momento. Con un grito de triunfo, partió en persecución del fugitivo.

— ¡Sí! ¡ El guerrero elfo anda suelto! — exclamó . Ya voy y te alcanzo. ¡O me indicas el camino para subir, o te desuello!

Pero el orco estaba en su propia guarida, era ágil, y comía bien. Sam era un extraño, y estaba hambriento y cansado. La escalera subía en espiral, alta y empinada. Sam empezó a respirar con dificultad. Y el orco no tardó en desaparecer, y ya sólo se oía, cada vez más débil, el golpeteo de los pies que corrían y trepaban. De tanto en tanto el orco lanzaba un grito y el eco resonaba en las paredes. Pero poco a poco los pasos se perdieron a lo lejos.

Sam avanzaba pesadamente. Tenía la impresión de estar en el buen camino y esto le daba nuevos ánimos. Soltó el Anillo y se ajustó el cinturón.

«¡Bravo!» dijo. «Si a todos les disgustamos tanto, Dardo y yo, las cosas pueden terminar mejor de lo que yo pensaba. En todo caso, parece que Shagrat, Gorbag y compañía han hecho casi todo mi trabajo. ¡Fuera de esa rata asustada, creo que no queda nadie con vida en este lugar!»

Y entonces se detuvo bruscamente como si se hubiese golpeado la cabeza contra el muro de piedra. De pronto, con la fuerza de un golpe, entendió lo que acababa de decir. ¡No queda nadie con vida! ¿De quién había sido entonces aquel escalofriante grito de agonía?

— ¡Frodo, Frodo! ¡Mi amo! —gritó, casi sollozando—. Si te han matado ¿qué haré? Bueno, estoy llegando al final, a la cúspide, y veré lo que haya que ver.

Subía y subía. Salvo una que otra antorcha encendida en un recodo de la escalera, o junto a una de las entradas que conducían a los niveles superiores de la torre, todo era oscuridad. Sam trató de contar los peldaños, pero después de los doscientos perdió la cuenta. Ahora avanzaba con sigilo, pues creía oír unas voces que hablaban un poco más arriba. Al parecer, quedaba con vida más de una rata.

De pronto, cuando empezaba a sentir que le faltaba el aliento, que las rodillas no le obedecían, la escalera terminó. Sam se quedó muy quieto. Las voces se oían ahora fuertes y cercanas. Miró a su alrededor. Había subido hasta el techo plano del tercer nivel, el más elevado de la Torre: un espacio abierto de unas veinte yardas de lado, rodeado de un parapeto bajo. En el centro mismo de la terraza desembocaba la escalera, cubierta por una cámara pequeña y abovedada, con puertas bajas orientadas al este y al oeste. Abajo, hacia el este, Sam vio la llanura dilatada y sombría de Mordor, y a lo lejos la montaña incandescente. Una nueva marejada hervía ahora en los cauces profundos, y los ríos de fuego ardían tan vivamente que aún a muchas millas de distancia iluminaban la torre con un resplandor bermejo. La base de la torre de atalaya, cuyo cuerno superaba en altura las crestas de las colmas próximas, ocultaba

el oeste. En una de las troneras brillaba una luz. La puerta asomaba a no más de diez yardas de Sam. Estaba en tinieblas pero abierta, y de allí, de la oscuridad, venían las voces.

Al principio Sam no les prestó atención; dio un paso hacia afuera por la puerta del este y miró alrededor. Al instante advirtió que allá arriba la lucha había sido más cruenta. El patio estaba atiborrado de cadáveres, cabezas y miembros de orcos mutilados. Un olor a muerte flotaba en el lugar. Se oyó un gruñido, seguido de un golpe y un grito, y Sam buscó de prisa un escondite. Una voz de orco se elevó, iracunda, y él la reconoció en seguida, áspera, brutal y fría: era Shagrat, Capitán de la Torre.

—¿Así que no volverás? ¡Maldito seas, Snaga, gusano infecto! Te equivocas si crees que estoy tan estropeado como para que puedas burlarte de mí. Ven, y te arrancaré los ojos, como se los acabo de arrancar a Radbug. Y cuando lleguen algunos muchachos de refuerzo, me ocuparé de ti: te mandaré a EllaLaraña.

—No vendrán, no antes de que hayas muerto, en todo caso —respondió Snaga con acritud—. Te dije dos veces que los cerdos de Gorbag fueron los primeros en llegar a la puerta, y que de los nuestros no salió ninguno. Lagduf y Muzgash consiguieron escapar, pero los mataron. Lo vi desde una ventana, te lo aseguro. Y fueron los últimos.

—Entonces tienes que ir. De todos modos yo estoy obligado a quedarme. ¡ Que los Pozos Negros se traguen a ese inmundo rebelde de Gorbag! —La voz de Shagrat se perdió en una retahíla de insultos y maldiciones.— El se llevó la peor parte, pero consiguió apuñalarme antes que yo lo estrangulase. Irás, o te comeré vivo. Es preciso que las noticias lleguen a Lughúrz, o los dos iremos a parar a los Pozos Negros. Sí, tú también. No creas que te salvarás escondiéndote aquí.

—No pienso volver a bajar por esa escalera —gruñó Snaga—, seas o no mi capitán. ¡Nooo! Y aparta las manos de tu cuchillo, o te ensartaré una flecha en las tripas. No serás capitán por mucho tiempo cuando ellos se enteren de todo lo que pasó. Combatí por la Torre contra esas pestilentes ratas de Morgul, pero menudo desastre habéis provocado vosotros dos, valientes capitanes, al disputaros el botín.

—Ya has dicho bastante —gruñó Shagrat—. Yo tenía órdenes. Fue Gorbag quien empezó, al tratar de birlarme la bonita camisa.

—Sí, pero tú lo sacaste de sus casillas, con tus aires de superioridad. Y de todos modos, él fue más sensato que tú. Te dijo más de una vez que el más peligroso de estos espías todavía anda suelto, y no quisiste escucharlo. Y ahora tampoco quieres escuchar. Te digo que Gorbag tenía razón. Hay un gran guerrero que anda merodeando por aquí, uno de esos Elfos sanguinarios, o uno de esos tarcos inmundos. Te digo que viene hacia aquí. Has oído la campana. Pudo eludir a los Centinelas, y eso es cosa de tarcos. Está en la escalera. Y hasta que no salga de allí, no pienso bajar. Ni aunque fuera un Nazgûl lo haría.

— Con que esas tenemos ¿eh? —aulló Shagrat—. ¿Harás esto, y no harás aquello? ¿Y cuando llegue, saldrás disparado y me abandonarás? ¡No, no lo harás! ¡Antes te llenaré la panza de agujeros rojos!

Por la puerta de la torre de atalaya salió volando Snaga, el orco más pequeño. Y detrás de él apareció Shagrat, un orco enorme cuyos largos brazos, al correr encorvado, tocaban el suelo. Pero uno de los brazos le colgaba inerte, y parecía estar sangrando; con el otro apretaba un gran bulto negro. Desde detrás de la puerta de la escalera, Sam alcanzó a ver a la luz roja la cara maligna del orco: estaba marcada como por garras afiladas y embadurnada de sangre; de los colmillos salientes le goteaba la baba; la boca gruñía como un animal.

Por lo que Sam pudo ver, Shagrat persiguió a Snaga alrededor del techo hasta que el orco más pequeño se agachó y logró esquivarlo; dando un alarido, corrió hacia la torre y desapareció. Shagrat se detuvo. Desde la puerta que miraba al este, Sam lo veía ahora junto al parapeto, jadeando, abriendo y cerrando débilmente la garra izquierda. Dejó el bulto en el suelo, y con la garra derecha extrajo un gran cuchillo rojo y escupió sobre él. Fue hasta el parapeto, e inclinándose se asomó al lejano patio exterior. Gritó dos veces pero no le respondieron.

De pronto, mientras Shagrat seguía inclinado sobre la almena, de espaldas al techo, Sam vio con asombro que uno de los supuestos cadáveres empezaba a moverse: se arrastraba. Estiró una garra y tomó el bulto. Se levantó, tambaleándose. La otra mano empuñaba una lanza de punta ancha y mango corto y quebrado. La alzó preparándose para asestar una estocada mortal. De pronto, un siseo se le escapó entre los dientes, un jadeo de dolor o de odio. Rápido como una serpiente Shagrat se hizo a un lado, dio media vuelta y hundió el cuchillo en la garganta del enemigo.

—¡Te pesqué, Gorbag! —vociferó—. No estabas muerto del todo ¿eh? Bueno, ahora completaré mi obra. —Saltó sobre el cuerpo caído, pateándolo y pisoteándolo con furia, mientras se agachaba una y otra vez para acuchillarlo. Satisfecho al fin, levantó la cabeza con un horrible y gutural alarido de triunfo. Lamió el puñal, se lo puso entre los dientes, y recogiendo el bulto se encaminó cojeando hacia la puerta más cercana de la escalera.

Sam no tuvo tiempo de reflexionar. Hubiera podido escabullirse por la otra puerta, pero difícilmente sin ser visto; y no hubiera podido jugar mucho tiempo al escondite con aquel orco abominable. Hizo sin duda lo mejor que podía hacer en aquellas circunstancias. Dio un grito, y salió de un salto al encuentro de Shagrat. Aunque ya no lo apretaba contra el pecho, el Anillo estaba presente: un poder oculto, una amenaza para los esclavos de Mordor; y en la mano tenía a Dardo, cuya luz hería los ojos del orco como el centelleo de las estrellas crueles en los temibles países élficos, y que se aparecían a los de su raza en unas pesadillas de terror helado. Y Shagrat no podía pelear y retener al mismo tiempo el tesoro. Se detuvo, gruñendo, mostrando los colmillos. Entonces una vez más, a la manera de los orcos, saltó a un lado, y utilizando el pesado bulto como arma y escudo, en el momento en que Sam se abalanzaba sobre él, se lo arrojó con fuerza a la cara. Sam trastabilló, y antes que pudiera recuperarse, Shagrat corría ya escaleras abajo.

Sam se precipitó detrás maldiciendo, pero no llegó muy lejos. Pronto le volvió a la mente el pensamiento de Frodo, y recordó que el otro orco había entrado en la torre. Se encontraba ante otra terrible disyuntiva, y no era tiempo de ponerse a pensar. Si Shagrat lograba huir, pronto regresaría con refuerzos. Pero si Sam lo perseguía, el otro orco podía cometer entre tanto alguna atrocidad. Y de todos modos, quizá Sam no alcanzara a Shagrat, o quizás él lo matara. Se volvió con presteza y corrió escaleras arriba.

«Me imagino que he vuelto a equivocarme», suspiró. «Pero ante todo tengo que subir a la cúspide pase lo que pase.»

Allá abajo Shagrat descendió saltando las escaleras, cruzó el patio y traspuso la puerta, siempre llevando la preciosa carga. Si Sam hubiera podido verlo e imaginarse las tribulaciones que desencadenaría esta fuga, quizás habría vacilado. Pero ahora estaba resuelto a proseguir la busca hasta el fin. Se acercó con cautela a la puerta de la torre y entró. Dentro, todo era oscuridad. Pero pronto la mirada alerta del hobbit distinguió una luz tenue a la derecha. Venía de una abertura que daba a otra escalera estrecha y oscura: y parecía subir en espiral alrededor de la pared exterior de la torre. Arriba, en algún lugar, brillaba una antorcha.

Sam empezó a trepar en silencio. Llegó hasta la antorcha que vacilaba en lo alto de una puerta a la izquierda, frente a una tronera que miraba al oeste: uno de los ojos rojos que Frodo y él vieran desde abajo a la entrada del túnel. Pasó la puerta rápidamente y subió de prisa hasta la segunda rampa, temiendo a cada momento que lo atacaran o unos dedos lo estrangularan apretándole el cuello desde atrás. Se acercó a una ventana que miraba al este; otra puerta iluminada por una antorcha se abría a un corredor en el centro de la torre. La puerta estaba entornada y el corredor a oscuras, excepto por la lumbre de la antorcha y el resplandor rojo que se filtraba a través de la tronera. Pero aquí la escalera se interrumpía. Sam se deslizó por el corredor. A cada lado había una puerta baja; las dos estaban cerradas y trancadas. No se oía ningún ruido.

«Un callejón sin salida», masculló Sam, «¡después de tanto subir! No es posible que esta sea la cúspide de la torre. ¿Pero qué puedo hacer ahora?»

Volvió a todo correr a la rampa inferior y probó la puerta. No se movió. Subió otra vez corriendo; el sudor empezaba a gotearle por la cara. Sentía que cada minuto era precioso, pero uno a uno se le escapaban; y nada podía hacer. Ya no le preocupaba Shagrat ni Snaga ni ningún orco alguna vez nacido. Sólo quería encontrar a Frodo, volver a verle la cara, tocarle la mano.

Por fin, cansado y sintiéndose vencido, se sentó en un escalón, bajo el nivel del suelo del corredor, y hundió la cabeza entre las manos. El silencio era inquietante. La antorcha ya casi consumida chisporroteó y se extinguió; y las tinieblas lo envolvieron como una marea. De pronto, sorprendido él mismo, impulsado no sabía por qué pensamiento oculto, al término de aquella larga e infructuosa travesía, Sam se puso a cantar en voz baja.

En aquella torre fría y oscura la voz de Sam sonaba débil y temblorosa: la voz de un hobbit desesperanzado y exhausto que un orco nunca podría confundir con el canto claro de un Señor de los Elfos. Canturreó viejas tonadas infantiles de la Comarca, y fragmentos de los poemas del señor Bilbo que le venían a la memoria como visiones fugitivas del hogar. Y de pronto, como animado por una nueva fuerza, la voz de Sam vibró, improvisando palabras que se ajustaban a aquella tonada sencilla.

*En las tierras del Oeste bajo el Sol
las flores crecen en Primavera,
los árboles brotan, las aguas fluyen,
los pinzones cantan.*

*O quizás es una noche sin nubes
y de las hayas que se mecen,
entre el ramaje del cabello,
las Estrellas Elficas
cuelgan como joyas blancas.*

*Aquí yazgo, al término de mi viaje,
hundido en una oscuridad profunda:
más allá de todas las torres altas y poderosas,
más allá de todas las montañas escarpadas,
por encima de todas las sombras cabalga el Sol
y eternamente moran las Estrellas.
No diré que el Día ha terminado,
ni he de decir adiós a las Estrellas.*

—Más allá de todas las torres altas y poderosas —recomenzó, y se interrumpió de golpe. Creyó oír una voz lejana que le respondía. Pero ahora no oía nada. Sí, algo oía, pero no una voz: pasos que se acercaban. Arriba en el corredor se abrió una puerta: rechinaban los goznes. Sam se acurrucó, escuchando. La puerta se cerró con un golpe sordo; y la voz gruñona de un orco resonó en el corredor.

—¡Eh! ¡Tú ahí arriba, rata de albañal! Acaba con tus chillidos, o iré a arreglar cuentas contigo. ¿Me has oído? No hubo respuesta.

—Está bien —refunfuñó Snaga—. De todos modos iré a echarte un vistazo, a ver en qué andas.

Los goznes volvieron a rechinar, y Sam, espiando desde el umbral del pasadizo, vio el parpadeo de una luz en un portal abierto, y la silueta imprecisa de un orco que se aproximaba. Parecía cargar una escalera de mano. Y de pronto comprendió: el acceso a la cámara más alta era una puerta trampa en el techo del corredor. Snaga lanzó la escalerilla hacia arriba, la afirmó, y trepó por ella hasta desaparecer. Sam lo oyó quitar un cerrojo. Luego la voz aborrecible habló de nuevo.

—¡Te quedas quieto, o las pagarás! Sospecho que ya no vivirás mucho; pero si no quieres que el baile empiece ahora mismo, cierra el pico, ¿me has oído? ¡Aquí va una muestra!

Y se oyó el restallido de un látigo.

Una furia repentina se encendió entonces en el corazón de Sam. Se levantó de un salto, corrió y trepó como un gato por la escalerilla. Asomó la cabeza en el suelo de una amplia cámara redonda. Una lámpara roja colgaba del techo; la tronera que miraba al este era alta y estaba oscura. En el suelo junto a la pared y bajo la ventana yacía una forma, y sobre ella, a horcajadas, se veía la figura negra de un orco. Levantó el látigo por segunda vez, pero el golpe nunca cayó.

Sam, Dardo en mano, lanzó un grito y entró en la habitación. El orco giró en redondo, pero antes que pudiera hacer un solo movimiento, Sam le cortó la mano que empuñaba el látigo. Aullando de dolor y de miedo, en un intento desesperado, el orco se arrojó de cabeza contra Sam. La estocada siguiente no dio en el blanco; Sam perdió el equilibrio y al caer hacia atrás se aferró al orco que se derrumbaba sobre él. Antes que pudiera incorporarse oyó un alarido y un golpe sordo. Mientras huía, el orco había chocado con el cabezal de la escalerilla, precipitándose por la abertura de la puerta trampa. Sam no se ocupó más de él. Corrió hacia la figura encogida en el suelo. Era Frodo.

Estaba desnudo, y yacía como desvanecido sobre un montón de trapos mugrientos; tenía el brazo levantado, protegiéndose la cabeza, y la huella cárdena de un latigazo le marcaba el flanco.

— ¡Frodo! ¡Querido señor Frodo! —gritó Sam, casi cegado por las lágrimas—. ¡Soy Sam, he llegado! Levantó a medias a su amo y lo estrechó contra el pecho. Frodo abrió los ojos.

—¿Todavía estoy soñando? —musitó—. Pero los otros sueños eran pavorosos.

—No, mi amo, no está soñando dijo Sam. Es real. Soy yo. He llegado.

—Casi no puedo creerlo —dijo Frodo, aferrándose a él—. ¡Había un orco con un látigo, y de pronto se transforma en Sam! Entonces, después de todo, no estaba soñando cuando oí cantar ahí abajo, y traté de responder. ¿Eras tú?

—Sí, señor Frodo, era yo. Casi había perdido las esperanzas. No podía encontrarlo a usted.

—Bueno, ahora me has encontrado, querido Sam —dijo Frodo, y se reclinó en los brazos afectuosos de Sam, y cerró los ojos como un niño que descansa tranquilo cuando una mano o una voz amada han ahuyentado los miedos de la noche.

Sam hubiera deseado permanecer así, eternamente feliz, hasta el fin del mundo: pero no le estaba permitido. No bastaba que hubiera encontrado a Frodo, todavía tenía que tratar de salvarlo. Le besó la frente.

— ¡Vamos! ¡Despierte, señor Frodo! dijo, procurando parecer tan animado como cuando en Bolsón Cerrado abría las cortinas de la alcoba en las mañanas de estío.

Frodo suspiró y se incorporó.

— ¿Dónde estamos? ¿Cómo llegué aquí? —preguntó.

—No hay tiempo para historias hasta que lleguemos a alguna otra parte, señor Frodo —dijo Sam—. Pero estamos en la cúspide de la torre que usted y yo vimos allá abajo, cerca del túnel, antes que los orcos lo capturasen. Cuánto tiempo hace de esto, no lo sé. Más de un día, sospecho.

— ¿Nada más? —dijo Frodo—. Parece que fueran semanas. Si hay una oportunidad, tendrás que contármelo todo. Algo me golpeó ¿no es así? Y me hundí en las tinieblas y en sueños horripilantes, y al despertar descubrí que la realidad era peor aún. Estaba rodeado de orcos. Creo que me habían estado echando por la garganta algún brebaje inmundado y ardiente. La cabeza se me iba despejando, pero me sentía dolorido y agotado. Me desnudaron por completo, y luego vinieron dos bestias gigantescas y me interrogaron, me interrogaron hasta que creí volverme loco; y me acosaban, y se regodeaban viéndome sufrir, y mientras tanto acariciaban los cuchillos. Nunca podré olvidar aquellas garras, aquellos ojos.

—No los olvidará, si sigue hablando de ellos, señor Frodo —dijo Sam—. Si no queremos verlos otra vez, cuanto antes salgamos de aquí, mejor que mejor. ¿Puede caminar?

—Sí, puedo —dijo Frodo, mientras se ponía de pie con lentitud—. No estoy herido, Sam. Sólo que me siento muy fatigado, y me duele aquí. —Se tocó la nuca por encima del hombro izquierdo. Y cuando se irguió, Sam tuvo la impresión de que estaba envuelto en llamas: a la luz de la lámpara que pendía del techo la piel desnuda de Frodo tenía un tinte escarlata. Dos veces recorrió Frodo la habitación de extremo a extremo.

— ¡Me siento mejor! dijo, un tanto reanimado—. No me atrevía ni a moverme cuando me dejaban solo, pues en seguida venía uno de los guardias. Hasta que comenzó la pelea y el griterío. Los dos brutos grandes: se peleaban, creo. Por mí o por mis cosas. Y yo yacía allí, aterrorizado. Y luego siguió un silencio de muerte, lo que era aún peor.

—Sí, se pelearon, evidentemente —dijo Sam—. Creo que había aquí más de se mataron todos entre ellos. Fue una suerte, pero es un tema demasiado largo para inventar una canción, hasta que hayamos salido de aquí. ¿Qué haremos ahora? Usted no puede pasearse en cueros por la Tierra Tenebrosa, señor Frodo.

—Se han llevado todo, Sam —dijo Frodo. Todo lo que tenía. ¿Entiendes? ¡Todo! —Se acurrucó otra vez en el suelo con la cabeza gacha, abrumado por la desesperación, al comprender, a medida que hablaba, la magnitud del desastre.— La misión ha fracasado, Sam. Aunque logremos salir de aquí, no podremos escapar. Sólo quizá los elfos. Lejos, lejos de la Tierra Media, allá del otro lado del Mar. Si es bastante ancho para escapar a la mano de la Sombra.

—No, no todo, señor Frodo. Y no ha fracasado, aún no. Yo lo tomé, señor Frodo, con el perdón de usted. Y lo he guardado bien. Ahora lo tengo colgado del cuello, y por cierto que es una carga terrible. —Sam buscó a tientas el Anillo en la cadena.— Pero supongo que tendré que devolvérselo. Ahora que había llegado el momento, Sam se resistía a dejar el Anillo y cargar nuevamente a su amo con aquel fardo.

— ¿Lo tienes? jadeó Frodo. ¿Lo tienes aquí? ¡Sam, eres una maravilla! —De improviso, la voz de Frodo cambió extrañamente.— ¡Dámelo! —gritó, poniéndose de pie, y extendiendo una mano trémula—. ¡Dámelo ahora mismo! ¡No es para ti!

—Está bien, señor Frodo —dijo Sam, un tanto sorprendido—. ¡Aquí lo tiene! Sacó lentamente el Anillo y se pasó la cadena por encima de la cabeza.— Pero usted está ahora en el país de Mordor, señor; y cuando salga, verá la Montaña de Fuego, y todo lo demás. Ahora el Anillo le parecerá muy peligroso, y una carga muy pesada de soportar. Si es una faena demasiado ardua, yo quizá podría compartirla con usted.

—¡No, no! gritó Frodo, arrancando el Anillo y la cadena de las manos de Sam. ¡No, no lo harás, ladrón! Jadeaba, mirando a Sam con los ojos grandes de miedo y hostilidad. Entonces, de pronto, cerrando el puño con fuerza alrededor del Anillo, se interrumpió, espantado. Se pasó una mano por la frente dolorida, como disipando una niebla que le empañaba los ojos. La visión abominable le había parecido tan real, atontado como estaba aún a causa de la herida y el miedo. Había visto cómo Sam se transformaba otra vez en un orco, una pequeña criatura infecta de boca babeante, que pretendía arrebatarle un codiciado tesoro. Pero la visión ya había desaparecido. Ahí estaba Sam de rodillas, la cara contraída de pena, como si le hubieran clavado un puñal en el corazón, los ojos arrasados en lágrimas.

—¡Oh, Sam! —gritó Frodo—. ¿Qué he dicho? ¿Qué he hecho? ¡Perdóname! Hiciste tantas cosas por mí. Es el horrible poder del Anillo. Ojalá nunca, nunca lo hubiese encontrado. Pero no te preocupes por mí, Sam. Tengo que llevar esta carga hasta el final. Nada puede cambiar. Tú no puedes interponerte entre mí y este malhadado destino.

—Está bien, señor Frodo —dijo Sam, mientras se restregaba los ojos con la manga—. Lo entiendo. Pero todavía puedo ayudarlo ¿no? Tengo que sacarlo de aquí. En seguida, ¿comprende? Pero primero necesita algunas ropas y avíos, y luego algo de comer. Las ropas serán lo más fácil. Como estamos en Mordor, lo mejor será vestirnos a la usanza de Mordor; de todos modos no hay otra opción. Me temo que tendrán que ser ropas oreas para usted, señor Frodo. Y para mí también. Si tenemos que ir juntos, convendrá que estemos vestidos de la misma manera. ¡Ahora envuélvase en esto!

Sam se desabrochó la capa gris y la echó sobre los hombros de Frodo. Luego, desatándose la mochila, la depositó en el suelo. Sacó a Dardo de la vaina. La hoja de la espada apenas centelleaba.

—Me olvidaba de esto, señor Frodo —dijo—. ¡No, no se llevaron todo! No sé si usted recuerda que me prestó a Dardo, y el frasco de la Dama. Todavía los tengo conmigo. Pero préstemelos un rato más, señor Frodo. Iré a ver qué puedo encontrar. Usted quédese aquí. Camine un poco y estire las piernas. Yo no tardaré. No tendré que alejarme mucho.

— ¡Cuidado, Sam! —gritó Frodo—. ¡Y date prisa! Puede haber orcos vivos todavía, esperando en acecho.

—Tengo que correr el riesgo —dijo Sam. Fue hacia la puerta trampa y se deslizó por la escalerilla. Un momento después volvió a asomar la cabeza. Arrojó al suelo un cuchillo largo.

—Ahí tiene algo que puede serle útil dijo. Está muerto: el que le dio el latigazo. La prisa le quebró el pescuezo, parece. Ahora, si puede, señor Frodo, levante la escalerilla; y no la vuelva a bajar hasta que me oiga gritar la contra seña. Elbereth, gritaré. Es lo que dicen los elfos. Ningún orco lo diría.

Frodo permaneció sentado un rato, temblando, asaltado por una sucesión de imágenes aterradoras. Luego se levantó, se ciñó la capa élfica, y para mantener la mente ocupada, comenzó a pasearse de un lado a otro, escudriñando y espionando cada recoveco de la prisión.

No había pasado mucho tiempo, aunque a Frodo le pareció por lo menos una hora, cuando oyó la voz de Sam que llamaba quedamente desde abajo: Elbereth, Elbereth. Frodo soltó la escalerilla. Sam subió, resoplando; llevaba un bulto grande sobre la cabeza. Lo dejó caer en el suelo con un golpe sordo.

— ¡De prisa ahora, señor Frodo! —dijo—. Tuve que buscar un buen rato hasta encontrar algo pequeño como para nosotros. Tendremos que arreglarnos, pero de prisa. No he tropezado con nadie, ni he visto nada, pero no estoy tranquilo. Creo que este lugar está siendo vigilado. No lo puedo explicar, pero tengo la impresión de que uno de esos horribles jinetes anda por aquí, volando en la oscuridad donde no se le puede ver.

Abrió el atado. Frodo miró con repugnancia el contenido, pero no había otro remedio: tenía que ponerse esas prendas, o salir desnudo. Había un par de pantalones de montar largos y peludos confeccionados con el pellejo de alguna bestia inmundada, y una túnica sucia de cuero. Se los puso. Sobre la túnica iba una cota de malla redonda, corta para un orco adulto, pero demasiado larga para Frodo, y pesada por añadidura. Se la ajustó con un cinturón, del que pendía una vaina corta con una espada de hoja ancha y afilada. Sam había traído varios yelmos de orcos. Uno de ellos le quedaba bastante bien a Frodo:

un capacete negro con guarnición de hierro, y argollas de hierro revestidas de cuero; sobre el cubrenariz en forma de pico brillaba pintado en rojo el Ojo Maléfico.

—Las prendas de Morgul, las de los hombres de Gorbag, nos habrían sentado mejor y eran de más calidad —dijo Sam—; pero hubiera sido peligroso andar por Mordor con las insignias de esa gente, después de los problemas que hubo aquí. Bien, ahí tiene, señor Frodo. Un perfecto orco pequeño, si me permite el atrevimiento, o lo parecería de verdad si pudiésemos cubrirle la cara con una máscara, estirarle los brazos y hacerlo patizambo. Con esto disimulará algunas fallas del disfraz. —Le puso sobre los hombros un amplio capote negro.— ¡Ya está pronto! A la salida podrá escoger un escudo.

—¿Y tú, Sam? ¿No dijiste que iríamos vestidos los dos iguales?

—Bueno, señor Frodo, he estado reflexionando —dijo Sam—. No es conveniente que deje mis cosas aquí, pero tampoco podemos destruirlas. Y no me puedo poner una malla de orco encima de todas mis ropas ¿no? Tendré que encapucharme de la cabeza a los pies.

Se arrodilló, y doblando con cuidado la capa élfica, la convirtió en un rollo asombrosamente pequeño. Lo guardó en la mochila que estaba en el suelo, e irguiéndose se la cargó a la espalda; se puso en la cabeza un casco orco y se echó otro capote negro sobre los hombros.

— ¡Listo! —dijo—. Ahora estamos iguales, casi. ¡Y es hora de partir!

—No podré hacer todo el trayecto en una sola etapa, Sam —dijo Frodo con una sonrisa forzada—. Me imagino que habrás averiguado si hay posadas en el camino. ¿O has olvidado que necesitaremos comer y beber?

— ¡Córcholis, sí, b olvidé! —dijo Sam. Silbó, desanimado—. ¡Ay, señor Frodo, me ha dado usted un hambre y una sed! No recuerdo cuándo fue la última vez que una gota o un bocado me pasó por los labios. Tratando de encontrarlo a usted, no lo he pensado más. ¡Pero espere! La última vez que miré todavía me quedaba bastante de ese pan del camino, y lo que nos dio el capitán Faramir, como para mantenernos en pie un par de semanas. Pero si en mi botella queda algo, no ha de ser más que una gota. De ninguna manera va a alcanzar para dos. ¿Acaso los orcos no comen, no beben? ¿O sólo viven de aire rancio y de veneno?

—No, comen y beben, Sam. La Sombra que los engendró sólo puede remedar, no crear: no seres verdaderos, con vida propia. No creo que haya dado vida a los orcos, pero los malogró y los pervirtió; y si están vivos, tienen que vivir como los otros seres vivos. Se alimentarán de aguas estancadas y carnes putrefactas, si no consiguen otra cosa, pero no de veneno. A mí me han dado de comer, y estoy en mejores condiciones que tú. Por aquí, en alguna parte, tiene que haber agua y víveres.

—Pero no hay tiempo para buscarlos —dijo Sam.

—Bueno, las cosas no pintan tan mal como piensas —dijo Frodo—. En tu ausencia tuve un golpe de suerte. En realidad, no se llevaron todo. Encontré mi saco de provisiones entre algunos trapos tirados en el suelo. Lo revisaron, naturalmente. Pero supongo que el aspecto y el olor de las lembas les repugnó tanto o más que a Gollum. Las encontré desparramadas por el suelo y algunas estaban rotas y pisoteadas, pero pude recogerlas. No es mucho más de lo que tú tienes. En cambio se llevaron las provisiones de Faramir, y acuchillaron la cantimplora.

—Bueno, no hay nada más que hablar —dijo Sam—. Tenemos lo suficiente para ahora. Pero lo del agua va a ser un problema. No importa, señor Frodo, ¡coraje! En marcha, o de nada nos servirá todo un lago.

—No, no me moveré de aquí hasta que hayas comido, Sam —dijo Frodo—. Aquí tienes, come esta galleta élfica, y bébete la última gota de tu botella. Esta aventura es un desatino y no vale la pena preocuparse por el mañana. Lo más probable es que no llegue.

Al fin se pusieron en marcha. Bajaron por la escalera de mano, y Sam la descolgó y la dejó en el pasadizo junto al cuerpo encogido del orco. La escalera estaba en tinieblas, pero en el tejado se veía aún el resplandor de la Montaña, ahora de un rojo mortecino. Recogieron dos escudos para completar el disfraz, y siguieron caminando.

Bajaron pesadamente la larga escalera. La cámara de la torre donde se habían reencontrado parecía casi acogedora ahora que estaban otra vez al aire libre, y el terror corría a lo largo de los muros. Aunque todo hubiera muerto en Cirith Ungol, la Torre se alzaba aún envuelta en miedo y maldad. Llegaron por fin a la puerta del patio exterior y se detuvieron. Ya allí podían sentir sobre ellos la malicia de los Centinelas. Formas negras y silenciosas apostadas a cada lado de la puerta, por la que alcanzaban a

verse los fulgores de Mordor. Los pies les pesaban cada vez más a medida que avanzaban entre los cadáveres repugnantes de los orcos. Y aún no habían llegado a la arcada cuando algo los paralizó. Intentar dar un paso más era doloroso y agotador para la voluntad y para los miembros.

Frodo no se sentía con fuerzas para semejante batalla. Se dejó caer en el suelo.

—No puedo seguir, Sam —murmuró—. Me voy a desmayar. No sé qué me pasa.

—Yo lo sé, señor Frodo. ¡Manténgase en pie! Es la puerta. Está embrujada. Pero si pude entrar, también podré salir. No es posible que ahora sea más peligrosa que antes. ¡Adelante!

Volvió a sacar el frasco élfico de Galadriel. Como para rendir homenaje al temple del hobbit, y agraciarse con esplendor la mano fiel y morena que había llevado a cabo tantas proezas, el frasco brilló súbitamente iluminando el patio en sombras con una luz deslumbradora, como un relámpago; pero era una luz firme, y que no se extinguía.

—Gilthoniel, A Elbereth! —gritó Sam. Sin saber por qué, su pensamiento se había vuelto de pronto a los elfos de la Comarca, y al canto que había ahuyentado al Jinete Negro oculto entre los árboles.

—Aiya elenion ancalima! —gritó Frodo, detrás de Sam.

La voluntad de los Centinelas se quebró de repente como una cuerda demasiado tensa, y Frodo y Sam trastabillaron. Pero en seguida echaron a correr. Traspusieron la puerta y dejaron atrás las grandes figuras sentadas de ojos fulgurantes. Se oyó un estallido. La dovela de la arcada se derrumbó casi sobre los talones de los fugitivos, y el muro superior se desmoronó, cayendo en ruinas. Habían escapado. Repicó una campana; y un gemido agudo y horripilante se elevó de los Centinelas. Desde muy arriba, desde la oscuridad, llegó una respuesta. Del cielo tenebroso descendió como un rayo una figura alada, desgarrando las nubes con un grito siniestro.

2

EL PAÍS DE LA SOMBRA

Sam apenas alcanzó a esconder el frasco en el pecho.

—¡Corra, señor Frodo! —gritó—. ¡No, por ahí no! Del otro lado del muro hay un precipicio. ¡Sígame!

Huyeron camino abajo y se alejaron de la puerta. Unos cincuenta pasos más adelante, la senda contorneó uno de los bastiones del risco, y los ocultó a los ojos de la Torre. Por el momento estaban a salvo. Se agazaparon contra las rocas y respiraron llevándose las manos al pecho. Posado ahora en lo alto del muro junto a la puerta en ruinas, el Nazgûl lanzaba sus gritos funestos. Los ecos retumbaban entre los riscos.

Avanzaron tropezando, aterrorizados. Pronto el camino dobló bruscamente hacia el este, y por un momento los expuso a la mirada pavorosa de la Torre. Echaron a correr, y al volver la cabeza vieron la gran forma negra encaramada en la muralla, y se internaron en una garganta que descendía en rápida pendiente al camino de Morgul. Así llegaron a la encrucijada. No había aún señales de los orcos, ni había habido respuesta al grito del Nazgûl; pero sabían que aquel silencio no podía durar mucho, que de un momento a otro comenzaría la persecución.

—Todo esto es inútil —dijo Frodo—. Si fuésemos orcos de verdad, estaríamos corriendo hacia la Torre en vez de huir. El primer enemigo con que nos topemos nos reconocerá. De alguna manera tenemos que salir de este camino.

—Pero es imposible —dijo Sam—. No sin alas.

Las laderas orientales de Ephel Dúath caían a pique en una sucesión de riscos y precipicios hacia la cañada negra que se abría entre ellos y la cadena interior. No lejos del cruce, luego de trepar otra cuesta empinada, el camino se prolongaba en un puente volante de piedra, cruzaba el abismo, y se internaba por fin en faldas desmoronadas y en los valles del Morgai. En una carrera desesperada, Frodo y Sam llegaron al puente, pero ya antes de cruzar comenzaron a oír los gritos y la algarabía. A lo lejos, a espaldas de ellos, asomaba en la cresta la Torre de Cirith Ungol, y las piedras centelleaban ahora con un fulgor mortecino. De improviso la campana discordante tañó otra vez. Sonaron los cuernos. Y del otro lado de la

cabecera del puente llegaron los clamores de respuesta. Allá abajo, en la hondonada sombría, oculta a los fulgores moribundos del Orodruin, no veían nada, pero oían ya las pisadas de unas botas de hierro, y allá arriba en el camino resonaba el repiqueteo de unos cascos.

— ¡Pronto, Sam! ¡Saltemos! —gritó Frodo. Se arrastraron hasta el parapeto debajo del puente. Por fortuna, ya no había peligro de que se despeñaran, pues las laderas del Morgai se elevaban casi hasta el nivel del camino; pero había demasiada oscuridad para que pudieran estimar la profundidad del precipicio.

—Bueno, allá voy, señor Frodo —dijo Sam—. ¡Hasta la vista!

Se dejó caer. Frodo lo siguió. Y mientras caían oyeron el galope de los jinetes que pasaban por el puente, y el golpeteo de los pies de los orcos. Sin embargo, de haberse atrevido, Sam se habría reído a carcajadas. Temiendo una caída casi violenta entre rocas invisibles, los hobbits, luego de un descenso de apenas una docena de pies, aterrizaron con un golpe sordo y un crujido en el lugar más inesperado: una maraña de arbustos espinosos. Allí Sam se quedó quieto, chupándose en silencio una mano rasguñada.

Cuando el ruido de los cascos se alejó, se aventuró a susurrar:

— ¡Por mi alma, señor Frodo, creía que en Mordor no crecía nada! De haberlo sabido, esto sería precisamente lo que me habría imaginado. A juzgar por los pinchazos, estas espinas han de tener un pie de largo; han atravesado todo lo que llevo encima. ¡Por qué no me habré puesto esa cota de malla!

—Las cotas de malla de los orcos no te protegerían de estas espinas —dijo Frodo—. Ni siquiera un justillo de cuero te serviría.

No les fue fácil salir del matorral. Los espinos y las zarzas eran duros como alambres y se les prendían como garras. Cuando al fin consiguieron librarse, tenían las capas desgarradas y en jirones.

—Ahora bajemos, Sam —murmuró Frodo—. Rápido al valle, luego doblaremos al norte tan pronto como sea posible.

Afuera, en el resto del mundo, nacía un nuevo día, y muy lejos, más allá de las tinieblas de Mordor, el sol despuntaba en el horizonte, al este de la Tierra Media; pero aquí todo estaba oscuro, como si aún fuera de noche. En la montaña las llamas se habían extinguido y los rescoldos humeaban bajo las cenizas. El resplandor desapareció poco a poco de los riscos. El viento del este, que no había dejado de soplar desde que partieran de Ithilien, ahora parecía muerto. Lenta y penosamente bajaron gateando en las sombras, a tientas, tropezando, arrastrándose entre peñascos y matorrales y ramas secas, bajando y bajando hasta que ya no pudieron continuar.

Se detuvieron al fin, y se sentaron uno al lado del otro, recostándose contra una roca, sudando los dos.

—Si Shagrat en persona viniera a ofrecermelo un vaso de agua, le estrecharía la mano —dijo Sam.

—¡No digas eso! —replicó Frodo—. ¡Sólo consigues empeorar las cosas! —Luego se tendió en el suelo, mareado y exhausto, y no volvió a hablar durante un largo rato. Por fin, se incorporó otra vez, trabajosamente. Descubrió con asombro que Sam se había quedado dormido.— ¡Despierta, Sam! —dijo—. ¡Vamos! Es hora de hacer otro esfuerzo.

Sam se levantó a duras penas.

—¡Bueno, nunca lo hubiera imaginado! —dijo—. Supongo que el sueño me venció. Hace mucho tiempo, señor Frodo, que no duermo como es debido, y los ojos se me cerraron solos.

Ahora Frodo encabezaba la marcha, yendo todo lo posible hacia el norte, entre las piedras y los peñascos amontonados en el fondo de la gran hondonada. Pero a poco de andar se detuvieron de nuevo.

—No hay nada que hacerle, Sam —dijo—. No puedo soportarla. Esta cota de malla, quiero decir. No hoy, al menos. Aun la cota de mithril me pesaba a veces. Esta pesa muchísimo más. ¿Y de qué me sirve? De todos modos no será peleando como nos abriremos paso.

—Sin embargo, quizá nos esperen algunos encuentros. Y puede haber cuchillos y flechas perdidas. Para empezar, ese tal Gollum no está muerto. No me gusta pensar que sólo un trozo de cuero lo protege de una puñalada en la oscuridad.

—Escúchame, Sam, hijo querido —dijo Frodo—: estoy cansado, exhausto. No me queda ninguna esperanza. Pero mientras pueda caminar, tengo que tratar de llegar a la montaña. El Anillo ya es bastante. Esta carga excesiva me está matando. Tengo que deshacerme de ella. Pero no creas que soy

desagradecido. Me repugna pensar en ese trabajo que tuviste que hacer entre los cadáveres para encontrarla.

—Ni lo mencione, señor Frodo. ¡Por lo que más quiera! ¡Lo llevaría sobre mis espaldas, si pudiese! ¡Quítesela, entonces!

Frodo se sacó la capa, se despojó de la cota de malla oreá y la tiró lejos. Se estremeció ligeramente.

—Lo que en realidad necesito es algún abrigo —dijo—. O ha refrescado, o he tomado frío.

—Puede ponerse mi capa, señor Frodo —dijo Sam. Se descolgó la mochila de la espalda y sacó la capa élfica—. ¿Qué le parece, señor Frodo? Se envuelve en ese trapo orco, y se ajusta el cinturón por fuera. Y encima de todo se pone la capa. No es exactamente a la usanza oreá, pero estará más abrigado; y hasta diría que lo protegerá mejor que cualquier otra vestimenta. Fue hecha por la Dama.

Frodo tomó la capa y cerró el broche.

— ¡Así me siento mejor! —dijo—. Y mucho más liviano. Ahora puedo continuar. Pero esta oscuridad ciega invade de algún modo el corazón. Cuando estaba preso, Sam, trataba de pensar en el Brandivino, en el Bosque Cerrado, y en El Agua corriendo por el molino en Hobbiton. Pero ahora no puedo recordarlos.

— ¡Vamos, señor Frodo, ahora es usted el que habla de agua! —dijo Sam—. Si la Dama pudiera vernos u oírnos, yo le diría: «Señora, todo cuanto necesitamos es luz y agua: sólo un poco de agua pura y la clara luz del día, mejor que cualquier joya, con el perdón de usted.» Pero estamos muy lejos de Lorien. —Suspiró y movió una mano señalando las cumbres de Ephel Dúath, ahora apenas visibles como una oscuridad más profunda contra el cielo en tinieblas.

Reanudaron la marcha. No habían avanzado mucho cuando Frodo se detuvo.

—Hay un Jinete Negro volando sobre nosotros —dijo—. Siento su presencia. Será mejor que nos quedemos quietos por un tiempo.

Se acurrucaron debajo de un gran peñasco, de cara al oeste, y durante un rato permanecieron callados. Al fin Frodo dejó escapar un suspiro de alivio.

—Ya pasó —dijo.

Se levantaron, y lo que vieron los dejó mudos de asombro. A la izquierda y hacia el sur, contra un cielo que ya casi era gris, comenzaban a asomar oscuros y negros los picos y las crestas de la gran cordillera. Por detrás de ella crecía la luz. Trepaba lentamente hacia el norte. En las alturas lejanas, en los ámbitos del cielo, se estaba librando una batalla. Las turbulentas nubes de Mordor se alejaban, como rechazadas, con los bordes hechos jirones, mientras un viento que soplaba desde el mundo de los vivos barría las emanaciones y las humaredas hacia la tierra tenebrosa de donde habían venido. Bajo las orlas del palio lúgubre, una luz tenue se filtraba en Mordor como un amanecer pálido a través de las ventanas sucias de una prisión.

— ¡Mire, señor Frodo! —dijo Sam. ¡Mire! El viento ha cambiado. Algo ocurre. No se va a salir del todo con la suya. Allá en el mundo la oscuridad se desvanece. ¡Me gustaría saber qué está pasando!

Era la mañana del decimoquinto día de marzo, y en el Valle del Anduin el sol asomaba por encima de las sombras del este, y soplaba un viento del sudoeste. En los Campos del Pelennor, Théoden yacía moribundo.

Mientras Frodo y Sam observaban inmóviles el horizonte, la cinta de luz se extendió a lo largo de las crestas de los Ephel Dúath; y de pronto una forma rápida apareció en el oeste, al principio apenas una mancha negra en la franja luminosa de las cumbres, pero en seguida creció, y atravesando como una flecha el manto de oscuridad, pasó muy alto por encima de ellos. Al alejarse lanzó un chillido agudo y penetrante: la voz de un Nazgûl; pero este grito ya no los asustaba: era un grito de dolor y de espanto, malas nuevas para la Torre Oscura. La suerte del Señor de los Espectros del Anillo estaba echada.

—¿Qué le dije? ¡Algo está ocurriendo! —gritó Sam—. «La guerra marcha bien», dijo Shagrat; pero Gorbag no estaba tan seguro. Y también en eso tenía razón. Parece que las cosas mejoran, señor Frodo. ¿No se siente más esperanzado ahora?

—Bueno, no, no mucho, Sam —suspiró Frodo—. Eso está ocurriendo muy lejos más allá de las montañas. Nosotros vamos hacia el Este, no hacia el Oeste. Y estoy tan cansado. Y el Anillo pesa tanto, Sam. Y empiezo a verlo en mi mente todo el tiempo, una gran rueda de fuego.

El optimismo de Sam decayó rápidamente. Miró ansioso a su amo, y le tomó la mano.

—¡Vamos, señor Frodo! —dijo—. Conseguí una de las cosas que quería: un poco de luz. La suficiente para ayudarnos, y sin embargo sospecho que también es peligrosa. Trate de avanzar un poco más, y luego nos echaremos juntos a descansar. Pero ahora coma un bocado, un trocito del pan de los elfos; le reconfortará.

Compartiendo una oblea de lembas, y masticándola lo mejor que pudieron con las bocas reseca, Frodo y Sam continuaron adelante. La luz, aunque apenas un crepúsculo gris, bastaba para que vieran alrededor: estaban ahora en lo más profundo del valle entre las montañas. Descendía en una suave pendiente hacia el norte, y por el fondo corría el lecho seco y calcinado de un arroyo. Más allá del curso pedregoso vieron un sendero trillado que serpeaba al pie de los riscos occidentales. Si lo hubieran sabido, habrían podido llegar a él más rápidamente, pues era una senda que se desprendía de la ruta principal a Morgul en la cabecera occidental del puente y descendía por una larga escalera tallada en la roca hasta el fondo mismo del valle; y la utilizaban las patrullas o los mensajeros que viajaban a los puestos y fortalezas menores del lejano Norte, entre Cirith Ungol y los desfiladeros de la Garganta de Hierro, las mandíbulas férreas de Carach Angren.

Era un sendero peligroso para los hobbits, pero el tiempo apremiaba, y Frodo no se sentía capaz de trepar y gatear entre los peñascos o en las hondonadas del Morgai. Y suponía además que el del norte era el camino en que sus perseguidores menos esperarían encontrarlos. Sin duda comenzarían la búsqueda por el camino al este de la llanura, o por el paso que volvía hacia el oeste. Sólo cuando estuvieran bien al norte de la Torre se proponía cambiar de rumbo y buscar una salida hacia el este: hacia la última y desesperada etapa de aquel viaje. Cruzaron pues el lecho de piedras, y tomaron el sendero orco, y avanzaron por él durante un tiempo. Los riscos altos y salientes de la izquierda impedían que pudieran verlos desde arriba; pero el sendero tenía muchas curvas, y en cada recodo aferraban la empuñadura de la espada y avanzaban con cautela.

La luz no aumentaba, porque el Orodruin continuaba vomitando una espesa humareda que subía cada vez más arriba, empujada por corrientes antagónicas, y al llegar a una región por encima de los vientos, se desplegaba en una bóveda inconmensurable, cuya columna central emergía de las sombras fuera de la vista de los hobbits. Habían caminado penosamente durante más de una hora, cuando un rumor hizo que se detuvieran: increíble, pero a la vez inconfundible. El susurro del agua. A la izquierda de una cañada tan pronunciada y estrecha que se hubiera dicho que el risco negro había sido hendido por un hacha enorme, corría un hilo de agua: acaso los últimos vestigios de alguna lluvia dulce recogida en mares soleados, pero con la triste suerte de ir a caer sobre los muros del País Tenebroso, y perderse luego en el polvo. Aquí brotaba de la roca en una pequeña cascada, y fluía a lo largo del camino, y girando hacia el sur huía entre las piedras muertas.

Sam saltó hacia la cascada.

—¡Si alguna vez vuelvo a ver a la Dama, se lo diré! —gritó—. ¡Luz, y ahora agua! —Se detuvo.— ¡Déjeme beber primero, señor Frodo! —dijo.

—Está bien, pero hay sitio suficiente para dos.

—No es eso —dijo Sam—. Quiero decir: si es venenosa, o si hay en ella algo malo que se manifieste en seguida; bueno, es preferible que sea yo y no usted, mi amo, si me entiende.

—Te entiendo. Pero me parece que tendremos que confiar juntos en nuestra suerte, Sam, mala o buena. ¡De todos modos, ten cuidado, si está muy fría!

El agua estaba fresca pero no helada, y tenía un sabor desagradable, a la vez amargo y untuoso, o por lo menos eso habrían opinado en la Comarca. Aquí, les pareció maravillosa, y la bebieron sin temor ni prudencia. Bebieron hasta saciarse, y Sam llenó la cantimplora. Después de esto Frodo se sintió mejor, y prosiguieron la marcha durante varias millas, hasta que un ensanchamiento del camino y la aparición de un muro tosco que lo flanqueaba, les advirtió que se estaban acercando a otra fortaleza orea.

—Aquí es donde cambiamos de rumbo, Sam —dijo Frodo—. Y ahora tenemos que marchar hacia el este. —Miró las crestas sombrías del otro lado del valle, y suspiró.— Apenas me quedan fuerzas para buscar algún agujero allá arriba. Y luego necesito descansar un poco.

El lecho del río corría un poco más abajo del sendero. Descendieron hasta él gateando, y comenzaron a atravesarlo. Sorprendidos, encontraron charcos oscuros alimentados por hilos de agua que bajaban de algún manantial en lo alto del valle. Las cercanías de Mordor al pie de las montañas occidentales eran una tierra moribunda, pero aún no estaba muerta. Y aquí crecía alguna vegetación,

áspera, retorcida, amarga, que trataba de sobrevivir. En las cañadas del Morgai, del otro lado del valle, se aferraban al suelo unos árboles bajos y achaparrados, matorrales de hierba grises luchaban con las piedras, y líquenes resecos se enroscaban en los matorrales, y grandes marañas de zarzas retorcidas crecían por doquier. Algunas tenían largas espinas punzantes, otras púas ganchudas y afiladas como cuchillos. Las hojas marchitas y arrugadas del último verano colgaban crujendo y crepitando en el aire triste, pero los brotes infestados de larvas todavía estaban abriéndose. Moscas, pardas, grises o negras, marcadas como los orcos con una mancha roja que parecía un ojo, zumbaban y picaban; y sobre los brezales danzaban y giraban nubes de mosquitos hambrientos.

—Los atavíos orcos no sirven —dijo Sam, agitando los brazos—. ¡Ojalá tuviera el pellejo de un orco!

Por último Frodo no pudo continuar. Habían trepado a una barranca empinada y angosta, pero aún les quedaba un largo trecho antes que pudieran ver la última cresta escarpada.

—Ahora necesito descansar, Sam, y dormir si puedo —dijo Frodo. Miró alrededor, pero en aquel paraje lúgubre no parecía haber un sitio donde al menos un animal salvaje pudiera guarecerse. Al cabo, exhaustos, se escondieron debajo de una cortina de zarzas que colgaba como una estera de una pared de roca.

Allí se sentaron y comieron como mejor pudieron. Conservando las preciosas lembas para los malos días del futuro, tomaron la mitad de lo que quedaba en la bolsa de Sam de las provisiones de Faramir: algunas frutas secas y una pequeña lonja de carne ahumada, y bebieron unos sorbos de agua. Habían vuelto a beber en los charcos del valle, pero otra vez tenían mucha sed. Había un dejo amargo en el aire de Mordor que secaba la boca. Cada vez que Sam pensaba en el agua, hasta él mismo se sentía desanimado. Más allá del Morgai les quedaba aún por atravesar la temible llanura de Gorgoroth.

—Ahora usted dormirá primero, señor Frodo —dijo—. Ya oscurece otra vez. Me parece que este día está por acabar.

Frodo suspiró y se durmió casi antes que Sam hubiese dicho esto. Luchando con su propio cansancio, Sam tomó la mano de Frodo; y así permaneció, en silencio, hasta que cayó la noche. Luego, para mantenerse despierto, se deslizó fuera del escondite y miró en torno. El lugar parecía poblado de crujidos y crepitaciones y ruidos furtivos, pero no se oían voces ni rumores de pasos. A lo lejos, sobre los Ephel Dúath en el oeste, el cielo nocturno era aún pálido y lívido. Allá, asomando entre las nubes por encima de un peñasco sombrío en lo alto de los montes, Sam vio de pronto una estrella blanca que titilaba. Tanta belleza, contemplada desde aquella tierra desolada e inhóspita, le llegó al corazón, y la esperanza renació en él. Porque frío y nítido como una saeta lo traspasó el pensamiento de que la Sombra era al fin y al cabo una cosa pequeña y transitoria, y que había algo que ella nunca alcanzaría: la luz, y una belleza muy alta. Más que una esperanza, la canción que había improvisado en la Torre era un reto, pues en aquel momento pensaba en sí mismo. Ahora, por un momento, su propio destino, y aun el de su amo, lo tuvieron sin cuidado. Se escabulló otra vez entre las zarzas y se acostó junto a Frodo, y olvidando todos los temores se entregó a un sueño profundo y apacible.

Se despertaron al mismo tiempo, tomados de la mano. Sam se sentía casi restaurado, listo para afrontar un nuevo día; pero Frodo suspiró. Había dormido mal, acosado por sueños de fuego, y no despertaba de buen ánimo. Aun así, el descanso no había dejado de tener un efecto curativo. Se sentía más fuerte, más dispuesto a soportar la carga durante una nueva jornada. No sabían qué hora era ni cuánto tiempo habían dormido; pero luego de comer un bocado y beber un sorbo de agua continuaron escalando el barranco, que terminaba en un despeñadero. Allí las últimas cosas vivas renunciaban a la lucha: las cumbres del Morgai eran yermas, melladas, desnudas y negras como un techo de pizarra.

Después de errar durante largo rato en busca de un camino, descubrieron uno por el que podían trepar. Subieron penosamente un centenar de pies, y al fin llegaron a la cresta. Atravesaron una hendidura entre dos riscos oscuros, y se encontraron en el borde mismo de la última empalizada de Mordor. Abajo, en el fondo de una depresión de unos mil quinientos pies, la llanura interior se dilataba hasta perderse de vista en una tiniebla informe. El viento del mundo soplaba ahora desde el oeste levantando las nubes espesas, que se alejaban flotando hacia el este; pero a los temibles campos de Gorgoroth sólo llegaba una luz grisácea. Allí los humos reptaban a ras del suelo y se agazapaban en los huecos, y los vapores escapaban por las grietas de la tierra.

Todavía lejano, a unas cuarenta millas por lo menos, divisaron el Monte del Destino, la base sepultada en ruinas de cenizas, el cono elevándose, gigantesco, con la cabeza humeante envuelta en nubes. Ahora aletargado, los fuegos momentáneamente aplacados, se erguía, peligroso y hostil, como una bestia adormecida. Y por detrás asomaba una sombra vasta, siniestra como una nube de tormenta: los

velos distantes de Baraddür, que se alzaba a lo lejos sobre un espolón largo, una de las estribaciones septentrionales de los Montes de Ceniza. El Poder Oscuro cavilaba, con el Ojo vuelto hacia adentro, sopesando las noticias de peligro e incertidumbre; veía una espada refulgente y un rostro majestuoso y severo, y por el momento había dejado de lado los otros problemas; y la poderosa fortaleza, puerta tras puerta, y torre sobre torre, estaba envuelta en una tiniebla de preocupación.

Frodo y Sam contemplaban el país abominable con una mezcla de repugnancia y asombro. Entre ellos y la montaña humeante, y alrededor de ella al norte y al sur, todo parecía muerto y destruido, un desierto calcinado y convulso. Se preguntaron cómo haría el Señor de aquel reino para mantener y alimentar a los esclavos y los ejércitos. Porque ejércitos tenía, sin duda. Hasta perderse de vista, a lo largo de las laderas del Morgai y a lo lejos hacia el sur, se sucedían los campamentos, algunos de tiendas, otros ordenados como pequeñas ciudades. Uno de los mayores se extendía justo abajo de donde se encontraban los hobbits: semejante a un apiñado nido de insectos, y entrecruzado por callejuelas rectas y lóbregas de chozas y barracas grises, ocupaba casi una milla de llanura. Alrededor, la gente iba y venía; un camino ancho partía del caserío hacia el sudeste y se unía a la carretera de Morgul, por la que se apresuraban filas y filas de pequeñas formas negras.

—No me gusta nada cómo pinta esto —dijo Sam—. No es muy alentador... excepto que donde vive tanta gente tiene que haber pozos, o agua; y comida, ni que hablar. Y éstos no son orcos sino hombres, si la vista no me engaña.

Ni él ni Frodo sabían nada de los extensos campos cultivados por esclavos en el extremo Sur del reino, más allá de las emanaciones de la montaña y en las cercanías de las aguas sombrías y tristes del Lago Núrnén; ni de las grandes carreteras que corrían hacia el este y el sur a los países tributarios, de donde los soldados de la Torre venían con largas caravanas de víveres y botines y nuevas legiones de esclavos. Allí, en las regiones septentrionales, se encontraban las fraguas y las minas, allí se acantonaban las reservas humanas para una guerra largamente premeditada; y allí también el Poder Oscuro reunía sus ejércitos, moviéndolos como peones sobre el tablero. Las primeras movidas, con las que había probado fuerzas, habían puesto las piezas en jaque en el frente occidental, en el Sur y en el Norte. Y ahora las había retirado, y engrosándolas con nuevos refuerzos, las había apostado en las cercanías de Cirith Gorgor en espera del momento propicio para tomarse la revancha. Y si lo que se proponía era defender a la vez la montaña de una probable tentativa de asalto, no podía haberlo hecho mejor.

—¡Y bien! —prosiguió Sam—. No sé qué tienen de comer y de beber, pero no está a nuestro alcance. No veo ningún camino que nos permita llegar allá abajo. Y aunque lográsemos descender, jamás podríamos atravesar ese territorio plagado de enemigos.

—No obstante tendremos que intentarlo —replicó Frodo—. No es peor de lo que yo me imaginaba. Nunca tuve la esperanza de llegar; tampoco la tengo ahora. Pero aun así, he de hacer lo que esté a mi alcance. Por el momento impedir que me capturen, tanto tiempo como sea posible. Me parece pues, que tendremos que continuar hacia el norte, y ver cómo se presentan las cosas allí donde la llanura comienza a estrecharse.

—Creo adivinar cómo se presentarán —dijo Sam—. En la parte más estrecha de la llanura los orcos y los hombres estarán más apiñados que nunca. Ya lo verá, señor Frodo.

—Supongo que lo verá, si alguna vez llegamos —dijo Frodo, y dio media vuelta.

No tardaron en descubrir que no podían continuar avanzando a lo largo de la cresta del Morgai, ni por los niveles más altos, donde no había senderos y abundaban las hondonadas profundas. Por último tuvieron que regresar por el barranco que habían escalado, en busca de una salida desde el valle. Fue una caminata ardua, pues no se atrevían a cruzar hasta el sendero que corría del lado occidental. Al cabo de una milla o más, oculto en una cavidad al pie del risco, vieron el bastión orco que estaban esperando encontrar: un muro y un apretado grupo de construcciones de piedra dispuestas a los lados de una caverna sombría. No se advertía ningún movimiento, pero los hobbits avanzaron con cautela, manteniéndose lo más cerca posible de los zarzales que a esta altura crecían en abundancia a ambos lados del lecho seco del arroyo.

Continuaron por espacio de dos o tres millas, y el bastión orco desapareció detrás de ellos; pero cuando empezaban a sentirse más tranquilos, oyeron unas voces de orcos, ásperas y estridentes. Se escondieron detrás de un arbusto pardusco y achaparrado. Las voces se acercaban. De pronto dos orcos aparecieron a la vista. Uno vestía harapos pardos e iba armado con un arco de cuerno; era de una raza más bien pequeña, negro de tez, y la nariz, de orificios muy dilatados, husmeaba el aire sin cesar: sin duda una especie de rastreador. El otro era un orco corpulento y aguerrido, como los de la compañía de Shagrat, y lucía la insignia del Ojo. También él llevaba un arco a la espalda y una lanza corta de punta ancha. Como

de costumbre se estaban peleando, y por pertenecer a razas diferentes empleaban a su manera la Lengua Común.

A sólo veinte pasos de donde estaban escondidos los hobbits, el orco pequeño se detuvo.

—¡Nar! —gruñó—. Yo me vuelvo a casa. —Señaló a través del valle en dirección al fuerte orco.— No vale la pena que me siga gastando la nariz olfateando piedras. No queda ni un rastro, te digo. Por hacerte caso a ti les perdí la pista. Subía por las colinas, no a lo largo del valle, te digo.

—¿No servís de mucho, eh, vosotros, pequeños husmeadores? —dijo el orco grande—. Creo que los ojos son más útiles que vuestras narices mocosas.

—¿Qué has visto con ellos, entonces? —gruñó el otro—. ¡Garn! ¡Si ni siquiera sabes lo que andas buscando!

—¿Y quién tiene la culpa? —replicó el soldado—. Yo no. Eso viene de arriba. Primero dicen que es un gran elfo con una armadura brillante, luego que es una especie de hombrecito enano, y luego que puede tratarse de una horda de Urukhai rebeldes; o quizá son todos ellos juntos.

— ¡Ar! —dijo el rastreador—. Han perdido el seso, eso es lo que les pasa. Y algunos de los jefes también van a perder el pellejo, sospecho, si lo que he oído es verdad: que han invadido la Torre, que centenares de tus compañeros han sido liquidados, y que el prisionero ha huido. Si así es como os comportáis vosotros, los combatientes, no es de extrañar que haya malas noticias desde los campos de batalla.

—¿Quién dice que hay malas noticias? —vociferó el soldado.

— ¡Ar! ¿Quién dice que no las hay?

—Así es como hablan los malditos rebeldes, y si no callas te ensarto. ¿Me has oído?

—¡Está bien, está bien! —dijo el rastreador—. No diré más y seguiré pensando. Pero ¿qué tiene que ver en todo esto ese monstruo negro y escurridizo? Ese de las manos como paletas y que habla en gorgoteos.

—No lo sé. Nada, quizá. Pero apuesto que no anda en nada bueno, siempre husmeando por ahí. ¡Maldito sea! Ni bien se nos escabulló y huyó, llegó la orden de que lo querían vivo, y cuanto antes.

—Bueno, espero que lo encuentren y le den su merecido —masculló el rastreador—. Nos confundió el rastro allá atrás, cuando se apropió de esa cota de malla, y anduvo palmeteano por todas partes antes que yo consiguiera llegar.

—En todo casóle salvóla vida —dijo el soldado—. Antes de saber que lo buscaban, yo le disparé, a cincuenta pasos y por la espalda; pero siguió corriendo.

—¡Garn! Le erraste —dijo el rastreador—. Para empezar, disparas a tontas y a locas, luego corres con demasiada lentitud, y por último mandas buscar a los pobres rastreadores. Estoy harto de ti. — Se alejó rápidamente a grandes trancos.

—¡Vuelve! —vociferó el soldado—, ¡vuelve o te denunciaré!

—¿A quién? No a tu precioso Shagrat. Ya no será más el capitán.

—Daré tu nombre y tu número a los Nazgûl —dijo el soldado bajando la voz hasta un siseo—. Uno de ellos está ahora a cargo de la Torre. El otro se detuvo, la voz cargada de miedo y de furia.

—¡Soplón, maldito! —aulló—. No sabes hacer tu trabajo, y ni siquiera defiendes a los tuyos. ¡Vete con tus inmundos gritones y ojalá te arranquen el pellejo! Si el enemigo no se les adelanta. ¡ He oído decir que han liquidado al Número Uno, y espero que sea cierto!

El orco grande, lanza en mano, echó a correr detrás de él. Pero el rastreador, brincando por detrás de una piedra, le disparó una flecha en el ojo, y el otro se desplomó con estrépito en plena carrera. El rastreador huyó a valle traviesa y desapareció.

Durante un rato los hobbits permanecieron en silencio. Por fin Sam se movió.

Bueno, esto es lo que yo llamo las cosas claras dijo. Si esta simpática cordialidad se extendiera por Mordor, la mitad de nuestros problemas estarían ya resueltos.

En voz baja, Sam —susurró Frodo—. Puede haber otros por aquí. Es evidente que escapamos por un pelo, y que los cazadores no estaban tan descaminados como pensábamos. Pero ese es el espíritu

de Mordor, Sam; y ha llegado a todos los rincones. Los orcos siempre se han comportado de esa manera o así lo cuentan las leyendas, cuando están solos. Pero no puedes confiar demasiado. A nosotros nos odian mucho más, de todas formas y en todo tiempo. Si estos dos nos hubiesen visto, habrían interrumpido la pelea hasta terminar con nosotros.

Hubo otro silencio prolongado. Sam volvió a interrumpirlo, esta vez en un murmullo.

¿Oyó lo que decían del que habla en gorgoteos, señor Frodo? Le dije que Gollum no estaba muerto ¿no?

Sí, recuerdo. Y me preguntaba cómo lo sabrías —dijo Frodo—. Bueno. Creo que es mejor que no salgamos de aquí hasta que haya oscurecido por completo. Así podrás decirme cómo lo sabes, y contarme todo lo sucedido. Si puedes hablar en voz baja.

Trataré —dijo Sam—, pero cada vez que pienso en ese apestoso, me pongo tan frenético que me dan ganas de gritar.

Allí permanecieron los hobbits, al amparo del arbusto espinoso, mientras la luz lúgubre de Mordor se extinguía lentamente para dar paso a una noche profunda y sin estrellas; y Sam, hablándole a Frodo al oído, le contó todo cuanto pudo poner en palabras del ataque traicionero de Gollum, el horror de EllaLaraña, y sus propias aventuras con los orcos. Cuando hubo terminado, Frodo no dijo nada, pero tomó la mano de Sam y se la apretó. Al cabo de un rato se sacudió y dijo:

Bueno, supongo que hemos de reanudar la marcha. Me pregunto cuánto tiempo pasará antes que seamos realmente capturados, y acaben al fin estas penurias y escapadas, y todo haya sido inútil. —Se puso de pie.— Está oscuro, y no podemos usar el frasco de la Dama. Quédate con él por ahora, Sam, y cuídalo bien. Yo no tengo dónde guardarlo, excepto las manos, y necesitaré de las dos en esta noche ciega. Pero a Dardo, te lo doy. Ahora tengo una espada oreá, aunque no creo que me toque asestar algún otro golpe.

Era difícil y peligroso caminar de noche por aquella región sin senderos; pero poco a poco, tropezando con frecuencia, los dos hobbits avanzaron hacia el norte a lo largo de la orilla oriental del valle pedregoso. Y cuando una tímida luz gris volvió a asomar por encima de las cumbres occidentales, mucho después de que naciera el día en las tierras lejanas, se escondieron otra vez y durmieron un poco, por turno. En los ratos de vigilia a Sam lo obsesionaba el problema de la comida. Por fin, cuando Frodo despertó y habló de comer y de prepararse para otro nuevo esfuerzo, Sam le hizo la pregunta que más lo preocupaba.

Con el perdón de usted, señor Frodo —dijo, pero ¿tiene alguna idea de cuánto nos falta por recorrer?

No, ninguna idea demasiado precisa, Sam —respondió Frodo—. En Rivendel, antes de partir, me mostraron un mapa de Mordor anterior al retorno del enemigo; pero lo recuerdo vagamente. Lo que recuerdo con más precisión es que en un determinado lugar de las cadenas del oeste y el norte se desprendían unas estribaciones que casi llegaban a unirse. Estimo que se encontraban a no menos de veinte leguas del puente próximo a la Torre. Podría ser un buen paso. Pero por supuesto, si llegamos allí, estaremos aún más lejos de la montaña, a unas sesenta millas diría yo. Sospecho que nos hemos alejado unas doce leguas al norte del puente. Aunque todo marchara bien, no creo que llegáramos a la montaña en menos de una semana. Me temo, Sam, que la carga se hará muy pesada, y que avanzaré con mayor lentitud a medida que nos vayamos acercando.

Sam suspiró.

Eso es justamente lo que yo temía —dijo—. Y bien, por no mencionar el agua, tendremos que comer menos, señor Frodo, o de lo contrario movernos un poco más rápido, al menos mientras continuemos en este valle. Un bocado más, y se nos habrán acabado todas las provisiones, excepto el pan del camino de los elfos.

Trataré de caminar un poco más rápido, Sam dijo Frodo respirando hondo—. ¡Adelante! ¡En marcha otra vez!

Aún no había oscurecido por completo. Avanzaban penosamente, adentrándose en la noche. Las horas pasaban, y los hobbits caminaban fatigados dando traspiés, con uno que otro breve descanso. Al primer atisbo de luz gris bajo las orlas del palio de sombra se escondieron otra vez en una cavidad oscura al pie de una pared de roca. La luz aumentó poco a poco, en un cielo cada vez más límpido. Un viento fuerte del oeste arrastraba los vapores de Mordor en las capas altas del aire. Al poco tiempo los hobbits pudieron ver el territorio que se extendía alrededor. La hondonada entre las montañas y el Morgai se

había ido estrechando paulatinamente a medida que ascendían, y el borde interior no era más que una cornisa en las caras escarpadas de los Ephel Dúath; pero en el este se precipitaba tan a pique como siempre hacia Gorgoroth. Delante de ellos, el lecho del arroyo se interrumpía en escalones de roca resquebrajada; pues de la cadena principal emergía bruscamente un espolón alto y árido, que se adelantaba hacia el este como un muro. La cadena septentrional gris y brumosa de los Ered Lithui extendía allí un largo brazo sobresaliente que se unía al espolón, y entre uno y otro extremo corría un valle estrecho: Carach Angren, la Garganta de Hierro, que más allá se abría en el valle profundo de Udün. En esa llanura detrás del Morannos se escondían los túneles y arsenales subterráneos construidos por los servidores de Mordor como defensas de la Puerta Negra; y allí el Señor Oscuro estaba reuniendo de prisa unos ejércitos poderosos para enfrentar a los Capitanes del Oeste. Sobre los espolones habían construido fuertes y torres, y ardían los fuegos de guardia; y a todo lo largo de la garganta habían erigido una pared de adobe, y cavado una profunda trinchera atravesada por un solo puente.

Algunas millas más al norte, en el ángulo en que el espolón del oeste se desprendía de la cadena principal, se levantaba el viejo castillo de Durthang, convertido ahora en una de las numerosas fortalezas oreas que se apiñaban alrededor del valle de Udün. Y desde él, visible ya a la luz creciente de la mañana, un camino descendía serpenteando, hasta que a sólo una milla o dos de donde estaban los hobbits, doblaba al este y corría a lo largo de una cornisa cortada en el flanco del espolón, y continuaba en descenso hacia la llanura, para desembocar en la Garganta de Hierro.

Mirando esta escena, a los hobbits les pareció de pronto que el largo viaje al norte había sido inútil. En la llanura que se extendía a la derecha envuelta en brumas y humos, no se veían campamentos ni tropas en marcha; pero toda aquella región estaba bajo la vigilancia de los fuertes de Carach Angren.

—Hemos llegado a un punto muerto, Sam —dijo Frodo—. Si continuamos, sólo llegaremos a esa torre orea; pero el único camino que podemos tomar es el que baja de la torre... a menos que volvamos por donde vinimos. No podemos trepar hacia el oeste, ni descender hacia el este.

—En ese caso tendremos que seguir por el camino, señor Frodo — dijo Sam—. Tendremos que seguirlo y tentar fortuna. Si hay fortuna en Mordor. Ahora da igual que nos rindamos o que intentemos volver. La comida no nos alcanzará. ¡Tendremos que darnos prisa!

—Está bien, Sam —dijo Frodo—. ¡Guíame! Mientras te quede una esperanza. A mí no me queda ninguna. Pero no puedo darme prisa, Sam. A duras penas podré arrastrarme detrás de ti.

—Antes de seguir arrastrándose, necesita dormir y comer, señor Frodo. Vamos, aproveche lo que pueda.

Le dio a Frodo agua y una oblea de pan del camino, y quitándose la capa improvisó una almohada para la cabeza de su amo. Frodo estaba demasiado agotado para discutir, y Sam no le dijo que había bebido la última gota de agua, y que había comido la otra ración además de la propia. Cuando Frodo se durmió, Sam se inclinó sobre él y lo oyó respirar y le examinó el rostro. Estaba ajado y enflaquecido, y sin embargo, ahora mientras dormía parecía tranquilo y sin temores.

— ¡Bueno, amo, no hay más remedio! —murmuró Sam—. Tendré que abandonarlo un rato y confiar en la suerte. Agua vamos a necesitar, o no podremos seguir adelante.

Sam salió con sigilo del escondite, y saltando de piedra en piedra con más cautela de la habitual en los hobbits, descendió hasta el lecho seco del arroyo y lo siguió por un trecho en su ascenso hacia el norte, hasta que llegó a los escalones de roca donde antaño el manantial se precipitaba sin duda en una pequeña cascada. Ahora todo parecía seco y silencioso; pero Sam no se dio por vencido: inclinó la cabeza y escuchó deleitado un susurro cristalino. Trepano algunos escalones descubrió un arroyuelo de agua oscura que brotaba del flanco de la colina y llenaba un pequeño estanque desnudo, del que volvía a derramarse, y desaparecía luego bajo las piedras áridas.

Sam probó el agua, y le pareció suficientemente buena. Entonces bebió hasta saciarse, llenó la botella y dio media vuelta para regresar. En aquel momento vislumbró una forma o una sombra negra que saltaba entre las rocas un poco más lejos, cerca del escondite de Frodo. Reprimiendo un grito, bajó de un brinco del manantial y corrió saltando de piedra en piedra. Era una criatura astuta, difícil de ver, pero Sam tenía pocas dudas: no pensaba en otra cosa que en retorcerle el pescuezo. Pero la criatura lo oyó acercarse, y se escabulló alejándose de prisa. Sam creyó ver por último que la forma se asomaba al borde del precipicio oriental, antes de esconder la cabeza y desaparecer.

— ¡Bueno, la suerte no me abandonó —murmuró Sam—, pero por un pelo! ¡Como si no bastara que haya orcos por millares, tenía que venir a meter la nariz ese bribón maloliente! ¡Ojalá lo hubieran liquidado!

Se sentó junto a Frodo y no lo despertó; pero no se atrevió a echarse a dormir. Por fin, cuando sintió que se le cerraban los ojos y supo que no podía seguir luchando por mantenerse despierto mucho tiempo más, despertó a Frodo tocándolo apenas.

—Me temo que ese Gollum anda rondando otra vez, señor Frodo —dijo—. O al menos, si no era él, quiere decir que tiene un doble. Salí a buscar un poco de agua y lo descubrí husmeando por los alrededores justo cuando volvía. Me parece que no es prudente que ambos durmamos al mismo tiempo, y con el perdón de usted, no puedo tener los ojos abiertos un minuto más.

—¡Bendito seas, Sam! —le dijo Frodo—. ¡Acuéstate y duerme cuanto necesites! Pero yo prefiero a Gollum antes que a los orcos. En todo caso no nos entregará... a menos que lo capturen.

—Pero podría tratar de robar y asesinar por cuenta propia —gruñó Sam—. ¡Mantenga los ojos bien abiertos, señor Frodo! Hay una botella llena de agua. Beba usted. Podemos volverla a llenar cuando nos vayamos. —Y con esto Sam se hundió en el sueño.

La luz se extinguía cuando despertó. Frodo estaba sentado contra una roca, pero se había quedado dormido. La botella de agua estaba vacía. No había señales de Gollum.

Había vuelto la oscuridad de Mordor; y cuando los hobbits se pusieron nuevamente en marcha en la etapa más peligrosa del viaje, los fuegos de los vivaques ardían en las alturas feroces y rojos. Fueron primero al pequeño manantial, y luego, trepando con cautela llegaron al camino en el punto en que doblaba hacia el este y la Garganta de Hierro, ahora a veinte millas de distancia. No era un camino ancho, y no tenía ni muro ni parapeto, y a medida que avanzaba, la caída a pique a lo largo del borde era cada vez más profunda. No oían que nada se moviera, y luego de escuchar un rato partieron con paso firme rumbo al este.

Después de unas doce millas de marcha, se detuvieron. Detrás, el camino describía una ligera curva hacia el norte, y las tierras que acababan de dejar atrás ya no se veían. Esta circunstancia resultó desastrosa. Descansaron algunos minutos y otra vez se pusieron en camino; pero habían avanzado unos pocos pasos cuando en el silencio de la noche oyeron de pronto el ruido que habían estado temiendo en secreto: un rumor de pasos en marcha. Parecían no estar muy cerca todavía, pero al volver la cabeza Frodo y Sam vieron el chisporroteo de las antorchas, que ya habían pasado la curva a menos de una milla, y se acercaban con rapidez: con demasiada rapidez para que Frodo escapara a todo correr por el camino.

—Me lo temía, Sam —dijo Frodo—. Hemos confiado en nuestra buena suerte y nos ha traicionado. Estamos atrapados. —Miró con desesperación el muro amenazante; los constructores de caminos de antaño habían cortado la roca a pique a muchas brazas de altura. Corrió al otro lado y se asomó a un precipicio de tinieblas. — ¡ Nos han atrapado al fin! —dijo. Se dejó caer en el suelo al pie de la pared rocosa y hundió la cabeza entre los hombros.

—Así parece —dijo Sam—. Bueno, no nos queda más remedio que esperar y ver.

Y se sentó junto a Frodo a la sombra del acantilado.

No tuvieron que esperar mucho. Los orcos avanzaban a grandes trancos. Los de las primeras filas llevaban antorchas. Y se acercaban: llamas rojas que crecían rápidamente en la oscuridad. Ahora también Sam inclinó la cabeza, con la esperanza de que no se le viera la cara cuando llegasen las antorchas; y apoyó los escudos contra las rodillas de ambos, para que les ocultasen los pies.

«¡Ojalá lleven prisa y pasen de largo, dejando en paz a un par de soldados fatigados!», pensó.

Y al parecer iban a pasar de largo. La vanguardia orea llegó trotando, jadeante, con las cabezas gachas. Era una banda de la raza más pequeña, arrastrados a pelear en las guerras del Señor Oscuro: no querían otra cosa que terminar de una vez con aquella marcha forzada y esquivar los latigazos. Con ellos, corriendo de arriba abajo a lo largo de la fila, iban dos de los corpulentos y feroces uruks, blandiendo los látigos y vociferando órdenes. Marchaban, fila tras fila; la delatadora luz de las antorchas empezaba a alejarse. Sam contuvo el aliento. Ya más de la mitad de la compañía había pasado. De pronto uno de los uruks descubrió las dos figuras acurrucadas a la vera del camino. Hizo chasquear el látigo y los increpó:

— ¡ Eh, vosotros! ¡ Arriba! No le respondieron y detuvo con un grito a toda la compañía.

—¡Arriba, zánganos! —aulló—. No es ahora momento de dormir. Dio un paso hacia los hobbits, y aún en la oscuridad reconoció las insignias de los escudos.

—Con que desertando, ¿eh? gritó. ¿O conspirando para desertar? Todos vosotros tenáis que haber llegado a Udün ayer antes de la noche. Bien lo sabéis. De pie y a la fila, o tomaré vuestros números y os denunciaré.

Los hobbits se levantaron con dificultad, y caminaron encorvados, cojeando como soldados con los pies doloridos, se pusieron en la última fila.

—¡No, en la última no! —vociferó el guardián de los esclavos. ¡Tres filas más adelante! ¡Y quedaos allí, o en mi próxima recorrida sabréis lo que es bueno!

La larga correa chasqueó no muy lejos de las cabezas de los hobbits; en seguida, tras otro latigazo en el aire y un nuevo alarido, la compañía reanudó la marcha con un trote rápido.

Era duro para el pobre Sam, cansado como estaba; pero para Frodo era una tortura, y no tardó en convertirse en una pesadilla. Apretó los dientes y tratando de no pensar, continuó avanzando. El hedor de los orcos sudorosos lo sofocaba; jadeaba y tenía sed. Y seguían trotando y trotando, y Frodo empeñándose en respirar y en obligar a sus piernas a que se flexionaran; no se atrevía ni a imaginar cuál podía ser el término nefasto de tantas fatigas y tantos padecimientos. No tenía la más remota esperanza de salir de la fila sin ser descubierto. Y el guardián de los orcos volvía a la retaguardia una y otra vez y se mofaba de ellos con ferocidad.

— ¡A ver! reía, amenazando azotarles las piernas—. ¡Donde hay un látigo hay una voluntad, zánganos míos! ¡Fuerza! Ahora mismo os daría una buena zurra, aunque cuando lleguéis con retraso a vuestro campamento recibiréis tantos latigazos como os quepan en el pellejo. Os sentarán bien. ¿No sabéis que estamos en guerra?

Habían recorrido algunas millas, y el camino comenzaba por fin a descender hacia la llanura en una larga pendiente, cuando las fuerzas empezaron a flaquearle a Frodo. Se tambaleaba y tropezaba. Sam trató de ayudarlo, de sostenerlo, aunque tampoco él se sentía capaz de soportar mucho tiempo más aquella marcha. Sabía que el final llegaría de un momento a otro: Frodo acabaría por desvanecerse o por caer rendido, y entonces los descubrirían, y todos los esfuerzos y sufrimientos habrían sido en vano.

—De todas maneras, antes le daré su merecido a ese gigante endiablado que arrea las tropas.

Entonces, en el preciso momento en que llevaba la mano a la empuñadura de la espada, hubo un alivio inesperado. Ahora estaban en plena llanura y se acercaban a la entrada de Udün. No lejos de ella, delante de la puerta próxima a la cabecera del puente, el camino del oeste convergía con otros que venían del sur y de Baraddür, y en todos ellos se veía un agitado movimiento de tropas; pues los Capitanes del Oeste estaban avanzando, y el Señor Oscuro se apresuraba a acantonar en el norte todos sus ejércitos. Así ocurrió que a la encrucijada envuelta en tinieblas, inaccesible a la luz de las hogueras que ardían en lo alto de los muros, llegaron simultáneamente varias compañías. Hubo encontronazos violentos y una gran confusión, y gritos y maldiciones, porque cada compañía trataba de ser la primera en llegar a la puerta y al final de la marcha. A pesar de los gritos de los cabecillas y del chasquido de los látigos, hubo escaramuzas, y algunas espadas se desenvainaron. Una tropa de ttruks de Baraddür armados hasta los dientes atacó a los Durthang, desordenando las filas.

Aturdido como estaba por el dolor y el cansancio, Sam se despabiló de golpe, y aprovechando en seguida la ocasión se arrojó al suelo, arrastrando a Frodo. Lentamente, a cuatro patas y a la rastra, los hobbits se alejaron del tumulto, hasta que por fin y sin que nadie los viera llegaron a la orilla opuesta del camino y trepándose a una especie de parapeto bajo destinado a orientar a los guías de las tropas en las noches oscuras o brumosas, se dejaron caer al otro lado.

Durante un rato permanecieron inmóviles. La oscuridad era demasiado impenetrable para buscar un refugio, si había alguno en aquel lugar; pero Sam tenía la impresión de que les convenía en todo caso alejarse un poco más de las carreteras principales y de la luz de las antorchas.

—¡Vamos, señor Frodo! —murmuró—. Arrástrese usted un poquito más, y en seguida podrá descansar.

Con un último esfuerzo desesperado, Frodo se apoyó sobre las manos y avanzó unas veinte yardas. Y entonces cayó en un pozo poco profundo que inesperadamente se abrió delante de ellos, y allí permaneció inmóvil como un cuerpo sin vida.

EL MONTE DEL DESTINO

Sam se quitó la andrajosa capa de orco y la deslizó debajo de la cabeza de su amo; luego abrigó su cuerpo y el de Frodo con el manto gris de Lorien; y mientras lo hacía recordó de nuevo aquella tierra maravillosa y a la hermosa gente, confiando contra toda esperanza que el paño tejido por las manos élficas tendría la virtud de esconderlos en ese páramo aterrador. Los gritos y rumores de la refriega se fueron alejando a medida que las tropas se internaban en la Garganta de Hierro. Al parecer, en medio de la confusión y el tumulto la desaparición de los hobbits había pasado inadvertida, al menos por el momento.

Sam tomó un sorbo de agua, pero consiguió que Frodo también bebiera, y no bien lo vio algo recobrado le dio una oblea entera del precioso pan del camino y lo obligó a comerla. Entonces, demasiado rendidos hasta para sentir miedo, se echaron a descansar. Durmieron durante un rato, pero con un sueño intranquilo y entrecortado; el sudor se les helaba contra la piel, y las piedras duras les mordían la carne; y tiritaban de frío. Desde la Puerta Negra en el norte y a través de Cirith Ungol corría susurrando a ras del suelo un sople cortante y glacial.

Con la mañana volvió la luz gris; pues en las regiones altas soplaba aún el viento del oeste, pero abajo, sobre las piedras y en los recintos de la Tierra Tenebrosa, el aire parecía muerto, helado, y a la vez sofocante. Sam se asomó a mirar. Todo alrededor el paisaje era chato, pardo y tétrico. En los caminos próximos nada se movía; pero Sam temía los ojos avizores del muro de la Garganta de Hierro, a apenas unas doscientas yardas de distancia hacia el norte. Al sudeste, lejana como una sombra oscura y vertical, se erguía la Montaña. Y de ella brotaban humaredas espesas, y aunque las que trepaban a las capas superiores del aire se alejaban a la deriva rumbo al este, alrededor de los flancos rodaban unos nubarrones que se extendían por toda la región. Algunas millas más al noreste se elevaban como fantasmas grises y sombríos los contrafuertes de los Montes de Ceniza, y por detrás de ellos, como nubes lejanas apenas más oscuras que el cielo sombrío, asomaban envueltas en brumas las cumbres septentrionales.

Sam trató de medir las distancias y de decidir qué camino les convendría tomar.

—Yo diría que hay por lo menos unas cincuenta millas —murmuró, preocupado, mientras contemplaba la montaña amenazadora—, y si es un trecho que en condiciones normales se recorre en un día, a nosotros, en el estado en que se encuentra el señor Frodo, nos llevará una semana. —Movié la cabeza, y mientras reflexionaba, un nuevo pensamiento sombrío creció poco a poco en él. La esperanza nunca se había extinguido por completo en el corazón animoso y optimista de Sam, y hasta entonces siempre había confiado en el retorno. Pero ahora, de pronto, veía a todas luces la amarga verdad: en el mejor de los casos las provisiones podrían alcanzar hasta el final del viaje, pero una vez cumplida la misión, no habría nada más: se encontrarían solos, sin un hogar, sin alimentos en medio de un pavoroso desierto. No había ninguna esperanza de retorno.

«¿Así que era esta la tarea que yo me sentía llamado a cumplir, cuando partimos?», pensó Sam. «¿Ayudar al señor Frodo hasta el final, y morir con él? Y bien, si esta es la tarea, tendré que llevarla a cabo. Pero desearía con toda el alma volver a ver Delagua, y a Rosita Coto y sus hermanos, y al Tío, y a Maravilla y a todos. Me cuesta creer que Gandalf le encomendara al señor Frodo esta misión, si se trataba de un viaje sin esperanza de retorno. Fue en Moria donde las cosas empezaron a andar atravesadas, cuando Gandalf cayó al abismo. ¡Qué mala suerte! El habría hecho algo.»

Pero la esperanza que moría, o parecía morir en el corazón de Sam, se transformó de pronto en una fuerza nueva. El rostro franco del hobbit se puso serio, casi adusto; la voluntad se le fortaleció de súbito, un estremecimiento lo recorrió de arriba abajo, y se sintió como transmutado en una criatura de piedra y acero, inmune a la desesperación y la fatiga, a quien ni las incontables millas del desierto podían amilanar.

Sintiéndose de algún modo más responsable, volvió los ojos al mundo, y pensó en la próxima movida. Y cuando la claridad aumentó, notó con sorpresa que lo que a la distancia le habían parecido bajíos desnudos e informes era en realidad una llanura anfractuosa y resquebrajada. La altiplanicie de Gorgoroth estaba surcada en toda su extensión por grandes cavidades, como si en los tiempos en que era aún un desierto de lodo hubiera sido azotada por una lluvia de rayos y peñascos. Los bordes de los fosos más grandes eran de roca triturada y de ellos partían largas fisuras en todas direcciones. Un terreno de esa naturaleza se habría prestado para que alguien fuerte y que no tuviese prisa alguna pudiera arrastrarse de

un escondite a otro sin ser visto, excepto por ojos especialmente avizores. Para los hambrientos y cansados, y que todavía tenían por delante un largo camino antes de morir, era de un aspecto siniestro.

Reflexionando en todas estas cosas, Sam volvió junto a su amo. No tuvo necesidad de despertarlo. Frodo estaba acostado boca arriba con los ojos abiertos y observaba el cielo nuboso.

—Bueno, señor Frodo —dijo Sam—, fui a echar un vistazo y estuve pensando un poquito. No se ve un alma en los caminos, y convendría que nos alejáramos de aquí cuanto antes. ¿Le parece que podrá?

—Podré —dijo Frodo—. Tengo que poder.

Una vez más emprendieron la marcha, arrastrándose de hueco en hueco, escondiéndose detrás de cada reparo, pero avanzando siempre en una línea sesgada hacia los contrafuertes de la cadena septentrional. Al principio, el camino que corría más al este iba en la misma dirección, pero luego se desvió y bordeando las faldas de las montañas se perdió a lo lejos en un muro de sombra negra. En las extensiones chatas y grises no se veían señales de vida, ni de hombres ni de orcos, pues el Señor Oscuro casi había puesto fin a los movimientos de tropas, y hasta en la fortaleza donde reinaba, buscaba el amparo de la noche, temeroso de los vientos del mundo que se habían vuelto contra él quitándole los velos, desazonado por la noticia de que espías temerarios habían logrado atravesar las defensas.

Al cabo de unas pocas millas agotadoras, los hobbits se detuvieron. Frodo parecía casi exhausto. Sam comprendió que de esa manera, a la rastra, o doblado en dos, o trastabillando en precipitada carrera, o internándose con lentitud en un camino desconocido, no podrían llegar mucho más lejos.

—Yo volveré al camino mientras haya luz, señor Frodo —dijo—. ¡Probemos de nuevo la suerte! Casi nos falló la última vez, pero no del todo. Una caminata de algunas millas a buen paso, y luego un descanso.

Se arriesgaba a un peligro mucho mayor de lo que imaginaba, pero Frodo, demasiado ocupado con el peso del fardo y la lucha que se libraba dentro de él, no pensó en discutir; además, se sentía tan desesperanzado que casi no valía la pena preocuparse. Treparon al terraplén y continuaron avanzando penosamente por el camino duro y cruel que conducía a la Torre Oscura. Pero la suerte los acompañó, y durante el resto de aquel día no se toparon con ningún ser viviente ni observaron movimiento alguno; y cuando cayó la noche desaparecieron de la vista, engullidos por las tinieblas de Mordor. Todo el país parecía recogido, como en espera de una tempestad: pues los Capitanes del Oeste habían pasado la Encrucijada e incendiado los campos ponzoñosos de Imlad Morgul.

Así prosiguió el viaje sin esperanzas, mientras el Anillo se encaminaba al sur y los estandartes de los reyes cabalgaban rumbo al norte. Para los hobbits, cada jornada de marcha, cada milla era más ardua que la anterior, a medida que las fuerzas los abandonaban y se internaban en regiones más siniestras. Durante el día no encontraban enemigos. A veces, por la noche, mientras dormitaban acurrucados e inquietos en algún escondite a la vera del camino, oían clamores y el rumor de numerosos pies o el galope rápido de algún caballo espoleado con crueldad. Pero mucho peor que todos aquellos peligros era la amenaza cada vez más inminente que se cernía sobre ellos: la terrible amenaza del Poder que aguardaba, abismado en profundas cavilaciones y en una malicia insomne detrás del velo oscuro que ocultaba el Trono. Se acercaba, se acercaba cada vez más, negro y espectral, alzándose como un muro de tinieblas en el confín último del mundo.

Llegó por fin una noche, una noche terrible; y mientras los Capitanes del Oeste se acercaban a los lindes de las tierras vivas, los dos viajeros llegaron a una hora de desesperación ciega. Hacía cuatro días que habían escapado de las filas de los orcos, pero el tiempo los perseguía como un sueño cada vez más oscuro. Durante todo aquel día Frodo no había hablado ni una sola vez, y caminaba encorvado, tropezando a cada rato, como si ya no distinguiera el camino. Sam adivinaba que de todas las penurias que compartían, a Frodo le tocaba la peor: soportar el peso siempre creciente del Anillo, una carga para el cuerpo y un tormento para la mente. Y veía con desesperación que la mano de Frodo se alzaba de tanto en tanto como para esquivar un golpe, o para proteger los ojos contraídos de la mirada inquisitiva de un ojo abominable. Y que la mano derecha subía de vez en cuando al pecho para aferrarse a algo; y que luego como dominándose, lo soltaba lentamente.

La noche retornaba, y Frodo se sentó con la cabeza entre las rodillas; los brazos colgantes tocaban el suelo y las manos le temblaban ligeramente. Sam no dejó de observarlo hasta que la oscuridad los envolvió, y no pudieron verse. Entonces, no encontrando más que decir, se volvió a sus propios y sombríos pensamientos. Pero a él, aunque exhausto y bajo una sombra de temor, aún le quedaban fuerzas. En verdad, las lembas tenían una virtud sin la cual hacía tiempo se habrían acostado a morir. Pero no saciaban el hambre, y por momentos Sam soñaba despierto con comida, y suspiraba por el pan y las

viandas sencillas de la Comarca. Y sin embargo este pan del camino de los elfos tenía una potencia que se acrecentaba a medida que los viajeros dependían sólo de él para sobrevivir, y lo comían sin mezclarlo con otros alimentos. Nutría la voluntad, y daba fuerza y resistencia, permitiendo dominar los músculos y los miembros más allá de toda medida humana. Ahora, sin embargo, era menester tomar una determinación. Por aquel camino ya no podían continuar, pues llevaba al este, hacia la gran Sombra, mientras que la montaña se erguía ahora a la derecha, casi en línea recta al sur, y hacia allí tenían que ir. Pero ante ella se extendía una vasta región de tierra humeante, yerma, cubierta de cenizas.

— ¡Agua, agua! —murmuró Sam. Había evitado beber y ahora tenía la boca reseca y la lengua pastosa e hinchada; aun así les quedaba bien poca, tal vez una media botella, y para quién sabe cuántos días de marcha. Y se les habría agotado hacía tiempo, si no se hubieran atrevido a tomar por el camino de los orcos. Porque a lo largo del camino, a grandes intervalos, habían construido cisternas para las tropas que enviaban con urgencia a las regiones sin agua. En una de aquellas cisternas Sam había encontrado un fondo de agua, enlodada por los orcos, pero suficiente en este caso desesperado. Sin embargo, de eso hacía ya un día entero. Y no tenía esperanzas de encontrar más.

Al fin, abrumado por las preocupaciones, Sam se adormeció; quizá la mañana, cuando llegase, traería algo nuevo; por el momento no podía hacer más. Los sueños se le confundían con la vigilia en un duermevela desasosegado. Veía luces semejantes a ojos voraces y malévolos, y formas oscuras y rastreras, y oía ruidos como de bestias salvajes o los gritos escalofriantes de criaturas torturadas; y cuando se despertaba sobresaltado, se encontraba en un mundo oscuro, perdido en un vacío de tinieblas. Una vez, al incorporarse y mirar en torno con ojos despavoridos creyó ver unas luces pálidas que parecían ojos, pero que al instante parpadearon y se desvanecieron.

Lenta, como con desgana, transcurrió aquella noche espantosa. La mañana que siguió fue lívida y apagada: pues allí, ya cerca de la montaña, el aire era eternamente lóbrego, y los velos de la Sombra que Sauron tejía alrededor salían arrastrándose desde la Torre Oscura. Tendido de espaldas en el suelo, Frodo continuaba inmóvil, y Sam de pie junto a él, no se decidía a hablar, aunque sabía que era él ahora quien tenía la palabra: era menester que convenciera a Frodo de la necesidad de un nuevo esfuerzo. Por fin se agachó, y acariciando la frente de Frodo, le habló al oído.

—¡Despiértese, mi amo! —dijo—. Es hora de volver a partir.

Como arrancado del sueño por el sonido repentino de una campanilla, Frodo se levantó rápidamente y miró en lontananza, hacia el sur; pero cuando sus ojos tropezaron con la montaña y el desierto, volvió a desanimarse.

—No puedo, Sam —dijo—. Es tan pesado, tan pesado.

Sam sabía aún antes de hablar que sus palabras serían inútiles, y que hasta podían causar más mal que bien, pero movido por la compasión no pudo contenerse.

—Entonces, deje usted que lo lleve yo un rato, mi amo —dijo—. Usted sabe que lo haría de buen grado, mientras me queden fuerzas. Un resplandor feroz apareció en los ojos de Frodo.

—¡Atrás! ¡No me toques! —gritó—. Es mío, te he dicho. ¡Vete! —La mano buscó a tientas la empuñadura de la espada. Pero al instante habló con otra voz.— No, no, Sam —dijo con tristeza—. Pero tienes que entenderlo. Es mi fardo, y sólo a mí me toca soportarlo. Ya es demasiado tarde, Sam querido. Ya no puedes volver a ayudarme de esa forma. Ahora me tiene casi en su poder. No podría confiártelo, y si tú intentaras arrebátarmelo, me volvería loco. Sam asintió.

—Comprendo —dijo—. Pero he estado reflexionando, señor Frodo, y creo que hay otras cosas de las que podríamos prescindir. ¿Por qué no aligerar un poco la carga? Ahora tenemos que ir derecho hacia allá. —Señaló la montaña.— Es inútil cargar con cosas que quizá no necesitemos.

Frodo miró de nuevo la montaña.

—No —dijo—, en ese camino no necesitaremos muchas cosas. Y cuando lleguemos al final, no necesitaremos nada.

Recogió el escudo orco y lo arrojó a lo lejos, y con el yelmo hizo lo mismo. Luego, abriéndose el manto élfico, desabrochó el pesado cinturón y lo dejó caer, y junto con él la espada y la vaina. Rasgó los jirones de la capa negra y los desparamó por el suelo.

—Listo, ya no seré más un orco —gritó—, ni llevaré arma alguna, hermosa o aborrecible. ¡Que me capturen, si quieren!

Sam lo imitó, dejando a un lado los atavíos orcos; luego vació la mochila. De algún modo, les había tomado apego a todas las cosas que llevaba, acaso por la simple razón de que lo habían acompañado en un viaje tan largo y penoso. De lo que más le costó desprenderse fue de los enseres de cocina. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Se acuerda de aquella presa de conejo, señor Frodo? —dijo—. ¿Y de nuestro refugio abrigado en el país del Capitán Faramir, el día que vi el olifante?

—No, Sam, temo que no —dijo Frodo—. Sé que esas cosas ocurrieron, pero no puedo verlas. Ya no me queda nada, Sam: ni el sabor de la comida, ni la frescura del agua, ni el susurro del viento, ni el recuerdo de los árboles, la hierba y las flores, ni la imagen de la luna y las estrellas. Estoy desnudo en la oscuridad, Sam, y entre mis ojos y la rueda de fuego no queda ningún velo. Hasta con los ojos abiertos empiezo a verlo ahora, mientras todo lo demás se desvanece.

Sam se acercó y le besó la mano.

—Entonces, cuanto antes nos libremos de él, más pronto descansaremos —dijo con la voz entrecortada, no encontrando palabras mejores—. Con hablar no remediamos nada —murmuró para sus adentros, mientras recogía todos los objetos que habían decidido abandonar. No le entusiasmaba la idea de dejarlos allí, en medio de aquel páramo, expuestos a la vista de vaya a saber quién—. Por lo que oí decir, el hediondo se birló una cota de orco, y ahora sólo falta que complete sus avíos con una espada. Como si sus manos no fueran ya bastante peligrosas cuando están vacías. ¡Y no permitiré que ande toqueteando mis cacerolas!

Llevó entonces todos los utensilios a una de las muchas fisuras que surcaban el terreno y los echó allí. El ruido que hicieron las preciosas marmitas al caer en la oscuridad resonó en el corazón del hobbit como una campanada fúnebre.

Regresó, y cortó un trozo de la cuerda élfica para que Frodo se ciñera la capa gris alrededor del talle. Enrolló con cuidado lo que quedaba y lo volvió a guardar en la mochila. Aparte de la cuerda, sólo conservó los restos del pan del camino y la cantimplora; y también a Dardo, que aún le pendía del cinturón; y ocultos en un bolsillo de la túnica, junto a su pecho, el frasco de Galadriel y la cajita que le había regalado la Dama.

Y ahora por fin emprendieron la marcha de cara a la montaña, ya sin pensar en ocultarse, empeñados, a pesar de la fatiga y la voluntad vacilante, en el esfuerzo único de seguir y seguir. En la penumbra de aquel día lóbrego, aun en aquella tierra siempre alerta, pocos hubieran sido capaces de descubrir la presencia de los hobbits, salvo a corta distancia. Entre todos los esclavos del Señor Oscuro, sólo los Nazgûl hubieran podido ponerlo en guardia contra el peligro que se arrastraba, pequeño pero indomable, hacia el corazón mismo del bien resguardado territorio. Pero los Nazgûl y sus alas negras estaban ausentes del reino, cumpliendo la misión que les había sido encomendada: la de acechar, muy lejos de allí, la marcha de los Capitanes del Oeste, y hacia ellos se volvía el pensamiento de la Torre Oscura.

Aquel día Sam creyó ver en su amo una nueva fuerza, más de lo que podía justificar el aligeramiento casi insignificante de la carga. Durante las primeras etapas progresaron más rápidamente de lo que Sam se había atrevido a esperar. Aunque el terreno era escabroso y hostil, avanzaron mucho, y la montaña se veía cada vez más próxima. Pero con el correr del día, cuando la escasa luz empezó a declinar, Frodo volvió a encorvarse, y a tropezar, como si el reiterado esfuerzo hubiese consumido todas las energías que le quedaban.

En el último alto se dejó caer y dijo:

—Tengo sed, Sam. —Y no volvió a pronunciar palabra.

Sam le hizo beber un largo sorbo de agua; ahora en la botella quedaba sólo otro trago. Sam no bebió, pero más tarde, cuando de nuevo cayó sobre ellos la noche de Mordor, el recuerdo del agua se le apareció una y otra vez; y cada arroyuelo, cada río, cada manantial que había visto en su vida, a la sombra verde de los sauces o centelleante al sol, danzaba y se rizaba en la oscuridad, atormentándolo. Sentía en los dedos de los pies la caricia refrescante del barro cuando chapoteaba en el Lago de Delágua con Alegre Coto y Tom y Ñipo, y con la hermana de ellos, Rosita. «Pero hace añares de esto», suspiró, «y tan lejos de aquí. El camino de regreso, si lo hay pasa por la montaña».

No podía dormir, y discutió consigo mismo. «Y bien, veamos, nos ha ido mejor de lo que esperabas», dijo con firmeza. «En todo caso, fue un buen comienzo. Me parece que hemos recorrido la mitad del camino, antes de detenernos. Un día más, y asunto terminado.» Hizo una pausa.

«No seas tonto, Sam Gamyi», se respondió con su propia voz. «El no podrá continuar como hasta ahora un día más, y eso si puede moverse. Y tampoco tú podrás seguir así mucho tiempo, si le das a él toda el agua, y casi todo lo que queda para comer.»

«Todavía puedo seguir un largo trecho, y lo haré.»

«¿Hasta dónde?»

«Hasta la montaña, naturalmente.»

«¿Pero entonces, Sam Gamyi, entonces qué? Cuando llegues allí ¿qué vas a hacer? El solo no podrá conseguir nada.»

Sam comprendió desconsolado que para esa pregunta no tenía respuesta. Frodo nunca le había hablado mucho de la misión, y Sam sabía vagamente que de algún modo había que arrojar el Anillo al fuego. «Las Grietas del Destino», murmuró, mientras el viejo nombre le volvía a la memoria. «Pues bien, si el Amo sabe cómo encontrarlas, yo no lo sé.»

«¡Ahí lo tienes!», llegó la respuesta. «Todo es completamente inútil. El mismo lo dijo. Tú eres el tonto, tú que sigues afanándote, siempre con esperanzas. Hace días que podías haberte echado a dormir junto a él, si no estuvieras tan emperrado. De todos modos te espera la muerte, o algo peor aún. Tanto da que te acuestes ahora y te des por vencido. Nunca llegarás a la cima.»

«Llegaré, aunque deje todo menos los huesos por el camino. Y llevaré al señor Frodo a cuestras, aunque me rompa el lomo y el corazón. ¡Así que basta de discutir!»

En aquel momento Sam sintió temblar la tierra bajo sus pies y oyó o sintió un rumor prolongado, profundo y remoto, como de un trueno prisionero en las entrañas de la tierra. Una llama roja centelleó un instante por debajo de las nubes, y se extinguió. También la montaña dormía intranquila.

Llegó la última etapa del viaje al Orodruin, y fue un tormento mucho mayor que todo cuanto Sam se había creído capaz de soportar. Se sentía enfermo y tenía la garganta tan reseca que no podía tragar un solo bocado. La oscuridad no cambiaba, no sólo a causa de los humos de la montaña: una tormenta parecía a punto de estallar, y a lo lejos, en el sudeste, los relámpagos estriaban el cielo encapotado. Para colmo de males el aire estaba impregnado de vapores; respirar era doloroso y difícil, y aturridos como estaban, tropezaban y caían con frecuencia. Aun así, no cedían, y proseguían la penosa marcha.

La montaña crecía y crecía, cada vez más cercana, tan cercana que cuando levantaban las pesadas cabezas, no veían otra cosa que una enorme mole de ceniza y escoria y roca calcinada, y en el centro un cono de flancos empinados que trepaba hasta las nubes. Antes que la luz crepuscular de todo aquel día se extinguiera para dar paso a una noche real, los hobbits habían llegado arrastrándose y tropezando a la base misma de la montaña.

Frodo jadeó y se dejó caer. Sam se sentó junto a él. Descubrió sorprendido que se sentía cansado pero ligero, y la cabeza parecía habersele despejado. Ya no le turbaban la mente nuevas discusiones. Conocía todas las argucias de la desesperación, y no les prestaba oídos. Estaba decidido, y sólo la muerte podría detenerlo. Ya no sentía ni el deseo ni la necesidad de dormir, sino la de mantenerse alerta. Sabía que ahora todos los azares y peligros convergían hacia un punto: el día siguiente sería un día decisivo, el día del esfuerzo final o del desastre, el último aliento.

Pero ¿cuándo llegaría? La noche parecía interminable e intemporal; los minutos morían uno tras otro para formar una hora que no traía ningún cambio. Sam se preguntó si aquello no sería el comienzo de una nueva oscuridad, si la luz del día no reaparecería nunca. Al fin buscó a tientas la mano de Frodo. Estaba fría y trémula. Frodo tiritaba.

—Hice mal en abandonar mi manta —murmuró Sam. Y acostándose en el suelo trató de abrigar y reconfortar a Frodo con los brazos y el cuerpo. Luego el sueño lo venció, y la débil luz del último día de la misión los encontró lado a lado. El viento había cesado el día anterior, cuando empezaba a soplar del oeste, y ahora se levantaba otra vez, no ya desde el oeste sino del norte; la luz de un sol invisible se filtró en la sombra en que yacían los hobbits.

— ¡Fuerza ahora! ¡El último aliento! —dijo Sam mientras se incorporaba con dificultad.

Se inclinó sobre Frodo y lo despertó. Frodo gimió, pero con un gran esfuerzo logró ponerse en pie; vaciló, y en seguida cayó de rodillas. Alzó los ojos a los flancos oscuros del Monte del Destino, y apoyándose sobre las manos empezó a arrastrarse.

Sam, que lo observaba, lloró por dentro, pero ni una sola lágrima le asomó a los ojos secos y arrasados.

—Dije que lo llevaría a cuestras aunque me rompiese el lomo —murmuró— ¡y lo haré!

»¡ Venga, señor Frodo! —llamó—. No puedo llevarlo por usted, pero puedo llevarlo a usted junto con él. ¡Vamos, querido señor Frodo! Sam lo llevará a babuchas. Usted le dice por dónde, y él irá.

Frodo se le colgó a la espalda, echándole los brazos alrededor del cuello y apretando firmemente las piernas; y Sam se enderezó, tambaleándose; y entonces notó sorprendido que la carga era ligera. Había temido que las fuerzas le alcanzaran a duras penas para alzar al amo, y que por añadidura tendrían que compartir el peso terrible y abrumador del Anillo maldito. Pero no fue así. O Frodo estaba consumido por los largos sufrimientos, la herida del puñal, la mordedura venenosa, las penas, y el miedo y las largas caminatas a la intemperie, o él, Sam, era capaz aún de un último esfuerzo: lo cierto es que levantó a Frodo con la misma facilidad con que llevaba a horcajadas a algún hobbit niño cuando retozaba en los prados o los henares de la Comarca. Respiró hondo y se puso en camino.

Habían llegado al pie de la cara septentrional de la montaña, un poco hacia el oeste; allí los largos flancos grises, aunque anfractuosos, no eran escarpados. Frodo no hablaba y Sam avanzó como pudo, sin otro guía que la resolución inquebrantable de trepar lo más alto posible antes que le flaquearan las fuerzas y la voluntad. Trepaba y trepaba, doblando el cuerpo hacia uno u otro lado para atenuar la subida, trastabillando con frecuencia, y ya al final arrastrándose como un caracol que lleva a cuestras una pesada carga. Cuando la voluntad se negó a obedecerle, y las piernas cedieron, se detuvo, y bajó con cuidado a su amo.

Frodo abrió los ojos y aspiró una bocanada de aire. Aquí, lejos délos vapores que allá abajo flotaban a la deriva y se retorcián en espirales, respirar era mucho más fácil.

—Gracias, Sam —dijo en un susurro entrecortado—. ¿Cuánto falta aún para llegar?

—No lo sé —respondió Sam—, pues no sé en verdad a dónde vamos.

Volvió la cabeza, y luego miró para arriba, y al ver el largo trecho que acababa de recorrer quedó estupefacto. Vista desde abajo, solitaria y siniestra, la montaña le había parecido más alta. Ahora veía que era menos elevada que las gargantas que él y Frodo habían escalado en los Ephel Dúath. Los contrafuertes informes y dilapidados de la enorme base se elevaban hasta unos tres mil pies por encima de la llanura, y sobre ellos, en el centro, se erguía el cono central, que sólo tenía la mitad de aquella altura, y que parecía un horno o una chimenea gigantesca coronada por un cráter mellado. Pero ya Sam había subido hasta la mitad, y la llanura de Gorgoroth apenas se veía, envuelta en humos y sombras. Y si la garganta reseca se lo hubiese permitido, Sam habría dado un grito de triunfo al mirar hacia la altura; porque allá arriba, entre las jibas y las estribaciones escabrosas, acababa de ver claramente un sendero o camino. Trepaba como una cinta desde el oeste, y serpeando alrededor de la montaña, y antes de desaparecer en un recodo, llegaba a la base del cono en la cara occidental.

Sam no alcanzaba a ver por dónde pasaba el camino directamente encima, pues una cuesta empinada lo ocultaba a lo lejos; pero adivinaba que lo encontraría si era capaz de hacer un último esfuerzo, y la esperanza volvió a él. Quizá pudiera aún conquistar la montaña.

«¡Hasta diría que lo han puesto a propósito!», se dijo. «Si es sendero no estuviera allí, ahora tendría que aceptar que he sido derrotado.»

El camino no había sido construido a propósito para Sam. El no lo sabía, pero aquel era el Camino de Sauron, el que iba desde Baraddür hasta los Sammath Naur, los Recintos del Fuego. Partía de la gran puerta occidental de la Torre Oscura, atravesaba por un largo puente de hierro un abismo profundo, y se internaba luego en los llanos; durante una legua corría entre dos precipicios humeantes y llegaba a un extenso terraplén empinado en el flanco oriental. Desde allí, girando y enroscándose en la ancha cintura de la montaña de norte a sur, trepaba por fin alrededor del cono, pero lejos aún de la cima humeante, hasta una entrada oscura que miraba al este, a la ventana del Ojo en la fortaleza envuelta en sombras de Sauron. La vorágine de los hornos de la montaña obstruía o destruía el camino con frecuencia, y una tropa de orcos trabajaba día y noche reparándolo y limpiándolo.

Sam respiró con fuerza. Había un sendero, pero no sabía cómo escalaría la ladera que llevaba a él. Ante todo necesitaba aliviar la espalda dolorida. Se acostó un rato junto a Frodo. Ninguno de los dos hablaba. La claridad crecía lentamente. De pronto lo asaltó un sentimiento inexplicable de apremio, como si alguien le hubiese gritado: ¡Ahora, ahora, o será demasiado tarde! Se incorporó. También Frodo parecía haber sentido la llamada. Trató de ponerse de rodillas. —Me arrastraré, Sam —jadeó.

Y así, palmo a palmo, como pequeños insectos grises, reptaron cuesta arriba. Cuando llegaron al sendero notaron que era ancho y que estaba pavimentado con cascajo y ceniza apisonada. Frodo gateó hasta él, y luego, como de mala gana, giró con lentitud sobre sí mismo para mirar al Este. Las sombras de Sauron flotaban a lo lejos; pero desgarradas por una ráfaga de algún viento del mundo, o movidas quizá por una profunda desazón interior, las nubes envolventes ondularon y se abrieron un instante; y entonces Frodo vio, negros, más negros y más tenebrosos que las vastas sombras de alrededor, los pináculos crueles y la corona de hierro de la torre más alta de Baraddür: espió un segundo apenas, pero fue como si desde una ventana enorme e inconmensurablemente alta brotara una llama roja, un puñal de fuego que apuntaba hacia el Norte: el parpadeo de un Ojo escrutador y penetrante; en seguida las sombras se replegaron y la terrible visión desapareció. El Ojo no apuntaba hacia ellos: tenía la mirada fija en el norte, donde se encontraban acorralados los Capitanes del Oeste; y en ellos concentraba ahora el Poder toda su malicia, mientras se preparaba a asestar el golpe mortal; pero Frodo, ante aquella visión pavorosa, cayó como herido mortalmente. La mano buscó a tientas la cadena alrededor del cuello.

Sam se arrodilló junto a él. Débil, casi inaudible, escuchó la voz susurrante de Frodo:

— ¡Ayúdame, Sam! ¡Ayúdame! ¡Deténme la mano! Yo no puedo hacerlo.

Sam le tomó las dos manos y juntándolas, palma contra palma, las besó; y las retuvo entre las suyas. De pronto, tuvo miedo. «¡Nos han descubierto!», se dijo

«Todo ha terminado, o terminará muy pronto. Sam Gamyi, este es el fin del fin.»

Levantó de nuevo a Frodo, y sosteniéndole las manos apretadas contra su propio pecho, lo cargó una vez más, con las piernas colgantes. Luego inclinó la cabeza, y echó a andar cuesta arriba. El camino no era tan fácil de recorrer como le había parecido a primera vista. Por fortuna, los torrentes de fuego que la montaña había vomitado cuando Sam se encontraba en Cirith Ungol, se habían precipitado sobre todo a lo largo de las laderas meridional y occidental, y de este lado el camino no estaba obstruido, aunque sí desmoronado en muchos sitios, o atravesado por largas y profundas fisuras. Luego de trepar hacia el este durante un trecho, se replegaba sobre sí mismo en un ángulo cerrado, y continuaba avanzando hacia el oeste. Allí, en la curva, lo cortaba un risco de vieja piedra carcomida por la intemperie, vomitada en días remotos por los hornos de la montaña. Jadeando bajo su carga, Sam volvió el recodo; y en el momento mismo en que doblaba alcanzó a ver de soslayo algo que caía desde el risco, algo que parecía ser un pedacito de roca negra que se hubiera desprendido mientras él pasaba.

Sintió el golpe de un peso repentino, y cayó de bruces, lastimándose el dorso de las manos, que aún sujetaban las de Frodo. Entonces comprendió lo que había pasado, porque por encima de él, mientras yacía en el suelo, oyó una voz que odiaba.

— ¡Amo malvado! —siseó la voz—, ¡Amo malvado que nos traiciona; traiciona a Sméagol, gollum. No tiene que ir en esta dirección. No tiene que dañar el Tesoro. ¡Dáselo a Sméagol, dáselo a nosotros! ¡Dáselo a nosotros!

De un tirón violento, Sam se levantó y desenvainó a Dardo; pero no pudo hacer nada. Gollum y Frodo estaban en el suelo, trabados en lucha. De bruces sobre Frodo, Gollum manoteaba, tratando de aferrar la cadena y el Anillo. Aquello, un ataque, una tentativa de arrebatarse por la fuerza el tesoro, era quizá lo único que podía avivar las ascuas moribundas en el corazón y en la voluntad de Frodo. Se debatía con una furia repentina que dejó atónito a Sam, y también a Gollum. Sin embargo, el desenlace habría sido quizá muy diferente, si Gollum hubiera sido la criatura de antes; pero los senderos tormentosos que había transitado, solo, hambriento y sin agua, impulsado por una codicia devoradora y un miedo aterrador, habían dejado en él huellas lastimosas. Estaba flaco, consumido y macilento, todo piel y huesos. Una luz salvaje le ardía en los ojos pero ya la fuerza de los pies y las manos no respondía como antes a la malicia de la criatura. Frodo se desembarazó de él de un empujón, y se levantó temblando.

— ¡Al suelo, al suelo! —jadeó, mientras apretaba la mano contra el pecho para aferrar el Anillo bajo el justillo de cuero—. ¡Al suelo, criatura rastrera, apártate de mi camino! Tus días están contados. Ya no puedes traicionarme ni matarme.

Entonces, como le sucediera ya una vez a la sombra de los Eryn Muil, Sam vio de improviso con otros ojos a aquellos dos adversarios. Una figura acurrucada, la sombra pálida de un ser viviente, una criatura destruida y derrotada, y poseída a la vez por una codicia y una furia monstruosa; y ante ella, severa, insensible ahora a la piedad, una figura vestida de blanco, que lucía en el pecho una rueda de fuego. Y del fuego brotó imperiosa una voz.

— ¡Vete, no me atormentes más! ¡Si me vuelves a tocar, también tú serás arrojado al Fuego del Destino!

La forma acurrucada retrocedió; los ojos contraídos reflejaban terror, pero también un deseo insaciable.

Entonces la visión se desvaneció, y Sam vio a Frodo de pie, la mano sobre el pecho, respirando afanoso, y a Gollum de rodillas a los pies de su amo, las palmas abiertas apoyadas en el suelo.

— ¡Cuidado! —gritó Sam—. ¡Va a saltar! —Dio un paso adelante, blandiendo la espada.— ¡Pronto, Señor! —jadeó—. ¡Siga adelante! ¡Adelante! No hay tiempo que perder. Yo me encargo de él. ¡Adelante!

—Sí, tengo que seguir adelante —dijo Frodo—. ¡Adiós, Sam! Este es el fin. En el Monte del Destino se cumplirá el destino. ¡Adiós!

Dio media vuelta, y lento pero erguido echó a andar por el sendero ascendente.

— ¡Ahora! —dijo Sam—. ¡Por fin puedo arreglar cuentas contigo! —Saltó hacia delante, con la espada pronta para la batalla. Pero Gollum no reaccionó. Se dejó caer en el suelo cuan largo era, y se puso a lloriquear.

—No mates a nosssotros —gimió—. No lassstimes a nosssotros con el horrible y cruel acero. ¡Déjanosss vivir, sssí, déjanosss vivir sólo un poquito más! ¡Perdidos perdidos! Esstamos perdidos. Y cuando el Tesssoro desaparezca, nosssotros moriremos, sssí, moriremos en el polvo. —Con los largos dedos descarnados manoteó un puñado de cenizas.— ¡Sssí! —siseó—, ¡en el polvo!

La mano de Sam titubeó. Ardía de cólera, recordando pasadas felonías. Matar a aquella criatura pérfida y asesina sería justo: se lo había merecido mil veces; y además, parecía ser la única solución segura. Pero en lo profundo del corazón, algo retenía a Sam: no podía herir de muerte a aquel ser desvalido, deshecho, miserable que yacía en el polvo. El, Sam, había llevado el Anillo, sólo por poco tiempo, pero ahora imaginaba oscuramente la agonía del desdichado Gollum, esclavizado al Anillo en cuerpo y alma, abatido, incapaz de volver a conocer en lavida paz y sosiego. Pero Sam no tenía palabras para expresar lo que sentía.

—¡Maldita criatura pestilente! —dijo—. ¡Vete de aquí! ¡Lárgate! No me fío de ti, no, mientras te tenga lo bastante cerca como para darte un puntapié; pero lárgate. De lo contrario te lastimaré, sí, con el horrible y cruel acero.

Gollum se levantó en cuatro patas y retrocedió varios pasos, y de improviso, en el momento en que Sam amenazaba un puntapié, dio media vuelta y echó a correr sendero abajo. Sam no se ocupó más de él. De pronto se había acordado de Frodo. Escudriñó la cuesta y no alcanzó a verlo. Corrió arriba, trepando. Si hubiera mirado para atrás, habría visto a Gollum que un poco más abajo daba otra vez media vuelta, y con una luz de locura salvaje en los ojos, se arrastraba veloz pero cauto, detrás de Sam: una sombra furtiva entre las piedras.

El sendero continuaba en ascenso. Un poco más adelante describía una nueva curva, y luego de un último tramo hacia el este, entraba en un saliente tallado en la cara del cono, y llegaba a una puerta sombría en el flanco de la montaña, la Puerta de los Sammath Naur. Subiendo ahora hacia el sur a través de la bruma y la humareda, el sol ardía amenazante, un disco borroso de un rojo casi lívido; y Mordor yacía como una tierra muerta alrededor de la Montaña, silencioso, envuelto en sombras, a la espera de algún golpe terrible.

Sam fue hasta la boca de la cavidad y se asomó a escudriñar. Estaba a oscuras y exhalaba calor, y un rumor profundo vibraba en el aire.

— ¡Frodo! ¡Mi amo! —llamó. No hubo respuesta. Sintiendo que el miedo le encogía el corazón, aguardó un momento, y luego se precipitó a la cavidad. Una sombra se escurrió detrás de él.

Al principio no vio nada. Sacó una vez más el frasco de Galadriel, pero estaba pálido y frío en la mano temblorosa, y en aquella oscuridad asfixiante no emitía ninguna luz. Sam había penetrado en el corazón del reino de Sauron y en las fraguas de su antiguo poderío, el más omnipotente de la Tierra Media, que subyugara a todos los otros poderes. Había avanzado unos pasos temerosos e inciertos en la oscuridad, cuando un relámpago rojo saltó de improviso, y se estrelló contra el techo negro y abovedado. Sam vio entonces que se encontraba en una caverna larga o en una galería perforada en el cono humeante de la montaña. Un poco más adelante el pavimento y las dos paredes laterales estaban atravesados por una profunda fisura, y de ella brotaba el resplandor rojo, que de pronto trepaba en una súbita llamarada, de pronto se extinguía abajo, en la oscuridad; desde los abismos subía un rumor y una conmoción, como de máquinas enormes que golpearan y trabajaran.

La luz volvió a saltar, y allí, al borde del abismo de pie delante de la Grieta del Destino, vio a Frodo, negro contra el resplandor, tenso, erguido pero inmóvil, como si fuera de piedra.

— ¡Amo! —gritó Sam.

Entonces Frodo pareció despertar, y habló con una voz clara, una voz límpida y potente que Sam no le conocía, y que se alzó sobre el tumulto y los golpes del Monte del Destino, y retumbó en el techo y las paredes de la caverna.

—He llegado —dijo—. Pero ahora he decidido no hacer lo que he venido a hacer. No lo haré. ¡El Anillo es mío! Y de pronto se lo puso en el dedo, y desapareció de la vista de Sam. Sam abrió la boca y jadeó, pero no llegó a gritar, porque en aquel instante ocurrieron muchas cosas.

Algo le asestó un violento golpe en la espalda, que lo hizo volar piernas arriba y caer a un costado, de cabeza contra el pavimento de piedra, mientras una forma oscura saltaba por encima de él. Se quedó tendido allí un momento, y luego todo fue oscuridad.

Y allá lejos, mientras Frodo se ponía el Anillo y lo reclamaba para él, hasta en los Sammath Naur, el corazón mismo del reino de Sauron, el Poder de Baraddûr se estremecía, y la Torre temblaba desde los cimientos hasta la cresta fiera y orgullosa. El Señor Oscuro comprendió de pronto que Frodo estaba allí, y el Ojo, capaz de penetrar en todas las sombras, escrutó a través de la llanura hasta la puerta que él había construido; y la magnitud de su propia locura le fue revelada en un relámpago enceguecedor, y todos los ardides del enemigo quedaron por fin al desnudo. Y la ira ardió en él con una llama devoradora, y el miedo creció como un inmenso humo negro, sofocándolo. Pues conocía ahora qué peligro mortal lo amenazaba, y el hilo del que pendía su destino.

Y al abandonar de pronto todos los planes y designios, las redes de miedo y perfidia, las estrategias y las guerras, un estremecimiento sacudió al reino entero, de uno a otro confín; y los esclavos se encogieron, y los ejércitos suspendieron la lucha, y los capitanes, de pronto sin guía, privados de voluntad, temblaron y desesperaron. Porque habían sido olvidados. La mente y los afanes del poder que los conducía se concentraban ahora con una fuerza irresistible en la montaña. Convocados por él, remontándose con un grito horripilante, en una última carrera desesperada, más raudos que los vientos volaron los Nazgûl, los Espectros del Anillo, y en medio de una tempestad de alas se precipitaron al sur, hacia el Monte del Destino.

Sam se levantó. Se sentía aturdido, y la sangre que le manaba de la cabeza le oscurecía la vista. Avanzó a tientas, y de pronto se encontró con una escena terrible y extraña. Gollum en el borde del abismo luchaba frenéticamente con un adversario invisible. Se balanceaba de un lado a otro, tan cerca del borde que por momentos parecía que iba a despeñarse; retrocedía, se caía, se levantaba y volvía a caer. Y siseaba sin cesar, pero no decía nada.

Los fuegos del abismo despertaron iracundos, la luz roja se encendió en grandes llamaradas, y un resplandor incandescente llenó la caverna. Y de pronto Sam vio que las largas manos de Gollum subían hasta la boca; los blancos colmillos relucieron y se cerraron con un golpe seco al morder. Frodo lanzó un grito, y apareció, de rodillas en el borde del abismo. Pero Gollum bailaba desenfrenado, y levantaba en alto el Anillo, con un dedo todavía ensartado en el aro. Y ahora brillaba como si en verdad lo hubiesen forjado en fuego vivo.

—¡Tessoro, tessoro, tessoro! —gritaba Gollum—. ¡Mi tessoro! ¡Oh mi Tessoro! —Y entonces, mientras alzaba los ojos para deleitarse en el botín, dio un paso de más, se tambaleó un instante en el borde, y luego, con un alarido, se precipitó en el vacío. Desde los abismos llegó su último lamento ¡Tessoro! y desapareció para siempre.

Hubo un rugido y una gran confusión de ruidos. Las llamas brincaron lamieron el techo. Los golpes aumentaron y se convirtieron en un tumulto, y la montaña tembló. Sam corrió hacia Frodo, lo levantó y lo llevó en brazos hasta la puerta. Y allí, en el oscuro umbral de los Sammath Naur, allá arriba, lejos, muy lejos de las llanuras de Mordor, quedó de pronto inmóvil de asombro y de terror, y olvidándose de todo miró en torno, como petrificado.

Tuvo una visión fugaz de nubes turbulentas, en medio de las cuales se erguían torres y murallas altas como colinas, levantadas sobre el poderoso trono de la montaña por encima de fosos insondables; vastos patios y mazmorras, y prisiones de muros ciegos y verticales como acantilados, y puertas entreabiertas de acero y adamante; y de pronto todo desapareció. Se desmoronaron las torres y se hundieron las montañas; los muros se resquebrajaron, derrumbándose en escombros; trepó el humo en espirales, y unos grandes chorros de vapor se encrespaban, estrellándose como la cresta impetuosa de una ola, para volcarse en espuma sobre la tierra. Y entonces, por fin, llegó un rumor sordo y prolongado que

creció y creció hasta transformarse en un estruendo y en un estrépito ensordecedor; tembló la tierra, la llanura se hinchó y se agrietó, y el Orodruin vaciló. Y por la cresta hendida vomitó ríos de fuego. Estriados de relámpagos, atronaron los cielos. Restallando como furiosos latigazos, cayó un torrente de lluvia negra. Y al corazón mismo de la tempestad, con un grito que traspasó todos los otros ruidos, desgarrando las nubes, llegaron los Nazgûl; y atrapados como dardos incandescentes en la vorágine de fuego de las montañas y los cielos, crepitaron, se consumieron, y desaparecieron.

—Y bien, éste es el fin, Sam Gamyi —dijo una voz junto a Sam. Y allí estaba Frodo, pálido y consumido, pero otra vez él, y ahora había paz en sus ojos: no más locura, ni lucha interior, ni miedos. Ya no llevaba la carga consigo. Era ahora el querido amo de los dulces días de la Comarca.

—¡Mi amo! —gritó Sam, y cayó de rodillas. En medio de todo aquel mundo en ruinas, por el momento sólo sentía júbilo, un gran júbilo. El fardo ya no existía. El amo se había salvado y era otra vez Frodo, el Frodo de siempre, y estaba libre. De pronto Sam reparó en la mano mutilada y sangrante.

—¡Oh, esa mano de usted! —exclamó—. Y no tengo nada con que aliviarla o vendarla. Con gusto le habría cedido a cambio una de las mías. Pero ahora se ha ido, se ha ido para siempre.

—Sí —dijo Frodo—. Pero ¿recuerdas las palabras de Gandalf ? Hasta Gollum puede tener aún algo que hacer. Si no hubiera sido por él, Sam, yo no habría podido destruir el Anillo. Y el amargo viaje habría sido en vano, justo al fin. ¡Entonces, perdonémoslo! Pues la misión ha sido cumplida, y todo ha terminado. Me hace feliz que estés aquí conmigo. Aquí al final de todas las cosas, Sam.

4

EL CAMPO DE CORMALLEN

El océano embravecido de los ejércitos de Mordor inundaba las colinas. Los Capitanes del Oeste empezaban a zozobrar bajo la creciente marejada. El sol rojo, ardía, y bajo las alas de los Nazgûl las sombras negras de la muerte se proyectaban sobre la tierra. Aragorn, erguido al pie de su estandarte, silencioso y severo, parecía abismado en el recuerdo de cosas remotas; pero los ojos le resplandecían, como las estrellas que brillan más cuanto más profunda y oscura es la noche. En lo alto de la colina estaba Gandalf, blanco y frío, y sobre él no caía sombra alguna. El asalto de Mordor rompió como una ola sobre los montes asediados, y las voces rugieron como una marea tempestuosa en medio de la zozobra y el fragor de las armas.

De pronto, como despertado por una visión súbita, Gandalf se estremeció; y volviendo la cabeza miró hacia el norte, donde el cielo estaba pálido y luminoso. Entonces levantó las manos y gritó con una voz poderosa que resonó por encima del estrépito:

—¡Llegan las Águilas!

Y muchas voces respondieron, gritando:

—¡Llegan las Águilas! ¡Llegan las Águilas!

Los de Mordor levantaron la vista, preguntándose qué podía significar aquella señal.

Y vieron venir a Gwaihir el Señor de los Vientos, y a su hermano Landroval, las más grandes de todas las Águilas del Norte, los descendientes más poderosos del viejo Thorondor, aquel que en los tiempos en que la Tierra Media era joven, construía sus nidos en los picos inaccesibles de las Montañas Circundantes. Detrás de las águilas, rápidas como un viento creciente, llegaban en largas hileras todos los vasallos de las montañas del Norte. Y desplomándose desde las altas regiones del aire, se lanzaron sobre los Nazgûl, y el batir de las grandes alas era como el rugido de un huracán.

Pero los Nazgûl, respondiendo a la súbita llamada de un grito terrible en la Torre Oscura, dieron media vuelta, y huyeron, desvaneciéndose en las tinieblas de Mordor; y en el mismo instante todos los ejércitos de Mordor se estremecieron, la duda oprimió los corazones; enmudecieron las risas, las manos temblaron,

los miembros flaquearon. El Poder que los conducía, que los alimentaba de odio y de furia, vacilaba; ya su voluntad no estaba con ellos; y al mirar a los ojos a los enemigos, vieron allí una luz de muerte, y tuvieron miedo.

Entonces todos los Capitanes del Oeste prorrumpieron en gritos, porque en medio de tanta oscuridad una nueva esperanza henchía los corazones. Y desde las colinas sitiadas los Caballeros de Góndor, los Jinetes de Rohan, los Dúnedain del Norte, compañías compactas de valientes guerreros, se precipitaron sobre los adversarios vacilantes, abriéndose paso con el filo implacable de las lanzas. Pero Gandalf alzó los brazos y una vez más los exhortó con voz clara.

— ¡Deteneos, Hombres del Oeste! ¡Deteneos y esperad! Ha sonado la hora del destino.

Y aun mientras pronunciaba estas palabras, la tierra se estremeció bajo los pies de los hombres, una vasta oscuridad llameante invadió el cielo, y se elevó por encima de las Torres de la Puerta Negra, más alta que las montañas. Tembló y gimió la tierra. Las Torres de los Dientes se inclinaron, vacilaron un instante y se desmoronaron; en escombros se desplomó la poderosa muralla; la Puerta Negra saltó en ruinas, y desde muy lejos, ora apagado, ora creciente, trepando hasta las nubes, se oyó un tamborileo sordo y prolongado, un estruendo, los largos ecos de un redoble de destrucción y ruina.

—¡El reino de Sauron ha sucumbido! —dijo Gandalf—. El Portador del Anillo ha cumplido la Misión. —Y al volver la mirada hacia el sur, hacia el país de Mordor, los Capitanes creyeron ver, negra contra el palio de las nubes, una inmensa forma de sombra impenetrable, coronada de relámpagos, que invadía toda la bóveda del cielo; se desplegó gigantesca sobre el mundo, y tendió hacia ellos una gran mano amenazadora, terrible pero impotente: porque en el momento mismo en que empezaba a descender, un viento fuerte la arrastró y la disipó; y siguió un silencio profundo.

Los Capitanes del Oeste bajaron entonces las cabezas; y cuando las volvieron a alzar he aquí que los enemigos se dispersaban en fuga y el poder de Mordor se deshacía como polvo en el viento. Así como las hormigas que cuando ven morir a la criatura despótica y malévola que las tiene sometidas en la colina pululante, echan a andar sin meta ni propósito, y se dejan morir, así también las criaturas de Sauron, orcos y trolls, y bestias hechizadas, corrían despavoridas de un lado a otro; y algunas se dejaban morir o se mataban entre ellas, otras se arrojaban a los fosos, o huían gimiendo a esconderse en agujeros oscuros, lejos de toda esperanza. Pero los hombres de Rhün y de Harad, los del Este y los Sureños, viendo la gran majestad de los Capitanes del Oeste, daban ya por perdida la guerra. Y los que por más largo tiempo habían estado al servicio de Mordor, los que más se habían sometido a aquella servidumbre, aquellos que odiaban al Oeste, y eran aún arrogantes y temerarios, se unieron decididos a dar una última batalla desesperada. Pero los demás huían hacia el este; y algunos arrojaban las armas e imploraban clemencia.

Entonces Gandalf, dejando la conducción de la batalla en manos de Aragorn y de los otros capitanes, llamó desde la colina; y la gran águila Gwaihir, el Señor de los Vientos, descendió y se posó a los pies del mago.

—Dos veces me has llevado ya en tus alas, Gwaihir, amigo mío —dijo Gandalf—. Esta será la tercera y la última, si tú quieres. No seré una carga mucho más pesada que cuando me recogiste en Zirakzgil, donde ardió y se consumió mi vieja vida.

—A donde tú me pidieras te llevaría —respondió Gwaihir—, aunque fueses de piedra.

—Vamos, pues, y que tu hermano nos acompañe, junto con otro de tus vasallos más veloces. Es menester que volemos más raudos que todos los vientos, superando a las alas de los Nazgûl.

—Sopla el Viento del Norte —dijo Gwaihir—, pero lo venceremos. —Y levantó a Gandalf y voló rumbo al sur, seguido por Landroval, y por el joven y veloz Meneldor. Y volando pasaron sobre Udün y Gorgoroth, y vieron toda la tierra destruida y en ruinas, y ante ellos el Monte del Destino, que humeaba y vomitaba fuego.

—Me hace feliz que estés aquí conmigo —dijo Frodo—. Aquí al final de todas las cosas, Sam.

—Sí, estoy con usted, mi amo —dijo Sam, con la mano herida de Frodo suavemente apretada contra el pecho—. Y usted está conmigo. Y el viaje ha terminado. Pero después de haber andado tanto, no quiero aún darme por vencido. No sería yo, si entiendo lo que le quiero decir.

—Tal vez no, Sam —dijo Frodo—, pero así son las cosas en el mundo. La esperanza se desvanece. Se acerca el fin. Ahora sólo nos queda una corta espera. Estamos perdidos en medio de la ruina y de la destrucción, y no tenemos escapatoria.

—Bueno, mi amo, de todos modos podríamos alejarnos un poco de este lugar tan peligroso, de esta Grieta del Destino, si así se llama. ¿ No le parece? Venga, señor Frodo, bajemos al menos al pie de este sendero.

—Está bien, Sam, si ése es tu deseo, yo te acompañaré —dijo Frodo; y se levantaron y lentamente bajaron la cuesta sinuosa; y cuando llegaban al vacilante pie de la montaña, los Sammath Naur escupieron un chorro de vapor y humo y el flanco del cono se resquebrajó, y un vómito enorme e incandescente rodó en una cascada lenta y atronadora por la ladera oriental de la montaña.

Frodo y Sam no pudieron seguir avanzando. Las últimas energías del cuerpo y de la mente los abandonaban con rapidez. Se habían detenido en un montículo de cenizas al pie de la montaña; y desde allí no había ninguna vía de escape. Ahora era como una isla, pero no resistiría mucho tiempo más, en medio de los estertores del Orodruin. La tierra se agrietaba por doquier, y de las fisuras y de los pozos insondables saltaban cataratas de humo y de vapores. Detrás, la montaña se contraía atormentada. Grandes heridas rojas se abrían en los flancos, mientras ríos de fuego descendían lentos hacia ellos. No tardarían mucho en sepultarlos. Caía una lluvia de ceniza incandescente.

Ahora estaban de pie, inmóviles; Sam, que aún sostenía la mano de Frodo, se la acarició. Luego suspiró.

—Qué cuento hemos vivido, señor Frodo, ¿no le parece? —dijo—. ¡ Me gustaría tanto oírlo! ¿ Cree que dirán: Y aquí empieza la historia de Frodo Nuevededos y el Anillo del Destino? Y entonces se hará un gran silencio, como cuando en Rivendel nos relataban la historia de Beren el Manco y las Tres Joyas. ¡Cuánto me gustaría escucharla! Y cómo seguirá, me pregunto, después de nuestra parte.

Pero mientras hablaba así, para alejar el miedo hasta el final, la mirada de Sam se perdía en el norte, y el ojo del huracán, allí donde el cielo distante aparecía límpido, pues un viento frío, que ahora soplaba como un vendaval, disipaba la oscuridad y la ruina de las nubes.

Y así fue como los vio desde lejos la mirada de largo alcance de Gwaihir, cuando llevada por el viento huracanado, y desafiando el peligro de los cielos, volaba en círculos altos: dos figuras diminutas y oscuras, desamparadas, de pie sobre una pequeña colina, y tomadas de la mano mientras alrededor el mundo agonizaba jadeando y estremeciéndose, y rodeadas por torrentes de fuego que se les acercaban. Y en el momento en que los descubrió y bajaba hacia ellos, los vio caer, exhaustos, o asfixiados por el calor y las exhalaciones, o vencidos al fin por la desesperación, tapándose los ojos para no ver llegar la muerte.

Yacían en el suelo, lado a lado; y Gwaihir descendió y se posó junto a ellos; y detrás de él llegaron Landroval y el veloz Meneldor; y como en un sueño, sin saber qué destino les había tocado, los viajeros fueron recogidos y llevados fuera, lejos de las tinieblas y los fuegos.

Cuando despertó, Sam notó que estaba acostado en un lecho mullido, pero sobre él se mecían levemente grandes ramas de abedul, y la luz verde y dorada del sol se filtraba a través del follaje. Todo el aire era una mezcla de fragancias dulces.

Recordaba aquel perfume: los aromas de Ithilien.

«¡Corcholis!», murmuró. «¿Por cuánto tiempo habré dormido?»

Pues aquella fragancia lo había transportado al día que encendiera la pequeña fogata al pie del barranco soleado, y por un instante todo lo que ocurrió después se le había borrado de la memoria. Se desesperó. «¡Qué sueño he tenido!» murmuró. «¡Qué alegría haberme despertado!» Se sentó y vio junto a él a Frodo, que dormía apaciblemente, una mano bajo la cabeza, la otra apoyada en la manta: la derecha, y le faltaba el dedo mayor de la mano derecha. Recordó todo de pronto, y gritó:

— ¡No era un sueño! ¿Entonces, dónde estamos? Y una voz suave respondió detrás de él:

— En la tierra de Ithilien, al cuidado del rey, que os espera. —Y al decir eso, Gandalf apareció ante él vestido de blanco, y la barba le resplandecía como nieve al centelleo del sol en el follaje.— Y bien, señor Samsagaz, ¿cómo se siente usted? —dijo.

Pero Sam se volvió a acostar y lo miró boquiabierto, con los ojos agrandados por el asombro, y por un instante, entre el estupor y la alegría, no pudo responder. Al fin exclamó:

— ¡Gandalf! ¡Creía que estaba muerto! Pero yo mismo creía estar muerto. ¿Acaso todo lo triste era irreal? ¿Qué ha pasado en el mundo?

—Una gran Sombra ha desaparecido —dijo Gandalf, y rompió a reír, y aquella risa sonaba como una música, o como agua que corre por una tierra reseca; y al escucharla Sam se dio cuenta de que hacía muchos días que no oía una risa verdadera, el puro sonido de la alegría. Le llegaba a los oídos como un eco de todas las alegrías que había conocido. Pero él, Sam, se echó a llorar. Luego, como una dulce llovizna que se aleja llevada por un viento de primavera, las lágrimas cesaron, y se rió, y riendo saltó del lecho.

— ¿Que cómo me siento? —exclamó—. Bueno, no tengo palabras. Me siento, me siento... — agitó los brazos en el aire—... me siento como la primavera después del invierno y el sol sobre el follaje; ¡y como todas las trompetas y las arpas y todas las canciones que he escuchado en mi vida! — Calló y miró a su amo.— Pero, ¿cómo está el señor Frodo? —dijo—. ¿No es terrible lo que le ha sucedido en la mano? Aunque espero que por lo demás se encuentre bien. Ha pasado momentos muy crueles.

—Sí, por lo demás estoy muy bien —dijo Frodo, mientras se sentaba y se echaba a reír también él—. Me dormí de nuevo mientras esperaba a que tú despertaras, dormilón. Yo desperté temprano, y ahora ha de ser casi el mediodía.

—¿Mediodía? —dijo Sam, tratando de echar cuentas—. ¿De qué día?

— El decimocuarto del Año Nuevo —dijo Gandalf—, o si lo prefieres, el octavo día de abril según el Calendario de la Comarca. Pero en adelante el Año Nuevo siempre comenzará en Gondor el veinticinco de marzo, el día en que cayó Sauron, el mismo en que fuisteis rescatados del fuego y traídos aquí, a que el rey os curara. Porque es él quien os ha curado y ahora os espera. Comeréis y beberéis con él. Cuando estéis prontos os llevaré a verlo.

—¿El rey? dijo Sam. ¿Qué rey? ¿Y quién es?

—El Rey de Gondor y Soberano de las Tierras Occidentales —dijo Gandalf—, que ha recuperado todo su antiguo reino. Pronto irá a su coronación, pero os espera a vosotros.

—¿Qué nos pondremos? —dijo Sam, porque no veía más que las ropas viejas y andrajosas con que habían viajado, dobladas en el suelo al pie de los lechos.

—Las ropas que habéis usado durante el viaje a Mordor —dijo Gandalf—.

Hasta los harapos de orcos con que te disfrazaste en la tierra tenebrosa serán conservados, Frodo. No puede haber sedas ni linos ni armaduras ni blasones dignos de más altos honores. Luego quizás os consiga otros atavíos.

Y extendió hacia ellos las manos y vieron que una le resplandecía, envuelta en luz.

—¿Qué tienes ahí? —exclamó Frodo—. ¿Es posible que sea...?

—Sí, os he traído vuestros dos tesoros. Los tenía Sam, cuando fuisteis rescatados. Los regalos de la Dama Galadriel: el frasco, Frodo, y la cajita, Sam. Os alegrará tenerlos de nuevo.

Una vez lavados y vestidos, y después de un ligero refrigerio, los hobbits siguieron a Gandalf. Salieron del bosquecillo de abedules donde habían dormido, y cruzaron un largo prado verde que relucía al sol, flanqueado de árboles majestuosos de oscuro follaje y cargados de flores rojas. A espaldas de ellos canturreaba una cascada, y un arroyo corría adelante, entre riberas florecidas, y en el linde del prado se internaba en un bosque frondoso y pasaba luego bajo una arcada de árboles, y entre ellos y a lo lejos centelleaba el agua.

Al llegar al claro del bosque les sorprendió ver unos caballeros de armadura brillante y unos guardias altos engalanados de negro y de plata que los saludaban con respetuosas y profundas reverencias. Se oyó un largo toque de trompeta, y siguieron avanzando por la alameda, a la vera de las aguas cantarinas. Y llegaron a un amplio campo verde, y más allá corría un río ancho en cuyo centro asomaba un islote boscoso con numerosas naves ancladas en las costas. Pero en ese campo se había congregado un gran ejército, en filas y compañías que resplandecían al sol. Y al ver llegar a los hobbits desenvainaron las espadas y agitaron las lanzas; y resonaron las trompetas y los cuernos, y muchas voces gritaron en muchas lenguas:

*¡Vivan los Medianos! ¡Alabados sean con grandes alabanzas!
Cuio y Pheriain anann! Aglar ni Pheriannath!
¡Alabados sean con grandes alabanzas, Frodo y Samsagaz!
Daur a Berhael, Conin en Annün! Eglerio!
¡Alabados sean!
Eglerio!
A laita te, laita te! Andave laitivalmet!
¡Alabados sean!
Cormacolindor, a laite tárienna!
¡Alabados sean! ¡Alabados sean con grandes alabanzas los Portadores
[del Anillo!*

Y así, arreboladas las mejillas por la sangre roja, con los ojos brillantes de asombro, Frodo y Sam continuaron avanzando y vieron, en medio de la hueste clamorosa, tres altos sitiales de hierba verde. Sobre el sitial de la derecha, blanco sobre verde, flameando al viento, un gran corcel galopaba en libertad; sobre el de la izquierda se alzaba un estandarte, y en él una nave de plata con la proa en forma de cisne surcaba un mar azul. Pero sobre el trono del centro, el más elevado, flotaba un gran estandarte, y en él, sobre un campo de sable, nimbado por una corona resplandeciente de siete estrellas, florecía un árbol blanco. Y en el trono estaba sentado un hombre vestido con una cota de malla; no usaba yelmo, pero en sus rodillas descansaba una espada larga. Y al ver que llegaban los hobbits se puso en seguida de pie. Y entonces lo reconocieron, cambiado como estaba, tan alto y alegre de semblante, majestuoso, soberano de los hombres, oscuro el cabello, grises los ojos.

Frodo le corrió al encuentro, y Sam lo siguió.

—Bueno, si esto parece de veras el colmo de los colmos —exclamó—. ¡Trancos! ¿O acaso estoy soñando todavía?

—Sí, Sam, Trancos —dijo Aragorn—. Qué lejana está Bree, ¿no es verdad?, donde dijiste que no te gustaba mi aspecto. Largo ha sido el camino para todos, pero a vosotros os ha tocado recorrer el más oscuro.

Y entonces, ante la profunda sorpresa y turbación de Sam, hincó ante ellos la rodilla; y tomándolos de la mano, a Frodo con la diestra y a Sam con la siniestra, los condujo hasta el trono, y luego de hacerlos sentar en él, se volvió a los hombres y a los capitanes que estaban cerca, y habló con voz fuerte para que la hueste entera pudiese escucharlo: —¡Alabados sean con grandes alabanzas!

,"Y cuando una vez más se acallaron los clamores de júbilo, un juglar de Gondor se adelantó, y arrodillándose, pidió permiso para cantar. Y oh maravilla, como para dar a Sam una satisfacción total y colmarlo de pura alegría, he aquí lo que dijo:

— ¡Escuchad, señores y caballeros y hombres de valor sin tacha, reyes y príncipes, y leal pueblo de Gondor; y Jinetes de Rohan, y vosotros, hijos de Elrond, y los Dúnedain del Norte, y Elfo y Enano, y nobles corazones de la Comarca, y de todos los pueblos libres del Oeste!

Escuchad ahora mi lay. Porque he venido a cantar para vosotros la balada de Frodo Nuevededos y el Anillo del Destino.

Y Sam al oírlo estalló en una carcajada de puro regocijo, y se levantó y gritó:

—¡Oh gloria y esplendor! ¡Todos mis deseos se ven realizados! Y lloró.

Y el ejército en pleno reía y lloraba, y en medio del júbilo y de las lágrimas se elevó la voz límpida de oro y plata del juglar, y todos enmudecieron. Y cantó para ellos, en lengua élfica y en las lenguas del Oeste, hasta que los corazones, traspasados por la dulzura de las palabras, se desbordaron; y la alegría de todos centelleó como espadas, y los pensamientos se elevaron hasta las regiones donde el dolor y la felicidad fluyen juntos y las lágrimas son el vino de la ventura.

Y por fin, cuando el sol descendía del cénit y alargaba las sombras de los árboles, el juglar terminó su canción:

— ¡Alabados sean con grandes alabanzas! —dijo, y se hincó de rodillas. Y entonces Aragorn se puso de pie, y el ejército entero lo siguió, y todos se encaminaron a los pabellones que habían sido preparados para comer y beber y festejar hasta el final del día.

A Frodo y a Sam los condujeron a una tienda, donde luego de quitarles los viejos ropajes, que sin embargo doblaron y guardaron con honores, los vistieron con lino limpio. Y entonces llegó Gandalf, y ante el asombro de Frodo, traía en los brazos la espada y la capa élficas y la cota de malla de mithril que le fueran robadas en Mordor. Y para Sam traía una cota de malla dorada, y la capa élfica, limpia ahora de todas las manchas y daños; y depositó dos espadas a los pies de los hobbits.

—Yo no deseo llevar una espada —dijo Frodo.

—Tendrás que llevarla al menos esta noche —dijo Gandalf. Frodo tomó entonces la espada pequeña, la que fuera de Sam y que había quedado junto a él en Cirith Ungol.

—Dardo es tuya, Sam —dijo—. Yo mismo te la di.

—¡ No, mi amo! El señor Bilbo se la regaló a usted, y hace juego con la cota de plata; a él no le gustaría que otro la usara ahora.

Frodo cedió; y Gandalf, como si fuera el escudero de los dos, se arrodilló y les ciñó las hojas; y luego les puso sobre las cabezas unas pequeñas diademas de plata. Y así ataviados se encaminaron al festín; y se sentaron a la mesa del Rey con Gandalf, y el Rey Eomer de Rohan, y el Príncipe Imrahil y todos los grandes capitanes; y también Gimli y Lególas estaban con ellos.

Y cuando después del Silencio Ritual trajeron el vino, dos escuderos entraron para servir a los reyes; o escuderos parecían al menos: uno vestía la librea negra y plateada de los Guardias de Minas Tirith, y el otro de verde y de blanco. Y Sam se preguntó qué harían dos mozalbetes como aquellos en un ejército de hombres fuertes y poderosos. Y entonces, cuando se acercaron, los vio de pronto más claramente, y exclamó:

— ¡ Mire, señor Frodo! ¡ Mire! ¿ No es Pippin ? ¡ El señor Peregrin Tuk, tendría que decir, y el señor Merry! ¡Cuánto han crecido! ¡Córcholis! Veo que además de la nuestra hay otras historias para contar.

—Claro que las hay —dijo Pippin volviéndose hacia él—. Y empezaremos no bien termine este festín. Mientras tanto, puedes probar suerte con Gandalf. Ya no es tan misterioso como antes, aunque ahora se ríe más de lo que habla. Por el momento, Merry y yo estamos ocupados. Somos caballeros de la Ciudad y de la Marca, como espero habrás notado.

Concluyó al fin el día de júbilo; y cuando el sol desapareció y la luna subió redonda y lenta sobre las brumas del Anduin, y centelleó a través del follaje inquieto, Frodo y Sam se sentaron bajo los árboles susurrantes, allí en la hermosa y perfumada tierra de Ithilien; y hasta muy avanzada la noche conversaron con Merry y Pippin y Gandalf, y pronto se unieron a ellos Lególas y Gimli. Allí fue donde Frodo y Sam oyeron buena parte de cuanto le había ocurrido a la Compañía, desde el día infausto en que se habían separado en Parth Galen, cerca de las Cascadas del Rauros; y siempre tenían otras cosas que preguntarse, nuevas aventuras que narrar.

Los orcos, los árboles parlantes, las praderas de leguas interminables, los jinetes al galope, las cavernas relucientes, las torres blancas y los palacios de oro, las batallas y los altos navios surcando las aguas, todo desfiló ante los ojos maravillados de Sam. Sin embargo, entre tantos y tantos prodigios, lo que más le asombraba era la estatura de Merry y de Pippin; y los medía, comparándolos con Frodo y con él mismo, y se rascaba la cabeza.

—¡Esto sí que no lo entiendo, a la edad de ustedes! —dijo—. Pero lo que es cierto es cierto, y ahora miden tres pulgadas más de lo normal. O yo soy un enano.

—Eso sí que no —dijo Gimli—. Pero ¿no os lo previne? Los mortales no pueden beber los brebajes de los ents y pensar que no les hará más efecto que un jarro de cerveza.

—¿Brebajes de los ents? —dijo Sam—. Ahora vuelve a mencionar a los ents. Pero ¿qué son? No alcanzo a comprenderlo. Pasarán semanas y semanas antes que hayamos aclarado todo esto.

—Semanas por cierto —dijo Pippin—. Y luego habrá que encerrar a Frodo en una torre de Minas Tirith para que lo ponga todo por escrito. De lo contrario se olvidará de la mitad, y el pobre viejo Bilbo tendrá una tremenda decepción.

Al cabo Gandalf se levantó.

—Las manos del Rey son las de un curador, mis queridos amigos —dijo—. Pero antes que él os llamara, recurriendo a todo su poder para llevaros al dulce olvido del sueño, estuvisteis al borde de la muerte. Y aunque sin duda habéis dormido largamente y en paz, ya es hora de ir a dormir de nuevo.

—Y no sólo Sam y Frodo —dijo Gimli, sino también tú, Pippin. Te quiero mucho, aunque sólo sea por las penurias que me has causado, y que no olvidaré jamás. Tampoco me olvidaré de cuando te encontré en la cresta de la colina en la última batalla. Sin Gimli el enano, te habrías perdido. Pero ahora al menos sé reconocer el pie de un hobbit, aunque sea la única cosa visible en medio de un montón de cadáveres. Y cuando libré tu cuerpo de aquella carroña enorme, creí que estabas muerto. Poco faltó para que me arrancara las barbas. Y hace apenas un día que estás levantado y que saliste por primera vez. Así que ahora te irás a la cama. Y yo también.

—Y yo —dijo Lególas— iré a caminar por los bosques de esta tierra hermosa, que para mí es descanso suficiente. En días por venir, si el señor de los elfos lo permite, algunos de nosotros vendremos a morar aquí, y cuando lleguemos estos lugares serán bienaventurados, por algún tiempo. Por algún

tiempo: un mes, una vida, un siglo de los hombres. Pero el Anduin está cerca, y el Anduin conduce al Mar. ¡Al Mar!

*¡Al Mar, al Mar! Claman las gaviotas blancas.
El viento sopla y la espuma blanca vuela.
Lejos al Oeste se pone el Sol redondo.
Navio gris, navio gris ¿no escuchas la llamada,
las voces de los míos que antes que yo partieron?*

*Partiré, dejaré los bosques donde vi la luz;
nuestros días se acaban, nuestros años declinan.
Surcaré siempre solo las grandes aguas.*

*Largas son las olas que se estrellan en la playa última,
dulces son las voces que me llaman desde la Isla Perdida.
En Eresséa, el Hogar de los Elfos que los Hombres nunca descubrirán.
Donde las hojas no caen: la tierra de los míos para siempre.
Y así, cantando, Lególas se alejó colina abajo.*

Entonces también los otros se separaron, y Frodo y Sam volvieron a sus lechos y durmieron. Y por la mañana se levantaron, tranquilos y esperanzados, y se quedaron muchos días en Ithilien. Y desde el campamento, instalado ahora en el Campo de Cormallen, en las cercanías de Henneth Annün, oían por la noche el agua que caía impetuosa por las cascadas y corría susurrando a través de la puerta de roca para fluir por las praderas en flor y derramarse en las tumultuosas aguas del Anduin, cerca de la isla de Cair Andros. Los hobbits paseaban por aquí y por allá, visitando de nuevo los lugares donde ya habían estado; y Sam no perdía la esperanza de ver aparecer, entre la fronda de algún bosque o en un claro secreto, el gran olifante. Y cuando supo que muchas de aquellas bestias habían participado en la batalla de Góndor, y que todas habían sido exterminadas, lo lamentó de veras.

—Y bueno, uno no puede estar en todas partes al mismo tiempo —dijo—. Pero por lo que parece, me he perdido de ver un montón de cosas.

Entretanto el ejército se preparaba a regresar a Minas Tirith. Los fatigados descansaban y los heridos eran curados. Porque algunos habían tenido que luchar con denuedo antes de desbaratar la resistencia postrera de los Hombres del Este y del Sur. Y los últimos en regresar fueron los hombres que habían entrado en Mordor, y destruido las fortalezas en el norte del país.

Pero por fin, cuando se aproximaba el mes de mayo, los Capitanes del Oeste se pusieron nuevamente en camino: levaron anclas en Cair Andros, y fueron por el Anduin aguas abajo hasta Osgiliath; allí se detuvieron un día; y al siguiente llegaron a los campos verdes del Peleonnor, y volvieron a ver las torres blancas al pie del imponente Mindolluin, la Ciudad de los Hombres de Góndor, el último recuerdo del Oesternesse, que salvado del fuego y de la oscuridad había despertado a un nuevo día.

Y allí en medio de los campos levantaron las tiendas en espera de la mañana: pues era la Víspera de Mayo, y el Rey entraría por las puertas a la salida del sol.

5

EL SENESCAL Y EL REY

La Ciudad de Góndor había vivido en la incertidumbre y un gran miedo. El buen tiempo y el límpido parecían burlarse de los hombres que ya casi no tenían ninguna esperanza, y sólo aguardaban cada mañana noticias de perdición. El Senescal había muerto abrasado por las llamas, muerto yacía el Rey de Rohan en la Ciudadela, y el nuevo rey, que había entrado en la noche, había vuelto a partir a una guerra contra potestades demasiado oscuras y terribles para esperar poder doblegarlas sólo con el valor y la entereza. Y no se recibían noticias. Desde que el ejército partiera del Valle de Morgul por el camino del norte, a la sombra de las montañas, ningún mensajero había regresado, ni habían llegado rumores de lo que acontecía en el Este amenazante. Cuando hacía apenas dos días que habían partido, la Dama Eowyn

rogó a las mujeres que la cuidaban que le trajesen sus ropas, y nadie pudo disuadirla: se levantó, y cuando la vistieron, con el brazo sostenido en un cabestrillo de lienzo, se presentó ante el Mayoral de las Casas de Curación.

—Señor —dijo—, siento una profunda inquietud y no puedo seguir ociosa por más tiempo.

—Señora —respondió el Mayoral—, aún no estáis curada, y se me encomendó que os atendiera con especial cuidado. No tendríais que haberos levantado hasta dentro de siete días, o esa fue en todo caso la orden que recibí. Os ruego que volváis a vuestra estancia.

—Estoy curada —dijo ella—, curada de cuerpo al menos, excepto el brazo izquierdo, que también mejora. Y si no tengo nada que hacer, volveré a enfermar. ¿No hay noticias de la guerra? Las mujeres no saben decirme nada.

—No tenemos noticias —dijo el Mayoral—, excepto que los Señores han llegado al Valle de Morgul; y dicen que el nuevo capitán venido del Norte es ahora el jefe. Es un gran señor, y un curador; extraño me parece que la mano que cura sea también la que empuña la espada. No ocurren cosas así hoy en Góndor, aunque fueran comunes antaño, si las antiguas leyendas dicen la verdad. Pero ahora, y desde hace largos años, nosotros los curaderos no hacemos otra cosa que reparar las desgarraduras causadas por los hombres de armas. Aunque sin ellos tendríamos ya trabajo suficiente: bastantes miserias y dolores hay en el mundo sin que las guerras vengan a multiplicarlos.

—Para que haya guerra, señor Mayoral, basta con un enemigo, no dos —respondió Eowyn—. Y aun aquellos que no tienen espada pueden morir bajo una espada. ¿Querriais acaso que la gente de Góndor juntara sólo hierbas, mientras el Señor Oscuro junta ejércitos? Y no siempre lo bueno es estar curado del cuerpo. Ni tampoco es siempre lo malo morir en la batalla, aun con grandes sufrimientos. Si me fuera permitido, en esta hora oscura yo no vacilaría en elegir lo segundo.

El Mayoral la miró. Eowyn estaba muy erguida, con los ojos brillantes en el rostro pálido, y el puño crispado cuando miraba a la ventana del este. El Mayoral suspiró y movió la cabeza. Al cabo de un silencio, Eowyn volvió a hablar.

—¿No queda ya ninguna tarea que cumplir? —dijo—. ¿Quién manda en esta ciudad?

—No lo sé bien —respondió el Mayoral—. No son asuntos de mi incumbencia. Hay un mariscal que capitanea a los Jinetes de Rohan; y el Señor Húrin, por lo que me han dicho, está al mando de los hombres de Góndor. Pero el Señor Faramir es por derecho el Senescal de la Ciudad.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—En esta misma casa, señora. Fue gravemente herido, pero ahora ya está recobrándose. Sin embargo no sé...

—¿No me conduciríais ante él? Entonces sabréis.

El Señor Faramir se paseaba a solas por el jardín de las Casas de Curación, y el sol lo calentaba y sentía que la vida le corría de nuevo por las venas; pero le pesaba el corazón, y miraba a lo lejos, en dirección al este, por encima de los muros. Acercándose a él, el Mayoral lo llamó, y Faramir se volvió y vio a la Dama Eowyn de Rohan; y se sintió conmovido y apenado, porque advirtió que estaba herida, y que había en ella tristeza e inquietud.

—Señor —dijo el Mayoral—. Esta es la Dama Eowyn de Rohan. Cabalgó junto con el rey y fue malherida, y ahora se encuentra bajo mi custodia. Pero no está contenta y desea hablar con el Senescal de la Ciudad.

—No interpretéis mal estas palabras, señor —dijo Eowyn—. No me quejo porque no me atiendan. Ninguna casa podría brindar mejores cuidados a quienes buscan la curación. Pero no puedo continuar así, ociosa, indolente, enjaulada. Quise morir en la batalla. Pero no he muerto, y la batalla continúa.

A una señal de Faramir, el Mayoral se retiró con una reverencia.

—¿Qué querriais que hiciera, señora? —preguntó Faramir—. Yo también soy un prisionero en esta casa. —La miró, y como era hombre inclinado a la piedad sintió que la hermosura y la tristeza de Eowyn le traspasarían el corazón. Y ella lo miró, y vio en los ojos de él una grave ternura, y supo sin embargo, porque había crecido entre hombres de guerra, que se encontraba ante un guerrero a quien ninguno de los Jinetes de la Marca podría igualar en la batalla.

—¿Qué deseáis? —le repitió Faramir—. Si está en mis manos, lo haré.

—Quisiera que le ordenaseis a este Mayoral que me deje partir —respondió Eowyn; y si bien las palabras eran todavía arrogantes, el corazón le vaciló, y por primera vez dudó de sí misma. Temió que aquel hombre alto, a la vez severo y bondadoso, pudiese juzgarla caprichosa, como un niño que no tiene bastante entereza para llevar a cabo una tarea aburrida.

—Yo mismo dependo del Mayoral dijo Faramir—. Y todavía no he tomado mi cargo en la ciudad. No obstante, aun cuando lo hubiese hecho, escucharía los consejos del Mayoral, y en cuestiones que atañen a su arte no me opondría a él, salvo en un caso de necesidad extrema.

—Pero yo no deseo curar —dijo ella—. Deseo partir a la guerra como mi hermano Eomer, o mejor aún como Théoden el rey, porque él ha muerto y ha conquistado a la vez honores y paz.

—Es demasiado tarde, señora, para seguir a los Capitanes, aunque tuvierais las fuerzas necesarias —dijo Faramir—. Pero la muerte en la batalla aún puede alcanzarnos a todos, la deseemos o no. Y estaríais más preparada para afrontarla como mejor os parezca si mientras aún queda tiempo hicierais lo que ordena el Mayoral. Vos y yo hemos de soportar con paciencia las horas de espera.

Eowyn no respondió, pero a Faramir le pareció que algo en ella se ablandaba, como si una escarcha dura comenzara a ceder al primer anuncio de la primavera. Una lágrima le resbaló por la mejilla como una gota de lluvia centelleante. La orgullosa cabeza se inclinó ligeramente. Luego dijo en voz queda, más como si hablara consigo misma que con él:

—Pero los Curadores pretenden que permanezca acostada siete días más —dijo. Y mi ventana no mira al este. La voz de Eowyn era ahora la de una muchacha joven y triste.

Faramir sonrió, aunque compadecido.

—¿Vuestra ventana no mira al este? —dijo—. Eso tiene arreglo. Por cierto que daré órdenes al Mayoral. Si os quedáis a nuestro cuidado en esta casa, señora, y descansáis el tiempo necesario, podréis caminar al sol en este jardín como y cuando queráis; y miraréis al este, donde ahora están todas nuestras esperanzas. Y aquí me encontraréis a mí, que camino y espero, también mirando al este. Aliviaríais mis penas si me hablarais, o si caminarais conmigo alguna vez.

Ella levantó entonces la cabeza y de nuevo lo miró a los ojos; y un ligero rubor le coloreó el rostro pálido.

—¿Cómo podría yo aliviar vuestras penas, señor? —dijo—. No deseo la compañía de los vivos.

—¿Queréis una respuesta sincera? —dijo él.

—La quiero.

—Entonces, Eowyn de Rohan, os digo que sois hermosa. En los valles de nuestras colinas crecen flores bellas y brillantes, y muchachas aún más encantadoras; pero hasta ahora no había visto en Gondor ni una flor ni una dama tan hermosa, ni tan triste. Tal vez nos queden pocos días antes que la oscuridad se desplome sobre el mundo, y cuando llegue espero enfrentarla con entereza; pero si pudiera veros mientras el sol brilla aún, me aliviaríais el corazón. Porque los dos hemos pasado bajo las alas de la Sombra, y la misma mano nos ha salvado.

—¡Ay, no a mí, señor! dijo ella. Sobre mí pesa todavía la Sombra. ¡No soy yo quien podría ayudaros a curar! Soy una doncella guerrera y mi mano no es suave. Pero os agradezco que me permitáis al menos no permanecer encerrada en mi estancia. Por la gracia del Senescal de la Ciudad podré caminar al aire libre.

Y con una reverencia dio media vuelta y regresó a la casa. Pero Faramir continuó caminando a solas por el jardín durante largo rato, y ahora volvía los ojos más a menudo a la casa que a los muros del este.

Cuando estuvo de nuevo en su habitación, Faramir mandó llamar al Mayoral e hizo que le contase todo cuanto sabía acerca de la Dama de Rohan.

—Sin embargo, señor —dijo el Mayoral—, mucho más podría deciros sin duda el mediano que está con nosotros; porque él era pane de la comitiva del Rey, y según dicen estuvo con la Dama al final de la batalla.

Y Merry fue entonces enviado a Faramir, y mientras duró aquel día conversaron largamente, y Faramir se enteró de muchas cosas, más de las que Merry dijo con palabras; y le pareció comprender en parte la tristeza y la inquietud de Eowyn de Rohan. Y en el atardecer luminoso Faramir y Merry pasearon juntos por el jardín, pero no vieron a la Dama aquella noche.

Pero a la mañana siguiente, cuando Faramir salió de las casas, la vio, de pie en lo alto de las murallas; estaba toda vestida de blanco y resplandecía al sol. La llamó, y ella descendió, y juntos pasearon por la hierba, y se sentaron a la sombra de un árbol verde, a ratos silenciosos, a ratos hablando. Y desde entonces volvieron a reunirse cada día. Y al Mayoral, que los miraba desde la ventana, y que era un Curador, se le alegró el corazón; verlos juntos aligeraba sus preocupaciones; y tenía certeza de que en medio de los temores y presagios sombríos que en aquellos días oprimían a todos, ellos, entre los muchos que él cuidaba, mejoraban y ganaban fuerza hora tras hora.

Y llegó así el quinto día desde aquel en que la Dama Eowyn fuera por primera vez a ver a Faramir; y de nuevo subieron juntos a las murallas de la ciudad y miraron en lontananza. Todavía no se habían recibido noticias y los corazones de todos estaban ensombrecidos. Ahora tampoco el tiempo se mostraba apacible. Hacía frío. Un viento que se había levantado durante la noche soplaba inclemente desde el norte, y aumentaba, y las tierras de alrededor estaban lóbregas y grises.

Se habían vestido con prendas de abrigo y mantos pesados, y la Dama Eowyn estaba envuelta en un amplio manto azul, como una noche profunda de estío, adornado en el cuello y el ruedo con estrellas de plata. Faramir había mandado que trajeran el manto y se lo había puesto a ella sobre los hombros; y la vio hermosa y una verdadera reina allí de pie junto a él. Lo habían tejido para Findullas de Amroth, la madre de Faramir, muerta en la flor de la edad, y era para él como un recuerdo de una dulce belleza lejana, y de su primer dolor. Y el manto le parecía adecuado a la hermosura y la tristeza de Eowyn.

Pero ella se estremeció de pronto bajo el manto estrellado, y miró al norte, más allá de las tierras grises, hacia el ojo del viento frío, donde el cielo era límpido y yerto.

—¿Qué buscáis, Eowyn? —preguntó Faramir.

—¿No queda acaso en esa dirección la Puerta Negra? —dijo ella—. ¿Y no estará él por llegar allí? Siete días hace que partió.

—Siete días — dijo Faramir—. No penséis mal de mí si os digo: a mí me han traído a la vez una alegría y una pena que ya no esperaba conocer. La alegría de veros; pero pena, porque los temores y las dudas de estos tiempos funestos se han vuelto más sombríos que nunca. Eowyn, no quisiera que este mundo terminase ahora, y perder tan pronto lo que he encontrado.

— ¿Perder lo que habéis encontrado, señor? —respondió ella; y clavó en él una mirada grave pero bondadosa.— Ignoro qué habéis encontrado en estos días, y qué podríais perder. Pero os lo ruego, no hablemos de eso, amigo mío. ¡No hablemos más! Estoy al borde de un terrible precipicio y en el abismo que se abre a mis pies, la oscuridad es profunda, y no sé si a mis espaldas hay alguna luz. Porque aún no puedo volverme. Espero un golpe del destino.

—Sí, esperemos el golpe del destino —dijo Faramir. Y no hablaron más; y mientras permanecían allí, de pie sobre el muro, les pareció que el viento moría, que la luz se debilitaba y se oscurecía el sol; que cesaban todos los rumores de la ciudad y las tierras cercanas: el viento, las voces, los reclamos de los pájaros, los susurros de las hojas; ni respirar se oían; hasta los corazones habían dejado de latir. El tiempo se había detenido.

Y mientras esperaban, las manos de los dos se encontraron y se unieron, aunque ellos no lo sabían. Y así siguieron, esperando sin saber qué esperaban. Entonces, de improviso, les pareció que por encima de las crestas de las montañas distantes se alzaba otra enorme montaña de oscuridad envuelta en relámpagos, se agigantaba y ondulaba como una marea que quisiera devorar el mundo. Un temblor estremeció la tierra y los muros de la ciudad trepidaron. Un sonido semejante a un suspiro se elevó desde los campos de alrededor, y de pronto los corazones les latieron de nuevo.

—Esto me recuerda a Númenor dijo Faramir, y le asombró oírse hablar.

—¿Númenor? —repitió Eowyn.

—Sí —dijo Faramir, el país del Oestemesse que se hundió en los abismos, y la enorme ola oscura que inundó todos los prados verdes y todas las colinas, y que avanzaba como una oscuridad inexorable. A menudo sueño con ella.

—¿Entonces creéis que ha llegado la Oscuridad? —dijo Eowyn—. ¿La Oscuridad Inexorable? —Y en un impulso repentino se acercó a él.

—No —dijo Faramir mirándola a la cara—. Fue una imagen que tuve. No sé qué está pasando. La razón y la mente me dicen que ha ocurrido una terrible catástrofe y que se aproxima el fin de los tiempos. Pero el corazón me dice lo contrario; y siento los miembros ligeros, y una esperanza y una

alegría que la razón no puede negar. ¡Eowyn, Eowyn, Blanca Dama de Rohan!, no creo en esta hora que ninguna oscuridad dure mucho. —Y se inclinó y le besó la frente.

Y así permanecieron sobre los muros de la Ciudad de Góndor, mientras se levantaba y soplaba un fuerte viento, que les agitó los cabellos mezclándolos en el aire, azabache y oro. Y la Sombra se desvaneció y el velo que cubría el sol desapareció, y se hizo la luz; y las aguas del Anduin brillaron como la plata, y en todas las casas de la ciudad los hombres cantaban con una alegría cada vez mayor, aunque nadie sabía por qué.

Y antes que el sol se hubiera alejado mucho del cénit, una gran águila llegó volando desde el este, portadora de nuevas inesperadas de los Señores del Oeste, gritando:

*¡Cantad ahora, oh gente de la Torre de Anor,
porque el Reino de Sauron ha sucumbido para siempre,
y la Torre Oscura ha sido derruida!
¡Cantad y regocijaos, oh gente de la Torre de Guardia,
pues no habéis vigilado en vano,
y la Puerta Negra ha sido destruida,
y vuestro Rey ha entrado por ella
trayendo la victoria!*

*Cantad y alegraos, todos los hijos del Oeste,
porque vuestro Rey retornará,
y todos los días de vuestra vida
habitará entre vosotros.*

*Y el Árbol marchito volverá a florecer,
y él lo plantará en sitios elevados,
y bienaventurada será la Ciudad.
¡Cantad, oh todos!
Y la gente cantaba en todos los caminos de la ciudad.*

Los días que siguieron fueron dorados, y la primavera y el verano se unieron en los festejos de los campos de Góndor. Y desde Cair Andros llegaron jinetes veloces trayendo las nuevas de todo lo acontecido, y la ciudad se preparó a recibir al Rey. Merry fue convocado y tuvo que partir con los carretones que llevaban víveres a Osgiliath, y de allí por agua hasta Cair Andros; pero Faramir no partió, pues como ya estaba curado había reclamado el mando y ahora era el Senescal de la ciudad, aunque por poco tiempo; y tenía que ordenar todas las cosas para aquel que pronto vendría a reemplazarlo.

Tampoco partió Eowyn, a pesar del mensaje que le enviara su hermano rogándole que se reuniese con él en el Campo de Cormallen. Y a Faramir le sorprendió que se quedara, si bien ahora, atareado como estaba con tantos menesteres, tenía poco tiempo para verla; y ella seguía viviendo en las Casas de Curación, y caminaba sola por el jardín, y de nuevo tenía el rostro pálido, y parecía ser la única persona triste y dolorida en toda la ciudad. Y el Mayoral de las Casas estaba preocupado, y habló con Faramir.

Entonces Faramir fue a buscarla, y de nuevo fueron juntos a los muros; y él le dijo:

—Eowyn ¿por qué os habéis quedado aquí en vez de ir a los festejos de Cormallen del otro lado de Cair Andros, donde vuestro hermano os espera?

Y ella dijo:

—¿No lo sabéis? Pero él respondió:

—Hay dos motivos posibles, pero cuál es el verdadero, no lo sé. Y dijo ella:

—No quiero jugar a las adivinanzas. ¡Hablad claro!

—Entonces, si eso es lo que queréis, señora —dijo él—, no vais porque sólo vuestro hermano mandó por vos, y ahora, admirar en su triunfo al Señor Aragorn, el heredero de Elendil, no os causará ninguna alegría. O porque no voy yo, y deseáis permanecer cerca de mí. O quizá por los dos motivos, y vos misma no podéis elegir entre uno y otro. Eowyn ¿no me amáis, o no queréis amarme?

—Quería el amor de otro hombre —respondió ella—. Mas no quiero la piedad de ninguno.

—Lo sé —dijo Faramir—. Deseabais el amor del Señor Aragorn. Pues era noble y poderoso, y queríais la fama y la gloria: elevaros por encima de las cosas mezquinas que se arrastran sobre la tierra. Y como un gran capitán a un joven soldado, os pareció admirable. Porque lo es, un Señor entre los hombres, y el más grande de los que hoy existen. Pero cuando sólo recibis teis de él comprensión y piedad, entonces ya no quisisteis ninguna otra cosa, salvo una muerte gloriosa en el combate. ¡Miradme, Eowyn!

Y Eowyn miró a Faramir largamente y sin pestañear; y Faramir dijo:

— ¡No desdeñéis la piedad, que es el don de un corazón generoso, Eowyn! Pero yo no os ofrezco mi piedad. Pues sois una dama noble y valiente y habéis conquistado sin ayuda una gloria que no será olvidada; y sois tan hermosa que ni las palabras de la lengua de los elfos podrían describiros, y yo os amo. En un tiempo tuve piedad por vuestra tristeza. Pero ahora, aunque no tuvierais pena alguna, ningún temor, aunque nada os faltase y fuerais la bienaventurada Reina de Góndor, lo mismo os amaría. Eowyn ¿no me amáis?

Entonces algo cambió en el corazón de Eowyn, o acaso ella comprendió al fin lo que ocurría en él. Y desapareció el invierno que la habitaba, y el sol brilló en ella.

—Esta es Minas Anor, la Torre del Sol — dijo—, y ¡ mirad! ¡ La Sombra ha desaparecido! ¡ Ya nunca más volveré a ser una doncella guerrera, ni rivalizaré con los grandes caballeros, ni gozaré tan sólo con cantos de matanza! Seré una Curadora, y amaré todo cuanto crece, todo lo que no es árido. —Y miró de nuevo a Faramir.— Ya no deseo ser una reina —dijo.

Entonces Faramir rió, feliz.

—Eso me parece bien —dijo—, porque yo no soy un rey. Y me casaré con la Dama Blanca de Rohan, si ella consiente. Y si ella consiente, cruzaremos el río y en días más venturosos viviremos en la bella Ithilien y cultivaremos un jardín. Y en él todas las cosas crecerán con alegría, si la Dama Blanca consiente.

—¿Habré entonces de abandonar a mi propio pueblo, hombre de Góndor? —dijo ella—. ¿Y querríais que vuestro orgulloso pueblo dijera de vos: «¡Allá va un Señor que ha domado a una doncella guerrera del Norte! ¿No había acaso ninguna mujer de la raza de los Númenor que pudiera elegir?»

—Lo querría, sí —dijo Faramir. Y la tomó en los brazos y la besó a la luz del sol, y no le preocupó que estuvieran en lo alto de los muros y a la vista de muchos. Y muchos los vieron por cierto, y vieron la luz que brillaba sobre ellos cuando descendían de los muros tomados de la mano y se encaminaban a las Casas de Curación.

Y Faramir dijo al Mayoral de las Casas:

—Aquí veis a la Dama Eowyn de Rohan, y ahora está curada. Y el Mayoral dijo:

—Entonces la libro de mi custodia y le digo adiós, y ojalá nunca más sufra heridas ni enfermedades. La confío a los cuidados del Senescal de la Ciudad, hasta el regreso de su hermano.

Pero Eowyn dijo:

—Sin embargo, ahora que me han autorizado a partir, quisiera quedarme. Porque de todas las moradas, ésta se ha convertido para mí en la más venturosa. Y allí permaneció hasta el regreso del Rey Eomer.

Ya todo estaba pronto en la ciudad; y había un gran concurso de gente, pues la noticia había llegado a todos los ámbitos del Reino de Góndor, desde el MinRimmon hasta los Pinnath Gelin y las lejanas costas del mar; y todos aquellos que pudieron hacerlo se apresuraron a encaminarse a la ciudad. Y la ciudad se llenó una vez más de mujeres y de niños hermosos que volvían a sus hogares cubiertos de flores, y de Dol Amroth acudieron los tocadores de arpa más virtuosos de todo el país; y hubo tocadores de viola y de flauta y de cuernos de plata; y cantores de voces claras venidos de los valles de Lebennin.

Por fin un día, al caer de la tarde pudieron verse desde lo alto de las murallas los pabellones levantados en el campo, y las luces nocturnas ardieron durante toda aquella noche mientras los hombres esperaban en vela la llegada del alba. Y cuando el sol despuntó sobre las montañas del este, ya no más envueltas en sombras, todas las campanas repicaron al unísono, y todos los estandartes se desplegaron y flamearon al viento; y en lo alto de la Torre Blanca de la Ciudadela, de argén resplandeciente como nieve al sol, sin insignias ni lemas, el Estandarte de los Senescales fue izado por última vez sobre Góndor.

Los Capitanes del Oeste condujeron entonces el ejército hacia la ciudad, y la gente los veía pasar, fila tras fila, como plata rutilante a la luz del amanecer. Y llegaron así al Atrio, y allí, a unas doscientas yardas de la muralla, se detuvieron. Todavía no habían vuelto a colocar las puertas, pero una barrera atravesada cerraba la entrada a la ciudad, custodiada por hombres de armas engalanados con las libreas de color plata y negro, las largas espadas desenvainadas. Delante de aquella barrera aguardaban Faramir el Senescal, y Húrin el Guardián de las Llaves, y otros capitanes de Góndor, y la Dama Eowyn de Rohan con Elfhelm el Mariscal y numerosos caballeros de la Marca; y a ambos lados de la Puerta se había congregado una gran multitud ataviada con ropajes multicolores y adornada con guirnaldas de flores.

Ante las murallas de Minas Tirith quedaba pues un ancho espacio abierto, flanqueado en todos los costados por los caballeros y los soldados de Góndor y de Rohan, y por la gente de la ciudad y de todos los confines del país. Hubo un silencio en la multitud cuando de entre las huestes se adelantaron los Dúnedain, de gris y plata; y al frente de ellos avanzó lentamente el Señor Aragorn. Vestía cota de malla negra, cinturón de plata y un largo manto blanquísimo sujeto al cuello por una gema verde que centelleaba desde lejos; pero llevaba la cabeza descubierta, salvo una estrella en la frente sujeta por una fina banda de plata. Con él estaban Eomer de Rohan, y el Príncipe Imrahil, y Gandalf, todo vestido de blanco, y cuatro figuras pequeñas que a muchos dejaron mudos de asombro.

—No, mujer, no son niños —le dijo loreth a su prima de Imloth Melui—. Son Periaim, del lejano país de los Medianos, y príncipes de gran fama, dicen. Si lo sabré yo, que tuve que atender en las Casas a uno de ellos. Son pequeños, sí, pero valientes. Figúrate, prima: uno de ellos, acompañado sólo por su escudero, entró en la Tierra Tenebrosa, y allí luchó con el Señor Oscuro, y le prendió fuego a la Torre ¿puedes creerlo? O al menos ésa es la voz que corre por la ciudad. Ha de ser aquél, el que camina con nuestro Rey, el Señor Piedra de Elfo. Son amigos entrañables, por lo que he oído. Y el Señor Piedra de Elfo es una maravilla: un poco duro cuando de hablar se trata, es cierto, pero tiene lo que se dice un corazón de oro; y manos de Curador. «Las manos del rey son manos que curan», eso dije yo; y así fue como se descubrió todo. Y Mithrandir me dijo: «loreth, los hombres recordarán largo tiempo tus palabras, y...»

Pero loreth no pudo seguir instruyendo a su prima del campo, porque de pronto, a un solo toque de trompeta, hubo un silencio de muerte. Desde la Puerta se adelantaron entonces Faramir y Húrin de las Llaves, y sólo ellos, aunque cuatro hombres iban detrás luciendo el yelmo de cimera alta y la armadura de la ciudadela, y transportaban un gran cofre de lethron negro con guarniciones de plata.

Al encontrarse con Aragorn en el centro del círculo, Faramir se arrodilló ante él y dijo:

—El último Senescal de Góndor solicita licencia para renunciar a su mandato. —Y le tendió una vara blanca; pero Aragorn tomó la vara y se la devolvió, diciendo:

—Tu mandato no ha terminado, y tuyo será y de tus herederos mientras mi estirpe no se haya extinguido. ¡Cumple ahora tus obligaciones! Entonces Faramir se levantó y habló con voz clara:

—¡Hombres de Góndor, escuchad ahora al Senescal del Reino! He aquí que alguien ha venido por fin a reivindicar derechos de realeza. Ved aquí a Aragorn hijo de Arathorn, jefe de los Dúnedain de Arnor, Capitán del Ejército del Oeste, portador de la Estrella del Norte, el que empuña la Espada que fue forjada de nuevo, aquel cuyas manos traen la curación, Piedra de Elfo, Elessar de la estirpe de Valandil, hijo de Isildur, hijo de Elendil de Númenor. ¿Lo queréis por Rey y deseáis que entre en la ciudad y habite entre vosotros?

Y el Ejército todo y el pueblo entero gritaron sí con una sola voz.

Y loreth le dijo a su prima:

—Esto no es más que una de las ceremonias de la ciudad, prima; porque como te iba diciendo, él ya había entrado; y me dijo... —Y en seguida tuvo que callar, porque Faramir hablaba de nuevo.

—Hombres de Góndor, los sabios versados en las tradiciones dicen que la costumbre de antaño era que el Rey recibiese la corona de manos de su padre, antes que él muriera; y si esto no era posible, él mismo iba a buscarla a la tumba del padre; no obstante, puesto que en este caso el ceremonial ha de ser diferente, e invocando mi autoridad de Senescal, he traído hoy aquí de Rath Diñen la corona de Earnur, el último Rey, que vivió en la época de nuestros antepasados remotos.

Entonces los guardias se adelantaron, y Faramir abrió el cofre, y levantó una corona antigua. Tenía la forma de los yelmos de los Guardias de la Ciudadela, pero era más espléndida y enteramente blanca, y las alas laterales de perlas y de plata imitaban las alas de un ave marina, pues aquél era el

emblema de los Reyes venidos de los Mares; y tenía engarzadas siete gemas de diamante, y alta en el centro brillaba una sola gema cuya luz se alzaba como una llama.

Aragorn tomó la corona en sus manos, y levantándola en alto, dijo:

—Et Earello Endoreenna utílien. Sinome maruvan ar Híldinyar tenn'Ambarmetta!

Eran las palabras que había pronunciado Elendil al llegar a los Mares en alas del viento: «Del Gran Mar he llegado a la Tierra Media. Y ésta será mi morada, y la de mis descendientes, hasta el fin del mundo.»

Entonces, ante el asombro de casi todos, en lugar de ponerse la corona en la cabeza, Aragorn se la devolvió a Faramir, diciendo:

—Gracias a los esfuerzos y al valor de muchos entraré ahora en posesión de mi heredad. En prueba de gratitud quisiera que fuese el Portador del Anillo quien me trajera la corona, y Mithrandir quien me la pusiera, si lo desea: porque él ha sido el alma de todo cuanto hemos realizado, y esta victoria es en verdad su victoria.

Entonces Frodo se adelantó y tomó la corona de manos de Faramir y se la llevó a Gandalf; y Aragorn se arrodilló en el suelo y Gandalf le puso en la cabeza la Corona Blanca, y dijo:

— ¡En este instante se inician los días del Rey, y ojalá sean venturosos mientras perduren los tronos de los Valar!

Y cuando Aragorn volvió a levantarse, todos lo contemplaron en profundo silencio, porque era como si se revelara ante ellos por primera vez. Alto como los Reyes de los Mares de la antigüedad, se alzaba por encima de todos los de alrededor; entrado en años parecía, y al mismo tiempo en la flor de la virilidad; y la frente era asiento de sabiduría, y las manos fuertes tenían el poder de curar; y estaba envuelto en una luz. Entonces Faramir gritó:

—¡He aquí el Rey!

Y de pronto sonaron al unísono todas las trompetas; y el Rey Elessar avanzó hasta la barrera, y Húrin de las Llaves la levantó; y en medio de la música de las arpas y las violas y las flautas y el canto de las voces claras, el Rey atravesó las calles cubiertas de flores, y llegó a la ciudadela y entró; y el estandarte del Árbol y las Estrellas fue desplegado en la torre más alta, y así comenzó el reinado del Rey Elessar, que inspiró tantas canciones.

Durante su reinado la ciudad llegó a ser más bella que nunca, más aún que en los días de su primitiva gloria; y hubo árboles y fuentes por doquier, y las puertas fueron de acero y de mithril, y las calles pavimentadas con mármol blanco; allí iba a trabajar la Gente de la Montaña, y para los Habitantes de los Bosques visitarla era una alegría; y todo fue saneado y mejorado, y las casas se llenaron de hombres y de mujeres y de risas de niños, y no hubo más ventanas ciegas ni patios vacíos; y luego del fin de la Tercera Edad del Mundo, el esplendor y los recuerdos de los años idos perduraron en la memoria de la nueva edad.

En los días que siguieron a la coronación, el Rey se sentó en el trono del Palacio de los Reyes y dictó sentencias. Y llegaron embajadas de numerosos pueblos y países, del Este y del Sur, y desde los lindes del Bosque Negro, y desde las Tierras Oscuras del Oeste. Y el Rey perdonó a los Hombres del Este que se habían rendido, y los dejó partir en libertad, e hizo la paz con las gentes de Harad; y liberó a los esclavos de Mordor y les dio en posesión todas las tierras que se extendían alrededor del Lago Núrnen. Y numerosos soldados fueron conducidos ante él, a recibir alabanzas y recompensas, y finalmente el Capitán de la Guardia llevó a Beregond a presencia del Rey, para que fuese juzgado. Y el Rey dijo a Beregond:

—Por tu espada, Beregond, hubo sangre vertida en los Recintos Sagrados, donde eso está prohibido. Además, abandonaste tu puesto sin la licencia del Señor o del Capitán. Por estas culpas, el castigo en el pasado era la muerte. Por lo tanto he de pronunciar ahora tu sentencia.

»Quedas absuelto de todo castigo por tu valor en la batalla, y más aún porque todo cuanto hicis te fue por amor al Señor Faramir. No obstante, tendrás que dejar la Guardia de la Ciudadela y marcharte de la Ciudad de Minas Tirith.

La sangre abandonó el semblante de Beregond, y con el corazón traspasado, inclinó la cabeza. Pero el Rey continuó.

—Y así ha de ser, porque has sido destinado a la Compañía Blanca, la Guardia de Faramir, Príncipe de Ithilien, y serás su Capitán, y en paz y con honores residirás en Eryn Arnem, al servicio de aquel por quien todo lo arriesgaste, para salvarlo de la muerte.

Y entonces Beregon, comprendiendo la clemencia y la justicia del Rey, se sintió feliz, e hincándose le besó la mano, y partió alegre y satisfecho. Y Aragorn le dio a Faramir el principado de Ithilien, y le rogó que viviese en las colinas de Eryn Arnem, a la vista de la ciudad.

—Porque Minas Ithil —dijo—, en el Valle de Morgul, será destruida hasta los cimientos, y aunque quizás un día sea saneada, ningún hombre podrá habitar allí hasta que pasen muchos años.

Por último Aragorn dio la bienvenida a Eomer de Rohan; y se abrazaron, y Aragorn dijo:

—Entre nosotros no hablaremos de dar o recibir, ni de recompensas; porque somos hermanos. En buena hora partió Eorl cabalgando desde el Norte, y nunca hubo entre pueblos una alianza más venturosa, en la que ni uno ni otro dejó ni dejará jamás de cumplir lo pactado. Ahora, como sabes, hemos puesto a Théoden el Glorioso en una tumba de los Recintos Sagrados, y allí podrá reposar para siempre entre los Reyes de Gondor, si así lo deseas. O si prefieres, lo llevaremos a Rohan para que descanse entre su gente.

Y Eomer respondió:

—Desde el día en que apareciste ante mí en las lomas, como brotado de la hierba verde, te he amado, y ese amor no se extinguirá. Mas ahora es menester que parta por algún tiempo, pues también en mi reino hay muchas cosas que sanear y ordenar. Y en cuanto al Caído, cuando todo esté preparado, volveremos por él; mientras tanto dejémosle reposar aquí.

Y Eowyn le dijo a Faramir:

—Ahora he de regresar a mi tierra, a contemplarla por última vez, y ayudar a mi hermano; pero cuando aquel a quien por largo tiempo amé como a un padre descansa al fin entre los suyos, volveré.

Así fueron pasando los días de regocijo; y en el octavo día de mayo los Jinetes de Rohan se alistaron y partieron galopando por el camino del norte, y con ellos iban los hijos de Elrond. Apañada a ambos lados de la carretera desde la Puerta de la Ciudad hasta los muros del Pelennor, la gente los aclamaba al pasar, rindiéndoles honores y alabanzas. Más tarde, todos los que habitaban lejos volvieron felices a sus hogares; pero en la ciudad había muchas manos dispuestas a construir y a reparar, y a borrar todas las cicatrices y rastros de la guerra y todos los recuerdos de la sombra.

Los hobbits aún permanecían en Minas Tirith, y con ellos Lególas y Gimli, porque Aragorn no se resignaba a que la Comunidad se disolviera.

—Todo esto tendrá que terminar alguna vez —dijo—, pero me gustaría que os quedarais un tiempo más; la culminación de todo cuanto hemos hecho juntos no ha llegado aún. El día que he esperado durante todos los años de mi madurez se aproxima, y cuando llegue quiero tener a todos mis amigos junto a mí.

Pero nada más quiso decirles acerca de ese día.

Los Compañeros del Anillo vivían en una casa hermosa junto con Gandalf, e iban y venían a su antojo por la ciudad. Y Frodo le dijo a Gandalf:

—¿Sabes qué día es éste del que habla Aragorn? Porque aquí somos felices; y no deseo marcharme; pero pasan los días, y Bilbo está esperando; y mi hogar es la Comarca.

—En cuanto a Bilbo —dijo Gandalf—, también él está esperando ese día, y sabe que te retiene aquí. Y en cuanto al correr de los días, todavía estamos en mayo y aún falta para el solsticio de verano; y aunque todo parece distinto, como si hubiera transcurrido una edad del mundo, para los árboles y las hierbas no ha pasado un año desde que partisteis.

—Pippin —dijo Frodo— ¿no decías que Gandalf estaba menos misterioso que antes? Seguramente estaría fatigado después de tanto esfuerzo. Ahora se está reponiendo.

Y Gandalf dijo:

—A mucha gente le gusta saber de antemano qué se va a servir en la mesa; pero los que han trabajado en la preparación del festín prefieren mantener el secreto; pues la sorpresa hace más sonoras las palabras de elogio. Aragorn espera una señal.

Y hubo un día en el que los Compañeros no pudieron encontrar a Gandalf, y se preguntaron qué se estaría preparando. Pero en la oscuridad de la noche Gandalf salió con Aragorn de la ciudad, y lo condujo a la falda meridional del Monte Mindolluin; y allí encontraron un sendero abierto en tiempos remotos que ahora pocos se atrevían a transitar. Pues subía hasta un paraje elevado de la montaña, un refugio que sólo los Reyes visitaban. Y trepando por sendas escarpadas, llegaron a un altiplano bajo las nieves que coronaban los picos, y que dominaba el precipicio que se abría a espaldas de la ciudad. Y contemplaron las tierras, porque ya había despuntado el alba; y abajo en lontananza, semejantes a pinceles blancos tocados por los rayos del sol, vieron las torres de la ciudad, y el Valle del Anduin se extendía como un huerto, y una bruma dorada velaba las Montañas de la Sombra. De un lado alcanzaban a ver el color gris de los Eryn Muil, y los reflejos del Rauros eran como el centelleo de una estrella lejana; y del otro lado veían el río, que se extendía como una cinta hasta Pelargir, y más allá una luminosidad en el filo del horizonte que hablaba del mar. Y Gandalf dijo:

—He aquí tu reino, y el corazón del reino más grande de los tiempos futuros. La Tercera Edad del Mundo ha terminado y se ha iniciado una nueva; y a ti te toca ordenar los comienzos y preservar todo cuanto sea posible. Pues aunque muchas cosas se han salvado, muchas otras habrán de perecer; también el Poder de los Tres Anillos ha terminado. Y en todas las tierras que aquí ves, y en las de alrededor, habitarán los hombres. Pues se acercan los tiempos de la Dominación de los Hombres, y la Antigua Estirpe tendrá que partir o desaparecer.

—Eso lo sé muy bien, querido amigo —dijo Aragorn—, pero todavía necesito tu consejo.

—No por mucho tiempo ya —dijo Gandalf—. Mi tiempo era la Tercera Edad. Yo era el Enemigo de Sauron; y mi tarea ha concluido. Pronto habré de partir. En adelante, el peso recaerá sobre ti y los tuyos.

—Pero yo moriré —dijo Aragorn—. Porque soy un mortal, y aunque siendo quien soy y de la pura estirpe del Oeste tendré una vida mucho más larga que los demás mortales, esto es sólo un breve momento; y cuando aquellos que ahora están en los vientres de las madres hayan nacido y envejecido, también a mí me llegará la vejez. ¿Y quién gobernará entonces a Gondor y a quienes aman a esta ciudad como a una reina, si mi deseo no se cumple? En el Patio del Manantial el Árbol está aún marchito y estéril. ¿Cuándo veré la señal de que algún día cambiarán las cosas?

—Aparta la mirada del mundo verde, y vuélvela hacia todo cuanto parece yermo y frío —dijo Gandalf.

Y Aragorn volvió la cabeza, y vio a sus espaldas una pendiente rocosa que descendía desde la orilla de la nieve; y mientras miraba advirtió que algo crecía en medio del desierto; y bajó hasta allí, y vio que en el borde mismo de la nieve despuntaba el retoño de un árbol de apenas tres pies de altura. Ya tenía hojas jóvenes largas y delicadas, oscuras en la faz, plateadas en el dorso, y la copa esbelta estaba coronada por un pequeño racimo de flores, cuyos pétalos blancos resplandecían como la nieve al sol. Aragorn exclamó entonces:

—Ye! titúvienst! ¡Lo he encontrado! ¡Mira! Un retoño del más anciano de los Árboles. Mas ¿cómo ha crecido aquí? Porque no ha de tener ni siete años.

Y Gandalf se acercó, y lo miró, y dijo:

—Es en verdad un retoño de la estirpe de Nimioth el hermoso; semilla de Galathilion, fruto de Telperion, el más anciano de los Árboles, el de los muchos nombres. ¿Quién puede decir cómo ha llegado aquí, a la hora señalada? Pero este lugar es un antiguo sagrario, y antes de la extinción de los Reyes, antes que el Árbol se agostara en el Patio, uno de sus frutos fue sin duda depositado aquí. Porque aunque se ha dicho que el fruto del Árbol rara vez madura, la vida que late en él puede permanecer aletargada largos años, y nadie puede prever el momento en que habrá de despertar. Recuerda mis palabras. Porque si alguna vez un fruto del Árbol entra en sazón, tendrás que plantarlo, para que la estirpe no desaparezca del mundo para siempre. Aquí sobrevivió, escondido en la montaña, mientras la estirpe de Elendil sobrevivía oculta en los desiertos del Norte. Pero la de Nimloth es más antigua que la tuya, Rey Elessar.

Entonces Aragorn posó suavemente la mano en el retoño, y he aquí que parecía estar apenas hundido en la tierra, y lo levantó sin dañarlo, y lo llevó consigo a la ciudadela. Y el Árbol marchito fue arrancado de raíz, pero con reverencia; y no lo quemaron: lo llevaron a Rath Dínen, y allí lo depositaron, para que reposara en el silencio. Y Aragorn plantó el árbol nuevo en el patio al pie del Manantial, y pronto empezó a crecer, vigoroso y lozano, y cuando llegó el mes de junio estaba cubierto de flores.

—La señal ha llegado —dijo Aragorn, y el día ya no está lejos.

Y apostó centinelas en las murallas.

Era la víspera del Solsticio de Verano, y unos mensajeros llegaron desde Amon Din a la ciudad, anunciando que una espléndida cabalgata venía del norte, y se acercaba a los muros del Pelennor. Y el Rey dijo:

—Han llegado al fin. Que toda la ciudad se prepare.

Y esa misma noche, víspera del Día de Pleno Verano, cuando el cielo era azul como el zafiro y las estrellas blancas aparecían en el este, y el oeste era todavía dorado, y el aire fragante y fresco, los jinetes llegaron por el camino del norte a las Puertas de Minas Tirith. A la cabeza cabalgaban Elrohir y Elladan con un estandarte de plata; los seguían Glorfindel y Erebor y la gente de la casa de Rivendel, y detrás de ellos venían la Dama Galadriel y Celeborn, Señor de Lothlórien, montados en corceles blancos, con mantos grises, y gemas blancas en los cabellos; y por último el Señor Elrond, poderoso entre los elfos y los hombres, llevando el cetro de Annúminas, y junto a él, montada en un palafrén gris, cabalgaba la hija de Elrond, Arwen, Estrella de la Tarde de su pueblo.

Y Frodo al verla llegar resplandeciente a la luz del atardecer, con las estrellas en la frente y envuelta en una dulce fragancia, quedó maravillado, y le dijo a Gandalf:

—¡Al fin comprendo por qué hemos esperado! Esto es el fin. Ahora no sólo el día será bienamado, también la noche será bienaventurada y hermosa, y desaparecerán todos los temores.

Entonces el Rey les dio la bienvenida, y los huéspedes se apearon de los caballos, y Elrond dejó el cetro, y puso en la mano del Rey la mano de su hija, y así juntos se encaminaron a la Ciudad Alta, mientras en el cielo florecían las estrellas. Y en la Ciudad de los Reyes, en el día del solsticio de verano, Aragorn, Rey Elessar, desposó a Arwen Undómiel, y así culminó la historia de una larga espera y muchos trabajos.

6

NUMEROSAS SEPARACIONES

Cuando al fin terminaron los días de regocijo, los Compañeros pensaron en el regreso. Y Frodo fue a ver al Rey, y lo encontró sentado junto al Manantial con la Reina Arwen; y ella cantaba una canción de Valinor, y mientras tanto el Árbol crecía y florecía. Recibieron de buen grado a Frodo, y se levantaron para saludarlo; y Aragorn dijo:

—Sé lo que has venido a decirme, Frodo: deseas volver a tu casa. Y bien, entrañable amigo, el árbol crece mejor en la tierra de sus antepasados; pero siempre serás bienvenido en todos los países del Oeste. Y aunque en las antiguas gestas de los grandes tu pueblo haya conquistado poca fama, de ahora en adelante tendrá más renombre que muchos vastos reinos hoy desaparecidos.

—Es verdad que deseo volver a la Comarca —dijo Frodo—. Pero antes quiero pasar por Rivendel. Porque si bien nada pudo faltarme en días tan colmados de bendiciones, he echado de menos a Bilbo; y en verdad me quedé triste cuando vi que no llegaba con la comitiva de Elrond.

—¿Acaso te ha sorprendido, Portador del Anillo? —dijo Arwen—: Porque tú conoces el poder del objeto que ha sido destruido; y todo cuanto fue creado por él está desapareciendo ahora. Pero tu pariente tuvo el Anillo más tiempo que tú, y ahora es un anciano para los suyos; y te espera, pues ya nunca más hará un largo viaje, excepto el último.

—En ese caso pido licencia para partir cuanto antes —dijo Frodo.

—Partiremos dentro de siete días —dijo Aragorn—. Porque yo haré con vosotros buena parte del camino, hasta el país de Rohan. Dentro de tres días regresará Eomer y se llevará a Théoden a que repose en la Marca, y nosotros lo acompañaremos para honrar al caído. Pero ahora, antes de tu partida, deseo confirmarte lo que antes te dijo Faramir: eres libre para siempre en el reino de Gondor, al igual que todos tus compañeros. Y si hubiera presentes dignos de vuestras hazañas, os los daré; pero si deseáis alguna cosa, podéis llevarla; y cabalgaréis con los honores y la pompa de los príncipes de este reino.

Pero la Reina Arwen dijo:

—Yo te haré un regalo. Porque soy la hija de Elrond. No partiré con él cuando se encamine a los Puertos porque mi elección es la de Lúthien, y como ella he elegido a la vez lo dulce y lo amargo. Pero tú podrás partir en mi lugar, Portador del Anillo, si cuando llegue la hora ése es tu deseo. Si los daños aún te duelen, y si la carga aún te pesa en la memoria, podrás cruzar al Oeste, hasta que todas tus heridas y pesares hayan cicatrizado. Pero ahora lleva esto en recuerdo de Piedra de Elfo y de Estrella de la Tarde, que ya siempre serán parte de tu vida.

Y quitándose una gema blanca como una estrella que le pendía sobre el pecho engarzada en una cadena de plata, la puso alrededor del cuello de Frodo.

—Cuando los recuerdos del miedo y de la oscuridad te atormenten —dijo—, esto podrá ayudarte.

Tres días después, tal como lo anunciara el Rey, Eomer de Rohan llegó cabalgando a la ciudad, escoltado por un Eored de los más nobles caballeros de la Marca. Fue recibido con grandes agasajos, y cuando todos se sentaron a la mesa en Merethrond, el Gran Salón de los Festines, vio la belleza de las damas y quedó maravillado. Y antes de irse a descansar mandó buscar a Gimli el enano, y le dijo:

—Gimli hijo de Glóin, ¿tienes tu hacha preparada?

—No, señor —dijo Gimli—, pero puedo ir a buscarla en seguida, si es menester.

—Tú mismo lo juzgarás —dijo Eomer—. Porque aún quedan pendientes entre nosotros ciertas palabras irreflexivas a propósito de la Dama del Bosque de Oro. Y ahora la he visto con mis propios ojos.

—Y bien, señor —dijo Gimli—, ¿qué opinas ahora?

— ¡Ay! —dijo Eomer—. No diré que es la dama más hermosa de todas cuantas viven.

—Entonces tendré que ir en busca de mi hacha —dijo Gimli.

—Pero antes he de alegar una disculpa —dijo Eomer—. Si la hubiera visto en otra compañía, habría dicho todo cuanto tú quisieras. Pero ahora pondré en primer lugar a la Reina Anven Estrella de la Tarde, y estoy dispuesto a desafiar a quienquiera que se atreva a contradecirme. ¿Haré traer mi espada?

Entonces Gimli saludó a Eomer inclinándose en una reverencia.

—No, por lo que a mí toca, estás disculpado, señor —dijo. Tú has elegido la Tarde; pero yo he entregado mi amor a la Mañana. Y el corazón me dice que pronto desaparecerá para siempre.

Llegó por fin el día de la partida, y una comitiva brillante y numerosa se preparó para cabalgar rumbo al norte. Los reyes de Góndor y Rohan fueron entonces a los Recintos Sagrados y llegaron a las tumbas de Rath Díñen, y llevaron al Rey Théoden en un féretro de oro, y en silencio atravesaron la ciudad; y depositaron el féretro en un gran carruaje, flanqueado por los Jinetes de Rohan y precedido por el Estandarte; y Merry, por ser el escudero de Théoden, viajó en el carruaje acompañando las armas del Rey.

A los otros Compañeros les trajeron caballos adecuados a la estatura de cada uno; y Frodo y Samsagaz cabalgaban a los flancos de Aragorn, y Gandalf iba montado en Sombragris, y Pippin con los caballeros de Góndor; y Lególas y Gimli como siempre, cabalgaban juntos en la grupa de Arod.

De aquella cabalgata participaban también la Reina Arwen, y Celeborn y Galadriel con su gente, y Elrond y sus hijos; y los príncipes de Dol Amroth y de Ithilien, y numerosos capitanes y caballeros. Jamás un Rey de la Marca había marchado con un séquito como el que acompañó a Théoden hijo de Thengel a la tierra de los antepasados.

Sin prisa y en paz atravesaron Anórien, y llegaron al Bosque Gris al pie del Amon Din; y allí oyeron sobre las colinas un redoble como de tambores, aunque no se veía ninguna criatura viviente. Entonces Aragorn hizo sonar las trompetas; y los heraldos pregonaron:

— ¡Escuchad! ¡Ha venido el Rey Elessar! ¡A GhanbüriGhan y a los suyos les da para siempre la Floresta de Drúadan; y que en adelante ningún hombre entre ahí si ellos no lo autorizan!

El redoble de tambores creció un momento, y luego calló.

Por fin y al cabo de quince jornadas el carruaje que transportaba al Rey Théoden cruzó los prados verdes de Rohan y llegó a Edoras; y allí todos descansaron. El Palacio de Oro había sido engalanado con hermosas colgaduras y había luces en todas partes, y en aquellos salones se celebró el festín más fastuoso que allí se hubiera conocido. Porque pasados tres días, los Hombres de la Marca

prepararon los funerales de Théoden, y lo depositaron en una casa de piedra con las armas y muchos otros objetos hermosos que él había tenido, y sobre la casa levantaron un gran túmulo, y lo cubrieron de arriates de hierba verde y de blancos nomeolvides. Y ahora había ocho túmulos en el ala oriental del Campo Tumulario.

Entonces los Jinetes de la Escolta del Rey cabalgaron alrededor del túmulo montados en caballos blancos, y cantaron a coro una canción que la gesta de Théoden hijo de Thengel había inspirado a Gléowine, el hacedor de canciones, y que fue la última que compuso en vida. Las voces lentas de los jinetes conmovieron aun a aquellos que no comprendían la lengua del país; pero las palabras de la canción encendieron los ojos de la gente de la Marca, pues volvían a oír desde lejos el trueno de los cascos del Norte, y la voz de Eorl elevándose por encima de los gritos y el fragor de la batalla en el Campo de Celebrant; y proseguía la historia de los Reyes, y el Cuerno de Helm resonaba en las montañas, hasta que caía la oscuridad, y el Rey Théoden se erguía y galopaba hacia el fuego a través de la Sombra, y moría con gloria y esplendor mientras el sol, retornando de más allá de la esperanza, resplandecía en la mañana sobre el Mindolluin.

*Salido de la duda, libre de las tinieblas,
cantando al Sol galopó hacia el amanecer, desnudando la espada:
Encendió una nueva esperanza, y murió esperanzado;
fue más allá de la muerte, el miedo y el destino;
dejó atrás la ruina, y la vida, y entró en la larga gloria.
Pero Merry lloraba al pie del túmulo verde, y cuando la canción terminó, se incorporó y gritó:
¡Théoden Rey! ¡Théoden Rey! Como un padre fuiste para mí, por poco tiempo. ¡Adiós!*

Terminados los funerales, cuando cesó el llanto de las mujeres y Théoden reposó al fin en paz bajo el túmulo, la gente se reunió en el Palacio de Oro para el gran festín y dejó de lado la tristeza; porque Théoden había vivido largos años y había acabado sus días con tanta gloria como los más insignes de la estirpe. Y cuando llegó la hora de beber en memoria de los reyes, como era costumbre en la Marca, Eowyn Dama de Rohan se acercó a Eomer y le puso en la mano una copa llena.

Entonces un hacedor versado en las tradiciones se levantó y fue enunciando uno a uno y en orden los nombres de todos los Señores de la Marca: Eorl el Joven; y Brego el Constructor del Palacio; y Aldor hermano de Baldor el Infortunado; y Fréa, y Fréawine, y Goldwine, y Déor, y Gram; y Helm, el que permaneció oculto en el Abismo de Helm cuando invadieron la Marca; y así fueron nombrados todos los túmulos del ala occidental, pues en aquella época el linaje se había interrumpido, y luego fueron enumerados los túmulos del ala oriental: Fréalaf, hijo de la hermana de Helm, y Léof a, y Walda, y Polca, y Flocwine, y Fengel y Thengel, y finalmente Théoden. Y cuando Théoden fue nombrado, Eomer vació la copa. Eowyn pidió entonces a los servidores que llenaran las copas, y todos los presentes se pusieron de pie y bebieron y brindaron por el nuevo Rey, exclamando:

¡Salve, Eomer, Rey de la Marca!

Y más tarde, cuando ya la fiesta concluía, Eomer se levantó y dijo:

—Este es el festín funerario de Théoden Rey; pero antes de separarnos quiero anunciaros una noticia feliz, pues sé que a él no le disgustaría que yo así lo hiciera, ya que siempre fue un padre para Eowyn mi hermana. Escuchad, todos mis invitados, noble y hermosa gente de numerosos reinos, como jamás se viera antes congregada en este palacio: ¡Faramir, Senescal de Góndor y Príncipe de Ithilien pide la mano de Eowyn Dama de Rohan, y ella se la concede de buen grado! Y aquí mismo celebrarán la boda ante todos nosotros.

Y Faramir y Eowyn se adelantaron y se tomaron de la mano; y todos los presentes brindaron por ellos y estaban contentos.

—De este modo —dijo Eomer— la amistad entre la Marca y Góndor queda sellada con un nuevo vínculo, y esto me regocija todavía más.

—No eres avaro por cierto, Eomer —dijo Aragorn—, al dar así a Góndor lo más hermoso de tu reino.

Entonces Eowyn miró a Aragorn a los ojos, y dijo:

—¡Deséame ventura, mi Señor y Curador! Y él respondió:

—Siempre te deseé ventura desde el día en que te conocí. Y verte ahora feliz cura una herida en mi corazón.

Cuando la fiesta concluyó, los huéspedes que tenían que irse se despidieron del Rey Eomer. Aragorn y sus caballeros, y la gente de la casa de Lorien y de Rivendel se prepararon para la partida; pero Faramir e Imrahil quedaron en Edoras; y también Arwen Estrella de la Tarde, y despidió a sus hermanos. Nadie presenció el último encuentro de ella y Elrond, pues subieron a las colinas y allí hablaron a solas largamente, y amarga fue aquella separación que duraría hasta más allá del fin del mundo.

Poco antes de la hora de la partida, Eomer y Eowyn se acercaron a Merry y le dijeron:

—Hasta la vista ahora, Meriadoc de la Comarca y Escanciador de la Marca. Cabalga hacia la ventura, y luego cabalga de vuelta, pues aquí siempre serás bienvenido.

Y Eomer dijo:

— Los reyes de antaño te habrían hecho tantos presentes por tus hazañas en los campos de Mundburgo, que un carromato no habría bastado para transportarlos; pero tú dices que sólo quieres llevar las armas que te fueron dadas. Respeto tu voluntad, porque nada puedo ofrecerte que sea digno de ti; pero mi hermana te ruega que aceptes este pequeño regalo, en memoria de Dernhelm y de los cuernos de la Marca al despuntar el día.

Entonces Eowyn le dio a Merry un cuerno antiguo, con un tahalí verde; era pequeño pero estaba hábilmente forjado, todo en hermosa plata; y los artífices habían grabado en él unos jinetes al galope en una línea que descendía en espiral desde la boquilla al pabellón, y runas de altas virtudes.

—Es una reliquia de nuestra casa —dijo Eowyn—. Fue forjado por los Enanos, y formaba parte del botín de Scatha el Gusano. Eorl el Joven lo trajo del Norte. Aquel que lo sople en una hora de necesidad, despertará temor en el corazón de los enemigos y alegría en el de los amigos, y ellos lo oirán y acudirán.

Merry tomó entonces el cuerno, pues no podía rehusarlo, y besó la mano de Eowyn; y ellos lo abrazaron, y así se separaron aquella vez.

Ya los huéspedes estaban prontos para la partida; y luego de beber el vino del estribo, con grandes alabanzas y demostraciones de amistad, emprendieron la marcha, y al cabo de algún tiempo llegaron al Abismo de Helm, y allí descansaron dos días. Lególas cumplió entonces la promesa que le había hecho a Gimli, y fue con él a las Cavernas Centelleantes; y volvió silencioso, y dijo que sólo Gimli era capaz de encontrar palabras apropiadas para describir las cavernas.

—Y nunca hasta ahora un enano había derrotado a un elfo en un torneo de elocuencia —añadió—. ¡ Pero ahora iremos a Fangorn e igualaremos los tantos!

Partiendo del Valle del Bajo cabalgaron hasta Isengard, y allí vieron los asombrosos trabajos que habían llevado a cabo los ents. El círculo de piedras había desaparecido, y las tierras antes cercadas se habían transformado en un jardín de árboles y huertas, y por él corría un arroyo, pero en el centro había un lago de agua clara, y allí se levantaba aún, alta e inexpugnable, la Torre de Orthanc, y la roca negra se reflejaba en el estanque.

Los viajeros se sentaron a descansar en el sitio en que antes se alzaban las antiguas puertas de Isengard; allí se erguían ahora dos árboles altos, como centinelas a la entrada del sendero bordeado de vegetación que conducía a Orthanc; y contemplaron con admiración los trabajos, pero no vieron un alma viviente, ni cerca ni lejos. Pronto sin embargo oyeron una voz que llamaba humhoom, humhoom, y de improviso Bárbol les salió al encuentro, caminando a grandes trancos; y con él venía Ramaviva.

—¡Bien venidos al Patio del Árbol de Orthanc! —exclamó—. Supe que veníais, pero estaba atareado en lo alto del valle; todavía queda mucho por hacer. Pero por lo que he oído, vosotros tampoco habéis estado ociosos allá en el sur y en el oeste; y todo cuanto ha llegado a mis oídos es bueno, buenísimo.

Y Bárbol ensalzó las hazañas de todos, de las que parecía estar perfectamente enterado; por fin hizo una pausa y miró largamente a Gandalf.

—¡Y bien, veamos! —dijo—. Has demostrado ser el más poderoso, y todas tus empresas han concluido bien. Mas ¿a dónde irás ahora? ¿Ya qué has venido aquí?

—A ver cómo marchan tus trabajos, amigo mío —respondió Gandalf—, y a agradecerte tu ayuda en todo lo que se ha conseguido.

—Huum, bien, me parece muy justo —dijo Bárbol—, pues es indiscutible que también los ents desempeñaron un papel en todo esto. Y no sólo dándole su merecido a ese... huum... ese mataárboles maldito que vivía aquí. Porque tuvimos una gran invasión de esos... burárum... esos ojizainos, maninegros, patituetos, lapidíficos, manilargos, carroñosos, sanguinosos, morimaitesincahonda, huum, bueno, puesto que sois gente que vive de prisa, y el nombre completo es largo como años de tormento, esos gusanos de los orcos llegaron remontando el río, y descendiendo del norte, y rodearon el bosque de Laurelindórenan, pero no pudieron entrar gracias a los Grandes aquí presentes. —Se inclinó ante el Señor y la Dama de Lorien.

—Y esas criaturas abominables quedaron más que estupefactas al vernos en la Floresta, pues nunca habían oído hablar de nosotros; aunque lo mismo puede decirse de alguna gente más honorable. Y no habrá muchos que nos recuerden, porque tampoco fueron muchos los que escaparon con vida, y a la mayoría se los llevó el río. Pero fue una suerte para vosotros, porque si no nos hubieras encontrado, el Rey de las praderas no habría llegado muy lejos, y si hubiera podido hacerlo, no habría tenido un hogar a donde regresar.

—Lo sabemos muy bien —dijo Aragorn—, y es algo que ni en Minas Tirith ni en Edoras se olvidará jamás.

—Jamás —dijo Bárbol— es una palabra demasiado larga hasta para mí. Mientras perduren vuestros reinos, querrás decir; y mucho tendrán que perdurar por cierto para que les parezcan largos a los ents.

—La Nueva Edad comienza —dijo Gandalf—, y en ella bien puede ocurrir que los reinos de los hombres te sobrevivan, Fangorn, amigo mío. Mas, dime ahora una cosa: ¿qué fue de la tarea que te encomendé? ¿Cómo está Saruman? ¿No se ha hastiado aún de Orthanc? No creo que piense que has mejorado el panorama que se ve desde la torre.

Bárbol clavó en Gandalf una mirada larga, casi astuta, pensó Merry.

—Ah —dijo Bárbol—. Me imaginé que llegarías a eso. ¿Hastiado de Orthanc? Más que hastiado, al final; pero no tan hastiado de la torre como de mi voz. ¡Huum! Me oyó unos largos sermones, o al menos lo que consideraríais largos en vuestra habla.

—¿Entonces por qué se quedó a escucharlos? ¿Has entrado en Orthanc? —preguntó Gandalf.

—Huum, no, no en Orthanc —dijo Bárbol—. Pero él se asomaba a la ventana y escuchaba, porque sólo así podía enterarse de alguna noticia y detestaba oírme, lo consumía la ansiedad; y te aseguro que las escuchó, todas y bien. Pero agregué muchas cosas, para que reflexionara. Al final estaba muy cansado. Siempre tenía prisa, y esa fue su ruina.

—Observo, mi buenFangorn —dijo Gandalf—, que pones cuidado en decir vivía, fue, estaba. ¿Por qué no en presente? ¿Acaso ha muerto?

—No, no ha muerto, hasta donde yo sé —dijo Bárbol. Pero se ha marchado. Sí, se fue hace siete días. Lo dejé partir. Poco quedaba de él cuando salió arrastrándose, y en cuanto a esa especie de serpiente que lo acompañaba, era como una sombra pálida. Ahora no vengas a decirme, Gandalf, que te prometí retenerlo encerrado; pues ya lo sé. Pero las cosas han cambiado desde entonces. Y lo mantuve encerrado hasta que yo mismo tuve la certeza de que ya no podía causar nuevos males. Tú no puedes ignorar que lo que más detesto es ver enjaulados a los seres vivos; ni aun a criaturas como ésta tendría yo encerradas, excepto en casos de extrema necesidad. Una serpiente desdentada puede arrastrarse por donde quiera.

—Quizá tengas razón —dijo Gandalf—, pero creo que a esta víbora aún le queda un diente. Tenía el veneno de la voz, y sospecho que te persuadió, aun a ti, Bárbol, pues conocía tu lado flaco. Y bien, ahora se ha ido, y no hay más que hablar. Pero la Torre de Orthanc vuelve a manos del Rey, a quien pertenece. Aunque quizá no llegue a necesitarla.

—Eso se verá más adelante —dijo Aragorn—. Pero todo este valle lo doy a los ents para que hagan con él lo que deseen, siempre y cuando vigilen la Torre de Orthanc y se aseguren de que nadie penetre en ella sin mi autorización.

—Está cerrada —dijo Bárbol—. Obligué a Saruman a que la cerrara y me entregara las llaves. Ramaviva las tiene.

Ramaviva se inclinó como un árbol combado por el viento y entregó a Aragorn dos grandes llaves negras muy trabajadas, unidas por una argolla de acero.

—Ahora os doy nuevamente las gracias —dijo Aragorn—, y os digo adiós. Ojalá vuestro bosque crezca y prospere otra vez en paz. Y cuando hayáis colmado este valle, al oeste de las montañas, donde ya habitasteis en otros tiempos, habrá aún mucho espacio libre.

El rostro de Bárbol se entristeció.

—Las florestas pueden crecer —dijo—, los bosques pueden prosperar, pero no los ents. No tenemos hijos ents.

—Sin embargo, quizás ahora vuestra búsqueda tenga un nuevo sentido —dijo Aragorn—. Se os abrirán tierras en el Este que durante largo tiempo permanecieron cerradas.

Pero Bárbol movió la cabeza y dijo:

—Queda lejos. Y en estos tiempos hay demasiados hombres por allá. ¡Pero estoy olvidando la hospitalidad y la cortesía! ¿Queréis quedaros y descansar un rato? ¿Y acaso a algunos os agradaría atravesar el Bosque de Fangorn y acortar así el camino de regreso? —Y miró a Celeborn y a Galadriel.

Pero todos con excepción de Lególas dijeron que había llegado la hora de despedirse y de partir, hacia el Sur o hacia el Oeste.

— ¡Ven, Gimli! —dijo Lególas—. Ahora, con el permiso de Fangorn, podré visitar los sitios recónditos del Bosque de Ents, y ver árboles como no crecen en ninguna otra región de la Tierra Media. Tú cumplirás lo prometido, y me acompañarás; y así volveremos juntos a nuestros países en el Bosque Negro y más allá.

Y Gimli consintió, aunque al parecer no de muy buena gana.

—Aquí se disuelve al fin la Comunidad del Anillo —dijo Aragorn—. Espero sin embargo que pronto volveréis a mi país con la ayuda prometida.

—Volveremos, si nuestros señores nos permiten —dijo Gimli—.

¡Bien, hasta la vista, mis queridos hobbits! Pronto llegaréis sanos y salvos a vuestros hogares, y ya no perderé el sueño temiendo por vuestra suerte. Mandaremos noticias cuando podamos, y acaso algunos de nosotros volvamos a encontrarnos de tanto en tanto; pero temo que ya nunca más estaremos todos juntos otra vez.

Entonces Bárbol se despidió de todos, uno por uno, y se inclinó lentamente tres veces y con profundas reverencias ante Celeborn y Galadriel.

—Hacía mucho, mucho tiempo que no nos encontrábamos entre los árboles o las piedras. A vanimar, vanimálion nostari! —dijo—. Es triste que sólo ahora, al final, hayamos vuelto a vernos. Porque el mundo está cambiando: lo siento en el agua, lo siento en la tierra, lo huelo en el aire. No creo que nos encontremos de nuevo.

Y Celeborn dijo:

—No lo sé, Venerable. Pero Galadriel dijo:

—No en la Tierra Media, ni antes que las tierras que están bajo las aguas emerjan otra vez. Entonces quizá volvamos a encontrarnos en los saucedales de Tasarinan en la primavera. ¡Adiós!

Merry y Pippin fueron los últimos en despedirse; y el viejo ent recobró la alegría al mirarlos.

—Bueno, mis alegres amigos —dijo— ¿queréis beber conmigo otro trago antes de partir?

—Por cierto que sí —le respondieron, y el ent los llevó a la sombra de uno de los árboles, y allí vieron un gran cántaro de piedra. Y Bárbol llenó tres tazones, y bebieron; y los hobbits vieron los ojos extraños del ent que miraba por encima del borde del tazón.

— ¡Cuidado, cuidado! dijo Bárbol—. Porque ya habéis crecido desde la última vez que os vi.

Y los hobbits se echaron a reír y vaciaron de un trago los tazones.

—¡Y bien, adiós! —continuó Bárbol—. Y si en vuestra tierra tenéis alguna noticia de las entmujeres, enviadme un mensaje.

Luego saludó a toda la comitiva moviendo las grandes manos y desapareció entre los árboles.

Ahora, camino a la Quebrada de Rohan, los viajeros galopaban más rápidamente, y al fin, muy cerca del lugar en que Pippin había mirado la Piedra de Orthanc, Aragorn se despidió. Esta separación

entristeció a los hobbits; porque Aragorn nunca los había defraudado, y los había guiado en muchos peligros.

—Me gustaría tener una Piedra con la que pudiese ver a los amigos —dijo Pippin— y hablar con ellos desde lejos.

—Ya no queda más que una que podría servirte —respondió Aragorn—, pues lo que verías en la piedra de Minas Tirith no te gustaría nada. Pero el Palantir de Orthanc lo conservará el Rey, y así verá lo que pasa en el reino, y qué hacen los servidores. Porque no olvides, Peregrin Tuk, que eres un caballero de Gondor, y no te he liberado de mi servicio. Ahora partes con licencia, pero tal vez vuelva a llamarte. Y recordad, queridos amigos de la Comarca, que mi reino también está en el Norte, y algún día iré a vuestra tierra.

Aragorn se despidió entonces de Celeborn y de Galadriel, y la Dama le dijo:

—Piedra de Elfo, a través de las tinieblas llegaste a tu esperanza, y ahora tienes todo tu deseo. ¡Emplea bien tus días! Pero Celeborn le dijo:

— ¡ Hermano, adiós! ¡ Ojalá tu destino sea distinto del mío, y tu tesoro te acompañe hasta el fin!

Y con estas palabras partieron, y era la hora del crepúsculo, y cuando un momento después volvieron la cabeza, vieron al Rey del Oeste a caballo, rodeado por sus caballeros; y el sol poniente los iluminaba, y los arneses resplandecían como oro rojo, y el manto blanco de Aragorn parecía una llama. Aragorn tomó entonces la piedra verde y la levantó, y una llama verde le brotó de la mano.

Pronto la ahora menguada compañía dobló al oeste siguiendo el curso del Isen, y atravesando la Quebrada se internó en los páramos que se extendían del otro lado; y de allí fue hacia el norte y cruzó los lindes de las Tierras Oscuras. Los dunlendinos huían y se escondían ante ellos, pues temían a los elfos, aunque en verdad no los veían con frecuencia. Pero los viajeros no se turbaron, ya que eran aún una compañía numerosa y bien provista; y avanzaron con serenidad, levantando las tiendas cuando y donde preferían.

En el sexto día de viaje desde que se separaron del Rey, atravesaron un bosque que bajaba de las colinas al pie de las Montañas Nubladas, que ahora se levantaban a la derecha. Cuando al caer el sol salieron una vez más a campo abierto, alcanzaron a un anciano que caminaba encorvado apoyándose en un bastón, vestido con harapos grises o que habían sido blancos; otro mendigo que se arrastraba lloriqueando le pisaba los talones.

¡Si es Saruman! —exclamó Gandalf—. ¿A dónde vas?

¿ Qué te importa ? — respondió el otro—. ¿ Todavía quieres gobernar mis actos, y no estás contento con mi ruina?

Tú conoces las respuestas —dijo Gandalf: no y no. Pero de todos modos el tiempo de mis afanes está concluyendo. El Rey ha tomado ahora la carga. Si hubieras esperado en Orthanc lo habrías visto, y te habría mostrado sabiduría y clemencia.

—Mayor razón entonces para haber partido antes —dijo Saruman—, pues no quiero de él ni una cosa ni la otra. Y si en verdad esperas una respuesta a la primera pregunta, busco cómo salir de su reino.

—Entonces una vez más has equivocado el camino —dijo Gandalf—, y no veo en tu viaje ninguna esperanza. Pero dime, ¿desdeñarás nuestra ayuda? Pues te la ofrecemos.

— ¿A mí? —dijo Saruman—. ¡No, por favor, no me sonrías! Te prefiero con el ceño fruncido. Y en cuanto a la Dama aquí presente, no confío en ella: siempre me ha odiado y era tu cómplice. Estoy seguro de que te trajo por este camino para disfrutar con mi miseria. Si hubiese sabido que me seguís, os habría privado de ese placer.

—Saruman dijo Galadriel, tenemos otras tareas y otras preocupaciones que nos parecen mucho más urgentes que la de seguirte los pasos. Di más bien que la suerte se ha apiadado de ti, porque ahora te brinda una última oportunidad.

—Si en verdad es la última, me alegro —dijo Saruman, porque así me ahorrará la molestia de tener que volver a rechazarla. Todas mis esperanzas están en ruinas, mas no deseo compartir las vuestras. Si os queda alguna.

Un fuego le brilló un instante en los ojos.

—Dejadme en paz —dijo—. No en vano consagré largos años al estudio de estas cosas. Vosotros mismos os habéis condenado, y lo sabéis, y en mi vida errante será para mí un gran consuelo pensar que al destruir mi casa también habéis destruido la vuestra. Y ahora ¿qué nave os llevará a la otra orilla a través de un mar tan ancho? se burló—. Será una nave gris, y con una tripulación de fantasmas.

Se echó a reír, pero la voz era cascada y desagradable.

—¡Levántate, idiota! —le gritó al otro mendigo, que se había sentado en el suelo, y lo golpeó con el bastón—. ¡Media vuelta! Si esta noble gente va en nuestra misma dirección, nosotros cambiaremos de rumbo. ¡Muévete, o te quedarás sin el pan duro de la cena!

El mendigo dio media vuelta y pasó junto a él encorvado y gimoteando.

—¡Pobre viejo Grima! ¡Pobre viejo Grima! Siempre castigado y maldecido. ¡Cuánto lo odio! ¡Ojalá pudiera abandonarlo!

— ¡Abandónalo entonces! —dijo Gandalf.

Pero Lengua de Serpiente, con los ojos sanguinolentos y aterrorizados, echó una breve mirada a Gandalf, y luego, arrastrando los pies rápidamente fue detrás de Saruman. Y cuando los dos miserables pasaban junto a la compañía, vieron a los hobbits, y Saruman se detuvo y les clavó los ojos, pero ellos lo miraron con piedad.

—¿Así que también vosotros habéis venido a regodearos, mis alfeñiques? No os preocupa lo que le falta a un mendigo, ¿no? Porque tenéis todo cuanto queréis, comida y espléndidos vestidos, y la mejor hierba para vuestras pipas. ¡Oh sí, lo sé! Sé de dónde proviene.

¿No le daríais a un mendigo lo suficiente para llenar una pipa, no lo haríais?

—Lo haría, si tuviese —dijo Frodo.

—Puedes quedarte con toda la que me queda —dijo Merry entonces—, si esperas un momento. —Se apeó del caballo y buscó en la alforja de la montura. Luego le extendió a Saruman un saquito de cuero.— Quédate con todo lo que hay —dijo—. Te lo cedo gustoso; la encontré entre los despojos de Isengard.

— ¡ Mí a, mí a, sí y a buen precio la compré! — gritó Saruman, arrebatándole la tabaquera—. Esto no es más que una restitución simbólica; porque tomaste mucho más, estoy seguro. De todos modos, un mendigo ha de estar agradecido, cuando un ladrón le devuelve siquiera una migaja de lo que le pertenece. Bien, te servirá de escarmiento si al volver a tu tierra, encuentras que las cosas no marchan tan bien como a ti te gustaría en la Cuaderna del Sur. ¡ Ojalá por largo tiempo escasee la hierba en tu país!

—¡Gracias! —dijo Merry—. En ese caso quiero que me devuelvas mi tabaquera, que no es tuya y ha viajado conmigo mucho y muy lejos. Envuelve la hierba en uno de tus harapos.

—A ladrón, ladrón y medio —dijo Saruman, volviéndole la espalda a Merry; y dándole un puntapié a Lengua de Serpiente, se alejó en dirección al bosque.

—¡Bueno, lo que faltaba! —dijo Pippin—. ¡Ladrón! ¿Y qué indemnización tendríamos que reclamar nosotros por haber sido emboscados, heridos, y llevados a la rastra por los orcos a través de Rohan?

— ¡ Ah! —dijo Sam—. Y dijo la compré. ¿Cómo?, me pregunto. Y no me gustó nada lo que dijo de la Cuaderna del Sur. Es hora de que volvamos.

—Por cierto que sí —dijo Frodo—. Pero no podremos llegar más rápido, si antes vamos a ver a Bilbo. Pase lo que pase, yo iré primero a Rivendel.

—Sí, creo que sería lo mejor —dijo Gandalf—. Pero ¡pobre Saruman! Temo que ya no se pueda hacer nada por él. No es más que una piltrafa. A pesar de todo, sé que Bárbol está en lo cierto: sospecho que aún es capaz de un poco de maldad mezquina y en menor escala.

Al día siguiente se internaron en las Tierras Pardas septentrionales, una región ahora deshabitada aunque verde y apacible. Septiembre llegó con días dorados y noches de plata; y cabalgaron tranquilos hasta llegar al Río de los Cisnes, y encontraron el antiguo vado, al este de las cascadas que se precipitaban en los bajíos. A lo lejos hacia el oeste, se extendían las marismas y los islotes envueltos en niebla, y el río que serpenteaba entre ellos para ir a volcarse en el Agua Gris: allí entre los juncales había muchos cisnes.

Así entraron en Eregion, y por fin una mañana hermosa centelleó sobre las brumas; desde el campamento que habían levantado en una colina baja, los viajeros vieron a lo lejos en el este tres picos que se erguían a la luz del sol entre nubes flotantes: Caradhras, Celebdil y Fanuidhol. Estaban llegando a las cercanías de las Puertas de Moría.

Allí se demoraron siete días, porque se acercaba otra separación que era penosa para todos. Pronto Celeborn y Galadriel y su gente se encaminarían al este, y pasando por la Puerta del Rubicorno descenderían la Escalera de los Arroyos Oscuros hasta llegar al Cauce de Plata y a Lothlórien. Habían hecho aquella larga travesía por los caminos del oeste, porque tenían muchas cosas de que hablar con Elrond y con Gandalf, quienes se quedaron allí con ellos varios días. A menudo, cuando hacía ya un rato que los hobbits dormían profundamente, se sentaban todos juntos a la luz de las estrellas y rememoraban tiempos idos y las alegrías y tristezas que habían conocido en el mundo, o celebraban consejo, cambiando ideas acerca de los tiempos por venir. Si por azar hubiese pasado por allí algún caminante solitario, poco habría visto u oído, y le habría parecido ver sólo figuras grises, esculpidas en piedra, en memoria de cosas de otros tiempos y ahora perdidas en tierras deshabitadas. Porque estaban inmóviles, y no hablaban con los labios, y se comunicaban con la mente; sólo los ojos brillantes se movían y se iluminaban, a medida que los pensamientos iban y venían.

Pero al cabo todo quedó dicho, y de nuevo se separaron por algún tiempo, hasta que llegase la hora de la desaparición de los Tres Anillos. Envuelta en los mantos grises, la gente de Lorien cabalgó hacia las montañas, y se desvaneció rápidamente entre las piedras y las sombras; y los que iban camino a Rivendel continuaron mirando desde la colina, hasta que un relámpago centelleó en la bruma creciente, y ya no vieron nada más. Y Frodo supo que Galadriel había levantado el anillo en señal de despedida. Sam volvió la cabeza y suspiró:

— ¡Cuánto me gustaría volver a Lorien!

Por fin un día atravesaron los altos páramos, y de improviso, como les parecía siempre a los viajeros, llegaron a la orilla del profundo Valle de Rivendel, y abajo, a lo lejos, vieron brillar las lámparas en la casa de Elrond. Y descendieron, y cruzaron el puente, y llegaron a las puertas, y la casa entera resplandecía de luz y había cantos de alborozo por el regreso de Elrond.

Ante todo, antes de comer o de lavarse y hasta de quitarse las capas, los hobbits fueron en busca de Bilbo. Lo encontraron solo en la pequeña alcoba, atiborrada de papeles y plumas y lápices. Pero Bilbo estaba sentado en una silla junto a un fuego pequeño y chisporroteante. Parecía viejísimo, pero tranquilo. Y dormitaba. Abrió los ojos y los miró cuando entraron.

— ¡Hola, hola! —exclamó—. ¿Así que estáis de vuelta? Y mañana, además, es mi cumpleaños. ¡Qué oportunos! ¿Sabéis una cosa? ¡Cumpliré ciento veintinueve! Y en un año más, si duro, tendré la edad del Viejo Tuk. Me gustaría ganarle; pero ya veremos.

Después de la celebración del cumpleaños de Bilbo los cuatro hobbits permanecieron unos días más en Rivendel, casi siempre en compañía del viejo amigo, que ahora se pasaba la mayor parte del tiempo en su cuarto, salvo las horas de las comidas, para las cuales seguía siendo muy puntual, pues rara vez dejaba de despertarse a tiempo. Sentados alrededor del fuego le contaron por turno todo cuanto podían recordar de los viajes y aventuras. Al principio Bilbo simuló tomar unas notas; pero a menudo se quedaba dormido, y cuando despertaba solía decir: «¡Qué espléndido! ¡Qué maravilla! Pero ¿por dónde íbamos?» Entonces retomaban la historia a partir del instante en que Bilbo había empezado a cabecear.

La única parte que en verdad pareció mantenerlo despierto y atento fue el relato de la coronación y la boda de Aragorn.

—Estaba invitado a la boda, por supuesto —dijo—. Y tiempo hacía que la esperaba. Pero no sé cómo, cuando llegó el momento, me di cuenta de que tenía tanto que hacer aquí. ¡Y preparar la maleta es tan enfadoso!

Pasaron casi dos semanas y un día Frodo al mirar por la ventana vio que durante la noche había caído escarcha y las telarañas parecían redes blancas. Entonces supo de golpe que había llegado el momento de partir y de decirle adiós a Bilbo. El tiempo continuaba hermoso y sereno, después de uno de los veranos más maravillosos de que la gente tuviese memoria; pero había llegado octubre y el aire pronto cambiaría y una vez más comenzarían las lluvias y los vientos. Y aún les quedaba un largo camino por delante. Sin embargo, no era el temor al mal tiempo lo que preocupaba a Frodo. Tenía una impresión como de apremio, de que era hora de regresar a la Comarca. Sam sentía lo mismo, pues la noche anterior le había dicho:

—Bueno, señor Frodo, hemos viajado mucho y lejos, y hemos visto muchas cosas; pero no creo que hayamos conocido un lugar mejor que éste. Hay un poco de todo aquí, si usted me entiende: la Comarca y el Bosque de Oro y Gondor y las casas de los Reyes y las tabernas y las praderas y las montañas todo junto. Y sin embargo, no sé por qué pienso que convendría partir cuanto antes. Estoy preocupado por el Tío, si he de decirle la verdad.

—Sí, un poco de todo, Sam, excepto el Mar —había respondido Frodo; y ahora repetía para sus adentros—: Excepto el Mar.

Ese día Frodo habló con Elrond, y quedó convenido que partirían a la mañana siguiente. Para alegría del hobbit, Gandalf dijo:

—Creo que yo también iré. Hasta Bree al menos. Quiero ver a Mantecona.

Por la noche fueron a despedirse de Bilbo.

—Y bien, si tenéis que marcharos, no hay más que hablar —dijo—. Lo siento. Os echaré de menos. De todos modos es bueno saber que andaréis por las cercanías. Pero me caigo de sueño.

Entonces le regaló a Frodo la cota de mithril y Dardo, olvidando que se los había regalado antes, y también tres libros de erudición que había escrito en distintas épocas, garrapateados de su puño y letra, y que llevaban en los lomos rojos el siguiente título: Traducciones del Elfico por B. B.

A Sam le regaló un saquito de oro.

—Casi el último vestigio del botín de Smaug —dijo—. Puede serte útil, si piensas en casarte, Sam. —Sam se sonrojó.

—A vosotros no tengo nada que daros, jóvenes amigos —les dijo a Merry y Pippin—, excepto buenos consejos. —Y cuando les hubo dado una buena dosis, agregó uno final, según la usanza de la Comarca:— No dejéis que vuestras cabezas se vuelvan más grandes que vuestros sombreros. ¡Pero si no paráis pronto de crecer, los sombreros y las ropas os saldrán muy caros!

—Pero si usted quiere ganarle en años al Viejo Tuk —dijo Pippin—, no veo por qué nosotros no podemos tratar de ganarle a Toro Bramador.

Bilbo se echó a reír, y sacó de un bolsillo dos hermosas pipas de boquilla de nácar y guarniciones de plata labrada.

—¡Pensad en mí cuando fuméis en ellas! —dijo—. Los elfos las hicieron para mí, pero ya no fumo. —Y de pronto cabeceó y se adormeció un rato, y cuando despertó dijo:— A ver ¿por dónde íbamos? Sí, claro, entregando los regalos. Lo que me recuerda: ¿qué fue de mi Anillo, Frodo, el que tú te llevaste?

—Lo perdí, Bilbo querido —dijo Frodo—. Me deshice de él, tú sabes.

—¡Qué lástima! —dijo Bilbo—. Me hubiera gustado verlo de nuevo. ¡Pero no, qué tonto soy! Si a eso fuiste, a deshacerte de él ¿no? Pero todo es tan confuso, pues se han sumado tantas otras cosas: los asuntos de Aragorn, y el Concilio Blanco, y Gondor, y los jinetes, y los Hombres del Sur, y los olifantes... ¿de veras viste uno, Sam?; y las cavernas y las torres y los árboles dorados y vaya a saber cuántas otras cosas.

»Es evidente que yo volví de mi viaje por un camino demasiado recto. Gandalf hubiera podido pasearme un poco más. Pero entonces la subasta habría terminado antes que yo volviera, y entonces habría tenido más contratiempos aún. De todos modos ahora es demasiado tarde; y la verdad es que creo que es mucho más cómodo estar sentado aquí y oír todo lo que pasó. El fuego es muy acogedor aquí, y la comida es muy buena, y hay elfos si quieres verlos. ¿Qué más puedes pedir?

*El camino sigue y sigue
desde la puerta.
El camino ha ido muy lejos,
y que otros lo sigan si pueden.*

*Que ellos emprendan un nuevo viaje,
pero yo al fin con pies fatigados
me volveré a la taberna iluminada,
al encuentro del sueño y el reposo.*

Y mientras murmuraba las palabras finales, la cabeza le cayó sobre el pecho y se quedó dormido.

La noche se adentró en la habitación, y el fuego chisporroteó más brillante; y al mirar a Bilbo dormido lo vieron sonreír. Permanecieron un rato en silencio; y entonces Sam, mirando alrededor y las sombras que se movían en las paredes, dijo con voz queda:

—No creo, señor Frodo, que hay a escrito mucho mientras estábamos fuera. Ya nunca escribirá nuestra historia.

En eso Bilbo abrió un ojo, casi como si hubiese oído. Y de pronto se despertó.

—Ya lo veis, me he vuelto tan dormilón —dijo—. Y cuando tengo tiempo para escribir, sólo me gusta escribir poesía. Me pregunto, Frodo, querido amigo, si no te importaría poner un poco de orden en mis cosas antes de marcharte. Recoger todas mis notas y papeles, y también mi diario, y llevártelos, si quieres. Te das cuenta, no tengo mucho tiempo para seleccionar y ordenar y todo lo demás. Que Sam te ayude, y cuando hayáis puesto las cosas en su sitio, volved, y les echaré una ojeada. No seré demasiado estricto.

—¡Claro que lo haré! —dijo Frodo—. Y volveré pronto, por supuesto : ya no habrá peligro. Ahora hay un verdadero rey, y pronto pondrá los caminos en condiciones.

—¡Gracias, mi querido amigo! —dijo Bilbo—. Es en verdad un gran alivio para mi cabeza. —Y dicho esto volvió a quedarse dormido.

Al día siguiente Gandalf y los hobbits se despidieron de Bilbo en su habitación, porque hacía frío al aire libre; y dijeron adiós a Elrond y a todos los de la casa.

Cuando Frodo estaba de pie en el umbral, Elrond le deseó buen viaje y lo bendijo.

—Me parece, Frodo, que no será necesario que vuelvas aquí a menos que lo hagas muy pronto. Dentro de un año, por esta misma época, cuando las hojas son de oro antes de caer, busca a Bilbo en los bosques de la Comarca. Yo estaré con él.

Nadie más oyó estas palabras, y Frodo las guardó como un secreto.

7

RUMBO A CASA

Por fin los hobbits emprendieron el viaje de vuelta. Ahora estaban ansiosos por volver a ver la Comarca; sin embargo, al principio cabalgaron a paso lento, pues Frodo había estado algo intranquilo. En el Vado de Bruinen se había detenido como si temiera aventurarse a cruzar el agua, y sus compañeros notaron que por momentos parecía no verlos, ni a ellos ni al mundo de alrededor. Todo aquel día había estado silencioso. Era el seis de octubre.

—¿Te duele algo, Frodo? —le preguntó en voz baja Gandalf que cabalgaba junto a él.

—Bueno, sí —dijo Frodo—. Es el hombro. Me duele la herida, y me pesa el recuerdo de la oscuridad. Hoy se cumple un año.

—¡Ay! —dijo Gandalf—. Ciertas heridas nunca curan del todo.

—Temo que la mía sea una de ellas —dijo Frodo—. No hay un verdadero regreso. Aunque vuelva a la Comarca, no me parecerá la misma; porque yo no seré el mismo. Llevo en mí la herida de un puñal, la de un agujijón y la de unos dientes; y la de una larga y pesada carga. ¿Dónde encontraré reposo?

Gandalf no respondió.

Al final del día siguiente el dolor y el desasosiego habían desaparecido, y Frodo estaba contento otra vez, alegre como si no recordase las tinieblas de la víspera. A partir de entonces el viaje prosiguió sin tropiezos, y los días fueron pasando pues cabalgaban sin prisa y a menudo se demoraban en los hermosos bosques, donde las hojas eran rojas y amarillas al sol del otoño. Y llegaron por fin a la Cima del Viento; y se acercaba la hora del ocaso y la sombra de la colina se proyectaba oscura sobre el camino. Frodo les rogó entonces que apresuraran el paso, y sin una sola mirada a la colina, atravesó la sombra con la cabeza

gacha y arrebujaado en la capa. Por la noche el tiempo cambió, y un viento cargado de lluvia sopló desde el oeste, frío e inclemente, y las hojas amarillas se arremolinaron como pájaros en el aire. Cuando llegaron al Bosque de Chet ya las ramas estaban casi desnudas, y una espesa cortina de lluvia ocultaba la Colina de Bree.

Así fue como hacia el final de un atardecer lluvioso y borrascoso de los últimos días de octubre, los cinco jinetes remontaron la cuesta sinuosa y llegaron a la puerta meridional de Bree. Estaba cerrada; y la lluvia les azotaba las caras y en el cielo crepuscular las nubes bajas se perseguían. Y los corazones se les encogieron, porque habían esperado una recepción más calurosa.

Cuando hubieron llamado varias veces, apareció por fin el Guardián, y vieron que llevaba un pesado garrote; los observó con temor y desconfianza; pero cuando reconoció a Gandalf, y notó que quienes lo acompañaban eran hobbits, a pesar de los extraños atavíos, se le iluminó el semblante y les dio la bienvenida.

— ¡Entrad! —dijo, quitando los cerrojos—. No nos quedemos charlando aquí, con este frío y esta lluvia; una verdadera noche de rufianes, pero el viejo Cebadilla sin duda os recibirá con gusto en El Poney, y allí oiréis todo cuanto hay para oír, y mucho más.

—Y tú oirás más tarde todo cuanto nosotros tenemos para contar —rió Gandalf—. ¿Cómo está Enrique? El Guardián se enfurruñó.

—Se marchó —dijo—. Pero será mejor que se lo preguntes a Cebadilla. ¡Buenas noches!

— ¡Buenas noches a ti! —dijeron los recién llegados, y entraron; y vieron entonces que detrás del seto que bordeaba el camino habían construido una cabana larga y baja, y que varios hombres habían salido de ella y los observaban por encima del cerco. Al llegar a la casa de Bill Helechal vieron que allí el cerco estaba descuidado, y que las ventanas habían sido tapiadas.

—¿Crees que lo habrás matado con aquella manzana, Sam? —dijo Pippin.

—Sería mucho esperar, señor Pippin dijo Sam—. Pero me gustaría saber qué fue de ese pobre poney. Me he acordado de él más de una vez, y de los lobos que aullaban y todo lo demás.

Llegaron por fin a El Poney Pisador, que visto de fuera al menos no había cambiado mucho; y había luces detrás de las cortinas rojas en las ventanas más bajas. Tocarón la campana, y Nob acudió a la puerta, y abrió un resquicio y espió; y al verlos allí bajo la lámpara dio un grito de sorpresa.

—¡Señor Mantecona! ¡Patrón! ¡Han regresado!

—Oh ¿de veras? Les voy a dar —se oyó la voz de Mantecona, y salió como una tromba, garrote en mano. Pero cuando vio quiénes eran se detuvo en seco, y el ceño furibundo se le transformó en un gesto de asombro y de alegría.

— ¡ Nob, tonto de capirote! gritó—. ¿ No sabes llamar por su nombre a los viejos amigos? No tendrías que darme estos sustos, en los tiempos que corren.

¡Bien, bien! ¿Y de dónde vienen ustedes? Nunca esperé volver a ver a ninguno, y es la pura verdad: marcharse así, a las Tierras Salvajes, con ese tal Trancos, y todos esos Hombres Negros siempre yendo y viniendo. Pero estoy muy contento de verlos, y a Gandalf más que a ninguno. ¡Adelante! ¡Adelante! ¿Las mismas habitaciones de siempre? Están desocupadas. En realidad, casi todas están vacías en estos tiempos, cosa que no les ocultaré, ya que no tardarán en descubrirlo. Y veré qué se puede hacer por la cena, lo más pronto posible; pero estoy corto de ayuda en estos momentos. ¡Eh, Nob, camastrón! ¡Avísale a Bob! Ah, me olvidaba, Bob se ha marchado: ahora al anochecer vuelve a la casa de su familia. ¡Bueno, lleva los poneys de los huéspedes a las caballerizas, Nob! Y tú, Gandalf, sin duda querrás llevar tú mismo el caballo al establo. Un animal magnífico, como dije la primera vez que lo vi. ¡Bueno, adelante! ¡Hagan cuenta de que están en casa!

El señor Mantecona en todo caso no había cambiado la manera de hablar, y parecía vivir siempre en la misma agitación sin resuello. Y sin embargo no había casi nadie en la posada, y todo estaba en calma; del salón común llegaba un murmullo apagado de no más de dos o tres voces. Y vista más de cerca, a la luz de las dos velas que había encendido y que llevaba ante ellos, la cara del posadero parecía un tanto ajada y consumida por las preocupaciones.

Los condujo por el corredor hasta la salita en que se habían reunido aquella noche extraña, más de un año atrás; y ellos lo siguieron, algo desazonados, pues era obvio que el viejo Cebadilla estaba tratando de ponerle al mal tiempo buena cara. Las cosas ya no eran como antes. Pero no dijeron nada, y esperaron.

Como era de prever, después de la cena el señor Mantecona fue a la salita para ver si todo había sido del agrado de los huéspedes. Y lo había sido por cierto: en todo caso los cambios no habían afectado ni a la cerveza ni a las vituallas de El Poney.

—No me atreveré a sugerirles que vayan al salón común esta noche —dijo Mantecona. Han de estar fatigados; y de todas maneras hoy no hay mucha gente allí. Pero si quisieran dedicarme una media hora antes de recogerse a descansar, me gustaría mucho charlar un rato con ustedes, tranquilos y a solas.

—Eso es justamente lo que también nos gustaría a nosotros —dijo Gandalf—. No estamos cansados. Nos hemos tomado las cosas con calma últimamente. Estábamos mojados, con frío y hambrientos, pero todo eso tú lo has curado. ¡Ven, siéntate! Y si tienes un poco de hierba para pipa, te daremos nuestra bendición.

—Bueno, me sentiría más feliz si me hubieras pedido cualquier otra cosa —dijo Mantecona—. Eso es algo justamente de lo que andamos escasos, pues la única hierba que tenemos es la que cultivamos nosotros mismos, y no es bastante. En estos tiempos no llega nada de la Comarca. Pero haré lo que pueda.

Cuando volvió traía una provisión suficiente para un par de días: un apretado manojo de hojas sin cortar.

—De las Colinas del Sur —dijo—, y la mejor que tenemos; pero no puede ni compararse con la de la Cuaderna del Sur, como siempre he dicho, aunque en la mayoría de las cosas estoy a favor de Bree, con el perdón de ustedes.

Lo instalaron en un sillón junto al fuego, y Gandalf se sentó del otro lado del hogar, y los hobbits en sillas bajas entre uno y otro; y entonces hablaron durante muchas medias horas, e intercambiaron todas aquellas noticias que el señor Mantecona quiso saber o comunicar. La mayor parte de las cosas que tenían para contarle dejaban simplemente pasmado de asombro al posadero, y superaban todo lo que él podía imaginar, y provocaban escasos comentarios fuera de:

—No me diga —y el señor Mantecona lo repetía una y otra vez como si dudara de sus propios oídos—. No me diga, señor Bolsón ¿o era señor Sotomonte? Estoy tan confundido. ¡No me digas, Gandalf! ¡Increíble! ¡Quién lo hubiera pensado, en nuestros tiempos!

Pero él, por su parte, habló largo y tendido. Las cosas distaban de andar bien, contó. Los negocios no sólo no prosperaban; eran un verdadero desastre.

—Ya ningún forastero se acerca a Bree —dijo—. Y las gentes de por aquí se quedan en casa casi todo el tiempo, y a puertas trancadas. La culpa de todo la tienen esos recién llegados y esos vagabundos que empezaron a aparecer por el Camino Verde el año pasado, como ustedes recordarán; pero más tarde vinieron más. Algunos eran pobres infelices que huían de la desgracia; pero la mayoría eran hombres malvados, ladrones y dañinos. Y aquí mismo, en Bree, hubo disturbios, disturbios graves. Y tuvimos una verdadera refriega, y a alguna gente la mataron, ¡la mataron muerta! Si quieren creerme.

—Te creo —dijo Gandalf—. ¿Cuántos?

pequeña—. Murieron el pobre Mat Dedos Matosos, y Rowlie Manzano, y el pequeño Tom Abrojos, de la otra vertiente de la Colina; y Willie Bancos de allá arriba, y uno de los Sotomonte de Entibo; toda buena gente, se la echa de menos. Y Enrique Madreselva, el que antes estaba en la puerta del oeste, y ese Bill Helechal, se pasaron al bando de los intrusos, y se quedaron con ellos; y fueron ellos quienes los dejaron entrar, me parece a mí. La noche de la batalla, quiero decir. Y eso fue después que les mostramos las puertas y los echamos; pasó antes de fin de año; y la batalla fue a principios del Año Nuevo, después de la gran nevada.

»Y ahora les ha dado por robar y viven afuera, escondidos en los bosques del otro lado de Archet, y en las tierras salvajes allá por el norte. Es un poco como en los malos tiempos de antes de que hablan las leyendas, digo yo. Ya no hay seguridad en los caminos y nadie va muy lejos, y la gente se encierra temprano en las casas. Hemos tenido que poner centinelas todo alrededor de la empalizada y muchos hombres a vigilar las puertas durante la noche.

—Bueno, a nosotros nadie nos molestó —dijo Pippin— y vinimos lentamente, y sin montar guardias. Creíamos haber dejado atrás todos los problemas.

—Ah, eso no, señor, y es lo más triste del caso —dijo Mantecona—. Pero no me extraña que los hayan dejado tranquilos. No se van a atrever a atacar a gente armada, con espadas y yelmos y escudos y todo. Lo pensarían dos veces, sí señor. Y les confieso que yo mismo quedé un poco desconcertado hoy cuando los vi.

Y entonces, de pronto, los hobbits comprendieron que la gente los miraba con estupefacción, no por la sorpresa de verlos de vuelta sino por las ropas insólitas que vestían. Tanto se habían acostumbrado a las guerras y a cabalgar en compañía de atavíos relucientes, que no se les había ocurrido en ningún momento que las cotas de malla que les asomaban por debajo de los mantos, los yelmos de Gondor y de la Marca, las hermosas insignias de los escudos, podían parecer extravagancias en la Comarca. Hasta el propio Gandalf, que ahora cabalgaba en un gran corcel gris, todo vestido de blanco, envuelto en un amplio manto azul y plata, y con la larga espada Glamdrin al cinto. Gandalf se echó a reír.

—Bueno, bueno —dijo—. Si sólo cinco como nosotros bastan para amedrentarlos, con peores enemigos nos hemos topado antes. En todo caso, te dejarán en paz por la noche, mientras estemos aquí.

—¿Y cuánto durará eso? —dijo Mantecona—. No negaré que nos encantaría tenerlos con nosotros una temporada. Aquí no estamos acostumbrados a estos problemas, como ustedes saben, y los montaraces se han marchado, por lo que me dice la gente. Creo que hasta ahora no habíamos apreciado bien lo que ellos hacían por nosotros. Porque hubo cosas peores que ladrones por estos lados. El invierno pasado había lobos que aullaban alrededor de la empalizada. Y en los bosques merodeaban formas oscuras, cosas horripilantes que le helaban a uno la sangre en las venas. Todo muy alarmante, si ustedes me entienden.

—Me imagino que sí —dijo Gandalf—. En casi todos los países ha habido disturbios en estos tiempos, graves disturbios. Pero ¡alégrate, Cebadilla! Has estado en un tris de verte envuelto en problemas muy serios, y me hace feliz saber que no te han tocado más de cerca. Pero se aproximan tiempos mejores. Mejores quizá que todos aquéllos de que tienes memoria. Los montaraces han vuelto. Nosotros mismos hemos regresado con ellos. Y hay de nuevo un rey, Cebadilla. Y pronto se ocupará de esta región.

«Entonces se abrirá nuevamente el Camino Verde, y los mensajeros del Rey vendrán al norte, y habrá un tránsito constante y las criaturas malignas serán expulsadas de las regiones desiertas. En verdad, con el paso del tiempo, los eriales dejarán de ser eriales, y donde antes hubo desiertos y tierras incultas habrá gentes y praderas. El señor Mantecona sacudió la cabeza.

—Que haya un poco de gente decente y respetable en los caminos, no hará mal a nadie —dijo. Pero no queremos más chusma ni rufianes. Y no queremos más intrusos en Bree, ni cerca de Bree. Queremos que nos dejen en paz. No quiero ver acampar por aquí e instalarse por allá a toda una multitud de extranjeros que vienen a echar a perder nuestro país.

—Te dejarán en paz, Cebadilla dijo Gandalf. Hay espacio suficiente para varios reinos, entre el Isen y el Agua Gris, o a lo largo de las costas meridionales del Brandivino, sin que nadie venga a habitar a menos de varias jornadas de cabalgata de Bree. Y mucha gente vivía antiguamente en el norte, a un centenar de millas de aquí, o más, en el otro extremo del Camino Verde: en las Lomas del Norte o en las cercanías del Lago del Crepúsculo.

—¿Allá arriba, cerca del Foso del Muerto? dijo Mantecona, con un aire aún más dubitativo. Dicen que es una región habitada por fantasmas. Sólo ladrones se atreverían a vivir allí.

—Los montaraces van allí dijo Gandalf. El Foso del Muerto, dices. Así lo han llamado durante largos años; pero el verdadero nombre, Cebadilla, es Fornost Erain, Norburgo de los Reyes. Y allí volverá el Rey, algún día, y entonces verás pasar alguna hermosa gente.

—Bueno, eso suena un poco más alentador, lo reconozco —dijo Mantecona—. Y será sin duda bueno para los negocios. Siempre y cuando deje en paz a Bree.

—La dejará en paz —dijo Gandalf—. La conoce y la ama.

—¿De veras? —dijo Mantecona, perplejo—. Aunque no me imagino cómo puede conocerla, sentado en ese alto trono, allá en ese inmenso castillo, a centenares de millas de distancia, y bebiendo el vino de un cáliz de oro, no me extrañaría. ¿Qué es para él El Poney o un jarro de cerveza? ¿No porque mi cerveza no sea buena, Gandalf! Es excepcionalmente buena desde que viniste en el otoño del año pasado y le echaste una buena palabra. Y te diré que en medio de todos estos males, ha sido un consuelo.

— ¡Ah! —dijo Sam—. Pero él dice que tu cerveza siempre es buena.

—¿El dice?

—Claro que sí, Trancos. El jefe de los montaraces. ¿No te ha entrado todavía en la cabeza?

Mantecona entendió al fin, y la cara se le transformó en una máscara de asombro: boquiabierto, los ojos redondos en la cara rechoncha, sin aliento.

—¡Trancos! exclamó cuando pudo respirar otra vez—. ¡El con corona y todo, y un cáliz de oro! Bueno ¿dónde vamos a parar?

—A tiempos mejores, al menos para Bree —respondió Gandalf.

—Así lo espero, en verdad —dijo Mantecona—. Bueno, ha sido la charla más agradable que he tenido en un mes de días lunes. Y no negaré que esta noche dormiré más tranquilo y con el corazón aliviado. Ustedes me han traído en verdad muchas cosas en que pensar, pero lo postergaré hasta mañana. Estoy listo para acostarme, y no dudo que también ustedes se irán a dormir de buena gana. ¡Eh, Nob! —llamó, mientras iba hacia la puerta—. ¡Nob, camastrón!

»¡Nob! —se dijo en seguida, palmeándose la frente—. ¿Qué me recuerda esto?

—No otra carta de la que se ha olvidado, espero, señor Mantecona —dijo Merry.

—Por favor, por favor, señor Brandigamo, ¡no venga a recordármelo! Pero ahí tiene, me cortó el pensamiento. ¿Dónde estaba? Nob, caballerizas... Ah, eso era. Tengo aquí algo que les pertenece. Si se acuerdan de Bill Helechal y el robo de los caballos: el poney que ustedes le compraron, está aquí. Volvió solo, sí. Pero por dónde anduvo, ustedes lo sabrán mejor que yo. Parecía un perro viejo, y estaba flaco como una caña, pero vivo. Nob lo ha cuidado.

—¡Qué! ¡Mi Bill! exclamó Sam. Bueno, diga lo que diga el Tío, nací con buena estrella. ¡Otro deseo que se cumple! ¿Dónde está? Y no quiso irse a la cama antes de haber visitado a Bill en el establo.

Los viajeros se quedaron en Bree el día siguiente, y el señor Mantecona no tuvo motivos para quejarse de los negocios, al menos aquella noche. La curiosidad venció todos los temores, y la casa estaba de bote en bote. Por cortesía, los hobbits fueron al salón común durante la velada y contestaron a muchas preguntas. Y como la gente de Bree tenía buena memoria, a Frodo le preguntaron muchas veces si había escrito el libro.

—Todavía no —contestaba—. Ahora voy a casa a poner en orden mis notas. —Prometió narrar los extraños sucesos de Bree, y dar así un toque de interés a un libro que al parecer se ocuparía sobre todo de los remotos y menos importantes acontecimientos del «lejano Sur».

De pronto, uno de los más jóvenes pidió una canción. Y entonces hubo un silencio, y todos miraron al joven con enfado, y el pedido no fue repetido. Evidentemente nadie deseaba que algo sobrenatural ocurriera otra vez en el salón.

Sin problemas durante el día, ni ruidos durante la noche, nada turbó la paz de Bree mientras los viajeros estuvieron allí; pero a la mañana siguiente se levantaron temprano, porque como el tiempo continuaba lluvioso deseaban llegar a la Comarca antes de la noche, y los esperaba una larga cabalgata. Todos los habitantes de Bree salieron a despedirlos, y estaban de mejor humor que el que habían tenido en todo un año; y los que aún no habían visto a los viajeros engalanados se quedaron pasmados de asombro: Gandalf con su barba blanca y la luz que parecía irradiar, como si el manto azul fuera sólo una nube que cubriera el sol; y los cuatro hobbits como caballeros andantes salidos de cuentos casi olvidados. Hasta aquellos que se habían reído al oírles hablar del Rey empezaron a pensar que quizás habría algo de verdad en todo aquello.

—Bien, buena suerte en el camino, y buen retorno —dijo el señor Mantecona—. Tendría que haberles advertido antes que tampoco en la Comarca anda todo bien, si lo que he oído es verdad. Pasan cosas raras, dicen. Pero una idea se lleva la otra, y estaba preocupado por mis propios problemas. Si me permiten el atrevimiento, les diré que han vuelto cambiados de todos esos viajes, y ahora parecen gente capaz de afrontar las dificultades con serenidad. No dudo que muy pronto habrán puesto todo en su sitio. ¡Buena suerte! Y cuanto más a menudo vuelvan, más halagado me sentiré.

Le dijeron adiós y se alejaron a caballo, y saliendo por la puerta del oeste se encaminaron a la Comarca. El poney Bill iba con ellos, y como antes cargaba con una buena cantidad de equipaje, pero trotaba junto a Sam y parecía satisfecho.

—Me pregunto qué habrá querido insinuar el viejo Cebadilla —dijo Frodo.

—Algo puedo imaginarme —dijo Sam, con aire sombrío—. Lo que vi en el Espejo: los árboles derribados y todo lo demás, y el viejo Tío echado de Bolsón de Tirada. Tendría que haber vuelto antes.

—Y es evidente que algo anda mal en la Cuaderna del Sur —dijo Merry. Hay una escasez general de hierba para pipa.

—Sea lo que sea —dijo Pippin—, Otho ha de andar detrás de todo eso, puedes estar seguro.

—Metido en eso, pero no detrás dijo Gandalf. Te olvidas de Saruman. Empezó a mostrar interés por la Comarca aun antes que Mordor.

—Bueno, te tenemos con nosotros —dijo Merry—, así que las cosas pronto se aclararán.

—Estoy ahora con vosotros —replicó Gandalf—, pero pronto no estaré. Yo no voy a la Comarca. Tendréis que deshacer vosotros mismos los entuertos: para eso habéis sido preparados. ¿No lo comprendéis aún? Mi tiempo ha pasado ya: no me incumbe a mí enderezar las cosas, ni ayudar a la gente a enderezarlas. En cuanto a vosotros, mis queridos amigos, no necesitaréis ayuda. Ahora habéis crecido. Habéis crecido mucho en verdad: estáis entre los grandes, y no temo por la suerte de ninguno de vosotros.

»Pero si queréis saberlo, pronto me separaré de vosotros. Tendré una larga charla con Bombadil: una charla como no he tenido en todo mi tiempo. El ha juntado moho, y yo he sido una piedra condenada a rodar. Pero mis días de rodar están terminando, y ahora tendremos muchas cosas que decirnos.

Al poco rato llegaron al punto del Camino del Este en que se habían despedido de Bombadil; y tenían la esperanza y casi la certeza de que lo verían allí de pie, esperándolos para saludarlos al pasar. Pero no lo vieron, y había una bruma gris sobre las Quebradas de los Túmulos en el sur, y un velo espeso que cubría el Bosque Viejo en lontananza. Se detuvieron y Frodo miró al sur con nostalgia.

—Me gustaría tanto volver a ver al viejo amigo. Me pregunto cómo andará.

—Tan bien como siempre, puedes estar seguro dijo Gandalf—. Muy tranquilo; y no muy interesado, sospecho, en nada de cuanto hemos hecho o visto, salvo tal vez nuestras visitas a los ents. Quizás en algún momento, más adelante, puedas ir a verlo. Pero yo en vuestro lugar me apresuraría, o no llegaréis al Puente del Brandivino antes que cierren las puertas.

—Si no hay ninguna puerta —dijo Merry—, no en el camino; lo sabes muy bien. Está la Puerta de los Gamos, por supuesto; pero allí a mí me dejarán entrar a cualquier hora.

—No había ninguna puerta, querrás decir dijo Gandalf—. Creo que ahora encontrarás algunas. Y acaso hasta en la Puerta de los Gamos tropieces con más dificultades de las que supones. Pero sabréis qué hacer. ¡Adiós, mis queridos amigos! No por última vez, todavía no. ¡Adiós!

Hizo salir del camino a Sombragris, y el gran corcel cruzó de un salto la zanja verde que corría al lado, y a una voz de Gandalf desapareció galopando como un viento del norte hacia las Quebradas de los Túmulos.

—Bueno, aquí estamos, nosotros cuatro solos, los que partimos juntos —dijo Merry—. Hemos dejado por el camino a todos los demás, uno después de otro. Parece casi como un sueño que se hubiera desvanecido lentamente.

—No para mí —dijo Frodo—. Para mí es más como volver a dormir.

8

EL SANEAMIENTO DE LA COMARCA

Había caído la noche cuando, empapados y rendidos de cansancio, los viajeros llegaron por fin al puente del Brandivino. Lo encontraron cerrado: en cada una de las cabeceras del puente se levantaba una gran puerta enrejada coronada de púas; y vieron que del otro lado del río habían construido algunas casas nuevas: de dos plantas, con estrechas ventanas rectangulares, desnudas y mal iluminadas, todo muy lúgubre, y para nada en consonancia con el estilo característico de la Comarca.

Golpearon con fuerza la puerta exterior y llamaron a voces, pero al principio no obtuvieron respuesta; de pronto, ante el asombro de los recién llegados, alguien sopló un cuerno, y las luces se apagaron en las ventanas. Una voz gritó en la oscuridad:

— ¿ Quién llama ? ¡ Fuera! ¡ No pueden entrar! ¿ No han leído el letrero: Prohibida la entrada entre la puesta y la salida del so/?

—No podemos leer el letrero en la oscuridad —respondió Sam a voz en cuello—. Y si en una noche como ésta, hobbits de la Comarca tienen que quedarse fuera bajo la lluvia, arrancaré tu letrero tan pronto como lo encuentre.

En respuesta, una ventana se cerró con un golpe, y una multitud de hobbits provistos de linternas emergió de la casa de la izquierda. Abrieron la primera puerta y algunos de ellos se acercaron al puente. El aspecto de los viajeros pareció amedrentarlos.

—¡Acércate! —dijo Merry, que había reconocido a uno de los hobbits—. ¿No me reconoces, Hob Guardacercas? Soy yo, Merry Brandigamo, y me gustaría saber qué significa todo esto, y qué hace aquí un Gamuno como tú. Antes estabas en la Puerta del Cerco.

— ¡Misericordia! ¡Si es el señor Merry, y en uniforme de combate! —exclamó el viejo Hob—. ¡Pero cómo, si decían que estaba muerto! Desaparecido en el Bosque Viejo, eso decían. ¡Me alegro de verlo vivo, de todos modos!

— ¡Entonces acaba de mirarme boquiabierto espiando entre los barrotes, y abre la puerta! —dijo Merry.

—Lo siento, señor Merry, pero tenemos órdenes.

—¿Órdenes de quién?

—Del Jefe, allá arriba, en Bolsón Cerrado.

—¿Jefe? ¿Jefe? ¿Te refieres al señor Otho? —preguntó Frodo.

—Supongo que sí, señor Bolsón; pero ahora tenemos que decir «el Jefe», nada más.

—¡De veras! —dijo Frodo—. Bueno, me alegro al menos que haya prescindido de Bolsón. Pero ya es hora de que la familia se encargue de él y lo ponga en el lugar que le corresponde.

Entre los hobbits que estaban del otro lado de la puerta se hizo un silencio.

—No le hará bien a nadie hablando de esa manera —dijo uno—. Llegarán a oídos de él. Y si meten tanta bulla despertarán al Hombre Grande que ayuda al Jefe.

—Lo despertaremos de una forma que lo sorprenderá —dijo Merry—. Si lo que quieres decir es que ese maravilloso Jefe tiene rufianes a sueldo venidos quién sabe de dónde, entonces no hemos regresado demasiado pronto. —Se apeó del poney de un salto, y al ver el letrero a la luz de las linternas, lo arrancó y lo arrojó del otro lado de la puerta. Los hobbits retrocedieron, sin dar señales de decidirse a abrir.— Adelante, Pippin —dijo Merry—. Con nosotros dos bastará.

Merry y Pippin se encaramaron a la puerta, y los hobbits huyeron precipitadamente. Sonó otro cuerno. En la casa más grande, la de la derecha, una figura pesada y corpulenta se recortó bajo la luz del portal.

— ¿Qué significa todo esto? —gruñó, mientras se acercaba—. Conque violando la entrada ¿eh? ¡Largo de aquí o los acogotaré a todos! —Se detuvo de golpe, al ver el brillo de las espadas.

—Bill Helechal —dijo Merry—, si dentro de diez segundos no has abierto esa puerta, tendrás que arrepentirte. Conocerás el frío de mi acero, si no obedeces. Y cuando la hayas abierto te irás por ella y no volverás nunca más. Eres un rufián y un bandolero.

Bill Helechal, acobardado, se arrastró hasta la puerta y la abrió.

— ¡Dame la llave! —dijo Merry. El bandido se la arrojó a la cabeza y escapó cozo que lo alcanzó en plena carrera. Con un alarido se perdió en la noche, y nunca más volvió a saberse de él.

—Buen trabajo, Bill —dijo Sam, refiriéndose al poney.

—Allá va el famoso Hombre Grande —dijo Merry—. Más tarde iremos a ver al Jefe. Lo que ahora queremos es alojamiento por esta noche, y como parece que han demolido la Posada del Puente, para levantar este caserío tétrico, ustedes tendrán que acomodarnos.

—Lo siento, señor Merry —dijo Hob—, pero no está permitido.

—¿Qué no está permitido?

—Alojar huéspedes imprevistos, y consumir alimentos de más, y esas cosas —dijo Hob.

—¿Qué diantre pasa? dijo Merry—. ¿Han tenido un año malo, o qué? Creía que el verano había sido espléndido, y la cosecha óptima.

—Bueno, sí, el año fue bastante bueno —dijo Hob—. Cultivamos mucho y de todo, pero no sabemos a dónde va a parar. Son esos «recolectores» y «repartidores», supongo, que andan por aquí contando y midiendo y llevándose todo para almacenarlo. Es más lo que recolectan que lo que reparten, y la mayor parte de las cosas nunca las volvemos a ver.

—¡Oh, ya basta! —dijo Pippin, bostezando—. Todo esto es demasiado fatigoso para mí esta noche. Tenemos víveres en nuestros sacos. Danos sólo un cuarto donde echarnos a descansar. De todos modos, será mejor que muchos de los lugares que hemos conocido.

Los hobbits de la puerta todavía parecían inquietos, pues era evidente que se estaba quebrantando alguna norma; pero era imposible tratar de contradecir a cuatro viajeros tan autoritarios, todos armados por añadidura, y dos de ellos excepcionalmente altos y fornidos. Frodo ordenó que volvieran a cerrar las puertas. De todos modos, parecía justificado montar guardia mientras hubiese bandidos merodeando. Los cuatro compañeros entraron en la casa de los guardianes y se instalaron lo más cómodamente que pudieron. Era desnuda e inhóspita, con un hogar miserable en el que el fuego siempre se apagaba. En los cuartos de la planta alta había pequeñas hileras de camastros duros, y en cada una de las paredes un letrero y una lista de Normas. Pippin los arrancó de un tirón. No tenían cerveza y muy poca comida, pero los viajeros compartieron lo que traían y todos disfrutaron de una cena aceptable; y Pippin quebrantó la Norma 4 poniendo en el hogar la mayor parte de la ración de leña del día siguiente.

—Bueno ¿qué les parece si fumamos un poco mientras nos cuentan las novedades de la Comarca? dijo.

—No hay hierba para pipa ahora —dijo Hob—; y la que hay, se la han guardado los Hombres del Jefe. Todas las reservas parecen haber desaparecido. Lo que hemos oído es que carretones enteros de hierba partieron por el Camino Verde desde la Cuaderna del Sur, a través del Vado de Sarn. Eso fue al final del año pasado, después de la partida de ustedes. Pero ya antes la habían estado sacando en secreto de la Comarca, en pequeñas cantidades. Ese Otho...

—¡Cierra el pico, Hob Guardacercas! —gritaron varios hobbits—. Sabes que no está permitido hablar así. El Jefe se enterará, y todos nos veremos en figurillas.

—No tendría por qué enterarse de nada, si algunos de los presentes no fueran soplones replicó Hob, enfurecido.

—¡Está bien, está bien! —dijo Sam—. Es suficiente. No quiero saber nada más. Ni bienvenida, ni cerveza, ni hierba para pipa, y un montón de normas y de chachara digna de los orcos. Esperaba descansar, pero por lo que veo tenemos afanes y problemas por delante. ¡Vamos a dormir y olvidémonos de todo hasta mañana!

Era evidente que el nuevo «Jefe» tenía medios para enterarse de las novedades. Desde el Puente hasta Bolsón Cerrado había unas cuarenta millas largas, pero alguien las había recorrido a gran velocidad. Y Frodo y sus amigos no tardaron en descubrirlo. No tenían aún planes definidos, pero pensaban de algún modo en ir todos juntos a Cricava, y descansar allí un tiempo. Ahora, sin embargo, viendo cómo estaban las cosas, decidieron ir directamente a Hobbiton. Así pues, al día siguiente tomaron el camino, y marcharon a un trote lento pero constante. Aunque el viento había amainado, el cielo seguía gris, y el país tenía un aspecto triste y desolado; pero al fin y al cabo era primero de noviembre, en las postrimerías del otoño. No obstante, les sorprendió ver tantos incendios, y humaredas que brotaban desde muchos sitios en los alrededores. Una gran nube trepaba a lo lejos hacia el Bosque Cerrado.

Al caer de la tarde llegaron a las cercanías de Los Ranales, una aldea situada sobre el camino, a unas veintidós millas del Puente. Allí tenían la intención de pasar la noche: El Leño Flotante de Los Ranales era una buena posada. Pero cuando llegaron al extremo este de la aldea encontraron una barrera con un gran letrero que decía Camino Cerrado; y detrás de la barrera un nutrido pelotón de Oficiales de la Comarca provistos de garrotes y con plumas en los sombreros. Tenían una actitud arrogante y al mismo tiempo temerosa.

—¿Qué es todo esto? dijo Frodo, casi tentado de soltar la carcajada.

—Es lo que es, señor Bolsón dijo el Jefe de los Oficiales, un hobbit con tres plumas—. Están ustedes arrestados por Violación de Puerta, y por Destrucción de Normas, y por Ataque a Guardianes, y por Transgresiones Reiteradas, y por Haber Pernoctado en los Edificios de la Comarca sin Autorización, y por Sobornar a los Guardias con Comida.

—¿Y qué más? —dijo Frodo.

—Con esto basta para empezar dijo el Jefe de los Oficiales de la Comarca.

—Si usted quiere, yo podría agregar algunos motivos más dijo Sam. Por Insultar al Jefe, por Tener Ganas de Estamparle un Puñetazo en la Facha Granujienta, y por Pensar que los Oficiales de la Comarca parecen una tropilla de Fantoches.

—Oiga, don, ya basta. Por orden del Jefe tienen que acompañarnos sin chistar. Ahora los llevaremos a Delagua y los entregaremos a los Hombres del Jefe; y cuando él se haya ocupado del caso, podrán decir lo que tengan que decir. Pero si no quieren quedarse en las Celdas demasiado tiempo, yo si fuera ustedes pondría punto en boca.

Ante la decepción de los Oficiales de la Comarca, Frodo y sus compañeros estallaron en carcajadas.

— ¡No sea ridículo! —dijo Frodo—. Yo voy a donde me place, y cuando se me da la gana. Y da la casualidad que ahora iba a Bolsón Cerrado por negocios, pero si insisten en acompañarnos, bueno, es asunto de ustedes.

—Muy bien, señor Bolsón —dijo el jefe, empujando hacia un lado la barrera—. Pero no olvide que está bajo arresto.

—No lo olvidaré —dijo Frodo—. Jamás. Pero quizá pueda perdonarlo. Y ahora, porque no pienso ir más lejos por hoy, si tiene la amabilidad de escoltarme hasta El Leño Flotante, le quedaré muy agradecido.

—No puedo hacerlo, señor Bolsón. La posada está clausurada. Hay una casa de Oficiales de la Comarca en el otro extremo de la aldea. Los llevaré allí.

—Está bien —dijo Frodo—. Vayan ustedes delante, y nosotros los seguiremos.

Sam había estado observando a todos los oficiales, y descubrió a un conocido.

— ¡Eh, ven aquí, Robin Madriguera! —llamó—. Quiero hablarte un momento.

Tras una mirada tímida al jefe, que aunque parecía enfurecido no se atrevió a intervenir, el oficial Madriguera se separó de la fila y se acercó a Sam, que se había apeado del poney.

—¡Escúchame, botarate! —dijo Sam—. Tú, que eres de Hobbiton, bien podrías tener un poco más de sentido común. ¿Qué es eso de venir a detener al señor Frodo y todo lo demás? ¿Y qué historia es ésa de que la posada está clausurada?

—Están todas clausuradas — dijo Robin—. El Jefe no tolera la cerveza. O por lo menos así empezó la cosa. Pero los Hombres del Jefe se la guardan para ellos. Y tampoco tolera que la gente ande de aquí para allá; de modo que si eso se proponen, tendrán que ir a la Casa de los Oficiales y explicar los motivos.

—Tendría que darte vergüenza andar mezclado en tamaña estupidez —dijo Sam—. En otros tiempos una taberna te gustaba más por dentro que por fuera. Siempre andabas metiendo en ellas las narices, en las horas de servicio o en las de licencia.

—Y aún lo haría, Sam, si pudiera. Pero no seas duro conmigo. ¿Qué puedo hacer? Tú sabes por qué me metí de Oficial de la Comarca hace siete años, antes que empezara todo esto. Me daba la oportunidad de recorrer el país, y de ver gente, y de enterarme de las novedades, y de saber dónde tiraban la mejor cerveza. Pero ahora es diferente.

—Pero igual puedes renunciar, abandonar el puesto, si ya no es más un trabajo respetable —dijo Sam.

—No está permitido —dijo Robin.

—Si oigo decir varias veces más no está permitido —dijo Sam—, estallaré de furia.

—No lamentaría verlo, te lo aseguro —dijo Robin bajando la voz—. Si todos juntos estalláramos de furia alguna vez, algo se podría hacer. Pero son esos hombres, Sam, los Hombres del Jefe. Están en todas partes, y si alguno de nosotros, la gente pequeña, trata de reclamar sus derechos, se lo llevan a las Celdas a la rastra. Primero apresaron al viejo Pastelón, y al viejo Will Pieblanco, el alcalde, y luego a muchos más. Y en los últimos tiempos las cosas han empeorado. Ahora les pegan a menudo.

—Entonces ¿por qué haces lo que ellos te ordenan? —le dijo Sam, indignado—. ¿Quién te mandó a Los Ranales?

—Nadie. Vivimos aquí, en la Casa Grande de los Oficiales. Ahora somos el Primer Pelotón de la Cuaderna del Este. Hay centenares de Oficiales de la Comarca contándolos a todos, y todavía necesitan más, con las nuevas normas. La mayor parte está en esto contra su voluntad, pero no todos. Hasta en la Comarca hay gente a quien le gusta meterse en los asuntos ajenos y darse importancia. Y todavía los hay peores: hay unos cuantos que hacen de espías, para el Jefe y para sus Hombres.

—¡Ah! Fue así como se enteraron de nuestra llegada ¿no?

—Justamente. Nosotros ya no tenemos el derecho de utilizarlo, pero ellos emplean el viejo Servicio Postal Rápido, y mantienen postas especiales en varios lugares. Uno de ellos llegó anoche de Surcos Blancos con un «mensaje secreto», y otro lo llevó desde aquí. Y esta tarde se recibió un mensaje diciendo que ustedes tenían que ser arrestados y conducidos a Delagua, no a las Celdas directamente. Por lo que parece, el Jefe quiere verlos cuanto antes.

—No estará tan ansioso cuando el señor Frodo haya acabado con él —dijo Sam.

La Casa de los Oficiales de la Comarca en Los Ranales les pareció tan sórdida como la del Puente. Era de ladrillos toscos y descoloridos, mal ensamblados, y tenía una sola planta, pero las mismas ventanas estrechas. Por dentro era húmeda e inhóspita, y la cena fue servida en una mesa larga y desnuda que no había sido fregada en varias semanas. Y la comida no merecía un marco mejor. Los viajeros se sintieron felices cuando llegó la hora de abandonar aquel lugar. Estaban a unas dieciocho millas de Delagua, y a las diez de la mañana se pusieron en camino. Y habrían partido bastante más temprano si la tardanza no hubiese irritado tan visiblemente al jefe de los oficiales. El viento del oeste había cambiado y ahora soplaba del norte, y aunque el frío había recrudecido, ya no llovía.

Fue una comitiva bastante cómica la que partió de la villa, si bien los contados habitantes que salieron a admirar el «atuendo» de los viajeros no parecían estar muy seguros de si les estaba permitido reírse. Una docena de Oficiales de la Comarca habían sido designados para escoltar a los «prisioneros»; pero Merry los obligó a caminar delante, y Frodo y sus amigos los siguieron cabalgando. Merry, Pippin y Sam, sentados a sus anchas, iban riéndose y charlando y cantando, mientras los oficiales avanzaban solemnes, tratando de parecer severos e importantes. Frodo en cambio iba en silencio, y tenía un aire triste y pensativo.

La última persona con quien se cruzaron al pasar fue un viejo campesino robusto que estaba podando un cerco.

—¡Hola, hola! —gritó con sorna—. ¿Ahora quién ha arrestado a quién?

Dos de los oficiales se separaron inmediatamente del grupo y fueron hacia el anciano.

—¡Jefe! —dijo Merry—. ¡Ordéneles a esos dos que vuelvan a la fila, si no quiere que yo me encargue de ellos!

A una orden cortante del cabecilla los dos hobbits volvieron malhumorados.

—Y ahora ¡adelante! —dijo Merry, y a partir de ese momento los jinetes marcharon a un trote bastante acelerado, como para obligar a los oficiales a seguirlos a todo correr. Salió el sol, y a pesar del viento frío pronto estaban sudando y resollando.

En la Piedra de las Tres Cuadernas se dieron por vencidos. Habían caminado casi catorce millas con un solo descanso al mediodía. Ahora eran las tres de la tarde. Estaban hambrientos, tenían los pies hinchados y doloridos y no podían seguir a ese paso.

— ¡Y bien, tómense todo el tiempo que necesiten! —dijo Merry—. Nosotros continuamos.

— ¡Adiós, Robin! —dijo Sam—. Te esperaré en la puerta de El Dragón Verde, si no has olvidado dónde está. ¡No te distraigas por el camino!

—Esto es una infracción, una infracción al arresto —dijo el Jefe con desconsuelo—, y no respondo por las consecuencias.

—Todavía pensamos cometer muchas otras infracciones, y no le pediremos que responda —dijo Pippin—. ¡Buena suerte!

Los viajeros continuaron al trote, y cuando el sol empezó a descender hacia las Lomas Blancas, lejano sobre la línea del horizonte, llegaron a Delagua y al gran lago de la villa; y allí recibieron el primer

golpe verdaderamente doloroso. Eran las tierras de Frodo y de Sam, y ahora sabían que no había en el mundo un lugar más querido para ellos. Muchas de las casas que habían conocido ya no existían. Algunas parecían haber sido incendiadas. La encantadora hilera de negras cuevas hobbits en la margen norte del lago parecía abandonada, y los jardines que antaño descendían hasta el borde del agua habían sido invadidos por las malezas. Peor aún, había toda una hilera de lóbregas casas nuevas a la orilla del lago, a la altura en que el camino de Hobbiton corría junto al agua. Allí antes había habido un sendero con árboles. Ahora todos los árboles habían desaparecido. Y cuando miraron consternados el camino que subía a Bolsón Cerrado, vieron a la distancia una alta chimenea de ladrillos. Vomitaba un humo negro en el aire del atardecer.

Sam estaba fuera de sí.

—¡Yo marchó adelante, señor Frodo! —gritó—. Voy a ver qué está pasando. Quiero encontrar al Tío.

—Antes nos convendría saber qué nos espera, Sam —dijo Merry—. Sospecho que el «Jefe» ha de tener una pandilla de rufianes al alcance de la mano. Necesitaríamos encontrar a alguien que nos diga cómo andan las cosas por estos parajes.

Pero en la aldea de Delagua todas las casas y las cavernas estaban cerradas y nadie salió a saludarlos. Esto les sorprendió, pero no tardaron en descubrir el motivo. Cuando llegaron a El Dragón Verde, el último edificio del camino a Hobbiton, ahora desierto y con los vidrios rotos, les alarmó ver una media docena de hombres corpulentos y malcarados que holgazaneaban, recostados contra la pared de la taberna; tenían la piel cetrina y la mirada torcida y taimada.

—Como aquel amigo de Bill Helechal en Bree —dijo Sam.

—Como muchos de los que vi en Isengard —murmuró Merry.

Los bandidos empuñaban garrotes y llevaban cuernos colgados del cinturón, pero por lo visto no tenían otras armas. Al ver a los viajeros se apartaron del muro, y atravesándose en el camino, les cerraron el paso.

—¿A dónde creéis que vais? —dijo uno, el más corpulento y de aspecto más maligno—. Para vosotros, el camino se interrumpe aquí. ¿Y dónde están esos bravos oficiales?

—Vienen caminando despacio —dijo Merry—. Con los pies un poco doloridos, quizá. Les prometimos esperarlos aquí.

—Garn ¿qué os dije? —dijo el bandido volviéndose a sus compañeros—. Le dije a Zarquino que no se podía confiar en esos pequeños imbéciles. Tenían que haber enviado a algunos de los nuestros.

—¿Y eso en qué habría cambiado las cosas? —dijo Merry—. En este país no estamos acostumbrados a los bandoleros, pero sabemos cómo tratarlos.

—Bandoleros ¿eh? —dijo el hombre—. No me gusta nada ese tono. O lo cambias, o te lo cambiaremos. A vosotros, la gente pequeña, se os han subido los humos a la cabeza. No confiéis demasiado en el buen corazón del Jefe. Ahora ha venido Zarquino, y él hará lo que Zarquino diga.

—¿Y qué puede ser eso? —preguntó Frodo con calma.

—Este país necesita que alguien lo despierte y lo haga marchar como es debido —dijo el otro—, y eso es lo que Zarquino hará; y con mano dura, si lo obligan. Necesitáis un Jefe más grande. Y lo tendréis antes que acabe el año, si hay nuevos disturbios. Entonces aprenderéis un par de cosas, ratitas miserables.

—Me alegra de veras conocer vuestros planes —dijo Frodo—. Ahora mismo iba a hacerle una visita al señor Otho, y es muy posible que también a él le interese conocerlos.

El bandido se echó a reír.

—¡Otho! Los conoce muy bien. No te preocupes. El hará lo que Zarquino diga. Porque si un Jefe crea problemas, nosotros nos encargamos de cambiarlo. ¿Entiendes? Y si la gente pequeña trata de meterse donde no la llaman, sabemos cómo sacarlos del medio. ¿Entiendes?

—Sí, entiendo —dijo Frodo—. Para empezar, entiendo que estáis atrasados, atrasados de noticias. Han sucedido muchas cosas desde que abandonasteis el Sur. Tu tiempo ya ha pasado, y el de todos los demás rufianes. La Torre Oscura ha sucumbido, y en Góndor hay un Rey. E Isengard ha sido destruida y vuestropreciado amo es ahora un mendigo errante en las tierras salvajes. Me crucé con él por

el camino. Ahora serán los mensajeros del Rey los que remontarán el Camino Verde, no los matones de Isengard.

El hombre le clavó la mirada y sonrió.

— ¡Un mendigo errante de las tierras salvajes! —dijo con sarcasmo—. ¿De veras? Pavonéate si quieres, renacuajo presumido. De todas maneras no pensamos movernos de este amable país donde ya habéis holgazaneado de sobra. ¡Mensajeros del Rey! —Chasqueó los dedos en las narices de Frodo.— ¡Mira lo que me importa! Cuando vea uno, tal vez me fije en él.

Aquello colmó la medida para Pippin. Pensó en el Campo de Cormallen, y aquí había un rufián de mirada oblicua que se atrevía a tildar de «renacuajo presumido» al Portador del Anillo. Echó atrás la capa, desenvainó la espada reluciente, y la plata y el sable de Góndor centellearon cuando avanzó montado en el caballo.

—Yo soy un mensajero del Rey —dijo—. Le estás hablando al amigo del Rey, y a uno de los más renombrados en todos los países del Oeste. Eres un rufián y un imbécil. Ponte de rodillas en el camino y pide perdón, o te traspasaré con este acero, perdición de los trolls.

La espada relumbró a la luz del poniente. También Merry y Sam desenvainaron las espadas, y se adelantaron, prontos a respaldar el desafío de Pippin; pero Frodo no se movió. Los bandidos retrocedieron. Hasta entonces, se habían limitado a amedrentar e intimidar a los campesinos de Bree, y a maltratar a los azorados hobbits. Hobbits temerarios de espadas brillantes y miradas torvas eran una sorpresa inesperada. Y las voces de estos recién llegados tenían un tono que ellos nunca habían escuchado. Los helaba de terror.

— ¡Largaos! —dijo Merry—. Si volvéis a turbar la paz de esta aldea, lo lamentaréis.

Los tres hobbits avanzaron, y los bandidos dieron media vuelta y huyeron despavoridos por el Camino de Hobbiton; pero mientras corrían hicieron sonar los cuernos.

—Bueno, es evidente que no hemos regresado demasiado pronto —dijo Merry.

—Ni un día. Tal vez demasiado tarde, al menos para salvar a Otho —dijo Frodo—. Es un pobre imbécil, pero le tengo lástima.

—¿Salvar a Otho? ¿Pero qué demonios quieres decir? —preguntó Pippin—. Destruirlo, diría yo.

—Me parece que tú no comprendes bien lo que sucede, Pippin dijo Frodo—. Otho nunca tuvo la intención de que las cosas llegaran a este extremo. Ha sido un tonto y un malvado, y ahora está en una trampa. Los bandidos han tomado las riendas, recolectando, robando y abusando, y manejando o destruyendo las cosas a gusto de ellos, y en nombre de él. Y ni siquiera en nombre de él por mucho tiempo más. Ahora es un prisionero en Bolsón Cerrado, y ha de estar muy atemorizado, me imagino. Tendríamos que intentar rescatarlo.

—¡Esto sí que es inaudito! —exclamó Pippin—. Como broche de oro de nuestros viajes, nunca me lo habría imaginado: venir a combatir con bandidos y con semiorcos en la Comarca misma... ¡para salvar a Otho Granujo!

—¿Combatir? —dijo Frodo—. Bueno, supongo que podría llegarse a eso. Pero recordad: no ha de haber matanza de hobbits, por más que se hayan pasado al otro bando. Que se hayan pasado de verdad, quiero decir: no que obedezcan por temor a las órdenes de los bandidos. Jamás en la Comarca un hobbit mató a otro hobbit con intención, y no vamos a empezar ahora. Y en la medida en que pueda evitarse, no se matará a nadie. Así que conservad la calma hasta el final.

—Pero si hay muchos de estos bandidos —dijo Merry—, tendrá que haber lucha. Con sentirte horrorizado y triste, no rescatarás a Otho, ni salvarás a la Comarca, mi querido Frodo.

—No —dijo Pippin—. No será tan fácil amedrentarlos de nuevo. Esta vez los tomamos por sorpresa. ¿Oíste sonar los cuernos? Es indudable que andan otros por las cercanías. Y cuando sean más numerosos, se sentirán mucho más audaces. Tendríamos que buscar algún sitio donde refugiarnos esta noche. Al fin y al cabo no somos más que cuatro, aunque estemos armados.

—Se me ocurre una idea —dijo Sam—. ¡Vayamos a casa del viejo Tom Coto, allá abajo, en el Sendero del Sur! Siempre fue de agallas. Y tiene un montón de hijos que toda la vida fueron amigos míos.

— ¡No! —dijo Merry—. No tiene sentido «refugiarse». Eso es lo que la gente ha estado haciendo, y lo que a los bandidos les gusta. Caerán sobre nosotros en pandilla, nos acorralarán, y nos obligarán a salir por la fuerza; o nos quemarán vivos. No, tenemos que hacer algo, y pronto.

— ¿Hacer qué? —dijo Pippin.

— ¡Sublevar a toda la Comarca! —dijo Merry—. ¡Ahora! ¡Despertar a todo el mundo! ¡Odiar todo esto, es evidente!; todos, excepto tal vez uno o dos bribones, y unos pocos imbéciles que quieren sentirse importantes, pero que en realidad no entienden nada de lo que está pasando. Pero la gente de la Comarca ha vivido tan cómoda y tranquila durante tanto tiempo que no sabe qué hacer. Sin embargo, una chispa bastará para encender todos los ánimos. Los Hombres del Jefe tienen que saberlo. Tratarán de aplastarnos y eliminarnos rápidamente. Nos queda muy poco tiempo.

»Sam, ve tú de una corrida a la Granja de Coto, si quieres. Es el personaje más importante de por aquí, y el más decidido. ¡Vamos! Voy a tocar el cuerno de Rohan, y les haré escuchar una música como nunca en la vida habían oído.

Cabalgaron de regreso al centro de la aldea. Allí Sam dobló y partió al galope por el sendero que conducía al sur, a casa de los Coto. No se había alejado mucho cuando oyó de pronto la clara llamada de un cuerno que se elevaba vibrando. Resonó a lo lejos más allá de las colinas y de los campos; y era tan imperiosa aquella llamada que el propio Sam estuvo a punto de dar media vuelta y regresar a la carrera. El poney se encabritó y relinchó.

— ¡Adelante, muchacho! ¡Adelante! —le gritó Sam—. Pronto regresaremos.

Un instante después notó que Merry cambiaba de tono, y el Toque de Alarma de Los Gamos se elevó, estremeciendo el aire.

¡DESPERTAD! ¡DESPERTAD! ¡PELIGRO! ¡FUEGO! ¡ENEMIGOS!

¡DESPERTAD!

¡FUEGO! ¡ENEMIGOS! ¡DESPERTAD!

Sam oyó a sus espaldas una batahola de voces y el estrépito de puertas que se cerraban de golpe. Delante de él se encendían luces en el anochecer; los perros ladraban; había rumor de pasos precipitados. No había llegado aún al fondo del sendero, cuando vio al granjero Coto que corría a encontrarlo acompañado por tres de sus hijos, el joven Tom, Alegre y Nic. Llevaban hachas, y le cerraron el paso.

— ¡No! No es uno de esos bandidos —dijo la voz grave del granjero—.

Por la estatura parece un hobbit, pero está vestido de una manera estrafalaria. ¡Eh! —gritó—. ¿Quién eres, y a qué viene todo este alboroto?

— Soy Sam, Sam Gamyi. Estoy de vuelta.

El granjero Coto se le acercó y lo observó un rato en la penumbra.

— ¡Bien! — exclamó —. La voz es la misma, y tu cara no se ve peor de lo que era, Sam. Pero no te habría reconocido en la calle, con esa vestimenta. Has estado por el extranjero, dicen. Te dábamos por muerto.

— ¡Eso sí que no! —dijo Sam—. Ni tampoco el señor Frodo. Está aquí con sus amigos. Y esto mismo es la causa de todo el alboroto. Están sublevando a la población de la Comarca. Vamos a echar dé aquí a todos esos rufianes, y también al Jefe que tienen. Ya estamos empezando.

— ¡Bien, bien! —exclamó el granjero Coto—. ¡Así que la cosa ha empezado, por fin! De un año a esta parte, me ardía la sangre, pero la gente no quería ayudar. Y yo tenía que pensar en mi mujer y en Rosita. Estos rufianes no se arredran ante nada. ¡Pero vamos ya, muchachos! ¡Delagua se ha rebelado! ¡Tenemos que estar allí!

— Pero... ¿y la señora Coto, y Rosita? —dijo Sam—. No es prudente dejarlas solas.

— Mi Nibs está con ellas. Pero puedes ir y ayudarlo, si tienes ganas —dijo el granjero Coto con una sonrisa. Y él y sus hijos partieron a todo correr hacia la aldea.

Sam se apresuró a entrar en la casa. En el escalón más alto del fondo del patio, la señora Coto y Rosita estaban de pie junto a la gran puerta redonda, y Nibs aguardaba frente a ellas, blandiendo una horquilla para el heno.

—¡Soy yo! —anunció Sam, todavía trotando—. ¡Sam Gamyi! Así que no trates de ensartarme, Nibs. De todos modos llevo puesta una cota de malla. —Se apeó del poney de un salto y trepó los escalones. Los Coto lo observaron en silencio.— ¡Buenas noches, señora Coto! —dijo Sam—. ¡Hola, Rosita!

—¡Hola, Sam! —dijo Rosita—. ¿Por dónde has andado? Decían que habías muerto; pero yo te he estado esperando desde la primavera. Tú no tenías mucha prisa ¿no es cierto?

—Tal vez no —respondió Sam, sonrojándose—. Pero ahora sí la tengo. Nos estamos ocupando de los bandidos y tengo que volver con el señor Frodo. Pero quise venir a echar un vistazo, a ver cómo andaba la señora Coto; y tú, Rosita.

—Andamos bien, gracias —dijo la señora Coto—. O al menos andaríamos bien si no fuese por esos rufianes ladrones.

—¡Bueno, vete! —dijo Rosita—. Si has estado cuidando al señor Frodo todo este tiempo ¿cómo se te ocurre dejarlo solo ahora, justo cuando las cosas se ponen más difíciles?

Aquello fue demasiado para Sam. O necesitaba una semana para contestarle, o no le decía nada. Bajó los escalones y volvió a montar el poney. Pero en el momento en que se disponía a partir, Rosita llegó, corriendo.

—¡Luces muy bien, —dijo—. ¡Vete, ahora!

Sam regresó y encontró en pie a toda la villa. Además de numerosos muchachos más jóvenes, ya se habían reunido más de un centenar de hobbits fornidos provistos de hachas, martillos pesados, cuchillos largos y gruesos bastones; y algunos llevaban arcos de caza. Y continuaban llegando otros de las granjas vecinas.

Algunos de los aldeanos habían encendido una gran hoguera, sólo para animar la velada, y porque era además una de las cosas prohibidas por el Jefe. Las llamas trepaban cada vez más brillantes a medida que avanzaba la noche. Otros, a las órdenes de Merry, estaban levantando barricadas a través del camino, a la entrada y a la salida de la aldea. Cuando los Oficiales de la Comarca se toparon con la primera barricada, quedaron estupefactos; pero tan pronto como vieron que las cosas pintaban mal, la mayoría se quitó las plumas y se plegó a la revuelta. Los otros huyeron furtivamente.

Sam encontró a Frodo y sus amigos junto al fuego discurrendo con el viejo Tom Coto, y rodeados de una multitud de gente de Delagua que los miraba con admiración.

—Y bien, ¿cuál es el próximo movimiento? —dijo el granjero Coto.

—No sé decirlo —respondió Frodo—, hasta tanto no tenga más información. ¿Cuántos son los bandidos?

—Es difícil saberlo —dijo Coto—. Andan siempre aquí y allá, yendo y viniendo. A veces hay cincuenta en las barracas, allá en lo alto del camino a Hobbiton; pero salen de correrías, a robar y a «recolectar», como ellos dicen. De todos modos, rara vez hay menos de una veintena alrededor del Jefe, como lo llaman. Y él está en Bolsón Cerrado, o estaba, pero ya no sale. En realidad, nadie lo ha visto desde hace unas dos semanas: pero los hombres no dejan que nadie se acerque.

—Pero Hobbiton no es el único lugar en que están acuartelados ¿no? —dijo Pippin.

—No, para colmo de males —dijo Coto—. Hay un buen puñado allá abajo, en el sur, en Valle Largo, y cerca del Vado de Sarn, dicen; y algunos más escondidos en Bosque Cerrado; y han construido barracas en El Cruce. Y están las Celdas Agujeros, como ellos las llaman: los viejos almacenes subterráneos en Cavada Grande, que han transformado en prisiones para los que se atreven a enfrentarlos. Sin embargo estimo que no hay más de trescientos en toda la Comarca, y tal vez menos. Podemos dominarlos, si nos mantenemos unidos.

—¿Tienen armas? —preguntó Merry.

—Látigos, cuchillos y garrotes, suficiente para el sucio trabajo que hacen; al menos eso es lo que han mostrado hasta ahora —dijo Coto—. Pero sospecho que sacarán a relucir otras, en caso de lucha. De todos modos, algunos tienen arcos. Han matado a uno o dos de los nuestros.

—¡Ya ves, Frodo! —dijo Merry—. Sabía que tendríamos que combatir. Bueno, ellos empezaron la matanza.

—No exactamente —dijo Coto—. O en todo caso no fueron ellos los que empezaron con las flechas. Los Tuk empezaron. Se da cuenta, señor Peregrin, el padre de usted nunca lo pudo tragar al tal Otho, desde el principio; decía que si alguien tenía derecho a darse aires de jefe a esta hora del día era el propio Thain de la Comarca y no ningún advenedizo. Y cuando Otho le mandó a los hombres, no hubo modo de convencerlo. Los Tuk son afortunados, ellos tienen esas cavernas profundas allá en las Colinas Verdes, los Grandes Smials y todo eso, y los bandidos no pueden llegar hasta allí; y los Tuk no los dejan entrar en sus tierras. Si se atreven a hacerlo, los persiguen. Los Tuk mataron a tres que andaban robando y merodeando. Desde entonces los bandidos se volvieron más feroces. Y ahora vigilan de cerca las tierras de los Tuk. Ya nadie entra ni sale allí.

—¡Un hurra por los Tuk! —gritó Pippin. Pero ahora alguien tendrá que entrar. Me voy a los Smials. ¿Alguien desea acompañarme a Alforzaburgo?

Pippin partió con una media docena de muchachos, todos montados en poneys.

—¡Hasta pronto! —gritó—. A campo traviesa hay sólo unas catorce millas. Por la mañana estaré de vuelta con todo un ejército de Tuks.

Desaparecieron en la oscuridad, mientras la gente los aclamaba y Merry los despedía con un toque de cuerno.

—Como quiera que sea —dijo Frodo a todos los que se encontraban alrededor—, no quiero que haya matanza; ni aun de los bandidos, a menos que sea necesario para impedir que dañen a los hobbits.

—¡De acuerdo! —dijo Merry—. Pero creo que de un momento a otro tendremos la visita de la pandilla de Hobbiton. Y no van a venir precisamente a platicar. Procuraremos tratarlos con ecuanimidad, pero tenemos que estar preparados para lo peor. Tengo un plan.

—Muy bien —dijo Frodo—. Tú te encargarás de los preparativos. En aquel momento, algunos hobbits que habían sido enviados a Hobbiton, regresaron a todo correr.

— ¡Ya llegan! —dijeron—. Una veintena o más, pero dos han tomado hacia el oeste a campo traviesa.

—A El Cruce, me imagino dijo Coto—, en busca de refuerzos. Quince millas de ida y quince de vuelta. No vale la pena preocuparse por el momento.

Merry se apresuró a dar las órdenes. El granjero Coto se encargó de despejar las calles, enviando a todo el mundo a casa, excepto a los hobbits de más edad que contaban con algún tipo de arma. No tuvieron que esperar mucho. Pronto oyeron voces ásperas y pasos pesados; y en seguida vieron aparecer todo un pelotón de bandidos. Al ver la barricada se echaron a reír. No les cabía en la imaginación que en aquel pequeño país hubiese alguien capaz de enfrentar a veinte como ellos. Los hobbits abrieron la barrera y se hicieron a un lado.

— ¡Gracias! —dijeron los hombres con sorna—. Y ahora, pronto a casa, y a dormir, antes que empecemos con los látigos. —Y avanzaron por la calle vociferando.— ¡Apagad esas luces! ¡Entrad en las casas y quedaos en ellas! De lo contrario nos llevaremos a cincuenta y los encerraremos en las Celdas durante un año. ¡Adentro! ¡El Jefe está perdiendo la paciencia!

Nadie hizo ningún caso a aquellas órdenes, pero a medida que los bandidos avanzaban, iban cerrando filas detrás de ellos y los seguían. Cuando los hombres llegaron a la hoguera, allí estaba el viejo Coto, solo, calentándose las manos.

—¿Quién eres y qué estás haciendo aquí? —lo interpeló el cabecilla. El granjero Coto lo observó con una mirada lenta.

—Justamente iba a preguntarte lo mismo —respondió—. Este no es tu país y aquí no te queremos.

—Pues bien, nosotros te queremos a ti, en todo caso —dijo el cabecilla—. ¡Prendedlo, muchachos! ¡A las Celdas y dadle algo que lo tranquilice un rato!

Los hombres avanzaron un paso y se detuvieron. Alrededor de ellos se había alzado un clamor de voces, y advirtieron en ese momento que el granjero Coto no estaba solo. En la oscuridad, al filo de la hoguera, se cerraba un círculo de hobbits que habían salido en silencio de entre las sombras. Eran unos doscientos, y todos armados.

Merry dio un paso adelante.

—Ya nos hemos conocido —le dijo al cabecilla—, y te advertí que no volvieras a aparecer por aquí. Ahora te vuelvo a advertir: estás a plena luz y rodeado de arqueros. Si te atreves a poner un solo dedo en este hobbit, o en cualquier otro de los presentes, serás hombre muerto. ¡Dejad en el suelo todas las armas!

El cabecilla echó una mirada en torno. Estaba atrapado. Pero con veinte secuaces para respaldarlo, no tenía miedo. Conocía poco y mal a los hobbits para darse cuenta del peligro en que se encontraba. Envalentonado, decidió luchar. No le iba a ser difícil abrirse paso.

—¡A la carga, muchachos! —gritó—. ¡Duro con ellos!

Esgrimiendo un largo puñal en la mano izquierda y un garrote en la derecha, se abalanzó contra el círculo de hobbits, procurando escapar hacia Hobbiton. Intentó atacar con violencia a Merry, que le cerraba el paso. Cayó muerto, traspasado por cuatro flechas.

A los restantes les bastó con eso. Se rindieron. Despojados de las armas y sujetos con cuerdas unos a otros, fueron conducidos a una cabaña vacía que ellos mismos habían construido, y allí, atados de pies y manos, los dejaron encerrados con una fuerte custodia. Al cabecilla muerto lo llevaron a la rastras un poco más lejos y lo enterraron.

—Parece casi demasiado fácil, después de todo ¿verdad? —dijo Coto—. Yo decía que éramos capaces de dominarlos. Lo que nos faltaba era una señal. Han vuelto en el momento justo, señor Merry.

—Todavía queda mucho por hacer —dijo Merry—. Si tus estimaciones son acertadas, aún no hemos dado cuenta ni de la décima parte de estos rufianes.

Pero está oscureciendo. Creo que para el próximo golpe tendremos que esperar la mañana. Entonces le haremos una visita al Jefe.

—¿Por qué no ahora mismo? —dijo Sam—. No son mucho más de las seis. Y yo quiero ver al Tío. ¿Sabe qué ha sido de él, señor Coto?

—No está ni demasiado bien ni demasiado mal, Sam dijo el granjero. En Bolsón de Tirada derribaron todos los árboles, y ése fue un golpe duro para el viejo. Ahora está en una de esas casas nuevas que construyeron los hombres cuando todavía hacían algo más que quemar y robar: a apenas una milla del linde de Delagua. Pero me viene a ver cada tanto, cuando puede, y yo cuido de que esté mejor alimentado que algunos de esos pobres infelices. Todo contra las Normas, por supuesto. Lo habría alojado en mi casa, pero eso no estaba permitido.

—Se lo agradezco de todo corazón señor Coto, y nunca lo olvidaré —dijo Sam. Pero quiero verlo. El Jefe, y ese tal Zarquino, por lo que decían, podrían hacer algún desaguisado allá arriba, antes de la mañana.

—Está bien, Sam —dijo Coto—. Llévate a un par de mozalbetes, y ve a buscarlo y tráelo a mi casa. No necesitarás acercarte a la vieja aldea de Hobbiton en Delagua. Mi Alegre te indicará el camino.

Sam partió. Merry puso unos centinelas alrededor de la aldea y junto a las barreras durante la noche. Luego fue con Frodo a casa del granjero Coto. Se sentaron con la familia en la caldeada cocina, y los Coto, por pura cortesía, les hicieron unas pocas preguntas sobre los viajes que habían hecho, pero en verdad casi no escuchaban las respuestas: les interesaba mucho más lo que estaba aconteciendo en la Comarca.

—Todo empezó con Granujo, como nosotros lo llamamos —dijo el viejo Coto—, y empezó apenas se fueron ustedes, señor Frodo. Tenía ideas raras, el Granujo. Quería ser el dueño de todo, y mandar a todo el mundo. Pronto se descubrió que ya tenía más de lo que era bueno para él; y continuaba acumulando más y más, aunque de dónde sacaba el dinero era un misterio: molinos y campos de cebada, y tabernas y granjas, y plantaciones de hierba para pipa. Ya antes de venir a vivir a Bolsón Cerrado había comprado el Molino de Arenas, según parece.

»Naturalmente, comenzó con las propiedades que le había dejado el padre en la Cuaderna del Sur; y parece que desde hacía un par de años estaba vendiendo grandes partidas que sacaba en secreto de la Comarca. Pero a fines del año pasado se atrevió a mandar carretones enteros, y no sólo de hierba. Los víveres comenzaron a escasear y el invierno se acercaba. La gente estaba furiosa, pero él sabía cómo responder. Y empezaron a llegar hombres y más hombres, bandidos casi todos y algunos se llevaban las cosas en grandes carretas, y otros se quedaban. Y seguían llegando y llegando, y antes que nos diéramos cuenta de lo que pasaba, los teníamos instalados aquí y allá, y por toda la Comarca, y talaban los árboles y

hacían excavaciones y construían cobertizos y casas donde y como se les antojaba. Al principio, Granujo pagaba las mercancías y los daños; pero al poco tiempo los hombres empezaron a darse aires y a apropiarse de todo lo que querían.

»En ese entonces hubo algún descontento, pero no suficiente. El viejo Will, el alcalde, marchó a Bolsón Cerrado, a protestar, pero nunca llegó a destino. Los bandidos le echaron mano y se lo llevaron y lo encerraron en una covacha en Cavada Grande, y allí está todavía. Desde entonces, poco después del Año Nuevo, no hemos tenido más alcalde, y el Granujo se hizo llamar Jefe de los Oficiales de la Comarca, o Jefe a secas, y hacía lo que le daba la gana; y si a alguien «se le subían los humos», como ellos decían, corría la misma suerte de Will. Y así las cosas iban de mal en peor. No había hierba de pipa para nadie, excepto para los hombres del Jefe; y como el Jefe no soportaba la cerveza, a menos que la bebieran sus hombres, cerró todas las tabernas; y todo, menos las Normas, escaseaba a más y mejor; a menos que uno consiguiera esconder algo, cuando los rufianes iban de granja en granja recolectando «para un reparto equitativo»; lo cual significaba que ellos se quedaban con todo y nosotros con nada, salvo las sobras que acaso te dieran en las Casas de los Oficiales, si las podías tragar. Todo lo peor. Pero desde que llegó Zarquino, ha sido una verdadera calamidad.

—¿Quién es ese Zarquino? —preguntó Merry—. Se lo oí nombrar a uno de los rufianes.

—El rufián más rufián de toda la pandilla, no le quepa la menor duda —respondió Coto—. Fue en la época de la última cosecha, hacia fines de septiembre, cuando oímos hablar de él por primera vez. No lo hemos visto nunca, pero está allá arriba, en Bolsón Cerrado; y ahora él es el verdadero Jefe, supongo. Todos los bandidos hacen lo que él dice; y lo que él dice es mayormente: hachar, quemar, destruir; y ahora han empezado a matar. Y ya ni siquiera con algún propósito, por malo que sea. Voltean los árboles y los dejan tirados allí, y queman las casas y no construyen otras.

»La historia del Molino de Arenas, por ejemplo. Granujo lo hizo demoler no bien se instaló en Bolsón Cerrado. Luego trajo una pandilla de hombres sucios y malcarados para que construyesen uno más grande; y lo llenaron de bote en bote de ruedas y otros adminículos estrafalarios. El único que estaba contento con todo esto era el imbécil de Ted, y allí trabaja ahora, limpiando las ruedas para complacer a los hombres, se da cuenta, allí donde el padre de él era el molinero y el dueño y señor. La idea de Granujo era moler más y más rápido, o eso decía. Tiene otros molinos semejantes antes. Pero para moler se necesita grano; y para el molino nuevo no había más grano que para el viejo. Pero desde que llegó Zarquino ya ni siquiera muelen. No hacen más que martillar y martillar, y echan un humo y un olor... Ya no hay más tranquilidad en Hobbiton, ni siquiera de noche. Y tiran inmundicias adrede; han infestado todo el curso inferior del Elagua, y ya empiezan a bajar al Brandivino. Si lo que se proponen es convertir la Comarca en un desierto, no podían haber buscado un camino mejor. Yo no creo que el tonto del Granujo esté detrás de todo. Para mí, que es Zarquino.

—¡Claro que sí! —interrumpió Tom el joven—. Si hasta a la propia madre del Granujo se la llevaron, a esa vieja Lobelia, y aunque nadie la podía ver ni en pintura, él al menos la quería. Alguna gente de Hobbiton estaba allí y vio lo que pasó. Ella viene bajando por el camino con su viejo paraguas. Unos cuantos bandidos van en sentido contrario con un carro.

»"¿Se puede saber a dónde van?", ella dice.

»"A Bolsón Cerrado", ellos dicen.

»"¿A hacer qué?", ella dice.

»"A construir barracones para Zarquino", ellos dicen.

»"¿Con el permiso de quién?", ella dice.

»"De Zarquino", ellos dicen. "¡Así que quítate del medio, vieja bruja!"

»"¡Zarquino les voy a dar yo, ladrones sucios, rufianes!", ella dice, y arriba con el paraguas contra el Jefe, casi el doble de altura. Y se la llevaron. A la rastra hasta las celdas, y a su edad. Se han llevado a otros a quienes en verdad echamos de menos, claro, pero no es posible negarlo: ella mostró más coraje que muchos.

En medio de esta conversación entró Sam como una tromba acompañado por el Tío. El viejo Gamyi no parecía muy envejecido, pero estaba un poco más sordo.

— ¡Buenas noches, señor Bolsón! —dijo—. Me alegro de veras de verlo de vuelta sano y salvo. Pero tenemos una cuentita pendiente, como quien dice, usted y yo, si me permite el atrevimiento. No tenía que haber vendido Bolsón Cerrado, siempre lo he dicho. Ahí empezaron todas las calamidades. Y

mientras usted andaba medoreando por ahí en países extraños, a la caza de Hombres Negros allá arriba en las montañas por lo que me dice mi Sam, si bien no aclara para qué, vinieron y socavaron Bolsón de Tirada, y estropearon todas mis patatas.

—Lo siento mucho, señor Gamyi —dijo Frodo—. Pero ahora estoy de vuelta y haré cuanto pueda por reparar los errores.

—Bien, eso sí que es decir las cosas bien —dijo el Tío—. El señor Frodo Bolsón es un verdadero gentilhobbit, siempre lo he dicho, piense lo que piense de otros que llevan el mismo nombre, con el perdón de usted. Y espero que mi Sam se haya comportado bien y satisfactoriamente.

—Más que satisfactoriamente, señor Gamyi —dijo Frodo—. En verdad, si usted puede creerlo, es ahora una de las personas más famosas en todas las tierras, y se están componiendo canciones que narran sus hazañas desde aquí hasta el Mar y más allá del Río Grande. —Sam se ruborizó, pero le echó a Frodo una mirada de gratitud, porque a Rosita le brillaban los ojos y le sonreía.

—Cuesta un poco creerlo —dijo el Tío— aunque puedo ver que ha frecuentado extrañas compañías. ¿Qué pasó con la ropa de antes? Porque toda esa ferretería, por muy durable que sea, no me gusta nada.

A la mañana siguiente la familia Coto y todos sus huéspedes estuvieron en pie a primera hora. Durante la noche no hubo novedades, pero era evidente que no tardarían en presentarse otros problemas.

—Al parecer, allá arriba, en Bolsón Cerrado, no queda un solo rufián —dijo Coto—; pero la pandilla de El Cruce aparecerá de un momento a otro.

Después del desayuno llegó un mensajero, que había venido cabalgando desde Alforzada. Estaba de muy buen humor.

—El Thain ha sublevado toda la campiña —dijo—, y la noticia corre como fuego en todas direcciones. Los bandidos que vigilaban nuestras tierras, los que escaparon con vida, han huido hacia el sur. Y el Thain ha salido a perseguirlos, manteniendo a raya al grueso de la banda; pero ha enviado de regreso al señor Peregrin con toda la gente de que pudo prescindir.

La noticia siguiente fue menos favorable. Merry, que había pasado la noche afuera, llegó al galope a eso de las diez.

—Hay una banda numerosa a unas cuatro millas de distancia — dijo—. Vienen desde El Cruce, pero muchos de los fugitivos se han unido a ellos. Son casi un centenar, e incendian todo lo que encuentran. ¡Malditos sean!

—¡Ah! Estos no se van a detener a conversar, matarán, si pueden —dijo el granjero Coto—. Si los Tuk no llegan antes, lo mejor será que nos pongamos a cubierto y ataquemos sin discutir. Habrá un poco de lucha antes que se arregle todo esto, señor Frodo, es inevitable.

Pero los Tuk llegaron antes. Aparecieron al poco rato, un centenar, y venían en formación, desde Alforzaburgo y las Colinas Verdes con Pippin a la cabeza. Merry contaba ya con una hobbitería fornida y lo bastante numerosa como para enfrentar a los bandidos. Los batidores informaron que la pandilla se mantenía unida. Sabían que la población rural en pleno se había sublevado, y no cabía duda de que venían decididos a sofocar sin miramientos el foco mismo de la rebelión, en Delagua. Pero por crueles y despiadados que fueran, no había entre ellos un jefe experto en las artes de la guerra, y avanzaban sin tomar precauciones. Merry elaboró rápidamente sus planes.

Los bandidos llegaron pisoteando ruidosamente por el Camino del Este, y sin detenerse tomaron el Camino de Delagua, que por un trecho trepaba entre barrancas altas coronadas de setos bajos. Al doblar un recodo, a unas doscientas yardas del camino principal, se toparon con una poderosa barricada levantada con viejos carretones puestos boca abajo. Tuvieron que detenerse. En el mismo momento se dieron cuenta de que los setos que flanqueaban el camino por ambos lados estaban atestados de hobbits. Y detrás de ellos, varios hobbits empujaban otros carretones que habían mantenido ocultos en un campo, cerrándoles de este modo la salida. Una voz habló desde lo alto:

—Y bien, han caído en una trampa —dijo Merry—. Lo mismo les sucedió a Depongan las armas! Luego retrocederán veinte pasos y se sentarán en el suelo. Cualquiera que intente escapar será hombre muerto.

Pero los rufianes no iban a dejarse amilanar con tanta facilidad. Unos pocos obedecieron, aunque azuzados por los insultos de sus compañeros, reaccionaron inmediatamente. Una veintena, o más, intentó escapar abalanzándose contra las carretas. Seis cayeron muertos, pero los restantes lograron huir, matando

a dos hobbits, y luego se dispersaron campo traviesa en dirección al Bosque Cerrado. Otros dos cayeron mientras corrían. Merry lanzó un potente toque de cuerno y otros le respondieron a la distancia.

—No irán muy lejos —dijo Pippin—. Todos estos campos están llenos de cazadores hobbits.

Atrás, los hombres atrapados en el sendero trataban de escalar la barricada y las barrancas, y los hobbits tuvieron que matar a unos cuantos, con las flechas o con las hachas. Pero algunos de los más vigorosos y más encarnizados consiguieron salir por el oeste, y más decididos ahora a matar que a escapar, atacaron ferozmente. Varios hobbits cayeron, y los restantes empezaban a flaquear, cuando Merry y Pippin, que se encontraban en el flanco este, irrumpieron de improviso y se lanzaron contra los rufianes. Merry mató con sus propias manos al cabecilla, un bruto corpulento de mirada torcida que parecía un orco gigantesco. Luego replegó sus fuerzas, encerrando a los últimos remanentes de la pandilla en un amplio círculo de arqueros.

Al fin la batalla terminó. Casi setenta bandidos yacían sin vida en el campo y doce habían sido tomados prisioneros. Entre los hobbits hubo diecinueve muertos y unos treinta heridos. A los rufianes muertos los cargaron en carretones, los transportaron hasta un antiguo arenal de las cercanías, y los enterraron: el Arenal de la Batalla, lo llamaron desde entonces. Los hobbits caídos fueron sepultados todos juntos en una tumba en la ladera de la colina, donde más tarde levantarían una gran lápida rodeada de jardines. Así concluyó la Batalla de Delagua, 1419, la última librada en la Comarca, y la única desde la Batalla de los Campos Verdes, 1147, en la lejana Cuaderna del Norte. Por consiguiente, aunque por fortuna costó pocas vidas, hay un capítulo dedicado a ella en el Libro Rojo, y los nombres de todos los participantes fueron inscritos en una Lista y aprendidos de memoria por los historiadores de la Comarca. De esa época viene el considerable incremento de la fama y la fortuna de los Coto; pero a la cabeza de la Lista figuran en todas las versiones los nombres de los Capitanes Meriadoc y Peregrin.

Frodo había estado presente en la batalla, pero no había desenvainado la espada, preocupado sobre todo en impedir que los hobbits, exacerbados por las pérdidas, matasen a aquellos adversarios que ya habían depuesto las armas. Una vez la batalla concluida, y encomendadas las tareas que seguirían, Merry y Sam se reunieron con él, y cabalgaron de regreso en compañía de los Coto. Comieron un almuerzo tardío, y entonces Frodo dijo con un suspiro:

—Bueno, supongo que es hora de que nos ocupemos del «Jefe».

—Sí, y cuanto antes mejor —dijo Merry—. ¡Y no seas demasiado blando! El es el responsable de haber traído a la Comarca a esos rufianes, y de todos los males que han causado.

El granjero Coto reunió una escolta de unas dos docenas de hobbits fornidos.

—Porque eso de que no quedan más rufianes en Bolsón Cerrado es una mera suposición —dijo—. No sabemos.

Se pusieron en camino, a pie. Frodo, Sam, Merry y Pippin encabezaban la marcha.

Fue una de las horas más tristes en la vida de los hobbits. Allí, delante de ellos, se erguía la gran chimenea; y a medida que se acercaban a la vieja aldea en la margen opuesta del Delagua, entre la doble hilera de sórdidas casas nuevas que flanqueaban el camino, veían el nuevo molino en toda su hostil y sucia fealdad: una gran construcción de ladrillos a horcajadas sobre las dos orillas del río, cuyas aguas emponzoñaba con efluvios humeantes y pestilentes. Y a lo largo del camino, todos los árboles habían sido talados.

Un nudo se les cerró en la garganta cuando atravesaron el puente y miraron hacia la colina. Ni aun la visión de Sam en el Espejo los había preparado para ese momento. La vieja alquería de la orilla occidental había sido demolida y reemplazada por hileras de cobertizos alquitranados. Todos los castaños habían desaparecido. Las barrancas y los setos estaban destrozados. Grandes carretones inundaban en desorden un campo castigado y arrasado. Bolsón de Tirada era una bostezante cantera de arena y piedra triturada. Más arriba, Bolsón Cerrado se ocultaba detrás de unas barracas.

— ¡Lo han derribado! —gritó Sam—. ¡Han derribado el Árbol de la Fiesta! —Señaló el lugar donde se había alzado el árbol a cuya sombra Bilbo había pronunciado el Discurso de Despedida. Yacía seco en medio del campo. Como si aquello fuera la gota que colmaba el cáliz, Sam se echó a llorar.

Una risa acabó con las lágrimas. Un hobbit de expresión hosca holgazaneaba recostado contra el muro del patio del molino.

—¿No te gusta, Sam? —dijo, burlón—. Pero tú siempre fuiste un corazón tierno. Creía que te habías ido en uno de esos barcos de los que tanto hablabas, a navegar, a navegar. ¿A qué has vuelto? Ahora tenemos mucho que hacer en la Comarca.

—Ya lo veo —dijo Sam—. No hay tiempo para lavarse, pero sí para sostener paredes. Escuche, señor Arenas, yo tengo una cuenta que ajustar en esta aldea, y no venga a alargarla con burlas, o le resultará demasiado salada para su bolsillo.

Ted Arenas escupió por encima del muro.

—¡Garn! —dijo—. No puedes tocarme. Soy amigo del Jefe. Pero él te tocará a ti, te lo aseguro, si te atreves a abrir la boca otra vez.

— ¡No pierdas más tiempo con ese tonto, Sam! —dijo Frodo—. Espero que no sean muchos los hobbits que se han convertido en esto. Sería una desgracia mucho mayor que todos los males que han causado los hombres.

—Eres un sucio y un insolente, Arenas —dijo Merry—. Y tus cálculos te han fallado. Justamente subíamos a la colina a desalojar a tu adorado Jefe. De sus hombres, ya hemos dado cuenta.

Ted abrió la boca para responder, y quedó boquiabierto, porque acababa de ver la escolta que a una señal de Merry avanzaba por el puente. Entró como una flecha en el molino, y volvió a salir; traía un cuerno y lo sopló con fuerza.

— ¡Ahórrate el aliento! —dijo Merry riendo. Yo tengo uno mejor. —Y levantando el cuerno de plata lanzó una llamada clara que resonó más allá de la colina; y de las cavernas y las cabanas y las deterioradas casas de Hobbiton, los hobbits respondieron y se volcaron por los caminos, y entre vivas y aclamaciones alcanzaron a la comitiva y siguieron detrás de ella rumbo a Bolsón Cerrado.

En lo alto del sendero todos se detuvieron, y Frodo y sus amigos siguieron solos: por fin llegaban a aquel lugar en un tiempo tan querido. En el jardín se apretaban las cabanas y cobertizos, algunos tan cercanos a las antiguas ventanas del lado oeste que no dejaban pasar un solo rayo de luz. Por todas partes había pilas de inmundicias. La puerta estaba cubierta de grietas y de cicatrices; la cadena de la campanilla se bamboleaba, suelta, y la campanilla no sonaba. Golpearon, pero no hubo respuesta. Por último empujaron, y la puerta cedió. Entraron. La casa apestaba, había suciedad y desorden por doquier, como si hiciera algún tiempo que nadie vivía en ella.

—¿Dónde se habrá escondido ese miserable de Otho? —dijo Merry. Habían buscado en todas las habitaciones, sin encontrar a ninguna criatura viviente, excepto ratas y ratones.— ¿Les pedimos a los otros que registren las barracas?

— ¡Esto es peor que Mordor! dijo Sam—. Mucho peor, en un sentido. Duele en carne viva, como quien dice; pues es parte de nosotros y la recordamos como era antes.

—Sí, esto es Mordor —dijo Frodo—. Una de sus obras. Saruman creía estar trabajando para él mismo, pero en realidad no hacía más que servir a Mordor. Y lo mismo hacían aquellos a quienes Saruman engañó, como Otho.

Merry echó en torno una mirada de consternación y repugnancia.

—¡Salgamos de aquí! dijo—. De haber sabido todo el mal que ha causado, le habría cerrado el gaznate con mi tabaquera.

—¡No lo dudo, no lo dudo! Pero no lo hiciste, de modo que ahora puedo darte la bienvenida. — De pie, en la puerta, estaba Saruman en persona, bien alimentado y satisfecho de sí mismo. Los ojos le chisporroteaban, divertidos y maliciosos.

La luz se hizo de súbito en la mente de Frodo.

— ¡Zarquino! —exclamó. Saruman se echó a reír.

—De modo que ya has oído mi nombre ¿eh? Así, creo, me llamaban en Isengard todos mis subditos. Una prueba de afecto, sin duda. Pero parece que no esperabas verme aquí.

—No por cierto dijo Frodo. Pero podía haberlo imaginado. Un poco de maldad mezquina. Gandalf me advirtió que aún eras capaz de eso.

—Muy capaz dijo Saruman—, y más que de un poco. Me hacéis gracia vosotros, señoritos hobbits, cabalgando por ahí con todos esos grandes personajes, tan seguros y tan pagados de vuestras

pequeñas personitas. Creáis haber salido muy airosos de todo esto, y que ahora podáis volver tranquilos a casa, a disfrutar de la paz del campo. La casa de Saruman podía ser destruida, y él expulsado, pero nadie podía tocar la vuestra. ¡Oh, no! Gandalf iba a cuidar de vuestros asuntos. Saruman volvió a reír.

¡El, justamente! Cuando sus instrumentos dejan de servirle, los deja a un lado. Pero vosotros tenáis que seguir pendientes de él, fanfarroneando y perdiendo el tiempo, y volviendo por un camino dos veces más largo que el necesario. Bien, pensé, si son tan estúpidos, llegaré antes y les daré una lección. Una mano lava la otra. La lección habría sido más dura si me hubierais dado un poco más de tiempo y más hombres. De todos modos, pude hacer muchas cosas que os será difícil reparar o deshacer en vuestra vida. Y será un placer para mí pensarlo, y resarcirme así de las injurias que he recibido.

Bueno, si eso te da placer dijo Frodo—, te compadezco. Temo que sólo será un placer en el recuerdo. ¡Márchate de aquí inmediatamente y no vuelvas nunca más!

Los hobbits de la aldea, al ver salir a Saruman de una de las cabañas, se habían amontonado junto a la puerta de Bolsón Cerrado. Cuando oyeron la orden de Frodo, murmuraron con furia:

¡No lo deje ir! ¡Mátelo! Es un malvado y un asesino. ¡Mátelo! Saruman miró el círculo de caras hostiles y sonrió.

¡Mátelo! repitió, burlón—. ¡Matadlo vosotros, si creéis ser bastante numerosos, mis valientes hobbits! Se irguió, y los ojos negros se clavaron en ellos con una mirada sombría. ¡Mas no penséis que al perder todos mis bienes perdí también todo mi poder! Aquel que se atreva a golpearme será maldecido. Y si mi sangre mancha la Comarca, la tierra se marchitará, y nadie jamás podrá curarla.

Los hobbits retrocedieron. Pero Frodo dijo:

¡No lo creáis! Ha perdido todo su poder, menos la voz que aún puede intimidaros y engañaros, si le prestáis atención. Pero no quiero que lo matéis. Es inútil pagar venganza con venganza. ¡Márchate de aquí, Saruman y por el camino más corto!

¡Serpiente! ¡Serpiente! —gritó Saruman; y de una de las cabañas vecinas, arrastrándose como un perro, salió Lengua de Serpiente—. ¡De nuevo a los caminos, Serpiente! dijo Saruman—. Estos delicados amigos y señoritos nos echan otra vez a los caminos. ¡Sígúeme!

Saruman se volvió como si fuera a partir, y Lengua de Serpiente lo siguió, arrastrándose. Pero en el momento en que Saruman pasaba junto a Frodo un puñal le centelleó en la mano, y lanzó una rápida estocada. La hoja rebotó contra la oculta cota de malla, y se quebró, con un golpe seco. Una docena de hobbits, con Sam a la cabeza, se abalanzaron con un grito y derribaron al villano.

— ¡No, Sam! dijo Frodo—. No lo mates, ni aun ahora. No me ha herido. En todo caso, no deseo verlo morir de esta manera inicua. En un tiempo fue grande, de una noble raza, contra la que nunca nos hubiéramos atrevido a levantar las manos. Ha caído, y devolverle la paz y la salud no está a nuestro alcance; mas yo le perdonaría la vida, con la esperanza de que algún día pueda recobrarlas.

Saruman se levantó y clavó los ojos en Frodo. Tenía una mirada extraña, mezcla de admiración, de respeto y de odio.

—Has crecido, mediano —dijo—. Sí, has crecido mucho. Eres sabio y cruel. Me has privado de la dulzura de mi venganza, y en adelante mi vida será un camino de amargura, sabiendo que la debo a tu clemencia. ¡ La odio tanto como te odio a ti! Bien, me voy, y no te atormentaré más. Mas no esperes de mí que te desee salud y una vida larga. No tendrás ni una ni otra. Pero eso no es obra mía. Yo sólo te lo auguro.

Se alejó, mientras los hobbits se apartaban para que pasase; pero los nudillos les palidecían al apretarlos sobre las armas. Lengua de Serpiente titubeó y luego siguió a su amo.

— ¡Lengua de Serpiente! —llamó Frodo—. No es preciso que lo sigas. Que yo sepa, tú no me has hecho ningún mal. Podrás tener reposo y alimento aquí, por algún tiempo, hasta que estés más fuerte y puedas seguir tu verdadero camino.

Lengua de Serpiente se detuvo y se volvió a mirarlo, casi decidido a quedarse. Saruman dio media vuelta.

—¿Ningún mal? —graznó—. ¡Qué esperanza! Cuando sale de noche furtivamente, es sólo para contemplar las estrellas. Pero ¿no oí preguntar a alguien dónde estaba escondido el pobre Otho? Tú lo sabes ¿no es verdad, Serpiente? ¿Se lo vas a decir?

Lengua de Serpiente se encogió y gimió:

— ¡No, no!

—Entonces, yo se lo diré —dijo Saruman—. Serpiente mató a vuestro Jefe, mis pobres amiguitos, a vuestro buen pequeño patrón. ¿No es verdad, Serpiente? Lo apuñaló mientras dormía, creo. Lo enterró, espero; aunque últimamente Serpiente ha pasado mucha hambre. No, Serpiente no es bueno en realidad. Mejor será que lo dejéis en mis manos.

En los ojos rojos de Lengua de Serpiente apareció una mirada de odio salvaje.

—Tú me dijiste que lo hiciera —siseó. Saruman lanzó una carcajada.

—Y tú haces lo que Zarquino te dice, siempre, ¿verdad, Serpiente? Pues bien, ahora te dice: ¡sigúeme! —Y mientras el otro se arrastraba, le lanzó un puntapié a la cara y echó a andar. Pero algo se quebró en ese instante. Lengua de Serpiente se irguió de pronto y sacó un puñal que llevaba escondido; gruñendo como un perro saltó sobre la espalda de Saruman, y tirándole la cabeza hacia atrás, le hundió la hoja en la garganta; luego, con un aullido, echó a correr sendero abajo. Antes que Frodo pudiera recobrarse ni pronunciar una sola palabra, tres arcos hobbits silbaron en el aire, y Lengua de Serpiente se desplomó sin vida.

Ante el espanto de todos, alrededor del cadáver de Saruman se formó una niebla gris, que subió lentamente a gran altura como el humo de una hoguera, mientras una figura pálida y amortajada asomaba sobre la colina. Vaciló un instante, de cara al poniente; pero una ráfaga de viento sopló desde el oeste, y la figura se dobló, y con un suspiro se deshizo en nada.

Frodo miró el cadáver con horror y piedad, y de pronto le pareció ver en él largos años de muerte; y el rostro marchito se contrajo, y se transformó en jirones de piel sobre una calavera horrenda. Levantando los faldones del manto sucio que se extendía junto al cadáver, Frodo lo cubrió, y se alejó.

Y he aquí el final dijo Sam. Un final horrible, y no desearía haberlo visto; pero es una liberación.

—Y el final definitivo de la guerra, espero —dijo Merry.

—También yo lo espero dijo Frodo suspirando. El golpe definitivo, pero pensar que ha caído aquí, a las puertas mismas de Bolsón Cerrado. En medio de todas mis esperanzas y todos mis temores, jamás imaginé nada semejante.

—Yo no diré que es el fin, hasta que hayamos arreglado este desbarajuste —dijo Sam con aire sombrío. Y eso nos llevará mucho tiempo y trabajo.

9

LOS PUERTOS GRISES

Poner orden en el desbarajuste les costó mucho trabajo, pero llevó menos tiempo del que Sam había temido. Al día siguiente de la batalla Frodo fue a Cavada Grande y liberó a los presos de las Celdas. Uno de los primeros que encontraron fue el pobre Fredegar Bolger, ya no más el Gordo Bolger. Lo habían tomado prisionero en los Tejones, cerca de las colinas de Scary, cuando los bandidos habían fumigado el refugio de un grupo de rebeldes que él encabezaba.

— ¡A fin de cuentas te hubiera convenido venir con nosotros, pobre viejo Fredegar! dijo Pippin, mientras lo llevaban, pues estaba demasiado débil para caminar.

Fredegar abrió un ojo y valientemente trató de sonreír.

— ¿Quién es este joven gigante de voz potente? musitó—. ¡No será el pequeño Pippin! ¿Qué número de sombrero calzas ahora?

Luego encontraron a Lobelia. Estaba muy envejecida la pobre, cuando la sacaron de un calabozo oscuro y estrecho. Pero ella se empeñó en salir con sus propias piernas, cojeando y tambaleándose; y cuando apareció apoyada en el brazo de Frodo, con el paraguas siempre apretado en la mano, fue tan calurosa la acogida, y hubo tantas ovaciones y tantos aplausos que se deshizo en lágrimas. Nunca en su vida había sido tan popular. Pero la noticia del asesinato de Otho la trastornó a tal punto que no quiso volver nunca más a Bolsón Cerrado. Se lo devolvió a Frodo y se fue a vivir con su familia, los Ciñatiesa de Casadura.

Y cuando murió la pobre criatura en la primavera siguiente —al fin y al cabo ya tenía más de cien años—, Frodo se enteró, sorprendido y profundamente conmovido, de que le había dejado todo su dinero y el de Otho para que ayudase a los hobbits a quienes las calamidades de la Comarca habían dejado sin hogar. Y así terminó aquella larga enemistad.

El viejo Will Pieblanco había estado encerrado en las Celdas más tiempo que todos, y aunque tal vez lo maltrataran menos, necesitaba comer mucho antes de volver a la alcaldía, y Frodo aceptó el cargo de suplente hasta que el señor Pieblanco estuviese de nuevo en condiciones. Lo único que hizo durante su mandato fue reducir el número de los Oficiales de la Comarca, y limitarles las funciones a lo que era adecuado y normal. El cometido de echar del país a los últimos rufianes fue confiado a Merry y a Pippin, y cumplido rápidamente. Las pandillas que se habían refugiado en el sur, al tener noticias de la Batalla de Delagua, huyeron ofreciendo poca resistencia al Thain. Antes de Fin de Año los contados sobrevivientes quedaron cercados en los bosques, y aquellos que se rindieron fueron puestos en las fronteras.

Mientras tanto, los trabajos de restauración avanzaban con rapidez y Sam estaba siempre ocupado. Los hobbits son laboriosos como las abejas, cuando la situación lo requiere y si se sienten bien dispuestos. Ahora había millares de manos voluntarias de todas las edades, desde las pequeñas pero ágiles de los jóvenes y las muchachas hasta las arrugadas y callosas de los viejos y aun de las abuelas. Para el Año Nuevo no quedaba en pie ni un solo ladrillo de las Casas de los Oficiales, ni de ningún edificio construido por los «Hombres de Zarquino»; pero los ladrillos fueron todos empleados en reparar numerosas cavernas antiguas, a fin de hacerlas más secas y confortables. Se encontraron grandes cantidades de provisiones, y víveres, y cerveza que los rufianes habían escondido en cobertizos y graneros y en cavernas abandonadas, especialmente en los túneles de Cavada Grande y en las viejas canteras de Scary. Y así, en las fiestas de aquel Fin de Año hubo una alegría que nadie había esperado.

Una de las primeras tareas que se llevaron a cabo en Hobbiton, antes aún de la demolición del molino nuevo, fue la limpieza de la colina y de Bolsón Cerrado, y la restauración de Bolsón de Tirada. El frente del nuevo arenal fue nivelado y transformado en un gran jardín cubierto, y en la parte meridional de la colina excavaron nuevas cavernas y las revistieron de ladrillos. La Número Tres le fue restituida al Tío, quien solía decir, sin preocuparse de quiénes pudieran oírlo:

—Es viento malo aquel que no trae bien a nadie, como siempre he dicho, y es bueno lo que termina mejor.

Hubo algunas discusiones a propósito del nombre que le pondrían a la nueva calle. Algunos propusieron Jardines de la Batalla, otros Smials Mejores. Pero al cabo, con el buen sentido propio de los hobbits, le pusieron simplemente Tirada Nueva. Y no era más que una broma al gusto de Delagua el referirse a ella con el nombre de Terminal de Zarquino.

La pérdida más grave y dolorosa eran los árboles, pues por orden de Zarquino todos habían sido talados sin piedad a lo largo y a lo ancho de la Comarca; y eso era lo que más afligía a Sam. Sobre todo porque llevaría largo tiempo curar las heridas, y sólo sus bisnietos verían alguna vez la Comarca como había sido en los buenos tiempos.

De pronto un día (porque había estado demasiado ocupado durante semanas enteras para dedicar algún pensamiento a sus aventuras), se acordó del don de Galadriel. Sacó la cajita y la mostró a los otros Viajeros (porque así los llamaban ahora a todos) y les pidió consejo.

—Me preguntaba cuándo lo recordarías —dijo Frodo. ¡Ábrela! Estaba llena de un polvo gris, suave y fino, y en el medio había una semilla, como una almendra pequeña de cápsula plateada.

—¿Qué puedo hacer con esto? —dijo Sam.

— ¡Echa el polvo al aire en un día de viento y deja que él haga el trabajo! —dijo Pippin.

—¿Dónde? —dijo Sam.

—Escoge un sitio como vivero y observa qué les sucede a las plantas que están en él —dijo Merry.

—Pero estoy seguro de que a la Dama no le gustaría que me lo quedara yo solo, para mi propio jardín, habiendo tanta gente que ha sufrido y lo necesita —dijo Sam.

—Recurre a tu sagacidad y tus conocimientos, Sam —dijo Frodo, y luego usa el regalo para ayudarte en tu trabajo y mejorarlo. Y úsalo con parsimonia. No hay mucho y me imagino que todas las partículas tienen valor.

Entonces Sam plantó retoños en todos aquellos lugares en donde antes había árboles especialmente hermosos o queridos, y puso un grano del precioso polvo en la tierra, junto a la raíz. Recorrió la Comarca, a lo largo y a lo ancho, haciendo este trabajo, y si prestaba mayor cuidado a Delagua y a Hobbiton nadie se lo reprochaba. Y al terminar, descubrió que aún le quedaba un poco del polvo, y fue a la Piedra de las Tres Cuadernas, que es por así decir el centro de la Comarca, y lo arrojó al aire con su bendición. Y la pequeña almendra de plata, la plantó en el Campo de la Fiesta, allí donde antes se erguía el árbol; y se preguntó qué planta crecería. Durante todo el invierno esperó tan pacientemente como pudo, tratando de contenerse para no ir a ver a cada rato si algo ocurría.

La primavera colmó con creces las más locas esperanzas de Sam. En su propio jardín los árboles comenzaron a brotar y a crecer como si el tiempo mismo tuviese prisa y quisiera vivir veinte años en uno. En el Campo de la Fiesta despuntó un hermoso retoño: tenía la corteza plateada y hojas largas y se cubrió de flores doradas en abril. Era en verdad un mallorn, y la admiración de todos los vecinos. En años sucesivos, a medida que crecía en gracia y belleza, la fama del árbol se extendió por todos los confines de la Comarca y la gente hacía largos viajes para ir a verlo; el único mallorn al oeste de las Montañas y al este del Mar, y uno de los más hermosos del mundo.

Desde todo punto de vista, 1420 fue en la Comarca un año maravilloso. No sólo hubo un sol esplendente y lluvias deliciosas, en los momentos oportunos y en proporciones perfectas; una atmósfera de riqueza y de prosperidad, una belleza radiante, superior a la de esos veranos mortales que en esta Tierra Media centellean un instante y se desvanecen. Todos los niños nacidos o concebidos en aquel año, y fueron muchos, eran hermosos y fuertes, y casi todos tenían abundantes cabellos dorados, hasta entonces raros entre los hobbits. Hubo tal cosecha de frutos que los hobbits jóvenes nadaban por así decir en fresas con crema; e iban luego a sentarse en los prados a la sombra de los ciruelos y comían hasta que los huesos de las frutas se apilaban en pequeñas pirámides, o como cráneos amontonados por un conquistador, y así continuaban. Y ninguno se enfermaba, y todos estaban contentos, excepto aquellos que tenían que segar los pastos.

En las viñas de la Cuaderna del Sur pesaban los racimos, y la cosecha de «hoja» fue asombrosa; y hubo tanto trigo que para la siega todos los graneros estaban abarrotados. La cebada de la Cuaderna del Norte fue tan excelente que la cerveza de 1420 quedó grabada en la memoria de todos durante largos años, y llegó a ser un dicho proverbial. Y así una generación más tarde no era raro que un viejo campesino al dejar el pichel sobre la mesa de una taberna, luego de beber una pinta de cerveza bien ganada, exclamara con un suspiro:

— ¡Ah, ésta sí que era una auténtica 1420!

Al principio Sam se quedó con Frodo en casa de los Coto. Pero cuando Tirada Nueva estuvo terminada, fue a vivir con el Tío. Además de todas sus otras ocupaciones, conducía las obras de limpieza y restauración de Bolsón Cerrado; pero más a menudo recorría la Comarca para ver cómo progresaban los trabajos de forestación. Y por estar lejos de Hobbiton a comienzos de marzo, no supo que Frodo había estado enfermo. El trece de ese mes el granjero Coto encontró a Frodo tendido en la cama; aferraba una piedra blanca que llevaba al cuello suspendida de una cadena y hablaba como en sueños.

—Ha desaparecido para siempre —decía—, y ahora todo ha quedado oscuro y desierto.

Pero la crisis pasó, y al regreso de Sam el veinticinco, Frodo se había recuperado, y no le dijo nada de él mismo. Entretanto los trabajos de limpieza de Bolsón Cerrado quedaron concluidos, y Merry y Pippin llegaron desde Cricava trayendo de vuelta el antiguo mobiliario y todos los enseres de la casa, y la vieja cueva volvió a ser la misma de antes.

Al fin todo estuvo pronto, y Frodo dijo:

—¿Cuándo piensas venir a vivir conmigo, Sam? Sam pareció un poco turbado.

—No es necesario que vengas en seguida, si no quieres —dijo Frodo. Pero sabes que el Tío siempre estará a un paso, y estoy seguro de que la Viuda Rumble cuidará bien de él.

—No es eso, señor Frodo —dijo Sam, y se puso muy rojo.

—Y bien ¿qué es entonces?

—Es Rosita, Rosita Coto —dijo Sam—. Parece que no le gustó nada que yo me hiera de viaje, a la pobrecita; pero como yo no había hablado, no podía decir nada. Y no le hablaba, porque tenía algo que hacer, antes. Pero ahora he hablado, y me dice: "¡Y bueno, ya has perdido un año! ¿Para qué esperar más?" "¿Perdido?", le digo. "Yo no lo llamaría así." Pero entiendo lo que ella quiere decir. Me siento como quien dice partido en dos.

—Comprendo —dijo Frodo—: ¿Quieres casarte, pero también quieres vivir conmigo en Bolsón Cerrado? Mi querido Sam, ¡nada más sencillo! Cásate lo más pronto posible, y ven a instalarte aquí con Rosita. Hay espacio suficiente en Bolsón Cerrado para la familia más numerosa que puedas desear.

Y así todo quedó arreglado. Sam Gamyi se casó con Rosa Coto en la primavera de 1420 (año famoso también por el gran número de matrimonios), y fueron a vivir a Bolsón Cerrado. Y si Sam se creía favorecido por la suerte, Frodo sabía que él lo era todavía más: no había en la Comarca un hobbit que fuera cuidado con tanto celo y amor como él. Cuando todos los trabajos de reparación estuvieron preparados y en ejecución, se entregó a una vida tranquila, escribiendo mucho y relejendo todas sus notas. Renunció al cargo de Alcalde Suplente en la Feria Libre de mediados de aquel verano, y el viejo y entrañable Will Pieblanco pudo volver a presidir los Banquetes durante otros siete años.

Merry y Pippin vivieron juntos por un tiempo en Cricava, y hubo un incesante ir y venir entre Los Gamos y Bolsón Cerrado. Las canciones, las historias y los modales de los jóvenes Viajeros, junto con las fiestas que daban a menudo eran muy populares en la Comarca. Los «Señoriles», los llamaba la gente con la mejor intención, pues encendía los corazones verlos cabalgar ataviados con brillantes cotas de malla, y escudos resplandecientes, riendo y cantando canciones de países lejanos; y si ahora eran grandes y magníficos, en otros aspectos no habían cambiado nada, aunque eran sin duda más corteses, más joviales y más alegres que antes.

Frodo y Sam, en cambio, adoptaron de nuevo la vestimenta ordinaria, y sólo cuando era necesario lucían los largos mantos grises, finamente tejidos, y sujetos al cuello con hermosos broches; y el señor Frodo llevaba siempre una joya blanca que pendía de una cadena, y con la que jugueteaba a menudo.

Ahora las cosas marchaban bien, con la constante esperanza de que mejorarían más aún, y Sam vivía atareado y tan colmado de dicha como hasta un hobbit pudiera desear. Nada turbó para él la paz de aquel año, excepto una cierta preocupación por Frodo, que se había retirado poco a poco de todas las actividades de la Comarca. A Sam le apenaba que lo trataran con tan escasos honores en su propio país. Pocos eran los que conocían o deseaban conocer sus hazañas y aventuras; la admiración y el respeto de todos recaían casi exclusivamente en el señor Meriadoc y en el señor Peregrin y (aunque esto Sam lo ignoraba) también en él. Y en el otoño apareció una sombra de los antiguos tormentos.

Una noche Sam entró en el estudio y encontró a su amo muy extraño. Estaba palidísimo, con la mirada como perdida en cosas muy lejanas.

—¿Qué le pasa, señor Frodo? —dijo Sam.

—Estoy herido —respondió él—, herido; nunca curaré del todo.

Pero luego se levantó y pareció que el malestar había desaparecido, y al otro día era de nuevo el Frodo de siempre. Sólo más tarde Sam reparó en la fecha: seis de octubre. Dos años antes, ese mismo día, se había hecho la oscuridad en la hondonada de la Cima del Viento.

Pasó el tiempo y llegó el año 1421. Frodo volvió a caer enfermo en marzo, pero con un gran esfuerzo consiguió ocultarlo, porque Sam tenía otras cosas en qué pensar. El primer hijo de Sam y Rosita nació el veinticinco de marzo, una fecha que Sam anotó.

Y bien, señor Frodo dijo—. Estoy en un aprieto. Rosa y yo habíamos decidido llamarlo Frodo, con el permiso de usted; pero no es él, es ella. Aunque es la niña más bonita que hayamos podido desear, porque afortunadamente se parece más a Rosa que a mí. De modo que no sabemos qué hacer.

Bueno, Sam —dijo Frodo ¿qué tienen de malo las antiguas tradiciones? Elige un nombre de flor, como Rosa. La mitad de las niñas de la Comarca tienen nombres semejantes ¿y qué puede ser mejor?

Supongo que tiene usted razón, señor Frodo —dijo Sam—. He escuchado algunos nombres hermosos en mis viajes, pero se me ocurre que son demasiado sonoros para usarlos de entrecasa, por así decir. El Tío dice: "Escoge uno corto, así no tendrás que acortarlo luego." Pero si ha de ser el nombre de una flor, entonces no me importa que sea largo: tiene que ser una flor hermosa, porque vea usted, señor Frodo, yo creo que es muy hermosa, y que va a ser mucho más hermosa todavía.

Frodo pensó un momento.

Y bien, Sam, ¿qué te parece elanor, la estrellasol? ¿Recuerdas, la pequeña flor de oro que crecía en los prados de Lothlórien?

¡También ahora tiene razón, señor Frodo! dijo Sam, maravillado—. Eso es lo que yo quería.

La pequeña Elanor tenía casi seis meses, y 1421 había entrado ya en el otoño, cuando Frodo llamó a Sam al estudio.

—El jueves será el cumpleaños de Bilbo, Sam —dijo—, y sobrepasará al Viejo Tuk. ¡Cumplirá ciento treinta y un años!

— ¡Es verdad! —dijo Sam—. ¡Qué maravilla!

—Pues bien, Sam, me gustaría que hablaras con Rosa y vieras si puede arreglarse demasiado ni por mucho tiempo —dijo con cierta tristeza.

—No, no en verdad, señor Frodo.

—Claro que no. Pero no importa; podrías acompañarme un trecho. Dile a Rosa que no estarás ausente mucho tiempo, no más de dos semanas, y que regresarás sano y salvo.

—Me gustaría tanto ir con usted a Rivendel, señor Frodo, y ver al señor Bilbo —dijo Sam—. Y sin embargo el único lugar en que realmente quiero estar es aquí. Estoy partido en dos.

— ¡Pobre Sam! ¡Así habrás de sentirte, me temo! —dijo Frodo—. Pero curarás pronto. Naciste para ser un hobbit sano e íntegro, y lo serás.

Durante los dos o tres días siguientes Frodo, con la ayuda de Sam, revisó todos los papeles y manuscritos, y le dio las llaves. Había un libro voluminoso encuadernado en cuero rojo: las páginas altas estaban ahora casi llenas. Al principio, había muchas hojas escritas por la mano débil y errabunda de Bilbo, pero la escritura apretada y fluida de Frodo cubría casi todo el resto. El libro había sido dividido en capítulos; el capítulo 80 estaba inconcluso y seguido de varios folios en blanco. En la página correspondiente a la portada, había numerosos títulos, tachados uno tras otro:

Mi Diario. Mi Viaje Inesperado. Historia de una Ida y de una Vuelta. Y Qué Sucedió Después. Aventuras de Cinco Hobbits. La Historia del Gran Anillo, compilada por Bilbo Bolsón, según las observaciones personales del autor y los relatos de sus amigos. Nosotros y la Guerra del Anillo.

Aquí terminaba la letra de Bilbo y luego Frodo había escrito:

LA CAÍDA DEL SEÑOR DE LOS ANILLOS Y EL RETORNO DEL REY

Tal como los vio la Gente Pequeña; siendo éstas las memorias de Bilbo y de Frodo de la Comarca, completadas con las narraciones de sus amigos y la erudición del Sabio.

Junto con extractos de los Libros de la Tradición, traducidos por Bilbo en Rivendel

—¡Pero lo ha terminado casi, señor Frodo! —exclamó Sam—. Bueno, ha trabajado en serio.

—Yo he terminado con lo mío, Sam —dijo Frodo—. Las últimas páginas son para ti.

El veintiuno de septiembre partieron juntos, Frodo montado en el poney en que había recorrido todo el camino desde Minas Tirith, y que ahora se llamaba Trancos; y Sam en su querido Bill. Era una mañana dorada y hermosa, y Sam no preguntó a dónde iban. Creía haberlo adivinado.

Tomaron por el Camino de Cepeda hasta más allá de las colinas, dejando que los poneys avanzaran sin prisa rumbo al Bosque Cerrado. Acamparon en las Colinas Verdes y el veintidós de septiembre, cuando caía la tarde, descendieron apaciblemente entre los primeros árboles.

— ¡ Fue detrás de ese árbol donde usted se escondió la primera vez que apareció el Jinete Negro, señor Frodo! —dijo Sam, señalando a la izquierda—. Ahora parece un sueño.

Había llegado la noche y las estrellas centelleaban en el cielo del este, cuando los compañeros pasaron delante de la encina seca y descendieron la colina entre la espesura de los avellanos. Sam estaba silencioso y pensativo. De pronto advirtió que Frodo iba cantando en voz queda, cantando la misma vieja canción de caminantes, pero las palabras no eran del todo las mismas:

Aún detrás del recodo quizá todavía esperen un camino nuevo o una puerta secreta; y aunque a menudo pasé sin detenerme, al fin llegará un día en que iré caminando por esos senderos escondidos que corren al oeste de la Luna, al este del Sol.

Y como en respuesta, subiendo por el camino desde el fondo del valle, llegaron voces que cantaban:

*A! Elbereth Gilthoniel
silivren penna míriel
o menel aglar elenath,
Gilthoniel, A! Elbereth!*

*Aún recordamos, nosotros que vivimos
bajo los árboles en esta tierra lejana,
la luz de las estrellas
sobre los Mares de Occidente.*

Frodo y Sam se detuvieron y aguardaron en silencio entre las dulces sombras, hasta que un resplandor anunció la llegada de los viajeros.

Y vieron a Gildor y una gran comitiva de hermosa gente élfica, y luego, ante los ojos maravillados de Sam, llegaron cabalgando Elrond y Galadriel. Elrond vestía un manto gris y lucía una estrella en la frente, y en la mano llevaba un arpa de plata, y en el dedo un anillo de oro con una gran pieza azul: Vilya, el más poderoso de los tres. Pero Galadriel montaba en un palafrén blanco, envuelta en una blancura resplandeciente, como nubes alrededor de la Luna; y ella misma parecía irradiar una luz suave. Y tenía en el dedo el anillo forjado de mithril, con una sola piedra que centelleaba como una estrella de escarcha. Y cabalgando lentamente en un pequeño poney gris, cabeceando de sueño y como adormecido, llegó Bilbo en persona.

Elrond los saludó con un aire grave y gentil, y Galadriel los miró, con una sonrisa.

—Y bien, señor Samsagaz —dijo. Me han dicho, y veo, que has utilizado bien mi regalo. De ahora en adelante la Comarca será más que nunca amada y bienaventurada. —Sam se inclinó en una profunda reverencia, pero no supo qué decir. Había olvidado qué hermosa era la Dama Galadriel.

Entonces Bilbo despertó y abrió los ojos.

—¡Hola, Frodo! —dijo—. ¡Bueno, hoy le he ganado al Viejo Tuk! Así que eso está arreglado. Y ahora creo estar pronto para emprender otro viaje. ¿Tú también vienes?

—Sí, yo también voy —dijo Frodo. Los Portadores del Anillo han de partir juntos.

—¿A dónde va usted, mi amo? —gritó Sam, aunque por fin había comprendido lo que estaba sucediendo.

—A los Puertos, Sam —dijo Frodo.

—Y yo no puedo ir.

—No, Sam. No todavía, en todo caso; no más allá de los Puertos. Aunque también llegará la hora, quizá. No te entristezcas demasiado, Sam. No siempre podrás estar partido en dos. Necesitarás sentirte sano y entero, por muchos años. Tienes tantas cosas de que disfrutar, tanto que vivir y tanto que hacer.

—Pero —dijo Sam, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas—, yo creía que también usted iba a disfrutar en la Comarca, años y años, después de todo lo que ha hecho.

—También yo lo creía, en un tiempo. Pero he sufrido heridas demasiado profundas, Sam. Intenté salvar la Comarca y la he salvado; pero no para mí. Así suele ocurrir, Sam, cuando las cosas están en peligro: alguien tiene que renunciar a ellas, perderlas, para que otros las conserven. Pero tú eres mi heredero: todo cuanto tengo y podría haber tenido te lo dejo a ti. Y además tienes a Rosa y a Elanor; y vendrán también el pequeño Frodo y la pequeña Rosa, y Merry, y Rizos de Oro, y Pippin; y acaso otros que no alcanzo a ver. Tus manos y tu cabeza serán necesarios en todas partes. Serás el alcalde, naturalmente, por tanto tiempo como quieras serlo, y el jardinero más famoso de la historia; y leerás las páginas del Libro Rojo, y perpetuarás la memoria de una edad ahora desaparecida, para que la gente recuerde siempre el Gran Peligro, y ame aún más entrañablemente el país bienamado. Y eso te mantendrá tan ocupado y tan feliz como es posible serlo, mientras continúe tu parte de la Historia.

»¡Y ahora ven, cabalga conmigo!

Entonces Elrond y Galadriel prosiguieron la marcha; la Tercera Edad había terminado y los Días de los Anillos habían pasado para siempre, y así llegaba el fin de la historia y los cantos de aquellos tiempos. Y con ellos partían numerosos elfos de la Alta Estirpe que ya no querían habitar en la Tierra Media; y entre ellos, colmado de una tristeza que era a la vez venturosa y sin amargura, cabalgaban Sam, y Frodo, y Bilbo; y los elfos los honraban complacidos.

Aunque cabalgaron a través de la Comarca durante toda la tarde y toda la noche, nadie los vio pasar, excepto las criaturas salvajes de los bosques; o aquí y allá algún caminante solitario que vio de pronto entre los árboles un resplandor fugitivo, o una luz y una sombra que se deslizaba sobre las hierbas, mientras la luna declinaba en el poniente. Y cuando la Comarca quedó atrás y bordeando las faldas meridionales de las Lomas Blancas llegaron a las Lomas Lejanas y a las Torres, vieron en lontananza el Mar; y así descendieron por fin hacia Mithlond, hacia los Puertos Grises en el largo estuario de Lun.

Cuando llegaron a las Puertas, Cirdan el Guardián de las Naves se adelantó a darles la bienvenida. Era muy alto, de barba larga, y todo gris y muy anciano, salvo los ojos que eran vivos y luminosos como estrellas; y los miró, y se inclinó en una reverencia, y dijo:

—Todo está pronto.

Entonces Cirdan los condujo a los Puertos y un navio blanco se mecía en las aguas, y en el muelle, junto a un gran caballo gris, se erguía una figura toda vestida de blanco que los esperaba. Y cuando se volvió y se acercó a ellos, Frodo advirtió que Gandalf llevaba en la mano, ahora abiertamente, el Tercer Anillo, Narya el Grande, y la piedra engarzada en él era roja como el fuego. Entonces aquellos que se disponían a hacerse a la Mar se regocijaron, porque supieron que Gandalf partiría también.

Pero Sam tenía el corazón acongojado y le parecía que si la separación iba a ser amarga, más triste aún sería el solitario camino de regreso. Pero mientras aún seguían allí de pie, y los elfos ya subían a bordo, y la nave estaba casi pronta para zarpar, Pippin y Merry llegaron, a galope tendido. Y Pippin reía en medio de las lágrimas.

—Ya una vez intentaste tendernos un lazo y te falló, Frodo. Esta vez estuviste a punto de conseguirlo, pero te ha fallado de nuevo. Sin embargo, no ha sido Sam quien te traicionó esta vez, ¡sino el propio Gandalf!

—Sí —dijo Gandalf— porque es mejor que sean tres los que regresen y no uno solo. Bien, aquí, queridos amigos, a la orilla del Mar, termina por fin nuestra comunidad en la Tierra Media. ¡Id en paz! No os diré: no lloréis; porque no todas las lágrimas son malas.

Frodo besó entonces a Merry y a Pippin, y por último a Sam, y subió a bordo; y fueron izadas las velas, y el viento sopló, y la nave se deslizó lentamente a lo largo del estuario gris; y la luz del frasco de Galadriel que Frodo llevaba en alto centelleó y se apagó. Y la nave se internó en la Alta Mar rumbo al Oeste, hasta que por fin en una noche de lluvia Frodo sintió en el aire una fragancia y oyó cantos que llegaban sobre las aguas; y le pareció que, como en el sueño que había tenido en la casa de Tom Bombadil, la cortina de lluvia gris se transformaba en plata y cristal, y que el velo se abría y ante él aparecían unas playas blancas, y más allá un país lejano y verde a la luz de un rápido amanecer.

Pero para Sam la penumbra del atardecer se transformó en oscuridad, mientras seguía allí en el Puerto; y al mirar el agua gris vio sólo una sombra que pronto desapareció en el oeste. Hasta entrada la noche se quedó allí, de pie, sin oír nada más que el suspiro y el murmullo de las olas sobre las playas de la Tierra Media, y aquel sonido le traspasó el corazón. Junto a él, estaban Merry y Pippin, y no hablaban.

Por fin los tres compañeros dieron media vuelta y se alejaron, sin volver la cabeza, y cabalgaron lentamente rumbo a la Comarca; y no pronunciaron una sola palabra durante todo el viaje de regreso; pero en el largo camino gris, cada uno de ellos se sentía reconfortado por los demás.

Y finalmente cruzaron las lomas y tomaron el Camino del Este; y Pippin y Merry cabalgaron hacia Los Gamos; y ya empezaban a cantar de nuevo mientras se alejaban. Pero Sam tomó el camino de Delagua, y así volvió a casa por la colina, cuando una vez más caía la tarde. Y llegó y adentro ardía una luz amarilla; y la cena estaba pronta, y lo esperaban. Y Rosa lo recibió, y lo instaló en su sillón, y le sentó a la pequeña Elanor en las rodillas.

Sam respiró profundamente.

—Bueno, estoy de vuelta —dijo.

APÉNDICE

UN FRAGMENTO DE LA HISTORIA DE ARAGORN Y ARWEN EXTRAÍDO DE LOS ANALES DE LOS REYES Y GOBERNADORES

Arador era el abuelo del Rey. Su hijo Arathorn pidió por esposa a Gilraen la Bella, hija de Dírhael, que era a su vez descendiente de Aranarth. A esa unión se oponía Dírhael: porque Gilraen era joven y no había alcanzado aún la edad en la que las mujeres de los Dúnedain solían desposarse.

«"Además" decía, "Arathorn es un hombre severo y en la fuerza de la edad, y llegará a capitán antes de lo que se espera; sin embargo, me dice el corazón que tendrá una vida breve".

»Pero Ivorwen, su esposa, que también era vidente, respondió: "¡Mayor razón entonces para darse prisa! Los días se oscurecen antes de la tempestad, y se avecinan grandes acontecimientos. Si estos dos se desposan ahora, aún pueden nacer esperanzas para nuestro pueblo; pero si la boda se posterga, la esperanza se desvanecerá para siempre hasta el fin de esta Edad."

»Y aconteció que cuando hacía apenas un año que Arathorn y Gilraen se habían casado, Arador fue tomado prisionero por los trolls de las Montañas en los Páramos Fríos al norte de Rivendel, y asesinado; y Arathorn se convirtió en el Capitán de los Dúnedain. Al año siguiente Gilraen le dio un hijo, y lo llamaron Aragorn. Pero Aragorn tenía apenas dos años cuando Arathorn partió a combatir contra los orcos con los hijos de Elrond, y pereció con un ojo atravesado por una flecha orea; y así tuvo en verdad una vida breve para alguien de su raza, pues apenas contaba sesenta años cuando cayó.

»Aragorn, que era ahora el heredero de Isildur, fue llevado entonces a vivir con su madre en la casa de Elrond, y Elrond hizo las veces de padre para él, y llegó a amarlo como a un hijo. Pero lo llamaban Estel, que quiere decir "Esperanza", y su nombre verdadero y su linaje fueron mantenidos en secreto por orden de Elrond, porque los Sabios sabían entonces que el Enemigo trataba de descubrir al heredero de Isildur, si quedaba alguno sobre la faz de la tierra.

»Pero cuando Estel tenía apenas veinte años de edad, aconteció que retornó a Rivendel después de llevar a cabo grandes hazañas en compañía de los hijos de Elrond; y Elrond lo miró y se sintió feliz, porque vio que era noble y hermoso, y había alcanzado a una edad temprana la madurez, si bien llegaría a ser más grande aún, de cuerpo y de espíritu. Aquel día pues, Elrond lo llamó por su nombre, y le dijo quién era y de quién era hijo; y le entregó los bienes hereditarios.

»"He aquí el Anillo de Barahir" dijo, "símbolo de nuestro remoto parentesco; y he aquí también los fragmentos de Narsil. Con ellos, aún podrás cumplir grandes hazañas; pues preveo que tendrás una vida más larga que la común entre los hombres, a menos que sucumbas víctima del Mal, o que llegues a fracasar en la prueba. Pero la prueba será dura y larga. El Cetro de Annúminas lo retengo, pues aún tienes que ganarlo".

»Al día siguiente, a la hora del crepúsculo, Aragorn paseaba solitario por los bosques, con el corazón alegre; y cantaba, porque tenía muchas esperanzas, y porque el mundo era bello. Y de pronto, mientras aún cantaba vio una doncella que caminaba por un prado entre los troncos blancos de los abedules; y se detuvo maravillado, creyendo haberse extraviado en un sueño, o que le había sido concedido el don de los músicos élficos, que hacen aparecer ante los ojos de quienes escuchan las cosas que cantan.

»Porque Aragorn iba cantando un fragmento del Lay de Lúthien, el que narra el encuentro de Lúthien y Beren en la Floresta de Neldoreth. Y he aquí que Lúthien caminaba ante sus propios ojos en Rivendel, envuelta en un manto de plata y azur, hermosa como el crepúsculo en el Hogar de los Elfos; los cabellos oscuros le flotaban movidos por una brisa súbita, y una diadema de gemas que parecían estrellas le ceñía la frente.

»Por un momento Aragorn la contempló en silencio, pero temiendo que se desvaneciera para siempre, la llamó gritando: "Tinúviel, Tinúviel!", tal como Beren en los Días Antiguos.

»La doncella entonces se volvió, y sonrió, y dijo: "¿Quién eres? ¿Y por qué me llamas con ese nombre?"

»Y él respondió: "Porque creí que eras en verdad Lúthien Tinúviel, cuyo Lay venía cantando. Pero si no eres ella, caminas como ella."

»"Muchos lo han dicho", respondió ella en tono grave. "Sin embargo no me llamo como ella, aunque acaso nuestros destinos sean semejantes. ¿Pero tú, quién eres?"

»"Estel me llamaban" respondió él, "pero soy Aragorn, hijo de Arathorn, heredero de Isildur, Señor de los Dúnedain". Sin embargo, mientras lo decía, sentía que ese alto linaje, que tanto le había regocijado el corazón, poco valor tenía ahora, y no era nada comparado con la dignidad y la belleza de la joven.

»Pero ella rompió a reír alegremente, y dijo: "Entonces somos parientes lejanos. Porque yo soy Arwen hija de Elrond, y también me llamo Undómiel."

»"Suele ocurrir" dijo Aragorn, "que en tiempos de peligro los hombres oculten el tesoro máspreciado. Pero Elrond y tus hermanos me asombran; porque aunque he vivido en esta casa desde mi niñez, nunca había oído hablar de ti. ¿Cómo es posible que no nos hayamos encontrado antes? ¡Tu padre no te habrá guardado bajo llave junto con sus tesoros!"

»"No" dijo ella, y alzó los ojos hacia las montañas que se erguían al este. "He vivido largo tiempo en la tierra de mi madre, en la lejana Lothlórien. Y he venido hace poco, a visitar nuevamente a mi padre. Hacía muchos años que no paseaba en Imladris."

»Aragorn se sorprendió, porque no parecía tener más edad que él, que sólo había vivido una veintena de años en la Tierra Media. Pero Arwen lo miró a los ojos y dijo: "¡No te asombres! Los hijos de Elrond tenemos la vida de los Eldar."

»Aragorn se turbó, porque vio en los ojos de Arwen la luz élfica y la sabiduría de años incontables; pero desde aquel momento amó a Arwen Undómiel hija de Elrond.

—En los días que siguieron Aragorn se volvió silencioso y su madre adivinó que algo extraño le había ocurrido; y por fin cedió a las preguntas de ella, y le contó el encuentro entre los árboles en el crepúsculo.

»"Hijo mío" dijo Gilraen, "tu ambición es alta, hasta para el descendiente de numerosos Reyes. Porque esta dama es la más noble y la más hermosa que hoy pisa la tierra. Y no es propio de un mortal unirse en matrimonio a la raza de los elfos."

»"Sin embargo, también nosotros pertenecemos en parte a esa raza" replicó Aragorn, "si es cierto lo que he aprendido en la historia de mis antepasados".

»"Es verdad" dijo Gilraen, "pero eso fue hace largo tiempo, y en otra edad de este mundo, antes que nuestra raza declinara. Por esto temo: porque sin la buena voluntad del Señor Elrond los herederos de Isildur no tardarán en extinguirse. Pero no creo que en este asunto puedas contar con la benevolencia de Elrond".

»"Amargos serán entonces mis días" dijo Aragorn, "y a solas caminaré por las tierras salvajes".

»"Tal será en verdad tu destino" dijo Gilraen; y si bien tenía en cierta medida el don de adivinación propio de su gente, nada más dijo acerca del futuro, ni habló con nadie de lo que su hijo le había confiado.

»Pero Elrond veía muchas cosas y leía en muchos corazones. Un día pues, antes de fin de año, llamó a Aragorn a su cámara y le dijo: "¡Aragorn, hijo de Arathorn, Señor de los Dúnedain, escúchame! Un gran destino te espera, sea el de elevarte más alto que todos tus antepasados desde los días de Elendil, o caer en la oscuridad con todos los sobrevivientes de tu estirpe. Pasarás por largos años de prueba. No tomarás esposa, ni te ligarás a mujer alguna con promesa de matrimonio, hasta que llegue tu hora, y hayas demostrado ser digno."

»Entonces Aragorn se turbó y dijo: "¿Acaso mi madre os ha hablado?"

»"No por cierto" dijo Elrond. "Tus propios ojos te han traicionado. Pero no hablo solamente de mi hija. Por ahora no te comprometerás con la hija de ningún otro. Pero en cuanto a Arwen la Bella, Señora de Imladris y de Lorien, Estrella de la Tarde de su pueblo, es de un linaje más alto que el tuyo, y ya ha vivido en el mundo tanto tiempo que para ella no eres más que un retoño del año, frente a un joven abedul de numerosos estíos. Está muy por encima de ti. Y así, creo, ha de parecerle a ella. Pero aun cuando no fuera así y el corazón de ella se inclinara hacia ti, de todas maneras me entristecería a causa del destino que pesa sobre nosotros."

»"¿Qué destino es éste?"

»"Mientras yo habite aquí, ella vivirá con la juventud de los Eldar" respondió Elrond, "pero cuando me llegue la hora de partir, ella me acompañará, si tal es su elección."

»"Veo" dijo Aragorn, "que he puesto los ojos en un tesoro no menos precioso que el de Thingol, que en un tiempo deseó Beren. Este es mi destino". Pero de pronto despertó en él el don de adivinación de los de su estirpe, y dijo: "¡Pero ved, Señor Elrond! Los años de vuestra morada en el mundo están concluyendo y a vuestros hijos pronto les tocará elegir entre separarse de vos y abandonar la Tierra Media."

»"Es verdad", dijo Elrond. "Pronto, según nuestras cuentas, aunque aún habrán de transcurrir muchos años de los hombres. Mas no habrá para Anwen, mi bienamada, otra elección posible, a menos que tú, Aragorn hijo de Arathorn, te interpongas entre nosotros y obligues a uno de los dos, a ti o a mí, a una separación amarga más allá del fin del mundo. Tú no sabes aún lo que deseas de mí." Suspiró, y luego de un silencio, miró al joven con ojos graves y añadió: "Los años traerán lo que habrán de traer. No volveremos a hablar de esto hasta que hayan transcurrido muchos. Los días se ensombrecen y muchos males se avecinan."

—Entonces Aragorn se despidió afectuosamente de Elrond; y al día siguiente dijo adiós a su madre, y a toda la casa de Elrond, y a Arwen, y partió a las tierras salvajes. Durante casi treinta años se consagró a la causa contra Sauron; y se convirtió en amigo de Gandalf el Sabio, y aprendió de él mucha sabiduría. Hizo con él numerosos viajes peligrosos, pero con el correr de los años a menudo partía solo. Las empresas que acometía eran largas y duras, y adquirió un aspecto un tanto hosco y severo, salvo las raras veces que sonreía; y aun así los hombres lo consideraban digno de honores, como un rey en el exilio, cuando no ocultaba su verdadero semblante. Porque viajaba adoptando las apariencias más diversas, y conquistó gloria y fama con nombres diferentes. Cabalgó con el ejército de los Rohirrim y combatió en mar y tierra por el Señor de Gondor; y entonces, a la hora de la victoria, se alejó de los Hombres de Gondor; y partió solo al este, y llegó a lo más profundo de las tierras del sur, explorando los corazones de los hombres, tanto malos como buenos, y desenmascarando las confabulaciones y estrategias de los siervos de Sauron.

»Así se convirtió en el más intrépido de los hombres vivientes, hábil en las artes y versado en las tradiciones, de ellos y más que todos ellos; porque tenía una sabiduría élfica, y en los ojos llevaba una luz que cuando se encendía pocos eran capaces de soportar. El rostro era triste y severo a causa del destino que pesaba sobre él, pero siempre conservaba viva una esperanza en el fondo del corazón, del que la alegría brotaba a veces como un manantial de una roca.

—Y aconteció que cuando Aragorn tenía cuarenta y nueve años de edad, retornó de los peligros en los oscuros confines de Mordor, donde ahora Sauron moraba otra vez consagrado al mal. Estaba muy fatigado y anhelaba volver a ses lejanos; y en camino llegó a las fronteras de Lorien, y fue admitido por la Dama Galadriel en la tierra escondida.

»El lo ignoraba, pero también Arwen Undómíel se encontraba allí, pasando otra vez una temporada con los parientes de su madre. Había cambiado muy poco, porque los años mortales no la habían tocado; pero tenía el semblante más grave, y rara vez se la oía reír. Pero Aragorn había alcanzado la plena madurez de cuerpo y de mente, y Galadriel le rogó que se despojara de las raídas ropas de caminante, y lo vistió de plata y de blanco, con un manto gris élfico, y una gema brillante en la frente. Entonces, superior a los hombres de todas las especies, parecía más semejante a un Señor de los Elfos de las Islas del Oeste. Y así fue como lo volvió a ver por primera vez Arwen después de la larga separación; y mientras avanzaba hacia ella bajo los árboles de Caras Galadon cargados de flores de oro, Arwen hizo su elección y su destino quedó sellado.

«Entonces, durante toda una estación, pasaron juntos por los claros de Lothlórien, hasta que llegó para él la hora de volver a partir. Y en la Noche de Pleno Verano, Aragorn hijo de Arathorn, y Arwen hija de Elrond fueron a la hermosa colina de Cerin Amroth, en el corazón del país, y caminaron descalzos sobre la hierba inmortal entre las elanor y las niphredil que florecían en torno. Y desde allí, desde lo alto de la colina miraron al este hacia la Sombra y al oeste hacia el Crepúsculo; y se juraron eterna fidelidad y fueron felices.

»Y Arwen dijo: "Oscura es la Sombra y sin embargo mi corazón se regocija; porque tú, Estel, estarás entre los grandes cuyo valor habrá de destruirla".

»Pero Aragorn respondió: "¡Ay!, no puedo preverlo, y cómo eso podría ocurrir es un misterio para mí. Pero con tu esperanza, esperaré. Y rechazo la Sombra para siempre. Pero tampoco, Dama, es para mí el Crepúsculo; porque soy mortal, y si tú, Estrella de la Tarde, te unes a mí, también tendrás que renunciar al Crepúsculo".

»Y ella quedó entonces inmóvil y silenciosa como un árbol blanco, con la mirada perdida en el oeste, y dijo al fin: "A ti me uniré, Dúnedan y me alejaré del Crepúsculo. Aunque aquella es la tierra de mi gente y la morada secular de todos los de mi raza." Arwen amaba entrañablemente a su padre.

— Cuando Elrond se enteró de la elección de su hija, guardó silencio, aunque tenía una congoja en el corazón, y el destino largamente temido no era fácil de soportar. Pero cuando Aragorn retornó a Rivendel lo llamó a su lado, y le dijo: «Hijo mío, vendrán años en los que toda esperanza se desvanecerá, y más allá nada es claro para mí. Y ahora una sombra ha asomado entre nosotros. Quizás así está escrito, que merced a mi pérdida pueda ser restaurado el reino de los hombres. Por lo tanto, aunque te amo, te digo a ti: Arwen Undómiel no desmedrará la gracia de su vida por una causa menor. No será la esposa de ningún hombre, a menos que éste sea al mismo tiempo el Rey de Gondor y de Arnor. A mí, aun la victoria no podrá traermé más que tristeza y separación... pero para ti, será una esperanza de felicidad por algún tiempo. ¡Ay, hijo mío! Temo que a Arwen el Destino de los Hombres pueda parecerle duro, al final.»

»Así quedaron las cosas entre Elrond y Aragorn, y no volvieron a hablar del tema; pero Aragorn partió una vez más a afrontar el peligro y la fatiga. Y mientras el mundo se ensombrecía, y el miedo se cernía sobre la Tierra Media, a medida que el poder de Sauron se acrecentaba, y que Baraddûr se erguía, más alta cada día y más poderosa, Arwen permaneció en Rivendel, y en ausencia de Aragorn velaba por él de lejos con el pensamiento; y en la larga pero esperanzada espera hizo para él un estandarte, un estandarte real, que nadie podría desplegar sino aquel que reivindicase el señorío de los Númenóreanos y la corona de Elendil.

»Al cabo de algunos años, Gilraen se despidió de Elrond y volvió a Eriador, con su propia gente; y allí vivía sola; y a su hijo, que pasaba largos años en países lejanos, rara vez lo veía. Pero una vez, cuando Aragorn regresó al norte y fue a verla, ella le dijo antes de despedirlo:

"Esta es nuestra última separación, Estel, hijo mío. Como a uno de los hombres comunes, también a mí me han envejecido las preocupaciones; y ahora que la veo acercarse, sé que no podré soportar la oscuridad de nuestro tiempo que se agolpa en la Tierra Media. Pronto habré de partir."

»Aragorn trató de confortarla, diciendo: "Todavía puede haber una luz más allá de las tinieblas; y si la hay, quisiera que la vieras y fueras feliz."

»Pero ella le respondió con este linnod:

"Onen iEstel Edain, üchelin estel anim", y Aragorn partió con el corazón oprimido. Gilraen murió antes de la primavera siguiente.

»Así fueron llegando los Años de la Guerra del Anillo, cuyos hechos se narran en otra parte: de cómo fueron revelados los medios imprevisibles para derrotar a Sauron, y de cómo se cumplió una esperanza más allá de toda esperanza. Y aconteció que en la hora de la derrota Aragorn llegó desde el mar y desplegó el estandarte de Arwen en la batalla de los Campos del Pelennor, y ese día fue por primera vez aclamado como Rey. Y por fin, cuando todo hubo terminado, entró en posesión de la herencia de los antepasados y recibió la corona de Gondor y el cetro de Arnor; y en el Día del Solsticio de Verano del año de la Caída de Sauron tomó la mano de Arwen Undómiel, y fueron desposados en la Ciudad de los Reyes.

»La Tercera Edad terminó así con victoria y esperanza; pero uno de los más tristes en medio de todos los dolores de aquella Edad fue la separación de Elrond y Arwen, porque era el Mar el que los separaba, y un destino más allá del fin del mundo. Cuando el Gran Anillo fue destruido, y los Tres quedaron despojados de todo poder, Elrond, cansado al fin, abandonó la Tierra Media para nunca más regresar. Pero Arwen había elegido ser una mujer mortal, y su destino no quiso sin embargo que muriese antes de haber perdido todo lo que había ganado.

»Como Reina de los Elfos y de los Hombres, vivió con Aragorn durante ciento veinte años de gloria y de ventura; pero al fin Aragorn sintió que se acercaba a la vejez, y supo que los días de aquella larga vida estaban terminando. Entonces le dijo a Arwen: "Al fin, Dama Estrella de la Tarde, la más hermosa de este mundo y la más amada, mi mundo empieza a desvanecerse. Y bien: hemos recogido y hemos gastado, y ahora se aproxima el momento de pagar."

»Arwen sabía muy bien lo que él pensaba hacer, pues lo había presentido hacía largo tiempo; y a pesar de todo, el dolor la abrumó:

1. Di Esperanza a los Dúnedain, y no he conservado ninguna para mí.

"¿Querías, entonces, mi señor, abandonar antes de tiempo a los tuyos que viven de tu palabra?", dijo.

»"No antes de mi tiempo", respondió él. "Si no parto ahora, pronto tendré que hacerlo por la fuerza. Y Eldarion nuestro hijo es un hombre ya maduro."

«Entonces, fue a la Casa de los Reyes en la Calle del Silencio, y se tendió en el largo lecho que le habían preparado. Allí le dijo adiós a Eldarion y le puso en las manos la corona alada de Gondor y el cetro de Arnor; y entonces todos se retiraron excepto Arwen, y allí se quedó junto al lecho de Aragorn. Y no obstante la gran sabiduría de su linaje, no pudo dejar de suplicarle que se quedara todavía por algún tiempo. Aún no estaba cansada de los días y ahora sentía el sabor amargo de la mortalidad que ella misma había elegido.

»"Dama Undómiel" dijo Aragorn, "dura es la hora sin duda, pero ya estaba señalada el día en que nos encontramos bajo los abedules blancos en el jardín de Elrond, donde ya nadie pasea. Y en la Colina de Cerin Amroth cuando tú y yo rechazamos la Sombra y renunciamos al Crepúsculo, aceptamos este destino. Reflexiona un momento, mi bienamada y pregúntate si en verdad preferirías que esperara a la muerte, y verme caer del trono achacoso y decrepito. Oh Dama, soy el último de los Númenóreanos y el último Rey de los Días Antiguos; y a mí me ha sido concedida no sólo una vida tres veces más larga que la de los hombres de la Tierra Media, sino también la gracia de abandonarla voluntariamente, y de restituir el don. Ahora, por lo tanto, me voy a dormir.

»"No te diré palabras de consuelo, porque para semejante dolor no hay consuelo dentro de los confines de este mundo; a ti te toca una última elección: arrepentirte y partir hacia los Puertos llevándote contigo hacia el oeste el recuerdo de los días que hemos vivido juntos, un recuerdo que allí será siempre verde, pero sólo un recuerdo; o de lo contrario esperar el Destino de los Hombres."

»"No, amado señor" dijo ella, "esa elección ya no existe desde hace largo tiempo. No hay más navios que puedan conducirme hasta allí, y tendré en verdad que esperar el Destino de los Hombres, lo quiera o no lo quiera. Pero una cosa he de decirte, Rey de los Númenóreanos: hasta ahora no había comprendido la historia de tu pueblo y la de su caída. Me burlaba de ellos, considerándolos tontos y malvados, mas ahora los compadezco al fin. Porque si en verdad éste es, como dicen los Eldar, el don que el Uno concede a los hombres, es en verdad un don amargo."

»"Así parece" dijo él. "Pero no nos dejemos abatir en la prueba final, nosotros que otrora renunciamos a la Sombra y al Anillo. Con tristeza hemos de separarnos, mas no con desesperación. ¡Mira! No estamos sujetos para siempre a los confines del mundo, y del otro lado hay algo más que recuerdos. ¡Adiós!"

»"¡Estel, Estel!" —exclamó Arwen, y mientras le tomaba la mano y se la besaba, Aragorn se quedó dormido. Y de pronto, se reveló en él una gran belleza, una belleza que todos los que más tarde fueron a verlo contemplaron maravillados, porque en él veían unidas la gracia de la juventud y el valor de la madurez, y la sabiduría y la majestad de la vejez. Y allí yació largo tiempo, una imagen del esplendor de los Reyes de los Hombres en la gloria radiante anterior al desgarramiento del mundo.

»Pero Arwen salió de la Casa y la luz se le había extinguido en los ojos, y a los suyos les pareció que se había vuelto fría y gris como un anochecer de invierno que llega sin una estrella. Entonces dijo adiós a Eldarion, y a sus hijas, y a todos aquellos a quienes había amado; y abandonó la Ciudad de Minas Tirith y se encaminó al país de Lorien, y allí vivió sola bajo los árboles que amarilleaban hasta que llegó el invierno. Galadriel había desaparecido y también Celeborn había partido, y el país estaba silencioso.

»Y allí por fin, cuando caían las hojas de mallorn pero no había llegado aún la primavera, se acostó a descansar en lo alto de Cerin Amroth; y allí estará la tumba verde, hasta que el mundo cambie, y los días de la vida de Arwen se hayan borrado para siempre de la memoria de los hombres que vendrán luego, y la elanor y la niphredil no florezcan más al este del Mar.

»Aquí termina esta historia, tal como ha llegado a nosotros desde el sur; y después de la desaparición de Estrella de la Tarde nada más se dice en este libro acerca de los días antiguos.

FIN

CUENTOS INCONCLUSOS

J. R. R. TOLKIEN

I
LA PRIMERA EDAD

II
LA SEGUNDA EDAD

III
LA TERCERA EDAD

IV
LOS DÚNEDAIN, LOS ISTARI
Y LOS PALANTIRI

Título original
Unfinished Tales
1. The First Age

Primera edición: 1980

NOTA

La suma variedad de la incidencia de los comentarios hizo necesario que la mano del autor se distinguiera de la del editor de modo diferente en diferentes partes de este libro. El autor aparece en tipo grande a lo largo de todo el texto original; y en la Introducción y en el Apéndice, sangrado al margen.

INTRODUCCIÓN

Los problemas con que se enfrenta quien tiene la responsabilidad de los escritos de un autor fallecido son difíciles de resolver. Puede que en esta situación, algunas personas decidan que no se publique ninguna clase de material, excepto la obra que esté virtualmente acabada a la muerte del autor. En el caso de los trabajos inéditos de J. R. R. Tolkien quizá ésta parezca a primera vista la medida más adecuada; puesto que él mismo, muy riguroso y exigente con su propia obra, ni siquiera hubiera soñado en permitir la publicación de estas narraciones —aun las más acabadas— sin que pasaran antes por un largo proceso de reelaboración.

Por otra parte, me parece que la naturaleza y el alcance de su capacidad inventiva ponen a sus historias, aun las abandonadas, en una posición peculiar. Que *El Silmarillion* no llegara a conocerse es para mí impensable, a pesar de su estado desordenado, y de las conocidas aunque irrealizadas intenciones de transformarlo que tenía mi padre; y en este caso, después de mucho vacilar, me atreví a presentar la obra no en la forma de un estudio histórico, un complejo de textos divergentes eslabonados por comentarios, sino como un cuerpo completo y coherente. Las narraciones comprendidas en este libro, en verdad, pisan un terreno del todo distinto: tomadas en conjunto, no constituyen un todo, y el libro no es nada más que una colección de escritos dispares en forma, intención, acabamiento, y fecha de composición (y también, en el tratamiento que les di), referidos a Númenor y la Tierra Media. Pero el argumento en defensa de su publicación no es por naturaleza distinto, aunque sí de menor fuerza, del que sostuve para justificar la publicación de *El Silmarillion*. Las que nunca hubieran renunciado voluntariamente a ciertas imágenes: Melkor con Ungoliant, cuando juntos contemplan desde la cima de Hyarmentir «los campos y pastos de Yavanna, Oro bajo los altos trigales de los dioses»: las sombras que arroja el ejército de Fingolfin al salir por primera vez la luna en el occidente: Beren, que atisba camuflado en Un lobo bajo el trono de Morgoth; o la luz del Silmaril súbitamente revelada en la oscuridad del Bosque de Neldoreth, comprobarán, según creo, que las imperfecciones de la rima de estos cuentos quedan con mucho compensadas por la voz de Gandalf (que se oye aquí por última vez) cuando se burla del altivo Saruman en la reunión del Concilio Blanco en el año 285 L, o cuando cuenta en Minas Tirith, después de terminada la Guerra del Anillo, como llegó a llevar a los Enanos a la celebrada fiesta de Bolsón Cerrado: por la aparición de Ulmo, Señor de las Aguas, al levantarse del mar en Vinyamar; o por la de Mablung de Doriath escondido «como un ratón de campo» bajo las ruinas del puente en Nargothrond; o por la muerte de Isildur cuando sale luchando del lodo del Anduin.

Muchas de las piezas que componen esta colección son desarrollos de temas contados más brevemente, o al menos mencionados en otros sitios; y hay que decir sin más demora que muchos lectores de *El Señor de los Anillos* no encontraría satisfactoria gran parte de este libro, pues consideraría que la estructura histórica de la Tierra Media es un comienzo y no un fin, el modo de la narración y no su objetivo, y tendrán escasos deseos de seguir más adelante la exploración por sí misma; no querrán conocer cómo se organizaron los jinetes de la Marca de Rohan, y de buen grado dejarían en paz a los Hombres Salvajes del Bosque de Drúadan. Mi padre, por cierto, no los consideraría equivocados. Dijo en una carta escrita en marzo de 1955, antes de la publicación del tercer volumen de *El Señor de los Anillos*:

¡Ojalá *no* hubiera prometido que seguirían *unos* apéndices! Pues creo que su aparición en forma truncada y comprimida no satisfará a nadie: por cierto, no a mí; es evidente por las cartas que recibo (en cantidad abrumadora), que tampoco satisfará a la gente que gusta de esas cosas —sorprendentemente abundante—; mientras que quienes disfrutan del libro como «historia heroica» solamente, y encuentran en las «perspectivas inexplicadas» parte del efecto literario, con razón no harán caso de los apéndices.

Ya no estoy tan seguro ahora de que la tendencia a tratar toda la obra como una especie de vasto juego sea en verdad acertada; por cierto no para mí, pues esas cosas me resultan fatalmente atractivas. Que tantos clamen por mera «información» o «conocimientos» es quizá un tributo al curioso efecto que tiene una historia fundada en una muy minuciosa elaboración de su geografía, su cronología y su lengua.

En una carta del año siguiente escribió:

mientras que muchos como usted solicitan mapas, otros desean indicaciones geológicas más que la situación de los lugares; muchos quieren gramáticas, fonologías y especímenes élficos; algunos métricas y prosodias ... Los músicos quieren melodías y notaciones musicales; los arqueólogos, cerámicas y metalurgia; los botánicos una más precisa descripción de los *mallorn*, *Elanor*, *nipkredil*, *aljírín*, *mallos* y *sybelmynë*; los historiadores desean más detalles acerca de la estructura social y política de Gondor; los curiosos quieren información sobre los Aurigas, los Harad, los orígenes de los Enanos, los Hombres Muertos, los Beórnicas y los dos magos desaparecidos (de los cinco mencionados).

Pero sea cual fuere el punto de vista que se adopte sobre esta cuestión, algunos, como yo encontrarán un mayor valor que la mera revelación de detalles curiosos en el hecho de saber que Vëantur el Númenoriano llevó su barca Entulesse, «El Regreso», a los Puertos Grises ayudado por los vientos de la primavera del sexcentésimo año de la Segunda Edad; que la tumba de Elendil el de la Alta Talla fue erigida por Isildur su hijo en la cima de la colina del fanal de Halifirien; que el jinete Negro que vieron los hobbits en la neblinosa oscuridad de la ladera lejana de Bucklebury era Khamfil, el jefe de los Espectros de los Anillos de Dol Guldur, o aun que la infancia de Tarannon, décimo Rey de Gondor, que no tuvo hijos (hecho registrado en un apéndice de *El Señor de los Anillos*), tenía relación con los gatos, hasta ahora enteramente misteriosos, de la Reina Berúthiel.

La construcción del libro ha sido difícil, y el resultado obtenido, algo complejo. Las narraciones son todas «inconclusas», pero en distintos grados, y en distintos sentidos de la palabra; por tanto, han exigido un tratamiento diferente; más adelante diré algo sobre cada una de ellas, y aquí sólo llamaré la atención sobre algunos rasgos generales.

El más importante es la cuestión de la «coherencia»: el mejor ejemplo es el texto titulado «La historia de Galadriel y Celeborn». Se trata de un «Cuento inconcluso» en un sentido amplio: no una narración que se interrumpa bruscamente como «De Tuor y su llegada a Gondolin», ni una serie de fragmentos como «Ciryon y Eorb», sino una hebra primaria de la historia de la Tierra Media que nunca fue definida con claridad, y que nunca tuvo forma escrita definitiva. La inclusión de las narraciones y esbozos de narraciones inéditas, por tanto, implica la aceptación de la historia no como realidad fija, con existencia independiente que el autor comunica (en el «papel» de traductor y redactor), sino como concepción imaginaria en desarrollo y que cambiaba en su mente. Desde el momento en que el autor dejó de publicar él mismo sus obras, después de someterlas a una minuciosa crítica y a un juicio comparativo, el más avanzado conocimiento de la Tierra Media que pueda encontrarse en sus escritos inéditos entra a menudo en conflicto con lo que ya «se sabe»; y los nuevos elementos incorporados al indicio existente contribuyen menos a la historia del mundo inventado que a la historia de su invención. En este libro he aceptado desde el principio que por fuerza ha de ser así; y salvo en relación con detalles menores, tales como cambios de nomenclatura (que hubieran creado una confusión desproporcionada, o la necesidad de una dilucidación desproporcionada) no he cambiado nada para que fuera coherente con la obra ya publicada, y en cambio he llamado la atención en todo momento sobre conflictos y variaciones. Por tanto, en esto, *Cuentos inconclusos* es esencialmente diferente de *El Silmarillion*, en el que un objetivo primordial, pero no exclusivo, era lograr cierta cohesión, tanto interna como externa; y, salvo en determinados pocos casos, he tratado en verdad la forma publicada de *El Silmarillion* como un punto de referencia fijo, al igual que los escritos que mi mismo padre publicó, sin tener en cuenta las innumerables decisiones «inautorizadas» que hube de adoptar entre las variantes y versiones rivales.

El contenido del libro es enteramente narrativo (o descriptivo): he excluido todos los escritos acerca de la Tierra Media o Aman de naturaleza primordialmente filosófica o especulativa, y, donde se abordan tales materias, no las he continuado. Di al texto una estructura sencilla, mediante una división en Partes, que corresponden a las primaras Tres Edades del Mundo; hubo inevitablemente algunas superposiciones, como en el caso de la leyenda de Amroth que figura en «La historia de Galadriel y Celeborn».

La cuarta parte es un apéndice, y quizá exija cierta justificación en un libro llamado «Cuentos inconclusos», pues los textos que contiene son ensayos de tipo general, discursivos, con muy pocos elementos narrativos o aun con ninguno. La sección de los Drúedain debió por cierto su inclusión original a la historia de «La piedra kupel», de la que es parte; y esta sección me llevó a incorporar las

referencias a los Istari y los Palantíri, pues éstas (especialmente las primeras) son asuntos por los que mucha gente manifestó curiosidad, y este libro pareció un lugar conveniente para exponer todo lo que queda por decir.

Puede que las notas resulten en algunas partes excesivamente densas, pero se verá que en los casos extremos (como en «El desastre de los Campos Glaudos») se deben menos al editor que al autor, que en sus obras tardías tendía a componer de este modo, llevando varios temas al mismo tiempo mediante notas entrelazadas. En todo momento he intentado poner en claro qué es lo que pertenece al editor y qué no. Y a causa de esta abundancia de material original, en las notas y los apéndices, me pareció mejor no restringir las referencias a las páginas del índice, sino cubrir con ellas el libro entero excepto la Introducción.

He supuesto en todo momento por parte del lector una familiaridad suficiente con la obra publicada de mi padre (más específicamente con *El Señor de los Anillos*), pues de lo contrario se habrían agrandado en exceso las aclaraciones adicionales, que para algunos ya serán más que suficientes. No obstante, he incluido cortas notas definatorias en casi todos los artículos más importantes del índice, con la esperanza de ahorrarle al lector la consulta constante de otros materiales. Si he dado alguna explicación inadecuada o he sido involuntariamente oscuro, la *Complete Guide to Middle-earth* (*Guía completa de la Tierra Media*) del señor Robert Foster constituye, como pude comprobarlo mediante una frecuente consulta, una admirable obra de referencia.

Sigue a continuación un conjunto de notas primordialmente bibliógrafas sobre los diversos textos.

PRIMERA PARTE

I

De Tuor y su llegada a Gondolin

Mi padre dijo más de una vez que «La caída de Gondolin» era el primero de los cuentos de la Primera Edad, que había compuesto, y no hay pruebas de que no sea así. En una carta de 1964 declaró que lo estuve escribiendo «en mi cabeza» durante una licencia por enfermedad que le permitió dejar el ejército en 1917, y en otras oportunidades dio como fechas 1916 o 1916-7. En una carta que me dirigió en 1944 decía: «Empecé por primera vez a escribir *El Silmarillion* en barracas militares atestadas, llenas de un ruido de gramófonos»; y en verdad algunos versos en los que aparecen los Siete Nombres de Gondolin están garrapateados en el dorso de un pedazo de papel en que se enumera «la cadena de responsabilidades en un batallón». El primer manuscrito existe todavía, y cubre dos pequeños cuadernos de ejercicios escolares; estaba escrito rápidamente con lápiz, y luego reescrito y anotado en parte con tinta. De este texto, mi madre, quizá en 1917, sacó una copia bastante limpia; pero ésta a su vez fue abundantemente corregida en una fecha que me es imposible determinar, pero que puede situarse en 1919-20, cuando mi padre estaba en Oxford, donde participaba en la composición del Diccionario, por entonces inconcluso. En la primavera de 1920, fue invitado a leer una disertación en el Club de Ensayos de su escuela (Exeter), y allí leyó «La caída de Gondolin». Las notas de lo que intentaba decir a modo de introducción a su «ensayo» subsisten todavía. En éstas se disculpaba por no haber podido redactar un artículo crítico, y continuaba: «Por tanto, debo leer algo ya escrito y, movido por la desesperación, he recurrido a este cuento. Por supuesto, nunca había visto antes la luz ... Desde hace algún tiempo un ciclo completo de acontecimientos desarrollados en una tierra fenezca de mi propia fantasía viene gestándose (o más bien construyéndose) en mi mente. Algunos de los episodios han sido apuntados ... Este cuento no es el mejor de ellos, pero es el único hasta ahora que ha sido revisado y todo eso; aunque la revisión no ha sido acabada, me atrevo a leerlo en voz alta».

El cuento de Tuor y los Exiliados de Gondolin (como se titulaba «La caída de Gondolin» en los primeros manuscritos) permaneció inalterado durante muchos años, aunque mi padre, en algún momento, probablemente entre 1926 y 1930, escribió una breve versión resumida de la historia para incorporarla a *El Silmarillion* (título que, entre paréntesis, apareció por primera vez en la carta enviada a *The Observer* el 20 de febrero de 1938); y esta versión se cambió luego de acuerdo con otras alteraciones introducidas en otras partes del libro. Mucho más tarde empezó a trabajar en un relato enteramente modificado, titulado «De Tuor y la caída de Gondolin». Es muy probable que fuera escrito en 1951, cuando *El Señor de los Anillos* estaba terminado, pero la publicación era todavía dudosa. Con profundo cambio de estilo y atmósfera, aunque reteniendo gran parte de la historia escrita en su juventud, «De Tuor y la caída de Gondolin» habría contado con todo detalle la leyenda que constituye el breve capítulo 23 de *El Silmarillion*; pero desdichadamente no avanzo más allá de la llegada de Tuor y Voronwë al último portal y la visión de Gondolin en la lejanía, más allá de la llanura de Tumladen. No se sabe por qué abandonó esta narración.

Éste es el *texto* que se ofrece aquí. Para evitar confusiones lo he retitulado «De Tuor y su llegada a Gondolin», pues nada dice de la caída de la ciudad. Como siempre ocurre con los escritos de mi padre, hay varias lecturas posibles, y en una breve parte (el pasaje en que Tuor y Voronwë se acercan al río Sirion y lo cruzan) varias versiones excluyentes; por tanto, fue necesario cierto trabajo menor de redacción.

Así, pues, es notable el hecho de que la única narración completa escrita nunca por mi padre acerca de la estadía de Tuor en Gondolin, su unión con Idril Celebrindal, el nacimiento de Eärendil, la traición de Maeglin, el saqueo de la ciudad y la huida de los fugitivos —historia que era un elemento

fundamental en su concepción de la Primera Edad— fue esta narración juvenil. No cabe duda, sin embargo, que la narración (realmente notable) no se presta a ser incluida en este libro. Está escrita en el estilo extremadamente arcaico que mi padre empleaba en ese tiempo, e inevitablemente incorpora concepciones incompatibles con el mundo de *El Señor de los Anillos* y la versión publicada de *El Silmarillion*. Pertenece a la fase más temprana de la mitología «El Libro de los Cuentos Perdidos», una obra sustancial y de sumo interés para quienes se preocupen por los orígenes de la Tierra Media, pero que en todo caso requiere un largo y complejo trabajo preliminar.

II

La Historia de los Hijos de Húrin

El desarrollo de la leyenda de Túrin Turambar es en ciertos aspectos el más enmarañado complejo de elementos narrativos en la historia de la Primera Edad. Como el cuento de Tuor y la caída de Gondolin, retrocede a los comienzos de la Primera Edad, y sobrevive en una temprana narración en prosa (uno de los «Cuentos perdidos») y en un largo poema inconcluso escrito en versos aliterados. Pero mientras la posterior «versión larga de «Tuor» nunca progresó demasiado, mi padre dio a la «versión larga» de Túrin una mayor extensión, y la llevó casi a término. Bautizo ésta por título «Narn i Hîn Húrin»; y es la narración que se ofrece en el presente libro.

Hay sin embargo grandes diferencias en el curso de la larga Narn, y la forma no es siempre definitiva. En la última parte (desde «La Vuelta de Túrin a Dor-lómin» hasta «La Muerte de Túrin») sólo se ha introducido alguna alteración marginal; mientras que la primera (hasta el final de la estadía de Túrin en Doriath) exigió abundantes revisiones y eliminaciones, y en algunos lugares, un cierto trabajo de condensación, pues los textos originales eran fragmentarios y discontinuos. Pero la parte central de la narración (Túrin entre los proscritos, Mím el Enano Pequeño, la tierra de Dor-Cúarthol, la muerte de Beleg en manos de Túrin y la vida de Túrin en Nargothrond) planteó un problema de redacción mucho más difícil. La «Narn» se encuentra aquí en su estado menos acabado, y en ciertos pasajes es sólo un esbozo de posibles desarrollos. Mi padre estaba todavía elaborando esta parte cuando decidió abandonar el relato, y no escribiría la versión más breve para *El Silmarillion* hasta que la «Narn» estuvo más desarrollada. En la preparación del texto de *El Silmarillion*, tuve necesariamente que recurrir a este mismo material, cuyas variaciones e interrelaciones son de una complejidad extraordinaria.

Para la primera parte de esta sección central, hasta el comienzo de la estadía de Túrin en la morada de Mím en Amon Rûdh, he compuesto una narración, en la misma escala que otras partes de la Narn, a partir de los materiales existentes (con una laguna, véase nota 12); pero desde ese punto en adelante (véase página 286), hasta la llegada de Túrin a Ivrin después de la caída de Nargothrond, no me pareció conveniente intentar lo mismo. Las lagunas de la «Narn» son aquí extremadamente grandes, y sólo podían llenarse con el texto publicado de *El Silmarillion*; pero en un Apéndice, cité fragmentos aislados de esta parte de la proyectada ampliación.

En la tercera parte de la «Narn» (que empieza con La Vuelta de Túrin a Dor-lómin) una comparación con *El Silmarillion* descubre muchas estrechas correspondencias y aun idéntica redacción; mientras que en la primera parte hay dos extensos pasajes que he excluido del presente texto (véanse nota 1 y nota 2), pues son variantes muy parecidas de pasajes que aparecen en otro sitio, y se incluyen en la versión publicada de *El Silmarillion*. Esta sobreposición e interrelación entre una y otra obra puede explicarse de distintos modos, desde distintos puntos de vista. Mi padre se complacía en retomar un relato y contarlo en una escala diferente, pero algunos textos no exigían un tratamiento más extenso, pues eran partes de una versión más amplia, y no era necesario volver a escribirlos. Además, cuando todo era todavía fluido, y nada se sabía aún de la organización definitiva de las distintas narraciones, el mismo pasaje podía situarse experimentalmente en cualquiera de ellas. Pero en un diferente nivel puede haber otra explicación. Leyendas como la de Túrin Turambar habían tenido forma poética mucho tiempo atrás —en este caso la «Narn i Hîn Húrin» del poeta Dírhavel—, y las que después fueron historias condensadas de los Días Antiguos (como en *El Silmarillion*) preservaron intactas frases o aun pasajes enteros (especialmente en momentos de extrema retórica, como cuando Túrin le habla a su espada antes de morir).

SEGUNDA PARTE

I

Descripción de la Isla de Númenor

Aunque descriptivos más que narrativos, he incluido aquí algunos pasajes sobre Númenor, sobre todo en lo que concierne a la naturaleza física de la Isla, pues clarifica y naturalmente ilustra la historia de Aldarion y Erendis. Este texto existía sin duda en 1965, y fue probablemente escrito poco antes de esa fecha.

He rehecho el mapa a partir de un pequeño y rápido esbozo de mi padre, pues, según parece, es el único que él hizo de Númenor. Sólo los nombres y los accidentes presentes en el original se han incorporado en el nuevo mapa. Además, el original muestra otro puerto en la Bahía de Andúnië, no muy lejos hacia el oeste de la misma Andúnië; el nombre no es fácil de leer, pero casi con toda certeza dice *Almaida*. No tengo conocimiento de que aparezca en otra parte.

II

Aldarion y Erendis

Esta historia es la que se halla menos desarrollada de toda esta colección, y en algunos sitios ha exigido trabajos de redacción tan abundantes, que dudé de la conveniencia de incluirla. No obstante, su gran interés por ser la única historia (fuera de registros y anales) que sobrevivió de las largas edades de Númenor, antes del episodio de su caída (el *Akallabêth*) y como historia única por su contenido entre los escritos de mi padre, me persuadió de que no sería acertado omitirla en esta colección de *Cuentos inconclusos*.

Para apreciar la necesidad de tales trabajos de redacción, hay que explicar que mi padre recurría abundantemente en la composición de sus relatos a «esbozos de argumentos», concediendo escrupulosa atención a la cronología, de modo que dichos esbozos tienen en parte apariencia de anales incluidos en una crónica. En el presente caso hay nada menos que cinco de estos esquemas, que varían constantemente en cuanto a su relativo desarrollo en diferentes momentos, y que con no poca frecuencia se contradicen en general y en los detalles. Pero estos esquemas tendían siempre a convertirse en pura narración, especialmente mediante la introducción de breves pasajes en discurso directo; y en el quinto y último de estos esquemas para la historia de Aldarion y Erendis, el de elemento narrativo es tan pronunciado que el texto alcanza unas sesenta páginas manuscritas.

Este alejamiento del estilo analítico *staccato* en tiempo presente, que luego se transformaba en una escritura auténticamente narrativa, era sin embargo muy gradual a medida que la escritura del esbozo avanzaba; y en la primera parte de la historia he reescrito mucho en el intento de conseguir cierta homogeneidad estilística a lo largo de toda la narración. Esta reescritura es exclusivamente una cuestión de redacción y nunca altera significados ni introduce elementos inauténticos.

El último «esquema», el texto que principalmente se ha seguido, se titulaba *La Sombra de la Sombra: el Cuento de la Esposa del Marinero; y el Cuento de la Reina Pastora*. El manuscrito acaba abruptamente, y no explica con seguridad por qué mi padre lo abandonó. Una copia dactilografiada de enero de 1965 se interrumpe en el mismo punto. Hay también dos páginas dactilografiadas que son quizá los materiales más tardíos del relato. Se trata evidentemente del principio de lo que iba a ser la versión definitiva de la historia, y se reproduce en el segundo volumen de esta obra (donde los esbozos del argumento se muestran menos explícitos). Se titulaba *Indis i Kiryamo «La Esposa del Marinero»: un cuento de la antigua Númenórë en que se escuchan por primera vez rumores de la*

Sombra.

Al final de esta narración (*Cuentos inconclusos 11. La Segunda Edad*) he dado los escasos datos accesibles sobre el desarrollo posterior de esta historia.

III

La línea de Elros: Reyes de Númenor

Aunque es en su forma un mero registro dinástico, lo he incluido porque constituye un importante documento para la historia de la Segunda Edad, y porque gran parte de los materiales que conciernen a esa Edad aparecen de alguna manera en los textos y comentarios de este libro. Es un magnífico manuscrito, en el que las fechas de los Reyes y las Reinas de Númenor y de sus reinados han sido abundante y a veces oscuramente corregidos; he procurado dar la última redacción. El texto introduce varios acertijos cronológicos menores, pero también permite la clarificación de algunos errores que aparecen en los *Apéndices* de *El Señor de los Anillos*.

El cuadro genealógico de las primeras generaciones de la Línea de Elros ha sido tomada de varios cuadros estrechamente relacionados, que cubren el período de la formulación de las leyes de sucesión en Númenor (*Cuentos inconclusos 11*). Hay algunas variantes en nombres menores: así, *Vardilmë* aparece también como *Vardilyë*, y *Yáoiën* como *Yáoië*. Creo que las formas que doy en el cuadro I son posteriores.

IV

La historia de Galadriel y Celeborn

Esta sección del libro difiere de las demás (salvo las de la Cuarta Parte) en que no hay un texto único, sino más bien un ensayo al que se incorporan algunas citas. La naturaleza del material obligó a este tratamiento; como el curso del ensayo lo pone en claro, una historia de Galadriel solo puede ser la historia de las concepciones cambiantes de mi padre, y la naturaleza «inconclusa» del cuento no es en este caso sino la de un escrito particular. Me he limitado a la presentación de escritos inéditos sobre el tema, y me he abstenido de toda exposición acerca de las cuestiones más amplias implicadas en el desarrollo; pues ello habría obligado a reconsiderar toda la relación entre los Valar y los Elfos, después de la decisión inicial (descrita en *El Silmarillion*) de llamar a los Eldar a Valinor y otros numerosos asuntos. Sobre los que mi padre escribió muchas cosas que no se incluyen en este libro.

La leyenda de Galadriel y Celeborn está tan entrelazada con otras leyendas e historias —la de Lothlórien y los Elfos Silvanos, la de Amroth y Nimrodel, la de Celebrimbor y la creación de los Anillos del Poder, la de la guerra contra Sauron y la intervención númenóreana— que no puede tratarse aisladamente, de modo que esta sección del libro, junto con sus cinco apéndices, reúne virtualmente todo el material inédito de la historia de la Segunda Edad en la Tierra Media (y la exposición en ciertos pasajes se extiende inevitablemente hasta la Tercera). Se dice en el computo de los años que aparece en el Apéndice B de *El Señor de los Anillos*: «Estos fueron los años oscuros para los Hombres de la Tierra Media, y los días de gloria de Númenor. Los registros de lo acaecido en la Tierra Media son escasos y breves, y su fecha es a menudo incierta». Pero aun lo que sobrevivió de los «años oscuros» fue modificándose, a medida que se desarrollaban y cambiaban las concepciones de mi padre; y no he hecho esfuerzo alguno por evitar incoherencias; al contrario, las he señalado y he llamado la atención sobre ellas.

No es siempre necesario en verdad en el caso de las versiones tratar de establecer siempre cuál fue la original; y mi padre como «autor» o «inventor» no siempre se distingue, en este dominio, del «cronista» de antiguas tradiciones, perpetuadas en distintas formas, en distintos pueblos, a lo largo de los años (cuando Frodo encontró a Galadriel en Lórien, habían transcurrido más de seis siglos desde que ella había ido hacia el este por sobre las Montañas Azules, abandonando las ruinas de Beleriand). «De esto se dicen dos cosas, aunque cuál sea la verdadera sólo lo saben los Sabios que ya han

partido.»

Durante sus últimos años mi padre se ocupó a menudo de la etimología de los nombres de la Tierra Media. Estos ensayos, de carácter discursivo, incorporan no pocas leyendas e historias; pero como se subordinaban al propósito filológico fundamental, y se las mencionaba como de paso, fue necesario extractarlas. Esa es la razón por la cual esta parte del libro está compuesta en gran medida por citas cortas, y el Apéndice incluye materiales de la misma especie.

TERCERA PARTE

I

El desastre de los Campos Glaudos

Ésta es una narración «tardía», lo que sólo significa que en ausencia de indicios claros, pertenece al último período en que mi padre escribió sobre la Tierra Media, al igual que «Cirion y Eorl», «Las Batallas de los Vados de Isen», «los Drúedain» y los ensayos filológicos cuyos extractos forman «La historia de Galadriel y Celeborn», y no al tiempo de la publicación de *El Señor de los Anillos* y los años que la siguieron. Hay dos versiones: una dactilografiada muy corregida de la totalidad (obviamente la primera etapa de la composición) y otra bien dactilografiada que incorpora numerosos cambios y se interrumpe en el punto en que Elendur insta a Isildur a huir. Aquí la mano correctora tuvo poco que hacer.

II

Cirion y Eorl y la amistad de Gondor y Rohan

Considero que estos fragmentos pertenecen al mismo período que «El desastre de los Campos Glaudos», cuando mi padre estaba sumamente interesado en la historia temprana de Gondor y Rohan; estaban destinados sin duda a constituir una historia sustancial, que desarrollaría en detalle las crónicas sumarias que se ofrecen en el apéndice A de *El Señor de los Anillos*. El material pertenece a una primera etapa de la composición, muy desordenada, plagada de variantes, interrumpida por anotaciones en parte ilegibles.

III

La búsqueda de Erebor

En una carta escrita en 1964 mi padre decía:

Hay, por supuesto, muchos eslabones entre *El hobbit* y *El Señor de los Anillos* que no están bien puestos en claro. Fueron escritos o esbozados, pero eliminados luego para aligerar la carga del bote: tales como los viajes de exploración de Gandalf y sus relaciones con Aragorn y Gondor; todos los movimientos de Gollum hasta que se refugió en Moria, etcétera. Escribí en realidad una crónica cabal de lo que verdaderamente sucedió antes de la visita de Gandalf a Bilbo y la subsiguiente «Fiesta Inesperada» tal como el mismo Gandalf la vio. Hubiera tenido que aparecer durante una conversación retrospectiva mantenida en Minas Tirith; pero hubo que eliminarla, y sólo aparece en forma abreviada en el Apéndice A, aunque allí no se citan las dificultades que Gandalf tuvo con Thorin.

El relato de Gandalf es el que aparece en el volumen tercero de esta obra. La compleja situación textual se describe en el apéndice, donde incorporo sustanciales extractos de una versión anterior.

IV

La búsqueda del Anillo

Hay abundante material escrito en relación con los acontecimientos del año 3018 de la Tercera Edad, acontecimientos que se citan en otras partes, como el cómputo de los años y los informes de Gandalf y otros en el Concilio de Elrond; y estos escritos son sin duda los «esbozados» a que se refiere la carta. Les he dado el título de «La búsqueda del Anillo». Los manuscritos mismos, en grande aunque no excepcional confusión, son descritos en «La Tercera Edad». Pero cabe mencionar aquí la cuestión de la fecha (pues creo que todos pertenecen al mismo período, incluyendo «sobre Gandalf, Saruman y la Comarca», presentados como la tercera parte de esta sección). Fueron escritos después de la publicación de *El Señor de los Anillos*, pues hay referencias a la paginación del texto impreso; como difieren en la fecha que se da a ciertos acontecimientos en el cómputo de los años del Apéndice B. Es obvio que se escribieron después de la publicación del primer volumen, pero antes de la del tercero, que contenía los apéndices.

V

La bata/a de los Vados de Isen

Esta, junto con la crónica de la organización militar de los Rohirrim y la historia de Isengard que se da en el apéndice del texto, corresponde al mismo grupo de escritos posteriores, estrictamente históricos. No presenta ningún problema de orden textual, y sólo está inconclusa en el sentido más directo del término.

CUARTA PARTE

I

Los Drúedain

Hacia el final de su vida, mi padre reveló muchas más cosas acerca de los Hombres Salvajes del Bosque Drúadan y las estatuas de los Hombres Púkel en el camino a Dunharrow. La narración que se ofrece aquí, en la que aparecen Los Drúedain, que vivían en Beleriand durante la Primera Edad, y que contiene la historia de «La piedra Púkel», fue extraída de un largo ensayo discursivo e inconcluso que se reúne sobre todo a las interrelaciones de las lenguas de la Tierra Media. Como se verá, los Drúedain se remontarían a la historia de Edades más tempranas; pero no hay huella de esto en la versión publicada de *El Silmarillion*.

II

Los Istari

Después de decidida la publicación de *El Señor de los Anillos*, se propuso que hubiera un índice al final del tercer volumen, y parece que mi padre empezó a trabajar en él en el verano de 1954, cuando los dos primeros volúmenes estaban en prensa. Escribió sobre el asunto en una carta de 1956: «Se había previsto un índice de nombres cuya interpretación etimológica proporcionaría un amplio

vocabulario élfico ... Trabajé en él durante meses e hice un índice de los dos primeros volúmenes {ésta fue la causa principal del retraso del volumen III hasta que fue evidente que el tamaño y el costo serían ruinosos».

Por tanto, no hubo índice para *El Señor de los Anillos* hasta la segunda edición de 1966, pero el borrador original que mi padre había sido preservado. De él extraje el plan para el índice de *El Silmarillion*, con traducción de los nombres y breves notas explicativas, y también, tanto en *El Silmarillion* como en el índice de este libro, ciertas traducciones, y la redacción de «definiciones». De él proviene también el «ensayo sobre los Istari» con que se abre esta sección del libro: una nota que por su longitud escapa a las características del índice original, pero que no es ajena a la manera en que a menudo trabajaba mi padre.

Para otras citas en esta sección, he dado en el texto mismo las indicaciones de fecha disponibles.

III

Los Palantiri

Para la segunda edición de *El Señor de los Anillos* (1966) mi padre hizo correcciones sustanciales a un pasaje de *Las Dos Torres*, 111, ii que concierne a «El Palantir» y algunas otras en el mismo sentido en *El Retorno del Rey*, V, 7, «La Pira de Denethor», aunque estas correcciones no se incorporaron al libro hasta la segunda impresión de la edición revisada (1967). Esta sección del presente libro se basa en los escritos sobre los *Palantiri* asociados con esta revisión; no hice más que montarlos en un único texto.

El mapa de la Tierra Media

Mi primera intención fue incluir en este libro el mapa que acompaña a *El Señor de los Anillos*, añadiendo algunos nombres; pero después de reflexionar me pareció mejor copiar el mapa original, y tener así la oportunidad de poner remedio a algunos defectos menores (poner remedio a los mayores estaba fuera de mi alcance). Por tanto, lo he vuelto a dibujar con bastante exactitud, en una escala reducida una vez más a la mitad (es decir, el nuevo mapa es una vez más una reducción a la mitad del primer mapa publicado). La superficie cubierta es más pequeña, pero los únicos puntos que se pierden son los Puertos de Umbar y el Cabo de Forochel.* Esto permitió un tipo de letra diferente y más grande, con lo que se gana mucho en claridad.

Se incluyen en él los nombres geográficos más importantes que se mencionan en este libro, pero no en *El Señor de los Anillos*, tales como *Lond Daer*, *Drúwaith Iaur*, *Edhellond*, *las Curvas* y *Grislin*; y unos pocos más que podría no tendrían que haber estado en el mapa original, tales como los ríos *Harnen* y *Carnen*, *Annúminas*, *Folde Este*, *Folde Oeste* y las *Montañas de Angmar*. La inclusión errónea de *Rhudaur* sólo se ha corregido mediante la adición de *Cardolan* y *Arthedain*, y he puesto la pequeña isla de *Himling* cerca de la lejana costa noroccidental, que aparece en un boceto trazado por mi padre, y en mi propio primer borrador. *Himling* fue la primera forma de *Himring*.

*Poca duda cabe de que el agua señalada en mi mapa original como «La Bahía Helada de Forochel», era en realidad sólo una pequeña parte de la Bahía (descrita en el apéndice A I iii de *El Señor de los Anillos* como comentario) que se extendía mucho más hacia el noroeste: las costas septentrionales u occidentales formaban el gran Cabo de Forochel cuya punta, sin nombre aparece en mi mapa original. En uno de los esbozos trazados por mi padre, la costa septentrional de la Tierra Media se extiende en una gran curva hacia el este-noroeste desde el Cabo; el punto septentrional extremo se encuentra a unas 700 millas al norte de Carn Dóm. colina sobre la que Maedhros, hijo de Fëanor, tenía su fortaleza en *El Silmarillion*) y aunque el hecho no se menciona en sitio alguno, es evidente que la cima de *Himring* se levantaba por encima de las aguas que cubrieron a la anegada *Beleriand*. A cierta distancia hacia el oeste había una isla más grande llamada *Tol Fuin*, sin duda la parte más elevada de *Taur-nu-Fuin*. En general, aunque no en todos los casos, he preferido el nombre Sindarin (cuando era

conocido), pero de ordinario he dado también la traducción del nombre cuando se lo utiliza muchas veces. Puede observarse que «El Yermo del Norte», señalado en el encabezamiento de mi mapa original, parece haber sido un equivalente de *Forodwaith*.¹

Me pareció conflictivo señalar todo el recorrido del Gran Camino que une Arnor y Gondor, aunque el curso entre Edoras y los Vados del Isen es conjetural (como lo es también la situación exacta de Lond Dacr y Edhe-liond).

Por último querría subrayar que la reproducción minuciosa del estilo y los detalles (además de la nomenclatura y la tipografía) del mapa que tracé de prisa hace Veinticinco años no significa que la concepción o ejecución hayan sido excelentes. Durante mucho tiempo lamentó que mi padre no lo hubiera reemplazado él mismo. No obstante, tal como resultaron las cosas, a pesar de todos sus defectos y rarezas, se convirtió en «el Mapa», y mi mismo padre lo dejó de utilizarlo desde entonces (aunque observaba a menudo sus insuficiencias). Los vastos esbozos de mapas que él llegó a trazar, y en los que se basaba el mío, son ahora parte de la historia de la composición de *El Señor de los Anillos*. Por tanto, me pareció mejor, en la medida en que se extiende el alcance de mi contribución a estos asuntos' conservar mi trazado original, pues al menos reproduce con bastante fidelidad la estructura de las concepciones de mi padre.

¹ *Forodriith* aparece sólo una vez en *El Señor de los Anillos* Apéndice A1 iii, y se refiere allí a los antiguos habitantes de las Tierras Septentrionales, de los que los Hombres de las Nieves eran un resto; pero la palabra Sindarin (*g)ttüith* se utilizaba para designar a la vez una región y quienes la habitaban tcf. *Ēnedttüith*). En uno de los esbozos de mi padre *Isrsdttüith* parece equivaler al Yermo del Norte y en Giro se traduce como libro del Norte.

PRIMERA PARTE

LA PRIMERA EDAD

I

DE TUOR Y SU LLEGADA A GONDOLIN

Rían, esposa de Huor, vivía con el pueblo de la Casa de Hador; pero cuando llegó a Dor-lómin supo del rumor de la Nirnaeth Arnoediad, y sin embargo no tuvo nuevas de su señor, empezó a desesperar y echó a andar sola por el descampado. Allí habría perecido, pero los Elfos Grises acudieron a ayudarla. Porque parte de este pueblo tenía su morada en las montañas al oeste del Lago Mithrim; y allí la condujeron y dio allí a luz a un hijo antes que terminara el Año de la Lamentación.

Y Rían dijo a los Elfos:

—Sea llamado *Tuor*, porque ése es el nombre que le dio su padre antes de que la guerra se interpusiera entre nosotros. Y os ruego que lo criéis y lo mantengáis oculto a vuestro cuidado; porque preveo que será ocasión de un gran bien para los Elfos y para los Hombres. Pero yo he de ir en busca de Huor, mi señor.

Entonces los Elfos se apiadaron de ella; pero un tal Annael, el único de entre todos los de ese pueblo que había vuelto de la Nirnaeth, le dijo:

—Ay, señora, se ha sabido que Huor cayó junto a Húrin, su hermano; y yace, según creo, en el gran montón de muertos que los Orcos han levantado en el campo de batalla.

Por tanto, Rían se puso en camino y abandonó la morada de los Elfos y atravesó la tierra de Mithrim y llegó por fin a la Haudh-en-Nelengin en el yermo de Anfauglith, y allí se tendió y murió. Pero los Elfos cuidaron del pequeño hijo de Huor, y Tuor creció entre ellos; y era blanco de cara y de cabellos dorados, como los parientes de su padre, y se hizo fuerte y alto y valiente, y como había sido criado por los Elfos tenía conocimientos y habilidad semejantes a los de los príncipes de los Edain antes de que la ruina asolara el Norte.

Pero con el paso de los años, la vida de los habitantes de Hithlum que quedaban todavía, Elfos u Hombres, fue volviéndose más dura y peligrosa. Porque como en otra parte se cuenta, Morgoth quebrantó la promesa que había hecho a los Hombres del Este, les negó las ricas tierras de Beleriand que habían codiciado, y llevó a este pueblo malvado a Hithlum y les ordenó morar allí. Y aunque ya no amaban a Morgoth, lo servían aún por miedo, y odiaban a todo el pueblo de los Elfos; y despreciaron al resto de la Casa de Hador (ancianos y mujeres y niños en su mayoría) y los oprimieron, y desposaron a las mujeres por la fuerza, y tomaron tierras y bienes y esclavizaron a los niños. Los Orcos iban de un lado a otro por el país y perseguían a los Elfos demorados hasta las fortalezas de las montañas, y se llevaban a muchos cautivos a las minas de Angband para que trabajaran allí como esclavos de Morgoth.

Por tanto, Annael condujo a su pequeño pueblo a las cuevas de Androth, y allí tuvieron una vida dura y fatigosa, hasta que Tuor cumplió quince años y fue hábil en el manejo de las armas, el hacha y

el arco de los Elfos Grises; y el corazón se le enardeció al escuchar la historia de las penurias de los suyos y deseó ponerse en camino para vengarse de los Orcos y los Hombres del Este. Pero Annael se lo prohibió.

—Lejos de aquí, según creo, te aguarda la perdición, Tuor, hijo de Huor —dijo—. Y esta tierra no se verá libre de la sombra de Morgoth en tanto la misma Thangorodrim no sea derribada. Por tanto, hemos resuelto abandonarla y partir hacia el sur; y tú vendrás con nosotros.

—Pero ¿cómo escapar a la red de nuestros enemigos? Porque sin duda la marcha de un número tan crecido no pasará inadvertida.

—No avanzaremos al descubierto —dijo Annael—, y si la fortuna nos acompaña, llegaremos al camino secreto que llamamos Annon-in-Gelydh, la Puerta de los Noldor; porque fue construido por la sabiduría de ese pueblo, mucho tiempo atrás, en días de Turgon.

Al oír ese nombre Tuor se sobresaltó, aunque no supo por qué; e interrogó a Annael acerca de Turgon.

—Es un hijo de Fingolfin —dijo Annael— y es ahora considerado Alto Rey de los Noldor desde la caída de Fingon. Porque vive todavía, el más temido de los enemigos de Morgoth, y escapó de la ruina de la Nirnaeth cuando Húrin de Dor-lómin y Huor, tu padre, defendieron tras él los pasos del Sirion.

—Entonces iré en busca de Turgon —replicó Tuor—; porque sin duda me ayudará en consideración a mi padre.

—No podrás —dijo Annael—. Porque la fortaleza de Turgon está oculta a los ojos de los Elfos y de los Hombres, y no sabemos dónde se encuentra. De entre los Noldor, quizá, algunos conocen el camino, pero nadie habla de eso. No obstante, si quieres hablar con ellos, acompáñame como te dije; porque en los puertos Lejanos del Sur es posible que te topes con viajeros que vengan del Reino Escondido.

Así fue que los Elfos abandonaron las cuevas de Androth, y Tuor los acompañó. Pero el enemigo vigilaba y no tardó en advertir la partida de los Elfos; y no se habían alejado mucho de las colinas cuando fueron atacados por una gran fuerza de Orcos y Hombres del Este, y quedaron esparcidos por todas partes mientras huían hacia la caída de la noche. Pero el corazón de Tuor ardió con el fuego de la batalla y luchó durante mucho tiempo y mató a muchos de los que le atacaron; pero por fin fue superado y hecho cautivo y llevado ante Lorgan el Hombre del Este. Ahora bien, este tal Lorgan era considerado el capitán de los Hombres del Este y pretendía regir toda Dor-lómin como feudo de Morgoth; e hizo de Tuor su esclavo. Dura y amarga fue entonces la vida de Tuor; porque complacía a Lorgan darle un tratamiento más cruel todavía que el acostumbrado por ser de la parentela de los antiguos señores, y pretendía quebrantar, si podía, el orgullo de la Casa de Hador. Pero Tuor fue prudente, y soportó todos los dolores y contratiempos con vigilante paciencia; de modo que con el tiempo su suerte se alivió un tanto, y al menos no pereció de hambre como les ocurría a tantos desdichados esclavos de Lorgan. Porque tenía habilidad y fuerza y Lorgan alimentaba bien a sus bestias de carga mientras eran jóvenes y podían trabajar.

Pero al cabo de tres años de servidumbre Tuor vio por fin una oportunidad de huir. Había crecido mucho en estatura, y era ahora más alto y más rápido que ninguno de los Hombres del Este; y habiendo sido enviado junto con otros esclavos a hacer un trabajo en los bosques, se volvió de pronto contra los guardias y los mató con una espada y escapó a las colinas. Los Hombres del Este lo persiguieron con perros, pero de nada sirvió; porque casi todos los perros de Lorgan eran amigos de Tuor, y si lo alcanzaban, jugaban con él, y se alejaban cuando él así lo ordenaba. De este modo regresó por fin a las cuevas de Androth y se quedó allí viviendo solo. Y durante cuatro años fue un proscrito en la tierra paterna, torvo y solitario; y era temido, porque salía con frecuencia y mataba a muchos de los Hombres del Este con que se topaba. Entonces se puso un alto precio a su cabeza; pero nadie se atrevía a acercarse a su escondite, aun con fuerzas numerosas, pues temían a los Elfos y esquivaban las cuevas donde habían habitado. Sin embargo, se dice que las expediciones de Tuor no tenían como propósito la venganza, y que buscaba sin cesar la Puerta de los Noldor, de la que Annael había hablado. Pero no la encontró, porque no sabía dónde buscar, y los pocos Elfos que habitaban aún en las montañas no habían oído hablar de ella.

Ahora bien, Tuor sabía que, aunque la fortuna aún lo favoreciese, los días de un proscrito están contados, y son siempre pocos y sin esperanza. Tampoco estaba dispuesto a vivir siempre como un

hombre salvaje en las colinas desnudas, y el Corazón lo instaba sin descanso a grandes hazañas. Fue entonces, según se dice, que se manifestó el poder de Ulmo. Porque recogía nuevas de todos los que pasaban por Beleriand, y cada corriente que fluía desde la Tierra Media hacia el Gran Mar era para él un mensajero, tanto de ida como de vuelta; y mantenía también amistad, como antaño, con Círdan y los Carpinteros de Barcos en las Desembocaduras del Sirion. Y por ese entonces, Ulmo atendía sobre todo al destino de la Casa de Hador, porque se proponía que ellos desempeñaran un importante papel en la empresa de socorrer a los Exiliados; y conocía perfectamente el infortunio de Tuor, porque en verdad Annael y muchos de los suyos habían logrado huir de Dor-lómin y habían llegado por fin al encuentro de Círdan en el lejano Sur.

Así fue que un día a principios del año (veintitrés a partir de la Nirnaeth) Tuor estaba sentado junto a un manantial que llegaba hasta las puertas de la cueva donde él vivía; y miraba en el oeste una nubosa puesta de sol. Entonces, de pronto, el corazón le dijo que ya no seguiría esperando, sino que se pondría en pie y partiría.

—¿Abandonaré ahora las tierras grises de mi parentela que ya no existe —exclamó— e iré en busca de mi destino! Pero ¿a dónde encaminarme? Mucho tiempo he buscado la Puerta y no la he encontrado.

Entonces cogió el arpa que siempre llevaba consigo, pues era hábil en el tañido de sus cuerdas, y sin tener en cuenta el peligro de su clara voz solitaria en el yermo, cantó una canción élfica del Norte para animar los corazones. Y mientras cantaba, el pozo a sus pies empezó a bullir con gran incremento de agua, y desbordó, y un riachuelo corrió ruidoso ante él por la rocosa ladera de la colina. Y Tuor tuvo esto por un signo y se puso de pie sin demora y lo siguió. De este modo descendió de las altas colinas de Mithrim y salió a la planicie de Dor-lómin al norte; y el riacho crecía sin cesar mientras él avanzaba hacia el oeste, hasta que al cabo de tres días pudo divisar en el oeste los prolongados cordones grises de Ered Lómin que en esas regiones se extienden hacia el norte y el sur cercando las lejanas playas de las Costas Occidentales. Hasta esas montañas nunca había llegado Tuor en sus viajes.

La tierra se había vuelto más quebrada y rocosa otra vez al acercarse a las montañas, y pronto empezó a elevarse ante los pies de Tuor, y la corriente descendió por un lecho hendido. Pero a la luz penumbrosa del crepúsculo del tercer día, Tuor encontró ante sí un muro de roca, y había en él una abertura como un gran arco; y la corriente pasó por allí y se perdió. Se afligió entonces Tuor y dijo:

—¡Así pues, mi esperanza me ha engañado! El signo de las colinas sólo me ha traído a un oscuro fin en medio de la tierra de mis enemigos. —Y con desánimo en el corazón se sentó entre las rocas en la alta orilla de la corriente, manteniéndose alerta a lo largo de una amarga noche sin fuego; porque era todavía el mes de Súlimë y ni el menor estremecimiento de primavera había llegado a esa lejana tierra septentrional, y un viento cortante soplaba desde el este.

Pero mientras la luz del sol naciente brillaba pálida en las lejanas nieblas de Mithrim, Tuor oyó voces, y al mirar hacia abajo vio con sorpresa a dos Elfos que vadeaban el agua poco profunda; y cuando subían por los escalones cortados en la orilla rocosa Tuor se puso de pie y los llamó. Ellos en seguida desenvainaron las brillantes espadas y se abalanzaron sobre él. Entonces él vio que llevaban una capa gris, pero debajo iban vestidos de cota de malla; y se maravilló, porque eran más hermosos y fieros, a causa de la luz que tenían en los ojos, que nadie del pueblo de los Elfos que hubiera visto antes. Se irguió en toda su estatura y los esperó; pero cuando ellos vieron que no esgrimía arma alguna, sino que allí, de pie y solo, los saludaba en lengua élfica, envainaron las espadas y le hablaron cortésmente. Y uno de ellos dijo:

—Gelmir y Arminas somos, del pueblo de Finarfin. ¿No eres uno de los Edain de antaño que vivían en estas tierras antes de la Nirnaeth? Y en verdad del linaje de Hador y Húrin me pareces; porque tal te declara el oro de tus cabellos.

Y Tuor respondió:

—Sí, yo soy Tuor, hijo de Huor, hijo de Galdor, hijo de Hador; pero ahora por fin quiero abandonar esta tierra donde soy un proscrito y sin parientes.

—Entonces —dijo Gelmir—, si quieres huir y encontrar los puertos del Sur, ya tus pies te han puesto en el buen camino.

—Así me pareció —dijo Tuor—. Porque seguí a una súbita fuente de agua en las colinas hasta que se unió a esta corriente traidora. Pero ahora no sé a dónde volverme, porque ha desaparecido en la oscuridad.

—A través de la oscuridad es posible llegar a la luz —dijo Gelmir.

—No obstante es preferible andar bajo el sol mientras es posible —dijo Tuor—. Pero como sois de ese pueblo, decidme si podéis dónde se encuentra la Puerta de los Noldor. Porque la he buscado mucho, sin cesar desde que Annael de los Elfos Grises, mi padre adoptivo, me habló de ella.

Entonces los Elfos rieron y dijeron:

—Tu búsqueda ha llegado a su fin; porque nosotros acabamos de pasar esa Puerta. Allí está delante de ti! —Y señalaron el arco por donde fluía el agua.— ¡Ven pues! A través de la oscuridad llegarás a la luz. Pondremos tus pies en el camino, pero no nos es posible conducirte hasta muy lejos; porque se nos ha encomendado un recado urgente y regresamos a la tierra de la que huimos.

—Pero no temas —dijo Gelmir—: tienes escrito en la frente un alto destino, y él te llevará lejos de estas tierras, lejos en verdad de la Tierra Media, según me parece.

Entonces Tuor descendió los escalones tras los Noldor y vadeó el agua fría, hasta que entraron en la oscuridad más allá del arco de piedra. Y entonces Gelmir sacó una de esas lámparas por las que los Noldor tenían renombre; porque se habían hecho antaño en Valinor, y ni el viento ni el agua las apagaban, y cuando se descubrían irradiaban una clara luz azulina desde una llama encerrada en cristal blanco. Ahora, a la luz que Gelmir sostenía por sobre su cabeza, Tuor vio que el río empezaba de pronto a descender por una suave pendiente y entraba en un gran túnel, pero junto al lecho cortado en la roca había largos tramos de peldaños que descendían y se adelantaban hasta una profunda lóbreguez más allá de los rayos de la lámpara.

Cuando llegaron al pie de los rápidos, se encontraron bajo una gran bóveda de roca, y allí el río se precipitaba por una abrupta pendiente con un gran ruido que resonaba en la cúpula, y seguía luego bajo otro arco y volvía a desaparecer en un túnel. Junto a la cascada los Noldor se detuvieron y se despidieron de Tuor.

—Ahora debemos volvernos y seguir nuestro camino con la mayor prisa —dijo Gelmir—; porque asuntos de gran peligro se agitan en Beleriand.

¿Es, pues, la hora en que Turgon ha de salir?—preguntó Tuor.

Entonces los Elfos lo miraron con gran asombro.

—Ese es asunto que concierne a los Noldor más que a los hijos de los Hombres —dijo Arminas—. ¿Qué sabes tú de Turgon?

—Poco —dijo Tuor—, salvo que mi padre lo ayudó a escapar de la Nirnaeth y que en la fortaleza escondida de Turgon vive la esperanza de los Noldor. Sin embargo, no sé por qué, tengo siempre su nombre en el corazón y me sube a los labios. Y si de mí dependiese, iría a buscarlo en vez de seguir este oscuro camino de temor. A no ser, quizá, que esta ruta secreta sea el camino a su morada.

—¿Quién puede decirlo? —respondió el Elfo—. Porque así como se esconde la morada de Turgon se esconden también los caminos que llevan a ella. Yo no los conozco, aunque los he buscado mucho tiempo. Sin embargo, si los conociera, no te los revelaría a ti ni a ninguno de entre los Hombres.

Pero Gelmir dijo:

—No obstante he oído que tu Casa goza del favor del Señor de las Aguas. Y si sus designios te llevan a Turgon, entonces sin duda llegarás ante él río importa hacia dónde te vuelvas. ¡Sigue ahora el camino por el que las aguas te han traído desde las colinas, y no temas! No andarás mucho tiempo en la oscuridad. Adiós! Y no creas que nuestro encuentro haya sido casual; porque el Habitante del Piélagos mueve muchas cosas en esta tierra quieta. *Anarka Lun a tie Lyanna.*

Con eso los Noldor se volvieron y ascendieron de vuelta las largas escaleras; Así Tuor permaneció inmóvil hasta que la luz de la lámpara desapareció, y se quedó solo en una oscuridad más profunda que la noche en medio de las cascadas rugientes. Entonces, haciéndose de coraje, apoyó la mano izquierda sobre el muro rocoso y tanteó el camino, lentamente en un comienzo, y luego con mayor rapidez al ir acostumbrándose a la oscuridad y no encontrar nada que lo estorbara. Y al cabo de un largo rato, como le pareció, cuando estaba fatigado, pero sin ganas de descansar en el negro túnel, vio a lo lejos por delante de él una luz; y apresurándose llegó a una alta y estrecha hendidura y siguió la ruidosa corriente entre los muros inclinados hasta salir a una tarde dorada. Porque había llegado a un

profundo y escarpado barranco que avanzaba derecho hacia el Oeste; y ante él el sol poniente bajaba por un cielo claro, brillaba en el barranco y le iluminaba los costados con un fuego amarillo, y las aguas del río resplandecían como oro al romper en espumas sobre las piedras refulgentes.

En ese sitio profundo Tuor avanzaba ahora con gran esperanza y deleite, y encontró un sendero bajo el muro austral, donde había una playa larga y estrecha. Y cuando llegó la noche y el río siguió adelante invisible, excepto por el brillo de las estrellas altas que se reflejaban en aguas oscuras, descansó y durmió; porque no sentía temor junto al agua por la que corría el poder de Ulmo.

Con la llegada del día siguió caminando, sin prisa. El sol se levantaba a sus espaldas y se ponía delante de él, y donde el agua se quebraba en espumas entre las piedras o se precipitaba en súbitas caídas, en la mañana y en la tarde se tejían arcos iris por sobre la corriente. Por tanto, le dio al barranco el nombre de Cirith Ninniach.

Así viajó Tuor lentamente tres días bebiendo el agua fría, pero sin deseo de tomar alimento alguno, aunque había muchos peces que resplandecían como el oro y la plata o lucían los colores de los arcos iris en la espuma. Y al cuarto día el canal se ensanchó, y los muros se hicieron más bajos y menos escarpados; pero el río corría más profundo y con más fuerza, porque unas altas colinas avanzaban ahora a cada lado, y unas nuevas aguas se vertían desde ellas en Cirith Ninniach en cascadas de luces trémulas. Allí se quedó Tuor largo rato sentado, contemplando los remolinos de la corriente y escuchando aquella voz interminable hasta que la noche volvió otra vez y las estrellas brillaron frías y blancas en la oscura ruta del cielo. Entonces Tuor levantó la voz y pulsó las cuerdas del arpa, y por sobre el ruido del agua el sonido de la canción y las dulces vibraciones del arpa resonaron en la piedra y se multiplicaron, y avanzaron y se extendieron por las montañas envueltas en noche, hasta que toda la tierra vacía se llenó de música bajo las estrellas. Porque aunque no lo sabía, Tuor había llegado a las Montañas del Eco de Lammoth junto al Estuario de Drengist. Allí había desembarcado Fëanor en otro tiempo, y las voces de sus huestes crecieron hasta convertirse en un poderoso clamor sobre las costas del Norte antes del nacimiento de la Luna.

Entonces Tuor, lleno se asombro, dejó de cantar y lentamente la música murió en las colinas y hubo silencio. Y entonces en medio del silencio oyó arriba en el aire un grito extraño; y no lo reconoció. Ora decía: —Es la voz de un duende. —decía— No, es una bestezuela que se lamenta en el yermo. —Y luego, al oírla otra vez, dijo:— Seguramente es el grito de un ave nocturna que no conozco. —Y le pareció un sonido luctuoso, y no obstante deseaba escucharlo y seguirlo, porque el sonido lo llamaba, no sabía a dónde.

Por la mañana siguiente oyó la misma voz, y alzando los ojos vio tres grandes aves blancas que avanzaban por el barranco en el viento del oeste, y las alas vigorosas les brillaban al sol recién nacido, y al pasar sobre él gritaron una nota plañidera. Así, por primera vez, Tuor vio las grandes grullas, amadas de los Teleri. Se alzó entonces para seguir las, y queriendo observar hacia dónde volaban trepó la ladera de la izquierda y se irguió en la cima y sintió contra la cara un fuerte viento venido del Oeste; y los cabellos se le agitaban. Y bebió profundamente ese aire nuevo y dijo: —¡Esto anima el corazón como beber vino fresco! —Pero no sabía que el viento llegaba reciente del Gran Mar.

Ahora bien, Tuor se puso en marcha una vez más en busca de las grullas, altas por sobre el río; y mientras avanzaba los lados del barranco se iban uniendo otra vez, y así llegó a un estrecho canal, lleno del gran estrépito del agua. Y al mirar hacia abajo, vio una gran maravilla, como le pareció; porque una frenética marejada avanzaba por el estrecho y luchaba contra el río, que seguía precipitándose hacia adelante, y una ola como un muro se levantó casi hasta la cima del acantilado, coronada de crestas de espuma que volaban al viento. Entonces el río fue empujado hacia atrás y la marejada avanzó rugiente por el canal anegándolo con aguas profundas, y las piedras pasaban rodando como truenos. Así la llamada de las aves marinas salvó a Tuor de la muerte en la marea alta; y era ésta muy grande por causa de la estación del año y del fuerte viento que soplaba del mar.

Pero la furia de las extrañas aguas desanimó a Tuor, que se volvió y se alejó hacia el sur, de modo que no llegó a las largas costas del Estuario de Drengist, sino que erró aún algunos días por un campo áspero despojado de árboles; y un viento que venía del mar barría este campo, y todo lo que allí crecía, hierba o arbusto, se inclinaba hacia el alba porque prevalecía el viento del Oeste. De este modo Tuor llegó a los bordes de Nevrast, donde otrora había morado Turgon; y por fin, sin advertirlo

(porque las cimas del acantilado eran más altas que las cuevas que había por detrás) llegó súbitamente al borde negro de la Tierra Media y vio el Gran Mar, Belegaer Sin Orillas. Y a esa hora el sol descendía más allá de las márgenes del mundo como una llamarada poderosa; y Tuor se irguió sobre el acantilado con los brazos extendidos y una gran nostalgia le ganó el corazón. Se dice que fue el primero de los Hombres en llegar al Gran Mar, y que nadie, salvo los Eldar, sintió nunca tan profundamente el anhelo que él despierta.

Tuor se demoró varios días en Nevrast, y le pareció bien hacerlo porque esa tierra, protegida por montañas del Norte y el Este y próxima al mar, era de clima más dulce y templado que las llanuras de Hithlum. Hacía mucho que estaba acostumbrado a vivir como cazador solitario en el descampado y no le faltó alimento; porque la primavera se afanaba en Nevrast, y el aire vibraba con ruido de pájaros, los que moraban en multitudes en las costas y los que abundaban en los marjales de Linaewen en medio de las tierras bajas; pero en aquellos días no se oían en todas aquellas soledades voces de Elfos ni de Hombres.

Llegó Tuor hasta los bordes de la gran laguna, pero las vastas ciénagas y los apretados bosques de juncos que se extendían en derredor le impedían alcanzar las aguas; y no tardó en volverse y regresar a las costas, porque el Mar lo atraía, y no estaba dispuesto a quedarse mucho tiempo donde no pudiera oír el sonido de las olas. Y en esas costas Tuor encontró por vez primera huellas de los Noldor de antaño. Porque entre los altos acantilados abiertos por las aguas al sur de Drengist había muchas ensenadas y calas con playas de arena blanca entre las negras piedras resplandecientes, y visitando esos lugares Tuor descubrió a menudo escaleras tortuosas talladas en la piedra viva; y junto al borde del agua había muelles en ruinas construidos con grandes bloques de piedra, donde antaño habían anclado navíos de los Elfos. En esas regiones Tuor se quedó mucho tiempo contemplando el mar siempre cambiante, mientras el año lento se consumía dejando atrás la primavera y el verano, y la oscuridad crecía en Beleriand, y el otoño de la condenación de Nargothrond estaba acercándose.

Y, quizá, los pájaros vieron desde lejos el fiero invierno que se aproximaba; porque los que acostumbraban migrar hacia el sur se agruparon temprano para partir, y los que solían habitar en el norte volvieron a sus hogares en Nevrast. Y un día, mientras Tuor estaba sentado en la costa, oyó un sibilante batir de grandes alas y miró hacia arriba y vio siete cisnes blancos que volaban en una rápida cuña hacia el sur. Pero cuando estuvieron sobre él, giraron y descendieron de pronto y se dejaron caer ruidosamente salpicando agua.

Ahora bien, Tuor amaba a los cisnes, a los que había conocido en los estanques grises de Mithrim; y el cisne además había sido la señal de Annael y su familia adoptiva. Se puso en pie por tanto para saludar a las aves y las llamó maravillado al ver que eran de mayor tamaño y más orgullosas que ninguna otra de su especie que hubiera visto nunca; pero ellas batieron las alas y emitieron ásperos gritos como si estuvieran enfadadas con él y quisieran echarlo de la costa. Luego, con gran ruido, se alzaron otra vez de las aguas y volaron por encima de la cabeza de Tuor, de modo que el aleteo sopló sobre él como un viento ululante; y girando en un amplio círculo subieron por el aire y se alejaron hacia el sur.

Entonces Tuor exclamó en voz alta: —¡He aquí otro signo de que me he demorado demasiado tiempo! —Y en seguida trepó a la cima del acantilado y allí vio todavía a los cisnes que giraban en las alturas; pero cuando se volvió hacia el sur y empezó a seguirlos, escaparon rápidamente.

Tuor viajó hacia el sur a lo largo de la costa durante siete días completos, y cada día lo despertaba un batir de alas sobre él en el alba, y cada día los cisnes avanzaban volando mientras él los seguía. Y mientras andaba los altos acantilados se hacían más bajos y las cimas se cubrían de hierbas altas y florecidas; y hacia el este había bosques que amarilleaban con el desgaste del año. Pero por delante de él, cada vez más cerca, veía una línea de altas colinas que le cerraban el camino y se extendían hacia el oeste hasta terminar en una alta montaña: una torre oscura y tocada de nubes apoyadas en hombros poderosos sobre un gran cabo verde que se adentraba en el mar.

Esas colinas grises eran en verdad las estribaciones occidentales de Ered Wethrin, el cerco septentrional de Beleriand, y la montaña era el Monte Taras, la más occidental de las torres de esa tierra y lo primero que veía el marino desde millas de mar adentro al acercarse a las costas mortales. Turgon había morado en otro tiempo bajo las prolongadas laderas, en los recintos de Vinyamar, las

más antiguas obras de piedra de cuantas levantarán los Noldor en las tierras del exilio. Allí se alzaba todavía, desolada pero perdurable, alta sobre amplias terrazas que miraban al mar. Los años no la habían sacudido, y los servidores de Morgoth no habían pasado por allí sin acercarse; pero el viento y la lluvia y la escarcha la habían esculpido, y sobre la albardilla de los muros y las grandes tejas de la techumbre crecían plantas de un verde grisáceo que, viviendo del aire salino, medraban aun en las hendeduras de la piedra estéril.

Llegó entonces Tuor a las ruinas de un camino perdido, y pasó entre montículos verdes y piedras caídas, y de ese modo y cuando menguaba el día llegó al viejo recinto y los patios altos y barridos por el viento. Ninguna sombra de temor o mal acechaba en estos sitios, pero lo ganó un miedo reverente al pensar en los que habían vivido allí y ahora habían partido nadie sabía a dónde: el pueblo inmortal pero condenado, venido desde mucho más allá del Mar. Y se volvió y miró, como los ojos de ellos habían mirado a menudo, el resplandor de las aguas agitadas que se perdían a lo lejos. Entonces se volvió otra vez y vio que los cisnes se habían posado en la terraza más alta, y se detuvo ante la puerta occidental del recinto; y ellos batieron las alas y le pareció que le hacían señas de que entrase. Entonces Tuor subió por las escaleras ahora medio ocultas entre la hierba y la colleja y pasó bajo el poderoso dintel y penetró en las sombras de la casa de Turgon; y llegó por fin a una sala de altas columnas. Si grande había parecido desde fuera, ahora vasta y magnífica le pareció desde dentro, y por respetuoso temor no quiso despertar los ecos de su vacío. Nada podía ver allí salvo en el extremo oriental, un alto asiento sobre un estrado, y tan quedamente como pudo se acercó a él; pero el sonido de sus pies resonaba sobre el suelo pavimentado como los pasos del destino, y los ecos corrían delante de él por los pasillos de columnas.

Al llegar delante de la gran silla en la penumbra y ver que estaba tallada en una única piedra y cubierta de signos extraños, el sol poniente llegó al nivel de una alta ventana bajo el gaviote occidental y un haz de luz dio sobre el muro que tenía enfrente y resplandeció como sobre metal pulido. Entonces Tuor, maravillado, vio que en el muro detrás del trono colgaban un escudo y una magnífica cota y un yelmo y una larga espada envainada. La cota resplandecía como labrada en plata sin mácula, y el rayo de sol la doraba con chispas de oro. Pero el escudo le pareció extraño a Tuor, pues era largo y ahusado; y su campo era azul y el emblema grabado en el centro era el ala blanca de un cisne. Entonces Tuor habló, y su voz resonó como un desafío en la techumbre: —Por esta señal tomaré estas armas para mí y sobre mí cargaré el destino que deparen. —Y levantó el escudo y lo encontró más liviano y fácil de manejar de lo que había supuesto; porque parecía que estaba hecho de madera, pero con suma habilidad los Elfos herreros lo habían cubierto de láminas de metal, fuertes y sin embargo delgadas como hojuelas, por lo que se había preservado a pesar del desgaste y el tiempo.

Entonces Tuor se puso la cota y se cubrió la cabeza con el yelmo y se ciñó la espada; negros eran la vaina y el Cinturón con hebilla de plata. Así armado salió del recinto de Turgon y se mantuvo erguido en las altas terrazas de Taras a la luz roja del sol. Nadie había allí que lo viera mientras miraba hacia el oeste, resplandeciente de plata y de oro, y no sabía él que en aquel momento lucía como uno de los Poderosos del Oeste, capaz de ser el padre de los reyes de los Reyes de los Hombres más allá del Mar; y ése era en verdad su destino; pero al tomar las armas un cambio había ocurrido en Tuor, hijo de Huor, y el corazón le creció dentro del pecho. Y cuando salió por las puertas los cisnes le rindieron homenaje, y arrancándose cada uno una pluma del ala se la ofrecieron tendiendo los largos cuellos sobre la piedra ante los pies de Tuor; y él tomó las siete plumas y las puso en la cresta del yelmo, y en seguida los cisnes levantaron vuelo y se alejaron hacia el norte a la luz del sol poniente, y Tuor ya no los vio más.

Tuor sintió entonces que sus pies lo llevaban a la playa y descendió las largas escaleras hasta una amplia costa, en el lado septentrional de Tarasness; y vio que el sol se hundía en una gran nube negra que asomaba sobre el mar oscurecido; y el aire se enfrió y hubo una agitación y un murmullo como de una tormenta que acecha. Y Tuor estaba en la costa y el sol parecía un incendio humeante tras la amenaza del cielo; y le pareció que una gran ola se alzaba en la lejanía y avanzaba hacia tierra, pero el asombro lo retuvo y permaneció allí inmóvil. Y la ola avanzó hacia él y había sobre ella algo semejante a una neblina de sombra. Entonces, de pronto, se encrepó y se quebró y se precipitó hacia adelante en largos brazos de espuma; pero allí donde se había roto se erguía oscura sobre la tormenta

una forma viviente de gran altura y majestad.

Entonces Tuor se inclinó reverente, porque le pareció que contemplaba a un rey poderoso. Llevaba una gran corona que parecía de plata y de la que le caían los largos cabellos como una espuma que brillaba pálida en el crepúsculo; y al echar atrás el manto gris que lo cubría como una bruma, ¡oh, maravilla!, estaba vestido con una cota refulgente que se le ajustaba como la piel de un pez poderoso y con una túnica de color verde profundo que resplandecía y titilaba como los fuegos marinos mientras él se adelantaba con paso lento. De esta manera el Habitante de las Profundidades, a quien los Noldor llaman Ulmo, Señor de las Aguas, se manifestó ante Tuor, hijo de Huor, de la casa de Hador bajo Vinyarnar.

No puso pie en la costa, y hundido hasta las rodillas en el mar sombrío, le habló a Tuor, y por la luz de sus ojos y el sonido de su voz profunda, el miedo ganó a Tuor, que se arrojó de bruces sobre la arena.

—Levántate, Tuor, hijo de Huor! —dijo Ulmo—. No temas mi cólera, aunque mucho tiempo te llamé sin que me escucharas; y habiéndote puesto por fin en camino, te retrasaste en el viaje hacia aquí. Tenías que haber llegado en primavera; pero ahora un fiero invierno vendrá pronto desde las tierras del Enemigo. Tienes que aprender de prisa, y el camino placentero que tenía designado para ti ha de cambiarse. Porque mis consejos han sido despreciados, y un gran mal se arrastra por el Valle de Sirion y ya una hueste de enemigos se ha interpuesto entre tú y tu meta.

—¿Cuál es mi meta, Señor? —preguntó Tuor.

—La que mi corazón ha acariciado siempre —respondió Ulmo—: encontrar a Turgon y cuidar de la ciudad escondida. Porque te has ataviado de ese modo para ser mi mensajero, con las armas que desde hace mucho tenía dispuestas para ti. Pero ahora has de atravesar el peligro sin que nadie te vea. Envuélvete por tanto en esta capa y no te la quites hasta que hayas llegado al final del viaje.

Entonces le pareció a Tuor que Ulmo partía su manto gris y le arrojaba un trozo como una capa que al caer sobre él lo cubrió por completo desde la cabeza a los pies.

—De ese modo andarás bajo mi sombra —dijo Ulmo—. Pero no te demores; porque la sombra no resistirá en las tierras de Anar y en los fuegos de Melkor. ¿Llevarás mi recado?

—Lo haré, Señor —dijo Tuor.

—Entonces pondré palabras en tu boca que dirás a Turgon —dijo Ulmo—. Pero primero he de enseñarte, y oirás algunas cosas que no ha oído nunca Hombre alguno, no, ni siquiera los poderosos de entre los Eldar. —Y Ulmo le habló a Tuor de Valinor y de su oscurecimiento, y del Exilio de los Noldor y la Maldición de Mandos y del ocultamiento del Reino Bendecido.— Pero ten en cuenta —le dijo— que en la armadura del Hado (como los Hijos de la Tierra lo llaman) hay siempre una hendidura y en los muros del Destino una brecha hasta la plena consumación que vosotros llamáis el Fin. Así será mientras yo persista, una voz secreta que contradice y una luz en el sitio en que se decretó la oscuridad. Por tanto, aunque en los días de esta oscuridad parezca oponerme a la voluntad de mis hermanos, los Señores del Occidente, ésa es la parte que me cabe entre ellos y para la que fui designado antes de la hechura del Mundo. Pero el Destino es fuerte y la sombra del Enemigo se alarga; y yo estoy disminuido; en la Tierra Media soy apenas un secreto susurro. Las aguas que manan hacia el oeste menguan cada día, y las fuentes están envenenadas, y mi poder se retira de las aguas de la tierra; porque los Elfos y los Hombres ya no me ven ni me oyen por causa del poder de Melkor. Y ahora la Maldición de Mandos se precipita hacia su consumación, y todas las obras de los Noldor perecerán, y todas las esperanzas que abrigaron se desmoronarán. Sólo queda la última esperanza, la esperanza que no han previsto ni preparado. Y esa esperanza radica en ti; porque así yo lo he decidido.

—¿Entonces Turgon no se opondrá a Morgoth como todos los Eldar lo esperan todavía? —preguntó Tuor—. ¿Y qué queréis vos de mí, Señor, si llego ahora ante Turgon? Porque aunque estoy en verdad dispuesto a hacer como mi padre, y apoyar a ese rey en su necesidad, no obstante de poco serviré, un mero hombre mortal, entre tantos y tan valientes miembros del Alto Pueblo del Oeste.

—Si decidí enviarte, Tuor, hijo de Huor, no creas que tu espada es indigna de la misión. Porque los Elfos recordarán siempre el valor de los Edain, mientras las edades se prolonguen, maravillados de que prodigaran tanta vida, aunque poco tienen de ella en la tierra. Pero no te envió sólo por tu valor, sino para llevar al mundo una esperanza que tú ahora no alcanzas a ver, y una luz que horadará la oscuridad.

Y mientras Ulmo decía estas cosas, el murmullo de la tormenta creció hasta convertirse en un gran aullido, y el viento se levantó, y el cielo se volvió negro; y el manto del Señor de las Aguas se extendió como una nube flotante. —Vete ahora —le dijo Ulmo—. ¡No sea que el Mar te devore! Porque Ossë obedece la voluntad de Mandos y está irritado, pues es sirviente del Destino.

—Sea como vos mandáis —dijo Tuor—. Pero si escapo del Destino, ¿qué palabras le diré a Turgon?

—Si llegas ante el —respondió Ulmo—, las palabras aparecerán en tu mente, y tu boca hablará como yo quiera. ¡Habla y no temas! Y en adelante haz como tu corazón y tu valor te lo dicten. Lleva siempre mi manto, porque así estarás protegido. Quitaré a uno de la cólera de Ossë, y lo enviaré a ti, y de ese modo tendrás guía: sí, el último marinero del último navío que irá hacia el Occidente, hasta la elevación de la Estrella. ¡Vuelve ahora a tierra!

Entonces estalló un trueno y un relámpago resplandeció sobre el mar; y Tuor vio a Ulmo de pie entre las olas como una torre de plata que titilara con llamas refulgentes; y gritó contra el viento:

—¡Ya parto, Señor! Pero ahora mi corazón siente nostalgia del Mar.

Y entonces Ulmo alzó un cuerno poderoso y sopló una única gran nota, ante la cual el rugido de la tormenta parecía una ráfaga de viento sobre un lago. Y cuando oyó esa nota, y fue rodeado por ella, y con ella colmado, le pareció a Tuor que las costas de la Tierra Media se desvanecían, y contempló todas las aguas del mundo en una gran visión: desde las venas de las tierras hasta las desembocaduras de los ríos, y desde las playas y los estuarios hasta las profundidades. Al Gran Mar lo vio a través de sus inquietas regiones, habitadas de formas extrañas, aun hasta los abismos privados de luz, en los que en medio de la sempiterna oscuridad resonaban voces terribles para los oídos mortales. Las planicies incommensurables las contempló con la rápida mirada de los Valar; se extendían inmóviles bajo la mirada de Anar, o resplandecían bajo la Luna cornamentada o se alzaban en montañas de cólera que rompían sobre las Islas Sombrías, hasta que a lo lejos, en el límite de la visión, y más allá de incontables leguas, atisbó una montaña que se levantaba a alturas a las que no alcanzaba su mente, hasta tocar una nube brillante, y debajo refulgía la hierba. Y mientras se esforzaba por oír el sonido de esas olas lejanas, y por ver con mayor claridad esa luz distante, la nota murió, y Tuor se encontró bajo los truenos de la tormenta, y un relámpago de múltiples brazos rasgó los cielos por encima de él. Y Ulmo se había ido, y en el mar tumultuoso las salvajes olas de Ossë chocaban contra los muros de Nevrast.

Entonces Tuor huyó de la furia del mar, y con trabajo consiguió volver por el camino a las altas terrazas; porque el viento lo llevaba contra el acantilado, y cuando llegó a la cima lo hizo caer de rodillas. Por tanto, entró de nuevo al oscuro recinto vacío en busca de protección, y permaneció sentado toda la noche en el asiento de piedra de Turgon. Aun las columnas temblaban por la violencia de la tormenta, y le pareció a Tuor que el viento estaba lleno de lamentos y de gritos frenéticos. No obstante, la fatiga lo venció a ratos, y durmió perturbado por sueños, de los que ningún recuerdo le quedó en la vigilia, salvo uno: la visión de una isla, y en medio de ella había una escarpada montaña, y detrás de ella se ponía el sol, y las sombras cubrían el cielo; pero por encima de la montaña brillaba una única estrella deslumbrante.

Después de este sueño, Tuor durmió profundamente, porque antes de que la noche hubiera terminado, la tormenta se alejó arrastrando consigo los nubarrones negros hacia el Oriente del mundo. Despertó por fin a una luz grisácea, y se levantó y abandonó el alto asiento, y cuando bajó a la sala en penumbras vio que estaba llena de aves marinas ahuyentadas por la tormenta; y salió mientras las últimas estrellas se desvanecían en el Oeste ante la llegada del día. Entonces vio que las grandes olas de la noche habían avanzado mucho tierra adentro, y habían arrojado sus crestas por sobre la cima de los acantilados, y tejas rotas y algas cubrían aun las terrazas delante de las puertas. Y al mirar desde la terraza más baja, Tuor vio, apoyado contra el muro, entre piedras y despojos del mar, a un Elfo que vestía una empapada capa gris. Sentado, en silencio, miraba más allá de la ruina de las playas las largas lomas de las olas. Todo estaba quieto, y no había otro sonido que el de la impetuosa marejada.

Al ver Tuor la silenciosa figura gris, recordó las palabras de Ulmo y le vino a los labios un nombre que nadie le había enseñado, y dijo en alta voz:

—¡Bienvenido, Voronwë! Te esperaba.

Entonces el Elfo se volvió y miró hacia arriba, y Tuor se encontró con la penetrante mirada de

unos ojos grises como el mar, y supo que pertenecía al alto pueblo de los Noldor. Pero hubo miedo y asombro en la mirada del Elfo cuando vio a Tuor erguido en el muro por encima de él, vestido con una gran capa que era como una sombra, cubriéndole una malla élfica que le resplandecía en el pecho.

Así permanecieron un momento, examinándose las caras, y entonces el Elfo se puso en pie y se inclinó ante Tuor. —¿Quién sois, señor? —pregunto—. Durante mucho tiempo he luchado contra el mar embravecido. Decidme: ¿ha habido grandes nuevas desde que abandoné la tierra? ¿Fue vencida la Sombra? ¿Ha salido el Pueblo Escondido?

—No —respondió Tuor—. La Sombra se alarga, y los Escondidos permanecen escondidos.

Entonces Voronwë se quedó mirándolo largo tiempo en silencio. —Pero ¿quién sois? —volvió a preguntar—. Durante muchos años mi pueblo estuvo ausente de estas tierras, y ninguno de ellos moró aquí desde entonces. Y ahora advierto que a pesar de vuestro atuendo no sois uno de ellos, como lo creí, sino que pertenecéis a la raza de los Hombres.

—Así es en efecto —dijo Tuor—. ¿Y no eres tú el último marinero del último navío en salir hacia Occidente desde los Puertos de Círdan?

—Lo soy, en efecto —dijo el Elfo—. Voronwë, hijo de Aranwë. Pero cómo conocéis mi nombre y mi destino, no lo entiendo.

—Los conozco porque el Señor de las Aguas habló conmigo la víspera —respondió Tuor—, y dijo que te salvaría de la cólera de Ossë, y que te enviaría aquí con el fin de que fueras mi guía.

Entonces con miedo y asombro Voronwë exclamó:

—¿Habéis hablado con Ulmo el Poderoso? ¡Grandes han de ser entonces en verdad vuestro valor y vuestro destino! Pero ¿a dónde habré de guiaros, señor? Porque de seguro sois un rey de Hombres, y muchos han de obedecer vuestra palabra.

—No, soy un esclavo fugado —dijo Tuor—, y soy un proscrito solitario en una tierra desierta. Pero tengo un recado para Turgon, el Rey Escondido. ¿Sabes por qué camino llegar a él?

—Muchos son proscritos y esclavos en estos malhadados días que no nacieron en esa condición— respondió Voronwë—. Un señor de Hombres sois por derecho, según me parece. Pero aun cuando fuerais el más digno de todo vuestro pueblo, no tendríais derecho a ir en busca de Turgon, y vano sería que lo intentaseis. Porque aun cuando yo os condujera hasta sus puertas, no podríais entrar.

—No te pido que me lleves sino hasta esas puertas—dijo Tuor—. allí el Destino luchará con los Designios de Ulmo. Y si Turgon no me recibe, mi misión habrá acabado, y el Destino será el que prevalezca. Pero en cuanto a mi derecho de ir en busca de Turgon: yo soy Tuor, hijo de Huor y pariente de Húrin, nombre que Turgon no habrá de olvidar. Y lo busco también por orden de Ulmo. ¿Habrá de olvidar Turgon lo que éste le dijo antaño: *Recuerda que la última esperanza de los Noldor ha de llegar del Mar?* O también: *Cuando el peligro esté cerca, uno vendrá de Nevrast para advertírtelo.* Yo soy el que había de venir y estoy así investido con las armas que me estaban destinadas.

Tuor se maravilló de oírse a sí mismo hablar de ese modo, porque las palabras que Ulmo le dijo a Turgon al partir de Nevrast no le eran conocidas de antemano, ni a nadie salvo al Pueblo Escondido. Por lo mismo, tanto más asombrado estaba Voronwë; pero se volvió y miró el Mar y suspiró.

—¡Ay! —dijo—. No querría volver nunca. Y a menudo he prometido en las profundidades del mar que si alguna vez pusiera el pie otra vez en tierra, moraría en paz lejos de la Sombra del Norte, o junto a los Puertos de Círdan, o quizá en los bellos prados de Nantathren, donde la primavera es más dulce que los deseos del corazón. Pero si el mal ha crecido desde que partí de viaje y el peligro definitivo acecha a mi pueblo, entonces debo regresar a él. —Se volvió hacia Tuor.— Os guiaré hasta las puertas escondidas —dijo—, porque los prudentes no han de desoír los consejos de Ulmo.

—Entonces marcharemos juntos como se nos ha aconsejado —dijo Tuor—. Pero ¡no te aflijas, Voronwë! Porque mi corazón me dice que tu largo camino te conducirá lejos de la Sombra, y que tu esperanza volverá al Mar.

—Y también la vuestra —dijo Voronwë—. Pero ahora tenemos que abandonarlo e ir de prisa.

—Sí —dijo Tuor—. Pero ¿a dónde me llevarás y a qué distancia? ¿No hemos de pensar primero cómo viajaremos por las tierras salvajes, o si es el camino largo, cómo pasar el invierno sin abrigo?

Pero Voronwë no dio una respuesta clara acerca del camino. —Vos conocéis la fortaleza de los Hombres —dijo—. En cuanto a mí, pertenezco a los Noldor, y grande ha de ser el hambre y frío el

invierno que maten al pariente de los que atravesaron el Hielo. ¿Cómo creéis que pudimos trabajar durante días incontables en los yermos salados del mar? ¿Y no habéis oído del pan de viaje de los Elfos? Y conservo todavía el que todos los marineros guardan hasta el final. —Entonces le mostró bajo la capa un bolsillo sellado sujeto con una hebilla al cinturón.— Ni el agua ni el tiempo lo dañan en tanto esté sellado. Pero hemos de economizarlo hasta que sea mucha la necesidad; y sin duda un proscrito y cazador habrá de encontrar otro alimento antes que el año empeore.

—Quizá —dijo Tuor—. Pero no en todas las tierras es posible cazar sin riesgo, por abundantes que sean las bestias. Y los cazadores se demoran en los caminos.

Entonces Tuor y Voronwë se dispusieron a partir. Tuor llevó consigo el pequeño arco y las flechas que traía además de las armas encontradas en la sala; pero la lanza sobre la que estaba escrito su nombre en runas élficas del Norte la dejó junto al muro en señal de que había pasado por allí. No tenía armas Voronwë, salvo una corta espada.

Antes de que el día hubiera avanzado mucho abandonaron la antigua vivienda de Turgon, y Voronwë guió a Tuor hacia el oeste de las empinadas cuestas de Taras, y a través del gran cabo. Allí en otro tiempo había pasado el camino desde Nevrast a Brithombar, que no era ahora sino una huella verde entre viejos terraplenes cubiertos de hierba. Así llegaron a Beleriand y la región septentrional de las Falas; y volviéndose hacia el este, buscaron las oscuras estribaciones de Ered Wethrin, y allí encontraron refugio y descansaron hasta que el día se desvaneció en el crepúsculo. Porque aunque las antiguas viviendas de Falathrirn, Brithombar y Eglarest estaban todavía lejos, allí moraban Orcos ahora, y toda la tierra estaba infestada de espías de Morgoth: temía éste los barcos de Círdan que llegaban a veces patrullando las costas y se unían a las huestes enviadas desde Nargothrond.

Mientras estaban allí sentados envueltos en sus capas como sombras bajo las colinas, Tuor y Voronwë conversaron juntos durante mucho tiempo. Y Tuor interrogó a Voronwë acerca de Turgon, pero poco hablaba Voronwë de tales asuntos; hablaba en cambio de las moradas de la Isla de Balar y de la Lisgardh, la tierra de los juncos en las Desembocaduras del Sirion.

—Allí crece ahora el número de los Eldar —dijo— porque cada vez son más abundantes los que huyen por miedo de Morgoth, cansados de la guerra. Pero no abandoné yo a mi pueblo por propia decisión. Porque después de la Bragollach y el fin del Sitio de Angband, por primera vez abrigó el corazón de Turgon la duda de que quizá Morgoth fuera demasiado fuerte. Ese año envió a unos pocos, los primeros que atravesaron las puertas desde dentro, y llevaban una misión secreta. Fueron Sirion abajo hasta las costas próximas a las Desembocaduras, y allí construyeron barcos. Pero de nada les sirvió, salvo tan sólo para llegar a la gran Isla de Balar y establecer allí viviendas solitarias, lejos del alcance de Morgoth. Porque los Noldor no dominan el arte de construir barcos que resistan mucho tiempo las olas de Belegaer el grande.

»Pero cuando más tarde Turgon se enteró de los ataques de las Falas y del saqueo de los antiguos Puertos de los Carpinteros de Barcos que se encuentran allá lejos delante de nosotros, y se dijo que Círdan había salvado a unos pocos y navegado con ellos hacia el sur a la Bahía de Balar, volvió a enviar un grupo de mensajeros. Eso fue poco tiempo atrás; no obstante, en mi memoria parece la más larga porción de mi vida. Porque yo fui uno de los que envió, cuando era joven en años entre los Eldar. Nací aquí en la Tierra Media en el país de Nevrast. Mi madre pertenecía a los Elfos Grises de las Falas, y era pariente del mismo Círdan; hubo mucha mezcla de pueblos en Nevrast, durante los primeros años del reinado de Turgon, y yo tengo el corazón marino del pueblo de mi madre. Por tanto, yo estuve entre los escogidos, puesto que nuestro recado era para Círdan, que nos ayudara en la construcción de barcos, con el fin de que algún mensaje y ruego de auxilio pudiera llegar a los Señores del Oeste antes que todo se perdiera. Pero me demoré en el camino. Porque había visto poco de la Tierra Media y llegamos a Nantathren en la primavera del año. Amable al corazón es esa tierra como veréis si alguna vez seguís hacia el sur por el Sirion abajo. Allí se encuentra cura a las nostalgias del mar, salvo para aquellos a quienes no suelta el Destino. Allí Ulmo es sólo el servidor de Yavanna, y la tierra ha dado vida a hermosas criaturas que los corazones de las duras montañas del Norte no pueden imaginar. En esa tierra el Narog se une al Sirion, y ya no se apresuran, sino que fluyen anchos y tranquilos por los prados vivientes; y todo alrededor del río brillante crecen Lirios cárdenos como un bosque florecido, y la hierba está llena de flores como gemas, como campanas, como llamas rojas y doradas, como estrellas multicolores en un firmamento verde. Sin embargo, los

más bellos de todos son los sauces de Nantathren, de verde pálido, o plateados en el viento, y el murmullo de sus hojas innumerables es un hechizo de música: día y noche resonaban incontables mientras yo me hundía silencioso hasta las rodillas en la hierba y escuchaba. Allí quedé encantado y olvidé el Mar en mi corazón. Por allí erré dando nombre a flores nuevas o yaciendo entre sueños en medio del canto de los pájaros y el zumbido de las abejas, olvidado de todos mis parientes, fueran los barcos de los Teleri o las espadas de los Noldor, pero mi destino no lo permitió. O quizá el mismo Señor de las Aguas; porque era muy fuerte en esa tierra.

»Así me vino al corazón la idea de construir una balsa con ramas de sauce y trasladarme por el brillante seno del Sirion; y así lo hice, y así fui llevado. Porque un día, mientras estaba en medio del río sopló un viento súbito y me atrapó, y me arrastró fuera de la Tierra de los Sauces hacia el Mar. De este modo llegué el último de entre los mensajeros junto a Círdan; y de los siete barcos que construyó a pedido de Turgon todos menos uno estaban plenamente acabados. Y uno por uno se hicieron a la mar hacia el Oeste, y ninguno ha vuelto nunca ni se han tenido noticias de ellos.

»Pero el aire salino del mar agitaba de nuevo el corazón de la parentela de mi madre en mi pecho, y me regocijé en las olas aprendiendo toda la ciencia del mar como si la tuviera ya almacenada en mi mente. De modo que cuando el último barco y el mayor estuvo pronto, yo estaba ansioso por partir y me decía a mí mismo: “Si son ciertas las palabras de los Noldor, hay entonces en el Oeste prados con los que la Tierra de los Sauces no puede compararse. Allí nunca nada se marchita ni tiene fin la primavera. Y quizá aun yo, Voronwë, pueda llegar allí. Y en el peor de los casos errar por las aguas es mucho mejor que la Sombra del Norte”. Y no tenía miedo, porque no hay agua que pueda anegar los barcos de los Teleri.

»Pero el Gran Mar es terrible, Tuor, hijo de Huor; y odia a los Noldor, porque es el Destino de los Valar. Peores cosas guarda que hundirse en el abismo y perecer: hastío y soledad y locura; terror del viento y el tumulto, y silencio y sombras en las que toda esperanza se pierde y todas las formas vivientes se apagan. Y baña muchas costas extrañas y malignas, y lo infestan muchas islas de miedo y peligro. No he de oscurecer tu corazón, hijo de la Tierra Media, con la historia de mis trabajos durante siete años en el Gran Mar, desde el Norte hasta el Sur, pero nunca hacia el Oeste. Porque éste permanece cerrado para nosotros.

»Por fin, completamente desesperados, fatigados del mundo entero, dimos la vuelta y escapamos del hado que nos había perdonado durante tanto tiempo, sólo para golpearlos más duramente. Porque cuando divisamos una montaña desde lejos y yo exclamé: “¡Mirad! Allí está Taras y la tierra que me vio nacer”, el viento despertó, y grandes nubes cargadas de truenos vinieron desde el Oeste. Entonces las olas nos persiguieron como criaturas vivas llenas de malicia, y los rayos nos hirieron; y cuando estuvimos reducidos a un casco indefenso, los mares saltaron furiosos sobre nosotros. Pero, como veis, yo fui salvado; porque me pareció que a mi acudía una ola, más grande, y sin embargo más calma que todas las otras, y me cogió y me levantó del barco, y me transportó alto sobre sus hombros, y precipitándose a tierra me arrojó sobre la hierba retirándose luego y descendiendo por el acantilado como una gran cascada. Allí estaba desde hacía una hora todavía aturdido por el mar, cuando vinisteis a mi encuentro. Y siento todavía el miedo que produce, y la amarga pérdida de los amigos que me acompañaron tanto tiempo y hasta tan lejos, más allá de la vista de las tierras mortales.

Voronwë suspiró y continuó en voz baja, como si se hablara a sí mismo: —Pero muy brillantes eran las estrellas sobre el margen del mundo cuando a veces las nubes se retiraban del Oeste. No obstante si vimos sólo nubes más remotas, o atisbamos en verdad, como lo han sostenido algunos, las Montañas de las Pelóri en torno a las playas perdidas de nuestra antigua patria, no lo sé. Lejos, muy lejos se levantan, y nadie de las tierras mortales volverá nunca a ellas, según creo. —Entonces Voronwë guardó silencio; porque había llegado la noche y las estrellas brillaban blancas y frías.

Poco después Tuor y Voronwë se levantaron y volvieron sus espaldas al mar, e iniciaron su largo viaje en la oscuridad; del cual hay poco que decir, pues la sombra de Ulmo estaba sobre Tuor, y nadie los vio pasar por bosque o por piedra, por campo o por valle, entre la puesta y la salida del sol. Pero siempre avanzaban precavidos evitando los cazadores de ojos nocturnos de Morgoth y esquivando los caminos transitados de los Elfos y los Hombres. Voronwë escogía el camino y Tuor lo seguía. No hacía éste preguntas vanas, pero no dejaba de advertir que marchaban siempre hacia el este a lo largo de las fronteras de las montañas cada vez más altas, y que nunca se volvían hacia el sur, lo cual lo

asombró, porque creía, como la mayor parte de los Hombres y los Elfos, que Turgon moraba Lejos de las batallas del Norte.

Lentamente avanzaban en el crepúsculo y en la noche por el descampado sin caminos, y el fiero invierno descendía rápido desde el reino de Morgoth. A pesar del abrigo que procuraban las montañas, los vientos eran fuertes y amargos, y pronto la nieve cubrió espesa las alturas, o giraba en remolinos en los pasos, y caía sobre los bosques de Núath antes de que perdieran del todo sus hojas marchitas. Así, a pesar de haberse puesto en camino antes de Narquelië, llegó Hísimë con su cruel escarcha mientras se acercaban todavía a las Fuentes del Narog.

Allí al cabo de una noche fatigosa, hicieron alto a la luz gris del alba; y Voronwë estaba desanimado y miraba en torno con aflicción y temor. Donde otrora había estado el hermoso estanque de Ivrin, en su gran cuenco de piedra abierto por la caída de las aguas, y todo alrededor había sido una hondonada cubierta de árboles bajo las colinas, veía ahora una tierra mancillada y desolada. los árboles estaban quemados y arrancados de raíz; y los bordes de piedra del estanque estaban rotos, de modo que las aguas de Ivrin se extendían en un gran pantano estéril entre las ruinas. Todo era ahora un cenagal de lodo congelado, y un hedor de corrupción cubría el suelo como una niebla inmundada.

—¡Ay! ¿Ha llegado el mal por aquí? —exclamó Voronwë—. Otrora este sitio estaba lejos de la amenaza de Angband; pero los dedos de Morgoth llegan cada vez más lejos.

—Es lo que Ulmo me dijo —recordó Tuor—: «*Las fuentes están envenenadas, y mi poder se retira de las aguas de la tierra*».

—Sí —dijo Voronwë—, un mal ha estado aquí de fuerza más grande que la de los Orcos. El miedo se demora en este sitio. —Y examinó a su alrededor los bordes del lodo hasta que de repente se detuvo y gritó:— ¡Sí, un gran mal! —E hizo señas a Tuor, y Tuor al acercarse vio una gran hendidura, como un surco que avanzaba hacia el sur, y a cada lado, ora borrosas, ora firme y claramente selladas por la nieve, las huellas de unas grandes garras.— ¡Mirad! —dijo Voronwë, la cara pálida de repugnancia y miedo—. ¡Aquí estuvo hace no mucho el Gran Gusano de Angband, la más fiera de todas las criaturas del Enemigo! Mucho se ha retrasado ya el recado que tenemos para Turgon. Es necesario darse prisa.

Mientras así hablaba, oyeron un grito en los bosques, y se quedaron inmóviles como piedras grises, escuchando. Pero la voz era una hermosa voz, aunque apenada, y parecía decir un nombre como quien busca a alguien que se ha perdido. Y mientras aguardaban, una figura surgió de entre los árboles, y vieron que era un hombre alto armado, vestido de negro, con una larga espada desenvainada; y se asombraron, porque la hoja de la espada era también negra, pero el filo brillaba claro y frío. Tenía el dolor grabado en la cara, y cuando vio la ruina de Ivrin clamó en alta voz apenado, diciendo: —¡Ivrin, Faelivrin! ¡Gwindor y Beleg! Aquí una vez fui curado. Pero ahora, nunca más beberé el trago de la paz.

Entonces se volvió rápido hacia el Norte como quien persigue a alguien o tiene un cometido de gran prisa, y lo oyeron gritar *¡Faelivrin, Finduilas!* hasta que la voz se perdió en los bosques. Pero ellos no sabían que Nargothrond había caído y que éste era Túrin, hijo de Húrin, la Espada Negra. Así, sólo por un momento, y nunca otra vez, se cruzaron los caminos de estos dos parientes, Túrin y Tuor.

Cuando la Espada Negra hubo pasado, Tuor y Voronwë siguieron adelante por un rato, aunque ya era de día; porque el recuerdo de la desdicha de Túrin les pesaba, y no podían soportar quedarse junto a la profanación de Ivrin. Pero no tardaron en buscar un sitio donde ocultarse, porque toda la tierra estaba llena ahora de presagios de mal. Durmieron poco e intranquilos, y cuando transcurrió el día y cayeron las sombras, empezó a nevar, y con la noche llegó una mordiente escarcha. En adelante la nieve y el hielo no cedieron nunca y durante cinco meses el Fiero Invierno, mucho tiempo recordado, tuvo sometido el Norte. Ahora el frío atormentaba a Tuor y a Voronwë, y temían que la nieve los revelara a sus enemigos, o que pudieran caer en peligros ocultos traicioneramente enmascarados. Nueve días siguieron adelante, de manera cada vez más lenta y penosa, y Voronwë se desvió algo hacia el norte, hasta que cruzaron los tres brazos del Teiglin; y luego se encaminó otra vez hacia el este abandonando las montañas, y avanzó precavido, hasta que pasaron el Glithul y llegaron a la corriente del Malduin, y estaba cubierto de negra escarcha.

Entonces Tuor le dijo a Voronwë: —Fiera es la escarcha y la muerte está cerca de mí, y quizá

también de ti. —Pues se encontraban ahora en un verdadero aprieto: hacía ya mucho que no conseguían alimento en el descampado, y el pan de viaje menguaba; y tenían frío y estaban fatigados.— Malo es estar atrapados entre la Maldición de los Valar y la Malicia del Enemigo —dijo Voronwë—. ¿He escapado de las bocas del mar para caer aquí y morir sepultado bajo la nieve?

Pero Tuor dijo: —¿Cuánto tenemos que avanzar todavía? Porque, Voronwë, ya no has de tener secretos para mí. ¿Me llevas por camino directo y a dónde? Pues si tengo que consumir mis últimas fuerzas, quiero saber al menos con qué beneficio.

—Os he conducido tan directamente como me pareció posible —respondió Voronwë—. Sabed pues ahora que Turgon habita aún en el norte de la tierra de los Eldar, aunque pocas gentes lo creen. Ya estamos cerca de él. No obstante, hay todavía muchas leguas que recorrer, aun a vuelo de pájaro; todavía nos espera el Sirion por delante, que hemos de cruzar, y quizá encontremos grandes males en el camino. Porque llegaremos pronto al Camino que otrora descendía desde las Minas del Rey Finrod hasta Nargothrond. Por allí andan y vigilan los sirvientes del Enemigo.

—Me tenía por el más resistente de los Hombres—dijo Tuor—, y he soportado muchas penurias de invierno en las montañas; pero entonces tenía al menos una cueva para abrigarme, y fuego, y dudo ahora que las fuerzas me alcancen para seguir así mucho más, hambriento y en un tiempo tan fiero. Pero continuemos mientras sea posible, antes que la esperanza se agote.

—No tenemos otra elección —dijo Voronwë—, salvo la de yacer aquí tendidos y aguardar el sueño de la nieve.

Por tanto, todo ese amargo día avanzaron trabajosamente, pensando menos en el peligro del enemigo que en el invierno; pero a medida que seguían adelante no era tanta la nieve con que se topaban, pues iban nuevamente hacia el sur, descendiendo por el Valle del Sirion, y las Montañas de Dor-lómin quedaron muy atrás. En las primeras sombras del crepúsculo llegaron al Camino al pie de una elevación arbolada. De pronto advirtieron que estaban oyendo voces, y al mirar cautelosos por entre los árboles, vieron abajo una luz roja. Una compañía de Orcos había acampado en medio del camino, amontonados en torno a un fuego de leña.

—*Gurth an Glamhoth!* —musitó Tuor— ¡La espada saldrá ahora de debajo de la capa! Arriesgaré la vida por apoderarme de ese fuego, y aun la carne de Orcos sería un regalo.

—¡No! —dijo Voronwë—. En esta misión sólo la capa es de utilidad. Tenéis que renunciar al fuego, a Turgon. Esta banda no está sola en el descampado: ¿vuestros ojos mortales no pueden distinguir las llamas distantes de otros puestos al norte y al sur? Un tumulto atraería sobre nosotros a todo un ejército. ¡Escuchadme, Tuor! Es contra la ley del Reino Escondido acercarse a las puertas con enemigos a tus talones; y esa ley no quebrantaré, ni por orden de Ulmo ni por la muerte. Alerta a los Orcos y te abandono.

—Los dejaré estar entonces —dijo Tuor—. Pero viva yo para ver el día en que no haya de esquivar a un puñado de Orcos como perro acobardado.

—¡Ven, pues! —dijo Voronwë—. Ya no discutas más o nos olfatearán. ¡Sígueme!

Se arrastró entonces por entre los árboles, marchando hacia el sur con el viento, seguido por Tuor, hasta que estuvieron a mitad de camino entre el primer fuego de los Orcos y el siguiente. Allí Voronwë se detuvo largo rato, escuchando.

—No oigo a nadie que se mueva en el camino—dijo—, pero no sabemos qué pueda acechar en las sombras. —Atisbó en la penumbra y se estremeció.— Hay un mal en el aire —musitó—. ¡Ay! Más allá se encuentra la tierra de nuestra misión y nuestra esperanza de vida, pero la muerte camina por el medio.

—La muerte nos rodea por todas partes —dijo Tuor—. Pero sólo me quedan fuerzas para el camino más corto. Aquí he de cruzar o perecer. Confiaré en el manto de Ulmo, y también a ti te cubrirá. ¡Ahora seré yo el que conduzca!

Así diciendo, se deslizó hasta el borde del camino, y abrazando allí a Voronwë arrojó sobre ambos los pliegues de la capa gris del Señor de las Aguas, y se adelantó.

Todo estaba en silencio. El viento frío suspiraba barriendo la antigua ruta, y luego también él calló. En la pausa, Tuor advirtió un cambio en el aire, como si el aliento de la tierra de Morgoth hubiera cesado un momento, y una brisa leve que parecía un recuerdo del Mar vino desde el Oeste. Como una neblina gris en el viento cruzaron la calle empedrada y penetraron en la maleza por el borde oriental.

De pronto, desde muy cerca, se oyó un grito frenético, y muchos otros le respondieron a lo largo de los bordes del camino. Un cuerno áspero resonó y se oyó un ruido de pies a la carrera. Pero Tuor no se detuvo. Había aprendido bastante de la lengua de los Orcos durante su cautiverio como para conocer el significado de esos gritos: los guardias los habían olfateado y los habían oído, aunque no podían verlos. Se había desatado la caza. Desesperadamente tropezó y se arrastró junto con Voronwë, trepando por una prolongada cuesta cubierta de una espesura de tojos y arándanos, entre nudos de serbales y abedules enanos. En la cima de la cuesta se detuvieron escuchando los gritos detrás de ellos, y el ruido de los matorrales aplastados por los Orcos.

Junto a ellos había una piedra que se alzaba sobre una maraña de brezos y zarzas, y por debajo había una guarida como la que habría buscado y anhelado una bestia perseguida para evitar la caza, o por lo menos para vender cara su vida, de espaldas a la piedra. Tuor arrastró a Voronwë hacia abajo a la sombra oscura, y uno junto al otro, cubiertos por la capa gris, yacieron mientras jadeaban como zorros cansados. Ni una palabra hablaron; eran todo oídos.

Los gritos de los cazadores se hicieron más débiles; porque los Orcos nunca se internaban demasiado en tierras salvajes a un lado y otro del camino, y se contentaban con patrullar el camino en una y otra dirección. Poco se cuidaban de los fugitivos perdidos, pero temían a los espías y a los exploradores de las fuerzas enemigas; porque Morgoth había montado una guardia en la ruta no para atrapar a Tuor y a Voronwë (de quienes nada sabía aún), ni a nadie que viniera del Oeste, sino para vigilar a la Espada Negra por temor de que escapara y siguiera a los cautivos de Nargothrond, quizá con la ayuda de Doriath.

Llegó la noche y un triste silencio pesó otra vez sobre las tierras desoladas. Cansado y agotado, Tuor durmió bajo la capa de Ulmo; pero Voronwë se arrastró y se mantuvo erguido como una piedra, silencioso, inmóvil, tratando de ver en las sombras con sus ojos de Elfo. Al romper el día despertó a Tuor, y arrastrándose fuera de la guarida vio que en verdad el tiempo había mejorado un tanto y que las nubes negras se habían retirado. El alba era roja y alcanzaba a ver a lo lejos la cima de unas extrañas montañas que resplandecían al fuego del este.

Entonces Voronwë dijo en voz baja: —*‘Alae! Ered en Echoriath, ered embar nín!’* —Porque sabía que estaba contemplando Las Montañas Circundantes y los muros del reino de Turgon. Por debajo de ellos, hacia el este, en un valle profundo y oscuro, corría Sirion el bello, renombrado por su canto; y más allá, envuelta en niebla, ascendía una tierra gris desde el río hasta las colinas quebradas al pie de las montañas.— Allí se encuentra Dimbar —dijo Voronwë—. ¡Ojalá ya hubiéramos llegado! Porque rara vez nuestros enemigos se aventuran hasta allí. O así era al menos cuando el poder de Ulmo dominaba Sirion. Pero puede que haya cambiado ahora; salvo el peligro que presenta el río: es profundo y rápido, y peligroso de cruzar aun para los Eldar. Pero te he conducido bien; porque allí, aunque algo hacia el sur, refulge el Vado de Brithiach, donde el Camino del Este, que antaño conducía a Taras en el Oeste, atravesaba el río. Nadie ahora se atreve a utilizarlo, salvo en caso de desesperada necesidad, ni Elfo ni Hombre ni Orco, pues el camino conduce a Dungortheb y la tierra de terror entre el Gorgoroth y el Cinturón de Melian; y desde hace ya mucho se ha confundido con los matorrales, y no es más que una huella cubierta de malezas y hiedras.

Entonces Tuor miró hacia donde señalaba Voronwë, y vio a lo lejos un resplandor de aguas extendidas a la escasa luz del amanecer; pero más allá asomaba el oscuro bosque de Brethil y escalaba hacia el sur las distantes tierras elevadas. Avanzaron con cautela por el extremo del valle, y al fin llegaron al antiguo camino que bajaba hasta los bordes de Brethil, donde cruzaba la ruta de Nargothrond. Entonces Tuor vio que estaban cerca del Sirion. Las orillas estaban quebradas en aquel sitio, y las aguas, interceptadas por grandes desechos de piedras, se extendían en amplios bajíos, donde murmuraban unos temblorosos arroyos. Un poco más allá, el río se recogía otra vez y, excavando un nuevo lecho, seguía fluyendo hacia el bosque, y se desvanecía a lo lejos en una niebla profunda que la mirada no podía penetrar; porque allí estaba, aunque él no lo sabía, la frontera septentrional de Doriath, a la sombra del Cinturón de Melian.

Inmediatamente Tuor quiso ir de prisa hacia el vado, pero Voronwë se lo impidió diciendo: —No podemos cruzar el Brithiach en pleno día, mientras haya una posibilidad de que estén persiguiéndonos.

—¿Nos sentaremos entonces aquí hasta pudrirnos? —le dijo Tuor—. porque esa duda persistirá mientras dure el reino de Morgoth. ¡Ven! Bajo la sombra de la capa de Ulmo tenemos que seguir ade-

lante.

Aún Voronwë vacilaba y miraba atrás hacia el oeste; pero el sendero estaba desierto y todo en derredor había silencio salvo por el murmullo del agua. Miró a lo alto y el cielo estaba gris y vacío, sin pájaros. Y de pronto la cara se le iluminó de alegría y exclamó en alta voz: —¡Todo está bien! Los enemigos del Enemigo guardan todavía el Brithiach. Los Orcos no nos seguirán hasta aquí; y bajo la capa podemos cruzar ahora, sin esperar mas.

—¿Qué has visto de nuevo? —preguntó Tuor.

—¡Muy corta es la vista de los Hombres Mortales!—dijo Voronwë—. Veo las águilas de las Crissaegrim, y vienen hacia aquí. ¡Observa un momento!

Entonces Tuor se quedó mirando fijamente; y pronto, altas en el aire, vio a tres formas que batían unas fuertes alas y descendían de los picos distantes coronados de nubes. Lentamente bajaban en grandes círculos, y luego se lanzaron de pronto sobre los viajeros, pero antes que Voronwë pudiera llamarlas, giraron veloces y se alejaron volando hacia el norte a lo largo de la línea del río.

—Vayamos ahora —dijo Voronwë—. Si hay un Orco en las cercanías estará acobardado, con las narices aplastadas contra el suelo, hasta que se hayan alejado las águilas.

Descendieron de prisa por una larga cuesta y cruzaron el Brithiach, andando a menudo con los pies secos sobre bancos de piedras, o vadeando los bajíos con el agua no más que hasta las rodillas. Fría y clara era el agua, y había hielo sobre los estanques poco profundos, donde las corrientes errantes habían perdido el camino entre las piedras; pero nunca, ni siquiera en el Fiero Invierno de la Caída de Nargothrond, pudo el mortal aliento del Norte helar el flujo central del Sirion, que parecía el lecho de una antigua corriente, y en la que no fluía ahora agua alguna; no obstante, según parecía, un torrente había abierto un profundo canal, descendiendo del norte de las montañas de las Echoriath y transportando desde allí todas las piedras del Brithiach al Sirion.

—¡Por fin la encontramos después de agotada toda esperanza! —exclamó Voronwë—. ¡Mira! Aquí está la desembocadura del Río Seco y éste es el camino que hemos de tomar.

Entonces entraron en la cañada, de laderas cada vez más altas a medida que giraba hacia el norte, donde el terreno era más empinado. Y Tuor tropezaba en la penumbra, entre las piedras que cubrían el lecho.

—Si esto es un camino —dijo—, no es bondadoso con el viajero fatigado.

—Sin embargo, es el camino que lleva a Turgon—dijo Voronwë.

—Tanto más me maravillo entonces —le dijo Tuor— que el acceso permanezca abierto y sin guardia. Me figuraba que encontraría un gran portal poderosamente guardado.

—Espera y verás —dijo Voronwë—. Este es sólo el comienzo. Lo llamé un camino, sin embargo, nadie lo ha recorrido por más de trescientos años, salvo mensajeros, pocos y en secreto, y todo el arte de los Noldor se ha concentrado en ocultarlo desde que lo tomó el Pueblo Escondido. ¿Permanece abierto, dices? ¿Lo habrías conocido si no hubieras tenido a alguien del Reino Escondido como guía? ¿O habrías pensado que no era sino la obra del viento y de las aguas del desierto? Y no has visto las águilas? Son el pueblo de Thorondor que vivieron otrora en Thangorodrim antes que Morgoth cobrara tanto poder, y viven ahora en las Montañas de Turgon desde la caída de Fingolfin. Sólo ellas con excepción de los Noldor conocen el Reino Escondido, y guardan los cielos por sobre él, aunque hasta ahora ningún sirviente del Enemigo se ha atrevido a ascender a las alturas del aire; y llevan al Rey muchas nuevas de todo lo que se mueve en las tierras de fuera. Si hubiéramos sido Orcos, se nos hubieran echado encima y nos habrían arrojado sobre rocas despiadadas.

—No lo dudo —dijo Tuor—. Pero me pregunto también si la noticia de nuestra cercanía no le llegará a Turgon antes que nosotros. Y sólo tú puedes decir si eso es bueno o malo.

—Ni bueno ni malo —dijo Voronwë—. Porque no podemos atravesar las Puertas Guardadas inadvertidos, se nos espere o no; y si llegamos allí, los guardianes no necesitarán que se les advierta que no somos Orcos. Pero para pasar necesitaremos de mejores argumentos. Porque no sabes, Tuor, a qué peligro estaremos expuestos entonces. No me culpes como quien está desprevenido de lo que pueda ocurrir. ¡Que se manifieste en verdad el poder del Señor de las Aguas! Porque sólo por esa esperanza he consentido en ser tu guía, y si falla, con más seguridad moriremos entonces que por todos los peligros del desierto y el invierno.

Pero Tuor le dijo: —¡Déjate de pronósticos! La muerte en el desierto es segura; y la muerte ante las Puertas es para mí dudosa todavía, a pesar de todas tus palabras. ¡Adelante, condúceme!

Muchas millas avanzaron con trabajo por las piedras del Río Seco, hasta que ya no pudieron más, y la noche derramó oscuridad sobre la cañada profunda; treparon entonces a la orilla oriental y llegaron a las colinas derrumbadas al pie de las montañas. Y al mirar arriba, Tuor vio que se elevaban como ninguna otra montaña que hubiera visto nunca; porque las laderas eran como muros escarpados, apilados todo por encima y por detrás del más bajo, como si fueran grandes torres y precipicios escalonados. Pero el día se había desvanecido, y todas las tierras estaban grises y neblinosas, y la sombra amortajaba el Valle del Sirion. Entonces Voronwë lo llevó a una cueva poco profunda, que se abría en la ladera de una colina sobre las solitarias cuestas de Dimbar, y se metieron dentro arrastrándose, y allí se quedaron escondidos; y se comieron los últimos mendrugos de alimento, y tenían frío y estaban cansados, pero no durmieron. Así llegaron Tuor y Voronwë a las torres de las Echoriath y al umbral de Turgon, en el crepúsculo del décimo octavo día de Hísimë, el trigésimo séptimo de su viaje, y por el poder de Ulmo escaparon tanto del Destino como de la Malicia.

Cuando el primer resplandor del día se filtró gris a través de las nieblas de Dimbar, volvieron arrastrándose al Río Seco, y pronto el curso se desvió hacia el este, serpenteando en ascenso por entre los muros mismos de las montañas; y delante de ellos había un gran precipicio escarpado que se levantaba de pronto en una pendiente cubierta de una enmarañada maleza de espinos. En esa maleza penetraba el pétreo canal y allí estaba todavía oscuro como la noche; e hicieron alto, porque los espinos crecían espesos a ambos lados del lecho, y las ramas entrelazadas formaban una densa techumbre, de modo que Tuor y Voronwë a menudo tenían que arrastrarse como bestias que vuelven furtivas a su guarida subterránea.

Pero por último, cuando con gran esfuerzo llegaron al pie mismo del acantilado, encontraron una falla, parecida a la boca de un túnel abierto en la dura roca por aguas que fluyeran del corazón de los montes. Penetraron por ella y dentro no había ninguna luz, pero Voronwë avanzó sin vacilar; Tuor lo seguía con una mano apoyada en el hombro de Voronwë, e inclinándose un poco pues el techo era bajo. Así, por un tiempo anduvieron a ciegas, hasta que sintieron que el suelo se había nivelado y ya no había pedruscos sueltos. Entonces hicieron alto y respiraron profundamente, escuchando. El aire parecía puro y fresco, y tenían la impresión de un gran espacio en derredor y por encima de ellos; pero todo era silencio, y ni siquiera podía oírse el goteo del agua. Le pareció a Tuor que Voronwë estaba perturbado y perplejo, y le susurró: —¿Dónde están las Puertas Guardadas? ¿O es que en verdad las hemos pasado ya?

—No —dijo Voronwë—. Pero me asombra que nadie pueda llegar hasta aquí sin ser estorbado. Me temo un ataque en la oscuridad.

Pero sus susurros despertaron los ecos dormidos y se agrandaron y se multiplicaron y recorrieron el techo y las paredes invisibles siseando y murmurando como el sonido de muchas voces furtivas. Y cuando los ecos morían en la piedra, Tuor oyó desde el corazón de la oscuridad una voz que hablaba en lenguas élficas: primero en la Alta Lengua de los Noldor, que no conocía; y luego en la lengua de Beleriand, aunque con inflexiones algo extrañas, como las de un pueblo que hace mucho tiempo se separó de sus hermanos.

—¡Alto! —le decía—. ¡No os mováis! O moriréis, seáis amigos o enemigos.

—Somos amigos—, dijo Voronwë.

—Entonces haced lo que se os ordene —les dijo la voz.

El eco de las voces se apagó en el silencio. Voronwë y Tuor permanecieron inmóviles, y le pareció a Tuor que transcurrían muchos lentos minutos, y sintió un miedo en el corazón, como en ningún otro de sus pasados peligros. Entonces se oyó un ruido de pasos, que crecieron hasta parecer casi que unos trolls martilleaban en aquel sitio sonoro. De repente, alguien descubrió una lámpara élfica, y los brillantes rayos enfocaron primero a Voronwë, pero Tuor no pudo ver nada más que una estrella deslumbrante en la sombra; y supo que mientras ese rayo lo iluminara no podría moverse para huir ni avanzar.

Por un momento fueron mantenidos así en el ojo de la luz, y luego la voz volvió a hablar diciendo:

—¡Mostrad vuestras caras! —Y Voronwë echó atrás la capucha y la cara resplandeció en la luz, clara y dura, como grabada en piedra; y su belleza maravilló a Tuor. Entonces habló con orgullo diciendo:— ¿No conoces a quien estás mirando? soy Voronwë, hijo de Aranwë, de la Casa de Fingolfin. ¿O al cabo de unos pocos años se me ha olvidado en mi propia tierra? Mucho más allá de

los confines de la Tierra Media he viajado, pero aún recuerdo tu voz, Elemmakil.

—Entonces recordará también Voronwë las leyes de su tierra —dijo la voz—. Puesto que partió por mandato, tiene derecho a retornar. Pero no a traer aquí a forastero alguno. Por esa acción pierde todo derecho, y ha de ser llevado prisionero ante el juicio del rey. En cuanto al forastero, será muerto o mantenido cautivo según juicio de la Guardia. Traedlo aquí para que yo pueda juzgar.

Entonces Voronwë condujo a Tuor a la luz, y entretanto muchos Noldor vestidos de malla y armados avanzaron de la oscuridad, y los rodearon con espadas desenvainadas. Y Elemmakil, capitán de la Guardia, que portaba la lámpara brillante, los miró larga y detenidamente.

—Esto es extraño en ti, Voronwë —dijo—. Hemos sido amigos durante mucho tiempo. ¿Por qué, entonces, me pones así tan cruelmente entre la ley y la amistad? Si hubieras traído aquí a un intruso de alguna de las otras casas de los Noldor, ya habría sido bastante. Pero has traído al conocimiento del Camino a un Hombre mortal, porque veo en sus ojos a qué linaje pertenece. No obstante jamás podrá partir en libertad, puesto que conoce el secreto; y como a alguien de linaje extraño que ha osado entrar, tendría que matarlo... aun cuando fuera tu queridísimo amigo.

—En las vastas tierras de fuera, Elemmakil, muchas cosas extrañas pueden acaecerle a uno, y misiones inesperadas pueden imponérsele —contestó Voronwë—. Otro será el viajero al volver que el que partió. Lo que he hecho lo he hecho por un mandato más grande que la ley de la Guardia. El Rey tan Sólo ha de juzgarme, y a aquel que viene conmigo.

Entonces habló Tuor y ya no sintió miedo. —Vengo con Voronwë, hijo de Aranwë, porque el Señor de las Aguas lo designó para que me guiara. Con este fin fue librado de la Condenación de los Valar y de la cólera del Mar. Porque traigo un recado de Ulmo para el hijo de Fingolfin y con él hablaré.

Entonces Elemmakil miró con asombro a Tuor.

—¿Quién eres, pues? ¿Y de dónde vienes?

—Soy Tuor, hijo de Huor, de la Casa de Hador y de la parentela de Húrin, y estos nombres, se cuenta, no son desconocidos en el Reino Escondido. He pasado desde Nevrast por muchos peligros para encontrarlo.

—¿Desde Nevrast? —preguntó Elemmakil—. Se dice que nadie vive allí desde la partida de nuestro pueblo.

—Se lo dice con verdad —respondió Tuor—. Vacíos y helados están los patios de Vinyamar. No obstante, de Allí vengo. Llévame ahora ante el que construyó esas estancias de antaño.

—En asuntos de tanto monto, no me cabe decidir —dijo Elemmakil—. Por tanto he de llevarte a la luz donde más sea revelado y te entregaré a la Guardia del Gran Portal.

Entonces dio voces de mando y Tuor y Voronwë fueron rodeados de altos guardianes, dos por delante y tres por detrás de ellos; y el capitán los llevó desde la caverna de la Guardia Exterior y entraron, según parecía, a un pasaje recto, y por allí anduvieron largo rato por un suelo nivelado hasta que una pálida luz brilló adelante. Así llegaron por fin a un amplio arco con altas columnas a cada lado, talladas en la roca, y en el medio había un portal de barras de madera cruzadas, maravillosamente talladas y tachonadas con clavos de acero.

Elemmakil lo tocó, y el portal se alzó lentamente y siguieron adelante; y Tuor vio que se encontraban en el extremo de un barranco. Nunca había visto nada igual ni había alcanzado a imaginarlo, aunque tanto había andado por las montañas del desierto del Norte; porque junto al Orfalch Echor, el Cirith Ninniach no era sino una grieta en la roca. Aquí las manos de los mismos Valar, durante las antiguas guerras de los inicios del mundo, habían separado las grandes montañas, y los lados de la hendidura eran escarpados, como si hubieran sido abiertos con un hacha, y se alzaban a alturas incalculables. Allí arriba a lo lejos corría una cinta de cielo, y sobre su profundo azul se recortaban unas cumbres oscuras y unos pináculos dentados, remotos, pero duros, crueles como lanzas. Demasiado altos eran esos muros poderosos para que el sol del invierno llegara a dominarlos, y aunque era ahora pleno día, unas estrellas pálidas titilaban por sobre la cima de las montañas, y abajo todo estaba en penumbra, salvo por la desmayada luz de las lámparas colocadas junto al camino ascendente. Porque el suelo del barranco subía empinado hacia el este, y a la izquierda Tuor vio al lado del lecho de la corriente un ancho camino pavimentado de piedras, que ascendía serpenteando hasta desvanecerse en la sombra.

—Habéis atravesado el Primer Portal, el Portal de Madera —dijo Elemmakil—. Ese es el camino.

Tenemos que apresurarnos.

Cuán largo era aquel profundo camino, Tuor no podía saberlo, y mientras miraba fijamente hacia adelante, un gran cansancio lo ganó, como una nube. Un viento helado siseaba sobre la cara de las piedras, y él se envolvió en la capa. —¡Frío sopla el viento del Reino Escondido! —dijo.

—Sí, en verdad —dijo Voronwë—; a un forastero podría parecerle que el orgullo ha vuelto despiadados a los servidores de Turgon. Largas y duras parecen las leguas de las Siete Puertas al hambriento y al cansado del viaje.

—Si nuestra ley fuera menos severa, hace ya mucho que la astucia y el odio nos habrían descubierto y destruido. Eso bien lo sabéis —dijo Elemmakil—. Pero no somos despiadados. Aquí no hay alimentos y el forastero no puede volver a cruzar la puerta, una vez que la ha franqueado. Tened, pues, un poco de paciencia y en la Segunda Puerta encontraréis alivio.

—Bien está —dijo Tuor, y avanzó como se le había dicho. Al cabo de un rato se volvió y vio que sólo Elemmakil junto con Voronwë lo seguían—. No hacen falta más guardianes —dijo Elemmakil leyéndole el pensamiento—. Del Orfaich no se puede escapar y no hay camino de vuelta.

De este modo ascendieron el camino empinado, a veces por largas escaleras, otras por cuestas ondulantes bajo la intimidante sombra del acantilado, hasta que a una media legua poco más o menos de la Puerta de Madera, Tuor vio que el camino estaba bloqueado por un gran muro que cruzaba el barranco de lado a lado, con robustas torres de piedra en cada extremo. En la pared había una gran arcada sobre el camino, pero parecía que los albañiles la habían cerrado con una única poderosa piedra. Cuando se acercaron, la oscura y pulida superficie resplandecía a la luz de una lámpara blanca que colgaba en el medio del arco.

—Aquí se encuentra el Segundo portal, el Portal de Piedra —dijo Elemmakil y yendo hacia él le dio un ligero empujón. La piedra giró sobre un pivote invisible hasta que los enfrentó de canto, dejando abierto el camino a un lado y a otro; y ellos pasaron y entraron en un patio donde había muchos guardianes armados vestidos de gris. Nadie dijo nada, pero Elemmakil condujo a los que tenía bajo custodia a una cámara bajo la torre septentrional; y allí se les llevó alimentos y vino y se les permitió descansar un momento.

—Escaso puede parecer el alimento —dijo Elemmakil a Tuor—. Pero si lo que pretendes resulta verdadero, se te compensará con creces.

—Es bastante —le dijo Tuor—. Débil sería el corazón que necesitara remedio mejor. —Y en verdad tal alivio recibió de la bebida y la comida de los Noldor, que pronto estuvo dispuesto a partir otra vez.

Al cabo de un corto trecho se toparon con un muro más alto todavía y más fuerte que el anterior, y en él se abría el Tercer Portal, el Portal de Bronce: un gran portal de dos hojas recubiertas de escudos y placas de bronce en los que había grabados muchas figuras y signos extraños. Sobre el muro, por encima del dintel, había tres torres cuadradas, techadas y revestidas de cobre, que (por algún recurso de hábil herrería) brillaba siempre y resplandecía como fuego a los rayos de las lámparas rojas, alineadas como antorchas a lo largo del muro. Otra vez silenciosos cruzaron la puerta y vieron en el patio del otro lado una compañía de guardianes todavía mayor, con trajes de malla que brillaban como fuego opacado; y las hojas de las hachas eran rojas. Del linaje de los Sindar de Nevrast eran la mayoría de los que guardaban esta puerta.

Llegaron entonces a lo más trabajoso del camino, porque en medio del Orfalch la cuesta era empinada como en ningún otro sitio, y mientras subían Tuor vio unos muros todavía más altos, que se levantaban oscuros sobre él. Así, por fin, se acercaron al Cuarto Portal, el Portal de Hierro Retorcido. Alto y negro era el muro y ninguna lámpara lo iluminaba. Sobre él había cuatro torres de hierro, y entre las dos del medio asomaba la figura de un águila enorme labrada en hierro, a semejanza del Rey Thorondor cuando bajando de los cielos más altos se posa sobre la cima de una montaña. Pero cuando Tuor estuvo frente a la puerta, asombrado, tuvo la impresión de que estaba mirando a través de las ramas y los troncos de unos árboles imperecederos un pálido valle de la Luna. Porque una luz venía a través de las tracerías de la puerta, forjadas y batidas en forma de árboles, con raíces retorcidas y ramas entretejidas cargadas de hojas y de flores. Y al pasar al otro lado, vio cómo esto era posible; porque la puerta era de un grosor considerable, y no había un solo enrejado, sino tres en sucesión, puestos de tal modo que para quien venía por medio del camino eran parte del conjunto;

pero la luz de más allá era la luz del día.

Porque habían subido ahora hasta una gran altura por sobre las tierras bajas donde habían iniciado el camino, y más allá del Portal de Hierro el camino era casi llano. Además, habían atravesado la corona y el corazón de las Echoriath, y las tórricas montañas se precipitaban ahora bajando y transformándose en colinas, y el desfiladero se ensanchaba y los lados se volvían menos escarpados. Las amplias laderas estaban cubiertas de nieve, y la luz del cielo reflejada en la nieve llegaba como la luz de la luna a través de la neblina clara que flotaba en el aire.

Pasaron entonces por medio de las filas de la Guardia de Hierro que estaba detrás del Portal; de mantos, mallas y largos escudos negros; y las viseras de pico de águila de los cascos les cubrían las caras. Entonces Elemmakil fue hacia ellos y ellos lo siguieron hasta la pálida luz; y Tuor vio junto al camino hierba en la que resplandecían como estrellas las blancas flores de *uilos*, la siempreviva que no conoce estaciones y que jamás se marchita; y así, maravillado y con el corazón aliviado, fue conducido al Portal de Plata.

El muro del Quinto Portal estaba construido de mármol blanco, y era bajo y macizo, y el parapeto era un enrejado de plata entre cinco grandes globos de mármol; y había allí muchos arqueros vestidos de blanco. La puerta tenía la forma de tres arcos de círculo, y estaba hecha de plata y de perlas de Nevraeth a semejanza de la Luna; pero sobre el Portal, en medio del globo, se levantaba la imagen del Árbol Blanco de Telperion, de plata y malaquita, con flores hechas con las grandes perlas de Balar. Y más allá del Portal, en un amplio patio pavimentado de mármol verde y blanco, había arqueros con malla de plata y yelmos de cresta blanca, un centenar de ellos a cada lado. Entonces Elemmakil condujo a Tuor y a Voronwë a través de las filas silenciosas y entraron en un largo camino blanco que llevaba derecho al Sexto Portal; y mientras avanzaban, las veredas de hierba a la vera del camino se hacían más anchas, y entre las blancas estrellas de *uilos*, se abrían muchas flores menudas, como ojos de oro.

Así llegaron al Portal Dorado, el último de los antiguos portales de Turgon construidos antes de la Nirnaeth; y era muy semejante al Portal de Plata, salvo que el muro estaba hecho de mármol amarillo y los globos y el parapeto eran de oro rojo; y había seis globos, y en medio, sobre una pirámide dorada, se levantaba la imagen de Laurelin, el Árbol del Sol, con flores de topacio labradas en largos racimos, engarzados en cadenas de oro. Y el Portal mismo estaba adornado con discos de oro de múltiples rayos, a semejanza del Sol, engarzados en medio de figuras de granate y topacio y diamantes amarillos. En el patio del otro lado había trescientos arqueros con largos arcos, y las cotas de malla eran doradas, y unas largas plumas doradas les coronaban los yelmos; y los grandes escudos redondos eran rojos como llamas de fuego.

Ahora el sol bañaba el camino que tenían por delante, porque los muros de las colinas eran bajos a cada lado, y verdes, salvo por la nieve que cubría las cimas; y Elemmakil avanzó de prisa porque se acercaban al Séptimo Portal, llamado el Grande, el Portal de Acero que Maeglin labró después de volver de la Nirnaeth, a través de la amplia entrada al Orfalch Echor.

No había allí ningún muro, pero a cada lado se levantaban dos torres redondas de gran altura, con múltiples ventanas escalonadas en siete plantas que culminaban en una torrecilla de acero brillante, y entre las torres había un poderoso cerco de acero que no se oxidaba, y resplandecía frío y pulido. Había siete grandes columnas de acero, con la altura y la circunferencia de fuertes árboles jóvenes, pero terminadas en una punta cruel afilada como una aguja; y entre las columnas había siete travesaños de acero, y en cada espacio siete veces siete varas de acero verticales, coronadas de láminas largas como lanzas. Pero en el centro, sobre la columna central y la más grande, se levantaba una poderosa imagen del yelmo real de Turgon: la Corona del Reino Escondido, toda engarzada de diamantes.

No veía Tuor puerta ni portal en este poderoso seto de acero, pero al acercarse a través de los espacios entre las barras, le pareció que una luz deslumbrante venía hacia él, y tuvo que escudarse los ojos y detenerse inmóvil de miedo y maravilla. Pero Elemmakil avanzó y ninguna puerta se abrió; pero golpeó una barra y el cerco resonó como un arpa de múltiples cuerdas que emitió unas claras notas armónicas que fueron repitiéndose de torre en torre.

En seguida surgieron jinetes de las torres, pero delante de los de la torre septentrional venía uno montado en un caballo blanco; y desmontó y avanzó hacia ellos. Y alto y noble como era Elemmakil, más alto y más señorial todavía era Ecthelion, Señor de las Fuentes, por ese tiempo Guardián de la

Gran puerta. Vestía todo de plata, y sobre el yelmo resplandeciente llevaba un dardo de acero terminado en un diamante; y cuando el escudero le tomó el escudo, éste brilló como cubierto de gotas de lluvia, que eran en verdad un millar de tachones de cristal.

Elemmakil lo saludó y dijo: —He traído aquí a Voronwë Aranwion, que vuelve de Balar; y he aquí el extranjero que él ha conducido y que demanda ver al Rey.

Entonces Ecthelion se volvió hacia Tuor, pero éste se envolvió en su capa y guardó silencio frente a él; y le pareció a Voronwë que una neblina cubría a Tuor y que había crecido en estatura, de modo que el extremo de la capucha sobrepasaba el yelmo del señor élfico, como si fuera la cresta gris de una ola marina que se precipita a tierra. Pero Ecthelion posó su brillante mirada sobre Tuor y al cabo de un silencio habló gravemente diciendo:— Has llegado hasta el Último Portal. Entérate pues que ningún extranjero que lo atravesase volverá a salir otra vez, salvo por la puerta de la muerte.

—¡No pronuncies augurios ominosos! Si el mensajero del Señor de las Aguas pasa por esa puerta, todos los que aquí moran han de ir tras él. Señor de las Fuentes: ¡no estorbes al mensajero del Señor de las Aguas!

Entonces Voronwë y todos los que estaban cerca volvieron a mirar a Tuor con asombro, maravillados de sus palabras y su voz. Y a Voronwë le pareció como si oyera una gran voz, pero como de alguien que clama desde lejos. Pero Tuor tuvo la impresión de que se oía a sí mismo como si otro hablara por su boca.

Por un tiempo Ecthelion se mantuvo en silencio mirando a Tuor, y poco a poco un temor reverente le asomó a la cara, como si en la sombra gris de la capa de Tuor viera visiones distantes. Luego se inclinó ante él y fue hacia el cerco y puso sus manos sobre él, y las puertas se abrieron hacia adentro a ambos lados de la columna de la Corona. Entonces Tuor pasó entre ellas, y llegando a un elevado prado que daba sobre el valle, contempló Gondolin en medio de la nieve blanca. Y tan maravillado quedó que durante largo rato no pudo mirar nada más; porque tenía ante él por fin la visión de su deseo, nacido de sueños de nostalgia.

Así se mantuvo erguido sin pronunciar palabra. Silenciosas a ambos lados formaban las huestes del ejército de Gondolin; todas las siete clases de las Siete Puertas estaban representadas en él; pero los capitanes jineteaban caballos blancos y grises. Entonces, mientras miraban a Tuor asombrados, a éste se le cayó la capa, y apareció ante ellos vestido con la poderosa librea de Nevrast. Y muchos había allí que habían visto al mismo Turgon poner esos adornos sobre la pared, detrás del Alto Asiento de Vinyamar.

Entonces Ecthelion dijo por fin: —Ya no hace falta otra prueba; y aun el nombre que reivindica, como hijo de Huor, importa menos que esta clara verdad: es el mismo Ulmo quien lo envía.

NOTAS

1. En *El Silmarillion* se dice que cuando los Puertos de Brithombar y Eglarest fueron destruidos en el año que siguió a la Nirnaeth Arnoediad, los Elfos de la Falas que escaparon fueron con Círdan a la Isla de Balar, «y construyeron un refugio para todo aquel que pudiera llegar hasta allí; porque se establecieron también en las Desembocaduras del Sirion, y allí muchas naves livianas y rápidas estaban escondidas en arroyos y aguas donde los juncos eran densos como un bosque».
2. Hay en otro sitio referencia a las lámparas de brillo azul de los Elfos Noldorin, aunque no se las menciona en el texto publicado de *El Silmarillion*. En las versiones tempranas del cuento de Túrin, Gwindor, el Elfo de Nargothrond que escapó de Angband y fue encontrado por Beleg en el bosque de TarnuFuin, poseía una de estas lámparas (puede vérsela en la pintura que mi padre hizo de ese encuentro; véase *Pictures by J. R. R. Tolkien*, 1979, n. 37); y fue la luz de la lámpara de Gwindor la que le mostró a Túrin la cara de Beleg, a quien acababa de matar. En una nota sobre la historia de Gwindor se las llama «lámparas Fëanorianas», de las que ni los Noldor siquiera tenían el secreto; y se las describe allí como «cristales colgados de una fina red de cadenillas que brillan constantemente con una azul irradiación interior».

3. «El sol iluminará tu sendero.» En la historia mucho más breve que se cuenta en *El Silmarillion* no se dice cómo Tuor encontró la Puerta de los Noldor ni se hace mención de los Elfos Gelmir y Arminas. Aparecen sin embargo en el cuento de Túrin (*El Silmarillion*), como los mensajeros que llevaron a Nargothrond la advertencia de Ulmo; y se dice que pertenecieron al pueblo de Angrod, hijo de Finarfin, que después de la Dagor Bragollach vivió en el sur con Círdan el Carpintero de Barcos. En una versión más larga de la historia de su llegada a Nargothrond, Arminas, que compara a Túrin desfavorablemente con su pariente, dice haber encontrado a Tuor «en los yermos de Dor-lómin»; véase *Cuentos inconclusos II. La Segunda Edad*.
4. En *El Silmarillion*, se dice que cuando Morgoth y Ungoliant lucharon en esta región por la posesión de las Silmarils, Morgoth lanzó un grito terrible cuyos ecos resonaron en las montañas. Fue así que esa región se llamó Lammoth; porque esos ecos la habitaron después para siempre; y despertaban cada vez que alguien gritaba allí, y todas las tierras yermas entre las colinas y el mar se llenaban de un clamor de voces angustiadas. Aquí, por otra parte, parece entenderse que cualquier sonido emitido allí se magnificaba de por sí; y esta idea está también claramente presente en el capítulo 1 de *El Silmarillion*, donde (en un pasaje muy similar a éste) «Y al poner pie los Noldor en la playa, sus gritos chocaron con las colinas y se multiplicaron, de modo que un clamor de incontables voces poderosas llegó a todas las costas del Norte». Parece que de acuerdo con una de estas «tradiciones», Lammoth y Ered Lómin (Montañas del Eco) se llamaron así por retener el eco del espantoso grito de Morgoth, enredado en las telas de Ungoliant; mientras que, según otros, los nombres describen sencillamente la naturaleza de los sonidos en esa región.
5. *El Silmarillion*: «Y Túrin se apresuraba por los senderos que llevan al norte, a través de las tierras ahora desoladas entre el Narog y el Teiglin, y el Fiero Invierno le salió al encuentro; porque ese año nevó antes de que terminara el otoño, y la primavera llegó tardía y fría».
6. En *El Silmarillion* se dice que cuando Ulmo se le apareció a Turgon en Vinyamar y le ordenó que fuera a Gondolin, le dijo: «“Puede que el Hado de los Noldor te alcance también a ti antes del fin, y que la traición despierte dentro de tus muros. Habrá entonces peligro de fuego. Pero si este peligro acecha en verdad, entonces vendrá a alertarte uno de Nevrast, y de él, más allá de la ruina y del fuego, recibiréis esperanzas los Elfos y los Hombres. Por tanto, deja en esta casa una armadura y una espada para que él las encuentre, y de ese modo lo conocerás y no serás engañado.” Y Ulmo le declaró a Turgon de qué especie y tamaño tenían que ser el yelmo y la cota de malla y la espada que dejaría en la ciudad».
7. Tuor fue el padre de Eärendil, padre a su vez de Elros Tar-Minyatur, el primer Rey de Númenor.
8. Esto debe de referirse a la advertencia de Ulmo llevada a Nargothrond por Gelmir y Arminas.
9. Las Islas Sombrías son probablemente las Islas Encantadas descritas al final del cáp. iv de *El Silmarillion*, que «se extendieron como una red por los Mares Sombríos desde el norte hasta el sur» en tiempos del Ocultamiento de Valinor.
10. Cf. *El Silmarillion*: «A pedido de Turgon, Círdan construyó siete rápidos barcos, y navegaron hacia el Occidente; pero no hubo nunca noticias de ellos en Balar, salvo de uno, y fue la última. Los marineros de ese barco se esforzaron largo tiempo en el mar, y por último, al volver desesperados, naufragaron en una gran tormenta a la vista de las costas de la Tierra Media; pero uno de ellos fue salvado por Ulmo de la ira de Ossë, y las olas lo sostuvieron y lo arrojaron a las costas de Nevrast. Se llamaba Voronwë; y era uno de los mensajeros que Turgon había enviado desde Gondolin».
11. Las palabras que Ulmo dirige a Turgon aparecen en *El Silmarillion*, Cáp. 15, en la siguiente

forma: «Recuerda que la verdadera esperanza de los Noldor está en el Occidente y viene del Mar» y «Pero si este peligro acecha en verdad, entonces vendrá a alertarte uno de Nevrast».

12. Nada se dice en *El Silmarillion* de la posterior suerte de Voronwë después de volver a Gondolin con Tuor; pero en la historia original («De Tuor y los exiliados de Gondolin») él era uno de los que escaparon del saqueo de la ciudad, como lo implican Las palabras que Tuor pronuncia aquí.
13. Cf. *El Silmarillion*: «Turgon creía también que el fin del Sitio era también el principio de la caída de los Noldor, a no ser que llegara ayuda; y envió compañías de los Gondolindrim en secreto a las Desembocaduras del Sirion y a la Isla de Balar. Allí construyeron embarcaciones y navegaron al extremo Occidente en cumplimiento del cometido de Turgon, en busca de Valinor, para pedir el perdón y la ayuda de los Valar; y rogaron a las aves del mar que los guiasen. Pero los mares eran bravos y vastos, y la sombra y el hechizo flotaban sobre ellos; y Valinor estaba Oculta. Por tanto, ninguno de los mensajeros de Turgon llegó al Occidente, y muchos se perdieron y pocos regresaron».
En uno de los «textos constitutivos» de *El Silmarillion* se dice que aunque los Noldor «no dominaban el arte de la construcción de barcos y todos los navíos que construían naufragaban o eran repelidos por los vientos», no obstante después de la Dagor Bragollach «Turgon mantuvo un refugio secreto en la Isla de Balar», y cuando después de la Nirnaeth Arnoediad, Círdan y el resto de su pueblo huyeron de Brithombar y Eglarest a Balar, «se mezclaron allí con los del puesto de avanzada de Turgon». Pero este elemento de la historia fue eliminado y, de este modo, en el texto publicado de *El Silmarillion* no hay referencia a que los Elfos de Gondolin se hubieran establecido en Balar.
14. Los bosques de Núath no se mencionan en *El Silmarillion*, y tampoco están señalados en el mapa que lo acompaña. Se extendían hacia el oeste desde el curso superior del Narog hasta las fuentes del río Nenning.
15. Cf. *El Silmarillion*: «Finduilas, hija del Rey Orodreth, reconoció a Gwindor y le dio la bienvenida, pues lo había amado antes de la Nirnaeth, y muy grande fue el amor que la belleza de Finduilas despertó en Gwindor, y la llamó Faelivrin: la luz del sol sobre los Estanques de Ivrin»,.
16. El río Glithul no se menciona en *El Silmarillion* y no lleva nombre aunque aparezca en el mapa: un afluente del Teiglin que desemboca en ese río algo al norte del sitio en que desemboca el Malduin.
17. Hay referencia a este camino en *El Silmarillion*: «El antiguo pasaje ... que atraviesa el largo desfiladero del Sirion, más allá de la isla donde se había levantado Minas Tirith de Finrod, y por la tierra que se extiende entre el Malduin y el Sirion, y de las orillas de Brethil hasta los Cruces del Teiglin».
18. «¡Muerte a los *Glamholh!*» Este nombre, aunque no aparece en *El Silmarillion* ni en *El Señor de los Anillos* era un término general con el que se designaba en Sindarin a los Orcos. La significación es «horda estruendosa», «hueste en tumulto»; cf. la espada de Gandalf *Glamdring*, y *Tol-in-Gaurhoth*, la Isla de (la hueste de los) Licántropos.
19. *Echoriath*: las Montañas Circundantes en torno a la llanura de Gondolin; *ered embar nín*: las montañas de mi patria.
20. En *El Silmarillion*, Beleg de Doriath dijo a Túrin (unos años antes del transcurso de la presente historia) que los Orcos habían abierto un camino a través del Paso de Anach, y Dimbar, que solía vivir en paz, cae ahora bajo la Mano Negra».

21. Por este camino Maeglin y Aredhel huyeron a Gondolin perseguidos por Eöl (*El Silmarillion*, Cáp. 16); y más tarde Celegorn y Curufin lo apresaron cuando fueron expulsados de Nargothrond (*Ibid.*) Sólo en el presente texto se menciona que se prolongaba hacia el oeste hasta la antigua morada de Turgon en Vinyamar bajo el Monte Taras; y su curso deja de señalarse en el mapa a partir de su unión con el viejo camino del sur a Nargothrond al borde noroeste de Brethil.
22. El nombre *Brithiach* contiene el elemento *brith*, «grava», como también en el río *Brithon* y el puerto de *Brithombar*.
23. En una versión paralela de este texto a esta altura de la historia, casi sin duda rechazada en favor de la impresa, los viajeros no cruzaban el Sirion por el Vado de Brithiach, sino que llegaban al río varias leguas más al norte. «Avanzaron un fatigoso camino hasta orillas del río y allí exclamó Voronwë: —¡Mira una maravilla! El bien y el mal pronostica a la vez. El Sirion está congelado, aunque no hay historia que cuente cosa semejante desde la llegada de los Eldar desde el este. Así podremos pasar y ahorrarnos muchas leguas fatigosas, demasiado prolongadas para nuestras fuerzas. No obstante, así también otros habrán pasado o podrán hacerlo.» Cruzaron el río sobre el hielo sin estorbo y «de este modo los designios de Ulmo obtuvieron provecho de la malicia del Enemigo, pues se acortó el camino, y cuando ya estaban sin esperanza y sin fuerzas Tuor y Voronwë llegaron por fin al Río Seco, donde parte de las faldas de las montañas».
24. Cf. *EL Silmarillion*: «Pero había un camino profundo bajo las montañas excavado en la oscuridad del mundo por las aguas que iban a unirse a las corrientes del Sirion; y este camino encontró Turgon, y así llegó a la llanura verde en medio de las montañas, y vio la colina-isla que se levantaba allí de piedra lisa y dura; porque el valle había sido un gran lago en días antiguos».
25. No se dice en *El Silmarillion* que las grandes águilas hubieran morado nunca en Thangorodrim. En el capítulo de Manwe «había enviado a la raza de las Águilas con la orden de habitar en los riscos del norte y vigilar a Morgoth»: mientras que en el capítulo 18 Thoridor «se precipitó desde su nido sobre las cumbres de las Crissaegrim» para rescatar el cuerpo de Fingolfin ante las puertas de Angband. Cf. también *El Retorno del Rey*, VI, 4: «El viejo Thorondor, aquel que en tiempos que la Tierra Media era joven, construía sus nidos en los picos inaccesibles de las Montañas Circundantes». Es muy probable que la idea de que Thorondor hubiera habitado antes en Thangorodrim, como aparece también en un texto temprano de *El Silmarillion*, fuera luego abandonada.
26. En *El Silmarillion* no se dice nada específico acerca del lenguaje de los elfos de Gondolin: pero este pasaje sugiere que para algunos de ellos la Alta Lengua Élfica era de uso corriente. Se afirma en el ensayo lingüístico posterior que el quenya se utilizaba diariamente en la casa de Turgon, y era la lengua de infancia de Eärendil pero que «para la mayor parte del pueblo de Gondolin se había convertido en una lengua libresca, y, como los otros Noldor, utilizaban el Sindarin como lengua cotidiana». Cf. *El Silmarillion*: Después del edicto de Thingol «los Exiliados adoptaron la lengua Sindarin en la vida cotidiana, y la Alta Lengua del occidente sólo fue hablada por los Señores de los Noldor y entre sí. No obstante, esa lengua sobrevivió siempre como el lenguaje del conocimiento, en cualquier lugar en que habitara algún Noldor».
27. Estas eran las flores que crecían en abundancia en los túmulos sepulcrales de los Reyes de Rohan bajo Edoras, y que Gandalf llamó en la lengua de los Rohirrim *simbelnime* (en su traducción al inglés antiguo), esto es, «siempreviva», «pues florecen en todas las estaciones del año y crecen donde descansan los muertos» (*EL Señor de los Anillos III, Las Dos Torres, III, 6*). El nombre élfico *uilos* sólo aparece en este pasaje, pero la palabra se encuentra también en *Amon Uilos*, como el nombre quenya *Oiolossé* «Blanca-nieve-eterna», la Montaña de Manwë» se traducía al Sindarin. En «Cirion y Eorl» a la flor se le da otro nombre élfico: *alfirin*.
28. En *El Silmarillion* se dice que Thingol recompensó a los Enanos de Belegost con profusión de perlas: «Estas se las había dado Círdan, pues se recogían en abundancia en los vados de la Isla de Balar».

29. Ecthelion de la Fuente se menciona en *El Silmarillion* como uno de los capitanes de Turgon. Fue quien después de la Nirnaeth Arnœiath guardó los flancos del ejército de Gondolin en su retirada a lo largo del Sirion, y tornó en matador de Gothmog. Señor de los Balrogs, quien lo mató durante el ataque de la ciudadela.
30. En este punto cesa el manuscrito cuidadosamente escrito, aunque muy corregido, y el resto de la narración está garrapateado de prisa en un pedazo de papel.
31. Aquí finalmente la narración llega a su término, y Solo restan algunos apuntes apresurados que señalan el curso de la historia.

Tuor pregunta el nombre de la Ciudad y se le dan sus Siete nombres. (Es notable, y sin duda intencional, que el nombre de Gondolin no se utilice una sola vez hasta el final de la historia siendo que se la llama el Reino Escondido o la Ciudad Escondida.) Ecthelion da órdenes de que se dé la señal, y en las torres del gran portal se soplan unas trompetas que resuenan en las colinas. Al cabo de un silencio, se escuchan las trompetas que respondían desde los muros de la ciudad. Se traen caballos, con un gran caballo para Tuor y cabalgan hacia Gondolin.

Tenia que seguir una descripción de Gondolin, de las escaleras hasta la alta plataforma y del gran portal de los túmulos (la lectura de esta palabra no es segura), los mallorns, los abedules y los árboles de hoja perenne; del palacio de la Fuente, la torre del Rey montada sobre un arco sostenido por columnas, la casa del Rey y el estandarte de Fingolfin. Entonces aparecerá el mismo Turgon, «el más alto de los Hijos del Mundo, salvo Thingol», con una espada blanca y dorada en una vaina de marfil y daría la bienvenida a Tuor. Se vería a Maeglin de pie a la derecha del trono, y a Idril, la hija del Rey, sentada a la izquierda; y Tuor pronunciaría el mensaje de Ulmo ya «a oídos de todos» o «en la cámara del consejo»

Otras notas dispersas indican que habría una descripción de Gondolin tal como Tuor lo vio desde lejos; que la capa de Ulmo se desvanecería cuando Tuor diera su mensaje a Turgon; que se explicaría por que no había reina en Gondolin; y que se pondría de relieve cuando Tuor viera por primera vez a Idril o en algún punto anterior de la historia, que aquél había visto a pocas mujeres en su vida. La mayor parte de las mujeres y todos los niños de la compañía de Annael en Mithrim habían sido enviados al sur; durante el cautiverio Tuor había visto sólo a las mujeres orgullosas y bárbaras de los Hombres del Este, que lo trataban como a un animal, o a las desdichadas esclavas obligadas a trabajar desde la infancia, por las que por las sentía sino piedad.

Ha de observarse que las posteriores menciones de los mallorns en Númenor, Lindon y Lothlórien no sugieren, aunque tampoco niegan, que esos árboles crecieran en Gondolin en los Días Antiguos, y que la esposa de Turgon, Elenwë, hubiese sucumbido mucho antes en el cruce del Helcaraxë por las huestes de Fingolfin (véase *El Silmarillion*).

II

NARN I HÎN HÚRIN

LA HISTORIA DE LOS HIJOS DE HÚRIN

La infancia de Túrin

Hador Cabeza Dorada era señor de los Edain y amado de los Eldar. Vivió mientras duraron sus días al servicio del señorío de Fingolfin, que le concedió vastas tierras en la región de Hithlum llamada Dor-lómin. Su hija Glóredhel se casó con Haldir, hijo de Halmir, señor de los Hombres de Brethil; y en la misma fiesta su hijo Galdor el de Alta Talla se casó con Hareth, hija de Halmir.

Galdor y Hareth tuvieron dos hijos: Húrin y Huor. Húrin era tres años mayor, pero de menor talla que otros hombres de su estirpe; en esto salió al pueblo de su madre, pero en todo lo demás era como Hador, su abuelo, claro de cara y de cabellos dorados, fuerte de cuerpo y de ánimo orgulloso. Pero el fuego de él ardía sin pausa, y era firme de voluntad. De todos los Hombres del Norte, nadie conocía como él los designios de los Noldor. Huor, su hermano, era alto, el más alto de todos los Edain, salvo su propio hijo Tuor, y muy veloz en la carrera; pero si la carrera era dura y prolongada, Húrin era quien primero llegaba a la meta, porque tanto se esforzaba al final como al principio. Había un gran amor entre los dos hermanos y rara vez se separaron en su juventud.

Húrin se caso con Morwen, la hija de Baragund, hijo de Bregolas, de La Casa de Bëor; y era por tanto pariente Cercana de Beren el Manco. Morwen, alta, de cabellos oscuros, tenía tanta luz en la mirada y un rostro tan hermoso que los Hombres la llamaban Eledhwen, la de élfica belleza; pero era de temple algo severo y orgullosa. Los pesares de la Casa de Bëor le entristecieron el corazón; porque fue como exiliada a Dor-lómin desde Dorthonion después del desastre de la Bragollach.

Túrin fue el nombre del hijo mayor de Húrin y Morwen, y nació en el año en que Beren llegó a Doriath y encontró a Lúthien Tinúviel, hija de Thingol. Morwen le dio a Húrin también una hija, y la llamó Urwen; pero todos los que la conocieron en los pocos años que vivió le dieron el nombre de Lalaith, que significa Risa.

Huor se casó con Rían, la prima de Morwen; era la hija de Belegund, hijo de Bregolas. El duro destino hizo que naciera en esos días de aflicción, porque era gentil de ánimo y no le gustaba la caza ni la guerra. Amaba en cambio los árboles y las flores del desierto, y era cantante y hacedora de cantos. Había estado casada con Huor, sólo dos meses cuando él partió con su hermano a la Nirnaeth Arnoediad, y ella nunca más lo vio.

En los años que siguieron a la Dagor Bragollach y la caída de Fingolfin, la sombra del miedo de Morgoth se hizo más larga. Pero en el año cuatrocientos noventa y seis después del retorno de los Noldor a la Tierra Media hubo una nueva esperanza entre los Elfos y los Hombres; porque corrió el rumor entre ellos de las hazañas de Beren y Lúthien y de la vergüenza sufrida por Morgoth, instalado todavía en el trono de Angband, y algunos decían que Beren y Lúthien vivían aún, o que habían regresado de entre los Muertos. En aquel mismo año los grandes designios de Maedhros estaban casi acabados, y con la renovación de la fuerza de los Eldar y los Edain, el avance de Morgoth se detuvo, y los Orcos fueron expulsados de Beleriand. Entonces algunos empezaron a hablar de las victorias por venir y de una revancha inminente de la batalla de Bragollach cuando Maedhros condujera las huestes unidas, y expulsara a Morgoth

bajo tierra, y sellara las Puertas de Angband.

Pero los más juiciosos estaban aún intranquilos temiendo que Maedhros no revelara sus fuerzas crecientes demasiado pronto y que se le diera tiempo a Morgoth de armarse contra él. —Siempre se habrá de incubar algún nuevo mal en Angband más allá de las sospechas de los Elfos y de los Hombres—decían. Y en el otoño de ese año, como para corroborar estas palabras, vino un viento maligno desde el norte bajo cielos cargados. El Mal Aliento se lo llamó, porque era pestilente; y muchos enfermaron y murieron en el otoño del año en las tierras septentrionales que bordeaban la Anfauglith, y eran en su mayoría los niños o los jóvenes que crecían en las casas de los Hombres.

En ese año Túrin, hijo de Húrin, tenía tan sólo cinco años, y Urwen, su hermana, tenía tres años al empezar la primavera. Cuando corría por los campos, sus cabellos eran como los lirios amarillos en la hierba, y su risa era como el canto dichoso del arroyo que bajaba de las colinas y pasaba junto a la casa de su padre. Nen Lalaith se llamaba, y por él toda la gente de los alrededores llamó Lalaith a la niña, que les alegró los corazones mientras estuvo entre ellos.

Pero a Túrin no lo amaban tanto. Era de cabellos oscuros, como la madre, y prometía tener la misma disposición de ánimo; porque no era alegre y hablaba poco, aunque había aprendido a hablar muy temprano, y pareció siempre ser mayor de lo que era. Tardaba Túrin en olvidar la injusticia o la burla; pero también ardía en él el fuego de su padre, y podía ser brusco y violento. No obstante era compasivo, y el dolor o la tristeza de las criaturas vivientes lo movían a las lágrimas; y también en esto era como su padre, porque Morwen era severa con los demás tanto como consigo misma. Amaba a su madre porque ella le hablaba de un modo directo y sencillo; pero a su padre lo veía poco, pues Húrin pasaba a menudo largas temporadas fuera de su hogar, con el ejército de Fingon que guardaba las fronteras orientales de Hithlum, y cuando volvía, sus abruptos parlamentos, salpicados de bromas y de palabras extrañas y de doble sentido, lo desconcertaban y lo inquietaban. En ese tiempo todo el calor de su corazón lo volcaba en Lalaith, su hermana; pero rara vez jugaba con ella y prefería observarla sin que ella se diera cuenta, y vigilarla mientras la niña corría por la hierba o bajo los árboles, y cantaba las canciones que los niños de los Edain inventaran mucho tiempo atrás cuando todavía la lengua de los Elfos era nueva en sus labios.

—Lalaith es bella como una niña Elfo —decía Húrin a Morwen—; pero más efímera ¡hay! Y por ello más bella, quizá, o más cara. —Y Túrin, al escuchar esas palabras, meditaba en ellas, pero no las entendía. Porque no había visto nunca a un niño Elfo. Ninguno de los Eldar vivía en ese tiempo en las tierras de su padre, y sólo en una ocasión los había visto, cuando el Rey Fingon y muchos de sus señores habían cabalgado por Dor-lómin y habían cruzado el puente de Nen Lalaith, resplandecientes en blanco y plata.

Pero antes que transcurriera el año, se reveló la verdad de las palabras de su padre; porque el Mal Aliento llegó a Dor-lómin, y Túrin enfermó, y yació largo tiempo afiebrado y perseguido por un sueño tenebroso. Y cuando curó, porque tal era su destino y la fuerza de vida que había en él, preguntó por Lalaith. Pero el aya le respondió: —No hables ya de Lalaith, hijo de Húrin; pero de tu hermana Urwen debes pedir nuevas a tu madre.

Y cuando Morwen vino a verlo, Túrin le dijo:

—Ya no estoy enfermo y deseo ver a Urwen; pero ¿por qué no debo decir nunca más Lalaith?

—Porque Urwen está muerta y no hay risa en esta casa —respondió ella—. Pero tú vives, hijo de Morwen; y también el Enemigo que nos ha hecho esto.

No intentó darle más consuelo que el que ella misma se daba; porque guardaba el dolor en el silencio y la frialdad de su corazón. Pero Húrin se lamentó abiertamente, y tomó el arpa y habría querido componer una endecha; pero no pudo y quebró el arpa, y saliendo fuera extendió las manos hacia el Norte, gritando: —¡Oh, tú, que desfiguras la Tierra Media, querría toparme cara a cara contigo y desfigurarte como lo hizo mi señor Fingolfin!

Y Túrin lloró amargamente solo por la noche aunque nunca más pronunció ante Morwen el nombre de su hermana. A un solo amigo se volvió por entonces, y a él le habló de su dolor y del vacío de la casa. Este amigo se llamaba Sador, un criado al servicio de Húrin; era tullido y se lo tenía en poco. Había sido leñador y por mala suerte o torpeza el hacha le había rebanado el pie derecho y la pierna sin pie se le había marchitado; y Túrin lo llamaba Lavadla, que significa

«Paticojo», aunque el nombre no disgustaba a Sador, pues le era atribuido por piedad y no por desprecio. Sador trabajaba en las casas anexas, construyendo o componiendo cosas de escaso valor que se precisaban en la casa central, porque tenía cierta habilidad para trabajar la madera; y Túrin le buscaba lo que le hacía falta, para ahorrarle esfuerzos a su pierna; y a veces se llevaba en secreto alguna herramienta o trozo de madera que encontraba abandonada, si pensaba que podría serle de utilidad a su amigo. Entonces Sador sonreía y le pedía que devolviera los regalos. —Da con prodigalidad, pero da sólo lo tuyo —decía. Recompensaba en la medida de sus fuerzas la bondad del niño, y tallaba para él figuras de hombres y de animales; pero Túrin se deleitaba sobre todo con las historias de Sador, que había sido joven en los días de la Bragollach y gustaba de recordar los breves días en que había sido un hombre entero, antes de convertirse en un estropeado.

—Esa fue una gran batalla, según dicen, hijo de Húrin. Fui convocado en el apremio de aquel año y abandoné mis tareas en el bosque; pero no estuve en la Bragollach; o hubiese podido ganarme mi herida con más honor. Porque llegamos demasiado tarde, salvo para cargar de regreso el catafalco del viejo señor Hador, que cayó entre los de la guardia del Rey Fingolfin. Fui soldado después, y estuve en Eithel Sirion, el gran fuerte de los reyes élficos, durante muchos años; o así parece ahora, pues los opacos años transcurridos desde entonces poco tienen que los destaque. En Eithel Sirion estaba yo cuando el Rey Negro lo atacó, y Galdor, el padre de tu padre, era allí el capitán en sustitución del Rey. Fue muerto en ese ataque; y vi a tu padre tomar para sí el señorío y el mando, aunque apenas había alcanzado la edad viril. Había un fuego en él que le calentaba la espada en la mano, según dicen. Tras él revolcamos a los Orcos en la arena; y desde entonces nunca se han atrevido a ponerse al alcance de la vista de los muros. Pero, ¡ay!, mi amor por la guerra se había saciado, pues había visto bastantes heridas y sangre derramada; y obtuve permiso para volver a los bosques que tanto echaba de menos. Y allí recibí mi herida; porque un hombre que huye de lo que teme a menudo comprueba que sólo ha tomado un atajo para salirle al encuentro.

De este modo le hablaba Sador a Túrin a medida que éste iba creciendo; y Túrin empezó a hacer muchas preguntas que a Sador le era difícil responder, pensando que otros más afines podían instruirlo. Y un día Túrin le preguntó: —¿Se asemejaba Lalaith en verdad a una niña Elfo como mi padre decía? Y ¿a qué se refería cuando afirmó que era más efímera?

—Es muy probable —dijo Sador—, porque en su primera juventud los hijos de los Hombres y los de los Elfos se parecen mucho. Pero los hijos de los Hombres crecen más de prisa, y su juventud pasa pronto; tal es nuestro destino.

Entonces Túrin le preguntó: —¿Qué es el destino?

—En cuanto al destino de los Hombres —dijo Sador— tienes que preguntar a los que son más sabios que Labadal. Pero como todos pueden ver, nos cansamos pronto, y morimos; y por desgracia muchos encuentran la muerte todavía más pronto. Pero los Elfos no se fatigan, y no mueren, salvo a causa de una gran herida. De lastimaduras y penas que matarían a los hombres, ellos suelen curar; y aun cuando pierdan alguna parte del cuerpo, llegan a recobrar, dicen algunos. No sucede lo mismo con nosotros.

—¿Entonces Lalaith no ha de retornar? —preguntó Túrin—. ¿A dónde ha ido?

—No ha de retornar —dijo Sador—. Pero a dónde ha ido, ningún hombre lo sabe; o yo no lo sé.

—¿Ha sido siempre así? ¿O somos víctimas del Rey malvado, quizá, como el Mal Aliento?

—No lo sé. Una oscuridad hay por detrás de nosotros, y de ella nos han llegado muy pocos Cuentos. Puede que los padres de nuestros padres hayan tenido cosas que decir, pero no dijeron nada. Aun sus nombres están olvidados. Las Montañas se interponen entre nosotros y la vida de donde vinieron, huyendo nadie sabe de qué.

—¿Tenían miedo?

—Puede ser —dijo Sador—. Puede ser que hayamos huido del temor de la Oscuridad sólo para hallarla delante de nosotros, y no tengamos otro sitio a dónde huir, salvo el Mar.

—Nosotros ya no tenemos miedo —dijo Túrin—, no todos. Mi padre no tiene miedo y yo tampoco lo tendré; o, cuando menos, como mi madre, tendré miedo, pero no dejaré que se note.

Le pareció entonces a Sador que los ojos de Túrin no eran los ojos de un niño y pensó: «El dolor es una piedra de afilar para un temple duro». Pero en voz alta, dijo: —Hijo de Húrin y de

Morwen, qué será de tu corazón, Lavadla no puede adivinarlo; pero rara vez y a muy pocos mostrarás lo que hay en él.

Entonces Túrin dijo: —Quizá sea mejor no decir lo que se desea, si no se lo puede obtener. Pero yo deseo, Lavadla, ser uno de los Eldar. Entonces Lalaith podría regresar y yo estaría aquí todavía aunque ella hubiera recorrido un largo camino. Marcharé como soldado del rey Elfo tan pronto como pueda, al igual que tú, Lavadla.

—Puedes aprender mucho de ellos —dijo Sador, y suspiró—. Son un pueblo bello y maravilloso, y tienen poder sobre el corazón de los Hombres. Y sin embargo a veces me parece que habría sido mejor que nunca nos hubiéramos topado con ellos, y que hubiéramos transitado caminos más humildes. Porque tienen un conocimiento que se remonta a tiempos muy antiguos; y son orgullosos y resistentes. A la Luz de los Elfos parecemos gente apagada, o ardemos con una llama demasiado viva que se consume con rapidez, y el peso de nuestro destino nos abrumba todavía más.

—Pero mi padre les ama —dijo Túrin— y no es feliz sin ellos. Dice que hemos aprendido de ellos casi todo cuanto sabemos, y que así nos hemos convertido en un pueblo más noble; y dice que los Hombres que han cruzado últimamente las Montañas apenas son mejores que los Orcos.

—Eso es verdad —respondió Sador—; verdad, al menos de algunos de nosotros. Pero el ascenso es penoso, y de la cima es fácil caer a lo más bajo.

Por este tiempo Túrin tenía casi ocho años, en el mes de Gwaeron según cómputo de los Edain, en el año que no puede olvidarse. Había ya rumores entre los mayores y se hablaba de una concentración de armas y reclutamientos de fuerzas, de los que nada supo Túrin; y Húrin, que conocía el coraje y la lengua prudente de Morwen, le hablaba a menudo de los designios de los reyes élficos y de lo que podría acaecer, para bien o para mal. Tenía esperanza en el corazón, y poco temía los resultados de la batalla; porque no le parecía que fuerza alguna de La Tierra Media pudiese superar el poder y el esplendor de los Eldar. —Han visto La Luz Cielo Oeste —decía— y al final la oscuridad ha de desaparecer de sus rostros.

Morwen no lo contradecía; porque en compañía de Húrin el fruto de la esperanza siempre parecía lo más probable. Pero también en su estirpe había gentes que conocían la tradición élfica, y a sí misma se decía: —Y sin embargo, ¿no han abandonado la Luz acaso? ¿No han sido apartados de la Luz? Quizá Los Señores del Oeste no piensan más en ellos, y si es así, ¿cómo los Primeros Nacidos podrían vencer a uno de los Poderes?

Ni la sombra de una duda semejante parecía perturbar a Húrin Thalion; no obstante una mañana de la primavera de ese año despertó como de un sueño agitado y una nube apagaba el brillo del día; y al anochecer dijo de pronto: —Cuando sea convocado, Morwen Eledhwen, dejaré a tu cuidado al heredero de la Casa de Hador. La vida de Los Hombres es corta, y en ella suele haber múltiples infortunios, aun en tiempos de paz.

—Eso ha sido así siempre —respondió ella—. Pero ¿qué hay en tus palabras?

—Prudencia, no duda —dijo Húrin; no obstante, parecía perturbado—. Pero quien mira adelante, ha de ver esto: que las cosas no han de permanecer siempre así. Será ésta una gran conmoción, y una de las partes caerá muy bajo, más de lo que está ahora. Si son los reyes de Los Elfos los que caen, no ha de irles bien a los Edain; y nosotros somos los que vivimos más cerca del Enemigo. Pero si van mal las cosas, no te diré: *¡No tengas miedo!* Porque tú temes lo que ha de ser temido, y sólo eso; y el miedo no arredra. Pero te digo: *¡No esperes!* Yo volveré a tí como pueda, pero ¡no esperes! Ve al sur tan de prisa como te sea posible; yo iré detrás y te encontraré aunque tenga que registrar toda Beleriand.

—Beleriand es grande y no hay hogar en ella para los exiliados —dijo Morwen—. ¿A dónde he de huir con pocos o con muchos?

Entonces Húrin meditó un rato en silencio.

—En Brethil están los parientes de mi madre —dijo—. Eso está a unas treinta leguas a vuelo de águila.

—Si ese infortunado momento llega en verdad, ¿qué ayuda podría esperarse de los Hombres? —dijo Morwen—. La Casa de Bëor ha caído. Si cae la gran Casa de Hador, ¿a qué agujeros se arrastrará el pequeño pueblo de Haleth?

—Son pocos y sin muchas luces, pero no dudo de su valor —dijo Húrin—. ¿En qué, si no,

tener esperanzas?

—No hablas de Gondolin —dijo Morwen.

—No, porque ese nombre nunca ha pasado por mis labios —dijo Húrin—. No obstante es cierto lo que has oído: he estado allí. Pero te digo ahora con verdad lo que nunca le dije a nadie ni le diré a nadie en el futuro: no sé dónde se encuentra.

—Pero lo supones y lo que supones no está lejos de la verdad, según creo —dijo Morwen.

—Puede que así sea —dijo Húrin—. Pero a menos que el mismo Turgon me libre de mi juramento, no puedo decir lo que supongo, ni siquiera a ti; y por tanto tu búsqueda resultaría inútil. Pero si hablara para mi vergüenza, en el mejor de los casos sólo llegarías ante una puerta cerrada; porque a no ser que Turgon salga a la guerra (y de eso nada se ha oído hasta ahora, ni hay esperanzas de que así ocurra), nadie podrá entrar.

—Entonces, si no hay esperanzas en tus parientes y tus amigos te niegan —dijo Morwen—, he de concebir mis propios designios; y a mí me viene la idea de Doriath. De todas las defensas, el Cinturón de Melian ha de ser la última en romperse, según creo; y la Casa de Bëor no ha de ser despreciada en Doriath. ¿No soy ahora pariente del rey? Porque Beren, hijo de Barahir, era nieto de Bregor, como lo era también mi padre.

—Mi corazón no se inclina a Thingol —dijo Húrin—. Ninguna ayuda ha de tener de él el Rey Fingon; y no sé qué sombra me oscurece el espíritu cuando se nombra a Doriath.

—Al nombre de Brethil también mi corazón se oscurece —dijo Morwen.

Entonces de súbito Húrin se echó a reír, y dijo:

—Aquí nos estamos sentados discutiendo cosas que están fuera de nuestro alcance, y sombras alimentadas en sueños. No irán tan mal las cosas; pero si así ocurre en verdad, a tu coraje y tu juicio todo queda encomendado. Haz entonces lo que tu corazón te indique; pero hazlo pronto. Y si alcanzamos nuestra meta, los reyes de los Elfos están decididos a devolver todos los feudos de la casa de Bëor a sus herederos; y nuestro hijo recibirá una gran herencia.

Esa noche Túrin despertó a medias, y le pareció que su padre y su madre estaban junto a él y lo miraban a la luz de las candelas que llevaban consigo; pero no pudo verles la cara.

La mañana del día del cumpleaños de Túrin, Húrin le dio a su hijo un regalo, un cuchillo labrado por los Elfos, y la empuñadura y la vaina eran negras y de plata; y le dijo: —Heredero de la Casa de Hador, he aquí un regalo por tu día. Pero ¡ten cuidado! Es una hoja amarga y el acero sirve sólo a quienes pueden esgrimirlo. Es tan capaz de cortarte la mano como otra cosa cualquiera. —Y poniendo a Túrin sobre una mesa, besó a su hijo y dijo:— Ya me sobrepasas, hijo de Morwen; pronto serás igualmente alto sobre tus propios pies. Ese día muchos serán los que teman tu hoja.

Entonces Túrin salió corriendo de la estancia y se fue solo, y en su corazón había un calor como el del sol sobre la tierra fría, que pone en movimiento todo lo que crece. Se repitió a sí mismo las palabras de su padre, Heredero de la Casa de Hador; pero otras palabras le vinieron también a la mente: Da con prodigalidad, pero da sólo lo tuyo. Y fue al encuentro de Sador, y exclamó: —¿Lavadla, es mi cumpleaños, el cumpleaños del heredero de La Casa de Hador! Y te he traído un regalo para señalar el día. He aquí un cuchillo como el que tú necesitas; cortará lo que quieras, tan delgado como un cabello.

Entonces Sador se sintió turbado, porque sabía muy bien que Túrin había recibido él mismo el cuchillo ese día. Le habló gravemente: —Vienes de una estirpe generosa, Túrin, hijo de Húrin. No he hecho nada para merecer tu cuchillo, ni espero hacerlo en los días que me restan; pero lo que pueda hacer, lo haré. —Y cuando Sador sacó el cuchillo de la vaina, dijo:— Es éste un regalo, en verdad: una hoja de acero élfico. Mucho tiempo he echado en falta tocarla.

Húrin no tardó en notar que Túrin no llevaba el cuchillo, y le preguntó si su advertencia lo había asustado. Entonces Túrin contestó: —No, le di el cuchillo a Sador el carpintero.

—¿Desprecias pues el regalo de tu padre? —preguntó Morwen; entonces respondió Túrin:— No; pero amo a Sador y siento piedad por él.

Entonces Húrin dijo: —Tres regalos tenías para dar, Túrin: amor, piedad, y el cuchillo, de todos el menos valioso.

—Empero, dudo que Sador los merezca —dijo Morwen—. Se ha mutilado a sí mismo por torpeza y es lento en el trabajo, porque gasta gran parte del tiempo en bagatelas innecesarias.

—Concédele piedad, sin embargo —dijo Húrin—. Una mano honesta y un corazón sincero pueden equivocarse; y el daño recibido puede ser más duro de sobrellevar que la obra de un enemigo.

—Pero ahora tendrás que esperar un tiempo, antes de tener una nueva hoja —dijo Morwen—. De ese modo el regalo será un verdadero regalo y a tus propias expensas.

No obstante, Túrin vio que Sador fue tratado con más benevolencia desde entonces, y se le encomendó la hechura de una gran silla para que el señor se sentara en ella en la sala.

Llegó una brillante mañana del mes de Lothron en que Túrin fue despertado por súbitas trompetas; y corriendo a las puertas, vio en el patio a muchos hombres de a pie o a caballo, y todos plenamente armados como si fueran a partir a la guerra. Allí también estaba Húrin, y les hablaba a los hombres y les daba órdenes; y Túrin se enteró de que ese día partían para Barad Eithel. Éstos eran los guardias y los hombres de la casa de Húrin; pero todos los hombres de sus tierras habían sido convocados. Algunos habían partido ya con Huor, hermano de su padre; y muchos otros se unirían al Señor de Dor-lómin en el camino e irían tras su estandarte a la gran congregación del Rey.

Entonces Morwen se despidió de Húrin sin derramar Lágrimas; y dijo: —Guardaré lo que me dejas en custodia, tanto lo que es, como lo que será.

Y Húrin le respondió: —Adiós, Señora de Dor-lómin; cabalgamos ahora con más esperanzas que hayamos conocido nunca antes. ¡Pensemos que en medio del invierno la fiesta será más alegre que todas cuantas hayamos gozado en todos nuestros años de vida, a la que seguirá una primavera libre de temores! —Luego puso a Túrin sobre sus hombros y gritó a sus gentes:— ¡Que el heredero de la Casa de Hador vea la luz de vuestras espadas! —Y el sol resplandeció sobre cincuenta hojas, y en el patio resonó el grito de guerra de los Edain del Norte:— *Lacho calad! Drego morn!* ¡Llamee el Día! ¡Huya la Noche!

Entonces por fin Húrin montó de un salto, y el estandarte dorado se desplegó en el aire, y las trompetas cantaron nuevamente en la mañana; y así partió Húrin Thalion a la carrera hacia la Nirnaeth Arnoediad.

Pero Morwen y Túrin se quedaron inmóviles ante las puertas hasta que a lo lejos oyeron la débil llamada de un único cuerno en el viento: Húrin estaba más allá de la cima de la colina, desde donde ya no era posible ver la casa.

Las palabras de Húrin y de Morgoth

Muchos cantos cantan los Elfos, y muchas historias cuentan de la Nirnaeth Arnoediad, la Batalla de las Lágrimas Innumerables, en la que cayó Fingon, y se marchitó la flor de los Eldar. Si todo se contara, la vida de un hombre no bastaría para escucharlo; pero ahora ha de contarse solamente lo que le acaeció a Húrin, hijo de Galdor, Señor de Dor-lómin, cuando junto al arroyo de Rivil fue por último atrapado vivo por orden de Morgoth, y conducido a Angband.

Húrin fue llevado ante Morgoth, porque Morgoth sabía, por sus artes y sus espías, que Húrin tenía amistad con el Rey de Gondolin; e intentó intimidarlo con su mirada. Pero no era posible todavía intimidar a Húrin, y desafió a Morgoth. Por tanto Morgoth lo hizo encadenar y le dio lento tormento; pero al cabo de un tiempo le ofreció la posibilidad de optar entre la libertad de ir donde le placiera o recibir poder y rango como el mayor de los capitanes de Morgoth, con que sólo quisiera revelararle dónde tenía Turgon su fortaleza y todo lo que supiese sobre los designios del Rey. Pero Húrin el Firme se mofó de él diciendo: —Eres ciego Morgoth Bauglir, y ciego serás siempre, pues ves tan sólo la oscuridad. No conoces lo que rige el corazón de los Hombres, y si lo conocieras, no podrías darlo. Pero necio es quien acepta lo que ofrece Morgoth. Primero te quedarías con el precio y luego faltarías a tu promesa; y yo sólo recibiría La muerte si te dijera lo que pides.

Entonces Morgoth rió y dijo: —Todavía puede que anheles la muerte como una merced. — Entonces llevó a Húrin a la Haudhen-Nirnaeth, que por entonces estaba recién construida, y en la que se respiraba el hedor de la muerte; y Morgoth lo puso en lo más alto de la torre y le ordenó que mirara al Oeste, hacia Hithlum, y que pensara en su esposa y en su hijo y en el resto de los suyos.— Porque moran ahora en mi reino —dijo Morgoth—, y están a mi merced.

—No lo están —respondió Húrin—. Y no llegarás por ellos a Turgon; porque ellos no conocen sus secretos.

La cólera domino a Morgoth, y dijo: —Todavía he de tenerte a ti y a los de tu maldita casa; y te quebrantaré mi voluntad aunque estuvieras hecho de acero. —Y alzó una larga espada que allí había y la quebró ante los ojos de Húrin, y un fragmento le hirió la cara; pero Húrin no cejó. Entonces Morgoth, extendiendo sus largos brazos hacia Dor-lómin maldijo a Húrin y a Morwen y a su prole diciendo:— ¡Mira! La sombra de mi pensamiento estará dondequiera que vayan, y mi odio los perseguirá hasta los confines del mundo.

Pero Húrin dijo: —Hablas en vano. Porque no puedes verlos ni gobernarlos desde lejos: no mientras conserves estas formas y desees aun ser un Rey visible en la tierra.

Entonces Morgoth se volvió a Húrin y dijo: —¿Necio, pequeño entre los Hombres, que son lo ínfimo entre todos cuantos hablan! ¿Has visto a los Valar o medido el poder de Manwë y Varda? ¿Conoces el alcance de lo que piensan? O crees, quizá, que su pensamiento puede llegar a ti y que han de escudarte desde lejos?

—No lo sé —dijo Húrin—. Pero bien pudiera ser así, si ellos lo quisieran. Porque el Rey Mayor no ha de ser destronado mientras Arda perdure.

—Tú lo has dicho —dijo Morgoth—. Yo soy el Rey Mayor: Melkor, el primero y más poderoso de los Valar, que fue antes que el mundo, y que hizo el mundo. La sombra de mi propósito se extiende sobre Arda, y todo lo que hay en ella cede lenta e inflexiblemente a mi voluntad. Pero sobre todos los que tú ames mi pensamiento pesará como una nube fatídica, y los envolverá en oscuridad y desesperanza. Dondequiera que vayan, se levantará el mal. Toda vez que hablen, sus palabras tendrán designios torcidos. Todo lo que hagan se volverá contra ellos. Morirán sin esperanza, maldiciendo a la vez la vida y la muerte.

Pero Húrin respondió: —¿Olvidas con quién hablas? Las mismas cosas dijiste hace mucho a nuestros padres; pero escapamos de tu sombra. Y ahora tenemos conocimiento de ti, porque hemos contemplado las caras de los que han visto la Luz, y hemos escuchado las voces de los que han hablado con Manwë. Antes que Arda fuiste, pero otros también; y tú no hiciste Arda. Ni tampoco eres el más poderoso; porque has malgastado tu fuerza en ti mismo y la has prodigado en tu propio vacío. No eres más que un esclavo de Valar, un esclavo fugitivo, y las cadenas todavía te esperan.

—Te has aprendido las lecciones de tus amos de memoria —dijo Morgoth—. Pero de nada te servirá un conocimiento tan infantil ahora que todos han huido.

—Esto último te diré entonces, esclavo Morgoth —dijo Húrin—, y no proviene de la ciencia de los Eldar, sino que me aparece en el corazón en esta hora. No eres el Señor de los Hombres y no lo serás, aunque toda Arda y el Menel caigan bajo tu dominio. No perseguirás a los que te rechazan más allá de los Círculos del Mundo.

—Más allá de los Círculos del Mundo no los perseguiré —dijo Morgoth— porque nada hay allí. Pero dentro de ellos no se me escaparán en tanto no entren en la Nada.

—Mientes —dijo Húrin.

—Ya lo verás, y confesarás que no miento —dijo Morgoth. Y llevando a Húrin de nuevo a Angband, lo sentó en una silla de piedra sobre un sitio elevado de Thangorodrim, desde donde podía ver a lo lejos la tierra de Hithlum al oeste y las tierras de Beleriand al sur. Allí quedó sujeto por el poder de Morgoth; y Morgoth, de pie al lado de él, lo maldijo otra vez y le impuso su poder de manera que Húrin no podía ni moverse ni morir, en tanto Morgoth no lo liberara.

—Ahora quédate ahí sentado —dijo Morgoth—, y contempla las tierras donde aquellos que me has entregado conocerán el mal y la desesperación. Porque has osado burlarte de mí y has cuestionado el poder de Melkor, Amo de los destinos de Arda. Por tanto, con mis ojos verás y con mis oídos oirás, y nada te será ocultado.

La partida de Túrin

Tres hombres solamente encontraron por fin el camino de regreso a Brethil, a través de Taur-nu-Fuin, una ruta peligrosa; y cuando Glóredhel, hija de Hador, supo de la caída de Haldir, se apenó y murió.

A Dor-lómin no llegaban nuevas. Rían, esposa de Huor, huyó perturbada a las tierras salvajes; pero recibió la ayuda de los Elfos Grises de las colinas de Mithrim, y cuando Tuor nació, ellos lo criaron. Pero Rían fue al Haudh-en-Nirnaeth, y allí se tendió en el suelo y murió.

Morwen Eledhwen permaneció en Hithlum, silenciosa y entristecida. Su hijo Túrin sólo había alcanzado el noveno año de vida, y ella estaba de nuevo encinta. Eran los suyos días de pesadumbre. Los Hombres del Este habían invadido la tierra en crecido número, y trataron cruelmente al pueblo de Hador, y les quitaron todo cuanto tenían, y los sometieron a esclavitud. Se llevaron consigo a toda la gente de la tierra patria de Húrin que podía trabajar o servir a algún propósito, aun a las niñas y los niños, y a los viejos los mataron o los abandonaron para que murieran de hambre. Pero no se atrevieron a poner manos sobre la Señora de Dor-lómin o a arrojarla de la casa; porque la voz corría entre ellos de que era peligrosa, y una bruja que tenía trato con los demonios blancos: porque así llamaban ellos a los Elfos, a quienes odiaban, pero a quienes todavía más temían. Por esta razón también temían y evitaban las montañas, en las que muchos de los Eldar se habían refugiado, especialmente al sur de la tierra; y después de saquear y expoliar, los Hombres del Este se retiraron al norte. Porque la casa de Húrin se levantaba en el sureste de Dor-lómin y las montañas estaban cerca de ella; Nen Lalaith en verdad descendía de una fuente bajo la sombra de Amon Dorthir, que estaba recorrida por un desfiladero de escarpadas paredes. Por este desfiladero los osados podían cruzar Ered Wethrin, y descender por la vertiente del Glithul a Beleriand. Pero esto no lo sabían los Hombres del Este, ni tampoco Morgoth; porque todo ese país, mientras duró La Casa de Fingolfin, estaba a salvo de Morgoth, y nunca ninguno de sus sirvientes iba allí. Pensaba que Ered Wethrin era un muro inexpugnable, tanto para los que pretendieran escapar desde el norte como para quienes quisieran atacar desde el sur; y no había en verdad otro pasaje para los que no tuvieran alas entre Serech y el lejano oeste donde Dor-lómin Limitaba con Nevrast.

Así sucedió que después de las primeras correrías, Morwen fue dejada en paz, aunque había hombres que acechaban en los bosques, y era peligroso arriesgarse muy lejos. Todavía estaban bajo la protección de Morwen, Sador el carpintero y unos pocos viejos y viejas, y Túrin, a quien no dejaba salir del patio enclaustrado. Pero la casa de Húrin no tardó en empezar a deteriorarse, y aunque Morwen trabajaba duro, estaba reducida a la pobreza y habría pasado hambre si no hubiera sido por la ayuda que le enviaba en secreto Aerin, pariente de Húrin; porque un tal Brodda, uno de los Hombres del Este, la había convertido en su esposa por la fuerza. La limosna le era amarga a Morwen, pero aceptaba esta ayuda por Túrin y el vástago no nacido aún, y porque, como decía ella, le venía de lo que le pertenecía. Porque era este tal Brodda quien se había apoderado de la gente, los bienes y el ganado de la tierra de Húrin, y se los había llevado a sus propias posesiones. Era un hombre audaz, pero poco considerado entre los suyos antes de llegar a Hithlum; y así, ávido de riqueza, estaba dispuesto a hacerse de tierras que otros de su especie no codiciaban. A Morwen la había visto una vez cuando en una correría había cabalgado hasta la casa de ella; pero un gran temor lo había dominado. Le pareció que había visto los ojos de un demonio blanco; tuvo miedo de que un gran mal le ocurriera, y no saqueó la casa ni descubrió a Túrin; de no haber sido así, corta habría sido la vida del heredero del legítimo señor.

Brodda convirtió en esclavos a los Cabezas de Paja, como llamaba al pueblo de Hador, e hizo que le construyeran un palacio de madera en las tierras que se extendían al norte de la casa de Húrin; y guardaba los esclavos detrás de una empalizada, pero mal protegida. Entre ellos había algunos que aun no se habían acobardado, y estaban dispuestos a ayudar a La Señora de Dor-lómin incluso hasta arriesgar la vida, y de ellos llegaban en secreto nuevas de la tierra a Morwen, aunque había pocas esperanzas en esas noticias. Pero Brodda tomó a Aerin como esposa y no como esclava, porque había pocas mujeres entre los de su propia comitiva, y

ninguna que pudiera compararse con las hijas de los Edain; y tenía esperanzas de convertirse en un señor de esa tierra y tener un heredero que le sucediera.

De lo que había acaecido o lo que podría acaecer en los días por venir, Morwen le debía poco a Túrin; y él temía importunarla con preguntas. Cuando los Hombres del Este llegaron por primera vez a Dor-lómin, le había preguntado: —¿Cuándo volverá mi padre a arrojar de aquí a estos feos ladrones? ¿Por qué no vuelve?

Y Morwen le había respondido: —No lo sé. Puede que lo hayan matado, o que lo tengan cautivo; o también puede que haya sido arrastrado lejos, y que no pueda abrirse paso hasta nosotros, entre los enemigos que nos rodean.

—Entonces creo que está muerto —dijo Túrin, y ante su madre contuvo las lágrimas—; porque nadie podría impedirle que volviera a ayudarnos, si estuviera vivo.

—No creo que ninguna de esas dos cosas sea cierta, hijo mío —dijo Morwen.

Con el paso del tiempo el temor por su hijo Túrin, heredero de Dor-Lómin, oscurecía el corazón de Morwen; porque no veía otra esperanza para él que la de que se convirtiera en esclavo de los Hombres del Este. Por tanto, recordó las palabras intercambiadas con Húrin y su pensamiento se volvió otra vez hacia Doriath; y resolvió por fin enviar a Túrin allí en secreto, si le era posible, y rogarle al Rey Thingol que le diera albergue. Y mientras se estaba sentada y cavilaba cómo hacerlo, oyó claramente en su pensamiento la voz de Húrin que le decía: —*¡Ve de prisa! ¡No me esperes!* —Pero ya el parto se avecinaba, y el camino sería duro y peligroso; cuantos más fueran, menores serían las posibilidades de escapar. Y el corazón la engañaba todavía con esperanzas inconfesadas; y dentro de ella una voz le decía que Húrin no estaba muerto, y aguardaba el sonido de sus pasos en la insomne vela de la noche, o despertaba creyendo que había oído en el patio el relincho de Arroch, el caballo de Húrin. Además, aunque estaba dispuesta a que su hijo se criara en recintos ajenos, según la costumbre de la época, era una humillación para su orgullo vivir de la limosna aunque fuera la de un rey. Por tanto, la voz de Húrin, o el recuerdo de su voz, no fue escuchada, y así se tejió la primera hebra del destino de Túrin.

Ya terminaba el otoño del Año de la Lamentación antes que Morwen se resolviera, y entonces tuvo prisa; porque el tiempo en que era posible viajar era breve, pero temía que Túrin fuera atrapado si esperaba a que el invierno acabara. Los Hombres del Este merodeaban en derredor del patio enclaustrado y espiaban la casa. Por tanto, le dijo repentinamente a Túrin: —Tu padre no viene. De modo que has de partir, y de prisa. Así lo habría deseado él.

—¿Partir? —exclamó Túrin—. ¿A dónde partiremos? ¿Por sobre las montañas?

—Sí —dijo Morwen—, por sobre las montañas, hacia el sur. El sur... quizá haya allí alguna esperanza. Pero no hablé de *nosotros*, hijo mío. Tú has de partir; yo me quedaré.

—¿No puedo partir solo! —dijo Túrin—. No te dejaré. ¿Por qué no podemos irnos juntos?

—Yo no puedo ir —dijo Morwen—. Pero no partirás solo. Enviaré a Gethron contigo, y también a Grithnir quizá.

—¿No enviarás a Lavadla? —preguntó Túrin.

—No, pues Sador es cojo —dijo Morwen—, y el camino será duro. Y como eras mi hijo y éstos son días sombríos, hablaré sin rodeos: puede que mueras en el camino. El año ya está avanzado. Pero si te quedas, tu fin será peor todavía: te convertirás en esclavo. Si deseas ser un hombre, ahora que estás cerca de serlo, harás lo que te digo con valor.

—Pero ¿te dejaré sola con Sador y Ragnir el ciego y las viejas? —dijo Túrin—. ¿No dijo mi padre que era yo el heredero de Hador? El heredero ha de quedarse en La Casa de Hador, y defenderla. ¡Ojalá tuviera ahora mi cuchillo!

—El heredero tendría que quedarse, pero no puede hacerlo —dijo Morwen—. Pero puede retornar un día. Ahora ¡ánimo! Yo te seguiré si las cosas empeoran; si puedo.

—Pero ¿cómo me encontrarás, perdido en el desierto? —dijo Túrin; y de pronto el corazón le flaqueó y se echó a llorar abiertamente.

—Cuanto más lloriquees, más pronto te encontrarán —dijo Morwen—. Pero yo sé a dónde vas, y si llegas allí y allí te quedas, te encontraré, si puedo. Porque te envío al Rey Thingol de Doriath. ¿No prefieres ser huésped de un rey antes que un esclavo?

—No lo sé —respondió Túrin—. No sé qué es un esclavo.

—Te envío lejos para que no tengas que aprenderlo —respondió Morwen. Entonces puso a Túrin delante de ella y le miró los ojos como si estuviera tratando de leer en ellos un acertijo—. Es duro, Túrin, hijo mío —dijo por fin—. No para ti solamente. Me es difícil en días tan sombríos decidir lo que más conviene. Pero hago lo que me parece bien; pues ¿por qué he de separarme de lo más caro de cuanto me queda?

Ya no hablaron más de esto, y Túrin estaba afligido y desconcertado. A la mañana fue en busca de Sador, que había estado cortando maderos para el fuego, pues no se atrevían a errar por los bosques, y tenían poca leña. Estaba ahora inclinado sobre la muleta y miraba la gran silla de Húrin, que había sido arrojada a un rincón, sin terminar. —Tendré que destruirla —dijo—, pues en estos días sólo pueden atenderse las más extremas necesidades.

—No la rompas todavía —dijo Túrin—. Quizá vuelva a casa y le gustará ver lo que hiciste para él en su ausencia.

—Las falsas esperanzas son más peligrosas que el miedo —dijo Sador—, y no nos mantendrán abrigados en los días invernales. —Acarició las molduras de la madera y suspiró.— He perdido tiempo —dijo—, aunque las horas transcurrieron placenteras. Pero estas cosas tienen corta vida; y la alegría de hacerlas es su único fin verdadero, supongo. Y ahora daría igual que te devolviera tu regalo.

Túrin extendió la mano, pero la retiró de prisa.

—Los hombres no recuperan lo que regalan —dijo.

—Pero si es mío, ¿no puedo darlo a quien yo quiera? —dijo Sador.

—Sí —dijo Túrin—, salvo a mí. Pero ¿por qué querrías darlo?

—No tengo esperanzas de utilizarlo en tareas dignas —le dijo Sador—. No hay otro trabajo para Lavadla, en los días por venir, que el trabajo de esclavo.

—¿Qué es un esclavo? —preguntó Túrin.

—Un hombre que fue un hombre, pero que es tratado como una bestia —respondió Sador—. Que es alimentado sólo para que se mantenga vivo, que es mantenido vivo sólo para trabajar, que trabaja sólo por miedo al dolor o a la muerte. Y de estos bandidos puede recibir el dolor y la muerte sólo por diversión. He oído que escogen a algunos de los más ligeros de pies y les dan caza con perros. Han aprendido más de prisa de los Orcos que nosotros de la Hermosa Gente.

—Ahora entiendo mejor las cosas —dijo Túrin.

—Es una lástima que tengas que entenderlas tan temprano —dijo Sador; luego, viendo la extraña mirada de Túrin—: ¿Qué es lo que entiendes ahora?

—Por qué quiere alejarme mi madre —dijo Túrin con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Ah! —exclamó Sador, y musitó para sí—: ¿Por qué con tanto retraso? —Luego, volviéndose hacia Túrin, dijo:— No me parece ésa una noticia para derramar lágrimas. Pero no has de hablar en alta voz de los designios de tu madre con Lavadla ni con nadie. Todas las paredes y los cercados tienen orejas en este tiempo, orejas que no crecen en nobles cabezas.

—¡Pero yo tengo que hablar con alguien! —dijo Túrin—. siempre te he contado cosas. No quiero dejarte, Lavadla. No quiero dejar esta casa ni a mi madre.

—Pero si no lo haces —dijo Sador—, pronto La Casa de Hador habrá llegado a su fin para siempre, como tienes que entenderlo ahora. Lavadla no quiere que te vayas; pero Sador, servidor de Húrin, se sentirá más feliz cuando el hijo de Húrin esté fuera del alcance de los Hombres del Este. Bien, bien, es imposible evitarlo: tenemos que decirnos adiós. ¿No quieres tomar mi cuchillo como regalo de despedida?

—¡No! —dijo Túrin—. Voy con los Elfos, con el Rey de Doriath, dice mi madre. Allí tendré cosas como esa. Pero no podré enviarte regalos, Lavadla. Estaré lejos y completamente solo. —Entonces Túrin lloró; pero Sador le dijo:— ¡Vaya, pues! ¿Dónde está el hijo de Húrin? Porque no hace mucho le oí decir: *Iré de soldado con un rey de los Elfos no bien pueda.*

Entonces Túrin contuvo las lágrimas y dijo:

—Muy bien, si ésas fueron las palabras del hijo de Húrin he de ser fiel a ellas y me iré. Pero cada vez que digo que haré esto o lo otro, resulta muy diferente llegado el momento. Ahora me voy de mala gana. He de tener cuidado y no decir esas cosas.

—Sería mejor, en verdad —dijo Sador—. Así la mayoría de los hombres lo enseñan y pocos

lo aprenden. Déjense en paz los días que aún no se ven. El de hoy es más que suficiente.

Ahora bien, Túrin se aprontó para el viaje y se despidió de su madre y partió en secreto con sus dos compañeros. Pero cuando éstos le dijeron que se volviera a contemplar la casa paterna, la angustia de la separación lo hirió como una espada, y gritó:

—¡Morwen, Morwen! ¿Cuándo te volveré a ver?

Pero Morwen, de pie en el umbral, oyó el eco de ese grito en las colinas boscosas y se aferró al pilar de la puerta hasta que los dedos se le desgarraron. Éste fue el primero de los dolores de Túrin.

A principios del año que siguió a la partida de Túrin, Morwen dio a luz a una niña y la llamó Nienor, que significa Luto; pero Túrin estaba ya Lejos cuando ella nació. Largo y penoso fue el camino de Túrin, porque el poder de Morgoth se había acrecentado; pero tenía como guías a Gethron y Grithnir, que habían sido jóvenes en los días de Hador, y aunque ahora eran viejos, eran valientes y conocían bien las tierras, porque habían viajado a menudo por Beleriand en otros tiempos. Así, ayudados por el destino y su propio coraje, cruzaron las Montañas Sombrías, y llegados al Valle del Sirion, penetraron en el Bosque de Brethil; y por fin, cansados y macilentos, llegaron a los confines de Doriath. Pero allí se desconcertaron, y se enredaron en los Laberintos de la Reina, y erraron perdidos entre los árboles sin senderos hasta que ya no tuvieron nada para comer. Allí rió estuvieron lejos de la muerte, porque el invierno descendía frío desde el Norte; pero no era tan leve el destino de Túrin. Mientras yacían sumidos en la desesperación, oyeron el sonido de un cuerno. Beleg Arco Firme cazaba en esa región, porque vivía cerca de la frontera de Doriath, y era quien mejor conocía los bosques en aquel tiempo. Oyó sus gritos y acudió a ellos, y cuando les hubo dado de comer y de beber, se enteró de sus nombres y de dónde venían, y se llenó de asombro y de piedad. Y contempló con agrado a Túrin, porque tenía la belleza de su madre y los ojos de su padre, y era lozano y fuerte.

—¿Qué don querrías del Rey Thingol? —Le preguntó Beleg al muchacho.

—Ser uno de sus caballeros para cabalgar contra Morgoth y vengar a mi padre —dijo Túrin.

—Eso bien puede ser cuando los años te hayan fortificado —dijo Beleg—. Porque aunque eres todavía pequeño, tienes la actitud de un hombre valiente, digno hijo de Húrin el Inmutable, si ello fuera posible. —Porque el nombre de Húrin era honrado en toda la tierra de los Elfos. Por tanto, de buen grado Beleg sirvió de guía a los viajeros, y los llevó a la morada que compartía por entonces con otros cazadores, y allí recibieron albergue mientras un mensajero se encaminaba a Menegroth. Y cuando llegó la noticia de que Thingol y Melian recibirían al hijo de Húrin y a sus custodios, Beleg los condujo por caminos secretos al Reino Escondido.

Así llegó Túrin al gran puente que cruzaba el Esgalduin, y pasó por los portales de las estancias de Thingol; y, niño aún, contempló las maravillas de Menegroth que ningún Hombre mortal había visto antes, salvo Beren solamente. Entonces Gethron comunicó el mensaje de Morwen a Thingol y Melian; y Thingol los recibió con bondad y puso a Túrin sobre su rodilla en honor a Húrin, el más poderoso de entre los Hombres, y de Beren, su pariente. Y todos los que estaban presentes se maravillaron, porque era signo de que Thingol aceptaba a Túrin como hijo adoptivo; y eso no era cosa que hicieran los reyes por aquel entonces, ni lo hizo nunca otra vez un señor Elfo con Hombre alguno. Entonces Thingol le dijo: —Aquí, hijo de Húrin, estará tu hogar; y toda mi vida te tendré por hijo, aunque seas Hombre. Se te impartirá una sabiduría mucho mayor que la de los Hombres mortales, y las armas de los Elfos estarán en tus manos. Quizá llegue el tiempo que reconquistes las tierras de tu padre en Hithlum; pero reside ahora aquí en el amor de todos nosotros.

Así empezó la estadía de Túrin en Doriath. Durante un tiempo se quedaron con él Gethron y Grithnir, sus custodios, aunque anhelaban volver otra vez con su señora en Dor-lómin. Entonces la vejez y la enfermedad ganaron a Grithnir, y se quedó junto a Túrin hasta que murió; pero Gethron partió, y Thingol envió con él a una escolta que lo guiara y protegiera, y llevaban unas palabras de Thingol para Morwen. Llegaron por fin a la casa de Húrin, y cuando Morwen supo que Túrin había sido recibido con honor en las estancias de Thingol, tuvo menos pena; y los

Elfos llevaban también ricos regalos de Melian, y un mensaje por el que se la invitaba a volver con el pueblo de Thingol a Doriath. Porque Melian era sabia y previsor, y esperaba de ese modo evitar el mal que se preparaba en el pensamiento de Morgoth. Pero Morwen no quiso abandonar su casa, porque su corazón no había cambiado, y conservaba todo su orgullo; además Nienor era una niña de pecho. Por tanto, despidió a los Elfos de Doriath con agradecimiento, y les dio como regalo las últimas pequeñas cosas de oro que aún conservaba, ocultando la pobreza que la afligía; y les pidió que le llevaran a Thingol el Yelmo de Hador. Pero Túrin esperaba ansioso el regreso de los mensajeros de Thingol; y cuando éstos volvieron solos, huyó a los bosques y lloró, porque conocía la invitación de Melian, y había tenido grandes esperanzas de que Morwen viniera. Éste fue el segundo dolor de Túrin.

Cuando los mensajeros le comunicaron la respuesta de Morwen, Melian comprendió y se apiadó de ella; y vio que no era fácil evitar el hado que ella presentía.

El Yelmo de Hador fue puesto en manos de Thingol. Ese yelmo estaba hecho de acero gris y adornado de oro, y en él habían grabado las runas de la victoria. Tenía un poder que protegía a quien lo llevara de heridas y de muerte, porque la espada que en él diera se quebraría, y el dardo que le golpeará caería a un lado. Había sido hecho por Telchar, el renombrado herrero de Nogrod. Tenía una visera (como las que los Enanos usan en sus fraguas para cuidarse los ojos), y la cara de quien lo llevase metería miedo en el corazón de cuantos la vieran, pero en cambio estaría protegida del dardo y del fuego. En la cresta tenía montada la imagen dorada y desafiante de la cabeza de Glaurung el dragón; porque el yelmo había sido hecho poco después de que Glaurung saliera por primera vez de las puertas de Morgoth. A menudo Hador, y Galdor después de él, lo habían llevado en la guerra; y los corazones de las huestes de Hithlum se enardecían cuando lo veían sobresalir en medio de la batalla, y gritaban: —¡De más valor es el Dragón de Dor-lómin que el gusano dorado de Angband!

Pero en verdad este yelmo no había sido hecho para Hombres, sino para Azaghal, Señor de Belegost, que fue muerto por Glaurung en el Año de la Lamentación. Azaghal se lo dio a Maedhros como galardón por haberle salvado la vida y por el tesoro que había guardado cuando los Orcos lo atacaron en el Camino de los Enanos en Beleriand Oriental. Maedhros lo envió luego como regalo a Fingon, con quien intercambiaba a menudo señales de amistad, al recordar cómo Fingon había hecho que Glaurung volviera rechazado a Angband. Pero en toda Hithlum no había cabeza ni hombros bastante robustos como para soportar el yelmo de los Enanos, salvo los de Hador y su hijo Galdor. Fingon, por tanto, se lo dio a Hador cuando éste recibió el señorío de Dor-lómin. Por mala suerte Galdor no lo llevaba cuando defendía Eithel Sirion, porque el ataque fue repentino y acudió con la cabeza descubierta a los muros y una flecha disparada por los Orcos le atravesó un ojo. Pero Húrin no podía soportar el yelmo con facilidad, y de cualquier modo desdeñaba llevarlo, pues decía: —Prefiero mirar a mis enemigos con mi propio rostro. —No obstante, consideraba el yelmo entre las mayores heredades de su casa.

Ahora bien, Thingol tenía en Menegroth inmensas armerías, repletas de una gran riqueza en armas: mallas labradas en metal como escamas de peces, y brillantes como el agua a la luz de la luna; espadas y hachas, escudos y yelmos forjados por el mismo Telchar o por su maestro Gamil Zirak el viejo, o por herreros Elfos todavía más hábiles. Porque algunas cosas las había recibido como regalos traídos de Valinor, y eran obra de Fëanor, el maestro herrero, cuyo arte nunca ha sido igualado desde que el mundo es mundo. No obstante, Thingol sostuvo el Yelmo de Hador como si sus propios tesoros fueran escasos, y habló con palabras corteses diciendo: —Orgullosa era la cabeza que soportó este yelmo, que los mayores de Húrin soportaron.

Entonces se le ocurrió una idea, y llamó a Túrin y le dijo que Morwen le había enviado a su hijo una cosa de gran poder, la heredad de sus padres. —Recibe ahora La Cabeza del Dragón del Norte —dijo—, y cuando llegue el día, llévala para bien. —Pero Túrin era demasiado pequeño todavía para levantar el yelmo, y no hizo caso de él por la pena que tenía en el corazón.

En sus años de infancia pasados en Doriath, Túrin era vigilado por Melian, aunque rara vez la veía. Pero había una doncella llamada Nellas que vivía en los bosques; y a pedido de Melian, seguía los pasos de Túrin por si se extraviaba en el bosque, y a menudo lo encontraba allí como si fuera por casualidad. De Nellas, Túrin aprendió mucho sobre las costumbres y las criaturas silvestres de Doriath, y ella le enseñó a hablar la lengua Sindarin según la manera del viejo reino, más antigua, más cortés y más rica en hermosas palabras. Así, por un breve tiempo, se le aligeró el ánimo, hasta que la sombra lo oprimió otra vez, y esa amistad se desvaneció como una mañana de primavera. Porque Nellas no iba a Menegroth, y no estaba nunca dispuesta a andar bajo techos de piedra; de modo que cuando la niñez de Túrin quedó atrás, y dedicó sus pensamientos a los asuntos de los hombres, la vio cada vez con menor frecuencia, y por último dejó de buscarla. Pero ella lo vigilaba todavía, aunque ahora se mantenía oculta.

Nueve años vivió Túrin en la estancia de Menegroth. Tenía el corazón y los pensamientos puestos siempre en los suyos, y de vez en cuando le traían alguna noticia, que lo consolaba. Porque Thingol enviaba mensajeros a Morwen con tanta frecuencia como le era posible, y ella enviaba palabras para su hijo; así supo Túrin que su hermana Nienor crecía en Belleza, una flor en el gris del Norte, y la pesadumbre de Morwen se aliviaba. Y Túrin creció en estatura hasta que fue alto entre los Hombres, y su fuerza y temeridad alcanzaron renombre en el reino de Thingol. En esos años aprendió mucha ciencia, y escuchaba con ansia las historias de los días antiguos; y se volvió pensativo y parco en palabras. A menudo Beleg Arco Firme iba a Menegroth en su busca, y lo conducía lejos por el campo enseñándole los caminos del bosque y el manejo del arco y (lo que a él más le gustaba) la esgrima de la espada; pero en las artesanías de la fabricación no era tan hábil, pues no medía bien sus propias fuerzas, y con frecuencia estropeaba lo que hacía con algún golpe súbito. En otros asuntos tampoco la fortuna le era propicia, de modo que lo que se proponía a menudo no llegaba a buen término, y no obtenía lo que deseaba; tampoco se hacía de amigos fácilmente, pues no era alegre y rara vez reía, y una sombra envolvía su juventud. No obstante, era amado y estimado por quienes lo conocían bien, y recibía todos los honores de hijo adoptivo del Rey.

Empero, había uno que le envidiaba este honor, cada vez más a medida que Túrin se hacía hombre: Saeros, hijo de Ithilbor, lo llamaban. Era uno de los Noldor que se habían refugiado en Doriath después de la caída del señor Denethor en Amon Ereb, en la primera batalla de Beleriand. Estos Elfos vivían casi todos en Arthórien, entre Aros y Celon, en el este de Doriath, errando a veces más allá del Celon por las tierras desiertas; y no eran amigos de los Edain desde que éstos atravesaron Ossiriand y se establecieron en Estolad. Pero Saeros moraba sobre todo en Menegroth, y se ganó la estima del rey; y era orgulloso, y trataba con altivez a los que consideraba de menor condición y valor que él. Se hizo amigo de Daeron el trovador, porque también él era hábil para el canto; y no sentía amor alguno por los Hombres, y menos todavía por cualquiera que fuese pariente de Beren Erchamion.

—¿No es extraño —decía— que esta tierra acoja a otro miembro de esa desdichada raza? ¿No hizo el otro ya bastante daño a Doriath? —Por tanto, miraba de través a Túrin, criticando lo que hacía cada vez que se presentaba la ocasión. Si se encontraba con Túrin a solas, le hablaba con altivez y le mostraba claramente su desprecio; y Túrin estaba cansándose de él, aunque por mucho tiempo contestó con el silencio a sus torcidas palabras, porque Saeros era grande entre los del pueblo de Doriath y consejero del Rey. Pero el silencio de Túrin displacía a Saeros tanto como lo que decía.

En el año que Túrin cumplió los diez y siete años, se le reavivó la pena; porque en ese tiempo dejó de recibir noticias de su hogar. Año a año había crecido el poder de Morgoth, y toda Hithlum estaba ahora bajo su sombra. Sin duda sabía mucho de lo que hacía la parentela de Húrin, y no los molestó por un tiempo, a la espera de la consumación de sus designios; pero ahora, había apostado una estrecha vigilancia en todos los pasos de las Montañas Sombrías, para que nadie pudiera salir de Hithlum ni entrar en ella, salvo con gran peligro, y los Orcos pululaban alrededor de las fuentes del Narog y del Teiglin, y por el curso superior de las aguas

del Sirion. Así, llegó un momento en que los mensajeros de Thingol ya no volvieron, y él no estuvo dispuesto a enviar a ningún otro. Siempre le había disgustado que alguien se alejara más allá de las fronteras protegidas, y en nada había demostrado mejor voluntad a Húrin y a su parentela que en el hecho de haber enviado a gentes de su pueblo por los peligrosos caminos que conducían a Morwen en Dor-Lómin.

Pues bien, el corazón de Túrin se llenó de pesadumbre al no saber qué nuevo mal acechaba, y temiendo que un hado desdichado se cerniera sobre Morwen y Nienor; y por muchos días permaneció sentado en silencio, pensando en la caída de la Casa de Hador y de los Hombres del Norte. Luego se puso en pie y fue al encuentro de Thingol; y lo encontró sentado junto con Melian bajo Hírilorn, la gran haya de Menegroth.

Thingol miró a Túrin asombrado al ver de pronto frente a él, en lugar de su niño adoptivo, a un Hombre y a un extraño, alto, de oscuros cabellos, que lo miraba con ojos profundos en una cara blanca. Entonces Túrin le pidió a Thingol cota de malla, espada y escudo, y reclamó el Yelmo del Dragón de Dor-lómin; y el rey le concedió lo que pedía diciendo: —Te asignaré un lugar entre mis caballeros de la espada; porque la espada será siempre tu arma. Con ellos puedes aprender a guerrear en las fronteras, si tal es tu deseo.

Pero Túrin dijo: —Mi corazón me insta a ir mas allá de las fronteras de Doriath; antes prefiero atacar las fuerzas del Enemigo, que defender los confines de la tierra.

—Entonces has de partir solo —dijo Thingol—. El papel que desempeñe mi pueblo en la guerra con Angband, lo dicto según mi mejor parecer, Túrin, hijo de Húrin. No he de enviar ahora fuerzas de armas de Doriath; ni en tiempo alguno que pueda prever todavía.

—Pero eres libre de ir donde te plazca, hijo de Morwen —dijo Melian—. El Cinturón de Melian no estorba la partida de los que entraron en él con nuestro permiso.

—A no ser que un buen consejo te retenga —Le dijo Thingol.

—¿Cuál es vuestro consejo, señor? —preguntó Túrin.

—En estatura pareces un Hombre —respondió Thingol—, pero sin embargo no has alcanzado todavía la plenitud de la edad. Cuando ese momento llegue, entonces quizá puedas recordar a los tuyos; pero hay poca esperanza de que un Hombre solo pueda hacer más contra el Señor Oscuro que ayudar a la defensa de los señores Elfos, en tanto ella pueda durar.

Entonces Túrin dijo: —Beren, mi pariente, hizo mas.

—Beren y Lúthien —dijo Melian—. Pero eres en exceso audaz al hablarle así al padre de Lúthien. No es tan alto tu destino, según creo, Túrin, hijo de Morwen, aunque tu hado esté entretejido con el del pueblo de los Elfos, para bien o para mal. Ten cuidado de que no sea para mal. —Luego, al cabo de un silencio, habló otra vez diciendo:— Vete ahora, hijo adoptivo; y escucha el consejo del rey. No obstante, no creo que permanezcas mucho con nosotros en Doriath después de que seas un verdadero hombre. En días por venir, recuerda las palabras de Melian, será para tu bien: teme a la vez el calor y la frialdad de tu corazón.

Entonces Túrin hizo una reverencia y se despidió. Y poco después se puso el Yelmo del Dragón, y se armó, y se dirigió a las fronteras septentrionales a unirse con los guerreros Elfos, trezados en guerra incesante con los Orcos y todos los sirvientes y las criaturas de Morgoth. Así, aún apenas salido de la niñez, su fuerza y su coraje fueron puestos a prueba; y recordando los males sufridos por los suyos, era siempre el primero en hechos de atrevimiento, y recibió muchas heridas de lanza y de flecha y de las retorcidas espadas de los Orcos. Pero su hado lo libró de la muerte; y la nueva corrió entre los bosques y se oyó más allá de Doriath: el Yelmo del Dragón de Dor-lómin había vuelto a verse. Entonces muchos se asombraron diciendo: —¿Es posible que el espíritu de Hador o de Galdor el de Alta Talla haya vuelto de entre los muertos? ¿O en verdad Húrin de Hithlum ha escapado de los fosos de Angband?

En ese tiempo sólo uno era más poderoso que Túrin entre los guardianes de la frontera de Thingol, y ése era Beleg Cúthalion; y Beleg y Túrin eran compañeros en todos los peligros; y juntos se alejaban internándose a lo largo y a lo ancho de los vastos bosques.

Así transcurrieron tres años, y en ese tiempo Túrin iba rara vez a las estancias de Thingol; y ya no cuidaba la apariencia ni las vestiduras, y llevaba los cabellos desgreñados, y la cota de malla cubierta de una capa gris y desgastada por la intemperie. Pero sucedió en el tercer verano, cuando Túrin tenía veinte años, que deseando descansar y necesitado de ciertos trabajos de

herrería para la reparación de sus armas, llegó inesperadamente a Menegroth al caer la tarde; y entró en la sala. Thingol no se encontraba allí, porque había salido a la floresta en compañía de Melian, como le gustaba hacerlo a veces en pleno verano. Túrin se dirigió a un asiento inadvertidamente, porque estaba fatigado por el viaje y ensimismado en sus pensamientos; y por mala suerte se acercó a una mesa entre los mayores del reino y se sentó precisamente en el sitio que acostumbraba ocupar Saeros. Saeros, que llegó tarde, se enfadó creyendo que Túrin lo había hecho por orgullo y con intención de ofenderlo; y no disminuyó su enfado el hecho de que los que había allí sentados no rechazaran a Túrin, sino que le dieran la bienvenida.

Por un rato Saeros fingió un igual talante y ocupó otro asiento a la mesa frente al de Túrin. —Rara vez el guardián de la frontera nos favorece con su compañía —dijo—, y de buen grado le cedo mi asiento de costumbre, por la oportunidad de conversar con él. —Y muchas otras cosas le dijo a Túrin, pidiéndole nuevas sobre la frontera, y que le contara sus hazañas en el descampado; pero aunque sus palabras parecían amables, el tono de burla era evidente. Entonces Túrin se cansó y miró alrededor y conoció la amargura del exilio; y a pesar de la luz y las risas de las estancias élficas, sus pensamientos se volvieron a Beleg y a la vida que con él llevaba en los bosques, y de allí, más lejos todavía, a Morwen en Dor-lómin en casa de su padre; y frunció el entrecejo, tan negros eran entonces sus pensamientos, y nada contestó a Saeros. Y éste, creyendo que el mal gesto le estaba dirigido, ya no reprimió su enfado; y tomó un peine de oro y lo arrojó delante de Túrin diciendo:— Sin duda, Hombre de Hithlum, viniste de prisa a esta mesa y es posible disculpar el mal estado de tu capa; pero no es necesario que dejes tus cabellos desatendidos como un matorral de malezas. Y quizá, si tuvieras los oídos destapados, oirías mejor lo que se te dice.

Túrin no dijo nada, pero volvió los ojos a Saeros y había una chispa en su negrura. Pero Saeros no hizo caso de la advertencia y devolvió la mirada con desprecio, diciendo de modo que todos pudieran oírlo: —Si los Hombres de Hithlum son tan salvajes y fieros, ¿cómo serán las mujeres de esa tierra? ¿Corren como los ciervos vestidas sólo con sus cabellos?

Entonces Túrin alzó una copa y la arrojó a la cara de Saeros, que cayó hacia atrás con gran daño; y Túrin desenvainó la espada y lo habría atacado si Mablung el Cazador, que estaba junto a él, no lo hubiese retenido. Entonces Saeros, poniéndose en pie, escupió sangre sobre la mesa, y habló desde una boca quebrada: —¿Cuánto tiempo daremos albergue a este hombre salvaje de los bosques? ¿Quién tiene mando aquí esta noche? La ley del Rey es dura para quien hiere a sus súbditos en las salas del palacio; y para quienes desnudan la espada la proscripción es la menor condena. ¡Fuera de la sala podría responderte, hombre salvaje de los bosques!

Pero cuando Túrin vio la sangre sobre la mesa, el ánimo se le enfrió; y librándose de Mablung, abandonó la sala sin decir una palabra.

Entonces Mablung dijo a Saeros: —¿Qué mosca te ha picado esta noche? Por este mal te hago responsable; y puede que la ley del Rey juzgue que una boca quebrada es una justa retribución por tus provocaciones.

—Si el cachorro ha recibido ofensa, que la exponga al juicio del Rey —contestó Saeros—. Pero aquí es inexcusable desenvainar espadas. Fuera de la sala, si el salvaje me desafía, lo mataré.

—Eso me parece menos probable —replicó Mablung—, pero será una mala cosa que alguien muera, más propia de Angband que de Doriath, y mayor será el mal que de ella se engendre. En verdad creo que parte de la sombra del Norte nos ha alcanzado hoy. Ten cuidado, Saeros, hijo de Ithilbor, no sea que la voluntad de Morgoth obre en tu orgullo, y recuerda que perteneces a los Eldar.

—No lo olvido —dijo Saeros; pero no se apaciguo, y a medida que pasaba la noche, su rencor crecía, alimentando deseos de venganza.

Por la mañana, cuando Túrin se disponía a abandonar Menegroth para volver a las fronteras septentrionales, Saeros lo abordó corriendo tras él, esgrimiendo una espada y con un escudo en el brazo. Pero Túrin, alerta, entrenado en la vida de las tierras salvajes, lo vio con el rabillo del ojo, y saltando a un lado, desenvainó con prontitud y se volvió hacia su enemigo.

—¡Morwen —gritó—, quien se haya burlado de ti pagará su escarnio! —Y hendió el escudo de Saeros y entonces lucharon juntos con rápidas espadas. Pero Túrin había pasado largo tiempo en dura escuela, y se había vuelto tan ágil como cualquier Elfo, pero más fuerte. Pronto

dominó el lance, e hiriendo el brazo con que Saeros sostenía la espada, lo tuvo a su merced. Entonces puso el pie sobre la espada que Saeros había dejado caer.— Saeros —dijo—, tienes una larga carrera por delante, y tus ropas serán un estorbo; el pelo te bastará. —Y arrojándolo por tierra, lo desnudó, y Saeros sintió la gran fuerza de Túrin, y tuvo miedo. Pero Túrin dejó que se pusiera en pie:— ¡Corre! —le gritó— ¡Corre! Y a no ser que seas tan veloz como el ciervo, te ensartaré por detrás. —Y Saeros corrió internándose en el bosque, pidiendo frenéticamente socorro; pero Túrin lo perseguía como un sabueso, y como quiera que Saeros corriera o girara, tenía siempre la espada detrás de él, urgiéndolo a seguir adelante.

Los gritos de Saeros atrajeron a muchos otros a la cacería, pero sólo los más rápidos de entre ellos podían mantenerse a la par de los corredores. Mablung era quien iba adelante, y tenía la mente turbada, porque aunque la provocación le había parecido mal, «malicia que despierta a la mañana, es regocijo para Morgoth antes que caiga la tarde»; y se tenía además por ofensa avergonzar a nadie del pueblo de los Elfos sin que el asunto fuera sometido a juicio. Nadie sabía todavía entonces que Saeros había sido el primero en atacar a Túrin y que lo habría matado de haberle sido posible.

—¡Detente, detente, Túrin! —gritó—. Ésta es acción de Orcos en los bosques! —Pero Túrin le contestó:— ¡Acción de Orcos en los bosques por palabras de Orcos en la sala! —Y corrió otra vez en pos de Saeros; y éste, desesperando de recibir ayuda y creyendo que la muerte lo seguía de cerca por detrás, continuó corriendo hasta que llegó de pronto a la orilla donde una corriente que alimentaba al Esgalduin fluía a través de unas rocas afiladas por una hendidura demasiado ancha para atravesarla de un salto. Allí Saeros, empujado por un gran temor, intentó saltar; pero el pie le resbaló en la orilla opuesta y cayó lanzando un grito penetrante, y se estrelló contra una gran piedra que había en el agua. Así terminó su vida en Doriath; y Mandos lo retendría durante mucho tiempo.

Túrin miró el cuerpo que yacía en la corriente y pensó: —¡Desdichado necio! Desde aquí lo habría dejado volver andando a Menegroth. Ha puesto ahora sobre mí una culpa inmerecida. — Y se volvió y miró sombrío a Mablung y sus compañeros que ahora llegaban y se detenían junto a él en la orilla. Luego, al cabo de un silencio, Mablung dijo:— ¡Ay! Pero vuelve ahora con nosotros, Túrin, que el Rey ha de juzgar estos hechos.

Pero Túrin dijo: —Si el Rey fuera justo, me juzgaría inocente. Pero, ¿no era éste uno de sus consejeros? ¿Por qué un rey justo habría de tener por amigo un corazón malicioso? Abjuro de su Ley y de su juicio.

—Tus palabras son insensatas —dijo Mablung, aunque en su corazón sentía piedad por Túrin—. No querrás ocultarte en los bosques. Te ruego que nos acompañes de regreso, como amigo. Y habrá otros testimonios. Cuando el Rey sepa la verdad, puedes esperar su perdón.

Pero Túrin estaba cansado de las estancias de los Elfos y temía ser retenido en cautiverio; y le dijo a Mablung: —Me niego a lo que me pides. No he de buscar el perdón de Thingol por nada; e iré ahora donde su justicia no pueda alcanzarme. No tienes sino dos opciones: dejarme ir en libertad o matarme, si eso conviene a tu ley. Porque sois muy pocos para atraparme vivo.

Vieron en sus ojos que lo que decía era verdad, y lo dejaron partir; y Mablung dijo: —Una muerte ya es bastante.

—Yo no la quise, pero no guardo duelo por ella —dijo Túrin—. Que Mandos le haga justicia; y si alguna vez vuelve a las tierras de los vivos, ojalá tenga más tino. ¡Adiós!

—Vete en libertad —dijo Mablung—, pues tal es tu deseo. Pero no tengo esperanzas de nada bueno si te vas de este modo. Tienes una sombra en el corazón. Que no se haya oscurecido todavía más cuando volvamos a vernos.

No contestó Túrin a eso, sino que los dejó y se fue de prisa nadie supo a dónde.

Se dice que cuando Túrin no regresó a las fronteras septentrionales de Doriath, y no se tenía de él noticia alguna, Beleg Arco Firme fue él mismo a Menegroth a buscarlo; y con pesadumbre en el corazón escuchó la historia de la huida de Túrin. Poco después Thingol y Melian volvieron a sus estancias, porque ya menguaba el verano; y cuando el Rey se enteró de lo que había sucedido, se sentó en su gran trono en la sala de Menegroth y a su alrededor estaban todos los señores y los consejeros de Doriath.

Entonces todo se investigó y se dijo, hasta las palabras de despedida de Túrin; y por último Thingol suspiró y dijo: —¡Ay! ¿Cómo se ha infiltrado esta sombra en mi reino? Tenía a Saeros por fiel y prudente; pero si viviera conocería mi cólera, pues fue maligna su provocación, y lo culpo de todo lo que sucedió en la sala. En esto tiene Túrin mi perdón. Pero haber avergonzado a Saeros y haberlo perseguido hasta su muerte son males mayores que la ofensa, y estos hechos no puedo pasarlos por alto. Son señal de un corazón duro y orgulloso. —Entonces Thingol guardó silencio, pero por fin volvió a hablar con tristeza. No hay gratitud en éste, mi hijo adoptivo, y es Hombre en exceso orgulloso para su condición. ¿Cómo he de albergar a alguien que me desprecia y desprecia a mi ley, o perdonar a quien no se arrepiente? Por tanto, he de desterrar a Túrin, hijo de Húrin, del reino de Doriath. Si intenta volver, me será traído para que lo juzgue; y hasta que no pida perdón a mis pies, no será ya hijo mío. Si alguien considera esto injusto, que hable.

Hubo silencio en la sala, y Thingol levantó la mano para pronunciar su sentencia. Pero en ese momento Beleg entró de prisa y gritó: —¡Señor! ¿Puedo hablar?

—Llegas tarde —dijo Thingol—. ¿No fuiste invitado con los demás?

—Es cierto, señor —respondió Beleg—, pero me retrasé; buscaba a alguien que conocía. Traigo ahora por fin un testigo que debe ser escuchado antes que dictéis vuestra sentencia.

—Todos los que tenían algo que decir fueron convocados —dijo el Rey—. ¿Qué puede decir él ahora que tenga más peso?

—Vos juzgaréis cuando lo hayáis oído —dijo Beleg—. Concededme esto, si he merecido alguna vez vuestra gracia.

—Te está concedido —dijo Thingol.

Entonces Beleg salió, y trajo de la mano a la doncella Nellas, que vivía en los bosques y jamás iba a Menegroth; y ella tenía miedo, tanto de la gran sala con columnas como del techo de piedra, y también de los muchos ojos que la miraban. Y cuando Thingol le pidió que hablase, dijo: —Señor, estaba yo sentada en un árbol —pero luego vaciló en respetuoso temor ante el Rey, y no le fue posible decir nada más.

Se sonrió el Rey entonces y dijo: —Otros han hecho lo mismo, pero no sintieron necesidad de venir a decírmelo.

—Otros lo han hecho en verdad —dijo ella, animada por la sonrisa—. ¡Aun Lúthien! En ella estaba pensando esa mañana, y en Beren, el Hombre.

A eso Thingol no contestó y no siguió sonriendo, sino que esperó a que Nellas continuara hablando.

—Porque Túrin me recordó a Beren —dijo por fin—. Son parientes, según se nadie ha dicho, y algunos pueden ver este parentesco: los que miran de cerca.

Entonces Thingol se impacientó. —Es posible que así sea —dijo—. Pero Túrin, hijo de Húrin, se ha ido menospreciando el respeto que me debe, y ya no lo verás para leer en él el parentesco. Porque ahora pronunciaré mi sentencia.

¡Señor Rey! exclamó ella entonces—. Tened paciencia conmigo y dejadme hablar primero. Estaba sentada en un árbol para ver partir a Túrin; y vi a Saeros salir del bosque con espada y escudo y saltar sobre Túrin que estaba desprevenido.

Hubo entonces un murmullo en la sala; y el Rey levantó la mano diciendo: —Traes a mis oídos nuevas más graves que lo que parecía probable. Presta atención ahora a todo lo que dices; porque ésta es una corte de justicia.

—Así me lo ha dicho Beleg —respondió ella—, y sólo por eso me he atrevido a venir aquí, para que Túrin no fuera juzgado mal. Es valiente, pero también piadoso. Lucharon, señor, esos dos, hasta que Túrin despojó a Saeros de espada y escudo; pero no lo mató. Por tanto, no creo que quisiera finalmente su muerte. Si Saeros fue sometido a la vergüenza, era una vergüenza que se había ganado.

—A mí me corresponde juzgar —dijo Thingol—. Pero lo que has dicho gobernará mi juicio. —Entonces interrogó a Nellas con detalle; y por fin se volvió a Mablung diciendo:— Me extraña que Túrin no te haya dicho nada de esto.

—Pues no lo hizo —dijo Mablung—. Y si hubiera hablado de ello, otras habrían sido mis palabras de despedida.

—Y otra será mi sentencia ahora —dijo Thingol—. ¡Escuchadme! La falta que pudo haber en

Túrin la perdono, pues ha sido ofendido y provocado. Y dado que fue en verdad, como él lo dijo, uno de los miembros de mi consejo el que lo maltrató, no ha de buscar él este perdón, sino que yo se lo enviaré dondequiera pueda encontrárselo; y lo traeré de nuevo con honores a mis estancias.

Pero cuando esta sentencia fue pronunciada, Nellas de pronto se echó a llorar. —¿Dónde podrá encontrárselo? —dijo—. Ha abandonado nuestra tierra y el mundo es vasto.

—Será buscado —dijo Thingol. Entonces se puso en pie, y Beleg se llevó a Nellas de Menegroth; y le dijo—: No llores; porque si Túrin vive todavía y anda por las tierras salvajes, lo encontraré aunque fracasen todos los demás.

Al día siguiente Beleg fue ante Thingol y Melian y el Rey le dijo: —Aconséjame, Beleg; porque estoy apenado. Recibí al hijo de Húrin como hijo propio, y así ha de seguir siendo, a no ser que el mismo Húrin vuelva de las sombras a reclamar lo suyo. No quiero que nadie diga que Túrin fuera echado con injusticia al desierto y de buen grado lo recibiría de nuevo; porque lo quise bien.

Y Beleg respondió: —Buscaré a Túrin hasta que lo encuentre, y lo traeré de nuevo si puedo; porque también yo lo quiero. —Luego partió y a través de Beleriand buscó en vano noticias de Túrin con desdén de múltiples peligros; y pasó ese invierno y también la primavera que lo siguió.

Túrin entre los proscritos

Aquí continúa la historia de Túrin. Éste, creyéndose un proscrito perseguido por el rey, no volvió con Beleg a las fronteras septentrionales de Doriath, sino que partió hacia el oeste, y abandonando en secreto el Reino Guardado, se dirigió a los bosques al sur del Teiglin. Allí, antes de la Nirnaeth, muchos Hombres habían morado en viviendas aisladas; eran en su mayoría del pueblo de Haleth, pero no tenían señor alguno y vivían de la caza y también de la agricultura, criando cerdos con bellotas y despejando terrenos en los bosques, que luego cercaban contra la flora silvestre. Pero la mayor parte había sido por entonces aniquilada o había huido a Brethil, y toda esa región vivía en el temor de los Orcos y los proscritos. Porque en ese tiempo de ruina Hombres sin casa y desesperados, despojos de batallas y derrotas en tierras devastadas, extraviaron la buena senda, y algunos eran Hombres que habían huido al descampado, perseguidos por sus malas acciones. Cazaban y recolectaban los alimentos que podían; pero en invierno, cuando los acosaba el hambre, eran tan temibles como los Lobos, y Gaurwaith, los licántropos, los llamaban aquellos que todavía defendían sus casas. Unos cincuenta de esos Hombres se habían unido en una banda, y erraban en los bosques más allá de las fronteras occidentales de Doriath; y apenas eran menos odiados que los Orcos, porque había entre ellos gente descastada, dura de corazón, que guardaban rencor contra los de su propia especie. El más torvo entre ellos era uno llamado Andróg, que había sido perseguido en Dorlómin por haber dado muerte a una mujer; y otros también provenían de esa tierra: el viejo Algund, el de más edad de la banda, que había huido de la Nirnaeth, y Forweg, como se llamada a sí mismo, el capitán de la banda, un hombre de cabellos rubios y ojos brillantes de mirada huidiza, corpulento y audaz, pero muy apartado de las leyes de los Edain y del pueblo de Hador. Se habían vuelto muy cautelosos y ponían exploradores o guardianes a su alrededor, avanzaran o se mantuvieran quietos en un sitio; y de ese modo no tardaron en conocer que Túrin se encontraba en aquellos parajes. Le siguieron el rastro y lo rodearon; y de pronto, al salir a un claro junto a un arroyo, Túrin se encontró dentro de un círculo de hombres con arcos tensos y espadas desenvainadas.

Entonces Túrin se detuvo, pero no mostró ningún temor. —¿Quiénes sois? —preguntó—. Creí que sólo los Orcos asaltaban a los Hombres; pero veo que estaba equivocado.

—Quizá tengas que lamentar el error —le dijo Forweg—, porque ésta es nuestra guarida, y no permitimos que otros Hombres entren en ella. Les cobramos la vida como prenda, a no ser que lleguen a pagar un rescate.

Entonces Túrin rió. —No obtendréis un rescate de mí —dijo—, descastado y proscrito. Podréis registrarme cuando esté muerto, pero os costará caro comprobar la verdad de mis palabras.

No obstante, su muerte parecía cercana, porque muchas flechas se apoyaban en las cuerdas a la espera de la orden del capitán; y ninguno de sus enemigos estaba al alcance de un salto con la espada esgrimida. Pero Túrin, que vio unas piedras a sus pies junto a la orilla del arroyo, se inclinó repentinamente; y en ese instante uno de los hombres, enfadado por sus palabras, le disparó un venablo. Pero éste pasó volando sobre Túrin, que irguiéndose como un resorte, arrojó una piedra con gran fuerza y puntería, y el arquero cayó con el cráneo roto.

—Vivo podría seros de mayor utilidad en lugar de ese desdichado —dijo Túrin; y volviéndose a Forweg, dijo—: Si eres el capitán, tus hombres no deberían disparar sin que se les dé la orden.

—No lo permito —dijo Forweg—; pero la reprimenda no se ha hecho esperar. Te aceptaré en su lugar si haces más caso de mis palabras.

Entonces dos de los proscritos clamaron contra Túrin, y uno era un amigo del hombre caído. Ulrad se llamaba. —Extraño modo de ingresar en un grupo de compañeros —dijo—, matando a uno de sus mejores hombres.

—No sin desafío —le dijo Túrin—. Pero ¡venid, pues! Os haré frente a los dos juntos, con armas o la sola fuerza; y entonces veréis si no soy apto para reemplazar a uno de vuestros mejores hombres.

Entonces avanzó hacia ellos; pero Hurlad se retiró y no quiso pelear. El otro arrojó su arco y miró a Túrin de arriba abajo; y este hombre era Andróg de Dor-lómin. —No puedo rivalizar contigo —dijo por fin sacudiendo la cabeza—. No creo que haya nadie aquí que pueda. Por mi parte, puedes unirte a nosotros. Pero hay algo de extraño en tu apariencia; eres un hombre peligroso. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Neithan el Ofendido —dijo Túrin, y Neithan lo llamaron en adelante los proscritos; pero aunque les dijo que había sufrido una injusticia (y a cualquiera que declarara lo mismo, prestaban un oído demasiado atento), no reveló nada más acerca de su vida y su patria. No obstante, ellos advirtieron que había caído de una situación elevada, y que aunque no tenía otra cosa que sus armas, éstas eran de hechura élfica. Pronto se ganó el aprecio de todos, porque era fuerte y valiente, y tenía más conocimiento que ellos de los bosques, y confiaban en él, porque no era codicioso y pensaba poco en sí mismo; pero le tenían miedo por causa de sus súbitas cóleras, que rara vez entendían. A Doriath, Túrin no podía volver, o su orgullo no se lo permitía; nadie era admitido en Nargothrond desde la caída de Felagund. Al pueblo menor de Haleth en Brethil, no se dignaba ir; y a Dor-lómin no se atrevía, pues estaba estrechamente vigilado, y un hombre solo en aquel tiempo, pensaba, no podía atravesar los pasos de las Montañas de la Sombra. Por tanto, Túrin se quedó con los proscritos, pues la compañía de cualquier hombre hacía más soportables las asperezas de las tierras salvajes y como deseaba vivir y no podía estar luchando siempre con ellos, no se empeñó demasiado en impedirles sus malas acciones. No obstante a veces la piedad y la vergüenza despertaban en él, y estallaba entonces en una cólera peligrosa.

Así vivió hasta el final de ese año, y soportó las privaciones y el hambre del invierno, hasta que la animación llegó, y después una hermosa primavera.

Ahora bien, en los bosques del sur del Teiglin, como se dijo, vivían todavía algunos hombres, resistentes y cautelosos, aunque en número escaso. A pesar de que no querían a los Gaurwaith, y no sentían por ellos ninguna piedad, en el crudo invierno ponían los alimentos que les sobraban donde los Gaurwaith pudieran encontrarlos; y así esperaban evitar el ataque de la banda de hambrientos. Pero obtenían menos gratitud de los proscritos que de las bestias y las aves, y eran sobre todo los perros y las cercas los que los defendían. Porque cada vivienda tenía grandes setos alrededor de terrenos despejados, y en torno de las casas había una zanja y un vallado; y había senderos de vivienda a vivienda, y los hombres podían pedir ayuda en momentos de necesidad haciendo sonar un cuerno.

Pero cuando llegaba la primavera, era peligroso para los Gaurwaith demorarse cerca de las

casas de los Hombres del Bosque, que solían reunirse para perseguirlos; y por tanto a Túrin le extrañaba que Forweg no diera orden de alejarse. Había más caza y alimento y menos peligro en el Sur, donde ya no quedaban Hombres. Entonces un día Túrin echó en falta a Forweg y también a Andróg, su amigo; y preguntó dónde estaban, pero sus compañeros se rieron.

—Se ocupan de sus propios asuntos, supongo —dijo Ulrad—. Volverán pronto, y entonces nos pondremos en marcha. De prisa, quizá; porque seremos afortunados si no traen tras ellos las abejas de las colmenas.

El sol brillaba y las jóvenes hojas verdeaban; y Túrin se cansó del sórdido campamento de los proscritos, y se alejó a solas por el bosque. A pesar de sí mismo recordaba el Reino Escondido, y le parecía oír el nombre de las flores de Doriath como ecos de una vieja lengua casi olvidada. Pero de pronto oyó gritos, y de una espesura de avellanos salió corriendo una joven; tenía la ropa desgarrada por los espinos, y estaba muy asustada, y tropezó y cayó al suelo jadeando. Entonces Túrin saltó hacia la espesura con la espada desenvainada, y derribó a un hombre que salía de ella a la carrera; y sólo en el momento mismo de asestar el golpe, vio que era Forweg.

Pero mientras miraba asombrado la sangre sobre la hierba, apareció Andróg y se detuvo también, atónito. —¡Una mala obra, Neithan! —exclamó y desenvainó la espada; pero el ánimo de Túrin se había enfriado, y dijo a Andróg—: ¿Dónde están pues los Orcos? ¿Los habéis dejado atrás para socorrerla?

—¿Orcos? —le dijo Andróg—. ¡Necio! Y te llamas un proscrito. Los proscritos no conocen otra ley que la de la necesidad. Cuídate de las tuyas, Neithan, y deja que nosotros cuidemos de las nuestras.

—Así lo haré —dijo Túrin—. Pero hoy nuestros caminos se han cruzado. Me dejarás a mí esta mujer, o te unirás a Forweg.

Andróg rió. —Si así está la cosa, haz como quieras —dijo—. No pretendo medirme a solas contigo, pero puede que nuestros compañeros tomen a mal esta muerte.

Entonces la mujer se puso en pie y puso una mano sobre el brazo de Túrin. Miró la sangre y miró a Túrin, y había alegría en sus ojos. —¡Matadlo, señor! ¡Matadlo también a él! Y luego venid conmigo. Si traéis sus cabezas, Larnach, mi padre, no se sentirá disgustado. Por dos «cabezas de lobo» ha recompensado bien a los hombres.

Pero Túrin le preguntó a Andróg: —¿Queda lejos su casa?

—A una milla, poco más o menos —respondió—, en una casa cercada en aquella dirección. Ella se estaba paseando fuera.

—Vuelve, pues, de prisa —dijo Túrin volviéndose a la mujer—. Dile a tu padre que te guarde mejor. Pero no cortaré las cabezas de mis compañeros para comprar su favor ni el de nadie.

Entonces envainó la espada. —¡Ven! —le dijo a Andróg—. Volveremos. Pero si quieres dar sepultura a tu capitán, tendrás que hacerlo solo. Date prisa, pues puede cundir la alarma. ¡Trae sus armas!

Entonces Túrin siguió su camino si decir ya nada más, y Andróg lo miró partir, y frunció el entrecejo como quien trata de resolver un acertijo.

Cuando Túrin volvió al campamento de los proscritos, los encontró inquietos e incómodos; porque habían permanecido ya mucho tiempo en un mismo sitio, cerca de casas bien guardadas, y murmuraban en contra de Forweg. —Corre riesgos a nuestras expensas —decían—; y otros pueden tener que pagar por sus placeres.

—Entonces escoged un nuevo capitán —dijo Túrin irguiéndose delante de ellos—. Forweg ya no puede conducirlos porque está muerto.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Ulrad—. ¿Buscaste miel en la misma colmena? ¿Lo picaron las abejas?

—No —dijo Túrin—. Una picadura bastó. Yo lo maté. Pero perdoné a Andróg y pronto volverá.

—Entonces contó todo lo acaecido, reprochando a los que cometían tales acciones; y mientras todavía estaba hablando, volvió Andróg cargando las armas de Forweg.— ¡Mira, Neithan! —exclamó—. No ha cundido la alarma. Quizá ella tiene esperanzas de volver a

encontrarte.

—Si me haces bromas —dijo Túrin—, lamentaré haberle escatimado tu cabeza. Cuenta ahora tu historia, y sé breve.

Entonces Andróg contó sin faltar demasiado a la verdad todo cuanto había sucedido. —Me pregunto qué tendría que hacer Neithan allí —dijo—. No lo que nosotros, parece. Porque cuando yo aparecí ya había matado a Forweg. A la mujer eso la alegró, y le ofreció ir con él pidiéndole nuestras cabezas como precio nupcial. Pero él no la quiso y la despidió; de modo que no sé adivinar qué tendría en contra del capitán. Me dejó la cabeza sobre los hombros, lo cual le agradezco, aunque me intriga.

—Niego entonces tu pretensión de pertenecer al Pueblo de Hador —dijo Túrin—. A Uldor el Maldito perteneces más bien, y tendrías que prestar servicios en Angband. Pero ¡escuchadme ahora! —exclamó dirigiéndose a todos—. Os doy dos opciones. Me escogeréis como capitán en lugar de Forweg, o de lo contrario tendréis que dejarme partir. Yo gobernaré ahora esta comunidad, o la abandonaré. Pero si deseáis matarme, ¡intentadlo! Lucharé con todos vosotros hasta que esté muerto... o estéis muertos vosotros.

Entonces muchos hombres cogieron sus armas, pero Andróg gritó: —¡No! La cabeza que él no rebanó no carece de juicio. Si luchamos, más de uno morirá innecesariamente antes de que matemos al mejor hombre que hay entre nosotros. —Entonces se echó a reír.— Como sucedió cuando se nos unió, sucede ahora otra vez; y puede conducirnos a una mejor fortuna que el mero merodear por estercoleros ajenos.

Y el viejo Algund dijo: —El mejor de entre nosotros. Tiempo hubo que habríamos hecho lo mismo si nos hubiéramos atrevido; pero hemos olvidado mucho. Quizá al final nos conduzca a casa.

Se le ocurrió entonces a Túrin que a partir de esa pequeña banda, podría conquistar un libre señorío propio. Pero miró a Algund y Andróg y dijo: —¿A casa, dices? Altas y frías se interponen las Montañas de la Sombra. Detrás de ellas está el pueblo de Uldor, y en derredor las legiones de Angband. Si tales cosas no os amilanan, siete veces siete hombres, puede que entonces os conduzca a casa. Pero, ¿hasta dónde, antes de morir?

Todos guardaron silencio. Entonces Túrin habló otra vez. —¿Me escogéis como vuestro capitán? Entonces os conduciré primero a las tierras salvajes, lejos de las casas de los Hombres. Quizá allí encontremos mejor fortuna, quizá no; pero al menos no nos ganaremos el odio de los de nuestra propia especie.

Entonces todos los que pertenecían al Pueblo de Hador lo rodearon y lo escogieron como capitán; y los demás, no de tan buen grado, los imitaron. E inmediatamente se los llevó lejos de ese país.

Muchos mensajeros había enviado Thingol en busca de Túrin dentro de Doriath y en las tierras cercanas a las fronteras; pero en el año que siguió a su huida lo buscaron en vano, porque nadie sabía ni podía adivinar que estuviera con los proscritos y los enemigos de los Hombres. Cuando llegó el invierno, volvieron ante el rey, todos excepto Beleg. Pues cuando todos los demás hubieron partido, continuó buscando, solo.

Pero en Dimbar, y a lo largo de las fronteras septentrionales de Doriath, nada marchaba bien. El Yelmo del Dragón ya no se veía en la batalla, y también se echaba en falta a Arco Firme; y los sirvientes de Morgoth se envalentonaron, y crecían de continuo en número y atrevimiento. El invierno llegó y pasó, y con la primavera se renovaron los ataques: Dimbar fue invadida y los Hombres de Brethil tenían miedo, porque el mal rondaba ahora en todas las fronteras, salvo en la del sur.

Había transcurrido ya casi un año desde la huida de Túrin, y todavía Beleg lo buscaba, con esperanzas cada vez más escasas. Fue hacia el norte en el curso de sus viajes, a los Cruces del Teiglin, y allí, al oír malas nuevas de una nueva incursión de Orcos venidos de Taur-nu-Fuin, se volvió y llegó por casualidad a las casas de los Hombres de los Bosques poco después que Túrin abandonara esa región. Allí escuchó una extraña historia que circulaba entre ellos. Un hombre alto y de noble porte, o un guerrero Elfo según algunos, había aparecido en los bosques y había matado a uno de los Gaurwaith y rescatado a la hija de Larnach, a quien perseguían.

—Era un hombre orgulloso —dijo la hija de Larnach a Beleg—, con ojos muy brillantes que apenas se dignaron mirarme. No obstante llamaba a los Hombres Lobo sus compañeros, y no dio muerte a otro que allí se encontraba, y éste lo conocía por su nombre. Leithan, lo llamó.

—¿Puedes descifrar este acertijo? —preguntó Larnach al Elfo.

—Sí, puedo, desdichadamente —dijo Beleg—. El Hombre de quien me habláis es uno que yo busco.

Nada más les dijo de Túrin, pero les advirtió del mal que crecía en el Norte.— Pronto los Orcos asolarán esta región con fuerzas demasiado grandes como para que podáis resistiros —dijo—. Ha llegado el año en que tendréis que sacrificar vuestra libertad o vuestras vidas. ¡Id a Brethil mientras todavía hay tiempo!

Entonces Beleg siguió de prisa su camino, y buscó la guarida de los proscritos y los signos que pudieran indicarle a dónde iban. No tardó en encontrar estos signos; pero Túrin llevaba varios días de ventaja y marchaba muy rápido temiendo la persecución de los Hombres de los Bosques, y utilizaba todas las artes de que disponía para derrotar o desorientar a cualquiera que intentase seguirlos. Rara vez permanecían dos noches en el mismo campamento, y dejaban pocas huellas. Así fue que aun Beleg los buscó en vano. Guiado por signos que podía leer, o por lo que le decían las criaturas silvestres con las que podía hablar, se acercaba a menudo a ellos, pero cuando llegaba la guarida estaba siempre desierta; porque mantenían una guardia alrededor, de día y de noche, y al menor rumor de que alguien se aproximaba levantaban campamento de prisa y se iban.

—¡Ay! —exclamó— ¡Demasiado bien enseñé a este hijo de Hombres las artes de los bosques y los campos! Casi podría pensarse que es ésta una banda de Elfos. —Pero ellos sabían que un infatigable perseguidor al que no podían ver les seguía la pista, y no podían esquivarlo, y se inquietaron.

No mucho después, como Beleg había temido, los Orcos atravesaron el Brithiach, y resistidos con todas las fuerzas de que pudo disponer Handir de Brethil, se encaminaron hacia el sur por los Cruces del Teiglin en busca de botín. Muchos de los Hombres de los Bosques habían seguido el consejo de Beleg y habían enviado a sus mujeres y a sus hijos a pedir refugio en Brethil. Éstos y sus escoltas escaparon atravesando a tiempo los Cruces; pero los hombres armados que iban detrás fueron alcanzados por los Orcos y cayeron derrotados. Unos pocos se abrieron camino luchando, y llegaron a Brethil, pero muchos fueron muertos o hechos prisioneros; y los Orcos asaltaron las casas y las saquearon y las incendiaron. Después se volvieron hacia el oeste en busca del Camino, porque deseaban ahora regresar al Norte tan pronto como pudieran junto con los cautivos y el botín.

Pero los exploradores de los proscritos no tardaron en enterarse de la presencia de Beleg; y aunque poco se cuidaban de los cautivos, codiciaban el botín tomado a los Hombres de los Bosques. A Túrin le parecía peligroso manifestarse a los Orcos en tanto no supiesen cuántos eran; pero los proscritos no le hicieron caso, porque tenían necesidad de muchas cosas en tierras desiertas, y algunos empezaban a lamentar que estuviera al mando. Por tanto, escogiendo a un tal Orleg como único compañero, Túrin fue a espiar a los Orcos; y dejando el mando de la banda a Andróg, le encomendó que se mantuviera cerca y bien escondido.

Ahora bien, la hueste de los Orcos era mucho más numerosa que la banda de los proscritos, pero se encontraban en tierras que muy pocas veces habían osado invadir, y sabían también que más allá del camino estaba la Talath Dirnen, la Planicie Guardada, en la que vigilaban los exploradores y los espías de Nargothrond; y presintiendo el peligro, avanzaban con precaución, y los exploradores se deslizaban de árbol en árbol, a ambos lados de las líneas de la frontera. Así fue que Túrin y Orleg fueron descubiertos, porque tres exploradores tropezaron con ellos mientras yacían escondidos; y aunque mataron a dos, el tercero escapó gritando: —*Golug! Golug!* —Ahora bien, ése era el nombre con que designaban a los Noldor. Inmediatamente el bosque se llenó de Orcos que se adelantaban en silencio y lo registraban a todo lo largo y todo lo ancho. Entonces Túrin, viendo que había pocas esperanzas de escapar, pensó cuando menos en engañarlos y alejarlos del escondite de sus hombres; y dándose cuenta por el grito de *Golug!* que tenían miedo de los espías de Nargothrond, huyó con Orleg hacia el oeste. No tardaron en perseguirlos, y por más que giraron y esquivaron al fin tuvieron que salir del bosque; y allí los

Orcos los vieron, y cuando trataban de cruzar el Camino, Orleg fue alcanzado por muchas flechas. Pero a Túrin lo salvó la malla élfica y consiguió escapar, y por su rapidez y habilidad eludió a sus enemigos internándose en tierras lejanas y extrañas. Entonces los Orcos, temiendo que los Elfos de Nargothrond no fuesen advertidos, dieron muerte a los cautivos y se dirigieron rápidamente al Norte.

Ahora bien, cuando tres días hubieron transcurrido, y Túrin y Orleg no regresaban, algunos de los proscritos quisieron abandonar la caverna en la que se escondían; pero Andróg se opuso. Y mientras estaban en medio de este debate, de pronto una figura gris se irguió ante ellos. Beleg los había encontrado por fin. Avanzó sin arma alguna en las manos y mostrando las palmas; pero ellos dieron un salto de miedo, y Andróg, acercándosele por detrás, le echó un lazo corredizo y tiró de él amarrándole fuertemente los brazos.

—Si no queréis huéspedes, tendríais que mantener una mejor vigilancia —dijo Beleg—. ¿Por qué me dais esta bienvenida? Vengo como amigo y sólo busco a un amigo. Sé que lo llamáis Neithan.

—No se encuentra aquí —dijo Ulrad—, pero a menos que nos espíes desde hace tiempo, ¿cómo sabes su nombre?

—Esta es la sombra que nos viene siguiendo los pasos —dijo Andróg—. Ahora quizá nos enteremos de sus verdaderos propósitos. —Y ordenó que ataran a Beleg a un árbol junto a la caverna; y cuando estuvo bien amarrado de manos y de pies, lo interrogaron. Pero a todas sus preguntas Beleg daba sólo una respuesta:— He sido amigo de este Neithan desde que por primera vez lo encontré en los bosques, y no era entonces más que un niño. Sólo lo busco por cariño y para darle buenas nuevas.

—Matémosle y Librémonos del espía —dijo Andróg, colérico, y miró con codicia el arco de Beleg, porque él mismo era un arquero. Pero otros menos duros de corazón hablaron contra él, y Algund le dijo:— El capitán todavía puede volver, y te arrepentirás si se entera de que le has robado un amigo junto con buenas nuevas.

—No doy crédito a las palabras de este Elfo —dijo Andróg—. Es un espía del Rey de Doriath. Pero si tiene en verdad nuevas, que nos las diga; y juzgaremos si ellas justifican que lo dejemos vivir.

—Esperaré a vuestro capitán —dijo Beleg.

—Te quedarás ahí hasta que hables —le dijo Andróg.

Entonces, a instancias de Andróg, dejaron a Beleg atado al árbol sin alimentos ni agua; y se sentaron cerca comiendo y bebiendo; pero él ya no les habló más. Cuando dos días y dos noches hubieron pasado de este modo, sintieron enfado y temor, y estaban ansiosos por partir; y la mayoría estaba ahora dispuesta a dar muerte al Elfo. Así que avanzó la noche, se reunieron a su alrededor, y Ulrad trajo un tizón del pequeño fuego que ardía junto a la boca de la caverna. Pero en ese mismo momento regresó Túrin. Llegando en silencio, como era su costumbre, se detuvo en las sombras más allá del anillo de hombres, y vio la cara macilenta de Beleg a la luz del tizón.

Entonces se sintió como herido por una flecha, y como el súbito descongelamiento de la escarcha, lágrimas por mucho tiempo retenidas le llenaron los ojos. Dio un salto y se acercó corriendo al árbol.

—¡Beleg, Beleg! —gritó—. ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Y por qué te encuentras de ese modo?

—Sin demora cortó las ligaduras de su amigo y Beleg cayó hacia adelante en sus brazos.

Cuando Túrin hubo escuchado todo lo que los hombres estuvieron dispuestos a decir, sintió enfado y pena; pero en un principio sólo prestó atención a Beleg. Mientras lo atendía con toda la habilidad de que era capaz, pensó en la vida que llevaba en el bosque, y su enfado se volvió contra él mismo. Porque muchos forasteros habían muerto cuando se los sorprendía cerca de la guarida de los proscritos, o habían sido asaltados por ellos, y él no lo había impedido; y a menudo él mismo había hablado mal del Rey Thingol y de los Elfos Grises, de modo que tenía que compartir la culpa si se los trataba como a enemigos. Entonces con amargura se volvió a los hombres. —Fuisteis crueles —dijo—, y lo fuisteis sin necesidad. Nunca hasta ahora hemos dado tormento a un prisionero; pero a tal obra de Orco nos ha llevado la vida que arrastramos.

Sin ley y sin fruto han sido todos nuestros hechos; sólo a nosotros nos han servido y han puesto odio en nuestros corazones.

Pero Andróg dijo: —¿A quién hemos de servir sino a nosotros mismos? ¿A quién hemos de amar cuando todos nos odian?

—Cuando menos mis manos no se levantarán otra vez contra Elfos u Hombres —dijo Túrin—. Angband ya tiene bastantes sirvientes. Si otros no hacen este voto conmigo, partiré solo.

Entonces Beleg abrió los ojos y levantó la cabeza.

—Solo no —dijo—. Ahora por fin puedo comunicarte las nuevas que te traigo. No eres un proscrito, y Neithan no es nombre que te cuadre. La falta que se vio en ti está perdonada. Un año has sido buscado para devolverte el honor y al servicio del rey. Durante demasiado tiempo se ha echado de menos el Yelmo del Dragón.

Pero Túrin no dio muestras de alegría al escuchar las nuevas, y se quedó sentado largo tiempo en silencio; porque al escuchar las palabras de Beleg una sombra había caído otra vez sobre él. —Dejemos que transcurra esta noche —dijo por fin—. Luego decidiré. Sea como fuere, hemos de abandonar mañana esta guarida; porque no todos los que nos siguen nos desean el bien.

—No, ninguno —dijo Andróg, y echó a Beleg una mirada torcida.

A la mañana, Beleg, que se había curado pronto de las heridas como sucedía a los Elfos de antaño, habló aparte con Túrin.

—Esperaba más alegría de mis nuevas —dijo—. ¿Volverás sin duda a Doriath? —Y rogó a Túrin que lo hiciera; pero cuanto más insistía, más se oponía Túrin. No obstante interrogó a Beleg con detalle acerca de la sentencia de Thingol. Entonces Beleg le dijo todo lo que sabía y por fin Túrin dijo:— entonces Mablung demostró que era mi amigo, como lo pareció una vez.

—Amigo de la verdad, sobre todo —dijo Beleg—, y eso fue lo mejor al fin y al cabo. Pero ¿por qué, Túrin, no le dijiste que Saeros te había atacado? Muy diferentes habrían sido las cosas entonces. Y —dijo mirando a los hombres que yacían tendidos frente a la caverna— mantendrías el yelmo todavía en alto, y no habrías caído en esto.

—Es posible, si lo llamas caída —dijo Túrin—. Puede ser. Pero así sucedió todo; y las palabras se me trabaron en la garganta. Me miraba con aire de reprobación, sin hacerme preguntas, por un hecho que yo no había cometido. Mi corazón de Hombre era orgulloso, como lo dijo el rey Elfo. Y todavía lo es, Beleg Cúthalion. No soporto la idea de regresar a Menegroth y ser mirado con piedad y perdón como un niño descarriado que ha vuelto a la buena senda. Yo tendría que conceder el perdón, en lugar de recibirlo. Y no soy ya un niño, sino un hombre, según ocurre con mi especie; y un hombre endurecido por el destino.

Entonces Beleg se sintió perturbado. —¿Qué harás entonces? —pregunto.

—Ir en libertad —dijo Túrin—, como me deseó Mablung al despedirnos. La gracia de Thingol no se extenderá hasta abarcar a los compañeros de mi caída; pero no me separaré de ellos ahora, si ellos no quieren separarse de mí. Les amo a mi manera, aun a los peores de entre ellos, un poco. Son de mi propia especie, y en cada uno de ellos hay un cierto bien que podría fructificar. Creo que se quedarán conmigo.

—Ves con ojos diferentes de los míos —dijo Beleg—. Si tratas de separarlos del mal, te abandonarán. Dudo de ellos, de uno sobre todo.

—¿Cómo ha de juzgar un Elfo a los Hombres?—dijo Túrin.

—Como juzga todos los hechos, no importa quien los ejecute —respondió Beleg, pero ya no dijo más, y no habló de la malicia de Andróg, principal responsable del maltrato a que había sido sometido; pues al advertir el estado de ánimo de Túrin temió que no le creyera y dañar así la vieja amistad que había entre ellos, empujándolo a recaer en malas acciones.

—Ir en libertad, Túrin, mi amigo —dijo—, ¿qué quiere decir?

—Conduciré a mis propios hombres y haré la guerra a mi propio modo —respondió Túrin—. Pero en esto, cuando menos, ha cambiado mi corazón: me arrepiento de todos los golpes que hemos dado, salvo los asestados contra el Enemigo de los Hombres y de los Elfos. Y, sobre todo, querría tenerte junto a mí. ¡Quédate conmigo!

—Si me quedara contigo, el amor sería mi guía, no el tino —dijo Beleg—. El corazón me

advierde que deberíamos volver a Doriath.

—No obstante, no iré allí —dijo Túrin.

Entonces Beleg intentó una vez más persuadirlo a que volviera a ponerse al servicio del Rey Thingol, diciendo que había una gran necesidad de fuerza y valor en las fronteras septentrionales de Doriath, y le habló de las nuevas incursiones de los Orcos, que descendían a Dimbar desde Taur-nu-Fuin por el Paso de Anach. Pero de nada sirvieron sus palabras, y por fin dijo: —Te has llamado a ti mismo un hombre endurecido, Túrin. Eres duro en verdad, y terco. A mí me toca ahora. Si quieres en verdad tener al Arco Firme junto a ti, búscame en Dimbar; porque allí estaré.

Entonces Túrin se quedó sentado en silencio y luchó con su orgullo, que no le permitía volver; y meditó en los años que habían quedado atrás. Pero saliendo de pronto de sus pensamientos dijo a Beleg:

—La doncella Elfo a la que te referiste: le estoy en deuda por su oportuno testimonio; sin embargo, no la recuerdo. ¿Por qué vigilaba mis idas y venidas?

Entonces Beleg lo miró de un modo extraño.

—¿Por qué, en verdad! —dijo—. Túrin, ¿has vivido siempre con tu corazón y la mitad de la mente ausentes? Andabas con Nellas por los bosques de Doriath cuando eras un niño.

—Eso fue hace mucho —dijo Túrin—. O así de distante me parece mi infancia ahora, y una neblina envuelve todo, salvo el recuerdo de la casa de mi padre en Dor-lómin. Pero ¿por qué habría yo andado con una doncella Elfo?

—Para aprender lo que ella pudiera enseñarte, quizá —dijo Beleg—. ¡Ay, hijo de los Hombres, hay otras penas en la Tierra Media que las tuyas, y hay heridas que no abren las armas! En verdad, empiezo a pensar que los Elfos y los Hombres no deberían conocerse ni mezclarse.

Túrin no dijo nada, pero miró largo tiempo la cara de Beleg como si quisiera leer el enigma de sus palabras. Pero Nellas de Doriath no volvió a verlo, y la sombra de Túrin para siempre se alejó.

De Mîm el Enano

Después de la partida de Beleg (en el segundo verano después de huir Túrin de Doriath), no les fue bien a los proscritos. Hubo lluvias fuera de estación, y los Orcos, en números más crecidos que nunca, venían desde el Norte y a lo largo del viejo Camino del Sur por sobre el Teiglin, e infestaban todos los bosques sobre las fronteras occidentales de Doriath. No había para ellos seguridad ni descanso, y la banda de Túrin era más veces perseguida que perseguidora.

Una noche, mientras acechaban en medio de la oscuridad sin fuego, Túrin pensó en la vida que había tenido hasta entonces, y le pareció que podía mejorarse. «He de encontrar algún refugio seguro —pensó— y reunir provisiones contra el invierno y el hambre.» Y al día siguiente condujo lejos a sus hombres, más lejos de lo que habían estado nunca del Teiglin y de las fronteras de Doriath. Al cabo de tres días de viaje, se detuvieron en la Linde occidental de los bosques del Valle del Sirion. Allí la tierra se hacía más seca y más desnuda a medida que empezaba a ascender hacia los páramos.

Poco después, un día de lluvia en que la luz grisácea menguaba, Túrin y sus hombres hallaron refugio en un matorral de acebos; y en derredor se extendía un espacio vacío de árboles, en el que había muchas grandes piedras erguidas unas contra otras o derribadas. Todo estaba en silencio, excepto por las gotas que caían de las hojas. De pronto un hombre que estaba de guardia dio la alarma, y saliendo del refugio vieron a tres figuras embozadas, vestidas de gris, que andaban furtivas entre las piedras. Cada uno cargaba un gran saco, pero, a pesar de ello, iban de prisa.

Túrin les dio la voz de alto, y los hombres corrieron detrás como perros; pero los encapuchados continuaron su camino, y aunque Andróg les disparaba flechas, dos de ellos se desvanecieron en el crepúsculo. Uno quedó atrás, pues era más lento o cargaba un peso mayor;

y pronto fue alcanzado y derribado y sujetado por muchas manos, aunque se debatía y mordía como una bestia. Pero llegó Túrin y reprendió a sus hombres. —¿Qué tenéis ahí? ¿Qué necesidad hay de ser tan feroces? Es viejo y pequeño. ¿Qué mal hay en él?

—Muerde dijo Andróg mostrándole una mano que sangraba—. Es un Orco o de la especie de los Orcos. ¿Lo matamos?

—No se merece menos por engañar nuestras esperanzas —dijo otro, que se había apoderado del saco—. No hay aquí nada más que raíces y piedrecitas.

—No —replicó Túrin—, tiene barba. Es sólo un Enano, me parece. Dejadlo que se ponga en pie y que hable.

Así fue que Mîm entró en la Historia de los Hijos de Húrin. Porque se irguió con dificultad sobre sus rodillas a los pies de Túrin y suplicó que le perdonaran la vida. —Soy viejo —dijo— y pobre. Sólo un enano como decís, y no un Orco. Mîm es mi nombre. No dejéis que me maten, señor, sin causa alguna, como lo harían los Orcos.

Entonces Túrin se apiadó de él en su corazón, pero dijo: —Pareces pobre, Mîm, en efecto, aunque esto es extraño en un Enano; pero nosotros lo somos más todavía, me parece: Hombres sin casa ni amigos. Si dijera que no te perdonamos por piedad solamente, pues muy grande es la necesidad que padecemos, ¿qué rescate ofrecerías?

—No sé qué deseáis, señor —dijo Mîm precavido.

—En este momento, bastante poco —dijo Túrin mirando amargamente alrededor con los ojos nublados de lluvia—. Un sitio seguro donde dormir al abrigo de los húmedos bosques. Sin duda cuentas con eso para ti.

—Así es —dijo Mîm—; pero no puedo darlo en rescate. Soy demasiado viejo para vivir bajo el cielo.

—No es necesario que envejecas más —dijo Andróg, avanzando con un cuchillo en la mano que no tenía herida—. Yo puedo prevenirlo.

—Señor —gritó Mîm muy asustado—. Si yo pierdo la vida, vosotros perderéis la vivienda; porque no la encontraréis sin Mîm. No puedo dároslo, pero la compartiré. Hay más espacio en ella que el que hubo otrora: tantos son los que se han ido para siempre —y se echó a llorar.

—Se te perdona la vida, Mîm —dijo Túrin.

—Hasta que lleguemos a su guarida al menos —dijo Andróg.

Pero Túrin se volvió hacia él y dijo: —Si Mîm nos lleva a su morada sin engaño y la morada es buena, habrá pagado rescate por su vida, y ningún hombre de los que me siguen lo matará, lo juro.

Entonces Mîm enlazó con sus brazos las rodillas de Túrin diciendo: —Mîm será vuestro amigo, señor. Al principio creí que erais un Elfo por vuestra lengua y vuestra voz; pero si sois un Hombre, mejor. A Mîm no le gustan los Elfos.

—¿Dónde se encuentra esa casa tuya? —preguntó Andróg—. Tendrá que ser buena, en verdad, si Andróg ha de compartirla con un Enano. Porque a Andróg no le gustan los Enanos. No hay mucho de bueno en las historias de esa raza que vino del Este.

—Juzga mi casa cuando la veas —dijo Mîm—. Pero necesitaréis luz para el camino, Hombres vacilantes. Volveré pronto y os guiaré.

—¡No, no! —dijo Andróg—. No permitirás esto ¿no es cierto, capitán? Nunca volverías a ver al viejo bribón.

—Está oscureciendo —dijo Túrin—. Que nos deje alguna prenda. ¿Te guardaremos el saco con su contenido, Mîm?

Pero entonces el Enano cayó de rodillas, otra vez muy perturbado. —Si Mîm no tuviera intención de volver, no volvería por un viejo saco de raíces —dijo—. Volveré. ¡Dejadme partir!

—No lo haré —dijo Túrin—. Si no quieres separarte de tu saco, has de permanecer con él. Una noche pasada bajo las hojas quizá haga que te apiades de nosotros. —Pero observó, y también los demás, que Mîm daba más importancia a su cargamento que lo que éste parecía valer a simple vista.

Condujeron al viejo Enano al miserable campamento, y mientras él andaba, murmuraba en una lengua extraña que un antiguo odio volvía áspera; pero cuando le amarraron las piernas, se

calló de repente. Y los que estaban de guardia lo vieron sentado toda la noche, silencioso e inmóvil como una piedra, salvo sus ojos insomnes que resplandecían mientras escrutaban la oscuridad.

Antes de la mañana amainó la lluvia, y un viento agitó los árboles. El alba llegó más brillante que en los últimos días, y los aires ligeros del Sur despejaron el cielo, pálido y claro en torno al sol naciente. Mím seguía sentado sin moverse y parecía como muerto; porque ahora tenía cerrados los pesados párpados, y la luz de la mañana lo mostraba marchito y arrugado de vejez. Túrin se levantó y lo miró. —Hay luz bastante ahora —dijo.

Entonces Mím abrió los ojos y señaló sus ligaduras; y cuando lo hubieran desatado, habló con fiereza: —¡Enteraos de esto, necios! —dijo—. ¡No amarréis jamás a un Enano! No podrá perdonarlo. No deseo morir, pero el corazón me arde por lo que habéis hecho. Me arrepiento de lo que os he prometido.

—Pero yo no —dijo Túrin—. Me conducirás a tu casa. Hasta entonces, no hablaremos de muerte. Ésa es mi voluntad. —Miró fijamente los ojos del Enano, y Mím no pudo soportarlo; pocos eran en verdad los que podían desafiar la mirada de Túrin cuando había en ella decisión o cólera. No tardó en volver la cabeza y se puso en pie.— ¡Seguidme, señor! —dijo.

—Bien —dijo Túrin—. Pero ahora añadiré esto: comprendo tu orgullo. Puede que mueras, pero no volveré a amarrarte.

Entonces Mím los llevó de nuevo al lugar donde lo habían capturado y señaló hacia el oeste. —¡Allí está mi casa! —dijo—. La habréis visto a menudo, supongo, porque es elevada. Sharbhund la llamábamos antes que los Elfos cambiaran todos los nombres. —Entonces vieron que estaba señalando Amon Rûdh, la Colina Calva, cuya cabeza monda dominaba muchas leguas de descampado.

—La hemos visto, pero nunca de cerca —dijo Andróg—. Porque ¿qué guarida segura puede haber Allí, o agua o cualquier otra cosa que necesitamos? Adiviné que habría alguna trampa. ¿Acaso los hombres se esconden en la cima de las montañas?

—Una vista amplia puede resultar más segura que acechar en las sombras —dijo Túrin—. Amon Rûdh domina grandes distancias. Bien, Mím, iré a ver qué puedes ofrecer. ¿Cuánto nos llevará a nosotros, Hombres vacilantes, llegar allí?

—Todo este día hasta que anochezca —respondió Mím.

La compañía se puso en camino hacia el oeste, y Túrin iba a la cabeza con Mím a su lado. Caminaban cautelosos cuando abandonaron el bosque, pero toda la tierra estaba desierta y en silencio. Pasaron por sobre las rocas tumbadas y comenzaron a escalar; porque Amon Rûdh estaba en el extremo oeste de los altos páramos, entre los valles del Sirion y el Narog, y la cima se levantaba sobre el baldío pedregoso a más de mil pies de altura. Sobre la ladera oriental un terreno quebrantado ascendía lentamente entre abedules y serbales y viejos árboles de espinos arraigados en la roca. En lo más bajo de las cuevas de Amon Rûdh, crecían malezas de *aeglos*; pero la escarpada cabeza gris estaba desnuda, salvo por el *seregon* rojo que cubría la piedra.

Cuando caía la tarde, los proscritos se acercaron al pie de la montaña. Llegaban ahora desde el norte porque por ese camino los había conducido Mím, y la luz del sol poniente daba sobre la cima de Amon Rûdh y el *seregon* estaba plenamente florecido.

—¡Mirad! Hay sangre en la cima de la montaña—dijo Andróg.

—Aún no —dijo Túrin.

El sol se ponía y la luz declinaba en las hondonadas. La montaña se levantaba ahora por delante y por encima de ellos, y se preguntaban qué necesidad había de guía para llegar a una meta tan evidente. Pero mientras Mím los conducía y empezaron a ascender las últimas cuevas empinadas, advirtieron que Mím seguía algún sendero por signos secretos o por una muy vieja costumbre. El sendero serpenteaba de continuo, y si miraban de costado veían unos valles oscuros, que se abrían a un lado y a otro, o que la tierra descendía a baldíos de piedra gris con aberturas o pendientes ocultas por arbustos y espinos. Allí, sin guía, habrían tenido que esforzarse y trepar durante muchos días para encontrar un camino.

Al fin llegaron a un terreno más empinado, pero menos irregular. Pasaron bajo la sombra de unos viejos serbales a avenidas de altos *aeglos*: y la penumbra exhalaba un dulce aroma.

Entonces, de repente, encontraron ante ellos un muro de piedra, liso y escarpado, que se alzaba como una torre en el crepúsculo.

—¿Es ésta la puerta de tu casa? —preguntó Túrin—. A los Enanos les encanta la piedra, según dicen. —Se acercó a Mím por temor de que éste les hiciese, a último momento, alguna jugarreta.

—No la puerta de la casa, sino el portón del patio—dijo Mím. Entonces se volvió a la derecha a lo largo del pie del acantilado, y al cabo de veinte pasos se detuvo de súbito; y Túrin vio que por obra de manos o del tiempo había una falla en la piedra, donde las dos caras del muro se superponían, y entre ellas, a la izquierda, había una abertura. Unas plantas colgantes arraigadas en grietas que había en lo alto disimulaban la entrada, y dentro había un empinado sendero de piedra que ascendía en la oscuridad. De él brotaba agua, y todo estaba muy húmedo. Uno por uno fueron entrando en fila. En la cima el sendero doblaba a la derecha, y otra vez al sur, y a través de una maleza de espinos llegaba a una planicie verde, y desaparecía luego en las sombras. Habían llegado a la casa de Mím, Baren-Nibin-noeg, que sólo se recuerda en las antiguas historias de Doriath y Nargothrond, y que ningún Hombre había visto. Pero caía la noche, y el este estaba iluminado de estrellas, y no podían ver todavía la forma de ese extraño lugar.

Amon Rûdh tenía una corona: una gran masa rocallosa, parecida a una escarpada gorra de piedra, con una cima chata y desnuda. Sobre el lado norte había una terraza nivelada y casi cuadrada, que no podía verse desde abajo; porque detrás de ella se levantaba la corona de la montaña como un muro, y las vertientes este y oeste eran unos riscos escarpados. Sólo desde el norte, por donde ellos habían venido, aquellos que conocieran el camino podían llegar allí. Desde la hendidura salía una senda hacia un bosquecillo de abedules enanos, que crecían en torno a un límpido estanque en una cuenca abierta en la roca. A este estanque lo alimentaba una fuente, que manaba al pie del muro que tenía por detrás, y por un arroyuelo se vertía como una hebra blanca sobre el borde occidental de la terraza. Detrás de la pantalla de árboles, entre dos altas estribaciones de roca, había una cueva. No parecía más que una gruta poco profunda, con un arco bajo y quebrado; pero había sido excavada y horadada profundamente en la montaña por las manos lentas de los Enanos Pequeños, en el curso de los largos años que allí habían vivido, sin que los Elfos Grises de los bosques vinieran a perturbarlos.

A través de la profunda penumbra Mím los condujo más allá del estanque, donde ahora se espejaban las pálidas estrellas entre las sombras de los abedules. A la entrada de la cueva, se volvió e hizo una reverencia a Túrin. —Entrad —dijo— a Bar-en-Danwedh, la Casa del Rescate; porque ése será su nombre.

—Puede que así sea —dijo Túrin—. Miraré primero. —Entonces entró con Mím, y los otros, al ver que no mostraba ningún temor, lo siguieron, aun Andróg, el que más desconfiaba del Enano. Pronto se encontraron en una negra oscuridad; pero Mím batió palmas y una lucecita apareció de súbito en un rincón; y desde un pasaje en el fondo de la gruta exterior, avanzó otro Enano que llevaba una pequeña antorcha.

—¡Ja! ¡Erré tal como lo temía! —dijo Andróg. Pero Mím habló con el otro de prisa en su propia áspera lengua, y perturbado o enfadado por lo que estaba oyendo, se precipitó en el pasaje y desapareció. Entonces Andróg quiso tomar la delantera—. ¡Ataquemos primero! —dijo—. Puede haber todo un enjambre, pero son pequeños.

—Tres solamente, me parece —dijo Túrin; y emprendió la marcha, mientras detrás de él los proscritos avanzaban vacilando, palpando las rugosas paredes.

Muchas veces el pasaje doblaba abruptamente a un lado y a otro; pero por fin, una luz tenue brilló delante, y llegaron a una estancia pequeña pero alta iluminada pálidamente por unas lámparas que colgaban de delgadas cadenas desde el techo en sombras. Mím no se encontraba allí, pero era posible oír su voz, y guiado por ella, Túrin llegó a la puerta de una habitación que se abría al fondo de la estancia. Miró dentro y vio a Mím arrodillado en el suelo. Junto a él estaba en silencio el Enano con la antorcha; pero sobre un lecho de piedra junto a la pared más lejana, yacía otro.

—¡Khîm, Khîm, Khîm! —gemía el viejo Enano mesándose la barba.

—No todas tus flechas volaron en vano —dijo Túrin a Andróg—. Pero es probable que de ésta te arrepientas. Se te van las flechas demasiado a la ligera; pero también es probable que no vivas lo suficiente como para corregirte. —Luego, entrando lentamente, Túrin se estuvo a espaldas de Mîm y le habló.— ¿Qué ocurre, Mîm? —dijo—. Conozco algunas artes curativas. ¿Puedo ayudarte?

Mîm volvió la cabeza y había una luz roja en sus ojos. —No, a no ser que puedas volver el tiempo atrás, y cortar luego las crueles manos de tus hombres —respondió—. Este es mi hijo atravesado por una flecha. Está ahora más allá de toda palabra. Murió al ponerse el sol. Tus ligaduras me impidieron curarlo.

Otra vez la piedad demasiado tiempo petrificada inundó el corazón de Túrin como agua brotada de una roca. —¡Ay! —dijo—. Haría volver atrás esa flecha si pudiera. Ahora Bar-en-Danwedh, Casa del Rescate, se llamará ésta en verdad. Porque vivamos en ella o no, me tendré por tu deudor; y si alguna vez llego a poseer alguna fortuna, te pagaré un rescate en oro macizo por tu hijo, en señal de dolor aunque eso no devolverá la alegría que ha perdido tu corazón.

Entonces Mîm se puso en pie y miró largo tiempo a Túrin. —Te escucho —dijo—. Hablas como los señores Enanos de antaño, y eso me maravilla. Mi corazón está ahora más sereno, aunque no complacido. Por tanto, pagaré mi propio rescate: puedes vivir aquí si quieres. Pero esto agregaré: el que disparó ese tiro ha de romper su arco y sus flechas y las ha de poner a los pies de mi hijo; y nunca más ha de cargar arco ni flechas. Si lo hace, morirá. De este modo lo maldigo.

Andróg tuvo miedo cuando oyó esa maldición; y aunque lo hizo de muy mala gana, quebró su arco y sus flechas y las puso a los pies del Enano muerto. Pero cuando salió de la cámara, miró con malignidad a Mîm y murmuró: —Dicen que la maldición de un Enano no cesa jamás; pero la de un Hombre también puede llegar a destino. ¡Que muera con la garganta atravesada por un dardo!

Esa noche yacieron en la estancia, y tardaron en dormirse a causa de los lamentos de Mîm y de Ibun, el otro hijo de Mîm. Pero cuando despertaron, los enanos se habían ido, y una piedra cerraba la cámara. El día estaba nuevamente hermoso, y al sol de la mañana los proscritos se lavaron en el estanque y se prepararon los alimentos de que disponían; y mientras estaban comiendo Mîm se apareció delante de ellos.

Hizo una reverencia ante Túrin. —Se ha ido y todo está terminado —dijo—. Yace con sus padres. Volvemos ahora a la vida que nos queda, aunque los días que tengamos por delante sean breves. ¿Te complace la casa de Mîm? ¿Está pagado y aceptado el rescate?

—Lo está —dijo Túrin.

—Entonces todo te pertenece y puedes ordenar tu vivienda a tu antojo, salvo la cámara que está Cerrada: nadie la abrirá salvo yo.

—Te escuchamos —dijo Túrin—. En cuanto a nuestra vida aquí, está segura, o así lo parece al menos; pero tenemos que conseguir alimentos y otras cosas. ¿Cómo saldremos? O, mejor aún, ¿cómo hemos de volver?

Esta inquietud hizo reír a Mîm.

—¿Temes haber seguido a una araña hasta el centro de la tela? —dijo—. ¡Mîm no devora Hombres! Y mal se las vería una araña con treinta avisvas al mismo tiempo. Vosotros estáis armados, tenedlo en cuenta, y yo estoy aquí desnudo. No; tenemos mucho que compartir, vosotros y yo: casa, alimento y fuego, y quizá otras ganancias. La casa, creo, la guardaréis y la mantendréis en secreto por vuestro propio bien, aun cuando conozcáis el camino por el que se sale y se vuelve. Lo conoceréis cuando sea oportuno. Pero entretanto Mîm debe guiaros, o Ibun, su hijo.

Lo aceptó así Túrin y dió las gracias a Mîm, y la mayor parte de sus hombres estuvieron conformes; porque al sol de la mañana, todavía alto en el cielo, el sitio parecía hermoso para vivir en él. Sólo Andróg no estaba satisfecho.

—Cuanto más pronto seamos dueños de nuestras entradas y salidas, mejor que mejor —dijo—. Nunca habíamos puesto nuestra ventura en manos de un prisionero ofendido.

Ese día descansaron y limpiaron las armas y compusieron sus enseres; porque tenían

alimentos que les durarían un día o dos todavía, y Mím sumaba lo suyo a lo que poseían. Les prestó tres grandes ollas y también fuego; y trajo un saco. —Basura —dijo—. Indigna de robo. Sólo raíces silvestres.

Pero una vez cocinadas, esas raíces resultaron muy buenas, algo semejantes al pan; y los proscritos se alegraron, porque durante mucho tiempo carecieron de pan, salvo cuando podían robarlo. —Los Elfos Salvajes no las conocen; los Elfos Grises no las han encontrado; los orgullosos de allende el Mar son demasiado orgullosos para cavar —dijo Mím.

—¿Cómo se llaman? —preguntó Túrin.

Mím lo miró de soslayo. —No tienen nombre, salvo en la lengua de los Enanos, que mantenemos en secreto —dijo—. Y no enseñamos a los Hombres a encontrarlas, porque los Hombres son codiciosos y derrochadores y acabarían con todas las plantas; en cambio ahora pasan junto a ellas mientras andan a tropiezos por el descampado. No sabréis más por mí; pero podéis hacer uso de mi liberalidad en tanto habléis con dulzura y no espiéis ni robéis. —Entonces volvió a reír para sí.— Tienen un gran valor—dijo—. Más que el oro en el hambre del invierno, porque pueden atesorarse como las nueces de una ardilla y ya empezábamos su almacenaje con las primeras maduras. Pero sois tontos si creéis que no habría estado dispuesto a perder una pequeña cantidad ni siquiera por salvar la vida.

—Te escucho —dijo Ulrad, que había examinado el saco cuando capturaran a Mím—. No obstante, no quisiste separarte de él, y tus palabras me intrigan más todavía.

Mím se volvió y lo miró sombrío. —Tú eres uno de los tontos que la primavera no lloraría si murieras en invierno —dijo—. Había dado mi palabra, y por tanto habría vuelto, lo quisiera o no, con saco o sin él. ¡Que un hombre sin ley ni fe piense lo que quiera! Pero no me agrada que unos malvados me quiten por la fuerza lo que es mío, aunque sólo fuera una tirilla de calzado. ¿No recuerdo acaso que tus manos estaban entre las de los que me amarraron y me impidieron volver a hablar con mi hijo? Cuando saque el pan de la tierra de mi almacén, a ti no te daré nada, y si lo comes, será por la generosidad de tus compañeros, no la mía.

Entonces Mím se apartó; pero Ulrad, que se había amilanado ante su ira, habló a sus espaldas: —¡Altivas palabras! Pero el viejo bribón tenía otras cosas en el saco, de forma parecida, sólo que más duras y pesadas. Quizá haya otras cosas en el descampado además del pan de la tierra que los Elfos no han encontrado y los Hombres no conocen.

—Quizá sea así —dijo Túrin—. No obstante, el Enano dijo la verdad sobre un punto al menos: cuando te llamó tonto. ¿Por qué has de dar voz a tus pensamientos? El silencio, si las buenas palabras se te atragantan, serviría mejor a nuestros fines.

Ese día transcurrió en paz, y ninguno de los proscritos tuvo deseos de salir. Túrin se paseó largo tiempo por el verde césped de la terraza de un extremo al otro; y miró hacia el este y el oeste y el norte, y se asombró al ver cuán distante se extendía la vista en el aire claro. Miró hacia el norte y divisó el Bosque de Brethil, que verdeaba en las laderas de Amon Obel, y hacia allí volvía la mirada una y otra vez, no sabía por qué; porque el corazón hacía que mirara hacia el noroeste, donde al cabo de una legua tras otra, sobre los bordes del cielo, le parecía poder divisar las Montañas de la Sombra, los muros de su hogar. Pero al caer la tarde Túrin miró en el oeste el cielo del crepúsculo, mientras el sol rojo atravesaba las nieblas por encima de las costas distantes, y el Valle del Narog yacía profundo en las sombras.

Así empezó la estadía de Túrin, hijo de Húrin, en los recintos de Mím, en Baren-Danwedh, la Casa del Rescate.

Para la historia de Túrin, desde su llegada a Bar-en-Darneedh hasta la caída de Nargothrond, véase El Silmarillion, y más adelante el Apéndice de «Narn i hîn Húrin».

La vuelta de Túrin a Dor-lómin

Por fin, fatigado por la prisa y el largo camino (porque durante más de cuarenta leguas había viajado sin descanso), Túrin llegó junto con los primeros hielos del invierno a los estanques de Ivrin, donde antes había conseguido curarse. Pero no eran ahora más que lodo congelado, y ya no le fue posible beber allí.

Llegó luego a los pasos por los que se accedía a Dor-Lómin; y la nieve venía amarga desde el Norte, y los caminos eran fríos y peligrosos. Aunque habían transcurrido veintitrés años desde que había pisado esa senda, la tenía grabada en el corazón, tanto había sido el dolor de cada paso que lo separaba de Morwen. Así, por fin, volvió a la tierra de su infancia. Estaba lóbrega y vacía; y la gente era allí escasa e intratable, y hablaba el lenguaje áspero de los Hombres del Este, y la vieja lengua se había convertido en la lengua de los siervos o de los enemigos.

Por tanto Túrin avanzó cauteloso, embozado y en silencio, y llegó por fin a la casa que buscaba. Se alzaba vacía y oscura, y nada viviente había cerca; porque Morwen había partido, y Brodda, el Intruso (él que había desposado por la fuerza a Aerin, pariente de Húrin), había saqueado la casa y se había llevado bienes y sirvientes. La casa de Brodda era la que quedaba más cerca de la vieja casa de Húrin, y hacia allí se encaminó Túrin, agotado por el viaje y la pena, para pedir albergue; y le fue concedido, porque Aerin todavía conservaba allí algunas de las bondadosas prácticas de antaño. Se le dio un asiento junto al fuego entre los sirvientes y unos pocos vagabundos casi tan tristes y cansados como él; y pidió noticias de la tierra.

Entonces los allí reunidos guardaron silencio, y algunos se alejaron y miraron con desconfianza al forastero. Pero un viejo vagabundo con una muleta, dijo: —Si por fuerza tienes que hablar en la vieja lengua, hazlo más despacio y no pidas noticias. ¿Quieres que te azoten por bribón o te cuelguen por espía? Porque bien puede que seas alguna de las dos cosas por tu aspecto. Lo que quiere decir —y acercándose le habló al oído a Túrin— una de las buenas gentes de antaño que vino con Hador en los días dorados, antes que las cabezas tuvieran pelo de lobo. Algunos aquí son de esa especie, aunque convertidos en esclavos y mendigos, y si no fuera por la Señora Aerin no estarían junto a este fuego ni recibirían este caldo. ¿De dónde eres y que nuevas traes?

—Hubo una Señora llamada Morwen —contestó Túrin—, y hace mucho tiempo viví en su casa. Allí fui, después de haber viajado muy lejos, en busca de bienvenida, pero no hubo gente ni fuego que me recibieran.

—Ni los ha habido durante todo este largo año y todavía más —respondió el viejo—. Aunque ya desde la guerra mortal no abundaron en esa casa la gente y el fuego. Porque ella era de la gente de antaño; como sin duda sabes, la viuda de nuestro señor, Húrin, hijo de Galdor. No obstante, no se atrevieron a tocarla, porque le tenían miedo; orgullosa y bella como una reina antes que el dolor la marcara. Bruja la llamaban, y la evitaban. Bruja: no significa sino «amiga de los Elfos» en la nueva lengua. Sin embargo, la despojaron de todo. A menudo ella y su hija habrían pasado hambre si no hubiera sido por la Señora Aerin. Las ayudaba en secreto, se dice, y por eso el palurdo Brodda, su marido por necesidad, la golpeaba a menudo.

—¿Y todo este largo año y más? —preguntó Túrin—. ¿Están muertas o han sido convertidas en esclavas? ¿O han sido atacadas por los Orcos?

—No se sabe de cierto —dijo el viejo—. Pero se ha ido con su hija; y este tal Brodda ha saqueado la casa y se ha apoderado del resto de los bienes. Ni un perro queda siquiera, y los hombres que quedaban fueron convertidos en esclavos; salvo algunos que se han vuelto mendigos, como yo. Yo, Sador el Cojo, la serví muchos años, y al gran Amo antes: un hacha maldita intervino en los bosques hace ya mucho tiempo; de no haber sido así yacería ahora en el Gran Túmulo. Bien recuerdo el día en que el hijo de Húrin fue enviado lejos, y cómo lloraba; y ella, después que el niño se hubo marchado. Fue al Reino Escondido, según dijeron.

De pronto el viejo calló y miró a Túrin con aire dubitativo.

—Soy viejo y un charlatán —dijo—. ¡No me hagas caso! Pero es agradable hablar la vieja lengua con alguien que la habla tan bien como en tiempos pasados; son duros estos días y es necesario tener cautela. No todos los que hablan la noble lengua tienen noble el corazón.

—En verdad —dijo Túrin—. Mi corazón está lóbrego. Pero si temes que sea un espía del Norte o del Este, tienes ahora menos sabiduría que la que tuviste hace mucho, ¡Sador Labadal!

El viejo lo miró boquiabierto; luego, temblando, habló: —¡Ven afuera! Hace más frío, pero hay menos peligro. Tú hablas muy alto y yo demasiado para estar en casa de un Hombre del

Este.

Cuando los dos hubieron salido al patio, aferró la capa de Túrin. —Hace mucho viviste en esa casa dices. Señor Túrin, hijo de Húrin, ¿por qué has regresado? Mis ojos se han abierto, y mis oídos, por fin; tienes la voz de tu padre. Pero sólo el joven Túrin me dio siempre ese nombre: Labadal. No lo hacía con malicia: éramos amigos felices en esos días. ¿Qué busca él aquí ahora? Pocos somos los que quedamos; y somos viejos e inermes. Más felices son los que yacen en el Gran Túmulo.

—No he venido aquí con pensamientos de batalla —dijo Túrin—, aunque tus palabras los hayan despertado ahora, Labadal. Pero es necesario esperar. Vine en busca de la Señora Morwen y de Nienor. ¿Qué puedes decirme, y de prisa?

—Poco, señor —dijo Sador—. Partieron en secreto. Se rumoreaba entre nosotros que el Señor Túrin las había llamado; porque no dudábamos por entonces de que se hubiera vuelto grande, un rey o un señor en algún país del sur. Pero parece que no es así.

—No es así —respondió Túrin—. Un señor fui en un país del sur, aunque ahora soy un vagabundo. Pero yo no las llame.

—Entonces no sé que puedo decirte —replicó Sador—. Pero seguramente la Señora Aerin lo sabrá, no tengo ninguna duda. Ella conocía todos los designios de tu madre.

—¿Cómo puedo llegar a ella?

—Eso no lo sé. Le costaría gran pena si se la sorprendiera susurrando a la puerta con un desdichado vagabundo del pueblo derrotado, si fuera posible hacerlo llegar un mensaje. Y un mendigo como tú no podrá acercarse mucho por la sala hasta la mesa encumbrada antes que los Hombres del Este lo atrapen y lo echen a golpes o algo todavía peor.

Entonces Túrin gritó encolerizado: —¿No puedo yo andar por la sala de Brodda sin que me golpeen? ¡Ven y lo verás!

Entró entonces en la sala, echó hacia atrás el capuchón, y arrojando a un lado todo lo que encontró al paso avanzó a grandes zancadas hacia la mesa a la que estaban sentados el amo de la casa y su esposa y otros señores del Este. En seguida algunos acudieron para atraparlo, pero él los arrojó al suelo y gritó:

—¿Nadie gobierna esta casa o es un habitáculo de Orcos? ¿Dónde está el amo?

Entonces Brodda se puso en pie iracundo: —Yo gobierno esta casa —dijo.

Pero antes de que pudiera decir más, dijo Túrin:

—Entonces no has aprendido la cortesía que había en esta tierra antes que tú llegaras. ¿Se estila ahora que los hombres permitan que los lacayos maltraten a los parientes de sus esposas? Eso soy, y tengo un recado para la Señora Aerin. ¿Me acercaré sin trabas o lo haré a mi manera?

—¡Acércate! —dijo Brodda y frunció el entrecejo; pero Aerin palideció.

Entonces con largos pasos Túrin se acercó a la mesa encumbrada y se mantuvo erguido ante ella e hizo luego una reverencia. —Perdón, Señora Aerin—dijo—, que irrumpa de este modo ante vos; pero el cometido que tengo es urgente y con él vengo de lejos. Busco a Morwen, Señora de Dor-lómin, y a Nienor, su hija. Pero la casa de Morwen está vacía y ha sido saqueada. ¿Qué podéis decirme?

—Nada —dijo Aerin con gran temor, porque Brodda la vigilaba de cerca—. Nada, salvo que se ha ido.

—Eso no lo creo —dijo Túrin.

Entonces Brodda se adelantó de un salto, y una ira de embriaguez le enrojecía la cara. —¡Basta!—gritó—. ¿He de oír cómo contradice a mi esposa un mendigo que habla una lengua de siervos? No existe una Señora de Dor-lómin. En cuanto a Morwen, era del pueblo de los esclavos, y huyó como una esclava. ¡Haz tú lo mismo y en seguida, o te haré colgar de un árbol!

Entonces Túrin saltó sobre él y desenvainó la espada negra, y tomó a Brodda por los cabellos y le echó la cabeza hacia atrás. —¡Que nadie se mueva—dijo— o esta cabeza abandonará sus hombros! Señora Aerin, os pediría perdón una vez más si no pensara que este patán no os ha hecho nada más que daño. Pero ¡hablad ahora y no me lo neguéis! ¿No soy acaso Túrin, señor de Dor-lómin? ¿No tengo mando sobre vos?

—Lo tenéis —respondió ella.

—¿Quién ha saqueado la casa de Morwen?

—Brodda.

—¿Cuándo partió ella y hacia dónde?

—Hace un año y tres meses —dijo Aerin—. El Amo Brodda y otros venidos del Este la oprimían con crueldad. Hace mucho había sido invitada al Reino Escondido, y allí fue por fin. Porque por un tiempo las tierras intermedias quedaron libres de mal, gracias a las proezas de la Espada Negra en el sur del país. según se dice; pero eso ahora ha acabado. Esperaba encontrar allí a su hijo, aguardándola. Pero si vos sois él, me temo que todo ha salido torcido.

Entonces Túrin rió con amargura. —¿Torcido, torcido? —gritó—. Sí, siempre torcido: ¡encorvado como Morgoth! —Y repentinamente una cólera negra lo sacudió; y se le abrieron los ojos, y las últimas hebras del hechizo de Glaurung se rompieron al fin, y conoció las mentiras con que había sido engañado.— ¿He sido embaucado para que viniera aquí a morir con deshonra en lugar de terminar con valentía ante las Puertas de Nargothrond? —Y le pareció oír los gritos de Finduilas en la noche de más allá de la sala.

—¡No seré yo quien muera primero aquí! —exclamó. Y sujetó a Brodda, y con la fuerza de una gran angustia y una ira terrible, lo levantó en alto y lo sacudió como si fuera un perro—. ¿Morwen del pueblo de esclavos, has dicho? ¡Tú, hijo de la vileza, ladrón, esclavo de esclavos! —Entonces arrojó a Brodda de cabeza por sobre su propia mesa, a la cara de un Hombre del Este que se levantaba para atacarlo.

En esa caída el cuello de Brodda se quebró; y Túrin saltó detrás de él y mató a tres más que habían retrocedido, porque no tenían armas. Hubo un tumulto en la sala. Los Hombres del Este sentados a la mesa habrían atacado a Túrin, pero había allí muchos otros, del viejo pueblo de Dor-lómin: durante mucho tiempo habían sido sirvientes domesticados, pero ahora se ponían de pie con gritos de rebeldía. No tardó en estallar una gran pelea en la sala, y aunque los esclavos sólo disponían de cuchillos de mesa y otras cosas semejantes contra las dagas y las espadas, muchos de ambos bandos murieron en seguida, antes que Túrin saltara entre ellos y matara al último de los Hombres del Este que quedaba en la sala.

Entonces descansó, apoyándose contra una columna y el fuego de la cólera quedó en cenizas. Pero el viejo Sador se arrastró hacia él y lo asió por las rodillas, porque estaba herido de muerte. —Tres veces siete años y más todavía fue mucho tiempo a la espera de esta hora —dijo—. ¡Pero ahora vete, vete, señor! Vete y no vuelvas, si no traes contigo fuerzas poderosas. Levantarán la tierra contra ti. Muchos han huido de la sala. Vete o tendrás aquí tu fin. Adiós! — Y Sador resbaló al suelo y murió.

—Habla con la verdad de la muerte —dijo Aerin—. Os enterasteis de lo que queráis. ¡Ahora, marchaos, de prisa! Pero id primero ante Morwen y consoladla; de lo contrario, me será difícil perdonaros toda la tempestad que habéis levantado aquí. Porque aunque mala era mi vida, me habéis traído la muerte con vuestra violencia. Los Hombres del Este se vengarán esta noche en todos los que estaban aquí. Precipitadas son vuestras acciones, hijo de Húrin, como si fuerais todavía el niño que conocí en otro tiempo.

—Y débil corazón es el vuestro, Aerin, hija de Indor, como lo era cuando os llamaba tía, y un perro alborotador os asustó —dijo Túrin—. Fuisteis hecha para un mundo más dulce. Pero ¡venid! Os llevaré a Morwen.

—La nieve cubre el país, pero es más espesa todavía sobre mi cabeza —respondió ella—. En el desierto moriría tan pronto como con los brutales Hombres del Este. No podéis componer lo que habéis hecho. ¡Marchaos! Quedaros lo empeoraría todo y Morwen os perdería sin objeto alguno. ¡Marchaos, os lo ruego!

Entonces Túrin le hizo una profunda reverencia, y se volvió, y abandonó la sala de Brodda; y los rebeldes que aún tenían fuerzas lo siguieron. Huyeron hacia las montañas, porque algunos de entre ellos conocían bien los caminos, y bendijeron la nieve que caía detrás y borraba sus huellas. Así, aunque pronto se organizó la persecución, con muchos hombres y perros y relinchos de caballos, escaparon hacia el sur, entre las colinas. Entonces, al mirar atrás, vieron una luz roja a lo lejos en la tierra que acababan de abandonar.

—Han pegado fuego a la sala —dijo Túrin—. ¿Con qué fin?

—¿«Han»? No, señor, «ha»: ella lo ha hecho, según creo —dijo uno de nombre Asgon—. Muchos hombres de armas interpretan mal la paciencia y la quietud. Ella hizo mucho bien entre

nosotros pero a un alto precio. No era débil de corazón, y la paciencia un día se acaba.

Ahora bien, algunos de los más resistentes, capaces de soportar el invierno, se quedaron con Túrin, y lo condujeron por extraños senderos a un refugio en las montañas, una caverna conocida de los proscritos y los vagabundos; y había allí escondidos algunos alimentos. Esperaron dentro de la caverna hasta que cesó la nieve, y luego le dieron comida y lo llevaron a un paso poco transitado que conducía hacia el sur, al Valle del Sirion, donde aún no había nieve. En el camino de descenso se separaron.

—Adiós, Señor de Dor-lómin —le dijo Asgon—. Pero no nos olvidéis. Ahora seremos hombres perseguidos; y el Pueblo de los Lobos será más cruel por causa de vuestra venida. Por tanto, marchaos, y no volváis si no traéis fuerzas para liberarnos. ¡Adiós!

La llegada de Túrin a Brethil

Entonces Túrin descendió hacia el Sirion, con la mente desgarrada. Porque le parecía que mientras antes había tenido por delante dos amargas opciones, ahora tenía tres, y su pueblo oprimido, al que sólo había traído más dolor, clamaba por él. Sólo un consuelo le quedaba: que más allá de toda duda, Morwen y Nienor, hacía ya mucho tiempo, habían llegado a Doriath, y sólo por las proezas de la Espada Negra de Nargothrond, que había librado de peligros el camino. Y dijo en sus pensamientos: «¿A qué sitio mejor podría haberlas llevado si yo hubiera venido más pronto? Si el Cinturón de Melian se rompe, entonces todo está perdido. No, es mejor así; porque por causa de mi cólera y mis acciones precipitadas, arrojo una sombra dondequiera que voy. —¡Que Melian las ayude! Y las dejaré en paz, sin que la sombra las alcance por un tiempo».

Pero demasiado tarde buscó Túrin a Finduilas, rondando los bosques bajo las crestas de Ered Wethrin, salvaje y cauteloso como una bestia; y registró todos los caminos que conducían hacia el norte al Paso del Sirion. Demasiado tarde. Porque todas las sendas habían sido borradas por las lluvias y las nieves. Pero así fue que Túrin, al descender por el Teiglin, se topó con algunos del Pueblo de Haleth, que vivían en el Bosque de Brethil. A causa de la guerra eran ahora un pueblo poco numeroso, y vivían casi todos en secreto, dentro de un vallado sobre Amon Obel, en lo profundo del bosque. Ephel Brandir se llamaba ese sitio; porque Brandir, hijo de Handir, era ahora el señor del lugar, desde que mataran a su padre. Y Brandir no era hombre de guerra, pues cojeaba de una pierna que se le había roto por accidente en la infancia; y era además de ánimo gentil, y amaba más la madera que el metal, y el conocimiento de las cosas que crecen en la tierra más que el de otra ciencia alguna.

Pero algunos de los hombres del bosque perseguían todavía a los Orcos en los confines, y así fue que Túrin, al llegar allí, oyó el ruido de una refriega. Se apresuró hacia él, y al acercarse cauteloso entre los árboles vio a unos pocos hombres rodeados de Orcos. Se defendían desesperadamente de espaldas a un grupo de árboles que crecía en un claro, pero el número de Orcos era crecido, y los hombres tenían pocas esperanzas de escapar, a no ser que los socorrieran. Por tanto, invisible entre los matorrales, Túrin hizo un gran ruido de pisadas y desgarramiento de ramas, y gritó luego con grandes voces, como si condujera a toda una compañía: —¡Ja! ¡Pues aquí están! ¡Seguidme todos! ¡Adelante y a matar!

Entonces muchos Orcos miraron atrás, amilanados, y Túrin emergió de un salto haciendo señas, como si otros hombres lo siguiesen, y esgrimiendo a Gurthang, cuyos bordes chisporroteaban como llamas. Demasiado bien conocían los Orcos esa hoja, y aun antes que Túrin saltara entre ellos, muchos se dispersaron y escaparon. Entonces los hombres del bosque corrieron al encuentro de Túrin, y juntos persiguieron a los Orcos hasta el río: pocos lo cruzaron.

Por último se detuvieron en la orilla, y Dorlas, conductor de los hombres del bosque, dijo: —Rápido sois en la persecución, señor; pero vuestros hombres son lentos en seguirlos.

—No —dijo Túrin—, todos corremos a una como un único hombre y jamás nos separamos.

Entonces los Hombres de Brethil se echaron a reír, y dijeron:

—Bien, uno solo de esta especie vale por muchos. Tenemos una gran deuda de agradecimiento con vos. Pero ¿quién sois y qué hacéis aquí?

—No hago sino ejercer mi oficio, que es el de matar Orcos —dijo Túrin—. Y vivo donde mi oficio me lo exige. Soy el Hombre Salvaje de los Bosques.

—Entonces venid y vivid con nosotros —dijeron—. Porque nosotros vivimos en los bosques y necesitamos un artesano como vos. ¡Seríais bienvenido!

Entonces Túrin los miró de manera extraña y dijo: —¿Hay, pues, quien soporte todavía que ensombrezca sus puertas? Pero, amigos, tengo aún por delante un penoso cometido: encontrar a Finduilas, hija de Orodreth de Nargothrond, o, al menos, saber nuevas de ella. ¡Ay! Muchas semanas han transcurrido desde que fue llevada desde Nargothrond, pero todavía he de ir en su busca.

Entonces los hombres de Brethil lo miraron apiadados, y Dorlas dijo: —Ya no la busques. Porque una hueste de orcos vino de Nargothrond hacia los Cruces del Teiglin, y nosotros estábamos advertidos desde hacía ya mucho: marchaban lentamente a causa del número de cautivos que escoltaban. Entonces pensamos en tener nuestra pequeña participación en la guerra, y tendimos una emboscada a los Orcos con todos los arqueros que pudimos reunir, esperando poder salvar a algunos prisioneros. Pero, ¡ay!, no bien fueron atacados, los inmundos Orcos mataron primero a las mujeres cautivas; y a la hija de Orodreth la clavaron en un árbol con una lanza.

Túrin quedó como herido de muerte.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Porque ella me habló antes de morir —dijo Dorlas—. Nos miró como si buscara a uno que esperara ver, y dijo: «Mormegil. Decid a Mormegil que Finduilas está aquí». No dijo más. Pero por causa de sus últimas palabras le dimos sepultura donde murió. Yace en un túmulo junto al Teiglin. Fue un mes atrás.

—Llevadme allí —dijo Túrin; y lo llevaron a un montículo junto a los Cruces del Teiglin. Allí él se tendió en el suelo, y una oscuridad cayó sobre él, de modo que los demás creyeron que había muerto. Pero Dorlas lo miró de cerca y se volvió hacia sus hombres y dijo—: ¡Demasiado tarde! Es ésta una lamentable ocasión. Pero ¡mirad!: aquí yace el mismo Mormegil, el gran capitán de Nargothrond. Por su espada tuvimos que haberlo conocido, como lo conocieron los Orcos. —Porque la fama de la Espada Negra del Sur había viajado lejos a lo largo y a lo ancho, aun hasta las profundidades del bosque.

Entonces lo alzaron con reverencia y lo llevaron hasta Ephel Brandir; y Brandir salió a encontrarlos y se asombró al ver el féretro que cargaban. Entonces, retirando el paño que lo cubría, examinó la cara de Túrin, hijo de Húrin; y una oscura sombra le ganó el corazón.

—¡Oh, crueles Hombres de Haleth! —exclamó—. ¿Por qué arrebatasteis a este hombre de la muerte? Con gran trabajo trajisteis aquí la causa final de nuestra ruina.

—Por el contrario, es el Mormegil de Nargothrond, un poderoso matador de Orcos, y nos será de gran ayuda si vive. Y si así no fuera, ¿habríamos de dejar a un hombre caído de dolor yacer como carroña a la vera del camino?

—No, en verdad —dijo Brandir—. El destino no lo quiso así. —Y llevó a Túrin a su casa y lo atendió con cuidado.

Pero cuando Túrin salió al fin de la oscuridad, la primavera había vuelto; y despertó y vio el sol sobre los capullos verdes. Entonces el coraje de la Casa de Hador despertó también en él, y se levantó y dijo de corazón: —Todos mis hechos y mis días pasados fueron oscuros y llenos de maldad. Pero un nuevo día ha llegado. Aquí me quedaré, y renuncio a mi nombre y mi parentela; y así me libraré quizá de mi sombra, o al menos no caerá sobre los que amo.

Por tanto, tomó un nuevo nombre, y se llamó a sí mismo Turambar, que en la Lengua Alta de los Elfos significa Amo del Destino; y vivió entre los hombres del bosque y fue amado por ellos, y les pidió que olvidaran su nombre de antes, y lo consideraran nacido en Brethil. No obstante, el cambio de nombre no pudo cambiar del todo su temperamento, ni hacerle olvidar las penas provocadas por los sirvientes de Morgoth; e iba a perseguir a los Orcos en compañía de aquellos que compartían sus sentimientos, aunque esto disgustaba a Brandir. Pues esperaba proteger a su pueblo con el silencio y el secreto.

—Ya no existe el Mormegil —decía—, pero tened cuidado, no sea que el valor de Turambar

provoque la venganza contra Brethil.

Por tanto Turambar guardó la espada negra y no la llevó más a la batalla, y prefirió la lanza y la flecha. Pero no soportaba que los Orcos utilizaran los Cruces del Teiglin o se acercaran al montículo donde yacía Finduilas. Haudh-en-Elleth se llamaba, el Montículo de la Doncella Elfo, y pronto los Orcos aprendieron a temer ese sitio, y lo evitaban. Y Dorlas dijo a Turambar: —Has renunciado a tu nombre, pero eres todavía la Espada Negra; y ¿no dice el rumor que era en verdad el hijo de Húrin de Dor-lómin, señor de la Casa de Hador?

Y Turambar contestó: —Así he oído decir. Pero no lo difundas, te ruego, si te tienes por mi amigo.

El viaje de Morwen y Nienor a Nargothrond

Cuando el Fiero Invierno acabó, nuevas noticias de Nargothrond llegaron a Doriath. Porque algunos que escaparon del saqueo y habían sobrevivido al invierno en el descampado, llegaron por fin en busca de refugio junto con Thingol, y los guardianes de la frontera los condujeron ante el Rey. Y algunos dijeron que todos los enemigos se habían retirado hacia el norte, y otros que Glaurung moraba todavía en las estancias de Felagund; y algunos decían que el Mormegil había muerto, y otros, que estaba sometido a un hechizo del Dragón, y que se encontraba allí todavía, tieso como una estatua. Pero todos declararon que ya se sabía en Nargothrond, antes del fin, que la Espada Negra no era otro que Túrin, hijo de Húrin de Dor-Lómin.

Grandes fueron entonces el miedo y la pena de Morwen y de Nienor; y Morwen dijo: —¿Esta duda es obra del mismo Morgoth! ¿No podemos saber la verdad y conocer claramente lo peor que tendremos que soportar?

Ahora bien, el mismo Thingol tenía grandes deseos de saber más acerca del hado de Nargothrond, y tenía ya en mente la intención de enviar a algunos que fueran allí y averiguaran qué había ocurrido, pero él estaba convencido de que Túrin había muerto, o que era imposible rescatarlo, y temía la hora en que Morwen lo supiera con toda certeza. Por tanto, le dijo: —Este es un asunto peligroso, Señora de Dor-lómin, y requiere un tiempo de reflexión. Puede ser en verdad obra de Morgoth, para arrastrarnos a la precipitación.

Pero Morwen, enloquecida, gritó: —¡Precipitación, señor! Si mi hijo yerra hambriento por los bosques, si vive encadenado, si su cuerpo yace insepulto, me precipitaría. No perdería ni una hora en ir a buscarlo.

—Señora de Dor-lómin —dijo Thingol—, ése por cierto no sería el deseo del hijo de Húrin. Pensaría que mejor os encontraréis mejor aquí que en cualquier otro sitio: en la protección de Melian. Por consideración a Húrin y por la que le tengo a Túrin, no permitiré que vayáis por ahí errante en estos días de extremo peligro.

—No apartasteis a Túrin del peligro, pero a mí queréis apartarme de Túrin —gritó Morwen—. ¡En la protección de Melian! Sí, prisionera del Cinturón. Mucho tiempo dudé antes de entrar en él, y ahora lo deploro.

—No, puesto que así habláis, Señora de Dor-lómin —dijo Thingol—, sabed esto: el Cinturón está abierto. Libre vinisteis aquí; libre os quedaréis... o partiréis.

Entonces Melian, que había permanecido en silencio, habló: —No te vayas de aquí, Morwen. Una verdad dijiste: esta duda viene de Morgoth. Si te vas, te vas por voluntad suya.

—El miedo de Morgoth no me impedirá acudir al llamado de mi raza —respondió Morwen—. Pero si teméis por mí, señor, prestadme entonces a algunos de los vuestros.

—Yo no mando en vos —dijo Thingol—. Pero mi gente me pertenece y mando en ella. Los enviaré según lo crea conveniente.

Entonces Morwen ya no dijo nada y se echó a llorar; y se apartó de la presencia del Rey. Thingol tenía un peso en el corazón, porque le parecía que el ánimo de Morwen era aciago; y le preguntó a Melian si no la retendría con su poder.

—Contra un mal que viene mucho puedo hacer—respondió ella—. Pero no contra la partida de los que quieren marcharse. Esa parte te incumbe. Si ha de ser retenida aquí, tendrás que hacerlo por la fuerza. No obstante, de ese modo corres el peligro de que pierda la razón.

Entonces Morwen fue al encuentro de Nienor y le dijo: —Adiós, hija de Húrin. Parto en busca de mi hijo, o de noticias ciertas sobre él, pues aquí nadie hará nada, hasta que sea demasiado tarde. Aguárdame aquí por si regreso.

Entonces Nienor, asustada y afligida, quiso retenerla, pero Morwen no contestó, y fue a su cámara; y cuando llegó la mañana, había montado a caballo y se había ido.

Ahora bien, Thingol había ordenado que nadie la detuviera, y que no pareciese que estaban vigilándola. Pero tan pronto como ella se marchó, reunió una compañía de los más audaces y hábiles de entre los guardianes de las fronteras, y puso a Mablung al mando.

—Ahora seguidla velozmente —dijo—, pero no permitáis que ella lo note. Y cuando llegue a las tierras salvajes, si el peligro amenaza, entonces mostraos; y si se resiste a volver, protegédla como podáis. Pero quiero que algunos de vosotros os adelantéis tanto como sea posible, y averigüéis lo más que esté a vuestro alcance.

Así fue que Thingol envió a una compañía más numerosa que la que él había previsto, y había diez jinetes entre ellos con caballos de reserva. Fueron en pos de Morwen y ella se encaminó hacia el sur a través de Region, y así llegó a orillas del Sirion sobre el Lago del Crepúsculo; allí se detuvo, porque el Sirion era ancho y precipitado, y ella no conocía el camino. Por tanto, los guardias tuvieron por fuerza que mostrarse; y Morwen dijo: —¿Quiere Thingol retenerme? ¿O me envía retrasada la ayuda que me negó?

—Ambas cosas —le respondió Mablung—. ¿No queréis regresar?

—¡No! —dijo ella.

—Entonces he de ayudaros —dijo Mablung—, aunque sea en contra de mi propia voluntad. Amplio y profundo es aquí el Sirion, y es peligroso atravesarlo a nado, para hombres o para bestias.

—Entonces llevadme por donde lo cruzan los Elfos —dijo Morwen—; de lo contrario, lo intentaré nadando.

Por tanto, Mablung la condujo al Lago del Crepúsculo. Allí, entre los arroyos y los juncos de la orilla oriental, se guardaban unas balsas escondidas; porque de ese modo los mensajeros iban y venían entre Thingol y la gente de Nargothrond. Entonces esperaron un tiempo bajo el cielo estrellado, y cruzaron por entre las blancas neblinas antes del amanecer. Y cuando el sol se alzó rojo más allá de las Montañas Azules, y un fuerte viento matinal sopló y dispersó la neblina, los guardias llegaron a la costa occidental y abandonaron el Cinturón de Melian. Eran altos Elfos de Doriath, vestidos de gris, y una capa les cubría la cota de malla. Morwen los observaba desde la balsa, mientras ellos avanzaban en silencio, y entonces, de pronto, lanzó un grito, y señaló al último de la compañía.

—¿De dónde viene él? —preguntó—. Tres veces tres vinisteis a mí. ¡Tres veces tres y una más bajáis a tierra!

Entonces los otros se volvieron y vieron que el sol resplandecía sobre una cabeza de oro: porque era Nienor, y el viento le había volado el capuchón. Así se reveló que había venido siguiendo a la compañía y se había unido a ellos en la oscuridad, antes de que cruzaran el río. Estaban consternados y ninguno más que Morwen.

—¡Vuelve, vuelve! ¡Te lo ordeno! —gritó.

—Si la esposa de Húrin puede acudir contra todo consejo a la llamada de la sangre —dijo Nienor—, también puede hacerlo su hija. Luto me llamaste; pero no guardaré luto sola, por padre, hermano y madre. Y de los tres sólo a ti he conocido, y por sobre todos te amo. Y nada que tú no temas, temo yo.

En verdad, poco temor se le veía, en la cara o la actitud. Parecía alta y fuerte, porque los de la Casa de Hador eran de gran estatura, y así vestida con el traje de los Elfos no deslucía junto a los guardias, siendo sólo más pequeña que los más altos de entre ellos.

—¿Qué pretendes? —preguntó Morwen.

—Ir donde tú vayas —dijo Nienor—. Esta decisión te ofrezco en verdad. Llevarme de regreso y entregarme a la protección de Melian; porque no es atinado desatender su consejo. O saber que iré a enfrentar el peligro si tú lo haces. —Porque en verdad Nienor había ido allí, sobre todo, con la esperanza de que por temor y amor hacia ella, su madre regresaría; y la mente de Morwen estaba en verdad desgarrada.

—Una cosa es rechazar consejos —dijo—. otra desobedecer la orden de tu madre. ¡Vuelve inmediatamente!

—No —dijo Nienor—. Hace ya mucho que dejé de ser una niña. Tengo voluntad y juicio propios, aunque hasta ahora no se hayan opuesto a los tuyos. Voy contigo. Con preferencia a Doriath, por veneración a los que la gobiernan; pero si no, entonces al oeste. En verdad, si alguna de las dos debe ir allí, soy yo, en la plenitud de mis fuerzas.

Entonces Morwen vio en los ojos grises de Nienor la firmeza de Húrin; y vaciló; pero no pudo doblegar el orgullo de su hija, y no quiso parecer (aun tras aquellas hermosas palabras) ser conducida de regreso por ella, como una persona vieja e incapaz.

—Seguiré mi camino, como me lo había propuesto—dijo—. Ven tú también, pero en contra de mi voluntad.

—Así sea —dijo Nienor.

Entonces Mablung dijo a su compañía: —En verdad, es por falta de tino, no de coraje, que la gente de Húrin lleva la aflicción a los demás. Lo mismo sucede con Túrin; sin embargo, no con sus antecesores. Pero ahora son todos gente aciaga, y no me gusta. Más temo esta misión que el Rey nos encomienda que ir a la caza del lobo. ¿Qué hacer?

Pero Morwen, que había ido a tierra y estaba ahora cerca oyó sus últimas palabras. —Haz lo que el Rey te ordena —le dijo—. Busca noticias de Nargothrond y de Túrin. Con ese fin estamos aquí todos juntos.

—Hay mucho que andar todavía y es peligroso —dijo Mablung—. Si habéis de seguir adelante, ambas montaréis e iréis entre los jinetes, sin apartaros de ellos.

Así fue que en la plenitud del día se pusieron en marcha, y abandonaron lenta y cautelosamente la región de juncos y de sauces bajos, y llegaron a los bosques grises que cubrían gran parte de la planicie austral antes de llegar a Nargothrond. Todo el día se dirigieron hacia el oeste, y no vieron sino desolación, y no oyeron nada; porque las tierras estaban en silencio, y le parecía a Mablung que un peligro los amenazaba en aquellos parajes. Ese mismo camino había recorrido Beren años atrás, y entonces en los bosques habían acechado los ojos de los perseguidores; pero ahora todo el pueblo de Narog había partido, y los Orcos, según parecía, no habían llegado aún tan al sur. Esa noche acamparon en el bosque gris sin luz ni fuego.

Los dos días siguientes continuaron avanzando, y al caer la tarde del tercer día, después de abandonado el Sirion, llegaron al fin de la planicie, y se acercaron a las orillas orientales del Narog. Entonces tanta fue la intranquilidad de Mablung, que le rogó a Morwen que no siguieran adelante. Pero ella se rió y dijo: —Ya pronto tendrás el placer de librarte de nosotras, como es bastante probable. Pero has de soportarnos todavía un poco más. Estamos demasiado cerca ahora para que el miedo nos haga retroceder.

Entonces Mablung gritó: —¡Aciagas sois las dos, y temerarias! No ayudáis en la búsqueda de noticias, sino que al contrario, la entorpecéis. ¡Escuchadme ahora! Se me ordenó no reteneros por la fuerza; pero se me ordenó también protegeros, como fuera posible. En este trance sólo una cosa puedo hacer. Y os protegeré. Mañana os conduciré a Amon Ethir, la Colina de los Espías, que se encuentra cerca; y allí estaréis custodiadas, y no seguiréis avanzando, en tanto yo mande aquí.

Ahora bien, Amon Ethir era un monte de la altura de una colina que mucho tiempo atrás Felagund había hecho levantar con gran esfuerzo en la planicie, delante de sus Puertas, una legua al este de Narog. Estaba sembrada de árboles, salvo en la cima, desde donde se alcanzaba a ver el lejano horizonte, y todos los caminos que conducían al gran puente de Nargothrond, y las tierras del entorno. A esta colina llegaron ya avanzada la mañana, y la escalaron desde el este. Entonces, al mirar hacia las Altas Farrow, pardas y desnudas más allá del río, Mablung vio, con la vista penetrante de los Elfos, las terrazas de Nargothrond sobre la empinada orilla occidental, y como un pequeño boquete negro en los muros formados por las colinas, las Puertas abiertas de Felagund. Pero no oyó sonido alguno y no vio signos del enemigo ni señales del Dragón, salvo del incendio del día del saqueo, junto a las Puertas. Todo yacía en silencio bajo un sol pálido.

Ahora bien, Mablung, como había dicho, ordenó a sus diez jinetes que mantuvieran a Morwen y a Nienor en la cima de la colina, y no moverse de allí en tanto él no regresara, a no ser que se presentara un gran peligro: y si eso ocurría, los jinetes tenían que poner a Morwen y

Nienor en medio de ellos y huir tan de prisa como les fuera posible, hacia el este, a Doriath, enviando por delante a uno de ellos para que llevara las nuevas y buscar ayuda.

Entonces Mablung reunió a los otros veinte, y descendieron la colina; y luego llegando a los campos hacia el este donde los árboles eran escasos, se dispersaron, y cada cual siguió su propio camino, atrevidos, pero cautelosos, hacia las orillas del Narog. Mablung tomó el camino medio que se dirigía al puente, y así llegó a su extremo más alto, y lo encontró derrumbado; y el río profundo, que corría frenético después de las lluvias, se alejaba hacia el norte, espumoso y rugiente entre las piedras caídas.

Pero Glaurung estaba allí echado, a la sombra del gran pasaje que conducía al interior desde las puertas derribadas, y hacía ya mucho que había advertido la presencia de los espías, aunque muy pocos ojos en la Tierra Media habrían sido capaces de divisarlos. Pero la mirada de sus ojos fieros era más aguda que la de las águilas, y superaba el largo alcance de la vista de los Elfos; y en verdad sabía también que algunos habían quedado atrás, y que esperaban sobre la cima desnuda de Amon Ethir.

Así pues, mientras Mablung se deslizaba entre las rocas, tratando de ver si podría cruzar el río que corría alborotado entre las piedras caídas del puente, Glaurung avanzó de pronto con una gran bocanada de fuego, y descendió arrastrándose a la corriente. Hubo entonces un prolongado siseo, y se levantaron unos vastos vapores, y Mablung y los que lo seguían quedaron envueltos en una nube y un hedor inmundos; y la mayoría huyó a tientas hacia la Colina de los Espías. Pero mientras Glaurung estaba cruzando el Narog, Mablung se hizo a un lado y se ocultó bajo una roca, y allí se quedó; pero pensó que aún tenía un cometido que cumplir. Sabía ahora con certeza que Glaurung moraba en Nargothrond, pero se le había pedido también que averiguara la verdad acerca del hijo de Húrin, si le era posible; y por tanto, con firmeza de corazón, se proponía cruzar el río no bien Glaurung se hubiera ido, y registrar las estancias de Felagund. Porque pensaba que todo lo que podía hacerse para la protección de Morwen y Nienor, ya había sido hecho: seguramente habrían advertido la aparición de Glaurung, y los jinetes debían de estar ya a toda carrera camino de Doriath.

Glaurung, por tanto, pasó junto a Mablung como una vasta forma en la niebla; y avanzó rápidamente, porque aunque era un poderoso Gusano, también era ágil. Entonces Mablung vadeó tras él el Narog con gran riesgo; pero los guardianes apostados en Amon Ethir vieron al Dragón y quedaron consternados. Inmediatamente ordenaron a Morwen y a Nienor que montaran sin discusión alguna, y se dispusieron a huir hacia el este. Pero cuando descendieron de la colina a la planicie, un mal viento sopló los vastos vapores sobre ellos, trayendo un hedor que los caballos no soportaron. Cegados por la niebla, y despavoridos por el inmundos olor del Dragón, los caballos se volvieron ingobernables y se precipitaron frenéticos de aquí para allí; y los guardianes se dispersaron y fueron lanzados contra los árboles, y cayeron malheridos, y se buscaban en vano unos a otros. El relincho de los caballos y los gritos de los jinetes llegaron a oídos de Glaurung; y se sintió complacido.

Uno de los jinetes Elfos, que luchaba con su caballo en la niebla, vio pasar cerca a la Señora Morwen, un espectro gris sobre un corcel enloquecido; pero ella se desvaneció en la niebla gritando *Nienor*, y ya no volvieron a verla.

Pero cuando el terror ciego ganó a los jinetes, el caballo desbocado de Nienor tropezó de pronto, y la echó por tierra. Cayó suavemente sobre la hierba y no se lastimó; pero cuando se puso de pie, estaba sola: perdida en la neblina sin caballo ni compañía.

No le flaqueó el corazón, y reflexionó un momento y le pareció inútil acudir a esta llamada o aquella otra, porque los gritos la rodeaban por todas partes, aunque cada vez más débiles. Le pareció mejor entonces buscar otra vez la colina: allí sin duda iría Mablung antes de partir, aunque sólo fuera para asegurarse de que ninguno de los suyos quedaba abandonado.

Por tanto, andando a la ventura, encontró la colina, que en verdad estaba cerca; y lentamente trepó por el sendero del este. Y a medida que trepaba, la niebla se hacía menos densa, hasta que llegó por fin hasta la cima desnuda a pleno sol. Entonces avanzó un paso y miró hacia el oeste. Y allí, delante de ella, se alzaba la gran cabeza de Glaurung, que había trepado al mismo tiempo por el otro lado; y antes de darse cuenta sus ojos miraron los del Gusano, y eran ojos terribles en los que moraba el fiero espíritu de Morgoth, su amo.

Entonces Nienor luchó contra Glaurung, pues era de voluntad firme, pero él dirigió sus

poderes contra ella.

—¿Qué buscas aquí? —preguntó.

Y obligada a responder, ella contestó: —Busco a un tal Túrin que vivió aquí un tiempo. Pero está muerto, quizá.

—No lo sé —dijo Glaurung—. Quedó aquí para defender a las mujeres y a los débiles; pero cuando yo llegué, él desertó y huyó. Jactancioso, aunque cobarde, según parece. ¿Por qué buscas a alguien de esa especie?

—Mientes —dijo Nienor—. Los hijos de Húrin no son cobardes. No te tememos.

Entonces Glaurung rió, porque así se reveló la hija de Húrin a su malicia. —Entonces sois tontos tú y tu hermano —dijo—. Y tu jactancia será vana. Porque ¡yo soy Glaurung!

Entonces atrajo la mirada de ella a la suya, y la voluntad de Nienor desmayó. Y le pareció que el sol enfermaba, y que todo se hacía opaco en torno; y lentamente una gran oscuridad fue rodeándola, y en esa oscuridad se abría el vacío; no supo nada, y no oyó nada, y no recordaba nada.

Largo tiempo exploró Mablung las estancias de Nargothrond, tan bien como pudo en medio de la oscuridad y el hedor; pero no encontró allí ningún ser viviente: nada se movía entre los huesos, y nadie respondía a sus llamadas. Por fin, abatido por el horror del sitio, y temiendo el regreso de Glaurung, volvió a las Puertas. El sol se ponía por el occidente, y las negras sombras de las Faroth cubrían por detrás las terrazas y el río que se precipitaba allá abajo; pero a lo lejos, junto a Amon Ethir, creyó divisar la forma maligna del Dragón. Más duro y más peligroso fue volver a cruzar el Narog de prisa y con miedo; y apenas había alcanzado la orilla oriental, y se había ocultado arrastrándose junto a la ribera, cuando Glaurung se acercó. Pero avanzaba lento ahora, y sigiloso; porque había consumido sus fuegos; había prodigado un gran poder y ahora necesitaba descansar y dormir en la oscuridad. Así, serpenteó en el agua, y se escurrió por las Puertas como una víbora de color ceniciento, enlodando el suelo con el vientre.

Pero se volvió antes de entrar, y miró atrás hacia el este, y emitió la risa de Morgoth, débil, pero horrible, como un Ceo de malicia llegado de las negras profundidades lejanas. Y esta voz, fría y baja, le llegó entonces al Elfo: —¡Ahí estás como rata de agua en la ribera, Mablung el poderoso! Mal cumples con los cometidos de Thingol. ¡Ve de prisa ahora a la colina y verás lo que ha sido de las que tenías a tu cargo!

En seguida Glaurung entró en la guarida, y el sol se ocultó, y la tarde gris se enfrió sobre los campos. Pero Mablung fue de prisa a Amon Ethir; y cuando llegó a la cima, las estrellas brillaban en el este. Contra ellas vio una figura oscura y erguida, inmóvil como una estatua de piedra. Así estaba Nienor, y no oyó nada de lo que él le dijo, ni le respondió. Pero cuando por fin él le tomó la mano, se puso en movimiento, y permitió que él la condujera; y mientras la conducía, ella caminaba, pero si la soltaba, se detenía.

Muy grandes fueron entonces el dolor y el desconcierto de Mablung; pero no tenía otro remedio que conducir de ese modo a Nienor por el largo camino hacia el este, sin ayuda ni compañía. Así avanzaron andando como sonámbulos por la planicie en las sombras de la noche. Y cuando volvió la mañana, Nienor tropezó y cayó, y quedó allí tendida inmóvil; y Mablung, desesperado, se sentó junto a ella.

—No por nada tenía yo miedo de este cometido—dijo—. Porque será el último para mí, según parece. Con esta desdichada hija de los Hombres pereceré en el descampado, y mi nombre será despreciado en Doriath: si alguna vez en verdad llega alguna nueva de nuestra suerte. Todos los demás han muerto, sin duda, y sólo ella fue perdonada, pero no por piedad.

Así fueron encontrados por tres de la compañía que habían huido del Narog a la llegada de Glaurung. Después de mucho errar, cuando se aligeró la niebla, habían vuelto a la colina; y encontrándola vacía, habían decidido retomar el camino de Doriath. A Mablung le había vuelto la esperanza; y se pusieron en marcha ahora todos juntos, hacia el norte y el este; porque no había camino de regreso a Doriath en el sur, y desde la caída de Nargothrond, se les había prohibido a los guardianes de la balsa que cruzaran a nadie, salvo los que vinieran desde dentro.

Lento era el viaje, como gentes que arrastran tras ellos un niño cansado. Pero a medida que se alejaban de Nargothrond y se acercaban a Doriath, Nienor iba recuperando poco a poco las fuerzas, y caminaba hora tras hora, sumisa, llevada de la mano. No obstante, sus grandes ojos

no veían nada, y sus oídos no oían ninguna palabra, y sus labios no pronunciaban ninguna palabra.

Y entonces, por fin, al cabo de muchos días, llegaron cerca de la frontera occidental de Doriath, algo al sur del Teiglin; porque tenían intención de cruzar los cercos de la pequeña tierra de Thingol más allá del Sirion, y llegar así al puente protegido, cerca de la desembocadura del Esgalduin. Allí se detuvieron un tiempo; e hicieron que Nienor se acostase sobre un lecho de hierbas, y ella cerró los ojos como no lo había hecho hasta entonces, y pareció que dormía. Entonces los Elfos descansaron también, y la fatiga los volvió imprudentes. Y una banda de Orcos cazadores, de las que por entonces merodeaban en esa región, tan cerca de los vallados de Doriath como osaban hacerlo, los sorprendió desprevenidos. De pronto, en medio de la refriega, Nienor se incorporó de un salto, como quien despierta por una alarma en la noche, y lanzando un grito, se internó corriendo entre los árboles. Entonces los Orcos se volvieron y la persiguieron, y los Elfos fueron detrás. Pero Nienor había sufrido un extraño cambio y los superaba ahora a todos en la carrera, precipitándose como un ciervo en la espesura, con los cabellos llameantes al viento. Mablung y sus compañeros alcanzaron en seguida a los Orcos, y los mataron a todos, y siguieron adelante. Pero para entonces Nienor había desaparecido como un espectro; y ni rastros de ella encontraron, aunque estuvieron buscándola durante muchos días.

Entonces, por fin, Mablung volvió a Doriath abrumado de dolor y de vergüenza. —Escoged a otro jefe para vuestros cazadores, señor —le dijo al Rey—. Porque yo estoy deshonrado.

Pero Melian dijo: —No es así, Mablung. Hiciste lo que pudiste, y ningún otro de entre los servidores del Rey habría hecho tanto. Pero por mala suerte tuviste que enfrentar un poder excesivo para ti; excesivo en verdad para todos los que ahora habitan en la Tierra Media.

—Te he enviado en busca de noticias y las has traído —dijo Thingol—. No es tu culpa que aquellos a quienes las noticias tocan más de cerca no estén aquí para escucharlas. Doloroso es en verdad este fin de toda la parentela de Húrin, pero nadie podría atribuírtelo.

Porque no sólo Nienor se había internado enloquecida en los bosques; también Morwen se había perdido. Nunca entonces ni después, ni en Doriath ni en Dor-lómin, se sabría algo cierto de las dos. No obstante, Mablung no se dió descanso, y con una pequeña compañía se encaminó al desierto, y durante tres años erró por allí hasta muy lejos, desde Ered Wethrin hasta las Desembocaduras del Sirion, en busca de huellas, o noticias de las desaparecidas.

Nienor en Brethil

Pero Nienor había corrido por el bosque oyendo a sus espaldas gritos de persecución; y la ropa se le desgarró, e iba librándose de ella a medida que huía, hasta que corrió desnuda; y todo ese día siguió corriendo, como una bestia perseguida a punto de desfallecer, y que no se atreve a detenerse a recobrar el aliento. Pero de pronto, al atardecer, pareció que recobraba el juicio. Se detuvo un instante, como asombrada, y en seguida, en un desmayo de completo agotamiento, cayó sobre una profunda maleza de helechos como si un golpe la hubiera derribado. Y allí, en medio del viejo helechal y las frescas frondas de la primavera, yació y durmió olvidada de todo.

A la mañana despertó y se regocijó en la luz como quien por primera vez es llamado a la vida; y todas las cosas que veía le parecían nuevas y extrañas, y no tenían nombre. Porque detrás de ella sólo había un oscuro vacío, a través del cual no le llegaba ningún recuerdo de lo que había sabido en todo tiempo, ni el eco de una palabra. Sólo recordaba una sombra de miedo y por tanto era precavida, y buscaba siempre escondites; subía a los árboles o se deslizaba entre las malezas, rápida como una ardilla o un zorro, si algún sonido o una sombra la asustaban; y desde allí espiaba largo rato entre las hojas antes de partir.

Así, siguiendo por el camino por el que había corrido antes, llegó al río Teiglin y calmó su sed: pero no encontró alimento, ni sabía cómo buscarlo, y tenía hambre y frío. Y como los árboles del otro lado de la corriente parecían más densos y más oscuros (como lo eran en realidad, pues se trataba del Bosque de Brethil), cruzó por fin las aguas y llegó a un montículo verde sobre el que se dejó caer: porque estaba agotada, y le parecía que la oscuridad que había dejado atrás estaba envolviéndola de nuevo, y que el sol se oscurecía.

Pero en realidad era una negra tormenta que venía del sur, cargada de relámpagos y de grandes lluvias; y Nienor estaba allí, acurrucada, aterrorizada por los truenos, y la oscura lluvia hería su desnudez.

Ahora bien, sucedió que algunos hombres del Bosque de Brethil volvían a esa hora de una incursión contra los Orcos, apresurándose por los Cruces del Teiglin hacia un albergue de las cercanías; y hubo el resplandor de un relámpago, de modo que la Haud-en-Elleth quedó iluminada por una llamarada blanca. Entonces Turambar, que conducía a los hombres, se sobresaltó y se cubrió los ojos, y se echó a temblar; porque le pareció que había visto el espectro de una doncella asesinada sobre la tumba de Finduilas.

Pero uno de los hombres corrió hacia el montículo y lo llamó: —¡Acudid, señor! ¡Hay una joven tendida aquí, y está viva! —Y Turambar acudió y la alzó, y el agua caía de los cabellos empapados de Nienor, pero ella cerró los ojos, y se estremeció, y dejó de resistirse. Entonces Turambar, maravillándose de verla así desnuda, la envolvió en su capa y la condujo a la morada de los cazadores en los bosques. Allí encendieron un fuego y la cubrieron con mantas, y ella abrió los ojos y los miró; y cuando su mirada se posó en Turambar, una luz le iluminó la cara, y tendió una mano hacia él, porque le pareció que por fin había encontrado algo que venía buscando en la oscuridad, y se sintió consolada. Pero Turambar le tomó la mano y se sonrió y dijo: —Pues bien, señora, ¿no nos diréis vuestro nombre y vuestra parentela y qué mal os ha acaecido?

Entonces ella sacudió la cabeza y no dijo nada, pero se echó a llorar; y ellos ya no la molestaron hasta que hubo comido los alimentos que pudieron procurarle. Y cuando hubo comido, suspiró, y puso su mano otra vez en la de Turambar; y él dijo: —Con nosotros no corréis peligro. Aquí podéis descansar esta noche, y a la mañana os conduciremos a nuestras casas, en medio del bosque. Pero querríamos conocer vuestro nombre, para que así quizá podamos encontrar a vuestros padres, y llevarles noticias de vos. ¿No queréis decírnoslo?

Pero ella tampoco respondió esta vez, y lloro.

—¡Tranquilizaos! —dijo Turambar—. Quizá la historia es demasiado triste para contarla ahora. Pero os daré un nombre y os llamaré Níniel, Doncella de las Lágrimas. —Y al oír ese nombre ella alzó los ojos y sacudió la cabeza, pero dijo:— Níniel. —Y esa fue la primera palabra que pronunció después de hundirse en la oscuridad, y desde entonces ése fue su nombre entre los hombres del bosque.

A la mañana llevaron a Níniel a Ephel Brandir, y el camino ascendía empinado hacia Amon Obel, hasta que llegaba a un sitio en que cruzaba la precipitada corriente del Celebros. Allí se había construido un puente de madera, y debajo el torrente avanzaba sobre un suelo de piedras desgastadas, y descendía espumoso varios peldaños, y más allá caía en cascada en un cuenco rocoso; y todo el aire estaba lleno de un rocío que era como una llovizna. Había un amplio prado en la parte superior de las cascadas, y a su alrededor crecían unos abedules, pero desde el puente se alcanzaban a ver en el horizonte las hondonadas del Teiglin, a unas dos millas hacia el oeste. Allí el aire era fresco, y los viajeros descansaban en verano, y bebían agua fría. Dimrost, la Escalera de las lluvias, se llamaban esas cascadas, pero después de ese día se llamaron Nen Girith, las Aguas Estremecedoras; porque cuando Turambar y sus hombres se detuvieron allí, Níniel tuvo frío, y se puso a temblar, y no pudieron darle calor ni consuelo. Por tanto, emprendieron otra vez la marcha, precipitadamente, pero antes de llegar a Ephel Brandir, Níniel tenía fiebre, y deliraba.

Mucho tiempo yació enferma, y Brandir recurrió a toda su habilidad para curarla, y las mujeres de los leñadores la vigilaban de noche y de día. Pero sólo cuando Turambar estaba cerca de ella, daba muestras de paz o dormía sin quejarse; y esto observaron todos los que la cuidaban: durante todo el tiempo que le duro la fiebre, aunque a menudo se la veía muy perturbada, nunca murmuró una palabra en la lengua de los Elfos o la de los Hombres. Y cuando lentamente recobró la salud, y empezó a andar y comer nuevamente, las mujeres de Brethil tuvieron que enseñarle a hablar como a un niño, palabra por palabra. Pero en este aprendizaje era rápida, y se deleitaba en él, como quien vuelve a encontrar grandes y pequeños tesoros que se habían perdido; y cuando hubo aprendido bastante como para conversar con sus amigos, decía: — ¿Cuál es el nombre de esa cosa? Porque en mi oscuridad lo he perdido. —Y cuando fue capaz

de andar otra vez, buscaba la casa de Brandir; porque quería aprender en seguida los nombres de todas las criaturas vivientes, y él sabía mucho de esos asuntos; y solían ir juntos de paseo por los jardines y los valles.

Entonces Brandir la amó; y cuando ella se recuperó le ofrecía el brazo para ayudarlo a caminar, pues él cojeaba, y lo llamaba hermano. Pero su corazón estaba entregado a Turambar, y sólo sonreía cuando lo veía llegar, y sólo reía cuando él hablaba alegremente.

Un atardecer de aquel otoño dorado estaban sentados juntos, y el sol fulguraba sobre la ladera de la colina y las casas de Ephel Brandir, y había una profunda quietud. Entonces Níniel le dijo: —De todas las cosas he preguntado el nombre, salvo el tuyo. ¿Cómo te llamas?

—Turambar —respondió él.

Entonces ella hizo una pausa, como si escuchara un Ceo; pero dijo: —¿Y qué significa ese nombre? ¿O es sólo tu nombre?

—Significa —dijo él— Amo de la Sombra Oscura. porque yo también, Níniel, tuve mi oscuridad, en la que se perdieron mis cosas queridas; pero ahora creo haberla vencido.

—¿Y también huiste de ella corriendo hasta llegar a estos hermosos bosques? —preguntó ella—. ¿Y cuándo escapaste, Turambar?

—Sí —respondió él—, huí durante muchos años. Y escapé cuando tú escapaste. Porque estaba oscuro cuando viniste, Níniel, pero desde entonces hubo luz. Y me parece que lo que he buscado durante tanto tiempo, en vano, ha venido a mí. —Y cuando regresaba a su casa en el crepúsculo, se dijo a sí mismo:— ¡Haudh-en-E11eth! Vino desde el montículo verde. ¿Es ése un signo? Y ¿cómo he de interpretarlo?

Ahora bien, el año dorado se desvaneció al fin, y dio paso a un gentil invierno, y luego siguió otro año brillante. Hubo paz en Brethil, y los hombres del bosque se mantenían tranquilos, y no se alejaban, y no tenían noticias de las tierras de alrededor. Porque en ese tiempo los Orcos avanzaban hacia el sur, hasta el oscuro reino de Glaurung, o eran enviados a espiar las fronteras de Doriath, evitando los Cruces del Teiglin, e iban hacia el oeste mucho más allá del río.

Y ahora Níniel estaba del todo recuperada y eran muchas sus fuerzas y su belleza; y Turambar ya no se contuvo y la pidió en matrimonio. Entonces Níniel sintió alegría; pero cuando Brandir lo supo, se le sobrecogió el corazón, y le dijo: —¡No te apresures! No pienses que es falta de bondad de mi parte si te aconsejo esperar.

—Nada de lo que haces es hecho sin bondad—dijo ella—. Pero ¿por qué entonces me das ese consejo, sabio hermano mío?

—¿Sabio hermano? —respondió él—. Hermano cojo más bien, ni amado ni amable. Y apenas sé por qué. No obstante, hay una sombra en ese hombre y tengo miedo.

—Hubo una sombra —dijo Níniel—, porque él así me lo dijo. Pero escapó de ella, al igual que yo. Y ¿no es acaso digno de amor? Y aunque ahora sea hombre de paz, ¿no fue uno de los más grandes capitanes, de quien todos nuestros enemigos huían al verlo?

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Brandir.

—Dorlas —dijo ella—. ¿No dice la verdad?

—La dice, por cierto —dijo Brandir, pero estaba descontento, porque Dorlas encabezaba el partido que deseaba hacer la guerra a los Orcos. Y, no obstante, buscaba todavía razones para demorar a Níniel; y dijo, por tanto—: La verdad, pero no toda la verdad; porque fue capitán de Nargothrond, y llegó antes del Norte, y era (se dice) hijo de Húrin de Dor-lómin, de la guerrera Casa de Hador. —Y Brandir, al ver la sombra que pasó por la cara de Níniel al oír ese nombre, la interpretó mal, y continuó:— Por cierto, Níniel, bien puedes creer que alguien semejante no tardará en volver a la guerra, lejos de esta tierra quizá. Y si es así, ¿lo soportarás? Ten cuidado, porque pronostico que si Turambar va de nuevo a la batalla, no él entonces, sino la Sombra será la vencedora.

—Mal lo soportaría —respondió ella—, pero soltera no mejor que casada. Y una esposa, quizá, sería más capaz de retenerlo, y mantener alejada la sombra. —No obstante, las palabras de Brandir la perturbaron, y le pidió a Turambar que aguardara todavía un tiempo. Y él quedó

asombrado y abatido; pero cuando supo por Níniel que Brandir le había aconsejado esperar, se sintió disgustado.

Pero cuando llegó la primavera siguiente, le dijo a Níniel: —El tiempo pasa. Hemos esperado, y ahora ya no seguiré esperando. Haz lo que tu corazón te dicte, mi muy cara Níniel, pero ten en cuenta: ésta es la elección que tengo por delante. Volveré ahora a hacer la guerra en el desierto; o me casaré contigo y ya no volveré a guerrear, salvo sólo en tu defensa, si algún mal irrumpe en nuestra casa.

Y la alegría de Níniel fue grande en verdad, y empeñó su palabra de casamiento, y en mitad del verano se casaron; y los hombres del bosque celebraron una gran fiesta y les dieron una hermosa casa que levantaron para ellos en Amon Obel. Allí vivieron felices, pero Brandir se sentía perturbado, y la sombra le pesó aún más en el corazón.

La llegada de Glaurung

Ahora bien, el poder y la malicia de Glaurung crecieron de prisa, y se hinchó y reunió Orcos a su alrededor, y gobernó como Rey Dragón, y todo el reino devastado de Nargothrond le estaba sometido. Y antes de que ese año terminara, el tercero de la estadía de Turambar entre los hombres del bosque, empezó a atacar aquellas tierras, que durante un tiempo habían tenido paz; porque por cierto era bien conocido de Glaurung y de su Amo que en Brethil habitaban todavía unos pocos hombres libres, los últimos de las Tres Casas que habían desafiado el poder del Norte. Y esto no lo toleraban; porque era propósito de Morgoth someter a toda Beleriand, y registrar hasta el último de sus rincones, de modo que no hubiera nadie que viviera en algún agujero o escondite que no fuera su esclavo. Así, pues, poco importaba que Glaurung adivinara dónde estaba escondido Túrin, o que (como sostienen algunos) hubiera logrado por entonces escapar a la mirada del Mal. Porque en última instancia los consejos de Brandir fueron vanos, y sólo dos opciones tenía Turambar por delante: permanecer inactivo hasta que fuese encontrado y acosado como una rata; o salir pronto a la batalla y mostrarse tal como era.

Pero cuando por primera vez llegaron a Ephel Brandir las nuevas de la llegada de los Orcos, Turambar no salió al campo de batalla e hizo caso de los ruegos de Níniel. Porque ella dijo: —No han atacado todavía nuestras casas, como tú mismo dijiste. Se cuenta que los Orcos no son muchos. Y Dorlas me dijo que antes que tú llegaras, esas refriegas no eran infrecuentes, y que los hombres del bosque los mantenían a raya.

Pero los hombres del bosque fueron derrotados, porque estos Orcos eran de una raza maligna, feroces y astutos; y venían en verdad con el propósito de invadir el Bosque de Brethil, no como en ocasiones anteriores, cuando pasaban por sus orillas con otros cometidos, o iban de cacería en grupos pequeños. Por tanto, Dorlas y sus hombres fueron rechazados con muchas pérdidas, y los Orcos cruzaron el Teiglin y se internaron profundamente en los bosques. Y Dorlas se presentó ante Turambar y le mostró sus heridas, y dijo: —Ved, señor, el tiempo de la necesidad nos ha llegado, después de una falsa paz, como yo lo tenía predicho. ¿No pedisteis ser considerado uno de nuestro pueblo y no un forastero? ¿No es este peligro el vuestro también? Porque nuestras casas no permanecerán ocultas si los Orcos se adentran más en nuestras tierras.

Por tanto, Turambar se puso de pie y esgrimió de nuevo su espada Gurthang, y fue a la guerra; y cuando los hombres del bosque lo supieron, cobraron nuevos ánimos y acudieron a él, hasta que contó con la fuerza de muchos centenares. Entonces avanzaron por los bosques y mataron a todos los Orcos que allí se agazapaban, y los colgaron de los árboles que crecían cerca de los Cruces de Teiglin. Y cuando llegó una nueva hueste de Orcos, les tendieron una trampa, y sorprendidos a la vez por el número de hombres del bosque y por el terror de la Espada Negra, se dispersaron con desorden y fueron muertos en gran cantidad. Entonces los hombres del bosque levantaron grandes piras y quemaron los cuerpos de los soldados de Morgoth en montones, y el humo de la venganza se alzó negro por el ciclo, y el viento lo arrastró hacia el oeste. Pero sólo unos pocos sobrevivientes regresaron a Nargothrond con estas nuevas.

Entonces Glaurung se encolerizó realmente; pero por un tiempo permaneció inmóvil, y reflexionó sobre lo que había escuchado. Así, el invierno transcurrió en paz, y los hombres decían: —Grande es la Espada Negra de Brethil, porque todos nuestros enemigos están derrotados. —Y Níniel se consoló y regocijó con el renombre de Turambar; pero él continuaba encerrado en sus propios pensamientos, y decía en su corazón:— La suerte está echada. Viene ahora la prueba en que se dará razón a mi jactancia, o en la que tendrá un completo mentís. Ya no he de huir. Turambar seré en verdad, y por mi propia voluntad y mis proezas superaré mi destino... o caeré. Pero caído o a caballo, cuando menos mataré a Glaurung.

No obstante, estaba intranquilo, y envió lejos a hombres osados, como exploradores. Porque en verdad, aunque ninguna palabra había sido dicha, ordenaba ahora las cosas a su antojo, como si él fuera el señor de Brethil, y nadie hacía caso de Brandir.

La primavera llegó cargada de esperanzas, y los hombres cantaban en sus faenas. Pero en esa primavera Níniel concibió, y palideció, y se marchitó, y unas sombras apagaron su felicidad. Y no tardaron en llegar extrañas nuevas de los hombres que habían ido más allá del Teiglin: había un gran incendio a lo lejos en los bosques de la planicie de Nargothrond, y los hombres se preguntaban qué podría significar.

Poco después llegaron nuevos mensajes: que los fuegos se dirigían siempre hacia el norte, y que en verdad Glaurung era el que los hacía arder. Porque había abandonado Nargothrond con algún propósito. Entonces los más tontos o los más esperanzados decían: —Su ejército está destruido y ahora por fin recobra el tino y vuelve al sitio del que salió. —Y otros decían:— Esperemos que pase de largo junto a nosotros. —Pero Turambar no tenía esa esperanza, y sabía que Glaurung venía a buscarlo. Por tanto, aun que ocultaba su preocupación a Níniel, reflexionaba día y noche sobre la decisión que tendría que tomar; y la primavera se hizo verano.

Un día, dos hombres volvieron aterrados a Ephel Brandir, porque habían visto al mismísimo Gran Gusano. —En verdad, señor —dijeron a Turambar—, se acerca ahora al Teiglin, y no se desvía. Yace en medio de un gran incendio y los árboles echan humo alrededor. Exhala un hedor que apenas puede soportarse. Y su paso inmundo ha desolado todas las largas leguas que recorrió desde Nargothrond, en una línea que no se tuerce, nos parece, sino que se dirige directamente hacia nosotros. ¿Qué hemos de hacer?

—Poco —dijo Turambar—, pero sobre ese poco he reflexionado mucho tiempo. Las nuevas que me traéis antes son de esperanza porque si en verdad se acerca recto, como decís, y no tuerce el camino, tengo preparado un consejo para vuestros bravos corazones. —Los hombres quedaron intrigados, porque Turambar no dijo nada más. Pero, en ese momento, la firmeza de su actitud animó los corazones de todos.

Ahora bien, éste era el curso del Teiglin. Descendía desde Ered Wethrin, rápido como el Narog, pero en un principio entre orillas bajas, hasta que después de los Cruces, fortalecido por la afluencia de otras corrientes, se abría camino al pie de las tierras altas del Bosque de Brethil. En seguida corría entre profundas hondonadas, cuyos altos costados eran como muros de roca; y confinadas en el fondo, las aguas se adelantaban con gran fuerza y estruendo. Y en el camino de Glaurung se abría una de esas gargantas, de ningún modo la más profunda, pero sí la más estrecha, al norte de la afluencia del Celebros. Por tanto Turambar escogió a tres hombres atrevidos para que desde la orilla vigilaran los movimientos del Dragón; y él se dirigió a caballo a las altas cataratas de Nen Girith, donde las noticias podían llegarle de prisa, y desde donde era posible ver a gran distancia.

Pero primero reunió a los hombres del bosque en Ephel Brandir y les habló diciendo:

—Hombres de Brethil, un peligro mortal nos acecha que sólo con gran osadía puede evitarse. Pero en este asunto el número de nada nos vale; tenemos que recurrir a la astucia y esperar lo mejor. Si atacáramos al Dragón con todas nuestras fuerzas, como si se tratara de una banda de Orcos, no haríamos más que entregarnos todos a la muerte, y dejar sin defensa a nuestras esposas y nuestros hijos. Por tanto, digo que tenéis que quedaros aquí y prepararos para la huida. Porque si Glaurung llega, abandonaréis este sitio y os dispersaréis a lo largo y a lo ancho; y de ese modo algunos podrán escapar y vivir. Porque por cierto, si puede, vendrá a

nuestra fortaleza, y a nuestras casas, y las destruirá, y destruirá todo lo que vea; pero no se quedará aquí. Tiene su tesoro en Norgothrond, y allí están las profundas estancias en las que puede yacer con seguridad, y medrar.

Entonces los hombres quedaron consternados y completamente abatidos, pues confiaban en Turambar, y habían esperado palabras más animosas. Pero él dijo: —Eso sólo en el peor de los casos. Y no ocurrirá si mi decisión y mi fortuna me responden. Porque por cierto no creo que este Dragón sea invencible, aunque crezca con los años en fuerza y malicia. Sé algo de él. Su poder depende más del mal espíritu que lo habita que de la fuerza de su cuerpo, por grande que ésta sea. Porque, escuchad ahora esta historia que me contó uno que fue testigo en el año de la Nirnaeth, cuando yo y la mayor parte de los que me escuchan éramos todavía niños. En ese campo los Enanos le opusieron resistencia, y Azaghal de Belegost lo hirió tan profundamente que el Dragón escapó de regreso a Angband. Pero ésta es una espina más aguda y más larga que el cuchillo de Azaghal.

Y Turambar desenvainó Gurthang y la blandió por sobre su cabeza, y les pareció a los que miraban que una llama surgía de la mano de Turambar y se elevaba muchos pies en el aire. Entonces todos se unieron en un grito: La Espina Negra de Brethil!

—La Espina Negra de Brethil —dijo Turambar—: bien puede temerla. Porque sabed esto: es el destino de este Dragón (y de toda su especie, Según se dice que por dura que sea su armadura de cuerno, más todavía que el hierro, tiene por debajo el vientre de una serpiente. Por tanto, Hombres de Brethil, voy ahora en busca del vientre de Glaurung, por los medios de que pueda disponer. ¿Quiénes serán mis compañeros? Sólo necesito a unos pocos de brazo fuerte y corazón todavía más fuerte.

Entonces Dorlas se adelantó y dijo: —Iré con vos, señor; porque siempre prefiero salirle al encuentro al enemigo que esperarle.

Pero ningún otro respondió tan de prisa a la llamada, porque les pesaba el temor a Glaurung, y la historia de los exploradores que lo habían visto se había difundido y había crecido en el camino. Entonces Dorlas exclamó: —Escuchad, Hombres de Brethil, es ahora manifiesto que para el mal de los tiempos que corren los designios de Brandir eran vanos. No hay modo de escapar escondiéndose. ¿Ninguno de vosotros ocupará el lugar del hijo de Handir para que la Casa de Haleth no quede reducida a la vergüenza? —Entonces Brandir, que estaba sentado en el alto asiento del señor de la asamblea, pero a quien ningún caso se hacía, fue despreciado, y sintió amargura en el corazón; porque Turambar no reprimió a Dorlas. Pero un tal Hunthor, pariente de Brandir, se puso en pie y dijo:— Haces mal, Dorlas, en hablar así para vergüenza de nuestro señor, cuyos miembros por mala fortuna no pueden hacer lo que él tanto querría. ¡Cuidado, no sea que lo contrario te ocurra a ti, venida la ocasión! Y ¿cómo puede decirse que sus designios fueran vanos cuando nunca se siguieron? Tú, su vasallo, siempre los tuviste en nada. Te digo que Glaurung viene a nosotros, como antes a Nargothrond, porque nuestros hechos nos han traicionado, tal como él lo temía. Pero como la desdicha nos ha llegado ahora, con vuestra venia, hijo de Handir, iré yo en nombre de la casa de Haleth.

Entonces Turambar dijo: —¡Tres son bastantes! A vosotros dos llevo conmigo. Señor, no es menosprecio. Pero hemos de acudir con gran prisa y nuestra misión requiere miembros fuertes. Considero que vuestro lugar está con vuestro pueblo. Porque sois sabio y sabéis curarlo; y es posible que haya gran necesidad de sabiduría y curaciones antes de no mucho. —Pero estas palabras, aunque dichas con cortesía, no consiguieron otra cosa que amargar a Brandir todavía más, y dijo a Hunthor:— Ve, pues, pero no con mi venia. Porque en este hombre hay una sombra, y te conducirá a la perdición.

Ahora bien, Turambar tenía prisa por partir; pero cuando fue a Níniel para despedirse, ella se aferró a él con fuerza llorando desesperadamente. —¡No te vayas, Turambar, te lo ruego! —dijo—. ¡No desafíes a la sombra de la que huiste! ¡No, no, sigue huyendo todavía, y llévame lejos contigo!

—Níniel, mi muy amada —respondió él—, no podemos seguir huyendo, tú y yo. Estamos confinados en esta tierra. Y aun si me fuera, abandonando al pueblo que nos dio su amistad, sólo podría llevarte al desierto, sin protección, y eso significaría tu muerte y la muerte de

nuestro hijo. Un centenar de leguas nos separan de cualquier tierra que esté fuera del alcance de la Sombra. Pero, reanima tu corazón, Níniel. Porque esto te digo: ni tú ni yo seremos muertos por el Dragón, ni por ningún enemigo del Norte.

—Entonces Níniel dejó de llorar y guardó silencio, pero su beso fue frío cuando se separaron.

Entonces Turambar, junto con Dorlas y Hunthor, se puso rápidamente en marcha hacia Nen Girith, y cuando llegaron allí, el sol ya se ponía, y se habían alargado las sombras; y los dos últimos exploradores los aguardaban en el sitio.

—No venís demasiado pronto, señor —dijeron—. Porque el Dragón ha llegado, y cuando nos íbamos ya había alcanzado las orillas del Teiglin, y sus ojos miraban relumbrantes por encima del agua. Avanza de noche, y hemos de intentar algún golpe antes de que amanezca.

Turambar miró por sobre las cascadas del Celebros y vio el sol que llegaba a su ocaso; unas negras espirales de humo se levantaban de los bordes del río. —No hay tiempo que perder —dijo—; no obstante, éstas son buenas noticias. Porque mi temor era que se desviara; y si se dirigiera al norte y llegara a los Cruces, y así al viejo camino de las tierras bajas, nuestra esperanza habría acabado. Pero alguna furia de orgullo y malicia lo impulsa a avanzar en línea recta. —Pero mientras hablaba, se sintió intrigado y se dijo:— ¿O será quizá que aun uno tan maligno y feroz evite los Cruces al igual que los Orcos? ¡Haudh-en-Elleth! ¿Todavía se interpone Finduilas a mi destino?

Entonces se volvió hacia sus compañeros y dijo:

—Esta tarea tenemos ahora por delante. Hemos de esperar un poco todavía; porque adelantarnos sería en este caso tan malo como la excesiva tardanza. Pero llega el crepúsculo, y es hora de descender con todo sigilo hacia el Teiglin. Pero, ¡cuidado!, porque los oídos de Glaurung son tan agudos como su mirada, y pueden ser fatales para nosotros. Si llegamos al río sin ser advertidos, hemos de bajar a la hondonada y cruzar las aguas, y así llegar al camino que él tomará al ponerse en movimiento.

—Pero ¿cómo puede avanzar de ese modo? —dijo Dorlas—. Ágil, quizá lo sea, pero es también un gran Dragón, y ¿cómo ha de descender por un acantilado y ascender del otro lado, cuando una parte tendrá que estar ascendiendo antes que la otra haya descendido del todo? Y si es capaz de hacerlo, ¿de qué nos servirá a nosotros estar abajo en las aguas correntosas?

—Quizá pueda hacerlo —respondió Turambar— y si en verdad lo hace, será para nuestra desdicha. Pero es mi esperanza por lo que de él sabemos, y por el sitio en que ahora se encuentra, que su propósito sea otro. Ha llegado al borde de Cabeden-Aras, el abismo que un ciervo, como tú contaste, franqueó una vez de un salto huyendo de los cazadores de Haleth. Tan grande es ahora, que creo que intentará lo mismo. Ésa es nuestra esperanza, y hemos de confiar en ella.

El corazón de Dorlas se sobrecogió al oír estas palabras; porque conocía mejor que nadie toda la tierra de Brethil, y Cabeden-Aras era por cierto un sitio lóbrego. El lado este era un acantilado escarpado de unos cuarenta pies, desnudo, pero coronado de árboles en la cima; del otro lado, la orilla era algo menos escarpada y de menor altura, cubierta de árboles colgantes y de malezas, pero entre ambas orillas el agua se precipita con furia sobre las rocas, y aunque un hombre audaz y de pie seguro podría vadearla de día, era peligroso intentarlo de noche. Pero ése era el designio de Turambar, y era inútil contradecirlo.

Por tanto, se pusieron en camino en el crepúsculo, y no fueron directamente al encuentro del Dragón, y tomaron primero por el camino a los Cruces; entonces, antes de llegar hasta allí, se volvieron hacia el sur por una senda estrecha, y penetraron en la penumbra de los bosques por sobre el Teiglin. Y mientras se acercaban paso a paso a Cabeden-Aras, deteniéndose a menudo para escuchar, el olor de un incendio los alcanzó, y un hedor les hizo daño. Pero todo estaba mortalmente silencioso, y no había un movimiento en el aire. Las primeras estrellas brillaban en el Este detrás de ellos, y unas tenues espirales de humo ascendían derechas y sin vacilación sobre las últimas luces del Oeste.

Ahora bien, después que Turambar hubo partido, Níniel permaneció de pie, callada como una piedra; pero Brandir se le acercó y dijo: —Níniel, no temas lo peor hasta que sea preciso. Pero

¿no te había aconsejado esperar?

—Lo hiciste —respondió ella—. No obstante, ¿de qué me habría servido ahora? Porque el amor puede aguardar y sufrir sin matrimonio.

—Eso lo sé —dijo Brandir—. Pero el matrimonio no es por nada.

—Llevo dos meses preñada de su hijo —dijo Níniel—. Pero no me parece que mi temor a perderlo sea mi carga más pesada. No te entiendo.

—Tampoco yo me entiendo —dijo él—. Pero tengo miedo.

—¡Vaya el consuelo que me das! —exclamó ella—. Pero Brandir, amigo: soltera o casada, madre odoncella, el miedo que siento es insoportable. El Amo del Destino ha ido a desafiar a su destino, lejos de aquí, y ¿cómo podría quedarme esperando la lenta llegada de las noticias, buenas o malas? Esta noche, quizá, se encuentre con el Dragón, y ¿cómo he de pasar, de pie o sentada, estas horas espantosas?

—No lo sé —dijo él—, pero de algún modo las horas tienen que pasar, para ti y para las esposas de los que fueron con él.

—¡Hagan ellas lo que su corazón les dicte! —gritó Níniel—. En cuanto a mí, partiré. No se interpondrán las leguas entre mí y el peligro de mi señor. ¡Partiré al encuentro de las noticias!

Entonces el miedo de Brandir se ennegreció al oír estas palabras, y exclamó: —No lo harás si puedo evitarlo. Porque así pondrás a todos en peligro. Las millas que se interponen pueden dar tiempo a escapar, si algo malo ocurre.

—Si algo malo ocurre, no querré escapar —dijo ella—. Y ahora tu sabiduría resulta vana, y no estorbarás mi camino. —Y se irguió ante el pueblo que estaba todavía reunido en el sitio abierto, y gritó:— ¡Hombres de Brethil! No esperaré aquí. Si mi señor fracasa, es vana toda esperanza. Vuestros campos y bosques serán quemados por completo, y todas vuestras casas quedarán reducidas a cenizas, y ninguno, ninguno escapará. Por tanto, ¿para qué demorarnos aquí? Ahora parto al encuentro de las noticias, y lo que fuere que el destino me depare. ¡Que los que piensen igual vengan conmigo!

En seguida muchos estuvieron dispuestos a ir con ella: las esposas de Dorlas y de Hunthor, porque aquellos a los que amaban habían partido con Turambar; otros por piedad a Níniel y el deseo de ayudarla; y otros muchos (temerarios e inconscientes y poco familiarizados con el mal) seducidos por la fama del Dragón, con la esperanza de ver hechos extraños y gloriosos. Porque en verdad, tanta era la grandeza que para ellos tenía la Espada Negra, que pocos creían que Glaurung pudiera derrotarla. Por tanto, no tardaron en ponerse en camino, una gran compañía, e ir al encuentro de un peligro del que no sabían nada; y avanzando sin darse mucho descanso, por fin llegaron, fatigados, a Nen Girith, a la caída de la noche, aunque algo después de que Turambar abandonara el sitio. Pero la noche es un frío consejero, y muchos ahora se asombraban de su propia precipitación; y cuando se enteraron por los exploradores que allí habían quedado que Glaurung estaba tan cerca, y el desesperado propósito de Turambar, sus corazones desfallecieron y no se atrevieron a seguir avanzando. Algunos miraban hacia Cabeden-Aras con ojos ansiosos, pero nada podían ver, ni oír, salvo las voces frías de las cascadas. Y Níniel se sentó apartada, y un gran estremecimiento la sobrecogió.

Cuando Níniel y su compañía hubieron partido, Brandir dijo a los que quedaban: —¡Mirad cómo se me menosprecia, y cómo se desdeñan mis pareceres! Que sea Turambar vuestro señor, puesto que ya me ha arrebatado toda autoridad. Porque aquí renuncié tanto a mi señorío como a mi pueblo. ¡Que en adelante nadie me pida nunca consejo, ni que lo cure!

—Y rompió el báculo. A sí mismo se dijo: «Ahora nada me queda, salvo el amor que siento por Níniel: por tanto a donde vaya, con tino o locura, ahí he de ir yo. En esta hora oscura nada puede preverse; pero quizá yo pueda evitarle algún mal, si me encuentro cerca».

Se ciñó por tanto una corta espada, como rara vez lo había hecho antes, y cogió su muleta, y avanzó tan de prisa como le fue posible, dejando atrás las puertas del Ephel, y renqueando en pos de los demás por el largo sendero que llegaba a la frontera occidental de Brethil.

La muerte de Glaurung

Por fin, cuando la noche ya se cerraba sobre la tierra, Turambar y sus compañeros llegaron a Cabed-en-Aras, y se alegraron del gran estruendo que hacían las aguas; porque si prometía un descenso peligroso, acallaba también todo otro ruido. Entonces Dorlas los condujo un tanto hacia el sur, y descendieron por una hendidura hasta el pie del acantilado; pero allí el corazón le flaqueó, porque en el río había muchas rocas y grandes piedras, y el agua se precipitaba en desorden rechinando los dientes.

—Este es un camino seguro a la muerte —dijo Dorlas.

—Es el único camino, a la muerte o a la vida—dijo Turambar—, y la demora no lo volverá más esperanzado. Por tanto, ¡seguidme! —Y avanzó delante de ellos, y por habilidad y osadía, o por suerte, llegó al otro extremo, y en la profunda oscuridad se volvió para ver quién venía detrás. Una forma oscura estaba a su lado.— ¿Dorlas? —pregunto.

—No, soy yo —dijo Hunthor—. Dorlas no se atrevió a intentar la travesía. Porque un hombre puede amar la guerra, y sin embargo tener miedo de muchas cosas. Está sentado temblando en la orilla, supongo; y que la vergüenza lo gane por las palabras que dirigió a mis parientes.

Entonces Turambar y Hunthor descansaron un momento, pero pronto los mordió el frío de la noche, porque ambos estaban empapados, y empezaron a buscar un camino al norte de la corriente, que los llevara a Glaurung. Allí la hondonada se volvía más oscura y estrecha, y mientras avanzaban a tientas, vieron arriba una luz temblorosa, como de llamas bajas, y oyeron el ronquido del Gran Gusano, que dormía vigilante. Entonces buscaron un camino de ascenso que los acercara al borde; porque ésa era la única esperanza que tenían; sorprender al enemigo. Pero tan inmundado era ahora el hedor, que se sintieron marcados, y resbalaban al trepar, y se aferraban de las ramas de los árboles, y vomitaban, olvidados en su miseria de todo temor, salvo el de caer entre los dientes del Teiglin.

Entonces Turambar dijo a Hunthor: —Gastamos en vano las fuerzas que ya se nos agotan. Porque en tanto no estemos seguros de por dónde cruzará el Dragón, de nada nos sirve trepar.

—Pero cuando lo sepamos —dijo Hunthor—, no tendremos tiempo de buscar cómo salir del abismo.

—Es cierto —dijo Turambar—. Pero donde todo depende de la suerte, en la suerte hemos de confiar.

—Se detuvieron, por tanto, y esperaron, y desde la oscura hondonada vieron una estrella blanca que se deslizaba a través de la estrecha franja de cielo; y entonces, lentamente, Turambar se hundió en un sueño en el que tenía un único cuidado: aferrarse a las ramas más próximas, aunque una negra corriente lo absorbía y le roía los miembros.

De pronto hubo un gran estruendo, y las paredes del abismo se estremecieron y resonaron. Turambar despertó y dijo a Hunthor: —Se mueve. Ha llegado la hora. ¡Hiere hondo, porque somos sólo dos, y tenemos que herir por tres!

Y así empezó el ataque de Glaurung a Brethil; y todo sucedió en gran parte como lo había esperado Turambar. porque ahora el Dragón se arrastraba pesadamente hacia el borde del acantilado, y no se volvió, sino que se preparó a saltar por encima del abismo apoyándose en las grandes patas delanteras. El terror llegó con él, porque no empezó a cruzar justo por encima de los hombres, sino algo hacia el norte, y los que lo miraban desde abajo podían ver la enorme sombra de su cabeza recortada sobre las estrellas; y abría las mandíbulas, y tenía siete lenguas de fuego. De pronto emitió una llameante bocanada, de modo que toda la hondonada se iluminó de rojo, y unas sombras negras volaron entre las rocas; pero los árboles delante de él se marchitaron, y se desvanecieron en humo, y las piedras cayeron al río. Y entonces se lanzó hacia adelante, y se aferró al acantilado del otro extremo con sus garras poderosas, y empezó a arrastrarse a través del abismo.

Ahora era necesario ser audaz y rápido, porque aunque Turambar y Hunthor no se encontraban en el paso de Glaurung, y habían escapado a la bocanada de fuego, tenían que alcanzarlo antes de que terminara de cruzar, de lo contrario todo habría sido en vano. Sin hacer caso del peligro, Turambar trepó a gatas a lo largo del borde del agua hasta quedar por debajo del Dragón; pero el calor y el hedor eran allí tan horribles que se tambaleó, y habría caído si Hunthor, que lo

había seguido valientemente por detrás, no lo hubiera tomado por el brazo, ayudándolo a recobrar el equilibrio.

—¡Gran corazón! —le dijo Turambar—. ¡Feliz la elección que te hizo mi compañero! —Pero mientras hablaba, una gran piedra que se había desprendido allá arriba cayó y golpeó a Hunthor en la cabeza, precipitándolo a las aguas que corrían debajo, y así llegó a su fin quien no era el menos valiente de la Casa de Haleth. Entonces Turambar gritó:— ¡Ay! ¡Es fatal andar a mi sombra! ¿Por qué busqué ayuda? Porque ahora te encuentras solo ,¡oh , Amo del Destino!, como sabías sin duda que ocurriría. Ahora **¡solo** a la lucha!

Entonces recurrió a toda su voluntad y a todo el odio que sentía por el Dragón y su Amo, y le pareció que de pronto tenía una fuerza de corazón y de cuerpo que no había conocido antes; y trepó el acantilado piedra por piedra y raíz por raíz, hasta que se aferró por fin a un árbol delgado que crecía bajo el borde del abismo, y aunque la copa estaba chamuscada, aún se mantenía firme sobre sus raíces. Y mientras Turambar intentaba afirmarse en la horqueta de las ramas, la parte media del Dragón pasó sobre él, y descendió hasta casi tocarle la cabeza. Pálido y rugoso era el vientre, cubierto por un humor viscoso y gris, al que se habían adherido toda clase de inmundicias; y hedía a muerte. Entonces Turambar desenvainó la Espada Negra de Beleg, y arremetió con ella hacia arriba, con todo el poder de su brazo y de su odio, y la hoja mortal, larga y codiciosa, penetró en el vientre hasta la empuñadura.

Entonces Glaurung, sintiéndose tocado de muerte, lanzó un grito que sacudió todos los bosques, y los guardianes de Nen Girith se espantaron. Turambar quedó aturdido, como si le hubieran asestado un golpe, y resbaló, y tuvo que soltar la espada, que quedó clavada en el vientre del Dragón. Porque Glaurung, en un poderoso espasmo, curvó todo el cuerpo estremecido y lo lanzó sobre el abismo, y allí, sobre la otra orilla, se retorció en convulsiones agónicas, aullando, azotando el aire hasta que abrió un espacio de estragos alrededor, y yació allí por fin en medio del humo y de la ruina, y quedó inmóvil.

Ahora bien, Turambar se había aferrado a las raíces del árbol, aturdido y casi desvanecido. Pero luchó contra sí mismo y se sostuvo, y a medias deslizándose y a medias sujetándose, descendió al río e intentó otra vez el peligroso cruce, arrastrándose a veces sobre las manos y los pies, enceguecido por la espuma, hasta que estuvo al fin del otro lado y ascendió trabajosamente a lo largo de la hendidura por la que habían bajado antes. Así llegó por fin al sitio en que agonizaba el Dragón, y contempló implacable al enemigo herido de muerte, y se sintió complacido.

Allí yacía Glaurung con las fauces abiertas; pero todos sus fuegos estaban agotados, y tenía cerrados los ojos malignos. Estaba extendido a todo lo largo sobre uno de sus flancos, y la empuñadura de Gurthang le sobresalía en el vientre. Entonces Turambar sintió que el corazón se le animaba en el pecho, y aunque el Dragón respiraba todavía, quiso recobrar la espada, pues si antes le había sido un arma preciosa, valía ahora para él más que todo el tesoro de Nargothrond. Ciertas resultaron las palabras que se dijeron cuando fue forjada: nadie, ni grande ni pequeño, sobreviviría después que ella hubiera mordido.

Por tanto, yendo hacia su enemigo, le apoyó el pie en el vientre, y tomando a Gurthang por la empuñadura, tiró con todas sus fuerzas. Y gritó burlándose de las palabras de Glaurung en Nargothrond:

—¡Salve, Gusano de Morgoth! ¡Feliz es este nuevo encuentro! ¡Muere ahora, y que la oscuridad sea contigo! Así se venga Túrin, hijo de Húrin. —Entonces arrancó la espada, y un chorro de sangre negra brotó y le bañó la mano, y el veneno le quemó la carne, y lanzó un grito de dolor. Entonces Glaurung se movió y abrió los ojos ominosos, y miró a Turambar con tal malicia que le pareció a éste que una flecha lo había traspasado de parte a parte, y por eso y por el dolor de su mano, cayó desvanecido, y yació como muerto junto al Dragón, tendido sobre la espada.

Ahora bien, los gritos de Glaurung habían llegado a Nen Girith, y el pánico cundió entre todos; y cuando los guardianes vieron desde lejos las devastaciones y quemaduras producidas por el Dragón en su agonía, creyeron que estaba pisoteando y destruyendo a los que lo habían atacado. Entonces en verdad desearon que las millas que los separaban de aquel sitio fueran más largas;

pero no se atrevían a abandonar el lugar elevado en que se habían reunido, porque recordaban las palabras de Turambar: si Glaurung vencía, iría primero a Ephel Brandir. Por tanto esperaban aterrados algún signo de que se hubiera puesto en movimiento; pero nadie era bastante osado como para descender e ir en busca de noticias al lugar de la batalla. Y Níniel estaba sentada y no se movía, aunque temblaba de pies a cabeza. Pero cuando oyó la voz de Glaurung, el corazón le murió por dentro, y sintió que la oscuridad volvía a invadirla.

Así la encontró Brandir. Porque llegó finalmente al puente del Celebros, lento y fatigado; todo el camino había avanzado solo, cojeando con su muleta, y se encontraba a cinco leguas cuando menos de su casa. EL temor por Níniel lo había impulsado, y ahora las noticias que escuchaba no eran peores que las que había temido. «El Dragón ha cruzado el río —le dijeron los hombres—, y parece que la Espada Negra ha muerto, y también los que fueron con ella.» Entonces Brandir, junto a Níniel, adivinó su desdicha y la compadeció; pero pensó sin embargo: «La Espada Negra está muerta y Níniel vive». Y se estremeció, porque de pronto le pareció que hacía frío junto a las aguas de Nen Girith; y envolvió a Níniel con su capa. Pero no supo qué decirle, y ella no hablaba.

El tiempo transcurría, y todavía Brandir guardaba silencio junto a Níniel, atisbando la noche y escuchando, pero no podía ver nada ni oír nada, salvo el ruido de las aguas de Nen Girith, y pensó: «Seguramente Glaurung habrá avanzado sobre Brethil». Pero ya no sentía lástima por su pueblo, necios todos, que habían desdeñado los consejos que él les daba, y lo habían menospreciado. «Que vaya el Dragon a Amon Obel, y habría tiempo entonces de escapar, de llevarse a Níniel lejos.» A dónde, no lo sabía, porque nunca había abandonado Brethil.

Por fin se inclinó y tocó el brazo de Níniel, y le dijo: —¡El tiempo pasa, Níniel! ¡Ven! Es tiempo de partir. Si quieres, yo te llevaré.

Entonces, en silencio, ella se levantó, y le tomó la mano, y cruzaron el puente y fueron por el sendero que conducía a los Cruces del Teiglin. Pero los que los vieron moverse como sombras en la oscuridad, no sabían quiénes eran, ni se cuidaban de saberlo. Y cuando hubieron avanzado un tanto por entre los árboles silenciosos, la luna se alzó más allá de Amon Obel, y una luz gris iluminó los claros del bosque. Entonces Níniel se detuvo y preguntó a Brandir:

—¿Es éste el camino?

Y él respondió: —¿Cuál es el camino? Porque todas nuestras esperanzas en Brethil han terminado. No hay ningún camino, excepto aquel que nos lleve a alejarnos de prisa del Dragón, y escapar mientras haya todavía tiempo.

Níniel lo miró asombrada y dijo: —¿No me ofreciste llevarme hasta él? ¿O pretendes engañarme? La Espada Negra era mi amado y mi marido, y sólo para encontrarlo he venido aquí. ¿Cómo se te puede ocurrir otra cosa? Haz ahora lo que quieras, pero yo he de darte prisa.

Y como Brandir quedó por un momento desconcertado, ella se alejó de él rápidamente, y él gritó llamándola: —¡Espera, Níniel! No vayas sola! No sabes qué podrás encontrar. ¡Iré contigo! —Pero ella no le hizo caso, y avanzaba como si le ardiera la sangre, que poco antes tenía helada; y aunque él se apresuraba tanto como podía, ella no tardó en alejarse y desaparecer. Entonces él maldijo su destino y su debilidad; pero no se volvió.

Ahora la luna se alzaba blanca en el cielo, y estaba casi llena, y mientras Níniel descendía de las tierras altas hacia las tierras junto al río, le pareció que recordaba el lugar, y sintió miedo. Porque había llegado a los Cruces del Teiglin, y allí, delante de ella, se levantaba Haudh-en-Elleth, pálido a la luz de la luna, echando una negra sombra oblicua; y un gran temor emanaba del montículo.

Entonces se volvió con un grito y huyó hacia el sur a lo largo del río, y arrojó lejos la capa mientras corría, como si se deshiciera de una sombra que se le adhería al cuerpo, y debajo estaba toda vestida de blanco y resplandecía a la luz de la luna mientras escapaba entre los árboles. Así la vio Brandir desde la ladera de la colina, y se volvió para cruzársele en el camino, si le era posible; y encontrando por suerte el estrecho sendero que había utilizado Turambar, y que se alejaba del camino más transitado descendiendo por la cuesta escarpada hacia el sur, al encuentro del río, llegó muy cerca de ella por detrás. Pero aunque la llamó, ella no le hizo caso, ni lo oyó siquiera, y pronto desapareció otra vez; y así se acercaron a loe

bosques junto a Cabed-en-Aras y al sitio de la agonía de Glaurung.

La luna se movía entonces hacia el sur, despojada de nubes, y la luz era fría y clara. Al llegar al borde de la devastación producida por Glaurung, Níniel vio el cuerpo yacente del Dragón, y su vientre gris al resplandor de la luna pero junto a él estaba tendido un hombre. Entonces, olvidando el miedo, corrió entre los vestigios humeantes y así llegó junto a Turambar. Estaba caído de lado, sobre la espada, pero su cara tenía la palidez de la muerte a la luz blanquecina. Entonces ella se arrojó junto a él, llorando, y lo besó; y le pareció que respiraba débilmente, pero creyó que eso era una jugarreta de una falsa esperanza, porque estaba frío, y no se movía, ni le respondía. Y mientras lo acariciaba, vio que tenía la mano negra como si se la hubiera chamuscado, y se la bañó con lágrimas; y arrancándose una tira del vestido le vendó la mano. Pero él siguió sin moverse, y Níniel lo besó otra vez y clamó en alta voz: —¡Turambar, Turambar, vuelve! Escúchame! ¡Despierta! Porque soy Níniel. El Dragón está muerto' muerto, y yo estoy sola aquí a tu lado. —Pero él no respondió.

Brandir oyó los gritos, porque había llegado al borde de la devastación; pero mientras avanzaba hacia Níniel, se detuvo y permaneció inmóvil. Porque al grito de Níniel, Glaurung se movió por última vez, y un estremecimiento le recorrió todo el cuerpo; y entreabrió los ojos espantosos en los que brillaba una luz de luna, y dijo con voz jadeante:

—¡Salve, Nienor, hija de Húrin! Volvemos a encontrarnos antes del final. Te doy la alegre nueva de que por fin has encontrado a tu hermano. Y lo conocerás ahora: les quien apuñala en la noche, traiciona a sus enemigos, no guarda fidelidad a sus amigos, y es una maldición para los de su casa, Túrin, hijo de Húrin! Pero el peor de sus hechos lo sentirás en ti misma.

Entonces Nienor se quedó allí como aturdida, pero Glaurung murió; y con su muerte el velo de su malicia se desprendió de ella. Y ella recordó claramente todo su pasado, de día en día, y las cosas que le habían ocurrido desde que yaciera en Haudh-en-Elleth. Y el cuerpo se le estremeció de horror y de angustia. Pero Brandir, que lo había oído todo, se sintió sobrecogido y se apoyó en un árbol.

Entonces, súbitamente, Nienor se puso en pie de un salto, y se irguió pálida como un espectro a la luz de la luna, y mirando a Túrin, gritó: ¡Adiós, oh, dos veces amado! *A Túrin Turambar turún' amhartanen*: ¡Amo del destino, por el destino dominado! ¡Dichoso de ti, que estás muerto! —En seguida, enloquecida de dolor y de espanto, se alejó frenética de aquel Sitio y Brandir tropezaba tras ella gritando:— ¡Espera! ¡Espera, Níniel!

Ella se detuvo un momento mirando atrás con ojos fijos. —¿Esperar? gritó—. ¿Esperar? Ése fue siempre tu consejo. Ojalá lo hubiera seguido! Pero ahora es demasiado tarde. Y ahora ya no esperaré en La Tierra Media. —Y siguió corriendo por delante de él.

Rápidamente llegó al borde de Cabed-en-Aras, y allí se detuvo y contempló las estruendosas aguas gritando: —¡Aguas, aguas! Recibid ahora a Níniel Nienor, hija de Húrin! ¡Luto, Luto, hija de Morwen! Recibidme y llevadme al Mar! —Entonces se arrojó desde lo alto de la orilla: un blanco resplandor se hundió en el torbellino oscuro, y un grito se perdió entre los rugidos del río.

Las aguas del río siguieron fluyendo, pero Cabed-en-Aras dejó de existir: Cabed Naeramarth la llamaron los hombres; porque los ciervos ya no volvieron a saltar allí, y toda criatura viviente la evitaba, y los hombres no se acercaban a sus orillas. El último de los hombres que escrutó su oscuridad fue Brandir, hijo de Handir; y se apartó horrorizado, porque le flaqueó el corazón, y aunque ahora odiaba su vida, **no** pudo recibir la muerte que deseaba.²⁸ Entonces sus pensamientos volvieron a Túrin Turambar, y exclamó: —¿Siento por ti odio o siento piedad? Pero estás muerto. No te debo las gracias, depredador de todo lo que tuve o deseé haber tenido. Pero mi pueblo está endeudado contigo. Es conveniente que por mí lo sepan.

Y así inició el camino de regreso a Nen Girith, renqueando, y evitó el sitio en que yacía el Dragón con un escalofrío; y mientras ascendía el empinado camino de regreso, vio a un hombre que atisbaba entre los árboles, y retrocedió. Pero pudo verle la cara a la luz de la luna que se ponía.

—¡Ha, Dorlas! —exclamó—. ¿Qué nuevas tienes? ¿Cómo saliste con vida? Y ¿qué es de mi pariente?

—No lo sé —respondió Dorlas con hosquedad.

—Pues eso es raro —dijo Brandir.

—Si quieres saberlo —dijo Dorlas—, la Espada Negra pretendía que vadeáramos los rápidos del Teiglin en la oscuridad. ¿Es raro que no me fuera posible hacerlo? En el manejo del hacha no soy peor que otros muchos pero no tengo patas de cabra.

—Entonces, ¿fueron al encuentro del Dragón sin ti? —preguntó Brandir—. Pero ¿y cuándo cruzó? Al menos tendrías que haberte quedado cerca para ver lo que sucedía.

Pero Dorlas no respondió, y se quedó mirando a Brandir con ojos de odio. Entonces Brandir comprendió, al fin, dándose cuenta de que este hombre había abandonado a sus compañeros, y que, humillado y avergonzado, se había escondido en los bosques. —¡Que la vergüenza caiga sobre ti, Dorlas!—dijo—. Eres el instigador de nuestros males: incitaste a La Espada Negra, atrajiste al Dragón sobre nosotros, fuiste causa de que se me menospreciara y llevaste a Hunthor a la muerte para Luego huir y esconderte en el bosque. —Y mientras hablaba, se le ocurrió otro pensamiento, y dijo con gran cólera:— ¿Por qué no trajiste noticias? Hubiera sido tu penitencia menor. Si lo hubieras hecho, la Señora Níniel no tendría que haber ido a buscarlas. No habría sido necesario que nunca viera al Dragón. Ahora estaría Con vida. Dorlas, ¡te odio!

—¡Guárdate tu odio! —dijo Dorlas—. Es tan débil como todos tus designios. Si no hubiera sido por mí, los Orcos te habrían colgado como un espantajo en tu propio huerto. ¡Conserva para ti la costumbre de huir y esconderte! —Y entonces, la vergüenza se le convirtió en ira, y amagó un golpe a Brandir con su gran puño, y así terminó su vida antes que una mirada de perplejidad abandonara sus ojos: porque Brandir desenvainó la espada, y le dio con ella una estocada de muerte. Por un momento, se quedó allí, temblando, mirando la sangre; y luego dejó caer la espada, se volvió, y siguió su camino, curva do sobre la muleta.

Cuando Brandir llegó a Nen Girith, la luna pálida había partido y ya se desvanecía la noche; la mañana se abría en el Este. La gente que estaba allí todavía encogida junto al puente, lo vio llegar como una sombra gris en el alba, y algunos le gritaron desde lejos, asombrados: — ¿Dónde has estado? ¿La has visto? Porque la Señora Níniel se ha ido.

—Sí, se ha ido —dijo—. ¡Se ha ido, se ha ido para nunca más volver! Pero he venido para traeros noticias. ¡Escuchad ahora, pueblo de Brethil, y decid si hubo jamás una historia como la historia que os cuento! El Dragón está muerto, pero muerto está también Turambar, a su lado. Y ésas son buenas noticias: sí, ambas son buenas, en verdad.

Entonces la gente murmuró, asombrada con estas palabras, y algunos dijeron que se había vuelto loco; pero Brandir gritó: —¡Escuchadme hasta el fin! Níniel también está muerta, Níniel, la bella, a la que todos amabais, a la que yo amaba más que a nadie. Saltó desde el borde del Salto del Ciervo,²⁹ y los dientes del Teiglin la atraparon. Se ha ido aborreciendo la luz del día. Porque de esto se enteró antes de huir: hijos de Húrin eran ambos, hermana y hermano. El Mormegil era su nombre, Turambar se llamó a sí mismo ocultando el pasado: Túrin, hijo de Húrin. Níniel la llamamos nosotros desconociendo el pasado: Nienor era, hija de Húrin. A Brethil trajeron la sombra de un destino oscuro. Y el destino de ambos se cumplió aquí, y esta tierra no volverá nunca a estar libre de dolor. ¡No la llaméis Brethil, no la llaméis la tierra de los Halethrim, sino *Sarck nia Hîn Izhîrin*, Sepulcro de los Hijos de Túrin!

Entonces, aunque no entendía todavía cómo este mal había ocurrido, la gente se echó a llorar allí donde se encontraba, y algunos decían: —Un sepulcro hay en el Teiglin para Níniel la bienamada, un sepulcro habrá para Turambar, el más valiente de los hombres. No dejaremos que nuestro libertador yazga bajo el cielo. Vayamos en su busca.

La muerte de Túrin

Ahora bien, mientras Níniel huía, Túrin se movió, y en la profunda oscuridad le pareció que ella lo llamaba a lo lejos; pero cuando Glaurung murió, salió del negro desmayo y volvió a respirar profundamente, y luego suspiró y cayó en un sueño de gran fatiga. Pero antes de amanecer hizo mucho frío, y se volvió en sueños, y la empuñadura de Gurthang se le hundió en un costado, y de pronto despertó. Ya se iba la noche, y en el aire había un hálito de la mañana;

y se puso en pie de un salto recordando su victoria y el veneno quemante en la mano. La levantó, y se la miró y quedó maravillado. Porque la tenía envuelta en un trozo de tela blanca todavía húmeda y ya no le dolía; y dijo para sí: «¿Por qué alguien habría de atenderme de este modo, y sin embargo me dejaría abandonado en el frío en medio de las devastaciones, y el hedor del Dragón? ¿Qué cosas extrañas han ocurrido?».

Entonces dio voces, pero no hubo respuesta. Todo estaba sumido en la oscuridad y la lobreguez de alrededor, y una emanación de muerte flotaba en el aire. Se agachó y levantó la espada, y estaba intacta, y la luz del filo no había declinado. —¡Tu mundo era el veneno de Glaurung —dijo—, pero tú eres más fuerte que yo, Gurthang! Te bebas toda la sangre. Tuya es la victoria. Pero ¡ven! He de ir en busca de ayuda. Mi cuerpo está cansado y Siento frío en los huesos.

Entonces volvió la espalda a Glaurung, dejando que se pudriera allí; pero a medida que se alejaba, cada paso se le hacía más pesado, y pensó: «En Nen Girith quizá encuentre a algún explorador que me esté esperando. Pero querría llegar pronto a mi casa y sentir las gentiles manos de Níniel y recibir los hábiles cuidados de Brandir». Y así, por fin, andando con fatiga, apoyado en Gurthang, a través de la luz gris de las primeras horas de la mañana, llegó a Nen Girith, y cuando los hombres se ponían en camino en busca de su cuerpo, se les presentó delante erguido.

Entonces ellos retrocedieron aterrados, creyendo que era el espíritu de Túrin, que no tenía descanso, y las mujeres gimieron y se cubrieron el rostro. Pero él dijo: —¡No, no lloréis, por el contrario, alegraos! Mirad! ¿Acaso no estoy vivo? Y he dado muerte al Dragón que tanto temíais.

Entonces ellos se volvieron a Brandir y exclamaron: —¡Tú y tus falsas historias! Decirnos que estaba muerto! ¿No dijimos acaso que te habías vuelto loco? —Pero Brandir estaba espantado y miraba con miedo en los ojos, y no decía nada.

Pero Túrin le dijo: —¿Eras tú el que estuvo allí y me atendió la mano? Te lo agradezco. Pero tu habilidad te está faltando si no te es posible distinguir el desmayo de la muerte. —Entonces se volvió a la gente:— No le habléis así, necios de vosotros. ¿Quién podría haberlo hecho mejor? Al menos, él tuvo el ánimo de acudir al sitio de la batalla, mientras vosotros os lamentabais.

»Pero ahora, hijo de Handir, ¡ven! Hay más cosas de las que quiero enterarme. ¿Por qué estáis aquí tú y toda esta gente que dejé en Ephel? Si yo enfrento un peligro de muerte por vosotros, ¿no he de ser obedecido cuando parto? Y ¿dónde está Níniel? Cuando menos espero que no la hayáis traído, y que la hayáis dejado en mi casa, encomendada al cuidado de hombres fieles.

Y como nadie le respondiera: —¡Vamos, decid!

¿Dónde está Níniel? —gritó—. Porque a ella quiero ver primero; y a ella primero le contaré la historia de los hechos de esta noche.

Pero todos apartaban la cara, y Brandir dijo por fin: —Níniel no está aquí.

—Mejor así —dijo él—. Entonces iré a mi casa. ¿Hay un caballo que me lleve? O una litera sería más apropiada. Mis trabajos me han agotado.

—¡No, no! —dijo Brandir lleno de angustia—. Tu casa está vacía. Níniel no está allí. Ha muerto.

Pero una de las mujeres, la esposa de Dorlas, que sentía poco cariño por Brandir, gritó con voz aguda:

—¡No le hagáis caso, señor! Porque está loco. Llegó gritando que vos habíais muerto y llamó a eso una buena noticia. Pero vivís. ¿Por qué entonces habría de ser cierta esta historia de que Níniel ha muerto y cosas peores aún?

Entonces Túrin avanzó a grandes zancadas sobre Brandir. —¿De modo que mi muerte era una buena noticia? —gritó—. Sí, tú siempre me guardaste rencor por ella, lo sé. Ahora está muerta, dices. ¿cosas peores aún? ¿Qué mentira has concebido en tu malicia, Pata Coja? ¿Querías matarnos con tu lengua inmundada ya que no puedes blandir otra arma?

Entonces la ira ahogó la piedad en el corazón de Brandir, y gritó: —¿LOCO? No, tú eres el loco, Espada Negra del negro destino! ¡Y toda esta gente es necia! ¡Yo no miento! ¡Níniel está muerta, muerta, muerta! ¡Búscala en el Teiglin!

Entonces Túrin se detuvo, frío. —¿Cómo lo sabes?

—preguntó lentamente—. ¿De qué modo maquinaste la historia?

—Lo sé porque la vi saltar —respondió Brandir—. Pero la maquinación fue tuya. Huyó de ti, Túrin, hijo de Húrin, y al Cabeden-Aras se arrojó, para no verte nunca más. ¡Níniel! ¿Níniel? No, Nienor, hija de Húrin.

Entonces Túrin lo aferró por los hombros y lo sacudió; porque en estas palabras oía que los pasos del destino lo alcanzaban, pero en su horror y su furia no quiso escucharlos, como una bestia herida de muerte que daña todo lo que tiene cerca.

—Sí, soy Túrin, hijo de Húrin —gritó—. De modo que ya lo habías adivinado desde mucho tiempo atrás. Pero nada sabes de Nienor, mi hermana. Nada! Ella vive en el Reino Escondido, y está a salvo. Esa es una mentira pergeñada por tu mente vil, para enloquecerme y enloquecer a mi esposa. Malvado cojo... ¿quieres acosarnos a ambos hasta la muerte?

Pero Brandir se arrancó de sus manos. —¡No me toques! —dijo—. ¡Quédate con tus devaneos! La que llamas tu esposa fue hacia ti y te cuidó, y tú no respondiste a su llamada. Pero uno respondió por ti. Glaurung, el Dragón, que según creo os hechizó a ambos para que no escaparais a vuestro destino. Así habló antes de sucumbir: «Nienor, hija de Húrin, he aquí a tu hermano: traidor con sus enemigos, infiel con sus amigos, maldición para su casa, Túrin, hijo de Húrin». —Entonces una risa aciaga asaltó a Brandir.— En su lecho de muerte los hombres hablan con verdad, según cuentan —apenas pudo decir, entrecortadamente—. ¡Y también los Dragones, parece! ¡Túrin, hijo de Húrin, una maldición sobre tu casa y sobre todos los que te acogen!

Entonces Túrin esgrimió a Gurthang y una luz fiera le fulguraba en los ojos. —¿qué se dirá de ti, Pata Coja? —dijo lentamente—. ¿Quién le dijo en secreto y a mis espaldas mi verdadero nombre?

¿Quién la llevó ante la malicia del Dragón? ¿Quién estaba a su lado y la dejó morir? ¿Quién vino aquí de prisa a hacer público este horror? ¿Quién se exulta a mis expensas? ¿Hablan los hombres con verdad antes de morir? Pues entonces habla ahora, rápido.

Entonces Brandir, viendo su propia muerte en los ojos de Túrin, se mantuvo inmóvil y no flaqueó, aunque no tenía otra arma que la muleta; y dijo:

—Todo lo que ha acaecido es historia larga de contar, y estoy cansado de ti. Pero me calumnias, hijo de Túrin. ¿Te calumnió Glaurung a ti? Si me matas, todos verán que no lo hizo. Pero no tengo miedo de morir, porque entonces iré al encuentro de Níniel, a quien amaba, y quizá la vuelva a encontrar más allá del Mar.

—¡Al encuentro de Níniel! —gritó Túrin—. ¡No, a Glaurung encontrarás, y juntos concebiréis mentiras! Dormirás con el Gusano, el compañero de tu alma, y os pudriréis en una misma oscuridad! —Y alzando a Gurthang, hendió con ella a Brandir, y lo hirió de muerte. Pero la gente apartó la mirada, y cuando Túrin se volvió y abandonó Nen Girith, todos huían aterrados.

Entonces Túrin avanzó como quien ha perdido el inicio por los bosques salvajes, ora maldiciendo la Tierra Media y la vida toda de los Hombres, ora llamando a Níniel. Pero cuando por fin la locura de su dolor lo abandonó, se sentó un momento y meditó en todas sus acciones, y se oyó a sí mismo que gritaba: —¡Vive en el Reino Escondido y está a salvo!

—Y pensó que ahora, aunque toda su vida estaba en ruinas, tenía que ir allí; porque las mentiras de Glaurung siempre lo habían extraviado. Por tanto, se puso de pie y fue hacia los Cruces del Teiglin, y al pasar junto a Haudh-en-Elleth, exclamó.

—Amargamente he pagado, ¡oh, Finduilas!, haber hecho caso del Dragón. ¡Aconséjame ahora!

Pero mientras así gritaba vio a doce cazadores bien armados que vadeaban el Teiglin, y eran Elfos; y cuando se acercaron, reconoció a uno de ellos, porque era Mablung, cazador mayor de Thingol. Y Mablung lo saludó gritando: —¡Túrin! Nos encontramos por fin. Te estaba buscando y me alegro de encontrarte vivo, aunque los años han sido gravosos para ti.

—¡Gravosos! —dijo Turín—. Sí, como los pies de Morgoth. Pero si te alegras de encontrarme vivo, eres el último de tu especie en la Tierra Media. ¿Por qué te alegras?

—Porque eras honrado entre nosotros —respondió Mablung—; y aunque escapaste de muchos peligros, temí por ti al final. Vi la salida de Glaurung y pensé que había cumplido su funesto propósito y volvía con su Amo. Pero se encaminó a Brethil y al mismo tiempo supe por viajeros que la Espada Negra de Nargothrond había aparecido allí otra vez, y que los Orcos evitaban la región como a la muerte. Entonces tuve miedo y me dije: «¡Ay! Glaurung se atreve a ir donde no se atreven los Orcos, en busca de Túrin». Por tanto vine aquí tan de prisa como

me fue posible para advertirte y ayudarte.

—De prisa, pero no lo bastante —dijo Túrin—. Glaurung está muerto.

Entonces los Elfos lo miraron maravillados y dijeron: —¡Has dado muerte al Gran Gusano! ¡Alabado por siempre será tu nombre entre los Elfos y los Hombres!

—No me importa —dijo Túrin—. Porque también está muerto mi corazón. Pero como venís de Doriath, dadme noticias de mis parientes. Porque se me dijo en Dor-lómin que habían huido al Reino Escondido.

Los Elfos no respondieron, pero por fin Mablung dijo: —Así lo hicieron, en verdad, en el año antes de la aparición del Dragón. Pero por desgracia, ya no están allí. —Entonces el corazón de Túrin se detuvo, escuchando los pasos del destino que lo perseguían hasta el fin.— ¡Sigue hablando! —gritó—. ¡Y no te demores!

—Fueron al descampado en tu busca —dijo Mablung—. Fue en oposición a todo consejo; pero insistieron en ir a Nargothrond cuando se supo que tú eras la Espada Negra; y Glaurung apareció, y todos los que las custodiaban se dispersaron. A Morwen nadie la ha visto desde ese día; pero un hechizo había enmudecido a Nienor, que huyó hacia el norte y se perdió. — Entonces, para asombro de los Elfos, Turín rió con fuerte risa penetrante.— ¿No es acaso una broma? —gritó—. Oh, la hermosa Nienor! De modo que huyó de Doriath al encuentro del Dragón, y del Dragón a mi encuentro. ¡Qué dulce gracia de la fortuna! Era parda como una baya, oscuros sus cabellos, pequeña y esbelta como una niña Elfo, nadie podía confundirla.

Entonces se desconcertó Mablung, y dijo: —Pero aquí hay un error. No era así tu hermana. Era alta, y de ojos azules y de oro fino los cabellos: la imagen misma de Húrin, su padre en forma femenina. ¡No pudiste haberla visto!

—No? No pude haberla visto, Mablung? —gritó Túrin—. Pero... ¡no! Porque, ¿sabes?, ¡soy ciego! ¿No lo sabías? ¡Ciego, ciego, y ando a tientas desde la infancia en las oscuras nieblas de Morgoth! Por tanto, ¡dejadme! ¡idos, idos! ¡Volved a Doriath, y ojalá el invierno la marchite! ¡Maldita sea Menegroth! ¡Y maldito sea tu cometido! Esto Sólo faltaba. ¡Ahora llega la noche! Entonces huyó de ellos como el viento, y todos quedaron pasmados de asombro y de temor. Pero Mablung dijo: —Algo extraño y espantoso ha sucedido de lo que nosotros nada sabemos. Sigámoslo y ayudémoslo si nos es posible: porque ahora corre desesperado y sin juicio.

Pero Túrin se les adelantó mucho, y llegó a Cabed-en-Aras, y se detuvo; y oyó el rugido del agua y vio que todos los árboles que crecían en las cercanías y a lo lejos se habían marchitado, y las hojas secas y luctuosas caían como si el invierno hubiera llegado en los primeros días del verano.

—¡Cabed-en-Aras, Cabed Naeramarth! —gritó—. No mancillaré tus aguas en las que se bañó Níniel. Porque todas mis acciones han sido malas, y la última la peor.

Entonces desenvainó la espada y dijo: —¡Salve, Gurthang, hierro de la muerte, sólo tú quedas ahora! Pero ¿qué señor o lealtad conoces salvo la mano que te esgrime? ¡Ante ninguna sangre te intimidas! ¿Recibirás a Túrin Turambar? ¿Me matarás de prisa?

Y en la hoja resonó una fría voz: —Sí, beberé tu sangre para olvidar así la sangre de Beleg, mi amo, y la sangre de Brandir, derramada injustamente. Te mataré de prisa.

Entonces Túrin aseguró la empuñadura en el suelo y se arrojó sobre la punta de Gurthang, y la hoja negra le arrebató la vida.

Pero Mablung llegó y miró la espantosa forma de Glaurung que yacía muerto y miró a Túrin y se sintió apenado pensando en Húrin, tal como lo había visto en la Nirnaeth Arnoediad, y en el terrible destino de la casa de Túrin. Y mientras los Elfos estaban allí, llegaron hombres desde Nen Girith a mirar el Dragón, y cuando vieron cuál había sido el fin de la vida de Túrin Turambar, se echaron a llorar; y los Elfos, enterándose por fin del sentido de las palabras de Túrin, se sintieron espantados. Entonces Mablung dijo amargamente: —También yo he sido atrapado en el destino de los Hijos de Húrin, y así, con palabras, he dado muerte a quien amaba.

Entonces levantaron a Túrin y vieron que la espada se había partido. Así acababa todo lo que había poseído en vida.

Con el trabajo de muchas manos recogieron leña, y la apilaron e hicieron una gran fogata, y destruyeron el cuerpo del Dragón, hasta que no fue sino unas negras cenizas, y golpearon sus huesos hasta que quedaron confundidos con el polvo, y el sitio de la cremación fue siempre en adelante desnudo y baldío. Pero a Túrin lo colocaron sobre un alto túmulo levantado en el lugar donde había caído, y los fragmentos de Gurthang fueron puestos a su lado. Y cuando todo

estuvo terminado y los cantores de los Elfos y de los Hombres hubieron compuesto un lamento en el que se hablaba del valor de Turambar y de la belleza de Níniel, trajeron una lápida gris que se colocó sobre el túmulo; y sobre ella los Elfos grabaron en las runas de Doriath: y debajo escribieron también:

NIENOR NINIEL

Pero ella no estaba allí, ni nunca se supo dónde la habían llevado las frías aguas del Teiglin.

Así termina la Historia de los Hijos de Húrin, la más larga de las baladas de Beleriand.

NOTAS

En una nota introductoria que se encuentra en diversas formas se dice que aunque escrita en lengua élfica y con abundantes referencias a las tradiciones de los Elfos, en especial de Doriath, la «Narn i Hîn Húrin» fue obra de un poeta del pueblo de los Hombres, Dírhaven, que VIVIO en los Puertos de Sirion en los días de Eärendil, y allí recogió todas las noticias que pudo sobre la Casa de Hador, provinieran de Hombres o de Elfos, sobrevivientes y fugitivos de Dor-lómin, de Nargothrond, de Gondolin o de Doriath. En una versión de esa nota se dice que el mismo Dírhaven pertenecía a la Casa de Hador. Esta balada, la más larga de todas las de Beleriand, fue lo único que compuso, pero los Eldar le concedieron gran valor, pues Dírhaven empleó en ella la lengua de los Elfos Grises con suma habilidad. Utilizó el tipo de verso élfico llamado *Minlamed thent / estent*, antaño propio de la *narn* (historia contada en verso, pero para ser dicha y no cantada). Dírhaven pereció cuando los Hijos de Fëanor atacaron los Puertos de Sirion.

1. En este punto del texto de la «Narn» hay un pasaje en que se describe la estadía de Húrin y Huor en Gondolin. Reproduce muy de cerca la historia que se cuenta en uno de los «textos constitutivos» de *El Silmarillion*, tanto, que no es sino una variante de ella, por lo que no la repito aquí. Puede leerse en *El Silmarillion*.
2. Aquí en el texto de la «Narn» aparece un pasaje en el que se describe la Nirnaeth Arnoediad, que excluyo por la misma razón expuesta en la nota i; véase *El Silmarillion*.
3. En otra versión del texto se dice explícitamente que Morwen tuvo trato con los Eldar, que moraban secretamente en las montañas, no muy lejos de su casa. «Pero no les era posible darle noticia alguna. Nadie había visto caer a Húrin. “No estaba cerca de Fingon —decían—; fue rechazado hacia el sur con Turgon, pero si alguno de los suyos escapó, estaba a la zaga del ejército de Gondolin. Pero ¿quién sabe? Porque los Orcos han apilado juntos a todos los muertos, y cualquier búsqueda sería vana, aun cuando alguien se atreviera a ir al Haudh-en-Nirnaeth.”»
4. Compárese esta descripción del Yelmo de Hador con las «grandes máscaras de espantoso aspecto» que llevaban los Enanos de Belegost en la Nirnaeth Arnoediad, que de tanto «les servían contra los dragones» (*EL Silmarillion*). Túrin llevó una máscara de Enanos cuando salió a la batalla de Nargothrond, «y los enemigos huían delante de su cara». Véase además el Apéndice de la «Narn» más adelante.
5. En ningún otro Sitio se menciona la incursión de los Orcos en Beleriand Este, en la que Maedhros salva a Azaghal.
6. Mi padre observó en otra parte que el lenguaje de Doriath, tanto el de los Reyes como el de los súbditos, era en los días de Túrin más antiguo que el utilizado en otros sitios; y también que Mím observó (aunque los escritos que se refieren a Mím no lo mencionó) que lo único de lo que Túrin no pudo deshacerse, a pesar de su despecho en relación con Doriath, fue del lenguaje que había aprendido allí.
7. Una nota marginal en un texto dice aquí: «Siempre buscó en las caras de todas las mujeres, la cara de Lalaith».
8. En una variante de esta parte de la narración se dice que Saeros era pariente de Daeron, y en otra, su hermano; el texto impreso es probablemente el último.

9. *Woodwose*: «hombre salvaje de los bosques»; véase flota 14 de «Los Drúedain», *Cuentos inconclusos 117. La Tercera Edad*.
10. En una variante de esta parte de la historia Túrin declaró su verdadero nombre a los proscritos; y sostuvo que, siendo por derecho señor y juez del Pueblo de Hador, había matado a Forweg con justicia, dado que éste era un hombre de Dor-lómin. Entonces Alkund, el viejo proscrito que había descendido por el Sirion huyendo de la Nirnaeth Arnoediad, dijo que desde hacía mucho los ojos de Túrin le recordaban los de otro del que no guardaba memoria, pero que ahora reconocía en él al hijo de Húrin. «—Pero era un hombre de menor talla, pequeño comparado con los de su pueblo, aunque ardía un fuego en él; y con cabellos de color de oro rojo. Tú eres moreno y alto. Veo a tu madre en ti, ahora que te miro más de Cerca; ella pertenecía al pueblo de Bëor. Me pregunto cuál fue su suerte. —No lo sé —dijo Túrin—. No llegan nuevas desde el Norte.» En esta misma versión fue el conocimiento de que Neithan era Túrin, hijo de Húrin, lo que hizo que los proscritos, originarios de Dor-lómin, lo aceptaran como conductor de la banda.
11. Las últimas versiones escritas de esta parte de la historia concuerdan en que cuando Túrin llegó a capitán de la banda de proscritos, los condujo lejos de las casas de los Hombres de los Bosques, al sur del Teiglin, y que Beleg llegó allí poco después que ellos hubieran partido; pero la geografía no resulta clara, y los movimientos de los proscritos son conflictivos. Parece necesario suponer, dado el desarrollo ulterior de la narración, que permanecieron en el Valle del Sirion, y que en verdad no estaban lejos del sitio en que solían merodear cuando los orcos atacaron los dominios de los Hombres de los Bosques. En una versión provisional, fueron hacia el sur y llegaron «al país *por* sobre el Aelinuial y los Marjales del Sirion» pero como los hombres no estaban satisfechos de esa «tierra desprotegida», Túrin se convenció de que debía conducirlos de vuelta a las tierras boscosas al sur del Teiglin, donde los había encontrado por primera vez. Esto se adecuaría a las exigencias de la narración.
12. En *Él Silmarillion* la historia continúa con el adiós de Beleg a Túrin, el extraño pronóstico de Túrin de que su suerte lo llevaría a Amon Rûdh, la llegada de Beleg a Menegroth (donde recibió la espada Anglachel de Thingol y el *lembas* de Melian), y su retorno a la guerra contra los orcos en Dimbar. Estos hechos no aparecen en ningún otro texto, y aquí se omite el pasaje.
13. Túrin huyó de Doriath en el verano; pasó el otoño y el invierno entre los proscritos, y mató a Forweg y se convirtió en capitán de la banda en la primavera del año siguiente. Los acontecimientos que se describen aquí ocurrieron durante el verano del mismo año.
14. Se dice que el *aeglos*, «espino de las nieves», era como el *árgoma* (tojo), sólo que más grande y con flores blancas. *Aeglos* era también el nombre de la lanza de Gil-galad. El *seregon*, «sangre de piedra», era una planta de la especie llamada en inglés «*stonecrop*» (uva cana), cuyas flores eran de un fuerte color rojo.
15. Así también las matas de aulaga de flores amarillas, que Frodo, Sam y Gollum encontraron en Ithilien, eran «delgadas y desgarradas abajo, pero espesas arriba», de modo que podían andar erguidos entre ellas «atravesando largos senderos secos», y tenían flores que «Centellaban en la oscuridad y esparcían una fragancia suave y delicada» (véase *Las Dos Torres*, Iv, 7).
16. En otros sitios el nombre sindarin con que se designa a los Enanos Pequeños es *Noegyth Nibin* (en *El Silmarillion*) y *Nibin-Nogrim*. Los «altos páramos que se alzaban entre los Valles del Sirion y el Narog», al nordeste de Nargothrond (pág. 177, más atrás) reciben más de una vez el nombre de los Páramos de los Nibin-noeg (o variantes del mismo).
17. El alto acantilado que Mím les hizo atravesar por la hendidura que él llamó «el portón del patio», era (según parece) el borde septentrional del saliente; los acantilados de los lados oriental y occidental eran mucho más escarpados.
18. La maldición de Andróg aparece también en esta forma: «Ojalá le falte un arco a la hora de la muerte». Tal como sucedieron las cosas, Mím encontró la muerte en manos de Húrin ante las Puertas de Nargothrond (véase *El Silmarillion*).
19. No se explica el misterio de las otras cosas que había en el saco de Mím. La única otra mención del tema es una nota garrapateada de prisa que sugiere que había lingotes de oro, disimulados como raíces, y se refiere al hecho de que Mím buscaba viejos tesoros en una casa de Enanos cerca de las «piedras planas». Sin duda eran las que en el texto (pág. 172) se mencionan como «grandes piedras erguidas unas contra otras, o derribadas», en el sitio

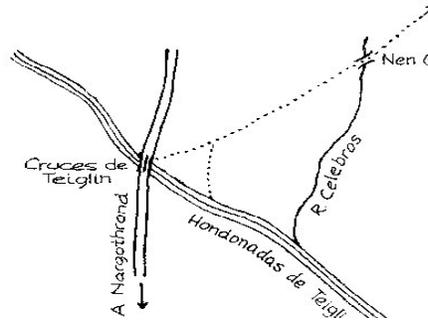
donde Mím fue capturado. Pero en ninguna parte hay indicios del papel que desempeñaría este tesoro en la historia de Bar-en-Danwedh.

20. Se dice en la pág. i 25 que el paso sobre la estribación de Amon Darthir era el único «entre Serech y el lejano oeste donde Dor-lómin limitaba con Nevrast».
21. En la historia, tal como se cuenta en *El Silmarillion*, el mal presagio de Brandir ocurre después de haber escuchado «Las nuevas traídas por Dorlas», y por tanto (según parece), después de saber que el hombre transportado en la litera era la Espada Negra de Nargothrond, de quien se decía que era hijo de Húrin de Dor-lómin.
22. Véase pág. 270, donde se menciona que Orodreth intercambiaba mensajes con Thingol «por vías secretas».
23. En *El Silmarillion* se dice que Las Altas Faroth o Taur-en-Faroth «son extensas tierras altas cubiertas de bosques. La descripción que se da de ellas aquí como pardas y desoladas se refiere quizá a que empezaba la primavera, y los árboles estaban desprovistos de hojas.
24. Podría suponerse que sólo cuando todo estuvo terminado, y Túrin y Nienor muertos, se recordaron los estremecimientos de Nienor, y se descubrió qué significaban, y se le dio a Dimrost el nuevo nombre de Nen Girith; pero Nen Girith es el nombre que se utiliza a todo lo largo de la leyenda.
25. Si la intención de Glaurung hubiera sido en verdad volver a Angband, podría suponerse que hubiera tomado el viejo camino a los Cruces del Teiglin, no han apartado del que lo llevó a Cabed-en-Aras. Quizá pueda conjeturarse que volvería a Angband por el mismo camino que tomó para ir al sur hacia Nargothrond, remontando el Narog hacia Ivrin. Cf. también las palabras de Mablung (pág. 255): «Vi la salida de Glaurung y pensé que ... volvía con su Amo. Pero se encaminó a Brethil .. ».

Cuando Turambar dijo tener la esperanza de que Glaurung seguiría derecho y no se desviaría, se refería a que si el Dragón trepaba por el Teiglin hasta los cruces, podría entrar en Brethil sin necesidad de cruzar la garganta, donde sería vulnerable: ténganse en cuenta las palabras que dirige a los hombres en Nen Girith, págs. 231-232.

26. No encontré mapa alguno que ilustre la idea de mi padre sobre la topografía de estos sitios, pero el esbozo que sigue corresponde al menos a las referencias mencionadas en la narración:

... el esbozo que sigue corresponde al menos a las referencias mencionadas en la narración:



27. Las frases «se alejó frenéticamente de aquel sitio» y «siguió corriendo por delante de él» sugieren que había cierta distancia entre el lugar en que Túrin yacía junto al cadáver del Dragón y el borde de la garganta. Quizá el salto de muerte del Dragón lo arrastrara lejos del borde.
28. Más adelante en la narración (pág. 257) el mismo Túrin, antes de morir, llamó al sitio Cabed Naera-marth, y puede suponerse que la tradición de sus últimas palabras se perpetuó en el nuevo nombre.

Aquí, y también en *El Silmarillion*, Brandir aparece como el último hombre que contempla Cabed-en-Aras, y esto a pesar de la visita posterior de Túrin, y también la de los Elfos y de todos aquellos que erigieron el túmulo funerario sobre los despojos del héroe. Esta aparente discrepancia quizá se explique tomando las palabras de la «Narn» sobre Brandir en un sentido estrecho: en realidad fue el último hombre que «contempló su

oscuridad». Era intención de mi padre alterar la narración de modo que Túrín se quitara la vida no en Cabed-en-Aras, sino sobre el montículo de Finduilas, junto a los Cruces del Teiglin; pero nunca llegó a darle forma escrita.

29. De esto parece desprenderse que «El Salto del Ciervo» era el nombre original del sitio y, en realidad el significado de Cabed-en-Aras.

APENDICE

Desde el punto de la historia en que Túrin y sus hombres se establecen en la antigua morada de los Enanos Pequeños en Amon Rúdh, no hay ningún relato detallado hasta que la «Narn» retoma el viaje de Túrin hacia el norte después de la caída de Nargothrond. A partir de muchos esbozos provisionarios o exploratorios y notas, es posible sin embargo reconstruir algunos episodios que amplían la mera crónica resumida que se ofrece en *EL Silmarillion*, y aun algunos pasajes completos, breves y coherentes que hubieran podido ser parte de la «Narn».

Un fragmento aislado cuenta la vida de los proscritos en Amon Rúdh, después de que se establecieron allí, e incluye una descripción de Bar-en-Danwedh.

Durante un buen tiempo la vida de los proscritos fue lo que ellos esperaban. Los alimentos no eran escasos y tenían buen abrigo, caliente y seco, con espacio suficiente y aun de sobra; porque descubrieron que las cavernas podían cobijar a un centenar de hombres, y más todavía si era necesario. Más adentro había otra estancia. Tenía un hogar a un lado, y el humo escapaba por una hendidura en la roca hasta una grieta astutamente oculta en la ladera de la colina. Había también otras muchas cámaras, a las que se llegaba desde las estancias o por un pasaje entre ellas, algunas destinadas a vivienda, y otras a talleres o almacenes. Mím tenía en almacenaje más artes que ellos, y muchos vasos y cofres de piedra y madera que parecían muy antiguos. Pero la mayoría de esas cámaras estaban ahora vacías: en los armarios colgaban hachas y otras herramientas, polvorientas y oxidadas; las estanterías y las alacenas estaban vacías, y las herrerías ociosas. Salvo una: era un cuarto reducido al que se accedía desde la estancia interior de la caverna, y que tenía un hogar que compartía el escape de humo con el de la estancia. Allí trabajaba Mím a veces, pero no permitía que nadie lo acompañase.

Durante el resto del año va no hicieron incursiones, y si salían para cazar o recolectar alimentos, iban casi siempre en pequeños grupos. Pero durante mucho tiempo, con excepción de Túrin y no más de seis de sus hombres, les fue difícil encontrar el camino de regreso. No obstante, al ver que algunos eran capaces de llegar a la guarida sin ayuda de Mím, apostaron un guardián de día y de noche Cerca de la hendidura en el muro septentrional. Del sur no esperaban enemigos, pues no había por qué temer que nadie escalara Amon Rúdh por ese lado; pero de día había casi siempre un guardián sobre la cima, desde donde podía divisar los alrededores a gran distancia. Aunque la cima era escarpada, era fácil llegar a ella, pues al este de la boca de la caverna se habían tallado unos peldaños en la roca, por los que un hombre podía trepar sin ayuda.

Así avanzó el año sin daño ni alarma. Pero a medida que pasaban los días, y el estanque se volvió gris y frío, y los abedules quedaron desnudos, y volvieron las grandes lluvias, los hombres tuvieron que quedarse más tiempo al abrigo de las cavernas. Y pronto se cansaron de la oscuridad bajo la colina, o de la penumbra en las estancias; y a la mayoría les parecía que la vida sería mejor si no tuvieran que compartirla con Mím. Con demasiada frecuencia surgía de algún rincón oscuro o una puerta cuando se lo creía en otro sitio; y cuando Mím estaba cerca se sentían incómodos, y empezaron a hablarse entre ellos en voz baja.

No obstante, y a los hombres les parecía extraño, Túrin era distinto; se mostraba cada vez más amistoso con el Enano, y le prestaba cada vez más atención. Durante todo el invierno, permanecía durante horas sentado con Mím, escuchando sus cuentos y la historia de su vida; y Túrin no lo reprendía si hablaba mal de los Eldar. Mím parecía complacido y se mostraba muy amable con Túrin. Sólo a él le permitía que visitara la herrería de vez en cuando, y allí hablaban los dos en calma. Menos complacidos estaban los hombres; y Andróg miraba todo con ojos celosos.

El texto que sigue en *El Silmarillion* no indica cómo Beleg encontró el camino a Bar-en-Danwedh: «apareció de pronto entre ellos» «en el opaco crepúsculo de un día de invierno». En otros breves esbozos se dice que por la imprevisión de los proscritos, los alimentos escasearon en Baren-Danwedh durante el invierno, y Mím les escatimaba las raíces comestibles que guardaba en los almacenes; por tanto, a comienzos del año salieron del refugio en una partida de caza. Beleg, que se aproximaba a Amon Rúdh, encontró sus huellas, y o bien las siguió hasta

un campamento en el que se vieron obligados a refugiarse a causa de una súbita tormenta de nieve, o bien fue tras ellos cuando regresaban a Bar-en-Danwedh, dónde entró sin ser visto.

Por ese tiempo, Andróg, que buscaba el almacén de alimentos secreto de Mím, se perdió en las cavernas y encontró una escalera escondida que llevaba a la cima plana de Amon Rûdh (fue por esta escalera que algunos proscritos huyeron de Bar-en-Danwedh cuando fue atacada por los Orcos. (Véase *El Silmarillion*) Y ya durante la incursión que acaba de mencionarse, o en una ocasión posterior, Andróg, que llevaba arco y flechas en desafío de la maldición de Mím, fue herido por una flecha envenenada: Sólo en una de las varias referencias a este hecho se dice que fue una flecha disparada por Orcos.

Beleg curó a Andróg de esta herida, pero sin embargo no por eso confió Andróg más en los Elfos; y el odio que experimentaba Mím por Beleg se acrecentó más todavía, pues Beleg había «deshecho» la maldición. —Volverá a morder —dijo. Se le ocurrió a Mím que si comía los *lembas* de Melian recobraría la juventud y las fuerzas; y como no podía llegar a apoderarse de ellos furtivamente, se fingió enfermo y rogó a su enemigo que se los diera. Cuando Beleg se negó, el odio de Mím quedó sellado, tanto más porque Túrin amaba al Elfo.

Puede mencionarse aquí que cuando Beleg sacó los *lembas* de su saco (véase *El Silmarillion*), Túrin lo rechazó: las hojas de plata lucían rojas a la luz del fuego; y cuando Túrin vio el sello, se le oscurecieron los ojos.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó.

—El mayor don que alguien que aún te ama tiene para dar —respondió Beleg—. He aquí el *lembas*, el pan del camino de los Eldar, que ningún Hombre ha probado todavía.

—El yelmo de mis padres lo recibo de buen grado—dijo Túrin—, porque tú lo guardaste; pero nada quiero recibir de Doriath.

—Entonces envía allí tu espada y tus armas —dijo Beleg—. Y también los conocimientos y la comida que recibiste en tu juventud. Y que tus hombres mueran en el desierto para complacer tu talante. Sin embargo, este pan del camino fue un regalo para mí y no para ti, y puedo hacer de él lo que se me antoje. No lo comas si no te pasa de la garganta; pero otros puede haber más hambrientos y menos orgullosos.

Entonces Túrin se avergonzó, y en cuanto a los *lembas*, olvidó su orgullo.

Hay algunas otras noticias fragmentarias sobre Dor-Cúarthol, la Tierra del Arco y el Yelmo, donde Beleg y Túrin se convirtieron, desde el fuerte de Amon Rûdh, en los conductores de un gran ejército en las tierras al sur del Teiglin (véase *El Silmarillion*).

Túrin recibió de buen grado a todos los que acudieron a él, pero por consejo de Beleg no admitió a ningún recién llegado en su refugio de Amon Rûdh (que se llamaba ahora Echad i Sedryn, Campamento de los Fieles); el camino para llegar allí sólo los de la Vieja Compañía lo conocían, y nadie más era admitido. Pero otros campamentos y fuertes protegidos se establecieron en derredor: en el bosque del este, o en las tierras altas, o en los marjales del sur, desde Methed-en-Glad («el Fin del Bosque») hasta Barenb, a algunas leguas al sur de Amon Rûdh; y desde todos esos lugares los hombres podían divisar la cima de Amon Rûdh, y por señales recibían noticias y órdenes.

De ese modo, antes de terminar el verano, los secuaces de Túrin se convirtieron en una gran fuerza; y el poder de Angband fue rechazado. Pero esto llegó a saberse aun en Nargothrond, y muchos se impacientaron allí, diciendo que si un proscrito podía infligir tales daños al enemigo, qué no podría hacer entonces el señor de Narog. Pero Orodreth no alteró sus designios. En todo seguía a Thingol, con quien intercambiaba mensajes por vías secretas; y era él un señor sabio, de acuerdo con la sabiduría de los que se preocupan en primer término por su propio pueblo, y tratan de averiguar durante cuánto tiempo podrán preservar la vida y las propiedades de los suyos contra la codicia del norte. Por tanto, no permitió que nadie fuera al encuentro de Túrin, y envió mensajeros que le dijeran que en todos sus actos y planes de guerra, no debía poner el pie en tierra de Nargothrond, ni rechazar hacia allí a los Orcos. Pero ofrecía a los Dos Capitanes cualquier otra ayuda, que fuera en armas, y esto, se dice, de acuerdo con lo que sugerían Thingol y Melian.

Se subraya repetidamente que Beleg se opuso en todo momento al designio general de Túrin, aunque no dejó de apoyarlo; que le parecía que el Yelmo del Dragón había hecho en Túrin un efecto que no era el esperado; y que preveía con ánimo turbio lo que acarrearían los días por venir. Se conservan fragmentos de sus diálogos con Túrin acerca de estos asuntos. En uno de ellos los dos están sentados en la fortaleza de Echad i Sedryn, y Túrin le dice a Beleg:

—¿Por qué estás triste y pensativo? ¿No va todo bien desde que volviste a mí? ¿No ha resultado buena mi decisión?

—Todo va bien ahora —dijo Beleg—. nuestros enemigos están aún sorprendidos y atemorizados. Y aún nos esperan días felices, por el momento.

—¿Y después?

—El invierno. Y después un año más para quienes estén todavía con vida.

—¿Y después?

—La ira de Angband. Hemos quemado la yema de los dedos de la Mano Negra... sólo eso. No se retirará.

—Pero ¿no es la ira de Angband nuestro fin y deleite?—dijo Túrin—. ¿Qué más quieres que haga?

—Lo sabes perfectamente bien —dijo Beleg—. Pero de ese camino me has prohibido hablar. Pero escúchame ahora. El señor de un gran ejército tiene múltiples necesidades. Ha de contar con un refugio seguro; y ha de tener riquezas y mucha gente cuyo trabajo no sea la guerra. Con el número crece la necesidad de alimentos, más que los que el desierto procura; y así el secreto ya no puede guardarse. Amon Rûdh es un buen sitio para unos pocos... tiene ojos y oídos. Pero se levanta en un Sitio solitario, y se divisa desde lejos; y no es necesaria una gran fuerza para rodearlo.

—No obstante, seré el capitán de mi propio ejército—dijo Túrin—, y si caigo, caigo, Aquí intercepto el camino de Morgoth, y mientras yo esté aquí él no podrá tomar la ruta del sur. Por ello Nargothrond me debe algún agradecimiento; y aun ayudar con cosas necesarias.

En otro breve pasaje, Túrin replica a las advertencias de Beleg sobre la fragilidad de su poder:

—Quiero regir una tierra; pero no ésta. Aquí Sólo quiero reunir fuerzas. Hacia la tierra de mi padre en Dor-lómin se vuelca mi corazón, y allí iré cuando pueda.

Se afirma también que por un tiempo Morgoth retiró su mano, y sólo llevó a cabo ataques fingidos, «de modo que por una fácil victoria la confianza de estos rebeldes se volviera presuntuosa; como sucedió en realidad».

Andróg vuelve a aparecer en un esbozo del ataque a Amon Rûdh. Sólo entonces le reveló a Túrin la existencia de la escalera interior; y fue uno de los que por esa vía llegó a la cima. Se dice que allí luchó con más valentía que nadie, pero cayó por fin mortalmente herido por una flecha; y así se cumplió la maldición de Mîm.

A la historia que se cuenta en *El Silmarillion* sobre el viaje de Beleg en busca de Túrin, el encuentro con Gwindor en Taur-nu-Fuin, el rescate de Túrin y la muerte de Beleg a manos de Túrin, no hay nada de importancia que agregar. En cuanto a la «lámpara Fëanoriana» de resplandor azulino que poseía Gwindor, y el papel que ésta desempeñaba en una versión de la historia, véase página 94, Nota 2.

Es oportuno mencionar aquí que mi padre tenía intención de prolongar la historia del Yelmo del Dragón de Dor-lómin hasta el período de la estada de Túrin en Nargothrond, y aún más; pero esto nunca se incorporó a las narraciones. En las versiones existentes, el Yelmo desaparece con el fin de Dor-Cúarthol, en la destrucción de la fortaleza de los proscritos en Amon Rûdh; pero de algún modo iría a reaparecer en posesión de Túrin en Nargothrond. Sólo podría haber ido a parar allí si los Orcos que llevaban a Túrin a Angband lo hubieran transportado.

Pero esta recuperación del Yelmo cuando Beleg y Gwindor rescataron a Túrin, habría exigido cierto desarrollo de la historia.

Un fragmento aislado cuenta que Túrin no quería llevar nuevamente el Yelmo en Nargothrond «temiendo que lo delatara»; pero lo llevó cuando fue a la Batalla de Tumhalad (*El Silmarillion* dice que tenía puesta la máscara de Enano que encontrara en las armerías de Nargothrond). He aquí la continuación de la nota:

Por temor al Yelmo todos los enemigos lo evitaban, y fue así que salió ileso de ese campo mortal, y regresó a Nargothrond llevando el Yelmo del Dragón. Glaurung, deseoso de arrebatarse a Túrin la ayuda y protección del Yelmo (puesto que él mismo lo temía), lo provocó diciendo que seguramente Túrin se declaraba vasallo y servidor de Morgoth, puesto que llevaba su imagen en la cimera del Yelmo.

Pero Túrin respondió: —Mientes y lo sabes. Porque esta imagen fue hecha para tu escarnio; y mientras haya quien la lleve, siempre te morderá la duda de que sea él quien ponga término a tu destino.

—Entonces he de aguardar a un poseedor de otro nombre —dijo Glaurung—; porque a Túrin, hijo de Húrin, no le tengo miedo. Muy distinta es la verdad. Porque no tiene el atrevimiento de mirarme cara a cara abiertamente.

Y en verdad tan grande era el terror que el Dragón provocaba, que Túrin no se atrevía a mirarlo directamente a los ojos, y había mantenido baja la visera del Yelmo, y durante el parlamento no había mirado más arriba de los pies de Glaurung. Pero así desafiado, con precipitación y orgullo, levantó la visera, y clavó la vista en los ojos del Dragón.

En otro sitio hay una nota en la que se dice que cuando Morwen oyó en Doriath que el Yelmo del Dragón había aparecido en la Batalla de Tumhalad, supo que el rumor no mentía, que la Mormegil era en realidad Túrin, su hijo.

Por último se sugiere que Túrin había de llevar el Yelmo cuando matara a Glaurung, y que en ese momento provocaría al Dragón con las palabras que éste le dirigiera en Nargothrond sobre «un poseedor de otro nombre» pero no hay indicio de cómo se hubiera desarrollado la historia para hacer esto posible.

Un fragmento precisa la naturaleza y la sustancia de la oposición de Gwindor a la política seguida por Túrin en Nargothrond, sobre la que hay sólo una ligera referencia en *El Silmarillion*. Este fragmento no es en verdad un relato completo, pero puede reconstruirse así:

Gwindor hablaba siempre contra Túrin en el consejo del Rey, diciendo que él había estado en Angband, y que algo conocía del poder de Morgoth y sus designios.

—Las pequeñas victorias de nada valdrán en definitiva —decía—, pues es así como Morgoth se entera en dónde se encuentran los más audaces de sus enemigos, y reúne fuerzas suficientes para aniquilarlos. Todo el poder de los Elfos y de los Edain sumados bastó justo para contenerlo, y para ganar el respiro del estado de sitio; un largo respiro en verdad, pero que duraría sólo lo que quisiera Morgoth, y nunca otra vez será posible obtener una unión semejante. Únicamente en el secreto hay ahora esperanzas; hasta que lleguen los Valar.

—¡Los Valar! —exclamó entonces Túrin—. Os han abandonado, y desprecian a los Hombres. ¿De qué sirve mirar al Oeste más allá del Mar infinito? Sólo hay un Valar que nos importa, y ése es Morgoth; y si en definitiva *no* podemos vencerlo, podemos cuando menos hacerle daño y estorbarlo. Porque una victoria es una victoria, aunque parezca pequeña, y no tiene valor tan sólo por lo que le sigue. Pero también es eficaz ahora; porque si no se hace nada por detenerlo, toda Beleriand estará bajo su sombra antes que transcurran muchos años, y uno por uno os hará salir de vuestros escondites. ¿Y entonces qué? Un resto lamentable huirá hacia el sur y hacia el oeste, acobardado a orillas del Mar, atrapado entre Morgoth y Ossë. Es mejor por tanto, vivir un tiempo de gloria, aunque sea efímero; porque no será peor el final. Habíais de secreto y decís que sólo en él hay esperanzas; pero si pudierais tender emboscadas y atacar a todo explorador y espía de Morgoth, hasta el último y el más pequeño, de modo que él nunca tuviera nuevas de Angband, por eso mismo se enteraría de que vivís y adivinaría dónde. Y esto digo también: aunque los Hombres tienen poca vida en comparación con los Elfos, de buen grado la perderían en la batalla antes que huir o someterse. El desafío de Húrin Thalion es una gran hazaña; y aunque Morgoth mate a su ejecutor, no puede hacer que la hazaña no haya ocurrido. Incluso los señores del Oeste lo honrarían. Y ¿no está acaso escrita en la historia de

Arda de manera que ni Morgoth ni Manwë la pueden borrar?

—Hablas de elevados asuntos —respondió Gwindor—, y está claro que has vivido entre los Eldar. Pero una oscuridad hay en ti si mencionas juntos a Morgoth y Manwë, o si hablas de los Valar como si fueran enemigos de los Elfos o de los Hombres; porque los Valar no menosprecian a nadie y menos todavía a los Hijos de Ilúvatar. Tampoco conoces todas las esperanzas de los Eldar. Según una profecía conocida entre nosotros un día llegará un mensajero de la Tierra Media, atravesará las sombras y vendrá a Valinor, y Manwë lo escuchará, y Mandos se aplacará. ¿No hemos de preservar la simiente de los Noldor y también la de los Edain hasta ese momento? Y Círdan vive ahora en el Sur, y allí construye barcos; pero ¿qué sabes tú de barcos o del mar? Piensas en ti mismo y en tu propia gloria; y nos pides que cada cual haga lo mismo; pero nosotros hemos de pensar en otros tanto como en nosotros, porque no todos pueden luchar y caer, y tenemos que protegerlos de la guerra y la ruina mientras podamos.

—Entonces envíalos a tuS barcos mientras haya tiempo todavía —dijo Túrin.

—No se separarán de nosotros —dijo Gwindor—, aun cuando Círdan pudiera mantenerlos. Tenemos que vivir juntos tanto como podamos, y no cortejar a la muerte.

—A todo eso ya he contestado —dijo Túrin—. Valiente defensa de la frontera y duros golpes al enemigo antes que se rehaga: esas medidas son la única vía, no hay mejor esperanza si queréis vivir mucho tiempo juntos. Y esos de los que hablas, ¿aman más a tos que se esconden en los bosques, de caza siempre como los lobos, que al que se pone el yelmo y se arma con el escudo decorado y rechaza al enemigo aunque sea mayor que todo su ejército? Al menos las mujeres de los Edain, no. No impidieron que sus hombres fueran a la Nirnaeth Arnoediad.

—Pero sufrieron mayores daños que si esa guerra no se hubiera librado.

El amor de Finduilas por Túrin también tenía que haberse tratado más acabadamente:

Finduilas, la hija de Orodreth, tenía los cabellos dorados como los miembros de la casa de Finarfin; y Túrin empezó a sentirse complacido cuando la veía, o ella lo acompañaba; porque le recordaba a las gentes de su familia y las mujeres de Dor-lómin en casa de su padre. Al principio sólo se encontraba con ella en presencia de Gwindor; pero al cabo de un tiempo ella lo buscaba, y se encontraban a veces a solas, aunque esto parecía suceder por casualidad. Entonces ella le hacía preguntas acerca de los Edain, a quienes había visto poco y rara vez, y acerca de su país y su gente.

Entonces Túrin hablaba libremente con ella acerca de esos asuntos, aunque nunca mencionó el nombre de la tierra en que había nacido, ni el de ninguno de suS parientes; y en una ocasión le dijo:

—Tuve una hermana, Lalaith, o así al menos yo la llamaba; y tú hiciste que me acordara de ella. Pero La-laith era una niña, una flor amarilla en la hierba verde de la primavera; y si hubiera vivido, quizá la pena la habría deslucido. Pero tú eras como una reina, y como un árbol dorado; me gustaría tener una hermana tan hermosa.

—Pero tú eres como un rey —dijo ella—, parecido a los señores del pueblo de Fingolfin; me gustaría tener un hermano tan valiente. Y no creo que Agarwaen sea tu verdadero nombre, y tampoco es adecuado para ti, Adanedhel. Yo te llamo Thurin el Secreto.

Túrin se sobresaltó, pero dijo: —Ese no es mi nombre; y no soy rey, pues todos nuestros reyes son de los Eldar, y yo no lo soy.

Ahora bien, Túrin observó que la amistad que le había mostrado Gwindor, empezaba a enfriarse; y le asombró también que aunque al principio había soportado bien el dolor y el horror de Angband, ahora parecía recaer otra vez en la preocupación y la pena. Y pensó: quizá lo ofenda que me oponga a sus designios y lo haya derrotado; querría que no fuera así. Porque amaba a Gwindor, que le había servido de guía y lo había curado, y sentía mucha piedad por él. Pero en esos días se apagó también el esplendor de Finduilas, los pasos se le hicieron más lentos y la cara más grave, y Túrin, al darse cuenta, creyó que las palabras de Gwindor habían puesto en ella el temor al futuro.

En verdad la mente de Finduilas estaba desgarrada, porque respetaba a Gwindor y sentía lástima por él, y no deseaba añadir ni siquiera una lágrima a su sufrimiento; pero a pesar de ella

el amor que tenía por Túrin crecía día a día, y pensaba en Beren y Lúthien. ¡Pero Túrin no era como Beren! Él no la despreciaba, y estaba siempre contento con ella. Sin embargo sabía que él no la amaba con la especie de amor que ella quería. Tenía la mente y el corazón en otro sitio, en ríos de lejanas primaveras.

Entonces Túrin le habló a Finduilas y le dijo: —No dejes que las palabras de Gwindor te atemorizen. Él ha sufrido en la oscuridad de Angband; y es triste para uno tan valiente estar así tullido y decaído. Necesita alegría alrededor y un tiempo más largo para curarse.

—Lo sé muy bien —dijo ella.

—Pero conquistaremos ese tiempo para él —dijo Túrin—. ¡Nargothrond resistirá! Nunca volverá Morgoth el Cobarde a salir de Angband, y ha de depender totalmente de sus siervos; así lo dice Melian de Doriath. Ellos son los dedos de sus manos; y nosotros los heriremos y se los cortaremos hasta que retire las garras. Nargothrond resistirá!

—Quizá —dijo Finduilas—. Resistirá si tú consigues lo que quieres. Pero ten cuidado, Adanedhel, el corazón se me llena de pesadumbre cuando vas a la batalla, y temo la ruina de Nargothrond.

Y poco después Túrin fue al encuentro de Gwindor y le dijo: —Gwindor, querido amigo, otra vez te gana la tristeza; ¡evítalo! Porque tu corazón está en las casas de tus parientes y a la luz de Finduilas.

Entonces Gwindor se quedó mirando fijamente a Túrin, pero no habló, y se le oscureció la cara.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Túrin—. A menudo me has mirado de un modo extraño, últimamente. ¿En qué te he ofendido? Me he opuesto a tus designios; pero es preciso que el hombre dé voz a lo que concibe, y no disimular la verdad a causa de un asunto privado. Querría que opináramos a una; porque tengo contigo una gran deuda y no la olvidaré.

—¿No la olvidarás? —dijo Gwindor—. Sin embargo tus acciones y tus consejos han cambiado mi hogar y a los míos. Tu sombra se extiende sobre ellos. ¿Por qué he de estar contento cuando me has quitado todo?

Pero Túrin no comprendió estas palabras, y pensó sólo que Gwindor estaba celoso por el sitio que él ocupaba en el corazón y en los designios del Rey.

Sigue un pasaje en el que Gwindor previene a Finduilas contra el amor que ella siente por Túrin, diciéndole quién es en realidad; reproduce muy de cerca el texto de *El Silmarillion*. Pero luego de las palabras de Gwindor, la respuesta de Finduilas es más extensa que en la otra versión:

—Tienes los ojos velados, Gwindor —dijo ella—. No ves ni entiendes lo que aquí ocurre. ¿He de someterme a la doble vergüenza de revelarte la verdad? Porque te amo, Gwindor, y me avergüenza no amarte más todavía, pero hay para mí un amor más grande, del que no puedo escapar. No lo he buscado, y desearía apartarme de él. Pero si tengo lástima de tus heridas, ten tú lástima de las mías. Túrin no me ama; ni me amara.

—Dices eso —dijo Gwindor— para librar de culpa al que amas. ¿Por qué te busca y se pasa las horas sentado contigo, y siempre vuelve más feliz?

—porque también él necesita consuelo —dijo Finduilas—, y está lejos de los suyos. Vosotros tenéis cada uno vuestras propias necesidades. Pero ¿Y Finduilas?

¿No basta que deba confesarte que no soy amada, sino que además dices que lo hago así por engaño?

—No, una mujer no se engaña fácilmente en tales casos —dijo Gwindor—. Ni tampoco hay muchos que nieguen que son amados, si eso es cierto.

—Si uno de nosotros tres es infiel, soy yo: pero no voluntariamente. Pero ¿qué es de tu suerte y de los rumores acerca de Angband? ¿Qué de la muerte y la destrucción? El Adanedhel es poderoso en la historia del Mundo, y alcanzará en estatura al mismo Morgoth, en un venidero día lejano.

—Es orgulloso —dijo Gwindor.

—Pero también es clemente —dijo Finduilas—. No está despierto todavía, pero la piedad puede tocarle el corazón, y no ha de negarlo nunca. Quizá la piedad sea la única vía de acceso al corazón de Túrin, pero no siente piedad por mí. Me reverencia, como si yo fuera a la vez su madre y una reina.

Tal vez Finduilas hablara con verdad, pues veía con los ojos agudos de los Eldar. Y Túrin, que no sabía lo sucedido entre Gwindor y Finduilas, se mostraba cada vez más gentil a medida que ella entristecía. Pero en una ocasión Finduilas le dijo: —Thurin Adanedhel, ¿por qué me ocultaste tu nombre? Si hubiera sabido quién eras, no te habría honrado menos, pero habría comprendido mejor tu pena.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él—. ¿Por quién me tomas?

—Eres Túrin, hijo de Húrin, capitán del Norte.

Entonces Túrin reprochó a Gwindor haber revelado su verdadero nombre, como se cuenta en *El Silmarillion*.

Otro pasaje, de esta misma parte de la narración, tiene una forma más acabada que la que se ofrece en *El Silmarillion* (de la batalla de Tumhalad y el saqueo de Nargothrond no hay ningún otro relato; mientras que los diálogos entre Túrin y el Dragón están tan desarrollados en *El Silmarillion*, que no parece probable que pudieran ampliarse). Este pasaje es relato mucho más extenso de la llegada de los Elfos Gelmir y Arminas a Nargothrond, en el año de su caída (*El Silmarillion*). Para el encuentro anterior con Tuor en Dor-lómin, al que aquí se hace referencia, véanse págs. 42-44.

En la primavera llegaron dos Elfos, y dijeron llamarse Gelmir y Arminas, del pueblo de Finarfin, y que traían un mensaje al Señor de Nargothrond. Fueron llevados ante Túrin; pero Gelmir dijo:

—Es con Orodreth, hijo de Finarfin, con quien queremos hablar.

Y cuando Orodreth se presentó, Gelmir le dijo: —Señor, éramos del pueblo de Angrod, y hemos errado mucho desde la Dagor Bragollach; pero últimamente hemos vivido entre los compañeros de Círdan, junto a las Desembocaduras del Sirion. Y nos llamó un día, y nos envió a vos; porque se le apareció Ulmo mismo, el Señor de las Aguas, y le advirtió del gran peligro que acecha a Nargothrond.

Pero Orodreth era precavido y contestó: —¿Por qué entonces venís aquí desde el norte? ¿O quizá tenéis también otros cometidos entre manos?

Entonces Arminas dijo: —Señor, siempre desde la Nirnaeth he buscado el reino escondido de Turgon, y no lo he encontrado; y temo que esta búsqueda haya retrasado en exceso el mensaje que os traigo. Porque Círdan nos envió en barco a lo largo de la costa, para ganar en secreto y rapidez, y desembarcamos en Drengist. Pero entre la gente marinera había algunos que habían venido al sur en años pasados, como mensajeros de Turgon, y me pareció por la cautela con que hablaban que quizá Turgon viva todavía en el Norte, y no en el Sur, como muchos creen. Pero no hemos encontrado signo ni rumor de lo que buscábamos.

—¿Por qué buscáis a Turgon? —le preguntó Orodreth.

—porque se dice que su reino será el que resistirá más tiempo a Morgoth —respondió Arminas. Y esas palabras le parecieron ominosas a Orodreth, y se sintió disgustado.

—Entonces no os demoréis en Nargothrond —dijo— porque aquí no oiréis noticias de Turgon. Y no necesito a nadie para saber que Nargothrond está en peligro.

—No os enfadéis, señor —dijo Gelmir—, si contestamos vuestras preguntas con verdad. Y habernos apartado del camino directo no ha sido sin fruto, porque hemos dejado atrás a vuestros más alejados exploradores; hemos atravesado Dor-lómin, y todas las tierras bajo las estribaciones de Ered Wethrin, y hemos explorado el Paso del Sirion espiando los senderos del Enemigo. Hay una gran concentración de Orcos y criaturas malignas en esas regiones, y un ejército está reuniéndose en la Isla de Sauron.

—Lo sé —dijo Túrin—. Vuestras nuevas huelen a viejo. Si el mensaje de Círdan tenía algún objeto, debió haber llegado antes.

—Cuando menos, señor, escucharéis el mensaje ahora —dijo Gelmir a Orodreth—. ¡Escuchad las palabras del señor de las Aguas! Así le habló a Círdan el Carpintero de Barcos: «El Mal del Norte ha contaminado las fuentes de Sirion, y mi poder se retira de los dedos de las aguas fluyentes. Pero una cosa peor ha de acaecer todavía. Decid, por tanto, al Señor de Nargothrond: Cerrad las puertas de la fortaleza y no salgáis. Arrojad las piedras de vuestro orgullo al río sonoro, para que el mal reptante no encuentre las puertas».

Estas palabras le parecieron aciagas a Orodreth y como siempre hacía, se volvió a Túrin para oír su consejo. Pero Túrin desconfiaba de los mensajeros y dijo con desdén: —¿Qué sabe de nuestras guerras Círdan, que vive Cerca del Enemigo? ¡Que el marinero cuide de sus barcos! Pero si en verdad el Señor de las Aguas nos da su consejo, que hable más claramente. Porque de otro modo nos parecerá más atinado reunir nuestras fuerzas e ir con nuestros cuerpos al encuentro del enemigo, antes que se acerque demasiado.

Entonces Gelmir se inclinó ante Orodreth y dijo:

—Hablé como se me ordenó que lo hiciera, señor —y se apartó. Pero Arminas dijo a Túrin—: ¿Eres en verdad de la casa de Hador, como oí decir?

—Aquí me llamo Agarwaen, la Espada Negra de Nargothrond —dijo Túrin—. Mucho te dedicas a lo que se habla en secreto, según parece, amigo Arminas; y no conviene que el secreto de Turgon te sea revelado; de lo contrario no tardaría en llegar a oídos de Angband. El nombre de un hombre es cosa que le pertenece, y si se entera el hijo de Húrin que lo has traicionado, cuando él prefiera ocultarse, ¡que Morgoth te atrape y te queme la lengua!

Entonces la negra cólera de Túrin consternó a Arminas; pero Gelmir dijo: —No lo traicionaremos, Agarwaen. ¿No estamos reunidos en consejo, y tras puertas cerradas, donde el lenguaje puede ser más directo? Y Arminas hizo esa pregunta, me parece, porque es sabido de todos los que viven junto al Mar que Ulmo siente gran amor por la Casa de Hador, y algunos dicen que Húrin y Huor, el hermano de Húrin, fueron una vez al Reino Escondido.

—Si fuera así, no habría hablado de eso con nadie, ni con los grandes ni con los pequeños, y menos aún con su hijo que era sólo un niño —respondió Túrin—. Por tanto, no creo que Arminas me haya hecho esa pregunta esperando saber algo de Turgon. Desconfío de los mensajeros de desdicha.

—¡Guárdate la desconfianza! —dijo Arminas con enfado—. Gelmir se equivoca. Te hice esa pregunta porque dudé de lo que aquí se cree; pues no pareces en verdad de la casa de Hador, sea cual fuere tu nombre.

—¿Qué sabes de ellos? —preguntó Túrin.

—A Húrin lo he visto —respondió Arminas—, y a sus padres antes que a él. Y en las ruinas de Dor-lómin me encontré con Tuor, hijo de Huor, hermano de Húrin; y él es como sus padres, pero tú no.

—Quizá sea así —dijo Túrin—, aunque de Tuor nunca oí antes de ahora. Pero si mis cabellos son oscuros y no dorados, de eso no me avergüenzo. Porque no soy el primero de los hijos que se asemeja a su madre; y yo descendo a través de Morwen Eledhwen de la Casa de Bëor y los parientes de Beren Camlost.

—No me refería a la diferencia entre la oscuridad y el oro —dijo Arminas—. Pero otros de la Casa de Hador se conducen de otra manera, y Tuor entre ellos. Porque tienen maneras corteses, y escuchan los buenos consejos, y reverencian a los Señores del Oeste. Pero tú, según parece, sólo recibes consejo de ti mismo o de tu espada; y hablas con altivez. Y te digo, Agarwaen Mormegil, que si así lo haces, otro será tu destino que el que pueda pretender un descendiente de las Casas de Hador y de Bëor.

—Otro ha sido —respondió Túrin—. Y si, como parece, he de soportar el odio de Morgoth a causa del valor de mi padre, ¿he de soportar también las provocaciones de un agorero fugitivo, aunque pretenda ser pariente de reyes? Te lo aconsejo: vuelve a la seguridad de las costas del Mar.

Entonces Gelmir y Arminas partieron, y volvieron al Sur; y a pesar de los dicterios de Túrin, de buen grado habrían aguardado la batalla junto a sus parientes, y sólo partieron porque Círdan les había pedido, por orden de Ulmo, que le llevaran la respuesta de Nargothrond. Y Orodreth se sintió muy perturbado por las palabras de los mensajeros; y el ánimo de Túrin se volvió todavía más fiero y de ningún modo quiso escuchar los consejos de Orodreth, y menos que nada consintió en que se derribara el puente. Porque eso, al menos, de las palabras de Ulmo, había sido leído con verdad.

En ningún sitio se explica por qué Gelmir y Arminas, que tenían un mensaje urgente que llevar a Nargothrond, fueron enviados por Círdan a lo largo de la costa hasta el Estuario de Drengist. Arminas dice que fue para ganar en secreto y rapidez; pero mayor habría sido el secreto sin duda si hubiera llevado el viaje a cabo remontando el Narog desde el sur. Es posible suponer

que Círdan lo hizo obedeciendo la orden de Ulmo (para que así pudieran encontrarse con Tuor en Dor-lómin, y guiarlo a través de la puerta de los Noldor), pero no hay sugerencias de esto en ninguna parte.

SEGUNDA PARTE

LA SEGUNDA EDAD

I

UNA DESCRIPCIÓN DE LA ISLA DE NÚMENOR

La relación de la Isla de Númenor que aquí sigue se basa en descripciones y mapas rudimentarios que durante mucho tiempo se preservaron en los archivos de los Reyes de Gondor. Estos no representan en verdad sino una pequeña parte de todo lo que alguna vez se escribió, pues los hombres eruditos de Númenor compusieron muchos tratados de historia natural y geografía; pero éstos, lo mismo que casi todo otro rastro de la grandeza de Númenor en las artes y las ciencias, desaparecieron en la gran inundación.

Aun los documentos preservados en Gondor o en Imladris (donde los tesoros de los reyes númenóreanos del norte fueron depositados al cuidado de Elrond) se perdieron o fueron destruidos por negligencia. Porque aunque los sobrevivientes que se establecieron en la Tierra Media sentían «nostalgia», como ellos decían, por *Akallabêth*, la Derribada, y aun al cabo de prolongadas edades nunca dejaron de considerarse en cierto sentido exiliados, cuando fue evidente que la Tierra del Don les había sido quitada y que Númenor había desaparecido para siempre, casi todos, salvo unos pocos, consideraron que el estudio de lo que quedaba de su historia de nada servía y sólo era causa de lamentaciones inútiles. En edades posteriores sólo se recordaba la historia de Ar-Pharazôn y de su flota impía.

El perímetro de la tierra de Númenor se asemejaba a una estrella de cinco puntas o pentágono, con una porción central de unas doscientas cincuenta millas de norte a sur y de este a oeste, a partir de la cual se extendían cinco grandes promontorios peninsulares. Estos promontorios se consideraban regiones separadas, y se llamaban Forostar (Tierras Septentrionales), Andustar (Tierras Occidentales), Hyarnustar (Tierras Sur occidentales), Hyarrostar (Tierras Australes) y Orrostar (Tierras Orientales). La porción central se llamaba Mittalmar (Tierra Adentro), y no tenía costa, salvo los terrenos en torno a Rómenna y la cabeza del estuario. Una pequeña parte de Mittalmar, empero, estaba separada del resto, y se llamaba Arandor, la Tierra del Rey. En Arandor se encontraban el puerto de Rómenna, el Meneltarma, y Armenelos, la Ciudad de los Reyes; y en todo tiempo fue la región más populosa de Númenor.

La Mittalmar se levantaba por sobre los promontorios (sin tener en cuenta la altura de las montañas y colinas); era una región cubierta de hierbas y ondulaciones bajas, y pocos eran los árboles que allí crecían. Cerca del centro de Mittalmar se alzaba la elevada montaña llamada Meneltarma, Pilar de los Cielos, consagrada a la veneración de Eru Ilúvatar. Aunque la parte inferior de la ladera de la montaña era suave y cubierta de hierba, se iba elevando cada vez más escarpada, y la cima no podía escalarse; pero se construyó sobre ella un serpenteante camino en espiral que empezaba al pie en el sur y terminaba bajo el borde de la cima al norte. Porque la cima era algo aplanada y hundida, y podía dar cabida a una gran multitud, pero nadie puso el pie en ella a todo lo largo de la historia de Númenor. Ni un edificio, ni un altar, ni una pila de piedras se alzó nunca allí; y ninguna otra cosa que se asemejara a un templo tuvieron nunca los Númenóreanos en los días de gracia, hasta la llegada de Sauron. Nunca se habían llevado allí herramientas o armas; y nadie podía hablar allí, salvo el Rey. Tres veces al año hablaba el Rey: la oración a la llegada del año en la *Erukyermë* en los primeros días de la primavera, la alabanza de Eru Ilúvatar en la *Erulaitalë* a mitad del verano, y la acción de gracias que se le consagraba en la *Eruhantalë* a fines de otoño. En estas ocasiones el Rey ascendía la montaña a pie, seguido por la muchedumbre del

pueblo, vestido de blanco y enguirlandado, pero en silencio. En otras ocasiones se permitía que los del pueblo ascendieran solos o en grupos; pero se dice que el silencio era tan grande, que ni siquiera un extranjero que nada supiera de Númenor y de su historia, si hubiera sido transportado allí, se habría atrevido a hablar en voz alta. Ninguna ave llegaba allí nunca, excepto las águilas. Si alguien se aproximaba a la cima, tres águilas aparecían inmediatamente y se posaban sobre tres rocas cerca del borde occidental; pero en el tiempo de las Tres Oraciones, no descendían, y se mantenían en el cielo volando en círculos sobre el pueblo. Se las llamaba los Testigos de Manwë, y se creía que éste las enviaba desde Aman para vigilar la Montaña Sagrada y toda la tierra en derredor.

La base del Meneltarma se mezclaba gentilmente con la planicie circundante, pero, cinco largas estribaciones de escasa altura se extendían a modo de raíces, apuntando hacia los cinco promontorios de la tierra; y éstas se llamaban Tarmasundar, las Raíces del Pilar. A lo largo de la cresta de la estribación suroeste, el camino ascendente se aproximaba a la montaña, y entre esta estribación y la del sureste, la tierra descendía en un valle poco profundo. Lo llamaban Noirinan, el Valle de las Tumbas, porque en la base rocosa de la montaña había cámaras abiertas que guardaban las tumbas de los Reyes y las Reinas de Númenor.

Pero Mittalmar era principalmente una región de pastoreo. En el suroeste había vastas extensiones de pastos ondulantes; y allí, en la Emerië, se encontraba la región principal de los Pastores.

La Forostar era la parte menos fértil; pedregosa, con pocos árboles, aunque en las laderas occidentales de los altos páramos, cubiertos de brezos, había bosques de abetos y alerces. Hacia el Cabo Norte, la tierra se alzaba en riscos abruptos, y allí el gran Sorontil se elevaba desde el mar en tremendos acantilados, habitáculos de numerosas águilas; y en esta región, Tar-Meneldur Elentirno levantó una alta torre desde la que se podían observar los movimientos de las estrellas.

La Andustar era también pedregosa en la región septentrional, y tenía altos bosques de abetos que miraban al mar. Tres pequeñas bahías se abrían al oeste en las tierras altas; pero aquí los acantilados no se alzaban en muchos sitios al borde del mar, sino sobre terrazas escalonadas. La que estaba más al norte se llamaba la Bahía de Andúnië, porque allí se encontraba el gran puerto de Andúnië (Crepúsculo de la Tarde) con la ciudad junto a la costa y muchas otras moradas que ascendían las escarpadas cuevas por detrás. Pero gran parte del sur de Andustar era fértil, y también allí había grandes bosques de hayas y abedules en lo más alto de la región, y bosques de robles y olmos en los valles más bajos. Entre los promontorios de Andustar y Hyarnustar se encontraba la gran Bahía llamada Eldanna, porque miraba hacia Eressëa; y las tierras de alrededor, al abrigo de los vientos del norte y abiertas a los mares del occidente, eran cálidas y de lluvias frecuentes. En el centro de la Bahía de Aldana estaba el más hermoso pueblo de Númenor, Eldalondë el Verde; y era allí, en días tempranos, donde iban más a menudo los rápidos navíos blancos de los Eldar de Eressëa.

En torno a ese lugar, desde las cuevas que daban al mar y adentrándose mucho en tierra, crecían los árboles siempre verdes y fragantes traídos del Oeste, y tanto medraban allí que el sitio, decían los Eldar, era casi tan bello como un puerto de Eressëa. Eran la mayor delicia de Númenor, y se los recordó en muchos cantos después de haber perecido para siempre, porque eran pocos los que florecieron alguna vez al este de la Tierra del Don: *oiolairë* y *lairelossë*, *nessamelda*, *vardarianna*, *taniquelassë* y *yavannamírë*, con frutos esféricos de color escarlata. Las flores, las hojas y las cortezas de esos árboles esparcían unos dulces aromas que se confundían y perfumaban

todo el país, y los llamaban Nísimaldar, los Árboles Fragantes. Plantaron muchos de ellos en otras regiones de Númenor, y allí se desarrollaron, aunque no con tanta abundancia. Y sólo en Nísimaldar crecía el poderoso árbol dorado, el *malinorë*, que al cabo de cinco siglos alcanzaba una altura apenas menor que en la misma Eressëa. La corteza era plateada y lisa, pero las ramas se alzaban ligeramente como las del haya; aunque tenía siempre un solo tronco. Las hojas, también como las del haya, pero de mayor tamaño, eran de color verde pálido en la parte superior, pero plateadas por debajo, y resplandecían al sol; no caían en otoño, y eran entonces de un pálido color oro. En primavera los capullos dorados se arracimaban como cerezas, y en verano florecían; y tan pronto como se abrían las flores, las hojas caían; de modo que durante la primavera y el verano un bosquecillo de *malinorni* estaba alfombrado y techado de oro, pero sus columnas eran de plata gris.¹ El fruto era una nuez con esquisito de plata; y Tar-Aldarion, sexto Rey de Númenor, le regaló algunos al Rey Gil-galad de Lindón. No echaron raíces en esa tierra; pero Gil-galad se los dio a su pariente Galadriel, y por el poder de ella, crecieron y florecieron en la tierra protegida de Lothlórien junto al Río Anduin hasta que los Altos Elfos abandonaron la Tierra Media; pero nunca alcanzaron la altura ni la circunferencia de los que crecían en Númenor.

El río Nunduinë desembocaba en el mar en Eldalondë, y de camino alimentaba el pequeño lago de Nísinen, así llamado por la abundancia de malezas y flores perfumadas que crecían en las orillas.

La Hyarnustar era también una región montañosa en la parte occidental, con picos elevados en el oeste y el sur, pero en las tierras cálidas y fértiles del este había grandes viñedos. Los promontorios de las Hyarnustar y las Hyarrostar cubrían una amplia extensión, y en esas largas costas el mar y la tierra se unían gentilmente como en ningún otro sitio de Númenor. Allí manaba el Siril, el río principal del país (porque todos los demás, salvo el Nunduinë en el oeste, eran cortos y rápidos torrentes que se precipitaban hacia el mar). El Siril nacía bajo el Meneltarma en el valle de Noririnan, y fluía por Mittalmar hacia el sur, y se convertía en el curso inferior en una corriente lenta y serpenteante. Desembocaba por fin en el mar entre anchos marjales cubiertos de juncos, y sus muchas pequeñas bocas se abrían paso a través de vastas extensiones de arena, y a los lados, a lo largo de muchas millas, había amplias playas de arena blanca y guijarros grises, y allí era donde vivían casi todos los que se dedicaban a la pesca, en aldeas levantadas en tierra firme entre marjales y lagunas, de las que la principal era Nindamos.

En la Hyarrostar crecían en abundancia árboles de múltiples especies, y entre ellos el *laurinquë*, que deleitaba a todos por sus flores, pero no tenía ninguna otra utilidad. Se lo llamaba así a causa de sus largos racimos de pendientes flores amarillas; y algunos que habían oído a los Eldar hablar de Laurelin, el Árbol Dorado de Valinor, creían que provenía de ese gran Árbol, cuyas semillas habían sido llevadas allí por los Eldar; pero no era así. Desde los días de Tar-Aldarion hubo en la Hyarrostar grandes plantaciones, que proporcionaban madera para la construcción de barcos.

Las Orrostar eran tierras menos cálidas, pero estaban protegidas de los fríos vientos del nordeste por los riscos en el extremo del promontorio; y las regiones internas de las Orrostar eran tierras de cereales, especialmente las que estaban cerca de Arandor.

Tal era la isla de Númenor, como si la hubieran levantado desde el fondo del mar, pero inclinada hacia el sur y algo hacia el este; y con excepción del sur, la tierra descendía en escarpados acantilados. En Númenor las aves que habitaban cerca del mar y nadaban o se zambullían en él eran incontables. Los marineros decían que aun si

fueran ciegos, sabrían que sus naves se acercaban a Númenor a causa del gran clamor de las aves de la costa; y cuando alguna nave aparecía en el horizonte, las aves marinas alzaban vuelo y revoloteaban en lo alto, como en señal de feliz bienvenida, pues nunca se las mataba o molestaba con intención. Algunas acompañaban a las naves en sus viajes, aun a las que iban a la Tierra Media. En el interior de Númenor las aves eran también innumerables, desde los *kirinki*, no mayores que los reyezuelos, pero de cuerpo escarlata, con un trino agudo apenas perceptible para el oído humano, a las grandes águilas consagradas a Manwë y jamás perseguidas hasta que comenzaron los días del mal y el odio a los Valar. Durante dos mil años, desde los días de Elros Tar-Minyatur hasta el tiempo de Tar-Ancalimë, hijo de Tar-Atanamir, hubo en la cúspide de la torre del palacio del Rey en Armenelos un nido de águilas donde una pareja vivía de la generosidad del Rey.

En Númenor todos viajaban de un sitio a otro montados a caballo; porque los Númenóreanos, tanto los hombres como las mujeres, eran apasionados jinetes, y el pueblo todo de la tierra amaba los caballos y los trataba con respeto y los albergaba noblemente. Se los adiestraba para que escucharan y contestaran llamadas venidas de lejos, y se dice en viejas historias que cuando había gran amor entre los jinetes, hombres y mujeres, y sus corceles favoritos, éstos podían ser convocados en momentos de necesidad con sólo el pensamiento. Por tanto, los caminos de Númenor, en su mayoría, no estaban pavimentados, y se los construía y se los cuidaba para las cabalgaduras, pues los coches y los carruajes se utilizaban poco en los primeros siglos, y los cargamentos pesados eran transportados por mar. El principal camino y el más antiguo, adecuado para las ruedas de los carruajes, iba del puerto principal, Rómenna, en el este, hasta la ciudad real de Armenelos, y de allí al Valle de las Tumbas y el Meneltarma; y el camino se extendió tempranamente hacia Ondoesto, dentro de los límites de las Forostar, y desde allí hasta Andúnië en el oeste. Por esta ruta pasaban los carromatos, cargados de piedras de las tierras septentrionales, muy apreciadas en la construcción, y de maderas, que abundaban en las tierras occidentales.

Los Edain llevaron consigo a Númenor el conocimiento de múltiples artesanías, y a muchos artesanos que habían aprendido de los Eldar, además de las ciencias y tradiciones que les eran propias. Pero pudieron transportar pocos materiales salvo los destinados a las herramientas de sus artesanías; y, durante mucho tiempo, todos los metales de Númenor fueron metales preciosos. Pues los Eldar habían traído muchos tesoros de oro y plata y también gemas; pero no encontraron esas cosas en Númenor. Las amaban por su belleza, y en días posteriores fue este amor lo que por primera vez despertó en ellos la codicia, cuando cayeron bajo el poder de la Sombra y se volvieron orgullosos e injustos en su trato con las gentes pequeñas de la Tierra Media. De los Elfos de Eressëa, en los tiempos en que eran amigos, recibieron regalos en oro y plata y joyas; pero en los primeros siglos estas cosas fueron raras y muy apreciadas, hasta que el poder de los Reyes llegó a las costas orientales de la Tierra Media.

Algunos metales descubrieron en Númenor, y a medida que se hacían más hábiles en minería y fundición y herrería, los objetos de hierro y de cobre se convirtieron en cosas corrientes. Entre los artífices de los Edain se contaban forjadores de armas, e, instruidos por los Noldor, llegaron a forjar excelentes espadas, hojas de hacha, y cabezas de lanza y cuchillos. El Gremio de los Forjadores de Armas hacía todavía espadas para preservar la tradición artesanal, pero dedicaban casi todo el tiempo a la hechura de herramientas de uso pacífico. El Rey y la mayor parte de los grandes capitanes tenían espadas, pero recibidas casi todas como herencia de familia;² y alguna vez todavía regalaban una espada a sus herederos. Se forjaba una espada

nueva para dársela al Heredero del Trono el día en que se le confiriera el título. Pero nadie llevaba espadas en Númenor, y durante largos años fueron pocas en verdad las armas de intención guerrera que allí se hicieron. Tenían hachas y lanzas y arcos, y disparar con arco de a pie o a caballo era deporte y pasatiempo importante de los Númenóreanos. En días posteriores, en las guerras de la Tierra Media, los arcos más temidos fueron los de los Númenóreanos. «Los Hombres del Mar —se decía—, envían por delante de ellos una gran nube, como una lluvia de serpientes o un granizo negro acerado.» Y en esos días las cohortes de los Arqueros del Rey utilizaban arcos de acero hueco, con flechas de plumas negras de una ana de largo desde la punta a la hendidura.

Pero durante mucho tiempo los tripulantes de las grandes naves Númenóreas andaban sin armas entre los hombres de la Tierra Media; y aunque tenían hachas y arcos a bordo para derribar árboles e ir de caza en las salvajes costas, no los llevaban consigo cuando buscaban la compañía de los hombres del país. Fue en verdad lamentable, cuando la Sombra barrió las costas y los hombres de quienes se habían hecho amigos se volvieron temerosos y hostiles, que el hierro fuera utilizado contra ellos por las mismas gentes a quienes habían instruido.

Más que toda otra cosa, los hombres fuertes de Númenor se deleitaban en el Mar, en nadar, en zambullirse, o competir en pequeños navíos de remo o vela. Los más osados del pueblo eran los pescadores; los peces abundaban en las costas, y en todo tiempo fueron el alimento principal de Númenor; y todas las ciudades de mayor población estaban situadas junto a las costas. Entre los pescadores se escogían los Navegantes, que con el paso de los años fueron ganando en importancia y consideración. Se dice que cuando los Edain se hicieron a la vela por primera vez en el Gran Mar en pos de la Estrella de Númenor, los barcos élficos que los llevaban estaban timoneados y capitaneados por el Eldar que Círdan había designado; y después de que los timoneles élficos partieran llevándose consigo la mayor parte de las naves, transcurrió mucho tiempo antes de que los Númenóreanos se aventuraran por sí mismos muy lejos en el mar. Pero había entre ellos carpinteros de barcos que habían recibido instrucción de los Eldar; y mediante el estudio y el ingenio perfeccionaron su arte hasta que se atrevieron a adentrarse cada vez más en las aguas profundas. Cuando hubieron transcurrido seiscientos años a partir del principio de la Segunda Edad, Vëantur, Capitán de las Embarcaciones del Rey en tiempos de Tar-Elendil, viajó por primera vez a la Tierra Media. Llevó su barco *Entulessë* (que significa «Retorno») a Mithlond con los vientos de la primavera que soplaban desde el oeste, y retornó en el otoño del siguiente año. En adelante los viajes por mar se convirtieron en la principal empresa para el atrevimiento y la osadía de los hombres de Númenor; y Aldarion, hijo de Meneldur, cuya esposa era hija de Vëantur, creó el Gremio de los Aventureros, al que se unieron todos los marineros probados de Númenor, como se cuenta en la historia que aquí sigue.

NOTAS

1. Esta descripción de los malinorni se asemeja mucho a la que da Legolas a sus compañeros cuando se acercan a Lothlórien (*La Comunidad del Anillo*, II, 6).
2. La espada del Rey era en verdad Aranrúth, la espada de Eru Thingol de Doriath en Beleriand, que había recibido Elros de Elwing, su madre. Entre las cosas heredadas se contaban también el Anillo de Barahir, la gran Hacha de Tuor, padre de Eärendil, y el Arco de Bregor de la Casa de Beor. Sólo el Anillo de Barahir, padre de Beren el Manco, sobrevivió a la Caída; porque Tar-Elendil se lo dio a su hija Silmariën y fue preservado en la

Casa de los Señores de Andúnië, de los cuales el último fue Elendil el Fiel, que huyó del desastre de Númenor a la Tierra Media. [Nota del autor.] La historia del Anillo de Barahir se cuenta en *El Silmarillion*, capítulo 19, y su historia posterior en *EL Señor de los Anillos*, Apéndice A (I, III y V). «La gran Hacha de Tuor» no se menciona en *El Silmarillion*, pero se la nombra y se la describe en el original «Fall of Gondolin» (1916-1917, Pág. IV), donde se dice que en Gondolin, Tuor prefería llevar un hacha a una espada, y que la llamaba, en la lengua del pueblo de Gondolin, *Dramborleg*. En una lista de nombres que acompaña al cuento, *Dramborleg* se traduce como «Golpe Afilado»: «el hacha de Tuor, que golpea dejando una profunda abolladura, como una maza, y que a la vez hiende como una espada».

II

ALDARION Y ERENDIS

LA ESPOSA DEL MARINO

Meneldur era el hijo de Tar-Elendil, el cuarto Rey de Númenor. Era el tercero de la prole del Rey, porque tenía dos hermanas mayores llamadas Silmariën e Isilmë. La mayor estaba casada con Elatan de Andúnië, y su hijo era Valandil, Señor de Andúnië, de quien procedió mucho después el linaje de los Reyes de Gondor y Arnor en la Tierra Media.

Meneldur era hombre de ánimo gentil, nada orgulloso, que prefería los ejercicios del pensamiento a los del cuerpo. Amaba profundamente la tierra de Númenor y todas las cosas que había en ella, pero no hacía ningún caso del Mar circundante, porque su mente miraba más allá de la Tierra Media: estaba enamorado de las estrellas y de los cielos. Estudiaba todas las tradiciones de los Eldar y los Edain acerca de Eä y Las profundidades que rodean el Reino de Arda, y se deleitaba sobre todo en la contemplación de las estrellas. Levantó una torre en las Forostar (la región del extremo septentrional de la isla), donde los aires eran más claros, y por la noche escrutaba el firmamento y observaba todos los movimientos de las luces que pueblan el cielo.¹

Cuando Meneldur recibió el Cetro, abandonó, como le era forzoso, las Forostar, y vivió en la gran casa de los Reyes en Armenelos. Fue un rey bondadoso y sabio, aunque nunca dejó de echar en falta los días en que podía aprender algo nuevo de los conocimientos celestes. La esposa de Meneldur era una mujer de gran belleza, de nombre Almarian. Era hija de Vëantur, Capitán de las Embarcaciones del Rey en los días de Tar-Elendil; y aunque no amaba el mar y los barcos más que la mayor parte de las mujeres del país, su hijo se asemejaba más a Vëantur, el padre de ella, que a Meneldur, su propio padre.

El hijo de Meneldur y Almarian era Anardil, que alcanzó después renombre entre los Reyes de Númenor como Tar-Aldarion. Tenía dos hermanas menores que él: Ailinel y Almiel, de las cuales la mayor se casó con Orchardor, descendiente de la Casa de Hador, hijo de Hatholdir, que era además íntimo amigo de Meneldur; y el hijo de Orchardor y Ailinel era Soronto, que tiene intervención posterior en la historia.²

Aldarion, porque así se lo llama en todos los relatos, no tardó en convertirse en un hombre de gran estatura, fuerte y vigoroso de mente y de cuerpo, de cabellos dorados como su madre, pronto para la risa y generoso, pero más orgulloso que su padre y más inclinado a hacer su propia voluntad. Desde un principio amó el Mar, y tenía afición al arte de la fabricación de barcos. No le atraía el país del norte, y cuando el padre se lo permitía se pasaba todo el tiempo en las costas del mar, especialmente cerca de Rómenna, donde se encontraban el puerto principal de Númenor, el más grande astillero y los más hábiles carpinteros de barcos. El padre no le estorbó esta afición durante muchos años, complacido en que Aldarion hubiera encontrado cómo ejercitar su vigor, y trabajo para su mente y su mano.

Aldarion era muy querido de Vëantur, el padre de su madre, y se quedaba a menudo en la casa de Vëantur, en la orilla austral del estuario de Rómenna. Esa casa tenía su propio muelle, en el que había anclados muchos pequeños barcos, pues Vëantur nunca viajaba por tierra si podía hacerlo por mar; y allí, de niño, aprendió Aldarion a remar, y más adelante a manejar las velas. Y era todavía muy joven cuando ya capitaneaba un barco de muchos tripulantes y navegaba de puerto a puerto.

Sucedió una vez que Vëantur dijo a su nieto: —Anardilya, se acerca la primavera y también el día de tu edad de hombre (porque ese abril Aldarion cumpliría veinticinco años). Tengo en mente un modo de celebrarlo de manera adecuada. Mucho más considerable es el peso de mis propios años y no creo que vaya a tener muchas veces el ánimo de abandonar mi hermosa casa y las bendecidas costas de Númenor; pero al menos quiero recorrer otra vez el Gran Mar y enfrentar el viento del Norte y el Este. Este año me acompañaras e iremos a Mithlond y veremos las altas montañas azules de la Tierra Media, y a sus pies la verde tierra de los Eldar. Una cálida bienvenida recibirás de Círdan el Carpintero de Barcos y del Rey Gil-galad. Habla de esto con tu padre.³

Cuando Aldarion habló de esta aventura, y pidió licencia para partir no bien los vientos de primavera fueran favorables, no se sintió Meneldur inclinado a concederla. Tuvo un escalofrío, como si su corazón adivinara que más había en eso de lo que su mente era capaz de prever. Pero cuando vio la cara ansiosa de su hijo, no dejó entrever nada. —Haz lo que tu corazón te dicte, *onya* —dijo—. Te echaré mucho en falta; pero con Vëantur como capitán y la gracia de los Valar, viviré en la esperanza de tu retorno. Pero no te enamores de las Grandes Tierras, pues un día serás Rey y Padre de esta Isla.

Así fue que una mañana de bello sol y claro viento, en la brillante primavera del año setecientos veinticinco de la Segunda Edad, el hijo del Heredero del Rey de Númenor⁴ se hizo a la mar desde tierra; y antes que el día acabara, la vio hundirse resplandeciente en el mar, y último de todos el pico del Meneltarma, como un dedo oscuro sobre la caída de la tarde.

Se dice que el mismo Aldarion escribió crónicas de todos sus viajes a la Tierra Media, y se preservaron largo tiempo en Rómenna, aunque después se perdieron. De este primer viaje poco se sabe, salvo que trabó amistad con Círdan y Gil-galad, y recorrió Lindón y el oeste de Eriador, y se maravilló de todo lo que veía. No regresó durante más de dos años, y Melendur se sentía sumamente intranquilo. Se dice que retrasó la vuelta porque quiso aprender todo lo que pudiera de Círdan, tanto de la construcción y la administración de navíos, como del levantamiento de muros que contuviesen el hambre del mar.

Hubo gran alegría en Rómenna y Armenelos cuando los hombres vieron el gran barco *Númerrámar* (que significa «Alas del Oeste») adelantarse sobre las olas con velas doradas, enrojecidas en el sol poniente. El verano había terminado y la *Eruhantalë* estaba cerca.⁵ Le pareció a Meneldur, cuando dio la bienvenida a su hijo en casa de Vëantur, que había crecido en estatura y que sus ojos eran más brillantes; pero miraba a lo lejos.

—¿Qué viste, *onya*, en tus largos viajes, que prevalece ahora en tu memoria?

Pero Aldarion, que miraba al este hacia la noche, guardó silencio. Por fin respondió, pero en voz baja, como quien se habla a sí mismo: —¿El bello pueblo de los Elfos? ¿Las verdes costas? ¿Las montañas coronadas de nubes? ¿Las regiones de nieblas y de sombras más allá de toda conjetura? No lo sé. —Calló, y Meneldur supo que no había dicho todo. Porque Aldarion se había enamorado del Gran Mar y de un

barco solitario que navegara lejos de la tierra, llevado por vientos de garganta espumosa hacia costas y puertos insospechados; y este amor y este deseo no los abandonarían nunca hasta el fin de su vida.

Vëantur no volvió a alejarse de Númenor; pero regaló la *Númerrámar* a Aldarion. A los tres años, Aldarion pidió licencia para partir otra vez y se dirigió a Lindón. Estuvo tres años ausente; y no mucho después emprendió otro viaje que duró cuatro años, porque se dice que ya no le contentaba navegar a Mithlond, y que empezó a explorar las costas hacia el sur, más allá de las desembocaduras del Baranduin y el Gwathló y el Angren, y bordeó el cabo oscuro de Ras Morthil y vio la gran bahía de Belfalas, y las montañas del país de Amroth donde viven todavía los Elfos Nandor.⁶

Cuando ya tenía treinta y nueve años, Aldarion regresó a Númenor trayendo regalos de Gil-galad a su padre; porque al año siguiente, como por largo tiempo lo había proclamado, Tar-Elendil cedió el Cetro en favor de su hijo, y Tar-Meneldur se convirtió en Rey. Entonces Aldarion decidió quedarse allí un tiempo para consuelo de su padre; y en esos días llevó a la práctica los conocimientos que había obtenido de Círdan sobre la construcción de navíos, concibiendo muchas cosas nuevas de su propia cosecha, y también puso hombres a trabajar en la mejora de puertos y de muelles, porque sólo quería construir barcos cada vez más grandes. Pero la nostalgia del mar lo asaltó de nuevo, y partió una y otra vez de Númenor; y su mente concebía ahora aventuras que no podían alcanzarse con un solo barco. Por tanto, creó el Gremio de Aventureros, que tuvo después mucho renombre; a esa hermandad se unieron los más audaces y los más ansiosos marineros, y aun los jóvenes de las regiones internas de Númenor intentaban que se los admitiera en la hermandad, y a Aldarion lo llamaron el Gran Capitán. En ese tiempo, puesto que no tenía inclinación a vivir en tierra en Armenelos, hizo construir un barco que le sirviera de morada; y por tanto lo llamó *Eäambar*; y en ocasiones iba en él de un puerto de Númenor a otro, aunque la mayor parte del tiempo permanecía anclado en Tol Uinen: una pequeña isla en la bahía de Rómenna que fuera puesta allí por Uinen, la Señora de los Mares.⁷ En *Eäambar* estaba la sede de los Aventureros, y allí se guardaban las crónicas de los grandes viajes;⁸ porque Tar-Meneldur miraba con frialdad las empresas de su hijo y no le gustaba escuchar la historia de sus viajes, pues creía que sembraba las semillas de la inquietud y del deseo de posesión de otras tierras.

En ese tiempo, Aldarion se apartó de su padre, y dejó de hablar francamente de sus designios y deseos; pero Almarian, la Reina, lo apoyaba en todo cuanto hacía, y Meneldur tuvo que tolerar por fuerza que las cosas siguieran su curso. Porque los Aventureros aumentaban en número y también en la estima de los hombres, y los llamaban *Uinendili*, los enamorados de Uinen; y no fue ya fácil reprochar o estorbar a su Capitán. Los barcos de los Númenóreanos se hicieron cada vez más grandes y de mayor calado en esos días, hasta que pudieron emprender largos viajes llevando a muchos hombres y vastos cargamentos; y Aldarion a menudo estaba largo tiempo ausente de Númenor. Tar-Meneldur siempre se oponía a su hijo y restringió la tala de árboles en Númenor destinados a la construcción de barcos; y se le ocurrió entonces a Aldarion encontrar madera en la Tierra Media y buscar allí un puerto para la reparación de sus barcos. En sus viajes a lo largo de las costas contemplaba con maravilla los grandes bosques; y en la desembocadura del río que los Númenóreanos llamaron Gwathir, el Río de la Sombra, fundó Vinyalondë, el Puerto Nuevo.⁹

Pero cuando casi habían transcurrido ochocientos años desde el comienzo de la Segunda Edad, Tar-Meneldur ordenó a su hijo que permaneciera en Númenor e

interrumpiera por un tiempo sus viajes hacia el este; porque deseaba proclamar a Aldarion Heredero del Rey, como lo habían hecho siempre los Reyes anteriores, cuando el Heredero alcanzaba esa edad. Entonces Meneldur y su hijo se reconciliaron, y hubo paz entre ellos; y entre fiestas y celebraciones, a los cien años de edad, Aldarion fue proclamado Heredero, y recibió de su padre el título y poder de Señor de los Barcos y Puertos de Númenor. A los festejos de Armenelos fue un tal Beregar, que vivía al oeste de la Isla, y con él iba su hija Erendis. Allí la reina Almarian advirtió la belleza de Erendis, una belleza que rara vez se veía en Númenor; porque Beregar provenía de la Casa de Bëor por una antigua ascendencia, aunque no pertenecía al linaje real de Elros, y Erendis tenía cabellos oscuros, una graciosa esbeltez, y los claros ojos grises de su familia.¹⁰ Pero Erendis vio a Aldarion, cuando éste pasó cabalgando, y la belleza y esplendor de su porte le impidieron que mirara alguna otra cosa. Luego Erendis se incorporó al séquito de la Reina y ganó también el favor del Rey; pero apenas veía a Aldarion, a quien preocupaba que un día llegara a faltar la madera en Númenor. Antes de que transcurriera mucho tiempo, Los marineros del Gremio de Aventureros empezaron a inquietarse, pues les disgustaba viajar más brevemente y más raras veces al mando de capitanes menores; y cuando hubieron pasado seis años desde la proclamación del Heredero del Rey, Aldarion decidió navegar una vez más a la Tierra Media. Sólo a regañadientes obtuvo la licencia del Rey, quien pretendía que se quedara en Númenor y buscara esposa; y se hizo a La mar en la primavera de ese año. Pero al ir a despedirse de su madre, vio a Erendis en medio del séquito de la Reina; y al mirar su belleza, adivinó la fuerza que ella ocultaba.

Entonces Almarian le dijo: —¿Es preciso que partas otra vez, Aldarion, hijo mío? ¿No hay nada que te retenga en la más bella de las tierras mortales?

—No todavía —respondió él—; pero hay cosas más bellas en Armenelos que las que puedan encontrarse en otros sitios, aun en las tierras de los Eldar. Pero los marineros son gente desgarrada, siempre en guerra con ellos mismos; y el deseo del Mar todavía me urge.

Erendis creyó que esas palabras habían sido pronunciadas también para sus oídos; y desde ese momento el corazón se le volcó en favor de Aldarion, aunque no con esperanzas. En esos días no era necesario, por ley o por costumbre, que los de la casa real, aun el Heredero del Rey, tuvieran que casarse sólo con los descendientes de Elros Tar-Minyatur; pero Erendis pensaba que la posición de Aldarion era demasiado alta. Sin embargo, nunca en adelante miro con interés a ningún otro hombre, y disuadía a quienes La pretendían.

Siete años transcurrieron antes que Aldarion regresara trayendo consigo plata y oro; y habló con su padre de sus viajes y peripecias. Pero Meneldur dijo:

—Habría preferido tenerte a mi lado a cualquier noticia o regalo de las Tierras Oscuras. Eso incumbe a Los mercaderes o exploradores, no al Heredero del Rey. ¿De qué nos sirve el oro y la plata sino para sustituir con orgullo Lo que igual serviría? Lo que la casa del Rey necesita es un hombre que conozca y ame la tierra y el pueblo que ha de gobernar.

—¿No estudio yo a los hombres todos los días de mi vida? —dijo Aldarion—. Puedo conducirlos y gobernarlos a voluntad.

—Di más bien a algunos hombres, a los que son de tu mismo temple —respondió el Rey—. Hay también mujeres en Númenor, apenas más escasas que los hombres; y salvo tu madre, a la que sí puedes conducir a voluntad, ¿qué sabes de ellas? No obstante, un día tendrás que casarte.

—¡Un día! —dijo Aldarion—. Pero no antes de que quiera hacerlo; y aún más tarde si alguien pretendiera empujarme al matrimonio. Otras cosas tengo que hacer que me parecen más urgentes, y más necesarias. «Fría es la vida de la mujer de un navegante»; y el navegante decidido y que no está atado a la costa, va más lejos y aprende mejor a vérselas con el mar.

—Más lejos, pero no con mayor provecho —dijo Meneldur—. Y tú no «te las ves con el mar». Olvidas que los Edain vivimos aquí por gracia de los Señores del Occidente, que Uinen nos ayuda, que Ossë se contiene para favorecernos? Nuestros barcos están protegidos, y otras manos los guían, que no las nuestras. No seas tan orgulloso o nos abandonará la gracia; y no presumas que alcanzará a los que se arriesgan sin necesidad sobre las rocas de costas extrañas o en las tierras de hombres oscuros.

—¿De qué sirve entonces la gracia otorgada a nuestros barcos —dijo Aldarion— si no han de navegar hacia costa alguna, ni han de buscar nada no visto antes?

Ya no habló con su padre de esos asuntos, y desde entonces se pasó los días a bordo del barco *Eämbur* en compañía de los Aventureros, y en la construcción del navío más grande que se hubiera conocido nunca: a ese navío lo llamó *Palarran*, el Errante Lejano. No obstante, ahora se encontraba frecuentemente con Erendis (y era así por designio de la Reina); y el Rey, al enterarse de estos encuentros, se preocupó, aunque no se sintió disgustado. —Mejor sería curar a Aldarion de su inquietud —dijo— antes de que gane el corazón de alguna mujer.

—Pero, ¿cómo curarlo entonces sino por el amor?—dijo la Reina.

—Erendis es joven todavía —dijo Meneldur.

Pero la Reina respondió: —El linaje de Erendis no es de vida tan larga como la que se les concede a los descendientes de Elros; y el corazón de ella ya tiene dueño.¹¹

Ahora bien, cuando el gran barco *Palarran* estuvo terminado, Aldarion quiso partir otra vez. Entonces Meneldur se encolerizó, aunque, persuadido por la Reina, no recurrió al poder real para retenerlo. Ha de acotarse aquí que era costumbre en Númenor que cuando un barco partía por el Gran Mar a la Tierra Media, una musa casi siempre de la parentela del capitán, colocara en la proa del navío la Rama Verde del Retorno; y se la cortaba del árbol *oiolairë*, que significa «Verano Eterno», que los Eldar dieran a los Númenóreanos,¹² diciendo que ellos la ponían en sus propios barcos en señal de amistad con Ossë y Uinen. Las hojas de ese árbol eran siempre verdes, lustrosas y fragantes; y medraban en el aire del mar. Pero Meneldur prohibió que la Reina y las hermanas de Aldarion llevaran la rama de *oiolairë* a Rómenna, donde se encontraba el *Palarran*, diciendo que le negaba la bendición a su hijo, que partía en contra de su voluntad; y entonces Aldarion dijo: —Si he de partir sin bendición ni rama, así lo haré.

Entonces la Reina se sintió apenada; pero Erendis le dijo: —*Tarinya*, si cortáis la rama del árbol de los Elfos, yo la llevaré al puerto; porque el Rey no ha prohibido que yo lo haga.

A los marineros les parecía mala señal que el capitán debiera partir de ese modo; pero cuando todo estuvo dispuesto, y los hombres se preparaban para levar anclas, Erendis llegó allí, aunque poco le gustaban el ruido y la agitación del gran puerto y el graznido de las gaviotas. Aldarion la saludó con asombro y alegría; y ella dijo: —He traído la Rama del Retorno, señor: de parte de la Reina.

—¿De parte de la Reina? —preguntó Aldarion con tono alterado.

—Sí, señor —dijo ella—; pero le pedí licencia para traerla yo misma. Otros además de vuestra parentela se alegrarán de vuestro regreso; ¡y que volváis pronto!

En esa ocasión miró Aldarion a Erendis por primera vez con amor; y largo tiempo se quedó a popa mirando atrás mientras el *Palarran* se adentraba en el mar. Se dice que se apresuró a regresar y estuvo ausente menos tiempo que el planeado; y al volver trajo regalos para la Reina y para las damas de su comitiva, pero el más rico regalo lo trajo para Erendis, y era un diamante. Fríos fueron los saludos intercambiados entre el Rey y su hijo; y Meneldur le reprochó que dar semejante regalo era impropio para el Heredero del Rey, a no ser que fuera un regalo de compromiso, y exigió que Aldarion pusiera en claro sus intenciones.

—En gratitud lo traje —dijo él— por un corazón cálido en medio de la frialdad de otros.

—Puede que los corazones fríos que van y vienen no animen a los otros a que den calor —dijo Meneldur; y una vez más instó a Aldarion a que pensara en el matrimonio, aunque no habló de Erendis. Pero Aldarion no quiso escucharlo, pues Siempre cuando la gente más quería influir en él, más se oponía; y tratando ahora a Erendis con mayor frialdad, se decidió a abandonar Númenor y continuar sus proyectos en Vinyalondë. La vida en tierra le era tediosa, pues a bordo de su barco no estaba sometido a ninguna voluntad ajena, y los Aventureros que lo acompañaban no conocían más que el amor y la admiración por el Gran Capitán. Pero ahora Meneldur prohibió que partiera; y Aldarion, antes de que el invierno hubiera acabado por completo, se hizo a la mar con una flota de siete navíos y la mayor parte de los Aventureros, desafiando al Rey. La Reina no se atrevió a enfrentar la cólera de Meneldur; pero por la noche una mujer envuelta en una capa fue al puerto con una rama y la puso en manos de Aldarion diciendo: —Esto viene de parte de la Señora de las Tierras del Oeste (porque ése era el nombre que daban a Erendis) —y desapareció en la oscuridad.

Ante la abierta rebeldía de Aldarion, el Rey le quitó los poderes que le había concedido, como Señor de las Naves y los Puertos de Númenor; e hizo que se cerrara el Gremio de los Aventureros en *Eäambar*, y que se clausuraran los astilleros de Rómenna, y prohibió la tala de árboles para la construcción de barcos. Cinco años transcurrieron; y Aldarion regresó con nueve barcos, porque dos habían sido construidos en Vinyalondë, y estaban cargados de maderas preciosas cortadas en Los bosques costeros de la Tierra Media. La cólera de Aldarion fue grande cuando se enteró de lo que habían hecho; y a su padre le dijo: —Si no soy bienvenido en Númenor, y no hay trabajo para mis manos y mis barcos no pueden ser reparados en sus puertos, me iré otra vez y muy pronto; porque los vientos han sido rudos,¹³ y necesito reparar mis averías. ¿No tiene el hijo del Rey otra cosa que hacer más que examinar las caras de las mujeres en busca de una esposa? Empecé el trabajo de la silvicultura y he sido prudente en él; habrá más madera en Númenor antes del fin de mis días que hoy bajo tu cetro. —Y fiel a su palabra, Aldarion partió otra vez ese mismo año con tres barcos y los más audaces de los Aventureros, y se fueron sin bendiciones ni ramas; porque Meneldur prohibió que las mujeres de su casa y las de los Aventureros se acercaran a los muelles, e implantó una guardia alrededor de Rómenna.

En ese viaje Aldarion estuvo tanto tiempo ausente que la gente empezó a temer por él; y el mismo Meneldur estaba intranquilo a pesar de la gracia de los Valar, que había protegido siempre los barcos de Númenor.¹⁴ Cuando habían transcurrido diez años desde la partida, Erendis por fin desesperó, y creyendo que había ocurrido algún desastre o que Aldarion había decidido quedarse en la Tierra Media, y también para escapar al asedio de los pretendientes, pidió licencia a la Reina, y dejando Armenelos

volvió a las Tierras del Oeste. Pero al cabo de otros cuatro años, Aldarion regresó por fin, y sus barcos habían sido castigados y maltratados por los mares. Había navegado primero hasta el puerto de Vinyalondë, y desde allí había emprendido un gran viaje a lo largo de la costa, hacia el sur, mucho más allá de sitio alguno alcanzado todavía por los barcos núnóreanos; pero al volver hacia el norte se topó con vientos contrarios y grandes tormentas, y escapando apenas del naufragio en el Harad, encontró Vinyalondë barrido por el mar y saqueado por hombres hostiles. Tres veces altos vientos venidos del Oeste le impidieron que cruzara el Gran Mar, y su propio barco fue alcanzado por el rayo y desarbolado; y sólo con trabajo y fatiga en las aguas profundas logró al fin volver a puerto en Númenor. Muy grande fue el consuelo de Meneldur cuando volvió Aldarion; pero lo reprendió que se hubiera rebelado contra su rey y su padre y abandonara la protección de los Valar, arriesgando que la ira de Ossë despertara y se volviera no sólo contra él sino también contra los hombres fieles que lo acompañaban. Entonces Aldarion enmendó su temple, y recibió el perdón de Meneldur, que le restituyó el Señorío de las Naves y los Puertos y le concedió además el título de Amo de los Bosques.

Aldarion lamentó que Erendis se hubiera marchado de Armenelos, pero era demasiado orgulloso para ir a buscarla; y en verdad no podía hacerlo, salvo para pedirla en matrimonio, y aún no estaba dispuesto a someterse. Trató de reparar el abandono en que habían caído tantas cosas durante su larga ausencia, porque había estado fuera casi veinte años; y en ese tiempo llevó a cabo grandes trabajos en los puertos, especialmente en Rómenna. Comprobó que se habían derribado muchos árboles para hacer casas y otras cosas, pero no habían pensado en el futuro, y poco habían plantado para reemplazar lo que faltaba; y viajó por Númenor de un extremo a otro examinando el mismo el estado de los bosques en pie.

Cabalgando un día por los Bosques de las Tierras del Oeste vio a una mujer de cabellos oscuros que flotaban al viento, embozada en una capa verde abrochada al cuello con una joya brillante; y la tomó por una de los Eldar que iban a veces a esas partes de la Isla. Pero ella se aproximó y él vio que era Erendis, y que la joya era la que él le había dado; entonces conoció de súbito el amor que tenía por ella, y sintió el vacío de sus días. Erendis, palideció al verlo y quiso alejarse a la carrera, pero él fue demasiado veloz y le dijo: —¡Bien merezco que huyas de mí, que he huido tanto y tan lejos! Pero ahora perdóname y quédate. —Entonces cabalgaron *juntos* a la casa de Beregar, el padre de ella, y allí Aldarion expuso claramente su deseo de comprometerse con Erendis; pero ahora Erendis se mostró renuente, aunque de acuerdo con las costumbres y la vida de su pueblo era ya tiempo de que se casase. El amor que sentía por él no había disminuido, y tampoco se negaba por coquetería; pero temía ahora que en la batalla que se libraría entre ella y el Mar por la posesión de Aldarion, no saliera vencedora. Pero para Erendis era todo o nada, y no cedía con facilidad; y temerosa del mar y culpando a todos los barcos de la tala de árboles, decidió que tendría que infligir al Mar una derrota definitiva o ella misma sería derrotada.

Pero Aldarion cortejó a Erendis con asiduidad, y dondequiera ella iba, iba también él; descuidó los puertos y los astilleros y todos los asuntos del Gremio de Aventureros; no derribó árboles y se dedicó sólo a plantarlos, y tuvo más alegría en esos días que en cualquier otro día de antes, aunque no lo supo hasta que miró atrás cuando ya la vejez había empezado. Por fin intentó persuadir a Erendis para que navegara con él en un viaje alrededor de la Isla en el barco *Eäambar*; porque habían transcurrido cien años desde que Aldarion fundara el Gremio de Aventureros, y habría festejos en todos los puertos de Númenor. A esto consintió Erendis, ocultando su

disgusto y su temor; y partieron desde Rómenna y llegaron a Andúnië en el oeste de la Isla. Allí Valandil, Señor de Andúnië y pariente cercano de Aldarion,¹⁵ celebraba una gran fiesta; y en esa fiesta bebió a la salud de Erendis llamándola *Uinéniel*, Hija de Uinen, la nueva Señora del Mar. Pero Erendis, que estaba sentada al lado de la esposa de Valandil, dijo en voz alta: —¡No me llaméis así! No soy hija de Uinen: e]lla es más bien mi enemiga.

Al cabo de un tiempo, la duda asaltó otra vez a Erendis, porque Aldarion volvió a pensar en las obras de Rómenna y se dedicó a levantar grandes rompeolas y construir una torre en Tol Uinen: *Calmindon*, la Torre de la Luz. Pero cuando esos trabajos concluyeron, Aldarion volvió a Erendis y le pidió que se casara con él; no obstante, ella se disculpó diciendo: —He viajado con vos en barco, señor. Antes que os dé mi respuesta, ¿no viajaréis conmigo en tierra a los sitios que amo? Conocéis muy poco de este país para alguien que ha de ser Rey. —Por tanto, partieron juntos y llegaron a Enerië, donde el viento mecía los prados de hierba, y pastoreaban las ovejas de Númenor; y vieron las casas blancas de los granjeros y de los pastores, y oyeron el balido de los rebaños.

Allí Erendis habló a Aldarion y le dijo: —¡Aquí estaría yo en paz!

—Viviréis donde queráis como esposa del Heredero del Rey —dijo Aldarion—. Y como Reina en muchas hermosas casas, según vuestros deseos.

—Cuando seáis Rey, seré vieja —dijo Erendis—. ¿Dónde vivirá entretanto el Heredero del Rey?

—Con su esposa —le dijo Aldarion— cuando sus trabajos se lo permitan, si ella no pudiera compartirlos.

—Yo no he de compartir mi esposo con la Señora Uinen —dijo Erendis.

—Eso es hablar retorcido —replicó Aldarion—. Igualmente podría yo decir que no quiero compartir mi esposa con el Señor Oromë de los Bosques porque ella ama los árboles que crecen en el descampado.

—Por cierto que no —dijo Erendis—, porque talarías cualquier bosque como regalo para Uinen, si se os ocurre.

—Nombrad el árbol que améis y se mantendrá en pie hasta morir.

—Amo todo lo que crece en esta Isla —respondió Erendis.

Entonces siguieron cabalgando largo rato en silencio; y después de ese día se separaron, y Erendis volvió a la casa de su padre. A él no le dijo nada, pero a su madre Númeth le contó las palabras que había habido entre ella y Aldarion.

—Todo o nada, Erendis —dijo Númeth—. Así eras de niña. Pero amas a ese hombre, y es un gran hombre, aparte del rango que ocupa; y no destruirás en ti el amor que le tienes sin hacerte mucho daño. Una mujer ha de compartir el amor de su marido con su trabajo y el fuego que la habita, o bien convertirlo en algo poco digno de amor. Pero dudo que entiendas alguna vez tal consejo. Lo deploro, sin embargo, porque ya es tiempo de que estuvieras casada; y habiendo dado al mundo una hermosa hija, había concebido esperanzas de que me dieras hermosos nietos; tampoco me desagradaría que fueran criados en casa del Rey.

Este consejo no conmovió por cierto la mente de Erendis; no obstante, comprobó que el corazón no le obedecía, y que sus días estaban vacíos: más vacíos que en los tiempos en que Aldarion estaba ausente. Porque él residía todavía en Númenor, y sin embargo pasaban los días, y él no volvió nunca más al Oeste.

Ahora bien, Almarian, la Reina, enterada por Númeth de lo ocurrido, y temiendo que Aldarion buscara consuelo en nuevos viajes (porque hacía ya mucho que estaba en tierra), envió un mensaje a Erendis diciéndole que volviera a Armenelos; y Erendis,

instada por Núneth y por su propio corazón, hizo lo que se le pedía. Allí se reconcilió con Aldarion; y en la primavera de ese año, cuando había llegado el tiempo de la *Erukermë*, ascendieron con la comitiva del Rey a la cima del Meneltarma, que era el Monte Sagrado de los Númenóreanos.¹⁶ Cuando todos hubieron bajado otra vez, Aldarion y Erendis se demoraron en la cima; y miraron allá abajo la Isla de Oesternesse verde en primavera, y contemplaron el resplandor de la Luz en el Oeste, donde se encontraba la lejana Avallónë,¹⁷ y las sombras en el Este sobre el Gran Mar; y el Menel se levantaba azul sobre ellos. No hablaron, porque nadie, salvo sólo el Rey, hablaba en la altura del Meneltarma; pero cuando descendieron, Erendis se detuvo un momento mirando hacia Emerië, y más allá, hacia los bosques de su patria.

—¿No amáis la Yôzâyan? —preguntó.

—La amo, por cierto —contestó él—, aunque creo que vos lo ponéis en duda. Porque pienso también en lo que puede ser en tiempos por venir, y en la esperanza y el esplendor de su pueblo; y creo que un regalo no ha de mantenerse ocioso en el tesoro.

Pero Erendis lo contradijo diciendo: —Regalos como los que vienen de los Valar y, por mediación de ellos, del Único, han de amarse por sí mismos ahora y en todos los ahoras. No han de darse en trueque para obtener más o algo mejor. Los Edain siguen siendo Hombres mortales, Aldarion, por más ilustres que parezcan, y no podemos vivir en el tiempo por venir, no sea que perdamos éste ahora por un fantasma de nuestra propia invención. —Y tomando bruscamente la joya que llevaba en la garganta, le preguntó:— ¿Querías que vendiera esto para comprarme otros bienes que deseo?

—¡No! —dijo él—. Pero no lo tienes guardado en el tesoro. Sin embargo, creo que lo estimas demasiado; porque desluzce junto a la luz de tus ojos.

Entonces le besó los ojos y en ese momento ella dejó de tener miedo y lo aceptó; y se dieron palabra de matrimonio en el sendero empinado del Meneltarma.

Entonces volvieron a Armenelos, y Aldarion presentó a Erendis a Tar-Meneldur como la prometida del Heredero del Rey; y el Rey se regocijó y hubo alegría en la ciudad y en toda la Isla. Como regalo de casamiento, Meneldur dio a Erendis una gran extensión de tierra en Emerië, y allí hizo construir para ella una casa blanca. Pero Aldarion le dijo: —Otras joyas tengo yo atesoradas, regalos de reyes de tierras lejanas a las que los barcos de Númenor han prestado ayuda. Tengo gemas tan verdes como la luz del sol en las hojas de los árboles que amas.

—¡No! —dijo Erendis—. He recibido ya mi regalo de casamiento, aunque llegó adelantado. Es la única joya que tengo o que quiero tener; y la pondré más alto todavía. —Entonces él vio que ella había engarzado la gema blanca en una redecilla de plata, como una estrella; y cuando ella se lo pidió, él se la sujetó en la frente. La llevó ella así muchos años, hasta que acaeció la desgracia; y alcanzó renombre en todas partes como Tar-Elestirnë, la Señora de la Frente Estrellada.¹⁸ Así hubo por un tiempo paz y alegría en Armenelos, en la casa del Rey y en toda la Isla, y está registrado en los libros antiguos que los frutos abundaron en el verano tardío de aquel año, que fue el ochocientos cincuenta y cuatro de la Segunda Edad.

Pero de todas las gentes sólo los marineros del Gremio de Aventureros no estaban contentos. Durante quince años Aldarion se había quedado en Númenor, y no condujo ninguna expedición al extranjero; y aunque había capitanes valientes que habían sido formados por él, estos capitanes no tenían ni la riqueza ni la autoridad del hijo del Rey, y los viajes eran entonces más raros y breves; y rara vez dejaban atrás la tierra de Gil-galad. Además la madera no abundaba ya en los astilleros, porque

Aldarion descuidaba los bosques; y los Aventureros le rogaron que volviera a trabajar otra vez. Aldarion atendió este ruego, y al principio Erendis iba con él a los bosques; pero la entristecía ver cómo derribaban los grandes árboles, y cómo luego los cortaban y aserraban. Por tanto, muy pronto Aldarion iba solo, y ya no estuvieron tanto juntos.

Ahora bien, llegó el año en que todos esperaban el casamiento del Heredero del Rey, porque no era costumbre que el compromiso durara mucho más de tres años. Una mañana de esa primavera, Aldarion cabalgó desde el puerto de Andúnië por el camino que llevaba a la casa de Beregar; y allí estaría Erendis, que había venido desde Armenelos por los caminos del interior. Cuando llegó a la cima del gran risco que dominaba la región y protegía el puerto desde el norte, se volvió y miró el mar. Soplaban un viento del oeste, como ocurre a menudo en esa estación, amado por los que sueñan con navegar a la Tierra Media, y unas olas de crestas blancas avanzaban hacia la Costa. Entonces, de súbito, la nostalgia por el mar lo asaltó como si una gran mano le aferrara la garganta, y el corazón le golpeó con fuerza, y se quedó sin aliento. Luchó por dominarse y al fin se volvió y se puso otra vez en marcha, y decidió tomar el camino a través del bosque en que había visto cabalgar a Erendis y la había confundido con una Eldar, hacía ya quince años. Casi la buscó para verla una vez más; pero ella no estaba allí, y el deseo de verla le dio prisa, de modo que llegó a la casa de Beregar antes de caer la noche.

Allí ella lo recibió de buen grado, pero él no dijo nada acerca de la boda, aunque todos pensaban que para eso había venido a las Tierras del Oeste. Con el paso de los días, Erendis observó que cuando estaban en compañía de gentes que hablaban y reían, Aldarion guardaba silencio; y si lo miraba de pronto, veía que él le clavaba los ojos. Entonces se le sobrecogió el corazón; porque los ojos azules de Aldarion le parecieron ahora grises y fríos, aunque con una especie de hambre en la mirada. Era una mirada que había visto antes, con demasiada frecuencia, y le dio miedo que pareciera pronosticar; pero calló. Y Núneth, que había advertido todo lo que sucedía, se alegró; porque «las palabras pueden abrir heridas», como decía ella.

Al cabo de un tiempo, Aldarion y Erendis volvieron cabalgando a Armenelos, y a medida que se alejaban del mar, él se iba alegrando otra vez. Sin embargo, nada dijo a Erendis de aquello que lo perturbaba: porque en verdad estaba en guerra consigo mismo, y no sabía qué hacer.

Así avanzó el año, y Aldarion no decía nada, ni del mar ni de la boda; pero iba con frecuencia a Rómenna y pasaba el tiempo en compañía de los Aventureros. Por fin, cuando llegó el año siguiente, el Rey le pidió que lo visitara, y hubo paz entre ellos y ninguna nube empañó el afecto que se tenían.

—Hijo mío —dijo Tar-Meneldur—, ¿cuándo me darás la hija que desde hace tanto deseo? Más de tres años han pasado ya, y ése es tiempo más que suficiente. Me asombra que puedas soportar semejante demora.

Entonces Aldarion guardó silencio, pero finalmente dijo: —Me ha dado otra vez esa nostalgia, Atarinya. Dieciocho años son un ayuno muy largo. Apenas puedo estarme quieto en la cama, o sostenerme sobre un caballo, y el suelo duro me lastima los pies.

Entonces Meneldur se afligió, y compadeció a su hijo; pero no entendía por qué estaba perturbado, pues a él nunca le había gustado navegar, y le dijo:

—¡Ay! Pero estás comprometido. Y por las leyes de Númenor y el recto juicio de los Eldar y los Edain, un hombre no puede tener dos esposas. No puedes desposarte con la Mar, pues tu novia es Erendis.

Entonces a Aldarion se le endureció el corazón, porque esas palabras le recordaron su conversación con Erendis al pasar por Emerië; y pensó (aunque no era cierto) que ella había hablado con el Rey. Tal era siempre el temple de Aldarion; si creía que otros se unían para incitarlo a tomar cierto camino, en seguida se apartaba de ellos. Los herreros pueden forjar, y los jinetes cabalgar, y los mineros cavar, aunque estén casados —dijo—. ¿Por qué no han de poder navegar los marineros?

—Si los herreros se pasaran cinco años sobre el yunque, no habría muchas esposas de herreros—dijo el Rey—. Y no son muchas las esposas de los marineros, y soportan lo que deben, porque tal es la vida y la necesidad que ellas tienen. El Heredero del Rey no es marinero de oficio ni por necesidad.

—Hay otras necesidades además de la de ganarse el pan cotidiano —dijo Aldarion—. Y aún tengo muchos años por delante.

—No, no —dijo Meneldur—, das por descontada la gracia; Erendis tiene menos esperanzas que tú, y los años son más rápidos para ella. No pertenece a la línea de Elros; y ya hace mucho tiempo que viene amándote.

—Se mantuvo apartada casi doce años cuando yo sólo pensaba en ella —dijo Aldarion—. No pido un tercio de ese tiempo.

—Ella no estaba comprometida entonces —dijo Meneldur—. pero ahora ninguno de los dos es libre. Y si se mantuvo apartada, no dudo de que fuera por miedo a lo que ahora parece probable que ocurra, si no consigues dominarte. De algún modo llegaste a acallar ese miedo; y aunque no hayas hablado con claridad, estás sin embargo obligado, creo yo.

Entonces Aldarion dijo con enojo: —Sería mejor que yo mismo hablara con mi novia y no por interpósita persona. —Y dejó a su padre. No mucho después le habló a Erendis de su deseo de viajar otra vez por sobre las vastas aguas, y de que había perdido el sueño y el descanso. Pero ella se mantuvo sentada, pálida y en silencio. Por fin dijo: —Creí que veníais a hablar de nuestra boda.

—Lo haré —dijo Aldarion—. Será no bien regrese, si aguardáis. —Pero al ver dolor en la cara de Erendis, se sintió conmovido, y tuvo un pensamiento.— Será ahora —dijo—. Será antes de que este año acabe. Y entonces haré una nave como nunca se ha hecho, la casa de una Reina sobre las aguas. Y navegaréis conmigo, Erendis, por gracia de los Valar, de Yavanna y de Oromë, a quienes amáis; navegaréis a tierras donde os mostraré bosques como no habéis visto nunca, donde aun ahora cantan los Eldar; o florestas más extensas que Númenor, libres y salvajes desde el principio de los días, donde todavía puede escucharse el gran cuerno de Oromë, el Señor.

Pero Erendis lloró. —No, Aldarion —dijo-. Me alegro de que el mundo aún tenga cosas como esas de que habláis; pero yo nunca las veré. Porque no lo deseo: mi corazón pertenece a los bosques de Númenor. ¡Ay, ay!, si por amor a vos me embarcara, no volvería. Está más allá de mis fuerzas soportarlo; y si no viera la tierra, moriría. El Mar me odia; y ahora se venga de que os apartara de él, aunque yo huyera de vos. ¡Idos, mi señor! Pero tened piedad, y no tardéis tantos años como ya antes perdí.

Entonces Aldarion se sintió desconcertado; porque había hablado con su padre dominado por la cólera, y ella le hablaba ahora con amor. No se hizo a la mar ese año; pero no tuvo paz ni alegría. —Ella morirá si no ve la tierra —dijo-. Pronto moriré yo si la sigo viendo. Por tanto, si hemos de pasar algunos años juntos, es preciso que parta, y pronto. —Y se preparó para hacerse a la mar en primavera; y los Aventureros fueron los únicos que se pusieron contentos, entre los que estaban enterados. Se tripularon tres navíos, y zarparon de la desembocadura del Víressë. Erendis misma puso la rama verde

de *oiolairë* en la proa del *Palarran* y ocultó sus lágrimas, hasta que la nave dejó atrás los nuevos rompeolas del puerto.

Seis años y más transcurrieron antes que Aldarion regresara a Númenor. Descubrió entonces que aún Almarian la Reina lo recibía fríamente, y que los Aventureros no eran estimados como antes; porque los hombres pensaban que Aldarion había tratado mal a Erendis. Pero en verdad había tardado más de lo que se había propuesto; porque había encontrado el puerto de Vinyalondë completamente en rumas, y los mares desencadenados habían reducido a nada los trabajos de reparación. Los hombres de cerca de las costas estaban tomando miedo a los Númenóreanos, o se habían vuelto abiertamente hostiles; y Aldarion escuchó rumores de cierto señor de la Tierra Media que odiaba a los hombres de los barcos. Luego, cuando quiso volver, un gran viento se levantó del sur y fue arrastrado muy lejos hacia el norte. Se demoró un tiempo en Mithlond, pero cuando los barcos se hicieron a la mar, fueron arrastrados otra vez hacia el norte, a una región solitaria de hielos peligrosos, y tuvieron frío. Por fin el mar y el viento cedieron, pero cuando Aldarion miró nostálgico desde la proa del *Palarran* y vio a los lejos el Meneltarma, vio también la rama verde y advirtió que se había marchitado. Se sintió consternado entonces, pues una rama de *oiolairë* nunca se marchitaba, mientras la bañara el rocío. —Se ha congelado, Capitán —dijo un marinero que se encontraba a su lado—. Ha hecho demasiado frío. Me alegra, por cierto, volver a ver el Pilar.

Cuando Aldarion buscó a Erendis, ella lo miró profundamente, pero no se le acercó; y él estuvo un rato de pie sin saber qué decir, cosa que nunca le ocurría. —Sentaos, mi señor —dijo Erendis—, y contadme primero todos vuestros hechos. ¡Mucho tenéis que haber visto en tan largos años!

Entonces Aldarion empezó a hablar, vacilando, y ella seguía sentada mientras él contaba la historia de sus pruebas y demoras; y cuando hubo acabado, ella dijo: —Agradezco a los Valar por cuya gracia habéis vuelto al fin. Pero también les agradezco no haber ido con vos; porque me habría marchitado más pronto que cualquier rama verde.

—Tu rama verde no se acercó voluntariamente al frío glacial —respondió él—. Pero rechazadme ahora, si queréis, y creo que nadie os culpará. Aunque ¿no hay esperanzas de que tu amor sea más resistente que la bella *oiolairë*?

—Por cierto que sí —dijo Erendis—. No se ha enfriado hasta encontrar la muerte, Aldarion. ¡Ay!, ¿cómo rechazaros cuando os veo retornar tan hermoso como el sol después del invierno?

—Pues que empiecen ahora la primavera y el verano —dijo él.

—Y que el invierno no vuelva —dijo Erendis.

Entonces, con gran alegría de Meneldur y Almarian, la boda del Heredero del Rey se proclamó para la primavera próxima; y se celebró puntualmente. En el año ochocientos setenta de la Segunda Edad, Aldarion y Erendis se casaron en Armenelos, y en todas las casas hubo música; y en las calles cantaban los hombres y las mujeres. Y después el Heredero del Rey y su novia cabalgaron con gran placer por toda la Isla, hasta que llegaron a Andúnië en pleno verano, y allí Valandil, Señor de Andúnië, preparó la última fiesta; y toda la gente de las Tierras del Oeste estaba allí reunida por amor a Erendis y por el orgullo de que la Reina de Númenor hubiera nacido entre ellos.

En la mañana antes de la fiesta, Aldarion miró por la ventana del dormitorio que daba al mar del oeste.

—¡Mira, Erendis! —exclamó—. Un barco que viene hacia el puerto a toda vela; y no es un barco de Númenor, sino de una especie que ni tú ni yo abordaremos nunca, aun cuando lo deseáramos. —Entonces miró Erendis y vio una alta nave blanca, envuelta en una nube de aves blancas que volaban al sol; y las velas resplandecían de plata, y la proa se acercaba a puerto abriendo un surco de espuma. Así acudían los Eldar a la boda de Erendis, por amor al pueblo de las Tierras del Oeste, a quienes tenían en particular amistad.¹⁹ El barco venía cargado de flores para adorno de la fiesta, de modo que cuando todos estuvieran allí reunidos, llegada la noche, se coronarían con el *elanor*²⁰ y la dulce *lissuin*, cuya fragancia apacigua el corazón. Y también habían traído trovadores que recordaban los cantos de los Elfos y los Hombres en los días de Nargothrond y Gondolin, en tiempos lejanos; y muchos de los Eldar, altos y bellos, se sentaron entre los Hombres a la mesa. Pero las gentes de Andúnië que fueron a mirarlos dijeron que ninguno igualaba en belleza a Erendis; y dijeron que los ojos de Erendis eran tan brillantes como los ojos de Morwen Eledhwen de antaño,²¹ o aun los de Avallónë.

Muchos regalos también trajeron los Eldar. A Aldarion, un árbol joven de corteza blanca como la nieve, y de tallo recto, fuerte y flexible como el acero; pero no tenía hojas todavía. —Os lo agradezco—dijo Aldarion a los Elfos—. La madera de un árbol semejante ha de ser preciosa en verdad.

—Quizá, no lo sabemos —dijeron ellos—. Nunca hemos cortado ninguno. Da hojas refrescantes en verano y flores en invierno. Es por eso que nosotros lo apreciamos.

A Erendis le habían traído un par de pájaros grises con picos y patas dorados. Cantaban dulcemente el uno para el otro con múltiples cadencias nunca repetidas en el largo trémolo de la canción; pero si se los separaba, volaban en seguida a encontrarse, y no cantaban si se los mantenía apartados.

—¿Cómo he de cuidarlos? —preguntó Erendis.

—Dejadlos volar en libertad —respondieron los Eldar—. Porque les hemos hablado y les hemos dicho vuestro nombre; y se quedarán allí donde esté vuestra casa. Se aparejan para toda la vida. Quizá así habrá muchos pájaros que canten en los jardines de vuestros hijos.

Esa noche Erendis despertó y una dulce fragancia entraba por la celosía entreabierta; pero la noche era clara, pues la luna llena se acercaba al oeste. Entonces, dejando el lecho, Erendis miró fuera y vio toda la tierra dormida en un baño de plata; pero los dos pájaros estaban allí, juntos, posados en el antepecho de la ventana.

Cuando los festejos acabaron, Aldarion y Erendis fueron por un tiempo a la casa de ella; y otra vez los pájaros volvieron a posarse en el antepecho de la ventana de Erendis. Por fin se despidieron de Beregar y Númeth, y volvieron cabalgando a Armenelos; porque allí deseaba el Rey que viviera el Heredero, y había una casa preparada para ellos en medio de un jardín de árboles. Allí plantaron el árbol de los Elfos, y en sus ramas cantaban los pájaros que ellos les regalaran.

Dos años más tarde Erendis concibió, y en la primavera del año siguiente dio a Aldarion una hija. Aun recién nacida era maravillosamente bella, y aumentó en belleza al crecer: la mujer más hermosa, según cuentan las historias de antaño, nunca nacida en

la línea de Elros, salvo Ar-Zimraphel, la última. Cuando tuvieron que darle nombre, la llamaron Ancalimë. En el fondo, Erendis estaba complacida, porque pensaba: —Con seguridad Aldarion querrá ahora un hijo que lo herede; y se quedará conmigo mucho tiempo todavía. —Porque en secreto tenía aún miedo del Mar, y del poder que éste tenía sobre el corazón de Aldarion, y aunque se esforzaba por ocultarlo y no rehuía hablar con él de sus viejas aventuras y de sus esperanzas y designios, vigilaba celosamente si visitaba el albergue de los barcos, o si pasaba mucho tiempo en compañía de los Aventureros. Una vez le pidió Aldarion que subiera a bordo del *Eäambar*, pero al entrever fugazmente una expresión de reticencia en los ojos de ella, nunca más volvió a pedírselo. No era infundado el temor de Erendis. Cuando hubo pasado cinco años en tierra, Aldarion empezó a ocuparse otra vez del Señorío de los Bosques, y a menudo se pasaba muchos días fuera de la casa. Había ahora en verdad madera suficiente en Númenor (sobre todo como consecuencia de la prudencia de Aldarion); pero como la población era ahora más numerosa, siempre se necesitaba madera para la carpintería y otros asuntos. Porque en aquellos días antiguos, aunque muchos tenían gran habilidad con la piedra y los metales (pues los Edain de antaño habían aprendido de los Noldor), a los Númenóreanos les encantaban los objetos hechos de madera, para utilizarlos en la vida cotidiana o por la belleza del trabajo. En ese tiempo, Aldarion volvió a pensar en el futuro plantando cada vez que había tala, e hizo crecer nuevos bosques en todos los sitios en que la tierra era apta para el crecimiento de árboles de diferentes especies. Fue entonces cuando se lo conoció más ampliamente como Aldarion, nombre por el que se lo recuerda entre los que tuvieron el cetro en Númenor. No obstante, a muchos, además de a Erendis, les parecía que no amaba demasiado a los árboles por sí mismos, y que los estimaba sobre todo por la madera que habría de servir a sus designios.

No algo muy distinto le ocurría con el Mar. Porque como se lo había dicho Núneth a Erendis mucho antes: —A los barcos, puede que los ame, hija mía, como obras de la mente y la mano del hombre; pero no creo que sean los vientos ni las vastas aguas lo que así le quema el corazón, ni siquiera la vista de tierras extranjeras, sino un calor que tiene en la mente o algún sueño que lo persigue. —Y puede que en eso no estuviera muy lejos de la verdad; pues Aldarion era hombre de gran previsión y pensaba en los días futuros en que el pueblo necesitaría más espacio y mayor riqueza; y lo supiera él claramente o no, soñaba con la gloria de Númenor y el poder de sus reyes, y buscaba los peldaños por los que podría ascender a un más amplio dominio. Así fue que al cabo de un tiempo abandonó otra vez la silvicultura para dedicarse a la construcción de barcos, y tuvo la idea de un poderoso navío-castillo, con altos mástiles y grandes velas como nubes, capaz de cargar hombres y provisiones como para una ciudad. Entonces en los astilleros de Rómenna se afanaron las sierras y los martillos, mientras que en medio de muchas naves más pequeñas las costillas de un enorme casco iban cobrando forma; y todos se asombraban y maravillaban. *Turuphanto*, la Ballena de Madera lo llamaron, pero no era ése su nombre.

Erendis supo estas cosas, aunque Aldarion no se las había contado, y se sintió inquieta. Por tanto, un día le dijo: —¿Qué es todo eso que se oye de barcos, Señor de los Puertos? ¿No tenemos suficientes? ¿A cuántos hermosos árboles se les ha quitado la vida este año? —Hablabla a la ligera y sonreía.

—El hombre en tierra en algo ha de ocuparse—respondió él—, aunque tenga una bella esposa. Los árboles crecen y los árboles caen. Planto más que los que son derribados. —También él hablaba en tono ligero, pero no la miraba a los ojos, y no volvieron a hablar de esas cosas.

Pero cuando Ancalimë tenía casi cuatro años, Aldarion le declaró por fin abiertamente a Erendis su deseo de volver a la mar. Ella se quedó sentada en silencio, pues él no había dicho nada que ella ya no supiera; y de nada servían las palabras. Aldarion se demoró hasta el cumpleaños de Ancalimë, y le prestó mucha atención ese día. La niña reía y estaba contenta, al contrario de lo que ocurría con otras gentes de la casa; y cuando la llevaron a la cama, le preguntó a su padre: —¿Dónde iremos este verano, *tatanya*? Me gustaría ver la casa blanca del país de las ovejas, del que *mamil* me habla. —Aldarion no respondió; y al día siguiente abandonó la casa y se ausentó durante varios días. Cuando todo estuvo pronto, regresó y se despidió de Erendis. Y a pesar de ella, los ojos se le llenaron de lágrimas. Él se apenó, pero también se sintió incómodo, pues estaba decidido, y se le había endurecido el corazón.— ¡Vamos, Erendis! —dijo—. Ocho años me he quedado. No podéis retener para siempre con dulces lazos al hijo del Rey, que lleva la sangre de Tuor y Eärendil. Y no voy al encuentro de la muerte. Pronto volveré.

—¿Pronto? —dijo ella—. Pero los años son implacables y no los traeré de vuelta con vos. Y los míos son menos que los vuestros. Mi juventud se va; y ¿dónde están mis hijos y dónde vuestro heredero?

Durante mucho tiempo y demasiado a menudo ha estado frío mi lecho últimamente.²²

—A menudo y últimamente creí que así lo preferíais —dijo Aldarion—. Pero no nos enfademos aunque no seamos del mismo parecer. Miraos en el espejo, Erendis. Sois hermosa, y la sombra de la vejez ni siquiera os ha tocado. Tenéis tiempo de sobra para mi profunda necesidad. Dos años! ¡Dos años es todo lo que pido!

Pero Erendis respondió: —Decid más bien: «Dos años es lo que habré de tomarme, lo queráis o no». ¡Tomad los dos años, pues! Pero no más. El hijo de un Rey de la sangre de Eärendil ha de ser también un hombre de palabra.

A la mañana siguiente Aldarion se fue de prisa. Levantó a Ancalimë en brazos y la besó, pero aunque ella se le aferró al cuello, la dejó rápidamente y se alejó cabalgando a toda carrera. Poco después el gran barco abandonó Rómenna. *Hirilondë* lo llamó, el Descubridor de Puertos; pero abandonó Númenor sin la bendición de Tar-Meneldur; y Erendis no vino a poner la Rama verde del Retorno, ni tampoco la envió al puerto. La cara de Aldarion estaba sombría y preocupada mientras en proa miraba la gran rama de *oiolairë* puesta allí por la esposa del capitán; pero no miró atrás hasta que el Meneltarma se perdió en el crepúsculo.

Todo ese día se quedó Erendis en su cuarto a solas y entristecida; pero en lo profundo de su corazón sentía un dolor nuevo, de frío enojo, y su amor por Aldarion estaba gravemente herido. Odiaba al Mar; y ahora, ni siquiera quería mirar a los árboles, que antes había amado, pues le recordaban los mástiles de los grandes navíos. Por tanto, antes de no mucho, abandonó Armenelos y fue a Emerië, en medio de la Isla, donde siempre, lejos y cerca, el balido de las ovejas flotaba en el viento. —Me es más dulce a los oídos que el chillido de las gaviotas —dijo sentada a la puerta de la casa blanca, el regalo del Rey que se levantaba sobre una cuesta de cara al oeste, con extensos prados en derredor que se unían sin muros ni setos con los pastizales. Allí llevó a Ancalimë, y no tenían otra compañía que ellas mismas. Porque los sirvientes de la casa de Erendis eran todos mujeres; y ella quería inculcar en su hija la amargura que sentía por los hombres. Ancalimë en verdad rara vez veía a un hombre, pues Erendis no había constituido ninguna hacienda, y sus pocos granjeros y pastores vivían en una casa apartada. Otros hombres no iban allí, salvo rara vez algún mensajero del Rey; y éste no

tardaba en marcharse a la carrera, pues los hombres creían sentir en esa casa un frío que los impulsaba a alejarse, y mientras se encontraban dentro, hablaban en susurros.

Una mañana, poco después de llegar Erendis a Emerië, despertó con el canto de unos pájaros, y allí, en el antepecho de la ventana, estaban los pájaros de los Elfos que durante mucho tiempo habían vivido en el jardín de Armenelos, pero que ella había dejado olvidados.

—Pobrecitos, tontos, ¡marchaos de aquí! —dijo—. Este no es sitio para una alegría como la vuestra.

Entonces los pájaros dejaron de cantar y se alejaron volando hacia los árboles; tres veces revolotearon sobre los tejados y luego partieron hacia el oeste. Esa noche se posaron en el antepecho de la ventana de la cámara del padre de Erendis, donde ella había dormido con Aldarion después de la fiesta celebrada en Andúnië; y allí los encontraron Núneth y Beregar en la mañana del día siguiente. Pero cuando Núneth les tendió la mano, levantaron vuelo y se fueron, y ella se quedó mirándolos hasta que se convirtieron en unos puntos a la luz del sol, precipitados hacia el mar, de regreso a la tierra de la que venían.

—Él se ha ido otra vez, entonces, y la ha dejado—dijo Núneth.

—¿Por qué no ha enviado un mensaje? —preguntó Beregar—. ¿O por qué no ha venido a casa?

—Pues sí que ha enviado un mensaje —dijo Núneth—. Porque ha rechazado a los pájaros de los Elfos, lo que ha estado mal de parte de ella. No pronostica nada bueno. ¿Por qué, por qué, hija mía? Sin duda sabías lo que tenías que enfrentar. Pero déjala tranquila, Beregar, dondequiera que esté. Esta ya no es su casa, y aquí no encontrará cura. El volverá. Que entonces los Valar le den sabiduría... O al menos un poco de astucia!

Cuando llegó el segundo año de la partida de Aldarion, por deseo del Rey, Erendis ordenó que la casa de Armenelos fuera dispuesta y aprontada; pero ella no hizo ningún preparativo para volver. Al Rey le envió una respuesta diciendo: —Iré si me lo ordenáis, *atar aranya*. Pero ¿es mi deber ahora apresurarme? ¿No habrá tiempo bastante cuando la vela se divise en el Este? —Y a sí misma se dijo:— ¿Hará el Rey que espere en los muelles como la novia de un marinero? Ojalá lo fuera, pero ya no lo soy más. He desempeñado ese papel hasta el fin.

Pero transcurrió ese año y no se divisó vela alguna; y el año siguiente llegó y se desvaneció en el otoño. Entonces Erendis se volvió dura y silenciosa. Ordenó que cerraran la casa de Armenelos, y jamás se alejaba más que unas horas de la casa de Emerië. El amor que tenía lo daba todo a su hija, y se aferraba a ella, y no permitía que Ancalimë no estuviera a su lado, ni siquiera para visitar a Núneth y a la parentela de las Tierras del Oeste. Toda enseñanza la recibía Ancalimë de su madre; y aprendió a escribir, a leer y a hablar bien la lengua élfica con Erendis, según la manera en que la empleaban los hombres elevados de Númenor. Porque en las Tierras del Oeste, en casas como la de Beregar, se utilizaba una lengua común, y Erendis hablaba rara vez el Númenóreano, que era la lengua preferida de Aldarion. Mucho también aprendió Ancalimë de Númenor y de los días antiguos en los libros y pergaminos que ella podía entender; y oía también historias de otra especie, de la gente y del país, en boca de las mujeres de la casa, aunque de esto Erendis nada sabía. Pero las mujeres evitaban hablar con la niña, pues le tenían miedo a Erendis; y en la casa blanca de Emerië, Ancalimë reía muy rara vez. Era una casa silenciosa y no había música en ella, como si allí hubiera muerto alguien poco tiempo atrás; porque era costumbre en Númenor en

aquellos días, que los hombres tocaran los instrumentos, y la música que escuchaba Ancalimë en su infancia era lo que cantaban las mujeres mientras trabajaban al aire libre, lejos de los oídos de la Blanca Señora de Emerië. Pero ahora Ancalimë tenía siete años, y cada vez que se lo permitían, salía de la casa e iba a los amplios prados donde podía correr en libertad; y a veces iba en compañía de una pastora cuidando de las ovejas y comiendo bajo el cielo.

Un día del verano de ese año, un niño pequeño, aunque mayor que ella, fue a la casa con un recado de las granjas distantes; y Ancalimë se le acercó mientras él comía un pedazo de pan y bebía de una jarra de leche en el patio de atrás de la casa. El la miró sin interés y siguió bebiendo. Luego dejó la jarra a un lado.

—Sigue mirando si quieres, ojazos —dijo—. Eres una niña bonita, pero demasiado delgada. ¿Quieres comer? —Sacó una hogaza de la bolsa.

—¡Vete, Íbal! —gritó una vieja que salía por la puerta de la lechería—. ¡Y usa tus largas piernas o habrás olvidado el mensaje que te di para tu madre, aun antes de llegar a casa!

—¡No hace falta un perro guardián donde tú estás, madre Zamîn! —gritó el niño, y con un ladrido y un salto pasó por sobre el portalón y bajó corriendo la colina. Zamîn era una vieja campesina de lengua suelta y a quien nadie amilanaba fácilmente, ni siquiera la Señora Blanca.

—¿Qué era esa criatura ruidosa? —preguntó Ancalimë.

—Un niño —dijo Zamîn—, si sabes qué es eso. Aunque ¿cómo habrías de saberlo? Son criaturas que comen y rompen cosas. Ese está siempre comiendo... pero no en vano. Un magnífico muchachón encontrará el padre cuando regrese; aunque si tarda demasiado, apenas lo conocerá. Lo mismo podría decir de otros.

—¿Entonces el niño también tiene padre? —preguntó Ancalimë.

—Por cierto —dijo Zamîn—. Ulbar, uno de los pastores del gran señor del sur: el Señor de las Ovejas lo llamamos, un pariente del Rey.

—Entonces, ¿por qué el padre del niño no está en casa?

—¿Por qué, *hérinkë*? —dijo Zamîn—. Porque oyó hablar de esos Aventureros y se unió a ellos y se fue de viaje con tu padre, el señor Aldarion, aunque sólo los Valar saben adónde o por qué.

Esa noche Ancalimë preguntó de pronto a su madre: —¿Mi padre se llama también el señor Aldarion?

—Así se llamaba —respondió Erendis—. Pero ¿por qué lo preguntas? —Hablaban en un tono tranquilo y desinteresado, pero por dentro estaba asombrada y perturbada, porque nunca hasta entonces habían intercambiado una palabra sobre Aldarion.

Ancalimë no contestó la pregunta. —¿Y cuándo volverá? —dijo.

—¡No me lo preguntes! —dijo Erendis—. No lo sé. Nunca, quizá. Pero no te preocupes, porque tienes una madre, y ella no te abandonará mientras tú la ames.

Ancalimë no volvió a hablar de su padre.

Los días pasaron trayendo otro año, y luego otro; esa primavera Ancalimë cumplió nueve años. Los corderos nacieron y crecieron; llegó el tiempo de la esquila y pasó; un verano ardiente quemó la hierba. El otoño se deshizo en lluvia. Y entonces, empujado sobre las aguas grises por un viento nuboso, volvió *Hirilondë* trayendo a Aldarion a Rómenna; y se envió la noticia a Emerië, pero Erendis no hizo ningún comentario. No había nadie en los muelles que saludara a los recién llegados. Aldarion cabalgó en la lluvia a Armenelos, y encontró la casa cerrada. Se sintió consternado,

pero no preguntó nada a nadie; primero buscaría al Rey, porque, según creía, tenía mucho que decirle.

No encontró su bienvenida más cálida de lo que esperaba; y Meneldur le habló como un Rey que cuestiona la conducta de un capitán. —Has estado fuera mucho tiempo -dijo fríamente—. Han pasado más de tres años desde la fecha en que prometiste volver.

—¡Ay! -dijo Aldarion—. Aun yo me he cansado del mar, y por mucho tiempo mi corazón echó de menos el Oeste. Pero me he demorado en contra de mi propia voluntad. Hay mucho por hacer. Y todo sale mal en mi ausencia.

—No lo dudo -dijo Meneldur—. Comprobarás que lo mismo sucede en tu propio país, me temo.

—Eso espero enderezarlo -dijo Aldarion—. Pero el mundo está cambiando otra vez. Han transcurrido cerca de mil años desde que los Señores del Oeste lucharon contra Angband; y esos días están olvidados o envueltos en confusas leyendas entre los Hombres de la Tierra Media. La inquietud y el miedo acosan otra vez a esos hombres. Tengo que hablar contigo y darte cuenta de mis hechos y de lo que debería hacerse.

—Así lo será -dijo Meneldur—. En verdad, no espero menos. Pero hay otros asuntos que juzgo más importantes. «Que el Rey gobierne bien su propia casa antes de corregir a los demás», se dice. Eso es válido para todos los hombres. Te daré ahora un consejo, hijo de Meneldur. Tú también tienes una vida propia. Has descuidado siempre la mitad de ti mismo. A ti ahora te digo: ¡ve a tu casa!

Aldarion se quedó de súbito inmóvil y el rostro grave. —Si lo sabes, dímelo —dijo-: ¿Dónde está mi casa?

—Donde está tu esposa -dijo Meneldur—. No has cumplido la palabra que le diste, fuera por necesidad o no. Vive ahora en Emerië, en su propia casa, lejos del mar. Allí has de ir en seguida.

—Si me hubiera dejado algún mensaje diciéndome dónde encontrarla, habría ido directamente desde el puerto -dijo Aldarion—. Pero cuando menos, no tengo ahora que pedir noticias a los extraños. —Se volvió entonces para irse, pero en seguida dijo, deteniéndose un instante:— El Capitán Aldarion ha olvidado algo que pertenece a su otra mitad, y que en su indocilidad también considera urgente. Tiene una carta que ha de entregar al Rey en Armenelos. —Y dándosela a Meneldur, hizo una reverencia y abandonó la cámara; y a la hora montó a caballo y se puso en viaje aunque ya caía la noche. Con él no llevaba sino dos compañeros, hombres de su barco: Henderch, de las Tierras del Oeste, y Ulbar, nativo de Emerië.

Cabalgando rápidamente, llegaron al caer la noche del siguiente día, y hombres y caballos estaban muy cansados. Fría y blanca lucía la casa sobre la colina al último resplandor del sol bajo las nubes. Cuando Aldarion la vio, a lo lejos, hizo sonar el cuerno para anunciarse.

Cuando saltó del caballo en el patio anterior, vio a Erendis: vestida de blanco esperaba en los escalones que ascendían hacia las columnas, delante de las puertas. Se mantenía erguida, pero al acercarse, él vio que estaba pálida, y que los ojos le brillaban demasiado.

—Llegáis tarde, mi señor —dijo-. Hacía ya mucho que había dejado de esperaros. Temo que no hay una bienvenida preparada para vos, como la hubiera habido en otro tiempo.

—Los marineros se contentan fácilmente -dijo Aldarion.

—Está bien que así sea —dijo ella; y se volvió a la casa y lo dejó. Entonces dos mujeres avanzaron y una anciana descendió la escalinata. Cuando Aldarion entró, dijo

ella en voz alta para que él pudiera oírla:— No hay alojamiento para vosotros aquí. ¡Id a la casa al pie de la colina!

—No, Zamîn —le dijo Ulbar—. No me quedaré. Voy a mi casa con la venia del señor Aldarion. ¿Está todo bien allí?

—Bastante bien —dijo ella—. Tu hijo ha comido hasta olvidarte. Pero ¡ve y encuentra tus propias respuestas! Estarás allí más abrigado que tu Capitán.

Erendis no se hizo presente a la mesa donde unas mujeres sirvieron a Aldarion una cena tardía en una cámara apartada. Pero antes que él hubiera acabado de comer, ella entró y dijo delante de las mujeres:

—Estaréis cansado, mi señor, después de tanta prisa. Se os ha aprontado un cuarto de huéspedes, y está a vuestra disposición. Mis mujeres os asistirán. Si tenéis frío, pedidles que enciendan un fuego.

Aldarion no contestó. Fue temprano al dormitorio y como en verdad estaba cansado, se echó en la cama y olvidó pronto las sombras de la Tierra Media y de Númenor en un sueño profundo. Pero con el canto del gallo despertó con gran inquietud y enfado. Se levantó de inmediato y pensó en abandonar la casa sin ruido: encontraría a Henderch, su hombre de confianza, y a los caballos, e irían a casa de su pariente, Hallatan, el señor pastor de Hyarastorni. Más tarde convocaría a Erendis con su hija a Armenelos y ya no tendría más tratos en terreno de ella. Pero mientras iba hacia las puertas, Erendis se le acercó. No se había acostado esa noche y se detuvo ante él, en el umbral.

—Os vais más de prisa de lo que habéis venido, mi señor —dijo-. Espero que como marinero no hayáis encontrado demasiado fastidiosa esta casa de mujeres, y por eso os vais así antes de resolver vuestros asuntos. En verdad, ¿qué asunto os trajo aquí?

¿Puedo saberlo antes de que os vayáis?

—Se me dijo en Armenelos que mi esposa estaba aquí, y que había traído aquí a mi hija —respondió él—. En cuanto a mi esposa, estaba equivocado, según parece, pero ¿no tengo yo una hija?

—La teníais hace algunos años —dijo ella—. Pero mi hija no se ha levantado todavía.

—Que se levante entonces mientras voy en busca de mi caballo —dijo Aldarion.

Erendis habría querido evitar el encuentro de Aldarion y Ancalimë en esa ocasión, pero temía ir demasiado lejos y perder el favor del Rey, y el Consejo²³ ya había expresado su descontento por el hecho de que la niña fuera criada en el campo. Por tanto, cuando Aldarion volvió a caballo junto con Henderch, Ancalimë estaba junto a su madre en el umbral. Se mantenía erguida y rígida como su madre, y no lo saludó en ningún momento cuando él desmontó y subió por las escaleras hacia ella.

—¿Quién sois? —preguntó-. ¿Y por qué me ordenáis levantarme tan temprano, antes de que haya movimiento en la casa?

Aldarion la miró atentamente, y aunque tenía una expresión severa, se sonreía por dentro: porque veía en ella a su propia hija más que a la de Erendis, a pesar de la educación que había recibido.

—Me conocisteis una vez, Señora Ancalimë —le dijo-, pero no importa. Hoy no soy más que un mensajero venido de Armenelos para recordaros que sois la hija del Heredero del Rey; y (como puedo verlo ahora) que seréis su Heredera llegado el momento. No siempre viviréis aquí. Volved ahora a vuestro lecho, mi Señora, hasta que

vuestra doncella se despierte, si queréis. Tengo prisa por ver al Rey. ¡Adiós! —Besó la mano de Ancalimë y descendió las escaleras; luego montó y se alejó a la carrera saludando con la mano.

Erendis, sola a la ventana, lo vio cabalgar colina abajo, y advirtió que se dirigía a Hyarastorni y no a Armenelos. Entonces lloró de pena, pero más todavía de rabia. Había esperado imponer alguna penitencia, que pudiera retirar después de que Aldarion le pidiera perdón; pero él la había tratado como si ella fuera la única culpable, y no la había tenido en cuenta delante de su hija. Demasiado tarde recordaba las palabras que le dijera Núneth mucho tiempo atrás, y veía a Aldarion ahora como a alguien grande e indomable, impulsado por una fiera determinación, aún más peligroso cuando actuaba con frialdad.

—¡Peligroso! —dijo—. Soy acero difícil de doblegar. Así lo comprobaría él, aun cuando fuera Rey de Númenor.

Aldarion cabalgó a Hyarastorni, la casa de Hallatan, su primo; porque tenía intención de descansar allí un tiempo y reflexionar. Cuando estuvo cerca, oyó sonido de música, y descubrió que los pastores celebraban alegremente el regreso a casa de Ulbar con muchas maravillosas historias y regalos; y la esposa de Ulbar, enguirlandada, bailaba con él al son de los caramillos. En un principio nadie advirtió la presencia de Aldarion, aun a caballo, que los observaba con una sonrisa; pero de pronto Ulbar exclamó: —¡El Gran Capitán! —e Íbal, su hijo, corrió hacia los estribos de Aldarion—. ¡Señor Capitán! —clamó.

—¿De qué se trata? Tengo prisa —dijo Aldarion; porque había cambiado de humor, y sentía enfado y amargura.

—Sólo quiero preguntar —dijo el niño— qué edad ha de tener un hombre para que pueda hacerse a la mar en un barco como mi padre.

—La edad de las montañas y ninguna otra esperanza en la vida —dijo Aldarion—. O más sencillamente, ¡cuando se lo diga el corazón! Pero tu madre, hijo de Ulbar, ¿no ha de darme la bienvenida?

Cuando la esposa de Ulbar se aproximó, Aldarion le tomó la mano. —¿Querrás recibir esto de mí?

—dijo—. No es más que una pequeña retribución por los seis años de Ulbar que tú me diste, la ayuda de un corazón noble. —Y de un saquito bajo la capa sacó una joya roja como el fuego, engarzada sobre una banda de oro, y se la puso en la mano.— Viene del Rey de los Elfos —dijo—. Pero la considerará en buenas manos cuando yo se lo diga. —Entonces Aldarion se despidió de la gente allí reunida y se alejó cabalgando, sin deseos ya de quedarse en aquella casa. Cuando Hallatan se enteró de la extraña llegada y la precipitada partida de Aldarion, se quedó perplejo, hasta que otras noticias recorrieron el campo.

Aldarion todavía no estaba muy lejos de Hyarastorni, cuando se detuvo de pronto y habló con Henderch, su compañero. —Sea cual fuere la bienvenida que te espere en el Oeste, amigo, no te apartaré de ella. Ve a tu casa con mi agradecimiento. Deseo viajar solo.

—No es conveniente, Señor Capitán —dijo Henderch.

—Tienes razón —dijo Aldarion—. Pero así son las cosas. ¡Adiós!

Y prosiguió cabalgando solo hacia Armenelos, y nunca más puso el pie en Emerië.

Cuando Aldarion abandonó la cámara, Meneldur miró con asombro la carta que su hijo le había dado; porque vio que provenía del Rey Gil-galad de Lindón. Estaba sellada y tenía su emblema de estrellas blancas sobre un círculo azul.²⁴ En el pliegue exterior estaba escrito:

Entregada en Mithlond en manos del Señor Aldarion, Heredero del Rey de Númenor, para ser entregada personalmente al Alto Rey en Armenelos.

Entonces Meneldur rompió el sello y leyó:

Ereinion Gil-galad, hijo de Fingon, a Tar-Meneldur de la línea de Eärendil, salve: los Valar os guarden y que no haya sombras en la Isla de los Reyes.

Hace ya mucho que os debo agradecimiento por haberme enviado tantas veces a vuestro hijo Anardil Aldarion: a quien considero el más grande Amigo de los Elfos que hay ahora entre los Hombres. En esta ocasión os pido perdón por haberlo retenido demasiado; porque yo tenía gran necesidad del conocimiento de los Hombres y de sus lenguas que sólo él posee. Ha desafiado múltiples peligros para traerme su consejo. De mi necesidad, él os dirá algo; no obstante, no llega a advertir claramente el tamaño de esa necesidad, pues es joven y tiene muchas esperanzas. Por tanto, escribo esto sólo para los ojos del Rey de Númenor.

Una nueva sombra se levanta en el Este. No se trata de la tiranía de Hombres malvados, como cree vuestro hijo; pero un servidor de Morgoth está moviéndose, y las criaturas malignas han despertado otra vez. Cada año el Mal gana en fuerza, pues la mayor parte de los Hombres están dispuestos a servirlo. No pasará mucho tiempo, según mi parecer, en que la amenaza será excesiva para los Eldar, que no podrán oponérsele sin ayuda. Por tanto, cada vez que veo una de las altas naves de los Reyes de los Hombres, mi corazón se apacigua. Y ahora tengo la audacia de solicitar vuestra asistencia. Si os sobran fuerzas de Hombres, prestádmelas, os lo ruego.

Vuestro hijo os informará, si queréis, de todas nuestras razones. Pero en resumen su consejo (siempre atinado) es que cuando sobrevenga el ataque, como sobrevendrá sin duda alguna, hemos de intentar la defensa de las Tierras del Oeste, donde moran los Eldar y los Hombres de vuestra raza cuyos corazones no están todavía oscurecidos. Cuando menos hemos de defender Eriador y las orillas de los largos ríos al oeste de las montañas que llamamos Hithaeglir: nuestra principal defensa. Pero en ese muro de montañas hay una gran hendidura hacia el sur en la tierra de Calenardhon; y por esa vía puede llegar la invasión del Este. Ya el enemigo se acerca arrastrándose a lo largo de la costa. Podríamos defender Eriador e impedir el asalto si tuviéramos alguna plaza fuerte en la costa cercana.

Todo esto, el Señor Aldarion lo ha comprendido hace años. En Vinyalondë, junto a la desembocadura del Gwathló, trabajó mucho tiempo en la construcción de un gran puerto fortificado, seguro contra lo que venga por tierra y por mar; pero estas grandes obras han resultado inútiles. Conoce bien tales asuntos, porque mucho ha aprendido de Círdan, y comprende mejor que nadie las necesidades de vuestros grandes navíos. Pero nunca tuvo hombres suficientes; mientras que a Círdan no le sobran los artífices ni los albañiles.

El Rey conocerá sus propias necesidades; pero si escucha con favor al Señor Aldarion y lo apoya en todo lo posible, habrá un poco más de esperanza en el mundo. Los recuerdos de la Primera Edad no son claros, y las cosas están enfriándose en la Tierra Media. Que no se desvanezca también la vieja amistad de los Eldar y los Dúnedain.

Escuchad! La oscuridad que se acerca está cargada de odio hacia nosotros, y el aborrecimiento en que os tiene no es mucho menor. Pronto sus alas cubrirán el Gran Mar de extremo a extremo, si seguimos permitiéndole que crezca.

Manwë os mantenga al abrigo del Único y envíe buenos vientos a vuestros velámenes.

Meneldur dejó que el pergamino le cayera sobre las rodillas. Unas grandes nubes arrastradas por un viento del Este habían precipitado el crepúsculo, y las altas candelas parecían menguar en la lobreguez que llenaba la cámara.

—¡Quiera Eru llevarme antes que ese tiempo llegue! —gritó con grandes voces. Luego se dijo a sí mismo—: Ay!, qué desgracia que su orgullo y mi frialdad nos hayan mantenido apartados tanto tiempo. Pero será atinado cederle el Cetro antes de lo que yo había pensado. Porque estas cosas están fuera de mi alcance.

»Cuando los Valar nos dieron la Tierra del Don, no nos dejaron allí como delegados: nos dieron el Reino de Númenor, no el del mundo. Ellos son los Señores. A nosotros nos incumbía poner fin al odio y a la guerra; porque la guerra había terminado, y Morgoth había sido expulsado de Arda. Así lo creí y así se me enseñó.

»No obstante, si el mundo se oscurece otra vez, los Señores deben saberlo; y no me han enviado ninguna señal. A menos que esto lo sea. Y ¿entonces qué? Nuestros padres fueron recompensados por haber contribuido a la derrota de la Gran Sombra. ¿Se mantendrán sus hijos apartados si el Mal encuentra nueva cabeza?

»Tengo demasiadas dudas, para gobernar bien.

¿Nos prepararemos, o dejaremos que las cosas ocurran? Si nos preparamos para una guerra que por ahora es sólo una conjetura, ¿tendremos que sacar a artesanos y labradores de sus pacíficos trabajos y enseñarles a derramar sangre en el combate? Habrá que poner hierros en manos de capitanes codiciosos que no aman otra cosa que la conquista y se vanagloriarán si hacen una matanza? le dirán a Eru:

Al menos vuestros enemigos estaban entre ellos? ¿nos cruzaremos de brazos mientras los amigos mueren injustamente? ¿Permitiremos que los hombres vivan ciegos y en paz hasta que el expoliador esté a la puerta? ¿Qué harán entonces: oponer las manos desnudas al hierro y morir en vano, o huir dejando detrás los gritos de las mujeres? ¿Le dirán a Eru: Al menos no he derramado ni una gota de sangre?

»Cuando una u otra vía conducen al mal, ¿de qué sirve elegir? ¡Gobiernen los Valar bajo la égida de Eru! Cederé el Cetro a Aldarion. Sin embargo, también esto es una elección, porque bien sé qué camino tomará. A no ser que Erendis...

Entonces Meneldur pensó con disgusto en Erendis en Emerië. «Pero poca es la esperanza allí (si puede llamársela esperanza). El no cederá en asuntos tan graves. Y sé bien lo que ella decidiría. ..., aun suponiendo que consintiera en escuchar, tanto como para poder entender. Porque su corazón no tiene alas que la lleven más allá de Númenor, y no sospecha lo que eso costaría. Si luego de elegir tropezase con la muerte, moriría valientemente. Pero ¿qué hará con La vida y la voluntad de otros? Todavía nos falta descubrirlo, a los Valar, y a mi mismo.»

Aldarion volvió a Rómenna el cuarto día después de regresar el *Hirilondë* a puerto. Estaba sucio por el polvo del camino y fatigado, y fue en seguida a bordo del *Eäambar*, donde pensaba instalarse. Pero esa vez, como lo comprobó con amargura, corrían muchos rumores por la ciudad. Al día siguiente reunió unos hombres en Rómenna y los condujo a Armenelos. Allí ordenó a algunos que derribaran todos los árboles del jardín, excepto uno, y los llevaran a los astilleros; a otros, que echaran la casa abajo. Sólo conservo con vida el árbol blanco de los Elfos; y cuando los leñadores hubieron partido, lo miró allí en pie en medio de la desolación y vio por primera vez que era hermoso en sí mismo. En su lento crecimiento élfico no tenía aun sino doce pies de altura, y era recto, esbelto, juvenil, cargado ahora de flores invernales en las ramas erguidas que apuntaban al cielo. Le recordó a su hija, y dijo: —También a ti te llamaré Ancalimë. Que los dos se mantengan así altos, en larga vida, y sin que el viento o una voluntad ajena puedan torcerlos, y que nadie ni nada llegue a troncharlos!

Al tercer día de su regreso de Emerië, Aldarion fue en busca del Rey. Tar-Meneldur lo aguardaba sentado, inmóvil en su silla. Al mirar a su hijo, tuvo miedo;

porque Aldarion estaba cambiado: la cara se le había vuelto gris, fría y hostil, como el mar cuando una nube opaca vela de pronto la luz del sol. Erguido ante su padre habló lentamente en un tono que parecía más de desprecio que de cólera.

—Cuál fue tu parte en todo esto, lo sabes mejor que nadie —dijo—. Pero un Rey ha de tener en cuenta lo que un hombre es capaz de soportar, aunque sea un súbdito, aunque sea su hijo. Si querían sujetarme a esta Isla, escogiste mal las cadenas. No tengo ahora esposa, ni amor por este país. Me iré de esta malhadada isla de sueños, donde la insolencia quimérica de las mujeres pretende humillar a los hombres. Dedicare mis días a algún fin en otra parte, donde no se me desprecie y me reciban con honra. Puedes encontrar a un Heredero más adecuado como sirviente doméstico. De mi heredad sólo te pido el barco *Hirilondë* y tantos hombres como puedan caber en él. También a mi hija me llevaría si fuera mayor; pero se la encomiendo a mi madre. A no ser que te babeas por las ovejas, no lo impedirás, y no toleraré que la niña crezca entre mujeres prácticamente mudas, despreciando y malqueriendo a los suyos. Pertenece a la línea de Elros, y ningún otro descendiente tendrás por mediación de tu hijo. He cumplido. Me voy ahora a emprender negocios de mayor provecho.

Hasta entonces Meneldur había permanecido pacientemente sentado, con la mirada gacha, sin hacer signo alguno. Pero suspiró ahora y levantó la mirada: —Aldarion, hijo mío —dijo con tristeza—, el Rey podría decir que tú también muestras insolencia y desprecio por los tuyos, y que condenas a otros sin haberlos escuchado; pero tu padre, que te ama y se apena por tí, todo lo perdona. No es sólo mía la culpa de no haber comprendido antes tus propósitos.

Pero de cuanto tú has sufrido, y de lo que ¡ay! muchos hablan ahora, soy inocente. A Erendis la he amado, y como nuestros corazones tienen inclinaciones parecidas, he llegado a pensar que ha soportado no pocas adversidades. Tus propósitos ahora se me han vuelto claros, aunque si estás dispuesto a escuchar otra cosa que alabanzas, diría que en un principio también te guió tu propio placer. Y quizás las cosas habrían sido distintas si hubieras hablado más abiertamente mucho tiempo atrás.

—¡Puede que el Rey haya recibido cierta ofensa—gritó Aldarion, ahora más enardecido—, pero no esa de que hablas! ¡A ella, cuando menos, le hablé largamente y a menudo: hablé a oídos fríos y sordos! ¡Yo me sentía como un niño que quiere treparse a un árbol y se lo dice a una niñera que sólo piensa en ropas desgarradas y horas de comidas! La amo, o no me importaría tanto. Al pasado lo guardaré en el corazón; el futuro está muerto. Ella no me ama, ni ama ninguna otra cosa. Sólo se ama a sí misma, con Númenor por decorado, y yo como perro doméstico que dormita junto al hogar hasta que ella tenga ganas de dar un paseo por el campo. Aunque ahora hasta los perros le parecen groseros, y pretende que Ancalimë trine en una jaula. Pero, basta.

¿Tengo autorización del Rey para partir? ¿alguna orden?

—El Rey —respondió Tar-Meneldur— ha reflexionado mucho acerca de estos asuntos desde la última vez que estuviste en Armenelos, hace sólo unos días, que ahora parecen tan largos. Ha leído la carta de Gil-galad que es seria y grave de tono. Por desdicha, a su ruego y a tus deseos el Rey de Númenor ha de responder *no*. No puede hacer otra cosa teniendo en cuenta los peligros inherentes a una u otra medida: prepararse para la guerra o no prepararse.

Aldarion se encogió de hombros y dio un paso como para partir. Pero Meneldur alzó la mano ordenando atención, y continuó: —No obstante, el Rey, aunque viene gobernando Númenor desde hace ciento cuarenta y dos años, no está seguro de que su comprensión de un asunto de tanta importancia y peligro baste para adoptar una decisión justa.

—Hizo una pausa y cogiendo un pergamino escrito de su propia mano, leyó con voz clara:

Por tanto: primero, en honor de su hijo bienamado, y segundo, para el mejor gobierno del reino en circunstancias que su hijo entiende mejor, el Rey resuelve: ceder sin más demora el Cetro a su hijo, que en adelante se llamará Tar-Aldarion, el Rey.

»Esto —dijo Meneldur—, cuando se proclame, explicará a todos lo que pienso de mi dimisión. Te libraré de humillaciones y te dará nuevos poderes, de modo que otras pérdidas parecerán más fáciles de soportar. La carta de Gil-galad, cuando seas Rey, la contestarás como Le parezca adecuado al portador del Cetro.

Aldarion permaneció un momento inmóvil, asombrado. Estaba preparado para enfrentarse con la cólera del Rey, que intencionalmente había tratado de encender. Ahora se sentía confundido. Entonces, como quien es arrebatado de pronto por un Viento repentino, cayó de rodillas ante su padre; pero al cabo de un momento levantó la cabeza inclinada y rió, como hacía siempre cuando se enteraba de un hecho cualquiera de gran generosidad, porque le alegraba el corazón.

—Padre —dijo—, pídele al Rey que perdone mi insolencia. Porque es un gran Rey y su humildad lo pone muy por encima de mi orgullo. Estoy vencido:

me entrego por entero. Es inconcebible que un Rey semejante haya de renunciar a su cetro cuando es todavía vigoroso y sabio.

—No obstante, así está decidido —dijo Meneldur—. El Consejo será convocado sin demora.

Cuando el Consejo se reunió al cabo de siete días, Tar-Meneldur les dijo lo que había resuelto y puso el pergamino ante ellos. Entonces todos se asombraron, pues no conocían todavía las circunstancias de las que hablaba el Rey; y todos pusieron reparos rogándole que postergara su decisión, salvo sólo Hallatan de Hyarastorni. Porque estimaba mucho a Aldarion, su pariente, aunque tenían costumbres y gustos muy distintos; y juzgaba que la resolución del rey era noble y, si por fuerza la había tomado, también probablemente oportuna.

Pero a los otros que objetaban esto o aquello contra su resolución, Meneldur respondió: —No sin meditación lo he decidido, y en mis meditaciones he considerado todas las razones que con tanto tino defendéis. Ahora, y no más tarde, es el momento adecuado para que sea pública mi voluntad, por razones que todos sospechan sin duda, aunque nadie las haya mencionado aquí. Que este decreto, pues, sea proclamado cuanto antes. Pero si queréis, no entrará en vigor hasta el tiempo de la *Erukyermë*, en primavera. Mientras, conservaré el Cetro.

Cuando la nueva de la proclamación del decreto llegó a Emerië, Erendis se sintió consternada; porque creyó ver en él una censura del Rey, en cuyo favor había confiado. En esto veía con verdad, pero que hubiera algo oculto de mayor importancia, no podía concebirlo. Poco después llegó un mensaje de Tar-Meneldur, una orden en verdad, aunque graciosamente redactada. Se la instaba a que fuera a Armenelos y que llevara con ella a la señora Ancalimë, para que viviera allí por lo menos hasta la *Erukyermë* y la proclamación del nuevo Rey.

«Es rápido para asestar el golpe» pensó. «Debí haberlo previsto. Me despojará de todo. Pero a mí no ha de mandarme, ni aún en nombre del Rey.»

Por tanto, envió esta respuesta a Tar-Meneldur:

«Rey y Padre, mi hija Ancalimë acudirá a Armenelos, si vos lo ordenáis. Ruego que tengáis en cuenta sus pocos años y que le busquéis un alojamiento tranquilo. En cuanto a mí, os ruego que me excuséis. Me dicen que mi casa de Armenelos ha sido destruida; y no querría en este momento ser huésped, menos que en ningún otro Sitio, en una casa montada en un barco, entre marineros. Permitidme, pues, que permanezca aquí en mi soledad, a menos que sea también voluntad del Rey recuperar esta casa».

Esta carta leyó Meneldur con aire preocupado, pero no le tocó el corazón. Se la mostró a Aldarion, a quien parecía principalmente apuntada. Aldarion leyó la carta; y el Rey, que estaba observándolo, dijo entonces: —Sin duda estás apenado. Pero ¿qué otra cosa esperabas?

—No esto, cuando menos —dijo Aldarion—. Está muy por debajo de lo que esperaba de ella. Ha quedado disminuida; y si ésta es mi obra, negra es entonces mi culpa. Pero ¿se reducen los grandes en la adversidad? ¡No era éste el modo, ni siquiera por odio o venganza! Debió haber exigido que se le preparara una casa grande, adecuada para la escolta de una Reina, y regresar a Armenelos toda engalanada, con la estrella en la frente; de ese modo hubiera ganado a casi todos en la Isla de Númenor, y en mí verían a un loco y un palurdo. Los Valar me sean testigos, lo habría preferido así: antes una hermosa Reina que me frustrara y escarneciera, que libertad para gobernar mientras la Señora Elestirnë languidece en su propio crepúsculo.

Entonces, riendo con amargura, devolvió la carta al Rey. —Bien, que así sea —dijo—. Pero si a alguien le disgusta vivir en un barco entre marineros, puede disculpársele a otro que no le guste vivir en una granja de ovejas, entre sirvientas. Pero no permitiré que mi hija se eduque de ese modo. Cuando menos, ella elegirá a conciencia. —Se puso de pie, y pidió permiso para retirarse.

La continuación de la historia

A partir del punto en que Aldarion lee la carta de Erendis, que se niega a acudir a Armenelos, el relato no es más que una breve colección de notas y apuntes: y estos fragmentos no llegan nunca a constituir una trama coherente, pues fueron escritos en distintas épocas y se contradicen a menudo.

Según parece, cuando Aldarion recibió el Cetro de Númenor en el año 883, decidió volver a la Tierra Media sin dilación, y partió hacia Mithlond ese mismo año o al año siguiente. Queda registrado que en la proa del *Hirilondë* no había puesto una rama de *oiolairë*, sino la imagen de un águila con pico de oro y ojos de brillantes, regalo de Círdan.

Estaba allí puesta por arte de su hacedor, como si fuera a remontar vuelo directamente hacia una meta que hubiera divisado. —Este signo nos llevará a destino—dijo—. que los Valar cuiden de nuestro retorno... si no les disgusta lo que hacemos.

También se dice que «no quedan registros de los últimos viajes emprendidos por Aldarion»; pero que «se sabe que viajó mucho por tierra, tanto como por mar, y remontó el curso del Río Gwanthló hasta Tharbad, y allí se encontró con Galadriel». No hay mención de este encuentro en ningún otro sitio; pero por ese entonces Galadriel y Celeborn vivían en Eregion, a no mucha distancia de Tharbad.

Pero todas las obras de Aldarion fueron desbaratadas. Los trabajos que empezó otra vez en Vinyalondë nunca se terminaron, y el mar los devoró.²⁵ No obstante, puso los

cimientos de la obra que Tar-Minastir concluiría muchos años después, durante la primera guerra contra Sauron, y si no hubiera sido por estos trabajos, las flotas de Númenor no podrían haber llegado a tiempo al lugar oportuno, como él lo había previsto. Ya la hostilidad crecía y hombres oscuros de las montañas invadían Eredwaith, pero en los días de Aldarion, los Númenóreanos aún no buscaban nuevas tierras, y sus Aventureros seguían siendo un pueblo pequeño, admirado, pero apenas emulado.

No hay mención de que se llevara adelante la alianza con Gil-galad o que se enviara la ayuda que éste había solicitado en la carta a Tar-Meneldur; en verdad, se dice que

Aldarion llegó demasiado tarde o demasiado temprano. Demasiado tarde: porque el poder que odiaba a Númenor ya había despertado. Demasiado temprano: porque el tiempo no estaba maduro todavía como para que Númenor manifestara su poder o interviniera en la batalla por el mundo.

Hubo cierta agitación en Númenor cuando Tar-Aldarion decidió volver a la Tierra Media en 883 u 884, pues ningún rey había abandonado antes la isla. Se dice que se le ofreció la regencia a Meneldur, pero que éste la rechazó, y que el regente fue Hallatan de Hyarastorni, designado por el Consejo o por el mismo Tar-Aldarion.

De la historia de Ancalimë adolescente no hay datos ciertos. Hay menos dudas en lo que concierne a su carácter algo ambiguo y a la influencia que su madre ejerció continuamente sobre ella. Era menos recatada que Erendis y gustó desde un principio del despliegue, las joyas, la música, la admiración y la deferencia; pero sólo cuando le convenía, y nunca de un modo constante, y a menudo escapaba con la excusa de ir a ver a su madre y la casa blanca de Emerië. Aprobaba, por así decir, tanto la manera en que Erendis había tratado a Aldarion luego de su último regreso, como también la cólera y el orgullo impenitente de Aldarion, y su definitiva ruptura con Erendis, a quien había arrancado de su corazón y sus pensamientos. Sentía profundo disgusto por el matrimonio obligatorio y por cualquier cosa que la violentara. Su madre siempre le había hablado mal de los hombres, y en verdad se conserva un notable ejemplo de las enseñanzas de Erendis en este respecto:

Los hombres de Númenor son medio Elfos (decía Erendis), en especial los encumbrados, pero en verdad no son ni una cosa ni otra. La larga vida que se les concedió los engaña, y se huelgan en el mundo hasta que los alcanza la vejez... y entonces muchos de ellos abandonan los juegos al aire libre para seguir jugando dentro de sus casas. De los asuntos importantes hacen un juego, y del juego un asunto importante. Querrían ser artesanos y maestros de la ciencia y héroes a la vez; y para ellos las mujeres son como el fuego del hogar, cuyo cuidado incumbe a otros, hasta que regresan por la noche, hartos de juegos. Todo ha sido hecho para servirlos: las montañas para minas, los ríos para sacar agua o hacer girar unas ruedas, los árboles para la madera, las mujeres para las necesidades corporales, y si son bellas para adorno de la mesa o el hogar; y los niños para bromear con ellos cuando no hay otra cosa que hacer... Pero lo mismo les daría jugar con una camada de perros. Con todos se muestran amables y bondadosos, alegres como la alondra en la mañana (si brilla el sol); porque nunca se enfadan si pueden evitarlo. Los hombres tienen que ser alegres, afirman, generosos como los ricos, repartiendo lo que les sobra. El enojo aparece sólo cuando advierten de pronto que hay otras voluntades en el mundo además de la de ellos. Entonces se vuelven tan despiadados como los vientos de los mares si algo se atreve a oponérseles.

Así es, Ancalimë, y no podemos cambiarlo. Porque los hombres hicieron Númenor: los hombres, esos héroes de antaño de los que cantan tantas hazañas... De sus mujeres no oímos tanto, salvo que lloraban cuando los hombres morían en combate. Númenor era un descanso después de la guerra. Pero si se cansan del descanso y de los

juegos de la paz, vuelven otra vez al gran juego: la matanza de hombres, la guerra. Así es, y nosotras estamos entre ellos. pero no tenemos que consentir. Si también amamos Númenor, disfrutemos de ella antes de que la arruinen. También nosotras somos hijas de los grandes, y tenemos voluntad y coraje propios. Por tanto, no te doblegues, Ancalimë. Si permites que te dobleguen un poco, te han de doblegar más todavía, hasta que te echen por tierra. ¡Echa raíces en la roca y da cara al viento aunque todas tus hojas vuelen!

Además, y con mayor eficacia, Erendis había acostumbrado a Ancalimë a la sociedad femenina: la serena, tranquila, complaciente vida de Emerië, sin interrupciones ni alarmas. Los niños, como Íbal, gritaban. Los hombres cabalgaban soplando cuernos a horas intempestivas y comían con gran ruido. Engendraban niños y los dejaban al cuidado de las mujeres cuando los encontraban molestos. Y aunque dar a luz un niño no fuera tan doloroso y peligroso como en otras partes, nadie pensaba en Númenor como un «paraíso terrenal», y no se evitaban las fatigas del trabajo y de todo lo que hubiere que hacer.

Ancalimë, como Aldarion, nunca se echaba atrás una vez que se había decidido; era terca como él, y a veces hacía lo contrario de lo que le aconsejaban. Tenía algo de la frialdad de su madre; y en lo profundo del corazón, casi pero no del todo olvidada, sentía aún la firmeza con que Aldarion le había soltado la mano y la había dejado en el suelo cuando tuvo prisa por partir. Amaba profundamente los prados de su patria, y nunca (como dijo una vez) pudo dormir en paz lejos del balido de las ovejas. pero no rechazó la Heredad, y decidió convertirse en poderosa Soberana, cuando llegara el momento; y cuando así fuese, vivir como y donde le placiera.

Parece que durante unos dieciocho años, después de recibir el Cetro de Númenor, Aldarion se ausentaba con frecuencia de Númenor; y durante ese tiempo Ancalimë pasaba sus días tanto en Emerië como en Armenelos, porque la Reina Almarian le había cobrado un gran cariño y la consentía como había consentido a Aldarion en su juventud. En Armenelos todos la trataban con deferencia, y no menos Aldarion; y aunque al principio no se sentía a sus anchas y extrañaba los extensos horizontes de su país, con el tiempo dejó de sentirse abatida y advirtió que los hombres miraban asombrados su belleza. A medida que crecía fue mostrándose cada vez más obstinada, y le resultaba fastidiosa la compañía de Erendis, que se comportaba como una viuda y no quería ser Reina; pero siguió volviendo a Emerië, tanto con el propósito de escapar de Armenelos como por el deseo de irritar a Aldarion. Era inteligente y maliciosa, y esperaba sacar algún provecho de la batalla que libraban sus padres.

Ahora bien, en el año 892, cuando Ancalimë tenía diecinueve años, fue proclamada Heredera del Rey (a una edad mucho más temprana que en el caso precedente); y en esa ocasión Tar-Aldarion hizo cambiar la ley de sucesión de Númenor. Se dijo específicamente que las razones de Tar-Aldarion eran «de índole privada más que política» y motivadas «por el viejo deseo de triunfar sobre Erendis». Este cambio de la ley se menciona en *El Señor de los Anillos*, Apéndice A (I, i):

El sexto Rey [Tar-Aldarion] tuvo sólo una hija. Fue la primera Reina [esto es, Reina Regente]; pues fue entonces cuando se promulgó una ley de la casa real: el mayor de los hijos del Rey, cualquiera que fuera su sexo, recibiría el cetro.

Pero en otras partes la nueva ley se formula de manera diferente. La redacción más cabal y clara afirma en primer lugar que la «vieja ley», como se la llamó luego, no era en realidad una «ley» Númenóreana, sino una costumbre heredada que las circunstancias aún no habían cuestionado; y de acuerdo con dicha costumbre, el hijo mayor del Regente heredaba el Cetro. Se entendía que si no había hijo, el pariente más cercano de ascendencia masculina de Elros Tar-Minyatur sería el Heredero. Así, si Tar-Meneldur no hubiera tenido un hijo, el Heredero no habría sido Valandil, su sobrino (hijo de su hermana Silmariën), sino Malantur, su

primo (nieto de Eärendur, hermano menor de Tar-Elendil). Pero de acuerdo con la «nueva ley», la hija (mayor) del Regente heredaba el Cetro en caso de no tener un hijo (esto, por supuesto, contradice lo que se cuenta en el Señor de los Anillos). Por sugerencia del consejo, se añadía que ella era libre de rechazarlo.²⁶ Al final el caso, de acuerdo con la «nueva ley», el heredero de La Regencia sería el pariente de sexo masculino más cercano, fuera de ascendencia masculina o femenina. Así, pues, si Ancalimë hubiera rechazado el Cetro, el heredero de Tar-Aldarion habría sido Soronto, el hijo de su hermana Ainel; y si Ancalimë hubiera renunciado al Cetro o hubiera muerto sin hijos, Soronto igualmente habría sido su heredero.

También se estableció a instancias del Consejo que la heredera tenía que renunciar si permanecía soltera al cabo de cierto tiempo; y a estas provisiones Tar-Aldarion añadió que el Heredero del Rey no debía casarse sino con alguien de la Línea de Elros, y quien así no lo hiciera ya no tendría derecho a recibir la Heredad. Se dice que esta ordenanza tuvo su origen directamente en el desastroso matrimonio de Aldarion con Erendis, y a las conclusiones a las que él había llegado, porque ella no pertenecía a la Línea de Elros, y tenía menor esperanza de vida, y él creía que de allí venía todo el mal.

Sin duda estas provisiones de la «nueva ley» se registraron con tanto detalle porque tenían estrecha relación con la historia posterior de estos hechos; pero, desdichadamente, muy poco puede decirse de ellas.

En una fecha posterior, Tar-Aldarion abrogó la ley según la cual la Reina Regente tenía que renunciar o casarse (y esto fue por cierto consecuencia del rechazo de Ancalimë a ésta alternativa); pero el matrimonio del presunto heredero con otro miembro de la Línea de Elros fue desde entonces una costumbre aceptada.²⁷

De cualquier modo los pretendientes de la mano de Ancalimë no tardaron en aparecer en Emerië, y no sólo porque la posición de ella hubiese cambiado, sino también por lo que se decía de su belleza, de su altivez y desdén, y de la singularidad de su educación. En ese tiempo la gente empezó a llamarla Emerwen Aranel, la Princesa Pastora. Para escapar de los inoportunos, Ancalimë, con ayuda de la vieja Zamîn, fue a esconderse en una granja en los lindes de las tierras de Hallatan de Hyarastorni, donde llevó un tiempo la vida de una pastora. Los apresurados apuntes que se han conservado cuentan de distinto modo las reacciones de los padres. Según uno de ellos, Erendis sabía dónde se encontraba Ancalimë, y aprobaba que hubiese huido, mientras que Aldarion impidió que el Consejo la buscara, pues consideraba que su hija debía actuar con independencia. Según otro apunte, sin embargo, Erendis estaba preocupada por la huida de Ancalimë, y Aldarion, furioso; y en esta oportunidad Erendis intentó reconciliarse con él, al menos en lo que concernía a Ancalimë. Pero Aldarion se mantuvo inflexible, declarando que el Rey no tenía esposa, pero que tenía una hija y heredera; y que él no creía que Erendis ignorara el lugar donde se escondía Ancalimë.

Lo que sí es cierto es que Ancalimë se encontró con un pastor que cuidaba rebaños en la región; y este hombre le dijo que se llamaba Mámandil. Ancalimë no estaba acostumbrada a esa clase de compañía y le deleitaba oírle cantar, y él le cantó viejas historias de días remotos cuando los rebaños de los Edain pastaban en Eriador mucho tiempo atrás, antes que los Edain se encontrasen con los Eldar. Ancalimë y Mámandil se veían en los pastizales cada vez más a menudo, y el cantaba las canciones de los amantes de antaño e incorporaba en ellas los nombres de Emerwen y Mámandil; y Ancalimë fingía no entender esos juegos de palabras. Pero por fin el le declaró abiertamente su amor, y ella se echó atrás y lo rechazó diciendo que el destino los separaba, pues ella era la Heredera del Rey, pero Mámandil no se amilanó, y rió y le dijo que su verdadero nombre era Hallacar, hijo de Hallatan de Hyarastorni, de la línea de Elros Tar-Minyatur. —¿Y de qué otra manera habría de acercársete un pretendiente? —dijo.

Entonces Ancalimë se enfadó porque la había engañado sabiendo desde un principio quién era ella; pero él respondió: —Eso es verdad sólo en parte. Traté por cierto de conocer a la Señora, cuyas actitudes eran tan singulares que quise saber más de ella. Pero entonces me enamoré de Emerwen, y no me importa ahora quién es ella. No creas que pretendo la alta posición que ocupas; porque con mucho preferiría que fueras sencillamente Emerwen. Sólo me alegro de esto: también yo pertenezco a la Línea de Elros, porque de otro modo, creo, no podríamos casarnos.

—Podríamos —dijo Ancalimë—, si tuviera intención de abrazar ese estado. Podría renunciar a mi realeza y quedar en libertad. Pero si así lo hiciera, también podría casarme con quien quisiese; y ése sería Úner (que significa «Nadie»), a quien preferiría por sobre todos los demás.

Fue no obstante con Hallacar con quien se casó Ancalimë finalmente. De acuerdo con una versión, parece que la persistencia del cortejo de Hallacar, a pesar de haber sido rechazado, y la insistencia del Consejo en que ella eligiera un marido para tranquilidad del reino, fueron causa de que se casaran no muchos años después de encontrarse por vez primera entre los rebaños en Emerië. Pero en otro sitio se dice que permaneció soltera tanto tiempo, que su primo Soronto, apoyándose en la provisión de la nueva ley, le exigió que cediera la Heredad, y que ella entonces se casó con Hallacar para cortar así las ambiciones de Soronto. En otro breve apunte, en fin, se da a entender que se casó con Hallacar después de que Aldarion abrogara la ley, para que Soronto no pretendiera ser Rey si Ancalimë moría sin haber tenido hijos.

Sea como fuere, resulta claro que Ancalimë no tenía deseos de amor, ni tampoco de tener un hijo, y decía: —¿Tengo que volverme como la Reina Almarian y babearme por él? — La vida en común con Hallacar fue desdichada, y disputaron por causa de Anárion, el hijo que tuvo de él, y hubo guerra entre ambos en adelante. Ella intentó someterlo sosteniendo que era la dueña de las tierras de él y prohibiéndole habitar allí, pues no quería, dijo, que su marido fuera el mayordomo de una granja. De este tiempo proviene la última historia que cuenta estos desdichados asuntos. Porque Ancalimë no permitía que ninguna de sus mujeres se casara, y aunque por temor de ella, casi todas le obedecieron, procedían de los campos de alrededor y tenían amantes con quienes deseaban casarse. pero Hallacar dispuso en secreto el casamiento de todas ellas; y declaró que se celebraría una última fiesta en su propia casa antes de abandonarla. A esta fiesta invitó a Ancalimë, diciendo que era la casa de sus padres y que la cortesía obligaba a dar una fiesta de despedida.

Ancalimë asistió con todas sus mujeres, pues no quería un séquito de hombres. Encontró la casa toda iluminada y dispuesta como para una gran fiesta, y los hombres enguirlandados como para la celebración de un matrimonio, todos con una guirlanda en la mano, destinada a una novia. —¡Venid! —exclamó Hallacar—. Los matrimonios están preparados y prontas las cámaras nupciales. Pero como no es concebible que Le pida a la Señora Ancalimë, la Heredera del Rey, que yazga con el mayordomo de una granja, ay!, por desdicha esta noche tendrá que dormir sola. —Y Ancalimë fue obligada a quedarse allí, porque estaban muy lejos para volver sola cabalgando. Ni los hombres ni las mujeres pudieron disimular una sonrisa y Ancalimë no asistió a la fiesta, y se quedó en cama escuchando a lo lejos las risas que creía destinadas a ella. Al día siguiente partió a caballo, animada por cólera fría y Hallacar envió tres hombres para que le sirvieran de escolta. Así se vengó él, pues ella no volvió jamás a Emerië, donde hasta las ovejas parecían burlarse de ella. Pero desde entonces no dejó de perseguir con odio a Hallacar.

De los años posteriores de Tar-Aldarion nada puede decirse ahora, salvo que parece haber continuado viajando a la Tierra Media, y que más de una vez dejó a Ancalimë como regente. Se hizo a la mar por última vez en el primer milenio de la Segunda Edad; y en el año 8075 Ancalimë se convirtió en la primera Reina regente de Númenor. Se dice que después de la muerte de Tar-Aldarion en 1098, Tar-Ancalimë abandonó las empresas de su padre y ya no siguió ayudando a Gil-galad en Lindon. Su hijo Anárion, que fue luego el octavo Gobernante de Númenor, tuvo pronto dos hijas. Estas odiaban y temían a la Reina y rechazaron la Heredad, permaneciendo solteras, pues la Reina, en venganza, no les permitió casarse.²⁸ Súrion, el hijo, fue el último de los vástagos de Anárion y el noveno Gobernante de Númenor.

Se dice de Erendis que cuando le llegó la vejez, abandonada por Ancalimë, cayó en una amarga soledad, y echó de menos una vez más a Aldarion; y al enterarse de que había abandonado Númenor en el que sería su último viaje, aunque se esperaba que regresara pronto, partió de Emerië y viajó de incógnito al puerto de Rómenna. Ahí, según parece, encontró su

destino; pero sólo las palabras «Erendis pereció en el agua en el año 985» sugieren qué pudo ocurrirle.

NOTAS

Cronología

Anardil (Aldarion) nació en el año 700 de la Segunda Edad, y emprendió su primer viaje a la Tierra Media en 725-727. Meneldur, su padre, recibió el Cetro de Númenor en 740. El Gremio de Aventureros se fundó en 750 y Aldarion fue proclamado Heredero del Rey en 800. Erendis nació en 771. El viaje de siete años de Aldarion abarcó los años 806-813, el primer viaje del *Palarran*, los años 886-820; el viaje de siete navíos emprendido como desafío a Tar-Meneldur, los años 824-829, y el viaje de catorce años que siguió inmediatamente a este último, los años 829-843.

Aldarion y Erendis se comprometieron en 858; los años del viaje emprendido por Aldarion después de su compromiso fueron 863-869, y la boda se celebró en 870. Ancalimë nació en la primavera de 873. El *Hirilondë* se hizo a la mar en la primavera de 877, y el regreso de Aldarion, seguido de la ruptura con Erendis, ocurrió en 882; Aldarion recibió el Cetro de Númenor en 883.

-
1. En «Una descripción de la isla de Númenor» se lo llama Tar-Meneldur Elentirno (Observador de las Estrellas). Véase también el artículo que se le dedica en «La Línea de Elros».
 2. El papel que le cabía a Soronto en la historia está apenas esbozado.
 3. Como se dice en «Una descripción de la isla de Númenor», fue Vëantur el primero en llegar a la Tierra Media en el año 600 de la Segunda Edad (nació en el 451). En la Cuenta de los Años del Apéndice B de *El Señor de los Anillos*, los anales del año 600 dicen: “Los primeros barcos de los Númenóreanos aparecen en las costas».

En un ensayo filológico posterior hay una descripción del primer encuentro de los Númenóreanos con los Hombres de Eriador por ese entonces: «Habían transcurrido seiscientos años desde la partida de los sobrevivientes de los Atani [Edain] por mar hacia Númenor, cuando un barco vino otra vez del Este a la Tierra Media y recorrió el Golfo de Lhûn. El capitán y los marineros fueron bien recibidos por Gil-galad; y así empezó la amistad y la alianza entre Númenor y los Eldar de Lindon. La noticia cundió de prisa y los Hombres de Eriador se asombraron. Aunque en la Primera Edad habían vivido en el Este, habían oído rumores de la terrible guerra “más allá de las Montañas del Oeste” [es decir, Ered Luin]; pero en las tradiciones de Eriador no se conservó una clara historia de estos acontecimientos, y creían que todos los Hombres que vivían en las tierras de más allá habían sido destruidos o se habían ahogado en los grandes tumultos del fuego y la invasión de los mares. Pero como se decía todavía entre ellos que en un pasado inmemorial habían estado emparentados con esos Hombres, enviaron mensajeros a Gil-galad pidiendo autorización para ver a los marineros “que habían retornado de la muerte en las profundidades del Mar”. Así fue que hubo un encuentro entre ellos en las Colinas de la Torre; y a ese encuentro con los Númenóreanos sólo doce asistieron de los Hombres de Eriador, hombres de elevado corazón y coraje, pues la mayor parte de la gente temía que los recién llegados fueran peligrosos espíritus de los Muertos. pero cuando vieron a los marineros, ya no tuvieron miedo, aunque por un momento guardaron un silencio reverente; porque aunque ellos mismos eran considerados hombres fuertes y poderosos, los marineros parecían más señores élficos que Hombres mortales en porte y atuendo. No obstante, no tuvieron duda alguna acerca de su antiguo parentesco; y de igual modo, los marineros contemplaron con complacida sorpresa a los Hombres de la Tierra Media, porque se creía en Númenor que los Hombres dejados atrás descendían de los malvados que Morgoth había convocado desde el

Este en los últimos días de La guerra. Pero en cambio contemplaban caras libres de la Sombra, y Hombres que podrían haberse paseado en Númenor sin que nadie los creyera forasteros, salvo por sus ropas y sus armas. Entonces, súbitamente, rompiendo el silencio tanto los Númenóreanos como los Hombres de Eriador se saludaron con palabras de homenaje y bienvenida en sus propias lenguas, como si les hablaran a amigos y parientes después de una larga separación. En un principio se sintieron desilusionados pues ninguna de las partes podía entender a la otra; pero cuando se unieron en amistad, descubrieron que compartían muchas palabras todavía claramente inteligibles, y otras que era posible comprender con atención, y lograron mantener conversaciones vacilantes sobre asuntos sencillos». En otra parte del ensayo se explica que estos hombres vivían alrededor del Lago Evendim, en las Quebradas del Norte y las Colinas del Tiempo, y en las tierras intermedias hasta el Brandivino y aunque a menudo lo cruzaban hacia el oeste, no vivían allí. tenían relaciones amistosas con los Elfos, aunque sentían por ellos un respeto venerable; y temían al Mar y no querían mirarlo. Parece que en sus orígenes eran Hombres de la misma cepa de los Pueblos de Bëor y Hador, pero que no habían franqueado las Montañas Azules para ir a Beleriand durante la primera Edad.

4. El hijo del Heredero del Rey: Aldarion, hijo de Meneldur. Tar-Elendil no cedió el Cetro a Meneldur hasta después de transcurridos otros quince años.
5. *Eruhantalé*: «Acción de Gracias a Erú», la fiesta de Otoño en Númenor: véase la «Una descripción de la isla de Númenor».
6. (Sîr) Angren era el nombre élfico del río Isen. Ras Morthil, nombre que no se encuentra en ningún otro sitio, debe de ser el gran promontorio en el extremo del brazo septentrional de la Bahía de Belfalas, que se llamaba también Andrast (Cabo Largo).
La referencia al «país de Amroth donde los Elfos Nandor viven todavía» ha de entenderse en el sentido de que la Historia de Aldarion y Erendis se puso por escrito en Gondor antes de la partida del último barco desde el puerto de los Elfos Silvanos cerca de Dol Amroth en el año 1981 de la Tercera Edad. Véase la conclusión de «La historia de Galadriel y Celeborn».
7. Para Uinen, la esposa de Ossë (Maiar del Mar), véase *El Silmarillion*: «Valaquenta». Se dice allí que «los Númenóreanos vivieron largo tiempo bajo la protección de Uinen, y la tuvieron en igual reverencia que a los Valar».
8. Se dice que la sede del Gremio de los Aventureros «fue confiscada por los Reyes y mudada al puerto oeste de Andúnië; todos sus documentos quedaron destruidos» (esto es, en la Caída), con inclusión de las minuciosas cartas de Númenor. Pero no se dice cuándo ocurrió esa confiscación de *Eämbar*.
9. El río se llamó después Gwathló o Agua Gris, y el puerto, Lond Daer; véase «Apéndice D».
10. Cf. *El Silmarillion*: «Los Hombres de esa Casa [es decir, de la de Bëor] eran de cabellos oscuros o castaños y de ojos grises». De acuerdo con el cuadro genealógico de la Casa de Bëor, Erendis descendía de Bereth, hermana de Baragund y Belegund y, por tanto, tía de Morwen, madre de Túrin Turambar, y de Rían, la madre de Tuor.
11. Sobre la diferencia de la duración máxima de la vida de los Númenóreanos, véase la nota 1 de «La Línea de Elros».
12. Sobre el árbol *oiolairë*, véase «Una descripción de la isla de Númenor».
13. Esto debe entenderse como un portentoso.
14. Cf. la *Akallabêth* (*El Silmarillion*), donde se dice que en los días de Ar-Pharazôn «de vez en cuando una gran nave de los Númenóreanos naufragaba y no volvía a puerto, aunque semejante desgracia no les había ocurrido hasta entonces desde el levantamiento de la Estrella».
15. Valandil era primo de Aldarion, pues era hijo de Silmariën, hija de Tar-Elendir y hermana de Tar-Meneldur. Valandil, primero de los Señores de Andúnië, era antecesor de Elendil el de la Alta Talla, padre de Isildur y Anárion.
16. *Erukýermë*: «Plegaria a Erú», la fiesta de la Primavera en Númenor; véase «Una descripción de la isla de Númenor».
17. Se dice en la *Akallabêth* (*El Silmarillion*) que a veces, cuando el aire estaba claro y el sol en el este, divisaban en el oeste y a lo lejos una ciudad blanca que resplandecía en una costa distante, y un gran puerto y una torre. Porque en aquellos días los Númenóreanos tenían ojos penetrantes, y aun así sólo unos pocos alcanzaban a ver la ciudad, desde el Meneltarma tal vez, o desde el puente de alguna nave que navegara hacia el Oeste... Pero los sabios sabían

que esa tierra distante no era en verdad el Reino Bendecido de Valinor, sino Avallónë, el puerto de los Eldar en Eressëa, en el extremo oriental de las Tierras Imperecederas.

18. Se dice que así empezó la costumbre de los Reyes y las Reinas de llevar en adelante como una estrella, una joya blanca sobre la frente, y ninguna corona nota del autor.
19. Los encumbrados y los de baja estirpe en las Tierras Occidentales y en Andúnië hablaban la lengua élfica [Sindarin]. En esa lengua fue criada Erendis; pero Aldarion hablaba el idioma Númenóreano, aunque como todos los de alto linaje de Númenor conocía también la lengua de Beleriand [nota del autor].

En otro sitio, en una nota sobre las lenguas de Númenor, se dice que el empleo común del sindarin en el noroeste de la Isla era consecuencia de que esas regiones habían sido colonizadas por pueblos de estirpe «beōriana; y el Pueblo de Beōr había abandonado tempranamente en Beleriand su propio lenguaje, y había adoptado el sindarin. (Esto no se menciona en *El Silmarillion*, aunque se dice allí que en Dor-Lómin, en los días de Fingolfin, el pueblo de Hador no había olvidado su propia lengua, «y de ella provino la lengua común de Númenor».) En otras regiones de Númenor, la lengua nativa del pueblo era el Adúnaic, aunque casi todos tenían un cierto conocimiento del sindarin; y en la casa real y en la mayor parte de las casas de los nobles o los instruidos, el sindarin era de ordinario la lengua nativa hasta después de los días de Tar-Atanamir. (Se dice más adelante en el curso de esta narración, que Aldarion prefería en realidad la lengua númenóreana; puede que en esto fuera excepcional.) Esta nota afirma además que aunque el sindarin, tal como fue empleado durante un largo período por los Hombres mortales, tendió a diferenciarse y a volverse dialectal, este proceso se interrumpió en Númenor, al menos entre los nobles y los instruidos, a causa de su contacto con los Eldar de Eressëa y Lindon. El quenya no era una lengua hablada en Númenor. Sólo lo conocían los instruidos y las familias de alta estirpe, que lo aprendían en la infancia. Se lo empleaba en los documentos oficiales que querían preservar, tales como las Leyes y el Pergamino y los Anales de los Reyes (cf. la *Akallabêth*, «en la lengua élfica) y a menudo en obras cruidas. También se lo utilizaba en abundancia en las nomenclaturas: los nombres oficiales de todos los lugares, regiones y accidentes geográficos de La tierra eran de origen quenya (aunque habitualmente también tenían nombres locales, por lo general con el mismo significado, en sindarin o adúnaic). Los nombres personales, y en especial los nombres oficiales y públicos, de todos los miembros de la casa real, y en general de la Línea de Elros, eran de origen quenya.

En una referencia a estos asuntos en *El Señor de los Anillos*, Apéndice F, I (sección «De los Hombres»), se tiene una impresión algo diferente de la posición que tenía el sindarin entre las lenguas de Númenor: «Sólo los Dúnedain entre todas las razas de los Hombres conocían y hablaban la lengua élfica; sus antepasados habían aprendido la lengua sindarin, y La transmitieron a sus hijos junto con todo lo que sabían, y cambió muy poco con el paso de los años.

20. *Elanor* era una pequeña flor dorada con forma de estrella; crecía también sobre el túmulo de Cerin Amroth en Lothlórien (*La Comunidad del Anillo*, II, 6). Sam Gamgy llamó así a su hija por sugerencia de Frodo (*El retorno del Rey*, VI, 9).
21. Véase la nota 10 para la descendencia de Erendis de Bereth, la hermana de Baragund, padre de Morwen.
22. Se dice que los Númenóreanos, como los Eldar, evitaban tener hijos si se preveía la separación del marido y la mujer desde el tiempo de la concepción hasta por lo menos los primeros años del vástago. Aldarion permaneció en su casa muy poco tiempo después del nacimiento, de acuerdo con la idea númenóreana de lo que era conveniente.
23. En una nota sobre el «Consejo del Cetro» en este tiempo de la historia de Númenor, se dice que no tenía poder para doblar la voluntad del rey, excepto por persuasión. Los miembros del Consejo procedían de cada una de las regiones de Númenor; pero el Heredero del Rey era también miembro de pleno derecho, para que así pudiera aprender a gobernar; y también a otros podía convocar el Rey o designarlos consejeros, si tenían algún conocimiento que pudiera ser de utilidad en cualquier instancia del debate. En este momento, sólo había dos miembros del Consejo (además de Aldarion) que pertenecían a la Línea de Elros: Valandil de Andúnië, por las Andustar, y Hallatan de Hyarastorni, por las Mittalmar; pero eran dueños de esas tierras no por descendencia ni riqueza, sino por la estima y el amor que se les tenía (en la *Akallabêth* se dice que «el Señor de Andúnië se contó siempre entre los principales consejeros del Cetro»).

24. Ha quedado registrado que a Ereinion se le dio el nombre de Gil-galad, «Estrella Radiante, «por causa del yelmo y la cota de malla y el escudo, todos revestidos de plata y adornados con piedras como estrellas blancas, que brillaban desde lejos como una estrella a la luz del sol o de la luna, y los ojos de los Elfos podían verlas desde gran distancia, desde alguna elevación del terreno».
25. Véase más adelante «La Elessar».
26. Un heredero legítimo de sexo masculino, en cambio, no podía negarse; pero como un Rey tenía el derecho de renunciar al Cetro, de hecho el Heredero podía cederlo inmediatamente a *su* heredero natural. Se consideraba entonces que había reinado cuando menos un año; y éste fue el caso (el único) de Vardamir, el hijo de Elros, que no ascendió al trono, sino que dio el Cetro a su hijo Amandil.
27. En otro sitio se dice que esta regla del “matrimonio real” no fue nunca una ley, sino una cuestión de orgullo sancionada por la costumbre: «un síntoma del crecimiento de la Sombra, pues la norma sólo se volvió rígida cuando la distinción entre la Línea de Elros y otras familias, en cuanto a la duración de La vida, vigor o habilidad, había disminuido o aun desaparecido por completo».
28. Esto es extraño porque Anárion fue el Heredero en vida de Ancalimë. En «La Línea de Elros» se dice que sólo las hijas de Anárion «rechazaron el Cetro.

III

LA LÍNEA DE ELROS: REYES DE NÚMENOR

DESDE LA FUNDACIÓN DE LA CIUDAD

DE ARMENELOS HASTA LA CAÍDA

Se dice que el Reino de Númenor se inició en el año treinta y dos de la Segunda Edad, cuando Elros, hijo de Eärendil, ascendió al trono en la Ciudad de Armenelos cuando tenía noventa años. En adelante se lo conoció en el Pergamino de los Reyes con el nombre de Tar-Minyatur; pues era costumbre de los Reyes tomar sus títulos de la lengua quenya o del alto élfico, por ser ésta la más noble de las lenguas del mundo, y esa costumbre se mantuvo hasta los días de Ar-Adûnakhôr (Tar-Herunúmen). Elros Tar-Minyatur gobernó a los Númenóreanos durante cuatrocientos años, porque a los Númenóreanos se les había otorgado una larga vida y se mantenían en pleno vigor durante tres veces La duración de la vida de los Hombres mortales de la Tierra Media; pero al hijo de Eärendil se le concedió la vida más larga nunca concedida a hombre alguno, y a sus descendientes una duración menor, aunque más prolongada que a los otros, aun entre los Númenóreanos; y así fue hasta la llegada de la Sombra, cuando los años de los Númenóreanos empezaron a menguar.¹

I. *Elros Tar-Minyatur*

Nació cincuenta y ocho años antes de empezar la Segunda Edad: conservó todo su vigor hasta los quinientos años y dejó la vida en el año 442, después de haber reinado cuatrocientos diez años.

II. *Vardamir Nólimon*

Nació en el año 61 de la Segunda Edad y murió en el 471. Se le dio el nombre de Nólimon porque sobre todas las cosas amaba las historias antiguas que recogía de Elfos y de Hombres. Cuando Elros partió, él tenía 381 años, y no ocupó el trono, y cedió el cetro a su hijo. Se lo considera no obstante el segundo de los Reyes, como si hubiera reinado un año.² Fue costumbre en adelante hasta los días de Tar-Atanamir que el Rey pudiese ceder el cetro a su sucesor antes de morir; y los Reyes morían voluntariamente, todavía en pleno vigor mental.

III. *Tar-Amandil*

Era el hijo de Vardamir Nólimon y nació el año 192. Gobernó 148 años³ y cedió el cetro en 590; murió en el año 603.

IV. *Tar-Elendil*

Fue hijo de Tar-Amandil y nació en el año 350. Gobernó ciento cincuenta años y cedió el cetro en 740; murió en 751. Se lo llamó también Parmaitë, pues de su propia mano compuso muchos libros y leyendas con las historias recogidas por su abuelo. Se casó a edad avanzada, y su vástago mayor fue una niña, Silmariën,⁴ nacida en el año 521,⁴ cuyo hijo fue Valandil. De Valandil provinieron los Señores de Andúnië, de los cuales el último fue Amandil, padre de Elendil el de Alta Talla, que fue a la Tierra Media después de la Caída. Durante el reinado de Tar-Elendil los barcos de los Númenóreanos llegaron por primera vez a la Tierra Media.

V. *Tar-Meneldur*

Fue el único varón y el tercer hijo de Tar-Elendil, y nació en el año 543. Gobernó durante ciento cuarenta y tres años y cedió el cetro en 883; murió en 942. Su «verdadero nombre» era Írimon; tomó el título de Meneldur a causa del amor que sentía por la ciencia de las estrellas. Se casó con Almarian, hija de Vëantur, Capitán de Barcos bajo la égida de Tar-Elendil. Era sabio, pero gentil y paciente. Cedió el cetro a su hijo, de súbito y mucho antes del tiempo debido, por razones políticas, cuando las preocupaciones de Gil-galad en Lindon perturbaron a Númenor, y comprendió por primera vez que un espíritu maligno, hostil a los Eldar y los Dúnedain, despertaba en la Tierra Media.

VI. *Tar-Aldarion*

Era el hijo mayor y único varón de Tar-Meneldur, y nació en el año 700. Gobernó durante ciento noventa y dos años y cedió el cetro a su hija en 1075; murió en 1098. Su «verdadero nombre» era Anardil; pero se lo conoció tempranamente como Aldarion, por lo mucho que le interesaron los árboles, y plantó grandes bosques con el fin de proveer de madera a sus astilleros. Fue un gran marino y carpintero de barcos; y a menudo navegó a la Tierra Media, donde se convirtió en amigo y consejero de Gil-galad. Por causa de sus largas ausencias, su esposa Erendis se enfadó con él, y se separaron en el año 882. Su único descendiente fue una niña, muy hermosa, Ancalimë. En su favor Aldarion cambió la ley de sucesión para que la hija (mayor) de un Rey pudiera sucederle si no tenía hijos varones. Este cambio desagradó a los descendientes de Elros y especialmente a quien hubiera sido el heredero según la vieja ley, Soronto, sobrino de Aldarion, hijo de su hermana mayor Ailinel.⁵

VII. *Tar-Ancalimë*

Fue la única hija de Tar-Aldarion, y la primera Reina Regente de Númenor. Nació en el año 873 y reinó durante doscientos cinco años, más que ningún otro Rey después de Elros; cedió el cetro en 1280 y murió en 1285. Permaneció largo tiempo soltera; pero cuando Soronto le instó a ceder el cetro, se casó en el año 1000 con Hallacar, hijo de Hallatan, descendiente de Vardamir.⁶ Y Después del nacimiento de su hijo Anárion, hubo muchas disputas entre Ancalimë y Hallacar. Ella era orgullosa y obstinada. Después de la muerte de Aldarion, abandonó todo lo que él había emprendido, y ya no prestó ninguna ayuda a Gil-galad.

VIII. *Tar-Anárion*

Era hijo de Tar-Ancalimë y nació el año 1003. gobernó durante ciento catorce años y cedió el cetro en 1394; murió en 1404.

IX. *Tar-Súrion*

Fue el tercer hijo de Tar-Anárion; sus hermanas rechazaron el cetro.⁷ Nació en el año 1174 y gobernó durante ciento sesenta y dos años; cedió el cetro en el año 1556 y murió en 1574.

X. *Tar-Telperiën*

Fue la segunda Reina Regente de Númenor. Vivió largo tiempo (porque las mujeres de los Númenóreanos eran más longevas o se resistían a abandonar la vida) y no quiso casarse. Por tanto, cuando murió, el cetro pasó a Minastir; era hijo de Isilmo, el

segundo hijo de Tar-Súrion.⁸ Tal-Telperiën nació en el año 1320; gobernó durante ciento setenta y cinco años, hasta 1731, y murió el mismo año.⁹

XI. *Tar-Minastir*

Tenía este nombre porque levantó una alta torre sobre la colina de Oromet, cerca de Andúnië y las costas occidentales, y allí pasaba largo tiempo contemplando el oeste. Porque la nostalgia había crecido en el corazón de los Númenóreanos. Amaba a los Elfos, pero los envidiaba. Él fue quien envió una gran flota para ayudar a Gil-galad en la primera guerra contra Sauron. Nació en el año 1474 y gobernó durante ciento treinta y ocho años; cedió el cetro en 1869 y murió en 1873.

XII. *Tar-Ciryatan*

Nació en el año 1634 y gobernó durante ciento sesenta años; cedió el trono en 2029 y murió en 2035. Fue un Rey poderoso, pero ávido de riquezas; hizo construir una gran flota de barcos reales, y sus sirvientes le trajeron grandes cantidades de metales y de piedras preciosas, y oprimieron a los hombres de la Tierra Media. Despreció las nostalgias de su padre, y calmó su propia inquietud emprendiendo viajes hacia el este, el norte y el sur, hasta que obtuvo el cetro. Se dice que obligó a su padre a cedérselo antes que él lo considerara oportuno. Y tal fue (se sostuvo) la primera manifestación de la Sombra en la beatitud de Númenor.

XIII. *Tar-Atanamir el Grande*

Nació en el año 1800 y gobernó durante ciento noventa y dos años, hasta 2221, en que murió. Mucho se dice de este Rey en los Anales que sobrevivieron a la Caída. Porque era, como su padre, orgulloso y sediento de riquezas, y los Númenóreanos que lo servían exigieron alto tributo a Los hombres de las costas de la Tierra Media. En sus días la Sombra descendió sobre Númenor; y el Rey, y otros que lo seguían, criticaban abiertamente la prohibición de los Valar, y se volvieron contra los Valar y los Eldar; pero mantenían cierta prudencia, pues temían a los Señores del Oeste y no los desafiaron. Atanamir fue también llamado el Maldispuesto, por ser el primero de los Reyes que se rehusó a dejar la vida o renunciar al cetro; y vivió hasta que la muerte se lo llevó por la fuerza en plena chochez.¹⁰

XIV. *Tar-Ancalimon*

Nació en el año 1986 y gobernó durante ciento sesenta y cinco años, hasta su muerte en 2386. En ese tiempo, la brecha entre los Hombres del Rey (la mayoría) y los que mantenían la vieja amistad con los Elfos se abrió aún más profundamente. Muchos de los Hombres del Rey empezaron a dejar de hablar Las lenguas élficas y ya no se las enseñaron a sus hijos. Pero los títulos reales seguían todavía designándose en quenya, más por costumbre que por amor, y temían que el quebrantamiento de un viejo hábito acarrearía desgracia.

XV. *Tar-Telemmaitë*

Nació en el año 2136 y gobernó durante ciento cuarenta años, hasta su muerte en 2526. Desde entonces los Reyes gobernaron nominalmente, desde la muerte del padre hasta su propia muerte, aunque el poder real pasara con frecuencia a sus hijos o a los consejeros; y los días de los descendientes de Elros menguaron bajo la Sombra. Este

Rey se llamó así a causa del amor que tenía por la plata, y ordenaba a sus servidores que le trajeran *mithril*.

XVI. *Tar- Vanimeldë*

Fue la tercera Reina Regente; nació en el año 2277 y gobernó durante ciento once años, hasta su muerte en 2637. Prestó escasa atención a las medidas de gobierno, y amaba sobre todo la música y la danza; y el poder lo ejercía su marido Herucalmo, más joven que ella, pero descendiente en el mismo grado de Tar-Atanamir. Herucalmo tomó el cetro a la muerte de su esposa y se dio a sí mismo el nombre de Tar-Anducal, negando el trono a su hijo Alcarin; sin embargo, algunos no lo cuentan en la Línea de los Reyes como el decimoséptimo, y pasan directamente a Alcarin. Tar-Anducal nació en el año 2286 y murió en 2657.

XVII. *Tar-Alcarin*

Nació en el año 2406 y gobernó durante ochenta años, hasta su muerte en 2737; reinó con justicia durante cien años.

XVIII. *Tar-Calmacil*

Nació en el año 2516 y gobernó durante ochenta y ocho años, hasta su muerte en 2825. Se dio ese nombre porque en su juventud fue un gran capitán y conquistó vastas tierras a lo largo de las costas de la Tierra Media. De este modo avivó el odio de Sauron, quien no obstante se retiró y estableció su poder en el Este, lejos de las costas, en espera de su oportunidad. En los días de Tar-Calmacil el nombre del Rey se pronunció por primera vez en Adûnaic; y los Hombres del Rey lo llamaron Ar-Belzagar.

XIX. *Tar-Ardamin*

Nació en el año 2618 y gobernó durante setenta y cuatro años, hasta su muerte en 2899. Su nombre en adûnaic fue Ar-Abattârik.¹¹

XX. *Ar-Adûnakhôr (Tar-Herunúmen)*

Nació en el año 2709 y gobernó durante sesenta y tres años, hasta su muerte en 2962. Fue el primero en acceder al cetro con un título en lengua adûnaic; aunque por miedo (como ya se ha dicho) en el Pergamino de los Reyes se escribió un nombre quenya. Pero los Fieles consideraron blasfemos esos títulos, pues significaban «Señor del Oeste», y con ese nombre sólo se designaba a uno de los grandes Valar, en especial a Manwë. En este reino ya no se emplearon las lenguas élficas y se prohibió que se las enseñara, pero los Fieles las hablaron en secreto; y en adelante los barcos de Eressëa visitaron las costas occidentales de Númenor (muy pocas veces y siempre ocultándose).

XXI. *Ar-Zimrathôn (Tar-Hostamir)*

Nació en el año 2798 y gobernó durante setenta y un años, hasta su muerte en 3033.

XXII. *Ar-Sakalthôr (Tar-Falassion)*

Nació en el año 2876 y gobernó durante sesenta y nueve años, hasta su muerte en 3102.

XXIII. *Ar-Gimilzôr (Tar- Telemnar)*

Nació en el año 2960 y gobernó durante setenta y cinco años, hasta su muerte en 3177. Nunca habían tenido los Fieles enemigo más encarnizado; prohibió totalmente el empleo de las lenguas eldarin y no permitió que ninguno de los Eldar fuera a Númenor y castigó a quienes los hospedaban de buen grado. No reverenciaba nada y jamás subía al Sagrario de Eru. Se casó con Inzilbêth, una señora que descendía de Tar-Calmacil;¹² pero ella pertenecía a los Fieles en secreto porque su madre era Lindórië, de la Casa de los Señores de Andúnië; y tenía poco amor por su esposo, el Rey; y hubo desavenencia entre los hijos. Porque Inziladûn,¹³ el mayor, era el preferido de la madre y de la misma disposición que ella; pero Gimilkhâd, el menor, era el hijo de su padre, y Ar-Gimilzôr de buena gana lo habría designado Heredero si las leyes lo hubieran permitido. Gimilkhâd nació en el año 3044 y murió en 3243.¹⁴

XXIV. *Tar-Palantir (Ar-Inziladûn)*

Nació en el año 3035 y gobernó durante setenta y ocho años, hasta su muerte en 3255. Tar-Palantir lamentó la conducta de los Reyes que lo antecedieron y hubiera querido recobrar la amistad de los Eldar y los Señores del Oeste. Inziladûn recibió este nombre porque tenía una mirada y una mente penetrantes, y aun quienes lo odiaban temían sus palabras, pues hablaba como un verdadero vidente. Gran parte del tiempo lo pasaba en Andúnië, ya que Lindórië, la madre de su madre, era pariente de los Señores, hermana en verdad de Eärendur, el decimoquinto Señor y abuelo de Númendil, que fuera Señor de Andúnië en los días de Tar-Palantir, su primo; y Tar-Palantir subía a menudo a la antigua torre del Rey Minastir y contemplaba el Oeste con nostalgia, esperando ver, quizá, una vela que provenía de Eressëa. Pero nunca un navío vino otra vez desde el Oeste a causa de la insolencia de los Reyes y porque el corazón de la mayor parte de los Númenóreanos estaba todavía endurecido. Pues Gimilkhâd imitó la conducta de Ar-Gimilzôr y se convirtió en el conductor del Partido del Rey, y se oponía a la voluntad de Tar-Palantir tan abiertamente como se atrevía y aun más en secreto. Pero por un tiempo los Fieles tuvieron paz; y el Rey subía siempre en las fechas requeridas al Sagrario sobre el Meneltarma, y el Árbol Blanco recibió otra vez cuidados y honores. Pues Tar-Palantir había profetizado que cuando el Árbol se marchitara, también la línea de los Reyes perecerla.

Tar-Palantir se casó tarde y no tuvo hijos varones y a su hija le dio un nombre élfico y la llamó Míriel. Pero cuando el Rey murió, Pharazôn, hijo de Gimilkhâd (quien también había muerto), la desposó contrariando la voluntad del Rey, y también la ley de Númenor, pues ella era hija del hermano de su padre. Entonces tomó el cetro y adoptó el título de Ar-Pharazôn (Tar-Calion); y Míriel fue llamada Ar-Zimraphel.¹⁵

xxv. *Ar-Pharazôn (Tar-Calion)*

El más poderoso y último Rey de Númenor. Nació en el año 3118 y gobernó sesenta y cuatro años, y murió durante la Caída en el año 3319, usurpando el cetro de

Tar-Míriel (Ar-Zimraphel)

Nació en el año 3117 y murió en la Caída.

Los hechos de Ar-Pharazôn, su gloria y su locura, se cuentan en la historia de la Caída de Númenor que Elendil escribió, y que se preservó en Gondor.¹⁶

1. Hay varias referencias a la duración de la vida de los Descendientes de Elros, más larga que la de los demás Númenóreanos, además de las que se incluyen en la historia de Aldarion y Erendis. Así, en la *Akallabêth (El Silmarillion)* se dice que toda la línea de Elros «tenía larga vida aun en relación con lo que era habitual entre los Númenóreanos»; y esta diferencia de longevidad se precisa en una nota aislada: el «fin del vigor» para los descendientes de Elros (antes que la longevidad de los Númenóreanos declinara) llegaba al cabo de cuatro siglos o algo antes, y para los que no pertenecían a este linaje, al cabo de los dos siglos o algo después. Importa subrayar que casi todos los Reyes, desde Vardamir hasta Tar-Ancalimë, vivieron hasta los cuatrocientos años o un poco más, y tres murieron uno o dos años antes.

Pero en los últimos escritos sobre este tema (que datan, sin embargo, del tiempo de las versiones tardías de la historia de Aldarion y Erendis) las diferencias de longevidad decrecen mucho. Al pueblo Númenóreano en general se le atribuye una duración máxima de vida unas cinco veces más larga que la de los otros Hombres (aunque esto contradice lo que se afirma en *El Señor de los Anillos*, Apéndice A [I, i], esto es, que a los Númenóreanos se les concedió una duración máxima de vida «en un principio tres veces más larga que la de los Hombres menores», afirmación que se repite en el prefacio del presente texto); y en este aspecto, la Línea de Elros se diferencia de las demás menos por peculiaridades y atributos distintivos que por una simple tendencia a una mayor longevidad. Aunque se mencionan el caso de Erendis y el de las vidas algo más breves de los «Bëoroneanos» del Oeste, no se sugiere aquí, como es el caso en la historia de Aldarion y Erendis, que esas diferencias sean muy grandes e inherentes al destino de cada cual, y así reconocidas.

De acuerdo con este relato, sólo a Elros se le concedió una longevidad peculiar, y se dice aquí que él y su hermano Elrond no eran muy diferentes en cuanto a potencial de vida física, pero como Elros eligió habitar entre los hombres, conservó la característica principal de los Hombres en relación con los Quendi: la «búsqueda de un más allá», como la llamaron los Eldar, el «cansancio» o el deseo de abandonar el mundo. Se dice además que la longevidad de los Númenóreanos era una consecuencia de la asimilación del modo de vida de los Eldar, aunque se les advirtió expresamente que no se habían convertido en Eldar, sino que seguían siendo Hombres mortales, y que sólo se les había concedido una prolongación del período en que el hombre se encuentra en pleno vigor, mental y físico. Así (como los Eldar) crecían casi al mismo ritmo que los otros hombres, pero cuando habían alcanzado el «pleno desarrollo», envejecían o «declinaban» mucho más lentamente. Los primeros síntomas del «cansancio del mundo» eran en efecto para ellos un signo de que el período de vigor concluía. Si persistían entonces en seguir viviendo, el deterioro proseguía, como había sucedido con el crecimiento, no más lento que entre los otros Hombres. Así, un Númenóreano pasaría rápidamente, en el término de diez años quizá, de la salud y el vigor de la mente, a la decrepitud y la senilidad. En las primeras generaciones no «se aferraban a la vida», y renunciaban a ella voluntariamente. «Aferrarse a la vida», y morir por fuerza e involuntariamente, fue uno de los cambios provocados por la llegada de la Sombra y la rebelión de los Númenóreanos; y a esto acompañó una vida más corta.

2. Véase la nota 26 a «Aldarion y Erendis».
3. La cifra 148 (y no 147) representa quizá los años en que Amandil reinó realmente, sin tener en cuenta el año imaginario del reino de Vardamir.
4. No cabe duda de que Silmariën fue la hija mayor de Tar-Elendil, y la fecha de su nacimiento se registra repetidamente como el año 521 de la Segunda Edad, mientras que su hermano Tar-Meneldur habría nacido en el año 543. En la Cuenta de los Años (Apéndice B de *El Señor de los Anillos*), sin embargo, la fecha de nacimiento de Silmariën es el año 548; fecha que se encuentra también en los primeros borradores. Parece muy probable que estos textos hayan sido revisados sin que se advirtiera la contradicción.
5. Esto no concuerda con lo que se ha dicho anteriormente de las primeras leyes de sucesión y de las posteriores. Soronto se convertía en heredero de Ancalimë (si moría sin haber tenido hijos) en virtud de la nueva ley, pues era descendiente por línea materna. «Su hermana mayor» sin duda significa «la mayor de sus dos hermanas».
6. Véase «Aldarion y Erendis».
7. Véase nota 28 a «Aldarion y Erendis».
8. Es curioso que el cetro pasara a Tar-Telperiën cuando Tar-Súrion tenía un hijo, Isilmo. Bien puede que aquí la sucesión dependiera de la formulación de la nueva ley de la que se habla

en *El Señor de los Anillos*, simple primogenitura sin tener en cuenta el sexo, y no que la hija heredara el cetro sólo si el Regente no tuviera hijos varones.

9. Curiosamente, la fecha de 1731 que se da aquí como el fin del gobierno de Tar-Telperiën y el acceso al trono de Tar-Minastir no concuerda con la fecha fijada en múltiples referencias, de la primera guerra contra Sauron; porque la gran flota númenóreana enviada por Tar-Minastir llegó a la Tierra Media en el año 1700. No encuentro explicación posible de esta discrepancia.
10. En la cuenta de los Años (Apéndice B de *El Señor de los Anillos*) se da el siguiente detalle: «2251 Tar-Atanamir recibe el cetro. Rebelión y división de los Númenóreanos». Esto no concuerda con el presente texto, según el cual Tar-Atanamir muere en 2221. Esta fecha, empero, es una corrección de 225 î. Así, el mismo año aparece en diferentes textos como la fecha de su acceso al poder y la fecha de su muerte y la entera estructura de la cronología muestra claramente que el error está en la primera versión. Además, en la *Akallabêth* (*El Silmarillion*) se dice que fue en tiempos de Ancalimë, hijo de Atanamir, cuando el pueblo de Númenor se dividió. Estoy casi seguro de que la lectura correcta en la cuenta de los Años tendría que ser: «2251 Muerte de Tar-Atanamir. Tar-Ancalimë recibe el cetro. Rebelión y división de los Númenóreanos». Pero si es así, resulta extraño que la fecha de la muerte de Atanamir haya sido modificada en «La Línea de Elros», pues había sido fijada en la cuenta de los Años.
11. En la lista de los Reyes y Reinas de Númenor del Apéndice A (I, i) de *El Señor de los Anillos*, el gobernante que sigue a Tar-Calmacil (el decimoctavo) era Ar-Adûnakhôr (el decimonoveno). En la Cuenta de los Años del Apéndice B, se dice que Ar-Adûnakhôr tuvo acceso al cetro en 2899; y basándose en esta indicación el señor Robert Foster, en *The Complete Guide to Middle-Earth*, da como fecha de la muerte de Tar-Calmacil el año 2899. Por otra parte, en la lista de los gobernantes de Númenor que aparece en el Apéndice A, se dice que Ar-Adûnakhôr fue el vigésimo Rey; y en 1964 mi padre contestó a alguien que le había escrito al respecto: «Tal como se ha compuesto la genealogía, tendría que considerarse a Ar-Adûnakhôr el decimosexto rey y el decimonoveno gobernante. Tendría que leerse posiblemente decimonoveno en lugar de vigésimo; pero también es posible que se haya saltado un nombre». Explicaba que no le era posible asegurarlo porque en el momento de escribir la carta no tenía acceso a sus notas sobre el tema.

Cuando estaba preparando el texto de la *Akallabêth* cambié la versión: «Y el vigésimo rey recibió el cetro de sus padres y ascendió al trono con el nombre de Adûnakhôr» por «Y el decimonoveno...» (*El Silmarillion*) e igualmente «veinticuatro» por «veintitrés». En ese tiempo no había observado que en «La Línea de Elros» el gobernante que seguía a Tar-Calmacil no era Ar-Adûnakhôr, sino Tar-Ardamin; pero ahora parece perfectamente claro, pues la fecha de la muerte de Tar-Ardamin que se da aquí es 2899, que fue omitido por error de la lista de *El Señor de los Anillos*.

Por otra parte, la tradición es categórica (como se lee en el Apéndice A, en la *Akallabêth* y en «La Línea de Elros»): Ar-Adûnakhôr fue el primer Rey que accedió al cetro con un nombre en lengua adûnaic. Suponiendo que Tar-Ardamin haya desaparecido de la lista del Apéndice A por mero descuido, es sorprendente que el cambio de estilo en los nombres reales se atribuyera allí al primer gobernante después de Tar-Calmacil. Es probable que un problema textual más complejo pudiera explicar el pasaje incriminado, que no sería un mero error de omisión.
12. En dos cuadros genealógicos se señala a su padre como Gimilzagar, el segundo hijo (nacido en 2630) de Tar-Calmacil, pero esto es evidentemente imposible: la descendencia de Inzilbêth de Tar-Calmacil tuvo que haber sido más indirecta.
13. Hay un dibujo floral de mi padre altamente estilizado, semejante en estilo al que aparece en *Pictures by J.R.R. Tolkien*, (1979) no 45, fondo, a la derecha, que lleva el título de *Inziladûn*, y debajo tiene escrito en el alfabeto fëanoriano, y transliterado, *Númelôtë* («Flor del Oeste»).
14. De acuerdo con la *Akallabêth* (*El Silmarillion*), Gimilkhâd «murió dos años antes de cumplir los doscientos (muerte temprana para alguien del linaje de Elros aun en su decadencia)».
15. Como se señala en el Apéndice A de *El Señor de los Anillos*, Míriel debió haber sido la Cuarta Reina Regente.

Una última discrepancia entre «La Línea de Elros» y la Cuenta de los Años aparece en las fechas de Tar-Palantir. Se dice en la *Akallabêth* que «cuando Inziladûn accedió al cetro,

se dio un título en lengua élfica como antaño, y se llamó Tar-Palantir»; y en la Cuenta de los Años se lee: «3175 Arrepentimiento de Tar-Palantir. Guerra civil en Númenor». Parecería casi indudable, fundándose en estas afirmaciones, que 3175 fue el año del acceso de Inziladûn al poder; y esto se confirma por el hecho de que en «La Línea de Elros» la fecha de muerte de Ar-Gimilzôr, su padre, era originalmente 3175, y sólo más tarde se corrigió por la de 3177. Como en el caso de la fecha de la muerte de Tal-Atanamir (nota 10) es difícil comprender por qué se hizo este cambio mínimo que contradice la cuenta de los Años.

16. Sólo aquí se dice que Elendil fue el autor de la *Akallabêth*. En otra parte se afirma que la historia de Aldarion y Erendis, «una de las pocas historias detalladas que se conservan de Númenor», debió su preservación al hecho de que le interesaba a Elendil.

IV

LA HISTORIA DE GALADRIEL Y CELEBORN

Y DE AMROTH, REY DE LÓRIEN

En ninguna parte de la historia de la Tierra Media hay más dificultades y problemas que en el cuento de Galadriel y Celeborn, y es preciso admitir que graves incoherencias «impregnan las tradiciones»; o, para examinar la cuestión desde otro punto de vista, que el papel desempeñado por Galadriel y su importancia sólo fueron emergiendo lentamente, y que su historia se fue rehaciendo de continuo.

Así, en un comienzo, de acuerdo con la concepción inicial, resulta claro que Galadriel fue sola al Este por sobre las montañas de Beleriand, antes del fin de la Primera Edad, y que se encontró con Celeborn en Lórien, su tierra; esto se dice explícitamente en un texto inédito, y la misma idea se encuentra en las palabras que Galadriel dirige a Frodo en *La Comunidad del Anillo*, II, 7, donde dice de Celeborn que «ha residido en el Oeste desde Los tiempos del alba, y yo he vivido con él innumerables años; pues crucé las montañas antes de la caída de Nargothrond o de Gondolin, y juntos hemos combatido durante siglos la larga derrota». De acuerdo con esta concepción, es muy probable que Celeborn fuera un Elfo nandorin (es decir, uno de los Teleri que se negaron a cruzar las Montañas Nubladas en el Gran Viaje de Cuiviénen).

Por otra parte, en el Apéndice B de *El Señor de los Anillos* aparece otra versión posterior de la historia; porque se dice allí que al principio de la Tercera Edad, «En Lindon, al sur del Lune, vivió por un tiempo Celeborn, pariente de Thingol; su esposa era Galadriel, la más renombrada de las mujeres Elfo». Y en las notas de *The Road Goes Ever On* (1968), se dice que Galadriel «pasó por sobre las Montañas de Eredluin con su marido Celeborn (uno de los Sindar) y fue a Eregion».

En *El Silmarillion* se menciona el encuentro de Galadriel y Celeborn en Doriath, y el parentesco de éste con Thingol; y se dice que se encontraban entre los Eldar que permanecieron en la Tierra Media después del fin de la primera Edad.

Las razones y los motivos que explican que Galadriel se quedara en la Tierra Media son de diverso orden. El pasaje que acabamos de citar de *The Road Goes Ever On* dice explícitamente: “después de la derrota de Morgoth al cabo de La primera Edad, se le prohibió volver, y ella replicó con orgullo que no lo deseaba». No hay declaración explícita sobre esto en *El Señor de los Anillos*; pero en una carta escrita en 1967 mi padre decía:

A los Exiliados se les permitió volver, excepto a unos pocos de los principales responsables de la rebelión, entre los que sólo quedaba Galadriel en tiempos de *El Señor de los Anillos*. Luego de su Lamento en Lórien, creía que esto sería permanente, mientras la Tierra durara. De ahí que el lamento concluyera con la expresión de un deseo o una plegaria para que a Frodo se le concediera como gracia especial una permanencia expiatoria (aunque no punitiva) en Eressëa, la isla solitaria a la vista de Aman, aunque para ella el camino estuviera cerrado. Su ruego fue escuchado, pero también a ella le fue levantada la prohibición, como recompensa por sus servicios en la lucha contra Sauron, y sobre todo por no haber

caído en la tentación de aceptar el Anillo cuando se lo ofrecieron. Así la vemos al fin subir a un navío y hacerse a la mar.

Este pasaje, muy positivo en sí mismo, no demuestra sin embargo que la idea de que a Galadriel se le hubiera prohibido volver al Oeste estuviera presente cuando se compuso el capítulo «Adiós a Lórien», muchos años antes; y me inclino a pensar que no (véase más adelante: «De Galadriel y Celeborn»).

En un ensayo muy posterior y primordialmente filológico, ciertamente escrito después de la publicación de *The Road Goes Ever On*, la historia se presenta de modo muy distinto:

Galadriel y su hermano Finrod eran los hijos de Finarfin, el segundo hijo de Indis. Finarfin se parecía a la familia de su madre en mente y cuerpo, pues tenía los cabellos dorados de los Vanyar, un temperamento noble y gentil, y amaba a los Valar. En la medida de lo posible, se mantenía por encima de las contiendas de sus hermanos y de su alejamiento de los Valar, y a menudo intentaba apaciguar a los Teleri, cuya lengua aprendió. Se casó con Earwen, la hija del Rey Olwë de Alqualondë, y sus hijos fueron, pues, parientes del Rey Eru Thingol de Doriath en Beleriand, porque él era hermano de Olwë; y este parentesco influyó en su decisión de unirse a los Exiliados, y fue de gran importancia luego en Beleriand. Finrod se parecía a su padre por su hermosa cara y por el dorado de sus cabellos, y también por la nobleza y la generosidad de su corazón, pero tenía también el coraje de los Noldor y, cuando era joven, su impaciencia e inquietud; y tenía también de su madre Telerín el amor por el mar y soñaba con tierras lejanas que nunca había visto. Galadriel fue la más grande de los Noldor, excepto Fëanor quizá, aunque era más sabia que él, y su sabiduría creció en el curso de sus largos años.

Su nombre materno era Nerwen («doncella-hombre»),¹ y llegó a ser más alta aún que las mujeres de los Noldor; era fuerte de cuerpo, de mente y de voluntad, digna rival, en los días de su juventud, tanto de los sabios como de los atletas de los Eldar. Aun entre los Eldar se la encontraba hermosa, y sus cabellos se consideraban una maravilla sin par. Eran dorados como los de su padre y los de su antecesora Indis, pero más espeso y esplendoroso, porque en su oro había un matiz que recordaba la plata estelar de su madre; y los Eldar decían que la luz de los Dos Árboles, Laurelin y Telperion, había quedado enredada entre sus trenzas. Muchos consideraron que estas palabras hicieron pensar a Fëanor por primera vez en la posibilidad de capturar y mezclar la luz de los Árboles, lo que más tarde cobró forma en sus manos como los Silmarils. Porque Fëanor contemplaba los cabellos de Galadriel con asombro y deleite. Tres veces le pidió una trenza, pero Galadriel no quiso darle ni siquiera un cabello. Estos dos parientes, los más grandes de entre los Eldar de Valinor, nunca fueron amigos.

Galadriel nació en los tiempos felices de Valinor, pero no pasaron muchos años, según los cálculos del Reino Bendecido, antes de que esa felicidad empezara a menguar; y en adelante ya no tuvo paz. Porque en esos tiempos de prueba, en medio de las contiendas de los Noldor, era arrastrada de un lado a otro. Era orgullosa, fuerte y resuelta, como todos los descendientes de Finwë, salvo Finarfin; y como su hermano Finrod, de todos sus parientes el que estaba más cerca de su corazón, tenía sueños de tierras lejanas y dominios en los que pudiera mandar sin tutela. Sin embargo, y aún más profundamente, vivía en ella el espíritu noble y generoso de los Vanyar, y un temor reverente por los Valar, a quienes no podía olvidar. Desde sus más tempranos años tuvo el maravilloso don de penetrar en la mente de los otros, pero juzgaba a todos con clemencia y comprensión, y a nadie negaba su buena voluntad, salvo a Fëanor. Advertía en

él una oscuridad que odiaba y temía, aunque no alcanzó a ver que la sombra del mismo mal cubría las mentes de todos los Noldor, y también la suya propia.

Así fue que cuando la luz de Valinor sucumbió, para siempre, como lo pensaron los Noldor, se unió a la rebelión contra de los Valar, que ordenaban que nadie se fuera; y una vez que hubo echado a andar por el camino del exilio ya no cedió, y rechazó el último mensaje de los Valar, y la alcanzó la Maldición de Mandos. Aun después del implacable ataque a los Teleri y a sus navíos, aunque luchó fieramente contra Fëanor en defensa de los parientes de su madre, no retrocedió. El orgullo le impedía volver como derrotada suplicando perdón; pero ahora ardía en deseos de seguir a Fëanor a cualquier sitio adonde pudiera ir, para contrariar y frustrar sus designios en todo lo posible. EL orgullo la movió también cuando al final de los Días Antiguos, después de la derrota de Morgoth, rechazó el perdón de los Valar para todos los que hubieran luchado contra él, y se quedó en la Tierra Media. Pero cuando hubieron transcurrido otras dos largas edades, y tuvo por fin todo lo que había deseado de joven, el Anillo del Poder y el dominio de la Tierra Media con el que había soñado, había creado sabiduría, y lo rechazó todo, y pasada la última prueba, abandonó la Tierra Media para siempre.

Esta última frase se relaciona estrechamente con la escena en Lothlórien cuando Frodo ofrece el Anillo Único a Galadriel (*La Comunidad del Anillo*, II, 7): «Y ahora al fin llega. Me darás libremente el Anillo! En el sitio del Señor Oscuro, instalarás a una Reina».

En *El Silmarillion* se dice que en el tiempo de la rebelión de los Noldor en Valinor, Galadriel

estaba ansiosa por partir. No pronunció ningún juramento, pero las palabras de Fëanor sobre la Tierra Media le habían ardidido en el corazón, y anhelaba ver las amplias tierras sin custodia y gobernar allí un reino a su propia voluntad.

Hay aquí sin embargo varios elementos que no se encuentran en las páginas de *El Silmarillion*: el parentesco de los hijos de Finarfin con Thingol como factor que influye en su decisión de unirse a la rebelión de Fëanor; el peculiar desagrado y desconfianza que experimenta Galadriel por Fëanor desde un principio, y el efecto que ella tuvo sobre él; y La lucha en Alqualondë entre los mismos Noldor. Angrod sólo dijo a Thingol en Menegroth que los parientes de Finarfin eran inocentes de la matanza de los Teleri (*El Silmarillion*). Más notable sin embargo en el pasaje que acabamos de citar es la afirmación explícita de que Galadriel *rechazó el perdón de los Valar* al fin de la Primera Edad.

Más adelante en este ensayo se dice que aunque su madre la llamaba Nerwen y su padre Artanis («mujer noble»), el nombre que ella escogió fue el sindarin Galadriel, «porque era el más bello de los nombres, y le había sido dado por su enamorado, Teleporno de los Teleri, con quien se casó más tarde en Beleriand». Teleporno es Celeborn, al que se atribuye aquí una historia diferente corno se lo expone más adelante; sobre el nombre en si mismo, véase el Apéndice E.

En una nota muy posterior y en parte ilegible, aparece, bosquejada, pero no desarrollada, una versión totalmente diferente de la conducta de Galadriel en los tiempos de la rebelión de los Noldor: el último texto de mi padre sobre el tema de Galadriel y Celeborn, y probablemente también sobre la Tierra Media y Valinor, escrito en el último mes de su vida. Aquí subraya la capacidad de mando de Galadriel ya manifiesta en Valinor, la misma de Fëanor, aunque de diferentes cualidades; y se dice que, lejos de unirse a la rebelión de Fëanor, se le oponía en todo. Deseaba en verdad abandonar Valinor e ir al vasto mundo de la Tierra Media, con el propósito de dar allí libre curso a sus talentos; pues «como era brillante de mente y rápida en la acción, había absorbido todo lo que era capaz de las enseñanzas que los Valar consideraban atinado impartir a los Eldar», y se sentía confinada en el tutelaje de Aman. Este deseo de Galadriel, según parece, era conocido de Manwë, y no se lo había estorbado; pero tampoco le había dado autorización formal para partir. Reflexionando sobre lo que podría hacer, los pensamientos de Galadriel se volcaron sobre los barcos de los Teleri, y fue por un

tiempo a vivir con los parientes de su madre en Alqualondë. Allí conoció a Celeborn, que en este texto es otra vez un príncipe telerín, nieto de Olwë de Alqualondë, y por tanto un pariente próximo. Juntos planearon construir una nave y partir en ella a la Tierra Media; y estaba por pedir la licencia de los Valar, cuando Melkor huyó de Valmar, y retornando con Ungoliant, destruyó la luz de los Árboles. En la rebelión de Fëanor que siguió al Oscurecimiento de Valinor, Galadriel no tuvo parte: en verdad, junto con Celeborn, luchó heroicamente en defensa de Alqualondë, y el barco de Celeborn quedó a salvo del ataque de los Noldor. Galadriel, sin la esperanza de ir a Valinor, y horrorizada por la violencia y la crueldad de Fëanor, se hizo a la vela en la oscuridad sin esperar la autorización de Manwë, que sin duda no se la habría concedido en ese momento, aunque el deseo de Galadriel fuera legítimo. Ocurrió así que quedó sometida a la prohibición impuesta a toda partida, y desde entonces el regreso a Valinor estuvo cerrado para ella. Pero junto con Celeborn llegó a la Tierra Media algo antes que Fëanor, y navegó hasta el puerto donde Círdan era señor. Allí se le recibió con alegría como pariente de Elwë (Thingol). En los años que siguieron no se unieron a la guerra contra Angband, que juzgaban perdida ahora bajo la prohibición, y sin poder contar con la ayuda de los Valar; y su designio era retirarse de Beleriand y fortalecerse en el este (de donde temía que Morgoth buscara refuerzos) haciendo amistad con los Elfos Oscuros y los Hombres de esas regiones, ofreciéndoles ayuda e instrucción. Pero como una política semejante no tenía ninguna posibilidad de ser aceptada entre los Elfos de Beleriand, Galadriel y Celeborn franquearon el Ered Lindon antes del fin de la Primera Edad; y cuando tuvieron autorización de los Valar para regresar al Occidente, la rechazaron.

Esta historia, que elimina toda asociación de Galadriel con la rebelión de Fëanor, al punto que ella parte por separado (con Celeborn) de Aman, está en profundo desacuerdo con todo lo que se dice en otros sitios. Se trata de una versión que procede sin duda de consideraciones «filosóficas» (más que «históricas») sobre la naturaleza precisa de la desobediencia de Galadriel en Valinor, por una parte, y de su jerarquía y poder en la Tierra Media, por la otra. Es evidente que habría exigido no pocas alteraciones en la narración de *El Silmarillion*; pero ésa era sin duda la intención de mi padre. Vale la pena mencionar que Galadriel no aparecía en la historia original de la rebelión, y de la huida de los Noldor; y también, claro está, que después de su intervención en los relatos de la Primera Edad, la historia de Galadriel hubiera podido modificarse de manera radical, pues *El Silmarillion* no se había publicado. Pero el libro estaba compuesto de narraciones acabadas, tal como se publicó, y no podía tener en cuenta revisiones que eran sólo un esbozo.

Por otra parte, convertir a Celeborn en un Elfo telerín de Aman contradice no sólo lo que se cuenta en *El Silmarillion*, sino también lo que ya se ha citado de *The Road Goes Ever On* y del Apéndice B de *El Señor de los Anillos*, donde Celeborn es un Elfo sindarin de Beleriand. En cuanto a la causa de esta fundamental alteración de la historia, podría responderse que surgió de un nuevo elemento narrativo: la partida de Galadriel, que deja el país de Aman *independientemente* de las huestes rebeldes de los Noldor; pero Celeborn ya se ha transformado en un Elfo telerín en el texto citado más arriba, donde Galadriel participa de la rebelión de Fëanor y abandona Valinor, y donde no hay indicación de cómo llegó Celeborn a la Tierra Media.

La primera historia (aparte de la cuestión de la prohibición y el perdón), a la que se refieren *El Silmarillion*, *The Road Goes Ever On* y el Apéndice B de *El Señor de los Anillos*, resulta bastante clara: Galadriel, que llega a la Tierra Media encabezando la segunda hueste de los Noldor, encuentra a Celeborn en Doriath, y luego se casa con él; era nieto de Elmo, hermano de Thingol: un personaje oscuro, de quien se dice tan sólo que era el hermano menor de Elwë ('Thingol) y Olwë, y «amado de Elwë, con quien se quedó». (El hijo de Elmo se llamaba Galadhon y sus hijos fueron Celeborn y Galathil; Galathil fue el padre de Nimloth, que se casó con Dior, Heredero de Thingol, y fue madre de Elwing. De acuerdo con esta genealogía, Celeborn era pariente de Galadriel, bisnieta de Olwë de Alqualondë, pero no tan cercano como en esa otra genealogía en la que aparece como bisnieto de Olwë.) Puede suponerse que Celeborn y Galadriel estuvieran presentes en ocasión de la ruina de Doriath (se dice en un

pasaje que Celeborn «escapó al saqueo de Doriath») y quizá ayudaron a huir a Elwing a los Puertos de Sirion con el Silmaril, pero esto no se menciona en ningún sitio. En el Apéndice B de *El Señor de los Anillos*, se dice que Celeborn vivió por un tiempo en Lindon al sur del Lune;² pero a principios de La Segunda Edad cruzaron las Montañas y penetraron en Eriador. La historia subsiguiente en la misma fase (por así llamarla) de los escritos de mi padre, se cuenta en la breve narración titulada:

De Galadriel y Celeborn

El texto que lleva este título es un esbozo breve y apresurado, en estado muy primitivo de composición, que, sin embargo, constituye casi la única fuente narrativa que permite reconstruir los acontecimientos del Oeste de la 'Tierra Media, hasta la derrota y expulsión de Sauron de Eriador, en el año 1701 de la Segunda Edad. Además de esto, apenas hay nada más que los breves e infrecuentes detalles de la Cuenta de los Años y el texto mucho más general y selectivo titulado «De los Anillos del Poder y la Tercera Edad» (en *El Silmarillion*). No cabe duda de que ese texto se compuso después de la publicación de *El Señor de los Anillos*, pues hay en él una referencia al libro, y se dice que Galadriel era hija de Finarfin y hermana de Finrod Felagund (nombres atribuidos tardíamente a estos príncipes e introducidos en la edición revisada). El texto está muy corregido, y no siempre es posible diferenciar entre lo que pertenece al tiempo de la composición y lo que se añadió posteriormente. Este es el caso de las referencias a Amroth, que lo convierten en hijo de Galadriel y Celeborn; pero aun así, parece evidente que fue una concepción nueva, posterior a la escritura de *El Señor de los Anillos*. Si en ese entonces Amroth hubiera sido considerado hijo de Galadriel y Celeborn, es casi seguro que el hecho habría sido mencionado.

Es muy notable que el texto no mencione la prohibición de volver al Oeste impuesta a Galadriel, pero de acuerdo con un pasaje del principio de la narración, parece que la idea ni siquiera había sido concebida; mientras que más adelante la permanencia de Galadriel en la Tierra Media, después de la derrota de Sauron en Eriador, se atribuye a que ella consideraba que no debía irse en tanto Sauron no estuviera definitivamente vencido. Este es el argumento principal en apoyo del (vacilante) punto de vista según el cual la historia de la prohibición fue posterior a la escritura de *El Señor de los Anillos*; cf. también la historia de «La Elessar».

He aquí este texto, con la inclusión de algún comentario entre corchetes.

Galadriel era hija de Finarfin y hermana de Finrod Felagund. fue bien recibida en Doriath porque su madre Eärwen, hija de Olwë, era telerín y sobrina de Thingol, y porque el pueblo de Finarfin no había tenido parte en la Matanza de los Parientes en Alqualondë; y se hizo amiga de Melian. En Doriath conoció a Celeborn, nieto de Elmo, el hermano de Thingol. Por amor a Celeborn, que no quería abandonar la Tierra Media [y quizá por cierto orgullo personal, pues ella había estado entre aquellos que habían querido habitar en la Tierra Media], no volvió al Oeste después de la Caída de Melkor, y cruzó Ered Lindon con Celeborn y llegó a Eriador. Cuando se internaron en esa región, había muchos Noldor con ellos, y también Elfos Grises y Elfos Verdes; y por un tiempo habitaron a orillas del lago Nenuial (Evendim, al norte de la Comarca). Celeborn y Galadriel llegaron a ser considerados el Señor y la Señora de los Eldar en Eriador incluyendo los grupos errantes de origen nandorin que nunca habían ido al oeste de Ered Lindon y descendieron a Ossiriand [véase *El Silmarillion*]. Durante el viaje, cerca de Nenuial, nació Amroth, en fecha incierta, entre los años 350 y 400. [No se precisa el tiempo ni el lugar del nacimiento de Celebrían, aquí o más tarde en Eregion, o aun más tarde en Lórien.]

Pero finalmente Galadriel se dio cuenta de que Sauron, como en los viejos días del cautiverio de Melkor [véase *El Silmarillion*], estaba otra vez moviéndose en las sombras. O, más bien, como Sauron no tenía todavía un nombre singular, y no se había advertido que sus acciones procedieran de un único espíritu maligno, sirviente primordial de Melkor, comprendió que cierta voluntad maléfica obraba en el mundo, y que parecía proceder de una fuente lejana del Este, más allá de Eriador y las Montañas Nubladas.

Celeborn y Galadriel, por tanto, se dirigieron hacia el este en el año 700 poco más o menos, y fundaron el principal (pero no el único) reino Noldorin de Eregion. puede que Galadriel escogiera este sitio porque sabía de los Enanos de Khazad-dûm (Moria). En la ladera oriental de Ered Lindon³ habían vivido y vivían aún algunos Enanos; allí se habían levantado las muy antiguas mansiones de Nogrod y Belegost, no lejos del Nenuial; pero la mayor parte de las fuerzas habían sido trasladadas a Khazad-Dûm. Celeborn rió sentía simpatía por los Enanos

de raza alguna (como se lo mostró a Gimli en Lothlórien), y nunca les perdonó la parte que les cupo en la destrucción de Doriath; pero sólo el ejército de Nogrod había intervenido en el ataque, y había sido destruido en la batalla de Sarn Athrad [*El Silmarillion*]. Los Enanos de Belegost se sintieron consternados ante esta calamidad, y temían sus consecuencias, y se apresuraron así en marchar hacia el este para llegar a Khazad-Dûm.⁴ De este modo, es posible suponer que los Enanos de Moria hayan sido inocentes de la ruina de Doriath, y no fueran hostiles a los Elfos. De cualquier modo, Galadriel fue más previsora en esto que Celeborn; y advirtió desde un comienzo que la Tierra Media no podía quedar a salvo del «residuo de mal» que Morgoth había dejado, salvo que todos los pueblos se unieran para oponerse, según la capacidad de cada uno. Miraba también a los Enanos con ojos de militar, y veía en ellos a los mejores soldados para oponerse a los Orcos. Además Galadriel era una Noldo, y sentía una natural simpatía por las mentes de los Enanos y por la pasión con que se dedicaban a distintas artesanías; una simpatía mucho más profunda que la que se daba en muchos de los Eldar: los Enanos era «los Hijos de Aulë», y Galadriel, como muchos de entre los Noldor, había sido discípula de Aulë y Yavanna en Valinor.

Galadriel y Celeborn tenían en su compañía a un artesano Noldorin llamado Celebrimbor. [Se dice aquí que era uno de los sobrevivientes de Gondolin, y que se había contado entre los más grandes artífices de Turgon; pero el texto se modificó para convertirlo en descendiente de Fëanor, como se menciona en el Apéndice B de *El Señor de los Anillos* (edición revisada), y, con mayor detalle, en *El Silmarillion*, donde se dice que fue hijo de Curufin, quinto hijo de Fëanor, que se separó de su padre y permaneció en Nargothrond cuando Celeborn y Curufin fueron expulsados.] Celebrimbor tenía «por las artesanías una obsesión casi propia de los Enanos»; y pronto se convirtió en el principal artífice de Eregion, manteniendo una estrecha relación con los Enanos de Khazad-dûm, entre los cuales su mejor amigo fue Narvi. [En la inscripción sobre la puerta occidental de Moria, Gandalf leyó las palabras; *Im Narvi hain echant: Celebrimbor o Eregion teithant i thiw hin*; «Yo, Narvi, las hice. Celebrimbor de Hollin trazó estos signos». *La Comunidad del Anillo*, II, 4 .] Tanto los Elfos como Los Enanos obtuvieron gran provecho de esta asociación; de modo que Eregion se volvió mucho más fuerte y Khazad-dûm mucho más hermosa que lo que hubieran llegado a ser por sí mismas.

[Esta explicación del origen de Eregion concuerda con la que se da en «De los Anillos del Poder» (*El Silmarillion*), pero ni allí ni en las breves referencias que aparecen en el Apéndice B de *El Señor de los Anillos* hay mención alguna de la presencia de Galadriel y Celeborn; de hecho, en este último (una vez más, sólo en la edición revisada) se llama a Celebrimbor el señor de Eregion.

La construcción de la ciudad principal de Eregion, Ost-in-Edhil, Comenzó aproximadamente en el año 750 de la Segunda Edad [la fecha que la Cuenta de los Años asigna a la fundación de Eregion por los Noldor]. Estas nuevas llegaron pronto a oídos de Sauron, y el temor que le inspiraba la huída de los Númenóreanos a Lindon y las costas más hacia el sur, y la amistad que los unía a Gil-galad. Creció todavía más; y oyó también hablar de Aldarion, hijo de Tar-Meneldur, Rey de Númenor, ahora convertido en un gran carpintero de barcos, que llevaba sus navíos a puerto, muy al sur, aun hasta el Harad. Por tanto, Sauron dejó a Eriador en paz por un tiempo, y eligió la tierra de Mordor, como se la llamó luego, para instalar allí una fortaleza que contrarrestara la amenaza del desembarco de los Númenóreanos [este episodio tiene por fecha el año mil, poco mas o menos, en la «Cuenta de los Años»]. Cuando se sintió seguro, como embarcó a Eriador. y finalmente, alrededor del año 1200, se presentó allí el mismo. investido con la forma más agradable que fue capaz de adoptar.

Pero entretanto el poder de Galadriel y Celeborn había crecido, y Galadriel, asistida por la amistad que la unía a los Enanos de Moria, había tenido contacto con el país Nandorin de Lórinand al otro lado de las Montañas Nubladas.⁵ Este estaba poblado por los Elfos que habían abandonado a los Eldar de Cuiviénen en el Gran Viaje, instalándose en los bosques del Valle del Anduin [*El Silmarillion*]; y se extendía hacia las florestas a ambos lados del Río Grande, e incluía a la región donde se levantó después Dol Guldur. Estos Elfos no tenían príncipes ni gobernantes y vivían libres de cuidados mientras el poder de Morgoth se concentraba en el

noroeste de la Tierra Media;⁶ «pero muchos Sindarin y Noldor fueron a vivir entre ellos, y así empezó el proceso de "sindarización" bajo la influencia de la cultura beleriándica». [No está claro cuándo se iniciaron estas migraciones hacia Lórinand; es posible que vinieran desde Eregion por el camino de Khazad-dûm y bajo los auspicios de Galadriel] Galadriel, que intentaba contrarrestar las maquinaciones de Sauron tuvo éxito en Lórinand; mientras que en Lindon, Gil-galad expulsó a los emisarios de Sauron y aun a este mismo [como se cuenta más ampliamente en «De los Anillos del Poder» (*El Silmarillion*)]. Pero Sauron tuvo mejor fortuna con los Noldor de Eregion, y en especial con Celebrimbor, que en su corazón deseaba alcanzar la habilidad y la fama de Fëanor. [Los artificios de Sauron para engañar a los herreros de Eregion, haciéndose pasar por Annatar, Señor de los Dones, se describen en «De los Anillos del Poder», texto que sin embargo no menciona a Galadriel].

En Eregion, Sauron se presentó como emisario de los Valar, enviado a la Tierra Media («anticipando así a los Istari») o con La orden de permanecer allí para dar ayuda a los Elfos. Advirtió en seguida que Galadriel sería su principal adversario y obstáculo, e intentó aplacarla soportando el desdén que ella le mostraba con un exterior de paciencia y cortesía. [En este rápido esbozo no se explica por qué Galadriel despreciaba a Sauron, a no ser que viera por debajo de su disfraz, ni por qué, si adivinaba su verdadera naturaleza, le permitía permanecer en Eregion.]⁷ Sauron recurrió a todas sus artes con Celebrimbor y los demás herreros, que habían constituido una sociedad o hermandad muy poderosa en Eregion, los Gwaith-i-Mírdain; pero trabajó en secreto sin que Galadriel y Celeborn se enteraran. Antes de no mucho tiempo, Sauron se había ganado la confianza de los Gwaith-i-Mírdain, pues en un principio habían sacado gran provecho de lo que él les enseñara sobre los secretos de su oficio.⁸ Tanto fue su poder sobre los Mírdain, que por fin los convenció de que se rebelaran contra Galadriel y Celeborn y les arrebataran el mando en Eregion; y eso sucedió en un tiempo incierto entre 1350 y 1400 de la Segunda Edad. Galadriel entonces abandonó Eregion y pasó por Khazad-dûm a Lórinand, llevando consigo a Amroth y a Celebrían; pero Celeborn no quiso entrar en las mansiones de los Enanos y se quedó atrás en Eregion, sin ser tenido en cuenta por Celebrimbor. En Lórinand, Galadriel tomó el mando y organizó la defensa contra Sauron.

Sauron, por su parte, abandonó Eregion alrededor del año 1500, cuando los Mírdain habían empezado a forjar los Anillos del Poder. Ahora bien, Celebrimbor era leal de corazón, y había aceptado a Sauron como lo que decía que era; y cuando por fin descubrió la existencia del Anillo Único, se rebeló contra Sauron y fue a Lórinand para que Galadriel le aconsejara. Tenían que haber destruido todos los Anillos del Poder en esa oportunidad, «pero eran bastante fuertes». Galadriel le aconsejó que ocultara los Tres Anillos de Los Elfos en lugares distantes, lejos de Eregion, donde Sauron podía buscarlos. Fue entonces cuando Celebrimbor le dio el NENYA, el Anillo Blanco, y por el poder de este anillo el país de Lórinand se fortaleció y embelleció; pero la influencia que tuvo sobre ella fue grande también e imprevista, porque le acrecentó el deseo de hacerse a la mar y de volver al Oeste, de modo que ya no se sintió tan feliz en La Tierra Media.⁹ Celebrimbor, siguiendo el consejo de Galadriel, envió el Anillo de Aire y el Anillo de Fuego lejos de Eregion; y los confió a Gil-galad en Lindon. (Se dice aquí que por ese entonces Gil-galad dio Narya, el Anillo Rojo, a Círdan, Señor de los Puertos, pero más adelante una nota marginal indica que lo guardó consigo hasta que partió a la guerra de la Última Alianza.)

Cuando Sauron se enteró del arrepentimiento y la rebelión de Celebrimbor, se quitó la máscara y mostró abiertamente su ira; y reuniendo grandes fuerzas avanzó sobre Calenardhon (Rohan) para invadir Eriador, en el año 1695. Cuando Gil-galad se enteró, envió una fuerza al mando de Elrond Medio Elfo; pero Elrond estaba lejos y tenía mucho que andar, y Sauron se volvió hacia el norte y marchó hacia Eregion. Los exploradores y la vanguardia del ejército de Sauron ya estaban cerca, cuando Celeborn hizo una salida y los rechazó; pero aunque llegó a unirse a las fuerzas de Elrond, no les fue posible volver a Eregion, pues las huestes de Sauron eran mucho más numerosas, suficientes para mantenerlos a distancia y cercar Eregion. Por fin los atacantes irrumpieron en Eregion destruyendo y devastando, y se apoderaron del principal objetivo del ataque de Sauron: la Casa de Los Mírdain, donde se encontraban las herrerías y sus tesoros. Celebrimbor, desesperado, resistió a Sauron en la escalinata frente a las grandes

puertas de los Mírdain; pero lo atraparon y lo llevaron cautivo, y la casa fue saqueada. Allí Sauron se apoderó de los Nueve Anillos y algunos otros trabajos de los Mírdain; pero los Siete y los Tres, no pudo encontrarlos. Entonces Celebrimbor fue sometido a tormento, y Sauron averiguó por él dónde se encontraban los Siete. Esto lo reveló Celebrimbor porque para él ni los Siete ni los Nueve valían tanto como los Tres; los Siete y los Nueve habían sido hechos con la ayuda de Sauron, mientras que los Tres los había hecho él solo, con un poder y un propósito diferentes. [No se dice aquí explícitamente que Sauron se hubiera apoderado entonces de los Siete Anillos, aunque la conclusión es obvia. En el Apéndice A (III) de *El Señor de los Anillos* se cuenta que entre los Enanos del Pueblo de Durin se creía que quienes habían dado el Anillo a Durin III, Rey de Khazad-dûm, habían sido los herreros Elfos, y no Sauron; pero nada se dice en ese texto de cómo los Siete Anillos llegaron a manos de los Enanos]. Sobre los Tres Anillos, Sauron no pudo arrancarle riada a Celebrimbor; e hizo que lo mataran. Pero alcanzó a adivinar la verdad, que los Tres habían sido puestos al cuidado de los Señores Elfos: y que éstos, por fuerza, no podían ser otros que Galadriel y Gil-galad.

Arrastrado por una cólera negra, volvió a la batalla; y llevando como estandarte el cadáver de Celebrimbor colgado de una pértiga, atravesado de las flechas de los Orcos, se volvió sobre las fuerzas de Elrond. Elrond había reunido a Los pocos Elfos de Eregion que habían conseguido escapar, pero no bastaban para resistir el ataque. hubiera sido aplastado sin duda si el ejército de Sauron no hubiera sido atacado por la retaguardia; porque Durin había enviado una fuerza de Enanos desde Khazad-dûm, y con ellos vinieron los Elfos de Lórinand conducidos por Amroth. Elrond logró librarse del ataque, pero tuvo que alejarse hacia el norte, y fue en ese tiempo [el año 1697 de acuerdo con la Cuenta de los Años] cuando construyó un refugio fortificado en Imladris (Rivendel). Sauron abandonó La persecución de Elrond, y se volvió contra los Enanos y los Elfos de Lórinand, a quienes obligó a retroceder; pero las Puertas de Moria se cerraron y no consiguió entrar. Desde entonces Sauron odió siempre a Moria, y los Orcos tuvieron orden de hostilizar a Los Enanos cada vez que pudieran.

Fue así que Sauron intentó conquistar Eriador: Lórinand podía esperar. Pero mientras él devastaba las tierras, matando o expulsando a todos los Hombres, que vivían allí en pequeños grupos, y persiguiendo a Los Elfos que aún no se habían ido, muchos huyeron a engrosar las filas del ejército de Elrond en el norte. Ahora bien, el propósito inmediato de Sauron era apoderarse de Lindon, donde, según creía, parecía más probable que pudiera apoderarse de uno o más de los Tres Anillos; y por tanto convocó allí a sus fuerzas y marchó hacia el oeste, a la tierra de Gil-galad, asolando todo lo que encontraba. Pero sus fuerzas habían menguado, pues había tenido que dejar atrás un fuerte destacamento para contener a Elrond e impedirle que cayera sobre su retaguardia.

Ahora bien, durante largos años Los Númenóreanos habían llevado sus barcos a los Puertos Grises, y eran allí bienvenidos. No bien Gil-galad empezó a temer que las tropas de Sauron avanzarían sobre Eriador, envió mensajes a Númenor; y en las costas de Lindon los Númenóreanos prepararon un ejército y juntaron pertrechos de guerra. En 1695, cuando Sauron invadió Eriador, Gil-galad solicitó La ayuda de Númenor. Entonces Tar-Minastir, el Rey, envió una gran flota; pero el viaje se retrasó, y los barcos no llegaron a las costas de Tierra Media hasta 1700. Por ese tiempo Sauron dominaba todo Eriador, salvo sólo la sitiada Imladris, y había llegado al Río Lhûn. Había convocado otras fuerzas, que se aproximaban desde el sureste, y que estaban ya en Enedwaith en el Cruce de Tharbad, apenas defendido. Gil-galad y Los Númenóreanos guardaban el Lhûn, para asegurar la defensa de los Puertos Grises, cuando las grandes fuerzas de Tar-Minastir llegaron muy a tiempo; y las huestes de Sauron fueron derrotadas por completo y rechazadas. El almirante Númenóreano Ciryatur envió parte de sus navíos a un punto de desembarco más hacia el sur.

Sauron fue rechazado hacia el sureste al cabo de una gran matanza en el Vado de Sarn (el cruce del Baranduin); y aunque otras tropas se le unieron en Tharbad, se encontró otra vez con un ejército Númenóreano en la retaguardia, pues Ciryatur había desembarcado una gran fuerza en la desembocadura del Gwathló (Agua Gris), «donde había un pequeño puerto númenóreano». [Éste era Vinyalondë de Tar-Aldarion, llamado después Lond Daer; véase el Apéndice D]. En la Batalla del Gwathló, la derrota de Sauron fue completa, y él mismo apenas

logro escapar. Las escasas fuerzas que le quedaban fueron atacadas al este de Calenardhon, y él, acompañado por unos pocos guardias, huyó a la región llamada después Dagorlad (Llanura de la Batalla), y de allí, quebrantado y humillado, regresó a Mordor, y juró venganza contra Númenor. El ejército que sitiaba a Imladris, atrapado entre Elrond y Gil-galad, fue completamente destruido. Ya no habrá más enemigos en Eriador, ahora en gran parte destrozado y arruinado.

Por este tiempo se celebró el primer Concilio,¹⁰ y se decidió en el que se mantendría una fortaleza élfica al este de Eriador, antes en Imladris que en Eregion. Por ese tiempo también, Gil-galad dio Vilya, el Anillo Azul, a Elrond, y lo designó como vicerregente de Eriador; pero el Anillo Rojo lo conservó, hasta que se lo dio a Círdan cuando partió de Lindon en los días de la Última Alianza.¹¹ Durante muchos años las Tierras del Oeste tuvieron paz y tiempo para curar sus heridas; pero los Númenóreanos habían conocido el placer del poder en la Tierra Media, y desde entonces en adelante establecieron colonias permanentes en las costas occidentales [poco mas o menos en el 1800 de «La Cuenta de los Años»], y se hicieron allí poderosos, y Sauron no intentó avanzar hacia el oeste de Mordor durante largo tiempo.

En un último pasaje, la narración vuelve a Galadriel, y nos cuenta que sentía ahora tanta nostalgia por el mar (aunque pensaba que debía permanecer en la Tierra Media en tanto que Sauron no estuviera definitivamente vencido), que decidió abandonar Lórinand e ir a vivir cerca del mar. Dejó Lórinand a cargo de Amroth, y pasando nuevamente por Moria con Celebrían, llegó a Imladris en busca de Celeborn. Allí, según parece, lo encontró, y allí vivieron juntos largo tiempo; y fue entonces cuando Elrond vio por primera vez a Celebrían y se enamoró de ella, aunque no dijo nada. Y mientras Galadriel se encontraba en Imladris, se celebró el Concilio ya mencionado. Pero algo después [no hay indicación de fecha] Galadriel y Celeborn, junto con Celebrían, abandonaron Imladris y se dirigieron a las tierras poco habitadas que se extienden entre la desembocadura del Gwathló y Ethir Anduin. Allí vivieron en Belfalas, en el lugar que se llamó después Dol Amroth; allí a veces los visitó Amroth, su hijo, y a veces tenían la compañía de los Elfos nandorin de Lórinand. Galadriel no volvió allí sino hasta muy avanzada la Tercera Edad (cuando Amroth se perdió, y el peligro amenazó a Lórinand), en el año 1981. Aquí concluye el texto «De Galadriel y Celeborn».

Puede anotarse aquí que la ausencia de toda indicación contraria en *El Señor de los Anillos* ha llevado a los comentaristas a suponer que Galadriel y Celeborn habían pasado la segunda mitad de la Segunda Edad y toda la Tercera en Lothlórien; pero en verdad no fue así, aunque la historia que se cuenta en «De Galadriel y Celeborn» fue muy modificada más tarde, como se verá en seguida.

Amroth y Nimrodel

He dicho ya que si cuando se escribió *El Señor de los Anillos* Amroth hubiera sido concebido como el hijo de Galadriel y Celeborn, algo tan importante no habría dejado de mencionarse. Pero, de cualquier manera, este parentesco fue luego dejado de lado. Presento a continuación un breve cuento (de 1969 o posterior) titulado «Parte de la leyenda de Amroth y Nimrodel, brevemente contada».

Amroth fue Rey de Lórien después de que su padre, Amdír, fuera muerto en la Batalla de Dagorlad [en el año 3434 de la Segunda Edad]. La tierra de Lórien

tuvo paz largos años después de la derrota de Sauron. Aunque de ascendencia sindarin, Amroth vivió según la costumbre de los Elfos silvanos y se albergó en los altos árboles de un gran montículo verde que desde entonces se llamó Cerin Amroth. Esto hizo a causa del amor que sentía por Nimrodel. La había amado durante muchos años, y no había tomado esposa, pues ella no quería casarse con él. Lo amaba en verdad, pues era hermoso aun entre los Elfos, y valiente y sabio; pero ella era de los Elfos silvanos, y lamentaba la llegada de los Elfos del Oeste, que (como ella decía) habían traído consigo la guerra y habían destruido la paz de antaño. Sólo quería hablar la lengua silvana, aun cuando ya no se la usaba en Lórien;¹² y vivía sola junto a las cascadas del río Nimrodel, al que dio su nombre. Pero cuando el terror llegó de Moria, y los Enanos fueron expulsados y reemplazados luego por los Orcos, huyó angustiada y sola hacia el sur por tierras solitarias [en el año 1981 de la Tercera Edad]. Amroth la siguió y la encontró por fin en los lindes del Fangorn, que en aquellos días llegaban cerca de Lórien.¹³ No se atrevía a internarse en el bosque porque, decía, los árboles la amenazaban, y algunos se movían para interceptarle el camino.

Allí sostuvieron Amroth y Nimrodel una larga conversación, y por fin se comprometieron.

—Seré fiel a mi promesa —dijo ella— y nos casaremos cuando me lleves a una tierra de paz.

Amroth le juró que por ella abandonaría a su pueblo, aun en aquella hora de necesidad, y que juntos buscarían una tierra semejante. —Pero no la hay ahora en la Tierra Media —dijo él— y no la habrá ya nunca para el pueblo de los Elfos. Hemos de intentar abrir un camino por el Gran Mar hacia el antiguo Oeste. —Entonces le habló del puerto en el sur, adonde muchos de los suyos habían ido hacía ya tiempo.— Son ahora pocos, pues la mayoría se ha hecho a la mar hacia el Oeste; pero el resto todavía construye barcos y ayudan a cruzar la mar a cualquiera que acuda a ellos cansado de la Tierra Media. Se dice que la gracia que nos otorgaron los Valar autorizándonos a cruzar el mar, se otorga también ahora a todos los que emprendan el Gran Viaje, aun a aquellos que no habían llegado en edades pasadas a las costas, y que todavía no habían visto la Tierra Bendecida.

No hay aquí lugar para contar el viaje que emprendieron a la tierra de Gondor. Reinaba entonces Eärnil II, el penúltimo de los Reyes del Reino del Sur, y eran tiempos perturbados. [Eärnil II reinó en Gondor desde 1945 a 20₄₃.] Se cuenta en otro sitio [pero no en ninguno de los escritos existentes] cómo llegaron a separarse y cómo Amroth, después de buscarla en vano, fue al puerto élfico y comprobó que sólo unos pocos se demoraban allí todavía. Eran menos que los que podían llenar un barco; y sólo tenían un navío en condiciones de hacerse a la mar. Estaban preparándose para partir en él y abandonar la Tierra Media. Dieron la bienvenida a Amroth, contentos porque reforzaba la pequeña compañía; pero no estaban dispuestos a aguardar a Nimrodel, de cuya llegada ya no tenían esperanzas. —Si viniera por las tierras habitadas de Gondor —dijeron— no sería molestada, y quizá podría recibir ayuda; porque los Hombres de Gondor son buenos y están gobernados por los descendientes de los Amigos de los Elfos de antaño, que en cierto modo aún saben hablar nuestra lengua; pero en las montañas hay muchos Hombres hostiles y muchas criaturas malignas.

El año se desvanecía en el otoño y antes de no mucho se esperaban vientos contrarios y peligrosos aun para los barcos élficos mientras estuvieran cerca de la Tierra Media. Pero tan grande era el dolor de Amroth, que no obstante retrasaron la partida muchas semanas; y vivían en el barco, porque las casas de las costas estaban despojadas y vacías. Entonces en el otoño hubo una gran tormenta, una de las más feroces en los anales de Gondor. Venía de los fríos Yermos del Norte y bajó por Eriador hasta las tierras de Gondor, rugiendo y haciendo grandes estragos; las Montañas Blancas no alcanzaron a protegerlos, y muchos de los navíos de los Hombres fueron barridos hacia la Bahía de Belfalas, y allí se perdieron. La ligera barca élfica rompió sus amarras, y fue arrastrada por aguas frenéticas hacia las costas de Umbar. Ya nada más se supo de ella en la Tierra Media; pero las naves élficas construidas para este viaje no naufragaban, y sin duda la barca abandonó los Círculos del Mundo y llegó por fin a Eressëa. Pero no llevó allí a Amroth. La tormenta se desataba sobre las costas de Gondor en el momento en que el alba asomaba entre las nubes oscuras; pero cuando Amroth despertó, la barca ya estaba lejos de tierra. Gritando a grandes voces ¡*Nimrodel!*!, se arrojó al mar y nadó hacia la costa visible apenas en el horizonte. Los marineros, con su vista élfica, pudieron verlo durante mucho tiempo luchando con las olas, hasta que el sol naciente resplandeció entre las nubes, y le encendió a lo lejos los brillantes cabellos, como una chispa de oro. Ni ojos de Elfos ni de Hombres volvieron a verlo ya en la Tierra Media. De lo que le acaeció a Nimrodel, nada se dice aquí, aunque hubo muchas leyendas acerca de su destino.

La narración que sigue se compuso en realidad como continuación de una discusión etimológica a propósito de los nombres de ciertos ríos de la Tierra Media, en este caso, el Gilrain, río de Lebennin en Gondor, que desembocaba en la Bahía de Belfalas al oeste de Ethir Anduin; y otra faceta de la leyenda de Nimroth surge de la discusión del elemento *rain*, derivado probable de la raíz *ran*: «errar, extraviarse, seguir un curso incierto» (como en *Mithrandir*, y en el nombre *Rána* de la Luna).

Esto no parecería adecuarse a todos los ríos de Gondor; pero los nombres de los ríos a menudo sólo se aplican a parte del curso, al curso entero, a las ramificaciones de la desembocadura o a algún otro accidente que llamara la atención de los exploradores que les dieron nombre. En este caso, sin embargo, los fragmentos de la leyenda de Amroth y Nimrodel nos dan una explicación. El Gilrain se precipitaba rápidamente desde las montañas, como los otros ríos de esa región; pero al llegar a las últimas estribaciones de Ered Nimrais, que lo separaban del Celos [véase el mapa que acompaña el volumen III de *El Señor de los Anillos*], fluía por una vasta depresión poco profunda. Por ella se perdía un trecho en los meandros y formaba una pequeña laguna en el extremo sur antes de abrirse paso a través de una loma y precipitarse de nuevo rápidamente hasta unirse al Serni. Se dice que cuando Nimrodel huyó de Lórien en busca del mar, se perdió en las Montañas Blancas hasta que al fin (no se dice por qué camino o pasaje) llegó a una corriente que le recordó el río de Lórien. Se le aligeró el corazón, y se sentó junto a una laguna contemplando las estrellas reflejadas en las aguas oscuras, y escuchando las cascadas por las que el río continuaba hacia el mar. Allí cayó en un sueño profundo, pues estaba muy fatigada, y tanto durmió, que no llegó a Belfalas hasta después de que el barco de Amroth hubiera sido arrastrado mar adentro, y Amroth se perdió tratando de

volver a nado a Belfalas. La leyenda se conocía muy bien en la Dor-en-Ernil (la Tierra del Príncipe),¹⁴ y no cabe duda de que éste es el origen del nombre.

El ensayo continúa con una breve explicación sobre las relaciones entre Amroth, como Rey de Lórien, y el gobierno de Celeborn y Galadriel:

El pueblo de Lórien era aun entonces [esto es, en el tiempo en que Amroth se perdió] como lo había sido a fines de la Tercera Edad: de origen silvano, pero regido por príncipes de ascendencia sindarin (como lo era el reino de Thranduil en las partes septentrionales del Bosque Sombrío; aunque no se sabe ahora si Thranduil y Amroth eran parientes).¹⁵ No obstante, estaban muy mezclados con los Noldor (de lengua sindarin) que habían cruzado Moria después de que Sauron destruyera Eregion en el año 1697 de la Segunda Edad. En ese tiempo Elrond marchó hacia el oeste [*sic*; quizá quiera decir simplemente que no cruzó las Montañas Nubladas] y fundó la ciudadela de Imladris; pero Celeborn fue al principio a Lórien y los fortificó para impedir que Sauron volviera a intentar el cruce del Anduin. Sin embargo, cuando Sauron se retiró a Mordor y (se dice) no pensó en otra cosa que en la conquista del Este, Celeborn se unió a Galadriel en Lindon.

Lórien tuvo largos años de paz y oscuridad bajo el gobierno de su propio Rey Amdír, hasta la Caída de Númenor y el brusco retorno de Sauron a la Tierra Media. Amdír respondió a la llamada de Gil-galad y se unió a la Última Alianza con la fuerza más grande que pudo reunir, pero fue herido de muerte en la Batalla de Dagorlad, y con él sucumbió la mayor parte de quienes lo habían seguido. Amroth, su hijo, fue entonces el Rey.

Este relato, por supuesto, difiere bastante de lo que se cuenta en «De Galadriel y Celeborn». Amroth ya no es hijo de Galadriel y Celeborn, sino de Amdír, príncipe sindarin. La historia sobre la relación de Galadriel y Celeborn con Eregion y Lórien parece haber sido modificada muchas veces, en aspectos importantes, pero no es posible determinar qué es lo que se habría conservado en una narración acabada. La relación de Celeborn con Lórien se remonta ahora a un tiempo muy anterior (porque en «De Galadriel y Celeborn», no fue nunca a Lórien durante la Segunda Edad); y nos enteramos de que muchos Elfos Noldorin pasaron por Moria para llegar a Lórien *después* de la destrucción de Eregion. En el relato anterior no hay nada parecido, y la migración de los Elfos «belerándicos» a Lórien había ocurrido en condiciones pacíficas muchos años antes. El extracto que acabamos de dar implica que después de la caída de Eregion, Celeborn encabezó la migración a Lórien mientras Galadriel se unía a Gil-galad en Lindon; pero en otro lugar, en un texto contemporáneo, se dice explícitamente que los dos «pasaron entonces por Moria seguidos de muchos exiliados noldorin y vivieron muchos años en Lórien». En estos escritos tardíos nada confirma ni niega que Galadriel (o Celeborn) tuviera relaciones con Lórien antes de 1697, y no hay otra referencia fuera de «De Galadriel y Celeborn» a la rebelión de Celebrimbor (en cierto momento entre 1350 y 1400) contra su gobierno en Eregion, ni tampoco a la partida por ese tiempo de Galadriel a Lórien y al poder que ella tendría allí, mientras Celeborn permanecía en Eregion. No queda claro en escritos posteriores dónde pasaron Galadriel y Celeborn los largos años de la Segunda Edad, después de la derrota de Sauron en Eriador; de cualquier modo, la larga estadía en Belfalas no vuelve a mencionarse.

La narración de Amroth continúa:

Pero durante la Tercera Edad, los presagios abrumaron a Galadriel, y viajó con Celeborn a Lórien, y se quedó allí largo tiempo con Amroth, dedicada sobre todo a enterarse de todas las nuevas y rumores acerca de la sombra que crecía en el Bosque Negro, y la oscura fortaleza de Dol Guldur. Pero el pueblo estaba

contento con Amroth; era valiente y sabio, y en el pequeño reino había todavía prosperidad y belleza. Por tanto, después de muchas jornadas de búsqueda en Rhovanion, desde Gondor y las fronteras de Mordor hasta Thranduil en el norte, Celeborn y Galadriel cruzaron las montañas para llegar a Imladris, y allí vivieron por muchos años; porque Elrond era pariente de ellos, pues a principios de la Tercera Edad [en el año 109, de acuerdo con la Cuenta de los Años] se había casado con Celebrían.

Después del desastre de Moria [en el año 1980] y las penurias de Lórien, que había quedado sin gobernante (pues Amroth se había ahogado en el mar en la Bahía de Belfalas sin dejar heredero), Celeborn y Galadriel volvieron a Lórien y el pueblo los recibió de buen grado. Allí vivieron mientras duró la Tercera Edad, pero no tomaron el título de Rey o de Reina; porque decían que eran sólo los guardianes del pequeño reino, tan hermoso, la última avanzada de los Elfos en las tierras del este.

En otro sitio hay una nueva referencia a los movimientos de Celeborn y Galadriel durante esos años:

Celeborn y Galadriel volvieron dos veces a Lórien antes de la Última Alianza y el fin de la Segunda Edad; y en la Tercera Edad, cuando la sombra de Sauron volvió a levantarse, vivieron allí otra vez largo tiempo. En su sabiduría, Galadriel vio que Lórien sería una fortaleza y un punto de apoyo para impedir que la Sombra cruzara el Anduin en la guerra inevitable que sobrevendría, antes de que la derrotaran otra vez (si eso fuera posible); pero que para eso se necesitaba un gobierno de mayor fuerza y sabiduría que el del pueblo silvano. No obstante, sólo después del desastre de Moria (cuando por medios que Galadriel no había podido prever, las tropas de Sauron cruzaron al fin el Anduin y Lórien estuvo en gran peligro: perdido el rey, desbandado el pueblo, el país en peligro de caer en manos de los Orcos), Galadriel y Celeborn se instalaron al fin en Lórien y tomaron el gobierno. Pero no se dieron el título de Rey o de Reina, y fueron los guardianes que mantuvieron a salvo el país mientras duró la Guerra del Anillo.

En otra discusión etimológica del mismo período, el nombre de Amroth se explica como un mote, porque el Rey había morado en un alto *talan* o *flet*, las plataformas de madera sostenidas en lo alto de los árboles de Lothlórien en las que vivían los Galadhrim (véase *La Comunidad del Anillo* II, 6). Amroth significaba «trepador», el que «trepa a lo alto».¹⁶ Se dice aquí que el hábito de vivir en los árboles no era costumbre de los Elfos silvanos en general, sino que se desarrolló en Lórien por la naturaleza y disposición del terreno: un país llano sin piedras de calidad, salvo la que pudiera extraerse de las montañas del oeste, y que luego había que llevar penosamente aguas abajo por el río Vía de Plata. La riqueza principal era los árboles, un resto de los grandes bosques de los Días Antiguos, pero vivir en los árboles no era una costumbre común ni siquiera en Lórien, y al principio los *telain* o *flets* eran lugares de refugio en caso de ataque, o, más a menudo (sobre todo en la cima de los grandes árboles), puestos de observación desde donde la mirada de los Elfos podía vigilar los alrededores, porque Lórien, cuando acabó el primer milenio de la Tercera Edad, se convirtió en una tierra peligrosa, y luego de que Dol Guldur se estableciera en el Bosque Negro, Amroth tuvo que haber vivido en una inquietud creciente.

Un puesto de observación semejante, utilizado por los guardianes de las fronteras del norte, fue *el flet* donde Frodo pasó la noche. La vivienda de

Celeborn en Caras Galadhon era también del mismo origen: el más alto flet que la Comunidad del Anillo llegó a ver, era el más alto punto de la tierra. Anteriormente, el *flet* de Amroth, en la cima del montículo o colina de Cerin Amroth, levantado por obra de muchas manos, había sido el más alto, tenía por principal objetivo vigilar Dol Guldur más allá del Anduin. La conversión de estos *telain* en moradas permanentes ocurriría más tarde, y estas viviendas sólo abundarían en Caras Galadhon. Pero Caras Galadhon era en verdad una fortaleza, y sólo una pequeña parte de los Galadhrim vivía dentro. Vivir en esas moradas fue sin duda considerado en un principio una costumbre singular, y Amroth fue quizá el primero en hacerlo. Y así es probable que su nombre—el único que recordó luego la leyenda— derivara del hecho de que viviera en un alto *talan*.

Una nota a las palabras «y Amroth fue quizá el primero en hacerlo» dice:

A no ser que fuera Nimrodel. Tenía otros motivos. Ella amaba las aguas rápidas y las cascadas de Nimrodel y no podía estar mucho tiempo separada de ellas; pero cuando los tiempos fueron oscureciéndose, se pensó que la corriente estaba demasiado cerca de las fronteras del norte, y que ahora vivían allí sólo unos pocos Galadhrim. Quizá ella fue quien le dio a Amroth la idea de habitar en un alto *flet*.¹⁷

Volviendo a la leyenda de Amroth y Nimrodel, cuál era el «puerto del sur» en que Amroth esperaba a Nimrodel, adonde (como él se lo dijo) «muchos de los suyos habían ido hacía ya tiempo»? Dos pasajes de *El Señor de los Anillos* se refieren a esta cuestión. Uno pertenece a *La Comunidad del Anillo*, II, 6, donde Legolas, después de cantar la canción de Amroth y Nimrodel, habla de «la Bahía de Belfalas, donde los Elfos de Lórien se lanzaron a la mar». El otro aparece en *El Retorno del Rey*, V, 9, donde Legolas, al mirar al Príncipe Imrahil de Dol Amroth, vio que era «alguien que tenía sangre élfica en las venas» y le dijo: «Hace ya mucho tiempo que el pueblo de Nimrodel abandonó los bosques de Lórien, pero se puede ver aún que no todos dejaron el puerto de Amroth y navegaron rumbo at Oeste». A lo cual el Príncipe Imrahil replicó: «Así lo dicen las tradiciones de mi tierra».

Otras notas posteriores y fragmentarias explican un tanto estas referencias. Así, en una discusión sobre las interrelaciones políticas y lingüísticas en la Tierra Media (de 1969 o posterior) se alude al hecho de que en los días en que las primeras colonias se establecieron en Númenor, las costas de la Bahía de Belfalas estaban todavía prácticamente desiertas, «salvo un puerto y un pequeño poblado de Elfos al sur de la confluencia del Morthond y el Ringló» (es decir, justo al norte de Dol Amroth).

Este poblado, de acuerdo con las tradiciones de Dol Amroth, había sido fundado por los navegantes sindar que habían venido de los puertos occidentales de Beleriand, y que huyeron en tres pequeñas embarcaciones, cuando el poder de Morgoth abrumó a los Eldar y los Atani; pero la población creció luego con la presencia de Elfos silvanos que se aventuraban en busca del mar, bajando por el Anduin.

Los Elfos silvanos (se observa aquí) «no estuvieron nunca del todo libres de la inquietud y de la nostalgia del Mar, que a veces impulsaba a algunos de ellos a dejar sus hogares y marcharse lejos». Para relacionar la historia de las «tres pequeñas embarcaciones» con las tradiciones registradas en *El Silmarillion*, tendríamos que suponer que estos Elfos escaparon probablemente de Brithombar o Eglarest (los puertos

de las Falas en la costa occidental de Beleriand), cuando fueron destruidos en el año que siguió a la Nirnaeth Arnoediad (*El Silmarillion*); pero que mientras Círdan y Gilgalad se refugiaron en la Isla de Balar, las tripulaciones de estos tres navíos bordearon las costas hacia el sur, hasta Belfalas.

Sin embargo, en un bosquejo inconcluso sobre el origen del nombre de *Belfalas*, se da otra explicación, muy distinta, pues este puerto habría sido fundado mucho más tarde. Se dice aquí que aunque el elemento *Bel* deriva por cierto de un nombre prenúmenóreano, es en realidad de origen sindarin. La nota se interrumpe aquí, pero el origen sindarin de *Bel* se explica porque «había en Gondor un elemento pequeño pero importante, y de una especie del todo excepcional: una colonia eldarin». Después de la caída de Thangorodrim, los Elfos de Beleriand, si no navegaron por el Gran Mar o se quedaron en Lindon, erraron a la ventura más allá de las Montañas Azules, y se internaron en Eriador; pero parece, no obstante, que los que se dirigieron hacia el sur en el principio de la Segunda Edad fue un grupo de Sindar. Eran un resto del pueblo de Doriath, que aún guardaban rencor a los Noldor; y después de haber permanecido un tiempo en los Puertos Grises, donde aprendieron el arte de la construcción de barcos, «fueron con el curso de los años en busca de un lugar para vivir por cuenta propia, y por fin se establecieron en la desembocadura del Morthond. Había allí ya un puerto primitivo de pescadores, pero éstos, temerosos de los Eldar, huyeron a las montañas».¹⁸

En una nota escrita en diciembre de 1972, o aun después, y entre los últimos escritos de mi padre acerca de la Tierra Media, hay un comentario sobre la ascendencia élfica de los Hombres: se la advertía en hombres de aspecto lampiño (no tener barba era una característica de los Elfos); y se precisa aquí, a propósito de la casa principesca de Dol Amroth, que «esta línea tenía una ascendencia élfica especial, de acuerdo con sus propias leyendas» (con una referencia a las palabras intercambiadas entre Legolas e Imrahil en *El Retorno de el Rey*, V, 9, antes mencionadas).

Como lo muestra la mención que Legolas hace de Nimrodel, había un antiguo puerto élfico cerca de Dol Amroth, y una pequeña colonia de Elfos silvanos, originarios de Lórien. Según la leyenda uno de los primeros antepasados del príncipe se había casado con una doncella Elfo: en algunas versiones se dice (con harta improbabilidad) que era en verdad la misma Nimrodel. En otros cuentos, con mayor verosimilitud, la joven habría sido una de las compañeras de Nimrodel, perdida en el alto valle de una montaña.

Esta última versión de la leyenda aparece en forma más detallada en una nota que sirve de apéndice a una genealogía inédita de la Línea de Dol Amroth de Angelimar, el vigésimo príncipe, padre de Adrahil, padre de Imrahil, príncipe de Dol Amroth en los tiempos de la Guerra del Anillo:

De acuerdo con la tradición de esta casa, Angelimar fue el vigésimo príncipe de Galador, en descendencia ininterrumpida, primer Señor de Dol Amroth (c. Tercera Edad 2004-2129). Según las mismas tradiciones, Galador era hijo de Imrazôr el Númenóreano, que vivió en Belfalas, y de la Dama-Elfo Mithrellas. Ella era una de las compañeras de Nimrodel, entre los muchos Elfos que huyeron a la costa alrededor del año 1980 de la Tercera Edad, cuando el mal asomó en Moria; y Nimrodel y sus doncellas se internaron en las colinas boscosas y se extraviaron. Pero en este cuento se dice que Imrazôr albergó a Mithrellas y la tomó por esposa. Pero cuando le hubo dado un hijo, Galador, y una hija, Gilmith, huyó a escondidas una noche, y él no volvió a verla. Pero aunque Mithrellas pertenecía a la raza silvana menor (y no a la de los Altos Elfos o los Elfos Grises), se sostuvo siempre que la casa y la parentela de los Señores de Dol Amroth eran de sangre noble, y que todos ellos tenían rostros hermosos y gran entendimiento.

Entre los escritos inéditos no hay otras referencias a la historia de Celeborn y Galadriel, excepto en un manuscrito muy rudimentario de cuatro páginas titulado «La Elessar». Se trata sólo de un primer borrador, pero tiene unas pocas correcciones hechas con lápiz; no hay otras versiones. Ligeramente revisada y corregida, cuenta lo siguiente:

Había en Gondolin un orfebre llamado Enerdhil, el más grande entre los Noldor en esa artesanía, desde la muerte de Fëanor. Enerdhil amaba todas las cosas verdes que crecían, y su mayor alegría era ver la luz del sol a través de las hojas de los árboles. Y resolvió en su corazón hacer una joya que aprisionase la clara luz del sol, pero la joya tenía que ser verde como las hojas. E hizo esa joya, y aun los Noldor se maravillaron al verla. Porque se dice que miradas a través de esta piedra, las cosas marchitas o quemadas se erguían otra vez, o recuperaban la gracia de la juventud, y que las manos que tocaban la piedra eran capaces de curar cualquier herida. Esta gema dio Enerdhil a Idril, la hija del Rey, y ella la llevaba sobre el pecho; y así se salvó del incendio de Gondolin. Y antes de hacerse a la mar, Idril dijo a Eärendil, su hijo: —Te dejo la Elessar, porque hay grandes males en la Tierra Media que quizá podrás curar. Pero no se la confiarás a ningún otro. —Y por cierto, en el Puerto de Sirion había muchas heridas que curar, tanto en los Elfos como en los Hombres, y en las bestias que huían del horror del Norte; y mientras Eärendil vivió allí, curaron y prosperaron, y por un tiempo todas las criaturas estuvieron verdes y hermosas. Pero cuando Eärendil emprendió sus grandes viajes por el Mar, llevaba la Elessar sobre el pecho, porque en todas sus búsquedas siempre tenía un pensamiento: que quizá encontrara a Idril otra vez; y su primer recuerdo de la tierra Media era la piedra verde sobre el pecho de Idril mientras le cantaba inclinándose sobre la cuna, cuando Gondolin estaba todavía en flor. Así fue que la Elessar se perdió, pues Eärendil nunca regresó a la Tierra Media.

En edades posteriores hubo otra vez una Elessar, y de ésta se dicen dos cosas, aunque la verdad sólo la conocen los Sabios, y ahora ya han partido. Porque algunos dicen que la segunda piedra era en verdad sólo la primera, recuperada por gracia de los Valar; y que Olórin (que se conoce en la Tierra Media como Mithrandir) la había traído con él desde el Occidente. Y en una ocasión Olórin fue al encuentro de Galadriel, que vivía entonces bajo los árboles del Gran Bosque Verde, y tuvieron una larga conversación. Porque los años de exilio empezaban a pesar en la Señora de los Noldor, y deseaba tener noticias de sus parientes, y echaba de menos la tierra bendecida que la había visto nacer, aunque no estaba dispuesta a abandonar la Tierra Media. [Esta oración se alteró de la manera siguiente: «pero aún no se le permitía abandonar la Tierra Media»]. Y cuando Olórin le hubo contado muchas cosas, ella suspiró y dijo: —Me duelo por la Tierra Media, porque sus hojas caen y sus flores se marchitan; y en mi corazón hay nostalgia por los árboles y hierbas que no mueren. Me gustaría tenerlos en mi hogar.

Entonces Olórin dijo: —¿Querías entonces la Elessar?

Y Galadriel dijo: —¿Dónde está ahora la Piedra de Eärendil? Y Enerdhil, que la hizo, se ha ido lejos.

—¿Quién sabe? —dijo Olórin.

—Es seguro —dijo Galadriel— que la piedra ha cruzado el Mar, como casi toda cosa bella, por otra parte. ¿Y la Tierra Media ha de marchitarse entonces y perecer para siempre?

—Ese es su destino —dijo Olórin—. Sin embargo, eso podría remediarse, por un tiempo al menos, si la Elessar regresara.

—Sí, pero ¿cómo? —dijo Galadriel—. Porque los Valar se han marchado, y ya no piensan en la Tierra Media, y todos lo que se aferran a ella están bajo una sombra.

—No es así —dijo Olórin—. No tienen ahora ojos más débiles, o corazones más duros. Como prueba, ¡mira esto! —Y alzó ante ella la Elessar, y ella la miró y se maravilló. Y Olórin dijo:— Esto te envía Yavanna. Utilízala como puedas, y por un tiempo la tierra de tu morada será el lugar más bello de la Tierra Media. Pero no es para que tu te quedes con ella. La pondrás en otras manos cuando sea el momento. Porque antes de que te canses y abandones por fin la Tierra Media, llegará alguien a quien tendrás que dársela, y su nombre será el de la piedra: se llamará Elessar.¹⁹

El otro cuento dice así: Mucho tiempo atrás, antes de que Sauron engañara a los herreros de Eregion, Galadriel fue a ver a Celebrimbor, el principal de los herreros élficos, y le dijo: —Estoy triste en la Tierra Media, porque se caen las hojas y las flores que tanto amo se marchitan, de modo que la tierra de mi morada está llena de una pena que ninguna primavera consigue curar.

—¿Cómo puede ser de otro modo para los Eldar, si se aferran a la Tierra Media? —dijo Celebrimbor—. ¿Quieres, pues, cruzar el Mar?

—No —dijo ella—. Angrod se ha ido y Aegnor se ha ido y ya no existe Felagund. De los hijos de Finarfin, yo soy la última.²⁰ Pero mi corazón es todavía orgulloso. ¿Qué mal hizo la dorada casa de Finarfin para que yo deba pedir el perdón de los Valar, o me contente en una isla cuando mi tierra nativa fue Aman la Bendecida? Aquí soy más poderosa.

—pues entonces, ¿qué quieres? —preguntó Celebrimbor.

—Querría a mi alrededor árboles y hierbas que no muriesen... aquí, en esta tierra que es mía—respondió ella—. ¿Qué ha sido de la habilidad de los Eldar? —Y Celebrimbor dijo:— ¿Dónde está ahora la Piedra de Eärendil? Y Enerdhil, que la hizo, se ha ido.

—Han cruzado el Mar —le respondió Galadriel— como casi todas las cosas bellas. pero ¿entonces la Tierra Media ha de marchitarse y perecer para siempre?

—Esa es su suerte, según creo —dijo Celebrimbor—. Pero sabes que te amo (aunque preferiste a Celeborn de los Árboles), y por ese amor haré lo que pueda, si mi arte es capaz de amenguar tu dolor. —Pero no dijo a Galadriel que él mismo había vivido en Gondolin, mucho tiempo atrás, y que había sido amigo de Enerdhil, aunque Enerdhil lo superaba en casi todas las cosas. No obstante, si entonces Enerdhil no hubiera estado allí, Celebrimbor habría tenido más renombre. Por tanto, se puso a pensar, y comenzó un largo y delicado trabajo, y así, por Galadriel, hizo la mayor de sus obras (excepto sólo los Tres Anillos). Y se dice que la gema verde que él hizo era más sutil y clara que la de Enerdhil, aunque su luz tenía menos poder. Porque mientras que la de Enerdhil estaba iluminada por el Sol todavía joven, ya habían transcurrido muchos años cuando Celebrimbor comenzó su trabajo, y ya en ningún lugar de la Tierra Media era la luz tan clara como antes; porque aunque Morgoth había sido expulsado al Vacío, y no le era posible volver, su larga sombra aún cubría la región. Radiante, sin embargo, era la Elessar de Celebrimbor; y la engarzó en un gran broche de plata con la forma de un águila que va a echarse a volar con las alas extendidas.²¹ Merced a la Elessar, todas las cosas se volvieron bellas en torno a Galadriel, hasta que la Sombra llegó al Bosque. Pero después, cuando

Celebrimbor le envió el anillo llamado Nenya, el principal de los Tres,²² pensó que ya no necesitaba la piedra y se la dio a Celebrían, su hija, y así llegó a manos de Arwen y a Aragorn, que fue llamado Elessar.

Al final aparece escrito:

La Elessar fue hecha en Gondolin por Celebrimbor, y así llegó a Idril, y luego a Eärendil. Pero esta piedra desapareció. La segunda Elessar fue hecha también por Celebrimbor en Eregion, por pedido de la Señora Galadriel (a la que amaba), y no estaba bajo el poder del Único, pues había sido hecha antes que Sauron se levantara otra vez.

En ciertos aspectos, esta narración corresponde a «De Galadriel y Celeborn», y probablemente fue escrita en el mismo período, o algo antes. Celebrimbor es aquí una vez más un orfebre de Gondolin más que un fëanoreano; y se habla de Galadriel como si *no estuviera dispuesta* a abandonar la tierra Media, aunque el texto se modificó luego, y se introdujo la idea de la prohibición; y en un pasaje posterior de la historia se habla del perdón de los Valar.

Enerdhil no aparece en ningún otro escrito; y la conclusión muestra que Celebrimbor iba a desplazarlo como hacedor de la Elessar en Gondolin. Del amor de Celebrimbor por Galadriel no hay rastros en ninguna otra parte. En «De Galadriel y Celeborn» parece que él fue a Eregion junto con ellos; pero en ese texto, como en *El Silmarillion*, Galadriel conocía a Celeborn en Doriath, y resulta difícil entender las palabras de Celebrimbor «aunque preferiste a Celeborn de los Árboles». Oscura resulta también la referencia a que Galadriel viviera «bajo los árboles del Gran Bosque verde». Podría considerársela una expresión vaga (no empleada en ningún otro sitio) que incluía los bosques de Lórien al otro lado del Anduin; pero «la llegada de la Sombra al Bosque» indudablemente se refiere al despertar de Sauron en Dol Guldur, que en el Apéndice A (III) de *El Señor de los Anillos* recibe el nombre de «la Sombra del Bosque». Quizá signifique que en un tiempo el poder de Galadriel se extendía hasta el sur del Gran Bosqueverde; en apoyo de esta interpretación, puede citarse «De Galadriel y Celeborn», donde se dice que el reino de Lórinand (Lórien) «se extendía hacia las florestas a ambos lados del Río Grande, e incluía a la región donde se levantó después Dol Guldur». Es posible también que la misma concepción esté presente en lo que se dice en el Apéndice B de *El Señor de los Anillos*, en la nota del encabezamiento de la Cuenta de los Años de la Segunda Edad, tal como apareció en la primera edición:

«muchos de los Sindar se encaminaron al este y fundaron reinos en los bosques lejanos. Los principales fueron Thranduil en el norte del Gran Bosqueverde, y Celeborn en el sur del bosque». En la edición revisada, esta observación acerca de Celeborn fue suprimida, y en cambio se dice que vivió en Lindon.

Por último, puede mencionarse que el poder de curación que se le concede aquí a la Elessar en los Puertos del Sirion, se atribuye en *El Silmarillion* al Silmaril.

NOTAS

1. Véase Apéndice E.
2. En una nota a un texto inédito se dice que los Elfos de Harlidon o Lindon al sur del Lune, eran en su mayoría de origen sindarin, y que la región era un feudo sometido a Celeborn. Es natural asociar esto con lo que se dice en el Apéndice B; pero es posible que la referencia apunte a un período posterior, pues los movimientos de Celeborn y Galadriel y los sitios en que moraron, después de la caída de Eregion en 1697, son extremadamente oscuros.
3. cf. *La Comunidad del Anillo*, I, 2: «El antiguo Camino este-oeste atravesaba la Comarca hasta los Puertos Grises, y los Enanos habían tomado siempre esa ruta para llegar a las minas de las Montañas Azules».
4. Se dice en el Apéndice A (III) de *El Señor de los Anillos* que las antiguas ciudades de Nogrod y Belegost quedaron en ruinas cuando el quebrantamiento de Thangorodrim; pero en

la cuenta de los Años del Apéndice B se lee: c 40 Muchos Enanos abandonan las viejas ciudades de Ered Luin y se dirigen a Moria y crecen en número.

5. En una nota al texto se explica que *Lórinand* era el nombre nandorin de esta región (después llamada *Lórien* y *Lothlórien*), y que contenía la palabra élfica que significaba «luz dorada»: «valle de oro». La forma quenya sería *Laurenandë*; la sindarin, *Glorman* o *Nan Laur*. Tanto aquí como en otros sitios el significado del nombre se explica en relación con los mallorn, los árboles dorados de Lothlórien; pero fueron llevados allí por Galadriel (para la historia del origen de los mallorn véase «Una descripción de la Isla de Númenor»), y en otra nota posterior se dice que el nombre *Lórinand* es una transformación, después de la aparición de los mallorns, de otro más antiguo, *Lindórinand*, «Valle de La tierra de los Cantores». Dado que los Elfos de esta región eran de origen teleri, no cabe aquí ninguna duda, pues los Teleri se llamaban a sí mismos los *Lindar*, «los Cantores». A partir de muchas otras discusiones sobre los nombres de Lothlórien, a veces contradictorias, se desprende que muy probablemente son creación de la misma Galadriel, que combinó distintos elementos: *laure*, «oro» *nan(d)*, «valle»; *ndor*, «tierra»; *lin*, «cantar»; y en *Laurelindórinan*, «Valle del Oro que Canta» (según dijo Bárbol a los hobbits, éste era el nombre antiguo), hay un eco deliberado del Árbol Dorado que crecía en Valinor, «por el que, es obvio, la nostalgia de Galadriel aumentaba año a año, hasta que al fin se convirtió en una tristeza insondable».

Lórien fue originalmente el nombre quenya de una región de Valinor, y a menudo se utilizaba como nombre del Vala (Irmo) al que pertenecía: «un lugar de reposo a la sombra de los árboles y en medio de las fuentes, un retiro alejado de cuidados y penas». El cambio posterior de *Lórinand* a *Lórien*, bien pudo haber sido obra de la misma Galadriel, pues «la semejanza no puede ser accidental. Había intentado hacer de *Lórien* un refugio y una isla de paz y belleza, en memoria de los días pasados, pero tenía ahora el dolor de un mal presentimiento, pues sabía que el sueño dorado se precipitaba a un gris despertar. Vale la pena tener en cuenta que Bárbol interpretaba Lothlórien como “Flor del Sueño”».

En «De Galadriel y Celeborn» he conservado el nombre *Lórinand* a lo largo de todo el relato, aunque cuando fue escrito, *Lórinand* tenía que ser el nombre original y antiguo de esa región, y la historia de la introducción de los mallorns por Galadriel aún no había sido inventada.

6. Esta es una corrección posterior; en el texto original se decía que *Lórinand* era gobernada por príncipes nativos.
7. En una nota aislada a la que es imposible atribuir una fecha, se dice que aunque *Sauron* ha sido nombrado anteriormente en la cuenta de los Años, el nombre mismo, que lo identifica como el gran teniente de Morgoth en *El Silmarillion*, no se conoció hasta aproximadamente en año 1600 de la Segunda Edad, en la época de la forja del Anillo Único. El misterioso poder, enemigo de los Elfos y de los Hombres, se advirtió poco después del año 500, y, entre los Númenóreanos, fue Aldarion el primero en darse cuenta, hacia fines del siglo octavo (por el tiempo en que fundó el puerto de Vinyalondë, véase «Aldarion y Erendis. Pero no se sabía de dónde venía el mal. Sauron trataba de mantener separados sus dos aspectos: el *enemigo* y el *tentador*. Cuando se mezclaba con los Noldor, adoptaba una engañosa apariencia de belleza (una especie de anticipación simulada de los posteriores Istari) y un hermoso nombre: *Artano*, «Alto Herrero», o *Auiendil*, que significa alguien consagrado al servicio del Vala Aulë. (En «De los Anillos del Poder», el nombre que Sauron se dio a sí mismo en esa ocasión fue *Annatar*, el Señor de los Dones; pero ese nombre no se menciona aquí.) La nota prosigue diciendo que Galadriel no se dejó engañar, y afirmó que ese tal *Aulendil* no estaba en el séquito de Aulë en Valinor; «pero el argumento no era decisivo, pues Aulë existía desde antes de la “Edificación de Arda”, y era probable que Sauron fuera en realidad uno de los Maiar Aulëanos, corrompido por Melkor “antes que Arda empezara”». Compárese esto con las oraciones con que se inicia «De los Anillos del Poder»: «Antaño era Sauron el Maia... En el principio de Arda, Melkor lo sedujo para convertirlo en aliado».
8. En una carta escrita en septiembre de 1954, mi padre decía: «En el principio de la Segunda Edad [Sauron] era todavía hermoso o aún podía tomar una bella apariencia... Y no era en realidad enteramente malvado, no, a no ser que todos los “reformadores” que quieren apresurar la “reconstrucción” y la “reorganización” sean totalmente malvados, antes que los devore el orgullo y la ambición del poder. La rama particular de los Eldar de que se trata, los Noldor o los Amos de la Ciencia, fueron siempre vulnerables a lo que podríamos llamar la “ciencia” y la “tecnología”: deseaban el conocimiento que Sauron poseía, y los de Eregion

rechazaron las advertencias de Gil-galad y de Elrond. El “deseo” particular de los Elfos de Eregion —una “alegoría”, si usted quiere, del amor por las maquinarias y los recursos técnicos— está simbolizado también en la amistad especial que los unió a los Enanos de Moria».

9. Galadriel no puede haber recurrido a los poderes del Ninya hasta un tiempo muy posterior, después de la pérdida del Anillo Regente; pero ha de admitirse que el texto no lo sugiere de ningún modo (aunque algo antes se dice que había aconsejado a Celebrimbor no utilizar jamás los Anillos Élficos).
10. El texto se corrigió para que dijera «el primer Concilio Blanco». En la Cuenta de los Años la fecha que se atribuye a la formación del Concilio Blanco es el año 2463 de la Tercera Edad; pero es posible que el nombre del Concilio de la Tercera Edad fuera un eco deliberado de este Concilio celebrado mucho tiempo antes, sobre todo porque varios de los principales participantes habían estado también en el primero.
11. En esta misma narración se dice antes que Gil-galad dio Narya, el Anillo Rojo, a Círdan, y que él mismo lo recibiera de Celebrimbor, y esto concuerda con lo que se dice en el Apéndice B de *El Señor de los Anillos* y en «De los Anillos del Poder», esto es, que Círdan lo tuvo desde un principio. Esta contradicción fue añadida al margen del texto.
12. Sobre los Elfos silvanos y su lenguaje, véase Apéndice A.
13. Sobre los límites de Lórien, véase el Apéndice C.
14. En ninguna parte se da el origen del nombre Dor-en-Ennil; sólo aparece otra vez en el gran mapa de Rohan, Gondor y Mordor en *El Señor de los Anillos*. En ese mapa está situado al otro lado de las montañas de Dol Amroth, pero en el presente contexto parece sugerir que *Ennil* era el Príncipe de Dol Amroth (como en todo caso podría suponerse).
15. Sobre los príncipes sindarin de los Elfos silvanos, véase el Apéndice B.
16. Según esta explicación, el primer elemento del nombre *Amroth* es la misma palabra élfica que la quenya *amba*, «arriba», que se encuentra también en el sindarin *amon*, una colina o montaña de laderas escarpadas; mientras que el segundo elemento es un derivado de la raíz *rath*, que significa «trepar» (de ahí también el nombre *rath* que en el sindarin númenóreano utilizado en Gondor para denominar lugares y personas, se aplicaba a los caminos y calles de Minas Tirith, casi todos empinados: tal, Rath Dínen, la Calle Silenciosa, que bajaba de la ciudadela a las Tumbas de los Reyes).
17. En la breve narración de la leyenda de Amroth y Nimrodel se dice que Amroth vivía en los árboles de Cerin Amroth a causa del amor que sentía por Nimrodel.
18. El sitio del puerto élfico en Belfalas se señala con el nombre *Edhellond* «Medio Elfo» (véase el Apéndice de *El Silmarillion* bajo los vocablos *edhel* y *lond*) en el mapa decorado de la tierra Media que dibujó Pauline Baynes; pero no he visto este nombre en ningún otro lugar. Véase el Apéndice D. Cf. *The adventures of Tom Bombadil* (1962): «En el Langstrand y Dol Amroth había muchas tradiciones a propósito de las antiguas viviendas élficas y del puerto en la desembocadura del Morthond, desde el que habían zarpado “barcos hacia el oeste”, ya en tiempos de la caída de Eregion en la Segunda Edad».
19. Esto concuerda con el pasaje de *La Comunidad del Anillo*, II, 8, donde Galadriel, al dar la piedra verde a Aragorn, dice: «En esta hora toma el nombre que se previó para ti; Elessar, La Piedra de Elfo de la casa de Elendil».
20. El texto aquí e inmediatamente después dice *Finrod*, que ha cambiado por *Finarfin* para evitar confusiones. Antes que la edición revisada de *El Señor de los Anillos* se publicara en 1966, mi padre cambió Finrod por Finarfin, mientras que su hijo Felagund, anteriormente llamado Inglor Felagund, se convirtió en Finrod Felagund. Dos pasajes en los Apéndices B y F se corrigieron en este sentido para la edición revisada. Habría que señalar también que Galadriel no menciona aquí entre sus hermanos a Orodreth, Rey de Nargothrond después de Finrod Felagund. Por una razón que desconozco, mi padre desplazó al segundo Rey de Nargothrond y lo convirtió en miembro de la segunda familia en la generación siguiente; pero este cambio genealógico y otros similares no se incorporaron a las narraciones de *El Silmarillion*.
21. Compárese con la descripción de la Piedra Élfica en *La Comunidad del Anillo*, II, 8: «[Galadriel] alzó entonces una piedra de color verde que tenía en el regazo, montada en un claro broche de plata que imitaba un águila con las alas extendidas, y mientras ella lo sostenía en lo alto la piedra centelleaba como el sol que se filtra entre las hojas de la primavera».

22. Pero en *El Retorno del Rey*, VI, 9, donde el Anillo Azul aparece en el dedo de Elrond, se lo llama «Vilya, el más poderoso de los Tres».

APÉNDICES

APÉNDICE A LOS ELFOS SILVANOS Y SU LENGUA

De acuerdo con *El Silmarillion*, algunos de los Nandor, los Elfos telerín que abandonaron la Marcha de los Eldar hacia La vertiente oriental de las Montañas Nubladas, «vivieron durante siglos en los bosques del Valle del Río Grande» (mientras que otros, se dice, descendieron por el Anduin hasta La desembocadura, y otros, en fin, penetraron en Eriador: a este último grupo pertenecen los Elfos Verdes de Ossiriand).

En una exposición etimológica posterior de los nombres Galadriel, Celeborn y Lórien, se declara específicamente que los Elfos silvanos del Bosque Negro y de Lórien descendían de los Elfos teleri que permanecieron en el Valle del Anduin:

Los Elfos silvanos (*Tawarwaith*) eran de origen teleri, y, por tanto, parientes lejanos de los Sindar, aunque separados de ellos desde hacía más tiempo que los Teleri de Valinor. Descendían de los Teleri que en el curso del Gran Viaje se intimidaron ante las Montañas Nubladas y se demoraron en el Valle del Anduin, y de ese modo no llegaron nunca a Beleriand o el Mar. Estaban, pues, más estrechamente emparentados con los Nandor (llamados también los Elfos Verdes) de Ossiriand, que finalmente cruzaron las montañas y llegaron por fin a Beleriand.

Los Elfos silvanos se escondieron al abrigo de los bosques más allá de las Montañas Nubladas, y se convirtieron en un pueblo reducido y desperdigado, que apenas se distinguían de los Avari;

Pero recordaban todavía que eran de origen Eldar, miembros del Tercer Clan, y recibían de buen grado a los Noldor, y especialmente a los Sindar, que no cruzaron el Mar, sino que emigraron hacia el este (es decir, al comienzo de la Segunda Edad). Bajo la autoridad de los Sindar se convirtieron de nuevo en un pueblo ordenado, y ganaron en sabiduría. Thranduil, padre de Legolas, llamado Legolas de los Nueve Caminantes, era sindarin, y en su casa se hablaba esa lengua, aunque no entre la gente del pueblo.

En Lórien, donde gran parte de la gente era de origen sindarin o noldor, escapados de Eregion (véase «Amroth y Nimrodel»), el sindarin se había convertido en la lengua común. No se sabe, por supuesto, en qué se diferenciaba este sindarin hablado de las formas de Beleriand —véase *La Comunidad del Anillo*, II, 6, donde Frodo observa que el lenguaje del pueblo silvano que utilizaban entre ellos era distinto del que se usaba en el Oeste—. Es probable que las diferencias se refirieran sobre todo a lo que hoy llamaríamos «acento»: diferencias entre los sonidos vocálicos y las entonaciones, en cantidad suficiente como para confundir a Frodo, que no hablaba un sindarin realmente puro. También pueden haber habido, claro está, algunos localismos y otros elementos imputables en última instancia a la antigua lengua silvana. Lórien había estado durante muchos años aislada del mundo exterior. Por cierto, algunos nombres propios, conocidos ya en tiempos remotos, como *Amroth* y *Nimrodel*, no pueden explicarse enteramente como nombres sindarin, a pesar de las similitudes formales. *Caras* parece ser una vieja palabra, con la que se designaba una fortaleza circundada por un foso, y que no era sindarin. *Lórien* es probablemente una alteración de un nombre más antiguo, ahora perdido [aunque antes se dijo que el nombre original silvano o nandorin había sido *Lórinand*, véase la nota 5].

Compárese el Apéndice F (I) de *El Señor de los Anillos*, la sección «De los Elfos», nota al pie de página (que aparece sólo en la edición revisada), con estas observaciones sobre los nombres silvanos.

Otra consideración más general, acerca de los Elfos silvanos, aparece en un pasaje de carácter histórico-lingüístico y que data del mismo período tardío que el que acabamos de citar.

Aunque los dialectos de los Elfos silvanos, cuando éstos volvieron a encontrarse con sus parientes, de quienes habían estado distanciados durante mucho tiempo, divergían tanto del sindarin, que eran casi ininteligibles, bastó un estudio sumario para comprobar que estaban emparentados con la lengua eldarin. aunque la historia comparativa de los dialectos silvanos interesó sobremanera a los maestros de ciencia, especialmente a los de origen noldorin, poco se sabe del élfico silvano. Los Elfos silvanos no habían inventado ninguna forma de escritura, y los que aprendieron ese arte de los Sindarin, escribieron en sindarin lo mejor que pudieron. A fines de la Tercera Edad las lenguas silvanas ya no se hablaban probablemente en las dos regiones que tuvieron más importancia en los tiempos de la Guerra del Anillo: Lórien y el reino de Thranduil, al norte del Bosque Oscuro. Todo lo que de esas lenguas sobrevivió en los documentos fue unas pocas palabras y algunos nombres de personas y lugares.

APÉNDICE B LOS PRÍNCIPES SINDARIN DE LOS ELFOS SILVANOS

En el Apéndice B de *El Señor de los Anillos*, en la nota que encabeza La Cuenta de los Años de la Segunda Edad, se dice que «antes de la construcción de Barad-dûr, muchos de los Sindar se encaminaron al este, y algunos reinaron en los bosques distantes, sobre gentes que eran casi todas Elfos silvanos. Thranduil, rey en el norte del Bosqueverde era uno de ellos».

En los últimos escritos filológicos de mi padre hay alguna noticia sobre la historia de estos príncipes sindarin de los Elfos silvanos. Así, en un ensayo se dice que el reino de Thranduil se

extendía hasta los bosques que rodean la Montaña Solitaria y que crecían a lo largo de las orillas del Lago Largo antes de la llagada de los Enanos exiliados de Moria y la invasión del Dragón. El pueblo élfico de ese reino había emigrado del sur, y eran parientes y vecinos de los Elfos de Lórien; pero habían vivido en el Gran Bosque Verde al este del Anduin. En la segunda Edad, su rey, Oropher padre de Thranduil, padre de Legolas, se había retirado hacia el norte, más allá de los Campos Gladios. Esto hizo para librarse del poder y la intrusión de los Enanos de Moria, que habían crecido hasta convertirse en la más grande de las mansiones de los Enanos conocida hasta entonces; y también lo ofendían las intrusiones de Celeborn y Galadriel en Lórien. pero por el momento había poco que temer entre el Bosqueverde y las Montañas, y el pueblo tenía constante contacto con sus parientes del otro lado del Río, y así fue hasta la guerra de la Última Alianza.

A pesar de que los Elfos silvanos deseaban mezclarse lo menos posible en los asuntos de los Noldor y los Sindar, o de cualquier otro pueblo de Enanos, Hombres u Orcos, Oropher tuvo la sabiduría de prever que nunca habría paz, si Sauron no era derrotado. Por tanto reunió un gran ejército de su propio pueblo —que había crecido en número— y uniéndose al ejército menor del Rey Malgalad, de Lórien, condujo las huestes de los Elfos silvanos a la guerra. Los Elfos silvanos eran osados y valientes, pero estaban mal equipados en armaduras y armas, comparados con los Elfos del Oeste; también eran independientes, y no estaban dispuestos a someterse al mando supremo de Gil-galad. Las pérdidas que tuvieron fueron así demasiado numerosas, aun en esa guerra terrible. Malgalad y más de la mitad de los suyos perecieron en la gran batalla de

Dagorlad, habiendo quedado separados del grueso del ejército y empujados hacia la ciénaga de los Muertos. Oropher murió en el primer ataque a Mordor, avanzando a la cabeza de sus más bravos guerreros, antes de que Gil-galad alcanzara a dar la señal de ataque. Thranduil, su hijo, sobrevivió, pero cuando la guerra terminó y Sauron murió al fin (como parecía), volvió a su patria sólo con la tercera parte del ejército que había partido a la guerra.

Malgald de Lórien no aparece en ninguna otra parte, y no se dice aquí que fuera el padre de Amroth. En cuanto a Amdír, padre de Amroth, se dice dos veces que había muerto en la Batalla de Dagorlad, y por tanto puede pensarse que Malgalad y Amdír eran uno solo. Pero qué nombre reemplazó al otro, no sabría decirlo. Este ensayo continúa:

Siguió una larga paz en la que la población de los Elfos silvanos volvió a crecer; pero estaban intranquilos y ansiosos, presintiendo que el mundo iba a cambiar en esta Tercera Edad. La población de los Hombres también creció en número y en poder. El dominio de los reyes Númenóreanos de Gondor se extendía hacia el norte, cerca de las fronteras de Lórien y el Bosqueverde. Los Hombres Libres del norte (así llamados por los Elfos porque no reconocían la autoridad de los Dúnedain, y en su mayor parte no se habían sometido a Sauron ni a sus servidores) se extendían hacia el sur: la mayoría al este del Bosque verde, aunque algunos se establecieron al borde de la floresta y en los llanos herbosos de los Valles del Anduin. Más ominosos eran los rumores que llegaban del extremo Sur: los Hombres Salvajes estaban inquietos. Ex sirvientes y adoradores de Sauron se habían liberado ahora de su tiranía, pero no del mal y la oscuridad que éste había puesto en sus corazones. Libraban entre ellos guerras crueles, de las cuales algunos se apartaban hacia el oeste con la mente llena de odio y consideraban a todos los que vivían en el Oeste enemigos a los que había que matar y saquear. Pero en el corazón de Thranduil había una sombra más negra todavía. Había visto el horror de Mordor y no podía olvidarlo. Si miraba hacia el Sur, los recuerdos le oscurecían la luz del Sol, y aunque sabía que esas tierras estaban ahora desoladas y desiertas y vigiladas por los Reyes de los Hombres, el miedo le encogía el corazón y le decía que el Mal no había sido vencido para siempre: volvería a levantarse.

En otro pasaje escrito en la misma época que el precedente se dice que cuando mil años de la Tercera Edad hubieran pasado, y la Sombra cubrió el Bosqueverde, los Elfos silvanos regidos por Thranduil

se retiraron ante ella a medida que iba extendiéndose hacia el norte, hasta que por fin Thranduil se estableció al noroeste del bosque y excavó allí una fortaleza y amplias estancias subterráneas. Oropher era de origen sindarin y, sin duda, Thranduil, su hijo, estaba siguiendo el ejemplo del Rey Thingol mucho antes en Doriath; aunque sus muros no podían compararse con Menegroth. No contaba con las artes, ni la riqueza, ni la ayuda de los Enanos; y comparado con los Elfos de Doriath, el pueblo silvano era rudo y rústico. Oropher había llegado entre ellos sólo con un puñado de Sindar, y no tardaron en mezclarse con los Elfos silvanos adoptando su lengua, y tomando nombres de forma y estilo silvanos. Esto hicieron deliberadamente; porque (como otros aventureros similares olvidados en las leyendas o apenas mencionados) venían de Doriath, que estaba ahora en ruinas, y no deseaban abandonar la Tierra Media, ni mezclarse con los otros Sindar de Beleriand, dominados por los Elfos noldorin, por quienes el pueblo de Doriath no sentía mucho amor. Deseaban en verdad convertirse en gentes de los bosques y volver, como decían, a la vida natural que habían tenido los Elfos antes que la invitación de los Valar la hubiera perturbado.

En ninguna parte (creo) se explica cómo los gobernantes sindarin adoptaron el lenguaje de los Elfos silvanos del Bosque Negro, tal como aquí se describe, ni como esto se concilia con lo

dicho en un texto anterior: que a fines de la Tercera Edad el élfico silvano había dejado de hablarse en el reino de Thranduil.

Véase además la nota 14 a «El desastre de los Campos Gladios» (parte tercera: La Tercera Edad).

APÉNDICE C LOS LÍMITES DE LÓRIEN

En el Apéndice A (I, iv) de *El Señor de los Anillos* se dice que el reino de Gondor, en el apogeo de su poder en los días del Rey Hyarmendacil I (Tercera Edad 1015-1 149), se extendió «hacia el norte hasta Celebrant y los bordes australes del Bosque Negro». Mi padre dijo repetidamente que esto era un error; debía decir en cambio: «hasta el Campo de Celebrant». He aquí lo que escribí posteriormente sobre las interrelaciones de las lenguas de la Tierra Media:

El río Celebrant (Cauce de Plata) estaba dentro de los límites del reino de Lórien, y la frontera real del reino de Gondor al norte (al oeste del Anduin) era el río Limclaro. Todos los pastizales entre el Cauce de Plata y el Limclaro, hacia los que los bosques de Lórien se extendían en otro tiempo por el sur, recibían en Lórien el nombre de Parth Celebrant (es decir, el campo o el pastizal cercado del Cauce de Plata) y se los consideraba parte del reino, aunque ningún pueblo élfico habitaba más allá de las orillas de los bosques. En días posteriores, Gondor levantó un puente sobre el curso superior del Limclaro, y a menudo ocupó el estrecho territorio entre el curso inferior del Limclaro y el Anduin como parte de sus defensas orientales, pues en los vastos meandros del Anduin (donde se precipitaba cruzando Lórien, y penetraba en las bajas tierras llanas antes de descender otra vez por el abismo de las Eryn Muil) había vados y piedras planas por las que un enemigo decidido y bien equipado hubiera podido aventurarse, ayudándose con balsas o pontones, especialmente en los dos vados del oeste, conocidos como vado Norte y vado Sur. Era a esta tierra a la que se daba en Gondor el nombre de Parth Celebrant; de ahí su empleo para definir los viejos límites septentrionales. En el tiempo de la Guerra del Anillo, cuando toda la tierra al norte de las Montañas Blancas (salvo Anórien) hasta el Limclaro se habían convertido en parte del Reino de Rohan, el nombre Parth (Campo de) Celebrant sólo designaba la gran batalla en la que Earl el Joven destruyó a los invasores de Gondor.

En otro ensayo, mi padre observaba que mientras que al este y al oeste la tierra de Lórien limitaba con el Anduin y con las montañas (y nada dice acerca de la extensión del reino de Lórien más allá del Anduin, véase «La Elessar»), no tenía límites claramente definidos al norte ni al sur.

Antaño los Galadhrim habían pretendido dominar las tierras boscosas hasta las cataratas del Cauce de Plata, donde Frodo se bañó; hacia el sur se había extendido mucho más allá del Cauce de Plata, hasta una región de árboles pequeños junto al bosque de Fangorn, aunque el corazón del reino había estado siempre en el *ángulo* formado por el Cauce de Plata y el Anduin, donde se encontraba Caras Galadhon. No había límites visibles entre Lórien y Fangorn, pero ni los Ents ni los Galadhrim los cruzaban nunca. Porque decía la leyenda que el mismo Fangorn se había encontrado en otro tiempo con el Rey de los Galadhrim y Fangorn había dicho: —Sé lo que es mío y tú conoces lo tuyo; que ninguna parte moleste lo que pertenece a la otra. pero si un Elfo desea andar por mi tierra para su deleite, será bienvenido; y si un Ent es visto alguna vez en tu tierra, no temas ningún mal. —Largos años pasaron sin embargo antes que un Ent o un Elfo pusiera el pie en la otra tierra.

APÉNDICE D EL PUERTO DE LOND DAER

Se dice en «De Galadriel y Celeborn» que en la guerra contra Sauron librada en Eriador a fines del siglo diecisiete de la Segunda Edad, el almirante númenóreano Ciryatur desembarcó una poderosa fuerza en la desembocadura del Gwathló (Fontegrís), donde había «un pequeño puerto Númenóreano». Ésta parece ser la primera referencia a ese puerto, del que mucho se habla en escritos posteriores.

El comentario más amplio es un ensayo filológico sobre los nombres de los ríos que se ha citado ya en relación con la leyenda de Amroth y Nimrodel. El nombre *Gwathló* se explica aquí de esta manera:

El río Gwathló se traduce como «Fontegrís». Pero *gwath* es una palabra sindarin que significa «sombra», en el sentido de una luz oscurecida por nubes o nieblas, o en un valle profundo. Éste no parece concordar con la geografía conocida. Las amplias tierras divididas por el Gwathló en las regiones llamadas por los Númenóreanos Minhiriath “entre los Ríos», Baranduin y Gwathló) y Enedwaith “pueblo Medio») eran en su mayoría llanuras abiertas y sin montañas. En el punto de confluencia del Glanduin y el Mitheithel [Fuente Blanca] la tierra era casi plana y las aguas se movían lentamente y tendían a extenderse en marjales.* Pero a unas cien millas por debajo de Tharbad, la pendiente se acentuaba. El Gwathló, sin embargo, nunca corría precipitado, y los barcos de poco calado podían navegar sin dificultad con velas o remos hasta Tharbad.

El origen del nombre Gwathló ha de buscarse en la historia. En tiempos de la guerra del Anillo, las tierras estaban todavía cubiertas de bosques en algunos lugares, especialmente en Minhiriath y al sureste de Enedwaith; pero la mayor parte de las llanuras se extendían en vastas praderas. Desde la Gran Peste del año 1636 de la Tercera Edad, Minhiriath había quedado casi desierta, aunque *unos* pocos cazadores furtivos vivían en los bosques. En Enedwaith el resto de los Dunlendinos habitaba en el este, al pie de las Montañas Nubladas; y un pueblo de pescadores bastante numeroso, pero bárbaro, vivía entre las desembocaduras del Gwathló y el Angren (Isen).

Pero en días antiguos, en tiempo de las primeras exploraciones de los Númenóreanos, la situación era muy diferente. Minhiriath y Enedwaith estaban cubiertas por bosques que casi nunca se interrumpían salvo en la región central de los grandes Marjales. Los cambios que siguieron fueron en gran medida consecuencia de las operaciones llevadas a cabo por Tar-Aldarion, el Rey Marinero, que se unió en amistad y alianza con Gil-galad. Aldarion tenía gran necesidad de madera, pues deseaba hacer de Númenor una gran potencia naval; la tala de árboles que había hecho en Númenor había sido causa de muchas disensiones. En los viajes a lo largo de las costas había visto con maravilla los grandes bosques, y escogió el estuario del Gwathló como sitio de un nuevo puerto, enteramente dominado por los Númenóreanos (Gondor, por supuesto, no existía aún). Allí empezó grandes obras, que se continuaron y se extendieron después de él. Este acceso a Eriador resultó posteriormente de gran

* El Glanduin («río fronterizo») nacía en las Montañas Nubladas, al sur de Moria, y se unía al Mitheithel sobre Tharbad. En el mapa original de *El Señor de los Anillos* el nombre no aparecía (sólo aparece una sola vez en el libro, en el Apéndice A (I, III)). Parece que en 1969 mi padre comunicó a la señorita Pauline Baynes algunos nombres adicionales que ella tenía que incluir en el mapa ilustrado de la Tierra Media: «Edhellond» (al que nos referimos antes), «Andrast», «Drúwaith Iaur» (vieja Tierra-Púkel), «Lond Daer» (ruinas), «Eeryn Vorn», «R. Adorn», «Flota de los Cisnes», y «R. Glanduin». Estos últimos tres nombres estaban escritos en el mapa original que acompaña al libro, pero no me fue posible descubrir por qué; y aunque «R. Adorn» está situado correctamente, «Flota de los Cisnes» y Río Glanduin [sic] están descuidadamente escritos junto al curso superior del Isen. Para la correcta interpretación de la relación de los nombres *Glanduin* y *Flota de los Cisnes*, véase más adelante.

importancia en la guerra librada contra Sauron (Segunda Edad 1693-1701); pero fue en un principio un astillero destinado a la construcción de navíos. El pueblo nativo era bastante numeroso y aguerrido, pero habitaba en los bosques en comunidades aisladas, sin un liderazgo centralizado. Sentían un respetuoso temor por los Númenóreanos, pero no se mostraron hostiles hasta que la tala de árboles se hizo devastadora. Entonces atacaron a los Númenóreanos, y les tendían emboscadas cada vez que podían, y los Númenóreanos los trataban como a enemigos, y se volvieron implacables en sus talas, sin tener en cuenta la renovación de la floresta. La tala en un principio se llevó a cabo a ambos márgenes del Gwathló, y los leños descendían por la corriente hasta el puerto (Lond Daer); pero luego los Númenóreanos abrieron rutas y caminos en los bosques hacia el norte y hacia el sur del Gwathló, y los nativos que sobrevivieron huyeron de Minhiriath hacia los bosques oscuros del gran Cabo de Eryn Vorn, al sur de la desembocadura del Baranduin, que no se atrevieron a cruzar, aunque hubiera sido posible, por temor a los Elfos. Los de Enedwaith se refugiaron en las montañas, en lo que más tarde se llamó las Tierras Brunas; no cruzaron el Isen ni se refugiaron en el gran promontorio entre el Isen y el Lefnui que formaba el brazo septentrional de la Bahía de Belfalas [Ras Morthil o Andrast] por causa de los «Hombres Púkel»...

La devastación producida por los Númenóreanos era incalculable. Durante largos años esas tierras fueron una inagotable fuente de madera, no sólo para los astilleros de Lond Daer y otros sitios, sino también para la misma Númenor. Innumerables cargamentos se dirigían por el mar hacia el oeste. La tala aumentó durante la guerra en Eriador; porque los exiliados nativos dieron la bienvenida a Sauron y esperaban que triunfara sobre los Hombres del Mar. Sauron conocía la importancia del Gran Puerto para sus enemigos, y utilizó a estas gentes como espías y guías de las incursiones a Númenor. No tenía bastantes fuerzas para asaltar los fuertes del Puerto ni a quienes defendían las orillas del Gwathló, pero sus incursiones hacían muchos estragos en los lindes de los bosques, e incendiaban los árboles y quemaban los almacenes de maderas de los Númenóreanos.

Cuando Sauron fue por fin derrotado y expulsado hacia el este de Eriador, la mayor parte de los bosques había sido destruida. El Gwathló corría entre orillas desiertas, sin árboles ni cultivos. No era así cuando recibió su nombre de los osados exploradores de la nave de Tar-Aldarion, que se aventuraron a remontar el río en pequeñas barcas. Cuando el aire salino y los fuertes vientos quedaban atrás, el bosque avanzaba hasta las orillas del río, y aunque las aguas eran anchas, los árboles enormes arrojaban grandes sombras, bajo las cuales las barcas de los exploradores se deslizaban en silencio hacia una tierra desconocida. Así, pues, el primer nombre que le dieron fue «Río de Sombra», *Gwathhîr*, *Gwathir*. Pero después penetraron más al norte, hasta los confines de las vastas tierras cenagosas; aunque aún transcurrió mucho tiempo antes de que tuvieran los hombres suficientes para llevar a cabo las grandes obras de drenaje y de construcción de diques que constituyeron el gran puerto en el sitio donde se encontraba Tharbad, en los días de los Dos Reinos. La palabra sindarin que utilizaron para denominar los pantanos fue *lô*, anteriormente *loga* [de una raíz *log* que significa «húmedo, empapado, cenagoso»]; y creyeron en un principio que ésa era la fuente del río del bosque, pues no conocían todavía el Mitheithel, que descendía de las montañas del norte y que, recogiendo las aguas del Bruinen [Sonorono] y el Glanduin, las vertía por la llanura. El nombre *Gwathir*, pues, se cambió por el de *Gwathló*, el río sombrío de las ciénagas.

EL Gwathló fue uno de los pocos nombres geográficos que llegó a ser generalmente conocido por muchas gentes, además de los marinos de Númenor, y tuvo una traducción adûnaica. Esta fue *Agathurush*.

La historia de Lond Daer y Tharbad se menciona también en este mismo ensayo y en relación con el nombre *Glanduin*:

Glanduin significa «río fronterizo». fue el primer nombre que se le dio (en La segunda Edad), pues el río era la frontera austral de Eregion, y más allá vivían pueblos prenúmenóreanos y en general hostiles, como los antecesores de los Dunlendinos. Más adelante, con el Gwathló y su confluencia con el Mitheithel, fue la frontera austral del reino del Norte. La tierra de más allá, entre el Gwathló y el Isen (Sir Angren) se llamó Enedwaith («Pueblo Medio»); no pertenecía a ninguno de los reinos y no hubo en ella colonias permanentes de hombres númenóreanos. Pero el gran Camino Norte-Sur, la principal ruta de comunicación entre los Dos Reinos salvo el mar, iba desde Tharbad hasta los Vados del Isen (Ethraid Engrin). Antes de la decadencia del Reino del Norte y los desastres que ocurrieron a Gondor, en verdad hasta la Gran Peste en 1636 de la Tercera Edad, ambos reinos compartían intereses en esta región, y juntos construyeron y mantuvieron el Puente de Tharbad y las largas calzadas elevadas a cada lado del Gwathló y el Mitheithel por sobre los pantanos de las llanuras de Minhiriath y Enedwaith.* Una importante guarnición de soldados, marineros y construcciones se mantuvo allí hasta el siglo xvII de la Tercera Edad. Pero a partir de esa fecha la región declinó rápidamente; y mucho antes del tiempo de *El Señor de los Anillos* volvió a convertirse en pantanos. Cuando Boromir hizo su gran viaje desde Gondor a Rivendel—el coraje y la osadía requeridos no se reconocen plenamente en la narración—, el Camino norte-Sur ya no existía, salvo restos desmoronados de las calzadas elevadas, por las que era posible aventurarse hasta Tharbad, sólo para encontrar un montón de ruinas en tierras desmoronadas y un peligroso vado formado por las ruinas del puente, infranqueable si el río no hubiera sido allí poco profundo y lento, aunque muy ancho.

Quizá el nombre de *Glanduin* llegó a conservarse un tiempo, pero únicamente en Rivendel; y en ese caso sólo se aplicaría al curso superior del río, donde todavía corría rápidamente para perderse pronto en las llanuras y desaparecer en los pantanos: una red de marjales, estanques y lagunas cuyos únicos habitantes eran los cisnes y otras aves acuáticas. Si el río tenía algún nombre, era en la lengua de los Dunlendinos. En *El Retorno del Rey*, VI, 6, se lo llama el río de la Flota de los Cisnes y no el Río, simplemente, porque descendía a Nîn-in-Eilph, «las Tierras Acuáticas de los Cisnes».**

En un mapa revisado de *El Señor de los Anillos* era intención de mi padre incluir *Glanduin* como nombre del curso superior del río, y señalar los marjales con el nombre de *Nîn-in-Eilph* (o *Flota de los Cisnes*). Pero su intención fue mal entendida, porque en el mapa de Pauline Baynes sobre el curso inferior se lee «R. Flota de los Cisnes», mientras que en el mapa del libro, como ya se observó, los ríos tienen nombres equivocados.

Cabe observar que Tharbad se llama «una ciudad en ruinas» en *La Comunidad del Anillo*, II, 3, y que Boromir dijo en Lothlórien que había perdido el caballo en el Cauce Gris (*ibid*, II, 8). En la Cuenta de los Años la ruina y el abandono de Tharbad llevan por fecha el año 2912 de la Tercera Edad, cuando grandes inundaciones devastaron Enedwaith y Minhiriath.

* En Los primeros días de los dos reinos, La ruta más rápida desde uno a otro (excepto para los grandes convoyes de armamentos) era La vía del mar hasta el viejo puerto en el estuario del Gwathló y de allí hasta el puerto fluvial de Tharbad, y luego por el Camino. EL antiguo puerto marítimo y los grandes muelles estaban en ruinas, pero con esfuerzo y trabajo se construyó otro puerto, capaz de recibir navíos en Tharbad, y allí se levantó un fuerte, sobre grandes terraplenes a ambos lados del río, para guardar el otrora famoso puente de Tharbad. El antiguo puerto era una de las más antiguas de los Númenóreanos, fundado por el rey navegante Tar-Aldarion, y más tarde agrandado y fortificado. Se lo llamó Lond Daer Enedh, el Gran Puerto Medio (por estar entre Lindon en el norte y Pelargir sobre el Anduin). [Nota del autor.]

** En sindarin *alph*, cisne; plural, *eilph*. En quenya *alqua*, como en *Alqualondë*. La rama telerín del eldarin cambió el grupo original *kw* por *p* (pero la *p* original permanece inalterada). En el muy cambiado sindarin de la Tierra Media las consonantes oclusivas se hicieron fricativas después de *l* y *r*. Así, el original *alkwa* se convirtió en *alpa* en telerín, y *alf* (transcrito *alph*) en sindarin.

Por estas exposiciones puede concluirse que la concepción del puerto númenóreano en la desembocadura del Gwathló se había ampliado en el tiempo en que se escribió «De Galadriel y Celeborn», desde «un pequeño puerto númenóreano» a Lond Daer, «el Gran Puerto». Es por supuesto el Vinyalondë o puerto nuevo de «Aldarion y Erendis», aunque el nombre no aparezca en las discusiones que acabamos de citar. Se dice en «Aldarion y Erendis» que las obras que se reiniciaron en Vinyalondë cuando llegó a Rey, «nunca se terminaron». Esto probablemente no significa sino que nunca fueron terminadas por él; porque la historia ulterior de Lond Daer presupone que el puerto había sido por fin restaurado y preparado para resistir ataques por mar; además, el mismo pasaje de «Aldarion y Erendis» continúa diciendo que Aldarion «fundó los cimientos para la obra de Tar-Minastir muchos años después, durante la primera guerra contra Sauron, y si no hubiera sido por sus trabajos, las flotas de Númenor no podrían haber llegado a tiempo al lugar oportuno, como él había previsto».

Se dice en este texto acerca del nombre *Glanduin*, que el puerto se llamó Lond Daer Eneh, «el Gran Puerto medio», por encontrarse entre los puertos de Lindon en el Norte y Pelargir sobre el Anduin. Esta afirmación tiene que referirse a un tiempo muy posterior a la intervención númenóreana en la guerra contra Sauron; porque de acuerdo con la Cuenta de Los Años, Pelargir no se construyó hasta el año 2350 de la segunda Edad, y llegó a ser el principal de los puertos de los Númenóreanos Fieles.

APÉNDICE E LOS NOMBRES DE CELEBORN Y GALADRIEL

En un ensayo que trata de cómo se otorgaban los nombres entre los Eldar de Valinor, se dice que era costumbre tener dos «primeros nombres» (*essi*); uno lo daba el padre al nacer el hijo; comúnmente recordaba el propio nombre del padre, por la forma o el significado, y aun podía ser el mismo. El segundo se daba más tarde, a veces mucho más tarde, pero otras poco después del nacimiento; y éste lo daba la madre; estos nombres maternos tenían gran importancia, pues las madres de los Eldar adornaban el carácter y la habilidad de sus hijos, y muchas tenían el don de la previsión profética. Además, cualquiera de los Eldar podía adquirir un *epessë* («segundo nombre»), que no provenía necesariamente de la familia, un sobrenombre otorgado generalmente como título de admiración y honor; y el *epessë* podía llegar a convertirse en el nombre reconocido posteriormente en cantos e historias (como fue el caso, por ejemplo, de Ereinion, siempre conocido por su *epessë* Gil-galad).

Así, el nombre *Alatáriel*, que, de acuerdo con una versión posterior, Celeborn le dio a Galadriel en Aman, era un *epessë* (véase la etimología en el Apéndice de *El Silmarillion*, bajo el encabezamiento *kal-*) que ella decidió usar en la tierra Media en la forma sindarin, *Galadriel*, prefiriéndolo al «nombre paterno» *Artanis*, o al «nombre materno» *Nerwen*.

Sólo en la última versión aparece Celeborn con un nombre alto élfico, en lugar del sindarin *Teleporno*. Se dice que en realidad ésta es una forma telerín; la raíz antigua de la palabra élfica que significaba «plata» era *kylep*, *celel* en sindarin, *telep*, *telpe* en telerín, y *tyelep*, *tyelpe* en quenya. Pero en quenya la forma *telpe* fue de uso común por influencia del telerín; porque los Teleri apreciaban la plata más que el oro, y su habilidad como orfebres era estimada aun por los Noldor. Así, *Telperion* era más común que *Tyelperion* como nombre del Árbol Blanco de Valinor. (*Alatáriel* era también telerín; la forma quenya era *Altáriel*.)

Cuando se concibió por primera vez, el nombre Celeborn tenía que significar «Árbol de Plata»; éste era también el nombre del Árbol de Tol Eressëa (*El Silmarillion*). Los parientes íntimos de Celeborn tenían «nombres de árbol»: Galadhon, su padre; Galathil, su hermano, y Ninloth, su sobrina, que llevaba el mismo nombre que el Árbol Blanco de Númenor. En los últimos escritos filológicos de mi padre, sin embargo, el significado «Árbol de Plata» fue

abandonado: el segundo elemento de *Celeborn* (como nombre de persona) derivaba de la antigua forma adjetiva *ornā*, «erguido, alto», más que del sustantivo emparentado *ornē*, «árbol». (*Orn* se aplicaba a los árboles más rectos y esbeltos, como los abedules, mientras que los más corpulentos y de ramas más voluminosas, como los robles y las hayas, se llamaban en lengua antigua *galadā*, «gran desarrollo»; pero esta distinción no se observó siempre en quenya y desapareció en sindarin, donde todos los árboles se llamaron *galadh*, y *orn* cayó en desuso, sobreviviendo sólo en los versos y los cantos, y en muchos nombres, tanto de árboles como de personas.) que Celeborn era alto se menciona más tarde en una nota a la exposición sobre las medidas de longitud Númenóreanas.

Sobre la ocasional confusión del nombre de Galadriel con la palabra *galadh*, mi padre escribió:

Cuando Celeborn y Galadriel se convirtieron en gobernantes de los Elfos de Lórien (que eran en su mayoría Elfos silvanos de origen, y se llamaban a sí mismos los Galadhrim), el nombre de Galadriel se asoció con los árboles, asociación a la que ayudó el nombre de su marido, que también parecía tener nombre de árbol; de modo que fuera de Lórien, entre aquellos que ya no recordaban claramente los días antiguos y La historia de Galadriel, su nombre fue a menudo Galadhriel. aunque no en Lórien.

Cabe mencionar aquí que *Galadhrin* es la ortografía correcta del nombre de los Elfos de Lórien, y lo mismo en lo que se refiere a Caras Galadhon. Al principio, mi padre cambió la forma sonora *th* (como en el inglés moderno *then*) en Los nombres élficos por *d*, pues (escribió) el grupo consonántico *dh* no se utiliza en inglés y resulta extraño. luego cambió de opinión, pero *Galadrim* y *Caras Galadon* quedaron sin corregir hasta que se publicó la edición revisada de *El Señor de los Anillos* (las ediciones recientes tienen en cuenta esta corrección). En el Apéndice de *El Silmarillion*, bajo el encabezamiento *alda*, esos nombres están mal escritos.

TERCERA PARTE

LA TERCERA EDAD

I

EL DESASTRE DE LOS CAMPOS GLADIOS

Después de la caída de Sauron, Isildur, hijo y heredero de Elendil, volvió a Gondor. Allí recibió la Elendilmir² como Rey de Arnor, y proclamó su señorío soberano sobre todos los Dúnedain del Norte y del Sur; porque era hombre de gran orgullo y vigor. Permaneció un año en Gondor restaurando el orden y definiendo los límites de la región;³ pero la mayor parte del ejército de Arnor regresó a Eriador por el camino númenóreano que va de los Vados del Isen a Fornost.

Cuando por fin se sintió en libertad de retornar a su propio reino, tuvo prisa y deseaba ir primero a Imladris; porque allí había dejado a su esposa y a su hijo menor,⁴ y tenía además la urgente necesidad de escuchar el consejo de Elrond. Por tanto decidió dirigirse hacia el norte por los Valles del Anduin a Cirith Forn en Andrath, el elevado paso del norte que conducía a Imladris.⁵ Conocía bien esa tierra por haber viajado allí a menudo antes de la Guerra de la Alianza, y había ido a la guerra por ese camino con hombres del Arnor oriental en compañía de Elrond.⁶

Era un largo viaje, pero el único otro camino, hacia el oeste y luego hacia el norte hasta el cruce de caminos de Arnor y luego hacia el este a Imladris, era

² *Se la llama Elendilmir en una nota al pie de página perteneciente al Apéndice A (I, iii) de El Señor de los Anillos: los Reyes de Arnor no llevaban corona, «sino una única gema blanca, la Elendilmir, la Estrella de Elendil, sujeta a la frente con una redecilla de plata». Esta nota contiene referencias a otras menciones de la Estrella de Elendil en el curso de la narración. De hecho, no había una, sino dos gemas de este nombre.*

³ *Como se relata en el cuento «Cirion y Eorl y la amistad de Gondor y Roban», basado en historias más antiguas ahora en su mayoría perdidas; se da cuenta de los acontecimientos que culminaron en el juramento de Eorl y la alianza de Gondor con los Rohirrim. [Nota del autor.]*

⁴ *El hijo menor de Isildur era Valandil, tercer Rey de Arnor: véase «De los Anillos del Poder» en El Silmarillion. En el Apéndice A (I, ii) de El Señor de los Anillos se dice que había nacido en Imladris.*

⁵ *Este paso sólo aquí recibe un nombre élfico. En Rivendel mucho después que Gimli el Enano se refiriera a él como el Paso Alto: «Si no fuera por los Beórnicas, ir del valle a Rivendel hubiese sido imposible desde hace mucho tiempo. Son hombres valientes, y mantienen abiertos el Paso Alto y el Vado de Carroca» (La Comunidad del Anillo, II, i). Fue en este paso donde los Orcos capturaron a Thorin Escudo de Roble y a su compañía (El Hobbit, cap. 4). Andrath sin duda significa «largo ascenso»; véase nota 16 de «La historia de Galadriel y Celeborn».*

⁶ *Cf. «De los Anillos del Poder» en El Silmarillion. «[Isildur] marchó de Gondor hacia el norte por donde Elendil había venido».*

mucho más largo⁷ todavía. Tan rápido, quizá, para hombres montados, pero Isildur no tenía caballos adecuados;⁸ más seguro, quizá, en los días antiguos, pero Sauron había sido vencido y el pueblo de los Valles había sido aliado de Isildur en la victoria. No tenía miedo, excepto de los azares del clima y la fatiga, problemas ineludibles para los hombres a quienes la necesidad empuja a viajar a la lejana Tierra Media.⁹

Así fue, como se cuenta en las leyendas de días posteriores, que menguaba ya el segundo año de la Tercera Edad, cuando Isildur se puso en camino desde Osgiliath a principios de Ivanneth,¹⁰ con la esperanza de llegar a Imladris en cuarenta días, a mediados de Narbeleth, antes de que el invierno se acercara al

⁷ *Trescientas leguas y aún más [es decir, la ruta que Isildur se proponía emprender] y, en su mayor parte, desprovista de caminos; en esos días los únicos caminos númenóreanos existentes eran el gran camino que unía a Gondor y Arnor a través de Calenardhon. luego hacia el norte por sobre el Gwathló en Tharbad y por último a Fornost; y el Camino Este-Oeste desde los Puertos Grises a Imladris. Estos caminos se cruzaban en un punto [Bree] al oeste de Amon Sûl, de acuerdo con el sistema de medición númenóreano de las rutas, trescientas noventa y dos leguas desde Osgiliath, y luego hacia el este a Imladris, ciento dieciséis: quinientos ocho leguas en total. [Nota del autor.] Véase el Apéndice de «El desastre de los Campos Gladios» sobre el sistema de medidas de longitud númenóreano.*

⁸ *Los númenóreanos en su propia tierra tenían caballos a los que estimaban [véase «Una descripción de la isla de Númenor»]. Pero no los utilizaban en la guerra; porque todas sus guerras se libraban en ultramar. También eran de gran estatura y tenían mucha fuerza, y sus soldados plenamente equipados estaban acostumbrados a llevar pesadas armaduras y armas. En sus colonias en las costas de la Tierra Media adquirieron y criaron caballos, pero sólo los utilizaban para cabalgar y por deporte o deleite. En las guerras sólo los utilizaban los correos y los cuerpos de arqueros con armas ligeras (a menudo no pertenecientes a la raza númenóreana). En la Guerra de la Alianza los caballos que utilizaron sufrieron graves pérdidas y pocos eran los disponibles en Osgiliath. [Nota del autor.]*

⁹ *Necesitaban algún equipaje y provisiones en el descampado; porque no esperaban encontrar moradas de Elfos ni de Hombres hasta llegar al reino de Thranduil, casi al término del viaje. En la marcha cada soldado llevaba provisiones para dos días (además del «bolsillo con lo imprescindible» que se menciona en «El desastre de los Campos Gladios»); lo demás y el equipaje restante se transportaba a lomos de pequeños caballos robustos, de una especie que, según se dice, vivía salvaje y libre en las vastas llanuras al sur y al este del Bosque Verde. Habían sido domesticados; pero aunque transportaban cargas pesadas (a paso lento), no toleraban que hombre alguno los montara. De éstos tenían sólo diez. [Nota del autor.]*

¹⁰ *El 5 de Yavannië de acuerdo con el «Cómputo de los Reyes» númenóreano, mantenido todavía con poco cambio en el Calendario de la Comarca. Yavannië (Ivanneth) corresponde pues a Halimath, nuestro setiembre; y Narbeleth a nuestro octubre. Cuarenta días (hasta el 15 de Narbeleth) bastaban si todo iba bien. El viaje requeriría cuando menos trescientas ocho leguas de marcha; pero los soldados de los Dúnedain, hombres altos de gran fuerza y resistencia, estaban acostumbrados a avanzar plenamente armados ocho leguas por día «con facilidad»: cuando lo hacían en ocho tandas de una legua, con breves descansos al cabo de cada legua (lár, sindarin daur, significaba originalmente detención o pausa) y una hora alrededor del mediodía. Esto constituía una «marcha» de unas diez horas y media, en la que andaban ocho horas. Podían mantener este ritmo por largos periodos con las provisiones adecuadas. Cuando llevaban prisa podían avanzar mucho más rápido, unas doce leguas por día (o en casos de mucha necesidad, todavía más), pero por periodos más cortos. En el día del desastre, en la latitud de Imladris (a la que se aproximaban) había cuando menos once horas de luz diurna en el campo abierto; pero en pleno invierno, menos de ocho. Sin embargo, en el norte no se emprendían largos viajes entre los comienzos de Hithui (Hísimë, noviembre) y fines de Ninui (Nénimë, febrero) en tiempos de paz. [Nota del autor.] En el Apéndice D de El Señor de los Anillos se da una detallada descripción de los calendarios en uso en la Tierra Media.*

Norte. Junto al Portal Oriental del Puente, una brillante mañana, Meneldil¹¹ lo despidió. —Ve ahora de prisa, y que el sol de tu partida no deje de iluminarte el camino.

Con Isildur iban sus tres hijos: Elendur, Aratan y Ciryon,¹² y una guardia de doscientos caballeros y soldados, hombres decididos de Arnor y endurecidos en la guerra. De este viaje nada se cuenta hasta que hubieron pasado la Dagorlad y marcharan luego hacia el norte hacia las vastas tierras vacías al sur del Gran Bosque Verde. El vigésimo día, al divisar a lo lejos el bosque que corona los terrenos elevados y el distante resplandor rojo y dorado de Ivanneth, el cielo se cubrió de pronto y un viento oscuro sopló desde el Mar de Rhûn cargado de lluvia. Llovió cuatro días, de modo que cuando llegaron a la entrada de los Valles, entre Lórien y Amon Lanc,¹³ Isildur se alejó del Anduin, crecido y de aguas rápidas, y ascendió las empinadas cuestas del lado oriental hacia los senderos de los Elfos silvanos que pasaban cerca de las lindes del Bosque.

Así fue que avanzada la tarde de la trigésima jornada, pasaban por las fronteras septentrionales de los Campos Gladios,¹⁴ marchando por un sendero que conducía al reino de Thranduil,¹⁵ tal como era entonces. El hermoso día ya

¹¹ *Meneldil era sobrino de Isildur, hijo de su hermano menor Anárion, muerto en el sitio de Barad-dûr. Isildur había establecido a Meneldil como Rey de Gondor. Era hombre cortés, pero de gran previsión, y no revelaba sus pensamientos. En verdad lo complacía la partida de Isildur y sus hijos, y esperaba que sus asuntos en el norte los mantuvieran mucho tiempo ocupados. [Nota del autor.] Se dice en anales inéditos sobre los Herederos de Elendil que Meneldil era el cuarto hijo de Anárion, que había nacido en el año 3318 de la Segunda Edad y que fue el último hombre que nació en Númenor. La nota que acaba de citarse es la única referencia a su carácter.*

¹² *Los tres habían luchado en la Guerra de la Alianza, pero Aratan y Ciryon no habían estado en la invasión de Mordor y el sitio de Barad-dûr, porque Isildur los había mandado a proteger su fortaleza de Minas Ithil, por temor de que Sauron escapara de Gil-galad y Elendil e intentara abrirse camino por Cirith Dúar (más tarde llamada Cirith Ungol) y se vengara de los Dúnedain antes de ser vencido. Elendur, heredero de Isildur y muy querido de él, había acompañado a su padre durante toda la guerra (salvo en el último desafío a Orodruin) y gozaba de la plena confianza de Isildur. [Nota del autor.] Se dice en los anales mencionados en la nota precedente que el hijo mayor de Isildur nació en Númenor en el año 3299 de la Segunda Edad (Isildur había nacido en 3209).*

¹³ *Amon Lanc, «Colina Desnuda», era el punto más elevado de las tierras altas del ángulo suroeste del Bosque Verde, y recibía este nombre porque en su cima no crecían árboles. En días posteriores fue Dol Guldur, la primera fortaleza de Sauron después de su despertar. [Nota del autor.]*

¹⁴ *Los Campos Gladios (Loeg Ningloron). En los Días Antiguos, cuando los Elfos silvanos se asentaron allí por primera vez, eran un lago formado en una profunda depresión en la que el Anduin vertía sus aguas desde el Norte, tras un largo descenso de unas setenta millas que constituía la parte más veloz de su curso, y se mezclaba allí con el torrente del Río Gladio (Sir Ninglor), que se precipitaba desde las Montañas. El lago había sido más ancho al oeste del Anduin, porque el lado oriental del valle era más empinado; pero hacia el este probablemente llegaba hasta el pie de las largas cuestas que descendían desde el Bosque (entonces todavía arbolado); sus bordes cubiertos de juncos mostraban un declive más suave, por debajo del sendero que Isildur seguía. El lago se había convertido en un gran marjal por el que el río erraba en medio de múltiples islillas y macizos de juncos y pléyades de lirios amarillos que alcanzaban mayor altura que un hombre y daban su nombre a toda la región y al río que bajaba de la Montaña, en torno a cuyo curso inferior crecían con suma densidad. Pero el marjal había retrocedido hacia el este, y al pie de las cuestas inferiores había extensiones planas cubiertas de hierbas sobre las que era posible andar. [Nota del autor.]*

¹⁵ *Mucho antes de la Guerra de la Alianza, Oropher, Rey de los Elfos silvanos al este del Anduin, alarmado por los rumores del creciente poder de Sauron, abandonó sus antiguas moradas en torno a la Amon Lanc, más allá del río de sus parientes de Lórien. Tres veces se había trasladado hacia el norte, y a fines de la Segunda Edad vivió en los valles occidentales de las Eryn Duir, y su numeroso pueblo vivió en los bosques y los valles y anduvo errante por aquellas tierras en dirección*

menguaba; por sobre las montañas distantes se agrupaban unas nubes, enrojecidas por un sol nublado que descendía hacia ellas; una sombra gris ya cubría las profundidades del valle. Los Dúnedain iban cantando porque la marcha del día estaba concluyendo, y tres cuartas partes del largo camino hacia Imladris quedaban detrás. A la derecha el Bosque se alzaba sobre ellos en lo alto de unas cuevas empinadas que llegaban al sendero; más allá, el descenso al fondo del valle era menos empinado.

De pronto, cuando el sol se sumergió en las nubes, oyeron los espantosos gritos de los Orcos, y los vieron salir del Bosque y descender por la cuesta lanzando gritos de guerra.¹⁶ En la penumbra reinante, sólo era posible sospechar

oeste hasta el Anduin, al norte del antiguo Camino de los Enanos (Men-i-Naugrim). Se había unido a la Alianza, pero fue muerto en el ataque contra las Puertas de Mordor. Thranduil, su hijo, había vuelto con el resto del ejército de Elfos silvanos el año anterior al de la marcha de Isildur.

las Eryn Duir (Montañas Oscuras) eran un grupo de altas colinas en el nordeste del Bosque, y se llamaban así porque sus laderas estaban cubiertas de densos pinos, pero no tenían todavía mala reputación. En días posteriores, cuando la sombra de Sauron se extendió por el Gran Bosque Verde y su nombre cambió de Eryn Galen a Taur-nu-Fuin (que se traduce como Bosque Negro), las Eryn Duir fueron frecuentadas por sus más malignas criaturas, y pasaron a llamarse Eryn-nu-Fuin, las Montañas del Bosque Negro. [Nota del autor.] Para Oropher, véase el Apéndice B de «La historia de Galadriel y Celeborn»; en uno de los pasajes allí citados el retiro hacia el norte de Oropher en el Bosque Verde se atribuye al deseo de ponerse fuera del alcance de los Enanos de Khazad-dûm y de Celeborn y Galadriel en Lórien.

Los nombres élficos de las Montañas del Bosque Negro no se encuentran en ningún otro sitio. En el Apéndice F (II) de El Señor de los Anillos el nombre élfico del Bosque Negro es Taur-e-Ndaedelos, «bosque del terror»; el nombre dado aquí, Taur-nu-Fuin, «bosque bajo la noche», era el nombre posterior de Dorthonion, la tierra alta boscosa de las fronteras septentrionales de Beleriand en los Días Antiguos. La aplicación del mismo nombre, Taur-nu-Fuin, al Bosque Negro y a Dorthonion resulta notable a la luz de la estrecha relación que había entre ellos en la imaginación visual de mi padre: véase Pictures by J. R. R. Tolkien, 1979, nota al n.º 37. Después del fin de la Guerra del Anillo, Thranduil y Celeborn dieron nuevo nombre al Bosque Negro: Eryn Lasgalen, el Bosque de las Hojas Verdes (Apéndice B de El Señor de los Anillos).

Men-i-Naugrim, el Camino de los Enanos, es el Camino del Bosque Viejo que se describe en El Hobbit, cap. 7. En el borrador primitivo de la presente narración hay una nota referente al «viejo Camino del Bosque que bajaba desde el Paso de Imladris y cruzaba el Anduin por un puente (que se había ensanchado y reforzado para permitir el paso de los ejércitos de la Alianza), seguía por el valle oriental y terminaba en el Bosque Verde. No podían tenderse puentes sobre el Anduin en puntos más bajos de su curso; durante unas pocas millas por debajo del Camino del Bosque el terreno sufría un pronunciado desnivel y el río se precipitaba veloz, hasta remansarse en la amplia cuenca de los Campos Gladios. Más allá de los Campos volvía a precipitarse, y se convertía entonces en una caudalosa corriente alimentada por múltiples afluentes cuyos nombres se han olvidado salvo los de los más grandes: el Gladio (Sîr Ninglor), el Cauce de Plata (Celebrant) y el Limclaro (Limlaith)». En El Hobbit el Camino del Bosque atravesaba el gran río por el Viejo Vado, y no hay mención allí de que hubiera habido nunca un puente en el cruce.

¹⁶ En «De los Anillos del Poder» (El Silmarillion) se recoge otra traducción, que da una versión bastante distinta del acontecimiento: «Isildur fue abrumado por una hueste de Orcos que acechaba en las Montañas Nubladas; y sin que él lo notara, descendieron sobre el campamento entre el

cuántos eran, pero superaban en número a los Dúnedain, hasta diez veces, y quizá más. Isildur ordenó que se levantara un thangail, un muro de defensa de dos filas unidas que podían retroceder en ambos extremos si eran flanqueadas, y si era necesario, convertirse en un anillo cerrado. Si el terreno hubiera sido plano o la cuesta hubiera favorecido a Isildur, habría formado a los suyos en un dírnaith,¹⁶ atacando a los Orcos con la esperanza de que la gran fuerza de los Dúnedain les abriera un camino entre ellos y los pusiera en fuga; pero eso no era entonces posible. Un sombrío presagio le ganó el corazón.

—La venganza de Sauron sigue todavía viva, aunque quizá Sauron mismo esté muerto —le dijo a Elendur, que estaba junto a él—. ¡Aquí hay astucia y propósito! No tenemos esperanza de ayuda: Moria y Lórien han quedado muy atrás, y Thranduil está a cuatro días de marcha.

—Y llevamos carga de un valor inestimable —dijo entonces Elendur; porque contaba con la confianza de su padre.

Los Orcos estaban acercándose. Isildur se volvió hacia su escudero: —Ohtar¹⁷ —dijo—, pongo esto ahora a tu cuidado. —Y le entregó una gran vaina y los fragmentos de Narsil, la espada de Elendil.— Evita que te la quiten por cualquier medio de que dispongas, y a toda costa; aun a costa de ser tenido por un cobarde que me ha abandonado. ¡Llévate a tu compañero contigo y huye! ¡Ve! ¡Te lo ordeno! —Entonces Ohtar se arrodilló y le besó la mano y los dos jóvenes huyeron por el oscuro valle.¹⁸

Aunque la huida no pasó inadvertida a la aguda vista de los Orcos, éstos no le hicieron caso. Se detuvieron brevemente para preparar el ataque. Primero dispararon una lluvia de flechas, y luego, repentinamente, con gran estruendo de voces, hicieron lo que Isildur habría hecho, y lanzaron la gran masa de sus principales guerreros cuesta abajo con la esperanza de quebrantar la línea de de-

Bosque Verde y el Río Grande cerca de Loeg Ningloron, los Campos Gladios, porque era descuidado y no había montado guardia alguna creyendo derrotados a todos los enemigos».

¹⁶ Thangail, «muro de defensa», era el nombre de esta formación en sindarin, la lengua hablada normalmente por el pueblo de Elendil; su nombre «oficial» en quenya era sandastan, «barrera de defensa», derivado de las primitivas palabras thandä, «escudo», y stama, «apartar, excluir». La palabra sindarin utilizaba un segundo elemento distinto: cail, un cerco o empalizada de estacas y palos aguzados. Éste, en su forma primitiva keglë, se derivaba de una raíz keg, «púa», que aparece también en la palabra primitiva kegyä, «cerco», de donde surge el sindarin cai (cf. el Morgai en Mordor).

La dírnaith, en quenya nernehta, «punta de lanza humana», era una formación en cuña, que se lanzaba desde una corta distancia sobre un grupo enemigo que estaba juntándose pero sin estar todavía plenamente formado, o contra una formación defensiva en campo abierto. El quenya nehte o el sindarin naith se aplicaba a cualquier formación o proyección terminada en punta: una punta de lanza, un cuchillo, una cuña, un estrecho promontorio (raíz nek, «angosto»); cf. el Naith de Lórien, la tierra en el ángulo formado por el Celebrant y el Anduin, que en la unión de los ríos era más estrecha y más puntiaguda que lo que aparece en un mapa a escala reducida. [Nota del autor.]

¹⁷ Ohtar es el único nombre utilizado en las leyendas; pero fue probablemente el título con el que se le dirigió Isildur en este trágico momento, ocultando sus sentimientos bajo la formalidad. Ohtar, «guerrero, soldado», era el título de todos los que, aunque estuvieran plenamente preparados y experimentados, no habían sido todavía admitidos al rango de roquen, «caballero». Pero Ohtar era querido de Isildur y de su propio linaje. [Nota del autor.]

¹⁸ En el borrador primitivo Isildur ordenaba a Ohtar que llevara a dos compañeros consigo. En «De los Anillos del Poder» (El Silmarillion) y en La Comunidad del Anillo, II, 2, se dice que «sólo tres de los suyos volvieron por encima de las montañas». De acuerdo con el texto que aquí se ofrece, el tercero resulta ser Estelmo, el escudero de Elendur, que sobrevivió a la batalla.

fensa de los Dúnedain. Pero éstos se mantuvieron firmes. Las flechas de nada habían servido contra las armaduras númenóreanas. Los grandes Hombres sobrepasaban a los más altos Orcos, y sus espadas y sus lanzas tenían mayor alcance que las armas de sus enemigos. Los atacantes vacilaron, cediendo su ímpetu, y retrocedieron dejando a los defensores apenas dañados e incólumes tras tendales de Orcos caídos.

Le pareció a Isildur que el enemigo se retiraba hacia el Bosque. Miró atrás. El borde rojo del sol refulgía desde las nubes al hundirse tras las montañas; pronto caería la noche. Dio orden de reanudar la marcha de inmediato, pero torciendo el curso hacia el terreno más bajo y llano, donde la ventaja de los Orcos sería menor.¹⁹ Quizá creyera que después del costoso rechazo sufrido no reincidirían, aunque sus exploradores podrían seguirlos en la noche y vigilar el campamento. Ésa era la costumbre de los Orcos, que solían desanimarse cuando la presa era capaz de volverse y morder.

Pero estaba equivocado. No había sólo astucia en el ataque, sino ferocidad y odio implacable. Los Orcos de las Montañas eran tropas disciplinadas, comandadas por feroces sirvientes de Barad-dûr, enviados mucho antes para vigilar los caminos,²⁰ y aunque no lo sabían, el Anillo, que había sido cortado de su mano negra hacía ya dos años, estaba aún cargado con la mala voluntad de Sauron y clamaba por la ayuda de todos sus servidores. Los Dúnedain habían andado apenas una milla cuando los Orcos se pusieron otra vez en movimiento. Esta vez no atacaron, pero utilizaron todas sus fuerzas. Descendieron formando un amplio

¹⁹ *Habían atravesado la profunda depresión de los Campos Gladios, más allá de la cual el terreno del lado oriental del Anduin (que fluía por un lecho profundo) era más firme y seco, pues el carácter de la tierra cambiaba. Empezaba a ascender hacia el norte hasta que, al acercarse al Camino del Bosque y el país de Thranduil, alcanzaba casi el nivel de las orillas del Bosque Verde. Isildur lo sabía perfectamente. [Nota del autor.]*

²⁰ *No puede haber duda de que Sauron, enterado de la Alianza, había enviado las tropas de Orcos del Ojo Rojo de que pudo disponer, para que hicieran lo que estuviere de su parte con el fin de estorbar cualesquiera fuerzas que intentaran acortar el camino cruzando las Montañas. En tales circunstancias las principales fuerzas de Gilgalad, junto con Isildur y parte de los Hombres de Arnor, habían cruzado los Pasos de Imladris y Caradhras, y los Orcos se sintieron en inferioridad de condiciones y se ocultaron. Pero permanecieron en estado de alerta y vigilantes, decididos a atacar a cualesquiera compañías de Elfos o de Hombres cuyo número superaran. A Thranduil lo dejaron pasar, pues aun sus fuerzas disminuidas eran excesivas para ellos; pero esperaron su oportunidad, la mayor parte escondidos en el Bosque, mientras que otros acechaban a lo largo de las orillas del río. Era improbable que hubieran tenido noticias de la derrota de Sauron, porque había sido estrictamente sitiado en Mordor y todas sus fuerzas habían sido destruidas. Y si unos pocos habían escapado, habían huido hacia el Este con los Espectros del Anillo. Este pequeño destacamento en el Norte, sin importancia alguna, había quedado olvidado. Probablemente creían que Sauron había resultado victorioso y que el ejército de Thranduil, maltrecho por la guerra, se retiraba para ocultarse de prisa en el Bosque. Así, sin duda, estarían envalentonados y ansiosos por ganarse las alabanzas de su amo, aunque no hubieran estado en la principal batalla. Pero no habrían sido alabanzas lo que hubieran ganado, si alguno hubiera vivido lo bastante para ver su resurrección. Ninguna tortura habría satisfecho su enojo con estos necios chapuceros que habían dejado escapar la presa mayor de la Tierra Media; aun cuando no pudieran saber nada del Anillo Único que, salvo el mismo Sauron, nadie conocía, con excepción de los Nueve Espectros del Anillo, sus esclavos. No obstante, muchos pensaron que la ferocidad y la decisión con que atacaron a Isildur eran en parte debidas al Anillo. Hacía poco más de dos años que faltaba de su mano y, aunque se enfriaba rápidamente, todavía pesaba en él su voluntad maligna y por todo medio intentaba volver a manos de su señor (como lo hizo en efecto cuando se recuperó y fue nuevamente guardado). De este modo, aunque los Orcos no lo entendían, se cree que los colmaba el deseo de destruir a los Dúnedain y de capturar a su jefe. No obstante, se comprobó en ese caso que la Guerra del Anillo se perdió en el Desastre de los Campos Gladios. [Nota del autor.]*

frente curvado en cuarto creciente y pronto constituyeron un anillo ininterrumpido en torno a los Dúnedain. Estaban silenciosos y se mantenían a distancia, fuera del alcance de los temibles arcos de acero de Númenor,²¹ aunque la luz disminuía de prisa, y en esta necesidad²² eran insuficientes los arqueros de que disponía Isildur. Se detuvo.

Hubo una pausa, aunque los Dúnedain de vista más aguda decían que los Orcos avanzaban furtivamente paso a paso. Elendur fue al encuentro de su padre, que estaba sombrío y solo, como sumido en sus pensamientos. — Atarinya— dijo—, ¿qué es del poder que podría acobardar a estas inmundas criaturas y ponerlas a tu mando? ¿Acaso no sirve de nada?

—De nada, ¡ay!, senya. No puedo utilizarlo. Temo el dolor de su contacto.²³ Y no he encontrado aún la fuerza de doblegarlo a mi voluntad. Necesita de otro que posea más grandeza de la que ahora soy consciente de tener. Mi orgullo está por tierra. Debería recurrir a los Guardianes de los Tres.

En ese momento hubo un clamoroso resonar de cuernos y los Orcos avanzaron por todas partes lanzándose sobre los Dúnedain con ferocidad implacable. La noche había llegado y se desvanecía la esperanza. Los Hombres caían abatidos; los Orcos de mayor talla saltaban juntos, en parejas, y vivos o muertos, derribaban a un Dúnedain, de modo que otras fuertes garras pudieran arrastrarlo y darle muerte. Los Orcos quizá pagaran cinco por uno en este intercambio, pero no era caro el precio. Ciryon fue muerto de este modo y Aratan mortalmente herido cuando intentó rescatarlo.

Elendur, todavía indemne, fue en busca de Isildur, que estaba animando a sus hombres en el flanco oriental, donde era más pesado el ataque, porque los Orcos todavía temían la Elendilmir que llevaba en la frente y lo evitaban. Elendur le tocó el hombro, e Isildur se volvió furioso creyendo que un Orco se le había deslizado por detrás.

—Mi Rey —dijo Elendur—, Ciryon ha muerto y Aratan agoniza. Tu último consejero debe aconsejarte, más todavía, mandarte, como tú mandaste a Ohtar, y decirte: ¡Vete! Coge tu carga y a toda costa llévala a los Guardianes: ¡aun a costa de abandonarme junto con tus hombres!

—Hijo del Rey —dijo Isildur—, sabía que tenía que hacerlo; pero le tenía miedo al dolor. Tampoco podía irme sin tu permiso. Perdóname y perdona mi orgullo, que te ha arrastrado a esta suerte.²⁴

Elendur lo besó. —¡Vete! ¡Vete ahora! —dijo.

Isildur se volvió hacia el oeste, y cogiendo el Anillo que prendido de una fina cadena, le colgaba del cuello metido en una pequeña bolsa, se lo puso en el dedo con un grito de dolor, y nunca los ojos de nadie volvieron a verlo en la Tierra Media. Pero la Elendilmir del Oeste no podía apagarse y de pronto refulgió roja e iracunda como una estrella ardiente. Los Hombres y los Orcos se hicieron a un

²¹ *Sobre los arcos de los númenóreanos, véase «Una descripción de la isla de Númenor».*

²² *No más de veinte, se dice; pues no se había previsto semejante necesidad. [Nota del autor.]*

²³ *Compárese con las palabras del pergamino que Isildur escribió acerca del Anillo antes de emprender desde Gondor su último viaje y que Gandalf comunicó al Concilio de Elrond en Rivendel: «Estaba caliente cuando lo tomé, caliente como una brasa, y me quemé la mano, tanto que dudo que pueda librarme de ese dolor. Sin embargo se ha enfriado mientras escribo, y parece que se encogiera...» (La Comunidad del Anillo, II, 2).*

²⁴ *El orgullo que lo llevó a guardar el Anillo en contra del consejo de Elrond y Círdan, que le dijeron que debía ser destruido en los fuegos de Orodruin [La Comunidad del Anillo, II, 2, y «De los Anillos del Poder» (El Silmarillion)].*

lado temerosos; e Isildur, cubriéndose la cabeza con una capucha, se desvaneció en la noche.²⁵

De lo que después les ocurrió a los Dúnedain, sólo esto se sabe: que al poco tiempo yacían todos muertos, salvo uno, un joven escudero aturdido y sepultado bajo los cadáveres. Así murió Elendur, que estaba destinado a ser Rey, y en su fuerza y su sabiduría, en su majestad sin orgullo, uno de los más grandes, el mejor de la simiente de Elendil, el más semejante a su antecesor, como pronosticaban todos los que lo conocían.²⁶

De Isildur se cuenta que el dolor y la angustia de su corazón eran grandes, pero al principio corrió como un gamo perseguido por perros, hasta que llegó al fondo del valle. Allí se detuvo para asegurarse de que no lo perseguían; porque los Orcos podían seguir el rastro de un fugitivo en la oscuridad por el olor. Luego prosiguió más precavido, porque vastas extensiones se abrían por delante en la penumbra, ásperas y sin senderos, llenas de trampas para los pies errantes.

Así fue que llegó por fin a las orillas del Anduin en lo más profundo de la noche, y estaba cansado; porque había hecho un viaje que los Dúnedain en semejante terreno no habrían podido hacer más rápidamente, sin detenerse y a la luz del día.²⁷ El río estaba remolineando oscuro y veloz ante él. Se quedó allí un rato desesperado y solo. Luego, de prisa, se despojó de la armadura y las armas, salvo una corta espada que llevaba sujeta al cinturón,²⁸ y se sumergió en el agua. Era hombre vigoroso, de una resistencia que pocos Dúnedain de su edad podían igualar, pero tenía escasas esperanzas de alcanzar la otra orilla. Antes de haber avanzado mucho, se vio forzado a volverse casi hacia el norte en contra de la corriente; y por más que luchaba era de continuo barrido hacia las grandes algas de los Campos Gladios. Estaban más cerca de lo que él había pensado,²⁹ y cuando por fin sintió que la corriente disminuía, y cuando había casi logrado cruzar, se encontró luchando con altos juncos y algas adherentes. Allí advirtió de pronto que había perdido el Anillo. Por azar, o por un azar bien utilizado, se le había desprendido de la mano en un sitio donde jamás podría encontrarlo. En un principio el sentimiento de la pérdida fue tan abrumador, que dejó de luchar y pensó en dejarse hundir y ahogarse. Pero este estado de ánimo se disipó tan de prisa como se le había presentado. Ya no sentía dolor. Se le había quitado un gran peso de encima. Sus pies encontraron el lecho del río, y saliendo del barro, avanzó forcejeando por entre los juncos hasta llegar a una isleta cenagosa cerca de la

²⁵ El significado, bastante notable, de este pasaje parece ser que la luz de la Elendilmir era inmune a la invisibilidad conferida por el Anillo Único, y que esta luz era visible cuando no se llevaba el Anillo; pero cuando Isildur se cubrió la cabeza con una capucha, la luz se extinguió.

²⁶ Se dice que, en días posteriores, aquellos cuyas memorias lo evocaban (como la de Elrond) se sobrecogían al notar la gran semejanza que tenía en cuerpo y mente con el Rey Elessar, el gran vencedor de la Guerra del Anillo, en la que tanto el Anillo como Sauron fueron aniquilados para siempre. De acuerdo con los documentos de los Dúnedain, Elessar era descendiente en trigésimo octavo grado de Vandalil, hermano de Elendur. Todo este tiempo transcurrió antes de que fuera vengado. [Nota del autor.]

²⁷ Siete leguas o más desde el lugar de la batalla. La noche había caído cuando huyó; llegó al Anduin a medianoche, más o menos. [Nota del autor.]

²⁸ Era de la especie llamada *eket*, un puñal corto de hoja ancha, en punta y de doble filo, de un pie a un pie y medio de largo. [Nota del autor.]

²⁹ El sitio en que había estado por última vez se encontraba a una milla o más al otro lado de su límite septentrional, pero quizá en la oscuridad la pendiente del terreno había torcido su curso algo hacia el sur. [Nota del autor.]

orilla occidental. Allí emergió del agua: era sólo un hombre mortal, una criatura insignificante perdida y abandonada en el descampado de la Tierra Media. Pero para los ojos nocturnales de los Orcos que allí atisbaban vigilantes, se destacaba como una monstruosa sombra de espanto con ojos penetrantes como estrellas. Dispararon sobre ella sus flechas envenenadas y huyeron. Innesariamente, porque Isildur, inerme, cayó sin un grito con la garganta y el corazón atravesados, de espaldas al agua. Ni rastros de su cuerpo encontraron nunca los Elfos ni los Hombres. Así murió la primera víctima de la malicia del Anillo sin amo: Isildur, segundo Rey de todos los Dúnedain, señor de Arnor y Gondor, y el último en esa edad del Mundo.

Las fuentes de la leyenda de la muerte de Isildur

Hubo testigos oculares del acontecimiento. Ohtar y su compañero huyeron llevando consigo los fragmentos de Narsil. La historia menciona a un joven que sobrevivió a la matanza: era el escudero de Elendur, llamado Estelmo, y fue uno de los últimos en caer, pero estaba aturdido por un golpe, no muerto, y fue encontrado vivo bajo el cuerpo de Elendur. Escuchó las palabras cambiadas por Isildur y Elendur al despedirse. Hubo quienes acudieron al rescate sobre la escena demasiado tarde, pero a tiempo para ahuyentar a los Orcos e impedir la mutilación de los cuerpos: porque hubo ciertos Hombres del Bosque que llevaron la noticia a Thranduil por mensajeros, y también ellos reunieron una fuerza para tender una emboscada a los Orcos, pero éstos la olfatearon y se dispersaron, porque, aunque victoriosos, sus pérdidas habían sido muy grandes, y casi todos los Orcos corpulentos habían caído; no intentaron otro ataque semejante hasta después de transcurridos muchos años.

La historia de las últimas horas de Isildur y de su muerte procede de una conjetura, pero está bien fundada. La leyenda en su forma cabal no se compuso hasta el reinado de Elessar en la Cuarta Edad, cuando se descubrieron otros datos. Hasta entonces se había sabido, primero, que Isildur tenía el Anillo y había huido hacia el Río; segundo, que su cota de malla, su yelmo, su escudo y su gran espada (pero nada más) se habían encontrado en la orilla no muy lejos de los Campos Gladios; tercero, que los Orcos habían dejado en la orilla occidental una guardia de arqueros para impedir que nadie escapara de la batalla y huyera al Río (porque se encontraron huellas de sus campamentos, uno cerca de los bordes de los Campos Gladios); y, cuarto, que Isildur y el Anillo, juntos o separadamente, debieron de haberse perdido en el Río, porque si Isildur hubiera alcanzado la orilla occidental portando el Anillo, habría esquivado la guardia, y un hombre tan intrépido y resistente no habría dejado de ir entonces a Lórien o Moria antes de sucumbir. Porque aunque era un largo viaje, cada uno de los Dúnedain llevaba en un bolsillo sellado que le colgaba del cinturón un pequeño frasco de cordial y unas hostias de pan de caminantes que lo habrían sostenido con vida durante muchos días. No eran en verdad el miruvor³⁰ o el lembas de los Eldar, aunque algo semejante, pues la medicina y las otras artes de Númenor continuaban floreciendo

³⁰ *Un frasco de miruvor, el «cordial de Imladris», le dio Elrond a Gandalf cuando la compañía se puso en camino desde Rivendel (La Comunidad del Anillo, II, 3).*

y no se habían olvidado. Entre las cosas que había dejado Isildur no había cinturones ni bolsos.

Mucho después, cuando la Tercera Edad del Mundo Élfico quedó atrás y la Guerra del Anillo se aproximaba, se le reveló al Concilio de Elrond que se había encontrado el Anillo, hundido cerca del borde de los Campos Gladios y junto a la orilla occidental; aunque no se descubrió nunca rastro alguno del cuerpo de Isildur. Tenían también conocimiento de que Saruman había llevado a cabo en secreto una búsqueda en la misma región; pero aunque no había encontrado el Anillo (que ya mucho antes había sido retirado de allí), no sabían si había descubierto alguna otra cosa.

Pero el Rey Elessar, cuando fue coronado en Gondor, inició la reorganización del reino, y una de sus primeras tareas fue la restauración de Orthanc, donde se proponía guardar otra vez la palantir recuperada de Saruman. Entonces se registraron todos los secretos de la torre. Se encontraron muchas cosas de valor, joyas y reliquias de familia de Eorl, hurtadas a Edoras por Lengua de Serpiente durante los años de decadencia del Rey Théoden, y otras cosas semejantes, más antiguas y bellas, recogidas en túmulos y tumbas de todas partes. Saruman, en su degradación, no se había convertido en un dragón, sino en una corneja. Por último, tras una puerta escondida que no podrían haber encontrado ni abierto si no hubiera contado Elessar con la ayuda de Gimli el Enano, se reveló un gabinete de acero. Quizá lo habían preparado para recibir el Anillo; pero estaba casi vacío. En el cofrecillo sobre un alto estante había dos cosas guardadas. Una era una cajita de oro sujeta a una fina cadena; estaba vacía y no tenía letra ni signo alguno, pero sin duda había guardado el Anillo en torno al cuello de Isildur. Junto a ella había un tesoro sin precio, largo tiempo lamentado como si se hubiera perdido para siempre: la misma Elendilmir, la blanca estrella de cristal élfico sobre una redecilla de mithril,³¹ que había pasado de Silmarién a Elendil, y que éste había escogido como la señal de la realeza del Reino del Norte.³² Cada rey y los capitanes que los habían seguido en Arnor habían llevado la Elendilmir, hasta el mismo Elessar; pero aunque era una joya de gran belleza, hecha por los orfebres élficos en Imladris para Valandil, hijo de Isildur, no tenía la antigüedad ni el poder de la que se había perdido cuando Isildur se internó en la oscuridad para no volver nunca más.

Elessar la cogió con reverencia, y cuando volvió al Norte y tuvo otra vez plena autoridad real sobre Arnor, Arwen se la ciñó en la frente y los hombres guardaron asombrado silencio al ver cómo resplandecía. Pero Elessar no quiso correr ningún riesgo y sólo la llevaba en días señalados en el Reino del Norte. Por

³¹ *Porque ese metal se encontraba en Númenor. [Nota del autor.] En «La Línea de Elros: reyes de Númenor» se dice que Tar-Telemmaitë, el decimoquinto Gobernante de Númenor, se llamó así (esto es, «mano de plata») por el amor que le profesaba a ese metal, «y ordenaba a sus sirvientes que buscaran mithril». Pero Gandalf dijo que el mithril se encontraba sólo en Moria de cuantos sitios hay en el mundo (La Comunidad del Anillo, II, 4).*

³² *Se dice en «Aldarion y Erendis» que «[Aldarion] vio que [Erendis] había engarzado la gema blanca en una redecilla de plata, como una estrella; y cuando ella se lo pidió, él se la sujetó en la frente». Por esta razón se la conoció como Tar-Elestirnë, la Señora de la Frente Estrellada; y «se dice que así empezó la costumbre de los Reyes y las Reinas de llevar en adelante como una estrella, una joya blanca, sobre la frente, y ninguna corona» (nota 18). Esta tradición no puede estar desvinculada de la de la Elendilmir, una gema en forma de estrella llevada en la frente como señal de realeza en Arnor; pero la Elendilmir original, como que pertenecía a Silmarién, estaba en Númenor (cualquiera que haya sido su origen) antes de que Aldarion llevara la joya de Erendis de la Tierra Media, y no puede ser la misma.*

otra parte, cuando vestido con sus galas reales llevaba la Elendilmir que había recibido en herencia, decía: —Y ésta también es cosa digna de ser reverenciada, y está por encima de mi mérito; cuarenta cabezas la han llevado antes que la mía.³³

Cuando las gentes reflexionaron más detenidamente sobre este tesoro secreto, se afligieron. Porque les pareció que estas cosas, y con seguridad la Elendilmir, no podían haberse encontrado a no ser que estuvieran en el cuerpo de Isildur cuando se hundió en el agua; pero si ello hubiera sucedido en aguas profundas de fuertes corrientes, éstas las habrían arrastrado con el tiempo hasta lugares muy lejanos. Por tanto, Isildur debió de haber caído no en la corriente profunda sino en aguas de la orilla, no más altas que un hombre. ¿Por qué, entonces, aunque había transcurrido una Edad, no se encontraron huellas de sus huesos? ¿Los habría encontrado Saruman y los habría deshonrado quemándolos en uno de sus hornos? Si así había sido, era un hecho vergonzoso; pero no el peor que hubiera cometido.

³³ *El verdadero número era treinta y ocho, pues la segunda Elendilmir había sido hecha para Valandil (cf. la nota 26 precedente). En «La Cuenta de los Años» en el Apéndice B de El Señor de los Anillos, en el epígrafe del año 16 de la Cuarta Edad (en el cómputo de la Comarca el año 1436) se afirma que cuando el Rey Elessar llegó al Puente de Brandivino para saludar a sus amigos, dio la Estrella de los Dúnedain al Señor Samlisto, y convirtió a su hija Elanor en doncella de honor de la Reina Arwen. Sobre la base de este documento el señor Robert Foster dice en The Complete Guide to Middle-earth: «La Estrella [de Elendil] fue llevada en la frente de los Reyes del Reino del Norte hasta que Elessar la dio a San Gamyi el año 16 de la Cuarta Edad». De este pasaje se desprende claramente que el Rey Elessar retuvo indefinidamente la Elendilmir hecha para Valandil; y en cualquier caso de ningún modo me parece posible que se la hubiera regalado al Alcalde de la Comarca, por grande que fuera la estima en que lo tuviera. La Elendilmir recibió múltiples nombres: la Estrella de Elendil, la Estrella del Norte, la Estrella del Reino del Norte; y la Estrella de los Dúnedain (que sólo se menciona en el citado epígrafe de «La Cuenta de los Años») se considera otra diferente tanto en la Guide de Robert Foster como en Tolkien Companion, de J.E.A. Tyler. No he encontrado otra referencia a ella; pero me parece del todo probable que no lo sea y que el Alcalde Samsagaz recibiera una distinción diferente (y más adecuada).*

APÉNDICE

MEDIDAS DE LONGITUD NÚMENÓREANAS

Una nota relacionada con el pasaje de «El desastre de los Campos Gladios» sobre las diferentes rutas desde Osgiliath a Imladris dice lo siguiente:

Las medidas de longitud se convierten con la mayor aproximación posible en medidas modernas. Se utiliza «legua» porque era la más larga medida de distancia: en el cálculo Númenóreano (que era decimal), cinco mil rangar (medida de un paso cabal) constituían un lár, aproximadamente tres de nuestras millas. Lár significaba «pausa», porque, salvo en las marchas forzadas, se hacía de ordinario un breve alto después de cubierta esa distancia [véase la nota 9 que precede]. El ranga númenóreano era algo más corto que nuestra yarda, aproximadamente treinta y ocho pulgadas, por ser mayor la estatura de aquellos seres. Por tanto, cinco mil rangar serían casi el equivalente exacto de 5280 yardas, nuestra «legua»: 5277 yardas, dos pies y cuatro pulgadas, suponiendo que la equivalencia sea exacta. Esto no puede determinarse, pues se basa en las longitudes dadas en las historias de varias cosas y distancias que pueden compararse con las de nuestro tiempo. Deben tenerse en cuenta tanto la gran estatura de los Númenóreanos (puesto que manos, pies, dedos y pasos están probablemente en el origen de los nombres de las unidades de longitud) como las variaciones respecto de los promedios o normas en el proceso de fijación y organización de un sistema de medidas utilizable en la vida cotidiana y a la vez para cálculos de precisión. Así, dos rangar se llamaban a veces «talla-de-hombre», que, a treinta y ocho pulgadas, da una talla promedio de seis pies y cuatro pulgadas; pero esto fue en una fecha posterior, cuando la talla de los Dúnedain parece haber disminuido, y no pretende tampoco ser una apreciación exacta de la talla promedio observada en los varones, sino una longitud aproximada, expresada en la bien conocida unidad ranga. (Se dijo a menudo que el ranga era la longitud del paso desde el talón postrero al dedo gordo delantero de un hombre adulto que camina de prisa pero con tranquilidad; un paso cabal «bien podría tener cerca de un ranga y medio».) Se dice, sin embargo, de los grandes hombres del pasado que medían más de una «talla-de-hombre». Elendil «superaba la talla-de-hombre en más de medio ranga»; pero se consideraba el más alto de los númenóreanos que escaparon de la Caída [y se lo conocía de hecho como Elendil el de la Alta Talla]. Los Eldar de los Días Antiguos eran también de elevada estatura. Se decía de Galadriel, «la más alta de las mujeres de los Eldar de que nos hablan las historias», que tenía talla-de-hombre, pero, se especifica «de acuerdo con las medidas de los Dúnedain y los hombres de antaño», con lo que se indica una altura de unos seis pies y cuatro pulgadas.

Los Rohirrim eran en general más bajos, pues sus antepasados lejanos se habían mezclado con hombres de constitución más ancha y pesada. Se dice que Éomer fue alto, de una altura semejante a la de Aragorn; pero él, como otros descendientes del Rey Thengel, superaban la talla media de Rohan, pues heredaban esta característica de Morwen, la esposa de Thengel, una señora de Gondor de alto linaje númenóreano.

Una nota al texto que precede añade cierta información acerca de Morwen a la que se da en El Señor de los Anillos [Apéndice A (II), «Los Reyes de la Marca»]:

Se la conocía como Morwen de Lossarnach, pues allí vivía. Su padre se había trasladado allí desde Belfalas por amor de sus valles florecientes; él era descendiente de un ex Príncipe de ese feudo y, por tanto, pariente del Príncipe Imrahil. Éste reconocía su parentesco, aunque distante, con Éomer de Rohan, y nació entre ellos una estrecha amistad. Éomer se casó con la hija de Imrahil [Lothíriel], y el hijo de ambos, Elfovino el Hermoso, tenía un sorprendente parecido con el padre de su madre.

Otra nota observa que Celeborn era «un Linda de Valinor» (eso es, uno de los Teleri que se llamaban a sí mismos Lindar, los Cantores) y que era considerado por ellos alto, como su nombre indica («plata alta»), aunque los Teleri en general eran de corpulencia y talla algo menores que las de los Noldor.

Ésta es la última versión de la historia del origen de Celeborn y de la significación de su nombre.

En otro sitio mi padre escribió acerca de la estatura de los Hobbits en relación con la de los númenóreanos, y del origen del nombre Medianos:

Las observaciones [acerca de la estatura de los Hobbits] en el Prólogo de El Señor de los Anillos son innecesariamente vagas y complicadas por causa de la inclusión de referencias a los sobrevivientes de la raza en tiempos posteriores; pero en lo que a El Señor de los Anillos concierne, pueden reducirse a lo siguiente: los Hobbits de la Comarca medían entre tres a cuatro pies, nunca menos y rara vez más. Por supuesto, ellos no se daban a sí mismos el nombre de Medianos; así los llamaban los númenóreanos. Evidentemente, la denominación se refería a su talla en comparación con la de ellos, y fue aproximadamente exacta cuando se la otorgaron. Se aplicó primero a los Pelosos, que fueron conocidos de los gobernantes de Arnor en el siglo xi [cf. el renglón del año 1050 en «La Cuenta de los Años»] y luego también a los Albos y a los Fuertes. Los Reinos del Norte y del Sur mantenían estrechas comunicaciones por entonces y, en verdad, también mucho después, y cada cual estaba perfectamente informado de todo lo que acaecía en la otra región, especialmente de la migración de los pueblos de toda especie. Así, aunque ningún «Mediano», que se sepa, había aparecido nunca en Gondor antes de Peregrino Tuk, la existencia de su pueblo en el reino de Arthedain era conocida en Gondor, y se les dio el nombre de Medianos o, en sindarin, perian. No bien se llamó la atención de Boromir sobre Frodo [en el Concilio de Elrond], lo reconoció como miembro de esta raza. Probablemente hasta entonces los había considerado criaturas de lo que nosotros llamaríamos cuentos de hadas o folklore. Parece evidente, por la recepción que tuvo Pippin en Gondor, que de hecho se recordaba allí a los «Medianos».

En otra versión de esta nota se dice más acerca de la disminución de la talla tanto de los Medianos como de los Númenóreanos:

La mengua de los Dúnedain no era una tendencia normal compartida por los pueblos cuya patria fuera la Tierra Media; sino una consecuencia de la pérdida de su vieja tierra en el lejano Oeste, la más cercana de todas las mortales al Reino Imperecedero. La mengua muy posterior de los hobbits debió de ser consecuencia de un cambio de estado y de estilo de vida; se convirtieron en gentes fugitivas y furtivas, obligadas (a medida que los Hombres, el Pueblo Grande, cada vez más numerosos, usurpaban las tierras más fértiles y habitables) a refugiarse en los bosques y los descampados: un pueblo errante y pobre, olvidado de sus artes, de individuos que vivían una vida precaria absorbidos por la búsqueda de alimentos y temerosos de ser vistos.

II

CIRION Y EORL Y LA AMISTAD DE GONDOR Y ROHAN

(i)

Los Hombres del Norte y los Aurigas

La Crónica de Cirion y Eorl¹ sólo empieza con el primer encuentro de Cirion, Senescal de Gondor, y Eorl, Señor de los Éothéod, después de terminada la Batalla del Campo de Celebrant y destruidos los invasores de Gondor. Pero hubo baladas y leyendas de la gran expedición de los Rohirrim desde el norte tanto en Rohan como en Gondor, de las cuales procede lo que se cuenta en Crónicas posteriores,² junto con muchas otras informaciones acerca de los Éothéod. Todo esto se pone aquí por escrito brevemente en forma de crónica.

Los Éothéod fueron conocidos por primera vez con ese nombre en los días del Rey Calimehtar de Gondor (que murió en el año 1936 de la Tercera Edad); eran en ese tiempo un pueblo pequeño que vivía en los Valles del Anduin entre Carroca y los Campos Gladios, en su mayoría sobre la orilla occidental del río. Eran un resto de los Hombres del Norte, que habían constituido anteriormente una confederación numerosa y poderosa de los pueblos que moraban en las vastas llanuras que se extienden entre el Bosque Negro y el Río Rápido, grandes criadores de caballos y jinetes renombrados por su habilidad y resistencia, aunque sus casas estaban en las orillas del Bosque, y especialmente en el Entrante Oriental, en gran parte abierto por ellos con la tala de árboles.³

Estos Hombres del Norte eran descendientes de la misma raza de los que en la Primera Edad pasaron al Oeste de la Tierra Media y fueron aliados de los Eldar

¹ No se ha conservado escrito alguno con ese título, pero sin duda la narración que se ofrece en esta sección («Cirion y Eorl y la amistad de Gondor y Roban») forma parte de él.

² Como el Libro de los Reyes. [Nota del autor.] Se dice de esta obra en el pasaje con que se inicia el Apéndice A de El Señor de los Anillos que (junto con El Libro de los Senescales y la Akallabêth) estaba entre los documentos de Gondor que el Rey Elessar reveló a Frodo y Peregrin; pero en la edición revisada la mención se eliminó.

³ El Entrante del Este, en ningún otro sitio mencionado, era la gran zona desarbolada abierta en el borde oriental del Bosque Negro que se ve en el mapa de El Señor de los Anillos.

en las guerras contra Morgoth.⁴ Eran por tanto desde tiempos remotos parientes de los Dúnedain o Númenóreanos, y hubo estrecha amistad entre ellos y el pueblo de Gondor. Constituían en realidad un baluarte de Gondor que defendía las fronteras septentrionales y orientales de la invasión; aunque los Reyes no se dieron plena cuenta hasta que este baluarte se debilitó y fue finalmente destruido. La decadencia de los Hombres del Norte de Rhovanion empezó con la Gran Peste, que apareció allí durante el invierno del año 1635 y pronto se diseminó por Gondor. En Gondor la mortandad fue grande, especialmente entre los que vivían en las ciudades. Fue más grande en Rhovanion, pues aunque sus gentes vivían casi en su totalidad al aire libre y no tenían grandes ciudades, la Peste llegó en un crudo invierno en que los caballos y los hombres tuvieron que refugiarse bajo techo y las casas de madera y los establos estaban atestados; además, eran poco hábiles en las artes de la curación y la medicina, de las que mucho se conocía todavía en Gondor, preservadas de la sabiduría de Númenor. Cuando la Peste cesó, se dice que más de la mitad de la entera población de Rhovanion había muerto, y también la mitad de sus caballos.

Fueron lentos en recuperarse; pero nadie puso a prueba esta debilidad, durante un largo período. Sin duda los pueblos del Este habían sido igualmente afectados, de modo que los enemigos de Gondor provenían sobre todo del sur o de ultramar. Pero cuando empezaron las invasiones de los Aurigas e involucraron a Gondor en guerras que se prolongaron durante casi cien años, los Hombres del Norte tuvieron que soportar el peso de los primeros ataques. El Rey Narmacil II condujo a un gran ejército hacia el norte, a las llanuras que se extienden al sur del Bosque Negro, y entre los dispersos Hombres del Norte reunió a todos los sobrevivientes que pudo encontrar; pero fue derrotado, y él mismo cayó en la batalla. Los restos de su ejército se retiraron por la Dagorlad a Ithilien, y Gondor abandonó todas las tierras al este del Anduin, salvo Ithilien.⁵

En cuanto a los Hombres del Norte, unos pocos, se dice, huyeron cruzando el Celduin (Río Rápido) y se mezclaron con el pueblo del Valle, bajo Erebor (de quienes eran parientes), algunos se refugiaron en Gondor, y otros fueron reunidos por Marhwini, hijo de Marhari (que cayó en la acción de retaguardia después de la Batalla de los Llanos).⁶ Dirigiéndose hacia el norte entre el Bosque Negro y el

⁴ *Los Hombres del Norte parecen haber estado muy estrechamente emparentados con el tercer pueblo, el más grande, de los Amigos de los Elfos, regido por la Casa de Hador. [Nota del autor.]*

⁵ *El impedimento de que el ejército de Gondor fuera totalmente destruido fue en parte consecuencia del coraje y la fidelidad de los jinetes de los Hombres del Norte conducidos por Marhari (descendiente de Vidugavia «Rey de Rhovanion»), que actuaron en la retaguardia. Pero las fuerzas de Gondor habían hecho tales estragos entre los Aurigas, que éstos no contaban con fuerzas bastantes como para apresurar la invasión en tanto no recibieran refuerzos del Este, y por el momento se contentaron con acabar la conquista de Rhovanion. [Nota del autor.] Se dice en el Apéndice A (I, iv) de El Señor de los Anillos que Vidugavia, que se llamaba a sí mismo Rey de Rhovanion, era el más poderoso de los príncipes de los Hombres del Norte; fue honrado por Rómendacil II, Rey de Gondor (muerto en 1366), a quien había ayudado en la guerra contra los Hombres del Este, y el matrimonio de Valacar, hijo de Rómendacil, con Vidumavi, hija de Vidugavia, tuvo por efecto la destructiva Lucha entre Parientes en Gondor en el siglo xv.*

⁶ *Es un hecho interesante, según creo no mencionado nunca en ninguno de los escritos de mi padre, que los nombres de los primeros reyes y príncipes de los Hombres del Norte y los Éothéod tienen forma gótica, no inglesa antigua (anglosajona) como en el caso de Léod, Eorl y los Rohirrim posteriores. La escritura de Vidugavia ha sido latinizada y representa el nombre gótico Widugauja («habitante del bosque»), perfectamente registrado, al igual que Vidumavi por el gótico Widumawi («doncella del bosque»). Marhwini y Marhari contienen la palabra gótica marh, «caballo», que corresponde al inglés antiguo mearh, plural mearas, la palabra utilizada en El Señor de los Anillos*

Anduin, se asentaron en los Valles del Anduin, donde se les unieron muchos fugitivos que venían del Bosque. Éste fue el origen de los Éothéod,⁷ aunque nada se supo de ellos en Gondor por muchos años. La mayor parte de los Hombres del Norte habían sido reducidos a la servidumbre, y todas sus viejas tierras quedaron ocupadas por los Aurigas.⁸

Pero por fin, el Rey Calimehtar, hijo de Narmacil II, libre de otros peligros,⁹ decidió vengar la derrota de la Batalla de los Llanos. Le llegaron mensajeros de Marhwini que le advirtieron que los Aurigas se proponían atacar Calenardhon cruzando los Codos;¹⁰ pero dijeron también que estaba preparándose una rebelión de los Hombres del Norte sometidos a esclavitud, y que estallaría si los Aurigas hacían la guerra. Calimehtar, por tanto, partió en cuanto pudo con un ejército de Ithilien, cuidando de que su movimiento fuera perfectamente advertido por el enemigo. Los Aurigas avanzaron con toda la fuerza de que disponían, y Calimehtar cedió ante ellos alejándolos de sus casas. Por fin la batalla se libró en la Dagorlad y el resultado estuvo largo tiempo indeciso. Pero en el momento crítico, los jinetes que Calimehtar había enviado a los Codos (que el enemigo había dejado sin custodia) se juntaron en una gran éord¹¹ conducida por Marhwini y atacaron a los Aurigas por el flanco y la retaguardia.

La victoria de Gondor fue abrumadora, aunque en aquel momento no decisiva. Cuando los enemigos, quebrantados, huyeron desordenadamente hacia el norte, hacia sus casas, Calimehtar decidió atinadamente que no los perseguiría. Habían dejado casi la tercera parte de sus huestes muertas en la Dagorlad, para que se pudrieran entre los huesos de otras más nobles batallas del pasado. Pero los jinetes de Marhwini hostilizaron a los fugitivos y les infligieron muchas bajas mientras escapaban en desorden por las llanuras. Al fin los jinetes divisaron a lo lejos el Bosque Negro. Allí dejaron a los Aurigas, mofándose: —¡Huid hacia el este

para designar a los caballos de Rohan; wini, «amigo», corresponde al inglés antiguo winë, que aparece en los nombres de varios de los Reyes de la Marca. Dado que, como se explica en el Apéndice F (II), a la lengua de Rohan se le dio semejanza con el inglés antiguo, a los nombres de los antecesores de los Rohirrim se les ha dado la forma de la lengua germánica más antigua de que se tiene noticia.

⁷ *Ésta es la forma que adoptó el nombre posteriormente. [Nota del autor.] Esto es, en inglés antiguo, «pueblo de los caballos»; véase nota 36.*

⁸ *La narración precedente no contradice lo que se cuenta en el Apéndice A (I, iv, y II) de El Señor de los Anillos, aunque es mucho más breve. Nada se dice aquí de la guerra librada contra los Hombres del Este en el siglo XIII por Minalcar (que adoptó el nombre de Rómendacil II), de la inclusión de muchos Hombres del Norte en los ejércitos de Gondor por ese rey o del matrimonio de su hijo Valacar con una princesa de los Hombres del Norte y la Lucha entre Parientes de Gondor que fue su consecuencia; pero añade ciertos rasgos no mencionados en El Señor de los Anillos: que la decadencia de los Hombres del Norte de Rhovanion fue consecuencia de la Gran Peste; que la batalla en la que el Rey Narmacil II fue muerto en el año 1856, que, según se dice en el Apéndice A, se libró «más allá del Anduin», tuvo lugar en las extensas tierras al sur del Bosque Negro y se conoció como la Batalla de los Llanos, y que su gran ejército se salvó de ser totalmente aniquilado por los Aurigas gracias a la defensa de retaguardia de Marhari, descendiente de Vidugavia. Queda también aquí en claro que fue después de la Batalla de los Llanos cuando los Éothéod, un resto de los Hombres del Norte, convirtiéronse en un pueblo distinto que vivía en los Valles del Anduin entre Carraca y los Campos Gladios.*

⁹ *Su abuelo Telumehtar había conquistado Umbar y quebrantado el poderío de los Corsarios, y los pueblos de Harad en este período estaban empeñados en sus propias guerras y disputas. [Nota del autor.] La toma del Umbar por Telumehtar Umbardacil se produjo en el año 1810.*

¹⁰ *Los grandes Codos hacia el oeste del Anduin al este del Bosque de Fangorn; véase la primera mención en el Apéndice C de «La historia de Galadriel y Celeborn».*

¹¹ *Sobre la palabra éored, véase nota 36.*

y no hacia el norte, pueblo de Sauron! ¡Mirad! ¡Las casas que robasteis están todas en llamas! —En efecto, se alzaba una gran humareda en la lejanía.

La rebelión planeada y ayudada por Marhwini había efectivamente estallado; los esclavos se habían alzado incitados por los proscritos que salían desesperados del Bosque, y juntos habían logrado incendiar muchas casas de los Aurigas, y sus almacenes, y los campamentos fortificados donde guardaban los carros. Pero la mayor parte de ellos habían muerto en el intento; porque estaban mal armados y el enemigo no había dejado sus casas indefensas: los niños y los ancianos recibieron la ayuda de las mujeres más jóvenes, que en ese pueblo estaban también ejercitadas en las armas, y lucharon fieramente en defensa de sus hogares y de sus hijos. Así, al final, Marhwini fue obligado a retirarse de nuevo a su tierra junto al Anduin, y los Hombres del Norte nunca regresaron a sus antiguos hogares. Calimehtar se retiró a Gondor, que gozó por un tiempo (desde 1899 a 1944) de un respiro en la guerra, antes del gran ataque en que la dinastía de los reyes de Gondor se acercó a su término.

No obstante, la alianza entre Calimehtar y Marhwini no había sido en vano. Si bien la fuerza de los Aurigas de Rhovanion no había sido quebrantada, el ataque se habría producido antes y con mucha mayor fuerza, y el reino de Gondor podría haber sido destruido. Pero el efecto principal de esa alianza se revelaría en un futuro que nadie podía prever entonces: las dos grandes expediciones de los Rohirrim que acudieron a salvar a Gondor, la llegada de Eorl al Campo de Celebrant y los cuernos del Rey Théoden en las Pelennor, sin los cuales el retorno del Rey habría sido en vano.¹²

Entretanto, los Aurigas se lamían las heridas y planeaban el momento de la venganza. Más allá del alcance de las armas de Gondor, en tierras al este del Mar de Rhûn desde donde no llegaban nuevas a los Reyes, el pueblo de los Aurigas se extendió y multiplicó, ansioso de conquistas y botines, e inflamado de odio por Gondor, que se le interponía en el camino. Transcurrió mucho tiempo, sin embargo, antes de que se pusieran en movimiento. Por una parte, temían el poder de Gondor, y como nada sabían de lo que pasaba al oeste del Anduin, suponían que el Reino era más grande y populoso de lo que era en realidad por aquel entonces. Por otra parte, los Aurigas del este habían estado expandiéndose hacia el sur, más allá de Mordor, y estaban en conflicto con los pueblos de Khand y sus vecinos del sur. Por fin se acordó una paz y una alianza entre estos enemigos de Gondor, y se preparó un ataque simultáneo desde el norte y el sur.

Poco o nada, claro está, se sabía de estos designios y movimientos en Gondor. Lo que aquí se dice lo dedujeron mucho después los historiadores, que llegaron también a comprender con claridad que el odio hacia Gondor y la alianza de sus enemigos en acción concertada (para la cual ellos mismos no tenían el tino ni la voluntad suficientes) habían sido consecuencia de las maquinaciones de Sauron. Forthwini, hijo de Marhwini, advirtió en verdad al Rey Ondoher (que sucedió a su padre Calimehtar en el año 1936) que los Aurigas de Rhovanion se estaban reponiendo de su debilidad y su temor, y que sospechaba que estaban recibiendo refuerzos desde el Este, pues lo inquietaban mucho las incursiones llevadas a cabo

¹² *Esta historia está mucho más acabada que la crónica resumida que se da de ella en el Apéndice A (I, iv) de El Señor de los Anillos: «Calimehtar, hijo de Narmacil II, ayudado por una rebelión en Rhovanion, vengó a su padre con una gran victoria sobre los Orientales en Dagorlad en 1899, y por algún tiempo el peligro quedó eliminado».*

en los territorios meridionales, y que venían río arriba o a través de los Estrechos del Bosque.¹³ Mientras tanto Gondor no podía hacer otra cosa que tratar de reunir e instruir un ejército de suficiente envergadura. Así, cuando el ataque se produjo finalmente, no sorprendió a Gondor desprevenido, aunque no disponía de todas las fuerzas que hubiera necesitado.

Ondoher sabía que sus enemigos del sur estaban preparándose para la guerra, y tuvo el tino de dividir sus fuerzas destinando un ejército al norte y otro al sur. Este último era más pequeño, porque el peligro allí se estimaba menor.¹⁴ Estaba al mando de Eärnil, miembro de la Casa Real, pues era descendiente del Rey Telumehtar, padre de Narmacil II. La base se encontraba en Pelargir. El ejército del norte estaba al mando del mismo Rey Ondoher. Ésta había sido siempre la costumbre en Gondor, que el Rey, si así lo quería, estuviera al mando del ejército en una batalla importante, con tal de que un heredero con derecho indiscutible al trono estuviera dispuesto para sustituirlo. Ondoher provenía de un linaje guerrero, y era amado y estimado de sus soldados, y tenía dos hijos, ambos en edad de portar armas: Artamir era unos tres años mayor que Faramir.

La noticia de la aproximación del enemigo llegó a Pelargir el noveno día de Cermië del año 1944. Eärnil ya había adoptado medidas: había cruzado el Anduin con la mitad de sus fuerzas, y dejando indefensos intencionadamente los Vados de Poros, acampó a unas cuarenta millas al norte, en Ithilien del Sur. El Rey Ondoher se había propuesto conducir a su ejército hacia el norte a través de Ithilien y desplegarlo por la Dagorlad, terreno de malos augurios para los enemigos de Gondor. (En ese tiempo los fuertes sobre la línea del Anduin, al norte de Sarn Gebir, que había construido Narmacil I, estaban todavía en buen estado y contaban con hombres suficientes como para impedir cualquier intento enemigo de cruzar el río por los Bajos.) Pero la noticia del ataque del norte no le llegó a Ondoher hasta la mañana del duodécimo día de Cermië, ya cuando se acercaba el enemigo, mientras el ejército de Gondor se trasladaba lentamente, pues Ondoher no había recibido hasta entonces ningún aviso, y la vanguardia no había llegado todavía a las Puertas de Mordor. La fuerza principal iba por delante con el Rey y su Custodia, seguida por los soldados del Ala Derecha y el Ala Izquierda que ocuparían sus lugares después de dejar atrás Ithilien y al aproximarse a la Dagorlad. Esperaban allí que el ataque llegara del norte o el nordeste, como había ocurrido antes en la Batalla de los Llanos y en ocasión de la victoria de Calimehtar en la Dagorlad.

Pero no fue así. Los Aurigas habían reunido una gran hueste en las costas meridionales del mar mediterráneo de Rhûn, fortalecida por gentes de Rhovanion, emparentadas con ellos, y por los nuevos aliados de Khand. Cuando todo estuvo pronto, se pusieron en camino hacia Gondor desde el este, trasladándose de prisa a lo largo de la línea de las Ered Lithui, donde se los descubrió demasiado tarde. Así fue que cuando la delantera del ejército de Gondor sólo había llegado a las Puertas de Mordor (las Morannon), una gran polvareda llevada por un viento del Este

¹³ *Los Estrechos del Bosque deben de ser la estrecha «cintura» del Bosque Negro provocada por la apertura del Entrante del Este (véase nota 3).*

¹⁴ *Con acierto. Porque un ataque que se produjera desde el Cercano Harad —a no ser que recibiera ayuda de Umbar, imposible en ese tiempo— podía ser resistido y contenido con mayor facilidad. No podría atravesar el Anduin y, al dirigirse al norte, tendría que pasar por un terreno estrecho entre el río y las montañas. [Nota del autor.]*

anunció la llegada de la vanguardia del enemigo.¹⁵ Ésta se componía no sólo de los carros de guerra de los Aurigas, sino también de una fuerza de caballería mucho mayor de lo esperado. Ondoher sólo tuvo tiempo de volverse y hacer frente al ataque con su flanco derecho cerca de las Morannon, y enviar la orden a Minohtar. Capitán del Ala Izquierda en la retaguardia, de que cubriera el flanco izquierdo tan de prisa como le fuera posible, cuando los carros y los jinetes chocaron con los desordenados defensores. De la confusión del desastre que siguió, pocas noticias claras llegaron alguna vez a Gondor.

Ondoher no estaba en absoluto preparado para salir al encuentro de una carga de jinetes y carros de gran peso. Acompañado por la Custodia y llevando el estandarte había ascendido de prisa a una pequeña loma, pero esto de nada sirvió.¹⁶ Lo más pesado de la carga se dirigió contra su estandarte, que le fue arrebatado; la Custodia fue casi por completo aniquilada, y él mismo fue muerto junto a su hijo Artamir. Los cuerpos nunca se recuperaron. El ataque del enemigo pasó sobre ellos y a ambos lados de la loma, y penetró profundamente entre las filas desordenadas de Gondor, haciéndolas retroceder sobre los que estaban detrás en medio de una gran confusión y dispersando y persiguiendo a muchos otros hasta la Ciénaga de los Muertos.

Minohtar tomó el mando. Era un hombre a la vez valiente y diestro en la guerra. El primer furor del ataque se había extinguido felizmente, y las pérdidas no eran tantas como el enemigo había esperado. La caballería y los carros se habían retirado, porque se aproximaba el grueso de las fuerzas de los Aurigas. En el tiempo de que dispuso Minohtar, levantando su propio estandarte, reunió a los hombres restantes del Centro y a los suyos propios que estaban allí. Inmediatamente envió mensajeros a Adrahil de Dol Amroth,¹⁷ el Capitán del Ala Izquierda, ordenándole que se retirara rápidamente, tanto con los que tenía a su mando, como con la retaguardia del Ala Derecha que no había entrado todavía en acción. Con esas fuerzas debía ocupar una posición defensiva entre Cair Andros (que contaba con hombres) y las montañas de Ephel Dúath, donde a causa de una curva del Anduin hacia el este, el terreno era muy estrecho, y cubrir tanto tiempo como le fuera posible los accesos a Minas Tirith. Minohtar, por su parte, para dar tiempo a esta retirada, recompondría la retaguardia e intentaría impedir el avance enemigo. Adrahil debía enviar sin dilación mensajeros que informaran a Eärnil, si

¹⁵ *En una nota aislada relacionada con el texto se observa que en este período las Morannon estaban todavía dominadas por Gondor, y las dos Torres de Vigilancia que se levantaban al este y al oeste de ellas (las Torres de los Dientes) contaban todavía con guardianes. El camino que atravesaba Ithilien estaba en perfecto estado hasta las Morannon; y allí se encontraba con un camino que iba hacia el norte a la Dagorlad, y con otro hacia el este a lo largo de la línea de Ered Lithui. [Ninguno de esos dos caminos está señalado en los mapas de El Señor de los Anillos.] El camino hacia el este llegaba a un punto situado al norte de Barad-dûr; nunca se acabó de construir, ni siquiera más adelante, y lo que de él había, hacía ya mucho que estaba descuidado. No obstante, sus primeras cincuenta millas, cuya construcción otrora se había completado, facilitaron mucho el acercamiento de los Aurigas.*

¹⁶ *Los historiadores conjeturaron que se trataba de la misma colina en cuya cima el Rey Elessar estableció su puesto de mando en la última batalla contra Sauron con que termina la Tercera Edad. Pero de ser así, no era todavía más que una loma natural que no constituía un gran obstáculo para los jinetes y no había sido reforzada todavía su altura por obra de los Orcos. [Nota del autor.] Los pasajes de El Retorno del Rey (V, 10) aquí aludidos dicen que «Aragorn ordenó el ejército del mejor modo posible, en dos grandes colinas de piedra y tierra que los Orcos habían amontonado en años y años de labor» y que Aragorn con Gandalf estaban en una de ellas, mientras que los estandartes de Rohan y Dol Amroth se izaron en la otra.*

¹⁷ *Sobre la presencia de Adrahil de Dol Amroth, véase nota 39.*

les era posible encontrarlo, del desastre de las Morannon y de la posición del ejército del norte en retirada.

Cuando el grueso del ejército de los Aurigas avanzó con intención de ataque, eran las dos de la tarde, y Minohtar había hecho retirar su línea al extremo del gran Camino del Norte de Ithilien, a media milla del punto en que doblaba al este hacia las Torres de Vigilancia de las Morannon. El triunfo inicial de los Aurigas fue el comienzo de su ruina. Ignorando el número y la disposición del ejército de defensa, habían lanzado un primer ataque demasiado pronto, antes de que la mayor parte de ese ejército hubiera abandonado la estrecha tierra de Ithilien, y el éxito de la carga de los carros y la caballería había resultado más rápido y abrumador de lo esperado. El ataque fundamental se retardó demasiado entonces, y ya no pudieron valerse con plena eficacia de la superioridad numérica de acuerdo con la táctica que habían adoptado, pues estaban más acostumbrados a guerrear en campo abierto. Bien es posible suponer que, estimulados por la caída del Rey y la desordenada huida de una gran parte del Centro opositor, creyeran haber vencido ya a las fuerzas defensivas, y que su propio ejército no tenía más que invadir y ocupar Gondor. Si era así, estaban engañados.

Los Aurigas avanzaron con escaso orden, todavía exultantes y cantando cantos de victoria, sin ver aún signos de defensa alguna que les saliera al encuentro, hasta que descubrieron que el camino a Gondor doblaba al sur hacia una estrecha arboleda bajo la oscura sombra del Ephel Dúath, donde un ejército sólo podía marchar o cabalgar ordenadamente por una larga ruta. Ante ellos avanzaba por una profunda hendedura...

Aquí el texto queda abruptamente interrumpido, y las notas y borradores para una posible continuación son en su mayor parte ilegibles. Es posible concluir, sin embargo, que los hombres de Éothéod lucharon junto con Ondoher; y también que se le ordenó al segundo hijo de Ondoher, Faramir, que permaneciera en Minas Tirith como regente, pues la ley no permitía que sus dos hijos intervinieran en la batalla al mismo tiempo (algo similar se dice antes en la narración). Pero Faramir no lo hizo; fue a la guerra disfrazado y allí lo mataron. La escritura es aquí casi imposible de descifrar, pero parece que Faramir se unió a los Éothéod y fue atrapado con un grupo de ellos mientras retrocedían hacia la Ciénaga de los Muertos. El jefe de los Éothéod (cuyo nombre es indescifrable después del primer elemento Marh-) acudió a rescatarlos, pero Faramir murió en sus brazos, y sólo cuando le registró el cuerpo descubrió señales que indicaban que se trataba del Príncipe. El jefe de los Éothéod fue entonces a reunirse en el extremo del Camino del Norte, en Ithilien, con Minohtar, quien, en ese preciso momento, daba órdenes de que se llevara un mensaje al Príncipe en Minas Tirith, en el que se le comunicaba que era ahora Rey. Fue entonces cuando el jefe de los Éothéod le dio la noticia de que el Príncipe había ido disfrazado a la batalla y allí había muerto.

La presencia de los Éothéod y el papel que representa su jefe pueden explicar que en esta narración, que constituye ostensiblemente una crónica del comienzo de la amistad entre Gondor y los Rohirrim, se incluyera esta elaborada historia de la batalla del ejército de Gondor con los Aurigas.

El pasaje final del texto conservado da la impresión de que la exaltación y el júbilo del ejército de los Aurigas, mientras descendían por el camino a la profunda hendedura, duraría muy poco, pero las notas finales muestran que no iban a ser contenidos durante mucho tiempo por la defensa de retaguardia de Minohtar. «Los Aurigas penetraron implacablemente en Ithilien» y «al atardecer del

decimotercer día de Cermië aplastaron a Minohtar», que fue muerto por una flecha. Se dice aquí que éste era hijo de la hermana del Rey Ondoher. «Sus hombres lo retiraron de la refriega y lo que quedaba de la retaguardia huyó hacia el sur a reunirse con Adrahil.» El comandante principal de los Aurigas ordenó entonces detener el avance y celebró una fiesta. Nada más puede descifrarse; pero una breve crónica que figura en el Apéndice A de El Señor de los Anillos cuenta cómo Eärnil vino del sur y los obligó a retirarse en desorden:

En 1944 el Rey Ondoher y sus dos hijos Artamir y Faramir cayeron en la batalla al norte de las Morannon, y el enemigo penetró en Ithilien. Pero Eärnil, Capitán del Ejército del Sur, obtuvo una gran victoria en Ithilien del Sur y destruyó al ejército de Harad que había cruzado el Río Poros. Yendo de prisa hacia el norte, reunió a todos los que pudo del Ejército del Norte en retirada y avanzó sobre el principal campamento de los Aurigas mientras éstos estaban entregados a la diversión y a la juerga creyendo que Gondor había sido vencida y que nada quedaba por hacer, excepto recoger el botín. Eärnil irrumpió entonces en el campamento y puso fuego a los carros, y expulsó de Ithilien al enemigo, que huyó en desbandada. Gran parte de los que escaparon delante de él, perecieron en la Ciénaga de los Muertos.

En «La Cuenta de los Años» la victoria de Eärnil recibe el nombre de la Batalla del Campamento. Después de la muerte de Ondoher y sus dos hijos en las Morannon, Arvedui, último rey del reino del norte, reclamó la corona de Gondor; pero no fue escuchado, y en el año que siguió a la Batalla del Campamento, Eärnil recibió la corona. Su hijo fue Eärnur, que murió en Minas Morgul después de aceptar el reto del Señor de los Nazgûl, y fue el último de los Reyes del reino del sur.

(ii)

La expedición de Eorl

Mientras los Éothéod vivían todavía en su vieja patria,¹⁸ eran conocidos en Gondor como un pueblo en el que se podía confiar, y recibían noticias de todo cuanto pasaba en esa región. Eran un resto de los Hombres del Norte, considerados parientes en remotos tiempos de los Dúnedain, y en los días de los grandes Reyes habían sido sus aliados y habían contribuido con su sangre al bienestar del pueblo de Gondor. No pasó, pues, inadvertido en Gondor que los Éothéod se trasladaran al Norte lejano en los días de Eärnil II, el penúltimo Rey del reino del sur.¹⁹

¹⁸ *Su antigua patria: en los Valles del Anduin entre la Carroca y los Campos Gladios.*

¹⁹ *En el Apéndice A (II) de El Señor de los Anillos se explica la causa de la emigración al norte de los Eothéod: «[Los antepasados de Eorl] amaban sobre todo las llanuras y eran aficionados a los caballos y a todo cuanto se relacionaba con cabalgatas; pero había muchos hombres en los valles centrales del Anduin en aquellos días y, además, la sombra de Dol Guldur estaba alargándose, de modo que cuando supieron de la derrota del Rey Brujo [en el año 1975], buscaron otras tierras en el Norte, y*

La nueva tierra de los Éothéod estaba al norte del Bosque Negro, entre las Montañas Nubladas al oeste y el Río del Bosque al este. Hacia el sur se extendía hasta la confluencia de los dos cortos ríos que ellos llamaron Grislin y Fuente Lejana. Grislin nacía en Ered Mithrin, las Montañas Grises, pero descendía de las Montañas Nubladas, y llevaba ese nombre porque era allí donde nacía el Anduin, que, a partir de su unión con el Grislin, llamaban Anegación Lejana.²⁰

Todavía había intercambio de mensajeros entre Gondor y los Éothéod después de que éstos hubieran partido; pero había unas cuatrocientas cincuenta de nuestras millas entre la confluencia del Grislin y el Fuente Lejana (donde se encontraba su único burgo fortificado) y la del Limclaro y el Anduin en línea directa a vuelo de pájaro, y mucho más para los que viajaban por tierra; y de igual modo había unas ochocientas millas hasta Minas Tirith.

La crónica de Cirion y Eorl no informa de acontecimiento alguno antes de la Batalla del Campo de Celebrant; pero a partir de otras fuentes puede suponerse lo siguiente.

Las extensas tierras al sur del Bosque Negro, desde las Tierras Pardas hasta el Mar de Rhûn, que no ofrecían obstáculo a los invasores venidos del Este hasta llegar al Anduin, era motivo de preocupación e inquietud para los gobernantes de Gondor. Pero durante la Paz Vigilada,²¹ los fuertes a lo largo del Anduin, especialmente los de la orilla occidental de los Codos, habían quedado abandonados y descuidados.²² Al cabo de ese tiempo, Gondor fue atacada a la vez por Orcos no lejos de Mordor (que durante mucho tiempo no se había vigilado) y por los Corsarios de Umbar, y no se tenían hombres ni hubo oportunidad para apostar gente armada a lo largo de la línea del Anduin al norte de Eryn Muil.

Cirion se convirtió en Senescal de Gondor en el año 2489. La amenaza del Norte le preocupaba de continuo y reflexionaba sin cesar sobre cómo prevenir la invasión desde esa región a medida que las fuerzas de Gondor disminuían. Instaló a unos pocos hombres en los viejos fuertes para que vigilaran los Codos y envió exploradores y espías a las tierras que se extendían entre el Bosque Negro y Dagorlad. No tardó así en enterarse de que nuevos y peligrosos enemigos venidos del Este se estaban infiltrando sin pausa desde más allá del Mar de Rhûn. A los Hombres del Norte supervivientes, amigos de Gondor que todavía vivían al este del Bosque Negro, los mataban y los rechazaban hacia el Norte, a lo largo del Río Rápido, y hacia el Bosque.²³ Pero nada podía hacer para ayudarlos, y se hizo más y más peligroso recoger noticias; fueron demasiados los exploradores suyos que no volvieron nunca.

Así fue que solamente cuando hubo transcurrido el año 2509 se enteró Cirion de que se preparaba un gran movimiento contra Gondor: huestes de hombres se

expulsaron al resto del pueblo de Angmar al lado oriental de las Montañas. Pero en los días de Léod, padre de Eorl, habían llegado a ser un pueblo numeroso y se sentían otra vez algo bastante apretados en la tierra natal». El conductor de la emigración de los Eothéod se llamaba Frumgar; y la fecha que se da en «La Cuenta de los Años» es 1977.

²⁰ Estos ríos, sin nombre, aparecen señalados en el mapa de El Señor de los Anillos. El Grislin aparece allí con dos afluentes.

²¹ La Paz Vigilada duró desde el año 2063 hasta el 2460, mientras Sauron estuvo ausente de Dol Guldur.

²² Para los fuertes a lo largo del Anduin, véase «Cirion y Eorl y la amistad de Gondor y Roban», y para los Vados, «La historia de Galadriel y Celeborn».

²³ En un pasaje anterior de este texto, se tiene la impresión de que no quedaban Hombres del Norte en las tierras al este del Bosque Negro después de la victoria obtenida por Calimehtar sobre los Aurigas en la Dagorlad en el año 1899.

reunían a lo largo de las lindes meridionales del Bosque Negro. Contaban sólo con armas rudimentarias y no disponían de muchos caballos para cabalgar, pues los utilizaban sobre todo como animales de tiro por tener muchos grandes carros al igual que los Aurigas (con quienes sin duda estaban emparentados) que atacaron a Gondor durante los últimos días de los Reyes. Pero lo que les faltaba en pertrechos de guerra lo compensaban en número, en la medida en que puede conjeturarse.

Enfrentado con este peligro, Cirion, desesperado, finalmente pensó en los Éothéod y decidió enviarles mensajeros. Pero tendrían que atravesar Calenardhon y cruzar los Codos y luego recorrer tierras ya vigiladas y patrulladas por los Balchoth²⁴ antes de llegar a los Valles del Anduin. Esto significaría una cabalgada de unas cuatrocientas cincuenta millas hasta los Codos, y más de quinientas desde allí hasta los Éothéod, y desde los Codos se verían forzados a ir cautelosos y sobre todo de noche hasta dejar atrás la sombra de Dol Guldur. Cirion tenía escasas esperanzas de que alguno pudiera hacerlo. Convocó voluntarios, y escogiendo a seis jinetes de gran valentía y resistencia, los envió por pares y con un día de intervalo entre ellos. Cada cual llevaba un mensaje aprendido de memoria y también una pequeña piedra con la inscripción del sello de los Senescales,²⁵ para que los diera al Señor de los Éothéod en persona si lograba llegar a esa tierra. Él mensaje estaba dirigido a Eorl, hijo de Léod, porque Cirion sabía que había sucedido a su padre unos años antes, cuando no era sino un joven de dieciséis, y aunque ahora no contaba sino con veinticinco, era alabado en todas las nuevas que llegaban a Gondor como hombre de gran valentía y con una sabiduría propia de una edad más avanzada. No obstante, Cirion tenía pocas esperanzas de que aun cuando el mensaje le llegara, tendría éste respuesta. Sólo la vieja amistad que unía a los Éothéod con Gondor lo decidiría a acudir desde tan lejos con las fuerzas de que pudiera disponer. Las nuevas de que los Balchoth estaban destruyendo a los últimos miembros de su linaje en el sur, si no las conocía ya, podrían dar peso a su llamada, si los mismos Éothéod no estaban amenazados de ataque. Cirion no dijo nada más,²⁶ y ordenó al ejército con que contaba que hiciera frente a la tormenta. Reunió las mayores fuerzas que pudo, y poniéndose él mismo al mando, se aprontó a conducir las hacia el norte, a Calenardhon, lo más de prisa posible. Dejó al mando a Hallas, su hijo, en Minas Tirith.

El primer par de mensajeros partió el décimo día de Súlimë; y uno de esos dos, entre todos los seis, logró llegar ante los Éothéod. Era Borondir, un gran jinete perteneciente a una familia que se decía descendiente de un capitán de los Hombres del Norte al servicio de los Reyes de antaño.²⁷ De los otros nunca se supo nada, salvo del compañero de Borondir. Fue muerto a flechazos en una emboscada

²⁴ Así se llamaba a este pueblo en Gondor: una palabra mixta del lenguaje popular, del oestron *balc*, «horrible», y el *sindarin* *hoth*, «horda», aplicada a pueblos como el de los Orcos. [Nota del autor.] Véase la voz *hoth* en el Apéndice de El Silmarillion.

²⁵ Las letras *R • ND • R*, coronadas de tres estrellas, significaban *arandur* (servidor del rey), *senescal*. [Nota del autor.]

²⁶ No expresó con palabras otra idea que también tenía en mente: que, según él había llegado a saber, los *Eothéod* se sentían intranquilos porque sus tierras septentrionales estaban resultando estrechas y poco productivas para contener y dar sustento a toda su gente, cuyo número había crecido mucho. [Nota del autor.]

²⁷ Su nombre se recordó largo tiempo en el canto de *Rochon Methestel* (Jinete de la Última Esperanza) como *Borondir Udalraph* (Borondir el Sin Estribos), porque volvió cabalgando con la *éohere* a mano derecha de Eorl, y fue el primero en cruzar el *Limclaro* y abrir un camino para acudir en ayuda de Cirion. Cayó por fin en el Campo de *Celebrant* defendiendo a su señor, para gran dolor de Gondor y los *Eothéod*, y fue luego sepultado en el Santuario de Minas Tirith. [Nota del autor.]

al pasar cerca de Dol Guldur, de la que escapó Borondir por fortuna y gracias a la rapidez de su caballo. Fue perseguido hacia el norte hasta los Campos Gladios, y a menudo importunado por hombres que salían del Bosque, tuvo que alejarse del camino directo. Llegó por fin ante los Éothéod al cabo de quince días y sin alimento los dos últimos; y estaba tan agotado que apenas pudo pronunciar su mensaje ante Eorl.

Era entonces el vigésimo quinto día de Súlimë. Eorl deliberó consigo mismo en silencio; pero no le exigió largo tiempo. Al cabo de un rato se puso en pie y dijo: —Iré. Si la Mundburg cae, ¿hacia dónde huiremos en la Oscuridad? —Entonces estrechó la mano de Borondir como signo de su promesa.

Eorl en seguida convocó a su Consejo de Ancianos, y empezó a prepararse para la gran expedición. Pero esto le llevó varios días porque el ejército tenía que ser reunido, y había que tomar disposiciones con miras a la organización de la población y a la defensa de la tierra. En ese tiempo los Éothéod estaban en paz y no tenían miedo de la guerra, aunque quizás esto podía cambiar cuando se enteraran de que su señor se había ido a batallar a lo lejos en el sur. No obstante, Eorl advertía perfectamente que nada lograría si no movilizaba todas sus fuerzas, y debía arriesgarlo todo o echarse atrás y quebrantar su promesa.

Por fin el entero ejército fue reunido; y sólo unos pocos centenares quedaron atrás para dar apoyo a los hombres que por su excesiva juventud o por su vejez eran inadecuados para tan desesperada aventura. Era entonces el sexto día del mes de Víressë. Ese día, en silencio, la gran éoherë se puso en camino dejando el miedo atrás y llevando consigo escasas esperanzas; porque no sabían qué tenían por delante, ni a lo largo del camino ni al llegar a destino. Se dice que Eorl condujo a unos siete mil jinetes plenamente armados y unos centenares de arqueros montados. A su derecha cabalgaba Borondir para que le sirviera de guía en la medida en que fuera capaz, pues hacía poco había atravesado esas tierras. Pero su gran ejército no fue amenazado ni atacado durante la larga travesía por los Valles del Anduin. Todas las gentes, buenas o malas, al verlos aproximarse, huían a su paso por miedo a su poderío y esplendor. Mientras avanzaban hacia el sur y pasaban por la parte meridional del Bosque Negro (bajo el Entrante Oriental), que estaba entonces infestado por la presencia de los Balchoth, no hallaron, sin embargo, señales de hombres, ni reunidos en ejércitos ni en partidas de exploración, que se interpusieran en su camino o espieran sus movimientos. En parte esto era consecuencia de acontecimientos que les eran desconocidos, ocurridos después de la partida de Borondir; pero otros poderes obraban además. Porque cuando por fin el ejército se acercó a Dol Guldur, Eorl se desvió hacia el oeste por temor de la sombra oscura y de la nube que de allí salían, y luego prosiguió la marcha sin perder de vista el Anduin. Muchos jinetes dirigieron hacia allí sus miradas, a medias con el temor y a medias con la esperanza de divisar a lo lejos las luces de Dwimordene, la peligrosa tierra de la que se cuenta en las leyendas populares que brilla como el oro en primavera. Pero ahora parecía amortajada en una niebla de suave resplandor; y para su consternación la niebla cruzó el río y se extendió por encima de la tierra ante ellos.

Eorl no se detuvo. —¡Seguid cabalgando! —ordenó—. Es el único camino. ¿Nos apartará de la guerra la niebla de un río después de haber recorrido camino tan largo?

Al acercarse vieron que la niebla blanca hacía retroceder la lobreguez de Dol Guldur, y pronto penetraron en ella, cabalgando lentamente en un principio, y cautelosos; pero bajo el dosel de la niebla todas las cosas aparecían iluminadas de

una luz clara y sin sombras, mientras que a derecha e izquierda estaban protegidos como por unos blancos muros de secreto.

—La Señora del Bosque Dorado está de nuestra parte, según parece —dijo Borondir.

—Quizá —dijo Eorl—. Pero por lo menos he de confiar en la sabiduría de Felaróf.²⁸ No huele mal alguno. Su corazón está animado y se le han curado las fatigas: está ansioso por recibir su ración. ¡Así sea! Porque nunca he estado más necesitado de velocidad y secreto.

Entonces Felaróf avanzó de un salto y el ejército los siguió como un viento grande pero en un silencio extraño, como si los cascos no dieran contra el suelo. Así siguieron cabalgando durante ese día y el próximo, tan frescos y ansiosos como en la mañana de la partida; pero al amanecer del tercer día despertaron de su descanso, y súbitamente la niebla había desaparecido, y vieron que habían avanzado mucho en campo abierto. A la derecha el Anduin estaba cerca, pero habían casi pasado su meandro oriental,²⁹ y los Codos estaban a la vista. Era la mañana del decimoquinto día de Víressë, y habían llegado con una rapidez inesperada.³⁰

Aquí termina el texto, con una nota que anuncia que debía seguir una descripción de la Batalla del Campo de Celebrant. El Apéndice A (II) de El Señor de los Anillos incluye una breve crónica de la guerra:

Un gran ejército de hombres salvajes venidos del nordeste atravesaron Rhovanion, y bajando desde las Tierras Pardas, cruzaron el Anduin en balsas de madera. Al mismo tiempo, por casualidad o designio, los Orcos (que en ese tiempo, antes de la guerra librada contra los Enanos, estaban en la plenitud de sus fuerzas) bajaron de las montañas. Los invasores penetraron en Calenardhon, y Cirion, Senescal de Gondor, envió mensajeros al norte en busca de ayuda...

Cuando Eorl y sus Jinetes llegaron al Campo de Celebrant, el ejército del norte de Gondor se encontraba en peligro. Derrotado en el Páramo y aislado del sur, había sido obligado a retroceder cruzando el Limclaro y fue entonces repentinamente atacado por el ejército de Orcos que lo rechazó hacia el Anduin. Ya no había esperanzas cuando, inesperadamente, llegaron los Jinetes del Norte e irrumpieron sobre la retaguardia del enemigo. Entonces la suerte de la batalla se

²⁸ *El caballo de Eorl. En el Apéndice A (II) de El Señor de los Anillos se dice que Léod, padre de Eorl, domador de caballos salvajes, fue arrojado a tierra por Felaróf cuando se atrevió a montarlo, y así encontró la muerte. Después Eorl le exigió al caballo que sometiera su libertad hasta el fin de su vida como reparación por la muerte de su padre; y Felaróf se sometió, aunque sólo permitía que lo montara Eorl. Entendía todo lo que los hombres decían y era tan longevo como ellos, al igual que sus descendientes, los mearas, «que no soportaban a nadie salvo al Rey de la Marca o a sus hijos, hasta el tiempo de Sombragrís». Felaróf es una palabra del vocabulario poético anglosajón, aunque no se la registra en la poesía conservada: «muy valiente, muy fuerte».*

²⁹ *Entre la afluencia del Limclaro y los Codos. [Nota del autor.] Esto, por cierto, parece contradecir lo que se dice en el Apéndice C de «La historia de Galadriel y Celeborn», donde «los Codos Norte y Sur» son dos curvaturas hacia el oeste del Anduin en la primera de las cuales desembocaba el Limclaro.*

³⁰ *En nueve días habían cubierto más de quinientas millas en línea recta, probablemente más de seiscientas de cabalgada. Aunque no había grandes obstáculos naturales sobre la margen oriental del Anduin, gran parte de la tierra estaba entonces desolada, y los caminos y senderos para cabalgar se habían perdido o eran poco transitados; sólo durante breves periodos les era posible cabalgar de prisa, y les era preciso economizar sus propias fuerzas además de las de los caballos, pues tendrían que librar batalla no bien llegaran a los Codos. [Nota del autor.]*

invirtió, y el enemigo debió cruzar el Limclaro viéndose gravemente diezmadas sus filas. Eorl se lanzó a la persecución con sus hombres y, así, tan grande fue el miedo que cundió ante los Jinetes del Norte, que el pánico dominó a los invasores del Páramo, y los Jinetes les dieron caza en las llanuras de Calenardhon.

En el Apéndice A (I, iv) se ofrece una crónica similar y más breve. En ninguno de ambos casos resulta del todo claro el curso de la batalla, pero parece seguro que los Jinetes, después de haber cruzado los Codos, atravesaron el Limclaro y cayeron sobre la retaguardia del enemigo en el Campo de Celebrante y que «el enemigo debió cruzar el Limclaro viéndose gravemente diezmadas sus filas» significa que los Balchoth fueron rechazados hacia el sur en el Páramo.

(iii)

Cirion y Eorl

Una nota sobre el Halifirien, el fanal más occidental de Gondor a lo largo del curso de Ered Nimrais, precede la historia.

El Halifirien³¹ era el más alto de los fanales y, como Eilenach, el que le seguía en altura, parecía destacarse en solitario por encima del bosque; porque detrás de él había una profunda grieta, el oscuro valle de Firien, abierto en la prolongada estribación del norte de Ered Nimrais, de la que era el punto más alto. Desde esa grieta se levantaba como un muro escarpado, pero sus cuevas exteriores, especialmente hacia el norte, eran prolongadas y nunca empinadas, y sobre ellas crecían árboles casi hasta la cima. A medida que descendían, los árboles iban haciéndose más densos, especialmente a lo largo de la Corriente Mering (que nacía en la grieta) y hacia el norte en la llanura por donde la Corriente fluía hacia el Entaguas. El gran Camino del Norte avanzaba por un claro longitudinal abierto en el bosque para evitar las tierras húmedas más allá de sus lindes septentrionales; pero este camino había sido hecho en días antiguos,³² y, después de la partida de Isildur, nadie derribó nunca un árbol en el Bosque de Firien, salvo los centinelas de los fanales, cuya misión consistía en mantener despejado el gran camino y también el sendero que llevaba a la cima de la colina. Este sendero salía del

³¹ *El Halifirien se menciona dos veces en El Señor de los Anillos. En El Retorno del Rey, I, i, cuando Pippin, montando a Sombragrís, se dirige a Minas Tirith y grita que ve fuegos, Gandalf le contesta: «Gondor ha encendido las almenaras pidiendo ayuda. La guerra ha comenzado. Mira, hay fuego sobre las crestas del Amon Din y llamas en el Eilenach; y avanzan veloces hacia el oeste: hacia el Nardol, el Erelas, Min-Rimmon, Calenhad y el Halifirien en los confines de Roban». En I.3. los Jinetes de Rohan camino de Minas Tirith pasaron a través de la Frontera de los Pantanos «mientras a la derecha grandes bosques de robles trepaban por las laderas de las colinas a la sombra del oscuro Halifirien, en los confines de Gondor». Véase el mapa en gran escala de Gondor y Rohan en El Señor de los Anillos.*

³² *Era el gran camino númenóreano que unía los Dos Reinos, cruzaba el Isen por los Vados del Isen y el Agua Gris por Tharbad y seguía luego hacia el norte hasta Fornost; en otros sitios se lo llama el Camino Norte-Sur o Camino del Sur. Véase Apéndice D de «La historia de Galadriel y Celeborn».*

Camino cerca de la entrada en el Bosque y ascendía serpenteante hasta la parte desprovista de árboles, más allá de la cual había una antigua escalinata de piedra que conducía al sitio del fanal, un amplio círculo nivelado por quienes habían construido la escalinata. Los centinelas del fanal eran los únicos habitantes del Bosque, con la única excepción de las bestias salvajes; moraban en cabañas construidas en los árboles cerca de la copa, pero no permanecían allí mucho tiempo a no ser que el mal tiempo los obligara, e iban y venían por turnos en el desempeño de su tarea. Casi todos se alegraban de volver a sus hogares. No por el peligro de las bestias salvajes ni porque alguna sombra maligna de días oscuros se proyectara en el Bosque; sino porque por debajo del ruido del viento y de los pájaros y las bestias o, a veces, el de los jinetes que pasaban de prisa por el Camino, había un silencio; y los hombres se sorprendían hablando a sus compañeros en un susurro, como si fueran a escuchar el eco de una gran voz que clamara desde muy lejos y mucho tiempo atrás.

El nombre Halifirien significaba en la lengua de los Rohirrim «montaña sagrada».³³ Antes de su llegada se la llamaba en sindarin Amon Anwar, «Montaña del Temor Reverente»; por esa razón nadie la conocía en Gondor, salvo sólo (como se comprobó después) el Rey o el Senescal regente. Para los pocos hombres que se aventuraban a abandonar el Camino y a errar entre los árboles, el Bosque de por sí era ya motivo suficiente: en la Lengua Común se lo llamaba «el Bosque Susurrante». En los días del apogeo de Gondor, no se levantaba fanal alguno en la colina mientras las palantiri mantenían todavía comunicación entre Osgiliath y las tres torres del reino³⁴ sin necesidad de recurrir a mensajeros o señales. En días posteriores, poca era la ayuda que podía esperarse del Norte a medida que el pueblo de Calenardhon iba declinando, ni tampoco era factible que se enviaran allí fuerzas mientras Minas Tirith se empeñaba más y más en mantener la línea del Anduin y proteger sus orillas meridionales. En Anórien habitaban todavía muchos que tenían por misión proteger los accesos septentrionales, fuera por Calenardhon o a través del Anduin en Cair Andros. Para comunicarse con ellos se levantaron y conservaron³⁵ los tres fanales más viejos (Amon Din, Eilenach y Min-Rimmon), pero aunque se fortificó la línea de la Corriente Mering (entre los marjales inaccesibles de su confluencia con el Entaguas y el puente por el que el Camino llevaba hacia el oeste del Bosque Firien), no estaba permitido que se levantara fuerte o fanal alguno sobre Amon Anwar.

En los días de Cirion el Senescal, los Balchoth, aliados con los Orcos, cruzaron el Anduin, penetraron en el Páramo e iniciaron la conquista de Calenardhon. De este peligro mortal, que habría provocado la ruina de Gondor, se salvó el reino por la intervención de Eorl el Joven y los Rohirrim.

³³ Ésta es la ortografía moderna de la palabra anglosajona hálig-firgen; de igual modo, Firien-dale [valle de Firien] por firgen-dæl; Firien Wood [bosque de Firien] por firgen-wudu. [Nota del autor.] La g en la palabra anglosajona firgen, «montaña», llegó a pronunciarse como una y inglesa moderna.

³⁴ Minas Ithil, Minas Anor y Orthanc.

³⁵ Se dice en otro sitio, en una nota acerca del nombre de los fanales, que «el sistema de los fanales en su conjunto, que todavía estaba en funcionamiento durante la Guerra del Anillo, no puede ser más antiguo que el asentamiento de los Rohirrim en Calenardhon unos quinientos años antes; pues su principal misión consistía en anunciar a los Rohirrim que Gondor se encontraba en peligro o (más raramente) a la inversa».

Cuando la guerra terminó, los hombres se preguntaron cómo el Senescal honraría y recompensaría a Eorl, y esperaban que se celebrara una gran fiesta en Minas Tirith, donde esas cosas se revelarían. Pero Cirion era hombre que se atenía a sus propias decisiones. Mientras el reducido ejército de Gondor se dirigía hacia el sur, venía acompañado por Eorl y una éored³⁶ de Jinetes del Norte. Cuando llegaron a la Corriente Mering, Cirion se volvió a Eorl y dijo para asombro de los hombres:

—Ahora, adiós, Eorl, hijo de Eéod. Volveré a mi patria, donde hay que poner en orden muchas cosas. Entrego Calenardhon a tu cuidado por el momento, si no tienes prisa en regresar a tu reino. En el término de tres meses volveré a encontrarte aquí y entonces cambiaremos opiniones.

—Volveré —respondió Eorl; y así se separaron.

No bien llegó Cirion a Minas Tirith, convocó a algunos de sus más fieles servidores. —Id al Bosque Susurrante —dijo—. Allí debéis abrir de nuevo el viejo sendero a Amon Anwar. Hace ya mucho que lo cubren las malezas; pero una piedra erguida junto al Camino señala todavía su entrada, en el punto en que la región septentrional del Bosque se cierra sobre ella. El sendero da muchas vueltas, pero a cada recodo hay una piedra erguida. Siguiéndolas, llegaréis por fin al cabo de los árboles y os encontraréis al pie de una escalinata de piedra. Os encomiendo

³⁶ *De acuerdo con una nota acerca de la ordenación de los Rohirrim, el éored «no tenía un número fijo preciso, pero en Rohan se aplicaba sólo a los Jinetes bien ejercitados para la guerra: hombres que servían durante un período o, en algunos casos, permanentemente en el Ejército del Rey». Todo conjunto numeroso de tales hombres que cabalgara formando una unidad en ejercicios de entrenamiento o para la prestación de servicio se llamaba éored. Pero después de la recuperación de los Rohirrim y la reorganización de sus fuerzas en los días del Rey Folcwine, cien años antes de la Guerra del Anillo, un «éored completo» en orden de batalla no comprendía menos de 120 hombres (con inclusión del Capitán) y constituía la centésima parte de la Nómina Completa de los Jinetes de la Marca con exclusión de los de la Casa del Rey. [El éored con que Éomer persiguió a los Orcos —véase Las Dos Torres, III, 2— comprendía 120 Jinetes: Legolas contó 105 cuando ya se había alejado, y Éomer dijo que quince hombres habían caído luchando con los Orcos.] Por supuesto, jamás se había visto reunido ningún ejército semejante que marchara cabalgando a hacer la guerra más allá de la Marca; pero sin duda se justificaba que Théoden pretendiera que en presencia de semejante peligro podía conducir una expedición de diez mil Jinetes (El Retorno del Rey, V, 3). El número de los Rohirrim había aumentado desde los días de Folcwine, y antes de los ataques de Saruman, una Nómina Completa probablemente podría procurar bastante más de ciento veinte mil Jinetes con el fin de que Roban no estuviera desprovista de una defensa adecuada. En este caso, como consecuencia de las pérdidas habidas en la guerra del oeste, el apresuramiento de la leva y la amenaza del Norte y el Este, Théoden condujo sólo un ejército de unas seis mil lanzas, aunque ésta fue la mayor expedición montada de los Rohirrim que llegó a registrarse desde la venida de Eorl.*

La Nómina Completa de la caballería se llamaba éoherë (véase nota 49). Estas palabras, y también Éothéod, tienen por supuesto forma anglosajona, pues la verdadera lengua de Roban se traduce de este modo siempre (véase la nota 6 que precede): contienen como primer elemento eoh, «caballo». Éored, éorod es una palabra anglosajona documentada; su segundo elemento deriva de rád, «cabalgar»; en éoherë el segundo elemento es herë, «hueste, ejército», Eothéod incluye théod, «pueblo» o «tierra», y se aplica a los Jinetes mismos y a su país. (La palabra anglosajona eorl, en el nombre Eorl el Joven, no tiene la menor relación.)

no ir más adelante. Haced este trabajo tan de prisa como podáis y luego volved a mí. No derribéis árboles; sólo despejad el terreno, para que unos pocos hombres de a pie puedan ascender fácilmente. Dejad la entrada junto al Camino todavía cubierta, de modo que nadie que transite por allí tenga la tentación de coger el sendero antes que yo mismo lo haga. No digáis a nadie a dónde os dirigís o lo que habéis hecho. Si alguien os lo pregunta, decid sólo que el Señor Senescal desea que se disponga un sitio para su encuentro con el Señor de los Jinetes.

Llegado el momento, Cirion se puso en camino junto con Hallas, su hijo, y el Señor de Dol Amroth y otros dos miembros de su Consejo; y se encontró con Eorl en el cruce de la Corriente Mering. Con Eorl estaban tres de sus principales capitanes. —Vayamos ahora al sitio que tengo preparado —dijo Cirion. Entonces apostaron una guardia en el puente y volvieron al Camino sombreado de árboles y llegaron a la piedra erguida. Allí desmontaron, y dejaron una fuerte guardia de soldados de Gondor; y Cirion, junto a la piedra, habló a sus compañeros— Voy ahora a la Montaña del Temor Reverente. Seguidme si queréis. Conmigo irá un escudero y otro con Eorl para que carguen nuestras armas; todos los demás irán desarmados como testigos de nuestras palabras y nuestras acciones en ese alto lugar. He mandado preparar el sendero, aunque nadie lo ha transitado desde que vine aquí con mi padre.

Entonces Cirion guió a Eorl entre los árboles y los demás siguieron en orden; y cuando hubieron dejado atrás la primera de las piedras interiores, bajaron la voz, y andaban cautelosos como si temieran hacer el menor ruido. Así llegaron a las cuestas superiores de la colina y atravesaron un cinturón de abedules blancos y vieron la escalinata de piedra que ascendía a la cima. Cuando salieron de la sombra del Bosque, el sol les parecía cálido y brillante, porque era el mes de Úrimë; no obstante, la cumbre de la Colina estaba verde como si fuera todavía Lótessë.

Al pie de la escalinata había una bóveda pequeña en la ladera de la colina, hecha con turba de las orillas. Allí la compañía reposó un rato hasta que Cirion se puso en pie y tomó de su escudero el cetro blanco y la capa blanca de los Senescales de Gondor. Entonces, en pie en el primer escalón de la escalinata, rompió el silencio diciendo en voz baja, pero clara:

—Declararé ahora lo que con la autoridad de los Senescales de los Reyes he resuelto ofrecer a Eorl, hijo de Léod, Señor de los Éothéod, en reconocimiento del valor de su pueblo y de la ayuda que dispensó a Gondor en momentos de extremada necesidad, cuando ya no quedaban esperanzas. A Eorl daré, como libre don, toda la gran tierra de Calenardhon desde el Anduin hasta el Isen. Allí reinará, si así lo desea, y sus herederos después de él, y su pueblo vivirá en libertad mientras dure la autoridad de los Senescales, hasta el retorno del Gran Rey.³⁷ Nada los obligará, salvo sus propias leyes y su voluntad, con esta excepción solamente: estarán unidos en perpetua amistad con Gondor, y los enemigos de Gondor serán sus enemigos, mientras ambos reinos perduren. Pero a esto mismo estará obligado el pueblo de Gondor.

Entonces Eorl se puso de pie, pero permaneció por algún tiempo en silencio. Porque estaba asombrado ante la gran generosidad de la dádiva y los nobles términos en que le había sido ofrecida; y vio la sabiduría con que se conducía

³⁷ *Esto se decía siempre en los días de los Senescales en todo pronunciamiento solemne, aunque en tiempos de Cirion (el duodécimo Senescal Regente) se había convertido en una fórmula en cuyo contenido real pocos creían. [Nota del autor.]*

Cirion a la vez en relación consigo mismo como gobernante de Gondor, y como amigo de los Éothéod, de cuyas necesidades tenía conciencia. Porque eran ahora un pueblo en exceso numeroso para habitar en la tierra del Norte y anhelaban volver a sus antiguos hogares, aunque los detenía el temor de Dol Guldur. Pero en Calenardhon tendrían más espacio del que nunca les cabría haber esperado y al mismo tiempo estarían lejos de las sombras del Bosque Negro.

No obstante, más que el tino y la política, movían a Cirion y a Eorl la gran amistad que unía a sus respectivos pueblos y el amor que había entre ellos como verdaderos hombres. De parte de Cirion el amor era el de un padre juicioso, hecho a los cuidados del mundo, por un hijo en la flor de la fuerza y la esperanza de la juventud; mientras que en Cirion veía Eorl al hombre más encumbrado y noble que nunca hubiera visto en el mundo, y al más sabio, en quien se asentaba la majestad de los Reyes de los Hombres de mucho tiempo atrás.

Por fin, cuando Eorl hubo examinado todo esto de prisa en su pensamiento, habló diciendo: —Señor Senescal del Gran Rey, acepto para mí y mi pueblo el regalo que ofrecéis. Excede con mucho cualquier recompensa que nuestras acciones hayan podido merecer, si no hubieran sido a su vez un libre don de la amistad. Pero ahora sellaré esta amistad con un juramento que no será olvidado.

—Entonces, subamos a lo alto de la colina —dijo Cirion—, y ante estos testigos hagamos los votos que creamos adecuados.

Entonces Cirion ascendió la escalinata con Eorl, y los demás les siguieron; y cuando llegaron a la cima, vieron un amplio espacio oval cubierto de hierba, sin cercar, pero en su extremo oriental se alzaba un pequeño montículo donde crecían las blancas flores del alfirin³⁸, y el sol que se ponía las tocaba de oro.

Entonces, el Señor de Dol Amroth, principal de los de la compañía de Cirion, avanzó hacia el montículo y vio, sobre la hierba que crecía frente a él sin que las brezas o la intemperie la hubieran deteriorado, una piedra negra; y sobre ella había grabadas tres letras. Entonces le dijo a Cirion:

—¿Es esto una tumba? Y en este caso, ¿qué gran hombre de antaño yace aquí?

—¿No has leído las letras? —preguntó Cirion.

—lo hice —dijo el Príncipe—,³⁹ y por ello me asombro; porque las letras son lambe, ando, lambe, pero no existe la tumba de Elendil, ni nadie se ha atrevido nunca desde sus días a llevar ese nombre.⁴⁰

³⁸ Alfirin: *la simbelmynë de los túmulos de los Reyes bajo Edoras, y el uilos que Tuor vio en el gran desfiladero de Gondolin en los Días Antiguos; véase «De Tuor y su llegada a Gondolin», nota 27. El nombre alfirin figura en un verso que Legolas cantó en Minas Tirith, aunque aparentemente para designar otra flor (El Retorno del Rey, V, 9): «Y las campanulas doradas caen de mallos y alfirin / En los prados verdes de Lebennin».*

³⁹ *El Señor de Dol Amroth tenía este título. Elendil lo concedió a sus antecesores, de los que era pariente. Eran una familia perteneciente a los Fieles que había partido de Númenor antes de la Caída, y se había instalado en la tierra de Belfalas, entre las desembocaduras del Ringló y el Gilrain, con una fortaleza en el alto promontorio de Dol Amroth (al que se le dio el nombre del último Rey de Lórien). [Nota del autor.] En otro lugar («La historia de Galadriel y Celeborn») se dice que de acuerdo con la tradición de su casa, el primer Señor de Dol Amroth fue Galador (c. Tercera Edad 2004-2129), hijo de Imrazôr el Númenóreano, que vivía en Belfalas, y la mujer Elfo Mithrellas, una de las compañeras de Nimrodel. La nota que acabamos de mencionar parece sugerir que esta familia de los Fieles se asentó en Belfalas, estableciendo una fortaleza en Dol Amroth, antes de la Caída de Númenor; y, si esto es así, ambas cosas sólo pueden reconciliarse suponiendo que la línea de los Príncipes y la ubicación de su morada se remontaban más de dos mil años antes de los días de Galador,*

—No obstante, ésa es su tumba —dijo Cirion— y de ella proviene el reverente temor que reina en esta colina y en los bosques que la rodean. Desde Isildur, que la levantó, hasta Meneldil, que lo sucedió, y así sucesivamente, a lo largo del linaje de los Reyes y del linaje de los Senescales hasta mí mismo, esta tumba se ha mantenido en secreto por orden de Isildur. Porque dijo: «Aquí se encuentra el punto medio del Reino del Sur⁴¹ y aquí se guardará la memoria de Elendil el Fiel bajo la protección de los Valar mientras el Reino perdure. Esta colina será un santuario y que nadie perturbe su paz ni su silencio, a no ser que sea heredero de Elendil». Os he traído aquí esperando que los votos que se hagan tengan la máxima solemnidad para nosotros y para los herederos de ambas partes.

Entonces todos los allí presentes se quedaron un rato de pie, en silencio, con la cabeza gacha, hasta que Cirion dijo a Eorl: —Si estás dispuesto, haz ahora tu voto como te parezca conveniente y de acuerdo con las costumbres de tu pueblo.

Eorl avanzó entonces y, tomando su espada del escudero, la colocó erguida sobre la tierra. Luego la desenvainó y la arrojó al aire; la espada resplandeció con la luz del sol, y Eorl, atrapándola otra vez, se adelantó y puso su hoja sobre el montículo, pero con la mano todavía en torno a la empuñadura. Entonces pronunció en voz alta el Juramento de Eorl. Esto dijo en la lengua de los Éothéod, y que en Lengua Común se interpreta así:⁴²

Escuchad ahora todos los pueblos que no os inclináis ante la Sombra del Este, por dádiva del Señor de Montburgo, vendremos a habitar en la tierra que él llama Calenardhon y, por tanto, juro en mi propio nombre y en el de los Éothéod del Norte que entre nosotros y el Gran Pueblo del Oeste habrá eterna amistad: sus enemigos serán los nuestros, su necesidad será la nuestra, y cualesquiera males o amenazas o ataques que sufran, los ayudaremos con el máximo de nuestras fuerzas. Este juramento será vinculante para mis herederos, tantos como me sigan en esta nuestra nueva tierra: que lo mantengan sin quebrantarlo, no sea que la Sombra los cubra y sean maldecidos.

Entonces Eorl envainó su espada y se inclinó y volvió junto a sus capitanes.

y que Galador se llamó primer Señor de Dol Amroth porque sólo en sus días (después de morir ahogado Amroth en el año 1981) recibió Dol Amroth ese nombre. Otra dificultad es la presencia de un tal Adrahil de Dol Amroth (evidentemente un antecesor de Adrahil, el padre de Imrahil, Señor de Dol Amroth en tiempos de la Guerra del Anillo) como comandante de las fuerzas de Gondor en la batalla librada contra los Aurigas en el año 1944 (véase «Cirion y Eorl y la amistad de Gondor y Roban»); pero es posible suponer que en este tiempo este primer Adrahil no se llamara «de Dol Amroth». Aunque no sean imposibles, estas explicaciones para salvaguardar la coherencia me parecen menos probables que la de que se trate de dos «tradiciones» distintas e independientes sobre el origen de los Señores de Dol Amroth.

⁴⁰ Las letras eran $\text{L} \bullet \text{ND} \bullet \text{L}$ (L • ND • L); el nombre de Elendil sin los signos vocálicos, que él utilizaba como insignia y como sello. [Nota del autor.]

⁴¹ Amon Anwar era de hecho el sitio elevado más próximo al centro de una línea trazada desde la afluencia del Limclaro hasta el cabo meridional de Tol Falas; y la distancia desde él hasta los Vados del Isen era igual a su distancia desde Minas Tirith. [Nota del autor.]

⁴² Aunque imperfectamente; porque estaba expresado en términos antiguos y compuesto en formas de versificación y lengua culta utilizadas por los Rohirrim, en las que Eorl era muy hábil. [Nota del autor.] No parece quedar otra versión del Juramento de Eorl fuera de la del Lenguaje Común que aparece en el texto.

Cirion respondió entonces. Irguiéndose con toda su estatura, puso su mano sobre la tumba y en la mano derecha sostuvo el cetro blanco de los Senescales y pronunció palabras que produjeron un respeto reverente en quienes las escucharon. Porque mientras estaba así de pie, el sol descendía en llamas al Oeste y su blanco traje parecía encendido; y después de haber jurado que Gondor estaría obligado por un igual vínculo de amistad en toda necesidad, alzó la voz y dijo en quenya:

Vanda sina termaruva Elenna-nóreo alcar enyalien ar Elendil Vorondo voronwë. Nai tiruvantes i hárar mahalmassen mi Númen ari Eru i orilyë mahalmar eä tennoio.⁴³

Y nuevamente dijo en Lengua Común:

Este juramento se mantendrá en memoria de la gloria de la Tierra de la Estrella y de la fe de Elendil el Fiel, en custodia de aquellos que se sienten en los tronos del Oeste y de Aquel que está para siempre por encima de todos los tronos.

Semejante juramento no se había oído nunca en la Tierra Media desde que el mismo Elendil juró alianza con Gilgalad, Rey de los Eldar.⁴⁴

⁴³ *Vanda: juramento, voto, promesa solemne. Termaruva: ter, «cabal», mar, «quedar asentado o fijo»; tiempo futuro. Elennanóreo: caso genitivo que depende de alcar, de Elennanórë, «la tierra llamada Hacia las Estrellas». Alcar: «gloria». Enyalien: en, «otra vez»; yal, «convocar» en infinitivo (gerundio) en-yalië, aquí en dativo, «para la rememoración», aunque rige un complemento directo, alcar: así, «para rememorar» o «conmemorar la gloria». Vorondo: genitivo de voronda, «firme en la alianza, en el cumplimiento de una promesa o juramento, fiel»; los adjetivos utilizados como «título» o los frecuentemente utilizados como atributos de un nombre se ponen después del nombre y, como es frecuente en quenya, cuando hay dos nombres declinables en aposición, sólo el último se declina. [Otra lectura posible es el adjetivo vórimo, genitivo de vórima, con la misma significación de voronda] Voronwë: «firmeza, lealtad, fidelidad», el complemento directo de enyalien.*

Nai: «así sea, ojalá»; Nai tiruvantes: «que sea posible que lo mantengan», esto es, «ojalá lo mantengan» (nte, flexión de la tercera persona del plural cuando ningún sujeto se menciona previamente). I háran «los que se asientan en». Mahalmassen: locativo plural de mahalma, «trono». Mi: «en el». Númen: «Oeste», I Eru i: «aquel que», «el único que». Eä: «es». Tennoio: tenna, «hasta»; oio, «un período infinito»; tennoio, «por siempre». [Nota del autor.]

⁴⁴ *Y no fue otra vez utilizado hasta que el Rey Elessar volvió y renovó el juramento en el mismo sitio con el Rey de los Rohirrim, Éomer, el decimoctavo descendiente a partir de Eorl. Se había considerado que tan sólo el Rey de Númenor podía solicitar el testimonio de Eru, y exclusivamente en las ocasiones de más grave solemnidad. La descendencia de los Reyes había llegado a su término con Ar-Pharazôn, que pereció en la Caída; pero Elendil Voronda descendía de Tar-Elendil, el cuarto Rey, y era considerado el legítimo señor de los Fieles, que no habían participado en la rebelión de los Reyes y no sucumbieron en la destrucción. Cirion era el Senescal de los Reyes que descendían de Elendil y, en lo que a Gondor concernía, tenía como regente todos sus poderes... hasta que el Rey retornara. No obstante, su juramento dejó atónitos a los que lo escucharon, y les produjo respetuoso temor y bastó por sí solo (sobre la tumba venerable) para santificar el sitio donde se pronunció. [Nota del autor.] El nombre dado a Elendil, Voronda, «el Fiel», que aparece también en el juramento de Cirion, se escribió en esta nota al principio Voronwë, que en el juramento es un sustantivo abstracto, «fidelidad, firmeza». Pero en el Apéndice A (I, ii) de El Señor de los Anillos, se llama a Mardil, el Primer Senescal Regente de Gondor, «Mardil Voronwë «el Firme»; y en la Primera Edad el Elfo de Gondolin que guió a Tuor*

Cuando todo hubo terminado y caían las sombras de la noche, Cirion y Eorl con su compañía descendieron en silencio por el Bosque oscurecido, y volvieron al campamento junto a la Corriente Mering, donde se habían preparado tiendas para ellos. Y después que hubieron comido, Cirion y Eorl, con el Príncipe de Dol Amroth y Éomund, el capitán principal de los Éothéod, se sentaron juntos y definieron los límites de la autoridad del Rey de los Éothéod y del Senescal de Gondor.

Los límites del reino de Eorl serían: al oeste, el río Angren desde su unión con el Adorn, y desde allí hacia el norte hasta los cercos exteriores de Agrenost, y desde allí hacia el oeste y hacia el norte a lo largo de las lindes del Bosque de Fangorn hasta el río Limclaro; y ese río era el límite septentrional, pues la tierra de más allá nunca había sido reclamada por Gondor.⁴⁵ Al este sus límites serían el Anduin y el risco occidental de las Eryn Muil hasta los marjales de las Bocas del Onodló, y más allá de ese río, la corriente del Glanhír, que fluía a través del Bosque de Anwar para unirse al Onodló; y al sur sus límites serían Ered Nimrais hasta el extremo de su brazo septentrional, pero todos esos valles y abras abiertos hacia el norte pertenecerían a los Éothéod, como también la tierra al sur de las Hithaegllir entre los ríos Angren y Adorn.⁴⁶

En todas esas regiones Gondor conservaba todavía a su mando sólo la fortaleza de Angrenost, dentro de la cual se levantaba la tercera Torre de Gondor, la inexpugnable Orthanc, donde se conservaba la cuarta de las palantiri del reino del sur. En los días de Cirion, Angrenost estaba todavía ocupada por una guardia de gondoreanos, pero éstos se habían convertido en un pequeño pueblo asentado gobernado por una capitania hereditaria, y las llaves de Orthanc estaban al cuidado del Senescal de Gondor. Los «cercos exteriores» nombrados en la descripción de los límites del reino de Eorl eran un muro y un terraplén que se prolongaban unas dos millas al sur de las puertas de Angrenost, entre las colinas en que terminaban las Montañas Nubladas; más allá se extendían las tierras cultivadas de los habitantes de la fortaleza.

desde Vinyamar recibió el nombre de Voronwë, que en el índice de El Silmarillion traduzco igualmente como «el Firme».

⁴⁵ Véase la primera mención en el Apéndice C, de «La historia de Galadriel y Celeborn».

⁴⁶ Estos nombres se dan en sindarin, de acuerdo con la usanza de Gondor; pero muchos de ellos eran nombres nuevos introducidos por los Éothéod alterando los viejos nombres para adecuarlos a su propia lengua, traduciéndolos o simplemente inventando otros nuevos. En la narración de El Señor de los Anillos se utilizan sobre todo nombres en la lengua de los Rohirrim. Así, Angren=Isen; Angrenost=Isengard; Fangorn (que también se utiliza)= Bosque de los Ents; Onodló=Entaguas; Glanhír= Corriente Mering (ambos significaban «corriente de la frontera»). [Nota del autor.] El nombre del río Limclaro es desconcertante. Hay dos diferentes versiones del texto y la nota al respecto; por una de ellas parece que el nombre sindarin era Limlich, adaptado a la lengua de Roban como Limliht («modernizado», Limlight). En la otra versión (posterior) Limlich, desconcertantemente, se corrige por Limliht en el texto, de modo que ésta se convierte en la forma sindarin. En otro sitio («El desastre de los Campos Gladios», nota 14) se dice que el nombre sindarin del río es Limlaiht. Dada esta vacilación, he puesto Limlight [Limclaro] en el texto. Sea cual sea el nombre sindarin original, es cuando menos evidente que la forma de Roban era una alteración y no una traducción, y que su significación no se conocía (aunque en una nota escrita mucho antes que ninguna de las precedentes se dice que el nombre Limlight es una traducción parcial del élfico Limlint, «luz veloz»). Los nombres sindarin de Entaguas y Corriente Mering sólo aparecen aquí; con Onodló, compárese Onodrim, Eynd, los Ents (El Señor de los Anillos, Apéndice F, «De otras razas»).

Se acordó también que el Gran Camino que anteriormente recorría Anórien y Calenardhon hasta Athrad Angren (los Vados del Isen),⁴⁷ y de allí hacia el norte a Arnor, debía estar abierto al tránsito de ambos pueblos sin impedimentos en tiempos de paz, y desde la Corriente Mering hasta los Vados del Isen su mantenimiento estaría a cargo de los Éothéod.

Por este pacto sólo una pequeña parte del Bosque de Anwar, el oeste de la Corriente Mering, quedaba incluida en el reino de Eorl; pero Cirion declaró que la Colina de Anwar pasaba a ser un lugar sagrado para ambos pueblos, y los Eórlidas y los Senescales en adelante compartirían su custodia y mantenimiento. En días posteriores, sin embargo, cuando los Rohirrim crecieron en número y poderío mientras Gondor declinaba y estaba por siempre amenazada desde el Este y el mar, los guardianes de Anwar fueron exclusivamente hombres de Folde Este, y el Bosque se volvió por costumbre parte del dominio real de los Reyes de la Marca. A la Colina la llamaron Halifirien, y al Bosque, el Firienholt.⁴⁸

En épocas posteriores, el día del Juramento se consideró el primero del nuevo reino, cuando se le dio a Eorl el título de Rey de la Marca de los Jinetes. Pero por entonces transcurrió algún tiempo antes de que los Rohirrim tomaran posesión de la tierra, y en vida Eorl fue conocido como Señor de los Éothéod y Rey de Calenardhon. El término Marca significaba frontera, especialmente la que sirve como defensa de las tierras interiores de un reino. Fue Hallas, hijo y sucesor de Cirion, quien utilizó por primera vez los nombres sindarin «Rohan» para la Marca y «Rohirrim» para el pueblo, pero después fueron utilizados a menudo no sólo en Gondor, sino por los mismos Éothéod.⁴⁹

Al día siguiente del Juramento, Cirion y Eorl se abrazaron y se despidieron con pesar. Porque Eorl dijo: —Señor Senescal, tengo mucho por hacer y de prisa. Esta tierra está ahora libre de enemigos; pero no están destruidos de raíz, y más allá del Anduin y en las lindes del Bosque Negro no sabemos qué peligros acechan. Envié ayer a tres mensajeros al norte, hombres bravos y expertos jinetes, con la

⁴⁷ Athrad Angren: véase el Apéndice D de «La historia de Galadriel y Celeborn», donde el nombre sindarin que corresponde a los Vados de Isen es *Ethraid Engrin*. Parece, pues, que existían tanto la forma singular como la plural para designar el(los) Vado(s).

⁴⁸ En otras partes el bosque se llama siempre *Firien* (abreviación de *Halifirien*). *Firienholt* — palabra registrada en la poesía anglosajona (*firgenholt*)— significa lo mismo: «bosque de montaña». Véase nota 33.

⁴⁹ Su forma adecuada era *Rochand* y *Rochír-rim*; y se escribían *Rochand* o *Rochan* y *Rochirrim* en los anales de Gondor. Contienen la raíz sindarin *roch*, «caballo», que traduce la éo- en Éothéod y en muchos nombres personales de los Rohirrim [véase nota 36]. En *Rochand* se añade la terminación sindarin -nd (-and, -end, -ond); se utilizaba comúnmente en los nombres de regiones o países, pero por lo corriente la -d no se pronunciaba en el lenguaje hablado, especialmente en el caso de los nombres largos como *Calenardhon*, *Ithilien*, *Lamedon*, etcétera. *Rochirrim* se modeló sobre éo-herë, el término empleado por los Éothéod para designar la totalidad de su caballería en tiempos de guerra; se constituía de *roch* + *hír*. en sindarin, «señor, amo» (sin ninguna conexión con [la palabra anglosajona] *herë*). En los nombres de los pueblos la raíz sindarin *rim*, «número crecido, hueste» (en *quenya* *rimbë*) se utilizaba comúnmente para formar plurales colectivos, como en *Eledhrim* (*Edhelrim*), «todos los Elfos», *Onodrim*, «el pueblo de los Ents», *Nogothrim*, «todos los Enanos, el pueblo de los Enanos». La lengua de los Rohirrim contenía el sonido que aquí se representa por *ch* (una fricativa palatal como la *ch* galesa) y, aunque no era frecuente en medio de las palabras entre vocales, no les presentaba dificultad alguna. Pero la Lengua Común no lo poseía, y al pronunciar el sindarin (en que era muy frecuente) el pueblo de Gondor, a no ser que fuera cultivado, lo pronunciaba como *h* aspirada en medio de las palabras, y como *k* al final de ellas (donde era más forzoso pronunciarlo en correcto sindarin). Así surgieron los nombres de *Rohan* y *Rohirrim* como se los utilizó en El Señor de los Anillos. [Nota del autor.]

esperanza de que uno llegue por lo menos antes que yo a mi patria. porque ahora he de retornar y con alguna fuerza; mi tierra quedó con pocos hombres, los que son aún demasiado jóvenes y los muy ancianos; y si han de emprender tan largo viaje, nuestras mujeres e hijos, con todo lo que no podemos dejar atrás, deben recibir protección; y sólo al Señor de los Éothéod en persona seguirán. Dejaré tras de mí a todas las fuerzas que pueda, casi la mitad del ejército que se encuentra ahora en Calenardhon. Habrá algunas compañías de arqueros montados para que acudan a donde la necesidad lo exija, si alguna banda del enemigo todavía ronda por la región; pero lo principal de la fuerza estará en el nordeste para que monte guardia en el sitio donde los Balchoth cruzaron el Anduin desde las Tierras Pardas; porque ahí está todavía el más grande peligro, y ahí está también mi más grande esperanza, si regreso, de conducir a mi pueblo a su nueva tierra con tan poca aflicción y pérdida como sea posible. Si regreso, digo; pero tened por seguro que lo haré para mantener el juramento, a no ser que nos advenga un desastre y perezca con mi pueblo en el largo recorrido. Porque éste por fuerza habrá de hacerse a lo largo de la orilla oriental del Anduin siempre bajo la amenaza del Bosque Negro, y en el tramo final deberá pasar por el valle oscurecido por la sombra de la colina que llamáis Dol Guldur. Sobre la margen occidental no hay sendero para jinetes ni para una gran hueste de gente y carros, aun cuando las Montañas no estuvieran infestadas de Orcos; y nadie alcanza a pasar, sean muchos o pocos, por el Dwimordene, donde habita la Dama Blanca que teje redes de las que ningún mortal puede escapar.⁵⁰ Por la ruta del este iré, como vine a Celebrante y que los que hemos invocado como testigos de nuestros juramentos nos tengan en su custodia. ¡Despidámonos con esperanzas! ¿Tengo vuestra venia?

—Por supuesto que la tenéis —dijo Cirion—, pues veo ahora que no puede ser de otro modo. Me doy cuenta de que preocupado por los riesgos en que nosotros incurriamos, he pensado demasiado poco en los peligros que habéis enfrentado y en la maravilla de que hayáis logrado llegar, contra toda esperanza, tras haber recorrido tantísimas leguas desde el Norte. La recompensa que ofrecí con alegría y plenitud de corazón en el momento en que fuimos salvados parece ahora pequeña. Pero creo que las palabras de mi juramento, dichas sin calcular previamente con atención todas sus consecuencias, no fueron puestas en mi boca en vano. Despidámonos, pues, con esperanzas.

Sin duda, gran parte de lo que aquí se pone en boca de Eorl y Cirion en ocasión de su despedida y de su juramento la noche antes, obedece al estilo de las Crónicas; pero es cierto que Cirion dijo al despedirse lo que aquí se le atribuye acerca de la inspiración de su juramento, porque era hombre de escaso orgullo y gran coraje y generosidad de corazón, el más noble de los Senescales de Gondor.

(iv)

La tradición de Isildur

⁵⁰ *La señal de la Dama Blanca no parece haber convencido a Eorl de su buena voluntad; véase «Cirion y Eorl y la amistad de Gondor y Rohan».*

Se dice que cuando Isildur volvió de la Guerra de la Última Alianza, permaneció un tiempo en Gondor poniendo orden en el reino y dando instrucciones a Meneldil, su sobrino, antes de partir a hacerse cargo del reinado de Amor. Con Meneldil y un grupo de amigos de confianza hizo un viaje por las fronteras de todas las tierras que Gondor reivindicaba; y cuando volvían de la frontera septentrional a Anórien, se acercaron a la alta colina que se llamaba entonces Eilenaer, pero que se llamó después Amon Anwar, «Montaña del Temor Reverente».⁵¹ Se encontraba cerca del punto central de las tierras de Gondor. Trazaron un sendero a través de los densos bosques que crecían sobre sus laderas septentrionales, y así llegaron a su cima, que era verde y despojada de árboles.

Allí nivelaron un espacio y en su extremo oriental levantaron un montículo; en su interior Isildur puso una caja que llevaba con él. Entonces dijo: —Ésta es la tumba y el túmulo en memoria de Elendil el Fiel. Aquí se levantará, en el punto medio del Reino del Sur bajo la protección de los Valar mientras el Reino perdure; y este «lugar será un santuario que nadie profanará. Que nadie perturbe su paz ni su silencio a no ser que sea heredero de Elendil.

Construyeron una escalinata de piedra desde la margen del bosque hasta la cima de la colina; e Isildur dijo: —Por esta escalera nadie subirá, salvo el Rey y los que él traiga con él si los invita a seguirlo. —Entonces todos los allí presentes debieron jurar el mantenimiento del secreto; pero Isildur dio este consejo a Meneldil: que el Rey debería visitar el santuario de vez en cuando, especialmente cuando sintiera necesidad de sabio consejo en días de peligro y aflicción; allí también debería llevar a su heredero cuando alcanzara éste la plena virilidad, y contarle la creación del santuario y revelarles los secretos del reino y otros asuntos de los que el heredero debiera tener conocimiento.

Meneldil siguió el consejo de Isildur, y todos los Reyes que vinieron después de él, hasta Rómendacil I (el quinto después de Meneldil). En su tiempo Gondor fue atacada por primera vez por los Hombres del Este;⁵² y por temor de que la tradición se interrumpiera por causa de la guerra o súbita muerte o algún otro

⁵¹ Eilenaer era un nombre de origen prenúmenóreano, evidentemente relacionado con Eilenach. [Nota del autor.] De acuerdo con una nota sobre los fanales, Eilenach era «probablemente un nombre foráneo, ni sindarin, ni Númenóreano, ni de la Lengua Común... Tanto Eilenach como Eilenaer ocupaban lugares destacados. Eilenach era el sitio más alto del Bosque Drúadan. Podía vérselo desde lejos al Oeste, y su función en los días de los fanales consistía en transmitir la advertencia de Amon Din; pero no era adecuado para el fuego de un gran fanal, pues no había mucho espacio en su aguda cima. De ahí el nombre del siguiente fanal hacia el oeste, que se llamaba Nardol, "Fuego de la cima"; estaba en el extremo de un alto risco, originalmente parte del Bosque Drúadan, pero desde hacía ya mucho tiempo despojado de árboles por albañiles y canteros que venían al Valle del Carro de Piedra. En Nardol había una guardia que protegía también las canteras; estaba bien provisto de combustible y, cuando hacía falta, era posible emitir desde allí un gran resplandor, visible en una noche clara aun desde el último fanal (Halifirien) a unas veinte millas al oeste». En la misma nota se dice que «Amon Din, "la colina silenciosa", era probablemente el fanal más antiguo, y tenía por función original la de servir como un puesto de avanzada fortificado para Minas Tirith, desde donde podía verse el fanal, para vigilar el paso a Ithilien Septentrional desde Dagorlad y detectar el intento de cualquier enemigo de cruzar el Anduin cerca de Cair Andros. No queda constancia de por qué se le dio ese nombre. Probablemente porque se destacaba como colina rocosa y yerma que se elevaba aislada entre las colinas densamente arboladas del Bosque Drúadan (Tawar-in-Drúedain), poco visitada de los hombres, las bestias o los pájaros».

⁵² De acuerdo con el Apéndice A (I, iv) de El Señor de los Anillos fue en los días de Ostroher, el cuarto rey después de Meneldil, cuando Gondor fue atacado por primera vez por hombres salvajes venidos del Este; «pero Tarostar, su hijo, los derrotó y los expulsó, y recibió el nombre de Rómendacil, "el vencedor del Este"».

infortunio, hizo que la «Tradicción de Isildur» se pusiera por escrito en un pergamino sellado, junto con otras cosas que todo nuevo Rey debía saber; y este pergamino entregaba el Senescal al Rey antes de su coronación.⁵³ Esta entrega en adelante se llevó siempre a cabo, aunque la costumbre de visitar el santuario de Amon Anwar en compañía del heredero la mantuvieron casi todos los Reyes de Gondor.

Cuando los días de los Reyes llegaron a su término, y Gondor fue gobernada por los Senescales descendientes de Húrin, Senescal del Rey Minardil, se estableció que todos los derechos y deberes les pertenecían «hasta el retorno del Gran Rey». Pero en cuanto a la «Tradicción de Isildur», ellos solos eran los jueces, pues sólo ellos la conocían. Entendían que con las palabras «un heredero de Elendil», Isildur había querido referirse a uno del linaje real descendiente de Elendil que hubiese heredado el trono; pero que no había previsto el gobierno de los Senescales. Si entonces Mardil había ejercido la autoridad del Rey en su ausencia,⁵⁴ los herederos de Mardil que habían heredado la Senescalía tenían los mismos derechos y deberes hasta el retorno de un Rey; cada Senescal, por tanto tenía derecho a visitar el santuario cuando quisiera y a permitirles el acceso a quienes lo acompañaban. En cuanto a las palabras «mientras el Reino perdure», decían que Gondor seguía siendo un «reino» gobernado por un vicerregente, y que las palabras debían entenderse «en tanto el país de Gondor perdure».

No obstante, los Senescales, en parte por veneración, en parte por los cuidados que el gobierno les exigía, rara vez iban al santuario de la Colina de Anwar, excepto cuando llevaban a él a sus herederos, de acuerdo con la costumbre de los Reyes. A veces pasaban años sin que nadie lo visitara, y como Isildur lo había querido, estaba bajo la custodia de los Valar; porque aunque en los bosques abundaran las malezas y los hombres los evitaran a causa del silencio, de modo que el sendero ascendente se había perdido, no obstante, cuando el camino volvió a abrirse, se descubrió que en el santuario no había huellas de daños ni profanaciones, siempre verde y en paz bajo el cielo, hasta que el Reino de Gondor cambió.

Porque sucedió que Cirion, el duodécimo de los Senescales Gobernantes, se enfrentó con un nuevo y grave peligro: invasores amenazaban con la conquista de todas las tierras de Gondor al norte de las Montañas Blancas, y si esto sucedía, no tardaría en producirse la caída y la destrucción de todo el reino. Como en las historias se cuenta, este peligro se evitó sólo por la ayuda de los Rohirrim, y a ellos Cirion, con gran sabiduría, les concedió todas las tierras septentrionales, salvo Anórien, para que gobernaran en ellas, aunque en alianza perpetua con Gondor. Ya no había hombres suficientes en el reino para poblar la región septentrional, ni siquiera para mantener en funcionamiento la línea de fuertes a lo largo del Anduin que había protegido sus fronteras orientales. Cirion lo pensó mucho antes de ceder Calenardhon a los Jinetes del Norte; y juzgó que esta cesión debía alterar por

⁵³ Fue también Rómendacil I quien estableció el cargo de Senescal (Arandur, «servidor del rey»), cuyos titulares serían elegidos por los Reyes por ser hombres de gran confianza y sabiduría, habitualmente de edad avanzada, pues no se les permitía ir a la guerra ni abandonar el reino. No eran nunca miembros de la Casa Real. [Nota del autor.]

⁵⁴ Mardil fue el primer Senescal Regente de Gondor. Era el Senescal de Eärnur, el último Rey, que desapareció en Minas Morgul en el año 2050. «Se creía en Gondor que el desleal enemigo había tendido una trampa al Rey, y que éste había muerto en tormento en Minas Morgul; pero como no había testigos de esa muerte, Mardil el Buen Senescal rigió Gondor en nombre de Eärnur por muchos años» [El Señor de los Anillos, Apéndice A (I, iv)].

entero la «Tradición de Isildur» en relación con el santuario de Amon Anwar. A ese sitio llevó al Señor los Rohirrim, y allí, junto al túmulo de Elendil, con la mayor solemnidad, escuchó el Juramento de Eorl, que fue contestado con el Juramento de Cirion, confirmando para siempre la alianza entre los Reinos de los Rohirrim y Gondor. Pero cuando esto se hizo y Eorl hubo regresado al Norte para conducir a su pueblo a su nueva morada Cirion trasladó la tumba de Elendil. Porque juzgó que la «Tradición de Isildur» había quedado invalidada. El santuario no estaba ya «en el punto medio del Reino del Sur», sino en los límites de otro reino; y además las palabras «mientras el Reino perdure» se referían a él tal como era en los días en que Isildur hablaba, después de examinar sus límites y definirlos. Es cierto que otras partes del Reino se habían perdido desde entonces: Minas Ithil estaba en manos de los Nazgûl, e Ithilien, en estado de abandono y desolación; pero Gondor no había renunciado al derecho que tenía sobre ellas. Calenardhon había sido cedida para siempre mediante un voto. Por tanto, la caja que Isildur había guardado en el interior del montículo, la llevó Cirion al Santuario de Minas Tirith; pero el montículo verde subsistió como memoria de una memoria. No obstante, aun cuando se había convertido en el sitio de un fanal, la Colina de Anwar siguió siendo un lugar de reverencia para Gondor y los Rohirrim, que lo llamaron en su propia lengua Halifirien, el Monte Sagrado.

III

LA BÚSQUEDA DE EREBOR

La plena comprensión de esta historia requiere conocer lo que se cuenta en el Apéndice A (III, El Pueblo de Durin) de El Señor de los Anillos. Sigue a continuación un breve resumen:

Los Enanos Thrór y su hijo Thráin (junto con Thorin, hijo de Thráin, más tarde llamado Escudo de Roble) escaparon de la Montaña Solitaria (Erebor) por una puerta secreta cuando el dragón Smaug descendió en la cima. Thrór regresó a Moría después de dar a Thráin el último de los Siete Anillos de los Enanos, y fue muerto allí por el Orco Azog, que marcó su nombre en la frente de Thrór. Fue ésta la causa de la Guerra entre los Enanos y los Orcos, que terminó con la gran Batalla de Azanulbizar (Nanduhirion) ante la gran Puerta Oriental de Moria en el año 2799. Después Thráin y Thorin Escudo de Roble vivieron en las Ered Luin, pero en el año 2841 Thráin partió de allí para regresar a la Montaña Solitaria. Mientras erraba por las tierras al este del Anduin, fue capturado y hecho prisionero en Dol Guldur, donde le fue quitado el anillo. En 2850 Gandalf penetró en Dol Guldur y descubrió que el amo de aquel sitio era en verdad Sauron, y allí encontró a Thráin antes de que éste muriera.

Existe más de una versión de «La búsqueda de Erebor», como se explica en un Apéndice que sigue al texto, donde también se reproducen extensos extractos de una versión anterior.

No he encontrado escrito alguno que preceda a las palabras iniciales del presente texto («Ese día ya no siguió hablando»). El sujeto de «no siguió», en la oración inicial, es Gandalf; el de «volvimos» en la segunda oración, son Frodo, Peregrin, Meriadoc y Gimli; finalmente, el de «no recuerdo», en la tercera oración, es Frodo, que es quien relata la conversación; la escena es una casa de Minas Tirith, después de la coronación del Rey Elessar (véase el Apéndice de «La búsqueda de Erebor»).

Ese día ya no siguió hablando. Pero más tarde volvimos sobre el tema, y nos contó toda la extraña historia; cómo preparó el viaje a Erebor, por qué pensó en Bilbo, y cómo convenció al orgulloso Thorin Escudo de Roble de que lo llevara con él. No recuerdo ahora toda la historia, pero entendimos que, para empezar, Gandalf pensaba sólo en la defensa del Oeste contra la Sombra.

—Estaba muy inquieto por ese entonces —dijo—, porque Saruman estorbaba todos mis planes. Sabía que Sauron se había alzado de nuevo y que pronto haría una declaración, y sabía también que se preparaba para librar una gran guerra. ¿Cómo empezaría? ¿Intentaría primero ocupar de nuevo Mordor o atacaría antes las principales fortalezas de sus enemigos? Pensaba entonces, y hoy

me parece fuera de toda duda, que su plan original era atacar Lórien y Rivendel no bien contara con fuerzas suficientes. Sería para él un plan mucho mejor, y mucho peor para nosotros.

»Quizá penséis que Rivendel estaba fuera de su alcance, pero yo no lo creo así. La situación en el Norte era muy mala. El Reino bajo la Montaña y los fuertes Hombres del Valle ya no existían. Para resistir cualesquiera fuerzas que Sauron pudiera enviar para recuperar los pasos septentrionales de las montañas y las viejas tierras de Angmar, sólo estaban los Enanos de las Montañas de Hierro, y detrás de ellos no había más que desolación y un Dragón. Sauron podía recurrir al Dragón con terribles consecuencias. Muchas veces me decía a mí mismo: "He de encontrar algún medio para vérmelas con Smaug. Pero todavía es más necesario asestar un golpe certero sobre Dol Guldur. Tenemos que desbaratar los planes de Sauron. He de conseguir que el Concilio lo tome en consideración".

»Ésos eran mis sombríos pensamientos mientras avanzaba a trote corto por el camino. Estaba cansado y me dirigía a la Comarca para tomarme un breve descanso después de haber estado alejado de allí más de veinte años. Pensaba que si apartaba de mi mente las preocupaciones por un tiempo, quizá encontraría una manera de darles solución. Y así fue, en verdad, aunque no pude olvidarlas.

»Porque mientras me acercaba a Bree, fui alcanzado por Thorin Escudo de Roble,¹ que vivía por entonces en el exilio más allá de las fronteras noroccidentales de la Comarca. Para mi sorpresa, me dirigió la palabra; y fue en ese preciso momento cuando el curso de los acontecimientos empezó a cambiar.

»Él estaba preocupado también, tanto que se decidió a pedirme consejo. De modo que lo acompañé a sus estancias en las Montañas Azules, y escuché allí la larga historia que tenía que contarme. Advertí en seguida que el corazón le ardía de tanto pensar en sus males y en la pérdida del tesoro de sus antepasados, y que también le pesaba el deber heredado de vengarse de Smaug. Los Enanos toman muy en serio este tipo de deberes.

»Le prometí ayudarlo si podía. Estaba yo tan ansioso como él por ver sucumbir a Smaug, pero Thorin no pensaba en otra cosa que en planes de batalla y guerra, como si fuera realmente el Rey Thorin II, y yo no veía ninguna esperanza en todo ello. De modo que lo dejé y fui a la Comarca, y cogí el hilo de las noticias. Era un asunto extraño. No hice más que dejarme llevar por la "casualidad" y cometí muchos errores en el camino.

»De algún modo me había sentido atraído por Bilbo desde mucho antes, cuando no era sino un niño y un joven hobbit: no había llegado apenas a la mayoría de edad cuando lo había visto por última vez. Me había quedado grabado en la mente desde entonces; recordaba su ansiedad, sus ojos brillantes, su amor por los cuentos y sus preguntas acerca del ancho mundo más allá de la Comarca. No bien entré en la Comarca, tuve noticias de él. Había conseguido que se hablara de él, según parecía. Sus dos padres habían muerto poco más o menos a los ochenta años, es decir jóvenes, si se tiene en cuenta lo que era habitual entre los habitantes de la Comarca; y él nunca se había casado. Ya se estaba volviendo algo raro, decían, y se pasaba largos días solo. Era posible verlo hablar con forasteros, aun con Enanos.

¹ *El encuentro de Gandalf con Thorin se relata también en el Apéndice A (III) de El Señor de los Anillos, y allí se da la fecha del acontecimiento: el 15 de marzo de 2941. Hay una ligera diferencia entre ambos relatos: en el Apéndice A el encuentro se produce en una taberna de Bree y no en el camino. Gandalf había visitado por última vez la Comarca veinte años antes, en 2921, cuando Bilbo tenía treinta y uno; Gandalf dice más tarde que no había llegado todavía a la mayoría de edad [a los treinta y tres] cuando lo vio por última vez.*

»"¡Aun con Enanos!" Estas tres cosas se asociaron de pronto en mi mente: el Gran Dragón, codicioso, y de oído y olfato penetrantes; los tenaces Enanos de pesadas botas con su antiguo rencor ardiente y el veloz Hobbit de pies silenciosos, anhelante (me parecía adivinar) por ver el ancho mundo. Me reí a solas; pero me apresuré en seguida a ver a Bilbo: quería ver qué efectos había tenido sobre él el paso de veinte años y si era tan prometedor su estado como lo aseguraban los chismorreos. Pero no se encontraba en casa. Sacudieron la cabeza en Hobbiton cuando pregunté por él. "Ha partido otra vez —dijo un hobbit. Era Holman, el jardinero, creo—. ² Ha partido otra vez. Va a reventar un día de éstos si no se anda con cuidado. Bueno, pues, le pregunté que a dónde iba y cuándo volvería, y va y me dice No lo sé; y luego me mira de modo curioso. Depende de que me encuentre con alguien, Holman, me dice. ¡Mañana es el Año Nuevo de los Elfos! ³ Una lástima y siendo tan buena persona. No se encuentra nadie mejor desde las Quebradas hasta el Río."

»"¡Mejor que mejor! —pensé—. Creo que correré el riesgo." El tiempo pasaba de prisa. Tenía que estar en el Concilio Blanco en agosto a más tardar; de lo contrario Saruman se saldría con la suya y no se haría nada. Y sin entrar a considerar asuntos de mayor importancia, eso podría resultar fatal para la búsqueda: el poder de Dol Guldur no dejaría de intentar nada contra Erebor, a no ser que tuviera algo más importante que hacer.

»De modo que cabalgué velozmente de nuevo al encuentro de Thorin para emprender la difícil tarea de convencerlo de que abandonara sus altivos designios y acudiera sigilosamente a reunirse con Bilbo. Sin ver a Bilbo primero. Era un error y resultó casi desastroso. Porque Bilbo había cambiado, por supuesto. Cuando menos, se había vuelto bastante codicioso, y gordo, y sus viejos deseos habían disminuido hasta convertirse en una especie de sueño privado. ¡Nada podría haber sido más desalentador que ver convertirse este sueño en realidad! Bilbo estaba completamente consternado y actuó como un tonto. Thorin lo habría abandonado furioso de no haber mediado una extraña circunstancia que dentro de unos momentos mencionaré.

»Pero ya sabéis cómo fueron las cosas, al menos cómo Bilbo las vio. La historia sonaría algo diferente si yo la hubiera escrito. Para empezar, no advirtió cuan fatuo lo consideraban los Enanos, ni tampoco hasta qué punto se habían enfadado conmigo. No se dio cuenta de que Thorin estaba muy indignado y hablaba en un tono mucho más despectivo. Se mostró en verdad despectivo desde un principio, y pensó quizá que yo lo había planeado todo sencillamente para mofarme de él. Sólo el mapa y la llave salvaron la situación.

»Pero no había pensado en ellos durante años. Sólo cuando llegué a la Comarca y tuve tiempo de reflexionar sobre la historia de Thorin recordé de pronto la extraña casualidad que me los puso en las manos; incluso empezaba entonces a no parecer tan casual. Recordé un peligroso viaje emprendido por mí noventa y un años antes, cuando entré en Dol Guldur disfrazado y encontré allí a un desdichado Enano que agonizaba en las mazmorras. No tenía idea de quién era. Me mostró un mapa que había pertenecido al pueblo de Durin en Moria, y una llave que parecía tener alguna relación con el mapa, aunque el Enano estaba demasiado grave para explicarlo. Y dijo que había poseído un gran Anillo.

² *Holman el jardinero: Holman Mano Verde, de quien era aprendiz Hamfast Gamyi (el padre de Sam, el Tío): La Comunidad del Anillo, I, i, y Apéndice C.*

³ *El año solar élfico (loa) empezaba con un día llamado yestarë, que precedía al primer día de tuilë (primavera); y en el Calendario de Imladris yestarë «correspondía poco más o menos al 6 de abril de la Comarca» (El Señor de los Anillos, Apéndice D).*

»Casi todos sus devaneos se centraban en eso. El último de los Siete, repetía una y otra vez. Pero estas cosas podrían haber llegado a sus manos de muchas maneras. Podría haber sido un mensajero capturado mientras huía, o aun un ladrón atrapado por otro ladrón mayor. Pero me dio el mapa y la llave. —Para mi hijo —dijo; y luego murió, y poco después, yo mismo escapé. Guardé las cosas, y por algo que el corazón me advertía, las llevé siempre conmigo, en lugar seguro, aunque pronto dejé de pensar en ellas. Tenía otro asunto en Dol Guldur más importante y peligroso que todo el tesoro de Erebor.

»Ahora lo recordaba todo otra vez, y era evidente que yo había escuchado las últimas palabras de Thráin II,⁴ aunque entonces no dijo su nombre ni el de su hijo; y Thorin, por supuesto, no sabía qué había sido de su padre, ni mencionó nunca "el último de los Siete anillos". Yo tenía el plano y la llave de la entrada secreta a Erebor por la que habían huido Thrór y Thráin, de acuerdo con la historia de Thorin. Y los había guardado, aunque sin abrigar ningún designio al respecto, hasta el momento en que resultaron de suma utilidad.

«Afortunadamente, no cometí error alguno en el uso que les di. Me los guardé en la manga, como decís en la Comarca, hasta que las cosas no parecieron ya tener esperanzas. No bien los vio Thorin, decidió seguir mi plan, cuando menos en lo que concernía a la expedición secreta. Sea lo que fuere lo que pensaba de Bilbo, él mismo se habría puesto en camino. La existencia de una puerta oculta, que sólo los Enanos son capaces de descubrir, apuntaba a la posibilidad de tener alguna noticia de las andanzas del Dragón, y quizás aun recuperar algo de oro, o alguna valiosa herencia que apaciguara los anhelos de su corazón.

»Pero esto no me bastaba. En mi corazón sabía que Bilbo por fuerza tenía que acompañarlo; de lo contrario toda la búsqueda fracasaría, o, como diría ahora, los acontecimientos más importantes no llegarían a ocurrir. De modo que tenía que persuadir todavía a Thorin de que lo llevara con él. Hubo luego muchas dificultades en el camino, pero para mí ésa fue la parte más difícil de todo el asunto. Aunque discutí con él hasta muy entrada la noche después de que Bilbo se retirara, sólo a la mañana siguiente quedó zanjada la cuestión.

»Thorin sentía por él desprecio y desconfianza.

»—Es blando —dijo con un bufido—. Blando como el lodo de su Comarca, y tonto. Su madre murió demasiado pronto. Usted me está jugando una mala pasada, señor Gandalf. Estoy seguro de que ayudarme no es el único propósito de usted.

»—Tiene perfecta razón —le dije—. Si no tuviera ningún otro propósito, no lo ayudaría en absoluto. Aunque sus propios asuntos le parezcan a usted muy importantes, no son sino la mezquina hebra de una gran trama. Yo me intereso en múltiples hebras. Pero eso debería dar a mi consejo mayor peso y no menos. —Hablé por fin con gran calor.— ¡Escúcheme, Thorin Escudo de Roble! —dije—. Si este Hobbit va con usted, se saldrá con la suya. De lo contrario, fracasará. Tengo un presentimiento, y se lo estoy comunicando.

»—Conozco su fama —respondió Thorin—. Espero que sea merecida. Pero esta tonta insistencia en ese Hobbit suyo me hace dudar de que tenga realmente un presentimiento y me hace sospechar que quizá sea usted un loco antes que un vidente. Las muchas preocupaciones pueden haberle alterado el juicio.

»—Por cierto han sido suficientes como para que así sea —dije—. Y entre ellas la más exasperante es toparme con un Enano orgulloso que pide mi consejo (sin que nada le dé derecho a hacerlo, que yo sepa), y luego me recompensa con la

⁴ *Thráin II: Thráin I, lejano antepasado de Thorin, había escapado de Moria en el año 1981 y se convirtió en el primer Rey bajo la Montaña [El Señor de los Anillos, Apéndice A (III)].*

insolencia. Haga lo que quiera, Thorin Escudo de Roble. Pero si desdeña mi consejo, el desastre es inevitable. Y no volverá a recibir consejo ni ayuda de mí hasta que lo alcance la Sombra. Y refrene su orgullo y su codicia, o fracasará en cualquier camino que emprenda aunque tenga las manos repletas de oro.

»Vacilé un poco entonces; pero sus ojos llamearon. —¡No me amenace! —exclamó—. Recurriré a mi propio juicio en este asunto como en todo lo que me concierne.

»—¡Hágalo, pues! —dije—. No puedo añadir nada más, excepto esto: no concedo yo mi amor o mi confianza a la ligera, Thorin; pero este Hobbit me gusta y le deseo lo mejor. Trátelo bien y contará usted con mi amistad hasta el fin de sus días.

»Dije eso sin esperanzas de persuadirlo; pero no podría haber dicho nada mejor. Los Enanos comprenden la devoción a los amigos y la gratitud a los que los ayudan. —Muy bien —dijo Thorin por fin, tras unos momentos de silencio—. Formará parte de mi compañía si se atreve (cosa que dudo). Pero si insiste en cargarme con ese peso, ha de venir usted también, y cuidar del tesoro.

»—¡Bien! —respondí—. Iré también y los acompañaré mientras pueda: por lo menos hasta que usted haya descubierto lo que vale este Hobbit. —Resultó bien al final, pero en ese momento estaba preocupado, pues tenía entre manos el urgente asunto del Concilio Blanco.

»Así se inició la Búsqueda de Erebor. No creo que cuando empezó tuviera Thorin verdaderas esperanzas de destruir a Smaug. No había la menor esperanza. Sin embargo, sucedió. Pero, ¡ay!, Thorin no vivió para gozar de su triunfo y de su tesoro. El orgullo y la codicia pudieron más que él, a pesar de mi advertencia.

—Pero sin duda habría caído en la batalla de cualquier manera —dije yo—. Los Orcos lo habrían atacado, por generoso que hubiera sido Thorin con el tesoro.

—Eso es cierto —dijo Gandalf—. ¡Pobre Thorin! Fue un gran Enano de una gran casa aun a pesar de sus defectos; y aunque cayó al final del viaje, ayudó mucho a él que el Reino bajo la Montaña quedara restaurado como yo deseaba. Pero Dáin Pie de Hierro fue un digno sucesor. Y ahora nos enteramos de que murió luchando también ante Erebor, mientras nosotros luchábamos aquí. Diría que es ésa una pérdida lamentable, pero sobre todo estoy asombrado de que a su avanzada edad⁵ pudiera todavía esgrimir el hacha como dicen que lo hacía, de pie junto al cuerpo del Rey Brand ante las Puertas de Erebor, hasta la caída de la noche.

»En verdad, todo podría haber sucedido de modo muy distinto. El ataque más importante se centró en el sur, es cierto; y, sin embargo, con su larga mano derecha Sauron podría haber hecho estragos en el norte mientras nosotros defendíamos Gondor, si el Rey Brand y el Rey Dáin no le hubieran interceptado el paso. Cuando penséis en la gran Batalla de Pelennor, no olvidéis la Batalla del Valle. Pensad en lo que podría haber sucedido. ¡Fuego de Dragones y espadas salvajes en Eriador! Podría no haber Reina en Gondor. Podríamos ahora no tener otra esperanza que volver de la victoria a la ruina y la ceniza. Pero eso se ha evitado: porque me encontré con Thorin Escudo de Roble una noche a comienzos de la primavera no lejos de Bree. Un encuentro casual, como decimos en la Tierra Media.

⁵ *Dáin II Pie de Hierro nació en el año 2767; en la Batalla de Azanulbizar (Nanduhirion), en 2799, mató ante la Puerta Oriental de Moria al gran Orco Azog, vengando así a Thrór, el abuelo de Thorin. Murió en la Batalla del Valle en 3019 [El Señor de los Anillos, Apéndices A (III) y B]. Frodo se enteró por Glóin en Rivendel de que «Dáin reinaba todavía bajo la Montaña, que era viejo (habiendo cumplido ya doscientos cincuenta años), venerable y fabulosamente rico» (La Comunidad del Anillo, II, I).*

APÉNDICE

Nota sobre los textos de «La búsqueda de Erebor»

La situación del texto de esta obra es compleja y difícil de poner en claro. La primera versión constituye un manuscrito completo, pero en borrador y muy corregido, que llamaré aquí A; lleva por título «La historia de las relaciones de Gandalf con Thráin y Thorin Escudo de Roble». A partir de ésta, se hizo una transcripción dactilográfica B, con muchas más correcciones todavía, aunque en su mayoría de importancia menor. Ésta se titula «La búsqueda de Erebor» y también «Gandalf cuenta de cómo preparó la expedición a Erebor y envió a Bilbo con los Enanos». Algunos extractos extensos de esta copia dactilográfica se ofrecen más adelante.

Además de A y B («la primera versión») existe otro manuscrito, C, sin título, que cuenta la historia de manera más sucinta y apretada, en el que se omite gran parte de la primera versión y se incorporan unos pocos nuevos elementos, pero también (particularmente en la última parte) se conserva en gran parte la redacción original. Me parece casi indudable que C es posterior a B, y C es la versión que acaba de darse, aunque aparentemente se perdió parte del principio. La escena de los recuerdos de Gandalf se establece en Minas Tirith.

Los párrafos iniciales de B (que se ofrecen más adelante) son casi idénticos a un pasaje del Apéndice A (III, El Pueblo de Durin) de El Señor de los Anillos, y evidentemente depende de la narración acerca de Thrór y Thráin que los precede en el Apéndice A; mientras que el final de «La búsqueda de Erebor» también se encuentra casi exactamente con las mismas palabras en el Apéndice A (III), también aquí en boca de Gandalf, que se dirige a Frodo y Gimli en Minas Tirith. Por la carta citada en la Introducción resulta claro que mi padre escribió «La búsqueda de Erebor» con el propósito de que formara parte de la narración de El Pueblo de Durin que aparece en el Apéndice A.

Extractos de la primera versión

La copia dactilográfica B de la primera versión empieza de este modo:

Así, Thorin Escudo de Roble se convirtió en el Heredero de Durin, pero heredero sin esperanzas. Cuando el saqueo de Erebor, había sido demasiado joven para portar armas, pero en Azanulbizar había luchado en la vanguardia del ataque; y cuando Thráin se perdió, tenía noventa y cinco años, un gran Enano de orgulloso porte. No tenía Anillo alguno y (por esa razón quizá) pareció contento de quedarse en Eriador. Allí trabajó largo tiempo y acumuló tantas riquezas como pudo; y a su gente se sumaron muchos de los Enanos errantes de Durin que habían oído de él y a él acudieron. Ahora tenían bellos recintos en las montañas, con bienes almacenados, y sus días no resultaban tan duros, aunque en sus cantos hablaban siempre de la Montaña Solitaria

a lo lejos, y el tesoro y la beatitud de la Gran Sala a la luz de la Piedra del Arca.

Los años pasaron. Los rescoldos del corazón de Thorin volvieron a avivarse mientras meditaba en los males de su Casa y en la venganza contra el Dragón que le había correspondido asumir por herencia. Pensaba en armas y en ejércitos y en alianzas mientras su gran martillo resonaba en la fragua; pero los ejércitos se dispersaron y las alianzas se quebrantaron y las hachas de su pueblo eran pocas; una gran cólera sin esperanzas le ardía en el pecho mientras golpeaba el hierro rojo sobre el yunque.

Gandalf no había desempeñado aún papel alguno en los destinos de la Casa de Durin. No había tenido mucho trato con los Enanos; aunque era amigo de los de buena voluntad y le gustaban los exiliados del Pueblo de Durin que vivían en el Oeste. Pero en una ocasión, mientras viajaba por Eriador (yendo a la Comarca, que no había visitado desde hacía varios años) se encontró por casualidad con Thorin Escudo de Roble, y conversaron en el camino y reposaron durante la noche en Bree.

Por la mañana, Thorin dijo a Gandalf: —Tengo muchas cosas acumuladas en la mente, y dicen que es usted sabio y que sabe más que la mayoría de lo que acaece en el mundo. ¿Vendrá usted conmigo y me escuchará y me dará consejo?

A esto consintió Gandalf y cuando fueron al aposento de Thorin se sentó largo rato con él y escuchó toda la historia de sus males.

De este encuentro se siguieron muchos acontecimientos de gran importancia: el hallazgo del Anillo Único y su llegada a la Comarca y la elección del Portador del Anillo. Muchos, por esta razón, han supuesto que Gandalf previó todas estas cosas y escogió el momento para su encuentro con Thorin. Pero nosotros no creemos que fuera así. Porque en la narración de la Guerra del Anillo, Frodo, el Portador del Anillo, dejó un relato de las palabras de Gandalf sobre este punto precisamente. Esto es lo que escribió:

En lugar de las palabras «Esto es lo que escribió», A, el primer manuscrito, dice: «Ese pasaje se eliminó del cuento, pues pareció muy largo; pero la mayor parte queda ahora incorporada aquí».

Después de la coronación, nos alojamos en una bella casa en Minas Tirith con Gandalf, y él estaba muy alegre, y aunque le hicimos muchas preguntas acerca de todo cuanto nos pasaba por la cabeza, su paciencia parecía tan inagotable como su conocimiento. No recuerdo ahora la mayor parte de las cosas que nos dijo; a menudo no las comprendíamos. Pero recuerdo muy claramente esta conversación. Gimli estaba con nosotros y le dijo a Peregrin:

—Hay una cosa que debo hacer un día de éstos: tengo que visitar esa Comarca vuestra.* ¡No ya para ver hobbits! Dudo que pueda aprender algo acerca de ellos que ya no sepa. Pero ningún Enano de la Casa de Durin podría dejar de contemplar con maravilla esa tierra.

* Gimli debió de haber estado en la Comarca, por lo menos de paso, con motivo de viajes desde su tierra natal en las Montañas Azules.

¿No empezaron allí acaso la recuperación del Reino bajo la Montaña y la caída de Smaug? Para no mencionar el fin de Barad-dûr, aunque ambas cosas estaban extrañamente entrelazadas. Extrañamente, muy extrañamente —dijo, e hizo una pausa.

Luego, mirando con fijeza a Gandalf, continuó diciendo: —Pero ¿quién tejó la trama? No creo haber considerado nunca antes esta cuestión. Entonces, ¿usted planeó todo esto, Gandalf? Si no, ¿por qué condujo a Thorin Escudo de Roble a una puerta tan peculiar? Para encontrar el Anillo y llevarlo lejos al Oeste a esconderlo, y luego escoger al Portador del Anillo... y de paso recobrar el Reino de la Montaña como si nada: ¿no fue ése su designio?

Gandalf no respondió en seguida. Se puso en pie y miró por la ventana hacia el oeste, en dirección al mar; el sol se ponía y en su cara había un resplandor. Se estuvo largo rato en silencio. Pero por fin se volvió hacia Gimli y dijo: —No conozco la respuesta. Porque he cambiado desde aquellos días y no me estorba ya la carga de la Tierra Media como entonces. En aquellos días habría respondido con palabras como las que dirigí a Frodo el año pasado en primavera. ¡Sólo el año pasado! Pero semejantes medidas no tienen sentido. En ese tiempo lejano le dije a un pequeño Hobbit asustado: Bilbo debía encontrar el Anillo antes que su hacedor, y tú, por tanto, debías transportarlo. Y podría haber añadido: y yo debía haberos guiado a ambos a este fin.

»Para lograrlo utilicé en mi vigilia sólo los medios que me estaban permitidos, haciendo lo que me era posible de acuerdo con las razones que tenía. Pero lo que yo sabía en mi corazón, o lo que sabía antes de pisar estas costas grises, eso era otra cuestión. Era yo Olórin en el Oeste que nadie recuerda, y sólo con los que allí se encuentran hablaré más claramente.

A dice en cambio «y sólo con los que allí se encuentran (o, quizá, con los que allí vuelvan conmigo) hablaré más claramente».

Entonces, dije: —Ahora lo comprendo mejor, Gandalf. Aunque supongo que destinado o no, Bilbo podría haberse negado a abandonar su patria, y también yo. Usted no podía obligarnos. Ni siquiera se le permitió que lo intentara. Pero siento todavía curiosidad por saber por qué hizo lo que hizo, siendo como era entonces, y como parecía, un viejo canoso.

Entonces Gandalf les explicó que en aquel tiempo nunca había estado seguro de cuál sería el primer movimiento de Sauron, y les habló de su temor por Lórien y Rivendel. En esta versión, después de decir que asestar un golpe directo contra Sauron era una cuestión más importante que la de Smaug, proseguía:

—Por esta razón, para dar un salto adelante, es por lo que partí, no bien la expedición contra Smaug estuvo ya en marcha, y persuadí al Concilio de que atacáramos Dol Guldur antes de que él atacara Lórien. Así lo hicimos, y Sauron huyó. Pero siempre se nos adelantaba en sus planes. He de confesar que realmente creí que se había retirado, y que quizá tuviéramos otro período de paz vigilada. Pero no duró mucho tiempo. Sauron decidió que le tocaba dar el paso siguiente. Volvió en seguida a Mordor, y en diez años proclamó sus intenciones.

»Entonces todo se oscureció. Y, sin embargo, ése no era su plan original; y en última instancia resultó un error. La resistencia tenía todavía dónde deliberar fuera del alcance de la Sombra. ¿Cómo podría haber escapado el Portador del Anillo si no hubiera habido Lórien o Rivendel? Y esos sitios habrían caído, pienso, si Sauron hubiera volcado primero todo su poder contra ellos en lugar de consumir más de la mitad de sus fuerzas contra Gondor.

»Bien, pues así fue. Esa era mi razón principal. Pero una cosa es ver lo que es necesario hacer, y otra muy distinta, encontrar el medio. Empezaba a preocuparme seriamente la situación en el Norte cuando un día me encontré con Thorin Escudo de Roble: a mediados de marzo de 2941, creo. Escuché toda su historia y pensé: Pues bien, ¡éste sí que es un enemigo de Smaug! Y es digno de recibir ayuda. He de hacer lo que pueda. Debí haber pensado antes en los Enanos.

»Y además estaba el pueblo de la Comarca. Empecé a consagrarle un sitio cálido en mi corazón en el Largo Invierno, que ninguno de vosotros puede recordar.* Lo pasaron muy mal entonces. Fue uno de los más grandes aprietos en que nunca se encontraron: morían de frío y de hambre en el terrible período de escasez que siguió al invierno. Pero fue ésa una ocasión excepcional para comprobar su coraje y su mutua compasión. Fue por su solidaridad tanto como por su firme y resignado coraje por lo que sobrevivieron. Yo quería que siguieran sobreviviendo. Pero veía que a las Tierras del Oeste les aguardaba tarde o temprano otra muy dura temporada, aunque de una especie del todo distinta: la guerra implacable. Para salir con buen fin de ella, les era preciso contar con algo más que lo que ahora tenían. No era fácil decir qué. Bien, quizá les fuera preciso saber algo más, comprender algo más claramente lo que los aguardaba y la situación en que se encontraban.

»Habían empezado a olvidar: a olvidar sus propios orígenes y leyendas, a olvidar lo poco que sabían de la grandeza del mundo. La memoria de lo elevado y lo peligroso no había desaparecido todavía, pero había empezado a quedar sepultada. Pero no es posible enseñar eso de prisa a todo el mundo. No había tiempo. Y de cualquier manera, es necesario empezar en algún punto con alguien. Me atrevo a afirmar que estaba "elegido", y yo sólo era el elegido para elegirlo; lo cierto es que escogí a Bilbo.

—Pues eso es precisamente lo que me interesa saber —dijo Peregrin— ¿Por qué lo hizo?

—¿Cómo seleccionaría a un Hobbit para un fin semejante? —respondió Gandalf—. No tenía tiempo de examinarlos a todos; pero conocía la Comarca bastante bien por entonces, aunque cuando encontré a Thorin había estado ausente de ella más de veinte años, dedicado a menos placenteros asuntos. De modo que, naturalmente, al pensar en los Hobbits que conocía, me dije: «Quiero una pizca de los Tuk (sólo una pizca, Señor Peregrin) y quiero un buen cimiento de una especie más sólida, un Bolsón, quizá». Eso señalaba sin vacilaciones a Bilbo. Lo había conocido antes muy bien, cuando había llegado casi a la mayoría de edad, mejor que lo que él me conocía a mí. Me gustaba

* En el Apéndice A (II) de *El Señor de los Anillos* se cuenta cómo el Largo Invierno de 2758-2759 afectó a Rohan; y bajo el epígrafe de «La Cuenta de los Años» se menciona que «Gandalf acudió en ayuda del pueblo de la Comarca».

entonces. Y comprobaba ahora que «carecía de compromisos» que le impidieran emprender nuevas acciones; esto, por supuesto, no lo supe hasta llegar a la Comarca. Me enteré de que no se había casado. Me pareció extraño, aunque adiviné el motivo; y el motivo que adiviné no era el que la mayor parte de los Hobbits me dieron: que había quedado a edad temprana en buena situación y enteramente dueño de sí. No, adiviné que quería permanecer «libre de compromisos» por alguna razón profunda que él mismo no comprendía, o que no reconocía porque lo alarmaba. No obstante, quería estar libre para partir cuando la oportunidad le llegara o hubiera acumulado el coraje suficiente. Recordaba cómo me importunaba con preguntas, cuando era un jovencuelo, acerca de los Hobbits que ocasionalmente «se habían disparado», como se decía en la Comarca. Por lo menos, dos de sus tíos de la rama Tuk lo habían hecho.

Estos tíos eran Hildifons Tuk, que «partió de viaje y no regresó», e Isengar Tuk (el menor de los doce hijos del Viejo Tuk), de quien «se dice que se hizo a la mar» cuando joven (El Señor de los Anillos, Apéndice C, Árbol genealógico de los Tuk de Grandes Smials).

Cuando Gandalf aceptó la invitación de Thorin de acompañarlo a su casa en las Montañas Azules

—... pasamos por la Comarca, aunque Thorin no quiso demorarse allí lo suficiente como para que ello nos fuera de utilidad. A decir verdad, creo que el fastidio que me producía su altivo desdén por los Hobbits fue lo que por primera vez me dio la idea de mezclarlo con ellos. Para él no eran sino cultivadores de alimentos que labraban las tierras a ambos lados del camino ancestral de los Enanos que lleva a las Montañas.

En esta primera versión, Gandalf contaba por extenso cómo, después de su visita a la Comarca, volvía al encuentro de Thorin con el fin de «persuadirlo de que abandonara sus altivos designios y acudiera con sigilo a reunirse con Bilbo». Esta oración es todo lo que se incluye en la versión posterior («La búsqueda de Erebor»).

—Al fin me decidí y fui al encuentro de Thorin. Lo encontré en conciliábulo con algunos de sus parientes. Estaban allí Balin y Glóin y varios otros.

»—Bien, ¿qué tiene que decirme? —me preguntó Thorin no bien me vio.

»—Esto en primer lugar —le respondí— sus ideas son las de un rey, Thorin Escudo de Roble, pero su reino no existe. Si ha de ser restaurado, cosa que dudo, debe hacerse desde el mínimo comienzo. Aquí, desde tan lejos, me pregunto si se da cuenta cabal de la fuerza del gran Dragón. Pero eso no es todo: hay en el mundo una Sombra que crece de prisa y que es mucho más terrible. Se darán mutua ayuda. —Y sin duda así habría sido, si yo no hubiera atacado Dol Guldur al mismo tiempo.— La guerra abierta resultaría del todo inútil; y de cualquier manera no podría prepararla. Tendrá que intentar algo más sencillo, y sin embargo más audaz; a decir verdad, algo desesperado.

»—Es usted a la vez vago e inquietante —me dijo Thorin—. Hable con más claridad.

»—Bien, para empezar —dije—, tendrá que iniciar usted mismo esta búsqueda, y tendrá que hacerlo en secreto. No habrá a su disposición mensajeros, heraldos o desafíos, Thorin Escudo de Roble. A lo más podrá llevar con usted unos pocos parientes o seguidores fieles. Pero le hará falta algo más, algo inesperado.

»—¡Nómbrelo! —dijo Thorin.

»—¡Un momento! —dije—. Espera enfrentarse con un Dragón; que no sólo es muy grande, sino viejo y muy astuto. Desde el comienzo de su aventura, tiene que tener esto en cuenta: su memoria y su sentido del olfato.

»—Naturalmente —me dijo Thorin—. Los Enanos hemos tenido más trato con Dragones que nadie; no está enseñándole a un ignorante.

»—Muy bien —respondí— pero no me pareció que sus planes tomaran en consideración este punto. Mi plan es un plan de subrepción. Subrepción* Smaug no duerme sin sueños en ese costoso lecho en que está tendido, Thorin Escudo de Roble. ¡Sueña con Enanos! Puede estar seguro de que explora su estancia día tras día, noche tras noche, hasta estar seguro de que no hay en el aire ni el más ligero olor a Enano antes de retirarse a dormir: un duermevela de oído atento a las pisadas de... los Enanos.

»—Con sus palabras logra usted que esa subrepción suya parezca algo tan difícil y desesperanzado como un ataque abierto —dijo Balin—. Algo tan difícil que no permite tener ninguna esperanza.

»—Sí, es difícil —respondí—. Pero no tan difícil que no permita tener ninguna esperanza, o no estaría aquí perdiendo el tiempo. Diría yo que es absurdamente difícil. De modo que sugeriré una solución absurda al problema. ¡Llevad a un Hobbit con vosotros! Smaug probablemente nunca ha oído hablar de los Hobbits y es seguro que nunca los ha olido.

»—¿Cómo? —exclamó Glóin—. ¿Uno de esos simplones de la Comarca? ¿De qué puede servir en esta tierra o debajo de la tierra? Cualquiera que fuese su olor, jamás se arriesgaría a que lo olfateara el más desnudo de los dragonzuelos, aun uno recién salido del cascarón.

»—¡Vamos, vamos! —dije yo—, eso no es justo. No sabe demasiado del pueblo de la Comarca, Glóin. Supongo que los considera simples porque son generosos y no regatean; y los cree tímidos porque nunca les vende armas. Está equivocado. De cualquier modo, tengo uno escogido para que lo acompañe, Thorin. Es diestro e inteligente, aunque astuto y nada temerario. Y creo que es valiente, muy valiente, de acuerdo con el estilo de los Hobbits. Son, podría decirse, "bravos en caso de apuro". Tiene que ponerlos en un aprieto antes de saber de qué son capaces.

»—No es posible ponerlos a prueba —respondió Thorin—. Según he observado, hacen todo lo posible por evitar los casos de apuro.

»—Eso es muy cierto —dije—. Son un pueblo muy juicioso. Pero este Hobbit es bastante inusitado. Creo que podríamos convencerlo de

* En este punto, en el manuscrito A se omitió una oración quizá sin intención, dado que más adelante Gandalf señala que Smaug nunca había olido a los Hobbits: «También un olor imposible de identificar, al menos para Smaug, el enemigo de los Enanos».

que se enfrentara a un caso de apuro. Creo que en su corazón desea realmente... tener, como él diría, una aventura.

»—¡No a mis expensas! —dijo Thorin furioso, poniéndose en pie y dando zancadas a uno y otro lado—. Esto no es un consejo. ¡Es una tontería! No me es posible ver qué podría hacer un Hobbit, malo o bueno, por compensar un solo día de retraso, aun cuando fuera posible persuadirlo de que se pusiera en camino.

»—¡No puede ver! ¡No podría oír, probablemente! —respondí—. Los Hobbits se trasladan sin esfuerzo en silencio, como jamás lo lograría un Enano, ni siquiera en peligro de muerte. Son, creo, las criaturas de pisada más suave de cuantas hay en este mundo. No parece haber observado, Thorin Escudo de Roble, que cuando atravesó la Comarca hizo un ruido (puedo afirmarlo) que los habitantes oyeron a una milla de distancia. Cuando dije que le hacía falta subrepción, lo dije muy en serio: subrepción profesional.

«—¿Subrepción profesional? —exclamó Balín, interpretando mis palabras en un sentido muy distinto al que yo quería darles—. ¿Quiere decir un buscador de tesoros entrenado? ¿Es posible encontrarlos todavía?

»Vacilé. Éste era un nuevo giro y no sabía cómo tomarlo. —Así lo creo —dije por fin—. A cambio de una recompensa van a donde uno no se atreve a ir, o al menos a donde uno no puede ir, para coger lo que uno quiera.

»Los ojos de Thorin refulgieron al despertársele recuerdos de tesoros perdidos, pero al instante dijo con desprecio: —Un ladrón pagado. Habría que considerarlo si no fuera muy alta la recompensa exigida. Pero ¿qué tiene todo esto que ver con esos aldeanos? Beben en vasos de arcilla y no distinguen una gema de una cuenta de vidrio.

»—Desearía que no siempre hablara con tanta seguridad sin verdadero conocimiento —dije con aspereza—. Esos aldeanos han vivido en la Comarca unos mil cuatrocientos años, y en ese tiempo han aprendido muchas cosas. Han tenido trato con los Elfos y con los Enanos mil años antes que Smaug llegara a Erebor. Ninguno de ellos posee lo que vuestros antepasados considerarían riquezas, pero encontraréis en sus moradas cosas mucho más hermosas que nada de lo que aquí podríais jactaros, Thorin. El Hobbit que tengo en mente tiene ornamentos de oro, y come en vajilla de plata y bebe vino en copas de cristal finamente tallado.

»—¡Ah! ¡Ya veo a dónde quiere ir! —dijo Balín—. ¿Es un ladrón entonces? ¿Por eso lo recomienda?

»Me temo que de pronto perdí la paciencia y la cautela. Esta presunción de los Enanos de que nadie puede tener o hacer algo "de valor" salvo ellos y que todas las cosas bellas en manos ajenas tienen que haber sido adquiridas, si no robadas, de los Enanos, en uno u otro momento, era más de lo que yo podía soportar entonces. —¿Un ladrón? —dije riendo—. ¡Pues claro, sí, un ladrón profesional! ¿Cómo, si no, puede un Hobbit tener una cuchara de plata? Pondré el signo de los ladrones en su puerta y lo encontraréis. —Entonces, enfadado, me puse en pie, y dije con un calor que me sorprendió a mí mismo:— ¡Debe buscar esa puerta, Thorin Escudo de Roble! Hablo en serio. —Y de pronto advertí, en efecto, que lo hacía con mortal seriedad. Esta extravagante idea mía no era una broma, era cierta. Era desespe-

radamente imprescindible que se llevara a cabo. Era preciso que los Enanos doblaran sus tiesos pescuezos.

»—¡Escuchadme, pueblo de Durin! —exclamé—. Si persuadís a este Hobbit de que os acompañe, vuestra misión tendrá buen éxito. De lo contrario, fracasareis. Si hasta rehusáis intentarlo, he terminado con vosotros. ¡Ya no tendréis consejo ni ayuda de mí hasta que la Sombra os alcance!

»Thorin se volvió hacia mí y me miró con asombro, cosa que no era imposible conjeturar por anticipado.

»—¡Duras palabras! —dijo—. Muy bien, lo intentaré. Tiene que haber en usted un cierto poder de previsión, a no ser que sencillamente esté loco.

»—De acuerdo —dije—. Pero ha de hacerlo con buena fe, y no con la mera esperanza de probar que soy un tonto. Ha de ser paciente y no desanimarse con facilidad si la valentía o el deseo de aventura de los que hablo no son fáciles de notar a primera vista. Él no admitirá tenerlos. Intentará negarse a continuar, pero usted no debe permitirselo.

»—Regatear de nada le valdrá, si a eso se refiere —dijo Thorin—. Le ofreceré una justa recompensa por cada cosa que recobre y no más.

»No era a eso a lo que me refería, pero me pareció inútil decirlo. —Hay algo más todavía —proseguí— tenga listos de antemano todos sus planes y preparativos. ¡Téngalo todo listo! Una vez que él esté persuadido, es preciso que no tenga tiempo de volver a pensarlo. Deben partir de la Comarca sin demora hacia el este en cumplimiento de su misión.

»—Parece una extraña criatura ese ladronzuelo suyo —dijo un joven enano llamado Fili (sobrino de Thorin, como lo supe más tarde)—. ¿Cuál es su nombre o el nombre que usa?

»—Los Hobbits usan sus verdaderos nombres —dije—. El único que tiene es Bilbo Bolsón.

»—¡Vaya nombre! —dijo Fili, y se echó a reír.

»—Él lo considera muy respetable —dije—; y se le adecua perfectamente; porque es un soltero de edad madura y ya algo fofo y gordo. La comida es en la actualidad lo que más le interesa. Tiene una excelente despensa, según me han dicho, y quizá hasta más de una. Cuando menos, seréis bien recibidos.

»—Ya basta —dijo Thorin—. Si no hubiera dado mi palabra, ahora decidiría no ir. No estoy dispuesto a que se me tome el pelo. Porque yo también soy serio. Mortalmente serio, y el corazón me arde de cólera.

»No le hice ningún caso. —Preste atención, Thorin —dije—. Abril acaba y ya está aquí la primavera. Tenga todo listo tan de prisa como pueda. Tengo cierto asunto que atender, pero estaré de regreso en una semana. Cuando vuelva, si todo está en orden, me adelantaré para preparar el terreno. Entonces, lo visitaremos juntos al día siguiente.

»Y con eso me despedí, pues no deseaba que Thorin tuviera más que Bilbo la oportunidad de pensar la cosa dos veces. El resto de la historia os es bien conocida... desde el punto de vista de Bilbo. Si yo la hubiera escrito, sonaría bastante diferente. Él no estaba enterado de todo lo que ocurría: tuve cuidado, por ejemplo, de que no supiera demasiado

pronto que un grupo numeroso de Enanos se acercaba a Delagua, lejos del camino principal y las rondas habituales de los Enanos.

»Fue la mañana del martes 25 de abril de 2941 cuando visité a Bilbo; y aunque sabía poco más o menos a qué atenerme, debo confesar que mi confianza sufrió una buena sacudida. Vi que las cosas serían más difíciles de lo que me había figurado. Pero perseveré. Al día siguiente, el miércoles 26 de abril, llevé a Thorin y sus compañeros a Bolsón Cerrado; con gran dificultad en lo que a Thorin concernía; al fin cedió con renuencia. Y, por supuesto, Bilbo estaba enteramente atónito y se comportó de manera ridícula. De hecho, desde un principio todo fue mal para mí; y la desdichada idea del "ladrón profesional" que los Enanos tenían metida en la cabeza no mejoró las cosas. Me felicitaba por haberle dicho a Thorin que deberíamos pasar la noche en Bolsón Cerrado, pues necesitábamos tiempo para discutir medios y planes. Eso me daba una última oportunidad. Si Thorin se hubiera ido de Bolsón Cerrado antes de que yo pudiera verlo a solas, mi plan se habría echado a perder.

Se verá que algunos elementos de esta discusión se incorporaron en la versión posterior a la discusión sostenida por Gandalf y Thorin en Bolsón Cerrado. A partir de este punto, la narración en la última versión sigue a la primera muy de cerca, y por tanto no se la incluye aquí, salvo un pasaje del final. En la anterior, Frodo observa que cuando Gandalf dejó de hablar, Gimli se echó a reír.

—Sigue sonando absurdo —dijo— aun ahora, después de ver que todo ha salido bien. Yo conocía a Thorin, por supuesto; y me habría gustado haber estado allí, pero estaba ausente en ocasión de vuestra primera visita. Y no se me permitió participar en la misión: demasiado joven, dijeron, aunque a los sesenta y dos años, me consideraba apto para cualquier cosa. Bien, me alegro de haber escuchado todo el cuento. Si es eso todo. No creo realmente que ni siquiera ahora nos esté diciendo todo lo que sabe.

—Claro que no —dijo Gandalf.

Y después de esto Meriadoc sigue formulando preguntas a Gandalf acerca del mapa y la llave de Thráin; y en el curso de su réplica (la mayor parte de la cual se conserva en la versión posterior en otro punto de la narración) Gandalf dice:

—Encontré a Thráin nueve años después de que hubiera abandonado a su pueblo, y había estado en las mazmorras de Dol Guldur cuando menos cinco años. No sé cómo resistió tanto ni cómo se las compuso para mantener esas cosas escondidas en medio de todos sus tormentos. Creo que el Poder Oscuro no quería nada de él, salvo el Anillo, y cuando se lo hubo quitado, ya no le exigió nada y arrojó al prisionero quebrantado a las mazmorras para que delirara hasta la muerte. Un pequeño descuido; pero resultó fatal. Los pequeños descuidos suelen ser fatales.

IV

LA BÚSQUEDA DEL ANILLO

(i)

Del viaje de los Jinetes Negros según lo contó
Gandalf a Frodo

Gollum fue capturado en Mordor en el año 3017 y llevado a Barad-dûr, donde fue interrogado y torturado. Cuando hubo averiguado lo que pudo sacarle, Sauron lo dejó libre. No confiaba para nada en Gollum, pues adivinaba algo indomable en él que no era posible someter, ni siquiera por la Sombra del Miedo, salvo destruyéndolo. Pero Sauron percibió la profundidad del odio que abrigaba Gollum contra los que lo habían «robado», y sospechando que iría en busca de ellos para vengarse, esperaba que los espías de Barad-dûr serían así conducidos hacia el Anillo.

Pero no transcurrió mucho antes que Aragorn capturara a Gollum y lo llevara al norte del Bosque Negro; y aunque los espías de Sauron lo siguieron, no pudieron rescatarlo antes de que estuviera a buen resguardo. Ahora bien, Sauron nunca había hecho caso de los «medianos», aunque había oído hablar de ellos, y no sabía todavía dónde estaba la tierra de esta gente. De Gollum, aun dándole tormento, no había podido obtener ninguna descripción clara, tanto porque el mismo Gollum no tenía en verdad conocimiento cierto alguno, como porque falseaba siempre lo poco que sabía. Era imposible doblegarlo, salvo por la muerte, tal como Sauron había adivinado, a la vez por causa de su naturaleza mediana y por otra cosa que Sauron, consumido por la codicia del Anillo, no comprendía del todo. Entonces concibió hacia Sauron un odio aún mayor que el miedo que le provocaba, pues veía en él realmente a su más grande enemigo y rival.

Así fue que se atrevió a fingir que creía que los Medianos habitaban cerca de los sitios donde él había vivido una vez, en las márgenes del Gladio.

Ahora bien, al enterarse Sauron de la captura de Gollum por los jefes de sus enemigos, tuvo prisa y sintió miedo. Sin embargo los espías y emisarios ordinarios no podían llevarle ninguna nueva. Y esto era en gran parte debido a la vigilancia de los Dúnedain y a la traición de Saruman, cuyos propios servidores estorbaban a los de Sauron o los llevaban por camino errado. De esto tenía conciencia Sauron, pero su brazo no era todavía bastante largo como para alcanzar a Saruman en Isengard. Por tanto, ocultó el conocimiento que tenía del doble juego de Saruman y ocultó su rabia a la espera de un momento oportuno, y se preparó para una gran guerra con la que pretendía barrer a todos sus enemigos hasta precipitarlos en el

mar occidental. Por último resolvió que nadie le serviría en este caso, salvo sus más poderosos servidores, los Espectros de los Anillos, que no tenían otra voluntad que la suya, pues todos ellos estaban por entero sometidos al anillo que los había esclavizado, y que se encontraba en manos de Sauron.

Ahora bien, pocos podían oponerse a una de esas feroces criaturas y (creía Sauron) nadie podía resistir a todas ellas reunidas al mando de su terrible capitán, el Señor de Morgul. No obstante, este inconveniente tenían para el actual objetivo de Sauron: tan grande era el terror que los precedía (aun invisibles y desnudos) que les era posible a los Sabios advertir que se acercaban y adivinar la misión que traían.

Así fue que Sauron preparó dos ataques, en los que muchos vieron después la iniciación de la Guerra del Anillo. Los desencadenó ambos a un tiempo. Los Orcos atacaron el reino de Thranduil con la orden de atrapar a Gollum; y el Señor de Morgul fue enviado abiertamente a presentar batalla a Gondor. Estas cosas se hicieron a fines de junio de 3018. Así Sauron puso a prueba la fortaleza y el estado de alerta de Denethor y vio que ambos eran mayores de lo que esperaba. Pero eso lo preocupó poco, pues utilizó escasas fuerzas en el ataque, y su principal propósito era que la salida de los Nazgûl pareciera sólo parte de su política de guerra contra Gondor.

Por tanto cuando Osgiliath fue tomada y destruido el puente, Sauron detuvo el ataque, y se les ordenó a los Nazgûl que empezaran la búsqueda del Anillo. Pero Sauron no desestimaba los poderes y la vigilancia de los Sabios, y se les ordenó a los Nazgûl que actuaran con tanto secreto como les fuera posible. Ahora bien, por aquel entonces el Capitán de los Espectros de los Anillos vivía en Minas Morgul con seis compañeros, mientras que el Segundo Jefe, Khamûl la Sombra del Este, vivía en Dol Guldur como teniente de Sauron, junto con otro Espectro que le servía de mensajero.¹

El Señor de Morgul, por tanto, condujo a sus compañeros al otro lado del Anduin, desnudo y sin montura e invisible a la mirada, y no obstante provocando el terror de cuanta criatura viviente tuvieran cerca. Fue, quizás, el primer día de julio cuando se pusieron en camino. Avanzaban lentamente y con sigilo por Anórien y cruzando el Entwade, y así llegaron al Páramo, y el rumor de la oscuridad y el temor de los hombres cundieron sin que se supiera por qué. Llegaron a las márgenes occidentales del Anduin algo al norte de Sarn Gebir, donde tenían cita; y allí recibieron caballos y vestidos que habían sido transportados secretamente por el Río. Esto sucedió (se cree) el 17 de julio. Luego se dirigieron al norte en busca de la Comarca, la tierra de los Medianos.

¹ De acuerdo con el epígrafe correspondiente al año 2951 en «La Cuenta de los Años», Sauron envió a tres de los Nazgûl, y no a dos, para volver a ocupar Dol Guldur. Ambas versiones pueden conciliarse suponiendo que uno de los Espectros de los Anillos hubiera vuelto después a Minas Morgul, aunque creo más probable que la formulación del presente texto quedara suplantada cuando se compiló «La Cuenta de los Años»; y es posible mencionar que en una versión abandonada del presente pasaje había sólo un Nazgûl en Dol Guldur [que no recibe el nombre de Khamûl, sino que se lo menciona como «el Segundo Jefe «el Negro Hombre del Este»], mientras que otro se quedaba con Sauron para servirle de mensajero principal. De algunas notas en las que se cuentan con detalle los movimientos de los Jinetes Negros en la Comarca, se desprende que era Khamûl el que fue a Hobbiton y habló con el Tío Gamyi, el que siguió a los Hobbits por el camino a Stock y el que casi los atrapa en la Balsadera de Gamoburgo [véase «La búsqueda del Anillo» (ii)]. El Jinete que lo acompañaba, al que convocó a gritos en la loma que se cierne sobre Casa del Bosque y con quien visitó al Granjero Maggot, era «su compañero de Dol Guldur». De Khamûl se dice aquí que de todos los Nazgûl era, después del mismo Capitán Negro, el que con más facilidad percibía la presencia del Anillo pero también aquel cuyo poder más confundido y disminuido quedaba a la luz del día.

El 22 de julio, poco más o menos, se encontraron con sus compañeros, los Nazgûl del Dol Guldur, en el Campo de Celebrant. Allí se enteraron de que Gollum había eludido a la vez a los Orcos que lo habían capturado de nuevo y a los Elfos que los perseguían, y que había desaparecido.² Les dijo también Khamûl que no se habían descubierto moradas de los Medianos en los Valles del Anduin, y que las aldeas de los Fuertes junto al Gladio hacía ya mucho que habían sido abandonadas. Pero el Señor de Morgul, por falta de un mejor designio, decidió seguir la búsqueda por el norte con la esperanza de que quizá se toparan con Gollum y encontraran la Comarca. Que ésta no estaba lejos de la odiada tierra de Lórien no le parecía improbable, si no se encontraba realmente dentro de los cercados de Galadriel. Pero no estaba dispuesto a desafiar el poder del Anillo Blanco ni a entrar en Lórien todavía. Pasando por tanto entre Lórien y las Montañas, los Nueve siguieron cabalgando hacia el norte; y el terror los precedía y quedaba detrás de ellos, pero no encontraron lo que buscaban ni se enteraron de nada que les sirviera.

Por fin retornaron; pero el verano estaba muy avanzado y la cólera y el miedo de Sauron aumentaban. Cuando volvieron al Páramo era ya setiembre; y allí encontraron mensajeros de Barad-dûr con amenazas de su Amo que los llenaron de consternación, aun al Señor de Morgul. Porque Sauron se había enterado ahora de las palabras proféticas escuchadas en Gondor, y la partida de Boromir, y los hechos de Saruman y la captura de Gandalf. De todas estas cosas concluyó que ni Saruman ni ninguno de los Sabios estaba todavía en posesión del Anillo, pero que Saruman cuando menos sabía dónde podría estar oculto. Sólo la rapidez valdría ahora y no era momento de secretos.

Se ordenó por tanto a los Espectros de los Anillos que fueran directamente a Isengard. Cabalgaron velozmente a través de Rohan y el terror de su paso fue tan grande que muchos abandonaron la tierra y se esparcieron en desorden por el norte y el oeste, convencidos de que la guerra del Este venía tras los talones de los caballos negros.

Dos días después de que Gandalf hubiera partido de Orthanc, el Señor de Morgul se detuvo frente a las Puertas de Isengard. Entonces Saruman, a quien la huida de Gandalf llenaba de cólera y miedo, comprendió el peligro de encontrarse entre enemigos, tachado de traidor por ambos. Tuvo mucho miedo, porque la esperanza de engañar a Sauron, o al menos de recibir su favor en la victoria, se había desvanecido para siempre. Ahora él mismo obtenía el Anillo, o estaba condenado a la ruina y el tormento. Pero todavía era cauteloso y astuto, y había tomado disposiciones en Isengard para el día en que tuviera que enfrentar tan desdichada circunstancia.

El Círculo de Isengard era demasiado resistente como para que incluso el Señor de Morgul y sus compañeros pudieran atacarlo sin la ayuda de grandes fuerzas. Por tanto el desafío y las exigencias del Señor sólo recibieron la respuesta de la voz de Saruman, que por algún arte de encantamiento parecía salir de las puertas mismas.

—No es una tierra lo que buscáis —decía—. Sé lo que buscáis aunque no lo nombréis. No lo tengo, aunque sin duda vuestros servidores lo saben sin que yo lo diga; porque si lo tuviera, os inclinaríais ante mí y me llamaríais Señor. Y si yo supiera dónde está eso escondido, no me encontraría aquí, sino que hace ya mucho habría ido a buscarlo. Sólo hay uno, adivino, que tenga ese conocimiento:

² *El terror que le provocaban los Nazgûl hizo que se atreviera a esconderse en Moria. [Nota del autor.]*

Mithrandir, enemigo de Sauron. Y como hace sólo dos días que abandonó Isengard, buscadlo en las cercanías.

Tal era todavía el poder de la voz de Saruman, que ni siquiera el Señor de los Nazgûl puso en duda lo que decía, aunque fuera falso o disimulara la plena verdad; sin más demora se alejó cabalgando y buscó a Gandalf por las tierras de Rohan. Así fue que al atardecer del segundo día los Jinetes Negros se encontraron con Grima Lengua de Serpiente cuando iba éste apresurado a comunicarle a Saruman que Gandalf había llegado a Edoras y había advertido al Rey Théoden contra los traicioneros designios de Isengard. En ese momento, Lengua de Serpiente estuvo a punto de morir de miedo; pero, acostumbrado a la traición, habría dicho todo cuanto sabía al menor atisbo de amenaza.

—Sí, sí, lo sé, de veras, Señor —dijo—. Pude oír lo que hablaban en Isengard. La tierra de los Medianos: desde allí vino Gandalf, y allí quiere volver. Sólo necesita ahora un caballo.

»¡Perdonadme! Hablo tan de prisa como puedo. Hacia el oeste a través del Paso de Rohan, y luego hacia el norte y algo hacia el oeste hasta llegar al próximo gran río que bloquea el camino; el Cauce Gris se llama. Desde allí, a partir del cruce de Tharbad, el viejo camino os llevará a sus fronteras. La llaman "la Comarca".

»Sí, es verdad, Saruman la conoce. Desde allí le llegaron mercancías por el camino. ¡Perdonadme, Señor! A nadie le diré nada de nuestro encuentro.

El Señor de los Nazgûl perdonó la vida de Lengua de Serpiente, no por piedad, sino porque vio que tenía tanto miedo, que jamás se atrevería a hablar de este encuentro (como así fue, en verdad), y se dio cuenta de que la criatura era mala, y que probablemente le haría todavía mucho mal a Saruman, si no moría demasiado pronto. De modo que lo dejó tendido en el suelo y siguió adelante y no se cuidó de volver a Isengard. La venganza de Sauron podía esperar.

Entonces dividió su compañía en cuatro pares y cabalgaron por separado, pero él se adelantó con el par de jinetes más veloz. Así, abandonaron Rohan por el oeste, y exploraron la desolación de Enedwaith y llegaron por fin a Tharbad. De allí atravesaron Minhiriath, y aunque aún no cabalgaban todos juntos, un rumor de miedo cundía alrededor de ellos, y las criaturas del descampado se escondían y los hombres solitarios escapaban.

Pero a algunos fugitivos los capturaron en el camino; y para deleite del Capitán, dos resultaron ser espías y sirvientes de Saruman. Uno de ellos había tomado parte a menudo en el tráfico entre Isengard y la Comarca, y aunque él mismo jamás había estado más allá de la Cuaderna del Sur, tenía mapas trazados por Saruman que describían con toda claridad la Comarca. Los Nazgûl se los quitaron y luego lo enviaron a Bree para que siguiera con sus actividades de espía, pero le advirtieron que estaba ahora al servicio de Mordor y que lo torturarían y lo matarían si alguna vez intentaba volver a Isengard.

La noche ya acababa el vigésimo segundo día de setiembre cuando, de nuevo reunidos, llegaron al Vado de Sarn y las fronteras más meridionales de la Comarca. Las encontraron vigiladas, porque los Montaraces les interceptaron el camino. Pero era ésta una tarea que superaba la capacidad de los Dúnedain; y quizá aun habría sido así si su capitán, Aragorn, hubiera estado con ellos. Pero se encontraba éste ausente en el norte, en el camino del Este cerca de Bree; y hasta los corazones de los Dúnedain flaquearon. Algunos huyeron hacia el norte con la esperanza de llevarle la nueva a Aragorn, pero fueron perseguidos o muertos o dispersados por las tierras yermas.

Algunos todavía se atrevieron a defender el vado, y resistieron mientras duró la luz del día, pero por la noche el Señor de Morgul los barrió y los Jinetes Negros

penetraron en la Comarca; y antes que los gallos cantaran en la madrugada del vigésimo tercer día de setiembre, algunos cabalgaban hacia el norte por el país, mientras Gandalf, montado en Sombragrís, cabalgaba muy atrás por Rohan.

(ii)

Otras versiones de la historia

Decidí reproducir la versión que precede por ser la más acabada como narración; pero hay muchos otros escritos relacionados con estos acontecimientos, que añaden cosas o modifican la historia en detalles importantes. Estos manuscritos resultan confusos y sus relaciones son oscuras, aunque todos sin duda provienen del mismo período, y basta señalar la existencia de otras dos versiones fundamentales además de la aquí impresa (que llamaremos, por comodidad, «A»). Una segunda versión («B») concuerda en gran parte con A en cuanto a su estructura narrativa, pero una tercera («C»), redactada como un esbozo argumental, que comienza en un momento posterior de la historia, introduce algunas diferencias sustanciales, y me inclino a creer que su composición es posterior. Además existe cierto material («D») que se ocupa más particularmente del papel que Gollum desempeña en los acontecimientos, y varias otras notas relacionadas con este aspecto de la historia.

En D se dice lo que Gollum le reveló a Sauron acerca del Anillo, y el sitio del hallazgo bastó para revelar a Sauron que se trataba en verdad del Único, pero de su presente paradero sólo pudo averiguar que había sido robado por una criatura llamada Bolsón en las Montañas Nubladas, y que ese Bolsón provenía de una tierra llamada Comarca. Los temores de Sauron se aquietaron cuando entendió, por lo que Gollum le decía, que Bolsón debía de ser una criatura de la misma especie.

Gollum no utilizó la palabra «Hobbit», pues era local y no una palabra universal oestron. Tampoco probablemente «Mediano», pues él mismo lo era y a los Hobbits les desagradaba el nombre. Ésa es la razón por la cual los Jinetes Negros no tenían sino dos datos para su orientación: Comarca y Bolsón.

Por toda la información reunida resulta claro que Gollum sabía cuando menos en qué dirección se encontraba la Comarca; pero aunque sin duda se le habría podido arrancar más con el tormento, era evidente que Sauron no sospechaba que Bolsón proviniera de una región muy distante de las Montañas Nubladas, o que Gollum supiera dónde estaban esas tierras, y supuso que sería posible encontrarlo en los Valles del Anduin, en el mismo sitio donde el propio Gollum había vivido una vez.

Éste era un pequeño error, y muy natural..., pero posiblemente el más importante que cometió Sauron en relación con todo ese asunto. Si no hubiera sido por él, los Jinetes Negros habrían llegado a la Comarca semanas antes.

En el texto B se cuenta algo más acerca del viaje de Aragorn con Gollum cautivo hacia el norte, al reino de Thranduil, y se consideran con mayor detalle las

dudas de Sauron acerca de la conveniencia de recurrir a los Espectros de los Anillos con el fin de buscar el Anillo.

[Después de ser liberado de Mordor] no tardó Gollum en desaparecer en la Ciénaga de los Muertos, donde los emisarios de Sauron no podían seguirlo o no estaban dispuestos a hacerlo. Ningún otro espía de Sauron podía llevarle noticias. (El poder de Sauron en Eriador era probablemente muy escaso, y tenía allí pocos agentes; y los que enviaba eran a menudo estorbados o confundidos por los sirvientes de Saruman.) Por tanto, por fin, resolvió recurrir a los Espectros de los Anillos. No había estado dispuesto a hacerlo antes, hasta que no supiera con precisión dónde se encontraba el Anillo, por varias razones. Eran, con mucho, los más poderosos de sus sirvientes, y los más adecuados para semejante misión, pues estaban esclavizados a los Nueve Anillos, que ahora él mismo guardaba en su poder. Jamás actuaban en contra de la voluntad de Sauron, y si uno de ellos, aunque fuera el Rey Brujo su capitán, se hubiera apoderado del Anillo Único, lo habría llevado a Sauron sin más demora. Pero tenían desventajas en tanto no empezara la guerra abierta (para la cual Sauron no estaba todavía preparado). Todos, excepto el Rey Brujo, eran capaces de perderse a la luz del día si iban solos; y todos, excepto una vez más el Rey Brujo, tenían miedo del agua, y salvo en casos de extrema necesidad, les repugnaba entrar en ella o cruzar una corriente a no ser que pudieran hacerlo por un puente que los mantuviera secos.³ Además, como arma principal manejaban el terror. Éste era en verdad mayor cuando estaban desnudos, invisibles; y era mayor también cuando se encontraban juntos. De modo que cualquier misión que emprendieran difícilmente podía mantenerse en secreto; y el cruce del Anduin y de otros ríos representaba un obstáculo. Por esas razones Sauron vaciló largo tiempo, pues no quería que sus principales enemigos se enteraran del propósito de sus servidores. Puede suponerse que Sauron no sabía al principio que nadie, salvo Gollum y «el ladrón Bolsón», supieran algo del Anillo. Hasta que apareció Gandalf y lo interrogó,⁴ Gollum no sabía que Gandalf tuviera alguna relación con Bilbo, ni siquiera sabía de la existencia de Gandalf.

Pero cuando Sauron se enteró de que sus enemigos habían capturado a Gollum, la situación tuvo un cambio drástico. Cuándo y cómo sucedió, por supuesto, no puede saberse con certeza. Probablemente, mucho después del acontecimiento en cuestión. De acuerdo con Aragorn, Gollum fue hecho cautivo al caer la noche del primer día de febrero. En la esperanza de que ninguno de los espías de Sauron lo advirtiera, Aragorn llevó a Gollum por el extremo norte de Emyrn Muil y cruzó el Anduin justo por encima de Sarn Gebir. A menudo allí se arrojaban montones de leños desde la margen oriental, y atando a Gollum a un tronco, cruzó el río a nado con él, y siguió la marcha hacia el norte por senderos tan hacia el oeste como le era posible encontrarlos a lo largo de la linde del Fangorn, y así hasta cruzar el Limclaro, luego el Nimrodel y el Cauce de Plata a través del bosque de Lorien,⁵ y siguió adelante, evitando Moria y el Valle Dimrill, y cruzó el Gladio hasta que llegó cerca de Carroca. Allí volvió a cruzar el Anduin

³ *En el Vado de Bruinen, sólo el Rey Brujo y otros dos, directamente seducidos por el Anillo que tenían delante, se atrevieron a internarse en el río; los otros fueron empujados hacia él por Glorfindel y Aragorn. [Nota del autor.]*

⁴ *Gandalf, como él mismo contó al Concilio de Elrond, interrogó a Gollum mientras los Elfos de Thranduill lo tenían prisionero.*

⁵ *Gandalf contó al Concilio de Elrond que, después de abandonar Minas Tirith, «me llegaron mensajes de Lórien en los que se me decía que Aragorn había ido por ese camino y que había encontrado a la criatura llamada Gollum».*

con ayuda de los Beórnidas, y entró en el Bosque. Todo el trayecto del viaje, a pie, tuvo aproximadamente novecientas millas, y lo cubrió Aragorn con fatiga en cincuenta días, llegando a Thranduil el 21 de marzo.⁶

Lo más probable es, pues, que los sirvientes de Dol Guldur tuvieran por primera vez noticias de Gollum después de penetrar Aragorn en el Bosque; porque, aunque se suponía que el poder de Dol Guldur llegaba a su término en el Camino del Bosque Viejo, eran muchos los espías que allí había. Evidentemente las noticias tardaron algún tiempo en llegar al jefe Nazgûl de Dol Guldur, y es probable que éste no informara a Barad-dûr en tanto no supiera con mayor precisión el paradero de Gollum. Por tanto, sin duda, abril estaría ya avanzado cuando supo Sauron que Gollum había sido visto otra vez, aparentemente cautivo en manos de un Hombre. Esto podía significar bien poco. Ni Sauron ni ninguno de sus sirvientes sabían nada de Aragorn todavía, ni de quién era. Pero evidentemente más tarde (pues las tierras de Thranduil estaban estrechamente vigiladas ahora), quizá al cabo de un mes, Sauron oyó la inquietante noticia de que los Sabios tenían conocimiento de Gollum, y de que el mismo Gandalf había ido al reino de Thranduil.

Sauron tuvo que haber sentido entonces cólera y alarma. Decidió recurrir a los Espectros de los Anillos no bien pudiera, porque la rapidez y no el sigilo era ahora lo importante. Esperando alarmar al enemigo y perturbar sus designios con el temor de la guerra (que por ahora no intentaba emprender), atacó Thranduil y Gondor casi al mismo tiempo.⁷ Tenía estos dos objetivos adicionales: capturar o dar muerte a Gollum o, cuando menos, arrebatarlo a sus enemigos, y forzar el paso del puente de Osgiliath, de modo que los Nazgûl pudieran cruzarlo, y, al mismo tiempo, poner a prueba las fuerzas de Gondor.

En esa ocasión Gollum escapó. Pero el paso del puente fue forzado. Las fuerzas allí utilizadas fueron probablemente mucho menores de lo que creyeron los hombres de Gondor. En el pánico del primer ataque, cuando al Rey Brujo se le permitió revelarse un breve tiempo en todo su terror,⁸ los Nazgûl cruzaron el puente por la noche y se dispersaron hacia el norte. Sin desdeñar el valor de Gondor, que, a decir verdad, Sauron encontró mayor de lo esperado, resulta claro que Boromir y Faramir lograron rechazar al enemigo y destruir el puente sólo porque el ataque había tenido éxito en lo que más importaba.

En ninguna parte explica mi padre el temor que los Espectros de los Anillos sentían ante el agua. En lo que acaba de relatarse, constituye uno de los principales motivos del ataque de Sauron contra Osgiliath, y reaparece en notas detalladas sobre los movimientos de los Jinetes Negros en la Comarca: así, del Jinete (que era de hecho Khamûl de Dol Guldur, véase nota I) que aparece en el extremo opuesto de la Balsadera de Gamoburgo cuando los Hobbits acababan de cruzar (La Comunidad del Anillo, I, 5), se dice que «era perfectamente consciente de que el Anillo había cruzado el río; pero el río era una barrera que impedía darse cuenta de la dirección que había tomado», y el Nazgûl de ningún modo

⁶ Gandalf llegó dos días después, y partió el 29 de marzo temprano por la mañana. Después de la Carroca, obtuvo un caballo, pero tenía que cruzar el Paso Alto por encima de las Montañas. Recibió un caballo descansado en Rivendel y, con toda la prisa de que fue capaz, llegó a Hobbiton el 12 de abril muy tarde, después de un viaje de casi ochocientas millas. [Nota del autor.]

⁷ Tanto aquí como en «La Cuenta de los Años» la fecha del ataque a Osgiliath es el 20 de junio.

⁸ Esta afirmación sin duda se relaciona con la historia que cuenta Boromir al Concilio de Elrond acerca de la batalla de Osgiliath: «Un poder había allí que no habíamos sentido antes. Algunos decían que era posible verlo, que era como un gran jinete negro, una sombra oscura bajo la luna».

tocaría las aguas «élficas» del Baranduin. Pero no se aclara cómo cruzaron otros ríos que por fuerza tuvieron que encontrar en el camino, por ejemplo, el Agua Gris, donde había sólo «un peligroso vado formado por las ruinas del puente» (Apéndice D, «La historia de Galadriel y Celeborn»). Mi padre, por cierto, advirtió que esta idea no era fácil de sostener.

La narración del vano viaje de los Nazgûl por los Valles del Anduin en la versión B es casi igual a la que aquí se ofrece por entero (A), con la diferencia de que en B los asentamientos de los Fuertes no estaban aún totalmente abandonados; y los que allí vivían todavía fueron muertos o expulsados por los Nazgûl.⁹ En todos los textos las fechas precisas discrepan ligeramente y también discrepan con las que se dan en «La Cuenta de los Años»; estas diferencias no se han tenido en cuenta aquí.

En D se relata la suerte de Gollum después de escapar de los Orcos de Dol Guldur y antes de que la Comunidad penetrara por las Puertas Occidentales de Moría. Este texto se encuentra en borrador y fueron necesarias ciertas correcciones.

Parece claro que Gollum, perseguido a la vez por Elfos y Orcos, cruzó el Anduin posiblemente a nado, y de este modo esquivó la persecución de Sauron; pero perseguido todavía por los Elfos, y no atreviéndose a pasar cerca de Lórien (sólo la seducción del Anillo mismo hizo que se atreviera un tiempo después), se escondió en Moría.¹⁰ Eso ocurrió probablemente en el otoño; luego su rastro se perdió definitivamente.

Qué fue de Gollum, por supuesto, no puede saberse con certeza. Era singularmente apto para sobrevivir a aprietos semejantes, aunque al precio de grandes sufrimientos; pero corría el peligro de que lo descubrieran los sirvientes de Sauron que acechaban en Moría,¹¹ especialmente por cuanto sólo robando con gran riesgo podía satisfacer su necesidad de comida. Sin duda había tenido la intención de utilizar Moría simplemente como pasaje secreto hacia el oeste, pues su propósito era encontrar él mismo la «Comarca» tan pronto como pudiera; pero se perdió, y tardó largo tiempo en orientarse. Así, pues, parece probable que se había puesto en camino hacia las Puertas Occidentales poco antes de que los Nueve Caminantes llegaran. Por supuesto, nada sabía acerca del funcionamiento de las puertas. A él debieron de parecerle enormes e inamovibles; y aunque no tenían cerradura ni tranca y se abrían hacia fuera de un empujón, no lo descubrió. De cualquier modo, se encontraba entonces lejos de toda fuente de alimentos, pues los Orcos rondaban principalmente por el extremo este de Moría, y estaba débil y desesperado, de modo que aun cuando lo hubiera sabido todo sobre las puertas, no

⁹ En una carta escrita en 1959, mi padre decía: «Entre 2463 [cuando Déagol el Fuerte encontró el Anillo Único de acuerdo con "La Cuenta de los Años"] y el comienzo de las indagaciones especiales de Gandalf acerca del Anillo (casi 500 años más tarde), [los Fuertes] parecían en verdad haberse extinguido por completo (excepto, por supuesto, Sméagol); o haber huido de la sombra de Dol Guldur».

¹⁰ De acuerdo con la nota del autor que precede (nota 2), Gollum huyó a Moría debido al terror que le infundían los Nazgûl; cf. también la sugerencia al principio de esta sección, según la cual uno de los propósitos del Señor de Morgul en su cabalgada al norte más allá de los Gladios era la esperanza de encontrar a Gollum.

¹¹ No eran, de hecho, muy numerosos, según parecía; pero lo bastante como para mantener alejados a cualesquiera intrusos, si no iban mejor armados o equipados que la compañía de Balín y si no eran muy numerosos. [Nota del autor.]

las habría abierto.¹² Gollum tuvo, pues, la suerte de que los Nueve Caminantes llegaran en el momento preciso.

La historia de la llegada de los Jinetes Negros a Isengard en setiembre de 3018 y la captura de Grima Lengua de Serpiente tal como se cuenta en A y B, está muy alterada en la versión C, donde la narración empieza sólo cuando los Jinetes vuelven hacia el sur cruzando el Limclaro. En A y B los Nazgûl llegaban a Isengard dos días después de que Gandalf huyera de Orthanc; Saruman les decía que Gandalf se había ido y negaba todo conocimiento acerca de la Comarca,¹³ pero era traicionado por Grima, a quien capturaban al día siguiente mientras iba éste de prisa a Isengard con la noticia de la llegada de Gandalf a Edoras. En C, en cambio, los Jinetes Negros llegaban a las Puertas de Isengard mientras Gandalf estaba todavía prisionero en la torre. En esta narración, Saruman, lleno de miedo y desesperación al comprender de verdad el horror de servir a Mordor, resolvía de pronto ceder ante Gandalf y pedirle perdón y ayuda. Tratando de dar largas ante las puertas, admitía que Gandalf estaba dentro y decía que iría a verlo para averiguar lo que sabía; si no le era posible, les entregaría a Gandalf. Entonces Saruman subía precipitadamente a lo alto de Orthanc... y descubría que Gandalf había desaparecido. A lo lejos, hacia el sur, recortada sobre la luna poniente, vio a una gran Águila que se dirigía a Edoras.

La situación de Saruman era ahora peor. Si Gandalf había escapado quedaba todavía la posibilidad de que Sauron no consiguiera el Anillo y fuera derrotado. En su corazón, Saruman reconocía el gran poder de Gandalf y la extraña «buena fortuna» que lo acompañaba. Pero ahora se encontraba solo para enfrentarse con los Nueve. Su estado de ánimo cambió y su orgullo se reafirmó con la ira provocada por la huida de Gandalf del inexpugnable Isengard y con el enfurecimiento y la envidia consiguientes. Volvió a las Puertas y mintió diciendo que había hecho confesar a Gandalf. No admitió que su conocimiento no procedía de Gandalf, y no se daba cuenta de cuánto sabía Sauron de lo que él pensaba y sentía.¹⁴ —Yo mismo comunicaré esto al Señor de Barad-dûr —dijo altivo—, con quien hablo desde lejos sobre los grandes asuntos de nuestra incumbencia. Pero todo lo que necesitáis saber sobre la misión que os ha encomendado es dónde se encuentra «la Comarca». Se encuentra, dice Mithrandir, al noroeste de aquí, a unas seiscientas millas, sobre las fronteras del país marino de los Elfos. —Para su deleite, vio Saruman que esto no gustaba ni siquiera al Rey Brujo—. Tenéis que cruzar el Isen por los Vados y luego, rodeando las montañas, dirigíos a Tharbad junto al Cauce Gris, id de prisa y comunicaré a vuestro amo que así lo habéis hecho.

Estas astutas palabras convencieron incluso al Rey Brujo, por el momento, de que Saruman era un aliado fiel, uno de los de más confianza de Sauron. En

¹² De acuerdo con los Enanos, para esto hacía falta que dos empujaran; sólo un Enano muy fuerte podía abrirlas solo. Antes del abandono de Moría, dos centinelas se apostaban dentro de la Puerta Occidental, y uno cuando menos permanecía siempre allí. De este modo una persona sola (y, por tanto, cualquier intruso o persona que intentara escapar) no podía salir sin permiso. [Nota del autor.]

¹³ En A, Saruman negaba conocer dónde estaba oculto el Anillo; en B «negaba todo conocimiento de la tierra que buscaban». Pero probablemente esto no es más que una diferencia de redacción.

¹⁴ Antes, en esta misma versión, se dice que Sauron había empezado en este tiempo, por medio de las palantiri, a intimidar a Saruman, y que, de cualquier modo, le era posible leer sus pensamientos cuando pretendía ocultarle información. De este modo Sauron sabía que Saruman tenía cierta idea del lugar donde se encontraba el Anillo; y Saruman, de hecho, reveló que tenía prisionero a Gandalf, que era el que más sabía.

seguida los Jinetes abandonaron las Puertas y cabalgaron de prisa hacia los Vados del Isen. Tras ellos Saruman envió lobos y Orcos en una vana persecución de Gandalf; pero en esto tenía también otros propósitos: mostrar su poder a los Nazgûl, quizá también evitar que se demoraran en las cercanías; y además estaba enojado y deseaba hacer algún daño a Rohan y acrecentar el miedo que Lengua de Serpiente estaba levantando en el corazón de Théoden. Lengua de Serpiente había estado en Isengard no mucho antes y estaba entonces regresando hacia Edoras; entre los perseguidores había algunos que le llevaban mensajes.

Cuando se hubo desembarazado de los Jinetes, Saruman se retiró a Orthanc sumido en graves y terribles pensamientos. Parece que decidió dar largas todavía con esperanzas de obtener el Anillo para sí. Pensaba que el rumbo de los Jinetes a la Comarca podría antes estorbarlos que beneficiarlos, porque conocía la guardia de los Montaraces, y creía también (pues sabía de las palabras oníricas oraculares y de la misión de Boromir) que el Anillo estaba ya camino de Rivendel. Sin demora envió a Eriador a todos los espías, pájaros espías y agentes que pudo reunir.

En esta versión, pues, la captura de Grima por los Espectros de los Anillos y la traición de aquél a Saruman no figuran; porque, por supuesto, no hay en este caso tiempo bastante para que Gandalf llegue a Edoras e intente prevenir al Rey Théoden, y para que Grima parta hacia Isengard a prevenir a Saruman, antes de que los Jinetes Negros hubieran dejado Rohan.¹⁵ La revelación de que Saruman les había mentido la tuvieron del hombre que habían hecho prisionero y que llevaba consigo mapas de la Comarca, y se dicen algunas cosas más de este hombre y de la relación de Saruman con la Comarca.

Cuando los Jinetes Negros estaban más allá del Enedwaith y se acercaban ya por fin a Tharbad, tuvieron lo que era para ellos un buen golpe de fortuna, pero desastroso para Saruman¹⁶ y mortalmente peligroso para Frodo.

Saruman hacía ya mucho que se interesaba por la Comarca: porque también le interesaba a Gandalf, y sospechaba de él; y porque (también en esto imitaba secretamente a Gandalf) se había acostumbrado a la «hoja de los Medianos» y necesitaba aprovisionamiento, pero por orgullo (pues en una ocasión se había burlado de Gandalf por consumir éste la hierba) lo mantenía tan en secreto como le era posible. Más tarde se añadieron otros motivos. Le gustaba extender su poder, especialmente por las provincias de Gandalf, y comprobó que el dinero que podía procurar para la adquisición de la «hoja» le estaba otorgando poder y estaba corrompiendo a algunos de los Hobbits, en especial a los Ciñatiesa, que eran propietarios de muchas plantaciones, y también a los Sacovilla-Bolsón.¹⁷ Pero también había empezado a sentir la certidumbre de que la Comarca estaba relacionada de algún modo con el Anillo en la mente de Gandalf. ¿Por qué montar una guardia tan severa ante ella? Por tanto empezó a informarse minuciosamente acerca de la Comarca, sus principales personas y familias, sus caminos y otros asuntos. Para esto recurría a Hobbits que vivían en la Comarca, pagados por los Ciñatiesa y los Sacovilla-Bolsón, pero sus agentes eran Hombres de origen

¹⁵ En el epígrafe correspondiente al 18 de setiembre de 3018 en «La Cuenta de los Años» se lee: «Gandalf escapa de Orthanc al amanecer. Los Jinetes Negros cruzan los Vados de Isen». Aunque este detalle es lacónico y no da indicios de que los Jinetes visitaran Isengard, parece basarse en la historia contada en la versión C.

¹⁶ En ninguno de estos textos se da indicio alguno de lo que llegó a acaecer entre Sauron y Saruman como consecuencia de haber sido este último desenmascarado.

¹⁷ Lobelia Ciñatiesa se casó con Otho Sacovilla-Bolsón; su hijo era Lotho, que se hizo con el mando de la Comarca en tiempos de la Guerra del Anillo, durante la cual fue conocido como «el Jefe». En una conversación con Frodo, Cotton el Granjero se refirió a las plantaciones de hierba en las propiedades de Lotho en la Cuaderna del Sur (El Retomo del Rey, VI, 8).

dunlendino. Cuando Gandalf rehusó tratar con él, Saruman redobló sus esfuerzos. Los Montaraces tenían sus sospechas, pero no negaron la entrada a los servidores de Saruman, pues Gandalf no estaba en libertad para prevenirlos, y cuando Saruman se fue a Isengard, era todavía considerado un aliado.

Un tiempo atrás, uno de los servidores de Saruman que gozaba de mayor confianza (y que, no obstante, era un bellaco, un proscrito salido de las Tierras Brunas, donde muchos decían que tenía sangre de Orcos) había vuelto de las fronteras de la Comarca, donde había estado negociando la adquisición de «hojas» y otras provisiones. Saruman estaba almacenando materiales en Isengard para abastecerse en caso de guerra. Este hombre volvía ahora para proseguir los negocios y disponer del transporte de muchos artículos antes de que terminara el otoño.¹⁸ Tenía órdenes de entrar también en la Comarca si le era posible, y averiguar si recientemente había abandonado el lugar alguna persona conocida. Estaba bien provisto de mapas, listas de nombres y notas acerca de la Comarca.

Varios Jinetes Negros capturaron a este dunledino cuando se aproximaba al cruce de Tharbad. Ganado por el pánico, fue arrastrado ante el Rey Brujo e interrogado. Salvó la vida traicionando a Saruman. El Rey Brujo se enteró así de que Saruman había sabido en todo momento dónde se encontraba la Comarca, y que conocía mucho acerca de ella, y que podría y debería haber comunicado estas noticias a los servidores de Sauron, si hubiera sido un verdadero aliado. El Rey Brujo obtuvo también muchos informes, incluyendo alguno sobre el único nombre que le interesaba: Bolsón. Fue por este motivo que se escogió Hobbiton como destino de una inmediata visita.

El Rey Brujo tenía ahora una inteligencia más clara del asunto. Había sabido algo del país mucho tiempo atrás, en sus guerras con los Dúnedain y, especialmente, de los Tyrn Gorthad de Cardolan, ahora las Quebradas de los Túmulos, cuyas malignas criaturas habían sido enviadas allí por él mismo.¹⁹ Al ver que su Amo sospechaba cierto movimiento entre la Comarca y Rivendel, vio también que Bree (cuya situación conocía) era al menos un punto importante para obtener información.²⁰ Por tanto puso la Sombra de Terror sobre el dunlendino y lo envió a Bree como agente. Era el sureño bizzo de la Taberna.²¹

En la versión B se observa que el Capitán Negro no sabía si el Anillo se encontraba aún en la Comarca; tenía que averiguarlo. La Comarca era demasiado grande para someterla a un ataque violento como el que había llevado a cabo contra los Fuertes; debía utilizar tanto sigilo y tan poco terror como le fuera posible, pero también vigilar las fronteras orientales. Por tanto envió a algunos de los Jinetes a la Comarca con órdenes de dispersarse mientras la atravesaban; y, de éstos, Khamûl era el que encontraría Hobbiton (véase nota I), donde vivía Bolsón, de acuerdo con los documentos de Saruman. Pero el Capitán Negro estableció un

¹⁸ *La ruta habitual era cruzar de Tharbad a las Tierras Brunas (en lugar de dirigirse a Isengard), de donde los productos podían enviarse con mayor disimulo a Saruman. [Nota del autor.]*

¹⁹ *Cf. El Señor de los Anillos, Apéndice A (I, iii, El Reino Septentrional y los Dúnedain): «El fin de los Dúnedain de Cardolan ocurrió en este tiempo [durante la Gran Peste que se desencadenó en Gondor en 1636], y los malos espíritus salidos de Angmar y Rhudaur entraron en los túmulos desiertos y se instalaron allí».*

²⁰ *Dado que el Capitán Negro sabía tanto, es quizá extraño que tuviera tan poca idea de dónde se encontraba la Comarca, la tierra de los Medianos; de acuerdo con «La Cuenta de los Años», había ya Hobbits asentados en Bree a principios del siglo XIV de la Tercera Edad, cuando el Rey Brujo fue al norte de Angmar.*

²¹ *Véase La Comunidad del Anillo, I, 9. Cuando Trancos y los Hobbits abandonaron Bree (ibid., I, ii), Frodo tuvo un atisbo del dunlendino («una cara cetrina con taimados ojos oblicuos») en la casa de Bill Ferny en los suburbios de Bree, y pensó: «Se parece muchísimo a un trasgo».*

campamento en Andrath, donde el Camino Verde pasaba por un desfiladero entre las Quebradas de los Túmulos y las Quebradas del Sur;²² y desde allí algunos otros fueron enviados a vigilar y explorar los confines orientales, mientras él visitaba las Quebradas de los Túmulos. En algunas notas acerca de los movimientos de los Jinetes Negros por aquel entonces, se dice que el Capitán Negro se demoró allí unos días, y las criaturas de los Túmulos se despertaron y todos los seres de mal espíritu hostiles a los Elfos y a los Hombres montaron una guardia maligna en el Bosque Viejo y en las Quebradas de los Túmulos.

(iii)

De Gandalf, Saruman y la Comarca

Otro conjunto de papeles del mismo período comprende un gran número de narraciones inconclusas acerca de anteriores tratos de Saruman con la Comarca, especialmente en lo que concierne a la «hoja de los Medianos», tema que también se menciona en relación con el «sureño bizco» (véase «La búsqueda del Anillo», ii). El texto que sigue es una versión entre muchas, pero aunque más breve que la mayoría, es la más acabada.

Saruman no tardó en sentir envidia de Gandalf, y esta rivalidad por fin se convirtió en odio, tanto más profundo cuanto más disimulado, y también en amargura, porque Saruman sabía en su corazón que el Caminante Gris tenía mayor influencia que él sobre los habitantes de la Tierra Media, aunque ocultaba sus poderes y no deseaba inspirar reverencia ni temor. Saruman no lo reverenciaba, pero llegó a temerlo, pues no sabía con certeza en qué medida percibía Gandalf sus íntimos pensamientos, más perturbados por los silencios que por las palabras del mago. Así fue que abiertamente trató a Gandalf con menos respeto que a los otros Sabios, y estaba siempre dispuesto a contradecirlo o hacer poco caso de sus consejos; mientras que en secreto observaba y ponderaba minuciosamente todo lo que decía, y vigilaba todos sus movimientos en la medida de su capacidad. Así fue como Saruman empezó a ocuparse de los Medianos y de la Comarca, que de otro modo habría considerado indignos de su interés. No pensó en un principio que el interés de su rival por este pueblo tuviera relación alguna con las grandes preocupaciones del Concilio y menos aún con los Anillos del Poder. Pues, realmente, al comienzo no había existido esa relación, y se debió luego tan sólo al amor de Gandalf por el Pequeño Pueblo, a no ser que tuviera en el corazón cierta premonición profunda, que escapaba a su vivaz inteligencia. Durante muchos años visitó abiertamente la Comarca, y hablaba de su pueblo a quien quisiera escucharlo; y Saruman se sonreía como si escuchara un cuento ocioso de un viejo vagabundo, pero, no obstante, le prestaba atención.

Al ver entonces que Gandalf consideraba a la Comarca digna de ser visitada, él mismo la visitó, pero disfrazado y con sumo secreto, hasta que hubo explorado y observado todos sus caminos y sus tierras, y pensó que había aprendido sobre ella todo lo que había por aprender. Y cuando ya no le pareció atinado ni provechoso permanecer allí personalmente, envió espías y sirvientes para que vigilaran las

²² Cf. las palabras que dirige Gandalf al Concilio de Elrond: «Su capitán permaneció en secreto al sur de Bree».

fronteras. Porque aún tenía sospechas. Él mismo había caído tan bajo, que creía que todos los demás miembros del Concilio tenían cada cual objetivos ocultos y de largo alcance para su propio provecho a los que subordinaban todas sus acciones. De modo que cuando mucho después se enteró del hallazgo por el Mediano del Anillo de Gollum, sólo pudo creer que Gandalf lo había sabido desde un principio; y ésta fue su mayor aflicción, pues todo lo que se relacionaba con los Anillos lo consideraba de su ámbito particular. Que la desconfianza que inspiraba a Gandalf fuera merecida y justificada, de ningún modo disminuía su enfado.

La verdad es que en un principio el espionaje y la desmesurada afición al secreto de Saruman no tenían malas intenciones; eran más bien una extravagancia nacida del orgullo. Los pequeños detalles, aunque parezcan indignos de ser mencionados, pueden sin embargo resultar de gran importancia a la larga. Pero, a decir verdad, al reparar en el amor que Gandalf profesaba a la planta que él llamaba «hierba de pipa» (por la cual, aun a falta de otros motivos, el Pequeño Pueblo, debería ser reverenciado, decía), Saruman había fingido burlarse de ella, pero en secreto la probó y empezó a consumirla; y por esa razón la Comarca siguió teniendo importancia para él. No obstante, temía que esto se descubriera y sus propias burlas se volvieran contra él, y que se rieran de él por imitar a Gandalf y lo despreciaran por hacerlo con disimulo. Ésta era pues la razón de la gran reserva de todos sus tratos con la Comarca, incluso desde un principio, antes de que la menor sombra de duda hubiera caído sobre ella, y cuando aún estaba poco vigilada, abierta libremente para todos los que quisieran entrar en ella. Por esta razón también, Saruman dejó de ir él mismo allí; porque llegó a su conocimiento que no había pasado del todo inadvertido a la aguda mirada de los Medianos, y que algunos, al ver una figura semejante a la de un anciano vestido de gris o de bermejo que andaba sigiloso por los bosques o se internaba en el crepúsculo, lo habían tomado por Gandalf. Después de eso Saruman ya no fue a la Comarca por temor de que tales cuentos pudieran difundirse y llegaran a oídos de Gandalf. Pero Gandalf sabía de estas visitas, y adivinó su motivo, y rió, considerando que éste era el menos peligroso de los secretos de Saruman; pero no se lo dijo a nadie, pues no era de su gusto que nadie fuera sometido a vergüenza. No obstante, no se sintió insatisfecho cuando las visitas de Saruman cesaron, pues ya sospechaba de él, aunque no le era posible prever aún que llegaría el día en que el conocimiento que tenía Saruman de la Comarca sería peligroso y de la mayor utilidad para el Enemigo, poniéndole la victoria casi al alcance de la mano.

En otra versión hay una descripción de la ocasión en que Saruman se burla abiertamente de Gandalf por consumir la «hierba de pipa»:

Ahora bien, por causa del disgusto y el temor que le provocaba, en los últimos días Saruman evitaba a Gandalf y rara vez se encontraban, salvo en las asambleas del Concilio Blanco. Fue en el gran Concilio celebrado en 2851 cuando se habló por primera vez de la «hoja de los Medianos», y el asunto se consideró divertido en ese momento, aunque luego se recordó bajo una luz diferente. El Concilio se reunió en Rivendel, y Gandalf estaba sentado aparte, silencioso, pero fumando prodigiosamente (algo que nunca había hecho antes en tales ocasiones) mientras Saruman hablaba en su contra y sostenía con insistencia que, en oposición al consejo de Gandalf, Dol Guldur no debía ser atacada todavía. Tanto el silencio como el humo parecían molestar mucho a Saruman, y antes de que el Concilio se dispersara, le dijo a Gandalf: —Cuando se debaten asuntos de peso, Mithrandir, me asombra un poco que juguéis con vuestros juguetes de humo y fuego mientras los demás hablan con seriedad.

Pero Gandalf se echó a reír y replicó: —No os asombraríais si vos mismo consumierais esta hierba. Descubriríais que el humo librado despeja la mente de las sombras interiores. De cualquier modo, proporciona la paciencia de escuchar errores sin enfado. Pero no es uno de mis juguetes. Es un arte del Pequeño Pueblo del Oeste: alegre y digno pueblo, aunque no de mucho interés, quizá, para vuestros altos designios políticos.

No se sintió Saruman muy apaciguado con esta respuesta (pues odiaba las burlas, aunque fueran benignas) y dijo entonces fríamente: —Os mofáis, Señor Mithrandir, como es vuestra costumbre. Sé perfectamente que os habéis convertido en un explorador de lo pequeño: hierbas, animalitos salvajes y un pueblecito infantil. Sois libre de disponer de vuestro tiempo como gustéis, si no tenéis nada mejor que hacer; y podéis escoger vuestros amigos donde queráis. Pero para mí los días son demasiado oscuros como para prestar oídos a cuentos de viajeros, y no tengo tiempo para simplezas de campesinos.

Gandalf no rió esta vez; y no respondió, sino que, mirando de manera penetrante a Saruman, inhaló su pipa y exhaló un gran anillo de humo al que siguieron otros varios más pequeños. Entonces levantó la mano como para cogerlos, y se desvanecieron en el aire. Luego se puso en pie y abandonó a Saruman sin añadir una palabra; pero Saruman se quedó un momento en silencio y se le ensombreció la cara de duda y disgusto.

Esta historia aparece en media docena de manuscritos diferentes, y en uno de ellos se dice que Saruman se había vuelto suspicaz, pues dudaba de si había interpretado correctamente la intención de Gandalf al exhalar anillos de humo (sobre todo, si mostraba alguna conexión entre los Medianos y el importante asunto de los Anillos del Poder, por improbable que esto pudiera parecer); y dudaba de que alguien tan eminente se interesara por un pueblo tan insignificante como el de los Medianos sin otro motivo que el propio valor atribuido a este pueblo.

En otro (tachado) se explica la intención de Gandalf:

Era extraño que Gandalf, enfadado por la insolencia de Saruman, escogiera esta manera de señalarle que sospechaba que el deseo de poseerlos había empezado a incorporarse a su política y a su estudio de la historia de los Anillos; y de advertirle que se le interpondría en el camino. Porque no cabe duda de que Gandalf no había pensado hasta entonces que los Medianos (y aún menos los que fumaban) tuvieran nada que ver con los Anillos.²³ No obstante, cuando más tarde los Medianos quedaron realmente involucrados en tan importante asunto, Saruman sólo pudo pensar que Gandalf lo había sabido o previsto, y que se lo había ocultado a él y al Concilio; y que su propósito era el único que Saruman podía concebir: conseguir el Anillo y excluirlo a él.

En «La Cuenta de los Años» el epígrafe correspondiente a 2851 se refiere a la celebración del Concilio Blanco en ese año, en el que Gandalf insistió en el ataque contra Dol Guldur, y la opinión de Saruman prevaleció sobre la suya; y una nota al pie del epígrafe dice: «Fue luego evidente que Saruman había empezado por entonces a desear la posesión del Anillo Único, y tenía esperanzas de

²³ Como la oración final de esta cita lo señala, la significación es: «Gandalf hasta entonces no había pensado que los Medianos en el futuro tendrían alguna conexión con los Anillos». La celebración del Concilio Blanco en 2851 tuvo lugar noventa años antes que Bilbo encontrara el Anillo.

que se revelara de por sí y buscara a su amo, si se dejaba a Sauron en paz por algún tiempo». La historia que precede muestra que Gandalf mismo sospechaba esto de Saruman en el tiempo del Concilio de 2851; aunque mi padre comentó después que, según la historia que contó Gandalf al Concilio de Elrond acerca de su encuentro con Radagast, no sospechó seriamente de la traición de Saruman (o de sus deseos de posesión del Anillo) hasta haber sido hecho prisionero en Orthanc.

V

LAS BATALLAS DE LOS VADOS DEL ISEN

Los principales obstáculos con los que se topaba Saruman para la fácil conquista de Rohan los constituían Théodred y Éomer: eran hombres vigorosos y devotos al Rey, que los tenía en muy alta estima por ser respectivamente su único hijo y el hijo de su hermana; e hicieron todo lo posible por frustrar la influencia que ganó Grima sobre el Rey, cuya salud había empezado a flaquear. Esto ocurrió a principios del año 3014, cuando Théoden tenía sesenta y seis años; su enfermedad pudo, pues, ser consecuencia de causas naturales, aunque los Rohirrim por lo general vivían hasta los ochenta años y aún más. Pero pudo haber sido inducida o agravada por venenos sutiles administrados por Grima. De cualquier modo, la sensación de debilidad y la dependencia que tenía de Grima eran en gran parte consecuencia de la astucia y la habilidad mostradas por este mal consejero. La política de Grima consistía en desacreditar a sus principales opositores ante Théoden, y si le era posible, en desembarazarse de ellos. Le fue imposible, sin embargo, hacerlos disputar entre sí: Théoden, antes de su «enfermedad», había sido muy amado de todos sus parientes y su pueblo, y la lealtad de Théodred y Éomer permaneció inalterable, aun en su estado de aparente chochez. Éomer tampoco era un hombre ambicioso, y el amor y el respeto que sentía por Théodred (trece años mayor que él) sólo eran superados por el amor que sentía hacia su padre adoptivo.¹ Por eso Grima intentó oponerlos entre sí a los ojos del Rey, pintando a Éomer como un hombre ansioso por acrecentar su autoridad, que actuaba sin consultar al Rey o su Heredero. En este sentido, obtuvo cierto buen éxito, que dio fruto cuando Saruman logró por fin la muerte de Théodred.

Se vio claramente en Rohan, cuando se conoció la verdad acerca de las batallas de los Vados, que Saruman había dado órdenes especiales de que Théodred debía ser muerto a toda costa. En la primera batalla todos sus guerreros más feroces atacaron implacables a Théodred y a su custodia sin consideración alguna por otros acontecimientos de la batalla que, de otra manera, podría haber tenido por resultado una mucho más dañosa derrota para los Rohirrim. Cuando Théodred fue muerto por fin, el comandante de Saruman (que sin duda obedecía órdenes) pareció satisfecho por el momento y Saruman cometió el error, fatal como luego se comprobó, de no hacer intervenir más fuerzas de inmediato y luego

¹ Éomer era hijo de Théodwyn, hermana de Théoden, y de Éomund de Folde Este, el Mariscal Principal de la Marca. Los Orcos mataron a Éomund en 3002, y Théodwyn murió poco después; sus hijos Éomer y Éowyn fueron recogidos en casa del Rey Théoden, para que vivieran con Théodred, el único hijo del Rey. (El Señor de los Anillos, Apéndice A, II.)

proceder a la invasión masiva de Folde Oeste;² aunque el valor de Grimbol y Yelmo de Elfo contribuyó a su demora. Si la invasión de Folde Oeste hubiera empezado cinco días antes, no cabe duda de que los refuerzos venidos de Edoras no habrían llegado al Desfiladero de Helm, sino que habrían sido derrotados y aplastados en la llanura abierta; y esto suponiendo que Edoras misma no hubiera sido atacada y tomada antes de la llegada de Gandalf.³

Se dijo que el valor de Grimbol y Yelmo de Elfo contribuyeron a la demora de Saruman, que resultó desastrosa para éste. La crónica que precede quizá subestime su importancia.

El Isen descendía velozmente desde sus fuentes en Isengard, pero en la tierra llana del Paso se volvía lento hasta que su curso torcía hacia el oeste; luego fluía a través del campo descendiendo por prolongadas cuestas hasta las bajas tierras costeras de los confines de Gondor y Enedwaith, donde se volvía profundo y rápido. Justo encima de esta curva hacia el oeste se encontraban los Vados del Isen. Allí el río era ancho y poco profundo y se abría en dos brazos en torno a un islote sobre un lecho arenoso cubierto de piedras y guijarros arrastrados desde el norte.

Al sur de Isengard, aquél era el único punto por donde podía cruzar el río un gran ejército, sobre todo si iba bien pertrechado y montado. Saruman tenía, pues, esta ventaja: podía enviar a sus tropas a cada lado del Isen y atacar los Vados, si le oponían resistencia, desde ambos extremos. Cualquier fuerza del lado oeste del Isen podía retirarse a Isengard en caso de necesidad. Por otra parte, Théodred podría enviar hombres a través de los Vados, o bien en cantidad suficiente para desencadenar un ataque contra las tropas de Saruman o con intención de defender la cabeza de puente del lado oeste; pero si eran derrotados, no tenían retirada posible, salvo retroceder nuevamente por los Vados con el enemigo en los talones, y posiblemente esperándolos también en la orilla oriental. Al sur y al oeste, a lo largo del Isen, no tenían modo de volver a su tierra,⁴ a no ser que estuvieran provistos para un largo viaje a Gondor Occidental.

² *Los Ents no fueron aquí tenidos en cuenta, como nadie los tenía en cuenta, salvo Gandalf. Pero a no ser que éste hubiera logrado el levantamiento de los Ents varios días antes (como a juzgar por la narración era evidentemente imposible), Rohan no se habría salvado. Los Ents podrían haber destruido Isengard y aun capturado a Saruman (si después de la victoria no hubiera éste seguido a su ejército). Los Ents y los Ucornos, con la ayuda de los Jinetes de la Marca del Este todavía no comprometidos, podrían haber destruido las fuerzas de Saruman en Rohan, pero la Marca habría quedado en ruinas y sin conducción. Aun si la Flecha Roja hubiera hallado a alguien con autoridad para hacerse cargo de ella, la llamada de Gondor no habría sido escuchada, o, en el mejor de los casos, unas pocas compañías de hombres cansados habrían llegado a Minas Tirith, demasiado tarde, salvo para perecer junto con ella. [Nota del autor.] En relación con la Flecha Roja, véase El Retomo del Rey, I, 3; le fue llevada a Théoden por un mensajero montado de Gondor como señal del apuro en que se encontraba Minas Tirith.*

³ *La primera batalla de los Vados del Isen, en la que Théodred fue muerto, se libró el 25 de febrero; Gandalf llegó a Edoras siete días después, el 2 de marzo (El Señor de los Anillos, Apéndice B, año 3019). Véase nota 7.*

⁴ *Más allá del Paso, la tierra entre el Isen y el Adorn formaba nominalmente parte del reino de Rohan; pero aunque Folcwine la había recuperado expulsando a los Dunlendinos que la habían ocupado, el pueblo que allí quedaba era en su mayoría de sangre mezclada, y no era muy firme su lealtad a Edoras: se recordaba todavía que el Rey Yelmo había dado muerte a su señor, Freca. A decir verdad, por este tiempo estaban más dispuestos a ponerse del lado de Saruman, y muchos de sus guerreros se habían sumado a sus fuerzas. De cualquier modo, no había manera de entrar en sus tierras desde el oeste, salvo que se fuera un audaz nadador. [Nota del autor.] La región entre el Isen y el Adorn se declaró parte del reino de Eorl en*

El ataque de Saruman no era imprevisto, pero se produjo antes de lo esperado. Los exploradores de Théodred le habían advertido de una reunión de tropas ante las Puertas de Isengard, sobre todo (según parecía) al lado oeste del Isen. Por tanto, montó guardia al este y al oeste en los accesos a los Vados recurriendo a hombres fornidos de a pie reclutados en Folde Oeste. Dejando tres compañías de Jinetes junto con cuidadores de caballos y caballos de reserva, cruzó con el grueso de su caballería: ocho compañías y una compañía de arqueros, cuya tarea era desbaratar el ejército de Saruman antes de que estuviera plenamente preparado.

Pero Saruman no había revelado sus intenciones ni el alcance de sus fuerzas. Estaban ya en marcha cuando Théodred se puso en camino. A unas veinte millas de los Vados, Théodred se topó con su vanguardia y la dispersó con pérdidas. Pero cuando avanzó cabalgando para atacar al grueso del ejército, la resistencia se endureció. El enemigo, de hecho, estaba en posiciones preparadas para el acontecimiento, tras trincheras con hombres armados de picas, y Théodred, en la éored de vanguardia, fue detenido en su avance y casi derrotado, porque nuevas fuerzas que venían presurosas de Isengard lo flanqueaban desde el oeste.

Lo libró de la dificultad el ataque de las compañías que venían en pos de él; pero miró hacia el este y quedó consternado. Había sido una mañana poco soleada y con nieblas; pero las nieblas retrocedían ahora por el Paso llevadas por una brisa que soplaba desde el oeste, y a lo lejos, al este del río, divisó otras fuerzas que venían presurosas hacia los Vados, aunque no alcanzaba ver si eran numerosas. Sin vacilar ordenó una retirada que los Jinetes, bien entrenados en la maniobra, llevaron a cabo en orden y con escasas pérdidas más; pero no se desembarazaron del enemigo ni se distanciaron mucho de él, porque la retirada fue a menudo entorpecida y la retaguardia mandada por Grimbol tuvo que volverse para mantener a raya a los más ansiosos de sus perseguidores.

Cuando Théodred ganó los Vados, el día ya acababa. Puso a Grimbol al mando de la guarnición de la orilla del oeste, reforzada con cincuenta Jinetes desmontados. Al resto de los Jinetes y a todos los caballos los hizo cruzar el río, pero él y su propia compañía montaron guardia en el islote para cubrir la retirada de Grimbol, si era éste obligado a retroceder. Casi en seguida sobrevino el desastre. Las fuerzas del este de Saruman llegaron con inesperada velocidad; eran mucho menos numerosas que las del oeste, pero más peligrosas. En la vanguardia había algunos jinetes dunlendinos y una gran manada de seres órquicos montados en lobos, muy temidos por los caballos.⁵ Tras ellos venían dos batallones de feroces Uruks, fuertemente armados pero adiestrados para desplazarse a gran velocidad en trayectos de muchas millas. Los jinetes y las criaturas montadas en lobos cayeron sobre los grupos de caballos, dándoles lanzadas, matándolos y dispersándolos. La guarnición de la orilla izquierda, sorprendida por el súbito ataque de los Uruks formados en prietas filas, fue dispersada, y atacaron a los jinetes que acababan de cruzar desde la orilla oeste antes de que pudieran

tiempos del Juramento de Cirion y Eorl véase «Cirion y Eorl y la amistad de Gondor y Rohan» (iii).

En el año 2754, Yelmo Mano de Martillo, Rey de la Marca, mató con el puño a su arrogante vasallo Freca, señor de las tierras del otro lado del Adorn; véase El Señor de los Anillos, Apéndice A (II).

⁵ *Eran muy rápidos y hábiles para evitar a los hombres formados en disposición de batalla y se dedicaban sobre todo a destruir grupos aislados o perseguir a fugitivos; pero en caso de necesidad pasaban con implacable ferocidad a través de toda brecha en medio de compañías de caballería, abriendo el vientre de los caballos. [Nota del autor.]*

reagruparse, y aunque lucharon desesperadamente, fueron rechazados de los Vados a lo largo de la línea del Isen, y perseguidos por los Uruks.

No bien se hubo apoderado el enemigo del extremo oriental de los Vados, apareció una compañía de hombres u orcos-hombres (evidentemente preparados para la ocasión), feroces, vestidos de cota de malla y armados de hachas. Se precipitaron sobre el islote y lo atacaron desde ambos lados. Al mismo tiempo Grimbol, en la orilla oeste, fue atacado por las fuerzas de Saruman que había en esa orilla del Isen. Al mirar hacia el este, afligido por el estruendo de la batalla y los espantosos gritos de victoria lanzados por los Orcos, vio a los hombres armados de hachas que rechazaban a las fuerzas de Théodred de las orillas del islote hacia la loma no muy alta que había en su centro, y oyó la fuerte voz de Théodred que gritaba: ¡A mí, Eórlidas! Casi en seguida Grimbol, llevando consigo unos pocos hombres que estaban cerca, volvió corriendo al islote. Grimbol, hombre de gran fuerza y estatura, lanzó un ataque tan feroz contra la retaguardia del enemigo, que se abrió camino con otros dos, hasta que llegó a Théodred, acorralado en la loma. Demasiado tarde. Cuando llegó a su lado, Théodred cayó herido por un orco-hombre. Grimbol dio muerte al orco-hombre y se irguió sobre el cuerpo de Théodred creyéndolo muerto; y allí habría muerto también él si no hubiera sido por la llegada de Yelmo de Elfo.

Yelmo de Elfo había venido cabalgando de prisa por el camino de Edoras conduciendo a cuatro compañías en respuesta a la llamada de Théodred; esperaba la batalla, aunque no antes de unos cuantos días. Pero cerca de la unión del camino con la ruta que venía del Desfiladero,⁶ su escolta de la derecha comunicó que habían sido vistos dos individuos a lomos de lobos en los campos. Advirtiéndole que no iban bien las cosas, no torció el camino para dirigirse al Desfiladero de Helm con el fin de pasar la noche, como había planeado, sino que siguió cabalgando a toda velocidad hacia los Vados. El camino para cabalgaduras torcía al noroeste después de unirse con el camino que bajaba del desfiladero, pero una vez más doblaba pronunciadamente hacia el oeste al alcanzar la altura de los Vados, a los que se llegaba por un estrecho sendero de unas dos millas de longitud. Yelmo de Elfo, pues, no vio ni oyó nada de la lucha entre la guarnición en retirada y los Uruks al sur de los Vados. El sol se había puesto y la luz disminuía cuando se acercó a la última curva del camino, y allí encontró algunos caballos que corrían desbocados y unos pocos fugitivos que le contaron del desastre. Aunque sus hombres y sus caballos estaban ya fatigados, cabalgó tan de prisa como pudo a lo largo del estrecho sendero, y cuando llegó a divisar la orilla del este, ordenó a sus compañías que cargaran.

Esta vez fueron los isengardeanos los sorprendidos. Oyeron el trueno de los cascos y vieron venir, como negras sombras, recortadas sobre el este en penumbra, un gran ejército (tal parecía) con Yelmo de Elfo a la cabeza, y junto a él, un estandarte blanco llevado como guía de aquellos que lo seguían. Pocos se quedaron en su puesto. La mayoría huyó hacia el norte, perseguidos por dos de las compañías de Yelmo de Elfo. A las otras las hizo desmontar para guardar la orilla del este, pero sin dilación, y con los hombres de su propia compañía, se precipitó hacia el islote. Los portadores de hachas se vieron atrapados entonces entre los defensores sobrevivientes y el ataque de Yelmo de Elfo, con las dos orillas todavía

⁶ [El Desfiladero, el Bajo, Deeping en inglés.] Mi padre observó en otra parte que el Deeping-coomb (Valle del Bajo) y el Deeping-stream (Corriente del Bajo) debían escribirse preferentemente así, «pues Deeping no es una forma verbal, e indica una relación: el coomb o valle profundo que pertenece al Deep (Helm's Deep o Desfiladero de Helm) al que conducía». (Véanse las notas sobre la Nomenclatura para asistencia de los traductores en A Tolkien Compass, preparado por Jared Lobdell, 1975.)

en posesión de los Rohirrim. Siguieron luchando, pero antes de acabar el día fue muerto hasta el último hombre. Yelmo de Elfo saltó hacia la loma y allí encontró a Grimbol luchando con dos altos portadores de hachas por la posesión del cuerpo de Théodred. A uno de ellos mató Yelmo de Elfo sin demora, y el otro cayó ante Grimbol.

Se agacharon entonces para levantar el cuerpo, y vieron que Théodred respiraba todavía; pero vivió sólo lo suficiente para pronunciar sus últimas palabras: ¡Dejadme yacer aquí...para mantener los Vados hasta que llegue Éomer! Cayó la noche. Se oyó sonar un áspero cuerno, y un silencio cayó sobre la tierra. El ataque contra la orilla del oeste cesó de pronto, y el enemigo se desvaneció en la oscuridad. Los Rohirrim conservaron los Vados del Isen; pero sus bajas fueron cuantiosas, y perdieron también muchos caballos; el hijo del Rey había muerto y ya no tenían jefe y no sabían qué podría ocurrir aún.

Cuando después de una fría noche sin dormir volvió la luz gris, no había signo de los isengardeanos, salvo los muchos muertos abandonados en el campo. A lo lejos aullaban los lobos, esperando a que los sobrevivientes se fueran. Muchos de los hombres dispersados por el súbito ataque de los isengardeanos empezaron a volver, algunos montados todavía, otros trayendo caballos recobrados. Más tarde, por la mañana, la mayor parte de los Jinetes de Théodred que habían sido rechazados hacia el sur y río abajo por un batallón de negros Uruks, volvieron fatigados de la batalla, pero en orden. Lo que tenían que contar era parecido. Se detuvieron en una colina baja y se aprestaron a defenderla. Aunque habían rechazado a una parte de las fuerzas atacantes de Isengard, la retirada hacia el sur sin provisiones no tenía a la larga esperanza alguna. Los Uruks habían impedido todo intento de irrumpir hacia el este, y los estaban empujando hacia el país hostil de la «frontera occidental» de los Dunlendinos. Pero al prepararse los Jinetes para resistir el ataque, aunque era entonces plena noche, sonó un cuerno; y pronto descubrieron que el enemigo había partido. Tenían muy pocos caballos para intentar una persecución o aun para actuar como exploradores, si de algo servía hacerlo por la noche. Al cabo de un tiempo empezaron, precavidos, a avanzar hacia el norte otra vez, pero no hallaron oposición. Pensaron que los Uruks habían vuelto para reforzar su dominio de los Vados y esperaban emprender la batalla allí nuevamente, y se asombraron mucho al comprobar que los Rohirrim dominaban la situación. Sólo más tarde descubrieron a dónde habían ido los Uruks.

Así terminó la Primera Batalla de los Vados del Isen. De la Segunda Batalla no se hizo nunca una crónica tan clara por causa de los acontecimientos mucho más grandes que ocurrieron en seguida. Erkenbrand del Folde Oeste asumió el mando de la Marca Oeste cuando la nueva de la caída de Théodred le llegó al día siguiente en Cuernavilla. Envió jinetes mensajeros a Edoras para anunciarlo y para llevar a Théoden las últimas palabras de su hijo, rogando además que mandaran a Éomer sin demora con toda la ayuda de que pudiera disponerse.⁷ — Que la defensa de Edoras se haga aquí mismo, en el Oeste —decía—, y no se espere a que sea sitiada. —Pero Grima aprovechó el laconismo de este consejo para favorecer su propia política dilatoria. Sólo después de la derrota a manos de Gandalf se tomó alguna medida. Los refuerzos con Éomer y el mismo Rey se

⁷ *Los mensajes no llegaron a Edoras hasta el mediodía del 27 de febrero. Gandalf llegó allí temprano por la mañana el 2 de marzo (¡febrero tenía 30 días!): de modo que no habían transcurrido cinco días completos como dijo Grima, cuando la noticia le llegó al Rey. [Nota del autor.] Se hace referencia a Las Dos Torres, III, 6.*

pusieron en camino la tarde del 2 de marzo, pero esa noche se libró y se perdió la Segunda Batalla de los Vados y empezó la invasión de Rohan.

Erkenbrand no acudió él mismo en seguida al campo de batalla. Todo era confusión. No sabía qué fuerzas podría reunir de prisa; tampoco le era posible todavía estimar con exactitud las pérdidas de las tropas de Théodred. Juzgó sin equivocarse que la invasión era inminente, pero que Saruman no se atrevería a avanzar hacia el este para atacar Edoras en tanto la fortaleza de Cuernavilla no quedara reducida, pues contaba con hombres y estaba bien guardada. En esta empresa y el reclutamiento de tantos hombres de Folde Oeste como pudiera encontrar, estuvo ocupado durante tres días. El mando en el campo lo dio a Grimbol hasta que él mismo acudiera; pero no asumió el mando sobre Yelmo de Elfo y sus jinetes, que pertenecían a la Nómina de Edoras. Los dos comandantes eran, sin embargo, amigos, y ambos hombres leales y juiciosos, y no había desacuerdo entre ellos; el ordenamiento de las fuerzas fue un compromiso entre opiniones divergentes. Yelmo de Elfo sostenía que los Vados no tenían ya importancia, y que en verdad eran una trampa en la que podían caer hombres que hubieran estado mejor apostados en otro sitio, pues evidentemente no le sería difícil a Saruman enviar fuerzas a ambas orillas del Isen cuando le pareciera oportuno; y su propósito inmediato sería sin duda invadir Folde Oeste y sitiar Cuernavilla antes de que pudiera llegar de Edoras una ayuda efectiva. Por tanto, su ejército o la mayor parte de él bajaría a lo largo de la orilla este del Isen; porque, aunque por allí, siendo un terreno áspero y desprovisto de caminos, el avance sería más lento, no tendría que abrirse paso por los Vados. Aconsejó por tanto Yelmo de Elfo que los Vados se abandonaran; todos los hombres disponibles de a pie serían apostados sobre el lado del este y situados de modo tal que pudieran interceptar el avance del enemigo: una prolongada línea de terreno ascendente que iba de oeste a este a unas pocas millas al norte de los Vados; pero la caballería tenía que ser trasladada hacia el este hasta un punto desde el cual, cuando el avance del enemigo se topara con la defensa, se pudiera atacar con la máxima eficacia el flanco derecho, y así, empujarlos al río. —¡Que el Isen sea una trampa para ellos y no para nosotros!

Grimbol, en cambio, no estaba dispuesto a abandonar los Vados. Esto era en parte una consecuencia de la tradición de Folde Oeste en la que él y Erkenbrand habían sido criados, pero no dejaba de tener en parte razón. —No sabemos —dijo— las fuerzas que Saruman manda todavía. Pero si es en verdad su propósito asolar Folde Oeste y empujar a sus defensores al Desfiladero de Helm para hacerlos allí prisioneros, tienen que ser muy grandes. Es improbable que las despliegue a todas de una vez. No bien adivine o descubra cómo hemos dispuesto a nuestra defensa, sin duda enviará grandes fuerzas a toda velocidad desde Isengard, y después de cruzar los Vados sin defensa, nos atacará por la retaguardia, si estamos todos reunidos en el norte.

Por fin Grimbol apostó hombres en el extremo occidental de los Vados, la mayor parte de sus soldados de a pie; ocupaban una fuerte posición en las fortalezas que protegían las vías de acceso. Él permaneció con el resto de sus hombres, incluidos los que le quedaban de la caballería de Théodred, en la orilla este. El islote fue dejado vacío.⁸ Yelmo de Elfo se retiró con sus Jinetes y tomó posiciones sobre la línea donde había deseado que se apostara el grueso de la

⁸ *Se dice que levantó estacas en torno al islote en las que estaban clavadas las cabezas de los portadores de hachas que habían sido muertos allí, pero sobre el montículo de Théodred, levantado apresuradamente, en el medio, puso su estandarte. —Ésa será defensa suficiente —dijo. [Nota del autor.]*

defensa; su propósito era divisar tan pronto como fuera posible cualquier ataque que viniera del este del río, y desbaratar a las fuerzas atacantes antes de que pudieran llegar a los Vados.

Todo fue mal, como muy probablemente habría sucedido en cualquier caso: las fuerzas de Saruman eran excesivas. Empezó su ataque de día, y antes del mediodía del 2 de marzo, un fuerte batallón de sus mejores guerreros, avanzando por el camino de Isengard, atacó los fuertes al oeste de los Vados. Esta tropa, de hecho, no era sino una pequeña parte de las fuerzas con que contaba entonces, no más que lo que consideró suficiente para eliminar la defensa debilitada. La guarnición de los Vados, aunque vastamente superada en número, resistió, no obstante, con firmeza. Pero por fin, cuando en los dos fuertes se libraba encarnizada lucha, una tropa de Uruks se abrió camino entre ellos y empezó a cruzar los Vados. Grimbol, que confiaba en que Yelmo de Elfo rechazaría el ataque sobre el lado este, avanzó con todos los hombres que le quedaban y los obligó a retroceder... por un tiempo. Pero el comandante enemigo hizo intervenir a un batallón inactivo hasta el momento y quebrantó las defensas. Grimbol tuvo que retirarse cruzando el Isen. No faltaba mucho para que el sol se pusiera. Había sufrido grandes pérdidas, pero se las había infligido aún mayores al enemigo (Orcos en su mayoría) y retenía todavía con firmeza la posesión de la orilla este. El enemigo no intentó cruzar los Vados y abrirse camino luchando por las empinadas cuestas; mejor dicho, no lo intentó todavía.

Yelmo de Elfo no había podido tomar parte en esta acción. En el crepúsculo reunió a sus compañías y se retiró hacia el campamento de Grimbol colocando a sus hombres en grupos a cierta distancia de él para que sirvieran de pantalla de protección contra los ataques venidos del norte y del este. Del sur no esperaban mal alguno y tenían esperanzas de que desde allí les llegara socorro. Después de retirarse cruzando los Vados, se habían despachado sin demora mensajeros montados a Erkenbrand y a Edoras que llevarían las infortunadas noticias. Temiendo o, mejor, sabiendo que todavía sufrirían mayores males en breve plazo a no ser que les llegara de prisa una inesperada ayuda, los defensores se preparaban para impedir de cualquier modo el avance de Saruman antes de ser desbordados por él.⁹ La mayor parte veló las armas, y sólo unos pocos, por turnos, intentaron descansar y dormir brevemente. Grimbol y Yelmo de Elfo permanecieron insomnes a la espera del alba y temiendo lo que ésta pudiera depararles.

No tuvieron que esperar demasiado. No era todavía medianoche, cuando desde el norte se vieron puntos de luz roja que se acercaban al oeste del río. Era la vanguardia de todo el resto de las fuerzas de Saruman que se disponía a batallar ahora por la conquista de Folde Oeste.¹⁰ Venía a gran velocidad, y de pronto todas las huestes parecieron estallar en llamas. Se encendieron centenares de antorchas con las que portaban los conductores de las tropas, y uniéndose a la corriente de las fuerzas que ya estaban apostadas en la orilla oeste, cruzaron los Vados como

⁹ Esto, se dijo, fue resolución de Grimbol. Yelmo de Elfo no lo abandonó entonces, pero si él hubiera estado al mando habría dejado atrás los Vados al abrigo de la noche y se hubiera retirado hacia el sur al encuentro de Erkenbrand con el propósito de sumarse a las fuerzas todavía disponibles para la defensa del Valle del Bajo y de Cuernavilla. [Nota del autor.]

¹⁰ Éste era el gran ejército que Meriadoc vio partir de Isengard, como se lo contó más tarde a Aragorn, Legolas y Gimli (Las Dos Torres, III, 9): «Yo vi partir al enemigo: filas interminables de Orcos en marcha; y tropas de Orcos montados sobre grandes lobos. Y también batallones de Hombres. Muchos llevaban antorchas y pude verles las caras a la luz... Tardaron una hora en franquear las puertas. Algunos bajaron por la carretera hacia los Vados, y otros se desviaron por un canal muy profundo. Habían construido un puente».

un río de fuego con gran estrépito de odio. Una gran compañía de arqueros podría haber logrado que el enemigo lamentara la luz de las antorchas, pero Grimbol tenía sólo un puñado de ellos. No le era posible retener la orilla este y se retiró formando un gran escudo en torno al campamento. Pronto fue rodeado y los atacantes arrojaron antorchas entre ellos, y algunas las hicieron volar muy altas por sobre las cabezas de los muros del escudo con la esperanza de pegar fuego a los almacenes de provisiones y aterrar a los pocos caballos que todavía le quedaban a Grimbol. Pero el escudo resistió. Pues, como los Orcos no resultaban tan eficaces en este tipo de lucha por su escasa estatura, se arrojaron contra él feroces compañías de Dunlendinos, los hombres de las colinas. Pero a pesar del odio que les profesaban, los Dunlendinos todavía temían a los Rohirrim si se topaban con ellos cara a cara, y eran además menos hábiles en las artes de la guerra y no estaban tan bien armados.¹¹ El escudo todavía resistió.

En vano esperaba Grimbol que le viniera ayuda de Yelmo de Elfo. No le llegó. Por fin decidió llevar a cabo el plan que ya se había trazado en caso de encontrarse en posición tan desesperada. Había terminado por reconocer el tino de Yelmo de Elfo, y comprendía que, aunque sus hombres siguieran luchando hasta que el último pereciera, y así lo harían si se les ordenaba, semejante valor de nada le valdría a Erkenbrand: cualquier hombre que pudiera liberarse del cerco y huir hacia el sur resultaría más útil, aunque pareciera menos glorioso.

Hasta entonces el cielo nocturno había estado nublado y oscuro, pero la luna creciente empezó a resplandecer entre nubes errantes. Un viento soplabla desde el este, anunciando la gran tormenta que pasaría sobre Roban y estallaría en el Desfiladero de Helm a la noche siguiente. Grimbol cobró conciencia de pronto de que la mayor parte de las antorchas se habían extinguido y de que la furia del ataque había menguado.¹² Por tanto, sin demora hizo montar a los pocos Jinetes que disponían de caballo todavía, no más de media éored, y los puso al mando de Dúnhere.¹³ El escudo se abrió por el lado del este y los Jinetes lo atravesaron rechazando en esa parte a los atacantes; luego, dividiéndose y girando, cargaron contra el enemigo por el norte y el sur del campamento. La súbita maniobra por un momento tuvo buenos resultados. El enemigo quedó confundido y consternado; muchos creyeron en un principio que una gran fuerza de Jinetes había venido desde el este. Grimbol, por su parte, quedó de a pie con una retaguardia de hombres escogidos de antemano, y cubiertos durante un rato por estos hombres y los Jinetes mandados por Dúnhere, los demás se retiraron tan de prisa como pudieron. Pero el comandante de Saruman no tardó en advertir que el escudo estaba roto y que los defensores huían. Afortunadamente la luna había sido alcanzada por las nubes y todo estaba a oscuras otra vez, y él tenía prisa. No permitió que sus tropas se adelantaran demasiado en la oscuridad en persecución de los fugitivos ahora que los Vados estaban en su poder. Reunió a sus tropas en las mejores condiciones que pudo y se dirigió hacia el camino del sur. Así fue que

¹¹ *No llevaban armadura; sólo algunos usaban una cota, obtenida en robos o saqueos. Los Rohirrim tenían la ventaja de haber sido pertrechados por los herreros de Gondor. En Isengard todavía no había sino las mallas pesadas y torpes de los Orcos, hechas para sus propios usos. [Nota del autor.]*

¹² *Parece que la valiente defensa de Grimbol no había sido del todo inútil. Había sido inesperada y el comandante de Saruman llegó tarde: se había demorado algunas horas cuando la intención había sido que barrera los Vados, dispersara las débiles defensas, y sin perder tiempo en perseguirlas, se diera prisa en llegar al camino y seguir luego hacia el sur para sumarse a las fuerzas que atacarían el Desfiladero. Ahora dudaba. Esperaba, quizás, alguna señal del otro ejército que había sido enviado al lado este del Isen. [Nota del autor.]*

¹³ *Un valiente capitán, sobrino de Erkenbrand. Gracias a su coraje y habilidad sobrevivió al desastre de los Vados, pero cayó en la batalla de las Pelennor para gran dolor de Folde Oeste. [Nota del autor.] Dúnhere era Señor de Harrowdale (El Retorno del Rey, V, 3).*

la mayor parte de los hombres de Grimbol sobrevivieron. Se dispersaron en la noche, pero, como él había ordenado, se alejaron del Camino al este de la gran curva donde tuerce en dirección oeste hacia el Isen. Sintieron alivio y también asombro al no toparse con enemigo alguno, pues no sabían que un gran ejército se había puesto en marcha hacia el sur ya hacía algunas horas y que Isengard no tenía apenas otra protección que la resistencia de sus muros y puertas.¹⁴

Por esta razón no le había llegado ayuda de Yelmo de Elfo. Más de la mitad de las fuerzas de Saruman habían sido enviadas hacia el este del Isen. Avanzaban más lentamente que la división occidental, porque el terreno era más áspero y no tenía camino; y no portaban luces. Pero delante de ellos, veloces y en silencio, avanzaban varias tropas de los temidos jinetes de lobos. Antes de que Yelmo de Elfo tuviera noticias de la aproximación de los enemigos por el lado del río que él ocupaba, los jinetes de lobos se interponían entre él y el campamento de Grimbol; y estaban también intentando rodear a cada uno de los pequeños grupos de Jinetes. La oscuridad era grande y todas sus fuerzas estaban en desorden. Reunió a todos los que pudo en un cuerpo cerrado de hombres montados, pero fue obligado a retirarse hacia el este. No pudo llegar a Grimbol, aunque sabía que se encontraba en apuros, y estaba por acudir en su ayuda cuando los jinetes de lobos lo atacaron. Pero presintió también con acierto que los jinetes de lobos no eran sino la avanzadilla de una fuerza demasiado grande, y él no podría impedir que avanzaran hacia el camino del sur. La noche ya concluía; no tenía otra cosa que hacer sino aguardar el alba.

Lo que siguió resulta menos claro, pues sólo Gandalf conoció toda la verdad. Sólo recibió noticias del desastre estando muy avanzada la tarde del 31 de marzo.¹⁵ El Rey estaba en un punto no muy lejano hacia el este de la unión del camino con el ramal que iba a Cuernavilla. Desde allí sólo había unas noventa millas en línea directa hasta Isengard; y Gandalf tuvo que haberse lanzado a la carrera montado en Sombragrís. Llegó a Isengard al caer la noche,¹⁶ y partió otra vez en no más de veinte minutos. Tanto en el viaje de ida, cuando el camino directo tuvo que haberlo llevado cerca de los Vados, como en el regreso hacia el sur para reunirse con Erkenbrand, debió de encontrarse con Grimbol y Yelmo de Elfo. Éstos se convencieron de que actuaba en nombre del Rey, no sólo por aparecer montado en Sombragrís, sino también porque conocía el nombre del mensajero Ceorl y el mensaje que éste portaba; y consideraron una orden el consejo que les dio.¹⁷ A los hombres de Grimbol los envió hacia el sur para que se unieran a Erkenbrand...

¹⁴ *La oración no resulta muy clara, pero por lo que sigue, parece referirse a esa parte del gran ejército de Isengard que avanzó por la orilla este del Isen.*

¹⁵ *La noticia fue llevada por el Jinete Ceorl, quien, al volver de los Vados, se encontró con Gandalf, Théoden y Éomer, que cabalgaban hacia el oeste con refuerzos de Edoras: Las Dos Torres, III, 7.*

¹⁶ *Como la narración lo sugiere, Gandalf debía de haber tenido ya contacto con Bárbol y sabía que la paciencia de los Ents se había agotado; y había leído también la significación de las palabras de Legolas (Las Dos Torres, III, 7, al principio del capítulo): Isengard estaba velada por una sombra impenetrable, los Ents ya la habían rodeado. [Nota del autor.]*

¹⁷ *Cuando Gandalf llegó con Théoden y Éomer a los Vados del Isen después de la batalla de Cuernavilla, les explicó: «A algunos [hombres] les ordené que se unieran a Erkenbrand; a otros les encomendé la tarea que aquí veis, y en estos momentos ya han de estar de regreso en Edoras. También a muchos envié antes a Edoras a defender vuestra casa» (Las Dos Torres, III, 8). El presente texto termina en medio de la frase siguiente.*

APÉNDICE

(i)

En algunos escritos relacionados con el presente texto se dan otros detalles sobre los Mariscales de la Marca en el año 3019 y después del fin de la Guerra del Anillo:

Mariscal de la Marca era el más alto rango militar y el título de los lugartenientes del Rey (originalmente tres), comandantes de las fuerzas reales de Jinetes plenamente equipados y entrenados. La sede del Primer Mariscal era la capital, Edoras, y las Tierras del Rey adyacentes (con inclusión del Valle). Comandaba a los Jinetes de las Filas de Edoras, reclutados en este sitio y en ciertas partes de las Marcas Oeste y Este,* por lo que Edoras era el lugar más adecuado para celebrar asambleas. Al Segundo y al Tercer Mariscales se les asignaban mandos de acuerdo con las necesidades del momento. A principios del año 3019, Saruman era una grave amenaza, y el Segundo Mariscal, Théodred, el hijo del Rey, tenía a su mando la Marca Oeste, en el Abismo del Yelmo; el Tercer Mariscal, Éomer, el sobrino del Rey, tenía su sede en la Marca Este en su lugar de nacimiento, Aldburg, en el Folde.**

En los días de Théoden no había nadie asignado para el cargo de Primer Mariscal. Cuando accedió al trono era muy joven (tenía treinta y dos años), vigoroso y de espíritu marcial y gran jinete. En caso de guerra, le correspondía a él mismo comandar las Filas de Edoras; pero en su reino hubo paz durante muchos años, y cabalgaba con sus caballeros y sus hombres sólo para ejercitarse y hacer desfiles; no obstante, la sombra de Mordor, otra vez despierta, creció más y más desde su infancia hasta su vejez. Durante esta paz los Jinetes y otros hombres armados de la guarnición de Edoras estaban gobernados por un oficial con rango de mariscal (en los años 3012-3019 éste fue el cargo que tuvo Yelmo de Elfo). Cuando Théoden envejeció prematuramente, según parece, esta situación siguió inalterada, y no había mando central efectivo: un estado de cosas estimulado por su consejero Grima. El Rey, que se había vuelto decrepito y rara vez abandonaba su casa, tomó la costumbre de impartir órdenes a Háma, Capitán de la Real Casa, a Yelmo de Elfo y aun a los Mariscales de la Marca, por boca de Grima Lengua de Serpiente. Esto no era del gusto de nadie, pero las órdenes se

* Éstos eran términos sólo utilizados en la organización militar. Sus confines eran el río Nevado hasta unirse con el Entaguas y, desde allí, hacia el norte a lo largo del Entaguas. [Nota del autor.]

** Aquí tenía Eorl su casa; después que Brego, hijo de Eorl, se trasladó a Edoras, pasó a manos de Eofor, tercer hijo de Brego, del que Éomund, padre de Éomer, decía descender. El Folde formaba parte de las Tierras del Rey, pero Aldburg siguió siendo la base más conveniente para las Filas de la Marca del Este. [Nota del autor.]

obedecían, por lo menos, en Edoras. En lo que concierne a la lucha, cuando empezó la guerra con Saruman, Théodred, sin que mediaran órdenes, asumió el mando general. Reunió a los efectivos que había en Edoras y puso una gran parte de los Jinetes al mando de Yelmo de Elfo para reforzar las Filas de Folde Oeste y ayudarlas a resistir la invasión.

En tiempos de guerra o de desorden cada Mariscal de la Marca tenía a sus órdenes inmediatas, como parte de su «casa» (es decir, acuartelados en su residencia), una éored pronta para la batalla, a la que podía recurrir en casos de urgencia de acuerdo con su propio criterio. Esto es lo que en realidad había hecho Éomer;^{*} pero se le acusó, por inspiración de Grima, de que el Rey en este caso le había prohibido disponer de las fuerzas aún sin compromiso de la Marca Este para sacarlas de Edoras; de que sabía del desastre de los Vados y de la muerte de Théodred antes de perseguir a los Orcos por el remoto Páramo, y también de que, en contra de órdenes generales, había dejado ir en libertad a extranjeros y aun les había prestado caballos.

Después de la caída de Théodred, el mando de la Marca Oeste (una vez más sin que mediaran órdenes de Edoras) fue asumido por Erkenbrand, Señor del Valle del Bajo, y de otras tierras del Folde Oeste. En su juventud, como muchos señores, había sido oficial de los Jinetes del Rey, pero ya no lo era. Se lo consideraba, sin embargo, el principal señor de la Marca Oeste, y como su pueblo corría peligro, era su deber y su derecho reunir a todos los que pudieran portar armas y oponer resistencia a la invasión. Tomó, pues, el mando de los Jinetes de las Filas Occidentales; pero Yelmo de Elfo conservó el mando independiente de los Jinetes de las Filas de Edoras que Théodred había convocado con el fin de asistirlo.

Después de que Gandalf curó a Théoden, la situación cambió. El Rey tomó otra vez el mando. Éomer fue restituido y se convirtió en Primer Mariscal, pronto para asumir el mando si el Rey sucumbía o le flaqueaban las fuerzas; pero no se utilizó el título, y en presencia del Rey en armas sólo podía aconsejar y no impartir órdenes. El papel que en realidad desempeñaba era muy semejante al de Aragorn: un campeón temible entre los compañeros del Rey.^{**}

Cuando se reunieron todos los efectivos en Valle Sagrado, y se examinaron, y se determinaron, en la medida de lo posible, la «línea de acción» y el orden de la batalla,^{***} Éomer permaneció en esta posición, cabalgando con el Rey (como comandante de la éored principal, la Compañía del Rey) y actuando como su principal consejero. Yelmo de Elfo se convirtió en Mariscal de la Marca y tenía a su mando la primera éored de las Filas de la Marca Este. Grimbol (no mencionado antes en la narración) tenía la función, aunque no el título, de Tercer

^{*} Es decir, cuando Éomer persiguió a los Orcos, que habían hecho prisioneros a Meriadoc y Peregrin y descendieron a Rohan desde las Emyn Muil. Las palabras de Éomer a Aragorn, fueron: «Me puse a la cabeza de mis éoreds, hombres de mi propia Casa» (Las Dos Torres, III, 2).

^{**} Los que en la corte no conocían los acontecimientos, supusieron que los refuerzos estaban al mando de Éomer, el único Mariscal de la Marca que quedaba. [Nota del autor.] Se refiere aquí a las palabras de Ceorl, el Jinete que se encontró con los refuerzos que venían de Edoras y les contó lo que había sucedido en la Segunda Batalla de los Vados del Isen (Las Dos Torres, III, 7).

^{***} Théoden convocó un concilio de «los mariscales y los capitanes» en seguida, y antes comió; pero no queda descrito, pues Meriadoc no estaba presente («Me pregunto de qué estarán hablando»). [Nota del autor.] Se refiere a El Retorno del Rey, V, 3.

Mariscal, y comandaba las Filas de la Marca Oeste.^{****} Grimbol cayó en la Batalla de los Campos Pelennor, y Yelmo de Elfo se convirtió en el lugarteniente de Éomer como Rey; quedó al mando de todos los Rohirrim en Gondor cuando Éomer fue a las Puertas Negras y puso en fuga al ejército hostil que había invadido Anórien (El Retorno del Rey, V, 9 y 10). Se lo menciona como uno de los principales testigos de la coronación de Aragorn (ibid., VI, 5).

Hay constancia documental de que después del funeral de Théoden, cuando Éomer reorganizó el reino, Erkenbrand fue designado Mariscal de la Marca Oeste, y Yelmo de Elfo, Mariscal de la Marca Éste, y éstos fueron los títulos que se mantuvieron en lugar de Segundo y Tercer Mariscal, sin que ninguno predominara sobre el otro. En tiempos de guerra se designaba el cargo especial de Virrey: el que lo desempeñaba o bien gobernaba el reino en ausencia del Rey, cuando éste se ponía al frente del ejército, o asumía el mando en el campo de batalla si por algún motivo el Rey permanecía en su casa. En tiempos de paz el cargo sólo se desempeñaba cuando el Rey, por causa de enfermedad o vejez, delegaba su autoridad; el que lo ejercía era naturalmente el Heredero del Trono, si era hombre de edad suficiente. Pero en tiempos de guerra el Consejo se oponía a que un viejo Rey enviara a su hijo Heredero al campo de batalla lejos del reino, a no ser que tuviera cuando menos otro hijo.

(ii)

Se ofrece aquí una larga nota al texto que corresponde al pasaje donde se exponen los diferentes puntos de vista de los comandantes acerca de la importancia de los Vados del Isen. La primera parte repite en gran medida la historia que aparece en otro lugar de este libro.

En otros tiempos el Agua Gris constituía el límite meridional y oriental del Reino del Norte, y el Isen, el límite occidental del Reino del Sur. Los númenóreanos visitaban con poca frecuencia la tierra intermedia (la Enedwaith o «región media»), y ninguno se asentó nunca allí. En los días de los Reyes formó parte del reino de Gondor,^{*} pero los monarcas no se interesaban mucho por ella, salvo para la patrulla y la vigilancia del gran Camino Real. Éste iba desde Osgiliath y Minas Tirith a Fornost en el Norte lejano, cruzaba los Vados del Isen y pasaba por Enedwaith ascendiendo a las tierras altas en el centro y el nordeste hasta que tenía que descender a las tierras occidentales en torno al

^{****} *Grimbol era un mariscal de menor graduación de los Jinetes de la Marca del Oeste al mando de Théodred, y se le concedió este rango, como hombre que demostró valor en las dos batallas de los Vados, porque Erkenbrand era un hombre mayor, y el Rey experimentaba la necesidad de alguien que tuviera dignidad y autoridad para dejar al mando de las fuerzas con que pudiera contarse para la defensa de Rohan. (Nota del autor.) Grimbol no se menciona en la narración de El Señor de los Anillos hasta el ordenamiento final de los Rohirrim ante Minas Tirith (El Retorno del Rey, V, 5).*

^{*} *La afirmación de que Enedwaith en los días de los Reyes formaba parte del reino de Gondor parece contradecir lo que precede inmediatamente, que los «límites occidentales del Reino del Sur estaban constituidos por el Isen». En otra parte se dice (véase Apéndice D de «La historia de Galadriel y Celeborn») que Enedwaith «no pertenecía a ninguno de los reinos».*

curso inferior del Agua Gris, que cruzaba por una calzada elevada que conducía a un gran puente en Tharbad. En aquellos días la región estaba poco poblada. En las tierras pantanosas de las desembocaduras del Agua Gris y el Isen vivían unas pocas tribus de «Hombres Salvajes», pescadores y cazadores de aves, pero emparentados por la raza y la lengua con los Drúedain de los bosques de Anórien.** Al pie de las colinas del lado occidental de las Montañas Nubladas vivían restos del pueblo que los Rohirrim llamaron más tarde los Dunlendinos: un pueblo hosco, emparentado con los antiguos habitantes de los valles de la Montaña Blanca que Isildur maldijo.* No sentían mucho afecto por Gondor, pero aunque eran bastante osados y audaces, eran muy pocos y sentían demasiado respeto por el poder de los Reyes como para perturbarlos o apartar sus miradas del Este, desde donde los amenazaban los más grandes peligros con que tenían que enfrentarse. Los Dunlendinos, como todos los pueblos de Arnor y Gondor, sufrieron los estragos de la Gran Peste de los años 1636-1637 de la Tercera Edad, pero menos que la mayoría, pues vivían apartados y tenían escaso trato con los demás hombres. Cuando los días de los Reyes terminaron (1975-2050) y empezó la decadencia de Gondor, dejaron en la práctica de ser sus súbditos; el Camino Real no estaba vigilado en Enedwaith, y el Puente de Tharbad, en ruinas, fue reemplazado sólo por un peligroso vado. Los límites de Gondor eran el Isen y la Cavada de Calenardhon (como se llamaba entonces). La Cavada era vigilada desde las fortalezas de Aglarond (Cuernavilla) y Angrenost (Isengard), y los Vados del Isen, el único acceso a Gondor, estaban siempre protegidos contra cualquier incursión de las «Tierras Salvajes».

Pero durante la Paz Vigilada (desde 2063 a 2460) el pueblo de Calenardhon decayó: los más vigorosos, año tras año, iban hacia el este para defender la línea del Anduin; los que se quedaron se volvieron rudos y se desentendieron de lo que concernía a Minas Tirith. Las guarniciones de los fuertes no se renovaron y fueron dejadas al cuidado de capitanes hereditarios locales, cuyos súbditos eran de sangre cada vez más mezclada. Porque los Dunlendinos cruzaban el Isen de continuo y sin trabas. Ésta era la situación cuando los ataques contra Gondor desde el Este se renovaron, y Orcos y Hombres del Este invadieron Calenardhon y sitiaron los fuertes, que no habrían podido resistir mucho tiempo. Entonces llegaron los Rohirrim y, después de la victoria de Eorl en el Campo de Celebrant en el año 2510, su numeroso y aguerrido pueblo, con gran dotación de caballos, entró en

** En el Apéndice D de «La historia de Galadriel y Celeborn», donde se dice que «un pueblo de pescadores bastante numeroso, pero bárbaro, vivía entre las desembocaduras del Gwathló y el Angren (Isen)». No se menciona aquí que hubiera conexión entre estas gentes y los Drúedain, aunque de estos últimos se dice que vivieron (y que sobrevivieron hasta la Tercera Edad) en el promontorio de Andrast, al sur de las desembocaduras del Isen («Los Drúedain» y nota 13).

* Cf. El Señor de los Anillos, Apéndice F, «De los Hombres»: «[Los Dunlendinos] eran un resto de los pueblos que habían habitado en los valles de las Montañas Blancas en eras pasadas. Los Hombres Muertos del Sagrario pertenecían a ese clan. Pero en los Años Oscuros otros se habían trasladado a los valles australes de las Montañas Nubladas, y desde allí algunos fueron a las tierras desiertas adentrándose hacia el norte hasta las Quebradas de los Túmulos. De ellos provenían los Hombres de Bree; pero se habían sometido mucho antes al Reino Septentrional de Amor y habían adoptado la lengua Westron. Sólo en las Tierras Oscuras los Hombres de esta raza conservaron su propia lengua y costumbres, era éste un pueblo poco comunicativo, estaba enemistado con los Dúnedain, y odiaba a los Rohirrim».

Calenardhon y expulsó o destruyó a los invasores del Este. Cirion el Senescal les dio posesión de Calenardhon, que se llamó en adelante la Marca de los Jinetes o, en Gondor, Rochand (más tarde Roban). Los Rohirrim empezaron sin demora a asentarse en esta región, aunque durante el reinado de Eorl sus fronteras orientales a lo largo de las Emyn Muil y el Anduin eran todavía atacadas a menudo. Pero durante el reinado de Brego y Aldor los Dunlendinos fueron desalojados otra vez y expulsados más allá del Isen, y se estableció una defensa en los Vados del Isen. Así los Rohirrim se ganaron el odio de los Dunlendinos, que no se apaciguó hasta el retorno del Rey, en un futuro muy distante. Toda vez que los Rohirrim estaban debilitados o en dificultades, los Dunlendinos renovaban sus ataques.

Jamás alianza entre pueblos se ha mantenido tan fielmente por ambas partes como la que se estableció entre Gondor y Roban en virtud del Juramento de Cirion y Eorl; tampoco hubo nunca guardianes de las amplias planicies herbosas de Roban más adecuados a su tierra que los Jinetes de la Marca. No obstante, su situación padecía un grave inconveniente, como se puso en evidencia en los días de la Guerra del Anillo, cuando casi se produjo la ruina de Roban y Gondor. Esto fue consecuencia de varias cosas. Sobre todo, las miradas de Gondor siempre se habían dirigido hacia el este, de donde le venían todos los peligros; la enemistad de los «salvajes» Dunlendinos no parecía preocupar demasiado a los Senescales. Otro detalle consistía en que los Senescales conservaban en su poder la Torre de Orthanc y el Anillo de Isengard (Angrenost); las llaves de Orthanc se llevaron a Minas Tirith, la Torre se cerró, y el Anillo de Isengard sólo quedó bajo la custodia de un capitán gondoreano hereditario y su pequeño pueblo, al que se sumaron los viejos guardianes hereditarios de Aglarond. La fortaleza que allí había se reparó con ayuda de albañiles de Gondor y luego fue dada a los Rohirrim.* De allí provenían los guardianes de los Vados. En su mayoría sus viviendas estaban al pie de las Montañas Blancas y en los valles del sur. A las fronteras septentrionales del Folde Oeste iban rara vez y sólo en caso de necesidad, contemplando con temor las orillas de Fangorn (el Bosque de los Ents) y los ceñudos muros de Isengard. Tenían muy poco trato con el «Señor de Isengard» y su pueblo secreto, a quienes creían versados en magia negra. Y a Isengard los emisarios de Minas Tirith iban cada vez con menor frecuencia, hasta que dejaron de hacerlo por completo; parecía que en medio de sus preocupaciones los Senescales habían olvidado la Torre, aunque conservaban las llaves.

Sin embargo, la frontera occidental y la línea del Isen estaban naturalmente bajo el dominio de Isengard y esto, evidentemente, los Reyes de Gondor lo comprendían muy bien. El Isen descendía desde sus fuentes en la pared oriental del Anillo, y al avanzar hacia el sur era todavía un río joven que no oponía un gran obstáculo a los invasores, aunque sus aguas eran todavía rápidas y extrañamente frías. Pero las Grandes Puertas de Angrenost se abrían al oeste del Isen, y si las fortalezas estaban bien dotadas de tropas, los enemigos del oeste tendrían

* *Que la llamaron Glæmscrafu, pero la fortaleza tuvo el nombre de Súthburg, y después de los días del Rey Yelmo, Cuernavilla. [Nota del autor.] Glæmscrafu (en la que se se pronuncia como sh en inglés) es palabra anglosajona: «cuevas de irradiación», con el mismo significado que Aglarond.*

que contar con grandes fuerzas si pretendían invadir el Folde Oeste. Además, Angrenost estaba a menos de la mitad de la distancia entre Aglarond y los Vados, que estaban comunicados con las Puertas por una amplia ruta para cabalgaduras cuyo recorrido era casi en todo momento llano. El temor que rodeaba la gran Torre y el miedo de la lóbreguez de Fangorn, que estaba detrás de ella, podrían servirle de protección por algún tiempo, pero si se la privaba de guarnición y se la descuidaba, como sucedió durante los últimos días de los Senescales, esa protección no le había de valer por mucho tiempo.

Así fue en efecto. Durante el reinado de Déor (de 2699 a 2718), los Rohirrim comprobaron que mantener los Vados bajo vigilancia no bastaba. Como ni Rohan ni Gondor hacían caso de este lejano rincón del reino, sólo muy tarde se supo lo que allí había ocurrido. La descendencia de capitanes gondoreanos de Angrenost se interrumpió y el mando de la fortaleza pasó a manos de una familia del pueblo. Las gentes del pueblo, como se dijo, tenían la sangre desde hacía ya mucho mezclada, y estaban ahora más amistosamente dispuestos hacia los Dunlendinos que hacia los «salvajes Hombres del Norte», que habían usurpado la tierra; Minas Tirith, que se encontraba lejos, ya no les interesaba. Después de la muerte del Rey Aldor, que había expulsado a los últimos Dunlendinos y había lanzado incluso incursiones por sus tierras en Enedwaith a modo de represalia, los Dunlendinos, inadvertidos por Rohan pero con la connivencia de Isengard, empezaron a infiltrarse otra vez en el norte del Folde Oeste, instalándose en los vallecitos de la montaña al oeste y al este de Isengard, y aun en las orillas meridionales de Fangorn. Durante el reinado de Déor se mostraron abiertamente hostiles, haciendo incursiones con el fin de robar los rebaños y las caballadas de los Rohirrim en el Folde Oeste. No tardó en serles evidente a los Rohirrim que estos atacantes no habían cruzado el Isen por los Vados ni por punto alguno lejos al sur de Isengard, pues los Vados estaban protegidos.* Déor, por tanto, condujo una expedición hacia el norte y se topó con una hueste de Dunlendinos. A éstos los venció; pero sintióse preocupado al darse cuenta de que también Isengard le era hostil. Creyendo que había liberado a Isengard de un sitio a que lo sometían los Dunlendinos, envió mensajeros a sus Puertas con palabras de buena voluntad, pero las Puertas se cerraron ante ellos, y la única respuesta que recibieron fue el disparo de una flecha. Como se supo más tarde, los Dunlendinos, después de haber sido admitidos allí como amigos, se apoderaron del Anillo de Isengard, matando a los pocos sobrevivientes que no estaban dispuestos (como lo estaba la mayoría) a mezclarse con el pueblo dunlendino. Déor envió la noticia sin demora al Senescal en Minas Tirith (por ese entonces, en el año 2710, Egalmoth), pero no le fue posible a éste enviar ayuda, y los Dunlendinos siguieron ocupando Isengard hasta que, reducidos por la gran hambruna del Largo Invierno (2758-2759), debieron ceder para no morir de inanición y capitularon con Fréaláf (luego el primer Rey de la Segunda Línea). Pero Déor carecía de poder suficiente para atacar o sitiar Isengard, y durante muchos años los Rohirrim tuvieron que

* Con frecuencia se producían ataques contra la guarnición de la orilla occidental, pero sin continuidad: sólo se llevaban a cabo para distraer la atención de los Rohirrim del Norte. [Nota del autor.]

mantener una gran fuerza de Jinetes en el norte de Folde Oeste; y ésta se mantuvo hasta las grandes invasiones de 2758.**

Es, pues, perfectamente comprensible que cuando Saruman ofreció hacerse cargo de Isengard y repararlo y reorganizarlo como parte de las defensas del Oeste, fuera bien acogido tanto por el Rey Fréaláf como por Beren el Senescal. De modo que cuando Saruman hizo de Isengard su lugar de morada y Beren le dio las llaves de Orthanc, los Rohirrim volvieron a su política de defender los Vados del Isen, el punto más vulnerable de las fronteras occidentales.

Apenas cabe duda de que Saruman hizo su ofrecimiento de buena fe o, cuando menos, con buena voluntad hacia la defensa del Oeste, siempre que él fuera la principal persona en dicha defensa y la cabeza del concilio. Era listo, y percibía claramente que Isengard tenía gran importancia por su ubicación geográfica y por su gran fortaleza, debida a factores naturales pero también a la mano del hombre. La línea del Isen, entre las pinzas de Isengard y Cuernavilla, era un baluarte contra las invasiones venidas del este (tanto si era Sauron quien las promovía o las lanzaba como si tenían otro origen), con el propósito de cercar Gondor o de invadir Eriador. Pero al final se volcó hacia el mal y se convirtió en un enemigo; los Rohirrim, sin embargo, aunque se les había advertido de la creciente animadversión que abrigaba contra ellos, siguieron disponiendo el grueso de sus fuerzas al oeste de los Vados, hasta que Saruman, en abierta batalla, les demostró que los Vados eran una débil protección sin Isengard, y más todavía si la tenían como enemiga.

**** En El Señor de los Anillos, Apéndice A (I, IV, y II) se relatan estas invasiones a Gondor y Rohan.**

CUARTA PARTE

Los Drúedain, los Istari, las Palantiri

I

LOS DRÚEDAIN

El Pueblo de Haleth, que hablaba una lengua extranjera, les era extraño a los demás Atani; y aunque se unió en alianza con los Eldar, siguió siendo un pueblo aparte. Entre ellos mantuvieron su propia lengua, y aunque por fuerza tuvieron que aprender el sindarin para comunicarse con los Eldar y los demás Atani, muchos lo hablaban de manera entrecortada, y los que rara vez iban más allá de las fronteras de sus propias tierras boscosas, no lo empleaban en absoluto. No adoptaban de buen grado nuevas cosas o costumbres y conservaban numerosas prácticas que parecían extrañas a los Eldar y a los demás Atani, con quienes tenían escaso trato, salvo en la guerra. No obstante, se los estimaba como aliados leales y temibles guerreros, aunque las compañías que enviaban para guerrear más allá de sus fronteras eran pequeñas. Porque se trataba, y así continuaron siendo hasta el fin, de un pueblo reducido, interesado sobre todo en proteger sus propias tierras boscosas, y que sobresalía en las batallas libradas en los bosques. A decir verdad, durante mucho tiempo ni siquiera los Orcos especialmente entrenados para este tipo de lucha se atrevían a poner el pie cerca de sus fronteras. Una de las comentadas rarezas de los Haleth, consistía en que muchos de sus guerreros eran mujeres, aunque pocas se trasladaban al extranjero a luchar en las grandes batallas. Esta costumbre era evidentemente antigua;¹ la capitana Haleth era una afamada amazona que contaba con una selecta guardia de corps de mujeres.²

La más extraña de todas las costumbres del Pueblo de Haleth era la presencia entre ellos de gente de una especie del todo diferente;³ ni los Eldar de Beleriand ni los demás Atani habían visto nunca a nadie que se les asemejara. No

¹ No como consecuencia de su situación especial en Beleriand y quizá más bien como causa que como resultado de su escaso número. Su número crecía mucho más lentamente que el de los demás Atani, apenas más que el suficiente para reemplazar las pérdidas de guerra; no obstante, muchas de sus mujeres (que eran menos que los hombres) permanecían solteras. [Nota del autor.]

² En *El Silmarillion*, Bëor describe los Haladin (llamados después el Pueblo de Haleth) a Felagund como «un pueblo del que estamos divididos por la lengua». Se dice también que «permanecieron en Thargelion» y que eran de menor estatura que los hombres de la Casa de Bëor; «utilizaban pocas palabras y no se sentían atraídos por las grandes aglomeraciones de hombres; y muchos de entre ellos se deleitaban en la soledad y erraban libres por los bosques verdes mientras la maravilla de la tierra de los Eldar era todavía una novedad para ellos». Nada se dice en *El Silmarillion* acerca del elemento amazónico de esta sociedad, salvo que Haleth era una guerrera y ejercía la jefatura sobre su pueblo; tampoco se dice que se apegaran a su lengua propia en Beleriand.

³ Aunque hablaban la misma lengua (a su manera). No obstante, conservaron algunas palabras propias. [Nota del autor.]

eran muchos, unos pocos centenares quizá, que vivían apartados en familias o pequeñas tribus, pero amistosamente, como miembros de la misma comunidad.⁴ El Pueblo de Haleth les daba el nombre de drûg, palabra de su propia lengua. A los ojos de los Elfos y los demás Hombres resultaban de aspecto desagradable: eran bajos (algunos de poco más de una vara), pero muy anchos, con nalgas pesadas y cortas piernas gruesas; las caras anchas tenían ojos hundidos, con cejas gruesas y narices chatas; no les crecía barba, salvo a unos pocos hombres (orgullosos por la distinción) que llevaban en medio de la barbilla un mechoncito de pelo negro. Las facciones parecían de ordinario impasibles, y lo más móvil que tenían eran las grandes bocas; y uno no podía observar el movimiento de sus ojos cautelosos salvo que estuviera muy cerca, porque eran tan negros que no se les veía las pupilas, aunque se les enrojecían cuando estaban furiosos. Tenían la voz profunda y gutural, pero la risa era una sorpresa, rica y vibrante, y todos los que la oían, Elfos u Hombres, se echaban a reír también, contagiados de esa pura alegría sin mácula de desprecio o malicia.⁵ En tiempos de paz reían a menudo mientras trabajaban o jugaban, cuando otros Hombres habrían cantado. Pero podían ser enemigos implacables, y una vez inflamados de cólera, eran muy lentos en enfriarse, aunque el único signo visible fuera el resplandor de la mirada; luchaban en silencio y no se alborozaban en la victoria, ni siquiera la conseguida sobre los Orcos, hacia quienes abrigaban un odio implacable.

Los Eldar los llamaban Drúedain y los admitían en la jerarquía de los Atani,⁶ pues fueron muy amados mientras duraron. No tenían ¡ay! una vida muy larga, y nunca llegaron a ser numerosos, y perdieron a muchos en su lucha contra los Orcos, que también los odiaban y se deleitaban en capturarlos y torturarlos. En el tiempo en que las victorias de Morgoth destruyeron todos los reinos y las fortalezas de los Elfos y los Hombres en Beleriand, se dice que habían quedado reducidos a unas pocas familias compuestas sobre todo de mujeres y niños, algunas de las cuales llegaron por fin a los refugios de las Desembocaduras del Sirion.⁷

⁴ Según el modo en que durante la Tercera Edad los Hombres y los Hobbits de Bree vivieron juntos; aunque no había parentesco entre el pueblo Drûg y los Hobbits. [Nota del autor.]

⁵ A alguien que, con talante no amistoso y no conociéndolos bien, declaró que Morgoth debió de haber criado a los Orcos a partir de una cepa semejante, los Eldar respondieron: —Sin duda, Morgoth, que no puede crear nada vivo, crió a los Orcos a partir de varias especies de Hombres, pero los Drúedain deben de haber escapado de su sombra; porque su risa y la risa de los Orcos difieren tanto como la Luz de Aman y la oscuridad de Angband. —Algunos pensaban, no obstante, que había habido un remoto parentesco que daba cuenta de la especial enemistad que se tenían. Orcos y Drûgs se consideraban unos a otros como renegados. [Nota del autor.] En El Silmarillion se dice que los Orcos fueron criados por Melkor a partir de Elfos capturados en el principio de sus días; pero ésta no era sino una entre muchas otras especulaciones acerca del origen de los Orcos. Cabe mencionar que en El Retorno del Rey, V, 5, se describe la risa de Ghân-buri-Ghân: «soltó un extraño gorgoteo, que bien podía parecer una carcajada». El personaje es descrito con escasa barba, «como manojos de musgo seco en el mentón protuberante», y ojos oscuros inexpresivos.

⁶ Se dice en notas aisladas que el nombre que se daban a sí mismos eran Drughu (en la que gh representa un sonido fricativo). Este nombre adaptado al sindarin en Beleriand se convirtió en Drû (plurales Drúin y Drúath); pero cuando los Eldar descubrieron que el Pueblo Drû era decidido enemigo de Morgoth y, sobre todo, de los Orcos, se añadió el «título» adán, y fueron llamados Drúedain (singular, Drúadan) para señalar tanto su humanidad como la amistad que los unía a los Eldar, y su diferencia racial del pueblo de las Tres Casas de los Edain. Drû se usaba entonces sólo en nombres compuestos tales como Drúnos, «una familia del Pueblo Drû»; Drúwaith, «el yermo del Pueblo Drû». En quenya, Drughu se convirtió en Rú, y Rúatan, plural Rúatani. Para los otros nombres que recibieron en tiempos posteriores (Hombres Salvajes, Woses, Hombres Púkel), véase «Más notas acerca de los Drúedain» en este capítulo y la nota 14.

⁷ Se dice en los anales de Númenor que se permitió a estos supervivientes navegar por el mar con los Atani, y que en la paz de la nueva tierra medró y aumentó nuevamente su progenie, pero ya no

En sus primeros días habían sido de gran provecho para aquellos entre quienes vivían, y eran muy buscados; aunque pocos abandonaban la tierra del Pueblo de Haleth.⁸ Tenían una maravillosa capacidad para rastrear a cualquier criatura viviente, y enseñaban a sus amigos lo que podían de este arte; pero sus discípulos no los igualaban, porque los Drúedain usaban el olfato, como los sabuesos, con la peculiaridad de que además tenían una vista muy aguda. Se jactaban de que con viento favorable eran capaces de olfatear a un Orco que se encontraba todavía demasiado lejos para que los demás Hombres pudieran verlo, y de seguir el olor durante semanas, salvo a través de aguas corrientes. El conocimiento que tenían de toda criatura que creciera casi igualaba al que tenían los elfos (aunque éstos no se lo hubieran enseñado); y se dice que si se trasladaban a una nueva región, en poco tiempo conocían a todas las criaturas que en ella crecían, grandes o minúsculas, y daban nombre a las que eran nuevas para ellos, distinguiendo a las venenosas de las comestibles.⁹

Los Drúedain, como también los demás Atani, carecieron de Escritura hasta que se encontraron con los Eldar; pero nunca aprendieron a escribir con runas o letras. La escritura que ellos mismos inventaron no eran más que unos cuantos signos, en su mayoría simples, para señalar huellas o dar información o advertencia. Parece que en un pasado remoto tuvieron ya pequeños utensilios de

tuvieron parte en la guerra, pues tenían el mar. Lo que les sucedió más tarde sólo está registrado en una de las pocas leyendas que sobrevivieron a la Caída, la historia de los primeros viajes de los númenóreanos de vuelta a la Tierra Media, conocida como La esposa del marinero. En una copia escrita y preservada en Gondor figura una nota del escriba acerca de un pasaje en que se mencionan los Drúedain de la casa del Rey Aldarion el Marinero: relata que los Drúedain, siempre considerados por su extraña capacidad adivinatoria, sintieron turbados al enterarse de sus viajes, pues preveían que nada bueno resultaría de ellos, y le rogaron que no siguiera haciéndolos. Pero nada lograron, pues ni su padre ni su esposa siquiera pudieron convencerlo de torcer sus designios, y los Drúedain volvieron afligidos. En adelante los Drúedain de Númenor se inquietaron y, a pesar del temor que el mar les inspiraba, de uno en uno o en grupos de dos o de tres, pidieron pasaje en los grandes barcos que partían a las costas noroccidentales de la Tierra Media. Si se les preguntaba: «¿Por qué queréis partir y hacia dónde?», contestaban: «Ya no sentimos segura la Gran Isla bajo nuestros pies, y deseamos volver a las tierras desde donde vinimos». De este modo su número menguó lentamente a lo largo de muchos años, y ya no quedaba ninguno cuando Elendil escapó de la Caída: el último había huido de la tierra cuando Sauron fue llevado a ella. [Nota del autor.] No hay huellas, ni en los materiales relacionados con la historia de Aldarion y Erendis ni en ningún otro sitio, de la presencia de Drúedain en Númenor aparte de lo que precede, salvo una nota suelta que dice que «los Edain que al término de la Guerra de las Joyas viajaron por mar a Númenor llevaban consigo unos escasos restos del Pueblo de Haleth y los muy pocos Drúedain que los acompañaban murieron mucho antes de la Caída».

⁸ *Unos pocos vivían en la morada de Húrin de la Casa de Hador porque él había vivido con el Pueblo de Haleth en su juventud y era pariente de su señor. [Nota del autor.] Sobre la relación de Húrin con el Pueblo de Haleth, véase El Silmarillion. Era intención de mi padre últimamente convertir a Sador, el viejo sirviente de la casa de Húrin en Dor-lómin, en un Drüg.*

⁹ *Tenían una ley que proscibía el empleo de todo tipo de veneno para daño de cualquier criatura viviente, incluso para aquella que los hubiera perjudicado, con la sola excepción de los Orcos, cuyos dardos envenenados contrarrestaban con otros aún más mortales. [Nota del autor.] Yelmo de Elfo dijo a Meriadoc Brandigamo que los Hombres Salvajes utilizaban flechas envenenadas (El Retorno del Anillo, V, 5), y lo mismo creían los habitantes de Enedwaith en la Segunda Edad («Más notas acerca de los Drúedain», en este capítulo). Algo más adelante en este ensayo se dice algo de las moradas de los Drúedain que conviene citar aquí. Como vivían con el Pueblo de Haleth, que eran habitantes de los bosques, «se contentaban con vivir en tiendas o resguardos de construcción ligera en torno a los troncos de los grandes árboles, porque eran una raza resistente. En sus antiguas moradas, de acuerdo con las historias que ellos mismos contaban, se habían albergado en cuevas de las montañas, pero las utilizaban sobre todo como lugares de almacenaje, y sólo como morada y dormitorio en el más crudo invierno. Tenían refugios similares en Beleriand a los cuales casi todos, salvo los más resistentes, se retiraban en invierno o en medio de las tormentas; pero estos lugares estaban vigilados y no estaba bien visto el acceso a ellos ni siquiera de sus amigos más íntimos del Pueblo de Haleth».*

pedernal para raspar y cortar, y todavía los utilizaban, porque si bien los Atani tenían conocimiento de los metales y empleaban hasta cierto punto el arte de la herrería antes de llegar a Beleriand,¹⁰ los metales eran difíciles de encontrar y las armas y las herramientas forjadas resultaban muy costosas. Pero cuando en Beleriand, por la asociación con los Elfos y el tráfico con los Enanos de Ered Lindon, estas cosas se volvieron más comunes, los Drúedain demostraron un gran talento para la talla en madera o piedra. Tenían ya un conocimiento de los pigmentos, derivados sobre todo de las plantas; y trazaban figuras y formas sobre madera o superficies planas de piedra; y a veces tallaban los nudos de la madera para convertirlos en caras que pudieran pintarse. Pero con herramientas más afiladas y fuertes se deleitaban en tallar figuras de hombres y bestias, ya fueran juguetes y ornamentos o grandes imágenes, a las que los más hábiles de entre ellos daban una animada apariencia de vida. A veces estas imágenes eran extrañas y fantásticas, o aun terribles: entre las lúgubres bromas en las que ponían toda su habilidad, se contaba la hechura de figuras de Orcos que colocaban en las fronteras del país, modeladas como si huyeran chillando de miedo. Hacían también imágenes de sí mismos y las colocaban a la entrada de los caminos o las curvas de los senderos de los bosques. A éstas llamaban «piedras de vigilancia»; las más notables estaban emplazadas en las cercanías de los Cruces del Teiglin, y cada una de ellas representaba un Drúadan de mayor tamaño que el natural acuclillado pesadamente sobre un Orco muerto. Estas figuras no servían sólo de insulto al enemigo, pues los Orcos las temían y creían que estaban llenas de la malevolencia de los Oghor-hai (así es como llamaban a los Drúedain) y que podían comunicarse con ellos. Por tanto, rara vez se atrevían a tocarlas o a tratar de destruirlas, y a no ser que fueran en gran número, se detenían al ver una «piedra de vigilancia», y ya no seguían avanzando.

Pero entre las capacidades de este extraño pueblo quizá la más notable fuera la de mantenerse quietos y en silencio lo que soportaban a veces durante días enteros, sentados con las piernas cruzadas, las manos en las rodillas o el regazo, y los ojos cerrados o fijos en el suelo. Sobre esto, se contaba un cuento entre el Pueblo de Haleth:

Una vez, uno de los Drûgs más hábiles en la talla de la piedra hizo una imagen de su padre, que había muerto; y la colocó junto a un sendero cerca de su casa. Luego se le sentó al lado y se sumió en un silencio profundo y reflexivo. Sucedió que no mucho después un forastero pasó por allí camino de una aldea distante, y al ver dos Drûgs, les hizo una inclinación de cabeza y les deseó los buenos días. Pero no recibió respuesta, y se detuvo por un momento, sorprendido, mirándolos de cerca. Luego siguió caminando, y diciendo entre dientes: —Grande es su habilidad para la talla de la piedra, pero nunca había visto nada tan real. —Tres días después volvió, y como estaba muy fatigado, se sentó y apoyó la espalda en una de las figuras. Sobre los hombros de esta figura puso la capa, para que se secase, pues había estado lloviendo, y en aquel momento brillaba el sol. Allí se quedó dormido; pero al cabo de un tiempo lo despertó la voz de la figura que estaba tras él.

—Espero que haya descansado —dijo la figura—, pero si desea seguir durmiendo, le ruego que se traslade a la otra. A ella nunca le

¹⁰ *Que, de acuerdo con sus leyendas, habían adquirido de los Enanos. [Nota del autor.]*

hará falta volver a estirar las piernas; y a mí esta capa me da demasiado calor en un día de sol como hoy.

Se dice que los Drúedain a menudo se quedaban así sentados en momentos de dolor o de duelo, pero a veces lo hacían por el placer de pensar o para trazar un plan. También solían recurrir a esta quietud en momentos de cautela; y entonces se sentaban o permanecían de pie, escondidos en la sombra, y aunque sus ojos parecieran estar cerrados o mirar el vacío, nada pasaba ni se acercaba que no fuera advertido y recordado. Tan intensa era esta vigilancia invisible, que podía ser percibida como una amenaza hostil por los intrusos, que se retiraban amedrentados antes de que se les hiciera advertencia alguna; y si alguna criatura maligna se acercaba, emitían un agudo silbido que resultaba doloroso tanto si se oía de cerca como de muy lejos. El servicio de vigilancia que prestaban los Drúedain era muy apreciado por el Pueblo de Haleth en tiempos de peligro; y si no se contaba con esa vigilancia, se colocaban figuras talladas parecidas a ellos (hechas con ese propósito por los Drúedain mismos) en las cercanías de las casas en la creencia de que estas figuras transmitían en parte la amenaza de los hombres vivientes.

La verdad es que muchos del Pueblo de Haleth, aunque amaban a los Drúedain y les tenían confianza, los creían dotados de poderes mágicos y extraños; y entre sus cuentos de maravillas había no pocos que hablaban de esas cosas. Uno de ellos se recoge a continuación.

La piedra fiel

Había una vez un Drûg llamado Aghan, muy conocido como curandero. Tenía gran amistad con Barach, un guardabosque del Pueblo, que vivía en una casa en los bosques a dos millas o más de la aldea más próxima. Las moradas de la familia de Aghan se encontraban más cerca, y él pasaba la mayor parte del tiempo con Barach y su esposa, y era muy querido de sus hijos. Llegaron tiempos difíciles cuando muchos Orcos atrevidos entraron secretamente en los bosques de las cercanías y andaban por ellos esparcidos en parejas o tríos asaltando a los que se aventuraban solos por parajes apartados y atacando por la noche las casas de la vecindad. Los de la casa de Barach no estaban muy atemorizados, porque Aghan se quedaba con ellos por la noche y montaba guardia fuera. Pero una mañana Aghan fue al encuentro de Barach y le dijo: —Amigo, tengo malas nuevas de los míos y me temo que tenga que dejaros por un tiempo. Han herido a mi hermano, que yace en el lecho con mucho dolor y me llama, pues sé curar las heridas que causan los Orcos. Volveré tan pronto como pueda. —Barach estaba muy preocupado y su esposa y sus hijos lloraron, pero Aghan dijo: Haré lo que esté de mi parte. He hecho traer una piedra de vigilancia y la he apostado cerca de tu casa. —Barach salió con Aghan y miró la piedra de vigilancia. Era grande y pesada y estaba asentada bajo unos arbustos no lejos de las puertas. Aghan puso su mano sobre ella y al cabo de un silencio dijo:— He dejado en ella algunos de mis poderes. ¡Ojalá puedan librarte del mal!

Nada adverso sucedió durante dos noches, pero a la tercera Barach oyó la llamada de advertencia de los Drûgs... o soñó que la había

oído, porque a nadie más despertó. Abandonando la cama cogió el arco de la pared y se acercó a una ventana angosta, y vio a dos Orcos que ponían combustible contra la casa y se disponían a prenderle fuego. Entonces Barach tembló de miedo porque los Orcos que por allí merodeaban llevaban consigo azufre o alguna otra materia diabólica que ardía rápidamente y era imposible apagarla con agua. Recuperándose, tendió el arco, pero en ese momento, justo al surgir las llamas, vio a un Drûg que venía corriendo por detrás de los Orcos. A uno de ellos lo tumbó de un puñetazo, y el otro huyó; luego el Drûg se internó descalzo en el fuego, esparciendo el combustible ardiente y pisando las llamas órquicas que se extendían por los lados. Barach se encaminó a la puerta, pero cuando hubo terminado de desatracarla, el Drûg había desaparecido. No había ni rastro del Orco lastimado. El fuego se había extinguido y sólo quedaba humo y cierto hedor.

Barach volvió a su casa para tranquilizar a su familia, a la que el ruido y las emanaciones ardientes habían despertado; pero cuando fue de día salió otra vez y lo examinó todo. Descubrió que la piedra de vigilancia había desaparecido, pero no hizo ningún comentario. «Esta noche tendré que ser yo el guardián», pensó; pero ese mismo día regresó Aghan y fue recibido con alegría. Llevaba botas altas como las que suelen llevar los Drûgs en la dura intemperie, cuando caminan entre abrojos y piedras, y estaba fatigado. Pero sonreía y parecía complacido; y dijo: —Traigo buenas noticias. Mi hermano ya no tiene dolores y no morirá, porque llegué a tiempo para detener el efecto del veneno. Y me he enterado de que los merodeadores han sido muertos o han huido. ¿Cómo os ha ido a vosotros?

—Estamos todavía con vida —dijo Barach—. Pero ven ahora conmigo y te mostraré y diré algo más. —Entonces condujo a Aghan al sitio del fuego y le contó lo del ataque nocturno—. La piedra de vigilancia ha desaparecido... Obra de Orcos, supongo. ¿Qué dices tú?

—Hablaré cuando haya mirado y pensado más tiempo —dijo Aghan; y luego fue de aquí para allá examinando el terreno, seguido de Barach. Por fin Aghan se acercó a un matorral que había al borde del claro donde se levantaba la casa. Allí estaba la piedra de vigilancia, sentada sobre un Orco muerto, pero tenía las piernas ennegrecidas y agrietadas, y le habían arrancado un pie, que estaba suelto a un lado; Aghan pareció apenarse, pero dijo—: ¡Pues bien! Hizo lo que pudo. Y es mejor que hayan sido sus pies los que pisaron el fuego del Orco y no los míos.

Entonces se aflojó los cordones de las botas y Barach vio que debajo tenía las piernas cubiertas de vendas. Aghan se las quitó.

—Ya se me están curando —dijo—. Velé junto a mi hermano durante dos noches, y anoche dormí. Me desperté dolorido antes del amanecer, y descubrí mis piernas cubiertas de ampollas. Entonces adiviné lo que había sucedido. ¡Ay! Si algún poder se transmite desde tu persona a una obra de tus manos, has de compartir sus dolores.¹¹

¹¹ *Acerca de este cuento mi padre observó: «Los cuentos como La piedra fiel, que tratan de la transferencia parcial de los propios "poderes" a los propios artefactos, recuerdan en pequeña escala la transferencia del poder de Sauron a los cimientos de Barad-dûr y al Anillo Regente».*

Más notas acerca de los Drúedain

Mi padre se preocupó por poner de relieve la diferencia radical que había entre los Drúedain y los Hobbits. Eran de forma física y apariencia totalmente distintas. Los Drúedain eran más altos y de constitución más pesada y fuerte. Tenían rasgos faciales desagradables (juzgados de acuerdo con las normas humanas); y mientras que los cabellos de los Hobbits eran abundantes (aunque cortos y rizados), los Drúedain los tenían escasos y lacios, y ningún vello en las piernas y los pies. Se sentían a veces dichosos y alegres, como los Hobbits, pero tenían un lado más torvo en su naturaleza, y podían mostrarse sarcásticos e implacables; y tenían, o se les atribuía, poderes extraños o mágicos. Eran además un pueblo más frugal: comían con moderación incluso en tiempos de abundancia y sólo bebían agua. En ciertos aspectos se asemejaban más bien a los Enanos: en la constitución y la estatura, y también en la resistencia; en la habilidad para la talla de la piedra; en el aspecto ceñudo de sus naturalezas y en sus extraños poderes. Pero la capacidad «mágica» que se atribuía a los Enanos era del todo diferente; y los Enanos tenían un carácter torvo y también gozaban de larga vida, mientras que los Drúedain eran de vida corta en comparación con otras especies de Hombres.

Sólo una vez en una nota aislada se dice algo explícito acerca de la relación entre los Drúedain de Beleriand durante la Primera Edad, que guardaban las casas del Pueblo de Haleth en el bosque de Brethil, y los remotos antecesores de Ghân-buri-Ghân, que guió a los Rohirrim por el paso del Pedregal de las Carreteras camino de Minas Tirith (El Retomo del Rey, V, 5), o los hacedores de las imágenes que se encuentran en el camino a la Quebrada de los Túmulos (ibid., V, 3).¹² Esta nota dice:

Una rama emigrante de los Drúedain acompañó al Pueblo de Haleth a fines de la Primera Edad, y vivió en el Bosque [de Brethil] con ellos. Pero en su mayoría se quedaron en las Montañas Blancas pese a ser perseguidos por unos Hombres, llegados más tarde, que reincidieron poniéndose al servicio de la Oscuridad.

Se dice también aquí que la semejanza de las estatuas de la Quebrada de los Túmulos con los restos de los Drúath (percibida por Meriadoc Brandigamo cuando vio por primera vez a Ghân-buri-Ghân) fue originalmente reconocida en Gondor, aunque en la época en que Isildur estableció el reino númenóreano, sólo sobrevivían en el Bosque Drúadan y en el Drúwaith Iaur (véase más adelante).

Así pues, si lo deseamos, nos es posible completar la antigua leyenda de la llegada de los Edain en El Silmarillion con el descenso de los Drúedain de Ered Lindon, que llegaron a Ossiriand junto con los Haladin (el Pueblo de Haleth). Otra nota afirma que los historiadores de Gondor creían que los primeros hombres en cruzar el Anduin fueron en verdad los Drúedain. Venían (según se creía) de tierras al sur de Mordor, pero antes de llegar a las costas de Haradwaith, torcieron al norte hacia Ithilien, y encontrando por fin un punto por donde cruzar el Anduin (probablemente cerca de Cair Andros), se asentaron en los valles de las Montañas

¹² «En cada curva del camino había grandes piedras erguidas talladas a imagen de hombres, enormes y de torpes miembros, en cuclillas, con las piernas cruzadas y los gruesos brazos sobre el vientre. Algunas con el desgaste de los años habían perdido todos los rasgos salvo los oscuros agujeros que tenían por ojos, que miraban todavía con triste fijeza a los viajeros.»

Blancas y en las tierras boscosas del borde septentrional. «Eran un pueblo furtivo que desconfiaba de toda otra especie de Hombres, pues, por mucho que se remontan en el tiempo, siempre recordaban haber sido objeto de acoso y persecución, y se habían dirigido hacia el oeste en busca de una tierra donde esconderse para vivir en paz». Pero nada más se dice, ni aquí ni en ningún otro sitio, acerca de la historia de su asociación con el Pueblo de Haleth.

En un texto ya citado acerca de los nombres de los ríos de la Tierra Media, hay breve referencia a los Drúedain en la Segunda Edad. Se dice aquí (véase Apéndice D de «La historia de Galadriel y Celeborn») que el pueblo nativo de Enedwaith, huyendo de las devastaciones de los númenóreanos a lo largo del curso del Gwathló, no cruzó el Isen ni se refugió en el gran promontorio entre el Isen y el Lefnui, que formaban el brazo septentrional de la Bahía de Belfalas, porque los «Hombres Púkel», que eran un pueblo furtivo y fiero, infatigables y silenciosos cazadores, utilizaban dardos envenenados. Decían que siempre habían estado allí y que anteriormente habían vivido también en las Montañas Blancas. En edades pasadas no hicieron ningún caso del Gran Oscuro (Morgoth), ni tampoco se aliaron más tarde con Sauron, porque odiaban a todos los invasores del Este. Del Este, decían, habían venido los Hombres altos que los habían expulsado de las Montañas Blancas y que tenían maligno el corazón. Quizá incluso en tiempos de la Guerra del Anillo parte del pueblo Drú permaneció en las montañas de Andrast, las estribaciones occidentales de las Montañas Blancas, pero sólo los restantes miembros de este pueblo, que estaban en los bosques de Anórien, eran conocidos del pueblo de Gondor.

Esta región entre el Isen y el Lefnui era el Drúwaith Iaur, y otra nota garrapateada sobre el mismo tema dice que la palabra Iaur, «viejo», en este nombre no significa «original», sino «anterior».

Durante la Primera Edad los «Hombres Púkel» ocupaban las Montañas Blancas (a ambos lados). Cuando en la Segunda Edad los númenóreanos empezaron la ocupación de las costas, sobrevivieron en las montañas del promontorio [de Andrast] que los númenóreanos nunca ocuparon. Otro resto sobrevivió en el extremo oriental de la cordillera [en Anórien]. A fines de la Tercera Edad, se creyó que éstos eran los últimos sobrevivientes; de ahí que la región se llamara «el Viejo Yermo Púkel» (Drúwaith Iaur). Siguió siendo un «yermo» y los Hombres de Gondor y de Roban nunca lo habitaron y rara vez penetraban en él; pero los Hombres de Anfalas creían que algunos de los antiguos «Hombres Salvajes» todavía vivían allí en secreto.¹³

Pero en Roban no se reconoció la semejanza de las estatuas de la Quebrada de los Túmulos llamadas «Hombres Púkel» con los «Hombres Salvajes» del Bosque Drúadan, como tampoco se reconoció su «humanidad»: de ahí que Ghân-buri-Ghân se refiriera a la persecución de los «Hombres Salvajes» por los Rohirrim en el pasado [«dejad a los Hombres Salvajes tranquilos en los bosques y

¹³ *El nombre Drúwaith Iaur (Vieja Tierra Púkel) aparece, en el mapa decorado de la Tierra Media de la señorita Pauline Baynes, muy al norte de las montañas del promontorio de Andrast. Mi padre declaró sin embargo que ese nombre había sido insertado por él y que estaba correctamente situado. Un apunte marginal afirma que después de las Batallas de los Vados del Isen se comprobó que muchos Drúedain sobrevivieron en el Drúwaith Iaur, porque salieron de las cuevas en que vivían para atacar al resto de las fuerzas de Saruman que habían sido expulsadas hacia el sur. En un pasaje citado en el Apéndice (ii) de «Las batallas de los Vados del Isen» hay una referencia a tribus de «Hombres Salvajes», pescadores y cazadores de aves, en las costas de Enedwaith, emparentados por raza y lengua con los Drúedain de Anórien.*

no los persigáis ya como bestias»]. Como Ghân-buri-Ghân intentaba emplear la Lengua Común, llamaba a su pueblo «Hombres Salvajes» (no sin ironía); pero, por supuesto, no es éste el nombre que ellos mismos se daban.¹⁴

¹⁴ El término «Woses» se utiliza una vez en *El Señor de los Anillos*, cuando Yelmo de Elfo dice a Meriadoc: «Oyes a los Woses, los Hombres Salvajes de los Bosques». Wose es una modernización (en este caso, la forma que la palabra tendría ahora si todavía existiera en la lengua inglesa) de una palabra anglosajona, wása, que en realidad se encuentra sólo en el compuesto wudu-wása, «hombre salvaje de los bosques». (Saeros, el Elfo de Doriath, llamó a Túrin un «wosebosque», «Narn I Hîn Húrin». La palabra sobrevivió largo tiempo en inglés hasta que terminó por convertirse en la forma corrupta «wood-house» (casa del bosque).) Se menciona una vez la palabra que en concreto empleaban los Rohirrim (de la que «Wose» es una traducción, de acuerdo con el método utilizado de continuo): róg, plural rógin.

Parece que el término «Hombres Púkel» (también una traducción: representa la palabra anglosajona púcel, «diablillo, demonio», pariente de la palabra púca, de la que derivó Puck) se utilizaba en Rohan sólo para designar las estatuas de la Quebrada de los Túmulos.

II

LOS ISTARI

La descripción más completa de los Istari, según parece, se escribió en 1954 (para una explicación de su origen, véase la Introducción). La incluyo aquí entera, y me referiré a ella luego como «el ensayo sobre los Istari».

Mago [Wizard] es una traducción de la palabra quenya *istar* (en *sindarin*, *ithron*): uno de los miembros de una «orden» (como ellos la llamaban) que pretendía poseer —y exhibía— un amplio conocimiento de la historia y la naturaleza del Mundo. La traducción (aunque adecuada en cuanto se relaciona con «sabio» [wise] y otras palabras antiguas con que se designa lo referido al conocimiento, como ocurre con *istar* en quenya), no es quizá feliz, pues *Heren Istarion* u «Orden de los Magos» era algo muy distinto de los «magos» de la leyenda posterior; pertenecieron a la Tercera Edad exclusivamente y luego partieron, y nadie, salvo quizá *Elrond*, *Círdan* y *Galadriel* descubrieron su especie o de dónde venían.

Entre los Hombres, los que tuvieron trato con ellos, se creyó (en un principio) que eran Hombres que habían aprendido las ciencias y las artes mediante un prolongado estudio secreto. Aparecieron por primera vez en la Tierra Media aproximadamente en el año 1000 de la Tercera Edad, pero durante largo tiempo vivieron de manera sencilla como si fueran Hombres ya avanzados en años, pero de cuerpo sano, viajeros y trotamundos que adquirirían conocimiento de la Tierra Media y de todo lo que allí vivía, pero que a nadie revelaban sus poderes y sus propósitos. En ese tiempo los Hombres los veían rara vez y les hacían poco caso. Pero cuando la sombra de *Sauron* empezó a crecer y a cobrar forma otra vez, se volvieron más activos e intentaron de continuo entorpecer el crecimiento de la Sombra y lograr que Elfos y hombres se precavieran del peligro. Entonces en todas partes cundió ostensiblemente entre los Hombres el rumor de las idas y venidas de la Sombra y de sus intervenciones en múltiples asuntos; y los Hombres advirtieron que no morían y que no cambiaban (aunque envejecían un tanto su apariencia), mientras que los padres y los hijos de los Hombres morían todos. Los Hombres, por tanto, los temieron, aun cuando los amaran, y los consideraron de la raza élfica (con la que, en verdad, tenían trato frecuente).

Sin embargo, no era así. Porque venían de ultramar desde el Más Extremo Oeste; aunque durante mucho tiempo esto lo supo solamente *Círdan*, el Guardián del Tercer Anillo, el amo de los Puertos Grises, que fue testigo del desembarco de los Istari en las costas occidentales. Eran emisarios de los Señores del Oeste, los *Valar*, que todavía se reunían para el gobierno de la Tierra Media, y cuando la Sombra de *Sauron* empezó a agitarse otra vez, adoptaron medidas para oponerle resistencia. Con el consentimiento de *Eru* enviaron a miembros de su elevada orden, pero investidos en el cuerpo de

Hombres, reales y no fingidos, sujetos a los temores y los dolores y las fatigas de la tierra, vulnerables al hambre, la sed y la muerte; aunque a causa de sus nobles espíritus no morían, y sólo envejecían por los cuidados y los trabajos de los largos años. Y esto hicieron los Valar en el deseo de poner remedio a los errores de antaño, en especial el de haber intentado guardar y recluir a los Eldar por obra de una gloria y un poderío plenamente revelados; mientras que ahora sus emisarios tenían prohibido mostrarse con una forma majestuosa, o tratar de gobernar la voluntad de los Hombres y de los Elfos por despliegues manifiestos de poder, y se les ordenó que, asumiendo una forma débil y humilde, orientaran hacia el bien con consejo y persuasión a los Hombres y a los Elfos, e intentaran unir en amor y comprensión a todos aquellos a los que Sauron, si volvía, trataría de dominar y corromper.

De esta Orden el número de miembros no se conoce; pero de los que fueron al Norte de la Tierra Media, donde eran mayores las esperanzas (por causa del resto de los Dúnedain y Eldar que allí vivían), los principales eran cinco. El primero en llegar fue uno de noble rostro y buen porte, de negros y brillantes cabellos y una bella voz, e iba vestido de blanco; gran habilidad tenía para las obras de las manos, y era considerado casi por todos, incluidos los Eldar, como el principal de la Orden.¹ Otros había también: dos vestidos de azul marino y uno de color pardo como la tierra; y un último llegó que parecía el menos importante, menos alto que los demás, de aspecto más envejecido, de cabellos y vestido grises y apoyado en un cayado. Pero Círdan, desde el primer encuentro en los Puertos Grises, descubrió en él el espíritu más grande y más sabio; y le dio la bienvenida con reverencia, y le entregó en custodia el Tercer Anillo, Narya el Rojo.

—Porque —dijo— grandes trabajos y peligros os aguardan, y por temor de que vuestra misión no sea excesiva y fatigosa, tomad este Anillo para ayuda y consuelo. Me fue confiado sólo para guardar el secreto y aquí en las costas occidentales permanece ocioso; pero me parece que en días que no tardarán en llegar debe estar en manos más nobles que las mías, que puedan emplearlo para dar coraje a todos los corazones.² —Y el Mensajero Gris cogió el Anillo y lo guardó en secreto; no obstante, el Mensajero Blanco (muy hábil en el descubrimiento de todo lo secreto) supo al cabo de un tiempo de este regalo, y se resintió por esta causa, y ése fue el principio de la animadversión oculta que experimentó por el Gris, que luego se hizo manifiesta.

Ahora bien, en días posteriores el Mensajero Blanco fue conocido entre los Elfos con el nombre de Curunír, el Hombre Hábil, o Saruman, en la lengua de los Hombres del Norte, pero eso fue después de sus muchos viajes, cuando volvió al reino de Gondor y se estableció allí. De los Azules poco se supo en el Oeste, y no tuvieron más nombre que Ithryn Luin, «los Magos Azules»; porque fueron al Este con Curunír, pero luego nunca retornaron, y no se sabe si se quedaron en el Este en cumplimiento de la misión que les fuera encomendada o perecieron o fueron capturados por Sauron, como sostuvieron algunos, y convertidos en sus sirvientes.³ Pero ninguna de estas

¹ En Las Dos Torres, III, 8, se dice que a Saruman «muchos lo consideraban el Mago de los Magos» y en el Concilio de Elrond (La Comunidad del Anillo, II, 2) Gandalf explícitamente afirma: «Saruman el Blanco es el más grande de mi orden».

² En De los Anillos del Poder (El Silmarillion) se da otra versión de las palabras que Círdan dirige a Gandalf cuando le da el Anillo de Fuego en los Puertos Grises, y, con una redacción muy semejante, también en el Apéndice B de El Señor de los Anillos (nota de encabezamiento de «La Cuenta de los Años» de la Tercera Edad).

³ En una carta escrita en 1958 mi padre decía que no tenía conocimiento claro de «los otros dos», pues no intervenían en la historia del Noroeste de la Tierra Media. «Creo —escribió— que fueron como emisarios a regiones distantes, al Este y al Sur, lejos del alcance de los númenóreanos: misioneros en tierras

contingencias era imposible; porque, aunque parezca extraño, los Istari, encarnados en cuerpos de la Tierra Media, como los Hombres y los Elfos, podían tomar caminos desviados y abrazar el mal, olvidados del bien y buscando el poder para llevar el mal a la práctica.

Un pasaje separado escrito en el margen, sin duda corresponde a este contexto:

Porque se dice en verdad que, al estar encarnados, los Istari tenían que aprender muchas cosas de nuevo por lenta experiencia, y aunque sabían de dónde venían, el recuerdo del Reino Bendecido era para ellos una visión lejana por la que sentían (en tanto permanecieran fieles a su misión) una nostalgia intensa. Así, soportando por libre voluntad las angustias del exilio y los engaños de Sauron, podrían poner remedio a los males de ese tiempo.

En verdad, de todos los Istari, sólo uno permaneció fiel, y ése fue el último en llegar. Porque Radagast, el cuarto, se enamoró de muchas bestias y pájaros que moraban en la Tierra Media, y abandonó a los Elfos y a los Hombres, y pasó sus días entre las criaturas silvestres. Así adquirió su nombre (en la lengua de Númenor de antaño significa, según se dice, «cuidador de bestias»⁴). Y Curunír 'Lân, Saruman el Blanco, tomó un camino errado, y volviéndose orgulloso e impaciente y enamorado del poder, intentó imponer su voluntad por la fuerza y suplantar a Sauron, pero cayó en la trampa de ese espíritu oscuro, más poderoso que él.

Pero el último en llegar fue llamado entre los Elfos Mithrandir, el Peregrino Gris, porque no moraba en sitio alguno y no acumulaba riquezas ni tenía seguidores, sino que iba siempre de aquí para allá en las Tierras del Oeste, de Gondor a Angmar, y de Lindon a Lórien, trabando amistad con todos los pueblos en tiempos de necesidad. Cálido y vivaz era su espíritu (e intensificado por el anillo Narya), porque era el Enemigo de Sauron, oponiendo al fuego que devora y marchita, el fuego que anima y socorre en la desesperanza y la aflicción; pero su alegría y su rápida ira se ocultaban tras hábitos grises como la ceniza, de modo que sólo los que lo conocían bien alcanzaban a percibir la llama interior. Solía mostrarse alegre y bondadoso con los jóvenes y los simples, pero también era rápido para la respuesta mordaz y la reprensión de los desatinos, pero no era orgulloso y no buscaba el poder ni la alabanza, y así, en todas partes lo querían todos los que a su vez no eran orgullosos. Casi siempre viajaba infatigable a pie, apoyándose en un cayado; y por ello era llamado entre los Hombres del Norte, Gandalf, «el Elfo de la Vara». Pues lo creían (erróneamente, como ya se dijo) de la especie élfica, porque obraba a veces maravillas, y estaba enamorado en especial de la belleza del fuego, y sin embargo, estas maravillas las obraba sobre todo por alegría y deleite, y no deseaba que nadie le tuviera un temor reverente o siguiera su consejo por miedo.

En otro sitio se cuenta cómo, cuando Sauron despertó otra vez, también él despertó, y en parte reveló el poder que tenía, y convirtiéndose en el principal instigador de la resistencia a Sauron, resultó al final victorioso, y concentró todo, con

ocupadas por el enemigo, quizá. En qué grado salieron triunfantes, lo ignoro; pero me temo que fracasaron, como Saruman fracasó, aunque indudablemente de manera diferente; y sospecho que fueron los fundadores o iniciadores de cultos secretos y tradiciones "mágicas" que sobrevivieron a la caída de Sauron.»

⁴ *En una nota muy tardía sobre los nombres de los Istari se dice que Radagast era un nombre derivado de los Hombres de los Valles del Anduin «que ya no resulta claramente interpretable». Se dice que Rhosgobel, llamado «el viejo hogar de Radagast» en La Comunidad del Anillo, II, 3, se encontraba «en los límites boscosos entre Carroca y el Camino del Bosque Viejo».*

vigilancia y trabajo, en el propósito que le habían designado los Valar bajo la égida del único que está por encima de ellos. No obstante, se dice que al culminar la tarea para la cual había venido, sufrió grandemente, y fue muerto, y devuelto de la muerte por un breve tiempo, anduvo vestido de blanco y se convirtió en una llama radiante (aunque invisible todavía, salvo en casos de gran necesidad). Y cuando todo hubo acabado y la Sombra de Sauron se hubo extinguido, se fue por el mar para siempre. Mientras que Curunír fue abatido y humillado por completo, y pereció finalmente en manos de un esclavo oprimido; y su espíritu fue a todos los lugares a donde estaba condenado a ir, y a la Tierra Media, con o sin cuerpo, jamás regresó.

En *El Señor de los Anillos* la única afirmación general acerca de los Istari aparece en una nota de encabezamiento en «La Cuenta de los Años» de la Tercera Edad, en el Apéndice B.

Cuando quizá mil años hubieron transcurrido y la primera sombra hubo caído sobre el Gran Bosque Verde, los Istari o Magos aparecieron en la Tierra Media. Se dijo después que venían del Lejano Oeste y que eran mensajeros enviados para contrarrestar el poder de Sauron y unir a todos los que tenían la voluntad de oponerle resistencia; pero les estaba prohibido oponerse a su poder con poder, o intentar dominar a Elfos u Hombres por la fuerza o el miedo.

Vinieron por tanto en forma de Hombres, aunque no fueron nunca jóvenes y sólo envejecían muy lentamente; y tenían múltiples poderes, mentales y manuales. Revelaron sus verdaderos nombres a muy pocos, y utilizaban los nombres que les daban. Los dos más elevados de esta orden (de los que se dice que eran cinco) fueron llamados por los Eldar, Curunír, «el Hombre Hábil», y Mithrandir, «el Peregrino Gris», pero los Hombres del Norte los llamaron Saruman y Gandalf. Curunír viajó a menudo al Este, pero vivió por fin en Isengard. Mithrandir era el que más estrecha amistad tenía con los Eldar, y erraba sobre todo por el Oeste, y nunca tuvo morada duradera.

Sigue un comentario acerca de la custodia de los Tres Anillos de los Elfos en el que se dice que Círdan dio el Anillo Rojo a Gandalf cuando éste llegó del Mar por primera vez («porque Círdan veía más lejos y con mayor profundidad que nadie en la Tierra Media»).

El texto sobre los Istari que acabamos de citar, pues, cuenta muchas cosas acerca de ellos y sus orígenes que no aparece en *El Señor de los Anillos* (y también contiene algunas observaciones incidentales de gran interés sobre los Valar, su continuo interés por la Tierra Media y el reconocimiento de haber cometido un error que no puede comentarse aquí). Sumamente notables son la descripción de los Istari «como miembros de su propia elevada orden» (la orden de los Valar) y las afirmaciones acerca de su encarnación física.⁵ Pero cabe también observar algunas cosas más: la llegada de los Istari a la Tierra Media en diversas ocasiones; cómo Círdan advirtió que Gandalf era el más grande de ellos; que Saruman sabía que Gandalf tenía el Anillo Rojo y sintió celos; que Radagast no se mantuvo fiel a su misión; que los otros dos «Magos Azules», sin nombre, fueron con Saruman al Este, pero, a diferencia de Saruman, nunca volvieron a las Tierras del Oeste; el número de los miembros de la orden de los Istari (ignorado, se

⁵ Parece realmente, por la mención de Olórin que se hace en los Valaquenta (*El Silmarillion*), que los Istari eran Maiar; porque Olórin era Gandalf.

dice aquí, aunque «los principales» de los que fueron al Norte de la Tierra Media eran cinco); la explicación de los nombres de Gandalf y Radagast, y la palabra sindarin *ithron*, plural *ithryn*.

El pasaje sobre los Istari en «De los Anillos del Poder» (en *El Silmarillion*) está sin duda estrechamente relacionado con lo que se dice en el Apéndice B de *El Señor de los Anillos* que acaba de citarse, incluso en la redacción; pero incluye esta afirmación, que concuerda con el ensayo sobre los Istari:

Curunír era el mayor y fue el primero en llegar, y después de él vinieron Mithrandír y Radagast, y otros de los Istari que fueron al Este de la Tierra Media y que no tienen cabida en estas historias.

La mayor parte de los escritos restantes acerca de los Istari (como grupo) desdichadamente no son más que notas apresuradas, a menudo ilegibles. De gran interés es, sin embargo, un esbozo muy apresurado de narración donde se cuenta un concilio de los Valar, convocado, parece, por Manwë («¿quizá acudió a Eru en busca de consejo?»), en el que se decidió enviar a tres emisarios a la Tierra Media. —¿Quiénes irán? Porque han de ser poderosos, pares de Sauron, pero no han de ejercitar ningún poder, y vestirse de carne para tratar así con igualdad a Elfos y Hombres y ganarse la confianza de todos. Pero esto los haría peligrar, pues disminuirían en sabiduría y en conocimiento, y los confundirían los temores, los cuidados y las fatigas de la carne. — Sólo dos se adelantaron: Curumo, que fue elegido por Aulë, y Alatar, que fue enviado por Oromë. Entonces Manwë preguntó dónde se encontraba Olórin. Y Olórin, que estaba vestido de gris, y recién llegado de un viaje se había sentado en el extremo del concilio, preguntó qué quería Manwë de él. Manwë contestó que deseaba que Olórin fuera como tercer mensajero a la Tierra Media (y se observa entre paréntesis que «Olórin era un enamorado de los Eldar que quedaban», aparentemente para explicar la elección de Manwë). Pero Olórin se declaró demasiado débil para la misión, y afirmó que temía a Sauron. Entonces Manwë dijo que ésa era la razón justamente por la que debía ir y ordenó a Olórin (siguen palabras ininteligibles que parecen contener la palabra «tercero»). Pero entonces Varda levantó la cabeza y dijo:— No como el tercero. —Y Curumo lo recordó.

La nota termina con la afirmación de que Curumo [Saruman] se llevó a Aiwendil [Radagast] porque Yavanna se lo pidió, y que Alatar escogió a Pallando como amigo.⁶

En otra página con apuntes que claramente pertenecen al mismo período se dice que «Curumo debió llevar consigo a Aiwendil para complacer a Yavanna, esposa de Aulë». Hay también allí unos cuadros esbozados que relacionan el nombre de los Istari con el de los Valar: Olórin con Manwë y Varda, Curumo con Aulë, Aiwendil con Yavanna, Alatar con Oromë y Pallando también con Oromë (esto sustituye la correspondencia de Pallando con Mandos y Nienna).

La significación de estas relaciones entre los Istari y los Valar es, claramente, a la luz de la breve narración que se acaba de citar, que cada Istar fue escogido por cada Vala por sus características innatas, quizás incluso por pertenecer a la «gente» de ese

⁶ Curumo parecería ser el nombre de Saruman en *quenya*, y no consta en ningún otro sitio; Curunír era la forma *sindarin*. Saruman, el nombre con que lo conocían los Hombres del Norte, contiene la palabra anglosajona *searu*, *saru*, «habilidad, astucia, recurso astuto». Aiwendil debe de significar «amante de los pájaros»; cf. Linaewen, «lago de los pájaros» en *Nevrast* (véase el Apéndice de *El Silmarillion*, voz *lin* (1)). Para la significación de Radagast, véase «Los Istari» y la nota 4. Pallando, a pesar de su escritura, quizá contiene *palan*, «lejos», como en *palantir* y en *Palarran*, «Viajero Distante», el nombre del barco de *Aldarion*.

Vala, en el mismo sentido en que se dice de Sauron en las Valaquentas (El Silmarillion) que «se le contó al principio entre los Maiar de Aulë, y fue siempre una figura poderosa en las tradiciones de ese pueblo». Es, pues, muy notable que Aulë escogiera a Curumo (Saruman). No hay ni atisbo de explicación de por qué el evidente deseo de Yavanna de que se incluyera entre los Istari a uno que amara particularmente sus creaciones, sólo pudiera satisfacerse imponiendo la compañía de Radagast a Saruman; mientras que lo sugerido en el texto sobre los Istari, esto es, que su enamoramiento de las criaturas silvestres de la Tierra Media fue la causa de que descuidara la misión para la que había sido enviado, no concuerda quizá perfectamente con la idea de haber sido el escogido de Yavanna. Además, tanto según el borrador sobre los Istari como según De Los Anillos del Poder, Saruman fue el primero en llegar, y llegó solo. Por otra parte, es posible ver una sugerencia de la historia de la compañía impuesta de Radagast en el extremo desprecio que le manifiesta Saruman, tal como lo relata Gandalf en el Concilio de Elrond:

«—¡Radagast el Pardo! —rió Saruman, y ya no siguió ocultando su desprecio—. ¡Radagast el Domador de Pájaros! ¡Radagast el Simple! ¡Radagast el Necio! Aunque tuvo bastante tino para desempeñar el papel que yo le marqué.»

Mientras que en el texto sobre los Istari se dice que los dos que fueron al Este no tenían más nombre que Ithryn Luin, «los Magos Azules» (queriendo decir, claro está, que no tenían nombre en la Tierra Media), aquí se los llama Alatar y Pallando y se los asocia con Oromë, aunque no hay ningún indicio del porqué de esta relación. Podría ser quizá (aunque esto no es más que mera conjetura) que, de entre los Valar, Oromë fuera el que mejor conocía las regiones más apartadas de la Tierra Media, y que los Magos Azules tuvieran por destino ir a ellas y en ellas quedarse.

Más allá del hecho de que estas notas sobre la elección de los Istari datan de una época posterior a la redacción final de El Señor de los Anillos, no encuentro prueba alguna de su relación, en cuanto al tiempo en que fue escrito, con el texto sobre los Istari.⁷

⁷ *En una carta escrita en 1956, mi padre decía que «apenas hay referencias en El Señor de los Anillos a cosas que no existan realmente en su propio plano (el de una realidad secundaria o subcreativa)» y agregaba en una nota al pie sobre esto: «Los gatos de la Reina Berúthiel y los nombres de los otros dos magos (cinco menos Saruman, Gandalf, Radagast) son todo lo que recuerdo». [En Moría, Aragorn decía de Gandalf: «Estoy seguro de que en una noche cerrada encontraría el camino de vuelta a casa más fácilmente que los gatos de la Reina Berúthiel» (La Comunidad del Anillo, II, 4).]*

No obstante, incluso la historia de la Reina Berúthiel existe, aunque sólo en un esbozo muy «primitivo» en parte ilegible. Era la perversa, solitaria, fría esposa de Tarannon, el duodécimo Rey de Gondor (Tercera Edad, 830-913) y el primero de los «Reyes de los Navíos», que fue coronado con el nombre de Falastur, «Señor de las Costas», y fue el primer rey que no tuvo hijos (El Señor de los Anillos, Apéndice A, I, ii y iv). Berúthiel vivía en la Casa del Rey en Osgiliath, llena de odio por los sonidos y los olores del mar y la casa que Tarannon levantó bajo Pelargir «sobre arcos cuyos pies se hundían profundamente en las amplias aguas de Ethir Anduin»; detestaba toda elaboración, todo color y adorno, y sólo vestía de negro y de plata y vivía en habitaciones desnudas, y los jardines de la casa de Osgiliath estaban llenos de atormentadas esculturas bajo los cipreses y los tejos. Tenía nueve gatos negros y uno blanco, sus esclavos, con quienes conversaba o leía sus memorias, y les encomendaba el descubrimiento de todos los negros secretos de Gondor, de modo que se enteraba de todas esas cosas «que los hombres quieren mantener ocultas», y hacía que el gato blanco espíara a los negros, y los atormentaba. Ningún hombre en Gondor se atrevía a tocarlos; todos les tenían miedo y maldecían al verlos pasar. Lo que sigue es casi ilegible en el único manuscrito, salvo el final, en el que se dice que su nombre fue borrado del Libro de los Reyes («pero la memoria de los hombres no se

No sé de otros escritos acerca de los Istari, salvo algunas notas muy en borrador y en parte ininteligibles que, por cierto, son muy posteriores a todo lo que precede y que quizá daten de 1972:

Debemos suponer que [los Istari] eran todos Maiar, es decir, personas de orden «angélico», aunque no necesariamente de la misma jerarquía. Los Maiar eran «espíritus», pero capaces de autoencarnarse, y podían adoptar formas «humanas» (especialmente élficas). Se dijo de Saruman (el mismo Gandalf lo hizo) que era el principal de los Istari, esto es, de estatura valinóreana más elevada que la de los demás. Gandalf era evidentemente el que lo seguía. A Radagast se lo presenta como persona de mucho menos poder y conocimiento. De los otros dos nada se dice en la obra publicada, salvo la referencia a los Cinco Magos en el altercado entre Gandalf y Saruman [Las Dos Torres, III, 10]. Ahora bien, estos Maiar fueron enviados por los Valar en un momento crucial de la historia de la Tierra Media para apoyar la resistencia de los Elfos del Oeste, cuyo poder se desvanecía, y de los Hombres incorruptos del Oeste, mucho menos numerosos que los del Este y el Sur. Puede verse que cada cual era libre de hacer lo que le pareciera adecuado en la misión; que no recibían órdenes ni debían actuar juntos como un pequeño núcleo de poder y sabiduría; y que cada cual tenía diferentes poderes e inclinaciones y que los Valar los escogieron teniendo esto en cuenta.

Otros escritos se refieren exclusivamente a Gandalf (Olórin, Mithrandir). En el reverso de la página aislada que contiene la narración de la elección de los Istari por los Valar, aparece la siguiente y muy notable nota:

Elendil y Gil-galad eran compañeros; pero ésta fue «la Última Alianza» entre Elfos y Hombres. En la derrota final de Sauron los Elfos no intervinieron efectivamente en el sitio de la acción. Legolas fue quizás el que hizo menos cosas de los Nueve Caminantes. Galadriel, la más grande de los Eldar que sobrevivían en la Tierra Media, era poderosa sobre todo en sabiduría y bondad, como directora o consejera en la lucha, invencible en resistencia (especialmente de mente y espíritu), pero incapaz de acción punitiva. En su escala se había vuelto como Manwë en relación con la acción total general. Manwë, sin embargo, aun después de la Caída de Númenor y el quebrantamiento del viejo mundo, incluso en la Tercera Edad, cuando el Reino Bendecido había sido retirado de los «Círculos del Mundo», no fue aun entonces un mero observador. Era evidentemente de Valinor de donde venían los emisarios llamados los Istari (o Magos), y entre ellos, Gandalf que fue el director y el coordinador tanto del ataque como de la defensa.

¿Quién era «Gandalf»? Se dijo en tiempos posteriores (cuando otra vez una sombra maligna despertó en el Reino) que muchos de los «fieles» de esa época creían que «Gandalf» era la última manifestación del mismo Manwë, antes de que se retirara para siempre a la torre de vigilancia de Taniquetil. (Que Gandalf dijera que su nombre «en el Oeste» había sido Olórin equivalía, de acuerdo con esta creencia, a reconocer que su identidad ficticia era un mero nombre supuesto.) Yo (claro está) no conozco la verdad, pero si la conociera, sería un error mostrarme más explícito que el mismo

encierra enteramente en los libros, y los gatos de la Reina Berúthiel nunca desaparecieron del todo de boca de los hombres») y que el Rey Tarannon la hizo embarcar sola con los gatos y la hizo viajar a la deriva por el mar a favor de un viento del norte. El barco fue visto por última vez frente a Umbar bajo la hoz de la luna, con un gato en el palo mayor y otro como mascarón de proa.

Gandalf. Pero no creo que fuera así. Manwë no descenderá de la Montaña hasta la Dagor Dagorath y la llegada del Fin, cuando Melkor retorne.⁸ Para eliminar a Morgoth envió a su heraldo Eönwë. Para derrotar a Sauron, ¿no enviaría entonces a un espíritu menor (aunque poderoso) del pueblo angélico, un coevo e igual de Sauron, sin duda, en sus orígenes, pero nada más? Olórin era su nombre. Pero de Olórin nunca sabremos más que lo revelado en Gandalf.

A esto siguen dieciséis líneas de un poema en versos aliterados:

¿Quieres conocer la historia / por mucho tiempo secreta
de los Cinco que vinieron / desde un remoto país?
Sólo uno regresó. / Los otros nunca de nuevo
bajo el dominio del Hombre / andarán la Tierra Media
hasta que sobrevengan Dagor Dagorath / y el Día del Juicio Final.
¿Lo habéis oído bien? / ¿El concilio oculto
de los Señores del Oeste / reunido en la tierra de Aman?
Se perdieron los largos caminos / que allí conducían,
y a los Hombres mortales / no habla Manwë.
Desde el Oeste-que-fue / un viento lo llevó cargado
a oídos del durmiente / en los silencios
de la sombra de la noche / cuando llegan las nuevas
de tierras olvidadas / y de edades perdidas
por encima de océanos de años / al pensamiento que indaga.
No a todos ha olvidado / el Rey Mayor.
A Sauron vio / como una amenaza lenta...

Hay mucho en estas líneas que se relaciona con el tema más general de la preocupación de Manwë y los Valar por el destino de la Tierra Media después de la Caída de Númenor, lo que por fuerza ha de quedar fuera de los límites de este libro.

Tras las palabras «Pero de Olórin nunca sabremos más que lo revelado en Gandalf», mi padre agregó un tiempo después:

Salvo que Olórin es un nombre alto-élfico y, por tanto, debieron dárselo los Eldar en Valinor o es una «traducción» que resultaba significativa para ellos. En cualesquiera de los casos, tanto si es un nombre dado por otros o asumido por su propio portador, ¿cuál es su significado? Olor es una palabra que a menudo se traduce como «sueño», pero no se refiere a los llamados «sueños» humanos, o a la gran mayoría de éstos, y ciertamente no a los sueños que se tienen mientras se duerme. Para los Eldar designaba también las imágenes vivaces de la memoria y de la imaginación: se refería de hecho a la clara visión, en la mente, de cosas no físicamente presentes en relación con el cuerpo. Y no sólo se refería a ideas, sino a su plena plasmación con formas y detalles particulares.

Una nota etimológica aislada explica la significación de manera similar:

⁸ Ésta es una referencia a «la Segunda Profecía de Mandos», que no figura en El Silmarillion; no es posible intentar aquí su dilucidación, pues sería necesario contar con la crónica de la historia de la mitología en relación con la versión publicada.

olo-s: visión, «fantasía»: nombre élfico común para designar la «construcción de la mente» que no (pre)existe realmente en Eä al margen del proceso de construcción, y que sólo es atribuible a los Eldar susceptibles de ser convertidos por el Arte (Karmë) en seres visibles y sensibles. Olos se aplica a las bellas construcciones que tienen exclusivamente un fin artístico (esto es, que no tienen por fin el engaño ni la adquisición de poder).

Se mencionan palabras derivadas de esta raíz: *quenya* olos, «sueño, visión», plural, *olozi/olori*; *ola-* (impersonal), «soñar»; *olosta*, «soñador». Luego se hace una referencia a *Olofantur*, que fue antes el «verdadero» nombre de Lórien, el Vala que era «el amo de las visiones y los sueños» antes de que se cambiara en *Irmo* en *El Silmarillion* (como *Nurufantur* se transformó en *Námo* (Mandos): aunque el plural *Fëanturi* con que se designó a estos dos «hermanos» se conservó en las *Valaquenta*. Estas observaciones sobre olos, olor se relacionan claramente con el pasaje de las *Valaquenta* (*El Silmarillion*) donde se dice que *Olórin* vivía en Lórien, en Valinor, y que aunque amaba a los Elfos, andaba invisible entre ellos o adoptaba su forma, y no sabían de dónde les venían las bellas visiones que tenían o los impulsos de sabiduría que él ponía en sus corazones.

En una versión anterior de este pasaje se decía que *Olórin* era «consejero de *Irmo*» y que en el corazón de los que lo escuchaban despertaba pensamientos «de bellas cosas que no habían sido todavía, pero que podrían ser hechas para enriquecimiento de *Arda*».

Hay una larga nota para dilucidar el pasaje de Las Dos Torres, IV, 5, donde *Faramir* contó en *Henneth Annûn* que *Gandalf* había dicho:

Muchos son mis nombres en numerosos países. *Mithrandir* entre los Elfos, *Tharkûn* para los Enanos; *Olórin* era en mi juventud en el Oeste que nadie recuerda,⁹ *Incánus* en el Sur, *Gandalf* en el Norte; al Este nunca voy.

Esta nota es anterior a la publicación de la segunda edición de *El Señor de los Anillos* en 1966, y dice lo siguiente:

La fecha de la llegada de *Gandalf* es incierta. Vino de más allá del Mar, aparentemente hacia la misma época en que se advirtieron los primeros signos del resurgimiento de «la Sombra»: la reaparición y la multiplicación de cosas malas. Pero rara vez se le menciona en los anales y las crónicas durante el segundo milenio de la Tercera Edad. Probablemente erró largo tiempo (con diversas apariencias), empeñado no en hechos o acontecimientos, sino en la exploración de los corazones de los Elfos y de los Hombres que habían opuesto resistencia a Sauron y de quienes aún podía esperarse que lo siguieran haciendo. Se conserva una declaración suya (o una versión de ella, en todo caso no plenamente comprendida) de que su nombre en su juventud fue *Olórin* en el Oeste, pero que los Elfos lo llamaban *Mithrandir* (Peregrino Gris), los Enanos, *Tharkûn* (que significa «Hombre del Cayado», según se ha dicho), *Incánus* en el Sur y *Gandalf* en el Norte, pero «al Este nunca voy».

«El Oeste» significa aquí claramente el Lejano Oeste más allá del Mar, y no una parte de la Tierra Media; el nombre *Olórin* tiene forma alto-élfica. «El Norte» debe de

⁹ *Gandalf* dijo otra vez «Era yo *Olórin* en el Oeste que nadie recuerda» cuando habló con los *Hobbits* y *Gimli* en *Minas Tirith* después de la coronación del Rey *Elessar*; véase «La búsqueda de *Erebor*».

referirse a las regiones noroccidentales de la Tierra Media, donde la mayoría de los habitantes o pueblos parlantes no fueron nunca corrompidos por Morgoth ni Sauron. En esas regiones se opondría una firme resistencia contra los males dejados tras de sí por el Enemigo o por Sauron, su servidor, si éste reapareciera. Los límites de esta región eran naturalmente vagos; la frontera oriental era aproximadamente el Río Carnen, donde se une con el Celduin (el Río Rápido), y así hasta Núrnén, y desde allí hacia el sur hasta los antiguos confines de Gondor del Sur. (Originalmente no excluía Mordor, que aunque se encontraba fuera de los reinos originales de Sauron «en el Este», fue ocupado por él, como amenaza deliberada contra el Oeste y los númenóreanos.) «El Norte», pues, incluye toda esta vasta superficie: aproximadamente de Oeste a Este desde el Golfo de Lune hasta Núrnén, y de Norte a Sur desde Carn Dûm hasta las fronteras meridionales de la vieja Gondor, entre ella y el Cercano Harad. Gandalf nunca había ido más allá de Núrnén.

Este pasaje es el único testimonio conservado de que prolongara sus viajes más hacia el Sur. Aragorn declara haber penetrado en «las lejanas [llanuras! de Rhûn y Harad, donde las estrellas son extrañas» (La Comunidad del Anillo, II, 2).¹⁰ No hay por qué suponer que también lo hiciera Gandalf. Estas leyendas tienen casi todas el Norte como escenario porque se acepta como hecho histórico que la lucha contra Morgoth y sus sirvientes tuvo lugar sobre todo en el Norte, y especialmente el noroeste de la Tierra Media, y que ello fue así porque el movimiento de los Elfos y de los Hombres que querían escapar de Morgoth se produjo inevitablemente hacia el oeste, en dirección al Reino Bendecido, y hacia el noroeste, porque en ese punto las costas de la Tierra Media estaban más cerca de Aman que cualquier otro punto. Harad, «Sur», es, pues, un término vago, y aunque antes de su caída los Hombres de Númenor habían explorado las costas de la Tierra Media hasta muy al sur, las colonias más allá de Umbar habían sido absorbidas, o bien eran colonias fundadas por hombres que Sauron había ya corrompido en Númenor, y que se habían vuelto hostiles y formaban parte del dominio de Sauron. Pero las regiones meridionales en contacto con Gondor (y llamadas por los hombres de Gondor simplemente Harad, «Sur», Cercano o Lejano) eran probablemente más propicias a la «Resistencia», habiendo sido tierras en las que Sauron se había mostrado muy activo en la Tercera Edad, pues eran una fuente de potencial humano que podía utilizarse fácilmente en contra de Gondor. Es muy posible que Gandalf penetrara hasta estas regiones en los primeros días de sus trabajos.

Pero su provincia principal era «el Norte» y, allí, sobre todo el Noroeste, Lindon, Eriador y los Valles del Anduin. Estaba aliado fundamentalmente con Elrond y con los Dúnedain septentrionales (Montaraces). Le eran peculiares el amor que sentía por los Medianos y el conocimiento que tenía de ellos, porque en su sabiduría presagiaba la importancia que en última instancia iban a tener, y, al mismo tiempo, percibía el valor intrínseco de estas gentes. Gondor atrajo menos su atención por el mismo motivo que provocó en Saruman un interés mayor: era un centro de conocimiento y poder. Sus gobernantes, por razones ancestrales y por todas sus tradiciones, eran enemigos irrevocables de Sauron, especialmente desde un punto de vista político: este reino se presentaba como una amenaza para él, y siguió existiendo sólo mientras la amenaza que Sauron constituía para ellos pudo ser contenida por la fuerza de las armas. Gandalf poco podía hacer para guiar a estos orgullosos gobernantes o impartirles instrucción, y sólo en la decadencia de su poder, cuando se ennoblecieron con el coraje y la firmeza

¹⁰ Las «estrellas extrañas» corresponden exclusivamente al Harad, y esto debe de significar que Aragorn llegó en sus viajes al hemisferio sur. [Nota del autor.]

que manifestaron en lo que parecía una causa perdida, empezó a interesarse seriamente por ellos.

El nombre Incánus, que aparentemente significa «ajeno», no es oestron ni élfico (sindarin o quenya), y no tiene ninguna relación con las lenguas sobrevivientes de los Hombres del Norte. Una nota en el Libro de Thain dice que es una forma adaptada al quenya de una palabra en la lengua de los Haradrim, y que significa simplemente «espía del Norte» (Inkä + nüs)¹¹

Gandalf es un nombre cambiado en la narración inglesa, de acuerdo con el mismo tratamiento que se aplicó a los nombres de Hobbits y Enanos. Es en realidad un nombre noruego (aplicado a un Enano en Völuspá)¹² que utilizó porque parece contener gandr, vara, especialmente de las que se utilizan en «magia», y podría suponerse que significa «ser élfico con una vara (mágica)». Gandalf no era un Elfo, pero no parece difícil que los Hombres lo asociaran con ellos, pues la amistad que les profesaba era perfectamente conocida. Puesto que el nombre se atribuye al «Norte» en general, debe suponerse que Gandalf representa un nombre oestron, aunque constituido de elementos que no derivan de lenguas élficas.

En una nota escrita en 1967 se adopta un punto de vista enteramente distinto acerca de las palabras de Gandalf «Incánus en el Sur»:

No es nada claro lo que quiso decir con «en el Sur». Gandalf afirmó no haber visitado nunca «el Este», sino que parece haber limitado sus viajes y su custodia a las tierras occidentales habitadas por Elfos y pueblos en general hostiles a Sauron. De cualquier manera, parece improbable que viajara por el Harad (¡o Lejano Harad!) o que permaneciera allí lo bastante como para que se le diera un nombre especial en una de las lenguas de esas regiones tan poco conocidas. El Sur debería, pues, referirse a Gondor (o, cuando menos, a esas tierras bajo el protectorado de Gondor en la cumbre de su poder). Sin embargo, en el tiempo en que transcurre esta historia, vemos que a Gandalf lo llaman siempre Mithrandir en Gondor (así lo llaman los Hombres de alcurnia o de origen númenóreano, como Denethor, Faramir, etcétera). Éste es un nombre sindarin, y se menciona como el utilizado por los Elfos; pero los Hombres de alcurnia de Gondor conocían y empleaban esa lengua. El nombre «popular» en lengua oestron o común significaba evidentemente «Manto Gris», pero como se había inventado hacía ya mucho, tenía entonces una forma arcaica. Esto tal vez venga ilustrado con el Greyhame utilizado por Éomer en Roban.

Mi padre concluía aquí que «en el Sur» sí se refería a Gondor, y que Incánus era (como Olórin) un nombre quenya, aunque inventado en Gondor en tiempos antiguos, cuando los eruditos empleaban todavía mucho esa lengua, que era la de muchos documentos históricos, como lo había sido en Númenor.

Gandalf, se dice en «La Cuenta de los Años», apareció en el Oeste a principios del siglo XI de la Tercera Edad. Si suponemos que al principio visitó Gondor a menudo y por un tiempo lo bastante prolongado como para tener allí uno o varios nombres —por ejemplo en el reino del Atanatar Alcarin, alrededor de 1.800 años antes de la Guerra

¹¹ Una marca sobre la última letra de Inkä-nüs parece indicar que la última consonante era sh.

¹² Uno de los poemas de la colección de muy antigua poesía noruega conocida como los «Edda poéticos» o los «Edda de antaño».

del Anillo—, sería posible considerar Incánus un nombre quenya inventado para él, que luego se volvió anticuado y fue recordado sólo por los eruditos.

De acuerdo con esta suposición, se propone una etimología compuesta por los elementos quenya in(id)-, «mente», y kan-, «gobernador», especialmente en cáno, cánu, «gobernador, regente, capitán» (este último constituye el segundo elemento en los nombres Turgon y Fingon). En esta nota mi padre se refería a la palabra latina incánus, «canoso», sugiriendo que ése era el origen de este nombre de Gandalf cuando El Señor de los Anillos estaba en proceso de composición, lo cual sería muy sorprendente si fuera verdad; y al final de la exposición observaba que la coincidencia de forma entre el nombre quenya y la palabra latina debe considerarse un «accidente», como lo es la palabra sindarin Orthanc, «altura dentada», y la anglosajona orpanc, «recurso astuto», que es la traducción del nombre en la lengua de los Rohirrim.

III

LAS PALANTIRI

Las palantiri, sin la menor duda, no fueron nunca objeto de utilización o conocimiento corrientes, ni siquiera en Númenor. En la Tierra Media se conservaron en cuartos custodiados en muy altas torres; sólo los reyes y los gobernantes y los guardianes por ellos designados tenían acceso a las piedras y nunca se consultaron ni se exhibieron en público. Pero hasta el fin de los Reyes no constituyeron un secreto siniestro. No había peligro en su empleo, y ni el Rey ni ninguna otra persona autorizada a examinarlas habría vacilado en revelar la fuente de su conocimiento de los hechos o las opiniones de los gobernantes distantes, si éste no había sido obtenido mediante la consulta de las Piedras.¹

Después de terminada la época de los Reyes y de la pérdida de Minas Ithil, ya no se hace mención de su utilización manifiesta y oficial. No quedaba en el Norte Piedra que respondiera después del naufragio de Arvedui, el último Rey, en el año 1975.² En 2002 se perdió la Piedra Ithil. Sólo quedaron entonces la Piedra Anor en Minas Tirith y la Piedra Orthanc.³

Dos cosas contribuyeron entonces al descuido de las Piedras y su desaparición de la memoria colectiva del pueblo. La primera era la ignorancia de lo que le había ocurrido a la Piedra Ithil: se supuso, no sin tino, que los defensores de Minas Ithil la destruyeron antes de la toma y el saqueo;⁴ pero era evidentemente posible que hubiera sido arrebatada y que hubiera pasado a manos de Sauron, y algunos de los más sabios y más previsores deben de haber considerado esta eventualidad. Parece que así fue en efecto, y que se dieron cuenta de que la Piedra de poco le habría servido para daño de Gondor, a no ser que hiciera contacto con otra piedra que estuviera en acuerdo con

¹ Sin duda se las utilizó en las consultas entre Arnor y Gondor en el año 1944 en relación con la sucesión de la Corona. Los «mensajes» recibidos en Gondor en 1973, en los que se comunicaban los graves aprietos habidos en el Reino del Norte, fueron probablemente la última utilización que se hizo de ellas hasta que se acercó la época de la Guerra del Anillo. [Nota del autor.]

² Con Arvedui se perdieron las Piedras de Annúminas y Amon Sûl (Colina de los Vientos). La tercera palantir del Norte se encontraba en la torre Elostirion sobre el Eryn Beraid, y tenía propiedades especiales (véase nota 16).

³ La Piedra de Osgiliath se había perdido en las aguas del Anduin en 1437, durante la guerra civil de la Lucha entre Parientes.

⁴ Sobre la destructibilidad de las palantiri, véase el párrafo sobre «la historia de las piedras». En el apartado de «La Cuenta de los Años» dedicado al año 2002 y también en el Apéndice A (I, iv) se afirma como hecho establecido que la palantir fue arrebatada en la caída de Minas Ithil, pero mi padre observó que estos anales fueron redactados después de la Guerra del Anillo, y que esa afirmación, por cierta que sea, no era sino una deducción. La Piedra Ithil no volvió a encontrarse jamás, y probablemente se destruyó en la ruina de Barad-dûr.

ella.⁵ Es posible suponer que fue por esta razón que la Piedra Anor, sobre la que todos los documentos de los Senescales guardan silencio hasta la Guerra del Anillo, se mantuvo en un secreto celosamente guardado, sólo accesible a los Senescales Regentes, y ninguno de ellos la utilizó (según parece) hasta Denethor II.

La segunda razón fue la decadencia de Gondor y la mengua del interés por la historia antigua o su conocimiento entre todos los hombres de elevado rango del reino, con escasas excepciones, salvo por lo que en ella concernía a sus genealogías: sus antepasados y su linaje. Gondor, después de los Reyes, declinó hasta retroceder a una «Edad Media», con conocimientos menguantes y técnicas más sencillas. Las comunicaciones pasaron a depender de mensajeros y recaderos de a caballo, o en momentos de urgencia de señales de luces, y si las Piedras de Anor y Orthanc se guardaban todavía como tesoros del pasado, sólo conocidos de muy pocos, las Siete Piedras de antaño estaban en general olvidadas del pueblo, y los versos de las crónicas que hablaban de ellas, si se conservaban en la memoria, ya no eran comprendidos; el recuerdo de sus virtudes y operaciones fue transformado por la leyenda en los poderes élficos de los antiguos reyes de ojos penetrantes y los espíritus veloces como pájaros que los servían llevándoles nuevas o transportando sus mensajes.

Durante este tiempo la Piedra Orthanc, al parecer, fue descuidada por los Senescales: ya de nada les servía y estaba segura en una inexpugnable torre. Aun cuando ella no hubiera sido también afectada por la duda que ensombreció la Piedra Ithil, se encontraba en una región con la que Gondor tenía relaciones cada vez más indirectas. Calenardhon, que nunca estuvo muy densamente poblada, había sido diezmada por la Peste Oscura de 1636 y en adelante fue despoblándose de habitantes de origen númenóreano por causa de la emigración a Ithilien y a tierras más cercanas del Anduin. Isengard siguió siendo una posesión personal de los Senescales, pero Orthanc quedó desierta, y finalmente se cerró y sus llaves fueron llevadas a Minas Tirith. Si Beren el Senescal tuvo en cuenta la Piedra cuando se la dio a Saruman, probablemente pensó que en ninguna otra parte estaría más segura que en manos de quien encabezaba el Concilio enemigo de Sauron.

Sin duda las investigaciones emprendidas por Saruman⁶ le habían procurado un conocimiento especial de las Piedras, objetos que por fuerza atrajeron su atención, y se convenció de que la Piedra Orthanc se encontraba todavía intacta en su torre. Obtuvo las llaves de Orthanc en 2759, nominalmente como guardián de la torre y lugarteniente del Senescal de Gondor. Por ese tiempo la Piedra Orthanc apenas habría despertado el interés del Concilio Blanco. Sólo Saruman, habiéndose ganado el favor de los Senescales, había estudiado lo bastante las crónicas de Gondor como para entender la importancia de las palantiri y los posibles usos de las que sobrevivían; pero de esto nada dijo a sus colegas. Los celos y el odio que Saruman sentía por Gandalf fueron causa de

⁵ *De por sí las Piedras sólo podían ver: y lo que podían ver eran escenas o figuras en sitios distantes o en el pasado. Estas no tenían explicación; y de cualquier manera a los hombres de épocas posteriores les era difícil escoger qué visiones debían revelarse por la voluntad o el deseo de un observador. Pero cuando otra mente ocupaba una piedra que estuviera en concordancia, el pensamiento podía «transferirse» (recibido como «lenguaje»), y la visión de las cosas en la mente del observador de una Piedra podía ser vista por el otro observador. [Véanse más detalles en la nota 21.] Estos poderes se utilizaron originalmente en consultas con el fin de intercambiar noticias necesarias para el gobierno o para dar consejos o emitir opiniones; menos a menudo en simples manifestaciones de amistad o complacencia o para saludar o enviar condolencias. Sólo Sauron utilizó una Piedra para la transferencia de su voluntad superior, con el fin de dominar al observador más débil, forzarlo a revelar sus pensamientos ocultos y someterlo a sus mandatos. [Nota del autor.]*

⁶ *Cf. las observaciones de Gandalf ante el Concilio de Elrond acerca del largo estudio que consagró Saruman a los pergaminos y los libros de Minas Tirith.*

que dejara aquél de colaborar con el Concilio, que se reunió por última vez en 2953. Sin que mediara declaración formal alguna, Saruman estableció en Isengard su dominio y ya no hizo ningún caso de Gondor. El Concilio sin duda no aprobó esto; pero Saruman era un agente libre y tenía derecho, si así lo deseaba, a actuar independientemente de acuerdo con su propia política para resistir a Sauron.⁷

El Concilio en general, por vías independientes, debió de haber tenido conocimiento de las Piedras y sus antiguas propiedades; pero no las consideraron de gran importancia para los tiempos presentes: eran cosas que pertenecían a la historia de los Reinos de los Dúnedain, maravillosas y admirables, pero en su mayoría ahora perdidas o de escasa utilidad. Debe recordarse que las Piedras eran originalmente «inocentes» y no servían para fines malvados. Fue Sauron el que las hizo siniestras, e instrumentos de dominio y engaño.

Aunque (prevenido por Gandalf) el Concilio pudo haber empezado a desconfiar de los designios de Saruman en relación con los Anillos, ni siquiera Gandalf sabía que aquél se había convertido en aliado o sirviente de Sauron. Esto lo descubrió Gandalf sólo en julio de 3018. Pero aunque en años posteriores Gandalf amplió sus conocimientos y los del Concilio acerca de la historia de Gondor mediante el estudio de sus documentos, lo que más interesaba a todos era todavía el Anillo: nadie advertía las posibilidades latentes en las Piedras. Es evidente que sólo poco antes de la Guerra del Anillo el Concilio había advertido que sabían muy poco acerca del destino de la Piedra Ithil, y no entendió su significado (lo que es justificable aun en personas como Elrond, Galadriel y Gandalf, abrumados por el peso de sus preocupaciones) ni consideró cuál podría ser el resultado si Sauron se apoderaba de una de las Piedras. Fue necesaria la demostración de Dol Baran de los efectos de la Piedra Orthanc sobre Peregrin para que se pusiera súbitamente en evidencia que el «vínculo» entre Isengard y Barad-dûr (obvio después de descubrirse que las fuerzas de Isengard se habían unido a otras dirigidas por Sauron en el ataque contra la Comunidad) era de hecho la Piedra Orthanc... y alguna otra palantir.

El objeto inmediato de Gandalf en la conversación que sostuvo con Peregrin mientras iban montados en Sombragrís desde Dol Baran, era dar al Hobbit alguna idea sobre la historia de las palantiri para que pudiera empezar a darse cuenta de la antigüedad, la dignidad y el poder de las cosas con las que estaba mezclado. No le interesaba exhibir su propio proceso de descubrimiento y deducción, excepto con este fin: explicar cómo Sauron llegó a tener dominio de ellas, de modo que utilizarlas era peligroso para cualquiera, por más sabio que fuese. Pero al mismo tiempo la mente de Gandalf estaba afanosamente ocupada por las Piedras, y reflexionaba sobre las consecuencias de la revelación de Dol Baran sobre muchas cosas que había observado y pensado: tales como el conocimiento que tenía Denethor de acontecimientos distantes, y la prematura vejez de su aspecto, notable por primera vez cuando apenas había pasado de los sesenta años, aunque pertenecía a una raza y una familia que aún tenían normalmente una vida más larga que la de los otros hombres. Sin duda, la prisa de

⁷ *Isengard estaba bien situada para desarrollar una política más «mundana» de poder y fuerza guerrera, pues era la llave para el Paso de Rohan. Éste era un punto débil en las defensas del Oeste, especialmente desde la decadencia de Gondor. Por allí podían pasar furtivamente espías y emisarios enemigos, o también, como ocurrió en la Edad anterior, fuerzas de guerra. El Concilio no parece haber tenido conocimiento, pues durante muchos años la torre se mantuvo estrechamente vigilada, de lo que acontecía dentro del círculo de Isengard. El empleo y, probablemente, la cría especial de Orcos se mantuvieron secretos, y no pueden haber empezado mucho antes de 2990. Antes del ataque a Rohan, las tropas de Orcos no parecen haber sido utilizadas más allá del territorio de Isengard. Si el Concilio hubiera tenido conocimiento de esto, por supuesto, habría advertido en seguida que Saruman se había vuelto malvado. [Nota del autor.]*

Gandalf por llegar a Minas Tirith, además de obedecer a la urgencia de la situación y a la inminencia de guerra, estaba acuciada por el súbito temor de que Denethor hubiera recurrido a una palantir, la Piedra Anor, y por el deseo de juzgar qué efecto había tenido esto sobre él: si en la prueba crucial de la guerra desesperada no resultaría él (como Saruman) indigno de confianza, y si no sería capaz de ceder ante Mordor. El trato que tuvo Gandalf con Denethor al llegar a Minas Tirith y en los días siguientes, y todo lo que, según las noticias conservadas del encuentro se dijeron, deben considerarse a la luz de la duda que albergaba la mente de Gandalf.⁸

La importancia que cobró la palantir de Minas Tirith en sus pensamientos arranca, pues, de la experiencia de Peregrin en Dol Baran. Pero el conocimiento o la conjetura que tuvo de su existencia, por supuesto, eran muy anteriores. Poco se sabe de la historia de Gandalf hasta el fin de la Paz Vigilada (2460) y la formación del Concilio Blanco (2463), y su interés especial por Gondor sólo parece haberse manifestado después de que Bilbo encontrara el Anillo (2941) y del evidente regreso de Sauron a Mordor (2951).⁹ Su atención se centró entonces (como la de Saruman) en el Anillo de Isildur; pero mientras leía los archivos de Minas Tirith, seguramente aprendió mucho acerca de las palantiri de Gondor, aunque con menor apreciación inmediata de su posible significado que la que mostró Saruman, cuya mente, a diferencia de la de Gandalf, siempre se sentía más atraída por los aparatos y los instrumentos de poder que por las personas. Sin embargo, ya probablemente en aquel tiempo tenía Gandalf un mayor conocimiento que Saruman acerca de la naturaleza y el origen de las palantiri, pues todo lo que se refería al antiguo reino de Amor y la historia posterior de esas regiones constituía su ámbito particular, y él tenía una estrecha alianza con Elrond.

Pero la Piedra Anor se había vuelto un secreto: ninguna mención de su destino después de la caída de Minas Ithil aparece en los anales o las crónicas de los Senescales. La historia aclararía que ni Orthanc ni la Torre Blanca de Minas Tirith habían sido nunca tomadas o saqueadas por los enemigos, y por tanto podía suponerse que las piedras seguían intactas en sus antiguos sitios; pero no era seguro que los Senescales no las hubieran retirado, y quizá «sepultado profundamente»¹⁰ en alguna cámara de tesoros secreta, tal vez incluso en algunos de los últimos refugios escondidos en las montañas, comparables a las Quebradas de los Túmulos.

Gandalf, según se afirmó, dijo que no creía que Denethor se hubiera atrevido a usarla, a menos que le fallara el tino.¹¹ No podía afirmarlo como un hecho establecido,

⁸ *Denethor, evidentemente, estaba al corriente de las conjeturas y las sospechas de Gandalf, que le producían enojo pero a la vez lo divertían sarcásticamente. Téngase en cuenta lo que dijo a Gandalf cuando se encontraron en Minas Tirith (El Retorno del Rey, V, i): «De estas hazañas conozco bastante como para tener mis propias decisiones contra la amenaza del Este», y especialmente las palabras de burla que siguen: «Sí, porque si bien las Piedras, según se dice, se han perdido, sin embargo los Señores de Gondor tienen aún la vista más penetrante que los hombres comunes y captan muchos mensajes». Sin tener para nada en cuenta las palantiri, Denethor era hombre de grandes poderes mentales y era capaz de leer con rapidez los pensamientos que se ocultan tras los rostros y las palabras, pero bien pudo ser que captara en la Piedra Anor visiones de los acontecimientos de Roban e Isengard. [Nota del autor.]*

⁹ *Téngase en cuenta el pasaje de Las Dos Torres, IV, 5, en el que Faramir (que nació en 2983) recordaba haber visto a Gandalf en Minas Tirith cuando era niño y luego volvió a verlo dos o tres veces más; y dijo que era el interés por los documentos lo que allí lo atraía. La última vez pudo haber sido en 3017, cuando Gandalf encontró el pergamino de Isildur. [Nota del autor.]*

¹⁰ *Esto es una referencia a las palabras que Gandalf dirigió a Peregrin (Las Dos Torres, III, II): «¿Quién puede saber dónde estarán ahora todas las otras Piedras, rotas o enterradas, o sumergidas en qué mares profundos?».*

¹¹ *Ésta es una referencia a las palabras que pronunció Gandalf después de la muerte de Denethor en El Retorno del Rey, V, 7, al final del capítulo. La alteración que hizo mi padre (basada en la presente exposición), sustituyendo «Denethor no presumía utilizarla» por «Denethor no estaba dispuesto a presumir*

porque el hecho de que Denethor osara utilizar la Piedra, y cuándo y por qué, era y sigue siendo objeto de conjetura. Bien podía pensar Gandalf lo que pensaba sobre el asunto, pero es probable, teniendo en cuenta lo que se dice de Denethor, que empezara a utilizar la Piedra Anor muchos años antes de 3019, y antes de que Saruman se aventurara a utilizar la Piedra Orthanc o creyera útil hacerlo. Denethor accedió a la Senescalía en 2984, a los cincuenta y cuatro años: un hombre dominante, sabio y erudito muy por encima de lo corriente en aquellos días, y de fuerte voluntad, confiado en sus propios poderes y arrojado. Su «ferocidad» fue por primera vez evidente para los demás después de morir su esposa Finduilas en 2988, pero parece bastante probable que hubiera recurrido a la Piedra no bien tuvo acceso al poder, pues había estudiado durante largo tiempo el tema de las palantiri, y las tradiciones sobre ellas y sus usos preservados en los archivos especiales de los Senescales, asequibles sólo al Senescal Regente y a su heredero. Durante el final del gobierno de su padre, Ecthelion II, tuvo que haber tenido grandes deseos de consultar la Piedra mientras la ansiedad crecía en Gondor y su propia posición se debilitaba por causa de la fama de «Thorongil»¹² y el favor que le dispensaba su padre. Uno de sus motivos, cuando menos, pudo haber sido los celos que sentía de Thorongil y la hostilidad hacia Gandalf, a quien, cuando Thorongil era influyente, su padre concedía gran atención; Denethor quería sobrepasar a estos «usurpadores» en conocimiento e información y también, de ser posible, mantenerlos vigilados mientras estaban lejos.

La fuerte ansiedad de Denethor cuando tuvo que hacer frente a Sauron ha de distinguirse de la ansiedad provocada por la Piedra.¹³ Esta última le pareció a Denethor que podía soportarla (y no sin razón); el enfrentamiento con Sauron casi de cierto no ocurriría aún por muchos años, y probablemente Denethor no lo previó en un principio. Para los usos de las palantiri y la distinción entre la posibilidad de «ver» a lo lejos y de comunicarse con otra Piedra afín y la persona «responsable» de ella (en este capítulo). Al cabo de un tiempo, a Denethor le fue posible enterarse de muchas cosas sobre acontecimientos distantes mediante el empleo de la sola Piedra Anor, y aun después de que Sauron supo de sus operaciones, pudo seguir haciéndolo, en la medida en que conservara las fuerzas para ajustar la piedra a sus propios fines, a pesar de que Sauron intentara siempre «arrancar» la Piedra Anor para sí. Es preciso también tener en cuenta que las Piedras no eran sino un pequeño detalle entre los vastos designios y operaciones de Sauron: un medio de dominar y despistar a dos de sus opositores, pero no estaba dispuesto a tener la Piedra Ithil en perpetua observación (por lo demás, no le era posible hacerlo). No era su costumbre dar semejantes instrumentos a sus subordinados; tampoco tenía entre sus sirvientes a nadie cuyos poderes mentales fueran superiores a los de Saruman o aun a los de Denethor.

En el caso de Denethor, la posición del Senescal estaba reforzada, incluso contra el mismo Sauron, por el hecho de que las Piedras se adaptaban mucho a las necesidades de sus legítimos usuarios: sobre todo de los verdaderos «Herederos de Elendil» (como Aragorn), pero también a las de una autoridad heredada (como Denethor), en contraposición a Saruman o Sauron. Hay que observar que los efectos fueron

utilizarla» no se incorporó (aparentemente por mero descuido) en la edición revisada. Véase la «Introducción».

¹² *Thorongil («Águila de la Estrella») fue el nombre que se le dio a Aragorn cuando sirvió disfrazado a Ecthelion II de Gondor; véase El Señor de los Anillos, Apéndice A (I, iv, «Los Senescales»).*

¹³ *La utilización de las palantiri producía tensión mental, especialmente en los hombres de épocas más tardías no experimentados en la tarea, y esta tensión, además de las preocupaciones que lo atormentaban, contribuyó seguramente a la «lobreguez» de Denethor. Probablemente su esposa la percibió antes que nadie, y esto acrecentó la desdicha que apresuró su muerte. [Nota del autor.]*

diferentes. Saruman cayó bajo el dominio de Sauron y deseó su victoria o ya no se opuso a ella. Denethor siguió firme en su rechazo de Sauron, pero creyó que la victoria de éste era inevitable y, por tanto, desesperó. Las razones de esta diferencia fueron sin duda, en primer lugar, que Denethor era un hombre de gran fuerza de voluntad, y mantuvo la integridad de su carácter hasta que su único hijo sobreviviente recibió la herida (aparentemente) mortal. Era orgulloso, pero no por motivos meramente personales: amaba a Gondor y a su pueblo, y se creía designado por el destino para conducirlos en esos tiempos de infortunio. Y en segundo lugar la Piedra Anor era suya por derecho, y solamente la conveniencia se oponía a su utilización, sumido como estaba en grave ansiedad. Debió de haber adivinado que la Piedra Ithil no estaba en buenas manos, y se arriesgó a ponerse en contacto con ella confiando en su fuerza. Su confianza no era del todo injustificada. Sauron no logró dominarlo, y sólo pudo influir en él recurriendo a engaños. Probablemente en un principio no miró hacia Mordor, sino que se contentó con las «perspectivas lejanas» que la Piedra procuraba; de ahí su sorprendente conocimiento de acontecimientos distantes. No se sabe si hizo alguna vez contacto con la Piedra Orthanc o Saruman; probablemente lo hizo, y con algún provecho. Sauron no podía irrumpir en estas conferencias: sólo al responsable que utilizara la Piedra Maestra de Osgiliath le era posible «escuchar» furtivamente. Mientras las otras dos piedras estuvieran en reposo, la tercera las encontraría a ambas en blanco.¹⁴



Tienen que haber habido abundantes historias acerca de las palantiri, conservadas en Gondor por los Reyes y los Senescales, y preservadas aun cuando ya no se utilizaban las piedras. Las palantiri eran un don inalienable de Elendil y sus herederos, los únicos a quienes pertenecían por derecho; pero esto no significa que sólo uno de estos «herederos» pudieran utilizarlas adecuadamente. Podían ser usadas con justicia por cualquiera que tuviera autorización del «Herederero de Anárion» o el «Herederero de Isildur», es decir, un Rey legítimo de Gondor o Arnor. En realidad, normalmente tendrían que haberlas utilizado las gentes delegadas. Cada Piedra tenía su propio custodio, uno de cuyos deberes era «examinar la Piedra», a intervalos regulares, o cuando se les ordenaba o en casos de necesidad.

También se designaba a otras personas para que visitaran las piedras, y los ministros de la Corona relacionados con la «inteligencia» las inspeccionaban regularmente, y en casos especiales ofrecían al Rey y al Consejo la información obtenida de esa manera, o en forma privada al Rey, según lo requiriera el asunto. En Gondor últimamente, cuando el cargo de Senescal cobró importancia y se volvió hereditario, a condición de constituir un «sustituto» permanente del Rey y un virrey inmediato en caso de necesidad, el mando y la utilización de las Piedras parecen haber estado principalmente en manos de los Senescales, y las tradiciones sobre su naturaleza y uso parecen haberse guardado y transmitido en la Casa. Como la Senescalía se había

¹⁴ Una nota al margen sin emplazamiento preciso señala que la integridad de Saruman «había quedado minada por el orgullo personal y la ambición de dominio. El estudio de los Anillos fue la causa de esto, porque en su orgullo creyó que podría utilizarlos, o utilizar el Anillo desafiando a cualesquiera otras voluntades. Habiendo perdido toda devoción a otras personas o causas, estaba expuesto al dominio de una voluntad superior, a sus amenazas y a su despliegue de poder». Y además él mismo no tenía derecho alguno a la Piedra Orthanc.

vuelto hereditaria, desde 1998 en adelante,¹⁵ la autoridad para usar las Piedras o delegar esta autoridad a los herederos, y por tanto pertenecía plenamente a Denethor.¹⁶

Sin embargo, es preciso tener en cuenta, en relación con El Señor de los Anillos, que por esa autoridad delegada, aunque hereditaria, cualquier «Herederero de Elendil» (es decir, cualquier descendiente reconocido que ocupara un trono o un señorío en los reinos númenóreanos en virtud de su ascendencia) tenía derecho a utilizar cualquiera de las palantiri. Aragorn, pues, reclamó el derecho a tomar posesión de la Piedra Orthanc, pues por el momento carecía de dueño o custodio; y también porque era de jure el Rey legítimo tanto de Gondor como de Arnor, y podía, si así lo quería, cobrar para sí con justicia todas las concesiones previas.



La «historia de las Piedras» está ahora olvidada y sólo puede ser recuperada en parte por conjeturas y por algunas pocas noticias conservadas en los archivos. Eran esferas perfectas que, cuando estaban en reposo, parecían de vidrio o cristal, y de un profundo color negro. Las más pequeñas tenían un pie poco más o menos de diámetro, pero algunas, como sin duda las Piedras de Osgiliath y Amon Sûl, eran mucho más grandes, y un solo hombre no podía alzarlas. Originalmente se emplazaron en sitios adecuados a su tamaño y sus funciones específicas, sobre bajas mesas redondas de mármol negro en una copa o depresión central, donde en caso de necesidad podía hacérselas girar con la mano. Eran muy pesadas, pero perfectamente pulidas y no se dañaban si por accidente o mala intención caían y rodaban por el suelo. La violencia del hombre no podía dañarlas, aunque algunos creían que un gran calor, como el de Orodruin, podría llegar a romperlas, y pensaban que ése había sido el destino de la Piedra Ithil cuando la caída de Barad-dûr.

Aunque sin señal externa alguna, tenían polos permanentes, y estaban originalmente emplazadas de manera tal que se mantenían «erguidas»: los diámetros de polo a polo apuntaban al centro de la Tierra, pero entonces el polo permanente inferior tuvo que haber estado en el fondo. Las caras a lo largo de la circunferencia en esta

¹⁵ En el año 1998 murió Pelendur, Senescal de Gondor. «Después de los días de Pelendur, la Senescalía se volvió hereditaria igual que el reinado, de padre a hijo o al pariente más próximo», El Señor de los Anillos, Apéndice A, I, iv, «los Senescales».

¹⁶ La situación era diferente en Amor. La posesión legal de las Piedras correspondía al Rey (que normalmente utilizaba la Piedra de Annúminas); pero el reino se dividió y la primacía sobre los demás monarcas fue objeto de disputa. Los Reyes de Arthedain, que eran evidentemente los que llevaban la razón, mantuvieron una guardia especial en Amon Sûl, cuya piedra se consideraba la principal de las palantiri del Norte, pues era la más grande y la más poderosa y con ella se mantenía la comunicación con Gondor. Después de que Angmar destruyera Amon Sûl en 1409, ambas Piedras se emplazaron en Fornost, donde vivía el Rey de Arthedain. Éstas se perdieron en el naufragio de Arvedui, y no quedó ningún delegado con autoridad directa o heredada para hacer uso de las Piedras. Sólo una quedaba en el Norte, la Piedra Elendil en Emyrn Beraid, pero ésta tenía propiedades especiales y no servía para establecer comunicaciones. El derecho heredado a utilizarla sin duda pertenecía aún al «Herederero de Isildur», el capitán reconocido de los Dúnedain y descendiente de Arvedui. Pero no se sabe si alguno de ellos, ni siquiera Aragorn, la miró nunca, deseoso de contemplar el Oeste perdido. Círdan y los Elfos de Lindon custodiaban y mantenían esta Piedra. [Nota del autor.] Se dice en el Apéndice A (I, iii) de El Señor de los Anillos que la palantir de Emyrn Beraid «no era como las otras y que no estaba en concordancia con ellas; miraba sólo al Mar. Elendil la colocó de modo tal que mirando a través veía con «visión directa» Eressëa en el desaparecido Oeste; pero los mares que se curvaron debajo cubrieron Númenor para siempre». También en «De los Anillos del Poder» (El Silmarillion) se habla de cómo Elendil contemplaba Eressëa en la palantir de Emyrn Beraid: «se cree que de este modo a veces alcanzaba a ver aun la Torre de Avallónë sobre Eressëa, donde el Maestro de la Piedra habitaba y habitaba todavía». Es notable que en el presente artículo no se mencione esta Piedra Dominante.

posición eran las caras receptoras, que recibían visiones de fuera, y las transmitían al ojo de un «custodio» en el extremo lejano. El custodio, por tanto, que quisiera mirar al oeste, tenía que colocarse en el lado este de la Piedra, y si deseaba mirar hacia el norte, tenía que trasladarse a la izquierda, hacia el sur. Pero las piedras menores, las de Orthanc, Ithil y Anor, y probablemente Annúminas, tenían también una orientación fija original, de modo que, por ejemplo, la cara oeste sólo miraba al oeste, y girada en cualquier otra dirección no mostraba nada. Si una Piedra quedaba desplazada o perturbada, era posible volverla a su posición original por observación, y resultaba entonces conveniente hacerla girar. Pero cuando se la movía o se caía, como sucedió con la Piedra Orthanc, no era nada fácil reacomodarla. Así pues, fue «por casualidad» — como los Hombres la llaman (según habría dicho Gandalf)— que Peregrin, mientras tocaba la Piedra, la puso en tierra más o menos «erguida»; y situado al oeste de ella, colocó la cara que miraba al este en la posición adecuada. Las Piedras mayores eran así; si alguien las movía seguían «viendo» en todas las direcciones.¹⁷

Pero las palantiri sólo eran capaces de «ver»; no transmitían sonido. Sin que una mente directora las gobernara, se descarriaban y sus «visiones» (aparentemente al menos) eran azarosas. Desde un sitio elevado, la cara occidental, por ejemplo, miraría a una gran distancia, la visión se empañaría y se distorsionaría a ambos lados y arriba y abajo, y la escena se iría haciendo menos clara a medida que creciera la distancia. Además, lo que «veían» era gobernado o estorbado por la oscuridad, por la casualidad o por el «amortajamiento» (véase más adelante). La visión de las palantiri no era «cegada» o «impedida» por obstáculos físicos, sino sólo por la oscuridad, de modo que podían ver a través de una montaña como a través de una mancha opaca o una sombra, pero nada veían que no recibiera alguna luz. Podían ver a través de las paredes, pero nada veían dentro de cuartos, cuevas o bóvedas a no ser que hubiera luz en ellos, y no podían de por sí procurar o proyectar luz alguna. Era posible protegerse contra su visión mediante un proceso llamado de «amortajamiento», mediante el cual ciertas cosas o zonas se veían en una Piedra sólo como una sombra o una niebla profunda. Cómo era esto posible (para los que tenían conocimiento de las palantiri y la posibilidad de ser vigilados por ellas) es uno de los misterios perdidos de las palantiri.¹⁸

¹⁷ Una nota posterior aislada niega que las palantiri estuvieran polarizadas u orientadas, pero no da más detalles.

¹⁸ La nota posterior a que se hace referencia en la nota 17 trata algunos de los aspectos de las palantiri de manera algo diferente; el concepto de «amortajamiento», en particular, parece emplearse de modo distinto. Esta nota, muy apresurada y algo oscura, dice en parte: «Retenían las imágenes recibidas, de modo que cada cual contenía dentro una multiplicidad de imágenes y escenas, algunas provenientes de un remoto pasado. No podían "ver" en la oscuridad; es decir, no registraban las cosas que estuvieran en la oscuridad. Ellas sí podían estar sumidas en la oscuridad y de ordinario lo estaban, pues era mucho más fácil entonces ver las escenas que presentaban, y a medida que transcurrían los siglos, limitar su "hacinamiento". Cómo se las "amortajaba" así, se mantenía en secreto y por tanto ahora se desconoce. Los obstáculos físicos como un muro, una colina o un bosque, no las "cegaban" en tanto los objetos distantes estuvieran a la luz. Comentaros posteriores afirmaron o conjeturaron que, en sus lugares originales, las Piedras se emplazaban en cajas esféricas cerradas con llave para impedir que nadie carente de autorización hiciera mal empleo de ellas; pero ese encierro cumplía también la función de amortajarlas y mantenerlas en reposo. Por tanto, las cajas debieron de haber estado hechas de algún metal u otra sustancia desconocida». Los apuntes marginales relacionados con esta nota son en parte ilegibles, pero puede columbrarse que cuanto más remoto fuera el pasado, más clara la visión, mientras que para la visión a distancia había una «distancia adecuada», que variaba en el caso de cada una de las Piedras, a la cual los objetos alejados resultaban más claros. Las palantiri mayores podían ver a mucha mayor distancia que las menores; para las menores la «distancia adecuada» era del orden de las quinientas millas, como entre la Piedra Orthanc y la Anor. «Ithil se encontraba demasiado cerca, pero se la utilizaba en amplia medida para [palabras ilegibles], no para establecer contactos personales con Minas Anor.»

Un observador podía, mediante un esfuerzo de voluntad, hacer que la visión de la Piedra se concentrara en algún punto, próximo o directamente delante.¹⁹ Las «visiones» descontroladas eran pequeñas, especialmente las de las Piedras menores, aunque podían agrandarse si el observador se ponía a cierta distancia de la superficie de la palantir (unos tres pies era lo más adecuado). Pero dominadas por la voluntad de un observador experimentado y fuerte, cosas más remotas podían ampliarse, acercarse, por así decir, o volverse más nítidas, mientras el fondo quedaba casi suprimido. Así, un hombre a una distancia considerable podía verse como una figura diminuta de media pulgada, difícil de advertir en medio de un paisaje o de otros hombres; pero la concentración podía ampliar y clarificar la visión hasta que apareciera como una figura nítida, aunque reducida, de un pie o más de altura, y era posible que el observador la reconociera. Una gran concentración ampliaría algún detalle que interesara al observador, de modo que podría ver (por ejemplo) si llevaba un anillo en el dedo.

Pero esta «concentración» resultaba muy fatigosa, y podía concluir en un verdadero agotamiento. En consecuencia, sólo se recurría a ella cuando la información era imperiosamente necesaria y la oportunidad (asistida por alguna otra información quizá) hacía posible que el examinador escogiera algún detalle (significativo para él y para sus intereses inmediatos) de entre el tumulto de las visiones de las Piedras. Por ejemplo, Denethor, sentado ante la Piedra Anor, inquieto por Roban y pensando en la conveniencia de encender los fanales y enviar la «flecha», podría situarse en una línea directa orientada hacia el noroeste a través de Rohan, que pasara cerca de Edoras y por los Vados del Isen. En ese momento podría haber movimientos visibles de hombres en esa línea. En tal caso, Denethor podría concentrarse en un grupo (por ejemplo), descubrir que son Jinetes y reconocer una figura: la de Gandalf, por ejemplo, que cabalga con refuerzos al Abismo del Yelmo, y de pronto se separa y se dirige a la carrera hacia el norte.²⁰

Las palantiri de por sí no podían examinar la mente de los hombres sin intervención de la conciencia o la voluntad de éstos; porque la transferencia del pensamiento dependía de las voluntades de los usuarios en ambos extremos, y el pensamiento (percibido como lenguaje)²¹ sólo podía transmitirse si había concordancia entre las piedras.

¹⁹ *La orientación, por supuesto, no se dividía en «secciones» separadas, sino que era continua; de modo que la línea directa de visión de un observador que se encontrara en el sudeste sería el noroeste y así sucesivamente. [Nota del autor.]*

²⁰ Véase *Las Dos Torres, III, 7*.

²¹ *En una nota aislada este aspecto se describe más explícitamente: «Dos personas que utilizaran sendas Piedras "en concordancia" podrían conversar entre sí, pero no mediante el sonido, que las Piedras no transmitían. Mirándose la una a la otra, les sería posible intercambiar "pensamientos", no sus pensamientos cabales o verdaderos o sus intenciones, sino lenguaje silencioso, los pensamientos que desearan transmitir (ya formalizados de manera lingüística en sus mentes o pronunciados en voz alta), que serían recibidos por el interlocutor, y por supuesto inmediatamente transformados en "lenguaje", y sólo transferibles como tal».*

